



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>

PROPERTY OF
*University of
Michigan
Libraries*

1817



ARTES SCIENTIA VERITAS

BIBLIOTECA
UNIVERSAL ECONÓMICA.

I.

BIBLIOTECA
UNIVERSAL ECONOMICA.

OBRAS

QUE CONTIENE ESTE TOMO.

DEL CATOLICISMO

EN LAS SOCIEDADES MODERNAS,

CONSIDERADO EN SUS RELACIONES CON LAS NECESIDADES DEL SIGLO XIX,

POR EL SEÑOR RAYMOND,

ESTUDIOS FILOSOFICOS

SOBRE

EL CRISTIANISMO.

POR AUGUSTO NICOLAS.

MÉXICO.

BOIX, BESSERER Y COMPAÑIA,
EDITORES Y LIBREROS.

O'SULLIVAN Y NOLAN, IMPRESORES.

1852.

27
28
29
30

George Library

4/4/46

BIBLIOTECA UNIVERSAL ECONOMICA.

DEL CATOLICISMO

EN LAS

SOCIEDADES MODERNAS,

CONSIDERADO EN SUS RELACIONES CON LAS
NECESIDADES DEL SIGLO XIX

Por el Sr. Raymond,

PRESBITERO, CANONIGO HONORARIO DE LA SANTA IGLESIA DE MENDE,
VICARIO GENERAL HONORARIO DE CHALONS Y
SOCIO DE VARIAS ACADEMIAS.

Buscad primero el reino de Dios y en justicia,
y todo lo demás se os dará de añadidura.

S. Lucas, capít. XIII, vers. 31.



MEXICO.

BOIX Y COMPAÑIA, EDITORES.

1861.

IMPRESA DE IGNACIO DAVID, A CARGO DE A. CONTRERAS.

INTRODUCCION.

EN el hombre se resume la humanidad, como la sociedad en el individuo. Aquella participa de sus debilidades y de su fuerza, de sus necesidades y de sus progresos. Uno y otra tienen que recorrer diversos periodos: la infancia, la virilidad y la decrepitud. A medida que se suceden las generaciones se reproducen en el mundo estas fases con caracteres idénticos y sin embargo diversos. En todos los siglos se parecen los hombres, en todos tiempos son hermanos respecto de sus pasiones y virtudes. No obstante, cada siglo tiene sus caracteres distintivos y su particular tendencia. Son poco variados los problemas que plantea el pensamiento humano; pero su fórmula se modifica grandemente de edad en edad. Con mucho ingenio dice un escritor moderno: "Cada generacion vuelve á coger su tela de Penélope, y trabaja nuevamente en la misma armazon." La vida de la humanidad, real en cuanto á su objeto, es especiosa en sus resultados.

¡A cuánta distancia nos hallamos de la edad media! El siglo en que vivimos, casi en nada se parece al que le precedió. Presenta al observador un carácter alternativo de poder y grandeza, de miseria y debilidad. Sentó el materialismo su tienda en el seno de la sociedad que formaron nuestros abuelos, y nosotros habemos sus obras. Por haber entrado en las vías del espiritualismo, la filosofía contemporánea no nos ha libertado de la desprecupacion que nos legó la escuela del siglo XVIII. Pero el mal escige prontamente la aplicacion del remedio. No puede ocultarse á nadie que tres necesidades urgentes se manifiestan en las sociedades modernas, especialmente entre los franceses, con todo el sentimiento de su energía. Ha dejado el racionalismo tal vacío en las creencias, que solo la fé cristiana puede llenarle y poner término á las oscilaciones y á las dudas. En su esfera de actividad el entendimiento humano se ha extendido en tan vasta escala, y tomado tal vuelo la industria, que creciendo las poblaciones en límites proporcionales, reclaman mas que nunca el progreso. Son tantos los hombres que no han recogido mas que errores y engaños, abatimiento y desesperacion

de las vanas teorías que los habian seducido en las penosas y largas contiendas en que se han hallado comprometidos, que quieren en adelante orden y estabilidad, *paz y union*. En dictámen de los sugetos mas ilustrados y juiciosos de nuestra época, estas son las imperiosas necesidades de nuestro siglo. Mas de una vez se ha justificado su tendencia á las ideas religiosas, y nos complacemos en creer que la necesidad que de ellas siente, es el instinto de la vida que despierta con mas vigor en el corazon de los pueblos á medida de la mayor inminencia del peligro. El positivismo que ha dado en todas partes un impulso invasor á la industria, ocupa, á no dudarlo, á muchos entendimientos en hechos sensibles, é incita á la multitud á buscar una felicidad puramente material. Sin embargo, los pueblos abren sus brazos á la vida de fé, de esperanza y de amor. Despues de haber embotado el filosofismo todas las armas del sofisma y de la ironía en las contiendas anti-religiosas, se habia dormido en la indiferencia. A su furioso encono sucedieron el desden de su ignorancia y el orgullo de sus sistemas. Se ha destruido con sus propias manos; ha dejado vacío en todas partes, y los pueblos le piden repetidamente unas creencias que él no les puede dar. Él mismo se ve obligado á remitir los pueblos á la fé, como las criaturas nos instan á aspirar á Dios cuando les pedimos la felicidad. Una poderosa voz parece que va á despertar de su letargo á la ciencia humana, y á impelerla, como sin saberlo, por la senda del catolicismo. Lo que en este momento pasa en el mundo, lleva al parecer por objeto el triunfo de aquel. En los lugares mas remotos á donde puede alcanzar nuestra vista, se nos ofrecen señales nada equívocas del retorno de las naciones á la doctrina católica, verdadera en sus creencias, pura en sus preceptos y santa en su culto. En muchas de aquellas domina el interes religioso hasta al interes político. En el seno de las sectas separadas de la comunión romana, los entendimientos mas elevados principian tambien á agitarse. A vista del maravilloso edificio del catolicismo, se postran públicamente de admiracion, es-

perando el gran día en que han de postrarse de admiración y de amor á un tiempo mismo.

¡Cómo triunfa la religion católica en nuestras colonias orientales y occidentales, en la Persia, la Siria (1) y las Indias! Hace tan rápidos progresos en los Estados-Unidos, segun nos anuncian en el mismo instante que trazamos este cuadro tan consolador y lleno de esperanzas (2), que la mayoría de ellos será enteramente católica antes de un siglo. La América y los hijos de Mahoma en el clima ardiente del África, saliendo ya de su apatía, marchan aceleradamente hácia el catolicismo. El último combate se está dando en el seno de la Europa. No... la Iglesia no perecerá en él. Si la Prusia desconoció por un momento sus derechos en la ilustre persona del arzobispo de Colonia, ya acepta con sumision todo lo que determina el soberano pontífice, y acoge reconocida al coadjutor (3) que éste ha designado. Si abusando de su numérica fuerza el consejo de Argovia de un solo golpe destruyó ocho monasterios, y quitó á sus moradores mas de diez millones, desde el Rhin hasta el Leiman, desde los confines de Italia hasta las fronteras de la Francia, no se ha oido mas que un grito unánime de reclamacion contra aquella parte de la confederacion helvética, que sembró la desconfianza entre los hijos de una misma patria, y separó corazones que jamás debieron desunirse; resucitó los odios religiosos, y preparó la tea de la guerra civil. Si la España se despedaza porque ha olvidado al Dios de sus padres, tambien de lo alto del Vaticano ha descendido fuerte y magestuosa la voz del sucesor de Pedro; y ¡cuantas lenguas no han protestado contra el abuso de un poder mal entendido, y contra los horrores de la impiedad y de la anarquía! Si el autócrata de Rusia asegura diariamente sus conquistas sobre el patrimonio de la religion católica, ¡cuántos generosos atletas se oponen enérgicamente á sus invasiones! Oímos los gemidos de la Polonia obligada continuamente á defender su fé de toda clase de perfidias. A pesar de que toda la habilidad británica no puede lograr encubrir los esfuerzos de su propaganda; y la ambicion de su celo bíblico á la par que de su diplomacia es cosa confesada por todo el mundo; no tememos afirmar que es muy gloriosa la perspectiva del catolicismo en la misma Inglaterra, en Escocia y en Irlanda. Es verdad que el aumento progresivo del cisma griego es un peligro amenazador para el Austria; pero sus veintisiete millones de católicos no pueden bajar la cabeza al yugo del czar. Tan envanecidos están de pertenecer á la Iglesia, que envidian la preciosa mision que ha tomado sobre sí la Francia, de fijar nuevamente la cruz en el suelo de África. Todos los monasterios católicos están florecientes en la Baviera y en la Holanda. La Italia y el Portugal son el fanal del universo en este instante en que se manifiestan señales de conversion en el seno de to-

das las sectas cristianas. Pero donde se siente con mas ahinco la necesidad de la influencia religiosa, es en la mas bella porcion de la Europa; eje en que se apoya todo el sistema social. Mejor tal vez que en ninguna parte comprendemos en Francia, siempre orgullosa de llamarse el reino *cristianísimo*, que el estado necesita una religion, el pueblo creencias y la sociedad un culto; pero una religion, unas creencias y un culto que liguen realmente á los hombres á sus respectivos deberes, y que por tanto tengan en su favor la sancion divina. De día en día viene la ciencia á rendir mas patentes homenajes á la Iglesia, y las mas elevadas inteligencias quieren que en adelante edifique aquella en vez de destruir, y que en lugar de negar afirme. Recíbese con aceptacion la lengua apostólica; apíñanse los corazones en derredor de los púlpitos, y muchos y denodados campeones, recobrando todas las impresiones de fe, no temen en su nombre triunfar completamente del mundo. A estos generosos corazones pertenece enarbolar el estandarte reparador de la fe y de las virtudes cristianas en medio de la indiferencia y corrupcion que nos rodean. Hay entendimientos reputados por muy juiciosos que vislumbran un resultado opuesto al que otros muchos entrevén de los progresos triunfantes de este conjunto de ideas y de hechos á que llaman moderna civilizacion. El mas indisputable y general, sobre todo en Francia y en algunos otros reinos donde domina todavía el sensualismo, seria el debilitamiento de la fé y la esclavitud de la Iglesia.

No pueden olvidarse estas memorables palabras del señor conde de Montalembert, pronunciadas en la tribuna en Mayo de 1842: "En nuestros dias se ha ensanchado infinitamente la esfera de las agitaciones humanas: se han confundido y condensado en un círculo único é indefinido todos los focos en que en otro tiempo se dilataba la energia de los grandes corazones; mas por una deplorable compensacion, cuanto mas se ha agrandado la esfera de actividad y de influencia, mas han degenerado tambien los hombres llamados para figurar en ella; mas se han rebajado los caracteres; mas se han apocado las almas." Otros habian afirmado, que cuando el apostolado católico, para cumplir la difícil mision que le fué cometida en medio de los grandes centros de la civilizacion moderna, examina el estado religioso y moral de la sociedad, le acontece á veces experimentar las vivas angustias de una tristeza profunda. El docto señor de Ravignan (1) decia poco há: "Páreceme que asiste á un espectáculo de descomposicion y de muerte; y contempla inmensas ruinas." En cuanto á nosotros, si nos es lícito emitir nuestra opinion sobre este punto, diremos que la tendencia de los pueblos á las ideas religiosas, no menos que los males á que están espuestos, revelan á los ojos menos perspicaces la urgente necesidad de fé para nuestra época. Los mas temibles, y aun podríamos decir los únicos verdaderos enemigos de la Iglesia, son la ignorancia, el orgullo y la concupiscencia. Hablando de la religion, dijo

(1) Las violencias cometidas en la Siria en 19 de Octubre de 1841 por los druzas contra las poblaciones cristianas, han hecho salir mas brillante á la Iglesia del abismo en que se creia haberia sumergido.

(2) 21 de Mayo de 1841.

(3) El ilustrísimo Gajmal.

(1) En su ultima conferencia de 1841 en la catedral de Paris.

un grande hombre: "Poca ciencia aparta de ella, mucha ciencia conduce á ella (1)."

No disputáremos á nuestro siglo que ha hecho infinitos progresos en las ciencias, letras, artes é industria. El gran movimiento que precipitó á unos pueblos sobre otros cerca de medio siglo há, produjo asombrosos resultados. El pensamiento comunicado por los aires ha aproximado á las naciones: dilatada el agua por el fuego ha triunfado de los tiempos y de las distancias; y la industria se ha provisto de alas. Lo que tenemos que sentir es la carencia de nociones profundas y exactas respecto de los principios religiosos. Aun la porción mas ilustrada de nuestro siglo desconoce mas de lo que se piensa la verdadera doctrina del catolicismo. El profundo desprecio de la fe que la mayor parte de nuestros sabios hallaron en el mundo á su entrada en la carrera de la vida, la superioridad del talento y los brillantes triunfos conseguidos les ha persuadido de que no era digno de ellos ni aun averiguar los motivos por qué se habia creído en los tiempos ajenos, y han desdeñado un estudio que les parecia poco importante. Ha habido una complacencia en repetir que la filosofía materialista é incrédula ha desaparecido, y que ha pasado su reinado. Estamos lejos de negar que ha principiado una era nueva para la filosofía en el siglo XIX. Es satisfactorio para nosotros hallar esta ocasion de pagar un justo tributo de elogios á los hombres de alta inteligencia, que han hecho á las ciencias efectivos servicios. A la filosofía de la sensacion de Locke y Condillac substituyó el señor Royer-Collard la filosofía escocesa. Luego bajo la bandera del señor Cousin, que dió el primer impulso y abrió el camino, y de los señores Jouffroy, Damiron, Michelet, Lherminier, Guizot, Pedro Leroux, Salvador y Strauss, hemos visto propagarse el *racionalismo ecléctico*, *humanitario*, *hermesiano*: sistemas mas ó menos empapados en el espíritu del panteísmo. Los límites de un prólogo y el objeto principal que en él nos proponemos, no nos permiten esponer ni refutar estas diferentes teorías filosóficas: nos reservamos hacerlo completamente en el cuerpo de la obra. Bástanos indicar aquí el mal en la moderna tarea de los entendimientos. La tendencia es á emancipar la razon humana del yugo de la fé: claramente el orgullo, y perdónenos la expresion. El hombre no quiere dar oídos mas que á sí propio: limitado por el estrecho horizonte de sus pensamientos, se resiste á la dependencia del supremo sér, y no quiere soberano superior á su razon y libertad. Disputa á Dios el derecho de cautivarle con el yugo de las verdades reveladas, y no quiere recibir de él ni luz, ni sabiduría. La ecléctica en lugar de escoger todo lo mezcla y confunde: su doctrina es el sí y el nó, lo verdadero y lo falso, aceptados con igual diferencia, es un incomprensible escepticismo (2). La filosofía *humanitaria* saluda á la religion futura y los inmensos progresos de la humanidad,

porque en lo presente no quiere nada finito, nada positivo, nada superior á los extravíos de su pensamiento: anda buscando siempre sin hallar jamás. Fatigada de las oscilaciones de la duda viene á ser un juguete, engañado con grandes y hermosas sentencias. El hermesiano de las orillas del Rhin nada explica por explicarlo todo, y suprime la fé para llegar á la soberanía de la razon. En todas partes se ven doctrinas que se han declarado independientes de Dios, y que andan errando en las regiones profundas de las tinieblas como antorchas azotadas por el viento y que se apagan en la borrasca. Si del recinto de la filosofía pasáramos al anchuroso campo de la literatura de nuestra época, no podríamos menos de hacer notar á nuestros lectores la reproduccion de estos diversos sistemas filosóficos, presentados con los mas ricos colores de una brillante imaginacion (1). El periodo de los tiempos que recorremos, es sin duda una de las épocas mas grandes del entendimiento humano, por la variedad de las producciones literarias. En este punto poco tiene que envidiar á los siglos de oro de Alejandro, de Augusto, de los Médicis y de Luis XIV. Todos los géneros de literatura reciben en Francia culto de los ingenios; y la rodean con su influencia las ciencias y las artes salidas de la sociedad para embellecerla. Gloria y honor á los hábiles escritores, que habiendo escavado entre los escombros de cetros rotos y templos derribados, hallaron los vínculos que en vano se habia intentado destruir. Honor y gloria á los historiadores, publicistas y poetas, que se distinguen por la investigacion de lo verdadero y de lo bello. Su nombre quedará grabado en la columna de los siglos. Pero habiendo entrado la Europa en un sistema mas lato de ideas sociales, es la parte del mundo que mas se ha unido por las conquistas de la inteligencia. Aplican á las necesidades de sus diversos pueblos la mayor generalidad de miras y pensamientos que cambian y reunen todas las partes de la ciencia. Sin embargo, debemos confesarlo, esta grande fuerza de la razon general, en Francia, en Alemania y en Italia, ha exaltado la sensibilidad, escitando el pensamiento de todos modos, mas bien que reunido las inteligencias á las verdaderas tradiciones de los tiempos pasados. Estamos habituados á no sorprendernos de nada, y no hallando en las realidades que nos rodean cosa capaz de admirarnos, solicitamos la vida ideal. A veces le pedimos mas de lo que tiene, y á nuestras facultades mas de lo que pueden. Entre tantas formas como desaparecen, tantos rumores que se alejan, y tantas mudanzas que se olvidan; en el perpétuo cambio de personas y cosas de que somos testigos, nos entretenemos alguna vez en divagar en los delirios de inciertas contemplaciones, en vivir de ilusiones, en estasiarnos, y en nadar en vagos y fugitivos afectos, en los espa-

(1) En el año de 1841 se han publicado trecientas treinta y seis colecciones de obras poéticas casi todas parecidas reunidas en el mismo molde: árido escepticismo, existencia cansada, frente abatida, corazón consumido. Cualquiera diría que sus autores no saben ya qué partido tomar, y gimen del famoso premismo que domina la época. (Universo religioso del 23 de Mayo de 1841.)

(1) Heos.

(2) "No recibir nada, aceptar todo, comprenderlo todo, esto es propio de nuestro tiempo," decía al señor Cousin hablando de la doctrina religiosa. Cousin *tomos I de Filos.*

cios incomprensibles del pensamiento. Y de aquí procede el encanto de una nada cubierta de adornos, de esas frivolidades brillantes, de todas esas bellezas artificiales y falsas que no há mucho amenazaban arrastrar á la mayor parte de nuestros ingenios consumidos por la melancolía de un deseo sin esperanza. De aquí la exaltación romántica, enriquecida con los tesoros del género sentimental, y estraviada de uno y otro pensamiento como las olas murmurando vagamente en sus indecisas emociones: de aquí ese romanticismo religioso, dolencia característica de nuestra época [tiene tan íntima conexión con el racionalismo!] En tanto que se pondera la religión natural con cierto aire sentimental que seduce á los que se paran en las apariencias; con el arma de esa fina y delicada ironía, que todo lo enciende sin penetrarlo, y que á todo se resigna sin aplaudir nada, se arrebatá á la moral su sanción, y se la despoja del sello que testifica su legalidad; ó si no, desconociendo las causas providenciales, el lógico enlace y la correlación de los sucesos entre sí, se detienen en analizar solo los hechos, y entre lo pasado de que se reniega, y lo porvenir que no cede á sus votos, se escoge la ancha y terrible senda del escepticismo. Este es el mal en toda su desnudez. ¿Y cuál será el remedio? La sumisión del hombre á Dios por medio de la fe: sin ésta la ciencia hincha y trae en pos de sí la exaltación de las pasiones. Por otra parte es muy necesario que Dios reine, y no puede reinar en los entendimientos sino por la fe.

Otra necesidad de nuestra época es el progreso. Cualquiera que sea la materia de que se trate en el día, y bajo cualquier aspecto que se la considere, se agita en el fondo una inevitable cuestión, que anima á los más tímidos y provoca la discusión; la cuestión del progreso. En todas partes se oye repetir que se quiere hoy que el hombre se ilustre, y que los intereses materiales tomen nuevo impulso. Por nuestra parte declaramos en alta voz que no somos ni queremos ser partidarios del oscurantismo. Aplaudimos de todo corazón los esfuerzos de nuestro siglo, que adelanta á la par todas las ciencias humanas, porque honran al hombre é ilustran la patria. Siempre admiraremos en sus perseverantes investigaciones á los hombres ingeniosos que consagran sus laboriosas vigilias á las especulaciones del pensamiento humano. Pero amargamente deploraríamos que gastasen su vida en tareas que fuesen nulas en la realidad, por más brillantes que pareciesen sus resultados. Impórtanos pues definir bien lo que nosotros entendemos por progreso. A nuestro modo de ver, el progreso es la natural gravitación, por la cual los hombres y los pueblos deben propender á acercarse á la inmóvil y eterna verdad, que es Dios. Así para la inteligencia el progreso es la perfección del humano entendimiento, que se arroja hácia la verdad infinita valuada bajo diversos conceptos. Para la sociedad el progreso es todo adelantamiento de la especie humana, que se llama en la historia civilización. En nuestro juicio, para que haya efectivamente progreso social, es necesario que se esfuer-

ce la sociedad para acercarse á Dios en sus instituciones humanas, y en todas las formas variables de su existencia. Así resumimos el progreso social en la civilización cristiana, cuyo principio está en la caridad y los deberes grandes que impone. Hacer á los hombres mejores y más cristianos, dirigir ordenadamente la inteligencia humana y la industria en sus pacíficas conquistas, es trabajar para la perfección social. Sin duda esta aclaración será suficiente para que nuestros lectores se persuadan de que no entendemos el progreso en el sentido de los filósofos contemporáneos, cuyos principios trataríamos de exponer claramente para juzgarlos sin exageración. No decimos pues con el señor Cousin, a quien debe atribuirse el honor del movimiento filosófico de nuestro siglo: que el error no es otra cosa que una verdad incompleta. El error es una pura negación, opuesta á la verdad lo mismo que la nada al ser, y el bien al mal. Así es que para nosotros la ley del progreso intelectual no consiste en el sucesivo predominio de ideas exclusivas que deben desaparecer despues de recorrer su período; sino en el movimiento ascendente del entendimiento humano hácia la invariable y eterna verdad. El señor Lherminier, saltando el círculo en que el señor Cousin encierra el progreso, y del cual no se puede pasar, ha proclamado la perfectibilidad indefinida [1]. Por muchos que sean los esfuerzos del hombre para adelantar, siempre irán á estrellarse en un límite que no le es posible traspasar, el espacio inmenso que media entre lo infinito y lo finito. No puede suponerse que entendemos el progreso á modo de los sansimonianos: la sensatez pública los ha juzgado, y han muerto despues de arrebatár la admiración durante unos días de delirio. Creyendo en la vida futura distinguimos el bien del mal, y no limitamos el progreso á una simple organización material. Nos guardaremos muy bien de seguir al señor Pedro Leroux á las nubes á que se remonta, temiendo alimentarnos con fantasmas; antes nos permitirá que enunciamos una verdad conocida de los antiguos por más que él diga: el hombre es perfectible; la sociedad humana es perfectible. Pero no afirmaremos jamás, como él, que el progreso es una serie incesante y continua de perfecciones [2]. No, no podemos admitir en el mismo sentido la perfectibilidad indefinida de la naturaleza humana y la propiedad ilimitada sobre todos los seres. Dejémosle marchar solo y arrogante á la conquista de una utopía [3], mientras llegamos al punto en que trataremos de explicarnos. Feliz él si las nubes en que vuela no se condensan alguna vez en tan terrible forma, que produzcan borrascas. Con mucha más razón no nos juntaremos á aquellos filósofos, historiadores, poetas ó especuladores políticos, que piden al tiempo venidero no sabemos qué nuevo cristianismo, que segun ellos correspondería á la necesidad que experimentan de rejuvenecerse y repararse. Cada uno quiere formar una

(1) Tomo II, pág. 255.

(2) Libro de la humanidad, tomo I, pág. 180, 188.

(3) Condorcet dice que esperaba que á fuerza de perfectibilidad llegaríamos á no morirnos.

religion, y todos no pueden producir un error. Se toma y se deja: se confia en los pensamientos de la mañana, si no es en los sueños de la noche: á veces tambien sueñan despiertos y en pié, y luego todo se convierte en humo y se disipa como ésta. Que las obras del hombre sean variables, y admitan progreso, no nos sorprende; pero ¿quién puede introducirle en la obra de Dios? El caracter de toda doctrina puramente humana es la variacion, la mudanza. Nacer, variar y luego morir es la condicion natural del hombre y de sus obras: el carácter divino es enteramente opuesto, ni variar, ni morir. Así el catolicismo es el único que no consiente innovaciones. Inmutable en medio de la perpétua inestabilidad de las doctrinas humanas, permanece siempre el mismo y sobrevive indestructible á todas las vicisitudes. El catolicismo es lo que ha sido hasta nuestros dias, y lo que será hasta el último instante en que se cierran los anales del mundo. No concebimos nada mas desgraciado que la persuasion de ciertos entendimientos, que quisieran acomodar el catolicismo á los sistemas y caprichos de cada siglo, como si pudiese la eternidad plegarse á los tiempos, y arreglarse lo infinito por lo finito. La Iglesia católica prosigue su carrera por entre los siglos: invariable en medio de la fluctuacion del entendimiento humano, no deja de fecundar con su genio inmortal todas las transformaciones sociales que el curso de los siglos acarrea. Así vemos con qué solicitud acude diariamente á santificar con su consagracion los productos de la industria. Que se abran nuevos canales: que se unan las orillas de los rios por medio de puentes colgantes: que se boten al mar nuevas máquinas de vapor ó que surquen la tierra: que desaparezcan las separaciones y que se acorten las distancias: que el pensamiento sea rápido como el viento y fecundo como la naturaleza: que florezcan las ciencias y las artes; esto es lo que quiere nuestro siglo y lo que sanciona el catolicismo con todo su poder.

Habiéndonos explicado suficientemente bajo este respeto, no nos queda ya sino hacer constar una de las necesidades de nuestra época. La naturaleza del hombre y el estado de civilizacion de las sociedades modernas propenden incesantemente hácia el progreso material, intelectual y social. Examinemos todas las clases, penetremos en todas las moradas, preguntemos á las diversas edades de la vida: en todas partes oírmos hablar de algun objeto que excita la curiosidad de los hombres. Busca uno desconocidas plantas: otro nuevas estrellas que nombrar: el economista procura descubrir las mas secretas leyes de la naturaleza, y el político resolver los principales problemas de la organizacion social: suspira el navegante por costas no exploradas aún, y el escritor trabaja para comunicar al sentimiento y al pensamiento nueva fuerza: y el oído atento trata de combinar sonidos que puedan producir efectos hasta el dia inauditos. Todos aspiramos al progreso; y la pregunta ¿qué hay de nuevo? se repite de boca en boca en toda la tierra. Para satisfacer la avidex de la ciencia, que es una de las mas ardientes pasiones de la naturaleza, el hombre desde el

alto trono en que le colocó la mano de Dios, pregunta á las naciones destruidas, y levanta de sus ruinas en el mundo de la historia las ciudades é imperios que el tiempo se ha tragado. Penetra con el hilo de la análisis en la mano el laberinto del pensamiento, sondeando sus mas sinuosas revueltas; las sigue en sus combinaciones y esplanaciones, y se vale en estas escursiones á los datos del mundo físico de los recientes descubrimientos como escalones para aspirar á nuevos resultados. Repetimos sin cesar la palabra progreso. En la acepcion que le hemos dado, es una de nuestras necesidades; le creemos propio de esta época: así nos atrevemos á reclamarle para nuestro siglo.

Otra necesidad de nuestra época es la tolerancia para con nuestros semejantes, el apoyo mútuo, un espíritu de fraternidad y de union; expresiones diversas cuyo sentido se resume en estas dos sublimes palabras, caridad y amor. Se ha dicho, y con justa razon, que se engañan de un modo muy extraño aquellos que no ven revoluciones sino en los violentos cambios de los diferentes gobiernos mas ó menos tutelares del órden público y de la seguridad individual. Estos torbellinos, cuyos anchos contornos arrastran los hombres y las cosas, derivan de la propagacion de las doctrinas irreligiosas. Digámoslo con mas precision; son las rigorosas consecuencias de la rebelion de la razon contra la fé, de la rotura de los anillos de aquella misteriosa cadena, que reúne todas las potestades morales, desde la autoridad paterna hasta la omnipotencia divina. Desde entonces se rompe el freno de las costumbres y aparece la licencia: la sátira lanza á todas partes su mortal aguijon, y nada hay sagrado que ella no acometa. Religion, gobierno, leyes, honor, deberes, virtud, todo se presenta como problemático. Esta es la causa de esas conmociones sociales que ha experimentado el mundo; de esa desazon que sentian no há mucho diversas naciones; de esas intestinas divisiones entre los miembros de la gran familia, á quienes la comunidad de sentimientos y de intereses no debia inspirar mas que un solo deseo, el mantenimiento del órden y de la prosperidad del pais; de la exasperacion de los ánimos, de esa habitual murmuracion, de esas recíprocas desconfianzas, cuyos motivos parece que no pueden justificarse por nada entre nosotros. Sin duda la filosofía del siglo XIX ha enarbolado otra bandera que la del precedente; pero los sentidos no han abdicado su humillante imperio. El sensualismo se ensaña todavía de muchos entendimientos; porque domina muchos corazones. Se han llegado á juntar los errores del raciocinio á las pasiones desordenadas, y organizar la corrupcion conciliándola con *se af* qué ideas religiosas; por fin se ha proclamado abiertamente la rehabilitacion de la carne. El hombre educado en la escuela del racionalismo no ha tenido mas que un pensamiento libre y desordenado, é inclinaciones indomables. El vicio ha pasado á ser hábito en él: se han roto y como desconocido los vínculos de familia: la medida de los progresos obtenidos han sido las maquinaciones tenebrosas y los motines. En vano han ensayado los

partidarios de S. Simon, de Fourier y de Owen la transformacion social de las clases laboriosas. Mas estas sectas, al paso que querian cambiar las bases sociales, civiles é industriales de la sociedad, sin echar de ver que su reforma puramente industrial implicaba el uso de las fuerzas de las pasiones, han tratado de edificar fuera del terreno de la fé, y no han contado para nada con la reforma moral de la multitud: así es que su edificio se ha arruinado. Las sociedades secretas, los regicidios, las asonadas, Fieschi, Pepin, Morey, Alibaud, Meunier y Darmes, quedan solos para dar testimonio á todos los siglos de la aparicion de esas funestas doctrinas que propenden á trastornar toda organizacion social, invistiendo con la omnipotencia á una voluntad emancipada de los principios reguladores. Muy difícil seria para nosotros enumerar todos los libros, libelos, folletos y periódicos que aparecen todos los dias para estraviar á los pueblos, haciéndolos artifices de su propia ruina. Parece que tomando prestada la voz de la razon se subleva á las mas fogosas pasiones: á nombre de la humanidad que sufre, se proclama la rebelion: en nombre de los derechos del hombre se sanciona la espoliacion: con los derechos de la inteligencia en los labios se escitan en la multitud instintos de la fuerza brutal; y á nombre de la fraternidad evangélica se apela al odio y á la venganza. Afortunadamente si la depravacion y el escepticismo tienen secuaces, la verdad y la moral cuentan tambien con sus apóstoles. Mas allá de la atmósfera de sociedad política, en que se refugia la parte menos activa de la sociedad, se encuentran hombres animosos, firmes en el bien, y confiados en la Providencia. Así no puede negárenos que la generacion actual, cansada de esas vanas utopias que han aclimatado el error; y de esas quiméricas abstracciones que á tantos engañaron, harta ya de proyectos hipotéticos, quiere una doctrina aplicable á las relaciones de la familia y de la sociedad, inspiraciones fecundas de que pueda la humanidad recoger todos los frutos. No quiere mentiras, sino la verdad, convicciones para su entendimiento, goces suaves para el corazon, todo aquello, en fin, que pueda llenar la necesidad que tiene de alcanzar unidad y descanso.

Después de estas observaciones que nos han parecido propias, tanto para sentar las verdaderas necesidades de la sociedad en el siglo XIX, como para fijar el sentido en que nosotros tomamos estas tres palabras, *fé, progreso, union*, capaces de recibir acepciones diversas; es imposible la ilusion, y seria indisculpable cualquiera crítica que se nos dirigiera. Ya no nos queda mas que tratar de demostrar los medios de proveer á estas tres necesidades, y atraer las opiniones divergentes á estas convicciones si podemos. Tal es la difícil cuanto honrosa tarea que ha caído en suerte á nuestra pequeñez. Es sin duda un combate; pero un combate en el que no vamos otro contrario que el error, sin que nada pueda debilitar jamás el amor que profesamos á todos nuestros hermanos. Hemos experimentado con bastante frecuencia que no es imposible terminar felizmente estas lides con la franqueza al esponder su

pensamiento y la mesura en las expresiones. Estas armas serán hoy, como siempre, las nuestras, y con ellas vamos á tratar el grave asunto que absorbe nuestra atencion. En vano hemos estudiado y profundizado los diferentes sistemas filosóficos y de economía social que campean en primera fila en el mundo científico. No hemos podido descubrir en ninguno de ellos el verdadero manantial de donde debe salir el elemento reparador de nuestras agotadas fuerzas. Parecemos que este sale, como el fruto de la semilla, de un elemento enteramente divino, del *catolicismo*. Acaso esta proposicion sorprenda á aquellos que han podido decir formalmente y con notable tono de sensibilidad: que la debilidad y la grandeza del catolicismo consistió en querer atender á todas las necesidades del hombre (1). Quizá escitará la delicadeza de los que acusan la verdad del cristianismo de haber adoptado como tema favorito y cosa convenida, que el hombre nada alcanza con su razon, y que sus pensamientos son lo mismo que un mar embravecido, cuyo solo puerto es Jesucristo (2). Tal vez se verán obligados á concedernos la justicia que se nos debe, si antes de aventurar un elogio ó censura se colocan en cierto modo en el centro de nuestros pensamientos, para penetrarse desde allí del conjunto de ellos y juzgar de su trascendencia.

No vamos á ultrajar la razon humana, antes bien á justificar sus derechos. Aunque sin duda imprescriptibles, no pueden menoscabar la fe, cuyos beneficios vamos á proclamar. No cesa de repetirse que el catolicismo es obra de los hombres, y que pasó su tiempo: que es un plan pobre, una supersticion, un hecho vulgar, incoherente, que no se puede sostener á la faz de la ciencia. Dícese que se ha agotado el manantial de sus inspiraciones.

Ha habido una complacencia en representarle como un hecho solitario, fuera del cual se consuma todo progreso. Esforzándose por establecer un fatal antagonismo entre él y la perfeccion material de los pueblos, se ha procurado persuadir que es el enemigo natural de la agricultura, de la industria y del comercio; y no se han escaseado las acusaciones de intolerancia y de egoismo contra él.

Dando valor á ciertas consideraciones de interes actual, cuyo alcance se estiende á lo pasado lo mismo que á lo venidero, probaremos el hecho divino del catolicismo. Procuraremos demostrar que lejos de ser una rémora nos impele á marchar hácia adelante: que engrandece el pensamiento del hombre y dilata su corazon: que en vez de detener el carro de la civilizacion ha continuado siendo el principio de la mas elevada perfeccion material y social: que su espíritu es esencialmente un espíritu de paz, de tolerancia, de caridad y de union.

No, el estandarte del catolicismo no es una bandera de division, ni de odio, sino de reunion y amor. No hay que quitársela á un partido para dársela á otro: debe quedarse donde está, en el centro de todos los campamentos, y reunirlos por los lados en

(1) El señor Michelet. *Profesion de las Memorias de Leire.*

(2) El señor Cárlos de Roussat. *Ensayo de filosofía.*

que tienen puntos de contacto, por la conciencia y la fé. Todos ellos pueden ver el límite que los separa de él, y enterarse de los poderosos motivos que hay para traspassarle.

Cuando se conoce bien la verdad católica, es tan sencilla, tan bella, tan razonable, que proporciona al alma fiel la mas íntima y verdadera felicidad. ¡Cómo la echa uno de menos sin querer cuando está separado de ella! porque deja en el alma un vacío inmenso. Casi bastaría aborrecer la turbación para volver á ella. ¡Qué felices seríamos si alguna alma agitada se dedicase á amarla otra vez! Ya hemos manifestado el objeto de esta obra, que es interesante por su oportunidad. Dedicada á todas las clases, á todos los estados, á todas las edades, nos atrevemos á recomendarla mas especialmente á la juventud de hábitos formales y tan rica en esperanzas, como un testimonio de celo y una prenda de amor. Sin omitir nada en la eleccion de pruebas, no consistirá en nosotros si su estilo, tan distante de la afectación como de la trivialidad, no reuniera la gracia á la sensibilidad. Procuraremos no olvidar ninguna de las formas capaces de conciliarle interes. La escolástica no nos ha parecido que le convenia. En sentir de los hombres juiciosos, la mejor defensa del dogma católico y de la fé toda entera consiste hoy en una exposicion fiel, clara y fuerte de los principios que constituyen uno y otra.

Para alcanzar el fin que nos hemos propuesto, bastará considerar la constitucion del catolicismo en sus relaciones con las necesidades de las sociedades modernas. Pasando despues á los estudios históricos para discutir los hechos, terminaremos con el juicio de la filosofía del siglo XIX, de las principales disidencias de culto y de los diferentes sistemas de economía social de nuestra época. Estas últimas consideraciones se dirigirán á demostrar que estos varios elementos de organizacion social están en

poca armonía con las necesidades manifiestas del siglo actual. Felices nosotros si podemos lograr reunirlos á los verdaderos principios de que dependen la salvación de los pueblos y la prosperidad de los estados.

En un cuadro tan estrecho y donde la vista abarcará tan estensa heredad, podrán sin duda escapárenos algunos ramillos del árbol de la ciencia, y otros se cogerán incompletamente: si no salimos bien, á lo menos que se tengan en cuenta nuestros esfuerzos. Nuestras faltas no serán inútiles á quien intentase rectificar la obra; y si no nos fuese dado á nosotros mismos repararlas, con gusto dejaríamos á manos mas hábiles un cargo que sobrepasaría á nuestras fuerzas. Bastante dichosos nos consideramos en presentarnos hoy á decir á nuestro siglo palabras de resignación, de paz y de union.

Inmensa es la carga que hemos tomado; y solo á las reiteradas instancias que nos han hecho, se debe nuestra determinacion de levantarla. Justamente nos asustaríamos al considerarla si no nos atreviéramos á esperar que el autor de todos los dones sostenga nuestra debilidad.

Dígnese de venir en auxilio nuestro este Dios de clemencia, y derramar sobre nosotros y sobre esta obra emprendida únicamente en gloria suya las luces que no pueden brotar sino de su seno. Haga por fin conocer á los hombres lo que acaso una dura experiencia les ha demostrado en vano, que la union, la paz, la verdad y el progreso no se hallan donde él no es conocido, amado, servido y adorado; y que sola la fidelidad á su ley los conserva ó los restituye.

Sometemos esta obra al juicio del padre comun de los fieles y de nuestros superiores eclesiásticos; y anticipadamente retractamos todo lo que pudiera oponerse á la sagrada fé, de que es única depositaria la Iglesia de Jesucristo.



DEL CATOLICISMO

EN LAS

SOCIEDADES MODERNAS.

CAPÍTULO I.

DE LA DOCTRINA CATÓLICA.

Necesidad de una doctrina para las sociedades.—Consecuencias de este principio.—Elementos de la enseñanza católica.—De la revelación.—Lo que es ésta según la filosofía del siglo XIX.—Confesiones de los antiguos filósofos.—De la tradición.—Autenticidad de los libros santos.—Autoridad de la Iglesia.—Debilidad de la razón.—Necesidad de la fé.—Teorías filosóficas de los siglos XVIII y XIX.—De los misterios.—Corolarios en favor de la necesidad que tienen las sociedades modernas de fé, de progreso, de paz y de unión.—Relaciones entre la razón y la fé.—Alianza entre la ciencia y el catolicismo.—Consideraciones sobre los resultados generales de los diversos sistemas filosóficos antiguos y modernos.

Vanos serian los esfuerzos para establecer y gobernar una sociedad con el único auxilio del orden exterior, de un pacto político en que se hubiera dispuesto hábilmente el equilibrio en la ponderación de los diferentes poderes. Los derechos del individuo claramente sentados y asegurados por las leyes, las artes, el comercio, las ciencias y la industria, ampliamente favorecidos, no constituyen las sociedades: éstas necesitan de doctrina. En ella está su fundamento, su principio vital. Como la sociedad espiritual es la condición esencial de todas las temporales, la doctrina ó el dogma es la esencial condición de la vida moral de los pueblos. De modo que podemos afirmar, que siempre se ostenta más pura la moral en el seno de las naciones á proporción de la integridad en su doctrina. No son tan indiferentes como se piensa generalmente la verdad y la exactitud del dogma, ha dicho un célebre escritor contemporáneo: la salvación de los estados así como la de los individuos dependen de ella. No hay un pueblo pagano que no haya fundado su forma

social sobre dogmas; pero como éstos eran inciertos, falsos ó extravagantes, el culto fué vicioso entre ellos, y su estado social de una repugnante degradación. Las tentativas que hicieron legisladores y filósofos antiguos para inventar una doctrina, han demostrado que ni los individuos, ni las naciones pueden vivir sin dogma; y sus obstinados, aunque vanos, esfuerzos servirán perpétuamente de prueba de que los dogmas no pueden ser de invención humana. El hombre no tiene facultad por sí solo para hacer é imponer creencias. Sin entrar en la discusión de los derechos que tengan los pueblos para contraer pactos ó establecer convenios sociales, nunca se les puede conceder el de formar sociedades bajo el único imperio de actos legislativos. "Por sí solos son imponente barrera para contener el mal, y un medio absolutamente incapaz de mejorar la multitud:" así decía el poeta 1800 años hace, y esta vez el poeta tenía razón (1). Los sansimonianos habían concebido el proyecto de reorganizar la Europa entera por medio de la industria y mejora material de las clases pobres, y después de escandalosas discusiones aquella secta ha desaparecido. Los partidarios de Fourier quisieron también producir un sistema social. Combinar la asociación con la atracción, dividir el universo, no en familias, sino en falansterios agrícolas é industriales, divinizar la materia, sublevarse contra la doctrina moral, que es enemiga mortal de la atracción apasionada, y llamar á sí todos los placeres, este era su plan. Su bárbaro neologismo ha quedado sin comprenderse, y sus abstractas fórmulas sin eco. Apenas pusieron manos á la obra, cuando se vieron obligados á proclamar su impotencia. Conviene la mayor parte de nuestros filósofos indudablemente en que los pueblos necesitan una moral; pero esta no es más que la rigurosa consecuencia del dogma, y no es obligatoria para nadie, si el dogma no es divino. El hombre no tiene seguramente derecho para mandar en la conciencia del hombre; pero esta libertad

(1) *Quid iuges quis moribus?* Horacio.

de conciencia, por la que tanto celo se muestra, á veces sin comprenderla, no es mas que la libertad de no tenerla. Multiplíquense los puntos de contacto entre el hombre y sus semejantes por los impulsos dados á la industria y por la grande popularidad de instruccion, y no se aumentarán sus vínculos. Cada uno sera para sí solo en la sociedad, y el interes personal, lejos de reunir los corazones, destruirá el concierto de voluntades individuales propagando el espíritu de egoismo. Por eso las mas sabias constituciones, las mas hábiles legislaciones, como no hacen sino sentar derechos é imponer prohibiciones, siempre dejarían al hombre entregado á sí mismo en la sociedad con derechos ilusorios y deberes inciertos, en una egoista independencia, y cercado de todos lados por otras independencias idénticas. Esta civilizacion conduciría infaliblemente al despotismo ó á la anarquía.

Necesitan las sociedades una doctrina divina, que les revele la verdad, sancione los derechos respectivos, y los sujete todos á su deber, haciéndoles oír el lenguaje de la patria celestial á que somos llamados, y donde se halla el tipo de todas las perfecciones humanas. Cuanto mas se penetren las sociedades de una doctrina divina, mas unidas estarán á su principio y á su fin, unidad perfecta, único vínculo de todas las cosas; y en la misma proporcion el hombre será mas sociable, y los pueblos mas libres y dichosos.

Tal es la doctrina católica. Al hombre le descubre sus verdaderos derechos, le anima para que cumpla su deber, y corresponde maravillosamente á todas sus necesidades. Por tanto seria una estraña aberracion del entendimiento humano atribuirle á los descubrimientos de la inteligencia como los sistemas mas ó menos acreditados en el mundo ideal. No es obra de los hombres, sino de Dios. Es divina en su principio, en su objeto y en sus fines sublimes. "Considerados en su origen sus dogmas, decia no ha mucho una de las glorias de la iglesia de Francia [1], nos conducen á esa larga serie de magníficas revelaciones, donde todo es digno del Espíritu Santo que las inspira, y del hombre á quien ellas ilustran. Considerados en la autoridad que nos los trasmite, hallamos á Dios y á su Iglesia que los preservan del espíritu de sistema y movilidad inseparable de los proyectos humanos. Considerados en sus pruebas, se presentan apoyados, no sobre la equívoca reputacion de un novador cualquiera, ó sobre sofismas mas ó menos deslumbradores, sino sobre hechos que tienen carácter divino, sobre una sucesion no interrumpida de testimonios fidedignos que recoge y aprecia la autoridad viviente é infalible de la Iglesia. Considerando sus dogmas en sí mismos, hallamos en ellos las solas nociones dignas de la grandeza de Dios, de su providencia y de su bondad: las únicas que nos explican el origen del mundo, su degradacion [por el orgullo] y su rehabilitacion [por la caridad]." El filósofo puede sin duda libremente admitir ó desechar el sensualismo de Condillac, las distinciones

de Kant, los primeros principios de los escoceses ó la razon absoluta del eclecticismo; pero no puede quedar á su eleccion el afirmar ó contradecir la doctrina católica, si quiere quedar dentro de los límites de la verdad. Y se deriva esta diferencia de las diversas clases de verdades que cualquier hombre está precisado á admitir. Los diversos sistemas filosóficos pertenecen á un orden de verdades puramente especulativas, sobre las cuales tiene esclusivo derecho de decidir la razon humana, entre tanto que la doctrina católica pertenece á un orden de verdades sobrenaturales, de que la razon no puede constituirse juez esclusivo.

Es una cadena de verdades de fé apoyadas en hechos que descansan en la inmovilidad de la palabra eterna: hechos sobre los cuales el testimonio solo tiene derecho de fallar, y cuya historia nos conduce á los primeros monumentos de la fé cristiana. Es un magnífico conjunto de doctrinas positivas y de hechos capaces de tener accion sobre el hombre y sobre la sociedad: como juez supremo de las creencias, á su autoridad solo pertenece resolver las graves cuestiones, de cuya solucion dependen siempre la libertad de los individuos y la salvacion de los pueblos. Para todos es un deber rendirle homenaje: negarle seria un crimen. Constituyente dos elementos: la palabra de Dios escrita y la tradicion, ambas manifestadas á los hombres por la Iglesia.

Procediendo aquí solamente por via de exposicion de la verdad católica, para ocuparnos únicamente en deducir consecuencias relativas á sus copiosos medios de corresponder á las diversas necesidades de la época, no puede convenirnos, segun el plan que hemos presentado, entrar actualmente en la liza con el filosofismo. Nos reservamos juzgar mas adelante sus diversos sistemas; y como todo error lleva consigo alguna mezcla de verdad, debemos apartar el uno de la otra. No clamaremos, pues, aquí contra los filósofos del siglo XVIII, que proponiéndose por objeto sustituir á las verdades reveladas sus pensamientos individuales, se opusieron á la universal tradicion, que á la manera de un rio majestuoso ha atravesado sin alteracion todos los siglos. Mientras que los antiguos filósofos miraban los dogmas de un Dios Criador, de su providencia, de la inmortalidad del alma y otros, no como conocimientos adquiridos por el raciocinio, sino como antiguas tradiciones [1]; los enciclopedistas del siglo último, negando á Dios el derecho de manifestar ningun dogma, cualquiera que pueda ser, sostienen con energia que la sola razon basta para revelarnos todo lo que nos importa conocer en orden á las creencias religiosas [2]. Sus escritos sazonados con la sal de la incredulidad han caido en el olvido; admirados en los dias de delirio, han muerto. La verdad desconocida ha recobrado sus derechos, y los esfuerzos de la humana inteligencia sostienen contra los deistas que las leyes de la sociedad del hombre con su Dios, lejos de deber

(1) El Electricismo señor Affre, arzobispo de Paris.

(1) Platon, Aristóteles, Platano y Ciceron.
(2) Rousseau, Emile, tom. II y III.

determinarse por la razón de cada hombre, no pueden derivar mas que de la voluntad soberana manifestada por la revelación.

Sin embargo en medio de los numerosos homenajes que escogidas inteligencias rinden cada día á las antiguas bases del edificio cristiano, nuestros filósofos modernos, haciéndose los apologistas de los derechos del entendimiento humano, han intentado dar alas á la razón para elevarla sobre las altas regiones de la fe. Despues de llamar á la filosofía luz de las luces y autoridad de las autoridades, el señor Cousin, cuya mayor gloria es haber introducido en la análisis de la razón una claridad y precisión desconocida antes de él, llega al punto de elevar la razón humana hasta equiparla con la razón divina, hallando perfecta identidad entre las dos, compuestas de los mismos elementos, y reuniendo por la idea de causa lo infinito y lo finito hasta confundirlos (1). Entonces la razón del hombre se identifica con la razón divina, y la verdad no viene á ser mas que el fruto de los descubrimientos del hombre. El señor Lherminier, tan hábil como erudito en la exposicion de su sistema, diviniza al entendimiento humano, y se esfuerza en demostrar que éste es la sola fuerza *á priori* y la razón de las cosas; y negando toda verdad absoluta, las creencias religiosas no son á sus ojos sino móviles transformaciones del entendimiento humano (2), producto único de la razón humana. El señor Leroux, bajo los nombres de libertad, igualdad y perfectibilidad indefinida, pide á la sola razón humana la solución de los grandes problemas que interesan á nuestro destino, y no dando otra causa al cristianismo que la filosofía, se alza contra toda tradicion de verdad sobrenatural y divina (3). Limitándonos á estas citas para que no se pueda achacar á nuestra polémica un carácter ofensivo de personalidad, sentamos como un hecho que toda la economía de la doctrina católica reposa sobre este fundamento: la revelación. ¿Quién pues podría disputar legítimamente su posibilidad, combatir su necesidad, y negarse á proclamar su existencia? ¿Se negarian á Dios las facultades que se conceden al hombre? Puede éste comunicar sus pensamientos á sus semejantes, y ¿Dios no podría? Vosotros dais oro á vuestro hermano que no lo tiene, y Dios ¿no podría darnos del seno de sus riquezas nociones demasiado elevadas para que nuestra sola razón pueda adquirirlas? En todos los siglos han estado tan convencidos los hombres de su insuficiencia, que no se citará jamás un pueblo, que no haya creído que su religion se fundaba en la revelación divina (4). Y aunque nuestra filosofía contemporánea afirme á veces en su entusiasmo por la independencia, que bien podemos pasar sin revelación; el género humano se empeña mas en buscar en ella el punto de apoyo del sentimiento religioso. ¿Puede haber una prueba mas auténtica de su necesidad?

Con justa causa nos envanecemos de nuestra razón, porque en el hombre no hay mas gravoso que el error y la ignorancia. Pero yo pregunto, la necesidad de la revelación ¿no se nos ha manifestado por la debilidad del entendimiento humano? Nuestra razón no ve *el todo*, en nada segun la expresión de Montaigne. Siendo ya tan limitada aun dentro del círculo de las cosas naturales, tan ofuscada, tan frecuentemente defectuosa, que necesita muchas veces de auxilio para rectificar nuestras ideas; *á fortiori* carece de las luces suficientes para juzgar de las verdades sobrenaturales. No pudiendo comprender todos los atributos de la divinidad y sus relaciones, ni esa sustancia que llamamos espíritu, y que estrechamente unida á la que llamamos cuerpo, anima todas sus partes sin tener estension; necesita la razón humana ser ilustrada por una luz superior.

Falta de este punto de apoyo, se parecería á una nave que no dominando sus movimientos fluctuase á la ventura en las mas opuestas direcciones. Todas las páginas de la historia atestiguan á las futuras generaciones, que toda vez que el hombre ha menospreciado la revelación para atribuirse á sí mismo lo que pertenece á la divinidad, jamás ha abrazado mas que una vana sombra. En cuanto ha querido usurpar la prerogativa, suprema, constituyéndose árbitro soberano de las verdades y de los deberes, ha herido de muerte cuanto ha tocado: impotente para creer, solo ha tenido facultades para destruir: no ha profesado otra doctrina que la duda, ni ha esperado otro porvenir que la nada. En dos épocas ha intentado la razón del hombre determinar un culto para honrar al Sér Supremo. Sus lecciones han venido á parar en instituir innobles sacrificios en honor de Júpiter, y mas adelante de una prostituta. Los filósofos con todos sus razonamientos jamás hubieran podido descubrir la compatibilidad de las perfecciones del divino sér, si una guta mas segura no hubiese venido á enseñar á nuestra débil razón á conciliar con la libertad la inmutabilidad divina, su perfecta unidad y su inmensidad, su infinita bondad y su justicia inescorable. Entre los de la antigüedad Platon desconfiaba de conocer jamás el origen y el destino del hombre, á menos que no se le concediese una vía mas segura que la razón, tal como una revelación divina. Y ¿qué! la fuerza de la verdad ¿no arrancó formales confesiones á la filosofía del siglo XVIII, que gloriándose de los derechos de la razón se mostraba enemiga de toda creencia? ¿Quién no sabe estas palabras de Bayle: "Nuestra razón no sirve mas que para embrollarlo todo, para hacer dudar de todo? No bien ha edificado una obra, cuando nos presenta los medios de arruinarla El mejor uso que puede hacerse de la filosofía, es conocer que es un camino extraviado, y que debemos buscar otra guta, que es la luz revelada (1)." El mismo Rousseau, tan celoso apologista de la razón, pero que nunca fué mas sublime que cuando por una manifesta contradicción, habló el lenguaje de la verdad ¿no decia

(1) Curso de 1838, lecciones 4.ª y 5.ª

(2) Filosofía del derecho, tom. I, p. 64.

(3) Del progreso continuo.

(4) Bergier; Tratado de la religión, tomo IV, p. 266.

(1) Dic. crít. art. Sumel p. 740.

que si la religion natural (que es la razon) es insuficiente, consiste en la obscuridad con que nos deja de las grandes verdades que enseña? "A la revelacion (continuada) toca la ensenanza de estas verdades de un modo perceptible al entendimiento humano, ponerlas á su alcance, y hacérselas concebir para que las crea (1)."

Sí, indudablemente la revelacion es necesaria, tanto para hacer mas claro, cierto, comun, eficaz y uniforme el conocimiento de la verdad, como para que sirva de vínculo en la sociedad. Por estensas que puedan ser nuestras facultades, á menos que no las fecunde un principio generador, siempre adolecieran de esterilidad, porque no ofrecen medio alguno para disipar nuestros errores, ó poner fin á nuestras dudas, y la sociedad presentaria la triste imagen del estado salvaje. Caeria en el anonadamiento moral, en que se hallara si el sér que dió al hombre la existencia física nada hubiese hecho á su favor en el órden espiritual, que constituye toda su dignidad. Es menester conocerlo: así como en el régimen del pensamiento se forma el nudo del órden material; así en las mas altas regiones de la inteligencia divina se forma el nudo del órden moral. A no elevarse hasta ella, luz increada de la que dependen todas las demas, no puede existir ninguna ley comun entre los hombres; porque el pensamiento humano no presenta ninguno de los caracteres de la verdad absoluta, nada de cierto, de sagrado, ni de obligatorio. Esta verdad de hecho que testifica el origen de todos los conocimientos y la preexistencia de las doctrinas, es la prueba mas irrefragable de la necesidad de una revelacion divina. No es factible otra cosa que una irremediable anarquía en el mundo intelectual, si no se reconoce la existencia de un conjunto de verdades, que toman prestada de la razon divina una autoridad, ante la que deben inclinarse todas las razones humanas. La revelacion todo lo robustece haciéndonos considerar á Dios como el principio de todos los séres, y colocándolo al frente de todas las verdades y de todas las leyes. El negar la revelacion seria lo mismo que arrancar la clave en la bóveda para edificar sobre vastas ruinas.

Demostrada su necesidad arrastra en pos de sí nuestros votos en favor de su existencia. ¿Quién podria engañarse hasta el punto de no reconocer que si el entendimiento humano ha tenido el privilegio de ser ilustrado de un modo especial, es porque la divinidad ha reflectido en nosotros su resplendor, como el astro del dia sobre el que dirige la noche. La revelacion ha tenido sus gradaciones. La vemos principiar en la infancia del género humano, cuando el amor infinito anudaba á la esperanza de la redencion el vínculo de las dos sociedades de los tiempos y de la eternidad, roto por su culpa. Allí servia, para hablar el lenguaje de un ilustre escritor de nuestra época, de adrajas del edificio sobrenatural, cuyo cimiento debia sentar un dia en las profundidades de la muerte el sacrificio del Hijo de Dios. Testigos somos de sus progre-

sos en los tiempos patriarcales de Moises y de los profetas. La vemos ligando por medio de sus instituciones la milagrosa série de sus anales y los principios de la sociedad humana á sus futuros adelantamientos. Llegó á su perfeccion en tiempo de Jesucristo: recordándonos el misterio de la caida del primer hombre por el de su rehabilitacion, fué con respecto á la que habia ilustrado al mundo naciente, como los resplandores del sol respecto de los primeros albores que aclaran el horizonte. A este rayo de inteligencia infinita que brilla sobre las nuestras estrechas y limitadas, debemos el atravesar el camino de luz, por donde hemos de dirigirnos por una ascension incessante para descubrir las verdades que constituyen el estado normal y progresivo de la sociedad.

La sola revelacion auténtica, admitida por la doctrina católica, es la contenida en la tradicion y en las santas escrituras. No creemos hallarnos en la triste necesidad de combatir los sofismas de la escuela de Voltaire contra la cadena no interrumpida de la tradicion y la veracidad de los libros santos. En cuanto el hombre renuncia la autoridad de la tradicion, es conducido forzosamente á divinizar su razon, proclamándola infalible, soberana é infinita, ó á tomar el ancho camino del escepticismo; porque hallándose reducidas para él todas las causas de certidumbre á la evidencia y al raciocinio, y no pudiendo ni una, ni otro servir de base á las verdades, que realmente son superiores á la razon; se sigue que no podria tener ningun motivo para admitirlas, á no ser que levante su propia razon á la altura de los cielos. Tal es la consecuencia lógica que no han podido eludir la mayor parte de los filósofos de nuestra época.

El que tratase de poner en duda la autenticidad de los libros santos, no puede admitir la de ningun libro profano. Aquellos reunen en su favor todas las pruebas históricas de la crítica mas severa y en el mas alto grado que pueda exigirse. Si fuese obra de los hombres, se hallaria en algunas partes el sello necesario del entendimiento humano, y le hubieran denunciado los enemigos de la fe. No hay obra ninguna que por la sublimidad y variedad de sus objetos dejase al hombre menos facultad de ocultar lo limitado de su ingenio: ninguna otra hay cuyos errores se hubieran descubierto mas fácilmente, porque no existe otra que haya hallado mas contradictores. Con todo, los mas antiguos documentos nos demuestran que los libros sagrados han sido admitidos en todo el mundo como inspirados; en Oriente y Occidente, por ortodoxos y por herejes. Al grado de adelantamiento á que han llegado las ciencias, se ven precisadas ó á declararse incompetentes en las dificultades que habian suscitado contra ellos, ó á adherirse á la solucion que dan á aquellos estos divinos monumentos de la revelacion. El ilustre Cuvier, que tuvo la gloria de iniciarnos con tanto esplendor en la doctrina de los orígenes de nuestro globo y de la generacion de los séres, señaló la exactitud de la cosmogonía escrita por Moises. En su discurso sobre las revoluciones del globo decia: "Moises nos ha dejado una cosmo-

(1) *Emilio*, tomo. III, pág. 180.

gonía, cuya exactitud se verifica cada día de un modo admirable. Las recientes observaciones geológicas concuerdan perfectamente con el Génesis sobre el orden con que sucesivamente fueron creados los seres organizados."

Observemos sin embargo que el Génesis es entre todos los libros santos el que ha encontrado mayor oposición. Y con todo, á medida que la geología ensancha su esfera con algunos recientes descubrimientos, la conformidad tan importante indicada en otro tiempo por Cuvier, crece progresivamente. El señor Marcelo de Serres, su digno émulo, acaba de demostrar con sus preciosas investigaciones que los últimos descubrimientos de la ciencia concuerdan con la doctrina del libro mas antiguo y precioso que nos han legado los siglos. Este autor, cuyo talento no puede obsecurearse á pesar de su modestia, demuestra que el Génesis, ese libro designado por la fé para ser venerado por todos los pueblos, y que ha sido tantas veces impugnado, encierra maravillosas verdades. Treinta y cinco siglos há que un hombre que no habia sondeado la profundidad de la tierra para buscar la esplicacion de lo pasado, contaba en un lenguaje admirable la historia de la creacion. Moises escribia su cosmogonía. ¿Cómo pudo conocer lo que han confirmado los últimos esfuerzos de la ciencia, auxiliada por la revelacion? Esto no puede explicarse sino por la fé.

No, los libros santos no llevan marcado ninguno de los caracteres de la razon humana, y antes contienen los caracteres visibles de la razon divina. ¿En dónde si no se hallan toques tan sublimes de naturalidad y de ternura? ¿Qué relaciones desapercibidas entre los hechos y el estilo! El soplo de la inspiracion se percibe hasta en las formas que ha tomado el pensamiento de Dios. A los que tengan la temeridad de sospechar de su autenticidad, nos bastaria oponer la apología que arrancó en otro tiempo á un corifeo de la filosofía la fuerza de la verdad. "Yo confieso á V. (decia Rousseau) que la majestad de las escrituras me asombra; la santidad del Evangelio habla á mi corazon. Véanse los libros de los filósofos con toda su pompa; qué pequeños son comparados con aquel! ¿Es posible que un libro tan sublime y sencillo á un tiempo sea obra humana? ¿Dirémos que se inventó la historia del Evangelio por capricho? No, amigo mio, esas cosas no se inventan: los hechos de Sócrates, de que nadie duda, son menos auténticos que los de Jesucristo. En la sustancia, no es mas que alejar la dificultad sin resolverla: mas inconcebible seria que muchos hombres de conformidad hubieran compuesto este libro, que no el que uno solo haya dado materia para él. Los autores judíos no hubieran hallado jamás ese tono ni esa moral: y el Evangelio tiene unos caracteres de verdad tan grandes, tan patentes, tan completamente inimitables, que su inventor seria mas asombroso que el héroe." La lengua divina que hablan los libros santos ofrece esperanzas á la angustia y bálsamo para la herida. Oímos una voz enérgica y afectuosa, consoladora y terrible, imponente y familiar, que anuncia paz, gracia, verdad y misericordia. Poseemos estos li-

bro sin alteracion, por mas que diga el señor Jouffroy, que parece que no rinde homenaje á la verdad del dogma antiguo mas que para acusar á los siglos posteriores de haber perdido su inteligencia; y que no viendo en el cristianismo mas que una institucion degradada, absurda y corruptora, profetiza que se levantará un nuevo dogma sobre las ruinas del antiguo (1). Propio era de la providencia de Dios conservarnos en toda su pureza estos manantiales abundantes en luces y virtudes, y la Iglesia, aunque solamente se la considerase como sociedad humana, forma el mas seguro testimonio que pueda reivindicar la verdad histórica en favor de la integridad de aquellos. Ella es la autoridad visible que el hombre Dios instituyó al dejar la tierra para conservar intacto el cuerpo de doctrina revelada y enseñarla á los pueblos en toda su pureza. Ella es el foco de la luz y de la vida. Queriendo nosotros permanecer fieles al plan de simple exposicion que nos hemos propuesto, no podemos dedicarnos aquí á explicar las sólidas pruebas en que descansa. Nos contentaremos con observar que si Dios no hubiera instituido entre los hombres una autoridad con su divina asistencia, infalible en su doctrina, la verdad revelada se hubiera alterado muy pronto por las pasiones humanas, y por tanto inutilizandose el beneficio de la revelacion. Por otra parte, admitir la revelacion que fija la creencia y arregla los deberes, y resistirse á reconocer una potestad intelectual, establecida para hacer seguramente discernir al hombre la verdad revelada de las opiniones humanas, seria una hipótesis tan poco digna de la divinidad, como poco adecuada á la naturaleza y necesidades de la humanidad. Por ella está Dios siempre presente á todos los pueblos, comunicándose á los hombres por su conducto. Sus pensamientos nos llegan por medio de la enseñanza exterior, que no siendo mas que su vehículo, está indispensablemente unida á ellos. Todo el mundo sabe que la razon es lenta en sus progresos, y desde luego todos están obligados á admitir que necesita una autoridad para acelerar los resultados de las investigaciones individuales. A cada paso la razon tropieza con dificultades insolubles; luego le era indispensable una autoridad para disipar sus dudas: siendo caprichosa y muchas veces hasta extravagante, no puede pasar sin una autoridad que la contuviera en los límites de la verdad. Intentar que la razon individual se constituya árbitro esclusivo de las verdades reveladas, seria dejar á cada uno el derecho de oponer una razon á otra, y un testimonio á otro testimonio, confundir el sí y el no, admitir tantos símbolos como individuos, privar al hombre de todo auxilio para defenderse de las seducciones del entendimiento y las pasiones del corazon, de negar todo medio fijo de hallar la verdad en medio de las divagaciones del espíritu humano, y quebrar todo vínculo religioso y social. En lo mas elevado del cielo, donde la mano de la religion anuda el lazo de la sociedad humana, fué donde la idolatría estable-

(1) *Miscellaneous Philosophical*, art. int.: como concluyen los dogmas.

ció el principio de una deplorable division. El derecho que atribufa á cada pueblo de formar sus dioses, cada familia, cada hombre le podia reclamar. De este modo, no solo rompió el vínculo de la sociedad general de los pueblos, sino que destruyó tambien en el seno de cada nacion las condiciones del orden social. La sociedad pagana se estaba muriendo de consuncion, cuando vino Cristo á restituir la vida á la humanidad con su divino soplo. Las santas escrituras bajaron sin duda de Dios á los hombres para enseñarles el camino que debe conducirlos en esta vida de pruebas: con todo el principio comun de todas las herejías que las entrega á la interpretacion de la razon individual, ha destruido toda fé comun y cierta entre ellas, y abierto un abismo en que ha ido á desaparecer la majestuosa reunion de las verdades reveladas. Entonces llegó el entendimiento humano á la incertidumbre de toda doctrina, y cayó en las tinieblas del escepticismo, y en tanto que la razon, proclamándose soberana, se deslumbraba con su triunfo, se le ocultaba la solucion de las cuestiones morales; y el pensamiento social, privado de guía, erraba á la ventura en el campo de las ilusiones. "Es imposible, dice Montaigne (1), probar nada de la naturaleza inmortal, con la mortal: no hace mas que descarriarse en todas direcciones, pero especialmente cuando se mezcla en las cosas divinas; porque aunque le hayamos dado principios ciertos é inefables, é iluminemos sus ojos con la antorcha santa de la verdad que Dios se ha servido comunicarnos, vemos con todo diariamente á poco que ella se desvie de la senda ordinaria, y que se vuelva ó aparte del camino trazado ó abierto por la Iglesia, que al instante se pierde, se halla embrollada y entorpecida, rodea y fluctúa en este mar ancho, agitado y ondulado de las humanas opiniones sin freno y sin objeto. Al punto que pierde el camino real y comun, va dividiéndose y dispersándose en mil sendas distintas."

Así como para el sosten de toda institucion política, una legislación escrita, cuyos artículos componen las ruedas de toda la máquina, está sujeta en último recurso á un tribunal soberano que reforma las sentencias de los inferiores, decidiendo por la verdadera aplicacion de las leyes que gobiernan la sociedad civil, del mismo modo la sociedad religiosa no puede conocer el verdadero sentido de las escrituras, sino por el conducto de la autoridad espiritual, á quien Jesucristo dijo: "Id, enseñad á todas las naciones: yo estoy siempre con vosotros hasta la consumacion de los siglos." Esta autoridad reside en la Iglesia católica. Todas las potestades son incapaces de derribarla. Su voz es el intérprete de los pensamientos de Dios: sus juicios irreformables, y sus decretos sin apelacion completan los diversos elementos que constituyen la doctrina católica. Cuando aparecen sin cesar en el horizonte signos amenazadores, y se debilita la vista de contemplar lo movedido del terreno que tiembla bajo nuestros piés, ¡Cuán dulce es dedicarse á leer á la luz de las mas antiguas tradiciones el destino

futuro de los pueblos en los acontecimientos consumados, y á buscar en la infalible autoridad de la Iglesia un puerto saludable en que no se corre riesgo alguno!

Ella es realmente la maestra del mundo y la bienhechora del género humano: sus dogmas, su moral y sus instituciones estan en perfecta armonía con la naturaleza física y social del hombre: su doctrina corresponde maravillosamente á las necesidades que con tanta energia se descubren en las sociedades modernas.

Nacemos todos con el deseo de conocer, y el ansia de saber es una de las pasiones mas ardientes de nuestra naturaleza. Sin embargo, nuestras facultades intelectuales se causan; y en vez de la verdad, que el entendimiento humano busca, abraza por lo regular un error. Es cierto que el hombre es el primero de los seres sensitivos; pero es el último de los que piensan. Aunque destinado para vivir de inteligencia, está sujeto al yugo ilegítimo de los apetitos sensuales. Dominado por sus pasiones, no solo no descubre los secretos de la naturaleza, sino que ni aun se conoce á sí mismo: á veces hasta desconoce al Dios que tan eminente le crió. Despues de muchas tareas y largas vigiliass se le oye el no sé del escepticismo; no afirma, ni niega, duda de todo, vacila en todo. Al modo que el viajero extraviado que habiendo perdido de vista el término á que se dirigia, flaquea a fuerza de tanto vagar, y abatido por la fatiga se sienta a la sombra de un árbol sin saber de dónde viene, ni á dónde va; el hombre en ciertos periodos de su vida, olvidado de los felices recuerdos que protegieron su infancia, y de las involuntarias impresiones que enderezan á veces su pensamiento hácia Dios, viene frecuentísimamente á parar en un estado de suspension negativa despues de una marcha forzada por los senderos del error: alaba, admira, echa menos; pero en crear: tan cierto es que las opiniones humanas adolecen de incertidumbre y de obscuridad. Necesitan los individuos, lo mismo que la multitud, del final que desde lo alto del cielo alumbrá á la inteligencia errante en las tinieblas ó sentada á la sombra de la muerte. Necesitan, no un fundamento débil y ruinoso, tal como la opinion que puede fallar ó no existir, sino uno firme é inmovible que no puede hundirse, como la fé divina. Esta es la raíz del árbol sagrado plantado por la mano del mismo Dios, regado con la sangre de Jesucristo su hijo, y siempre floreciente en el seno de la Iglesia católica.

El siglo XVIII tuvo un objeto manifiesto en las tareas de su llamada filosofía. Los racionalistas de entonces decian claramente que era menester sustituir la razon á la fé que llamaban instinto: que aquella era superior á esta en cuanto la inteligencia es mas alta que la sensacion. Calumniosa era esta manifestacion, pero franca. Por haber repudiado las formas duras de su antecesor no ha desechado el siglo XIX el fondo de su doctrina. Los racionalistas de nuestra época con la capa del eclecticismo parece que tratan de acercar á lo menos con recuerdos los dos campos que en efecto quieren man-

(1) *Essays de Montaigne*, lib. II, cap. 2.

tener eternamente separados: la filosofía y la teología, la razón y la fé. Heredaron de sus maestros la libertad de raciocinar sin creer; y no hacen ningún caso ni de las verdades reveladas, ni de la autoridad de la Iglesia. Afirman que el contenido de la filosofía es el mismo que el contenido de la teología, y que la humana conciencia que es el fondo común de ellas, se descubre tanto en forma de imágenes, cuanto en la intelectual ó de raciocinio: que en el caso en que torciéndose el primer camino se estraviase, se encargaría el segundo de enderezarle y de traerle á los límites de la verdad. En otros términos la razón humana es á sus ojos superior á la fé é igual á la razón divina.

No es aquí el lugar ni la ocasión de refutar esta teoría filosófica. Sin embargo, debemos notar, para deducir consecuencias relativas á nuestro intento, que el contenido de la filosofía no puede ser el mismo que el de la teología, porque esta revela á la conciencia humana muy diferentes verdades que las que entran en el dominio de aquella, la trinidad de las personas en la unidad de la naturaleza divina, la encarnación del Verbo, la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía, el pecado original del hombre y su rehabilitación y otras muchas verdades, que sin contradecir á la razón escuden sus alcances nada menos que en toda la infinitud de Dios. Así la filosofía (danos á esta voz la acepción con que ordinariamente se designan los diversos sistemas inventados por los esfuerzos del entendimiento humano), no queriendo reconocer nada superior á ella, ha venido á negar la existencia de los misterios del cristianismo, mientras que se ve forzada á encontrar otros inexplicables á cada paso en la naturaleza. Comoviendo como otro Sansón las columnas del mundo intelectual y moral ha perecido entre sus ruinas. Partiendo de la negación de las verdades religiosas en cualquiera grado, arrastrada por el mismo hecho á negar toda verdad, se ve reducida á abjurar de la razón humana, al tiempo que mina los cimientos de la fe divina. No queda pues á los disidentes racionalistas mas arbitrio que admitir la fé, á pesar de sus obscuridades y misterios. Tal es la que proclama la doctrina católica. Ella en armonía con las necesidades de la época cautiva con sus velos impenetrables la razón altiva y soberbia, que el filosofismo ha ensalzado algunas veces hasta el delirio. Si ésta encuentra tinieblas, ¿será bastante motivo para repudiar la fe? No, sin duda; esta obscuridad es una razón mas para creer, porque la fé debe ser oscura en su objeto, supuesto que es la convicción de las cosas que no vemos, y debe ser clara en el motivo de la autoridad que la dicta. Si todo lo comprendiese la razón humana no habria fé. En vano se proclama la independencia de la razón y se presentan como ilimitadas las conquistas de la inteligencia humana, que será siempre limitada y finita. El hombre con el auxilio de solas las luces que toma de aquella, siempre será un misterio para sí mismo: los que quieren comprenderlo todo deliran: el misterio es inseparable del hombre, por cualquiera lado que se le considere. En el dominio de las ciencias el entendimiento humano toca

por todas partes en sus límites. Todo lo que no es religion, está lleno de enigmas indescifrables; y no podrán admitirse en el conocimiento de lo infinito! ¿No deben encontrarse mas cuando se trata de Dios? ¿Cómo habia de manifestarse á lo finito lo infinito sin imponerle misterios? La razón asistida de sus aberraciones viene á pedir á la fé sus santas obscuridades.

Sabida es la opinion que en esta materia tenia aquel filósofo, las mas veces desenfrenado apologista de la razón; pero otras amigo de la verdad. Así se explicaba: "Cuanto mas me esfuerzo en contemplar la esencia infinita, menos la concibo; pero cuanto menos la concibo mas la adoro: el uso mas digno de mi razón es anonadarse delante de aquella (1)." Si el hombre comprendiese los misterios, debia costarle mas trabajo creerlos, porque habria motivo para desconfiar de un sistema que el hombre pudiera haber discurrido: la obscuridad es necesaria para la fé. Lejos de que la inteligencia y el ingenio se abatan por eso, nada hay que mas armonía tenga con la dignidad humana. Si el conocimiento de la verdad religiosa fuese únicamente el resultado de los esfuerzos de la ciencia, el mayor número de los hombres no llegarían á penetrarla. Proscritos y envueltos en la mas vergonzosa ignorancia, no les quedaba otro recurso que usurpar la vida enteramente animal de los seres destinados á su servicio y sometidos por la naturaleza al imperio del hombre. A los ojos de la religion el derecho inalterable de la santa dignidad del hombre es que todos sean iguales. ¿Y que despues de seis mil años todavía esté la inteligencia humana fabricando una religion con la ayuda de sofismas y nebulosas teorías! Vanos serán sus esfuerzos. Solo la obscuridad de la fé impuesta para todos sin distincion es la que realiza esa noble igualdad. ¡Profunda sabiduría de la fé! Con sus misterios confunde el orgullo para salvarle del abatimiento, del error, y eleva á la clase del ingenio á la multitud del género humano: esto es evidentemente comprender la dignidad del hombre. La fé en los misterios llena una facultad íntima de nuestra alma, y satisface, segun el pensamiento de Bayle, todos los fines de la religion. "Todos los fines de la religion, decia, se hallan mejor satisfechos en los objetos que no se comprenden: inspiran mas admiracion, mas respeto y mas confianza, y forma uno mas consoladora idea de ellos." Si la necesidad de misterio es para el hombre una divina indicacion de la alianza que tiene que contraer con un ser superior; los misterios son á su vez el carácter cierto de una fé elevada que ha penetrado mas en las regiones de lo infinito.

Despues de esta simple exposicion ¿se podria de buena fé tratar de combatir ó eludir nuestros misterios con pruebas tomadas de otro orden que aquel á que corresponden? No se enseñan estos como verdades metafísicas, sino como hechos, cuya última razón es superior á nuestra inteligencia: están fuera de las leyes de la naturaleza y las superan. Testimonios de orden muy superior, monumentos

(1) Rousseau, *Emile*, tomo III, pag. 85.

irrefragables prueban que Dios los ha revelado: son verdades históricas. Suponer despues que son contrarios á la razon, es querer sentar como principio que una verdad metafísica puede destruir un hecho histórico demostrado cierto. Con todo, no se nos puede disputar que cada orden de verdades tiene su certidumbre propia, entera é igual á las otras en su género. Si Dios habló, su palabra es infalible, y los misterios son ciertos con toda la certidumbre de la misma verdad divina. Es pues falso que los misterios sean opuestos á la razon: solamente son superiores á ella porque la soberana razon los reveló. ¿Cómo podrian hallarse contradicciones y repugnancias en lo que nuestra razon no alcanza? Mas ¿quién no recuerda un dicho de Pascal, arrancado por el conocimiento mas profundamente verdadero de la dignidad humana? "El último paso de la razon, dice, es conocer que hay una infinidad de cosas que le son superiores: muy débil es si no llega hasta ese punto." Ahora preguntamos: en cuanto se supone que la razon humana no es capaz de comprenderlo todo, ¿no queda justificado que un dogma puede traspasar los límites del entendimiento humano, sin que encierre la negacion de ninguna verdad demostrada? Tambien se deduce, como consecuencia rigurosa, que es imposible señalar en ellos contradiccion alguna, porque seria preciso tener una idea clara y distinta de los términos que los enuncian, y que los misterios presentasen contradiccion en la sola enunciacion de los términos que afirman el sí y el no del mismo objeto y bajo las mismas relaciones. Así es que podemos decir con Bossuet, que por desechar misterios incomprensibles se precipita el hombre con frecuencia en errores incomprensibles.

En vano se acusaria á la fé de que aniquila la razon, obligándola á creer lo que no comprende. Es cierto que la fé no admite la filosofía como verdad completa, dejándole libre el campo de las ciencias, de las artes y de la industria para sus escurriones; y la obliga á que reconozca su impotencia para elevarse hasta la comprension de los divinos atributos, y descender hasta los secretos profundos que la humanidad encierra en su seno. Pero la filosofía no es la razon: esta es la facultad de conocer, y aquella no es otra cosa que el resultado de sus investigaciones, la regla ó camino que se ha abierto para llegar al conocimiento de lo verdadero. Lejos de que la fé escluya la razon, la supone y consagra todos sus derechos. La revelacion se dirige á la inteligencia para que ésta compruebe su existencia: le exhibe aquella en cierto modo sus credenciales; y hasta que la inteligencia las ha admitido, no la manda como soberana la revelacion. Así la fé siempre ha honrado los ingenios. Tuvo elogios para Platon, Aristóteles y Descartes; Bossuet honró al último como á su maestro; y Clemente Alejandro daba el mismo nombre á Aristóteles. La fé tendrá algun dia elogios para todos los grandes hombres contemporáneos, como los tuvo para Newton, Malbranche, Leibnitz y Bacon, cuyos descubrimientos y talento apreció y honró. Dicen que la fé prohibe el uso de la razon; pero es una equivocacion

estravagante. Si no se presta á reconocerla como infalible, le concede la facultad de poder llegar al conocimiento cierto de la verdad: el hombre lo consigue en efecto, cuando se trata de los motivos de credibilidad y de cualesquier otros hechos históricos. Es cierto que la fé tiene misterios; mas lejos de que la razon se oponga á la creencia de estos dogmas incomprensibles, convida á ello, porque por ser superiores á nuestra inteligencia no dejan de fundarse en un motivo de certidumbre incontestable. El motivo de la fé es Dios que se presenta con el cortejo inseparable de sus infinitas perfecciones: es su omnipotencia de veracidad é infalibilidad; y la garantía de la fé para todos es la mayor autoridad que se dió jamás á la tierra. La Iglesia dice al adulto y al niño, al docto y al ignorante: cree, y despues examina, raciocina y comprende, segun la magnífica expresion de S. Agustin: *Crede ut intelligas*. Luego si estamos rodeados por donde quiera de misterios impenetrables, ¿no seria absurdo suponer que podamos comprender los de Dios? y ¿no es hasta insensato impugnar la religion cristiana por el lado que es inespugnable á las armas de sus enemigos? Oh Padre comun de los hombres, ¡cuán dulce es meditar estas verdades, que tuvisteis por bien de revelar al mundo! La doctrina sublime que encierran es el pan de los fuertes con que quereis alimentar á vuestros hijos. ¡Desgraciados los que la desdefien, y permanezcan expuestos á crueles engaños!

La verdadera filosofía es la doctrina católica: solo ella tiene á su favor la verdad completa, porque solo ella posee el secreto de Dios y del hombre y el conocimiento cierto de las verdades que constituyen la vida moral de los pueblos. Sin duda el Criador iluminó con su luz desde la cuna del mundo á la gran familia humana; pero no habia querido abandonar ese débil arbusto á la impetuosidad de los vientos y al furor de la tempestad. Jamás fué mas brillante esta luz que cuando la voz del Eterno, que se habia oido en el Eden, en el Sinai, en la nube, bajó fuerte y lastimera desde la cumbre del Gólgota. Ya la inteligencia humana no tuvo que andar errante á la ventura, estraviándose aqui y allí, engañada con algunos rayos de una luz páfida, consultando á todas las escuelas, que no contestaban mas que con gritos de apuro, y preguntando por los caminos de la vida á unos sábios que la introducian en las sendas de la muerte. Ya el hombre no tuvo que poner su corona á los piés de los súbditos de su grande imperio, ni hacerse esclavo de una naturaleza, que era llamado á mandar. Los preceptos católicos oponen á la ignorancia del hombre sobre la naturaleza y atributos de la divinidad la doctrina mas luminosa sobre el sér soberano, que es el principio y la última razon de todas las cosas. Descubren la majestuosa unidad de su naturaleza en la trinidad de las personas, y se nos aparece la divina reparacion, que dispó todas las tinieblas haciendo brotar la fecundidad y la vida del seno mismo de la esterilidad. El hombre, que hasta entonces era un misterio inesplicable para sus ojos enfermos, fué revelado al hombre mismo: los

su nombre en el pensamiento divino, y se ve rey de esta magnífica creacion, en cuyo seno todo le anuncia que este mundo es un palacio preparado para su habitacion: que el brillante astro que le vivifica, es la antorcha destinada para dirigir sus pasos. Comprende que posee en sí mismo un reflejo de la luz increada y que su verdadera patria no es la movible arena del desierto en que intentaría á veces levantar su tienda. Oid la doctrina católica, y conoceréis los hombres y las cosas. Al darnos lecciones de lo pasado, nos enseña á penetrar lo presente y á conjeturar lo venidero. La declinacion de la humanidad se detuvo en Jesucristo, en el cual empezó el progreso. La cruz vino á ser el punto de partida y el concurso de todos los pensamientos humanos. Aquí tenemos simultáneamente la prueba y los resultados de uno de los hechos mas notables de nuestra época, poco acorde si se quiere con la prevision del filosofismo, pero que no por eso es menos incontestable: la marcha de nuestro siglo hácia el principio de perfectibilidad depositado en el seno del cristianismo. El progreso que se convirtió en otro tiempo contra él, ha venido á ser entre nosotros uno de sus mas poderosos auxiliares.

Descúbrese sin duda bajo diferentes aspectos la necesidad que sienten de él nuestras sociedades modernas, las cuales quieren progreso para la inteligencia, en las artes, el comercio y la industria: efecto admirable que no tenemos que disputar ni contradecir; pero que no podemos atribuir á la causa que los filósofos le señalan. No viendo el señor Michelet en la naturaleza mas que una pugna incesante entre la libertad y la fatalidad, hace consistir la ley de todo adelantamiento en el triunfo de la primera de estas fuerzas sobre la segunda. "La libertad, dice, es el fin de la humanidad: el progreso no es mas que la marcha de esta hácia aquel (1)." No llevará á mal que no atribuyamos únicamente á los adelantamientos de las facultades humanas los progresos que aparecen en el mundo religioso y social. Para nosotros es imposible desconocer la parte de Dios y la parte del hombre.

Confesamos con gusto que la vida de las sociedades temporales crece y adelanta fuera de la sociedad espiritual y por la libre accion del hombre; pero el principio de esta vida viene de Dios, y consiste en las primitivas verdades que son superiores á las empresas de la razon humana, porque tienen su origen en la revelacion, que en medio de las diferentes formas que toman las sociedades, permanece inmutable para formar la creencia de los pueblos. Todo progreso se lleva á cabo con estas dos condiciones: la razon y la fé. Esta toma por base los hechos sobrenaturales, cuya certidumbre descansa en el divino testimonio. Sus fundamentos son la palabra de Dios y los milagros. La autoridad que impone la conviccion, es la certidumbre de un hecho sobrenatural que confirma las verdades que se trata de creer. La razon, tomando por base los hechos naturales que le atestiguan la palabra de los hombres y el gran libro de la naturaleza, donde el

dedo de Dios trazó en el tiempo sus eternos pensamientos, percibe las verdades que naturalmente están á su alcance, las compara despues de percibidas, deduce el conocimiento de sus relaciones, y finalmente se adhiere á aquellas cuya existencia se le prueba con testimonios convincentes. La fé y la razon son distintas, pero están unidas lo mismo que el alma y el cuerpo. No se las puede confundir, porque es diferente su naturaleza, ni tampoco separarlas, porque la mano de Dios las ha unido. Son dos rayos del mismo sol de inteligencia, dos emanaciones del mismo Dios de verdad y dos hijas del mismo padre de las luces. Una es la luz natural, que por la evidencia de los principios ó la clara conexcion de las consecuencias arrastra la conviccion. La otra es la luz sobrenatural, que nos descubre objetos superiores á nuestra inteligencia, y que añadiendo la poderosa accion de la gracia á la evidencia de los motivos de credibilidad, forma en nosotros la mas firme certidumbre. Pero dejando de vivificarse la razon sin la fé se disolveria muy pronto como el cuerpo de que se aparta el alma, y la fé sin la razon seria incomprensible al entendimiento humano, así como el alma no puede revelarse sin el intermedio de los sentidos. La razon es á la fé lo que el cuerpo es al alma: la primera está subordinada á la segunda, lo mismo que las deducciones racionales se hallan necesariamente sujetas á la certidumbre de las realidades evidentes. La razon obra sobre bases que la fé le ha suministrado. Hé aquí lo que es la ciencia con respecto á la doctrina católica.

En el hombre hay tres cosas muy distintas; el origen, el medio y el fin. Los dos extremos encierran el problema del destino humano fijado por la palabra revelada y transmitido por autoridad y tradicion: con el auxilio de aquel la humanidad salida de Dios vuelve hácia él como fin ulterior por el vínculo de la religion. El medio de la humanidad es el mundo, es toda la creacion, y es la ciencia con todas sus clasificaciones. Así nosotros no pondremos jamás en duda que la razon humana pueda obtener ciertos resultados, tomando por punto de partida los hechos naturales y la evidencia que de ellos resulta: en matemáticas, en astronomía, y aun en todas las ciencias naturales, cuando no se quiera subir á su origen, ni explicar sus fines, bastarian para convencernos los monumentos de la antigüedad pagana, las obras maestras de literatura y la perfeccion de las bellas artes, frecuentemente ajenas del pensamiento religioso. Pero si lejos de limitarse á la observacion material de los hechos ó á su arbitraria interpretacion, quiere la razon levantar su vista mas arriba, tratar de Dios, del hombre y de la humanidad; debe reunir los datos adquiridos á los hechos del orden superior que hallan en la divina palabra tan alto grado de certidumbre: tal es la hipótesis que aceptamos. Mallebranche decia: "Dios es el vínculo de los espíritus, como el espacio lo es de los cuerpos." Es el manantial fecundo donde se sacia el ingenio. Si la naturaleza sirve para explicar la revelacion; la doctrina católica que contiene la revelacion del mundo invi-

(1) *Introduccion á la historia universal.*

sible, debe servir de guía á las ciencias profanas para adelantarse por entre el laberinto de las experiencias y la multiplicidad de los fenómenos á fin de buscar su explicación. Entonces así como los sentidos se dejan dirigir por la razón que certifica sus resultados ó relaciones, la ciencia debe verificar sus planes comparándolos con el orden sobrenatural que conoce por la doctrina católica, y que le da mayor grado de certeza. En virtud de las leyes armónicas, que dirigen los mundos del pensamiento y de la materia, del orden natural y sobrenatural, queda demostrado que las verdades de la doctrina católica son tan comprensibles á la inteligencia, cuanto son mas estensos los conocimientos naturales; y que cuanto mas fuera de duda están las verdades de la doctrina católica, otro tanto mas se ilustra la ciencia humana y adquiere mayor certidumbre. La ciencia es para el hombre la verdad en su forma mas elevada, y estamos obligados á reconocer diversas clasificaciones en su extenso dominio. Es una populosa ciudad con mil torres, en que cada siglo ha construido un templo; mas por grande que sea la diversidad de sus objetos, siempre procura unir lo que tiene de particular, transitorio y múltiple á alguna cosa que tenga al menos relativamente un caracter de unidad, de permanencia y de generalidad. Tal es la doctrina católica.

Lo que la distingue eminentemente de las opiniones filosóficas es esto. Pueden éstas modificarse segun las preocupaciones y al antojo de las circunstancias; pero la doctrina católica es inmutable en sus dogmas, y descansa en bases que no puede el entendimiento humano separar para sustituir sus miras particulares. Allí hay movimiento y sucesión: aquí todo es inmóvil é invariable. La ciencia se organiza completamente en la unidad, se mueve en este círculo sin límites; y halla el vínculo que reúne las nociones de que se forma. Emanado del elemento divino que la dirige, coordina y vivifica.

Dios, principio de todo lo que existe, ve en sí la razón de todas las cosas; de donde somos inducidos á concluir que la inteligencia infinita revelada al hombre es el principio de unidad de la indivisible sociedad de los espíritus, el elemento radical de toda inteligencia y el punto de partida de donde el ingenio debe arrojar cuando quiere dar un paso en la carrera de la ciencia. Haciendo que brille la gran luz de la plena revelación sobre el orbe del pensamiento, nos dice la postrera palabra de la ciencia de Dios, del hombre y del universo.

El paganismo, produciendo dioses segun sus caprichos, habia negado la unidad del Sér Supremo, alterado todos los atributos que constituyen su divina esencia, y obscurecido en la razón de los pueblos todas las nociones de que se compone la idea de lo infinito. A fuerza de disputar los filósofos racionalistas, acabaron por negar á la eterna sabiduría el atributo de la sabiduría, y á la suprema inteligencia el de la inteligencia. Cuando quiso la filosofía del siglo XIX levantar el velo que cubre á nuestros ojos el Dios oculto en quien nos es preciso creer, reveló su impotencia con sus vanos esfuerzos. Ella hace á Dios una fracción del mundo ó

un rayo de la razón humana, un gran todo ó una nada, la naturaleza, el espacio; palabras todas vacías de sentido. Mas la doctrina católica nos hace concebir á Dios con sus grandes caracteres de permanencia y de generalidad, como causa productora, como soberana razón, como principio de la unión de todos los seres, como objeto que los atrae, y fin á que todos deben caminar. Con su luz nos es dado conocer la misericordia y la justicia, la verdad y el poder, la ciencia infinita y la sabiduría sin límites del Sér Supremo.

En el mundo filosófico se presentan dos sistemas principales para explicar el origen del hombre, su naturaleza y su destino. Segun el parecer de Locke y de Condillac, el yo no es mas que una colección de sensaciones que experimenta el hombre, y de las que recuerda su memoria: su libertad está subordinada á la acción de los objetos: la materia puede pensar, y el hombre enteramente material no es para ellos mas que una agregación de partes dotadas de una actividad mas ó menos grande. El panteísmo, ó mejor, el eclecticismo fenomenal de Kant se reduce á mostrar al hombre sin mas que formas de espíritu en lo interior y accidentes materiales en lo exterior, nunca el nosotros mismos ó el ser; y se envuelve en el mas absoluto escepticismo sobre las cuestiones de la sustancia y del futuro destino del alma. Perdonémosles que no nos estendamos tocante á los sistemas de aquellos filósofos nuestros contemporáneos, que no han visto en el hombre mas que un sér sometido á las leyes de la fatalidad, y le han asemejado al bruto ó igualándole al Eterno. Tan cierto es que sin estas tres ideas de creación, de distinción entre el espíritu y la materia y de mundo venidero fluctúa el entendimiento humano á la ventura en una vaguedad infinita, parecido á un piloto desorientado que no conoce el punto de que salió, ni las regiones que cruza, ni el puerto á que debe dirigir su rumbo.

Pero la doctrina católica, poniendo el hecho de la creación al principio de todas las cosas, nos convida á considerar en el hombre un sér infinito que pertenece á dos mundos, y cuya misteriosa existencia está ligada con una cadena doble á las variables revoluciones del tiempo y al orden inmóvil de la eternidad. Nos enseña que el cuerpo debe estar subordinado al alma: que el hombre es el rey de la creación, y que su verdadera patria es el cielo. Todo atestigua sin duda la caída de los ángeles y del hombre: este es el fondo de la historia de todos los pueblos, y por todas partes subsisten las huellas de esta gran ruina: aun en el hombre se reconocen vestigios de esta perturbación que el crimen produjo en la naturaleza. En su frente lleva, si no con caracteres de sangre, al menos en signos indelebiles esta siniestra sentencia: *ser degenerado*. Sin embargo, despues de seis mil años que el hombre está marcado con este sello misterioso, ninguna filosofía ha podido romperle. El racionalismo, cifiendo á sus cortas ideas el plan del Criador, emprendió explicar este venerable fundamento de nuestra creencia á fuerza de investigaciones científicas, y acabó por negarle. Pero la doctrina católica lleva el pen-

samiento hacia este suceso misterioso, que la mas antigua tradicion coloca en el origen de las generaciones humanas. Nos revela que la humanidad se estrelló en la cuna de resultas de una gran caída, cuyo ruido ha resonado en todas las edades, y nos explica lo que queda inexplicable para todos los que le ignoran ó le niegan. Nos lo muestra buscando el germen de todas las medras de su vida terrena, y el camino que debia conducirle á la mansion de la felicidad, en la muerte de aquel que restauró la abatida naturaleza humana por medio del sacrificio mas angusto. El cristianismo mas ilustrado que la sabiduria humana dice al hombre: rey destronado, levántate de ese abatimiento en que yaces: la nada no es tu herencia, y si estás condenado á morir, la muerte no sellará tu sepulcro: del cielo procedes, y allí es donde debes descansar de todas tus fatigas despues de la noche de la vida.

¡Qué alegría, ó Salvador de los hombres, nos cabe en dar este glorioso testimonio de la veneracion que profesamos á la doctrina que nos enseñasteis! Alumbrando ésta al género humano con su viva luz, nos descubre los principios de cuanto nos importa saber. ¡Ojalá la tomen por su guía en algun tiempo los que ahora la desdefian sin conocerla bien!

En lo antiguo inventó el ateismo los átomos para borrar en la naturaleza el nombre de Dios: y la filosofía materialista ha reproducido despues el sistema de una materia eterna que existe por sí misma. Hay tambien algunos filósofos del siglo XIX, que parece no han repudiado este error; pero la doctrina católica dicta al hombre que el universo es la sublime operacion del Eterno, cuya gloria campea en la tierra así en lo infinitamente pequeño como en lo infinitamente grande. La creacion no es simplemente una idea, es un acto del Eterno, que quiso dar un signo exterior de su omnipotencia; y en este concepto tiene analogía con el universo, que es una reunion de hechos. Quitad este dogma, y toda la cosmología desaparece. La idea de la creacion es una necesidad del entendimiento humano, porque así le constituye con relacion al conocimiento general del universo en una situacion correspondiente á la en que él se esfuerza en colocarse para cada órden particular de los conocimientos. Ella le conduce á la distincion del espíritu y la materia; distincion que orienta al entendimiento del hombre en el inmenso porvenir, mostrándole el mundo actual como el pórtico misterioso del futuro. Le explica los designios de Dios, y elevándole del estudio del universo á la sencillez del divino pensamiento, así como el gran astro de la naturaleza, que mezcla á sus resplandores sombras angustas, le hace leer todo lo que puede descubrirse en los eternos pensamientos escritos en las revoluciones de los tiempos como otros tantos caracteres misteriosos. Ella consulta á todas las grandes ruinas, sembradas en el curso de los siglos. Atado está el universo entero con una misteriosa cadena, ó mejor con cierta razon que establece relaciones semejantes entre los diferentes términos de la progresion de los seres, y permite, mediante ciertos datos, descubrir los términos incógnitos. Esta razon, que

forma la cadena del mundo invisible y del visible, es la sagrada marca que Dios ha impreso en todas sus obras: señal tanto mas oscura, á medida que se va bajando de la escala de la creacion; pero que se ilumina al contrario cuanto mas nos acercamos al trono de Dios. La doctrina católica es un rayo emanado del sol de las inteligencias, en el que deben irse á encender las antorchas de toda ciencia. La perfeccion á que ella convida á los humanos, se realizaria en un estado de cosas, en que la grande estabilidad de la fé se combinase con la mayor actividad intelectual. De esa cruz de madera que enarbola en la cúpula de nuestros templos, como en los chapiteles de los palacios reales, derivan gradualmente las perfecciones del ingenio humano.

Dadme materia y movimiento, decia Descartes, y yo construiré un mundo. Dadme verdades, puede contestar el ingenio humano, y yo formaré las ciencias. No puede obrar sobre la nada: no puede mas que unir con el pensamiento seres ya existentes: los estudia, los compara, los reune, y de su concurso hace que resulte un sistema. Pero como solamente puede el ingenio fecundar sus elaboraciones apoyándose en las bases elementales, sentadas por la mano de Dios; así solo mientras no pierda de vista el objeto de todos sus esfuerzos, es llamado á hacer adquisiciones. Del mismo modo que todo lo criado tiene un fin, que es la eterna verdad, Dios. Todo cuanto subsiste es sin duda distinto de él; pero porque todo cuanto tiene ser ha salido de su seno, tambien todo tiene en él sus raices. Hé aquí por qué Dios es el supremo fin, hacia el que debe dirigirse toda verdad. Es así que la ciencia no es otra cosa que una reunion de verdades que gradualmente se manifiestan al ingenio humano; luego si se arroja por entre los objetos intermedios hacia aquel, que es el primer eslabon de la cadena intelectual, desde luego se constituye y adelanta. Pero si ella se olvida de sí misma hasta repudiar su fin sublime; retrocede y cae, porque una culpable tendencia la estravía apartandola de su verdadero destino. El aspecto con que miramos el fin inherente á las doctrinas, descansa sobre las mismas bases del órden moral y se reproduce en todas las páginas de la historia de la ciencia. No tememos afirmar que las doctrinas que han hecho progresar mas pronto el entendimiento humano, son aquellas que ha consagrado la religion, elevándolas á su noble fin. Por ejemplo de todos los sistemas de la antigua filosofía el que mas adelantó en la via del progreso, fué sin contradiccion el de Platón, porque fué religiosa su tendencia: fuera de sus errores parece que era el preludio de la regeneracion intelectual por Cristo. Y si nos fuera dado bosquejar en grande los caracteres que distinguieron las principales épocas de la humanidad, comparándolas con las leyes esenciales del ingenio del hombre; se advertiria cuán fructuosos han sido siempre los esfuerzos de la inteligencia, bajo la influencia de los principios religiosos.

En general la filosofía en el Oriente no fué otra cosa que el reflejo de la religion: por eso se descu-

bren en ella tantas verdades, y verdades tan profundas, que no podemos menos de descubrir en la cuna del género humano la patria de la mas alta filosofía. Si el movimiento socrático le hizo dar un gran paso con el adelantamiento de la libre reflexión; jamás pareció mas digno que cuando despues de haber salido violentamente del seno del culto, volvió á incorporarse á él bajo los auspicios de hombres que se pusieron de acuerdo con los misterios y la religion. El elemento radical de la edad media fué el cristianismo: por tanto á él se debe esa tan célebre filosofía, aunque poco apreciada por muchos, que se llama escolástica. Es tan digna del entendimiento humano, que segun el lenguaje de un filósofo costáneo (1), es probable que en el dia si se examinase la escolástica, se quedaria uno tan atónito de comprenderla y hallarla muy ingeniosa, que se miraria como una maravilla. Mientras la filosofía veia por fin que á su presencia se abria el santuario de la verdad, si brillaron las bellas letras en todo su esplendor, es porque el género humano habia crecido á toda la altura del nuevo culto. Y si de lo alto del trono, en que lo colocó la mano divina, el hombre reedificaba con las ruinas en este mundo de la historia las ciudades y los imperios que el tiempo se tragó; si la fisiología y la geología esparcen entre nosotros tantas luces sobre nuestro origen y el destino de la tierra; si sometiendo al espíritu matemático la ciencia de la naturaleza, nuestro siglo le ha dado una marcha racional que ha causado tantos progresos en la investigacion de la verdad; todo es porque el tiempo, en que los mismos sabios parece que deliraban, pasó ya, y porque la generacion actual, dejando en el fondo de su sepulcro lamentables teorías, prefiere entonar hacia el cielo el cántico de vida que ir a cantar himnos de muerte junto á la estatua de la nada. Las mil sendas de la ciencia se reunen para proclamar la doctrina católica: y de concierto con ella se encaminan en perfecta armonía á conseguir nuevas conquistas. Este es el camino que debe seguir la ciencia para llegar realmente al triunfo y á la gloria.

No, agitándose al acaso ó contra la voluntad soberana, no es posible que llene sus deberes. Al modo que si uno de los innumerables globos, cuyo movimiento regular concurre á la armonía del universo, llegase á traspasar su órbita, sin duda alguna ocurriria un trastorno en el mundo material; el mundo intelectual no podria menos de conmoverse hasta en sus cimientos si quisiese la ciencia volar fuera de la esfera de actividad, en que le plugo al Todopoderoso situarla. Las inteligencias tienen sus leyes como los cuerpos, y la doctrina católica es la via por donde deben caminar, porque está arreglada por la fé. La fé es la unidad, lo que procede de Dios: la ciencia es el adelantamiento, lo que procede del hombre en el orden intelectual. Por un lado una razon infinita y por solo esto infalible: por otro una razon limitada y por ello sujeta al error. Rousseau decia: "Frecuentemente la

razon nos engaña, muchos derechos hemos adquirido para rehusarla." Si apoyada en datos anteriores la ciencia humana quiere marchar adelante; es necesario que ejercite su actividad en el grado que le sea propio y posible para apoderarse de la verdad infinita que se le ha manifestado con la forma finita de la palabra, y que fecunde, tomando por regla la fé, el germen divino depositado en su seno por ella. Este movimiento de la ciencia es un deber que tiene su razon en las primitivas relaciones de la inteligencia humana con la inteligencia divina: es un derecho cuyo título escribió el mismo Sér Eterno en la frente del hombre imprimiendo en él los mismos contornos de su imágen. Por tanto la ciencia que toma sus luces de la fé, para disipar las sombras que ocultan los objetos de nuestras investigaciones, nos constituye mas y mas semejantes al tipo sobre que fuimos formados, sin que jamás podamos ni igualarle, ni llegar á él. Ella es la realizacion de la ley natural, que llama hácia Dios á todos los seres emanados de él. La observacion y la induccion son entonces para ella dos poderosas palancas, que hasta su alcance levantan al mundo de las inteligencias y de los cuerpos para que pueda contemplar á su sabor todas las riquezas. ¡Qué espectáculo tan hermoso! ver al hombre á la luz de la antorcha de la fé y con el hilo de la análisis en su mano penetrar en el laberinto del pensamiento, sondear sus complicadas revueltas, y seguirlo en sus combinaciones y comunicaciones! En sus escursiones por los datos del mundo material, se sirve de los recientes descubrimientos como de escalones para elevarse á los ulteriores, y trepa sin descanso por los caminos de la luz por donde la ciencia limitada del hombre tiende seguramente á la del sér infinito. No puede uno menos de exclamar con admiracion al contemplar este espectáculo: "Ahí teneis al rey de la creacion que el Eterno ha coronado de gloria y honor.... Así es que los verdaderos sabios en todos tiempos y entre todos los pueblos fueron guiados por la fé en sus doctas tareas. S. Agustin y Santo Tomás poseian todos los conocimientos de su siglo. En sus inmortales descubrimientos Keplero debió menos á la observacion que á las ideas de proporciones y de armonía que habia bebido en las verdades del orden sobrenatural. Leibnitz, que si se hubiera educado en el santuario, hubiera sido sin contradiccion el mayor ingenio de su siglo, debió su gloria á la region de las esencias, es decir, á los divinos tipos de que éstas eran figuras, y que percibia él mas allá de las ciencias naturales y materiales. Es seguramente el mismo pensamiento que dió á luz al gran Bossuet, y que ha dado al mundo despues de Maistre, de Bonald, de Chateaubriand y el padre Ventura. Siempre y en todas partes, y sobre todo en Roma, la Iglesia se ha puesto á la cabeza del movimiento científico y de la gloria de las naciones. No es posible que haya corazones tan frios, ni entendimientos tan ofuscados, que tengamos precision de recordar aquellas luces de civilizacion, aquel instinto de libertad y aquellas grandes instituciones que el mundo le debe. Así, cuan-

(1) El señor Cousin, *Curso de Filosofía*.

do la doctrina católica dicta sus sabias lecciones, son ilustrados los reyes y los pueblos. Lejos de ser enemiga del progreso, ella anima á él y le propaga. Semejante al sol, cuyo esplendor es mas vivo cuando los vientos han barrido las nubes, brilla la ciencia con nuevos fulgores, cuando va escoltada de la fé, porque ésta borra de su frente las preocupaciones y los errores.

La doctrina católica es el punto culminante de la razon y de la fé. Si se prescinde de este divino centro, la filosofía, falta de esta alianza íntima, se disuelve al momento, porque no puedo descansar sino en la nueva manifestacion del poder divino: y la historia entera del universo no seria otra cosa que un enigma sin solucion, un laberinto sin salida, y un gran monton de ruinas de un edificio sin acabar. Todo sistema que consiste en una negacion ó exclusion de la tendencia religiosa, está por solo esto muy desviado de la línea del progreso. Quitar á los ingenios la religion, es dejarlo á pié, hablando en el estilo de uno de los mayores talentos que han aparecido en el mundo: privándolo de su influencia que lo elevaba hasta los cielos, se les cortan las alas. Si la humana inteligencia deja de ir á beber en el manantial de la fé, perdiendo su dignidad y energía, ya no conserva poder para moverse como no sea en sentido retrógrado; y desde entonces vienen sombrías nubes á eclipsar el astro de la ciencia. Si derriba una de las bases sentadas por la fé, abre un abismo; y todo pensamiento que contradice al pensamiento de Dios, es un error. ¿Quién ignora que alterando los datos de la revelacion, el politeísmo estendió sobre el género humano las tinieblas espesas que por espacio de dos mil años degradaron á la razon? ¿que los entendimientos audaces que intentaron reconstruir el edificio del cristianismo sobre bases diferentes de las que fijó la mano divina, han venido á parar por rigurosas consecuencias, deducidas de sus propios principios, á admitir las mas repugnantes y absurdas doctrinas del paganismo? El siglo XVIII introdujo el escepticismo en la religion, y así fué tan fecundo en extravagancias racionales. Cada sabio tenia su sistema destruido por el que le seguia. Nada habia en filosofía mas que hipótesis y probabilidades. En metafísica Condillac, suponiendo una estatua, estraviaba la imaginacion. En política Rousseau sostenia como natural al hombre el estado salvaje. Los materialistas no consideraban la ley natural bajo otros aspectos que como ley de la naturaleza animal. El racionalismo ha destruido la razon, sujetándola á dimensiones visiblemente fuera de su alcance. El eclecticismo, no queriendo admitir una fé que todo el mundo le decia que venia del cielo, ha hecho profesion de elegir entre las ruinas de todos los cultos para no creer nada. El panteísmo ha dicho: "Todo es Dios," para no adorar nada. Y esa otra doctrina, que un respeto mezclado de dolor nos prohibe nombrar, despues de proclamar el principio falso de la preeminencia de la razon sobre la fé, se ha esforzado en vano para llegar á lo bello, porque lo buscaba fuera del límite de lo verdadero: triste, pero inevitable con-

dicion de la ciencia humana, cuando se desconoce á sí propia. La ciencia separada de la fé es una quimera, nada; pero aquella que apoyándose sobre el mundo visible é invisible, explica la una con la otra en virtud de sus relaciones, es real y verdadera, porque es conforme á la naturaleza de los seres.

Permítasenos pues unir nuestros deseos á los que no há mucho manifestaba con tanta energía el señor baron Gustavo de Romand, y digamos con él: "Guardaos del escepticismo ó de la indiferencia, como de un veneno mortal, que destruiria en vosotros todo principio de vida, y os separaria del tronco social como una rama seca. Inspiraros del soplo divino de la fé, y todo cuanto os rodee se animará, y muy pronto sentiréis una fuerza sobrenatural y desconocida, que convertirá vuestra estéril impotencia en la mas rica fecundidad (1)." No miréis la ciencia mas que como un medio de elevar el espíritu del hombre á las contemplaciones de la fé, cuyo auxiliar es y no puede menos de ser en los designios de Dios: este es su destino y esta su gloria. Que ambas en lugar de combatirse se animen mutuamente para lograr nuevas conquistas: que se esfuercen en armonioso concierto para cojer la inmensa cadena de verdades que se estiene desde el profundo abismo hasta lo mas alto de los cielos. Dios, que nos alumbra con la antorcha de la razon, no puede oponerse á Dios que nos ilumina con las luces de la revelacion. Continúen pues la fé y la ciencia estrechamente abrazadas como dos hermanas, íntimamente unidas por interés y amistad, en vez de separarse. La mas hermosa armonía entre los hombres de talento y los depositarios encargados de distribuir la luz intelectual á las generaciones nacientes fecundará los campos de la ciencia, y establecerá en los entendimientos y en los corazones el reinado de la verdad y del bien.

Como la doctrina católica no tiene, á lo que nos parece, otro objeto que la celestial felicidad, es el verdadero camino de la felicidad verdadera en la tierra. Es la sancion de toda moral, el mas potente principio civilizador, que ha penetrado en la vida humana en el curso de todos los siglos. Sábese que Platon anunció que los pueblos serian felices, cuando gobernasen los filósofos ó cuando los gobernantes lo fuesen. Gobernaron por sus consejos desde Nerva hasta Antonino, y luego en la persona de Marco Aurelio un filósofo fué emperador: esta era la ocasion mas señalada para que la filosofía probase su poderío. Pues á pesar de los esfuerzos, del mérito y de la habilidad de este príncipe, perecian manifestamente artes, literatura, ciencias y civilizacion. La filosofía del siglo XVIII, rompiendo con las tradiciones de lo pasado, desplegó su bandera, y se vieron tantos delirios como hombres y otras tantas quimeras vanas de perfeccion social: tembló el suelo francés, se conmovieron los cimientos de la sociedad, y apareció el egoísmo salvaje, solo él en pié sobre las ruinas de

(1) Miras sobre los escepticismos de 1842.

las familias, de los estados y del género humano, hollando la tierna piedad, la santa justicia, la dulce amistad, la voz de la sangre y de la patria. Por entre los sangrientos combates de una licencia desenfrenada marchó la sociedad á una inevitable decadencia. En el siglo XIX no ha quedado medio que no haya tanteado la filosofía para mejorar la suerte de las diversas clases sociales; el eclecticismo del señor Cousin, las leyes de la libertad y de la fatalidad de Jouffroy y Michelet, el método psicológico de Damiron, la personificación divina de la razón humana de Lherminier, el sistema industrial de Henrique de San Simon, el idealismo ó misticismo de Leroux, el sensualismo de Fourier, la teoría exclusiva de los hechos sobrenaturales de Salvador y las de los mitos de Strauss, que honran infinito el talento de estos autores. Mas no los seguiremos aquí en la esplanación de sus sistemas, ni trataremos de calcular sus resultados. Acaso como imprudentes navegantes engolfados en alta mar han descuidado con harta frecuencia observar el único astro que podía fijar sus incertidumbres; y errantes al capricho de los vientos, han hecho que sus sistemas se convirtieran en juguete de las olas, sin dejar siquiera á los naufragos tabla alguna para volver a tomar puerto.

Fijense los ojos en la doctrina católica: su moral purifica los afectos y santifica todo cuanto toca. Desvía de todos los vicios y manda la practica de todas las virtudes: al lado del precepto que aterra y del sacrificio que desconcierta nuestra flaqueza, dispone que brillen sobre nuestras cabezas las coronas inmortales tejidas por una mano divina. Es propia para todas las edades, para todos los tiempos, para todas las clases y para todas las naciones. No hay necesidad alguna del corazón humano que no pueda ella satisfacer. Hija de la sabiduría increada, es la gloria de la edad madura: en el rostro de la virgen cristiana hace que brille un rayo de celestial belleza, y coloca una corona de dignidad en la venerable frente del anciano. Nos manda que todos nos amemos, y que amemos hasta á nuestros enemigos como hermanos. Establece una igualdad real entre los hombres, compensando la superioridad de los unos sobre los otros con las mas terribles obligaciones. Su espíritu, caritativo con la debilidad, compasivo con la desgracia y enemigo de la violencia, inspira á los hombres ideas de devoción y de sacrificio. Escita los corazones capaces de nobles emociones; y por temor ó por amor insta al rico á que abra su mano en el seno de la indigencia para socorrer su infortunio. Entre los harapos que cubren al pobre, le enseña un hijo del mismo padre destinado á la misma gloria, á fin de unirlos con el mismo amor. Dentro del arca mística del catolicismo está depositado el solo pensamiento de humanidad que debe reunir á todos los hombres bajo una misma bandera: su ley no es ley de terror ni de esclavitud, sino de amor y de libertad. Manda el respeto y sumisión á las potestades: tan enemiga del despotismo como de la anarquía, condena la tiranía, instituye la familia, prescribe la tolerancia para con las personas, consagra todos los

principios de sociabilidad, y el amor fraternal que inspira, es la mas firme seguridad de los gobiernos y de la felicidad de los pueblos. Para ella no hay judíos, ni griegos, ni bárbaros: manda al hombre que ame á todos sus hermanos, sin distinción de edad, de sexo, de culto ni de estado, porque todos somos hijos del mismo padre y llamados al mismo destino. Unidos por naturaleza, ¿por qué no lo hemos de estar por la misma fé y por el mismo amor?

Leed á Ciceron, Séneca, Epicteto y Marco Aurelio, y veréis los consuelos que ofrecia la filosofía al dolor y á la tristeza. "Es una necesidad del hado, decian; de todo nos debemos consolar; hay que armarse de valor y arrostrarlo todo;" pero el catolicismo da al simple artesano el conocimiento de verdades mas útiles que las descubiertas por la filosofía, y mas virtudes que la razón humana es capaz de producir, mas ideas sublimes que el ingenio puede concebir jamás, y mas consuelos que puede dar el mundo entero contra los dolores y el tedio. La doctrina católica es la que despues de cuarenta siglos de esclavitud propagó la libertad por entre el torrente de las edades, y adelantó la emancipación progresiva de la humanidad en el seno de las tempestades sociales que siempre ha calmado. Ha sembrado constantemente principios de fraternidad en el mundo sin causar jamás menoscabo á ninguna de sus gerarquías. Ha reorganizado las familias sin debilitar la autoridad paterna, moderado el poder de los monarcas sin conmovier sus tronos, é introducido el orden en las repúblicas sin avasallarlas. Hace cuatrocientos años que de siglo en siglo se ha levantado una solemne voz de lo alto del Vaticano que ha protestado a nombre de la humanidad ultrajada en las personas de los esclavos. Aun hoy mismo desea el cristianismo restituir á esta casta desheredada la parte que le corresponde en la herencia comun de civilización que Cristo legó á los pueblos, y reanimar en ella el sentimiento de dignidad, que si se ha borrado de su frente, es porque ya no se conservaba en su corazón. La acción incesante y bien ordenada del espiritualismo católico repara por todas partes lo que la acción desordenada del sensualismo antiguo habia destruido. Un pueblo verdaderamente cristiano está animado de todos los sentimientos nobles y generosos, preserva su corazón de las viles pasiones, desaprueba la venganza, y detesta la injusticia. Quiere todo lo que puede hacer á su patria mas poderosa y libre; pero nunca un progreso religioso que rompa la unidad, ni una libertad contra el orden. Esta es sin duda la menor gloria tuya, religion divina; sin embargo, esta gloria té pertenece; y los títulos que te la aseguran están escritos con caracteres indelebiles en las columnas de la eternidad.

¡Ojalá que todas las naciones oigan siempre y comprendan tu voz! y en tus doctrinas hallarán afianzados el orden público y la seguridad personal: entonces ya no se romperán los eslabones de la misteriosa cadena, que uniendo el cielo con la tierra, junta todas las potestades morales, desde la autoridad paternal hasta la omnipotencia divina. Será

mas firme la obediencia á las leyes y mas dócil la libertad, porque conocerán todo el valor de su energía. Conservaremos entre nosotros ese lenguaje del honor bien entendido, esa buena inteligencia que mantiene todas las categorías, esa mútua estimación que suaviza todos los caracteres, esa moderación de genio que presta todos los servicios, esa sobriedad de los deseos necesarios á los estados, á los cuales salva la paz y robustecen la moderación y la gerarquía de los poderes, elemento precioso de toda autoridad.

—*—*—

CAPITULO II.

DE LA SOBERANÍA ESPIRITUAL EN LA IGLESIA.

El catolicismo es un hecho divino.—Su gobierno es monárquico.—De la constitución civil y religiosa de los pueblos.—Del Papa: es el jefe del episcopado.—De los obispos: están investidos del derecho de soberanía.—Consecuencias de la constitución de la Iglesia católica en presencia de las necesidades de la sociedad.—De la fé, del progreso y de la tolerancia.—Las comunicaciones que la antigüedad habia inventado entre los hombres y Dios, no eran la fé.—En el catolicismo, manifestación la mas perfecta de Dios, se encuentra la regla de los adelantamientos de la sociedad.—Palabras notables del Sr. Carné.—El catolicismo es el primer vínculo político y la mas fuerte salvaguardia de la libertad de los pueblos.—No ha muerto el catolicismo.

No puede uno menos de asombrarse cuando ve que ciertos escritores contemporáneos se complacen en tratar la religion de puerilidad y de juego de niños. Por entre las sombras de los tiempos antiguos y siguiendo un camino cierto descubrimos siempre y en todas partes las condiciones manifestas de la sociedad del hombre con Dios, las formas del culto de admirable sencillez en el principio del mundo y bajo las tiendas de los patriarcas. Escogió Dios despues un pueblo, dándole instituciones destinadas á encerrarle como en un sagrado recinto y á preservarle de la general corrupcion. La nacion judía se nos presenta llenando una gran mision, que al mismo tiempo abraza lo pasado y lo venidero: su objeto era conservar el depósito de las verdades reveladas, perpetuar en la tierra á los adoradores del Dios verdadero, y preparar todas las aclaraciones que debia recibir la fé primitiva en el tiempo de Jesucristo. Aparece por fin la divina obra manifestada en la fundación de la sociedad cristiana. Reconoce por su fundador, no á un sabio de la tierra, mas versado en la legislación que los Solones y Licurgos, sino á un Dios, ó mas bien á un hombre Dios habitando entre los hombres. La antigüedad sagrada y los mismos monumentos de la antigüedad profana le rinden homenaje: todos los tiempos que le precedieron se levantan para atestiguar la verdad de las promesas celestiales cumplidas en Jesucristo, que se manifestó él mismo con señales infalibles que el error no ha podido imitar. Para con-

vencer á los hombres de que era el Hijo de Dios, les dió la única prueba que no podia engañarlos: hizo obras divinas. Que vengan luego á decirnos que el catolicismo no es mas que una quimera ó un nombre falso de realidad, y que cada cual ha recibido la mision de formar por sí su religion y su fé: nosotros tenemos derecho para responder apoyados en pruebas certisimas con el mayor grado de certidumbre histórica: que es un hecho divino, ó mas bien una reunion de grandes hechos sobrenaturales. Los cantos proféticos habian celebrado anticipadamente su nueva aparición, y todo testifica que la promesa se cumplió. Este es el centro adonde vienen á parar todos los acontecimientos del universo. La verdadera fé es como un sol, que habiendo salido sobre el mundo naciente despide despues de la caída del primer hombre un rayo de esperanza sobre las ruinas de nuestra abatida naturaleza. Siembra por medio de Moisés y los profetas una luz incesante y creciente por el camino que con trabajo recorre la humanidad, y de siglo en siglo sube con maravilloso progreso hasta el gran día del Evangelio. Así el catolicismo resulta ser el término necesario de todas las instituciones del pueblo judío y la realidad de todas las figuras. Aparece divino por los milagros que acompañaron su origen monumentos auténticos que aun ahora se miran frecuentemente con desden, y hasta parece que á veces se teme pronunciar su nombre; pero los testimonios antiguos ó enemigos de las edades contemporáneas obligan á admitirlos. Judíos y paganos, todos habian de sus maravillosas obras. Sus brillantes hechos se fundan en testimonios numerosos, graves, emanados de hombres eminentes en santidad, que esparcidos por todas las partes del mundo nada alteraron ni variaron en su relacion, y que dieron la vida por atestiguarlos. Y ¿quién se atreveria á negar el testimonio de sangre? Suben al cadalso estos héroes para dar testimonio, no de las opiniones, sino de los hechos ocurridos á su vista; ¿pueden negarse sin caer en un escepticismo espantoso (1)? No hay nadie que ignore que hace cerca de diez y ocho siglos un hecho importantísimo ocupó un lugar en los anales de los pueblos: que á la voz de algunos hombres faltos de ciencia, de riquezas, de elocuencia y de fuerzas humanas, todo lo que hasta entonces se habia considerado como verdadero, bello y bueno, pareció de repente falso, malo y detestable. La sabiduría del paganismo fué tratada de locura; y lo que se miraba como locura, en la cruz se llamó sabiduría. Anúncianse una doctrina que superaba infinitamente el alcance del entendimiento humano, y una moral contraria á todas las pasiones del corazón; y el mundo se somete á ellas (2). Se multiplican las persecuciones, levántanse cismas y herejías, entran en la lid el filo-

(1) Los discípulos de los que no quisieron creerlos, han llegado hasta el extremo de no creer su propia existencia, y de anonadarse en lo que ellos llaman humanidad: consecuencia rigorosa de la lógica inflexible del ingenuo del hombre.

(2) En vano ha abortado el error, en la pugna perpétua que sostiene con la verdad, innumerables sistemas para negar la acción providencial y directa de la divinidad en la fundación del cristianismo: la senates publica los ha condenado.

sofismo y la depravacion del hombre. En esta espantosa refriega ha vencido el catolicismo. La Cruz cambió el aspecto del mundo, y no cesa de dilatar sus conquistas; y este prodigio irá continuando hasta el fin de los siglos. De este modo el catolicismo atravesando los tiempos se asocia los individuos y los pueblos, y vuelve a la eternidad de que salió. Su divinidad está ligada á hechos históricos que provocan y desafían el exámen de la crítica mas severa. ¡Oh! si no fuera un hecho divino, mil veces habria perecido. Su existencia despues de todas las contrariedades que ha encontrado desde el principio hasta nuestros dias, es un milagro suficiente para imprimir en su frente el sello visible de Dios. Así el Legislador celestial, queriendo valerse para el establecimiento del cristianismo de instrumentos privados de todo cuanto contribuye al logro de los designios del hombre, separó de la constitucion que quiso darle los recursos que le son indispensables, y no escribió nada. Sola una ley habia promulgado su soberana justicia en otro tiempo á la tierra, la ley del Sinaí; y su vida y sus doctrinas no fueron mas que el comentario de aquella. Habiendo criado al hombre á su imagen y semejanza le reparaba á su imitacion. Dijo á los apóstoles: "Enseñad y bautizad á todas las naciones;" y á Simon, hijo de Juan: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia: las puertas del infierno no prevalecerán jamas contra ella;" y apenas principió la sociedad espiritual ya estaba instituida. Depositaria de la completa revelacion habia recibido de aquel cuyas palabras todas son espíritu y vida, una doctrina, una disciplina y un gobierno. ¡Quién tuviera suficiente voz para esclamar: ¡oh constitucion maravillosa de la Iglesia católica! Jamás consiguen los legisladores disponer los ánimos, y dominar las circunstancias para combinar y poner por obra un órden social, sino á fuerza de poder y de talento. Escriben códigos, instituyen magistrados, ó bien reunidos discuten leyes fundamentales. Pero el divino fundador habló, y á su voz poderosa como en el dia en que creó la luz la Iglesia católica fué. En tanto que los hombres, modernos fabricantes del edificio social, anulando ó formando constituciones parece que no buscan mas que el placer de destruir (tal es la prontitud con que sus obras quebradizas se arruinan al primer embate de las tempestades), la Iglesia quedó incontrastablemente constituida desde su cuna para durar hasta el fin de los tiempos.

No es nuestro designio probar aquí la necesidad de su autoridad. No queremos mas que esponer los principios con que se rige. La independencia del entendimiento llevada al estremo ha producido el odio á toda autoridad hasta rayar en fanatismo. Colocando la razon individual sobre la eterna y la de todos los tiempos, el filosofismo moderno ha intentado derribar de un solo golpe toda autoridad divina y humana. Los reyes han sido señalados al odio con el nombre de déspotas, y se ha creído desterrar á Dios de la sociedad (1).

Entre los escritores franceses unos no ven en el catolicismo mas que una creencia individual, que hácia el quinto siglo llegó á ser una institucion por un aumento progresivo y puramente humano (1). Otros, llevando al exceso la libertad de escámen, han llegado á desterrar toda noción de lo que es Iglesia, para reconocer en cada entendimiento el derecho de aislarse y definir, sin otro vínculo para la sociedad cristiana que el mismo principio de todas las contradicciones (2). Cosa singularísima seria que la Iglesia tuviese un fundador que nada hubiera fundado, que hubiera traído al mundo la salvacion y la verdad, sin haber pensado en los medios de trasmitirlas intactas á las generaciones futuras. ¿Habria dejado su obra sin seguridad, sin constitucion social, como una simple teoría, meteoro brillante sin lugar determinado y sin ley? Admitir esta hipótesis despues de haber negado su divinidad, seria disfrazarle de hombre de pocos alcances y de impostor. Habiendo venido al mundo á esponer y plantear una doctrina toda celestial, debió querer establecer una sociedad espiritual, porque está en la naturaleza de una doctrina grave, de una doctrina de concordia, de unidad y de amor asociar entre sí á los hombres que la abrazan. Necesitó pues esta sociedad una organizacion, un poder, que es uno de los elementos constitutivos de toda sociedad. Y ahí tenemos á la Iglesia tal como Jesucristo la formó. Es una casa con su cabeza, una ciudad con sus magistrados, un reino con sus príncipes, un aprisco con sus pastores. Es la mas perfecta institucion social: una sociedad que lleva en sí misma el sello de una mano divina. Fenelon decia: "Los hombres pueden nombrar magistrados y jueces: solo Dios puede crear sacrificadores y dispensadores de sus misterios." Por eso tiene esta sociedad un poder soberano ó indestructible, en el que siempre se estrellarán todos los esfuerzos de la anarquía. Este poder que le ha tocado en herencia, es á un mismo tiempo de enseñanza, de definicion, de proteccion ó de impulsión, porque se trataba de perpetuar la fé, el culto y la gracia. Como esposa del rey invisible de la tierra y de los cielos, está destinada en su nombre para gobernar el reino de Dios situado mas allá de este mundo. Su objeto por su naturaleza y sus efectos inmediatos se refieren á la santificacion de las almas, y terminan con los bienes de la mansion de los eternos resplandores. Instituida en la tierra para sustituir un principio espiritual al principio material de la antigua civilizacion, cuyas consecuencias todas habia deducido el imperio romano, se unió con la sociedad civil sin confundirse. Su mision era renovar el género humano. Encarnó, por decirlo así, en la vida temporal de los pueblos; pero como una alma pura, adherida, mas no sujeta á un cuerpo mortal. Sabemos que en la edad media reputó como una obra de sabiduría ejercer un alto dominio en las cosas temporales, y dar en esta jurisdiccion órdenes que los pueblos y reyes acataban. Pero sin duda se nos concederá que

(1) César Renouss, *Essays de Philosophie*, 2 vol. en 8.º

(1) Guizot, *Cours de civilisation*, p. 198.

(2) Guizot, *Revue de ambos mundos*, 16 de Abril de 1842.

la ley del tiempo y la fuerza de las cosas obligaron á la Iglesia á ello. La misma humanidad no puede agradecer bastante el servicio inapreciable que aquella le hizo, ejerciendo la tutela durante su menoría en la vida social. Este derecho era entonces tan conforme con el orden legal y el derecho común, como en nuestra época sería opuesto. Los tiempos han variado: ilustrados los pueblos y los reyes comprenden toda la extensión de sus derechos; y mejor acaso que nunca están en camino de hacerlos respetar y valer. Lejos de disputárselos el venerable é ilustre Gregorio XVI, pontífice que al subir á la cátedra de Pedro ha llevado todas las virtudes de su apostolado, ha declarado a la faz del universo: "Que la santa sede no quiere ejercer en los estados la autoridad legislativa fuera del círculo de sus atribuciones eclesiásticas: y que rechaza con horror la mas ligera sospecha de opinion ó intencion que no fuere conforme a la máxima de entera sumision á que están obligados los súbditos en el orden civil para con la potestad temporal (1)." "La santa sede no piensa, dice el Sr. Buyer, que la intervencion temporal, tal como la ejercieron Gregorio VII é Inocencio IV, pertenezca á la fé católica, y solemnemente declara que el mismo ministerio episcopal está sujeto en el orden temporal á la jurisdiccion de los seglares (2)." Queda cerrado el campo á las declamaciones de los políticos y de los filósofos, que de buena fé habian podido sospechar hasta aquí en la Iglesia designios de usurpacion al estado. ¿Se volverá á suscitar la misma tesis contra ella? Lo ignoramos. Lo que no podemos dudar es que en el error hay una disposicion que fatiga, sin quitar al corazon que le combate ni compasion, ni amor. Esta aflictiva disposicion es el olvido desgraciado y voluntario de los monumentos y de los datos en favor de la verdad. En tanto que esta se rodea de pruebas para descubrirse á las inteligencias, se la deja pasar como el agua que corre: abrese un ojo medio dormido y apenas mira: vuélvese á cerrar, y continúa el sueño sin cuidarse para nada de la realidad.

Pero si es verdad que el poder de la Iglesia está limitado al orden espiritual, no es menos incontestable que no depende del estado dentro de esos mismos limites. En la esfera de actividad en que la colocó su divino fundador, no hay potestad en la tierra que no le esté subordinada. Este dogma, impugnado ó puesto en problema en otros reinos, es el fundamento en que estriba su símbolo y la columna que la sostiene. Su divino fundador le dió una constitucion enteramente divina. El Hijo de Dios que se hizo visible en la tierra con forma humana, pone de frente y en dos líneas paralelas dos autoridades iguales, Dios y César; personificacion la una del poder espiritual y la otra del poder temporal. Luego los reyes y los pontífices son soberanos independientes cada uno dentro de su jurisdiccion. Sobre los mismos hombres reinan estas dos

potestades; y sin embargo sus atribuciones están y debian estar separadas por limites tan precisos, que aunque cada una de ellas despliegue sus facultades en toda su extension, puede evitar todo encuentro con la potestad paralela. Las dos deben permanecer siempre unidas y distintas. La Iglesia sometida al estado en el orden temporal es soberana en todos los objetos del espiritual. No le falta ninguna de estas prerogativas. Se le han cometido la doctrina de la divina palabra y la auténtica interpretacion de los diversos sentidos que pueden dársele, la decision irreformable de las diferencias que pueden producir en nuestro entendimiento, el dominio y jurisdiccion en los sacramentos de la Iglesia y el poder de sacrificar. Fácilmente se ve que la autoridad instituida por Moises, y que él mismo inclinó de antemano al morir ante la autoridad de un profeta mucho mayor que él, que habia de salir de su pueblo; y la autoridad de la sinagoga, circunscrita á las fronteras de la Judes y en los límites de las épocas de expectacion, no eran mas que un bosquejo del alto poder espiritual que debia recibir el catolicismo para todos los siglos y sobre todos los pueblos. Es de tal preeminencia esta autoridad, que ninguna otra puede llegar entre los hombres al mismo grado. Podrá la política de las naciones afirmar las gradas de los tronos conmovidos por las facciones, estrechar los vínculos sociales con una feliz combinacion, en que los poderes administrativo, legislativo y judicial se hallen hábilmente equilibrados, donde los derechos civiles de todos estén claramente afianzados, y donde se protejan ampliamente las artes, las ciencias, el comercio y la industria; pero la autoridad humana no alcanzará nunca mas que al cuerpo, y el alma siempre la eludirá. Aquella no conoce mas que los actos exteriores, los hechos perceptibles. Ante la ley no existen los mayores crimenes sino cuando pueden justificarse en los tribunales. Jamás penetra hasta la vida interior del hombre; y de aquí nace el axioma moderno: *la vida interior debe estar tapada*. Ningun potentado del mundo puede mandar en la persuasion de los hombres: puede sujetarlos con la fuerza ó obligarlos con la violencia; pero dominar su voluntad es imposible. Solo la autoridad católica, porque es divina, habla en sus prohibiciones y en sus mandamientos á la voluntad del hombre, y tiene derecho de imponerles la obligacion estrecha de creer de todo corazon lo que ella ha juzgado y definido una vez. ¿Qué es la autoridad de la filosofía? Buen chasco se llevaria el que esperase de ella un resultado positivo. El filosofismo, verdadera Penélope que durante la noche deshace la tela que labró de dia, apenas ha fabricado un sistema, cuando combate sus cimientos para derribarle: toma y echa á un lado, escoge y deja. No puede su autoridad tener carácter alguno de estabilidad, porque la movilidad de los pensamientos y opiniones humanas le hace incapaz de adquirir y comunicar la certidumbre (1). A la autoridad

(1) Allocuciones de 10 de Diciembre de 1887 y 13 de Diciembre de 1888, y otras. Encíclica del 18 de Agosto de 1882.

(2) *Defensa de la Iglesia católica contra la herejía constitucional*, pág. 26.

(1) En la presente obra tendremos ocasion de explicar esta tesis, que por ahora basta que conocamos.

católica pertenece únicamente fijar en sus límites exactos la verdad religiosa que ha recibido. Promulgándola diariamente en el mundo, no cesa de protegerla y defenderla. Una fuerza superior á todas las fuerzas humanas, aneja á esta autoridad, conserva la integridad de la fé donde quiera que la combaten, y se proclama la ortodoxia por cuantos medios están á disposicion del hombre. Si, la armonía de las verdades católicas y su firmeza, sostenidas por la autoridad de definicion, serian bastantes por sí solas para probar el divino origen de este poder y el de la misma Iglesia. Como nunca religion alguna ha podido nacer y subsistir contra todos los medios naturales y sin recurrir á la seduccion, á la fuerza ó á un sistema político; tampoco ninguna secta religiosa ha llegado jamás á constituir (1) un cuerpo completo y armonioso de doctrina. Recórranse los diversos sistemas religiosos antiguos y modernos: en ellos se hallará lo mas sublime que el talento humano ha inventado; pero faltaran la coherencia y la invariabilidad, el sello de la divinidad. Solo el catolicismo, gracias á su poder de definicion, goza de la plenitud del poder constitutivo, resultado que no puede producir la simple escritura, supuesto que esta no puede ser comprensible para todos, y que su padre, segun Platon, no está allí para defenderla. ¡Iglesia santa! canal de las aguas de la sana doctrina y órgano de los pensamientos de Dios, madre y nodriza de los verdaderos fieles, siempre combatida y siempre victoriosa, siempre amenazada de ruina y siempre en pie, tú apareces á nuestros ojos como un faro inmortal colocado por la mano de Dios sobre una roca inaccesible á las nubes. De tu seno sale una resplandeciente luz que indica á la humanidad por entre los escollos del tiempo el camino de los dos progresos, por donde debemos adelantar poco á poco hacia el puerto de la eternidad. El gobierno de la Iglesia, en la esfera espiritual que le es propia, es monárquico.

No nos detendremos en enumerar las diversas formas de gobierno destinadas á dirigir la sociedad civil, ni procederemos en esta materia por via de exclusion ó de preferencia. Teniendo que sufrir la movible influencia de las opiniones humanas y de los diferentes sucesos que cambian la faz de los imperios, se ve que los pueblos pasan sucesivamente por varias transformaciones de gobierno, segun los tiempos, las costumbres, y las necesidades de cada siglo. No sucede así en la Iglesia católica. Su divino fundador la constituyó para que permanezca tal como la formó hasta la consumacion de los siglos. Ciertamente era necesario que así fuese; porque ¿quién no ve que mudando su forma esencial, se destruiria todo el orden sobre que aquel la fundó? La forma que le dió, debe ser permanente, perpétua. Naturalmente nos veriamos en el caso de responder con Fenelon, á los señores Jurieu, Claude y du Moulin: "Que el ministerio de los pastores es independiente del derecho natural de los pueblos, porque solo á Dios pertenece poner su pa-

labra en la boca de un hombre para que hable en su nombre (1)." Pero mas adelante daremos á esta cuestion toda la estension que exige. Por ahora nos basta esponer la forma bajo la cual se ejerce la autoridad de la Iglesia católica. No sabemos cómo explicar la obstinacion de la moderna filosofía en sostener que el origen de aquella es confuso, y que solo á la larga y por una serie de imprevistas circunstancias llegó á organizarse, si no nos constara que es mas fácil y cómodo tener una opinion que una creencia. Desde el momento en que la autoridad de la Iglesia no fuera mas que una institucion humana, dejaria de tener derecho de obligar las conciencias.

Bien se puede afirmar que solo existió en embrion en los cinco primeros siglos (2); pero no podrá probárenos que andamos desviados de la verdad, cuando sostenemos que el gobierno de la Iglesia es del mismo origen y de la misma data que ella. Fué establecido con el Evangelio para perpetuarle; y el papado, base de su gerarquía, fué desde entonces todo lo que debia ser como *poder espiritual*. Bajo este aspecto ha sido siempre el mismo, sin haber tenido necesidad de engrandecerse. En la persona de Pedro residieron la preeminencia y el poder monárquico. Este apóstol fué instituido centro de la unidad y clave de la bóveda del gobierno de la Iglesia.

Apenas confesó la divinidad de Jesucristo, le dijo éste: "Bienaventurado Pedro, porque no te han revelado este misterio la carne, ni la sangre, sino el espíritu de mi Padre que está en tí; y yo, Hijo de Dios vivo, te digo que te llamas Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia; y contra ella no prevalecerán las puertas del infierno." A Pedro se le dió esta seguridad: "He pedido por tí, para que tu fé no desfallezca, y convertido tú confirmarás á tus hermanos." A Pedro se dijeron estas palabras llenas de la virtud del poder supremo antes que se dirigiesen al colegio apostólico: "Todo lo que atares en la tierra, quedará atado en el cielo." En fin, solo á Pedro se le dijo: "Apacienta á mis corderos; apacienta á mis ovejas;" es decir, á los pastores y á los pueblos. Es de tal estension este poder, que no tiene mas límites que el universo entero. Desde el ardiente sur hasta el frio septentrion, entre las errantes rancherías así como en el seno de la mas civilizada sociedad, en la choza como bajo dorados artesones, no existe un mortal que no esté sujeto al poder de este báculo tutelar. Siempre y en todas partes ejerció la suprema primacía y el poder monárquico entre los demas apóstoles. El Papa, investido por derecho de sucesion (3) con la dignidad de S. Pedro, lo ha sido tambien siempre con la plenitud de su poder. Cabeza visible de la Iglesia, es el príncipe de todos los pontífices. Dotado de una estabilidad original en la fé, está encargado del supremo poder para de-

(1) *Perpetuidad del ministerio de los pastores*, §. II.

(2) Guizot, *Cursos de civil.* 31 lec.—Michelet, *Hist. de Francia*, t. I, p. 112.

(3) S. Pedro designó sus tres sucesores inmediatos. *Concl. apóst.* VII, 41.

(1) Entendamos por esta palabra: establecer y conservar.

finir las reglas ciertas de la fé y de las costumbres. Es el jefe del episcopado, de donde parten los radios del gobierno: la primera cátedra, la cátedra única en la cual sola conservan todos la unidad. Pontífices, pastores de las naciones, vosotros no sois mas que las ovejas de Pedro.

¡Oh padre comun de la gran familia! dignaos de recibir las humildes súplicas y respetuoso homenaje de un hijo sumiso que os implora. Dignaos de bendecirle desde la elevada cátedra, resplandeciente de gloria, que ocupa. La tradicion no es menos terminante en los cuatro primeros siglos que en los siguientes. Todos proclaman con magnifico concierto las prerogativas de honor y de jurisdiccion de aquel que, investido del poder soberano en la Iglesia, se llama el siervo de los siervos. ¿Quién no tiene noticia de la carta de S. Gerónimo al Papa S. Dámaso? En ella protesta, en medio de tres cismas, no escuchar mas que al sucesor del pescador. ¿Quién no sabe tambien este dicho de S. Agustín: *Habló Roma, se concluyó la causa*? Algunos siglos despues condenó el Papa el libro de las máximas de los santos. En cuanto Fenelon supo ciertamente esta decision, publicó él mismo su propia condenacion en presencia de su pueblo. Retractó las proposiciones reprobadas y condenó todo el libro y el conjunto de sus opiniones. ¡Cuántos y cuán magníficos testimonios de la conformidad dada por el mundo entero á los actos de la suprema autoridad del Papa no podríamos reproducir! Si descogieramos la cadena de los siglos, seríamos testigos de la admirable conducta de los corintios para con S. Clemente, y de la de S. Cipriano, cuyo obispado trabajado fué coronado por el martirio, para con la misma silla apostólica. Escucharíamos al grande Ireneo, hablando en términos sublimes de la Iglesia romana y de la primacia de su potestad. Los mismos Papas sostuvieron con energía la conservacion pública de su autoridad, sin hallar la menor oposicion en los ánimos, ni suscitar la menor reclamacion.

No podemos menos de aplaudir el tono de verdad con que un ilustre escritor de nuestro siglo (1) ha dicho (despues de un error de fecha): "Es imposible consultar con imparcialidad los monumentos del tiempo, sin reconocer que de todas las partes de la Europa (2) se dirigen al obispo de Roma para obtener su decision en materia de fé, y de disciplina, en las causas de los obispos y en todas las ocasiones en que la Iglesia está interesada." En las circunstancias mas espinosas para ella siempre ha habido anhelo por recurrir á Roma. La decision del Papa ha terminado todas las discusiones, y fijado las creencias. El papado es evidentemente el quicio en que gira el gobierno de la Iglesia. En medio de las tempestades sociales podrá haber parecido aquel como arrastrado por las espumosas olas de un mar borrascoso que amenazaba inundarlo todo; pero sus profundos cimientos no se han conmovido nunca, y siempre ha quedado en pié,

radiante con su glorioso destino. Así como cuenta la fabula de los árabes de la gran pirámide, que edificada por reyes antediluvianos, fué el único monumento de los hombres que sobrevivió al diluvio; el papado, obra de Dios, apareció solo cuando las aguas de la impiedad bajaron en medio de las ruinas del mundo moral que acababa de ser destruido.

Posee el Papa la plenitud del poder monárquico; pero no se sigue de esto que los obispos no sean sino vicarios suyos. Participan estos del gobierno de la Iglesia, no como iguales al Papa, sino como sometidos á sus leyes y ejecutores de sus decretos. Esparcidos por el orbe, ejercen en sus diócesis en virtud de la potestad de orden inherente esencialmente á su dignidad y por la jurisdiccion que la Iglesia les trasmite. Reunidos, son llamados á tomar parte en las decisiones de los concilios. Investidos de todos los derechos de la soberanía, tienen el de pronunciar decisiones sobre la fé, que exigen una obediencia provisional, y dictar leyes sobre la disciplina que obligan las conciencias. Todo sistema que propendiese á confundir el clero con la autoridad secular, distaria de la verdad, á la par que seria fecundo en desórdenes. No pudo la impiedad en Francia arrojarle á la cara denominacion mas injuriosa que la de *empleados públicos asalariados por el estado*. Por divina institucion los obispos son los sucesores de los apóstoles: obran separadamente en su administracion; pero el episcopado es uno, y todos los apóstoles no forman mas que un mismo rebaño. No hay en ella ni democracia propiamente dicha, ni monarquía ministerial. Los simples presbíteros forman parte de su constitucion como administradores y magistrados: los obispos son miembros de la soberanía, y el Papa es su cabeza.

Así la aristocracia temple la monarquía en la Iglesia segun el lenguaje de Belarmino (3). Jesucristo dijo á los apóstoles: "Enseñad, bautizad á todas las naciones: yo estoy con vosotros." Todos recibieron el poder de atar y desatar, de retener y perdonar. Si de Pedro se dice que es el fundamento de la Iglesia, tambien está escrito en otra parte que la Iglesia se edificó sobre el cimiento de los apóstoles. Hé aquí establecida la aristocracia episcopal segun el plan divino. Dios puso á los obispos para el gobierno de su Iglesia (2): por esto se vió á los apóstoles dirigidos por Pedro y animados por el espíritu, de su cabeza encaminarse á las ciudades mas populosas, y ordenar sacerdotes y diáconos. Del mismo modo han continuado despues sus sucesores, y la tradicion de todos los siglos rinde un testimonio unánime de la autoridad espiritual de los obispos. S. Clemente Papa escribia á los fieles de Corinto: "Respetemos á nuestros obispos, y honremos á nuestros sacerdotes." S. Ignacio de Antioquía, en su carta á S. Policarpo, se explicaba así: "No se haga nada en la Iglesia sin vuestro consentimiento." S. Cipriano llamaba al episcopado la cumbre del sacerdocio. En todos

(1) Guizot. *Cursos de civilización*, 3.ª lección, t. 1, pag. 108.
(2) Nosotros preferiríamos decir *del mundo entero*.

(1) *De romano pontífice*, lib. 1.º, c. 3, 5, 8.
(2) Act. XX, 28.

los siglos, desde el nacimiento de la Iglesia hasta nuestros días, se han demostrado la superioridad y prerogativas del episcopado. Nuestros lectores tendrán á bien perdonarnos los pormenores en que hemos entrado, porque conviene en nuestra época recordar todas las nociones verdaderas sobre el régimen de la Iglesia, muy olvidadas por desgracia. Tal es pues su gobierno segun resulta de la sencilla exposicion de los principios y de los hechos.

¿Podremos admirar lo bastante toda la magnificencia de esta divina obra, comprender su armonía, y calcular sus asombrosos efectos! El fundador divino de la Iglesia no pudo dejar su obra incompleta para que la acabaran de levantar las pasiones, los tiempos y las circunstancias. Por esto el catolicismo corresponde perfectamente á las tres necesidades ya marcadas de nuestro siglo: de fé, de progreso, de paz y de union.

En vano se buscarian en las antiguas religiones datos un tanto preciosos sobre la fé de los pueblos: el centro necesario de las esperanzas del hombre despues de su caída era la venida del Reparador divino prometido á la humanidad, y el conocimiento del Dios verdadero se habia adelantado á todas las supersticiones y á todos los errores. Con todo, la nacion Judía, exceptuada evidentemente por un destino especial, consideraba una y otra con ojos carnales, y estaba dominada del deseo de las prosperidades temporales. El paganismo atribuía á las piedras y á la madera un nombre incomunicable. Si aplicando el oído percibía por entre el prolongado eco de los siglos una voz de esperanza y de temor, que le advertía que gravitaba sobre él un crimen hereditario, y le mandaba que levantara su cabeza hacia el verdadero Restaurador de los siglos, no era mas que un rumor confuso que al parecer no hacia sino inflamar sus inclinaciones disolutas, y adormecer sus remordimientos. Los esfuerzos mas ingeniosos del pensamiento humano no habian conseguido otra cosa al cabo de cuatro mil años, que multiplicar toda clase de deleites y todo género de errores. Unos razonamientos sin aplicacion y sin objeto ofrecían un aspecto tan desagradable, como un contraste manifiesto de cultura intelectual y de general degradacion: se habia discurrido toda especie de medios comunicativos entre los hombres y los dioses. En esta confusion no cabía la fé: un ojo observador no descubre allí, propiamente hablando, esa obligada creencia de unos dogmas por la autoridad de la palabra de Dios.

En la filosofía oriental, griega y romana se proclamaban opiniones, pero no creencias; el racionalismo y no la fé; esta fé que es el consentimiento prestado á una doctrina ó á unos hechos por la autoridad que enseña ó testifica. Si despues de muchos siglos se celebra como una emancipacion gloriosa la trasformacion de las creencias en libres investigaciones de la razon humana, nos parece que vamos al astro que preside el mundo de las inteligencias, volver á la nada de donde le sacó una voz creadora, renacer el caos, y estender otra vez la oscura noche sus velos sombríos sobre elementos

informes y confusos. Luchando sin cesar la humanidad con las seducciones del espíritu y del corazón, sucumbiría continuamente en la pelea, al modo que un navío agitado por la tempestad y con incierto rumbo en medio de la lóbreguez del cielo iria á estrellarse en los escollos del piélago embravecido. En vano se repite que la única doctrina admisible, la sola compatible con el espíritu del siglo y nuestra constitucion, es aquella que consiste en escoger de cada una de las creencias establecidas y admitidas la parte de verdad y de dignidad que encierran (1). El eclecticismo quebrando el sello que comprueba la divinidad del cristianismo, lejos de producir un determinado símbolo, un todo, solo podría amontonar contradicciones y ruinas, así en religion como en filosofía. Daria á luz un sistema ataviado, pero miserable, á la manera de un rico de otro tiempo cubierto con algunos harapos de púrpura que atestiguaran su antigua grandeza; pero que reducido á la mendicidad revelaria á todos los transeúntes su estremada pobreza. No, la razon humana no puede ser un guía seguro para formar creencias; bastante tiempo se extravió y vino á encallar en tristes arenales. Necesita fé, esa fé cuyo principio es la divina gracia, que obra sobre la inteligencia y voluntad del hombre sin alterar su libertad. Estrafíamente se engañan aquellos que felicitan á su razon, emancipada de la fé sobrenatural y divina, no queriendo deber nada sino á las fuerzas naturales de la razon y de la voluntad. La naturaleza humana no puede ser una barrera levantada por las manos de Dios contra él mismo.

Necesidad de fé, de esa fé cuyo objeto no es la verdad percibida por la evidencia, ó conquistada por la demostracion, sino la que conocemos ciertamente como revelada. La una móvil tomaría todas las formas variables y diversas del entendimiento humano, cuya obra apareceria ser, mientras que la otra inmutable es la firme roca sentada por la mano divina en la playa que circuye el océano de la vida. A sus piés van á estrellarse las olas de una delirante razon que como el ángel caído quiere hacerse igual al Eterno.

Necesidad de fé, de esa fé cuyo motivo es la autoridad divina. El hombre, despues de adquirirla la certidumbre de la revelacion, por motivos poderosos de credibilidad, cree á causa de la infalibilidad de Dios para conocer de su veracidad esencial para decir, y de su absoluto dominio para intimar su voluntad.

Necesidad de fé, de esa fé cuya única regla no es la autoridad privada, ni la razon individual erigida en árbitro exclusivo de la creencia; sino que su regla viva y su órgano son la autoridad de la Iglesia en el orden mas apropiado á la naturaleza y necesidades del hombre, esencialmente formado por la sociedad. Tal es la fé que eleva sus facultades á un estado sobrenatural y divino, sin anonadar la razon que dentro de sus límites ejerce su imperio. Los motivos de credibilidad escogen de ella el escá-

(1) Quinet, *Rev. de ambos mundos*.

men mas detenido. A menos que reniegue de sí misma, adquirida la convicción de que Dios ha hablado, se ve obligada á someterse á su autoridad. Esta es la fé sobrenatural y divina, que hemos demostrado que con la mayor urgencia necesita nuestro siglo. Esta es la que proclama el catolicismo. En su gobierno halla toda su fuerza bajo diversas relaciones, un principio doble que protege su invariable unidad, y la dilatación de su luz, que así como un sol sin declinación y sin aurora, alumbrá simultáneamente los dos hemisferios del mundo del pensamiento. Todos los poderes de la soberanía espiritual se hallan concentrados en el Papa, único jefe supremo de la Iglesia, y la unidad de la fé no está menos representada que afianzada por la unidad del sucesor de Pedro. Investidos los obispos con los derechos de la soberanía, y repartidos por los diversos puntos del globo, son los defensores ardientes y propagadores celosos de esta fé, cuyo depósito les está confiado. Así es como halla en la autoridad infalible comunicada por Dios á su Iglesia elementos de conservación y de perpetuidad. Si se suscitan discusiones dogmáticas, juzga el obispo en primera instancia, y el Papa en último recurso. Pero si se manifiestan escándalos; si los enemigos de Dios se atreven á insultarle con blasfemias, decía elocuentemente Bossuet, sales de tus murallas, Jerusalem, y te formas en batalla para combatirlos: siempre hermosa en esa actitud porque nunca te abandona tu belleza; pero de repente te presentas terrible, porque un ejército que parece tan hermoso en la revista, ¡cuán terrible es cuando ve contra sí todos los arcos armados y envueltas todas las picas! ¡Qué terrible eres, Iglesia santa, cuando marchas con Pedro á la cabeza..... derribando las soberbias cabezas y toda altivez que se levanta contra la ciencia de Dios, oprimiendo á tus enemigos con todo el peso de tus cerrados batallones, abrumándolos juntamente ya con toda la autoridad de los siglos pasados, ya con toda la execración de los siglos futuros!" A la manera de un río magestuoso deriva la fé de este conjunto admirable, donde vienen á concentrarse, como las olas del océano, todos los poderes de la soberanía espiritual. Una sola cabeza hace que en un instante se muevan todos los resortes de esta ciudad edificada sobre la montaña, y dispone sin obstáculos de todos los medios de acción que encierra. Tan distante del despotismo como de la anarquía, no tiene tampoco que sostener la incesante lucha con una democracia que interviniere sus actos, y pudiera derribarla á su antojo. En ella no se ve que se observen con desconfianza los poderes como generales rivales que en el campo de batalla se encuentran y se hieren mortalmente, hasta que el mas fuerte, arrollando al mas débil, se cubre con sus despojos, y quedando solo en pié sobre ruinas, despliega una nueva bandera. En el catolicismo la autoridad espiritual es una como su fé: su marcha es protegida únicamente por instituciones divinas como ella, y que lejos de conmover su trono le fortifican.

Ella anima al progreso, y propende á reunir los ánimos con los dulces vínculos de la tolerancia y del

amor. Solo las inteligencias son realmente sociables, porque unas relaciones puramente físicas no pueden constituir verdadera sociedad. Para las cosas materiales no hay mas que mezcla y clasificación; de modo que el vínculo social no puede ser otra cosa que un conjunto de relaciones, por las cuales se unen los hombres en la parte mas elevada de su sér, la inteligencia y la voluntad. De estas relaciones que unen á los hombres entre sí, nacen deberes cuya base no puede subsistir sino en las relaciones que unen al hombre con Dios; porque la noción de deber, implica necesariamente la idea de una voluntad superior que tenga derecho de imponerse á la voluntad á quien el deber comprende, y la idea de una sanción en una justicia infinita. Por tanto, la sociedad temporal nace de la sociedad espiritual. De donde se deduce que una sociedad temporal está destinada a una perfección tanto mas alta, cuanto mas perfecto es el principio depositado en su constitución por una sociedad espiritual. Véase aquí por qué en el catolicismo, la mas perfecta manifestación de Dios, se hallan la regla de los adelantamientos de la sociedad humana y el germen de la mas elevada perfección social. Y esto nos explica también cómo no fué concedido á la sociedad en tiempos remotos llegar á las alturas á que ha podido levantarse desde que ilustrada con la palabra de Jesucristo, se ha empapado en su sangre entregándose en las manos de la Iglesia. De esta alta autoridad espiritual, encargada de explicar durante toda la serie de los siglos la ley perfecta de justicia que el Evangelio encierra, han salido un mundo nuevo, el descubrimiento de un conjunto de verdades que estaban en embrión en las primeras tradiciones del género humano, y la transformación de la sociedad religiosa por la institución de la Iglesia. El principio espiritual que ella aportó, ha sucedido al principio material de la antigua civilización; y la humanidad ha sido guiada por las sendas de una nueva civilización digna de su alto destino.

Los griegos que se habian distinguido por su exquisito gusto en las artes, por una persuasiva elocuencia y una risueña poesía, no habian variado realmente nada en el fondo las ideas y hábitos de la humanidad. Los romanos que se levantaron desde el mas débil origen hasta el mayor esplendor, sucumbieron por fin de despotismo, de miseria y de infamia, con su constitución que fué la obra maestra y el azote del antiguo mundo. Todo debia repararlo la Iglesia. A ella sola tocaba el pensamiento de humanidad, que debia regenerar al mundo y reunir todos los hombres bajo una misma bandera. Hasta entonces los elementos de próxima disolución minaban el cuerpo social, encorvado bajo el yugo de goces materiales, abismado en una letárgica indiferencia, y caminando sin objeto y despedazado por el furor de la anarquía, ó gimiendo bajo la cuchilla del despotismo. No era el universo mas que un espacioso anfiteatro, de donde se levantaban mil clamores fúnebres y confusos como de un refido combate de gladiadores. Pero libre de sus mantillas, la civilización nació del seno de

la Iglesia. Basta contemplarla para ver cómo desaparece el egoísmo de los días antiguos en las olas de su caridad, y sale de ella como por añadidura la libertad de las naciones. Cuando se hundía el edificio de la sociedad añeja, al oír el chasquido prolongado de eco en eco, cualquiera hubiese dicho que todo iba á confundirse en un abismo impenetrable. Mas en medio de la polvareda amontonada por tantas ruinas, recogía la Iglesia con sus pontífices los esparcidos escombros de la antigua civilización: sus multiplicados monasterios fueron otros tantos asilos abiertos á la virtud, á las ciencias y á las artes, y otros tantos focos de una nueva civilización, tan noble en sus emociones, como inagotable en sus recursos; de una sublime civilización, que debía levantar en la larga serie de los siglos, admirables monumentos de ciencia y caridad. Su gobierno espiritual consagra todos los principios de sociabilidad; y el amor fraternal que inspira, es la mas segura fianza de la estabilidad de los gobiernos y de la felicidad de los pueblos. Reprimiendo las pasiones turbulentas, opone un saludable freno á los extravíos de la multitud, y en el sagrado código que le fué legado por su fundador divino, los reyes aprenden á llevar dignamente su corona. No hay clase alguna en el estado que no haya sacado de él su dignidad: ni peligro alguno que no halle allí un muro, ni desgracia que no encuentre su remedio, ni mérito que no funde en él sus esperanzas, ni dolor al que no sirva de bálsamo, ni virtud que no logre su apoyo y su progreso. En él se nos descubre el modelo que las sociedades temporales deben procurar con todas sus fuerzas imitar, sin poder copiarle jamas con exactitud; la perfección del orden y de la libertad en la armonía de todas las voluntades, identificándose mas y mas con la voluntad infinita de Dios. Las sociedades temporales hallan evidentemente las condiciones del progreso por su union con esta sociedad espiritual. Entendiendo el reinado de la ley de Dios, hace prevalecer la idea del derecho que cada día deja á la inteligencia mas ancha esfera de actividad, y de consiguiente es menos necesaria la intervencion de la fuerza material. Por eso los pueblos unidos con la Iglesia, cualquiera que sea el punto de su partida, adelantarán en las sendas del progreso social. El señor Carné decia poco há en la tribuna (1): "La influencia francesa va en todas partes asociada con el triunfo del pensamiento católico, y estoy íntimamente convencido de que si ocurriese un funesto divorcio entre la opinion pública y el principio católico en Francia, se resentiría profundamente la situación de la Europa. En España el partido que con mas energía resiste á las tentativas que en la actualidad se hacen para separar á este país del centro de la unidad católica, es el que necesaria y legítimamente hay que llamar el partido francés. No es único este hecho: no ocurre solamente en España, sino en todas las partes del mundo. A la hora de esta ya nada seríamos en Oriente, si no fuésemos aún la gran nación católica, el pueblo

de las cruzadas y de S. Luis. Si se pronuncia aún el nombre de la Francia con simpatías, con respeto, con cierta confianza para lo venidero hasta en las gargantas del Líbano, es porque nosotros representamos un principio religioso, diferente del que otros dos quieren hacer que prevalezca. Si tenemos aún mucha importancia en Alemania, si causamos inquietud á algunos gabinetes, no es menos como potencia católica que como potencia constitucional. No solo en Alemania y á las orillas del Rin se descubre semejante situación, sino en Bélgica, en Irlanda y sobre todo en esa heroica Polonia, que se agita hoy en su martirio. ¿Por qué palpita su corazón en consonancia con el nuestro? ¿Por qué la Polonia es y será siempre católica como la Francia? No demos, pues, asaltos indiscretos á la fé religiosa, á la unidad católica, y no comprometamos con tanta ligereza los mas caros y mas permanentes intereses de la Francia."

Así no podemos deplorar lo bastante estos sistemas, que hostilizando al catolicismo, van á buscar la firmeza de los estados en una situación opuesta á la naturaleza de las cosas. Solo sirven de principios de universal desorganización, sustituyendo opiniones á la verdad, la licencia al orden y la humana razón á los oráculos de la divinidad. Desde entonces se manifiestan los síntomas mas inquietantes, se agitan los elementos del mal, y se convierten los del bien en objetos de odio; y conmovida la sociedad hasta sus cimientos, tiembla por su existencia en el centro de cuanto debía asegurar su tranquilidad y su dicha. Si se llegara á separar completamente la sociedad temporal de la espiritual, al instante perdería aquella las condiciones del progreso y las de la vida social. Encorvados bajo el látigo del despotismo, ó roto el vínculo social por las sangrientas manos de la anarquía, marcharían los pueblos por entre los combates de una desenfrenada licencia ó de un poder desarreglado hacia la verdadera decadencia. Una sociedad falta de creencias no progresa mas que hacia el abismo, lo mismo que un barco desmantelado voga al acaso por mares sembrados de escollos y fecundos en naufragios. Este vínculo que todo lo une, que de todos los pueblos forma uno solo, de todas las familias una sola, y de todos los hombres como si fueran uno, es la Iglesia, el vínculo de la humanidad regenerada en Dios. No hay entendimiento despejado que no comprenda que el vínculo religioso, tal como le forma esta Iglesia católica por encima y fuera de todas las nacionalidades, es el primer lazo político y la mas fuerte salvaguardia de la libertad de los pueblos. Repugnaria al dogma fundamental de su constitucion divina el que no pudiese establecer una confraternidad política entre diversos pueblos, sometidos á la Iglesia, á pesar de la diferencia de sus legislaciones. Si, apareció en el mundo para reunir á todas las naciones en la misma fé.

Los que aparentaran echar menos el mezquino y bárbaro civismo de los pueblos antiguos, no comprenden aquellos tiempos ni los nuestros: intentar que retrograde á ellos la sociedad actual, sería lo

(1) Sesión del 15 de Mayo de 1842.

mismo que vestirla en su edad viril con las ropas que usaba en su niñez. Pero si nos quisieran imponer un cristianismo de lujo y de dorada civilización, sería lo mismo que destruir hasta los vestigios del pensamiento religioso, como la virtud romana, que dependiendo del arado desapareció en el lujo y delicias del imperio. Vosotros que decís que ya no es el catolicismo propio de estos tiempos, y que el suyo pasó, que ha muerto, os engañais mucho. La fé antigua es como la gloria antigua: no pueden perecer. El anillo del tosco pescador de Galilea que sella aun sus decretos, es su mas hermoso título, porque es la prueba irrecusable de su divinidad. Si estuviera muerto el catolicismo, como se ha querido suponer, tiempo haría que el género humano, cayendo otra vez en los horrores del paganismo, se hubiera sumergido en su triste abismo. Habrianse cambiado tambien las naturalezas divina y humana, si hubiera cesado el catolicismo de explicar su union y de ilustrar sus misterios. Pero vive; y lejos de hallarse en la agonía, descuella como una misteriosa inspiracion en las obras de la inteligencia, fijo sobre nuestro sucesivo destino, como una arca de salvacion, y un abrigo contra las tempestades de la duda y de las pasiones. Bebiendo en este manantial de vida y de amor, la especie humana traza una línea progresiva en la civilización, se reconstituye la gran familia, se ilustran los entendimientos, y los corazones sentenciados fuera de él al suicidio y a la desesperacion, trepan por la escarpada pendiente del Sinaí, en cuya cima lograremos contemplar al Eterno en el seno de su magnificencia. ¿Estará herido de muerte el catolicismo? No: en todos los combates ha salido con gloria. No hay género de arma que él no haya destruido: á cuantos terrenos se le ha llamado, ha concurrido y conseguido el triunfo: no hay enemigos que haya dejado de derrotar. El mundo puede conmoverse y caer, y un imperio desaparecer; pero el catolicismo no puede sepultarse bajo ninguna clase de ruinas. No dejará de brillar la Cruz sobre los escombros de los imperios caídos, dominando el mundo desde lo alto de la inmable piedra del Capitolio. Ha sobrevivido siempre el catolicismo á los funerales de aquellos que se habian apresurado á celebrar los suyos. Diocleciano erigió una columna para anunciar al mundo que le habia herido en el corazon: cayó la columna, el perseguidor murió, y el catolicismo reina aún en toda la tierra. En el siglo octavo estuvieron bien cerca los sarracenos de darle un golpe mortal; pero Dios puso su espada en manos de un rey cristiano, y los campos franceses fueron testigos de la espantosa derrota de aquellos. Ochenta años estuvo gritando Voltaire á la Europa entera que el catolicismo tocaba ya á su última hora: Voltaire murió, y el catolicismo no ha dejado de permanecer depositario de las promesas de aquel que le dejó por herencia todas las naciones de la tierra. Napoleon dijo al Papa que estaba cautivo entre sus manos; pero inmediatamente forzado por una inspiracion superior aquel conquistador que amenazaba á la religion, alargó la mano y la levanta-

tó de su postracion. Los ecléticos no han cesado de variar este tema en todos los tonos imaginables: ellos caen á todas horas, y el catolicismo queda en pié sobre la fria losa que cubre sus cadáveres. Vive el catolicismo y su marcha triunfal en el seno de la civilización cristiana no se detendrá hasta que á la cadena de los tiempos suceda la eternidad incommensurable. El pontificado eciesiástico, no en estado de ruina ó decadencia, sino lleno de vida y en una vigorosa juventud. Vive el catolicismo, y el número de sus hijos es mas considerable que en ninguno de los siglos anteriores. Por esta autoridad de doctrina y el gobierno pastoral que le constituyen, sus conquistas en el nuevo mundo han recompensado con usura lo que ha perdido en el antiguo: y su espiritual supremacía se estiende hasta las inmensas regiones situadas entre las llanuras del Missouri y el Cabo de Hornos. Grande y respetable era antes que los sajones hubiesen pisado el suelo de la Gran Bretaña, antes que los francos hubiesen atravesado el Rin, cuando aun florecia en Antioquia la elocuencia griega, cuando se adoraba á los ídolos en el templo de la Meca. Grande y respetable es hoy, como lo será siempre. La misma muerte es impotente contra la promesa de inmortalidad que ha recibido: bien podemos decir con un ilustre escritor de nuestro siglo: "Es una águila herida junto á las nubes por mil tiros que se la dirigen: cae en la tierra su sangre gota á gota, se la ve con la cabeza abatida, como si señalara el paraje donde va á espirar entre el polvo; pero reanímala muy pronto una fuerza secreta, y toma un vuelo tan rápido y vigoroso, que da bien á entender que nada puede fatigar su aliento, ni apurar su vigor. Así proseguirá su vuelo, sin detenerse nunca, y extendidas magestuosamente sus alas sobre todos los siglos, no se plegarán jamás hasta que los últimos restos del universo se hayan hundido. Esta duracion hará su gloria, así como sus nobles desgracias son su privilegio."

No reparemos fijar en este lugar nuestras miradas un momento. Contempla, hombre, bajo del báculo del sucesor de Pedro esa innumerable sociedad esparcida por todos los lugares del universo y heredera de las tradiciones de diez y ocho siglos, que te dice así: "Dios me fundó un día para que durase todos, para enseñar á todas las naciones hasta el fin de los tiempos." Ella lo dice, lo afirma: cree el testimonio invencible de esta sociedad sobre este hecho social; ó si no atrévete á responder á un pueblo entero, que testifica su existencia: tú no eres....

Todo el tiempo que las naciones permanezcan fieles á la monarquía espiritual templada que los rige, será para ellas un principio de fé, de progreso y de union, y el manantial de la mas alta perfeccion material y social. Pero si llegáramos á abandonarla, sus beneficios se irian con su influencia de entre nosotros, y nos amenazarian horribles catástrofes. No nos engañemos, y aprendamos en lo pasado lecciones para lo futuro.

CAPITULO III.

DE LOS CARACTERES DEL CATOLICISMO.

De la verdad religiosa.—Diversas oposiciones que halla el hombre en sí mismo para admitirla.—Consecuencias en favor de una autoridad espiritual.—Tres principales caracteres del catolicismo: perpetuidad, universalidad y unidad.—De su perpetuidad.—Confesiones de los que le combaten.—Una religion de progreso, es decir, de sumision en su esencia á todas las versatilibades del espíritu humano, es imposible.—Consecuencias en favor de la fé.—Ningun culto disidente, ni todos ellos juntos, pueden ponerse en paralelo con el catolicismo en cuanto á su universalidad.—El nombre de católico le es propio, y sus conquistas son favorables al progreso civilizador.—Confesiones de los que aparecen contrarios.—De la unidad en su autoridad y en su doctrina.—La inmovilidad de que se le censura, es la prueba de su immortal certidumbre.—Jamás ha hecho la Iglesia otra cosa que confirmar ó explicar lo que siempre se habia creído.—Tentativas inútiles de la reforma, de la asamblea constituyente y de la filosofía moderna.—Ventajas de la unidad católica aun con relacion al sistema social.—Todo respira en ella tolerancia y union.—Ningun fundamento hay para tachar al clero de intolerancia, ni á la unidad exclusiva del catolicismo.

PREGUNTAR la importancia que tiene la verdad para el hombre, es lo mismo que poner en cuestion la inteligencia, la sociedad, la moral y la historia, toda ciencia y el destino de la humanidad. La verdad es para el alma lo que la atmósfera al cuerpo. Es el término hácia el cual gravita el entendimiento humano, así como fué su punto de partida. Uno de los caracteres distintivos de la naturaleza del hombre es el amor á lo verdadero; porque hay en ella sublimes ideas, divinos instintos y una insaciable necesidad de verdad. Deseamos la verdad filosófica, histórica, científica y literaria: hasta en objetos que destinamos á nuestro recreo la queremos hallar en las fabulas de los poetas y en los cuentos de los novelistas.

Mas á vista de sesenta siglos que estuvieron acordes en proclamar la importancia de la verdad religiosa, nada debe parecer al hombre mas digno que ella de ocupar la actividad de su inteligencia. Le hace falta esta verdad para andar hácia Dios como término en la patria: la necesita como camino para llegar con seguridad hasta él. Le hace falta, porque la union íntima con el infinito es el complemento de todas las facultades de su sér. Sin embargo, no se puede dudar que cierta predisposicion nuestra nos hace huir de la verdad. Parece que nuestra razon no quiere rendirse mas que á la evidencia, y las mas débiles apariencias de verdad la seducen. Fácilmente admite todo lo que lisonja á sus ciegas inclinaciones. Pero es un rarísimo valor abrazar la verdad á costa de esas inclinaciones, que muchas veces tiene uno vergüenza de confesar interiormente. La verdad católica se ofre-

ce al hombre apoyada en motivos poderosos y del mas alto interes para convencerle y hacerse amar de él; y algunas veces el hombre la rechaza ó al menos la desdén. Cualquiera diria que le repugna pensar en ella, ó que teme el conocerla ó las consecuencias de su adquisicion. La fé ha llenado el mundo con sus instituciones y su gloria; y sus triunfos sobre los verdugos que no se cansaban de maltratar á los cristianos, los cuales no se cansaban de morir, son por sí mismos la demostracion de que es divina. Con todo, el entendimiento del hombre combate sus misterios, su corazon disputa sobre la moral de aquella, y su voluntad cede al menor esfuerzo para sacudir las cadenas. Enalzando la fidelidad, vive de egoismo; hace el mal que condena, y no cesa de resistir á esta ley de verdad y de justicia, tan capaz de quebrantar el orgullo del pensamiento y de comprimir las impetuosas inclinaciones de una naturaleza corrompida que se subleva contra ella.

Los anales de la humanidad apenas son otra cosa que la relacion de los atentados de la razon contra la fé. Los muchos siglos en que el género humano estuvo espuesto á todas las aberraciones del racionalismo y de los sentidos, tienden a convencer-nos de la necesidad urgente que tiene el hombre de una doctrina dictada á todos con autoridad. Bajo un Dios cuya naturaleza es la bondad, y bajo la mano tutelar de una Providencia cuya expresion es ternura, no se podia decir á este vasto terreno que llamamos mundo, digno sin duda de las consideraciones mas verdaderas, pero poco capaz del trabajo seguido del pensamiento, raciocina, reflexiona; tú solo debes formar tu religion y tu fé. La multitud necesita autoridad, lo mismo que la necesita el ingenio: la primera para disipar las tinieblas de la ignorancia: el último para desvanecer sus dudas. El talento no es mas que un hombre: no puede imponer a los demas creencia alguna; y se diria que cuanta mas potencia hay en una alma, tanto mas necesita de freno y guia. ¿Quién no sabe que las doctrinas religiosas inventadas fuera del círculo de la fé por ingenios muy elevados en otras materias van cada dia á aumentar la historia lamentable de los errores humanos? Así es que el catolicismo abrió una nueva era de luz y de paz á los hombres todos, á los débiles y á los fuertes, á los grandes y á los pequeños. No abandona a ninguno á sus propios pensamientos para estudiar y resolver la cuestion religiosa, y le presenta una autoridad soberana é infalible. Sin embargo, no se le puede conven- cer de que haya hecho perecer la libertad de las creencias: reconoce los derechos de la razon, y por eso espone los motivos previos para creer. Pero el que afirmase que no hay obligacion de buscar y abrazar la verdad religiosa, se engañaria, porque seria lo mismo que declarar la libertad del error. El hombre tiene la facultad, pero no el derecho de errar. Así le era necesaria la verdad religiosa, no solamente bajo la forma social, porque su origen y necesidades le impelen necesariamente al estado de sociedad, sino tambien bajo la forma de doctrina dada por una autoridad soberana. ¡Grande y magní-

fica institucion del catolicismo, tan en concordancia con las necesidades del hombre! Ya hemos espuesto los elementos divinos en que su constitucion descansa: el poder y la doctrina. Los testimonios irrecusables que trae consigo, van á ser el objeto de nuestras investigaciones. Tampoco pueden dejar de estar batidos en el cuño de la divinidad. Permanecia universalidad, unidad; tales son los principales caracteres del catolicismo.

El catolicismo se presenta al hombre con la mas inviolable sancion, la de todos los siglos. Rodeado de mil doctrinas contradictorias, solo él nos convida á contemplar su perpetuidad. La sociedad espiritual á que pertenece, es verdad que ha existido en diversos estados desde la cuna del mundo: el estado doméstico, nacional y universal, que es el de la sociedad cristiana. Pero su historia es una cadena de sucesos y de hechos que nos descubren una prodigiosa serie tan antigua como la humanidad. La ley escrita preparaba todos los aumentos que la fé primitiva debia recibir en la ley de gracia: aquella principió la obra divina concluida por Jesucristo. La una fué la figura, y la otra es la realidad. El catolicismo de hoy es la Iglesia fundada por el hombre Dios cerca de diez y ocho siglos ha. Queriendo que la verdad religiosa que traia al mundo no pereciese jamás, instituyó un ministerio indestructible, por cuyo conducto debia pasar aquella de una en otra edad hasta el fin de los siglos; un ministerio que renovándose sin cesar debia sobrevivir á todas las generaciones. Por la solemne promesa que hizo á sus apóstoles de su continua asistencia hasta la última edad, no reconoció por pastores legítimos para gobernar la Iglesia, sino á aquellos que por una sucesion no interrumpida recibiesen su dignidad y sus facultades de los apóstoles. Así en vano se querria en nuestros dias disputar al catolicismo el derecho de llevar el título de Iglesia de Jesucristo. Nosotros podemos citar sin titubear el orden exacto de la sucesion de los papas, empezando por Gregorio XVI, que actualmente ocupa el trono pontificio, hasta San Pedro, que la obtuvo el primero. Podemos precisar el número de años de cada pontificado, y estender eslabon por eslabon la cadena de los obispos que se han sucedido desde el primero que fué instituido por el sucesor de San Pedro en cada silla y en todo el universo. Nos bastaria oponer á los que disputasen este derecho al catolicismo, estas palabras pronunciadas en Inglaterra y copadas no há mucho en la *Revista de Edimburgo*, periódico *whig* que se imprime en el pais de Covenant, donde echó muy profundas raíces el presbiterianismo. "No existe, ni ha existido jamás en la tierra una obra de política humana tan digna de examinarse y estudiarse como la Iglesia católica romana. La historia de esta Iglesia une juntamente las dos grandes épocas de la civilizacion. Ninguna otra institucion aun existente remonta el pensamiento á los tiempos en que salia del Panteon el humo de los sacrificios, interin que los leopardos y los tigres saltaban en el anfiteatro de Flaviano. Las dinastías reales mas orgullosas son de ayer comparadas con la sucesion de los sober-

nos pontífices, que por una no interrumpida série asciende desde el Papa que consagró á Napoleon en el siglo XIX, hasta el Papa que consagró á Pipino en el octavo. Pero mucho mas alla de Pipino, la augusta dinastía apostólica va á perderse en la noche de las eras fabulosas. La república de Venecia que iba detrás del pontificado en cuanto á la antigüedad de origen, era comparativamente moderna. La república de Venecia no existe y el papado sí.... Ninguna señal indica que se acerque el término de esta soberanía. Ella vió el principio de todos los gobiernos y de todos los establecimientos eclesiásticos que existen hoy, y no nos atreveríamos á decir que no está destinada á presenciar su fin.... Cuando reflexionamos los terribles asaltos á que ha resistido, nos es difícil concebir de qué modo pueda sucumbir. En verdad que ninguna otra institucion que la que tiene esta política hubiera resistido á tales asaltos." Nos complacemos oyendo semejantes confesiones en boca de aquellos, que por pertenecer á otro culto que el nuestro, no cesaran jamás de ser amados por nosotros como otros tantos hermanos.

El catolicismo solo tiene en su favor títulos auténticos provenientes de los mismos propietarios, porque él solo es el heredero á título universal de los apóstoles. Como fué confiado al cuerpo entero de los pastores, su sucesion no le seca de su lugar: esta sucesion forma la continuidad del cuerpo. Cada pastor recibe á un tiempo de su predecesor y de todos sus compañeros la preciosa tradicion que juntamente con ellos trasmite á sus sucesores. Es una cadena no interrumpida, cuyo primer eslabon asciende á Jesucristo, y que se estiende en el curso de los siglos para reunirlos todos en la misma fé. Con este principio estrechaban los antiguos santos padres á los herejes de su tiempo. Que nos muestren, les decian, el origen de sus iglesias, la sucesion de sus pastores; de modo que el primero de estos haya tenido por autor y predecesor á alguno de los apóstoles ó de los hombres apostólicos en cuya comunión haya perseverado hasta el fin. ¿Quiénes sois vosotros? ¿De dónde habeis salido? ¿Cuándo habeis venido? No cesaban de repetirles: Vosotros sois de ayer, y no venís de los apóstoles.

La perpetuidad es el caracter del catolicismo: ningun mortal ha podido decir jamás: es obra mia; ni tampoco puede decir nadie: es obra de tal hombre, porque nadie ha puesto en ella cosa esencial. No sabemos que nadie se haya negado á reconocer que el catolicismo se estableció con la Iglesia, y que ambas son una misma institucion. Algunos intentan persuadirse que procede como una institucion humana y política de una combinacion sucesiva de circunstancias. Sin duda podemos responder con uno de los mas distinguidos historiadores de nuestra época (1): "La Iglesia ha crecido progresivamente, y su gobierno se ha mostrado igual á los progresos de la fé; pero este mismo gobierno, parte integrante y mediacion única de la verdad que tenia que propagar, ha hecho sus progresos."

(1) E. Demant.

Lejos de haber procedido de los hombres y de las circunstancias el triunfo, se ha necesitado un extraordinario esfuerzo de organizacion para sacar semejante ventaja de las circunstancias y de los hombres, nunca favorables y casi siempre contrarios, por espacio de trecentos años. Constituida anticipadamente la Iglesia así para todos los acrecentamientos como para todos los peligros, no ha visto aparecer nada en ella por invencion, sino por virtud: nada se ha obrado en ella como modificacion, sino como consecuencia. ¿Quién puede dejar de confesar que si el catolicismo de hoy no es de institucion divina y apostólica, habria de admitirse que bajo este respecto se habia alterado gravemente la obra de los apóstoles? En esta suposicion constarian indudablemente en los anales de los pueblos, el autor, el lugar, la época, el modo de semejante innovacion. Desafiamos á los mas severos críticos para que los busquen. No se ha intentado jamás ninguna variacion, aunque fuese mucho menos notable que la que se supone, sin que sea conocido su autor. Desde los primeros siglos aparecen Cerinto, Ebion, Marcion, Arrio, Pelagio. En la filosofía, la física, la química, las artes y las empresas industriales y políticas, aun despues de muchos siglos, se nombra á los autores de invenciones ó instituciones nuevas. Pero ¿qué hombre es el autor soberano é infalible del catolicismo? No le hay, y él subsiste fuerte é indestructible. ¿En qué region ha nacido? Ninguna se señala. . . . muda está la historia. . . . Cualquiera nueva doctrina que se haya querido ingerir en el cristianismo, se sabe el punto donde primero se enseñó: el arrianismo en Alejandria, el nestorianismo en Constantinopla, el luteranismo en Sajonia; pero ¿dónde se ensayó primeramente la institucion humana del catolicismo? Silencio completo. . . . De nada serviria, despues de quince siglos, haber soñado los reinados de Constantino y de Carlo Magno y el pontificado de Gregorio VII: solo seria una irrision amarga de la tradicion mas positiva, mas constante y universal. Esta seria ciertamente una escepcion á todos los hechos conocidos. Trátase de una grande institucion, de un cambio importantísimo ocurrido en el catolicismo apostólico del establecimiento de un poder extraordinario; y ¡no hemos de encontrar autor, ni el lugar de la ocurrencia, ni la época!

La fecha de innumerables errores se ha fijado; pero es imposible hacerlo con la de esta sublime institucion, suponiéndola obra de los hombres. No cabe en nuestro ánimo hacer á nuestros lectores la injuria de creer que desearian hallar en este lugar una refutacion formal de las contradictorias relaciones que dieron los primeros provocadores de la reforma. Mostrábanse aterrorizados, y exclamaban que la corrupcion de la Babilonia romana principió en el cuarto siglo, ó en el quinto, ó en el sexto y aun segun algunos en el undécimo. Es innegable que los griegos, despues de vivir en estrecha alianza con el catolicismo, se apartaron para proclamar su independencia; pero el catolicismo permaneció firme é inmutable. Lo mismo que era la víspera del dia en que la Iglesia griega se apartó de él, fué

el catolicismo al siguiente y lo es en el dia: en nada ha mudado. Cuando se apartó de él la Iglesia de Inglaterra, no dejó de quedar aquel, en virtud de su inmutabilidad, en posesion de todos sus derechos conforme anteriormente los gozaba; y lo mismo podemos afirmar de lo ocurrido en Alemania en el siglo XVI. No cabe demostrar de ninguna manera, mudanza alguna en el catolicismo: sus títulos de legitimidad están fundados sobre los que justifican su herencia. A esto aludia Tertuliano cuando decia: "Lo que se halla admitido en la Iglesia por unánime concierto, sin señalamiento de principio, no es error inventado, sino verdad transmitida." Ciertamente es conforme á las reglas de la crítica y del sano juicio el ver que el catolicismo, tal como hoy le confesamos, sube hasta Jesucristo su divino fundador. Es, pues, divino, y así corresponde á la necesidad de fé, necesidad tan urgente para las sociedades modernas en cuyo seno la independencia de la razon ha sembrado tantos fermentos de division y desórden. El catolicismo, retrotrayendo al entendimiento humano hasta sus pruebas fundamentales, le hace recorrer de uno en otro eslabon la cadena no interrumpida del ministerio apostólico, hasta el original é incorruptible manantial de la verdad. ¿Qué mayor y mas sensible demostracion de la fé? La inestabilidad es propia del hombre: por eso sus obras están sujetas á vicisitudes incessantes. La inmutabilidad es uno de los atributos de la divinidad, y la estabilidad el carácter de sus obras. Desde las grandes instituciones que forman época en el mundo, hasta la mas pequeña organizacion social, las que son duraderas tienen base divina. Nunca ha podido el hombre dar á sus obras existencia que no sea pasajera: delante de él todo pasa con rapidez. Sucédense las generaciones, se arruinan los mas gloriosos monumentos, unos sistemas dejan lugar á otros que los siguen y reemplazan. De tal cúmulo de grandes acontecimientos como ha presenciado nuestro siglo, aunque apenas ha principiado ya, nos quedan recuerdos. Tentados estariamos por decir que todo se aniquila, y que nos falta tierra en que pisar: tan esparcidas están por todas partes las ruinas que testifican á todos los siglos lo impotentes que son los esfuerzos de la inteligencia humana. El catolicismo en nada se parece á esos fugitivos metéoros, que no hacen otra cosa que atravesar los aires y desaparecer: como tiene por cuna el seno del Eterno, y es guiado por el fanal radiante con los resplandores de la luz increada, atraviesa los siglos, como el astro del dia, difundiendo la luz y la vida.

En nuestros dias, ciertos entendimientos por otra parte muy elevados han pensado en no sé qué religion de progreso, que ni aun se toman el trabajo de definir, ni de comprobar su origen, ni de calcular los resultados que pueden esperarse de ella. Acaso no han considerado suficientemente que el catolicismo es la obra por excelencia divina. Para cambiarle era necesaria, no la intervencion del hombre, por poderoso que sea, sino la omnipotencia de su divino fundador. Aquí viene perfectamente el antiguo proverbio forense: *Las conveniencias y leyes ei-*

gentes se modifican ó abolen del modo con que fueron establecidos. Esperad, pues, podremos decirles con razon, las modificaciones divinas y reveladas. Y si nos preguntasen cuándo vendrán, nos apresuráramos á contestar: Poned el oído y escuchad las mil voces de los divinos orígenes que prometen la invencible perpetuidad del catolicismo en nombre del Señor y con aquella palabra que no es transitoria. Una religion de progreso en este sentido seria una quimera. Por mas que la filosofía se esfuerce en emancipar la razon, nada puede contra un hecho grande que de un modo tan evidente nos demuestra la intervencion de la divinidad. Imposibles son el racionalismo, la duda, el cristianismo de progreso á presencia de una autoridad de institucion primitiva y divina. La indiferencia seria un crimen: se exige la fé sincera y animosa. ¡De qué gloria no es principio esta sumision!

Reducida la nacion judía á los límites de Jerusalem, no era mas que figura de la sociedad cristiana, cuyos miembros debian ser, en lenguaje de los profetas, tan numerosos como las arenas que cubren nuestras playas. A sus sacrificios y holocaustos debia suceder un sacrificio mas perfecto, que se ofreceria al Dios verdadero desde los lugares en que luce la brillante aurora hasta aquellos en que sepulta sus fuegos centelleantes el astro del dia. Así la revelacion de Moisés no fué mas que una preparacion á la revelacion eminentemente universal. Esta no conoce límite alguno. No hay paraje adonde no penetre, no hay clima que no alumbre, ni nacion que no le pertenezca por herencia. Todas las sectas encerradas en los límites de una organizacion particular suya y constituidas en virtud de un símbolo especial, resultante de la voluntad de los miembros que la componen, excluyen este carácter de generalidad, y todas tienen otras tantas denominaciones diversas.

En otro tiempo se conocian muchas con los nombres de marcionitas, donatistas y nestorianos, como en nuestros dias llamamos nosotros luteranos, calvinistas, anglicanos, mahometanos y otros muchos divididos en tantas fracciones de nacionalidad como cultos disidentes forman. El nombre de católico señala la sola sociedad cristiana, porque le pertenece la universalidad. A ella sola se le dijo: Predicad el Evangelio á todas las criaturas: dispersaos por toda la tierra, y enseñad á todos los pueblos. Y véase aquí cómo el catolicismo hace de todos ellos una sola familia bajo el gobierno paternal de Dios. A ella sola pertenece este carácter de potestad interior, que pueden envidiarle; pero que no pueden inventar, ni quitarle la sabiduría de los filósofos, ni la sagacidad de los políticos, ni la autoridad de los legisladores, ni el poder de los reyes. Su sacerdocio es la sal de la tierra y la luz del mundo; y sus doctrinas, lanzándose como el vuelo del águila, se fija sobre todos los pueblos, describe un círculo que abraza la humanidad entera, y penetra y atraviesa los siglos y los mares hasta llegar á aquellas tribus lejanas, en que parece que no ha pensado la ciencia humana sino para señaladas en el mapa del mundo. Bien se puede

difamar y contradecir; pero es imposible ni convencerle de falso, ni impedir su engrandecimiento.

Si el paganismo tuvo sus Hércules guerreros, hoy, y siempre como ahora, tiene el catolicismo sus Hércules pacíficos; héroes, cuya victoria no se cifra en matar, sino en morir. La tierra fecundada siempre con la sangre de sus ilustres víctimas produce cada vez mas abundante cosecha de santos. "No, la luz del catolicismo no debe perecer, decia el gran Bossuet; la antorcha de la fé no se estingue: Dios la trasporta á mas felices climas; ¡desgraciados los que la pierden de vista! Pero la luz sigue su camino, y el sol acaba su carrera." Parecia que los bárbaros iban á destruirlo todo en sus irrupciones; pero al arruinar el imperio romano vengaban la sangre de los mártires, y se prosternaban á los pies del Crucificado. Cuando la reforma quitaba al catolicismo una porcion de la Europa, Cristóbal Colon, dirigido por uno de aquellos movimientos irresistibles, que pueden llamarse inspiracion divina, descubria la América, y daba mil y ochocientas leguas de costas al pueblo español donde no habia penetrado la herejía. El filosofismo del siglo XVIII en su corta carrera sedujo momentáneamente al pueblo francés, y luego pareció; y recobrando el catolicismo su imperio, halló dispuesto el suelo de Francia para recibir la fecunda semilla de la verdad. Intentó la secta de los metodistas penetrar en una isla de la Oceanía, y no pudo lograr ser escuchada. Los pobres salvajes que habian recibido ya la fé católica, decian á los nuevos predicadores: "Nosotros no escuchamos mas que á los que nos envia el padre de Roma." La última revolucion que al parecer se habia llevado á efecto para aniquilar el catolicismo entre nosotros destruyendo el trono de nuestros antiguos reyes, tendrá por resultado el haberle propagado por el universo. El sale mas brillante que nunca del abismo en que se creia haberle sepultado. Reinará el catolicismo, dice un hábil escritor, ó habrá reinado antes del fin de los tiempos en todos los lugares habitados por el género humano. Los individuos de su comunica pueden calcularse hoy con certeza en ciento y cincuenta millones, y es fácil de demostrar que todas las sectas reunidas no ascienden á ciento y veinte. Diariamente los mas nobles caracteres, los mejores ingenios, aterrados de las estériles utopías producidas por la filosofía y de las doctrinas tan diversas y confusas que reivindican para sí la verdad religiosa sin tener ninguna de sus circunstancias, vuelven amorosos las miradas hácia esta Iglesia, que es fuerza llamar católica so pena de no ser entendidos. A veces aun á costa de los mayores sacrificios vuelven sucesivamente al gremio de esta tierna madre, que jamás dejó de amarlos, y que en cambio de su arrepentimiento los colma de beneficios y les prodiga esperanzas.

Mucho desearíamos que nuestros aventureros razonadores, sin fé en la verdad religiosa, nos dijese por fin qué entienden por lo que llaman con tanto énfasis civilizacion. ¿Será la humanidad? pero sin los principios cristianos es un foco de idolatría de-

lirante y de horrorosos desórdenes. Civilizacion, progreso: estas grandes cosas traen en pos de sí la agitacion, el temor y una suspension terrible de lo futuro, si á la manera de señoras de honor no componen la corte de la reina sagrada, que por manos de Jesucristo en el Calvario subió con maravillosa majestad al trono del universo. Solo el catolicismo estiende sus favores tan lejos como su gloria. Al paso que avanza, despeja en todas partes la inteligencia humana, estimula la industria, y promueve el adelantamiento de las artes. Con este motivo leemos en la *Revista de Edimburgo*, periódico whig, que á nadie parecerá sospechoso estas notabilísimas palabras: "Continuamente oímos repetir que el mundo se va ilustrando sin cesar, y que el progreso de las luces debe ser desventajoso al catolicismo. Nos alegráramos de poderlo creer: pero dudamos mucho por el contrario que sea una esperanza bien fundada. Vemos que hace doscientos cincuenta años que el ingenio humano ha tomado una actividad extraordinaria: que ha hecho adelantar grandemente todas las ciencias naturales: que ha producido innumerables invenciones encaminadas á mejorar las conveniencias de la vida: que la medicina, la cirugía, la química y la mecánica han ganado mucho terreno: que el arte de gobernar, la política y la legislación se han perfeccionado aunque en menor escala. Sin embargo, vemos tambien que durante estos doscientos cincuenta años no ha hecho el protestantismo conquista alguna que valga la pena de anotarla. Mas aún, juzgamos que si ha habido alguna variacion, ha sido en favor de la Iglesia de Roma. ¿Cómo pues hemos de esperar con fundamento que la extension de los conocimientos humanos sea necesariamente fatal á un sistema, que (para no aventurar la expresion) ha conservado su terreno, á pesar de los inmensos progresos que han hecho las ciencias desde el reinado de Isabel?"

Hemos aprendido, y ¡ojalá que nunca lo olvidemos! que el catolicismo, sin tener parte en las calamidades que afligen á los pueblos, sabe prevenirlas, así como es el único que puede repararlas. Si en otro tiempo sacó del abismo á nuestra patria toda quebrantada, cuando se le resbalaron los pies en sangre, para afirmarla en nuevas bases, le hemos visto hace doce años, despues de tres dias de tormenta, orando por ella de rodillas al pie del altar herido del rayo, pero no destruido. Desde entonces cada dia adelanta con mas segura planta para obtener gloriosas conquistas. La actividad material é intelectual de las naciones civilizadas se habia hecho agresora y hostil contra el catolicismo, que impávido aguardaba la cesacion de la borrasca. Sentado en la roca de las edades frente al volcan que bramaba, y del mar cuyas olas espumosas venian á deshacerse á sus pies, dejaba llegar el momento en que las naciones no hallando salida del laberinto de la filosofía escéptica retrocedieran. Ha llegado este momento, y el catolicismo descubriendo todo el genio de su espíritu antiguo, se ha puesto tambien en movimiento y camina hácia ellas. Jamás podremos contemplar como se debe su so-

litud en mezclar las solemnidades religiosas con las fiestas industriales, para santificarlas y bendecirlas, y para escitar el reconocimiento y amor de los pueblos hácia el soberano autor de todo bien. Véase como se convida á sus pontífices para consagrar con sus oraciones los nobles esfuerzos de los hombres ingeniosos que enriquecen la Francia con gigantescos establecimientos, y que nos hacen atravesar nuestra hermosa patria como por encanto. En Nancy un ilustre prelado inaugura los barcos de vapor del Mosela y del Meurtha. En Strasburgo, en presencia de una multitud silenciosa y de un ministro, que despues de haber dejado tierna memoria en el clero francés, no cesa de estimular las nuevas invenciones, y de proteger los monumentos de piedad de nuestros padres, un pontífice atrae las bendiciones del cielo sobre las máquinas locomotoras y los caminos de hierro, sobre el canal del Ill y los barcos de vapor del Rin: celebra al mismo tiempo los triunfos del ingenio y los trofeos de la religion. En Burdeos se ha visto á una de las glorias de la Iglesia marcar con el sello de la piedad el canal de las Landas y el camino de hierro de la Teste.

En todas partes la fé religiosa sirve maravillosamente entre nosotros para santificar el progreso, y constituir sólidamente la libertad práctica de que están los pueblos tan ansiosos. Si el catolicismo penetra en la multitud, la humanidad será gloriosa y se transformará: ahí está el destino futuro de la sociedad. Véase cómo á la voz del catolicismo han venido á militar bajo su bandera los labradores y los artesanos. En las principales ciudades de Francia subsisten establecimientos en favor de los niños pobres, que bajo la influencia de los principios religiosos, adquieren conocimientos en las diversas profesiones manuales; obra generosa y fecunda en resultados, que abraza lo presente y lo venidero de la clase indigente, y le proporciona educacion moral é intelectual. Y ¿qué diremos del ministro tan sabio é ilustrado, que con la reforma introducida en el régimen penitenciar ha hallado ingeniosamente el medio de impedir la mútua corrupcion de los detenidos con la facilidad de asistir á las instrucciones religiosas y al oficio divino? Seria un error grosero no descubrir aquí la influencia del ascendiente católico, que ha estendido sus alas protectoras sobre aquellos mismos, que rechazados por la sociedad, se figuran con harta frecuencia que Dios tambien los ha abandonado. ¿Qué cosa mas misteriosa que lo que sucede ahora en las costas africanas? ¿Qué porvenir tan glorioso se ofrece al catolicismo y á la Francia! Los nombres de Muzaia y Buffarik pasarán á la posteridad como monumentos de civilizacion cristiana. Nuestros descendientes recordarán que aquellos lugares fueron testigos de un prodigio. Bajo el amparo del báculo del pontífice santo que fué enviado á llevar á aquellos pueblos nómadas la salvacion y la paz, unas madres desoladas hallaron á sus hijos, y unos huérfanos á sus padres. Las cadenas de la esclavitud se habian roto: parecia que los combates habian suspendido la matanza y la carnicería; y los leones del desierto

to habian calmado momentáneamente su furor, para dejar pasar á los que puestos ya en libertad volvian á las montañas. La civilizacion en las playas africanas depende tanto de la influencia religiosa, que generalmente se concuerda en afirmar que á proporcion de lo que esta crece y se propaga, se estreunde aquella. ¡Gloria y honor al digno sucesor de los Ciprianos y Agustinos en el territorio de África! Dios fecundo sus fatigas, y bendiga sus tareas!

Si fijamos los ojos en la Gran Bretaña, no podemos menos de advertir un movimiento muy manifestado hácia el catolicismo. En toda la estension de los tres reinos se nota un general descontento contra el sistema de la iglesia anglicana. Es un disgusto absoluto de los elementos que la constituyen; es el abatimiento del leñador cargado con su haz; no se queja en particular de ninguna rama de las que la componen: la carga entera es la que le fatiga y abruma. El *The Tablet* (1) reconoce que el *anglicanismo* no tiene unción espiritual, ni potencia eficaz, ni energía para sacar á aquel pueblo de los abismos del vicio, en que le mantiene la ignorancia. El señor Philipps escribia no há mucho, que todo lo bueno y grande que hay en aquella constitucion, existia antes de la reforma: que esta misma constitucion es obra de los reyes católicos; pero que todo lo que ha debilitado su accion y turbado su armonia, se debe al elemento que se introdujo en ella en la época del cisma de Henrique VIII y despues de la revolucion de 1688. Multiplicando sus conquistas, el catolicismo derrama sus favores á manos llenas; y si el pauperismo devora al presente aquella tierra tan fecunda y rica, el catolicismo se muestra mas solícito para consolar todas las aflicciones y aliviar todos los dolores. No nos admiremos, pues, de que se propague cada dia mas. Cerca de mil y quinientos individuos del clero anglicano se han alistado ya en la bandera del presbítero Newman, para testificar solemnemente que el santo Concilio de Trento no erró ni en materia de fé, ni en materia de moral. No pueden leerse las obras de los teólogos de Oxford, sin descubrir en las doctrinas y sentimientos afectuosos que profesan, una tendencia siempre creciente al catolicismo. La Escocia y la Irlanda se llenan de piadosos monumentos que prueban su inviolable adhesión á la Iglesia romana. Acaso no se han oido jamás protestas mas enérgicas contra los principios de los opresores de la religion y de la patria. Aceleremos con nuestros mas fervorosos votos, el momento en que volviendo aquel pueblo á la fé de sus padres, goce plenamente de sus beneficios, y no cese de progresar en el orden y en el seno de la paz.

Continuando Portugal su marcha progresiva hácia la prosperidad del catolicismo, adelanta tambien en la senda de la civilizacion. Los católicos portugueses, cuyas eficaces súplicas han sido finalmente satisfechas, ven dichosamente ponerse otra vez á su cabeza á sus preladós, que llevan consigo la paz

y tranquilidad de las conciencias. No dudemos que la rosa de oro, regalada á su reina por el ilustre pontífice, que sentado en la cátedra de Pedro vela con tanta solícitud por los intereses de toda la Iglesia, sea el símbolo de una union durable y estrecha. Una detestable centralizacion política puede muy bien despojar á las iglesias de España de sus ornamentos y de sus tesoros, desterrar pontífices ilustres, cargar de cadenas al clero y tratar de romper con la Santa Sede; pero no puede destruir el catolicismo. Lejos de haberse apartado el pueblo español de la santa doctrina de sus padres, está fuertemente apegado á la fé católica: la mayor parte de sus sacerdotes combaten con valor las batallas del Señor; y casi todos sus obispos, aunque abrumados con las mayores vejaciones, cuidan, segun sus fuerzas, de la salvacion de sus rebaños. Al modo que una madre cuyos hijos son despedazados, acaba la Iglesia de levantar hasta el cielo los gritos de su ternura despreciada. La única voz que puede comunicar hasta las estremidades del mundo los gemidos de un padre, ha sonado, y todas las bocas se han abierto para impetrar las bendiciones del Altísimo en favor de la católica España. No vacilemos en creer que tantas oraciones habrán sido acogidas en lo mas alto de los cielos. El efecto infalible de las persecuciones que ahora padece España, será purificar á aquella gran nacion católica destinada acaso á ser la antorcha del universo. Mas de una vez el fuego de la persecucion y las lagrimas del dolor han dado nuevo temple á las almas: mas de una vez tambien aquello mismo, que segun los designios de la impiedad debia acabar con la fé, ha servido para hacerla invencible. La iglesia de España se regenera combatiendo. ¿Se pueden haber olvidado los notables manifestos publicados en todos los puntos de este reino, en otro tiempo tan católico? Mucho tiempo durará la memoria del que firmó el clero de Daroca (1). Permitásenos citarle, como que es un monumento de fé, digno de pasar á las futuras generaciones. "Atravesaremos sin temor, dicen estos valerosos atletas del santuario, el largo y escabroso sendero de las privaciones y de los ultrajes, y aguantaremos con energía cristiana los males del ostracismo, si el fatal sistema que nos persigue, nos condenase á él. Dejaremos el oro del santuario y los bienes pasajeros y terrenos á los hombres malvados, egoístas é incrédulos que nos persiguen, y para nosotros guardaremos las aflicciones y las amarguras de la virtud, las delicias de nuestra fé y la consoladora esperanza de la felicidad eterna. Con la sincera expresion del corazon en nuestros labios, suscribimos esta solemne y explícita manifestacion de nuestras creencias católicas, representadas en la cátedra de San Pedro; y tenemos á honra prodigar al pontífice supremo que tan dignamente la ocupa, Gregorio XVI, los sinceros homenajes de fidelidad, de sumision y de profunda obediencia."

En Suiza han podido tambien destruirse los conventos de Argovia, y ha sido fácil arrojar de ellos

(1) 24 Junio 1842.

(1) Del mes de Agosto de 1841.

á los áeres misteriosos que desde esta vida, menos apegados á la tierra que al cielo, hacian que descendiese el rocío para fecundar sus entrañas; pero el catolicismo está muy lejos de haberse estirpado. La cuestion de los conventos en sus relaciones con el interes de la libertad de los cantones, acaba de reunir á la causa de los católicos todos aquellos que quieren permanecer fieles al pacto federal; y así los intereses de la patria se encuentran colocados bajo la salvaguardia de la opinion nacional. Persecucion sistemática de la religion y de sus ministros, exclusion del clero, aun la legal, de toda influencia en las escuelas, insultos al nuncio apostólico, y prohibicion de toda relacion con la Santa Sede: todo se puso por obra para llevar á cabo el proyecto anunciado públicamente de destruir el catolicismo en Suiza. Sin embargo, el canton de Lucerna tiene hoy un gobierno enteramente cristiano, que le conduce por los caminos de la justicia. Ha desaparecido el odio que reinaba entre la ciudad y los habitantes del campo, y restableciéndose la antigua union con los primitivos cantones menores. Otros dudosos vacilan, y el catolicismo, presenta actualmente en Suiza un núcleo compacto, que impone a los fautores de desórdenes, y regocija aun á muchos protestantes amigos del sosiego. Estos echan en cara á los revoltosos, que han resucitado con su escageracion el catolicismo que los primeros creian ya agonizando.

El catolicismo prosigue su marcha en Prusia. En vano se representa como cosa dura el reconocer sus derechos: hay que devolverle la independencia que se le arrebató por mafia ó por la fuerza. Con medios mas ó menos vergonzosos se habia podido sin duda adormecer á algunos pastores del rebaño ó impedir que diesen el grito de alarma; pero á la voz de la centinela que nunca duerme, todos han despertado. A la voz de Roma han palpitado todos los corazones, y cada cual ha seguido las banderas del sucesor de Pedro. Se han empleado sucesivamente la astucia, la intriga y la violencia para promover un cisma y la creacion de una iglesia alemana. Un estadista hábil é ilustrado (1) habia acreditado sus conocimientos poco comunes en sus escritos y una imparcialidad noble en el juicio que hacia del catolicismo civilizador de la edad media. Demasiado débil para sobreponerse á los falsos principios de la filosofia del célebre Hegel, partidario ardiente de la religion racional, no ha mostrado una adhesion bastante fuerte á la verdad para negar á su pais la orgullosa pretension científica de que ha llegado á la cumbre de la perfeccion intelectual, que coloca á los ingenios de Europa y del mundo entero en una categoria infinitamente inferior á los filósofos prusianos. Sin duda se ha tratado de deslumbrar así á los hombres mas entendidos de Alemania, y ejercer la mas perniciosa influencia sobre el príncipe que la gobierna. Sin embargo, el catolicismo, así con la espada á la garganta como entre las cadenas, no ha cesado de progresar. El arzobispo de Colonia, de quien se ha dicho: *Stat muras*

pro domo Dei, ha dado tan bellos ejemplos de una firmeza inalterable, que han comunicado un nuevo impulso religioso á toda la Alemania. La conducta apostólica de este nuevo Atanasio ha llenado de admiracion á toda la cristiandad: los Países Bajos le enviaron una diputacion para rendir solemne homenaje á sus raras virtudes, y hasta el fin de los siglos se leerán para gloria del catolicismo estas palabras en la cruz que le presentaron: "A Clemente Augusto, baron de Droste de Vischering, arzobispo de Colonia, intrépido defensor de los derechos de la Iglesia, en el siglo XIX, la Neerlandia católica llena de admiracion."

La Rusia, en otro tiempo católica por la conversion de Santa Oma, que introdujo allí el cristianismo hácia los años 955, ha caído á no dudarlo en el cisma. Los católicos que han quedado, sufren innumerables tormentos y se ven precisados á alistarse en las banderas de la barbarie; pero todavía tienen sus iglesias, y permanecen como nunca adictos á la fé de sus padres. Siempre será venerado entre ellos el nombre de Pedro el Grande: vanos serán los esfuerzos para determinarlos á que abracen la religion dominante, y á que declaren que son, sin saberlo ellos, miembros de la llamada iglesia ortodoxa: no puede probarse que hayan reconocido jamás su autoridad, ni responder á la solicitud que se ha hecho para que se presenten las firmas de los católicos en el acta original de sumision. La *summa lex* es la única fórmula adoptada para cerrar las discusiones de esta especie.

Ya van mas de diez y ocho siglos que el mundo ve al catolicismo trabajar sin descanso para ilustrar á los pueblos, para resucitarlos intelectualmente y darles libertad moral. ¿Quién podrá admirar lo bastante cuanto se estiende cada dia el imperio de la verdad religiosa con la palabra de los nuevos apóstoles que van á lejanas regiones á reanimar el fuego de la caridad, á costa de los sacrificios mas penosos á nuestra naturaleza? Estos pacíficos conquistadores, á cuya cabeza aparece el soberano pontífice lleno de solicitud, van á enarbolar la cruz, verdadero estandarte de la civilizacion, la cruz santa en las regiones menos amigas de la hospitalidad. Rivalizan todos en esta carrera, en que se triunfa con el sacrificio y el martirio, y todos tambien concurren poderosamente á la obra de la civilizacion del mundo. Si nos fuera dado poder graduar los progresos que hace el catolicismo entre esos pueblos, que se sabe se arrojan unas veces ante ídolos estúpidos, otras vagan errantes en lo escabroso de los bosques, y otras caen en el último grado de embrutecimiento; como que no los guia ni la razon humana, ni el instinto de los brutos, sin freno en sus terribles venganzas, devorando la carne de sus semejantes ó bebiendo con placer su sangre, veriamos derramarse tambien con profusion los beneficios del catolicismo donde quiera que ha desplegado su bandera.

Podriamos citar en testimonio los adelantamientos que la civilizacion y la humanidad habian hecho entre los griegos católicos en Damasco, en el Cairo, en Jaffa, en el monte Líbano, desde la pu-

(1) Eichhorn, ministro de los cultos en Berlín.

publicacion del *hatti-cherif* de 21 de *rajad* de 1247, correspondiente al año de 1830 dado en la cancellería del sultan. Nadie ignora el maravilloso vuelo que ha tomado el catolicismo, y con él el verdadero progreso, en los dos puntos principales del imperio otomano, Constantinopla y Smirna. Allí se mira la iglesia de los misioneros como un puerto de salvacion, hácia el cual se encaminan todos cuantos quieren huir del naufragio del error. Los niños de las casas principales son instruidos desde sus primeros años tanto en las ciencias como en todas las virtudes; y unas hermanas admirables que se hallan donde hay lagrimas que enjugar, é infortunios que socorrer, se ven obligadas á multiplicar sus establecimientos para atender á las necesidades y á las empinadas solicitudes de las familias. Los que conocen los pueblos orientales, sus costumbres, sus preocupaciones, sus usos y prevenciones, no podrán concebir el brillante espectáculo que ofreció pocos meses ha la caridad cristiana al mundo entero en el teatro lastimoso de la devastacion ocasionada por el incendio que consumió cerca de la mitad de Smirna, á no reconocer que el catolicismo ha dado un paso importantísimo para la regeneracion del Oriente. Los pormenores que se nos han transmitido sobre aquel horrible desastre, nos manifiestan un hecho providencial de grande valor para lo venidero: que el catolicismo solo esta destinado á restituir al Oriente la vida social y civilizada que perdió hace siglos. Sabese que en toda la extension del territorio ocupado por los cristianos en Siria reina el orden: que no se ha cometido allí el mas leve acto de violencia ó de pillaje, mientras que, á escepcion de Beyruto y San Juan de Acre, no hay mas que anarquía y desórdenes en los países sujetos al sultan. Hasta los judíos y musulmanes desean que se estienda allí la dominacion pacífica de los cristianos. ¡Qué alegría y qué gloria para la Iglesia ver postrarse con piedad ante la cruz del Calvario al emir Bechir-el-Kassin, descendiente del falso profeta Mahoma!

La Europa ha resonado con la ardiente apelacion de los cretenses á la opinion pública del mundo civilizado, para sostener en su país los intereses del catolicismo. Nuestros descendientes leeran tambien con admiracion en los anales de aquel generoso pueblo, la solemne declaracion que hicieron ante Dios y los hombres: "que mártires de la fé han jurado al pié de la cruz, antes morir que someterse de nuevo al yugo de los barbaros." ¿Quién podría referir las suaves emociones que no há mucho se experimentaron en Roma (1), testigo de la piedad de unos interesantes neófitos, que habian venido de las abrasadoras regiones de la Abisinia, para reconocer á nombre del rey de Ubia la primacia de la silla de Pedro, y reclamar por su intervencion la proteccion de la Francia? ¡Qué bellas esperanzas para la suerte futura del catolicismo! Allí, como en todos los demas puntos del Oriente, su nombre está esencialmente unido al de nuestra patria. No cesa de echar raices muy profundas en las Indias;

y la civilizacion que lleva entre los gentiles, hace cada dia asombrosos progresos, sobre todo desde que la ciudad, madre de una legion de intrépidos apóstoles, envió allá valerosas jóvenes (1), para procurar instituciones cristianas á las indias. Cuentanse ya allí cerca de seiscientos mil católicos.

Y ¡cuánto tendríamos que referir de su feliz influencia en la hermosa colonia que se conocia en otro tiempo con el nombre de Isla de Francia! Parece que la Providencia se complació en proteger la isla de Mauricio con su excelente clima, su magnífica posicion y prodigiosa vegetacion, solo para hacerla mas digna de nuestras simpatías y de las luces de la fé que reflecten en aquellas regiones. Las iglesias católicas son pocas en la China, y las que hay, muy pequeñas para contener el número de unos trescientos mil fieles que se cuentan hasta el día. Va unida al catolicismo una idea tan alta de civilizacion y de prosperidad, que es opinion generalmente difundida entre los chinos, que ninguna calamidad grave afligirá al imperio mientras quede en pié la santa cruz colocada sobre la torre de una iglesia edificada en otro tiempo en Pekin por Hang-kin, emperador amigo de los cristianos. El Tong-King oriental y la Nueva Zelanda se han abierto ante aquellos que á costa de su sangre van á anunciar la buena nueva, y las tinieblas comienzan á disiparse á los rayos de la luz evangélica. Nadie duda de la adhesion de los tesalios al nombre de Jesus el Salvador y al de la santa Iglesia cristiana ortodoxa, á la que fué prometida eterna duracion. No ha mucho que podian leerse estas palabras en su bandera desplegada. Tambien sabemos cuánto ansían en el Cabo de Buena-Esperanza nuevos recursos para levantar monumentos piadosos á la gloria del que vino para regenerar la humanidad. ¡Qué espectáculo mas grandioso que el de los Estados-Unidos que acaba de recoger el digno prelado de Lorena (2)? ¡Oh! ¡cuán dignos son allí los cristianos por su piedad y fidelidad de todas las simpatías de un corazón francés! En las Antillas todo promete un porvenir glorioso al catolicismo. Los esclavos últimamente emancipados gozan ya de sus beneficios y los aprecian: los mismos protestantes de la colonia contribuyen con gusto por su parte para edificar iglesias. No es fácil formar exacta idea de los progresos del catolicismo en la Jamaica, á no ser por la viva satisfaccion que experimentaron los testigos de la conducta admirable de los emigrados de Irlanda, y por la irritacion de la secta de los baptistas, que temen la promulgacion de la fé por los hijos de Erin.

Así, en medio de las tinieblas en que se hallan envueltos aún tantos pueblos, el cristianismo, con la divina antorcha que puede transformarlos en hijos benditos de Jesucristo, camina á la cabeza de la civilizacion, uniendo á todas las naciones con la conversion de las hordas mas salvajes á la unidad de la gran familia humana. Jamás se mostrarán mas dignos de su alto destino los grandes Estados de

(1) Señoras de Leon llamadas del Corazon de Jesus y María.

(2) El ilmo. señor de Forbin Jansen, obispo de Nancy en Abril de 1841.

(1) 17 Agosto de 1841.

Europa, que favoreciendo los medios propagadores del Evangelio, el cual, despues de haber proscrito usos bárbaros, les traera en retorno lenguas desconocidas, una literatura ignorada y preciosos documentos. ¡Oh Francia, hija primogénita de la Iglesia, no ceses de llenar tu mision providencial para que triunfen los mas tiernos intereses de la humanidad!

El principio civilizador que moraliza las naciones bárbaras, está en manos del catolicismo, y es el de la fraternidad universal. Este principio las reduce, no en fuerza de razonamientos y de ciencia, sino con la sola admision á la comunión de la Iglesia. La unidad le pertenece. El cristianismo es un todo perfectamente armónico: todas sus partes están ligadas; es una cadena que no se puede romper. Gobierno, dogmas, moral, todo en él es convergente hácia la unidad. Bien pueden los políticos oponerse con todos sus esfuerzos á la reunion de los poderes legislativo, administrativo y judicial en las manos de un solo jefe del estado; pero en la Iglesia el poder es esencialmente uno como la doctrina. Todos los miembros del cuerpo sacerdotal enseñan, juzgan y administran; pero cada uno segun el grado gerárquico en que se halla colocado: el soberano pontífice por la divina supremacía, los obispos por mision divina, y los sacerdotes por delegacion episcopal. La unidad forma el complemento y la perfeccion de estos diversos órdenes gerárquicos. No hay mas que un solo episcopado esparcido en todo el universo: á la cabeza tiene el papado, origen del apostolado, savia del catolicismo que representa en su unidad la de la fé. Así entendemos el ministerio, decia el gran Bossuet (1): todos reciben el mismo poder y todos del mismo origen; pero no en el mismo grado ni con la misma estension, porque Jesucristo se comunica en la medida que le agrada, y siempre del modo mas conveniente para establecer la unidad de su Iglesia. Por eso empieza por el primero, y en este primero forma el todo, y él mismo estendiéndose con orden lo que puso en uno solo; y Pedro, dice San Agustin, que en su primacia representaba toda la Iglesia, recibió el primero y el unico al principio las llaves que en adelante debian ser comunicadas á todos los demás, para que aprendamos, segun la doctrina de un santo obispo de la Iglesia galicana, que la autoridad eclesiastica establecida primeramente en la persona de uno solo, no se ha repartido sino con la condicion de referirse siempre al principio de su unidad, y que todos aquellos que hayan de ejercerla, deben estar inseparablemente unidos a la misma catedral. Esta es la catedral romana tan celebrada por los santos padres, donde como a porfía han ensalzado el principado de la catedral apostólica de donde parten los rayos del gobierno. . . . Hé aquí lo que debe quedar segun la palabra de Jesucristo y la constante tradicion de nuestros padres en el orden comun de la Iglesia; y pues que era el consejo de Dios permitir cismas y heregias, no habia constitucion mas firme para sostenerla, ni mas fuerte para abatir éstas.

(1) *Discurso sobre la unidad de la Iglesia.*

Por esta constitucion todo es fuerte en la Iglesia, porque todo en ella es divino y todo está unido; y como cada parte es divina, también el vínculo lo es, y la reunion es tal, que cada parte obra con la fuerza del todo. Por esto nuestros predecesores que tantas veces dijeron en sus concilios, que en sus iglesias obraban como vicarios de Jesucristo y sucesores de los apóstoles, a quienes envió inmediatamente; dijeron también en otros concilios, como hicieron los papas en Chalons, en Viena y otras partes, que obraban en nombre de S. Pedro, *vice Petri*, por la autoridad dada á todos los obispos en la persona de S. Pedro. . . . Como vicario de S. Pedro, *vicarii Petri*, lo dijeron aun cuando obraban por su autoridad ordinaria y subordinada, porque todo se puso primeramente en S. Pedro; y es tal la correspondencia en todo el cuerpo de la Iglesia, que lo que hace cada obispo, segun la regla en el espíritu de la unidad católica, lo hacen con él toda la Iglesia, todo el episcopado, y la cabeza de éste.

Si nos parece tan bella la naturaleza porque todos los seres se enlazan desde el infinitamente pequeño hasta el infinitamente grande; si la unidad en las obras científicas, artísticas y literarias exalta la imaginacion y eleva el ingenio hasta el éxtasis; ¿quién dejara de esclamar con Bossuet: "¿Comprendeis ahora esa inmortal belleza de la Iglesia católica, en la que se reúne todo lo bello y glorioso que han tenido todos los lugares, todos los siglos presentes, pasados y venideros? ¿Qué hermosa sois en esa union, Iglesia católica, y al mismo tiempo qué fuerte!" ¿Quién no reconoceria en ella por ese augusto carácter la verdad que emana de los consejos de Dios?

Como ninguna verdad puede proceder sino de Dios, no es dado a la Iglesia hacer los dogmas: solo puede enseñarlos: esta encargada de explicarlos y definirlos; pero no puede tener derecho a tocarlos. Seria un grandísimo error tratar las verdades religiosas como las ciencias naturales, y creerlas sujetas á las mismas transformaciones y á iguales vicisitudes. No deben considerarse bajo el mismo aspecto, porque las ciencias naturales son patrimonio del hombre; lo que las condena á ser como la inteligencia humana eternamente progresivas é incompletas: progresivas, porque cada generacion científica, procediendo de lo conocido á lo incógnito y de los descubrimientos á los experimentos, añade algo a la suma de observaciones recogidas por las generaciones precedentes: incompletas, porque poniendo al hombre frente á la nocion, Dios se ha reservado el supremo conocimiento, y no levanta nunca enteramente el velo que le oculta á nuestras miradas. Los pensamientos de los hombres pasan así á otros hombres para ser modificados, aumentados ó reformados; pero la doctrina católica no tiene que sufrir las debilidades humanas de correccion y de los retoques. En tanto que todas las producciones del talento del hombre no son mas que el monumento triste de la insubsistencia y de las contradicciones de la razon humana, existe sobre nuestros descubrimientos parciales la verdad

una, eterna, inalterable, independiente de los esfuerzos que se hacen para menoscabarla, de los acerados tiros del sarcasmo de que es objeto, de los ignorantes que la desconocen, y de los penosos progresos de los ingenios laboriosos en sus investigaciones. Revelandonosla Dios ha querido que dominase en el mundo, y que el entendimiento humano la viese brillar como estrella benéfica, siempre pronta a guiarle en su camino. Esta inmovilidad que se le censura, es el carácter y la prueba de su certidumbre indestructible. No puede uno menos de admirarse ante el majestuoso conjunto y la magnífica uniformidad de las verdades que el catolicismo ha propagado, ligando todos los tiempos y todos los lugares. Nada se ha obrado en él como modificación, sino como consecuencia: bajo este respecto se ha abstenido siempre de toda clase de novedades. "Los dogmas jamás han cambiado, ha dicho con mucha razón el autor del Ensayo sobre el panteísmo. En las grandes épocas de las divinas revelaciones se agregaron nuevas verdades á las verdades antiguas; pero lejos de destruirlas no hicieron mas sino confirmarlas y esplanarlas. La perfecta relación del Antiguo y del Nuevo Testamento y la inmutabilidad del símbolo católico son pruebas irrecusables de esta perfecta unidad." La doctrina católica es invariable en todas sus partes é idéntica en sus dogmas y en las reglas de fé. Ingerida en todos los climas, bajo todas las formas de gobierno, entre los pueblos mas barbaros como en las naciones mas civilizadas, no ha tenido necesidad de modificarse. Libre de las condiciones del espacio que pesan sobre todas las cosas humanas, se le ve atravesar todos los siglos, inalterable en su esencia, sobreviviendo á todas las herejías, y nadando en su pureza sobre las olas del tempestuoso mar, que sucesivamente traga todos los sistemas. Su símbolo ha atravesado diez y ocho siglos en medio de las contradicciones y de los errores, herido con la espada, amenazado de ser despedazado por los cisnas, combatido por la filosofía, y conculcado por el libertinaje. Y sin embargo no hay un solo artículo de su inmutable símbolo que no haya sabido el catolicismo defender de los inquietos planes del hombre, y ninguno de los sagrados límites fijados al derredor de nuestra inteligencia que la mano temeraria de los novadores no haya intentado vanamente remover.

Si consultamos los monumentos, se descubre una tradición que jamás ha variado: como que la fé de hoy nada tiene que temer de la de ayer, porque es la misma fé de todos los tiempos, una sensible manifestación de la unidad de la razón infinita. Esta unidad ha podido ser embestida á la fuerza, combatida con los artificios y denigrada con calumnias; pero esas violencias, esas astucias y esos escándalos ni pudieron ni podrán jamás servir sino de glorificarla. También podran aparecer nublados que la oscurezcan; mas no la eclipsarán. ¡Cuan bello es contemplar la majestuosa unidad de la doctrina católica en el seno de las fluctuaciones del entendimiento humano, de la diversidad de las opiniones, que se atraviesan ó excluyen, y entre

los sistemas que se hundean y los que se levantan! La completa renovación obrada por el Verbo eterno, proclamando la verdad, resuena aun en toda su integridad en el seno del catolicismo sin liga de doctrinas heterodoxas, tal como nos la transmitieron los apóstoles. Si algunos espíritus temerarios intentaron a veces apartarse de esta doctrina y contradecirla, sin duda que la Iglesia ha determinado entonces el sentido permanente de esta doctrina divina, pero no ha añadido nada de invención humana. Jamás hace otra cosa que dar explicaciones á lo que siempre se había creído.

Hacia el siglo XVI se trató de romper esta unidad de fé con el especioso pretexto de la reforma. El género humano no debía ya admitir creencias dictadas por la autoridad de la Iglesia: la razón individual fué llamada á formar la fé: cada hombre pudo estender su símbolo. Desde entonces se puede preveer, antes que la misma experiencia lo demostrase, que no se tardaría mucho en contar tantas profesiones de fé como individuos, tantas doctrinas como meses ó dias en el año: porque una vez libre la razón de toda autoridad traspasa ó destruye todos los diques, que podrian oponerse al flujo y reflujo de los pensamientos humanos y á las diferentes impresiones, cuya influencia provechosa ó nociva tiene que experimentar ella misma. Por eso el teólogo protestante Leslie reconoce que está en la naturaleza del juicio individual abortar gran variedad de opiniones contrarias, y que ese es el móvil de todas las guerras y de todas las discordias. Separóse pues una rama del tronco de la creencia universal. Desde entonces cada dia se han erigido nuevos dogmas entre aquellos á quienes nunca hemos cesado de amar como hermanos. Ellos rodearon nuestra cuna, y las honrosas relaciones que con algunos nos han conservado las épocas y los lugares, nos hacen estimar dignamente la fortuna de haberlos conocido. Por muchos esfuerzos que hagan para mantenerse distantes de nuestras creencias, jamás conseguirán romper los sagrados lazos que nos unen con sus personas. ¡Qué no pueden leer en nuestros corazones los sentimientos que les profesamos! ¡Ojalá deduzcan del principio evidente de la unidad absoluta de la verdad, que nuestro deber comun es respetar las opiniones libres de cada uno en política; pero en materia de religion adherirnos á la doctrina, que sola es una y verdadera!

Por no haberse penetrado íntimamente la Francia de este incontestable principio, ensayó en 1790 formar una iglesia nacional. Desgarrando la unidad de la Iglesia romana, la constitución civil del clero no amentaba menos al poder espiritual de los papas, que al temporal de los reyes. Deploró el mundo cristiano este suceso como una profunda llaga moral de que se veia amenazado, y que no era por título alguno justificable. Era una extraña novedad que abría la puerta á todas las demás.

La asamblea constituyente, con todo su talento, su ardiente entusiasmo y el ascendiente de sus nuevos principios, no logró mas que crear una iglesia decrepita desde su nacimiento y repugnante por sus

escándalos. Apenas vivió unos cuantos meses, y ya no le quedaba otro porvenir que ruinas. Sin subir á épocas tan distantes, ¿no tenemos á la vista terribles y asombrosos ejemplos? ¿Qué resultados felices para la religion y para los pueblos obtienen los que se esfuerzan por fundar la unidad moral y religiosa en España, en Inglaterra, en Prusia y en Rusia? Se ha trabajado para romper los vínculos que unen con la santa sede á todos los discípulos de la Cruz, y se ha tratado de apelar de la razon divina á la razon humana. Se ha sembrado viento, y se cogen tempestades. Los horrores de la guerra, los tormentos del hambre, las proscripciones y el despotismo atraen diariamente nuevas plagas sobre esas regiones. En ellos cada clase vive aislada, llamando á la prosperidad de los otros su ruina, y á su provecho su perdicion. El espíritu de antagonismo y de disolucion se ha apoderado de las diferentes partes de aquellos estados. En lugar de armonía se oyen los gritos de la discordia, y en vez de union no se ven mas que conflictos de intereses. Existe entre la aristocracia y la clase pobre una frialdad desconocida en los tiempos en que eran católicos los pueblos; y los delirios del cartismo y del socialismo se afanan para sustituir la enemistad y el odio. ¡Desgraciadas las naciones que desconocen el fin sublime y el augusto origen de la unidad católica! Esta es el vínculo de las generaciones pasadas con las presentes y con las venideras: con él se recobran ó reemplazan tarde ó temprano todos los demás vínculos sociales destruidos ó debilitados.

Cuando tienden á un solo y mismo fin todos los elementos de la fuerza y de la dignidad nacional, y atraen á la misma línea al pueblo y á sus jefes; cuando el clero, la nobleza y las clases industriosas obran bajo la influencia de las mismas reglas, se juzgan mutuamente por los mismos principios, ven desde un mismo punto de vista sus prerogativas y respectivos derechos, y comprenden igualmente y conforme á una nocion comun á todos, la importancia y la necesidad de los mútuos sacrificios; cuando todos trabajan bajo la misma ley y para el mismo fin; entonces la majestad y el poder de una nacion brillan con todo su esplendor, escribia no há mucho un profundo é ilustrado escritor (1). Desde entonces queda afianzada la prosperidad de los pueblos con la concordia de ambas potestades, y cada una presta, dentro de su esfera de actividad, su apoyo con un objeto comun. Estas dos potencias obran sobre el mismo punto de la palanca, apartan toda clase de conflicto, y triunfan de todos los obstáculos.

Hé aquí lo que puede la unidad religiosa. Disponiéndonos á formar la sociedad invisible, de que Dios será la cabeza y la corona en la mansion de los eternos resplandores, estrecha con su doctrina los vínculos de la sociedad visible, cuyo destino está circunscrito en el límite de los siglos. Conspira á atraer los ánimos extraviados y á conciliar los corazones desunidos, á restablecer entre los hom-

bres y entre las naciones de la tierra la indivisible unidad cuyo modelo está en los cielos. Conspira tambien á levantar la criatura inteligente á la imitacion del Criador. Como abunda Dios en misericordia y beneficios, quiere que el hombre, colmado de los favores de la fortuna, sea el consuelo y el recurso de la humanidad afligida, y que estén unidos todos los pueblos con los dulces lazos de la beneficencia y del amor. Así porque la Francia está íntimamente adicta á esta unidad, ha podido decir con justa razon el presidente de su academia (2) con cierto orgullo nacional: "Que en ningún país del mundo existen tantas simpatías de fraternidad entre las diferentes clases de la sociedad, como entre nosotros." En ninguna parte vive el rico mas unido al pobre: en ninguna se acuerda tanto de que son hijos del mismo Dios, y que se dirigen hácia el mismo objeto, y que las buenas acciones no solamente son el camino del cielo, sino el origen de los mayores placeres que podemos gustar en el mundo. La Francia de todos los tiempos y de todas las épocas ha sido el país de la beneficencia, de las simpatías en favor de la desgracia, de la igualdad delante de Dios, antes de ser el de la igualdad delante de la ley. ¡Ojalá nuestra civilizacion y nuestras luces no aumenten nada á las calidades del corazón! ¡Ojalá no formemos en nuestra nueva sociedad mas que una sola y misma familia, en que el pobre sin envidia y el rico sin desconfianza llenen cada cual los deberes que la Providencia les impuso, y den el ejemplo de las mismas virtudes!" ¡Qué deseos mas dignos de un cristiano y mas gloriosos para la Francia! ¡Qué deseos mas en armonía con los del jefe supremo de la Iglesia, que desde la elevada cathedra de Pedro ha hecho resonar tantas veces el universo cristiano con palabras de sumision y de paz! ¡Qué cosa mejor entendida y mas fielmente observada en todas partes del mundo católico por el episcopado! Si en Portugal, en Prusia y en España ha levantado la voz para reclamar los derechos que tiene adquiridos inviolablemente por su dominio espiritual; tambien le hemos oido protestar con la energía del respeto mas profundo y de la mas perfecta sumision en favor de los depositarios del poder en los límites del órden temporal. Antes que faltar á la Iglesia con vituperable condescendencia ó al poder con la rebelion, ha preferido las cadenas, la deportacion, el destierro y la muerte. ¿A quién no admirara el grandioso espectáculo que está dando en Francia el episcopado, el cual en medio de los partidos marcha confiado y firme hácia la época de reconciliacion y de paz, en que esta hija primogénita de la Iglesia no cese de mostrarse la reina y el modelo de las naciones cristianas? No se presenta con una bandera política en la mano: solo enarbola la Cruz, y habla en nombre del Dios de caridad. Sin embargo, se le acusa de que incita á todos los excesos con la escageracion de su celo y con su intolerancia. Fácil nos seria responder victoriosamente á esta recriminacion, si en el mundo político no hubiera resonado

(1) N. Wiseman.

(2) El conde Molé, sesion de 30 de Junio de 1842.

el mas solemne homenaje tributado al episcopado francés por el señor ministro de la justicia (1): "Es verdad, dijo, que escceptuando unos pocos hechos en razon de algunas reclamaciones relativas á la libertad de enseñanza, el clero comprende y llena su mision en beneficio de la religion y del estado: que es ilustrado y virtuoso: que el gobierno y el clero tienen confianza el uno en el otro; y que esta dichosa union no es menos provechosa á la causa del orden que á la de la religion." La caridad, la tolerancia, la union y las vias de dulzura son los únicos medios que le quedan de su antiguo esplendor para obrar el bien, como es su mision, y el episcopado lo sabe bien.

La necesidad de adherirse á la unidad, pronunciada por la Iglesia católica, parecerá acaso á muchos un motivo de recriminacion gravísimo y de intolerancia. No ha quedado sarcasmo que no se haya empleado contra el catolicismo por estas palabras: *No hay salvacion fuera de la Iglesia*. No sabemos si las han comprendido los que tanto han gritado. Los que aun las combaten, ¿han profundizado formalmente su sentido? Vamos á entrar en la cuestion. El mismo Dios ha revelado la ley en que manda entrar en su Iglesia, y ha impuesto esta necesidad para la salvacion. Ninguno se salvará si no pertenece á la Iglesia, á lo menos con los deseos y votos de su corazon. Este deseo no necesita ser esplicito y formal, ni ser el producto de un conocimiento positivo de la verdadera Iglesia: basta que la disposicion del corazon contenga implicitamente el voto de pertenecer á la Iglesia. Este deseo supone entonces como condicion necesaria por una parte la fé sobrenatural en Dios, y por otra la imposibilidad de conocer la Iglesia. La ignorancia invencible no es por sí sola causa de condenacion. San Pablo lo enseña, y la Iglesia lo ha definido contra Bayo. El infiel y el pagano no serán reprobados seguramente por aquello que no han podido saber. ¿Sobre qué recae pues la exclusion: *fuera de la Iglesia no hay salvacion*? Sobre el error voluntario y culpable por sí ó en su causa, sobre la separacion voluntaria y culpable de la unidad, y sobre la resistencia á la verdad conocida ó al menos percibida, sobre la duda voluntariamente conservada sin hacer esfuerzo alguno para salir de ella y la negligencia en la investigacion de la verdad. Esto es lo que prescribe y condena el dogma católico: *fuera de la Iglesia no hay salvacion*. Si se presenta la hipótesis de la inocencia y de la buena fé en el error con la falta de bautismo y la ignorancia de las verdades primeras y necesarias de la religion, respondemos con Santo Tomás y con todos los teólogos católicos: Es necesario tener por muy cierto que para salvar al infiel, que por ejemplo, criado en los bosques ha seguido la direccion natural y verdadera de su razon, Dios le manifestará lo que necesita para formar al menos el deseo del bautismo y de entrar en la Iglesia. ¿En qué, pues, es tan estraña, tan cruel y tan intolerante semejante doctrina?

(1) El señor Martin (du Nord) en la sesion de los diputados de 18 de Mayo de 1842.

Nos guardaremos bien de asegurar positivamente la reprobacion de ninguna persona, cualesquiera que hayan sido su patria, religion y conducta. Sin duda suceden misterios divinos de justicia en el umbral de la eternidad; pero tampoco podemos dudar de los misterios de misericordia y de amor. En resumen, el error, la dñda, la negligencia voluntaria y culpable, excluyen de la salvacion. Así entiende la Iglesia católica el sentido del principio de unidad exclusiva. Es preciso admitir esta verdad ó negar el cristianismo, porque es verdad de fé y de razon. Mil pasajes de las Santas Escrituras proclaman la obligacion de obedecer á la Iglesia, para ser miembros del cuerpo de Jesucristo, y para evitar la separacion y el anatema. Como el miembro separado del cuerpo no tiene vida, fuera de la Iglesia no hay salvacion. El que no escucha á la Iglesia, es lo mismo que los paganos. En este punto está unánime toda la tradicion. ¿Qué es, pues, lo que parece estraño al entendimiento del hombre? En las ciencias, en política y en filosofía, la verdad es una: se sostiene lo verdadero y se excluye lo falso. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo en religion? ¿No habia de haber ninguna verdad absoluta? El sí y el no ¿serian igualmente verdaderos y falsos, ó cuando menos indiferentes? Este era sin duda el desenlace del sistema de Rousseau, que en todas las religiones no descubria mas que un ceremonial arbitrario. La disciplina y las ceremonias son accesorias á una religion: el fondo le constituyen los misterios y las verdades de la fé. Discurriendo con arreglo á estos principios, ó todas las religiones son verdaderas, ó todas falsas: ó la una es verdadera, y todas las demás son falsas. ¿Todas las religiones verdaderas? Imposible: porque seria á un tiempo la luz y las tinieblas, la afirmacion y la negacion. Si todas las religiones son verdaderas, ¿qué habria que decir sino que el sí y el no se confunden entre sí: que no hay verdad ni error en materia de religion, y que el escepticismo deberia ser la religion de todo hombre sabio que no quiere estraviarse en la region de las abstracciones y de quimeras? ¿Todas las religiones falsas? Tambien es imposible: esto seria el ateismo, porque no podria nadie estar obligado á creer lo falso. Una religion verdadera y las otras falsas, enhorabuena: es el resultado necesario de la naturaleza de Dios, de la naturaleza del hombre y de toda razon. Pero entonces la única religion verdadera consiste en conocer y conservar; y esta es la unidad exclusiva y la completa inadmisibilidad de la indiferencia y de la igualdad de las religiones.

Jesucristo apareció en el mundo para atraer á la unidad todas las generaciones, para reunir los hijos dispersos del Criador de todo; y para conseguir esta admirable unidad instituyó la Iglesia. Obligado el hombre á tributar un culto social á Dios, autor de la sociedad, es separado del individualismo, y se restituye el título de hermano á la humanidad. El dogma de la unidad exclusiva aparta al hombre del error voluntario y culpable, de la duda, de la mala fé y de la ignorancia consentida: es verdad que esto es lo mismo que someter la libertad y la

razon al yugo de la autoridad; pero es para salvarlas de un diluvio de errores, para fijarlas bien, y evitarles incomodidades y angustias: es por fin proteger la pobre humanidad contra el furor y la desesperacion. Solamente los vínculos prácticos de la Iglesia pueden obtener tales resultados, uniendo al hombre con Dios y con sus semejantes. Dejad el cuidado de redactar un código de derecho de gentes á las escuelas de filosofía, á las religiones particulares libres é independientes: el espíritu de sistema y de secta introducirán la confusion y fomentarán las antipatías: en lugar de unir dividirán. La unidad exclusiva del catolicismo, junta á la universalidad de su accion, establece en el mundo civilizado nociones comunes de justicia y de costumbres y un lenguaje comun. Todos sin escepcion han dicho: El catolicismo es un camino seguro de salvarse. Pascal decia: Fuera de la Iglesia católica todo cuanto se puede lograr es llegar á la duda. Luego la conciencia y la razon proclaman la unidad obligatoria de la Iglesia. Esto no es intolerancia, sino el carácter esencial é inseparable de la verdad, que escige por su naturaleza que se abraza rechazando lo falso. ¿Cómo se podrá tachar de intolerancia al catolicismo que produjo á los Franciscos de Sales, Franciscos Javier, Vicentes de Paul y Fenelon, los cuales poseidos de ardiente amor á sus hermanos derramaron tantos beneficios en el seno de la humanidad? Conociendo el espíritu de la verdadera Iglesia persuadieron á los reyes y á los pueblos la tolerancia y el amor á la union y la paz. Nosotros tambien con el sentimiento íntimo y dulce que crea la posesion de la verdad, excluimos y condenamos todo lo que no sea fé; mas nuestro amor á nuestros hermanos separados de nuestras creencias no deja por eso de sacar de nuestras convicciones su afecto mas compasivo y humano. La unidad católica es un concierto de alabanzas: es el homenaje que tributan al Señor todos los seres que crió: es una sociedad única obligada por creencias y por amor: una, porque Dios es uno; obligada, porque la verdad obliga. De ella deriva la mas sorprendente armonía en el mundo intelectual y social. ¡Oh cuán digna es de hacer las delicias de nuestros entendimientos y de nuestros corazones! ¡Ojalá estemos siempre é inviolablemente adheridos á ella, la amemos y la queramos! Guardémonos pues entre las tinieblas que pudieran acumularse al rededor nuestro, de dejarnos deslumbrar por alguno de esos metéoros fallaces de la noche tempestuosa que viniese á estender sus velos: antes bien tranquilos y confiados tengamos constantemente fijas nuestras miradas en el astro brillante que debe preservarnos del naufragio.



CAPITULO IV.

ESTUDIOS HISTÓRICOS DEL CATOLICISMO EN LOS SIGLOS PRIMEROS.

Es uno, y sin embargo tolerante: invariable; pero favorable al progreso.

Las impugnaciones al catolicismo han provenido casi siempre de sistemas históricos erróneos.—Método en la exposicion de los hechos.—En qué sentido es inmutable y móvil el catolicismo.—Su fundacion.—Movimiento de dilatacion en este periodo.—Dirigese al individuo y reforma al hombre intelectual y moral.—Descripcion de lo que era entonces la antigua sociedad.—Tres siglos de persecucion.—Consideraciones sobre la divinidad del catolicismo, su unidad y su tolerancia.—De su doctrina sobre la sumision debida al poder.—Constantino dá la paz á la Iglesia.—Siempre invariable el cristianismo se muestra favorable al progreso.—Heregias, concilios.—Respuestas á las diversas acusaciones que se han hecho á la fé católica de haber variado en los primeros siglos.—Discusion de los hechos.—Exposicion de su doctrina.—Hombres de talento dedicados á defender la Iglesia.—De la civilizacion que difunde en medio de la irrupcion de los bárbaros.—Conversion de Clodoveo.—Gregorio el Grande.—Conversion de la Inglaterra.

A medida que el catolicismo ha recorrido su carrera de civilizacion por entre las edades, no ha cesado de hallar obstáculos en su tránsito; pero siempre los ha vencido. Trofeos adornaron su cuna, y sus combates han sido despues otros tantos triunfos. Participando de los atributos del Sér divino, cuya obra es, no ha cesado jamás de oponer su poder á la fuerza para vencerla, su activa, inteligencia al error para confundirle, y al odio y al vicio su amor para arrancarles el disfraz y destruirlos. Desde su origen hasta nuestros dias es este un milagro que basta para imprimir en su frente el sello visible del Eterno. Con todo, las preocupaciones y las pasiones, ó con mas frecuencia acaso la razon emancipada de la única autoridad que puede preservarla de sus propios excesos, han atenuado la verdad de los hechos, cuya causa y consecuencias han llegado á ser objeto de falsos juicios. De aquí tanta variedad en los puntos de vista bajo los cuales se ha querido considerar, y tantas diferentes opiniones como de ellos se han formado. Esto explica cómo las impugnaciones dirigidas contra el catolicismo han procedido siempre de los sistemas históricos erróneos, donde sus enemigos han buscado sin cesar armas para combatirle. Esto es lo que siembra todavia el órden intelectual y social de dudas para el entendimiento y de amarguras para el corazon. Esto es lo que ofrece peligrosas lecciones á la auidex de la inespencia, divisas extravagantes á la imitacion de la medianía y paralelos que tranquilizan la mala fé de los vicios. Allí es donde la juventud espuesta á las mas pérdidas insinuaciones se agita al rededor de nosotros, toma por nuevas revelaciones de la verdad las mas lastimosas aber-

raciones del entendimiento, y aprende á encerrarse obstinadamente en el solitario círculo de pasiones incomprensibles, de ambiciosos deseos y de sueños sin resultado.

Mientras que se ensalza al catolicismo con cierto tono sentimental y romántico, que seduce á los que se paran en las apariencias, se le despoja del sello que justifica su legalidad. Se ha intentado explicar su historia con las solas causas humanas y naturales, sin intervencion alguna del principio divino, como la fé cristiana le entiende. Este es un error fundamental y la fuente primera de tantas filosofías de la historia, cuyo peligro se oculta entre la infinidad de opiniones y de sistemas. Acusan de intolerante al catolicismo, porque es uno en su fé, y de contrario á todo progreso, porque es invariable en sus dogmas y moral. Fácil nos será justificarle de esta grandísima injusticia que se le achaca. Otros lo han hecho antes tan gloriosamente, que pareciera de nuestra parte temeridad, si intentáramos igualarlos: bástanos proponérmolos por modelos. Sin embargo, no seguiremos la misma marcha que han trazado estos hábiles escritores tan dignos de ser nuestros maestros. Unos adoptaron el método analítico, cuya inmensa ventaja es satisfacer al hombre que solo busca hechos. Otros prefirieron el método sintético, que presentando el tejido de todos los hilos de la historia, ofrece el interés completo de una relacion seguida. El método que vamos á seguir, participa de los dos. El orden de los tiempos nos traerá los hechos mas notables de la historia, que arrojan verdadera luz sobre la cuestion que nos ocupa. Segun el alcance de nuestra corta inteligencia, los presentaremos en su forma sintética con todo el movimiento y vida de que son capaces; y sometiéndolos despues al crisol de la analisis, nos esforzaremos para ilustrarlos con toda la luz que pueda reflectir un juicio prudente, para deducir de ellos las consecuencias relativas á nuestro objeto.

Siguiendo así al catolicismo en sus reveses y triunfos, en sus pruebas y victorias, en sus combates y vencimientos; trataremos de la discusion de los hechos, para rectificarlos contra aquellos que han podido desfigurarlos: justificaremos la accion providencial sobre la Iglesia contra los que han querido negarsela; y aparecera la historia perfectamente acorde con la esposicion que hemos dado del catolicismo, en presencia de las necesidades de la sociedad. Se nos presentará en el mundo moral como el astro del día en el natural, derramando una benéfica claridad sobre el dogma, la moral y todos los ramos de los conocimientos humanos, siempre idéntico por su admirable unidad y su perfecta armonía; y sin embargo, siempre moviéndose por los diversos elementos que las escisencias de los tiempos han hecho predominar; inmutable y móvil. Inmutable en sus dogmas, en su moral y en su jerárquica constitucion, que estendiéndose han llegado á ser mas explicitas, sin adquirir nada de nuevo: móvil en sus instituciones secundarias ó de pura disciplina, que acomoda á los movimientos de la sociedad en que toma parte, por su estrecha union

con la humanidad. De suerte que para él las épocas de asension ó decadencia no pueden causarle mejora ó deterioro intrínseco, sino únicamente alterar los límites en las relaciones mas ó menos íntimas de identidad entre los pueblos y las mismas instituciones. Así el movimiento social, ligado al catolicismo por los elementos comunes á ambos, nos le presenta en un estado progresivo, aunque queda inmutable. Lejos de ser una simple apariencia del progreso humano, es su vehículo: es causa y no efecto.

El periodo de los seis primeros siglos de la era cristiana es un gran movimiento de dilatacion, por el que la Iglesia como conquistadora toma posesion de los pueblos conocidos: este movimiento fué grande y generoso. Su objeto fué el establecimiento extenso de la fé y de las grandes instituciones del cristianismo; y sus resultados trajeron el adelantamiento de la inteligencia y de la voluntad humana. Este juicio: que el catolicismo mejoró al hombre individual en los primeros siglos de su existencia para llegar despues á la sociedad, entra perfectamente en el pensamiento del historiador de la civilizacion europea, que dice (1): "El cristianismo en los primeros siglos de su existencia no se dirigió en manera alguna al estado social: cambió al hombre interior, sus creencias y sus sentimientos, y regeneró al hombre moral y al intelectual." Tal es tambien el punto de vista bajo que han considerado nuestros historiadores católicos aquellos primeros siglos: dice otro escritor tan sabio como modesto (2): "Hubo en el recinto de la fé y de la vida cristiana un poderoso progreso intelectual y moral. Los hábitos individuales se formaron enteramente y se afirmaron bajo el punto de vista del entendimiento y del corazon: penetró el pensamiento evangélico en todas las circunstancias y accidentes de la vida: en fin el hombre se encontró cristiano en el mas lato sentido. Los afanes apostólicos, la invencible constancia de los mártires y el sublime ingenio de los santos padres, nos dan la muestra de la alta inteligencia y del heroico valor de voluntad que distingue su carácter." Sin embargo, esta regular progresion de todo durante seis siglos por un movimiento expansivo hácia las majestuosas proporciones que convienen á la sociedad católica, reveló al mundo que el cristianismo es uno, y sin embargo tolerante; invariable, y con todo favorable al progreso.

El mundo que venia á conquistar el cristianismo, era un gran cuerpo que parecia abandonado por el espíritu. La razon se extinguia en las tinieblas de la supersticion y de la duda: la conciencia espiraba en los placeres, y el orden moral desaparecia. Todo el género humano estaba sumido en el mundo exterior; y una precoz corrupcion, lejos de dar madurez á los entendimientos, impedía su progreso con una disipacion del pensamiento siempre mas sensual. De aquí esa codicia de riquezas y de lujo, ese furor de deleites y de mando, la opresion de

(1) Guizot: *Historia general de la civilizacion en Europa*.
(2) El presbítero Banno, *catequético de historia en el colegio de Estación*.

los débiles, la tiranía odiosa de los fuertes, el envilecimiento del otro sexo, el oprobio de la pobreza y la dura esclavitud de los vencidos, tantas ciudades destruidas y tantas naciones reducidas á la mas deplorable servidumbre. Es verdad que en la Grecia brillaban con vivo resplandor un gusto puro en las artes y un ingenio sutil; pero ¿quién se atrevería á referir las ceremonias de los dioses inmortales usadas entre ellos y sus impuros misterios? Cualesquiera que sean hoy nuestros progresos en las artes y las ciencias, los adelantamientos de la industria y la actividad de nuestras comunicaciones y nuestras obras; puede dudarse que saliesen perdidosos los romanos en la comparacion de los resultados aparentes, y que ninguna otra nacion presente jamas un aspecto mas seductor de prosperidad y de poder. Pero ¿qué fué en resumen la civilizacion romana en su mas floreciente época? La mayor opresion de la multitud y la corrupcion general mas espantosa. La gravedad romana consagraba en honor de sus dioses las impurezas del teatro y los sangrientos espectáculos de los gladiadores. Los filósofos, que al fin habian reconocido que habia un Dios diferente de los que adoraba el vulgo, no se atrevian á confesarlo: y aquellos por conceptuados por mas sabios, guardando el secreto, la iniciacion, solo se distinguian del vulgo en el mas frecuente hábito de los placeres. Veíaseles ó condenados ó lisonjeando la opulencia, dedicarse á sus propias satisfacciones, y en las mas opuestas especulaciones, hasta en la indigencia crítica y el estoiico fatalismo, reducir siempre á sistema la reputacion y el deleite. Avasallados los pueblos habian caido en el último grado de embrutecimiento: los mismos judíos no estaban exentos de este impulso comun. Se habia declarado entre ellos la ambicion: habíanse hecho árbitros de la doctrina y de la religion, que convertian insensiblemente en supersticiosas prácticas, útiles á su interés y á la dominacion que querian establecer sobre sus conciencias. Poseídos de un vano orgullo se atribuian á sí mismos el don de Dios. Como casta elejida y siempre bendita por espacio de dos mil años, se creia santa por naturaleza y no por gracia.

¿Qué de obstáculos para la fundacion del cristianismo! Era necesario confundir la prudencia del siglo, burlar la ciencia de los filósofos, convencer de su error á los mas hábiles, de su locura á los cuerdos, de su ignorancia á los sabios, y á los pueblos de su supersticion: oponer á las brillantes fiestas del paganismo, á las imágenes agradables de una encantadora mitología y á todas las seducciones de las artes, una moral severa, ceremonias graves y los símbolos de un desprendimiento absoluto. No podía triunfar la fé sin combatir las pasiones humanas estaban demasiado apegadas á la vida sensual para que aceptasen doctrina tan espiritual, pero tan severa, sin disputar la victoria: resistiéronse fuertemente reuniendo todos sus esfuerzos. A la voz de Pedro se convirtieron ocho mil judíos y lloraron su error: laváronse con la sangre que habian vertido, y ya todas las pasiones y todos los intereses se arrojaron furiosos sobre el cristianismo, que se pre-

sentaba á conquistar los corazones. Pedro es amarrado con cadenas y Estévan muere apedreado; y hé aquí el mas bello espectáculo de unidad en la doctrina y de tolerancia hacia los hombres, que jamás se dió al mundo. Ni las amenazas, ni los tormentos retraen á los apóstoles de anunciar el Evangelio á las naciones con toda su austeridad; pero no oponen mas que una caridad invencible y una dulzura inalterable á los malos tratamientos que sufren. Aumenta la persecucion, y crece la fé. Conviértese S. Pablo, se funda la iglesia de Jerusalem, y entre tanto los hijos de la fé aprenden cada dia mas á no desear otra cosa que el cielo. Admiramos aquí la tolerancia de la Iglesia: esta buena madre, primero establecida entre los judíos, estienda sus brazos hacia los gentiles, lejos de rechazarlos, para formar de unos y otros un mismo árbol, un mismo cuerpo, un solo pueblo, al que hace participante de sus gracias y de sus promesas. Pero ¿quién podrá desconocer su adhesion inviolable á la unidad? Precisados los apóstoles á obedecer la orden de su divino Maestro, que les habia dicho: "Enseñad á todas las naciones," tratan de esparcirse por todo el universo para iluminarle con la antorcha de la fé. Antes de salir del recinto de Jerusalem recopilarán en un cuerpo de doctrina los preceptos divinos que han recibido. Celebran un concilio, en que Pedro habla el primero, como lo hace en todas partes. Tómanse algunas determinaciones para eximir de las ceremonias legales á los gentiles convertidos, y se reúne en forma de símbolo la doctrina que han aprendido en la escuela de Jesucristo. Hé aquí estas veinticinco líneas destinadas á la instruccion de los pueblos y de los reyes, que sin alteracion atravesaran todas las edades: ante ellas se arrodillarán los mismos esterminadores, vencidos al cabo de tres siglos de tormentos y matanza; amansada la ferocidad de los barbaros, respetará la moral que de ellas dimana. Despues de una lucha constante y prolongada, se verá la filosofía obligada á entregarle sus armas. Pero ¿qué tempestad debia levantarse contra la naciente Iglesia! ¿Cuán poderoso es el interés, especialmente si puede cubrirse con el manto de religion! No fué necesario mas para que el senado se decidiese á pronunciar contra el cristianismo los decretos mas amenazadores á fin de proscribirlo, para que los emperadores desenvainaran la espada con que habian de herirle, y para que el vulgo insensato se enfuréciera con el recuerdo de la grande Diana de Éfeso, é intentase destruirle. Amenazado simultáneamente el antiguo mundo pagano en sus vicios y en sus errores se subleva, y se traba la pelea.

Jamás han visto los hombres un combate mas asombroso: por un lado la fuerza material y la mas grande que ha dominado la tierra en tiempo alguno; por otro nada mas que el poder de la palabra: de una parte el furor; por otra la paciencia: los verdugos que descargan golpes sin cesar, y los cristianos que mueren sin quejarse. Neron, Domiciano, Trajano, Adriano, Marco-Aurelio, Macsimino, Decio, Valeriano, Diocleciano y Galerio levantan cadalsos y encienden hogueras en todas partes: y los cris-

tianos parece que sobreviven á los suplicios y renacen de sus propias cenizas. En virtud de las órdenes de estos suspicaces tiranos, ó son desterrados de muchas provincias, ó mas á menudo sacrificados en medio de los tormentos inventados con ingeniosa barbarie. Por espacio de tres siglos se ostentan contra ellos un furor y un fanatismo sin ejemplo: por un edicto se suprime hasta su nombre, y se buscan los libros sagrados para abolir su memoria. Rebotan las cárceles de víctimas, y los caminos están sembrados de cadáveres: en cada provincia se usa un género de suplicio: en Mesopotamia el fuego lento, en el Ponto la rueda, en Arabia el hacha, y el plomo derretido en Capadocia. Látigos, garfios, agudos pedernales, planchas y asadores ardiendo, infusión de vinagre y sal en las llagas, humaredas sofocantes, y hoyos para enterrar hasta la cintura víctimas espuestas á los rayos abrasadores del sol y á la picadura de insectos venenosos: se agotan todas las invenciones de la inhumanidad mas refinada. Empléanse otros mil artificios, mas bien sugeridos por el infierno que discurridos por los hombres, para atormentar en su pudor á personas en quienes el terror no hace mella; pero triunfa la *unidad católica*: ni un solo cristiano prefiere la apostasía á la muerte.

Antes se cansaban los verdugos que las víctimas: los toca una virtud celestial emanada de la cruz, las hachas se les caen de las manos, y se postran ante aquel signo adorable, que les promete en recompensa de su arrepentimiento la inmortalidad, y les prodiga esperanzas. Mucho tiempo hacia que la Providencia dejaba engrandecerse el poder colosal, cuya ruina debía realzar el brillante triunfo del cristianismo: el imperio romano habia llegado, por una progresión siempre creciente de triunfos y conquistas, á estender su dominación, cual nunca lo consiguiere ningun otro pueblo. Las artes, las ciencias y las letras habian concentrado allí todas las luces. En este momento, único en los fastos de la historia, en que todo el género humano reunido casi bajo un mismo pendón despide su mayor brillo, despliega el Hombre Dios crucificado su bandera. Oponer Roma una larga resistencia; pero el cristianismo triunfa. Desde entonces se cumplen los designios de Dios: quíbrase el coloso: la gloria profana de la antigua capital del mundo pagano está próxima á desvanecerse. Pronto veremos á los padres conscriptos, aquellas brillantes lumbreras del mundo, enajenarse de júbilo al condenar á Júpiter, reconocido antes por dios del imperio, saltar de contento al vestir el manto de piedad, mas brillante á sus ojos que la toga romana, y humillar ante Jesús las fasces y el hacha de Ausonia.

“En aquellos tiempos, dice el inmortal Bossuet (1), la Iglesia, aunque naciente, llenaba toda la tierra; y no solo el Oriente, donde habia comenzado, es decir, la Palestina, la Siria, el Egipto, el Asia menor y la Grecia, sino tambien en el Occidente, ademas de la Italia, las diversas naciones de los galos, todas las provincias de España, el Afri-

ca, la Germania, la Gran Bretaña, en los parajes impenetrables á los ejércitos romanos; y aun fuera del imperio, la Persia, las Indias, los pueblos mas barbaros, los sármatas, los dacios, los escitas, los moros, los gétulos, y hasta las islas mas desconocidas.” En Trevisa de Tarso, capital de la Cilicia, irritado el pueblo contra su cruel gobernador, exclamó: “¡Cuán grande es el Dios de los cristianos! ¡Cuán grande es el Dios de los mártires!” La Iglesia se extendia por todas partes, principalmente por las Galias. San Pablo aplica á los apóstoles este pasaje del Salmista: se dejó oír su voz en toda la tierra, y su palabra llegó hasta las estremidades del mundo. Bajo la dirección de sus discípulos no quedó apenas pais tan distante donde no penetrase el Evangelio. Cien años despues de Jesucristo, San Justino contaba ya entre los fieles á muchas naciones antes salvajes, y hasta pueblos nómadas. Notemos tambien la admirable *unidad* de la Iglesia: lo que se creia en las Galias, en la España, en la Germania, se creia tambien en Egipto y en el Oriente; y como no habia mas que un sol para todo el universo, se veia en toda la Iglesia la misma luz de verdad desde una estremidad del mundo á la otra.

¿Quién dejará de admirar aquí la intervencion de un poder todo divino? Vanos han sido los esfuerzos para abortar innumerables sistemas con que negarla. Atribúyase á lo que quiere llamarse ignorancia de los pueblos engañados por la perversidad de algunos impostores, á la consecuencia necesaria de un progreso social imaginario, á accidentes de lugar y de clima, á cálculos políticos ó afinidades de castas; ó bien en lugar de sostener exclusivamente tal ó cual teoría, reúnanse todas, y atribúyase este progreso maravilloso á una serie de circunstancias favorables, al estado de cansancio en que se hallaban los pueblos de su culto, á la diseminación de los judios y á la protección de Roma, á la universalidad de la lengua griega, y aun si se quiere, al entusiasmo bebido en el manantial mas puro de los misioneros salidos del pueblo. La recta razon ha condenado todos estos sistemas, y todos han tenido precision de rendir homenaje á la intervencion directa y constante de Dios en la memorable obra de la regeneración social, que hoy convierte todas las objeciones de los filósofos en otras tantas pruebas de convicción; porque en el instante que estas dificultades, que entonces tenian mas fuerza que al presente, se han eclipsado á vista de los hechos, como los astros de la noche delante de una brillante aurora, quedan desde luego destruidas. Cuantos mas obstáculos y mas insuperables ha debido encontrar el cristianismo, mas debemos reconocer la acción de la divinidad en el cambio universal que se efectuó. ¿Y qué prueba mas evidente se podria aducir que el modo con que se verificó?

Entre los principales reglamentos que se propusieron á Augusto, uno de los primordiales fué evitar novedades en la religion; porque nunca dejaban de causar peligrosas conmociones en los estados. “La máxima era verdadera, dice Bossuet, porque no hay cosa que mas ajite los ánimos y los impulse á extraordinarios excesos. Y sin embargo, la sé en

(1) Discurso sobre la Historia universal.

los misterios mas incomprensibles y la moral que doblaba con tanta violencia la corrompida naturaleza en sentido contrario á sus imperiosas inclinaciones, se propagaron por toda la tierra sin escitar turbulencias. Esta es una de las maravillas que demuestran que Dios puso sus manos en esta obra. Que contemplen el catolicismo desde su cuna los que le acusan de intolerancia. Jamás se les presentará sin los símbolos de la union y de la caridad, como un vínculo que todo lo une y enlaza, para establecer y propagar en el mundo ese amor de fraternidad, que hace del universo un espacioso templo, cuya bóveda es la azulada de los cielos, y de todo el género humano una gran familia, cuyo único padre es Dios.

¿Quién no se sorprenderá al ver que por espacio de trescientos años, en que la Iglesia tuvo que sufrir todas las crueldades que la rabia de los perseguidores pudo inventar, entre tantas sediciones y guerras civiles, entre tantas conjuraciones contra las personas de los emperadores, no se haya jamás hallado ningun cristiano? Tertuliano (1) desafiaba á los mayores enemigos del cristianismo á que nombrasen uno solo. Es verdad que en el reinado de Neron fueron acusados estos hijos de la fé de haber intentado incendiar á Roma; pero la verdad se trasladó por entre las tinieblas de la mas odiosa calumnia; y por haber sido quemados como teas incendiarias los supuestos autores de aquel atentado, no han sido reputados culpables de él. Unos hombres tan determinados á morir, y cuyo heroismo por la fé arrojaba todos los peligros, llenaban el imperio y los ejércitos; y en medio de sus largos y penosos sufrimientos, jamás promovieron la menor sedicion, y se abstenerian, asegura Bossuet, hasta de murmurar. El dedo de Dios estaba en esta obra, y ninguna otra mano que la suya hubiera podido contener á unos hombres escarmentados con tantas injusticias. La doctrina cristiana inspiraba tal veneracion á la potestad pública, y la impresion que hizo en todos los ánimos esta expresion del Hijo de Dios: Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios, fué tan profunda, que jamás dejaron los cristianos de respetar la imagen de Dios en los príncipes perseguidores de la verdad. Segun Tertuliano, se juntaban en las ocasiones en que sucedia á la tempestad la calma, para orar en favor de sus emperadores y sus verdugos. Este carácter de sumision resplandece tanto en todas sus apoloías, que aun hoy deben inspirar á los que las conocen la obligacion de mantener el orden público.

Se habia propuesto á la humana inteligencia un gran problema político para que le resolviese, y la inteligencia humana no habia podido hallar su solucion. Consistia en ofrecer á los pueblos una seguridad contra la tiranía, al mismo tiempo que se le prohibe la resistencia activa á la opresion. Solo el cristianismo le ha resuelto, mostrando á las naciones en su príncipe un soberano y un padre encargado de proporcionar á todos la paz y la tranquilidad contra los atentados de la violencia y de la

injusticia, y en la corona que se halla rodeada del fausto, una honrosa servidumbre para con los pueblos, supuesto que el príncipe les es deudor de una solicitud no interrumpida, y hasta de su vida para protegerlos y defenderlos. El les impone como ley la sumision, y les prohibe la resistencia apoyada con las armas. Estas son las severas máximas del Evangelio sobre la majestad inviolable de los soberanos. Esta doctrina sobre la fidelidad debida á los poderes constituidos es una verdad: nosotros así lo creemos; y por eso nos compadecemos de la desgracia de nuestros hermanos que se apartan de ella, aunque por otra parte comprendemos que hay situaciones difíciles y delicadas que atenúan las faltas y disminuyen la culpabilidad.

La caridad es la palabra mas hermosa, así como la fórmula mas general de la moral cristiana. Solo un Dios era capaz de establecer su reinado, y de explicarnos todos sus deberes. Asociando á la beneficencia todos los sentimientos de una igualdad verdadera y legítima, es como el cristianismo ha llegado á regenerar el mundo; y será siempre la fianza mas segura y la única indestructible del orden y la libertad. Tal es el brillante espectáculo que sin cesar ha dado al universo admirado. Ínterin los idólatras y judíos eran víctimas de los odios y divisiones intestinas, todos los hijos de la fé no tenian mas que el mismo espíritu y el mismo corazón. Distinguiáanse los cristianos por su caridad desprendida de intereses terrenos; y los enemigos del Evangelio, sorprendidos de este generoso desinterés, les tributaban con admiracion este testimonio á manera de elogio: ¡mirad cómo se aman! El mismo Juliano Apóstata estaba tan admirado de la fraternidad evangélica, que no cesaba de escitar á los paganos á que se uniesen de este modo en todo el ambito de la tierra: hubiera querido que los sacerdotes del helenismo tuviesen la virtud de los hijos de la cruz. ¿No responden completamente estos hechos sin réplica á las acusaciones de intolerancia que se han entablado contra el espíritu del cristianismo? Hoy lo mismo que siempre es uno, y sin embargo tolerante.

Después de tres siglos de persecuciones, Constantino terminó esta lucha sangrienta con un edicto memorable, y dió la paz á la Iglesia, colmándola de honores. Se le habia aparecido en el cielo el signo de la salvacion con una inscripcion que le prometia la victoria, y al siguiente día ganó aquella célebre batalla que libertó á Roma de un tirano y de un perseguidor al cristianismo. Este triunfo fué para aquel príncipe lo que el de Farsalia habia sido para el primero de los Césares: un título para la universal dominacion. No atribuyó esta victoria ni á su táctica militar, ni al valor de los soldados, sino exclusivamente á la proteccion del Dios de los cristianos, cuya adorable enseña se la habia presagiado. Este testimonio está inscrito por su misma mano en los fastos de la historia. No podemos creer que la ambicion, por mas que se haya dicho, tuviese ninguna parte en su conversion. Adoptó el cristianismo por el conocimiento de la bondad y de la verdad, y se dice que estuvo muy

(1) Apolog. 28 y 29.

lejos de comprender todas las ventajas que podía recojer de su conversión para él y para su dinastía.

Mas apenas rodeó la cruz con una aureola de gloria, cuando se convirtieron las disidencias religiosas en contiendas públicas. Apenas fué rota la espada de la persecución que servía de trofeo del cristianismo en el mundo material, cuando principió la lucha en el pensamiento. Acabados los tormentos del paganismo, comenzaron los combates de las herejías. Cada dogma fué ocasion de una particular: todos los misterios que la religion cristiana enseña, así á los mayores ingenios como á la infancia, fueron sucesivamente impugnados. Pero el cristianismo, invencible contra los tiros exteriores, no obtuvo menos señalado triunfo de las disensiones intestinas, y esto es lo que forma el segundo caracter de los seis primeros siglos: los atrevidos atentados del espíritu de error contra las verdades de la fé, y una inteligencia sublime de doctrina en los sumos pontífices, los santos padres y los concilios para defenderlas. Entónces como siempre se mostró el cristianismo invariable, y con todo favorable al progreso.

¿Quién podría enumerar todas las tentativas de los novadores para trastornar el fundamento de las verdades divinas, y modificar los artículos de inmutable símbolo? ¿Quién podría pintar con sus propios colores la eficacia de la palabra, y la grandiosa esposicion con que la elocuencia de los padres supo revestir la verdad de su colorido mas verdadero para responder á las sutilezas de los herejes? ¿Fué una enseñanza autorizada, que dando al catolicismo un caracter propio de su dignidad y grandeza, hacia progresar la inteligencia humana, y le señalaba los límites sagrados que no podía traspasar, so pena de caminar hacia atrás. La razon guiada por la fé adelantó asombrosamente en las grandes esplicaciones dogmáticas y en medio de las luchas intelectuales en que tanto se ejercitó. Ya habia producido la filosofía pagana el montanismo y el gnosticismo; pero S. Ireneo les opuso la tradicion y la autoridad de las iglesias apostólicas, sobre todo la de Roma, la principal de todas. Aparecieron Tertuliano y Orígenes; mas ni las herejías, ni la caída de aquellos ilustres doctores habian hecho vacilar la fé católica. Pablo de Samosata, hombre vano é inquieto, enseñó su opinion judaica acerca de la persona de Jesucristo; pero fué convencido y condenado en el concilio de Antioquia. Los novacianos y donatistas procuraron trastornarlo todo en la creencia de los fieles de Africa; pero un concilio congregado primeramente en Roma y despues en Arlés, donde se presentaron para defenderse, los condenó. Todas las verdades fundamentales fueron combatidas; pero fecundó el catolicismo en grandes hombres, triunfó de todos los errores.

Preséntase Arrio. Enemigo de la divinidad del Hijo de Dios, la combate: sus sectarios, superiores á todos los demás en talentos y en virtudes aparentes, se esfuerzan para pervertir los concilios, y alterar los símbolos. Constancio, nuevo perseguidor del nombre cristiano, se manifestó tanto mas temible, cuanto que con el nombre de Jesucristo hacia

la guerra á Jesucristo mismo; pero venció la fé cristiana del artificio como de la violencia, de los lazos y de la irrisión, como habia triunfado de la espada y de los suplicios.

El concilio de Nicea habia pronunciado ya anatema contra Arrio y su nueva doctrina. Macedonio niega la divinidad del Espíritu Santo: el concilio de Constantinopla le condena. Celestio y Pelagio negaron el pecado original y la gracia, en cuya virtud somos cristianos; y San Agustín confundió á estos perniciosos herejes, y con sus escritos ilustró á toda la Iglesia, á quien ninguna herejía logró romper. Nestorio, dividiendo la persona de Jesucristo, negaba á María el título de Madre de Dios; pero el concilio de Éfeso depuso á Nestorio; y la doctrina de San Cirilo, que era la de la Iglesia, fué celebrada en todo el mundo. A los veinte años Eutiques confundió las dos naturalezas en Jesucristo; y el concilio de Calcedonia condenó á Eutiques y á su protector Dióscoro. El segundo de Constantinopla, que fué el quinto general, condenó algunos escritos favorables á Nestorio, la memoria y los escritos de Teodoro de Mopsuesta, que fué el centro del racionalismo en Oriente, y los libros de Orígenes, que habian introducido allí el desorden hacia mas de un siglo.

Así se vió á la herejía, unas veces cediendo, otras audaz, tomar todas las formas y cubrirse con todas las mascararas. Pero el cristianismo, invariable en sus doctrinas, vió espirar á sus piés todas estas sectas rebeldes, una tras de otra, y las guerras que le habian suscitado, solo sirvieron para prepararle nuevos triunfos.

Si alguno tratase de sacar un argumento de la conducta de la Iglesia para con los herejes contra su espíritu de tolerancia, nos causaria admiracion. La verdad no puede sin duda transijir con el error que la combate. La Iglesia ha observado siempre en sus concilios los procedimientos mas honrosos, citando á los novadores para que personalmente se presentasen en ellos, autorizándolos para que sus protectores los acompañaran, y dejándoles toda la libertad de una legítima defensa.

Tal vez se nos motejaría si pasásemos aquí en silencio una acusacion, que aun en nuestros dias se reproduce contra el catolicismo: que alteró la fé cristiana en el periodo de los seis primeros siglos. Hablase de las discusiones entre el papa San Estévan y San Cipriano, obispo de Cartago. Pero ¿quién ignora que jamás se rompió la comunión entre estos pontífices, entrambos reputados dignos de la misma corona? La doctrina que San Cipriano sostenia, de ninguna manera estaba condenada por la Iglesia; y aunque errónea, no perjudicó á la tradicion, que se sostuvo por su propia fuerza contra los especiosos razonamientos que se le oponian. Subiendo á aquella época, en que juntos el poder y el artificio llenaron la Iglesia de confusion y desorden, no se deja de citar la constancia del papa Liberio, que cedió al tedio del destierro, los tormentos que hicieron sucumbir al anciano Oasio, y el concilio de Rímíni, que firme á los principios, se dobló por fin á la sorpresa y violencia. Pero ¿quién podrá

disputarnos que en él nada se hizo en forma? Mientras que los arrianos cambiaban de símbolo cada día, la fé de Nicea permaneció siempre la misma; esta fé, cuyo intrépido defensor se declaró San Atanasio, no obstante sus largos padecimientos. Si se objetase que los griegos tomaron motivo para su separación de la Iglesia romana, porque la Iglesia añadió mas adelante al símbolo de Constantinopla estas palabras y *del hijo*; responderemos que era injusto este pretexto. En aquel concilio no se había tratado mas que de probar la divinidad del Espíritu Santo contra la opinión de los que la negaban, y no de definir de quien procede. Su procesion del Padre y del Hijo no era ni menos verdadera, ni menos universalmente recibida en toda la Iglesia, porque no se espresase en el concilio de Constantinopla. De modo que la Iglesia latina, al añadir las palabras y *del hijo*, no inventó un nuevo dogma, sino que propuso únicamente lo que se contenía en la tradición: la creencia en la divinidad del Espíritu Santo nunca ha variado. Hasta ha habido la osadía de asegurar, que en los cuatro primeros siglos de la Iglesia la doctrina era incierta y variable: que la verdad de Dios no se ha conocido mas que por partículas: que el misterio de la Trinidad continuó uniforme hasta el primer concilio de Nicea, y aun hasta el de Constantinopla: que los primeros cristianos no creían que Dios fuese inmutable, y que fuesen iguales las divinas personas; y que hasta ignoraron el misterio de la Encarnación. Categóricamente responderíamos á estas diversas acusaciones, si no prefiriésemos remitir nuestros lectores á la obra del ilustre obispo de Meaux (1). Nos bastará afirmar, que siendo divina la doctrina cristiana, no ha estado sujeta á las modificaciones de las cosas humanas; que desde luego tuvo la perfección; que pertenecía á una obra salida de las manos del Eterno. Adoptando el lenguaje del célebre Vicente Lerinense (2), dirémos: "que bien se pueden añadir á la fé la inteligencia, la ciencia y la sabiduría; pero siempre en su propio género, es decir, en el mismo dogma, en el mismo sentido, en el mismo sentimiento: que los dogmas pueden con el tiempo recibir luces, evidencia y distinción; pero que siempre conservan su plenitud, integridad y propiedad: que la Iglesia nada cambia, nada disminuye, nada pierde de cuanto le era propio, y nada recibe de lo que era ajeno." Tal ha sido la única ventaja que la Iglesia ha sacado de las nuevas decisiones á que dieron lugar las herejías que se han formado sucesivamente. "Las decisiones de sus concilios no han hecho mas que dar á la posteridad escrito lo que habían creído los antiguos por la simple tradición, abrazar en pocas palabras el principio y la sustancia de la fé; y muchas veces para facilitar la inteligencia, espresar con alguna voz nueva, pero propia y precisa, la doctrina que nunca había sido nueva. Los concilios confirman lo que siempre se ha enseñado."

Conforme á estos principios, ¿cómo se podrá su-

poner que hasta el primer concilio de Constantinopla, que se celebró en el año 381, no adoraban distintamente los primeros cristianos á un solo Dios en tres personas iguales y coeternas, y que no creían en el misterio de la Encarnación? Mas todas estas nociones estaban contenidas claramente en la doctrina que habían recibido de Jesucristo los apóstoles, que la compendiaron en el símbolo compuesto por ellos en el concilio de Jerusalem el año 50 de la era cristiana. Los santos padres no habían cesado de proclamar esta doctrina, y los primeros cristianos la habían sostenido con peligro de su vida.

Hé aquí lo que ha podido dar margen al error de los que reproducen estas infundadas objeciones. Mientras que la divina semilla se desparramaba en las mas remotas regiones para preparar nuevos caminos al Evangelio, las dos reglas de la fé, ó mejor dicho, las dos partes de la única regla recibían su último complemento de evidencia; la tradición en el *Commonitorium* de Vicente Lerinense en el siglo V, y la Escritura santa por el decreto atribuido al papa Gelasio al fin del mismo siglo, ó á Hormisdas al principio del siguiente. Este decreto sancionó solemnemente, y consagró el cánón de las santas escrituras en todas sus partes. Pero ni uno ni otro inventaron ningún dogma, ni alteraron en nada la fé ya recibida.

Oigamos al célebre Vicente Lerinense (1): "La Iglesia de Jesucristo, depositaria cuidadosa de los dogmas que se le entregaron en guarda, nunca los altera en nada: no disminuye, no suprime las cosas necesarias, no añade las supérfluas. Todo su trabajo consiste en pulir las cosas que se le dieron antiguamente, confirmar las que han sido suficientemente esplicadas, guardar las confirmadas y definidas, y atestiguar á la posteridad por medio de la Escritura lo que había recibido de sus antepasados por la tradición sola." Y hacia el año 202 después de Jesucristo escribía S. Ireneo: "En la imposibilidad en que nos hallamos de esponer á la vista de los herejes la tradición de todas las iglesias, nos limitamos á señalar la tradición de la mayor y mas antigua, conocida de todo el mundo y establecida en Roma por los gloriosos apóstoles Pedro y Pablo: con esta fé conservada en aquella Iglesia por la sucesión de sus obispos confundimos á todas las sectas, desgraciado producto de las pasiones humanas; porque con aquella Iglesia *deben concordar* todas las demas y confrontar su fé con la suya: allí se ha conservado en su pureza la tradición de los apóstoles." Después de tan irrecusables testimonios y sin prueba en contrario, ¿se podrá acusar al catolicismo de haber variado en su fé durante los seis primeros siglos? A nuestra vista no cesa de aparecer invariable, y con todo favorable al progreso.

La lucha intelectual y material que tuvo que sostener la Iglesia durante aquellos seis siglos, fué sin contradicción la época de los mayores ingenios que Dios ha concedido á la misma para ilustrarla y defenderla. En su polémica esplicaban los dogmas

(1) Primera advertencia sobre las cartas del Sr. Jansen.
(2) *Commonitorium*.

(1) *Commonit.*

y la moral con una majestuosa esposición. ¿Con qué fuerza de doctrina no clamó S. Dionisio, obispo de Alejandria, contra Sabelio, que confundía las tres divinas personas? ¿Con qué celo y sabiduría no defendieron S. Atanasio y S. Hilario, obispo de Poitiers, la fé de Nicea? Juliano el Apóstata pudo escluir de los honores y de las aulas á los cristianos; pero no por eso dejaron S. Basilio y S. Gregorio Nanzianzeno de ser unos atletas vigorosos para desconcertar á Valente, perseguidor de la Iglesia en Oriente, y quitarle toda esperanza de vencerlos jamás. ¡Cuán admirable no fué la caridad de S. Ambrosio, que contra la emperatriz Justina, madre de Máximo, no empleó mas que la sana doctrina, las oraciones y la paciencia! Pues con tales armas supo conservar sus iglesias y ganarse al emperador: la superioridad de su talento y virtudes, que le constituían una de las mas esplendentes lumbreras de la Iglesia, conquistó á Teodosio. ¿Qué elocuencia mas asombrosa á la par que persuasiva que la de S. Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla y antorcha del Oriente? ¿Qué sabiduría igualó á la de S. Agustín y S. Próspero contra los pelagianos y semi-pelagianos? ¿Qué mayor inteligencia que la del papa S. Leon el Grande, cuya ilustración no menos que su autoridad fueron acatadas por todo el universo? Entre tanto la legislación de la Iglesia tomaba en todas sus grandes instituciones de disciplina formas fijas y mas generales con los cánones de los muchos concilios que habian señalado su libertad en el IV siglo. La creciente acción de los pontífices sucesores de Pedro se iba aumentando desde entonces por la fuerza de las circunstancias, hasta llegar á aquel imperio moral que salvó á la Europa de la edad media, y preparó los tiempos modernos. El imperio sucumbió en Occidente á manos de los bárbaros que la inundaron.

Fijemos aquí un instante nuestra consideración sobre la Iglesia, que abriga en su seno á estos hijos del Norte, llamados por la Providencia para recoger la herencia del imperio romano y regenerar el mundo. Dignase de descender de su trono hasta ellos: se baja para elevarlos: no teme identificarse en cierto modo con ellos, á fin de ganarlos todos para el Evangelio: entre tanto se hunde el edificio de la antigua sociedad. Al oír el crujido prolongado por los ecos, cualquiera diría que todo se iba á confundir en un abismo espantoso. Tranquilicémonos: allí está la Iglesia mezclada con el polvo amontonado por tantos escombros. Bajo de su bandera se alistarán los godos, los suevos, los vándalos, los borgoñones y los francos: y la Iglesia con sus pontífices, recojiendo las esparcidas reliquias de la antigua civilización, las reanimará, y las conservará como depósitos preciosos en innumerables monasterios, que serán otros tantos asilos de la virtud y de la ciencia. Allí se establecerá el foco de una nueva civilización, de esa civilización sobre todo cristiana de que somos hijos. Ya S. Benito componía aquella preciosa regla, que todos los monjes del Occidente recibieron con el mismo respeto que los del Oriente tienen á la de S. Basilio, y ponía el sello á todos los ensayos anteriormente hechos

por S. Atanasio, Casiano de Marcello, S. Agustín y S. Cesareo. La fé católica, tomando sucesivamente posesión del mundo, tanto romano como bárbaro, por todas partes llevaba la civilización, y estimulaba al progreso.

La verdad religiosa tiene una vida que las verdades filosóficas y políticas no. Las generaciones se habian sucedido muchas veces desde la era cristiana, y el mundo moral estaba mas corrompido que nunca con motivo de la invasión de los bárbaros; pero el cristianismo no cesaba de mejorar las costumbres del nuevo pueblo, é inspirarle mas nobles sentimientos, opiniones mas ilustradas, y leyes mas humanas y mas sabias.

Clodoveo, despues de haber derrotado á los romanos en Soissons, venció tambien á los alemanes en Tolbiac por el voto que hizo de abrazar la religion cristiana: recibe el bautismo de manos de S. Remigio, gana para sus sucesores el título de rey cristianísimo por su adhesión á la fé, y somete al Evangelio los borgoñones y visogodos, á quienes sujeta con las armas. Eran ya tan apreciados los beneficios de la religion cristiana, que Justino, sucesor de Atanasio, se sometió con todo su pueblo á los decretos del papa Hormisdas, y puso término á las disidencias de la iglesia de Oriente. Los límites del reino de Francia variaban todos los dias por sus nuevas conquistas, y no cesaba el cristianismo de recorrer tambien su carrera civilizadora, que cada dia aumentaba en mas estensas y fecundas proporciones. Bajo el pontificado supremo de S. Gregorio el Grande hizo cesar la peste que asolaba las provincias: instruyó á los emperadores y enseñó á los pueblos á que les fuesen obedientes: consoló al Africa sumergida en luto; y con la conversión de Recaredo, rey de los visogodos de España, que habian ya abandonado el arrianismo, aceleró la civilización de los bárbaros y se abrió el camino de Inglaterra. Alentado el monje Agustín con las eficaces exhortaciones de S. Gregorio el Grande, entra en el reino de Cant con cuarenta compañeros, solamente armados de una cruz de madera; y la fé cristiana produce frutos abundantes: todo experimenta una feliz influencia. ¡Oh iglesia anglicana! ¿por qué no has perseverado siempre en la fé de tus padres? El pauperismo se ha apoderado de tí: ese cancer te devora: cualquiera diría que estás próxima á sucumbir bajo el peso de la miseria y de la indigencia (1); pero no perecerás: tú nos presentarás el prodigio de renovación de la antigua sociedad, como cuando estaba para espirar en los horrores del paganismo. Como entonces en la misma pendiente del precipicio que amenazaba tragársela, fué sostenida por la sociedad cristiana, que habia comenzado á formarse en su seno; por

(1) Hacia el fin de la legislatura de 1842, uniéndose O'Connell á los deseos del señor Wallace, que proponía á la cámara que pensara en los medios de aliviar la miseria de las clases pobres, exclamaba en la tribuna: "El país es víctima de la miseria, y los cuadros mas espantosos se suceden con rapidez." Y apenas acabó de hablar, el señor Moore de Manchester enseñó una camisa que por espacio de cinco años consecutivos habia llevado puesta un desgraciado jornalero de Bolton, para manifestar hasta dónde llega la miseria del pueblo. Univ. 28 jul. 1842.

una misteriosa inspiracion parecerá que renates de tus cenizas con el favor del catolicismo, á quien tiendes tus brazos. Contempla á la valerosa Irlanda, al ilustre O'Connell, á la célebre universidad de Oxford: adelánta, resignate y espera.

CAPÍTULO V.

ESTUDIOS HISTÓRICOS DEL CATOLICISMO DESDE EL SIGLO SÉPTIMO HASTA EL DÉCIMO TERCERO.

Es uno, y sin embargo tolerante: invariable, y con todo favorable al progreso.

Carácter de este periodo.—La vida de accion social predomina á la de la inteligencia, que no interviene mas que para servirle.—Fusion del elemento bárbaro y del elemento cristiano.—Accion social del catolicismo.—De su unidad.—De su tolerancia para con los bárbaros.—Mahoma.—Monotelismo.—Iconoclastas.—La fé cristiana se va propagando.—Proteccion de Carlo-Magno en favor de la Santa Sede.—Respuesta á las consecuencias que se sacan de los hechos alegados contra la unidad de la doctrina católica.—Honorio.—Asamblea de los iconoclastas.—La unidad de doctrina concurre á producir y á afirmar la unidad nacional.—Expediciones de Carlo-Magno.—Cuán favorable se muestra el catolicismo al progreso.—Durante medio siglo detiene la decadencia en lo exterior.—Los claustros sirven de asilos para las ciencias, las letras y las artes mecánicas y liberales.—Efectos de cada uno de los dos elementos que entran en la fusion para rehacer la sociedad.—Cuadro de los horribles excesos del elemento bárbaro.—Del papa Gregorio VII.—Opinion de diversos autores sobre este pontífice.—Respuesta á las diversas acusaciones de que fué objeto.—En el sistema feudal la autoridad pontificia era un elemento necesario para la conservacion de la forma política.—Cruzadas.—Su carácter.—Sus resultados sociales.—El catolicismo permanece invariable en medio de los siglos que se suceden.—Berengario, Abelardo, Pedro de Bruys, Gilberto de la Porea, Arnaldo de Brescia, albigenses, valdenses.—S. Bernardo asombra al mundo con su talento y virtudes.—S. Anselmo es el primero que aplica á la teología la precision dialéctica y el método escolástico.—Conclusion.

El hombre que habia recorrido la escala de la vida individual cristiana, y la Iglesia que habia llegado con el establecimiento de todas las grandes instituciones á sus estensas y naturales proporciones, se hallaron igualmente dispuestos para la grande accion social. Despues de tantos combates, la fé victoriosa y los ánimos llenos de energia se preparaban á esta accion. Era menester que de las costumbres individuales pasase la fé pura y vigorosa á las costumbres públicas, y que transformase la sociedad en su composicion y en su descomposicion lenta y gradual. Por esto el carácter particular de

este periodo es la vida de accion social que resulta de la energia de la fé triunfante y del elemento bárbaro: éste sin duda predominó; pero no paralizó sus generosos impulsos. Algunos historiadores nos parece que hacen poca justicia á estos tiempos, que pintan con un colorido recargado. Mezclados los barbaros con los pueblos de la antigua civilizacion, no abandonaron en mucho tiempo sus groseros hábitos, que en tantos siglos se habian identificado con su natural ferocidad; pero la fé cristiana no habia dejado disminuir su ardor. De este fondo misto salieron dos géneros de accion muy opuestos, que arrastraban á los pueblos á los últimos límites del bien ó del mal. Cuando predominaba la fé á la energia cristiana, se elevaba al heroismo la accion social. Si al contrario, vencía el elemento bárbaro, una atroz energia se precipitaba en los horrores del crimen; y de la fusion completa de los pueblos pagano, cristiano y bárbaro debian salir las naciones modernas. Pero antes de llegar á este resultado, ¿cuántos obstáculos tenia que superar la fé! y sin embargo no cesó jamás de ser una, y tolerante; invariable, y á pesar de esto favorable al progreso.

En el VI siglo fué cuando se verificó sensiblemente la fusion de los bárbaros con las naciones ya civilizadas; y los que habian triunfado del mundo romano, no podian menos de hacer prevalecer su natural grosero. Mezcláronse, pues, su ignorancia y la aspereza de sus costumbres con la sociedad que se formaba de esta fusion. Despues de una tempestad que todo lo habia arruinado, y removido el orbe hasta en lo mas profundo, flotó la espuma de la barbarie por mucho tiempo en la superficie de la sociedad, y penetró en todas partes, hasta en el santuario. Debemos confesarlo, el mismo clero fué arrastrado á veces hacia el abismo de la depravacion; pero nunca llegó al exceso de perversidad que algunos se han complacido en señalar. Y sin embargo, porque el catolicismo es tolerante, no desechó de su seno á los bárbaros, cuyas inclinaciones disolutas condenaba; y procuró identificarlos con él, inspirándoles amor al orden, á la verdad y á la virtud. ¿Se corrompió el depósito de la divina moral pasando por manos manchadas? No: sigase toda la cadena de la tradicion: ni un solo eslabon de las reglas santas del Evangelio se rompió. Cualesquiera que fueran los vicios del hombre, la doctrina del pontífice no cesó de ser pura. En el año 823 se erigió Mahoma en profeta entre los sarracenos, y expulsado de la Meca por los suyos, no tardó en presentar sus victorias como muestras de su mision divina. Pero la razon ilustrada por la fé denegó esta prueba, reconociendo que el espíritu de Dios no se revela por la cimitarra y el cebo de los placeres sensuales. El Coran no le ofrecia el menor carácter notable de inspiracion divina. El monotelismo que nació en el siglo VI, no se ostentó hasta el VII. Por una estravagancia casi inconcebible, al mismo tiempo que se reconocian dos naturalezas en Jesucristo, no se le atribuia mas que una sola voluntad; pero despues que Juan IV habia condenado ya la *eclesis* del emperador Heracio en favor de los monotelitas, S. Martin papa congregó

el concilio de Letran, donde anatematizó el tipo (1) de Constante, nieto de dicho emperador, y el error del monotelismo. La Iglesia permanecía siempre tan adherida á la unidad de la fé, que el papa llevado de destierro en destierro no cedió jamás en medio de los mayores sufrimientos de lo que debía á su augusto ministerio. San Máximo, célebre en el Oriente todo por su doctrina y virtud, abandona la corte inficionada de la herejía, y reprende enérgicamente á los emperadores que se habían atrevido á decidir en las cuestiones de la fé.

Entre tanto el catolicismo hacia nuevos progresos en Inglaterra, y producía los frutos mas saludables; pero el monotelismo no dejaba de estender sus estragos de la parte de acá. El papa S. Agaton congrega un concilio en Constantinopla: son condenados todos los autores de la secta, y brilla la unidad de la fé con nuevo resplandor. Las naciones católicas estaban tan adheridas á la unidad de la Santa Sede, que Ceadual, rey de Inglaterra, fué á reconocer en persona la unidad de la Iglesia romana en el papa Sergio, de cuyas manos recibió el bautismo. Los mahometanos amenazaron á la Iglesia de España; pero no pudieron abatirla. En Alemania se estableció el catolicismo por el celo de S. Bonifacio, que convirtió aquellos pueblos á la fé. Esta calma era precursora de la tempestad que en tales términos amagaba á la Iglesia, que hubiera parecido mil veces á no estar en la mano de Dios. Sedidas son todas las violencias que ejercieron contra ella los iconoclastas: el emperador Leon se arma con la espada del poder; trata de seducir al patriarca de Constantinopla; forma una asamblea llamada concilio; y se amotina el pueblo. Pero el papa Gregorio II se opone á la destruccion de las santas imágenes. Los católicos perseguidos por el culto que les daban, responden al emperador que preferian todo género de padecimientos á dejar de adorar á Jesucristo hasta en su sombra. Hacia el año 787 se celebró otro concilio en toda forma en Constantinopla, y se terminó en Nicea. Los iconoclastas fueron condenados en él, y continuaron venerándose las imágenes en la Iglesia con un culto relativo. En tanto Carlo-Magno, que habia confirmado á la Santa Sede las donaciones hechas por el rey Pipino, resucitaba el reinado de la piedad y de la justicia en Francia y en Italia, en España y en Alemania. El mahometismo nacido en el siglo VI no cesaba de combatir al cristianismo: se extendió en Oriente, y amenazaba invadir el Occidente; pero le rechazó la pujanza de Carlo-Magno, que coronado emperador de Occidente en el año 800 por el papa Leon III, conservó el título de rey de los franceses.

¿Habrá quien se obtiene en no ver nada sobrenatural en medio del caos á que estaba reducida la Europa antes de dar á luz la sociedad moderna? Búsquese otra en el mundo donde la decadencia de las costumbres no haya acarreado la de las leyes; donde unos majistrados corrompidos hayan sido siempre guardianes incorruptibles; una sociedad fundada sobre ideas de moral que los tiempos no hayan alterado

jamás. En medio de las sectas que se propagaban sin obstáculos, y se ramificaban á lo infinito, se hubiera agotado el principio cristiano en estas frecuentes derivaciones, á no haber sido la obra divina. No cesó de ser la piedra angular en la cual fueron á estrellarse todas las herejías que tropezaron en él. A manera de un navío de alto bordo, ha echado á pique los débiles esquifes que embarazaban su paso; y no ha cesado de mostrarse tan firme en su doctrina como tolerante para con los pueblos á quienes ha ilustrado. Se ha supuesto que esta unidad se habia roto en tiempo del papa Honorio I, que al parecer adoptó las opiniones erróneas de los monotelitas; pero ¿puede nadie aparentar ignorancia de todos los artificios que se emplearon para sorprenderle? Palabras ambiguas, protestas reiteradas de amor á la paz, todo se puso en práctica. Además, el papa Honorio no aprobó de ninguna manera la doctrina de aquellos: por condescendencia usó con ellos una peligrosa contemplación, y nada mas, consintiendo que no hablasen ya de una, ni de dos voluntades en Jesucristo. También podemos responder victoriosamente á esta dificultad, que Honorio no habia obrado como papa, como sucesor de Pedro, sino como simple doctor, supuesto que no promulgó decreto solemne. Los sumos pontífices no proceden nunca así cuando tratan los puntos de fé como cabezas de la Iglesia.

Para no dejar á los siglos venideros ningun pretexto de clamar por esta causa contra la perseverante unidad de la Iglesia, el concilio de Constantinopla, sexto general, que presidió el papa Agaton, al condenar á los monotelitas, no perdonó ni aun á Honorio, que les habia guardado contemplaciones. En vano se argüiría del falso concilio convocado en Constantinopla hacia el año 754 por el emperador de Oriente, para acreditar el error sostenido con tanto calor por los sarracenos contra las santas imágenes. Tenemos fundamento para no reconocer como léjítimas las actas de aquella asamblea, que ni habia sido convocada regularmente, ni se habia celebrado en forma. El papa no habia concurrido de ninguna manera á su formacion, ni asistieron, segun costumbre, los legados de la Santa Sede, ni los obispos ó los legados de las otras sillas patriarcales. Así es que á instancia de Pablo, patriarca de Constantinopla, que declaraba á presencia de la emperatriz Irene haber combatido las imágenes contra su conciencia, y á la de Tarasio, su sucesor, se convocó un concilio universal en Constantinopla hacia el año 787 para condenar á los iconoclastas. Luego la fé católica no ha variado jamás, y aunque la disciplina haya podido recibir diversas variaciones, segun los tiempos y lugares, la Iglesia ha insistido, siempre cuanto le ha sido posible, en imitar á la antigüedad.

Carlo-Magno entre tanto habia vencido, pero no subyugado á los sajones. Habia reprimido á los sarracenos, y no habia cesado de atraer al cristianismo naciones infieles, y de proteger á los papas. Estaba tan íntimamente convencido de que la unidad de doctrina conviene sobremedida para producir y afirmar la unidad nacional, que convertia siem-

(1) Etilio llamado así.

pre en capitulares los cánones de los concilios. Dividió Carlo-Magno su vida gloriosa en diferentes guerras contra los árabes de España, los turriegos, los avaros, los bretones, los bávaros, los esclavones mas allá del Elva, los sarracenos en Italia, los dinamarqueses y los griegos, juntamente con la obstinada resistencia de la Sajonia, que atrajo diez y ocho veces sus armas. Se cuentan cincuenta y tres expediciones militares de este monarca: los motivos de las mas fueron terminar las dos grandes invasiones de los bárbaros del Norte y del Mediodía. Bajo su glorioso reinado, como siempre el catolicismo se mostró *invariable, y sin embargo favorable al progreso*.

Por espacio de medio siglo contuvo la decadencia: los tribunales eclesiásticos consolidaban y extendían su jurisdicción; y se restablecían las ciencias y la disciplina de la Iglesia. Esta, que se había establecido por la doctrina, cobró nueva fuerza con la creación del principado temporal de Roma. El papa trató de igual á igual con los soberanos de los pueblos. La Iglesia tuvo la principal parte en la creación de un nuevo sistema de monarquía que se estableció. Las ciencias y las letras, que hasta entonces no habían sido en las Galias mas que lo que eran anteriormente en el mundo romano, según la mayor ó menor tranquilidad de las diferentes provincias del imperio, encontraron en los monasterios los medios mas favorables que pueden discurrirse para las obras del ingenio.

Después de la division del imperio de Carlo-Magno, aun faltaba mucho para extinguir completamente el elemento bárbaro. "Entonces se convirtieron los conventos, dice el ilustre autor del Genio del cristianismo (1), en una especie de fortaleza donde se guareció la civilización. Allí se conservó la cultura de la sublime inteligencia con la verdad filosófica que renació de la verdad religiosa. La verdad política ó la libertad halló un intérprete y un cómplice en la independencia del monje, que todo lo investigaba, todo lo decía, y no temía nada... Sin la inviolabilidad y los ocios del claustro, no se nos hubieran transmitido los libros y los idiomas de la antigüedad; y se hubiera roto la cadena que liga lo pasado con lo presente. La astronomía, la aritmética, la geometría, el derecho civil, la física y la medicina, el estudio de los autores profanos, la gramática y las humanidades, todas las artes tuvieron una serie no interrumpida de maestros desde los primeros tiempos de Khlovig hasta el siglo en que las universidades religiosas tambien hicieron salir las ciencias de los monasterios." Observemos en honor de las letras, que el mismo Carlo-Magno recomendó al concilio de Francfort al sabio Alcuino, una de las lumbreras de su siglo y de la Iglesia de las Galias; y que todo el sínodo consintió en admitirle como un hombre sabio en las doctrinas eclesiásticas. Sabido es que la música, la pintura, el arte de grabar, y sobre todo la arquitectura, deben mucho á los monasterios. La arquitectura llamada lombarda se refiere á la época religiosa de Car-

lo-Magno. El cuerpo del clero estaba instruido de modo que protegia el movimiento progresivo. Así el catolicismo fué el vínculo, el medio y el principio de civilización entre el mundo romano y el mundo bárbaro. El señor Guizot lo afirma, y puede creérsele (1).

Sin embargo el bien y el mal ejecutaban cada uno sus obras con un vigor casi invencible. Todo se convertía casi en exceso, por decirlo así: los principios sociales parecían trastornados. Aparecieron hombres de una perversidad igual á la de los tiempos mas calamitosos del gentilismo, y otros de una virtud tan perfecta, que hubieran realizado la gloria de las primeras épocas de la Iglesia. Los pueblos estaban sumergidos en las tinieblas de la ignorancia mas grosera, mientras que se veían en su seno sabios dignos de los siglos mas ilustrados. Pero el catolicismo, por muy *favorable que fuese al progreso*, no dejaba de ser *invariable*.

El cisma de los griegos, que en el fondo no era mas que una cuestion de derecho y de autoridad, suscitó algunas cuestiones secundarias; pero se resolvieron completamente. Focio no quiere someterse; los griegos se separan de la madre que los había alimentado hasta allí; pero no por eso dejó ella de ser lo que siempre había sido, *mas é invariable, tolerante y civilizadora*. Se había llegado á una época de desórden y de pasiones á veces poderosas y armadas, todas violentas é intratables. No había potencia que no estuviese en guerra consigo misma y con las demás. Parecía que todas las fuerzas sociales chocaban una con otras y se destruían mutuamente. Los cismas desgarraban el seno de la Iglesia. La misma potestad espiritual tenia que defender sus derechos de la potestad temporal: hasta dentro de la gerarquía había una parte corrompida y depravada, que persiguiendo con su odio á la parte pura y santa le hacia guerra abierta. Desde lo interior del Asia amenazaban los sectarios de Mahoma á la Europa. La Italia pensaba en conquistar el Oriente, y los guerreros normandos habían ocupado el Mediodía hacia poco tiempo.

En medio de tantos intereses rivales y de tan diversas pretensiones, en aquella refriega espantosa en que parecían confundidos todos los elementos de la sociedad, se necesitaba un hombre de grande accion, de accion enérgica, constante y sostenida. Se necesitaba que un gran talento, entrando en aquel Océano agitado por la tempestad, y separando el bien del mal y las tinieblas de la luz, viniese á desenredar los mil lazos con que se mantenían en choque las dos potestades que luchaban en la arena. Este fué el grande Hildebrando, llamado Gregorio VII.

Sabemos que los Hallam, los Potter y los Grey-ley han juzgado de muy diferente modo que nosotros á este ilustre pontífice: tal vez algunos de nuestros escritores modernos no le han hecho toda la justicia que podía esperarse; pero somos deudores de elogios al talento del señor Villemain, minis-

(1) El señor Visconde de Chateaubriand, *Análisis razonado de la historia de Francia*.

(1) *Historia de la civilización europea*.

tro de la instrucción pública, que ha escrito su vida. Loor al docto profesor de historia eclesiástica en la Sorbona (1), que acaba de pagar un justo tributo público de homenaje á la memoria de aquel célebre papa. Parécenos que muchos autores han tomado hasta aquí como motivo de acción lo que en realidad no fué para él mas que un medio legítimo y necesario de ejecutar los proyectos mas santos; y suponen que soñó planes de reforma tan tiránicos como singulares. Si se los oye, fué el primero que concibió el designio de sujetar el estado á la Iglesia, y citar los reyes á su tribunal supremo para que diern cuenta de sus actos.

Todos los hechos sentados en la historia nos parecen propios para contradecir los pensamientos de ambición y de injusticia que se le atribuyen. Tratemos de formar una idea exacta del grado de poder á que habia llegado la Iglesia. Adelantando en el curso de los siglos, mudando no de principios, sino de medios, de edad en edad, y modificándolos para acomodarse á las modificaciones sucesivas de la sociedad, se habia acrecentado á pesar de las persecuciones de todo género, y se habia elevado en las mismas proporciones que la barbarie de los nuevos pueblos la abatia. Ya se ha visto que Clodoveo, y despues Clotario, en el año 516 dirigieron por respeto una de sus primeras actas á los obispos y abades. Gontran y Chilperico habian remitido el fallo de sus diferencias á los obispos y ancianos del pueblo. En el año 558 se sometieron á la mediación de los sacerdotes. En el de 627 congregó Clotario II á los obispos de Borgoña para deliberar acerca de los negocios del estado y la salvación de la patria. El papa Zacarías habia sido consultado con ocasion del juramento prestado á Chilperico cuando se queria llamar al trono á Pipino (la monarquía era entonces electiva). El papa habia fallado y se habia seguido su decision. Pipino y Carlo-Magno habian dotado á la Santa Sede, y esta dotacion temporal habia dado nueva fuerza, á lo menos exterior, á la corte de Roma. El gran nombre de esta ciudad, residencia de los sumos pontífices, habia aumentado autoridad á su supremacía, rodeándola de los lisonjeros recuerdos de su antiguo esplendor. Los privilegios que habia obtenido la Iglesia en tiempo de los otros príncipes, se habian ampliado bajo el glorioso reinado de Carlo-Magno: los obispos y los enviados regios publicaban en las provincias las capitulares extendidas con el consentimiento de las asambleas nacionales.

Así los sucesores de Pedro habian subido á la categoría de los soberanos por la ley del tiempo y la existencia de las circunstancias con anterioridad al pontificado de Gregorio VII. No se habian injerido ellos por sí: los pueblos y los reyes les sometian sus diferencias. No podemos pues atinar en qué fundamentos se apoye el historiador de la civilización europea para acusar á la Iglesia de haber intentado hacer prevalecer el principio teocrático en la sociedad, usurpar el poder temporal, do-

minar esclusivamente, y cuando no lo conseguia, apoderarse de la dominación á costa de la libertad de los súbditos.

Fácil de explicar es el poder temporal de los papas, y sobre todo el que ejerció Gregorio VII, cuando se considera que saliendo las mas veces de la clase plebeya, y elevados á igual categoría que los reyes por el ascendiente de su carácter, de sus luces y de sus virtudes, se habian hecho los defensores de los derechos populares. Bajo el sistema feudal, entonces vigente, no habia mas que señores y vasallos, amos y esclavos. Los papas servian de mediadores á los grandes, á fin de atraer á una sumision equitativa y por la via de la persuasión los vasallos que se separaban de ella, y de defensores de los vasallos oprimidos. El gran historiador de Raumer refiere "que los papas, como vicarios de Dios en la tierra, estaban libres de toda dependencia eclesiástica, y eran superiores á todas las cosas terrenas, á fin de ser con la Iglesia inmutable de Dios una arma defensiva para los débiles, un poder terrible para los malos, un purificador para la potestad temporal y un padre consolador para los esclavos y los oprimidos." No eran los papas los que se habian arrogado esta potestad temporal: se la concedian los pueblos contra sus opresores. El texto mismo de las constituciones de diversos reinos manifiesta evidentemente, que la autoridad pontificia era un elemento necesario para la conservación de la forma política que regia entonces á la Europa entera bajo la tutela del cristianismo. En una palabra, el sistema político y social del mundo católico exijia como principio necesario una autoridad suprema de la que hallaba relaciones íntimas con esta religion que civilizaba las naciones.

Esta era entonces la ley del tiempo: era un poder de que los papas se encontraban investidos por la fuerza de las cosas. La Iglesia, siempre dueña de sí misma, puede mostrarse segun los tiempos protegida ó protectora. Parecia que habia aceptado la primera de dichas condiciones el dia que Constantino extendió sobre ella el manto imperial; y entró al parecer en la segunda cuando habiéndose hecho propietaria por las donaciones de los fieles, y soberana por las concesiones de Pipino y Carlo-Magno, se encargaron de la tutela de las naciones los príncipes del clero alentados con nuevos homenajes. El papado, caminando á la cabeza de la civilización, se adelantaba hácia el fin de la sociedad general. Le habian puesto en las manos armas bastante terribles en aquella época para derribar á los mas fuertes é intimidar á los mas audaces. Pero los soberanos que se hubieran negado á reconocerle la administración de la tutela de los pueblos, no por eso hubieran dejado de estarle sumisos como hijos de la Iglesia, ni ésta los hubiera inquietado en manera alguna (1). ¿Cómo pues podria acriminarse á Gregorio VII por haber emprendido reformar al clero y librar á la Iglesia de un yugo opresor con tanta prudencia como firmeza? Sin cesar ocupaba

(1) El Señor Jaque. Pontificado de Gregorio VII.

(1) Guillermo I, conquistador de Inglaterra, nos dá un ejemplo de ello.

su atencion los pensamientos de mejoras sociales, de restituir la libertad comun á todos y de defender la gloria de la religion: los mismos pensamientos traian desasossegados á los hombres mas eminentes de aquel siglo, los Damianos, los Lanfrancs, los Desiderios, los Annon y otras lumbreras de la Iglesia. Las naciones no pueden agradecer lo bastante el importantísimo servicio que les prestó el catolicismo, aceptando la tutela durante la menoría de aquellas. Despues de haber procurado justificar al gran pontifice Gregorio de las acusaciones que contra él se dirijen, creemos que es nuestro deber repetir aquí lo que ya hemos dicho: que el derecho de la potestad que ejerció, era entonces tan conforme con el orden legal como hoy seria contrario.

En vez del feudalismo está vigente entre nosotros el sistema de la emancipacion intelectual y social: mientras que los grandes se cuidaban entonces poco de saber leer y escribir, hoy hasta el vulgo aspira á las ciencias y á las letras, y nuestros reyes se muestran tan dignos como capaces de mandar.

Mientras Gregorio VII contuvo con una mano el movimiento de decadencia que precipitaba á la sociedad en el abismo de la barbarie, con la otra aseguró el orden social y político sobre bases indestructibles. Sin embargo, el catolicismo, siempre invariable, no cesó de llenar su mision civilizadora. Unido á la sociedad que amoldó con su mano, se identificó de hecho con el hombre social. La humanidad le ofrecia una base ancha y sólida, mientras que recibia de él una participacion de su estabilidad divina. Unos dos siglos despues que el islamismo habia amenazado invadir el Occidente, éste le persiguió hasta el centro de su poderío. Las cruzadas comenzadas en el año 1095 segun unos, ó 1098 segun otros, y que concluyeron hácia el de 1270, fueron como una continuacion de aquella invasion general que habia asolado al mundo, y además unas guerras de represalias. El entusiasmo religioso y la fraternidad evangélica se habian conmovido á vista de las desgracias de los cristianos de Oriente; y los pueblos de Occidente se levantaron en nombre de Dios lo quiere para socorrer á aquellos. Dando su parte á los elementos malos que se mezclaron en aquellas relaciones belicosas, no pueden menos de admirarse al lado de grandes crímenes las virtudes heroicas mas resplandecientes, una fé ardiente y unas costumbres sencillas. El catolicismo habia constituido la civilizacion europea, y queria extender su dominio: á lo menos aseguró su independencia.

Sabidos son los resultados de las cruzadas: fueron de grandísima trascendencia bajo el aspecto material y moral, científico y político. Mientras que el Occidente desfallecia de terror, las cruzadas le sostuvieron con la energía del catolicismo, continuaron la invasion musulmana con una poderosa diversion, estrecharon los vínculos de la disciplina y de la fraternidad, dieron tiempo á los pueblos para ensayar la libertad, y los enriquecieron con el comercio de regiones antes desconocidas. La Europa se salvó de la invasion de los turcos: la autoridad de los príncipes se robusteció al paso que se de-

bililitó el feudalismo: el establecimiento de los concejos, y de resultas la existencia del estado llano, halló una coyuntura favorable: la marina tomó impulso, y progresó la civilizacion general con las reciprocas comunicaciones entre los pueblos. El siglo XII es memorable por sus rápidos progresos: multiplicábanse las escuelas, abríanse colegios fuera de los monasterios, y la universidad cobraba nuevas fuerzas.

No podemos comprender cómo, despues de admitir unos hechos tan incontestables, se viene á acusar al catolicismo de que es hostil al progreso, á la perfeccion de la vida civil, al incremento de la sociedad y de las relaciones mútuas de los hombres. Con todo no cedió jamás ni un ápice de su invariabilidad. Ya en el siglo XI se habia levantado Berengario contra el dogma fundamental del culto católico, y habia renovado los errores de Juan Escoto, apellidado Erigenes, sostenidos por los sacramentarios de allí á unos siglos. Enseñaba aquel que el pan y el vino no se convertian en el cuerpo y la sangre de Jesucristo; pero fué condenado este heresiarca por dos concilios, congregado el uno en Paris y el otro en Roma los años de 1050 y 1054. La doctrina de Abelardo fué reprobada en los concilios de Sens y de Soissons; y se habia comenzado á refutar los errores de Pedro de Bruys, Gilberto de la Porca y los sectarios de Arnaldo de Brescia. Los albigenses y los valdenses, inficionados del maniqueismo, habian reanimado el progreso del espíritu filosófico: eran los precursores de Juan de Hus y de Lutero. Se fulminó contra ellos anatema en el concilio general de Letran celebrado en el año 1213 bajo el pontificado de Inocencio III: ya habian sido condenados anteriormente por otros concilios particulares.

¡Con cuán vivo dolor deploramos este episodio abominable de nuestra historia! Las pasiones impelieron á cometer todo género de crímenes, que la religion cristiana no cesó de vituperar. Felipe Augusto, que durante un periodo de su reinado habia sostenido larga contienda con la Santa Sede por el repudio de Ingeburga, se reconcilió con la Iglesia. El catolicismo, siempre uno en su doctrina y en su moral, no habia cesado de mostrarse favorable al progreso. Las obras de los canonistas habian descubierto el movimiento intelectual. Como la Iglesia penetraba todas las instituciones sociales que al parecer se amoldaban en su seno, el derecho canónico habia venido á ser en cierto modo el derecho civil y público. Aquellos siglos eran sobre todo de accion, y por eso el catolicismo prestaba entonces los mayores servicios á la humanidad. Con todo habia producido á S. Bernardo, dotado de todas las cualidades propias para dar un empuje al progreso intelectual y á la civilizacion de los pueblos. ¿Quién no admira el talento del gran abad de Claraval, el elocuente orador que igualaba á los mas famosos de la antigüedad, y tan profundo diálectico, que el docto Abelardo pudiera haberle tomado por maestro? Acatado sucesivamente por los reyes y los papes, era el terror de los herejes y el objeto de un respeto profundo para la multitud del

pueblo milanés, á quien no pudo satisfacer hasta que se asomó á las ventanas de su habitacion para bendecirla. El catolicismo habia producido este grande hombre, que, como dice un historiador, tenia el don de dominar los ánimos, y á quien se veia en un instante pasar desde su desierto á las cortes, y nunca estaba fuera de su lugar. Sin título ni carácter alguno gozaba de aquella consideracion personal, que es superior á la autoridad: era simple abad de Claraval, y sin embargo tenia mas poder que un primer ministro de Francia, y conservaba un ascendiente sobre el papa Eugenio III, su discípulo, que honra igualmente al uno y al otro. Fué tan extraordinario S. Bernardo, que mereció en los siglos siguientes los homenajes mas solemnes hasta de Lutero, Bucero, Ecolampadio y Calvino. También apareció S. Anselmo, y el mundo reverenció en su persona á uno de los doctores mas célebres de su tiempo, el primero que habia hermanado con la teología aquella precision dialéctica y aquel método escolástico, que derraman la luz mas viva sobre la verdad, y confunden el error descubriendo sus sofismas.

Así el catolicismo en la edad media elevó los pueblos á la vida de inteligencia; pero sobre todo á la de accion. Cuando al parecer iba á disolverse el mundo por la anarquía á resultas del estado crítico en que se hallaba, aquel que en el alto cielo tiene en su mano el corazon de los pueblos y de los reyes, hizo triunfar el principio cristiano que dió á luz la sociedad civilizada de Europa, y con ella todo quedó cristiano. La *unidad indisoluble* del catolicismo, como un vínculo augusto, habia reunido mas de veinte pueblos bárbaros bajo el mismo estandarte: su tolerancia habia hecho que se reclamaran su proteccion y apoyo como un favor especial. La identidad de la fé fijaba invariablemente todas las creencias, y su noble é incesante emulacion al progreso habia escaldado la sensibilidad y la energia. ¿Quién dejará de conocerle? Y ¿quién conociéndole podrá no amarle?

No tenemos esponder esta doctrina firme y decidida á la superfetacion de nuestro siglo. Reanímemos esta sociedad enferma con la única doctrina que puede restituir á sus venas el calor y la vida: esta doctrina es la santa palabra antigua é inmutable, enseñada por el órgano de la Iglesia. Ella sola es la luz que disipa las tinieblas, y la fuerza que vence todos los obstáculos.

CAPÍTULO VI.

ESTUDIOS HISTÓRICOS DEL CATOLICISMO DESDE EL SIGLO DÉCIMO TERCERO HASTA AGOSTO DE 1842.

Es uno, y á pesar de eso tolerante; invariable, y sin embargo favorable al progreso.

El cristianismo es el principio de unidad en la civilizacion anterior á la Europa moderna.—De la sociedad europea.—Exposicion filosófica de la doctrina católica.—Preséntase en este periodo bajo la forma de evidencia racional.—Enumeracion de

los principales acontecimientos políticos.—Juicio de las cuatro últimas cruzadas.—La manifestacion del movimiento racional pasa la línea de la ortodoxia.—Cismas y herejías del siglo décimo tercero.—De la Inquisicion.—Pugna entre las dos potestades.—Reinado de Felipe el Hermoso y pontificado de Bonifacio VIII.—Concilio de Viena, que termina las desavenencias entre la corona de Francia y la tiara.—Abolicion del orden de los Templarios.—Condenacion de diferentes novadores y reunion de los griegos y latinos.—Progreso científico, industrial y artístico protegido por el catolicismo.—Grandes hombres de la época.—Reforma de las costumbres públicas.—Palabras notables del Sr. Royer Collard.—Señal de la reforma de Lutero.—De su verdadera causa.—Juicio del Sr. Guizot sobre esta materia.—Tolerancia del papa para con Lutero.—Sus opiniones religiosas.—Sus principales discípulos.—Calvino.—Concilio de Trento.—Guerras de religion.—Poderosos motivos para vivir en paz aun los que profesan cultos diferentes.—Progreso intelectual y social en el siglo XVI favorecido por el catolicismo.—Resultado de las luchas religiosas para la razon.—Indicios de la revolucion de 1789.—Su verdadera causa.—Testimonio del Sr. Thiers en favor de la tolerancia del clero.—De la inviolable adhesion del clero á la unidad con motivo de la constitucion civil y bajo el directorio.—Condenacion de la constitucion civil.—De las diferencias entre Napoleon y Pio VII.—Testimonio patente de unidad de parte de los obispos de Francia en el concilio de Paris de 1811.—Estado del catolicismo en tiempo de la rama primogénita de los Borbones durante los reinados de Luis XVIII y Carlos X.—Causa de la caída del trono.—Revolucion de 1830.—De sus primeras consecuencias.—Estado del catolicismo bajo el reinado de Luis Felipe I.—Novadores del siglo XIX.—Documentos justificativos de la unidad y de la tolerancia del catolicismo.—De su impulso al progreso.—Motivos de fusion entre los hombres de cualquier opinion y partido que sean.

SORPRENDE la unidad que se observa en la civilizacion de los pueblos desde el Calvario hasta la de la Europa moderna. Su principio se halla en el seno del cristianismo, que reunió las diversas formas bajo que se presentó aquella. Los griegos, y despues los romanos, trajeron con sus armas la civilizacion á las Galias medio salvajes. Los bárbaros vinieron á establecer su gerarquía militar: se formó el sistema social, y el catolicismo dió á esta sociedad la forma y la vida. Las notables páginas de la historia de la civilizacion en Europa dan fé de ello. “La presencia de una influencia moral, el sostén de una ley divina y la separacion del poder temporal y del poder espiritual, son los tres grandes beneficios que la Iglesia cristiana derramó sobre el mundo europeo en el siglo V.” Posteriormente á esta época, si al parecer se concentraron aquellos dos poderes en la mano de los pontífices, ya hemos explicado las causas. Con todo, no tardó en dividirse la au-

toridad entre el jefe feudal y los jefes secundarios llamados vasallos, que se la disputaron á poco. Se habia introducido la anarquía feudal. Entre tanto el catolicismo no habia detenido su marcha civilizadora. En efecto, de su seno salió la sociedad moderna europea; pero no podia permanecer en la debilidad intelectual de su infancia.

Después del descanso del siglo X, la razón se puso en marcha para llegar al conocimiento de las causas y de los efectos, de los principios y de las consecuencias, de los seres y de las formas. A los siglos de establecimiento y consolidación de la doctrina teológica sucedió su incremento filosófico. Como la edad media habia mezclado las instituciones civiles y eclesiásticas por la grande acción social que en ella se habia efectuado, para sacar de la íntima unión de aquellas la constitución cristiana de la sociedad; la época del raciocinio vino á aproximarse, á unir las ideas naturales y las verdades de la fé, para que de ahí brotara la ciencia ó la filosofía cristiana. Presentóse, pues, la doctrina católica bajo la forma de la evidencia racional. La razón quiso explicar la fé.

Hemos llegado al periodo mas curioso, como tambien mas importante del grande acto intelectual, social y cristiano, que está lleno de gravísimos acontecimientos. Hombres y cosas, todo se acelera asombrosamente. El despertamiento de la razón suscita cada día una doctrina nueva: las conmociones políticas tal vez mas borrascosas en todos los anales de los pueblos suceden á la revolución religiosa mas grande. El genio de la filosofía se fija sobre el mundo del pensamiento, enarbola su estandarte, y señala sus conquistas. Las pasiones de una multitud amotinada derraman la sangre de los reyes, y la anarquía se ve obligada á doblegarse al brazo de hierro que la subyuga. El hombre grande restablece el equilibrio en la balanza del destino europeo. Caen el coloso, y la Francia logra ver otra vez á sus antiguos reyes. A las suaves emociones de la mas pura alegría suceden por un momento las angustias del temor: digno, según las apariencias, de mejor suerte aquel de quien puede decirse como de Alejandro: *Sihit terra in conspectu ejus*, debia ir á espirar en el destierro. Al dejar su patria no se reservó mas que la esperanza: al dejar la vida solo conservó la gloria.

El regreso de los reyes de Francia restituye la paz y la abundancia: el trono se afirma: el pueblo de París se amotina: en tres días se levanta un nuevo solio sobre las ruinas del antiguo. Amenazada la nación en sus intereses mas preciosos preve sus desgracias y tiembla: una mano poderosa escadena el genio de la rebelión; y mientras que la Francia fija dichosa sus miradas en un trono de verde ramaje que crece en su suelo regado con tantos sudores, ve caer el apoyo de la nueva monarquía. Muere el duque de Orleans. ¡Cuán frágiles y falaces son las esperanzas humanas! A Dios solo pertenecen la vida y la eternidad.

Por entre este estrépito general, en medio de esta escena tan variable, los hombres y las cosas aparecen y desaparecen, todas van y vienen. En me-

dio de estos vientos desencadenados, de las tempestades que braman, de cetros rotos y de tronos que se hunden y se levantan, el catolicismo no ha cesado jamás de parecer uno, y á pesar de eso *tolerante; invariable, y sin embargo favorable al progreso.*

Parecia que las cruzadas del siglo XII habian abierto los caminos del Oriente á la civilización cristiana, y el imperio de Constantinopla, adquirido por los franceses, era como un baluarte levantado sobre el Bósforo, que sirviera de punto de reunión y de partida para las conquistas futuras. Cuatro cruzadas se llevan á cabo en el siglo XIII: Damietta es tomada, y Jerusalem cedida: Sidon y San Juan de Acre son fortificadas. Obligados los cruzados á abandonar las playas de Africa, no lo hicieron hasta después de vencer á los moros, é imponer á Mohammed Munstanser un tratado favorable á los cristianos. Los que afirman que las cruzadas fueron guerras de devoción, y nada mas, para los papas, se engañan admirablemente: nosotros los echabamos á que lean el discurso de Urbano II en el concilio de Clermont, y que suban hasta la época de la batalla naval para siempre memorable de Lepanto, donde el vencedor no fué tanto D. Juan de Austria, cuanto el papa Pio V, de quien decia Bacon: "Extraño que la Iglesia romana no haya canonizado aún á este grande hombre." Entonces se convencerán de que los papas no dejaron de vigilar al mahometismo hasta que se durmió con un sueño letárgico. Entonces quizás mas que nunca pareció que la causa de la civilización era la del mismo Dios. Si se trataba de librar el único sepulcro que no tendrá que restituir nada al fin de los tiempos, tambien se trataba de arrancar á los hijos de la fé de la mas dura esclavitud. Pero las conquistas del cristianismo debian hacerse con la palabra y no con la espada.

Las cruzadas del siglo anterior habian sido un preparativo para el periodo siguiente, por medio de resultados políticos que facilitaban mas el movimiento regenerador, y por medio de comunicaciones que traian focos de luz á Europa. En el siglo siguiente el conocimiento razonado que hacia pesar la doctrina al estado de ciencia, era sin duda el mas perfecto en sí mismo; pero la manifestación de este movimiento racional traspasó la línea de la ortodoxia. La autoridad le detiene, y herido el amor propio de algunos vuelve sus esfuerzos contra ella. "Hay voluntades é inteligencias, dice el señor Ozanam, que se complacen en una soledad soberbia, y que eludiendo las leyes comunes forman el cisma y la herejía." De mucho tiempo atrás dominaba aquel en Oriente, y ésta, mas variada en sus formas y menos circunscrita en su acción, aparecia en todos los puntos de la sociedad cristiana; pero ni se rompió la unidad del catolicismo, ni se entibió su amor á la tolerancia.

A principios del siglo XIII las tradiciones del maniqueísmo, conservadas largo tiempo en algunas escuelas del Asia y traídas á Europa á la vuelta de las primeras cruzadas, habian echado profundas raíces en las montañas del Albige. Habiendo crecido rápidamente extendian sus ramas amenazadoras, que ocultaban la verdad y abrigaban el crimen.

El cuarto concilio de Letran pronunció anatema contra la secta; pero los restos del error condenado continuaron esparcidos mucho tiempo, y recordaban la existencia de aquella. Entonces se vieron innumerables cuadrillas de sectarios armados de espadas para proclamar el estado de guerra, y de disciplinas para anunciar la penitencia: recorrían las ciudades y los campos con el nombre de pastorcillos y flagelantes. Introducían sus hábitos vagamundos en el orden de las ideas religiosas, y dogmatizaban contra Roma, contra la gerarquía eclesiástica y contra toda la economía del catolicismo. De los restos de estas cuadrillas de frenéticos se formaron los *fraticelos*, que con tan humilde nombre trataron de erigir entre sí una especie de iglesia plebeya, y mas adelante coronaron sus doctrinas de la comunidad de bienes con el dogma de la comunidad de mujeres. Tres mil de estos sectarios discurrían por los valles del Piamonte bajo la conducta del monje Dulcino, hasta que sitiados por un ejército regular tuvieron que rendirse á la fuerza y al hambre.

En estos últimos tiempos parece que han querido resucitar en la secta de los sanaimonianos. Conocidos son generalmente los medios de seducción que ésta ha empleado: libros, periódicos, escursiones llamadas apostólicas. Todo ha concluido con debates escandalosos, y los nuevos sectarios han desaparecido sin dejar en pos de sí otra cosa que la demostración mas evidente de la inutilidad de los esfuerzos que sus padres habian hecho. Las opiniones de los *fraticelos* reproducidas en cierto modo por Arnaldo de Villanueva, debían ser aceptadas en lo sucesivo como patrimonio de Wiclaf y Juan de Hus, precursores de Lutero. Al mismo tiempo una fracción del orden de S. Francisco, estraviada por el orgullo de la pobreza y separándose de la ortodoxia con la denominación de hermanos espirituales, fué á anunciar una nueva forma del cristianismo y el advenimiento de un Evangelio mas perfecto, salido de no sabemos qué mano desconocida. Así la misma época en que se veían secarse los últimos vástagos de los sistemas dualistas y místicos de las primeras edades, germinaban las primeras semillas de las doctrinas protestantes y racionalistas de los últimos tiempos. Tentados estamos por creer que Hermes y el señor Lherminier han ido á buscar sus inspiraciones en los libros de aquellos monjes descalzos hostiles á su madre, que por ser vieja no estaba entonces, como tampoco hoy, exenta de manchas y de arrugas.

Con todo, en medio de las manifestaciones perversas del pensamiento humano, permanecían el dogma y la moral católica en la unidad, inmutables en sí mismos, aunque se explicaban y aclaraban en las definiciones provocadas por la controversia. Cuatro concilios ecuménicos, celebrados en menos de un siglo, fulminaron anatemas contra los novadores, estendieron el círculo de la doctrina, y multiplicaron las aplicaciones de la legislación religiosa. Su unidad se fortificó con la reunion de los griegos á la Iglesia romana, trayendo en pos de sí á los pueblos de la Bulgaria y de la Rusia, vasallos intelectuales

de la civilización bizantina. Proclamóse entre los aplausos de todo el orbe católico en el segundo concilio de Leon. Si trata uno de explicar las causas de estas agitaciones incesantes contra el catolicismo, se hallan en la libertad de la razón, que fué el carácter propio de este periodo; en la autoridad de la Iglesia, que contuvo en justos límites á la misma razón, que orgullosa de sus primeros pasos se precipitó en la senda peligrosa de la emancipación; y en la tendencia de los monarcas á apoderarse otra vez del patronato que habian solido ejercer sobre el sacerdocio los teólogos coronados del bajo imperio. Algunos historiadores al llegar á esta época han creído que tenían poderosos motivos para acusar al catolicismo de intolerancia manifiesta, y ha habido una complacencia en presentar los cuadros mas horribles de la Inquisición y de las encarnizadas contiendas entre los papas y los príncipes. Nosotros preguntáremos á estos escritores, si han juzgado siempre imparcialmente los hombres y las cosas. Consultemos los hechos, y no verémos otra cosa que la historia misma de la debilidad de nuestra razón y de sus tentativas, tan orgullosas como temerarias, de independencia.

Es verdad que la Inquisición nació en tiempo de Felipe Augusto de la guerra entre Raimundo VI y los principales jefes coligados contra él, Eudo, duque de Borgoña, Henrique, conde de Nava, y Simon, conde de Monfort. No podemos menos de verter lágrimas por las desgracias que afijieron á Beziers y á Tolosa. Sin embargo la Inquisición no pudo durar mucho en Francia, porque encontró una rival poderosa en la justicia de los parlamentos; propiamente no hizo mas que aparecer. Tal vez abandonó su misión primitiva y se desahogó poniéndose al servicio de las pasiones de los príncipes; pero con suma dificultad probarian nuestros contradictores que no se haya mostrado aquella siempre justa, y muchas veces hasta misericordiosa bajo la mano de los sumos pontífices. No ejerció menos rigor contra los perturbadores del sosiego moral de la cristiandad, que los magistrados contra los súbditos rebeldes de la provincia mas oscura (1). Si la mayor parte de los que leen las fastidiosas pinturas que de ella se nos han trazado, se penetran de indignación, es porque pueden muy bien haberse recargado las sombras en los cuadros que nos han quedado: además estamos acostumbrados á juzgar de aquellos tiempos por los nuestros. Sucede con la Inquisición como con los hábitos de los religiosos: si nos parecen hoy tan extraordinarios, es porque datan de la época de la institución de aquellos órdenes. Otros tiempos otras costumbres.

Se clama con vehemencia contra la intolerancia del catolicismo en el siglo XIII, y se disculpan todos los embates de que fué principalmente víctima el clero. Sin embargo se le acometió de todas maneras; en su administración y sus propiedades negando la legitimidad de sus derechos, en sus funcio-

(1) Podemos indicar á los que deseen mas amplias aclaraciones sobre esta materia, la lectura de Perard. XII, 97, establecimiento de la Inquisición.

nes combatiendo la necesidad de su mision, y en todo lo que tenia relacion con su ministerio. Los papas habian sufrido con paciencia durante tres siglos los insultos de los Césares alemanes sin atentar jamás á la dignidad de su diadema, cuando se levantó la grande alma de Inocencio IV contra Federico II, emperador de Alemania. Heredero éste de la casa de Suabia, que fué la eterna enemiga de la Santa Sede, juró una paz solemne; y sin embargo hizo una guerra de cuarenta años. Aun antes de convocar el concilio universal celebrado en Leon el año 1245, propuso el papa Inocencio á Federico la penitencia y el perdón. Pasaron dias cortos y serenos sobre la Santa Sede, y el mundo entero admiró al hombre modelo de la edad media, á quien una pluma tan ejercitada como hábil, ha apellidado *legislador, héroe y santo*.

Como el labrador deja una tierra en barbecho entre dos cosechas, así la Providencia dejaba descansar la Francia entre dos grandes reinados: Felipe el Atrevido vivió entre S. Luis y Felipe el Hermoso. Son célebres las contiendas de este último con Bonifacio VIII. La Alemania, la Inglaterra, la España y la Italia estaban divididas lastimosamente de resultados de las disputas que se habian originado acerca del derecho divino de los reyes, las prerrogativas de los parlamentos, las reservas con las cuales se concedian los tronos, y los fueros de las ciudades. Los papas intervenian para terminar las diferencias y disolver las ligas formadas contra los soberanos; pero ciertos grandes vasallos de la corona se habian coligado contra las jurisdicciones eclesiásticas, y se habian manifestado desconfianzas de otra clase en la pragmática sancion. Las dos potestades espiritual y temporal descendieron otra vez á la arena. Dícese que se trataba de la exaccion de un tributo impuesto ó que se iba á imponer al clero, y de la intrusion de Felipe en la eraccion y administracion de las sillas episcopales. No nos tomaremos la libertad de juzgar todo lo que se hizo entonces, bástanos responder á la acusacion de intolerancia que se hace á la Iglesia, tomando ocasion del pontificado de Bonifacio.

Si confesamos con gusto que este papa dotado de una rara energía y de hábitos severos, careció tal vez de moderacion, y atropelló por los miramientos, ó se engañó en el conocimiento de aquella época tan diferente del siglo de Gregorio VII; no puede negársele el derecho que estaba de su parte. El concilio general de Viena declaró que en nada de cuanto habia practicado, se habia hecho culpable de herejía. El papa dió tambien un decreto en que prevenia que no se pudiese echar jamás en cara al rey ni á sus sucesores lo que habia hecho contra Bonifacio. Así deseamos nosotros de entrar en las miras de tolerancia del sumo pontífice Cleonente V, no reprocharémos á Felipe el Hermoso el haberse escedido de sus derechos, faltado á las formas, comprometido los intereses públicos y escitado la indignacion universal con los malos tratamientos que hizo sufrir al papa Bonifacio. Nadie puede negar á éste el derecho que tenia de reclamar unas libertades juradas, de defen-

der unas propiedades adquiridas, y hacer ejecutar unas leyes reconocidas. Despues de estas breves esplicaciones se nos permitira manifestar que los papas al deponer á los emperadores, obraban tal vez mas bien como protectores de los pueblos, que como jefes de la Iglesia. De manera que por este hecho no hay fundamento para sostener la acriminacion de intolerancia contra el catolicismo. Su bondad no puede dejenerar en debilidad, ni perjudicar á la unidad su condescendencia. Favorece al progreso, y siempre permanece invariable. El concilio de Viena celebrado en el año de 1311 terminó las desavenencias entre la corona de Francia y la tiara, y trató tambien de la órden de los Templarios. Parece probado victoriosamente que los caballeros pertenecian á la secta de los maniqueos. Bajo el clima voluptuoso del Oriente y en medio de las costumbres sensuales de los pueblos musulmanes, se dice que se dejaron vencer de la seductora, pero triste tentacion del mando, del oro y de los placeres. La abjuracion de las reglas trua consigo la apostasia de las doctrinas. El mundo cristiano quedó aterrado al oir la relacion de todas las acusaciones entabladas contra aquellos religiosos caballeros, que acaso eran culpables de pasiones y de errores nada mas; pero el catolicismo ni podia consentir que se alterasen su fé ni su moral. Se cortó la mano derecha para salvar el corazon y pronunció sentencia de condenacion contra los Templarios. ¿Quién ignora el ruido que metió en el mundo católico la abolicion de esta órden? Pero la fé permanecia invariable. Juan Hus, Wiclef, Juan Petit y Gerónimo de Praga se declararon en adelante contra el angusto sacramento de la Eucaristía y la potestad de la Iglesia, y disputaban su doctrina sobre la sumision debida á los príncipes. El concilio de Constanza los condenó (pero no pronunció sentencia contra ellos) al cruel suplicio que acompañó á la muerte que les impuso el brazo secular (1). Animada la Iglesia de un amor ardiente á la tolerancia y la unidad, dió un salvoconducto á los bohemios para tratar de una franca reunion en el concilio de Basilea, convocado por el papa Eugenio en el año 1431, y á los ocho se firmó un decreto de union entre los griegos y latinos en el concilio de Florencia, por la activa y constante solicitud de aquel pontífice.

Sin embargo, el catolicismo no cesaba de imponer al progreso. Los bárbaros habian comenzado por degollar á los clérigos y á los monjes, y convertidos al cristianismo se postraron á sus piés y contribuyeron solícitos á la fundacion de los colegios y universidades. La luz venia de dos focos principales, la predicacion y la ensenanza. Los honores y el poder de la cátedra evangélica se au-

(1) De este hecho no puede tomarse ocasion para acusar de intolerancia y de crueldad á la Iglesia. En los de aquellos tiempos era la que habia establecido la pena de diversos géneros de muerte para ciertos crimenes. A los ladrones de la Iglesia les arrancaban los ojos. El vicio que fué la ignominia de la antigüedad, era castigado con la mutilacion en primera ofensa, la pérdida de un miembro en caso de reincidencia, y la hoguera si se cometia por tercera vez. Por un segundo infanticidio era quemada la mujer despues de muerta.

mentaron con la institucion de los religiosos del órden de Santo Domingo, y se multiplicaron los predicadores, semejantes á antorchas agitadas, cuya luz ilumina todos los puntos de un lugar obscuro. Pero la enseñanza residía en las universidades, que la potestad religiosa fundaba en los puntos mas importantes de la cristiandad, como faros para alumbrar el camino de las inteligencias. El concilio de Letran habia instituido escuelas gratuitas en todas las iglesias episcopales, y Bonifacio VIII, en medio de las tempestades que bramaron sobre su cabeza, halló tiempo de fundar en Roma la Sapiencia y unas escuelas célebres en Aviñon. En el reinado de Felipe el Hermoso, que instituyó la universidad de Orleans, se vió establecer el colegio de la reina de Navarra, el del cardenal le Moyne y el de Montaigu, arzobispo de Narbona. Los combates que la Iglesia habia tenido que sostener contra el cisma, la herejía y el despotismo, no habian contribuido poco á sacar de su cubierta grosera á la razon, que debia legarse en herencia á las naciones modernas. El movimiento general de los entendimientos no cesó de ser ascendente desde el siglo XIII. Santo Tomás de Aquino, S. Buenaventura, Alberto, Rogerio Bacon, Henrique de Gante, Hugo de Saint Cher, Alejandro de Hallais, Alano de P'Ylle, Ivo de Triquer, Jacobo de Voragine, Guillermo Duranti, Juan de Dondis, Pedro d'Ailly, Gerson Juvenal, Pico de la Mirandula, Chartier, Martuel de Auvernia, Francisco Vilon y Roberto Gaguin, componen la cadena de aquellos hombres, que nos traen de los primeros dias de la edad media al tiempo del renacimiento de las letras. Grande fué su celebridad, y el cognomento con que se los distinguió prueba la admiracion de sus siglos. Alberto fué apellidado el Grande, Santo Tomás de Aquino el Angel de la escuela, S. Buenaventura el Doctor seráfico, Rogerio Bacon el Doctor admirable, Henrique el Grande el Doctor solemne, Henrique de Suza el Esplendor de la jurisprudencia, Alejandro de Alais el Doctor irrefragable, y Alano de P'Ylle el doctor universal.

En el siglo XIII fué cuando se halló constituido el movimiento filosófico en la escolástica, que estaba entonces en su apogeo. Santo Tomás de Aquino, que se asemeja en el ingenio á Platon y Mallebranche, y en la claridad y la lógica á Aristóteles y Descartes, resumiendo las obras y los muchos ensayos de dos siglos, produjo esa *Suma* que el nuestro admira todavía. "Esa era, dice un escritor tan virtuoso como erudito (1), la marcha regular, el verdadero movimiento católico, en que la fé y la autoridad encargadas de conservar su depósito dirijian los nobles esfuerzos de la razon." Desgraciadamente no tardó en desviarse este movimiento. Sin embargo, no cesaron de fomentarse las letras y las ciencias desde el reinado de Felipe de Valois hasta el fin del de Carlos V, y en los de Carlos VIII, Carlos IX, Henrique III, Luis XIII, Luis XIV, Luis XV y Luis XVI. La nobleza y el clero concurrían con admirable celo al acrecen-

tamiento y prosperidad de los colegios y cátedras. Los progresos de la civilizacion seguían de cerca á los adelantamientos que el esplendor de la fé cristiana daba á la ciencia. El feudo que nació en la época en que los siervos germanos vinieron á romper los grillos de la servidumbre, habia constituido la feudalidad: era la confusion de la propiedad y de la soberanía. Y con todo, se dice que la creacion de estados nobles en el régimen feudal era una idea política la mas extraordinaria y profunda. Pero en tanto que entre las naciones antiguas derivó el derecho civil del derecho político, en Francia este debia derivar del derecho civil.

Felipe el Hermoso inauguró uno de los siglos mas fecundos en transformaciones sociales. La libertad religiosa, civil y política dió un paso considerable por la pugna de las dos potestades: conoció la razon de estado, y comenzó la conversion del vasallo en súbdito. Estableció la monarquía de los tres estados y la monarquía parlamentaria, que hizo despues un papel independiente en tiempo de la Fronda, desapareció en el reinado de Luis XIV, se rompió en el de Luis XV, y restablecida en el de Luis XVI, sirvió para reconstituir los estados generales de 1789. En el reinado de Felipe coincidió el descubrimiento de la brújula con el de la pólvora. Todos los reyes sus sucesores fueron los protectores de las ciencias, de las letras y de las artes. A la arquitectura griega, lombarda y gótica habia sucedido ya esa arquitectura de ogivas, que fué una conquista de las cruzadas de Felipe Augusto y de S. Luis. Si en tiempo de Felipe V se observaba ya que gustaba de rodearse de poetas y de sabios; nos bastara nombrar el gran siglo de Luis XIV, que produjo los Mateos Molé, los de Retz, los Condé y los Turenas, los Racine, los Corneille y los Daguesseau, los Bourdaloue, Massillon, Fénelon y Bossuet. Pero la civilizacion consiste sobre todo á nuestro juicio en mejorar la multitud purificando sus costumbres; y con mas particularidad bajo estos respetos extendia el catolicismo sus conquistas.

Los bárbaros habian venido á establecerse en medio de la sociedad romana, depravada por el lujo, degenerada por la esclavitud y pervertida por la idolatría. Los mismos francos tenían costumbres muy disolutas cuando entraron en las Galias. Así todos los apetitos de la naturaleza se propagaban sin oposicion en el seno de aquellos pueblos, compuestos de las ruinas de otras mil sociedades. En aquella mezcla universal de propiedades, de leyes, de libertad y de servidumbre, de espectáculos incoherentes y de usos contradictorios al catolicismo, solo con sus creencias y solemnidades podia procurar con algun fruto curar la gangrena de los tiempos bárbaros. Estendiéndose cada vez mas, amenazaba invadir todas las edades y todas las condiciones; y no faltó á esta mision civilizadora. Los concilios reproducen sin cesar las quejas contra la licencia, y prescriben los remedios que se le han de aplicar. En el reinado de Felipe el Hermoso se convoca espresamente un concilio para atajar el desenfreno de las costumbres. Cuatro concilios ge-

(1) El presbítero P. S. Blass.

nerales y varios provinciales persiguen la simonía y la molición hasta dentro del santuario, y penetran en el fondo de los monasterios para restablecer la disciplina. Una constitución con que Bonifacio VIII honró su pontificado, prohibía con *justísima razón* el abuso de las censuras á los jueces eclesiásticos. En otras disposiciones legislativas se desplegaba la mayor severidad contra el robo, la usura y el adulterio. No se mostró San Bernardo mas indulgente con los vicios de su siglo. Sin embargo, parecia que debia renacer la virtud de las multiplicadas reformas que se hacian en las costumbres. Estas eran mas puras y suaves á medida que se propagaba el culto de la Virgen María, sancionado con divina sancion por las maravillas que se obraron en la colina de Loreto. Los religiosos de San Francisco y de la Merced habian manifestado al mundo cuántos beneficios sabe derramar la religion sobre el infortunio para aliviarle.

¿Quién podria enumerar todos los triunfadores pacíficos de los vicios y de las pasiones que el catolicismo ha producido desde entonces; todos los sagrados órdenes que la Providencia ha suscitado, cada uno con una mision que parece siempre analoga á las urgentes necesidades de su siglo; todos los sacrificios que hacian palpar á unos corazones ardientes de amor para socorrer á sus hermanos; tantas lágrimas enjugadas y tantos dolores aliviados? "Las sociedades humanas, decia un grande hombre (1), nacen, viven y mueren sobre la tierra: allí se cumple su destino; pero no contienen al hombre todo entero. Despues que se ha alistado en la sociedad, le queda la parte mas noble de sí mismo, esas elevadas facultades, por las cuales se levanta á Dios, á una vida futura, á unos bienes desconocidos en un mundo invisible. Nosotros, personas individuales é idénticas, verdaderos seres dotados de la inmortalidad, tenemos otro destino que los estados." Y esto es lo que el catolicismo ha comprendido tan bien. Sus esfuerzos han sido siempre convergentes, tanto hácia el bien espiritual de cada individuo, como hácia su fin comun. Las religiones de la antigüedad, todas nacionales, se adherian á la existencia de una sociedad que se creia indestructible: parecian hechas para el estado, no para el hombre. Al contrario el catolicismo, descubriendo en cada hombre una imájen de la divinidad, le atribuye un valor personal independiente de su valor social, y cree que para conducirlo al cumplimiento de su destino, no está de mas reunir todas las fuerzas del culto y de la doctrina. Así es que por un magnífico conjunto de medios de institucion divina, se apodera del hombre para hacerle pasar de la vida de la naturaleza á la de la gracia, perfeccionarle en ella, y guiarle á la vida de la inmortalidad. Su ingenio no habia cesado jamás de sugerirle recursos nuevos y secundarios en su marcha civilizadora por entre esos siglos favorables al talento, ya por la soledad de los claustros, ya por la extrañeza y diversidad del mundo.

El catolicismo fué la ley religiosa de la Europa entera en la edad media. En el siglo XV, sobre todo, se conoció que habia alguna agitacion en la conciencia de los pueblos, y que era conveniente una reforma. El periodo de este hecho grande estaba reservado al siglo XVI. Juan Hus habia proclamado el principio de independencia del antiguo maniqueismo enarbolando el estandarte en el seno de la Europa continental. Lutero, imbuido en sus insidiosas máximas, las transformó en dogmas, é hizo una religion: el odio que concibió contra el papa y las prácticas de la Iglesia romana, fué implacable. Reasumir en un hecho general la série de hechos tan variados á que dió lugar aquella revolucion religiosa, es una tarea difícil que no nos hemos impuesto. Nos basta probar nuestra tesis: el catolicismo es uno, y con todo eso *tolerante; invariable*, y sin embargo *favorable al progreso*. Párecenos que no llevan fundamento los que ven la causa de la reforma en la envidia que ocasionó á Lutero el que se hubiese encomendado á los dominicos la distribucion de las indulgencias. Este reformador hizo sostener tesis públicas en el año 1516, y los hombres ilustrados vieron en ellas el germen de los errores que enseñó despues, mientras que Leon X no concedió las indulgencias plenarias hasta 1517. No tienen mas razon los amigos de la reforma para buscarla en la necesidad de corregir los abusos eclesíasticos en la Iglesia. No puede ocultarsenos que el clero se hallaba generalmente envilecido por la simonía, que los príncipes favorecian demasiado, y por la incontinencia que es su resultado. Al recordar los excesos de aquellos que fueron puestos para ser la sal de la tierra, el corazón rebosando afliccion no puede ecchalar su dolor mas que con lágrimas y suspiros. ¿Cuán lamentable es que tales desórdenes hayan dado cierto pretexto especioso á las luchas intestinas y escandalosas que se siguieron! A nada menos iban encaminadas que á destruir en el ánimo de los pueblos toda consideracion hácia el orden eclesiástico. Pero ¿qué necesidad habia de Lutero para resucitar la austeridad de costumbres en el clero y en el seno de las naciones? ¿No estaban ahí los concilios, centinelas vigilantes, para conseguir aquel objeto? ¿Faltaron jamás al cumplimiento de un deber tan importante? Además, bien tristes hubieran sido los medios de reforma adoptados por Lutero, que dejó el hábito de agustino para casarse con Catalina de Bore, y dió rienda suelta á todos los placeres sensuales. Hé aquí tambien un testimonio de que no puede dudarse. "No es cierto, dice el Sr. Guizot (1), que en el siglo XVI fuese muy tiránica la corte de Roma, y que los abusos propiamente dichos fuesen mas escandalosos que nunca: jamás habia sido mas tolerante el gobierno eclesiástico;" confesion formal que queremos acotar en favor de nuestra tesis. "A mi parecer, continúa el Sr. Guizot, la reforma no fué ni un accidente, resultado de una gran casualidad ó de algun interés personal, ni una simple mira de mejora religiosa, el fruto de una

(1) El Sr. Royer Collard sobre el proyecto de ley relativo al sacrilegio.

3 (1) *Historia general de la civilizacion en Europa.*

utopía de humanidad y de verdad. Tuvo una causa mas poderosa que todo eso, y que domina todas las causas particulares. Fué un gran impulso de libertad del entendimiento humano, una nueva necesidad de pensar, de juzgar libremente, por su cuenta y con sus solas fuerzas, de los hechos y de las ideas que hasta allí recibia la Europa ó estaba obligada á recibir de manos de la autoridad. Es una gran tentativa de emancipacion del pensamiento humano, y para llamar las cosas por su nombre, una *insurreccion* del entendimiento humano contra el *poder absoluto* en el órden espiritual. Tal es a mis ojos el verdadero carácter general y dominante de la reforma." De buena gana aceptamos este juicio del Sr. Guizot, que esta en completa analogía con aquellos tiempos, en que levantandose la razon por un movimiento de reaccion, fué violenta y sediciosa.

En vez de herosearse con una aureola luminosa el dogma católico por obediencia y por respeto, le mutiló rasgando los títulos de la única autoridad que debia dirigirla. Diversos conflictos habian originado la discusion sobre las cuestiones de autoridad y de jurisdiccion. La razon altiva se apoderó de ellas para intentar corroer la cadena con que creia humillado profundamente su orgullo. Se empeñó la lucha, y el movimiento racional se abrió camino á todos los errores. Pero la verdad-católica, despues de haber luchado cuerpo a cuerpo con ella, la derribó en tierra, y permaneció siempre invariablemente una. Por tolerancia habia consentido al papa Leon X en que Lutero se retractase solamente á presencia de Cayetano, su legado, cuando á la obstinacion del herejarca no debia oponer mas que su poder. El sumo pontifice, que no desdijo nunca del esplendor de su nombre, anatematizó todos los escritos de Lutero en una bula de 20 de Junio del año 1520. Esto, sin hacer caso de los rayos del Vaticano, combato sucesivamente al papa, á la Iglesia y sus sacramentos: no hay error que no abrace; pero la fé permanece inalterable. La facultad de teología de Paris se unió al papa para anatematizar al nuevo hereje. La reforma habia estallado cuando Francisco I y Carlos V, la Francia y la España estaban en guerra; cuando la casa de Austria se levantaba ó iba preponderando en Europa, y cuando la Inglaterra por medio de Henrique VIII intervenia en la política continental con mas regularidad, perseverancia y extension que lo hiciera nunca. Todas estas circunstancias favorecieron la propagacion del luteranismo, que fué la obra del interés de Alemania, de la licencia en Inglaterra y de la novedad en Francia. Para atraer á sí los príncipes, y por cada uno de ellos á todo un pueblo, nada le era costoso. Despues de muchas tentativas para oponerse á escenas escandalosas, Carlos V, incapaz de resistir á los príncipes confederados llamados protestantes desde la dieta de Spira y á las armas otomanas, les concedió la libertad de conciencia en Nuremberga hasta la convocacion de un concilio general. Lutero murió en el año 1546 á los 63 de su edad; pero la secta, que se habia dividido en vida suya; se volvió á di-

vidir á la manera de un arroyo que se pierde en la multitud de sus canales por mil derivaciones diversas.

Entre los principales discípulos de Lutero, se cuenta á Calvino, Zuínglio, Osiander y Melancton, que aunque al parecer echaban menos lo pasado, propendian hácia un porvenir desconocido para ellos. La libertad de pensar y de crear producía diariamente nuevos símbolos: en los países sometidos á la reforma no habia mas que opiniones aventuradas, decisiones temerarias y declamaciones arrebatadas. El libre albedrío, los votos, el culto exterior, la invocacion de los santos, el papa, los obispos, los sacerdotes, las fiestas, las bendiciones, las cruces, las indulgencias, las misas, el purgatorio, todo era inútil, hasta la necesidad de las buenas obras, porque *la fé sola* justificaba. El santo concilio de Trento, celebrado el año 1537, vino á vengar á la Iglesia de todos estos errores, explicó la fé cristiana, y confirmó la antigua disciplina. Así tomó aquella su propia defensa y la de los principios conservadores de que es depositaria. Pero el concurso de las circunstancias habia sido tal, que Lutero y Calvino habian bastado para abrasar el edificio religioso y social. Nos aterraron y nos llenamos de horror con la sola idea de las guerras llamadas de *religion* que llenan el siglo XVI en Francia. La vida de la reforma se encierra entre el año 1520 en que Lutero quemó públicamente en Witemberga la bula de Leon X que le condenaba, y el de 1648, fecha de la conclusion del tratado de Westfalia. Así la lucha entre los estados católicos y protestantes, el mayor efecto de la revolucion religiosa, duró desde el principio del siglo XVI hasta mediados del XVII. Por el tratado de Westfalia, concluido en el año 1648, segun el señor Guizot, los estados católicos y protestantes se reconocieron reciprocamente, y se prometieron vivir en paz y en amistad prescindiendo de la diversidad de religion. La fé católica permanece *una* en su doctrina; pero *tolerante* como siempre para con las personas.

El que no obra segun estas máximas, no conoce su espíritu, que es un espíritu de union, de caridad, de paciencia y de proteccion. El que se pretesta de diverjencia de culto aborrece á sus hermanos disidentes en creencias, abjura el catolicismo y renuncia á iniciarse en la familia cristiana. ¡Ah! ¡que no podamos borrar con nuestras lágrimas esas tristes paginas de la historia en que se pintan los espantosos excesos de los dos partidos contendientes, que bajo el pretesto de religion combaten á se despedazan, sucesivamente vencedores y vencidos firman tratados de paz, y luego con menosprecio de la fé jurada vuelven á tomar las armas y arrastran á la lid á los grandes, á los príncipes y á los reyes, é incitan á las ciudades y provincias á la insurreccion! La Europa entera parece que se cubrió de luto, y donde quiera no se oian sino jendidos y gritos de desesperacion. No es nuestro objeto juzgar á los hombres sino las cosas. No examinaremos cuál de los dos partidos se mostró menos tolerante en la lucha comun: nos basta consultar los hechos. "La reforma, dice el señor vizconde de

Chateaubriand (1), despertó las ideas de la antigua igualdad. Propiamente hablando, la verdad filosófica, revestida de una forma cristiana, combatió la verdad religiosa. . . . Bajo el aspecto religioso la reforma conduce insensiblemente á la indiferencia ó á la falta completa de fé; y la razon es que la independencia del entendimiento viene á parar en dos abismos, la duda ó la incredulidad. Y por una reaccion natural la reforma, apareciendo en el mundo agresora, puso al catolicismo en la necesidad de resistir á sus incesantes embestidas y á sus invasiones. Así se la podria acusar de haber sido la causa indirecta de los horrores de la jornada de San Bartolomé, de los furrores de la liga, del asesinato de Henrique IV, de las muertes de Irlanda, de la revocacion del edicto de Nantes y de las dragonadas (2). El protestantismo clamaba contra la intolerancia de Roma; al paso que degollaba á los católicos en Francia, aventaba las cenizas de los muertos, encendia las hogueras de Sirven en Ginebra, se manchaba con las violencias de Munster, y dictaba las leyes atroces que oprimieron á los irlandeses, apenas libres en el dia despues de algunos siglos de servidumbre." Nos parece que el juicio de estos hechos justifica bastante al catolicismo para tapar la boca á los que intentaran deducir consecuencias de ellos para gritar todavia intolerancia. La Iglesia tendria siempre fundamento para responder: Hace muchos siglos que estaba yo en posesion: acometida en la creencia de los pueblos, he debido defenderla: desapruebo los excesos de crueldad que han sido la consecuencia deplorable; pero no soy de ningun modo la causa de ellos. En este sentido decia el ilustro autor ya citado: "La religion cristiana entra en una nueva era: como las instituciones y las costumbres, sufre la tercera transformacion: deja de ser politica, y se hace filosófica sin cesar de ser divina; su círculo flectible se estiende con la ilustracion y la libertad, mientras que la cruz señala para siempre su centro innóvil."

Casen, pues, las antipatías entre las diversas comuniones. Únanse en el beso del mismo amor los hombres, cualquiera que sea su procedencia, y estrechése al pié del Calvario, origen comun de la gran familia regenerada. Afírmese la concordia mas perfecta entre los disidentes, y anúdense otra vez por conviccion y en paz los vínculos rotos, para que se forme un pueblo de verdaderos hermanos. Este es el deseo mas ardiente de nuestro corazon, el objeto de las mas dulces esperanzas y el fin constante de todos los esfuerzos de cualquiera que tiene un corazon ilustrado por la fé.

Entre tanto la civilizacion iba creciendo: el descubrimiento de la América, la toma de Constantinopla por los turcos y la invencion de la imprenta estendian el dominio de la inteligencia y de la moral. Aquel fué el tiempo en que la literatura italiana resplandecia, y comenzaban la literatura francesa y la inglesa; aquella fué la época de los progresos mas activos del sistema comercial. La ac-

tividad del entendimiento humano se manifestaba en todas sentidas.

Se ha preguntado si el movimiento de oposicion á la Iglesia, al paso que estimulaba la accion intelectual, no perjudicó mas bien que sirvió al verdadero progreso. Responderemos con el señor de Chateaubriand, que si Lutero y el protestantismo no hubiesen venido á violentarlo todo, el progreso y la reforma, pero legítimos y católicos, hubieran llegado con mas lentitud sin duda, pero tambien con mas regularidad, y sobre todo sin tanto escándalo, ni guerras, ni efusion de sangre. Otro autor no menos estimable ha añadido: que aunque reconoce la poderosa influencia de la lucha exterior sobre la accion interna de la Iglesia, está persuadido al mismo tiempo de que la oposicion del protestantismo, y luego del filosofismo, tan ilegítima ya y tan errónea, fué tambien desgraciada bajo este concepto por su mismo exceso. No solamente estimuló el movimiento en lo interior del catolicismo, sino que rompió su justa medida precipitándola exclusivamente en combates intelectuales. Valia infinitamente mas que todas las facultades caminasen juntas, cada una segun su ley, aunque llegasen un poco mas tarde.

Pero tenemos que confesar que hay épocas en que la sociedad se renueva, y en que ciertas catástrofes imprevistas acarrear variaciones en las ideas, en las leyes y en las costumbres. Este es el resultado de la marcha á veces forzada de la civilizacion hacia la perfeccion inherente á la naturaleza humana. Lutero con la reforma estaba á orillas de un universo nuevo; y sin embargo el catolicismo, permaneciendo invariable, no dejó de impeler al progreso. Cubrió la Europa de monumentos religiosos; y como en otro tiempo produjera un Leon para proteger al mundo civilizado contra Atila, produjo otro Leon para poner término al estado bárbaro de las facciones y embellecer la sociedad que ya no era necesario defender. Continuó su obra de restauracion, y rodeado de una nueva generacion de pontífices y sostenido por nuevos órdenes monásticos, apareció mas puro y majestuoso.

A pesar de la escageracion del racionalismo habia habido un progreso real; pero un progreso prudente y continuo, un verdadero progreso de la razon. Descartes, Bossuet, Pascal y Fenelon parecia que habian engrandecido la humanidad con su talento. Entre tanto el jansenismo, que atormentaba á la Iglesia hacia dos años, acababa de ser herido en el corazon, y no tardó en espirar en las convulsiones del cementerio de S. Medardo.

Ya se acercaba la época en que la libertad, hija de la razon, era llamada á suceder á la antigua libertad, hija de las costumbres. Montesquieu, Rousseau, Raynal y Diderot en medio de sus declamaciones fijaban la atencion de la multitud sobre los derechos de la libertad política. La autoridad, que siempre habia sido disputada en las asambleas legítimas de la nacion y en los tribunales superiores bajo el reinado de Luis XIV, á quien sin embargo ningun parlamento se atrevió á hacer representaciones, se puso en litigio otra vez y con mas calor

(1) *Análisis razonada de la Historia de Francia.*

(2) Así se llamaron las persecuciones de los protestantes en tiempo de Luis XIV, porque se empleaban dragones en ellas.

después de la muerte de aquel monarca. Voltaire hacia el papel mas importante, y Ferney se habia vuelto la corte europea.

La reforma, preñada de la indiferencia de las religiones en lenguaje de Jurieu, y manantial del ateísmo mas puro, según Bossuet, habia dado á luz la filosofía del siglo XVIII, que á su vez debia abortar una revolucion. Lutero habia transformado en dogma el principio de independencia sostenido en otro tiempo por los maniqueos, y Mirabeau quiso aplicarle al mundo político. *El primero no habia querido papa, y el segundo no quiso reyes.* "Todo además contribuía á una revolucion, dice en su historia el señor Thiers. Un siglo entero habia contribuido á descubrir los abusos y llevarlos hasta el exceso: dos años á excitar á la rebelion y á ganar á la multitud popular haciéndola intervenir en la contienda de los privilegios: finalmente algunas calamidades naturales y un concurso fortuito de diversas circunstancias acarrearón la catástrofe cuya época podia muy bien diferirse; pero cuya ejecucion tarde ó temprano era infalible. Estaba empeñada una larga lucha entre los parlamentos, el clero y la corte á presencia de una nacion agotada con prolongadas guerras: hácese las elecciones, y se abren los estados generales." Aunque calculamos con el señor Thiers las diversas causas de la revolucion, creemos poder decir con tanto fundamento como verdad, que la principal causa de ella consistió en la razon, que estraviada por las pasiones no conoció ya freno y aspiró á la emancipacion de toda autoridad. Otras mil causas favorecieron sus triunfos, y estalló la revolucion. Así el catolicismo ha estado siempre en accion contra el movimiento de insurreccion que le ha perseguido incesantemente; pero nunca ha dejado de ser *asno y tolerante.*

Ya habia admirado el universo la caridad de Fnelon durante el cruel invierno que se siguió á los desastres de Luis XIV; y á la apertura de los estados generales se pudo juzgar del espíritu de tolerancia que animaba al clero. Cuenta el señor Thiers que el discurso del obispo de Nancy, en que abundaban los sentimientos generosos, fué aplaudido con entusiasmo á pesar de la santidad del lugar y la presencia del rey: que la emocion fue general; y que repentinamente se acabaron los odios en mas de un corazon, y tuvieron entrada la humanidad y el patriotismo." Esta ha sido siempre la divisa del cristianismo: *olvido de las injurias y amor de los enemigos.* Si á poco se trata de la verificación de los poderes y de deliberar acerca de la invitacion que en nombre del Dios de paz hacen los diputados del estado llano para que se reuna el clero con ellos en el salon de la asamblea, á fin de escójitar los medios de efectuar la concordia, muchos miembros de aquel respondieron con aclamaciones, y aceptan lisas y llanamente el proyecto que se les habia presentado. Pero nunca llevó el clero su tolerancia hasta romper la unidad católica. Inmediatamente que la asamblea constituyente decretó el proyecto de la constitucion civil del clero, éste se opuso con energía á tal usurpacion de la autoridad espiritual.

La revolucion avanzó en sus caminos de invasion, de destruccion y de muerte. Levantase, gloriosos pontífices, y vosotros, sacerdotes del Señor, al estruendo de la nueva tempestad que brama sobre vuestros palacios y vuestros templos; ó mas bien huid, huid de la tierra que os traga. Se os escije un juramento.... pero continuaréis estrechamente unidos á la Iglesia. Antes os dejaréis encerrar en las cárceles ó asesinar al pié de los altares, que abandonarla.

Por entre las ruinas y los cadáveres palpitantes que señalaban el paso de aquella plaga asoladora, el catolicismo guiaba á sus hijos fieles. Los unos se dirigian á regiones extranjeras, mientras que otros se mantenian en el suelo patrio, donde bajo formas diversas no cesaban de invocar las bendiciones del cielo, y abrir á las almas los manantiales de la gracia para hacerlas dignas de la verdadera gloria. La lucha estaba empeñada; y era formal, activa, implacable: una de las partes debia sucumbir. La religion combatida de todas partes cejó un instante; pero hizo como los partos, que al huir arrojaban el dardo mortífero al pecho del vencedor; y la revolucion halló su ruina completamente en el terreno mismo que al parecer habia dejado momentáneamente la religion en su poder. Habia descargado la tempestad; y se calmó después de haberse desencadenado todas las pasiones. La licencia de pensar y de obrar fué inmolada por uno de los héroes que la misma revolucion habia dado á luz. Cuando se retiraron las olas de la anarquía, apareció Napoleon á la entrada de un nuevo universo, como aquellos gigantes que aparecieron después del diluvio. A su regreso de Egipto se apoderó de la espada del mando; y la unidad de catolicismo, que tenia que correr aun graves peligros, los venció.

Es verdad que la constitucion civil del clero arrancó al sacerdocio muchos hijos desdichados; pero la mayor parte desaprobó luego el error que los habia seducido. El cisma de los disidentes con que se metió entonces tanto ruido, no era mas que una quimera, porque era imposible ser cismático profesando la fé de la Iglesia con riesgo de sus bienes, de su libertad y de su vida, y permaneciendo notoriamente en la comunión de aquella. Además ¿quién no tiene noticia de los breves de Pio VI para condenar la constitucion civil, y la decision de la Iglesia universal que se siguió de aquí? Entre los ciento treinta y un obispos que ocupaban las sillas de Francia cuando la expedicion de dichos breves, ciento veintisiete se adhirieron muy explícitamente á esta decision: mas de ciento treinta y cinco obispos extranjeros se unieron á ellos por una adhesion tan positiva, y en ninguna parte se oyó reclamacion alguna de los primeros pastores. Así pues la sentencia que nosotros alegamos, emana del cuerpo entero de la Iglesia doctrinante. Por eso se miró como definitiva. Las alocuciones de Pio VII de 24 de mayo de 1802 y 26 de Junio de 1805 lo testifican. Se vió salir la unidad del catolicismo de entre las olas que amenazaban tragarle, radiante con las glorias de su destino. El cristianismo lo habia resuelto todo; y del Oriente al Occidente cantaba

la humanidad su himno de descanso, de regeneración y de ciencia con su *Hosanna* de gloria al Crucificado.

La paz de Tilsitt había confirmado á Napoleon en el mas alto grado de pujanza á que podia llegar, y vencedor en Wagram se embriagó con sus triunfos, que prepararon la caída de un trono tan maravillosamente levantado; pero la Iglesia debía quedar en pie, á pesar de los esfuerzos que él hubo de hacer para derribarla ó levantarla otra vez. En su ambiciosa política reunió los estados romanos á su imperio en el mismo año que dictó al Austria la paz de Viena. El papa se opone á aquella usurpación, y el catolicismo es herido en su cabeza; pero no por eso debía alterarse su unidad. Halló garantías en el concordato firmado por el digno sucesor de Pedro y en ciertas miras de orden público y de paz para la Iglesia, y de independencia para la Santa Sede. El concilio nacional convocado por Napoleon el 9 de Julio de 1811 dió el espectáculo mas grandioso al mundo cristiano. Armados nuestros pontífices del escudo de la fé desafiaron á aquel que queria sojuzgar al universo; vislumbraron que se trataba de menoscabar la unidad de la Iglesia, y con una fé fuerte y valerosa le respondieron *non licet*; y la unidad quedó intacta. El sumo pontífice, de alma grande y corazón expansivo, fué trasladado de Savona á Fontainebleau, donde padeció hasta el año 1813 todos los dolores de un penoso destierro; pero tantas humillaciones no podían menos de presagiar un triunfo glorioso en un tiempo cercano. El 25 de Enero del mismo año el papa firma un nuevo concordato bajo cláusulas condicionales; y al punto levantando el catolicismo su oriflama anuncia al universo que Jesucristo ha mandado de lo alto de los cielos, que reina y que es vencedor. Bolonia había abierto las puertas al mas santo pontífice; y la unidad se afirmaba en el mundo cristiano.

La derrota de Leipsick vino á cerrar los anales de tantas conquistas. Mientras que Pio VII, que había vuelto triunfante á la capital de sus estados, dirigía á su voluntad la nave de Pedro entre las olas tumultuosas de los pensamientos humanos, su perseguidor iba á morir de remordimientos y de tedio en una isla remota. Su trono se había hundido, y sobre sus ruinas se levantaba el de la flor de lis. La Francia logró ver otra vez á sus antiguos reyes; y el catolicismo, siempre invariable, no cesaba de caminar en las vías de la *tolerancia* y del *progreso*. El espíritu público, todas las necesidades de la nación estaban satisfechas. Un posal regicida vino á sumergir á la Francia en el luto; pero la religion acudió á enjugar sus lágrimas y calmar sus agudos dolores. Al autor de la carta acababa de suceder aquel noble monarca, cuyas tristes cenizas descansan lejos del sepulcro de sus abuelos. Bajo su cetro parecia que lo presente había encontrado seguridades, y lo futuro sus esperanzas. La libertad, lejos de eclipsarse se embellecía con el esplendor de su diadema; y en presencia del pacto de familia, imponente á la par que regenerador, aparecieron reunidos en perfecta armonía en Reims la santidad de los altares y las garantías de los pueblos. Las

faltas de diversos ministerios y la resistencia de las cámaras produjeron la catástrofe que hundió el trono de la rama primogénita de los Borbones. ¿Qué entendimiento, por penetrante que fuese, hubiera podido leer desde entonces en las páginas de lo futuro la larga serie de acontecimientos de que hemos sido testigos hasta el día? “La Providencia, ha dicho con grandísima fuerza de razon el señor Guizot, no está sujeta á estrechos límites: no se inquieta por sacar hoy la consecuencia del principio que sentó ayer: ya la sacaré dentro de siglos cuando haya llegado la hora: y por raciocinar lentamente segun nosotros, no es menos segura su lógica.”

De pronto fermentó un espíritu de rebelion en el seno de la Europa: parecia que se respiraba un aire inflamado: ruidos soterráneos, presagios siniestros de nuevas y deplorables calamidades, aturdiran los oídos. Cualquiera hubiese dicho que estábamos amenazados de aquellas sacudidas violentas, que no solo derriban aldeas y algunas ciudades, sino que arrancan de cuajo antiguos y sólidos imperios. Creyóse que aparecían las sombras formidables de 1789, para recobrar en un día todo el terreno de que parecían desposeídas para siempre. Cada cual temía menos por su libertad y por su vida que por la religion en Francia, no porque pueda ser destruida, sino perseguida y transportada como una nube fecunda á climas mas dichosos. Se conocía el encarnizamiento inconcebible del directorio y de la convencion para perseguir con su odio las creencias religiosas, y todos los hombres de orden se aprestaban ó á huir como en otro tiempo del suelo azulado de la patria, ó á perecer degollados al pie de los altares en señal de fidelidad. Algunos ignorando, á lo que me parece, que la verdadera libertad consiste en el cumplimiento de todos sus deberes, é impelidos por un amor desenfrenado de la independencia, llevaron el odio á toda autoridad hasta el fanatismo, y lejos de edificar no supieron mas que destruir. No volveremos á trazar el cuadro aflictivo de los duros golpes dados al catolicismo con la misma hacha que había roto las gradas del trono hundido, ni los lamentables dolores que se echaban de las bóvedas de los templos santos profanados y de entre la ruina de los símbolos abatidos de la fé cristiana. El catolicismo, siempre *uno*, pero *tolerante*, á ejemplo de su divino fundador no profería mas que palabras de resignación y de perdón: para confirmar la fé de los débiles parecia que repetía con el profeta: Mis enemigos me han acometido muchas veces; pero no han podido vencerme jamás.

La Providencia se burló de la falsa sabiduría, y dirigía los acontecimientos de tal suerte, que todos los pensamientos de ésta quedaron confundidos. Un rey de raro valor y de vastas y profundas miras, á quien la Providencia ha protegido tantas veces y tan milagrosamente, y una reina piadosa, siempre madre de los pobres y siempre probada con crueles sobresaltos, debían preservarnos de tantos peligros y ser una prenda poderosa de la seguridad futura. El poder conservador, espuesto sin cesar á las pa-

siones de la multitud, y siempre en vísperas de ser derribado por el choque de las facciones; pero tranquilo á presencia de tan grandes acontecimientos y confiado en lo futuro, ha triunfado hasta el día de las divisiones intestinas. Trabajando eficazmente la Francia para emancipar la religion del yugo de hierro que la revolucion queria hacer pesar sobre nuestras cabezas, ha permanecido católica. El catolicismo no cesa de manifestarse entre nosotros con todos los tesoros de su magnificencia: *uno y tolerante, invariable y favorable al progreso.*

No hablaremos aquí de las tentativas de nuestros filósofos humanitarios para sustituir una religion nueva á la que diez y ocho siglos há corresponde tan bien á las necesidades del entendimiento y del corazon del hombre y á su destino social. Los discípulos de Fourier y de San Simon no han sido mas que huéspedes de un día, sentados al banquete social para aterrar con su tránsito. Su memoria ha perecido, y la verdad desconocida ha recobrado sus derechos. Una Iglesia llamada católica francesa debia con grande escándalo de la humanidad presentar en la escena del mundo, y bajo las formas mas innobles, lo mas sagrado y respetable que tiene la sola Iglesia verdadera. Rompiendo con las tradiciones de lo pasado, no admite mas que simples reglas de opinion. Pero el catolicismo no ha padecido menoscabo alguno por esos sarcasmos rencorosos y esas parodias sacrilegas. A fin de no darle importancia ha desviado de ella sus miradas, y dejándole la triste libertad, tal como Dios la deja á la injusticia, de escribir en su bandera desplegada *falta de toda creencia*; y tolerante, si pudiera decirse, para con esa nueva torre de Babel hasta el exceso, no cesa de deplorar la pérdida de aquellos á quienes el error ha seducido. Era inminente un cisma para el siglo XIX. El que hasta el año 1830 se habia mostrado en la brecha con la fuerza de un leon para defender la ciudad santa, ó como un muro inespugnable levantado para preservarle de los golpes que se le dirijen, flaquea y á poco solo deja ver vastas ruinas. De los principios de una teocracia absoluta pasa á los de una democracia sin límites. La autoridad, dice él, no es mas que una palabra, y llama tiranía á toda potestad. La libertad en sus escritos es sinónimo de licencia, y en nombre de la razon individual instiga á la insurreccion. Quiere imponer á la Iglesia otra constitucion que la suya, y entronizar una gerarquía nueva. Alternativamente ensalza la razon sobre la fé, ó corrompe la fé para coordinar sus luces con las de la razon. Confunde todas las nociones admitidas de derechos y de deberes: sofista hábil en sus pruebas, obscuro en su lenguaje fogoso, amenazaba demolerlo todo para reedificar segun decia; pero la centinela que vela y no se duerme jamás sobre la nave de Pedro, levantó la voz. Entonces como siempre el catolicismo se mostró tan inviolablemente adicto á la *unidad* de doctrina, como al espíritu de tolerancia y de caridad que le anima. El sumo pontífice á quien el Señor ha dado, como en otro tiempo á su profeta, una frente de bronce para resistir á los que tienen la frente de piedra, habia he-

cho presentir ya todo su pensamiento, y habia emanado una primera enciclica de la Santa Sede. El papa habia felicitado á uno de los secuaces de la doctrina de Lamennais porque no tomaba ya ninguna parte en ella, y á poco la condenó como absurda y soberanamente injuriosa á la verdad católica. El celo de aquel cuya caída deploramos amargamente, le habia grangeado el título de padre de la Iglesia por parte de algunos admiradores: su obstinacion le valió el de apóstata en la boca de todos los cristianos. ¡Oh! ¡qué no podamos con votos ardientes y amargas lágrimas y aun á costa de nuestra vida conseguir una gracia eficaz del Eterno que le restituya al apriacol!

Pero el catolicismo estaba destinado á sufrir nuevas pruebas. Fué perseguido en Prusia como lo es aun en Rusia y en España; mas sucesivamente ha bajado de la cátedra apostólica una voz que ha resonado en el mundo cristiano para denunciar las violencias hechas á la Iglesia. Sentimos sinceramente no poder dar aquí cabida á esos monumentos de la fé católica, destinados como otras tantas columnas indestructibles levantadas en medio de las edades á atestiguar hasta á nuestros últimos descendientes su invariabilidad y su tolerancia. Dúsculpesenos si no hacemos mas que indicarlos. Recuérdesse la alocucion del sumo pontífice Gregorio XVI en el consistorio secreto de 22 de Noviembre de 1839 con motivo de las persecuciones ejercidas contra la Iglesia católica en Rusia. Traígase á la memoria su declaracion tocante á los asuntos de Prusia. Reléanse sus letras apostólicas de 22 de Febrero de 1842 y sus alocuciones en los consistorios secretos celebrados en las calendas de Febrero de 1836 y en las de Marzo de 1841, relativas á la plaga que devasta á España. No podríamos comprender la obstinacion de los que despues de haber compulsado estos documentos auténticos, acusasen todavía al catolicismo de intolerancia. ¡Qué marcados están en el cuño de un celo ardiente! Pero tambien ¡cómo llevan el sello del respeto y de la sumision que los pueblos deben tener á los que los gobiernan! La unidad y la invariabilidad, la caridad y el progreso á la sombra protectora de la paz y de una prudente libertad despiden en ellas la luz mas brillante, y se pintan con los colores mas verdaderos. Esta es la tolerancia: tales son los sentimientos verdaderos de la fraternidad evangélica.

Así el catolicismo, á veces tan desconocido y otras muchas tan mal juzgado, lejos de ser el centro inflexible del despotismo y de la inmovilidad, es el tipo mas perfecto de una sociedad progresiva destinada á la conquista pacífica de la libertad bajo el estandarte de la fé. Es el elemento de la civilizacion moderna como lo fué en tiempos pasados. No puede haberse olvidado su gran parte de influencia sobre las instituciones y costumbres de los pueblos. Los anales de las naciones están abiertos á las miradas de todos, y nadie puede negarlo con justa razon. Sabido es cuánto ha hecho nuestro venerable pontífice colocado en la silla de Roma á

favor de los negros (1). Su voz se levantó fuerte y poderosa para resonar en todo el mundo cristiano, á fin de que toda criatura sea llamada á gozar del beneficio de la libertad de los verdaderos hijos de Dios. Y si sorprende la unidad que reina en las civilizaciones que han precedido á la de la Europa moderna, ¿no queda uno mas sorprendido cuando considera ésta? ¿No es evidente que en la civilización de los diferentes estados de Europa se descubre cierta unidad que dimana de hechos casi idénticos, á pesar de las grandes diferencias de tiempos, lugares y circunstancias, que se refiere á los mismos principios, y que tiende á producir poco mas ó menos resultados análogos en todas partes? Tiene alguna unidad, y sin embargo no es menos prodigiosa su variedad. Los rasgos de su fisonomía están diseminados. Ella ofrece ejemplos de todos los sistemas y de todos los ensayos de organización social que existen unos junto á otros. A pesar de su diversidad tienen todos cierta semejanza y cierto aire de familia que es imposible desconocer. "Si es inferior, dice el señor Guizot, al adelantamiento correspondiente en las civilizaciones antiguas, cuando se considera el conjunto, la civilización europea aparece incomparablemente mas rica que ninguna otra, porque ha producido á un tiempo muchos mas adelantamientos diversos: de quince siglos á esta parte no ha cesado de crecer su progreso." "La civilización europea, continúa el mismo escritor, ha entrado, si es permitido decirlo, en la eterna verdad, en el plan de la Providencia, y marcha según las sendas de Dios." Este es el principio racional de su superioridad. La Providencia dá un paso y han transcurrido siglos. ¿Cuánto tiempo, cuántos acontecimientos antes que la generación del hombre moral por el cristianismo haya ejercido su grande y legítima influencia sobre la generación del estado social! Sin embargo lo ha logrado: ¿quién puede desconocerlo hoy? Así apenas hay una idea grande, un principio de civilización, que para extenderse por todas partes no haya pasado primero por la Francia. ¿Por qué? Porque la Francia ha permanecido católica.

A nuestros ojos la salvación y la gloria de la humanidad están en la union de la inteligencia y del sentido, del raciocinio y de la acción, de la ciencia y de la fé: en el perfecto acuerdo entre el clero que continúa desempeñando su misión de propagar las sublimes y saludables doctrinas de la Iglesia en medio de los pueblos, y la universidad que cultive los entendimientos y difunda las ciencias humanas en armonía con la fé y la caridad; en la completa concordia del poder espiritual con la potestad temporal, cada uno colocado dentro de la esfera activa de sus atribuciones, pero prestándose un concurso franco y leal en los objetos mistos sin ninguna repugnancia y sin desconfianza reciproca: por último, en la reunion de estos diversos elementos del movimiento social. Semejante orden de cosas presentaría á todos los hombres creyendo y amándose, felices por la armonía de la verdad y de la caridad, que haría de todos un

solo corazón y una sola alma. Y tanto mas viva y fuerte será la fé, cuanto que la mayor parte de aquellos volverán á ella despues de haber apurado todos los errores.

¿Qué obstáculos, pues, podrian oponerse á esta fusion, cuya necesidad se siente cada día con mas urgencia en la sociedad? Se desea una union, una conciliación, una transacción: esta es la palabra que hemos oído repetir despues de algunas discusiones sobre puntos importantes de dogma religioso y de ciencias sociales; y nadie quiere dar un paso adelante. La filosofía se esfuerza para mantenerse firme, los cultos disidentes se observan, y la economía política de los pueblos quiere volar con sus propias alas. Permitásenos juzgar, según el débil alcance de nuestra inteligencia, de estos diversos elementos de organización social, y de las relaciones que podrian establecerse con la fé cristiana. Siendo la obra de Dios, debe ser siempre el alma de las obras del hombre, á no ser que se condenen éstos á ser unos cadáveres secos, privados de sentido y de vida.

¿Y por qué? ¿No se podría á la luz de la antorcha de la fé ir á beber en la fuente de las artes, de las letras y de toda ciencia aquel entusiasmo que nos eleva á la contemplación de lo verdadero y lo bello? ¿Ir á la conquista del mundo sensible por medio de la libertad y de la inteligencia? La religión, lejos de combatir la industria, la comprende y la refiere á unos principios que dominan á los que la economía política abona. En vez de cortar las alas al arte, le sigue en su vuelo, mide su alcance y objeto, y como hermana de la verdadera filosofía ilustra á aquel y le fecunda.

CAPÍTULO VII.

DEL CATOLICISMO CONFRONTADO CON LA FILOSOFÍA DEL SIGLO XIX.

Resumen de los capítulos precedentes.—Diversos puntos de vista bajo los cuales considera al catolicismo la filosofía del siglo XIX.—En vez de individualizar generaliza.—De su propensión á sustituir la razón universal á la revelación.—Opiniones de nuestros filósofos en esta parte.—La soberanía de la razón universal resume todos sus sistemas.—Pruebas en apoyo.—Sin embargo, el elemento moral se reconoce indispensable á la sociedad.—Consecuencias en favor de la alianza de una verdadera filosofía con el catolicismo.—Juicio de la teoría de la soberanía de la razón universal en sus pruebas, sus principios y sus consecuencias.—La filosofía no corresponde á las urgentes necesidades de nuestra época.—Lejos de atraer á la fé, conduce al ateísmo.—En vez de propender al progreso, se agita dentro de la esfera del escepticismo, y no puede producir mas que la discordia y el egoísmo.—Muchas pruebas en apoyo.—Homénaje personal tributado á nuestros filósofos.—La filosofía impotente y estéril bajo este respecto social, debe convertirse hácia el catolicismo.—Ventajas que debe esperar de él.—Para

(1) Encíclicas de 1869 y 1840.

obrar esta union no tiene que recorrer tanta distancia como comunmente se figuran algunos.—Tentativas infructuosas hechas hasta aqui por la filosofia.—Iban encaminadas nada menos que á acarrear la ruina del catolicismo.—Admita la filosofia el hecho divino y sus rigorosas consecuencias, y está efectuada la alianza.

YA hemos llegado al punto eminente de la cuestion que nos habiamos propuesto resolver. El catolicismo satisface plenamente las necesidades de nuestra época; de donde se sigue una consecuencia importante. Los principios y las leyes especiales de la sociedad son los principios y las leyes mismas que han dirigido la constitucion de la Iglesia, y que dirigen aún su destino sobre la tierra bajo la accion de Dios y del hombre. Por eso hemos demostrado que el catolicismo en su gobierno, enseñanza y caracteres es *uno y tolerante; invariable, y sin embargo favorable al progreso.* Hemos consultado sus anales, y los hechos han venido á confirmar nuestra tesis. De manera que ya no deberia vacilarse en proclamarle como la señal y la condicion de toda perfeccion individual y social. Abre al entendimiento humano las fuentes de la verdadera filosofia, elevándole por la fé al conocimiento de la personalidad del Sér infinito, y bajando despues como el aguila en su rápido vuelo hacia el mundo de las cosas criadas, se muestra en perfecta armonia con la naturaleza y la experiencia. Se asocia gustosamente la razon, y acoje la buena fé. Sus miras en favor del talento son sublimes, é inefables sus doctrinas para los corazones sensibles. Condena el vicio é insinúa la virtud: inspira la caridad y no desecha ninguna forma social. Es la última palabra de la ciencia de Dios, del hombre y del universo: encierra todo lo que falta á nuestra razon para llegar á la nocion pura y cierta de las verdades fundamentales, y sostiene con mano firme y segura el mas hermoso edificio de ideas generales é incontestables principios que nos es dado contemplar en sus majestuosas proporciones durante esta vida.

Sin embargo, la filosofia del siglo XIX, caminando por la senda de la exajeracion, ha elevado la razon humana á par de la razon divina: ha proclamado la absorcion de lo finito por lo infinito, uno y otro identificados y convertidos en una sustancia única. Dios no es á sus ojos mas que una abstraccion, un modo de que se reviste la intelijencia que quiere levantarse al apoyo de la ciencia. Desde entonces la religion se ha transformado en puro simbolismo, en una belleza ideal, en un conjunto maravilloso de hechos psicológicos, en un incremento progresivo de la intelijencia: en una palabra, en cierta cosa poética y sentimental. En él no se descubren mas que alegorías é imágenes, que son todavía el patrimonio de los tontos y de los simples: solo la filosofia aparece digna de recibir el culto del ingenio. De ahí se ha llegado á distinguir dos clasificaciones en la especie humana, dos castas aparte, los ignorantes y los sabios. Para los primeros es el ceremonial religioso; pero para los segundos la ontología del culto, una creencia móvil como la verdad: me-

jor harémos en llamarla una opinion religiosa, cuya variedad puede mudarse de hoy á mañana ó experimentar modificaciones incesantes. En estas cuantas palabras creemos haber formado el diseño de la fisonomía filosófica de nuestra época: nos guardaremos muy bien de atribuir sus diversos sistemas á cada uno de los hombres cuyo talento apreciamos. Solo hemos querido bosquejar la afinidad que tienen entre sí estas ideologías filosóficas del siglo XIX. Así no aspiramos á reducirlas á un carácter genérico y expresar su fondo con una denominacion comun: otros han ensayado este trabajo con acierto; y nosotros hemos aplaudido gozosos el fruto que han obtenido (1). Se ha intentado probar que el panteísmo resume las diversas formas de que se ha revestido el genio filosófico de nuestra época. La mayor parte de nuestros filósofos están muy lejos de convenir en esto, pero todavia no han justificado sus doctrinas. Por nuestra parte no tenemos que entrar en esta discusion. Cada sistema podria ofrecernos matices delicados que nos costaria trabajo coordinar al rededor de la unidad: además, para llenar la tarea que nos hemos impuesto, basta juzgar de la diversa tendencia de aquellos.

Apenas nos separan del siglo XVIII unos cuantos años, y sin embargo la escuela filosófica ha recorrido desde entonces una distancia infinita. A las formas insuficientes y gastadas de su antecesor, el siglo XIX ha conocido la necesidad de sustituir otras mas completas. Encargado de llenar los vacíos de aquel, ha trabajado para elevar el método racional á su mas alta potencia; y en vez de mostrarse abiertamente hostil á todas las creencias, se ha dedicado á conciliarlas todas con una nueva filosofia. Debemos á lo menos tener en cuenta sus esfuerzos, ya que no podamos aplaudir los resultados que ha conseguido. Ha tratado de reunir los entendimientos divergentes; pero no ha podido vencer la anarquía en el mundo del pensamiento y de la opinion. La mano del hombre es demasiado débil para sentar dogmas y fundar creencias. Lejos de volver al seno de las doctrinas católicas ha continuado siendo su antagonista: abriéndose un nuevo camino, no ha admitido los preceptos de aquel sino como un grado para subir á las manifestaciones sublimes de la razon, no individual, sino general de la humanidad. Consultemos sus diversos sistemas antes de intentar juzgarlos en todas sus relaciones.

Estaba reservado á la Alemania marchar la primera por esta via que llama reparadora de lo pasado y fecunda para lo venidero. "La religion y la filosofia, decia el célebre Hegel, tienen el mismo objeto; pero la segunda es muy superior á la primera, porque llega por sí misma á concebir clara y evidentemente los principios de todas las cosas, que la religion no hace mas que indicar de una manera oscura y encubierta." La mayor parte de los hombres distinguidos y sabios de Berlin han adoptado estas ideas. Hé aquí por qué no manifestan odio ni aversion hácia los que estan ape-

(1) El Sr. Maret.

gados aun á doctrinas religiosas positivas: se com-
padecen de estos hombres, pero respetan sus buenas
intenciones. "¿Todavía necesitáis, les dicen,
una religion revelada, un culto exterior, unas cere-
monias? Bueno: comprendemos perfectamente vues-
tro estado porque tambien ha sido el nuestro; pero
acaso saldréis de él, si penetrais mas adentro en
los estudios filosóficos, si la luz de la ciencia ilumina
al fin vuestra razon." La religion revelada no
es á sus ojos mas que un estado transitorio, por el
cual pasa la humanidad para llegar a la cumbre de
la ciencia. Segun ellos la razon general debe ele-
var la humanidad á un grado mas perfecto de ade-
lantamiento intelectual.

Nuestra filosofia, olvidando el grado de preemi-
nencia que la Francia ha adquirido por su mision
civilizadora entre todos los pueblos, ha ido á to-
mar prestadas ciertas inspiraciones y luces mas allá
del Rhin; y unos nombres ilustres han venido á au-
mentar la lista de los filósofos modernos, que sim-
ples partidarios de Kant al principio, han concluido
por sobrepujar su sistema. El señor Cousin ha
alabado el racionalismo de este filósofo profundo á
la par que erudito, como el monumento mas sólido
y atrevido que ha levantado el genio filosófico á la
virtud desinteresada. Ha dicho de Leibnitz que
sus opiniones no son solamente un sistema, sino un
método, cuyo carácter eminente consiste en no de-
sechar nada y comprenderlo todo para emplearlo
todo. No hay pues que admirarse del eclecticismo
que aquel ha introducido el primero entre no-
sotros. "Supuesto que se buscan, ha dicho, ante-
cedentes en estas débiles lecciones; lo confieso con
gusto, se refieren á Leibnitz." Nadie podrá ne-
garnos que el vasto saber de aquel grande hombre
le inclinaba al eclecticismo, mientras que al pare-
cer se apegaba al espiritualismo por su monadolo-
gia. El señor Cousin ha encontrado en la razon
humana y la razon divina la idea de lo infinito, la
idea de lo finito y de sus relaciones, los mismos
elementos, los mismos procedimientos, por conse-
cuencia una perfecta identidad; y segun él la reve-
lacion no es mas que el efecto producido por la fa-
cultad de inspiracion elevada á su mas alta poten-
cia. Bastante dá á entender que la razon es todo
y la fé nada, ó á lo menos que ésta debe estar do-
minada por la razon. Así ha dicho el señor Bar-
chou de Penahen en el paralelo entre el señor Cou-
sin y Hegel (1): "que el fundador del eclecticismo
veia en la historia el progreso continuo de la hu-
manidad como Hegel, y que sus puntos de vista
sobre la religion y la filosofia son analogos."

El señor Jouffroy presenta el cristianismo como
una institucion degradada; pero segun él desperta-
da la razon debe elevar un nuevo dogma sobre las
ruinas del antiguo. Habla de la necesidad de un
simbolismo y de sus metamorfosis sucesivas. En
esta doctrina nueva parece que fija largas esperan-
zas y vastos pensamientos. El señor Damiron se
queja amargamente de la obscuridad de los miste-
rios, y no ve en la revelacion mas que la esponta-

neidad de nuestra naturaleza. La base sobre que
se fundan las esplicaciones de la doctrina católica,
es la inspiracion general de la humanidad, y la ne-
cesidad que ésta tiene de expresarse en alegorias y
símbolos. El señor Michelet, autor de una filoso-
fia histórica, no admite mas que una pugna entre
la libertad y la fatalidad: Dios y el hombre lo ha-
cen todo. El señor Lherminier, sosteniendo la so-
beranía del entendimiento humano y su incremen-
to progresivo é indefinido, afirma que la razon de
las cosas está en el entendimiento humano, y que
la filosofia sigue preparando para las sociedades
otras creencias y otros símbolos cuando la religion
se para. El señor Guizot admite la soberanía de
la razon individual, y no ve en la civilizacion mas
que el producto del incremento de las facultades
humanas. Los secuaces de San Simon y de Four-
rier, aspirando á la gloria de constituir sociedades
fuera de la fé, se apoyan únicamente en las fuerzas
de la razon y de la pasion, y proclaman la rehabi-
litacion de la materia y de la carne. El señor Le-
roux remontándose á las regiones superiores de la
filosofia prescribe, es cierto, límites al individualis-
ta racionalismo; pero rompiendo con las tradiciones
católicas, invoca las de la era moderna y las creen-
cias é ideas actuales de la humanidad, es decir, la
razon de los pueblos, ó en otros términos una reli-
gion nacional. Hasta aquel ingenio que en otros
tiempos sacaba sus inspiraciones de la fuente de la
verdad católica, ha intentado combatirla. El señor
Lamennais, admitiendo la movilidad de toda verdad
en el sentido de que puede volverse un error, ha
destruido toda la inmutabilidad de aquella, y suje-
tado la fé á los progresos de la razon. El doctor
Strauss (1), cuyo racionalismo se ha elevado á la
mas alta expresion, aconsejaba con franqueza á los
ministros del culto que participasen de sus opinio-
nes, que cerraran la puerta del templo, á no ser que
quisiesen entronizar en él la filosofia. Finalmente,
para el señor C. de Remusat la razon y solo la ra-
zon es todo: fuera de ella no admite nada, y la re-
ligion es una especie de falta de sentido. ¿Quién
puede, dice, ocupar el lugar de la verdad religiosa,
reemplazar á la tradicion y aventajar á las cos-
tumbres? ¿quién puede consagrar los intereses es-
tablecidos? La razon sola... elevad la razon, y se-
rá la filosofia (2).

En medio de estos diversos sistemas se ve apa-
recer un punto hácia el cual van todos converjen-
tes, la soberanía de la razon, ya individual, ya ge-
neral. Perdonémosles que omitamos nuestro in-
significante dictámen sobre este punto. Despues
de haber examinado detenidamente el carácter de
la filosofia de nuestra época, no ha podido ocultár-
senos que adoptando en un todo la potencia que
daba á esta facultad discursiva de conocer el eclec-
ticismo fenomenal de Kant, ha pretendido la filoso-
fia que la razon humana á *posteriori* principio de
todos los conocimientos contingentes es á *priori* (3)

(1) Prólogo p. X.

(2) *Ensayos de filosofia.*

(3) Kant entiende por conocimiento *a priori* unos conoci-
mientos primeros ajenos de los sentidos, que no provienen ni de
la experiencia, ni de ninguna impresion sensible. Los conoci-

(1) *Historia de la filosofia alemana*, t. II.

(2) *Filosofia del derecho*, t. I, II

el principio de todos los conocimientos necesarios, es decir, inherentes á la naturaleza de la misma inteligencia. Así el pensamiento que nos parece resume todas las opiniones de nuestros filósofos, tiene conexión íntima con el de Hegel. Este sostiene que la razón humana ha llegado á un grado de complemento y madurez, que la pone en estado de aspirar con sus propias fuerzas al conocimiento de todas las verdades que el hombre había aceptado en otro tiempo como provenientes de un origen superior y comunicadas por la revelación. Hasta llega á decir que la razón humana penetra mucho más en la inteligencia íntima de estas verdades, que aquellos hombres que iluminados de una luz sobrenatural intentaron explicarlas.

Tal es la expresión viva y animada de la filosofía moderna: la soberanía general de la razón universal de la humanidad, que viene á disputar al catolicismo el imperio moral y civilizador de que está en posesión hace más de diez y ocho siglos. La lista está abierta: los contendientes están á la vista, y el universo mira. Este antagonista ha descendido del mundo del pensamiento hasta las regiones más inferiores del mundo social, y se ha propagado de uno en otro á todos los estados de Europa. Descúbrese en el terreno de la inteligencia y de la moral, y como que se ha infiltrado en todas nuestras instituciones; y ensanchando todos los pueblos la arena, parece que han bajado á tomar parte en los honores del combate. Hé aquí sin duda el enigma que presenta para explicar la actual situación de la sociedad, la lucha empeñada en toda la vasta extensión de la Europa, en el mundo literario y científico, entre la potestad temporal y la espiritual, la universidad y el episcopado, entre los cultos disidentes, en el seno de los cuerpos legislativos, lo mismo que en los concejos y en la discusión de los principios que deben dirigir la economía social de los pueblos. La inteligencia, el sentimiento y la acción son alternativamente combatidos y valerosamente defendidos; y esta lucha debe ser decisiva para el destino del mundo. Considérense los acontecimientos de que sucesivamente son ó han sido teatro Francia, Prusia, Rusia, Inglaterra, Alemania, Suiza, Italia, Portugal y España; y no creemos que haya quien contradiga este juicio.

Sin embargo, como la efervescencia de la edad media entorpeció la marcha del mundo hacia la madurez: el antagonismo del siglo XIX paraliza la de la sociedad europea hacia su estado normal elevado á la más alta potencia. Al lado de los importantísimos resultados comprobados por los progresos de las ciencias, parece que el frío egoísmo ha secado los corazones. Nadie puede prescindir de un secreto presentimiento de una ruina completa ó de una resurrección próxima de propensiones y de principios. Cada día se manifiesta más una alteración profunda en nuestro estado social; y se conviene más que nunca en que las luces son insuficientes para nuestro siglo, y que le es indispensable el elemento moral. ¿Qué cosa, pues, podría retardar

aún la unión de la razón y de la fé, de la filosofía y de la doctrina católica? La Iglesia no excluye la ciencia, antes la honra y la estimula. Únicamente aspira á poner la inteligencia en posesión de las luces de la fé adornadas de los rayos de la ciencia, y á penetrar los corazones, la moral pública y nuestras instituciones sociales de los sentimientos generosos que una caridad compasiva y universal inspira.

No podemos comprender la repugnancia que la filosofía experimenta en aceptar este programa. Párecenos que ha comprendido mal su gloriosa etimología y la misión sublime que le queda que llenar. Algunas rivalidades miserables, algunas delicadezas insignificantes en las personas ó por las cosas, no pueden disculpar á nuestros ojos cualquiera tardanza que se ponga á esta conciliación franca y leal entre los discípulos de la verdad revelada y los admiradores esclusivos de las conquistas de la inteligencia, la doctrina católica y la doctrina humana. ¿No tocaría una parte bastante grande y honorífica á la filosofía si se esforzase en alcanzar la verdad y hacerla constar en leyes que dirijan el orden físico y social en las ciencias exactas y naturales, en su aplicación á toda institución humana, y en concurrir á todos los establecimientos que pueden asegurar la prosperidad de los estados? En cualquier hipótesis el entendimiento del hombre se verá tarde ó temprano precisado, ó por temor ó por amor, á ceder al poderoso atractivo de las luces divinas. El hombre se agita, y Dios le lleva, decía el gran Bossuet, y la Iglesia, esposa virginal del esposo celestial, no es llamada jamás al combate sin que alcance la victoria.

Pero ¿por qué la convicción íntima de su propia inferioridad no ha de ahorrar á la filosofía la humillación de la derrota? En la realidad, ¿con qué preciosas ventajas puede dotar á la humanidad la filosofía entregada únicamente á sus propias inspiraciones? Ella proclama la soberanía general de la razón universal: este es un alimento para las pasiones de la multitud, su loco orgullo y su excesivo deseo de independencia; pero no por eso dejan de quedar los hombres sin creencias, sin reglas de moral y privados de todo vínculo social. Procuremos profundizar la cuestión con toda la gravedad que exige, en sus pruebas y en sus principios, y sobre todo, en las tres relaciones de las necesidades que se descubren en la sociedad moderna con todo el convencimiento de su energía.

“Tres siglos de revoluciones religiosas y políticas habían constituido el individualismo, dice el excelente autor del Ensayo sobre el panteísmo. La razón individual parecía destinada para siempre al gobierno de las inteligencias. Su triunfo se proclamaba en todas partes, y su triunfo debía ser eterno. Y sin embargo, en manos de unos filósofos se rompió el instrumento que se decía propio para las cosas más grandes, con el cual debía concluirse la emancipación del entendimiento humano, y fundarse la felicidad sobre la tierra de una manera completa y durable. Arrojanse algunas palabras de desprecio al rostro de la razón individual, y estas

mentes empíricas que tienen su origen en la experiencia, son á posteriori.

palabras no salen de bocas católicas. Dicese en su cara, que ella sola no puede llevar las riendas de la inteligencia, y que es inepta para conducir el curso del destino humano. Se invoca la razón de los siglos, y se proclama la necesidad de la tradición. Esta impugnación contra el método individual salió de las filas de la escuela progresiva. El señor Leroux, después del señor Guizot, y tomando inspiraciones de los sistemas de los señores Gousin, Jouffroy y Damiron, ha proclamado la necesidad de la tradición. Aunque la manera como la entiende dista del sentido católico, y la siente sobre un fundamento ruinoso, no por eso es menos notable esta confesión." Resume la filosofía entera del siglo XIX en la soberanía general de la razón universal de la humanidad.

¿Cuáles son sus pruebas? Poco completas á nuestro juicio. En efecto, si tomamos la razón universal de la humanidad en su rigurosa acepción fuera de la fé, no será mas que una quimera, porque en el conflicto de las opiniones tan diversas como los grados de adelantamiento de la razón individual, ¿qué medio quedaria para comprobar el consentimiento absoluto, único que podia constituirlo? Y si no se entiende mas que en un sentido relativo, ¿quién podria determinar el grado de generalidad suficiente, á fin de que se la pueda reconocer? Además, la filosofía admite las doctrinas progresivas y la verdad móvil. Pero en esta hipótesis, mientras que se creyera descubrir bajo todas sus formas lo que en realidad no se habria conocido mas que bajo una de ellas, y lo que hoy es *verdad* puede mañana volverse *error*; donde no hubiera nada fijo, ni inmutable, en medio de contradicciones instantaneas; ¿cómo podria manifestarse la razón universal? ¿De dónde le vendria la corteza? De la infalibilidad sin duda del género humano, de ciertas nociones, de ciertos principios que son la misma verdad, y de que esta en posesión el entendimiento humano; pero según la filosofía del siglo XIX hasta la era de la perfectibilidad moderna, el entendimiento humano ha sido constantemente el juguete del error. La historia no es mas que una serie de errores necesarios: toda la Europa en la edad media fué víctima de una fatal ilusión, y antes del cristianismo no se vieron en el mundo entero sino las supersticiones mas locas, los cultos mas absurdos, que subsistían aún entre las naciones orientales.

Sin embargo, a presencia de esta multitud de errores llamados inevitables, proclama la filosofía moderna la infalibilidad de la razón humana. Está convencida profundamente de que la razón que se ha extraviado hasta nuestra época, manifestará de aquí en adelante la verdad, y que el consentimiento que ha sancionado el error hasta nosotros, será el fiador infalible de la verdad. ¿Cómo no se conoce que habiendo sancionado este consentimiento el error hasta nuestros días, según la filosofía, en el hecho mismo se ha debilitado y queda incapaz de apoyar los principios que presenta como la verdad? Y sin embargo, parece que esta razón tan quimérica, tan móvil y tan errónea, es la que se quiere sustituir al catolicismo, y extender su cetro,

no solamente al dominio del reino sensible y criado, sino hasta las mas elevadas regiones del mundo invisible é inmortal. Así, habiendo tomado alas, se elevó con un vuelo rápido hasta lo mas encumbrado de los cielos para igualar al Altísimo.

Esta teoría de la filosofía incompleta en sus pruebas, es falsa en sus principios: ha identificado la razón divina con la razón humana, es decir, traído Dios al hombre (1). "Lo que forma el fondo de nuestra razón, dice uno de sus escritores, forma el fondo de la razón eterna, es decir, una triplicidad que se resuelve en unidad, y una unidad que se convierte en triplicidad, la idea del infinito, la idea del finito y la relación de los dos términos. La vida en Dios no es otra cosa que el movimiento que va de la unidad á la multiplicidad, y que vuelve la multiplicidad á la unidad. Así en la inteligencia divina no hay mas que la idea de lo infinito, de lo finito y de su relación." Y en otra parte dice: "El yo no es la sustancia sin duda; pero no es ni puede ser mas que una forma sublime de ella (2). No dándose Dios sino en cuanto causa absoluta, por este título no puede menos de producir; de modo que no hay Dios sin mundo, como no hay mundo sin Dios. Es un Dios, continúa, sustancia y causa á un tiempo, uno y muchos, eternidad y tiempo, espacio y número, esencia y vida, individualidad y totalidad, principio, fin y medio, en la cumbre del ser y en su grado mas humilde, infinito y finito juntamente, triplo infinito, es decir, á un tiempo Dios, naturaleza y humanidad (3)." Este sistema estriba evidentemente en el principio de una sustancia única, de que Dios y el hombre no son sino los accidentes, las modificaciones, las formas: no tienen mas que una sustancia incalificable, de la cual nada se puede afirmar ni negar: no son mas que una abstracción sin vida y sin valor.

La teoría del progreso continuo é ilimitado del entendimiento humano propende también á la deificación de la razón humana a quien ha tocado en herencia la infinitud. Es verdad que el Sr. Leroux ha parecido que admita la personalidad de Dios distinta del mundo; pero las explicaciones que da de la creación, le han precipitado en la confusión de lo finito é infinito (4). "La creación, dice, no es otra cosa que el producto instantáneo del poder, de la sabiduría y del amor de Dios: es la consecuencia inmediata de la existencia del Criador, y no hay suspensión entre la conclusión de la generación divina y el principio de las emanaciones del ser Criador. La existencia de Dios no era buena antes de la emanación del universo. Este no tiene otro principio que el principio del mismo Dios." De donde se sigue evidentemente, que no pudiendo manifestarse Dios, era indispensable el mundo á la existencia divina. Hé aquí, pues, al Sr. Leroux precisado á confundir lo finito y lo infinito, y a emitir el cambio de Dios en hombre.

Estas proposiciones: lo finito no es mas que lo in-

(1) Curso de 1828, lección 8.

(2) Argumento del Fedon.

(3) Prefación de la primera edición de los *Frag. Alodif*.

(4) Nueva enciclopedia, art. ciclo.

finito bajo otro aspecto, infinito se hace finito, lo finito y lo infinito son idénticos, ¿no presentan una contradicción manifiesta? ¿Qué es lo infinito? Lo que no es capaz de aumento ni de disminución, un ser de una perfección soberana, sin restricciones, sin límites, que no puede tener principio ni fin, al cual no se puede aumentar ni quitar nada. Lo infinito es perfectamente uno, simple, indivisible. Esta idea es en el hombre tan distinta, que la separa fácilmente de todo lo que no pudiera convenirle. Todos los hombres llevan en el fondo de su conciencia esta grandeza que nada es capaz de borrar ni de destruir: todos los razonamientos posibles vendrán siempre á estrellarse en esta creencia invencible. La humanidad cree en un ser, no ficticio, sino real, soberanamente inteligente, sabio, justo, bueno, en una causa personal; y esta creencia es la base de su vida moral y de sus esperanzas. ¿Qué es lo finito? Lo que puede estar aumentando ó disminuyendo siempre, todo lo que es múltiplo, limitado, mensurable, todo número colectivo ó sucesivo, todo compuesto que tiene partes distintas é independientes en su existencia, y cuya no existencia puede concebirse claramente. Por mas esfuerzos que se hagan para asombrar á nuestra inteligencia con la inmensidad de los espacios y la multitud de los seres, siempre se podrá aumentar un espacio á aquellos espacios, un número á aquellos números, otros seres á aquellos seres. Así, pues, lo que no es capaz de aumentarse ó disminuirse, ¿sería idéntico á lo que podrá aumentarse ó disminuirse siempre? Lo que no tiene límites, ¿sería idéntico á lo que siempre es limitado? ¿No es esto afirmar y negar el mismo objeto? ¿No es contradecirse? ¿Cómo se ha de admitir que lo que es uno y sin límites, sea idénticamente la misma cosa que lo que es limitado y múltiplo? ¿Cómo admitir que lo que no es capaz de aumento ó disminución, sea idéntico á lo que siempre puede aumentarse ó disminuirse? ¿Hubo jamas una hipótesis mas contraria á la recta razón, á las nociones que la naturaleza de los dos términos finito é infinito abraza necesariamente?

Para eludir estas consecuencias ha supuesto la filosofía que solo lo infinito existe, y que lo finito no es mas que una apariencia, una ilusión, que no tiene realidad verdadera. Permítasenos advertir que las ideas de lo finito son inseparables de las de lo infinito en nuestro entendimiento; y que si las primeras no tienen ninguna realidad, no pueden tenerla mas las segundas. Las unas y las otras se nos aparecen en el yo: si el yo no es real, ¿por qué lo han de ser las ideas que manifiesta? ¿Por qué han de tener mas realidad que el yo mismo? Cualquiera hombre puede decir con justa razón: Yo existo y siento que no soy el infinito, luego soy distinto de él. En vano se niega la realidad del mundo, la personalidad humana: en vano se defiende que estas cosas no son mas que apariencias: la humanidad cree en la realidad del mundo como en la del yo. Suponer lo contrario, es oponerse á la recta razón. Sabemos que se ha dicho: "Los límites no tienen existencia absoluta: en el fondo no son

nada." A esto respondemos que los límites en cuanto límites pueden no ser mas que abstracciones; pero sin embargo, los seres limitados son algo real, y es indestructible esta opinión de la realidad del yo y del mundo. La realidad de lo finito, lejos de ser contradictoria con la noción de lo infinito, está en completa armonía con ella, porque es mas perfecto producir alguna cosa distinta de sí, que no poder hacerlo. La existencia real y distinta de lo finito, está ligada con la verdadera noción de lo infinito, porque identificando lo finito con lo infinito, se le aniquila. En efecto, no se encuentran en la totalidad de los seres finitos la inmutabilidad, la unidad y la perfección soberana que caracterizan á lo infinito, mientras que éste se nos presenta tal como tenemos idea de él, pintándosele como que contiene en un grado eminente todas las perfecciones que comunica en un grado limitado. Entonces llena plenamente la idea que tenemos de la perfección infinita, de un ser simple é inmutable, que no tiene ningunas modificaciones; pero que encierra todas las perfecciones de todas las modificaciones mas variadas en su inalterable simplicidad. Los seres de que se compone el universo, no son simples modificaciones de la sustancia divina. Aunque tengan la raíz de la existencia en Dios, no dejan de ser distintos de él con toda la distancia que separa lo finito de lo infinito. El estudio del universo nos revela sin duda la grande unidad de que derivan todas las existencias, y adonde todas van á reunirse; y es cierto que no podemos concebir la multiplicidad sin la unidad. Tiene uno que referir por fuerza el primer término al segundo, las unidades relativas á una unidad superior, de las que son reflejo todas las otras. Pero no pudiendo reducirse unas en otras estas ideas, deben necesariamente ser distintos los objetos que les corresponden. "Y cualquiera que quisiese concluir de la necesidad de estas relaciones que existe sola la unidad suprema, dice el Sr. Ancillon (1), trataria de sacar de la idea de la unidad lo que no contiene: abusaria de esta idea." De que puede concebirse lo relativo sin lo absoluto, no se sigue que lo relativo no sea nada; y porque una sustancia productora y una sustancia producida tengan los mismos atributos, no se sigue que no sean numéricamente distintas. Si la causa debe contener lo que hay en el efecto, puede contener de una manera infinita lo que le comunica bajo un modo finito.

Entonces, aunque las sustancias producidas están contenidas eminentemente en su causa, tienen sin embargo atributos esencialmente diferentes. Luego la identidad de la razón divina con la razón humana es inadmisibile; luego la soberanía general de la razón universal de la humanidad, que parece se quiere sustituir al catolicismo, es un principio falso en el sentido de la filosofía del siglo XIX.

Impórtanos sobre todo calcular sus consecuencias.

Lejos de corresponder esta teoría á las urgentes necesidades de fé que tiene la sociedad moderna,

conduce rigurosamente al ateísmo. En vez de estimular al progreso, hace retroceder la inteligencia hundiéndola en el escepticismo. En vano nos halagaría con la esperanza de hacernos vivir en el seno de la tolerancia, de la unión y de la paz: no puede menos de producir el egoísmo y la discordia.

Con todo, queremos repetir que no hay nada personal en esta discusión. Tenemos que juzgar de principios y de una teoría: nuestro deber es decir lo que pensamos; pero no imputamos sus consecuencias a los autores que las han emitido. Nos complacemos en reconocer, tal vez mejor que nadie, que la conciencia humana es un santuario impenetrable, cuyo único juez es Dios.

Ya se ha visto que la gran teoría de la soberanía de la razón humana, que nos parece resume la filosofía del siglo XIX, se funda en la necesidad de la creación, en la identidad de la razón divina y de la razón humana, entre lo infinito y lo finito, y en la movilidad de la verdad proclamada con relación al hombre esencialmente variable. Todos estos principios que le sirven de base, están además contenidos claramente en algunas líneas de los monumentos filosóficos de nuestra época. Permítasenos citarlas. "Lo infinito es la causa absoluta (1), que necesariamente crea y necesariamente se acrecienta: no se concibe unidad sin multiplicidad. La unidad, tomada aisladamente, la unidad indivisible, la unidad que queda en las profundidades de su existencia absoluta, que no se convierte jamás en multiplicidad, en variedad, en pluralidad, es por sí misma como si no fuese." Y en otra parte (2) dice: "El movimiento interior de las fuerzas del mundo en su progreso necesario, produce de grado en grado y de reino en reino ese ser maravilloso, cuyo atributo fundamental es la conciencia; y en esta conciencia hemos encontrado los mismos elementos que bajo condiciones diferentes habíamos encontrado ya en la naturaleza y en Dios mismo. La condición de la inteligencia es la diferencia, y no puede haber acto de conocimiento sino donde hay varios términos." En dictamen de otro autor (3), la Trinidad, el Verbo no son otra cosa que lo infinito; lo finito, incremento necesario de lo infinito y la relación de los dos términos. Finalmente, la creación no es, según el pensamiento del señor Leroux (4), más que la consecuencia inmediata de la existencia del Criador. Réstanos probar el peligro de las consecuencias que se deducen rigurosamente de estos principios, y van derechas al ateísmo.

No nos negamos a admitir que sea más perfecto poder producir alguna cosa distinta de sí que no poderlo hacer, y que lo infinito es fecundo, es decir, poderoso para hacer existir lo que no existía. Pero sostener que Dios no podía manifestarse, y que la creación es necesaria, es desconocer evidentemente en Dios todo acto de libertad, y negar toda suposición de que hubiera podido continuar en su

esfera de escentricidad si hubiera querido. Es no reconocer en él más que una necesidad vaga, una fuerza oculta, sin razón, sin sabiduría y sin objeto, negarle la perfección cuya idea está obligada toda teoría filosófica a explicar, así como a demostrarnos el objeto que a ella corresponde. En resumen, es el ateísmo. Sostener que Dios no podía manifestarse, y que la creación es necesaria, es afirmar que el mundo era indispensable a la existencia divina, que forma parte integrante de lo infinito: es negar a la sustancia divina una vida propia, destruir en Dios toda personalidad, y reconocerle únicamente como una abstracción incomprensible para el pensamiento: en otros términos, es la negación de Dios.

Vanos serían los esfuerzos para descubrirnos en la totalidad de los seres todos los atributos propios de la perfección divina, cuya idea tenemos. Dios concebido así no sería más que la colección de las partes; y una agregación de partes realmente distintas unas de otras, no podría ser esa unidad infinita de que tenemos idea. No hay esfuerzo que pueda sacar lo absoluto de lo contingente, ni la unidad de la pluralidad, sumada tantas veces como se quiera. Todo compuesto no puede ser el verdadero infinito: un solo ser que sin partes existiese infinitamente, es más perfecto; y tal es la grande idea que tenemos del infinito, que encierra todas las perfecciones en la simplicidad más absoluta. Así, pues, suponer a Dios un ser colectivo, es anonadarla.

La negación del infinito es también una consecuencia que se deduce rigurosamente de la identidad de la razón divina y de la razón humana, porque desde luego que se admite que los mismos elementos constituyen la una y la otra, se sigue que la razón divina que no tiene vida propia, crece progresivamente con la razón humana, y de consiguiente que la razón divina es incomprensible: que el infinito, que Dios no es. ¿Qué vista, por poco observadora que sea, no descubriría el ateísmo más claro en la teoría que llama a Dios simultáneamente *finito é infinito, eternidad y tiempo, naturaleza, humanidad* (1)? "La conclusión de esta confusión no supondría que Dios está sujeto a todos los desórdenes, a todos los padecimientos y agitaciones de la especie humana? A esta idea se conmueve el corazón, y nos avergonzamos de ser hombres, si no nos acordásemos que somos cristianos. Sí, sin duda el ateísmo consiste en negar a Dios, y se cae en él sustituyendo al ser infinito las fuerzas ciegas de la naturaleza.

Tenemos que sacar la última consecuencia del principio de la verdad móvil. "El entendimiento humano, se nos dice (2), no viaja de la verdad al error y del error a la verdad, sino de una verdad a otra, ó por mejor decir, de un aspecto a otro de la verdad. El principio de la movilidad de las cosas humanas está en la movilidad de las ideas de la inteligencia humana, que varían de un tiempo a otro y de un país a otro: varían como el conocimiento humano, y el conocimiento humano crece y decrece." Debemos, pues, concluir, que no hay nociones

(1) Cousin, Curso de 1828.

(2) *Ibid.* loc. 5 y 6.

(3) Damiron, *Ensayo acerca de la historia de la filosofía en el siglo XIX.*

(4) *Nueva enciclopedia.*

(1) El señor Cousin, pref. de los *fragm. filos.*

(2) El señor Jouffroy, art. de la *Riforma* y de los *filosóficos.*

invariables con respecto al hombre; luego no hay para la especie humana verdad fija, inmutable, á escepcion tal vez de algunas verdades matemáticas; luego en el mundo intelectual y sensible, en moral lo mismo que en metafísica, no hay puntos fijos y determinados para el hombre. Luego nos vemos rigurosamente obligados á deducir: que para la humanidad no hay Dios, porque podría muy bien sucesivamente considerarle como espíritu ó como materia, como materia y espíritu, como finito é infinito, como causa ó efecto; y ¿qué sabemos si como ser y no ser? En una palabra, esto es negar á Dios, á fuerza de querer considerar su noción bajo incessantes transformaciones. Así este principio de la verdad móvil con respecto al hombre conduce al fatalismo, del que viene á ser juguete el destino humano.

No queremos mas pruebas que la continuacion de la exposicion de este sistema. "Los siglos, se dice, no son mas culpables de sus opiniones que los hombres de las opiniones de su siglo. Un siglo no es responsable ni de lo que es, ni de lo que piensa. Un siglo sale de otro, una opinion de otra; y si se acusa á este otro siglo y á esta otra opinion, se hallará que están inocentes de lo que han sido, y por consiguiente de lo que han producido (1)." Pero la noción de fatalidad es tan opuesta á la de Dios, como la idea de tinieblas á la de luz. El principio de la verdad móvil conduce rigurosamente al ateísmo; con todo la imparcialidad que debe ser el carácter distintivo de todo escritor, nos impone el deber sagrado de declarar que el señor Jouffroy reconoce formalmente una noción eterna de justicia, que la libertad está destinada á realizar. Pero descubrimos tan poca ligazon entre esta noción y su gran principio de la verdad móvil, que no podemos explicar la contradiccion por lo menos aparente que nos ha chocado.

Creemos haber demostrado suficientemente que las bases sobre que se funda la teoría de la soberanía de la razon humana, conducen al ateísmo. La filosofía, orgullosa como otro Alejandro por algunas conquistas, quiere usurpar los títulos y derechos de la divinidad. El señor C. de Remusat pretende siempre para ella el lugar y la influencia suprema del culto y del altar. No ve la suerte futura de Francia mas que en el destino futuro de la filosofía, porque según él habiendomuerto tradicion, autoridad, religion, dogma, fé, todo; la filosofía sola es capaz de reanimar los restos de la civilizacion. Y en un siglo en que la sociedad experimenta una necesidad tan urgente de fé, ¿podrian los pueblos verse desheredados de la verdadera noción del sér que es principio de aquella! Y despues que el racionalismo ha dejado un vacío tan grande en las inteligencias, ¿podrian estar amenazadas todavia en el fundamento de toda creencia! Y despues de no haber recogido mas que abatimiento y desesperacion de las vanas teorías que las habian seducido, ¿podrian todavia las naciones ir á mamar el olvido de Dios á los pechos de una advenediza que usur-

pase el lugar de su verdadera madre! Pero ¿quién no sabe que con el pensamiento del hombre sucede lo que con los otros productos de su actividad? La razon del hombre pasa: la de Dios queda. La religion sola tiene y puede tener el problema de nuestro destino. ¡Oh Dios! á quién se afirma queriendo negarle; ¡ó Sér de los séres! á quien en vano intentan desconocer los que le deben la existencia; ¡ó foco de luz! á quien inútilmente se trata de cubrir de tinieblas; ¡ó belleza siempre antigua y siempre nueva! dad á nuestra débil razon el apoyo que implora de vos, y á todos los corazones el puro amor.

Los pueblos cansados de vanos ídolos quieren á toda costa la verdad bajo todas sus formas; pero ante todo la verdad religiosa. Estos gritos tan sinceros nos hacen esperar que no vemos los dolores de la muerte, sino los del parto, en los males sin cuento de que las naciones son víctimas. La sociedad moderna tenia una necesidad urgente de dos cosas: de la fé para comunicar con Dios, y de la ciencia para comunicar con los hombres. Tales son los medios providenciales puestos en sus manos para disipar todas las nubes que vemos aun vagar en torno de nosotros. Cuenta la sociedad en su seno discípulos fervorosos, y tambien hombres grandes en las letras, la ciencias y la historia. El universo los contempla, y la religion ha escrito sus nombres sobre la columna de los siglos. Pero todo pensamiento que contradiga un pensamiento de Dios, es un error, y toda ciencia que se ponga en oposicion con la fé, en vez de adelantar retrocede. Tal es el peligro de las consecuencias que trae la teoría de la soberanía de la razon universal de la humanidad.

El hombre debe propender sin duda á progresar. Él refiere á Dios los homenajes de las criaturas insensibles y faltas de razon. Si su cuerpo se forma de elementos terrenos, su alma está hecha á semejanza de Dios y es capaz de poseerle. Su destino es conocerle, glorificarle y encaminarse á él. Entre Dios y el hombre se ha establecido una sociedad santa. La razon divina ilumina á éste con las ideas que le comunica, como el astro del día ilumina el globo con los rayos que emanan de él. Fecunda sus pensamientos, y solicita la reaccion vital de una adhesion libre y del amor. Cuando se admite la accion de una Providencia y la restauracion del sér degradado y llamado por Cristo á la perfeccion, el progreso es inteligible. Pero si el hombre llega á tener por cadena de esclavitud la que le une á Dios, y la rompe; si no se quiere una Providencia que arreglándolo todo ordenada y sabiamente, y proporcionando los medios á los fines, llama el hombre á la vida racional moral y sobrenatural; si no se ve en él mas que una fuerza necesitada, indeterminada y ciega; ó bien si se le supone causa productora de la verdad por una elaboracion progresiva de sus facultades; entonces nos parece arbitrario el principio del incremento sucesivo intelectual y civilizador, y condenado á no producir mas que resultados puramente negativos, es decir, á hacer retroceder lejos de hacer adelantar.

(1) *El Globo*, p. 34.

Decimos arbitrio, porque no puede demostrársenos por qué el hombre no está obligado á manifestar sus potencias sino una despues de otra, y por qué la perfeccion esta para él al cabo de la carrera y no en el punto de partida. Decimos arbitrio, porque no podria explicársenos la chocante desigualdad en el destino de las diversas edades de la humanidad, y probársenos que el hombre ha inventado el pensamiento y la palabra, promulgado las leyes de su razon, y creado las diferentes condiciones de la vida. Añadimos, condenado á hacer retroceder lejos de hacer adelantar; lo que á nuestro juicio no es el progreso, que consiste y debe consistir siempre en el incremento de la verdad y de su aplicacion bajo todos sus aspectos; porque en la hipótesis dada, el hombre sin Dios, sin infinito y sin tipo eterno del bien y de la belleza, no podria encontrar los elementos del progreso mas que en su propia naturaleza. Y ¿quién no sabe cuán encerrada está en estrechos límites? ¿Quién no sabe que es víctima de mil pasiones que la tiranizan, de necesidades que la sitian y de miserias que la asaltan? Si se nos objetasen los progresos conseguidos en la ciencia del cálculo, responderiamos primeramente que no es ese el progreso de que queremos hablar, pues le entendemos solamente de un incremento de la humanidad en todos sentidos, es decir, bajo el respecto intelectual, moral y social. Despues harémos observar que estos progresos resultan de la esencia misma de las ciencias exactas, en las que siendo toda proposicion la verdad absoluta, hemos adquirido irrevocablemente cada conquista; pero que no derivan de la ley de nuestra propia perfectibilidad, porque nosotros no podemos hacer lo que es ya. Y hé aquí como irresistiblemente nos vemos conducidos á levantarnos hácia el soberano, tipo de toda perfeccion, que es el fundamento sobre el cual debe trabajar la humanidad si quiere adelantar. Como la negacion de este soberano sér trae en pos de sí la de toda verdad, viene á ser una rémora para la humanidad, que se ve forzada á permanecer en la inaccion, y de allí á poco á andar hácia atrás. El solo progreso realizable para la humanidad, es aquel que tenga por tipo el divino modelo, cuya perfeccion es infinita, por medio de la union mas estrecha con el soberano bien, que únicamente puede encontrarse en el Sér Supremo, y por objeto el destino ulterior que la fé nos deja entrever.

Tal es la senda que ofrece el catolicismo á nuestra actividad. El entendimiento humano se ha abierto un camino nuevo sin saber muy bien á donde irá á parar. Despues de haber apurado los sistemas particulares, demasiado incompletos para dar razon de las cosas, le ha dominado la necesidad de una explicacion mas comprensiva. En vez de continuar invocando la razon individual, ha aspirado á la perfectibilidad indefinida, y para eso ha proclamado en el siglo XIX la soberanía de la razon universal de la humanidad. Esta teoría filosófica puramente negativa, no podia menos de precipitarle en el escepticismo. Una consecuencia tan funesta, porque se opone á la naturaleza del hombre, y sub-

versiva de todas sus relaciones, no puede menos de acusar el principio de erróneo.

Deduzcamos las consecuencias. Sentar principios que se destruyen recíprocamente, admitir esplicaciones de las cosas, diversas y contradictorias entre sí, y callar acerca de cuestiones importantes, es sin disputa confesar su impotencia y dar lugar á la duda, es precipitar la inteligencia humana en las profundidades del escepticismo mas cruel. Mas nosotros creemos haber demostrado con los testimonios inequívocos de la filosofía contemporánea, que la soberanía de la razon universal de la humanidad encierra la confusion de lo absoluto y de lo relativo, de lo necesario y de lo contingente, de lo eterno y de lo temporal, de la unidad y del múltiplo, del finito y del infinito, del móvil y del invariable. Estos términos son los mas contradictorios entre sí, porque son la expresion de las cosas mas opuestas; luego la teoría es errónea y no produce otra cosa que escepticismo. Nadie puede evadirse de él sino por medio del conocimiento de la verdad, que es el objeto propio de la razon del hombre y el fin hácia que debe propender todo progreso intelectual. Mas este sistema filosófico, que parecia querer explicarlo todo y ser favorable al progreso, no es en el fondo sino una negacion perpétua y estéril de todas las cosas.

"Las cuestiones de origen y de fin son insolubles, confiesa el señor Leroux: nos hallamos entre dos misterios." No puede explicarnos la naturaleza del mal y el origen de las religiones positivas, ni resolver los problemas que la idea de Dios, del hombre y del mundo nos presenta; y hasta se ve precisado á negar las nociones recibidas de verdad y de progreso. Niega la personalidad humana: el yo no es la sustancia, y no puede ser sino su forma sublime; de donde resulta que nuestro sér pensador no es mas que un accidente: que el finito es una apariencia, una ilusion, y que no tiene verdadera realidad. El mundo, en cuanto múltiplo no existe; lejos de ser una realidad no es mas que un fantasma. Parecerá que no niega el infinito, y aun confesará que no tiene límites, que todo lo comprende, y que fuera de él no se concibe nada; pero al paso que lo afirma, desfigura de tal modo la nocion que tenemos de él, que no se puede confesar su existencia real. Le niega la personalidad, la inteligencia, la voluntad, la libertad y la vida propia: no presenta en donde quiera sino seres finitos sin realidad, y uno absoluto, de quien no se pueda afirmar ni negar nada. Pero ¿qué es absoluto? La confusion del objeto y del sujeto, del efecto y de la causa, del espíritu y de la materia: bajo el punto de vista de la identidad de la razon divina y de la razon humana, del finito y del infinito y de la verdad móvil, se desvanecen todas las distinciones. No subsiste ya idea de verdad, de religion, de deber, de bien y de mal: todas estas nociones van á sumergirse en el abismo del escepticismo. En efecto, si la verdad cesa de presentarse al hombre bajo un carácter absoluto é inmutable como el sér, necesariamente se vestirá siempre de formas opuestas y contradictorias, á lo menos por relacion á él;

luego el hombre no tendrá jamás la noción real de la verdad.

No hay religion posible, porque ésta no es ni puede ser mas que la relacion del hombre á Dios; mas para que haya relacion, es preciso admitir dos términos realmente distintos, Dios y el hombre. Identificando la razon divina con la razon humana y por la absorcion del finito con el infinito se destruye un término; luego no pueden existir relaciones. Entonces no hay ya religion, como tampoco ley ni deber. Con la noción de personalidad negada á Dios se desvanece la idea de ley, y admitiendo la verdad móvil, desaparece todo pensamiento de deber, que no seria ya mas que una disposicion arbitraria del hombre. No hay distincion entre el bien y el mal, porque si todo es idéntico, no se distingue el vicio de la virtud. Baje el reinado de la necesidad, la libertad es una quimera con que el hombre no seria responsable de sus actos, y así lo vemos confirmado con el testimonio ya citado del Sr. Jouffroy. Pero despues de haber negado todas las distinciones, ¿á qué conservar la de la identidad universal mientras que no podria concebirse y afirmarse sino por la distincion de la diversidad, que no existiria ya en la hipótesis? Así todo huye, toda idea desaparece, todo va á anudarse en el espantoso escepticismo: verdad, moral, ley, religion, deber. . .

Si tales principios no trajesen el caos para dar muy pronto lugar á la nada, ¿no creeria uno que los veia fundar sobre la tierra el reinado de la fuerza y del egoismo, levantar horrible confusion de gemidos, de lágrimas y de suspiros, y presentar el triste espectáculo de los asesinatos y de la sangre? No dependiendo el hombre mas que de sí mismo, no quedando ya consuelo á la queja ni remordimientos al corazon, ¿á qué excesos no le arrastrarian sus impetuosas inclinaciones? Se verian el desenfreno y la lucha de todas las pasiones humanas, el mas débil oprimido por el fuerte, rotos todos los vínculos, la confusion en las familias, la anarquía en la sociedad y en el género humano como en un combate de gladiadores de donde saliesen mil clamores fúnebres, luchando con la muerte en un valle de desolacion y de horror. . . . A esta vista no sabemos qué terror secreto se apodera de nuestra alma: estremécese y queda helada como si la hubiera tocado la mano yerta de la muerte. ¡O Dios! que el hombre os conozca y os ame, y detestará unas doctrinas propias para arrebatarle toda esperanza. No tememos en verdad que pueda acusarnos de exajeracion. Las consecuencias que acabamos de deducir, nos parecen esencialmente unidas á los principios, y a veces son la expresion de las obras modernas que ya hemos citado. Tales han sido los funestos resultados de los sistemas filosóficos que se han querido edificar fuera del cimiento ó en oposicion con la fé.

Consultense el periodo griego, la edad media y la época racional; y no se echaran de ver mas que contradicciones manifestas y ruinas llevadas por las inundaciones del error y de los vicios. La India fué la cuna del panteismo antiguo, que se refleja todo entero bajo diversas formas en la mayor

parte de las obras de la filosofia moderna; y ya se sabe á qué estado de aberracion y flaqueza reduce el entendimiento humano. La escuela jónica nos ofrece un cosmologismo sensualista y materialista que sobrepuja á toda expresion.

Para demostrar los átomos, invocaba Demócrito la imposibilidad de una division a lo infinito; y de la imposibilidad de señalar un principio al tiempo, al espacio y a los movimientos, deducia su eternidad. Segun él, los átomos redondos de que se compone el alma, y que mueven el cuerpo, son unos átomos de fuego. Las diferentes agregaciones de átomos que constituyen el mundo, proyectan sin cesar á su rededor unas partículas sutiles que las representan. Estas fantasma corporales, especies espesas de los objetos como se llamaron mas adelante, vienen á herir nuestros sentidos y á imprimirse en ellos, convirtiéndose tambien en especies impresas: de ahí primero la sensacion y luego el pensamiento. El fin de la existencia se reducía para Demócrito á este precepto: Gozad de la vida: el medio conducente es la igualdad de genio.

La escuela italica nos dá un cosmologismo idealista. Tendriamos que hablar de Pitágoras; pero llegamos á toda prisa á la escuela mista, á la que pertenece Diógenes de Apolonia en Creta, que consideraba el aire como el elemento fundamental de la naturaleza, y le daba los atributos divinos. A esta escuela ecléctica sucedió la escuela sofística, que profesó un escepticismo declarado "¿Los dioses ¿son ó no son? Eso es lo que yo no puedo decir," escribia entonces Diagoras de Melos. La cosmología de lo pasado llegó a ser muy pronto una antropología para la ciencia. El movimiento de la filosofia socrática sustituyó la Providencia al destino en las creencias humanas, y el móvil positivo del amor al móvil negativo del temor.

Sin detenernos en la doctrina académica que nos proporcionaria la ocasion de esplanar el bello idealismo de la filosofia de Platon, llegamos al estoicismo. Su carácter fué un verdadero eclecticismo, que no niega nada sino que subordina solamente en su orden de dependencia racional las realidades de que se componen el hombre y el universo. Sabido es que el Sr. Cousin no reprehende en esta doctrina mas que lo que él llama su *egoismo sublime*. Con todo, nos parece que no puede alabarse por haber admitido dos principios eternos, el uno pasivo ó la materia, y el otro activo ó Dios. El estoicismo reconocia la union de la Providencia y del destino en el mundo. Las tres escuelas cirenaica, peripatética y epicúrea, profesaron el sensualismo. No puede uno menos de asombrarse al oír á Aristóteles legitimar la esclavitud y admitir la eternidad del mundo, reconociendo al mismo tiempo un Sér Supremo distinto del universo. En concepto de Epicuro, el placer es el soberano bien del hombre. Los dioses, segun él, se componian de átomos, y la figura mas perfecta era necesariamente la de los dioses.

La filosofia escolástica es la de la edad media, y consiste en el predominio del elemento religioso sobre todos los elementos humanos: á decir verdad, no es mas que una teología. Así es que ella sola

encerró indudablemente mas verdades que todas las otras escuelas de las edades filosóficas. Fuera de algunas excepciones, todos los filósofos que aparecieron en esta época, fueron admirados como grandes hombres. Basta nombrarlos: Alcuino, Alberto el Grande, San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino. Los alumbraba la fé; y así su ciencia fué trascendente. Rogerio Bacon comenzó a conmover la filosofía de la edad media, que mas adelante debía arruinar Francisco Bacon.

Es de sentir que este filósofo abriese la senda al sensualismo de una manera tan decisiva; pero Descartes fijó sus miradas en las vías del idealismo. El espinosismo parecia destinado á arruinar todos los verdaderos principios sentados por la escolástica. No hay quien pueda figurarse todas sus aberraciones. Espinosa enseñaba que importa poco que se haga de Dios una materia ignea, un espíritu, una luz, un puro pensamiento: que llene el mundo y que gobierne el universo. Afirmaba que Dios es todo lo que es, y que no vemos por todas partes mas que el pensamiento y la estension. Dios es, segun él, la estension sin límites, el pensamiento absoluto: Dios une en sí la necesidad y la libertad. Todo lo que acontece, está determinado en Dios por su naturaleza. Nos parecia que los sensuomanos habian tomado la metafísica de Espinosa, si pudiéramos suponer con algun fundamento que sus aberraciones les habian dejado adoptar una. Malebranche y Leibnitz se inclinaron al panteísmo espiritualista; pero porque se adhirieron a los principios de la filosofía cristiana, fuera de algunas opiniones acasajadas, siempre seran dignos de proponerse como modelos al ingenio del hombre. Hume es quizas entre todos los filósofos el que vistió el escepticismo con la forma mas seductora, y cayó tambien en errores mas graves: verdaderamente fué el juguete de la razon. Suponia que la noción de los hechos de experiencia trae siempre consigo la duda. Segun él, lo contrario de lo que creemos cierto en este orden de cosas, puede decirse sin absurdo, y puede ser verdadero.

"¿Hay en el mundo una proposicion mas inteligible que esta (decia): los arboles florecerán en el mes de Diciembre, y perderán las hojas en el mes de Mayo?" Enseñaba que nuestra creencia con respecto á la realidad de un hecho descansa en la sensacion, en la reflexion y en una induccion de la causa al efecto. Solo las ciencias abstractas tienen alguna solidez. "El pan que yo comia (dice en el segundo *Essay*), estaba dotado entonces de tales virtudes secretas; pero ¿se sigue que otro pan deba alimentarme tambien en otro tiempo, ó que deban encontrarse siempre las mismas virtudes con cualidades semejantes? Aquí no hay sombra de necesidad (1). Los que afirman que no existe mas que una causa siempre activa á la que hay que referir el movimiento del mundo, y que esta causa es Dios, explican lo que no se sabe, porque no se sabe mas (2). Cuando yo pienso que los hombres

han medido el sol, y no están de acuerdo sobre los principios de la moral; esto hace desconfiar mi entendimiento de mi teoría (1). Todo es enigma y misterio. La duda, la incertidumbre y la irresolucion, son los únicos frutos de nuestras investigaciones mas exactas." Se nos dispensará que no demos otras pruebas de una razon delirante. Tomás Reid, explicando rigurosamente la teoría de la recta razon, arruinó las bases del escepticismo de Hume.

Kant, cuyo sistema se resume en eclecticismo fenomenal, dejó al mundo el sentimiento de que sus creencias religiosas no tuviesen nada positivo y determinado. Con todo, un dia se le oyó exclamar: "Hay un Dios." El 2 de Junio de 1803, el célebre orientalista Hassé, su amigo íntimo, le preguntó qué se prometia de la vida futura: quedó Kant absorto por un instante, y luego respondió: "Nada determinado." Algun tiempo antes habia dicho espresamente: "No tengo ninguna noción del estado futuro." En otra ocasion se declaró con respecto a la misma cuestión por una especie de metempsicosis. Parece que la imaginacion sedujo su razon. De la explicacion que daba á las doce formas del entendimiento, se sigue que el conocimiento real no es mas que una forma del entendimiento aplicada á una deposicion sensible; y de consiguiente que no conocemos sólida y lejitimamente mas que las formas del entendimiento dentro de nosotros, y fuera los accidentes materiales en todas partes y siempre el fenómeno, jamas el *summe* ó *el ser*. Por eso las antinomias ó debates contradictorios que propone sobre las cuestiones de la sustancia y del destino futuro del alma, de la eternidad ó de la creacion del mundo, de la divisibilidad ó de la simplicidad de los elementos sustanciales, de la continuidad ó de la contingencia de la causa y del *ser* en el universo, finalmente, de la existencia de Dios, demuestran á su parecer que los objetos suprasensibles de estas ideas eluden *toda afirmacion*, como tambien y por el mismo motivo *toda negacion lejitima*.

Hé aquí cómo viene á parar el racionalismo en escepticismo sobre las cuestiones mas importantes que puede ventilar el entendimiento humano. Ya hemos citado los nombres de los filósofos mas famosos de nuestra época, Cousin, Guizot, Jouffroy, Damiron, Lherminier, Michelet y Pedro Leroux, y nos hemos atrevido á juzgar sus sistemas; pero no ha sido por un sentimiento de presuncion. Nuestra propia incapacidad nos hubiera hecho rehuir esta tarea: si no hemos vacilado en acometerla, es porque hemos buscado las doctrinas de un maestro mas grande. No hemos seguido nuestras propias ideas, sino las de la fé, que sabe dar aun a las inteligencias mas comunes lo que el talento solo no encontrará jamas en todo lo que no se ha dejado á la controversia de los hombres, la verdad. La fé nos ha valido mas para este juicio que el entendimiento y el ingenio.

Si no hemos hablado todavia de las consecuencias de los principios emitidos por los secusos de San Simon y de Fourier, es porque hemos creído

(1) 7.º *Essay* de la idea del poder.

(2) Sect. IX, § I. *Investigaciones sobre los principios de moral.*

(1) *Historia natural de la religion.*

que basta esponerlos para escitar la indignacion de cualquiera que tenga corazon de hombre, cerrando así con la lista de los filósofos la historia de los grandes extravíos de la razon humana desviada de los senderos que la antorcha de la fé ilumina. Nos hubiera costado dificultad el creerlo si nosotros mismos no lo leyéramos. El mal, dicen los primeros, como existencia positiva no puede concebirse: todo es bien, todo es bien, todo es bueno porque todo es uno (1). El mal es puramente relativo al hombre. A vista del pensamiento sansimoniano desaparece la disciplina de reserva, de poder y de perpetuidad de los lazos individuales del himeneo. La movilidad y la inconstancia son modos de la vida tan divinos como la estabilidad, la fidelidad jurada y la constancia. Los enlaces fundados en los afectos pasajeros son tan legítimos y santos como los que se sancionan con la promesa religiosa y las leyes: los pasiones sensuales no son otra cosa que la necesidad. Los sansimonianos proclaman la promiscuidad y con ella la abolicion de todas las ideas de familia, sobre las cuales estriban la duracion y la felicidad de las sociedades, cualquiera que sea su forma. Los partidarios de Fourier emiten los mismos principios, y no conciben el estado normal del destino humano sino por medio del incremento ilimitado de todos los instintos, cualquiera que sea su naturaleza.

Cubramos con un velo tan detestables escudos, y dediquémonos á amar la virtud, que es la vida del corazon, como la verdad es la del entendimiento. Uno de nuestros filósofos ha osado afirmar que la fé cristiana está injerta en cierta manera en el arbol de la duda, y que la duda vaga y la duda metódica encuentran contra toda verosimilitud una autoridad y una propaganda en la religion: hasta en nuestros seminarios ve escuelas de pirronismo. No lo lleve á mal el señor C. de Remusat; pero padece un error gravísimo y nadie le creará. La filosofía viene á parar en el ateísmo, sustituyendo al Sér de los aëres una ciega necesidad ó una siempre abstraccion, en un escepticismo universal, reduciéndonos á la imposibilidad de afirmar y de negar nada, y en un irremediable antagonismo y en la anarquía con la negacion del mal. En sus teorías se muestra opuesta á la naturaleza y á todo progreso verdadero: si fueran realizables aquellas, conmoveria la sociedad en sus bases, se acabaria la vida, y se anodaria la humanidad. Al contrario el catolicismo, esta en perfecta armonía en sus dogmas y moral con el género humano. Ya hemos visto que corresponde admirablemente sobre todo á las necesidades de las sociedades modernas. Donde la filosofía se ve obligada á confesar su impotencia, nos asombra el catolicismo con los resplandores que despide en torno nuestro; y mientras que aquella no puede dar otro consuelo al hombre ajitado por los remordimientos ó juguete de la fortuna que estas palabras: *Es necesario*; el catolicismo le abre fuentes de gracias y le prodiga esperanzas. A los desdichados les ofrece los recursos, y al entendi-

miento humano, jadeando por el camino de la vida en busca de la verdad, le enseña el primer principio en lo mas encumbrado de los cielos.

Sin duda que el catolicismo tiene misterios profundos para la razon limitada del hombre; pero no son contradictorios en sí mismos, ni opuestos á la naturaleza: admite realidades y no sombras. Si no explica todos los hechos, el cómo y el por qué en todas las cuestiones indicándonos su causa en los límites de la razon humana y en la infinitud de la razon divina, siempre da poderosos motivos para creer lo que supera á nuestros alcances. ¡Con qué precision explica a Dios, al hombre y al mundo! En todas partes nos da las mas altas ideas de ellos. “Las cuestiones mas importantes, dice el ingenioso autor del *Ensayo sobre el panteísmo*, que el entendimiento humano puede suscitar, y que los antiguos sistemas resuelven tan incompletamente, son las del sér, del mal, del origen y del fin de las cosas. Estas cuestiones que la filosofía racionalista ha bosquejado apenas y que teme porque no se siente con fuerza para resolverlas, constituyen el terreno en que mejor quiere explicarse la lógica católica. Allí ostenta ella todas sus fuerzas, é invoca á un tiempo la tradicion, los sentidos y la razon.”

¡Qué admirables especulaciones sobre el sér nos presentan los filósofos católicos desde San Agustín hasta Malebranche! La cuestion del mal a causa de su conexcion con las bases del cristianismo, ha llamado la atencion de los filósofos cristianos. Se han internado con valor en sus obscuras profundidades, y nos presentan la solucion mas completa y mas satisfactoria de la cuestion mas difícil (1). Enriquecidos con todas las tradiciones divinas y humanas, ¡cuánta luz no han infundido sobre el origen y el fin del hombre! Por medio de sus principios se puede formar la filosofía de la historia. También ha ventilado estas arduas cuestiones la filosofía del siglo XIX: las ha considerado de frente, y ha propuesto una solucion. Perdónesenos si no la comparamos con la solucion católica: lo dicho ya nos parece que basta para demostrar de qué lado se encuentra la superioridad.

De aquí en adelante quedan comprobados dos hechos: el primero que las cuestiones mas importantes y difíciles de la filosofía que arredran al racionalismo y que el eclecticismo toca superficialmente nada mas, forman el patrimonio privilegiado de la ciencia católica: el segundo que por mas que nuestros sistemas filosóficos proclamen la soberanía de la razon universal, estan muy lejos de satisfacer las necesidades urjentes de la sociedad.

Para todo entendimiento elevado, para cualquier hombre que ama de veras á su patria, para el ciudadano que quiere el bien de sus semejantes, para una alma capaz de las sublimes impresiones de la virtud, parecemos que solo queda una cosa que desear: la *alianza sincera de la filosofía moderna con la doctrina católica*; no porque ésta necesite semejante union para conseguir su noble destino, sino

(1) Exposición de la doctrina sansimoniana, 3.^a año, p. 104.

(1) Del libro albedrío, S. Agustín.

porque aquella no puede cumplir su misión civilizadora en el seno de los pueblos sino reuniéndose a los principios católicos. Esta feliz alianza aceleraría la marcha de la sociedad hacia una completa civilización, hacia un estado de sosiego ardientemente deseado.

No se crea que la filosofía tuviese que andar tanta distancia como comunmente se figuran algunos: sin cesar viene a parar al mismo terreno que la teología; y de hecho su punto de partida es común. Todos los conocimientos que una y otra adquieren, sean de la naturaleza que quieran, tienen igualmente por primer fundamento la fé, porque para cada raciocinio que hace el hombre, hay una primera verdad que es su base, y cuya certeza trataría en vano de demostrar en el fondo de su yo y como si le fuera propia. De suerte que respecto de esta primera verdad sufre la ley de la autoridad: hace un acto de fé. Esta es la convicción que llamaba Kant *creencia* y no *saber*. Lo que realmente diferencia la fé del teólogo de la del filósofo, es que este se detiene en las verdades que Dios nos revela por una palabra interior, mientras que el teólogo extiende también la fé a la revelación que la palabra exterior ha efectuado. La doctrina católica procede por vía de autoridad, y la doctrina filosófica por vía del libre examen. Con todo, Pascal, al indicar el exceso igualmente peligroso de escluir la razón y de no admitir mas que ella, parece que señala el medio de unión de una y otra. "Dios, dice, no entiende que sometamos a él nuestra creencia sin razón." Y hé aquí cómo venimos a parar en el catolicismo, que hace mas de diez y ocho siglos esta convidando a la razón para que se asegure de que Dios ha hablado, y luego se someta.

No se busque aquí la ocasión de acusarnos de partidarios del obscurantismo ó retrógrados: nos gloriamos de pertenecer a nuestro siglo. En la unión que deseamos no intentamos de modo alguno hacer retrogradar a la inteligencia hacia la edad media. Entonces la filosofía tomó un caracter que no convendría ya a nuestra época. No cese, pues, de extender sus conquistas: progresen las ciencias y difúndanse las luces; pero queden intactos y venerados los principios y consecuencias de la fé, y la vida social será ensalzada hasta el heroísmo.

Por otra parte, en vano aparentaría la filosofía desconocer la necesidad de esta alianza para cumplir su verdadera y sublime misión: y ¿por qué en esta coyuntura en que la sociedad reclama mas que nunca el concurso unanime de todas las luces y de los esfuerzos generosos, no ha de acabar aquella la obra que tantas veces ha tanteado? La escuela espiritualista, fundada por Descartes y continuada por Malebranche, fué al parecer la señal de una concordia definitiva de la filosofía y del dogma religioso; pero no tardaron en desvanecerse estas halagüeñas esperanzas con las doctrinas sensualistas de Gassendi espuestas por Locke y Condillac. El siglo XIX trajo un nuevo modo de considerar la filosofía. El señor Cousin la introdujo en Francia con aplauso; y el eclecticismo moderno, mas lato que el antiguo, llamaba indiferentemente a sí todos los sis-

temas. Colocándose entre el espiritualismo de la escuela alemana y el espíritu de las doctrinas del siglo XVIII, entre la Sorbona y la escuela de Voltaire, se propuso reunir todas las sectas bajo su bandera para formar una sola: era un pacto entre la filosofía y todas las creencias, una tentativa de conciliación; pero no pudo aceptarla el catolicismo porque propendía a destruirle. Como fiel guardián de la revelación, no podía sacrificarla a las preocupaciones de los que le eran hostiles; y procediendo en materia religiosa por vía de autoridad, no podía reconocer derechos ilimitados en la razón humana. La lucha ha continuado, y no ha cesado de prevalecer el catolicismo.

Se ha anunciado como próximo el advenimiento del nuevo dogma; mas el antiguo se sostiene, y el nuevo no parece. No por eso la filosofía se ha estado ociosa. El señor Damiron ha propuesto un compromiso entre el eclecticismo y el catolicismo. En este contrato el eclecticismo debía aceptar todos los dogmas con la condición de explicarlos; mas como la explicación que daba de ellos los reducía a simples hechos psicológicos, á alegorías y símbolos, hubiera muerto el catolicismo desde el mismo día que hubiese cimentado esta unión. El señor Guizot ha dado un paso en la vía de la conciliación que se le debe agradecer. Su elevado entendimiento le ha hecho confesar la necesidad de una tradición: censura a la reforma y á la filosofía porque la desconocen y desdeñan; de donde resulta, según él, un vacío, un hueco, una cosa incompleta en la sociedad. Esperamos que no tarde en definirla. El señor Leroux, desechando el individualismo, porque no ofrece ninguna certeza, y no engendra mas que anarquía intelectual, alaba a los católicos que proclaman la necesidad de una tradición. Hasta aquí está en lo cierto y se acerca; pero se aleja en el punto que suponiendo que esta tradición es añeja y sin influencia, da la de la era moderna por base de su doctrina de progreso y de perfectibilidad.

Así todas las tentativas de la filosofía han quedado impotentes hasta el día, porque no ha querido, a lo que parece, la unión sino con unas condiciones que debían acarrear la ruina del catolicismo. Sin duda el hombre quiere y debe elevarse a la inteligencia, y debe procurar comprender lo que adora. Pero los dogmas son hechos divinos, hechos reales, objeto de la fé. Cese, pues, la filosofía de negarlos, ó de no ver en ellos sino poesía: no destruya las bases de la fé, y se efectuara la alianza franca y leal.

El racionalismo, revestido de formas diversas, no sera entonces una nueva rémora para nuestra época en su marcha ascendente. La humanidad progresara, no solamente en el individuo, sino también en la especie sin obstáculo. Estos incrementos sucesivos llegarán a ser un vasto campo de observación y de estudio para la filosofía, que aspira al conocimiento completo de la humanidad. Entonces la filosofía, expresión mas íntima y clara de la cosa expresada, no encerrándose en el horizonte de miras esclusivas y á veces injustas, representará profundamente y con fidelidad las diversas apariencias de la existencia humana. Nuestro siglo, que vie-

ne después de los periodos exuberantes de acción y saturados de racionalismo, y que se aprovecha de las luces que han aglomerado los siglos anteriores á espensas propias, volverá al estado normal. La acción mas enérgica será dirigida por la mas alta sabiduría, y Dios será amado porque será conocido.

En épocas agitadas como la nuestra, cuando instantáneamente aparecen en el horizonte señales amenazadoras, y se turba la vista á fuerza de contemplar el terreno movedizo que tiembla bajo nuestros pies; toca acelerar la conversión de la sociedad hacia los verdaderos principios religiosos, de quienes debe recibir el impulso que puede salvarla, y al que debemos concurrir todos con todos nuestros esfuerzos. Y ¿por qué habia de faltar este concurso en una causa de vida ó de muerte para la humanidad?

CAPÍTULO VIII.

DEL CATOLICISMO CONFRONTADO CON LOS CULTOS DISIDENTES DEL SIGLO XIX.

De los puntos de creencia comunes á todos los pueblos y de su diversidad.—El culto religioso es el elemento mas poderoso de organizacion social.—Cultos mas generalmente difundidos en las sociedades modernas.—De los judios.—Del islamismo.—De la reforma.—En qué se diferencia del catolicismo.—Todo culto religioso debe reunirse á los principios católicos para cumplir su mision civilizadora.—De qué lado se manifiesta la verdad con esplendor.—De la autoridad de la Iglesia en general.—Es y debe ser visible.—Del papado.—Negarse á reconocer al papa, es negar á la Iglesia su propia existencia.—De la infalibilidad de la Iglesia.—El hecho confirma el derecho.—Certeza de razon.—Via de conciliacion abierta á los cultos disidentes.—De los griegos cismáticos.—Motivos que tienen para reconocer la suprema de la Santa Sede.—¿Qué no deben esperar de la Iglesia?—De la reforma.—Poderosos motivos que tiene para reconocer el papado y la infalibilidad de la Iglesia.—Sus tentativas de reunion al catolicismo.—Causa por qué todas se han frustrado.—Diversas explicaciones sobre este punto.—Una palabra sobre el proyecto de reunion por el Sr. Montlosier.—De las obras del Sr. Merle Albini y del Sr. Bost.—Los mejores ingenios de la reforma vuelven sus miradas hacia la antigua Iglesia su madre.—Del movimiento religioso en Inglaterra.—La paz durable y la gloria de los estados dependen, sobre todo, de la unidad de los principios religiosos.

No hay mas que un solo y mismo Dios para todos los pueblos: ¿cómo, pues, se explican tantos cultos diversos de que es objeto? El sí y el no se encuentran en ellos: unos afirman lo que los otros niegan. La indiferencia religiosa, y por resulta la incredulidad, serian la consecuencia rigurosa, si una creencia comun á todos los pueblos y á todas las edades no produjera la solucion completa de este problema: Hay un Dios: la religion es necesaria: este es

el grito de la humanidad. "El hombre, ha dicho un célebre escritor de nuestra época (1), encerrado en los límites del mundo, no ve nada sino por entre él y bajo sus mismas formas: supone (nosotros preferimos decir concibe) irresistiblemente alguna cosa que es para él la sustancia, la causa y el modelo de todas las perfecciones que descubre en sí mismo y en el mundo." Bajo cualquiera denominacion que se designe á Dios, sus obras y su palabra le manifiestan, la razon mas pura le confiesa, le nombran todas las lenguas que hablan, todas las ramas de la gran familia, y cada generacion, cada siglo le atestiguan. Es por sí mismo, y su inagotable fecundidad ha producido todas las cosas criadas. Anterior á todos los séres, ninguno ha podido medir la acción de su poderío, ni poner un término á las efusiones de su bondad. En vano se buscaria el grano de arena en que fuesen á acabar las olas de este Océano de vida. En este gran Sér, todo es ilimitado é infinito: con todo, nos guardaremos muy bien de dar á estas palabras el sentido que la mayor parte de los filósofos modernos. Confundiendo las nociones del mundo típico y las del mundo realizado, hacen de Dios un gran todo materializado, cada una de cuyas moléculas es una porcion de su Sér divino. Afirmar un Dios semejante seria negar su existencia. De la noción general de este Sér Supremo, han deducido todos los pueblos la necesidad de la religion.

Lejos de ser un lujo del pensamiento, una quimera salida de los delirios de algunos hombres de talento, propagada y sostenida por la autoridad de sus ejemplos, tiene sus fundamentos en las nociones que poseemos de la divinidad, y en la naturaleza que nos es comun á todos. "El hombre piadoso y el ateo, decia Montesquieu, hablan de la religion: el uno de lo que ama, y el otro de lo que teme: tan natural nos es unirnos á la divinidad por el vínculo religioso." En efecto, si en cualquier otra cosa separan á los hombres la desproporcion de las edades, la diversidad de los empleos y la desigualdad de las condiciones; reúnanse todos en los homenajes que rinden al autor de su existencia: á todos los mueven los mismos motivos, cuyos resultados son los lazos mas inviolables de la sociedad. La religion, necesaria al vulgo como freno, no es menos indispensable á los grandes del mundo. Ella sola puede ejercer en todas las clases el imperio que en vano se intentaria sustituir con una legislación humana buscando un moderador en el poder de la multitud. Las mismas leyes suelen ser obstáculos impotentes contra las pasiones desorganizadoras: solo la religion no puede eludirse. Por eso se ha dicho con muy profunda razon, que la acción divina sobre la conciencia del hombre es el primer gobierno. El culto religioso es el elemento mas eficaz de organizacion social.

De estos datos confesados por el género humano se sigue que no puede existir mas que una sola religion verdadera, una sola autoridad legítima, á la que debe el hombre pedir la regla de sus relaciones.

(1) El Sr. Cousin, Curso de la historia de la filosofía.

n es co Dios. Como este es uno, la verdad es una. Muy bien puede decirse mi gusto, pero no mi verdad; porque la verdad es el bien comun de todas las inteligencias, y una vez probado lo verdadero, no se propone al libre albedrío de cada uno, sino que se impone con una autoridad irresistible á la creencia de todos. Mas ¿dónde está esa religion revelada? ¿Cúal es la autoridad por la que se han promulgado en el mundo las leyes de la sociedad del hombre con Dios? La Iglesia católica resuelve todas estas cuestiones con el hecho de la mision del Salvador; y hé aquí la solucion del problema que nos hemos propuesto. Los pueblos que están sujetos á la Iglesia, proceden con ella por *via* de autoridad, y los que afectan desconocerla no tienen otra guia que su razon. Aquellos no tienen mas que una sola y misma creencia: de estos puede decirse: *quot capita tot sensus*. No entra en nuestro plan enumerar las diversas sectas que han aparecido en el mundo desde la era cristiana. Considerando en este escrito el catolicismo á presencia del siglo XIX, solo tenemos que indicar las mas notables en las sociedades modernas.

Hace muchos siglos que el judaismo no forma un cuerpo de nacion. A la ley escrita abrogada con la venida del Mesías ha sucedido la ley de la nueva alianza. Si por un profundo designio de la Providencia aquel pueblo heredero de las antiguas promesas cubre aún el mundo con las reliquias de su ruina; su nombre, que sobrevive á la catástrofe mas espantosa, y sus restos dispersos en todas las naciones, sin confundirse jamás con ellas, parecen destinados á ser un monumento eterno del terrible castigo fulminado contra él. Sin embargo, hay hombres en su seno que suspendiendo su carrera errante, levantan á veces la cabeza encorvada, al parecer, con el peso de su alma, ven la gran ciudad edificada sobre la montaña, reconocen la Iglesia depositaria de las nuevas promesas, é iluminados repentinamente con las luces de la gracia, se dedican á amarla. Entonces cae ante ellos la barrera mas alta que los separaba del cristianismo. ¡O Roma! ¡qué gracia he encontrado en tu seno! esclamaba no há mucho ese jóven, de sentimientos enérgicos y hasta violentos, que habiendo alimentado en su alma todas las preocupaciones y todo el odio implacable y sombrío de su secta contra el cristianismo, se ha convertido en discípulo fervoroso de la Iglesia, y se espera que llegue á ser su apóstol. Jóven, rico, con los hábitos de la elegancia, y los gustos frívolos y brillantes que dan á los de su edad la educacion y la fortuna, pasaba como á su pesar por Roma para encaminarse al Oriente: parecia que no habia ido á Italia sino á disfrutar de la dulzura de sus templados inviernos, y encontró la suavidad de la gracia. Algunos rayos de las antiguas glorias de aquella region y los resplandores de la fé le prodigan los de la esperanza. El inmortal esplendor de su cielo y la que es reina de él, parece que le descubren todas sus grandezas y el encanto siempre renovado de sus antiguos recuerdos, y nace bajo de sus piés la virtud. Contempla las ruinas consagradas en la historia y los magníficos templos que os-

tentan orgullosos la gloria de los héroes de la fé. La iglesia de S. Andrés es pobre, pequeña y poco concurrida: allí es donde Alfonso María de Ratisbona se postra de rodillas como anonadado, y luego se levanta deshecho en lágrimas y pide un sacerdote católico. El 20 de Enero de 1842 se habia levantado judío, y se acostó cristiano. Hay cosas de un orden tan superior y tan santas por su naturaleza, que á la Iglesia sola corresponde publicirlas con toda la majestad de la palabra. Un decreto de la corte de Roma acaba de certificar que esta conversion tiene todos los caracteres de un verdadero milagro. A los judíos que se obstinan aún en no reconocer á la Iglesia católica, no opondremos mas que este hecho, uno de los mas decisivos de la historia para convencerlos.

No hablaremos del islamismo. Nuestra nacion en guerra con la barbarie africana triunfará de la media luna con el valor de nuestros soldados y la pericia de sus generales; y los hijos de Mahoma, testigos de la majestad de nuestras ceremonias, abandonarán sus preocupaciones y caminarán hácia la verdadera fé como sin saberlo. Los cultos disidentes que están mas en contacto con el catolicismo, se reducen á las iglesias orientales, el luteranismo y el calvinismo.

Estas sectas, divididas en principios y en creencias, se reunen para combatir el catolicismo sobre diversos puntos. Miguel Cerulario consumó el cisma que habia comenzado Focio en el siglo IX; y el principal de todos sus errores consiste en no reconocer al papa. Lutero, jefe de la reforma, se declaró sucesivamente contra todos los dogmas y la disciplina de la Iglesia; y aún hoy, á pesar de la incesante variedad que han experimentado las doctrinas de aquella secta, el vasto campo de batalla es la supremacia del papa. Por fin, Calvino, discípulo de Lutero, dió mas estension á la heredad que su maestro y modelo le habia dejado, y cayó en mayor número de errores. No nos detendremos en todos los puntos de doctrina que disputaba al catolicismo, la existencia del purgatorio, la necesidad de las buenas obras, la presencia real, el culto de las imágenes, la confesion auricular, ¿quién sabe? No acabariamos si hubiéramos de hacer una completa enumeracion. Además, las variaciones que han ocurrido en las creencias de los calvinistas son tantas, que seria tentar un imposible si se quisiera reunirlos en un solo símbolo. Cada dia produce nuevas fracciones, y cada una forma un símbolo nuevo para sí. Pero todas se reunen para desear el papado y disputar la infalibilidad á la Iglesia. Así la supremacia espiritual del papa y la autoridad infalible de la Iglesia son los principales puntos disputados en Francia, en Inglaterra, en Suiza, en Alemania, en Prusia, en Rusia, en todos los puntos donde han penetrado el cisma y la herejía.

¿Habrá de desvanecerse nuestras esperanzas de que vuelvan las creencias á los verdaderos principios para poner un término, á lo menos en Europa, á ese estado de hostilidad que bajo especiosos pretextos agita la sociedad, la divide de mil maneras diversas, paraliza sus esfuerzos hácia mejor porve-

nir, y hace doblar á los unos la cabeza bajo la cuchilla del despotismo (en Rusia), mientras que otros corren desbocados á la anarquía? En vano se intentará buscar la prosperidad social ó aceptando todos los cultos religiosos bajo cualquiera forma que se presenten, ó escogiendo por un principio de eclecticismo lo que parezca mejor de los diversos cultos coexistentes, para formar un *areligion* nacional. En la primera hipótesis, no siendo uniforme la creencia de los pueblos, la tendencia general de las acciones no estará en armonía con un fin común, porque la sociedad de los espíritus es el alma de toda sociedad humana: cuando aquella está dividida en principios y creencias, ésta se halla rigurosamente sujeta á oscilaciones, á divisiones y á disensiones intestinas, que traen consigo todos los males á que tantas veces se hallan espuestas las sociedades. La última hipótesis tendría el triste inconveniente de minar los fundamentos de la religión, su divinidad. El todo que se formase de las diversas creencias, no pasaría de ser una obra de los hombres. Por tanto, cada cual podría libremente admitir ó desechar este culto. La única religión verdadera puede corresponder á las necesidades de la sociedad (1). Con esta condición sola puede el culto religioso, considerado como elemento de organización social, llenar satisfactoriamente su misión civilizadora en el seno de los pueblos. Debe, pues, ser el objeto primero de nuestras investigaciones discernir de qué lado está la verdad; porque así como la ciencia y la fé, no pueden jamás el catolicismo y los cultos disidentes aliarse fuera de la unidad. En seguida pasaremos á juzgar de las disposiciones recíprocas de las partes y de los medios conciliatorios abiertos á las diversas *comuniones* esparcidas por el mundo.

Antes de entrar en la cuestión de la supremacía de la Santa Sede, nos es indispensable determinar su sentido católico, que es este. El papa posee la jurisdicción en las cosas espirituales sobre la Iglesia entera, de la que es el jefe visible, el centro de la unidad y la fuente de la autoridad. Hé aquí la prueba de esta proposición. Resulta de lo que hemos dicho ya de la Iglesia, que se presenta á nosotros, así en todas las páginas de las divinas Escrituras como por las intenciones mismas de Jesucristo, bajo la forma de sociedad espiritual. De este principio hemos deducido con todo rigor esta consecuencia: Luego necesita la Iglesia una autoridad que ligue estrechamente todas sus partes en una perfecta unidad de creencia. No hay quien se atreva á disputarnosla; porque lo que constituye toda sociedad es el poder, y de la naturaleza de éste depende la naturaleza de la sociedad. Donde el poder supremo, la soberanía pertenece á todos ó á muchos, la sociedad es democrática ó aristocrática. Donde uno solo es soberano, y todos los poderes coexistentes le están subordinados, la sociedad es monárquica; pero siempre se necesita una soberanía, un poder supremo, que tenga derecho de man-

dar y á quien se deba obedecer para que exista una sociedad cualquiera. En todos los estados se reconoce la necesidad de un jefe: con mucha más razón es indispensable en una sociedad espiritual. La autoridad es más necesaria en ella que en ninguna otra, porque la religión está destinada á arreglar no solamente las relaciones exteriores del hombre, sino á penetrar en el secreto de su entendimiento y de su corazón, para iluminar al uno con una verdadera luz, y formar el otro en la virtud. A una sociedad espiritual le es necesaria una autoridad para disipar las tinieblas entre la multitud, tribu real de niños, de sencillos, de ignorantes, de débiles é irresolutos, y para servir de guía tutelar al ingenio. El escudriñador temerario de la Majestad divina será oprimido con su gloria. Debería bastar el traer á la memoria todas las doctrinas religiosas inventadas y profesadas fuera de la fé de autoridad por inteligencias en lo demás muy elevadas, para concluir que si hay un Dios, una Providencia, es absolutamente necesaria una autoridad.

El género humano, por largos siglos víctima de todas las aberraciones del racionalismo y los sentidos, debe convencernos de la extrema necesidad en que nos hallamos de una doctrina venida de arriba, y dispensada, dictada á todos por autoridad. La razón natural basta para abrazar y querer como una necesidad de evidenciar y el remedio más suave de todos nuestros males, un poder de enseñanza y la sumisión que se le debe. La sociedad espiritual de la Iglesia necesita una autoridad proporcionada á la sublimidad de su legislación toda divina: necesita una unión entre sus miembros que asiente la perpetuidad de la sociedad general de una manera más segura que todas las penas afectivas; y esta unión no podría existir sin un centro común en que fueran á parar todos los miembros de esta sociedad espiritual. Luego la Iglesia necesita una autoridad.

¿Cómo debe ejercerse? Esta es la cuestión que se presenta aquí como de suyo. Dios es sin duda el gran regulador de la humanidad; pero su acción sobre el hombre es esencialmente invisible. Sin embargo, la unidad religiosa, elemento constitutivo de una sociedad espiritual, es un fin sensible que depende de circunstancias exteriores. Necesitaba, pues, la Iglesia, una autoridad visible delegada de Dios para conseguir este objeto, unir las naciones, y elevarlas según la espectación universal á un estado más perfecto, bajo el imperio de una ley divina para siempre inmutable. Para cumplir este gran designio de misericordia y de amor, concebido de toda eternidad en el seno del Padre, instituyó Jesucristo un sacerdocio nuevo para gobernar esta sociedad espiritual, y dijo al hijo de Jonás, á quien llamó Cefas, es decir, Pedro: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella." Y después: "Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares en la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desatares en la tierra, quedará también desatado en el cielo." Habiéndole preguntado tres veces el Señor después de su

(1) Invitamos á nuestros lectores á consultar la obra del señor Balme, intitulada: *El Protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*.

resurreccion: "Pedro, ¿me amas?" le dijo: "Apacienta mis ovejas y mis corderos." Tales son las pruebas decisivas de la supremacía espiritual, de la preeminencia de honor y de jurisdicción de Pedro. Héle aquí distinguido de todos los demás pastores por el mismo supremo pastor, y distinguido por la extension de su poder, que no admite otro superior ni igual, supuesto que se le sujeta la Iglesia entera.

Si él es la base de la Iglesia, sus privilegios tienen el derecho de intervencion universal y la autoridad suprema para ligar todas sus partes, y porque la Iglesia no debe perecer jamás. Pedro no es únicamente su primer operario, sino el apoyo universal que liga todas las piedras del edificio, y su base indestructible. A Pedro se le confía la fuente de la autoridad y de la potestad espiritual. Las llaves son el símbolo del poder soberano, y la accion de entregarlas se ha mirado siempre como la señal de la investidura de la potestad. En este sentido se toma en nuestras divinas Escrituras. Sabido es que en Oriente es muy perceptible esta concecion del poder supremo con sus emblemas; y aún en Occidente cuando se ofrecen las llaves de una ciudad á un conquistador, es una señal de que se reconoce su imperio. Pedro fué investido de la soberanía espiritual. El poder de atar y desatar implica necesariamente una jurisdicción, y la mision de apacientar el rebaño entero designa tan claramente una autoridad general sobre los fieles y pastores, que no puede desconocerse.

Sin embargo, algunos contradictores sistemáticos han alegado que Pedro no habia tenido una supremacía de jurisdicción, porque no habia recibido personalmente ningun poder que mas adelante no se hubiese concedido colectivamente á todos los apóstoles. Pero ¿quién podría persuadirse que los poderes especiales recibidos por Pedro pudieron invalidarse con la mision que le fué comun con los apóstoles? Al contrario, este solo hecho constituye una superioridad relativa á favor de Pedro. Aun cuando no hubiera recibido mas que lo que se dió á los apóstoles de un modo colectivo, por solo el hecho de habersele concedido este don de una manera muy especial le hubiera recibido en grado superior. El docto Orígenes hace esta observacion. "Lo que se habia dado primero á Pedro, dice, parece que se dió despues á todos los apóstoles; pero como debia conferirse á Pedro una mision privilegiada, hubo algo personal en su investidura.

Yo te daré las llaves del reino del cielo. Esto estaba dicho y hecho (porque para Dios decir, es hacer) antes que viniesen estas palabras: Lo que desataréis en la tierra. Y si estudiamos atentamente las palabras del Evangelio, nos convenceremos de que las últimas frases se dirijen á Pedro y á los demás apóstoles; pero que la primera dirigida á Pedro lleva consigo una gran superioridad de jurisdicción y de dignidad." Además debemos añadir que la mision de apacientar el rebaño no se dá en ninguna parte á los otros apóstoles, sino únicamente á Pedro. A él solo se le habia dicho tambien: "Yo he pedido por tí en particular para que

tu fé no desfallezca: así cuando te conviertas, cuida de confirmar á tus hermanos."

Tantas pruebas demuestran victoriosamente la sublime preeminencia y la supremacía espiritual de autoridad dada á Pedro. Estas gloriosas prerrogativas han pasado á todos los papas sus sucesores, y la supremacía de la Santa Sede se ha transmitido de siglo en siglo como una institucion divina en la Iglesia de Dios, de que es una parte integral y esencial. ¿Quién se atreveria á negarlo? ¿Podria suponerse por un instante que Jesucristo hubiese dado á su Iglesia una base que debiera sufrir alteracion alguna? ¿No exigen la naturaleza y los mismos fines de la Iglesia que el tiempo que todo lo altera, no pueda alterar su constitucion gerárquica? ¿Tan poco cuidadoso habria sido de su obra el arquitecto de esta ciudad santa, que hubiera querido que despues de la muerte de Pedro se viniese abajo el edificio que habia levantado? De buena fé ¿se puede negar á un Dios la prudencia que sin contradiccion se concederia á cualquier hombre? Además la supremacía de jurisdicción en la Iglesia es el único medio de conservar la unidad de fé, que es el elemento constitutivo de toda sociedad espiritual; luego debe participar de su perpetuidad. Y tan cierto estuvo en el animo del Salvador que la autoridad de Pedro pasase hasta el último de sus sucesores, que él mismo lo explicó con estas palabras: "Yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos." Así sancionó solemnemente su obra. A todo lo que acababa de hacer tanto á favor de Pedro, como de los otros apóstoles, aseguró la perpetuidad.

"No hay cosa tan invenciblemente demostrada en la historia eclesiástica, decia el señor conde de Maistre, sobre todo para una conciencia que no disputa jamás, como la supremacía monárquica del sumo pontífice. Apenas se atreve uno á citar hoy los textos que de edad en edad prueban la supremacía romana del modo mas incontestable desde la cuna del cristianismo hasta nuestros dias. Son tan conocidos estos textos, que al citarlos parece que quiere uno ostentar una vana erudicion." Sin embargo no podemos menos de echar una ojeada rápida hacia esos monumentos preciosos de la mas pura tradicion. Ireneo, que habia conversado con los discipulos de los apóstoles, apelaba ya á la cátedra de S. Pedro como regla de la fé, y confesaba este principado regente, que tan célebre se ha hecho en la Iglesia (1). "Como seria demasiado largo, escribia, anotar la larga série de los sucesores de los apóstoles, me limitaré á la silla de Roma, la mas grande, la mas antigua y la mas ilustre Iglesia del universo, fundada por los gloriosos apóstoles Pedro y Pablo, la cual ha recibido de ellos su doctrina, que ha sido anunciada á todos los hombres, y por intermedio de sus obispos ha llegado hasta nosotros. A esta Iglesia deben recurrir todas las otras á causa de su supremacía." Tertuliano exclamaba ya á fin del siglo II (2): "Hé aquí un edicto y edicto

(1) Adv. Hæres., lib. 3, cap. 3.

(2) De pudicitia, cap. 1. X et de prescript., cap. XXXVI.

perentorio procedente del sumo pontífice, *del obispo de los obispos*. El Señor dió las llaves a Pedro y por él a la Iglesia. Si se trata del Africa, dice, Roma no está lejos, y poco tiempo basta para consultarla." S. Cipriano decía (1): "Después de estas tentativas habiendo elegido obispo por sí mismos, se atrevieron a sellar y enviar cartas de cismáticos y de hombres profanos a la cátedra de S. Pedro y a la Iglesia principal, donde la *unidad sacerdotal tiene su origen*, sin reflexionar que los miembros de esta Iglesia son aquellos romanos cuya fé alabó S. Pablo, y en los cuales no tiene cabida la perfidia." Después de referir las inmortales palabras, *tú eres Pedro*, añade: "De ahí deriva la consagración de los obispos y la forma de la Iglesia: de su seno salió la unidad y está al abrigo de todo error por una protección especial de la divina Providencia." No menos claramente se expresa S. Agustín (2) instruyendo a su pueblo y con él a toda la Iglesia. "El Señor, dice, nos encomendó sus ovejas, porque las encomendó a Pedro."

En las actas del concilio de Sardica en Tracia, celebrado a instancia de S. Atanasio y con asistencia de trescientos obispos, leemos: "Parecía muy conveniente que los sacerdotes en todas las provincias se refirieran a la cabeza de la Iglesia, es decir, a la cátedra de S. Pedro." S. Basilio el Magno recurrió al papa Dámaso en la miseria de su Iglesia, y para moverle más le recordaba todas las ocasiones en que los pontífices romanos de los tiempos pasados habían intervenido en los asuntos de su silla. S. Gerónimo escribía al papa de esta suerte (3): "No quiero seguir más que a Cristo, unido a la comunión de vuestra santidad, es decir, a la cátedra de Pedro. Yo sé que sobre esta roca está fundada la Iglesia. Cualquiera que conduce el rebaño fuera de esta casa, es un hombre profano... El que no riega con vuestra santidad, pierde el trabajo." S. Juan Crisóstomo decía al papa (4): "Me dirijo a vos para pedirlos en primer lugar que lo que se ha hecho tan inicua y contra mí en mi ausencia y cuando yo no me negaba a someter mi conducta a una información, sea anulado: después que los que han procedido así contra mí queden sujetos a un castigo eclesiástico. Admitidme además, aunque no he sido convencido de ninguna transgresión, a gozar del consuelo de vuestras cartas y de la sociedad de mis primeros amigos." Y en otro pasaje: "¿Por qué razón, dice, derramó Jesucristo su sangre? Ciertamente por salvar las ovejas que encomendó a la guarda de Pedro y de sus sucesores."

Siempre han sido considerados los papas como los jefes supremos de la Iglesia, y han desplegado las facultades de tales. No entraremos en pormenores sobre este punto: solamente añadiremos que algunos concilios generales han reconocido solemnemente la suprema autoridad del papa. Así en el

de Éfeso Felipe, uno de los legados del papa Celestino, habló a aquella venerable asamblea en estos términos: "Nadie pone en duda y todos los siglos han creído que el santísimo padre, el príncipe de los apóstoles, el pilar de la fé y el fundamento de las iglesias, recibió de nuestro Señor las llaves del reino y la facultad de atar y desatar. Ahora vive en sus sucesores, y ejerce siempre esta autoridad por sus manos." Entre los seiscientos obispos que oyeron leer la carta que el papa Leon había escrito al concilio de Calcedonia, informándole de que su carta a Flaviano había resuelto plenamente todo lo que es de fé sobre el misterio de la Encarnación, no hubo una voz que reclamara. De este mismo concilio salieron aquellas aclamaciones unánimes: *Pedro ha hablado por la boca de Leon: Pedro está siempre vivo en su silla*. Concluido el concilio se dirigieron a aquel santo pontífice en estos términos: "En la persona de Pedro que se ha hecho nuestro intérprete, perpetua por orden de vuestro Maestro la cadena de la fé que baja hasta nosotros. Por eso mirandoos como nuestro guía hemos dado a conocer la verdad a los fieles, no por una interpretación particular sino por nuestra confesión unánime... Como la cabeza domina a los miembros, así vos presidís nuestra reunión por medio de aquellos a quienes habeis dado esta comisión. Os suplicamos pues que honreis nuestra resolución dándole la forma de decreto. Como respetamos la cabeza de la Iglesia, rogamos a vuestra eminencia que haga eficaces unas medidas tomadas en beneficio de vuestros hijos."

Sería supérfluo acumular citas de las autoridades sacadas de la Iglesia latina. "No hay unidad de Iglesia, decía Santo Tomás, sin unidad de fé; pero no hay unidad de fé sin un jefe supremo (1)." Belarmino se explicaba así: "¿Sabeis de qué se trata cuando se habla del sumo pontífice? Pues se trata del cristianismo." Sabida es la expresión tan ingeniosa de S. Francisco de Sales: *El papa y la Iglesia es todo uno*. Gerson confesaba que Jesucristo fundó su Iglesia sobre un solo monarca supremo, el pontífice romano, en el cual solo reside la potestad eclesiástica en su plenitud. Esta era también la doctrina de Almaino, a quien no se acusara, como ni tampoco a Gerson, de que quisieran adular a Roma. "El papa solo, dice, posee una autoridad primitiva que somete a él todos los demás sin que él esté sometido a ninguno." Y el gran Boesuet, ¿qué no dijo en su famoso sermón de la unidad? "La Iglesia romana no conoce herejías: la Iglesia romana no ha errado jamás: Pedro permanece en sus sucesores el fundamento de los fieles."

En 1810 ¿qué homenaje tan notable dió al papa el consejo eclesiástico encargado por Bonaparte de responder a ciertas cuestiones! "Un concilio general, respondieron los diputados, no puede celebrarse sin la cabeza de la Iglesia; de otro modo no representaría la Iglesia universal." Es verdad que en el curso de la discusión dejaron escapar que

(1) *Epist. apod. ad Julium rom. con. genl. t. 2 et p. XXVII, XXXIII.*

(2) *Serm. CXCVI.*

(3) *Epist. XIV ad Damasum, t. IV.*

(4) *Epist. — ad Innoc. t. III. et de sacard. t. I, l. 2, c. 1.*

(1) *De summo pontifice in proof.*

el concilio general es la única autoridad en la Iglesia superior al papa; pero al punto añadieron un correctivo, diciendo que pudiera acontecer que el recurso al concilio sea imposible, ya porque el papa se negase á reconocer el concilio general, ya &c. Este hubiera sido el caso de recordar las palabras tan notables de Thomasin: "No peleemos por saber si el concilio ecuménico es superior ó inferior al papa. Contentémonos con saber que el papa en medio del concilio es superior á él, y que el concilio decapitado de su jefe es inferior á si mismo."

Nada pues podría probarse si estos multiplicados y patentes testimonios de todas clases no bastaran para demostrar la creencia de todos los siglos en la supremacía de la Santa Sede. El Africa, la Siria, el Asia Menor, Francia, España é Italia proclamaban en alta voz las sublimes prerogativas del padre común de los fieles, del jefe supremo y viable de la Iglesia.

Y ¿quién no convendrá en que negarse á reconocer el papado, ó tratar de limitar su poder dentro de la esfera de las cosas espirituales, sería también negarse á reconocer á la Iglesia católica su propia existencia? Combatir su autoridad es trastornar el orden que Jesucristo estableció, alterar la sociedad misma que vino á formar, y cambiar su naturaleza; reducirla á un cuerpo sin cabeza ó tratar de sustituir un gobierno arbitrario y humano al que recibió. Ella es lo que Dios la hizo, ó no es nada. Cambiar la naturaleza de esta sociedad divina sería evidentemente destruirla, trastornarla combatiendo su constitución, y despojarla de sus caracteres indispensables. No sería ya una si no existiese centro de unidad. No sería ya universal si no anunciaran todas las naciones la misma fé, y porque donde se detiene el poder, allí también se detiene la sociedad. No sería ya perpétua, pues que la fé sometida á la arbitrariedad de la independencia individual cesaría de ser idéntica en todos los tiempos y lugares. Finalmente no sería ya santa, porque estaría privada de la facultad de juzgar soberanamente de la doctrina. Conmover la autoridad sobre la cual fundó el Salvador su Iglesia, es conmover los cimientos de esta misma Iglesia, y destruida la Iglesia no hay medio alguno de conservar la sombra siquiera del cristianismo. Se reducen á polvo sus obras mas preciosas, se aniquilan todos sus títulos, y se arrojan al viento sus letras de divino origen rasgadas por manos sacrílegas. Por eso un autor de vastos conocimientos no titubeaba en otro tiempo en llamar toda embestida contra el poder del sumo pontífice un crimen de lesa religión para el cristiano y un crimen de lesa sociedad para el hombre de estado.

La historia del pontificado liga las dos grandes épocas de la civilización, y es la única cadena que sin solución de continuidad aparece de edad en edad, atraviesa todos los siglos, y va á anudar los primeros eslabones de la historia sagrada con los últimos de la profana. Jamás ha habido una dinastía que llegue á la mitad de la duración inmensa que marca la carrera del pontificado por entre tantos obstáculos y vicisitudes. Ninguna potencia del mundo

ha ejercido una influencia semejante á la suya para acelerar la civilización de los pueblos. La Escocia, la Irlanda, la Inglaterra, la Germania, la Dinamarca, Hungría, la Polonia y las Indias orientales y occidentales debieron á la Santa Sede su conversión, unas costumbres mas puras y la nobleza de relaciones sociales desconocidas hasta entonces. La vida de las naciones europeas tiene su origen en la potestad pontificia. La última palabra de toda ley para la sociedad espiritual está en Roma, de donde parte el reflejo de deslumbrantes resplandores para iluminar el universo; y las bendiciones del padre universal de los fieles atravesando los mares y las rocas escarpadas llegan hasta las regiones mas remotas. ¡Oh Dios! disipa las preocupaciones de aquellos hermanos nuestros muy amados que desconocen aún la mano tutelar y tan pródiga de bienes del sumo pontífice.

La autoridad espiritual en la Iglesia no solamente debe ser visible, sino también infalible en la fé, porque está esencialmente destinada á conducirnos á la certidumbre. Hé aquí sin duda una palabra muy estraña á vista de la fragilidad humana y de la experiencia perpétua de nuestros errores: una palabra despreciada frecuentísimamente en el pensamiento de ciertos sabios, y sin embargo victoriosa de tantos asaltos y que sobrevive á tantas ruinas; una palabra que solo la Iglesia católica se atribuye, la infalibilidad. Esta es la participación de uno de los atributos mas preciosos de la divinidad, dada á unos hombres de la tierra. Este guia infalible en las cuestiones religiosas es el mayor beneficio del cielo. Solo con él se remedian nuestros males. Antes de venir á las pruebas sobre que se apoya esta verdad, conviene determinar el sentido en que atribuimos la infalibilidad á la Iglesia.

La infalibilidad de la Iglesia es una autoridad que no puede engañarse ni engañar: es la infalibilidad de definición, de juicio y de enseñanza en lo que toca á la fé: es un don sobrenatural que reside en el cuerpo episcopal reunido á su cabeza; de modo que la Iglesia católica, considerada como autoridad enseñante é infalible, se compone formalmente del supremo pontífice y de los obispos en comunión con él. Así lo reconocemos ya en los concilios generales, ya en un decreto dogmático de la Santa Sede dado para toda la Iglesia. Esta infalibilidad en sí misma es una asistencia especial y perpétua del Espíritu Santo, por efecto de la cual no puede errar jamás la cabeza de la Iglesia al determinar el sentido de un artículo de fé. Hé aquí pues, cómo hemos venido á parar al punto de probar la infalibilidad sobrenatural y divina del supremo pastor de la Iglesia; gran privilegio que hizo parte de la institución primera del cristianismo.

A Pedro le dijo nuestro Maestro, declarado por el Padre Eterno su Hijo muy amado en las orillas del Jordán y después en la montaña: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella." Mas estas potestades que son sobre todo unos espíritus de mentira, prevalecerían si llegara á inficionarse el cuerpo de la Iglesia con al-

gunos errores contra la fé. Luego la Iglesia no podrá enseñar jamás la falsedad: luego es infalible. Véase cómo Jesucristo confiere su autoridad á los apóstoles y á todos sus sucesores: "Toda potestad me ha sido dada: como mi Padre os ha enviado, os envío yo: id, doctrinad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándolas á observar todo lo que os he prescrito, y yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos." Si la Iglesia pudiera errar ó faltar su autoridad un solo día, sería vana la promesa de Jesucristo, y su palabra una impostura. Pero si se reconoce la infalibilidad de la Iglesia, todo es claro y queda cumplido. ¿Quién no ve en estas palabras una promesa solemne de asistir á la Iglesia hasta el fin de los tiempos, y de impedir que mezcle el error con las verdades de que es depositaria? No ignoramos que algunos han supuesto que en dichas palabras no se contiene otra cosa que una simple seguridad de que el cuerpo de doctrinas y creencias que constituyen el cristianismo, no desaparecerá de la tierra; y aun otros se han figurado ver una promesa hecha por Jesucristo á cada miembro de la Iglesia, de ilustrarle individualmente en todas las materias concernientes á la fé. Pero analicémos las diferentes frases que componen este pasaje; y estableciendo su exacta significación con una comparación formal de otros pasajes, y examinando después las relaciones que entre sí tienen, no podrá menos de hallarse la significación general del conjunto de aquellas palabras.

Entonces se hará manifiesto que la asistencia que Jesucristo prometió á los apóstoles, se extiende á todos sus legítimos sucesores, y que debe durar hasta el fin del mundo, es decir, del orden actual de cosas. En este mismo sentido les dijo: "Yo pediré á mi Padre y él les dará otro consolador que permanezca con vosotros para siempre, espíritu de verdad." ¿Hay cosa tan clara como esta promesa de infalibilidad, hecha á los apóstoles y á los pastores de la Iglesia? También había dicho á los apóstoles: "El que os escucha me escucha." ¿No es esta la prueba de la personificación de Jesucristo trasladada á la Iglesia, y de que su infalibilidad ha venido á ser la infalibilidad de la Iglesia?

Sabemos que ostentando gran lujo de griego y de siríaco se puede arrancar violentamente á las palabras su sentido natural y sencillo, forjar el simbolismo y el mito, y engañarse con todos los delirios atrevidos del naturalismo y de la ecsegesi alemana. Pero el hombre imparcial y sensato no puede declararse contra el sentido inherente á las palabras, que prueban tan victoriosamente la autoridad infalible de la Iglesia. Aquí como en todas partes hay que buscar la verdad en un conjunto de hechos, de palabras ó de principios, y no en pormenores numerosos y sofisticos. Calcúlense las intenciones, el objeto y las palabras del celestial fundador, reunidas en la naturaleza de las necesidades reconocidas y de los auxilios preparados, y se leerá la infalibilidad de doctrina para la Iglesia, á no ser que haya una resolución anticipada de no aus-

leer, ni comprender nada. Esta cuestión es enteramente de conciencia y de buena fé. ¡Ah! si se quiere, si se ama sinceramente la verdad, fuerza será arrojarse con toda confianza en los brazos de la Iglesia, que llena de ternura estrechará en su corazón á sus hijos, objeto de su amor constante.

El hecho confirma el derecho. Se fundó la Iglesia, vivió, y su vida ha llenado el mundo. Desde su cuna no ha dejado de obrar como autoridad divina é infalible. Sus apóstoles enseñaron en nombre de su Maestro con la autoridad mas absoluta en la fé. Nombraron obispos que debían ejercer su misión con autoridad, y pronunciaron anatema contra los que no guardasen las verdades y las doctrinas transmitidas por los que los habían instituido. Desde el primero y segundo siglos se multiplican las disidencias y herejías. La historia atestigua que desde entonces hubo separación y condenación de los herejes; lo que sin duda era dar testimonio de infalibilidad. A medida que se levantaban errores, se dejaba oír una misma voz para confundirlos; y esa misma autoridad ha hablado de época en época, y declarado infalible de hecho la autoridad católica reconocida por todos los obispos ortodoxos de Occidente y Oriente. Desde su origen, la Iglesia ha ejercido actos de infalibilidad; pero el hecho no ha podido subsistir sin el derecho, porque el ejercicio de la infalibilidad sin derecho hubiera sido una usurpación monstruosa y sacrílega por parte de la Iglesia. Sin carácter evidente de divinidad, esta infalibilidad no hubiera tenido consistencia alguna, ni hubiera sometido al mundo; y sin embargo, no ha cesado de ser permanente y activa. Quince siglos habían transcurrido desde la cuna de la Iglesia hasta Lutero, y ni una boca se había abierto aún para disputar á aquella la infalibilidad. Por entonces se comenzó, no á creerla, sino á disputarla (1).

Después de los testimonios de una práctica tan constante y de la tradición de muchos siglos en favor de la infalibilidad de la Iglesia, ¿quién podría denegarla, figurándose que Dios hubiera abandonado la humanidad á las olas tumultuosas de sus pensamientos? ¿Podría suponerse que la Iglesia, sus apóstoles, pontífices, mártires y doctores, y todos sus santos, hubieran sido engañados ó impostores? ¿Qué inverosimilitudes!

Se ha imputado al catolicismo, pero injustamente, que probaba por un círculo vicioso la infalibilidad de la Iglesia con la Escritura, y la verdad de las Escrituras con la infalibilidad de la Iglesia. La Iglesia tiene motivos de credibilidad que le son propios, y la Escritura tiene los suyos. ¿Por qué no se ha de encontrar la mas grande y mas hermosa ley de la naturaleza en el orden espiritual y moral, lo mismo que en el orden físico? ¿Cómo el que ha fijado en sus órbitas por la atracción esos astros inciertos errantes en el espacio, no había de haber sabido también guiar y fijar las inteligencias al rededor de un vasto centro de acción, de verdad y de vida? Sin embargo, el mundo de las inteligencias es muy superior al mundo material. ¿No sería lo-

(1) En este sentido ha de entenderse también lo que decían ella Roussel y Fleury. *Ilist. de las var. dec. just.*

cura desterrar una Providencia ordenadora del mundo de los espíritus? Nuestro siglo que vive de generalizaciones, y que procede sin cesar por analogía, ¿no cesará de generalizar y de concluir hasta que este mismo procedimiento le conduzca a reconocer la verdad católica?

Pero ¿quién podrá dejar de admitir la infalibilidad de la Iglesia, si considera que necesariamente hay una autoridad soberana en toda sociedad para gobernar todos sus miembros en relacion con su fin, el orden, la justicia, la prosperidad pública é individual? Luego la Iglesia, que tambien es una sociedad, tiene una autoridad; pero porque esta sociedad es espiritual y está constituida para la fé, se sigue evidentemente que debe ser infalible la autoridad de la Iglesia, mucho mas cuando la inteligencia, cuya sumision escije, no está obligada a obedecer sino la verdad, y sin infalibilidad no habria sociedad, ni autoridad, ni fé.

Por eso escribia el señor conde de Maistre (1): "Cuando decimos que la Iglesia es infalible, no pedimos ningun privilegio particular para ella. Solo pedimos que goce del derecho comun a todas las soberanias posibles, que necesariamente obran todas como infalibles; porque todo gobierno es absoluto, y desde el instante en que puede resistirsele, no pretexto de error ó de injusticia, deja de existir. Sin duda que la soberania tiene formas diferentes: en Constantinopla no habia como en Londres; pero cuando ha hablado a su modo en una y otra parte, tan sin apelacion es el *bill* como el *fatwa*. Lo mismo sucede en la Iglesia: de un modo ó de otro, es menester que se gobierne como cualquier otra asociacion: de lo contrario no habria agregacion, ni conexion, ni unidad. Luego este gobierno es por su naturaleza infalible, es decir, absoluto. La infalibilidad en el orden espiritual y la soberania en el orden temporal, son sinónimos."

La idea de una Iglesia infalible resulta de la de religion, que se opone a una fé arbitraria é independiente de un juez soberano, y expresa un nudo sagrado que liga los entendimientos y une los corazones. Mas sin un tribunal absoluto, infalible, no hallaria la inteligencia término a sus incertidumbres y dudas en la fé.

La misma nocion de la verdad nos conduce á la infalibilidad de la Iglesia, porque la verdad y el sér son idénticos: es la expresion de las relaciones que ponen en armonia y unen todos los seres entre sí, Dios y el mundo, el hombre y sus semejantes. Ella descubre a las inteligencias su naturaleza, su fin y las leyes que deben conducirlas a ella. Y esta verdad proviene de Dios, porque el hombre, sombra del sér y móvil como ella, no ha podido sacar de su propio fondo esta gran idea de la verdad. Mas siendo manifestada esta verdad de Dios a los hombres, ha debido revestirse de fórmulas necesarias, de la forma de dogmas para transmitirse de generacion en generacion, porque debe perpetuarse con la sociedad. Así, bajo este respeto, la verdad se convierte en tradicion social, connotada con el sello de

su celestial origen. Y ¿cuál seria su suerte si quedara abandonada al hombre? ¿Qué seria de este dogma, invariable por su naturaleza, confiado á su razon móvil? No se perpetuaria si Dios no asistiera a este sér de un día, y seria destruido á lo menos en su expresion social si no estendiese Dios á todos esta nocion individual. La revelacion divina pereceria en las manos del hombre, si Dios no hubiera dotado de infalibilidad al depositario de su verdad.

Ya se ve con qué rigor se deduce esta base de la doctrina católica de la nocion de una verdad divina. Ademas, si se niega la infalibilidad á la Iglesia, todo se hunde: religion, moral, sociedad. En efecto, sus decisiones cesarian entonces de ser obligatorias, porque nunca puede uno estar obligado a creer lo que es falso: se apelaria al juicio del hombre, a la razon individual; en virtud de su independencia, la razon podria afirmar, negar ó quedar en la duda: la religion sin dogmas fijos, sin culto determinado, no seria mas que una opinion libre que podria uno variar y destruir. Pero entonces ya no habria preceptos ciertos, ni deberes, ni moral. La razon individual, juez de los dogmas, lo seria tambien de los preceptos: cada uno formaria su moral y su creencia, y del mismo modo que podria admitirse como verdad lo que otros llamaran error, podria uno amar como bueno lo que otro detestase como vicio. El bien y el mal, el vicio y la virtud se confundirian, y se harian ó evitarián instintivamente.

¿Qué seria de la sociedad en medio de estas tinieblas, espuesta al escepticismo universal? ¿Podria subsistir en la ignorancia de sus propias leyes y de las condiciones de la vida social? ¿No necesita mas que el individuo de doctrinas ciertas? Sin ellas, ¿cómo salvaria del naufragio la creencia de sesenta siglos? Pues ahí se llega de grado en grado cuando se abandona el principio fundamental de la religion cristiana: no habiendo verdades ciertas, tampoco habra leyes inmutables y obligatorias, tampoco vínculos entre los individuos y las naciones. Estas proposiciones están estrechamente ligadas entre sí. Una vez admitida la autoridad de la sola razon en materia de fé, por mas esfuerzos que se hagan para detenerse en la pendiente de la duda, las irresistibles consecuencias de este principio van a parar a un abismo, y no queda otra doctrina que la duda, ni otro porvenir que la nada.

La humanidad necesitaba un tribunal que fuera guardián é intérprete infalible del sagrado depósito de las verdades reveladas. Tal vez se nos remita al examen individual de las divinas Escrituras; pero ¿quién no sabe que ha sido el objeto de una infinidad de disputas, la fuente de todas las herejías y el origen de todas las sectas? Admitir este principio, seria dejar á cada uno el derecho de oponer razon a razon, y testimonio a testimonio: uno podria decir: La verdad está de mi parte, y mis razones son sólidas; mientras que otro de diferente opinion creeria que sus razones no tenian réplica. Entonces nadie querria ceder a su igual; y ¿qué medio quedaria para cerciorarse de que debe preferirse el sentido de éste al de aquel? ¿Cómo podria reconocer-

(1) Del papa

se la verdad en medio de todas las divagaciones del entendimiento humano? ¿Qué sería, además, un sentido oculto y dudoso, cuando se trata de una de las primeras necesidades del hombre y de la sociedad? La palabra divina, contenida en las santas Escrituras, va de la eternidad á la eternidad: baja del seno de Dios hacia el hombre a fin de mostrarle el camino que debe conducirlo por esta vida de pruebas. Pero el principio que libra su interpretación á la razon particular de cada hombre, destruye toda fé comun y cierta, y abre un abismo en el que va á sepultarse el conjunto de las verdades reveladas. Entonces el entendimiento humano llega a la incertidumbre de toda doctrina y a las tinieblas del escepticismo, y se estingue la luz, mientras que se proclama soberana la razon que ha acabado con la autoridad.

Después del transcurso de muchos siglos, á resultas de una resolucion tomada, se dijo un dia: "La Iglesia no tiene ya autoridad: a cada uno toca interpretar, juzgar y formar la fé: la opinion es la primera y la única potestad legítima." Entonces se concedió toda independencia á la escaltacion de las ideas y de las ilusiones individuales, y el oráculo sagrado debió cumplirse tristemente: "Todo reino dividido contra sí mismo, será desolado." El país en que se dieron estos gritos, se convirtió en un volcan, cuyas espantosas erupciones llevaron sus estragos á todas partes. Todavía brama el crater del volcan: la pasion de independencia que escalta todas las imaginaciones, caracteriza los estravíos de todo género, destruye toda base de certidumbre y todo motivo de subordinacion, y propende a poner en cuestion toda la organizacion social. Nosotros lo hemos visto y lo vemos todavia: estamos presenciando el caos mas inextricable de opiniones, de ideas y de doctrinas religiosas, verdadera confusion donde nada por encima y aparece aun en algunos corazones generosos el pensamiento católico. Cuando uno vuelve á abrir su alma á todas las luces del catolicismo y á la uncion interior de la gracia; cuando uno pone su entendimiento y su corazon bajo la autoridad tutelar de la Iglesia, entonces sucede una gran calma. En el seno mismo de las sombras y de las santas obscuridades de la fé se respira el bienestar de una claridad divina; y cuando renace diariamente con la vida el sentimiento de la fé, se despierta uno dando gracias al cielo por este asilo seguro en este valle de paso y destierro.

Debíamos comenzar por probar el dogma católico: réstanos discutir las vias de conciliacion abiertas á los cultos disidentes.

Los cismáticos griegos están separados de la Iglesia católica porque no quieren reconocer la supremacia de la silla pontificia, es decir, el principio de unidad que constituye la fuerza del catolicismo. Sabido es que apenas establecida la cadena que unia con la Santa Sede á los patriarcas de Constantinopla, se rompió hacia el año 866 por las manos de Focio, de funesta y odiosa memoria. La humanidad no tiene menos cargos que hacerle que la religion, para con la cual fué tan culpable. Fuera de las pruebas en que hemos fundado la supremacia

de la Santa Sede, ¿cuántos motivos particulares tienen los griegos para aceptarla? No puede ocultárseles que todos los doctores de la Iglesia de Oriente, los Clementes de Alejandría, los Atanasios, los Basilio, los Cirilos, los Crisóstomos y otros muchos reconocieron la supremacia de la Iglesia de Roma, con la cual formaban un mismo cuerpo. No pueden poner en duda que Focio mismo se habia dirigido sucesivamente a los papas Nicolas I y Juan VIII para que confirmaran su eleccion, y que en el año 1019 envió el emperador Basilio embajadores al papa Juan XX, a fin de pedirle el título de patriarca ecuménico por lo respectivo al Oriente para el patriarca de Constantinopla, así como el papa le disfrutaba sobre todo el mundo. En 1095 Demetrio, arrojado del trono de Rusia, apeló al papa como juez de todos los cristianos. El 8 de Julio de 1274 los griegos enviados al concilio de Leon por el emperador Miguel, entregaron la carta de su soberano y las de treinta y cinco obispos, en las cuales se adherian plena y libremente a la profesion de fé enviada á Miguel por Clemente IV siete años antes. Jorge Acropolita, gran logotetes, hizo juramento en nombre del emperador abjurando el cisma, aceptando la profesion de fé de la Iglesia romana, y reconociendo su primacia. No pueden los griegos haber olvidado que el 8 de Junio de 1439 amaneció para la Rusia un gran dia, en que Dios ostentó su misericordia en favor de aquella, porque le fué dado volver al seno de la unidad católica de la cual se habia separado. Después de una formal discusion, el emperador Paleologo en persona, y excepto Márcos de Efaso, todos los vicarios de los patriarcas que habian asistido al concilio de Florencia, firmaron la definicion y el proyecto de union á la Iglesia romana, y reconocieron la primacia de la Santa Sede. El arzobispo de Kiow, metropolitano de toda la Rusia, suscribió con los griegos el célebre decreto de union; y sus colegas en el episcopado no cesaron de dirigir sus esfuerzos hacia el mismo objeto.

No pueden disconvenir en cuanto á este hecho. En el año 1536 los obispos rusos que estaban sujetos á la dominacion de Sigismundo III, rey de Polonia y gran duque de Lituania, cediendo al solo conocimiento de la verdad, y escitados únicamente por el deseo de su salvacion y la de sus ovejas, enviaron dos colegas suyos á la cátedra de Pedro en nombre de todo el clero y del pueblo, pidiendo entrar de nuevo en comunion con la Iglesia romana y volver a la antigua unidad con ella.

En vista de tan solemnes y meditados testimonios, dados por los griegos antiguos y modernos á la supremacia de la Santa Sede, ¿les podria costar mucho reconocerle en el dia? Pero ¿no ven que sus propios rituales ofrecen en esta parte confesiones tan formales y poderosas, que apenas comprende uno cómo se resiste á rendirse la conciencia que consciente en pronunciarlas? Pero ¿no convendrán en que ellos mismos citan hechos en apoyo de la supremacia del papa? ¿No conocen que una vez roto el vínculo de unidad no hay tribunal comun, ni por consiguiente regla de fé invariable, y que para ellos

todo se reduce al juicio particular y á la supremacía civil? Pero ¿no ven que sus iglesias separadas de la Santa Sede, escribía un ilustre autor, pueden compararse á cadáveres yertos, en los que el frío ha conservado las formas, y que no quedara sino polvo en cuanto sople sobre ellos el viento de la ciencia? No conocen que el *iluminismo*, el *rascolismo* y otros principios mas peligrosos aún los dividen y devoran?

Para levantarse al nivel de la civilización europea y volver al seno de la Iglesia, no hay mas que un camino para los griegos, el que han abandonado: reconocer la primacía de jurisdicción y de honor del sumo pontífice. ¡Qué favorables disposiciones no deben esperar hallar en el jefe supremo que gobierna la Iglesia! Recuerden la tierna caridad con que el papa Clemente VIII los recibió en otro tiempo en medio de los aplausos del universo católico; qué solicitud les manifestó la Santa Sede; con qué indulgencia los trató, y con qué celo los auxilió de todas maneras. Como en el concilio general de Florencia se les había permitido reservarse los privilegios y los derechos de los patriarcas de Oriente, en 1586 se les dejó la libertad de conservar todas sus ceremonias y usos. No dudemos de la tierna solicitud con que el sumo pontífice, sentado hoy en la cátedra de Pedro, los recibiría en el seno de la unidad. Permítasenos presentar á los griegos un testimonio inequívoco en el afecto constante y en el ardiente celo que muestra aquel á favor de los doce millones de católicos diseminados en los estados rusos. Si en tantas ocasiones se ha complacido el príncipe de los pastores en asegurar al emperador, que lejos de aprobar el espíritu de insurrección contra las potestades legítimas, la Iglesia le reprueba al contrario y le condena enérgicamente; tampoco ha cesado de representarle con tanta energía como miramiento los derechos que tienen á su alta protección y á toda su justicia los católicos de su vasto imperio.

Si no ha sonado aun la hora de que vuelvan los griegos al seno de la unidad, no por eso es menos incontestable la verdad que combaten: abiertas las quedan las vías de conciliación, y espere mos á lo menos de la equidad y del ánimo elevado del poderoso emperador de Rusia, que acogiendo con benevolencia los deseos del jefe supremo de la Iglesia ponga término á sus tormentos.

Sabido es que Lutero y Calvino fueron los autores y los corifeos de la reforma. No negaremos que reinaban entonces muchos abusos en la Iglesia: la licencia había menoscabado hasta la dignidad del santuario, y las costumbres de ciertos clérigos eran disolutas; pero nada podía autorizar á aquellos reformadores para combatir la integridad de la fé. Enardecidos y extraviados por una ciega confianza en su propia sabiduría, no supieron discernir de los dogmas los errores y de las sabias instituciones los abusos reprobables. Reducidos á condenar lo que acababan de defender, ó á defender lo que acababan de condenar, se dejaron seducir por el orgullo, y á poco uada pudo contenerlos en justos límites. Parecía que un poder irresistible los impelia á co-

meter todo género de excesos; y era la lógica del error tan imperiosa como la de la verdad. Un dogma católico sobre todo debía ser el objeto de sus acometidas, porque es la clave de la bóveda del edificio religioso: así dirijieron todos sus tiros contra él. Al mismo tiempo que negaban la autoridad de la Iglesia, declamaron contra el papado, principio vital del catolicismo, centro de unidad que reúne las inteligencias por la fé á los mismos dogmas, y que concilia las voluntades por la sumisión de la gerarquía con que está constituida la Iglesia. La reforma no ha cesado despues de combatir esta piedra fundamental del edificio misterioso de Cristo. La memoria mas prodigiosa seria insuficiente para recordar los solos títulos de los libros ó libelos publicados contra ella durante estos tres siglos. Así no queriendo nosotros seguir á los luteranos y calvinistas en el vasto campo de sus disidencias, nos contraeremos á la cuestion del papado y de la infalibilidad de la Iglesia, como las únicas cuya solución debe necesariamente producir toda conciliación franca y durable.

Parece que se obstinan en desechar este dogma no obstante las sólidas pruebas en que descansa. Los hombres mas ilustrados que hacen época en los fastos del protestantismo, y hasta los autores de la reforma han profesado en muchas ocasiones otras opiniones con respecto á esta institucion que las del vulgo. Al parecer han experimentado en esta parte mas pesar que repugnancia; y casi estaríamos tentados por decir que en sus pensamientos podrian leerse mas elogios que vituperios. No bastaria un tomo entero para recopilar todos sus testimonios. En un libro que escribia Lutero contra Silvestre de Piers, alegaba estas palabras de Jesucristo: Tú eres Pedro.... y estas: Apacienta mis ovejas.... "Todo el mundo, dice, confiesa que la autoridad del papa proviene de estos pasajes." Allí mismo, despues de decir que la fé de todo el mundo debe conformarse con la que profesa la Iglesia romana, continúa así: "Doy gracias á Jesucristo de que conserva sobre la tierra esta Iglesia única por un gran milagro que por sí solo puede demostrar que nuestra fé es verdadera; de suerte que no se ha separado jamás de la verdadera fé por ningún decreto." "Confieso, escribia al cardenal Cayetano, que me he arrebatado indiscretamente, y que he saltado al respeto debido al papa.... dignaos de dar cuenta del asunto al santo padre: yo no deseo mas que oír la voz de la Iglesia y seguirla (1)." En 1518, dedicando sus controversias á Leon X, le decia: "Santísimo padre, me postro á vuestros piés, y me ofrezco con todo lo que puedo y tengo: dad la vida ó la muerte, aprobad ó reprobad: reconozco vuestra voz por la voz de Cristo que reina y habla en vos." Es admirable el modo con que se expresaba Melancton en una carta suya. "Nuestras jentes están de acuerdo en que es permitida la policía eclesiástica, en la que se reconocen obispos superiores de varias iglesias, y el obispo de Roma superior á todos los obispos.... Así no hay

(1) Bonnet, *Hist. de las var.*, lib. I, num. 21, 22.

disputa sobre la superioridad del papa y sobre la autoridad de los obispos: tanto éstos como aquel pueden fácilmente conservar esta autoridad, porque la Iglesia ha menester de conductores que mantengan el orden, que vigilen sobre los que son llamados al ministerio eclesiástico y sobre la doctrina de los presbíteros, y para ejercer los juicios eclesiásticos; de suerte que si no hubiera tales obispos, sería preciso hacerlos. La monarquía del papa serviría también mucho para conservar el consentimiento en la doctrina entre varias naciones: así fácilmente habría concordia sobre la superioridad del papa si la hubiera en todo lo demás." ¿Puede haber cosa más clara y terminante?

También Calvino decía (1): "Dios ha colocado el trono de su religion en el centro del mundo, y ha puesto un pontífice único, hacia el cual estan obligados todos á volver los ojos para mantenerse con mas fuerza en la unidad." El docto Grocio declaraba sin rodeos, que sin el primado del papa, no habria medio de terminar las disputas y fijar la fé (2). Casubon confesaba que el papa era el instrumento de que Dios se ha servido para conservar el depósito de la fé en toda su integridad durante tantos siglos. Puffendorf afirma que la supresion de la autoridad del papa ha sembrado infinitos gérmenes de discordia en el mundo; porque no habiendo ya autoridad soberana para terminar las disputas que se originaban en todas partes, se ha visto á los protestantes dividirse entre sí, y despedazarse las estrañas con sus propias manos (3). Jacobo I, rey de Inglaterra, Leibnitz, Sayvel y otros muchos encontraban muy razonable la institucion del papado; y el doctor inglés Catthwirth hacia á su iglesia este argumento tan sencillo pero de tanta fuerza: "Si la supremacía de un arzobispo de Cantorbery es necesaria para mantener la unidad de la iglesia anglicana, ¿cómo no lo sería la supremacía del sumo pontífice para mantener la unidad de la Iglesia universal (4)?"

Terminaremos con los testimonios de dos protestantes de los mas sabios, Muller y Bonnet. El primero, hablando de la irrupcion de los bárbaros, dice: "Era menester educar á los bárbaros nuestros padres, y hacerlos atravesar mil errores, antes que pudiese aparecer la verdad en su sencillez sin deslumbrarnos. ¿Qué sucedió? Dios les dió un tutor que fué el papa.... ¿Qué hubiera sido de nosotros sin el papa? Lo que ha sido de los turcos, que no habiendo adoptado la religion bizantina, ni sometido su sultan al sucesor de Crisóstomo, han quedado en su barbaria." El segundo le respondió el 11 de Octubre del mismo año: "Puedo decirlos que vuestra manera de considerar el imperio papal es precisamente la que yo adoptaba en mi plan: yo le presentaba como un gran árbol, á cuya sombra se conservaba la verdad para hacerse algun dia un árbol aun mucho mayor, que haria secarse al que no debia durar mas que un tiempo, un tiempo y la

mitad de un tiempo (1)." Podríamos citar también diversos sinodos, en los cuales reconoció la reforma la necesidad de una autoridad en la Iglesia.

Después de unas confesiones tan formales y de tanto peso, ¿no es de admirar que en Alemania, en Suiza, en Inglaterra y en Francia se resistan los reformados á admitir la supremacía de la Santa Sede? Si los motivos de creer en ella que el catolicismo les presenta, no les parecen capaces de convencerlos, á lo menos las opiniones de los autores de la reforma, deberían tener algun crédito para ellos. Deberían á lo menos estar de acuerdo con los que formaron su profesion de fé; pero la verdad es que para ellos sonó la hora de la emancipacion del entendimiento humano cuando la grande transformacion del siglo XVI. Entonces, adoptando sin restriccion el gran principio proclamado por Lutero, vino á ser la única regla de fé la interpretacion de la santa Escritura por la razon individual, y cada uno se formó su simbolo. No estrañemos, pues, que la reforma piense hoy tan de diversa manera que sus padres. Pero ¿á dónde llegará con tales principios? La echortamos á que lo medite con toda la seriedad que requiere una cuestion de resultados tan trascendentales. Echando una mirada hacia atrás, y considerando el término á donde ha llegado, juzgue por analogía de lo que puede promoverse en lo sucesivo. A presencia del abismo que se abre á sus piés, no debería ya vacilar en volver al puerto.

Lutero, después de haber reconocido la soberanía de la razon individual en materia de religion, é investido á todo ser pensador del derecho de interpretar las Escrituras y de rever todas las decisiones de la Iglesia, no tardó en gustar por sí mismo los amargos frutos del árbol de la libertad que habia plantado. Todos los dias veia, para hablar el lenguaje enérgico de Bossuet, irse la reforma á pedazos, y escapársele algunos dogmas de la antigua fé romana, que creyó debia conservar. Vió cumplirse en él el oráculo profético de San Agustin contra todos los sectarios: "Cojieron el cuchillo de la division para separarse de la Iglesia romana: aquel cuchillo quedó en sus manos; y ved en cuántas particillas se dividen ellos." Dios permitió que esta division comenzase por los jefes. El anabaptismo cayó como una tempestad sobre la Alemania, mientras que Lutero permanecia en su misteriosa prision de Warteburgo; y sus amargas quejas no le atrajeron los discípulos que habian abrazado la nueva doctrina. Zuinglio y Ecolampadio se levantaron como otra cabeza de la reforma. Carlostadio rompió con él, y la fé de Bucero fué á veces un problema. A ejemplo de Lutero, Melancton y Calvino lloraron amargamente la anarquía que á su vista devoraba la reforma naciente. "El Eliba con todas sus olas, decia Melancton, no hubiera podido suministrarle bastante agua para llorar tantas desgracias." La santa Escritura, que debia dar la misma fé á todos los creyentes, se habia convertido ya en un manantial de divisiones; y al proclamar

(1) Inst. VI, § II.

(2) *Votum pro pace ecclies.*, art. VII.

(3) *De monarch. pontif. rom.*

(4) *In defensione Virgiti.*

(2) Joh. von-Müller *summtliche Werke*; Funkenheller theil, in 8º, p. 326, 343 y 344.

ellos la autoridad de la razon individual, habian abdicado todo derecho de contener el torrente de las opiniones.

Apenas habia comenzado la ruptura de Lutero con la Iglesia romana, cuando ya conoció el herejiarca la necesidad de buscar un principio de unidad en cualquiera parte, a fin de reunir su doctrina en un mismo símbolo. Esta fué la razon ulterior por qué consintió en entregar el gobierno de aquella sociedad, cuyo fundador se declaraba, a la voluntad inconstante de todos los príncipes. Pero este dique no fué poderoso á contener el torrente aumentado con nuevos símbolos y controversias sin fin. La reforma estaba condenada á caminar. Jurieu habia tratado de traer las creencias a puntos fundamentales, y a mediados del siglo XVIII vacilaban ya los mismos artículos conmovidos é inciertos. Entonces se vió un espectáculo extraño: la reforma negando una por una sus propias doctrinas, y caminando a largos pasos hacia el abismo de la duda. D'Alembert no descubria ya en Ginebra mas que un débil matiz de diferencia entre la reforma y el deísmo (1). "Se pregunta á sus ministros, decia J. J. Rousseau, si Jesucristo es Dios, y nose atreven á responder. No se sabe ni lo que creen ni lo que no creen, ni aun se sabe lo que aparentan creer (2). No tardó en declarar una voz, que era preciso abstenerse de llamar a Jesucristo Dios Hijo, y que por su naturaleza es inferior á Dios Padre (3): desde entonces la reforma ha marchado con mayor rapidez hacia el deísmo; y no ha descubierto mas que un sentido ideal y místico en los libros de la santa Escritura. Eichorn no veia otra cosa que un mito en los hechos pasados en el paraíso terrenal. En Inglaterra se ha preguntado, qué razon poderosa hay para creer en una revelacion escrita, y ha habido la osadía de sostener que el Evangelio no puede defenderse por medios racionales. En Francia se niega igualmente la inspiracion de una parte de los libros santos, y se reduce la religion a un sentimiento indefinible, que se manifiesta bajo diferentes formas, segun los tiempos y paises. La eclesiología protestante disputa hoy a Moises hasta el Decálogo y la unidad misma de Dios, y los señores Bohn, Quinet, Gesenius y Lengerke consideran todos los libros del antiguo Testamento, ó como apócrifos, ó como ampliificaciones literarias.

Despojado así de su carácter profético el antiguo Testamento, el nuevo ha parecido á otros un tejido de emblemas y mitos (4). "Para mí, dice el superintendente general Røhr, la Escritura es como cualquier otro libro; no reconozco autoridad en ella sino en cuanto concuerda con mi propia conviccion: no la miro como la regla de mi creencia, sino que me sirve únicamente de prueba de que algunos hombres sabios de la antigüedad pensaron como yo (5)." "Tales han sido, dice Bretschneider, los progresos de la inteligencia en nuestros dias, que

no solamente la interpretacion, sino hasta el contenido de las Escrituras han venido á ser patrimonio de la ciencia (1)". Segun una multitud de escritores de la reforma, la doctrina de los Evangelios es tan muerta como la de la tradicion oral. Es probable, dicen, que no se ha recibido ciertamente la doctrina pura de Cristo por los documentos del nuevo Testamento, ó á lo menos que se han intercalado en ellos muchos errores; y se añade que valdria mas que nouviésemos ninguna noticia de Jesucristo, de quien no admite Strauss mas que la crucifixion: todo lo demás son para él mitos y visiones.

La verdadera religion no tiene otro origen que la razon humana. Las Escrituras son tan santas como los escritos de Platon y de Virgilio. Todo lo que se llama milagros, debe considerarse como fabulas. La personalidad de Dios, la divinidad de Jesucristo, la Trinidad, la inmortalidad del alma y el juicio final se confunden en una mitología panteísta. A ese punto ha llegado la reforma de Lutero en Alemania. ¡Qué espectáculo tan triste! ¡El divino libro rasgado así, despedazado por las manos que parecian encargadas de conservarle y defenderle! Es verdad que todas las sectas protestantes no han llegado ahí; pero no puede ocultarse que en todas partes propenden al deísmo. En vano querrian buscar el principio de unidad en la fuerza moral de sus ministros. Como no admiten autoridad infalible que se oponga a la anarquía de los entendimientos, y proclaman soberana la razon; no pueden resistir a la inundacion de los errores. La senda en que se han metido debe producir la ruina del cristianismo reformado, aun en concepto de muchos escritores suyos (2). Bayle, aunque protestante, habia previsto a donde se llegaría con este método racional. "Es mas útil de lo que se piensa, decia, humillar la razon del hombre demostrándole con qué fuerza se burlan de sus luces las herejías mas insensatas para embrollar las verdades mas capitales. Esto debe enseñar a los socinianos, que quieren que la razon sea la regla de la fé, que se estravian en un camino de perdicion, propio solamente para conducirlos de grado en grado hasta negarlo todo ó dudar de todo. Pues ¿qué se ha de hacer? Hay que cautivar el entendimiento bajo la obediencia de la fé (3)." Estas palabras equivalen a estotras: hay que volver a la unidad católica. Bayle no hubiera intentado el primero esta reunion; Melancton antes de él habia tenido ese pensamiento, y en la asamblea de Smalcalde fué de parecer que se reconociese el concilio convocado por el papa. Toda la secta instaba por su convocacion, y Melancton esperaba de él el fin del cisma; pero tan bellos principios no produjeron ningun resultado, porque con la mayor injusticia se queria escluir de él al papa y á todos los que hacian profesion de estarle sometidos (4). Despues se convocaron varios sínodos para este efecto, y

(1) Enciclopedia, art. Ginebra.

(2) Segunda carta de la Mont.

(3) Este tésis fué defendida en Ginebra el año de 1777.

(4) El Sr. Daub, prof. de teolog. en la universidad de Heidelberg.

(5) Carta sobre el racional. P. 18.

(1) El simonismo y el cristianismo.

(2) Revista de ambos mundos, Diciembre 1836, art. vida de Jesus.

(3) Dic. hist. y crit. art. Paulicianos.

(4) Bouquet, Hist. de los var. lib. v, art. 25.

en ninguno de ellos pudieron ponerse de acuerdo; sin embargo, la reforma no se cansó de solicitar esta reunion. No hablarémos de las sabias conferencias de Bossuet con Claude, en las que son de notar tanto vigor en la defensa de la fé, como indulgencia en las discusiones de los proyectos. Un ministro del santo Evangelio escribia no hace muchos años, segun refiere el señor conde de Maistre (1): "Sí, los reformadores son los que tocando á rebato contra el papa y contra Roma, han dado el primer golpe al antiguo y respetable coloso, y dirigiendo los entendimientos de los hombres hacia la discusion de los dogmas religiosos, los han preparado á discutir los principios de la soberanía. Ha llegado el tiempo de proseguir su obra, ese palacio soberbio destruido con estrépito.... Y acaso ha llegado la ocasion de hacer volver al seno de la Iglesia los griegos, los luteranos, los anglicanos y los calvinistas.... A vos os toca, pontífice de Roma.... mostraros el padre de los fieles, restituyendo al culto su pompa y á la Iglesia su unidad: á vos, sucesor de San Pedro, os toca restablecer la religion y las costumbres en la Europa incrédula.... Aprovechad pues, santo padre, la ocasion y las disposiciones favorables.... haciendo en el dogma los sacrificios que las circunstancias escijen, unidos á los sabios cuya pluma y cuya voz dominan á las naciones. Dad á la Europa incrédula una religion sencilla, pero uniforme, y sobre todo una moral purificada; y seréis proclamado el digno sucesor de los apóstoles." ¡Qué preciosas confesiones! ¡Qué deseo vehementemente de volver al seno de la unidad! Pero al mismo tiempo, ¿quién no convendrá que no puede concluirse ninguna alianza mientras se escijen concesiones en cuanto al dogma? Tocar á él seria aniquilarle. Dios le ha revelado, y el entendimiento humano no puede añadirle ni quitarle nada. La verdad eterna es el garante de todas y cada una de las verdades reveladas y propuestas por la Iglesia á la fé de los pueblos. En cuanto se desechase una sola, no habria razon para dejar de escluir las otras. Obrar de esta suerte seria sustituir en la religion la razon humana á la razon divina; y desechariamos el sello que comprueba la legalidad de aquella. Semejante pacto de alianza seria un *delito de muerte* para el catolicismo. Su regla de fé es inmutable y no se reforma.

¿Habrémoss pues de perder para siempre la esperanza de todo medio conciliatorio? No sin duda. La reforma puede hacer lo que á nosotros nos está prohibido: como que es obra del hombre, le es dado perfeccionarse sin destruirse, poniéndose en completa armonía con el catolicismo, que es la obra de Dios. Esta reunion no puede consistir únicamente en simples imitaciones de su ceremonial; mientras la reforma no saliese de esta esfera reducida de actividad, siempre se quedaria á grandísima distancia. En cualquier proyecto de union es indispensable que entre el reconocimiento del papado y de la infalible autoridad de la Iglesia; y de buena fé

¿qué obstáculo insuperable puede tener la reforma para aceptar ambas cosas?

¿Se obstinara la iglesia anglicana en disputar al papa su soberanía en el órden espiritual? Pero también admite las Escrituras: se precia con justo título de superioridad de saber y de razon, y la autoridad de la tradicion no se ha extinguido enteramente en ella: consúltelas, y la respuesta de aquellas desvanecerá toda duda. Todos los siglos, desde la cuna del catolicismo hasta nuestros dias, han confesado y reconocido al papa por cabeza visible de la Iglesia, y los esfuerzos de la herejía para librarse de su autoridad, suponen su existencia. Además, la iglesia de Inglaterra escije obediencia para sus obispos, invocando las palabras dirigidas á los apóstoles: Id, y enseñad.... luego se apoya en la mision dada á éstos en el Evangelio para probar su autoridad. No sabemos, pues, explicar su resistencia á admitir el primado de jurisdiccion y de honor en los sumos pontífices, sucesores de San Pedro, que la recibió de Jesucristo en las inmediaciones de Cesarea y á orillas del mar de Galilea. Las palabras del Salvador fueron igualmente claras, y debieron tener su efecto, tanto respecto de Pedro como de los apóstoles; y si el pasaje concerniente á éstos no puede tener un sentido restrictivo, no vemos cómo las palabras dirigidas á Pedro habrian limitado á su persona y á su vida las promesas que se le hicieron.

Si los obispos anglicanos intentan probar su mision con las palabras que hemos indicado, ¿por qué les parece mal que los papas asienten sus derechos sobre las que comprueban los privilegios de Pedro? ¿Temerá la Inglaterra que el papado reivindique algunos derechos sobre lo temporal de sus reyes? Mas no puede haber olvidado que el sumo pontífice Gregorio XVI, profesando en todas las circunstancias la máxima de perfecta fidelidad á la potestad temporal en el órden civil, ha declarado solemnemente que no quiere estender su poder de un modo inconciliable con los derechos de los soberanos, ni ejercer en los estados la autoridad legislativa fuera del círculo de sus atribuciones eclesiásticas. ¿Bajo qué pretexto pues deja de reconocerse en su persona la supremacía espiritual independiente de los poderes del estado? Pero el anglicanismo ¿no echa de ver la tendencia bien manifesta de la nacion hacia el catolicismo? El poder pontificio, la autoridad de la Iglesia son reconocidos cada dia mas en Escocia, Inglaterra é Irlanda. La célebre universidad de Oxford ha desplegado la bandera, y todos se incorporan á ella, animandola la universidad de Cambridge, que al principio se habia manifestado hostil á la conversion hacia las ideas católicas. El puseismo triunfa de todos los obstáculos, y rebosa por todas partes. Ya se sabe que ser puseista es anatematizar el principio vital del protestantismo, alejarse cada vez mas de las doctrinas de la reforma anglicana, deplorar la separacion de la Iglesia de Roma y mirar á ésta como la madre que nos ha engendrado en Cristo. Ser puseista es denunciar la iglesia anglicana como reducida á la esclavitud y cargada de cadenas: declarar que lo ar-

(1) Del papa.

tículos de la fé anglicana se compusieron en un tiempo de hostilidad contra el catolicismo: que las Escrituras no son la única regla de fé: que la Biblia sin anotaciones ni comentarios, puesta en manos de las personas ignorantes, no es propia para dirigir el curso ordinario de la vida, de modo que se alcance con certeza la salvacion eterna: que Jesucristo está presente en la cena eucarística: que es una costumbre santa orar por los difuntos: que se puede creer en la existencia del purgatorio: que pueden venerarse las reliquias é invocarse los santos; y que hay siete sacramentos (1). Es tan perceptible el movimiento religioso de Inglaterra hacia la autoridad del papa, que parece que tiene algo de entusiasmo. No ha mucho que escribia el señor Palmer al señor Golithy: "Si desear el restablecimiento de la unidad con la Iglesia de Roma es un deseo de papista, en ese caso declaro que soy papista en el fondo de mi alma." ¿Qué es pues lo que puede contener este impulso generoso? ¿En qué consiste que no arrastra á toda la nacion inglesa? ¿No ha pasado aun por bastantes errores? ¿No le parecerá bastante pesado el yugo opresor del pauperismo que pesa sobre su cabeza, para alargar los brazos hácia aquel de quien nos viene todo auxilio? ¡Ah! Reanímese la fé en todas las clases sociales con el recuerdo de los beneficios de que las colmó el cielo en otro tiempo. Los papas no cesaron jamás de declararse sus protectores y sus padres: muéstrese pues ella digna otra vez de la solicitud y del amor de los mismos.

¿Qué dificultades graves nos opondrá la reforma para la reunion que desea? Estamos dispuestos á concederle todo lo que puede ser concedido; pero no podemos jamás menoscabar las bases indestructibles del catolicismo. La reforma conviene, sobre todo en Francia y en Alemania, en que la razon individual no basta para ser árbitro esclusivo de la fé. Muchos le sustituyen la razon general, y entonces son arrastrados a la pendiente rápida donde los colocan los principios filosóficos de nuestra época, y no pueden menos de parar en el escepticismo.

Se nos objetan muy á menudo los vicios y la ambicion de los papas; y se nos dice que por espacio de siglos se han sentado en la catedral de S. Pedro pontífices de costumbres disolutas, y siempre prontos á derribar la corona de las sienes de los reyes. Bajo esta pretesto se discurre quedar dispensados de reconocer su autoridad. No debemos rechazar semejante objecion, porque los católicos no han supuesto jamás que los papas estén libres de prevaricar. El Salvador al darles un poder tan grande les dejó el libre albedrio, y están como el mas humilde de los fieles bajo la influencia de la culpa original. Confesamos que algunos papas habrán podido mostrarse á veces poco dignos de su santo ministerio; pero ¿qué se infiere de ahí? Si generalmente se deben honor y respeto á los que están revestidos de una dignidad cualquiera, prescindiendo de sus cualidades ó defectos; con mucha

mas razon no debe ningun hombre tratar de alterar por éste motivo el sentido de las palabras de Jesucristo, ó juzgar desventajosamente la existencia del pontificado. Sin duda que los papas no son impeccables; pero no dejan de ser dignos para siempre de veneracion. Entre los apóstoles hubo un Judas; y si su traicion no alteró la dignidad ni disminuyó la jurisdiccion del apostolado, ¿cómo habria valor de desechar el papado a causa de los crímenes de algunos pontífices? Nadie ignora que todos los sumos pontífices de los cinco primeros siglos de la Iglesia, á escepcion de Liberio, han ocupado un lugar en el catalogo de los santos; y hasta algunos escritores protestantes han tributado los mas honoríficos testimonios á las virtudes de los papas que antecedieron próximamente ó se siguieron á la reforma hasta nuestros dias.

Ha habido complacencia en acusar de ambicion á los de la edad media. Pero ¿no hemos visto publicarse muchas obras, cuyos autores siendo protestantes han rehabilitado la memoria de los que se nos habian pintado como desmesuradamente sedientos de engrandecimiento y envidiosos del poder temporal de los reyes? Gregorio VII é Inocencio III cuentan hoy sus panegiristas entre aquellos (1). Aun en la hipótesis mas favorable á las pretensiones de la reforma, no podria deducirse nada contra la institucion de los papas. De un hecho particular no se puede sacar una conclusion general. Además, ¿quién no convendrá en que si el abuso de los poderes probare algo contra la autoridad del que los ejerce, no habria ya autoridad sobre la tierra? Con gusto pues consentimos en conceder á la reforma que los papas no estan libres de las flaquezas de la humanidad; pero rogamus á aquella que convenga con nosotros en que sus prevaricaciones no pueden destruir en nada la institucion divina del papado.

La reforma tiene que glosar acerca de la jurisdiccion temporal de los papas. Tambien le concederemos que la supremacia espiritual de que están investidos, no trae necesariamente consigo aquella posesion, y añadiremos que la supremacia sobre los estados romanos no forman siquiera parte integrante de su dignidad. Con todo debe reconocerse con muchos escritores aun protestantes (2) cuan ventajoso es así para la Iglesia como para las sociedades que los papas estén enteramente independientes de los soberanos. ¿Por qué, se nos pregunta, no apareció la autoridad papal en los primeros siglos? Despues de todas las explicaciones que hemos dado ya de esta tesis, nos bastará responder que los papas han sido mirados constantemente como jefes espirituales: que ejercieron en los cuatro primeros siglos una jurisdiccion incontestable y no disputada; y que si su autoridad se ostentó mas en las edades posteriores, fué por la mayor urgencia de las necesidades de la Iglesia.

Se nos acusa de que adoramos al papa: injusta-

(1) Cada una de estas frases está sacada de algun escrito de sus pontífices. *Univers* 30 de Agosto de 1832.

(1) Obra del señor Vnigl, aprobada por los mejores historiadores de la Alemania moderna, &c.—Id. Harter, ministro de la iglesia protestante de Alemania.

(2) El señor Hume, *Hist. de la casa de Tudor*, t. 2, p. 8.

mente lo ha afirmado la reforma. Pregúntase al último católico, recórranse todos nuestros libros, y fácil será convencerse de que estamos lejos de tributar honores divinos al papa. La reforma se resiste á reconocer la infalibilidad de la Iglesia, al paso que concede este privilegio á la razon individual; á lo menos en el sentido filosófico á la razon general de la humanidad. Juzgue con ánimo elevado é imparcial de qué lado debe inclinarse mejor la balanza. Algunos protestantes nos han declarado á nosotros mismos, que admitirian gustosos un gobierno constitucional en la Iglesia; pero les pedimos que observen que este gobierno no seria centro de la unidad en cuanto la fé cesase de ser idéntica en todas partes; y querer dar una nueva forma á la Iglesia seria destruirla. Tampoco podemos convenir con el parecer del señor Montlosier, que nos aconseja sin rodeos que quitemos de nuestra religion sus dogmas, sus misterios y sus artículos de fé, y que no conservemos mas que las ceremonias, que le parecen bellas y pomposas (1). Los artículos de fé de una religion forman su sustancia y su fondo: la disciplina y las ceremonias son partes accesorias.

Los señores Merle de Aubigüé y Boat han publicado no há mucho ciertos escritos, en que abundan las invectivas contra el papado y la jerarquía católica: no necesitamos refutarlos. Bastanos decir con el presbítero Magnin, que ha respondido á sus impugnaciones con tanto talento como energía, que semejantes ignominias quedan á cargo de su inventor. No hacen mas que rebajar el precio de una causa, y seguramente no es el de la nuestra. Salgan algunas otras obras de este gusto, y los protestantes sinceros, á quienes queremos siempre como hermanos muy amados, á falta de razon para reprobar la herejía, conocerán que los viles medios empleados para retenerlos les bastan para librarse de ella.

¿No vemos diariamente que los hombres de mas noble caracter y de ingenio mas perspicaz, aterrados de la irremediable confusion que presencian en el protestantismo, vuelven amorosos sus miradas hácia la antigua Iglesia su madre, y entran unos tras de otros en su unidad, á veces á costa de los mayores sacrificios? Entre las dinastías soberanas, el amable principe Adolfo de Mecklemburgo y su hermana Carlota, princesa real de Dinamarca: en la república de las letras y de las artes un Winckelmann, un Zoega, un Hamann, un Stolberg, un Werner, un Federico Schlegel, un Carlos de Haller, un Esslinger y otros muchos cuyos nombres solos llenarian volúmenes enteros. ¿En qué consiste que este movimiento no se estiende á Francia, á Alemania y á Suiza en un radio mas vasto? Por un lado convienen los protestantes en que la confusion de las palabras y de las ideas ha llegado al colmo entre ellos: por otro, ¿qué no pueden esperar de la indulgencia de la Iglesia? Ya saben hasta donde llegó en este punto el ilustre Bossuet, que sirvió de intérprete de aquella. No pueden negar sus homenajes al digno pontifice Gregorio XVI, con el cual han subido á la cátedra apostólica todas

las virtudes de Pedro. Todo el mundo cristiano tiene forzosamente que hacer justicia á su firmeza en la fé y á su bondad para atraer á los mismos que le ultrajan. ¿Qué testimonio no ha dado de su ardiente amor por la paz, á la iglesia reformada de Prusia y de Alemania, levantando el impedimento dirimente del matrimonio entre católicos y protestantes!

Como hijos de un mismo padre y llamados á cumplir el mismo destino, reunámonos para admitir la grande institucion llamada pontificado; ese poder maravilloso, cuyo secreto misterioso se oculta á las investigaciones de la sabiduría humana, que nació en medio de las tempestades y crece bajo el hierro de las persecuciones. Ha atravesado diez y ocho siglos como un día: ¡cuántas generaciones han doblado la rodilla ante él! ¡cuántos pueblos ha visto nacer y morir! Innumerables borrascas han pasado por cima de su cabeza, y sin embargo él está en pie firme é inmóvil como la pirámide del desierto: su brazo se extiende hasta los confines del mundo: su cetro domina el tiempo y el espacio; y sentado sobre lo pasado está ahí para asistir á las naciones en su carrera é indicarles su término. En vano se colocaria en las regiones de la inteligencia la palanca con cuyo auxilio se intentase conmoverle ó derribarle: solo hay fuerza cuando el apoyo es la verdad. Y ¿qué tendra que temer el poder papal de la potencia de la razon, cuando aquel ha recibido de arriba la sublime misión de enseñar al mundo?

No cesemos de aplaudir el proyecto de atraer todos á la unidad de creencia y de opiniones bajo la influencia de una conviccion libre y profunda. La union de los pueblos depende en especial de su union en los principios religiosos. Solo en la unidad están su salvacion y una gloria durable, y no puede haber unidad mas que con la autoridad. "Toda nacion europea (ha dicho un hombre de profundo saber) que se sustraiga á la influencia de la Santa Sede, caminará insensiblemente hacia la esclavitud ó se precipitará en la revolucion, y tarde ó temprano la razon ó la desgracia traea otra vez á toda nacion separada, despues de haber recibido la impresion del sello universal, conociendo que le falta algo."

CAPITULO IX.

DEL CATHOLICISMO CONFRONTADO CON LOS DIVERSOS SISTEMAS DE LA ECONOMIA SOCIAL EN EL SIGLO XIX.

Importancia de la economia social.—Su objeto y fin.

—Lo que pensaban los antiguos de ella.—Mejora que el cristianismo ha introducido en esta ciencia.

—Diversos sistemas adoptados por los economistas modernos.—Falsa teoría de la produccion de las riquezas fundada en el monopolio industrial, en la filosofía sensualista y en la moral egoísta del interés personal.—Quincy, Smith, Ricardo, Say, San Simon, Fourier y Roberto Owen.—Homenaje tributado á las doctrinas de los señores de Caux y conde de Villeneuve de Bargemot.—Tentativas del flosofismo social para insinuar que el

(1) En su libro *Des ecclesiastes*.

catolicismo es enemigo natural de la agricultura, de la industria y del comercio.—De sus funestos resultados en Europa.—Para poner término á estos males hay que juntar la influencia de los principios religiosos al progreso de la industria.—El catolicismo puede concurrir eficazmente á aumentar los elementos de la fortuna pública.—El espíritu de sacrificio que inspira, es la demostración de esta verdad.—Testimonio del señor Eugenio Buret, que suministra pruebas de hechos —Del catolicismo emanan la seguridad, la libertad y la caridad, tres condiciones indispensables al incremento social.—Votos del autor.—Conclusion de la obra.

La importancia de la economía social explica la profusión de sistemas á que ha dado margen. Todo individuo siente la necesidad constante de proveer á su subsistencia y de mejorar su bienestar. Por eso no hay cosa que parezca mas digna de interesar á la humanidad, que la ciencia que abraza los elementos positivos de la vida física y moral de las naciones. Esta es la ciencia de las leyes, que dirigen la formación, repartición y acrecentamiento de las riquezas de los pueblos. Tratada en su totalidad abrazaría la historia de la civilización entera. Según la acepción de la palabra es la de la economía social; lo que debe darnos á entender que no puede circunscribirse en los límites que la mayor parte de los escritores le señalan.

Como ha notado muy bien un juicioso autor, desde que se ha probado que las propiedades inmateriales, como el talento y las facultades personales adquiridas, forman una parte integrante de las riquezas sociales; que los servicios prestados en los cargos mas elevados tienen su analogía con las ocupaciones mas humildes: desde que se han establecido con toda claridad las relaciones del individuo con el cuerpo social y de éste con aquel, y sus recíprocos intereses; se ha averiguado que la economía social, cuyo objeto al parecer no era mas que los bienes materiales, abraza el sistema social entero. Considerada bajo este aspecto toca á todas las ciencias y aun las abarca todas. Circunscribiéndose en la esfera de su actividad especial, nos conduce de los efectos á las causas y de las causas á los efectos, y se compone no de hipótesis, sino de hechos: se funda en la experiencia y en realidades. Revela al hombre por qué medios se producen los bienes con los cuales subsiste la sociedad entera, é indica á cada individuo cómo puede multiplicar los recursos que la Providencia le ha distribuido. No se necesita mas para justificar la alta importancia atribuida á esta ciencia. No entra en el plan que nos hemos propuesto, explicar los diferentes sistemas á que dió margen desde la mas remota antigüedad. Nos limitaremos á decir sobre este punto que los antiguos reflexionaron poco al parecer sobre el conjunto de los conocimientos que forman hoy el patrimonio de aquella.

Los griegos y los romanos no fundaban su subsistencia y sus acumulaciones mas que en la conquista y en la depredación. La crematística sin em-

bargo era una ciencia caracterizada por Aristóteles. El señor de Sismondi ha ponderado muchísimo la precisión con que Platon mismo se esplicó acerca de ella; pero aun no se habia pensado en darle una forma científica, un objeto distinto y separado de los otros ramos de la ciencia social por medio de la observación y de la generalización de los hechos. Además la desigualdad de las condiciones humanas, llevada hasta el último término por la esclavitud, debia reducirla necesariamente á estrechos límites. Los antiguos consideraban la riqueza como un hecho, y no habian cuidado jamás de investigar su naturaleza y causas: la abandonaban enteramente á los esfuerzos individuales de los que se ocupaban en crearla, y cuando el legislador era llamado de cualquiera modo á limitarla, no fijaba jamás su atención en el interés pecuniario de la generalidad. Las ciencias, cuyo objeto era cada uno de los ramos de la riqueza territorial, no se referian á un centro comun, no eran otros tantos corolarios de una ciencia general; sino que se trataban aisladamente y como si todas tuvieran en sí mismas sus propios principios (1).

Apareció el cristianismo; y el hecho solo de su influencia sobre el orden moral y material del universo es un manantial inagotable de contemplación y de estudio. Mejoró todos los sistemas que dirijian entonces la economía social de los pueblos. Despues se ha trabajado mucho así en Francia como en Inglaterra, en Alemania, y hasta en Prusia y en Rusia, para explicar las leyes secundarias que arreglan el progreso de la fortuna pública; pero es de sentir que la admirable sagacidad de que se han dado pruebas, no haya ido siempre á buscar sus inspiraciones en los principios verdaderos é indisputables. Turgot y Stevar determinaron las leyes que arreglan la distribución del producto total de la tierra con el nombre de arrendamiento, de las ganancias del capital y de los jornales segun el estado de la civilización. Hicieron que dependiera de la fertilidad de las tierras, del aumento de los capitales y de la población, de la habilidad de los cultivadores y de los instrumentos empleados en la agricultura. Los economistas secuaces de Quesnay creian que nada se les podia objetar cuando sentaban el principio de que siendo la tierra únicamente la que puede producir, no hay otro producto real que el producto neto de las tierras. De donde concluian que era menester cargar la totalidad del impuesto directamente sobre las tierras. Smith se dedicó á explicar el mecanismo de las leyes de la producción, de la distribución y del consumo de los valores enajenables; á sentar principios y á sacar de ellos conclusiones aplicables á la industria. Se ha defendido despues que la riqueza era únicamente el producto del trabajo. A principios del siglo XIX el señor David Ricardo aseguró, conforme á unos principios tal vez demasiado absolutos, que el aumento de los impuestos no menoscababa en nada el producto y el consumo de un país. Quería que se cambiasen billetes de banco por barras de oro.

(1) El señor de Sismondi.

Uso de sus principales adversarios fué el señor Bosanquet, cuyos errores de hecho y de deducción, en decir del doctor Copleston, pusieron en evidencia el talento del escritor que salió á vindicar la verdad. J. B. Say rehabilitó con aplauso las obras de la inteligencia que Smith habia separado como improductivas, y logró disponer la ciencia en un orden mas metódico é instructivo, enriqueciéndola con investigaciones exactas y profundas.

Conocemos que se necesitaria un talento muy superior al nuestro para hacerse arbitro en semejante materia. Así es que no nos hemos propuesto examinar la economía social en sí misma, y someter á nuestro calculo la produccion de las riquezas, la aplicacion de los principios de la economía política á los diversos géneros de industria, los cambios y monedas, la influencia de las instituciones sobre la economía de las sociedades, la manera con que deben distribuirse las rentas en la sociedad, el número y condicion de los hombres, los consumos que se efectúan en la sociedad, y las rentas públicas. Tales consideraciones sobrepasarían visiblemente nuestros alcances, y no se dirigirían á nuestro objeto.

Nos basta someter los sistemas mas recientes al cálculo mas exacto: considerarlos no tanto en sí mismos cuanto en sus relaciones con las necesidades de las sociedades modernas, en la tarea que hay derecho á esperar de nosotros. San Simon, Carlos Fourier y Roberto Owen son unos pensadores extravagantes, y los primeros de nuestra época que han desplegado la bandera de la nueva era de organizacion social. Aquellos tres nombres componen por sí una familia: en ningun otro se encuentra ni tanta audacia, ni tanta ambicion.

Honrando el talento donde quiera que le encontramos, y agradecidos á todo hombre que se consagra á la gloriosa, pero difícil tarea de servir á su patria, nos mantendremos en la mas rigurosa reserva en cuanto á las personas: solo tomaremos en cuenta las cosas. Los sistemas de los economistas que acabamos de nombrar, ofrecen una completa abstraccion de las ideas religiosas. Sentando el principio del trabajo y de la civilizacion sobre la escitacion incesante de las necesidades, han fundado la teoria de la produccion de las riquezas en el monopolio industrial, la filosofía sensualista y la moral egoista del interés personal. ¿Qué puede esperarse de sus esfuerzos aunque sean reunidos? A presencia de las urjentes necesidades del siglo XIX todas sus tentativas han sido impotentes.

Hay que convenir en que la sociedad tiene necesidad de fé, de esa fé cristiana, no menos ilustrada que activa, que con sus promesas y temores excita al hombre á todo lo que es grande, noble y virtuoso, y le desvía de todo lo que propende á la vileza é infamia. Tiene necesidad de esa fé que hace al hombre tan celoso de sus derechos como fiel al deber; de esa fé que en compensacion de las penas inseparables de la vida le asegura los consuelos de la inmortalidad. ¿Qué han hecho nuestros llamados economistas para reanimarla en la multitud?

Al título de experimentador y de publicista quiso San Simon, es verdad, agregar el de reformador religioso. Figurándose que el catolicismo no estaba ya en armonía con el progreso de las ciencias positivas, se esforzó á introducir en el mundo un nuevo cristianismo, que hacia consistir enteramente en el amor recíproco entre los hombres. A sus ojos este era el único artículo de fé inspirado por Dios. El único objeto de la religion debía consistir en dirigir la sociedad hácia la mejora mas rápida posible de la suerte de la clase mas numerosa y pobre. No hablaba de nuestros dogmas mas que para negarlos, de las divinas Escrituras sino para contradecirlas, y del papa mas que para blasfemar. Sus sucesores, propagadores ardientes de las lecciones que habian recibido de su maestro, y redactando su llamado símbolo, rebajaban la divinidad hasta igualarla con el hombre, y levantaban á San Simon hasta hacerle igual á Dios. Para sustituir la fé cristiana llamaban en ayuda de su nuevo sistema social la ciencia de la especie humana, y rebelándose contra el dualismo católico reunieron sus esfuerzos para proclamar la rehabilitacion de la materia y de la inteligencia, de la carne y del espíritu. Los discípulos, sin duda como su maestro, afirmaban que únicamente querian dar al cristianismo una nueva transformacion y no abolirle, y no pudo creérselos bajo su palabra. Se esforzaban á sustituir una base enteramente humana á la fé divina, y á la moral severa y pura del Evangelio las risas y los placeres, la loca alegría y las voluptuosas emociones del vicio.

Fourrier habló á veces de Dios, del cristianismo y de la revelacion, de modo que hacia creer que conservaba aun ideas exactas de estas cosas; pero seguia como sin saberlo la senda panteísta, y no podia parar mas que en un abismo. Su cosmogonía y su psicogonía ofrecen tal anomalía que son un verdadero caos. Una razon delirante en oposicion con la fé revelada sube sobre la trípode y anuncia oráculos. Toda creacion sucesiva se obra por la conjuncion del fluido austral y boreal: las almas humanas se transfunden siempre en cuerpos á fin de no privarse jamás de las sobreexcitaciones sensuales. Todas las pasiones deberían tener su incremento libre y completo: buenas ó malas, todas son de inspiracion divina y por lo mismo legítimas. La atraccion apasionada es la voz de Dios, una brújula de revelacion permanente. Con la ayuda de un analogismo pomposo no hay cosa que no ensaye contra los verdaderos principios religiosos. Nadie duda hoy que se dirigia á un paganismo refinado.

Roberto Owen andaba entonces ocupado en sus sociedades cooperativas en Inglaterra, y se abria la senda sensualista fatalista. No veia en el hombre mas que el juguete de las circunstancias, y cerrando los ojos sobre la perturbacion causada en la economía del ser moral por la caída del primer hombre, nadie le parecia bueno ni malo al nacer. Pretendiendo libertar á la humanidad de toda privacion y de toda regla, no le proponia otra recompensa que en la tierra, el consuelo de la virtud y la plena satisfaccion de los sentidos.

Si con tales doctrinas se han podido figurar algunos que se reanimaría la fé de la multitud, se engañan admirablemente. Nosotros no podemos prever mas que resultados enteramente contrarios. Las consecuencias terribles, pero rigurosas, son la exclusion de toda creencia sobrenatural y divina, y la ontología de las potencias pasionales con todos sus escosos en el hombre.

¿Qué podía ganar con estos sistemas el progreso verdadero hácia el cual se ven impelidas las sociedades modernas? El sansimonismo como prenda de union y de progreso pedía la gerarquía de las capacidades, el adelantamiento de la industria y la esperimentacion sucesiva y personal por entre las posiciones sociales mas diferentes. La luz que debía fecundar lo porvenir, era la ciencia general que iba á desplegar sus magnificencias. Adjudicando á los jefes de la doctrina la reversion de todos los bienes, desheredaba á la multitud de todo derecho de sucesibilidad. A falta de toda ventaja, esta utopia era á lo menos muy ingeniosa para sonsacar en beneficio de algunos la propiedad de los bienes de la nueva familia. El sistema de Fourier, no descubriendo mas que insensatoz y desastres en la civilizacion actual, únicamente veía la senda abierta á la prosperidad de los pueblos en la satisfaccion de todas las facultades y de todas las pasiones. Proponiéndose al parecer una organizacion de trabajo industrial y agrícola, propendia á sustituir á los esfuerzos incoherentes, decia, de nuestros comunes divididos, el esfuerzo combinado y fecundo de los comunes asociados.

Entre los trabajadores debía existir la mejor armonía por la sola virtud de lo que él llamaba *el mecanismo seriario*. Segun la fórmula que se ha hecho célebre, todos los hombres debían estar asociados en capital, trabajo y talento. Owen, metido en las vias del fatalismo, no descubría en el hombre mas que un compuesto de organizacion original y de influencias exteriores. Segun él debía abolirse la propiedad individual: la comunidad absoluta y la perfecta igualdad eran las únicas bases posibles de una sociedad progresiva.

¿En qué, pues, podían venir á parar las teorías de estos tres reformadores? ¿Qué garantía de perfeccion social podían dar á la sociedad en definitiva? ¿Qué idea nos dan del hombre reduciéndole en cierta manera á la condicion del bruto, y haciéndole obedecer sin cesar al cabezon de la fatalidad? ¿De qué progreso puede ser capaz el hombre á quien aquellas no conceden el ejercicio de ninguna facultad espontánea? Por eso propenden a romper la individualidad para entronizar la comunidad. Pero ¿quién no ve que este expediente es un puro ideologismo, un sueño vano, porque habria que negar las pasiones para reducir las a la resignacion? ¿Cómo se conseguiría, cuando estas mismas teorías tratan de concederles una satisfaccion ilimitada? El mismo Fourier conocía muy bien su impotencia, cuando confesaba que quería hacer una experiencia y no fundar una escuela.

Estos sistemas no podían cooperar al progreso del entendimiento humano en las ciencias, pues que

en vez de aplicarle á ramos especiales de este género, le aplican simultáneamente á toda la generalidad que aquellas comprenden. La inteligencia, como perdida en este vasto terreno, no sabe á qué agregarse, y trepando una altura para medir su extension, cierra los ojos para no descubrir ya nada. La economía social que estos supuestos economistas tomaban al parecer tan á pecho, no iba á ganar nada. No viendo ellos la fuente de la fortuna pública mas que en la industria y en la comunidad de los bienes, cuya propiedad era exclusivamente en beneficio de los jefes de la doctrina, nada podían hacer para la mejora material de las sociedades. Los hechos demuestran que la verdadera fuente de la riqueza es la propiedad; y la propiedad repartida por particillas, individualizada, á fin de equilibrar los gozos con las obligaciones y graduar la recompensa en proporcion del trabajo. La felicidad pasiva y parecida á la del bruto que se prometía al hombre, no puede ser digna de él: quiere éste recibir el justo precio de sus esfuerzos y de sus combates, a lo menos bajo el aspecto mas noble de sus dos destinos. En cuanto le ocurra la menor duda, lejos de andar se detiene, y en vez de avanzar retrocede.

Sin duda estos nuevos sistemas han proclamado el amor de sus semejantes y unos principios de fraternidad. Convidan la humanidad a unas relaciones de otra naturaleza, y le indican un vínculo de afecto que debe unir á todos sus miembros y hacerlos culminar en paz, con orden y con amor hácia un destino comun. Pero excluyendo por un lado toda intervencion coercitiva, y soltando por otro las riendas a todos los deleites, proclamando la promiscuidad, y declarando que la ley del universo debía ser en adelante la satisfaccion mas completa de las pasiones *en todos los puntos y en todas las cosas*, no es evidente que en vez de unir á los hombres era este el único medio de desunirlos, y que lejos de estrechar los lazos sociales era romperlos?

Repítanse, si se quiere, con un escritor nuestro (1), los servicios que estas teorías han prestado á la humanidad. Por nuestra parte, uniéndonos con gusto á él para señalar los escollos de aquellas, creemos un deber nuestro declarar en alta voz, conforme á nuestra conviccion personal, que la aparición de dichas teorías en el mundo será siempre estéril para las mejoras sociales, y que su paso por la tierra, completamente inútil para el bien, puede ser a cada instante la ocasion ó el pretexto de propender hácia unas consecuencias desastrosas. El aniquilamiento de toda religion, la abolicion de las instituciones fundamentales de la sociedad, la sangre... las lágrimas serían el único patrimonio de esta sociedad juntamente con la embriaguez del deleite.

A este mal que, como un cáncer, quería agarrarse al cuerpo social para devorarlo, opuso la Providencia un antídoto, levantando dos hombres que comprendieron su siglo y las necesidades de él, y

(1) El Sr. Reybaud. *Estudio de los reformadores contemporáneos*.

descojieron la cadena de las verdades fundamentales de toda economía verdaderamente política y social. Sacaron de su alta inteligencia iluminada con las luces de la fé y de su corazón adornado de todas las virtudes, unas convicciones profundas que revelaron al mundo la parte de influencia que indisputablemente han adquirido los principios religiosos en la economía social de los pueblos. El señor C. de Cloux, profesor de economía política en la universidad católica de Malinas, y el vizconde de Villeneuve Bargemont, diputado francés, se han mostrado igualmente dignos de ocupar una página inmortal en nuestros anales. Con la luz de las dos antorchas de la ciencia y de la fé, el uno no cesa de explorar las causas generadoras de la riqueza y las leyes generales que la rijen en su repartición y acrecentamiento, y el otro traza la historia completa de la economía política con magníficos rasgos. Hace resaltar admirablemente las relaciones que la unen con las verdades reveladas y la moral cristiana, la influencia que las instituciones políticas y las creencias religiosas han ejercido constantemente sobre la condición material de los pueblos, y la concordia íntima que existe entre el orden moral y el industrial de las sociedades.

Nosotros no quisiéramos oponer otro broquel a los dardos aguzados de los adversarios de la verdad católica, que se han esforzado a establecer un antagonismo fatal entre aquella y la prosperidad material de los pueblos. Han querido hacer creer que el catolicismo es enemigo natural y necesario de la agricultura, de la industria y del comercio, y no hay remedio que no hayan tanteado para sublevar contra él el amor de la familia y de la patria. Este torrente devastador ha abierto unas brechas tan grandes en la conciencia pública, que es difícil todavía sondar su profundidad. Si se quieren penetrar las cosas a fondo, inevitablemente se encontrará, ya en la inteligencia, ya en el corazón de las sociedades modernas, ese gusano roedor que amenaza devorarlas, el foco de un fuego oculto que las consume, el origen de ese disgusto general que sucesivamente se resuelve en crímenes, y el no poder sufrir ninguna calamidad, ni aun aquellas que providencialmente se adjudicaron, por decirlo así, á la naturaleza humana.

Se ha observado que la clase media y el pueblo en el siglo XIX están más corrompidos que los ciudadanos y la plebe del régimen antiguo (1). Al lado de grandes caracteres, de virtudes heroicas y de prodigios de virtud de que somos testigos, ¡qué caos de crímenes y discordia, de licencia desenfrenada y de espantosas miserias! Sin duda sentimos una admiración respetuosa hacia esos modelos sublimes de piedad y de virtud, hacia esas imágenes vivas de la perfección humana que son ornamento inmortal de nuestro siglo; pero no pueden cerrarse los ojos sobre la indiferencia de ciertos hombres por la verdad religiosa y sobre su desprecio de las leyes de la moral. ¡Cómo las infringen y combaten mu-

chos escritores nuestros! ¡Cuántas máximas perniciosas en sus composiciones dramáticas! ¡Qué inmoralidad en la materia de sus escritos! El soplo abrasador de tantas revoluciones que han pasado por cima de nuestras cabezas, ha reanimado el impulso, por otra parte, tan natural al hombre hacia la codicia. La elevación rápida de los unos no sirve sino de irritar las heridas y avivar las esperanzas de los otros. La juventud corre impaciente tras la riqueza y la celebridad, y su corazón es altivo y arrogante. Todo parece organizado para excitar el anhelo de las clases trabajadoras por mejorar su situación. Sus necesidades, sus padecimientos, y á veces la pasión, les hacen sentir infinitos deseos. Mientras que nuestros políticos no ven el progreso social más que en el equilibrio de las instituciones constitucionales, aquellas clases, excitadas por los debates que pasan a su vista, ventilan las cuestiones cuya resolución puede cambiar su suerte, y discuten los problemas más complicados de organización social. Este ardiente deseo de cambio entre ellas, este despertamiento de su inteligencia acerca de todas las cuestiones de transformación política, de modificación de las relaciones existentes entre los maestros y los trabajadores, la apelación constante á los instintos groseros y á las pasiones vituperables del pueblo, la impaciencia con que se lleva el yugo de la ley, y el odio a toda autoridad: tales son los frutos producidos por los sistemas de esos economistas que han acabado con las tradiciones religiosas.

Viendo que los pueblos europeos, agitados por necesidades irresistibles, fermentan y hierven dentro de límites demasiado estrechos, se esclama: ¡Proteged la industria: dirigid hacia sus pacíficas conquistas esos brazos innumerables que amenazan incessantemente armarse contra nuestras leyes, y esa actividad intelectual que pide alimento. Pero ¿quién no ve que no bastaría aumentar, aunque fuera en proporciones enormes, el movimiento del trabajo y de la producción? Aumente más la Europa su actividad creadora: multiplique sus caminos de hierro y sus máquinas de vapor elevadas á la más alta potencia de celeridad: ocupe á millares de operarios: de bonísima gana aplaudiríamos estos diferentes medios de aligerar el yugo del pauperismo; pero la experiencia diaria demuestra lo que puede esperarse de ellos. Con el uso único de estos recursos, la Europa no satisfaría plena y enteramente la necesidad general que la atormenta, y el fruto que sacase distaría mucho de producir una verdadera mejora social. No puede uno considerar atentamente los estragos profundos del pauperismo que está desolando ahora a la Inglaterra, los dolores que hace sufrir a una multitud tan numerosa de habitantes, y los trastornos que amagan, sin experimentar un sentimiento de inesplicable tristeza, semejante al que inspira la vista de un anciano que se va apagando en lenta y penosa agonía. Esa nación tan vanagloriosa con su preponderancia marítima, ¿se aproximará al último día de las sociedades culpables? ¿Será semejante su suerte a la de aquel padre que nos pinta Dante en un calabozo sepulcral,

(1) El Sr. Mattier.

condenado á espirar sobre los cadáveres de sus hijos que murieron pidiéndole pan?

Los hombres cuyos principios han preparado estos resultados horribles, quisieran atajar su incremento; pero ¿qué pueden hacer contra los progresos del mal los que han arrojado la semilla de él en el suelo británico? Pudieron abrir el abismo; pero cerrarle no: pudieron dar la muerte; pero restituir á la vida jamás. Ahí como en otras partes, si se quiere buscar el remedio á las grandes llagas sociales, hay que recurrir no solamente á los hombres, sino á Dios. Y ¿por qué esa obstinacion de no querer conocer la necesidad de pedir al arquitecto que levantó el majestuoso edificio de las sociedades humanas, los medios con que podrian apuntalarse sus ruinosas paredes?

El mismo que sentó los cimientos, ha debido dar todos los medios de conservacion: con que para poner un término á las privaciones de las clases laboriosas, no basta fijarse en cálculos de escritorio, ni en especulaciones de comercio. No ha de computarse solamente, como lo hacen algunos economistas de cortos alcances, si los alimentos animales son preferibles á los vegetales: cual es la influencia de la baratura de los granos sobre las rentas: cual es el efecto real del aumento que la marcha de la sociedad produce en el precio del producto en bruto, sobre los jornales y las ganancias: si el sistema prohibitivo debe prevalecer sobre el de libre circulacion: si en la teoría del cambio es feliz la idea de cambiar los billetes de banco por barras de oro de peso y pureza contrastadas: finalmente, por qué medios *puede hacerse que rindan los impuestos todo lo que son capaces de producir*. Es preciso empezar por recurrir á Dios, y reconocer al mismo tiempo que la religion que enseña toda verdad y da fuerza para cumplir las virtudes mas grandes, es la que proporciona á la multitud, aun aquí en la tierra, la mayor suma de prosperidad. Es menester que la ciencia de la economía social, lejos de permanecer indiferente al movimiento reparador dado á la inteligencia humana, reciba el reflejo luminoso de la eterna verdad, y que el acuerdo entre ella y los principios católicos se haga ostensible á los hombres de recto corazon. Entonces la caridad mitigará los males y los contrastes de la desigualdad social, y la economía política cumplirá completamente su excelente y glorioso destino.

Vanos serán los esfuerzos de los que en su atolondramiento desconocen la dichosa influencia del catolicismo para la prosperidad pública sobre las generaciones que se suceden. ¿Quién puede disputarnos cuánto puede contribuir á acrecentar los elementos de la fortuna pública con el espíritu de sacrificio que inspira, la proscripción de los vicios que condena, la prescripción de las virtudes que proclama, y los deberes que impone? A él le pertenecen la inteligencia de la necesidad del pueblo, la expansion del corazon y la fuerza del ingenio: á él tambien las vivas inspiraciones y las miras lejanas de lo porvenir. Tal es, lo confesamos, la debilidad de nuestra naturaleza, que un culto que únicamente tuviese en su abono la verdad, correria

grande riesgo de contar un corto número de prosélitos. Del mismo modo que la inteligencia no puede acceder á quedar en inaccion en el camino de la ciencia; el ardor de nuestra codicia no podria dejarnos condenados á vejetar en las angustias de una miseria perpétua. Pero el Dios de las misericordias eternas no nos ha reservado para una prueba tan peligrosa. "Esforzaos, nos ha dicho, á merecer la bienaventuranza de los cielos con obras de justicia, y todos los demás bienes os serán concedidos." Así las imágenes del mundo presente están unidas á las realidades del mundo futuro, y lo que comienza en el tiempo, acaba en la eternidad.

El catolicismo es el nudo que constituye á un tiempo nuestros dos destinos: es una madre que llena de prevision y de ternura, no solamente estiende su solícito cuidado á la conservacion y acrecentamiento de la vida del alma, sino que abraza en su divino anhelo esta vida corporal á la que amenazan tantos accidentes, y que es en la tierra la condicion necesaria del mérito y de la recompensa, el precio de la gloriosa inmortalidad. Aunque al parecer no sea su objeto mas que hacernos felices en la otra vida, concurre poderosamente desde este mundo á hacer nuestra felicidad. Asegurando al individuo su dicha eterna, prepara en el tiempo la de la sociedad.

Convenia que así fuese, porque no sucede con la sociedad como con el individuo, bajo el respeto de su mútuo destino. Si éste padece en la tierra, sus penas pueden ser recompensadas ámpliamente mas allá del sepulcro con una felicidad interminable. Pero la sociedad como sér moral nace y muere aquí; y si debe tener castigos ó recompensas, solamente en la tierra puede recibirlos; á lo cual ha proveído abundantemente el Criador. A fin de recordar al hombre formado de dos sustancias el objeto verdadero de sus afanes, ha querido que dependa las mas veces la salud corporal de la perfeccion del alma humana que le aleja de nocivos excesos. Así para recordar su fin verdadero á las sociedades humanas, igualmente formadas de dos sustancias, ha querido poner por primera condicion de la felicidad social la posesion de la verdad religiosa. Como el cuerpo del hombre necesita un pan material, la sociedad temporal há menester de la agricultura y la industria. Pero como el alma humana reclama el pan de la inteligencia, la sociedad espiritual, que es el alma de toda agregacion de individuos, reclama la verdad religiosa. Por eso la union del trabajo y de la religion produce el orden y la paz en los estados.

Mas del mismo modo que si el hombre llega á consunirse en las convulsiones del error ó á debilitarse en el vacío que á su derredor deja la ignorancia, no puede encontrar salvacion sino dando otra vez á su alma un alimento conveniente que la mantenga; así las sociedades, trabajadas por una desazon general ó agitadas por los torbellinos de las pasiones humanas, no pueden poner un término á sus oscilaciones sino recibiendo las inspiraciones del catolicismo, único capaz de ayudar á reanimar á las sociedades espirantes.

En efecto, no se nos puede disputar con razon, que el espíritu de sacrificio que se resume en la sujecion del interés privado al interés general, no sea una de las primeras leyes cuyos efectos son invariables para la fortuna pública, uno de los primeros rudimentos de la riqueza social. Como los elementos de la duracion de una sociedad son tanto mas poderosos, cuanto mayor es la adhesion mútua de los que la componen; tanto mayores serán las ventajas sociales que se repartan entre todos, cuanto mas enérgica tenga el espíritu de sacrificio. Por eso la doctrina católica, que manifiesta este espíritu de sacrificio en el término de su perfeccion, es dentro de la esfera de su actividad una de las condiciones esenciales á la prosperidad material de la multitud. Quizá se le crea contrario al progreso de cada fortuna individual y poco favorable á la fortuna pública, porque escije una abnegacion continua y una resignacion constante del hombre, y clasifica entre los mayores vicios la sed desordenada de riquezas; pero es una equivocacion grandísima.

Cuando el cristiano subordina su interés privado al interés de todos, la sociedad saca ventaja de su desinterés y privaciones. Si da pan al pobre; este encuentra lo que la caridad saca a aquel. Si llena sus promesas con fidelidad; su buena fé y su puntualidad aprovechan á los que están en relaciones de negocios con él. Hasta los alimentos de que se abstiene por virtud, sirven para sustentar á sus semejantes. Así los sacrificios del cristiano, aunque su principio esté en el amor de Dios, tornan siempre en beneficio de la sociedad. Si parece que empobrecen á los que los hacen; enriquecen siempre al prójimo en cuyo favor se prestan. Por consiguiente cada miembro de una sociedad católica encuentra en los sacrificios de otro una amplia compensacion de los suyos propios. Así es que cuando en vez de buscar la riqueza de cada uno en la riqueza de todos, se ha tratado de tomar su principio generador del desenfreno de todas las codicias; ha invadido al mundo una concurrencia doblemente ruinosa. Tal fué el fatal resultado de los principios admitidos por los economistas del siglo XVIII; y eso es lo que ha hecho estériles las grandes tareas de los Smith, de los Say y de los Ricardo.

El señor Eugenio Buret, cuya obra sobre la miseria de las clases laboriosas es una de las mas notables que la filosofía práctica y la escrupulosa observacion de los hechos han producido, está lejos de adoptar la teoría de aquellos escritores sobre la baja de los jornales. Deplora amargamente sobre todo que solo hayan visto en el trabajo un valor de cambio, y no el valor moral que se halla igualmente en él. Quéjase con razon de que despreciando con harta frecuencia la moral, han hecho la ontología de la riqueza. "La actividad industrial, dice, no ha tenido otro objeto: la Inglaterra, los Estados-Unidos y la Francia han emprendido la conquista de ella, como los conquistadores que comenzaron la historia moderna se apropiaron el suelo. La nueva industria ha procedido por los vigorosos esfuerzos de una fecunda anarquía, y se ha precipitado sobre el terreno de la produccion como en una refriega. Su

objeto era la posesion, la riqueza, y no la felicidad de los hombres." Acusa á aquellos economistas de que han olvidado en sus frios cálculos que la vida, la salud y la moralidad de muchos millones de hombres están comprometidas en la cuestion. Juzga que si no se corrijen á tiempo el desacuerdo que existe entre nuestros sistemas de economía social seguidos hasta el día, y los principios morales en que descansa nuestra civilizacion, será una causa incesante de peligros para la sociedad. Nos proporciona una prueba incontestable de hecho, que tiende á convencernos de la insuficiencia de los sistemas que se conciben con exclusion de los principios católicos. Eso es el fenómeno de la miseria al lado del gran fenómeno de la riqueza. Observa que entre las naciones mas civilizadas hay pueblos enteros reducidos á la agonía del hambre, á las angustias de la miseria física y moral. En donde quiera ve que la miseria acelera el peso con el progreso de la industria, y no puede uno menos de asombrarse de la fuerza de los raciocinios con que apoya esta observacion. Cita la miseria comprobada en algunos lugares de Francia. Los departamentos mas ricos y populosos son los que cuentan mas indigentes. Así reclama con toda enérgica la saludable influencia del catolicismo en auxilio de la economía social, que tiene que ocuparse con especialidad en perfeccionar moralmente á los pueblos.

Nuestros economistas mas recientes parece que convienen en esto. Conocido es el célebre sistema de Malthus sobre el principio de la poblacion, que tan deplorables resultados ha tenido en Inglaterra y en Francia, y el relativo á la direccion que debe darse á la caridad pública. El señor Ballanche, remontandose á las mas altas consideraciones filosóficas, morales y sociales, proclama el sentimiento religioso, inmortal como nosotros, y la certeza de que Dios no cesa de velar sobre el destino del género humano. "Esta es, dice, el arca de la alianza que va siempre delante del pueblo." El señor de Villermé da la mayor importancia á la influencia moral y religiosa sobre los resultados de la industria. Los señores Duchatel, Blanqui, Dros y de Laborde nos parece que han considerado juiciosamente el espíritu de asociacion.

El señor J. A. Robert, en su obra intitulada Plutonómica, explica admirablemente la economía social bajo su verdadero punto de vista: hace consistir la civilizacion en el progreso de la moralidad, de la ilustracion y de la riqueza. "El cristianismo, dice, ha realizado el sueño de Arquímedes creando la palanca desmesurada y omnipotente, que tiene un extremo en los cielos á los pies de la Divinidad, y con el otro toca en el corazon humano. El cristianismo ha elevado la humanidad, y sobrepuéstola á ella misma. El solo, introduciendo en el mundo moral la igualdad ante Dios y en la Iglesia, ha podido hacer esperar á los hombres el prodigio de la igualdad ante la ley. Solo él ha podido proporcionar á la pobreza la compensacion de los goces del lujo. El cristianismo es la civilizacion por excelencia: no hay perfeccion indefinida mas que para

los cristianos. Solo ellos pueden adornar la tierra y hermosarla fecundándola, porque ellos solos saben santificar el trabajo y ennoblecer el jornal, y ellos solos pueden poblar el suelo de esperanzas al regarle con su sudor."

Si son inminentes algunas catástrofes en decir de muchos, á la doctrina católica toca precaverlas. Para poner un término á los padecimientos de las clases laboriosas, es preciso enseñarles y hacerles amar los principios religiosos, que iluminando toda inteligencia, dan fuerza para llenar todos los deberes. Es menester que la sociedad encumbre su vuelo hácia las alturas del pensamiento divino en sus instituciones, en sus leyes, en las formas diversas de su existencia. ¿Quién no sabe que del seno del catolicismo emanan las tres condiciones indispensables al adelantamiento de la industria, á los progresos de la agricultura y á las ventajas del comercio; la seguridad, la libertad y la caridad?

Así como entre la multitud de los cautivos se reconoce á los monarcas destronados en el peso de sus cadenas; del mismo modo se presenta á los ojos de todos el hombre agobiado con la enorme carga del pecado original. No tenemos suspiros bastantes para dedicar uno á cada especie de las miserias que le asaltan. El trabajo, que al principio fué una distracción nada mas, se ha convertido en una sujeción importuna para él, la dura ley de la necesidad. Siendo condición de la riqueza humana, implica con el convencimiento de nuestras muchas y urgentes necesidades la certeza de satisfacerlas. Quítese al trabajador la seguridad del jornal, al labrador la esperanza de las cosechas, al hombre industrial el fruto de su laboriosidad, y al negociante la probabilidad de la ganancia; y no tardaría el género humano, entregado á la ociosidad, en disputar su pasto precario á los animales. Sin esta seguridad, el arado quedaria abandonado, y los talleres desiertos. Ella despierta al labrador con la aurora, alivia los brazos fatigados del artesano, y cubre los mares de pilotos. La seguridad es el motivo determinante del trabajo; y á medida que se altera, se embotan las fuerzas generadoras de la riqueza, y quedarían completamente estériles si aquella llegase á desaparecer del todo. Pero ¿qué vendría á ser esta seguridad generadora de todas las riquezas, que en suma no es mas que un derecho de propiedad, si no presupusiera un poder protector? La conciencia individual no seria una muralla inexpugnable contra el despotismo que la altera, y contra la anarquía que á cada instante amenaza tragaria como un abismo insondable. Solo unos grandes principios de sociabilidad pueden afianzarla á la humanidad; y la historia, de acuerdo con la razón, prueba con toda la claridad posible, que la sociabilidad procede de las creencias.

Las tradiciones de todos los pueblos nos repiten con el autor del Génesis, que el primer hombre salió sociable y creyente de las manos del Criador. La misma filosofía ha venido al punto de explicar la sociedad por medio de una potencia sobrenatural; y las luces de la razón nos persuaden, que cuanto mas puras son las creencias de los pueblos, mas recta

es la tendencia general de las acciones, y mas en armonía está con el orden: en consecuencia el derecho de la propiedad es mas inviolable, y mas completa la seguridad del jornal. Por este título el catolicismo proporciona á los pueblos una superioridad radical en materia de economía. Como expresión del pensamiento divino, mas perfecto, es la doctrina mas verdadera, y de consiguiente el manantial social mas fecundo en riquezas. Solo él llena de una manera absoluta las condiciones inherentes al culto de una sociedad. Los elementos de riquezas acrecen en la forma que les es propia, por el concurso de la agricultura que produce las primeras materias, por la industria que las trabaja, y por el comercio que las cambia. Por eso á medida que llegasen á debilitarse las creencias católicas en el seno de las naciones, perdería la seguridad pública de su estabilidad en idénticas proporciones (1). Amigo el catolicismo del orden y de la paz, condena con no menos severidad el despotismo que la anarquía, que menoscaban peligrosamente la fortuna pública. Destruye en su germen las pasiones perturbadoras, consuela en todos los padecimientos, y realiza el incremento infinito de la confianza recíproca, al que deben todos los ramos de la producción tan grande parte de su fecundidad. Compárese el estado de los pueblos que viven á la sombra de la ley cristiana, con el de los que han quedado fuera de ella hasta aquí; y no podrá menos de confesarse que constantemente los ha guiado por las sendas de una civilización digna de su alto destino; porque ¿quién podría dejar de convenir en que la fortuna pública está siempre en relación con el grado de seguridad y de libertad de que disfrutaban las naciones? Si el catolicismo nos asegura el primer grado de estos principios generadores de la riqueza, ¿cuán abundante parte no nos dá del segundo!

No presenta ningún sistema gubernativo, ninguna ley civil; y su intervencion en esta parte no pasa de la consagración de todo orden existente. Proclamando la sumisión indispensable para el mantenimiento de la tranquilidad pública, solo asienta principios generales. Prescribe deberes personales al creyente, y deja á la conciencia colectiva de los pueblos el cuidado de acomodar á él su organización esterna sin el concurso de una culpable violencia. La naturaleza de los poderes y sus diversas atribuciones en la esfera que les es propia, le importan muy poco, con tal que todos estén animados de su espíritu, y que su moral ejerza una influencia decisiva en las leyes, en los usos y costumbres públicas. El poderío de las naciones y su verdadera energía dependen de la perfecta armonía de las creencias religiosas con las instituciones civiles. Entonces el interés temporal presta su fuerza al interés espiritual, y concurren juntos al mismo objeto, á la conservación y al incremento de la sociabilidad general por la conservación y el incremento de la sociabilidad individual. Así la religión de Jesucristo se presta con admirable facili-

(1) En las obras de los señores de Coux y Villeneuve de Bargemont, se hallan importantes explicaciones sobre esta materia.

dad á las escijencias mas diversas de tiempos y lugares; y por esto en parte ha recibido de sus mismos enemigos el precioso título de católica.

Con todo no hay que confundir la libertad con la licencia. Cuando la industria ha tomado tan rápido vuelo en Inglaterra y en Francia, el principio fundamental ha sido *el dejar hacer y dejar marchar*. Pero porque la industria no puede nacer sin la libertad, debe concluirse que la libertad es todo, y que basta para gobernar el mundo dejarle que ande solo? No, porque nadie se atrevería á sostener que los intereses de los individuos y de las clases de individuos se equilibran de modo que formen una armonía universal. No debe perderse jamás en seguridad lo que se gana en libertad. Si la una, dice ingeniosísimamente un hábil economista, es el suelo que sostiene la prosperidad pública y la savia que la alimenta; la otra es la luz que la colorea y el rocío que la riega. Esta es la obra del catolicismo.

El establece una igualdad real compensando la superioridad de los unos sobre los otros con obligaciones mas terribles, y así hace á los pueblos mas libres y felices. El, despues de cuarenta siglos de servidumbre, propagó la libertad nacida de la sangre de Jesucristo, y adelantó la emancipación progresiva de la humanidad entre las calamidades y las tempestades sociales que siempre ha calmado. El, despues de haber libertado de las cadenas de la esclavitud á pueblos degradados por una larga y dura opresión, los ha hecho llegar á la industria inteligente y á la propiedad, asegurando la suerte de los nuevos libertos por mil medios. Por último, él nos revela cada día derechos tanto mas preciosos, cuanto la eternidad es superior al tiempo, y cuanto que innato sobre los medios legítimos con que hay que conquistarlos. *Va siempre fortificando el orden con la libertad y la libertad con el orden.*

Enseña á las clases laboriosas á evitar casi siempre los tormentos de la indigencia con los deberes que les impone. Si las causas del pauperismo, por parte de los que son víctimas de él, se reducen á la pereza ó á los excesos que absorben el producto del trabajo, y acarrea á veces largas y dolorosas enfermedades, el cristianismo combate ambas causas. Recuerda al hombre que debe ganar el pan con el sudor de su rostro, y le prescribe severamente que enfrene las pasiones fogosas.

El filosofismo, borrando los nombres de Providencia y de inmortalidad, secando la fuente de las inspiraciones fecundas, endureciendo el egoismo y desatando las ambiciones, sentó el amor al dinero como acción. El cristianismo condena este amor desordenado de las riquezas, uno de los manantiales tristemente fecundos en desórdenes para la humanidad, ese orgullo materializado que se rebela contra el orden establecido por el sabio dispensador de todos los dones. Fulmina anatema contra ese egoismo de la posesión, y no nos descubre mas que engaños en la codicia, que ostentando cada día nuevas escijencias en nuestro siglo, apenas descansa cuando ya está rebosando oro. Tales medios pueden excitar la industria por algun tiempo; pero no

tardan en convertirse infaliblemente en ruina de las costumbres y de todas las virtudes religiosas y sociales.

El catolicismo, lejos de aislar y desunir destruyendo todas las relaciones entre los poderosos y los débiles, nos presenta fundada la sociedad cristiana en los dos vínculos de la fuerza y de la debilidad: la una impone el deber de proteger; y la otra dá el derecho de reclamar un apoyo. Opones el sacrificio de cada uno á la utilidad de todos para destruir el egoismo materialista cual le han formado los filántropos de nuestro siglo, y no cesa de sembrar principios de fraternidad en el mundo; pero sin menoscabar ninguna de sus gerarquías. Su espíritu compasivo con la debilidad y con la desgracia, y enemigo de la violencia, inspira á los hombres las ideas de sacrificio de su divino fundador. Impone á todos la caridad como ley, dándole por sanción penas y recompensas eternas: excita los corazones capaces de nobles emociones; y por temor ó por amor estrecha al rico para que abra su mano en el seno de la indigencia y alivie el infortunio del miserable. ¿Puede haber un medio mas propio para asegurar los progresos de la prosperidad pública?

El catolicismo enseña á los opulentos que los bienes no se les han dado para ellos solos: que con la riqueza se les ha confiado la empresa mas noble: que son los representantes de la Providencia y encargados de atender á todas las necesidades humanas con una prudente cordura: misión magnífica si la comprenden; pero de una tremenda responsabilidad, porque Dios les pedirá cuenta de todas las murmuraciones de la indigencia contra su bondad paternal. Para estimularlos con el ejemplo, nos hace como asistir al espectáculo que en todas las grandes épocas han dado algunos cristianos despojándose voluntariamente de sus riquezas para distribuir las á los desgraciados. Sea cuando arruinado el imperio romano se retiraron las virtudes cristianas bajo las palmeras de la Tebaida, en las rocas de Subiac y del monte Casino: sea cuando volviendo al seno de las nuevas sociedades aparecieron las mismas virtudes entre los hombres con S. Francisco de Asís y S. Bernardo: sea cuando la ciencia que cura las enfermedades, muda y desconcertada con los extraños síntomas de la plaga devastadora, temía no há mucho que presenciar los estragos de aquella sin poderlos atajar, dejando pasar en silencio la cólera de Dios; y la caridad que con su vista perspicaz penetraba la causa secreta de la ansiedad de los moribundos, les prometía adoptar á sus hijos abandonados y servirles de padre: finalmente, sea cuando se dispersaron por el universo las piedras del santuario de la ilustre iglesia de España; la caridad se muestra tan admirable en nuestros días, que á todos los recoge, y los pueblos revalizan dignamente en los actos religiosos de aquella virtud con sus venerables pontífices, que despojándose de su patrimonio y de cuanto poseen, restauran á sus expensas los nobles restos de una borrasca deshecha (1).

(1) Tales los obispos franceses han acudido unánimes á for-

BIBLIOTECA UNIVERSAL ECONÓMICA.

ESTUDIOS FILOSÓFICOS

SOBRE EL

CRISTIANISMO,

Por Augusto Nicolas,

JURADO DE PAZ.

CON APROBACION MOTIVADA DEL ILLMO. SEÑOR DONNET, ARZOBISPO DE BURDEOS,

TRADUCIDOS AL CASTELLANO POR

Don Francisco Puig y Esteve,

PRESBITERO.

*Qui studuerunt intelligere, cogentur et credere.
(TERTULL. Apologes.)*



MEXICO.

BOIX Y COMPAÑIA, EDITORES.

1851.

APROBACION MOTIVADA

DEL

ILLMO. SEÑOR DONNET, ARZOBISPO DE BURDEOS.

Nos Fernando Francisco Augusto Donnet, por la gracia de Dios y la autoridad de la Santa Sede Apostólica, arzobispo de Burdeos, primado de Aquitania &c.

Hemos hecho examinar y hemos examinado por Nos mismo la obra titulada *Estudios filosóficos sobre el cristianismo*, que M. Augusto Nicolas, juez de paz y antiguo abogado en el tribunal real, ha publicado en Burdeos y se propone publicar de nuevo en Paris.

Nunca recomendáremos bastante este excelente libro, que estamos persuadidos asegura á su autor un lugar distinguido entre los apologistas mas sólidos y mas elocuentes del cristianismo. Al emprender M. Nicolás los trabajos que debian producir una obra tan notable, no pretendia escribir para el público: queria tan solo resolver algunas dudas que le habia propuesto uno de sus amigos; pero apenas se hubo ensayado en sondear las bases de la revelacion, se le apareció en toda su magnificencia el campo abierto delante de la razon humana por la maravillosa economía de la fé. Entró en él, y lo recorrió conducido por el irresistible atractivo que este objeto, el mas digno de ejercitar la inteligencia del hombre, debia tener para un talento tan eminentemente filosófico, para una alma tan buena y tan religiosa como la suya. Por esto, despues de cuatro años de laboriosas meditaciones y de concienzudo escámen, ha llevado á feliz término una demostracion de la verdad católica, que será seguramente uno de los mas bellos monumentos levantados en nuestros dias á la gloria de la religion.

En la primera parte de dicha obra, despues de haber espuesto, bajo el modesto título de pruebas preliminares, todo lo que una sana filosofia, ayudada de las luces de la revelacion primitiva, nos hace conocer de las grandes verdades de la religion natural, emprende M. Nicolás el estudio de la revelacion hecha al pueblo judío por el ministerio de Moisés. Demuestra que las relaciones del historiador sagrado, y en particular los dos grandes hechos sobre que descansa la base principal del cristianismo, *la caída del hombre y la promesa de un reparador*, se encuentran confirmadas por todo cuanto la ciencia, en el grado de desarrollo á que ha llegado en nuestros dias, nos enseña como cierto acerca de la constitucion física y de las revoluciones

del globo, y acerca de las tradiciones primitivas de la humanidad.

En la segunda parte nos hace penetrar el autor hasta las entrañas del cristianismo. Desenvuelve en seguida las admirables relaciones que ecisten entre los dogmas, la moral, el culto católico y todas las necesidades de la inteligencia y del corazon del hombre. Estas divinas armonías forman las pruebas intrínsecas de la religion verdadera.

Finalmente en su tercera y última parte espone M. Nicolás las pruebas estrínsecas ó históricas de la divina mision de Jesucristo, las profecías que lo anunciaron al mundo y los milagros que lo manifestaron. Examina los efectos sobrenaturales de la predicacion del Evangelio, la revolucion que éste ha obrado, la manera con que ha modificado todas las condiciones de existencia de la humanidad, y la perfeccion intelectual y moral, cuyos fecundos gérmenes deposita incensantemente en el seno de las sociedades, para que las desarrolle la mano poderosa de los siglos. Acaba esta tercera parte trazando el cuadro prodigioso de la conservacion de la Iglesia en medio de las dolorosas pruebas y de las contrariedades de todo género, contra las cuales se hubiera necesariamente estrellado una obra humana.

Véase pues como estos *Estudios sobre el cristianismo* abrazan un plan de defensa el mas completo y á la vez el mas apropiado á los tiempos en que vivimos. La ejecucion corresponde perfectamente á la grandeza del objeto. Este libro, que el autor habia empezado no teniendo á la vista mas que el estado particular de una alma que le era querida, se ha terminado satisfaciendo las necesidades de gran número de talentos. La religion se ostenta en él bajo el verdadero punto de vista que conviene en nuestros dias, refulgente, por decirlo así, con todos los rayos de la luz que las meditaciones de una sana filosofia, y los descubrimientos mas recientes de la ciencia hacen resaltar sobre las bases divinas de la unidad.

Antes de concluir, no queremos dejar pasar en olvido un mérito muy particular de esta obra, que, con preferencia á cuanto acabamos de esponer, presagia el bien que está destinada á producir, y esplica el que ha obrado ya en nuestra diócesis. El libro ha sido escrito en fuerza de un sentimiento y de una inspiracion superiores á todo elogio: una fé

viva y una profunda piedad han dictado esas bellísimas páginas, en las que se ve pintada el alma, mas aún que el privilegiado talento del autor.

Dado en Burdeos, firmado por Nos y por nuestro secretario, y sellado con el escudo de nuestras armas, á los 23 de Mayo de 1845.—Fernando, arzobispo de Burdeos.—Por mandato de mi señor, H de Langalerie, canónigo honorario, secretario general.

DEDICATORIA

A LOS

Señores abogados del colegio de Burdeos.

Señores míos y antiguos colegas.

CUANDO emprendí la presente obra tenía aun la honra de pertenecer á vuestro colegio. La primera idea fué hija de un interés de particular amistad; pero el giro que fué tomando me condujo desde luego á dar mas estension á su objeto, y puedo aseguráros que el círculo de vuestra dulce confraternidad fué el primer horizonte que se presentó á mis ojos. Troqué despues el ejercicio de vuestra profesion por el de una magistratura de paz, en cuyo seno he podido dar á mi trabajo la última mano; pero siempre dominado por el espíritu que en su laboriosa composicion me habia alentado, hasta que, á fuer de navegante llegado á buen puerto, voy á cumplir, con dedicaros el fruto de mis tareas, el voto que hice en medio de la tormenta.

Sea cual fuere la estrañeza que pueda causar el ver tratado semejante argumento por la pluma de un jurisconsulto, esta circunstancia lejos de debilitar, presumo yo que avivará el interés que en vosotros escitaria, si se tratase de objeto a vuestra profesion mas análogo; pues no hay entre vosotros uno solo que no tenga aquí su propio lugar y á quien no pueda dirigirse con aprovechamiento: á los unos porque hiere cabalmente en la parte mas viva de su alma, y corresponde á una confraternidad mas indisoluble que la que depende de las relaciones humanas, la confraternidad de la fé; á los otros, porque sondeando esa ancha y secreta llaga de la duda que descubre en ellos en estado de transicion dolorosa, recibirán con algun aprecio una obra en que me he propuesto ofrecerles el consuelo que necesitan, animado como me hallo por un sentimiento de confraternidad mas poderosa todavía que la de la fé, la de la caridad. Y aun cuando mi obra encontrase por acaso entre vosotros algun adversario, no importa: á ese mismo elejiria yo juez de la verdad, porque nadie mejor que él se hallaria en situacion de manifestar todo el poder de aquella, y le sucederia lo que á aquel gobernador de Judea, ante el cual fué San Pablo acusado de enemigo público, y que medio corrido y como espantado de la es-

posicion de la nueva doctrina, pidió al acusado un plazo para meditar (1).

Además, lo que en otro tiempo hubiera sido escéntrico en la justa distribucion y respeto comun de los principios y de los deberes, se hace ahora oportuno y conveniente en medio de la general confusion y debilidad de todas las instituciones. La fé se hallaba encerrada en los fundamentos del edificio, desde donde derramaba con igualdad sus fuerzas á todas las partes exteriores; hoy empero se halla al descubierto por efecto de la ruina de todo lo demás, y por esto adquiere toda la importancia y la generalidad de un último bien con relacion á lo pasado, y de un cimiento único con relacion á lo presente y á lo futuro. Bajo este concepto puede decirse que la verdad religiosa absorbe ahora todas las ideas especiales, que esta cuestion es la del dia, que tratar de ilustrarla y defenderla es tratar de defender implícitamente todas las demás: cuando la plaza está sitiada todo habitante tiene su hogar en la muralla (2).

Si esta obra no puede hallaros indiferentes por razon de su objeto, creo tambien que por sus formas ha de llamar vuestra atencion. En ella por lo menos me he esforzado en hacer resaltar todas las tradiciones, todos los ejemplos que me ha suministrado vuestra profesion en el arte de discutir y de convencer, aplicando á la probanza de la religion aquel mismo método que tan eficazmente empleais en defensa de los intereses de la tierra.

Mi objeto quedaria completamente llenado si hubiese tenido la dicha de reproducir en mi mismo aquellos grandes modelos de raciocinio y elocuencia que nos legaron nuestros predecesores, y de los que todavia algunos se conservan vivos en nuestro seno; esa claridad de exposicion que desde el principio del discurso brilla como una antorcha alumbrando toda su estension; esa distribucion, ese enlace de pruebas que envolviendo al enemigo no le dejan un punto débil por donde pueda escapar; esa ciencia a la vez copiosa y circunspecta, que alimenta toda la argumentacion, y que despues de alimentarla descubre el repuesto que aun queda de reserva; ese estilo, en fin, apasionado en fuerza de la razon y del celo; ese lenguaje tan ático en sus formas, tan elevado en su inspiracion, que en las grandes causas se santifica hasta cierto punto, y logra imprimir en los pasajeros intereses de este mundo algo parecido á la inmortalidad: ¡prendas eminentes, que trasladadas con frecuencia á mas vasto teatro, se han elevado naturalmente á la altura de los

(1) Disputante autem illo de justitia et castitate et de judicio futuro, tremefactus Félix, respondit: Quod nunc attinet; vale de tempore autem opportuno acceramus te. (Act. Apost., cap. xxiv, vers. 25.)

(2) Nuestro combate, en efecto, interesa á nuestros altares, á nuestro hogar, á nuestros templos, á los muros mismos de Roma, á estos muros justamente llamados santos por nuestros pontífices, quienes mejor con la religion que con las fortalezas materiales tienen peritrosada la ciudad. Cansa es esta que mientras viviere no podre abandonar sin hacerme criminal.—Est enim mihi tecum pro aris et focis certamen, et pro Deorum templis atque delubris, proque urbis muris, quos vos, Pontífices, sanctos esse dicitis, diligentissime urbem religionem quam ipse membris cingitis. Quo deserti á me dum quidem spirare poterit, nefas judico. (Cicero, de natura Deorum in fine.)

grandes intereses de la patria y de la sociedad, y han engrandecido vuestro colegio hasta tal punto, que para trazar su historia fuera menester escribir la de la nación francesa, aun en estos últimos cincuenta años; porque inagotable en este período, nunca ha dejado de dar á la ciencia juriconsultos profundos y elocuentes, á la magistratura respetables oráculos, á la corona ministros famosos, á la tribuna y al foro atletas esforzados, y lo mas maravilloso, señores, á todas las nobles creencias mártires generosos!

Permitidme que me acoja á la sombra de tanta nombradía, y que cubriendo bajo ella mi nombre, tome allí mi credencial y mi ejecutoria en este momento solemne para mí, en que voy á lanzarme á la arena de la publicidad. Ayudadme, señores, y dadme ánimo en esta mi primera salida, y pueda yo con vuestro auxilio y por vuestro medio dirigirme á la juventud de mi patria, y declararle las grandes verdades, que si lastiman, es para sanar.

Recibid, señores y colegas, el tributo de mi inviolable afecto.—*Auguste Nicolás.*

PREFACIO.

Un amigo unido á mí con los mas tiernos vínculos, afligido por la pérdida de un hijo único, me escribió que esta desgracia le traía meditabundo, que había vuelto los ojos á la religion, y que jamás había deseado con tanto ardor hallar la verdadera. Rogóme con este motivo que dispase sus dudas, esponiéndole los fundamentos del espiritualismo de la religion cristiana, petición que produjo en mí la mas viva ansiedad; pues bien conocia yo cuán imperioso y sagrado era el deseo de un padre afligido, que reclamaba de mí le volviese á su hijo en la esperanza, y cuánto debia yo á un amigo que, llamando á la puerta de la verdad, me suplicaba que se la abriese. Mas por otra parte temblaba á la vista de lo oscuro y resbaladizo del terreno en que iba á entrar, espantado por el interés mismo de la verdad y por el de mi amigo, del riesgo que los dos corrian en que fuese yo su intérprete. Íntimamente convencido de la verdad religiosa, no me había curado de reunir las razones de mi creencia, que se hallaban esparcidas en mi espíritu; y aunque ellas eran el secreto pacto de mi alma, y hacian sentir en mi interior toda su fuerza, temia que comunicadas pudieran debilitarse: eran para mí como el árbol de la divina ciencia, cuyo fruto no me atrevia á cojer. A lo mas se me presentaba á manera de un sueño lejano la vaga esperanza de que cuando la edad mas madura me hubiese acercado algo mas á los límites de la eternidad, podría legar á mi familia la reseña de la creencia de toda mi vida, y envolver mis últimos dias en este santo trabajo como en un honroso sudario. Pero ya me hallaba comprometido á explicarme de repente, á usar de la palabra de Dios, atolondrado como me hallaba todavía por el ruido de las agitaciones del siglo. Sometíme, sin embar-

go, y en el conocimiento de mi propia flaqueza hallé la confianza de verla auxiliada por el Sér que la escogia para su órgano. Puse manos á la obra proponiéndome ser sobrio en mis explicaciones, manteniéndome á la capa, sin abordar mi asunto, por miedo de estrellarme. ¡Vana resolución! El contenerme dentro de estos límites me hubiera costado mas esfuerzos que los que hube menester para entrar á velas desplegadas: mis reflexiones se reproducian mutuamente y se dilataban insensiblemente en mi pluma á medida que las iba desenvolviendo: de todas partes me asaltaban los recuerdos de mis antiguas lecturas: y otras lecturas nuevas que el acaso, pero un acaso inteligente, escogia al parecer y me ponía á la vista; conversaciones imprevistas, una palabra, un lance, todo, en fin, concurría al parecer de propósito y se convertía á mi alrededor en materia ó instrumento de mi trabajo, que poco á poco creció hasta la estension que ya presentaba antes de poder apropiarme su plan, como si ya presintiese en mi espíritu, y una mano misteriosa hubiese levantado el velo que lo ocultaba á mis propias miradas.—Tal es la historia de este tratado, que por consejo de algunas personas ilustradas, cuyo juicio es para mí una autoridad, me decido hoy á publicar.—Por necesidad se resentirá de las circunstancias de su origen, que me atreveré á llamar providencial. Dejo á mis lectores el cuidado de atribuir á esta causa una gran parte de las impresiones que puedan experimentar, y me bastará hacerla conocer y colocarme bajo su garantía.

Limitándome en este lugar á entrar en ciertas explicaciones necesarias para la inteligencia de mis intenciones y objeto, diré que si bien nunca perdí de vista el fin particular que había puesto la pluma en mis manos, la no prevista estension de mi trabajo me ha conducido de paso á ponerme al nivel de la generalidad de las inteligencias y á hablar á muchos en un solo individuo.

Siguiendo esta idea, me he dedicado á formar de nuevo en los espíritus el conocimiento de la religion, cogiendo desde el principio todos los eslabones de la cadena, desde las verdades mas simples, como las del principio espiritual en el hombre, la de Dios, la de la inmortalidad del alma &c., hasta las pruebas y documentos mas explícitos de la fé católica, procediendo siempre por inducciones filosóficas, y apoyando cada punto en argumentos y testimonios sacados en lo posible de las ciencias y autoridades modernas mas estrañas á la religion, de suerte que la verdad resultante de la perfecta conformidad de todo con aquella pueda herir á los espíritus mas prevenidos.

Muchas son sin duda las apologías de la religion, y su verdadero mérito me hubiera reducido al silencio, si hubiese tenido la necia presuncion de compararme con sus autores. Pero el tiempo ha corrido, han cambiado la disposicion y esijencia de los espíritus, el progreso de las ciencias ha dislocado el antiguo punto de vista de la verdad; de lo que resulta que una obra inmortal, capaz en su tiempo de confundir la irreligion, no está ya en armonia con las actuales necesidades, pues defiende los puntos

ya abandonados por el enemigo, y no contesta á los ataques que sobre otros puntos le vienen dirigidos. La verdad es en sí misma inmutable; pero cambiando á cada momento la posición del error, es preciso que le oponga distintos lados inespugnables, y que firme en su asiento pare por donde quiera las asechanzas de tan inquieto enemigo.

El sistema que éste ha adoptado en nuestros días consiste en no atacar directamente la fé, sino en pasar de largo pretendiendo que ella nada tiene que ver con la razón, ni la religión con la filosofía: que son dos potencias completamente independientes entre sí, y aun incompatibles: que cada una debe tener sus enseñanzas, sus discípulos, sus verdades, y poder por consiguiente llegar á resultados opuestos, hasta el punto de poder rechazar como filósofo lo que debe uno creer como cristiano.

¡Peregrino error, pero funesto! ¡Como si el fundamento de la fé, que es la verdad eterna revelada en una admirable proporción con nuestras necesidades, no fuese el mismo fundamento de la razón renovado en la humanidad, esta misma luz que alumbró al hombre que viene á este mundo, pero mas brillante, y como si el destino natural de la inteligencia y la filosofía verdadera no consistiese precisamente en asimilar este divino fundamento, y en sacar de él perpétuamente la materia primera de sus operaciones y el germen fecundo de sus mas elevados conocimientos!

“¡No quiera Dios que sea yo injusto ni ingrato! —decía un ilustre sabio y gran filósofo, Bonnet: —Yo contaré con mis dedos los beneficios de la “religion; y reconoceré que la filosofía verdadera “le debe tambien su nacimiento, sus progresos, su “profesion” (1).

Este sistema no es mas que una falsa interpretación de la famosa hipótesis de Descartes, y una escarajación impia del respeto que movia á este grande hombre á dejar por un momento á un lado como dentro de una arca santa las verdades de la fé, para no exponerlas en la batalla que su genio se proponia dar cuerpo á cuerpo contra la impiedad de su siglo: confianza desdichada, que frustró su loable designio, abriendo despues de él la sima del espinosismo con los mismos instrumentos de que se habia servido *para remover la arena* (como decia) y *cavar hasta la peña*; ¡tan rápida corre al precipicio la razón humana, desde el punto en que se aísla sistemáticamente de la fé ó de la analogía de la fé, aun con deliberado propósito de volver á ella!

El buen sentido, además, rechaza esa distinción capciosa entre las verdades filosóficas y las verdades religiosas. No es posible que verdades dirigidas á un mismo fin, cual es la dirección de la humanidad, sean diferentes: unas y otras deben precisamente encontrarse en su origen, y no ser mas que una verdad misma y única, aunque presentada bajo diversas formas de enseñanza.

Así lo reconoció perfectamente un filósofo de nuestros días, M. Francisque Bouillier, profesor de filosofía de Lion: —“Esta distinción entre verda-

des del orden filosófico y verdades del orden religioso, dijo, ningún fundamento tiene en la realidad de las cosas, no puede influir mas que en la forma, y de ningún modo en la naturaleza y origen de tales verdades: distinción por lo mismo mas bien artificial y aparente, que verdadera y profunda (1).”

Euhorabuena; pero entonces,—á menos que desechemos toda verdad revelada, ó lo que es lo mismo, toda religion,—fuerza será reconocer que la filosofía debe necesariamente venir á unirse á ella, no siendo otra cosa que el movimiento ascendente de la inteligencia en la esfera de la fé, así como la fé es el reposo de la inteligencia sobre la base de la autoridad. Son dos hijos de una misma madre, uno de los cuales descansa en su seno, mientras el otro juega á su vista: ó bien, para usar de una expresión mas filosófica, es la fé convertida en inteligencia y modelada en comprensión. Todo lo demás, aunque suele todavia ser llamado con el bello nombre de filosofía, no es mas que la ficción de ella, y creemos que no merece siquiera una hora de atención, pudiéramos decir con Pascal, á escepcion de los casos en que deja de ser inocente, para estirpar entonces su error y señalar su peligro: destino propio de la verdadera filosofía, natural auxilio de la religion, cuyo apostolado eterno consiste en confundir el error por medio de la ciencia, y en atraer á la razón por la razón misma conduciéndola á la fé. La filosofía, en una palabra, es una potencia demostrativa, pero no reveladora de la verdad.

Bien definidas así las cosas, rechazamos por lo que á nosotros toca la censura fulminada por algunos contra una escuela que han dado en llamar teocrática, achacándola que quiere aniquilar la filosofía: censura inventada exclusivamente por filósofos de cierta calaña, sin mas objeto que el de desquitarse de otra censura que con harto mayor fundamento se les dirige. Injusticia seria y aun ingratitud, que á nadie se habrá ocurrido, el negar los servicios prestados por la filosofía y desconocer lo que todos los días vemos y admiramos. Lejos de esto, me complazco en proclamar su utilidad, su importancia y sus derechos, que reclamo en este momento á mi favor por la escasa parte que tengo en el ensayo que voy á emprender para conducir los espíritus á la religion.

La religion y la filosofía se pondrán así para siempre de acuerdo para el bien y la gloria de la humanidad: la religion dando á la filosofía los verdaderos gérmenes de la ciencia, y la filosofía ofreciendo á la religion los frutos de su cultivo, y ambas elevando de concierto las facultades del hombre hácia la Divinidad.

Tal fué, á buen seguro, el pensamiento de Descartes; tal fué el de su mas ardiente discípulo Malebranche, ese genio extraordinario, en quien tan maravillosamente se conciliaba la osadía de la razón filosófica con la sumisión de la fé. El mismo explica su idea en términos que merecen copiarse,

(1) Indagaciones sobre el cristianismo, cap. 41.

(1) Historia de la revolución cartesiana, p. 380.

y que formulan en este punto el espíritu de mi obra.

“El uso mejor que de nuestro entendimiento podemos hacer, dice en su 6.^a conversacion sobre la “metafísica, es procurar el conocimiento de las verdades que creemos por la fé y de todo lo que concurre a confirmarlas. Creemos estas verdades, “es cierto; pero la fé no nos dispensa á los que podemos hacerlo, de buscar todos los medios de “conviccion que se hallen á nuestro alcance; porque precisamente Dios nos ha dado la fé para regular con ella todas las operaciones de nuestro “espíritu y todos los conocimientos de nuestro “razon: nos la ha dado para guiarnos á la inteligencia de las verdades que ella misma nos enseña. ... “No puedo por lo mismo convenir en que la verdadera filosofía sea opuesta á la fé, y en que el “buen filósofo pueda tener sentimientos diferentes “de los del buen cristiano; antes bien, estoy persuadido de que es necesario ser buen filósofo para elevarse al conocimiento de las verdades de la “fé, y que cuanto mas esté uno penetrado de los “principios de la metafísica, tanto mas firme estará en las verdades de la religion. ... Puedo asegurar que me he visto agradablemente sorprendido al contemplar la admirable conformidad entre “lo que la razon por estos medios me ha descubierto, y las grandes verdades que la autoridad de “la Iglesia ordena creer á los hombres mas sencillos é ignorantes, á los cuales quiere Dios salvar “lo mismo que á los filósofos. ... Es preciso, pues, “no oponer la filosofía á la religion, como no sea la “falsa filosofía de los paganos, la filosofía fundada “en la autoridad humana, en una palabra, todas “esas opiniones no reveladas que no llevan impreso el sello de la verdad. ... Hay tantos, por otra “parte, que escandalizan á los fieles con una metafísica exagerada, y que con arrogancia nos piden “las pruebas de lo que debían creer en virtud de la “infalible autoridad de la Iglesia, que si bien la firmeza de nuestra fé nos hace incapaces á sus “arremetidas, nuestra caridad nos obliga á remediar como podemos el desórden y confusion que “en todas partes introducen. Aprueba pues, Aristóteles, el plan que te propongo (1).”

Este propósito, que en tiempo de Mallebranche pudiera parecer prematuro y meramente especulativo, ha adquirido en nuestros dias un vivo interés de autoridad y de urgencia por la verdadera anarquía en que han venido á confundirse las ideas y las costumbres; y en ninguna parte puede tener

aplicacion mas positiva que en la defensa y desagravio de las verdades mas fundamentales.

Bajo este punto de vista el designio de aquel grande hombre debe ofrecer ahora una importancia universal, sea cual fuere el grado de incertidumbre de las convicciones de cada uno; porque todos somos individuos de una sociedad que padece por falta de principios, y que á voz en cuello pide los que se han perdido para ella, pero que sin embargo existen; sino que escluidos de las instituciones humanas que en otros tiempos vivificaban, se han refugiado en el seno de la religion, su natural asilo, la única cosa que conserva la vida y el vigor, y que lleva consigo la paz ó la guerra, la vida ó la muerte de las sociedades, segun como por ellas se vea tratada.

Por fortuna todas tienden á volver á su antiguo centro, y no hay por que extrañarlo, porque aquí lo que obra es el instinto de la propia conservacion, que es una ley indeclinable. Esta conversion de los espíritus hacia la religion, es un hecho que ha adquirido suficiente consistencia para poder proclamarlo en alta voz; hecho que se verifica en todo lo grande por medio de un movimiento pausado; pero vasto, constante, poderoso, que arrastra á toda la sociedad y la transforma sin que ella misma lo conozca. No se le siente obrar, tan dulce y tan natural es su fuerza, y solo por el espacio que ha recorrido observamos el cambio que se ha efectuado. La ola, despues de haber azotado vanamente el firme peñasco y de haber pasado sobre él al soplo de la tempestad, se retira á espirar blandamente en su base, abrazandola como á un amigo. Cansada, rendida la sociedad en lucha tan desigual, se habia dormido en brazos de la indiferencia, dudando de si la religion era ó no una verdad: ahora despierta por fin dudando si es ó no una mentira. En semejante disposicion de los espíritus todo se convierte en un rayo de luz, tanto las cosas mas fútiles como las mas graves, las mas débiles como las mas fuertes. La verdad religiosa vuelve á penetrar por todas partes: no se encastilla ya en los pulpitos donde se habia retirado, sino que saliendo de ellos y del templo adopta todos los medios y todos los órganos para estenderse: aun de aquellos que le fueron mas hostiles se apodera con cierta preferencia: la tribuna, los diarios, las escuelas, las conversaciones, los hábitos, las modas, todo, hasta el aire que se respira, se halla impregnado de sus celestes emanaciones. “Dios por leyes que nos son desconocidas, dice Montesquieu, ensancha y dilata como le place los límites de su religion. ¿Escón-

(1) No puedo resistir al deseo de reproducir aquí otro pasaje de Mallebranche, notable por aquel fondo de cordura que se descubre bajo los resplandores de su ingenio, y por aquel oportuno que dirige sus tiros al blanco preciso sin desviarse un punto de él ni traspasarlo. “Tengo que confesarte francamente, Teodoro, mi prevención. Antes de nuestra conversacion opinaba yo que de toda cuestion religiosa debia desterrarse el “discurso como cosa propia unicamente para embrollarla. Pero ahora conozco que si lo abandonamos á los enemigos de la “fé, muy pronto nos veriamos acorralados y silbados como la “caza. Quien tiene de su parte la razon, posee armas poderosísimas para dominar los espíritus: porque al cabo todos somos “racionales, y esencialmente racionales, y pretender que nos “hemos de despojar de la razon como quien se quita un vestido, “es hacerse muy ridiculo, y empeñarse vanamente en lo imposi-

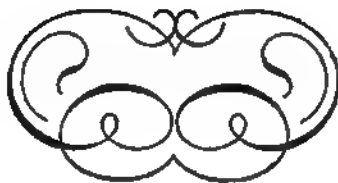
“sible. Así es, que cuando afirmaba que en materia de teología no debiamos raciocinar jamás, bien conocia yo que á semejante existencia no se allanarian fácilmente los teólogos. “Pero ahora comprendo que caia en un extremo peligroso, y que poco honraba á nuestra religion santa, fundada por la razon “suprema, que se ha acomodado á nuestra inteligencia para hacernos mas racionales. Vale mas tomar el termino que ha “adoptado de apoyar el dogma sobre las autoridades de la Iglesia, y buscar las pruebas de estos dogmas en los principios mas “sencillos y mas claros que nos presta la razon. Conviene también aplicar la metafísica á la religion, y derramar sobre las “verdades de la fé aquella luz que dá seguridad al espíritu y “le pone en consonancia con el corazón.” (Última conversacion sobre la metafísica, in fine.)

“dese la fé dentro de los subterráneos? Aguardad,
“y la veréis ostentosa debajo del dosel imperial.
“No son los obstáculos de la tierra los que detie-
“nen sus pasos. Fomentad en los espíritus la
“mayor repugnancia contra ella: ella misma vence-
“rá estas repugnancias. Inventad costumbres, fo-
“mentad ideas, publicad edictos, promulgad leyes:
“ella triunfará del clima, de las leyes y de los le-
“gisladores (1).”

¡Dígnese esta religion augusta no desechar el
pobre escrito que la consagro! ¡Ojalá los que, fas-
tidiados del vacío que en su alma encuentran, deja-

ren caer sobre ella sus miradas vagas y distraídas,
las fijen de intento como forzados y atraídos por la
fuerza de la verdad! Abandónense á ella sin des-
confianza; pues no tengo humos de doctor, no me
título teólogo, ni siquiera presumo de filósofo. Fá-
cilmente lo verán todos en la naturaleza de mis ar-
gumentos y citas, casi todas estrañas á las tradicio-
nes de la cátedra y del púlpito. Soy meramente
un hombre convencido, que habiendo tenido la fe-
licidad de conservar ileso la fé en medio del gene-
ral naufragio donde tantos la han perdido, está pron-
to á comunicarla á los que se la pidan, y la propo-
ne á esperiencia ajena, como testigo personal de
que es tan persuasiva para el entendimiento como
consoladora para el corazon.

(1) *Defensa del Espíritu de las Leyes.*



ESTUDIOS FILOSÓFICOS

SOBRE

EL CRISTIANISMO.

INTRODUCCION.

I. MOTIVO DE LA OBRA.—II. FUNDAMENTOS DE CERTIDUMBRE MORAL.—III. OBJECIONES PRELIMINARES.—IV. PLAN DE LA OBRA.

I.

AL participarme la necesidad que sentís de abandonaros en brazos de la religion, y al pedirme que os la haga conocer, me habeis hecho experimentar, mi querido amigo, dos sentimientos muy distintos. Mi alma se ha llenado de inefable dulzura al contemplar vuestro sincero retorno á la verdad religiosa, que es el bien soberano, y al entrever la futura y pacífica posesion que vais á tener de este bien. Mas si considero que desde este momento pesa en mí la responsabilidad de mostraros la luz y conducir por sus gloriosos senderos, una penosa ansiedad se apodera de mí, y temo que mi insuficiencia debilite la importancia del objeto.

¿Sabré trasmitiros esta gran verdad en toda su magnificencia, en toda su fuerza, tal como es en sí, tal como yo mismo la veo? ¿Podré demostrar la religion cristiana, en la acepcion que se da ordinariamente á esta palabra? . . . La buena fé y la prudencia me obligan á confesaros, que si por demostrar entendeis adquirir una *evidencia geométrica*, os digo ingenuamente que no puedo demostrarla (1). ¿Creeis que haya muchas verdades capaces de someterse á semejante prueba, y que las mismas verdades geométricas se sujetarian á ella, si se interesase el corazon en conformarse ó sustraerse á ellas? (2) Si alguno cree haber demostrado la verdad religiosa hasta tal punto, cualquiera que sea el

resultado de sus esfuerzos, esté bien seguro que no es ella la demostrada. Os daré con frecuencia razones sobre esto, á medida que se me ofrezca ocasion de recordarlo. Entre tanto, bástame deciros que la verdad religiosa es una verdad *práctica*; que su objeto no es tan solo satisfacer el espíritu, sino sobre todo y antes que todo reformar el corazon, que no se rinde muy fácilmente; que aun en los mejor intencionados opone efugios y sofismas, á fin de retardar su derrota y colorear su resistencia; y que para semejante adversario los mas poderosos argumentos no tienen sino una cierta demostracion, dependiendo lo demás de la propia voluntad y de la de Dios. En una palabra: no es nuestra voluntad lo que se corrige, sino el ejercicio de nuestra voluntad, lo que no tendria lugar si pudiese adquirir la evidencia sin ningun esfuerzo de su parte. Por ahí se concibe que el que está acostumbrado á meditar en las verdades religiosas y á practicarlas, tiene en el fondo de su alma una multitud de elementos de conviccion que le son inseparables, y que no pueden trasmitirse de repente al que hace mucho tiempo no se ha ocupado de ellas, y que acaso no ha fijado nunca su atencion.

No podré, pues, comunicaros mas que una parte de esta verdad de que mi alma está llena; y sin embargo creo que para cualquiera talento de buena fé, que desea sinceramente ser ilustrado, cuanto yo diga será *decisivo* para obligarle á marchar por sí mismo en el descubrimiento de la verdad pura y entera. Insensiblemente se le irán disipando las tinieblas, y el acrecentamiento de la luz será resultado de la perseverancia de la voluntad en emplear todos los medios de ilustracion que son inherentes á la naturaleza del objeto: lecturas, reflexiones, reforma moral, las mismas prácticas religiosas, si no se entibian, si se insiste en ellas, si la voluntad y la conducta siguen inmediatamente y sostienen paso á paso los progresos de la conviccion, las sombras acabarán por desvanecerse, la verdad saldrá radiante de entre las preocupaciones que la encubrian, el entendimiento será penetrado, inundado por ella, el alma se dolará de haberla tan tarde conocido y amado, y le parecerá que empieza á vivir desde aquel día.

(1) “*Una demostracion exacta!* esto es mucho pedir, Aristó. Os aseguro que no la he alcanzado nunca; al contrario; me parece que tengo una *demostracion exacta* de la imposibilidad de semejante demostracion. Sin embargo, procuraos persuadir, que no faltan pruebas ciertas y capaces de disipar vuestras dudas.” (Mallebranche, 6.^a Conversacion.)

(2) La verdad, cuya *exacta demostracion* dice Mallebranche que no puede encontrar, es la relativa á la existencia de los cuerpos. Mas adelante añade: “Si los hombres tuvieran algun interés en que los lados de los triángulos semejantes no fuesen proporcionales, y que la falsa geometría fuese tan cómoda para sus inclinaciones perversas como la falsa moral, podrían hacer paralogismos tan absurdos en geometría como en materias de moral, porque sus errores les serian agradables, y porque la verdad les estorbaria é incomodaria.” (Mallebranche, *Indagacion de la verdad*, lib. 4.)

Debo decirlo, amigo mío: me disgusta toda discusión ociosa y puramente especulativa acerca de religión, porque la miro como profanación y peligrosa temeridad. Me he obligado hace tiempo a no abrir inútilmente lo que llamaré aquí el santuario de mis convicciones; y si me decido á contestar, es por la seguridad que me dáis de que al preguntarme no os ha movido sino un verdadero y franco deseo de ilustraros. No me leáis, pues, con ese espíritu contencioso de un controversista, por cuyas manos no hacen mas que deslizarse los mejores argumentos, porque los recibe, por decirlo así, de una manera oblicua: leedme empero con la ingenua confianza de un hombre que se creería feliz si se le probase que se equivoca, y que quiere separarse de sí mismo para irse á colocar enfrente de la verdad. Si mis razones os parecen buenas y plausibles, recibidlas sin resistencia; no fatigéis vuestro talento buscando en ellas sutiles defectos, porque al fin los encontraríais en lo que no los tiene. Portaos con la religión como lo haceis con los negocios mas ordinarios de la vida, en los que con frecuencia os decidís sin tener pruebas de rigurosa certidumbre, dejando al tiempo y á la experiencia el trabajo de convenceros enteramente. Creedme: mas adelante encontraréis mas certeza en la verdad religiosa, que en las demás; y cuando llegue á enseñorearse de vuestra alma, será ella el centro de todas vuestras convicciones.

Finalmente, elevaos á la altura de tan grande objeto, y dejaos absorber por el sentimiento de su importancia..... No se trata aquí de la lucha del espíritu acerca de un interés facticio, ni de una de esas vanas utopías que la imaginación levanta y aterra impunemente en sus juegos: trátase de una deliberación tardía y urgente, de la cual está como suspendido el interés mas capital de la vida humana, y el de todo ese porvenir indefinido, hácia el cual el hombre va precipitándose..... ¿Qué interés tan poderoso, en efecto, para quien se detiene un instante en reflexionar que su objeto es un bien que no depende de los hombres, de la fortuna, ni del tiempo; que podemos inmediatamente procurárnosle por un simple acto de nuestra voluntad; que subsiste y se hace sentir en nuestra alma cuando los otros bienes pasan y se nos escapan; que crece con nuestras pérdidas; que se fortifica cuando todo para nosotros se debilita; que sobrevive eternamente entre los despojos de la muerte; y que, dándonos un medio infalible para satisfacer esa justicia misteriosa y formidable, que todas las convicciones humanas colocan mas allá del sepulcro, nos permite, en medio de las vicisitudes de esta corta vida, el goce tranquilo de una confianza superior, que sabe siempre donde ha de descansar!

II.—Ensayémonos desde luego en la inquisición de este gran bien, poniéndonos de acuerdo sobre algunos puntos esenciales, que serán como los instrumentos para la investigación.

Como nuestras convicciones dependerán del contentamiento de nuestra razón, conviene saber, ante todo, hasta qué punto podrá ésta ser ecijente. Es esto una balanza, cuyo mecanismo importa com-

probar antes de servirnos de ella: los mismos intereses de la sana razón nos aconsejan esta desconfianza. Si en cualquiera materia se encuentra la razón dispuesta á reconocer su debilidad é impotencia, cuando se trata de religión da motivo á preocupaciones, que exagerándole incessantemente la magnitud de sus intereses, la obligan á repadiar á cada instante la verdad á fuerza de ecasijencias.

Me parece que veréis esas preocupaciones cuando os diga:—“El hombre no puede buscar la verdad en su corazón; porque, ¿no vemos que todos nuestros errores provienen de nuestros deseos y pasiones, cuya raíz esta en el corazón? Las impulsiones de nuestro corazón dehen, ante todas cosas, someterse al examen de la razón.”

Si por razón entendeis la facultad general de percibir la verdad, si entendeis por ella la *certeza moral*, estamos convenidos; pero si por razón queréis significar la facultad de raciocinio, la lógica del talento, no puedo concederle tanta importancia.

La facultad de que me habláis es otra de las puertas por donde la certeza puede entrar en nuestra alma, y seguramente no es la menos sospechosa. Hay verdades que son de su jurisdicción, como las geométricas, por ejemplo; pero hay una infinidad de otras para las cuales es ciega é incompetente, y que dependen de facultades distintas, y en particular del sentido íntimo y del sentido moral.

Hablemos en seguida de esta última, del *sentido moral*. Todas las verdades morales dependen de esta facultad. El raciocinio no puede ni demostrarlas ni refutarlas, del mismo modo que el sentimiento no puede refutar ni demostrar una proposición de matemáticas. Las nociones de justicia, de moralidad, de deber, de conformidad con el orden y el bien, son resultado esclusivo de los impulsos de nuestro corazón: el órgano de estas verdades y la regla de su aplicación es el sentido moral, que tiene en el corazón su asiento.—Desafío al mas afamado dialéctico á que me demuestre, por ejemplo, que no puedo defraudar los bienes de nadie, aun contando con la impunidad y la ignorancia de todos; que no debo aprovecharme de una secreta ocasión de vengarme de quien me ha insultado; que mi obligación es volver bien por mal, y ser fiel en todas las cosas. Hay además otras verdades que pertenecen al gusto; y el que al ver un rasgo de generosidad ó una bella estatua preguntase, qué significa esto, ¿debilitaría acaso la bondad ó la belleza que de ello resulta?

Hay además el *sentido íntimo*, que es á la verdad intelectual lo que el sentido moral á la verdad moral. No son solamente las verdades de moral y de gusto las que escapan al análisis del raciocinio. Hay un gran número de verdades puramente intelectuales, sobre las cuales nada puede el hombre; que son indemostrables é irrefutables; y estas verdades son, entre todas, las primeras en el orden de las ciencias: son los axiomas, los primeros principios, sobre los cuales se ha edificado todo el edificio de los conocimientos humanos, y que el raciocinio se ve obligado á tener por ciertos sobre la única autoridad del sentido íntimo, sin los cuales ni este mismo

podria dar un paso, pues que de ellos desenrolla sin esfuerzo sus principales silogismos (1); por ejemplo, las ideas de espacio, de tiempo, de movimiento, de infinitud, de ser, de libertad moral etc. Siento que no duermo, que realmente estoy escribiendo, que soy libre, que todo esto no es una ilusion; y sin embargo, nada de esto puedo demostrarlo por el raciocinio. "Los principios se sienten, dice un gran geómetra, las proposiciones concluyen, unos y otras con certeza, aunque por medios y caminos diferentes. Por esto es tan ridículo que la razon pida al sentimiento y a la inteligencia pruebas de estos primeros principios para sentir en ellos, como lo seria que la inteligencia pidiese á la razon un sentimiento de todas las proposiciones que ésta demuestra." El mismo autor ha dicho además: "El entendimiento tiene un orden peculiar que consiste en principios y demostraciones, y el corazon tiene otro. Seria una extravagancia que uno pretendiese probar que debe ser amado, exponiendo por orden las causas del amor. Jesucristo ha seguido mas bien el orden del corazon, ó sea el de la caridad, que el del entendimiento (2)."

El sentido íntimo y el sentido moral ocupan pues un lugar muy preeminente en la organizacion de nuestro ser moral. Son, respecto del raciocinio, lo que la simple vista es á la vista artificial, y el ojo desnudo á un instrumento óptico. Demuestran las cosas en sí, las hacen evidentes; de modo que el que quisiese aplicar á estas cosas el raciocinio se pareceria al astrónomo que se empeñase en no ver mas que por su telescopio, y que lo aplicase igualmente á los astros y á los muebles de su habitacion. Por esto el amor y el genio, que son de vista perspicaz, se apoderan de sus objetos con una simple mirada, y abrazan á la vez todas sus partes y relaciones. Ven por intuicion las últimas consecuencias en los mismos principios, y salvan de una ojeada todo el espacio del raciocinio; no se entretienen en discurrir: ven y adivinan, lo cual justifica aquellas bellas palabras de Vauvenargues: "Los grandes pensamientos salen del corazon (3)."

Por otra parte, esta facultad de raciocinar, de que estamos tan envanecidos, se ve á cada paso obligada á admitir cosas que no solamente no se le alcanzan, sino que la adelantan y la confunden. ¿Hay algo, por ejemplo, mas incomprendible que la eternidad? ¿Hay, sin embargo, nada mas cierto? Los que se la niegan á Dios, se ven precisados á concedérsela á la materia. ¿Cuántos misterios no hay en nuestra organizacion física! ¿Cuántos misterios en nuestra organizacion moral! ¿Cuántos misterios en la asociacion de ambas! ¿Cuántos misterios fuera de nosotros, derramados con profusion por toda

la naturaleza! ¿Será posible decir que, al través de tantos misterios, debe solamente guiarnos la razon, la severa razon, y que es necesario no admitir mas que lo que ella comprende? Esto seria repudiado casi todos los tesoros de nuestra inteligencia; porque las certezas en el hombre son incalculablemente mas numerosas que sus comprensiones.

Y si esto acontece con la razon aplicada á los conocimientos naturales, ¿qué no deberá suceder con el uso que de ella se haga respecto á la religion? La religion, que descansa por un lado sobre el primero de todos los principios y de todos los axiomas, Dios, termina por el otro en la mas sublime perfeccion de la moral, y se manifiesta por medio de estos dos términos, el sentido íntimo y el sentido moral, cuya jurisdiccion es, como hemos visto, mucho mas estensa que la de la razon.

Por esto en la excelente obra: *Del uso y del abuso del espíritu filosófico*, dice Portalis: "La religion verdadera debe ser, entre cuanto existe, lo mejor para inclinarnos al bien. ¿Qué es empero lo mejor? Dificilmente puede contestarse á esta pregunta, juzgando de las cosas por el entendimiento: lo mejor está casi siempre en aquellas cosas de las cuales juzgamos esencialmente por medio del corazon. El entendimiento duda, inquiere, raciocina; es nuestra parte mas contenciosa: el corazon siente, sus operaciones son mas simples y menos complicadas, y su resultado rápido é inmediato es la evidencia, la certidumbre. Incesantemente encuentro limites en las cosas que pertenecen al entendimiento: la perfeccion y el infinito son del vasto dominio del corazon. Por esto, en las ciencias relativas al entendimiento, no conozco ninguna verdad sin sombras: en lo moral, que está radicado en el corazon, tengo la intuicion y el sentimiento de una virtud perfecta. Por el corazon principalmente juzgamos de la bondad y esencialencia de las doctrinas religiosas (1)."

— "Todos nuestros errores, decía, provienen de nuestros deseos y pasiones, cuyo origen sale del corazon."— Convenimos en ello; pero pensad que por esto mismo la religion debe manifestarse al corazon: ella es el remedio para nuestros errores y pasiones, y el remedio debe siempre aplicarse á la causa, al origen del mal. Por mas que el entendimiento demuestre al corazon los peligros y locuras de su pasion, no logrará curarle mientras no le presente otro alimento que le entretenga, pues es tan difícil que el corazon deje de amar, como de latir. La religion que se dirige al corazon y á la inteligencia, es la religion por excelencia; porque establece entre el soberano bien y el corazon humano esa relacion íntima que le hace de repente comprender, esto es, sentir, la vanidad de todos los bienes caducos, por medio de una comparacion experimental, de la cual solo él puede ser juez soberano, y en cuyo conocimiento la inteligencia se mira confundida.

Si insisto tanto en este primer punto, es porque he notado que hace mucho tiempo que vivís en la preocupacion que estoy atacando, y porque esta

(1) Puede decirse que hay sentimiento en la base de todo raciocinio.

(2) Pascal, *Pensées*, 1^{ra} part., 19.

(3) *Mente cordis*, dicen los libros santos en su lenguaje eminentemente filosófico, tan poco comprendido por el raciocinio. Puede decirse que el sentimiento es un raciocinio implícito, y el raciocinio un sentimiento explícito. De ahí se sigue que el sentimiento precede siempre al raciocinio y que le contiene como en su germen. Dentro de poco veremos cómo habla Juan Jacobo de este juicio ínterno.

(1) Portalis, t. II, p. 126.

preocupacion se halla sin duda colocada á la entrada de vuestra alma para impedirle el acceso de la verdad. Podriamos decir que tiene miedo á vuestro corazon, y que no quiere permitir que se comuniquen con vuestro talento, como esos legatarios interesados que cercan el lecho del moribundo, y no permiten que llegue hasta él un honrado y celoso deudo.

Además, semejante preocupacion nos la ha importado en gran parte la filosofía del siglo XVIII, que en el dia casi ha generalmente caducado. Mas al examinar esa época encontramos aquella preocupacion siempre arraigada en las creaciones de su filosofía, ó mas bien en sus destrucciones. En efecto, el medio mas seguro para arruinarlo todo era el escijir la razon de todo; pero era tambien el medio menos filosófico, en la buena acepcion de esta palabra; porque ¿qué filosofía es la que empieza por hacer abstraccion de todas nuestras facultades y por mutilar nuestra alma, á fin de no dejarle mas que un solo órgano, el raciocinio? ¿No debe cualquiera filosofía racional estar de acuerdo con la naturaleza, y mejorarla? ¿Y no es en la verdad de nuestra naturaleza que todas nuestras facultades se corresponden, se sostienen, se comprueban mutuamente, y se confunden en fin en la simplicidad de nuestra alma? ¿No son todas ellas falibles y mejorables? El desunirlas, ¿no es el medio mas á propósito para estraviarlas? Semejante filosofía debió ser y fué en efecto altamente corruptora.

Uno de sus corifeos, en cuya lectura os habeis imbuido, y que cediendo al movimiento del espíritu de su época, le echaba á veces terribles reconvencciones, J. J. Rousseau, alzaba con frecuencia su voz vigorosa contra esa preocupacion. En una carta que escribia á un jóven incrédulo se explicaba así:

“Todo esto, amigo mio, os parecerá poco filosófico; lo mismo me parece á mí; pero cuando me pongo de buena fé conmigo mismo, siento que se junta á mis mas sencillos raciocinios el peso del asentimiento anterior. Vos queréis que desconfeemos de este último, enhorabuena; mas yo no puedo resolverme á pensar como vos en este punto: muy al contrario, encuentro siempre en este juicio interno una salvaguardia natural contra los sofismas de mi razon. Temo, además, que en la actualidad esteis confundiendo las secretas inclinaciones de nuestro corazon, que nos estravian, con aquel dictámen mucho mas secreto aún, que se queja y reclama contra esas decisiones interesadas, y nos encamina, á pesar nuestro, hácia las sendas de la verdad. Este sentimiento interior es el de la misma naturaleza: es una apelacion que ella interpone contra los sofismas de la razon.... Y por otra parte, ¿cuántas veces la misma filosofía, á pesar de su incommensurable orgullo, se ve obligada á recurrir á este juicio interno que tanto afecta despreciar? ¿No era él el que hacia andar á Diógenes al querer contestar á Zenon, que se empeñaba en negar el movimiento? ¿Y sin necesidad de ir tan lejos: cuando la filosofía moderna rechaza los espíritus, de repente apa-

rece Berkley diciendo que no hay cuerpos en la naturaleza. Suprimid el sentimiento interior, y desaffo á todos los filósofos modernos reunidos á que contesten á este terrible dialéctico.... ¡Ah! ¿quién ignora que sin el sentimiento interior muy pronto ni rastros de verdad quedarian sobre la tierra; que seriamos juguete de las mas monstruosas opiniones, á medida que fuese mayor el talento, la habilidad y el ingenio de los que las sostuviesen; y que, en fin, reducidos á tener que abochornarnos de nuestra propia razon, llegaríamos á no saber qué creer ni qué pensar?—Pero ¿y las objeciones?... Es cierto, las hay insolubles para nosotros; mas todavía, señaladme un sistema que no las tenga, y decidme cómo debo portarme en tales casos.... hacedlo, querido jóven, y me prestaréis un gran servicio, os lo suplico con toda mi buena fé (1).”

Os dejo, amigo mio, bajo la impresion de esta palabra, que os es tan conocida. Añadiré únicamente, que si he insistido tanto en reivindicar la parte del sentimiento contra la razon, no ha sido para abusar de él y arrojarle á un extremo opuesto. Guardémonos del espíritu sistemático. No recurriré al sentimiento mas que en las cosas que sean verdaderamente de su incumbencia; estoy en la confianza de que vuestra razon no tendrá que quejarse de semejante particion, porque lejos de encontrar en él un enemigo, será para ella un útil aliado.

II.—Un defecto bastante ordinario en los que quieren discutir sobre materias religiosas es el empezar por objeciones, y por objeciones sacadas siempre de la incomprendibilidad de los misterios. Esta conducta es cómoda sin duda, mas no es conforme á las reglas de una franca dialéctica. En la investigacion de la verdad de una cosa empíezase siempre por el exámen de los motivos de credibilidad de su existencia, y despues se pasa á las objeciones. Si las razones ó motivos de credibilidad son tan soberanamente satisfactorios que colmen la conviccion, ¿qué importan algunas objeciones? Hay un principio recibido de que, siempre que se prueba una proposicion por medio de pruebas que le sean propias, cualquiera objecion, aun la insoluble, no debe importar nada, á menos que la contradiccion esté en los términos. Además, las contradicciones entran comunmente en la misma naturaleza de la cosa que se examina: de ahí es que para apreciarlas bien es necesario ante todo conocer la misma cosa por las razones de su existencia, y sucede entonces con harta frecuencia que se fundan y desaparecen en la exposicion.

Tal es la regla que deberiamos invariablemente seguir. Con todo prefiero ceder en favor de una ó dos objeciones que parece os preocupan mucho, y que en efecto pueden considerarse como prejudiciales.

“Pero ¿para qué todo este aparato de discusion? me diréis; ¿por qué una verdad destinada á reger el mundo; una verdad segun la cual debemos ser juzgados tan rigurosamente, que de ella

(1) Rousseau Lettre á M..., édit. in-12. de 1796, t. 2º, p. 261.

"dependen nuestra felicidad ó nuestra desdicha eterna, no es tan evidente como el sol á los ojos de todos, y puede tolerar un solo incrédulo?"

He tocado ya esta réplica al principio de la presente introducción, y ha llegado ahora el momento de contestarla mas directamente. Creo poderlo hacer en pocas palabras; pues serán bastantes tres razones, que os suplico oigais con atención:

La evidencia que pedís es imposible; implica contradicción.—Siendo la religion una relacion del hombre con Dios, debe necesariamente haber en ella uno de los términos de esta relacion inaccesible, á lo menos en parte, á la razon humana. El hombre ni siquiera es evidente á sí mismo: todo lo que naturalmente le rodea, lo mismo que su propia persona, está cubierto con los velos del misterio: la *evidencia*, esta palabra tan familiar á nuestros labios, es como la de *felicidad*, perpetuamente en el deseo y la esperanza, casi nunca en la realidad. ¿Dónde se halla en la tierra? ¡Ah! solamente podré contestaros señalando donde no está. ¡Estraña ilusión del hábito y de la ignorancia! A fuer de vivir en el misterio, casi nunca reparamos en él (1). Estamos sumergidos en él, le respiramos, le tocamos, le removemos á cada instante; pero deslizando nos amañalamos por la superficie de las cosas, atontados en cierto modo por la costumbre, no reparamos en los abismos de que somos el centro, y ¡es menester ser sabio para llegar á comprender que uno no es nada! Si las cosas de este mundo estuviesen al revés de lo que ahora están, nos parecerian asimismo tan naturales y evidentes, y las que existen en el estado actual se nos figurarian el cúmulo de la obscuridad y del misterio. ¿Por qué las cosas de la religion nos parecen mas misteriosas que las de la naturaleza? Porque estamos menos habituados á ellas. En sí mismas no lo son: diré mas aún, ellas aclaran muchos misterios de nuestra naturaleza, y recorren sus velos donde debe haberlos mas tupidos, en Dios.—Después de esto, ¿cómo es que nuestra razon, no conociéndose á sí misma ni nada de cuanto la cerca, quiere empezar por tener evidencia de Dios? ¿Cómo es que, cuando el plan de la creacion material y temporal se le escapa por todas partes, pretende abarcar el plan de los eternos designios de Dios en el orden espiri-

tual? Preguntar el por qué la religion no es tan evidente como el dia, es preguntar por qué el mismo Dios no es mas comprensible al hombre en sus atributos y designios que la naturaleza en sus operaciones y secretos, y el hombre en su propia organizacion y hasta en el insensato raciocinio que aspira á esta evidencia de Dios. ¿Tenemos acaso necesidad de la evidencia para reconocerle y dirijirnos á él en su religion? Ciertamente que no, puesto que en las cosas de la vida obramos sin evidencia, sin que por esto creamos engañarnos. Hagamos con la religion lo que hacemos con la naturaleza. Todo hombre racional cree ver á Dios en esta naturaleza, y sin embargo está en ella escondido, no todos le ven. ¿Vacilarémos por esto en reconocerle, y el encuentro de un ateo nos dará ocasion á un argumento bastante fuerte para impedirnos oír el himno general del universo? Pues bien, ¿por qué hemos de obrar de otro modo respecto de la religion, y por qué el encuentro de algunos incrédulos sistemáticos nos ha de vacunar de ver las cosas por nosotros mismos, cuando tal vez bastará que abramos los ojos para que quedemos convencidos, ó al menos heridos por la luz de la verdad? Sin duda hubiera Dios podido darnos una razon mas vasta, y por este medio hacernos mas aptos para comprenderle; pero aun así, no hubiera hecho mas que ensanchar los límites de la evidencia; porque siempre quedaria algo fuera de su dominio: digo mal, siempre quedaria velado el infinito, el infinito en su naturaleza y en sus designios respecto de nosotros, y en esto solo se cebaria la incredulidad, una vez que la incredulidad no quiere rendirse mas que á la evidencia. No depende de Dios el que suceda de otro modo; pues es contradictorio que lo finito y limitado pueda comprender y abarcar lo infinito é ilimitado. Seria pues *contra la razon* el que la religion no fuese en *parte superior á la razon*. Digo en *parte* (1), porque si no tenemos derecho á la evidencia, tampoco lo tenemos á una claridad determinante por medio de la razon. Si la religion estuviese enteramente fuera del alcance de nuestra razon, no seria para seres racionales como nosotros, seria falsa; y si por otra parte fuese enteramente comprensible para nuestra razon, no vendria de Dios, y seria falsa tambien. Es pues indispensable que se adapte por un lado á la inteligencia humana, y que se pierda por otro en las profundidades de la inteligencia divina; que sea, por consiguiente, en parte luminosa y en parte oscura, y que la proporcion de su luz y de su oscuridad esté en relacion con nuestra aproximacion á la Divinidad por la perfeccion de nuestra naturaleza.—Esto es cabalmente lo que sucede en la religion cristiana, y que no sucede mas que en ella.

La segunda razon que se opone á la evidencia absoluta en religion es esta: La religion es una relacion de homenaje, de submission del hombre para con la Divinidad. Por medio de este homenaje el hombre debe ofrecer á Dios lo mas distinguido de su naturaleza, lo que le separa de los brutos, de

(1) La mayor parte de los hombres se imaginan conocer la causa de los afectos naturales que son comunes, y cuando se les enseña la razon de ellos, creen que se debe quedar satisfecho aunque no contesten mas de lo que no sabe ya tan bien como ellos. ¿Por qué de un huevo sale un polluelo? Porque el huevo se empolla con el calor de la gallina: es claro. Nada mas comun; pero no esperéis ninguna otra razon. ¿Por qué un grano de trigo germina y rompe la tierra para estender en ella sus raíces y sacar su espiga? Todo esto lo hace la lluvia: no es preciso saber mas. Si estas respuestas no os agradan, interrogad á los que pasan por filósofos, y os dirán que la *humedad* y el *calor*, palabras bien claras, son los fecundos principios de la generacion y de la corrupcion de todas las cosas. Siendo niño he oído uno decir estas bellas cosas y otras semejantes á hombres graves que se llamaban sus maestros. Para ser dócil era preciso entonces crear en ocasión, retener bien y repetido despues. Por consiguiente, ya que uno ha creído y repetido tantas veces estas insulsezas, ¿por qué avergonzarse de oírlas ahora y de repetir las á los demás? ¿Deberíamos dudar? ¿deberíamos escusarnos? ¡Ah! ya no es tiempo. Se nos consulta, y debemos responder y juzgar con prontitud. (Maistre, *Traité de morale*, t. 1, chap. 8.)

(1) *Ex parte*, per speculum et in enigmate. I, Cor. 13, 12.

las plantas, de los minerales, es decir, su inteligencia, su voluntad, su libertad. Si este homenaje fuese obligado por la evidencia, dejaría de ser el homenaje de un sér inteligente y libre; el homenaje del hombre, es decir, que en semejante acto no habría ya *homenaje, actividad humana*, sino un movimiento pasivo de la naturaleza material. Si la verdad religiosa, el conjunto de todas las perfecciones, Dios, se presentase desde luego visible y radiante como el sol, no podríamos resistirnos á su imponderable actividad: nuestra razon, nuestra voluntad, nuestra libertad se precipitarían, se anularían repentinamente en él; pero no habría en ello mérito ni demérito, y nuestras relaciones con la Divinidad serían mucho menos nobles que las que tuviésemos con el último de nuestros semejantes. Hasta puede decirse que se trastornaría toda nuestra situación acá en la tierra; que se cortarían todas nuestras relaciones naturales, y que estaríamos sumergidos en un éxtasis continuo sin resistencia posible, sin libertad, sin reflexion ni retorno, es decir, sin vida; y que Dios, el origen de nuestro sér, llegaría á ser su nada. Una religion que estuviese poco conforme con la naturaleza humana, y que respetase tan poco sus derechos, no sería seguramente la del Autor de esta misma naturaleza que se los ha concedido. Al contrario, la religion que obra en el hombre por medio de sus facultades naturales é imprescriptibles, la razon y la voluntad, que deja en juego á la libertad humana, que se sirva de la inteligencia para el culto de la inteligencia, de la voluntad para el culto del amor, es por esto solo una religion que lleva un sello eminente de verdad. No es preciso por esto que haya evidencia irresistible ni obscuridad impenetrable: basta que se preste á la investigacion, que haya motivo de mérito y posibilidad de ambas cosas. Entonces empieza la actividad humana, el *homenaje*; pagase el tributo; se establece reciprocidad entre el hombre y Dios: y el hombre se posee á sí mismo poseyendo á Dios.

Por último, la tercera razon que procede naturalmente de la primera, pero que merece sin embargo un desenvolvimiento particular, es que la religion no debe ser tan solo un homenaje libre é inteligente del hombre á Dios, sino un medio de perfeccionar y moralizar al hombre por el ejercicio de este homenaje. El hombre es por naturaleza esencialmente perfeccionable y meritorio en todas sus facultades: el objeto de la religion es desarrollar esta naturaleza y conducirla á la práctica de todas las virtudes. Para esto es necesariamente indispensable que la voluntad humana esté en ejercicio, esté en lucha; conviéndole, no una posesion inmediata del soberano bien que la absorbería sin permitirle desarrollarse, sino una carrera en cuyo término se le aparezca como cubierto por la polvadera del combate, y en la cual tenga esperanza de conquistarlo. Quien tiene esperanza está muy cerca de la fé (1). No hay moralidad sin libertad; no hay libertad don-

de la evidencia del bien no permite ninguna duda en su investigacion. Ver toda la naturaleza del bien, es ver todo el interés del bien; limitar la vista al interés del bien es desterrar la virtud y sustituirle el egoismo: de ahí aquella hermosa frase de la Santa Escritura: *el justo vive de la fé*. "Debemos amar la virtud por razon, dice Mallebranche, y no por instinto. Dios quiere que le sirvamos por la fé; pero por una fé contenta con sus promesas y asegurada en su palabra, á pesar de las dificultades y de la aridez. El placer es la recompensa del mérito y no su principio (1)." El principio del mérito en todas las cosas, aun las mas inconexas con la religion, es siempre la fé. Esperar contra la esperanza, abrazar el bien bajo la figura de un sacrificio, y no reconocer con evidencia su deleitacion sino cuando se ha bebido el cáliz hasta las heces, hé ahí la virtud. Notadlo bien: la misma objecion que haceis á la religion podeis hacerla con mucha mas fuerza á la conciencia, cuya ley sin embargo no poneis en duda. Los principios y los encantos de la virtud no nos los revela la conciencia con evidencia irresistible. ¿Cuántos hombres hay que la tienen ofuscada por los vapores de su temperamento, por las preocupaciones de la educacion, por las seducciones ó los desengaños de su condicion social? En una palabra, ¿no la tienen todos los hombres mas ó menos empañada por las pasiones? Y fuerza es que suceda así; si no, no sería una virtud. No obstante, ¿es por esto menos obligatoria, tarde ó temprano menos vengativa?... "Nada hay tan amable como la virtud, dice Juan Jacobo; pero por reconocerla tales preciso poseerla. Cuando el hombre quiere abrazarla, semejante al proteo de la fábula, toma al principio mil formas espantosas, y no se muestra al fin bajo su propia figura sino á aquellos que no se la han dejado arrebatar (2)." Esta bella expresion puede aplicarse palabra por palabra á la fé, que es la virtud del entendimiento, á la esperanza, que es la virtud del corazon, y que convidándonos á mas noble desarrollo y á una felicidad mayor, deben asimismo convidarnos á una lucha mas sostenida (3).

Para resumir pues en esta importante cuestion, dirémos, que preguntar el por qué la religion no es evidente, es preguntar ¿por qué Dios no es enteramente comprensible? ¿por qué el hombre es inteligente y libre? ¿por qué es perfeccionable y meritorio, y por qué debe hacer uso de sus facultades en sus relaciones con el que se las ha dado, y mejorar sus facultades con este uso? ¿Cosa rara! El cristiano defiende de tal modo los intereses de la razon y de la libertad, que quiere hacerlas participar del divino comercio del hombre con su Autor, y el incrédulo quisiera que esta razon y esta libertad fuesen aterradas por la evidencia como una víctima que un golpe inesperado derriba al pié del altar. Es verdad que la religion escije que nuestra razon se le sujete; pero es en favor de nuestra misma razon. Invita á nuestra razon á que reconozca

(1) La fé es la sustancia de la esperanza, dice admirablemente S. Pablo.—*Fides substantia rerum sperandarum.*

(1) Médit. chrét., 14, 18.

(2) Emilio.

(3) *Regnum Dei vim patitur et viamque rapimus illud.*

por el mismo que está en la alternativa de someterse ó rebelarse contra la razon soberana de Dios; y el incrédulo quisiera el sacrificio de la razon, sin que ésta interviniese en ello, por desvanecimiento, por una fuerza irresistible, por la fatalidad, como un cuerpo bruto que cae en el centro de la tierra, y no como un astro que gravita al rededor del sol.—¿Cuál de estos dos sistemas hace mas honor á la dignidad del hombre? ¿cuál es mas conforme con su naturaleza, y por consiguiente con la verdad?

“En hora buena, decís vos; pero es un honor que nos cuesta muy caro, puesto que nos obliga á emprender un estudio profundo de la religion, so pena de ser eternamente condenados; y ¡cuántos hombres no tienen la capacidad ni la oportunidad que escije un trabajo semejante! ¡Cuántos pueblos hay para quienes no ha lucido todavía el sol del Evangelio! ¡Cuántos hombres miserablemente perdidos, ya que fuera de la Iglesia no hay salvacion! Mi conciencia y mi razon rechazan tanta iniquidad, y atribuírsela á Dios es hacerlo un ultraje.”

Soségaos, amigo mio, y atended. Hay efectivamente en este movimiento de indignacion algo de verdad, pero que degenera en sofisma por la confusion y la escageracion de las cosas.—Esa viva solicitud por los pueblos que nunca han oido hablar del cristianismo, ¿no puede ser acaso una ilusion de nuestra secreta resistencia á la verdad, que nos hace oponer á la luz que nos deslumbra las nubes lejanas que la ocultan á otros? Coloquemos, en el lugar de la religion, la filosofia y la moral consideradas como hijas de la civilizacion: ¿se nos ocurrirá por ventura dudar de su verdad, porque los hotentotes no las conozcan? ¿No nos alegramos de encontrar en la máxima fuera de la Iglesia no hay salvacion, una tacha que nos ha de servir como de brumel para oponer á la verdad? ¿No nos complacemos en escagerar su vigor, y ponderando escesivamente la severidad de la religion, no le hacemos pronunciar demasiado pronto contra los idólatras, con el fin, sin duda, de sustraernos á las decisiones que ha dado ya contra nuestra conducta?...

Abandono estas cuestiones á vuestra buena fé, y os suplico que la deis desenredar todos esos menguados sofismas de vuestro corazon, hasta que yo conteste directamente, y me atrevo á decirlos de una manera satisfactoria, á la parte de vuestra objecion relativa á los pueblos que están en una ignorancia invencible de la ley evangélica.—Dejémosla pues en la actualidad, y hablemos de nosotros mismos.

Para los que nos hallamos inundados de la luz del Evangelio, esta objecion es la mas fútil de cuantas pueden hacerse; aun digo mas: si ella impide que la verdad cristiana nos convenza, nuestra es la culpa.

Todos nosotros hemos sido educados en esta religion, todos hemos poseido la fé en nuestra juventud: ¿de qué modo empero algunos ó la mayor parte de nosotros la hemos perdido?—Dejándonos llevar en nuestra conducta á extravíos vituperables á los ojos de la simple razon; apoyando en estos es-

travíos razones interesadas para no creer en una religion que los proscribiera y condena; buscando el error mas cómodo de una filosofia que coloca todas las virtudes en la imaginacion y todos los vicios en la práctica; en una palabra, dejando de raciocinar para seguir las inspiraciones falaces de la pasion.—¿No es esto exacto?—¿Encontraréis muchos hombres, que conservando toda la integridad de sus costumbres, no hayan conservado al mismo tiempo toda la integridad de su fé? De aquí deduzco yo, que el ofuscamiento de la verdad religiosa que se ha obrado en nosotros lo hemos producido nosotros mismos, y que ella, no solamente hubiera continuado iluminando nuestros ojos, sino que se hubiera acrecido con los progresos de nuestra inteligencia; si no la hubiésemos dejado extinguirse, y hasta trabajado en repudiarla. Esa verdad que hemos atrevesado dias infuustos, en que todas las tradiciones religiosas han sido quebrantadas, rotas todas las tradiciones, y en los cuales el sol de la fé ha estado cubierto por los vapores de una impiedad sistemática. Nuestra generacion ha crecido, ha andado á tientas en la noche de la ignorancia y de la preocupacion, y sin duda la justicia soberana se habrá satisfecho con las calamidades públicas que nos ha enviado, para tratar despues con indulgencia á cada uno de nosotros, supuesto que cada uno de nosotros no tiene poca parte de responsabilidad en la causa particular que he señalado á la pérdida de su fé, es decir, los desarreglos de su voluntad.—Tal vez algunos han abandonado ya esos desarreglos, esos extravíos, y sin embargo continúa la incredulidad ocupando su entendimiento; mas ¿qué hay de raro en esto? Nada: el entendimiento toma á la larga los pliegues del corazon, y acaba por retenerlos; y el alma despues de haber sido empobrecida y ofuscada por las pasiones, conserva el vacío y las tinieblas en que ellas la han sumerjido, y las preocupaciones y errores en que necesariamente ha sido envuelta. Añadid á todo esto, que el respeto humano por una parte y la indolencia moral por otra están siempre en el umbral de nuestra alma para impedir el retorno de una fé que el hombre no puede volver á abrazar sin singularizarse un poco, y sobre todo sin abrazar con ella las sujeciones que son el precio que la misma fé impone á su conversion y á las nuevas virtudes que forman su cortejo. Conven-gamos en que, si el sublime plan de la religion no escijiese mas que la aquiescencia de nuestro entendimiento; si no fuese mas que un sistema filosófico ó científico propuesto tan solo á nuestra razon, sin pedir nada á nuestro corazon, ¡con cuánto entusiasmo le abrazáramos y seguiríamos, y con cuánto menosprecio trataríamos á los incrédulos! Mas no es así; el conocimiento de la religion se halla de tal modo enlazado con la moralidad humana, que la debilitacion de ésta importa la decadencia de aquella y recíprocamente; y esta perfecta armonía entre la doctrina y la moral es una prueba brillante de la verdad de esta religion.—No es pues su oscuridad sino su santidad lo que nos hace incrédulos.

Pero ya que esta incredulidad procede de nues-

tra conducta, y que por este lado no tenemos de que quejarnos, ¿serán necesarios largos y profundos estudios para disiparla y restablecer la buena armonía entre nosotros y la religión? La experiencia contesta que no.—La luz se halla colocada en medio de nosotros: si le abrimos los ojos, se aviva mas pasado algun tiempo, y despierta al rededor de nosotros abundantes destellos de fulgor.—No se trata mas que de colocarnos en las condiciones necesarias para verla bien; y una de estas condiciones, que resulta de lo que acabamos de decir, es, racionalmente hablando, poner orden en nuestras costumbres. En efecto, para tener libres los ojos del entendimiento, conviene empezar por desembarazarlos de las preocupaciones apasionadas del corazón, reponiendo á éste en una situación de moralidad natural. Siendo por otra parte la verdad religiosa una verdad práctica, es claro que su luz no aumenta sino cuando se la sigue (1). Una vez tomada esta primera determinación, lo demás se irá haciendo por sí mismo sucesivamente, y la fé irradiará al fin en nuestra alma con todo su esplendor. En efecto, á la mayor parte de los hombres, esto es, á todos aquellos en quienes las preocupaciones de una falsa ciencia no hayan ahogado enteramente el buen sentido (2), este buen sentido les dirá que una religión que mejora tan eminentemente al corazón humano es digna de los homenajes de su entendimiento. Este sencillo argumento nos lleva sin violencia á reproducir aquellas palabras de Montaigne: "Nuestra virtud es la señal evidente de nuestra verdad." Hé aquí lo que arrastra á las masas siempre electrizables con el contacto de la virtud; hé aquí lo que ha convertido al mundo, y lo que quita toda excusa á los que se obstinan en permanecer apartados de la religión: la santidad de su moral, el espectáculo de las sublimes virtudes de sus verdaderos discípulos. ¡Ah! á la vista de una sola hermana de la caridad... los cielos se abren, se abaten para contemplarla, y la tierra que la sostiene, sin conocer todo su valor, brota flores de bendición por do quiera que pone sus plantas... ¡Cuántos otros brillantísimos rasgos de verdad hieran de continuo nuestros ojos y solicitan nuestra fé!—La perpetuidad de la religión (3), siempre la misma en medio de las instituciones humanas, las leyes, las costumbres, las doctrinas y los imperios de la tierra, que ruedan incesantemente en la variación y la inconstancia.—Su indestructibilidad, que se fortalece con los mismos golpes que se la dan para destruirla.—Su invariable unidad, que no ha tolerado que despues de su primera emisión se haya añadido ni quitado un ápice á su doctrina, á pesar de la natural debilidad de sus depositarios.—Su universalidad, que

nos la presenta primero como la reina de las primeras naciones del mundo, y en seguida como el centinela mas avanzado de la civilización entre los pueblos mas apartados y mas salvajes.—Su aptitud para todas las inteligencias, que se deja comprender por el tierno niño que la aprende de memoria y la explica, y á su vez es encaiso é inagotable pábulo para el mas elevado genio que la contempla.—Sus recursos, en fin, tan inmensos como nuestras necesidades, y sus beneficios tan numerosos y tan variados como nuestras miserias. ¡Cuántos rasgos esplendentes de evidencia, sin que tengamos necesidad de trabajo ni de estudio para descubrirlos, y que mas bien debe el hombre hacerse violencia para no verlos!

Sé muy bien que hay algunos que no los ven ó que no se satisfacen con ellos, y que para esos es preciso un estudio mas profundo; pero ¿quiénes son esos? Los que pueden con mas facilidad y deben con mas justicia emprender este estudio; los que han llegado á esta escasez y á esta prevención filosófica contra la religión por el estudio hostil y mal dirigido que de ella han hecho ya. ¿No es pues lógico y justo que sean castigados por donde han faltado, y que si han empleado el estudio para entorpecer su juicio y falsificar sus ideas sobre la religión, sean condenados á buscar en un estudio mas profundo y mas concienzudo el enderezamiento de sus falsos y precipitados juicios? Es bien seguro que tienen menos necesidad de estudiar la religión, que de desaprender la irreligión. Pero por esto mismo, ¡cuántos tesoros de instrucción se abren delante del que se acerca de buena fé á la religión para estudiarla! Entrad en esas bibliotecas, y encontraréis alimento proporcionando á todas las condiciones: ved como los mas grandes ingenios han tratado las ciencias y han tomado todas las formas á fin de ilustrar, conmover, persuadir y encantar al entendimiento y al corazón. No concibo por consiguiente ninguna dificultad en los hombres para conocer la religión: lo que me admira es, al contrario, que cada cristiano tenga en su mano tal cúmulo de fácil instrucción, que hubiera debido bastar para convertir á todos los pueblos idólatras, y para convencer á todos los filósofos de la antigüedad.

De ahí se sigue que cuando se nos dice: sin fé no hay salvación; no es raro que le cueste algunos esfuerzos á nuestro entendimiento el comprenderlo. Es muy racional y justo; porque si la religión es á la vez un homenaje de nuestra voluntad inteligente á Dios, y un medio de mejorar la voluntad por medio de este homenaje, es moralmente lógico que esta voluntad espere proporcionalmente la sinrazón de su rebeldía por un penoso trabajo en su arrepentimiento.

IV.—Pero bastante nos hemos detenido ya debajo del pórtico, y ha llegado la hora de penetrar en el templo. Vamos, pues.

Decís que á vuestras ojos el dogma de la inmortalidad del alma es muy problemático. No lo extraño: tal vez hace mucho tiempo que dudais de este dogma. Es tan débil nuestra razón por sí, que cuando se separa de la fé no acierta á encontrar

(1) Qui facit veritatem venit ad lucem. Evang. S. Jean.

(2) "En preciso confesar que se mueren á veces como muy raras en las cabezas de los hombres, dice Moliere en boca de "un hombre sencillo del pueblo que está hablando con un espíritu fuerte, y que con frecuencia despues de haber estudiado "mucho se es menos sabio que antes. Yo, gracias á Dios, no he "estudiado como vos, caballero, y nadie podrá envidiarme de "haberme enseñado nada; pero con la ayuda de mis potras sentencias y de mi escaso juicio, creo ver las cosas mejor que todos los libros." (Le festin de Pierre, acte III, scène 1.)

(3) Moné el día en que nacieron los días.

ningun puerto en el vasto océano de la duda. La verdad religiosa, aun en lo que tiene de mas familiar para el entendimiento humano, no se le aparece entonces sino como aquella ilusion óptica que simulaba á la vista de Ulises, errante por los mares, las amables selvas de la patria. Siéntese en todas nuestras convicciones un sacudimiento general; degeneran primero en simples opiniones, despues en conjeturas, y en este estado se rehacen y desaparecen en nuestro entendimiento sin poderse fijar, y hacen pasar perpétuamente á nuestro espíritu por todos los grados de afirmacion y de negacion, desde la existencia de un Dios hasta las verdades reveladas mas sencillas, sin que se pueda detener en ninguna, ya para admitirla, ya para desecharla.—Nuestro entendimiento no puede contener la verdad, é incesantemente aspira á recibirla; pero solo á fé puede proporcionarle la posesion de lo que busca.

El mejor medio, pues, para asegurarnos de todas las verdades religiosas, será remontarnos directamente á la religion cristiana, que es su centro y que las contiene todas en la fé. La prueba histórica del hecho de la revelacion y de la divinidad de su autor traerá necesariamente consigo todas las demás verdades del espiritualismo y de la teología. Teniendo abrazado el tronco, serán nuestras todas las ramas.

Mas este órden, seguido generalmente, y que yo estoy lejos de criticar, me parece que puede conciliarse con el órden inverso, que consiste en marchar de la circunferencia al centro, estableciendo sucesiva y progresivamente las verdades filosóficas y teológicas, y haciéndolas converjer todas hácia la divinidad del cristianismo, cuya prueba histórica viene en seguida en su ayuda, y las sella todas con el sello de la fé.

Semejante método me parece mas conducente, porque sin escluir al antiguo produce doble efecto: es mas nuevo y variado, y por consiguiente tiene mas atractivo y dirige mejor nuestra razon, demasiado recelosa para someterse de repente á nuestros misterios por una simple prueba histórica, y que tiene necesidad de ser conducida paso á paso á la fé, de manera que pueda convencerse por sí misma y que encuentre, no tanto un obstáculo en su vuelo, como una expansion de todas sus facultades: no tanto un límite, como una nueva carrera; y que se convenza que esa venda con que se la amenaza no es mas que una ayuda de su vista, que aclarándole y corrijiéndole todas las verdades naturales, le hará descubrir al contrario todo un mundo de nuevas verdades.

Preparada de este modo la razon, recibe las pruebas históricas como una confirmacion poderosa, que la adhiere con tanta mas fuerza á la doctrina, cuanto ésta se la ha hecho ya amable y asequible á la inteligencia.

Conozco que este método esije desenvolvimientos infinitos en el asunto, pues que va marchando de los argumentos generales á los particulares; pero no se crea que se convence siempre el entendimiento con la sencillez de las pruebas. Es verdad

que le afectan con energía por un momento; mas muy luego se pierden en el vacío de la inteligencia, y acaban por extinguirse en el fondo de la ignorancia y de las preocupaciones. Es indispensable desarraigar primero estas preocupaciones, disipar esta ignorancia; desmontar, revolver en todos sentidos este terreno abandonado, y pasar en él muchas veces el arado; en fin, hacer desear la verdad dándola á conocer antes de gustarla, y hacerla gustar por medio de la prueba mas persuasiva y mas duradera, el aspecto de su inefable belleza. No se compromete la verdad con una prueba semejante: solo pide que se la juzgue de buena fé. La verdad se presenta siempre sin temor donde la buena fé la espera para juzgarla, y dejándose interrogar y examinar en todos sentidos, haciéndose fácil y popular atrae á sí los mas orgullosos talentos, y acaba por remontarse y sentarse en el trono de su inteligencia.

Por lo demás, vase desarrollando actualmente en los espíritus un gusto generalizador, una necesidad grandísima de comprender las cosas bajo un aspecto mas amplio y mas absoluto; resultado sin duda del ansia por salir de la ignorancia que les consume, y que busca un alimento tan vasto como su capacidad. En semejante coyuntura el mejor medio para interesar y satisfacer esos espíritus en el estudio de la religion es mostrársela en toda su magnificencia, de frente, por decirlo así, á cuya escajencia se presta la religion mejor que ninguno de los sistemas del universo; la religion, que encierra en su seno cuanto hay de mas general y absoluto; que llena todos los tiempos, todos los lugares y todas las esferas; que encierra en sí la humanidad entera, y no es contenida ni encerrada mas que por Dios; ó mas bien que es el mismo Dios, único y verdadero objeto al cual sin saberlo buscamos.

Todas estas consideraciones me han hecho adoptar en la presente obra el siguiente plan: Dividiráse en tres partes principales, que reunidas y separadas tendrán por objeto probar la divinidad del cristianismo, y formarán tres tratados en uno solo.

1.ª PARTE.—PRUEBAS PRELIMINARES Ó FILOSÓFICAS.

2.ª PARTE.—PRUEBAS INTRÍNECAS Ó TEOLÓGICAS.

3.ª PARTE.—PRUEBAS ESTRÍNECAS Ó HISTÓRICAS.

Estas últimas denominaciones de *filosóficas*, *teológicas* é *históricas* espresan el matiz dominante en cada una de las partes; pero suplico que no se tomen demasiado al pié de la letra y en un sentido harto esclusivo y absoluto. Encontraránse citas históricas entre las pruebas filosóficas ó teológicas, y reciprocamente. La dificultad de establecer y fijar divisiones absolutamente limitadas en ciertos puntos es de la misma verdad, que á causa de su unidad y simplicidad no se presta á semejante descomposicion, y se la halla siempre toda entera en cualquiera parte donde se presente.—Finalmente, el espíritu filosófico, en la acepcion racional de esta

palabra, es decir, la penetración respetuosa de las verdades y de los fundamentos de la fé por las luces naturales de la razón, reinará incesantemente desde el principio al fin de la obra, que deberá justificar su título de *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*.

Desarrollemos entre tanto detalladamente cada una de las tres partes.

PRIMERA PARTE.

Se dividirá en dos libros, que se subdividirán así:

LIBRO I.

- CAPÍTULO I. —El alma.
- CAPÍTULO II. —Dios.
- CAPÍTULO III. —Inmortalidad del alma.
- CAPÍTULO IV. —Una religion natural.—Refutación del deísmo.
- CAPÍTULO V. —Necesidad de una revelación primitiva.
- CAPÍTULO VI. —Necesidad de una segunda revelación.

LIBRO II.

- CAPÍTULO I. —Conformidad entre las dos revelaciones.—Esposición.
- CAPÍTULO II. —Moisés.
 - § I. —Su antigüedad, su carácter y el de sus escritos.—El pueblo judío.
 - § II. —Moisés juzgado por las ciencias en el siglo XIX.—Demuéstrase su inspiración.
 - § III. —Moisés considerado en el relato de la caída del hombre y en la promesa de su rehabilitación por Jesucristo.
- CAPÍTULO III. —La naturaleza humana.—Estudio psicológico sobre el hecho de la caída y de la rehabilitación.
- CAPÍTULO IV. —Tradiciones universales.
 - § I. —Tradiciones sobre la caída del hombre.
 - § II. —Estudio de los sacrificios.
 - § III. —Tradiciones acerca de la rehabilitación ó acerca de la esperanza de un libertador.
- CAPÍTULO V. —La venida y el reino de Jesucristo.
- CAPÍTULO VI. —Resumen y conclusion.

Tal será la primera parte.

SEGUNDA PARTE.

Versará sobre las pruebas intrínsecas, es decir, la prueba de la divinidad del cristianismo sacada de lo que hay de sublime y de sobrehumano en su moral y sus dogmas, con relación al estado y las necesidades de nuestra naturaleza, y por oposición á la impotencia absoluta del espíritu humano para acercarse á ella.—Esta segunda parte se subdividirá como sigue:

- CAPÍTULO I. —Preámbulo.—Transición.
- CAPÍTULO II. —Esposición de la moral evangélica.
- CAPÍTULO III. —Estudio sobre la divinidad de esta moral considerada en la sencillez de su principio y en la fecundidad de sus aplicaciones.
- CAPÍTULO IV. —El dogma.
- CAPÍTULO V. —Naturaleza y atributos de Dios.
- CAPÍTULO VI. —La inmortalidad del alma y el cielo.
- CAPÍTULO VII. —El purgatorio.
- CAPÍTULO VIII. —El infierno.
- CAPÍTULO IX. —La redención.—Su enseñanza.
- CAPÍTULO X. —La redención.—Sus aplicaciones.
- CAPÍTULO XI. —La Trinidad.
- CAPÍTULO XII. —La Iglesia.
- CAPÍTULO XIII. —El protestantismo.
- CAPÍTULO XIV. —Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse.—Demostración de esta doctrina dogmática.
- CAPÍTULO XV. —La gracia y los sacramentos.
- CAPÍTULO XVI. —La confesión y la eucaristía.
- CAPÍTULO XVII. —El culto y sus ceremonias.
- CAPÍTULO XVIII. —La fé.—Conclusion.

Tal será la segunda parte. El orden que en ella me he propuesto está calculado sobre el pensamiento que preside á toda la obra, á saber, el conducir la razón por medio de suaves gradaciones, desde los puntos que le son mas simpáticos hasta aquellos contra los cuales está mas preocupada; de modo que no le presentarémos estos últimos hasta después de haberle familiarizado con los primeros y de haber hecho que los contemple libremente.

TERCERA PARTE.

Abrazará las pruebas estrictas ó históricas, y se subdividirá como sigue:

- CAPÍTULO I. —Prólogo.
- CAPÍTULO II. —Jesucristo.
- CAPÍTULO III. —Los Evangelios.
- CAPÍTULO IV. —Las profecías.
- CAPÍTULO V. —Los milagros.
- CAPÍTULO VI. —Establecimiento del cristianismo.
- CAPÍTULO VII. —Efectos del cristianismo.
 - § I. —En el orden moral.
 - § II. —En el orden intelectual.
 - § III. —En el orden social.
- CAPÍTULO VIII. —Estabilidad del cristianismo en la perpetuidad de su constitución católica.
- CAPÍTULO IX. —Conclusion.
- CAPÍTULO X. —Resumen.

¡Qué programa!!! Y ¿quién soy yo para desempeñarlo dignamente? ¿Quién soy yo para relatar todas estas grandezas del hombre y estos sublimes abatimientos de Dios? Sería necesaria para esto el

harpa de un profeta, ¡y yo no tengo en mis trémulos dedos mas que una tímida pluma!....

¿Revelaré de una vez el secreto de mi fuerza, y dejaré conocer á mis lectores lo que ha pasado en mí?.... Desde mi mas profundo abatimiento, cuando todo mi sér, retirado en el sentimiento de su impotencia, habia llegado á hacerse en alguna manera casi vecino de la nada, sentí que el espíritu de verdad se llegaba á mí, y tocando mi frente humillada, me dijo:

“Levántate: ofréceme tu debilidad y te daré mi fuerza; abandona tus pensamientos y recibe en cambio mis inspiraciones. Yo me complazco en visitar á los humildes de corazón, y cuando ellos creen que todo está perdido, me elevo yo sobre las tinieblas de su ignorancia como la hermosa estrella de la mañana. En un instante les hago penetrar mas secretos de mi verdad eterna, que no aprenderá el hombre en diez años de estudio en las escuelas; y esto lo hago sin ruido de palabras, sin mezcla de opiniones, sin fausto de honores y sin contienda de argumentos. Pero tengo sobre todo una inclinación particular á todos los que entran generosamente en mis designios, que contruyen con sus trabajos á la perfección del edificio “que estoy levantando, y que colocan sobre los ci-

mientos, que ya le he puesto, oro, plata, piedras preciosas, ó leña y paja, cada uno según sus fuerzas y las facultades que mi gracia y la naturaleza le han dado.—Yo soy el que en otro tiempo salí al encuentro de Job en sus nocturnas visiones, el que murmuraba palabras misteriosas al oído de Sócrates, y le enseñaba esta frase, la mas sabia y progresiva de todas las ciencias humanas: *Todo lo que sé consiste en saber que no sé nada.*—Yo soy el que, para convertir y civilizar al mundo, escogí y envié á su conquista doce pobres pescadores de Galilea. Yo soy el que hablaba por boca de Pablo en el Areópago de Atenas, y el sentimiento de mi asistencia hacia decir á este artesano, doctor de las naciones: *Cuando soy débil, por esto mismo me encuentro fuerte, porque todo lo puedo en el que me fortifica.*—Yo soy, en fin, el que he guiado la pluma de todos mis apologistas, desde Justino hasta Pascal, y el que acabo de quebrantar la soberbia de un genio estraviado, que queria dirigirse contra mí, y cuyos golpes se han tornado contra él mismo.... Deja que yo te sirva de guía, pero tiembla al seguirme; porque si el convencimiento en que estás de tu insuficiencia me ha atraído, él solo podrá detenerme á tu lado, y mis inspiraciones quedarian desvanecidas ante los mas leves vapores de tu orgullo.”

PRIMERA PARTE.—LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO I.

EL ALMA.

No es preciso ir á buscar muy lejos la prueba de esta primera verdad, porque el primer fundamento de su demostración se encuentra en su misma enunciación. Puede decirse, efectivamente, que por lo mismo que tenemos idea del alma, es necesario que esta idea sea verdadera.

No tenemos idea de nada que no suponga en sí un principio directo ó indirecto de existencia. Podemos formarnos ideas falsas; pero no hay ni una sola idea falsa que no tenga sus elementos de verdad, y la falsedad no está sino en la agregación de estos elementos. Por ejemplo, nada es mas imaginario que el animal fabuloso que llaman *hipógrifo*, y sin embargo, nada es mas verdadero que los elementos de que conviene en componerlo, á saber: un caballo, una águila y un león. Si nosotros no tuviésemos anticipadamente la verdadera idea de estos tres animales, no podríamos tener la idea falsa de su compuesto; ó si estos tres animales no existiesen en la naturaleza, y sin embargo tuviésemos idea de su compuesto, seria necesariamente indispensable que este último existiese por sí mismo, porque no se puede con nada hacer ó representar alguna cosa.

Siendo así, ¿quién hubiera podido comunicarnos la idea de alma? ¿Cómo se hubiera introducido

esta idea en el mundo si careciese de realidad? Para que fuese una mera suposición, seria preciso que hubiéramos tenido otras ideas anteriores con que formarla. Pero nos hallamos sumergidos en un elemento material, y nuestros sentidos no nos comunican mas que ideas de materia; ¿cómo hubiéramos podido pues adquirir la idea de una sustancia que nada tiene de materia? ¿Puede la materia contener en su esencia una idea tan pura, tan simple, tan *inmaterial* como la del espíritu? ¿Cómo puede ser principio de lo que la niega y la excluye de su propio sér? ¿Cómo puede ser ella en el hombre lo que piensa, es decir, lo que para el mismo hombre es el convencimiento de que su sér es algo mas que materia? Entre la idea de materia y la idea de espíritu existe un abismo insondable, que no es capaz de salvar la mas fecunda imaginación: ambas se excluyen mutuamente. Pueden inventarse las modificaciones; pero no se han inventado nunca las sustancias: y si no, ¿quién se formará, por ejemplo, la idea de una tercera sustancia que no sea ni material ni espiritual? Desde luego aseguramos que nadie, porque no se sabe de donde podria tomarse la idea. Pues bien, sucederia absolutamente lo mismo á quien no quisiese usar mas que de su idea de la materia para formarse la idea del espíritu. Por consiguiente, si tenemos la idea del espíritu, es necesariamente porque esta idea es una *idea-principio*.

Este argumento no tendría réplica aun cuando la idea de alma no se encontrase mas que en la cabeza de un filósofo, porque la imposibilidad de haberla éste forjado sería la misma; pero ¡cuánta consistencia no toma cuando se nota que todos los hombres, en todos tiempos, en todos los lugares y en todos los grados de civilización, llevan en sí esta misma idea, distinta y positiva, de tal suerte que se encuentra en universal circulación en todas las lenguas, en todas las acciones de la especie humana, y siempre y en todas partes se ha oído decir "mi alma, mi espíritu," del mismo modo que se dice "mi pie ó mi mano!"

Bajo este respecto, semejante certidumbre es la mas fuerte de todas. El alma, por quien sentimos las impresiones de todo lo demás, se reconoce á sí misma y se distingue de estas impresiones, raciocina sobre ellas, las une, las separa, las pesa, las juzga, las combate y las domina, las preexiste y les sobrevive. El mismo sentimiento interior que nos hace afirmar estas proposiciones: *Yo soy; á mi alrededor hay objetos que veo, que oigo, que toco*, nos asegura al propio tiempo que este yo, que este mi, son de distinta naturaleza que esos objetos, y que aun cuando estos objetos se manifiestan por todas sus relaciones de estension, de forma, de gravedad, de color, de divisibilidad y otras, ninguna de estas cualidades conviene al alma; y que al contrario, el sentimiento, el deseo, la voluntad, el pensamiento, la simplicidad del sér, que son sus atributos esenciales, en nada pertenecen al cuerpo; y que el alma es incorpórea, del mismo modo que son inanimados aquellos objetos. De suerte que el sentimiento interior que tiene el alma de sí misma y de su distincion de los cuerpos, descansa sobre la misma base que el sentimiento del sér y de todos los aéres, y que no puede negarse esta verdad, sin negar tambien las cosas mas palpables.

Aun diré mas: creo que podría el hombre sospechar de todo, negarlo todo, mientras que esta verdad permaneciera libre de la mas ligera duda, y se cerniera como el espíritu sobre el caos para iluminarlo y ordenarlo una segunda vez. Todo cuanto nos parece dotado de existencia á nuestro alrededor, todo este mundo sensible que se agita á nuestra vista, podría no ser mas que un sueño ó una impresion fantástica. Semejante suposicion es tan imaginaria y atrevida como se quiera, pero no es absurda (1). A veces creemos estar viendo objetos y acontecimientos reales cuando nos despertamos: la realidad aparente del mismo despertar y su distincion del sueño podrían muy bien no ser sino otro sueño mas especioso. De este modo nuestra vida no sería mas que un prolongado sueño, durante el cual tendrían lugar otros sueños que en oposicion á los del despertar, nos parecerían menos fantásticos sin serlo en realidad; y bajo este concepto no se nos ofrecería en ninguna parte ni un solo asidero en la terrible pendiente de la duda. Felizmente tamaña suposicion no podría existir un instante

sin el manifiesto absurdo de que el mismo yo que duda, fuese dudoso; y de que la vida, como dice Píndaro, fuese el *sueño de una sombra*; porque si yo dudo, yo soy, puesto que no se puede dudar sin existir. Además, dudar ¿no es pensar? El principio pensador, el alma, es la sola realidad incontrastable donde van á replegarse todas nuestras certidumbres, la única que nos responde de nosotros mismos y de todo lo demás que está separado de nosotros, y á la cual la materia se ve obligada á pedir continuamente testimonio de su existencia.

Por otra parte, ¡cuán vivos y pronunciados son los caracteres de superioridad que separan á nuestra alma de toda asimilacion con la materia! La materia, inerte en sí, no hace mas que obedecer al movimiento que se le ha dado, y yo siento en mí un principio de espontaneidad, concentrado en la unidad mas indivisible, que manda á todos mis órganos y por ellos á toda la naturaleza, y los hace servir á la satisfaccion de mi libre voluntad. La materia ni se da cuenta de sí misma ni de todo el universo que llena; solamente yo pienso, reflexiono, me recojo en mi interior, atraigo allí las impresiones exteriores, las centralizo, me alimento de ellas, ó las combato y neutralizo por medio de una fuerza interior que las domina y que se basta á sí misma. Colocadme en medio de un desierto; estoy allí rodeado de objetos materiales, graciables, agradables y movibles, los árboles, las aguas, los animales; y sin embargo, siento que estoy solo.... que nada hay en alrededor de mí que sea de la misma naturaleza que yo: yo, tan débil en mis órganos, tan mezquino en presencia de esa colosal naturaleza, yo siento dentro de mí un principio de superioridad sobre toda ella. No soy mas que una frágil caña, pero una caña pensadora, como dice Pascal; conozco mi flaqueza, y el universo ignora su fuerza, y hé aquí que por esto solo soy superior á esa misma fuerza.

Mas no está todo ahí: este mundo material no es el solo que se halla bajo el dominio de mi inteligencia. Tengo en mi interior otro mundo intelectual, donde mi pensamiento se espacia, se encierra ó se eleva del mismo modo que mi cuerpo en la naturaleza. Lo verdadero y lo bello habitan en este mundo, que no es iluminado por la luz del sol, sino por otra luz intelectual y divina, la verdad; la verdad sin formas, ideal, pura, simple, eterna é inmutable, que es constantemente el digno objeto de mis investigaciones, de mis trabajos y de todas mis delicias. Estoy embelesado, absorbido, abismado en ella, separado, muy separado de la parte corporal de mi existencia: nada oigo, nada veo, ni nada siento de cuanto hay material en el universo; y sin embargo, en este mismo encuentro el placer mas puro de mi vida; y cuando salgo de este mundo intelectual para volver de nuevo al material, me parece que me arrancan de mi sér, y que entro en una obscura prision.

Hay mas aún: el mundo moral es otro de mis dominios, de mis palacios, cuyo trono es la conciencia. Entro en ella como en un santuario, y me pongo en relacion con una justicia eterna y una

(1) La han hecho San Agustín, Descartes y otros grandes genios.

perfección infinita, que el mundo corporal no conoce. Aquí siento mejor que en ninguna otra parte la dignidad de mi naturaleza; me reconozco dueño, libre y responsable, y veo que mientras todo lo que es materia obedece a leyes precisas, yo solo soy el que me las impongo, aceptando ó desechando las que se me han dado. Aquí gozo, sufro; pero un gozo y un sufrimiento que mis órganos no pueden ni aumentar ni debilitar, y que tienen su origen en el uso que he hecho de mi libertad. Aquí, aun faltándome todo cuanto puede lisonjear á mi cuerpo, y hasta en la destrucción de mi mismo cuerpo, puedo ser feliz; y aquí mismo, aun nadando en la abundancia de todos los bienes sensibles, y hallándome en completa paz con la materia, puedo también ser muy desdichado.

La sensibilidad,—la inteligencia,—la conciencia,—hé aquí pues los tres principales atributos de mi sér, que ningun contacto ni relacion tienen con la materia, y por medio de los cuales percibo y me convengo de la existencia de una sustancia inmaterial que está dentro de mí y que es el yo.

Hay muchas otras pruebas luminosas del espiritualismo; pero creo deberme limitar á las presentes, porque sin duda dejarán satisfecho á cualquiera entendimiento reflexivo que solo desee la verdad.

Digamos, pues, con un gran filósofo:

No el instinto, no el acaso
Mueve el labio ni el pié mio,
Sino mi libre albedrío,
Cuando yo hablo ó doy un paso:
Yo siento en mí un celestial
Espíritu inteligente,
De quien es siervo obediente
Este cuerpo material.
Y aunque ocultas en mí estén
Sus fuerzas, por ellas vivo,
Y mas claro las concibo
Que cuanto mis ojos ven (1).

CAPÍTULO II.

DIOS.

TRISTE cosa es verse obligado á probar esta verdad, cuando debiera bastar su simple enunciaci6n para que el mundo la reconociese como la luz del mediodía. Todas las verdades tienen origen en esta verdad primitiva: el sentimiento de nuestra existencia y de la de todos los demás séres, la misma idea de existencia, son inseparables de la idea

de un primer sér, que es su esencia, y por el cual todo vive, se mueve y respira.

Entremos sin embargo en algunas explicaciones. —Las pruebas de la existencia de un Sér Supremo son infinitas en su variedad, porque cada sér particular la prueba á su modo. Reasumiendo empero las principales, las limitaremos á siete.

I. *Prueba del sentido comun.*—“Siento que hay un Dios, dice Labruyere, y jamas siento lo contrario: esto me basta para de ahí concluir que Dios existe. Todos los ratiocinios del mundo no me llevarian tan lógicamente á esta conclusion, que está además en mi misma naturaleza. No puedo sospechar falsedad en ella, porque he adquirido sus principios con mucha facilidad en mi infancia, y despues, en edad mas avanzada, los he conservado muy naturalmente. Hay no obstante algunos espíritus fuertes que pretenden haberse desprendido de semejantes principios: dudoso es si efectivamente lo han logrado; pero en tal caso, esto no probaria sino que entre los hombres hay algunos monstruos (1).”

Estas líneas han sido dictadas por el sentido comun; de modo que si en vez de dejarnos llevar á argumentaciones sin término, supiésemos conducir y detener en este sentido comun á los espíritus fuertes, llegaríamos á abrumarlos con todo el peso de la verdad, de la cual se mofan.

Lo que constituye todo el nervio de la reflexion de Labruyere es que lo mismo que dice de sí se puede aplicar á la humanidad entera. La verdad de un Dios es de instinto y de práctica universales; y como dice admirablemente otro autor afamado: “Desde el momento en que un ratiocinio ataca al instinto y á la práctica universal, puede tal vez ser difícil de refutar, pero de seguro es falaz y sofístico, y el hombre discreto se libra de él siguiendo la opinion comun (2).”

Los ateos, si es posible que existan algunos, son muy audaces; porque no tan solo combaten al instinto universal, sino que lo hacen sin armas, sin ratiocinios, y toda su fuerza consiste en el arte con que cambian el giro de los argumentos, y en la manía de querer persuadir al género humano que es este el que debe probarles que Dios existe.

Para confundirlos no se necesita mas que decirles: La imposibilidad que teneis de probar que no hay Dios prueba su existencia.

La humanidad está en posesion de la idea de Dios,—probad que no le hay. Esta verdad descansa sobre el sentido íntimo y el sentido comun,—echadla por tierra si podeis. Nos hallamos dispuestos á oiros y á dejarnos vencer por la fuerza de vuestros ratiocinios: hacendos conocer pues la invencible razon que ha sabido convenceros á despecho de la razon comun. Esa verdad que llega ya tarde: toda la especie humana os acosa, la misma naturaleza se subleva y va á venceros, el uni-

(1) LA FONTAINE, Fábula. *Los dos Ratones, La Zorra y el Hurro.*—Todos los embrollados sistemas de los materialistas caen ante esta exposici6n sencilla de una verdad tan al alcance del sentido comun, y tan bien expresada por aquel autor, á quien llaman el hombre de bien. A esto puede agregarse la reflexion siguiente, no menos natural y significativa, por haberla puesto el gran Moliere en boca de un criado: “Lo que digo es, señor, que por mas que te empeñes, alguna cosa hay en el hombre tan maravillosa, que ningun sabio acertó á explicarla. ¿No es en efecto la mayor maravilla esta quisicosa que me anda en la cabeza, y que á la vez piensa en cien objetos distintos, y que hace de mi cuerpo todo cuanto se le antoja?” [*Convidado de piedra*, acto 3, escena 4.]

(1) Labruyere, chap. 16.

(2) Pensées de Joubert, t. 1, p. 318.—Este era tambien el pensamiento de Cicero, cuando decia: “Cualquiera juicio de la naturaleza, que sea universal, es necesariamente verdadero. Es preciso, pues, que haya dioses.” *De natura Deorum*, lib. 1, cap. 17.

verso entero reclama contra vosotros; pero no importa: por respeto á la filosofía queremos oiros; hablad.

A semejante interpelacion, tan conforme con las mas severas reglas de la controversia, creed que nada tendrian que contestar los pretendidos ateos, y su silencio, dejando de nuevo el sentimiento universal en toda su fuerza, producirá la mas cabal demostracion de la existencia de Dios.

No abandoneis nunca esta primera prueba, porque es invencible, cierra todos los caminos y acorta toda vana y estéril argumentacion. Tal es la prueba del sentido comun: todas las demás son gratuitas y subsidiarias; pero vamos á recorrerlas á pensar de esto, á fin de edificarnos y satisfacernos mas y mas.

II. *Prueba sacada de la necesidad de una causa primera.*—Ecsiste el universo, por consiguiente ecsiste un autor que le haya dado el sér.—Ocupémonos solamente del hecho de la existencia del universo, sin ocuparnos todavía de su manera de existir, y digamos con el sentido comun y la experiencia universal, que *nunca hay efecto sin causa.*

Nadie se atreve á impugnar directamente este principio: nadie se atreve á decir que el universo se ha creado por sí mismo; porque esto seria decir que la *nada ha producido* el universo; absurdo solemnne con cuya responsabilidad nadie quiere cargar. No obstante, algunos filósofos del siglo pasado dijeron que el universo ha ecsistido siempre, y que si todos los dias nacen nuevos hombres para reemplazar á los que mueren todos los dias, y si sucede lo propio con todas las plantas y todos los animales, no hay ninguna razon para creer que no haya sucedido constantemente así, ni que pueda cambiar en adelante el órden de cosas ecsistente. Segun este raciocinio el mundo es eterno.

Si á esto se le llama resolver la dificultad, contestaré: que, á mi ver, es hundirla en una insolubilidad absoluta, y que esto no es mas que desahuciar y contradecir caprichosamente á la razon.

Mas antes de recurrir á la metafísica, destruyamos por su base ese peregrino sistema. Los que le imaginaron se dedicaron únicamente á probar que el hecho del origen del mundo se perdía en una antigüedad sin límites. Buscaron todas las fabulas de la India y de la China; las ecsaminaron con una credulidad muy impropia de espíritus ilustrados, y levantaron con ellas una especie de torre de cronología fantástica, que se perdía de vista entre las sombras de la noche. Dichosamente ha aparecido en nuestros dias la ciencia geológica, y colocándose como una reina en medio de los campos enemigos, ha derribado y destruido aquellos gigantes de la mentira, y mostrando á los contendientes de buena fé las pruebas auténticas, ha restablecido entre ellos la armonía y la paz. Ya es una verdad por todos reconocida, que el mundo no cuenta mas que cinco ó seis mil años de existencia; y la ciencia, que despues de ímprobos trabajos ha llegado á esto por medio de los mas positivos resultados, viene á tributar á la religion este testimonio de gloriosa conformidad.

“Lo que sí es muy cierto, dice Cuvier, es que “la vida no ha ecsistido siempre sobre el globo, y “es bastante facil al observador reconocer el punto “en que la misma vida ha empezado á depositar “sus restos (1).”

“Nada hay eterno sobre la tierra, dice otro geólogo, y todo, tanto en las entrañas del globo como “en su superficie exterior, atestigüa un principio “ó indica un fin (2).”

Mas adelante entraré de lleno en detalles interesantes sobre este punto; al presente contentaos con estas autoridades, y sabed que en la actualidad es sola y unánime esta opinion en el mundo científico.

Hé aquí por consiguiente destruido de raiz el sistema de la eternidad del globo. La armonía y el equilibrio que en el universo reina no permiten admitir en el todo una eternidad que no se encuentra en una parte tan importante como es nuestro globo. Si no es eterno, ha tenido principio; si tiene principio, debe de haber sido *hecho* por alguno, y si ha sido hecho hay un AUTOR.

Por otra parte, aun haciendo abstraccion de esa nueva antorcha que nos suministran las ciencias físicas, y dejándose guiar por solas las luces de la mas trivial metafísica, ¿puede no verse que el sistema que escluye á Dios por la eternidad del mundo es de todo punto inadmisibile?

¿Sabeis por qué los autores de semejante sistema niegan la existencia de Dios? Sin duda es que su razon no puede comprenderle; porque ¿qué hay en él de incomprendible mas que esa impenetrable eternidad, ese circulo de sér, causa y fin de sí mismo, que nuestro entendimiento, acostumbrado á ver un principio en todas las cosas, no puede conocer por mas que lo medite? ¿Pobres locos! no reparan que traspassando la eternidad de Dios al mundo material, aumentan la dificultad y nos dan un Dios-MATERIA en lugar de un Dios-ESPÍRITU. Pretenden huir de lo *incomprendible*, y se precipitan, acaso sin advertirlo, en lo que *nadie podrá nunca concebir* (3).

¿Cómo concebir, en efecto, que la materia está dotada de la suprema prerrogativa del sér,—de existir por sí misma—y negar al espíritu esta calidad? ¿Cómo se concibe que el pensamiento del hombre, que domina y abraza todo el universo, que se conoce á sí mismo y conoce lo que le rodea, que tiene idea de lo infinito y de la eternidad, y que es indivisible, haya tenido un principio, y no lleve en sí la razon de su existencia; y que este universo

(1). Cuvier, *Discours sur les révolutions du globe*, p. 21, 8.^a edit.

(2). Nérée Boubée. *Manuel de géologie*, p. 4. 3.^a edit.

(3). “Concebir una cosa es tener idea de su existencia; comprenderla es conocer su manera de existir. Cuando nuestro entendimiento puede suponer ecsistente una cosa, tenemos idea de ella, la concebimos. Para comprenderla es preciso conocerla á fondo, conocer sus diferentes modificaciones, y saber el por qué se halla en tal estado. Para concebir una cosa basta no descubrir en ella repugnancia ni contradiccion: no concibo “un triangulo de cuatro lados; pero puedo muy bien concebir “habitantes en la luna.” (Dulauro-Dubez, *L’Athée redevenu chrétien*, p. 14, 2.^a edit.) Puede concebirse una cosa sin comprenderla, pero cuando al se comprende ni se concibe, es inadmisibile. Concibo que hay un Dios, aunque no lo comprendo; pero no concibo ni comprendo que pueda haber un mundo sin Dios.

material, insensible, inerte y destructible sea el eterno? Concébese muy bien un espíritu superior dotado de esta prerogativa; pero el alma, que ve en el otro sistema un desorden, una contradicción y una imposibilidad, disputará siempre á la materia una eternidad de que ella misma se ve privada.

“Apuremos todavía mas este sistema.—El universo es eterno, ha recibido de sí mismo el sér, y lleva consigo la causa de su ecsistencia. Tenemos un medio infalible de comprobar la verdad de esta suposición.”

El sér que lleva consigo la razon de su ecsistencia debe ser inmutable.—La inmutabilidad es la piedra de toque de la independencia y de la eternidad del sér.

Siento perfectamente que no está en mí la razon ó la causa de mi ecsistencia; pues si la tuviese, mi ecsistencia hubiera sido siempre *causada*, es decir, permanente por igual, y mi sér hubiera estado libre de sucesion y de cambio. Estando incensablemente funcionando la causa de mi ecsistencia, esta continuidad de funciones produciria en mí una continuidad igual de sér. Cualquiera cambio, no siendo mas que un aumento ó una disminucion del sér, es inconcebible, aun por un solo instante, en el sér que lleva siempre consigo la causa de su ecsistencia; porque ¿de dónde podria venirle el aumento, no reconociendo fuera de sí mismo otra causa de ecsistencia? ¿Cómo podria experimentar disminucion llevando siempre en sí su causa incesante y el principio siempre presente de su integridad? Un sér semejante no puede sufrir nunca variacion. Un cambio en él implica contradicción, y su ecsistencia es necesaria.

Lo que acabamos de decir de la ecsistencia de tan privilegiado sér debemos decirlo de todo cuanto le constituye, y por consiguiente del modo y de la sustancia; porque la ecsistencia de una cosa no se concibe sin un modo ó una manera determinada de ecsistir que le es propia, peculiar, y que constituye las circunstancias actuales de su sér. La inmutabilidad de ecsistencia debe pues llevar consigo la inmutabilidad de la manera de ecsistir. Por lo demás, partiendo siempre del supuesto de que el sér en cuestion tiene en sí toda esta causa de ecsistencia, esta misma causa ha de arrastrar precisamente el modo y la sustancia, y el raciocinio que hemos hecho debe por consiguiente aplicarse á entrambos con igual fuerza. Cualquiera modificacion en ese sér y cualquiera deterioro en su sustancia han de envolver contradicción.

Apliquemos ahora la regla al universo. Este es la reunion ideal de todo cuanto vemos. Lo que hay de real en él son las diferentes cosas que se presentan á nuestra vista; y su conjunto ó personificacion, que es á lo que damos el nombre de universo, no es mas que una abstraccion un *ente de razon*, acerca del cual debemos evitar el preocuparnos. ¿Qué hay en todo cuanto vemos, cuya ecsistencia sea necesaria é inmutable, cuyo menoscabo ó simple modificacion sea inconcebible y envuelva contradicción, y que no sea indiferente bajo tal ó cual forma, y aun siendo ó dejando de ser? Pero

¿qué digo! ¿Hay algo en la naturaleza que no varíe sin cesar y que no esté constituido en una senda de perpétuo cambio? ¿Qué es el universo entero mas que un agregado de cosas efímeras y contingentes, un continuo vaiven de ecsistencia siempre empezada y siempre vencida, sin reposo y sin independencia?

Concluamos, pues, que el universo no lleva en sí su causa, y por consiguiente que es necesario buscar fuera de él su *causa primera y creatriz*, ese SÉR SUPREMO, en quien únicamente residen la plenitud, la inmutabilidad, la independencia y la eternidad del sér, esto es, Dios.

III. *Prueba sacada de la ecsistencia del movimiento*.—Hay en el universo material un fenómeno particular que nos conduce muy rapida y sencillamente á reconocer la ecsistencia de un primer principio. Hablo del *movimiento*.

Vemos que nada es movimiento en la materia, y que todo es movimiento en el universo, y en seguida preguntamos, ¿quién ha introducido este movimiento? No procediendo de la materia de que el universo se compone, es absolutamente preciso que provenga de un principio de movimiento imaterial, superior al universo. Todo movimiento, en último analisis, indica un motor, que no puede ser sino una voluntad. Desarrollemos este argumento, y démosle mas fuerza y claridad.

Es un axioma en ciencias físicas que la materia es inerte.—La materia no se mueve nunca, y siempre es movida: la inmovilidad le es esencial, de manera que el movimiento le llega siempre por comunicacion. Ponedla una vez en movimiento, y se movera perpétuamente en la misma direccion y en el mismo grado del impulso, si no la para ni la desvía algun obstáculo. Si el movimiento le fuese propio y esencial, no sucederia así; ella por sí lo emprenderia, lo dirigiria, lo moderaria ó activaria; pero no: una vez impulsada, sigue matemática y servilmente su ruta, y detenida una vez, se queda para siempre parada; de modo que su inercia se hace en alguna manera mas palpable cuando se halla en movimiento que cuando esta de reposo. ¿Cuan ciega é inerte, cuan destituida de movimiento propio debe de estar la materia para poder ejecutar con tanta precision y puntualidad movimientos tan vastos y tan complicados en el universo!

Es verdad que las distintas partes del universo se mueven por la accion respectiva de las unas sobre las otras; pero el principio de este movimiento se encuentra en ellas como en las ruedas de una máquina montada por la mano del hombre; y si los planetas van marchando segun las tangentes de su órbita, ha sido precisa una mano que las arrojase allí y les diese el primer impulso. Por mas que se trabaje en simplificar la ciencia de las leyes del movimiento y en descubrir generalidades, no se llegará jamás á la causa primera hasta despues de haber atravesado enteramente los dominios de la materia, y haber descubierto esa mano, esa voluntad soberana, superior al universo, y que ejecuta por sí sus propias leyes. Así lo conocia el autor del bello descubrimiento de las leyes de atraccion, el gran

Newton; pues nunca quiso explicar su sistema por las propiedades materiales, limitándose a sentar el hecho de la potencia atractiva, y diciendo que las cosas sucedían en el universo como si existiese una atracción, porque la naturaleza, en su concepto, solo funcionaba por similitud y dependencia como un autómatas, y que él no reconocía mas potencia que la de aquel en cuyo aratamiento se humillaba al nombrarlo. De modo, que todas las causas naturales del movimiento, de la atracción, de la afinidad y de la electricidad, son para la ciencia misterios que no pueden ser actualmente aclarados sino para ceder el lugar á otros misterios mas profundos, puesto que en último análisis los hechos del movimiento son *materialmente* inexplicables, y que siempre se ha de venir á parar á estas palabras de Rivarol: *Dios explica el mundo, el mundo prueba la existencia de Dios, y solo la niega el ateo.*

IV. *Prueba sacada de la armonía del universo: refutación del panteísmo.*—Ved ahí otra cosa mas admirable todavía: el universo no solamente se mueve, sino que se mueve con un movimiento regular, uniforme, armonioso; esta armonía y esta regularidad son el resultado de una voluntad inteligente, sabia y providencial. Y como la materia carece aun mas de inteligencia y de sabiduría que de simple movimiento, de aquí se sigue con mucha mas razon, que la materia debe recibir las perfecciones que ejecuta de otro sér inmaterial como estas perfecciones, y que las posea en su esencia.

Mas antes de adelantarnos en estas consideraciones, digamos algunas palabras que, sin serlo, parecerán una digresion.

El panteísmo, que hace de la Divinidad una inmisión del sér y de la vida en todas las partes del universo, *intus alit renis et magno se corpore miscet*, es un ateísmo disfrazado aunque mucho mas inconsecuente. Hay algo mas que la vida en todas las partes del universo; pues se descubre siempre en las cosas un pensamiento espresado, leyes observadas, pensamiento y leyes no de detalle tan solo, sino de conjunto; se destaca en todas las partes de la naturaleza una unidad tan perfecta y un órden tan constante, que la infusión de la Divinidad en cada cosa nada explicaria, porque cada cosa se refiere al todo, y el todo necesita por consiguiente una preconcepcion que le domine y que presida á su armonía y conservacion.

Pero el vicio del panteísmo es mas radical.—¿Qué entiende por vida? El *movimiento organizado*. Si analizamos estas dos palabras, veremos que *movimiento* en su principio envuelve una *voluntad en su accion*, y que *organizado* significa *dispuesto con inteligencia*, de suerte que la vida, en su mas lata acepcion, podrá definirse: *una voluntad inteligente en accion en el universo*, que es venir á parar otra vez á la definicion que el antiguo panteísmo daba de la Divinidad: *un espíritu que mueve al universo. Mens agitans molem*. Es decir, que no considerando el panteísmo al universo y á la Divinidad mas que como un solo todo, y segun Spinoza, como un solo tronco, se ostenta en una doble y palpable contradiccion. Desde luego preguntaremos:

porque el autor de la vida, el *mens*, fué mezclado con la materia universal y formó con ella un todo solidario, ¿era preciso que estuviese compuesto de partes como ella sin que corriese peligro la solidaridad? ¿Pero cómo se concibe que una voluntad, una inteligencia, un espíritu esté compuesto de partes y les sea asimilable? Quitarle la simplicidad que le distingue, ¿no es quitarle la espiritualidad, y decir que un espíritu no es espíritu?—En segundo lugar, la *accion* que el panteísmo no puede recusar á la Divinidad, el *agitans molem*, como toda accion supone necesariamente dos cosas, el sujeto y el objeto, el *mens* y el *molem*, en cuyo caso, ¿qué hace el panteísmo mezclándolo y confundiendo todo? Aniquila y reduce á la nada la *accion* y el *espíritu*, y deja una especie de naturaleza-monstruo á la vez engendrante y engendrada, *natura naturans et natura naturata*, como dice Spinoza, en la cual lo indivisible degenera en divisible, lo necesario en contingente, la causa en efecto, en una palabra, Dios en criatura. Mucho mejor seria decir que esta ecsiste por sí misma y negar á Dios, y así se evitaria otro absurdo mas. Hé aquí el caso de contradicciones en que se han abismado los panteístas: Mallebranche los pintaba con mucha ecsactitud cuando decia de ellos: “Verdaderamente que hay gentes capaces de forjarse un dios sobre una idea bien monstruosa: ó no quieren ver nada, ó han nacido para buscar en la idea del círculo todas las propiedades del triangulo (1).”

Es preciso pues negar la ecsistencia de Dios, ó conformarse á definirle como el Catecismo: “Dios es un espíritu infinito que ha creado el cielo y la tierra, y que es el soberano Señor de todas las cosas (2).”

Pero ¿cómo puede el hombre negar ese espíritu infinito sin negarse á sí mismo, y cómo puede negar la inteligencia que brilla en el órden de todo el universo sin negar su propia inteligencia?

No ecsije esta prueba grandes esfuerzos de talento: basta ser capaz de reflexion y de racionalidad en el mas sencillo grado, para ver la manifestacion de un espíritu infinito en todo cuanto es objeto de nuestros sentidos.

Todas las cosas que vemos son de tal manera el reflejo y la expresion de la inteligencia, del órden, del poder, de la sabiduría, de la belleza y bondad infinitas, de Dios, en una palabra, que parece que el único objeto de su creacion ha sido el que nos constasen estas maravillas. La materia toma incesantemente la expresion de una calidad inmaterial; no cambia sus modificaciones sino para variar de

(1) 9.ª *Conversacion*.—“Bayle, dice Voltaire, encuentra la doctrina de Spinoza contradictoria y ridicula. Efectivamente, ¿en qué imaginacion cabe un Dios del cual todos los séres fueran modificaciones, y que por lo mismo seria á la vez jardinero y planta, medico y enfermo, asesino y victima, destructor y destruido?” (*Notes sur les Systemes*.)

(2) Cualquiera de las respuestas del Catecismo, tan completas, tan sencillas y tan claras, que hemos aprendido sentados sobre las rodillas de nuestras madres, hubieran encantado á los Platones y á los Anaxágoras. ¿Cuánta luz hubiera salido para ellos de la boca de uno de nuestros niños, si preguntado por el motivo de su permanencia en el mundo, les hubiesen contestado: “Para conocer á Dios, amarlo, servirle, y obtener por este medio la vida celestial!”

lenguaje, y es como un sublime geroglífico en movimiento incesante para transmitirnos el conocimiento de su autor. El mundo, según la admirable expresión de S. Pablo, es un sistema de cosas invisibles *invisiblemente manifestadas* (1).

Y sin embargo ¡hay ateos! ¡Ah! el hombre es capaz de todo, no reflexionando, y puede decirse que el hábito de ver las cosas nos impide el considerarlas. ¿Qué sería de esos pretendidos ateos si parasen un momento su reflexión, no diré sobre sí mismos, sino sobre la mas comun de las obras de Dios, una hoja, un grano de trigo, un solo mosquito? Pero han visto desde niños estas maravillas, estos prodigios, y se han acostumbrado y familiarizado con ellos antes de poder pensar ordenadamente, reflexionar y examinar con deliberación. Han llegado a mirarlos con desprecio, y han vivido rodeados de portentos sin siquiera reparar en ellos. Ellos mismos son la obra maestra de las manos de Dios, y de lo que menos se ocupan es de su propia existencia.

Supongamos hombres que hubiesen constantemente habitado debajo de tierra, en hermosos y brillantes palacios, bien provistos de todo cuanto abunda en esas espléndidas viviendas de los que se llaman felices; que sin haber salido nunca de semejante mansion, supiesen sin embargo que hay un Dios omnipotente, y que abriéndose de repente el abismo saliesen de aquella tenebrosa morada para venir donde estamos nosotros. Al contemplar la tierra, los mares y el cielo, la inmensidad del firmamento, la violencia de los vientos y ese sol tan brillante, tan hermoso, que por la emisión de su luz hace nacer el día en el espacio; y al cubrirse la tierra con las sombras de la noche, al ver esos innumerables astros de que la bóveda celeste está tachonada, esa melancólica luna, símbolo de la inconstancia del ser, el nacimiento y ocaso de los astros, su invariable regularidad y sus eternos movimientos; al ponerse esos hombres en frente de semejante espectáculo, ¿podrían dudar que efectivamente existe aquel gran Dios en quien ya creían, y que todo lo que ven es obra suya?

“Si un reloj, dice Voltaire con su extraño buen sentido, presupone un relojero, si un palacio indica un arquitecto, ¿por qué el universo no ha de demostrar una inteligencia suprema? ¿Cuál es la planta, el animal, el elemento ó el astro que no lleve impreso el sello de aquel á quien Platon llamaba el eterno geómetra? Soy de parecer que el cuerpo del mas pequeño animal prueba tal inmensidad y tal unidad de designio, que deben a la vez admirarnos y espantarnos. Ese miserable insecto no solo es una maquina cuyos resortes se hallan perfectamente ajustados entre sí, y no solo ha nacido y vive por medio de un arte que no podemos ni imitar ni comprender, sino que su vida está en relacion inmediata con la naturaleza entera, con todos los elementos, con todos los astros...; y quien no descubra en él inmensidad y unidad de

“designio que pruebe la existencia de un artífice inteligente, inmenso, único, es preciso que esté completamente ciego.... *Nunca nos han dado una prueba satisfactoria de la no existencia de una inteligencia suprema* (1).”

“Organizar en una materia informe todas las maravillas de un cuerpo viviente, dice un sabio naturalista; disponer los músculos, los nervios, las vísceras, los órganos de los sentidos con profunda subiduría y admirable prevision; dar vida, movimiento é instinto á esta carne inanimada; héteos ahí la irrecusable atestacion de un Dios: es necesario que la intencion preceda á la obra, es necesaria una inteligencia para crear el instinto (2).”

Para juzgar hasta qué punto es positiva la verdad de un Dios, bastaria pasar la vista por los absurdos sistemas á que se ha recurrido para reemplazarle. ¿Puede acaso imaginarse nada mas insensato que el sistema de Epicuro y de Lucrecio, que hacen nacer el mundo del acaso por medio de átomos mezclados y confundidos, que á fuerza de chocarse, adherirse y repelerse, han llegado al fin á formar las plantas, los animales, el hombre, la tierra y el cielo? Este sistema, que ha tenido la insignie gloria de ser refutado por Ciceron y por Fenelon, no merece en nuestros dias mas honor que el reproducir aquí contra él la siguiente anécdota.

En la sociedad del baron de Holbach, despues de una comida muy sazónada de ateismo, propuso Diderot nombrar un *abogado de Dios*, y la eleccion recayó en el abate Galiani, que se sentó y dijo:

“Hallándome en Napoles, asistí á unos juegos de manos. El charlatan que los dirigia tomó una vez seis dados, y metiéndolos en un cubilete prometió que haria salir parejas de tres. Sacó los dados, y efectivamente salieron como él habia prometido. Yo dije: ¡Va! esto es una casualidad. Repitió la misma operacion, y yo reproduje tambien iguales palabras. Volvió á meter los dados en el cubilete tercera, cuarta y quinta vez, y siempre los dados daban idéntico resultado. ¡Por vida! exclamé yo entonces, *los dados serán falsos*, y lo eran en efecto.

“Señores, cuando considero el orden siempre renaciente de la naturaleza, sus leyes inmutables, sus revoluciones siempre constantes en una escala infinita, esa suerte única y conservadora de un mundo como el nuestro, que reproduce siempre los mismos fenómenos, á pesar de tantas casualidades, tantas perturbaciones y destrucciones, no puedo menos de exclamar: *¡Seguramente la naturaleza es falsa!*”

Esta agudeza en nada hizo mudar las convicciones de aquellos hombres burlones, pero tampoco tuvieron motivo para envanecerse con su ateismo.

Hay además otro argumento que pone la locura del ateo en un desprecio completo. Platon lo expresa bien en estas palabras, que hace decir á uno de sus interlocutores: “Si creéis que tengo una

(1) *Intelligimus aptata esse secula verbo Dei. ut ex invisibilibus visibilia fierent: ad Hebr. XI, 3.*

(1) Voltaire, notes sur les *Jabales*.

(2) Virey, *Dict. d'Hist. naturelle*.

"alma inteligente porque notais órden y concierto
"en mis palabras y acciones, al contemplar el ór-
"den y armonía que reina en el mundo deberéis
"también decir que hay en él una alma soberana-
"mente inteligente."

La mas sencilla coordinacion en la esfera de las acciones humanas revela la inteligencia que la ha presidido. Nuestras mas sublimes concepciones, nuestras artes é industrias, y cuanto prueba mas vivamente nuestra inteligencia, no es empero mas que una imitacion, un plajio de la naturaleza, cuyas inimitables perfecciones quedarán siempre fuera del alcance de todos los esfuerzos humanos. ¿Rehusarémolos pues a sus supremos y divinos modelos la inteligencia que concedemos a las que no son mas que copias groseras? Mas ¡qué digo! el conocimiento de esos modelos, su sola penetracion es el encanto y la gloria de las mas elevadas inteligencias, y nos sirve para medir el genio de un Newton y de un Cuvier: y ¿habrá sido formado sin inteligencia lo que es objeto de este estudio?

Pero por lo mismo que ha sido formado con inteligencia es penetrable á nuestra inteligencia, es decir, *inteligible*, pues lo *inteligible* implica necesariamente en sí la *inteligencia*, como la palabra indica el pensamiento. Causa un verdadero asombro el ver que el genio del hombre haya llegado á comprender el mecanismo de la naturaleza hasta el punto de poder fijar con anticipacion por minutos y segundos la reaparicion sobre nuestro horizonte de un cometa desaparecido hace muchos siglos, y que recomponga exactamente todo un animal antiluviano y desconocido, solamente con que tenga el pequeño hueso de un diente. De mí puedo decir, que mientras los demás admiran esos prodigios de la humana ciencia, yo me prosterno delante de ese grande artífice que ha impreso en su obra la inteligencia y la armonía con tanta precision, que un sér tan limitado, tan pequeño, tan miserable como es el hombre en medio de la creacion, haya podido conocer sus leyes y calcular su curso á través de tan insondables abismos.

Y ¿qué sucedería si observásemos que el mismo genio del hombre, por el cual se dejan penetrar las leyes de la naturaleza, es también obra, pero obra mas perfecta de aquella mano que no solamente ha fabricado el espectáculo de tantas maravillas, sino que ha fabricado además al espectador?

Si no existiese una razon soberana que hubiese creado y ordenado el universo, sería preciso decir que no hay nada que sea superior al hombre. ¿Qué habría efectivamente en todo el universo mejor que él, que es el solo dotado de razon; calidad que a nada puede compararse, y que tiene sobre la naturaleza la ventaja decisiva de conocerla, cuando ella misma no llegara nunca á comprenderse? Y por otra parte, ¿no sería locura pensar que nada hay superior al hombre cuando todo atestigua su fragilidad é impotencia, y cuando la perfeccion de las obras de la naturaleza está en una desproporcion tan gigantesca con todo cuanto él puede producir? Preciso se hace, pues, reconocer, que por encima de las leyes de la naturaleza y de la razon del hom-

bre que las contempla, y por el lado del espectador y del espectáculo, está el espíritu soberano que los ha creado el uno para el otro y á entrambos para sí; y que el universo no es superior al hombre sino precisamente en presentar a su razon el reflejo de una razon superior que le confunde.

"Convengamos, esclama Diderot (1), en que sería un gran desatino negar a nuestros semejantes "la facultad de pensar. Pero ¿qué se sigue de "aquí?—Que si el universo, digo mal, si el ala de "una mariposa me presenta rasgos mil veces mas "pronunciados de una inteligencia que vos no cono- "ceis sino por la facultad de pensar que veis en "vuestros semejantes, sería mil veces mas estrava- "gante negar que hay un Dios que negar que vues- "tro semejante piensa. Confió esta reflexion a "vuestra conciencia. ¿Habeis advertido alguna vez "en los racionales, en las acciones y en la conduc- "ta de un hombre cualquiera mas inteligencia, mas "órden, mas seguridad y consecuencia que en el "mecanismo de los insectos? No se ve tan clara- "mente estampado el sello de la Divinidad en el "ojo del arador, como la facultad de pensar en los "escritos de Newton? ¡Y qué! el mundo formado "¿probaria menos inteligencia que el mundo expli- "cado? ¡Qué locura! Pues bien, pensad que no os "he presentado mas que el ala de una mariposa, sien- "do así que podría aplastaros con todo el peso del "universo."

¿Quién en efecto, retirado á la vista de la natu- raleza, solo con ella, al contemplar la bóveda del cielo y el rodar majestuoso de los mundos sobre su cabeza... al admirar una simple flor, no sorpren- dera, por decirlo así, la mano de Dios en su obra, no reconocerá la filiacion de la inteligencia del hombre con la inteligencia que la ha formado, no descubrirá a Dios en la naturaleza, y no conocerá que solo él es la fuente de la inteligencia y del pensamiento, de la sabiduría y de la hermosura?

"He visto a Dios de paso y por detras, como "Moisés, esclama el ilustre Linneo, le he visto y "me he quedado mudo, herido de admiracion y de "asombro. He acertado a descubrir las huellas de "sus pasos en las obras de la creacion, y he visto "que en estas obras, aun en las mas pequeñas y en "las que parecen nulas, hay una fuerza, una sabi- "duría, una perfeccion inesplicables (1)."

V. *Prueba sacada de la existencia de los espiri- tus*.—Si Dios hace sentir su presencia en el órden físico, no lo hace con menos fuerza en el órden metafísico y moral.

Cerrando los ojos para todo lo del universo, y concentrando mi atencion al interior, en la parte mas íntima de mi sér, siento que soy *espíritu*, es

(1) Diderot, citado por el editor de la *Razon del cristianis- mo*, y por el de la obra de Dulauro-Dubez.

(2) Linneo, citado por el editor de la *Razon del Cristianis- mo*.—He aquí además, en otro órden de inteligencia, una sen- tencia no menos notable que la de Linneo.—Preguntaban un día á un pobre árabe del desierto, ignorante como casi todos ellos, cómo se habia asegurado de la existencia de Dios.—"De "la misma manera, contestó, que conozco por las huellas im- "presas en la arena si ha pasado por ella un hombre ó una "bestia."

decir, sustancia inmaterial dotada de espontaneidad, de sensibilidad, de inteligencia, de conciencia, y de una simplicidad de existencia que se resume en la indivisibilidad que llamamos *yo*.—Me es igualmente fácil reconocer que este *yo* no ha existido siempre; que no me he dado *yo* mismo el sér; que no depende de mí el conservarle; en una palabra, que *yo* no traigo en mí mismo la causa de mi existencia, y que esta *causa*, cualquiera que sea, de la cual provengo y de quien dependo, existe en alguna parte separada de mí.—Hasta aquí es imposible oponerse a este raciocinio, y por consiguiente debe existir un sér que haya creado mi alma y que la conserve.

Pero ¿quién es este sér? No lo sé todavía: sin embargo, aunque no sé lo que es, sé positivamente lo que no es; sé con toda certidumbre que no es esta materia universal en que mi cuerpo se halla sumergido. Esta materia puede muy bien haber servido para la formación de mi cuerpo, porque ambos son de igual naturaleza; pero es imposible que haya entrado para nada en la creación de mi alma, cuya sustancia excluye la suya. Imposible es que lo compuesto haya producido lo simple; que lo inerte haya hecho lo espontáneo; que lo que no puede pensar haya creado lo que piensa esencialmente; que lo que no siente ni conoce haya engendrado lo que no vive sino de sentir y conocer, y de distinguirse á sí mismo de todo lo que le rodea. Sería preciso que la materia, no solo estuviese dotada de inteligencia, sino de una inteligencia muy superior a la nuestra para que hubiese podido producirla; y palpamos claramente que no la posee ni siquiera para sí misma en el mas ínfimo grado. Véase, pues, como el principio originario de mi espíritu no ha podido ser esa materia universal.

Este principio, por consiguiente, debe ser inmaterial ó espiritual como *yo*. Es necesario que esa cosa que me ha hecho alma y espíritu sea también ella misma alma y espíritu. Y si, como hemos visto ya, ha debido preceder inteligencia para dar á la materia movimiento y armonía; y si ha sido precisa inteligencia para criar el instinto, con mucha mas razón debe haber habido inteligencia para dar la inteligencia á los seres humanos. Hé aquí como este raciocinio llega al estado de evidencia. “El espíritu humano, dice Ciceron, debe remontarnos á otra inteligencia superior que sea divina. ¿De dónde hubiera sacado el hombre el entendimiento que está dotado? dice Sócrates. Vemos que á un poco de tierra, de fuego, de agua y de aire, debemos las partes sólidas de nuestro cuerpo, el calor y la humedad que en él se encuentran y el mismo viento que nos anima; pero ¿dónde hemos encontrado, de dónde hemos tomado la razón, es decir, el espíritu, el juicio, el pensamiento, la prudencia y todo cuanto en nosotros es tan superior á la materia (1)?” Es, pues, indispensable que exista algún sér que tenga en sí mismo y haciendo parte de su esencia todas esas cualidades que me han sido comunicadas, y que sea como el tipo de

mi stirpe espiritual. Así, pues, ya que ese espíritu debe de ser eterno por sí mismo, ó haber recibido inmediatamente y como en última apelación la existencia de algun otro espíritu superior que posea todas estas perfecciones en el mas infinito grado, se sigue naturalmente que hay un Criador inmaterial de quien toda inteligencia procede, y al cual llamamos *Dios*.—En resumen, si se puede decir: YO PIENSO, luego YO SOY; puede también añadir: YO SOY, luego HAY DIOS (1).

VI. *Prueba sacada de la idea de lo infinito*.—Hasta aquí nos hemos remontado al conocimiento de la divinidad solamente por medio del raciocinio: ahora este conocimiento va á presentárenos espontáneamente por sí mismo, y vamos á adquirirlo sin otro auxilio que la simple percepción.

La idea de Dios es inseparable del entendimiento humano; es el elemento dentro del cual se mueve nuestra inteligencia, el molde en que se vacían nuestras ideas, hasta tal punto que los mismos que le niegan no pueden encontrar argumentos contra su existencia mas que en aquellas nociones primitivas que necesariamente la suponen.

Esta prueba exige grande atención porque es del todo metafísica: sin embargo, voy á presentarla de un modo muy perceptible.

Borremos en primer lugar el nombre *Dios*, que no diciendo nada por sí mismo, y siendo de mera convención, ha llegado por la costumbre á ser como un velo que cubre lo mismo que espresa. En vez del nombre tomemos la idea.

¿No es verdad que todos tenemos la idea de alguna cosa infinita? Esto no admite duda; porque poseemos el nombre, y el nombre presupone infaliblemente la idea. No digo todavía desde ahora que la idea supone la realidad, y me limito aquí á establecer el hecho de que esta idea existe. Tenemos la idea de cierta cosa infinita en todas las condiciones del Sér: infinito en duración, infinito en espacio, infinito en poder, infinito en toda clase de perfecciones. A cada paso usamos los nombres *imperfecto, des-ordenado, in-justo, de-fectuoso, impotente*, lo cual da por sentado que las ideas que de las cosas tenemos se derivan de la idea primera de una cosa *absoluta* en perfección, en orden, en justicia, en santidad, en poderío: de un Sér que no puede medirse y por el cual se miden todas las cosas, que existe por sí mismo y sobre todo lo demás: Sea necesario, sin restriccion, *INFINITO*, para decirlo de una vez. Los nombres relativo, limitado, que usamos á cada paso, se refieren sin remedio al *absoluto* y al *infinito*. Si todo fuese relativo y limitado, nada dejaria de serlo, ó por lo menos no

(1) “Cuando levanto al cielo los ojos, dice el ímpio, eras descubrir señales de la divinidad; pero cuando miro á mí rededor . . . Mirad á vuestro interior, le contestaríamos; y desgraciado de vos si esta prueba no os basta! No es menester, en efecto, sino bajar al fondo de nosotros mismos para reconocer en nosotros la obra de una inteligencia soberana que nos ha dado la existencia y la conserva. Esta existencia es un prodigio que casi no nos causa impresion porque es continuo, y sin embargo, á cada instante nos recuerda un poder supremo del cual dependemos. Cuanto mas sensible es la marca de su acción en nosotros y en lo que nos rodea, mas obligados estamos á buscarla en los objetos materiales y frívolos.” D'Alembert, de l'abus de la critique en matière de religion, chap. 7.

(1) Cicero, *De natura Deorum*, lib. 2.

repararíamos en ello. No se concibe lo limitado, sino poniéndole un término, que es una pura negación de otra extensión mayor, dice K'nelon, como si dijéramos la privación y ausencia de lo infinito. Y no pudiéramos concebir la privación de lo infinito si no se concibiese antes el mismo infinito, á la manera que no podríamos formar idea de lo que es enfermedad, si no concibiésemos primero la salud, de que aquella no es mas que una privación.—No se diga que la idea que se tiene del infinito no es otra que la del indefinido, y que por ella entendemos un objeto cuyos límites nos son desconocidos, pero que sin embargo existen, sin otra diferencia que la de ser mas ó menos exteriores, y siempre determinados. No es esto ciertamente: si fuera esto así nos habrían los nombres *finito* ó *indefinido*, y no hubiéramos acudido á un tercer nombre, si no tuviésemos tambien una tercera idea. Lejos de esto la voz *indefinido* hace mas significativa y vigorosa la voz *infinito*, reservándolo para expresar la idea de una cosa que no tiene fin, sea este conocido ó desconocido, fijo ó vago: en una palabra, una cosa cuyo fin no existe. *Indefinido* aleja y suspende el límite, *infinito* le excluye totalmente. Tal es el sentido propio y usual de esta palabra. En las ciencias, por ejemplo, la perpetuidad del movimiento, la infinita divisibilidad de la materia se conciben, y demuestran un infinito verdadero en tiempo ó en extensión. No se intenta con esto significar que no se ha encontrado aún el término de la divisibilidad de la materia, antes se quiere decir que no tiene término posible. Tal es el concepto del nombre infinito en todas las aplicaciones que de él hacemos. El espíritu se pierde sin duda en semejante idea, no la entiende; pero la concibe, y tan bien concebida, que nada puede sin ella concebir. La idea, pues, del infinito existe inseparablemente en el espíritu humano.

Y esta idea, pregunto yo: ¿tiene una realidad de la clase que llaman objetiva, ó es meramente una quimera? ¿Existe de positivo un Sér que sea infinito en todo?

Bastariame contestar que fuera un absurdo decir que por una quimera medimos todas las realidades, ó sean todas las cualidades relativas que atribuimos á las cosas. Si la suprema perfección es una quimera, serán sin remedio quiméricos tambien todos los juicios que formemos sobre los diversos grados de perfección de las demás cosas, y todo desaparece ante una indiferencia completa ó una negación absoluta.

Voy á dar á mi demostración una ilación mas matemática.

La nada no es visible: donde nada hay absolutamente, nada se ve.

Cuando, pues, tenemos idea de algun objeto, una de dos: ó la recibimos de la impresión que este objeto produce en nuestro espíritu, y entonces la idea es verdadera, ó bien la forjamos dentro de nosotros mismos á semejanza de otro objeto que nos la sugiere, y entonces no es mas que una imitación, una idea prestada y por lo mismo falsa.

De aquí concluyo que si existe una idea que no

pueda habernos sido sugerida por algun objeto extraño, previsto es que venga directa é inmediatamente de su objeto propio, y que este objeto exista y sea verdadero.

Tal digo yo que es la idea del infinito: solamente lo infinito puede representarse á sí mismo: si no existiese pues no tendríamos su imagen en nuestra mente. Si no tengo á mi alcance otra cosa mas que lo limitado, ¿cómo puedo sacar de ello la idea de lo infinito? Esto es matemáticamente imposible; porque en lo menos nunca puede verse lo mas, no pueden verse cien realidades donde no hay mas que cuarenta; porque entonces se vieran sesenta que no existirían, y la nada ni es visible ni inteligible.

¿Me diréis acaso que añadiendo lo limitado á lo limitado se llega al fin hasta la idea de lo infinito? Este es el punto donde os aguardo. Sumad cuanto quisiéreis, pues en el total nunca encontraréis mas que las partidas que hubiéreis acumulado; y como solo habeis echado mano de lo limitado, no obtendréis mas que una suma limitada tambien. Agregad cuanto se os antoje, y todos vuestros esfuerzos conseguirán todo lo mas haber alejado mas allá y ensanchado los límites de lo finito. La diferencia entre lo limitado y lo infinito no es una diferencia de extensión, sino de naturaleza, y como la extensión de un objeto limitado, por grande que fuere, solo consiste en el ensanche y no en la supresión de sus límites, resultara que en cualquier punto adonde la llevásemos, nos halláremos siempre tan lejos de lo infinito como lo estábamos en el primer punto; es decir, que no hay punto de partida de lo limitado á lo infinito.

¿O diréis que para formar esta idea de lo infinito por lo finito suprimiréis los límites de este último? Entonces llegaréis, no á la idea de lo infinito, sino á la nada. Porque ¿qué es suprimir los límites de una cosa finita? Suprimir la misma idea de lo finito: y siendo esto lo único que tenéis, ya nada tendréis, si de otra parte no teneis una idea con que llenar esta sima, y esta idea es la de lo infinito.

Lo que en esto nos engaña es el no observar que lejos de poder formar la idea de lo infinito por lo limitado, es cabalmente lo contrario, y que como ya hemos visto, solo por la presuposición de la idea de lo infinito venimos á concebir la idea de lo limitado. Aplicada ésta á cualquier objeto que sea, al espacio, al tiempo, á la perfección de toda especie, presupone ya la idea del espacio, del tiempo, de la misma perfección tomada absolutamente y sin restricciones; tipo al cual referimos y ajustamos el movimiento de lo finito, segun aquella magnífica definición del tiempo sacada de Platon: *el tiempo, móvil imagen de la inmóvil eternidad*; de suerte que cuando de la idea de lo limitado nos remontamos á la de lo infinito, no hacemos mas que volver á la fuente primitiva en que hemos bebido la idea de lo finito.

¿Pero por dónde hemos concebido la idea de lo infinito?... Esto es lo que no puede explicarse.

Resulta pues quebajo cualquier orden de ideas lo limitado no puede ser el tipo generador de lo infi-

nito, lo cual en ninguna cosa puede ser comprendido, y por ninguna otra representado, sino que ello es modelo de sí mismo. Y si la mente ve lo infinito, preciso es que ello exista en realidad, porque no siendo la nada ni visible ni inteligible, lo que se ve sin objeto preexistente y sin velo intermedio, existe necesariamente por sí mismo: es lo que es.

Y este Sér infinito, existente, actual y esencial como la idea que le representa á mi espíritu, ó por mejor decir, este Sér cuya idea no es mas que la presencia, la vision inmediata de él mismo, es precisamente lo que llamamos Dios.

"Este Sér, dice Newton, es eterno é infinito: todo lo puede y todo lo sabe:" es decir, que existe desde la eternidad, está presente en todas partes, desde lo infinito hasta lo infinito, todo lo gobierna y todo lo conoce, lo que es y lo que puede ser. No es la eternidad ni la inmensidad, pero es eterno é inmenso; no es la duracion ni el espacio, pero dura siempre y todo lo llena con su presencia, y existiendo continuamente y donde quiera, constituye el tiempo y el espacio. Como todo punto indivisible del espacio existe en todos los instantes del tiempo, y todo instante del tiempo existe en todos los puntos del espacio; él es el autor y el árbitro de todas las cosas en todo tiempo y en todo lugar (1).

Nuestro espíritu no puede abarcar esta idea de Dios, es una verdad; y todo el genio de Newton, al quererla definir, no hace mas que tartamudear su nombre; pero es cabalmente lo que mejor la define, segun este bello pensamiento de Tertuliano:—"Nada nos dá una idea mas magnífica de Dios, que esta misma imposibilidad de definirle: su infinita perfeccion le descubre, y al mismo tiempo le oculta á la vista de los hombres (2)."

VII. *Prueba sacada de la existencia de las verdades necesarias.*—Esta última prueba depende de la precedente, y no es mas que su consecuencia. De ella sin embargo la idea de Dios va á resaltar mas perceptible, ó por mejor decir mas palpable para nuestra mente.

Verdades hay que han permanecido inmóviles desde el principio del mundo, y que ciertamente permanecerán del mismo modo hasta el fin de él por mucho que tarde: hablo de aquellos principios primitivos, de aquellas leyes eternas de la razon y de la conciencia que gobiernan al mundo intelectual y moral.

En el mundo intelectual, por ejemplo, todos los primeros principios geométricos, tales como la naturaleza y propiedades del triángulo, del cuadrado, del círculo, ó las proporciones de las figuras, se hallan en el mismo caso. Siempre han sido y siem-

pre serán las mismas: ni concebimos siquiera que hayan podido tener algun principio, ni que en tiempo alguno dos y dos no hayan sido cuatro. Decir que esto ha sido un trato convencional entre los hombres seria un absurdo; pues es evidente que esta verdad no depende de ellos: ellos dependen mas bien de esta verdad, que han encontrado ya establecida, y que asimismo la dejarían aunque todos desapareciesen. Lo mismo acontece con las demás verdades preexistentes y necesarias que se hallan á la cabeza de todas las órdenes de ideas. Ellas son las piedras de toque de nuestros juicios, y por ellas en todo tiempo y en todo lugar distinguimos lo falso de lo verdadero.

En el órden moral nuestras acciones y pensamientos no son indiferentemente buenas ó malas: á unas llamamos justas y á otras injustas, distincion que nunca varía ni cede á los tiempos ni se acomoda á los intereses particulares, ni ha sido jamás escrita, ni ha tenido necesidad de serlo. Cada uno de nosotros la trae escrita en el fondo de su conciencia privada, y todos juntos la traemos en la conciencia pública: ella es la que domina y regula de su propia autoridad así las naciones como los individuos, y así los siglos como los días: los historiadores de cualquiera país que sean no tienen necesidad de caracterizar los hechos que refieren: bástales esponerlos y abandonarlos á esa conciencia universal del género humano, que ningun poder puede destruir, como dice Tácito, para que la unánime posteridad deje de darles la corona del aplauso ó la marca infame del vituperio.

Ahora bien, esta razon universal, esta verdad perdurable, increada, eterna, infinita, inmóvil, donde vienen á encontrarse todas las sendas de nuestra inteligencia y de nuestro sentimiento como en el punto céntrico de todo el mundo moral, supone por necesidad una inteligencia suprema, igualmente infinita é increada, que es el asiento donde aquella reside, la mente que la concibe, la fórmula eterna que la expresa, el serbo que le comunica toda su fuerza y divinidad. "El rey del Olimpo es un padre (dice un poeta antiguo hablando de esta ley del humano entendimiento): no procede del hombre, jamás se borrará de su alma, es un Dios, es el Dios supremo que nunca envejece (1)." "Esta ley verdadera y primitiva (dice Ciceron), que es nuestra regla y nuestra defensa, es la recta razon del Dios Todopoderoso (2). Universal, invariable, eterna, nos enseña el bien y nos aparta del mal, no puede ser derogada ni alterada: ni el pueblo ni el senado pueden dispensar á nadie de su obediencia: ella es intérprete de sí misma, y no es una en Roma y otra en Atenas, una hoy y otra mañana; ley inmutable y santa, que regirá en todos tiempos y en todas partes, y con ella el Dios que la ha hecho, discutido y sancionado, el Dios que es el árbitro y el soberano del universo (3)."

La única objecion especiosa, para concluir, que se ha opuesto contra la existencia de Dios, la

(1) Estrato inédito publicado en una revista, cuyo título no recuerdo, aunque de ella lo copio fielmente.—Esta profunda definición de la Divinidad no suporta con todo á la del catecismo, del cual solo es un magnífico comentario.

(2) Tertul. Apolog. 17.—Esta bella prueba de Dios, deducida de la idea de lo infinito, de la cual se atribuye el honor á Descartes, no es suya ciertamente: es de los primeros padres de la Iglesia, y entre ellos de S. Anselmo.—Por lo demás debo advertir que esta prueba no presupone que la idea de Dios sea innata en el alma de cada uno de nosotros, pero si en el género humano. Me explicaré con mayor extension en el capítulo de la necesidad de una revelacion primitiva.

(1) Sófocles, Edipo, rey, vers. 808.

(2) De las leyes, lib. 2.

(3) De Republica, lib. 3, §. 17.

que se saca del *desorden moral de este mundo*, desaparece ante esta última prueba, y no solo desaparece, sino que se convierte con toda su fuerza á favor de la verdad que se empeña en combatir.

Porque ¿quién no ve que para tomar el argumento del desorden, es preciso tener previamente la idea positiva del *orden inmutable y necesario*?

Si no existe el principio del orden, no puede existir ni siquiera concebirse la idea del *des-orden*, y entonces la argumentacion se destruye por sí misma, pues con solo decir que hay *des-orden* se reconoce desde luego la existencia de un *orden* fijo é inmutable que acusa y condena lo *des-ordenado*. Y este orden preexistente y no sujeto á mudanza es el mismo Dios, de donde se infiere que el argumento del ateo se apoya en Dios para combatirlo, y lo demuestra cuando le impugna.

—“¡Ah! ¡estos hombres (dice ingeniosamente Mr. de Maitre) saben que ese Dios, que para ellos no existe, es justo por esencia: conocen los atributos de un ser quimérico, y son capaces de decirnos á punto fijo cómo sería Dios, si por acaso hubiese uno! A fé á fé, que entre todas las locuras esta es la mas peregrina (1).”

Lo que por el contrario es realmente portentoso, lo que prueba irresistiblemente la Divinidad, es que el desorden moral de este mundo, este océano siempre borrascoso, no haya llegado jamás á sumergir la conciencia del orden: que al través de sus mas horribles tormentas se hayan mantenido siempre firmes é inflexibles las columnas de lo justo y lo injusto, y que el tiempo, que se lleva siempre trás de sí los errores y las pasiones humanas, no haya hecho mas que dar nueva fuerza á la virtud y nuevo lustre á la verdad.

Además, si el desorden es la consecuencia necesaria de la libertad moral, tambien lo es la responsabilidad; y á no ser que neguemos el libre albedrío, hemos de convenir en que ella es el mayor correctivo, ó por mejor decir, la reparacion del desorden producido; responsabilidad inescorrible que sigue los pasos del perverso, protesta incesantemente contra sus delitos, y levanta hasta por encima de las testas coronadas los preparativos del suplicio que se anticipa durante la vida por medio del remordimiento. Sean testigos de esta verdad las palabras de un soberano del mundo, que demuestran cuán persuadido estaba de la existencia de otro soberano superior á él. “¿Qué podría yo escribiros, “padres conscriptos, ó cómo os escribiría? O mas “bien ¿debería yo pensar en escribiros en este momento? Si yo lo sé, denme los dioses una muerte “mas cruel que esta que me tiene en perpétua agonía (2).” ¡Tanto le atormentaba (añade este grave historiador) el recuerdo de sus infames atentados! ¡y tanta razon tenia Sócrates en afirmar que si se abriese el pecho del perverso veríamos su corazón traspasado y destrozado por mil agudos dardos!

¿Qué prueba mas viva de la existencia de Dios

que estos suplicios de una conciencia culpable, esos cardenales impresos por un azote invisible! Así dice el poeta:

.... Et surdo verberare cedit
Oculum patiente animo tortore flagellum!
Pena autem vehement. ... (1)

¿Quién no conoce este fiscal formidable que día y noche llevamos en nuestro seno? ¿quién no ha oído esta voz delicada é incorruptible que previene todas nuestras acciones con sus consejos y las persigue con su censura; que habla á los mismos que no la consultan; que suena cuando mas queremos sofocarla, á menos que á fuerza de crímenes háyamos dejado de ser hombres; que en medio del tumulto de las pasiones nos dirige palabras severas, amenazadoras, terribles, mas penetrantes que una espada de dos filos, y nos dice: *¿Adónde vas? detente: ¡qué has hecho? ¡prevaricante!*

Voz eterna, independiente, universal, que no necesita intérprete, y que entienden todos los pueblos: voz en fin que consuela á los buenos en su miseria, y espanta á los malos en medio de su opulencia, y que su imperioso tono descubre una autoridad inmutable, infinita, que es la de Dios.

Así pues, en resumen de este capítulo, vemos que todo prueba la existencia de un Dios.

1.º El sentido íntimo le revela, y el sentido común le proclama.

2.º Su necesidad resulta de la misma existencia de todos los seres contingentes que pueblan el universo, como causa primordial de todos ellos.

3.º El movimiento universal es el testimonio completo del impulso recibido de su omnipotente voluntad.

4.º La armonía del mundo entona un himno de gloria á su inmensa sabiduría.

5.º Nuestras almas vuelven á él como los ríos al mar, y se mueven en su seno como los cuerpos en el espacio.

6.º Se nos aparece constantemente en el fondo de todas las cosas, y en esta idea de lo infinito que nos atrae y nos sigue donde quiera.

7.º En fin, él mora y platica con nosotros en el recinto de nuestra conciencia, y se muestra igualmente á los individuos, á las familias, á las sociedades, á los imperios, á todo el género humano, por una ley imprescriptible é inviolable.

Por lo mismo toda inteligencia, sin exceptuar la mas oscura y atrasada en la carrera de la civilización, reconoce el *GRANDE ESPÍRITU*; y si una razon ciega en las cabezas de ciertos filósofos extraviados ha podido negarse á sí misma, negando su autor y su modelo, no les ha sido posible abandonar el mundo sin legar á la humanidad la confesion de su error, y sin dejar de levantar el grito sublime de la verdad que toda su vida se habia empañado en sofocar.

Dos materialistas famosos han sido en el espacio de cincuenta años los fundadores y jefes de sus escuelas: el doctor *Cabanis* y el doctor *Broussais*; y los dos al morir han dejado una retractacion moti-

(1) Veladas de San Petersburgo, t. xi, p. 124.

(2) Tácito, Anales, lib. 6, §. 6.

(1) Javeau, sátira 18.

vada de su lúgubre sistema. Concluiré copiando las dos.

Retractacion de Cabanis (1).

"El alma, lejos de ser el resultado de la accion de las partes, es una sustancia, un sér real, que con su presencia *inspira* en los órganos todos los movimientos que constituyen sus funciones, man-tiene mutuamente unidos los elementos empleados por la naturaleza en su combinacion, y los abandona á la descomposicion desde el momento en que de ellos se separa para siempre.

"El espíritu humano no está destinado á entender que todas las operaciones de la naturaleza se verifican sin precision y sin objeto, sin inteligencia y sin voluntad. Ninguna analogía, ninguna semejanza le conduce á semejante resultado: todas por el contrario le hacen mirar las obras de la naturaleza como el efecto de operaciones comparables á las de su espíritu en la produccion de las cosas mas sabiamente combinadas, las cuales no se diferencian de aquellas mas que por un grado de perfeccion mil y mil veces mayor: lo cual le hace concebir la idea de un sér inteligente que las ha concebido, y de una voluntad que las ha ejecutado; sabiduría altísima, y voluntad eficaz y atenta á los mas minuciosos pormenores, dotada de una de un poder inmenso y la otra de una prolijidad la mas estremada.—Lo confieso: paréceme, lo mismo que á muchos filósofos á quienes no se puede acusar de sobrada credulidad, que la imaginacion se resiste á concebir cómo una causa ó causas privadas de inteligencia puedan crear tantas maravillas; y creo como el gran Bacon, que para negar con formalidad la causa primera, es preciso ser tan crédulo como para dar asenso á todas las patrañas del Talmud."

Retractacion de Broussais (2).

Esta retractacion no es tan explícita como la anterior, pero es acaso mas significativa; porque descubre la tortura moral del espíritu de sistema luchando con la fuerza de la verdad, siendo por lo mismo mas fuerte cuando es mas violento el homenaje que rinde Broussais á su última conviccion.

Á MIS AMIGOS, Á MIS ÚNICOS AMIGOS.

RESEÑA DE MI OPINION Y DECLARACION DE MI FÉ.

"Tengo, lo mismo que otros muchos, el sentimiento íntimo de que *todo lo que existe ha sido ordenado por una inteligencia*: procuro indagar si ella es la que todo lo ha criado; pero no puedo alcazarlo, porque la esperiencia no me ha representado un hecho de creacion absoluta.... Pero sobre todos los puntos debo confesar que en mis facultades intelectuales ó no intelectuales no ten-

"go mas que conocimientos incompletos, y siento una inteligencia ordenadora, que no me atrevo á llamar creadora, aunque tal debe ser."

Triste es á la par que consolador para la humanidad, el ver cómo dos hombres tan eminentes como Cabanis y Broussais, campeones del materialismo en todo el curso de su vida, muriendo en toda la fuerza de la edad, borran con una plumada todos sus famosos escritos, para no dejar á la posteridad mas que tres ó cuatro palabras de aquella eterna verdad por la cual empezamos todos.

Se ha erijido una estatua á Broussais: no sé qué inscripcion se ha grabado en su base: pero yo quisiera leer en ella esta retractacion, como una grande leccion dada al espíritu humano para enseñarle que por soberbias que sean las olas de su arrogancia, hay un nombre escrito en la playa, ante el cual todos deben doblar la rodilla.

CAPÍTULO III.

INMORTALIDAD DEL ALMA.

Nos hallamos en frente de una verdad decisiva.—El alma ¿es inmortal?—La respuesta á esta pregunta deberá influir poderosamente en nuestros sentimientos y creencia. Si nuestras convicciones traspasan alguna vez los límites de este mundo, nos detenemos á la vista de un porvenir misterioso, donde podremos ser felices ó desgraciados, segun el uso que habrémos hecho de nuestra libertad en el tiempo presente. Todos nuestros pensamientos todos nuestros deseos, todas nuestras acciones se enderezan y ordenan entonces bajo la impresion de esa perspectiva de inmortalidad, y desde este momento se establece una inevitable relacion entre las dos vidas, ó mejor entre las dos edades, la juventud y la vejez, la vida y la muerte. Este es el motivo por que sentimos á veces la necesidad de saber qué es ese otro mundo del cual podemos hallarnos habitantes el instante menos pensado, y por que queremos examinar lo que en él nos espera. Y lo que debemos hacer para que nos quepa en él un sitio dichoso. Cuando nos encontramos en tal estado, ya no se nos presenta la religion como una importuna enemiga de nuestros placeres, sino como una benévola y compasiva mensajera que nos trae la buena nueva de nuestros intereses eternos, y que desde esta vida recoge y traslada á la otra los sacrificios y virtudes que nos inspira, para que sean como las provisiones de nuestra inmortalidad.

Esta verdad es por consiguiente de grandes consecuencias, y por esto mismo nuestra razon es mas tarda en recibirla y creerla, que en recibir y creer las simples verdades precedentes del alma y de Dios. Es clara como ellas; pero el peso de sus resultados escita en nuestro entendimiento mas resistencia y mas dudas. Tal es, en efecto, la suerte de la verdad: el homenaje que le rendimos no está siempre en armonía con la luz que despierta, sino con las consecuencias que importa; y á veces cuantos mas derechos tiene sobre nuestro corazon, mas

(1) Carta á M. F., inserta en todos los diarios de su tiempo, y en la *Revista francesa* en Diciembre de 1833.

(2) Este documento se insertó íntegro en 1839 en la *Gaceta médica de Paris*, y se repitió por extracto en 1841 en el periódico titulado el *Derecho*, con ocasion de un pleito entre su secretario y sus herederos sobre la propiedad del manuscrito.

se le opone nuestro entendimiento. A medida que vayamos adelantando en la serie de verdades que nos hemos propuesto exponer, se nos ofrecerá ocasion de notar ese secreto vicio de nuestra voluntad, de la cual es preciso que desconfiemos, y que desembarazando nuestro juicio de las preocupaciones interesadas del corazon, consideremos cada cosa en sí y con ojos verdaderamente filosóficos.

Pertrechados ya contra este obstáculo, entremos de lleno en la gran cuestion de nuestra inmortalidad.

§. I.

I. Desde luego quiero reproducir aquí el primer argumento por cuyo medio empezamos á reconocer en nosotros la existencia de un principio espiritual.

Por lo mismo que tenemos idea de la inmortalidad del alma, es necesario que esta idea esté fundada en la realidad: es imposible señalarle otro origen que no sea la misma *vista* de esta inmortalidad existente en nosotros. Es una de esas ideas que no pueden formarse, por decirlo así, sino sobre el original y segun su naturaleza. De otra suerte, ¿adónde hubiéramos ido á buscar esa idea de inmortalidad, y de dónde nos hubiera venido ni la simple conjetura de ella, ya que todas las apariencias sensibles y exteriores están en contra de ella? Todo muere en este mundo: únicamente se conservan las especies, y los individuos perecen para no volver á existir. No hay ejemplo de un solo ser cuya individualidad haya escapado á la general destruccion, ó haya revivido despues de aniquilarse. Todo nos habla el lenguaje de la muerte: por esto en todas las cosas no sabemos ver sino su idea.

Por otra parte, nada hay en lo exterior de nuestra humana naturaleza que pueda hacernos sospechar una derogacion de la ley general en favor suyo. Cuando el hombre muere, cuando está muerto, nada dice á nuestros sentidos que esta muerte no es tan completa y tan definitiva como la de una bestia ó la de una planta. El fenómeno natural es idénticamente el mismo, y continuamente oímos repetir entre nosotros y leemos hasta en los libros sagrados, que el hombre pasa como la flor de los campos y muere como la yerba de los prados.

¿Qué sois, mortales? Hojas que en estío
Desde la copa que se eleva al cielo
Cubris la tierra so un dosel sombrío,
Y al cansado viandante dais consuelo;
Pero los soplos del Noviembre frío
Os barrerán ya secas por el suelo,
Y cuando fuéreis pasto de la llama
Con nuevas hojas se ornará esa rama (1).

¿Cómo pues la idea de nuestra propia inmortalidad ha podido penetrar, germinar y florecer en medio de tantos estorbos, en el seno de esta destruccion universal en que respiramos, en el centro de este sepulcro de nuestra vida mortal en que nos

hallamos encerrados? ¿Por qué no ha habido nadie que haya pensado en unir esta idea al principio orgánico ó vital de la planta ó de la bestia, y todos sin titubear la unen al principio vital de ese otro mortal que llamamos hombre? Y ¿de dónde proviene que solamente á sí mismo se dé este el adjetivo *MORTAL*, que es lo que parece contrariar en el mas alto grado la idea de su inmortalidad? ¿En un mundo donde todo es *mortal*, el hombre reserva para sí solo la calificacion, como si todo fuese *inmortal* menos su propia persona!

Pero no; la verdad está en la parte inversa del cuadro, y vamos á ver el motivo por que tiene el hombre precision de decir que en cierto modo y en su cuerpo es *mortal*. La muerte para él es un accidente; para los demas seres es todo su destino. Se dá el hombre la calificacion de *mortal*, porque en el fondo y sustantivamente todo él está diciendo que no lo es: la muerte no le toca mas que *adjetivamente* en la esencia de su ser; y se llama *mortal*, porque tiene necesidad de ello, pues continuamente toda la naturaleza se lo grita. Inventa pompas y ceremonias sensibles que le recuerden que es polvo: *Memento homo quia pulvis es, et in pulverem reverteris*; y es seguro que sin esto se desvaneceria y se creeria inmortal hasta en su cuerpo; ¡tan innata é instintiva le es la idea de la inmortalidad!

Así, lejos de venirmos del exterior y de haberse engendrado en nosotros en fuerza de alguna ilusion estraña, la idea de la inmortalidad nos ocupa enteramente contra toda apariencia é ilusion. A pesar de que todo nos está diciendo que somos mortales, que nosotros mismos nos lo repetimos, y que hacemos de ello una calificacion vulgar, la idea de nuestra inmortalidad subsiste en nosotros vigorosa é imperecedera. ¿Dónde puede pues fijarse el origen y la persistencia de semejante idea mas que en el sentimiento íntimo y en la vista inmediata de su realidad?

Esta conclusion adquiere un valor infinito si se observa que la idea de nuestra inmortalidad es además una de esas ideas consagradas por el instinto y la práctica universal; que el corazon de todos los hombres se halla uniforme en este punto, y que despues de haberla visto altamente profesada por los mas eminentes ingenios en el seno de las naciones civilizadas, la encontramos tambien venerada entre los pueblos mas salvajes. Puede decirse que forma algunas veces el solo carácter distintivo entre el hombre y los animales, y que imprime aun en su frente envilecida el sello de su raza (1).

En la exposicion de vuestras dudas me decís:

(1) De ahí el culto tan universal y tan constante por los sepulcros, cuyo abuso ha sido una de las principales raíces de la supersticion, como lo indica la misma palabra, *super-stare*, *super-evidencia* de los espiritus.—“Un padre, dice la Escritura, afligido por la prematura muerte de su hijo, mandó fabricar “la estatua del que habia perdido: muy pronto empezó á adorar como Dios al que habia muerto poco antes como hombre, y “estableció entre sus domésticos un culto y sacrificios en su honor.” (Sapientie, cap. 24, vers. 15.) Esta costumbre criminal, como la llama la misma Escritura, que no debe confundirse con la religion verdadera, segun observa tambien Ciceron (De natura Deorum, lib. 2, num. 28), es una gran prueba del poder del sentimiento de nuestra inmortalidad, de la cual es un extravío y un abuso.

(1) Imitacion de Homero, por Andrés Chénier, Eleg. 22.

“que el hombre busca en la idea de su inmortalidad consuelos para esta vida y esperanzas que le preserven del horror de la nada. Pero solo la razón, añadís, debe guiarnos.”

Podría responderos que ese horror á la nada, esa gran necesidad de consuelos, que vos señaláis como principio de nuestra ilusión, son una prueba de nuestra inmortalidad.

Podría añadir, que la idea de la inmortalidad no siempre se presenta tan consoladora á nuestro espíritu, para que nos sintamos inclinados á hacernos ilusión sobre ella. Al contrario, es terrible para muchos é inquietante para todos. Hay algo que aterra en ese *qué sé yo que*, que sigue á la muerte, y no nos sometemos á él sino á despecho de nuestro cuerpo, por decirlo así, mucho mas cuando la religion no determina el objeto que en él nos espera, y no nos aclara sus distancias; de manera que no puede decirse que sea esta una idea gratuita.

Pero quiero contestar mas directamente á vuestra objecion, y haceros observar que es viciosa en la misma base del raciocinio que la constituye: ¿por qué la razón á que apeláis escaseja saber cómo se puede dar esperanza de una cosa de que no se tiene idea, y cómo se puede tener idea de una cosa tan inconciliable con todo lo que nos rodea en este mundo perecedero?

La razón, por lo mismo, se ve obligada á confesar con el sentimiento universal, que esa idea no es tan solo una ilusión extraña; que nos ha sido infundida por el mismo Dios; que lleva en la sola realidad de su objeto la causa de su existencia, y que se halla garantida en nosotros con títulos iguales á la de la verdad de nuestro ser y de su espiritualidad.

II. Por lo demás, esta espiritualidad de nuestro ser importa necesariamente la idea de su inmortalidad: ó mas bien, estas dos verdades no forman mas que una sola; de modo que el que haya admitido la espiritualidad del alma, ha admitido al mismo tiempo su inmortalidad. Nada es tan fácil de demostrar como esta proposicion.

Lo que llamamos muerte no es una *aniquilacion*. Nada se aniquila en la naturaleza, y la razón no es capaz de comprender cómo podría suceder lo contrario. Para la aniquilacion de un solo átomo seria preciso poner en acción todo el poder que ha creado el universo, y hacerse superior á todas las leyes de la naturaleza que este mismo poder ha establecido al crearla. Aniquilar y crear son dos actos iguales: lo mismo comprendemos el uno que el otro. Sacar alguna cosa de la nada, y reducir alguna cosa á la nada, son un solo milagro y el mas inconcebible de todos los milagros. Diré mas aún: la aniquilacion de un ser seria un milagro mucho mayor todavía que la creacion del universo, porque tendria además en contra de sí la existencia de ese ser y la tendencia de Dios, soberano liberal y fecundo, en crearle y conservarle. Por consiguiente, no se debe admitir, sin razón, aquello á que se oponen la experiencia, las leyes de la naturaleza, la comprension del entendimiento humano y hasta la naturaleza de Dios.

Lo que llamamos MUERTE, no es, pues, un *aniquilamiento*; es una *descomposicion*, una *disolucion*, una *corrupcion*; palabras que indican solamente una *separacion de partes*. Por consiguiente, cuando decimos que el alma carece de partes, decimos que no está sujeta á la muerte. Y sabemos que carece de partes, porque la llamamos *espiritual* y *simple*, esto es, ALMA.

La idea de ALMA envuelve, pues, en sí misma la idea de INMORTALIDAD, y á menos que queramos decir que no tenemos ALMA, es preciso convenir en que somos INMORTALES.

Esto es precisamente lo que hace que esta misma idea de INMORTALIDAD sea en nosotros tan instintiva, y que de la idea de nuestra propia existencia salga inmediatamente la idea de una alma que constituye su ser.

No tenemos conciencia de nuestra existencia sino por la percepcion inmediata de una cosa en quien ella se resume esencialmente, y á la cual llamamos YO. Es así que este yo no lo concebimos sino como un ser *simple*, luego es *imaterial*. Esta es la mas sublime expresion de la individualidad y de la unidad. Si decimos que el yo puede dividirse en muchos yo, habrá contradiccion entre la idea y el sentimiento. Todo, hasta el lenguaje, se opone á semejante pluralidad, y es preciso que el yo subsista ó se aniquile todo entero. Mas hemos visto ya que el aniquilamiento de un ser es *naturalmente* imposible, de donde se sigue que la cosa en quien mi existencia se halla radicada debe subsistir segun su naturaleza, tal como es en sí, es decir, *indivisible, incorruptible, INMORTAL*.

La verdad de la inmortalidad del alma se destaca asimismo del sentimiento reflejado de nuestra propia existencia; se confunde en la misma percepcion, y de ambas puede sacarse la consecuencia siguiente: YO SOY, luego YO SOY INMORTAL (1).

III. Bajo este punto de vista no puede haber ninguna analogía entre el destino de mi alma, en la cual reside el yo, y el de mi cuerpo, por mucha que haya entre ambas naturalezas.—De esta profunda distincion entre la naturaleza y las operaciones del alma y las del cuerpo, resulta que su asociacion, lejos de ser una necesidad, es el mas grande de todos los misterios de la razón humana, y que su separacion se comprende mucho mejor.

En la misteriosa sociedad que liga el alma al cuerpo, recibe el alma por medio de los órganos las advertencias y trasmite las voluntades que le ponen en contacto con el mundo exterior, ó mejor, que la sujetan á este contacto; pero en sí misma lleva constantemente un principio de actividad, que se hace sentir con tanta mas fuerza á medida que se

(1) Hay seres que duran poco, dice Labruyère, porque se componen de cosas muy distintas entre sí, y se perjudican mutuamente; hay otros que duran mas, porque son mas simples, pero al fin perecen, porque no dejan de contener algunas partes, segun las cuales pueden ser divididos ó separados. Esto que dentro de mí pienso debe durar mucho, porque es un ser puro, sin mezcla ni composicion, y no veo ninguna razón por que deba perecer. ¿Quién podrá corromper ó separar un ser simple y que carece de partes? Lo que dentro de mí pienso es el alma: por consiguiente, ¿cómo podrá acaso dejar de ser tal? (Chap. 12.)

coloca mas aislada de sus órganos. Tiene el alma un orden de operaciones intelectuales y abstractas que funcionan con tanta mas soltura cuanto ella mas se separa, y olvida del cuerpo, de donde proviene ese fenómeno psicológico que llaman *distraction*. Se diria que en este estado el alma se halla *dis-traída*, separada del cuerpo, ó al menos que ensaya una separacion mas completa que comprende se podrá efectuar mas adelante. El cuerpo, al contrario, tiene necesidad de la no interrumpida presencia del alma para subsistir, pues por sí mismo tiende siempre á su ruina y disolucion. "El alma, dice Cabanis, es quien inspira á los órganos todos los movimientos que componen sus funciones, que retiene ligados entre sí los diversos elementos empleados por la naturaleza en su composicion regular, y los abandona libremente á la descomposicion desde el momento que se separa definitivamente de ellos para no volver á asociarseles mas." Conservando cada cosa su naturaleza, el cuerpo, abandonado á sí mismo, se disuelve; y el alma, quedando completamente sola en sí misma, se desprende y sobrevive. En la asociacion del alma y del cuerpo, las dos naturalezas están unidas por medio de condiciones inversas, el alma se halla rebajada y el cuerpo realzado: esto es precisamente lo que constituye el misterio de su union; lo que hace que su desunion se comprenda mucho mejor, puesto que la inclinacion de sus opuestas naturalezas tiende mas á la segunda que á la primera; lo que hace, en fin, que esta desunion sea toda en perjuicio del cuerpo y toda en provecho y ventaja del alma, cuya inmortalidad es tambien mas comprensible que su asociacion con el cuerpo, y que su aniquilamiento.

Si no sucediese así, se trastornarian hasta los cimientos todas las nociones que tenemos acerca de la naturaleza de nuestro sér; porque aconteceria, lo que nunca es concebible, que mientras todo nos está diciendo, durante la vida, que la parte intelectual de nuestro sér, lo que en nosotros piensa y quiere, es un principio superior al cuerpo,—cuando llegase la muerte, no solamente seria este principio rebajado á igual condicion que el cuerpo, sino que seria mas humillado todavia y seria mucho peor su último destino. En efecto, los elementos de nuestro cuerpo no se aniquilan, no hacen mas que desunirse; y aun esta funcion de la naturaleza tarda algun tiempo en efectuarse, como si la muerte respetase su presa; pero nuestra alma, nuestro yo, nuestra personalidad inteligente, seria desde luego despojo de la nada, de modo que hasta tendria el cuerpo sobre el alma la prerogativa de sobrevivirle (1).

(1) El suicidio, ese terrible abuso de la dominacion del alma sobre el cuerpo, ¿no es una gran prueba de la distincion de sus destinos? ¿Puede el poder que mata ser el mismo que se muere, y no debe necesariamente ser superior y sobrevivirle? ¿Puede el acto del alma, que en ese fatal instante es, en cierto sentido, un acto extraordinario de poder, ser al mismo tiempo el acto de su aniquilamiento? La voluntad mata, pero ¿quién mata á la voluntad? Estudiad este problema: lo abandono á vuestro buen sentido.

Además, otra de las cosas que hacen resaltar de una manera muy sensible la distincion y la sobrevivencia del alma, es la plenitud de espíritu que notamos en algunos cuerpos ya decrepitos, y esos extraordinarios rayos de luz que se observan en

Procurarémos, pues, completar la demostracion de su inmortalidad con pruebas muy superiores á todo lo dicho y puramente *psicológicas*, es decir, sacadas de la misma naturaleza del alma.

§. II.

I. Todo en la naturaleza tiene un principio de existencia análogo á lo que le sirve de alimento. Científicamente llaman á esto *ley de asimilacion*, y el principio lleva en sí mismo la evidencia. Siendo la principal ley del sér el conservarse, la naturaleza no puede engañarse en la eleccion de los medios de conservacion que le inspira, y su existencia debe participar de la sustancia que entra en su desarrollo y conservacion.

Examinemos, pues, cuál es la sustancia de que el alma se alimenta. ¿Qué busca entre los hombres, qué contiene?

La respuesta no puede ser dudosa: una sola cosa hay que el alma quiere y que busca de continuo con afán, con amor entrañable, la VERDAD.—La verdad bajo todas sus formas y en todas sus aplicaciones, la verdad en las ciencias naturales, la verdad en las ciencias morales, la verdad en las artes: lo verdadero, lo bueno, lo bello, hé ahí su invencible afinidad. No está en sí ó no se siente á sí misma sino cuando se ocupa de ello, y su desenvolvimiento está en razon directa de su aplicacion á estos grandes manantiales de su vida. Como una llama ligera que está revoloteando en la superficie de este mundo material, podria decirse que tiende á cesar y á pesar de todos los obstáculos á juntarse otra vez al foco de verdad de donde procede y hacia el cual incesantemente gravita. No parece sino que reconquista su patrimonio cuando la descubre, y que respira su aire natal cuando la conoce y la goza. Nada es comparable entonces á su alegría, á su orgullo, á su delirio en cierto modo:—es Arquimedes corriendo por las calles de Siracusa, gritando como un loco: *¡Ya la he encontrado!*—es Pitágoras inmolando una hecatombe á los dioses en

casi todos nosotros en el supremo instante de la muerte. *Ha conservado todo el uso de la razon, declinase, hasta el último momento.* Hace ya algun tiempo que el cuerpo está destruido por la vejez ó la enfermedad, y el alma llega toda entera, y mas penetrante que nunca, hasta los últimos confines de la vida; se cierne, por decirlo así, un momento despues de la muerte sobre la frente y los labios del que acaba de dejar. . . . Cuéntase que Cuvier examinaba y contaba los pasos de la muerte en sus patrones instantes, y sometia á sus cálculos los últimos golpes que ella le daba. Cuéntase igualmente de Guillermo de Humboldt:—"Que dió la mejor prueba del poder tranquilo del pensamiento sobre las enfermedades de nuestra naturaleza, y que al imitarse de morir, mostró toda la influencia que el genio puede ejercer sobre una vida larga y meditabunda. Hacia mucho tiempo que habia anunciado á sus amigos la intencion de componer, como su último codicilo, un tratado muy conciso acerca de la filosofía del lenguaje, y en los postreros momentos de su vida, reducido por la enfermedad á un estado de debilidad tal, que no podia ni siquiera tener en la mano el libro ni la pluma, reclinado en su bufete, como un hombre encorvado bajo el peso de los años, parecia que reconcentraba en su interior aquellas facultades tan enérgicas y variadas que, en mejores tiempos, le dejaban dedicarse igualmente á las meditaciones filosóficas y á los trabajos del hombre de estado. En esta situacion dictó una obra profunda acerca de tan difícil asunto, obra que, cuando se publique, dará al mundo el noble ejemplo, no de una pasión que domina la muerte, sino de una inteligencia directiva, va, que sea de ella su mayor fuerza." (Nicolas Wislizenus, *Discurso sobre las relaciones entre la ciencia y la revolucion.*)

reconocimiento del descubrimiento del cuadrado de la hipotenusa;—es Galileo, que no pudiendo abandonar su sistema astronómico á pesar de la bastarda indignación de su siglo contra él, pintaba el globo en las paredes de su cárcel, y decía á aquella figura animada por la verdad: *¡Pero sin embargo, tú das vueltas!*—es Sócrates, es Régulo, es Traseas, es Mateo Moisé, inmolándose por la verdad moral y el deber;—es el artista, bajo la figura de Pigmalion, animando el mármol con todas las inspiraciones de la verdad en lo bello.—La misma generalidad de los hombres en todos los desconciertos de su espíritu y de su corazón no puede permanecer á sabiendas en el error; pues cuando están en él, lo disfrazan y sistematizan, es decir, lo hacen verdad para alucinarlos mejor.

¡LA VERDAD! hé aquí pues el principio nutritivo del alma.—“*Esta carne de los espíritus*, como dice “admirablemente Mallebranche, es tan deliciosa y “dá al alma tal vigor cuando la gusta, que no nos “cansamos nunca de deseársela y buscarla: parece “que hemos sido criados para ella (1).”

La verdad es inmortal, subsiste inmutablemente, es coeterna con Dios, como dice Orfeo.

¿Se querrá, pues, que lo que se alimenta de inmortalidad sea mortal? ¿Que el alma, que no viviría en tal caso mas que un día, que no haría sino pasar de la nada á la nada, se anegase, durante esta corta travesía, en ese amor inmenso por todo lo que es eterno? ¿que emplease todas sus potencias en asimilarse con lo que sería contrario á su naturaleza, y que el pensamiento del hombre atraído, absorbido en el seno del sér por esencia, encontrase en él la nada, y se extinguiese en la misma fuente de la vida? No, la razón se subleva contra semejante contradicción, y esclama con La Bruyère: —“No concibo cómo pueda ser aniquilada una alma que Dios ha llenado de la idea de su sér infinito y de sus eternas verdades (2).”

Además, ¡el alma no se ocupase sino de las verdades necesarias á sus limitados destinos en la vida presente y del arreglo de sus negocios temporales! Pero muy lejos de esto, descuida todo cuanto es material y perecedero, y se abandona á sus dulces abstracciones; agota, consume las fuerzas del cuerpo en la investigación de la verdad, á la cual ama en sí misma, y por grandes y estensas que sean las conquistas que sobre ella haya alcanzado, su ambición se estiende inmensamente mas allá, su capacidad se crece con sus descubrimientos, y al fin conoce que mientras esté en la tierra no le será dado nunca gozarse en su entera posesión.—Escuchad estas admirables palabras de Newton moribundo. —“No sé lo que pensará el mundo de mis trabajos; pero á mí me parece que he sido siempre un “niño jugando en la orilla del mar, encontrando “do á veces una china algo mas tersa que las conchas, á veces una concha algo mas brillante, “mientras que el grande océano de la verdad se “estendia inexplorado delante de mí.”

El alma que ha sido bastante grande para concebir idea tan vasta de la verdad, para sentir tan inasaciable sed de su posesión, y á quien ha sido permitido entrever la existencia de ese grande océano, creedlo, no debe quedar siempre sobre la orilla. Desde que ha tenido conciencia de sí misma ha aspirado, aspira incesantemente á ella, porque siente que su destino es vivir en ella como en su elemento, y el instante de la muerte no es mas que el instante de su partida, de su salida de la cárcel tenebrosa en que se hallaba encerrada.

Concluyamos, pues, asegurando:—El alma vive y respira en un elemento inmortal, por consiguiente no puede morir.

II. Hay una segunda ley no menos invariable que la que acabamos de explicar, y es la siguiente:—todos los seres se perfeccionan en cuanto obedecen á su naturaleza:—esta es la *ley del perfeccionamiento, del progreso*. Basta enunciarla para que se conozca su exactitud. No puede un sér darse á sí mismo el desarrollo de su vida, si no ha podido darse la vida misma; y si se desarrolla manifiestamente por un medio cualquiera, púedese afirmar sin temor, que este medio está en su naturaleza, que tiene una realidad de acción y por consiguiente de existencia que se manifiesta de dos maneras, ya en el desarrollo del sér cuando ese medio se le aplica, ya en su deterioro cuando se le separa. Esta es una evidencia *axiomática*.

La humanidad saca evidentemente de la aplicación del principio de la inmortalidad del alma el mas poderoso vehículo de su perfeccionamiento. ¿Hay quién dude de esta verdad? Si hay algun freno sobre la tierra, si existe entre nosotros algun móvil de elevación y de virtud, es por esta convicción. Suprimidla completamente si podeis; sustituidla la otra convicción de que todo nuestro sér va á estrallarse contra las puertas del sepulcro, y que toda nuestra vida está limitada á lo presente, único campo de nuestra felicidad, de nuestra responsabilidad:—veréis cómo se desmorona todo el edificio, cómo desaparece el orden de la sociedad, y reina luego en ella la confusión mas espantosa. ¡La verdad! ¡el deber! ¡la justicia! Entonces no serán ya mas que estorbos de los cuales se librará mas pronto el que sea mas diestro: todos los afectos, todas las esperanzas se fijarán en la posesión de los bienes terrenos; su mayor fruición posible será la ley suprema del mundo; todas las inteligencias estarán absorbidas en el afán por procurárselos; la fuerza se empleará solo en conseguirlos; el orden intelectual y moral se abismará en el interés carnal y físico, que tambien se agotará á fuerza de escasez; y en medio de la majestuosa é imponente economía del universo, la humanidad, que es su centro, ofrecerá el espectáculo de la subversión y del caos, y retrogradará hasta la nada.

Recordad ahora la idea de que nuestra vida no es mas que un momento de prueba, y que del otro lado está el término de nuestra felicidad; que nuestros bienes y males son provisionales, y que menos que bienes y males, son medios distintos para obtener ó evitar los bienes y los males reales de la otra

(1) Conversacion 2.^a
(2) Chap. 16.

vida.—Veréis entonces que la resignacion y la paciencia levantarán el corazón del pobre y del que sufre, la moderacion y la templanza ensancharán el del rico y del poderoso. Cada uno procurará beneficiar su situación en el sentido mas moral y mas meritorio, y desenvolverse en la parte de su sér que debe sobrevivir á la destruccion, es decir, en su inteligencia, en su voluntad. La mas poderosa ley será el deber. El menosprecio de los bienes de un mundo que hemos de dejar, la sed de los bienes de un mundo donde hemos de vivir para siempre, absorberán todas las almas; y como á la inversa de los bienes sensibles, los bienes morales son inagotables y tienden á reunir á los que los buscan y poseen, la paz y la benevolencia descenderán á la tierra, y la humanidad se elevará por ellas á una perfeccion ilimitada.

Los dos cuadros que acabo de trazar nunca han tenido sobre la tierra modelo completo. Nunca ha sido la humanidad ni tan perversa ni tan perfecta, porque la creencia en otra vida no ha sido jamás ni tan universalmente destruida ni tan universalmente profesada: todos los movimientos morales que el mundo ha presentado, han estado siempre en razon directa de la elevacion ó del abatimiento en que se ha hallado esta creencia en los corazones.

¿Se querrá todavía que este principio de la inmortalidad del alma, por quien la humanidad se eleva y engrandece, y sin el cual se envilece y desorganiza, no esté en su naturaleza? ¿Se querrá que sea una contra-verdad, una mentira?

En tal caso, ¿esta mentira sería preferible á la verdad, la criatura que la hubiese inventado sería en el mundo mejor comprendida que el Criador, la nada se hubiera dado el sér! El hombre que en el órden físico no puede añadir una sola línea á su estatura, ¿se habrá dado la figura de un gigante en el órden moral, y sustrayéndose á la ley que le condenaba á no ser nunca mas que polvo, le habrá dado alas para escalar el cielo? ¡Irrision!

Otra cosa dice la razon cuando despues de este escámen confiesa que la humanidad crece y se desenvuelve por medio de su adhesion al principio de la inmortalidad del alma. Por consiguiente, esta inmortalidad, principio vital de la humanidad, es un hecho eciesistente, cierto, revelado por sus efectos y por el concurso de todas nuestras facultades para apoderarse de él como el móvil de su anoblamiento y de su progreso.

III. Hay todavía una tercera ley que nos garantiza esta verdad.

Todo tiene un objeto en la naturaleza. Cada sér se halla organizado en vista de un determinado destino. Seria preciso negar la naturaleza entera, en su conjunto y en sus detalles, para dejar de ver en todo impresa esta constante ley; y es tan ecsecta, que con mucha frecuencia, por medio de la organizacion de una cosa conocemos fácilmente su destino, y al revés, por su destino su organizacion. Si no ha sido siempre comprendida la marcha de esta ley, no lo achacamos á falta de fidelidad en la naturaleza, que ha sido la ciencia del hombre la que no la ha alcanzado. Pero cuando conociendo

ya el hombre la organizacion de un sér se ve obligado á decidirse entre dos hipótesis sobre su destino, y que una de esas dos hipótesis combate la organizacion y la otra está perfectamente acorde con ella, entonces no puede caberle ninguna duda acerca de la ecsectitud de esta última solucion, porque la tiene garantida con dobles títulos, ya por su ecuacion con el primer término de la referencia establecida, ya por la exclusion de la sola hipótesis que podria disputarla esta certidumbre.

Apliquemos esta regla á nuestro asunto.

El destino del hombre es desconocido. Establezcamos dos hipótesis solamente:—El destino del hombre ¿es morir todo él cuando muere el cuerpo? El destino del hombre ¿es que su alma sobreviva y que sea llamada á otra vida?—Interroguemos su organizacion moral, que es el primer término de la comparacion y que está á nuestro alcance, y véamos lo que nos contesta. Conocemos esa organizacion por la experiencia de las operaciones y afecciones del alma: se compone de hechos que llevamos en nosotros mismos, y que forman la historia y como el tejido de nuestra vida.

El primer rasgo dominante y universal de esta organizacion es un indefinible hastío, un profundo malestar, un inecorable enojo, que constituyen el fondo comun de la vida humana. Notadlo bien: hastío, malestar, enojo, que se aumentan á medida que se va hallando el hombre mas favorecido por la fortuna y mas en el colmo de la posesion de los bienes mundanos.—Si hubiera sido creado únicamente para lo de la tierra, si fuese este su esclusivo destino, ¿por qué su satisfaccion y sus deseos no se habrian de limitar á su destino? ¿Por qué no habria de estar tanto mas satisfecho, cuanto mas y mejor los pudiese gozar?—Pero no, sucede todo lo contrario. Mostradme el hombre mas feliz segun las falaces apariencias del mundo; yo os haré ver el mas desgraciado, y tal vez será el mismo que me habréis señalado. Cualquiera que sea, es seguro que os repetirá muy altamente aquel grito formidable que se han transmitido unas á otras las generaciones de la tierra: *Todo es vanidad!*—En esta vida no hay mas que principios y bosquejos de felicidad. Que se escoja el hombre la suerte mas apropiada á sus gustos ó inclinaciones; que obtenga la satisfaccion de los deseos mas sabiamente concebidos y mas hábilmente combinados; desde aquel momento fatal renuncia á su felicidad, y cuando haya llegado al término que se proponia, habrá indefectiblemente consumado su ruina. Que desengañado una, dos, cien veces, vuelva á empezar de nuevo su tentativa; que pueda disponer de un genio poderoso, de un talisman infalible que le hagan pasar sucesivamente por todas las esferas de la vida humana, siempre y en todas partes la felicidad huirá delante de sus deseos, y su última palabra será:—*¡Me equivoqué (1)!*

(1) De ahí proviene esa solicitud de los hombres para las cosas extraordinarias, y que tienden al infinito, y al mismo tiempo su aficion á las que son oscuras y misteriosas. No aman las sombras en el fondo, y únicamente esperan encontrar en ellas el bien que desean, ya que están seguros que á la luz del sol no

Solamente en el hombre tiene lugar este inconcebible fenómeno. Ni un solo sér hay á su alrededor que no se contente á proporcionarle que ve satisfechas las necesidades de su vida: únicamente él, el hombre, que parece debiera gozar mas, puesto que su genio domina toda la naturaleza, únicamente él es el que siempre desea, el que de continuo gime, el que incesantemente hace sentir sus quejas en medio del bienestar universal.—Parece un sér que está fuera de su elemento y que no piensa mas que en volver á él. No hay equilibrio entre él y el mundo: se adelanta infinitamente mas allá por una escijencia, por una tendencia de deseos y de concepciones que nada en la tierra es capaz de moderar, y que se proyectan por todas partes fuera del horizonte de la vida.

Hé aquí el primer rasgo de la organizacion moral del hombre, y por decirlo así, todo su residuo. Es un hecho positivo, universal, constante; ha pasado á proverbio en la especie humana, y todas las bocas profieren algun vez con amargura: *¡No hay felicidad acá en la tierra!*

¿Cómo se explica esto?

La ley que hemos establecido de que los medios de cada sér están en relacion con su fin; ley que tiene á su favor la autoridad del universo entero, nos conduce rápidamente al siguiente resultado: Siendo el fin del hombre la felicidad, y no encontrándose ésta para él en la tierra, su fin debe precisamente estar mas allá de esta vida; y tan solo la inmortalidad del alma y su vocacion á un órden de concepciones y de sentimientos mas conformes con su naturaleza pueden explicar y resolver el misterio de su organizacion.

Es esto tan verdadero, que si por contraprueba abrimos á esta alma la perspectiva de la inmortalidad, la persuadimos de ello, la damos fé, y cesan todas las oscilaciones de su sér. En tal caso la paz, el contento, el aplomo interior hasta en el seno de los sufrimientos y de la muerte, nos atestiguan altamente que hemos descubierto el secreto de la naturaleza del hombre y la clave de su arquitectura intelectual.

La objecion de que el hombre procura hacerse consuelos para esta vida y esperanzas que le preserven del horror á la nada, mas bien robustece que debilita esta conclusion, porque esta necesidad de consuelo y ese instintivo horror á la nada son precisamente resultado y no causa del sentimiento de nuestra inmortalidad. Somos inconsolables, porque somos inmortales: tenemos horror á la nada, porque la nada es contraria á nuestra naturaleza.—Por otra parte, ¿quereis una sólida declaracion de la exactitud del presente raciocinio? Héla ahí.

Hubo un hombre que en nada creia ó que al menos se habia declarado contra todas las creencias. Para él no habia Providencia, y sobre todo, no habia inmortalidad. Lejos de hacerse esperanzas, se procuraba á toda costa la desesperacion. Ya se

puede si siquiera buscarlo, porque no se halla en la tierra. Aquí está la fuente de lo sublime. Parece que á la sola mirada del alma se abre de repente una perspectiva imprevista, y que al fin encuentra una puerta para huir de la decepcion.

conocerá que hablo de M. de Senancour, el autor del *Obermann*. Pues bien: reparad cómo, á pesar de sí mismo, brilla el sentimiento de su inmortalidad en el seno de su naturaleza, y se dá á conocer por medio de gritos lastimeros, y cómo rompe y arroja de sí las cadenas del sistema que quieren cautivarle.

“Aunque es apacible mi situacion, llevo una vida triste. Vivo, como no puedo menos, libre, tranquilo, bueno, sin negocios, indiferente sobre el porvenir donde nada espero, y recordando sin pena lo pasado en el que de nada he gozado.... pero siento en mí una inquietud que no me deja nunca, una necesidad que no sé definir, que no concibo, que me domina, me absorbe y me arrastra mas allá de los seres perecederos... Os engañais, y yo mismo me habia engañado á mí mismo creyendo que era la necesidad de amar. Existe una distancia inmensa entre el vacío de mi corazón y el amor que he deseado tanto: hay el infinito entre lo que soy y lo que tengo necesidad de ser. El amor es inmenso, pero no es infinito. ¡Yo no quiero gozar; quiero esperar, quisiera saber! Me hago ilusiones sin término que se desvanecen para dejarme siempre mas engañado: ¿qué me importa lo que puede tener fin? Ya no anhelo lo que va preparándose, acercándose, llega y desaparece para siempre.... Quiero, deseo un bien, un sueño, en una palabra, una esperanza, que si es posible sea mas grande que mi misma esperanza, mas grande que todo lo transitorio, mas grande que todo lo imaginable, quiero, deseo ser muy inteligente.... Conozco con asombro que mi idea es mas vasta que mi sér, y si considero que mi vida es ridícula á mis propios ojos, me pierdo entre tinieblas impenetrables. Mas feliz es sin duda el pobre leñador que toma agua bendita cuando oye sonar la tormenta, y despues canta alegremente en medio de su trabajo! ¡Nunca conoceré yo su paz, y sin embargo, mi existencia pasará como la suya (1)!”

¡Cuán convincente es esta atestacion de inmortalidad escapada de la boca del incrédulo! Hé aquí nuestra naturaleza vengándose y rebelándose cuando se la quiere contradecir y sofocar. Es el Sansón hebreo llevándose sobre sus espaldas las puertas de la cárcel en que querian sujetarle.

Otro rasgo de nuestra organizacion moral, juntándose al precedente, acaba de corroborar la deduccion de nuestra inmortalidad.—El hombre imprime en todo lo que le pertenece la idea de lo infinito. “Tiene el hombre un cuidado excesivo por dilatar su sér, dice Montaigne. Todo lo ha previsto, para todo ha tomado disposiciones: para la conservacion del cuerpo hay sepulcros; para la conservacion del nombre hay la gloria. Impaciente por su fortuna, ha empleado todo su poder para reconstruirse, y para afianzarse por medio de sus invenciones.” A cada instante se le escapan de entre las manos los bienes de este mundo: no importa, él quiere imprimirles un sello de inmortali-

lidad. Semejante al rey de la fábula que trocaba en oro cuanto tocaba, el hombre quiere dar la inmortalidad á todo lo que es suyo en el mundo, y está dotando de ella todos los objetos de sus pasiones. Se diría que las eleva á su capacidad, que pretende igualarlas á su estatura, á su necesidad, que consiste en amores *eternos*, en dolores *perpétuos*, en glorias *inmortales*. Se conduce absolutamente como si nunca debiese morir y no estuviese muy próximo á dejar todo cuanto le rodea.—Bajo este aspecto, todas nuestras acciones argumentan en sentido inverso de la experiencia, y los moralistas se rien de esta extravagancia de nuestra especie: no importa; somos incorregibles. La muerte no es mas que un ligero obstáculo á nuestros proyectos, casi nunca la hacemos entrar en nuestros cálculos, y no es porque no la veamos, sino porque hacemos saltar el pensamiento por ella, como si no fuese mas que una insignificante nube en nuestro horizonte. Se desliza por nuestro espíritu; y mas todavía: edificamos sobre ella, de modo que nuestras concepciones, nuestras esperanzas y nuestros proyectos nos entusiasman tanto mas, cuanto su realización promete extenderse mas allá de la tumba. Pasamos toda nuestra vida privándonos de gozar, con la mira de esperar una época en que ya de nada gozaríamos: preferimos esta ilusión á la realidad, y morimos trabajando para lograrla.

¿Cómo puede no descubrirse en este instinto de la especie humana, y al través de tantas ilusiones á que dá origen, la manifiesta revelación de nuestra inmortalidad?—Es necesario que sea muy fuerte este sentimiento para que tan violentamente nivele á todos los hombres. Los que creen en una inmortalidad real en la otra vida, encuentran en esta creencia una expansión natural á las superabundancias de su sér, que los pone en armonía con la verdad de cuanto les rodea; juzgan con acierto de todo lo de este mundo, lo ven tal como en sí es, y no haciéndose ninguna ilusión, dan á cada cosa su justo valor. Al contrario, los que se cierran este camino natural de inmortalidad, son condenados por la naturaleza á abrirse uno artificial en la tierra, cambiando todas las condiciones de su sér en sus verdaderas relaciones con las cosas de este mundo, y alimentándose toda su vida de quimeras y de ilusiones.—Puede decirse que todos los hombres sin excepción obran como seres inmortales, de modo que la única diferencia entre unos y otros solo consiste en la trasposición del asiento de su inmortalidad.

Este es el hombre: es preciso negar su naturaleza y destruir su organización para borrar el principio de que la inmortalidad es el primer instinto de su sér. Sin esta verdad todo en él es inexplicable. Concluyamos, pues, diciendo que el Dios que nos ha criado no ha podido engañar á nuestra naturaleza dándole un instinto que sería á la vez invencible y engañoso.

IV. Existe en fin en nuestro sér moral otra ley, de la que se desprende igualmente esta verdad, y es la conciencia.

La conciencia en efecto es un hecho de nuestra

organización moral indestructible: negarla sería locura; y añadido yo que es menester ó negarla, ó creer en la inmortalidad del alma. Vamos á la prueba.

¿Qué cosa es la conciencia? Es el sentimiento que cada uno lleva consigo mismo del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, del merecimiento y de la culpa, cimiento de aquella justicia universal sobre que descansa la humana sociedad. Es la ciencia intuitiva de nuestras relaciones con una ley natural é imprescriptible, á la cual nos creemos obligados á dar mas pronto ó mas tarde cuenta estrecha del uso que hicimos de nuestra libertad. Todas las leyes, todos los derechos humanos proceden de esta ley natural, de esta justicia oculta, cuyo órgano es la conciencia, y de ella sola obtienen el prestigio y la sanción moral que necesitan para hacer respetar su autoridad.

Y esta justicia original, tipo y norma de todos los derechos de la tierra, escije una sanción mas alta, sin lo cual carecería de la existencia que á sus obras comunica.—La idea de justicia y de ley solo se concibe por las ideas de precepto y de prohibición; y las ideas de precepto y prohibición no se conciben sino por las de sanción y de fuerza.—La justicia que puede indefinidamente ser violada puede decirse que no existe, es una quimera; y segun antes hemos observado, sería un absurdo que una quimera fuese la regla y medida de todo lo que es real.—Por lo mismo, ya que hay una justicia original, es necesario que tenga su ejecución en alguna parte, y que emplazándonos ante su tribunal, tome allí una satisfacción completa é infalible, tal como la reclama su misma naturaleza.

Y ¿esta satisfacción la toma siempre en este mundo? Es claro que no.

Es claro también que las leyes humanas no siempre toman esta satisfacción, pues éstas solo tienen jurisdicción sobre una parte muy débil de nuestra existencia: casi todas nuestras acciones no le pertenecen ó están fuera de su alcance. Además la justicia humana no hace mas que castigar, y no premia: es una justicia manca, como dijo Charron: una justicia artificial, una vara de plomo sujeta al antojo de los que la funden ó la aplican, y algunas veces llega hasta ser una infracción de los principios mucho mas escandalosa que todas las infracciones que se propone reprimir.

“Vé debajo del sol á la impiedad sentada sobre el trono del juicio, y á la iniquidad en el tribunal de la justicia (1).” De aquí ese desorden que desfigura las sociedades humanas, y por el cual vemos á la desgracia siguiendo los pasos de la virtud y á la prosperidad halagando los delitos.—¿Quién será capaz de restablecer el equilibrio, y vengar las ofensas de aquella justicia suprema, que protesta perpétuamente contra semejante desorden, y bajo cuya sombra protectora nos acogemos todos?—¿Diríamos acaso que la estima ó el desprecio de la opinión pública acuden á consolar al justo y á cubrir al protervo de ignominia?—Esto es positivo hasta

(1) Eclesiastes, III, ver. 12.

cierto punto; pero ¡cuántos crímenes se ocultan á su vigilancia! ¡cuántas virtudes modestas no aparecen en la escena del mundo, ó que perderían todo su mérito si pidiesen recompensa! Y luego ¡cuántas equivocaciones, cuántas injusticias comete la opinión, y cuántos rigores añade á los ciegos caprichos de la fortuna!—Dirémos, en fin, que al cabo el aprecio que uno hace de sí mismo, la tranquilidad del espíritu, la ausencia de todo remordimiento compensa todas las contrariedades del bien obrar?—¡El remordimiento! cuánto mas lo merece uno, tanto mas lo sofoca, y el crimen llega á endurecer la conciencia hasta hacerla insensible, y granjearse una calma espantosa. ¡La tranquilidad del espíritu! Pero ¿en qué consiste que nadie con ella queda satisfecho? ¿De dónde proviene que el mismo que de ella disfruta llora sin embargo, sufre y es tenido por infeliz? La tranquilidad del espíritu es á la verdad un dique contra la desesperacion; pero no destruye los motivos de ella. Es como el lastre de la virtud, que la salva del naufragio, pero ninguna recompensa le ofrece.—Y ¡qué! El varón justo bajará al sepulcro sin verse vengado, el criminal sin recibir castigo, y el uno y el otro sin dejar siquiera memoria de sí? Y la insultante injusticia de su suerte ¿vendrá todavía á perpetuarse en sus hijos, y á sentirse sobre la losa que cubre sus cadáveres?

Asediado, encerrado en esta última trinchera, el que se niega á reconocer la inmortalidad del alma, no tiene mas recurso que renegar igualmente de la justicia, de la moral, del deber, de la conciencia, de la Divinidad, y arrancar de cuajo todo el fundamento de la sociedad humana, porque la conciencia y la justicia social no tienen otro valor ni otra solidez que la convicción de una justicia infalible y suprema que es su origen y su modelo: esta justicia no se concibe sin la certeza de una satisfaccion completa; y está demostrado que tal satisfaccion no existe en este mundo.

Abrid ahora las puertas de la otra vida, y al momento se descubre esta justicia angustiada que al bueno y el perverso reparte con igualdad su merecido, justificando su tardanza con el poder incontestable de sus decretos, el desórden moral con la accion necesaria y meritoria de nuestra libertad, y estableciendo con su rectitud el órden de este mundo inferior turbado por la inobservancia de sus leyes.

Preciso es dar esta solucion á la conciencia, ó de lo contrario ahogarla del todo: así es que no me maravillo cuando oigo al mismo autor de *Obermann* pintar con negros colores la agonía de un anciano abandonado por su hija única, y exclamar: “¡Un anciano venerable espirar de esta manera! ¡Acabar así un padre dentro de su propia casa! ¡Y nuestras leyes son insuficientes para impedirlo! *Fuerza es que un tal abismo de miserias esté lindante con los confines de la inmortalidad* (1).”

La tranquilidad del espíritu y el remordimiento que se nos presentan como una satisfaccion bastan-

te de la justicia terrena, son en resumen la prueba mas irrecusable, y por decirlo así, el pleno testimonio de nuestra inmortalidad.

¿Qué es en efecto la paz de la conciencia, sino el sentimiento íntimo de nuestro mérito y la confianza de que recibirá su retribucion? ¿Qué es el remordimiento mas que la previa notificación de nuestra comparecencia ante la divina justicia y la sorda amenaza de nuestro castigo? Mas todo presentimiento supone un objeto futuro como término de nuestro temor ó de nuestra esperanza, y como discretamente dijo Séneca, merecer es esperar (1). Y la paz y el remordimiento, la confianza y el temor nos siguen, nos acompañan hasta dejarnos en brazos de la muerte, y allí (¡cosa maravillosa!), allí mismo al borde del sepulcro, cuya losa debiera ser un sufragio contra los tiros de la humana justicia, si otra mas alta no existiera.... allí, repito, en aquel instante terrible, es donde el remordimiento clava su puñal con mayor encono, y la conciencia gastada por el crimen y la desgracia cobra su antiguo vigor entre las ruinas de los intereses temporales. Es pues indispensable que este objeto de nuestros temores y esperanzas, de nuestra confianza y de nuestros remordimientos, esté situado mas allá del sepulcro, y que el alma llena de tal idea sobreviva para verla realizada (2).

Vamos á resumirnos y á concluir.

La certeza de la inmortalidad del alma está radicada en nuestro sér, y no puede arrancarse de él sin destruirle.

La primera idea de aquella procede del sentido íntimo, es la voz interior de la naturaleza ratificada por el instinto universal, contra toda apariencia exterior, y por consiguiente fuera de toda ilusion.

—La muerte no es mas que una descomposicion; siendo el alma simple no puede ser mortal.—Su esencia y sus operaciones son de tal manera distintas de las del cuerpo, que la separacion de sus destinos se concibe aun mejor que la de su asociacion.

—No puede admitirse la suposicion de que el alma, reina del cuerpo, tenga un destino peor, cual seria el de quedar reducida á la nada, al paso que el cuerpo sobrevive, no solo en la sustancia sino tambien en su forma anterior que resiste á la muerte por algun tiempo.

Las leyes mas constantes de la naturaleza y de nuestra organizacion se verian violadas si el alma

(1) Quisquis meruit spectat. Epist. cap. 5.

(2) Si posibla fuera que en la edad de la razon hubieses yo faltado gravemente á mi padre, seria desgraciado toda la vida, porque no existiendo ya el ofendido autor de mis dias, mi culpa seria irreparable. Podria decirse abiertamente que daño causo á quien no lo siento ya es actualmente quimérico, como son todas las cosas pasadas. Es una verdad, y sin embargo yo que me quedaria inconsolable. La razon de este sentimiento es bien difícil de explicar. Si no fuera otra cosa que el sentimiento de una vida que envilece, y de la cual no puede uno levantarse por haber perdido la ocasion de hacerlo, encontraríamos algun reparcimiento en la misma verdad de nuestra intencion. Esperaríamos con todo que la idea de esta injusticia, cuyos efectos no cesarian ya, nos está siempre persiguiendo, nos martiriza, nos avergüenza y nos destruye como si fueran eternos sus resultados. Parece que el ofendido se halla ausente por pocos dias, que va á volver mañana, y que tendríamos que renovar con él nuestras relaciones en un estado que no admitirá mudanza ni reparacion, sino que el mal será perpetuo á despecho de nuestro arrepentimiento. *Obermann*, p. 154.

no sobreviviese al cuerpo.—Si es cierto en efecto que cada uno de los seres participa de la naturaleza de aquel de quien recibe su alimento, el alma es inmortal, porque lo es la verdad.—Si la perfeccion de los seres es en razon de los principios que los constituyen, el alma lleva en su seno un principio de inmortalidad; porque su mejora y su degradacion son en razon del culto ó del abandono de este principio. Si es verdad que la organizacion de los seres está en relacion con su destino, el alma no ha sido formada únicamente para esta vida; porque las cosas de esta vida no pueden satisfacerla, y todos sus instintos la conducen mas allá.—Si es cierto, por fin, que hay una justicia, y que la conciencia nos la revela como una verdad, y no como una fábula, el alma ha de ser inmortal; porque esta justicia no está en la tierra, y el bueno y el malo dejan de vivir antes de haberla encontrado.

Es preciso, pues, que nos penetremos de nuestra inmortalidad si no queremos chocar ciegamente con la razon y la naturaleza. Es preciso creer que tantos y tan poderosos argumentos no pueden seducirnos, porque están sacados del fondo de las cosas, y el orden admirable que reina en este grande universo, á cuya cabeza nos hallamos colocados por razon de nuestra inteligencia, descubre una sabiduría infinita que no puede haber querido engañarnos, induciéndonos á un error que seria entonces solo suyo, desmintiéndose á sí misma en su obra maestra por un caos de contradicciones.

“Es necesario, como dice Platon, creer á los legisladores y á las tradiciones antiguas, y particularmente por lo que respecta al ALMA, cuando nos dicen que es cosa enteramente distinta del cuerpo, y que es lo que cada uno llama yo: que el cuerpo no es mas que su sombra que la sigue: que este yo del hombre es positivamente inmortal: que es lo mismo que llamamos alma; y que ha de dar cuenta de sus acciones á los dioses, segun lo enseñan las leyes patrias, creencia tan consoladora para el justo como terrible para el perverso. No creais que esta masa de carne que enterramos por acá sea el HOMBRE, y sabed que este hijo, este hermano, á quien creemos dar sepultura, ha pasado á otra region despues de haber cumplido en ésta lo que aquí tenia que hacer.—Esto es lo cierto, aunque la prueba de ello exijiria largos discursos, y es menester creerlo bajo la palabra de los legisladores y de las tradiciones antiguas, como no háyamos perdido enteramente el juicio (1).”

CAPÍTULO IV.

UNA RELIGION NATURAL.

TENEMOS una alma, hay un Dios, nuestra alma es inmortal. Hemos probado ya estas verdades, y de la union de las tres vamos ahora á deducir la existencia

de otra cuarta verdad, la existencia de una religion natural, es decir, la existencia de las relaciones naturales y obligatorias entre el hombre y Dios.

§ I.

I. La primera sensacion de nuestro ser es el placer de gozarse á sí mismo, ver y contemplar este hermoso universo, la imponente armonía de su conjunto y la inagotable profundidad de perfeccion que reina en sus mas pequeñas partes. Sentimos que nuestra alma ha sido creada para este placer, para este sentimiento de orden, y que cuanto mas se entrega á él, mas se siente á sí misma, se dilata mas, vive mas.

Es de la esencia de nuestra naturaleza el darnos á nosotros mismos razon de todas las cosas, y señalar un objeto y un fin á nuestras ideas y sentimientos. Ese éxtasis vago y flotante, que experimentamos al aspecto del universo, se fija y determina luego que damos lugar á la simple reflexion de que un orden tan grande supone de necesidad un primer ser esencialmente dominador é independiente, de quien todo procede y por quien todo vive.

Desde entonces, siento ya que no soy extraño á ese gran Señor de todas las cosas; porque yo tambien estoy comprendido en sus obras y le pertenezco como todo lo demás. Para ver su criatura, no tengo necesidad mas que de mirarme á mí mismo. *Él es el que ha ordenado todas las partes de mi cuerpo; el que primero me ha preparado como una leche que se cuaja y condensa, despues me ha revestido de carne y piel, me ha asegurado con huesos y nervios, me ha dado en fin el espíritu y la vida, y continuando en socorrerme me conserva el alma y el cuerpo (1).*

Por esta sencilla reflexion descubro yo una primera relacion de dependencia, que me complace en reconocer y conservar como el fundamento de mi ser, y el que me adhiere á ese autor de mi existencia como á mi principio y mi apoyo.

II. En seguida observo que no solo han presidido á la formacion del universo el poder y la sabiduría, sino que además una bondad inagotable se ha complacido en proveer á cada cosa de los medios de existencia; que entre todos los objetos de esta providencia yo soy la criatura de predileccion, colocada sobre todas las demás por la facultad que me ha dado de sujetarlas y de constituirme su rey, por el dón de la inteligencia que me hace señor de la naturaleza, por el dón del libre albedrío que me permite gobernarme á mí mismo y escojerme un señor, que no puede ser otro que aquel de quien he recibido tantos beneficios y hácia el cual me siento siempre atraído por una dulce reaccion del dón hácia el donador.—Hé aquí una segunda relacion de reconocimiento hácia Dios, que domina mis sentimientos, porque se los debo todos, porque el corazon que los experimenta y los objetos que los escitan proceden igualmente de él.

III. Pero mi pensamiento se fija mucho mejor en Dios, y me siento mas atraído hácia él cuando

(1) Platon. De las leyes II, app. t. II, edicion Bip., pp 212, 213.

(1) Job

considero todo lo que me rodea. Los objetos que excitan mis sentimientos no tienen atractivo sino en cuanto los veo bellos, buenos, armonizados, nobles, sabios, graciosos y sublimes; pero estas perfecciones, que no son mas que accidentales y pasajeras en las criaturas, han sido derramadas sobre ellas por el que las ha criado, y que debe ser, por consiguiente, como el *sustantivo* de todas estas perfecciones, es decir, la belleza, la bondad, el orden, la sabiduría, el poder infinito. —“Las perfecciones de Dios son las de nuestras almas y las de toda la naturaleza, dice Leibnitz; pero él las posee sin límites: es un océano del cual no hemos recibido sino algunas gotas. Hay en nosotros algun poder, alguna inteligencia, alguna bondad; pero todas estas están en Dios. El orden, las proporciones y la armonía, que nos encantan, la pintura y la música, son pequeñas muestras de aquel gran todo, Dios, que es el orden por excelencia, que guarda toda la exactitud de las proporciones y constituye la armonía universal, y que por la dilatación de sus rayos forma la belleza de todo (1).” Guiado por esta reflexión descubrí á Dios en todas las cosas bellas y amables, se las subordinó, se las dirigió, y formó con ellas un hermoso conjunto al cual dedico todo el amor de que soy capaz; y al conocer y sentir que mis facultades me han sido dadas para gozar de esas perfecciones y encontrar mi dicha en ellas, infero que debo dirigir las todas á Dios como á la plenitud de su satisfacción. A él refiero la admiración y el amor que en mí despierta el aspecto de tantas maravillas, y me considero feliz por saber á quién pagar el tributo de mi inteligencia y de mi corazón; mucho mas cuando reconozco que pago este tributo al mismo que me ha dado este corazón y esta inteligencia, que los atrae á sí por medio de sus demás obras, haciéndose de esta manera el principio y el fin de mi destino, el alimento infinito de mi felicidad. —Tenemos pues una tercera relación de amor, que se compone de todos los amores, como Dios se compone de todas las perfecciones, y que me obliga á amar en él á la suprema belleza, la soberana bondad, el orden, la sabiduría y el poder mas admirables, el tipo absoluto del bien.

IV. Esta consideración toma un carácter mas sublime y persuasivo cuando observo que por mi calidad de hombre soy el único ser en la naturaleza capaz de rendir semejante homenaje. Desde entonces me siento mas en la necesidad de satisfacer á Dios la deuda del reconocimiento y del amor, no solamente por lo que á mí atañe, sino por todas las criaturas que han sido colocadas bajo mi dependencia, por todo este gran mundo que se resume en mi pensamiento como en un santuario, y que me recuerda la gloria de su Criador para que yo le tribute su reconocimiento con el mio. Entonces conozco, que si he sido constituido rey del universo, ha sido tambien para que fuese su pontífice, y que soy en la tierra como el vicario de Dios. Esta facultad religiosa que me distingue entre todas las criaturas hace de mí el lazo que une al mundo con

su autor, y dejarla ociosa seria sin duda faltar á mi carácter mas esencial. De este modo mis primeras relaciones de dependencia, de reconocimiento y de amor por Dios, tienen su complemento en otra relación mas solemne de adoración.

V. Del estudio interior de nuestro ser se deducen relaciones mas íntimas todavía. Como hemos visto ya, nosotros pertenecemos por el pensamiento á otro mundo que no vemos, á un mundo intelectual y moral. En él se halla el asiento principal de nuestro ser; en él no se nos comunica ya Dios por la interposición de las criaturas, sino directamente y por los rayos que emanan inmediatamente de su sustancia; es decir, que se comunica á nuestra inteligencia por la verdad, á nuestra conciencia por la justicia, y á nuestro corazón por el sentimiento del orden y por la belleza moral. Esta verdad, esta justicia, esta belleza moral, que no son otra cosa que las diferentes aplicaciones de la razón suprema, reclaman un culto perpetuo en nuestro interior, y no la desconocemos sin confundirnos, desordenarnos y hacernos desgraciados. Esta razón suprema es como el aire y la luz del alma, que tiende sin cesar á asimilárselo. Es el foco de donde el alma emana y al rededor del cual gravita hasta que pueda entrar otra vez en él y dilatarse en la absoluta posesión de su principio; es la matriz de todas las inteligencias; es Dios. —En una ilusión grosera el hacernos de la razón un ente abstracto en sí, que no se apoya en nada, y que es como un fantasma forjado por nuestra imaginación; muy al contrario, nuestra imaginación es obra suya, nuestra razón es hija de esa razón, ó mas bien, no es mas que la aspiración instintiva de nuestro espíritu hacia Dios, que segun la bella expresión de Mallebranche es el lugar de los espíritus, como el espacio es el lugar de los cuerpos.

Se ha dicho que la nobleza es un prolegómeno de la soberanía; podría decirse que el alma es un prolegómeno de la Divinidad. Tenemos, en efecto, algo de Dios, y remontándonos hasta él no hacemos mas que volver á entrar en nosotros mismos y reconstruirnos. Es verdad que está lo infinito entre Dios y nosotros; pero es un infinito en perfección que tendemos eternamente á igualar, y no un infinito en naturaleza; mientras que hay el infinito en naturaleza entre el alma y el cuerpo donde ésta se halla encerrada, y todo el universo material donde nos hallamos metidos. De suerte que por medio del alma estamos mas cerca de Dios que de nuestro propio cuerpo (1), y somos mas parecidos á él que á todas las criaturas; y siendo la proximidad y la semejanza de los seres la base de su sociedad, nuestra sociedad con Dios, la religión, es mas conforme á nuestra naturaleza que todas las relaciones que tenemos con el mundo exterior y sensible.

De ahí aquellas bellas palabras del Génesis: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*; es decir, inteligente como nosotros, amante de la verdad y apto para poseerla, como nosotros. Existe en efecto entre Dios y el hombre la semejanza de

(1) *Theodicea*, prólogo

(1) *Ragione Dei intro suo est*

que ambos aman la verdad y son aptos para poseerla, con la sola diferencia que Dios la posee en sí mismo, y que nuestra alma tiende á poseerla en Dios y beberla en él como en su fuente. Ciceron en la esquisita sencillez de su razon filosófica participa admirablemente de este pensamiento, cuando escribe estas notables palabras: "La ley moral es el espíritu de Dios, cuya soberana razon obliga ó prohíbe.... la ley verdadera y primitiva es la justa razon de Dios.... cuando esta razon ha entrado y se ha desarrollado en el espíritu del hombre, es la ley.... Y supuesto que la razon está en Dios y en el hombre, debe existir una sociedad de razon entre el hombre y Dios, una semejanza del hombre con Dios, de modo que podríamos llamarnos la familia, la stirpe ó el linaje de los seres celestiales. De aquí se sigue que para el hombre, reconocer á Dios, es reconocer y recordar el origen de donde ha salido (1)."

El culto de esta RAZON, que es el objeto único de nuestra alma, es pues el culto de Dios en espíritu y en verdad; culto que deja de ser verdadero y que se convierte en una ciega y estéril idolatría, si en lugar de Dios, que es la RAZON ÚNICA, colocamos y divinizamos nuestra propia razon, que no es de aquella mas que un destello; y si absorbemos y limitamos en nosotros mismos la actividad moral que nos ha sido dada para que podamos andar en Dios: *ambulare in Domino*.

VI. Este argumento toma aun nueva fuerza y dá lugar á una relacion mas explícita entre el hombre y Dios, si sondeándome á mí mismo mas profundamente llevo á descubrir que hay en mí una insaciabilidad de espíritu y de corazon, una sed ardiente de conocer y de amar, un disgusto profundo de todo lo que pasa, una tendencia invencible hácia lo infinito, que enérgicamente atestiguan que, á diferencia de todas las demás criaturas, yo no he recibido todavía el complemento de mi ser, sino solamente las facultades para conquistarlo; que en la tierra no hago mas que preludiar mis futuros destinos; que la perfeccion y el mas indefinido progreso son la ley impulsiva de mi naturaleza; que para mí no hay en esta vida mas que principios y bosquejos de conocimiento y de felicidad; que mas allá de ella me espera algo infinito y eterno; y que ese algo, que ha de llenar esta capacidad ilimitada de conocer y de amar que me atormenta, debe por consiguiente ser tambien infinito en verdad y en amor, y como tal el conjunto de todas las perfecciones:—Dios.

Hay una evidente semejanza entre el hombre y todas las demás criaturas, que nos conduce insensiblemente á la inmortalidad de sus destinos y de su último fin en Dios: es decir, que todas las criaturas, comprendido el hombre, pero solamente en su cuerpo, llegan con rapidez al último grado de desarrollo y perfeccion de que son capaces, y en seguida se paran y dan vueltas, por decirlo así, en el círculo de su organizacion ó de su instinto hasta que los vuelven á conducir á su origen la estension

y la decadencia: al revés sucede en el hombre: quiere decir, en el hombre inteligente, que se dilata, y desenvuelve sin cesar todas sus facultades; que sigue una carrera indefinida, una línea perpetuamente ascendente de ilustracion y de virtud; que es siempre ignorante é imperfecto, porque está siempre llamado á conocer y á merecer mas. Es un edificio cuyo techo no se cubre nunca. Una sola inteligencia devora en poco tiempo todos los tesoros de ciencia adquiridos en todos los siglos por la humanidad entera; y como si este inmenso botín la hubiese hecho mas codiciosa y ágil, se precipita con mas ardor que nunca hácia el campo de los descubrimientos, ensancha el límite de los conocimientos humanos, y cuando llega la muerte y le sorprende dentro del cuerpo en que reside, apenas ha formulado él su proyecto, ni ha concluido su primer ensayo; y cuanto ha recojido, cuanto ha trabajado no es comparable, como dice Newton, sino al juego de un niño sobre la playa con respecto al océano de la verdad que le queda todavía por recorrer. Lo que decimos de la verdad en las ciencias, podemos asimismo decirlo de la virtud en las acciones, de la belleza y perfeccion en las artes, y de la felicidad en las afecciones: por todas partes nuestra alma concibe, aspira, codicia un océano ilimitado de perfecciones. No se considera infeliz sino porque se siente siempre llamada á cosas mas grandes, y el eterno plañido de su inteligencia no es mas que el grito orgulloso de su destino.

De ahí se sigue que la religion, en el mero hecho de establecer nuestra comunicacion con la infinita perfeccion de Dios, está esencialmente conforme con la primera ley de nuestra naturaleza, que es capaz de una perfeccion indefinida é inmortal. Nuestra alma se halla en el estado de creacion ampeçada; todavía está sobre ella la mano del Criador; todavía no ha terminado la obra de su perfeccion, y es seguro que no terminará jamás, puesto que su destino es ser semejante al mismo Dios. Sustraernos á esta accion perfeccionante de Dios para ponernos límites á nosotros mismos y á las criaturas, es abrogarnos indignamente los oficios de la Divinidad, hacer traicion á sus designios, y suicidarnos moralmente: buscar á Dios en todo, dirigir y mantener incesantemente nuestra alma bajo su mano creadora y paternal, y adherirse á él con todas las fuerzas de nuestro espíritu y de nuestro corazon, es poseernos á nosotros mismos, es caminar á nuestro fin, es dirigirnos á nuestra verdadera felicidad.

VII. Finalmente, hay una última relacion entre el hombre y Dios, que pone el sello á todas las demás, y que es como el complemento de todo lo que llevamos dicho.—Es el vínculo que nos sujeta á su justicia y nos hace responsables á él de nuestra vida; vínculo inevitable que nos tiene siempre debajo de su dependencia y que no se afloja aun cuando se hayan ya relajado todos los demás lazos y todos los vínculos voluntarios.—En vano procuraríamos desconocer esta relacion y este vínculo: si somos libres es con la condicion de que seamos responsables; y si por la libertad de que gozamos nuestros pensamientos y acciones pueden burlarse

(1) De legibus, lib 1

de Dios en esta vida, por la responsabilidad que nos es inherente contraemos con él compromisos eternos para la vida venidera. Cuanto mas libres somos de negarnos á reconocerle y honrarle acá en la tierra, menos debemos hacerlo, porque la libertad es la justa medida de la responsabilidad, con la sola diferencia, que la libertad del hombre es temporal y su responsabilidad es eterna. Creemos haberlo demostrado ya: la justicia absoluta no se ejerce aun en esta vida; deja flotar, por decirlo así, las riendas del mundo moral á merced de nuestras voluntades, y hasta tolera que empleemos contra ella las fuerzas que hemos recibido de su poder. Si no sucediese así, no seríamos libres ni podríamos aspirar á ser semejantes á Dios. Pero llega un momento en que su brazo se encoje de repente, y entonces nos obliga por la espacion y el terror á tributarle el homenaje que le habíamos rehusado por voluntad y por amor. También es menester que esto suceda así; de otra manera Dios no sería Dios: sería menos que nosotros. De esto se sigue forzosamente, que siendo la primera ley de nuestro ser un tributo de homenaje á su autor, la primera cuenta que se nos escijirá despues será la de nuestra conducta con respecto á esa primera ley: los intereses mas vitales, mas infinitos están ligados con nuestra fidelidad ó nuestra rebeldía, con nuestra negligencia ó nuestra sincera y fervorosa adhesion.—¡Ah, Teodoro, Teótimo! Dios tan "solo es el vínculo de nuestra sociedad. Procura- mos que ya que es su principio sea tambien su "fin. No abusemos de su poder, y ¡ay de aque- "llos que le hagan servir para satisfacer á sus cri- "minales pasiones! porque nada es mas sagrado ni "divino que ese poder. Servirse de él para usos "profanos es un sacrilegio, es servirse del justo ven- "gador del crimen para consumir la iniquidad (1)."

Véase pues cómo todo en mí y en derredor de mí proclama la verdad de una religion natural, de un culto necesario de todo mi ser á solo Dios: re- lacion de existencia y de dependencia,—de reco- nocimiento,—de amor,—de sacerdocio natural y de adoracion,—de semejanza y de filiacion original, —de sociedad de razon y de destino,—de responsa- bilidad y de interés eterno.

De todo esto resulta, que para el hombre, reco- nocer y adorar á Dios, es, como dice Ciceron, re- cordar y reconocer el origen de donde ha salido, la fuente de donde todo le proviene, el ser á quien to- do se le debe, el objeto de su permanencia en el universo, y el término á que ha de dirigirse: es ad- herirse á su principio, á su centro, á su fin; es, en una palabra, el hombre completo.

Nadie vacilaria en reconocer esta gran verdad, si Dios se nos manifestara en toda la brillantez de sus perfecciones. Entonces nos precipitaríamos en su seno como en el océano de la belleza y de la vida; pero hallándose ahora oculto detrás de sus obras y no brillando sino por los rasgos de hermosura que sobre ellas ha esparcido, nos hacemos ilusion,

limitamos en las criaturas el conocimiento de amor que Dios nos ha impreso para encaminarnos á él, y derramamos sobre ellas los inmensos tesoros de nuestra inteligencia y de nuestro corazon. Y como entre todas las criaturas somos nosotros, por nues- tras facultades, las mas ricas y las mas semejantes á Dios, convertimos nuestros obsequios é idolatrías hácia nosotros mismos, y las prodigamos en seguida y sin reserva á todo cuanto puede embobarnos. El sentimiento de adoracion y de amor que el Se- ñor nos ha infundido para que podamos remontar- nos á él no se estingue jamás; se extravía, sí, algu- nas veces dejándose llevar exclusivamente por el atractivo que Dios ha esparcido en sus obras, y que es como un rayo de su belleza que las ilumina y está jugueteando en la superficie de las séres. En vez de servirnos de este atractivo para remon- tarnos á su verdadero principio, para pasar de la obra al artífice, del rayo de luz á su foco y de las criaturas al Criador, se las sustituimos y las con- vertimos en instrumentos de nuestra infidelidad, para que sean tambien dentro de poco los instru- mentos de nuestro infortunio, de nuestra indigen- cia y de nuestra nada (1).

Repugna al orgullo de nuestro espíritu y á la impaciencia de nuestro corazon esperar aquella ver- dadera felicidad, cuya fruicion, aunque imperfecta, vale infinitamente mas que el gusto actual de todos los bienes transitorios; nos negamos á las pruebas de la fé y de la virtud para obtenerla; queremos po- seerla desde luego, y forjárnosla nosotros mismos: pretendemos ceñir la corona antes de empezar el combate, y tener el cielo en la tierra; invertimos el órden y el uso de nuestras facultades, las perva- timos, y empleamos todos nuestros esfuerzos en fal- sificar nuestro destino y en precipitarnos lejos de nuestra órbita.

Una mujer, que experimentó muy fuertemente este extravío de nuestra naturaleza, ha trazado una página divina en una obra infernal, página que re- sume muy elocuentemente mi pensamiento.—Héla aquí.

"El amor, Stenio, no es lo que vos creéis: no es "esa violenta aspiracion de todas las facultades hácia "un ser creado; es la santa aspiracion de la parte "mas pura de nuestra alma hácia lo desconocido. "Séres limitados, procuramos satisfacer esos agudos "é insaciables deseos que nos consumen, los busca- "mos objeto cerca de nosotros, y á pesar de ser tan "pobres, nos hacemos pródigos y adornamos nues- "tros ídolos parecidos con todas las bellezas in- "materiales que hemos visto en nuestros ensueños. "Las emociones de los sentidos no nos bastan: la "naturaleza nada tiene en el tesoro de sus sencí-

(1) "Todos los hombres que se conocen á Dios no son mas "que vanidad: por medio de los bienes sensibles no han podido "comprender al soberano ser, y en el estudio que han hecho de "sus obras, todo lo han admirado en uno la mano del artífice."

"Si la hermosura que les ha seducido es tan extraordinaria, "que han tomado las criaturas por dioses, figúrense cuánto mas "hermoso será aquel que es el dominador de todas, supuesto "que es el autor mismo de la hermosura el que la ha comunica- "do á todas estas cosas."—*Quorum ei, specie delectati, Deos pulaverunt, scient quanto his dominator eorum speciosior est, species enim generalior hanc omnia constituit.* Boetius, 12, 2.

(1) Mallebranche, 7.^a Conversacion sobre la metafísica, núm. 14.

"Tos goceis capaz de apagar la sed de felicidad que sentimos; sería preciso el cielo, y el cielo no lo tenemos.—Por esto buscamos el cielo en una criatura semejante á nosotros, y gastamos en ella esta sublime energía que se nos dió para mas noble uso. Rehúsanos á Dios el sentimiento de adoración que se nos infundió para que le dirigiésemos á solo Dios, y le colocamos en un sér débil é incompleto que al fin llega á ser el Dios de nuestra idolatría.—En nuestros días, para las almas poéticas, el sentimiento de adoración entra hasta en el amor físico.—¡Grosiero error de una generación codiciosa é impotente! Así es que cuando se descorre el velo divino y aparece la criatura mezquina é imperfecta detrás de esas nubes de incienso, detrás de esa aureola de amor, nos avergonzamos de nuestra ilusión, aterrorizamos el ídolo y lo pisoteamos con rabia. ¡Mas, poco despues buscamos otro! Nos es preciso amar, y nos engañamos todavía, hasta que al fin, desengañados, alumbreados y purificados, abandonamos las esperanzas de una afección permanente sobre la tierra, y elevamos á Dios el homenaje entusiasta y puro que nunca hubiéramos debido dirigir mas que á él solo (1)!"

Este homenaje está en nuestra naturaleza, todas nuestras relaciones con Dios terminan en él, todos nuestros intereses lo reclaman, y es el primer artículo de la ley natural:—AMARÁS AL SEÑOR TU DIOS CON TODA TU ALMA, CON TODO TU ESPÍRITU Y CON TODO TU CORAZÓN.

VIII. El medio de ejercer este homenaje, y al cual debe referirse toda la religion, es la oración.

A este efecto es menester crearse un retiro y una especie de santuario en el fondo de la conciencia, donde podamos sin cesar tener encerrados todos nuestros pensamientos en presencia de la Divinidad, hasta llegar á hacer por medio del hábito esta presencia tan sensible, que jamás la perdamos enteramente de vista en medio de los cuidados y de la confusión exterior de la vida, y que la encontremos fácilmente en los momentos de recogimiento interior que debemos dedicar periódicamente al esámen y reforma de nuestra alma.—En este retiro, en este santuario debemos dirigir todas nuestras acciones al cielo, inmolar nuestros malos deseos, ofrecer en expiación nuestras contrariedades y sufrimientos, y armarnos de fuerza y de prudencia para observar siempre mas perfectamente las leyes de la justicia y de la verdad. Siendo inconcebible la idea de semejante culto sin la palabra interior, nos acostumbraremos á conversar con Dios por medio de la oración, que es la expansión del alma con todas sus debilidades, sus miserias y necesidades en presencia de la absoluta perfección de su autor, no para que Dios conozca estas miserias y necesidades, sino á fin de que las sintamos y conozcamos mejor al recordarnos, y nos penetremos de las divinas perfecciones al contemplarlas. Acostumbrándonos á hacer uso de tales medios, se llegará á establecer una relación íntima y permanente entre el cielo y

nosotros, se formará un místico himeneo entre nuestra alma y Dios, y la experiencia nos enseñará luego que semejante himeneo no es vano y estéril, porque Dios lo enriquecerá con la abundancia de sus inefabiles dones (1).

IX. Para afirmar y robustecer nuestras relaciones con Dios hay otro medio, que forma el segundo artículo de la ley natural, y es el amor del prójimo.

Por lo mismo que somos todos el objeto del amor de nuestro Dios, criados á su imagen y destinados á poseerle, debemos ver en cada uno de nuestros semejantes el objeto de este mismo amor, un hijo de Dios, un hermano.—El mejor medio pues de agradar á Dios, á quien no podemos directamente favorecer porque es el manantial del bien, es favorecer á aquellos por quien él se interesa, y ser los unos para los otros instrumentos y limosneros de su Providencia; es decir, servirnos de una celestial subrogación para pagar en los hijos las deudas que tenemos contraídas con el padre, y ser para ellos lo que queremos que sean ellos para nosotros, haciéndoles todo el bien que deseamos se nos haga. Esta beneficencia universal que ha de tener el amor de Dios por principio, el amor propio por medida y el amor de nuestros semejantes por objeto, forma el complemento de la religion natural:—AMARÁS Á TU PRÓJIMO COMO Á TI MISMO.

Así es como de la soberana y única paternidad de Dios deriva la fraternidad humana: estrechar los vínculos de la primera es apretar los lazos de la segunda, hasta poder decir con toda propiedad PADRE NUESTRO, en cuyas dos palabras está contenida toda la religion.

X. Pero sería engañarse muy lastimosamente y caer en un escollo, que voy á indicar, juzgar de la facilidad de la práctica de esta religion natural por la sencillez de su teoría.

Amar á Dios y al prójimo está dicho muy pronto, pero no se cumple con tanta presteza. No diríamos demasiado afirmando que para llegar á ello no bastan todas las fuerzas humanas; y se comprenderá fácilmente si se observa que este amor de Dios, que constituye toda la sustancia de la religion, debe absorber en sí todos nuestros sentimientos, y envuelve por consiguiente el desamor de cuanto nos rodea, y en particular de nosotros mismos, que nos amamos tan exclusivamente.

De este modo llega á ser esta una cuestion de vida ó muerte para el amor propio y las pasiones, es decir, para el alma que toda ella es pasión y amor propio;—cuestion que el alma no puede resolver porque le faltan la luz y fuerza que para ello son absolutamente indispensables.

(1) "Es necesario hacer oración todos los días, fijar nuestro pensamiento en esa luz que purifica, en ese fuego que consume nuestra corrupción, en ese modelo que nos regula, en esa paz que calma nuestras agitaciones, en ese principio del sér que reanima nuestra virtud." *Penates de Joubert*, t. 1, p. 120.
"Solamente están despiertos, Dios mio, los que piensan en vos y os aman, todos los demás duermen y se hallan entregados á sueños y fantasmas. No hay mas realidad que vos: ¡dichosos los que emplean su corazón y su espíritu en ocuparse de vos, en hacerlo todo por vos y en dirigirlos todas sus acciones." *Ibid.*, t. 1, p. 107.

¿De dónde proviene esta estraña oposicion entre el alma y su bien supremo? ¿Por qué concurriendo todo en el orden de la razon y de la verdad, á conducirnos á Dios, todo conspira, en el orden de nuestras inclinaciones y voluntades naturales, á separarnos de él? Hay aquí un abismo donde se halla sumerjido el secreto de nuestra organizacion moral, y no nos es dado todavía el sondearlo. El constante resultado de todo es que la oposicion entre nuestros gustos y nuestros deberes en el orden de la religion es muy cierta, pero se mantiene insuperable á la sola naturaleza abandonada á sí misma.

Véase pues cómo llegamos sin violencia á la conclusion que yo buscaba, como un correctivo á todo cuanto precede; es decir, que esta calificacion *natural* que damos á la religion, cuando la consideramos especulativamente, deja ya de convenirle en el momento en que descendemos á la práctica. —Entonces para hablar con propiedad es preciso llamarla *sobrenatural*, y por esto mismo es impracticable, si no se cuenta para ello con la ayuda de auxilios sobrenaturales.

Esta gran verdad de experiencia es el escollo del DEISMO y la piedra angular del CRISTIANISMO.

Excluyendo toda religion revelada, el deismo excluye á la vez toda religion natural; pues ésta no puede sostenerse por sí misma sobre un fondo de tinieblas y miserias como el de nuestra alma, á menos, como decian Sócrates y Platon, que Dios se digna enviarnos algun mensajero suyo que en su nombre nos instruya (1).

Negándose el deista á sujetarse al reconocimiento de semejante verdad, y quedándose por este solo hecho sin ninguna religion, ¿cómo puede tener la menor idea de Dios y no ser ateo (2)?

¿Se puede concebir acaso que Dios existe y que nos haya dejado abandonados, sin medios para encaminarnos á él? ¿que haya intervenido para introducirnos en el camino del cielo, y que ya no intervenga para sostenernos y guiarnos en él? ¿que nos haya infundido la idea de sí mismo hasta el punto de que no podamos dejar de pensar en él, y que no se haya revelado lo suficiente para impedir que caigamos en una multitud de conjeturas estravagantes y de prácticas supersticiosas que han ocasionado con frecuencia la ruina de la moral y de la razon? Dios, que no engaña el instinto de la hormiga; que la dirige y la inspira sosteniendo este instinto hasta el fin, ¿podría engañar el instinto religioso de la especie humana....? Esto seria suponer que el hombre no hace parte de la creacion, que ha sido desheredado ó que su miseria no tiene parte en el patrimonio de la gran familia.—Almas de Vicente de Paul y de Fenelon, contestad á tan monstruosas suposiciones manifestándonos, en el grado de perfeccion á que llegásteis, que la mano del buen padre se halla siempre estendida sobre sus hijos.

Sin embargo, la religion natural, tal como acabamos de trazarla, permanece siempre especulativa-

mente con el tipo de la religion primitiva y como la señal que mas adelante nos ha de hacer reconocer la verdad de la religion cristiana, que no es otra cosa que su restauracion práctica. Una religion revelada ha podido muy bien desenvolver y facilitar la religion natural; pero no hubiera podido de ningun modo contradecirla. Si habló Dios una vez para atraer los hombres á sí, ha debido hacerlo mas esplicitamente la segunda vez, pero no en un sentido distinto. En la exacta conformidad entre los dos lenguajes se reconoce la identidad de Dios.

Dejamos ya probada la verdad de una religion natural, y vamos á poner fin á la exposicion precedente añadiéndole el sello del consentimiento universal.

§. II.

Al través de todas las alteraciones que el extravío del espíritu humano ha ocasionado en el homenaje rendido á la Divinidad, éste ha constituido siempre y en todas partes el fondo de nuestra naturaleza. La primera piedra de toda sociedad ha sido un altar, y cuando esta piedra ha desaparecido, la sociedad ha desaparecido tambien con ella. Jamás se le ha permitido al hombre poderse conservar sin este elemento indeleble y primordial de su especie. No solamente el hombre civilizado, sino tambien el hombre perdido en los últimos confines de la naturaleza social, el hombre salvaje, el hombre en fin, por el mero hecho de ser hombre, ha llevado constantemente en su seno este fuego del cielo. Muchas veces no ha tenido mas que esto de la humana naturaleza, pero nunca ha dejado de tenerlo, porque es el instinto mas profundo, mas radical, mas universal de cuantos hay en él.

“Ningun animal, excepto el hombre, dice Ciceron, tiene conocimiento de Dios,—y entre los hombres no hay ninguna nacion tan feroz y salvaje que si ignora cuál es el Dios que debe haber, no sepa al menos que es preciso que haya uno (3).”

“Podría encontrar, dice Plutarco, ciudades sin murallas, sin casas, sin gimnasios, sin leyes, sin moneda y sin letras; pero un pueblo sin Dios, sin oraciones, sin juramentos, sin ritos religiosos y sin sacrificios,—nadie le vió jamás (4).”

En los tiempos modernos los descubrimientos de la navegacion han abierto un vasto campo á la experiencia de este hecho, que no se ha encontrado desmentido en ningun punto del globo.—En todo el continente americano se ha notado que la existencia de Dios y la inmortalidad del alma eran como las primeras bases de la religion de los salvajes (1). —Todos los viajeros atestiguan igualmente que estas creencias son universales en toda el África (2); los negros creen firmemente la existencia de Dios, en cuya bondad confían, cuyo poder adoran, y á

(1) De legibus, lib. 2, cap. 8.

(2) Adver. Coloten.

(3) Carli, Cartes americ., t. 1, p. 115; Bannard, Navegacion por el Nuevo Mundo; Lahontan, Viaje á la Amér. Sept., t. II, p. 123; Jos. Acosta, lib. 8, p. 476, &c. &c.

(4) Relacion de la Guinea, por Salomon; Relacion de Desmarchais, p. 66; Viaje de Feing, p. 17; Pilgrin, t. 1, p. 130; Dapper, Description del África, t. II.

(1) Platon en la apologia de Sócrates.

(2) “Hay dos clases de ateismo, dice Joubert, el que quiere prescindir de la idea de Dios, y el que pretende que Dios no interviene en las cosas humanas.” Fenélos, t. 1, p. 112.

qui n ofrecen una parte de todos sus alimentos (1).—Finalmente, en todas partes donde se han encontrado huellas humanas, se han visto tambien señales de religion.

Es preciso que sea muy constante este hecho para que el autor del *Sistema de la naturaleza* se haya visto obligado á estampar la siguiente declaracion, que protesta altamente contra todo el resto de su obra:—"Es imposible poder suponer razonablemente que haya en la tierra un solo pueblo que no tenga nociones de alguna divinidad (2)".

De aquí inferimos tambien que *se puede razonablemente suponer*, que una nocion tan universalmente recibida, debe de ser natural y verdadera; que es imposible que sea resultado de un *hecho expreso* universal; que es tan absurdo negar la voz de la naturaleza cuando dice igualmente á todos los hombres que hay un Dios que debemos honrar, como cuando nos dice que somos superiores á los brutos por la razon; y que el instinto religioso es tan natural y universal en todos los hombres como la razon; de modo que para definir al hombre lo mismo se le puede llamar un *animal religioso* que un *animal racional*.—No ser capaz de religion era entre los antiguos una de las señales características de ser irracional (3).

Pero los hombres, ya unánimes sobre el punto de la existencia de estas relaciones necesarias entre el hombre y Dios, se ponen en diverjencia sobre el modo de existencia de semejantes relaciones, sin calcular que si esta diverjencia acerca del modo de ser importa el error, la unanimidad acerca del principio atestigua la verdad.

Es preciso, pues, guardarse de este lazo tendido por el ateismo del siglo XVIII, y principalmente por Volney en sus *Ruinas*; lazo que consiste en poner de manifesto las contradicciones y extravagancias de las diferentes religiones que han existido entre los hombres, para venir á parar á que *todas son falsas*, y que por consiguiente no hay religion verdadera, porque la verdad no puede permitir tantas contradicciones, y porque no se revela mas que por la unidad.

Este último principio es justo, pero la aplicacion que le dá Volney es visiblemente falsa.

Es muy justo decir que la verdad solo está en la unidad. Suscribimos muy gustosamente á este principio, y hasta lo aplicaremos á nuestro objeto reconociendo que de la contradiccion que reina entre las varias religiones, se debe inferir que *no todas ellas son verdaderas*. ¿Es lo mismo decir esto que decir que *todas son falsas*? Aquí está oculto el sofisma. Busquémosle.

El recuento universal, que se complace Volney en hacer de todos los grandes desatinos en religion, prueba precisamente y en el mas alto grado el consentimiento unánime y universal acerca del principio y de la verdad de una religion.—Si cada una de las religiones que han existido entre los hombres

ha pretendido ser la *verdadera*, y ha podido hallar espíritus dispuestos á creerla, ha sido necesariamente porque con anticipacion todos los hombres estaban de acuerdo en que debe haber una *religion verdadera*.—En este punto hay conformidad universal, y por consiguiente, segun la regla sentada por el mismo Volney, hay tambien VERDAD. Todos los charlatanes en religion han explotado esta propiedad comun; pues nunca se hubiera podido introducir una sola religion falsa, ni nadie hubiera podido ser engañado por las supersticiones, sin la previa verdad de una religion. Así, pues, si se ha conseguido hacer recibir entre los hombres no solamente una extravagancia religiosa sino ciento y mil, esto prueba mil veces mas sólidamente la fuerza de la persuasion universal acerca de la verdad de una religion y su crédito, y esta conformidad es tanto mas concluyente, cuanto la division universal que se ha introducido sobre el *modo de ser* de la religion manifiesta que los hombres entregados á sí mismos son incapaces de conciliarse en ningun punto, y por esta misma razon si alguna vez concuerdan sus pareceres sobre un extremo único, como el del principio de una religion, es precisamente porque los reúne la fuerza de la naturaleza y de la verdad.—El error, dice Bossuet, es un abuso de la verdad. Hay religiones falsas del mismo modo que hay moneda falsa, remedios falsos, falsas influencias atribuidas á la luna. Pero es muy necesario, lo repito, que en el fondo de todo esto haya un *verdadero* culto, una religion verdadera, sin lo cual nadie hubiera imaginado suponer ó inventar todas esas religiones falsas, de la misma manera que nadie se hubiera dejado persuadir á creer en ellas, si el espíritu del hombre no se hubiese hallado *predispuesto* por la misma verdad de una religion á ser el juguete de tantas falsedades, del mismo modo que se inclina, por la esperiencia de la buena moneda, de la eficacia de ciertos remedios, y de algunas verdaderas influencias siderales, á creer en la falsa moneda, en los falsos remedios y en las falsas influencias.

Por otra parte, ¿es cierto que aun en el caso de todos esos cultos no haya sido fácil á los corazones sencillos y rectos descubrir la verdad? Siempre y en todas partes ha habido, como diseminados en el seno de las naciones, algunos *sabios* que han guardado el sagrado fuego de la religion natural y que han protestado contra las locuras supersticiosas de sus contemporáneos, sin caer por esto en el ateismo, y tributando un piadoso y ferviente culto al Dios verdadero.—Hé aquí lo que debe buscar siempre la buena fé: hé aquí lo que no es lícito ignorar porque se halla atestiguado por los mas recomendables monumentos de la filosofía y de la historia.

Recordemos algunos.

"La primera tentativa para establecer los ídolos, dice un antiguo libro llamado de la *Sabiduría*, fué el principio de la prostitucion, y su establecimiento causó la entera corrupcion de la vida humana. —Los ídolos no han existido desde el principio, ni los habrá para siempre (1)."

(1) *Viaje á Surinam y al interior de la Guayana*, por el cap. Stedmon.

(2) Tomo II, cap. 13.

(3) Joubert, t. I, p. 113.

(1) *Sapientia*, cap. 14, ver. 12 y 13.

Al principio no tenían los egipcios, dice Luciano, ninguna estatua en los templos (1).—Lo mismo acontecía entre los carios, los lidios, los arcadios y los pelasgos, que según Herodoto adoptaron mas tarde el culto de las divinidades egipcias (2).—Hasta entonces el culto y las creencias se habían conservado puros. “No se adoraba, dice Teofrasto, ninguna figura sensible, todavía no se habían inventado los nombres de esa innumerable genealogía de dioses que después fueron tan venerados: tributábase homenajes inocentes al primer principio de todas las cosas, y se le ofrecían yerbas y frutos de la tierra en reconocimiento de su dominio soberano (3).”

Varron asegura que los romanos, por espacio de mas de ciento setenta años, no tuvieron ninguna imagen de los dioses, y que los que introdujeron el uso de los ídolos establecieron un error desconocido anteriormente (4); lo cual confirma de un modo esplicito la autoridad de Plutarco (5).

Se halla demostrado por los monumentos históricos, que la religion primitiva de los celtas y germanos estuvo siempre exenta de idolatría, hasta que empezó á corromperse cuando abandonando estos pueblos las tradiciones antiguas, adoptaron las supersticiones egipcias y romanas (6).

Los habitantes de la América (7),—de la Persia (8)—y de la India (9), en su origen no daban culto mas que al solo Dios verdadero.

Sucedía lo mismo en todos los países de la China (10).

Todos los sabios modernos que han estudiado

- (1) Luciano, de *Deo Syr.*
- (2) Herodoto, lib. 2, núm. 9.
- (3) Teofrasto, ap. *Porphy.* de abst. animal.
- (4) Varron, citado por S. Agustín en la *Ciudad de Dios*, lib. 4.
- (5) Plutarco, *Vida de Numa*.
- (6) *Antigüedad de Varrón* etc., por el conde Wilgim de Talliafer.
- (7) Carli, *Cartas americanas*, t. 1, p. 106.—Garcilaso de la Vega dice, que “antes de la llegada de los Incas al Perú, los antiguos habitantes de estas regiones creían que había un Dios supremo, á quien daban el nombre de *Pacha-Camack* (el Criador del mundo), que lo vivificaba todo, que conservaba el mundo, y era invisible, y que levantaron un templo en su honor en un sitio llamado el *Valle de Pacha-Camack*.”
- (8) Sir John Malcolm, *Historia de la Persia* t. 1, p. 278.—“La religion primitiva de la Persia, dice, según Monin Faul, “fue una firme creencia en un Dios supremo, que ha creado el mundo por su poder, y que por su sabiduría lo gobierna y conserva; un piadoso temor á este Dios, mezclado de amor y de adoración; un profundo respeto á los padres y á los ancianos, y una afectuosa fraternidad con todo el género humano.” Véase tambien la *Biblioteca oriental* de Herbelot, t. 1, p. 180.
- (9) “*El teísmo*, dice M. de Sainte-Croix, ha sido la religion primitiva del género humano. La marcha progresiva del politeísmo atestigüaría esta verdad, si por otra parte los hechos no lo demostrasen tambien. Entre los Indios, lo mismo que entre todos los demás pueblos de la tierra, á través de las fábulas y de las mas extravagantes ficciones, se reconocía un culto puro en su origen, corrompido después en su curso. ... El comercio con las naciones alteró el culto publico de los Indios, y aunque bastante separados del Egipto, no se puede dudar que conocieron la religion de este pueblo. ...” *Observ. preliminares sobre el Ezeas Védam*, t. 1, pp. 13 y 14.
- (10) Un escritor, que parece haber estudiado cuidadosamente la historia de la China, asegura “que los chinos desde su origen hasta el tiempo de Confucio no fueron idolátras; que no adoraron mas que al Criador del universo, á quien llamaban *Xanti*, y en cuyo honor levantó un templo su tercer emperador *Houm-ti*.” (*Moral de Confucio*, advertencia, p. 16.) Esta opinion se encuentra confirmada en el libro titulado: *Motivos que ha tenido el príncipe Juan para abrazar la religion cristiana*. *Cartas edificantes*, t. xx.

con detenimiento punto tan importante proclaman unánimemente esta verdad. Llenáramos un libro con la abundancia de materiales que las ciencias nos ofrecen en corroboracion de lo que vamos esbozando, por cuyo motivo nos limitamos á indicar tan solo los nombres del sabio y juicioso Mignot (1), del doctor Shuekford (2), de Leland (3), del mismo Voltaire (4) y de Bolingbroke (5).

Mignot, Shuekford, Leland y mil otros sabios están conformes sobre este punto, que constituye el cimiento histórico de la humanidad. Todos convienen—“en que, cuando, después del diluvio, los hombres se dispersaron para repoblar la tierra y habitar sus diferentes regiones, los jefes ó conductores de cada horda llevaron consigo al país donde iban á establecerse las principales nociones de religion y de moral: las conservaron al menos por algun tiempo, y las transmitieron á las generaciones sucesivas. ... La autoridad les servía de filosofía, y su único argumento era la tradicion. Anunciaban y enseñaban pues sus máximas mas importantes como lecciones que habían aprendido de sus padres y éstos de sus predecesores, remountándose así hasta los primeros hombres á quienes Dios había hablado. Su creencia estaba principalmente fundada en una antigua tradicion que enseñaba, que al principio del mundo el mismo Dios había dado su ley á los hombres (6).”

De todas estas citas, cuyo número hemos abreviado infinitamente, se sigue que en el origen de todos los pueblos se encuentra sola sobre la tierra una religion pura, que sale del fondo del corazón y del espíritu del hombre; se dirige á un solo Dios y le honra por medio de un culto interior de virtud y por medio de ceremonias públicas extraordinariamente sencillas y exentas de supersticion; y que esta religion se apoyaba principalmente en la autoridad de los antepasados y en la tradicion que subía hasta la enseñanza divina.

No apoyándose esta tradicion, que es la base de la religion primitiva, en ninguna autoridad precisa é inmutable, sino solamente en la trasmision oral de padre á hijo, la corrupcion de costumbres llegó con el tiempo á levantar algunas nubes que ofuscaron la verdad de la doctrina, y en lo sucesivo se introdujeron en el culto primitivo errores y supersticiones, que insensiblemente fueron sustituyendo las pasiones á las virtudes, los sentidos al espíritu, la forma al pensamiento, el hombre á Dios; y la religion natural acabó por hundirse universalmente en el caos de la idolatría (7).

- (1) *Memorias de la Academia de las Inscripciones*, t. xxi.
- (2) *Conformidad entre las dos historias sagrada y profana*, t. 1.
- (3) *Nueva demostracion del Evangelio*, t. iiii.
- (4) Véase las *Cartas de algunos judíos portugueses*, t. ii.
- (5) Tomo v, p. 277.—“La doctrina de un Dios, de la inmortalidad del alma y de un estado futuro de recompensas y castigos se pierde en la noche de los tiempos antiguos, y es anterior á cuanto creemos saber de cierto. Desde que empezamos á penetrar en el caos de la historia primitiva encontramos esta creencia establecida con la mayor solidez en el espíritu de las primeras naciones que conocemos.”
- (6) Leland, en el lugar citado.
- (7) El origen de la idolatría se halla admirablemente explicado en el capítulo 14 del libro de *La Sabiduría*.

Sin embargo, nunca la tierra se vió completamente privada del precioso depósito que había recibido. Además del pueblo judío, que parece no haber tenido en la antigüedad otro destino que el de conservar puras las nociones de la Divinidad, y que por esta razón podríamos llamarle un *pueblo-pontífice*, hubo en todos los puntos del globo algunos sabios que protestaron contra los desatinos idólatras de sus contemporáneos, conservando en el seno de la noche que cubría el mundo no pocos destellos de la verdad primitiva. Voy á apoyar esta asercion con algunas autoridades.

Al principio la idolatría no borró completamente el dogma de la verdad de Dios; no hizo mas que cubrirlo, de modo que este dogma era enseñado por los sacerdotes egipcios, que lo habían aprendido probablemente de los judíos. Solon, Tales, Pitágoras, Eudoxio y Platon, que le consignaron en sus escritos, habían ido á Egipto, segun Plutarco (1), para instruirse en las antiguas tradiciones religiosas.

El mismo Plutarco asegura que en el pórtico del templo de Saïs se leía la siguiente inscripcion:

*Yo soy el que ha sido,—el que es—y el que será.
Ningun mortal se atreva nunca á levantar mi velo (2).*

Semejante definicion no puede convenir mas que á la soberana y única inteligencia, y recuerda aquella de la Biblia: *Yo soy el que soy*.

A la entrada del templo de Delfos se leían tambien estas palabras: *Tú eres,—juntamente con la célebre sentencia Conócete á tí mismo,—con cuyo motivo añade Plutarco: "Me parece que esta escritura no significa ni número, ni orden, ni conjuncion, sino una entera salutacion y apelacion de "Dios, que al pronunciar las palabras induce al lector á pensar en aquel (3)."*

Ultimamente en la misma Atenas, la célebre inscripcion *Al Dios desconocido* grabada en el frontispicio de un templo, y á la cual S. Pablo hizo alusion en su predicacion en medio del Areópago, espresaba la nocion del verdadero Dios, sin mezcla de idolatría, por la ingenua confesion de su ignorancia —"Tenian los atenienses en tanta veneracion á este Dios desconocido, que juraban por él "en las ocasiones mas importantes. En un diálogo de Luciano, titulado *Philopotes*, Critias jura "por el Dios desconocido de los atenienses, y Tryphon echorta á los demas á adorar á este Dios. "Nosotros, dice, adoramos ya al Dios desconocido "de los atenienses, que hemos descubierto; y levantando las manos al cielo le damos gracias por habernos hecho dignos de estar sujetos á semejante poder. Esto prueba que aquella inscripcion estaba "dedicada á un solo Dios, y que se le creia superior á los demas (4)."

Todos los antiguos filósofos de la Grecia, y particularmente Tales, Hermotimo, Anaxágoras, He-

ráclito y Archelao, reconocian á Dios como el mas antiguo de los seres, porque no había tenido nunca principio (1).—El alma, decian, el espíritu es el principio de todo, la causa y el señor del universo (2).

"Dios, dice Solon, concede buena fortuna al que "obra bien: rey y señor de todas las cosas visibles "y de los seres inmortales, nadie le es igual en poder (3)."

"Sabed, dice Sócrates, que nuestro espíritu gobierna á su voluntad el cuerpo mientras le está "unido. Por consiguiente, es preciso creer tambien que la sabiduría que resplandece en cuanto "existe gobierna este gran todo de la manera que "mejor le place. Este Dios, que lo ve y ordena "todo, es el que al principio crió al hombre (4).

"Si el universo ha tenido principio, dice Platon, "debe necesariamente tener una causa: esta causa "es Dios, creador y padre de cuanto existe, bueno, eterno, soberanamente inteligente y todopoderoso: el mundo, que encierra todos los seres "mortales é inmortales, es imagen de este Dios inteligible, único que existe por sí mismo (5)."

Y si se quiere un símbolo completo de la religion verdadera, oigase todavía á Platon.

"Mortales, hay un Dios que los padres de nuestros padres llamaron principio, medio y fin de todos los seres. A su lado marcha eternamente la "justicia que castiga las infracciones de la divina "ley. El hombre predestinado á la felicidad se le "adhiera y sigue con humildad la huella augusta de "sus pasos, mientras el insensato, cegado por sus "pasiones, se encuentra luego sin Dios y sin virtud, "lo trastorna todo, y despues de haber gozado instantáneamente de una falsa gloria, víctima reservada á los golpes de la inevitable justicia, se pierde á sí mismo y pierde á su familia y á su patria. "¿Qué debe pues pensar y hacer el sabio?—Dirijir todas sus ideas y esfuerzos hacia Dios, porque "de él es de quien debe hacerse amar y á quien "necesita seguir. No hay mas que un camino que "nos haya trazado la razon de los antiguos pueblos: "cada uno se complace con su semejante. Dios es "el soberano bien y en su presencia desaparecen todas las perfecciones humanas. Para agradecerle es "pues indispensable procurar parecersele obrando "bien. El que obra mal se aleja de él, queda solo "y ultraja á la inefable justicia.—Esta distincion "nos conduce á una grande y hermosa verdad: El "hombre justo, acercándose á los altares, y comunicando con los dioses por la oracion, las ofrendas "y toda la pompa del culto religioso, hace una accion noble, santa, útil á su felicidad y conforme en "todo á su naturaleza (6).

Hé ahí la religion verdadera tal como nosotros la hemos puesto; nada le falta: Dios, el culto, la oracion.

(1) *De Isis y Osiris*.

(2) *Idem idem*.

(3) Plutarco en el tratado que tiene por título ¿Qué significa la palabra Fé?

(4) L'abbé Anselme, *Mémoires de l'Académie de las Inscripciones*, t. 6, p. 36.

(1) *Diálogos de Laert., in Thalet*.

(2) *Id. in Anaxágoras*.

(3) Solon, *Senectut. inter gnomas. graec.*, ed. vet.

(4) *Xenophont., memorab. Socrati*, lib. 1, cap. 4.

(5) Platon, *De las leyes*, lib. 4.

(6) *Del mundo*, cap. 7.

Si hay algo mas significativo todavía que este pasaje de Platon, son las palabras que le añade Aristóteles: "¡Dichosos, dice, bienaventurados los que hayan guardado esta ley desde el principio de su vida (1)!"

Mas la afluencia de riquezas me agobia, y no sé qué escojer entre tanta multitud de esclarecidas atestaciones en favor de la religion verdadera, producidas en todas las épocas.

"¡Oh tú! exclamaba el Hierofanto en un himno que se remonta á los tiempos lejanos y que se cantaba en los misterios, ¡oh tú, Museo, hijo de la brillante Silena, presta atento oído á mis acentos, porque voy á revelarte secretos sublimes! ¡Que las preocupaciones y las vanas afecciones de tu corazón no te desvíen nunca de la vida dichosa! Fíjate en estas verdades augustas, abre tu alma á la inteligencia, y marchando por la senda de la justicia, contempla al rey del mundo, que es uno en sí mismo, de quien han nacido todos los seres, está en ellos y es superior á todos, tiene los ojos fijos sobre todos los mortales y ningun mortal puede verle (2)."

Estas atrevidas verdades no solamente salían de la lira de los pontífices, algunas veces se oían también en los teatros, destacándose enérgicamente de entre los cuadros mitológicos. Se diría que estos acentos de Sófocles han sido arrebatados al arpa de David:

"¡Ojalá pueda yo gozar la dicha de conservar siempre la santidad en mis acciones y palabras, según las sublimes leyes bajadas de la eminencia de los cielos! El rey del Olimpo las ha engendrado, pues no han salido del hombre, ni el olvido jamás las borrará. En ellas hay un Dios, el gran Dios que no envejece nunca.... ¡Dios mío, yo os invoco! Incesantemente pondré en Dios mi esperanza. Soberano Señor del universo, cuyo imperio es eterno, mostradme que nada escapa á vuestras penetrantes miradas (3)."

Eurípides, el amigo de Sócrates, ó mas bien el mismo Sócrates bajo el nombre de Eurípides, echaba á veces los rasgos de la mas pura verdad en medio de los errores y locuras de sus contemporáneos.

"El poder divino se ejerce con lentitud, pero su efecto es infalible. Persigue al que por un deplorable extravío se subleva contra el cielo y le rehúsa su homenaje, y su marcha secreta y como desviada sorprende al impío en medio de sus vanos proyectos. ¡Oh necio orgullo, que pretendes ser mas discreto que las sabias y antiguas leyes! ¿por qué deberá ser violento para nuestra debilidad confesar la fuerza de un Sér Supremo, cualquiera que sea su naturaleza, y reconocer una ley santa anterior á todos los tiempos (4)?"

De este modo vemos siempre y en todas partes elevarse sobre las debilidades y locuras de la idolatría sublimes y puros acentos, que se encaminan á una region espiritual donde adoran al Dios ver-

dadero con un culto digno, el culto de la inteligencia, del corazón, de la virtud, un culto en *espíritu y en verdad*.

Otra notable particularidad que justifica muy bien la existencia de esta religion primitiva y verdadera, es que los apóstoles de semejante religion, cada vez mas obligados y como ahogados por el progreso siempre creciente de la supersticion y del ateísmo, que se siguen de cerca, luchaban igualmente y á la vez contra estos dos demonios de la inteligencia, y se esforzaban en desprender y salvar de su liga la pura y verdadera religion que se hallaba colocada en el centro. Y esto no era solamente por su parte una guerra contra la supersticion, sino una lucha enérgica contra el ateísmo.

En una carta de Platon á Dionisio de Siracusa se leen estas significativas palabras: "Me piden que les escriba muchos con quienes no puedo explicar-me abiertamente. Notad esto: mis cartas graves y serias empiezan siempre por esta palabra: *Dios*, y las demás por estas otras: *los Dioses* (1)."

Haciendo Ciceron una reseña de las prácticas supersticiosas de su tiempo, no puede contener el secreto impulso que dá la verdad á su alma, y se expresa así:

"Para hablar con verdad, las almas de casi todos los hombres están oprimidas bajo el peso de la supersticion, que esparcida por todos los pueblos tiraniza la debilidad humana, y nosotros creamos prestar á los demás y á nosotros mismos un servicio muy eminente, si consiguiésemos destruirla del todo. Pero al decir esto queremos que se comprenda bien lo que deseamos: destruyendo la supersticion no se toca en nada á la religion. El deber del sabio es conservar el culto de sus padres. ¿No nos obligan la belleza del mundo y el orden de los cielos á reconocer que existe una naturaleza perfecta y eterna, á la cual deben todos los hombres admirar y adorar, ofreciéndole su espíritu y su corazón? Debemos pues esmerarnos en propagar la religion por lo útil que es al mundo extirpar la supersticion que en todas partes nos persigue y asedia (2)."

Plutarco se condolia también de ver á la religion verdadera como ahogada entre la supersticion y el ateísmo, y en su acostumbrado estilo tan vigoroso y conciso exclamaba "Hay quien huyendo de la supersticion cae y se precipita en la cruel impiedad del ateísmo, saltando por encima de la religion verdadera, que se halla colocada entre las dos (3)."

El ateísmo se amascaraba á veces, y principalmente en los últimos tiempos, con las apariencias de un culto vago á la naturaleza, y de una admiración estéril por sus maravillas. Este fué precisamente el mismo culto que reapareció en el siglo XVIII, y que Séneca habia ya perseguido en sus escritos.

"¿Qué es la naturaleza, decía este ilustre filósofo, sino Dios, la razon divina derramada por todo el universo?... Por cualquiera lado que mireis, siempre se os presentará delante; porque llena en-

(1) De mundo, cap. 7.

(2) Vide Crist Eschembach, de Poet. Orphica, p. 156.

(3) Sófocles, Edipo rey, vers. 388.

(4) Eurípides, Bacch, vers. 70.

(1) Obras de Platon, t. II, p. 177, edición de Bipont.

(2) Ciceron, De divinat., lib. 2, cap. 72.

(3) Plutarco, De la superst., Obras morales, t. 1.

"teramente toda su obra. Desagradecido mortal, "te engañas mucho cuando dices: *Nada debo á Dios, y todo á la naturaleza*; porque sin Dios no "puede haber naturaleza... Llamarle naturaleza, "destino ó fortuna, es igual: son nombres del mismo Dios que usa indistintamente de los atributos "de su poder (1)."

En fin, dejemos ya las citas, y basten las ya aducidas, que serán sin duda suficientes para confirmar la verdad de que existe una religion natural, primitiva y verdadera; que nunca ha sido lícito confundirla con las extravagancias humanas que le han usurpado el nombre; que en todos tiempos ha tenido oradores; y que además del pueblo judío donde principalmente se conservó como en su foco, se arraigó también entre los demás pueblos aun en medio de las tinieblas de la idolatría, alimentándose de las tradiciones antiguas y de las inspiraciones reunidas de la conciencia y de la naturaleza.—Por esto S. Pablo pudo decir con razon al pronunciarse contra los paganos,—que no tenían escusa por haber desconocido la verdad, ó mejor, como él mismo dice,—"*por haberla detenido cautiva en injusticia*, "puesto que lo que se puede conocer de Dios les es "manifesto á ellos; porque Dios mismo se los manifestó. Porque las cosas de él invisibles se ven "después de la creacion del mundo, considerándolas por las obras criadas, aun su virtud eterna y "su divinidad; de modo que son inescusables. Pues "aunque conocieron á Dios, no le glorificaron como á Dios ó dieron gracias: antes se desvanecieron "en sus pensamientos, y se oscureció su corazón "insensato: porque teniéndose ellos por sabios, se "hicieron necios, y mudaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de figura de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de sierpes. Por lo cual los entregó Dios á los deseos "de su corazón, á la inmundicia, de modo que deshonraron sus cuerpos en sí mismos; los cuales "mudaron la verdad de Dios en la mentira, y adoraron y sirvieron á las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos (2)."

¿Qué remordimientos no deben despertar en nosotros esas reconvenções, tan terribles ya contra los paganos? No nos requieren solamente la voz de la creacion y el grito de la conciencia: no nos acusa únicamente esa universal conformidad de la mas noble porcion del género humano, aun en el seno de las mas densas sombras de la idolatría; es la Verdad en persona que vino á iluminar el mundo, á colocar su antorcha en medio de nosotros, y que hace mas de diez y ocho siglos se manifiesta á nuestra vista por medio de innumerables portentos, entre los cuales el mayor es el de su conservacion. *Temblamos de tenerla también nosotros cautiva en injusticia*, y dejemos que nuestros labios, cerrados tal vez por mucho tiempo para la oracion, eleven al cielo este homenaje antiguo, que el género humano ofrece desde sus primeros dias á la gloria de su autor.

(1) Séneca, *De Benef.* lib. 4, cap. 7.

(2) *Epístola de S. Pablo á los romanos*, cap. 1, vers. 18 y siguientes. Traducción del P. Saló.

"Glorioso Rey de los inmortales, adorado bajo "nombres tan diversos, eterno y omnipotente, autor de la naturaleza y gobernador del mundo, yo "te saludo. Todos los mortales pueden invocarte; "porque somos hijos tuyos, *tu imagen*, y como un "débil eco de tu voz, nosotros que vivimos un instante y arrastramos por el suelo. Siempre te celebraré, siempre cantaré tu gloria. Tú diriges la "razon comun, tú penetras y fecundas todo cuanto "existe. El universo entero te obedece como un "súbdito dócil. Rey supremo, nada sucede sin que "lo quieras tú, nada ni en el cielo, ni en la tierra, "ni en las profundidades de la mar, excepto el mal "que cometen los insensatos mortales. Concordando los principios contrarios, mezclando los males "á los bienes, y señalando límites á cada uno, mantienes el conjunto, y de tantas partes heterogéneas formas un solo todo sometido á un orden "constante que los culpados y miseros mortales "perturban con sus desatentadas pasiones. Los hombres apartan sus miradas y pensamientos de la luz "de Dios, luz universal que hace feliz y arregla á la razon la vida de los que la obedecen; y precipitándose según sus pasiones en extremos opuestos, unos buscan la gloria, otros codician riquezas "y placeres. Autor de todos los bienes, padre de los humanos, líbralos de tan triste ignorancia, *disipa las tinieblas de su alma, hazles conocer la sabiduría con que gobiernas el mundo, á fin de que te honremos sin cesar y cantemos siempre tus maravillas, tu gloria inmortal* (1)."

Los últimos acentos de esta hermosa súplica revelan la insuficiencia humana, y piden socorro al padre comun de los hombres para que *los libre de tan triste ignorancia, disipe las tinieblas de su alma y les haga conocer la sabiduría que gobierna al mundo, á fin de que le honremos como es debido*. Estos son los postreros suspiros de la religion natural, que forman como el sello indeleble con que se ha dado á conocer en todos los tiempos.

CAPÍTULO V.

NECESIDAD DE UNA REVELACION PRIMITIVA (2).

TEMO que este título vaya á concitar en algunos de mis lectores cierta desconfianza y prevención injusta, contra la cual tendré que luchar antes de todo para hacer mas franca y espedita la marcha de mi exposicion.

Tanto ha declamado, tanto ha intrigado contra el dogma de la revelacion la filosofia del siglo XVIII, que la generacion actual ha llegado á contraer ciertos hábitos de desvío, de ceguedad, de irreflexion, de injusticia, y aun de irritabilidad contra todo lo

(1) Este bello himno, que se remonta á la mas alta antigüedad, y que atribuyen algunos á Cleante, ha sido conservado por Stobeo, *Eglog.* lib. 12.

(2) La materia que debiera ser el objeto del capítulo *Refutación del deísmo* se halla refundida en los capítulos que anteceden y que siguen por lo cual he suprimido el correspondiente á este título. Por esta misma razon he preferido continuar por el método de *exposicion*, bajo cuyo concepto todo lo restante de la obra será una continua refutación del deísmo.

que atañe á la doctrina de la intervencion divina en el destino de la especie humana.

Calmando el primer furor, han calmado ciertamente estas repugnancias; pero esta reaccion, como todas las demás, adolece de equivocaciones y abusos. Los reveladores se hallan en todas partes; pero el verdadero revelador en ninguna está. Su espíritu divino no es otra cosa que un manto bajo el cual se cubren los sistemas mas desconcertados. Si su doctrina recibe de parte del público buena acogida, no se le ofrece asiento en el hogar doméstico, ni se le confía la direccion de los actos de la vida civil. No se la admite mas que bajo el concepto de lo maravilloso, para pulir y dorar los caprichos de las artes y de la moda, y para hacer mas palpable, por la pureza de sus contrastes, el juego de las pasiones, dándole mas intensidad, y sensualizando, por decirlo así, las místicas relaciones del alma con el cielo.—En esto no se descubre la razon ni la verdad; y casi casi preferiria yo una hostilidad franca contra el cristianismo á esas apoteosis de teatro y de tocador que hoy se le prodigan.

Voy á tratar estas grandes cuestiones con gravedad, con espíritu filosófico, sin preocupacion y sin capricho.—Mucho tiempo hace no ha sufrido el cristianismo este género de ecsámen, que no debe temer, y que por el contrario debe provocar. Sfíganme los que quieran entrar en esta liza, y los que no se sujeten á tales condiciones, delénganse enhorabuena en la última verdad de la religion natural, ó retrocedan mas bien á la duda tenebrosa, de donde hemos arrancado para elevarnos al conocimiento de la religion, de la inmortalidad, de Dios y del alma; porque no hay en estos puntos uno solo de descanso para la inteligencia, desde el momento en que se prescinde del cristianismo, que á todos los abraza y los completa; y fuera de él es necesario avanzar ó volver á caer en el abismo (1). Trepamos por una pendiente muy rápida y desde el principio de la subida nos vamos agarrando á verdades de mas á mas escarpadas, pero sostenidas mutuamente, de manera que de unas á otras no hay escabrosidad ni pretexto racional para detenerse á la mitad del camino.—Ningun sacrificio esquivo de la razon; esquivo, sf, sobre el punto de la necesidad de una revelacion, un ecsámen mas atento y prolijo que sobre el de la existencia de Dios y el de la espiritualidad del alma; y en cambio ofrezco por mi parte dar aquí esplicaciones mas satisfactorias y convincentes; pues si las primeras verdades sostienen á las que les son superiores, éstas á su vez por una útil reaccion las completan y consolidan, hasta que cuando uno llega á la cima contempla desde ella toda la cadena con una sola mirada, gozando del armónico conjunto de todos los puntos que ha recorrido.

Esta es, por lo demás, la condicion de todas las ciencias para el hombre *degenerado* (2), quien se ve en la necesidad de salir gradualmente desde el

abismo de su ignorancia, pasando de lo simple á lo compuesto, de lo general á lo particular, de lo conocido á lo desconocido, de la sintáxis de la duda al análisis de la observacion, hasta llegar á la sintáxis del saber. Aceptemos este método para el estudio de la religion como lo adoptamos por necesidad todos los dias en otros órdenes de conocimientos: no sigamos, en una palabra, como dice Portalis, una filosofía para las ciencias y otra filosofía para la religion.

Los dos capítulos de la *necesidad de una religion primitiva* y de la *necesidad de una segunda revelacion*, deben presentarse el uno inmediatamente despues del otro. En mi concepto no debian formar sino uno solo dividido en dos párrafos: la estension é importancia de la materia me han inducido á distribuirlos en dos capítulos; pero siempre se resienten de su union primitiva y ecsijen que esta se conserve.

Entremos en materia.

I. *La verdad*, decia Zoroastres, *no es una planta de la tierra*. En efecto, si queremos esplicar la generacion de la verdad en la tierra, partiendo de nuestro espíritu donde ha penetrado mas ó menos, y bajando de rama en rama hasta su tronco y sus raices, la verémos separarse mas y mas del elemento humano é individual, descansar en seguida en el consentimiento unánime, seguir los senderos de la tradicion y reducirse por último á la primera accion del Ser Supremo, que despues de haber sacado el mundo de la nada y de haber formado al hombre capaz de inteligencia, ha debido echar en esta inteligencia del primer hombre las semillas, y por decirlo así, los alimentos de la verdad que debian mantener tradicionalmente á toda su raza.—En efecto, nosotros al nacer no traemos en nuestra alma ninguna idea de verdad, sino únicamente facultades para recibir y cultivar las verdades que se nos han de ofrecer.

La humana sociedad, en la cual nos vemos desde luego mezclados, nos ofrece en todas partes el tesoro de las verdades, de las ideas, de los conocimientos que ha adquirido por el espacio de muchos siglos. Las aspiramos con maravillosa facilidad, las asimilamos á nuestra inteligencia ya predispuesta á recibirlas, y por la elaboracion á que las sujetamos en nuestro interior las fecundamos, derramando sus frutos á nuestro alrededor con mas ó menos abundancia.

Pero esta fecundacion no se verificaria si la sociedad no nos hubiese proporcionado de antemano el primer elemento de la verdad, que no hubiéramos podido encontrar, abandonados á nosotros mismos. Carecemos del poder de *producir* la verdad de nuestro propio fondo: podemos únicamente, si me atrevo á decirlo así, criarla y alimentarla en nuestro espíritu. Los genios mas elevados que han enriquecido el dominio de la verdad en la tierra,—Newton,—Bossuet,—Pascal,—no tenian una sola idea en su vasta inteligencia, que de cerca ó de lejos no procediese de su comunicacion con el género humano; diré mas: su vigorosa fecundidad dependia en gran manera de mil circunstancias de la época y

(1) Quien no puede persuadirse de que ha habido revelacion nada cree de fijo y con certeza. Joubert, *Pensamientos*, t. 1. p. 111.

(2) Este nombre se ha escapado de mi pluma con alguna anticipacion, sin embargo de lo cual no lo he borrado.

de la posición en que vivieron; tanto que aislados de estas circunstancias no hubieran producido obras tan admirables, así como privados de todo contacto con el género humano nada hubieran producido, y hubieran quedado sumergidos en el vacío natural de sus facultades intactas.

De aquí se deduce que recibimos de la sociedad una verdadera REVELACION de la verdad, á medida que penetramos en su seno.

Y esta sociedad de hombres á su vez ¿cómo ha podido adquirir la posesión de la verdad?—Aquí es menester no darnos por satisfechos con equívocos y subterfugios, perdiendo el hilo del raciocinio que hemos comenzado.—Si, conforme hemos probado, nadie en particular trae al nacer la menor idea de verdad, y no hace mas que fecundar el fondo de ella que encuentra dentro de sí mismo, es necesariamente imposible comprender cómo la sociedad, no siendo mas que la reunión de estos mismos individuos, que no aportan ningun capital al fondo comun, tiene sin embargo acumulado un copioso tesoro; y debemos inferir que una inteligencia superior se lo ha anticipado como se lo anticipa todos los dias á cada uno de nosotros.

Que el genio de un hombre solo ó de muchos, de un pueblo ó de un siglo, avance hácia la verdad con pasos de gigante; que su dominio se estienda ó se limite, segun el movimiento del espíritu humano, segun la eventualidad de sus descubrimientos ó segun la revolucion de los sucesos, todo esto no explica otra cosa que el progreso de la verdad en su carrera; pero nunca su origen y punto de partida: y aplicando á un pueblo el mismo discurso que á un individuo, podemos decir sin titubear que este pueblo no se ha dado á sí mismo la verdad que no ha creído, sino que la ha recibido de sus antepasados ó de sus colindantes, por algun canal ó infiltracion, como éstos la han recibido á su vez; de suerte que si pudiéramos suponer una solucion de continuidad completa y sin posible contacto entre una generacion de hombres y la que la precedió, por mucho que aquella se esforzase en trabajar sobre sí misma, quedaria eternamente sumida entre las sombras de su muerte intelectual, privada eternamente de todo elemento de civilizacion, sin otra vida que la de su instinto y de sus sentidos corporales, y condenada á perecer muy pronto de inanición moral entre los desórdenes de su brutalidad.

La observacion de los hechos viene en apoyo de este raciocinio, pues aunque la hipótesis que acabamos de sentar no se haya visto jamás de todo punto realizada, es constante sin embargo que las tribus salvajes descubiertas en lo interior de África y de América, y el estado estacionario de embrutecimiento en que vivieron por muchos siglos á consecuencia de su aislamiento, demuestran que la sociedad, lo mismo que el individuo, no puede darse á sí mismo la verdad; y por otra parte, el progreso de las luces en el mundo civilizado nos patentiza cómo de generacion en generacion, de pueblo en pueblo y de siglo en siglo, la antorcha de la civilizacion, de las artes y de las ciencias ha ido propagando lentamente sus resplandores desde la alta Asia,

que fué al parecer su primitivo foco, al Egipto, al Asia menor, á la Grecia y á sus colonias, á Roma y á las naciones actuales de la Europa occidental; desde donde las luces han reflejado sobre todo el globo. Por esta sucesion y regularidad de su marcha la verdad se nos presenta como una viajera celeste que se comunica á la tierra, que se revela á los pueblos y á los individuos, pero que no ha nacido en su seno; pues de otra manera la hubiéramos visto aparecer á un mismo tiempo en diversos puntos aislados y sin mútua comunicacion (1).

Esforzando ahora el último resultado de nuestra investigacion, y aplicando inmediatamente nuestro raciocinio y observaciones á la primera generacion de hombres que vivió sobre la tierra, podemos preguntarnos: ¿cómo esta primera sociedad, que transmitió y reveló la luz de la verdad á los que han venido en pos de ella, pudo recibirla en su origen?—Aquí la dificultad retrocede hasta sus últimos atrinchamientos, y es menester que se rinda.—No puede haber dos soluciones en una cuestion tan precisamente formulada, porque es evidente que no habiendo podido los primeros hombres recibir la herencia de la verdad en el estado que nos la transmitieron, y siendo por otra parte, lo mismo que nosotros, incapaces de crearla, ellos mismos debieron exclusivamente recibirla de aquel Sér que les dió la vida y la inteligencia, y que ha debido existir originariamente una alianza entre los primeros hombres y Dios, como la hubo despues entre hombres y hombres: en una palabra, una primera REVELACION.

Por lo demás el raciocinio que nos conduce á este resultado puede reducirse á términos muy sencillos.

Toda la cuestion consiste en saber si las verdades necesarias, las ideas universales, son innatas en cada uno de nosotros; porque si no lo son, han sido importadas, socialmente á los individuos, y divinamente á la sociedad.

El sistema de las ideas innatas generalmente abandonado no se ha fundado, segun sus principales partidarios, como son Descartes y Leibnitz, sino en ciertas nociones previas, pero tan obscuras que casi se confunden con nuestras facultades, sin la virtualidad suficiente para separarse de ellas, para elevarse á la altura y especialidad de una idea (2).

(1) Todo demuestra históricamente que al Oriente fué la cuna del género humano. Varias colonias emigradas de la primera familia ó nación se esparcieron sobre la tierra, no llevando consigo mas que pocas provisiones de civilizacion y de verdad, que se agotaron al instante en el aislamiento, al paso que el gran depósito de luces se conservó, extendiéndose con regularidad desde el Asia, de donde la civilizacion, despues de muchos siglos, vino á ilustrar los descendientes de los primeros emigrados.—Por lo demás, el reciente origen de la familia humana sobre la tierra, su unidad primitiva de raza y de lengua, son hechos averiguados y defendidos hoy por la ciencia no menos que por la fé. Volviremos mas adelante á este argumento.

(2) "Cuando dije que la idea de Dios es innata [escribia Descartes] no he querido significar una cosa diferente de la que entiendo mi adversario, á saber, que la naturaleza nos ha concedido una facultad por la cual podemos conocer á Dios; pero nunca he escrito ni me ha pasado por la imaginacion que tales ideas tuviesen una existencia actual ó que fuesen especies distintas de nuestra facultad de pensar." [Cartas, t. II, p. 677.] "Debemos sin embargo confesar [dice Leibnitz] que la proposicion que tenemos á reconocer la idea de la divinidad es ha-

Esta doctrina, aun interpretada en este sentido, no hubiera inspirado tanto entusiasmo á sus secueces, si no hubiese sido por su bien fundada repugnancia á la doctrina opuesta; á saber: "que no hay idea en el entendimiento sin que haya antes existido en los sentidos." *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*, doctrina que, como es sabido, han profesado Locke y Condillac, y que ha dado origen al materialismo de Cabanis y de Broussais.

Pero no es preciso abrazar el *sensualismo* de Locke y de Condillac, por la sola razon de no aceptar el *idealismo* de Descartes y de Leibnitz.—El vicio general de estos dos sistemas y de otros muchos es el de haberse fundado *á priori*, sin descansar sobre el sólido terreno de la observacion;—su vicio particular, el de atribuir al hombre-individuo propiedades que corresponden al hombre-especie.

De hecho la observacion desmiente que las verdades necesarias, tales como las de la Divinidad y de la moral, se desprendan de experimentos sobre el mundo sensible.—Y la misma observacion desmiente igualmente que nos sean innatas y que la sola reflexion pueda sacarlas de una inteligencia solitaria. En fin, es tambien inexacto decir que provengan de la accion del espíritu sobre las impresiones sensibles, como lo ha pretendido M. Laromiguiere.—Estos tres sistemas quedan refutados con solo observar que un hombre educado sin el menor roce con su especie quedará en una completa desnudez intelectual, por mas que se halle provisto de todos los instrumentos, con cuyo auxilio se opera en nosotros el trabajo de las ideas.

Las verdades necesarias en que estriba todo el edificio de nuestros conocimientos tienen todo su origen en nuestro contacto con la sociedad donde fueron infundidas, donde existen de hecho, y donde todo se transmite y se adquiere, hasta la virtud.—Hé aquí lo que se halla fundado en la observacion, y lo que, á tenor de todo lo que hemos dicho sobre el progreso de la civilizacion y de las luces, se halla elevado á la altura de un hecho evidente.

De esto resulta que el rico patrimonio de verdades que posee la sociedad no lo ha heredado de los hombres, supuesto que éstos no han hecho mas que ser partícipes de la herencia; y no viniendo de los hombres no puede venir mas que de Dios.—Así, este programa de principios á que damos el nombre de *razon*, este código de moral que llamamos la *conciencia*,—la *ley natural*, en una palabra,—no son tales leyes sino con respecto á una revelacion posterior y á las aplicaciones positivas que de ellas hacemos; pero en sí mismas y con relacion á nuestra naturaleza propia é individual, la *ley natural* no es mas que una ley revelada, una ley aprendida, una ley transmitida; y solo por medio de una reaccion se hace natural, porque poseemos facultades predispuestas á recibirla (1).

"En la naturaleza humana, y cuando atribuyésemos su primera enseñanza á la revelacion, veriamos siempre que la fidelidad con que los hombres han abrazado esta doctrina procede del fondo de su alma." [*Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, lib. 1.]

(1) Este raciocinio tiene en su apoyo la autoridad de la experiencia. ¿Cuántas ideas se han conaturalizado en nosotros y

II. Por sólidamente establecido que esté el importante principio de una revelacion primitiva en virtud de las reflexiones que acabamos de fundar sobre la *generacion de la verdad* en la tierra, podria sin embargo quedar en nuestro espíritu aquella ligera duda que dejan siempre en él las verdades mejor demostradas, en cuanto lo han sido por un solo género de prueba. Pero un segundo examen, que si bien de los mas luminosos no será todavía el último, le servirá de contraprueba, y ensanchará la base de nuestra conviccion.

Hablo del origen del lenguaje.

El origen de la palabra humana es absolutamente inexplicable si no suponemos una primera revelacion.

Detengámonos sobre este punto interesante.

¿Qué es la palabra? Es ain duda la expresion sensible, y como si dijéramos corpórea del pensamiento. Por lo mismo el pensamiento debe preexistir á la palabra. Es preciso saber pensar para poder hablar, y en suma, los primeros que hablaron, si fueron realmente los inventores de la palabra, solo pudieron serlo con el auxilio y á impulso del pensamiento.—Esto es incontestable.

Pero este pensamiento que ha debido asistir al acto de la invencion de la palabra, ¿qué puede ser mas que una palabra del interior del alma que habla consigo misma? Y si esto es así, ¿cómo fué posible pensar, si ya no se sabia hablar? ¿Habria pues la palabra precedido al pensamiento? Pero acabamos de ver que la invencion de la palabra es inexplicable sin el auxilio y la preexistencia del pensamiento.—Círculo fatal, en que se hubiera visto encerrada la humanidad y del cual jamás hubiera podido salir, á no ser á semejanza del niño que sale de él todos los dias recibiendo á la vez la palabra y el impulso de la razon, de una autoridad amiga y anterior á él (1). Esta consecuencia no tiene réplica desde el punto en que reconocamos que el pensamiento, sin cuyo auxilio no podemos concebir la invencion de la palabra, tampoco puede concebirse sin el socorro de una palabra preexistente, ó siquiera coexistente.

Todo depende, pues, de este punto; y por lo mismo importa muchísimo aclararlo bien.

se van conaturalizando mas y mas todos los dias, siendo así que eran muy extrañas á nuestra creencia hace diez y ocho siglos. Hablo de todas las ideas introducidas en el mundo por el cristianismo, las cuales rechazadas al principio como antinaturales y antisociales por la sociedad pagana, han venido á ser las bases de la razon pública y las reglas universales del sentimiento moral, hasta tal punto que en el día no las distinguimos de la ley natural.

(1) Es cosa notable que el niño aprenda á hablar antes que á pensar. ¿Cuántas palabras se acumulan en su memoria antes que su entendimiento haya concebido la significacion que á ellas corresponde? Habla por mucho tiempo lo que piensa su madre, de cuya voz la suya no es mas que el eco; y solo al cabo de mucho tiempo se emancipa su pensamiento individual y se apodera por medio de la inteligencia del terreno que habia ya ocupado por la palabra y por la fe.

Te hablo, y no me oyes.... ¿Duermes, hijo mío?
Mas ¡ay novia de mí! ¿qué desvarío?
¡Oyérame despierto por ventura!
Veo la hilaza de tu mente oscura
Embarazada aun.... ¡oh! deja, deja
Que de tu alma devans la madeja.

[*Poesías de Clotilde de Bernaldo, vamos á mi primer hijo*.]

Las impresiones que nuestro entendimiento recibe de los objetos sensibles no dejan en él mas que imágenes ó sensaciones. Por la accion del pensamiento adquirimos la conciencia de estas sensaciones é imágenes: en seguida meditamos sobre ellas, las comparamos, las analizamos, las calificamos, y deduciendo consecuencias afirmativas ó negativas, deliberamos sobre el conjunto y formamos nuestro juicio. Este es el mecanismo del pensamiento; mas para meditar, para analizar, para deducir, para deliberar, para juzgar, en una palabra, para pensar, nuestra inteligencia necesita indispensablemente tener á la vista un vocabulario para nombrar, distinguir y retener los objetos y elementos diversos de sus operaciones. El pensamiento es la razon que se dá el espíritu á sí mismo. En el acto de pensar, parece que nuestras facultades se desenvuelven para obrar cada una de ellas dentro de la esfera de su atribucion y que las convocamos como en consejo privado con nosotros mismos: para esto empero es menester que se entiendan entre sí por medio de signos interiores y convenidos, así como lo verificamos esteriormente comunicándonos con los demás, sin lo cual las referidas facultades quedarían en perpétua inercia: de suerte que no hay pensamiento sin monólogo, y el monólogo en este caso no es mas que un coloquio entre nuestras facultades. Así es que cuando nos hallamos absortos, solemos frecuentemente hablar en plural ó en tercera persona, como si hubiese en nosotros muchos individuos: misterioso abismo del alma, en que sentimos á un mismo tiempo la unidad de su naturaleza en la diversidad de sus facultades, y la diversidad de sus facultades en la unidad de su naturaleza; y por esta analogía con lo que la religion nos enseña sobre la Trinidad de las personas en un solo Dios, viene á quedar comprobada aquella grande expresion del Criador en el Génesis:—"Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza."

Pero reduzcamos á mas sencillas proporciones esta consideracion tal vez demasiado atrevida. Es un hecho constante que á toda hora podemos comprobar la imposibilidad de darnos razon de una sola idea sin el auxilio de esta palabra interior de que acabo de hablar. En vano Descartes describió el entendimiento bajo la forma de una tabla rasa, y llegó á persuadirse de que podia borrar en ella los caracteres allí impresos, á fin de no ser deudor de sus conocimientos á nadie mas que á sí mismo. Su primer acto de independencia y de invencion: *yo pienso, luego existo*, no es mas que una copia y repeticion de la palabra de su nodriza, sin la cual jamás hubiera podido adquirir la conciencia del pensamiento ni del sér.

Esto hizo decir á M. de Bonald que es preciso *pensar la palabra antes de hablar el pensamiento* (1), y á Platon que *el pensamiento es la conversacion del espíritu consigo mismo* (2). Hé aquí la razon por qué los hebreos dieron al hombre el dictado de *al-*

ma parlante, y por qué el *logos* de los griegos significaba promiscuamente palabra y pensamiento. Entre los latinos la accion de la inteligencia (*intelligere*, *INTUS LEGERE*) no significaba otra cosa que la accion del alma cuando lee dentro de sí misma la expresion de su pensamiento. Y en fin en el lenguaje eminentemente filosófico del Evangelio, el pensamiento eterno, el pensamiento por esencia, aquel de donde emana la verdadera luz, que ilumina al hombre en las puertas de este mundo, se llama *palabra*, *VERBO*: como si el hablar fuera tan esencial al pensamiento que la mas alta expresion de su poder fuese el refundirse completamente en la palabra, siendo mas bien palabra que pensamiento.—Además, una vulgar experiencia va á hacernos mas palpable esta verdad: cuando hablamos en una lengua que nos es estraña, ¿qué hacemos? Antes de proferir en ella nuestro pensamiento lo formulamos en nuestro interior con arreglo á la lengua materna, y luego lo traducimos en la otra. Por rápida que sea esta operacion, nunca deja de verificarse el fenómeno de este doble lenguaje. El francés piensa en francés, y luego habla en inglés: prueba evidente de la necesidad de una palabra para la accion del pensamiento (1).

No insistamos mas sobre un hecho tan patente, y convengamos en que para poder pensar ha sido preciso dirijirnos á nosotros mismos la palabra, así como ha sido preciso pensar para dirijir la palabra á los demás; círculo vicioso, del cual, segun hemos observado, jamás hubiera salido el género humano; porque implica necesariamente el hecho primitivo de una palabra suprema para el hombre, quien no ha hecho mas que repetir el eco de ella en sus ideas primeras.—Si el pensamiento debió preceder á la palabra y ha sido necesario para la invencion de esta; por otro lado el pensamiento para salir á luz ha tenido necesidad de una palabra ya formada, sin la cual jamás hubiera dado un paso, siendo como un molde primitivo, en el que fué vaciado para amoldar en seguida el lenguaje exterior y sensible que debia servirle de expresion.

J. J. Rousseau, ese deista intratable que tanto se esforzó en atribuir á Dios la parte mas pequeña que fuese posible en el destino de la razon humana, y para quien la palabra *revelacion* era una especie de blasfemia contra la naturaleza, se vió obligado por la sencilla fuerza del razonamiento á confesar que el origen del lenguaje es inexplicable sin una primera revelacion.—En su célebre discurso *sobre el origen y fundamento de la desigualdad entre los hombres* plantea del modo siguiente el problema en su concepto insoluble:—"Si los hombres *han tenido necesidad de la palabra para aprender á pensar, mas necesidad tuvieron todavía de saber pensar para inventar el arte de la palabra; y aun cuando pudiéramos comprender el cómo los sonidos de la voz se han aplicado á ser intérpretes convencionales de nuestras ideas, nos quedaria aun por averiguar cuáles han podido ser los intérpretes*

(1) El nombre esclarecido de M. de Bonald esotje aquí un tributo de honor y de alabanza, por haber sido el primero que dedujo y popularizó la doctrina que estoy exponiendo.

(2) Platon, in *Theat.*, Op., t. III, pp. 160 y 161.

(1) Esto explica la semejanza de la siguiente expresion de Hebraico:

"Lo que bien se concibe, bien se expresa."

"primeros de este convenio con respecto á aquellas ideas que no refiriéndose á un objeto sensible, no podían indicarse ni por el gesto ni por la voz; de suerte que apenas podemos formar conjeturas aceptables sobre el nacimiento de este arte de comunicar los pensamientos y de establecer un comercio entre las inteligencias."

Esta opinion de Rousseau es tanto mas notable cuanto que es del todo desinteresada, porque no era necesaria para el propósito de su discurso; y la reserva verdaderamente filosófica que la distingue ofrece singular contraste con la costumbre y la necesidad que aquel ingenio inventor tenia de dar razon de todo. Aquí confiesa que el origen del lenguaje es humanamente inconcebible.—No le convenia ir mas lejos: pues se hubiera perdido en la opinion de su época, comprometiéndolo la posicion atrevida que tomaba en su discurso, si se hubiera distraído hasta el punto de soltar de su pluma esta verdad de la Escritura: "que en el principio el Criador habló á lo criado." Sin embargo, este era el fondo del pensamiento de Rousseau, porque en otro escrito mas modesto que despues publicó sobre el origen de las lenguas, volviendo á tratar la misma cuestion, se atrevió á dar la solucion verdadera, aunque tomando la voz del P. Lami.—"En todas las lenguas, dice, las exclamaciones mas enérgicas son inarticuladas, los gemidos son simples emisiones de aliento, los sordo-mudos no dan mas que sonidos inarticulados: el P. Lami ni concibe siquiera que los hombres hubieran podido inventar otros, si Dios no les hubiese enseñado adrede á hablar [1]."

Otros testimonios mas autorizados que el de Rousseau proclamaron antes y despues de él esta opinion como la única satisfactoria.

Platon, despues de decir en su libro de las leyes que todo hombre conocedor debe grandes alabanzas á la antigüedad por el gran número de nombres de singular exactitud que impuso á las cosas [2], deduce una consecuencia incontestable: "Lo que es por mí, dice, tengo por verdad evidente que los nombres primitivos no han podido aplicarse á las cosas sino por un poder superior al hombre, y de aquí proviene que son tan exactos [3]."

[1] Essay sobre el origen de las lenguas, cap. 4.

[2] De leg. 8, Op., t. VIII, p. 379.

[3] Los que piensan, dice un sabio autor anónimo, que las lenguas son obra humana, y que deben su origen á cierto convenio arbitrario que han hecho los hombres para dar ciertos nombres á las cosas, no han meditado bien lo que aseguran; pues para que haya convenio en algun punto arbitrario, es menester hablar y ser escuchado: es preciso además que el sonido formado por un hombre esté relacionado á una cierta idea existente en el espíritu del de su interlocutor; es preciso en fin que se haya establecido por medio de la palabra cierto comercio para atribuir á palabras nuevas, nuevas significaciones.—Sin esto los hombres serian todos mudos, cada uno con respecto al otro, y nada tendrían de comun mas que aquellos gritos universales que expresan las pasiones y fuertes movimientos del ánimo, y que sirven para unir á los hombres por disposicion del Criador y no por un convenio arbitrario.—Aun despues de hallarse establecidas las lenguas, no podrá un árabe convenir con un alemán en llamar las cosas de esta ó de aquella manera, ni el uso de ellos no entendiéndose al otro; y sin embargo las palabras significativas están ya inventadas por una y otra parte, y solo se trata de que se acepte el que ignora su sentido.—Los principios del lenguaje son muy sencillos y naturales; pero nunca se hubieran hallado ni

El célebre Guillermo de Humboldt, que habia reconcentrado todas las fuerzas de su ingenio en el estudio comparativo de las lenguas y sus relaciones gramaticales, filosóficas é históricas, y que á la mas vasta erudicion añadió una penetracion maravillosa, no pudo llegar á concebir la formacion humana y progresiva del lenguaje; y no es que adopte la explicacion que de ello nos dá la fé, sino que á fuerza de ingenio y trabajo porfia en encontrar una explicacion cualquiera á este fenómeno: habla de una fuerza divina, de un genio creador, de un misterioso procedimiento de la naturaleza, de una causa primera; pero no puede detenerse en este punto, y de analogía en analogía, la buena fé que le anima le eleva al seno de esta verdad que parecia á Platon tan evidente. Hé aquí sus expresiones:—"Segun mi íntima conviccion, debe la palabra considerarse como inherente al hombre; porque si se la considera como la obra de su entendimiento en la sencillez de su primitivo estado, es de todo punto inesplicable: el lenguaje pues no ha podido inventarse sin un tipo preexistente en el hombre.... Por algun procedimiento misterioso de la naturaleza las lenguas han sido en cierta manera vaciadas en un molde, pero molde viviente, del cual salen con todas sus bellas proporciones, y este molde (en que se vacian por algun misterioso procedimiento de la naturaleza) es el alma humana [1].—Estoy íntimamente convencido de que es preciso no desconocer esta fuerza verdaderamente divina, que se halla oculta bajo las facultades del hombre, este genio creador de las naciones, especialmente en el estado primitivo en que todas las ideas y aun las facultades del alma adquieren una fuerza mas enérgica en la novedad de las impresiones, en que el hombre puede presentir y adivinar combinaciones á las cuales jamás llegaría por medio de la marcha lenta y progresiva de la experiencia. Este genio creador puede salvar la harrera prescrita al resto de los mortales; y si es imposible trazar su carrera, no es menos manifiesta su presencia vivificante. Antes de prescindir, en la explicacion del origen de las lenguas, del influjo de esta causa poderosa y primera, y de señalar á cada una de ellas una marcha uniforme y mecánica que las arrastraría paso á paso desde su rústico principio hasta su perfeccion, abrazaría yo el parecer de aquellos que atribuyen el origen de las lenguas á una REVELACION INMEDIATA DE LA DIVINIDAD [2]."

puesto en uso, si Dios no hubiera preparado para el hombre un lenguaje que le sirviese de medio para explicar su pensamiento. [Explicacion del Génesis, Paris, 1782, t. II, p. 347.]

[1] Memorias de la real Academia de Berlin, class histórica y filosófica, 1820—1821.

[2] Carta á M. Abel Rémusat, sobre la naturaleza de las formas gramaticales, por N. G. de Humboldt. Paris, 1827, p. 13. Esta ultima solucion es en efecto la única que puede satisfacer á un espíritu positivo, que se propone indagar si la formacion de las lenguas es obra del humano entendimiento en su sencillez primitiva.—Esta causa poderosa y primera, este genio creador, este misterioso procedimiento de la naturaleza, de que habla aquel sabio esclarecido, no son mas que superfluidades gratuitas, si no son verdaderos sinónimos de la Divinidad. La secreta resistencia que le impide confesarla francamente procedería acaso de aquella debilidad propia de la misma fuerza del espíritu humano, propenso siempre á atribuirse todas las

No tiene en efecto otra salida ese laberinto del origen de la palabra, y tampoco tiene otra, según hemos visto, el del origen de la verdad en la tierra. Por vueltas y revueltas que se den, vendremos siempre á parar en este punto. Estos dos problemas se confunden en cierta manera entre sí para desesperar al espíritu humano, cuando rehúsa la llave que para salir le presentó la fé, y que en suma es la misma que le ofrece la simple razón.

Esta nos dice que el dón de la verdad y de la palabra con respecto al alma humana es tan necesario como el dón del alma para el cuerpo.—El cuerpo pronto á recibir la inteligencia y á obedecerla estaría sin embargo condenado para siempre á un estado cadavérico, á pesar de las visibles señales de su destino, sin haber podido jamás darse á sí mismo la mas leve chispa de vida, si Dios no le hubiese inspirado el alma. El alma á su vez pronta á recibir la verdad y á servirse de la razón por sus diversas facultades, yacería eternamente en la noche y en la inactividad intelectual, si Dios no hubiese venido á encender en ella el pensamiento y hacer vibrar la palabra. De suerte que la primera revelación aparece en nosotros como el complemento necesario de la creación y el desenlace de la obra divina, con la esencial circunstancia de que este último acto de la mano de Dios no se renueva como el dón del cuerpo y del alma en cada individuo, sino que se mantiene en la especie; y al paso que debemos el cuerpo y el alma inmediatamente á la naturaleza, quiso Dios que la verdad y la palabra no llegasen á nosotros sino mediante y por las tradiciones de la sociedad, revelándolas á su cabeza y no á sus miembros. ¡Economía admirable de la Providencia, que deja entrever el designio que se propone de una unidad universal, haciendo de la verdad un patrimonio indivisible entre los hombres, justificando y explicando anticipadamente, por las mismas leyes de la naturaleza y contra las escijencias del deísta, el modo y la conveniencia de la segunda revelación que nos tenía reservada!

En la primera revelación debió Dios enseñar al hombre lo que más le importaba saber y lo que con mayor urgencia reclamaba su condición intelectual; y como su necesidad primera es la verdad, es la razón, es el amor, que no pueden encontrar su verdadero centro mas que en Dios [verdad eterna, razón por esencia y suma de todas las perfecciones], lo primero que debió Dios revelar al hombre fué el conocimiento de su propia Divinidad, atrayendo y encaminando hacia su seno todas las nacientes facultades de su criatura predilecta.

El descubrimiento de otras verdades de orden inferior pudo dejarse como pábulo á las investigaciones del espíritu humano, una vez lanzado en el

campo de su propia reflexión [1], pero la *verdad religiosa*, es decir, el conocimiento mas indispensable, y al mismo tiempo el mas difícilmente accesible para la razón humana, debió necesariamente ser el primer objeto de la revelación: el hombre debió recibirla pero no encontrarla por sí mismo [2].

III. Todo lo que hemos dicho sobre la verdad en general tiene su exacta aplicación á la *verdad religiosa*, con una fuerza particular, cuyo conocimiento es en extremo importante.

La verdad religiosa en todos tiempos y en todas partes ha estribado sobre tres ó cuatro puntos fundamentales, á saber:—que hay en nosotros un principio inmaterial,—que hay un ser superior á nosotros en inteligencia y en perfección,—que entre este ser y nosotros existen relaciones obligatorias,—que la muerte no es mas que un tránsito á otra vida, en la cual nuestra alma conservará para siempre su existencia y responderá del uso que haya hecho de su libertad, &c., &c.

Pues bien: todas estas ideas universalmente adoptadas no se hallan naturalmente bajo el dominio de los sentidos. Nuestra razón no es mueve mas que dentro del círculo de los objetos naturales, y no obra mas que por el testimonio de sus sensaciones, de manera que aquellas verdades pertenecen á un orden sobrenatural y mas allá de lo sensible. ¿Cómo pues nuestra razón podría por sí misma elevarse á ellas, ni siquiera sospechar que existen? No hay anteojo racional de tan largo alcance; y del mismo modo que no concebimos cómo un habitante de nuestro planeta pudiese saber lo que en otros planetas acontece, sin una revelación que desde allí se lo comunicase, tampoco podríamos concebir cómo nuestras almas encerradas en la naturaleza y en los sentidos, *clausae tenebris et carcere caro*, hayan podido tener jamás algun conocimiento de lo que está mas allá de la esfera de los sentidos y la naturaleza, si una voz superior no se lo hubiese declarado. Si existe, como se nos dice, un mundo superior al que habitamos, ha sido necesario un enviado de él para darnos á conocer su existencia y la relación que al mismo nos une. Si hay verdades sobrenaturales, es indispensable que para enseñárnoslas haya habido una palabra sobrenatural análoga á ellas.—*Los granos encerrados en una granada*, dice un padre de la Iglesia, *no pueden comunicar con lo que se halla fuera de la corteza: el hombre encerrado dentro de la mano de Dios, con todas sus criaturas, tampoco puede levantar sus ojos hasta Dios* [3].—Así es que no me sorprende el oír al deísta mas ardiente, al partidario mas declarado del racionalismo contra la revelación, cuando en un in-

[1] *Tradidit mundum disputationibus.*

[2] "Dios dejó al tiempo el cuidado de engañar las ciencias físicas; pero se reservó á sí mismo el de la gubernación de las demás: él fué quien creó la moral, la poesía, &c.—El fué quien echó las primeras semillas recientemente producidas por su mano en las almas y en los escritos de los primeros hombres. "De aquí procede que la antigüedad, como el punto mas próximo á todas las creaciones, debe servirnos de modelo en todas aquellas cosas cuyos principios mas puros recibió y transmitió hasta nosotros. Para no extraviarnos, es preciso sentar nuestros pies en las huellas que dejó impresa, *insistere vestigiis.*" [Joubert, *Pensamientos*, t. IV, pág. 408.]

[3] *Totilo, Apología*, n. 6.

invenciones, á fabricar causas á su antojo para adorarse á sí mismo adorándolas á ellas? Semejante, como dice Mallebranche, á los niños que tiemblan ante los compañeros de sus juegos después de haberlos metido en un lodazal; ó al se quiere una comparación mas noble, aunque tal vez no tan exacta, semejante á aquellos romanos que respetaban con religiosa veneración las invenciones de su fantasía y que adoraban neciamente á sus emperadores, después de haber soltado el águila en sus patibulos. [Indagación de la verdad, parte 2.ª, cap. 3.]

tervalo de cansancio y abandono, deslumbrado por un súbito destello de la verdad de Dios, nos dice:—“El ser incomprendible no se deja ver por nuestros ojos ni palparse por nuestras manos: la obra se hace patente, pero el autor de ella se esconde: y no es cierto trabajo el venir al fin en conocimiento de que existe [1].” Hé aquí adonde conduce el empeño de prescindir del auxilio de la revelación, aun después de haberla recibido: ¿qué sería empero si jamás hubiese llegado hasta nosotros?

Pero ¿qué! se me dirá, ¿no pretendes tú mismo demostrar claramente por medio de la sola razón estas mismas verdades del alma, de Dios, de la inmortalidad, de la religión natural? ¿Por qué pues las supones ahora fuera del alcance de aquella misma razón? ¿A qué viene lo que dijiste en los capítulos anteriores? tú mismo destruyes la obra de tus manos: mejor era haber entrado de lleno desde luego en la revelación. Tal vez habría sido mas peligroso, pero á lo menos hubieras mostrado mas franqueza.

No niego yo el poder y el uso legítimo de la razón en lo relativo á la verdad religiosa, y lejos de declinar su jurisdicción en las verdades que á ella ha sometido, ninguna hay entre cuantas se ofrecen á nuestro espíritu, sea cual fuere la profundidad en que quieran colocarse dentro del santuario de la fé, ninguna, digo, que rehuse yo ocultar á su mirada curiosa y escrutadora; pero hé aquí precisamente el lazo de unión entre estos dos poderes, la razón y la fé, á las cuales se ha intentado poner en lucha por no haber comprendido ni deslindado bien á la una ni á la otra.

La razón es el ojo del espíritu, la mirada del alma; la revelación es la luz que reflejando en los objetos los hace visibles. El ojo por sí solo no ve; es menester que la luz le advierta la presencia de los objetos. La luz por sí sola tampoco hace ver, si el ojo no se abre, no se fija y no penetra los objetos con sus miradas. Esta es la imagen de la razón y de la fé. Y siendo la verdad religiosa formada á propósito para el alma humana, todas las facultades, todos los instintos de ésta deben ser propios para aquella: desde el momento en que la verdad llega á tocar nuestra inteligencia, la inteligencia la reconoce, la abraza, se apodera de ella como del objeto único que llena su vacío, y se adapta á su interior configuración y capacidad, y después de recibir su luz á manera de un espejo, la reverbera á su alrededor como si le fuese propia. La razón, iluminada de repente por la verdad, exclama entonces en el entusiasmo de su sorpresa interior:—*Esto es: no hay duda: es cosa evidente: no puede ser de otra manera*; y se agolpan al momento mil racionios y deducciones exactas á festejar á la verdad celebrando su feliz desposorio con el espíritu humano, á quien racionaliza.

Pero este trabajo del espíritu sobre la verdad revelada es mas bien un acto de asentimiento y penetración que un acto de invención y descubrimiento. Ha sido menester que se nos dé la clave del enig-

ma; pero una vez que se nos ha abierto la puerta, entramos francamente y sin dificultad, al paso que de otra manera hubiéramos quedado para siempre fuera del templo. “Estas cosas se aprenden perfectamente y sin ningún esfuerzo, dice Platon con aquella sencillez penetrante que le es propia, *si alguno nos las enseña*; pero nadie es capaz de enseñárnoslas, á no ser que Dios le indique el camino [1]. Aquí está todo.

De ahí se deduce por rigorosa consecuencia que la verdad religiosa queda perjudicada si se la sujeta á la exclusiva acción del raciocinio, cuando éste se halla en pugna con la fé, ó lo que es lo mismo, con la luz; porque entonces la inteligencia vuelve á caer en el círculo de lo natural y sensible, y se precipita rápidamente por todos los derrumbaderos de la vida hasta el fondo de las tinieblas que le son propias, á medida que intercepta sus relaciones con la fuente de la verdad, llegando á negar á Dios y á negarse á sí misma por aquella razón (sencilla á la verdad y aun exacta en el sentido en que está tomada) de que Dios y el alma, como decía Rousseau, NO SON VISIBLES PARA LOS OJOS NI PALPABLES PARA LAS MANOS [2]. En cuanto á mí, confieso [dice un hombre que cito á cada paso, porque en su doble cualidad de filósofo y de creyente puede oponerse con igual ventaja á los amigos y á los enemigos de la religión] *me hallo perplejo á cada paso siempre que intento filosofar sin el auxilio de la fé. Ella es la que me guía y me sostiene en la indagación de las verdades relativas en cierto modo á la Divinidad, como son las pertenecientes á la metafísica* [3].

Así es que todo viene á parar en la necesidad de una REVELACION PRIMITIVA:—la generación de la verdad sobre la tierra,—el origen del lenguaje,—la naturaleza de la verdad religiosa en particular.

IV. Una última observación que voy á hacer dará una consistencia definitiva al objeto de nuestro examen, haciéndole bajar desde la región de la metafísica á la de la historia, y haciéndole recorrer á nuestra vista el terreno de los hechos.

Un suceso histórico, universal, que hemos ya demostrado en el capítulo anterior, y que se apoya en los mas auténticos documentos, bastaría por sí solo para dejarlo atestiguado. Hemos visto que la religión natural en toda su pureza ha precedido á la idolatría y á la superstición, brillando sobre la cuna de todos los pueblos antiguos, cuando las artes y todos los demás conocimientos se hallaban bajo las sombras de la noche: prueba evidente de que la verdad religiosa ha sido originariamente revelada al hombre, porque de otra manera, como está en lo que se halla mas lejos de su alcance hubiera sido el último descubrimiento, á ser el fruto de sus invenciones y racionios, y por lo menos se hubiera extendido y alimentado á proporcion del desarrollo del espíritu humano, siguiendo la misma

[1] Epin. Op., t. IX, p. 209.

[2] Esta es en efecto la razón última y definitiva de los ateos y materialistas.

[3] Malletbranche, *Conversations* 9.ª sobre la metafísica, núm. 6.

[1] J. J. Rousseau, Emilio, lib. 2.

carrera que las demás verdades. Pero no: ha sucedido todo lo contrario. La verdad religiosa apareció de repente y sola en el horizonte del espíritu humano, y en seguida ha resplandecido con mas brillo: los errores mas groseros vinieron despues á oscurecerla cabalmente á medida que el género humano iba haciendo progresos en las artes y ciencias, enriqueciéndose con sus propias conquistas.

Este hecho tan notable está ligado á otro no menos significativo, el cual escije mas atento escámen, y nos conducirá como una pendiente natural á la cuestion reservada para el capítulo siguiente. Este nuevo hecho es el método empleado en todas partes y en todos tiempos para conservar y volver á encontrar la verdad religiosa.

¡Cosa extraña! jamás se ha conservado entre los hombres la verdad religiosa por medio del estudio, sino por medio de la tradicion. Para encontrarla no han ellos recurrido á su propia razon individual, sino á sus recuerdos colectivos, á la voz de lo pasado, tantas veces cuantas han querido saber á qué debían atenerse sobre esta verdad.

Es evidente la importancia de un hecho semejante, en el cual está visiblemente encerrado el de una revelacion primitiva: importa, pues, afirmarlo mucho antes de sacar consecuencias.

“Los moralistas de los primeros siglos, dice un autor protestante que he citado ya, no discurrían como los nuestros acerca de los principios de la moral: la autoridad era su filosofía, y la tradicion su único argumento. Enseñaban sus máximas como lecciones que habían recibido de sus padres, y éstos de sus predecesores, subiendo hasta los primeros hombres á quienes Dios había hablado; creencia fundada sobre una antigua tradicion [1].”

Esta doctrina tradicional subsistió por largo tiempo en Oriente, de donde salieron las luces; y esto lo atestigua Diodoro de Sicilia al elogiar á los caldeos: “Ellos no tienen mas maestros que sus padres, de lo que procede que poseen una instruccion mas sólida y mas fé en lo que aprenden. Pero los griegos, añade, que no siguen la doctrina de sus padres, y solo se escuchan á sí mismos en las indagaciones que emprenden (*ipsi sua sponte in disciplinaram studio pro libito incumbunt*), corriendo sin descanso tras de opiniones nuevas, disputan entre ellos sobre las cosas mas elevadas, y obligan así á sus discípulos, continuamente perplejos, á divagar toda su vida por los extraviados senderos de la duda, sin tener nada por averiguado [2].”

Igual reconvenccion dirijian á los griegos los egipcios, quienes lo mismo que los caldeos, fundaban su fé sobre la antigua tradicion. Leemos en efecto en Platon, que cuando los sabios de la Grecia iban á

buscar la verdad en los antiguos templos de Memphis ó de Saiz, los sacerdotes les respondian:—“¡O griegos! todos sois niños: no hay un solo anciano en toda Grecia. Vuestro ingenio, eternamente mozo, no ha recibido su alimento en las opiniones de los antiguos, transmitidas por la tradicion inmemorial [1].”

Esta reconvenccion sin embargo no era justa, aun en la Grecia, sino con respecto á los filósofos de corto mérito, llamados propiamente sofistas [2], porque los verdaderos filósofos eran aquellos que mas se distinguían por su sumision intelectual, y que para llegar á la verdad se esforzaban en acallar su propia razon para dedicarse exclusivamente á recoger la lejana voz de la antigüedad.—Oid á Platon y á Sócrates, á Pitágoras, á Aristóteles, y despues de ellos á Ciceron, su mas aventajado discípulo; á todos aquellos en fin que pertenecieron á la misma familia y obtuvieron de la posteridad el dictado de *sabios*, y los encontraréis unánimes en este punto: que para descubrir lo mas cierto en materia de religion, basta buscar por medio de la tradicion lo mas antiguo, lo que mas se acerca á la infancia del mundo, de suerte que la novedad es el sello infalible del error, así como la fuente de ésta es el racionalismo absoluto. A este breve pero irresistible argumento apelan siempre para atacar á un mismo tiempo las supersticiones de la idolatría y las impiedades de la falsa ciencia, y para dispersar la turba de los sofistas que hacian de la razon humana un uso tan fatal como ridículo y vergonzoso.

“¿Quereis descubrir con certeza la verdad? decía Aristóteles: tomad con sumo cuidado lo primero, y no lo solteis: allí, solo allí encontraréis el dogma paternal en que se cifra la palabra de Dios [3].”

“Es antigua tradicion, dice el mismo en otro lugar, transmitida donde quiera de padres á hijos, que Dios es el que hizo todas las cosas y todas las conserva [4].”

Sócrates enseñaba igualmente que—“los antiguos, mejores que nosotros y mas inmediatos á los dioses, nos transmitieron por la tradicion los conocimientos sublimes que de ellos habían recibido... por lo cual (inferia él) cuando afirman que el mundo está rejido por una inteligencia suprema, apartarse de su opinion seria esponerse á graves peligros [5].” Todos los demás argumentos sobre la existencia de Dios le parecían secundarios.

La tradicion, la fé en la antigüedad, aun en aquello que no parece atestiguado por el raciocinio, hé aquí la grande regla que invoca y proclama inco-

[1] Platon, in *Tymæo*, Oper., t. ix, pp. 280, 281.

[1] Lahm, *Nueva demostracion evangelica*, 2ª parte, capítulo 2, t. iii, p. 67, 68. Eduardo Ryan confiesa tambien que la tradicion fué la fuente en la cual bebieron las naciones y los sabios de la antigüedad sus ideas racionales sobre la existencia y atributos de Dios [T. i, cap. 1, p. 12.]

[2] *Diad. Sicul.*, lib. ioo.—La filosofía tradicional, que no se apoyaba sobre el raciocinio y la explicacion de las causas, me parece, dice Burnet, que subsistió hasta despues de la guerra de Troya [*Archæolog. Philol.*, lib. 1, cap. 6.]

[2] “Podríamos dar el nombre de *piebeyos* á todos esos filósofos que se separan de Platon, de Sócrates y de toda su familia. Plebeyos *videtur appellandi omnes philosophi qui à Platone et Socrate et ab ea familia discedunt.*” [Terc., *quest.*, 1 23.]

[3] Si quis ipsum solum primum separando accipiat; hoc solum enim paternum dogma: divinis profecto dictum putabit. (Arist., *Metaph.*, t. XII, cap. 8.)

[4] Arist., *De mundo*, cap. 6., Oper., t. i, p. 471.

[5] *Princi. nobis præstantiores. Dñs propinquior, hæc nobis crucula tradiderunt.* (Platon, *Philos.*, Oper., t. IV, p. 213.)

santamente el príncipe de los filósofos, el divino Platon.—“Es preciso, decía, que prescindiendo de todo raciocinio creamos en todo lo que nos transmitieron los antiguos tocante á la religion (1).” —“Esto es lo cierto, dice en otro pasaje, aunque la prueba de ello ocupe largos discursos, y debemos creerlo bajo la palabra de los legisladores y de las tradiciones antiguas, á no ser que háyamos perdido el sentido comun (2).” —“Dios, como enseña la antigua tradicion, añade, es el autor de todo bien.... ¿Qué es pues lo acepto á Dios y lo conforme á su voluntad? Una sola cosa, segun la sentencia antigua é invariable que nos enseña que solo hay amistad entre los seres semejantes (3).” —“Debemos por lo mismo prestar entera fé á LA ANTIGUA Y SAGRADA TRADICION que nos enseña que nuestra alma es inmortal, y que despues de separada del cuerpo recibirá de un juez inescrutable el castigo que hubiere merecido (4).”

Jamás se aparta Platon de esta regla; y si le preguntais la razon en que se funda, os contestará como Sócrates y Aristóteles, que es—“porque los primeros hombres salidos inmediatamente de la mano de Dios debieron de seguro conocerle como á su propio padre, y deben ser creidos como que son sus hijos (5).”

Una circunstancia muy propia para acreditar esta doctrina tradicional es el medio empleado por los sofistas para eludirla. “El expediente á que se recurría para introducir un nuevo sistema, dice un sabio, era suponer que su idea primitiva habia ocurrido á algun varon de la antigüedad, cuya reputacion estuviese bien sentada (6).”

Hasta los oráculos proclamaban este principio universal.—Habiendo consultado los atenienses á Apolo Pitio, sobre la religion que debian adoptar, el oráculo respondió:—“La de vuestros padres.” —“Con todo (replicaron ellos), nuestros padres mandaron su culto muchas veces: ¿cuál preferirémos pues?” —“El mejor”, volvió á responder el oráculo; y ciertamente, añade Ciceron que cita este hecho,—“por el mejor no podia entenderse sino el mas antiguo, el mas inmediato á Dios (7).”

Ciceron á quien acabo de citar, aunque se hallaba todavia mas lejos que los filósofos griegos del foco primitivo de la tradicion, en casi todos sus escritos viene á referirse mil veces á este único fundamento como al último refugio de la razon humana, agotada en sus estériles investigaciones.—“Para fundar la opinion de que deseas penetrarte (sobre la inmortalidad del alma) tengo que alegar graves autoridades, y te citaré nada menos que la de

toda la antigüedad, la cual mas cercana al origen y al mismo Dios conocia mejor la verdad (1).”

—“La ley de las doce tablas, dice en otro lugar, nos manda atenernos al culto de nuestros padres, y la razon de ello es porque la antigüedad está mas inmediata á los dioses, y porque esta religion está acreditada por una tradicion divina [2].”

Y no era que á los ojos de Ciceron y de los antiguos filósofos dejasen de presentarse otras pruebas de las verdades religiosas; pero estas pruebas debian en su opinion subordinarse al grande argumento de la autoridad tradicional, ó como ellos decian, de la ensenanza divina, siendo por lo mismo mas bien confirmaciones que argumentos principales; pues la razon humana podia muy bien elevarse al conocimiento y á la contemplacion de estas verdades, que apoyándose en la autoridad divina se las propone; pero de ninguna manera puede suplir por sí misma esta condicion sin caer en mil precipicios desde el momento en que quiere prescindir de ella. Así era como aquellos claros ingenios conciliaban la filosofia racional con la filosofia tradicional; ésta precediendo á la otra y trillándole el camino, y aquella siguiéndola paso á paso y reconociendo sus resplandores. Hé aquí con cuánta energía hacia Ciceron su profesion de fé sobre este punto:—“Siempre he defendido y siempre defenderé las creencias que hemos recibido de nuestros padres con respecto á los dioses y al culto que les es debido (3); y todos los discursos del hombre, sea sabio, sea ignorante, no me harán vacilar en esta persuasion: hé aquí, ó Balbo, la opinion de Cota.”—Esta es la filosofia tradicional, sólido cimiento de la fé.—“Explicame ahora la tuya, continúa Ciceron bajo el nombre de Cota, pues deseo aprender de tí, que eres filósofo, el por qué de la religion....; pero entre tanto debo atenerme á mis antepasados, aun en aquello en que NINGUNA RAZON DAN de lo que nos enseñan (4).” Balbo, el interlocutor de Cota, entra en seguida con un largo discurso sobre la naturaleza de Dios, á lo que responde Cota:—“No encontrando este dogma tan evidente como tú deseas, has querido probaf por medio de argumentos la existencia de

(1) Quaeque propius abest ab ortu et divina progenie cernebat, hoc melius ea fortasse, quae erant vera cernebant. [Tusc., lib. 2, cap. 12.]

(2) Jam ritus familias patrumque servare, id est [quoniam antiquitas proxima accedit ad Deos] á Diis quasi traditam religionem tueri [Tusc., lib. 1, cap. 11]—Del mismo dictamen participaba Séneca expresando la idea de este modo: Non tamen negaverim fuisse primos homines alti spiritus viros; et ut ita dicant, a diis arcentes: neque enim dubium est quin meliora mundus nondum effatus ediderit. [Sen., Epist. 96.]

(3) Por estas palabras Dioses inmortales significaba Tullio lo mismo que Platon Dios, la Divinidad.—Así lo explica en otro lugar.—Conservar el culto de nuestros mayores es el deber de todo hombre sensato, así como creer que existe una naturaleza superior y eterna, á la cual debemos todos elevar nuestra alma y nuestro corazón. [De Divinat., lib. 2, cap. 72.]

(4) Opiniones, quae á majoribus acceptimus de Diis immortalibus, sacra, caeremonias, religionesque.... ego eas defendam semper, semperque defendi: nec me ex ea opinione, quam á majoribus accepi de cultu Deorum immortalium, ullius unquam oratio aut docti aut indocti movebit.... habet, Balbo, quod Cotta, quid pontifex sentiat.—Fec mihi ergo intelligam ut qui sentias; et te enim philosopho, rationem accipere debes religionem; majoribus autem nostris etiam nulla ratione reditura credere. [De natura Deorum, lib. 3, cap. 2, num. 56.]

(1) Lincet nec necessarii nec verosimilitudinis eorum ratio constructa etc. (Plato, in Timoco, Oper., t. IX, p. 334.)

(2) Plato, de leg. 12, Oper., t. IX, p. 312.

(3) Plato, de leg. 4, Oper., t. VIII, pp. 186, 188.

(4) Idem, Epist. 7, Oper., t. XI, p. 118.

(5) Prius itaque viris hac in re credendum est, qui Diis genti, ut ipi dicebant, parentes suos optime novant, impossibili sane Deorum filios fidem non habere. (Plato, in Timoco, Oper., t. IX, p. 334.)—Por esta palabra Dioses, segun nos observa el mismo Platon, entendia Dios.

(6) M. de la Barre, Memorias de la Academia de las Inscripciones, t. XXIX, p. 71.

(7) Et profecto id est, ut id habendum sit antiquissimum et Deo proximum quod sit optimum [De Legib., lib. 2, cap. 16.]

"los dioses; mas por lo que á mí toca bástame la tradición de nuestros mayores, al paso que tú despreciando LA AUTORIDAD buscas el apoyo de la razón: permíteme pues que mi razón combata la tuya. Válete de todo género de argumentos para probar que existen dioses, y argumentando haces dudosa una verdad que á mi modo de ver está fuera del alcance de toda duda [1]."

Jamás la filosofía racional y la filosofía tradicional, es decir, el filosofismo y la filosofía, se han visto puestas frente á frente mejor que en este pasaje de Tulio, que resume el estado de la cuestión tocante á la verdad en los tiempos antiguos... y aun en los tiempos modernos, porque el espíritu humano no ha cambiado, sino que la lucha se ha extendido y se ha elevado con toda la fuerza y expansión que el cristianismo vino á dar al imperio de la verdad sobre la tierra.

Lo que eleva esta verdad á una esfera superior á toda duda, á los ojos de Cicerón y de los sabios antiguos, era por consiguiente la autoridad de la tradición inmemorial fundada en que la antigüedad estaba mas cerca de Dios, que necesariamente hubo de enseñar á los hombres lo mejor, ET PROPECTO ITA EST UT ID HABENDUM SIT ANTIQUISSIMUM ET DEO PROXIMUM QUOD SIT OPTIMUM, opinion universal que expresó Lucano en estos dos hemistiquios.

*Dixitque semet nascentibus auctor
Quidquid scire licet.*

Esta opinión que hoy día es, aunque apoyada en un fundamento mas firme, el grande argumento de la fé católica, ha sido en todos tiempos el principal argumento de la verdad en el mundo. Todos los pueblos del Oriente la acataban; y de allí, sobre todo de aquella cuna de la religion, de las artes y de las ciencias, es de donde debemos sacar esta tradición primitiva sobre la cual insistimos. De allí pasó á todos los pueblos, y no hay verdad histórica mejor demostrada [2].—"Los sabios del Oriente, dice un historiador, eran famosos por sus excelentes máximas de moral que habian recibido de la mas antigua tradición. Esta observación se comprueba igualmente en todos los antiguos sabios entre los persas, los asirios, los babilonios, los indios y los egipcios [3]."—"Los árabes, dice otro historiador, se fundan sobre sus tradiciones paternales, que en su concepto les han conservado la memoria de la creación del mundo, del diluvio y de otros acontecimientos primitivos, que sirven para establecer la fé en un Dios invisible, y el temor á sus altos juicios (4)."—No hablo del pueblo hebreo, que era el pueblo tradicional por excelencia, y que unia siempre al santo nombre de Dios el nombre venerado de los patriarcas que se lo ha-

bían transmitido: este pueblo será el objeto de un escámen especial. En fin, en el fondo de la China la doctrina tradicional, la antigua creencia que por medio de los recuerdos de los hombres se remontaba hasta Dios, era el testimonio invocado por los sabios, y opuesto á las novedades filosóficas, casi en los mismos términos que en Atenas y en Roma por Sócrates, Platon, Aristóteles y Cicerón. El *Choud King* ó libro por excelencia, coordinado por *Khoung-fou-tseu* (Confucio), en la mitad del siglo VI antes de nuestra era profesa esta doctrina en cada una de sus páginas.—"¿A qué son tus esfuerzos, dice, para tejer una nueva tela de seda? Lo que es por mí, para nunca equivocarme meditaré siempre sobre las costumbres y la doctrina de nuestros antepasados. LA ANTIGÜEDAD. Yo la estudio continuamente. Mi espíritu se transforma en el espíritu de los antiguos, y hasta la salida del sol no puedo conciliar el sueño. Grande, brillante, encantadora es la doctrina que nos han transmitido los sabios. Este hombre ha rechazado nuestras antiguas doctrinas; y su marcha es incierta, y nada fijo hay en él [1]."

¿Qué acuerdo tan maravilloso y sensible entre todos los sabios del universo! ¿Y en quién no hará impresión?

Ya podemos concluir nuestras citas. La evidencia de este hecho aparece ya con bastante claridad, resultando que todo el género humano, en la persona de sus mas nobles representantes, se ha sujetado á recibir la verdad religiosa por el conducto de la tradición, á volver hacia atrás la vista para encontrarla, á considerarla tanto mas exacta y mas pura cuanto mas se acerca al origen y á la infancia del mundo, en una palabra á recibirla mas bien que á dársela á sí mismo: hecho universal, evidente, irresistible.

¿Cuál es su consecuencia?

Ya la hemos deducido de paso, porque se desprende de cada una de nuestras citas, pero vamos á resumirla.

La doctrina de la tradición importa necesariamente en sí la creación en una revelación primitiva; y como aquella doctrina fué tambien esta creencia, de modo que á la demostración de esta verdad nada le falta, ni la naturaleza de las cosas estudiadas en sí mismas, ni la experiencia del hecho, y lo que es mas decisivo aún, ni el testimonio del género humano, que ha sido uno de sus autores y que por la marcha que ha seguido nos muestra la impulsión que recibió, y nos hace oír, por decirlo así, de boca en boca la misma palabra que le fué dirigida al principio.

Si el hombre hubiese podido sacar de sí mismo, y por medio de la reflexión, el conocimiento de las verdades religiosas, hubiera deseado mucho mas que lo ha hecho encontrar este conocimiento, y se hubiera ensimismado mas en sus propias reflexiones; pero como, al contrario, los hombres, y sobre todo, los genios superiores, han juzgado no poder

[1] *Mihi unum satis erat, ita majores nostros TRADITIONES; sed tu auctoritates contemnis RATIONE pugnans. Patere igitur RATIONEM MEAM CUM TUA RATIONE contendere, affert (hanc omnia argumenta, cum Dii sint; renque mea sententia minime dubiam, argumentando, dubiam facio. [De Natura Deorum, cap. 4, pp. 8, 10]*

[2] Fabricy, De los títulos primitivos de la revelación. (Disc. prelim., p. 76.)

[3] Navarrete, Historia de la China, p. 120.

[4] Boulainvilliers, Vida de Mahoma, lib. 2, p. 180.

[5] Cap. II, núm. 4. Véase la traducción de este libro en los Libros sagrados del Oriente, publicados últimamente por F. Didot.

encontrar estas verdades sino separadas de sí mismos, abdicando su investigación individual para limitarse a recibir de sus abuelos la doctrina religiosa, del mismo modo que éstos la habían recibido de los suyos, debemos necesariamente inferir de aquí que ellos pensaron que la verdad había sido comunicada *sobrenaturalmente* a la tierra, pues de otro modo todos los hombres la hubieran hallado *naturalmente* en sí.—La doctrina de la tradición no atribuía el descubrimiento de la enseñanza primitiva de la verdad a *ningún hombre*, por mas sabio y anciano que fuese. Respecto a esta doctrina los hombres eran considerados, no como fuente sino como canales de la verdad, la cual se reputaba tomar su origen fuera del hombre y en Dios. Los mas ancianos solo eran mas creídos porque se hallaban mas próximos a la *edición original* de la verdad, y porque poseían su texto mas puro y, por decirlo así, una copia mas exacta del divino *manuscrito*; de otra manera hubieran merecido menos crédito que los modernos, porque estos últimos tienen mas experiencia y mayor caudal de ideas adquiridas. La doctrina de la tradición no estaba aplicada a las ciencias físicas y a las artes, al revés, era la doctrina del perfeccionamiento y del progreso, y de consiguiente, si se aplicaba a la ciencia teológica, era sin duda porque sería entonces general el convencimiento de que procedía de otra parte. La tradición además atestiguaba el principio y conservaba las escasas verdades que se habían salvado como sobrenadando. El racionalismo por su parte atestiguaba tambien su ilegitimidad, porque cuanto mas se esforzaba en colocarse en el lugar de la tradición, y cuanto mas oscurecía y descomponía la verdad, mas hacia pulular el error y la mentira. El argumento que él mismo ministraba contra sí y en favor de la verdad, era incontestable. Si los conocimientos teológicos se hubiesen deducido de las propias investigaciones de los hombres, los filósofos posteriores hubieran perfeccionado los descubrimientos de sus predecesores, y los hombres que han vivido muchos siglos despues de Pitágoras y de Tales hubieran podido estar mas instruidos que estos filósofos en las ciencias sagradas. Pero ha sucedido todo lo contrario. Los antiguos sabios tuvieron ideas mas puras de la Divinidad que los que les sucedieron, y el género humano se hizo despues mas supersticioso; prueba infalible de que la enseñanza de las primeras verdades no podía venir del hombre, sino de Dios.

Los antiguos se burlaban de los que pensasen de otro modo atribuyendo a la sabiduría y verdad religiosa una data humana; y los filósofos racionalistas modernos, es decir, los partidarios declarados de la razón contra la revelación, que tanto se han reído de nuestra fé, que se han vendido por los doctores del género humano privado de la razón hasta que ellos han parecido, y que se han dado a sí mismos el bautismo de la vanidad llamando a su siglo *el siglo de las luces*, hubieran sido en la antigüedad un objeto de burla y de desprecio por parte de los verdaderos filósofos, que soltaban á veces estos rasgos de buen sentido contra los sofistas sus

antepasados:—“Es muy fácil comprender que no es ella la sabiduría, decía Hortensius hablando de esta filosofía, porque conocemos su origen y la época de su nacimiento. ¿Cuándo ha empezado a haber filósofos? Me parece que Tales es el primero, y esta fecha es muy reciente. ¿Dónde estaba, pues, la verdad antes que él existiese?”—“No hay mas que mil años que se conocen los elementos de la filosofía, decía igualmente Séneca; por consiguiente, ¿habrá estado el género humano durante una serie de siglos privado de razón?”—Necedad de que se mofaba tambien Perso:—“Desde que con la pimienta y los dátiles se ha introducido la sabiduría en Roma...” “como si la sabiduría (añade Lactancio, de quien tomamos esta cita), que debe de haber existido necesariamente antes que el hombre, hubiese sido traida con las especias [1].”

Este juicioso raciocinio es en efecto aterrador para el racionalismo. Si la verdad religiosa, la sabiduría propiamente tal, es realmente indispensable al hombre, ha debido ser enseñada desde el principio, y su conservación ha de haber estado confiada a un medio natural y accesible a todos, la tradición. ¿No es pues un solemne despropósito hacer depender el descubrimiento y la posesión de una verdad, que podríamos llamar el sol de las almas, no de la sencillez del corazón, sino de las elucubraciones del espíritu, y empeñarse en hacer creer al género humano que esta misma verdad ha salido de la pluma de algun sofista, y que se deben leer sus escritos para encontrarla?—“Me sublevo contra semejante presunción, dice Laromiguiere, y la denuncio al respeto que debe un individuo a las naciones. Osar envanecerse de haber al fin descubierto la única prueba de la existencia de Dios, el solo camino que a él nos conduce, es en cierto modo acusar de ateísmo a todo el género humano. El hombre sencillo que, viendo que la tierra le devuelve en espigas el grano que había sembrado, levanta las manos al cielo y bendice a la Providencia, tiene mas pruebas de la existencia de Dios que esos orgullosos filósofos [2].”

Este fogoso rasgo de Laromiguiere, tanto mas notable en sus escritos por la claridad y sangre fría que ordinariamente les distingue, lo trazó al pensar en Descartes: “Permítasenos, dice, una reflexión que de ningún modo aplico a Descartes. Olvidémonos por un momento de este grande hombre, de quien no se debe hablar sino con mucho respeto.”—El autor se dirige tan solo á sus pretendidos imitadores; y en verdad que no sabe uno cómo hacerlo para clamar con todas sus fuerzas contra esa pretensión de nuestros días de presentar la filosofía aten como una continuación de la de Descartes, haciéndole participar de todas las estravagancias de una razón pronunciada contra la fé, envolviendo así al padre de la filosofía moderna, al jefe de la revelación del talento humano, en la emancipación de todo yugo de autoridad.

[1] Lactant., *Divin. Inst.* lib. 2, cap. 18.

[2] St. Agustín, *Soliloquios*, lib. 2, cap. 1.

Nada es mas falso que semejante imputacion. Hasta ahora no se habian descubierto errores en Descartes. Su famosa duda metódica y todo el partido que de ella sacó contra los incrédulos es una arma proporcionada por el mismo S. Agustín, y de la cual no se sirvió sino con igual espíritu de religion y de fé que el célebre obispo de Ipona [1]. Seria un atentado sacrilego hacer pasar á Descartes por padre de una filosofía cuyo triple propósito es destruir la religion, la fé y la sociedad.

Semejante filosofía, lejos de acreditarse por medio de tal patronazgo, el mismo patrono la confunde: y si no fuese así, el nombre de Descartes pereceria con ella antes que poderla salvar.

Efectivamente, ¡qué espectáculo ha ofrecido al mundo esa pretendida *revolucion cartesiana*! ¿Cuáles son los frutos que nos ha traído? Dejemos hablar á ese mismo apologeta é historiador:

“Hemos ido siguiendo desde su origen hasta el fin ese movimiento filosófico que tiene á Descartes por jefe. Nuestra mision de historiador está cumplida; nada nos queda que decir: sin embargo, la mision mas difícil de llenar queda intacta.—Nos ha sido imposible volver atrás armados de la crítica, sin experimentar desde luego cierta especie de desaliento, de escepticismo, al observar que el camino que habíamos andado está todo cubierto de ruinas:—todos los sistemas que hemos sucesivamente estudiado han pasado ya en la ciencia; han sido reemplazados por otros sistemas, y ya no juegan ningun papel en la escena filosófica del siglo XIX. ¿Es tal vez porque hayan perecido enteramente? ¿Nada queda ya de todas las opiniones de los mas grandes ingenios, con que se honra la filosofía, mas que polvo y viento? Esa gran revolucion filosófica ¿no ha enriquecido al mundo con alguna nueva verdad [2]?”

El mismo autor contesta á estas preguntas *esclécticamente*, y sobre todo retóricamente: “La humanidad, dice, atraída en diferentes direcciones por medio de fuerzas y de opiniones diversas, va marchando majestuosamente siempre hacia adelante.”—Estas palabras recuerdan involuntariamente aquel ingenioso dicho de Lutero: *La humanidad se parece á un rústico borracho; si lo levanta por la derecha, se caerá en seguida por la izquierda.*

Véase, pues, el progreso, el siempre hacia adelante de los esfuerzos y variaciones que el racionalismo imprime en el espíritu humano, desviándole de la tradicion: *desaliento, escepticismo, ruinas.*—“Los extremos de nuestras investigaciones, dice Montaigne con su acostumbrada exactitud, vienen á parar en un desvanecimiento. Los mas groseros y los mas pueriles desvaríos tienen siempre origen en las cabezas de los que quieren tratar las cosas en un terreno muy elevado y adelantado, hundiéndose desde allí en el abismo de su curiosidad y presuncion [3].”

[1] *Lecciones de filosofía*, por Laromiguière, t. II.

[2] *Historia y Crítica de la revolucion cartesiana*, por F. Boeffer.

[3] *Essais de Montaigne*, lib. 2, cap. 12.

Las mas sublimes inteligencias se han distinguido constantemente proclamando esta debilidad de la razon humana y la necesidad de una ayuda divina que le facilite la senda de las verdades teológicas. En los escritos de los sabios de la antigüedad los vemos huir á cada instante de su propia razon como de un abismo, y refugiarse á la tradicion, y por la tradicion á la revelacion primitiva. Solo aquí quedan sin cuidado, y se les oye entonces hablar un lenguaje elevado y enérgico, como el que hemos citado hace poco de Ciceron; lenguaje que contrasta de una manera pasmosa con la tartamudez de su razon, cuando pretende aventurarse sola á la peligrosa investigacion de la verdad.

En este punto podríamos medir hasta con exactitud la fuerza de la inteligencia por el grado de su sumision: por esto hemos visto, que los dos genios tal vez mas poderosos de los tiempos modernos, Montaigne y Pascal, no han hecho servir el poder de su razon sino para llevar el yugo de la fé [1].

Algunos modernos racionalistas se han visto obligados al fin de todo á convenir en ello y acogerse á la revelacion, estenuados y llenos de vergüenza por el mal uso que habian hecho de su propia razon para suplantarla.—“Nuestra razon, dice Bayle, no sirve sino para embrollarlo todo y hacer dudar de todo: apenas ha acabado de levantar un edificio, nos enseña los medios de destruirlo. Es una verdadera Penélope, que de noche deshace la tela que habia tejido durante el dia. De modo que el mejor uso que podemos hacer de la filosofía, es llegar á conocer que es un camino propio para extraviarnos, y que en esta vida tenemos precision de buscarnos otro guia, que es la LUX REVELADA [2].”

Menester es, pues, volver á ella, cuando todo nos obliga:—la generacion de la verdad en la sociedad del género humano,—el origen del lenguaje,—la naturaleza particular de la verdad religiosa,—el modo de conservacion de esta verdad por la tradicion en los tiempos antiguos,—la importancia natural de la razon humana privada de este auxilio,—el desaliento y las declaraciones de sus mismos partidarios.—La única salida del laberinto la hemos señalado ya: es necesario que en el seno de la humanidad haya habido primitivamente una REVELACION.

Pero ¿cuál ha sido la suerte de esta primera revelacion? ¿No ha intervenido segunda vez el cielo para influir en los destinos de la verdad entre los hombres? Hé aquí el segundo problema filosófico é histórico que debemos resolver, y que debe excitar vivamente nuestra curiosidad.

[1] El escepticismo proverbial de Montaigne es generalmente muy mal comprendido. Su *¿qué sé yo?* no es el carácter absoluto que se le atribuye. Muy al contrario; es una arma que emplea siempre contra la razon para hacerla desconfiar y llevarla á arrojarla en brazos de la fé, cuyo imperio proclama en todas partes. Véase su libro *Apologie de Raymond de Sebonde*.

[2] *Diccion. crítico*, artículo *Montaigne*, nota D.

CAPÍTULO VI.

NECESIDAD DE UNA SEGUNDA REVELACION.

Si el racionalismo hubiese empezado con el género humano, es probable que la verdad no hubiera lucido ni un solo día sobre la tierra. Esta divina planta hubiera sido ahogada en su germen, y la idolatría con todos sus desbarros hubiera empastado la misma aurora de la creación. Pero por mucho tiempo no conoció el género humano otra doctrina que la de la tradición, por cuyo medio vivió en la sencillez de la fé y de la obediencia á un solo Dios, criador del universo y remunerador en otra vida del bien y del mal que en esta se hace. Posteriormente, cuando los hombres abandonaron ya la doctrina de sus padres, y se *anegaron en el interior de sí mismos* por las investigaciones que quisieron emprender, los dogmas primitivos que el Señor les había comunicado se desfiguraron, los densos vapores de la duda y del sensualismo se apoderaron de los espíritus y crearon en ellos todas las supersticiones, las utopías y extravagancias de la idolatría y de la filosofía sofística. Poco á poco la verdad se alteró, se nubló, se veló, y se insinuó el error acreditándose y estendiéndose luego por todas partes. Entre los dos principios tuvo lugar entonces una lucha prolongada: los hombres sabios y juiciosos, armados con el escudo de la tradición, rechazaban el error del mismo modo que la Iglesia católica confunde á la herejía, acusándole de *novidad*; pero no podían hacerlo con igual seguridad, y sobre todo, con igual duración; porque la verdad y la tradición no se hallaban entre ellos, como en la Iglesia católica, garantidas por una autoridad depositaria y dispensadora, única en el mundo, universal y perpétua como la misma verdad, y por una no interrumpida sucesión de ministros dedicados exclusivamente á su guarda y á su culto; sino que entre ellos se hallaba la verdad esparcida, sin defensa, sin unidad, sin autoridad visible, entregada á los recuerdos de los pueblos y sostenida por los testimonios cada vez mas vagos y corrompidos del género humano.—Al principio fué fácil justificar su antigüedad; pero poco á poco el error se fué haciendo antiguo tambien, y muy pronto empezó á combatir con la verdad en el terreno flotante é indeciso de la tradición. Atribuíase á sí mismo, como hemos visto ya, una antigüedad facticia puesto que le faltaba la antigüedad real; y al fin, no encontrando en su marcha ningún acusador que hiciese siempre patentes sus fraudulentas tentativas, logró echar tan completamente á su rival y adquirir tal prescripción, que cuando la verdad pudo mas tarde volver á aparecer en el mundo, fué á su vez acusada de *novidad*, y Sócrates profesando la unidad del Ser supremo fué condenado á beber la cicuta por haber querido *introducir nuevos dioses*.

La verdad se refugió entonces bajo el amparo de algunos sabios, que solo la defendieron de una manera indecisa y problemática, y la *describieron enajenada en injusticia*, como tan elocuentemente se lo echó después en cara el apóstol S. Pablo. To-

mábanla y la abandonaban, adulterándola con sus propios desvarios, y sobre todo contradiciéndola en sus acciones, arrastrados en su aislamiento por el desconcierto universal; y cuando aparecieron esos nubados de sofistas que pululaban en Atenas y en Roma, viviendo del oficio de defenderlo todo; cuando en aquella época quedó el mundo cubierto con las sombras de la noche, el espíritu humano se movió de la verdad como de una prostituta, y el título de filósofo se hizo sinónimo de parásito y de histrion.—La corrupción marchó á la par de las pretensiones filosóficas: donde abundaban los sofistas, abundaban asimismo las supersticiones y la inmoralidad en las costumbres, porque está ya muy probado que nada devía tanto al corazón del yugo del deber como las incertidumbres del espíritu, y que nada engendra tantas incertidumbres en el espíritu como el abuso de su independencia.

Por otra parte, la filosofía antigua tenía, además de su indecisión, su carencia de unidad, y sus torbellinos de sistemas que se excluían mutuamente, el grave defecto de ser demasiado abstracta y totalmente inaccesible al común de los hombres. La religión natural, mas puramente concebida y tal como ya la hemos espuesto, hubiera tenido en sí misma el inconveniente de ser incomprendible para los espíritus entregados á los negocios de la vida presente y separados de su primitiva sencillez. Para que las verdades del órden sobrenatural encuentren acogida en una sociedad, circulen y se arraiguen en ella, y lleguen sin alteración á encarnarse en las criaturas que deben dirigir, es preciso que se introduzcan en esa sociedad enteramente formuladas, revestidas de un cuerpo, de un símbolo sensible, marcadas con el sello de una autoridad por todos reconocida, en una palabra, dogmatizadas. Los mismos hombres mas ejercitados en las prácticas de la filosofía, y que viven en sus dulces abstracciones, tienen tambien necesidad de crearse ciertas fórmulas, planes de creencia y de conducta, para poner coto á la perpétua inconstancia de su espíritu y encontrar armas á propósito para hacer frente á los continuos é imprevistos peligros á que nos expone la debilidad de nuestra naturaleza.—Si la filosofía antigua hubiese conocido desde el principio sus intereses, hubiera podido en lo sucesivo aliarse con el culto público, prestarle sus inspiraciones, adornarle con sus formas y por este medio dirigir la sociedad; pero cabalmente en los pueblos antiguos nada fué nunca tan antipático como la filosofía y la religión. La filosofía hacia á la religión una guerra sorda y constante, se burlaba de ella, la escarnecía; y á su vez la religión enviaba la cicuta á la filosofía y la acusaba de negar á los dioses. Con frecuencia tenía la filosofía la debilidad de desacreditarse sacrificando públicamente á las groseras supersticiones que hubiera debido desarraigar, y de aquí se seguía que en lugar de ennoblecir el culto y la moral atrayéndolos á sí, sellaba su alianza con este culto, humillándose hasta practicar sus mas enormes vicios. Semejantes contradicciones tan inherentes á la naturaleza de las cosas produjeron su natural resultado: ni la filosofía ni la religión pu-

dieron hacer nada en favor de la sociedad, y solo se concordaron para destruirla; la religion sin principio, y la filosofía sin consecuencia, empobreciéndose mutuamente por su aislamiento y su repulsion, la una terminó necesariamente en la supersticion, la otra en el ateismo, y ambas en el mas desenfrenado sensualismo; el ateismo dejó á las pasiones suelta la rienda, y la supersticion las aguijoneó, de modo que precipitado el género humano por la pendiente del mal, vió aumentarse la rapidez en su descenso con toda la fuerza de los medios destinados á sostenerle y levantarle [1].

El mundo pagano nos presenta constantemente un cuadro de corrupcion y de descomposicion siempre crecientes, que desconsuela; pero el espectáculo que nos ofrece Roma en los últimos tiempos del imperio es superior á todos los coloridos.

En tanto que algunos talentos especulativos, como un Ciceron y un Séneca, por una especie de atrevimiento y de emancipacion filosófica se elevaban hasta oír creer algunas veces en un primer sér inmaterial,—para el pueblo, para la sociedad, para el mundo, Dios, el principio, el origen de la moral, del orden, de la sociabilidad, era realmente tal como lo habian llamado en el frontispicio de aquel templo de Aténas: IGNORUS.—El culto idólatra, la deificación de las pasiones humanas ó de los instintos brutales, atraian todas las miradas, ocupaban todas las imaginaciones; llenaban todos los corazones y constituian toda la esencia de la vida humana desde la cuna hasta el sepulcro.—Las fabulas mitológicas, cuya parte mas pura solo sirve para engalanar las composiciones de la poesía, eran entonces realidades efectivas que se hacian adorar en infinitos templos, en los cuales se respiraba su influencia y se autorizaban solemnemente todas las perversidades del humano corazón.

Es incontestable, y esto solo fué una enorme desgracia, que este culto ocupaba el lugar del culto de la moral y de la ley natural, interceptando así á la sociedad las luces de la ciencia y las advertencias del sentido moral. Jamas entraron en este culto, como elementos necesarios en el divino servicio, ni las justas nociones acerca de la naturaleza de Dios, ni la obediencia á la ley moral, ni la pureza del corazón, ni la santidad de la vida, ni el arrepentimiento de las faltas pasadas, ni la enmienda en la conducta futura.—“Nunca se habla de nada que pueda conducir á formar las costumbres y arreglar la vida, decía Lactancio; nunca se busca la verdad; toda la atencion está ocupada en las ceremonias de un culto en que el alma no toma ninguna parte, y que atañen tan solo al cuerpo [2].”—Así, lejos de prestar ningun apoyo á la virtud,

la religion de los paganos ninguna consecucion tenia con nada que fuese virtuoso: diríamos mas: en sí misma entrañaba un gran fondo de depravacion, porque dejaba el corazón abierto á la seduccion de las pasiones y la conciencia desmantelada contra sus violentos ataques.

Peru esta religion hacia mas aún: estimulaba y avivaba el arrebató de las pasiones por el sentimiento de la Divinidad, que debe ser siempre su freno. El orgullo y la voluptuosidad eran incensadas y preconizadas bajo sus crueles y degradantes formas. Creáronse una multitud de divinidades con los mas odiosos caracteres, atribuyéndoles la infamia de crímenes atroces; y el mundo adoró la personificación viva de la borrachera, del incesto, del rapto, del adulterio, de la bellaquería, de la crueldad y del furor, que prestaban al corazón del hombre argumentos prácticos en favor de sus inclinaciones.—“Júpiter sedujo á una jóven cambiándose en lluvia de oro, y yo, mezquino mortal, ¿no podré hacer otro tanto [1].”—Ovidio, cuya autoridad, como dice M. de Chateaubriand, no será sospechosa, no queria que las solteras fuesen á los templos, para que no viesen las muchas madres que habia hecho Júpiter [2].—Los saltadores y los asesinos tenían tambien sus patronos en el cielo.—“Bella Laberna, concédeme el arte de engañar á los demas, y que me crean justo y santo [3].”

El culto correspondia necesariamente al carácter de tales dioses: consistia en los mas viles y detestables ritos. La fornicacion y la borrachera hacian parte del culto de Venus y de Baco. Representábanse en los templos y en los juegos consagrados á estas divinidades los misterios de Adónis, de Cibeles, de Priapo y de Flora. Venase á la luz del sol lo que ahora se oculta en las mas profundas tinieblas, y que el honor y el decoro de la lengua no me permite nombrar [4].—En Babilonia las mujeres se prostituian públicamente en el templo de Venus [5].—En Armonia las familias mas distinguidas consagraban á esta diosa sus hijas vírgenes todavia [6]. Las mujeres de Biblos, que no querian consentir en cortarse el cabello en el duelo de Adónis, estaban obligadas, para espisar esta impiedad, á entregarse por un dia entero á los extranjeros. Refiere Estrabon que el templo de Venus en Corinto era extraordinariamente rico; que poseia mas de mil mujeres públicas entre esclavas y sacerdotisas, regalos hechos á la diosa por personas de ambos sexos.—“Esto era, añade, lo que atraía á Corinto tantos forasteros, y que la hacia opulenta [7].”

No debemos admirarnos de esto: era una consecuencia lógica de la pérdida de las divinas verdades.

[1] Cuando acababa de dictar estas consideraciones sobre la filosofía y la religion entre los antiguos, encontré con inespionable placer el juicio que de ellas habia formado un antiguo filósofo cristiano, que por la conformidad con lo que llevo escrito, lo copio á continuacion.—*Philosophia et religio Deorum disjuncta sunt,—tamque discreta,—siquidem alii sunt professores sapientiarum, per quos utique ad Deos non aditur; alii religionis instituta, per quos sapere non dicitur;—appareat nec illam esse veram sapientiam, nec hanc veram religionem.* Lactant., *Instit. Divin.*, lib. 4, cap. 3.

[2] Lactant., *Instit. Divin.*, lib. 4, cap. 3.

[1] *Ego homuncio hoc non facim! Ter. Eun.* act. 3.

[2] *Quam multas matres fecit ille Deus! Trist.*, lib. 2.

[3] *Paichra Laberna, De mihi fallere, da justum sanctumque videri. Horat.*, *Epis.* 14, lib. 1.

[4] *Exstantur etiam vestibus populo flagitante meretrices quas tunc minorum funguntur officio, et in conspectu populi usque ad sordiditatem impudicorum hominum cum pudendis modibus detinentur.* Lactant., *De falsis Relig.*, lib. 2.

[5] Herodoto, lib. 1.

[6] Luciano, *De Assyria init.*

[7] *Jupitin. Athen. Strab.* etc.

Hallándose borrada de la superficie de la tierra la primera de todas, la noción del culto de un Dios único espiritual y santo, el hombre se acostumbró á creer divino todo lo que era fuerte y poderoso; y como se sentía inclinado al vicio y arrastrado hacia él por una fuerza invencible, creyó fácilmente que esta fuerza le venía de afuera y la divinizó. Por esto tuvo tantos altares al amor impúdico, y se mezclaron con el culto todas esas impurezas que nos causan horror y que acabaron por constituirle exclusivamente. Cada uno hacia un Dios de la violencia de su pasión, como dice el poeta: *Sua cuique Deus fit áura Cupido*.

Calcúlense cuales serian las costumbres, bajo la influencia de un culto que, á diferencia del culto espiritual y moral que nosotros tenemos, se impregnaba por todas partes, en la vida pública, en la vida privada, en la vida individual; porque en todas partes estaba de acuerdo con las pasiones que le facilitaban todos los accesos, y el cielo y la tierra, los hombres y los dioses se daban la mano para acreditarle y propagarle.

Los goces de la sensualidad y todas las torpezas y barbaries que le sirven como de cortejo eran llevados al mas alto punto. Habia en el embrutecimiento de los espíritus y en la depravacion de los corazones algo de vasto y monstruoso que no podemos definir. Esta energia de la inteligencia y de la voluntad, que bajo la influencia del espiritualismo cristiano se ha revelado en los tiempos modernos por tantas instituciones morales y religiosas, tantos descubrimientos científicos, tantas obras maestras en las artes, y tan portentosos trabajos en la industria, se hallaba entonces abismada en los sentidos y solo se la empleaba para saciarlos. La organizacion sensual del hombre habia adquirido tan vasta capacidad como la de la inteligencia, porque la inteligencia se habia enteramente trasladado á los sentidos, y de aquí surgieron aquellas proporciones tan colosales en los gustos, las fiestas y los placeres de los antiguos comparados con los nuestros, que nos les hacen aparecer como una raza de gigantes acabada ya en la tierra si les consideramos por el punto de vista sensual, y como una raza de pigmeos si los medimos por esta fuerza de ideas y esta elevacion metafísica y moral á que nosotros hemos llegado, y que haria de un niño de nuestros dias el catequista de todos los filósofos de la antigüedad.

Mas de las dos terreras partes de los habitantes del país mas civilizado estaban sumidas en la esclavitud y empleadas unicamente en fomentar las sensualidades de la otra tercera parte. Esto solo dá una idea espantosa de la abyeccion del hombre, de la fuerza del egoismo y de la enorme corrupcion que debia producir. ¡Cuántas inauditas crueldades se cometerian á la faz del dia, en una sociedad en que todo lo autorizaban el uso, las costumbres, la ley y los dogmas de la religion! Los señores tenían sobre sus esclavos poder absoluto, y podian á su antojo morderlos á palos ó condenarlos á la muerte mas dolorosa.—Un edicto del emperador Claudio prohibe matar á un esclavo por solo ser viejo y

enfermo.—En este caso habia tambien la costumbre de deshacerse de aquellos desgraciados, dejándolos abandonados en una isla del Tiber, y el citado edicto concede la libertad á los que recobrasen la salud, despues de haber sido de este modo espuestos. Semejantes transacciones de las leyes con la inhumanidad de las costumbres, nos revelan toda la depravacion de aquellos pueblos.—Una ley de Constantino (su constitucion de 312), que todos los historiadores están conformes en mirar como característica de la introduccion del espíritu cristiano en la legislacion (1), reprime los excesos de los señores para con sus esclavos, y nos manifiesta lo que aquellos habian sido hasta entonces.

“Use el amo, dice el emperador, de su derecho “con moderacion, y sea condenado como homicida “el que mate voluntariamente á su esclavo con “azotes ó piedras, el que le haga una herida mortal “con dardo, el que le ahorque con lazo ó lo envenene, el que le despedace el cuerpo con garfios de “hierro ó que lo entregue á las fieras, el que le “mande surcar las carnes con carbones encendidos, “&c., &c.” La pluma se cansa de enumerar tantos horrores.

Los que debieran ilustrar á su siglo acerca de estas aberraciones, las veian y las cometian tambien ellos mismos con una ingenuidad y una sangre fria que espanta.—*Nuestros esclavos son enemigos nuestros*, decia Caton: palabras crueles, añade M. Troplong, que servian de escusa á todo cuanto la tiranía doméstica podia inventar de mas odioso. La máxima constante de aquel célebre romano, *dechado de virtud*, era vender sus esclavos ya ancianos por un precio cualquiera, antes que sufrirlos cuando no eran mas que una especie de carga inútil; y permitir á sus esclavos varones tener comercio con las esclavas mediante cierta cantidad de dinero que aquellos le pagaban por este privilegio (2).—Pollio, el amigo de Augusto, criaba lampreas de extraordinaria magnitud, á las cuales alimentaba con la carne de sus esclavos.—El senador Q. Flamio mandó dar muerte á uno de sus esclavos sin mas motivo que proporcionar un espectáculo nuevo á cierto amigo suyo que no habia visto nunca matar á un hombre.—Si un padre de familias era asesinado en su casa y no se podia descubrir el asesino, todos sus esclavos eran condenados á la pena capital. Un patricio de Roma, que poseia cuatrocientos esclavos, murió á manos de uno de ellos, y todos cuatrocientos fueron en seguida pasados á cuchillo. En los funerales de los poderosos se degollaban frecuentemente muchos esclavos, como víctimas agradables á sus manes.—En fin, si no tuviésemos ninguna prueba del bárbaro tratamiento que se daba á los esclavos, bastaria observar la circunstancia de que, en los apacibles climas de Italia y de Grecia, aquellos rebaños de hombres, lejos de multiplicarse, no podian conservarse sino en fuerza

(1) Véase el análisis del hermoso trabajo de Mr. Troplong: *Influencia del Cristianismo sobre el derecho privado de los romanos*. Monitor del 11 de Mayo de 1842.

(2) Plutarco, *Vida de Caton*.

de las numerosas levas que se importaban de las provincias lejanas.

Y lo mas notable es, que todas estas cosas que tanto trabajo nos cuesta creer ahora, no solamente no se consideraban entonces como excesos ni como abusos, sino como el legítimo ejercicio del mismo derecho natural. Semejantes escenas pasaban todos los dias á la faz del público, sin excitar la mas leve censura, la mas sencilla protesta de parte de esa caterva de escritores y de sofistas que empleaban toda su vida en declamar y disertar sobre las costumbres. Nada queremos decir de la legislación, que habia sido la primera en sellar la frente de los esclavos con esta afrentosa inscripcion:—*Non tam viles quam nulli sunt*.

Si reflexionamos sobre el origen de tan monstruosa depravacion en las mútuas relaciones de los hombres, le descubriremos fácilmente en la depravacion de sus relaciones con la Divinidad, y nos convenceremos de que existe una íntima conexión entre el dogma de la unidad de Dios y el de la fraternidad humana. La unidad de Dios forma todos los vínculos del mundo, y cuando esta unidad de Dios se anima y vivifica por el sentimiento de su amable paternidad, inspirándonos, no un temor servil, sino un puro y desinteresado amor, bajo la influencia de tales ideas el género humano llega pronto á convertirse en una familia de hermanos, en la que los mas pobres y desvalidos son los que tienen mas valor. Por esto en el cristianismo, sublime realizacion de esta doctrina, el sentimiento de ese amor, ya tenga por objeto á Dios ó á los hombres, se llama igualmente *caridad*, como un rio que conserva siempre el nombre de su manantial por todas partes donde corren sus aguas.—De aquí se sigue que la ruina del dogma de la unidad de Dios debió importar necesariamente la decadencia del dogma de la fraternidad humana, y que no despertando la vista de la Divinidad mas ideas que la de la pura fuerza, desapareció del universo el soberano tipo de la bondad, y le substituyó el infecundo egoísmo. Así notamos que la horrible y asquerosa llega de la esclavitud se agrandaba y extendía á medida que el politeísmo se iba filtrando é inveterando en el corazon de las naciones. Remontándonos hasta los tiempos antiguos, observamos al contrario, que á medida que nos vamos acercando mas al reinado de la religion natural, la esclavitud se va suavizando, pierde su carácter, y al fin desaparece casi enteramente. En tiempo de Homero es ya bastante limitada, pues refiere el poeta que solo quedaban esclavos los cautivos hechos en el campo de batalla. Apenas se empleaban otras calificaciones que las de *cautivos* y *cautivos*, y poco despues los nombres y el destino que ellos suponen desaparecian en el seno de la vida doméstica. En la morada de Alcino, de Ulises y de Laercio estos cautivos de los dos secos eran *servidores* y *compañeros*, que se mezclaban con familiaridad en los negocios y hasta en los juegos de sus señores, *adictos á su persona*, dice Homero, *mas bien por inclinacion que por necesidad* [1]. El conductor de cerdos, el buen Eu-

meo, es llamado en la *Odisea* el mismo *porquero* [1].

—Finalmente, entre los judíos que reconocieron siempre el dogma de la unidad de Dios, la esclavitud no pudo echar raíces nunca, pues los que caian en ella degeneraban forzosamente en criados temporales que quedaban libres cada siete años.—“Si tu hermano obligado de la pobreza se vendiere á tí, no le oprimirás con servidumbre de esclavos; sino que le tendrás como un jornalero y como un colono: trabajará en tu casa hasta el año del jubileo, y despues saldrá con sus hijos, y volverá á la parentela y á la posesion de sus padres; porque siervos míos son, y yo los saqué de la tierra de Egipto [2].” Palabras afectuosas, que manifiestan la perfecta correlacion que existe entre los dogmas de la unidad de Dios y de la fraternidad humana. Pero el dogma de la fraternidad humana es la sociabilidad, el vínculo de existencia de las naciones y de todo el género humano, de modo que ensanchando la sima del politeísmo, todo el mundo caia y se perdía en ella [3].

Volvamos todavía la vista á ese mundo pagano, y procuremos sondear toda la profundidad de la llega que roía á la humanidad, si queremos conocer bien el prodigio del divino remedio que la ha curado.

Los espectáculos de los gladiadores eran una costumbre horrible, procedente de la misma causa que acabamos de indicar, y que es la prueba mas auténtica del espíritu de crueldad reflejada entre todos los pueblos mas civilizados del politeísmo. Estos gladiadores eran una clase de hombres compuesta de cautivos, esclavos, malhechores sentenciados al último suplicio, que se les alimentaba y conservaba con aquel destino, y se les hacia salir á millares en esos inmensos anfiteatros donde debían despedazarse mutuamente para divertir á los ciudadanos de todos secos y condiciones. En el transcurso de un mes estos espectáculos devoraron á veces veinte ó treinta mil hombres. Roma en masa, todo el universo pagano corría á presenciar aquellas carnicerías, donde no solo no tenían lugar la piedad, pero ni siquiera se notaba rastro de instinto piadoso. Cuando los que iban á morir pedían gracia, ¡las mas jóvenes damas romanas debían rehusársela, haciendo un jesto que era la señal de su muerte [4]! Y

[1] *Id. Id.*, cant., 14.

[2] *Levítico*, cap. 25, vers. 39 y siguientes. Traducción del P. Baio.

[3] Conviene decir, sin embargo, que esta suaridad de la legislación judaica no existía mas que para los esclavos judíos, y no para los extranjeros. Estaba reservado al cristianismo, por la gracia de aquel que se hizo esclavo por el género humano, formar *servi accipiant*, generalizar la manumisión del hombre y la paternidad de Dios, e inspirar á su grande apóstol aquella sublime epístola rebosante de caridad fraterna, en la que pidiendo á un amo gracia para su esclavo fugitivo, le dirije estas palabras, tan incomprensibles entonces, y que se han hecho tan naturales entre nosotros bajo la acción incansable de la caridad: “Te lo vuelvo á enviar, suplicándote que lo recibas como á mí; entrabas..... no ya como siervo, mas en vez de siervo, como hermano muy amado. Si algún dabo te hizo ó te debe algo, apúntalo á mi cuenta.... Yo soy Pablo, que te escribo de mi puño, yo lo pagaré. Aunque tenga yo mucha libertad en Jesucristo para mandarte lo que te conviene, prefiero suplicarte por caridad, aunque soy Pablo, anciano ya, y además en la actualidad prisionero por Jesucristo.”—*Epístola á Filemon*.

[4] *Pallium ver tebant*.—*Juvenal*, sat. 2.

[1] Homero, *Odisea*, cant. 24.

no se crea que estos abominables pasatiempos fueran invención de dos ó tres monstruos que, como Neron y Calígula, deshonraron la corona imperial; los príncipes mas amables, aquellos que fueron llamados *las delicias del género humano*, se entregaban á ellos con igual placer, y la sociedad entera ahullaba para que se le abriesen aquellos mataderos con la misma ansia con que hubiera buscado el pan de cada día tan necesario á su subsistencia [1]. No escasejamos: el historiador Dion nos refiere que Trajano, á la vuelta de su triunfo sobre los dacios, dió espectáculos de gladiadores que duraron *cientos veinte y tres días*, en los cuales se despedazaron *diez mil gladiadores y once mil fieras*. Hay cosas que hielan el alma y paralizan el juicio bajo la acción del pasmo y la indignación: Plinio el jóven, en el panegírico que hizo de Trajano á la sazón, no pronunció una sola palabra de piedad ó de moderación contra aquellos horribles juegos; ni siquiera recurrió á alguna de esas precauciones oratorias que la mas baja lisonja sabe encontrar á veces para evitar la sangre: pero ¡qué digo! aquellos mismos juegos proporcionaron al orador frases cadenciosas y flores de lenguaje para glorificar á su señor y ensalzar su justicia y humanidad; mas ¿sabéis por qué? por no haber tomado de entre los espectadores nuevos despojos que echar á la arena y aumentar así el número de las víctimas.—“Después de haber provisto de este modo á las necesidades de los ciudadanos y de los aliados, no has olvidado tampoco “sus placeres. Nos has proporcionado un espectáculo, no de aquellos que pueden debilitarnos ó “afeminarnos, sino de los que son tan propios para “inflamar nuestro valor, familiarizarnos con la vista de nobles heridas ó inspirarnos el desprecio de “la muerte. Nos has mostrado el amor de la gloria y el ardor de vencer hasta en el alma de los “malvados y de los esclavos. ¡Con qué magnificencia, con qué justicia has brillado en esta ocasión! Siempre imparcial, siempre señor de tus “pasiones, has otorgado lo que se apetecía, has ofrecido lo que nadie se atrevía á pedirte, te has “adaptado al deseo general. Un espectáculo ha seguido á otro, y siempre cuando menos se esperaba. ¿Viste alguna vez mas libertad en los aplausos, mas seguridad para declararse cada uno según su inclinación? ¿Se nos ha imputado á mal, “como en tiempo de otros emperadores, haber tomado aversión por un gladiador? ¿Por ventura “alguno de los espectadores se ha dado á sí mismo “en espectáculo, y ha sido tan desventurado, que ha “ya tenido que espíar placeres funestos por medio de “cruels suplicios [2]?” ¡En qué grado tan profundo de abyección habria caído ya la humanidad, para que un emperador como Trajano se dejase alabar de esta manera por un hombre como Plinio [3]!

[1] *Panem et circenses*.—Juvenal, sat. 10.

[2] Plinio, *Panegírico* 33.—*Exon placeres funestos oprimidos por medio de crueles suplicios*, annuncian un sentido secreto que no quiero profundizar: es un misterio de relajación dentro de otro misterio de crueldad. Nuestra intemperancia no se atreve á penetrar mas; y si á fuerza de curiosidad casualmente llegase al fondo, se oiría que el corazón no quería seguirlo.

[3] M. Villemain, en su *Curso de Literatura*, se indigna con razón, recordando la famosa carta de Plinio á Trajano sobre los

Aquellas feroces costumbres se habían consuetudinalizado de tal modo, que las víctimas se presentaban, por decirlo así, á sus escisiones con una resignación estúpida; ni siquiera se acordaban de si tenían derecho á vivir; la muerte, que quebranta todos los lazos, nada podía contra la cadena de su esclavitud; sus eternas sombras no eran tampoco un refugio para su libertad, y las frentes que ella (la muerte) iba á consagrar, se encorvaban indignamente en la arena para adorar por la última vez al Dico—César: *Ave Caesar*, exclamaban estas víctimas ya sacrificadas al pasar por enfrente del trono imperial, *morituri te salutant* [1].

Las fieras habían adquirido en aquella época una especie de derecho de igualdad y de fraternidad humana. La ley extendía sus cuidados maternales á sus cavernas salvajes del fondo de los desiertos. Estaba prohibido, bajo pena de la vida, matar á ninguna en sus soledades, con el objeto de reservarlas para que devorasen hombres en los juegos del circo.

Infiérase de ahí qué instintos tan bárbaros y crueles debia producir todo esto en las costumbres privadas, y con qué tiranía tratanian á todo lo que era débil, á los niños, á las mujeres, á los esclavos, á los desgraciados y á sí mismos cuando se hallaban engolfados en el seno de la adversidad.—Los recién nacidos, los *sanguinolentos*, como se les llamaba, estaban diariamente expuestos á perecer de hambre ó de frio: los esponian en las aceras de los caminos, y poco despues eran devorados por las manadas de lobos que bajaban todas las noches del Abrucio. Las mujeres eran repudiadas bajo el mas frívolo pretexto, aun antes que hubiesen dado á luz el fruto de sus entrañas: el matrimonio era una especie de prostitucion legal, y se invocaba el adulterio como un alivio del yugo marital. Y ¿qué diríamos de los pobres? ¡Ah! de todas las instituciones del paganismo ni una siquiera habian sido fundada por los misterios de la religion ó por el jefe del estado para socorrer á los enfermos, los inválidos y los desdichados faltos de todo lo necesario. Aquellas palabras de un emperador romano, hablando de los pobres, lo dicen todo: *Novis graves sui*.—Últimamente ejercian la ferocidad consigo mismos por medio del

cristianismo, en la cual informa, que los halla inocentes de cuanto se les acusa, pero que no obstante, cree que se debe seguir haciéndolos ajusticiar.—Trajano le contestó:—HAS DADO UN CONSEJO QUE ES PRECISO ADOPTAR.

[1] El lector que juzgue de lo pasado por las ideas que actualmente tenemos del derecho, de la libertad, de la dignidad humana, y que no viendo en la antigüedad ninguna protesta enérgica contra semejantes abominaciones, se sienta inclinado á creer que es conjeturado lo que se dice, la relación que acabamos de trazar le asombra y le parece fabulosa. Pero aquí está precisamente el cúmulo del mal. Se hallaban de tal manera acostumbrados víctimas y verdugos, que nunca se oye ni un grito, ni un solo recuerdo, que en nombre de la filosofía ó de la historia, clamen contra un desorden, cuya diezmillonésima parte sublevaria en nuestros días á la Europa entera. Todo esto acontece, como si dijéramos, á puerta cerrada; y semejante silencio es espantoso. Estaba reservado á los cristianos ver los primeros en romperlo con sus bellos apologeticos, y aporreados finalmente en otro poder que el del César, se atrevieron á pedir á éste, sin rebeldia, pero tambien un temor, el motivo por que les hacia violencia. En esto no hacian mas que seguir las huellas de su divino Maestro, que recibiendo un bofetón sobre su faz adorable, contestó con toda la calma del Dios y la dignidad del hombre:—SI ME HAS DADO MAL, MUESTRA EL MAL QUE ME HICISTE, SI NO, ¡POR QUE ME MIERDES!

suicidio. En cuanto se presentaban delante del hombre el infortunio ó la desgracia, dirigía aquel los golpes de su mano contra sí mismo, y á esta cobardía moral se le daba el nombre de virtud, sancionada por el ejemplo de los hombres mas venerados en la pública estimación. Hé aquí la puerta por donde se salía noblemente de la vida.

Otro carácter de las costumbres paganas que disputaba el lugar á la humanidad, y en el cual conviene que nos detengamos algo todavía, era la pérdida de todos los instintos de templanza y de pudor.

Bajo este concepto, el carácter de que hablamos, lo mismo que la inhumanidad de las costumbres, se resumía en una enorme violación del derecho natural: la esclavitud y los sangrientos juegos del circo;—su disolución se reflejaba en una grandísima monstruosidad: ese amor que la misma naturaleza condena.

Estos dos desórdenes caracterizan toda la antigüedad, principalmente los últimos siglos, y justifican el mas alto periodo de agonía del género humano.

El amor antífisico, ese crimen inaudito, del cual, gracias á Dios, nuestras costumbres cristianas pueden oír hablar con la santa libertad de la inocencia, se hallaba en cierto modo mas generalizado que el gusto por las mujeres. Gibbon lo echa en cara á los quince primeros emperadores romanos, á excepción de Claudio, que vivía en comercio incestuoso. La mas esquisita delicadeza no se ofendía de él, y la filosofía mas austera se divertía con semejante monstruosidad: la flauta del amable Virgilio, la lira de Tibulo y de Horacio le prestaban sus inspiraciones; hacia los placeres de Caton, y el mismo Ciceron (la sangre se sube á la cabeza al leerlo) en su precioso *Tratado de la naturaleza de los dioses*, ha consignado su voto sobre él, y hasta le ha proporcionado un argumento para su asunto.... Voy á citar este pasaje: es preciso que la antigüedad cae en la persona de uno de sus primeros filósofos la degradación moral á que se había abandonado, y que sufra en presencia de nuestro santo pudor cristiano la vergüenza de una exposición que interesa á la causa de la verdad.... Ciceron, pues, queriendo probar que no debemos representarnos la Divinidad bajo formas humanas, porque por muy hermosas que sean nunca corresponden á la belleza absoluta de los atributos divinos, concluye diciendo:—"Mas todavía, ¿de qué hombre se tomaría la figura, puesto que son tan poco comunes los "hombres hermosos? Cuando yo estuve en Atenas, "apenas se encontraban algunos entre las turbas de "muchachos.... Veo que esto os excita la risa; "sin embargo, es la verdad.... Además, para nosotros que, siguiendo á los antiguos filósofos, "nos deleitamos con los mozos, con frecuencia "los defectos nos parecen atractivos. Un lunar en "el dedo de un niño parecía una gracia extraordinaria á los ojos de Alceo [1]."—¡A qué estinción

de pudor, á qué carencia de todo sentido moral era preciso que se hubiese llegado, para que un hombre tan circunspecto como Ciceron, un pontífice, un padre de la patria, al meditar en la naturaleza de Dios, hubiese creído poder mezclar con sus elevaciones filosóficas tan abyectas revelaciones!

¿Qué sucedería con los demás hombres, principalmente en los tiempos posteriores en que iba siempre creciendo la depravación con todos sus escosos?

Séneca refiere que en su época, después de la comida, los niños eran víctimas de ultrajes infames [1]; y la ley escantinia creía seguramente ser rigurosa escaptuando de la prostitución pública á los muchachos de familias distinguidas. En el diálogo de los amores atribuido á Luciano, pone el autor en escena dos personajes que discuten sobre esta abominación, y entre otros argumentos aducidos en su apoyo se les este: "¿Dices que los leones no "tienen comercio con los leones?... esto es por "que los leones no saben filosofar [2]."—Hé aquí un dardo satírico bien disparado. Hé aquí, en efecto, el arreglo que la filosofía había introducido en el mundo.

Semejante crimen tenía para la sociedad dos resultados disolventes: el desprecio de la mujer y el del niño. Todo el órden de la naturaleza estaba invertido. Los secos destinados á unirse se abandonaban; las edades llamadas á respetarse se marchitaban mutuamente: se llegó hasta el punto de que la ley tuvo que intervenir para reemplazar por medio de la fuerza el atractivo que la naturaleza ha

in articulo pueri delectat Alceon.—*De natura Deor.*, lib. 2.^o
Los amores del poeta Alceo con este niño, que era Lico, han merecido ser cantados por su imitador Horacio en la oda 22 de lib. I.

*Labarum et manus, veneremque, et ille
Semper haerentem puerum canebat,
Et Alcum nigra oculis, nigraque
Crine deorum.*

leyendo atentamente á Ciceron, sobre cuya memoria no quiero yo hacer pasar imputaciones tan afrentosas, aunque fuere en ventaja de mi propósito, he notado que no quiere tomar parte en nombre propio en la discusion dialogada de su *Tratado de la naturaleza de los dioses*. Pone solamente tres interlocutores: Vitelio, filósofo epicúreo; Cotta, filósofo académico, y Balbo, filósofo estoico.—Me hubiera alegrado, hasta por el decoro del mismo Ciceron, que la iniciativa de esta cuestion la hubiese puesto en boca del epicúreo Vitelio, para que hubiese sido un cuadro de costumbres que hubiera correspondido al personaje sin redundar en perjuicio de Ciceron. Pero no, el autor reservó todos los papeles para los dos personajes restantes, y escogió precisamente á aquel que podía representar mejor la persona de Ciceron para que entablase la conversacion; es decir, á Cotta, académico como él, pontífice como él, y casi él mismo cubierto con el velo del pseudónimo. Con todo para ser verdadero hasta el fin en un punto tan delicado, deba decir que la obra acaba por estas palabras:—"Tal fué el término de esta conversacion: "nos retiramos, Vitelio creyendo que Cotta tenía razón, y yo "que las probabilidades estaban de la parte de Balbo." Pero esta conclusion, como observa el editor Victor Leclerc, no procede de la obra, y la refutación de Cotta que le pone fin, no impide juzgar; y ademas parece que Ciceron quiso ceder la ventaja al académico Cotta.—Calculándolo todo, queda bastante empujado el honor de Ciceron, y es seguro que á pesar de sus costumbres paganas hubiera participado de los escrupulos de nuestro juicio.

[1] *Transco puerorum infelicium greges, quos post transacta convivia alius cubili cubili contumelias expectant.*—Séneca, *Epistola* 96.

[2] *Non amant esse leones, nec enim philosophantur...* Luciano, *Amores*.

[1] *Red tamen cujus hominis? quotus enim quisque formosus est? Athenis cum essem, et gregibus epheborum vix singuli reperiebantur. Video quid arriuerit. Sed tamen illa res et habet. Deinde nobis, qui, concedentibus philosophis antiquis, adoles-*

unido á nuestra reproducción; y la sociedad, amenazada de atajarse y disolverse, se vió obligada á dar decretos contra el celibato.

Aquí llegamos á tocar el fondo del abismo del mal: detengámonos un momento á observar este abismo, y verémos salir de él prodigios de ignominia.

Las leyes *Julia de maritandis ordinibus*, et *Papia popae*, publicadas por Augusto contra el celibato, tuvieron por objeto trocar el vicio de que acabamos de hablar en otro vicio no menos pronunciado, pero menos perjudicial al mantenimiento de la sociedad. Humanamente hablando no se podía escijir mas, atendido el estado de putridez á que el mundo pagano habia llegado. Se probó atraer los hombres al matrimonio por medio de la avaricia. Los celibatarios fueron declarados inhábiles para adquirir nada de cuanto se les legare, y aunque semejante medida decidió á muchos á casarse, no se llenaba todavía con esto el designio del legislador: era preciso obligarles á ser padres. Decretóse, pues, que los que siendo casados no tuvieran hijos, no adquirirían mas que la mitad de lo que les legasen, adjudicando lo restante, *caducum*, á los que tuviesen sucesión. Además, ambos esposos podían hacerse regalos mas ó menos considerables, segun que tuviesen hijos ó no; de manera que se celebraban los matrimonios, como dice Plutarco, no para tener herederos, sino herencias, y el fuego de la codicia habia reemplazado al fuego del amor.

Inde facies ardent; veniunt á dote sagitta [1].

Pero estos remedios fueron ineficaces para curar de raíz el mal, y lo mas que se consiguió fué desarrollar á su vez el adulterio. Leed, si no, á Juvenal, á quien se ha acusado de escasjeracion por haber pintado esos originales en sus verdaderos colores, y cuya conciencia parece quiso el cielo preservar siempre virgen para salvar en ella el honor de la humanidad en el general naufragio [2]. “¿Qué piensas tú de mi sacrificio? le hace decir á un amigo adúltero al marido: ¿no te acuerdas ya de tus instancias y promesas? Con frecuencia he contenido á tu mitad; pues de lo contrario hubiera ya roto vuestro himeneo, y hubiera contraído otro.... “¿De qué te quejas, pues, ingrato? Ya eres padre; ya puedes gozar del *jura parentis*.... y todo me lo debes á mí, que te he habilitado para ser instituido heredero, para recoger los legados y los dulces emolumentos de los caducos, et dulce *caducum*. Y si llego á dar tres hijos á tu casa, ¿no calculas las ventajas que esto te reportará además de las que disfrutas ya ahora [3].”

[1] Sátira 6.

[2] “O Marte, protector de nuestra ciudad! esclama en un transporte de santa indignacion, ¡qué funesto genio encendió este fuego criminal en los corazones de los pastores latinos? ¿Quién supió estos detestables ardores en el seno de tus hijos? ¡Dios de la guerra! ¿por qué permaneces indiferente? ¿Por qué no arrojas tu lanza contra esta indigna region, ó no imploras, para castigarla, el rayo de tu padre? Salte, pues, de este campo formidable, que te fué consagrado, y que tu desprecias.”—Sátira 2.

[3] Juvenal, sátira 9.

¡Qué costumbres! ¡qué sociedad! esclama aquí M. Troplong.

Mientras el honor del matrimonio se hallaba así entregado á los sacrificios del adulterio, el esposo mantenía á su vez otras relaciones, y contrataba nuevas nupcias, en cuya celebracion nada absolutamente faltaba: toga, velo, juramentos, antorchas, nada absolutamente faltaba, repito, sino una esposa.

En tiempo de Juvenal el pueblo no tomaba todavía parte en la ceremonia, ni habia registros donde inscribir el acto de las solemnidades; pero—“si vívimos algun tiempo, esclamaba el gran satírico, verémos cómo estas execrables uniones se forman en público y se legitiman por la autoridad [1].”

Pocos años habian pasado sobre la tumba del poeta, cuando su profecía se realizó, y las oleadas siempre crecientes de las inmundas costumbres habian ya alcanzado y hasta traspasado aquella erdiente *hipérbole*.

Un hombre grave, un venerable sacerdote, Salviano, llamado el Jeremías del siglo V, describe de este modo la horrible torpeza de que vamos hablando, y de la cual habia sido espectador:—*Viri in semetipsis famineas profitebantur, et hoc sine pudoris umbraculo, sine ullo verecundia amictu; ac, quasi parum piaculi esset, si malo illo malorum tantum inquireretur auctores, per publicam sceleris professionem fiebat etiam scelus integre civitatis: videbat quippe hoc universa urbs et patiebatur: videbant iudices et acquiescebant: populos videbat et aplaudebat: ac si diffuso per totam urbem decoris scelerisque consortio, et si hoc commune omnibus faciebat assensus* [2].

¿Estaba colmada la medida del mal? ¡Ah! ¿qué podíamos decir del desconcierto enorme que se habia introducido en el resto de las costumbres paganas, del lujo en las habitaciones y del refinamiento y monstruosidad en las comidas? Es necesario abandonar la empresa de pintar un sensualismo semejante; es necesario desesperar de ser creído. Si alguna vez nuestra imaginacion se traslada á esos tiempos del viejo paganismo, si nos detenemos en él, si evocamos sus sombras y respiramos sus costumbres, experimenta nuestra alma como una sofocacion espantosa; ¡tan oprimida se siente por los sentidos, tan densas son las tinieblas morales que la rodean, tan trastornada observa á la naturaleza, al hombre tan degenerado y á Dios tan desconocido!—Habiendo sido totalmente borradas por la filosofía y el politeísmo las nociones tradicionales sobre Dios y el alma, con la unidad de Dios habia desaparecido la fraternidad humana, con los dogmas de la espiritualidad y de la inmortalidad del alma habia desaparecido la vocacion de la humanidad al reino de la inteligencia, y en la degradacion de la inteligencia iba envuelta la desorganizacion de la carne y la disolucion de la sociedad material de los hombres.—Impregnados como estamos ahora, sin notar lo y cesar nuestro, de las luces y virtudes del cristianismo, podemos muy difícilmente formarnos idea de lo que era el mundo cuando esta religion no habia aun

[1] Id. sat. 2.

[2] Salv. lib. 7 De gubernat. Dei.

aparecido, y cuando se habian acumulado sobre la especie humana cuarenta siglos de supersticion y de toda clase de anarquía,—era el caos privado del soplo de Dios.

Y como si todo debiera concurrir á consumir la muerte del género humano, de un lado se encontraba por la primera vez despues de su dispersion, reunido en un solo cuerpo bajo la dominacion romana, cuya corrupcion, como una úlcera inficionada, se propagaba por todas las demás regiones como una espantosa organizacion,—y de otro, las oleadas de los bárbaros que, asomando ya por todas partes como fieras que esperan que se les abra la arena, iban á arrojarse sobre el mundo y á despedazarse disputándose, sin que ningun elemento civilizador, ninguna mano suprema pudiese interponerse en medio de la destruccion, para arrancar los vencidos á la victoria y los mismos vencedores á su propia ferocidad.

Ahora juzgad:—¿quién podia salvar al mundo en un estado semejante?

Este es un problema que todo hombre pensativo debe proponerse á sí mismo al estudiar la historia de esa época, al asistir á esa gran descomposicion del mundo pagano.—Si el cristianismo, debe decirse, no hubiera aparecido en aquel fatal momento para hacer entrar otra vez el mundo moral en la senda de sus primitivas leyes, y para contener y suavizar aquellas hordas feroces que le inundaban; si la barbarie de aquellos pueblos invasores hubiera simplemente venido á encontrarse y reunirse con la barbarie de las sociedades caducas del mundo pagano, ¿qué hubiera resultado?... La imaginacion retrocede á semejante perspectiva. Y cuando con la historia en la mano se consideran las fundaciones y creaciones que el espíritu cristiano hizo salir de en medio de aquellas ruinas, y que todas las sociedades actuales, con todo cuanto las constituye, han sido engendradas, educadas y conducidas al punto en que se hallan y al que todavía progresan, por el solo soplo de ese divino espíritu, se siente uno forzado á concluir que sin él no existiríamos, y que en vez de estos veinte siglos de civilizacion y de progreso, hubiera tenido el mundo veinte siglos de disolucion y de barbarie, ó quizás no mas que desiertos y la nada.

¿Qué era menester, pues, para salvar entonces la sociedad del género humano?

Lo que realmente la salvó.

¿Qué faltaba?

Faltaba que se le devolviesen los elementos morales que constituyen siempre su naturaleza, y que á la sazón habia perdido; que se renovasen en el corazon humano esas verdades fundamentales que adhieren el hombre á Dios, la razon individual á la razon suprema, para someter y ordenar luego los instintos y apetitos brutales á la razon; finalmente, que se inyectase una nueva savia de verdad y de vida en el viejo tronco del género humano.—La pérdida de todos estos principios habia descompuesto al mundo, y solo su retorno podia restaurarle.

Pero ¿de qué manera podian estos principios volver á entrar en el corazon del hombre?

Hemos visto que la verdad religiosa, de donde dimanaban todos los principios sociales, habia ya reinado originariamente sobre la tierra en toda su pureza. Hemos visto igualmente que los hombres no habian podido nunca darse á sí mismos esta vida de su alma, que tampoco habian podido darse el alma que es la vida de su cuerpo, y que la adquisicion primitiva de la verdad no podia haber venido sino de una revelacion. Hemos visto además, que todo el género humano habia vivido por mucho tiempo en la fé de esta revelacion, y que habia podido conservar el precioso depósito, ateniéndose á una doctrina que la supone necesariamente, la doctrina de la tradicion. Hemos visto, en fin, que á pesar de este medio de conservacion, habia el género humano perdido la verdad, y que cuanto mas se habia ido alejando de su origen, mas se habia separado de ella, se habia engolfado mas en las tinieblas de la desmoralizacion, y que habia llegado finalmente á un estado de disolucion pestilencial.—¿Cómo ha podido reaparecer *de repente* en el alma humana la verdad para, santa y radiante, destruir todos los groseros errores que se habian apoderado de ella, remontarse hasta el trono de la inteligencia, y someter la naturaleza humana, sustraída á todas sus leyes, á leyes mas austeras y mas rigurosas todavía?... ¿Cómo ha podido conservarse en este estado contra los ataques de toda la sociedad pagana, furiosa por verse arrancar el mal que en sus delirios adoraba, y mantenerse todavía en él despues de veinte siglos de borrascas y rebeliones incesantes?... Por una fuerza interior que posee en sí misma, por la misma fuerza que le habia introducido la primera vez en el espíritu humano y héchola visible, en una palabra, por la REVELACION.

Esta conclusion es incontestable. Sin embargo, tal vez su misma importancia hará titubear algunos espíritus á abrazarla sobre la fé de un primer ecámen. Por mas decisivas y poderosas que sean pues las razones que acaban de conducirnos á ella, pongámoslas otra vez en el crisol; usemos de todos nuestros derechos con una verdad cuyo resultado debe ser sujetar nuestra inteligencia á la fé, y para que sea ésta racional no nos rindamos sino á la entera evidencia de la divinidad de sus motivos.

La sana filosofía ha proclamado ya, por boca de sus sabios, la impotencia de la razon humana, aislada en sí misma, para formarse ideas fijas y convincentes de Dios, del alma, de su inmortalidad y de sus relaciones; relaciones que son no obstante el fundamento necesario de las sociedades humanas, que deben por consiguiente existir en el fondo de las cosas, y que el hombre debe conocer y cultivar.—Platon, Sócrates, Ciceron, Confucio, y en los tiempos modernos cuantos han sido verdaderamente filósofos: Montaigne, Pascal, Bayle y otros, han confesado que solo una ensenanza divina, una revelacion podia sostener y dirigir al hombre en este sendero. La última palabra de Ciceron, el representante mas cabal de la filosofía antigua, su última palabra, digo, sobre la gran verdad de Dios, y por la cual termina su tratado, es VEROSIMILITUD.

“¡La verosimilitud! dice con este motivo Víctor Leclerc; hé aquí todo lo que es permitido á las “luces puramente humanas. El mismo Platon, cuyo genio religioso es el que mas se ha aproximado á las verdades cristianas, pedía una revelación “distinta que viniese á socorrer su ignorancia (1).” —La importante verdad de la inmortalidad del alma no era menos problemática á los ojos de los mas grandes filósofos de la antigüedad (2). Gibbon, cuyo talento, como sabemos, tiene tan pocas simpatías por la revelación cristiana, despues de haber consignado este hecho, saca de él la siguiente consecuencia:—“Puesto que la filosofía, á pesar de los “mas sublimes esfuerzos, no ha podido conseguir “otra cosa que indicar débilmente el deseo, la esperanza, y á lo mas la probabilidad de una vida futura, solo pertenece á la revelación divina afirmar la existencia y representarnos el estado de “ese país invisible, destinado á recibir las almas de “los hombres despues que se hayan separado del “cuerpo (3).”—En fin, el caos de estravagancias y errores que el racionalismo esparció por el mundo desde que quiso sustituirse á la tradición, ha manifestado experimentalmente la impotencia natural de la razon en estas materias. Ya Sócrates y Platon, al ver que se rompía el hilo de esta tradición, se esforzaban constantemente en reanudarle, y haciéndoseles cada vez mas difícil el conseguirlo, imploraban una segunda revelación como el único medio de devolver al mundo la verdad, y escribían estas notables palabras, á las cuales alude Víctor Leclerc:—“Sin embargo, es preciso que sobre estos “restos de verdad que nos quedan, como sobre una “frágil barquilla, pasemos este mar tempestuoso de “la vida, á menos que se nos proporcione un medio mas seguro, como por ejemplo, alguna promesa divina, alguna REVELACION, que será para nosotros un navío que no temerá nunca las tempestades (4).”—Y en otra parte:—“Debemos esperar “que vendrá alguno á enseñarnos cómo nos hemos “de portar relativamente á los dioses y á los hombres. SOLO UN DIOS PUEDE ILUSTRARNOS (5).”—Palabras que en semejantes bocas son la mas alta expresión del desaliento de la inteligencia humana á la vista de su debilidad y de su impotencia para reconstituir el edificio religioso.

Nosotros preguntaremos ahora: lo que en tiempo de Sócrates y Platon le era al hombre imposible sin una nueva emision del espíritu de verdad,

¿pudo habérsele hecho fácil despues? ¿Pudo el hombre haberse hecho mas apto para conocer la verdad primitiva despues que su corazon se depravó mucho mas, y que su inteligencia cayó en mayor laberinto de errores? ¿Se le ha dado acaso una naturaleza mas intuitiva que la que poseía en el estado de inocencia? ¿Ha podido el género humano subir de golpe la pendiente de desórden en que se hallaba lanzado? Es preciso renunciar al buen sentido para ni siquiera imaginarlo; y con efecto, vemos que mas tarde Ciceron proclama la postracion siempre mas invencible del género humano bajo el peso de la supersticion, que nos persigue y asedia, dice, por cualquier lado que volvamos la vista, y que derramada entre todos los pueblos, tiraniza la debilidad humana, de modo que creieramos prestar un gran servicio á nosotros mismos y á los demás, desarraigándola y conservando la religion.—El medio de purificar y conservar la religion era, segun Ciceron y como hemos visto ya, volver por la tradición al culto de los antepasados, á la enseñanza divina, es decir, á la revelación primitiva. Mas la dificultad de semejante retorno era mayor todavia en tiempo de Ciceron que en el de Sócrates y Platon: habíase aumentado el peso de la supersticion; las sendas de la antigua tradición se habian obstruido y cerrado, y por consiguiente la violenta caída del género humano en toda especie de desconciertos no hizo mas que añadir el ateísmo especulativo de las clases elevadas á la supersticion mas inveterada de las masas, y los arrebatos del mas desenfrenado sensualismo, á la flaqueza ya tan extraordinaria de la razon.

Estudiando detenidamente la sociedad pagana en esa época, nótese en ella una transformación que se rebela contra la hipótesis, ya tan quimérica, de que el género humano haya podido volverse á dar á sí mismo las antiguas verdades que habia perdido.

El hecho es, que en tiempo de Ciceron el politeísmo se estaba hundiendo bajo su propio peso. Minado sordamente por el racionalismo, habia perdido todo prestigio y aplomo. Sus fábulas mitológicas eran objeto de burla y escarnio; sacudíase abiertamente el yugo de su teogonía, y los filósofos mas circunspectos, al par de los mas osados criminales, Catilina y Ciceron, estaban unánimes en mirar con desprecio á los dioses en la acepción mitológica de esta palabra.—No obstante, pretender descubrir en este movimiento una disposicion de retorno á las antiguas y simples verdades de la religion natural seria una equivocacion grossera; era, al contrario, un paso mas y una nueva caída en el error. En sus primeras tentativas, el racionalismo habia desde luego ejercido su accion disolvente sobre la religion natural, y la habia entregado á las pasiones humanas, que la adulteraron y transformaron segun sus caprichos é intereses. De un solo Dios se hicieron muchos dioses; pero en el caos mitológico que de aquí resultó, por mas ridículas, absurdas y sacrílegas que fuesen las fábulas del politeísmo, subsistia siempre en su fondo alguna cosa religiosa. Envolvía la idea de la divinidad dilatada,

[1] Obras de Ciceron publicadas por Víctor Leclerc. Nota sobre el Tratado de la naturaleza de los dioses, in fine.

[2] Despues de la esposicion de la inmortalidad del alma, Sócrates, en el Gorgias, dice á su interlocutor: “Sin duda consideras estas relaciones como cuentos de una vieja chocha, y las desprecias. También las despreciaría yo, si en mis investigaciones hubiese encontrado algo mas saludable ó mas cierto.”—Ciceron termina su Tratado de la vejez por un pasaje encantador acerca de la inmortalidad del alma, y en seguida añade: “Si me equivoco creyendo en la inmortalidad del alma, me equivoco muy agradablemente, y no quiero de ninguna manera que nadie me desvanezca un error que hace el encanto de mi vida.”

[3] Gibbon, Historia de la Decadencia del imperio romano, t. xiii, p. 42, traduccion de M. Guizot.

[4] Platon, in Phaed.

[5] Platon, Apol. Socratis.—Véase tambien Aleibides, Dial. 2.—el Epanomis y las cartas.

disfrazada, envilecida si se quiere, pero no estaba del todo borrado su sentimiento; descollaba aun un poco y penetraba por entre los estravíos del espíritu hasta el interior de muchos corazones. Los importantes dogmas de una justicia divina, de una vida futura y de una alternativa de castigo ó recompensa sobrenadaban todavía, aunque groseramente desfigurados, y servían de freno y contrapeso á los postreros excesos del humano corazón. En los primeros tiempos tenía el politeísmo algo de grave, de severo y hasta de santo en cierto modo, que era como un resto de calor de la religion natural. Pero mas adelante perdió enteramente sus primitivos caracteres, y obedeciendo á la ley de su origen, aquel culto corrompido se corrompió mas y mas, y llegó á ser el amigo y como el medianero de todos los desórdenes. Entonces el racionalismo, que seguía constantemente su marcha agresiva, atacó de frente todas las religiones, porque en su concepto la religion se había hecho infame, y ya no debía subsistir.—Sus laboriosos conatos dieron por resultado abrir la sima tenebrosa del ateísmo y de la carencia de toda religion.—Bajo este respecto, semejante resultado fué la consumacion del mal sobre la tierra. El mundo pasó de la supersticion á la impiedad radical, y llegó por este camino á dar los últimos golpes á la verdad. Así hemos visto á Ciceron insistir igualmente en la doble necesidad de extirpar la supersticion y de conservar la religion, defender á ésta y atacar á aquella, aunque desgraciadamente fueron vanos y estériles sus laudables esfuerzos; porque la supersticion podia desaparecer ó al menos mudar de formas, pero no podia renacer la religion, y como decia Plutarco: *Huyendo de la supersticion iba el hombre á caer y precipitarse en la ruda y escabrosa impiedad del ateísmo, saltando por encima de la religion verdadera, que se halla colocada entre las dos.* Y esto sucedía porque á la religion no se la podia descubrir ni encontrar en aquella sociedad, y porque había llegado á ser insuficiente para detener y reunir los espíritus que andaban estraviados por fuera del campo de la tradicion, primero por los perdidos senderos de la supersticion y despues en los bordes del abismo de la impiedad (1).

Todos los escritores dan fé de esta impiedad y la confunden con la horrible depravacion de las costumbres en que cayeron los romanos en tiempo de los primeros Césares.—Antes de esta época ya había Lucrecio postizado el ateísmo y el materialismo, lo cual supone que estas doctrinas circulaban entonces por la sociedad; el mismo César las había adoptado categóricamente en pleno senado, y solo se levantara Caton para protestar contra ellas en nombre de las antiguas costumbres (2). Pero muy luego las doctrinas de Lucrecio y de César llegaron á ser la única ciencia del vulgo, y refiere Juvenal que de su tiempo ni los niños creían ya en los in-

fieros (3). El historiador Filon, que vivía en el reinado de Calígula, se lamenta de que el mundo se hallaba á la sazón poblado de ateos (4). El mismo Séneca dice en el *Consuelo á Marcia*, “que los muertos no sienten dolor alguno, y que son fábulas los esos terrores del infierno: la muerte, añade, es “el desenlace de todo y el término de los dolores, “pues nuestros males no pasan mas allá.” Pero ¿no es éste el mismo filósofo que en una tragedia había puesto en escena aquellas palabras aplaudidas en Roma por Claudio y por Neron:—*Post mortem nihil, ipsaque mors nihil* (5)? ¿No fué Ciceron el que en un acto solemne, en una causa llevada al tribunal de los magistrados del pueblo, en la defensa del jóven Curenlius, se sacrificó al espíritu público, calificando de fábula y absurdo la creencia en los dolores de otra vida, y alegando como argumento en favor de su doctrina la opinion general de aquel tiempo (4)? Finalmente, el mismo Ciceron nos ha dicho que filosofía y ateísmo habían llegado á ser sinónimos (5). Véase adónde conducía la supersticion y el empeño por separarse de ella.

Pero hay mas aún: se caía en el ateísmo sin dejar la supersticion. Hacíase uso de ésta para excusarse al crimen, y de aquel para librarse de los remordimientos. Se blasfemaba de Júpiter en la escena, y se divinizaba á Claudio en el senado. Venían nuevas supersticiones á ocupar en seguida el lugar que habían dejado las antiguas; porque nunca hay vacante en el alma humana para la creencia en lo sobrenatural, y el ateísmo no arranca la fé sino para ceder á la credulidad su puesto. La astrología y la brujería estaban entonces en moda, y se enriquecían con las pérdidas del paganismo. Voy á hacer hablar por mí á un ingenio cuyo nombre revela la idea de la sagacidad, de la precision y de una feliz concordia entre la elocuencia, la filosofía y el saber. “No pueden leerse los escritores de “aquella época, observa M. Villemain, ni estudiar “su lenguaje, que contiene casi siempre un pensamiento histórico, sin ver con sorpresa la continuacion de las supersticiones humanas despues de las “obras de Ciceron y de Lucrecio. En toda la historia de los Césares no se encuentran por todas “partes mas que presagios, predicciones astrológicas, sucesos maravillosos, invocaciones mágicas. “Lo poco que quedaba del culto antiguo se hallaba

(1) *Esse aliquos manes et subterranea regna*

Nec parvi credunt......

Era digno del alma grande de Juvenal añadir en seguida:

SED TU VERA PUTAS. [Sátira 2.]

(2) Philo, *Allegor. legis*, lib. 8.

(3) “Se preguntará tal vez, dice M. Villemain: ¿cómo puede conciliarse esta doctrina con tantos otros pasajes de Séneca “en que el alma virtuosa se halla representada como una porcion “de Dios, como un Dios!—por una contradiccion que acontece “an pocas veces.” [*Del politeísmo, nota.*]

(4) *Quae si falsarunt, id quod omnes intelligunt, etc. Pro Cluent.*, lib. II. La anterior reflexion de M. Villemain, puede aplicarse del mismo modo á Ciceron, á menos que se diga que en aquella circunstancia Ciceron era el hombre de su causa. Pero en tal caso es preciso convenir en que su filosofía era muy especulativa, ó que realizaba muy poco en su persona el tipo del abogado que él mismo había trazado: *Vir probus, dicendi peritus.*

(5) *Eos qui philosophías dant operam non arbitrari Deos esse. (De invent., lib. 1, cap. 28.)*

(1) El mismo Plutarco se entregaba á la supersticion como un niño. Así nos refiere que iba á ofrecer sacrificios al amor sobre el monte Helicon, y que en su vejez, siendo todavía sacerdote de Apolo, dirigía las danzas en torno del altar del dios.

(2) *Salust. in Catilina*

"manchado por la corrupcion de las públicas costumbres, y la devocion era tan impía en sus votos y oraciones como en su objeto. No sería seguramente despreciable para el observador esa conformidad de tantos escritores de esa época, que pintan con iguales colores las súplicas impuras que desde los templos se dirijian al cielo, y las ofrendas que se hacian á los dioses en impetracion de cosas infames.—De este modo destruido el culto romano en lo que antes habia tenido de patriótico, no conservaba ya mas que lo que habia en él de corruptor: religion inmoral y mercenaria; impiedad maligna; credulidad sin culto y fomentando las mas estravagantes imposturas, peligrosas casi siempre para la patria; confusion de todas las religiones y de todos los vicios en aquel vasto caos de Roma; degradacion de los hombres por la esclavitud, el hábito de la humillacion y la ociosidad: hé aquí en lo que se habia convertido el politeismo romano (1)."

Creo pues haber adquirido justo derecho para concluir, que jamás estuvo el mundo mas incapacitado que en esa época para restablecer entre los hombres la verdad religiosa: que jamás se vió mas completamente privado de ella, y que, sin embargo, jamás la necesidad de esa verdad—madre se manifestó por una disolucion mas espantosa.—El género humano se estaba muriendo. Del corrompido politeismo, en que se iba hundiendo hacia treinta siglos, le era mas que nunca imposible levantarse hasta á la religion primitiva: cada dia se abismaba mas.

Y no obstante, en aquel mismo período se halla de repente el género humano trasportado como por un brazo omnipotente á la cumbre de la mas pura verdad, de la mas alta perfeccion moral.—En un momento se disipan las tinieblas de todas las supersticiones; el astro de la religion primitiva, eclipsado hacia tres mil años, vuelve á aparecer en el horizonte; arroja sobre la tierra, que despierta sobresaltada, las mas luminosas y puras nociones sobre la unidad, la santidad, la bondad, la justicia y la soberanía infinita de Dios;—sobre la espiritualidad, la inmortalidad y la perfectibilidad indefinida del alma;—sobre la fraternidad, la caridad, la libertad y la dignidad humanas;—y penetra é introduce en este mundo todas las virtudes, todos los deberes, todo el heroismo de desinterés y de sacrificio, hasta cambiarle enteramente en otro mundo nuevo, que va separándose poco á poco de los elementos desorganizadores que se le habian confundido, y se lanza animosamente á los senderos de la civilizacion, por los cuales está marchando hace ya diez y ocho siglos.

Quiero ahora preguntar á la razon mas escisiente, en nombre de la misma evidencia: ¿quién podia obrar tan gran prodigio?—En una ocasion en que habia en el mundo, no solo una privacion completa de la verdad religiosa, sino obstaculos infinitos que se le oponian, ¿quién pudo devolver la verdad á la tierra mas que el mismo que se la dió la vez pri-

mera? ¿De dónde pudo venirle á esta verdad la lumbré y la fuerza que con tanto brillo y espontaneidad mostró, sino de sí misma, de aquel que es su eterna fuente y que dijo de sí en aquella ocasion, *que habia hecho la fuerza con su brazo* (1)?—¿Qué! ¿el espíritu humano no habia podido darse al principio la verdad y conservarla en seguida, y se la hubiera vuelto á dar de repente mas completa que nunca despues de haberla totalmente perdido? ¿Habria sido impotente durante treinta siglos para preservarse de una disolucion siempre creciente, y se hubiera súbitamente resucitado y héchose capaz de dirigirse á sí mismo?—¿Habria acaso la muerte engendrado naturalmente la vida? ¿Habria la corrupcion hecho germinar la santidad, y las tinieblas habrian producido la luz?—¿Cuántos contrasentidos! ¿En qué credulidad es preciso caer si se desecha una fé racional!....

Montaigne, despues de haber citado las palabras de Séneca: *¿Qué cosa tan vil y abyecta es el hombre, si no se eleva sobre la humanidad!* esclama:—*"Hé aquí una expresion admirable y un útil deseo, pero igualmente absurdos los dos; porque si es imposible y monstruoso querer abarcar con la mano mas de lo que permite el puño, abrazar cosas mas estensas que el brazo, ó saltar otras mayores que la abertura de las piernas, mas lo es aún que el hombre pretenda hacerse superior á sí mismo y á la humanidad, supuesto que no puede ver sino con sus ojos ni apoderarse mas que de lo que está á su alcance. El hombre se elevará si Dios le dá extraordinariamente la mano, si abandona y renuncia á sus propios medios, y se deja ayudar y conducir por medios puramente celestiales. Esta divina y milagrosa metamorfosis la obrará suavemente nuestra fé cristiana, y nada puede en ella la virtud estoica de los hombres (2)."*

Estas palabras, tan conformes con el sentido comun, resumen perfectamente todo cuanto hemos querido asentar en estos dos últimos capítulos, y se aplican en toda la estension de su significado, particularmente al último punto á que hemos llegado.—Para el hombre que quiera aconsejarse de una razon ilustrada y concienzuda, la metamorfosis del género humano por el cristianismo será siempre un HECHO DIVINO.—Buscar su principio y su agente en las fuerzas naturales de la humanidad, considerada, sobre todo, tal como se hallaba cuando se apoderó de ella esta gran renovacion, es ciertamente, como dice Montaigne, *querer abrazar mas de lo que los brazos permiten*, es decir, que es IMPOSIBLE Y MONSTRUOSO.

Vamos á completar la exposicion de tan importante materia satisfaciendo, antes de concluir, la necesidad que sentimos de contestar de una manera explícita á la objecion de que se agarran con entusiasmo algunos espíritus superficiales para escapar á la verdad de una revelacion que por todas partes les estrecha; objecion que ha podido ya re-

[1] *Facit potentiam in brachio suo.*—Cántico Magnificat, vers. 6.

[2] *Essais*, liv. 2. chap. 12.

(1) *Del politeismo.* Misceláneas, edicion en 18, t. XI, p. 82.

velarse por el pasaje de Mantaigue que acabamos de citar.

Se han esforzado en encontrar el gérmen del cristianismo en el estoicismo que apareció en tiempo de los emperadores, y en pretender que la religion de Jesucristo no era mas que un desarrollo ó una transformacion de aquella secta.

En la segunda parte se nos ofrecerá ocasion de confrontar el cristianismo con el estoicismo y todas las doctrinas filosóficas de la antigüedad, y de hacer ver hasta la evidencia que hay una insuperable distancia entre éstas y aquel, y que los puntos en que parecen tener mas contacto son precisamente aquellos por los cuales mas difieren.

Podria entre tanto limitarme á decir con M. Villemain, "que una influencia pasajera no puede compararse con un principio siempre activo, ni el gobierno virtuoso de algunos hombres con esa grande emancipacion del género humano que ya se proponia el cristianismo al nacer (1)."

Mas no puedo contentarme con semejante respuesta: esa misma pasajera influencia del estoicismo, y esa pretendida virtud estoica de algunos hombres, que se hizo notar desde Neron hasta los Antoninos, pertenecia al cristianismo y procedia de él.

Voy á esplicarme:

El estoicismo de que se trata no era el de Zenon, sino el de Séneca y de Epicteto, y sobre todo, el de Marco Aurelio y de Antonino Pio. Pues bien, el cristianismo habia aparecido ya en el mundo antes de Séneca y de Epicteto. Séneca vivió en el reinado de Neron, en cuyos últimos años nació Epicteto, es decir, cuando el cristianismo derramaba las luces de su enseñanza por todo el universo, cuando Roma estaba ya regada con la sangre de los mártires. El hecho es incontestable. Las epístolas de los apóstoles, y en particular las de San Pablo, se leian ya en las asambleas de los fieles, en todos los puntos del mundo civilizado; y el heroísmo con que se justificaban y morian los cristianos en la capital del imperio, debia necesariamente hacer penetrar algunos rayos de su doctrina hasta en el alma de sus antagonistas y verdugos. Tácito, al hacerse cargo de las crueldades empleadas por Neron contra los cristianos, refiere que ya entonces formaban éstos en Roma una multitud muy grande, *ingens multitudo* (2); y dice además, que antes de esa época se habia ya procurado reprimir la *perniciosa supersticion*, que se desbordaba de nuevo como un torrente: *Repressa in præsens extingui superstitio rursus erumpit* (3). De aquí podemos coleccionar por cuántas ramificaciones habia ya podido el cristianismo penetrar en los espíritus observadores, y sin cambiarlos enteramente, despertar en ellos las verdades de la religion natural, cuya antorcha habia venido á encender de nuevo. Antes que una doctrina tan eficaz y reformadora como la del cristianismo hubiese podido obrar la

metamorfosis del mundo, debíanse efectuar, además de algunas conversiones públicas y ruidosas, notables modificaciones y gradaciones infinitas en las luces arrojadas secretamente por él en el alma de los que permanecian paganos en la apariencia, y hasta se mostraban perseguidores. Es imposible que no haya sucedido así. Por otra parte, los puntos de contacto eran ya tan notorios y tan espeditos y rápidas las comunicaciones, que un sabio ha podido sostener, con bastante fundamento, que Epicteto habia sido iniciado en la doctrina cristiana por su maestro Epafroditas. S. Pablo habla efectivamente, en su epístola á los romanos, de un Epafroditas, y lo designa entre los primeros adeptos del cristianismo en Roma (1). Por lo que respecta á Séneca, es probable que en su calidad de ministro de Neron, debió ver á los cristianos de muy cerca (2).

Pero no son tanto Epicteto y Séneca los que se quiere oponer al cristianismo, como el emperador Marco Aurelio, que la maléfica filosofía del siglo XVIII ha hecho servir de objecion perpétua contra el cristianismo. Escritores que estaban muy lejos de imitar y practicar las virtudes de aquel grande hombre, y que él no hubiera querido sin duda reconocer por amigos suyos, se apoderaban de su famoso nombre como de un vestido de teatro, con el cual cubrian y adornaban todo lo que no era cristiano, para luego inferir que ninguna necesidad tenia el mundo del cristianismo. Felizmente esos libelos filosóficos están reducidos hoy á su justo valor, y se pueden examinar sus argumentos con decencia y sangre fria.—Pues bien, es cierto que en la moral de Marco Aurelio hay algo de la moral del Evangelio, y hasta se observa, bajo este punto de vista, un progreso sensible entre Epicteto y él; pero todo se explica por la accion siempre creciente de la luz evangélica en el mundo. El crepúsculo precede á la hermosa claridad del dia. Por esto los hechos vienen aquí en apoyo de la verdad.—Marco Aurelio veia todos los dias á los cristianos: los habia en su palacio, en sus ciudades y en sus ejér-

(1) *Epístola á los romanos*.—Parece que el cristianismo habia penetrado tambien en la casa de Narciso, favorito del emperador. *Saludad á los de la casa de Narciso*, dice el grande apóstol.

(2) *El senador*: "¿Creeis acaso en el cristianismo de Séneca? ¿en su correspondencia epistolar con San Pablo?—El conde: "No defenderé ninguno de estos dos hechos, pero me parece que ambos tienen una causa verdadera, y estoy seguro que Séneca vió y oyó á San Pablo como vos me veis y os en este momento. El cristianismo, apenas nacido, se arraigó en la capital del mundo, los apóstoles habian predicado en Roma veinte y cinco años antes del reinado de Neron: San Pedro vivió en ella con Filón; y San Pablo despues de haber predicado año y medio en Corinto, y dos en Efeso, llegó tambien á Roma, donde permaneció dos años enteros en la casa que tenía alquilada, y recibia á cuantos venian á verle, predicando el reino de Dios, y enseñando todas las cosas que son del Señor Jesucristo con toda libertad, sin prohibicion" (Hechos de los apóstoles, in fine, el libro mas auténtico que nos ha legado la antigüedad, como dice M. Guizot en sus notas á Gibbon). "¿Creeis que un predicador semejante se hubiese podido escapar á la observacion de Séneca? ¿Creeis que habiendo sido San Pablo llevado dos veces al tribunal á causa de la doctrina que enseñaba, de haberse defendido públicamente y sido absuelto, todas estas circunstancias no habian de hacer célebre su predicacion y su persona? Habiendo nacido y viviendo en medio de la luz, no habríamos conocido esos efectos que debian hacerle sentir en el hombre que no la habia visto jamás."—D. Maistre, *Veintidós de S. Petersburgo*, t. II, p. 151.

(1) *De la filosofía estoica y del cristianismo*. Misceláneas t. II, p. 110.

(2) *Anales*, lib. 15, núm. 44.

(3) *Ibid*

citos, de modo que á la legión fulminante, compuesta toda de cristianos, atribuyó su victoria sobre los marcomanos. Tan pronto los perseguía, como les dispensaba decidida protección. Su alma, naturalmente elevada, luchaba de continuo entre las preocupaciones del paganismo y los resplandores de la nueva verdad (1). Se sentía mudado sin estar convertido, y guardaba en el fondo de su corazón los rasgos que mas excitaban su simpatía. ¿Podríamos dudar de que fuese así, después de haber leído las bellas apologías que S. Justino y Atenágoras, filósofos estoicos convertidos al cristianismo, le dirigieron, y que debían tener para el emperador el doble mérito de estar escritas con toda la gracia del estoicismo que sus autores acababan de dejar? El título de una de estas apologías era el siguiente:—*Embajada de Atenágoras, filósofo cristiano, á los emperadores Antonio y Cómodo, vencedores de los armenios y de los sarmatas, y, lo que vale mucho mas, filósofos.*—S. Justino empieza así su apología:—“Al emperador Tito Elio Antonino, piadoso y augusto; á su hijo, muy veraz y filósofo; á Lucio, filósofo, hijo de Lucio por nacimiento y de Antonino por adopción, príncipe amigo de las letras; á la venerable asamblea del senado y á todo el pueblo romano; en nombre de los que, entre todos los hombres, son injustamente odiados y perseguidos, yo uno de ellos, Justino, hijo de Prisco, presento este discurso y esta súplica.”—El discurso es digno de tan noble escudero:—“Podeis hacernos morir, dice el ilustre mártir, pero os será imposible hacernos ningún mal.”—Es preciso convencer en que hay algo de estoicismo en semejante cristianismo: ¿será pues extraño que se los hubiese pagado algo del cristianismo á aquellos estoicos á quienes este lenguaje se dirigía? Nosotros creemos que debió ser muy posible, y de ahí seguramente esos rasgos de cristianismo que se vislumbran con tanta frecuencia en los escritos de Marco Aurelio y de los estoicos de su tiempo. Era el cristianismo nascente y el estoicismo en la agonía. La transformación en lo que tenía de vital partía del cristianismo, como la luz que dora por la mañana las cumbres de los montes procede del sol saliente, y no de los astros de la noche que palidecen y se ponen.

Quiero apoyarme todavía aquí en el sólido talento de M. Villemain, que aduciendo la opinión que acabo de indicar, y desenvolviéndola con una admirable exactitud de cálculo, y al propio tiempo con una reserva que dá mucho mas peso á sus palabras, no puede uno dejar de confesar, al leerlas, que solo la pura razón puede haberlas dictado.

“Se nota, dice, en el carácter de estos príncipes (Antonino y Marco Aurelio) un progreso extraño á la verdad estoica, y que tal vez deba explicarse por una influencia que ni ellos mismos conocieron. . . . En medio de la promulgación imperfecta

“de la ley cristiana, las virtudes primitivas de esta religion obraban ya en el mundo; renovadas y avivadas cada día por los sacrificios y los sufrimientos, se iban incesantemente mezclando como una levadura saludable en la masa de las preocupaciones humanas y de los hábitos crueles que constituían el fondo de la sociedad común, y que no siempre desaparecían en el carácter de los mas grandes hombres. . . . Así la moral evangélica se veía reflejada en el mundo pagano por las virtudes y sufrimientos de sus primeros apóstoles. Lo que, en la ley cristiana, tiene relación con los sentimientos mas íntimos del corazón del hombre iba adquiriendo una secreta influencia antes que sus dogmas hubiesen triunfado de las opiniones idólatras, y el mundo se convirtió insensiblemente á la humanidad antes de convertirse á la religion.—Es imposible no sentirse herido por esta conjetura si se considera la marcada transformación que revela el estoicismo en los escritos de Epicteto y de Marco Aurelio; ni me admiro que á su vista hayan creído algunos que esta filosofía había podido sacar, de la creencia y de la misma práctica del cristianismo, virtudes que se parecen muchísimo á las máximas del Evangelio. Yo también participo de esta opinión: Epicteto no era cristiano, pero el mundo llevaba ya el sello del cristianismo.—De ahí ese principio tan nuevo, tan desconocido en el antiguo estoicismo, esa humildad de corazón de que habla Epicteto á cada página, y en cuyo nombre escije todos los sacrificios que al pórtico había buscado inútilmente en la desmedida apreciación de las fuerzas del alma y en el entusiasmo del orgullo. Es notabilísima esta prodigiosa disparidad entre Epicteto y Zenón. Una diferencia semejante caracteriza la nueva filosofía de Marco Aurelio. Recorriendo sus pensamientos, con frecuencia cree uno estar leyendo capítulos sueltos de las apologías de los primeros cristianos. En las márgenes del Tíber, en aquel palacio de mármol y de oro, levantado por Nerón y purificado por Marco Aurelio; en aquel solitario gabinete en que lejos de los cortesanos y de los soldados del pretorio, el soberano de cincuenta millones de hombres meditaba sobre sus deberes, su mano escribía á menudo las mismas máximas, las mismas verdades morales que un obscuro cristiano dirigía á sus hermanos desde el fondo de las minas ó de los calabozos. . . . El título solamente de la apología de S. Justino despierta en el lector esta idea (1).”

M. Villemain concluye al fin, como lo hemos hecho nosotros mas arriba, que los hombres eran impotentes para la grande obra que en ellos mismos se obraba.—“El mundo romano, continúa, se agitaba por todas partes, y se iba preparando á una extraordinaria transformación, para la cual eran los hombres insuficientes. En vez de creer en ella, se esforzaban en comentar sus antiguas fábulas. Queriendo ramozar el paganismo lo envejecían cada

(1) El emperador Alejandro Severo levantó un altar á Jesucristo en lo interior de su palacio, y mandó inscribir en muchas paredes esta máxima del Evangelio, cuya novedad admiraba á todos: *No hagas á otro lo que no quieras que él te haga á tí.*—Lamprell. Alex., 26. 20.

(1) De la filosofía estoica y del cristianismo, página 110 y siguientes.

"día mas, y aumentaban de continuo el caos de las opiniones, sin descubrir en ninguna parte una creencia que pudiese reanimar el abatido espíritu del hombre y enlazar las naciones entre sí. Solo el cristianismo poseía esta virtud [1]."

He creído deber estenderme un poco sobre este punto, para desarraigar la preocupación de que se ha prevalido por largo tiempo el deísmo, y que tiene todavía alucinados algunos espíritus, esto es, que la filosofía humana iba ya marchando por la senda de las verdades cristianas, y que, por consiguiente, el Evangelio no fué una revelación, sino un progreso; error que ni siquiera tiene nada de espacioso, que no se apoya sino en la analogía que

ofrecen algunos pensamientos de Séneca, de Epicuro y de Marco Aurelio con la moral evangélica, y que por lo mismo se desvanecen enteramente desde que una observación concienzuda de los hechos viene á demostrar que esa analogía no es mas que un reflejo de los primeros rayos del cristianismo sobre el mundo.

Abrazando de una sola ojeada el conjunto de las cosas, es fácil descubrir en último análisis, que no fué el cristianismo un desarrollo ni un progreso del espíritu filosófico y religioso que entonces existía, sino mas bien un hecho repentino, un divino renuevo, directamente opuesto á ese espíritu filosófico y religioso. Nunca había sido el mundo mas racionalista y mas superlativo á la vez, que cuando vino el cristianismo á levantar de repente la doctrina de la fé sobre las ruinas del racionalismo, y la adoración en espíritu y en verdad sobre las ruinas de la idolatría. ¡La fé, la humildad, la caridad, el amor de Dios, la pureza, la penitencia, etc., tantas palabras completamente desconocidas en la tierra hasta entonces y que se introducían en el mundo contradiciendo sus inclinaciones! El cristianismo encontró el mundo en un espantoso estado de descomposición progresiva, que databa de la introducción del racionalismo en el dominio de la tradición, y le devolvió la verdad primitiva en todo su esplendor, dotada de mucho mas poder y eficacia que antes y sellada con el mismo sello que la primera vez que le había sido dada. Jesucristo y sus apóstoles empezaron tronando precisamente contra los filósofos y los doctores, y despues fueron los filósofos y los doctores los que les dieron muerte.

—“Nosotros predicamos la sabiduría, decía S. Pablo, mas no la sabiduría de este siglo ni de los príncipes de este siglo, que son destruidos, sino la sabiduría escondida en los misterios de Dios, la que Dios predestino antes de los siglos para nuestra gloria; la sabiduría que no conoció ninguno de los príncipes de este siglo; porque si la hubieran conocido nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria. Dios escoge á los débiles del mundo para que confundan á los fuertes [1].”

Nada mas exacto, históricamente hablando, que esta aseveración de S. Pablo. Además de los primeros apóstoles, cuyas encallcidas manos chorrobaban todavía el agua del mar, único teatro de su industria, los primeros heraldos del cristianismo, los que mas contribuyeron á su propagación, fueron hombres indoctos, rudos, ignorantes y groseros, cardadores, zapateros, bataneros, como los echaba en cara el filósofo Calio (2); y hasta que los pobres, los desvalidos y los pequeños en todos sentidos hubieron entrado en este reino de la verdad, no se abrió su puerta á los filósofos y á los emperadores. Esto estaba en el orden natural de las cosas, y debia suceder así humanamente hablando, porque los filósofos y los emperadores se hallaban mas adelantados en el sentido opuesto, y tenían que venir de mas lejos. Por esto tuvieron largo tiem-

[1] Del politismo, pág. 106.—Un escritor moderno israelita, M. Salvador, ha publicado un libro contra Jesucristo y su doctrina, que como todo libro de esta clase ha metido mucho ruido. Para emprender con mas desahogo esta obra, recorrió antes de la fé de sus padres en otra obra precedente contra Moisés, y de la misma manera que habia pretendido que el monismo no era mas que un hecho humano, que habia tenido origen en las doctrinas de la Europa occidental, intentó asimismo establecer que el cristianismo no era mas la fusión de todos los dogmas orientales y el resultado de todos los trabajos perfeccionados, de todas las tendencias generales de la época en que nació.—Ma creo desahogado de contestarle; porque ya uno de sus mismos correligionarios ha arrojado contra ese sistema su flecha mortal, que otro de sus mismos correligionarios nos ha hecho conocer en el t. IX de la traducción de la Biblia de M. Cahen, con el título de *Juicio Critico de la obra de M. Salvador*: “Hay una obra reciente, dice, sobre Jesucristo y su doctrina que empieza así: *La especie humana ha sido sometida por la ley de su acrecentamiento á dos afecciones, á dos tendencias, que parecen inconciliables á primera vista, pero que son análogas á la propia ley de la mas adelantada organización del cristianismo*—De qué modo pueden dos tendencias tener analogía con una ley propia de organización, y de una organización mas adelantada? ¿Que lenguaje! Conviene que M. Salvador es un escritor socialista, que piensa con vivencia en pensamientos, expresados habitualmente con lucidez, exactitud y concisión; pero que algunas veces es hallado dominado por la prosa poetica de los alemanes, por la seriedad histórico-metáfrica de la escuela de Vico y por la fraseología monstruosamente formada de los romances, verdaderas plagas literarias de la época. Por otra parte en esta nueva producción, nuestro correligionario sigue el mismo sistema, ó para hablar con mas exactitud, sostiene la misma apuesta que en su obra sobre Moisés. Su primera tesis es la siguiente: el judaismo pertenece por su principio á la Europa occidental. Ha empleado para probarlo dos grandes volúmenes, 1828. Su segunda tesis es esta: el cristianismo pertenece por su principio al Asia oriental, y ha procurado probarla en otros dos grandes volúmenes, 1828. Dice: no que un secretario de Abd-el-Kader va á publicar esta tercera tesis: el mahometismo pertenece por su principio á la América central, y añade que lo prueba tambien en dos grandes volúmenes. No duda que el musulmán obtendrá el mismo resultado que el israelita, principalmente si sigue igual método, que consiste únicamente en no saber leer los originales; en no querer examinar el valor de los documentos que se citan, si la época de su composición; en mezclar, arropar y revolver en un mismo cestol todos los lugares y todos los tiempos; en citar el Talmud cuando es favorable á Moisés, á Moisés cuando es favorable al Talmud, y al abate Guenée cuando es favorable á los dos. Si encontramos en el legislador amigo la prescripción de una barbarie irritante, decimos que es del bruto político, y si en el legislador enemigo encontramos una moral sublime, persuadidos que no es mas que hipocresía. Ofusca todos los pasajes que puedan perjudicarlos, y no deja de echar mano de una jota si puede servir útil, y en todo caso echad balbuceo sobre vuestras propias heridas y veneno en las de los demás. Con tales medios procurad tener el talento de amasar con descombaros los hechos, de tributar con habilidad los claros y obscuros segun el efecto que pretendéis producir, y haréis en favor del mahometismo, del budismo ó del fetichismo todo cuanto nuestro Cristóbal coligacionario ha hecho en favor del judaismo. Por esto decimos de haber admirado la elocuencia del escritor, la lógica del proceder y la ciencia del crédito, se presenta el buen sentido, y exclama con toda la fuerza de su voz: *Por consiguiente nada de esto es verdad*.”

(1) Primera epístola de S. Pablo á los Corintios, esp. 2.

(2) Origenes contra Celso, lib. 2, num. 80.

po los ojos cerrados á la luz. Trataban á los cristianos como criminales é insensatos, y se mofaban con una estrañeza estúpida de las virtudes que son en el día la primera y mas rica herencia de nuestra naturaleza, y la prueba mas luminosa de la divinidad del cristianismo. Daban á nuestra doctrina los nombres de *insania* (1), *amentia* (2), *dementia* (3), *stultitia*, *furiosa opinio* (4), *furoris insipientia* (5). Luciano, en su diálogo satírico titulado *Philopatris*, y en su vida de *Pelegria*, denuncia los cristianos á la pública irrisión porque se habian dejado persuadir por su legislador que eran todos hermanos, y recuerda con este motivo, con una ironía que cree insultante, los prodigios de su generosidad, sus largos viajes y sus sacrificios sin medida para socorrer á los infortunados (6). Celso preguntaba por el mismo estilo: "¿Qué ha hecho Jesus para merecer que se le adore como á un Dios? ¿Ha manifestado nuno desprecio hácia sus enemigos? ¿Se ha reído y burlado de cuanto le ha sucedido (7)?" —En fin, la sangrienta lucha que se perpetuó durante tres siglos, y que fué principalmente alimentada por el espíritu filosófico, cuyo último esfuer-

zo, lo mismo que su postrera aparicion en aquella época, se personificaron en el reinado y hasta en la individualidad del emperador Juliano, atestigua muy altamente que el cristianismo no era un resultado natural del espíritu humano, sino un soplo regenerador salido del supremo espíritu de verdad para renovar la faz de toda la tierra.

De este modo la verdad cristiana, fiel á su principio, despues de haber sido dada de nuevo al mundo, se dió al propio tiempo á sí misma un medio de propagacion y de perpetuidad sobre la tierra; medio que era superior al racionalismo, cuyos principios disolventes la habian comprometido ya la primera vez; medio que consistia en la tradicion encomendada á la custodia de una autoridad católica, es decir, universal; medio, en fin, análogo al que los primeros hombres y los sabios de la antigüedad habian seguido y defendido por largo tiempo; pero que debia ser mas eficaz y repentino, porque era obra de la misma verdad y tenia por objeto la salud definitiva del género humano.

Aquí se descubren semejanzas entre las dos tradiciones y las dos revelaciones que se esplican y fortifican mutuamente, y que, concentrándose en la persona de Jesucristo, nos presentan el cristianismo como un hecho consecuente, necesario y natural, relativamente al estado primitivo del género humano, y nos le descubren ya ecsistente en el mismo origen del mundo.

(1) S. Cypr., lib. ad Demet.

(2) Plin. Epistola ad Trajan.—Tacit., Annal.

(3) Tertul. Apol., cap. 1.

(4) Minut. felix.

(5) Act. Proc., Mart. Scill.

(6) Citado por Villomais, de la filosofía satírica y del cristianismo.

(7) Origenes cont. Celso, lib. 1., núm. 33.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO I.

EXPOSICION.

A medida que andamos avanzando por la senda de la verdad, vemos estenderse el horizonte descubriéndose resultados mas completos y definitivos: los objetos que se nos presentaban fugazmente y como de soslayo se nos ofrecen ahora de frente, bajo un mismo punto de vista formando un conjunto ordenado y consiguiente consigo mismo.

Así en el orden religioso como en el moral y en el físico hay ciertamente un sistema de organizacion y armonía que constituye la unidad relativa de cada uno, del mismo modo que todas estas unidades relativas tienden á la unidad absoluta, á la unidad suprema, que es Dios. El instinto que dentro de nosotros mismos tenemos de esta unidad, para la cual hemos sido formados, es la causa de la manía de los sistemas en todos los hombres: manía peligrosa en cuanto á que no conociendo todas las causas y no procediendo á la indagacion de todas ellas con bastante perseverancia y desinterés, nos forjamos doctrinas facticias y quebradizas que remedian la verdad retardando su descubrimiento; y manía mucho mas peligrosa aun cuando se emplea en la religion sin mas guía que el raciocinio; porque este es mas ciego en esta materia que en todas las demás. Pero cuando humillamos nuestro espíritu á la fé, entonces el sistema es, no solamente posible, sino cierto y necesario, porque la unidad de nuestras relaciones con Dios, como que son el objeto de la verdad revelada, desde luego que ésta existe debe ofrecer á nuestro espíritu los elementos que la constituyen, y los argumentos ya preparados de aquellas mismas cosas que no vemos: *Substantia rerum sperandarum, argumentum non apparentium*.

No seamos pues desconfiados al ver esta forma que toman los objetos bajo el punto de vista de la fé. Y no puede ser de otra manera. Lo que en distinta materia seria artificio ó ilusion, aquí no es mas que resultado de la naturaleza misma de la verdad que vamos examinando, la cual si consigo no trajera su sistema, mas bien no existiria. Así es que para aquellos que se hallan convencidos de su existencia, la confianza no reconoce límites, sin que les ocurra objecion ni dificultad alguna. Su único temor es el de la ignorancia ó de la mala fé: salen al encuentro de todos los obstáculos, seguros de que no son mas que fantasmas, y desean la luz y la discusion con el mismo empeño que para evitarla emplean los sistemas humanos.

Hallaremos justificada esta confianza, y con ella la verdad que le sirve de base, con solo considerar

el espectáculo que hoy presentan todos los conocimientos humanos en el mas alto grado de su desarrollo.

De cincuenta años á esta parte todas las ciencias, al paso que progresan y se elevan, se encuentran y se unen con sorpresa de todas ellas. Partiendo de puntos enteramente separados, estaban muy lejos de esperar semejante concierto. Y han llegado á él precisamente por la razon de que no esperaban tal resultado; pero que si lo hubieran previsto desde el punto de su partida, la prevencion, el orgullo, el capricho, la preocupacion, habrian estorbado su marcha convergente, y las hubieran estraviado en sistemas opuestos que hubieran concluido por combatir entre sí; mientras que encerrándose cada una de ellas en la observacion inmediata de las verdades que se hallaban á su alcance, sin prevenir sus resultados, dejó á estos mismos resultados su tendencia natural, y sin mas que abandonarse á ella, ha venido á adquirir la principal garantía de la verdad, que es la unidad.

A la verdad cristiana pertenece proclamar esta unidad; porque ella es la que sin intencion nuestra y aun á pesar de las repugnancias mas violentas y de la mas fria indiferencia, ha visto examinarse á sí como á un centro comun todas las ciencias modernas, cuyas inesperadas conquistas han concurrido sin esfuerzo, como si esto hubiera sido su objeto, á la demostracion de la verdad religiosa, hasta el punto de que ésta ha llegado á ser á su vez la garantía y confirmacion de las mismas verdades científicas.

"Cuando considero el número y la diversidad de "hombres que han trabajado, casi sin advertirlo, en "producir este resultado, dice un sabio crítico; cuando los veo obrar como hormigas llevando cada uno "su pequeño tributo y salvando cualquier pequeño "obstáculo, cruzándose unos á otros en su carrera "como si se hallasen en una confusion completa, y "oponiéndose recíprocos estorbos; y cuando al mismo tiempo descubro que todo es efecto de un plan "de excesiva regularidad, lleno de orden y de belleza, paréceme ver allí las señales de un instinto "mas elevado, y de una influencia directora colocada sobre los consejos irreflexivos de los hombres, para conducirlos á fines grandes y provechosos, y no puedo persuadirme que no exista un ojo "vigilante que preside á la direccion de cosas tan "desemejantes hácia un fin tan grandioso como es "la confirmacion de la palabra de Dios (1)."

Este es el gran cuadro cuyos principales rasgos tendremos ocasion de trazar. Esta materia, que so-

(1) Nicolás Wisman, Relacion entre las ciencias y la Religión, t. 1, p. 80.

lo es accesoria en nuestro plan, ha sido el objeto principal de varias obras apreciables publicadas en Francia y en Inglaterra, que cada uno podrá consultar á su placer cuando haya saboreado la verdad religiosa. Mi único objeto es hacer una pequeña indicacion y esponer lo estrictamente necesario para el órden y encadenamiento de nuestros Estudios.

Recojamos el hilo de ellos.

Este estado de ruina moral en que habia caído la humanidad, y que hemos pintado al fin del libro que precede, no era ciertamente el resultado inmediato de la constitucion primitiva del género humano.

Si el hombre se hubiera mantenido en la condicion en que Dios le colocó al crearlo, hubiera presentado en todo su sér el órden y la perfeccion que admiramos en las demas criaturas.

Su naturaleza le llevaba todavia á un mayor desarrollo de grandeza y superioridad, cuya tendencia encontramos en él todavia, aunque rota y desfigurada, en los escombros de su edificio.

Pero esta grandeza, esta superioridad estaban ligadas á un atributo característico de su especie, que no era incompatible con el riesgo de una caída ó de una degradacion.

Este tributo es la libertad.

¡La libertad! Dón el mas sublime que en todo su amor y su munificencia pudo hacer Dios á la criatura, pues por ella la hacia á su semejanza, salva su perfeccion infinita, que no podia transmitirle, dándole sin embargo el privilegio de acercarse mas y mas á ella, y haciéndola por este medio partícipe de una comunión indefiniblemente progresiva con su verdad, su santidad, su felicidad.

El lazo de esta union inefable dependia, por lo que toca al hombre, de su fidelidad en contener su libre albedrío dentro de los límites que Dios le habia señalado, con el intento de ejercitarle en su eleccion, y hacerle artífice de su propio mérito y destino.

Estos límites consistian en la prohibicion que se le impuso en el seno de la abundancia de todos los bienes, vedándole gustar un fruto misterioso, cuyas propiedades físicas y morales correspondian á los atributos de la naturaleza humana, á la cual esta prohibicion servia de prueba.

Una inteligencia superior que anteriormente habia caído en el mal, y cuyo poder se habia dedicado á propagar su desgracia, se insinuó bajo la forma de una serpiente en el ánimo de la compañera del hombre, ó para decirlo así, en la mitad mas flaca de esta criatura, conduciéndola por sus engaños á tentar la triste experiencia del mal, violando la prohibicion que era el escudo de su felicidad.

El hombre, medio caído ya en su compafiera, no supo resistir á la seduccion que ésta le comunicó: violó á su vez el precepto divino, y sacó el mal del bien, abusando de su libertad.

Por esta hecho descargó sobre sí mismo y sobre su especie, reducida todavia á su sola persona, un golpe terrible, cuyo rechazo hirió á toda su descendencia, precipitándola mas y mas en el desórden intelectual y sensible, es decir, en el crimen y la desgracia.

El resultado inmediato de este abuso de su libertad, fué la pérdida de esta misma libertad.—Antes de su desobediencia era libre, porque podia, segun su voluntad, pasar al mal ó permanecer voluntariamente en el bien, al paso que despues de su caída no pudo volver por sí mismo al bien, y permaneció involuntariamente en el mal: en una palabra, se hizo esclavo del pecado.

Hé aquí una segunda naturaleza, naturaleza viciada y enferma, naturaleza salvaje, en la cual nacemos todos, considerándola como nuestra naturaleza primitiva é inmediata, porque la causa que á ella nos ha condenado se pierde y confunde á lo lejos en el origen mismo de las cosas, y porque una de sus principales consecuencias ha sido cabalmente hacernos perder el conocimiento de nosotros mismos y obscurecernos á nuestros propios ojos.

Este obscurecimiento de la humanidad degradada no ha sido tan profundo que haya borrado algunos recuerdos de su caída, y que no encuentre todavia en sí misma las ruinas de su primitiva grandeza.—A estos recuerdos, á estas ruinas se encuentra mezclada la impresion de una mano tutelar que nos las ha conservado, haciendo menos dolorosa la caída del hombre y ofreciéndose á él, aunque de lejos, en el mismo fondo del precipicio, para sacarle de él y ayudarle á subir á la cumbre.

Esta mano es la mano de Dios; pero mano oculta, por decirlo así, en el castigo, como la de un padre que concilia la justicia con la bondad.

Procuremos aquí entrever esta divina economía.

El órden escijia que la justicia divina descargase su peso sobre el hombre culpable hasta su entera satisfaccion.—El hombre, incapaz por sí mismo de reparar su desórden y satisfacer la justicia de un Dios, no tenia mas remedio que volver á la nada.—Sin embargo, la misericordia de Dios, que al lado de su justicia y en su justicia misma quiso encontrar un medio de salvacion, inventó el prodigio mas estupendo del amor.

En la descendencia del hombre quedó oculta para aparecer, cuando fuese cumplida la plenitud de los tiempos, una persona divina, la misma virtud de Dios,—una con Dios por la sustancia, una con el hombre por la adopcion;—como hombre, capaz de sufrir y acumular sobre sí mismo la falta del hombre;—como Dios, capaz de satisfacer y agotar toda la justicia de Dios,—cargando sobre su cabeza todo el peso de esta justicia para no dejarnos de ella mas que lo que podia servir para nuestra curacion, y dándonos al propio tiempo el socorro y el conocimiento, el remedio y el método de aplicarlo, dominando y dándonos fuerza para dominar al espíritu proterbo, autor de nuestra desgracia y usurpador de nuestra raza, y limitando nuestro combate con aquel antiguo enemigo á lo estrictamente necesario para ganar el mérito y el triunfo de su derrota.

Este libertador prometido desde el principio de los siglos ha sido creído, esperado, ansiado por todo el género humano, el cual ha llenado todas sus religiones y creencias de símbolos, figuras é imágenes de su venida.

Este es nuestro Salvador Jesucristo.

El fué quien acudió con exactitud á la cita que su amor habia dado á nuestra miseria, y cuando ésta llegó á su colmo, vino á calmar la impaciencia del género humano, regenerando el mundo y abriéndole las puertas del cielo.

Tal es la historia de nuestra especie, y por decirlo así, el drama de nuestro destino. Divídenle tres grandes jornadas:—una caída inmensa, seguida de un prolongado extravío;—una reparación infinita, seguida de un gran combate;—una rehabilitación completa, seguida de un triunfo inmortal. ¿Quién abrazará estas tres acciones? ¿Quién sondeará toda su profundidad? ¿Quién lo desenlazará? Esta es la recompensa de la fé. A ella sola es dado llegar á la inteligencia de este divino espectáculo, y ver cómo se aclara sucesivamente el velo espeso que le cubre á los ojos de una razón orgullosa de su propia ignorancia.

Pero nosotros, que deseamos la luz, entrevemos ya la relación que une la primera revelación con la segunda. Porque esta impotencia en que se halla el hombre de retener la verdad religiosa, este extravío creciente del espíritu y del corazón humano, en todos los desórdenes que hemos notado en el seno del politeísmo, eran la consecuencia y la continuación de la caída empezada por el primer hombre; y este súbito resplandor de la verdad y de la santidad sobre la tierra, cuando apareció Jesucristo, no ha sido más que la restitución de la vida y de la santidad en la humanidad degenerada, y la realización de un socorro prometido desde el origen de la misma caída, con cuya esperanza el hombre se habia consolado y sostenido en su desgracia.

Así el cristianismo es la primera naturaleza, ó la gracia que ha vuelto á remediar los desórdenes de la segunda, es el nuevo enlace, la religión verdadera de las antiguas relaciones entre el hombre y Dios. El nombre RE-LIGION, por sí solo nombre universal, expresa la persuasión de la humanidad entera sobre este punto. Significa en efecto un lazo primitivo que ha sido deshecho y luego re-ligado, RE-LIGATIO; de lo cual se sigue que el *teísmo* puro y exclusivo es una contradicción con nuestra naturaleza corrompida, y que solo pudiera existir en un estado de inocencia. La RE-LIGION verdadera, según la misma palabra lo indica, debe necesariamente apoyarse sobre la doble verdad de una CAÍDA y de una REHABILITACIÓN; debe presentar un rompimiento y luego una reconciliación entre el hombre y Dios, y por consiguiente un agente mediador que debe llevar á efecto el nuevo nudo entre la humanidad en toda su miseria y la Divinidad en toda su perfección.

No nos desanimemos por la parte de misterio que pueda todavía quedar en esta doctrina, porque hallándose Dios comprendido en ella, no debe admirarnos que salga fuera de los límites de nuestro alcance; antes bien es necesario que se oculte á nuestro entendimiento, y sobre todo cuando es un entendimiento ya viciado. Si fuese del todo comprensible, no merecería nuestra creencia. Así, aunque es susceptible de ilustración hasta excitar el

asombro de nuestra inteligencia (lo cual me reservo para la segunda parte), como siempre quedaría alguna obscuridad, en que el incrédulo podía refugiarse, me abstengo *por ahora* de toda explicación. No es este el punto de vista bajo el cual me propongo exponer esta materia: lo presentaré antes bien por otro lado accesible al hombre menos ejercitado en las verdades divinas,—este punto de vista es el de los HECHOS.

Antes que fuese una doctrina la religión era ya un HECHO.

Ahora voy á poner en claro como verdad de hecho el plan de la religión tal como acabo de exponerlo.

Esto existe.

¿Cómo puede esto existir? ¿Qué es ese fruto, esa serpiente, esa caída, esa transmisión, etc. etc.? Dejo al incrédulo el discursar sobre este punto.—Sea así: le concederé todo cuanto quiera en este momento.... pero al cabo yo le conduciré por fuerza al HECHO que ni él ni yo podemos hacer que desaparezca; hecho que está allí, siempre allí, respondiendo de su posibilidad por su propia existencia, y de la fuerza de su existencia por la locura misma, ya que así se quiere, de sus caracteres aparentes, á pesar de los cuales se halla universalmente admitido y perpetuamente conservado.—Es una lima que embota el diente de la incredulidad y que podemos dejarle para que lo muerda á sus anchuras.—Por este lado la religión es realmente invulnerable, y descansa sobre una de las bases fundamentales de las ciencias, á saber, que cuando un fenómeno está suficientemente atestado por el hecho, la dificultad de su explicación no debe detenernos un momento. Todo el saber humano está lleno de hechos no explicados, inexplicables, que sería necedad rechazar. Pues bien: de esta manera, y con mas justa razón intento proceder en el órden religioso, y digo:—el plan de la religión está de tal manera establecido de HECHO, que al chocar con él todo se hace pedazos: esta plan explica mas misterios que los que en sí mismo contiene; y el negarlo encierra muchas mas incomprendibilidades que el admitirlo.

Esto supuesto, distribuiré así mis pruebas, pruebas cortadas, por decirlo así, á la medida del asunto y con relación á su importancia:

- I. La autoridad de Moisés como historiador;
- II. El estado de la naturaleza humana;
- III. Las tradiciones universales;
- IV. La venida y el reino de Jesucristo;
- V. El concierto y el lazo de todo lo que precede.

—+*+—

CAPÍTULO II.

Moisés.

ESTA primera prueba es por sí misma demasiado estensa para abrazarla de una sola ojeada; es preciso pues considerarla bajo tres aspectos.

§. I.

En antigüedad.—En carácter y el de sus escritos.—El pueblo hebreo.

Hubo un tiempo en que este mundo visible no existía, y en que todos los seres que en él conocemos no estaban mas que en lo posible. Una vez levantado el teatro de la creacion, la especie humana que figura en él hoy día fué introducida después de todas en una época no muy lejana. Al principio estuvo reducida á una tribu, á una familia, á una sola pareja, á un solo hombre, del cual hemos salido todos, y en el cual por consiguiente estaba compendiado nuestro destino.—Todos estos hechos y otros muchos han salido del recinto de la fé religiosa para entrar en el de las ciencias modernas, que los demuestran como escritos en todas las obras de la creacion. En el día aun puede alguno jactarse de incrédulo sobre muchos puntos; pero no sobre éstos, porque éstos han venido á ser descubrimientos de la razon en competencia de la fé, la cual ha recogido sus velas ante la antorcha de las ciencias, ó mas bien ha recibido el homenaje de su asentimiento, y no ha hecho mas que confiar á sus manos el depósito de la verdad que habia guardado desde el origen del mundo.

¡Qué precioso tesoro seria para el espíritu humano la historia de esta creacion del mundo, de este origen de la humanidad! ¡Qué estudio tan fecundo el de los primeros elementos de nuestra naturaleza, el de los principios constitutivos de nuestra especie que han podido influir en nuestro temperamento moral, y que pudieran descifrar el grande enigma de nuestra naturaleza y el término de nuestro destino! Seguramente, si la razon de nuestra existencia y el fin para que somos criados han de encontrarse escritos en alguna parte, debemos hallarlos precisamente en el hecho de nuestra creacion y en los que inmediatamente la siguieron: todo lo demás ha sido solo una consecuencia, y para salir del laberinto seria preciso volver á la puerta por donde hemos entrado en él.

Pero, ¿dónde se halla esta historia? ¿Quién pudo escribirla? ¿Quién nos la ha conservado? En el copioso depósito de historiadores que han hecho revivir los sucesos pasados podemos con alguna facilidad seguir el curso de los años y de los siglos por el espacio de mil quinientos años todo lo mas: así somos casi testigos de la formacion de los estados modernos, y de las transformaciones que han experimentado: vemos caer y desmembrarse el vasto imperio romano, cuya decadencia y vejez hemos contemplado: hemos visto combatir y apoderarse del mundo, hemos visto nacer en fin, y con el ojo escudriñador de Bossuet, podemos seguir los gérmenes de su grandeza y de su corrupcion. En el mismo tiempo, ó poco antes, la Grecia con todas sus maravillas resplandece en la historia y se agita en la escena del mundo: subimos al Egipto, cuyo nebuloso poderío empieza á perderse en la noche de los tiempos: luego los persas, los medos, los asirios se presentan en lontananza en este gran cuadro; y de todos los historiadores que han trazado sus di-

ferentes partes, los mas antiguos son Herodoto y el grande Homero. Detrás de ellos á nada mas puede alcanzar nuestra vista.

Hasta allí sin embargo hemos visto la historia de los individuos y de las naciones: pero no la historia del género humano: hemos cojido las ramas, pero no el tronco. ¿De qué procede que no podamos seguir nuestro camino hasta llegar á la sociedad primitiva, de la cual han salido las demás? Procede indudablemente de que colocados en aquel punto nos acercamos á ella. Las tinieblas que la cubren indican que no está infinitamente distante. Si el mundo en efecto fuese indefinidamente mas antiguo, la ley del progreso le habria conducido á dejarse conocer mas pronto por medio de los frutos de su civilizacion; y del mismo modo que Homero y todos los historiadores que le han seguido cedieron á la natural necesidad de dejar á la posteridad monumentos de su tránsito sobre la tierra, asimismo las generaciones anteriores nos hubieran iniciado tambien en el hecho de su existencia, si la reducida estension de la misma no les hubiera dispensado de esta necesidad y privado de los medios de satisfacerla.—Sin duda las costumbres pintadas por Homero, y sobre todo el mismo Homero, suponen ya un gran progreso (1); pero concediendo todo el tiempo necesario para él resulta siempre que aquellas costumbres y aquellas obras son los primeros frutos históricos, y que por lo mismo no estaba muy lejano el tronco que los produjo.—Hasta allí el mundo habia vivido de tradiciones morales ó simbólicas, y la sencillez de las primeras sociedades no le habia dado á conocer la necesidad de conservar por otros medios los recuerdos de una antigüedad que no existía. La memoria del hombre podia aun retenerlos sin grande esfuerzo: su proximidad, y aun tal vez su grandeza, no permitia que fuesen olvidados. Esta opinion queda confirmada por un hecho universal, á saber, las tradiciones que se encuentran todavía en el fondo de la historia de todos los pueblos, y que se conservan todas al través de sus metamorfosis para componer una tradicion uniforme sobre ciertos hechos primitivos que demuestran una comunidad de origen.

Pero al cabo, estas tradiciones universales, estos recuerdos fósiles, no han encontrado todavía su Cuvier, y no tienen en sí mismos una ley orgánica bastante exacta para prestarse á una cabal recomposicion de la historia de los tiempos primitivos, quedando reducidos por consiguiente á comprobar la verdad de esta historia en el caso de encontrarse escrita.

Pero ha llegado ya el tiempo de decirlo: esta historia existe, y los títulos de la familia humana se hallan en nuestro poder.—Mas allá de las historias mas antiguas, mas allá de Herodoto y de Homero, mas allá de los anales egipcios, fenicios y asirios, mas allá en fin de los tiempos fabulosos, en medio de la noche y del silencio que cubren las primeras generaciones, allí como un gran faro suspendido so-

(1) Es preciso sin embargo conceder á Homero el don del genio, don inmenso, sobre todo en una obra de pura imaginacion

bre el abismo de los tiempos, se eleva solitario en su majestuosa antigüedad Moisés, historiador, no de un pueblo, sino de los padres de todos los pueblos, biógrafo del hombre, analista de la naturaleza, cronista de los hechos de Dios.

Es para mí una ventaja inmensa el que mi causa se refiera á este gran testigo, y que la verdad por mí defendida venga á descansar sobre el monumento mas antiguo y mas venerable que existe entre los hombres.

Cuando se reúnen, cuando se pesan con conciencia todos los motivos de confianza y crédito que rodean el libro de la Biblia, y en particular el Pentateuco, en el cual vienen á refundirse todas sus demás partes, nadie puede librarse de experimentar un santo respeto en el momento de abrirlo: cada cual siente que el pensamiento del hombre no ha podido inventar sus grandes y misteriosas relaciones, y no ha hecho mas que prestar su mano para escribirlas. Si alguna vez la lijereza de nuestro espíritu queda suspensa á la vista de hechos que le parecen inverosímiles, nos arrepentimos á poco de nuestra duda; porque conocemos que empeñándonos en esta lucha con el espíritu de Dios, hemos de salir peor librados. Comprendo muy bien que el hombre mas escéptico de nuestra época, lord Byron, haya escrito en el ejemplar de su Biblia estos renglones que se encontraron después de su muerte:—"En este libro augusto se halla el misterio de los misterios. ¡Ah! ¡feliz entre todos los mortales aquel á quien Dios ha concedido la gracia de oír, de leer, de recitar orando, y de respetar las palabras de este libro! ¡Feliz el que sabe forzar la puerta y entrar con resolución en sus senderos! Pero mas valdria no haber nacido que leerlo para dudar de él ó despreciarlo.... (1)."

Detengámonos en analizar las garantías de este libro incomparable, y en pesar su solidez con la balanza de nuestra debil razon; porque en él encontraremos el eje sobre el cual deberá girar una de las pruebas mas importantes de la verdad de nuestros Estudios.

I. La antigüedad de Moisés, segun hemos dicho, es una circunstancia especial que le escamo de toda paridad con todos los demás historiadores; circunstancia esencial en un historiador de la creacion, pues por ella se encuentra mas cerca que otro alguno del origen de las cosas, y llena una de las primeras condiciones de exactitud y fidelidad con respecto á los acontecimientos que describe.

Esta circunstancia no puede negársele sin temeridad.

El ilustre Cuvier, el Aristóteles de los tiempos modernos, cuyo nombre invocaré á menudo en estos Estudios sobre Moisés, como el mas digno representante de la humana ciencia, ha tenido oportunidad de comprobar esta primera verdad, y lo ha hecho de la manera siguiente:

"La cronología de ninguno de los pueblos de Occidente no sube por una cadena continuada á mas de tres mil años. Ninguno de ellos puede

"ofrecer antes de esta época, ni aun dos ó tres siglos después, una serie de hechos coordinados con mediana verosimilitud. Los griegos confiesan que solo poseyeron el arte de escribir después que se lo enseñaron los fenicios, hará treinta ó treinta y cuatro siglos: aun después de esta época su historia está llena de fábulas, y no encuentran á mas de trescientos años mas arriba los primeros vestigios de su reunion en poblaciones. De la historia del Asia occidental tenemos únicamente algunos extractos contradictorios que no alcanzan con alguna regularidad á veinte siglos. El primer historiador profano, cuyas obras nos han quedado, Herodoto, no tiene mas que dos mil trescientos años de antigüedad. Los historiadores precoces, á quienes pudo consultar, no datan de un siglo antes que él; y de lo que eran puede juzgarse por las estravagancias que de ellos se han conservado, extractadas de Aristaeo Proconesio y de algunos otros.—Antes de ellos no habia mas que poetas; y Homero, el maestro inmortal del Occidente, no ha precedido á nuestra época mas que dos mil setecientos ó dos mil ochocientos años.... Un solo pueblo nos ha conservado anales escritos en prosa antes de la época de Ciro: y este pueblo es el hebreo.—La parte del antiguo Testamento que se llama *Pentateuco* existe bajo su forma actual, á lo menos desde el cisma de Jeroboam, supuesto que los samaritanos lo adoptan lo mismo que los judíos, es decir, que de seguro tiene ahora mas de dos mil ochocientos años.... no hay razon alguna para dejar de atribuir la redaccion del Génesis al mismo Moisés, lo cual le haria subir á quinientos años mas atrás, es decir, á treinta y tres siglos antes del nuestro; basta leerlo para ver que fué compuesto en parte con residuos de obras anteriores: no podemos pues de manera alguna dudar que es el libro mas antiguo que poseemos los de Occidente (1)."

¡Qué historiador éste que precede á todos los demás en diez siglos! (Herodoto vivió hace dos mil trescientos años, y Moisés hace tres mil trescientos).—En su comparacion podriamos decir á todos los historiadores lo que decian los egipcios á los filósofos griegos:—"No sois mas que unos niños: entre vosotros no hay viejos; vuestra ciencia no ha enancanecido por la edad."—¡Cómo se hubieran inclinado estos mismos filósofos ante la majestad de Moisés, como el mas inmediato á Dios y al origen de las cosas, y como el que mejor que otro alguno sabia lo verdadero, lo primitivo, el dogma paternal, el dogma divino [2]!

Esta conclusion adquiere una fuerza irresistible, cuando observamos que las fábulas mitológicas y el origen que á su invencion se atribuye son de fecha posterior: que el curso de la tradicion no se habia turbado aún, y que de esta tradicion habia podido Moisés saber originalmente sus relaciones: que si el espacio que todavía separa á Moisés del diluvio y de la creacion nos parece muy largo para

(1) Discurso sobre las revoluciones del globo, esta edicion, p. 171.

[2] Aristóteles, Sócrates, Platon, Ciceron, ya citados.

(1) Obras de lord Byron. Misceláneas, t. II, p. 406.

la conservación de los recuerdos, se acorta visiblemente por la longevidad de los hombres en aquella época, por las vivas impresiones que debieron haber dejado en los ánimos los primeros acontecimientos, y por la sencillez de costumbres é ideas mas propias para conservarlos.—Tomando las fechas de Moisés, que según veremos son exactas y comprobadas, la vida de tres ó cuatro hombres alcanzaba hasta Noé, quien había conocido á los hijos de Adán y tocaba casi el origen de las cosas [1]. Unas vidas tan largas y un número tan pequeño de generaciones acercan el origen del mundo al tiempo de Moisés casi como si se tratase de un suceso ocurrido dos ó tres siglos atrás entre hombres de una duración ordinaria.

Por lo demás una reflexión importante viene aquí abogando en favor de la sinceridad de Moisés. Moisés, el mas antiguo de los historiadores, es el que presenta el origen del mundo como mas reciente, y el que disminuyendo el número de las generaciones se hubiera espuesto á ser inevitablemente desmentido si hubiese faltado á la verdad.—Suponiendo que hubiese sido un historiador comun, y que pudiera proponerse un objeto diferente del de consignar en una historia escrita lo que era ya conocido de todos los pueblos, y formaba una de las partes mas esenciales de los monumentos y de la religion de la familia de Abraham, se hubiera guardado muy bien de dar una vida tan prolongada á los testigos que hubieran podido contradecirle, y demostrar todas las equivocaciones de sus fechas, poniendo por lo mismo en duda los sucesos que á ellas referia. En este caso, hubiera cuidado de hacer retroceder el origen del mundo y de multiplicar las generaciones, puesto que decia lo que se sabia ya, subiendo de edad en edad; y es patente que sus anales eran los anales públicos antes que los redujese á escritura; pues no toma la menor precaucion para ser creído, y prodiga todo lo que pudiera servir de prueba contra él si no hubiese relatado con fidelidad.

Por lo mismo la antigüedad de Moisés por una parte, y por otra la antigüedad que atribuyen al origen del mundo, circunstancias ambas que le son peculiares, concurren á establecer en favor de la verdad de su historia una importantísima garantía.

II. Lo que en segundo lugar caracteriza al autor del Pentateuco es su índole personal y la de sus escritos.

(1) En el tiempo de Moisés un anciano pudo haber conocido á José, cuyo padre había visto á Ben, éste á Matumien, y éste último á Adán. Abraham, que había tratado á los hijos de Noé, y cuya posteridad formaba la nacion hebrea del tiempo de Moisés (al cual por consiguiente ha sido como el depósito de las tradiciones del Oriente en aquellas primeras épocas), había dejado entre las mismas naciones paganas una memoria que atestigua su importancia, y confirmado lo que de él nos dice la Biblia. Nicolás de Damasco se expresa de esta manera sobre este varón insignificante: "Abraham salió con un gran séquito del país de los caldeos, que se halla mas allá de Babilonia, reinó en Damasco, partió algun tiempo despues con todo su pueblo, se estableció en la tierra de Canaan, que hoy se llama Judea, donde su posteridad se multiplicó de un modo increíble, como diré mas particularmente en otro lugar. El nombre de Abraham es aun hoy día muy famoso y venerado en el país de Damasco." Hist., lib. 4.—Reciente escribió un libro entero sobre él; Barocio habla de él igualmente, y coloca su existencia en la edad décima despues del diluvio.

Ningun historiador ha escrito bajo condiciones tan graves y solemnes como Moisés.—No es un poeta como Homero ó Hesíodo; no escribe bajo la inspiración de su fantasía, proponiéndose lisonjear las imaginaciones y alcanzar una inmortalidad terrestre;—no es un analista adulador ó censor de sus contemporáneos, distribuyendo la gloria ó la infamia al antojo de los partidos, y encerrándose en el círculo de una idea ó de una nacionalidad como la turba de los demás historiadores:—es un pontífice, es un patriarca que escribe á la vista de todo un pueblo, ó mejor dicho, del género humano; que refiere los acontecimientos públicos cuyo teatro había sido el universo, y que fija por medio de la escritura lo que toda la tierra sabia de memoria. Allí no hay prólogo, no hay ecoordio, no hay precaución ni plan concertado de propósito, no hay empeño de agradar ó de ser creído: la narración, nada mas que la narración, probable ó improbable, natural ó milagrosa, profunda ó sencilla, todo sale de su pluma bajo una forma austera, como si no hubiera hecho mas que escribir dictándole otra persona penetrada de las ideas que expresaba. Es evidente que escribe en el seno de la persuasión general, que cuanto refiere se sostiene por su propio crédito, y que las impresiones de asombro, de duda ó de incredulidad que podemos ahora experimentar en su lectura no obraban sobre sus contemporáneos, pues de otra manera hubiera tomado precauciones contra este peligro. Es visto, pues, que se abandonaba á la opinión pública de su tiempo, á la voz de su pueblo, á la voz de Dios. Esta observación desconcierta la incredulidad mas osada, y la desarma completamente. Atacando su narración, no se ataca solamente á Moisés, se ataca á todo un pueblo, á todo un mundo que se la dictó, y la volvió á recibir, en presencia de los monumentos y de las tradiciones, vivas todavía, que la atestiguaban, y en las circunstancias mas propias para confundirla si hubiese sido fabulosa.

Por otra parte, según en su propio lugar he observado (1), un sello particular distingue y autoriza la cosmogonía de Moisés: entre casi todos los pueblos la mitología se popularizó en la noche de los tiempos, cuando la imaginación no tenía la contradicción de los hechos, y cesó al momento de aparecer la historia. Los antiguos monumentos de los hebreos por el contrario abundan menos de cosas prodigiosas en los tiempos antiguos que en los tiempos mas modernos. Nada hay mas imponente en la Biblia que el corto número de prodigios muy remotos, y la abundancia de los prodigios mas recientes. Es cabalmente lo contrario lo que vemos en los demás pueblos, pero en la Biblia este orden se halla trocado.

Las mas antiguas leyendas de las demás naciones empiezan por el politeísmo: no solamente hablan de alianza entre los dioses y los mortales, sino que tambien nos refieren las depravaciones y adulterios celestes, describen las guerras entre las

(1) Johan, célebre profesor alemán, citado por Maret. Hist. del politeísmo.

divinidades, colocan entre ellas al sol, á la luna y á los astros, y admiten una caterva de semi-dioses, de genios y de demonios. Segun ellas todo inventor de un arte útil consigue una apoteosis. Si nos enseñan una cronología es ó casi nula ó sobrado gigantesca; su geografía se estiende como un vasto campo poblado de quimeras: todo, segun ellos, ha experimentado las mas estrafas transformaciones, y se abandonan sin tino á todos los ímpetus de la imaginación mas inconstante y ridícula. Una continua pasión á lo maravilloso, una repugnancia invencible á señalar la circunstancia mas natural sin adornarla con alguna exajeración, en fin, aquella vanidad nacional, siempre celosa de atribuir exclusivamente á su propio país los hechos que conciernen á todo el género humano: hé aquí los rasgos mas característicos de las cosmogonías paganas.

Otra cosa es lo que sucede en las relaciones de la Biblia: allí no vemos mas que la acción inmediata de un Dios criador, sin disfraz, sin adornos quiméricos, nada mas que su voluntad enteramente desnuda;—*sea la luz,—la luz fué,—*tal en fin cual ecasije la naturaleza de un Sér Todopoderoso. La luna, el sol, las estrellas, lejos de ser dioses, sirven por el contrario al uso del hombre, le comunican la claridad y le sirven para medir el tiempo. Todas las grandes invenciones están hechas por hombres que no pasan de serlo. La cronología camina por series naturales, y la geografía no se estiende mas allá de los límites de la tierra. No se ven transmigraciones ni metamorfosis, nada en fin de lo que en los libros mas antiguos de los pueblos profanos nos indica la huella de la imaginación y la inventiva. Si la ciencia por sí sola tuviese que describir la creación, y fuese capaz de ello, no lo haría de otra manera que lo hizo Moisés.

Una sublime trivialidad resplandece en sus palabras, una sencillez lacónica encierra su relación en los términos rigurosamente necesarios para expresar el suceso, y nada mas. Y sin embargo, ¡qué exactitud! ¡Qué orden! ¡Qué profundidad! ¡Qué majestad! ¡Qué cosa hay mas naturalmente seguida y encadenada que esta historia, la única que presenta un conjunto completo, que coordina y esclarece las tradiciones dispersas entre los pueblos, y nos señala distintamente la creación del universo, la del hombre en particular, la dicha de su primer estado, la causa de sus flaquezas ó infortunios, la corrupción del mundo, el diluvio, el principio de las artes y de las naciones, la distribución de las tierras, en fin, la propagación del linaje humano, y otros hechos de igual importancia, de los cuales las historias humanas solo hablan confusamente, obligándonos á buscar en otra parte los verdaderos orígenes (1)? Solo en las primeras páginas del Génesis hay mayor número de verdades fundamentales, mas copia de sana filosofía, mas conocimiento de las cosas divinas y humanas, que en todas las obras de la antigüedad. ¡Qué grandeza! ¡qué magnificencia en la introducción á la historia de los primeros tiempos del mundo, al cual aquellos

seis actos, aquellos seis golpes de la voluntad del Criador hacían salir de la nada sin precipitación ni violencia, expresando en cada uno de sus intervalos, y en la aprobación que le merece cada una de sus maravillas, la fuerza, la libertad y el poder mas ilimitado, examinando una por una las partes del universo antes de darles la sanción definitiva, y pudiendo volverlas á la nada, ó cambiar su destino con la misma facilidad con que le plugo crearlas y conservarlas (1)! ¿Dónde había Moisés bebido ese conocimiento tan puro de la Divinidad, esas ideas tan sublimes de su independencia y de sus demás perfecciones? ¿Cómo pudo ser, que habiendo venido antes de los demás escritores, les do tantos siglos por su profunda sabiduría, siendo preceda á todos, su doctrina no ha caducado ni ha necesitado el único cuya doctrina es el conocimiento y relaciones situado reforma, y con alguno; el único, en fin, no han flaqueado en punto alguno que de la religión? historia y de la filosofía, lo mismo renables y sobrenatural.

Hay sin duda cosas incompletas, es fácil ver que naturales en estas relaciones; pero no de la imaginación proceda de su misma índole, chocante sería la creación de su historiador. Hasta la creación de que nada de sobrenatural hubiese en la creación de la naturaleza, porque ésta no podía ser sino la naturaleza, y si misma antes que existiese. No podemos comprender ni juzgar naturalmente las cosas que con arreglo á las leyes que con ellas nos relacionan, y no con arreglo á las que pueden ser, entre ellas y Dios, que es por sí solo su misma ley, de procediendo muchas veces nuestra incredulidad en la falsa aplicación que hacemos al supremo. Señalas leyes que impuso á sus criaturas. En este punto la incredulidad sería tanto mas insensata, cuanto que los hechos sobrenaturales del Génesis se refieren á época en que la naturaleza ni sus leyes estaban todavía formadas, y en que, hablando de propiedad, no había otra cosa natural mas que el arbitrio de Dios.

“¿Dónde estabas, dice el Señor á Job, cuando yo echaba los cimientos de la tierra? Dímelo, ¿tienes entendimiento: ¿no ves que soy infinitamente superior en mi poder, y que nadie de los que han impuesto leyes se asemeja á mí? ¿Quién podrá profundizar mis caminos, ó quién podrá decir: me: has cometido una injusticia (2)?” Toda la naturaleza queda sembrada de misterios á pesar de la constancia de sus leyes después de seis mil años; ¿podríamos no encontrarlos, cuando Dios la tenía aun entre sus manos creadoras? Lejos pues de el

(1) Esta aprobación de Dios, *et vidit Deus quod esset bonum*, que tanto escandaliza á los incrédulos, es la expresión mas sublime que puede darse á los hombres de la libertad, de la sabiduría, del poder del Criador. Dios seguramente no podía equivocarse en su obra como un artífice mortal; pero tampoco la perfección que en ella imprimía era un resultado de la fatalidad, sino el fruto del saber y de la libre omnipotencia de aquel que todo lo hizo con su número, peso y medida, y que puede variar hasta lo infinito la perfección, porque la suya es infinita. Dios pudo crear otras tierras y otros cielos: pudo tambien no crear cosa alguna: después de haber creado era dueño de la obra igualmente que antes todas estas cosas son las que quiso Moisés aplicar con estas sencillas palabras: *Et vidit Deus quod esset bonum*.

(2) Job, cap. 38.

(1) *Reverend.*

candelizarnos de que este libro augusto sea el misterio de los misterios, admirémosnos al ver cómo, revelándonos mejor que otro alguno la majestad divina, es al mismo tiempo el que mas satisface la debilidad de nuestra razón, y con ella se concilia; y para acabar de comprenderlo, pidamos á Dios con lord Byron que nos conceda la gracia de oír, de leer, de recitar en oraciones, y de respetar esta palabra. Entonces nuestra docilidad *forzará la puerta*, nuestra humildad entrará con violencia en las sandas, y veremos resplandecer la divina sabiduría en estas mismas páginas que al orgullo de nuestro espíritu presentaban solo tinieblas y contradicciones.

Porque al cabo es preciso colocarnos bajo el punto de vista de la verdad acerca de las relaciones de Moisés, mas que no fuera por otra cosa que para juzgarlas con equidad. Estas relaciones deben componerse así de los hechos revelados por Dios, como por aquellos que los pudieron presenciar. Hemos establecido ya en el capítulo sobre la necesidad de una revelación primitiva, que Dios debió necesariamente instruir al primer hombre ó á los primeros hombres de lo que les cumplía saber, en cuya persuasión universal se halla conforme toda la antigüedad.—Dios mismo pues fué quien, al darse á conocer al hombre salido de sus manos (y ¿qué cosa mas natural?), debió descubrirle y hacer pasar ante sus ojos el cuadro de la creación, á la cual el último no había asistido; debió ser, digámoslo así, su primer historiador, entrando con él en aquellas comunicaciones de padre á hijo que Platon consideraba como el fundamento de la verdad y el primer anillo de la tradición sobre la tierra. De aquí se sigue que el libro de Moisés no puede ser mas que un libro inspirado, si es que sea el libro de las tradiciones acerca de Dios; porque las verdaderas tradiciones acerca de Dios han debido manar de una fuente inspirada. Toda nuestra tarea para establecer como verdad inconcusa que Moisés fué el solo historiador exacto de las tradiciones primitivas viene igualmente á demostrar que es el historiador de la revelación, historiador inspirado, si no inmediatamente segun yo creo, á lo menos por el medio y conducto de la tradición. Bajo este punto de vista, que si no es el verdadero ninguna otra cosa puede serlo, Moisés desaparece, y solo la majestad Divina es la que respira en sus relaciones y la que habla á cada uno de nosotros como habló al primer hombre, y como éste habló en seguida á sus descendientes. La historia sagrada se reviste entonces de un carácter de autoridad ante la cual la humana inteligencia debe inclinarse y anonadarse ante la fé, que es definitivamente la única condicion del espíritu humano en presencia de Dios.

Esta importante consideración está tomada del mismo fondo de la materia que examinamos, y debe por lo mismo dominar en ella. Sin esquivar el escámen, ella debe guiarlo y fijarlo, á no ser que la recta razón se resista completamente, porque todo debe estudiarse segun las condiciones de su naturaleza, y sería injusto y fuera de razón, para juzgar si una obra es divina, examinarla como si no lo fuese.

Cuerdamente estudiados el carácter de Moisés y el de su divina narración, imprimen en su testimonio tal sello de verdad y de autoridad, que le distingue de los demás historiadores, y que atrae nuestra confianza.

III. Una tercera consideración va á terminar nuestro primer escámen sobre Moisés;—y está sacada del pueblo judío.

Las relaciones de Moisés en la época en que fueron escritas tenían todo un pueblo que las repetía y las atestiguaba. Este pueblo continuó existiendo, y existe aun á estas horas en medio de nosotros, como mensajero y custodio de sus anales; y este pueblo ha presentado siempre, tanto en la antigüedad como en los tiempos modernos, un fenómeno religioso y social que no puede ser explicado sino por la intervención de la autoridad divina.

Considerando desde luego al pueblo judío en la antigüedad, es imposible defendernos del asombro que nos causa este hecho colosal de todo un pueblo, de toda una nación, superior á las demas por su antigüedad, atravesando todos los siglos en el seno de la idolatría y de la universal depravación, y guardando intacto el depósito de la ley natural, de la religion primitiva, de la creencia y del culto á un Dios único, espiritual, santo, misericordioso, padre y juez de todos los hombres, tal en fin como es el verdadero Dios que hoy adora toda la tierra, y que toda la tierra ignoraba entonces.—*Judai mente solá* (dice Tácito) *unumque numen intelligunt, summum illud et aeternum, neque mutabile, neque interitum* (1).—Todas las naciones primitivamente alumbradas por la antorcha de la religion natural no tardaron en verla apagada, extraviándose en las sendas de la superstición y de la idolatría, y perdiéndose mas y mas en ellas, sin que nada pudiese volverlas al buen camino. Los filósofos pululaban en su seno, y empleaban toda su vida en busca de la verdad; y sin embargo la verdad estaba tan oculta, que el príncipe de aquellos filósofos, el mismo Platon, se veía obligado á decir: “Es muy difícil el saber á qué debemos atenernos tratándose de Dios, y aun cuando lo supiéramos seria muy peligroso el decirlo.” En efecto, este filósofo no se atrevía á pronunciar el santo nombre de Dios mas que al oído de sus íntimos amigos; y entre tanto todo un pueblo, toda una nación, única en el mundo, fundaba toda su religion, todas sus costumbres, todas sus festividades en el culto público de un Dios solo, espiritual, purificador y vengador de todas las torpezas humanas, de las cuales cabalmente los demas pueblos formaban sus divinidades, sin tener mas que un solo templo, y en este templo, maravilla del mundo, nada mas que la presencia invisible de este Dios y los caracteres de su santa ley borrados en todo lo restante del mundo. Cuando Pompeyo, usando á abusando del derecho de conquista, entró en el *Sancta Sanctorum*, observó con asombro, dice Tácito: *Nulla intus Deum effigie, vacuum sedem et inania arca* (2); asombro que habian experimentado mu-

(1) Tácito, *Annal.*, lib. 8.

(2) Tácito, *Hist.*, lib. 2, p. 9.

chos siglos antes los pueblos del Oriente, haciéndolos exclamar: "No hemos visto ningún ídolo en Jacob: no se ven allí presagios supersticiosos, no se ven augurios ni sortilegios; es un pueblo entregado exclusivamente al Señor su Dios, cuyo poder es invencible." Y de aquí aquel dicho vulgar que corría entre los paganos, que los judíos no adoraban más que al aire y al cielo: *Nil prater aures et caeli lumen adorant*; ¡hasta tal punto había el espíritu humano perdido de vista la verdad, que solo los judíos la habían conservado!—¿No es este un prodigio en el orden moral? ¿Cómo solo los judíos se habían librado del naufragio universal de la razón? ¿Cómo ellos solos se habían sostenido en la cumbre de la verdad primitiva, y habían resistido á esa pendiente, á esa tendencia de la condición humana hacia el error, ellos, que eran más antiguos que todos los demás pueblos, y que por lo mismo hubieran debido envejecer y corromperse más pronto? ¿Ellos, que por lo demás no eran naturalmente menos groseros ni menos carnales, ni menos atacados de aquella enfermedad moral que los interiormente á todos los mortales (1)? Y obsérvese que entre ellos este culto tan elevado, tan puro, se practicaba sin pretensiones y sin distinción, que era el culto vulgar, el culto diario: obsérvese además que se ha mantenido al través de todas las vicisitudes políticas y sociales, bajo la ley de familia, bajo la teocracia, bajo la república, bajo la monarquía, bajo la dictadura, en la paz y en la guerra, en la libertad como en la servidumbre, en la patria como en el destierro, y que se ha conservado de la misma manera hasta el fin, es decir, hasta que el cristianismo salido de su seno vino á derramar sobre el mundo una luz más viva, absorbiéndolos en su inmenso seno.

¿Cómo explicar semejante fenómeno?

Por lo que á mí toca, lo diré altamente, porque es en mí una profunda convicción, tanto de raciocinio como de fé; no explico este fenómeno de la conservación de la verdad religiosa en este pueblo, sino por el mismo medio que por primera vez se había comunicado á la tierra, por la revelación, por la intervención de la Divinidad.—La fuente de las divinas comunicaciones, de donde emanó la verdad que brilló en la inteligencia del primer hombre, había quedado abierta en medio de este pueblo, y chorreaba con intermitencias del seno de los patriarcas y de los profetas, manifestándose por hechos y sucesos que despertaban continuamente en los espíritus la memoria de la verdad, reprimían la tendencia de los ánimos hacia la idolatría, los contenían en la antigua senda de la tradición, y les hacían visible la presencia de la Divinidad, hasta que difundió sus destellos por toda la tierra en la persona de Cristo y de su Iglesia.—Un resultado tan sobrenatural, no pudo obtenerse sino por virtud de impresiones sobrenaturales también.—En todos los pueblos la ra-

zón y la tradición habían sido impotentes para conservar la verdad. ¿Cómo, pues, solo entre los judíos pudieron producir tan distintos resultados? La tradición hubiera podido todo lo más prolongar el reinado de la verdad; pero la propensión viciosa la hubiera conducido al aniquilamiento, y una vez alterada ó perdida, lo hubiera sido para siempre. Sucedió todo lo contrario. La tendencia se dirigió hacia el aumento de la verdad, hacia la esperanza de una luz más pura y más brillante, y cuando por incidencia venía á flaquear y á oscurecerse, se la veía á poco aparecer de nuevo y recobrar con más viveza su antiguo esplendor. Hé aquí en resumen toda la historia del pueblo judío.

Pero no nos adelantemos si se quiere, hasta deducir de aquí la inspiración en el pueblo ó en la nación hebrea; concedamos al escepticismo toda la anchura posible; pero á lo menos es constante que el fenómeno cuya causa indagamos solo pudiera explicarse diciendo que los judíos poseían una constitución tradicional sumamente fuerte y bien eslabonada, constitución que habían naturalmente conservado hasta Moisés, y que este grande hombre apoderándose de ella la había organizado con admirable prevision: que para este pueblo había una especie de canal de tradición herméticamente cerrado, que le transmitía incorruptiblemente la verdad primitiva y la reproducía exactamente el sonido de la voz de sus antepasados y la palabra del Criador; que si el verdadero Dios había permanecido grabado en su espíritu y en su corazón, fué porque era el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios salvador de la familia patriarcal de Noé, el Dios criador de Adán y artífice del cielo y de la tierra. Moisés al grabar en este pueblo semejante doctrina tradicional, la había ya encontrado en él, y cabalmente sobre ella misma fundó el ascendiente que obtuvo. Hé aquí lo que por lo menos es preciso confesar.—Pues bien, esto basta para dar á los libros hebreos un carácter incomparable de certeza; porque bajo la influencia de esta doctrina tradicional tan segura y preservadora, fueron compuestos y conservados. El pueblo judío quedó inviolable depositario de las verdades más espirituales; jamás se dejó sorprender por las seducciones y novedades que por todas partes le asediaban; por lo cual adquirió el derecho de ser creído con preferencia á los demás en la relación que nos hace de los grandes acontecimientos primitivos.—Él guardó las ideas, y por esto guardó los hechos;—y bajo este concepto, el libro de Moisés, donde se consignaron estos hechos y estas ideas, presenta un carácter único y singular de certidumbre. Las ideas y los hechos, la historia y la doctrina, se enlazan y encadenan estrechamente en los libros hebreos: por la impresión de los hechos quedaron grabadas las doctrinas, de lo cual se infiere que la conservación de las verdades espirituales, supone necesariamente la conservación de los recuerdos sobre los hechos materiales, y que aquellos responden de estos, como el efecto responde de su causa y como el fin responde de los medios.

Y ¿cómo podemos dejar de admitir esta consideración cuando tenemos todavía á nuestra vista á es-

(1) Num. 23, pp. 21, 22, 23.

Hasta pudiéramos decir que los judíos eran más carnales é idólatras que los demás pueblos, y que Dios al parecer los escogió sobre de esta condición, para que brillase más el prodigio de la conservación de la verdad divina en su seno.

te mismo pueblo, el cual, despues de haber pasado durante diez y ocho siglos por la criba de la adversidad y de haber sido dispersado por todas las regiones de la tierra, ha quedado sin embargo firme en sus tradiciones y creencias, el mismo que en la edad media; el mismo que bajo Adriano y bajo Tito; el mismo que bajo sus pontífices, sus profetas y sus reyes; el mismo que bajo Moises, sin mas diferencia que el de hallarse *desnacionalizado*, si puedo decirlo así, vagando desterrado en los tiempos modernos? Todos los demas pueblos antiguos sus vencedores han desaparecido; él solo ha quedado como un fantasma que arrastra su sudario entre los vivos; y si se busca lo que puede servirle de lazo en su misma disolucion, solo se encuentra una cosa en que se cifra todo el prodigio: un libro que guarda entre sus manos al cabo de treinta siglos; libro que le sirve de talisman y prenda de su vitalidad, y que todo lo suple: el hogar, el ara, la unidad nacional.—Pero ¡qué libro!—¿Cómo podemos dudar de su propia conservacion si él solo constituye la conservacion única de un pueblo? ¿Cómo podemos dudar de su fidelidad, cuando él mismo supo conciliarse una fidelidad tan portentosa?—A pesar de tantas causas como hubieran debido alterarlo sujetándolo á las vicisitudes de sus depositarios, ni una palabra se ha mudado en él en diez y ocho siglos, como para probarnos que tampoco se habia mudado una sola palabra en los quince siglos que precedieron, y para mostrarnos la fuerza de la verdad primitiva en el propio respeto que supo inspirar para su conservacion.—Por lo demas el historiador Josefo se expresa en este punto del modo siguiente:—“Nada puede haber mas cierto que los escritos autorizados por nosotros (escribia bajo el imperio de Tito): ellos no pudieran sujetarse á la menor discusion, supuesto que en ellos solo se aprueba lo que escribieron los profetas hace una porcion de siglos. No existe entre nosotros esa abundancia de libros que se contradicen entre sí: solo tenemos veintidos que comprenden todo lo que ha ocurrido desde el principio del mundo hasta ahora en lo que á nosotros se refiere, y á ellos debemos prestar fé. Conservamos hácia estos libros un respeto tal, que nadie se ha atrevido á quitar, añadir ó variar la menor cosa. Los consideramos como divinos, los llamamos así, hacemos profesion de observarlos inviolablemente y de morir con júbilo, si es menester, para mantenerlos (1).”—Lo que decian los judíos á sus adversarios hace mil ochocientos años, sin temor de ser desmentidos, subiendo hasta el principio del mundo, podrian decirlo despues descendiendo hasta nuestros dias (2).

(1) Josefo, c. Aplica, lib. 1, cap. 11

(2) Nada es mas extremado que la aplicacion á industria que han usado los judíos para preservar su Biblia de cualquiera corrupcion que en ella hubieran podido dedicarse. Para esto inventaron la *Mesora*, que la llaman la *Cerca de la ley*, la cual consiste: 1.º en señalar por puntos ó acentos vocales todas las palabras, cuyo uso estaba antiguamente fijado por la lectura; 2.º en contar todas las vocales, espitales, palabras, letras de cada palabra, las aas, las boes etc. etc., de cada uno de los libros y de todos ellos con una exactitud que apenas se concibe.

Hay que admirar tambien ciertas garantías particulares por las cuales quiso la Providencia señalar á los ojos de los hombres la autenticidad de estos libros divinos, poniéndolos fuera del alcance de toda contradiccion.

En el reinado de Jeroboan, mil años antes de Jesucristo, diez tribus hebreas se separaron de la nacion formando el reino de Israel, cuya capital fué Samaria, y que desde entonces ha vivido separadamente en mortal hostilidad contra el reino de Judá, cuya cabeza fué siempre Jerusalem. Estas tribus llevaron consigo un ejemplar del Pentateuco, que dejaron á los samaritanos, los cuales le guardan todavia, y este ejemplar está exactamente conforme con el que han guardado los judíos. Conducidos estos en cautiverio á la Asiria, cuya lengua aprendieron, empezaron á escribir el hebreo con letras caldaicas, al paso que los samaritanos continuaron usando la antigua escritura hebrea, de suerte que poseemos dos originales completos del Pentateuco en dos caracteres diferentes, conservados por manos enemigas, y sin embargo semejantes entre sí hasta tal grado, que al compararlos nadie sospecharia que sus depositarios hayan estado divididos constantemente por un cisma tan implacable é inveterado (1).

Cuando apareció el cristianismo ocurrió todavia un cisma mas fatal que dividió al pueblo judío, una parte del cual con todo el resto del mundo reconoció en Jesucristo al que consumó y llevó á término el destino de la verdad divina; y otra parte le desconoció, obstinándose todavia en aguardar á su libertador. Este nuevo cisma ninguna alteracion introdujo tampoco en la concordancia de todos los libros hebreos; y aunque de una parte ó de otra limitaba el mayor interes en modificar el texto de un libro que contenia su defensa ó su condena, no se introdujo en ellos la menor variante. Una parte del pueblo judío, sin detenerse en Jesucristo, prolongando este término de su destino y falseándole, cumplió con esta misma conducta el grande objeto providencial y solo invisible para él, al cual hizo Dios servir su mismo error para asegurar á la fé civilizadora que conserva el mundo la base mas sólida y anchurosa, en el solo hecho de que un pueblo el mas antiguo de todos, en su misma dispersion, difundió los archivos de la verdad cristiana por toda la tierra, garantizándolos con su propia hostilidad, y viniendo á ser á pesar suyo y sin conocerlo, el baluarte universal de aquella fé que está maldiciendo (2).

El escepticismo se reconoce vencido ante tales razones, y se ve obligado á convenir en que el libro de Moises,—el mas antiguo sin comparacion

(1) Parece que la Providencia permitió que durase hasta nuestros dias esta secta samaritana, con el objeto de hacer mas palpable y relevante, por su perpetua hostilidad con el resto de los judíos, la autenticidad del sagrado texto, que unos y otros han conservado: secta reducida en el dia á unas treinta familias que habitan en Nablus, sito de la antigua Sichem.

(2) No se me acuse de prolijidad, porque estamos muy lejos de haber agotado el minucioso estudio en las consideraciones que espere sean pueblo-fenómeno. Todavía le volveremos á encontrar en otros puntos de esta obra, y sobre todo en la tercera parte, cuando lleguemos á tratar de las profecías.—Este es un verdadero punto de vista.

entre todos los libros;—el único que nos declara nuestro origen sobre la tierra y que eminentemente se recomienda por sí mismo y por el autor,—gozó además de una prenda de conservación y certeza, que ningún libro puede disputarle, aun cuando hubiera sido obra de ayer (1).

Pero Moisés espera todavía un homenaje mas decisivo y mas solemne, no solamente de parte de los judíos y de los cristianos, sino del linaje humano en su mayor extension y generalidad, de la misma naturaleza en sus mas profundos abismos, que se van á levantar para deponer en su favor y mostrarle parte en la causa del que escribió sus verdaderos anales (2).

§ II.

Moisés juzgado por las ciencias en el siglo XIX.

El historiador sagrado se encuentra en presencia de la crítica humana en una posición muy particular. Si parece que por su antigüedad no debiera serle accesible, en razón de su asunto le queda estar-

(1) Independientemente de los dos textos samaritano y judío que se comprueban entre sí, es preciso también tomar en consideración ciertas traducciones antiguas que atestiguan la semejanza de los textos en épocas diferentes.—1.º La versión de los Setenta, traducción griega del texto hebreo, hecha por setenta y dos hebreos, bajo el reinado de Tolomeo Filadelfo, rey de Egipto doscientos setenta y siete años antes de Jesucristo, á consecuencia de lo que propuso á este príncipe su bibliotecario Demetrio Falero.—2.º La *Vulgata*, traducción latina hecha sobre el texto griego en el primer siglo de la Iglesia, viviendo todavía los apóstoles ó sus discípulos.—3.º La traducción latina de San Jerónimo trabajada sobre el texto hebreo.—Todos estos textos ó traducciones concuerdan entre sí de tal manera, que judíos, católicos ó protestantes los invocan indistintamente. La *Vulgata* ha sido mas particularmente recomendada á la custodia de los fieles por el concilio de Trento, por ser mas literal y mas clara.—En fin, un hecho reciente ha corroborado una vez mas la fidelidad de la conservación de los libros sagrados, y en especial del Pentateuco. “En estos últimos años el doctor Böhmer se propuso ir y traer á Europa un manuscrito de que se servían los judíos de raza negra establecidos en la India, donde por espacio de algunos siglos se hallaban privados de toda comunicación con sus correligionarios de las demás partes del mundo. Es un fragmento de un inmenso rollo, que cuando estaba entero debió de tener como noventa pies de largo; y tal como se halla en el día, se compone de trozos escritos por varias manos en épocas distintas, y contiene una parte considerable del Pentateuco: las letras se hallan trazadas en pieles teñidas de color rojo. M. Yeates, después de haber comprobado este manuscrito con la edición de Van-der-Hooght, considerada siempre como la edición modelo para semejantes confrontaciones, lo ha publicado, resultando de este importantísimo trabajo, que entre los dos textos no existen mas que ciertas diferencias, de las cuales ninguna tiene la mas leve importancia.” (Nicolas Wimmann, discurso 10.)

(2) No ignoro que bajo el título de *El Etem* ó los *Dioses de Moisés* se ha publicado en Barcelona una obra, cuyo autor se propone, según parece, renovar los sentimientos de la Religión, privando á Moisés de todos los caracteres que descubren en su persona al fiel historiador de su origen.—Lai esta obra muy atentamente y sin la menor prevención. El corto número de las que la habrán leído como yo, conocerán el motivo por el cual me abstengo de refutarla. Este sería trabajo perdido para la Religión: el mismo libro, tal cual está, puede serle inatamente mas útil. No tengo en efecto desear, que si un doctor discípulo de la Religión hubiese querido pasar de manifiesto hasta qué punto es impotente contra el Cristianismo con impiedad sistemática del siglo XVIII (del cual declara el mismo autor del *Eltem* que participa algun tanto), y demostrar los abusos de saber y de raciocinio, las puerilidades, las contradicciones, los errores de hecho, y las miserables antinomias á que se precisa se prostituya el que se empeña en declararse enemigo de la fé, no hubiera podido escoger mejor medio, ni llenar con mas acierto su propósito de hacer reconocier á que hubiera podido oponerse, en lo de haber llevado las cosas á un grado extremo de corrupción.

namente sujeto. La historia de Moisés no tiene por objeto, como en lo común de los historiadores, acontecimientos pasados, desaparecidos, y sobre cuya exactitud se puede formar un juicio mas ó menos aproximado: Dios, la naturaleza, la especie humana, en sus planes eternos y en sus constituciones inmutables, son el grandioso asunto de este libro. Moisés escribe de lo que existió siempre y en todas partes, y que ha dejado huellas imperecederas y como inscripciones impresas en las entrañas del globo y en el seno de todos los pueblos, que pueden hacer remontar fácilmente hasta el principio de su existencia. Al describir la creación de la naturaleza y las primeras revoluciones del globo, se ha espuesto Moisés á recibir un constante mentís de parte de los mismos elementos constitutivos de la naturaleza y del globo, si no ha dicho verdad; y al referir los grandes acontecimientos sucedidos al primer hombre y á su raza inmediata antes de su dispersión, se ha dado tantos observadores y testigos, cuantos debían ser los hombres que existían sobre la tierra, ya por el sello que esos primeros acontecimientos han debido dejar en la misma constitución del hombre, ya por las tradiciones que cada pueblo ha llevado consigo á las emigraciones, como el agua turbia de una fuente, ó de un estanque que manifiesta su presencia por todas partes donde después corre y se distribuye.—Bajo este punto de vista puede decirse que Moisés estaría mas oculto en su misma antigüedad, si no se remontase tan atrás, y que se presta y está siempre espuesto á nuestra observación, como la naturaleza de las cosas, precisamente porque ha hecho al relato de su origen.

Semejante posición, admitiendo la exactitud del relato de Moisés, ha debido no serle siempre favorable. En efecto, antes de llegar á este exacto conocimiento de las cosas naturales, que distingue tan eminentemente al siglo actual, y que depende de mil causas accidentales ó progresivas, el espíritu humano ha andado por mucho tiempo á tientas á la puerta de cada ciencia, ha abrazado grandes quimeras antes de descubrir la verdad; de donde se sigue, que esta verdad, que debía ser mas tarde el resultado del desarrollo y perfeccionamiento de las ciencias, presentada con anticipación, sin explicarse y como arrojada toscamente en la cosmogonía de Moisés, ha debido parecer al principio una quimera y un enigma, como la relación de los prodigios de nuestra moderna industria hubiera parecido fabulosa y absurda á las inteligencias de la edad media.—Sin duda la fé, que en esa época ocupaba el lugar de las ciencias, favoreciendo su vuelo, proteja al mismo tiempo la verdad del relato de Moisés y lo hacia aceptar bajo su palabra; pero cuando mas adelante esta fé hubo perecido, sin que las ciencias hubiesen adelantado todavía bastante para ponerse en su lugar, debió obrarse una terrible reacción contra la autoridad del libro sagrado: porque el interés del corazón, sublevándose contra la Religión, se encontraba ligado al interés aparente del espíritu contra el fundamento de sus dogmas. Esto fué lo que sucedió durante el siglo XVIII,

época fatal, época funesta para la verdad, siglo de grosera barbarie arrojado por la Providencia entre las dos civilizaciones. La ciencia perdió entonces, no menos que la fé, porque la ignorancia y el error científicos se alimentaban con todas las preocupaciones de la incredulidad. De aquí tantos sistemas absurdos, tantas vergonzosas puerilidades levantadas y sostenidas contra la Religión en nombre de las ciencias que en el día las atarran y desvanecen; de aquí ese monótono encarnizamiento de Voltaire contra el mosaismo, considerado como la raíz del árbol cristiano; de aquí ese ridículo arrojado incesantemente por él mismo contra la majestad muda y adormecida del patriarca. Pero la risa de Voltaire fué una risa parricida,—fué la risa de Cain,—pues caerá y permanecerá como una eterna maldición sobre su memoria.

En fin, las ciencias han vuelto á emprender su marcha ascendente, y cada nuevo paso las ha reconducido al punto antiguamente ocupado por la fé. Hace poco, todo parecia confuso y ridículo en la cosmogonía de Moisés; ahora empero todo se presenta grave, despejado, radiante; y así como el historiador de la creación fué envuelto con la ciencia en los desatinados ataques del espíritu humano, de la misma manera comparte hoy con ella, ó mas bien recoje todos los honores de su triunfo, como si la hubiese poseído desde el principio, y solo la hubiese recibido de Dios (1).

El primer punto sobre el cual fué Moisés mas vivamente atacado es el cronológico. Habíase violentado todos los monumentos históricos para confundirle, y se habian ciegamente aceptado, objetándoles contra la data señalada por él al origen del mundo, los mas ridículos cálculos de algunos antiguos anales de la India y de la China.—No se quería observar, que no colocando tan lejos este origen, Moisés daba al menos una prueba de desinterés, y que la incalculable antigüedad bajo cuya sombra pertrechaban sus fabulosas relaciones los autores de aquellos anales, les hacia sospechosos de un sentimiento contrario.—El desgraciado Bailly fué el primero que en su *Historia de la Astronomía antigua* se apoyó en las tablas astronómicas de los in-

dios para hacer remontar y casi perder en una distancia incalculable el origen de las sociedades humanas. Se entregó pues á suposiciones tan fantásticas, que el buen sentido del mismo Voltaire no pudo conformarse con ellas y las refutó á su manera:—“Nunca nos ha venido nada de la Scitia, escribe, rechazando una de las mas atrevidas ficciones de Bailly, mas que tigres que han devorado á nuestros corderos; pero ¿deberíamos suponer que estos tigres salieran de sus madrigueras con los cuadrantes y astrolabios? ¿Quién ha oído decir jamás que algun filósofo griego hubiese ido á instruirse en las ciencias al país de Gog y de Magog (1)?”—En su contestación á Voltaire, Bailly, que despues fué tan grande en presencia de la muerte, descendió á una infinidad de pequeñeces que atestiguan hasta qué punto era la ciencia á la sazón, tímida esclava de la impiedad.—“Los bramas, dice, estarían muy ufanos si supiesen que posean un apologista tal. Mas instruido que lo hayan podido ser ellos nunca, disfrutais la reputación de que gozaban ellos en la antigüedad. Los hombres van ahora á Ferney como en otro tiempo á Benarés; pero Pitágoras se hubiera instruido mejor si hubiese aprendido en vuestra escuela; porque el Tácito, el Eurípides y el Homero del siglo, toda esa antigua academia no vale tanto como vos solo, etc. etc (2).” Un adversario mas formidable que Voltaire, y que no se pagaba como él de cumplimientos, el célebre Delambre (3), confundió á Bailly con argumentos y observaciones que ilustraron la cuestión con la luz de la verdadera ciencia, cuestión que ya no existió desde entonces; y Laplace, á pesar de su amistad con Bailly, no tardó en añadir el peso de su nombre al de Delambre contra la quimérica antigüedad de las tablas astronómicas de los indios.—“Las tablas de los indios, dice, suponen conocimientos muy adelantados en astronomía; pero hay muchos motivos para creer que estas tablas no pueden reclamar una grande antigüedad. En esto me aparto con sentimiento de la opinion de un ilustre y poco afortunado amigo mio, etc (4).”—En lo sucesivo fué ensanchando esta verdad sus límites por las investigaciones de los mas distinguidos astrónomos de Francia y de la Inglaterra, y principalmente de Maskelino (5), de Cuvier (6) y de Klaproth, y se ha reconocido, como dice este último, “que las tablas astronómicas de los indios, á las cuales se habia atribuido una antigüedad prodigiosa, fueron construidas en el siglo VII de la era vulgar, y posteriormente han sido referidas por medio del cálculo á una época anterior (7).”

Destruídos los cálculos fundados sobre la pretendida antigüedad de las tablas astronómicas de los indios, la incredulidad (ó mas bien la credulidad) se asió de la extravagante antigüedad que dan estos

(1) Me figuro que se leerá con gusto esta hermosa comparación de *Wilmans*:—“Si viajando corremos con alguna rapidez en camino uniforme y agradable, nos parecerá que los objetos que están mas cerca de nosotros van marchando en una dirección contraria á la nuestra, y que se mueven hácia el lado opuesto que nosotros. La mayor parte de estos objetos son, no obstante, obras de la mano del hombre, acaso los mismos setos que él ha plantado, tal vez las chozas ó cabanas que él mismo ha construido. Pero si extendemos la vista mas lejos, y la fijamos en las obras de la naturaleza, sobre las enormes montañas que cubren el horizonte ó en los majestuosos nubarrones que andan andando por el océano del cielo, veremos que viajan con nosotros, en nuestra dirección, y que su curso es hácia adelante la lo mismo que el nuestro. Creo que nos sucede una cosa parecida en nuestro viaje á la investigación de la verdad. Los hombres nos han engañado con las plantaciones de sus propias manos ó con las concepciones de su inteligencia; y si las examinamos á medida que vamos adelantando, nos parecerán en cierto modo opuestas y en contradicción con la realidad de las cosas. Mas levantemos nuestras miradas hasta mas allá de esas erraciones nuevas y mortales, contemplemos y preguntemos á la misma naturaleza en sus obras primitivas y permanentes, y descubriremos por este medio que lleva el mismo rumbo que nosotros, y se encamina hácia el objeto de nuestros deseos.” (*Recordio del séptimo discurso.*)

(1) Carta sobre el origen de las ciencias.

(2) Contestación de Bailly, p. 16.

(3) *Historia de la astronomía*, p. 80.

(4) *Exposición del sistema del mundo*, sexta edición, p. 427.

(5) *Prefacio*, p. 25.

(6) *Discurso preliminar*, 1825, p. 135.

(7) *Memorias relativas al Asia*, p. 397.

pueblos á sus formas de gobierno. Pero muy pronto, un sabio varadísimo en el conocimiento de la India, y al mismo tiempo muy imparcial en la cuestión religiosa, que en el fondo era el principal motivo de todas esas disputas, sir W. Jones, emprendió la tarea de aclarar ese caos, y empieza su escrito con la siguiente manifestación de los sentimientos que le animaban:—"No soy partidario de ningún sistema, y estoy tan dispuesto á rechazar la historia de Moisés si se prueba que es errónea, como á creer en ella si la veo confirmada por pruebas legítimas y por una incontestable evidencia. Voy á empezar formando un resumen de la cronología de los indus (1)."—Sin embargo, bien pronto conoció sir Jones que tenía que habérselas con las razas divinas con que encabezan los indios su historia auténtica y que están exentas de las leyes que limitan la duración de las dinastías mortales. Disipando pues todos estos absurdos, trazó las tablas de los reyes verdaderos, y llegó á concluir que la historia de los indus, en toda la larga duración que se le pueda justamente señalar, solo se remonta á unos tres mil ochocientos años anteriores á nuestra era (2). Este resultado fué después corroborado mas y mas por los trabajos de los sabios Wilfort, Hamilton, Heeren y Guignard.

Pero mientras que (para servirme de la comparación de Wismann) las grandes autoridades de la ciencia se movían por el horizonte en el mismo sentido que la verdad religiosa, á la orilla del camino algunos sabios de segundo orden, que no se aconsejaban mas que de su odio contra el cristianismo, y á cuyo frente se hallaban Dupuy y Volney, se esforzaban en asediado y contrariarlo por medio de sistemas tan frágiles como osados. Parecía que el acaso se hacia cómplice del error que se buscaba, y que á fuerza de preocupaciones no podia dejar de encontrarse. Cuando la expedición de Egipto, se descubrieron en los templos de Denderah y de Esneh, en el alto Egipto, unos zodiacos pintados y en bajorrelieve que representaban las figuras de las mismas constelaciones zodiacales que están actualmente en uso, pero distribuidas de una manera particular: sometieron al escámen y á los cálculos de los eruditos, y después de muchas combinaciones, exactas en apariencia, resultó que aquellos templos habían sido edificadas siete mil años antes, lo cual echaba completamente por tierra la cronología de Moisés. Este descubrimiento metió mucho ruido, y Dupuy, á cuyos ojos tenían aquellos zodiacos mas de veinte y cinco mil años, sacó de ellos grandísimo partido para su obra *Del origen de todos los cultos*. No obstante, el planisferio circular fué llevado á Paris; y M. Biot, en una obra fundada en medidas precisas y cálculos llenos de sagacidad, según la opinion de Cuvier, probó que en aquel planisferio no se podia descubrir otra cosa que el estado del cielo tal como se conocia setecientos años antes de Jesucristo. Este trabajo hizo dudar de la verdadera época de la construcción

de los templos; y, como por medio del diente de oro, se pensó acabar por donde se hubiera naturalmente empezado, si la preocupación dice tambien M. Cuvier, no hubiese cegado á los primeros observadores. Copiáronse las inscripciones griegas grabadas en aquellos monumentos, y se descifraron las que estaban expresadas en jeroglíficos (1). Entonces se vió claramente que los templos eran del tiempo de los romanos, que el pórtico de uno de ellos estaba consagrado á la salud de Tiberio, que el mismo planisferio llevaba el título de *autócrata*, que se daba á Nerón; que el otro templo tenia una columna pintada y esculpida por el mismo estilo que el zodiaco, en la que se leía una inscripción que se refiere al año 10 del emperador Antonino; y en fin, la desgracia de los impugnadores fué completa, cuando algun tiempo después en un ataud de momia traido de Tebas por M. Callaud, conteniendo, además de la inscripción griega muy inteligible, el cuerpo de un jóven muerto el año 19 del emperador Trajano, se encontró un zodiaco dividido en el mismo punto que los de Denderah y de Esneh (2).

He citado este ejemplo y me he limitado á trazar los primeros pasos de esa lucha empeñada contra Moisés sobre el punto de cronología, para que los lectores se formen idea de lo que pueden ofuscar y alucinar el entendimiento las preocupaciones de la incredulidad.—Júzguese de aquí cuáles serian su audacia y la facilidad de su triunfo sobre todos los demás puntos de la cosmogonía judaica; sobre los seis órdenes de la creación; sobre la creación de la luz antes que el sol; sobre la unidad de la raza humana; sobre la longevidad de los hombres; sobre el diluvio y la preservación de Noé; sobre la torre de Babel, la confusión de las lenguas y la dispersión de los pueblos &c.—Todo esto era desechado y arrinconado por el filosofismo, que oponia la evidencia del estado actual de las cosas á los absurdos del Génesis, y se vengaba con una risa inextinguible de la candorosa fé de todos los siglos pasados.

El punto mas importante de esta fé no era ninguno de los que acabamos de nombrar, pero estaba contenido en ellos: era el de la caída hereditaria del primer hombre y de la promesa, transmitida tambien hereditariamente, de un reparador,—de Jesucristo.—Este era el punto irritante, y se creia que atacando todos los demás quedaria destruido este tambien. Seguramente se hubiera dejado á Moisés en paz, y hasta tal vez se hubiera divinizado su genio, como se hizo con Sócrates y Marco Aurelio, si no hubiese tenido el enorme defecto de haber sido inspirado por Dios y de llevar como en sus entrañas los sagrados gérmenes del cristianismo. Queríase ahogar en él este cristianismo, y dejarle aislado rompiendo la antigua cadena que lo tiene atado á la misma cuna del género humano. Pero con esto mismo se hacia á la verdad la concesión mas pre-

(1) De la cronología de los indus.—Investigaciones sobre el Asia, t. II.

(2) Loco citada, p. 145.

(1) Debemos á M. Champollion el principal mérito de esta importante rectificación, según lo publicó el ministro del interior, M. el vizconde de Larochefoucauld, en su carta al rey, del 15 de Mayo del año 1826.

(2) Véase á Cuvier, *Discursos sobre las revoluciones del globo*, octava edición.—Nicolás Wismann, *discursos* 3.^o—Miguel de Serran, *De la cosmogonía de Moisés*, t. II.

ciosa y fundamental. En efecto, si no hubiesen existido ya tantas pruebas de que el mosaismo contenía al cristianismo, y que por consiguiente este presenta una sucesión no interrumpida desde el principio del mundo hasta nuestros días, la misma táctica de la impiedad bastaría para acusarla y confundirla: se ensañaba contra Moisés como contra el historiador de Jesucristo (1).—Había además esta otra concesión no menos preciosa, es decir, que las distintas partes del relato de Moisés son solidarias, y que la falsedad ó exactitud de las unas importa la falsedad ó exactitud de las otras. Hé aquí su argumento.

Moisés ha faltado á la verdad señalando al mundo un principio, y no haciéndole remontar mas que á seis mil años, se ha burlado del sentido comun diciendo que la luz había sido criada antes que el sol, que todos descendemos de un solo hombre y que el negro y el albino procedían de una misma sangre; ha querido divertir á los niños con la larga vida de sus patriarcas, su diluvio y su arca de Noé, su torre de Babel y su confusión de las lenguas;—si todo esto es falso, si todo se desvanece como el humo al mirarlo á la luz de la ciencia, podemos tambien borrar cuanto Moisés ha dicho de la caída del hombre y de la promesa de un Redentor,—y por consiguiente el cristianismo carece de base.

La cuestion que este raciocinio supone se halla en él muy bien sentada.—Estamos de acuerdo con los enemigos de la religion sobre este punto, pero desde luego nos creemos con derecho para decirles:

Si se llega á demostrar que Moisés, *contra la apariencia natural de las cosas*, ha dicho *verdad* sobre todos los puntos en que os gloriáis de haberle confundido, habrá dicho tambien *verdad* sobre el punto capital de la caída del hombre y de la promesa de un Redentor; y deberémos creerle con tanto mas motivo cuanto que se nos presentará superior á todos los demás hombres, puesto que habrá conocido los secretos que son tan ocultos á la ciencia humana, que ésta en su ignorancia los ha tratado de absurdos.—Entonces diremos nosotros igualmente: la *incomprensibilidad* del misterio de la caída del hombre y de su reparacion no será ya una razon para no creer en él; y la veracidad de Moisés en las cosas que *parecian asimismo incomprensibles*, será al contrario una razon decisiva para que apoyemos en él nuestra fé.—El cristianismo por consiguiente descansará sobre el judaismo.

Establecido este principio, tomemos la antorcha de la ciencia, y empecemos esta grande confrontacion. Abramos por un lado el libro de la naturaleza y por otro el libro sagrado, y comparémos estos dos textos para examinar si son obra de un mismo autor [2].

(1) Todo el secreto de las obras de Voltaire contra los hebreos, dice el judío M. Salvador, está contenido en estas palabras:—*El Cristianismo está fundado sobre el judaismo.* (Ley de Moisés, primera edicion, p. 434.)

(2) Además del desarrollo y exactitud á que han llegado en nuestros días todas las ciencias que se hallaban ya en marcha progresiva, han aparecido otras ciencias enteramente nuevas como para venir á deponer en favor de la palabra de Dios, precisamente en la época en que la fé se estaba extinguendo en todos los corazones. En este número debamos contar ante todo

1. *In principio creavit Deus calum et terram.*—“En el principio crió Dios el cielo y la tierra (1).”

Por este primer versículo se coloca Moisés á una infinita distancia de todos los sistemas humanos.

Todos los sistemas humanos sobre el origen de las cosas, tan multiplicados y diversos, que Montaigne al recordarlos exclamaba:—“Glorias de haber encontrado la piedra filosofal despues de haber esprimido tantas molteras de filósofos (2),” convienen, sin embargo, en un punto, el de la *eternidad de la materia*. Parece que no se ha concedido al pensamiento humano, aun en sus mas aventuradas ficciones concebir la idea de la *creacion*, que es propiamente, y para servirnos de la expresion de Montaigne, *encontrar la piedra filosofal*. Platon, cuyo sublime genio llegó, por decirlo así, á tocar los límites de la inteligencia humana, no pudo abrazar la creacion ni en su esencia ni en sus resultados, como puede verse en el *Timeo* y en el *Tratado de las leyes*. Segun él, Dios ha impreso en la materia la forma, el orden, la belleza; pero al fin y al cabo esta materia informe, antes que Dios hubiese puesto en ella su mano, era siempre un *no sé qué*, que tenia un fondo de existencia.

Segun el historiador sagrado, no había *NADA*, y en el principio sacó Dios de la *NADA*, ó en otros términos, *crió* el cielo y la tierra.—Este fué su primer acto.—Despues, la tierra salida así de la nada al estado de caos, *estando desnuda y vacía*, dijo Dios: *Sea hecha la luz*, etc. Sigue luego toda la formacion del universo.

Nunca se observarán bastante en este corto bosquejo del origen del mundo, trazado por la mano de Moisés, estos dos planes distintos: uno que nos representa á Dios *criador* obrando sobre la nada, y otro á Dios *formador* obrando sobre el caos. “*Criado desde el principio y antes de todos los tiempos*” (dice Bossuet, hablando del universo), pero ordenado tan solo en el tiempo (3).—*En el principio crió Dios el cielo y la tierra.*—Y la tierra *estaba desnuda y vacía*.... Y dijo Dios: *Hágase*, Fiat, etc.

Sobre cuyas palabras nos presenta Bacon la hermosa y profunda observacion siguiente:—“Vemos en las obras criadas una doble emanacion de la virtud ó fuerza divina, de las cuales una se refiere al poder y otra á la sabiduría. La primera se hace principalmente notar en la creacion de la materia, y la segunda en la belleza de la forma de que la materia fué en seguida revestida.—Cuando la

la genealogía, á la cual tributamos desde luego los testimonios de nuestro mas vivo interés.—¿Qué cosa mas admirable que esa variedad y proporción en las pruebas de que se reviste la Religión, segun las diversas fases que el humano espíritu presenta! Si la edad media y los primeros siglos de la Iglesia tenían pruebas que nosotros no tenemos; á pasó el tiempo de los milagros y prodigios, de laantidad de los apóstoles, de la conversión del universo y del valor de los mártires, aparecen nuevas pruebas no menos evidentes que llaman nuestra atencion, y que deben dejar satisfecho nuestro espíritu, precisamente por el lado que mas corresponde á las exigencias de la época, el lado de la ciencia y del examen.

(1) En la traduccion de todos los versículos del Génesis, que se hallan en el presente capítulo, seguimos textualmente la del P. Scio. (El traductor.)

(2) Lib. 2, cap. 12.

(3) *Huitieme Elevation sur les mysteres.*

"Eccritura habla de la materia, no refiere que Dios 'haya dicho que se hiciesen el cielo y la tierra, *fiat cælum et terra*, cuya manera de hablar emplea en 'las demás obras. Así mientras la creación de la 'materia se presenta como una pura obra de la ma-' 'no, la introducción de la forma en la materia lle-' 'va un carácter de una ley ó de un decreto (1)."

Ahora preguntáremos:—sobre este principio de la creación, ¿de parte de quién está la verdad? ¿Tiene razón Moisés, ó la tienen los filósofos?

A uno de estos últimos se le ha escapado esta expresión decisiva:—"Me quedo, dice Broussais, 'con el sentimiento de una inteligencia *coordinatrix*, 'que no me atrevo á llamar *creatrix*, AUNQUE DEBE 'DE SERLO."

Hay efectivamente entre estos dos actos un es-' 'lazo necesario. La potencia propia é inmediata de 'coordinar presupone forzosamente la potencia de 'crear.—Si la materia es eterna, si no ha recibido de 'nada su principio, es por lo mismo *independiente* 'en su manera de existir. Pero la acción propia é 'inmediata de coordinar presupone la *dependencia* de 'la cosa coordinada con respecto al coordinador.— 'Por consiguiente, si Dios coordinó la materia, ésta 'no era independiente ni eterna, y ha debido ser 'creada.

Este raciocinio, que podíamos llamar demostra-' 'ción matemática de la creación, no ha sido concebi-' 'do, sin embargo, por los hombres, antes que el his-' 'toriador sagrado haya empleado la palabra que le 'ha dado origen.

Así pues, acerca de este primer punto, Moisés 'tiene de su parte la razón, y se nos presenta desde 'luego como el oráculo del mismo espíritu de Dios; '—y no habiéndose podido ocurrir de otra manera á 'la inteligencia humana la idea de un poder que de 'nada hace una cosa, puesto que no hay para ella

ninguna analogía sobre la tierra, es preciso conve-' 'nir en que él es el que la ha dado, inspirado por el 'espíritu de Dios.

II. *Terra autem erat inanis et vacua, et tenebrae erant super faciem abyssi: et spiritus Dei ferebatur super aquas.*—"La tierra estaba desnuda y vacía, 'y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y 'el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas."

Resulta de este versículo que la tierra se halla-' 'ba primeramente abismada sin vida en las aguas, lo 'cual se confirma aun mas por el versículo 9º, que 'dice: *Júntense las aguas, que están debajo del cielo, 'en un lugar, y descúbrase la seca.* Aparece des-' 'pués la vida vegetal y animal.

Hasta aquí el texto sagrado.—Abramos ahora el 'libro de la naturaleza y de la cieocia:

"Lo que sí es muy cierto, dice Cuvier, es que la vi-' 'da no ha existido siempre sobre el globo, y es bastan-' 'te fácil al observador reconocer el punto en que 'la misma vida ha empezado á depositar sus restos. 'En medio del desorden que nuestro globo presen-' 'ta, los grandes naturalistas han llegado á demon-' 'strar que existe cierto orden, y que esos inmensos 'bancos, tan revueltos y desordenados como están 'observan entre sí una sucesión que es á poca di-' 'ferencia siempre la misma. El granito es la pie-' 'dra que se encuentra debajo de todas las demás, 'ya deba su origen á un líquido general que prime-' 'ramente lo haya tenido todo en disolución, ó ya ha-' 'ya sido producida por el enfriamiento de una ma-' 'sa en fusión. Apóyanse sobre sus flancos las ro-' 'cas hojosas, mézclanse con sus capas los esquis-' 'tos, los pórfidos, los asperones y las rocas talco-' 'sas, y en fin, los mármoles de granos salinos y los 'calcáreos sin conchas son la última obra por cuyo 'medio ese líquido desconocido, ese mar sin habitan-' 'tes, parecía preparar los materiales á los moluscos 'y á los zoófitos que después debían depositar so-' 'bre aquella tierra inmensos montones de sus con-' 'chas ó corales..... PARECE QUE LA VIDA QUE QUE-' 'RÍA APODERARSE DE ESTE GLOBO, LUCHÓ EN LOS 'PRIMEROS TIEMPOS CON LA NATURALEZA INERTE 'QUE ANTERIORMENTE DOMINABA.—ASÍ NO PUEDE 'NEGARSE que las masas que forman en el día nues-' 'tras mas altas montañas estuvieron primeramente 'en un estado líquido; y que mucho después de su 'consolidación fueron cubiertas por aguas que no 'alimentaban ningún cuerpo viviente." (1)

¡Qué hermosa concordancia! ¿Quién hubiera si-' 'do capaz en el siglo pasado de soñar en la posibili-' 'dad de semejante justificación?

III. *Dixitque Deus: fiat lux. Et facta est lux.*—"Y dijo Dios: sea hecha la luz. Y fué hecha la 'luz."—Posteriormente á esta aparición de la luz, y 'aun posteriormente á la producción de los vegetales, 'dijo Dios tambien: "Sean hechas lumberras en el 'firmamento del cielo, y separen el día y la noche, 'y sean para señales y tiempos, y días y años."

Hé aquí un texto que ha debido ejercitar por mu-

(1) *El Cristianismo de Fr. Bacon*, t. I, pp. 126 y 127.— 'Las expresiones que emplea el historiador sagrado son mucho 'mas notables todavía, si se atiende al sentido de esta doble opo-' 'ración divina.—El verbo *habere* bara, de que se sirve al prin-' 'cipio, ha sido vertido por todos los traductores y comentaristas 'indistintamente por *occur de la nada, criar*, á diferencia del 'verbo *creare* de que Moisés se sirve en seguida para indicar la 'formación, la *plástica* del universo. [*Tu confuso, hijo mío, á 'que consideres el cielo y la tierra y todo cuanto contienen, de-' 'cía la madre de los siete hermanos macabeos á uno de ellos, y 'que comprendas que todo lo crió Dios de la nada, el intelligas 'quid ex nihilo fecit illa Deus*].—El mismo Moisés hace resul-' 'tar claramente esta diferencia, cuando resumiendo, al principio 'del capítulo 2, las divinas operaciones, dice —*Benedixit diei 'septimo, et sanctificavit illum; quia in ipso cessaverat ab omni 'opere suo, quod creavit Deus ut faceret, creavit ut ordi-' 'naret.* [*Bera, Eloim Loaseth.*].—Así el verbo *bara* de que 'se sirve al principio, no vuelve á aparecer mas después en su 'pluma, sino siempre el verbo *creare*, excepto en dos circunstan-' 'cias particulares que hacen resultar esta interpretación, á sa-' 'ber: cuando Dios da vida á la materia creando los animales y 'cuando crea el hombre á su imagen y semejanza. Aquí sobre 'todo desaparece la forma de decreto, el *fiat*, y vuelve á apar-' 'ecer la pura obra de la mano, como dice Bacon, al *faciamus*, la 'creación inmediata. Vuelve á aparecer aquí este poder crea-' 'dor, porque se trata de un principio aparte, enteramente distin-' 'to de la *fiat* general que rige la obra de los primeros días. 'Estos tres órdenes de creación, indicados por Moisés, de la ma-' 'teria, —de la vida animal—y del alma humana, revelan una 'historia profunda, que la ligereza y volubilidad de nuestro espí-' 'rita se admira de encontrar bajo palabras tan sencillas y lacó-' 'nicas como las de que él se sirvió. Moisés es hebreo, porque 'es conciso. En la verdad hablando su propia lengua, y no ad-' 'mirándose de las maravillas que refiere, porque ella misma las 'ha obrado.

(1) Cuvier, *Discours sur les révolutions du globe*, pp. 34 y 'siguientes, octava edición.

cho tiempo la fé de nuestros padres: *¿La luz antes que el sol?* ¡Qué trastorno! Todo su gran genio no le sirvió á Bossuet de nada enfrente de esta dificultad, y solamente su fé lo tuvo sometido á la palabra santa, y le hizo escribir estas sencillas expresiones que le serán en mas cuenta delante de Dios que todos los importantes descubrimientos de nuestros físicos:—“Plugo al grande Artífice criar “la luz aun antes de reducirla á la forma que des- “pues la dió en el sol y en los demás astros, por- “que queria enseñarnos que esos grandes y magní- “ficos luminares, que algunos han pretendido divi- “nizar, no tenían por sí mismos ni la materia pre- “ciosa y brillante de que están compuestos, ni la “admirable forma á que los vemos reducidos [1].”

Conocemos bien que semejante explicacion no podia contentar á los espíritus fuertes; por esto no han escaseado á Moisés el ridículo sobre este punto, no sospechando siquiera que este ridículo caeria luego sobre ellos mismos.

¿Quién, efectivamente, no sabe en nuestros dias que cada molécula de la materia posee una cierta cantidad de luz, de calor y de electricidad, que le es propia y que es del todo independiente de los rayos solares, y que por lo mismo tuvo razon Moisés en distinguir la luz primitiva de la que, emana- da mas tarde del sol, es todavia el principal foco de la que recibe la tierra?

De los trabajos é investigaciones de Young, de Fresnel y de M. Arago resulta, en efecto, que la luz es puesta en accion por la vibracion de un fluido esparcido por el universo, fluido estremadamente sutil, que llena el espacio, que pasa y penetra en el interior de todos los cuerpos, y al cual se ha dado el nombre de éter. Mientras este fluido está en reposo hay oscuridad completa; pero cuando es vibrado, se produce la luz, y nosotros percibimos su sensacion. Hay varias causas que pueden ocasionar esta vibracion, como el sol ó las estrellas, la electricidad, la combustion y cualquiera de las acciones químicas. Así fuera de la vista de la luz y á profundidades tales que es imposible suponer que llegue hasta ellas la accion de sus rayos, se revela y descubre la luz de mil maneras diferentes. Cuanto mas se profundiza hácia el centro de la tierra, mas la impresion del calor denuncia la existencia de este fluido, y hace suponer que la temperatura y la luz primitiva de que gozó la tierra en las primeras edades de su formacion eran bastante considerables para que pudiese pasarse sin la que el sol actualmente le envia. Solo cuando por efecto de la emision de rayos, este exceso de temperatura y de luz se disipó á través de los espacios celestes, recibió el sol una atmósfera luminosa, propia para compensar respecto de la tierra la luz y el calor que su superficie habia perdido á causa de su consolidacion.—De suerte que, segun los mas positivos resultados de las ciencias físicas, la luz propiamente dicha, no solo *ha podido* sino que *ha debido* preceder al sol, que es uno de sus principales motores [2].

[1] Bossuet, *Histoire universelle*, seconde partie.

[2] Desde los importantes trabajos de Herschel hasta M.

“La Escritura, dice un sabio geólogo, ha pues “adivinado el resultado de los descubrimientos mas “recientes, diciendo que la luz estuvo en accion ó “movimiento en la época primera. La Escritura, “por consiguiente, lejos de estar en oposicion con “el progreso de los conocimientos físicos, presta á “la ciencia su apoyo y autoridad [1].”

Es menester observar ahora la exactitud y propiedad de las palabras con que explica Moisés la aparicion de la luz. Por una redundancia ya generalizada, los traductores le hacen decir: *Que la luz sea hecha, y la luz fué hecha*; pero el testo hebreo dice solamente: *tehi or vaihei or*, LUZ SEA,—LUZ *fué*: energia de expresion que no solo aumenta el sublime que ya habia llenado de admiracion al retórico Longinos, sino que está además en una precision no menos admirable con la naturaleza de la luz. En efecto, la luz no debió ser creada ni hecha como un cuerpo particular cualquiera, supuesto que en sí misma no es mas que el resultado de la vibracion del fluido luminoso, del mismo modo que el sonido es resultado de la vibracion del aire atmosférico. El escritor sagrado no podia pues designar su aparicion de una manera mas clara y mas conforme á las causas de su propagacion. Parece que su expresion arroja la luz por los espacios, haciéndola saltar del mismo seno de las tinieblas, como lo dice S. Pablo con una exactitud de expresion no menos notable:—*Deus qui dixit de tenebris lucem splendescere* (1).

Otra particularidad, que ha llamado asimismo la atencion de todos los sabios, es que la palabra *luz* en hebreo lleva consigo la idea de *calórico*; y ¡cosa extraordinaria! indica igualmente un fluido saliendo por emanacion y ondulacion de los cuerpos que tienen la propiedad de propagarle.—“Es un hecho “muy digno de advertencia, dice M. Chaubard, que “los significados de calórico y de luz se encuen- “tren espesados en la Biblia por una misma y úni- “ca palabra. En el sentido ó significado del he- “breo debemos comprender, no sola la luz sino el “calórico, y es preciso traducir la palabra *avor* por “*luz-calórica*, que corresponde á nuestro agente “químico-electro-magnético, nacido ayer, si nos es “permitido hablar así; de modo que la Biblia le lleva “á la ciencia una delantera de mas de tres mil “años. A fin de poder concebir mas fácilmente lo “que es ese fenómeno al cual damos el nombre de “*luz*, debe observarse que la palabra *avor*, tomada “en su sentido radical, lleva consigo la idea de un

Arago, las observaciones de todos los físicos y de todos los astrónomos concurren á probar el hecho, cada vez mas demostrado, de que el sol es un globo sólido y opaco, envuelto en una doble atmósfera, la una inmediata, que es sombría y densa, y la otra superior, que presenta todos los fenómenos luminosos atribuidos solamente á su foco. De consiguiente, el sol es considerado ya como un globo eléctrico, como una inmensa pila de Volta, que segun las leyes de la electricidad despide sus corrientes á su circumference mas apartada, y puede él mismo estar al abrigo de los fuegos que lanza sobre nosotros, y por consiguiente ser habitable y habitado, como creia Herschel. Las manchas que en el sol se observan, y que con tanta frecuencia varían, no serian en este caso, mas que hendiduras y cambios ya en su capa luminosa ó en su atmósfera inferior.

(1) *De la Cosmogonía de Moisés comparada aux faits géologiques*, par monsieur Marcel de Sacret, t. 1.

(2) 2. Corint., 4. 6.

"fluido saliendo por medio de *efluvios* (1)."—"La semejanza en el modo de propagarse el calor y la luz," dice M. Marcel de Serres (después de haber hecho las mismas observaciones que M. Chaudard) tal como se halla indicada en el relato de Moisés, está enteramente de acuerdo con los últimos descubrimientos y adelantos de la ciencia. "Por medio de los mas ingeniosos procedimientos está trabajando actualmente M. Arago para resolver experimentalmente la cuestion relativa á la naturaleza de la luz; pero antes que él, y aun muchísimo antes que Newton, decidió Moisés la cuestion en favor de los físicos modernos, y se puso en cierta manera del lado de la teoría de las vibraciones (2)."—Seguramente Moisés fué guiado en su relato por aquel que inspiraba á Job estas insondables cuestiones: *Dime, ¿dónde habita la luz y cuáles son sus medios de propagación?*—INDICA MIHI IN QUA VIA LUX HABITAT, PER QUAM VIAM SPARCITUR LUX (3).

En fin, un descubrimiento geológico muy reciente confirma asimismo la verdad de la cosmogonía de Moisés acerca de la aparición de la luz y aun de los vegetales antes que el sol. Es sabido que los vegetales fósiles de nuestros climas presentan las mismas especies que los encontrados en América; por consiguiente, es incontestable que á esa época no existía la desigualdad de calor solar entre ambos hemisferios que causa actualmente la diferencia en las producciones vegetales, y que para explicar aquella conformidad es necesario que existiese una irradiación central de luz y de calor, ó una atmósfera luminosa ó cualquiera otro medio de distribución igual de la luz-calórico.

"Las relaciones que acabamos de señalar, dice M. Marcel de Serres, entre el relato del Génesis y los recientes descubrimientos de las ciencias físicas, son muy notables. El genio del legislador hebreo recoge por ellas un nuevo tributo de gloria, y ya no se puede dejar de reconocer en él, ó una revelación venida de lo alto, ó al menos ese golpe de vista del genio que adivina los misterios de la naturaleza, atraviesa las tinieblas de que se hallan rodeados, y constituye la verdadera inspiración y comunica á los hombres un rayo de la verdad eterna (4)."

(1) *Elements de geologie.*

(2) *Tome I, pp. 42 et 69.*

(3) *Job., cap. 31, v. 19, 24.*

Abordando M. Arago esta cuestion: "¿cuál es la naturaleza de la luz?" declara que el sistema de las vibraciones u ondulaciones reúne en el día todas las opiniones, particularmente desde que los descubrimientos recientes han hecho conocer las íntimas relaciones que existen entre la causa que produce los fenómenos eléctricos y la que da origen á la luz [*Leçons d'astronomie professées à l'Observatoire royal, pp. 83, 84*].—El abate Nollet enseñaba ya que la electricidad era el fuego elemental, al cual se atribuye la doble propiedad de inflamar ó iluminar. La semejanza en los efectos, decía aquel juicioso físico, anuncia la identidad de las causas, y todo nos inclina á creer cada vez mas, que el fuego, la luz y la electricidad son tres modificaciones de un mismo obr. [*Leçons de physique, t. VI.*].—Esta idea del abate Nollet se halla plenamente confirmada por los descubrimientos de los físicos modernos.

(4) *Tome I, pp. 42, 43.*—Confieso francamente que mi razon se niega á ver en el relato de Moisés ese golpe de vista del genio que habla el sabio profesor. El genio adivina combinaciones, pero no hechos; el genio se equivoca á veces, y casi siempre se desvía por algun extravío; el genio, en fin, deja ver

IV. (1). *Et ait: Germinet terra herbam virentem et facientem semen, et lignum pomiferum faciens fructum juxta genus suum, cujus semen in semetipso sit super terram. Et factum est ita.*—"Y dijo: Produzca la tierra yerba verde y que haga simiente, y árbol de fruta que dé fruto segun su género, cuya simiente esté en él mismo sobre la tierra. Y fué hecho así."

Entramos ya en la geología fósil, es decir, la ciencia de las formaciones y de las revoluciones del globo por la observación de sus capas interiores y de los restos de seres orgánicos que en ellas se encuentran incrustados. Antes de pasar mas adelante conviene dar la clave de esta ciencia, trazando el orden con que se presentan á la observación las diferentes capas del terreno desde el primer granito, que es como el núcleo del globo, hasta su superficie. La exactitud de estas palabras se halla garantida por los nombres de Cuvier y de Humboldt, de quien las he tomado. Suprimo muchas gradaciones inútiles para nosotros, y me limito solamente á las principales regiones:

1. ° *Alluvium* ó tierra superficial;
2. ° *Diluvium* ó terreno labrado, depositado por el diluvio;
3. ° *Yeseras* ó terrenos de agua dulce;
4. ° *Calcáreo* marino toscó;
5. ° *Greda*, formación inmensa por su profundidad y estension;
6. ° *Arenas verdes y ferruginosas*;
7. ° *Calcáreo del Jura*, llamado *conchífero*;
8. ° *Esquisto cobrizo*, capa delgada;
9. ° *Asperones rojos*;
10. *Terrenos de transición*;
11. *Terrenos primitivos*.

Todas estas divisiones se clasifican primero en cuatro principales, á saber:

1. Terrenos primitivos los del número 11;
2. Terrenos de transición, los del número 10;
3. Terrenos secundarios, los de los números 9, 8, 7, 6 y 5.
4. Terrenos terciarios, los de los números 4, 3, 2, 1 (2).

Después de haber recibido de la ciencia este hilo conductor, podemos seguirle en esas catacumbas de la creación y someter allí á Moisés á la mas inesperada y mas decisiva de todas las pruebas.

Por lo que respecta á la formación de los veje-

—sobre todo en las ciencias exactas,—las huellas de sus pasos. En Moisés se nota empero una verdad, una sencillez, una exactitud y una seguridad, que excluyen todas aquellas calidades del genio, y que nos le presentan mas bien como un fiel varador que como un investigador.

(1) No quiero insertar ciertas relaciones entre la cosmogonía de Moisés y las ciencias, tocantes á la formación del firmamento y á la aparición de la tierra, porque no me parecen bastante incontestables, y porque me he querido obligar á no echar mano sino de las pruebas verdaderas, y á no debilitarlas mezclándoles cálculos sistemáticos. Sin embargo, como no puedo tomar sobre mí la responsabilidad de una escasez producida tal vez por la imperfección de mis conocimientos especiales, remito el lector á la preciosa obra de M. Godeffroy, *La Cosmogonía de la revelación, ou les quatre premiers jours de la Genèse en présence de la science moderne*, que trata estos dos puntos con extraordinaria superioridad.—Nada perderá Moisés en semejante examen.

(2) Véase á Cuvier, *Discours sur les révolutions du globe*, huitième édition, p. 280.

tales, Moisés nos enseña desde luego, como hemos visto ya, que tuvo lugar inmediatamente después de la aparición de la *árida*.

La naturaleza, interrogada por la ciencia, contesta que Moisés ha dicho verdad.

Efectivamente, después de haber descrito Cuvier las capas fósiles desde la superficie del globo hasta cerca de los terrenos intermediarios y de transición, llega al calcáreo conchífero, y continuando su marcha, dice:

En ese calcáreo, llamado *conchífero*, se hallan depositados grandes montones de yeso y ricas capas de sal, y debajo de él hay las delgadas capas de *esquistos cobrizos* tan abundantes en pescados, entre los cuales se encuentran también algunos reptiles de agua dulce. El esquistos cobrizo está colocado sobre un *asperon rojo*, á cuya edad pertenecen esos famosos bancos de *carbon de piedra* ó de *ulla*, recurso soberano para el siglo presente y resto de las primeras riquezas vegetales que adornaran la superficie del globo. Los troncos de helechos de que han conservado las señales, nos indican bastante bien cuán diferentes eran de los nuestros aquellos antiguos bosques.... ENTRAMOS EN SEGUIDA EN esos terrenos de transición en donde la naturaleza primitiva, la naturaleza muerta y puramente mineral parece que estuvo disputando el imperio á la naturaleza orgánica.... y llegamos á las mas antiguas formaciones que la ciencia conoce, á esos remotísimos cimientos de la corteza actual del globo (1)."

Basta leer á M. Cuvier para convencerse que el deseo de conciliar los resultados de la ciencia con la cosmogonía de Moisés no le preocupa absolutamente nada, y que ni siquiera procura favorecer ninguna correlación bajo este respecto, hasta tal punto, que para entresacar este y otros muchos pasajes me ha sido preciso analizar muy detenidamente el trabajo del ilustre geólogo. Sin embargo, ¡cuánta analogía no se observa entre la naturaleza y el relato de Moisés en el orden de producción de los vegetales, la primera que apareció sobre la *árida*, según Moisés, ó sobre la naturaleza muerta, como dice Cuvier!

Por otra parte, M. Cuvier no ha tratado mas que accesoriamente de los vegetales fósiles, y se refiere muchas veces en su obra á los trabajos de su colaborador y amigo M. Brogniart, que dió su nombre á este estudio. Si lo examinamos, veremos que no solamente las producciones vegetales precedieron, como dice Moisés, á toda creación animal, sino que el estado de la naturaleza en aquella época, revelado por sus mismas producciones, es el que sucediese así.

"De las ingeniosas investigaciones de M. Adolfo Brogniart parece resultar, dice M. Ampère, que en esas épocas lejanas la atmósfera contenía mucho mas ácido carbónico que en el día. Esto, que era contrario á la respiración animal, favorecía extraordinariamente la vegetación, y producía

"un desarrollo mucho mas considerable, ayudado además por un alto grado de temperatura. Por este medio se explican la anterioridad de la creación de los vegetales relativamente á los animales, y la talla gigantesca de los primeros. Así encontramos en el estado fósil vegetales análogos á nuestros lycopodos y á nuestros musgos rastreros, pero que tienen doscientos y hasta trescientos pies de longitud. La absorción y destrucción continuas del ácido carbónico hacían el aire cada vez mas semejante en composición al que respiramos en la actualidad, y el agua se iba descargando poco á poco del mismo ácido. A pesar de esto, la atmósfera no permitía que viviesen aun en ella los animales que respiran el aire directamente, y por esto los primeros seres de este reino que aparecieron, vivieron en el agua (1)."

Como estos hechos son generalmente verdaderos, todas las observaciones exactas se presentan sucesivamente á prestarles su apoyo.—Uno de los primeros químicos y físicos de Europa, M. Dumas, en su trabajo sobre la *Estática de los cuerpos orgánicos*, acaba de reconocer la anterioridad de la producción de los vegetales por medio de uno de los mas concluyentes argumentos; es decir, que el reino animal toma del reino vegetal sus elementos orgánicos ya preparados, mientras que á su vez el primero *restituye* á los vegetales por la intermediación del aire y del sol los principios de su desarrollo (2).

M. Dumas, lo mismo que Brogniart, Ampère y Cuvier, no ha abrigado seguramente la idea de sujetar la ciencia á la justificación de Moisés. ¿De dónde viene pues tan exacta conformidad sobre puntos, como por ejemplo, el que fué antes objeto de las mas serias reconvenciones contra la cosmogonía sagrada, y que no podía llegar nunca á ser conocido sino por medio de los mas adelantados trabajos de las ciencias geológicas, físicas y químicas?

Esta cuestión, ya de suyo angorosa para los que no ven en el Génesis mas que un libro ordinario, lo es aun mucho mas cuando se observa con M. Marcel de Serres, que nada hay en el orden con que presenta Moisés los tres géneros de vegetación: *gérmen*, *herba*, *arbor*, que no esté en rigurosa exactitud con lo que nos enseña al estudio de las capas terrestres sobre la sucesión de los vegetales, donde se encuentran efectivamente primero las plantas celulares, después las yerbas y al fin los árboles.—Y no se vea en esta semejanza nada buscado ó casual; pues todo es resultado de una ley verdadera, cuya marcha se nos va á presentar cada vez mas evidente, y que parece haber presidido á todo el conjunto de la creación; es decir, que el desarrollo de los seres se ha ido efectuando en razón directa de la complicación de su organismo. ¿A qué se debe pues atribuir, preguntamos otra vez, el que todas estas cosas que acabamos de descubrir se encuentren escritas en el mas antiguo de todos los li-

(1) Cuvier, *Discours sur les révolutions du globe*, huitième édit. p. 283.

(1) Bertrand, *Lettres sur les révolutions du globe, et Revue des deux mondes*, t. I y II.

(2) Marcel de Serres, t. I, p. 421, y t. II, p. 408.

bros? Y ¿cómo ha podido el autor de este libro adivinar las cosas con tanta verdad y precision, que no sirviéndose mas que de tres palabras para pintar la aparicion del reino vegetal, las haya colocado en el único órden que la rigurosa verdad les señalaba?... La respuesta á semejante pregunta es sumamente fácil para los que consideran este libro como inspirado; pero lo es mucho menos si solo se mira el Génesis bajo las relaciones puramente científicas, porque en este caso la respuesta es una muda admiracion (1).

V. *Dixit etiam Deus: Producat aqua REPTILE animae vivientis, et VOLATILE super terram sub firmamento caeli.* CREAVITQUE *Deus* CETE GRANDIA ET OMNEM ANIMAM VIVENTEM ATQUE MOTABILEM, QUAM PRODUCERANT AQUA IN SPECIES SUAS, ET OMNE VOLATILE SECUNDUM GENUS SUUM.—“Dijo tambien Dios: Produzcan las aguas REPTIL de ánima viviente, y AVE que vuele sobre la tierra debajo del firmamento del cielo. Y creó Dios los GRANDES CETÁCEOS, y toda ánima que vive y se mueve, que produjeron las aguas segun sus especies, y toda AVE que vuela segun su género.”

Así, segun Moisés, despues de los vegetales aparecieron los animales, y en éstos como en aquellos tuvo lugar la sucesion desde lo simple á lo compuesto, primero los habitantes de las aguas y particularmente los reptiles y los grandes cetáceos, los animales que nadan en las aguas y los que se arrastran en su fondo; despues los habitantes de los aires, las aves;—todavía ningun animal terrestre.—Antes de la aparicion de éstos media un tiempo de detencion, un día, como dice Moisés (2).

Examinemos ahora la naturaleza y la ciencia.

“Lo mas importante, dice M. Cuvier, lo que constituye el objeto mas esencial de todo mi trabajo, y fija su verdadera relacion con la teoria de la tierra, es saber en qué capa se halla colocada cada especie, y si hay algunas leyes generales relativas á estas divisiones.—Las leyes reconocidas por observadores competentes son muy hermosas y muy claras (3).”

Cuvier señala desde luego, como hemos visto ya, la existencia esclusiva de los vegetales fósiles en la capa de asperon rojo encima de la naturaleza muerta, y en seguida añade:

“Pasando al través de los asperones que no presentan sino las señales vegetales de grandes arundinaceas, de bambús y de palmeras, llegamos á las diferentes capas de ese calcáreo que ha sido llamado calcáreo del Jura..... Aquí se descubren enteramente desarrolladas las clases de reptiles (4).”

“Un poco mas arriba de los esquistos, continúa (tan abundantes en peces, entre los cuales hay tambien REPTILES de agua dulce), está el calcáreo del Jura, que contiene huesos, pero en el que

“se ven todavía REPTILES. Entre estos innumerables cuadrípedos ovíparos de todas formas y tamaños, en medio de esos cocodrilos, de esas tortugas, de esos reptiles voladores, de esos inmensos megalosaurus, se encontraron por primera vez algunos pequeños mamíferos (marinos).—Sea lo que fuere, se observa que por mucho tiempo todavía dominó exclusivamente la clase de los REPTILES (1).”

¿Quién es el que habla? ¿es Moisés? ¿es Cuvier? La confusion es completa.

Con todo, Cuvier no habla de las aves que Moisés hace aparecer al mismo tiempo que los animales marinos. Parece en efecto que el distinguido geólogo no ha encontrado señales de aves en las capas que ha explorado á aquella profundidad.—Acusar por esto á Moisés de error, seria sin duda temeridad despues de tantas equivocaciones, y es preferible creer en la imperfeccion de las observaciones humanas. Véase lo que decia la razon ya en tiempo de Cuvier, y lo que ha venido despues á confirmar la ciencia, tan fiel como es, sin saberlo, á la mision que parece haber recibido del cielo, de reconstruir piedra por piedra el edificio de la verdad, que su nombre habia servido para demoler.

“Hasta estos últimos tiempos, dice un sabio profesor (2), no conocíamos ningun hecho irrecusable que pudiese justificar la existencia de aves propiamente dichas durante la segunda época geológica. Pero muy recientemente, en los primeros meses de 1836 se han reconocido y caracterizado numerosas especies de aves en el asperon rojo de los Estados-Unidos.”

—“Todos los días, dice otro sabio, se presentan nuevos descubrimientos que nos enseñan que las aves son los habitantes mas antiguos del globo.—Encuéntrense estos animales en estado fósil hasta en los terrenos secundarios inferiores, y están representados en el asperon abigarrado por las simples señales de sus pies, en los terrenos pirásicos por algunas zancudas, y en el gipso ó yeso de Montmartre por nueve especies, rapaces, gallináceas, palmípedas, etc. etc.”

De este modo el relato de Moisés se halla completamente confirmado por la ciencia en cuanto á la creacion simultánea de los animales marinos y de las aves.—¿Cuán sorprendente es una exactitud semejante! ¿No parecia mas natural que las aves hubiesen aparecido al mismo tiempo que los animales terrestres?

VI. *Dixit quoque Deus: Producat terra animam viventem in genere suo, jumenta et reptilia, et bestias terrae secundum species suas. Et factum est ita.*—“Dijo tambien Dios: Produzca la tierra ánima viviente en su género, bestias y reptiles, y animales de la tierra segun sus especies. Y fué hecho así.”

Sigue M. Cuvier justificando la aparicion fósil-

(1) Marcel de Serres, t. 1, pp. 64, 128, 380.

(2) Mas adelante veremos en qué sentido debe entenderse la palabra día, empleada en la cosmogonia de Moisés.

(3) *Discours sur les révolutions du globe*, huitième édition, p. 116.

(4) *Idem*, p. 297.

(1) *Idem*, pp. 305, 306.

(2) Véase en el *Diccionario geológico* la palabra *Aves*, y la Memoria de M. de Blainville, leida en la Academia de las ciencias el 11 de Diciembre de 1837.

lar de los animales marinos, y volviendo á examinar las capas geológicas, encuentra los animales terrestres, é indica así esta sucesión:

“Es cierto que los cuadrúpedos ovíparos aparecen mucho mas pronto que los vivíperos. Debajo de la greda se encuentran muchas tortugas y muchos cocodrilos. Los inmensos saurios y las enormes tortugas de Maestricht están en la misma formación gredosa, pero estos son animales marinos. Empezamos á encontrar huesos de mamíferos marinos, es decir, de manatos y de focas, en el calcáreo conchífero tosco;—sin que se descubra todavía ningun hueso de mamífero terrestre.—A pesar de mis continuas investigaciones, me ha sido imposible descubrir ningun rastro perceptible de esta clase antes de llegar al terreno depositado encima del calcáreo tosco.—Al contrario, así que se llega á los terrenos colocados sobre el calcáreo tosco, muestran en mucha abundancia los huesos de los animales terrestres.—Así, prosigue M. Cuvier, como es racional creer que las conchas y los pescados no existían á la época de los terrenos primordiales, débese también creer que los cuadrúpedos ovíparos empezaron al mismo tiempo que los pescados, pero que los cuadrúpedos terrestres no existieron hasta mucho tiempo después.”

¡Cuán exactitud todavía! Diríase que las entrañas del globo presentan un texto geroglífico de todo el Génesis.

VII. *Et ait. Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram: et praebeat piscibus maris, et volatilibus caeli, et bestiis, universaque terra. Et creavit Deus hominem ad imaginem suam: ad imaginem Dei creavit illum, masculum et feminam creavit eos. Benedixitque illis Deus, et ait: Crescite et multiplicamini, et replete terram, et subijcite eam, et dominamini piscibus maris, et volatilibus caeli, et universis animantibus quae moventur super terram.*—“Y dijo: Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza; y tenga dominio sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra. Y crió Dios al hombre á su imagen: á imagen de Dios lo crió: macho y hembra los crió. Y bendijo los Dios, y dijo: Creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y sojuzgadla, y tened señorío sobre los peces de la mar, sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra.”

¿Quién no admira la sublime sencillez de este relato de la creación del hombre, de la infinita distancia que estas palabras revelan entre él y las demás obras de la creación, y de ese soberano imperio que sobre ellas se le ha dado?—No busqueis aquí las galas ni la pompa poética: nunca estuvo Moisés mas sencillo que en este pasaje; pero parece que salen del fondo del asunto y á través de la corteza de las palabras una fuerza y una virtud secreta que no puede producirse mas que la verdad.—*Faciamus hominem ad imaginem nostram.*—Llegamos ya al término y objeto final de la creación: todas las criaturas están esperando un señor que las repre-

sente en la presencia de Dios y que represente á Dios delante de ellas; que sea el *microscopio* y el pequeño mundo correspondiente á la vez al mundo de los espíritus y al mundo de los cuerpos; admirable compuesto de uno y otro, compendio misterioso del cielo, y de la tierra, anillo viviente de toda la creación. ¡Cuántas maravillas! ¿Qué es todo lo demás al lado de este prodigio que nos parecería imposible al mismo Dios, si ya no lo hubiese obrado? El lenguaje de Moisés se halla aquí á la altura de esta gran verdad. En todo lo demás, Dios ha dejado, por decirlo así, que su palabra lo hiciera: la ha dirigido siempre á la nada y á la materia: *Fiat.*—Pero ahora se dirige á sí mismo; *Faciamus.* Es una obra para la cual parece que se ha reservado todo entero, como que pide á su divina esencia el tipo de esta nueva y última creación: *AD IMAGINEM NOSTRAM... y crea al hombre:* admirad la fuerza de todas estas repeticiones: *lo crea á su imagen y semejanza, lo crea á imagen de Dios, y los crea macho y hembra.*—¿Por qué esta palabra CREAR, que hasta aquí habia sido tan rara en la historia de Moisés, se encuentra ahora con tanta frecuencia repetida? Semejante lenguaje, ¿no da una alta idea del Sér que es su objeto?

Sería ridículo querer medir la importancia del hombre por el volumen de su cuerpo con relacion á los demás cuerpos, y de la tierra que él habita con respecto del universo; puerilidad en que también ha caído la filosofía materialista del siglo XVIII, y de la cual ha hecho principalmente el gasto el espíritu del célebre Voltaire.—El hombre consiste todo entero en el pensamiento y la voluntad, y á menos que encontréis en todo el universo otro sér que él, que esté dotado de pensamiento y voluntad, convenid en que por esto mismo él solo es mas grande que todo el universo, que somete á su imperio y conocimiento. Por esto no conoce límite ni obstáculo en los prodigios siempre crecientes de su industria y descubrimientos; se sirve de la naturaleza y de sus elementos, que son en cierto modo como los corceles de su genio. Cada día se va justificando mas el rango que señala Moisés al hombre cuando nos le presenta criado á la imagen de Dios, y cada día se realizan mejor los gloriosos destinos de este rey de la creación, contenidos en aquellas palabras: *Benedixitque illis Deus et ait: Crescite et multiplicamini, et replete terram, et subijcite eam, et dominamini piscibus maris, et volatilibus caeli, et universis animantibus, quae moventur super terram* [1].

—No es esto decir, que las otras partes del universo inaccesibles al hombre no sean mansion de otras criaturas inteligentes, á las cuales puede Dios comunicarse por medios que ignoramos, pero que deben siempre contribuir á su gloria y á la felicidad de las criaturas. En tratándose de armonía, de riqueza y de fecundidad en las obras de Dios, todo es posible y hasta probable, y uno de los gozos del cie-

[1] Por otra parte, el hombre fué criado en un estado infinitamente superior al que actualmente tiene. Esta opinión, como luego veremos, se halla confirmada por todas las tradiciones humanas, y por consiguiente el retrato del hombre trazado por Moisés deba tener una semejanza, que los estragos de su caída no nos permiten descubrir en el original.

lo será sin duda ver descender esa cortina que nos oculta el conjunto de toda la creación y abrazar de una sola ojeada las infinitas relaciones de todos esos millares de mundos con su Autor [1]; pero Moisés no debía ocuparse de ello, ó mas bien el espíritu revelador, que se manifestaba por medio de Moisés, no debía hablarnos de estas profundidades. La sobriedad práctica de la revelación no debía hablar al hombre mas que de lo que atañe de cerca á su persona, y esto es lo que precisamente nos revela el Génesis con una sabiduría admirable (2). "La creación del universo se halla de tal manera descrita en el Génesis, dice Descartes, que parece que el hombre, ó lo que tiene relación con el hombre sea su principal y casi único objeto. La historia de la creación fué escrita para el hombre; por esto la inspiración quiso principalmente especificar en este libro las cosas que conciernen al hombre ó á su mansión, y no habló de ninguna sino en cuanto se refiere mas ó menos al hombre (3)."

Conviene añadir: que en cuanto se refiere al hombre religioso, á sus relaciones con la Divinidad. Todo lo demás es á los ojos de Moisés como ocasional y accesorio. No pretendió ser en el Génesis ni geólogo, ni químico, ni físico, ni astrónomo, sino tan solo historiador de la religión sobre la tierra. Por consiguiente, si no hubiese estado inspirado, podía y hasta debía haberse equivocado en geología, en química, en astronomía y en física; porque además de que no podía humanamente poseer con anticipación todas estas ciencias en sus relaciones con hechos desconocidos, tampoco era este su objeto. Y sin embargo, vemos que en las pocas palabras que consagró á hablar de la naturaleza de las cosas, guardó una exactitud que confunde aun á la ciencia humana, y le lleva una delantera de tres mil años.—¿Quién dudará, después de esto, que Moisés escribiera lo que le dictó aquel que es el Dios de las ciencias (4)?

Pero acabamos de indicar todos los caracteres de su inspiración.

Moisés representa la creación del hombre como la última obra del Criador. Refiere además, que á diferencia de los otros animales salidos en gran cantidad de la tierra ó de las aguas, fué el hombre criado solo por Dios mismo, y reducido á una sola pareja, macho y hembra.—De donde se sigue, que la tierra estaba poblada de animales; que el hombre no existía todavía, y que aun mucho tiem-

po después de su existencia su raza no se había multiplicado bastante para ser muy notable sobre el globo. Tal es todavía la conclusión á que ha llegado la ciencia moderna.—"Es cierto, dice M. Cuvier, que no se encuentran aun huesos humanos entre los fósiles.—Todos los huesos de nuestra especie que se han recogido con los que acabamos de hablar se hallaban accidentalmente mezclados con ellos, y su número es por otra parte infinitamente pequeño, lo cual seguramente no sucedería si los hombres se hubiesen establecido en los países que aquellos animales habitaban. ¿Dónde estaba pues entonces el género humano? ¿Existía en alguna parte esta última y la mas perfecta obra del Criador? El estudio de los fósiles no contesta á esta pregunta, y en el presente discurso no debemos remontarnos mas allá [1]."

Por estas últimas palabras hace M. Cuvier alusión á Moisés. Después de haberse encontrado siempre de acuerdo con él, desde el caos hasta la aparición del hombre, y de haber ido poniendo, por decirlo así, sus pasos en las huellas de sus pasos, la ciencia que tomó por guía se queda naturalmente parada con el objeto de su observación, y manifiesta por este acto de reserva é independencia que si mientras ha podido ha marchado de conformidad con Moisés, no ha obedecido mas que al ascendiente de la verdad.—Pero de nuevo van á encontrarse acordes sobre un punto que ha sido muy fecundo en incredulidad contra Moisés, y que como todos los demás va á convertirse en su gloria.

VIII. *Ista sunt generationes cœli et terræ QUANDO creata sunt, IN DIE quo fecit Dominus Deus cœlum et terram.*—"Estos son los orígenes del cielo y de la tierra, cuando fueron criados en el día en que hizo el Señor Dios el cielo y la tierra."

Así pues, después de la creación del cielo y la tierra,—Dios los ordenó y coordinó del modo siguiente:

- El primer día, la luz;
- El segundo día, el firmamento;
- El tercer día, la producción de los vegetales sobre la tierra salida de las aguas;
- El cuarto día, los astros;
- El quinto día, los animales marinos y las aves;
- El sexto día, los animales terrestres y domésticos,—después el hombre.

Fueron pues acabados los cielos y la tierra, y todo el ornamento de ellos.

Y acabó Dios el día séptimo toda su obra, que

[1] Véase el Discurso sobre la revelación cristiana considerada en armonía con la astronomía moderna, por Thomas Chalmers. El autor pretende establecer la universalidad absoluta, para todos los mundos, de la salvación en Jesucristo, apoyándose en estas palabras de San Pablo: *Instaurare omnia in Christo, quæ in cœlis, et quæ in terra sunt.*—*In ipso et per eum reconciliare omnia in ipsum, pacificans per sanguinem crucis ejus, sive quæ in terris, sive quæ in cœlis sunt.*

(2) Por ejemplo, desde el principio, y después de este recordo: *En el principio creó Dios el cielo y la tierra*, limita Moisés su relato á la tierra sola diciendo: *Y la tierra estaba desierta y vacía*, y continua en ocupándose mas que de los fenómenos terrestres, y en su sola relación con el hombre, cuya historia particular vuelve á tomar en el capítulo II.

(3) Pensamientos de Descartes, cap. 13. *¿Hasta qué punto es verdad que todo el universo haya sido criado para el hombre?*

(4) *Deus scientiarum Dominus est.* 1 Reg., cap. 2, v. 3.

(1) *Discours sur les révolutions du globe.*—"Mas no quiero inferir, añade M. Cuvier, que el hombre no existía enteramente antes de esta época [el diluvio]. Podía habitar algunos lugares de poca extensión, desde donde repobló la tierra después de aquellos terribles acontecimientos; puede ser tambien que los lugares donde vivía, se hubiesen enteramente abismado, y sus huesos sepultados en el fondo de los mares actuales, á escepcion del escaso número de individuos que se preservaron para propagar la especie." [P. 141].

El reciente descubrimiento de monos fósiles, por M. Latet, en los terrenos terciarios de Sansan, cerca de Auch [Gers], por M. Lund en América, y por Cauder y Falconner en Asia, han venido á llenar la única laguna que se presentaba en el desarrollo progresivo de los seres organizados.

había hecho, etc. Mas adelante volveremos á hablar de lo relativo á este séptimo día.

Admirémos entre tanto en todo este conjunto la alta inspiración de Moisés, que le ha hecho trazar con mano tan breve y segura toda la historia de la creación desde la infancia del mundo,—y la fuerza del genio del hombre, que despues de seis mil años ha podido volver á encontrar la misma historia en las entrañas del globo,—y en fin, la oportunidad providencial de esta concordancia entre las verdades de la Religión y las verdades de la naturaleza, “que debían aparecer con el tiempo, decía ya Buffon, y “que el Soberano Sér se reservaba como el medio “mas seguro para atraer el hombre á sí, cuando “declinando su fé en la sucesion de los siglos hubiese llegado ésta á ser vacilante [1].”

Preséntase aquí una dificultad que la impiedad ha convertido en piedra de escándalo contra Moisés, y á cuya sombra quiere atrincherarse todavía para evitar el último golpe que acaban de darle las ciencias. Esta dificultad es la relativa á la duración de los seis días de la creación.

Si por estos debemos entender *días* comunes de veinte y cuatro horas,—y nos empeñamos en que no puede ser de otro modo sin violentar el testo,—todas las ventajas que parecia haber adquirido Moisés de su conformidad con las ciencias sobre la sucesion de los séres organizados se desvanecen; pues las mismas ciencias proclaman que los intervalos de tiempo que separan estas formaciones han debido ser muy considerables [2].

Tal es la dificultad, que yo no temo calificar de fútil, diciendo que no solamente se puede, sino que se debe dar á la palabra *día*, empleada por Moisés, el sentido ilimitado de *época*.

En la cosmogonía de Moisés hay tres grandes eras principales:

La primera es la era de la creación, propiamente dicha, á la cual se refiere el primer versículo: —EN EL PRINCIPIO *crió Dios el cielo y la tierra*, lo cual arroja al pensamiento *mas allá de todos los tiempos*, como dice Bossuet.

La segunda es la era geológica ó de los seis días.

La tercera es la era histórica ó de los acontecimientos humanos, y que partiendo de Adán va hasta Jesucristo, y de Jesucristo hasta nosotros.

La palabra *día*, empleada en la era geológica, es decir, *antes de la aparición del hombre*, solo significa época.

Ocioso seria demostrar que en el lenguaje bíblico la palabra *día* se presta por sí misma á esta interpretación; tan frecuente es en la santa Escritura su empleo bajo esta significacion.—“Por poco verás que se esté en el estudio de la Escritura, escribía San Agustín, se observa la costumbre de “servirse de la palabra *día* en vez de la de tiempo.

“po [1].”—A cada paso leemos, en efecto: BA IOM, “in tempore; BA IOM Á EN, in tempore isto.—En el último testo que acabamos de citar: *Ista sunt generationes celi et terre IN DIE quo fecit Dominus cælum et terram*, vemos ya que la palabra *día*, está empleada por *época*, pues comprende los seis días, y esta significacion se refiere naturalmente á los que habia nombrado Moisés poco antes.

Compréndese tanto mejor esta significacion dada en el lenguaje bíblico á la palabra *día*, si se observa que ha sido y es aun familiar á todos los pueblos del Oriente. Hé aquí lo que habia dicho el sábio y desgraciado Bailly:—“Entre los orientales, “dice, la palabra que nosotros traducimos por *día* “tiene una significacion primitiva, que dá exactamente el término caldeo *sare*, REVOLUCION [2].”

Pero si es tal el sentido que es permitido dar á la palabra *día* en el lenguaje bíblico ordinario, ¿cuánto mas racional no será al tratarse de una época anterior á toda cronología humana, y que no se puede comprender sino de una manera sobrenatural y divina! Aquí principalmente debe la palabra *día* envolver un sentido indefinido, como siendo no el día del hombre, sino el día de Dios, *delante del cual*, como dice San Pedro, *un día es como mil años*, y *mil años como un día*, y debe significar: *tiempo, época, revolucion*. Esto mismo es sin duda lo que quiso indicar Moisés cuando termina su relacion por estas palabras: *Ista sunt generationes celi et terre quando creata sunt, in die quo fecit Dominus*.—“Estos son los orígenes, las revoluciones sucesivas “del cielo y de la tierra en el día en que el Señor “los crió.”

Pero la dificultad se aumenta con esto, y se dice: la prueba de que Moisés entendía hablar de días ordinarios, es que los divide en *mañana* y *tarde*.—“Y fué la tarde y la mañana un día.”—Lo mismo en todos los seis.

Yo, al contrario, veo en esto la prueba de que Moisés no queria significar días ordinarios, porque estos constan de veinte y cuatro horas, y entre mañana y tarde no hay mas que doce. Creo que no se hará á Moisés la injuria de acusarle de inadvertencia sobre este punto.

Pero hay mas aún; Moisés dice: Y fué la tarde y la mañana un día; por consiguiente nótese que de la tarde á la mañana no media la porción del día que por inadvertencia podría llamarse día, pues en tal caso esto seria la noche.—La dificultad, por lo mismo, se convierte en prueba contra los que la suscitan.

¿Qué significan pues estas palabras *tarde* y *mañana*? Significan simplemente *el principio* y *el fin* de un período, segun el cómputo usado por los judíos de contar seis épocas empezando por la tarde.—La insistencia de Moisés en repetir estas palabras *tarde* y *mañana*, inútiles si hubiese pretendido hablar de un día verdadero que las comprenden necesariamente, prueba que juntaba á ellas una idea absoluta de demarcacion, una idea simple de

[1] Buffon, *Époques de la nature*, t. II, p. 423.

[2] “Hé aquí pues una reunion de hechos, dice M. Cuvier, “una serie de épocas anteriores al tiempo presente, cuya sucesion es fácil comprobar sin incertidumbre, aunque la duración de sus intervalos no se puede definir con precision: son “otros tantos puntos que sirven de regla y direccion en una “larga cronología.” (*Discours sur les révolutions du globe*, huitième édition, pp. 31, 32).

[3] San Agustín, *De la Ciudad de Dios*, lib. 20 cap. 2.

[2] Epístola, 2, cap. 8. v. 6.

principio y fin. Si esta explicacion pareciera demasiado aventurada, disiparíamos todas las dudas haciendo ver claramente en otro pasaje de la Biblia esta misma locucion empleada absolutamente en idéntico sentido. En la profecía de Daniel, al hablar de la famosa predicción de las setenta semanas, se dice:—*Usquequo sanctuarium conculcabitur? et dixit ei: Usque ad vesperam et mane, dies duo millia trecenti, et mutabitur sacrificium.* “¿Hasta cuándo será hollado el santuario? y le dijo: hasta la tarde y la mañana, dos mil y trescientos días, y será “purificado el santuario [1];” como si dijese, que entre la tarde y la mañana se pasaran dos mil y trescientos días, prueba evidente de que en el estilo bíblico estas palabras se emplean figuradamente, y equivalen á decir *el principio y el fin*.

Así creo haber demostrado que por la palabra *dia*, empleada en la cosmogonía de Moisés, puede entenderse *época, revolucion*.

Pero digo todavía mas; *debe* entenderse así esta palabra, y el no querer que signifique mas que un dia ordinario sería violentar el sentido y hasta el texto de Moisés.—Nada mas fácil que demostrarlo.

Creo que no habrá dificultad en concederme desde luego que la palabra *dia* tiene igual sentido para todos los seis días de la creación, y que lo mismo es para el primer dia que para el segundo, el tercero etc.; en una palabra, que son seis días semejantes, puesto que los términos de que se sirve Moisés para cada uno de ellos son idénticos.

Recordemos que hasta el cuarto dia no fueron formados los astros, á fin de que, dice el sagrado texto, *separen el dia y la noche, y sean para señales, y tiempos, y dias, y años.*

Por consiguiente los tres dias anteriores no podían ser de estos dias que tienen mañana y tarde, porque los astros que hacen estas divisiones, que *señalan los dias y los años*, no existían todavía.—Es pues imposible, á lo menos respecto de los tres primeros dias, tomar al pie de la letra estas palabras: *Y fué la tarde y la mañana un dia.* Y en tal caso ¿cómo deberíamos entenderlas sino, y del principio y del fin se hizo una época, ó como dice Moisés, *una generacion?*

Pero si es preciso entender de este modo los tres dias primeros, no podremos dejar de inferir, que debe suceder lo mismo respecto de los tres restantes, y que siendo todos seis semejantes, como hemos visto ya, no deberíamos considerarlos como dias ordinarios, sino como épocas ó períodos de una duracion desconocida.

Estamos convencidos que cualquiera talento reflexivo se aquietará á esta explicacion, y la mirará no solo como permitida, sino como escusada por la economía del texto santo.

Ademas, semejante explicacion no es ya nueva, ni nos la ha sumergido el deseo de hacer concordar la cosmogonía judaica con la ciencia geológica: encontrámosla aducida ya en los escritos de los grandes doctores de la primitiva Iglesia. Tal es, en efec-

to, la opinion de San Agustin (1), de San Atanasio (2), de Orígenes (3), opinion que abrazó igualmente Bossuet, quien en su 5.^a *Elevacion sobre los Misterios*, se espresa así:—“Dios, despues de “haber hecho como el suelo del mundo, quiso hacer su ornamento en seis *diferentes progresiones*, “que él mismo ha querido llamar seis dias (4).”

Así la única dificultad que parecia oponerse á la entera conformidad de las ciencias con la cosmogonía de Moisés, se resuelve naturalmente, y la maravilla de conformidad tan perfecta, tan sorprendente, tan imprevista se agranda con todos los obstáculos que habian sido hasta nuestros dias el pasto de la incredulidad.

De este modo se facilita la explicacion que hemos prometido sobre el *séptimo dia*, y que servirá para rectificar nuestro juicio respecto del historiador sagrado.

El descanso del Criador en el séptimo dia, ha sido objeto de burla y sarcasmo contra Moisés.

¿Qué es menester, pues, para devolverle el título de profundo y sublime que tanto se merece?—Leer el pasaje que vamos á transcribir, pero leerlo con esa atencion contemplativa que es hija del respeto.

“Y acabó Dios el dia séptimo su obra, que había hecho; y reposó el dia séptimo de toda la obra, “que había hecho. Y bendijo al dia séptimo, y “santificólo; porque en él descansó de toda su obra, que crió Dios para hacer.”

Para esplicar este séptimo dia el historiador ha cambiado de lenguaje. Ya no dice como antes, y *fué la tarde y la mañana un dia*: ya no se encierra en ningun límite; escepcion notabilísima, que no puede dejar de tener un motivo, en un libro en que, como hemos visto, cada palabra encierra tanta importancia y tanta verdad. Pero ¿cuál es este motivo?—El único que se presenta naturalmente á la reflexión, es que este dia no ha tenido fin todavía, que permanece empezado; que continúa, prosigue, y brilla aún sobre nuestras cabezas; que no es otro, en fin, que el periodo natural é histórico al cual nosotros pertenecemos.—Dios descansó, esto es, como dice Moisés, *que reposó el dia séptimo de toda la obra que había hecho*, y que despues de haber hecho pasar á la naturaleza por seis alumbramientos sucesivos que la condujeron hasta el punto que se hallaba cuando el hombre apareció, coronó todo su sistema, lo bendijo y santificó, y le imprimió esta solemne regularidad, esta armonía invariable en su misma variedad, esta calma, este orden, este profundo reposo, en fin, en que está girando hace mas de seis mil años, y que es imagen de la paz y reposo inalterables que reman en el seno de su divino Autor.

(1) *De Civitate Dei*, lib. 11, cap. 6 y 7.—*De Genesi ad Hebraeos*, lib. 4, num. 44. *De catechis rudibus*, cap. 18.

(2) *Orat. contra Arian*, num. 60.

(3) *De principiis*, lib. 4, num. 18;—*contra Celsum*, lib. 4, num. 51, p. 51.

(4) Tal es tambien la opinion de los primeros geólogos y arqueólogos de nuestro siglo. M. Champollion, tan versado en el conocimiento de las lenguas y costumbres del Oriente, no ha reparado en confesar que esta era la sola admisible, y el israelita M. Cahen, en su excelente traduccion de la Biblia, la ha defendido y usado en sus notas.

[1] Daniel, cap 8 v. 13, 14, 15.

"Fuente de todos nuestros bienes, esclama aquí San Agustín, de quien he tomado esta explicación, dadnos vuestra paz, la paz de vuestro descanso, la paz sin mengua y sin declinación, porque este admirable orden y esta bella armonía de tantas criaturas preciosas pasarán y se disiparán el día en que habrán cumplido su destino. Todas tendrán su tarde, del mismo modo que han tenido su mañana (1)."

Así se encuentra explicada la ausencia de este *vespere et mane*, cuando se trata del día séptimo. Interpretando de este modo el texto, dice el sabio profesor de geología de Montpellier, se siente "uno herido de veneración por un libro cuyas palabras mas insignificantes tienen tan alta importancia (2)."

IX. *Obtinueruntque aquae terram centum quingenta diebus.*—"Y cubrieron las aguas á la tierra ciento cincuenta días (3)."

El primer talento del último siglo escribía en lo mas grave de todas sus obras, que la historia del diluvio no era mas que una *fábula que no significa sino el extraordinario trabajo que ha costado en todos tiempos el desecar las tierras que la negligencia de los hombres ha dejado por largo tiempo inundadas* (4); y en cuanto á los inmensos depósitos conchíferos que han dejado huellas de aquel grande acontecimiento sobre las mas altas montañas, y sobre los Alpes en particular, los explicaba diciendo, que esto no era mas que las señales de los numerosos peregrinos que la superstición hacia viajar por Italia.

Hé aquí el comun desprecio en que se veian envueltas la religion y la ciencia durante el siglo XVIII.

Dichosamente ya no es permitido en el día mostrarse así de la una ni de la otra; porque ambas se han encontrado en el campo de la observación, y se han abrazado en el regazo de la verdad.

Moisés fué verdadero en la relación del diluvio, y no solamente en el todo de este grande hecho, sino en sus detalles mas característicos: primero su rapidez; segundo su universalidad; tercero su data reciente, respecto de la fabulosa antigüedad que se daba al establecimiento de las sociedades humanas. —Cuando menos se esperaba ha salido del seno de la tierra un gran testigo, un contemporáneo del diluvio, que ha reunido todas sus partes y se ha colocado bajo el soplo del genio humano para venir á deponer en favor del antiguo historiador y confundir á sus detractores: el mundo antediluviano ha reaparecido á la luz del día, y se ha presentado á atestiguar los dos primeros caracteres del diluvio, su *impetuosidad* y su *universalidad*. —Por otra parte, la naturaleza viviente, obligada por las investigaciones de la ciencia, y la historia de los diferentes pueblos, estudiada y discutida por una crítica independiente y sana, han contestado que la data

del origen de las sociedades humanas, señalada por Moisés, era escrupulosamente exacta, y que de todos los analistas solo él es verdadero, verdadero como la voz del género humano, verdadero como la voz de la naturaleza, verdadero como la palabra de Dios.

"El sistema de Dupuy no se apoya en ninguna base sólida, dice M. Letronne al principio de su curso de arqueología, y sin embargo, ha ejercido grande influencia sobre las opiniones religiosas. En el día, que tenemos pruebas materiales que demuestran incontestablemente la falsedad de la hipótesis de aquel hombre, sabio sin duda, pero extraviado por una ciega prevaricación, y por un sistema al cual acomoda todos los hechos, podemos sin trabajo desenredar la verdad de entre la mentira (1)."

—"Los terreros, las hornagueras, las dunas, los ventisqueros denotan, por la consideración de su marcha y según la extensión que ocupan, que el principio de la forma actual de los continentes no puede remontarse á seis mil años. Condúcenos también á esta consecuencia las observaciones de Dolomieu y de Girard en los terreros del Egipto, las de Astruch en los del Delta del Ródano, y en fin, las de Deluc, Fortis, Prouy, y Wiebeking en los terrenos de aluvion de las costas del mar del Norte, del Báltico, del Adriático y de la Holanda. Finalmente, las observaciones que debemos á estos hábiles físicos merecen tanta mas confianza, en cuanto han tenido efecto sin prevención ni designio de ninguna clase, y sin embargo, todas han conducido al mismo resultado (2)."

—"Con frecuencia se ha negado, dice un sabio inglés, que haya habido sobre el globo un diluvio universal, porque no se concebía su posibilidad física, pero ahora la geología no permite conservar una sola duda acerca de él. Todas las observaciones justifican que ha tenido lugar sobre la tierra un diluvio semejante (3)."

El ilustre Pallas, al ver los restos de animales amontonados en la alta Asia, se espresa así: "Estos grandes huesos, ya desparramados, ya reunidos en esqueletos, ó ya en hecatombes, considerados en su situación natural, me han enteramente convencido de la realidad de un diluvio sucedido en nuestra tierra, de una catástrofe, cuya *verosimilitud confieso que no habia podido concebir* antes de recorrer estas regiones y visto por mí mismo todo cuanto puede servir para probar este acontecimiento memorable. El esqueleto de un rinoceronte encontrado, con su piel entera y algunos restos de tendones y cartílagos, en las heladas tierras del Viloúi son una prueba convincente de que solo un movimiento de inundación de las mas violentas y rápidas pudo arrastrar antiguamente aquellos cadáveres hasta estos climas helados antes que la corrupción tuviese tiempo de des-

(1) Confesiones, lib. 13, cap. 26.

(2) Marcel de Barres, t. I, p. 16.

(3) Génesis, cap. 7, v. 24.

(4) Voltaire, *Essai sur les mœurs, du Volcan*.

(1) *Cours d'archéologie*.

(2) Marcel de Barres, *De la cosmogonie de Moïse comparée aux faits géologiques*, pp. 260, 261, premier édition.

(3) *Manuel géologique* de M. de la Beche, membre de la société royale de Londres et de Paris.

"traer sus partes blandas. Esta inundación debió
"pues ser ese diluvio, cuya memoria han conser-
"vado casi todos los antiguos pueblos del Asia, que
"fijan su época casi en el mismo tiempo del dilu-
"vio mosaico (1)."

— "Es muy cierto, dice un geólogo francés, que
"ha habido un diluvio que devastó toda la superfi-
"cie del globo. Pruébanlo esos inmensos depósi-
"tos de cantos rodados que se encuentran en todos
"los puntos del globo, colocados lejos de las mon-
"tañas y de las aguas actuales, y que no han podi-
"do ser trasportados sino por aguas muy impetu-
"sas. Además, los enormes pedruscos llamados
"erráticos (pedruscos errantes) que se ven disper-
"sos, ya en las llanuras á distancias muy grandes de
"los montes que los han producido, ya sobre las
"colinas y sobre las montañas á grandes alturas,
"serán siempre prueba irrecusable de una acción
"también enorme, que sería imposible explicar por
"medio de accidentes locales, y que á lo mas pue-
"da concebirse invocando el esfuerzo de todos los
"mares reunidos (2)."

El sabio Dolomieu, que fué de los primeros
que se colocaron del lado de la verdad combatida
por tantas preocupaciones, exclamaba con el acento
de la convicción que aquella inspira:—"Defen-
"deré una verdad que me parece incontestable y
"cuya prueba se me figura estar viendo en todas
"las páginas de la historia, y en aquellas en que se
"hallan consignados los hechos de la naturaleza, es-
"to es, que el estado de nuestros continentes no es
"antiguo, y que no hace mucho tiempo que han si-
"do entregados al dominio del hombre (3)."

El mismo Boulanger, en su *antigüedad descu-
bierta*, cediendo por esta vez á la fuerza de la ver-
dad, decía:—"Es preciso tomar un hecho en la tra-
"dición de los hombres, cuya verdad sea universal-
"mente reconocida. ¿Pero cuál es este hecho? No
"descubro ninguno cuyos monumentos estén mas
"generalmente atestiguados, que el que nos tras-
"mitió esa famosa revolución física, que, segun di-
"cen, cambió en otro tiempo la superficie de nues-
"tro globo, y dió lugar á una total renovación de
"la sociedad humana: en una palabra, el diluvio
"me parece la verdadera época de la historia de
"las naciones. Este hecho puede justificarse y con-
"firmarse por la universalidad de los sufragios, pues-
"to que la tradición de este hecho se encuentra en
"todas las lenguas y en todas las naciones del mun-
"do (4)."

(1) *Voyage dans la haute Asie.*

(2) Nerao Boubée, *Manuel de géologie*, pp. 39, 40.—Esta observación de los pedruscos erráticos, y la consecuencia que de ella deduce el sabio profesor, son fruto de los mas sostenidos y comenzados trabajos de la geología universal. [Véase á Wilmann, Discurso 6.]

(3) *Journal de physique*, 1792.

(4) *La antigüedad descubierta*.—En esta cita hemos subrayado dos pasajes, de los cuales tomamos acta contra Boulanger para recordárselos en tiempo y lugar.—Véase además otro pasaje del mismo autor sobre el diluvio, que es todavía mas explícito:—"Este hecho incomprensible (el diluvio), que crea el pueblo solo por hábito, y que las personas de talento niegan también por hábito, es sin disputa el mas notorio é incontestable. Si, al fin, creyera en él, si las tradiciones de los hom-
"bres no le hubiesen nunca recordado; y un hombre de buen ju-
"cio, que no hubiese estudiado mas que las tradiciones, también

En fin, Cuvier, este grande evocador del mundo
antediluviano, este sublime relator en el importante
proceso que se está siguiendo entre la incredulidad
moderna y el historiador sagrado,—después de ha-
ber hojeado, por decirlo así, todo el libro de la na-
turaliza, —compulsado todos los archivos huma-
nos,—exhumado, hecho revivir y oído á los aëres
contemporáneos del diluvio, aun á los contempo-
ráneos de la creación, y de haberse remontado has-
ta el caos,—se resume á sí mismo, y concluye así:
—"Creo con Deluc y Dolomieu, que si algo hay
bien justificado en geología, es que la superficie de
nuestro globo ha sido víctima de una grande y sú-
bita revolución, cuya data no puede subir mas allá
"de cinco á seis mil años; que esta revolución hum-
"dió é hizo desaparecer los países que habitaban
"antes los hombres y las especies de animales mas
"conocidas en nuestros días; que, al contrario, con-
"virtió en seco el fondo del mar anterior, forman-
"do en él los países actualmente habitados; que
"después de esta revolución el pequeño número de
"individuos que ella perdonó se esparció y propagó
"por los terrenos nuevamente secados, y que en
"consecuencia nuestras sociedades no empezaron
"su marcha progresiva hasta después de esta épo-
"ca.—Este es uno de los resultados á la vez
"mejor probados y mas inesperados de la sana
"geología; resultado tanto mas precioso, cuanto que
"enlaza con una cadena no interrumpida la historia
"natural y la historia civil [1]."

El ilustre sabio llega al descubrimiento de este
resultado, no solamente por medio de la geología,
sino también por medio de la crítica histórica, y
con la lucidez y sagacidad de sosegada razón que
lo distinguen, aprecia en su merecido valor todos
los falsos cálculos astronómicos é históricos de que
los modernos incrédulos habían erizado el camino
de la verdad: limpia el campo de la historia, agru-
pa en él las cronologías y tradiciones mas seguras
y universales, y demuestra que convergen todas al-
rededor de los datos presentados por la naturaleza
y por Moisés. "¿Es posible, exclama en seguida,
"que un simple acaso pueda dar resultados tan per-
"fectos, y que haga remontar á casi cuarenta si-
"glos el origen tradicional de las monarquías asi-
"ria, india y china? Las ideas de los pueblos que
"carecen casi de relaciones mutuas, cuya lengua, re-
"ligión y leyes tienen tan poco de comun, ¿se concor-
"darian en este punto si no tuvieran la verdad por
"base [2]?" Reflexión juiciosísima, y de la cual
haremos después aplicación mas inmediata á nues-
tro asunto.

He aquí pues á Moisés rehabilitado por la cien-
cia y vengado por la naturaleza sobre un punto en
que habia sido atacado con el mismo encarnizamien-
to que en los relativos á la creación, sobre un pun-
to que parecia y parece aun inverosímil, y que no

"creyera en él. Seria menester ser el mas limitado y el mas
"pertinaz de los humanos para dudar de él desde el momento
"que se consideran los testimonios comparados de la física y de
"la historia, y el grito universal del género humano."—(Véase
"L'Antiquité justifiée.")

[1] *Discours sur les révolutions du globe*, pp. 260 y 146.

[2] *Discours sur les révolutions du globe*, p. 260.

obstante se halla demostrado como verdadero, á pesar de todos los caracteres constitutivos de su inverosimilitud.

En cuanto á las dimensiones del arca, diré que un distinguido marino, el vicealmirante Thevenard, se ha ocupado en aplicar sus conocimientos especiales á la comprobación de este punto, y que ha publicado su decisión con una reserva que revela toda su sinceridad:—"No afirmamos aquí la verdad del diluvio universal, y que el arca haya existido, dice;—pero si tuvo lugar el hecho con una arca cuyas dimensiones explica el Génesis, cap. 7, el simple cálculo que se acaba de ver atestigua contra Porfirio, contra Apelles, discípulo de Marcion, y contra un escéptico moderno, que este navío era una tercera parte mas capaz de lo que se necesitaba para contener muy fácilmente la familia de Noé, los animales y los víveres [1]."

Acerca de la aparición del arco-iris diré tambien con M. Marcel de Serres, que este fenómeno tan natural despues del diluvio, no debia serlo en aquella época, y podia por consiguiente haberlo dado Dios como la expresion de un cambio en el estado de la tierra, y como una prenda de que no habria ya mas en ella aguas de diluvio [Génesis, cap. 9, v. 15]; que el diluvio supone tal cantidad de agua diseminada anteriormente por la atmósfera, que aquel fenómeno no era entonces posible; que se puede juzgar de ello por lo que sucede todavia en las regiones ecuatoriales, donde las lluvias no tienen jamas bastante sutileza para dar lugar á los arco-iris suplementarios; y que solo de la verdad primitiva contenida en el Génesis, puede indudablemente haberse originado la gran veneracion que los peruanos conservaron siempre por los arco-iris, tradicion cuyo mantenimiento se explica tanto mas fácilmente, cuanto que las huellas del gran cataclismo que desoló la tierra, son en América mucho mas pronunciadas que en cualquiera otra parte [2].

¿Qué cosa ha aparecido nunca mas absurda que todos esos pasajes del Génesis? ¿Cuánto respeto y veneracion debemos sentir por un libro que, solo hasta nuestros dias, ha tenido en su favor la verdad contra todos los juicios del espíritu humano!

X. *Eran ergo filii Noe, qui egressi sunt de arca, Sem, Cham et Japheth. Et ab his disseminatum est omne genus hominum super universam terram.*—"Eran pues los hijos de Noé que salieron del arca, Sem, Cham y Japheth. Y de éstos se propagó todo el linaje de los hombres sobre toda la tierra."

La unidad de la especie humana en Adán y en Noé debia ser atacada por el filosofismo con encarnizado furor, supuesto que atravesando la sucesion de los siglos, llega á juntarse con el fundamento de la Religion, que es la rehabilitacion de la unidad humana en Jesucristo.—Convenimos tambien en que parecia difícil justificar bajo este punto de vista á Moisés, en presencia de espíritus tan preveni-

dos contra él, al ver la diversidad tan grande que reina entre los hombres, sus idiomas, sus poblaciones, sus grados de inteligencia, sus costumbres, sus formas sobre todo y sus colores, y el probar que el café y el hotentote, que parecen pertenecer al hombre de los bosques, son hermanos consanguíneos de estos europeos de nuestras capitales, tan ricos con todos los dones de la naturaleza, del genio y de las artes.—Así la impiedad se parapetaba detras de esta dificultad, y proclamaba altamente con Voltaire, "que solo un ciego puede dudar que los blancos, los negros, los albinos, los hotentotes, los lapones, los chinos y los americanos, no sean razas enteramente distintas [1]," ó bien con Lamarck, de Lamethrie, y Virey, que descendemos de un marrano sin cola [2], ó de un mono cuya nariz se prolonga por efecto de una fucion del cerebro [3];—porque nada hay tan absurdo que no se haga fácilmente creíble para un talento que busca pretextos á fin de no sujetarse á las verdades de la fé.

Pero nada se le resiste donde que toma por norte el solo amor de la verdad. En nuestros dias han llegado las ciencias al resultado inesperado de volver á encontrar las huellas del hombre despues de su dispersion y confusion actuales hasta á su cuna, y de poder afirmar que la humanidad entera desciende de un padre único.

Ya Buffon habia consignado esta observacion tónica en contestacion al argumento mas fuerte contra la unidad de la especie humana:—"Si el negro y el blanco no pudiesen producir juntos; si ademas su produccion quedase infecunda; si el mulato fuese un verdadero mulo, habria en este caso dos especies muy distintas: el negro seria respecto del hombre lo que el asno respecto del caballo: ó mas bien, si el blanco fuese hombre, el negro seria menos que hombre; seria un animal aparte como el mono, y podriamos creer que el negro y el blanco no tienen un origen comun. Pero semejante suposicion se halla desmentida por los hechos; y supuesto que todos los hombres pueden tener comercio genital y procrear, todos los hombres proceden de un mismo tronco, y pertenecen á la misma familia [4]."

Esta juiciosa reflexion, apoyada en la experiencia, ha llegado á ser la base distintiva de lo que debe entenderse por especie en geología; y ya es un axioma en esta ramificacion de las ciencias naturales que todos los individuos que pueden reproducirse y propagarse indefinidamente unos con otros son de una sola y misma especie [5]. Nunca se han efectuado esas cópulas entre animales de especies distintas, mientras estos han estado entregados á sí mismos. Solo el hombre ha podido violentarlos y someterlos á semejantes uniones, pero los productos que de ellas resultan son tales en su estado normal, que casi son generalmente estériles é infecun-

[1] *Mémoires relatifs á la merve, t. iv, p. 222.*

[2] *Marcel de Serres, t. 2, pp. 122, 123.*

[1] *Histoire de Russie sous Pierre le Grand, chap. I.*

[2] *Philosophie zoologique, t. II, p. 445.*

[3] *Considerations sur les étres organisés, t. II.*

[4] *Buffon, Histoire de l'Asie.*

[5] *Marcel de Serres, t. II, p. 20.*

dos, y en todo caso su fecundidad se limita á la tercera ó lo mas á la cuarta generacion. Esta es la ley constante de la naturaleza, y como la barrera insuperable que esta opone á la confusion de las especies.—Aplicada esta ley al hombre, demuestra la unidad de su especie, pues la experiencia nos enseña que las castas humanas mas degeneradas, juntándose con las castas mas perfectas, dan individuos indefinidamente fecundos.

Sentado este principio, han procurado los naturalistas explicar las variedades que presenta la especie humana. Unos, como Buffon (1), Blumenbach (2), Camper (3) y Wismann (4), han descubierto sus causas en la influencia del clima, la diferencia de alimentos, y sobre todo en la reaccion de la inteligencia y de la sensibilidad sobre los sistemas nervioso, cutáneo y hasta huesoso;—otros, como Lacépède (5) y Cuvier (6), remontan su origen á una época vecina á la última catástrofe que cambió la superficie del globo, y en la cual todos los elementos, cuya reunion compone lo que llamamos *influencia del clima*, debían presentar una fuerza muy superior á la que pueden mostrar ahora que la bonanza de un gran número de siglos ha embotado las fuerzas de la naturaleza, las unas por medio de las otras, y encadenado la actividad de muchedumbre de sustancias por medio de su aproximacion, su mezcla y combinaciones.—Sea lo que fuere, todos estos sabios naturalistas concluyen con M. Cuvier, "que las marcadas diferencias que se encuentran entre los hombres solo son efecto de causas accidentales, en una palabra, de las variedades.... (7)"

Lo que ha contribuido á hacer progresar extraordinariamente la antropología y la ha unido al relato de Moisés, que despues del diluvio hace repoblar la tierra por los tres hijos de Noé, *Sem, Cham y Japhet*, es que se ha llegado ya á limitar y referir todas las variedades de la especie humana á tres divisiones principales, á saber: la caucasiana, la etiópica y la mongola (8), y prueba la exactitud de este cálculo el haberse llegado á él por vias diferentes: los naturalistas á cuya cabeza colocamos á Cuvier, por sus estudios comparativos sobre el reino animal; los geógrafos, como M. Valckenaer, por sus investigaciones geográficas; y los viajeros, como Dumont d'Urville y Francynet, por la observacion directa de la fisonomía y costumbres de tantos pueblos diversos.—Al justificar la existencia de estas tres grandes familias, estos sabios han proclamado igualmente que todas fraternizan á la vez en las señales de una primitiva unidad (9).

(1) *Discours sur les variétés de l'espèce humaine.*

(2) *Manuel d'histoire naturelle.*

(3) *Dissertation physique sur les différences réelles que présentent les traits du visage chez les hommes des différents pays.*

(4) *Troisième discours.*

Histoire du genre humain.

Tableau élémentaire de l'histoire des animaux.

(5) Véase tambien á Portalis, *De l'usage et de l'abus*

(6) *Philosophique*, t. I, p. 60

(7) *Ide.*—Las dos primeras familias se encuentran los mala-

(8) *de l'espèce hu-* caucasiana y la mongola están colocados los

(9) Entre la- *Lacépède, Cuvier, Hottart, de Hum-*

yon, y entre la raz- *ontados á la Academia de las Cien-*

americana *— Véase Forster,*

boldi y otros.—Relacion pro-

Pero vamos á ver cómo esta importante verdad adquiere mucho mas desarrollo y consistencia juntándose con otra nueva verdad.

XI. *Erat autem terra labii unius, et sermonem eorundem... et dixerunt: Faciamus turrim cuius cubum pertingat ad caelum.... dixit autem Dominus: Confundamus ibi linguam eorum ut non audiat unusquisque vocem proximi sui, atque ita divisit eos Dominus ex illo loco in universas terras et idcirco vocatum est nomen ejus Babel, quia ibi confusum est labium universae terrae.*—"Era entonces la tierra de un solo lenguaje, y de unas mismas palabras.... y dijeron: "Edifiquemos una torre cuya cumbre llegue hasta el cielo...; pero el Señor dijo: Confundamos allí su lengua, de manera que ninguno entienda el lenguaje de su compañero. Y de este modo los esparció el Señor desde aquel lugar por todas las tierras. Por esto fué llamado su nombre Babel, porque allí fué confundido el lenguaje de toda la tierra."

De repente se ha presentado entre nosotros una nueva ramificacion de conocimientos humanos: ha sido preciso inventar una palabra nueva para nombrarla, y ¿cuál ha sido su resultado inmediato y para siempre incontestable?—La confirmacion de la unidad de la especie humana,—la designacion fija de su primitiva permanencia en el Oriente, en el mismo sitio indicado por Moisés,—que al principio fué el lenguaje único,—y que la separacion se efectuó por una causa violenta é inescapable.

A todas estas soluciones ha llegado ya la *lingüística* ó estudio comparativo de las lenguas, llamada tambien *etnografía*.

Y las ha alcanzado, no por el sistema de un filósofo ó de un sabio, sino por las observaciones y trabajos comparativos de todo el mundo científico, sin abrigar antes ninguna idea para esto, extraño á todas las prevenciones y á todos los cálculos, y bajo la sola influencia de la verdad.

Voy á esponer sus principales atestaciones:

"Si algun día se levantase un sistema filosófico queriendo todavia multiplicar las cunas del género humano (decia un sabio ruso, el conde Goulianoff, en un trabajo que despues de un año de exámen fué adoptado y consagrado por la decision unánime de la academia de San Petersburgo), al momento se colocaria á su lado la identidad de las lenguas para destruir su prestigio y confundirle; y creo que semejante autoridad convenceria al tanto mas preocupado (1)."—"Todas las lenguas pueden ser consideradas como dialectos de un idioma actualmente desconocido (2)."

Tales han sido asimismo las conclusiones del consejero de estado de Alemania, Merian, en su mag-

nia del viaje de la fragata *Uranus*, por M. Francenet, el 8 de Junio de 1840. "Todas mis observaciones se encaminan á demostrar la grande unidad de la especie humana."

(1) *Discours sur le langage* de la Academia de San Petersburgo, Bol-
leja universal, tomo I, p. 330.

(2) *Conclusion de la Academia de San Petersburgo, Bol-*

oficial obra sobre la *Analogía de las lenguas*, publicada bajo el nombre de *Tripartitum* (1).

El sabio Julio Klaproth, profundamente versado en el conocimiento de las lenguas y de la literatura asiática, á pesar de que alimentase todavía en su espíritu algunas preocupaciones contra la verdad revelada, escribía así.—“La afinidad universal de las lenguas se halla rodeada de una claridad tan viva, que todos debemos considerarla como completamente demostrada. Esto, añade, es inescapable en cualquiera hipótesis que no sea admitir que existen aun fragmentos de un lenguaje primitivo en todos los idiomas del antiguo y nuevo mundo (2).”

Sin embargo, este nuevo mundo pareció al principio un obstáculo á la demostración de la identidad de las lenguas; tan numerosa y profunda es la diversidad de dialectos americanos. Parecía que allí debía desesperar la fé y prolongarse las resistencias de la incredulidad. Pero había allí también algo que avivaba la sed de la verdad, que parece ha querido Dios encerrar en las entrañas de nuestro siglo. Un profesor inglés, Smith Barton, fué el primero que comprendió la tarea de iluminar aquel caos; fué seguido de cerca por Vater, y el resultado de sus trabajos hechos con la mayor exactitud, dice M. Alejandro de Humboldt, y siguiendo un método no empleado hasta entonces, probó la existencia de algunas palabras comunes á los vocabularios de ambos continentes. Estas palabras fueron encontradas haciendo la comparación de la totalidad de las lenguas americanas con la totalidad de las del mundo antiguo (3).—Malte-Brun intentó dar otro paso mas adelantado y establecer una conexión geográfica entre las lenguas americanas y asiáticas, y logró por este medio aumentar el número de los datos que poco despues se completaron por el estudio de las tradiciones importadas y de las huellas dejadas por los pueblos de América en su emigración del noroeste al sud.—Al mismo tiempo la etnografía, gracias á los continuos y escelentes trabajos de Guillermo y de Alejandro de Humboldt, comprendía facilmente, en la forma de las conjugaciones, el único enlace que une entre sí todas las lenguas de la América, y encontraba allí una familia dispersa que Guillermo de Humboldt caracterizaba con el nombre de lengua por *aglomeración*.—“Esta maravillosa uniformidad, dice Malte-Brun, en la manera particular de formar las conjugaciones de los verbos, de un extremo á otro de la América, favorece singularmente la suposición de un pueblo primitivo que formó como el tronco común de todas las naciones de la América (4).” —M. Alejandro de Humboldt generalizaba mas todavía su conclusion, y decia:—“Por mas aislados que puedan parecer á primera vista ciertos lenguajes, y por mas singulares que sean sus caprichos é idiomas, todos guardan analogía entre sí, y se percibirán mas fácilmente sus numerosas re-

laciones á medida que se irán perfeccionando la historia filosófica de las naciones y el estudio de las lenguas (1).”

Mientras se iba deshaciendo el nudo de la dificultad relativa á las lenguas de la América, los trabajos emprendidos en escala mayor llevaron á Guillermo de Humboldt á poder reducir las ochocientas sesenta lenguas y los cinco mil dialectos de las lenguas muertas y vivas en el globo, á tres clases principales: *simples*, por *flección* y por *aglomeración*. Estas tres clases corresponden á las tres mayores divisiones geográficas del globo, á saber: las lenguas por *flección* al mundo antiguo; las lenguas por *aglomeración* al nuevo mundo, y las lenguas *simples* al mundo marítimo, con esta particularidad, que el mundo antiguo que solo posee las verdaderas lenguas por *flección*, posee tambien las otras dos y las reúne todas en sus raíces originarias.—M. Balbi, el activo é inteligente autor del *Atlas etnográfico del globo*, que recojió en el campo de esta ciencia las mas preciosas noticias, resume así sus últimos resultados:—“La conclusion á que nos han conducido nuestras diligencias sobre la clasificación etnográfica de los pueblos, escita esta reflexión notable: hallamos justamente en el mundo antiguo, en que Moisés nos presenta el origen de las sociedades y la cuna de todos los pueblos de la tierra, las tres clases, esencialmente distintas, á que piensa el célebre baron de Humboldt se pueden reducir las formas gramaticales de la maravillosa variedad de idiomas conocidos (2).”

Este importante resultado que, como hemos visto, se habia retardado por la dificultad que presentaban al principio los dialectos americanos, habia encontrado otro obstáculo no menos difícil de vencer en la profunda diversidad que parecia separar las lenguas habladas al otro lado del Ganges de todas las que se hablan del lado de acá. Pero M. Abel Remusat y el caballero de Paravey hicieron, con esta dificultad, lo que Barton y Humboldt habian hecho con la de las lenguas americanas; á fuerza de diligencias y comparaciones, descubrieron, al fin, que la escritura geroglífica de la China, particularmente el antiguo carácter, tiene rasgos

[1] Ap. Klaproth, *Asia poliglota*, p. 6.

[2] *Atlas ethnographique du globe*, lám. 1.—De las sabias investigaciones de M. Balbi, que ha formado la estadística mas completa, la mas exacta, la mas científicamente garantida de las lenguas é idiomas conocidos en el dia, porque todas sus clasificaciones estriban en la opinión de los filólogos mas distinguidos.... resulta que casi todas las lenguas tienen una conexión mayor ó menor con el hebreo; que cuanto mas aislados y salvajes están los pueblos, mas resulta esta conexión, y que cuanto mas se civilizan, tanto mas se debilita y pierde.—El sabio, piadoso é inolvidable arzobispo de Burdeos, cardenal de Cheverus, me decia un dia en una conversacion acerca de las colonias indias que el habia evangelizado por mucho tiempo, que una de las cosas que mas le habian admirado eran las relaciones gramaticales de la lengua de aquellos salvajes con el hebreo.—Esta observacion, ademas la han hecho tambien otros muchos sabios, el capitan Wedel, Federico Schlegel y el profesor Barton.

Habia acabado ya esta nota cuando recordé este pasaje de la vida del cardenal de Cheverus, que confirma lo que tuve la honra de oír de su misma boca:—“Para instruir á los habitantes de los bosques, tomé antes por maestro á un árabe que sabia un poco el inglés, y al hacerle conjugar noté el uso de los pronombres áffijos, como en el hebreo, reconociendo despues en todas las lenguas de América, que han debido tener un origen común.” (*Vie de Mgr le cardinal de Cheverus*.)

(1) Viena, 1822, p. 595.

(2) *Asia poliglota*, Introducción.

(3) Alejandro de Humboldt, *Vues des Cordillères*.

(4) Malte-Brun, p. 217, *Compén.*, p. 318.

evidentes de semejanza con los geroglíficos de Egipto, y hasta con la escritura cuneiforme de Babilonia. Descubrieron asimismo, que la lengua china contiene gran número de palabras de lenguas semíticas, y por medio de tan eruditas observaciones pudieron al fin reunir las dos familias indo-europeas y trasgángtica, que eran las únicas que habían quedado independientes la una de la otra.

Valiéndose el caballero Paravey de todos los trabajos de la ciencia etnográfica, dedujo á la sazón esta interesante consecuencia:—"Que no ha existido mas que un solo y único centro de civilización para toda la tierra, y que todos los pueblos han bebido su civilización en la misma fuente y en el mismo país en que el Génesis coloca la familia de Noé después del diluvio [1]."—Resultado proclamado en términos no menos explícitos por Vankennedi [2], de Bretonne [3], Ajaasson y otros sabios, y que es uno de los mas positivos á que puede llegar la humana ciencia [4].

Faltaba saber de qué modo esta lengua única, expresión de una civilización primitiva, había podido dividirse en esa multitud de dialectos tan extraños los unos á los otros.

En tan delicado asunto voy á dejar hablar á tres sabios filólogos que no han podido tener otro punto de contacto que la verdad.

M. Abel Ramusat, en el discurso preliminar de su obra sobre las lenguas tártaras, expresándose con la circunspección que permite la verdadera ciencia, deja no obstante entrever claramente su opinión sobre la concordancia de la etnografía con la narración sagrada. Después de haber explicado el método con que los estudios lingüísticos podrían hacerse servir para la historia, concluye:—"Entonces, por el idioma de un pueblo, podríamos conocer con precisión cuál hubiese sido el origen de éste, con qué naciones hubiese estado aliado, cuál hubiese sido el carácter de esta alianza, y á qué tronco pertenecía, al menos hasta la época en que se pierde y acaba la historia profana y donde podríamos encontrar en los idiomas esa confusión que les ha dado origen á todos, y que tantos vanos esfuerzos no han podido explicar [5]."

Herder, á quien no se puede acusar de parcialidad, pues que en el mismo pasaje que vamos á citar procura informarnos de que considera la historia de Babel "como un fragmento poético en estilo oriental," dice igualmente:—"que es muy probable que la raza humana y su lenguaje se remontan á un tronco común, á un primer hombre, y de ninguna manera á muchos dispersos en distintas partes del mundo." Después de haber des-

envuelto y apoyado esta opinión por medio de investigaciones gramaticales sobre la estructura de las lenguas, prosigue y afirma con seguridad que,—"del examen detenido de las lenguas resulta que la separación de la especie humana debió de haber sido violenta, no porque los hombres hubiesen cambiado voluntariamente de lenguaje, sino porque debieron de ser violentos y repentinamente separados unos de otros [1]."

Rectificando Niebuhr en la tercera edición de su obra la opinión opuesta que había emitido en la primera, se expresa en estos términos:—"Este error escapó á la atención de los antiguos, probablemente porque admitían en la especie humana muchas castas primitivas. Los que las niegan, y solo reconocen una pareja única, deben suponer un milagro para explicar la existencia de idiomas de estructuras distintas; y respecto de esas lenguas que difieren en sus raíces y en otras cualidades esenciales, es preciso admitir el prodigio de la confusión de las lenguas. La admisión de semejante milagro en nada ofende á la razón; porque supuesto que los restos del mundo antiguo nos demuestran evidentemente que existía otro orden de cosas antes del actual, es muy creíble que se conservó en toda su integridad desde su principio, y que al llegar á cierto periodo sufrió un cambio esencial [2]."

Así se allanan debajo de las pisadas de la ciencia aquellas dificultades que á los ojos de la incredulidad se elevaban como enormes montañas.—Así se comprueba al pie de la letra y palabra por palabra, el relato de Moisés sobre la confusión de las lenguas, la primitiva unidad de la especie humana, el diluvio y la creación.—Así esta infalible veracidad, tanto mas extraordinaria y sobrehumana, cuanto mas tiempo y esfuerzos se han necesitado para descubrirla, permanece como el solo hecho inexplicable é insoluble por otro medio que no sea su inspiración.

Pero antes de quedarnos en esta conclusión definitiva, aumentemos todavía la fuerza y el número de las razones que á ella nos conducen, recogiendo en una última sección algunos testimonios y algunas pruebas, que á causa de su aislamiento no han podido colocarse en las clasificaciones precedentes, y que por este motivo vamos á presentar sin mas orden que el de esta reunión.

XII. Estas pruebas y testimonios están sacados casi enteramente del estudio de las tradiciones, usos ó monumentos históricos de los diferentes pueblos.

Figura en primera línea el resultado de una ciencia del todo nueva, lo mismo que la geología, como

[1]. *Ensayo sobre el origen único y geroglíficos de las cifras y de las letras de los pueblos.*

[2]. *Memorial enciclopédico*, 1832, pp. 76 y siguientes.

[3]. *Historia de la filiación y emigración de los pueblos.*

[4]. *Noiones generales.*—"En la actualidad está aprobado, dice este ultimo, por los resultados de esos laboriosos estudios, que todas las lenguas derivan de un tronco común, que estaba aliado en el Oriente. Distingúense antes muchas lenguas madres: en el día no se conocen ya mas que hermanas, las unas primogénitas, las otras hijas segundas, pero todas derivadas igualmente de la lengua primitiva que se extinguió."

[5]. *Recherches sur les langues tartares*, vol. 1, p. 9.

[1] *Memorias de la Academia de Berlin*, 1781, pp. 411, 412.

[2] *Niebuhr's Römische Geschichte*, tercera edición, parte 1, p. 80.

Al concluir esta parte de mi trabajo debo restituir al sabio y venerable obispo de Melipotamo, monseñor NICOLAS WISMANN, el honor y mérito de casi todas las presentes investigaciones, y con frecuencia de sus mismas expresiones, que no he podido debilitar al apropiármelas.—No es esta la sola deuda que con él he contraído, pero la vnzana, cuyo triunfo él y yo nos hemos propuesto, aunque con medios muy desiguales, está mi consuelo.

la etnografía, ciencia que ha abierto un nuevo horizonte al conocimiento de lo pasado. Quiero decir, el arte de descifrar los geroglíficos y de hacer hablar á estos testigos, mudos después de tantos siglos, en la misma tierra que fué el teatro de los acontecimientos descritos por Moisés;—¡preciosa prueba! Algunos cristianos pusilánimes se espantaron; otros mas ilustrados se arrojaron con ardimiento á este nuevo camino abierto al triunfo de la verdad: un sabio francés, animado por el amor mas puro á la ciencia, M. Champollion menor, ha cogido la primera palma de esta nueva conquista del espíritu humano,—palma que pronto hubo de dar sombra á su sepulcro.—Y hé aquí en qué términos resume sus bellas investigaciones y sus admirables descubrimientos [como dice Cuvier] [1] en sus relaciones con la Biblia: "Puedo demostrar que ningún monumento egipcio es realmente anterior al año 2200 antes de nuestra era, antigüedad remota por cierto; pero que ninguna contradicción opone á las tradiciones sagradas, antes bien me atrevo á decir que las *confirman en todos sus puntos*. Adoptando en efecto la cronología y sucesión de los reyes, que nos dan los monumentos egipcios, la historia del Egipto *concuerda admirablemente con los libros santos*. Así, por ejemplo, Abraham llegó á Egipto hacia el año 1900, es decir, bajo el reinado de los *reyes pastores* [2]. Los reyes de raza egipcia no hubieran permitido á un extranjero la entrada en su territorio; é igualmente bajo el reinado de un *rey pastor*, fué cuando José llegó á ser ministro en Egipto, estableciendo allí á sus hermanos, lo cual no hubiera podido verificarse reinando monarcas de raza egipcia [3]. El jefe de la dinastía de los dióspolitanos, llamada la décimo-octava, es el *rex novus qui ignorabat Joseph*, como dice la Sagrada Escritura, el cual por ser de raza egipcia no debió conocer á José, ministro de los reyes usurpadores, y fué el que redujo á los hebreos á la esclavitud. El cautiverio duró tanto como la dinastía décimo-octava; y bajo el reinado de Ramsés V, llamado Amenofi, al principio del siglo XV, fué cuando Moisés libertó á sus compatriotas. Esto ocurría durante la adolescencia de Sesostrie, que sucedió inmediatamente á su padre é hizo varias conquistas en Asia, mientras Moisés é Israel anduvieron errantes en el desierto por espacio de cuarenta años. *Por esto los libros santos no pueden hablar de este gran conquistador*. Todos los demás

"reyes de Egipto nombrados en la Biblia se encuentran en los monumentos egipcios, en el mismo orden de sucesión y en las épocas precisas donde se hallan colocados en los libros santos. Añadiré aún que la Biblia escribe mejor sus verdaderos nombres que los historiadores griegos. Desearia saber qué tendrían que contestar aquellos que maliciosamente han dicho que los estudios de las antigüedades egipcias tendían á alterar las creencias fundadas en los monumentos históricos que se consiguen en los libros de Moisés.—La aplicación de mi descubrimiento viene por el contrario á darles un invencible apoyo [1]."

Esta conformidad no debe sorprendernos, habituados como estamos á encontrar la verdad en Moisés;—lo extraño seria que hubiese discordancia.

2. Hé aquí sin embargo otra prueba que debo señalar, porque se refiere á un grande incrédulo del siglo XVIII, Diderot.

En todo tiempo y en todas partes, así entre los pueblos antiguos como en los modernos, en los países civilizados como en los bárbaros, donde quiera, en una palabra, ha reinado el uso de la semana y la consagración de su séptimo día al reposo del hombre y al culto de la divinidad.—El hecho es incontestable; se halla atestiguado por Josefo (2), Filon, Tibulo y Luciano, y lo vemos proclamado por un sabio astrónomo moderno nada sospechoso, Laplace, en estos términos:—"La semana, desde la mas remota antigüedad en la que se pierde su origen, circula sin interrupción al través de los siglos, mezclándose en los calendarios sucesivos de los diferentes pueblos.—Es muy notable que se encuentre de la misma manera en toda la tierra. Es tal vez el monumento mas antiguo y mas incontestable de los conocimientos humanos. Parece que indica una fuente común de la cual han salido todos (3)."

¿Cuál podrá ser esta fuente?—Para los ojos despreocupados es evidente que solo puede ser la memoria de la creación del mundo en seis dias (6 épocas) y del reposo del Criador el séptimo día.—Hé aquí el origen atribuido á este uso por el libro mas antiguo de todos los pueblos. Y entonces la fuerza que adquiere la relación de este libro se comprende por la universalidad de semejante uso, pues es un testimonio á la vez de la historia de la creación en uso de sus principales caracteres, y de la unidad primitiva de la especie humana que ha conservado este recuerdo en medio de su dispersión.

El ilustre autor del *Sistema del mundo*, que sin embargo, tenia la desgracia de ser irreligioso [4], parece que en este uso tan notable no veia, segun

(1) *Discurso sobre las revoluciones del globo*, octava edición, p. 262.

(2) Roma extranjera, probablemente de origen asita, que en lazo apoderado del país.

(3) De aquí la explicación de antes pasajes del Génesis. José dijo á sus hermanos y á toda la familia de su madre: voy á decir á Faraon que han venido á encontrarme mis hermanos, pastores de ovejas, que se ocupan en alimentar á sus ganado: los cuales han traido conmigo.—Y cuando Faraon les llamo y se preguntó: ¿cuál es vuestro oficio? le responderán vuestros hermanos: somos pastores desde su niñez, y lo han sido nuestros padres lo mismo que nosotros. Diréis esto para poder habitar en la tierra de José, porque los egipcios aborrecen á todo pastor de ovejas.—Este odio del pueblo conquistado contra los pastores era precisamente en título de recompensación para con el pueblo conquistador, que era pastor igualmente,—conducta análoga á la de los romanos con respecto á los sajones en la conquista de Inglaterra.

[1] Carta de M. Champollion á monsieur Wismann, leída por este último en su octavo discurso pronunciado en Roma, y publicada después en el mismo discurso.

(2) No hay duda, ni entre los griegos ni entre los bárbaros, decía Josefo, donde se dejó de trabajar al séptimo día, suspendiendo lámparas, y practicando oraciones. (Cont. *Apoc.*, lib. 5, cap. 3.)

(3) *Sistema del mundo*, pp. 18 y 19.

(4) Una carta recien publicada en el *Univers* nos da sin embargo la noticia de que Laplace, como otros hombres, insignes abjuró su incredulidad antes de morir.

se expresa, mas que un sistema astronómico. Después de las palabras que hemos citado, dice en efecto:—"Pero el sistema astronómico que le sirve de base es una prueba de la imperfección de los conocimientos humanos en aquella época."

Es menester estar muy preocupado para intentar el hallazgo de un sistema de astronomía en una clasificación tan poco análoga, y para admitir que una base tan imperfecta haya podido gozar de tanta universalidad.—Por lo demás, el sabio astrónomo no se ocupa mas que de la división de la semana en siete días, eludiendo la circunstancia dominante y característica del *reposo religioso en el séptimo día*, que ningún sistema astronómico, por imperfecto que sea, ha podido explicar [1].

Atengámonos á la opinion de Diderot, y veamos como él en este uso una huella profunda de la gran verdad, cuyo tipo se halla en el Génesis.

3. El Génesis recibe por otra parte una confirmación mas explícita de todas las tradiciones humanas sobre la creación y el diluvio. En las Metamorfosis de Ovidio tenemos una exposición de las tradiciones paganas sobre este punto, que se asemeja al Génesis como una mala prueba retocada se asemeja á un ejemplar original, y como dicen los grabadores *antes de la letra*. Entre los fenicios y los frigios [2], entre los persas [3], entre los indos [4] y los chinos [5], y hasta en la América [6], existen las mismas tradiciones y las mismas analogías. Lo notable en todas estas tradiciones es que cada una de ellas, reproduciendo groseramente el conjunto del cuadro del Génesis, ha conservado con mas viveza la impresión de tal ó cual rasgo particular diferente, pero cuya reunión compone, como si fuese con fragmentos recojidos, el todo primitivo, que no se encuentra mas que en Moisés [7].

[1] En todos los pueblos de América se ha encontrado establecido el uso de santificar el séptimo día de la semana y el de la Circuncisión. [Marcel de Serres, 2, 425.]

[2] Laschenonien.

[3] *Anales de filosofía*.

[4] *Los Vedas*.

[5] *Memorias de M. Panthier sobre la doctrina de Tao*.

[6] Humboldt, *vieta de las cordilleras*.

[7] Sabemos que habia entre los griegos dos versiones sobre el diluvio, la una conforme á la mitología de que se habian apoderado los poetas, la otra mas filosófica y mas fiel á las tradiciones del Oriente. Esta nos la conservó Luciano [de *dos Syrias*], y Plutarco [utrum animalia terrestria aut aquatica magis sint salubria]. En ella está representado Deucalion como construyendo una arca ó un cofre, en el cual se refugió llevando consigo un par de cada especie de animales, y mas de su mujer y sus hijos: tal es, dice Luciano, la relacion histórica.—Plutarco añade que la vuelta de una paloma fué el anuncio que recibió Deucalion de que las aguas se habian retirado.—Luciano mismo cuenta en poco despues, que en conmemoracion del diluvio se celebraba dos veces todos los años una ceremonia en cierta ciudad de Siria a la orilla del mar, á la qual acudian todos los pueblos de la misma Siria, de la Arabia y de mas allá del Eufrates, y que en el santuario del templo, se elevaban tres estatuas, la una de Júpiter, la otra de Juso, y "la otra estatua de un hombre, áhade, no tiene otro nombre que la *Estatua*, si otro símbolo mas que una paloma de oro sobre la cabeza, la cual dos veces al año se conduce con pompa hasta el mar, y algunos dicen que representa á Deucalion."—Beronio y Nicolao de Damasco, refiriendo la misma tradicion, dicen que el arca se detuvo en el monte de los Cordianos en Armenia, que sus restos se conservaron por espacio de largos años, y que los pueblos iban allá de cuando en cuando á recoger pedacitos del betun con que habia sido embreada.—La arqueología moderna ha venido tambien á pagar su tributo á Moisés. En la ciudad de Apamea en Frigia se han encontrado algunas medallas de cobre, en cuyo anverso se ve el busto de diferentes emperadores, como Ner-

En estas tradiciones hay un punto que quiero comprobar, y es el relativo al número de las generaciones que se sucedieron entre la creación y el diluvio, y á la longevidad de los hombres en aquella época. Moisés, como es sabido, cuenta diez generaciones, y atribuye una vida de novecientos años, poco mas ó menos, á cada uno de los patriarcas antediluvianos. ¡Cuánto no se ha dicho contra esta genealogía! Hé aquí sin embargo una porción de testimonios recogidos por un célebre incrédulo, Volney, que vienen á confirmar la palabra de Moisés sobre el número de las generaciones antediluvianas.—"El historiador Berocio, dice, que "vivió como tres siglos antes de Jesucristo, describe con los mas minuciosos pormenores las circunstancias del diluvio de Xisathro, que fué el *décimo rey, así como Noé fué el décimo patriarca*. Berocio y Avidemo *acordes con Moisés, fijan diez generaciones antes del diluvio*. Los pueblos de la India llenan los tiempos anteriores al diluvio con diez *avatas*, que corresponden á los diez reyes y á los diez patriarcas antediluvianos. Sanchoñaton de Frigia habla de diez generaciones de dioses ó semidioses colocados entre Urano y la raza actual de los hombres. Los árabes y los tártaros han conservado igualmente la memoria de diez generaciones, y la han hecho unánimemente *que separados por inmensas distancias*, dando á muchos de los patriarcas antediluvianos, lo mismo que á sus sucesores inmediatos, los mismos nombres que tienen en el Génesis [1]."

Tocante á la longevidad de estos patriarcas escribía el historiador Josefo: "Todos los que han escrito la historia, tanto la de los griegos como la de las demas naciones, dan testimonio de lo que digo; porque Maneton que escribió la historia de los egipcios; Berocio, que nos dejó la de los caldeos; Moco, Hestico y Gerónimo el egipcio, que refirieron la de los fenicios, dicen todos lo mismo. Y Hesiodo, Hecateo, Acusilao, Elánico Eforo, y Nicolao, dicen todos que estos hombres vivian hasta mil años [2]."—A las autoridades citadas por Josefo hay que añadir las de Varron [3], de Plinio [4],

ro, Macrino y Filipo el Viejo. En todas el reverso es igual. Eckel lo describe así: "Aparece un cofre nadando sobre las aguas, y dentro de él un hombre y una mujer hasta la cintura fuera de allí de espaldas al cofre se descubren en actitud de andar una mujer cubierta de un traje talar y un hombre vestido de corto, los dos con una mano levantada: sobre el cofre hay un pájaro, y otro pájaro en actitud de volar, lleva entre las patas una rama de olivo." [Doctrina nummorum ceterum, Viteaa, 1793, parte I, t. III, p. 130.]—Por otro lado M. Alejandro de Humboldt ha encontrado entre las naciones americanas, un sinnúmero de pinturas que representan la historia primitiva del hombre conforme al Antiguo Testamento. En estas pinturas jeroglíficas el diluvio se representa así: "Teppi ó corcoz, según se llama el Noé americano, se halla representado en una arca flotante sobre las aguas, y con él su mujer y sus hijos, varios animales y especies de granos. Cuando se retiraron las aguas, Teppi subió un buey, que encontrando su pasto en los cuerpos de los animales ahogados, no volvió á parecer. Después de haber hecho en vano otras experiencias con diferentes aves, volvió al fin el pájaro monca con una rama verde de olivo en el pico." [Humboldt, *vieta de las cordilleras*, t. II, páginas 65 y 66.]

[1] Volney, *Indagaciones sobre la historia antigua*, t. I. pp. 127, 146, 179.

[2] Josefo, *Historia de los judios*, lib. I cap. 3.

[3] Citado por Lactancio, lib. 2.

[4] Libro 17, cap. 68.

de Valerio Máximo [1]; y en fin, las mismas tradiciones se han encontrado en la India y en el Nuevo Mundo [2].

Concluamos con algunos testimonios que confirman el hecho que ha debido por sí poner un límite á toda tradicion universal rompiendo la unidad humana,—hablo del milagro de la confusion de las lenguas.

Segun hemos visto, la ciencia etnográfica ha llegado á reconocer la necesidad de semejante milagro, y las antiguas tradiciones confirman igualmente en este punto lo que aseguró Moisés.

Me limitaré á dos fuentes, la una que ha llegado á nosotros por el conducto del historiador Josefo, la otra por el de Volney, concluyendo con algunos descubrimientos arqueológicos.

Después de reproducir la relacion de Moisés, dice Josefo:—"Así habla la Sibila de este grande acontecimiento:—Los hombres que hablaban entonces todos una misma lengua, edificaron una torre tan elevada que al parecer debía de llegar hasta el cielo; pero los dioses movieron contra ella tan violenta tempestad que quedó derribada, é hicieron que sus edificadores hablasen en un momento diferentes lenguas; lo cual dió motivo á que se diese el nombre de Babilonia á la ciudad que luego se levantó en el mismo sitio."—Añade Josefo:—"Hestico habla tambien de esta especie de campo de Sennar, donde se halla situada Babilonia: *dicese que los sacrificadores que con sus sagrados objetos se salvaron de esta gran confusion fueron á establecerse en Babilonia* [3]."

Otra Sibila distinta de aquella de que habla Josefo, la cual segun observa un sabio comentador del Génesis no escribió en verso como las demás, y debe ser muy antigua [4], se halla citada tambien por Volney apoyado en el testimonio de Moisés de Corena á quien traduce: "*La Sibila Beronia, dice Moisés de Corena, atribuye tres hijos á Xisuthro:—Sim ó Zeruán,—Titan y Yopetoste; los cuales se separaron repartiéndose el mundo. La misma Sibila al hablar de los hombres ilustres que nacieron de estos tres jefes, dice: estos primeros dioses fueron terribles y brillantes: ellos dieron origen á la raza de los gigantes de cuerpo robusto, de miembros poderosos, de inmensa estatura, que llenos de inso-*

lencia concibieron el impto designio de construir una torre. Mientras en ella trabajaban, un viento horrible y divino movido por la cólera de los dioses [Elahim] *destruyó esta masa inmensa, y arrojó entre los hombres palabras desconocidas que causaron el tumulto y la confusion. Entre estos hombres se hallaba Hatz, de la estirpe de Japeto, famoso y valiente caudillo, muy diestro en arrojar las flechas y en manejar el arco.*"—"Después del diluvio de Noé, ó de Xisuthro, añade Volney, el repartimiento de la tierra entre aquellos tres personajes brillantes y poderosos, uno de los cuales es Titan, se asemeja á lo que nos dicen los griegos de los tres hermanos Júpiter, Pluton y Neptuno, que tambien tienen estremada semejanza con los tres hijos de Noé:—Pluton es tambien negro como Cam [1]."

En fin, la arqueología nos llama á su vez á este mismo país de Asiria ó de Caldea, á esta famosa llanura de Sennar a la misma Babilonia, para encontrar debajo de un monton inmenso de ladrillos vitrificados, de un aspecto correspondiente á las tradiciones bíblicas, a esa torre de Babel, primer monumento del orgullo y de la flaqueza de los hombres. Los estudios de M. Raoul Rochette, y la comparacion que hizo de las relaciones y descripciones de los modernos viajeros, le enseñaron no solamente á distinguir esta célebre torre diferente de la torre de Belo, edificada al otro lado del Eufrates, sino tambien á reconocer que esta última no fué en cierta manera otra cosa que la imitacion de la torre de Babel:—"Después que el fuego del cielo ó de la tierra, dice el sabio arqueólogo, destruyó esta torre de la ribera derecha del Eufrates, reduciéndola á un monton de escorias vidriosas, la volvieron á edificar al otro lado del rio, poco mas ó menos bajo la misma forma, y con una magnificencia cuya memoria y cuyos vestigios no han podido los siglos borrar [2]."

Y a la misma civilizacion ó á la influencia tradicional de la propia causa deben referirse sin duda algunas *teocaltli* de México, que forman grandes torres compuestas de varios pisos

[1] Volney, *Indagaciones sobre la historia antigua*, t. I, p. 146.—Algunos sabios, entre otros M. De Paravey, creen que este color negro, de que habla Volney, es el signo que Dios imprimió sobre Cain lo mismo que sobre Cam, á quien maldijo tambien, y cuyos descendientes son los negros.—"Además, es fácil el conocer, dice Rollin, el fundamento de la anecdota historica de Saturno ultrajado por uno de sus hijos.—La fábul tambien comprende que la licencia de las fiestas naturales procedia de una memoria poco respetuosa de la borrachas de Saturno ó de Noé.—El severo castigo del que vió la decaudex de Noé dejó entre los paganos la memoria del enojo de Saturno, el cual, segun refiere Calaneo, dispuso por ley irrevocable que quien tuviese igual temeridad con respecto á los dioses perdiera en el mismo punto la vista." [Tratado de los Estudios, parte 4.].—La identidad de Saturno, de Jano y de Noé podria fácilmente comprobarse por varios monumentos antiguos.—Así el doble rostro de Jano aludia á la doble vida antediluviana y postdiluviana de Noé, quien habia visto el fin de dos mundos distintos. Una medalla acuñada en conmemoracion del diluvio en la mas alta antigüedad pagana, representaba por un lado el doble rostro de Jano, y por el otro una arca ó bajei flotante sobre las aguas; acerca de lo cual Ovidio en sus *Fastos* dice así, pidiendo la explicacion de estos emblemas:

*Multa quidem didici, sed cur navalia in aere
Altera signata est, altera forme Neptuni...
At dona posteritas puppim signavit in aere
Hospitii adventum testificata Dei.*

[2] *Curso de arqueología, segunda y tercera ed.*

[1] Valerio Máximo, lib. 8, cap. De senectute.

[2] Buffon, Deluc, Wallerius, Barret, Ray y Sturm creyeron que podia explicarse la longevidad de los primeros patriarcas por razon de que las cualidades nutritivas de los vegetales, así como el desarrollo de fuerzas en los animales, depende de la temperatura y del aire, los cuales hubieron de sufrir una profunda alteracion por efecto del diluvio. Los grandes cambios que produjo la naturaleza por esta revolucion debieron, segun ellos, no solamente abreviar la vida, sino tambien extinguir algunas especies de plantas y de animales.—Buffon hace tambien una observacion, que apoya el dicho de Moisés; y es, que la duracion de la vida humana corresponde próximamente á siete veces la edad de la puerberia, proporción que se encuentra en la vida de los patriarcas antediluvianos.—"Adam a la edad de ciento treinta años engendró un hijo, y habiendo vivido noventa y cinco años, falleció." No se guardó constantemente esta proporción en cada uno de los nueve patriarcas, pero á mas de que algunos pudieron casarse de mas edad, como Noé siempre se encuentra en el término medio sobre la suma de las edades de su vida y de su puerberia.

[3] Josefo, *Historia de los judios*, lib. 1.

[4] *Explicacion del Génesis*, 1788, t. II, p. 306.

que suban en disminucion, absolutamente por el mismo estilo que el famoso templo de Belo, esa imitacion de la torre de Babel, cuya maravillosa semejanza con las pirámides de Etiopía, los *bamoths* de Fenicia, los *surags* de Cerdeña, los *talayots* de las Baleares, las torres de Escocia, y todos esos monumentos piramidales esparcidos por toda la tierra, ha sido observada en estos últimos tiempos por Humboldt y por tantos otros sabios viajeros (1).

Al través de todas las alteraciones y metamorfosis que ha experimentado la verdad histórica de los tiempos primitivos, donde se halla oculto el arcano de nuestro destino, ¿quién no siente una satisfaccion profunda en reconocer que el único historiador que se nos propone como fiel mensajero de esta verdad, se halla confirmado á toda prueba, y en su inalterable profundidad se confunde con la palabra de Dios; esta misma palabra, que despues de haber criado al mundo, lo comunicó al primer hombre, su obra mejor y última, revelándole el conocimiento de sus deberes y de su destino?

¿Qué falta á Moisés, órgano de esta palabra, para obtener el crédito mas completo de parte de la inteligencia mas elevada?

Acabamos de trazar el contorno de este inmenso coloso. Hémoslo contemplado bajo todos sus aspectos, en cuanto ha sido posible, á la debilidad y rapidez de nuestra mirada. Todo nos llena de admiracion y de sorpresa: todo nos lo presenta como un objeto sobrehumano é incomparable.—Primero. ¡Su antigüedad! Toca á los acontecimientos que describe. El diluvio era todavía en su tiempo un suceso en cierta manera doméstico en la familia de Abraham y de Noé, que era al mismo tiempo el tronco de la familia humana. Los tiempos anteriores y la creacion se proclamaban á sí mismos por los monumentos de una tradicion tanto mas segura, cuanto la longevidad de los hombres permitia á los hijos el permanecer largo tiempo en compañía de sus padres, identificándose con ellos y haciéndose todos juntos, digámoslo así, un solo hombre á quien habia hablado el Criador.—Segundo. ¡Su carácter y el de sus escritos! Él es el pontífice de la ley natural, y el único depositario de la verdad moral en los tiempos antiguos. No se ve en él ninguna de las pasiones humanas que son el instrumento de las grandes fortunas, y solamente por medio de grandes sacrificios y de un desinterés sin límites se consagra á la santa mision de consolidar el culto del verdadero Dios y de perpetuar las esperanzas del género humano. Se observa en sus escritos una sencillez, una sobriedad, una noble seguridad, que comparadas á la grandeza y á la dificultad del asunto no pertenecen al hombre, y respiran no sé qué majestad tranquila y divina que mueve á los mas incrédulos y desconcierta á los profanos.—Tercero. ¡Los frutos que produjo! Él obró el mayor de todos los prodigios, el de una nacion, que ella sola durante el curso de la antigüedad se libró del extravío de todo el género humano por los senderos de la idolatría, y que despues de haber cumplido su pri-

mer destino dando al mundo la divina luz del Evangelio, sobrevive á todos los pueblos que desaparecieron, y recorre todas las naciones modernas en expiacion del crimen de haberla desconocido y para ser en todas partes un testimonio de su divinidad.—Cuarto. ¡En fin, la prueba que ha sufrido y el escámen de que ha sido objeto! Nada ha faltado para confundirlo, si no hubiera sido un hombre superior á los demás hombres. Nosotros somos los testigos, aunque indiferentes y distraídos, del espectáculo mas extraordinario que se haya visto jamás. Los prodigios del espíritu humano, el rápido desarrollo de todos los conocimientos exactos han hecho de nuestro siglo un siglo gigante por lo que toca á las ciencias, que se apodera de todas las verdades físicas, que abraza, que penetra, que toma razon de cuanto esciste en la naturaleza, rasgando todos sus velos y sorprendiendo todos sus secretos, que ha salvado un vasto abismo de error y de ignorancia, separándose de cuanto le habia precedido: pues bien, una sola cosa no ha podido salvar, la cosa mas antigua, la narracion de Moisés. No solamente todas las críticas reunidas del espíritu humano no han podido encontrar en ella falta alguna, sino que tampoco hay fuerzas bastantes para comprender su inmensa verdad. Como un monumento gigantesco que se encontrase en el centro de una inmensa selva, y que se presentase siempre en el término de todas sus avenidas, la palabra de Moisés es el límite y la cima de todos los ramos de la ciencia moderna en su mas alto grado. Cada corta que se hace en este bosque de ignorancia y de error, no hace mas que ponerle mayormente de manifiesto. De cualquiera parte que vengan los apóstoles de la ciencia, físicos, químicos, astrónomos, naturalistas, geólogos, etnógrafos, geógrafos, arqueólogos, historiadores, viajeros, despues de recorrer cada uno su camino con independencia de los demás, y de haberse repartido el universo en sus exploraciones, todos vienen á encontrarse al frente del Génesis, y todos vienen á parar en una palabra escrita hace mas de tres mil años en este libro misterioso, convirtiéndose á sí, sin pensarlo ellos mismos, en apóstoles de la religion, cuya divinidad proclaman al confesar la inspiracion de su primer historiador. A las manos de estos *nuevos jornaleros* está confiada la reconstruccion de este edificio que se prepara, del edificio de la fé. Cada uno labra su piedra con arreglo á una forma y dibujo particular, sin conocer su ulterior colocacion y encaje; pero el grande arquitecto que concibió el plan general hace que todas se acomoden á la base primera é inmutable que él mismo fundó con su propia mano, dirigiendo invisiblemente toda la obra.—Observemos aquí los pasos de este designio providencial: poco hace Moisés era tenido por un impostor, y su Génesis como un cuento destinado á entretener al mundo en su infancia; y luego se va descubriendo poco á poco su exactitud, y se demuestra que su narracion no se halla en contradiccion con ningun hecho rigurosamente probado de historia natural, hasta que todos se convencen mas y mas de que las ciencias no solo no le contradicen, sino que

[1] Curso de arqueología, segundo y tercer año.

le justifican punto por punto: en fin, el prodigio de esta concordancia ha llegado á ser tan maravilloso, que no puede ser explicado sino por la inspiración de Moisés, quien á su vez ha llegado á ser el regulador y como el patriarca de las ciencias.

Estas rinden todos los días mayores homenajes á esta gran verdad. Voy á dejar que hablen algunos de sus primeros intérpretes.

—“La descripción de Moisés es una narración exacta y filosófica de la creación del universo entero y del origen de todas las cosas,” decía ya Buffon (1).

—“Está materialmente demostrado, decía así mismo el gran Lineo, que Moisés no escribió ni pudo escribir, sino bajo la inspiración del Autor de la naturaleza, *neutiquam suo ingenio, sed altiori ductu* (2).”

—“Moisés nos dejó una cosmogonía, escribía Cuvier, cuya exactitud se comprueba todos los días de una manera admirable. Las más recientes observaciones geológicas concuerdan perfectamente con el Génesis, tocante al orden en que fueron sucesivamente creados todos los seres organizados (3).”

—“El orden con que aparecieron los seres organizados, decía el respetable M. Ampère, es precisamente el orden de la obra de los seis días, tal como nos la refiere el Génesis:—ó Moisés poseía en las ciencias una instrucción tan profunda como la de nuestro siglo, ó se hallaba inspirado (4).”

—“No podemos con bastante atención admirar, escribe otro geólogo, Demerson, este orden maravilloso, perfectamente conforme á las más sanas nociones que forman la base de la geología positiva.—¿Qué homenaje no debemos al historiador inspirado (5)?”

—“Ningun monumento, ya histórico, ya astronómico, ha podido probar que hubiese falsedad en los libros de Moisés; por el contrario; todos guardan la más notable conformidad con los resultados obtenidos por los más sabios filósofos y los geómetras más profundos.”—Tal es el tributo que la etnografía y la geografía rinden á una por la boca de su más aventajado intérprete, Balbi (6).

—“Si existe en el día una verdad generalmente admitida, dice el docto M. De Ferussac, es que el progreso de los conocimientos positivos ha alejado enteramente de nosotros este espíritu de pretensión filosófica, que todavía en ciertas partes hace tanto ruido. ¿Qué geólogo hay en el día que no se sonría de lástima al ver los argumentos de Voltaire contra el Génesis? ¿Aparece en nuestros días una sola disertación escrita según aquellos

“principios por un autor que goce de mediano crédito entre los inteligentes (1)?”

—“¿Concordancia extraordinaria (escribe un sabio profesor de la facultad de ciencias, Becodant), que no puede ser efecto de la casualidad, y que conduciéndonos á admitir ciertos hechos que los libros santos han querido ocultarnos, nos obliga también á reconocer en los pormenores que nos dejaron un fondo de conocimientos que contrasta del modo más admirable con la ignorancia de los tiempos en que fueron escritos (2)?”

—“Cultivad con ardor las ciencias abstractas y las ciencias naturales (decía uno de los más hábiles maestros de las últimas, dirigiéndose á sus colegas), descomponed la materia, levantad el velo de las maravillas de la naturaleza á nuestros ojos asombrados, explorad, si es posible, todas las partes de este universo, escudriñad en seguida los anales de las naciones, las historias de los pueblos antiguos, consultad en toda la superficie del globo los monumentos de los siglos pasados: lejos de temer esta pesquisa, yo les animaré con todos mis esfuerzos. No temeré que la verdad se ponga en contradicción consigo misma, ni que los hechos y documentos que lograis recoger puedan estar jamás en desacuerdo con nuestros sagrados libros (3).”

—“Si consideramos que la geología no existía en la época en que se escribió la historia de la creación y que los conocimientos astronómicos se hallaban entonces muy atrasados, debemos inferir que Moisés no pudo adivinar con tanta exactitud sino por efecto de la revelación.” A esta conclusión llega el concienzudo y sabio profesor de mineralogía y geología de Montpellier en su bella obra sobre la *Cosmogonía de Moisés comparada á los hechos geológicos*. “Tales son los principales datos, dice también M. Marcel de Serres, que se encuentran en el libro hácia el cual hemos llamado la atención de los hombres ilustrados, libro verdaderamente maravilloso, que ha sido compuesto para todos los siglos, y que con ellos se ha hecho más grande. Maravilloso para nosotros, lo será todavía más para nuestros nietos, cuyo espíritu perfeccionado por las luces siempre crecientes de las ciencias, concebirá toda su importancia, y podrá apreciar mejor su profundidad y sus bellezas.—Nuestras indagaciones serán bastantes tal vez para aquellos que están libres de toda prevención: por lo que toca á los demás no he tenido nunca la esperanza de convencerlos, *karto se que hay enfermedades en el espíritu lo mismo que en el corazón humano, que no es dado al hombre curar, ni aliviar siquiera* (4).”

—Otro sabio profesor interrumpe la exposición de las ciencias con esta reflexión verdaderamente oportuna: “Aquí se presenta una consideración ante la cual es imposible dejar de conmovirse:—pues un libro escrito en una época en que se hallaban

(1) *Teoría de la tierra*, art. 2.

(2) *Cursus naturæ*, §. 6. *Anciens nom.*, disc. 17.

(3) *Discurso sobre las revoluciones del globo*,—extraído del título de la obra de Marcel de Serres.

(4) M. Ampère, *Teoría de la tierra*, *Revista de los dos mundos*, 1.º de Julio 1833.

(5) *La geología enseñada en veinte y dos lecciones*, ó *historia natural del globo terrestre*. París, 1829, pp. 406, 371.

(6) *Atlas etnográfico del globo*. París, 1836, primer mapa-mundi etnográfico.

(1) *Boletín universal de ciencias, seccion de ciencias naturales*, t. x. num. 137.

(2) *Viaje mineralógico geológico en Hungría*, cap. 15.

(3) M. Couchy, *Algunas palabras dirigidas á los hombres de buen sentido*, 1838.

(4) T. I, pp. 222 y 223 t. II, p. 406, segunda edición.

"tan poco adelantadas las ciencias naturales, encierra sin embargo en pocos renglones el resumen de las inducciones mas notables á que hemos podido llegar al cabo de los inmensos progresos que á la ciencia han traído los siglos XVIII y XIX, cuyos descubrimientos se hallan conformes con hechos que no eran conocidos ni siquiera sospechados en aquella época, ni aun en las posteriores hasta nuestros días, y que los filósofos de todos tiempos han considerado contradictoriamente y bajo puntos de vista siempre erróneos: este libro, en fin, tan superior á su era bajo el aspecto de la ciencia, le es igualmente superior bajo el aspecto de la moral y de la filosofía natural, viéndonos por lo mismo obligados á admitir que hay en este libro algo superior al hombre, algo que éste no ve, que no concibe; pero que obra sobre él con una fuerza irresistible (1)."

Nunca acabaría, si me empeñase en recoger todos los testimonios de la ciencia. A los nombres ya citados y tomados á la ventura sería preciso añadir los de Aubusson, Chaubard, Bertrand, Margerin, Champollion, Rémusat, Rochette y otros, que vienen todos á postrarse ante la majestad de Moisés y á reconocer en él el soplo de la Divinidad.—Nunca se ha visto igual conformidad entre los varios maestros de la ciencia; nunca recibió la verdad un homenaje mas espontáneo, mas ilustrado, mas libre, mas concluyente.—¡Ay de aquel á quien no hace fuerza!...

Digamos pues con el conde de Lascazes:—"Sí:—sí, Moisés domina sobre las generaciones y sobre los siglos, como una columna eterna de verdad. Herodoto, Maneton, los mármoles de Paros, los historiadores chinos, el Sanscrito, todas estas fuentes, las mas antiguas del mundo, quedan quinientos años, mil años detrás de él: ninguno de estos antiquísimos testimonios puede alcanzarle, contradecirle, ni debilitarle; por el contrario, la naturaleza y los hombres se hallan en perfecta armonía con todo lo que él aseguró.—Con tan maravilloso acuerdo triunfa la fé religiosa, y herida por semejante resultado flaquea la incredulidad filosófica, la cual vencida por sus propias luces se ve forzada á confesar que hay en todo esto algo de sobrenatural que no sabe comprender, mas que no puede negar."

Tal es Moisés.

Por consiguiente,—no solamente en nombre de la tradición, en nombre de la autoridad, en nombre de la fé (bases sagradas en las cuales debemos al cabo apoyarnos por la necesidad que de ellas sentimos), sino tambien en nombre de las mas gloriosas conquistas del humano espíritu, en nombre de la ciencia y del genio,—ES INDISPENSABLE CREER EN EL.

§ III.

Moisés considerado en la narracion de la caída del hombre en Adam y de la promesa de su rehabilitacion en Jesucristo.

SI CREEIS EN MOISÉS, DEBEIS CREER EN MÍ,—decía Jesucristo,—PORQUE YO SOY AQUEL, DE QUIEN

MOISÉS ESCRIBIÓ.—*Si crederetis Moysi, crederetis forsitan et mihi, de me enim ille scripsit* (1).

Este argumento habla directamente á nuestro siglo, obligándole á deducir de la autoridad de Moisés la divinidad de Jesucristo.

Nadie puede dejar de convenir en la estrecha relacion que une esta conclusion con aquel principio: todos lo reconocen, cristianos, deístas: los judíos mismos hasta cierto punto.

Los cristianos en todos tiempos, como se ve por aquella expresion de Jesucristo, han hecho descansar el cristianismo en el testimonio de la doctrina mosaica,—los deístas han reconocido altamente este enlace, dirigiendo contra Moisés sus ataques contra Jesucristo,—los judíos finalmente han confesado á su modo la verdad de esta correspondencia, esperando bajo la palabra de Moisés un cristianismo *químérico*; mas que por lo mismo prueba en favor del cristianismo *verdadero* la fuerza de una relacion que ha sido capaz de sobrevivir á tantas supercherias.

Por lo mismo, sea cual fuere la opinion que se tenga sobre el mosaismo ó sobre el cristianismo, el hecho de que existe entre los dos una relacion íntima, reúne los votos de todos.

Por consiguiente, estableciendo la verdad de Moisés, las ciencias han establecido al propio tiempo la divinidad de Jesucristo.

Y reducidos á creer en Moisés, nos vemos tambien reducidos á creer en Jesucristo.

Este resultado precioso exige algunas explicaciones que van á ser el objeto del último párrafo de este importante capítulo.

En el curso de la narracion de Moisés se encuentra un hecho generador de la segunda revelacion y de su necesidad, hecho que es el primer eslabon de la cadena que enlaza el cristianismo con la cuna del género humano.

Dejemos hablar á Moisés con toda la grave sencillez de su estilo. Este hombre insignie es sobrado fuerte para tener necesidad de atraernos con la pompa de una elocuencia artificial.

"Crió Dios pues al hombre á su semejanza: le crió á la imagen de Dios: le crió varon y hembra. Dios los bendijo, diciéndoles: creced y multiplicaos; llenad la tierra, sujetadla, dominad tambien sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre todo animal que anda sobre la tierra. El Señor Dios plantó en el principio un jardin delizioso, donde puso al hombre que habia formado. El Señor Dios habia hecho nacer de la tierra toda especie de árboles hermosos á la vista, cuyos frutos eran sabrosos al paladar... y el árbol de la vida en medio del paraíso junto con el árbol de la ciencia del bien y del mal. El Señor Dios cogió al hombre, y le colocó en el jardin de Eden, para que lo guardase y lo cultivase.—Y el Señor Dios impuso al hombre un precepto diciéndole: De todos los árboles de este jardin podras comer el fruto; pero abstente de gustar el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque el mismo

(1) Neres Boubes, *Manual de geología*, tercera edicion, p. 62.

(1) San Juan, cap. 5, vers. 46.

"día que lo comas, perecerás de seguro.—Entonces la serpiente dijo á la mujer: ¿por qué os ha prohibido Dios comer los frutos de todos los árboles que hay en el paraíso?—Respondió la mujer: comemos el fruto de todos los árboles que hay en el paraíso; solo del fruto del árbol que se halla en medio del paraíso, nos ha mandado Dios que no comamos para no esponernos á la muerte.—La serpiente replicó á la mujer: no moriréis seguramente, pero Dios sabe que luego que hayáis comido de este fruto se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses, conociendo el bien y el mal."—[La mujer cediendo comió el fruto prohibido, y dió á comer de él á Adam, quien lo gustó igualmente].—*"Al propio tiempo se abrieron los ojos de los dos, y conocieron que se hallaban desnudos...Entonces el Señor Dios llamó á Adam, y le dijo: ¿dónde estás? Adam le respondió: he oído tu voz y tengo miedo, porque estaba desnudo; y por esto me escondí. Díjole el Señor: y ¿por dónde supiste que estabas desnudo? Eso es que has comido el fruto del árbol que te había vedado cojer. Respondióle Adam: la mujer que me diste por compañera me ofreció el fruto y lo comí.—El Señor Dios dijo á la mujer: ¿por qué lo has hecho?—La mujer respondió, engañóme la serpiente, y he comido del fruto.—Entonces el Señor Dios dijo á la serpiente: por lo que hiciste maldita serás. Yo pondré la enemistad entre tí y la mujer, entre su descendencia y la tuya, y esta descendencia, ó uno de esta descendencia (la palabra hebrea que corresponde á Semen se usa frecuentemente en lugar de hijo) quebrantará tu cabeza."* (Dios pronuncia en seguida la sentencia contra nuestros primeros padres, y los abandona al dolor y á la muerte).

Para completar y esclarecer el sentido de las palabras que acabamos de citar, en las cuales se encierra el germen de la promesa que une al mosaísmo con el cristianismo, es preciso ver la mayor explicación de ellas algo después en el mismo Génesis.

"El Señor dijo luego á Abraham: yo haré salir de tí un gran pueblo que bendeciré, y todos los pueblos de la tierra serán benditos en ti...."

"El ángel del Señor llamó á Abraham, y le dijo: juro por mí mismo, ha dicho el Señor, que te bendeciré....y todas las naciones de la tierra serán benditas en uno de tus descendientes."

[La misma promesa se renovó á Isaac].

En fin, dice Jacob moribundo:—"El cetro no será quitado á Judá, ni la primicia de su raza, hasta que venga el que debe ser enviado,—y este será la esperanza de las naciones."

Esperanza que continuó á transmitirse y propagarse de generación en generación, como el contrapeso de los males y de la corrupción de la especie humana, hasta que habiendo saído el cetro de Judá para pasar á los romanos, todas las naciones fueron benditas y santificadas en el que decía: Yo soy aquel de quien Moisés escribió; en este descendiente de la mujer que decía también: *Glorifica al*

Señor, alma mía, porque ha obrado en mí grandes cosas, según la promesa que hizo para siempre á nuestros padres, á Abraham y á su posteridad.

Tal es, reducido á su mas sencilla expresión, el lazo que une el cristianismo al mosaísmo, y que ha concitado contra este último los ataques de todos los enemigos del primero.

La impresión que sentimos desde luego en la lectura de la antigua historia de Eden que es su fundamento, es la dificultad de ajustarla á nuestros juicios, superficiales y ordinarios, y la tentación que experimentamos de criticarla, tan desazonadas están las cosas de explicaciones, y como arrojado á manera de enigmas al espíritu humano.

Pero en el ánimo del lector mas incrédulo no tarda en verificarse una súbita reacción. Esta misma facilidad de criticar lo que acaba de leer, le inspira una duda no ya sobre el libro, sino sobre sí mismo, sobre su ligereza, sobre su ignorancia, sobre su ceguera. —Empieza á temer un libro que antes no ha tenido de él ningún temor.—Lo vuelve á tomar, lo lee con mas precaución y docilidad, y acaba por conocer que detrás de lo que tanto le había chocado á primera vista se halla alguna cosa, no ya absurda sino simplemente misteriosa y profunda, en la cual va descubriendo mas y mas la sabiduría, la solidez, la inmensa verdad, á medida que le es dado, como decía lord Byron, *forzar la puerta de la letra y entrar en los senderos del espíritu.*

Seguramente el dogma del pecado original, de sus circunstancias y de sus consecuencias será siempre un gran misterio, aunque menor, como decía Pascal, que el que sin él presentaría la humanidad; pero es admirable el ver cómo la mala ó insuficiente disposición de los espíritus hace mas espeso su velo y mas complicada su oscuridad, y cómo por el contrario un corazón sencillo y una razón recta se engolfan y se alimentan en sus abismos.

Sea como fuere, según dije ya, comprendámoslo ó no, este es el hecho, y si quisiésemos negarlo sería preciso apechugar con otros misterios mas incomprendibles, y tragar mayor número de dificultades.—La caída del primer hombre y sus consecuencias, es una historia completa, historia no solamente escrita en el libro mas autorizado y verídico entre todos los libros, sino tambien, como veremos en seguida, á la cabeza de todas las tradiciones del universo, y sobre todo en el fondo de nuestro propio corazón. En ella estamos sumergidos, y esta es cabalmente la razón por la cual se oculta á nuestra vista.

Para comprobar su verdad, me atenderé por ahora exclusivamente á la narración de Moisés, tomándola tal cual ella es, sin explicaciones y con todos sus misterios, y diré: la caída de la humanidad por la desobediencia del primer hombre y la promesa de su futura rehabilitación por un descendiente de la mujer, *esperado por todas las naciones*, que debía salir del pueblo judío, en la época en que este pueblo debía perder su condición de pueblo, hé aquí lo que claramente resulta de la relación de Moisés (1).

(1) Este resulta confirmado mas y mas en las otras partes de

¿Debemos prestar fé á la veracidad de esta relacion?

La cuestion de la verdad del cristianismo está en ella, como lo han conocido perfectamente sus enemigos; porque si la palabra de Moisés es veraz en este punto, resulta con evidencia que Dios intervino en la suerte de la especie humana, que hizo con ella una alianza por medio de una promesa que supone otra alianza nueva y definitiva por el cumplimiento de aquella; y que este cumplimiento, objeto de la nueva alianza, en ninguna parte puede encontrarse mas que en el cristianismo, el único que reclama este título, y que por otra parte llena tan maravillosamente todas sus condiciones.

Pongamos pues en discusion este punto:—Lo que nos dijo Moisés tocante á la corrupcion de la humanidad, y á esta promesa de su futura rehabilitacion, ¿tiene algun fundamento? ¿Debe ser creído?

No puede ser dudosa la afirmativa despues de cuanto hemos visto, y se deduce naturalmente por sí misma de la prueba que acaba Moisés de sufrir bajo la accion reunida de todas las fuerzas del espíritu humano.—En efecto:

1. Concibo perfectamente cómo en tanto que se ha podido poner en duda, racionalmente hablando, la veracidad de Moisés sobre todos los demas puntos, se ha insistido con preferencia contra este, porque á su propia inverosimilitud se agregaba la inverosimilitud de todo lo demas, y la incredulidad tomaba ocasion de burlarse de la *serpiente y de la manzana* [1], cuando ya se habia reido á su placer de los *seis días, de la luz antes que el sol, del descanso del Criador, de la longevidad de los patriarcas, del diluvio universal, y arca de Noé, de la torre de Babel y confusion de las lenguas*, en fin de la *fecha reciente de las sociedades humanas*, y de mil otras circunstancias del Génesis;—pero despues que los burladores, y lo que es mas, los verdaderos sabios se pasan al bando de Moisés sobre todos estos puntos, despues que *esta columna perdurable de la verdad* ha vuelto á ser colocada sobre su base, despues que el triunfo del patriarca ha sido el triunfo de las mismas ciencias, que se han engrandecido, hasta el punto de poder comprenderle ó admirarle, ¡oh! entonces esta grande conversion del espíritu humano á la verdad, sobre estos diferentes puntos, completa la demostracion del solo punto no

los libros santos que forman la continuacion del Pentateuco presentan con él un solo conjunto. Pero el Pentateuco, y sobre todo, los pasajes del Génesis, que acabamos de citar, presentan los primeros esbozos de esta tradicion que se ramifica despues, segun verémos, en el seno de todos los demas pueblos. De esta manera los samaritanos que no conservaron mas que el Pentateuco, supieron siempre al Mesias lo mismo que los demas judios. —Volveremos oportunamente á todos estos puntos.

(1) Hé aqui un ejemplo entre mil de la ligereza de las interpretaciones humanas con respecto á los libros santos.—La palabra manzana no se escribió una sola vez en la Biblia como tampoco el de otro fruto alguno conocido. Se habla unicamente de dos árboles y de su fruto, que solo se designa por estas palabras: *árbol de la vida, árbol de la ciencia del bien y del mal*. Sobre lo cual un sabio intérprete hace esta reflexion:—“Ninguno de estos dos árboles se llama por otro nombre. Su fruto ha quedado desconocido; y toda la caridad que el uso “del segundo ha inspirado á los hijos de Adam, no acertará jamás á descubrir un secreto que quiso Dios ocultarnos.”—*Civitas ejusdem altioris significacionis*, dice San Agustin.

explicado, que es la caida del primer hombre.—Entonces estamos en derecho de decir:

Moisés ha dicho la verdad cuando ha descrito la creacion del cielo y de la tierra, como un hecho primitivo de la omnipotencia divina, distinto de la formacion subsiguiente de sus diferentes partes,—como dice la sana filosofia, Broussais.

Dijo la verdad cuando presentó á la tierra sin vida en estado de sumersion, en el seno de un mar sin habitantes,—como dice Cuvier;

Ha dicho la verdad cuando ha representado la *produccion de la luz calórico* antes del sol,—como dicen Chaubard, Marcel de Serres, Godefroy, Young, Fresnel y Arago;

Dijo la verdad cuando pintó la aparicion sucesiva de los seres organizados, procediendo de lo simple á lo compuesto, primero los vegetales (*gérmen, herba, arbor*),—los reptiles y otros animales marinos, y al mismo tiempo las aves,—en seguida los animales terrestres,—y finalmente el hombre,—como dicen todos los geólogos;

Dijo la verdad cuando escribió que todas estas obras de Dios habian sido progresivamente criadas en seis días, de otra duracion que los que medimos ahora por el curso del sol, despues de los cuales, en el séptimo cuyo fin no señala, el Creador cesó su obra, y le imprimió una inestabilidad invariable,—como lo reconocen todos los geólogos y naturalistas, y como lo confirma este uso universal y perpétuo del periodo hebdomadario, y del *descanso religioso* de todos los pueblos en el séptimo día, comprobado por Laplace y señalado por Diderot;

Dijo la verdad en la narracion del diluvio universal, su *rapidez, su universalidad, su fecha* y hasta las circunstancias de la salvacion de la única familia que se libró de él,—como lo confirman así la naturaleza como las tradiciones universales consultadas por los geólogos, los físicos, los historiadores, y los viajeros;

Dijo la verdad cuando solo colocó diez generaciones entre la creacion y el diluvio; y cuando ha dado á cada una de ellas una duracion de mil años,—como dicen todas las tradiciones profanas, segun el testimonio de Volney;

Dijo la verdad, cuando hizo descender á todos los hombres de un solo tronco,—como dicen Buffon, Lacepede, Cuvier, y todos los grandes naturalistas;

Dijo la verdad, en fin, cuando refirió la confusion violenta de las lenguas y la dispersion de los hombres bajo el mando de tres jefes de otras tantas razas, que salieron de la Asiria, depósito primitivo de todas las lenguas y de toda civilizacion, como han demostrado Barton, Humboldt, Gouliano, Hunter, Kloppe, Vieburg, Remusat, De Paravey, Francynet, Rochette, y los demas etnógrafos, arqueólogos, geógrafos y viajeros.

Por consiguiente, dijo la verdad en la relacion de la caida del género humano en la persona de Adam, y de la promesa de su futura bendicion en AQUEL QUE DEBE VENIR Y QUE SERÁ LA ESPERANZA DE TODAS LAS NACIONES; y para comprender plenamente esta parte de su narracion nos faltan úni-

camente las luces que por tan largo tiempo nos han faltado sobre todo lo demas, y que Dios se ha reservado particularmente sobre este punto, como que tocan mas de cerca su naturaleza infinita, y deben ser el alimento de nuestra fé.

La completa veracidad de Moisés sobre todos los demas puntos que la ciencia humana ha podido descubrir es para nosotros la prenda mas cumplida de su veracidad sobre este, que no tiene comprobacion natural; y podemos decir que si la verdad de la relacion sobre la *caida* y la *promesa* se oculta á nuestra vista inmediata y directa, se deja ver vivamente reflejada en la verdad de todas las demás relaciones que la acompañan [1].—Este raciocinio es irresistible cuando se considera el número, la importancia y el rigor de los hechos sobre los cuales hemos encontrado veraz á Moisés, y con una veracidad tanto mas admirable, y si puedo decirlo así, tanto mas meritoria, cuanto que nada tenia de verosímil y cuanto que ningun arte ni precaucion se usó para acreditarla.

II. Hay mas.—Esta consideracion y todas las demas que hemos presentado deben hablar en su favor, mas especialmente en la parte de su relacion concerniente á la *caida* y á la *promesa* que en todas las demas; porque todas estas no son mas que auxiliares y accesorias en la situacion de Moisés con respecto á este punto. Moisés no es historiador de los fenómenos primitivos de la naturaleza, sino accidentalmente: esto no es mas que el marco de su gran cuadro; lo que es ante todo, el historiador de la Religion, de las relaciones morales entre el hombre y Dios. Este debió ser el objeto mas particular de su atencion, en esto debió creerse mas obligado á decir la verdad, y en esto le fué mas fácil el hacerlo, porque era lo mas vital en la tradicion; este es en fin el punto en que se cifra la maravillosa consideracion de que no ha dejado de gozar. En una palabra, todo Moisés está allí; y si Moisés es un historiador que por todas las razones que hemos alegado debe ser tenido por profundamente verídico, allí debemos aplicar la conclusion y fijar nuestra confianza como en su centro.—Moisés, por ejemplo, no fué engañado ni engañó en la pintura de la creacion, y por lo mismo tampoco en la relacion histórica de la *caida* original; porque este suceso es posterior al primero, y dejó necesariamente huellas mas profundas en el espíritu humano, al que inmediatamente interesaba. Moisés creyó que debía respetar la verdad en una porcion de hechos accesorios, en los cuales el interés mismo de la verdad escijia que la dulcificase, y por lo mismo la respetó en el hecho capital donde se hallaba concentrado todo interés. El que se propone seducir sobre el punto principal no empieza por derramar inverosimilitudes sobre los puntos accesorios. Además, ¿cómo puede suponerse en Moisés la intencion de seducir? La misma facilidad que para combatirle han encontrado los incrédulos, es una prueba de que quiso desafiar á la incredulidad;

y que en otro caso, hubiera tratado de tender un lazo á ésta, mas bien que dirigirse á la buena fé, á la cual reserva el mérito de crearle contra toda verosimilitud. Pero la incredulidad ha caído de lleno en el lazo, ha encontrado lo que buscaba, se ha complacido en encontrar á Moisés falso y absurdo en todos los puntos indiferentes de su relacion para sacar en consecuencia sus absurdos y falsedades sobre el punto capital que le habia atraído su ojeriza. Volvámosle el argumento, y digamos:—Queda demostrado que Moisés ha sido veraz y hasta escrupuloso sobre todos los puntos en que estabais empeñados en encontrarle falso: luego ha dicho la verdad sobre el punto capital, cuya certeza, segun vosotros, dependia de todos los demas, y hasta habeis perdido el derecho de refugiarnos detras de la inverosimilitud de este solo punto por el mismo cuidado que habeis tenido de demostrar de antemano contra vosotros mismos que hay hechos que pueden parecer inverosímiles, sin dejar no obstante de ser muy ciertos.

III. La inverosimilitud de la relacion de Moisés sobre la *caida* original, lejos de presentar ningun obstáculo á nuestra creencia, nos ofrece una nueva razon y un nuevo título que la recomienda y confirma mas y mas.—Por atrevida que pueda parecer esta proposicion, es muy fácil reducirla á términos de buen sentido; y por ella vamos á penetrar hasta las entrañas de la cuestion.

Sin que entremos en explicar el sentido doctrinal que encierra la revelacion de Moisés, y dejándola todavia envuelta en su tosca corteza, diré:—Un objeto nos parece *verosímil* ó *inverosímil*, segun lo indica el mismo nombre, á medida que es mas ó menos semejante á lo verdadero que nos rodea y que podemos tomar por punto de comparacion. Es en propios términos un juicio por analogia. Pero todo juicio de esta especie no puede fundarse mas que en dos condiciones, sin las cuales quedará en suspenso:—1. ° Es preciso estar bien enterado del hecho en cuestion y de todo lo que puede constituir su naturaleza: 2. ° Es menester ademas que este hecho no haya ocurrido en un orden de circunstancias enteramente diversas de aquellas en que nos hallamos colocados, y con arreglo á las cuales formamos nuestro juicio.—Diréase por ejemplo á un europeo que hay en la naturaleza un árbol cuya sombra causa la muerte: no tendria razon en rechazar este hecho como inverosímil, porque no es semejante á la verdad de todos los árboles que conoce, y solo pedirá esplicaciones, si son posibles, sobre la forma de este árbol, su naturaleza y de dónde puede provenirle tan fatal propiedad. Si no le convence la esplicacion que se le dé, tampoco tendrá razon en deducir de esto la inverosimilitud del hecho, y no deberá insistir mas desde el momento en que se le diga que este árbol existe bajo los trópicos y en el seno de una naturaleza del todo diferente de la que le es conocida.—Esta es la posicion del hecho que nos ocupa.—Nos hallamos desprovistos de dos condiciones necesarias para poder dar sobre él nuestro dictámen:—1. ° El historiador sagrado no nos da la menor esplicacion sobre

(1) Me reserve para despues el demostrar que no se oculta enteramente á la vista directa: esto no es mas que una confesion hecha que hago.

las propiedades constitutivas del fenómeno que ha causado, acompañado y seguido nuestra corrupcion original. ¿Qué era ese jardin de Eden? ¿Qué eran esos rios que lo regaban? ¿Qué eran esos dos árboles, el uno de la vida, el otro de la ciencia del bien y del mal, que tenian al parecer una doble propiedad física y moral, y á los cuales habia Dios querido atribuir algo de misterioso y relativo á esta doble naturaleza que observamos dentro de nosotros mismos? ¿Qué era esa serpiente que tenia la facultad de hablar, y que se hallaba animada de envidia y perversidad contra el hombre y contra Dios? ¿No era mas que una serpiente? ¿Era en realidad una serpiente? ¿O era mas bien la apariencia, la figura de una serpiente, ó tal vez el nombre alegórico del espíritu del mal, cuyo carácter tortuoso, perdido y rastrero se retrata tan bien en el notable discurso que dirige á la mujer? ¿Cuál era la situacion de esta mujer y del hombre con respecto á Dios, el peso de los beneficios que habian recibido, de los que aun esperaban, las gracias y auxilios de que se hallaban asistidos, la estension, en una palabra, de su culpa y de su ingratitud para con Dios? Y Dios en fin... ¿qué es? ¿Qué es su justicia? ¿Qué es su santidad? ¿Qué es su misericordia? ¡Oh! qué abismos de ignorancia para nosotros ha ocultado el historiador debajo del laconismo de su narracion! ¡Oh! y qué temerarios y qué vanos somos nosotros en querer medir todo esto á la débil luz de nuestra razon, erijiéndonos en jueces de su inverosimilitud!

—2.º Suponed ahora que se nos hayan dado todas estas esplicaciones; y ¿qué temeridad la nuestra de decir que no son suficientes si consideramos que habiendo sido alteradas nuestras relaciones por efecto de aquella caída, nuestra situacion, lo mismo que la de todo cuanto nos rodea, cambió completamente y aun en cierto punto quedó opuesta á lo que era antes, y nos hallamos en fin dotados de otra naturaleza, en un mundo diferente, faltos de todo elemento de analogía, y por consiguiente incapaces de poder juzgar y decir si hechos ocurridos bajo circunstancias y condiciones desemejantes son ó no verosímiles? Todo cuanto pudiéramos decir consultando exclusivamente nuestra razon comun, es que estos hechos no se parecen á los que tenemos costumbre de presenciar (1), y que bajo este sentido se nos figuras inverosímiles.

Pero esto es cabalmente lo que acredita su verdad, porque es sumamente lógico el que hechos sobrenaturales hayan ocurrido en un estado sobrenatural, y que por lo mismo para que sean verdaderos en este último estado donde ya no nos hallamos, sean inverosímiles en el estado natural en que nos vemos.—Considerémos el hecho de la longevidad de los hombres antes del diluvio, hecho de que no podemos dudar, segun hemos visto, y que sin embargo, se ha hecho inverosímil por la mudanza que

causó aquella catástrofe en nuestra constitucion y en la de nuestra naturaleza. ¡Y con cuánta mas razon ha debido suceder lo mismo en los hechos anteriores á la corrupcion original, á esta catástrofe física y moral que nos cambió completamente con respecto á Dios, con respecto á nosotros mismos y con respecto á la naturaleza entera, sin dejarnos otra huella sino el sentimiento íntimo de que hemos caducado, á la manera que un hombre caído de un alto edificio hubiera perdido el conocimiento y oia como una noticia inconcebible por boca de los testigos de su desgracia las circunstancias mas inmediatas y mas positivas en que aquella se verificó!

Concluamos pues que si á primera vista la relacion de Moisés sobre el hecho de la caída del género humano, base del hecho de su rehabilitacion, nos parece inverosímil, no es esto una razon para desecharlo, porque cabalmente su inverosimilitud es una de las condiciones de su verdad, y contribuya á aumentar el peso, ya tan decisivo, de todas las verdades que nos conducen á admitirlo.

IV. Del conjunto de todas estas razones resulta otra, que nos creemos con derecho de invocar despues de las demas; y es que la admirable variedad de Moisés sobre tantos puntos, y puntos tan ocultos al humano espíritu que hasta despues de seis mil años de observaciones apenas ha podido entreverlos, y el éxito prodigioso de su mision entre los hombres, imprimen en este hombre extraordinario las señales resplandecientes de su inspiracion, y nos le hacen aparecer bajando de la cima de las edades como entonces de la cima de Sinaí, radiante con los destellos de Jehová y llevando en su mano un libro escrito con el dedo de la misma Verdad. Así es como se anunció á sí mismo, así es como fué recibido por de pronto de toda una nacion, y en seguida por todas las naciones regeneradas en AQUEL que por tanto tiempo habian esperado; así es en fin que en el siglo mas positivo y escéptico, las ciencias que se llaman exactas, y que nunca han merecido mejor este nombre, acuden á saludarle como á su maestro.—En el punto adonde ha llegado el prodigio que presento, su inspiracion, lejos de ofrecer un obstáculo á la razon, es un consuelo que lo liberta de todas las dificultades que tendria en explicarlo sin su auxilio, y es mas facil ver en Moisés un hombre inspirado que un hombre ordinario.

Pero siendo Moisés un hombre inspirado, todo está dicho ya. No se trata de buscar si ha dicho la verdad sobre el hecho de la caída de la humanidad como sobre todos los demas, ni de fundar su veracidad en este punto por simple analogía. La inspiracion se atestigüa á sí misma y atestigüa sus obras; y siendo evidente que el objeto de la mision de Moisés fué principalmente el de salvar y conservar entre los hombres la verdad religiosa primitivamente revelada hasta que se extendiese por el resto de la tierra que la habia perdido, resulta que sobre el punto central de esta verdad ha debido resplandecer mas vivamente el rayo de su impresion.

Este punto, que se halla elevado á la mayor altura de veracidad de inspiracion en el historiador

(1) Aquí hago grandes concesiones, pues, por ejemplo, nada es mas conforme á lo que podemos experimentar en nuestro estado social que esa reverencia sobre los hijos de las culpas ó méritos de los padres. Se dirá que es una preocupacion: en hora buena; pero es preocupacion que forma la base de toda la sociedad humana, y que por lo mismo ha de ser tan verdadera, como lo es que estamos destinados á vivir en sociedad.

sagrado, es la CAIDA original de la humanidad y la PROMESA de su futura rehabilitación en AQUEL que debe descender de la mujer, de la raza de Abraham de la tribu de Judá, cuando ésta vendrá á ser tributaria de un poder extranjero, y que convertirá hácia él todas las naciones.

Esta PROMESA es la VERDAD.

El cristianismo pues, que la ha heredado, que ha sido el único en llenar punto por punto todas sus condiciones, de tal manera que fuera de él la promesa se hace quimérica, y que por él se realiza magníficamente,—el cristianismo, digo, es también la VERDAD.

Así es, y esta observación hallará cien aplicaciones; así es, repito, como la verdadera Religión ofrece sus títulos á sus misterios, y el fundamento de su fé á su oscuridad. Su base es un gran misterio; pero este misterio grande como es, se halla revestido de una autoridad que sería todavía un misterio mayor si no admitiésemos el primero. El crédito de Moisés, si me es lícito expresarme así, se halla al alcance de la creencia que se exige de nosotros, y por falta de comparar oportunamente el uno á la otra, y en general de pesar las luces con las oscuridades, la fé encuentra á la razón rehuía en admitir su alianza. Pero esto mismo proviene de la debilidad de nuestra razón y de la molición de nuestra voluntad, cuya acción y cuya pureza constituyen precisamente el mérito y la virtud de la fé.—“He visto á hombres mas que sospechosos de incredulidad, decía el sabio naturalista Pluche, que se veían muy perplejos y confusos al contemplar la exacta correspondencia que de edad en edad se encuentra entre las diferentes relaciones de la Biblia y el estado contemporáneo de la sociedad. Siempre los he visto mas turbados é inquietos, á proporción de su mayor saber y rectitud de juicio.”

Aquí pudiéramos limitar nuestros estudios considerando como demostrada la verdad augusta que es su objeto. Realmente esto bastaría para un sistema humano; porque los sistemas humanos mejor concebidos descansan en un solo orden de ideas artificialmente encadenadas, de las cuales flaqueando una sola, puede esponder la solidez del edificio. Pero el cristianismo presenta mil caminos para llegar á él, y recoge en su piélago las corrientes de las verdades que á su seno afluyen de todas partes. Da razón de todo, y todo da razón de él: fatiga mas al espíritu humano por las pruebas que propone á su escámen que por los sacrificios que exige de su fé. No descuidemos estas pruebas, no temamos el trabajo que consigo traen, nosotros que amamos sinceramente la verdad, nosotros que sabemos su precio y que encontramos en su hallazgo el consuelo del alma y el descanso de nuestras tareas.



CAPÍTULO III.

LA NATURALEZA HUMANA.

La ciencia moderna ha llegado al conocimiento de la verdad de Moisés sobre el hecho del diluvio por

dos caminos distintos: la naturaleza y la humanidad. Después de haber abierto las entrañas del globo, ha preguntado á las tradiciones universales, y de la conformidad entre ambas indagaciones ha deducido con M. Cuvier, que la verdad de Moisés sobre el diluvio es uno de los resultados mejor demostrados y menos previstos de la sana geología, y que las ideas de los pueblos cuya lengua, cuya religión y cuyas leyes nada tienen de común, no serían unánimes en este punto, si no tuvieran por base la verdad [1].

Puede hacerse una prueba análoga sobre la parte de la narración de Moisés que se refiere al fundamento de nuestra religión: á la caída y á la rehabilitación de la humanidad.

La caída fué para el mundo moral lo que el diluvio para el mundo físico. Penetremos en los senos de este mundo moral, y en él veremos igualmente impresas las huellas del gran cataclismo del mal con los caracteres que describe el sagrado historiador.

Preguntemos en seguida á las tradiciones de los diferentes pueblos, y veremos que, sean cuales fueren las distancias y las costumbres que las separan, se hallan todas sobre el punto de la caída y rehabilitación del hombre completamente acordes, con una conformidad tan absoluta y decisiva como la que observaba Cuvier, diciendo que tenían por base la verdad.

Hay mas aún: otro elemento tenemos de una importancia inmensa, y de que careció la geología al examinar la cuestión de su competencia.—En la parte religiosa de su narración, Moisés no solo cuenta la historia de lo pasado: cuenta también la historia de lo futuro, la historia de todas las naciones, nuestra propia historia, cuando anuncia que un descendiente de la mujer quebrantará la cabeza de la serpiente, y que todos los pueblos de la tierra recibirán la bendición de aquel que será enviado, de aquel que será la esperanza de todas las naciones.—Por aquí sobre todo podremos comprobar la narración de Moisés, y la veremos brillantemente justificada en las circunstancias de la venida y del reinado de Jesucristo, las cuales de rechazo vendrán á ser la prueba del cristianismo, y unidas á él formarán una sola verdad.

La naturaleza humana,—las tradiciones universales,—la aparición del cristianismo,—¡qué hermosas pruebas! ¿Qué espíritu verdaderamente filosófico no quedara satisfecho con ellas, aun cuando las ciencias exactas no nos dijeran ya que Moisés fué hombre inspirado? Estas se han contentado con mucho menos para establecer este principio; y nosotros, que á este principio ya descubierto podemos aun añadir nuevas pruebas tan amplias y tan poderosas, ¿llevaríamos aun mas allá nuestras exigencias? Si así fuese, ¡desgraciados de nosotros! Mas hubiera valido que nunca nos hubiera pasado por la imaginación el buscar la verdad; porque cuando su luz elevada á un cierto grado de intensidad

[1] Discursos sobre las revoluciones del globo, pp. 145, 220, 225.

no aclara nuestra vista, es que nos deslumbra, es que nos ciega.

Con toda la atencion que debe esta reflexion inspirarnos, propongo á mis lectores, en primer lugar, que se internen conmigo en el estudio de la naturaleza humana.

Muchas veces en mis largos insomnios, decia la Fedra antigua, he discurrido acerca de las debilidades y vicios de la humanidad:—vemos el bien, y obramos el mal:—conocemos la virtud, y nos entregamos al vicio: la vida se halla sembrada de diferentes escollos hácia los cuales nos arrastra una corriente peligrosa.... Al hacer estas reflexiones, me creia libre de todo estravio, cuando una pasion culpable ha venido á traspasar mi corazon con un dardo imprevisible [1].

Esta verdad, así espresada y puesta en accion en el teatro de Atenas por Eurípides, y reproducida con un intervalo de dos mil doscientos años en la escena moderna por Racine, es la mas antigua, la mas constante, la mas universal, y al mismo tiempo la mas inexplicable á la razon entre todas las verdades.

Lo que el poeta griego en sus largos insomnios no pudo encontrar, y lo que Racine, alumbrado por una luz superior habia aprendido, es la causa y al mismo tiempo el remedio de esta estraña sujecion de la voluntad del hombre al imperio del mal, y el pensamiento que el poeta francés espresó siguiendo á San Pablo.

Dios mio, ¡guerra cruel!
Dos hombres encuentro en mí:
El uno ardiendo por tí
Su culto te rinde fiel:
El otro indócil, traidor
Rebelde contra su rey
Desprecia tu santa ley,
Y provoca tu furor [2].

.....
En guerra conmigo mismo,
De todo bien incapaz,
¿Dónde encontraré la paz
En tan miserable abismo?
Sujeto á fatal destino
Conmigo mismo peleo,
Huyo del bien que deseo,
Y corro al mal que abomino.
¡Oh Gracia! con tu poder
Librame de este enemigo,
Reconcíliame conmigo,
Restitúyeme á mi sér:

Y si hasta ahora contrário
Fui á tus bondades, conviérte
A este esclavo de la muerte
En tu esclavo voluntario.

Profundicemos esta importante verdad, y arrojémos á los abismos del corazon humano, que es

[1] Eurípides, tragedia de Hipólito, acto segundo escena 2.
[2] Cada uno de nosotros podria decir como Luis XIV, cuando Racine le leia estos bellos versos: ¡Oh! á estos dos hombres yo los conozco muy bien."

el teatro de ella, para contemplarla allí con nuestros propios ojos.

I. Estamos preñados al mal: este es un hecho evidente. Nuestra voluntad está enferma, y se inclina visiblemente á la violacion de las leyes de nuestra naturaleza moral. Basta que una cosa sea prohibida, es decir, contraria á la razon y á la conciencia, para que desde luego nos atraiga, y nuestra voluntad se incline á ella.—*Nitimur in vetitum.*

Hay aquí seguramente una grande anomalía. Todo sigue su ley en la naturaleza; todo, desde el insecto hasta los astros camina en orden y concurre á la armonía universal que nos revela la inteligencia criadora del universo. El hombre solo camina hácia el desorden, y en sus sociedades presenta un caos tal de horrores y de vicios, que hasta llega á oscurecer la gran verdad de la existencia de un Dios, de suerte que para encontrarla es necesario salir de la humanidad hasta el punto que la obra maestra es precisamente la que acusa al artífice.—Hay aquí, repito, una grande anomalía [1].

Y no se diga que siendo el hombre el único sér libre, no es estraño que sea el único sujeto al error;—porque desde luego contestaré que no se trata de la posibilidad de errar, sino de la facilidad de errar, de la perfeccion en favor del error y de la inclinacion hácia el mal.

Para que el hombre estuviese en el orden, y para que este edificio fuese cual ha debido ser por analogía con las demás obras de la creacion, seria preciso por lo menos que su libertad estuviese en equilibrio y se mantuviese como en aplomo consigo mismo. Seria menester mas: esta libertad, como un instrumento bien construido, debió darse al hombre en disposicion á propósito para el bien. ¿De dónde procede que hoy día la vemos trocada de manera que el mal se haya convertido en el bien que desea? ¿De dónde procede que la misma palabra que espresa la virtud, espresa tambien la violencia hecha á sí mismo, y que los que la practican son honrados como séres sobrehumanos, tal es el aprecio en que se tienen los esfuerzos que debieron hacer para subir por tan escarpada pendiente?

Si naciésemos buenos y nos volviéramos malos por el abuso de nuestra libertad, concebiria yo muy bien que no seria preciso elevarnos mas arriba de esta libertad para explicar el mal que en nosotros existe. Pero sucede al revés: nacemos malos y nos volvemos buenos á fuerza de cultura, á fuerza de auxilios. Nacemos en el fondo de un abismo,

[1] De cuantos séres
Pueblan el aire,
Pisan la tierra,
Surcan los mares,
En punto á necios
No hay quien nos gane.

(Boileau, Sat. VIII.)

Jamás el genio de la sátira acertó á esponer con mas tino y gracia este fenómeno de nuestra naturaleza, que en esta obra maestra del poeta francés. Sin embargo, Boileau no presentó la humanidad mas que bajo un aspecto desfavorable, y el retrato que de ella hizo solo sirve para oponerse á los que se empeñan en ocultar sus deformidades. La verdad es que se toman tambien en cuenta sus excelencias; y la cuestion está en conciliar las unas con las otras.

y solo ayudados de mil brazos que hácia nosotros se tienden llegamos á levantarnos algun tanto, conservando siempre una fatal propension á la recaída.

Dejemos á Rousseau que diga en sus libros y que contradiga en sus actos que el hombre nace bueno. Hé aquí un testimonio competente y nada sospechoso que echa por tierra esta paradoja: —“En general, dice Broussais, el niño prefiere el mal al bien, porque así satisface mejor su vanidad y encuentra mas emocion.... por esto se le ve tan á menudo recrearse en romper los objetos inanimados.... se deleita en atormentar á los animales (*esta edad no tiene compasion*, habia ya dicho un gran filósofo): saborearia con el mismo gusto el tormento de los individuos de su especie, si no estuviera contenido por el temor (1).”

¿Y qué necesidad tenemos de los testimonios de la ciencia? En este punto ¿no es todo el mundo sabio?—“¿Quién no sabe, dice S. Agustin, la total ignorancia de la verdad que tan manifiesta es en los niños y la multitud de malas pasiones que empiezan á declararse á la salida de la infancia? El hombre viene al mundo de una raíz en que han tomado su principio todos los hijos de Adam, y si se le dejara vivir á su antojo, no habria desorden al que no se lanzase. La fe y la instruccion velan contra estas tinieblas y las fuerciones en medio de las cuales nacemos. Pero esto no se verifica sin gran trabajo. Pues ¿para qué todas estas amenazas que se hacen á los niños para contenerlos en sus deberes? ¿A qué esos maestros, esayos, esas palmetas, esos azotes que es necesario usar con un niño á quien se quiere, para que no se haga discolito é incorregible? ¿Para qué son todos estos castigos, sino para vencer la ignorancia y reprimir las malas inclinaciones que son: esas dos enfermedades que nos aquejan cuando venimos al mundo? ¿De dónde procede que nos cuesta trabajo el acordarnos de una cosa, y que la olvidamos con la mayor facilidad? ¿Por qué nos ha de costar tanta molestia el aprender y ninguna el olvidar? ¿Que sea tan difícil el ser diligente y tan fácil el ser perezoso? ¿No demuestra esto claramente cómo inclina la naturaleza por su propio peso, y qué auxilios necesita para vencer esta gravitacion (2)?”

Lo que dicen el buen sentido y la experiencia en boca de S. Agustin y de Broussais del hombre-individuo, puede aplicarse con igual exactitud á las sociedades y aun á la humanidad entera. Para convencerse de ello basta abrir los ojos y considerar á qué punto habia llegado el mundo cuando Jesucristo vino á regenerarlo. La humanidad, antes de entrar en la escuela del cristianismo, era como un niño escapado de sus maestros, que habia crecido en la depravacion y en la ignorancia. ¿Qué estado de disolucion y de tinieblas presentaba el paganismo? Ya lo hemos visto: hé aquí adonde tiende y en donde cae la humanidad entregada á sí misma: hé aquí hasta dónde se hubiera abismado todavia si Jesu-

cristo, este divino pedagogo como le llama S. Pablo, no hubiera venido á levantarla y á corregirla por los medios violentos de la cruz y de la penitencia, misterio que se aclara cuando consideramos las cosas desde este elevado punto de vista.

Esta es la naturaleza humana: heredámonla con la sangre en las mismas fuentes de la vida, adquiriendo con ella la inclinacion al mal, y recibiendo de nuestros padres lo que ellos mismos recibieron de los que los engendraron.—Subiendo así de generacion en generacion, llegamos hasta el primer hombre, y nos preguntamos si él tambien recibió de su autor inmediato, que es Dios, este apego al mal, esta parálisis para el bien que distingue á toda su raza.—Si nos decidimos por la afirmativa, hacemos poco menos que negar á Dios.—Pues ¿qué es lo que nos hace conocer á ese Dios? La sabiduría, el orden, la belleza que brilla en sus obras, y de la cual él es primer manantial; de donde se sigue que el acusarle de haber hecho al hombre, que es su obra maestra en su estado de desorden y depravacion en que ahora nacemos, es suprimir en la idea de Dios todo lo que la constituye, y en una palabra, negar su existencia.—Pero todo lo demas de la naturaleza nos hace retroceder ante esta consecuencia, y ¿qué queda entonces?—Queda que Dios ha puesto necesariamente en su obra maestra la bondad, la rectitud, la perfeccion y el orden en que se cifra su propia naturaleza, y que ha repartido en diferentes grados entre todos los seres que salieron de sus manos: que el hombre fué criado recto y en el orden que le señalan sus facultades con respecto á Dios, á sí mismo y á toda la naturaleza: que el trastorno de este orden que hoy día es la causa de que la naturaleza se revele, contra sus sentidos, sus sentidos contra su razon, y su razon contra Dios, es un hecho posterior á su creacion; y como el hombre dotado de libertad fué constituido custodio responsable de su propia perfeccion, este trastorno se le debe imputar, atribuyendo necesariamente la causa de él á una primera mancha que corrompiendo el tronco de su especie, ha infectado todas las ramas, hasta que la corrupcion vino á ser una segunda naturaleza.

II. Lo que acabamos de decir sobre el mal considerado como vicio de la voluntad, podemos aplicarlo al mal considerado como desgracia y sufrimiento; y este segundo aspecto nos ofrece un nuevo argumento de fuerza irresistible.

El hombre nacido de la mujer, vive pocos dias, y estos pocos dias están llenos de toda clase de miserias. Todos los hijos de Adam están unidos á un pesado yugo: la sola perspectiva de la muerte, que inevitablemente los espera, bastaria para emponzoñar todos los gozes de su vida; pero esta se halla ya tan sujeta á los sinsabores y sufrimientos, que esta muerte, tan terrible como es para la naturaleza, se les figura tardía y apetecible, y muchas veces la desean y la llaman. La costumbre, es una verdad, acaba de ordinario por aclimatarnos á la existencia, y las esperanzas que se suceden unas á otras hasta la tumba, tienden á nuestra vista un velo de ilusion que nos oculta el repugnante horror

[1] Broussais, *De la irritacion y de la locura*, edicion de 1823, p. 180.

[2] S. Agustin, *Ciudad de Dios*.

de nuestro estado. Pero esta costumbre y esta misma ilusión, son miserables recursos que nos consuelan solo engañándonos. No hay hombre de razón que no prefiera la verdad mas triste al error mas risueño; y la verdadera filosofía consiste precisamente en verse uno á sí mismo tal cual es y á todo lo demas bajo su verdadero aspecto. ¿Quién pudiera sostener esta vista si fuese perfecta y tal como el genio de Milton nos la hace concebir, cuando nos representa al ángel del Señor, haciendo subir á Adam despues de su pecado á una alta montaña y desarrollándole el lienzo de todos los males de su descendencia? “¡Oh desgraciada especie humana, podríamos decir con él, á qué humillacion has bajado! ¿Qué estado tan miserable se te reserva! Si conociésemos lo que recibimos, ¿quién quisiera aceptar la vida que se le ofrece, quién no la renunciaría contentándose de que se le dejase en paz (1)?”

Esta miserable condicion de la humanidad acusa á Dios ó al hombre. —Y es preciso abrazar la monstruosidad del ateísmo, ó admitir el misterio del pecado original: aquí no hay medio.

No podemos admitir que Dios sea injusto sin negar su existencia, pues no podemos concebirle sino como la justicia misma. Bajo un Dios justo, nadie puede ser desgraciado sin que lo haya merecido. El hombre es desgraciado; lo ha merecido pues; y como su desgracia es hereditaria, la culpa que le ha hecho merecedor de ella debe ser original.

Los que rechazan el dogma del pecado original, como contrario á la justicia divina, deben meditarlo mucho: hay un hecho que no pueden negar, sea cual fuere su causa, esta causa es la infelicidad, infelicidad hereditaria de la humanidad. A vista de este hecho, prescindir del pecado original es descubrir la justicia de Dios mucho mas que pudiera hacerlo la imputacion hereditaria de este pecado, porque seria quitarle todo principio legítimo de accion. Si Dios parece injusto al imputar al hijo la falta del padre, mucho mas injusto seria si le castigase por una culpa que ni siquiera hubiese su padre cometido; y como es incontestable que el hijo está castigado, es preciso admitir, so pena de negar á Dios, que este castigo se funda en una causa cualquiera, que no siendo inmediata, debe ser necesariamente original.

Así todo nos conduce de nuevo á la grande verdad del Génesis.

III. Pero para convencernos todavia mas, volvamos al aspecto psicológico de nuestro asunto, y profundicémosle mas.

La naturaleza corrompida en que nacemos, segun hemos dicho, debe tener su origen en una mancha original, porque seria contradictorio con la idea de la divinidad y con el lenguaje de la naturaleza entera, que el hombre hubiese salido así de la mano de Dios: él por consiguiente debió ser criado dichoso y bueno: esto es lo que indudablemente

vienen á confirmar esos restos de grandeza que aun descubrimos en él.

El hombre en efecto no se halla tan sumido en su corrupcion que nos sea imposible encontrar en él perfecciones que recuerdan su constitucion primitiva; porque tiene la idea del bien, el deseo de la virtud y el secreto instinto del orden. No hay alma tan cadavérica en la cual no luzca alguna vez á manera de sueño el destello de alguna buena accion; y la multitud, en la cual se encuentran mas profundamente grabados tanto en bien como en mal los rasgos de nuestra naturaleza, deja escapar á cada paso en el espectáculo de la virtud aquellos arranques de entusiasmo, aquellas eléctricas simpatías, que alguna vez nos hicieran creer que toda la tierra está poblada de seres celestes. Pero todas estas disposiciones felices se hallan ordinariamente ocultas y como enterradas en nosotros, y solo como accidentalmente salen á la superficie, haciéndose solamente manifestas á fuerza de trababajos sostenidos. Se asemejan, dice Bossuet, á los escombros de un edificio antes muy ordenado y en estremo magnífico, pero derribado ahora, conservando sin embargo en medio de su ruina algunos vestigios de su antigua grandeza y de la ciencia de su arquitecto [1], ó para traducir este símil en idioma científico, semejantes á las razas fósiles y perdidas en los abismos del alma, que atestiguan la preexistencia de un orden que ya no existe, y la violencia del trastorno que las hizo desaparecer.

De aquí pues dos mundos, dos naturalezas, dos hombres existen en nosotros que se hallan en lucha continua. En esta lucha, si no viene á nuestro socorro una mano sobrenatural, el hombre perfecto no puede volverse á levantar: tiende sin cesar á caer, y tiene un enemigo que le domina, le derriba y le abrumba con su peso. Sin embargo, no es difícil ver que la prioridad de su esencia se encamina al bien, porque desde luego concebimos este bien, lo deseamos, lo aprobamos, y el mal solo viene despues como un usurpador de él, á diezmar todos nuestros buenos propósitos, y á derribar todos nuestros planes de enmienda.—Vemos el bien, pero tomamos el mal:

*Vide meliora, proboque
Deteriora sequor,*

decia Ovidio, como habia ya dicho Eurípides, como dijo luego Racine despues de S. Pablo; porque los hechos psicológicos sobre los cuales raciocinamos son lo que hay de mas probado y mas constante en la naturaleza humana.

Y lo que decimos del corazon del hombre con respecto á la virtud, podemos decirlo igualmente de su inteligencia con respecto á la verdad, y de todo su ser con respecto á la dicha y al reposo. El hombre lleva consigo este extraño fenómeno de grandeza y de miseria, de orgullo é impotencia, de esperanza y de engaño. Su inteligencia, su corazon, sus sentidos, tres teatros de confusion y de lucha entre la luz y las tinieblas, entre el bien y el mal, entre

(1) *Parado Perdido, canto 11.*

[1] *Bossuet, Sermón primero del día de Pentecosté.*

el placer y el dolor, y siempre con esta particularidad maravillosa, que hay inclinación fatal, propensión hacia el error, hacia el mal, hacia la miseria y que nos hace subir penosamente y llenos de sudor por las sendas de la verdad, de la justicia y de la felicidad.

Hé aquí al hombre.—Él es para sí propio el misterio mas desconsolador, el enigma mas inexplicable.

Todos los que se han atrevido á explicarlo, han desacertado, y no han hecho mas que falsear las condiciones del problema.

Los unos en efecto no viendo en él mas que lo que tiene de grande, le han adorado como un Dios; los otros, no viendo en él mas que lo que tiene de bajo y de miserable, le han considerado como un desecho de la naturaleza; un tercer partido, en fin, no atinando en la causa de esta mezcla, no ha visto mas que un juego de azar, que ha convertido en un arma contra la Providencia.

Solo la divina filosofía del cristianismo, heredera de la doctrina y de las promesas de la tradición mosaica, ha dado en la verdadera explicación:—“Os engañais, oh sabios del siglo, ha dicho. El hombre no es la delicia de la naturaleza, supuesto que ésta le injuria de tantas maneras: el hombre tampoco es su desecho, supuesto que hay algo en él de mas valor que la naturaleza misma. ¿De dónde proviene pues tan estraña desproporción? ¿Por qué vemos en él esas partes tan mal combinadas? ¿He de decirlo? Y estas paredes sin plan sobre cimientos tan magníficos ¿no proclaman bastante que la fábrica no está completa?—Contemplad ese edificio, veréis en él las huellas de una mano divina; pero la desigualdad de la obra os dará muy pronto á conocer que el pecado ha intervenido en ella. ¿Qué mezcla es esta, Dios mio? Apenas me conozco. ¿Es este el hombre hecho á semejanza de Dios, el portento de su sabiduría y la obra maestra de sus manos? El mismo es, no lo dudeis. ¿De dónde viene pues esta discordancia? Viene de que el hombre ha querido edificar á su antojo sobre los cimientos echados por su Criador, y que se ha apartado de su plan. Así contra la regularidad del primer diseño, lo inmortal y lo perecedero, lo espiritual y lo carnal, el ángel y el bruto, en una palabra, se han encontrado de repente reunidos. Hé aquí la solución del enigma, hé aquí el fin de toda la duda. La fé nos ha restituido á nosotros mismos, y nuestras vergonzosas debilidades no pueden ocultarnos nuestra dignidad natural [1].”

A medida que nos vamos internando en esta explicación, se rectifican mas y mas la estrañas contrariedades de la naturaleza humana.—¿Quién no ve en efecto que la desgracia, lo mismo que el error y el vicio, no pueden jamas mantenernos en la baja condicion en que nos tienen sumidos, ni hacerse conaturales con nosotros, que esta avidex y esta sed inextinguible de grandeza y de felicidad que incessantemente nos estimulan, responden de que en otro tiempo ha existido en esta naturaleza una fe-

licidad inmensa, que ha desaparecido abandonándonos en un abismo de miseria y de indigencia que en vano tratamos de llenar con todo lo que nos rodea? ¿Quién no ve que esta felicidad nos llama siempre á su primer objeto? Todo lo que dijimos de la *inmortalidad del alma* para establecer esta verdad de nuestro porvenir, pertenece de la misma manera á lo pasado. Si todo nos dice que estamos destinados á una felicidad infinita, es porque sentimos en nosotros un vacío donde ella cabe; pero este mismo vacío nos prueba que la habemos perdido, y que al recobrarla, no haremos mas que entrar de nuevo en nuestra antigua posesion. El hombre no es semejante á un pobre que siempre lo ha sido, sino á un rey destronado: lleva siempre en su seno un sentimiento perpétuo de su primer estado: por la manera con que se viste, bajo sus mismos andrajos, es fácil ver que este mendigo ha ceñido corona. Como un proscrito que está siempre atisbando las fronteras de la patria de donde ha sido arrojado, pronto á entrar en su territorio á la primera oportunidad, y ocupado en mil sueños de pronta rehabilitación, el hombre está desterrado del cielo, conspira incessantemente en su breve vida aspirando á una restauración de que nunca desespera, sigue desde el seno de todas sus miserias la flotante esperanza de una morada primitiva, que se le presenta de lejos como el reino inmutable de la pureza, de la verdad, de la justicia y de la dicha, sitiando todas sus avenidas en busca de todo lo que hay de verdadero, de noble, de bueno, de bello, de inmortal, las ciencias, las bellas artes, la virtud, la Religión sobre todo. Y aun cuando parece que mas ha abandonado este deseo por la degradación y el envilecimiento de su sér, todavia se entrega á él, formándose en los miserables ídolos de sus vanidades y pasiones, no sé qué inmortalidad facticia, qué cielo imaginario, qué eden grosero, con lo cual su pervertido pensamiento quiere simular y disfrazar algun tanto la verdadera inmortalidad, el verdadero cielo y el hermoso Eden que ya no se ve; como aquella desconsolada esposa de Hector, de la cual habla Virgilio, que reducida al cautiverio bajo la ley del vencedor, engañaba la viudez de su grande alma, construyendo en su destierro simulacros frágiles de su patria, un falso Simois, un Santo seco, una pequeña Troya, una imagen mezquina de las altas y magníficas torres de Pérgamo.

*Falsi Simoisitis ad undam
Libabat cineri Andromache . . .
Parcam Trojam, simulataque magnis
Pergama, et oventis Xanthi cognomine rivum [1].*

Calda y rehabilitación. Hé aquí pues los dos polos alrededor de los cuales giran todos los misterios de la naturaleza humana.—“Hay en el espíritu humano dos tendencias tan distintas como la gravedad y la impulsión en el mundo físico, dice una mujer que penetró muy adentro con la luz de su genio intuitivo en los abismos del corazón humano;—tal es la idea de una decadencia y de un progreso. Diríamos que experimentamos á la vez la memoria de algunos

[1] Bossuet, *Sermón sobre la muerte*, punto 2.º

[1] *Æneidos*, lib. 3.

denes que nos fueron gratuitamente concedidos, y la esperanza de algunos bienes que podemos conseguir con nuestros esfuerzos; de manera que la doctrina de la perfectibilidad y la del siglo de oro, juntas y confundidas, escitan á un tiempo mismo el pesar de una pérdida y el deseo de recobrarla [1]."

Pero esta doctrina del progreso ó perfectibilidad, comparado por Mad. de Staël al movimiento de impulsión, se diferencia en un punto capital de la doctrina de la *decadencia*, comparada también por ella al movimiento de gravedad. Este punto capital es, que la *decadencia* procede de la naturaleza del hombre culpable, al paso que la impulsión regeneradora puede solo proceder de un auxilio sobrenatural, y supone por necesidad la misericordiosa intervención divina.—Al decir esto no quiero introducir un dogma, sino que apelo siempre al escámen de los hechos, y á la observación psicológica é histórica de la naturaleza humana.

En esto viene á parar en último resultado esa grande verdad experimental formulada por Eurípides y por Ovidio, á saber; que á pesar de todos nuestros esfuerzos para recobrar el bien, una fuerza peligrosa nos estravia hácia el mal, y que después de caídos no bastan todos nuestros esfuerzos para volvernos á levantar. Y de aquí proviene que los antiguos, y especialmente Homero y Platón, proclaman en cada página que debemos pedir la sabiduría á los dioses, sin que podamos conseguirla por otros medios, auxilio sobrenatural, que en realidad nunca ha faltado á la virtud cuando la ha merecido con sus esfuerzos y lo ha solicitado con sus plegarias.

Pero este socorro, que siempre ha sido suficiente aun inmediatamente después de la caída, no se ha dado al mundo, con toda su eficacia y su impulsión verdaderamente victoriosa, sino por *aquel en quien debían ser benditas y santificadas todas las naciones de la tierra*, según la antigua promesa que se hizo al primer hombre (2). La observación histórica de la naturaleza humana concurre también á formular esta verdad en un hecho de inmensa importancia. Desde el origen de las sociedades hasta el imperio romano, la naturaleza humana anduvo declinando sensiblemente. La fuerza de gravedad venció en ella á la fuerza de impulsión. Hubo progreso, pero progreso en el error y en el mal. ¿Qué cosa fué la que creció en todo este primer período de la historia general de la humanidad, sino el politeísmo, la sensibilibidad, la corrupción, la esclavitud y todos los géneros de disoluciones é inhumanidades, y por último, la agonía y la muerte del género humano? Ya lo hemos visto, y sería inútil volver al cuadro que de ello hemos trazado al fin del libro que precede.—Por el contrario, desde que puso el pie sobre esta tierra de maldición *aquel que debía ser enviado*; desde que la regó con su sangre, ¿no hemos visto que el impulso hácia el bien se hizo superior

á la inclinación hácia el mal, que la naturaleza humana se levantó de su abatimiento, y que débil como era, despedazada y moribunda como estaba, cargada de ruinas y de escombros, se levantó del abismo subiendo por mil caminos diferentes al campo de la civilización y del progreso, de este verdadero progreso cuya fuente quiso en vano desviar el panteísmo? Esto vemos en tanto que los hechos conservarán su fuerza, y que no dejamos á los sueños filosóficos prevalecer sobre las realidades de la observación.

Así es como el mundo moral, ya sea que escudriñemos sus arcanos con el auxilio de la psicología, ya sea que estudiemos los movimientos y los hechos que en su superficie se han obrado, á la luz de la historia, rinde á la parte religiosa de las relaciones de Moisés un homenaje análogo al que el mundo físico escudriñado por la geología rinde á la parte de aquellas relaciones que atañen á la creación y al diluvio.

IV. Y aun si quisiera adelantar mas la observación y seguir las huellas de la verdad de Moisés hasta las últimas fibras del corazón humano, me sería fácil el presentarla todavía palpitante con sus mas característicos pormenores.—Aun tenemos, por decirlo así, los dientes enmohecidos por la fruta vedada que comieron nuestros primeros padres, y dirijimos convulsivamente todos los dias la vista y la mano hácia este árbol del racionalismo, que mata al alma por la pretendida ciencia del bien y del mal, sustituyendo la autoridad del espíritu á la autoridad de la conciencia, sin ilustrar á esta última mas que con el incierto vislumbre de la experiencia, que procede de abajo y que no deja ver el bien sino al pálido resplandor del remordimiento: todos los dias oímos aun en el fondo de nuestro corazón ese grito de rebelión contra el deber, este *¿por qué nos lo prohibiría Dios?* que es como el silbido de la serpiente: sentimos cómo penetra lentamente y circula alrededor de nuestra alma el atractivo de la prohibición, y las seducciones del placer que se nos presenta como un *fruto hermoso*: en fin, cedemos á esta promesa del orgullo, cómplice de todas nuestras pasiones: *seréis semejantes á los dioses*, es decir, dueños de vosotros mismos y de una felicidad que será vuestra propia obra; después de lo cual se deja oír la voz de Dios, la voz del remordimiento; se disipa la ilusión, y nos encontramos despojados de la dignidad y de la estimación de nosotros mismos, *tenemos miedo porque estamos desnudos*. Hé aquí el continuo ensayo que se repite con tanta frecuencia en nosotros mismos de aquel funesto drama que expone el historiador sagrado, y en el cual todos tuvimos parte en la persona de aquellos en que estábamos contenidos y de que hemos salido todos. ¿Qué hay pues de increíble en que la humanidad haya perecido en su origen por lo que todavía hace al hombre tan caduco y tan perecedero? ¿Y qué falta á este misterio, sino para ser completamente explicado como doctrina, á lo menos para ser atestiguado como hecho?—“El nudo de nuestra condición se complica y enreda en este abismo, dice Pascal; de suerte que el hombre es mas inconcebible

[1] Mad. de Staël, de la Alemania, cap. del Catolicismo mo.

[2] No es que la gracia subsiguiente proceda como la gracia eficaz de los méritos del Hombre-Dios, sino que antes de su venida no era sino un destello anticipado, para hablar en el lenguaje común.

ble sin este misterio, que inconcebible es el mismo misterio para el hombre (1)."

Desde que el cristianismo vino á ilustrar esta explicacion de nuestra naturaleza, hemos perdido de vista el confuso laberinto en que aquella antes se perdía, y mas esigentes á proporcion que mas se nos satisface, quisiéramos una explicacion misma, como los niños suelen hacerlo, ó como si pudiera Dios hacer otra cosa con nosotros, mas que el ensanchar el límite del misterio, y como si debiese hacerlo sin utilidad positiva y únicamente para satisfacer, ó mejor, para excitar aun mas la orgullosa curiosidad de nuestro espíritu.—Para conocer bien el precio de esta explicacion, es preciso figurarse cuáles eran los apuros del espíritu humano antes que la hubiese recibido. El grande enigma del mal ha tenido confusa á toda la antigüedad, y la ha detenido como una esfinje colocada á la puerta del templo de la filosofía. Siendo en efecto la filosofía el arte de aplicar el remedio á la enfermedad moral que nos corroe, en la ignorancia en que se estaba entonces del origen de este mal, no podia dejar de haber equivocaciones en la aplicacion de los remedios, y de disfrazar esta insuficiencia por falsas apariencias de curacion. A esto se hallaba reducida la filosofía antigua. Maestros y discípulos no eran otra cosa que empíricos y charlatanes. El verdadero médico que con el conocimiento del mal debia traernos el remedio, no habia nacido aún.—"La historia, dice un famoso escéptico, es la relacion de las desgracias y de los crímenes de los hombres. No hay ciudad sin hospitales y sin horca, porque el hombre es desgraciado y malo. ¿Pero por qué los paganos nada de bueno tenian que decir sobre este punto? Solo por la revelacion podemos explicarlo (2)."

V. En último resultado somos para nosotros mismos un misterio de desórden, que solo puede explicarse por el hecho del pecado original, y que por lo mismo prueba la verdad de este hecho, así como el trastorno interior de la naturaleza física prueba el hecho del diluvio. Por la relacion de Moisés tocante al diluvio es como podemos explicar los misterios geológicos, y de la propia manera solo con la relacion de Moisés tocante á la caída del hombre, es como podemos explicar el misterio de nuestras contradicciones y calamidades. Es menester echarnos en brazos de la revelacion, como dice Baile, para conocernos y encontrarnos en nosotros mismos,

pudiendo decirse de la teología de Moisés lo que dijo Cuvier de su cosmogonía: que *es la sola que concuerda con la naturaleza*, la sola que la ilustra y la explica, y que recibe en cambio este testimonio mas fuerte que todos los racionismos, porque su evidencia cae bajo la accion del sentido íntimo, y porque para rebuñarle es necesario desmentirnos á nosotros mismos.

Pero la teología de Moisés no se limita á indicarnos las causas de nuestro mal, sino que al mismo tiempo nos deja entrever su medicina en la futura redencion del género humano, y nuestra naturaleza viene ademas á confirmar altamente la palabra de Moisés sobre este punto, aspirando á una rehabilitacion, cuyo principio en vano busca en sí misma, y haciéndonosla ver realizada en el seno de la humanidad por aquel que ha sido como el lazo de las dos grandes faces históricas de su destino,—Jesucristo.

De manera que toda la filosofía de la naturaleza humana puede reducirse á esta fórmula:—EL HOMBRE ES UN ENIGMA, CUYO PRIMER TÉRMINO ES LA CAIDA ORIGINAL, Y EL ÚLTIMO LA REDENCION.

Segun esto, la consideracion de que la caída original y la redencion son dos cosas misteriosas, no debe detenernos mas que el carácter milagroso de la creacion y del diluvio ha detenido las inducciones de la geología; porque aun en virtud de esta disposicion del humano espíritu, que aspira á la indagacion de las cosas, y en nuestra imposibilidad de llegar jamas, de llegar enteramente á ella, debemos abrazar con conocimiento unos misterios que nos libentan del mas intolerable de todos los misterios, del que se refiere al misterio de nosotros mismos, y que prueban la verdad oculta en su seno por la luz que difunden á su alrededor,—como aquellas nubes que cubriendo con su oscuridad el disco solar, atestiguan sin embargo su presencia por la espléndida claridad de sus contornos [1]."

CAPITULO IV.

TRADICIONES UNIVERSALES.

LA antigüedad filosófica habia caído en la ignorancia del mal, solo por el abuso de las investigaciones del espíritu humano en una materia en la cual ha de abismarse precisamente cuando quiere penetrar por sí sola. Si se hubiese contenido en las sendas de la tradicion, se hubiera conservado esta verdad como otras muchas, porque ha sido siempre atestiguada por el voto universal del género humano.

La caída del primer hombre,—la trasmision de su caída á toda su raza,—la promesa y la esperanza de un redentor,—componen el fondo de las tra-

(1) Pensamientos.

(2) Bayle, art. maniqueos.—Ciceron sin embargo, á fuerza de profundizar nuestra condicion, habia logrado encontrar alguna salida, pero no se detuvo en ello, creyendo que habia llegado á la puerta del subterráneo donde la verdad estaba encerrada: "la naturaleza, dice, parece que es para el hombre una madre mas que una madre. Le arrojó al mundo débil, débil, quebradizo, con una alma atormentada por los cuidados, abatida por el temor, muelle para los deberes, pronta al desórden, pero dotada al mismo tiempo de cierta chispa divina como enterrada entre escombros."—*Haud non ut á matre, sed ut á nocera natura colitus in vitam, corpore nullo et fragili et infirmo; animo autem anxio ad molestias, humili ad timores, malis ad labores, prono ad libidines. in quo tamen inest tamquam obrutus quidam divinus ignis ingenti et mentis.* (De republica, lib. II.)

En el estudio siguiente encontraremos á Ciceron elevándose á superior esfera, con la guia de la tradicion, y rozándose con la causa del mal, cuyos caracteres acaba de describir con tanto acierto.

(1) Hallándose dispuestas las varias partes de nuestros estudios de manera que se explican y se completan reciprocamente, rogamos al lector que recogiendo las impresiones de cada una de ellas, suspenda y reserve su juicio definitivo hasta que pueda abrazar el conjunto. El estudio á que acabamos de dedicarnos, por ejemplo, encontrará su complemento esencial en el relativo á las circunstancias de la venida y del reinado de Jesucristo.

diciones de todos los pueblos. Y no es solo el carácter genérico de esta historia el que goza de esta universalidad, sino aun su rasgos particulares, cuya misteriosa singularidad es lo que mas nos sorprende en la relacion mosaica y en el dogma cristiano: la serpiente, la mujer seducida, un descendiente de ésta esperado como redentor de la humanidad, y esta misma redencion que debia verificarse por la inmolacion expiatoria y sangrienta de una víctima sin mancilla sustituida al hombre-pecador.

Cuanto mas singulares son estos rasgos, segun tendríamos ocasion de observar, mas concluyente es la universalidad de la creencia de que han sido objeto, y bajo este punto de vista las razones naturales para dudar se convierten en razones para creer.

Al desenterrar estas antiguas ruinas de las creencias primitivas del género humano, deben tenerse en cuenta las alteraciones que les habrá hecho experimentar la imaginacion de los pueblos y la insuficiencia de los medios de conservacion que las han dejado llegar hasta nosotros. Pero de la misma manera que en el estudio de los fósiles el geólogo y el naturalista, con el auxilio de algunas partes características de algun animal, reconstruyen el sistema entero de su conformacion, asimismo comparando algunos restos esparcidos de diversas tradiciones veremos cómo vuelven á componerse y ordenarse, entrando todas en la historia de nuestra santa Religion como en el seno de donde salieron, y las diferencias que entre ellas se observen servirán únicamente para probar mas y mas la fuerza de la verdad de aquellos rasgos que les son comunes.

Si quisiéramos agotar este asunto seria precisa una explicacion demasiado esclusiva para una obra como la presente, en la cual nos hemos propuesto convencer tanto por el número y la variedad de las consideraciones como por su peso y por su fuerza. Será preciso pues limitarnos y detenernos en un punto donde la suma de los resultados diferentes que produzcamos sea tal, que satisfaga á todo espíritu que no tiene mas mira que la verdad, y que sabe reconocerla y aceptarla una vez que ha dado con ella.

Para evitar toda confusion y facilitar este estudio, vamos á considerar este asunto bajo tres aspectos sucesivos: el primero tendrá por objeto las tradiciones relativas á la *caida*, y el último las tradiciones relativas á la *rehabilitacion*; y entre los dos, como un lazo que los une, presentaremos un estudio sobre los *sacrificios*.

§ I.

Tradiciones sobre la caída del hombre.

"La creencia sobre el pecado y la degeneracion del hombre se encuentra en todos los pueblos antiguos. *Aurea prima sola est aetas* es la divisa de todas las naciones [1]."

Esta confesion de Voltaire vale por sí sola todo un capítulo de pruebas. Por lo mismo no nos es-

tenderemos mucho para fundar esta primera verdad.

I. se presentan en primer término las tradiciones hebreas. Hablo de aquellas que no están consignadas en los libros santos, y que se recomiendan sin embargo, como una explicacion y comentario, como si dijéramos nacional.

Leemos en el Talmud:—"En la hora en que la serpiente se insinuó en la intimidad de Eva, arrojó sobre ella una mancha que infectó á sus hijos."

Los rabinos mas antiguos enseñaban con respecto á la naturaleza de la serpiente tentadora, que por la antigua serpiente entendian el *demonio tentador* llamado en los libros Satan, serpiente tortuosa, *Samael*, y *Samael* era uno de los serafines que se rebeló contra su Criador.

En un antiguo comentario, el *Medrash-Ham-nelam*, acerca de esta palabra del Génesis, *la serpiente era astuta*, el rabino Yoce enseña: "la serpiente que sedujo al hombre es el demonio tentador; y ¿por qué se le califica de serpiente? Porque á la manera que la serpiente tiene una andadura tortuosa, y no sigue un camino recto, asimismo el tentador sorprende al hombre por una mala senda, y no de frente."

Sobre la trasmision del pecado original á toda la generacion humana encontramos en la coleccion de tradiciones del rabí Menalhem este pasaje admirable, que en su filosófica concision encierra cuanto puede decirse sobre este alto misterio:—"Y con respecto á la transgresion de Adam y de Eva no debemos espantarnos de que haya sido regitrada con el sello del rey [de Dios], y librada sobre su posteridad: porque en el dia en que fué criado el primer hombre estuvo ya todo criado. Adam era el primer término del mundo y la suma del género humano cuya semilla contenia. De esta manera cuando pecó, pecó con él todo el género humano, y así es como llevamos el castigo de su iniquidad; pero no sucede lo mismo con los pecados de sus descendientes, que solo son personales."

Esta doctrina de la antigua Sinagoga es puntualmente la misma que sigue hoy la Iglesia católica, y de ello no debemos admirarnos, porque la antigua Sinagoga no es mas que la Iglesia católica antes de Jesucristo, así como la Iglesia católica actual no es mas que la Sinagoga despues de Jesucristo; son como si dijéramos las dos vertientes del Calvario [1].

Virgilio no ha hecho al parecer otra cosa que traducir en verso estas palabras del Génesis, en las cuales mas que el espíritu poético resplandece el de la verdad.—Dijo Dios á Adam: La tierra será maldita por lo que acabais de hacer, y solo á fuerza de gran trabajo sacaréis de ella lo suficiente para manteneros en todo el curso de vuestra vida.

[1] Las citas que preceden se han tomado de una coleccion de refutaciones de los principales cargos sacados de las ciencias y dirigidos contra la Religion cristiana, cuyo modesto autor, M. L. de Rouen, Barón de Alvimare, teniente coronel retirado, caballero de San Luis y de la Legion de honor, después de haberse ocultado á la fama que le corresponde por este importante trabajo en dos ediciones sucesivas, ha consentido á dar á luz el velo del anonimato en una tercera edicion.

[1] Voltaire, *Essay sur les coutumes*, cap. 47

Ella producirá para tí espinas y abrojos, y tú te alimentarás con las yerbas de la tierra. Comerás tu pan con el sudor de tu rostro, y volverás á la tierra de la cual has salido; polvo eres, y polvo te has de volver [1]."

Dos fabulas mitológicas bien conocidas no son mas que un recuerdo ó alegoría de la caída del género humano, y de la promesa de su rehabilitación: la fabula de *Pandora* y la de *Prometeo*.

Pandora, jóven inocente y sencilla, se halla depositaria de una caja, que se le prohíbe abrir; pero cediendo á la curiosidad desobedece, y al momento todos los males salen de la caja y se esparcen sobre la tierra... en el fondo de la caja queda todavía una cosa; la *esperanza*.

Prometeo, esta grande personificación de la humanidad, quiso hacerse semejante á los dioses y ocupar el puesto del Criador. Su arrogancia queda al momento castigada. Amarrado á un peñasco, es el pasto en que se ceba incesantemente el buitre del mal,—el buitre nacido de *Schidna*, monstruo mitad MUJER y mitad SERPIENTE, dice el diccionario de la fabula; pero en el fondo de su suplicio queda todavía la *esperanza de un libertador*.—Esta última parte de la fabula de *Prometeo* dará lugar á un ocámen especial en el de este capítulo.

La historia de la caída original del género humano se refiere, en la doctrina mosaica y cristiana, á la historia anterior de la caída de los ángeles rebeldes, cuyo caudillo, animado de envidia contra el hombre, tomando la forma de una serpiente, se hizo el tentador de nuestros primeros padres, y segun dice el Evangelio, el primer homicida, el gran *homicida*, pues por su causa se introdujo la muerte en el mundo y fué presa suya toda la humanidad. Esta historia, que pasó en los abismos del cielo y de la eternidad, nos fué revelada en varios pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento, donde el ángel rebelde es llamado Belcebú, Belial, Satan, Dragon, príncipe de las potestades del aire, Samaél, Lucifer, ángel de las tinieblas etc., y donde está representado precipitándose del cielo como un relampago, y rodando en torno de nosotros como un león deseoso de devorar nuestras almas.—Pues bien, toda esta historia, que es el punto de partida de la de nuestra santa Religión, se encuentra en Homero. Todos sus comentadores hicieron

esta observación:—"Lo que dice Homero de la diosa Até (aquí habla Rollin) hija de Júpiter, este demonio de discordia y de maldición, que tiene por oficio el tender lazos y dañar á todos los hombres, que el padre de los dioses en su justa cólera habia arrojado del cielo jurando que no volveria á entrar en él, todo esto, digo, da lugar á creer que la historia de los ángeles rebeldes, enemigos de los hombres y dedicados á su daño, opuestos á su felicidad y desterrados para siempre en los infiernos, no era desconocida á los antiguos (1)."

El mismo pasaje de Homero que vamos á citar nos hará ver que esta opinion de Rollin (la cual ademas es la de otros comentadores) no carece de fundamento:—En el canto 19 de la *Iliada*, dice Agamenon, queriendo justificarse de su contienda con Aquiles, causa de todas las desgracias de los griegos:—"¿Qué podia yo hacer entonces? Hay una divinidad que se entretiene con los ciegos mortales, y hace que el uno al otro se atormenten: vagando en el seno de las tinieblas, anda sobre nuestras cabezas, y va sembrando por el universo la desgracia y el ultraje. En otro tiempo ofendió á Júpiter, de quien se dice que era fuerte y superior á los hombres y á los dioses. Júpiter cojió de repente á Até, y lleno de cólera pronunció este terrible juramento:—No vuelva Até á parecer en el Olimpo y el cielo estrellado ya que a todos nos injuria. Al hablar así Júpiter, con mano vigorosa la precipita de los cielos, y ella cae de improviso en las tierras cultivadas por los hombres."—Es cosa notable encontrar en la *Iliada* el germen del poema del Homero cristiano, de Milton, el cual sin embargo recibió exclusivamente su inspiración de las tradiciones bíblicas, siendo evidente que esta concordancia no puede explicarse sino diciendo que el mismo Homero, á pesar de la alteración de estas tradiciones por el politeísmo, habia encontrado á su alrededor algunos restos de ellas.

La alta filosofía pagana, la que se apoya sobre la tradición, habia conservado tambien por su parte un débil destello de esta grande antorcha que alumbra el abismo de nuestra naturaleza. Así leemos en Platon:—"La naturaleza y las facultades del hombre han sido alteradas y corrompidas en su cabeza, desde su nacimiento (1)."

Todos los antiguos teólogos y poetas decian tambien, segun refiere Filolao el pitagórico, "que el alma estaba sepultada en el cuerpo como en un sepulcro en castigo de alguna maldad (2)."

Ciceron, que á manera de espejo purísimo refleja todas las verdades conservadoras en el mundo pagano, y que segun hemos visto al profundizar la naturaleza humana habia encontrado en ella una *chispa divina enterrada entre sus escombros*, dice en otro lugar:—"Estos errores y calamidades de la vida humana hicieron decir á los antiguos adivinos ó intérpretes encargados de explicar los mis-

[1] Génesis, cap. 3, vers. 17.—Nada hay indiferente en los libros santos, la menor palabra encierra la mas alta doctrina. Así estas últimas palabras indican que cuando Dios castigó al hombre de la muerte no habia hecho Dios otra cosa que mantenerle en su estado sobrenatural y privilegiado, de suerte que la pérdida de este estado de gracia no es tanto una pérdida definitiva como una simple privación de privilegio, que á este efecto llaman los teólogos pena de *daño*, en oposición de la pena de *sentido*. Por esto el hombre queda restablecido en su estado natural, y vuelve á la tierra de donde ha salido, y siendo de polvo á polvo se reduce. Considerado bajo este punto de vista, la pena de *daño* que es la única que se aplicó al pecado original, propiamente dicho, en cuanto es transmisible á la raza humana, pierde gran parte de aquel rigor de que se acumula la justicia de Dios. En este sentido la posteridad de Adán es como la de un gran señor, que por arrian de tan majestad hubiera merecido con la pena de muerte, que seria personal, la degradación de todos los privilegios de nobleza de que gozaba por la mereced de su rey, degradación que pasaria á sus sucesores.—Sacado de la plebe volveria á la plebe.

(1) Tratado de los estudios, lib. 2.

(2) Plat., *Timaeo*. Véase tambien *Phaedr.*, *Oper.*, t. 1, p. 187, edicion bipontina.

(3) Clemente Alejand., *Strom.*, lib. 3, p. 483.

"terios divinos á los iniciados, que si nacemos en este estado de miseria es para EXPIAR ALGUN CRIMEN ATROZ COMETIDO EN UNA VIDA ANTERIOR, y me parece que en este punto dieron con lo cierto, ALIQUID VIDISSÉ VIDEANTUR: por esto yo también convengo en este dictámen de Aristóteles, cuando dice que estamos condenados á un suplicio semejante al que se aplicaba en otros tiempos á los que caían en manos de los bandideros de Etruria: los vivos se ataban frente á frente á los cadáveres; y así sucede en nuestras almas en su unión con nuestros cuerpos (1)."

Así es como la alta filosofía pagana, con el auxilio de una escasa claridad tradicional, vislumbraba algo de la gran verdad que sirve de fundamento al cristianismo.

III. Pero la bastarda filosofía, ó para no profanar este nombre, el *filosofismo* ó *racionalismo*, había hasta tal grado removido y revuelto la superficie del espíritu humano, que las huellas de esta tradición se hallaban borradas casi enteramente en las naciones cultas de la antigüedad, á diferencia de las demás naciones llamadas bárbaras, en las que se descubrían aun algunas señales. Esta circunstancia no es una prueba insignificante de la verdad de esta tradición. No son los hombres los que la inventaron, supuesto que se halla mas y mas completa y semejante al tipo mosaico, precisamente á proporcion que nos alejamos de los pueblos inventores para entrar en los pueblos estacionarios y conservadores.—Esto es lo que va á resultar de la tercera serie de citas que vamos á presentar.

Segun la doctrina de los persas, *meschia* y *meschiané*, ó el primer hombre y la primera mujer, eran al principio puros, y obedientes á Ormuzd que los crió. Ahriman les vió, y tuvo celos de su felicidad. *Fuése á ellos bajo la figura de una culebra*, les presentó unos frutos, y les persuadió que él era el autor del hombre, de los animales, de las plantas y de este universo que era su morada. Le creyeron, y desde entonces Ahriman fué su dueño. Corrompióse su naturaleza, y esta corrupcion inficionó á toda su posteridad (2).—Así, dice el sabio á quien debemos estas comunicaciones, el pecado no procede de Ormuzd, sino que fué producido, dice Zoroastro, por el ser oculto en el crimen, ó Ahriman (3).

Este ser oculto en el crimen, autor de la caída y corrupcion de la naturaleza humana, se encuentra también en las tradiciones egipcias bajo el nombre de Tifon, de donde se deriva probablemente el Pi-

ton de los griegos, aquella monstruosa SERPIENTE, llamada por Homero destructora de los hombres y de los animales, y por Ovidio terror de los pueblos. Plutarco nos enseña circunstancias muy curiosas acerca del Tifon egipcio en su tratado de Isis y de Osiris; se explica así:—"Jenócrates opina que cuando en día aciago hacemos ó decimos alguna cosa fea y vergonzosa, esto no procede de los dioses buenos, ni de los demonios buenos, sino que van gan por el aire ciertos genios grandes y poderosos, pero malignos y perversamente intencionales, que se complacen en que se hagan tales cosas en su obsequio (1). El mismo Empédocles dice que estos son castigados por las culpas y ofensas que han cometido.... á esto se asemeja lo que se cuenta de Tifon, que por su envidia y su malignidad cometió muchas acciones malas, y abrasándolo todo llenó de desgracias y de miserias la tierra y el mar.... y despues recibió su castigo, etc (2)."—Omito lo restante de esta curiosa cita, porque solo quiero descubrir aquí lo que tiene relacion con la caída. Continuaremos este pasaje en el párrafo de las tradiciones sobre la rehabilitación.

¿Quién no reconoce aquí en este Tifon de los egipcios, lo mismo que en el Ahriman de los persas, y en el Até de Homero, el Satan de los hebreos y de los cristianos, el demonio tentador, el antiguo enemigo del género humano, el cual caído también en castigo de una falta cometida contra Dios, se hizo por envidia y malignidad instigador de las malas acciones, y llenó por esta razon de males á toda la tierra?

La revelacion nos enseña que desde entonces somos sus esclavos (salvo el auxilio de este descendiente de la mujer que debía quebrantar su cabeza), que él es quien sopla dentro de nuestras almas el fuego pestífero de la concupiscencia y de las pasiones, y que él es el príncipe de este mundo de errores y de crímenes en que vivimos. Y esto es precisamente lo que también enseñaban las tradiciones egipcias, segun aparece de este otro pasaje de Plutarco:—"La parte del alma apasionada, violenta, loca, insensata, es Tifon ó procede de Tifon, como lo indica la misma interpretacion de la palabra egipcia, porque ellos llaman Tifon, Seth, que equivale á decir suplantador, dominante, forzador (3)."

Nos dice Plutarco que Tifon se presentaba bajo la forma de un cocodrilo; pero otro autor pagano, el poeta Manilio, nos dice que se le pintaba también bajo la figura de una serpiente con piés y alas,

Anguipedem alatis humeris Typhona furem (4),

lo cual completa la semejanza con las tradiciones bíblicas.

(1) *Ex quibus humanæ vitæ erroribus et ærumnis sit, ut interdum veteres illi sive vates, sive in sacris initiisque tradidit diuinae mentis interpretes, qui nos ob aliqua scelera suscepta in vita superiore, poenarum laudandum causa natos esse dicunt, aliquid videri videntur, verumque sit illud, quod est apud Aristotelem, simili nos affectos esse supplicio, atque eos, qui quondam quum in pondonem Etruscorum manus incidissent, crudelitatis excogitata necabantur; quorum corpora vitæ cum mortuis, aduersa aduersis accommodata, quam optissime colligabantur: ita nostros animos cum corporibus copulatos, ut vivos cum mortuis esse coniunctos. (Hortensius, sive de Philosophia, fragmenta.)*

(2) *Vendit-sadas*, pp. 306, 428.

(3) Exposicion del sistema teológico de los persas, por Anquetil du Perron: *Memorias de la academia de las Inscripciones*, t. I, XIX, p. 184.

(1) "Hemos de combatir, dice S. Pablo, no contra hombres de carne y de sangre, sino contra gerarquías y potestades, contra los príncipes de las tinieblas, contra los espíritus malignos diseminados por el aire.—*Contra spiritus malignos in coelestibus*." (Epist. ad Ephes. 6, 12.)

(2) Plutarco, *De Isis et Osiris*, 24.

(3) Plutarco, *De Isis et Osiris*, núm. 47.

(4) Manilio, *Astronom.* 4, verso 889.—En los dibujos de los

Si de la Persia y del Egipto pasamos á la India, encontraremos allí idénticas tradiciones.—El mismo Voltaire en el pasaje que hemos ya citado confiesa que los *Bramas* en particular creen en la caída y degeneración del hombre; y el sabio historiador y arqueólogo Mauricio probó en su obra sobre el Indostan que la historia de Adam y de su caída, tal como la refiere Moisés, se halla confirmada por los monumentos y tradiciones de los indus.—El rey de los malos, *Assura*, ó demonios, se llama allí el rey de las serpientes (1).—Los libros de los indus, según refiere otro sabio, hablan también de una serpiente llamada *Kali*, que en los tiempos de la creación causó males tan grandes que para repararlos fué precisa la encarnación de *Vichnú*. Este monstruo está representado bajo la forma mitad mujer y mitad serpiente (2).

Las tradiciones chinas no son menos notables.—El filósofo *Tchuanque* enseñaba, de conformidad con la doctrina de los *King*, ó libros sagrados de los chinos,—“que en el estado del primer cielo, el hombre “se hallaba unido íntimamente á la razón suprema, “y en lo exterior practicaba todas las obras de la justicia. Su corazón se recreaba en la verdad: no había en él ninguna sombra de superchería. Entonces las cuatro estaciones del año seguían un orden regular y sin confusión. Nada dañaba al hombre “y el hombre á nada dañaba. En toda la naturaleza reinaba un concierto universal.”—Pero con arreglo á la misma tradición, “estas columnas del “cielo se rompieron, y la tierra se conmovió hasta “sus cimientos. Cuando el hombre se rebeló contra “el cielo, alteróse el sistema del universo, y turbándose la general armonía, los males y los crímenes “inundaron toda la tierra.”

Todos estos males procedieron, dice el libro *Lí-kyí*, porque el “hombre despreció el poder supremo. Quiso disputar sobre lo verdadero y lo falso, y estas cuestiones ahuyentaron á la razón eterna. Miró en seguida los objetos terrestres, y les cobró demasiada afición; y de aquí nacieron las pasiones. Hé aquí el origen de todos los crímenes, y para castigarlos envió el cielo todos los males (3).”

Además las tradiciones de los chinos, lo mismo que las otras, hacen subir el origen del mal á la insubordinación de una inteligencia superior rebelada contra Dios y revestida bajo la forma de serpiente. Según estas tradiciones, el dragón soberbio *Tchi-Ieu* fué el primer autor de esta rebelión; y en los caracteres que sirven para escribir su nombre, dice *Paravey*, se encuentran reunidas las significaciones de malo, de insecto, de mujer y de serpiente. En la misma leyenda interviene un personaje nombrado

Kug-Kug, que equivale á *artífice del mal*, y el libro *Kwei-Siang* dice que tiene rostro de hombre y el cuerpo del reptil que *Lopi* llama *dragon negro* (1).

En el Japon la tradición nos presenta igualmente á la serpiente conspirando contra el Criador; y cuando se pinta la creación, se emplea la figura de un grande árbol, en el cual se enroca una terrible serpiente (2).

Entre los magos se hallan igualmente rastros de la tradición de Moisés.—“El estado de nuestros “primeros padres, dicen ellos, no duró mucho tiempo: por culpa suya vieron desvanecerse todas las “dichas que habían embellecido su existencia. Sobre la faz de la tierra crecía en abundancia la planta del *schima*, blanca y dulce como el azúcar: su “vista sedujo al hombre que comió de ella, y todo “se consumió (3).”

Los habitantes de la Escandinavia personifican al terrible hijo de *Loke*, principio del mal, bajo la figura de una enorme serpiente, que abraza el mundo infectándole con su veneno (4).

Los antiguos escitas decían también que descendían de una mujer-serpiente (5).

En fin, ¡cuál no ha sido la sorpresa de los sabios que han estudiado las tradiciones de América, de esta tierra que apareció á los ojos de los europeos como una creación improvisada en cierta manera, y sin relación alguna con la antigua Asia y la frecuentada Europa, al encontrar allí mas profunda tal vez que en otra parte la huella de la historia que abrió la puerta de todos nuestros males!—Los señores *Noël* y *Humboldt* han demostrado que en las mas remotas tradiciones de los mejicanos la primera mujer, que llaman la madre de nuestra carne, se presenta siempre acompañada de una gran serpiente: así se la ve en los geroglíficos que adornan los monumentos de aquellos pueblos, y á esta mujer se le da el nombre de *Cihua-Cohualt*, que significa literalmente mujer de la serpiente (6).

En estos últimos tiempos se ha descubierto un monumento en una ciudad de Pensilvania, que prueba asimismo que en esta parte del continente americano era popular una tradición análoga á la historia bíblica de Adam y Eva. Hé aquí la relación que de ello se lee en una revista científica:—“El otoño pasado estalló una terrible tempestad cerca de *Brownsville*, en la parte occidental de la *Pensilvania*, y arrancó una encina enorme, debajo de la cual se descubrió una masa de piedra de dimensión aproximada de diez y seis pies cuadrados, en la cual habia grabadas algunas figuras, entre ellas dos de forma humana, representando á un hombre y á una mujer separados por un árbol, y la última con una fruta en la mano. En el resto de la superficie de la piedra se ven ciervos, osos y aves.

monumentos egipcios que acompañan la grande obra sobre el Egipto, de los cuales M. Lacour nos ha dado algunas copias, se halla en efecto la serpiente de Maniló con dos pies, pero en la misma que he visto esta sin alas.—Los pies y aun las piernas son de hombre.—El retrato que de ella hace Maniló es mas conforme á las representaciones del arte cristiano.

..... *Alatis humeris Typhona furientem.*

- (1) *Historia del Indostan*, t. I, cap. 11.
(2) *Dubois*, t. III, parte 3, p. 438.—Véanse también los *Anales de filosofía*, t. VI, del Asia, p. 55.
(3) *Ramsey*, *Discurso sobre la filología*, pp. 149, 150.

- (1) *Anales de filosofía*, t. XVI, p. 265, suposiciones del caballero De Paravey.
(2) *Noël*, *Cosmogonía*, Japon.
(3) *Benjamin Bergman*, analizando por A. F. *Ommanam*.
(4) *Edda*.—*Introducción á la historia de Dinamarca*, por Mallet.
(5) *Herodoto* y *Diodoro de Sicilia*.
(6) *Noël* en la palabra *serpiente*; *Humboldt*, *Vista de las cordilleras y de los monumentos de América*, t. I, pp. 267 y 274; t. II, p. 193.—*Anales de filosofía*, 4, p. 22.

La encina tendria por lo menos de quinientos á seiscientos años de existencia; por lo cual estas figuras debieron de esculpirse mucho tiempo antes del descubrimiento de la América por Colon (1).

IV. Demos aquí punto á las citas que solo servirian para satisfacer la curiosidad. El hecho que hemos querido sentar, está demostrado hasta la evidencia. Todos los pueblos de la tierra, como decia Voltaire, han considerado al hombre como á un *sér decaído y degenerado*. Añadamos ahora que le consideraron decaído de la manera y con las circunstancias que mas favorecen la incredulidad en la relacion de Moisés: una fruta prohibida, un espíritu maligno bajo la forma de una SERPIENTE insinuándose en el ánimo de la MUJER. Esta seducida por la serpiente y seduciendo al hombre á su vez: todos los males de la especie humana derivados de esta transgresion del precepto:—hé aquí el fondo de las tradiciones universales.

De aquí sacamos un raciocinio sin réplica á favor de la verdad de este punto fundamental de nuestra religion.

Tantos pueblos, tan diferentes en sus circunstancias, tan dispersos, tan separados entre sí, no pueden hallarse de acuerdo sobre un hecho único, sino en tanto que este hecho ocurrió realmente en la época del origen comun á todos ellos, produciendo una sensacion profunda en la misma fuente del género humano. Aquí podemos bien esclamar con Cuvier:—*Es posible que una mera casualidad nos dé un resultado tan admirable!—Las ideas de los pueblos que tan pocas relaciones tienen entre sí, cuya lengua, cuya religion, cuyas costumbres nada tienen de comun, ¿podrian concertarse de tal manera, si no tuvieran por base la verdad!*

Pero aun hay otra consideracion mas convincente.—La creencia, cuya universalidad inspiró á Cuvier una reflexion tan decisiva, se referia á un hecho simple rodeado de analogías, y que podia concebir con tanta mayor facilidad, cuanto que en todas partes hallaba cierta base natural en el estado aparente del globo. No de otra manera se nos presenta el hecho del diluvio; al paso que el hecho que ahora nos ocupa, es un hecho complejo, singular, misterioso á lo sumo, cuyas circunstancias características dependen de un orden sobrenatural; y de aquí se sigue que la universalidad de la creencia sobre este hecho seria completamente inexplicable si no tuviera la verdad por fundamento, y que el argumento del ilustre geólogo se hace mas concluyente por la particularidad de la cuestion á que lo aplicamos.

(1) *Anales de literatura y artes*, t. x, pp. 286, 287.—En esta escena no se ve la serpiente; pero es preciso advertir que segun la relacion de la Biblia tampoco debe estar, pues solo interviene para seducir á la mujer, y en seguida ésta separadamente seduce al hombre. Tambien vemos en las diferentes tradiciones, y particularmente en las de los mejicanos, que siempre que se pinta á la primera mujer, se la coloca como hablando con una serpiente; y que cuando se la pinta en compañía del hombre, se prescinde de la serpiente. Esta segunda escena que consumó la culpa original se limita en efecto á lo siguiente: y habiendo comido la fruta comió de ella, y dió á su marido, quien comió tambien de la misma. (*Génesis*, cap. III, vers. 6.)—Esta observacion importante nos conducirá todavia á otra de mayor interés que reservamos para el § 8.

Para hacer concebir nuestro pensamiento, véamos cómo descender á una comparacion muy sencilla.

Supongamos que se nos dá un pedazo de papel cortado en figura recta y regular. Si tomamos otros pedazos y vemos que se ajustan perfectamente al primero, habrá motivos para creer que esta conformidad no es efecto del acaso, y proviene de un corte primitivo que les es comun.—Pero quiero ahora suponer que en lugar de presentar la figura recta y regular, el primer papel se halla recortado de un modo extraño y caprichoso: entonces la prueba será mas decisiva; y si los demás fragmentos vienen á adaptarse exactamente en todos los bordes al corte que sirve de comparacion, entonces será indudable la prueba de su autenticidad y unidad primitiva. Tal es precisamente el medio de mayor garantía que hayan los hombres imaginado para la sinceridad de sus mútuas obligaciones de interés material.

Esta comparacion se aplica por sí misma á nuestro asunto.

Si las tradiciones universales no estuviesen de acuerdo con la relacion de Moisés sino en el hecho sencillo y aislado de la caída y degeneracion del hombre, ya esto solo no dejaria de ser una prueba de su veracidad. Pero no es únicamente el fondo de la relacion donde existe este acuerdo, sino que tambien existe en los pormenores, y pormenores los mas extraordinarios. ¿Qué cosa hay en efecto mas singular que ver á todo el género humano caído en desgracia por la culpa de un primer hombre, que la caída de este primer hombre haya procedido precisamente de la mujer, y de la mujer instigada por un sér sobrenatural y maléfico, revestido bajo la forma de cierto animal, que en todas partes se designa como una *serpiente*?—Nadie por cierto dejará de convenir en que todas estas circunstancias son muy extrañas, y la misma incredulidad á la cual me dirijo ahora deberá confesarme que son al parecer absurdas: á lo menos esto es lo que ha dicho siempre, sin tener otra arma que oponer á la verdad de este fundamento de nuestra religion. Pues bien: esta misma arma es la que la confunde y derriba; pues todas las circunstancias, y en particular aquellas que mas nos chocan, por su apariencia de absurdo, conservadas por las tradiciones unánimes de toda la tierra, han venido á ser en virtud de su propia inverosimilitud, otros tantos argumentos incontrastables de la completa verdad de la narracion mosaica, á la cual vienen á conformarse puntualmente todas estas tradiciones: esta es la ocasion de repetir aquella famosa expresion: *credo quia absurdum*.—Sí: cuanto mas extrañas son, mas inverosímiles, mas absurdas, si así se quiere llamarlas, las circunstancias características de la historia escrita por Moisés, otro tanto es mas imposible que el sentido comun de todos los pueblos del mundo las haya imaginado tan idénticamente, y que en ellos se hayan tan profundamente arraigado, á no tener un gran fundamento; y otro tanto es necesario admitir que el mismo hecho quedó impreso en la tradicion primitiva con una fuerza tal que todas las tradicio-

nes sucesivas han conservado su sello sin poderlo borrar.

Sea cual fuere el aspecto bajo el cual consideremos el espíritu humano, es imposible explicar la concordancia universal sobre este punto, mas que por la fuerza de la verdad, y de la verdad elevada á una potencia muy superior.

Cuanto mas chocante es para la razon humana el misterio del pecado original, cuanto mas se resiste á la imaginacion, cuanto mas oscuro es, mas incomprendible, mas impenetrable, tanto es menos creíble el que se haya insinuado naturalmente en el espíritu de todos los hombres, y que el universo entero se haya empeñado en inventarlo y creerlo de una misma manera: porque lo que parece absurdo á un individuo, con mayor razon debe parecerlo á dos, á tres, á ciento; porque el *sentido comun* debe rechazarlo con mayor fuerza.

Si se quiere conceder cuanto es posible á la debilidad del humano espíritu, suponiéndole accesible á las impresiones mas fantásticas, en hora buena; pero esto mismo se opone de un modo invencible á la admision universal y permanente de un mismo error; porque esta misma facilidad del espíritu para acogerle y forjarle dará bien pronto á este error otro error rival ó desfigurado. Si un mismo error pudiese ser generalmente admitido, seria ciertamente aquel que mas se acercase ó asimilase á la verdad y mas se acomodase á las disposiciones naturales del espíritu humano. Todos los pueblos han podido hacerse adoradores del sol, dice muy bien Mallebranche: ¿por qué? Porque este astro destumbra generalmente á todos los hombres. Pero si un pueblo insensato ha adorado á los ratones, otro habrá que haya adorado á los gatos (1).

De cualquier modo pues que consideremos al espíritu humano, ya sea con relacion al sentido comun, que es su expresion, y que rehusa soportar por mucho tiempo y uniformemente el yugo del error,—ya sea con respecto á su disposicion á dejarse engañar ó engañarse á sí mismo, lo cual hace que el error varie segun los tiempos y los lugares, siempre vendremos á parar en este resultado: que cuanto mas se aleja una cosa de la verosimilitud, cuanto mas estraña y singular se nos presenta, menos puede prestarse á esta universalidad y perpetuidad, que es el carácter distintivo de esta creencia: y que desde el momento que lo logra, es precisamente porque en su base y en su fondo tiene un principio de verdad, tanto mas cierto y tanto mas intenso, cuanto mayores fueren los obstáculos que le oponen sus propias apariencias.

Hemos indicado este argumento al principio del presente párrafo, si bien los hechos que justifican su aplicacion irán desenvolviéndose mas y mas en los dos párrafos siguientes, á fin precisamente de que el lector haga por sí mismo esta aplicacion, recojiendo el fruto de ella, á medida que la materia lo traiga consigo.—Vamos á ver, en efecto, cómo avanzan á semejanza de dos líneas paralelas, estos dos caracteres cuya combinacion es la mas sólida

garantía de verdad que á la razon humana puede ofrecerse, porque mutuamente se fortifican en razon directa de su propia repulsion; á saber: que una misma cosa será á la vez singular y universal, estraña y uniforme, fuera del alcance de la imaginacion y dueña de todos los espíritus; lo cual supone por necesidad una verdad intrínseca, cuyo descubrimiento é inteligencia son cabalmente el fruto y el premio de la fe, que de esta manera tiene materia para ejercitarse en aquello que la misma razon tiene al cabo que reconocer.

Basta ya sobre la caida del hombre: volvamos esta antigua medalla, de curso universal y perpétuo; examinemos su reverso, que es la *rehabilitacion*: pero antes debemos estudiar su leyenda: *Expiacion y sacrificio*.

§ II.

Estudio de los sacrificios.

“Entre tantas y tan distintas religiones, ninguna “ha dejado de tener como objeto principal la *expiacion*. El hombre ha reconocido siempre la necesidad de la clemencia [1].”

Aunque salida de la pluma de Voltaire esta interesante verdad, no es necesario agradecerse la, porque en presencia de un hecho tan resplandeciente, aun bajo el punto de vista de su sages y de su ingenio, no hacia mas que confesarla con reserva de neutralizar luego todas sus consecuencias, ya dirigiéndose á distinto objeto, ya distrayendo la reflexion sobrecojida del lector. Tal era, en efecto, la marcha de Voltaire: solo decia la verdad incidentalmente, y cuando ésta se desprendia de su pluma por la fuerza de su propio peso, y entonces deciala notablemente bien, porque ella se revelaba, por decirlo así, á sí misma, lacónica y sincera, precisamente porque era casual. Despues de esto la abandonaba, la dejaba inculta y sin deducciones, y pasaba otra vez á sus habituales licencias, de la misma manera que los padres abandonan á sus hijos ilegítimos, porque los echan indeliberadamente al mundo.—Semejante ligereza no cabe en nuestras costumbres actuales: en el dia cuando encontramos una verdad, nos detenemos ante ella para interrogarla con escrupuloso cuidado, para deducir todo lo que contenga esencial y relativo á la verdad suprema de nuestros destinos.

Ahora bien, ¿qué es lo que contiene la verdad ante la cual pasa tan ligeramente Voltaire?—Contiene nada menos que la demostracion de la verdad del cristianismo.—Vamos á probarlo.

En medio de tan grande diversidad de religiones, una sola cosa es comun á todas ellas, un objeto de *expiacion*.—La primera consecuencia de este hecho es que todas las religiones proclaman que el género humano peca contra Dios. Este pecado universal, puesto que así lo acredita la universalidad de la expiacion, debe de ser original, porque nada es universal que no sea original.—Esta es una consecuencia lógica de la verdad de observacion sea-

(1) *Conversaciones sobre la metafísica*, 13.

(1) Voltaire, *Essai sur les mœurs*, chap. 120.

tada por Voltaire. Y si no, ¿por qué todos los hombres, en medio de la mas profunda division imaginable, hubieran estado conformes en este solo punto, si la fuerza de su conviccion no viniese de lo alto y de su mismo origen, y si el fin á que todos han aspirado no les hubiese sido indicado por los mas poderosos motivos? Grande auxilio presta á esta conclusion el estrecho vínculo que la une á todas las mas explícitas tradiciones que hemos recibido acerca de la caída original.—Por consiguiente esta primera consecuencia es exacta.

Hé aquí una segunda que no lo es menos.—Aspirar á un fin, significa tener esperanza de alcanzarlo; aspirar á él con perseverancia y tan universalmente, es tener un fundamento sólido y arraigado para apoyar esta esperanza, de lo cual se sigue que el género humano atestigua unánimemente por el objeto de sus diversas religiones, que ha esperado fuertemente y que ha tenido poderosas razones para esperar una *expiacion* eficaz, y de ella una *rehabilitacion*; porque expiar es rehabilitarse por medio de la pena.

Una tercera consecuencia se desprende, en fin, de la gran verdad de observacion que nos ha servido de punto de partida. Es la siguiente:—Todas las religiones, como hemos demostrado anteriormente, suponiendo necesariamente, en el seno de su diversidad universal, una religion verdadera de la cual aquellas no son mas que alteraciones ó falsificaciones, por el carácter que á todas es comun, han tratado de asimilársela, y han procurado de esta suerte dársela á conocer. Siendo pues este carácter comun la *expiacion*, se infiere que la religion verdadera, la religion por excelencia debe ser aquella que haya satisfecho mas cumplidamente el objeto de la *expiacion*, y que en consecuencia haya alcanzado por este medio la rehabilitacion del género humano; la que mejor haya correspondido á la doble idea de la caída por el pecado y de la rehabilitacion por el dolor, y que haya resuelto el gran problema que tenia divididos el cielo y la tierra, presentado entre todas las formas de *expiacion* la única conforme á la miseria del hombre culpable y á la grandeza del Dios ofendido.—Con esto he nombrado ya la Religion de Jesucristo.

Véase cómo, desde unas palabras de Voltaire, hemos llegado por tres deducciones al término de la verdad religiosa. Era una puerta entreabierta, que solo hemos tenido que empujar para introducirnos en los mismos cimientos del cristianismo.

Pero de esta primera consideracion sobre el conjunto, pasemos á otra que nos conduzca al mismo resultado con mas detalles.

En todas las religiones hay algo no menos constante y universal que el *objeto* de la *expiacion*, y es su *medio*.

Este medio lo constituyen *los sacrificios*.

Para abrazar toda la estension de esta importante parte de nuestros Estudios, establecerémos desde luego el hecho del uso de los sacrificios y sus caracteres, y luego despues indagaremos su origen.

I. En nuestros dias solo hay un sacrificio en todo el mundo civilizado. Es el sacrificio místico de

Jesucristo, que se celebra en todos los altares del catolicismo, ó es mas bien la continuacion del gran sacrificio que tuvo lugar hace diez y ocho siglos en Jerusalem, sobre el Calvario, y al cual todos los cristianos están espiritualmente adheridos por la fé.

Antiguamente cada religion, cada pueblo, cada familia y hasta cada individuo tenia sus sacrificios. Por esto en todos los periodos históricos del género humano, por muy lejos que nuestra vista alcance, encontramos siempre, en todos los pueblos, y aun hoy mismo en las naciones idólatras, á la humanidad aquejada por la necesidad universal de la *expiacion*, y de la *expiacion* por medio de sacrificios sangrientos. En todas partes el hombre ha atormentado víctimas al pié de los altares, en todas partes ha tratado de apaciguar la cólera celeste por medio de inmolaciones. En todos tiempos, en las ciudades como en medio de las selvas, en la infancia de las sociedades como en su ancianidad, se ha creído que la sangre derramada tenia virtud purificante y era capaz de reconciliar la tierra con el cielo. La del hombre sobre todo ha sido tenida por la mas propicia, y si la piedad ha desviado muchas veces el acero de su pecho, no ha podido impedir en compensacion que se hundiera en las entrañas de los animales que mas cercanos se hallaban.—Escribiendo Plinio á Trajano sobre el número de cristianos, decia que desde que su doctrina habia progresado, los mercados públicos estaban henchidos de víctimas que nadie queria comprar. Esta observacion nos enseña que uno de los mas importantes comercios entre los antiguos, era el de las víctimas: ¡tan continua era su necesidad!

“Apenas puede decirse,—escribe un sabio inglés “que habia muy particularmente estudiado el origen de los usos de la antigüedad,—que sea necesario demostrar con pruebas regulares y formales “que la práctica de inmolar víctimas expiatorias, “ha sido en uno ú otro tiempo admitida por todos “los pueblos de la tierra, y que ha estado igualmente en uso en las naciones mas bárbaras lo mismo que en las mas civilizadas.... El salvaje idólatra del nuevo mundo, y el culto sectario del antiguo politeísmo, creen igualmente que sin la efusion de sangre no pueden los pecados ser perdonados. No habiéndose creído siempre suficiente “la vida de los animales para borrar la mancha del crimen y apaciguar la cólera del cielo, pedíase “con frecuencia la muerte de una víctima mas noble, y los altares del paganismo eran regados con “torrentes de sangre humana [1].”

Insistimos en la exposicion de este grande hecho, porque creemos que el hábito de oír hablar de él ha debilitado nuestra atencion en este punto, y por consiguiente no le concedemos toda la importancia de que es merecedor.

¿No es en verdad una cosa muy notable, que un uso tan estravagante, tan singular como el de pretender apaciguar á la Divinidad con sangre, haya sido tan universal y tan constante? Que esta idea ridícula y salvaje se haya arraigado en alguna pue-

[1] Faber, *Florus Mosaicus*.

blo bárbaro ó en algun remoto rincon del mundo, se concibe; pero que todos los pueblos unánimemente lo hayan practicado, que sea éste el primer hecho que observamos siempre y en todas partes, que todo lo llene, que hoy mismo el universo entero esté, en cierto sentido, á él subordinado, en una palabra, que nada exista tan universal y tan constante, es efectivamente prodigioso, y esciye una explicacion proporcionada á su importancia. Hay aquí un objeto digno de estudio: apelamos á todo hombre reflexivo.

El filósofo Charon, cuyo talento habia sido vivamente excitado por este objeto, sentaba de esta suerte el problema:—"Todas las religiones convienen en creer que el principal y mas grato obsequio que puede hacerse á la Divinidad, y el mas poderoso medio de aplacarla y de hacerse digno de su gracia, es el castigar. Fijese la consideracion en el mundo, en todas sus religiones, hasta en las nuevas que diariamente se erigen, jamás verá la humanidad el fin de las invenciones de nuevos medios de mortificarse. Esta opinion es la fundamental de los sacrificios, que han sido generales en el mundo antes de la aparicion del cristianismo, y que han sido ejecutados no solo sobre animales inocentes, que eran inmolados con efusion de su sangre como un presente agradable á la Divinidad, sino tambien (*¡oh como de la embriaguez del género humano!*) sobre tiernos é inocentes niños y sobre hombres formados.... Costumbre devotamente practicada por todas las naciones.... ¡Qué enagenacion de entendimiento, creer que Dios puede complacerse en la inhumanidad, retribuir á la bondad Divina con la afliccion de sus criaturas, y satisfacer á su justicia por medio de la crueldad!... ¡Justicia ávida de sangre inocente, obtenida y dispensada á costa de tantos dolores y tormentos!—¿De dónde puede proceder esta opinion y creencia, de que Dios se goza en el tormento y en la destruccion de sus obras y de la naturaleza entera [1]?"

Este pasaje de Charon honra á su talento filosófico. En él se rebela justamente contra las aberraciones del espíritu humano en el uso de los sacrificios: pero á pesar de este movimiento natural que le arrebató, se detiene ante la consideracion de que este uso es tan universal é inveterado en el género humano, que bien merece que se le examine desde su origen. No procura sin embargo resolver esta cuestion, y en parte no es extraño. Acontece al espíritu humano en su marcha general lo que al de cada hombre en particular; sus ojos no se abren sino lentamente á ciertas cosas, porque su atencion se halla desviada de ellas, y porque el hábito de juzgar por las creencias ajenas y de seguir la corriente de las ideas recibidas no le da tiempo para detenerse ante un objeto y examinarle atentamente desde su aparicion. Nuestro siglo, entre tantas malas, tiene una cosa buena, á saber, que para él no existen, propiamente hablando, ideas recibidas, y está todo por hacer; de manera que el

espíritu de investigacion puede libremente ramontarse á los orígenes de las cosas, y hasta es impedido á ello por el vacío de todo lo que le rodea. Unido esto á un apreciable fondo de buena fé, no puede dejar de hacerle descubrir la verdad mas profundamente que antes, y asegurarse sobre mas anchas y sólidas bases. El objeto presente de nuestros estudios es uno de los que han ejercitado mas ampliamente esta disposicion actual de los espíritus, y uno de los primeros resultados que ha producido la atencion atraída por su importancia ha sido completar los datos del problema, y hacer conocer la posibilidad de su resolucion.

Es admirable que todas las religiones hayan tenido por principal objeto la expiacion, y lo es mas aún, que en todos los pueblos, para alcanzarla, se hayan valido de medios idénticos, los sacrificios. Pero lo que pone colmo á la singularidad de este fenómeno, y supone una ley oculta, una gran verdad contenida en este uso, es que las formas y condiciones del sacrificio hayan sido invariablemente las mismas en todas partes, y que esta identidad se encuentre precisamente en lo que tienen de menos imaginable bajo el punto de vista de la sola razon.

Cinco principales condiciones se han observado siempre en los sacrificios:—Primera, que la víctima fuese distinta del culpable y pagase por él;—segunda, que esta víctima fuese, en lo posible, real ó simbólicamente inocente;—tercera, que fuese ó se aprosimase á humana, siendo hasta el punto que podia permitirle la piedad natural, víctimas humanas frecuentemente, animales domésticos siempre jamás bestias salvajes;—cuarta, que el sacrificio fuese sangriento, y que se debiese su eficacia al derramamiento de sangre;—quinta y última, que parte de la víctima la consumiese el fuego, y parte la comiese el pueblo y los sacrificadores. Estos eran los caracteres de los sacrificios, casi invariables en todo el universo.

Nosotros añadiremos, que estos caracteres rechazan completamente la idea de que semejante uso pueda proceder de la casualidad ó de la invencion del entendimiento humano abandonado á sus propias concepciones, y que envuelven en sí un principio superior que es preciso encontrar.

En efecto, la casualidad nada ha producido jamás universal y uniforme. En punto á aberraciones y extravagancias, el entendimiento humano es siempre esencialmente múltiple y variable, ó bien, cuando establece alguna costumbre ajustada á la razon y al buen sentido, no se complace en contrariarla abiertamente. Y ¿hay sin embargo algo mas contrario á las prescripciones de la razon, que todas esas condiciones de los sacrificios? Efectivamente, si la razon hubiese sido consultada, hubiera querido el castigo para el culpable, y jamás hubiera imaginado que los sufrimientos de un tercero habrian podido aprovecharle; á lo menos hubiera escogido que la víctima mereciese su infortunio, y no que fuese cabalmente la mas digna de interés y de piedad, como una paloma, un cordero, un niño, una jóven; en fin, la mas pura, la mas noble, la mas acreedora á una larga vida. La razon no concibe

[1] Charon, *De la sagrada*, lib. 2, chap. 4.

el privilegio de la sangre derramada, ni de esos banquetes religiosos en que se comían los restos de la víctima. Así que, los sacrificios no pueden explicarse ni por la casualidad, ni por la locura, ni por la razón; y cuando decimos que no pueden explicarse, hablamos de su primitiva institución, y no de sus aberraciones.

Ahí sin embargo está la dificultad.—Se ha dicho que la idea de un *siglo* es siempre digna de respeto, y que por mas depravado que haya sido, no debe creérsele enteramente malvado. Si esto puede decirse de un solo siglo, ¿qué no podremos decir de todos los siglos juntos y del género humano entero? Es pues de creer que no todo es reprochable en los sacrificios, y que en el fondo de esta institución universal se halla alguna gran justificación, alguna gran verdad. Cuanto mas inaccesible parece esto á la razón individual, tanto menos se comprende que toda la humanidad haya adoptado con entusiasmo una práctica tan extraña sin ser escitada por algun poderoso motivo.

Pero ya hemos llegado al enigma y al momento de descifrarlo.

II. Cualquiera uso que sea *universal*, hemos dicho, es tambien *originario* en especial cuando no se ofrece naturalmente al entendimiento, porque no se concibe que en el estado de division y dispersion en que se han hallado los hombres, hayan podido ponerse de acuerdo sobre una costumbre semejante; y es necesario subir á las edades en que todos constituían una sola familia para encontrar el origen de lo que han conservado de comun. No es la casualidad ni un ciego instinto, sino la unidad primitiva de la religion, y la unidad de su origen lo que ha producido este efecto. Todo el mundo ha estado bien instruido desde su principio acerca de sus progenitores. La verdad es anterior á la mentira, puesto que la mentira no es mas que la verdad alterada; todo error supone pues una verdad, y un error universal una gran verdad primitiva y originaria. Esto nos trae á la memoria las palabras ya citadas del profundo Aristóteles:—"Si quieres descubrir con certeza la verdad, separa con cuidado lo que tenga de primitivo, y fijate en él. "Este es, en efecto, un dogma paternal, un dogma "divino (1)."

Por consiguiente, si indagamos lo que tiene de primitivo esta verdad, podemos con seguridad fijarnos en las tradiciones de Moisés tan abundantemente comprobadas por su maravillosa conformidad con la naturaleza física y moral, y de las cuales puede decirse: *Hoc est paternum dogma divine profecto dictum*.

Estas tradiciones, aun bajo este aspecto, se recomiendan á nuestra investigación por un motivo particular.

El culto á un solo Dios espiritual y santo, el *teísmo*, ha precedido al *politeísmo* en todas las naciones. Es un hecho constante, y es, para decirlo así, su parte primitiva. Este culto solo ha sido conser-

vado por los judíos, y ha sido estinguido en todo el resto de la tierra. La separación de lo que tiene de primitivo se halla entre ellos enteramente ejecutada, y como los sacrificios formaron siempre parte de aquel culto, debemos creer que en él encontraremos su verdadero tipo. Su fidelidad en conservar el culto de Dios es un seguro garante de la conservación de la verdad sobre el motivo de los sacrificios, que constituyeron siempre una de sus partes. Hay no obstante en él una cosa notable, y es: que los judíos aislados del resto de las demás naciones, hasta en la idea de la Divinidad, participaron del uso de los sacrificios, lo cual prueba de una manera evidente, que este uso estaba fuertemente adherido al culto de la Divinidad, y era esencialmente primitivo, como lo observamos tambien en los mas antiguos relatos del primero de los pueblos.

A este punto pues nos aconseja la razón que dirijamos nuestras investigaciones; y si llegamos á averiguar el origen del uso de los sacrificios entre los judíos, tendremos ya la clave de esta costumbre en todos los demás pueblos, y solo nos faltará examinar de qué manera han podido estos adulterar su práctica y significado.

Fijémonos pues primeramente en el pueblo judío, á interroguémole sobre el motivo de sus sacrificios.

Uno de sus mas grandes profetas, Daniel, nos lo explica con claridad:—"Después de sesenta y dos semanas,—dice en su célebre profecía sobre el advenimiento de aquel Mesías que ya habia sido anunciado á las primeras generaciones,—EL CRISTO SERÁ MUERTO... Y LAS VÍCTIMAS Y LOS SACRIFICIOS SERÁN ABOLIDOS [1]."

Por la circunstancia de la abolición de los sacrificios descubrimos el motivo de su institución.

Es evidente, en efecto, que si el sacrificio del Cristo debia poner término á todos los demás sacrificios, estos reconocían por objeto y por motivo á Jesucristo.—Tal es la razón fundamental y primitiva de los sacrificios. Desde el momento de la caída del género humano le fué anunciado un libertador que vendría á santificar todas las naciones; borraría el pecado de que la humanidad era víctima, y le abriría una fuente de expiación por medio de sus sufrimientos y su muerte. Para fijar en el entendimiento la idea de esta futura redención y anticipar sus efectos, atrayendo la esperanza y la fe, el mismo autor de la promesa, es decir, Dios, que no quería recibir las súplicas del hombre culpable sino por el conducto de un mediador, estableció una institución conmemorativa. Tal es el origen de los sacrificios. Estos no debieron ser sino símbolos y figura del sacrificio del Mesías, y en consecuencia cesar desde el momento que este fuese consumado, para ser reemplazados por otra especie de *memorial* destinado á recordar ó mas bien á perpetuar este sacrificio ya consumado. Nos referimos al sacramento de la Eucaristía, que es continuación del sacrificio de Jesucristo, del mismo modo que los de la antigüedad eran su símbolo y figura.

(1) Si quis ipse solum primum separando accipiat: hoc est enim paternum dogma, divine profecto dictum patribus. Arist. *Metaphys.*, t. II, cap. 8.

(1) Daniel, cap. 9.

Sobre este cimiento descansa la teoría de los sacrificios.—Abundan las razones y autoridades para elevar esta explicación al mas alto punto de certidumbre y evidencia.

“La universalidad de los ritos de los sacrificios, dice el sabio Faver, escita naturalmente á indagar el origen de donde podría haber nacido una costumbre que tan difícilmente se explica, si solo consultamos los principios de la razon natural; y nos hallamos casi involuntariamente conducidos á consultar la historia inspirada como la sola verosimilmente capaz de darnos cuenta de su origen y significación de una manera satisfactoria.—Cuando un Dios Todopoderoso tuvo por conveniente revelar el misericordioso designio que habia formado de redimir, por medio de la sangre del Mesías, al género humano entonces perdido, tenia indudablemente una elevada importancia la institución de algun signo visible, de alguna representación eterna, por cuyo medio pudiera ser proféticamente representado á toda la posteridad de Adán el misterioso sacrificio del Calvario. Con esta mira se buscaba solícitamente una víctima pura y sin mancha, el primogénito del rebaño, y despues de haberlo degollado, se le destinaba al solemne sacrificio de ser quemado sobre el altar de Jehovah. Y cuando esta primitiva ley fué renovada bajo el sacerdocio de Leví, debieron observarse además dos circunstancias muy particulares: *que la víctima fuese un primogénito, y que la oblacion se hiciera por medio del fuego.*—Llama particularmente la atención el que estas dos costumbres hayan sido fácilmente conservadas por el mundo pagano. Homero nos enseña que entre sus conciudadanos era muy comun el ofrecer por toda hecatombe un cordero primogénito (1). Los antiguos godos habian admitido como principio, *que el derramamiento de la sangre de los animales apaciguaba la cólera de los dioses, y que su justicia dirijia contra las víctimas los golpes destinados á los hombres* (2). Fueron todavía mas allá, y hasta inmolaron víctimas humanas que consumia en seguida el fuego sagrado, mientras que la sangre, en conformidad de las ordenanzas de Leví, se esparcía parte sobre los concurrentes y parte sobre los árboles de la sagrada floresta. Los mismos habitantes de América tenian costumbres parecidas, fundándose en idénticos motivos, y la primitiva intencion que las habia introducido era bien conocida de los misteriosos sacrificadores de Britain, los cuales proclamaban unánimemente: *que á no ser que la mancha de nuestra culpable raza se lavase con sangre humana, jamás se apaciguaria la cólera de los dioses inmortales.*—¿De dónde procede pues esta práctica universal, sino del conocimiento antiguo y profundo de una depravacion moral? ¿De dónde puede venir mas que de alguna tradición alterada del verdadero sacrificio que debia ofrecerse por los pecados de todos los hombres (3)?”

Veremos luego de qué manera se adulteró esta tradición fuera del pueblo judío; pero fijándonos otra vez en él, observaremos que jamas penetró en sus ritos la horrible costumbre de los sacrificios humanos, pues se hallaba enérgicamente proscrita por las siguientes palabras del Levítico:—“No entregará tus hijos para que sean consagrados al ídolo de Moloch.... No os amancilleis con estas abominaciones con que se han contaminado todas las gentes, á las que yo espeliré ante vuestra presencia (1).”—El motivo de esta exclusion de los sacrificios humanos, observada solamente entre los judíos, es que el verdadero espíritu de la institución de los sacrificios se habia conservado entre ellos, el cual se reducía á representar en figura el solo sacrificio venidero del Mesías, á cuyo efecto bastaban los simples animales. De aquí se sigue, que á pesar de que todo prescribe la inmolacion de estos animales, la Divinidad los rechaza, y dice con tanta frecuencia en los libros santos: *¿Qué tengo yo que hacer con la multitud de vuestras víctimas? Ya estoy harto de ellas;* contradicción que solo se explica conviniendo en que las víctimas no eran mas que emblemas, y que solamente en este sentido habian podido ser gratas á Dios, que las rechazaba desde que los judíos carnales les atribuian una eficacia propia, lo cual hizo decir á Pascal:—“Si los sacrificios son una realidad, es preciso que gusten á Dios, y que nunca le disgusten; si son símbolos, deben á la vez gustarle y disgustarle: es así, que según la Escritura, le gustan y le disgustan, luego no son mas que símbolos (2).”

Si los sacrificios hubiesen sido una realidad, hubieran logrado su objeto, que era la redencion del linaje humano; es así que solo por medio del Mesías se ha conseguido este resultado, luego el Mesías era la verdadera víctima que se trasladaba al través de la inmolacion de las restantes. Cien pasajes nos lo representan en este sentido:—“Le vimos... dice Isaías, despreciado y el postrero de los hombres, varon de dolores, y que sabe de trabajos.—En verdad tomó sobre sí nuestras enfermedades, y cargó con nuestros dolores... Fué llagado por nuestras iniquidades, quebrantado fué por nuestros pecados: el castigo para nuestra paz fué sobre él, y con sus cardenales fuimos sanados.... Se ofreció porque él mismo lo quiso, y no abrió su boca: como oveja será llevado al matadero, y como cordero delante del que lo trasquila enmudecerá, y no abrirá su boca.... Fué cortado de la tierra de los vivientes: por la maldad de su pueblo fué herido (3).”—Estas palabras no pueden tener aplicación mas que al Mesías, porque no se encuentra ninguna otra víctima humana en toda la historia del pueblo judío.

Esta verdad ha sido brillantemente ilustrada desde el origen del cristianismo por San Pablo, en su epístola á los hebreos. Este apóstol, tan profunda-

(1) *Ilíada*, canto 4, vers. 202.

(2) *Mallet's North. Antig.*, t. 1, cap. 7.

(3) Faver, *Morue Mosaicæ*.

(1) Levit., cap. 18.—El sacrificio de Isaac no se consumió; fué una prueba, y además una figura del verdadero sacrificio de otro descendiente de Abraham.

(2) Pascal, *Pensées*, segunda parte, art. 8.

(3) Isaías, cap. 43, vers. 8 y siguientes.

mente varando en el conocimiento de las doctrinas hebraicas, que habia aprendido antes de su conversion en la escuela de Gamaliel, se dedica en esta célebre epístola á ilustrar á los judíos y volverlos al espíritu de la ley mosaica sobre los sacrificios, cuyo ceremonial les explica por sus relaciones con el Mesías, y despues les presenta este argumento, lleno de esa vehemente razon que resplandece en todos los escritos de aquel hombre inspirado:—"No teniendo la ley mas que la sombra de los bienes venideros, nunca podia por aquellas mismas víctimas que se ofrecen diariamente cada año hacer justos y perfectos á los que se llegan al altar. De otra manera hubieran cesado de ofrecerse, porque no se tendrían por pecadores de allí adelante los que una vez habian sido purificados. Mas en los mismos sacrificios se hace memoria de los pecados cada año. Porque es imposible que con sangre de toros y de machos de cabrito se quiten los pecados. Por lo cual, entrando en el mundo el Hijo de Dios, dice: *No quisiste sacrificio y ofrenda, Dios mío, sino que me apropiaste un cuerpo* (que me hace capaz de ser víctima yo mismo), y entonces he dicho: *HEME AQUÍ QUE VENGO, segun está escrito en el principio del libro, para hacer, oh Dios, tu voluntad.* Y abolió los primeros sacrificios para establecer el segundo, y en esta voluntad de Dios somos santificados por la oblation del cuerpo de Jesucristo hecha una sola vez (1)."
Fato nos lleva otra vez al pasaje de Daniel que nos sirvió de punto de partida: EL CRISTO SERÁ MUERTO.... Y LAS VÍCTIMAS Y LOS SACRIFICIOS SERÁN ABOLIDOS.... como figuras y sombras de lo que él es realidad.

Pero levantemos mas nuestra consideracion todavía, y procurémos demostrar por medio de un estudio comparativo entre los caracteres que presenta el sacrificio de Jesucristo y las condiciones que se exigian en los antiguos sacrificios, ya que estos no tenían mas objeto que delinearlo y prefigurarle. Procurémos examinar este importante asunto bajo su aspecto mas filosófico.

El redentor del linaje humano debia ser víctima santa, sustituta, sangrienta, y alimento de nuestra vida para la humanidad. Vamos á examinar sucesivamente nuestra cuestion bajo estos cuatro puntos de vista.

Primero. El linaje humano habia pecado contra Dios en el primer hombre, y no podia rehabilitarse sino redimiendo su falta por medio de la expiacion. Mas para que la expiacion fuese bastante eficaz para expiar la falta, era necesario que la igualase. La falta era proporcionada á la justicia que habia sido violada; y como esta justicia era infinita, la falta era infinita, y la expiacion debia serlo tambien. Siendo el hombre finito por naturaleza, y habiendo llegado á serlo aun mas por el pecado, no podia encontrar en sí mismo la expiacion reclamada por la justicia, que le perseguia y que no podia renunciarse á sí misma sin dejar de ser infinita y por consiguiente divina. Hubiera sido ne-

cesario que el hombre pudiera convertirse en Dios, y que en este estado se hubiese sacrificado á su justicia. Pero esto hubiera sido un prodigio semejante al que plugo á Dios obrar para la salvacion del género humano, anunciándole desde su caida un libertador que saldria de su raza, y en el cual se reuniria la naturaleza divina para hacer de él una víctima capaz de igualar la expiacion á la falta. Para rescatar al linaje humano debió ser Jesucristo una víctima infinita, víctima como hombre, infinita como Dios; primer carácter del sacrificio al cual estaba vinculada la salvacion de la humanidad.—A este primer carácter corresponde la primera condicion de los antiguos sacrificios de ofrecer una víctima de entre las mas preciosas y mas simbólicamente próximas á la infinita santidad de Dios. Esta exigencia de la ley en los sacrificios se nos presenta ya en los primeros que ha mencionado la historia: los sacrificios de Cain y de Abel. Cain, agricultor, ofrece á Dios los frutos de la tierra: Abel, pastor, ofrece los primogénitos mas gordos de su rebaño. Y el Señor, prosigue el Génesis, miró con benignidad á Abel y á sus presentas; pero no hizo lo mismo con Cain ni con lo que éste habia ofrecido.—¿De dónde nace semejante diferencia?—Un padre de la Iglesia, San Clemente, dice: *que Cain habia pecado en la eleccion de la ofrenda.*—Sin embargo, esta estaba en relacion con su oficio de labrador, de la misma manera que la de Abel con el suyo de pastor: ¿el valor de la ofrenda no era, pues, relativamente el mismo?—Segun un sabio intérprete del Génesis, "nada se encuentra en los sacrificios ofrecidos por Cain por donde se pueda conjeturar que se consideraba á sí mismo como pecador, como condenado á muerte, y como necesitando de una víctima que ocupase su lugar en la presencia divina y que fuese sacrificada por él. La ofrenda de Cain se aviene bien con el estado de hombre inocente: las primicias de los frutos de la tierra son testimonios de gratitud y pruebas de que el hombre considera á Dios como autor de los bienes temporales. Pero nada en ellos da idea de un mediador, nada nos le trae á la memoria: *Factum est.... ut offerret Cain de fructibus terra*.... Aconteció.... que Cain ofreciese de los frutos de la tierra (1)." Desde entonces todos los sacrificios de que nos habla la historia, presentan víctimas inocentes, y siempre escogidas entre lo que hay de mas puro. "Y edificó Noé un altar al Señor; y tomando de todos los animales y aves limpias, ofreció holocaustos sobre el altar. Y recibió el Señor este sacrificio como olor de suavidad, etc. etc."—Esta primera condicion de los sacrificios se encuentra tambien, como hemos visto ya, fuera de la nacion judía en todos los pueblos paganos; y á este propósito, dice el buen Rollin en su *Tratado de los Estudios*:—"Es necesario hacer observar á la juventud que todos

(1) *Explicacion del Génesis*, Paris, 1782, t. II, p. 10.—La complacencia con que el autor del Génesis insiste sobre el donativo de Abel, muestra bien claramente que da el primer paso á la diferencia. "Abel ofreció asimismo de los primogénitos de su ganado y de las greuges de ellos."

(1) Ad Hebraeos, cap. 10.

"los pueblos están de acuerdo en hacer consistir el fondo del culto público y la esencia de la Religión en los sacrificios, sin comprender la razón, el fin, ni la institución, que no es natural y que no ha podido ser producida por el solo espíritu humano; y que esta informalidad tan constante en una cosa tan especial, no puede haber tomado origen sino en la familia de Noé, cuyos descendientes al dis-arsese llevaron consigo la forma con que, según habían aprendido, quería Dios ser adorado (1)."

2.º El segundo carácter del sacrificio del Mesías, hemos dicho que era el que la víctima debía ser sustituida al linaje humano culpable, derramando sobre él todos los méritos de su sacrificio.—A primera vista parece esta institución injusta: todos los días decimos que no es justo que el inocente pague por el culpable, y este era uno de los rasgos mas repugnantes de los antiguos sacrificios, sobre todo cuando estas víctimas eran víctimas humanas. Pero además de que este carácter odioso desaparece para ser reemplazado por la mas tierna manifestación del amor en el sacrificio del Calvario, como que la víctima es en él necesaria y voluntaria a la vez, llamará vivamente nuestra atención la armonía de semejante circunstancia con el estado anterior de la naturaleza humana, si queremos estudiarle a fondo.

Por misteriosa que sea su causa, el hecho es, que todo el género humano padeció por el pecado de uno solo: ¿no era pues maravillosamente conforme á este primer misterio el que uno solo padeciese por lo que se había convertido en pecado de todo el género humano? Y si en cada uno de estos dos misterios hay una injusticia aparente, ¿no se neutralizan recíprocamente estas dos injusticias para producir á su vez la mas perfecta combinación de justicia y de amor, sobre todo si se observa que el que se ha hecho víctima de la segunda injusticia, sería en esta falsa suposición, el autor mismo de la primera, oponiendo de esta suerte un prodigio de amor á un prodigio de justicia, y que debía ser igualmente infinito, igualmente Dios en uno y otro prodigio, y sobre todo en la reunión de entrambos?

Pero bajo un punto de vista mas natural y mas humano, este carácter del sacrificio del Hombre-Dios participa eminentemente de la naturaleza social de la humanidad, á la cual ha también impreso por este medio una nueva vida.

En efecto:—Toda la sociedad del género humano descansa sobre los dos respetos de *solidaridad* y de *revertibilidad* como sobre sus dos polos. Bajo el punto de vista de detalle indudablemente las faltas y los méritos son personales, y es necesario que suceda así; pero bajo el punto de vista de conjunto y de generalidad las faltas son solidarias y los méritos revertibles. Todo lo que ha pretendido constituir sociedad, en pequeño ó en grande, desde las familias hasta los imperios, no ha podido vivir sino por medio del ejercicio de estas relaciones, y la asociación se disolvería el día en que tales relaciones se quebrantasen, porque la sociedad es un

ser esencialmente colectivo en que los hombres dejan de ser individuos para convertirse en miembros, y en que todos responden mutuamente unos de otros, cada uno vive la vida de todos, y todos se resienten é interesan en la vida de cada uno. Estos principios, aparentemente extraños en teoría, son muy prácticos en el terreno de los hechos; han funcionado instintivamente siempre y por todas partes en el campo social como esos órganos intestinales cuyo movimiento puramente natural é involuntario sostiene de una manera ignorada el fenómeno de nuestra existencia. A la intensidad de su acción debieron Esparta y Roma la fuerza y el poder que las hizo terribles. El espíritu de familia, de corporación, de raza, de patria, de humanidad, no es mas que este principio, que ha sido como fuente y origen de todos los sacrificios extraordinarios y de todas las grandes personificaciones. Él fué el que decidió á Codro á morir por su pueblo, el que inspiró á Curcio el arrojarle á un abismo, y á Decio el esponerse á los mortíferos tiros de los enemigos de su patria. Él fué, en fin, el que hizo decir al soberano de una nación de treinta millones de habitantes: *El estado soy yo*, y el que dictó á la pluma de Terencio este bellísimo verso:

Homo sum, nihil humani à me esse alienum puto.

—El gran defecto de la sociedad antigua consistió en haber concentrado con exageración este principio en las simples familias ó naciones, con exclusión y en hostilidad con todo el resto de la tierra. La mayor maravilla del cristianismo es haberlo elevado á su mas alto grado de verdad, de fecundidad y poder, aplicándolo al género humano todo entero, y enlazando á todos los hombres con el doble círculo de la *solidaridad* y de la *revertibilidad*, el uno en Adam, el otro en Jesucristo; de tal suerte que concentrándose todo en estas dos grandes personificaciones de las cuales todo procede, ó por vía de culpabilidad, ó por vía de expiación, puede decirse que todos hemos pecado en Adam y que todos merecemos en Jesucristo; y que así como Adam es el compendio del mundo caído, Jesucristo es el compendio del mundo regenerado, pudiendo cada uno de los dos decir, aunque en sentido opuesto: *El género humano soy yo*. Esto era lo que hacia decir á S. Pablo que *todo debía restaurarse en Jesucristo*, y á éste le hacia exclamar en profecía: *Cuando estaré levantado en cruz, todo lo atraeré hacia mí*.—Esto no quiere decir que según esta divina teología dejen de existir las faltas y los méritos personales, sino que gravitan y son atraídos, por decirlo así, á la gran falta original y al gran mérito divino, como los satélites alrededor de su planeta, del cual participan mas ó menos según el uso de su libertad.—Estos grandes principios, verdaderamente religiosos, que unen á todos los hombres en una sola familia, para ligarla en seguida por medio de un solo mediador á un solo Dios, habían desaparecido de la institución de los sacrificios antiguos, y no volvieron á parecer y brillar en el mundo hasta el supre-

(1) TRAITÉ DES ÉTUDES.—De la lecture d'Homère.

no sacrificio del cual todos los demás no eran más que figuras, el sacrificio de Jesucristo (1).

3.ª La víctima debía ser sangrienta.—Esta exigencia tan esencial en todos los sacrificios antiguos de todo el universo, es todavía inexplicable de otra manera que como ambiente del sacrificio de Jesucristo, en el cual encuentra una significación real y profunda.

Todos somos hijos de Adam, y por solo este título participamos del pecado original. Pero somos hijos del primer hombre, solo según la carne y no según el espíritu. Nuestras almas proceden inmediatamente de Dios, mientras que nuestros cuerpos no son más que una propagación de la carne de Adam, de modo que decían una gran verdad los pueblos de América cuando llamaban a la primera mujer la madre de nuestra carne. Esta carne nos ha sido transmitida en el estado en que se hallaba a consecuencia del pecado original, estado de rebeldía y de desorden que hacía exclamar a David: *Mi madre me concibió en pecado*. Nuestras almas al unirse con ellas están contaminadas con la mancha original, y entran en el cuerpo como en un sepulcro, según la expresión de un antiguo.—Cicerón decía también que sin duda para expiar algunas grandes crímenes en una vida anterior, sucede a nuestras almas en unión con nuestros cuerpos lo que, sucedería a cuerpos muertos. De aquí también aquella exclamación de S. Pablo: *¿Quién me libertará de este cuerpo mortal?* De manera que por medio de esta carne de Adam se comunican y adquieren ese ofuscamiento de nuestra razón, esa depravación de nuestra voluntad, que nos tienen sujetos al mal desde la infancia, y de ella se levantan esos vapores y esos fuegos de concupiscencia que nos ciegan y consumen. ¿Cómo se verifica esto?... No lo sabemos: es un misterio, seguramente el misterio material de la unión de nuestra alma con nuestro cuerpo. ¿Cómo es, por ejemplo, que aquella participe tan a menudo de los desórdenes de éste, aun a través de muchas generaciones, y que a veces un buen talento se encuentre de repente debilitado y aun eclipsado por un vicio hereditario que no está sino

en la sangre? Cuando Adam pecó, todo pasó en él, todo sufrió las consecuencias de su pecado; porque él era el compendio de toda la creación, y la tierra fue maldicha en su pecado (1). Su cuerpo pasó por consiguiente, y fue sellado con la mancha del pecado. De aquí, como hemos dicho, el que el origen de esta mancha se encuentre en nosotros y en nuestra carne.—Pero la carne es la sangre; y por los vínculos de la sangre, como se dice generalmente, somos herederos del primer hombre y transmitió su corrupción a nuestra naturaleza.—Pues bien; por este mismo medio quiso Dios que esta naturaleza fuese expiada y separada; y misterio por misterio, no comprendemos lo que a un padre replicar la orgullosa razón: con la sangre de la familia de Adam circula por todos sus miembros la mancha del pecado original, y esta sangre por consiguiente debía ser, por decirlo así, el pecante de la expiación y convertirse luego en agente de nuestra regeneración. Mas como ella por sí sola era incapaz de semejante operación, la sangre de la víctima que nos substituyó debía hacer sus veces y satisfacer a la justicia por el mismo medio. Esto es precisamente lo que se descubre realizado en el sacrificio de Jesucristo. Como representante de la naturaleza humana, su sangre, culpable por imputación, expía; como representante de la naturaleza divina, su sangre, infinitamente pura, lava; expía y lava los pecados del género humano, dos efectos que están tan unidos entre sí como la doble naturaleza de donde proceden, y que solo podía encontrarse en él.—A esta circunstancia corresponde la condición inherente a todos los sacrificios antiguos, sin excepción de ser sangrientos.—“Todo es sangriento en la ley (monica), dice Boetius, simbolizando a Jesucristo y a su sangre, que “purifica las conciencias (2).” De aquí se origina sin duda, la creencia que vemos abrazada por todo el género humano, de que no podía haber redención sino por medio de la sangre, lo cual había dado lugar a ese uso expiatorio, que se remonta a la más alta antigüedad pagana, conocido con el nombre de *Tueróolo*, que consistía en colocar el iniciado en una hoya, sobre la cual se hacía caer, al través de una criba, la sangre del toro que acababa de inmolarse a la divinidad (3).

4.ª Finalmente, la gran víctima debía ser para la humanidad alimento de una nueva vida.—La manducación del cordero pascual y generalmente de todas las víctimas entre los judíos, ya por el pueblo ya por el sacerdote, era un acto esencialmente religioso y simbólico, que hacía parte de los sacrificios. Lo mismo sucedía en todas las demás

(1) En los ritos de la ley mosaica encontramos esta sustitución energicamente representada en la simbolización del macho de cabrio emisario, que solo tenía lugar una vez al año en la fiesta de las expiaciones. El pueblo ofrecía dos machos de cabrio que debían ser las víctimas de sus iniquidades y ocupar su lugar. Elegíase por suerte uno de los dos, se le inmolaba, y el otro se reservaba para servir a la venganza de Dios y echarlo al desierto. El soberano Pontífice, después de haber depositado la sangre del primero en el Sancta Sanctorum, ponía las manos en nombre de todo el pueblo sobre el segundo, llamado macho de cabrio emisario, y teniendo las extendidas sobre la cabeza del animal, confesaba públicamente todas las iniquidades de Israel, pedia a Dios que las imputase a la víctima destinada, entregaba el macho de cabrio a un hombre preparado para este ministerio, que lo conducía a cierta distancia y lo dejaba en el desierto, donde su destino era un misterio entre la víctima y Dios.—Los dos machos de cabrio representaban dos caracteres de una sola y misma víctima: la exclusión de que acabamos de hablar, y el privilegio de la sangre, de que trataremos en breve.—¿Quién puede dudar que esta víctima así representada no sea la de quien decía Isaías en tan profético:—“Tomó sobre ‘nos’ nuestras enfermedades, y cargó con nuestros dolores.... lo ‘vimos’ como un leproso, como un hombre herido por Dios y humillado. El castigo que debía traernos la paz cayó sobre él. ‘El’ Señor cargó sobre él las iniquidades de todos nosotros” etc.

(1) Génesis, cap. 3, vers. 17.

(2) *Elevation sur les mystères*.

(3) La explicación que acabamos de dar de este carácter del sacrificio de Jesucristo no lo enerva explícitamente la Iglesia católica; pero se encuentran en todas partes poderosos motivos para semejante inducción.—Además, no hemos pretendido sondear tan gran misterio, sino hacer ver los puntos en que concuerda con los alcances de nuestra razón. Debemos creer que en la elección de los medios que plugo a Dios emplear para manifestarnos su justicia ó su misericordia, hizo entrar algunas analogías con nuestra naturaleza, cuyo desenvolvimiento es la instrucción y la recompensa de la fe.

naciones.—“Cuando las piernas de la víctima habían sido consumidas por el fuego, dice Rollin en sus *Reflexiones sobre Homero*, asábanse sus entrañas, y se repartían entre los concurrentes. Esta ceremonia es notable: ella terminaba el sacrificio ofrecido á los dioses, y era como un signo de comunión entre todos los presentes. El banquete seguía al sacrificio, y era una de sus partes (1).” Esta condición de los sacrificios corresponde también visiblemente al carácter esencial del sacrificio de Jesucristo, que se convirtió por medio del sacramento de la Eucaristía en alimento de una vida regenerada, conservándose y perpetuándose por este medio entre nosotros. De aquí aquellas palabras tan expresivas: *Mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida; el que no come mi carne ni bebe mi sangre, no tendrá vida en sí mismo*. Misterio profundo y aterrador para la razón sin duda, pero con el cual la fé y la esperiencia han formado la fuerza y la vida moral de la humanidad hace diez y ocho siglos, y que ha probado la verdad de su principio, alcanzando finalmente su fin (2).

Así es como todos los caracteres del sacrificio, que sirve de base al cristianismo, se ven reflejados en las condiciones de todos los antiguos sacrificios, de los cuales aquel es la única explicación posible, recibiendo él á su vez una testificación universal de todos ellos.

Es verdad que esta testificación no era bien comprendida sino por los judíos, y aun tal vez solo por un pequeño número de ellos; pero nada hay más fácil de concebir que la pérdida del conocimiento de este motivo de los sacrificios, sobre todo no dejándolos de practicar. En efecto:

Esta institución no debió tardar en alterarse como las demás, y su misma complicación aceleró este resultado. Sufrió pues una gran metamorfosis: la idea de un Redentor, víctima futura, prometida para la salvación del linaje humano, que formaba la parte espiritual de la institución, fué desapareciendo poco á poco de la práctica, y se refugió en una tradición mas elevada donde todavía experimentó algunas modificaciones, sin dejar por esto de ser conocida en todas partes, como veremos en el párrafo inmediato. Al contrario, la parte material y sensible del uso de los sacrificios subsistió y creció con la desaparición de la espiritual, porque á fuerza de hacer sacrificios que simbolizaban el sacrificio futuro, se concluyó por atribuir á este símbolo la virtud que solo había de tener la realidad. La impaciencia natural al corazón humano de ver realizado el objeto de sus esperanzas y su tendencia instintiva hacia las cosas sensibles, le hicieron caer en la grosera ilusión de que este objeto podía ser aquello mismo que no era mas que su sombra; y de esta suerte el signo ocupó en breve el lugar de la cosa significada, la figura el de la rea-

lidad, la letra el del espíritu, y el género humano se lanzó con tanta mayor avidez en el uso de los sacrificios, cuanto que vio ó creyó ver en él la virtud expiatoria que su gran miseria reclamaba. En ello dejábase llevar indeliberadamente por la antigua tradición, y por este motivo se apoderó de él la superstición, y se hizo servil y ciego continuador de las condiciones extrínsecas del sacrificio, y hasta las exageró.—Esta comparación del uso del sacrificio se concibe tanto mas cuanto que estaba en armonía con las alteraciones que se hacían en todos los demás puntos de las primitivas creencias del género humano. Así, por ejemplo, la idea de la unidad y santidad de Dios, habiendo sido reemplazada por el culto idólatra y por la deificación de las pasiones humanas, las víctimas brutales que con relación al Dios verdadero solo podían servir de símbolo, fueron ya susceptibles de convenir realmente á las infames divinidades sustituidas á su culto. Habiendo, además, la depravación de costumbres hecho perder de vista el verdadero bien y el verdadero mal, y habiendo impelido al corazón humano hacia la consecución de una felicidad meramente terrena, debió el hombre creer que las groseras víctimas no eran ya indignas mediadoras para obtener la satisfacción de sus groseros votos, y que el adorador, el Dios y la víctima se convenían con igual reciprocidad. Mas como aquella felicidad terrenal se escapaba por momentos á sus pasiones cada vez mas ávidas de saborearla, debió multiplicar y exagerar los sacrificios en la misma proporción, y olvidando completamente el bien futuro y espiritual que le estaba prometido, no buscó, no vio ni leyó en las entrañas de las víctimas sino la satisfacción presente y siempre imposible de sus insaciables deseos.

*Pectoribus inhians, spirantia consulit asta.
¡Heu! vultum ignoras mentes! quid vota ferentem,
Quid delubra juvant? (1)*

De aquí esa embriaguez del género humano en favor de una cosa que ya no comprendía, á la cual sabía, tan solo tradicionalmente, que en algun modo estaban unidos una idea y un medio de expiación y de salud, y en la cual hallaba siempre un recurso ó un abrigo para todos sus deseos ó temores. Concíbese fácilmente que en la exaltación de estos últimos pudo llegar el hombre hasta á inmolarse víctimas humanas y muy inocentes á fin de que la sustitución fuese mas absoluta y eficaz, y por una confusión mas palpable y terrible de la figura del sacrificio con la realidad, que debía ser efectivamente un hombre, pero un hombre Dios inmolado. A esa idea vaga corresponden aquellas palabras sacramentales de los druidas, cuando rociaban con sangre humana sus vestiduras:—“Si la mancha de nuestra culpable raza no se lava con sangre humana, la cólera de los dioses jamás se apaciguará (2).”

Lo que debiera haber desengañado á la humanidad de su error, era precisamente lo que la engañaba mas en él; porque, como decía San Pablo, lo

(1) *TRAITÉ DES ÉTUDES.—De la lecture d'Homère.*

(2) Solo podemos ahora tocar de paso este sublime punto, pues se reserva naturalmente para la segunda parte, donde hemos puesto una extensa exposición de todos los dogmas. Es preciso pues no juntarlo aquí sino en sus relaciones con el objeto actual de nuestro estudio.

(1) Virgilio, *Æneide*, lib. 4.
(2) Faber, *Hiere Mosaicæ*.

que probaba la falsedad de los sacrificios bajo otro aspecto que el de símbolos, era su misma multiplicidad: uno solo hubiera bastado si hubiesen sido eficaces; pero esta misma ineficacia constituía la santidad y la embriaguez del linaje humano. El abismo que el pecado había abierto en la justicia de Dios no podía ser colmado por ninguna expiación tomada en el pecado mismo, y sin embargo, esta necesidad de expiación oprimía la conciencia universal de la humanidad culpable. En este estado de oposición consigo misma y con Dios, á todo se atrevía, todo lo arrojaba dentro del abismo que los separaba. Diariamente se amontonaban víctimas preciosas bajo el cuchillo de los sacrificadores, y siempre eran mas sensibles el mismo vacío, la misma separación; y la justicia de Dios, mas ultrajada que calmada, rechazaba toda aquella sangre como estérilmente derramada por la cruel superstición de los hombres, á quienes un solo sacrificio hecho con fé en el sacrificio futuro, hubiera bastado en la presencia divina hasta el momento en que la verdadera víctima, la sola que podía llenar el abismo y ser positivamente MEDIADORA, viniendo al fin al mundo, dijera á su padre:—"Sacrificios, y ofrendas, y holocaustos por pecado no quisiste, ni te son agradables las cosas que se te ofrecen; mas me apropiante cuerpo, y entonces dije: HEMME AQUÍ QUE VENGO, según está escrito en el principio del libro, para hacer, oh Dios, tu voluntad;" es decir, para precipitarme en ese abismo siempre abierto de tu justicia, y cagarlo introduciendo en él una santidad y una satisfacción tan infinitas como su profundidad. Y llenó tan cumplidamente su misión expiatoria, como continúa observando San Pablo, que inmolándose una sola vez, abrió un manantial perpetuo de satisfacción en el mundo, y la eficacia de su sacrificio ha sido tan soberanamente visible siempre y en todas partes, que ha podido decirse, que *había sido inmolado desde el origen del mundo* (1), y que *aunque el altar se situó en el Calvario, la sangre de la víctima inundó todo el universo* (2).

Llegados á este término de nuestro estudio, podemos perfectamente explicarnos la razón del problema que presenta á la vista del observador el uso universal de los sacrificios. Colocándonos sobre el Calvario, nos encontramos en el solo punto de vista que permite aclarar todo el caos. Cuanto hay de odioso y absurdo en aquella costumbre se rectifica, se explica, y toma aquí una alta expresión de razón y de verdad que nos arrebató tanto, como antes nos confundía.

Cuatro cosas eran eminentemente absurdas en los antiguos sacrificios, considerados en sí mismos: —la primera era el encontrar una fuente de méritos en un sacrificio en que la misma víctima, de donde esta fuente debía partir, no tenía ninguno, porque no hay mérito sin voluntad, y era la fuerza brutal la que, á pesar de la resistencia de la víctima, la hacía caer bajo sus golpes: —la segunda era

el creer que se podía lavar la mancha de una raza culpable con la sangre también manchada que ella misma había producido, y el ofrecer á Dios un culpable en rescate de otro culpable: —la tercera era el imputar al hombre todos los supuestos méritos de la víctima, sin que éste hiciera otra cosa para apropiárselos, que ejecutar el acto cruel y supersticioso de la inmolación: —la cuarta, en fin, era el atribuir á Dios toda la crueldad de una escisión semejante, como si su bondad no pudiera brillar sobre la tierra sino al través de la destrucción de sus criaturas. —He aquí lo que mas repugna en los antiguos sacrificios, y que hace inexplicable su universalidad cuando se quiere prescindir de la sola explicación posible, resultante de su relación simbólica y profética con el sacrificio de Cristo.

Pero desde que se adopta esta explicación, desaparecen todas esas incoherencias, y se deja entrever el mas profundo y divino designio. —La víctima es entonces voluntaria, se sacrifica á sí misma, y produce el grande océano de méritos que debe esparcir por su alrededor. —Entonces la víctima no pertenece ya á la raza del culpable que debe purificar, sino que procede de las infinitas alturas de la santidad de Dios, y uniéndose á la naturaleza humana, solo toma las consecuencias del pecado sin participar de él. —Entonces, además, la imputación de los méritos de la víctima no es tan absoluta que el culpable no pueda participar de ellos; y aunque mas que bastante, solo se le ofrece á título de socorro y suplemento á sus propios méritos que debe esforzarse en adquirir siguiendo las huellas de su libertador. —Entonces, en fin, desaparece toda crueldad de la parte de Dios, y sin embargo, su justicia descarga el mas terrible golpe; y no solamente desaparece toda crueldad, sino que brilla entonces una bondad mayor que la que presidió á la creación; brilla, repetimos, en todo su esplendor por la misteriosa especialidad de que la misma víctima procede de la propia sustancia del Dios que la escije, y que es el mismo Dios, justicia esencial, que se inmola en la persona de su Hijo, que es él mismo; él, misericordia infinita; él, como decía admirablemente San Pablo, *reconciliándose al mundo en su Cristo* (1).

En resumen: —Si nos remontamos al verdadero origen del uso de los sacrificios, el que la razón nos designa, descubrimos que este uso debía de ser, en los tiempos anteriores á la muerte de Jesucristo, una institución figurativa del gran medio de expiación con que quiso Dios rehabilitar al género humano. Si no se quiere aceptar esta resolución, todo permanece tenebroso y confuso en el uso de los sacrificios; y todo por el contrario se hace claro é inteligible desde que se la admite.

Compréndese entonces fácilmente:

El origen antiguo de este uso, que se toca con el origen mismo del género humano, —y la época precisa de su abolición, que concuerda con la época de la muerte del Cristo (2);

(1) *Operans est ab originis mundi.* (Apel. II, 8.)
(2) Orígenes.

(1) *Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi.*
(2) Jamás se fijará bastante la atención en esta coincidencia.

La pureza con que se conservó, exento de crueldad y de superstición, en el pueblo judío, y las aberraciones que la pérdida de este sentimiento ocasionó en todas las demás naciones;

La uniformidad de sus condiciones estrínsecas en medio de sus mismos errores,—y la universalidad de su práctica, á pesar del horror que ellas debían inspirar;

En fin, lo que tiene de semejante con el gran sacrificio del Cristo, por cuyo medio él mismo demuestra *que es su figura*,—y lo que tiene de semejante con él, por cuyo medio demuestra *que no es otra cosa sino su figura*.

En una palabra, es ya evidente que un uso á la vez tan extraño, tan uniforme y tan universal, no pudo constituir el fondo de todas las religiones, sino porque debe de suponer y supone en efecto una gran verdad primitiva desviada de su objeto. Esta verdad, que aun es fácil encontrar en el mismo uso, porque resulta de sus mismas formas, es el hecho de una degradación y la necesidad de un mediador; es la salvación por la sangre de una víctima ofrecida en expiación de nuestras faltas y en sustitución de nuestra indignidad. Todo cuanto parece ridículo, incoherente, absurdo y grosero en los antiguos sacrificios considerados como una realidad, si lo ponemos en relación con el grande sacrificio de Jesucristo, recibe un carácter marcadísimo de razón, de sublime sabiduría, y de profundidad.—Por consiguiente, el sacrificio del Cristo es el término de esta verdad primitiva y la solución del problema universal que la contiene.

De esta suerte depones el género humano en favor de la verdad de la Religión de Jesucristo por las infinitas voces de sus sacrificios; y, para decirlo así, por los gemidos de todas sus víctimas.

§. III.

Tradiciones acerca de la rehabilitación ó acerca de la esperanza de un libertador.

Las tres partes del presente capítulo guardan entre sí tan estrecho enlace, que no hemos podido compararlas mejor que á las dos caras de una medalla y á la inscripción que está grabada en su redor. De la misma manera que la explicación de esta última se aplica al anverso y reverso de la medalla, así los sacrificios contienen implícitamente la doble verdad de una *caída* y de una *rehabilitación*. Así, pues, habiendo presentado las tradiciones universales relativas á la *caída*, tocaos es-

y en el del cumplimiento de estas palabras de Daniel: *El Cristo será muerto, y los sacrificios serán abolidos*. Recordemos que en los primeros días del cristianismo, Plinio escribía á Trajano que las víctimas se encontraban ya compradores, *quorum ad hoc paratissimi emptor inveniebatur*; y admirámonos sobre todo cómo los mismos judíos, que no parándose en el sacrificio del Cristo habrían debido continuar los que antes practicaban, los suspendieron sin embargo todos por aquel tiempo.—Es verdad que se concibe difícilmente la posibilidad de un uso semejante en el seno de nuestras costumbres cristianas; pero esto mismo prueba la verdad de la regeneración religiosa y moral que le puso término. La sangre de Jesucristo ha cicatrizado la antigua llaga que brotaba torrentes de sangre humana, y ha hecho en cierta manera prisionero á los más viles animales. *Pacificam per sanguinem crucis ejus, atque quae in terra atque in caelis sunt.*

poner ahora lo que tienen de especial en la creencia y expectación de un *libertador*.

Este tercer aspecto, si llenamos nuestro objeto, será una poderosa confirmación de los dos restantes, con los cuales formará un conjunto de pruebas incontestables; porque en primer lugar, todo lo que dirá rehabilitación, significará implícitamente caída; y en segundo lugar, porque habiéndonos dicho ya el género humano que no podía haber redención sino por medio de la sangre, si demostramos que conforme á esta idea, esperó siempre un libertador hasta el tiempo de Jesucristo, habrémos probado aun con mas evidencia, que su rehabilitación debía verificarse por medio de la sangre de este libertador, y habrémos completado la institución de los sacrificios, introduciendo de nuevo en sus formas la verdad que había dejado de animarles.

Entramos, pues, con resolución en este nuevo horizonte que es sumamente vasto, pero que está lleno de interés.

I. El primer pueblo que se nos presenta es siempre el pueblo judío, y no es en nombre de la fé que él goza de este privilegio, sino en virtud de los mas legítimos títulos, aun á la vista de la sola razón. Oigámosle con justicia y hasta con respeto, pues es nuestro primogénito (1).

¡Hecho notable y concluyente! entre todos los pueblos antiguos el mas enérgico y persistente en profesar la doctrina de la expectación de un reparador enviado del cielo y conforme á Jesucristo, es el que mejor ha conservado las restantes verdades tradicionales, y sobre todas la de LA UNIDAD DE UN DIOS.—Puede decirse que en todos tiempos la fé en un MEDIADOR ha sido el corolario inseparable de la creencia en un DIOS UNICO, y como el segundo párrafo de este primer artículo de la Religión natural.—¡Qué prueba, qué garantía de verdad!—Nunca se meditará bastante sobre este punto, decisivo en nuestro concepto.

El pueblo judío, como primogénito de la gran familia de los pueblos, estuvo durante tres mil años en posesión de los lugares que habían sido la cuna y como la antigua morada del género humano. Fué depositario y custodio de los títulos patrimoniales, de los cuales sus hermanos no habían llevado en su dispersión mas que informes copias. Fué destinado desde un principio para ser, por una especie de *presunción*, el confidente y el favorito del Padre celestial, con la obligación empero de dar cuenta á todo el género humano de los dones recibidos en el gran día de la abertura del antiguo Testamento, del cual llegó á ser, por la misma repudiación que de él hizo, ejecutor universal.—Tal es el doble papel que ha representado el destino de este pueblo, verdadero *pueblo de Dios*, como instrumento de su misericordia y de su justicia.

¡Con cuánta perfección ha representado este papel!—Mientras todas las naciones de la tierra marchaban á ciegas por la angosta senda de sus intere-

(1) No invocamos el testimonio personal de Moisés, sino el del pueblo judío en su mas alta generalidad y como nación. En manera no ver en este una repetición ni un doble uso, y lo hará conocer así lo que se diga á continuación.

ses individuales, mientras sus escuelas se contradecían mutuamente por la oposicion de sus respectivas doctrinas, mientras la política, la religion y la filosofía divagaban por senderos aislados y sin salida, y mientras todo en ellas parecia dirijido por ese ciego destino del cual habian formado el mas poderoso de sus dioses,—el pueblo judío solo tiene una doctrina, una política, un destino, una idea fija, la de anunciar, simbolizar y esperar al Mesías vaticinado; esto es, la idea y la mision de conservar y fecundizar en sí mismo el germen de una bendicion que algun dia debe esparcirse por toda la tierra y absorberle á él mismo en su universalidad. Preocupale solo este grande objeto; nada es capaz de distraerle y desviarle de él; dedícasele todo entero, y todo esto no por espacio de un siglo ó dos, sino durante la larga serie de treinta siglos consecutivos. Su paciencia y perseverancia en esperar este grande acontecimiento por tiempo tan dilatado participan en cierta manera de la invariabilidad de los actos de la naturaleza y de ese instinto augural de que están dotados los animales. Abraham, Jacob, Moisés, David, Isaías, Daniel y tantos otros patriarcas, legisladores, reyes, pontífices y anacoretas, solo parecen de tarde en tarde para repetir y reanimar la grande esperanza, y precisar cada vez mas las circunstancias y caracteres de su divino objeto. El espíritu de orgullo y de dominacion que distingue á todo lo que es grande entre los hombres, y que dirige y empuja á su genio por vias incesantemente nuevas, nada puede sobre ellos; todos se limitan al papel de precursores, y solo hacen servir la gran superioridad de su influencia y de su genio para preparar el lugar á uno mayor que ellos,—el que ha de venir,—la estrella de Jacob,—el deseado de las naciones,—aquel en quien todas serán bendecidas,—el príncipe de la paz,—el ángel de la alianza,—el Cordero de Dios, cargado con los pecados del mundo,—el Justo, que brotará de la tierra y lloverá de las alturas del cielo, para salvar á la una por el otro y reconciliarlos por su mediacion. Glorioso y humilde, dichoso é infeliz, llevará su principado sobre sus hombros, y nos curará á todos por sus llagas etc. (1) En cualquiera época en que aparezcan entre los judíos estos anuncios de la venida del Libertador, ninguno de sus autores se abandona á la tentacion de atribuirse las promesas de sus antecesores ni de desesperar de su futura realizacion: al contrario, cada uno de ellos se coloca inmediatamente en esa serie de heraldos que de boca en boca anuncian cada vez con mas fuerza la llegada del que ha de cerrar la marcha, porque él es su grande y único objeto.

Y no se nos acuse de escribir ahora bajo la influencia de prevenciones cristianas, y de acomodar las profecías al acontecimiento. El asunto de las profecías está reservado para ser objeto de un trabajo completo y minucioso en la tercera parte de los presentes Estudios: aquí no le consideramos bajo este punto de vista especial, sino que tomamos el hecho en su conjunto, y dejando aparte toda inter-

pretacion, decimos: desde el origen del mundo hasta Jesucristo estuvo el pueblo judío esperando un ser extraordinario que debia salir de su seno, y que por una misteriosa asociacion de abatimiento y grandeza, de pedecimientos y de gloria, llegaría á ser salvacion y centro de vida para todas las naciones (1). Hé aquí un hecho tan difícil de negar como el de la existencia del pueblo judío, cuya historia llena completamente. Si sobre este punto no merecen fé los cristianos, dése al menos crédito á los judíos; y sepase que si quisiésemos enumerar las atestaciones de semejante doctrina, seria menester citar las obras de todos sus rabinos. Uno de los mas célebres cuenta la venida del Mesías en el número de los artículos fundamentales de la fé, y la comprende, junto con la resurreccion de los muertos, en la recompensa que Dios ha prometido á los que creen en él (2). El sabio Maimonides, dice que el que no cree en el Mesías y no espera su venida, reniega de la ley y de los profetas, porque unos y otros dan de él testimonio (3).

Vamos á presentar una autoridad que nos dispensará de las demás, porque las supone todas.

El israelita M. Salvador ha publicado una obra muy á propósito para quitar á Jesucristo y á su doctrina la base que podian encontrar en las tradiciones y profecías de los judíos (4). Para lograr con mas seguridad su objeto, empezó por arrebatar á estas, en una obra anterior, todo cimiento sobrenatural (5). En una palabra, M. Salvador es un judío espíritu-fuerte. Así es que aprovecha cuantos recursos puede inspirarle esta doble prevencion para violentar el sentido de las tradiciones y profecías, y separarlas de la persona de Jesucristo. Según él, los pasajes proféticos, que no solo los cristianos sino tambien los judíos aplican al Mesías, como estos:—*El hombre justo será entregado como víctima á los mas acerbos dolores, y despedazado por sus propios hijos..... Será arrojado como un cadáver en la hoya, para volver radiante á la vida, y su sepulcro será glorioso &c.*, no deben entenderse de un individuo sino de una nacion, puesto que son una personificacion nacional de los destinos de los hebreos (6).—Júzguese, por esta muestra, de las buenas disposiciones de M. Salvador en favor de la verdad, de la esperanza en un libertador.—Pero M. Salvador tenia ante sí una cosa que todas las sutilezas imaginables no pueden ofuscar, es decir, un hecho inmenso que cuenta á todo un pueblo por autor y treinta siglos de existencia; así es que á pesar suyo se vió obligado á confesar en las páginas posteriores, que—“todas las promesas consoladoras adoptaban con preferencia una expresion, “sobre la cual el país entero fundaba sus esperanzas “en la época de Jesucristo. De la raza de los pri-

(1) La mayor parte de los rabinos no podian disimular que el Mesías esperado se les representaba unas veces glorioso y otras abatido; tan pronto triunfante como víctima, y no pudiendo conciliar estos dos estados en una misma persona, imaginaron dos Mesías.

(2) El autor del *Sepher Akarim*, lib. 1, cap. 8.

(3) *Tract. de Reg.*, cap. 2.

(4) *De Jesucristo y su doctrina*.

(5) *Sistema religioso y político de los hebreos*.

(6) T. I, pp. 80 y siguientes.

(1) Todas estas calificaciones están tomadas de los libros santos, y aplicadas al Mesías por los judíos y por los cristianos.

"cipes de Judá de la estirpe de David, tomado como modelo de inteligencia y de gloria, debía algún día salir UN LIBERTADOR, que reuniendo como él y en la mas alta perfeccion el valor y la fuerza del alma, triunfaria de toda opresion exterior, y juntaria bajo su cetro de paz los dos estados divididos (israelitas y judíos); restituiria á la justicia sus derechos, al pueblo su dignidad, y á la vida todas las dulzuras que le concediera primitivamente el Criador.... En fin, este era el que, segun esas mismas promesas, debía hacer servir al verdadero Israel, en conformidad á su destino, de estandarte y núcleo á los demas pueblos de la tierra, para formar de todas las familias de los hijos de Adam una sola familia de pueblos reciprocamente vivificados por la mas admirable unidad (1)."

Es absolutamente imposible ocultar el hecho de la expectacion en que estuvieron siempre los judíos de un libertador de la raza humana.—¿Todavía están esperando! ¿puede desearse una prueba mas convincente de que siempre han esperado?—Tal vez se dirá que con el intento de favorecer al cristianismo, se han prestado los judíos á inventar posteriormente este hecho, alterando la fecha del primer título de su confusion y de nuestra fé.

Hay tambien otro hecho digno de atencion, y que prueba hasta qué punto habia germinado entre los judíos la promesa del Mesías, contenida en los pasajes del Génesis que hemos citado en el capítulo de Moisés; á saber: que los samaritanos que representan las diez tribus que se habian separado de la nacion en el reinado de Jeroboan, mil años antes de Jesucristo, no reconocian como sagrados mas libros que los de Moisés, y continuando siempre en enemistad con los judíos, al menos tanto como estos con los cristianos, han conservado hasta al presente la creencia en la venida del Mesías, á quien llaman HATHAS (el convertidor). Hállanse reducidos ahora á unas treinta familias en Nablous, la antigua Sichem, como hemos indicado ya en otro lugar. Durante el último siglo se siguió con ellos una correspondencia con el objeto de aclarar esta cuestion, cuya correspondencia ha sido publicada por Schnurrer (2), y su resultado fué de los mas concluyentes, habiéndose robustecido muchísimo mas aún con los poemas samaritanos de la biblioteca Bodleiana, que ha publicado Gesenio (3).

Ademas, todo el pueblo judío tendia á reproducir el mismo objeto; y esta unidad tan prodigiosa no se hallaba tan solo en el libro (el único que poseía

este pueblo, y que era un registro abierto donde todos los profetas iban uno tras otro á escribir una página, una frase, hasta el tiempo de Jesucristo en que fué irrevocablemente cerrado), sino tambien en las instituciones, en las ceremonias, y hasta en los acontecimientos. Esta era la esclusiva mision de aquel pueblo, á quien podriamos llamar, segun San Agustin, un gran profeta único.—Aquella esperanza que el pontífice Zacarías, en medio de los transportes de su alegría por verla realizada en Jesucristo, cantaba con estas palabras: "Benedictus dominus Deus Israel, quia visitavit et fecit redemptionem plebis sue. Sicut locutus est per os sanctorum, qui à seculo sunt, prophetarum ejus. Insuperandum, quod juravit ad Abraham patrem nostrum daturum se nobis, &c. (1)" Aquella esperanza, decimos, era una herencia nacional que cada generacion transmitia á la siguiente, con la notable y muy positiva circunstancia de que en sus mas bellos dias de poder y de gloria, en tiempo de David y Salomon, nunca el pueblo judío pensó en pretender que el Mesías debía entonces aparecer, y que en sus mayores aflicciones, en la época de Daniel y en la de los macabeos, jamás desesperó de verle llegar, hasta el momento supremo de la aparicion de Jesucristo, en que parte de la nacion proclamó que él era el Mesías prometido á sus padres, y el resto,—como un piloto arrojado fuera de su rumbo por la tempestad,—fluctuó, respectivamente al Mesías, á merced de todos los sistemas. Unos decian que el Mesías habia aparecido ya en la persona de muchos hombres célebres de su nacion, sobre los cuales, sin embargo, no se convenian;—otros aseguraban que habia debido aparecer ya, pero que se habia diferido su venida á causa de los pecados del pueblo;—algunos llegaron á atontarse tanto en medio de su mismo extravío, que cayeron en una especie de desesperacion, y escribieron en su Talmud estas fatales palabras: ¡Malditos los que cuentan el tiempo de la llegada del Mesías!—pero todos ellos han desaparecido ya, y solo subsisten en el seno de las maravillas de nuestra civilizacion cristiana, como esas lenguas muertas, que desterradas del comercio de los pueblos, típicamente sirven para la inteligencia de los monumentos que se remontan á la época en que se hablaban.

De manera que la promesa de ese salvador, de ese descendiente de la mujer, que debía quebrantar la cabeza de nuestro antiguo enemigo y regenerar á todas las naciones, es incesantemente mantenida y atestiguada por la mas prodigiosa y auténtica tradicion que jamás haya existido entre los hombres; la tradicion de todo un pueblo, de toda una nacion, cuya única mision sobre la tierra ha sido, por espacio de mas de tres mil años, el repetirla y confirmarla, y que se dispersa en la época en que los sucesos acaban de justificar la promesa, y en que, cumplida su mision, no subsiste ya sino para hablar perpetuamente á todos los pueblos de la tierra del prodigio de esta concordancia, que solo él no ve para hacerla ver mejor á los demas.

(1) P. 86.

(2) Eichhorn's bibliothek's repertorium, 9, th. 5. 27.—Habian mediado ya otras correspondencias semejantes entre el pequeño numero de samaritanos que queda y Benigario, Ludolf, y la universidad de Oxford. Véase de Saey, *Mémoires sur le état actuel de los samaritains*.

(3) *Corpus Samaritanæ et cædibus londinensibus et Gethaudo*. Lips. 1824, p. 75.—Lo que mas habia excitado la curiosidad de los sabios acerca de este punto era la objecion de inconsecuencia de costumbres y de doctrina opuesta á este pasaje del Evangelio:—"Aquella mujer (la Samaritana) dijo á Jesus: "Yo sé que vienes el Mesías, que se llama Cristo; y cuando viniere, él, nos declarará todas las cosas. Jesus le dijo: Yo soy, que hablo contigo, &c. (San Juan, cap. 4, v. 25.)"

Hemos usado todos estos interesantes detalles del ensayo discursivo de M. Wilmann.

(1) Lucas, cap. 1.

II. Desde este primer punto y como de este foco de las tradiciones universales, traslademos ahora nuestra atención á todos los demas pueblos y oirémos en seguida que estas palabras del Génesis, *ITA ERIT ESPECTATIO OMNIUM*, resuenan por todos los puntos del espacio y del tiempo como un eco sonoro, mas ó menos debilitado ó alterado por los obstáculos que se oponen á su marcha, pero que á través de todas sus metamorfosis repite constantemente el término de la esperanza que se pronunció en el principio.

1. Ya anticipadamente hemos dejado entrever esta *esperanza*, que habia quedado en el fondo de la caja de Pandora, particularidad que no debe dejarse pasar desapercibida. Por la *mujer* se introdujo el mal en el mundo, decia aquella fábula, y por la *mujer* arrastrada á la desobediencia por el *deseo de saber*.—Pero lo que hay de mas notable es que la misteriosa caja, que estaba llena de males, contenia no obstante en su fondo un *bien*, pero un bien futuro, un bien en *esperanza*, que se hallaba allí como el contrapeso de los males, y por consiguiente como la futura salvacion del mundo que estaba sumido en la desgracia.—Esta corta fábula de Pandora nos presenta en su ingenioso laconismo, y por decirlo así, en su *caja*, toda la sustancia de la historia religiosa de la humanidad.

2. Mas veamos desenvolverse esta misma historia en rasgos mas severos bajo el velo de otra fábula,—la de *Prometeo*.

Esquiles habia compuesto tres tragedias sobre este asunto, en las cuales habia distribuido las tres grandes fases religiosas de la humanidad personificada en *Prometeo*.—La primera llevaba el título de *Prometeo robador del fuego*, la segunda el de *Prometeo encadenado*, y la tercera el de *Prometeo libertado*. En estos tres grandes cuadros se atrevió Esquiles á publicar los restos de las tradiciones primitivas sepultados por la raza sacerdotal bajo el secreto de los misterios de Eleusis, indiscrecion que le costó el ser perseguido y casi morir víctima del furor popular, que solo pudo evitar con la proscripcion y la fuga (1). Desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros mas que la segunda de estas tres piezas, el *Prometeo encadenado*, y un precioso verso de la tercera conservado casualmente por Plutarco. Sin embargo, este monumento de las tradiciones griegas, á pesar de ser tan reducido, despide á través de la terrible oscuridad que le rodea algunos rayos de luz que descubre visiblemente el dogma cristiano en medio de los profundos arcanos del porvenir.

Hanse escrito varios volúmenes sobre la profecía de Prometeo; mas nosotros no hemos querido engolfarnos en su lectura por miedo de contraer en ella prevenciones sistemáticas, casi siempre compañeras inseparables de una erudicion llevada al exceso. Hemos preferido indicar solo lo que hemos podido conocer por nosotros mismos, y que cada uno de nuestros lectores puede conocer lo mismo que nosotros. Creemos que no es este el peor me-

dio para encontrar la verdad; porque sucede muchas veces, que mientras nos perdemos buscándola en las profundas interioridades de un asunto, ella nos está esperando en el umbral.

Para comprender desde luego el sentido de la fábula de Prometeo, es preciso ver primeramente toda la tragedia de Esquiles, distinguir cuanto ella contiene de sustancial, juntarlo con algunos otros restos de la misma tradicion que se hallan mezclados con otras fábulas parecidas, y buscar en este conjunto el cuerpo de la verdad. Esto es, al menos, lo que nos ha parecido ofrecerse naturalmente á nuestras investigaciones, y suplicamos que se suspenda el juicio hasta que hayamos acabado de esponerlas por completo.

En el drama de Esquiles, y por lo general en toda la mitología griega, Júpiter se halla representado bajo dos caracteres diferentes, que pocas veces se notan. Ya es la misma Divinidad en su mas elevado punto de vista religioso, es decir, la soberana é inflexible justicia que gobierna los hombres y los dioses; ya es un usurpador y un tirano que ha invadido los dominios de Saturno, antiguo señor del cielo, y que se ha convertido en autor de todos los males de la especie humana.—Sea como fuere, Prometeo ha caído víctima de Júpiter, y desde el fondo de su suplicio prorrumpe en blasfemias y maldiciones contra su enemigo.—Interviene entonces una mujer, que por estar sufriendo una desgracia igual á la suya, participa de la compasion que los espectadores (los coros) sentian ya por Prometeo. Esta mujer es Io que recorre toda la tierra, perseguida por el dardo de una justicia vengadora, y se detiene simpáticamente á la vista de Prometeo, que en aquel momento, interrrogado por la ávida curiosidad de los espectadores, se negaba á explicar el significado de una profecía que tiene relacion con su libertad.—La presencia de aquella mujer conmueve á Prometeo, y se conduce de su suerte tan parecida á la suya propia, y ella logra que explique en fin esa futura libertad, de la cual no ha dicho hasta allí mas que algunas palabras, y que les concierne igualmente á entrambos. En el final se presenta Mercurio para obtener de Prometeo la explicacion de esta misma profecía, con la cual amenaza á Júpiter; pero negándose á ello Prometeo, Mercurio confirma el decreto de la justicia celeste contra el culpable, y le señala por término de sus padecimientos uno de los mas misteriosos medios de satisfaccion.—Tal es el cuadro de la tragedia de *Prometeo encadenado*, cuyos principales pasajes vamos á hacer conocer á nuestros lectores.

Los coros hablando á Prometeo:—*Tu suplicio es muy cruel; pero tú debes á tus imprudencias tu desgracia.... Sin embargo, no te abandones á tí mismo en este infortunio, pues tenemos la dulce esperanza de que dentro de poco te verás libre de esas cadenas, y LLEGARÁS Á SER IGUAL Á JÚPITER!*—Prometeo: *No; no es este el porvenir fijado por la inevitable parca: yo viviré encorvado bajo el peso de los males, en medio de tormentos innumerables, y no me veré libre de las cadenas hasta despues del suplicio. El arte es un poder muy débil al lado de la*

(1) *Voyage d'Anacharsis*, t. II.

necesidad.—Los coros: *Pero ¿quién arregla el curso de esta necesidad?* Prometeo: *La triple parca, las furias, la infalible memoria.* Los coros: *¿Qué! ¿es Júpiter menos poderoso que ellas?* Prometeo: *Sí, Júpiter no sabría evitar su destino.* Los coros: *¿Y cuál es pues el destino de Júpiter?* Prometeo: *No me lo preguntéis, no insistáis.* Los coros: *El secreto que nos ocultas es espantoso.* Prometeo: *Hablad de otra cosa; no es tiempo todavía de revelar el misterio; ahora nos que nunca conviene tenerlo oculto, etc.*

Aparece Io.

Io:—*¿Dónde estoy? ¿En medio de qué pueblo me hallo? ¿Quién es ese cautivo que veo encadenado á esas rocas?* (dirigiéndose á Prometeo): *¿Por qué delito estás pereciendo en medio de esos tormentos? Dime á qué país he llegado, errante, desgraciada.... ¡Ah! infelice de mí! todavía el tábano me persigue con su aguijón.... Huyo, corro muerta de hambre por las arenas de la playa.... ¡Oh! ¿por qué pues, oh hijo de Saturno, por qué crimen me sujetas al yugo de tales sufrimientos? ¡Ah! ¡si yo pudiese saber cuál será el fin de mis males!*

Habiendo Prometeo soltado una palabra que daba á entender que conocía el destino de Io, ésta, ansiosa de saber cuándo terminarian sus males, le dice: *Respóndeme pues sin ambigüedad; ¿qué me falta todavía á padecer? Habla, dime todo lo que sepas.*—Prometeo refiere todos los males pasados y venideros de Io, males inmensos, y ella se lamenta con amargura.

Prometeo:—*¡Ah! ¿Y cuál sería tu desesperación si sufieras mi suplicio? la muerte es al menos el fin de tus tormentos: yo no teo otro término á mi infortunio que el día en que JÚPITER caerá despojado de su imperio.*—Io: *¿Qué me dices? ¿Júpiter perder su imperio?* Prometeo: *El espectáculo de su abatimiento te causará sin duda una alegría inmensa.* Io: *¿Puedo no alegrarme después que me ha tratado tan cruelemente?* Prometeo: *“Puedes estar segura que el suceso se cumplirá.”* Io: *“¿Quién le arrancará el cetro de la omnipotencia?”* Prometeo: *“El mismo, su locura.”* Io: *“¿Cómo! dime, dime lo que puedas.”* Prometeo: *“Contraerá un himeneo del cual debe arrepentirse algún día.”* Io: *“¿Con una diosa ó con una mortal? Habla.”* Prometeo: *“¿Qué te importa? ¡Ah! no me atrevo á revelar semejante misterio.”* Io: *“¿Lo destruirá acaso su misma esposa?”* Prometeo: *Esta esposa dará al mundo un hijo que será mas poderoso que su padre.* Io: *“¿Y no hay ningún medio para evitar tan gran desgracia?”* Prometeo: *“No: á menos que libertado de estas cadenas....”* Io: *“Pero ¿quién podrá ponerte en libertad no queriendo “Júpiter?”* Prometeo: *“¿Quién? Uno de tus descendientes....”* Io: *“¿Qué estás diciendo?”* *“Tu libertador será un hijo mío?”* Prometeo: *“Sí, en la tercera generación después de otras diez generaciones.”* Io: *“¿Cuánta oscuridad deja en mí al “ma este oráculo!”*

Después de largos circunloquios, llega Prometeo al final de la historia de Io.—Ahora, dice, voy á revelarlos á ellos y á tí todo lo restante de esta

historia.—“En los confines del Egipto hay una ciudad edificada á la embocadura del Nilo, sobre las arenas acarreadas por el río, que se llama Canope. En ella Júpiter te hará justicia; pondrá sobre tu frente su mano acariciadora, y su contacto bastará. Y después te nacerá un hijo, cuyo nombre recordará su origen, Epapho.” (En griego significaba tocar ligeramente).

En seguida refiere Prometeo la historia de “los hijos de Epapho,” entre los cuales están las Danaidas, una de ellas fiel á su esposo:—“De ella, prosigues, nacerá en Argos una estirpe real. Pero esta historia es demasiado larga para contarla: bástete saber que de esta estirpe saldrá un héroe, famoso por sus flechas, y que me librará de mi suplicio.” Tal es el oráculo que me reveló mi madre, Temis, la antigua hija de los Titanes. “Mas la manera y la ocasión en que todo esto se realizará, necesitaráse mucho tiempo para contarlo, y nada ganarias con saberlo.”

Afectada Io por un nuevo delirio, prorrumpe en quejas contra Júpiter.—Prometeo: “Y por lo tanto este Júpiter, á pesar del orgullo que se ha apoderado de su alma, será algún día humilde y abatido. Caerá de su trono.” Así se cumplirán enteramente todas las imprecaciones que lanzé contra él su padre Saturno, “cuando fué echado del antiguo trono de los cielos. Gócese, pues, en su seguridad, confiado en ese ruido que suena en los espacios. ¡Vano aparato, que no le librará de una caída ignominiosa é irreparable!” *Cuán terrible será ese enemigo que se está él mismo creando! Gigante indomable, que intentará un fuego mas violento que el del rayo, estampidos mas retumbantes que los de la tempestad....* “Metido en ese escollo, Júpiter reconocerá al fin la grandísima diferencia que va entre reinar y servir.”—Los coros: “Nuestros creemos que tomas el sueño de tus deseos por la realidad del destino de Júpiter.” Prometeo: “Todo cuanto digo se cumplirá.” Los coros: “¿Qué! ¿Júpiter tener señor?” Prometeo: “Sí, “y sufriendo un suplicio mas insoportable que el mío.”

En el final del drama se presenta Mercurio, como hemos dicho ya, para pedir á Prometeo la explicación de aquel oráculo tan funesto para Júpiter, pero Prometeo se niega á contestarle. Entonces Mercurio le anuncia en estos términos la prolongación de su suplicio:—“Están ya preparados la tempestad y el rayo abrasador; mi padre deshará en astillas esas cimas escarpadas, y tu cuerpo desaparecerá confundido entre las rocas. Después de mucho tiempo volverás á ver la luz del día; pero el perro alado de Júpiter, el águila hambrienta de carne arrancará sin piedad un gran pedazo de tu cuerpo: comensal no convidado que vendrá á alimentarse un día entero de tu hígado, negro y sangriento manjar del festín. Y no te figures que semejante suplicio deberá acabarse hasta que en Dios se ofrezca á reemplazarte en tus sufrimientos, “y quiera bajar voluntariamente por tí á la mansión de Pluton en las tenebrosas profundidades del Tártaro.”

Tal es en compendio la tragedia de Esquiles, el *Prometeo encadenado*.—Para no despreciar nada de cuanto pueda ilustrarnos sobre su verdadera significación, dirémos con Apolodoro: que según refiere la fábula, Prometeo, después de haber recobrado su libertad, se reconcilió con Júpiter que le trasfirió la inmortalidad de Chiron (1); y pondremos á continuación el verso del *Prometeo libertado*, de Esquiles, donde Prometeo, hablando de su libertador, le llama:

Hijo querido de un padre enemigo (2).

Reunidos ya estos documentos, entreguémonos á la investigación de la verdad que puedan contener.

Lo primero que nos choca en toda esa fábula dramática de Prometeo, es la oscuridad, la incoherencia, y por decirlo así, la deformidad de las partes, de lo cual debemos inferir que no quiso Esquiles hacer una obra de "invención", pues hubiere procurado emplear en ella mas arte, mas consecuencia y enlace. Es infinitamente mas probable que quiso limitarse á recoger los miembros esparcidos de aquella tradición, de la cual ni él mismo tenía perfecta inteligencia. Todas las reticencias proféticas de Prometeo no son mas que cierto artificio, por cuyo medio quiso el poeta disimular su propia ignorancia. En realidad dice todo lo que sabe y tal como lo había encontrado en la antigua tradición, á mas de que él mismo lo confiesa en boca de Prometeo: "Tal es el oráculo que me reveló mi madre, "la antigua hija de los Titanes."

No es menester pues suponer en aquel drama un designio oculto, ni por consiguiente esperar ni buscar una solución que explique y concilie todas sus partes. El desorden y la oscuridad que en él reinan denotan igualmente que en su contenido ni todo es verdad ni todo caprichosa invención, sino mas bien una mezcla confusa de ambas cosas; en una palabra, una verdad introducida en la fábula, y que debemos tratar de aclarar.

Pues bien, esta verdad nos parece la misma que consignó Moisés en el Génesis, y que después se desenvolvió mejor en otros pasajes de los libros santos, relativa á la promesa y á la esperanza del reparador de la caída del hombre.

Tomando desde luego la fábula de Prometeo en su conjunto, se descubren fácilmente los grandes linamientos de esta verdad.—Prometeo quiso hacerse semejante á Dios, y es condenado á un espantoso suplicio, en medio del cual alimenta, sin embargo, la esperanza de un libertador. La mujer lo comparte con el hombre este doble y cruel destino, y de ella, *de ella sola*, debe salir el libertador común á entrambos. La procedencia de este libertador debe tener, efectivamente, un carácter milagroso: la mujer debe llegar á ser fecunda sin experimentar detrimento alguno en su virginidad, y de ella, por la sola virtud de Dios, debe salir al mundo este niño, cuyo nombre indicará su origen, que será á un tiempo hijo de Dios é hijo de la mujer, y por consecuencia Dios y hombre. Este niño des-

armará la justicia de su Padre irritado contra el hombre, y aterrará al antiguo enemigo que fué autor de todos sus males. Este enemigo será destronado, y las imprecaciones lanzadas contra él en el principio por el Señor del cielo tendrán cumplimiento.

¿Quién no reconoce en estos grandes trazos la historia de la redención del género humano, tal como nuestra Religión nos lo enseña: la caída del hombre, la maldición anunciada al principio contra el autor de esta caída, el anuncio de un libertador que debía quebrantar su cabeza, de un libertador salido "de la estirpe de la mujer?"—¿Quién no oye detrás de esta fábula aquel oráculo de Isaias: *El Señor os dará una señal. He aquí que una virgen concebirá y parirá un hijo y será llamado Emmanuel* (que quiere decir "Dios con nosotros"). Y "será llamado su nombre Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de paz [1]. Cercano está mi Justo, ha salido mi Salvador, y mis brazos juzgarán á los pueblos: á mí me aguardarán las islas, y esperarán mis brazos [2]. En este monte romperé el lazo atado sobre todos los pueblos, y la tela que urdió el enemigo sobre todas las naciones. Despejaré á la mujer para siempre, "y enjugaré las lágrimas de todos los semblantes, y quitará de toda la tierra el opróbrio de su pueblo [3]. Promesas cuyo cumplimiento inspiraba además á la casta Virgen, de cuyo seno había salido el verdadero libertador, estas otras admirables palabras: *Magnificat anima mea Dominum.... quia fecit mihi magna qui potens est. FECIT POTENTIAM IN BRACHIO SUO.... DEPOSUIT POTENTES DE SEDIBUS, &c.*

Estos oráculos, que se oyen resonar en todo el curso de las santas Escrituras como un trueno de libertad, cuyo ruido va siempre en aumento, hasta que al fin da un enorme estallido, presentan tan marcada analogía con el oráculo de Prometeo, que es imposible no reconocer en este último una emanación de la misma fuente, y un eco de la misma voz.

Los sonidos de esta voz debieron de alterarse, cruzarse y confundirse al pasar á una tradición profana y engañosa que se había desprendido de su principio, y de aquí provienen las incoherencias y las aparentes oposiciones que se notan entre ambos oráculos. Las tradiciones acerca del "mediador" debieron necesariamente alterarse en la misma proporción que las relativas á la naturaleza de Dios y á la naturaleza de hombre de que participa igualmente, y las oposiciones que de ahí resultan rebuscaban muchísimo la verdad de la conclusión que hemos deducido de sus grandes rasgos de analogía.

Creemos que no nos será imposible desenredar el nudo de estas oposiciones.—La mas fuerte es la que resulta de que el enemigo del hombre en el "Prometeo encadenado," el que el libertador debe aterrar y vencer, es la misma divinidad, Júpiter.—

(1) Apolodoro, *Biblioth.*, II, v.

(2) Plutarco, *Vida de Pompeyo*.

(1) Isaias, cap. 7, v. 14; 7 cap. 9, v. 6.

(2) Idem, cap. 61, v. 6.

(3) Idem, cap. 26, v. 7 y 8.

Pues, como hemos indicado ya, en concepto de Esquiles, Júpiter no es el Dios verdadero, es un usurpador que invadió el reino de Saturno, el antiguo monarca del cielo. Toda la mitología griega está basada sobre este principio, y admite dos edades: la edad de la inocencia y de la felicidad bajo las leyes de Saturno, verdadero Dios, y la edad de la decadencia, del crimen y del mal como consecuencia de la invasión de Júpiter, usurpador, dios falso, y autor de todos los males de la especie humana.

*Ante Jovem nulli subiebat arva coloni.
..... Ipsaque tellus
Omnia liberius, nullo poscentis, ferebat.
Ille mabam vitrus serpentibus addidit atris [1].*

Bajo este punto de vista, Júpiter se nos presenta absolutamente como el Satanás de los hebreos, el Tiphon de los egipcios, el Ariman de los persas, &c., ese ser malhechor, en una palabra, que "las tradiciones universales" convienen, como hemos visto, en representar como autor de la caída del hombre y destructor del imperio del cielo sobre de la tierra, y á quien llaman con frecuencia las santas Escrituras "príncipe de este mundo," del cual debe ser arrojado por la victoria del libertador: *Princeps hujus mundi ejicietur foras*.—Después de esto, se conciben perfectamente todas las imprecaciones de Prometeo contra él, y se hace inteligible aquel oráculo: "Caerá del trono, será echado del imperio, &c."

Sin embargo, no está resuelta toda la dificultad, pues esta explicación encuentra un obstáculo en los otros pasajes donde se dice que Júpiter llegará á ser autor de su propia derrota haciendo nacer un hijo de la mujer, "un hijo mas poderoso que su padre," palabras que no pueden aplicarse mas que al Dios verdadero, pero que en este caso combaten lo que acabamos de decir, si se quiere descubrir en ello alguna semejanza con la tradición mosaica y cristiana.

A esto podrá contestarse que la mitología griega es un verdadero caos de incoherencia y contradicciones, donde las mas opuestas verdades se encuentran mezcladas y confundidas, y donde la misma fábula no es mas que una confusión que trajo su origen de la verdad primitiva. En el caso presente esta confusión, por mas chocante que sea, puede todavia explicarse; porque Júpiter era sucesivamente considerado en la fabula como usurpador del cielo y como la divinidad por esencia, y esta es sin duda la razon porque tal vez se hayan confundido estos dos caracteres y se le hayan aplicado los dos á la vez. Júpiter no era usurpador mas que originariamente y respecto de Dios ó de Saturno; pero convertido por su misma usurpacion en dios, ó mas bien en tirano de la especie humana, se concibe, en el desórden de las imaginaciones, el equívoco que pudo atribuirle el carácter y la suerte que se refieren á Satanás al mismo tiempo que le concedia alguno de los atributos de la divinidad, cuyo trono habia usurpado.—Es tambien

lógico decir en cierto sentido, que Dios se habia hecho á causa del pecado enemigo del hombre, y que su inescorrible justicia fué aplacada, vencida, ó por mejor decir, satisfecha por el "mediador" su hijo; de modo, que en llegando á este punto la fábula de Prometeo, se desprende de todas sus oscuridades, y brilla con la luz de la verdad aun en aquellas admirables palabras con que Prometeo llama á su libertador:

Hijo querido de un padre enemigo [1].

Y es tanto mas cabal y perfecta la significacion de estas palabras, cuanto en la tragedia de "Prometeo libertado" donde se encuentran, la libertad ó redencion se efectúa por una reconciliacion entre Júpiter y Prometeo, como refiere Apolodoro [2].

Finalmente, una de las principales pruebas de que la fábula de Prometeo es la verdadera historia de la redencion cristiana, enredada y confundida con varias invenciones, es que al lado del oráculo de Prometeo, que figura al libertador como un vencedor desarmando á un enemigo, se halla el oráculo de Mercurio que lo representa como un Dios haciéndose á sí mismo víctima por el pecado del hombre. Precioso fragmento de la tragedia de Esquiles que no se ha estudiado con bastante atencion, y del cual puédese fácilmente decir que toda la fábula que lo contiene no es mas que una reproduccion desfigurada de los antiguos oráculos del Espiritu Santo.—*Tu suspicio no tendrá fin hasta que un Dios se ofrezca á reemplazarte en tus sufrimientos, y quiera bajar voluntariamente por ti á los infiernos*.—Sublime pensamiento del divino amor, que no ha podido ser inspirado por las extravagancias mitológicas que le son tan opuestas, y que tiene tan íntima conexcion con todos los pasajes de los libros santos que nos representan el Mesías en el estado de víctima voluntaria, y que nos han dicho que "él es quien tomó sobre sí nuestras enfermedades . . . quien fué quebrantado por nuestras iniquidades . . . y que nosotros hemos sido curados por sus sufrimientos, y que el Eterno hizo caer sobre él la iniquidad de toda la tierra; en fin, que bajó á los infiernos, de donde despues salió rodeado de gloria [3]."

Véase pues cómo en el drama del "Prometeo encadenado," que podriamos llamar "la especta-

[1] Plutarco, *Vida de Pompeyo*.

[2] Apolodoro *Bibliot.*, II, v.—En su prólogo al *Prometeo* de Esquiles, dice M. Alejo Pierron que no es preciso ver tanto misterio en la persona de aquel libertador, dando á entender con esto que el vencedor es Hércules, que en efecto mató al buitre de Prometeo. A esto podriamos replicar que el mismo Hércules no es mas que un personaje fabuloso y simbólico, y que de consiguiente el misterio contenido en la fábula subyace del mismo modo. Dar á ese libertador el nombre de Hércules, de Epapho ó cualquier otro, es cuestion de palabras que no atañe en nada á la esencia del asunto.—Ademas, M. Alejo Pierron se engaña tambien acerca de los nombres, pues no es posible que todo lo que dice Prometeo de su libertador pueda aplicarse enteramente á Hércules, que nunca destruyó á su padre Júpiter. Un sabio profesor de la universidad de París, M. Patin, en sus *Estudios sobre las tragedias griegas*, hace aceros de este particular igual observacion que nosotros.—Véase en obra *Étude sur les tragiques grecs*, t. I.

[3] Isaías, cap. 53.—Psalm. 10.—Oseas, cap. 6.

[1] Virgilio, *Georgias*, lib. 2.

"cion del libertador," se encuentra el doble carácter del Mesías, triunfador y víctima á la vez, y cómo de todo cuanto llevamos dicho se infiere que aquella fábula no es mas que una falsa copia de la verdad que constituye el fundamento de nuestra Religión, cuya antigua y poderosa realidad brilla en medio de todas esas invenciones del espíritu humano.

3. Nuestro asombro, ó mas bien nuestra convicción, se aumentará mas todavía si observamos otra fábula, que ya por sí misma, ya por su secreta relacion con la de Prometeo, pone mas en claro la verdad que vamos buscando.—Hablamos de la fábula egipcia "de Isis y Tifon."

Tifon, segun Plutarco, es el espíritu malo, representado bajo la figura de una serpiente, y que castigado por una falta cometida anteriormente, se hizo autor de todas las cosas malas.—"Movido por su envidia y malignidad, forjó muchas iniquidades, y habiéndolo puesto todo en combustion, llenó de males y de miserias la mar y la tierra [1]."

La relacion de Plutarco prosigue luego del modo siguiente:

Anguipedem alatisque humeris Typhona furem.

"Y despues fué castigado por todas sus maldades, y la esposa" y hermana de Osiris "se vengó de él sofocando y encadenando su rabia y su furor [2]."

Este es sin duda el motivo porque representaban á Tifon exhalando su furor:

¿Quién no reconoce ya en esta fábula aquel versículo del Génesis en que Dios dice á la serpiente:—"Enemistades pondré entre tí y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: ella quebrantará tu cabeza, y tú pondrás asechanzas á su calcañar."—*Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius: ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus.*—De aquí trae origen la costumbre de los artistas cristianos de pintar con frecuencia á la santa Madre del Salvador con una serpiente enroscada debajo de sus pies.

Pero solo por elipsis puede representarse á la Madre del Redentor aplastando á la serpiente, porque no es ella sino su Hijo, el que ha vencido: de modo que el precitado versículo del Génesis lo aplican todos los doctores judíos y cristianos á semen, y no á mulierem [3].—Por la misma razon, si la fábula de Isis no encierra mas que una tradicion de la misma verdad, no es "Isis" la mujer que debia tomar venganza de Tifon, sino uno de sus descendientes.

La fábula egipcia se explica precisamente en este mismo sentido. En el mismo tratado Plutarco espone en efecto, que segun refiere la tradicion, "un descendiente de Isis" llamado "Oro," que, en su opinion, es el Apolo de los griegos (en la mitología Apolo mata con sus flechas á la serpiente Pi-

ton), derribó á "Tifon," y este "Oro" (observa Plutarco) no es el de la primera generacion, "que ellos llaman el antiguo Oro, sino el Oro determinado, definido y perfecto, que no mató enteramente á Tifon, pues solo le quitó la fuerza y facultad de poder hacer nada mas en adelante...." "Tifon fué vencido, pero no muerto," porque la diosa, que "es señora de toda la tierra, no quiso permitir que su poder fuese del todo aniquilado," y solo lo enervó y disminuyó "con el designio de que el combate" durase por mucho tiempo [1].

¡Admirable concordancia que nos descubre cada vez mas claramente el origen de esta tradicion en la gran verdad del Génesis! La primera mujer, Isis, aplastando por medio de uno de sus descendientes á la serpiente Tifon, autor de los males de toda la tierra,—y este descendiente lejano, venciendo al genio del mal "sin aniquilarlo," á fin de que "durase mas el combate" y que la derrota de Tifon se prolongase por su resistencia, ¿no es en efecto aquella "enemistad entre la mujer ó su linaje y la serpiente tentadora"? ¿No es este "aquel linaje bendito quebrantando la cabeza de la serpiente y dejando á ésta poder suficiente para poner asechanzas á su calcañar"? ¡Palabras de un profundo laconismo, y que con solos dos vocablos profetizaban el triunfo de la verdad por el Cristo y esa lucha incesante de la incredulidad y la herejía que debia contribuir tan poderosamente á hacer brillar la Divinidad á través de todos los siglos, sin que las "puertas del infierno" pudiesen nunca prevalecer contra sus fundamentos!

De consiguiente podemos ya decir que la fábula egipcia de Isis, lo mismo que la griega de Prometeo, deponen manifiestamente en favor de la gran verdad que refiere el origen del cristianismo á la cuna del género humano.

Hay todavía entre las dos fábulas una relacion inesperada, que dará á nuestra conclusion la evidencia de una solucion matemática.

En el "Diccionario de la conversacion," en la palabra "Prometeo," se lee:—"El buitre que roe el higado de Prometeo habia salido de Tifon [el "mal"] y de Echidna,"—lo cual se confirma por lo que dice de esta última Chompré en su "Diccionario de la fábula":—"Echidna, monstruo, mitad "mujer y mitad serpiente."

En este último Diccionario leemos tambien en la palabra lo:—"lo ó Isis, hija de Inaco, á la cual los egipcios levantaron altares, ofreciéndoles sacrificios "bajo el nombre de Isis."—Con mucha frecuencia se la encuentra pintada en los antiguos monumentos "teniendo un niño sobre las rodillas," á quien da de mamar, y otras veces es una mujer toda llena de pechos."

Es pues seguro que no nos hemos equivocado en nuestras conjeturas acerca del lazo que une á estas fábulas con la verdad, porque ya puede verse có-

(1) Plutarco, *De Isis y Osiris*, núm. 24.

(2) *Id.* *Id.* *Id.*

(3) No se apoyan en la version latina, viciosa en este pasaje, pues *semen* es neutro, sino en el texto hebreo, en el que *ipsa* corresponde á *semen*, y el verbo que sigue es masculino.

(1) *De Isis y Osiris*, núm. 34 y 35.—La fábula refiere como pasado lo que realmente debia haberse puesto como futuro; pero esta trasposicion de tiempo se explica fácilmente por la inherencia y ruptura de la verdadera tradicion entre los pueblos paganos.

no se asimilan la una á la otra para darse mutuamente lo que les falta y recomponer juntas la verdad, de la cual cada una no poseía mas que partes aisladas.—La lo ó Isis llena “de pechos,” es claramente la madre del género humano, esposa y hermana de Osiris, como Eva era esposa y hermana de Adán;—por sus funestas relaciones con el genio del mal (la serpiente Tifon) la misma lo (bajo el nombre de Echidna) se convierte en madre de nuestros males y enfermedades figurados en el buitre devorador de Prometeo;—pero por lo mismo que ha sido la causa de nuestra caída, de nuestra ruina, debe algun dia ser tambien el origen, el principio de nuestra rehabilitación; de ella debe salir, después de muchas generaciones, nuestro libertador, y solo de ella, de su linaje virginal: porque llegará á ser madre por efecto de una milagrosa y divina concepción (Júpiter pondrá sobre su frente su mano acariciadora, y su contacto bastará);—y su niño “Hijo de Dios” (Epafo ú Oro), será el libertador de la humanidad (Prometeo). El desarmará la justicia de su padre en favor del hombre, que en su reconocimiento podrá llamarle: “hijo querido de un padre enemigo;” vencerá al genio del mal (Tifon) y “pondrá término á nuestro suplicio, ofreciéndose á reemplazarnos en nuestros sufrimientos;”—en fin, esta victoria y este rescate serán de tal modo ordenados, que el enemigo del género humano “será vencido, pero no aniquilado.” Nunca dejará de intentar nuevas asechanzas contra “el calcañar” de su vencedor, á fin de que la “enemistad y el combate” duren mucho tiempo para hacer mas glorioso el triunfo y mas necesario el divino socorro.

Véase cómo sin cambiar ni violentar nada, volvemos á encontrar palabra por palabra en el mismo caos de la fábula, y cómo reconstruimos pieza por pieza todo el edificio de nuestra santa verdad.

4. A pesar de todo esto, queda algo todavía que esponder. Las tradiciones de los galos pueden poner á nuestra demostración el sello de la certidumbre.—En efecto, un sabio del siglo XVIII, que se dedicó muy especialmente al estudio de las antigüedades y tradiciones druídicas, dice que los galos adoraban en lo mas retirado y secreto de sus santuarios á la diosa “Isis, ó” *la virgen de la cual debía nacer un hijo.*—*Hinc druidæ statuum in intimis penetralibus exerebant laidi seu virgini han dedicantes, ex qua filius illic proditurus erat* (1).—En 1839 se descubrió, en *Chalons-sur-Marne*, en el pavimento de un templo pagano, la siguiente inscripción:

*Virgine paritura
Druides* (2).

Finalmente, la significación de este culto druídico, que está enlazado por una ramificación tradicional con la fábula egipcia de Isis y la griega de Io, es tan directamente aplicable á nuestro asunto, que un escritor moderno ha sacado de aquí partido para impugnar el culto de María y de su divino Hijo,

sin prever que con esta alusión nos proporcionaba una nueva luz en favor de la verdad que vamos estudiando.—El autor de “Las bellezas y maravillas de la naturaleza en Suiza,” mofándose de la fervorosa devoción de los habitantes del campo, dice:—“Penetremos en el santuario: hay en la iglesia un altar aislado donde está la virgen negra, “la Isis “de nuestros antepasados,” vestida de finísimas telas con plata, oro y piedras preciosas, teniendo á “su hijo Oro ó Jesucristo en sus brazos rodeado de “una nube luminosa (1).”

No nos gustan ni las relaciones forzadas ni las inducciones sistemáticas; de modo que al principio entramos con cierto desplacer en el estudio de las tradiciones acerca de la esperanza en un libertador; pero cuando vimos que la verdad venia, por decirlo así, á entregárenos, y que se desprendía naturalmente de los velos de la fábula, sin costarnos otro trabajo que el de recogerla y proclamarla, nos hemos sentido poseídos por su evidencia, y no hemos dudado en afirmarla. Los manifestos puntos de semejanza de las tradiciones de los egipcios, de los griegos y de los galos con la tradición mosaica sobre la esperanza de un libertador parecido á Jesucristo son tan expresivos, que es preciso estar ciego para no verlos. Debemos saber dudar; pero debemos tambien saber reconocer la verdad cuando se presenta y brilla en medio de nosotros.

Y sin embargo, aun no hemos concluido de reunir todos sus rayos, pues nos falta acabar de recorrer todas las naciones y preguntar á cada una de ellas si efectivamente son tan verdaderas como nosotros suponemos estas palabras del Génesis, que nos han servido de punto de partida: *Iste erit expectatio gentium* (2), y estas otras del profeta Ageo: *Moveto omnes gentes; et veniet desideratus cunctis gentibus* (3), y estas, en fin, de Isaías: *Legem ejus expectabunt insula* (4).

5. Hacia la nación griega llama nuestra atención un testimonio muy eminente, que haciéndose superior á las fabulosas creencias de su nación, había cultivado la filosofía en sus mas puras concepciones, y había llegado á ser su órgano mas legítimo. Nos referimos á Sócrates.

En el capítulo sobre la “Necesidad de una segunda revelación,” dejamos consignadas las siguientes palabras del ilustre maestro: “Si Dios nos envía alguno que os enseñe de su parte, inútiles serán cuantos esfuerzos se hagan para reformar las costumbres de los hombres (5).”—Allí no debimos considerar estas palabras mas que como expresión de la desconfianza de la filosofía humana en la curación de la humanidad; pero ahora nos será ya fácil demostrar, que procedían tambien de la esperanza y de la expectación formal de un enviado del cielo.

(1) Véase el análisis de esta obra que ha hecho el periódico *l'Univers*.

(2) Génesis, p. 42, v. 10.

(3) Ageo, p. 2, v. 8.

(4) Isaías, p. 4, v. 4.—Ya se sabe que los judíos comprendían en la palabra *insula* todos los lugares lejanos de la Palestina.

(5) Platon *Apolog. Socratis*.

~ (1) Elio Schodius, *De Diti germanis*, cap. 12, p. 246.
(2) *Annales de philosophie*, t. VII, p. 225.

Dejémos, pues, hablar al mismo Sócrates, ya que quiso expresarse con tanta claridad en su diálogo segundo de *Alcibiades*. Supónese en él que Alcibiades se dirige al templo para ofrecer un sacrificio, cuando por el camino encuentra á Sócrates, á quien consulta acerca de lo que deberá pedir á los dioses. Sócrates le aconseja que se abstenga de toda petición, porque podría suceder que sin conocerlo pidiese males en lugar de bienes, y el diálogo continúa en estos términos:

SÓCRATES.

"El mejor partido que podemos tomar es esperar con paciencia. Sí, es preciso esperar que vendrá alguno á enseñarnos cómo nos hemos de portar relativamente á los dioses y á los hombres."

ALCIBIADES.

"¿Cuándo vendrá y quién es ese que nos enseñará estas cosas, pues me parece que siento un ardiente deseo de conocer á semejante personaje?"

SÓCRATES.

"Aquel de quien se trata se interesa mas de lo que pensamos en todo cuanto nos atañe; pero lo hace, según creo, á la manera que cuenta Homero que lo hacia Minerva respecto de Diomedes. Minerva dispuso la niebla que aquel tenia delante de los ojos para que pudiese distinguir "los dioses de los hombres (1)." Es igualmente necesario que se disipe la espesa niebla que cubre ahora los ojos de nuestro entendimiento, á fin de que en lo sucesivo podamos distinguir con exactitud el bien del mal."

ALCIBIADES.

"Venga, pues, y disipe cuando quiera estas sombras. Estoy dispuesto á hacer cuanto él guste prescribirme, con tal que pueda llegar á ser mejor de lo que soy."

SÓCRATES.

"Os lo aseguro de nuevo; aquel de quien estamos hablando desea infinitamente vuestro bien."

ALCIBIADES.

"¿No seria, pues, conveniente diferir el ofrecer sacrificios hasta que él venga?"

SÓCRATES.

"Teneis razon; más valdria tomar este partido que correr la eventualidad de no saber si ofreciendo sacrificios agradaríamos á Dios ó le disgustaríamos."

ALCIBIADES.

"Pues bien; cuando llegue ese día, entonces presentaremos á Dios nuestras ofrendas. Espero de su

[1] El pasaje de Homero á que hace alusion es este:—"Quito de tus ojos la nube que antes los cubría, para que distingás sin trabajo los dioses de los hombres. Si te se presenta alguna divinidad, no la confundas con los mortales."—Esta nube es la que oscureció el entendimiento de los judíos: *velamen cordis*.

"bondad que no se hará esperar mucho tiempo (1)."

El célebre Clarke, en su *Tratado de la existencia de Dios, de la Religión natural, y de la verdad de la Religión cristiana*, fué uno de los primeros apologistas que invocaron este brillante testimonio. Lord Bolingbroke, el Voltaire de la Inglaterra, en sus *Observaciones críticas* sobre este pasaje del libro de Clarke, confiesa la exactitud de esta cita, pretendiendo solamente que el sentimiento particular de Sócrates ó de Platon no es del todo decisivo (2).

Creemos que nuestros lectores pensarán de otro modo, sobre todo si observan que este "sentimiento particular" de Sócrates era el "sentimiento universal" que las tinieblas de la idolatría habian debilitado sin estinguirlo enteramente (3).

Esta era la opinion del sabio Foucher sobre el citado pasaje de Platon:—"Vemos por este diálogo, dice, que la expectacion de un doctor universal del género humano era un dogma recibido que no sufría ninguna contradicción [4]."

Además, en muchos pasajes de las obras de Platon se halla expresada la doctrina de un mediador á quien él llamaba el verbo [*logos*], por cuya mediación debia establecerse un vínculo de divina enseñanza entre el hombre y Dios, á quien por este mismo llamaba "salvador, Dios, hijo de Dios."

"Al principio de este discurso invocamos al Dios Salvador á fin de que, por medio de una enseñanza extraordinaria y maravillosa nos salve, instruyéndonos en la verdadera doctrina [5]." "Rogad, dice en otro lugar, al Dios del universo, autor de todo lo que existe y de todo lo que existe: tirá; rogad á su padre y señor" que se nos dé á conocer cuanto sea posible á los hombres [6]."

El ilustrado Bruker se pregunta á sí mismo dónde habia podido beber Platon estas ideas, y cree descubrir su origen en la antigua tradicion del "mediador que debia reunir en su persona las dos naturalezas divina y humana."—"Unde hæc habuerit Plato dici quidem non potest, confici vero non sine verisimilitudine, pervenisse ad Platonem in ejus inter barbaros itineribus vestigia quedam doctrinae de mediatore inter Deum et homines ex utriusque

(1) *Platon in Alcibiad.*, 2. Opera, t. I, pp. 100, 101.

(2) *Obras de Bolingbroke*, t. v. pp. 214 y siguientes, en 4.º

(3) La idolatría, que casi toda ella no era mas que una corrupción del dogma de la mediación, prueba invenciblemente la verdad de este dogma, enlazado de una manera inseparable con el de la degradación de nuestra naturaleza. En la expectación perpétua y confusa de ese enviado celestial en que los pueblos se hallaban, creían ver en todos los personajes extraordinarios que aparecían en el mundo. De aquí, observa Foucher, aquella multitud de semidioses, salvadores y libertadores, que creaba por todas partes la fe en el salvador vaticinado. Pero no correspondiendo nunca esos falsos libertadores á las esperanzas y deseos de los hombres, esperábanse sin cesar otros nuevos (Cicerón dice que se contaron hasta treinta y dos Hércules sucesivos), y el verdadero Mesías era siempre, sin saberlo ellos, como lo habia llamado Jacob, EL DESKADO DE TODAS LAS NACIONES.—Había tantos falsos libertadores como sacrificios; se les multiplicaba en razon de su importancia, y esta multiplicidad atestiguaba á la vez la verdad de una promesa de salvación para la tierra, y que todavía no habia sonado la hora de su cumplimiento.

(4) *Memorias de la Academia de las inscripciones*, t. LXXI, p. 142, nota.

(5) *Platon, Timeo*, Obras, t. XI.

(6) *Platon, epistola 8*, Obras, t. XI.

"*natura participante, quam ex protoplastorum traditione inter vetustissimarum gentium origines dispersam, dubium non est* (1)."

6. La doctrina de los peras dará todavía nuevo peso á la verdad.—Hemos visto ya en sus tradiciones la historia de la caída del hombre y de la mujer sublevados contra "Ormuzd" su autor, á instigación de "Ariman," el genio del mal, que, celoso de su felicidad, les habló bajo la forma de serpiente, les presentó y ofreció unas frutas y los hizo esclavos suyos, &c.

Anquetil-Duperron refiere, que segun la doctrina de los magos, la regeneración de la humanidad, caída en este estado, debía efectuarse con el auxilio de un mediador que ellos llamaban "Mithras."—"Ormuzd" puso en el mundo á "Mithras" para que lo gobernase. Procede de él, y hay en "los libros Zendas una palabra (*verbum*) que viene del primer principio que estaba en el cielo antes que existiese el agua, la tierra, los ganados, los árboles, el fuego y todo lo que hay en el mundo antes de todos los bienes y de todas las preciosas semillas que nos ha dado "Ormuzd." Su nombre es "Yo soy (2)."—"Mithras," dice Anquetil, "es medianero, esto es, colocado entre Ormuzd y "Ariman;" combate por el primero contra el segundo, y es mediador entre "Ormuzd" del cual recibe las órdenes, y los hombres que están confiados á su cuidado (3)."

Plutarco nos suministra una de las mas curiosas y decisivas pruebas, sacada de la tradicion pérsica. El pasaje que vamos á transcribir no ha sido citado por nadie hasta ahora; sin embargo, nuestros lectores juzgarán si es perfectamente adaptable á nuestro asunto:

"Por lo que, esta antigua opinion adoptada por los teólogos y legisladores del tiempo pasado y los poetas y filósofos actuales, sin que se sepa quién fué su primer autor, está tan fuertemente impresa en la fé y persuasión de los hombres, que no hay medio de borrarla ni arrancarla, y se halla profesada, no solo en las conversaciones familiares y en las prácticas comunes, sino tambien en los sacrificios y divinas ceremonias del culto de los dioses, por las naciones bárbaras y por los griegos:—esta opinion es, que el mundo no anda flotante á la ventura sin una providencia y razon que lo rija y gobierne, lo mismo que á nuestra razon, sino que esta vida es gobernada y conducida por dos principios y dos potencias reciprocamente contrarias: la una que nos dirige por los senderos de la justicia y rectitud, y la otra por el contrario nos estravía de ellos y nos pierde. Este es el parecer de la mayor parte y de los mas distinguidos sabios de la antigüedad; pues "unos" quieren que haya dos dioses de materia contraria, "el uno autor de todos los bienes y el otro de todos

"los males;—y "otros" llaman al que produce los "bienes Dios, y al otro le llaman Demonio, como lo "hacia el mago Zoroastro, que dicen vivió quinientos años antes de la guerra de Troya (1).—Este "pues llamaba al Dios bueno "Oromanes" y el otro "Ariman", y decia que habia "entre los dos otro" "llamado "Mithras", por cuya razon los peras dicen todavía que *el que intercede y es medianero es "Mithras".....Pero llegará un tiempo fatal y predestinado, "en que habiendo Ariman traído al "mundo el hambre y la peste, será enteramente "destruido y exterminado, y entonces toda la tierra "será llana, unida é igual, y no habrá mas que una "vida y una especie de gobierno entre los hombres, "los cuales no usarán mas que un solo idioma, y vivirán felices.*—Tambien escribe Teopompo "que "los principios deben ahora estar en guerra y pelear "unos contra otros, hasta que al fin Pluton será "vencido y perecerá completamente (2), y entonces los hombres serán felices, y que *entre tanto "el Dios que habrá obrado, hecho y procurado todo "esto, huelga y descansa por un espacio de tiempo "que no es largo para un Dios (3).*"

¡Cuán trasparente es esta tradicion, y cómo nos hace ver en su primitiva pureza todo el curso de nuestra historia desde el origen del mundo hasta el día! La caída por el tentador, la redención por Jesucristo, el combate por la impiedad contra su doctrina, y el reinado de esta última por el ministerio y gobierno de la Iglesia, que presenta en efecto el fenómeno de toda la tierra llana, unida é igual, bajo el cayado de un solo pastor, animada de una misma fé, espresándose por un mismo idioma, y aspirando á una felicidad comun. No puede dudarse por consiguiente que semejante tradicion era un eco de la verdad profética que anunciaba Isaias por estas palabras: *Parate viam Domini.... Omnis valles exaltabitur, omnis mons et collis humiliabitur, et erunt prava in directa, et aspera in vias planas, et revelabitur gloria domini et videbit omnis caro pariter quod os Domini locutum est* (4).

Véase ahora el último raso de semejanza y como el final de aquella antigua tradicion:—"Aboul-
"Faradj, en su quinta dinastía, dice que Zardascht, "autor de la Magoussiah, habia vaticinado que el "Libertador" [ese Dios que habrá obrado, hecho "y procurado todo esto] *saceria de una virgen* (5)."

El docto Maurice ha probado hasta la evidencia que las tradiciones inmemoriales, derivadas de los patriarcas y esparcidas por todo el Oriente, acerca de la caída del hombre y la promesa de un "mediador" futuro, habian enseñado á todo el mundo pa-

(1) *Historia crítica philosophica, parte primera, v. 2.*

(2) El original francés dice: *Son nom est je-suis.* El Tyn.

(3) Anquetil-Duperron, *Système mythologique des magas; Mémoires de l'Académie des inscriptions*, t. LXI, pp. 288, 289.

—Entrevemos en esta doctrina el error de los maniqueos, que no es otra cosa que una corrupción de la doctrina de la caída y del pecado original.

(4) Véase en esto que la divergencia y variedad de opiniones acerca de la naturaleza del bien y del mal fué causa de que la tradicion vacilase sobre este punto: los unos, los otros, &c.; y al contrario, la firmeza de la tradicion en lo que sigue espresa perfectamente su integridad.—La pluma de los antiguos, y de Plutarco en particular, tenia una especie de ingenua flexibilidad, que le hacia doblegarse á todas las situaciones de la verdad en los hechos con tanta mas exactitud, cuanto que con frecuencia ignoraban sus consecuencias.

(5) *Amicitias ponam inter semen tuum et semen illius, et ipse conterit caput tuum.* Génesis, cap. 3, v. 15.

(6) *Isis y Osiris*, num. 41, 42, 43.

(7) *Isis*, cap. 40, v. 3, 4, 5.

(8) D'Herbelot, *Bibliothèque orientale*, art. Zardascht.

gano á esperar la aparicion de un personaje ilustre y sagrado hácia la misma época de la venida de Jesucristo [1].—Boulainvilliers, en su *Vida de Mahoma*, afirma igualmente que los árabes, apoyándose en una antigua tradicion, esperaban un libertador que debia venir "á salvar los pueblos[2]".—Por fin, ya hemos visto que los indus estaban aguardando una encarnacion de "Vichnou" ó de Brahma" para reparar los males que habia causado Kaly ó Kaliga "la gran serpiente[3]".

Seria preciso haber contraido con la impiedad alianzas muy funestas, para no sentir cómo se rompen en presencia de tan numerosos y decisivos testimonios, para no descubrir en estas tradiciones tan uniformes y luminosas las derivaciones de una tradicion primitiva y única, y en la fuerza de esta primera tradicion la fuerza misma de la verdad.—Pero prosigamos nuestra tarea, y hagamos sobrepasar las pruebas donde abunda la incredulidad.

7. La China, esta region tan circunscrita á sus usos y nacionalidad, tan enemiga de toda importacion de doctrinas y costumbres escóticas, ¿habria vivido tambien en este particular la vida universal, esa vida de esperanza y espectacion que Jesucristo vino á satisfacer y llenar?—La afirmativa es una de las cosas mejor probadas, y merece que la estudiemos por un instante:

"Habia en China la antigua creencia,—dice un 'sabio de la Academia de las inscripciones,—que á la religion de los ídolos, que habia introducido la corrupcion en la religion primitiva, sucederia la última religion, la cual deberia durar hasta la destrucción del mundo (4)."

—“Los libros Likyki, dice Ramsay (5), hablan de un tiempo en que todo debe ser restablecido en su primitivo esplendor por la llegada de un héroe llamado “Kiuntsé”, que significa “pastor y príncipe”, á quien dan tambien los nombres de “santísimo”, doctor universal, y verdad soberana”—Kiuntsé es el “Mithras” de los persas, el “Oro” de los egipcios, y el “Brahma” de los indios.—Los libros chinos hablan asimismo de los “sufrimientos” y combates de “Kiuntsé”..... Parece que el origen de todas estas alegorías (las alegorías de la fabula, los trabajos de Hércules, etc.) es una tradicion muy antigua, comun á todas las naciones, de que el Dios medianero, á quien todas ellas dan el nombre de “soter ó salvador,” no destruyera los crímenes de la tierra sino sujetándose y sufriendo él mismo muchos males (6).”

[1] Maurice, *Histoire de l'Indoustan*, v. 2.

[2] *Vie de Mahomet*, lib. 2, p. 194.

[3] Debois, t. III, parte tercera, p. 423.

[4] De Guignes, *Mémoires de l'Académie des inscriptions*, t. XLV.

[5] *Discours sur la mythologie*, pp. 150, 151.

[6] Tiene Homero un pasaje que recomendamos á los que quieran profundizar por sí mismos en este estudio, y es la historia del vencimiento de Hércules, que se halla enlazada con la de Atén, que hemos examinado ya, y en la cual hemos reconocido la caída del ángel rebelde, que fué la causa de la ruina de los hombres, como dice Homero hablando de Atén. A renglón seguido, y como por vía de encañon ó coherencia, habla Homero de los trabajos y humillaciones del hijo de Júpiter.—“Al hablar así, Júpiter le precipita con mano vigorosa de lo alto de los cielos, y allí cae de improvviso en las tierras cultivadas por los hombres. Sin embargo, al rey de los dioses suspira sin cesar

Debemos observar aquí una cosa muy notable, y es que en China lo mismo que en Grecia, la filosofía mas adelantada se convenia con la fabula en el punto de la espectacion de un libertador. Hemos oido ya á Sócrates, veamos ahora lo que dice Confucio:

Observamos en los libros de moral de este gran filósofo, que vivia seiscientos años antes de Jesucristo, que una de sus creencias mas fijas era “que del cielo debia ser enviado un santo “que lo sabria todo y tendria omnimodo poder en el cielo y en la tierra (1).”—Esta creencia procedia de la antigua tradicion.

M. Abel Remusat, sumamente versado en las lenguas y tradiciones tártaras y chinas, ha nuevamente ilustrado esta interesante cuestion. En su traduccion de *El medio invariable*, cita un *Tratado* muy curioso de la religion musulmana, escrito en lengua china, en el cual se lee lo siguiente:

“El ministro “Phi” consultó á Confucio, y le dijo: “Maestro, ¿sois santo?—Confucio le contestó: “por mas que fatigue mi memoria, no acierto á recordar que haya habido un solo hombre que merezca este nombre.—Pero y los tres reyes, replicó el ministro, ¿creéis vos que fueron santos?—“Los tres reyes, dijo Confucio, dotados de excelente bondad, poseyeron una prudencia ilustrada y una fuerza invencible; pero yo “Khieou” no sé si fueron santos.—El ministro repuso: ¿Fueron santos los cinco señores?—Los cinco señores, contestó Confucio, dotados de excelente bondad, pusieron en práctica una caridad divina y una justicia inalterable; pero yo “Khieou” no sé si fueron santos.—El ministro le preguntó aún: ¿Fueron santos los tres Augustos?—Los tres Augustos pusieron hacer muy buen uso de su tiempo; pero yo “Khieou” ignora si fueron santos.—Admirado el ministro, le dijo por último: Siendo así, ¿á quien podrémos llamar santo? Y contestó Confucio, algo conmovido:—Yo, Khieou, he oido decir que en las regiones occidentales (2) habria un hombre santo, que sin ejercer ningun acto de autoridad, evitaria las disensiones; que sin hablar, inspiraria una fe espontánea, y que sin ejecutar ningun camino, produciria naturalmente un océano de acciones meritorias. Nadie sabe su nombre; pero yo, “Khieou, he oido decir que éste será el verdadero “santo (2).”

El P. Intorcetta refiere tambien, en su “Vida de Confucio,” que este filósofo hablaba de un santo que existia ó que debia existir en el Occidente.”—“Esta particularidad, dice monsieur Remusat, no se encuentra ni en los “King” ni en los Tsé chou,” y no apoyándose el misionero en ninguna autoridad, podriamos sospechar que quiso atribuir á Confucio un lenguaje conveniente á sus miras. Pero “aquellas palabras del filósofo chino se hallan consignadas en el Sse wen loni thisi”, capítulo 35,

“al ver á su hijo cumpliendo una pena afrentosa bajo las órdenes de Euristeo.” (Iliade, cap. 13.)

(1) Moral de Confucio, n.º 196.

(2) La Judea está situada al occidente de la China.

(3) *El medio invariable*, nota, p. 141.

"en el "chau tang sé khao tching tai, capítulo 1.º, "y en el "Liei-tseu thsionan chou (1)."

El autor chino de la glosa sobre Tchoung-yong dice: "que el santo de cien generaciones (Pé chi) "está muy lejos, y que es difícil formarse de él una "idea exacta. "En la expectación" en que está "del santo de cien generaciones, el sabio se propo- "ne á sí mismo una doctrina que ha examinado ya "seriamente; y si logra no caer en ninguna falta "contra esta doctrina, que es la de los santos, no "puede tener nunca ninguna duda relativa á sí mis- "mo."—Mr. Remusat añade:—"Pé chi, "cien ge- "neraciones," es aquí una expresión indefinida que "marca "un largo espacio de tiempo," así como un "chi" significa el espacio de treinta años: Cien "chi" hacen pues tres mil años, y sería muy es- "traordinario que en la época en que vivía Confu- "cio hubiese dicho que el hombre santo era espe- "rado hacia ya tres mil años. Por lo demás, de- "jal juicio del lector el estudio y la meditación de "este pasaje que, "aun tomándolo en el sentido or- "dinario, prueba al menos que la idea de la venida "de un santo estaba recibida en China desde el si- "glo VI antes de la era vulgar [2]."

Por otra parte, la doctrina de Confucio y de los letrados convenia con la de Fo ó Xacca, adoptada por el pueblo no solamente en China, sino también en el Tibet; su principal asiento era la Cochinchina, en Tonquin, en el reino de Siam, en Ceilán, y hasta en el Japon. En todos estos países idólatras se creía universalmente que un Dios debía salvar al género humano, satisfaciendo al Dios supremo por los pecados de los hombres.—*Ex Xacca de- creto*, dice una antigua compilación, *Deus quidam hominibus salutis auctor esse creditur, postquam per eum supremo Deo de peccatis hominum satisfactum est* [3].

8. Nuestras investigaciones han llegado ya á un punto, que podríamos darlas por concluidas, cre- yendo con razon que sería muy extraño que esta esperanza de un libertador no se encontrase tam- bien en algunas otras naciones que nos falta consul- tar, ya que la hemos visto profesada por tan gran número de pueblos distintos; lo cual prueba, á nues- tro modo de ver, su unidad de origen, unidad que envuelve en sí su verdadera universalidad. No obstante, toda vez que entremos también en el con- tinente americano para examinar en él la tradición sobre la caída del hombre, busquemos asimismo si hay rastros de la concerniente á la rehabilitación.

M. de Humboldt, en su *Vista de las cordilleras*, nos ofrece los mas curiosos datos sobre la materia. Hemos dicho anteriormente que en las pinturas me- xicanas se ve una mujer, á la cual aquellos pue- blos llaman "la madre de nuestra carne," represen- tada con una gran serpiente al lado.—"Hay otras "pinturas, dice Humboldt, que tienen una culebra "matizada, rota en pedazos por el grande espíritu "Tezcatlipoca," ó por el sol personificado, el dios "Tonatiach," que parece estar identificado con el

"Krischna" de los indus y el "Mithras" de los "persas [1].—Esta serpiente despedazada por el "grande espíritu, tomando la forma de las divinidades subalternas, es el genio del mal [2].

"Una antigua profecía, continúa el mismo autor, "hacia esperar á los mexicanos una benéfica refor- "ma en las ceremonias religiosas: esta profecía anun- "ciaba que "Centeotl" triunfaria al fin de la fero- "cidad de los demás dioses, y que los sacrificios "humanos serian sustituidos por las inocentes ofren- "das de las primicias de las mieses [3]."

Este pasaje confirma de un modo muy notable lo que dijimos en nuestro "Estudio de los sacrificios;" pero hay otra circunstancia mas notable todavía. El medio de conseguir aquella victoria, que traería la benéfica reforma y la abolición de los sacrificios, era asimismo un sacrificio:—"En muchos rituales "de los antiguos mexicanos, dice también M. Hum- "boldt, se ve la figura de un animal desconocido, "muy adornado con un collar y una especie de ar- "nes, pero atravesado por una porción de dardos. "Segun las tradiciones conservadas hasta el día," "aquel animal era el símbolo de la inocencia su- "friendo; representación que recuerda el cordero "de los hebreos, ó "la idea rústica" de un sacrifi- "cio expiatorio destinado á calmar la cólera de la "Divinidad ofendida [4]."—¡Qué hermosa ana- "logía!

Y no se crea que solamente en México se ha- llan los vestigios de semejante tradición: casi todos los pueblos de la América los conservan mas ó me- nos pronunciados. El historiador Gumilla refiere que los "salivas" decían que el "Puru" envió su hijo desde el cielo para que matase á una horrible serpiente que devoraba los pueblos del Orinoco, que el hijo de Puru venció á aquella serpiente y la mató, y que entonces dijo Puru al demonio: "Va- "te al infierno, maldito, pues ya no volverás á en- "trar nunca en mi posesión [5]."

9. En fin, volviendo á la Europa, notemos co- mo de paso que igual tradición se encontraba tam- bien entre aquellos pueblos del norte, conocidos ba- jo el nombre de escandinavos, y que renovaron la raza europea hace diez y ocho siglos. En la mi- tología gigantesca y fantástica de aquellos pueblos llamada "Edda," hay una profecía que M. Ampe- re ha llamado con razon "el Apocalipsis del norte;" pero á través de su obscuridad se distinguen clara- mente estos grandes rasgos:—un combate final en- tre los dioses y los hombres;—en este combate, *Thor*, "el primogénito de los hijos de Odin y el mas valiente de los dioses, da un combate particular á la gran serpiente (Migard);—*Thor* vence á la gran serpiente, pero en medio de la victoria la deja con vida;—después todo se ha consumado, y el Dios soberano pone fin á los desórdenes y estable- ce los sagrados destinos "que han de durar eterna- mente [6]."

[1] *Vue des Cordilleres*, t. I, pp. 265, 266.

[2] *Id.*, *Id.*, p. 274.

[3] *Id.*, *Id.*, p. 265.

[4] *Id.*, *Id.*, p. 261.

[5] Gumilla, t. I.

[6] Véase el tratado de *Tradiciones escandinavas*, que está

[1] *El medio invariable*, nota, p. 148.

[2] *Id.*, *Id.*, nota, p. 188.

[3] *Almoran, Quest.*, lib. 2, cap. 14.

III. De modo que la esperanza en un reparador de nuestra naturaleza, vencedor del mal, víctima voluntaria é inocente de la justicia celeste, maestro universal y fundador de una reforma religiosa que se extenderá á todas partes y durará para siempre, es tan antigua y tan conocida como la especie humana sobre la tierra.—Ya se consideren las creencias de los pueblos, los testimonios de los poetas y filósofos, las instituciones religiosas y los ritos expiatorios de todas las naciones, siempre igualmente incontestable, que nunca hubo tradición mas universal.—En vista de tan gran diversidad en los puntos de partida (ó por mejor decir de *retorno*) de semejante tradición y de tan perfecta unidad en los resultados, el entendimiento mas preocupado no puede menos de sentirse iluminado por la verdad. Su primer movimiento es poner en duda la exactitud, la independencia y el valor de los documentos y autoridades que la establecen y justifican; pero cuando considera y ve que todos resisten el escámen y proceden de fuentes profanas ó puramente científicas y que nada hay mas irrecusable, se siente dominado por la evidencia y se rinde.

Esto es lo que se ha visto obligado á hacer la misma incredulidad, y los términos explícitos de sus confesiones que vamos á examinar, han sido uno de los mayores estímulos de nuestras diligencias, persuadidos como estábamos desde el principio que ella había confesado muy formalmente una verdad tan decisiva.

Voltaire lo hizo en estos términos:

"De tiempo inmemorial era máxima recibida entre los indios y chinos, que *el sabio* saldría del Occidente; la Europa, al contrario, decía que *el sabio* debía salir de Oriente.—*Todas las naciones tuvieron siempre necesidad de un sabio* [1].—A estas últimas palabras, sutilmente evasivas como tantas otras de Voltaire, y que son como el venenoso in cauda de su sofístico talento, las contenteremos mas adelante.

Volney, que había estudiado demasiado en las buenas fuentes para no descubrir el hecho que nos ocupa y ser detenido por su importancia, se expresa así:

"Las tradiciones sagradas y mitológicas de los tiempos pasados, dice, habían esparcido por toda el Asia la creencia de un *gran mediador* que debía venir,—de un *juez final*,—de un *salvador futuro*,—*rey*,—y *Dios conquistador y legislador*,—que reno-

por apéndice en la obra titulada *Racionalismo y Tradición*, por el presidente Mambourg.—Este, habiendo ejercido las funciones de consejero, de procurador general y de presidente en Dijon, dimitió estos tres destinos en otras tantas crisis políticas para poder permanecer fiel á sus convicciones. En un artículo sumamente notable, publicado en *La Universidad católica*, y que salió á luz en seguida de la citada obra *Racionalismo y Tradición*, acerca de la Dirección que conviene dar á las polémicas cristianas, traza el plan de una nueva apología del cristianismo con una maestría muy digna de levantar todo el edificio. Este era, como él mismo dice, el constante objeto de sus meditaciones, y el objeto final de sus estudios, cuando vino la muerte á arrebatarlo repentinamente á las letras, á la ciencia, á la Religión y á la sociedad, de las cuales había sido gloria y apoyo, y en las cuales ha dejado una memoria respetable.

[1] *Aditions à l'histoire générale*.

"varia en la tierra la edad de oro, y rescataría á los hombres del imperio del mal [1]."

Boulanger, aquel incrédulo que no removi6 la antigüedad sino para cubrir con su polvo al cristianismo, confiesa tambien el mismo hecho, insertando empero algunas calificaciones evasivas al estilo de Voltaire.—En su *Antigüedad descubierta* dice, que los antiguos esperaban dos dioses libertadores que debían reinar bajo formas humanas, y que los impostores se aprovecharon constantemente de esta disposicion de los ánimos para hacerse honrar como dioses bajados del cielo. Añade, que en todas partes ha hallado esta opinion profundamente arraigada en la idea de todos los pueblos, y cita algunos ejemplos palpitantes [2].—En otra de sus obras insiste en la misma declaracion, y se expresa así:

"Los hebreos esperaban ya un conquistador, ya un ser indefinible, *feliz y desgraciado* á la vez, y lo están esperando todavia.... El oráculo de Delfos, segun Plutarco, era depositario de una antigua y secreta profecía sobre el nacimiento de un hijo de Apolo, que traería á la tierra el reinado de la justicia [3]; y todo el paganismo griego y egipcio tenia una multitud de oráculos que no comprendían, pero que todos revelaban ó anunciaban esta quimera universal, la cual fomentaba la loca vanidad de tantos reyes y príncipes que pretendían pasar por hijos de Júpiter.—Las demás naciones de la tierra cayeron tambien en estas extravagancias: los chinos esperaban un *Phelo*, los del Japon un *Peyrum* y un *Cambadoxi*, los de Siam á un *Sommoda-Codom*, etc.—Todos los americanos esperaban que del lado del Oriente, que podrían llamar *el polo de la esperanza de todas las naciones* [4], les llegarían los hijos del sol; y los mexicanos en particular esperaban á uno de sus reyes, que debía volver á visitarlos por el lado de la aurora, despues de haber dado la vuelta al mundo. En fin, no ha habido pueblo alguno que no haya abrigado alguna esperanza de esta clase [5]."

Véase pues cómo la incredulidad se combate á sí misma en este terreno.—La fuerza de la verdad la arrastra á confesiones que no puede evitar sino escusando de la razon sacrificios mil veces mayores que los que escijen los misterios de la religion que ella quiere desconocer.

¿A qué grado de preocupacion es preciso haber llegado, para no ver en una creencia tan constante, tan uniforme, tan general como la de la espectacion de un libertador, mas que una extravagancia, una quimera universal!—Habiendo caido todo el género humano en semejante extravagancia, ¿deberemos decir que todo él es maniático y extravagante?—O mas bien, ¿no será mas razonable creer que la extravagancia está en esta suposicion?—La simple

[1] *Les Ruines, ou Meditations sur les révolutions des empires.*

[2] *L'Antiquité dévoilée par ses usages*, t. II, lib. 4, esp. 3.

[3] Este es el personaje de que hablaba Sócrates á Alcebíades, al aconsejarle que difiriese su sacrificio á Apolo hasta que hubiese venido este Hijo del Dios.

[4] Nuestras profecías dicen:—*Eccis vir Oriens nomen ejus*, (Zacarías, 4, vers. 12.)—*Iste erit expectatio gentium*. (Génesis, 49, vers. 10.)

[5] *Recherches sur l'origine du despotisme oriental*, sect. 10.

reunion de estas dos palabras, *quimera universal*, ¿no implica contradicción en los términos, es decir, no es un absurdo manifiesto? En efecto, *quimera* significa una cosa que no se apoya en nada, que no tiene fundamento, y *universal* quiere decir una de las mas sólidas bases y una de las mas incontestables garantías de verdad que hay entre los hombres. Cuvier dejándose guiar por el buen sentido, ha sentado este axioma:—"Es imposible que un simple acaso produzca un resultado universal, y que las ideas de los pueblos poco relacionados entre sí, cuya lengua, religion y costumbres nada tienen de comun, estuviesen nunca acordes, sobre un punto, si no tuvieran la verdad por base."

Pero ¿qué! ¿el mismo Boulanger se ha olvidado acaso de lo que dijo respecto del diluvio?—"Es preciso, dice, tomar un hecho en la tradicion de los hombres, cuya verdad sea universalmente reconocida....Este hecho puede justificarse y confirmarse por la universalidad de los sufragios, pues que su tradicion se encuentra en todas las lenguas y en todos los pueblos del mundo. Este hecho incomprendible es lo que puede imaginarse de mas notorio é incontestable [1]. El hombre de buen juicio, que no hubiese estudiado mas que las tradiciones, debería creer en él.....seria preciso ser el mas limitado y terco de los hombres para ponerlo en duda, desde el momento que se consideran los testimonios comparados de la física y de la historia y el grito universal del género humano."—Estos son los principios de Boulanger [2]."

Pues bien, ¿cuál es el hecho que puede presentar en su abono mas universalidad de sufragios? ¿Cuál es el hecho mejor tomado en la tradicion de los hombres? ¿Qué hecho, en fin, fué jamás mejor atestiguado por el grito universal del género humano, que aquel de quien el mismo Boulanger, Volney y Voltaire, dicen que no ha habido ningun pueblo que no le haya tenido en expectativa, y que el punto del globo donde debía verificarse podia ser llamado EL POLO DE LA ESPERANZA DE TODAS LAS NACIONES?

El hombre de buen juicio, que no hubiese estudiado mas que las tradiciones, debería pues creer que la expectation de este hecho no estaba destituida de fundamento, y si comparamos este grito universal del género humano con los testimonios de la metafísica y de la historia, que nos manifiestan igualmente el hombre individuo y la humanidad entera bajo el influjo de una doble tendencia, de un doble destino de caída y rehabilitación, ¿con cuánta mas razon podremos decir, que seria preciso ser el mas limitado y terco de los hombres para ponerlos en duda?

Pero hay mas aún: la incredulidad se combate á sí misma de mucho mas cerca, porque en cierto sentido ella misma ha pronunciado su propia condenación sobre el punto que nos ocupa, por aquellas palabras de *quimera universal*, con las cuales

quiso evadir la dificultad. Puede decirse, en efecto, que estas dos palabras componen reunidas la fórmula mas expresiva de la verdad, esto es, que la universalidad de una creencia juntamente con su irracionalidad aparente es el mas sólido fundamento de la certidumbre.—Vamos á presentar por última vez este argumento, que apuntamos ya al fin del primer párrafo del presente capítulo, argumento solidísimo en nuestro concepto, aunque parezca á primera vista una paradoja, y que conviene mucho dar á conocer, porque puede ser de muy frecuente uso en las polémicas religiosas.

Solo la verdad goza el privilegio de hablar igualmente á los ojos y al espíritu de todos los hombres. Por consiguiente, si una cosa es *universal* y *uniformemente* recibida por todos los hombres, puede crearse que es verdadera.

Convenimos en que esta regla no deja de tener escepcion. Puede suceder, y ha sucedido en efecto, que un error haya reinado por largo tiempo en todo el universo; pero es bien seguro que solo ha sucedido cuando el error se ha asemejado mucho á la verdad y ha parecido conforme á las disposiciones naturales de las cosas ó de los espíritus, y en este caso la escepcion entra en la regla, y la confirma mas.—Por ejemplo, todos los pueblos del mundo han creído que el sol giraba alrededor de la tierra: esto es efectivamente un error; pero ¿por qué gozó de tanta universalidad? Porque el hecho era *verosímil*.—En otro orden de ideas, todos los pueblos de la tierra usaron la esclavitud: esto es otro error; pero, ¿por qué disfrutó de tanto crédito? porque tenía una apariencia de razon y de verdad, en el sentido de que el derecho de muerte del vencedor sobre el vencido en el campo de batalla parecia poderse trasformar en derecho de una vida condicional, puesto que quien puede lo mas puede lo menos, y que esta ilusion se coloreaba con el interés mismo del vencido, &c. Examinad minuciosamente todos los errores que hayan gozado de alguna universalidad, y encontraréis la explicación de su fortuna en su analogía con la verdad.

De aquí se sigue, que cuanto mas se aleja un objeto de la semejanza con la verdad natural y ordinaria de las cosas, tanto menos puede explicarse su universalidad por otro medio que por la verdad oculta que lleva en sí y le es propia; y que si, por consiguiente se encuentra una cosa que haya disfrutado de la mas amplia universalidad posible, y que al mismo tiempo parezca sumamente extravagante en sí, en este caso la cosa será del todo cierta y verdadera, y lo será doblemente, pues por su *extravagancia* se resistirá á la suposición de que pueda provenir del acuerdo fortuito de la imaginación de todos los hombres, y por su *universalidad* nos obligará á suponer en ella una verdad primitiva que le granjeó al principio esta universalidad, y cuyo significado perdió en lo sucesivo.—En este caso no será ya, como en el primero, un error escondido debajo de la capa de la verdad, sino una verdad oculta en las apariencias del error, y será una verdad tanto mas vigorosa, en cuanto habrá

[1] Lo incomprendible no es siempre increíble, pues es á veces lo que puede imaginarse de mas notorio é incontestable.—Es necesario tomar nota de estas palabras.

[2] *Antiquité dévoilée*

conservado su universalidad á pesar de estas apariencias.

Pues bien, tal es la esperanza que todas las naciones han tenido del libertador, de manera que Boulanger le imprimió el mas profundo sello de verdad llamandola *quimera universal*.—Sin embargo, como lo calificó así en su sentido distinto y con otra intencion, no queremos limitarnos a su declaracion, y probaremos en pocas palabras que si esta *esperanza universal* parecia una quimera á los ojos de Boulanger, debió parecerlo mas aún a los pueblos de la antigüedad, y por consiguiente estos no cayeron, como él dice, en extravagancia, antes bien sufrieron el imperio de una verdad tradicional tanto mas fuerte, cuanto que á pesar de sus apariencias de quimera pudo conservar siempre su universalidad.

En efecto, entre todos los caracteres de esta tradicion hay principalmente dos que están en sentido inverso de todas las preocupaciones antiguas, y que por lo mismo suponen una verdad primitiva dominadora de todas esas preocupaciones:—el primero es, que el libertador esperado saldria de una nacion lejana y desconocida a las demas;—y el segundo que el resultado de su benéfica mision seria universal é igual para todos los hombres, y que “cuando él apareciera toda la tierra seria llana, unida é “igual,” como dice Plutarco, “y que no habria mas “que una vida y una especie de gobierno entre los “hombres, los cuales gozarian de la mas completa “felicidad.”

Todos los pueblos antiguos sin escepcion estaban divididos por las mas exclusivas pretensiones de la nacionalidad. Para cada nacion todas las demas eran bárbaras y enemigas; cada una tenia su origen y sus destinos propios, y su sed egoista de dominacion y de tiranía; y esta violenta oposicion no existia solo de pueblo á pueblo, sino de hombre á hombre, y se prolongaba indefinidamente despues del combate en el seno de la esclavitud. El mismo cielo, forjado á imagen de la tierra, era tambien un teatro de querellas y discordias entre los dioses que tomaban parte en las querellas y discordias de los hombres.

En medio de tales preocupaciones, es claro que la idea de que seria un pueblo extranjero y oscuro el que tendria el privilegio de dar al mundo el libertador, debia parecer á los demas pueblos una quimera hostil á todos sus intereses. Lejos de concebirla y alimentarla, debian combatirla arrogándose cada una aquel privilegio. Pero no, todos, excepto el pueblo judío, abdicaron esta pretension, y (cosa verdaderamente rara, si no es ella la misma verdad, aquella verdad escrita con tantas otras en en el Génesis, y precisada mas y mas en otros lugares de los libros santos!) el libertador *rey y Dios conquistador* debe aparecer, dice Voltaire, en el Oriente para todos los pueblos de Europa y de América, y en el Occidente para los de la India y de la China, es decir, debe presentarse precisamente en el punto del globo ocupado por el pueblo judío, cuyo lugar podria llamarse *el polo de la esperanza de todas las naciones*.

Del mismo modo, la idea de que el resultado de la mision de este libertador seria absorber todas las naciones en una sola, nivelar toda la tierra y proporcionar á todos los hombres una felicidad comun; esta idea de igualdad, de unidad y de fusion universal, idea moderna en las apariencias y que desde que brotó del corazon de Jesucristo ha ido y va incesantemente ganando terreno; esta idea, repito, debia de parecer tambien una locura, una *quimera*, a los pueblos paganos, que lejos de abrazarla y secundarla, la combatirian con toda la fuerza de sus preocupaciones individuales. Y sin embargo, la mision del libertador era esperada en este sentido, en este mismo significado de regeneracion universal, segun la “antigua tradicion, de que habla Plutarco, adoptada por los teólogos y legisladores del “tiempo pasado y los poetas y filósofos posteriores, “sin que se supiese quién fué su primer autor, y “sin que pudiese borrarse ni arrancarse de la fé y “persuasion de los hombres: tan fuertemente se hallaba en ellas impresa.”—Segun esta tradicion no eran los griegos, los egipcios, los persas ó los chinos los que debian ser redimidos y libertados, sino todos los hombres.... toda la tierra.

En este doble carácter de la espectacion de un libertador hay evidentemente algo muy superior á las ideas y costumbres de los pueblos paganos, es decir, que esa espectacion *debía parecerles una quimera*, y que era en consecuencia una verdad tanto mas elevada en su mismo origen, cuanto que nunca se eclipsó, á pesar de la oposicion de todas las preocupaciones con que tuvo que luchar.

Por esto dice perfectamente Boulanger: que el paganismo tenia, con respecto al libertador, una *multitud de oráculos que no comprendia*. La antigüedad era, sin saberlo ni advertirlo, depositaria de aquella tradicion, y en lo que menos pensaba era en fomentarla y darla unidad; prueba tanto mayor de la fuerza interna de esta unidad y del poder de concentracion que entrañaba en sí misma, es decir, en la verdad, en la verdad de una gran promesa revelada al género humano en sus jefes y patriarcas, y confusamente mezclada con los demas restos de las primitivas verdades que iban sucesivamente desapareciendo, y que la segunda revelacion, objeto de esta promesa, volveria á dar al mundo para siempre.

Pero hay en esta tradicion otro carácter particular que prueba lo que acabamos de decir tal vez con mucha mas claridad; y ¡cosa rara! tambien lo ha dado á conocer otro incrédulo, Voltaire, proporcionándonos así otra arma contra sus escritos. ¡La verdad es por sí misma tan poderosa, que casi siempre el combatirla es manifestarla!

“De tiempo inmemorial, dice el citado Voltaire, “era ináncima recibida entre los indios y chinos que “el *sabio* saldria del Occidente; la Europa, al contrario, decia que el *sabio* debia salir del Oriente. “—*Todas las naciones tuvieron siempre necesidad de “un sabio.*”

Pues bien, estas palabras prueban todo lo contrario de lo que pretendia el autor.—Si el deseo de que viniera el sabio podia ser una ilusion de la ne-

cesidad que de él se sentía; Voltaire tendria razon, convenimos en ello; porque nunca se estravió la humanidad por senderos mas tenebrosos y corrompidos que en aquellos tiempos del paganismo, en que, como hemos visto, la borrachera y el crimen eran deificados; en que Platon no se atrevia á pronunciar en público la unidad de Dios, que á Sócrates le habia costado la vida; en que filosofía y ateísmo eran sinónimos, como decia Ciceron, y en que la superstición, segun él mismo, *derramada por todos los pueblos, tiranizaba á la debilidad humana*.

Mas ¿quién no ve que precisamente esta misma necesidad que se tenia de un sabio hacia que no se la sintiese y conociese, puesto que conocerla y sentirla hubiera sido sabiduría, y que el carácter de semejante necesidad era ignorarse y desconocerse á sí mismo en razon de su propia intensidad? La prueba de que no habia nada de esto, y que, al revés, los espíritus se hacian una ilusion diametralmente opuesta, es que nunca hubo mas *pretendidos sabios* que en aquellas épocas, y que cuando apareció en el mundo *el verdadero sabio*, fué crucificado.

La incredulidad pues se ha herido con los mismos dardos que habia disparado contra la verdad, y de la observacion de Voltaire, *que todas las naciones tuvieron siempre necesidad de un sabio*, debemos inferir que la espectacion del sabio por todas las naciones no podia ser una *ilusion*, sino que debia necesariamente fundarse en alguna gran verdad primitiva, que no pudo sostenerse tan universalmente *contra todas las ilusiones* del orgullo y de la locura humana sino por una fuerza original que estribaba en su antigüedad y en la autoridad de una primera revelacion.

Solamente en este sentido puede tambien explicarse la otra particularidad de que *el sabio* esperado debia aparecer, segun todas las naciones, en un mismo punto de la tierra, á pesar de serles respectivamente opuesto, en un punto que fué precisamente designado por todos los oráculos y tradiciones mosaicas, y en el cual, de hecho, *el sabio* apareció.

Recordáremos, en fin, los otros caracteres sensibles del objeto de esa tradicion que abraza dentro de un solo lazo la caída y la rehabilitacion del género humano?—El mal introducido en el mundo por *la desobediencia y el deseo de saber*;—*la mujer*, cediendo la primera á las instigaciones de la *serpiente*;—arrastrando al hombre en su caída, y en él á toda la humanidad;—todo el género humano, juzgándose culpable y castigado;—buscando igualmente en todo un consuelo expiatorio en la práctica de los sacrificios, esto es, por la mediacion de una víctima que tuviese poder para redimir con su sangre la falta hereditaria, y esperando de lo alto un libertador que seria esta víctima sacrificada que aboliria todas las demas víctimas, que apareceria en Oriente, naceria de una vírgen, seria Hijo de Dios, desarmaria la justicia de su padre, venceria al antiguo enemigo del hombre sin destruirle enteramente, reuniria todos los pueblos de la tierra en pacífica y fraternal unidad, y estableceria en el seno de las na-

ciones un reino de conciliacion y de verdad que duraria eternamente.—¿Quién se atreveria á negar que las tradiciones universales convinieron igualmente en todos estos puntos? y ¿quién puede descubrir en tan universal concordancia, y en la conformidad de circunstancias tan numerosas y singulares, una *quimera*, una *extravagancia*, sin ser el mas visionario, el mas limitado y terco de los hombres?

Pero estas consideraciones, y en general todas las que nos han proporcionado materia para este segundo libro, van á pasar al estado de realidad objetiva en el capítulo siguiente.

CAPITULO V.

LA VENIDA Y EL REINO DE JESUCRISTO.

HASTA aquí hemos ido caminando como los magos, con la fé en una estrella, la estrella polar de la esperanza de todas las naciones. La hemos visto levantarse sobre la cuna del mundo, brillar con vivo resplandor sobre el pueblo judío y centellear á través de las mismas sombras del paganismo, marchando siempre delante de nosotros, y convidándonos á seguirla por el fenómeno de su aparicion y de su ruta, igualmente visible en todos los puntos del universo, cuyas miradas ha atraído.—Pero hé aquí que esta estrella se paró de repente hace diez y ocho siglos.—Por esa época tuvo un término la esperanza de los pueblos, desvaneciéronse sus antiguas tradiciones, fueron abolidos los sacrificios, y cesaron los oráculos [1].—¿Qué sucedió pues entonces, y cuál fué la causa y el fin de tan gran mudanza? ¿Abjuró acaso el género humano sus esperanzas como quiméricas, renegó de sus tradiciones como engañosas, ó bien apareciendo de repente el objeto de estas mismas tradiciones y esperanzas, fueron todas absorbidas en su cumplimiento?—Cuestion decisiva, en la que se halla recopilada toda la suerte de la verdad, que nosotros vamos reduciendo cada vez mas dentro del círculo de nuestras investigaciones.—En efecto, todo cuanto llevamos espuesto en este segundo libro para establecer las semejanzas de una segunda revelacion con la revelacion primitiva, fundándonos en la autoridad de Moisés, en la naturaleza humana y en las tradiciones universales, está necesariamente subordinado al correspondiente suceso de esta nueva revelacion, con todos los caracteres requeridos por estas semejanzas; y por mas plausibles que hayan sido nuestras pruebas y razonamiento bajo este respecto, por mas bien apoyados y mas sólidos, se demuestrados que hayan parecido, si el hecho que hemos

[1] Esta última circunstancia de la cesacion de los oráculos, verdaderos ó falsos, órganos del espíritu de verdad ó del espíritu de mentira, llamó tanto la atencion de Platano que le suministró materia para una obra, que intituló: *De los oráculos que han cesado, y por qué*.—No tenemos necesidad de decir, que su talento pagano no encontró mas que ridicula quimera para la explicacion de un hecho que él mismo señalaba como el mas importante y curioso de su siglo. La verdadera causa, sin embargo, pareció haberle sido revelada por un conocimiento que refiere y cuya notoriedad igualó su rareza.—Volveremos á hablar de esto.

pretendido que estuviese en ellas contenido en expectativa, hubiese saltado en la ejecucion, el edificio se hubiera hundido por su base, y esos profundos cimientos no habrian servido sino para sostener ruinas, monumento de escepticismo y de incredulidad.—Pero si, al contrario, una ejecucion franca, amplia, positiva, precisa é incontestable satisface, al tiempo preciso, todos los caracteres de la espectacion universal, y contesta palabra por palabra á todos los oráculos y á todas las tradiciones que le habian anunciado;—si el hecho realizado prueba mejor que todos los raciocinios, que esa espectacion no era una quimera,—en tal caso habrémos cerrado el techo y colocado el remate en el edificio; la promesa y su realizacion, la primera revelacion y la segunda, se justificarán mutuamente, y la verdad del cristianismo llenará definitivamente nuestra conviccion: ó bien, si queda todavia algun espíritu bastante enfermo para disputarle la suya, ya no le serán necesarios argumentos ni hechos, sino súplicas al Señor para que cure su ceguera.

En esta grande alternativa, ¿con qué avidez, el que nos hubiese seguido hasta aquí,—ignorando todo lo que ha sucedido,—abriria los anales del mundo para buscar en ellos qué era lo que le habia acontecido al objeto de las esperanzas de todas las generaciones anteriores! ¡Y cuán grandes no serian los trasportes de su conviccion, virgen aún de todo error, al aspecto de esta inmensa revolucion del Evangelio, salida de la cruz de Jesucristo, envolviendo al mundo como en un torbellino, arrancándolo al imperio inveterado del mal, transformándolo en ideas y costumbres enteramente nuevas, bajo la inspiracion del espíritu de verdad y de caridad, y asegurándole la conservacion de este beneficio por un prodigio tan grande como el de su fundacion, el de un gobierno espiritual, depositario y dispensador incorruptible de la verdad y virtud en el mundo, y cuyo imperio no reconoce límites en el espacio ni en el tiempo!

Tal es el espectáculo que va á ofrecerse á nuestra vista; espectáculo sublime, el mas sublime que le haya sido dado nunca al hombre poder contemplar. El punto de vista á que nos ha conducido el curso de nuestros Estudios es el mas á propósito para abrazar de una sola ojeada todo su conjunto y relaciones. Nos hallamos, por decirlo así, sobre un angosto istmo del tiempo, oyendo por detrás el ruido de los siglos pasados que parecen correr como furiosas olas, y que esperaron con una agitacion llena de presentimientos la llegada del Salvador; y delante de nosotros se estiende otro océano, la dichosa época de la nueva alianza, cuyas maravillas vamos á explorar en la segunda parte de los trabajos que nos hemos propuesto. Entre tanto, pudiendo mirar alternativamente á estos dos lados de la humanidad, vamos á cojer, por decirlo así, al pasar, las principales circunstancias del fenómeno de esta importante transformacion.

I. Sin querer penetrar los secretos de la Providencia, ni juzgar de su conducta sino segun los cálculos que él mismo se ha dignado despertar en nuestra razon, puede decirse que si la rehabilitacion del

género humano hubiese sucedido inmediatamente á la caída de su jefe, no hubiéramos conocido nunca su verdadera importancia, concebido toda su necesidad, ni comprendido sus prodigios. Hubiérase confundido con la misma creacion, y hubiéramos creído tenerla por derecho de naturaleza, y no por el beneficio voluntario de la gracia de Dios.—Convenia que la tierra conociese su mal para que pudiese sentir el remedio; convenia que el género humano experimentase su miseria é impotencia para adherirse mas fuertemente al socorro que se le enviaba; convenia que el hombre hubiese acabado de caer, para que el poder y la misericordia de Dios le fuesen mas eficazmente evidentes en la grande obra de su rehabilitacion.—Este es el punto á que habia llegado el mundo en los primeros dias del imperio romano.—En el final del primer libro hemos supuesto ya por qué caminos habia venido la humanidad á estado tan deplorable: en su primitiva caída habia conservado algunos restos de verdad, miserables girones del rico patrimonio que acababa de perder. Habia empleado todos sus esfuerzos en detenerse y conservarse en ellos por medio de la tradicion, como el desgraciado cuyo pié se va deslizando por la pendiente de un abismo se agarra convulsivamente de las ramas que cuelgan de sus bordes, y á veces espera encontrar en ellas su salvacion. Pero, como ya hemos visto, aquellas verdades tradicionales se habian perdido cada vez mas en sus manos, y los esfuerzos de los primeros filósofos, de los Aristóteles, de los Sócrates, de los Platones, de los Confucios y Cicerones para recuperarlas, habian cedido al peso siempre creciente de la miseria y ceguera de la especie humana, que precipitada mas y mas, por la misma ley de su primera caída, en errores y vicios sin fondo, habia sucesivamente caído de la tradicion en el racionalismo, del racionalismo en la idolatría y el politeísmo, y del politeísmo en el ateísmo y materialismo mas monstruosos. Ahí está el fondo del abismo, ahí Dios, para servirme de la bella expresion de Plutarco, despues de haber holgado un tiempo muy largo para un Dios, estaba esperando al hombre con su misericordia siempre dispuesta á socorrerle. El mundo se hallaba en el punto preciso de sazón que se necesitaba para sufrir sutilmente la operacion de su salud, y la época de esta salud se referia á la caída original por una sucesion de caídas que eran como su lamentable prologacion.—Tal era el estado moral é intrínseco del género humano en el reinado de los primeros Césares.

No era menos característico su estado material y eterno.

Pero antes de describirla, demos lugar á esta bella y profunda reflexion de S. Agustín:

“No podemos sospechar, decia este grande ingenio, que el Dios soberano, verdadero y Todopoderoso, el autor y creador de todas las almas y de todos los cuerpos, que es el origen de la felicidad de todos los que son verdadera y sólidamente felices; que ha hecho al hombre animal racional, compuesto de alma y cuerpo; que despues de haber pecado no le ha dejado sin castigo y sin miseri-

"cordia;—que ha dado á los buenos y á los malos el sér como á las piedras, la vida vegetativa como á las plantas, la vida sensitiva como á los animales, la vida intelectual como á los ángeles;—que es principio de todo lo bello, lo ordenado, lo armonioso, y de todo lo que se hace con número, peso y medida; que es autor de todas las obras de la naturaleza, de cualquiera especie y calidad que sean; de quien proceden las semillas de las formas, las formas de las semillas y la germinación de las formas y semillas; que ha criado la carne y la ha dado su belleza, su vigor, su fecundidad y la flexibilidad de sus miembros con esta relacion y concordancia que constituyen su mútua conservacion; que ha dotado el alma de los brutos de memoria, sentido y deseos, y añadido al alma racional el genio, el entendimiento y la voluntad:—no podemos sospechar, digo, que aquel que ha hecho tantas cosas admirables, y que no ha dejado, no diré el cielo y la tierra, los ángeles y los hombres, pero ni siquiera las entrañas del mas pequeño y del mas vil de los insectos, la pluma del pájaro, la hoja del árbol, la flor de la mas humilde planta, sin la conveniencia y armonía de todas sus partes..... no podemos sospechar, repito, que haya dejado los reinos é imperios fuera de las leyes de su providencia (1)."

Por esto mismo Bossuet, ayudado por el espíritu de Dios que le había trazado su camino en las santas Escrituras, como luego veremos, escogió el verdadero punto de vista providencial de las revoluciones de los imperios, cuando en su inmortal *Discurso sobre la historia universal* nos representó los imperios del Asia desplomándose bajo los golpes de Alejandro, los imperios de Alejandro cayendo y pereciendo á los filos de la espada política de los romanos, y los romanos marchando por todas partes al llamamiento de la conquista del mundo, como enviados de la Providencia, para reunir en un solo redil todos los rebaños dispersos de los humanos, y tenerlos así á la disposición del buen pastor que iba á venir á rescatarlos y apacentarlos para siempre.

Entre todas las maravillosas profecías de los judíos, hay una, la de Daniel, que había personificado este gran movimiento en las circunstancias siguientes:

Durante la cautividad de los judíos en Babilonia, el rey Nabucodonosor se despertó una mañana muy inquieto y turbado á causa de un sueño extraordinario que le había agitado casi toda la noche, pero del cual no conservaba mas que ideas confusas en su memoria. Mandó que fuesen convocados todos los magos y adivinos de Babilonia, y cuando los tuvo en su presencia les dijo: He visto un sueño, y perturbada mi mente, ignoro lo que he visto: es preciso que vosotros me deis su interpretacion, y que á este efecto empeceis por recordarme el mismo sueño, de modo que vuestra fidelidad sobre este último punto sea para mí una prenda de la con que desempeñaréis el otro. Cojidos los adivinos en

esta terrible prueba de su falsa ciencia, contestaron llenos de espanto: no hay hombre, oh rey, sobre la tierra que pueda cumplir tu mandato; dignaos contar vuestro sueño, y nosotros declararemos en seguida su interpretacion. Despues de tres veces de hacer el rey la misma pregunta y de recibir igual contestacion, lleno de furor y grande enojo, mandó que fuesen pasados á cuchillo todos los magos y adivinos de Babilonia. Daniel, cuya reputacion de profeta le había hecho confundir con ellos en la misma condenacion, pidió plazo para dar al rey la explicacion que deseaba. Habiéndosele concedido, se puso en oracion con los suyos, y alcanzó de Dios que durante la noche le fuese revelado el arcano en una vision. A semejante señal de la proteccion divina bendijo Daniel al Dios del cielo, —que muda los tiempos y las edades, trastorna los reinos y los afirma, y sintiéndose en disposicion de satisfacer al rey, pidió audiencia, y hallándose ya en presencia del monarca, éste le dijo con desconfianza: ¿Crees que podrás verdaderamente decirme el sueño que soñé y su interpretacion? Pero Daniel, confortado por la luz sobrenatural que en él había, se expresó así:

"Tu sueño y las visiones de tu cabeza en tu lecho son de esta manera:—Tú veias y te pareció como una grande estatua: aquella estatua granda y de mucha altura estaba derecha enfrente de tí, y su vista era espantosa. La cabeza de esta estatua era de oro muy puro, mas el pecho y los brazos de plata, y el vientre y los muslos de cobre; las piernas eran de hierro, y la una parte de los pies era de hierro y la otra de barro —Así la veias tú, cuando sin mano alguna de hombre se desgajó del monte una piedra, é hirió á la estatua en sus pies de hierro y de barro, y los desmenuzó. Entonces fueron asimismo desmenuzados el hierro, el barro, el cobre, la plata y el oro, y reducidos como á tamo de una era de verano, lo que arrebató el viento; y no parecieron mas: pero la piedra que había herido la estatua se hizo un grande monte, é hinchió toda la tierra.

"Este es el sueño. —Dirémos tambien en tu presencia, oh rey, su interpretacion:

"Tú pues y tu reino es la cabeza de oro (1). —Y despues de tí se levantará otro reino menor que tú, de plata (2); —y otro tercer reino de cobre, el cual mandará á toda la tierra (3); —y el cuarto reino será como el hierro. Al modo que el hierro desmenuza y doma todas las cosas, así desmenuzará y quebrantará á todos estos (4). —Mas en los dias de aquellos reinos (5), el Dios del cielo levantará un reino que no será jamas destruido (7), y este reino no pasará á otro pueblo, sino que quebrantará y acabará todos estos reinos (6), y él mismo subsistirá para siempre. Segun lo que viste, que del monte se desgajó sin mano una pie-

[1] El Asia.

[2] La Grecia.

[3] Alejandro.

[4] El imperio romano.

[5] Sujetos al reino de hierro.

[6] El cristianismo, que se mantiene todavia subsistente.

[7] Qué queda de todos ellos?

"dra, y desmenuzó el tiesto y el hierro, y el cobre, y la plata y el oro; y se hizo una grande montaña que llenó toda la tierra [1], así el gran Dios mostró al rey las cosas que han de venir después.—"Y el sueño es verdadero y su interpretación fiel."

Entonces, continúa la Escritura, el rey Nabucodonosor cayó sobre su rostro, y adoró á Daniel, diciéndole: *vuestro Dios es en verdad el Dios de los dioses, y el Señor de los reyes, y el que revela los misterios; porque tú pudiste descubrir este arcano* (2).

Cualquiera que fuese nuestra incredulidad, debiera bastarnos esta profecía, cuya autenticidad nos garantizan los judíos, para hacernos prosternar también delante del Dios de los dioses, del que revela los misterios.—Pero no es este el lugar de argumentar sobre las profecías, y solo hemos citado esta para mostrar la exacta conformidad que hay entre la marcha de los sucesos descrita por Daniel, y el cuadro que nos pinta Bossuet en su historia, y la que ambos guardan con su verificación.

Esta verificación lleva en sí misma tan marcado sello de la mano de Dios, que algunos historiadores y filósofos paganos, aun desconociendo su verdadero objeto, la admiraban, y proclamaban que había algo de sobrenatural y divino en aquel movimiento de formación de la grande unidad del mundo romano.

Tito Livio, que vivía en tiempo de Augusto, escribía bajo la influencia de este sentimiento, pues empieza su historia diciendo que la fundación del mas grande imperio que había existido sobre la tierra no podía ser sino obra del destino y efecto de una particular protección de los dioses: *debebat, ut opinor, fati tanta origo urbis, maximeque secundum deorum opes imperii principium* (3); y luego hace declarar por Rómulo, en el momento que es admitido en el cielo, que los dioses quieren que Roma llegue á ser la capital del universo, y que ningún poder humano pueda resistírsele: *Inter principia condendi hujus operis (capitolii) movisse numen ad indicandam tanti imperii molem traditur deos* (4).

Meditando Plutarco sobre la fortuna de los romanos, admiraba igualmente la divina impulsión que les había llevado á la conquista del mundo, como lo acredita esta hermosa página, que parece haber sido escrita bajo el influjo de una impulsión igual.

"El curso feliz de sus negocios y su acreditado progreso á tan alto grado de poder y acrecentamiento, muestran muy claramente á los que saben juzgar de las cosas con rectitud, que todo esto no ha sido conducido por manos, consejos ni afectaciones de hombres, sino por un guía ó escolta divino, y por un viento en popa de la fortuna que les empujaba. Ved esos trofeos erijidos sobre trofeos, triunfos continuados y unidos á otros triunfos, la primera sangre de los ejércitos, humeante todavía, lavada por una segunda sangre: allí se cuentan

"las victorias, no por el número de muertos ó vendidos, sino por reinos subyugados, por naciones sometidas y por islas y continentes avasallados, muchos de los cuales se han colocado voluntariamente al abrigo de la grandeza de su imperio [1]."

Polibio, en fin, que escribía mucho antes que Plutarco y Tito Livio, cuando la república romana solo empezaba á pesar en la balanza del mundo y á romper su equilibrio, metiendo el pie sobre el imperio de Cartago, estaba obsorto á la vista del giro que iban tomando los sucesos, y la penetración de su espíritu político le hacía consignar esta observación:—*Los acontecimientos llevan el mundo á una cierta UNIDAD*. . . . Era la unidad católica, que se preparaba en la unidad del mundo romano, y la silla de Pedro, que había de ocupar el trono de los Césares.

*La quale è li quale, a voler dir lo vera,
Fur stabiliti per lo loco santo
U'viene il successor del maggior Piero* (2).

¿Quién puede desconocer esa predestinación de la vida eterna en aquella admirable marcha de los sucesos que, desde Rómulo hasta los Césares, la convirtió sucesivamente en señora del mundo, para legar en seguida su puesto al cristianismo, que la ha poseído hasta nuestros días?—"Los que contemplan con atención las revoluciones del género humano, escribía Gibbon, á pesar de sus preveniciones anticristianas, pueden observar que los jardines y el circo de Neron sobre el Vaticano, que fueron regados con la sangre de los primeros cristianos, han sido mucho mas famosos aún por el triunfo de la Religión perseguida. . . . Sobre el mismo terreno, los pontífices cristianos han levantado después un templo, que escade con mucho á los antiguos monumentos de la gloria del Capitolio. Ellos son los que heredando de un humilde pescador de Galilea sus pretensiones á la monarquía universal, han sucedido al trono de los Césares; y que después de haber dictado leyes á los conquistadores bárbaros de Roma, han extendido su jurisdicción espiritual desde las costas del mar Glacial hasta las playas del Océano Pacífico [3]."

Jamás ha habido un punto de vista histórico ni mas vasto ni mas sencillo, ni mas verdadero: Daniel lo profetiza, Polibio lo prevee, Tito Livio y Plutarco lo refieren, Bossuet lo retrata, y Gibbon lo confiesa.—Este punto de vista era el de la sabiduría y misericordia de Dios preparando la salvación del mundo; y cuando miramos la historia por este lado, asistimos á una vasta escena en la que se desenredan todas las intrigas de la política humana, se enlazan y esplican todos los destinos de las naciones, y en la cual los Ciroes, los Alejandroes, los Césares, los Constantinos y los Carlomagnos no son mas que actores de un drama sublime, que termina en Jesucristo y su Iglesia.

(1) Este es el reino, cuyas llaves se han dado á aquel á quien se dijo: *Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*.

(2) Daniel, cap. 2.

(3) Lib. 1, núm. 4.

(4) Lib. 1, núm. 88.

(1) Obras morales. *De la fortuna de los romanos*, n. 28.

(2) "A decir verdad, uno y otro fueron fundados en el lugar santo donde está sentado el sucesor del primer Pedro." [Daniel, El infierno, cap. 2, v. 22.]

(3) *Historia de la decadencia y caída del imperio romano*, t. III.

Admirémos toda la sabiduría y propiedad de los designios de Dios en esta gran formación de la unidad romana.

El deseado de todas las naciones debía de ser el salvador del mundo, y su religión debía durar eternamente. *Universalidad y perpetuidad*: hé aquí los dos principales caracteres del socorro que nos traía.—Para que el primero de estos caracteres pudiese realizarse, era preciso que se derribasen todas las barreras que dividían á las naciones y hacían de ellas otros tantos mundos distintos; que *la tierra llegase á ser enteramente plana*, como decía la tradición de que habla Plutarco, y que el género humano volviese á su primera unidad. Desde la dispersión de los hombres y la confusión de las lenguas había reinado entre los pueblos un aislamiento casi increíble; todos eran unos respecto de otros *enemigos y bárbaros*, y no se juntaban y mezclaban sino en los campos de batalla ó en las manadas de esclavos. Pero era indispensable que á la hora señalada para la redención del mundo, el género humano se reconstruyese, que fuese como una sola familia y como un solo hombre, á fin de poder recibir todo entero el beneficio de la regeneración. Uno de aquellos cuatro ó cinco monstruos que personificaron sobre el trono de los Césares la depravación universal, Domiciano, si no me engaño, decía que hubiera querido que todo el género humano no hubiese tenido mas que una sola cabeza, para cortársela de un solo golpe. Este deseo infernal se realizó. Dios dió al género humano una sola cabeza, pero fué para salvarle. El curso de los sucesos condujo todos los pueblos antiguos á perder sucesivamente su propia nacionalidad y á absorberse en el pueblo romano. Llegó un tiempo en que todo fué romano en el mundo, y un poeta latino pudo decir con razón:—“Las que eran naciones diversas, se cambiaron en una patria única, y lo que antes se llamaba universo, no es ya mas que una sola ciudad.”

*Firmasti patriam diversis gentibus unam,
Urben sociati quod prius orbis erat* (1).

Y como si para entrar en aquella grande unidad no hubiese bastante con todos los pueblos conocidos, aparecieron de repente otros pueblos ignorados, que debían reconocer la especie humana y ser jefes de las castas modernas, los cuales acudieron al llamamiento jeneral como para representar las generaciones futuras. Época solemne y única en la historia, en que todos los pueblos antiguos y modernos fueron mezclados y confundidos como los diversos metales de la estatua del sueño de Nabucodonosor, por medio de una extraordinaria y universal transformación.

Admirémos ademas cómo la *perpetuidad*, segundo carácter de la salvación del género humano, se iba preparando al mismo tiempo en el seno de esta misma *universalidad* y cómo ambas se adherían mutuamente por medio de un lazo común, el lenguaje.

Púdose decir entonces, por la primera vez después del prodigio de la dispersión de las lenguas, lo

que dice el Génesis al referirlo: *era la tierra de un solo lenguaje y de unas mismas palabras* (1), y este retorno á la unidad del lenguaje era sin duda tan prodigioso como su antigua confusión:—“Lo que importa dejar bien probado, dice Villemain, es la portentosa extensión de la lengua latina y su uso europeo. Este hecho se halla atestiguado en todas partes. Varios edictos mandaban que todos los actos oficiales, todas las publicaciones, todas las disposiciones de los gobernadores, fuesen redactados en lengua latina. Las recompensas, los honores, los derechos de ciudadanía ofrecidos á los provincianos, les invitaban á estudiar la lengua romana. Ni los mas rebeldes se negaban á aquella especie de exigencia. Los mismos bretones, que por su carácter nacional y su buena posición insular se habían defendido largo tiempo contra el yugo de los romanos y la tiranía de sus costumbres, acabaron por estudiar la elocuencia latina. Tácito lo observa: *Ita ut qui linguam assuebant, eloquentiam mox concupiscerant: los que al principio habían rechazado nuestra lengua, poco después ambicionaron nuestra elocuencia*. Juvenal indica estas mismas conquistas del idioma y de las letras romanas:

Gallia cauidicos docuit fecunda Britanno.

“Así uno de los pueblos vencidos se hacia señor del latino por medio de otro pueblo subyugado como él. Esto era una serie, un encadenamiento, una confusión de servidumbres [2].”—La lengua latina había pues conquistado la universalidad, y su sonido se oía por toda la tierra [3].

Quiso el cielo que en el momento en que esta lengua había alcanzado su universalidad, se convirtiese en lengua muerta, y por consiguiente *perpétua*, fijándose, por decirlo así, de manera que la palabra que expresaba una verdad cualquiera fuese invariablemente la misma para siempre ya en todas partes, y que todos los hombres de todos los tiempos y lugares pudiesen, por su medio, entenderse perfectamente y ser como compatriotas y contemporáneos. Este idioma romano, que se hablaba de un extremo al otro del mundo, es el mismo que se escribe, se habla y se canta aun en nuestros días por todas partes. Está dotado del doble carácter de la verdad católica, de la cual se hizo instrumento: la universalidad y la perpetuidad. Atacando el protestantismo la antigua costumbre de la Iglesia de no expresarse sacramentalmente sino en latín, está perfectamente de acuerdo con su espíritu de variación y de secta; pero toda vez que conoce el valor de la verdad y de la unidad, debe comprender cuán eminentemente filosófico y racional es, para conservar verdades tan delicadas y preciosas como las religiones, tenerlas encerradas y como selladas en un lenguaje que no depende en nada de los accidentes humanos. Si la Iglesia sustituyese al latín los idiomas, y por consecuencia los dialectos de cada nación, pa-

(1) Génesis, cap. 11, v. 1.

(2) *Cours de littérature au moyen âge*, t. I, pp. 88, 89.

(3) Como la predicación de los apóstoles, de la cual debía ser instrumento: *In omnem terram eunti omnes eorum*.

(1) *Antiquus*.

ra administrar los sacramentos y celebrar los divinos misterios, daría lugar á interpretaciones inmediatas, á eternas discusiones de palabras, cuyo significado varía totalmente, ó al menos pasa del sentido natural al figurado en un trascurso de tiempo bastante corto, y á veces en el solo tránsito de una provincia á otra. Conservando la Iglesia á la lengua latina su perpetuidad y universalidad, no solo ha obrado consecuente á su principio, sino que ha prestado además un memorable servicio á las ciencias humanas, y ha favorecido muy singularmente su exactitud y su desarrollo, prestándoles la filosófica neutralidad de su lenguaje. —“Observemos pues. —decía M. Villemain, este gran resultado que nació de la civilización antigua y la sobrevivió: el genio romano llevó á todos los lugares que conquistó sus leyes, sus costumbres y su lenguaje; vino después la Religión, mas poderosa aún que el imperio romano, y juntó la santa uniformidad de su ritual á aquella primera uniformidad de la conquista y de la política. San Agustín la ha expresado en términos muy elocuentes, pues dice que “ve algo de maravilloso, de predestinado, en aquella poderosa difusión de la lengua romana. A sus ojos era la Providencia que disponía la general y rápida predicación de la fé cristiana [1].” Añadamos: y que garantiza su perpetuidad. —*Opera data est ut imperiosa civitas non solum jugum, verum etiam linguam suam domitis gentibus, per pacem societatis, imponeret, per quam non deesset, imo et abundaret interpretum copia.*

Así pues, por efecto de aquella gran revolución tan majestuosamente anunciada bajo el punto de vista religioso, como dice M. Villemain, todo se hallaba dispuesto. —Las barreras que separaban las diferentes nacionalidades habían sido abatidas. Habíase extendido por todas partes una lengua única. El cristianismo podía marchar á grandes jornadas por aquellos vastos caminos que la política romana había abierto de un extremo al otro del imperio para el paso de sus legiones; de suerte que toda carne podría ver, todo oído escuchar la revelación de la gloria y de la palabra de Dios, según aquella expresión de Isaías, tan puntualmente obedecida por Alejandro y por César: —“Aparejad el camino del Señor, enderezad en la soledad las sendas de nuestro Dios. Todo valle será alzado, y todo monte y collado será abatido, y lo torcido se enderezará, y lo áspero será caminos llanos. Y se descubrirá la gloria del Señor, y verá toda carne al mismo tiempo lo que habló la boca del Señor.” *Parate viam Domini, rectas facite in solitudine semitas Dei nostri. Omnis vallis exaltabitur, omnis mons et collis humiliabitur: et erunt prava in directa et aspera in vias planas. Et revelabitur gloria Domini, et videbit omnis caro pariter quod os Domini locutum est;* y estas otras palabras del profeta rey: —“Juntad todos los pueblos en uno, para que todos puedan servir al Señor.” *In conveniendo populos in unum ut omnes serviant Domino;* oráculos que se habían convertido en tradiciones universales, como se ve

por aquellas palabras de Plutarco: —“Vendrá un tiempo fatal y predestinado, en que Ahriman será destruido y la tierra será entonces toda llana, unida é igual, y no habrá mas que una vida y una especie de gobierno entre los hombres, los cuales no estarán entre sí mas que una lengua, y vivirán en colmada felicidad.”

Esta era la situación del mundo en la época de los primeros Césares: —moralmente había llegado á la mas profunda disolución; —naturalmente había alcanzado el mas alto punto de organización y de unidad. —¡Estraña coincidencia! —El género humano se hallaba como recopilado en un solo hombre, y este hombre era Calígula ó Neron!

II. Por aquel tiempo se dejó sentir en todas partes un presentimiento universal. Todas las tradiciones, hasta entonces tan confusas y desparramadas, sobre la venida de un reparador, Dios conquistador y legislador, dominador universal, que libertaría los hombres del imperio del mal, se renovaron y precisaron, y se correspondieron de un extremo á otro del mundo, como los mil ecos de una voz que ha dado en el verdadero punto de una gran dificultad, y que se repite por todas partes. Todos los pueblos tenían instintivamente sus ojos fijos en el polo de su comun esperanza, en la Judea; pues de esta region y en aquel tiempo debía salir el dominador esperado.

—Tácito lo atestigua: —“Según una antigua tradición religiosa, creíase generalmente que por aquel mismo tiempo el Oriente mejoraría, y que de la Judea saldrían los señores del mundo.” —*Pluribus permixto inerat, antiquis sacerdotum litteris contineri ex ipso tempore fore, ut valesceret Oriens, profectique Judaea rerum potirentur* (1).

Suetonio afirma también el mismo hecho: —“Habíase propagado por todo el Oriente, dice, la antigua y constante opinión de que estaba consiguado en los destinos, que por aquel tiempo la Judea iba á dar directores al universo.” —*Percrebuerat Oriente toto vetus et constans opinio, esse in fatis, ut eo tempore Judaea profecti rerum potirentur* (2).

En fin, Cicerón nos dice, que los antiguos oráculos de las sibilas habían anunciado para aquella época la venida de un monarca universal. —“Los romanos, dice un escritor moderno, tan republicanos como eran, esperaban en tiempo de Cicerón un rey vaticinado por las sibilas, como puede verse en el libro de *divinatione* de aquel orador filósofo; las miserias de su república debían ser sus anuncios, y la monarquía universal su consecuencia. Esta es una anécdota de la historia romana en la cual no se ha fijado toda la atención de que es digna....”

Nuestros lectores quedarán algo sorprendidos cuando sepan, que el autor de esta observación es el célebre Boulanger. Es otra de las muchas que ha hecho al tratar de la esperanza de todas las naciones en la venida de un libertador, para acabar diciendo que semejante esperanza era una quimera

(1) *Cours de littérature au moyen âge*, t. I, p. 8.

(1) *Hist.*, lib. 5, cap. 18.

(2) *In Vespas.*

universal. ¿Puede el hombre mentirse á sí mismo de este modo (1)?

Ese antiguo oráculo de las sibilas, que no era sin duda mas que una derivacion de la religion primitiva, nos fué detalladamente revelado por la aplicacion que Virgilio hizo de él, en su 4.ª Égloga, á un jóven príncipe de su tiempo; aplicacion que ha sido muy poco feliz para su héroe, pues que nada ha quedado de él, ni siquiera el nombre (2); pero que lo ha sido mucho para nuestra instruccion, haciéndonos conocer las particularidades de la venida del verdadero héroe de las sibilas, que son las siguientes:

—“Han llegado por fin los últimos tiempos de “que habla la sibila.”

Ultima Cumoei venit jam carminis oetas;

—“Va á empezar de nuevo el curso inmenso de “los siglos;”

Magnus ab integro seculorum nascitur ordo (3);

—“De lo mas encumbrado de los cielos nos vie- “ne un regenerador.”

Jam nova progenies coelo demittitur alto;

—“Alégrate, casta Lucina, por el nacimiento de “este niño, que hará cesar la edad de hierro, que “ha durado hasta ahora, y estenderá la edad de “oro por todo el universo.

*Tu modo nascenti puero, quo ferrea primum
Destinet, ac toto surget gens aurea mundo,
Castae, Jove, Lucina.*

—“Bajo tu consulado, oh Polion, se manifestará es- “te prodigio de la nueva edad, y se empezarán á “contar los grandes meses: si quedan todavía algu- “nas reliquias de la antigua iniquidad de los hom- “bres, al menos toda la tierra podrá respirar, libre “ya del terror que por tanto tiempo la tuvo enca- “denada.”

*Togas adeo decus hoc ovis, te consule, inibit,
Pollio, et incipient magni procedere menses;
Te duce, ac qui manent sceleris vestigia nostri,
Irrita perpetua solvet formidine terras.*

—“Aquel que debe obrar todas estas maravillas “será engendrado en el mismo seno de Dios; dis- “tinguiráse entre los seres celestiales, y aparecerá

(1) *Recherches sur l'origine du despot. oriental*, sect. 10, pp. 116, 117.

(2) “He leído casi todos los comentarios que se han escrito sobre esta égloga (dice M. Firmin Didot en su traduccion de “las Bucólicas), con el designio de fijarme en quién seria ese “niño misterioso que quiso Virgilio designar; pero despues de “haber empleado largo tiempo y mucha escrupulosidad, estoy “tan incierto como antes acerca del objeto de mis investigacio- “nes.”

(F, 130, edit. de 1806.)

(3) El poeta repite tres ó cuatro veces la circunstancia de que la cronologia va á empezar una nueva era:

.... *Incipient magni procedere menses.
Tutta societa suis dixerunt currite fusiis.
Adspice ventura latentur ut omnia socio.*

“superior á todos ellos, gobernará con las virtu- “des de su padre al mundo pacificado.”

*Ille Deum vitam accipiet, divisque videbit
Permistas herosa, et ipse videbitur illis;
Pacatumque regni patris virtutibus orbem (1).*

—“Ven, pues, querida descendencia de los cielos, “ilustre vástago de Júpiter, que se acercan ya los “tiempos profetizados; ven á recibir los grandes “honores que te son debidos. Mira al mundo va- “cilante bajo el peso de su bóveda, las tierras, los “vastos mares, el profundo cielo, cómo todo se ale- “gra por el siglo que ha de nacer.”

*Aggredere, ó Magnos, aderit jam tempus, honores,
Cara Deum soboles, magnamque Jovis incrementum!
Adspice concesso nutantem pondere mundum,
Terrasque, tractusque maria, coelumque profundum;
Adspice ventura latentur ut omnia socio (2).*

Algunos comentadores, mas bien cristianos piosos que justos intérpretes de Virgilio, han pretendido que habia profetizado la venida de Jesucristo, opinion que creemos destituida de todo fundamento. Pero lo que no puede desconocerse sin caer en otro error de no menos bulto, es que Virgilio se sirvió de una antigua tradicion que efectivamente tenia á Jesucristo por objeto. El mismo dice y repite mas de una vez, que se refiere á un antiguo oráculo conocido bajo el nombre de la Sibila de Cumas. Leemos en Ciceron y en todas las historias de aquel tiempo, que segun este oráculo, como dice Boulanger, se esperaba entonces un *monarca universal*, y todos los comentadores de Virgilio están conformes en que este mismo oráculo es el que aplicó á un príncipe desconocido de su tiempo (3).—La escageracion de su lenguaje, que bajo

[1] “El semi-dios es criado en el cielo; recibe en él una vida divina y ve allí á los dioses y héroes, entre los cuales debe muy pronto volver y tomar asiento. En estos versos se ha pretendido descubrir el sentido de una apoteosis futura; sin embargo, es evidente que el *Deum vitam accipiet* indica un nacimiento, una creacion.” [Didot, *Notes sur la 4.ª Égloga*, p. 148.]—“El templo de la divinidad vendrá á animarle [dice otro comentador]. Verá á los héroes de su raza mezclados indistintamente con los dioses, y él mismo será visto por ellos con un primado de honor y de amor que se manifiesta en la marcada oposicion de los pronombres *ipse* ó *illis*, como tambien en la situacion respectiva de estas dos palabras, *videbit* y *videbitur*, que hacen de aquel prodigioso infante el objeto de la complacencia divina y de todas las cuidados del cielo.” [Examen oratoire des églógues de Virgile, par F. J. Genissat, 1804, p. 106.]

Las palabras *patris virtutibus*, que hemos traducido con las virtudes de su padre, deben entenderse de la misma Divinidad, de quien el niño es hijo, como lo acaba de decir el poeta, y como lo vuelve á decir despues en este verso:

Cara Deum soboles, magnamque Jovis incrementum!

[2] Nos limitamos á estos pasajes de la égloga de Virgilio como los mas notables, y que por lo mismo debes considerarse como trasplantados por la mano del poeta del mismo oráculo de la sibila á su poema; lo restante no es mas que una amplificacion que nada dice de nuevo.—Sin embargo, hay dos rasgos que por su analogia con nuestro asunto se hacen notar: *Jam redit et viator—occidet et nevens*. Es probable que Virgilio tomara tambien de la sibila estas dos particularidades, principalmente la primera, que se encuentran en todas las tradiciones; pero como ni el mismo comprendió el verdadero sentido de la palabra, la acomodó á su poesia mitológica, y la desnaturalizó.

(3) El célebre Heyne, que es quien ha combatido mas fuertemente el que hubiese algo extraordinario en la Égloga de Virgilio, y que no vea nada mas vano y nulo que esta opinion, conviene no obstante en que habia un antiguo oráculo de las sibilas que pronosticaba para aquella época una inmensa felicidad, y en que Virgilio se valió muchísimo de dicho oráculo:—*Unum fecit aliquod (nihillicum oraculum) quod magnam aliquam futuram felicitatem promitteret. Hoc itaque oraculo et vaticinio*

este mismo respecto ha sido condenado por el buen gusto, bastaría para escluir la idea de que lo hubiese inventado en favor de su pobre héroe. Obsérvese, en efecto, cómo todo cuanto dice se sale del círculo de la nacionalidad romana, y hasta de los mismos acontecimientos humanos, y abraza al mundo en su mayor generalidad posible: *terras, toto mundo, orbem etc.*, corresponde á todos los siglos pasados y á todos los siglos futuros, conmueve é interesa principalmente al mismo cielo, é indica visiblemente una renovacion universal y absoluta de toda la tierra, y lo que es mas notable entre las ideas de aquel tiempo, una renovacion sin combate ni violencia, por la suavidad y la paz y por virtudes enteramente divinas, tal en fin como la que el Salvador del mundo vino á realizar en aquella época, y que su Iglesia conserva aún en todo el universo.

Pacatumque reget patriis virtutibus orbem.

Todos los versos de Virgilio, que son de una torpe exageracion si los aplicamos á un héroe mortal, como si colocásemos sobre las espaldas de un niño la armadura de un gigante, aplicados á Jesucristo, á ese dominador pacífico que ha realizado en sí todos los antiguos oráculos; que ha regenerado la tierra por el cielo; que ha sustituido una religion de confianza y de amor á las supersticiones que el terror habia engendrado; que ha lavado la antigua iniquidad de los hombres, y les ha disipado aquel temor que les impedia llamar á Dios *Padre nuestro*; que ha abierto, en fin, una nueva era en que la verdad y la santidad han engendrado prodigios de luz y de virtud, y cuya doctrina ejerce todavia desde lo alto del capitolio un imperio universal:—Hé aquí el héroe de las sibilas, hé aquí pues á aquel cuya aproximacion agitaba entonces al mundo, como refieren é indican Suetonio, Tácito, Virgilio y Ciceron.

Pero esta esperanza fermentaba principalmente en la Judea, y desde aquí comunicaba el impulso á las tradiciones universales (1).—“Por mas dividido que estuviesen los judíos en aquella época, dice M. Villemain, todas sus sectas y colonias estaban conformes y unidas por una espectacion comun.”—Aunque el objeto de esta espectacion estuviese precisado con sus principales circunstancias en sus profecías, hasta el punto de que todas las miradas estaban fijas sobre el horizonte de los acontecimientos para verle llegar; sin embargo, presentándose estas mismas circunstancias con un doble y contrapuesto carácter de debilidad y de fuerza, de humillacion y de gloria, de sufrimiento y de felicidad, sucedió que se dividieron las opiniones que sobre ella se formaron, y que en general, siguiendo el curso de las pasiones humanas, se inclinaron con preferencia á esperar la venida de un dominador y conquistador, rodeado de fuerza, de gloria y de felicidad, y semejante á los potentados de la tierra; “solo algunos judíos, añade M. Villemain, no veían

“en la promesa de un salvador mas que una esperanza para la salvacion de las almas y la reforma “del mundo (1).”

En fin, “aquel movimiento de inquietud y de religiosa curiosidad que agitaba al universo se comunicó hasta á la inercia contemplativa de los indios, y turbó el reposo del brahman. Si hemos de creer al estudio de los monumentos orientales “(*Asiatical recherches t. I.*), corria entonces por “la India lo mismo que en la Judea el anuncio de “un acontecimiento milagroso (2).”

Para completar los datos históricos, debemos hacer notar algunos hechos que en la misma época tuvieron lugar, y que confirmaron todos los testimonios que acabamos de aducir, á fin de que veamos cómo fué puesta en movimiento y accion esa esperanza que preocupaba á la sazón todas las pasiones y todos los intereses.

Suetonio, en su vida de Augusto, refiere sobre la autoridad de J. Marathus, que “según una profecía que circuló en Roma, la naturaleza trataba “de hacer naciera un rey para el pueblo romano, y “que atónito el senado prohibió que se criase ningún hijo varon nacido aquel año.” *Auctor est J. Marathus, prodigium Roma factum publicè; quo denunciabatur regem populi romani naturam parturire: senatum exterritum censuisse ne quis illo anno genitus educaretur* (3).

Este decreto no se llevó á efecto, pero no sucedió lo mismo con el que Herodes, este Calígula de la Judea, publicó contra todos los niños varones, en el cual envolvió tambien á su propio hijo; tal era el terror que le causaba el considerarse destronado por el dominador que se esperaba. Y no son solo los libros santos los que atestiguan este hecho. Macrobio, historiador pagano, refiere que al saber Augusto que entre los niños degollados en Siria por Herodes, rey de los judíos, habia comprendido á su propio hijo, exclamó que valia mas ser cerdo de Herodes, que hijo del mismo.—*Cum audisset inter pueros, quos in Syria Herodes, rex judeorum, intra bimatum jussit interfici, filium quoque occisum, ait: Melius est Herodis porcum esse quam filium* (4).

Por aquella misma época la lisonja y la ambicion aplicaban las profecías y tradiciones relativas al salvador á todo lo que parecia extraordinario ó pretendia serlo. Por todas partes se improvisaban *Mesías* (5): hemos visto ya que Virgilio cantó el suyo; y á su vez Tácito atribuía á Tito y á Vespasiano aquella alta mision. Despues de haber dicho que, según unas antiguas profecías todo el Oriente creia que por aquel tiempo debian salir de la Ju-

(1) *De Polythémisme*, MELANGES, t. II, p. 101.

(2) *Id.* *id.* *id.*, p. 86.

(3) Sueton. *Vit. Caesar Aug.*, 10, p. 4.—El 6 de Junio de 1833, en la sesion de la Sociedad Literaria de Londres, se leyó una memoria sobre el origen de esta profecía. Con este motivo el *Mémorial encyclopédico* declara que: “Es constante, según el testimonio de los autores antiguos y las averiguaciones “de los modernos, que un oráculo semejante habia corrido en “Italia, mas de 60 años antes de Jesucristo.” [*Mémor. encyclopédico*, août 1833].

(4) Macrobi. *Satur.* lib. 2, cap. 4.

(5) Nunca como en aquella época estuvo tan en boga el furor por las profecías, dice Heyne: *Nullo tempore satiniarius in tantum fuit studium*. [Comentarios de Virgilio.]

su comentario ingenioso commodé nous est Virgilius. (VIRGILIO DE HAYNE, t. I, p. 34.)

(1) *De Polythémisme*, NOUVEAUX MELANGES, t. II, p. 101.

des los señores del mundo, añade:—Aquellas profecías habían tenido por objeto á Vespasiano y á Tito.”—*Quæ ambages Vespasianum ac Titum prædixerant* [1].

El historiador Josefo, cortesano de estos príncipes, les aplicó también las profecías de su nación; pero lo mas particular es, que en el mismo pasaje señala como una de las principales causas de la guerra y ruina de los judíos, su obstinada confianza en la venida del Mesías, cuyos socorros esperaban entonces que les llegarían de un momento ó otro.—“Lo que principalmente les condujo á empeñarse en esta desgraciada guerra, dice, fué la ambigüedad de un pasaje de la Escritura, que anunciaba que por aquel tiempo saldría de su nación un hombre que gobernaría toda la tierra (2). Interpretáronle á su favor, y muchos aun de los mas sabios se equivocaron; pues aquel oráculo señalaba á Vespasiano, que fué proclamado emperador hallándose en la Judea (3). Pero como ellos aplicaban todas aquellas predicciones segun su capricho, no reconocieron su error sino cuando su total ruina les hubo convencido (4).”

En efecto, los judíos sabían, dice el historiador Crevier, que estaban ya cumplidos los tiempos señalados por las profecías, y no habiéndoles permitido sus pasiones reconocer un salvador que les librara solo de la servidumbre del pecado, y no de la de los romanos, se hallaban siempre dispuestos á dar oídos á cualquier impostor que quisiese anunciarles la libertad y el final de la dominación de sus enemigos. Por esto la historia de Josefo está llena, en la época de que voy hablando, de empresas arriesgadas que algunos aventureros pusieron en juego con el objeto de hacerse reyes, y sacudir el yugo de los extranjeros (5).—Los principales de estos falsos Mesías y falsos Cristos fueron Dositeo, Simon Mago, y Menandro, que se apropió el nombre de *Salvador del mundo*. El rey Herodes no se contentó solo con defenderse del verdadero Mesías por medio de rios de sangre, sino que además intentó pasar él mismo por el Mesías, y dió origen á la secta de los herodianos (6). Por todas partes la impostura se aprovechaba de la esperanza general, y la mas grosera ficción producía siempre algun resultado. Un infeliz *Barkochabas*, cuyo nombre significa *hijo de la estrella*, abusando de la semejanza de este nombre con lo que dice el libro de los Números sobre la estrella de Jacob (7), se arrojó á hacerse reconocer por el Cristo, y le salió

bien: los judíos le ungieron y consagraron como rey suyo, y hasta algunos de los principales rabinos le tributaron los honores que solo eran debidos al Mesías. El impostor los recibió de buen grado, y continuó engañando á los incautos, hasta que últimamente, convertido en jefe de motin, él y sus adeptos perecieron en tiempo de Adriano (1).

En fin, era tan viva y precisa la espectación del libertador en aquella época, que segun una tradición de los judíos consignada en el *Talmud* y en muchas otras obras antiguas, *muchísimos gentiles* se dirijieron á Jerusalem, para ver al salvador del mundo (2), y los mas irrecusables monumentos atestiguan que este presentimiento se hizo sentir hasta en el fondo de la China, cuyo emperador *Ming-ti* envió diputados *ad hoc* á las Indias para reconocer al santo que debía aparecer en Occidente, conforme á las antiguas tradiciones que hemos recordado [3].

¿Pueden desearse pruebas mas numerosas y manifiestas de la verdad de la esperanza en un salvador, y de la precisión de los oráculos y tradiciones que constituían su fundamento? ¿Cuán verdaderas eran aquellas palabras de Tácito y de Suetonio: *Pluribus persuasio inerat... percrebuerat oriente toto vetus et constans opinio esse in satia, esse in antiquis sacerdotum litteris eo ipso tempore profecti Judæa rerum potiturus*? ¿A qué grado de fuerza no debía haber llegado esta persuasión para que así se buscara por todas partes su objeto, y que las imaginaciones estraviadas y ciegas fuesen de este modo en busca de un salvador, y se fiasen, para encontrarle, en las mas groseras apariencias? ¿Quién no ve que todos esos falsos Mesías suponen necesariamente en esa época que habia ya llegado el tiempo del advenimiento del Mesías verdadero, supuesto que la realidad de las circunstancias de su aparición era tal, que comunicaba visos de probabilidad á las mas quiméricas visiones? Esta conclusion la confirma Bousquet diciendo que las edades precedentes nada parecido habían visto. El tiempo y las otras señales no se concordaban todavía, y solo en el siglo de Jesucristo se empezó á hablar seriamente de todos aquellos Mesías. Añadamos que despues esa espectación cesó en todo el universo, y que los mismos judíos que habían siempre vivido en aquella esperanza, que era para ellos una herencia nacional, despues de haber divagado por un mar de errores, de equívocos y de inconciliables interpretaciones, acabaron, como leemos en su *Talmud*, por maldecir al que se entretuviese todavía en calcular la época de la venida del Mesías (4), encerrándose de este modo en su desesperación como en una tumba, y proclamando

[1] *Idem* lib. 5, cap. 12.

[2] Principalmente el oráculo de Jacob.

[3] Bousquet, esclama aquí Bousquet, que para autorizar su propia teoría, trasladaba á los extranjeros la esperanza de Jacob y de Judá; que buscaba en Vespasiano al hijo de Abraham y de David, y atribuía á un príncipe idólatra el título de aquel cuya brillante luz habia de morir á los gentiles de la idolatría [*Idem* *ante*, 2ª parte].

[4] Guerra de los judíos, lib. 6, cap. 31.

[5] Crevier, *Hist. des emp.*, t. V, p. 7, in. 8ª

[6] Véase á Prédicaux, t. II, p. 266, y á Gibbon, t. III, p. 8.

[7] “Hé aquí lo que dice Balaam, hijo de Beór, que ve las visiones del Omnipotente: Yo le veré, mas no ahora: le miraré, mas no de cerca. De Jacob nacirá una estrella, y de Israel se levantará una vara... de Jacob saldrá el dominador, y de él” [Núm. cap. 24].—Este libro forma parte del Pentateuco.

[1] Tilenmont, Crevier, &c.

[2] *Talmud*, *Babyl. Sanhedr.*, cap. 2.

[3] Her. Jos. Schmitt., *Origen de los milos*.—El presidente Riantburg, *Racionalismo y Tradición*.—¿Com singular! precisamente el haber buscado á ese santo fué la causa de que la China cayese en la idolatría. Los enviados del emperador Ming-ti creyeron haber encontrado á este santo en el dios Fo, que no es otro que Boudha, y llevaron con este ídolo todas las supersticiones del lamismo, de que la China quedó inficionada.

[4] “Todos los términos señalados para la venida del Mesías pasaron ya;—malditos los que calcularon los tiempos del Mesías” (*Gen. San. cap. 2, Moisés Maimon in epít. Talm. R. Abram, de cap. fidei*.)

por el mismo hecho, que Jesucristo es el verdadero salvador que habia sido prometido al mundo, ó que ellos mismos no son nada, ó que nunca han sido mas que unos visionarios, unos pobres insensatos.

II. Efectivamente, en medio de todas estas circunstancias,—en el seno de la mas general descomposicion que haya la humanidad presentado jamas;—en el mas alto periodo de su unidad material, y cuando se extendia sobre todos los humanos un cetro único y se hablaba por todas partes una sola lengua;—cuando del Oriente al Occidente algunos susurros, precursores de un acontecimiento milagroso y por largo tiempo esperado, atravesaban el mundo como mensajeros invisibles y le convidaban al espectáculo de grandes sucesos,—entre todos aquellos falsos Mesías, aquellos falsos Cristos, aquellos falsos salvadores,—el verdadero Mesías, el verdadero Cristo, el verdadero Salvador deseado de todas las naciones entró en el mundo.... Pero así como un soberano, que por razon de estado evita entrar en sus dominios por el lado en que se le está aguardando, ó en donde sus súbditos se dirigen para verle venir, y penetra hasta el corazón de su imperio por un camino retirado y desierto y bajo un disfraz que oculta su majestad, del mismo modo el Hijo de Dios no hizo su entrada en el mundo por el arco del triunfo de las grandezas humanas, sino que salió, por decirlo así, de la tierra al seno de la oscuridad y de la abyeccion mas grande que se puede concebir; atravesó la vida humana en el desprecio y la pobreza, y la dejó sumida en los sufrimientos y la ignominia, dejando de esta manera burlada la espectacion universal, aunque con el grandioso designio de satisfacerla mucho mejor.

Esperaban un conquistador soberbio, un príncipe que dominaria las naciones, y Jesus es el hijo de un artesano, un pobre, que, nacido en un establo, pasa su vida en medio de los pobres, y la acaba en un patíbulo entre dos ladrones. Por esto, Tácito le llama *ignoble*, y á sus discípulos *los enemigos del género humano*, y los judíos dicen todavía por boca de sus rabinos:—*Jesus non erat ullo splendore praeditus, sed reliquis mortalibus fuit similis. Quamobrem constat non esse in eum credendum.* “Jesus no se presentó rodeado de ningún brillo: fué mas semejante al resto de los mortales, por cuya razon “se ve claramente que no debemos creer en él (1).” —Platon hubiera dicho al contrario: *Es evidente que debemos creer en él.* Sábese en efecto, que queriendo aquel príncipe de los filósofos trazar la imagen simbólica de la justicia encarnada, de un hombre divino, pinta seña por seña á Jesucristo. “Será despojado de todo, dice, hasta de las apariencias de justicia, y no se le dejará mas que la justicia sola. Irreprensible y santo, se pondrá á prue-

“ba su virtud, y le veremos cubierto de todo el oprobio del crimen y entregado á los mas duros tormentos. Rodeado de los falsos juicios de los hombres, pero siempre virtuoso, marchará con seguro paso hácia la muerte. ¡Qué digo! pasará por infierno, perverso, y como tal será azotado, puesto en tormento, y al fin, despues de haber sufrido todos los suplicios, morirá con las manos extendidas sobre una cruz (1).”

Aquellos judíos que entendían la verdadera sabiduría reconocieron al Mesías á través de todos esos caracteres. Apenas acababa de nacer, algunos santos personajes inspirados por el cielo lo proclamaron por el redentor del mundo, y cantaron su gloria con un entusiasmo mas sencillo y verdadero que el de Virgilio por su pobre héroe.

“Ahora,—decía el anciano Simeon, teniendo en sus manos, marchitas por los años, al divino Niño,—“ahora, Señor, podeis ya dejar que vuestro siervo muera en paz; porque, segun tu palabra, han visto mis ojos tu salud, el salvador que nos habias vaticinado; aquel cuya venida has preparado ante la faz de todos los pueblos, para que sea hombre que iluminará á todos los gentiles, y gloria de tu pueblo de Israel (2).”

—“Bendito sea el Señor,—decía tambien el anciano Zacarías, padre del Bautista,—“bendito al Señor Dios de Israel, porque visitó é hizo la redencion de su pueblo, y nos suscitó un poderoso salvador en la casa de David su siervo, segun hablo por boca de sus santos profetas que ha habido de todo tiempo: salud de nuestros enemigos, y de mano de todos los que nos aborrecen: para hacer misericordia con nuestros padres, y acordarse de su santo testamento. En ejecucion del juramento que juró á nuestro padre Abraham, de que él mismo se daría á nosotros, para que librados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor, en cantidad y en justicia delante de él mismo, todos los dias de nuestra vida. Y tú, niño (dirigiéndose á Juan Bautista), serás llamado profeta del Altísimo, porque irás ante la faz del Señor, para aparejar sus caminos, para dar á su pueblo conocimiento de salud, á fin de que obtenga la remision de sus pecados, por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, con que ha hecho que nos visitase su sol viniendo de lo alto, para alumbrar á los que están sentados en tinieblas y en sombra de muerte, y para enderezar nuestros pies á camino de paz (3).”

Por último, ¡omitirémos aquí aquel incomparable cántico, salido de la misma boca de la madre del Salvador é inspirado por ese Verbo de Dios que llevaba ya en sus entrañas,—aquel cántico, digno contraste de las antiguas lamentaciones de lais, que hace diez y ocho siglos resuena todos los dias en nuestros templos, y que oímos siempre con una especie de simpático estremecimiento?—“Mi alma engrandeció al Señor, y mi espíritu se regocijó en

(1) Libro judío publicado en la *Taf Ignes Satanas* de Wagnell, t. II, p. 41.—Isaías habia dicho: “Y subiré como ramito delante del Señor, y como rax de tierra sedienta. no hay buen parecer en él, ni hermosura; y le vimos, y no era de mirar y le echamos menos. Despreciado, y el postrero de los hombres, varon de dolores, y que sabe de trabajos; y como escondido su rostro y despreciado, por lo que no hacemos aprecio de él.” (Isaías, cap. 54, v. 2 y 3).—Ciegos, doblemente ciegos, puesto que es les habia prevenido de su segura!

(1) Platon, *Republica*, lib. 2, en cuya traduccion dice Sócrates: *Extendenda per patibulum manus.*

(2) Lucan, cap. I.

(3) Lucas, 1.

"Dios mi Salvador. Porque miró la bajeza de su esclava: pues ya desde ahora me llamará bienaventurada todas las generaciones:—Porque el que es poderoso ha hecho en mí grandes cosas, y su nombre es santo, y su misericordia de generacion en generacion sobre todos los que le temen.—Hizo valentía con su brazo; esparció á los soberbios del pensamiento de su corazon.—Destronó á los poderosos, y ensalzó á los humildes.—Hinchó de bienes á los hambrientos, y á los ricos dejó vacíos.—Recibió á Israel su siervo, acordándose de su misericordia, y realizando aquella promesa hecha á nuestros padres, á Abraham, y á su descendencia por los siglos (1)."

¡Palabras admirables, que dan la clave de los abatimientos de Jesucristo, y que hacen brillar en su misma oscuridad todos los resplandores de su majestad y omnipotencia!

IV. Pero penetremos mas directamente en este misterio, y despues de habernos hecho guiar por todas las circunstancias exteriores que llevaban al mundo agitado á la venida de Jesucristo, concentremos nuestra atencion en su propia persona, y examinemos de qué modo el Salvador anunciado ha correspondido á tan magníficos anuncios y á todas las necesidades de la humanidad.

1. Si Jesucristo era realmente aquel reparador de nuestra naturaleza vaticinado desde el principio, ¿qué venia á hacer sobre la tierra? Venia á enderezar los designios é inclinaciones del corazon humano, que habia llegado ya al mas alto punto de perversidad. Era pues muy racional que no se conformase con esos designios é inclinaciones; que le diase un impulso contrario; que reparase las ruinas de un mundo que se estaba cayendo bajo el inmenso peso del sensualismo, del orgullo y de la violencia, poniendo en su seno el contrapeso de una humildad, de una suavidad, de una expiacion y de un sacrificio mas inmenso todavía; era preciso que divinizase todos los sufrimientos, como se habian divinizado antes todas las voluptuosidades; en una palabra, que se declarase enemigo del género humano, tal como el género humano era entonces, es decir, debía presentarse hostil á sus mas caros intereses, pero hostil como un médico que corta y raja en carne viva, y que parece va á matar al paciente cuando le esta dando la vida.

Por otra parte, el hacerse hombre no era para un Dios negocio de magnificencia, lo era mas bien de humillacion y abatimiento. Estaba pues conforme con este divino plan que ya que hacia tanto descendiendo hasta el hombre, descendiese al mismo tiempo hasta igualarse con el último de los hombres. La magnitud y perfeccion de su designio estaban, si me es lícito hablar así, en la magnitud y perfeccion de su abatimiento. Viniendo á desempeñar el ministerio de mediador, debía reunir los dos extremos que un abismo separaba, y á toda la grandeza y santidad de un Dios juntar toda la mi-

seria y pequeñez del hombre. Debía por consiguiente tomar esta miseria en lo que tenia de mas radical, y recopilando en sí y cargando con todas las resultas y apariencias del pecado, hacerse, no solamente hombre, sino hombre de ignominia y de dolores, á fin de ser con mas propiedad la personificación viva de la verdadera humanidad, de esta pobre humanidad que nuestras pasiones y vanidades disfrazan con falsos oropeles de teatro, pero que en el fondo y en realidad es dolorosa, lamentable, innoberable aun cubierta de púrpura y coronada de flores, tal en fin como estaba Jesucristo cuando en aquella terrible y palpitante parodia de nuestras ilusiones, le sacaron al balcon para mostrarle al pueblo, coronado, pero de espinas; vestido, pero de harapos; teniendo en su mano un cetro, pero cetro de caña; saludado rey, pero cubierto de salivas y de golpes por sus mismos vasallos: *Ved aquí el hombre en el fondo, ved pues lo que debía ser su representante Jesucristo.*

Pero al propio tiempo *ved aquí el Dios*, porque siendo todas aquellas miserias para él *solo* innecesarias y para él *solo* voluntarias, ¿quién no descubre toda la santidad, todo el amor que en Jesucristo suponen la aceptación de todas ellas y la resignacion con que lleva su terrible peso? Platon habia visto ya en su justo imaginario todas las virtudes de un Dios, y sin embargo el justo de Platon era hombre, y por lo tanto culpable hasta cierto punto; por lo demás nada habia de voluntario en su suplicio; en fin, él no sufría ni moría por nadie, ni el amor entraba por nada en semejante sacrificio;—mientras que en Jesucristo la inocencia y el desinterés mas absolutos hacen de su sacrificio la obra maestra de la santidad y del amor, y hacen brillar á través de las abyecciones de los hombres todas las grandezas de Dios.—Ni la tierra ni el mismo cielo vieron jamás una grandeza tan divina como la que resplandeció en la vida, y sobre todo en la muerte de Jesucristo: la tierra, porque no vió nunca una inocencia y un amor parecidos; el cielo, porque no los vió nunca en un abatimiento y sacrificios semejantes. Puede decirse que todas las falsas grandezas de la tierra contienen en realidad todas las bajezas aparentes de Jesucristo, y que las aparentes bajezas de Jesucristo contienen en realidad todas las grandezas del cielo, las grandezas morales: la bondad, la justicia, la inocencia, la paciencia, la humildad, el valor, la resignacion, la benignidad, el amor, y todo en lo que hay de mas infinito, pues que su medida está en la inmensa distancia que separa á Dios y al hombre reunidos en Jesucristo.

Todas estas grandezas morales constituyeron de Jesucristo un verdadero rey, pero de un reino que no es de este mundo degradado, sino de un reino espiritual y moral, del reino de la verdad y virtud, cuyo restablecimiento era el magnífico objeto de su mision.

Bajo este verdadero punto de vista, nadie se presentó jamás con mas brillantes caracteres de reparador de la humanidad que Jesucristo; pero por la misma razon nadie debía parecerlo menos. Por esto dijo admirablemente S. Juan: *La luz vino á res-*

(1) Lucas, cap. 1.

plandecer en las tinieblas, mas las tinieblas no la comprendieron. Las tinieblas no hubieran sido tinieblas, es decir, la tierra no hubiera tenido necesidad de un salvador, si hubiese estado bastante ilustrada para reconocerle desde el momento de su aparicion.—Está en la naturaleza del mal moral el no conocer el remedio, porque el asiento de este conocimiento es el asiento del mismo mal, á saber, la inteligencia y la voluntad, que por lo mismo que están viciadas deben resistirse al bien, de la misma manera que se resistirian al mal si no lo estuviesen.—El verdadero reparador debía por consiguiente ser desconocido y rechazado, hasta el punto de que esta circunstancia fuese la mas característica de su mision. Solo Jesucristo comprendió y cumplió la suya de esta suerte, y solo él, por medio de esta señal de divina inteligencia, probó que era el verdadero Salvador.

2. Pero era preciso algo mas que la inteligencia de semejante mision, era preciso sobre todo el desinterés y el corazon de un Dios, era precisa tambien su presciencia.

No olvidemos en efecto una cosa que es mas particularmente la clave de los abatimientos del Cristo, esto es, que independientemente de que su calidad de reformador le esponia á toda la enemistad de los hombres, debía presentarse por sí mismo y abandonarse voluntariamente en manos de sus verdugos, porque el grande objeto de su mision y la consumacion de todos sus designios eran de ser víctima. Debía rescatarnos y pagar por nosotros; debía expiar la enorme falta que nada hasta entonces habia podido expiar, y debía expiarla como se expía siempre, por la vergüenza y por el dolor. Recordemos la señal característica del Salvador esperado, del cual habian sido figura todas las víctimas anteriores. Recordemos en particular el retrato horrible para la naturaleza y como el sangriento programa que la mano de Isaias habia trazado de su persona y destino. Hé aquí lo que debía ser el Salvador del mundo. Desde las mas encumbradas elevaciones de la felicidad de un Dios, debía humillar su cabeza hasta beber con nosotros el cáliz de la amargura, llenado y colmado por el pecado, hasta mojar sus labios en aquel torrente de la divina justicia engruesado con las avenidas de nuestros crímenes, á fin de levantarnos con él hasta el cielo.—¿Quién mas que Jesucristo produjo en sí ese carácter esencial de la mision del libertador esperado por todo el universo? ¿Quién sino la verdadera víctima hubiera comprendido y se hubiera voluntariamente sujetado á un sacrificio semejante? ¡Ah! el espíritu y el corazon de los hombres estaban muy lejos de una inteligencia y de un rendimiento semejantes. ¡Morir voluntariamente por el género humano y sin saberlo! que digo, bajo los golpes del mismo género humano!... ¡qué necedad!... ó ¡qué sabiduría!... El mundo de entonces lo llamó necedad; por lo mismo debía ser una profunda sabiduría, porque el mundo de entonces estaba loco.

Lo que hay de concluyente en la conducta de Jesucristo bajo este respecto y coloca una distancia infinita entre él y todos los falsos salvadores que

por todas partes aparecian,—toda la distancia que hay de la verdad al error,—es que desde el umbral de su vida terrestre consideró, midió y abrazó voluntariamente su pasion y su muerte afrentosa, y las hizo entrar en su inefable designio como piezas importantes á las que todo el resto estaba subordinado.—“¡Padre mio, ninguna de las víctimas que “se han inmolado hasta aquí os agrada ya; pues “bien, *ahí estoy yo!*—Cuando será levantado en “cruz todo lo atraeré hacia mí.—No era preciso “que el Cristo sufriese todas estas cosas, y que “trase así en su gloria, etc?”—Tales son las palabras que repetia Jesus á cada instante, ofreciéndose á sí mismo para su cumplimiento de grado en grado hasta pedir de beber, estando en la cruz espresamente para que le presentasen hiel y vinagre á fin de que no faltase tampoco en su sacrificio esta señal que él mismo habia vaticinado, y á fin de que, despues de haber sido él solo hasta el último remate el ordenador, el sacerdote y la víctima de aquel gran sacrificio, pudiese decir con toda propiedad: *Todo está consumado.*—Seguramente las antiguas profecías y la tradicion que las habia hecho conocer por todas partes habian anunciado que el libertador debía sufrir, y como decia Esquiles, que *un Dios se ofrecia para heredar nuestros sufrimientos y bajar por nosotros hasta los infernos* (1); pero las mismas profecías y tradiciones hablaban tambien de victoria, de poder, de gloria, de dominacion y de triunfo, y nada de esto aparecia en la vida ni en la muerte del Cristo. Y sin embargo, constantemente, hasta el fin, ¡qué digo! á medida que todo bajo este respecto parece desmentir su destino, se entrega á él mas absolutamente, y muere abandonado del cielo y de la tierra, cubierto de oprobio y de ignominia, sosteniendo su divino papel de Salvador del mundo, proclamando su triunfo desde lo mas profundo de su anonadamiento y disponiendo de las habitaciones del cielo cuando no tenia sobre la tierra donde ni reclinarse su cabeza (1).—Preguntáremos ahora: ¿á quién se le hubiera ocurrido entrar en semejante sendero y seguirle hasta el fin aun á través de la ignominia y de la muerte, y explicar las profecías en un sentido tan contrario á toda humana razon y á todo interes, no digo solamente personal sino extraño y de sacrificarse tan gratuita é inútilmente por los demas?—Semejante pensamiento, y sobre todo semejante constancia, no caben en el hombre. Al que éste hubiera reconocido por libertador, por vencedor, hubiera sido si que se hubiese presentado como un Alejandro ó un César; pero ¿cómo habia de descubrir al Dios en el que moria ajusticiado sobre un patíbulo?

3. Pero lo que sí es claramente de un Dios, es el écsito de semejante pretension y la omnipotencia que este écsito supone.—Desde que el Cristo hubo aspirado, desde que llegó al límite extremo de la ignominia y del dolor, y que hubo de este modo dado cumplimiento á la cláusula satisfactoria de nuestra regeneracion, se empezó desde luego esa conquista del mundo, esa dominacion uni-

(1) Prometeo.

(2) *Adiut mecum eris in paradiso.*

vernal, esa gran reforma de las cosas humanas que preocupaba tan extraordinariamente á todos los espíritus, pero que estaban tan lejos de esperarla por el lado de donde realmente salió, que ya se estaba efectuando entre ellos y visiblemente se obraba, cuando mas se le oponían, sin advertir que cuanto mas se le oponían mas hacían resaltar su prodigio y su divinidad.—El último de los hombres en la apariencia, un criminal ó un insensato despreciado y maldito, suspendido, clavado y muerto sobre un cadalso de esclavos: el Cristo! Hé aquí el tipo propuesto al mundo pagano y según el cual toda la humana naturaleza debía en adelante modelarse, reformarse. La ejecución sigue rápidamente á esta tentativa que tenía tantos visos de insensata, como si todas las fuerzas humanas que la contradecían se hubiesen reunido para ayudarla. Por sí mismo, por medio de una cierta fuerza y virtud, que salen de su debilidad y de su misma destrucción, el crucificado se hace discípulo ó imitadores. Ataca, zapa, mina y hace entrar en disolución las instituciones, las costumbres, todas las ideas, como la nieve cuando derretida por los rayos del sol se precipita y rueda en azúdes por los abismos. Engruesas su marcha con todos los obstáculos que se le oponen, se asimila sus propios verdugos, se incorpora el mundo, y el mundo se encuentra transformado, pertenece todo entero á Jesucristo, procede de Jesucristo como de una nueva raza, planta por todas partes y sobre todas las cosas el instrumento de su suplicio, poco antes tan execrable y horrible como al límite de la humanidad antigua y el punto de partida de la humanidad regenerada, y hace de él modelo de todas sus acciones, regla de todos sus deberes, origen y adorno de todas sus grandezas, vehículo de todas sus empresas, apoyo y remedio de todas sus debilidades, y eterno alimento de toda su actividad. El Cristo ha sido como un molde en el cual toda la humanidad de Adam ha sido puesta en fusión, y del cual ha salido hecha cristiana.—Todo ha pasado por este molde, todo ha salido de él; y lo que hay en esto de mas característico, es que no se ha hecho esta refundición en Jesucristo filósofo ó en Jesucristo doctor, sino en Jesucristo inseparable de su cruz, en Jesucristo crucificado, y que esto se ha obrado por lo que hay de mas insensato y mas débil á los ojos del mundo; que el mundo ha sido convencido de locura y debilidad, y ha recibido de aquí la sabiduría y la fuerza.

Por este medio se ha fundado en el seno de los reinos de este mundo un reino que los comprende todos, del cual son todos los hombres ciudadanos y súbditos, y Jesucristo el rey. Este reino es el de la verdad y virtud en su mas alto punto de unidad, de concentración y de fuerza. Es el reino espiritual de la cristiandad, cuya sede visible, ocupada sin interrupción por un vicario de Jesucristo desde que él mismo puso la primera piedra hasta nuestros días, no es otra que el trono mismo de los Césares, á cuya creación y consolidación concurrieron todos los acontecimientos políticos de la antigüedad, y cuya unidad y universalidad ha conservado

y aumentado el sumo pontificado en la sucesión de diez y ocho siglos.—“Este es el reino que no debía ser jamás destruido; es la piedra que sin mano alguna de hombre se desgajó del monte, y que después de haber reducido como á tamo de una era de verano todos los antiguos imperios de la tierra, se hizo una grande montaña que llenó toda la tierra,” como lo había vaticinado Daniel;—es aquella monarquía universal de que habla Gibbon, que ha levantado sobre el Vaticano, regado con la sangre de los primeros cristianos, un templo que escede con mucho á los antiguos monumentos de la gloria del Capitolio, y que después de haber dictado leyes á los conquistadores bárbaros de Roma, ha extendido su jurisdicción espiritual desde las costas del mar Glacial hasta las playas del Océano Pacífico.”—En este reino espiritual tiene la verdad un solo jefe, un centro único desde donde extiende sus influencias á todos los puntos de la tierra donde hay inteligencias, desde donde dirige las legiones apostólicas dedicadas á su culto y diseminadas por todo el universo, no teniendo mas que una sola disciplina, una sola voluntad, un solo amor, un solo lenguaje, combatiendo siempre al error y al vicio, no sirviéndose mas que de la palabra y del ejemplo, no proponiéndose otra conquista que la del bien, y no esperando mas recompensa del sacrificio de su fortuna, de su familia, de su patria, de su libertad, y aun de su misma vida, que la felicidad de los hombres, la satisfacción de la conciencia, y el cielo.... Este reino tan quimérico y tan frágil en apariencias, puesto que se compone de cuanto hay de mas inconstante, de mas fugaz, de mas aéreo, es decir, los pensamientos y voluntades de los hombres, y lo que es mas aún, los pensamientos en la región del misterio, las voluntades en la región del sacrificio, y unas y otras en el seno de la mas completa libertad, es sin embargo lo que nunca ha habido de mas fuerte, resistente é indisoluble: es un yunque que ha gastado todos los martillos, según la bella expresión de Teodoro de Baza. En el seno de este reino se elevan y caen los imperios, se agitan y pasan las generaciones: él solo subsiste inmutablemente, se sostiene siempre sobre sí mismo, y después de diez y ocho siglos de existencia se prolonga y dilata todavía en un indefinido porvenir.

Hé aquí la obra de Jesucristo.

¿Es esto un sueño, una utopía, una hipótesis, una teoría?—No: es la mas positiva entre todas las realidades; es un hecho, y un hecho que la incredulidad mas osada no puede negar sin renegar de sus propios sentidos; es un hecho generador de todos los hechos que constituyen la historia de los últimos diez y ocho siglos, del mismo modo que su preparación había sido el móvil y el objeto providencial de todos los hechos que habían precedido.

Pero este hecho incontestable, ¿puede explicarse humanamente?—No: y sobre este punto me limitaré á apelar al sentido común, que contesta en seguida: “Esta obra es superior al hombre, el que la ha hecho es Dios.”

En cuanto á nosotros, para deducir resueltamen-

te esta conclusion, no necesitamos mas que recordar el simple hecho siguiente: el mundo era politeista é idólatra, y ya no lo es;—el mundo fué politeista é idólatra por espacio de tres mil años, y hace diez y ocho siglos que ha dejado de serlo;—el mundo era politeista é idólatra hasta tal punto, que Platon hacia del teismo una ciencia oculta, y no lo es ya hasta tal grado, que no hay inteligencia, ni mas limitada que sea, aun en la mas abandonada de todas las aldeas, que no reconzca y adore á un solo Dios en espíritu y en verdad.

4. Pero penetremos mas en el fondo de las cosas, y busquemos nueva claridad.

Bossuet dijo con una propiedad digna de su gran talento: *Una sociedad que engendra santos está marcada con una señal infalible de regeneracion.* Ta es la señal, el sello imperecedero con que se manifiesta el cristianismo por todas partes, como habiendo traído á la tierra esta regeneracion que todos los anteriores siglos habian esperado.

Las tradiciones universales dijeron que la humanidad habia caído desde su origen bajo el imperio de un espíritu malo, *que todo lo habia puesto en combustion, y henchido de males y miserias la mar y la tierra* (1). Este instigador de nuestra caída no habia causado el entero trastorno de nuestro edificio intelectual y moral, la sublevacion de nuestra razon contra la verdad y el orden de Dios, y por consecuencia la sublevacion de los sentidos y de los apetitos inferiores contra la razon; porque, como decian tambien las antiguas tradiciones por medio de Plutarco, *la parte del alma apasionada, violenta, irracional é insensata, es ese espíritu malo, ó procede de él, como su mismo nombre lo indica, pues es lo mismo que si dijéramos espíritu suplantador, dominador, violentador.* Tal era la humanidad después de su caída: cada dia mas suplantada, mas dominada, mas violentada por el espíritu del mal que se habia convertido en su tirano, yacia vejada y envilecida debajo de un enorme peso de errores y desconciertos.—Vino empero el Libertador prometido, el Fuerte, el Salvador deseado de todas las naciones, EL CRISTO, y trayendo consigo remedios heróicos y tan violentos como el mal que queria errar, pulverizó al enemigo y todo lo que dentro de nosotros constituia su fuerza, y que era como la cadena con que nos tenia cautivos: al orgullo y rebeldía del hombre opuso el abatimiento y sumision de un Dios, á nuestras sensualidades opuso sus sufrimientos, á nuestros immoderados apetitos sus grandes privaciones, á nuestro cruel egoismo su ardiente caridad. Así combatió al enemigo con armas contrarias, se batió con él cuerpo á cuerpo, le venció en su propio terreno, y después, dejándose crucificar, lo clavó con él en su misma cruz, y estando pendiente del ensangrentado suplicio devolvió al alma la libertad, y la hizo capaz de practicar todas las virtudes opuestas á sus envejecidos desórdenes y de marchar por una senda de perfeccion ilimitada. Héteos ahí lo que hizo el libertador en su persona para que sirviese desde luego de ejemplo, y que en

lo sucesivo hizo á la humanidad capaz de hacerlo tambien, ayudada de la *virtud sobrenatural* que él comunica á los que se unen á él por la fé y la caridad, y que hace participantes de sus méritos, de su fuerza y de su victoria, del mismo modo que en el orden de la naturaleza somos participantes de la miseria, de la debilidad y de la caída de Adam nuestro jefe.

Aquí esta la realidad, la divinidad del cristianismo, sin lo cual no hubiera sido sino una filosofía humana mas, que como tantas otras hubiera caducado y perecido.—Nunca se abordara esta cuestion con demasiada franqueza.

Para Jesucristo el haber vencido al mal no hubiera sido bastante si no nos hubiera hecho participantes de su victoria. Mas aún: sin esta circunstancia, Jesucristo no hubiera vencido al mal, porque el mal no estaba en él, y no tenia necesidad de hacerse hombre, de padecer y morir por sí mismo. Si lo hizo, fué solo por sustitucion y para comunicarnos todos los méritos; pero á fin de que esta comunicacion se efectuase entre dos naturalezas libres, era preciso que nuestras voluntades se pusiesen en relacion, se abocasen, por decirlo así, con la suya por la adhesion sacramental de nuestra humanidad con su divinidad, como él habia sido el primero en ponerse en relacion con nosotros por la union de su divinidad con nuestra humanidad.—El agente misterioso y vivificante de esta relacion que junta á Jesucristo con nosotros y á nosotros con él, es lo que se llama *la gracia*.—Por ella se ha hecho Jesucristo como un nuevo tronco plantado en el seno de la humanidad, y ha podido decir: *yo soy la vid, vosotros los sarmientos.* Este tronco comunica á las ramas del viejo tronco de Adam, que se la separan ya para injertarse en otra parte, una savia enteramente divina, que renueva, santifica y fortalece. Es el olivo fino y el olivo silvestre de que habla S. Pablo. El hombre en el estado de naturaleza caída es el olivo silvestre, que no da mas que frutos de amargura y de muerte; el hombre hecho cristiano, no solo en el nombre, sino por los hechos, —es decir, por la oracion y los sacramentos que son como los canales de *la gracia*,—se injerta y luego se incorpora con el olivo fino, del cual recibe esa lozanta y esa fecundidad para el bien, que relativamente á su natural debilidad le obliga á hacer prodigios de virtud.

No vengan ahora esos espíritus escisgentes, es decir, débiles (porque debilidad es el no saberse contener en justos límites), no vengan á pedirnos que les expliquemos la operacion de la gracia en sí misma; porque los remitiriamos á la naturaleza entera, que está llena de fenómenos impenetrables en su causa é incontestables por sus efectos. Y si esto no bastase, les responderiamos que siendo el fenómeno de la gracia tomado en un orden sobrenatural, seria contradictorio que pudiésemos explicarlo fuera de este orden. En fin, antes de explicarles el misterio de la trasmision del bien, les pediriamos á ellos mismos tuviesen la bondad de explicarnos el misterio de la trasmision del mal; misterio mil veces mas profundo, porque la depravacion

(1) Plutarco ya citado.

de la voluntad en la raza humana se transmite sin el concurso de la voluntad, mientras que, en el misterio de la trasmisión del bien, por medio de la adhesión sacramental de la voluntad humana con la divinidad de Jesucristo, se transmiten á aquella los méritos de esta.

Pero ¿cuestiones ociosas! ¿qué importa que no comprendamos el misterio de la gracia, si somos continuamente testigos de la misma gracia y de sus efectos? ¿Hay algo mas irrecusable para todos lo que la reciben y tienen la dicha de vivir en ella que esa fuerza interior, ese soplo vivificante, esa extraordinaria energía para el bien que se saca de la práctica del cristianismo, se confunde con ella, y acerca de la cual todos los verdaderos cristianos sin escepcion están unánimemente de acuerdo, como lo están los filósofos acerca de los fenómenos de la sensación? ¿Hay algo mas evidente; aun para los mismos que la han perdido, ó que han tenido la desgracia de no conocerla jamás, que esa perfección sostenida de virtud y esa cierta bienaventuranza que se descubre en las almas piadosas, y ese heroísmo de desinterés, y de abnegación y de caridad, que no es alimentado por nada que tenga relación con el mundo, y que al revés todo lo de este mundo contradice?—En todas las demas religiones hubo sin duda hombres virtuosos, en la religion cristiana hay santos.—Los hombres virtuosos en las otras religiones lo fueron por naturaleza y á pesar de la insuficiencia de su religion; en la Religion cristiana son santos á pesar de su naturaleza y por el socorro y la práctica de su fé, que les conduce á ejecutar todas las virtudes.—No es el culto de Venus que inspiraba la castidad á las damas romanas; es el culto de Jesucristo, el espiritualismo cristiano que somete los sentidos al imperio de la razon, es el amor de Jesucristo que domina y se apodera de todos los amores.—Por el desprecio que hizo de las religiones de su tiempo mereció Sócrates el nombre de sabio; por las inspiraciones del cristianismo los Vicentes de Paul, los Josés de Calasanz, los Franciscos de Sales, los Tomás de Villanueva, los Fenelons, los Bossuet y tantos otros han merecido los títulos de santos, de bienhechores, de lumbreras de la humanidad.—¿Qué heroísmo puede presentarnos la antigüedad que se parezca al de esas buenas hermanas de la caridad? Preguntadles de dónde les ha venido esa naturaleza superior, sublime, que confunde nuestra debilidad y cautiva nuestra admiración, y veréis que os muestran la pequeña cruz de palo que cuelga de su angelical cintura. Emplee la filosofía humana todas sus fuerzas, busque, inquiere, reúna todos sus modelos, y que nos ofrezca al fin uno solo de esos ángeles de la tierra; no le pedimos mas que uno, cuando nosotros al solo nombre de Jesucristo podemos hacer que parezcan legiones de ellos. ¿Quién no experimenta, en presencia de esas almas realmente en posesión de la gracia por la práctica de la piedad cristiana, algo de sobrenatural y de inaplicable que les da un principio de superioridad sobre los que no la poseen, y que, en un sentido distinto pueden obligar á estos á decir lo que Ne-

ron de Agripina: "Mi espíritu abortivo tiembla delante del suyo?"—Es la gracia de Jesucristo que brilla en sus almas, refleja en sus miradas y en sus frentes su celestial resplandor, é imprime en todo su sér, en todas sus acciones, esa calma, esa paz, esa exquisita dignidad, esa inefable dulzura, esa generosidad infatigable por todo lo que es bien, y ese sacrificio perpétuo de sí mismo á sus deberes y á los intereses de los demas, sin fausto y sin pusilanimidad.

Hay entre la moralidad humana, que es lo que constituye en sentir del mundo las buenas gentes, y la gracia de Jesucristo, que es lo que, segun la religion, hace los santos, una diferencia total, que no consiste solamente en los grados mas ó menos suñidos de bondad, sino en los principios mismos de ambos estados. Son dos fenómenos psicológicos enteramente distintos.—La moralidad humana no es mas que la abstincencia del mal, y aun esta abstincencia es casi siempre resultado de la organización y del temperamento: tal es honrado y virtuoso, porque se halla organizado de un modo que casi le disgustaria y mortificaria, y tendria que hacerse violencia para no serlo. Es un buen instinto que hay en nosotros, y por cuya pendiente van rodando involuntariamente nuestras acciones. Con frecuencia es todavía menos que todo esto; y la vanidad, el interes, el temor de desmentir nuestros antecedentes y de desacreditarnos en el concepto de los que nos habian colmado de elogios, son como los andamios que sostienen nuestra honradez y la impiden venirse enteramente por tierra.—No es así la santidad; no se limita nunca á la abstincencia del mal, inclínase vivamente al bien, y á un bien incesante é indefinido; no se alimenta jamas del sentimiento de su tranquilidad y reposo, y no vive mas que de mortificación y de sacrificios; no es resultado del natural ni del temperamento, á los cuales combate siempre y desarraiga; puede presentarse indistintamente delante de toda clase de personas, cualesquiera que sean su disposiciones naturales, cualesquiera que sean sus antecedentes: sobreabunda con mucha frecuencia hasta en los lugares donde abundan todos los desarreglos y excesos, y obra en todos los individuos, de toda edad, en todas las circunstancias, ese fenómeno que llamamos conversión, tan raro en sí, que es preciso no confundir con el arreglo de una conducta desordenada, pero que es el repentino trastorno de todo el hombre interior conservándole toda su actividad y haciéndole pasar del mal al bien, independientemente de todo interés y de todo socorro humano.

La moralidad es una delicada planta de nuestros jardines, cuyas raices son poco profundas: no desplega sus capullos mas que en público y en presencia del sol de la prosperidad; muchas veces, si se la priva totalmente de esa atmósfera de la opinion y de esas comodidades en que está acostumbrada á vivir, se ahoga en el olvido y caeria seca al contacto del infortunio. La santidad, al contrario, florece en el desierto, y crece entre la tempestad; olvidada y despreciada de los hombres de sus frutos mas sabrosos, y el mayor bien que hace es el que

nadie ve y que se oculta hasta á sí misma; como vive de humildad, se nutre de sacrificios, de modo que cuando la Providencia no le envía nuevas pruebas, tiembla y se espanta, como si las dificultades y la violencia fuesen el resorte natural de su actividad.

Esta es la gracia manifestada por sus efectos, y Pascal la expresó admirablemente con su profundo laconismo:—"Para hacer de un hombre un santo "es precisa la gracia, y quien lo dude no sabe ni lo "que es un santo ni lo que es un hombre [1]."

Lo que nos impide conocer perfectamente toda la diferencia entre el estado de la naturaleza y el de la gracia, cuando no consideramos mas que la superficie de las cosas, es que esta moralidad de que acabamos de hablar, no es en muchos hombres que viven en el seno del cristianismo mas que un cierto estado de gracia debilitado y mezclado. El cristianismo ha influido é influye de tal manera sobre la humana naturaleza, que aun aquellos que lo desconocen y desprecian, respiran, sin advertirlo, en su atmósfera, y son detenidos por una especie de atracción que obra á mucha distancia, y cuyo foco está en la gracia de Jesucristo. Sería menester remontarse á lo que era el mundo antes de su venida, para poder comprender todo el prodigio de esta conversion, y para admirar cómo al simple contacto de la cruz tantos animales feroces perdieron sus instintos salvajes, y se trasfiguraron en seres dignos del título de hombre, y algunas veces en ángeles de luz que han causado envidia al mismo cielo [2].

5. Tal es, de una manera general, la gran revolucion obrada por Jesucristo en el mundo moral y el socorro inmenso que ha venido á traer al hombre caído, los cuales deben hacernos reconocer en él al libertador esperado de todas las naciones. Ya no hay mal, por atractivos que tenga, que el hombre no pueda evitar; ya no hay bien, por elevado que sea, á que el hombre no pueda aspirar. Bajo este respecto, la naturaleza humana ha cambiado enteramente. Ya no nos veremos reducidos á decir como Ovidio:

..... *Vide meliora proboque,
Deteriora sequor*.....

sino que podemos repetir con S. Pablo:

Omnia possum in eo qui me confortat.

Y ¡por cuántos prodigios de fuerza moral y de santidad ha sido justificada esta confianza, despues de Jesucristo, que la alentó con estas divinas palabras: *Confidite, ego vici mundum!* ¡Cuántos prodigios de pureza y de inocencia en tantas vírgenes cristianas! ¡Cuántos prodigios de heroismo y de valor moral en tantos mártires! ¡Cuántos prodigios de celo

y de verdadero rendimiento en tantos apóstoles, confesores y doctores! ¡Cuántos prodigios de arrepentimiento y de reforma moral en tantos penitentes convertidos! ¡Cuántos prodigios, en fin, de caridad y de sacrificio á la paz y al consuelo de la humanidad en tantos sacerdotes, tantas santas mujeres, tantos cristianos de todas clases y condiciones....! ¡Ah! si pudiésemos ver de una manera sensible el mundo de las almas; si pudiésemos abrazar con nuestras miradas todas las virtudes que han florecido, todo el mal que ha sido desarraigado de mil ochocientos años acá, ¡qué bello espectáculo se nos ofrecería! ¡Cuán regenerada nos parecería la humana naturaleza, y con cuánta espontaneidad tributáramos a Jesucristo los gloriosos títulos de libertador y salvador del universo!

Es verdad que esta regeneracion no es aun definitiva acá en la tierra, y este es el motivo que nos impide conocer toda su grandeza. En medio de la refriega del combate que se continúa todavía, no podemos distinguir la victoria tan claramente como aparecerá en el último fin. Pero mucho es entre tanto el combate y los recursos que su larga duracion supone. Este combate no existia antes de la venida de Jesucristo: todos los errores se paseaban autorizados por el Pórtico, todos los vicios, todas las extravagancias divinizadas tenian en el Panteon derecho de vecindad: no se conocia entonces la intolerancia, porque no se conocia la verdad (1). El genio del mal tenia á todo el género humano en servidumbre, y el género humano estaba sentado en su abyeccion; se complacia y cebaba en ella como un esclavo que ha perdido hasta la memoria de su libertad. Mas despues que hubo venido su libertador á dispartarle, á romper sus cadenas, empezóse una lucha inmensa, incesorable: el mundo llamó al cristianismo enemigo del género humano, y el cristianismo llamó al mundo enemigo del cielo y de la verdad; y en esta intolerancia recíproca, el bien y el mal, la verdad y el error, la virtud y las pasiones, el cristianismo y el mundo vinieron á las manos, pelearon cuerpo á cuerpo, y el mundo fué vencido; y las viles pasiones, hasta allí divinizadas, fueron desterradas de las almas y de sobre los altares, y la verdad triunfante subió á sentarse en el Capitolio donde permanece todavía, y el bien desplegó sus estandartes sobre todo el universo, y lo subyugó con su proselitismo. Desde entonces no ha cesado la lucha, y algunas veces se ha renovado de tal suerte que ha hecho parecer la victoria indecisa á entendimientos poco ejercitados: las herejías y persecuciones han suscitado toda clase de artificios y furors contra el cristianismo, pero no han logrado, á pesar de tantos esfuerzos, mas que reanimar

(1) Esto es lo que el filósofo Gibbon llama la *armonía religiosa del mundo antiguo*. "Hemos hecho conocer ya, dice la armonía religiosa del tiempo antiguo y la facilidad con que tantas naciones distintas y aun enemigas habían adoptado, ó al menos respetado sus mutuas supersticiones.... Un solo pueblo rehusó suscribir á aquel universal convenio del género humano." [*Hist. de la decad.*, t. III.]—No parece imposible que una pluma que se dice á sí misma filósofa haya podido escribir estas líneas.—Creemos que nuestros lectores no se equivocarán sobre el verdadero sentido que queremos dar á la palabra *intolerancia*.

(1) *Penates*, 2 parte., art. 17, núm. 91.

(2) Sería preciso algo mas; porque por Jesucristo, la humanidad, aun antes de su venida, no estuvo nunca desprovista de una gracia suficiente; sería preciso pues suponer que la humanidad entregada á su propia caída no pudo nunca encontrar la misericordia de Dios; pero en este caso hubiéramos tenido el infierno sobre la tierra.

el triunfo de la religion y prolongar su propia derrota. Las herejías y persecuciones han sido, sin saberlo, instrumentos de la Providencia, que soltándolas de tiempo en tiempo ha querido estender y prolongar el combate para dar á todos los hombres tiempo y lugar de asistir á él y de tomar parte en la victoria, realizando de este modo todos los caracteres de la rehabilitacion prometida desde el principio, cuando fué anunciado que "el descendiente de la mujer quebrantaria la cabeza de la serpiente, y que esta pondria asechanzas á su calcañar [1]," ó como decian las tradiciones profanas, que el antiguo enemigo "seria solamente vencido por el descendiente de Isis, pero no muerto, porque no queria la divinidad que su fuerza fuese del todo aniquilada, sino debilitada y disminuida, á fin de que el combate durase mucho tiempo (2)."

CAPÍTULO VI.

RESÚMEN Y CONCLUSION.

Hemos llegado ya al término de la primera parte de nuestros *Estudios* y como á la cumbre de la verdad cristiana considerada en sus puntos preliminares.—Fáltanos resumir ahora nuestras investigaciones, y sobre todo fijar en los espíritus su resultado.

§ I.

Hemos empezado cerciorándonos, con la ayuda de la filosofía, de la solidez de los principios espirituales y religiosos que *hemos encontrado existentes* en el mundo sobre la naturaleza del alma, Dios, la inmortalidad del alma y la religion natural: despues hemos considerado estas cuatro primeras verdades en su práctica y hemos reconocido en ellas una consistencia tan racional, que no permite á ningún hombre de buen juicio el sustraerse á ellas.

En seguida nos hemos preguntado si aislados de la sociedad donde estas verdades circulan, hubiéramos por nosotros mismos podido descubrir, reconocer y comprobar, como ahora lo hemos hecho,—ya observando la generacion de la verdad sobre la tierra,—ya remontándonos al origen del lenguaje,—ya comparando la naturaleza de la verdad religiosa con las facultades naturales del entendimiento humano,—ya examinando el método tradicional empleado siempre en su conservacion,—que el hombre ni individualmente ni por la agregacion con otros hombres ha podido llegar nunca al conocimiento de esta verdad,—que es necesariamente indispensable reconocerla existente y recibida entre los hombres,—y que ha habido *una revelacion primitiva*.

De aquí hemos ido siguiendo el curso de la verdad primitivamente revelada sobre la tierra, y despues de haberla visto brillar con su mas puro esplendor en la cuna de todas las naciones, la hemos visto tambien decrecer, mezclarse, oscurecerse y

casi enteramente perderse en medio de las mas densas tinieblas que hayan jamás cubierto al humano espíritu. Hemos asistido á la antigua lucha del racionalismo contra la tradicion, y del filosofismo contra la filosofía. Hemos visto los desesperados esfuerzos de esta última para conservar la verdad por la tradicion, y hemos oido sus gritos de dolor y la apelacion que interpuso á una segunda revelacion. La hemos visto en fin sucumbir en Sócrates, esconderse en Platon y no servir ya, por sus indignas deferencias con los ídolos y por el secreto desprecio con que se desviaba de las verdaderas creencias, sino para inducir los espíritus al ateísmo, al mismo tiempo que estos eran escitados hácia el sensualismo por las supersticiones, y que de este modo asediada, instigada por todos lados la sociedad del género humano iba entrando y precipitándose en la disolucion mas espantosa.—El estado de descomposicion á que habia llegado el mundo bajo el imperio romano ha llamado particularmente nuestra atencion, y trazando los principales rasgos de este vergonzoso cuadro de la humanidad antigua, hemos podido probar que habia en aquella época tal perversidad en las ideas y costumbres, que la completa cesacion de la vida en el cuerpo social solo hubiera sido cuestion de tiempo y oportunidad, que la súbita aparicion de los bárbaros hubiera resuelto.—En aquel momento supremo, y mientras entraba por el Occidente la destruccion material, apareció de repente en el Oriente la vida moral de toda la humanidad. La misma verdad, aquella verdad primitivamente revelada y por tan largo tiempo perdida á pesar de todos los esfuerzos de los mas grandes talentos para conservarla, se levantó sola sobre el mundo con una claridad, una pureza y una fuerza, que nunca se le habian conocido, y que diez y ocho siglos de combates no han podido aun hacerle perder. El carácter sobrenatural de su aparicion fué principalmente realizado por las oposiciones de toda especie que encontró en su camino, y que despreció hasta el punto de dejarse perseguir encarnizadamente por todos los hombres, como para probarles que su fuerza no la recibia de ellos, sino que al contrario ella podia darles fuerzas que no tenian, y que cambiándolos completamente, les imprimía un movimiento de regeneracion que despues triunfó simultáneamente de la corrupcion de las sociedades caducas y de la barbarie de las sociedades nacientes, ó hizo salir un nuevo universo de un nuevo caos.—A la vista de tan colosal prodigio nos hemos sentido forzados á reconocer en él un *hecho divino y una segunda revelacion*.

Tal es la materia del primer libro.

Reconocidos estos dos puntos de una primera y de una segunda revelacion, hemos buscado en el libro segundo la relacion ó conformidad que debia necesariamente existir entre ambas, y explicar uno por otro esos dos estados tan distintos de la humanidad.

Pero en esta como en las demás verdades precedentes, nuestro trabajo *filosófico* no ha podido ser un trabajo de *invencion*, sino simplemente de *comprobacion*.

(1) Génesis, 3, v. 15.

(2) Plutarco.

Hemos procurado esponer y comprobar como un hecho la esplicacion que nos han suministrado de concierto las dos mismas revelaciones que eran su objeto, y que por la propia razon habia de ser exacto, á saber:—que la humanidad habia caido en su jefe por la prevaricacion de éste contra la Eterna Justicia, y que desde entonces, siendo presa de todas las miserias que su reprobacion traia consigo, habia vivido en la promesa de una rehabilitacion por la interposicion de un gran mediador que debia volverla al camino de su primitivo estado, y que este mediador es el mismo autor de la segunda revelacion: Jesucristo.

Hemos establecido cuatro grandes pruebas sumamente vastas y variadas por su mismo origen, sumamente rigurosas, adecuadas y conformes entre sí y con el objeto que queriamos comprobar, las cuales han dado á este último una basa de certidumbre filosófica contra la cual nada pueden todas las impugnaciones, porque no tiene ningun flanco vulnerable.

1.ª La autoridad del historiador Moisés.

Por su antigüedad,—por su carácter y el de sus escritos,—por la perpetuidad que imprimió en sus obras,—por el gran fenómeno del pueblo que fundó, y que, despues de haber sido el único pueblo que conservó la verdad religiosa en los tiempos antiguos, es todavía el solo pueblo que ha quedado ecsistente en los tiempos modernos, aunque destituido de todos los elementos de la vida natural de un pueblo, y hecho el blanco de todos los golpes reunidos de los hombres y de Dios, sacando del solo libro de Moisés y de la mision que éste recibió de conservarle y esparcirle contra sus propios intereses, el fatal privilegio de estar siempre en la agonía y de no poder morir jamás;—por todos estos caracteres decimos que la obra de Moisés nos ha parecido desde luego superior á toda comparacion con las obras del hombre, y hemos descubierto en ella el indeleble sello de la mano de Dios.

Pero lo que ha rasgado, por decirlo así, enteramente el velo que cubria hasta nuestros dias la santa faz de este hombre inspirado, es la milagrosa concurrencia de todos los descubrimientos de la inteligencia humana llegados á la mas alta cumbre de evidencia despues de una laboriosa marcha de tres mil años, marcha que no tenia mas punto de partida que algunos versículos colocados por Moisés al frente de su historia de la constitucion del universo.—Por consiguiente, Moisés sabia por sí solo lo que despues se ha descubierto por los esfuerzos reunidos de todos los hombres, y lo sabia cuatro mil años antes que ellos, y lo sabia tan perfectamente, que en forma de prólogo y por medio de axiomas emitió todos los secretos que la ciencia humana no ha podido arrancar á la naturaleza sino á fuerza de trabajos, de incertidumbres, de casualidades y equivocaciones, la mayor de las cuales es haber desconocido por tan largo tiempo y haber blasfemado hasta hace poco de la grande autoridad de este historiador.

—A la vista de semejante prodigio todas las cien-

cias han proclamado como su último y unánime resultado que Moisés fué realmente inspirado.

Ahora bien, siendo el objeto capital de la mision y de la obra de Moisés, y por consiguiente de su inspiracion, el mostrar á los hombres la verdad religiosa, ésta debe encontrar en las páginas del Génesis una basa de certidumbre, por lo menos igual á la que le han reconocido las ciencias exactas en lo que con ellas tiene relacion; y siendo esta verdad la que nosotros nos propusimos examinar, podemos ya afirmar, no solamente en nombre de la fé, sino tambien en nombre de la ciencia, que el hombre cayó y que despues de su caída se le prometió el beneficio de una rehabilitacion, todo con las mismas circunstancias y caracteres que se hallan descritos por Moisés, y que, segun la general opinion de los hombres ilustrados, no se refieren ni tienen conexcion con nada, si no se aplican á Jesucristo.

2.ª La naturaleza humana.

A pesar de la fuerza de aquella conclusion, hemos hecho sufrir á esta parte del relato de Moisés la misma prueba que habia hecho resaltar su inspiracion en lo relativo á la geología: hemos abierto las entrañas del globo moral, y en el inmenso desorden que en él hemos encontrado reconocemos desde luego la gran revolucion de la caída de la humanidad de que habla el historiador sagrado.—El hombre, nacido para el bien, es llevado al mal desde que viene al mundo; el hombre, nacido para la felicidad, recibe con la vida un yugo de amargura y de muerte: hay pues en él algo desordenado, algo punible.—La idea de Dios lleva en sí necesariamente la de perfeccion en sus obras: lleva tambien la de justicia y bondad: por consiguiente no pudiendo el desorden moral y la visible maldicion en que todos nacemos ser imputados directamente á Dios sin negar su ecsistencia, ellos mismos prueban inevitablemente la falta del hombre, la falta original, puesto que sus resultados son naturales.—La verdad del pecado original descansa asimismo sobre las dos grandes verdades de la ecsistencia de Dios y de la miseria del hombre.

En el fondo de esta miseria encontramos además restos de un orden primitivo que vienen á completar esta verdad. Obramos mal pensando siempre en el bien: sufrimos el infortunio y la muerte suspirando incesantemente por la dicha y la inmortalidad. Ese espíritu, esa tendencia de retorno á la felicidad y á la virtud que nunca abandona al corazón del hombre, y que es el móvil de todas sus contradicciones, proclama altamente que ha sido formado en un estado de inocencia y felicidad, del cual ha salido y al cual debe volver á entrar con la ayuda de un poder sobrenatural, pues que abandonado á sus fuerzas naturales no puede mas que ver y aprobar el bien, siguiendo el mal.—En fin, la humanidad, considerada en masa ó históricamente, va tambien reproduciendo los caracteres fisiológicos de cada uno de sus miembros, mostrándonos por su ruina moral siempre creciente hasta el tiempo de Jesucristo, y por la fuerza de regenera-

ción que de él ha recibido, que la caída y la rehabilitación son los dos polos del mundo moral, y que la naturaleza y Moisés se dan la mano, ya considerados teológicamente, ya bajo el punto de vista de la cosmogonía.

3. ^a *Las tradiciones universales.*

Esta tercera prueba ha aumentado el brillo de la verdad sometida á nuestro escámen. En el fondo de todas las creencias, mitológicas y ritos religiosos de los diferentes pueblos, hemos encontrado á pesar de tantas causas de alteración, copias perfectamente visibles de la verdad mosaica relativa á la caída original y á la esperanza de un reparador.—Para mejor desenvolver esta interesante parte de nuestros *Estudios*, la hemos subdividido en otras tres partes:—*Tradiciones sobre la caída del hombre*,—*uso de los sacrificios*,—*esperanza de un libertador*.

En el escámen de las *tradiciones sobre la caída del hombre* hemos experimentado una extraña satisfacción que ha ejercido admirable fuerza sobre nuestra convicción, al ver que no solamente todos los pueblos de la tierra, divididos en todo lo demás, se hallaban acordes entre sí para conformarse con Moisés acerca del grande hecho de la caída y acerca de las mas ténues circunstancias de este hecho: la serpiente tentadora, la mujer seducida, el hombre arrastrado á la seducción y toda su raza con él. Todas estas particularidades de la relación bíblica se hallan maravillosamente conservadas en las huellas que de ellas han retenido las tradiciones universales; y esta universalidad sobre un punto tan notable nos ha parecido enteramente concluyente, por lo mismo que convierte los motivos de duda en motivos de credibilidad, y los datos del problema en completa solución.

El estudio de los sacrificios ha abierto en seguida un vasto campo á los experimentos de la misma verdad. Todos los pueblos de la tierra se han propuesto un objeto único en sus diversas religiones: la expiación. Para la consecución de este objeto, todos han empleado el mismo medio: los sacrificios. El deseo de la expiación presupone la conciencia de la falta y la creencia en la rehabilitación; de modo que bajo este solo respecto debiendo ser la religión verdadera la que mejor haya llenado aquel objeto común á todas las religiones, y por medio del cual procuraron todas parecérsele, solo al cristianismo cuadra incontestablemente este carácter;—pero ¿cómo se explica la elección universal del medio de los sacrificios? ¿Hay algo mas irracional en apariencia que los caracteres constitutivos de los sacrificios? Habría motivo para incluir esta costumbre en la inmensa confusión de las extravagancias humanas; pero se opone invenciblemente á ello su universalidad y la exacta semejanza que se observa por todas partes en sus caracteres mas notables. Nunca el género humano ha estado todo entero atacado de una misma locura, y es absolutamente necesario que haya sido inducido á error por la poderosa razón de algun interés determinante para herir igualmente á todos los espíritus.—Pues bien: si busca-

mos esta razón primitiva que debe encontrarse bajo la aparente locura de los sacrificios, y si para esto nos dirigimos al pueblo mas antiguo, al que fué solo en conservar la verdad religiosa en el seno de la idolatría universal, y que en particular permaneció esceto, en el uso de los sacrificios, de las aberraciones que por todas las demás partes lo mancharon, descubrimos que este uso era una institución simbólica de la rehabilitación del género humano por medio de la sangre del mediador esperado, uso que databa del mismo origen de la promesa y que debía ser abolido desde el momento de su ejecución.

A la luz de semejante explicación todo se corrige y rectifica en un uso que nos parecía tan absurdo y monstruoso: comprendemos la necesidad de una víctima de una pureza infinita para expiar una falta que estaba en proporción con la justicia infinita que habia violado;—comprendemos la necesidad de su sustitución en lugar del hombre pecador, y descubrimos en la solidaridad que existe por la falta la vía de analogía que conduce á admitir la reversibilidad por la expiación, al mismo tiempo que descubrimos en esta solidaridad y en esta reversibilidad el gran contrapeso, para decirlo así, de la sociedad humana que fué puesto en juego por el sacrificio del verdadero mediador, Jesucristo;—en fin, entrevemos también la razón del privilegio de la sangre y de la manducación de la víctima; debiendo borrarle la mancha original por la efusión de la sangre culpable que la trasmite y por la sustitución análoga de la sangre inocente que la repara.

Explicándonos satisfactoriamente cómo con todos estos caracteres esta institución simbólica debió de alterarse entre los pueblos paganos en la misma proporción que las demás verdades religiosas y degenerar luego hasta llegar á ser tomada por la realidad, hemos vuelto á encontrar en esta augusta realidad, que puso fin á todas las figuras que habian usurpado su lugar, la sublime profundidad de la cual todas ellas no habian sido mas que miserable parodia:—una víctima voluntaria, y por lo mismo solamente meritoria;—una víctima digna de Dios, aunque tomada entre los hombres, porque habia sido formada igual á los hombres sin dejar de ser igual á Dios;—una víctima que hacia entrar en su sacrificio á toda la humanidad culpable, para que se aprovechara de él;—una víctima, en fin, que resolvía el problema de la conciliación, de la justicia y de la misericordia divina en el mas infinito grado, víctima que es el mismo Dios pagando por los hombres en la persona de su Hijo.

Así el uso universal de los sacrificios, estudiado en su principio y en su objeto, y pasado por el crisol de una investigación rigurosamente filosófica, nos ha dado por residuo cierto la gran verdad cristiana prefigurada en todo el mundo antiguo.

Finalmente, no ha podido quedar la mas leve duda sobre la realidad del lazo que une las dos revelaciones desde que hemos visto que las tradiciones universales nos han ofrecido, acerca de la *esperanza de un libertador*, un testimonio tan unánime y explícito, que la incredulidad mas obcecada se ve obligada por él á confesar su evidencia.

El pueblo judío ha sido el primero que, á pesar de la falsa posición en que le colocó su infidelidad, ha venido á declarar que ateniéndose á las palabras de Moisés y de los profetas, había esperado siempre un salvador que daría la libertad á todas las naciones y repararía en la humanidad los estragos de la culpa original; que sería feliz y desventurado, glorioso y abatido, es decir, que obraría el rescate y alcanzaría el triunfo por medio del sacrificio y la expiación. El unánime y racional acuerdo de todo el pueblo judío en vaticinar y esperar ese libertador universal hasta el tiempo en que apareció Jesucristo, el desorden, el abatimiento y dispersión en que ha sido echado desde esta época, nos presentan á este pueblo como un testigo providencial de la verdad cristiana, destinado á manifestar á todo el universo y á todos los siglos los títulos religiosos del género humano.

Al unánime clamor de los patriarcas y profetas, anunciando el deseo de todas las naciones, han contestado todos los pueblos antiguos que ellos estaban también aguardando un libertador. En Grecia, en Egipto, en Persia, en la India, en la China, en la América, en la Escandinavia, en las Galias y en todos los demás puntos del globo hemos encontrado esta tradición enlazada con la de la caída del hombre, por todas partes se nos ha presentado la humanidad colocada entre el recuerdo de su caída y la esperanza de su rehabilitación; por todas partes el antiguo enemigo, por todas partes el futuro libertador, por todas partes, en fin, *la mujer*, instrumento de la miseria humana, destinada á convertirse en instrumento de su reparación.

Concíbese perfectamente que la idea que se tenía del mediador debió de participar de la idea que se tenía de los dos extremos, y que por consecuencia aquella debió de experimentar todas las aberraciones del humano espíritu tocante á la naturaleza de Dios y á la naturaleza del hombre. Por esto notamos que á medida que en el estudio de la antigüedad nos vamos alejando del politeísmo, y nos elevamos y aproximamos á la idea de un Dios único y espiritual, nos vamos acercando también á un mediador conforme á Jesucristo, como hemos visto en Sócrates y Confucio, y que precisamente el único pueblo que conservó el conocimiento y el culto de un Dios verdadero, el pueblo judío estaba todo entero entregado á la esperanza del verdadero mediador, del verdadero Cristo. En todos los demás pueblos debieron necesariamente corromperse, una por otra la idea de Dios y la idea del mediador; pero todas las extravagancias que de aquella corrupción resultaron han servido después para atestiguar mas fuertemente la verdad que constituía su fondo, diversificando el modo sin poder jamás disolver enteramente la sustancia, y conservándole por todas partes sus originales y distintivos caracteres. No queremos volver á recordarlos en el presente resumen: el lector puede todavía tener presente nuestro trabajo sobre la fábula de *Prometeo*, la de *Isis*, la de *Mithra* y tantas otras, en que la gran figura del mediador esperado se halla reflejada y delineada con contornos fantásticos,

pero siempre fácil de reconocer en el conjunto de sus proporciones y á veces llena de verdad en algunos de sus detalles.

Por otra parte la incredulidad se ha encontrado en presencia de una verdad que no podía desconocer ni ofuscar, y nos hubiera dispensado de demostrársela por medio de tantas pruebas, si hubiese reconocido como incontestable: "que lo mismo que los hebreos, todo el paganismo griego y egipcio tenía una multitud de oráculos que no comprendía pero que todos declaraban la expectación de un gran mediador;—que todas las demás naciones esperaron también el salvador futuro que renovería en la tierra la edad de oro, y sacaría á los hombres del imperio del mal;—que no hay ni un solo pueblo que no haya tenido su esperanza de esta clase, y que según la opinión general, el libertador esperado debía salir de la Judea, que por esta razón podía llamarse *el polo de la esperanza de todas las naciones*."

Calificando á esta conformidad de *quimera universal*, la incredulidad nos ha dado la medida de su alucinamiento, y al mismo tiempo nos ha facilitado el medio de hacer resaltar contra sí misma toda la fuerza primitiva que debía de tener una verdad que bajo la apariencia de quimera para los pueblos que no la comprendían y cuyas preocupaciones contrariaba, había no obstante podido conciliarse y conservar, en medio de la anarquía de todas las ideas, tan completa y exacta universalidad.

Las tradiciones universales han venido, pues, á conformarse con la naturaleza y con Moisés para atestiguar de consuno la caída primitiva inseparablemente enlazada con la futura rehabilitación, y la esperanza precisa de un libertador.

4.ª La venida y el reino de Jesucristo.

La verdad sometida á nuestro escámen ha tenido que sufrir aquí la mas decisiva de todas las pruebas. En los estudios precedentes nos hemos representado el cielo y la tierra aspirando por su mediador. Desde el principio la voz de Dios, por medio de la palabra inspirada de los patriarcas y de Moisés, hizo concebir al género humano su esperanza; la naturaleza, cada vez mas lánguida y abatida, suspiraba por él como por un celestial rocío; el pueblo judío lo llevaba, por decirlo así, en sus entrañas, y de todos los puntos del universo, con los ojos fijos en él, decían las naciones: *el mediador debe venir*.

Pero ¿ha venido efectivamente?

¡Qué triunfo tan grande hemos ido preparando al escepticismo y á la incredulidad si de hecho todos aquellos preparativos y anuncios no han sido ya justificados por los acontecimientos, y por unos acontecimientos proporcionados á su importancia!

Mas ¡qué lástima no debería causarnos un alucinamiento que, en el mismo seno del mas prodigioso é incontestable cumplimiento de esa expectación de cuarenta siglos, y después de diez y ocho siglos de una realización tan universal como lo había sido la esperanza, continuase en llamar á esta última una quimera universal!

Por esto desde que hemos presentado el cuadro del advenimiento de Jesucristo y pintado las circunstancias que precedieron, acompañaron y siguieron á su entrada en el mundo, hemos visto brillar su divinidad, y reconocido en él *el deseado de todas las naciones*.

¿Quién no admira el estado que presentaba el mundo en aquella época?—En el órden moral, el mal habia llegado á su último periodo, y se hallaba en sazón para ser curado. Si Dios se habia propuesto hacer resplandecer su misericordia y penetrarnos de la necesidad de su auxilio por la experiencia de nuestro infortunio, ¿cuán á propósito fué la eleccion que hizo del siglo de Neron para venir al mundo! ¿Qué admirable leccion dió al orgullo humano, principio del pecado, dejándole que colmase todos los abismos de su corrupcion, y no deteniéndole hasta que estaba ya pisando los bordes de la nada!—En el órden material, jamás habia sido el tiempo menos útilmente empleado ni el momento habia sido nunca mas propicio. Todos los acontecimientos políticos que precedieran habian concurrido admirablemente á dar al género humano su primitiva unidad: todo se habia hecho romano en la tierra como para ser mas apto á ser cristiano. Ya no habia asirios, egipcios, judíos, griegos, galos, germanos ó bretones,—ni siquiera habia romanos, puesto que todo el mundo lo era;—no habia mas que hombres, y hombres de quienes Jesucristo iba á ser salvador.

La perpetuidad era tambien objeto de su mision lo mismo que la universalidad. Esta mision hubiera podido tener efecto retroactivo para todos los siglos pasados, supuesto que la promesa del libertador habiendo sido hecha antes de la dispersion de los hombres, estos habian podido conservar por la tradicion aquel título primitivo de su salud, y adherirse á su futura realizacion por medio de la esperanza. Pero respecto de los siglos venideros, ¿cómo se les haria entrar en esta alianza si el cristianismo se hubiese apoderado del mundo cuando este se hallaba en estado de dispersion? Bajo este punto de vista convenia pues que el linaje humano volviese á su primitiva unidad, á fin de que los nuevos patriarcas de la fé la trasmitiesen tambien á las generaciones futuras; y por esto hemos visto y admirado la coincidencia de la aparicion de todas las naciones modernas, entonces bárbaras, en el mismo suelo que ocupaban las naciones antiguas al tiempo preciso de la venida de Jesucristo.—Todos encorvamos la cabeza en la persona de aquellos altivos sicambros, para recibir el agua santa que debia convertir aquellas hordas salvajes en los pueblos mas civilizados del universo.

Pero lo que sobre todo debe de habernos sorprendido es el hecho visiblemente providencial, que al mismo tiempo y por el concurso de idénticas circunstancias, la lengua romana, universalmente hablada, se hizo lengua muerta y por consiguiente invariable y perpetua. En medio de las olas de aquellas nuevas lenguas del norte que inundaron su imperio, la romana fué escogida y templada, por de-

cirto así, como una espada que debia ser en efecto la espada de la verdad.

Si en el órden moral lo mismo que en el físico el sello de las obras de Dios es la economía y simplicidad de los medios en la inmensidad de los resultados, ¿quién no descubre este sello en la disposicion de las cosas y sucesos humanos cuando se realizó la venida de Jesucristo?

En esa época el género humano, menos ilustrado que nosotros que hemos sido testigos de tan maravillosos acontecimientos, tenia sin embargo de algunos de ellos un presentimiento confuso. Se sentia dominado por una influencia y como por una atmósfera divina, y por todas partes se repetia que iba á suceder una gran revolucion moral y religiosa. Las antiguas tradiciones y los primitivos oráculos, que el tiempo hubiera debido debilitar y borrar de la memoria de los hombres, se repitieron y se concordaron de un extremo á otro del mundo, diciendo que habia llegado ya el momento vaticinado: *Ultima Cumai venit jam carminis aetas*:—que todo, hasta la marcha de los siglos iba á renacer bajo la influencia regeneradora del que el cielo iba á enviar: *Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo*; *jam nova progenies caelo demittitur alto, quo ferres primum desinnet, ac toto surget gens aurea mundo*;—que todo el Oriente habia resonado con la antigua y constante opinion de que los hados querian salieran en aquel tiempo los dominadores del mundo de la Judaa: *Percrebuerat Oriente toto vetus et constans opinio, antiquis sacerdotum litteris contineri ut eo tempore Judaea profecti rerum potirentur*;—que el capitolio debia ser el asiento, el trono de aquel monarca, cuyo nacimiento seria prodigioso: *Auctor est J. Marathus, prodigium Roma factum publice quo denunciabatur regem populi romani NATURAM PARTURIRE*:—y que desde allí gobernaria al universo pacificado por las virtudes del Dios su Padre: *Pacatumque reges patriis virtutibus orbem*;—oráculos tan precisos y acreditados, que toda la política de los hombres se interesa en ellos y por ellos anda conmovida; que el Senado de Roma se agita y decreta la proscripcion de todos los recién-nacidos; que el cruel Herodes tiembla por su corona, y hace correr torrentes de sangre inocente; que Vespasiano y Tito se abrojan aquellos grandes títulos; que toda la nacion judía, sobre la sola fé en su cumplimiento, se empeña locamente en una desesperada lucha contra el coloso romano, y se deja conducir á su total ruina por el primer advenedizo que quiere tomar el título de *Mesías*, como para castigarse por sus propias manos de haberlo rehusado á Jesucristo; en fin, que hasta en el fondo de la India se turba con ellos la impasibilidad de los brahmas, y que un emperador de la China despacha embajadores al Occidente para ir á encontrar al *Santo* que todas las anteriores generaciones habian esperado.

Al instante prefijado en la plenitud de todos los tiempos, y en el punto señalado en la espectacion de todo el género humano,—aparece el Cristo,—y reune en su persona los verdaderos caracteres de *Salvador* del mundo, pero el mundo no le recono-

ce....Sale de la tierra, por decirlo así, como un germen celestial confiado por el mismo Dios á la humanidad degenerada, caída, y acalorada por nuestras miserias y fecundado por sus misericordias, arroja su tallo en el mundo y se convierte luego en un árbol frondoso que cubre á todos los pueblos con la sombra de sus ramas y los regenera con sus frutos.

La divina inteligencia con que escogió la circunstancia mas eficaz de su mision, precisamente porque era la mas opuesta á todas las ideas de los hombres: el abatimiento,—la caridad inmensa y la sobrenatural paciencia que le hicieron entrar en esas vias de sacrificio y que le obligaron á marchar por ellas con una constancia siempre igual, ó mas bien, con una constancia siempre creciente hasta la muerte, y muerte de cruz,—en fin, la omnipotencia con que del fondo de su misma corrupcion le atrajo todo á sí y se incorporó el mundo fundando en él un reino imperecedero de verdad y santidad siempre subsistente aunque siempre combatido,—todos estos caracteres de la venida y del reino de Jesucristo, nos le han mostrado como el verdadero salvador del mundo y el reparador del género humano.

Tal es el resumen de la primera parte de nuestros *Estudios*.—Vamos ahora á hacer algunas observaciones, que serán como su complemento y conclusion.

§. II.

I. La venida de Jesucristo no es, pues, como vulgarmente se cree, un hecho aislado, accidental y sin antecedentes en la historia del género humano: está enlazado con todos los siglos que le precedieron y con todos los que le han seguido.

En él se concentran todos los tiempos pasados,—de él salen todos los tiempos modernos.

Como las formas indecisas y fantásticas de que se reviste un objeto durante el sueño, se precisan y vuelven á su realidad al despertar, del mismo modo todas las tradiciones religiosas del género humano se han rectificado y absorbido en el gran mediador de los tiempos y de los sucesos, y han vuelto á entrar en la primitiva unidad de la cual se habian estraviado por todo el universo, de suerte que toda la humanidad podria dirigir á Dios estas palabras de S. Agustin, hablando de sí mismo: "Todo yo fui dividido cuando me separé de tu unidad para perderme en el barullo y confusion de objetos inesplicables: dignate reunir los pedazos de mí mismo, &c. (1)."

Jesucristo es todo lo que desearon las naciones, todo lo que adoraron bajo diversos nombres y á través de imágenes mas ó menos groseras é impuras:—es la realizacion de aquella *esperanza* que quedó en el fondo de la caja de *Pandora* y que debía compensar todos los males que de ella habian salido,—es aquel *Epafso*, niño prometido, que debía nacer milagrosamente de la *virgen Io*, para librar al hombre encadenado de aquel buitre roedor á quien una mu-

jer-serpiente habia dado el sér,—es aquel *Dios del Olimpo*, aquel *hijo querido de un padre enemigo*, que debía ofrecerse para tomar sobre sí nuestros sufrimientos,—es aquel *Oro* descendiente de *Isis*, que debía vencer, sin destruirla, á la serpiente *Tifon*, autor del mal en la tierra, según los egipcios, y que debía nacer de *Isis-éirgen*, según los galos,—es el verdadero *Hércules* que debía ahogar á la *hidra* y devolver á los hombres los frutos de oro de aquel maravilloso jardin de que fueron lanzados,—es el *Mithra* de los persas, aquel *mediador*, vencedor de *Ahriman*, que hasta que vino á obrar, hacer y procurar la libertad de los hombres, *holgó y descansó por un espacio de tiempo que no es largo para un Dios*,—es el *Wischnú* de los indios, cuya encarnacion debía reparar los males causados por la gran serpiente *Kaliya*, el *Centeotl* de los mexicanos, que habia de triunfar de la ferocidad de los *demas dioses*, traer al mundo una benéfica reforma, y pelear con la *culebra* que habia seducido á la *madre de nuestra carne*,—el *Peru* de los *salivos* de América, que debía echar otra vez al infierno á la *serpiente* que devoraba los pueblos,—es en fin el *Dios Thor*, *rimogénito de los hijos de Odín* y el *mas valiente de los dioses*, que debía luchar en singular combate con la gran serpiente *Migdard* y perder la vida en la victoria.—"Desechemos, dice Tertuliano, todas esas impuras y groseras imágenes, desechemos todas esas impúdicas supercherías de los misterios de *Isis*, de *Ceres* y de *Mithra*. El Verbo de Dios, hijo de la eternidad, debía descender por sí mismo de las alturas del cielo, como habia sido vaticinado. Descendió en efecto, descansó en un seno virginal, y el Verbo se hizo carne, y el misterio del linaje humano se consumó, y todos adoramos á un Dios-hombre (1)."

Hé aquí pues el *logos* de *Piston*, el *doctor universal* de *Sócrates*, el *santo* de *Confucio*, el *monarca universal* de las sibilas, el *rey* tan temible de los romanos, el *dominador* esperado en todo el Oriente;—hé aquí la victima de las víctimas, cuya inmolacion debía poner término á todos los sacrificios;—hé aquí en fin el *Cordero de Dios* que borra los pecados del mundo,—el verdadero mediador, el verdadero Cristo.

Después de Jesucristo (¡cosa notable y que confirma admirablemente cuanto dejamos dicho!) el género humano no espera ya nada, no piensa ya como antes en aquellos mediadores, en aquellos libertadores de que sus teogonías estaban llenas. Todos sus fantasmas desaparecieron para no volver; los sacrificios han cesado, la sangre no corre ya alrededor de los altares, y el hombre se dirige á Dios como á un padre con quien se ha reconciliado.

¿Quién no descubre la sencilla consecuencia que se desprende de un hecho semejante?—Si la esperanza universal suponía la promesa, ¿qué supondrá la cesacion de la esperanza mas que su entero cumplimiento?

En efecto, nótese bien: el género humano no ha dejado de creer en la necesidad de un mediador y

(1) *Confes.*, lib. 2.

(1) *Apolog.*, c. 21.

de una víctima; pero no siente ya la precision de buscarlos y figurárselos, porque tiene ya el mediador y la víctima por excelencia. Contempla á Jesucristo, y cree en la eficacia del hecho consumado de su mediacion del mismo modo que antes suspiraba por su futuro cumplimiento. No alimenta ya la idea indefinida de una rehabilitacion que ha de venir: se recoge dentro de sí mismo y encuentra en su seno una fuente abierta de regeneracion y santidad que satisface todas sus necesidades y hasta excede todas sus concepciones, todos sus apetitos y deseos. Jesucristo antes de venir y despues de haber venido, corresponde á todas las tendencias y á todas las inclinaciones de la humanidad, como la cumbre corresponde á las dos vertientes de la montaña y como la clave de una bóveda sostiene las varias partes del edificio y mantiene su unidad.

Pero este encadenamiento se hace principalmente sensible en las relaciones del judaismo con el catolicismo: el judaismo, como hemos visto, ofrecia la parte mejor conservada de las tradiciones, y podia ser considerado bajo este respecto como el compendio y la expresion mas verdadera y mas perfecta de la humanidad religiosa en los tiempos antiguos.—Lo mismo le sucede al catolicismo respecto de los tiempos modernos.—De modo que colocándonos sobre esta línea, descubrimos mas claramente y con mucha mas uniformidad y consecuencia lo que hay desordenado y embrollado en todo lo restante. Desde allí se nos aparece el Cristo como un gigante que sale del punto mas lejano del horizonte, lo encorva todo á su paso, y poco á poco va llenando el espacio hasta que alcanza á su enemigo y le oprime con el peso de su triunfo, que nadie en adelante puede disputarle. Es tambien como una luz que empieza á despuntar desde la caída del primer hombre, se enrojece en tiempo de los patriarcas, ilumina con sus rayos á los profetas, como las altas cimas de los montes, y su disco aparece en fin sobre el horizonte é inunda los valles con sus fuegos sin llegar nunca al ocaso. Ultimamente y para hablar sin figuras, la grande autoridad de Moisés, que hemos examinado y contemplado y en la cual se resumen todas las tradiciones patriarcales desde los dias de la creacion, sirve de punto de partida á la sinagoga, que acompañada de todos sus profetas se presenta á Jesucristo que la recibe y la absorbe en la realizacion de cuanto ella misma habia figurado y esperado, y despues la Iglesia católica con sus pontífices forma en seguida como la continuacion de Jesucristo que la engendró y la conduce atravesando los siglos al seno de la eternidad.

¡Qué sublime unidad! El católico que está adherido á la fé de la Iglesia hace parte de una inmensa cadena, que se remonta por medio de Jesucristo á todos los tiempos antiguos y cuyo primer eslabon está atado á la misma cuna del mundo.

“La Iglesia católica, dice Bossuet, atraviesa y llena todos los siglos anteriores por medio de un encadenamiento que no se le puede disputar. La ley viene á parar al Evangelio, y la sucesion de Moisés y de sus patriarcas no compone mas que

“una sola serie con Jesucristo: ser esperado, venir y ser reconocido por una posteridad que durará tanto como el mundo, es el carácter distintivo del Mesías en quien creemos. Cuatro ó cinco hechos auténticos y mas claros que la luz del sol presentan á nuestra Religion tan antigua como el universo, y manifiestan por consiguiente, que no tiene otro autor que el mismo que crió al mundo, y que solo él, que lo tiene todo en su mano, ha podido concebir y llevar á término un designio en el que todos los siglos se hallan comprendidos (1).”

Llegados á esta altura, parece que ya nada hay mas allá, y que tenemos á nuestra vista todo el plan de la Religion, pero no; todavía podemos remontarnos algo mas, y el águila de Patmos nos tomará sobre sus alas desde el sitio en que acaba de dejarnos el águila de Meaux.

II. “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Todas las cosas fueron hechas por él. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Era él la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. En el mundo estaba, y el mundo no le conoció, y la luz en las tinieblas resplandeció, mas las tinieblas no la comprendieron. Vine por fin á su heredad, y los suyos no le recibieron. Y el Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, que es la del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.”

¡Qué profundidad! El evangelista penetra con su perspicaz mirada hasta las entrañas de la luz, y nos descubre la mas sublime unidad (2).”

El Cristo esperado por todos los siglos que le precedieron, reconocido por todos los que le han seguido, é influyendo igualmente sobre todas las edades que tiene como suspendidas de su persona, es sin duda un espectáculo divino; pero S. Juan nos descubre la accion de Jesucristo sobre el mundo de una manera mas inmediata.

En efecto, cuanto hemos dicho podria aplicarse hipotéticamente á una criatura de privilegio en la cual hubiese Dios querido vincular los destinos religiosos del género humano, haciéndola esperar, venir y reconocer como el instrumento de sus designios en el orden espiritual.

Pero además de que se encuentra esta hipótesis destruida por su basa, puesto que el mismo Jesucristo se ha anunciado y héchose reconocer y ado-

(1) *Historia universal*.—La misma verdad se escapó á veces involuntariamente de los labios de Voltaire:—“El judaismo, dice, el sabeísmo y la religion de Zoroastro se arrastran por el polvo; el culto de Tiro y de Cartago desapareció con estas opulentas ciudades; la religion de Milciades y de Pericles, la de Paulo Emilio y de Catón, no existen ya; la de Odin se estinguí; la misma lengua de Omir, que fué despues la de los Tebanos, es desconocida de sus descendientes; y si tú mismo pudieses no existirías jamás. Solo el cristianismo ha quedado en pie á través de tantas vicisitudes y en medio del estrago de tantas ruinas, inmutable como el Dios que lo fundó. La verdad permanece para siempre, y los fanatismos de la opinion pasan como los sueños del calenturiento. segun todos creen, la religion cristiana hace ya cuatro mil años, y las sectas nacieron áter.” *Me voy obligado á CREER y ADMIRAR.* (Véase la *Razon del Cristianismo*.)

(2) Los filósofos neo-platónicos nada encontraban tan sumamente bello como este pasaje de San Juan, y decian que debia escribirse con letras de oro en todas las escuelas de la sabiduría.

rar como Dios, lo cual no podría ser una impostura sino admitiendo que el mismo Dios, que la habría autorizado, sería su cómplice y aun su autor;—además, digo, de esta razón decisiva y que jamás se contestará,—la sublime teología de S. Juan, que es la de todas las santas Escrituras, no nos deja duda alguna sobre este punto.

El Cristo existía realmente antes de tomar un cuerpo mortal, existía en el mundo, preexistía al mundo y á su formación; preexistía no solamente al mundo que vemos, sino á todos los mundos, á todas las criaturas terrestres y celestes, visibles é invisibles, en una palabra, á todo lo criado, pues todo lo criado lo ha sido por él, y la vida que fué dada á todas las cosas estaba antes en él como en su divina fuente.—Procedía de Dios, estaba en Dios y era Dios desde el principio, es decir, desde antes de todo principio, y en esa eternidad en que nada había mas que solo Dios.

Tal vez se creará que es traspasar los límites de un estudio filosófico dirigir nuestras miradas á misterio tan profundo, en el cual no podemos menos de perdernos y cegarnos: tranquilícese el lector; porque este es precisamente el canal por donde queremos entrar á toda vela en el puerto de nuestro asunto.

Suplicamos á los lectores que fijen particularmente su atención en lo que vamos á decir.—Recuérdese cuanto llevamos dicho acerca de la necesidad de una primera revelación, lo que hemos supuesto además sobre la religión natural considerada como culto de la razón, y en fin, lo que hemos escrito sobre la existencia de Dios probada por la existencia de las verdades necesarias.—Todo cuanto hay de verdad en el mundo, hemos dicho, entendiéndolo hablar de la *verdad-principio*, no puede ser producto de la inteligencia humana; porque cada hombre nada trae consigo al venir al mundo, y solo se ilumina con la luz existente en la tierra antes que él, y á la cual se dirige para encender la antorcha de su razón privada. Esta luz de los espíritus, considerada en su principio, existía pues antes que los hombres, y su primer manantial, foco ú origen no puede estar mas que en el autor de todas las cosas, que despues de haber criado á la inteligencia humana apta para esta luz, la asoció á su posesión.—Pues bien, esta luz, que es como el sol de las inteligencias y el alimento de los corazones, es la razón, la sabiduría, la verdad.—No somos nosotros esta razón, esta sabiduría, esta verdad, ni está contenida en nosotros mismos, de modo que cada uno tenga su razón, su sabiduría y su verdad; pues no hay mas que una razón, una sabiduría, una verdad. Es la misma siempre, en todas partes, para todos los hombres y para todos los espíritus, sin exceptuar al mismo Dios: hace racionales y sabias á todas las criaturas y al mismo creador, con la sola diferencia entre el Creador y las criaturas, que aquel es la sustancia de esta luz de los espíritus y que se obedece á sí mismo obrando conforme á ella, pudiendo únicamente él decir con toda propiedad *mi razón, mi sabiduría, mi verdad*. Su divina inteligencia la concibe, la engendra, la der-

rama sobre todas sus obras, la comunica á todas las inteligencias, sin dejar de ser su eterno foco y su fuente inagotable, porque es *consustancial*. Nuestras inteligencias fueron criadas para poseerla y gozarla, y participar por su medio de la semejanza y sociedad de Dios, de modo que de esta sociedad y semejanza provienen las ilusiones que nos hacen creer que la razón nos es propia, hasta el punto de desviarnos, en medio del orgullo que su posesión nos inspira, del único foco que la comunica, como un niño que quisiese guardar los rayos del sol quitándolos de su cuerpo luminoso; pero las necedades é innumerables errores en que á cada paso caemos y que, haciéndonos perder la razón, nada sin embargo alteran en la razón, que al contrario parece crecer y se aumenta á medida que mas de ellas nos alejamos, demuestran claramente que esta última es un divino modelo del cual no somos mas que imágenes desfiguradas y sobre el cual debemos regularnos.

Oigamos cómo la filosofía proclama por boca de Cicerón estas hermosas verdades:

"No, dice, existía ya una razón, emanada del principio de las cosas, que inclina al bien y aparta del mal. Esta razón no ha empezado á ser ley tan solo el día en que ha sido escrita, sino que lo es desde el día en que nació; y debe advertirse que es contemporánea de la inteligencia divina,—*orta autem simul est cum mente divina*.—De modo que la ley verdadera y primitiva, que es la que manda y prohíbe, es la recta razón de Dios [1]."

"Esta recta razón de Dios, dice el mismo en otra parte, una vez introducida y desarrollada en el espíritu del hombre, es la ley.... Supuesto pues que la razón está en Dios y en el hombre, hay una primera sociedad de razón entre el hombre y Dios, una semejanza del hombre con Dios. Por esto se nos puede llamar la familia, la raza ó la estirpe de los seres celestiales. De donde se sigue que para el hombre, reconocer á Dios, es reconocer y confesar el origen de donde ha salido (2)."

Ahora bien,—y este es el punto esencial, esa recta razón de Dios, contemporánea de la inteligencia divina, de la cual emana esa luz natural y univer-

[1] *De legibus*, lib. 2.

[2] *Ibid.*, lib. 1.—Malbranche ha explicado más filosóficamente esta verdad en el pasaje siguiente: "Ciertamente no es el hombre para sí mismo la sabiduría y la verdad. Hay una razón universal que ilustra á todos los espíritus, una sustancia inteligible, común á todas las inteligencias, sustancia inmutable, necesaria y eterna. Todos los espíritus la contemplan sin que se sirvan de obstáculos unos á otros; todos se alimentan de ella sin disminuir nada de su abundancia. Se da toda entera á todos y á cada uno, pues todos los espíritus pueden ocuparse de una misma idea al mismo tiempo y en distintos lugares. No pueden dos hombres alimentarse con una sola fruta. Todas las criaturas son bienes particulares que no pueden por lo mismo llegar á ser nunca un bien general y común: los que las poseen privan de ellas á los demás y los impiden su goce. Mas la razón es un bien común que una es perfecta y duradera amistad á los que la poseen: es un bien que no se divide por la posesión, ni se limita á un espacio, ni se corrompe con el uso. La verdad es indivisible, inmensa, eterna, inmutable é incorruptible.—Pues bien, esta sabiduría común é inmutable, esta razón universal, es la sabiduría del mismo Dios, la misma por la cual ó para la cual todos hemos sido criados. Créase Dios para unirse á su sabiduría, y hagernos por ella el honor de contraer con él una íntima y eterna sociedad, y poder llegar á ser tan semejantes á él como se capta de serle una criatura." (*Tratado de Moral*, c. 3.)

sal de todas las inteligencias,—es el *Verbo*,—y el *Verbo*—es *Jesucristo*.

No queremos adelantar ningún concepto, y para entrar gradualmente en el verdadero sentido de esta divina filosofía, procuraremos ir marchando por deducciones metódicas.

Tres cosas hay que explicar:

1.ª La razón universal de los espíritus es lo que en teología se llama el *Verbo*.

2.ª El *Verbo* ó la razón vino al mundo en la persona de *Jesucristo*.

3.ª ¿Por qué se encarnó la razón, y se nos dió bajo esta forma? Y ¿por qué debemos creer en ella?

1. De todo el contexto de las santas Escrituras se desprende que lo que en alta y recta filosofía se llama la razón es idéntico á lo que en teología se llama el *Verbo*.

Véase cómo refiere S. Juan la generación del *Verbo*:—“En el principio era el *Verbo*, dice, y el *Verbo* era *Dios*. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres, la luz verdadera, que alumbró á todo hombre que viene á este mundo.”—El evangelista extiende todavía mas aún sus sublimes miradas cuando añade, que no solo fué hecho según este tipo el mundo de las inteligencias humanas, sino también el mundo de los cuerpos, el de los mas puros espíritus, y el de todo cuanto existe, porque todas las cosas existen por medio de admirables combinaciones, por leyes llenas de sabiduría y de razón que las han distribuido y mantienen con número, peso y medida, y sin las cuales volverían á entrar en el caos y en la nada; de manera que puede decirse con suma verdad, que “todas las cosas fueron hechas por él (el *Verbo* ó la razón divina), y nada de lo que fué hecho se hizo sin él.”—*Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil quod factum est.*

Pero esta teología no es una mera concepción de S. Juan; encontramosla mucho antes que él existiese, en los libros hebreos, expresada en términos que prueban que es el mismo espíritu el que en todo tiempo la ha dictado.

“Toda sabiduría procede de Dios, dice el *Eclesiástico* (cuyo autor vivía doscientos años antes de *Jesucristo*), y estuvo siempre con él, desde antes de todos los siglos.—La sabiduría fué creada antes que todas las cosas, y la luz de la inteligencia en el principio de los tiempos. El *Verbo* de Dios desde las alturas del cielo es la fuente de la sabiduría, y sus caminos son los mandamientos eternos (1). El Altísimo la creó en el Espíritu Santo, y la vió, la contó y la midió, y la derramó sobre todas sus obras y sobre toda carne, conforme á la división que de ella habia hecho, y la concedió á los que la aman (2).”

Salomón habia también escrito:—“Dice la *Sabiduría*: el Señor me poseyó en el principio de sus caminos, desde el principio antes que criase cosa alguna. Desde la eternidad fué ordenada, y des-

de antiguo, antes que la tierra fuese hecha. Aun no eran los abismos, y yo ya era concebida.... Cuando él preparaba los cielos estaba yo presente.... con él estaba yo concertándolo todo; y me deleitaba cada día, regocijándome en su presencia en todo tiempo, regocijándome en la redondez de la tierra, y mis delicias son estar con los hijos de los hombres (1).—Yo la Sabiduría moro en el consejo, y asisto á los pensamientos juiciosos. Mío es el consejo y la equidad, mía es la prudencia y la fortaleza. Por mí reinan los reyes, y los legisladores decretan lo justo, y los poderosos administran justicia (2).”

Esta es sin duda la ley de las leyes de que habla Cicerón, la razón soberana y universal, la sabiduría, la verdad.—“Ella es (nótese bien estas bellas y profundas expresiones) el vapor de la virtud de Dios y la pura emanación de la claridad del Omnipotente, el esplendor de la eterna luz, el espejo sin mancha de la majestad de Dios y la imagen de su bondad. Tiende á sus fines con fortaleza, y prepara todos sus medios con suavidad. Es una, y todo lo puede; y aunque siempre inmutable en sí misma, renueva todas las cosas. Se derrama por todas las naciones, en las almas santas, y forma los amigos de Dios (3).”

Es imposible no reconocer en todos estos caracteres reunidos á la razón universal de los espíritus que antes hemos definido según la buena filosofía y con Cicerón, “la recta razón de Dios, emanada del principio de las cosas y tan antigua como la divina inteligencia.”—Hé aquí lo que es el *Verbo*.

El *Verbo* se llama tal, porque el pensamiento es lo que constituye esencialmente la razón, y al pensamiento le está siempre inherente la palabra: *verbum*. No puede concebirse verdad alguna sin su expresión. Por consiguiente, la verdad concebida eternamente por Dios, es la palabra de Dios, el *Verbo* de Dios. Esta palabra del Padre es la que siempre ha hablado, habla y eternamente hablará á los espíritus, al corazón y al entendimiento de todos los hombres, á los chinos y á los tártaros, á los europeos y á los americanos, á los cielos, á la tierra y á los abismos del infierno. De todos se hace comprender igualmente cuando le place hablarnos, y sus palabras son leyes que todos estamos obligados á observar.

El *Verbo* es también llamado *hijo de Dios*, porque entre la inteligencia que concibe, y la verdad que es concebida, hay un vínculo de generación. Decimos que nuestras concepciones son hijas de nuestra inteligencia, porque en efecto esta las engendra espiritualmente; pero en realidad menos son concepciones de nuestra inteligencia que percepciones de la verdad soberana que es la única y verdadera concepción de la inteligencia divina. “La verdad ó la razón, dice admirablemente Cicerón, no empieza á ser tal solamente desde el día en que es recibida, sino desde el día en que nació; pues bien, sepase que es contemporánea de la inteligencia

[1] Fons sapientie verbum dei in caelestis, et ingens illius mandata eterna.

[2] *Eclesiástico*, cap. 1.

(1) *Proverbios*, cap. 8, v. 23.

(2) *Proverbios*, cap. 8, v. 14.

(3) *La Sabiduría*, cap. 7 y 8.

"divina."—Además, á diferencia de nuestras concepciones, que cambian, pasan, mueren, se suceden y ya no nos pertenecen una vez publicadas, la razón divina ó el Verbo de Dios, siempre engendrado por su inteligencia, le queda siempre inherente por la sustancia. Emanan incesantemente de él "y nunca se le desprende, como el vapor de su virtud, ó mas bien, como la pura emanación de su claridad y el esplendor de su eterna luz, Dios de Dios, luz de luz, consustancial á su padre (1)."

Hé aquí lo que es el Verbo, Hijo de Dios:—la Sabiduría increada, la Verdad eterna, inmutable, necesaria, la Razón natural y universal de todas las inteligencias.

2. Ahora añadiremos que esta Razón manifestada visiblemente es también Jesucristo.

Originariamente y en la primitiva efusión de esta luz, la inteligencia del hombre había estado impregnada en ella, y brillaba con su claridad como un cristal con los rayos del sol; pero bien pronto, habiendo querido el hombre sustituir á esta emanación de la ciencia divina una ciencia que le fuese propia y que le diese un Verbo independiente de aquel por quien todo había sido hecho, cayó en inmensas tinieblas morales donde se hubiera abismado su inteligencia para siempre, si Dios no se hubiera dignado dejar subsistir aun en ellas algunos rayos de su verdad, de su Verbo, que constituyen esta débil é incierta claridad que llamamos razón natural, y que no nos descubre mas que ruinas como la opaca luz de una lámpara colocada en medio de sepulcros.

Penetrado de esta idea escribía Sócrates aquellas memorables palabras en las cuales se había comprendido toda la filosofía natural:—*Todo lo que sé consiste en saber que no sé nada;*—y Cicerón estas otras:—*En la inteligencia del hombre no hay mas que unos restos de no sé qué fuego divino de inteligencia y de espíritu.*

No obstante, estos cortos restos de razón divina mantenían al mundo en sociedad con Dios. Todo lo que hubo de verdad, de sabiduría, de justicia y de moralidad entre los hombres; todo lo que hablaba á la razón ó á la conciencia antes del cristianismo, participaba, en pequeño grado solamente, de la naturaleza del Verbo, porque éste, como dice San Juan, "era la luz que ilustra á todo hombre que viene á este mundo,"—derramándose por todas las naciones en las almas santas y formando los amigos de Dios, como dice el libro de la Sabiduría.

Pero lo que principalmente establecía la sociedad del hombre con Dios, era la esperanza y expectación de un retorno mas completo é inmediato de esta misma razón, de este mismo Verbo al mundo, sobre la fé de la promesa hecha en el principio y que hallamos consignada en todas las tradiciones del universo. En semejante situación, el mundo se hallaba en el crepúsculo de la tarde, entre la luz de la víspera, que poco á poco se iba amortiguando,

y la del día siguiente, que debía volverle á dar la claridad y la vida; y en medio de esta noche brillaban, sin embargo, las tradiciones y profecías, que eran como esos astros que reflejan sobre la tierra la perdida luz del sol cuando éste se halla fuera del horizonte, y nos consuelan de su ausencia haciéndonos esperar su alegre vuelta.—Así, en medio de las espesas tinieblas del politeísmo en que estaba el mundo sumido, y en cuyo seno el género humano lo confundía todo y se iba precipitando de abismo en abismo, cuanto se había conservado, cuanto había quedado del antiguo esplendor de sabiduría y razón, era como pequeñas partículas de la verdad primitiva, que mas tarde debía volver á aparecer sobre el horizonte y difundirse por el mundo en Jesucristo.

La idea que, en la pureza de sus tradiciones, alimentaba el antiguo judaísmo del Mesías esperado, era exactamente conforme á esta doctrina, y en los comentarios de los libros santos por los rabinos, que eran los mas acreditados aun entre los judíos, se encuentra en el *Medrasch-Thaukhuma*, el siguiente pasaje:—"Sabeis cuál es esa gran luz que descubrirá el pueblo marchando por las sombras de la muerte? Es la luz del primer día de la creación, que Dios ocultó á la vista de los hombres hasta que venga el Mesías.—Esta luz es el mismo Mesías (1)."

Entre las grandes ráfagas de luz que, á través de la noche de los tiempos iluminaban la figura de Jesucristo, y proféticamente le mostraban como la gloriosa luz de las naciones, vemos también en Isaías estas palabras:—"Llegará un día en que mi pueblo sabrá mi nombre, porque entonces le diré: Yo, el mismo que en otro tiempo os hablaba, vedme aquí presente: Qui loquebar ecce adsum; (2) es decir: yo, que hablaba interiormente por la conciencia y la razón y al exterior por la inspiración de mis Escrituras, yo la Verdad, yo el Verbo, yo ya no solamente hablaré, sino que me manifestaré, me haré ver, y diré: Yo, el mismo que en otro tiempo os hablaba, vedme aquí presente.

La misma idea se descubre igualmente en este pasaje de Baruch:—"¿Quién subió al cielo y tomó la sabiduría, y la hizo descender de lo alto de las nubes?... El que lo sabe todo, la conoce.... Este es nuestro Dios, el que ha encontrado todos los caminos de la verdadera ciencia, y la ha dado á Jacob su siervo y á Israel su amado, y después de esto se ha dejado ver en la tierra y ha conversado con los hombres.... *Posi haec in terris visus est, et cum hominibus conversatus est.*" (3).

Dando cumplimiento á estas palabras, aparece el Verbo de Dios entre los hombres, y abdicando todos sus títulos, dice á la tierra:—"Yo soy la verdad y la vida;—yo soy la luz del mundo;—yo soy el Cristo, Hijo del Dios vivo;—yo soy el camino que conduce al Padre, y nadie puede llegar al Padre sino por mi conducto.—Abraham vió mi

(1) *Deum de Deo, lumen de lumine, consubstantialium Patri.* (Símbolo de los Apóstoles.)

(1) *Medrasch-Thaukhuma*, see. Nosh. fol. 5.—Véase la 2.ª carta del sabio bibliotecario de la propaganda, cap. 2, y las Cartas sobre Jesucristo por Rosinhol, p. 320.

(2) Isaías, cap. 42, vers. 6.

(3) Baruch. cap. 3, v. 23, 33.

"día; porque en verdad os digo que antes que Abraham fuese, ya existía yo (1)."

Así S. Juan, después de haber dado de Jesucristo, bajo el nombre de *Verbo*, aquella sublime definición que nos le representa como la razón universal que ilustra á todo hombre que viene á este mundo, termina con estas palabras: *Y el Verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros; y vimos su gloria, que es como la del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.*

En fin, el mismo evangelista, el discípulo amado de Jesús, que con preferencia á todos los demás había sido admitido á las íntimas comunicaciones del Verbo, y que, reclinando la cabeza sobre su pecho, había conocido experimentalmente, si me es lícito explicarme así, su humanidad y divinidad, da de él testimonio por estas enérgicas palabras de su primera epístola:—"Os anunciamos el Verbo de vida que fué desde el principio, que oímos, que vimos con nuestros ojos, que miramos de cerca, y que *palparamos nuestras manos* . . . Y la vida fué manifestada, y la vimos, y damos de ella testimonio, y os anunciamos esta vida eterna, que era en el Padre, y *nos apareció á nosotros*: os anunciamos lo que vimos y oímos, para que tengáis también vosotros sociedad con nosotros, y que nuestra sociedad sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo."

En este punto no cabe ya equivocación: aquel personaje extraordinario que se dejó ver en el mundo bajo el reinado de Tiberio, aquel Hijo de María, que fué crucificado entre dos ladrones,—que cuarenta siglos estuvieron esperando y que diez y ocho siglos adoran,—no es solamente una criatura de privilegio, elevada en sabiduría sobre todos los mortales, es la misma *Sabiduría, la Verdad* en persona, la *Razón universal* de las inteligencias que por su medio se comunican como la inteligencia divina de la cual es el pensamiento eterno y el Verbo consustancial.—Ella es la que fué hecha hombre para venir á levantar al hombre caído y restablecerlo en santa sociedad de razón con Dios.

3. ¿Por qué se encarnó la razón, y se nos dió bajo esta forma?—Este es el último punto que nos falta examinar.

Para desenvolverlo bien y no dejarle mas que lo que tiene de puramente filosófico, tenemos necesidad de decir algunas palabras á aquella antigua objeción de la incredulidad, sacada de la inadmisión del hecho de la encarnación divina, como materialmente inadmisibles ó imposibles:—¿Un Dios hombre! dice, ¡qué misterio! ó mas bien, ¡qué absurdo!

¡Absurdo! . . . y ¿por qué? . . . Seria preciso que se nos explicase antes lo que es Dios y lo que es el hombre, para poder decir que su unión es un absurdo.

¡Misterio! . . . convenido; pero ¿cómo podría no serlo? . . . Dios es un misterio para todos; todos decimos que el hombre es también un misterio para sí mismo, y ¿queremos que no lo sea un Dios-hombre?—Es un orgullo bien necio rechazar ó solamente

resistirse á admitir esta verdad por la única razón de que es un misterio; porque esto es decir: comprendo todo lo restante, comprendo lo que es Dios, me comprendo á mí mismo, y por consiguiente debo también comprender lo que sea un hombre-Dios, ó desechar esta verdad si no la comprendo.—¿Qué ignorancia peor que la que se desconoce ó se ignora á sí misma hasta tal punto!

Para confundirla, manifestémosle que el hombre aislado, solo es un misterio tan grande, ó mejor, un misterio mas grande que el hombre-Dios.

¿Hay en efecto algun misterio mas incomprendible que la sociedad del alma y del cuerpo, la unión del espíritu con la materia, el enlace del pensamiento con el cerebro, esta *encarnación* de la inteligencia, de la cual somos para nosotros mismos inapeable espectáculo? ¿De qué modo esta alma, que por la memoria, el pensamiento y el raciocinio recorre de una sola ojeada todo el campo de la historia y llega hasta los límites del tiempo, abraza y penetra el universo de su contemplación, desprecia lo posible, y deja casi siempre lo real, lo finito, lo visible, para espaciarse en lo ideal, lo infinito é invisible, y no detenerse ni aun en presencia de la naturaleza de Dios, en la cual se goza perdiéndose;—de qué modo, repetimos, puede esta alma permanecer unida á un cuerpo?—Hé aquí un gran misterio, que está dentro de nosotros mismos.—Admitiendo pues este misterio, ¿por qué nos ha de ser difícil admitir la *adjunción de la suprema inteligencia á una inteligencia ya por sí misma tan misteriosamente unida á un cuerpo*? Nótese bien; esta es la asociación que la fé nos hace ver en Jesucristo.—No es un Dios hecho cuerpo, sino un Dios hecho hombre.—El hombre es un compuesto de alma y cuerpo, y la divinidad vino á unir su naturaleza á este compuesto; de suerte que la persona de Jesucristo es á la vez cuerpo y alma (hombre y divinidad.)

De aquí inferimos que el hombre solo presenta en alguna manera un misterio mayor que el hombre-Dios.

Y en efecto, ¿la unión de la inteligencia á la pura materia no es mas inconcebible que la de la inteligencia á la inteligencia, estando ya esta unida á un cuerpo? Conforme dijimos ya en otro lugar, hay entre nuestro espíritu y nuestro cuerpo, por mas unidos que estén por la fé, una *dualidad* de naturaleza, y hasta una exclusión de principios, que hace que su unión parezca implicar no solamente un misterio, sino aun una contradicción, pues que el uno es esencialmente *material* y el otro esencialmente *inmaterial*; mientras que entre nuestro espíritu y otro espíritu distinto, como por ejemplo el de Dios, no hay mas que una distancia de perfección, que aunque infinita, tiende á desaparecer, pues que nos ha criado para que nos parezcamos y nos unamos á él.—Aliándose la razón divina con la naturaleza humana debió de encontrar en esta última un principio espiritual que no le era absolutamente extraño, y que procedía de ella; *in propria venit*: esta es la razón, la razón que, segun Ciceron, *está en Dios y en el hombre, y constituye una semejanza y una sociedad entre el hombre y Dios*, aunque S. Juan dijo

(1) Evangelio.

ya que el mismo Verbo que se hizo hombre era el que *alumbró á todo hombre que viene á este mundo*.—Podemos pues decir que esta razon divina encontró en el hombre el misterio ya preparado, y la puerta de su encarnacion entreabierta, si es lícito hablar así, en la encarnacion del alma, y como un anillo de union ya dispuesto para recibirla.—Pero en esta encarnacion de nosotros mismos, ¿quién pudo facilitar la senda, preparar la union, y desposar á nuestra alma con el cuerpo? . . . ¿Qué semejanza, que afinidad, por infinitamente lejana que sea, puede haber entre el espíritu y la materia, y en qué impenetrable interioridad de nosotros mismos puede operarse ese monstruoso ayuntamiento de dos sustancias que no se pueden definir sino por su exclusion? . . . En nuestro concepto, considerando las cosas filosófica y despreocupadamente, lo que mas confunde á nuestra razon no es el hombre-Dios, sino el hombre.

No nos asustemos pues de los misterios de la Religion, ya que vivimos familiarmente en medio de los profundos misterios de la naturaleza humana, y particularmente en el abismo de nosotros mismos, que presenta una analogía tan concluyente en favor de la admisibilidad del misterio del hombre-Dios: misterio que sin duda no es repugnante para la razon, supuesto que en todos tiempos ha sido admitido, aunque adulterado y desfigurado por todas las teogonías, y ha constituido el fondo de todas las creencias religiosas del género humano.

Esta objecion anticuada y vulgar no debe pues hacernos niella; y reconociendo de esta manera admisible el misterio de la encarnacion de la razon divina, levantemos nuestra consideracion, y procuremos examinar la causa porque Dios usó respecto de nuestra naturaleza de este medio de reparacion.

El medio de comunicacion de la verdad con el mundo caído no podia ser el mismo que el que habia servido para su manifestacion á la inteligencia del primer hombre: debía haber entre ambos medios toda la diferencia que hay entre la higiene y la terapéutica.

Habíale acontecido á la humanidad dos grandes cambios que necesitaban tratamientos propios para obrar la renovacion de sus relaciones con la verdad, es decir, con la vida:—1.º Era preciso arrancar de cuajo la causa permanente del mal;—2.º era preciso reparar sus estragos y sustituirles el principio vivificante del bien.

La causa del mal era la falta original, madre de todas las faltas. Era indispensable estirparla, es decir, *expiarla*. Pero ¿cómo? . . . Por una expiacion correspondiente á la falta, y que, tomada en la naturaleza culpable y degradada que la habia cometido, fuese al mismo tiempo capaz de satisfacer á un Dios.—El orden eterno é inmutable lo exigía así.—Por consiguiente, habiendo querido la sabiduría eterna, el Verbo de Dios, corresponder á esta última exigencia, haciéndose víctima por el hombre, era necesariamente indispensable que tomase una naturaleza de víctima, es decir, una naturaleza *inmortal*, ya que por su propia naturaleza era inmortal é impenetrable. Era preciso que fuese Dios para dar el valor suficiente

al sacrificio, y distinto de Dios para poderlo sufrir. Era preciso que prestase al hombre su divina naturaleza, y que le tomase prestada la naturaleza mortal, y que con estas dos naturalezas juntas se hiciera víctima perfecta, compuesta del cielo y de la tierra, que abrazase á uno y otra y los reuniera á ambos en su expiacion.—Por otra parte, el distintivo de la subrogacion, como la misma razon lo ha enseñado á los jurisconsultos, es que cualquiera cosa subrogada á otra tiene su naturaleza y representa todas sus cualidades: *subrogatus sapit naturam subrogati*. El primer efecto pues de la subrogacion del Verbo al hombre pecador, y como el primer paso de su sacrificio, era revestirse, cargar con la naturaleza de este gran culpable, y aparecer en la tierra en estado de víctima, como sobre el teatro de su suplicio, pues aquí era donde el culpable, cuyo lugar ocupaba, hubiera debido sufrir el suyo (1).—En fin, no perdamos de vista que el verdadero culpable mismo no debía permanecer indiferente al sacrificio, que debía seguir en él á su Redentor, y que identificando sus sufrimientos personales á los de su augusto modelo, debía contraer todos sus méritos y aun apropiárselos. Bajo este tercer respecto era tambien preciso que el Verbo *se hiciera carne y habitase entre nosotros*.

Estas tres consideraciones componen la primera razon de la encarnacion del Verbo, que es estirpar el principio del mal.

Mas el mal habia causado inmensos estragos, y era menester repararlos sustituyéndoles el principio vivificante del bien, y subrogando á su vez la naturaleza humana á las virtudes y perfecciones de la naturaleza divina, á cuyo segundo fin la misma encarnacion del Verbo se adaptaba inaravillosamente. Desde aquí volvemos á examinar las cosas bajo el punto de vista rigurosamente filosófico.

De hecho,—las tradiciones universales, de acuerdo con la alta filosofía, nos han señalado suficientemente la causa:—el hombre se habia hecho grosero y carnal, su alma se habia ido poniendo densa hasta identificarse con la carne, en la cual se halla sepultada como en un sepulcro, cada vez mas entregada á los sentidos, y enteramente distraída al exterior; no veia ya nada, nada comprendia de las cosas del espíritu, y las puertas del mundo invisible estaban, por decirlo así, cerradas para ella.—En este estado la razon pura, abstracta é ideal se le hubiera presentado en vano; ¡qué digo! no habia dejado aun de presentársele siempre; pero su celestial resplandor era neutralizado por nuestras tinieblas, y no era sino como una centella divina oculta entre escombros; *tamquam obrutus quidam divinus ignis ingenti et mentis* (2).

Para volverse á dar al mundo era pues necesario que la razon cambiase el medio de su comunicacion

(1) Todos comprenderán que no hemos querido hacer una comparacion rigurosa, sino solamente *indicativa*, de la subrogacion del Verbo y de lo que llamamos la *subrogacion* en nuestra esfera mortal; las separa una diferencia infinita, toda la que hay entre la ficcion y la realidad, entre el hombre que no puede cambiar la naturaleza de las cosas, y Dios que es su árbitro soberano.

(2) Ciceron, *de República*, lib. 2.

y que se adaptase á nuestra flaqueza. Era necesario que dejase las profundidades de lo invisible y absoluto, y se dejase ver bajo una forma y por medio de atributos exteriores y sensibles, á fin de volver á entrar en seguida por las puertas de los sentidos en nuestro interior y reedificar en él al *hombre espiritual*. Era necesario que siguiese al hombre por las sendas en que se había extraviado, y que tomándole por la mano le hiciese volver á subir, por el mismo camino, de la carne al espíritu, de lo visible ó lo invisible, de la fé á la inteligencia, de las tinieblas á la luz. A este efecto, era preciso que la misma razón, que debía ser ese *camino de retorno* (1), se adaptase á nuestra ceguera velando parte de sus resplandores, se hiciese visible y carnal, y que todas las virtudes que quería hacernos practicar las hiciese oír á los oídos, ver á los ojos, tocar á las manos, y en fin, que las inoculase en esta misma carne espiritualizada por su gracia, como en el estado de naturaleza había sido el espíritu *carnalizado* por el pecado.

No se crea, sin embargo, que bajo esta forma y en este estado la Razon universal de los espíritus hubiese cambiado de naturaleza: siempre es la misma que ilustra á todo hombre que viene á este mundo, la misma que se hace oír naturalmente con voz tan débil é impotente en nuestro interior, porque no hay mas que UNA RAZON, y solo ella tiene derecho para mandarnos. Pero nuestro estado de flaqueza exigía que se infundiese por sí misma en nuestros corazones, como un divino remedio, en el estado de encarnacion y de fé, para brillar despues interiormente en el estado de razon pura y de perfecta inteligencia (2); de donde se sigue que la fé es, como decimos, la terapéutica de la razon, y resistirle es resistir á la misma razon.

Por ahí se descubre, en fin, la relacion tan largo tiempo buscada entre la filosofía y la teología, entre la razon y la fé: ambas son promulgaciones del mismo Verbo; la una en el interior, la otra en el exterior, y ambas destinadas á encontrarse é inquirirse reciprocamente, para reconstituir la Razon perfecta, la sola y verdadera Razon.—La luz natural de la razon, por débil que sea, es una luz tan divina como la fé, y procede del mismo origen, pues es igualmente el Verbo de Dios. En ausencia de la fé, es preciso seguirla; y segun ella, como decia S. Pablo, serán juzgados los filósofos de la antigüedad. Es preciso además servirse de ella para salir al encuentro de la fé ó ir delante del Verbo exterior. Es entonces como aquellas lámparas que las vírgenes de la parábola del Evangelio debían tener cuidadosamente encendidas durante la noche esperando la llegada del esposo para ir delante de él; pero al momento que se presenta el esposo con su esposa (3), es preciso entrar con él en las bodas, y la pequeña claridad de las lámparas se mezcla enton-

ces y se confunde con la abundante, celestial y eterna iluminacion del himeneo.

Dejemos por un momento nuestras reflexiones propias y oigamos al Platon del cristianismo, al gran filósofo Mallebranche, que espone estas hermosas verdades con una gracia indefinible.

“Habeis tomado al pié de la letra una palabra soltada en honor de la razon,—dice en su *Conversacion 5.ª sobre la metafísica*,—sí; toda luz nos viene de ella. Pero la razon se sirve de aquellos á quienes se comunica para atraer á sí á sus hijos extraviados y conducirlos por medio de sus sentidos á la inteligencia. ¿Sabeis, Aristó, que la misma razon se encarnó para estar al alcance de todos los hombres, y para herir los ojos y los oídos de los que no alcanzan á ver ni oír nada sino por la intermediacion de los sentidos? Los hombres han visto con sus propios ojos á la Sabiduría eterna, al Dios invisible que habita entre ellos. Han tocado con sus manos, como dice el discípulo amado, al Verbo que da la vida. La verdad interior ha aparecido en nuestro exterior, á pesar de lo groseros y estúpidos que somos, á fin de enseñarnos de una manera sensible y palpable los mandamientos eternos de la divina ley: mandamientos que sin cesar nos da interiormente, y que nosotros no comprendemos nunca, derramados como nos hallamos al exterior. ¿Sabeis que esas grandes verdades que la fé nos enseña las guarda la Iglesia en depósito, y que no podemos aprenderlas sino por el conducto de una autoridad visible emanada de la sabiduría encarnada? Es verdad que siempre nos instruye la verdad interior; pero ella se vale de todos los medios posibles para atraernos á sí y llenarnos de inteligencia (1).”

“No debemos admirarnos, dice en otra parte, de la obcecacion de los hombres que vivían en los siglos pasados, mientras reinaba la idolatría en el mundo, ni de la de los que viven actualmente, pero que no han sido ilustrados por la luz del Evangelio. La Sabiduría eterna debía al fin hacerse sensible para instruir á los hombres, que solo se dirijian por los sentidos. Hacia ya cuatro mil años que la verdad hablaba á su espíritu; pero como no entraban nunca dentro de sí mismos, nunca la comprendían: era preciso que hablase sensiblemente á sus oídos. La luz que ilumina á todos los hombres lucia tambien en medio de sus tinieblas sin disparlas, ni siquiera podían mirarla: era preciso que la luz inteligible se velase y se hiciese visible; era preciso que el Verbo se hiciese carne, y que la sabiduría oculta é inaccesible á los hombres carnales les instruyese de una manera carnal.... (2) Era preciso que esta sabiduría se nos presentase sin hacerse de repente superior á nosotros, á fin de podernos enseñar por medio de palabras sensibles y de ejemplos convincentes el sendero por donde llegar á la verdadera felicidad.... De modo que, queriendo que le amásemos, era preciso que se hiciese sensible y que se presenta-

(1) *Ego sum via quae ducit ad vitam: qui sequitur me, non ambulat in tenebris.*

(2) *Quia per incarnati Verbi mysterium nota mentis nostrae oculis lux tuae claritatis infuit, ut dum visibiliter Deum cognoscimus, per hunc in invisibilium amor enraipiamur.* (Moral romano, Prefecto de Navidad.)

(3) *Januario y su Iglesia.*

(1) Mallebranche, *Conversacion 5.ª*, num. 3.

(2) Mallebranche, *Investigacion de la verdad*, libro 4, c. 2.

"se en el mundo para contener, por la suavidad y dulzura de su gracia, todas nuestras vanas agitaciones, y para empezar nuestra curacion por medio de sentimientos ó delectaciones semejantes á los agradables placeres que habian causado nuestra enfermedad (1)."

Finalmente, abrazando esta gran verdad bajo todos sus respectos filosóficos y teológicos, diga el mismo autor en su *tratado de moral*:—"No tenemos acceso cerca de Dios sino por la razon universal, la sabiduría eterna, el Verbo divino, que se hizo carne porque el hombre se habia hecho carnal:—y por su carne se hizo víctima, porque el hombre se habia hecho pecador:—y por el sacrificio de su víctima se hizo mediador; no siendo ya la razon puramente inteligible en el hombre corrompido, que no puede como antes consultarla ni seguiria, el lazo de la sociedad entre Dios y él.—Pero conviene sobre todo observar que la razon al encarnarse no cambió nada de su naturaleza, ni nada perdió de su poder. Es inmutable y necesaria: es la única ley inviolable de los espíritus.—La fé no es nunca contraria á la inteligencia de la verdad: al contrario, conduce á ella, une el espíritu á la razon, y restablece por su medio nuestra eterna sociedad con Dios. Es necesario conformarse con el Verbo hecho carne; porque el Verbo inteligible, el Verbo sin carne, es actualmente una forma demasiado abstracta, demasiado sublime y pura para formar ó reformar espíritus groseros y cuerpos corrompidos. Pero la inteligencia sucederá á la fé; y el Verbo, aunque unido para siempre con nuestra carne, nos alumbrará algun dia con una luz puramente inteligible (2)."

No nos cansariamos de aducir citas: no sabe uno apartar sus labios de estas aguas vivas de la verdad, cuando despues de haberse fatigado buscándolas, al fin las ha encontrado. ¡Feliz el que apague en ellas su sed, porque se convertirán dentro de él en una fuente abundante, que saltará hasta la vida eterna (3)!"

III. Pero dejemos que hable sola esta verdad, sabiduría eterna del Padre; dejemos que el Verbo de Dios se celebre á sí mismo, y que trace en un gran cuadro todo el curso de su Religion. A él le pertenece resumir y confirmar ahora esta parte de los trabajos que por él hemos emprendido.

"Yo salí de la boca del Altísimo, ha dicho la sabiduría eterna, primogénita antes de toda criatura. Yo hice que del cielo saliera una luz que no se extinguirá jamás, y como una nube cubrí la tierra, y la seguí toda; tuve el primado de todos los pueblos y naciones. Fui criada desde el principio y antes de los siglos, y no dejaré de ser en la sucesion de todas las edades. Fui principalmente afirmada en Sion, y descansé en la ciudad Santa, y fijé mi poder en Jerusalem, y me radiqué en el pueblo escogido.—Produce como la viña flores de agra-

dable olor; y mis flores dan frutos de gloria y de abundancia.... Yo soy la madre del puro amor, del temor, de la ciencia y de la santa esperanza. En mí está toda gracia de camino y de verdad, en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que me deseais, y saciaos con mis frutos, porque mi espíritu es mas dulce que la miel. Los que me coman quedarán todavía con hambre y los que me beban quedarán con sed. Los que me oigan no serán nunca confundidos, y los que obren segun mis inspiraciones no pecarán, y los que me den á conocer, tendrán la vida eterna (1)."

¿Quién no reconoce ya en estas palabras la misma voz que mas adelante debia decir:—"Venid á mí todos los que trabajais y estais fatigados, y yo os aliviare, porque yo soy el camino, la verdad y la vida. Yo soy el pan vivo que bajé del cielo; el que comiere de este pan tendrá en sí mismo la vida, &c.""

Pero todavía la reconocémos por señales mas explícitas en la continuacion de aquel pasaje del *Eclesiástico*, donde se hallan anunciados la venida y el reino de Jesucristo y de su Iglesia como debiendo salir de la raza humana, y sin embargo siendo la misma sabiduría eterna que acaba de hablar.—El punto de vista histórico está aquí admirablemente enlazado con el punto de vista dogmático; es una especie de fusion entre Bossuet y S. Juan.

Inmediatamente despues de las últimas palabras que acabamos de citar vienen sin interrupcion ni interposicion las que siguen:

"Todo esto es libro de la vida, la alianza del Altísimo y el conocimiento de la verdad.—Moisés nos dió la ley con los preceptos de la justicia, la ley que contiene la herencia de la casa de Jacob, y las promesas hechas á Israel. El Señor prometió á su siervo David, que de su descendencia saldria el rey furtísimo que debe estar eternamente sentado sobre un trono de gloria; que derrama la sabiduría como el Tigris sus aguas en su mayor creciente, y que hace brillar la sabiduría como la luz. El es el primero que conoció (2) perfectamente la sabiduría, porque sus pensamientos son mas vastos que la mar y sus consejos mas profundos que el grande abismo. Yo, la sabiduría, hice salir rios de mí misma.—Yo salí del paraíso como un pequeño arroyo de las inmensas aguas del río.—Y dije: regaré los plantíos de mi huerto, y llenaré de frutos todo mi prado.—Mi arroyuelo se ha convertido entonces en un gran río, y de río se ha convertido en mar.—(¡Imágenes admirables de la generacion y de la efusion de la verdad cristiana!)—Alumbrará á los hombres con una doctrina que parecerá como la luz á la vuelta del día, y mi palabra la llevará hasta las estremidades del universo. Penetraré de ella á todo lo que hay de mas enfermo en la tierra, fijaré mis miradas sobre los que están dormidos, é iluminaré á todos los que esperan en el Señor. De nuevo esparciré mi

(1) Mallebranche, *Investigacion de la verdad*, cap. 6, 2.ª parte, cap. 6.

(2) *Tratado de moral*, t. II, cap. 4.

(3) *Aqua quam ego dabo ei, fiet in eo fons aquae salientis in vitam aeternam*. Evangelio de S. Juan, cap. 4, v. 14.

(1) *Eclesiástico*, cap. 24.

(2) Nótese cómo el escritor sagrado hace vivir y obrar al ser de que habla en lo pasado, lo presente y lo por venir.

"doctrina por el soplo de mi inspiración, después la "dejaré en depósito á los que buscan la sabiduría, "y no dejaré de estar presente en todas sus generaciones hasta el fin de los tiempos (1)."

Esta marcha de la Sabiduría eterna en sus diferentes fases á través de la humanidad desde el seno del Altísimo, del cual salió antes de todos los tiempos hasta el fin de los siglos, fué trazada doscientos años antes de su aparición en Jesucristo por el santo autor del Eclesiástico (2). En el día, que los sucesos han ya confirmado tan exactamente esta magnífica y hermosa profecía, y que en toda la extensión de diez y ocho siglos descubrimos su prodigioso desenvolvimiento, no podemos resumirla mejor que lo hizo el escritor sagrado desde la elevación profética á que se hallaba colocado.

La sabiduría coeterna de Dios, saliendo siempre de su seno como una efusión de su sustancia sin desprenderse nunca de él,—arreglando el universo y ordenando todas las maravillas,—derramando su abundancia en la inteligencia del primer hombre, y corriendo por el Paraíso como las aguas de un río inmenso,—después agotada de repente por el pecado, y reducida en medio de la humanidad, á un pequeño arroyo para no extinguirse del todo y para que conozca el hombre que no le es posible vivir sin este divino riego;—en fin, en lo más fuerte de la languidez y decadencia del mundo, *esa sabiduría eterna, ese Verbo de Dios, ese rey omnipotente que el Señor había prometido á su siervo David hacer salir de su raza para que se sentase eternamente sobre un trono de gloria, que derrama la sabiduría como el Tigris vierte sus aguas en los días de su mayor creciente y aparece la sabiduría como el Eufrates sus ondas, saltando con ímpetu y desbordándose como un arroyuelo engrosado que se convierte en gran río, y que se estiende como el mar, para pasar en este estado á todos los siglos futuros hasta la consumación de los tiempos.*—hé aquí la Religión cristiana.

Ella es el culto de la recta Razon, esa luz uni-

versal de los espíritus que la pone en sociedad con Dios, de quien es inseparable, aumentada, dilatada y completa entre nosotros á causa de los socorros que nuestra miseria reclamaba. Por esto el Cristo, *ese rey poderoso*, de quien se había dicho que reformaría al mundo, no se anunció como innovador, sino como un reparador generoso. No dijo que venia á anular la ley, sino á realizarla y completarla: *non veni solvere legem sed adimplere*. Esta ley, natural al principio, es decir, confiada por medio de una primera revelación á la conciencia humana, y después escrita visiblemente sobre unas tablas de piedra, debía aparecer al fin viva y en acción, y quedar para siempre en inviolable depósito entre nosotros en la persona de Jesucristo y de su Iglesia, provista de las gracias necesarias para hacerse practicar. Pero en el fondo la ley ha sido y es siempre la misma. El centro de donde procede subsiste siempre inmutable; algunas veces es más dilatada la circunferencia, y los resortes de su actividad funcionan con más ó menos energía, á proporción de la voluntad del que los mueve; porque, *siempre invariable, la sabiduría lo renueva todo, y siendo única todo lo puede*. Por esto decía S. Agustín:—"La misma cosa que llamamos ahora religión cristiana existía entre los antiguos, ni dejó nunca de existir desde el origen del género humano, hasta que habiendo venido Jesucristo en carne se empezó á llamar cristiana la verdadera religión que ya antes existía (1)."—El mismo Voltaire, con aquella extraordinaria exactitud de expresión con que publicaba la verdad cuando esta lograba apoderarse de su pluma, sobre nuestro asunto la formuló así:—"La religión natural es el principio del cristianismo, y el cristianismo es la ley natural perfeccionada (2)."

IV. Así, pues, el Cristo que adoramos es el principio, el medio y el fin de todas las cosas, el esplendor de la gloria de Dios y la figura de su sustancia (3), la razón explícita de los espíritus.—Es como una divina fórmula con la cual pueden resolverse todos los problemas del destino humano en sus diversas fases, y como una llave de oro que abre todos sus misterios, en el tiempo y en la eternidad;—da á esta humanidad, tan dividida y trastornada, el enlace, el orden y la unidad que puso el criador en la naturaleza, y el mundo moral rinde á su presencia el mismo homenaje que rinde el universo á su autor.

Para no conformarse con esta conclusión es preciso, como decía y después por desgracia ha confirmado Lamennais, renunciar á la razón común y romper con todo el género humano; es preciso que el incrédulo se salga del universo y se retire á yo no sé qué tinieblas exteriores para negar á su autor y á su salvador.

¿Dónde irá en efecto la pobre inteligencia que se aparta de este principio de los principios? Busque,

(1) *Ego ex ore Altissimi prodixi, primogenita ante omnem creaturam... Ab initio et ante secula creata sum, et usque ad futurum saeculum non desinam... Et sic in Sion firmata sum, et in Jerusalem potestas mea... Haec omnia liber vitae et testamentum Altissimi, et agnitio veritatis. Legem mandavit Moyses in praeceptis iustitiarum et hereditatem domui Jacob, et Israel promissiones. Posuit David pueri sui excitare regem ex ipso fortissimum, et in throno honoris sedentem in sempiternum. Qui implet quasi Phison sapientiam, et sicut Tigris in diebus novorum. Qui adimplet quasi Eufrates sensum... Ego sapientia effudi flumine. Ego quasi trames aquae inmensae de fletu, et sicut aqueductus exiit de paradiso. Dixi: Rigabo ortum meum plantationum, et inebriabo prati meo fructum. Et ecce factus est mihi trames abundans, et fluvius meus approxinavit ad mare; quoniam doctrinam quasi antelucanum illuminabo omnibus, et enarrabo illam usque ad longinquum. Pe netrabo omnes inferiores partes terrae, et inspiciam omnes dormientes, et illuminabo omnes sperantes in Domino. Adhuc doctrinam quasi prophetiam effundam et relinquam illam quaerentibus sapientiam, et non desinam in progenies illorum usque in aevum saeculorum. (Eclesiástico, cap. 24.)—Este es el cuadro sinóptico de la verdad en la tierra. En él se halla todo: su origen en Dios, sus abundantes comunicaciones en el primer estado de la humanidad, su ocurrencia después de la caída, la promesa de su resarición fundada en el testimonio de los patriarcas, de Moisés y de David, su repentina invasión y universal propagación en Jesucristo, y en fin, su perpetuidad y permanencia en este estado hasta el fin de los tiempos en la Iglesia.*

(2) Créese que fué uno de los setenta que tradujeron al griego los libros hebreos. Su propio libro fué traducido al griego por un nieto suyo, en tiempo de Tolomeo Evergetes II.

(1) San Agustín, *Retractac.*, lib. 1, cap. 18.

(2) *Razon del Cristianismo en la palabra de Dios.*

(3) Brillante expresión de San Pablo en su carta á los Hebreos, cap. 1.

inquiera, ciérase sobre todo el caos de las concepciones humanas, y fijese al fin, si puede, en algun sistema, en algun símbolo; en algun simulacro de religion que pueda servir de sólido cimiento á su reposo y esperanza.

¿Sera este tal vez el antiguo paganismo, que era la perversion y entero trastorno, no digo de toda idea religiosa, sino de toda moralidad y de toda razon, y que los hombres instruidos y de buen juicio reputaban como una irrisión y una torpeza?—¿Sera el mosaismo que él mismo proclama no haber sido nunca mas que una religion provisional y figurativa del cristianismo, y que, en lo que tiene de verdadero era el mismo cristianismo en marcha hacia su objeto, y se ha absorbido en él no subsistiendo ya fuera de su seno sino como una obstinada servidumbre á costumbres pasadas, que en la actualidad ya nada justifica?—¿Sera el mahometismo, corrupcion y monstruosa amalgama del cristianismo, del judaismo y del sensualismo pagano, bazar de todas las religiones, sumidero de toda civilizacion, y en cuyo seno son encadenados en estúpida inmovilidad el pensamiento, la voluntad, la libertad y la moralidad humanas?—¿Sera, en fin, la religion natural, la que llaman religion de la conciencia, la misma que durante los cuatro mil años que precedieron á la aparicion de la sabiduría eterna, no pudo prevenir ni contener las mas vergonzosas supersticiones, que no pudo hacer mas que velarse y ocultarse en el círculo de algunos sabios que ni siquiera logró conciliar entre sí, y que jamás produjo nada de mas verdadero y meritorio en boca de sus mas fieles discípulos que la confesion de su impotencia y la humilde esperanza de una revelacion, en cuyo seno ha podido al fin encontrar su elemento primitivo y su perfecto desarrollo?

Hay, sin embargo, una filosofia que dice con arrogancia:—“Hija y heredera del cristianismo, soy llamada á sucederle, y enterrando con respeto sus antiguos dogmas, que han hecho hasta el día la dicha del género humano, pero que ya no son mas que como lenguas inútiles en su virilidad, emanciparé las inteligencias y las haré entrar de lleno en el reino de la razon y de la verdad pura.”

Parece que el mismo cielo se reservó la tarea de confundir tan incalificable pretension.... De una tumba que se creia cerrada para siempre salió una voz cuyos sonidos mal apagados (1) hicieron á los vivos revelaciones extrañas. Esta voz era de un discípulo, era la voz de un maestro de esta filosofia, la voz del mismo que habia enseñado el por qué los dogmas se pierden (2).... Se olvidó añadir el por qué todo se pierde con ellos.... Pero, nuevo Diógenes, enseña aun despues de su muerte, y esta vez es la verdad la que habla (3).

(1) Véase *Mutilation d'un écrit posthume de Th. Jouffroy*, artículo publicado por Pedro Leroux en la *Revieta indépendante* del 1.º de Noviembre de 1842.

(2) Título de un escrito de M. Jouffroy, que cuando salió á luz, produjo grande sensacion.

(3) Ramon Diógenes era un maestro de S. Bruno, célebre por sus virtudes y talentos. Refiere la crónica que despues de su muerte, estando celebrando sus funerales con gran pompa, al cantar el sacerdote aquella leccion, sacada del libro de Job, que empieza: *Respondet mihi*, Diógenes alzó la cabeza, y pronunció

Oigamos pues atentamente esta leccion salida de una tumba; pero es mas que una leccion: es un ejemplo, y un ejemplo cuyo asunto es el mismo maestro.

“Hijo de padres piadosos y nacido á principios de este siglo en un país en que se profesaba la fé católica con toda pureza, habiámme acostumbrado desde mis primeros años á mirar el porvenir del hombre y el cuidado de su alma como la cosa mas importante de mi vida, y todo el resto de mi educacion habia contribuido á formar en mí estas serias disposiciones. Por mucho tiempo las creencias del catolicismo habian dejado plenamente satisfechas todas las necesidades é inquietudes que despertan en el alma disposiciones semejantes. La religion de mis padres respondia á las cuestiones que en mi concepto merecian ocupar la atencion del hombre. Yo creia en estas respuestas; y gracias á estas creencias, la vida presente era para mí clara y despejada, y en consecuencia veia desarrollarse sin sombras el porvenir que debe seguir. Tranquilo acerca del camino que en este mundo me tocaba seguir, tranquilo acerca del término á que en el otro debia conducirme, comprendiendo la vida en sus dos fases y la muerte que las une, comprendiéndome á mí mismo, conociendo los desiguos de Dios sobre mí, y amándole por la bondad de estos mismos designios, era feliz con esa felicidad que da la fé viva y cierta en una doctrina que resuelve todas las grandes cuestiones que pueden interesar al hombre.

“Pero atendida la época de mi venida al mundo, era imposible que semejante felicidad durase mucho tiempo; y llegó el día en que, desde el seno de ese tranquilo edificio de la religion que me habia cobijado al nacer y á cuya sombra habia pasado mis primeros años, oí que el viento de la duda batia por todos lados sus paredes y le conmovia hasta los cimientos.

“Una vez puesta en duda la divinidad del cristianismo á los ojos de mi razon, ésta sintió que todas sus convicciones se conmovian hasta sus fundamentos.... Mi inteligencia se resbaló por esta pendiente, y poco á poco se fué alejando de la fé....

“Entonces conocí que dentro de mí mismo nada habia quedado en pie; que todo lo que anteriormente habia creído de mí mismo, de Dios, y de mi destino en esta vida y en la otra, ya no lo creia; por lo que en el mero hecho de rechazar la autoridad que me lo habia hecho creer, no podia ya admitirlo, y lo rechazaba tambien.

“Este momento fué horrible; me pareció que mi primera vida, tan alegre y dichosa, se extinguía de repente, y que delante de mí se abria otra existencia sombría y estéril, donde iba en adelante á vivir solo, solo con mi fatal pensamiento que acababa de confinarme en ella, y que me sentia inclinado á maldecir. Los días que siguieron á es-

claramente estas palabras: *Iusto Dei iudicio condemnatus sum*.—La subidaria de la Iglesia no quiso admitir esta leyenda por sospechosa, á la cual dió sin duda origen alguna obra postuma de Diógenes.

"te descubrimiento fueron los mas tristes de mi vida. Es imposible referir las distintas sensaciones de que me sentí agitado.... mi alma no podía acostumbrarse a un estado tan poco conforme a la humana debilidad; y por medio de violentos rodeos procuraba volver á descansar en las riberas que habia poco antes abandonado.

"Pero las convicciones trastornadas por la razon no pueden rehacerse sino por medio de la razon misma.... No pudiendo soportar la incertidumbre sobre el enigma de los destinos humanos, y no teniendo ya la luz de la fé para resolverla, no me quedaban mas que las luces de la razon para decidirme. Determiné, pues, consagrar todo el tiempo que fuese necesario,—y mi vida, si era preciso, a esta investigacion; y por este medio me hallé conducido á la filosofía, que me parece no es otra cosa que esta misma investigacion. (1)."

Hé aquí un individuo bien digno de los experimentos de esta filosofía: nada puede perder ya, pues de todo le ha ella despojado, no es mas que un cadáver; pero veamos si de nuevo lo vuelve á la vida.

"Mi inteligencia, continúa, escitada por sus necesidades y dilatada por las lecciones del cristianismo, habia prestado á la filosofía el grande asunto, los vastos cuadros, la sublime capacidad de una religion. Mi misma inteligencia habia confundido el verdadero objeto de entrambas, y no habia sabido descubrir mas diferencia entre las dos que en los procedimientos y el método: la religion imaginando é imponiendo, la filosofía encontrando y de mostrando; tales habian sido mis esperanzas cuando entré en la escuela normal; y ¿qué encontré?... Toda aquella lucha que habia reanimado los ecos adormecidos de la facultad, y que traía revueltas las cabezas de mis compañeros, tenia por objeto, por único objeto.... la cuestion del origen de las ideas. Todo se reducía á esto, y en la impotencia en que entonces me hallaba de comprender el secreto enlace que tienen los problemas en apariencia mas abstractos y aéreos de la filosofía con las mas sólidas y mas prácticas cuestiones, todo aquello nada era á mis ojos.... No podía persuadirme que se ocupasen seriamente del origen de las ideas, y que lo hicieran con tal celo, que se hubiera podido creer que de esta cuestion dependia la suerte de toda la filosofía, y que nada eran en su comparacion el hombre, Dios, el mundo, las relaciones que los unen con el enigma de lo pasado y con los misterios del porvenir, y tantos otros problemas gigantescos sobre los cuales no se disimulaba el ser completamente escéptico.... Toda la filosofía se hallaba en una especie de calabozo reducido y sin ventilacion, donde de mi alma, poco antes separada del cristianismo, se ahogaba; y sin embargo, la autoridad de los maestros, y el fervor de los discípulos me contenían de tal manera, que no me atrevia á manifes-

tar mi sorpresa y el chasco que estaba sufriendo.

"De este modo se pasaron para mí los dos primeros años de mi profesorado, y si se calculan los trabajos á que tuve que dedicarme, se conocerá fácilmente que no me dejaron ningun lugar para el examen de aquellas cuestiones generales á que al principio me habia lamentado de no encontrar solucion en las doctrinas enseñadas por Cousin.... Veíame llamado á enseñar á mi vez una ciencia cuyo objeto me era absolutamente desconocido.... Debo añadir, no obstante, en honor de la verdad, que el aplazamiento de aquellas cuestiones se me iba haciendo cada dia menos penoso.... Sin embargo, en el fondo de mi corazon todavia me sentía preocupado por ellas, enteramente preocupado; y á veces, pasando algunas horas de la noche en meditacion asomado á una ventana, ó de dia bajo la sombra de las Tullerías, sentía golpes interiores, enternecimientos repentinos que me traían á la memoria mis antiguas y perdidas creencias, la oscuridad, el vacío de mi alma, y el proyecto siempre aplazado de llenarle (1)."

A través de este vacío y de esta oscuridad fué aquella pobre inteligencia arrastrada, y encontró al fin la tumba, la tumba mena vacía y menos oscura, puesto que ella nos proporciona ahora esta luz y esta leccion.

Jouffroy murió como habia vivido, dice Pedro Leroux, escéptico y desolado.

Y no se crea que en la opinion de Jouffroy la ejecucion de este proyecto de llenar el vacío de su alma con la ayuda de la filosofía fuese una cuestion de ocio y de aplazamiento: habia mas; pues, según él mismo, esta filosofía no era mas que una brillante decepcion.

Efectivamente, en la primera parte de su escrito póstumo, despues de haber procurado determinar las leyes y condiciones bajo que una ciencia se organiza, dirijese otra vez á la filosofía en nombre de los principios generales que acaba de establecer, y pretende probar cuál sea la verdadera situacion de esta ciencia "tan antigua, dice, y tan ilustre en la historia de la humanidad, pero cuyo destino parece haber sido, de dos mil años aca, atraer y fatigar por un encanto y una dificultad igualmente invencibles los mas grandes talentos que han honrado y que honran á la especie humana.—Todavía no ha sido nunca determinado el objeto preciso de esta ciencia; y esta es la razon, dice, de que se hayan miserablemente frustrado las tentativas de Aristóteles, de Bacon y de Descartes para reformar la filosofía propiamente dicha."

¡Qué ciega cobardía!.... Así pues la filosofía, aquel recurso único de Jouffroy, aquella ciencia, ó mas bien aquella religion que debia llenar el vacío de su alma devastada, y que se llama á sí misma la heredera del cristianismo para las nuevas generaciones, no tiene aun objeto preciso. Carece del primer elemento de toda ciencia, del primer punto orgánico según el cual todos los demás se determinan: EL OBJETO.... Pero, ¿tal vez esta ciencia aca-

(1) De la organizacion de las ciencias filosóficas, escrito póstumo de T. Jouffroy antes de su Muñición. Extractos publicados por Pedro Leroux en la Revista independiente del 1.º de Noviembre de 1842, p. 288 y siguientes.

(1) Revista independiente del 1.º de noviembre de 1842, p. 300.

ba de nacer, y podrá con el tiempo por medio de rápidos desarrollos compensar lo mucho que ha tardado en venir á ayudar á la humana inteligencia? —¡Ah! no; es una de las mas antiguas en la historia de la humanidad.—Pero ¿tal vez no ha encontrado hasta ahora genios creadores para quienes el tiempo no es nada, y que de una sola vez producen lo que habia agotado durante largos siglos á la generalidad de los talentos?—¡Ah! tambien no; pues precisamente *parece que su destino ha sido atraer y fatigar por un encanto y una dificultad igualmente invencibles los mas grandes talentos que han honrado y que honran á la especie humana: un Aristóteles, un Bacon, un Descartes...* Y sin embargo es una ciencia que nunca ha tenido nada que esperar de la eventualidad de los descubrimientos; y sin embargo es una ciencia que de nada sirve si no es popular, por que su naturaleza es ser el pan de las inteligencias, y de las inteligencias *dilatadas* por el cristianismo y reducidas por la incredulidad.

Por cierto que si semejante ciencia *no tiene todavía objeto preciso*, podemos decir que no lo tendrá jamás. Ha tenido ya en su favor el tiempo y el genio: es seguro que el porvenir no puede ya darle nada mas.

Por consiguiente la filosofía no es todavía nada,—es decir, que no será nunca nada,—según la confesion de sus mismos maestros. ¡Triste descubrimiento, cuando por seguirla se pierde la fé!

Creeráse acaso que deduciendo esta consecuencia de las palabras de Jouffroy, violentamos su sentido y forzamos su intencion; pero no: somos los fieles ejecutores de su testamento. Jouffroy se legó á sí mismo en ejemplo á las inteligencias vírgenes para hacerles evitar el abismo de decepcion en que él cayó.—“Nos ha trazado su propia biografía, dice Pedro Leroug, su vida filosófica, con el fin de enseñarnos por medio de su ejemplo la dolorosa situación del espíritu humano despojado de la fé, “con respecto á los dogmas religiosos de lo pasado, “y no teniendo para suplirlos mas que la radical “impotencia (son palabras de Jouffroy) de una filosofía que no se conoce á sí misma, pues que ignora su verdadero objeto (1).”

Apartémonos pues de los falaces senderos de es-

ta filosofía cuya inutilidad experimentó tan cruelmente aquella pobre inteligencia, y entremos en el regazo de ese cristianismo *que resuelve todas las grandes cuestiones que pueden interesar al hombre*, como lo dice él mismo; que *dilata la inteligencia*; que da *calma y felicidad*; de la cual no nos alejamos sin que *se conmuevan hasta sus cimientos todas nuestras convicciones*, y que no podemos enteramente abandonar sin *sentir luego que en el fondo de nosotros mismos nada ha quedado en pie*.

Finalmente, la inteligencia y el corazon del hombre necesitan una doctrina que conteste satisfactoria y convincentemente á todas las grandes cuestiones que pueden interesarle acerca de sí mismo, de Dios y de su destino en esta vida y en la otra. El escepticismo en estas cuestiones no le es al hombre natural, es un estado irregular, falso, péfido, y que algun dia debe producirle graves terrores... es decir (puesto que la sola filosofía está en la radical impotencia de dar ninguna respuesta), se necesita una Religion que á la vez dé á la humana debilidad luz para conocer y socorros para obrar. Dios no ha podido abandonar á la humanidad en la tierra sin la ayuda de esta Religion que le es tan necesaria. Ella pues existe. Esta Religion, emanada de Dios, debe en resumen llevar en sí misma, en el mas perfecto grado, lo que siempre y por todas partes ha constituido el fondo y la sustancia de todas las imitaciones que de ella se han hecho, y en lo que han procurado parecersele todas las demás religiones, á saber: un mediador y una víctima. Es preciso trastornar todos los principios religiosos y hollar todos los instintos de la razon y de la experiencia para no descubrir una gran verdad en la fé universal de todo el género humano, en esta necesidad de una víctima mediadora. No puede negarse que toda la tierra estuvo esperando á esta víctima, que toda la tierra tuvo sed de su sangre. Pues bien, ¿dónde está ese mediador? ¿Dónde está esa víctima? ¿Cuándo y en qué nacion ha aparecido aquel que debia venir? ¿Quién es? ¿Cuál es su nombre? Buscad, preguntad fuera del cristianismo: todo calla.... ¿Quién mas que el Cristo ha dicho:—*Héme aquí*;—y sobre todo, quién como él ha plenamente justificado la divinidad de su mision? Esconded esta gran luz debajo del celemin, retirad la augusta víctima del Calvario, y quedamos de nuevo sumidos en la antigua oscuridad del paganismo, de la cual ella nos habia apartado. En este estado, no sabemos ya á qué atenernos sobre la causa de nuestra miseria, ni por qué caminos podrémos salir de ella y llegarnos á Dios, ni por qué medios cegar el abismo de ignorancia y de corrupcion que de él nos tiene separados. Quedamos buscando por todas partes un irrealizable reposo, ya en el ateísmo, ya en la supersticion. ¡Qué digo! quedamos de nuevo sumidos en tinieblas mas profundas que las de los antiguos, porque ellos tenían al menos la luz de la tradicion y la fé implicita en el mediador futuro. Eran cristianos con anticipacion, y descansaban en la esperanza del *deseado de todas las naciones*. Pero nosotros, sin tradiciones, sin esperanza, sin fé, sin pasado y sin porvenir, y en algun

(1) *Revista independiente* del 1.º de Noviembre de 1842, p. 288.

Hagamos no obstante algunas reservas en favor de la verdadera filosofía, y salvémosla con la fé de los ataques de sus comunes enemigos.—La filosofía, es decir, aquella ciencia que obra en las facultades naturales de la razon sobre los datos de la fé para transformar á esta en inteligencia, ó mas bien que es la misma fé haciendo prueba de la inteligencia, *fides quaerens intellectum*, como dice S. Anselmo, debe de ser una cosa verdadera, grande, santa, porque es una asimilacion de la sabiduria eterna. Esta es la que profesaba Platon, y por la cual Sócrates moria; es la que abrazaba Ciceron y la defendia contra los sofistas, del mismo modo que habia defendido á Roma contra los devastadores; es la que vino agonizante á ponerse bajo el amparo del cristianismo, y que reanimada por el tomó un vuelo tan atrevido y constante bajo la pluma de los grandes doctores de la fé cristiana, y principalmente de S. Agustín, de S. Anselmo, de S. Tomás, la que despues ha inspirado tan preciosos tratados, legítimo orgullo de la razon, á Malebranche, á Leibnitz, á Bossuet, á Pascal, á Fénelon, á Clarke, á Schlegel, á Bonet, á Euler, y que ha producido en nuestro siglo los dos solos nombres filosóficos que pasarán á la posteridad: de Maistre y Bonald.—Esta es una verdadera ciencia, que tiene un objeto reconocido.

modo sin presente siquiera, á nada seríamos comparables en inestabilidad y ceguera: astros apagados y errantes, iríamos muy pronto á perdernos en la nada de la inteligencia, y tal vez ni aun nos quedaria este consuelo; y como aquellas almas atormentadas del Dante, el torbellino infernal de la duda, que no se apacigua jamás, arrebataria nuestras inteligencias y las envolveria sin cesar en su negro remolino para precipitarlas al fin en aquellas regiones donde jamás penetró la luz (1).

Señor, ¿á quién recurriríamos? podemos decir al Cristo con sus apóstoles: Vos solo poseéis palabras de vida.

Si instruidos por las tradiciones universales os decimos con la Samaritana: "Sabemos que el Mesías, es decir, el Cristo, debe venir, y que nos lo enseñará todo," vos nos contestais en seguida:—Yo soy el mismo que os hablo (2).

Si cautivados por el atractivo de vuestros discursos y las maravillas de vuestras obras nos atrevemos á preguntaros con los judíos: ¿Quién sois? nos contestais tambien: Yo, que os hablo, soy el principio de las cosas... (3). Soy la luz del mundo; el que me sigue no anda nunca en tinieblas, sino que tendrá luz de vida (4). Yo, la luz que ilumina inútilmente á todo hombre en el interior, he venido al exterior para que todos los que creen en mí no permanezcan en las tinieblas (5). Yo soy el camino, la verdad y la vida, verdadero mediador, nadie puede llegar al Padre, sino por mi conducto (6).

En fin, si penetrados de respeto y veneracion por vuestra humanidad, pero con la fé todavia incierta sobre vuestros divinos atributos, preguntamos dónde está esa luz, ese camino, esa vida, ese mediador y ese Cristo, supuesto que el que decia todas estas cosas no hizo mas que pasar, y ya no le vemos entre nosotros; que vivió como hombre, murió como hombre, y solo se distinguió en sufrimientos y miserias; que llamándose la vida del mundo, no pudo salvarse ni defenderse á sí mismo; y que siendo la luz verdadera, arabó en la oscuridad, y todo aquel drama de salud y de gloria solo pudo tener desenlace por medio de la ignominia y de la sangre; "¡Oh necios y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! nos contestais vos; pues qué! no fué menester que el Cristo padeciese todas estas cosas y que así entrase en su gloria (7) para prepararnos en ella los asientos? ¿No debía antes que todo ser víctima y por consiguiente hombre de ignominia y de dolor? ¿Y por qué tomé un cuerpo mortal sino para asimilarle con él vuestros sufrimientos, y hacéroslos meritorios compartiendo dolos con vosotros? ¿No estribaba todo el plan de mi meditacion en la consumacion de mi sacrificio? Y ¿era otra cosa este sacrificio que un me-

dicio cuyo fin no era de esta vida? No me busqueis, pues, en esta mortalidad que fué mi envoltura y cubrió mi realidad. Si primero me dais á conocer segun la carne, fué para que despues me siguieseis segun el espíritu. No os detengais pues en el exterior, os repito; pasad adelante, y reconocedme en un fin conforme á mis designios, conforme á mi naturaleza. Ya os lo dije: esta naturaleza y este fin es ser por mí mismo y haber sido para vosotros el camino del bien, la verdad de las inteligencias, la vida de los corazones, el principio de todas las cosas, y la clara luz del mundo. Por todo esto debeis reconocer y ver si soy realmente el Mesías, y si he faltado en algo á la obra de vuestra redencion. ¿Me veis, pues? ¿Me sentís? ¿Qué hay en el mundo hace diez y ocho siglos que no sea yo? ¿No he llegado á ser en él el principio de todas las cosas, de las costumbres, de las creencias, de las instituciones, de las leyes, de la sociabilidad, y hasta de las artes, simples adornos de la vida? ¿Y no soy yo el camino en el cual entré y no ha dejado de marchar el género humano, y por el cual se ha elevado á la cumbre de la civilizacion? ¿No soy yo la suprema verdad, tipo soberano de todas las verdades? ¿No soy la vida de las inteligencias y de los corazones, y no lo habeis ya experimentado muchas veces? ¿No me he hecho, en fin, la luz en que todo ha sido trasfigurado, con la cual todo ha lucido, y fuera de la cual todo ha sido fantasmas y tinieblas? ¿Qué hay, pues, en el mundo, repito, qué ha quedado en él de verdadero, de grande, de bello, de vital y de inmortal, despues de mí, que no sea cristiano, que no sea yo mismo? Buscad en todos los estados de la humanidad quiénes han sido los mas grandes corazones, las mas bellas inteligencias, los mas sólidos talentos, y las mas hermosas virtudes en todos los géneros; evocad todo lo verdadero, todo lo bueno, todo lo bello que se ha dicho y hecho, y decidme, ¿no he sido yo el padre y el autor de todo? ¡Oh prodigio de ceguedad! todas mis palabras se han convertido ya en hechos tan grandes como el mundo, y dudais aún de mis palabras! La piedra y el bronce están de ellas penetrados, y vuestras inteligencias permanecen vacías! Lo llevo todo, todo lo llevo en mí, lo soy todo, ¡y me buscáis todavia! Mi triunfo ha pasado hasta á la ignominia de mi suplicio, y hasta á hacer de la cruz, tipo de infamia y de dolor, el emblema de la gloria y el instrumento de los mas sólidos consuelos; ¡y aun dudais de mi triunfo! Antes de mi segunda revelacion y cuando yo no era mas que un lucero perdido en el mundo, y no era visto mas que por detras de sombras y en esperanza, encontré adoradores que me reconocieron: Abraham vió mi dia, y tantos otros justos, no solo en el pueblo judío sino tambien en la mas remota antigüedad; un Confucio, un Sócrates, un Platon, me entrevieron con los ojos del deseo, me nombraron, me esperaron, ¡qué digo! todos los pueblos tuvieron fé en la virtud del sacrificio y en la venida del libertador: yo llamaba la atencion universal, y en el dia que he an-

(1) El Inferno, canto 5.

(2) Ego sum qui loquor tecum.

(3) Principium qui et loquor vobis.

(4) Ego sum lux mundi, qui sequitur me non ambulat in tenebris, sed habebit lucem vitæ.

(5) Ego lux in mundum veni ut omnis qui credit in me, in tenebris non maneat.

(6) Ego sum via, veritas et vita: nemo venit ad Patrem nisi per me.

(7) O stulti et tardi corde ad credendum!

"trado en mi heredad, que he venido entre los mios, "y que me he presentado á todos cara á cara como un amigo que viene á sentarse á la mesa de "su amigo, ¡vosotros no me veis...! ¡Oh necios y "tardos en creer!"

Es verdad, Señor, nos sentimos confundidos bajo el peso de tan grandes pruebas, deslumbrados por tanta evidencia, sin saber qué contestar á tantas señales de vuestra eterna verdad, y sin embargo, todavía hay muchos que no quieren reconocerla ni rendírsela. Su espíritu quisiera ir á vos, pero su corazón se niega á seguirle: es *tardo*, como vos dijisteis. Se atrincheran para disputároslo de tras de algunas sombras y sacrificios que vos mismo interpusisteis en el camino que conduce á vos, y no saben conocer que esta es precisamente la parte del corazón y de la libertad sin la cual nada podrían dar ni hacer, arrastrados como serian irresistiblemente hácia el centro único de su felicidad. ¡Ah! si ellos supiesen al menos lo que les teneis reservado, no solo en la otra vida, sino tambien en la presente, del otro lado de esas mismas sombras y sacrificios, ¡cómo se apresurarían á atravesarlos! Pero si lo supiesen, por esto mismo no escitarían ya para ellos sombras ni sacrificios, ni fé, ni amor, y por lo tanto ni alianza posible con vos, porque no hay alianza sin reciprocidad. Es decir, que todo al fin se reduce á que el corazón dé un paso hácia vos, ¡Bondad soberana! paso que ellos mismos titubean en dar. Disponedles, pues, con uno de esos golpes que introduzcan á la vez en su alma el fue-

go del amor y el rayo de la verdad. Aprovechaos, si me atrevo á hablar así, de la mas lánguida disposición de su corazón para hacer nacer en él la fé, la fé que no es una ciencia sino una virtud, madre de la ciencia, y que, hecha para todos los hombres, no debia ser la conquista de la inteligencia, puesto que no todos los hombres son igualmente capaces de inteligencia, sino que la vinculasteis á la buena voluntad, ya que todos ellos son igualmente capaces de buena voluntad. ¡Ah! vos lo sabeis; en dias de delirante impiedad nuestros padres nos disiparon el precioso depósito de esta fé, herencia de diez y ocho siglos que debia habérsenos trasmitido toda entera, y hemos quedado como una generacion de huérfanos errantes en la desnudez, en la oscuridad y en el hambre de la inteligencia... ¡Divino maestro! enseñadnos por vos mismo, daos todo entero á nuestros corazones. Habladnos vos solo en el interior de nosotros mismos, é imponed silencio á los raciocinios y pasiones. Decidnos de esas cosas que todos comprenden cuando quieren solo escucharlas; de esas cosas que hacian decir á los discípulos de Emaús despues de habérselas oido: *¿No es verdad que ardía nuestro corazón dentro de nosotros cuando en el camino nos hablabas?* (1) á fin de que pueda decirse tambien de nosotros:—Y FUERON ABIERTOS SUS OJOS, Y LO CONOCIERON (2).

(1) *Et dixerunt ad invicem: Nunc cor nostrum ardens erat in nobis dum loqueretur in via?*

(2) *Et aperti sunt oculi eorum, et cognoverunt eum.*



SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I.

PRÉAMBULO.—TRANSICION.

§ I.

Un miembro de la convencion, adicto al partido girondino, pero que escedia á todos los partidos en furor contra la Religion y sus ministros (1),—Isnard,—lanzado á su vez de la fatal tribuna y perseguido por la proscripcion, vivia en una cueva subterránea, no lejos del mismo foco de la revolucion (2). En este estado, oyendo á su rededor los ruidos de la muerte, *habitando las cavidades de la tierra*, como él mismo dice, “falto de todo, “pudiendo ser impunemente asesinado, ignorando “la suerte de su familia, con el continuo temor de “verse conducido al suplicio sin ser juzgado ni oido, como el animal que arrastra al matadero ó la “víctima al altar;” en este estado, digo, obróse en él una revolucion moral, cuyas interiores afecciones sofocaron todo el estruendo y terror de la que conmovia al mundo sobre su cabeza.—*Existencia de Dios,—Inmortalidad del alma,—necesidad de la virtud,—necesidad de una Religion para practicar esta virtud,—divinidad del cristianismo y entera fé en sus misterios;*—tales fueron los grandes problemas que surgieron del fondo de su inteligencia solitaria, y á cuya solucion se dedicó con una atencion que él mismo compara á la de Arquimedes en medio del saqueo de Siracusa. Removiendo en el fondo de sí mismo las cenizas de su vida pasada, habian salido de entre ellas algunas chispas de fé, preciosos restos de una educacion maternal. ¡Cuán poderosa es la fidelidad á la voz del cielo! Con estos débiles recursos, aquella alma, cuya actividad se había replegado dentro de sí misma como un volcan que ha acabado de vomitar su lava, emprendió la prodigiosa tarea de reconstruir, enteramente sola, todo el edificio de la verdad religiosa, y de volver

á la fé de sus primeros años por medio de inmensos trabajos filosóficos.—Logrólo muy pronto: y los treinta y tres años de vida que le concedió el cielo despues de aquel venturoso dia, fueron un prolongado suspiro de piedad y arrepentimiento (1).—Pero lo que sobre todo debe interesarnos y llamar nuestra atencion es que, gracias al buen sentido filosófico y á la rectitud de corazon que á pesar de sus extravíos habian constituido siempre el fondo de su naturaleza (2), conoció desde luego que el buen éscito no era posible, y que su empresa era insensata sin una condicion á la cual se doblegó francamente, y que nunca dejó de cumplir como uno de los elementos mas esenciales de sus investigaciones: esta condicion... era LA ORACION.

Es menester dejarle hablar á él mismo, pues nada puede reemplazar al lenguaje de la experiencia expresado por el mismo corazon que la ha sentido, “El decreto que me puso fuera de la ley, pareció ponerme igualmente fuera de las penas de la vida, é introducirme en una existencia nueva y “*mas real*. Si nunca hubiera sido proscrito, arrastrado como tantos otros por una especie de torbellino, hubiera continuado existiendo sin conocerme “y hubiera llegado á la muerte sin saber que habia “vivido. Mi infortunio me obligó á hacer una pausa en mitad del viaje de la vida, y entre tanto me “miré, me reconocí, y ví de dónde venia, adónde “me dirijia, el camino que llevaba andado y el que “me faltaba recorrer, los falsos senderos que habia “seguido y los que me convenia tomar para llegar “al término verdadero.

“Me es enteramente imposible pintar los purísimos goces que me han proporcionado aquel silencio, aquel recojimiento absoluto, aquella continua “posesion de mí mismo, aquel estudio sostenido de “mi sér, aquellos frutos de sabiduría é instruccion “que sentia producirse dentro de mí, aquel alejamiento desde donde percibia y juzgaba las crimi-

(1) Desde su entrada en la asamblea legislativa se pronunció contra los emigrados y los eclesiásticos con un verdadero furor; y con su elocuencia, que podriamos llamar delirante, procuró sublevar á la nacion contra aquellas dos clases tan respetables.—En la sesion del 14 de Noviembre de 1791, despues de una insoportable diatriba contra los sacerdotes, que le granjeó os aplausos de todos los furiosos que llenaban las tribunas publicas, el orador los provocó de nuevo, exclamando con un acento de cólera mas pronunciado todavia: *La ley.... este es mi Dios; no conozco otro....* Esta blasfemia excitó sin embargo algunos murmullos en la asamblea; y contra lo acostumbrado, no se decretó su impresion. Aun mas; el orador se vió obligado el dia siguiente á escribir á todos los diarios sincerándose de la acusacion de ateísmo. (*Biograf. univer.*)

(2) En el arrabal de San Antonio.

(1) Entonces (en 1797) se le vió volver á entrar en el seno de aquella misma Religion que tan violentamente habia ultrajado, y en lo sucesivo su conducta edificó siempre á sus conciudadanos. Murió en 1830, dando evidentes señales de una piedad y arrepentimiento verdaderamente ejemplares. (*Biograf. univer.*)

(2) Isnard era de constitucion vigorosa y de temperamento sanguíneo, y su violenta fogosidad mas bien se esplayaba en palabras que en acciones. Arrastrado por una imaginacion exaltada, no era ni tenaz ni constante en sus opiniones y arrebatos. Era además honrado y probo, y durante su permanencia en Paris, antes y despues de su carrera legislativa, frecuentó muchas casas de banqueros y comerciantes que nunca abrazaron las opiniones revolucionarias. (*Biograf. univer.*)

"nales locuras de los hombres, aquella adoracion sincera y siempre creciente á la virtud, aquella elevacion intelectual hácia los objetos grandes y sublimes, y sobre todo hácia el Autor de la naturaleza, y aquel culto libre y puro que le dirigia sin cesar."

"Mis opiniones sobre la inmortalidad del alma y sobre los demás puntos de la metafísica religiosa, no son, como tal vez podria creerse, efecto de la vivacidad de mi imaginacion ni de la sensibilidad de mi alma: son fruto de la mas profunda reflexion, y aun puedo añadir, que habrá pocos hombres que se hayan encontrado como yo en tal situacion de reflexionar, ventaja que debo á las calamidades de la revolucion. Proscrito, condenado por un acto de adhesion á mi patria, la Providencia, sin obligarme á abandonar á Paris, me detuvo prisionero en un retiro aislado, desde el cual no veia mas que el cadalso levantado á mi espalda, y delante de mí el sol, la noche y la naturaleza; y no teniendo otro consuelo en la tierra, que pensar en Dios, en mi alma y en la Religion, me entregaba exclusivamente á una meditacion que duró diez y seis meses, y que me ocupaba quince horas diarias. Nunca se reflexiona mas profundamente y seriamente que al pié del horrible cadalso."

"Volvia á encontrar en el fondo de mi corazón los gérmenes religiosos que se le habian sembrado en la infancia, y que largo tiempo sofocados por la prosperidad, revivian ahora bajo la accion del infortunio."

"Pero aunque mi alma se sentia atraida hácia la Religion, mi entendimiento se negaba á meditar en sus dogmas y misterios, que me parecian absurdos. No podia creer en ellos, porque no habia sabido explicármelos."

"Los que, en materias religiosas, sometieron una vez al escámen rígido de su débil razon lo que tantas otras personas mas cuerdas creen sin discutir sobre ello, no saben ya encontrar verdadero sino lo que puede demostrarse hasta el punto de satisfacer plenamente su conviccion. Quieren que todo se les pruebe, y yo me hallaba en este caso. En semejante situacion es preciso que esos escépticos permanezcan extraviados en el laberinto de la metafísica, ó bien que á fuerza de meditacion y de filosofa, lleguen á levantar casi todos los velos del santuario y á recorrer todo el círculo de los conocimientos religiosos, para encontrarse al fin con los ojos abiertos y una antorcha en la mano, en el mismo paraje en que los hubiera dejado tranquilamente la fé con los ojos vendados."

"Felizmente yo he recorrido el círculo, pero mas feliz es aún el que no tiene necesidad de dar la vuelta al mundo para volver al mismo punto de donde habia salido."

"Emprendí la larga peregrinacion del pensamiento con un corazón lleno de celo y un espíritu extraviado, alucinado, pero enteramente resuelto á no descansar un momento hasta haber encontrado la verdad. El que me habia inspirado esta resolucion me mantuvo en la perseverancia."

Cada una de las palabras que siguen no serán

nunca bastante pesadas y meditadas. No es un teólogo que aduce reglas *a priori*; es una alma recien llegada de muy lejos, que refiere su viaje, y señala á las almas flotantes todavia lejos del puerto, como ella lo ha estado tambien, los canales de la verdad.

"Desde luego comprendí que, en materias religiosas, la solucion de la verdad depende menos de los esfuerzos de nuestro talento que de la disposicion de nuestro corazón; que acerca de esas cuestiones que corresponden al sentimiento tanto como á la inteligencia, la ciega razon se extravía y cae queriendo marchar sola con presuntuoso paso; que es necesario que la virtud le preste el firme apoyo de su brazo, y que solo la caridad puede romper la venda que tienen puesta sobre nuestros ojos el vicio y el error. Reconocí que en medio de la oscura noche de la metafísica religiosa, la verdad solo se manifiesta por medio de centellas que es preciso no despreciar, y como una llama á quien la humilde oracion da pábulo y el orgullo extingue. Esta es la razon porque hay tan pocas personas aptas para cultivar esta ciencia, mientras abundan las que se dedican con feliz suceso á las demas. Empecé pues por orar, y de este modo mas en relacion con Dios, me hice mejor, y me sentí mas tranquilo, mas superior al infortunio, mas apto para discernir la verdad (1)."

Este grande ejemplo de la conversion de Isnard, del cual se desprende tan penetrante persuasion, adquiere todavia mayor fuerza por su semejanza con la caída de Jouffroy, formando su contraprueba.

Muchos libros, llenos de bellos raciocinios, no harian seguramente sobre nosotros una impresion tan profunda como esos dos grandes ejemplos radiantes de luz y de útil ensenanza para quien no busca mas que la verdad.

Hé aquí dos hombres distinguidos que nos dan cuenta de sí mismos con un lenguaje y una sinceridad irrecusables, pues jamas se ha hablado con mas desinterés ó independencia de los experimentos hechos sobre la verdad cristiana en situaciones diametralmente opuestas.—El uno nos confiesa que desde el momento en que, cediendo á las inspiraciones del escepticismo filosófico, se separó de la fé cristiana, perdió la luz y la inteligencia respecto de todo lo que puede interesar al hombre en esta y la otra vida, y buscó en vano en sí mismo y en la filosofía que profesaba, no digo solamente una base, pero ni siquiera un momento de descanso que pudiese retardar la inmensa ruina de todas sus convicciones, y salvarle de aquel vacío y oscuridad en que su inteligencia se abismó.—El otro, nuevo Saul, no respirando mas que odio al nombre cristiano y á toda religion, nos refiere la manera con que, detenido de repente en medio de su carrera de extravíos, un estudio concienzudo, reconduciéndole á la fé, lo volvió á poner en posesion

(1) Isnard, *De la inmortalidad del alma*, 1802.—Véase tambien *Discurso sobre la inmortalidad del alma*, 1806, que se imprimió precedido de una nueva edicion del discurso anterior.

sion de sí mismo, hizo brotar en él abundantes frutos de sabiduría é instrucción, y colocándolo fuera de las penas de esta vida, le hizo gozar de toda la plenitud y de toda la realidad de la existencia.

¿Cuál es pues esa verdad, esa Religión, fuera de cuyo seno un hombre como Juffroy no puede hacer mas que precipitarse, y en cuyo regazo un hombre como Isnard se rehabilita?... Esta Religión, esta verdad debe ser la misma vida, y creemos haber aducido una prueba manifiesta.

Pero ¿por qué el uno la ha perdido y el otro ha vuelto á encontrarla cuando ambos parecían animados de un mismo deseo?

Véase el secreto de semejante diferencia.

Isnard no solamente filosofó; *oró*, y lo que es mas, *expuso por orar*; y Juffroy, confiando en las solas fuerzas de su razón, la constituyó juez exclusivo de su fé, despues de haber dejado que ésta se estinguiese en un abandono anticipado de su práctica.

El uno estudió los fenómenos de la vida en un cuerpo animado, y el otro lo hizo sobre un cadáver.

¿Queréis juzgar de la verdad religiosa sin ponerla en práctica? Pero advertid que en este caso pecáis contra la primera regla de todo exámen filosófico, que consiste en que toda verdad de observación debe ser examinada según la naturaleza de su objeto y con las facultades que ella misma interesa. ¿Juzgaríais de una verdad geométrica por medio del sentimiento? ¿Juzgaríais de una verdad poética por medio del compás? ¿Juzgaríais de los colores por el oído ó de los sonidos por los ojos? No ciertamente: pues bien, no sería menos extravagante vuestra pretension de querer juzgar de la verdad religiosa sin gustarla, sin experimentarla. La verdad religiosa se dirije al hombre entero, á su inteligencia y sobre todo á su corazón; y ¿queréis juzgar de ella sin ponerla en contacto con el corazón? La verdad religiosa es esencialmente práctica, y ¿queréis juzgar de ella no mas que por pura especulativa? Ó la verdad religiosa es divina, ó no existe, y vosotros no queréis probar lo que constituye su divinidad, es decir, lo que constituye su verdad. Por Dios, no seáis inconsecuentes: acomodaos á las condiciones del objeto que queréis estudiar, ó dejad de examinarle y juzgarle.

No os decimos: Practicad sin exámen, sino: No exámenéis sin practicar; y ¿sabéis por qué? Porque aquí la práctica forma parte del exámen, y en el caso de que hablamos orar es filosofar.

¿Habeis reflexionado bien en lo que es la verdad que ahora estamos examinando? No es una verdad relativa y contingente, localizada en un objeto particular donde no está mas que como producto y en imagen como el pensamiento de un artista en una estatua ó sobre un cuadro, como el pensamiento de Dios en el universo. Es la verdad absoluta é infinita, la verdad en su sustancia y en su origen, LA VERDAD MISMA, es decir, Dios. O es esto ó no es nada. De manera que nuestro exámen debe llevarnos esencialmente hasta este punto, y que para estudiarla debemos ponernos en relación con LA VERDAD considerada como el mismo Dios.

Porque, ¿qué es Dios?—“Repugna, dice M. Cousin, disculpándose de la reconvencción de panteísmo en el prólogo de su última obra sobre Pascal, “que el ser que es la causa primera y última de “nuestra alma, sea un ser abstracto, poseyendo menos de lo que ha dado y no teniendo en sí mismo “ni personalidad, ni libertad, ni justicia, ni inteligencia, ni amor. O Dios es inferior al hombre, ó “posee al menos todo cuanto hay de permanente “en el hombre, y además la infinitud (1).”

Dios, LA MISMA VERDAD, objeto de nuestro estudio, no es pues una mera abstracción, como un teorema de geometría; es una personalidad distinta, viva, inteligente, amante y libre como nuestra alma, y además de todo esto *posee la infinitud*. Es decir, que es la inteligencia soberana, el amor soberano, la voluntad y la justicia en su verdadera esencia. Este es el asunto de nuestro exámen. Por consiguiente, ¿cómo podremos ponernos en relación con este objeto, con este asunto, sino de la misma manera que nos ponemos en comunicación con una inteligencia, con una voluntad, con un amor, por medio de comunicaciones reciprocas solicitadas por la palabra, es decir, al menos por la palabra interior, sin la cual no se concibe ni inteligencia ni sentimiento?

Habladle pues, si queréis experimentar y conocer lo que Dios es, y si la verdad cristiana es enteramente su verdad; pero habladle como una inteligencia tan limitada como la nuestra puede hablar á la inteligencia infinita, esto es, con el sentimiento de vuestra debilidad y de su grandeza, de vuestra miseria y de su bondad. Colocaos en su presencia y tratad con él solamente de vuestros intereses eternos, y del conocimiento de su verdad, y tratad de inteligencia á inteligencia, de corazón á corazón. ¿Qué teméis? ¿Pensáis acaso que el que hizo la inteligencia del hombre no sabrá comprenderla, y que si ella es capaz de preguntar, él no es capaz de responder (2)?... Supongo que deseáis sinceramente conocer la verdad, que la queréis á toda costa, y que como Pilato, despues de haber preguntado, *¿qué es la verdad?* no os volvéis antes de haber oído la contestación, ó que, como el jóvan del Evangelio no os marcharéis tristes por los sacrificios que ella os prescriba, sino que *con un corazón lleno de celo y resuelto á no descansar hasta haberla conocido*, como Isnard, cerraréis detrás de vuestra alma la puerta de los sentidos, haréis callar en el interior y atacaréis en el exterior todo el vano murmullo de vuestras debilidades y pasiones; y en esta situación prestando el oído de vuestro corazón, dispuesto á todo, escucharéis con placer las suaves palabras del Verbo Eterno, que *destilará en vuestra alma como un rocío*, y que no será tan solo una palabra sino una luz, un sentimiento, una fuerza que os llevará á la verdad de un solo golpe y os la hará penetrar holgadamente y con una admirable familiaridad.

(1) De los Pensamientos de Pascal, por M. Cousin, prólogo, p. XLIV.

(2) *Qui plantavit aurem non audit? aut qui finxit oculum non considerat?* (Psalm. 96, v. 10.)

Hacedlo así, y yo os aseguro en nombre de la mas constante experiencia, que lo que ahora no comprendéis, lo conoceréis entonces, y veréis lucir delante de vosotros, en la noche oscura de la metafísica, como "una llama que la humilde oración alimenta y el orgullo estingue: y mas en comunicación con Dios, seréis mejores, mas pacíficos, mas superiores á vosotros mismos, mas aptos para conocer la verdad (1)," y experimentaréis en fin, la exactitud de estas profundas palabras de la misma Verdad:—QUI FACIT VERITATEM VENIT AD LUCEM.

Esta es la situación en que nos colocamos cada vez que dejamos y volvemos á emprender el curso de estos *Estudios* y llenos del sentimiento de nuestra insuficiencia,—sentimiento que constituye toda nuestra fuerza, nos atrevemos á apropiarnos estas palabras de Pascal:

"Si este discurso os agrada y os parece convincente, sabed que lo hizo un hombre que antes y después se puso de rodillas para rogar á aquel Ser infinito y sin partes, á quien somete todo lo suyo "para que os someta también á vosotros por vuestras propio bien y por su gloria: pues que de este modo se armoniza la fuerza con la humildad (2)."

§ II.

Si alguna vez fué indispensable semejante disposición, es seguramente en este momento en que vamos á abordar el estudio del cristianismo en sí mismo, en su moral, en sus dogmas y misterios; á atravesar, por decirlo así, las nubes que nos ocultan su majestad, y penetrar en el secreto de su santuario.

Hasta aquí no hemos hecho mas que recorrer la nave del templo; todo nos ha hecho presentir su divinidad, ó mejor, todo nos la ha probado, y muchas veces hubiéramos podido detenernos y mezclarnos con sus adoradores.—Sin embargo, ¡cuántas pruebas aun estrínsecas hemos dejado abandonadas, y de cuántas luces no hemos querido servirnos! Toda esa multitud tan compacta é impotente de pruebas históricas que han sido hasta nuestros días como las columnas de la demostración evangélica, que han obrado la conversión del mundo, y sobre las cuales ha descansado la fé de nuestros antepasados:—las profecías,—los milagros,—la autenticidad, la fuerza, y la inspiración de los libros santos,—el prodigio de la propagación del Evangelio,—el testimonio de sus apóstoles y de sus mártires,—la atestación de sus beneficios,—la perpetuidad y universalidad sobrehumanas de su imperio, &c. &c.—Hemos dejado todas estas pruebas para la tercera parte de estos *Estudios*.—Hubiéramos podido, tal vez hubiéramos debido presentarlas aquí en seguida de las pruebas preliminares, y envolviendo en ellas el cuerpo de los dogmas y misterios cristianos, hacer admitir estos bajo la fé de tantas señas exteriores de su divinidad. Porque en fin, ¿qué mas puede la razón exigir que la demostración de

este hecho, es decir, que el establecimiento y la existencia del cristianismo son humanamente inexplicables, y que Jesucristo es Dios? Una vez establecida y confirmada esta verdad, ¿puede lógicamente la razón dejar de someterse á la palabra de un Dios sin comprobarla? ¿Puede de la oscuridad de los misterios cristianos, por mas impenetrable que sea, motivar jamás su resistencia, cuando por todas partes se halla rodeada y penetrada de los mas brillantes testimonios de la divinidad de su fundador?... Pero el espíritu investigador de nuestro siglo exige mas todavía, y las inteligencias desabridas por el escepticismo buscan en la verdad una nueva sal. Hace ya tanto tiempo que se empezó á hacer uso de las pruebas históricas, que ya hacen poca impresión en los espíritus. Por otra parte, la filosofía del siglo XVIII disfamó y desfiguró de tal manera los dogmas cristianos, tanto escajero y alteró el sentido de la palabra misterio hasta hacerla sinónima de absurdo, y por esto mismo la ignorancia de las nuevas generaciones sobre estas materias ha interpuesto tan densas tinieblas delante de los artículos de nuestra fé, aun entre aquellas personas que se precian de sabias y eruditas, que muchas veces parece que se trata de un gran descubrimiento ó de una invención extraordinaria al procurar manifestar la antigua y sencilla verdad católica.

No quisiéramos otras pruebas de la verdad del cristianismo que la exposición fiel, clara y precisa de sus dogmas y de toda la fé. Parécenos que hasta ahora se han tomado demasiadas precauciones para evitar este escámen, se ha limitado demasiado á las pruebas estrínsecas, y ateniéndose á estas últimas se ha concluido demasiado exclusivamente que era necesario admitir á ojos cerrados todo cuanto ellas contienen. Hasta cierto punto este raciocinio es sin duda exacto: Dios habló; por consiguiente es preciso someterse ciegamente á lo que ha dicho; pero ¿qué se siguió de aquí? Que la palabra ciegamente ha sido tomada al pie de la letra, y que la mayor parte de los espíritus han deducido de esto que era inútil y aun que estaba prohibido el escámen racional de lo que la doctrina cristiana contiene, y que bastaba creer en su totalidad: tal vez sea esta la causa principal de la ignorancia de esta doctrina.—Otros han ido mas lejos todavía, afirmando que se imponía esta creencia sobre la fé de las pruebas estrínsecas por que la doctrina no podia sufrir el escámen y que en este caso el respeto era una especie de desconfianza encubierta: esta es la causa de tan deplorables preocupaciones.—Pero, ¿corresponde á la naturaleza del principio de la fé cristiana permanecer inmóvil á la entrada del templo? ¿No puede, segun su destino, adelantarse con paso respetuoso hacia la comprensión y la inteligencia de los mismos misterios, si no en su fondo, al menos en sus relaciones con nuestra naturaleza, y preludiar acá en la tierra la vision que algun dia debe absorberlas? ¿No es exponerla á una reacción contra lo que ella misma admite y contra las mismas pruebas estrínsecas el contrariar la imprescriptible vocación de la inteligencia á la luz? En fin, siendo el objeto de la doctrina cristiana re-

(1) Isard.

(2) Pascal, *Pensamientos*, 2.ª parte, art. 3.

formar el espíritu y el corazón del hombre, ¿puede satisfacerse y llenarse este objeto sin un trabajo del espíritu y del corazón del hombre sobre esta doctrina, para lograr asimilársela?

Confiamos que nadie dejará de conocer el verdadero objeto de nuestras intenciones y palabras: estamos muy lejos de querer hacer una crítica sustancial de los trabajos apologeticos de nuestros antepasados, y casi nos seríamos sospechosos á nosotros mismos si nos viésemos en disenso formal con ellos; porque además de su ilustración y de la experiencia que tenían de la verdad, cuyos maestros eran, se hallaban animados de intenciones demasiado puras para que Dios no los hubiese dirigido. Para los tiempos en que escribían, su método era sin duda el mejor. En una época en que el furor por las preocupaciones filosóficas aspiraba con sacrilega ligereza á burlarse de las divinas verdades, lo mas conducente era cerrar las puertas del santuario y defenderlo por la parte de afuera. Conocemos tambien que antes de esa época, y cuando el espíritu humano conservaba aun su fé primitiva, era prudente, abandonando á cada cual el cuidado de medir las fuerzas de su inteligencia, no violentar inmoderadamente esta disposición, legítima en sí, por una anticipada apelación al escámon filosófico de los dogmas que ya se conocían por la instrucción regular, y sobre todo, por el uso frecuente de los divinos misterios. Pero no estamos ya ni en aquellos felices tiempos ni en la época funesta que les sucedió. Ahora no se cree, pero se desea creer, aunque con conocimiento de causa: hay toda la ignorancia de los tiempos patriarcales y todas las esencias filosóficas de los siglos ilustrados. No es empero una razón orgullosa que quiere dominar, sino una razón iluminada que desea alimentarse y nutrirse.

La Religión de Jesucristo, dispuesta para todas las edades, y que lleva en su divino seno cuanto puede dar pábulo á un hombre solo y á todas las generaciones juntas, variando y modificando su alimento segun el desarrollo del espíritu humano, desde la leche del tierno niño hasta el pan del hombre formado, aunque de una misma y única sustancia, —mas cuajada, si podemos usar de esta expresión, cuando se halla contenida en la fé que cuando se dilata por la inteligencia,—la Religión, decimos, debe presentarse en nuestros días, aun en sus dogmas, *filosóficamente* (palabra que bien entendida no debe asustar á los hijos de la luz, como llama el divino maestro á los cristianos). Puede esto hacerse porque hay formalidad y buena fé en los espíritus, y debe hacerse porque con una reserva inoportuna autorizaríamos las preocupaciones y errores que no dejarían de bullir en las cabezas vacías é inquietas.

Ha llegado pues el momento de descender el velo y hacer ver,—¡cosa admirable! que esos antiguos dogmas cristianos, como se les llama, á los cuales la sana razón no puede rehusar su asentimiento, aunque sea á la luz de las solas pruebas *estrínsecas*, y á pesar de que no los comprenda enteramente; esos dogmas cristianos, repetimos, entrañan en sí mismos tan admirable y perfecta sabiduría, que

por sí solos bastarían para probar su origen celeste, aun cuando no existieran las pruebas *estrínsecas*, y que son como aquellas piedras preciosas que no solo reflejan y multiplican la luz que las hiere, sino que aun estando aisladas conservan la propiedad de brillar por virtud propia en medio de las mismas tinieblas.

Lo hemos dicho ya, y no nos cansáremos de repetirlo: á diferencia de los sistemas humanos que por medio de mezquinas y limitadas deducciones aspiran con afán á una conclusión que se hace esperar eternamente, y que nunca es enteramente satisfactoria, el cristianismo nos hace marchar rodeados de luz, descubriéndonos á cada paso un nuevo horizonte y adelantándonos siempre hácia una conclusión cada vez mas explícita, ó por mejor decir, cada vez mas infinita, porque está en Dios, é incesantemente se hace sentir sin agotarse jamás.—La verdad cristiana se demuestra siempre por una multitud de pruebas variadas hasta el infinito, pero convergentes todas á un centro común, asiento de la fé, que parece impenetrable porque sus abundantes resplandores nos deslumbran. Mas si se la observa por grados y con humildad, se convierte á su vez en un foco de evidencia, fuera del cual todo nos parece oscuro; de manera que debemos creer que en esto precisamente consiste el que creamos en él, y que la conclusión de nuestra fé se hace su principio.

Esta unidad de la verdad cristiana en tan grande variedad de conceptos y pruebas no puede expresarse mejor que por aquellas palabras: *Est tota in toto et tota in qualibet parte*, está toda en todo, y toda en cualquiera parte.

Y en esto no hay nada de extraordinario, porque el cristianismo es divino, y no lo sería si le faltase esta circunstancia. Este es el distintivo de las obras de Dios y el carácter esencial de aquella sabiduría eterna que *no siendo mas que una, todo lo puede,—permaneciendo siempre inmutable, todo lo renueva,—y dirigiéndose con incontestable fuerza á un fin único, dispone todos sus medios con suavidad.*

Lo que sí sería extraordinario y contra la naturaleza de las cosas, es que una obra tan sencilla y profunda, tan única y tan vasta, fuera obra de los hombres, y que hubiese podido formarse, detenerse y conservarse inmutable en medio del incesante flujo y reflujo de nuestras opiniones, de nuestras voluntades y de los embrollados acontecimientos de la tierra, si en su interior no encerrase la mano y la fuerza de Dios.

Estas consideraciones deben dominar en todos nuestros *Estudios*. Habíamos hablado ya algo sobre ellas, pero es preciso entrar ahora de lleno en ellas, porque su aplicación se nos va á hacer en adelante muy frecuente.

Mas como no todos los hombres son igualmente propios para comprender desde luego esta divina armonía, y la diferencia no consiste tan solo en la naturaleza de su talento, sino en la fuerza de su voluntad y hasta en las preocupaciones en que les detienen sumidos los negocios de su estado, es preciso que los que quieran iniciarlos en tan sublimes

contemplaciones, se las presenten por medio del raciocinio, y empleando métodos filosóficos dirijan la acción de su vista poco experimentada y les conduzcan por suaves transiciones, y de claridad en claridad, hasta al foco de la misma verdad.

Por esto, aplazando las *pruebas estrínsecas* que se comprenderán mucho mejor cuando se habrá visto que no estriba en ellas solas la fé, hemos sin embargo presentado en primer lugar las *pruebas preliminares* como una preparación para las *pruebas intrínsecas*, en las cuales hemos colocado el centro de nuestro plan como el mas á propósito para adaptarse á la actual disposición de los espíritus.

En esto seguimos el método tan poéticamente trazado por Platon en la bella alegoría de la *Caverna*. Este filósofo, de quien se ha dicho que habia sido el *prólogo humano del Evangelio*, representa en efecto á la ignorancia del bien soberano en que se hallan los hombres acá en la tierra, bajo la imagen de los infelices que son arrojados á las profundidades de una oscura cueva, que un largo camino subterráneo separa de la luz del día. Desde la infancia viven allí con los pies y las manos encadenadas; inmóviles en sus grillos; condenados á ni siquiera poder volver la cabeza, no ven mas que los objetos que les vienen de frente, mientras tienen á su espalda un fuego que brilla desde lejos. Entre ellos y este fuego pasan objetos reales cuyas sombras se dibujan en el fondo de la cueva, único sitio que se les presenta á la vista, y acostumbrados á no ver mas que estas sombras, frecuentemente las toman por la realidad.

"Pero rompamos sus grillos, dice Platon. Al momento que uno de los cautivos se ve en libertad, se levanta, mira por todos lados, y encuentra el verdadero foco de la luz; pero demasiado aun débil para poder soportar su acción, desvanecido, deslumbrado por tan vivo resplandor, quiere huir y volverse al lugar donde no le cegaban los resplandores, y en llegando á él exclama: aquí está la realidad.

"Pero arranquémosle de este abismo para que nos siga á traves de esos penosos y escarpados caminos, y conduzcámosle á su pasar hasta ver la luz del día: ¡estremécese por esta violencia, y se indigna contra semejante coacción! De repente se sienten bañados de luz sus ojos, que heridos por tanta claridad, no saben distinguir ninguno de los objetos que llamamos reales, y cegado por tan repentino cambio, tan solo por grados es capaz de ir descubriendo este mundo que es nuevo para él.... Sus miradas se fijan primeramente en las sombras; luego en la imagen de los hombres y de los demás cuerpos terrestres que se reflejan en el espejo del agua; en seguida en los mismos cuerpos, y al fin contempla los cielos veñados por la noche, y la luna y las estrellas cuya opaca claridad le deslumbra mucho menos que el sol y los resplandores del día.... Finalmente, el sol y no su débil imagen que el agua refleja ó que brilla sobre la tierra; el mismo sol no puede hacerle bajar la vista, y lo admira en su mismo troceno del cielo. Entonces reconoce en este astro al

"padre de las estaciones y del año, al rey de este mundo visible y al principio de todo cuanto escita los sentidos de los hombres. Tales deben ser los progresos de su razón.

"Esta es nuestra condición. La cueva subterránea es este mundo visible; el fuego que brilla en la oscuridad es nuestro sol; el cautivo que sube á la tierra y cuyos ojos se abren á nuevos espectáculos, es el alma que se remonta á la fuente de la inteligencia. Sí, yo concibo esta noble esperanza que debe alimentar á nuestra alma; pero, ¿es esto racional? Dios lo sabe; pero yo me atrevo á revelar los pensamientos que en mí se agitan.... Como los prisioneros del subterráneo no pueden volver la cabeza y mirar á la luz y á las tinieblas sin mover todo su cuerpo, es preciso que la inteligencia, esta poderosa facultad del alma, se eleve con la misma alma y se desprege de los áeres creados, para ir á contemplar la eterna luz del ser creador. ¡Oh hombre, este es el soberano bien que te prometí (1)!"

CAPITULO II.

EXPOSICION DE LA MORAL EVANGELICA.

HABITUADOS los hombres desde su infancia á ver salir y ponerse el astro del día, pasan con frecuencia una larga vida y mueren sin haber estudiado una sola vez el espectáculo de la luz que los alumbraba, y atraviesan un mundo de prodigios sin ni siquiera sospechar que existen.

Tal es tambien nuestra conducta respecto á la luz del Evangelio y á las innumerables bellezas de que sembró el mundo moral la mano del Cristo.

La doctrina evangélica, que regeneró al universo, nos encuentra tan lánguidos é insensibles precisamente porque ya no es nueva.... la buena nueva.

Para apreciarla bien en lo que vale, seria necesario prescindir mentalmente de todo lo que de ella sabemos. Seria necesario resucitar á nuestro alrededor aquella profunda y horrible noche en que estaba envuelto el mundo pagano antes de la aparición del cristianismo, para que nos sorprendiera como le sorprendió á él; y es seguro que entonces caeríamos todos postrados á sus pies.

Pero esto es muy difícil, porque la moral evangélica se halla de tal modo asimilada con nuestra propia existencia, que querer hacer abstracción de ella seria destruirnos, aniquilarnos. Todo cuanto vemos, cuanto palpamos y somos es obra suya. No se encuentra tan solo en los libros santos, en la predicación de sus apóstoles y en la vida de sus discípulos; respira asimismo en todas nuestras instituciones sociales, en nuestros códigos, nuestras cos-

(1) República, lib. 7. En el ultimo párrafo subrayado, Platon expresa admirablemente lo que hemos reproducido muchas veces, esto es, que el estudio de la verdad religiosa no es obra de la sola inteligencia, sino de toda el alma, es decir, del corazón y de la voluntad, que deben desprenderse de los áeres creados y dirigirse en seguida al bien soberano; en una palabra, conversarse.

tumbres, nuestras ciencias y artes, nuestros hábitos, hasta en nuestras fisonomías, en todas las creaciones y caprichos del espíritu humano producidos de diez y ocho siglos á esta parte.... ¡qué digo! esta doctrina forma parte de las blasfemias del impío y de los remordimientos del malvado; ¡tan arraigada se halla en la conciencia humana (1)! Los mas violentos enemigos del cristianismo están impregnados de ella: no pueden combatirla sino por las ideas y los beneficios que de ella recibieron, ni pueden encontrar nada para sustituirla mas que suposiciones y falsificaciones. En fin, podemos decir del Evangelio lo que S. Pablo, hablando al areópago, decia de Dios: *In eo vivimus, movemur et sumus*.

Pero aquí está precisamente la causa de nuestra indiferencia. La impresion de la divinidad del cristianismo se ha embotado en su diffusion y su continuidad. El hábito del beneficio nos ha hecho desconocer su valor: nos hemos aclimatado á él hasta confundirlo con nuestra propia naturaleza, y en medio del orgullo que esta posesion nos inspira, la razon acaba por creer que ha sido ella que la ha conquistado (2).

Mas para que podamos desengañarnos, bastará que procurémos colocarnos en nuestra primitiva carencia y desnudez, y estudiar bajo este punto de vista todas las perfecciones de moral y de civilizacion de que disfrutamos y todas las que podrán alcanzar las generaciones futuras, perfecciones que se hallan compendiadas en un cuerpo de doctrina trazado por la mano de Jesucristo.

Hubo efectivamente un tiempo en que el mundo careció de ellas. Hubo un tiempo en que cubrian la tierra las mas groseras y ridículas supersticiones, en que todo esto de que mas orgullosos estamos era estúpida y despreciado, y todo lo que nos ruboriza era adorado; en que las grandes é imperecederas nociones de un Dios único y espiritual, de una alma inmortal, de una providencia misericordiosa, de una justicia futura, de una culpa original, de la remision de las faltas y de la rehabilitacion de las conciencias, afirmadas, esplicadas y practicadas en el dia hasta por los niños, eran abismos de tinieblas y de desesperacion para las inteligencias mas elevadas; en que "la humildad, la misericordia, la mansedumbre, la caridad, la fraternidad y la igualdad, la esperanza, la fé, el amor de Dios, el sacrificio, la pobreza voluntaria, el perdón de las injurias, el desinterés, la resignacion, el arrepentimiento, la penitencia," etc., que en nuestros dias ofrecen en la tierra tantas y tan hermosas acciones, y constituyen la dicha y la gloria de la humanidad, no tenian ni siquiera nombre en el lengua-

je.—Hubo un tiempo en que las *dos terceras partes* de la especie humana se hallaban acorraladas como un vil rebaño, en que la sangre de los hombres corría á torrentes para embriagar á la sociedad en los espectáculos públicos, en que los niños eran caprichosamente inmolados, los adultos monstruosamente violados é infamados, en que no habia honor para la mujer ni para la union conyugal, en que los desgraciados no encontraban asilo en ninguna parte, la guerra se hacia sin cuartel, las naciones vivian sin derecho comun, la opinion era muda esclava de la fuerza, en que un monstruo bajo el nombre de César era adorado como un dios, y la humanidad hollada é insultada por un cetro de hierro, ni siquiera se acordaba de los derechos y de la elevacion de su inteligencia, ni buscaba remedio para su envilecimiento y degradacion; antes al contrario, marchaba contenta y violentamente á precipitarse en aquel abismo, empleando en ello todas las fuerzas que hubieran debido servirle para evitar su caída.

Trasladémonos mentalmente, si es posible, al centro de aquella sociedad en los tiempos de Tiberio ó de Neron, porque este es el verdadero punto de vista para contemplar la salida de la luz evangélica sobre el mundo.

Por aquel tiempo un hombre iba recorriendo humildemente los pueblos de la Judea, curando á los enfermos, consolando á los afligidos, derramando beneficios inauditos, y dando lecciones de una sabiduría hasta entonces desconocida. No habia estudiado en Roma ni en Grecia, no pertenecía á ninguna secta ni á ninguna escuela, no dogmatizaba ni disertaba; pero se decia enviado de Dios, á quien llamaba *PAPA*, y anunciándose como el mediador prometido desde el principio y deseado por todas las naciones que debia salvar, decia con amable autoridad:

"Venid á mí todos los que estais cargados y fatigados, y yo os aliviaré.—Traed mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas; porque mi yugo es suave y mi carga ligera."

"Bienaventurados decia además á la multitud asombrada, bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán á Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando os maldijeren y os persiguieren, y dijeren todo mal contra vosotros mintiendo, por mi causa. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es muy grande en los cielos."

De este modo ennobleciendo y elevando lo que hay de mas humilde hacia lo que hay de mas elevado y sublime, y confundiendo todas las ideas que tenian los hombres del bien soberano, decia que no

(1) M. de Chateaubriand, en su *Genio del Cristianismo*, ha hecho resultar admirablemente toda la diferencia que el influjo de las ideas cristianas habia introducido entre la *Fedra* de Racine y la *Fedra* antigua. "Esta mujer, dice, que se consolará con una eternidad de dolores, si hubiese podido gozar de un momento de felicidad, esta mujer no corresponde al carácter antiguo; es cristiana reprobada, es la pecadora caída en las manos de Dios sus palabras son las palabras del condenado."

(2) "No sé por qué, decía Rousseau, se quiere atribuir al progreso de la filosofía la bella moral de nuestros libros: esta moral, nacida del Evangelio, era cristiana antes de ser filosófica." (*Letras escritas de la Montagne*, 3.ª. letra.)

había venido á destruir la ley primitiva, sino á purificarla y hacerla progresar indefinidamente, y que si en adelante no abundaba la justicia mucho mas que hasta entonces, nadie tendria derecho á las recompensas. Mas adelante trazaba alrededor de la conciencia humana el nuevo círculo de los deberes, y se expresaba así:

“Oisteis que fué dicho á los antiguos: No adulterarás; pues yo os digo que todo aquel que pusiere los ojos en una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazón.—Además oisteis que fué dicho á los antiguos: No perjurarás, mas cumplirás al Señor tus juramentos; pero yo os digo que de ningún modo juréis, sino que vuestro hablar sea, sí, sí; no, no; porque lo que escude de esto, de mal procede.—Oisteis que fué dicho á los antiguos: No matarás, y quien matare, obligado quedará á juicio; mas yo os digo que todo aquel que se enoja con su hermano, obligado será á juicio, y quien dijere á su hermano una palabra insultante, obligado será á concilio. Por tanto si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra tí, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primeramente á reconciliarte con tu hermano, y despues vuelve á concluir tu oblacion.—Habeis oido que fué dicho: Ojo por ojo y diente por diente; pero yo os digo, que no resistais al mal; antes bien, si alguno os hiriere en la mejilla derecha, paradle tambien la otra; á quien quiera poneros pleito y tomaros la túnica, dejadle tambien la capa, y al que os precisare á ir cargados mil pasos, id con él otros dos mil mas.”

Pero no limitaba á esto solo los deberes; y despues de haber combatido y desarmado al egoismo hasta en el fondo del corazón, queria mas aún: queria trasformarlo en caridad, y decia:

“Habeis oido que fué dicho: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo; mas yo os digo: AMAD Á VUESTROS ENEMIGOS, Haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace nacer sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores.”

Preguntándole en cierta ocasion cuántas veces se habia de perdonar al que hubiese pecado, y si habia de ser hasta siete veces, contestó:—“No solo siete veces, sino setenta veces siete (es decir, indefinidamente.)”

Preguntándole en otra ocasion cuál es nuestro prójimo, contestó con aquella parábola tan tierna é instructiva del *Samaritano*, enseñándonos que es nuestro prójimo, no solo el compatriota y el correligionario, sino tambien el hereje y el extranjero.

Y recopilando todos estos preceptos de caridad en unas palabras que son la mas pura expresion del amor inmenso, decia á sus discípulos pocos momentos antes de dar la vida por sus enemigos:—“Os doy un nuevo mandamiento: amaos los unos á los otros del mismo modo que yo os he amado á todos. Amaos los unos á los otros, y en esto se conoce á que sois discípulos míos.”

En fin, todo lo agotaba, proponiendo al corazón del hombre para modelo y medida el mismo corazón de Dios.—“Sed misericordiosos, decia, como lo es vuestro Padre celestial. Sed perfectos del mismo modo que es perfecto vuestro Padre que está en los cielos.”

Fijando las miradas y el corazón del hombre hacia los bienes inmutables y eternos, inspirábale una confianza filial en la Providencia con respecto á los bienes eternos y pasajeros, y lo fijaba en la sencillez de los gustos de una existencia que tiene el destino mas allá de esta vida.—“No andeis afanados buscando qué comeréis, decia: mirad las aves del cielo que no siembran, ni siegan, ni allegan en trojes; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no sois vosotros mucho mas que ellas? ¿Y por qué andais acongojados por el vestido? Considerad cómo crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan; y sin embargo, yo os digo que ni Salomón con toda su gloria fué nunca cubierto como uno de éstos. Pues si al heno del campo que hoy es, y mañana es echado en el horno, Dios viste así, ¿con cuánta mas razon os vestirá á vosotros, hombres de poca fé? Vuestro Padre conoce vuestras necesidades, y él las aliviará. Buscad pues primeramente su reino y su justicia, y todo lo demas os será añadido. No queráis atesorar tesoros en la tierra, donde orin y polilla los consume, y en donde ladrones los desentierran y roban; mas atesoraos tesoros en el cielo, en donde no los consume orin ni polilla, ni ladrones los desentierran ni roban.—No andeis cuidadosos por el día de mañana; porque el día de mañana á sí mismo se traerá su cuidado. A cada día le basta su propio afán.”

Rehabilitaba á la mujer, y volvía á colocar al matrimonio sobre sus antiguos cimientos por medio de estas sencillas palabras:—“El esposo y la esposa serán una sola carne: el hombre no puede nunca separar lo que Dios juntó.”

Sacaba á la infancia del olvido y cruel abandono en que se la tenia, y la presentaba como tipo de dos virtudes nuevas, de las cuales no se habia oido hablar hasta entonces, y que confundian todas las ideas recibidas: la sencillez y la humildad. Llamando á un niño y colocándolo en medio de sus discípulos, que le preguntaban quién es mayor en el reino de los cielos:—“En verdad os digo, que si no os volviéreis é hiciéreis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Cualquiera pues que se humillare como este niño, este es el mayor en el reino de los cielos. ¡Ay del que escandalizare á uno de estos pequeñitos! Porque os digo que sus ángeles en los cielos siempre ven la cara de mi Padre, que está en los cielos.”

Pero no se paraba aquí: descendiendo hasta el mas abyecto esclavo, lo hacia subir al primer sitio en su reino celestial, que era el término de todos sus discursos, y curaba la inmensa y pestífera plaga de la esclavitud, pronunciando aquellas palabras que han obrado en el mundo una revolucion:—“Sabéis que los príncipes de las naciones las dominan, y que los poderosos tratan á sus súbditos

"con orgullo. No debe suceder lo mismo entre vosotros; porque el que quiera ser el mayor y el primero será vuestro esclavo; pues yo mismo no vine para ser servido, sino para servir y dar mi vida por el rescate del género humano. Os lo declaro solemnemente: los primeros serán los últimos. *El que se oculte será abatido; el que se humille será ensalzado.*"

Prescribía la sumisión á la autoridad de los Césares, al mismo tiempo que la circunscribía en la sumisión á la autoridad mas elevada de Dios, y con una sola palabra echaba los cimientos del derecho público y de la verdadera libertad, que mas adelante debía dar tantos mártires:—"Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.... No temais á los que matan al cuerpo, y que ya nada mas pueden hacer. Temed sí á aquel que despues de haberos quitado la vida, tiene poder para arrojaros á los tormentos del infierno. Sí, os lo repito, temed á este último."

Fortalecía el sentimiento de aquella santa libertad por medio del de la igualdad y fraternidad, y reunía de este modo á todo el género humano al espíritu de familia y de unidad:—"No apetezcáis el ser llamados maestros, porque no hay mas que un solo maestro, y todos sois hermanos. A nadie en la tierra le llameis padre, porque no hay mas que un Padre, que está en los cielos. No permitáis que os llamen nunca doctores, porque no hay mas que un doctor y un maestro, que es el Cristo."

Por la primera vez se oía hablar de una virtud, á la cual daba él grande importancia, porque parecia que contenía el germen de todas las demás: era la *fé*.—"Si tuviereis *fé*, exclamaba, podríais decir á una montaña: trasládala de aquí allá, y al momento la montaña obedecería: nada os seria imposible, aunque vuestra *fé* fuese tan pequeña como un grano de mostaza.—El reino de los cielos es semejante á un grano de mostaza que siembra el hombre en su campo. Este grano es la mas pequeña de las semillas, y sin embargo cuando ha crecido es la mayor de todas las plantas, y llega á ser un árbol frondoso, y los pájaros del cielo se posan en sus ramas."—Y ponía á esta virtud á prueba, sometiendo el espíritu humano, á la creencia de muchos misterios, de que él mismo era objeto, principalmente al de que él era el redentor del género humano, y que su sangre derramada en el árbol de la cruz debía ser el precio de la reconciliación de la humanidad culpable con la justicia de su Padre.

En su divina moral dábanse la mano todas las virtudes, y se apoyaban y sostenían mutuamente por medio de una indisoluble solidaridad. Por esto, despues de haber predicado la templanza, predicaba la limosna, que es su consecuencia, y para hacer á ésta mas eficaz é inagotable le quitaba todo motivo humano, y quitándole hasta el testimonio de la mano que la distribuye, no le dejaba, por decirlo así, mas móvil que el corazón, ni mas confidente que Dios:—"No hagáis vuestras buenas obras delante de los hombres para que os vean; de otra manera no tendréis el galardón de vuestro Padre que está en los cielos. Por consiguiente cuando hacéis li-

mosna, no hagáis tocar la trompeta delante de vosotros, como los hipócritas hacen en las sinagogas y en las calles, para ser honrados de los hombres: en verdad os digo que recibieron su galardón. Cuando hagáis pues limosna, no sepa vuestra izquierda lo que hace vuestra derecha, para que vuestra limosna sea en oculto, y vuestro Padre que ve en lo oculto os premiará."

Fulminaba rayos de indignación contra la hipocresía y el orgullo que se cubren con el manto de la Religión, y rodeando á esta última con todo el cortejo de las virtudes sólidas, distinguía de ellas, sin excluir las, todas las prácticas de supererogación, que son como su corteza, y que son tanto mas saludables y atendibles en cuanto una piedad tierna é ilustrada las emplea para precaverse contra sus propias debilidades y para reanimar su fervor, y tanto mas despreciables y funestas en cuanto la hipocresía ó el falso celo las convierten en instrumento de sus intereses y pasiones.—¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que haciendo largas oraciones, devorais las casas de las viudas! Atais cargas pesadas é insostenibles y las poneis sobre los hombros de los demás, mas ni aun con vuestro dedo las queréis mover. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que diezmais la yerba buena, y el eneldo, y el comino, y dejais las cosas que son mas importantes de la ley, á saber: la justicia, la misericordia y la *fé*! Era menester hacer esto, y no dejar lo otro. ¡Guías ciegos que no queréis colar el mosquito, y os tragais el camello! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiais lo de fuera del vaso y del plato, y por dentro estais llenos de rapia y de inmundicia!.... Serpientes, raza de víboras, ¿cómo evitaréis el ser arrojados al fuego del infierno?"

Generalizando este santo y celoso rigor, atacaba el sensualismo, el amor propio, el yo humano, origen de tantos males y que tan espantosamente habia estendido sus estragos por toda la tierra; lo atacaba, repetimos, interior y exteriormente, por el espíritu de sacrificio y de mortificación, hasta en sus mas ocultos resortes, y escajía nada menos que el aborrecimiento y la muerte de todo, y aun de la propia persona si aquello no bastaba. Pero médico igualmente compasivo que severo, no heria sino para curar, y como si él hubiese sido el primer enfermo, empezaba por herirse á sí mismo, á fin de darnos por medio de tan grande ejemplo la medida mas absoluta y persuasiva de la necesidad de sus mandatos.—"Cualquiera que querrá venir en pos de mí, decía con frecuencia, es preciso que se renuncie á sí mismo, que lleve su cruz y me siga. El que querrá salvarse debe antes perderse, y al que se pierda por amor de mí y del Evangelio, se salvará. ¿Qué le serviría al hombre ganar el mundo entero, si esto le habia de perjudicar, y habiéndose perdido una vez tal vez no podría rehabilitarse?... Si tu mano ó tu pié te escandaliza, córtale y échale de tí: si tu ojo te escandaliza, sácale y échale de tí; porque mejor es entrar en la vida con un solo ojo, que tener dos ojos y ser echado en los fuegos eternos.... Si alguno vio-

"no á mí y no aborrece (relativamente) á su padre, su madre, su mujer, sus hijos, sus hermanos, y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo. El que quiera salvar su vida la perderá, y el que pierda la vida por mi causa, la salvará.... La puerta del cielo es angosta. ¡Ay de los ricos (es decir, de los que están muy aficionados á los bienes mundanos)! Es mas difícil á un rico entrar en el reino de los cielos que á un camello pasar por el ojo de una aguja.... Muchos serán los llamados, pero pocos los elegidos."

Esta es la faz horrible del Evangelio de que habla Bossuet, y sin embargo el que nos la ofrece es el mismo que nos dijo antes: *Tomad sobre vosotros mi yugo, y hallaréis el reposo de vuestras almas, porque mi yugo es suave y ligera mi carga.* ¿Quién no descubre desde luego el nudó de esta aparente contradicción? ¿Quién no vislumbra al través de todos estos aparatos de sacrificio y de muerte la libertad y la vida, y sobre todo el amor, el amor divino, dirigido á su verdadero y legítimo fecto, á pesar de todos los obstáculos que le habia suscitado su propio extravío?—El Evangelio es todo amor.—"Yo vine á traer el fuego (del amor) á la tierra, y ¿qué he de querer sino que este amor lo abrase todo?"

Por esto, desde que penetró este sentimiento en el corazón, la salud se hizo fácil y rápida, y la faz del Evangelio, de dura y repugnante, se convirtió en amable y tierna:—"Marta, Marta, tú andas demasiado afanosa, y te tomas demasiado cuidado por muchas cosas, cuando una sola es necesaria, y María ha escogido la parte mejor.... María estaba sentada á los pies de Jesús oyendo las palabras que salían de su boca."—A aquella puerta del cielo, poco antes tan angosta, se ensancha luego extraordinariamente para dejar libre paso, ¿á quién?... á los publicanos y á las prostitutas.—"En verdad os digo, que los publicanos y las prostitutas os adelantarán en el reino de los cielos."—Los pecadores forman como la escolta del Salvador, que los reúne de todos los caminos extraviados en que se hallan perdidos.—He venido, decía, á "salvar todo lo perdido."—Los admite también á última hora como á los operarios de la viña, y les da la misma paga que á los que sufrieron todo el peso del día y del calor. Los espera, y hasta sale á su encuentro con los brazos abiertos, como el padre del hijo pródigo. Em prende largos viajes para buscarlos, como el buen pastor que deja sus noventa y nueve ovejas para ir en busca de la fugitiva, y llevarla al rebaño cargada sobre sus hombros. Una sola lágrima de arrepentimiento y de amor basta para hacer de una prostituta una santa y de un ladrón un predestinado. *Se le condonó mucho porque amó mucho.* Nada hay perdido para el cielo; todo nos puede facilitar su entrada desde el momento que esté vivificado por la caridad y la fé.—"En verdad os digo, que un solo vaso de agua fría, dado en mi nombre á uno de los mas miserables, no quedará sin recompensa."

En fin,—*"amaréis al Señor, vuestro Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las*

fuerzas;—este es el primero y mas grande mandamiento. El segundo es semejante al primero.—Amaréis á vuestro prójimo como á vosotros mismos."—En estos dos solos mandamientos está recopilada la ley y los profetas."

Después de haber así trazado el cuerpo de su doctrina, queriendo el Cristo dejar impresa en nosotros la persuasión de su divinidad, apela á la mas decisiva de todas las pruebas, LA EXPERIENCIA, y echa, por decirlo así, el guante á la incredulidad:—"El que quiera hacer la voluntad de mi Padre conocerá si mi doctrina procede de él, ó si hablo por mi propia autoridad."

Y para mas facilitarnos esta experiencia, nos da un grande ejemplo de amor á Dios y á los hombres, inmolándose por ellos á su justicia, á fin de que, reconciliados por su saludable mediación, y unidos con él y por él á su Padre como una familia de hermanos, podamos repetir juntos esta oración bajada del cielo para conducirnos á él:

"PADRE NUESTRO, que estás en los cielos;

"Santificado sea tu nombre;

"Venga á nosotros el tu reino;

"Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.

"El pan nuestro de cada día dánoslo hoy,

"Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.

"Y no nos dejes caer en la tentación,

"Mas líbranos de mal. Amen."

¡Qué moral! ¡Qué doctrina! ¡Qué luz tan divina! ¡Qué salud y qué gloria para el linaje humano!... Pero ¡qué revolución en todas las ideas! ¡Qué trastorno en todas las concepciones del humano espíritu! ¡Qué subversión de toda la naturaleza terrestre!... ¡Qué! ¡todos iguales, todos hermanos! ¡El esclavo al igual del dueño, el niño en parangón con el filósofo, el publicano al lado del fariseo!—¡Bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que son perseguidos!—¡Perdonar las injurias, y perdonarlas siempre; amar á sus enemigos, y amarlos tanto como á sí mismo!—¡Humillarse, renunciarse á sí propio, llevar una cruz, morir á todo para poder vivir, perderse para salvarse, abandonarlo todo para todo poseerlo!... Cuando la Sabiduría eterna hizo salir el mundo del caos, y todos los elementos confundidos se dividieron y se colocaron en el lugar que les estaba señalado, la luz en el firmamento, las aguas en el abismo de los mares, el aire en el espacio, y apareció la árida balanceándose sobre su doble polo, radiante de virginidad y lozanía, la Sabiduría eterna no se manifestó mas visiblemente que cuando, bajando á habitar entre nosotros, hizo también salir el mundo moral del caos del espíritu humano, trastornando y disipando nuestras falsas concepciones, colocando en el cielo lo que nosotros habíamos creído propio de la tierra, y precipitando al abismo lo que habíamos divinizado, dando el nombre de felicidad á los males y de desgracia á los bienes verdaderos; la Sabiduría eterna, decimos, se presentó de modo que pareció á todos los mundanos una insigne locura.

En nuestros días empero en que el Evangelio,

en fuerza de producir tantos frutos de vida, ha conquistado ya el corazón de tantas naciones y ha extendido sus ramas por toda la tierra, conocemos manifiestamente toda su divina sublimidad, y descubrimos en él una perfección absoluta que confunde todos nuestros vanos paliativos de moral y nuestros fantasmas de legislación. Su ley es la del amor, y por consiguiente no se pára en la superficie sin poder reformar al hombre interior. No detiene las manos y deja al corazón sin reforma, sino que es pura en todo, en lo secreto mas aún que en lo visible. Nunca se ve obligada á tolerar nada á causa de la dureza de corazón de los que quieran observarla; porque su primer efecto es ablandar el corazón é infundirle docilidad. Restituye al matrimonio su primitiva institución y su primera unidad. No autoriza la venganza; antes al contrario, la prohíbe siempre. No prescribe el uso del juramento, pero lo hace inútil haciendo sinceros á todos los hombres. No solo condena el adulterio, sino que anatematiza hasta su deseo. Borra la diferencia entre el amigo y el enemigo, haciendo que entrambos se amen, y junta la distancia que hay entre el esclavo y el dueño, dándoles un señor común á los dos. Reprime los deseos de la concupiscencia, y estingue y aniquila su fuente. No habla nunca de recompensas temporales; al revés, nos aconseja dejarlo todo para tener entrada franca en el cielo. En una palabra, esta ley convierte á los hombres y renueva la faz de la tierra.

CAPITULO III.

DIVINIDAD DE LA MORAL EVANGÉLICA.

§ 1.

“En moral, solo el Evangelio es siempre seguro, siempre verdadero, siempre único y siempre semejante á sí mismo.... La inteligencia nos dice que conviene á los hombres observar sus preceptos, pero que no está á su alcance el conocerlos (1).”

Estas palabras del filósofo de Ginebra encierran una verdad muy exacta.

I. En efecto, por poco aficionados que seamos á la belleza moral, es imposible que no nos enamore lo que tiene de *absoluto* la perfección de la moral del Evangelio. Esta es su señal característica, y esta señal es la de todas las obras de Dios.

Los hombres no pueden hacer nada que no sea relativo, contingente y finito. Con frecuencia han procurado crear sistemas de moral y de legislación, en lo cual han dado muestra de su fecundidad; pero si se examinan unos y otros todos esos sistemas, no encontraremos ni uno solo que, para obtener un bien cualquiera y á veces quimérico, no consagre males reales, y aun que algunas veces no los haga nacer donde no los habia. No encontrareis uno solo cuya utilidad no se halle circunscrita á circuns-

tancias de tiempo, de lugar, de personas, y que fuera de estas circunstancias no sea un mal con frecuencia mayor que el que se proponia remediar. Los hombres no pueden hacer entera abstracción del mal en sus obras, porque llevan su germen dentro de sí mismos, y lo mas que pueden hacer es mudarle de sitio: *Minima in malis*, es su divisa.

Si hay, pues, un sistema de moral *absolutamente* perfecto, que satisfaciendo todas las necesidades morales de la especie humana, corrija todos los vicios sin transijir con ninguno, y que sea igualmente bueno para todos los tiempos, todos los lugares, todos los hombres y todos los mundos reales y posibles, y que ni aun en el cielo ni en el seno de la divinidad se debilite su esplendor é importancia; en una palabra, que sea perfecto como la misma perfección y absoluto como la verdad; si encontramos este sistema y lo ponemos en práctica, habrémos salido de la esfera de las concepciones humanas, y habrémos infaliblemente dado con la obra de Dios.

Pues bien, todo esto es el Evangelio, todos estos caracteres los posee en la mas alta perfección posible.

II. Estas primeras reflexiones son capaces, en nuestro concepto, de convencer á todos los talentos dispuestos á la meditación y que poseen el profundo sentido de lo verdadero. Hay otros empero que necesitan largos y detenidos raciocinios, y para ellos vamos á esponer una forma mas demostrativa.

La propiedad de la moral absoluta y verdadera, como es la del Evangelio, es estar siempre en oposición radical con el mal moral que pretende estirpar.

Es, por lo tanto, contradictorio que el *objeto* de este mal moral pueda ser el *autor* de aquella moral.

El mal moral á que el hombre se halla sujeto, es esa ignorancia y ese disgusto del bien soberano que constituyen la esencia de nuestra naturaleza degradada. La moral evangélica está fundada en el conocimiento perfecto y en el amor absoluto del soberano bien. Es, pues, contradictorio, repetimos, que de un abismo de ignorancia y disgusto del soberano bien, como es el hombre, hayan podido salir el conocimiento perfecto y el amor absoluto del bien soberano, como es el Evangelio.

Hase dicho, con razon, que si los hombres hubiesen formado el Evangelio, seria enteramente distinto de lo que es; y nosotros añadimos, que si lo hubiesen formado tal como es actualmente, no serian hombres, es decir, espuestos á ser presa del mal moral, y que en este último caso el mismo Evangelio seria sustancialmente defectuoso, pues supondria en los hombres un mal moral que no existiria.

Estudad atentamente toda la fuerza de este raciocinio:—El Evangelio es un conjunto de preceptos rigurosos para inclinar al hombre al soberano bien; por consiguiente una de dos: ó el hombre está esento del mal moral, y en este caso el Evangelio es absurdo, como lo seria un remedio violento administrado á un hombre en completa salud, ó el Evangelio no es absurdo, y en tal caso el hombre puede ser presa del mal moral, y por conse-

(1) J. J. Rousseau, *Lettres écrites de la Montagne*, p. 20.

cuencia incapaz de haber concebido el Evangelio; de manera que de la sola concesión de que el Evangelio no es absurdo debemos necesariamente inferir que es divino.

Es esto tan exacto y tan conforme á la experiencia, que al principio de la aparición del Evangelio en el mundo fué tratado como una locura. Se negaba su divinidad disputándole la racionalidad, y esto era justo mirado desde el punto de vista en que el Evangelio y el hombre se hallaban colocados: sin embargo, los apóstoles tomaron parte en la locura del siglo para no irritarla, y consintieron en llamar á la sublime sabiduría *nececidad*, *STULTITIA*. ¡Lógica terrible que da una idea de cuán incapaz era el hombre de inventar el Evangelio! Había desconocido al mal hasta el punto de colocarlo en el lugar del soberano bien, hasta el punto de divinizarlo; y no nos referimos solo á la idolatría exterior, sino á aquella otra idolatría interior del yo humano, que constituía la esencia de todas las filosofías. Era, pues, lógico que el hombre, lejos de poder encontrar una moral fundada en el conocimiento y el amor del soberano bien como la del Evangelio, no la comprendiese en mucho tiempo, se le resistiese y hasta la negase como contraria á su razón, se burlase de ella como de una necedad y una locura, y se rebelase para destruirla como un frenético que no se quiere someter al tratamiento que ha dictado el facultativo. Esto es puntualmente lo que sucedió, según nos enseña la historia, y esto es cabalmente lo que prueba mejor que todos los racionales que el Evangelio es sobrenatural.

Lo que en este particular nos ilusiona es que, medio ilustrados por el Evangelio acerca de nuestro estado, y bastante curados por él para conocer que tenemos necesidad de serlo, deducimos de este conocimiento que hemos podido hasta cierto punto encontrar el remedio, y que este es producido por una razón mas superior aunque humana.

Este raciocinio implícito que constituye el núcleo y como la levadura de nuestro escepticismo, es tan falso como injusto. Esto es disputarle á Dios sus dones; porque ese limitado conocimiento de nuestros males que nos obliga á confesar la sabiduría del Evangelio, es fruto y resultado del Evangelio mismo, y por consiguiente las ideas y beneficios que de su divinidad hemos recibido nos sirven, como dijimos ya, para impugnarle y combatirlo. Volvamos las cosas á su respectivo lugar, restituyamos al Evangelio cuanto de él hemos recibido, y volveremos á caer en un estado que, acerca de él, no nos será ya posible el escepticismo, y nos veremos en la necesidad de rechazarlo completamente ó de adorarlo con todo nuestro corazón.

III. Pero este importante asunto escije en particular un escámen mas detenido. Pasemos de la síntesis al análisis, y busquemos en el corazón del Evangelio el divino germen para contemplar en seguida cómo se desarrolla en inmensos resultados.

Recordemos primeramente, en pocas palabras, la historia del mal moral, cuyas pruebas hemos aducido en la primera parte de nuestros *Estudios*.

En el principio la naturaleza humana, criada bue-

na y recta, permanecía adherida á su verdadero bien, que es Dios, por el uso arreglado de su voluntad. Pero por un abuso,—cuya posibilidad era necesaria consecuencia de aquella misma libertad,—el hombre se separó de su fin supremo por considerarse y crearse á sí mismo independiente de su principio. Era satélite de la divinidad, y quiso hacerse á sí propio su centro; pero desde este fatal momento, como un astro salido de su órbita, se separó de Dios y cayó en sí mismo, y de sí mismo en las demás criaturas. En aquella caída perdió el gusto y el conocimiento del bien soberano, ó mas bien aquella pérdida fué su misma caída. Sin embargo, perdiendo el conocimiento y el gusto, no perdió la capacidad ni la necesidad; y de ahí esa sed devoradora, aunque sin objeto determinado, de verdad y de amor, que le atormenta incesantemente y hace que atormenta á todos los demás seres finitos como él, para obtener una felicidad infinita que está en razón inversa de su naturaleza; de ahí ese círculo de errores y desórdenes en que la humanidad está siempre girando, sin que le sea posible salir de él, *por sus propias fuerzas*, porque le faltan para esto dos elementos esenciales que perdió: el conocimiento y el gusto de Dios.

Es curioso y triste al mismo tiempo observar los multiplicados esfuerzos de la filosofía antigua para salir de este laberinto. Las diferentes sectas de esta filosofía se repartieron el trabajo de encontrarle una salida: cada una por su parte y por distinto camino procuró descubrir el bien soberano; pero todas concluían por volver á encontrarse en su primer punto de partida, que es el yo humano, causa de nuestro estrafío.

Es efectivamente notable que todas las escuelas filosóficas limitasen el hombre á sí mismo. Aquella felicidad que Sócrates y Zenon colocaban en una virtud indefinida, aspiraba solo á la tranquilidad del alma. Epicuro, que cifraba la felicidad en el deleite, lo sacrificaba todo á la soberana independencia de los accidentes de la vida que en él creía encontrar. Pirron queria sustraer el hombre al yugo de las opiniones para librarlo de la sujeción á toda especie de deberes; y la libertad que entrega el alma al puro instinto le parecia la fuente de la suprema felicidad. El mismo Epicteto, el severo Epicteto que circunscribe los deseos dentro del círculo de las mas limitadas esperanzas, hace consistir su felicidad en una vana posesión de sí mismo, mas bien exenta de penas que abundante en placeres: el sabio es invulnerable, decia; no puede ser desgraciado por mas infortunios que le sucedan, porque su felicidad consiste en sí mismo (1).—Esto es á lo mas que llegó la humana sabiduría: reducirlo todo al bien particular, encerrar al hombre dentro de sí mismo, y alimentarlo con su propia indigencia.

Pero ¿cómo podia suceder de otra manera? No

(1) "Esto es tomar un tono demasiado alto, exclama Boetius, para los hombres débiles y mortales. Pero ¡oh trágicas verdaderamente pompas! ¡Oh sensibilidad afectada! ¡Oh fama é imaginaria sabiduría, que se cree fuerte porque es de tierra, y generosa porque es hinchada!" (Sermón sobre la Providencia.)

conociendo ni viendo el hombre mas que á sí mismo y á las criaturas, todo lo mas que podia hacer era separarse de éstas y elevarse un poco, pero para volver á caer necesariamente sobre sí mismo, porque él era para sí su soberano y último bien. No se crea que en sí mismo encontrase su deseado reposo; lejos de esto, aquel estado era el mas intolerable, y esta era la causa porque con frecuencia se salia de él y se derramaba en el amor de las demás criaturas, que al menos engañaban su impaciencia con su inconstancia, y adormecian su inquietud envileciéndole.

En uno de esos presentimientos de la verdad cristiana, cuyos rayos, como hemos visto, le habian necesariamente herido, esclama el filósofo Séneca: "¡Cuán vil y abyecto es el hombre, si no se eleva sobre la humanidad!" Montaigne al recordar estas palabras las califica de absurdas y descubre en ellas a confesion de la necesidad de un divino socorro:—"Hé aquí una espresion admirable y un útil deseo, pero igualmente absurdos los dos; porque si es monstruoso é imposible querer abarcar con la mano mas de lo que permite el puño, abrazar cosas mas estensas que el brazo, ó saltar otras mayores que la abertura de las piernas, mas lo es aún que el hombre pretenda hacerse superior á sí mismo y á la humanidad, supuesto que no puede ver sino por sus ojos ni apoderarse mas que de lo que esté á su alcance. El hombre se elevará si Dios le da *extraordinariamente* la mano, si abandona y renuncia á sus propios medios, y se deja ayudar y conducir por medios puramente celestiales (1)."

No habia pues mas que una sabiduría superior al hombre, que pudiese venir á socorrerle y arrancarle, no solo de su apego á las criaturas, sino á sí mismo, á su yo, y reconducirlo á su último fin; no habia mas que una sabiduría que pudiese enseñarle que para salvarse era preciso que se perdiera en apariencias y muriese para sí mismo; no habia mas que una sabiduría, en fin, que hiciese suceder, ó mas bien, concurrir con ese anonadamiento el conocimiento y el gusto del bien verdadero, para atraer al hombre é inclinarle á que dejara los falsos bienes y se dejara á sí mismo, y de hacerlo, renacer en Dios á la vida verdadera á medida que fuese abandonando la vida estéril y corrompida cuyo principio llevaba en su corazón.

Esta transformación, que supone necesariamente una accion exterior, ó mas bien superior á la humanidad, fué la que el Cristo vino á efectuar sobre la tierra por medio de su *moral*, predicando la mortificación y el amor de Dios;—por medio de sus *dogmas*, dándonos á conocer lo que Dios queria que amásemos,—y por medio de su *gracia*, inspirándonos ese mismo amor á proporcion de nuestra docilidad para conocerle y seguirle renunciándonos á nosotros mismos.—Estas tres cosas son inseparables en la doctrina cristiana, y conviene considerarlas siempre bajo un solo punto de vista.

Ocupándonos actualmente no mas que de la moral, nos concretamos á decir que solo habia una sa-

biduría superior al hombre que pudiese enseñarle que, para salvarse, era preciso que empezase por aborrecerse, y que pudiese pronunciar estas palabras: *¡bienaventurados los que lloran!* &c.

Nunca hubiera podido el hombre por sí solo imaginar estos caminos para llegar á la bienaventuranza, porque la entrada en estos caminos se hallaba obstruida y defendida por el instinto de su conservacion propia. Esta era la única salida del laberinto, y era imposible que el hombre la encontrara, pues todos sus esfuerzos tenian directamente por objeto el evitarla.

La solemne RENUNCIA de todo y hasta de sí mismo en vista del amor de Dios, es decir, el SACRIFICIO, este es el principio evangélico, y como el *divino germen* de toda su moral. Pero aun se halla mas particularmente compendiado en aquellas palabras del Evangelio, que no han podido salir de ninguna boca humana:—EL QUE QUIERA VENIR EN POS DE MÍ, RENUNCIESE Á SÍ MISMO, LLEVE SU CRUZ Y SIGAME. QUIEN QUIERA SALVAR SU VIDA, DEBE ANTES PERDERLA; Y EL QUE PIERDA SU VIDA POR MI AMOR, LA SALVARÁ.

Pero si la divinidad de este principio se manifiesta de este modo en su germen, resplandece aun mucho mas en su desarrollo y aplicacion.—En él toman origen todos los desenvolvimientos morales á que el hombre puede aspirar. Él es el alma de todas sus relaciones, y el que lo restablece en su lugar enfrente de todo. Él es, en una palabra, la verdadera ley de la restauracion y del progreso de la humanidad.

Una materia tan estensa, esciije un párrafo especial.

§ II.

El hombre se halla naturalmente colocado enfrente de cuatro objetos principales:—1.º Dios, —2.º sus deberes,—3.º los hombres,—4.º él mismo.

Vamos á considerar la divina excelencia del principio evangélico bajo estos cuatro puntos de vista.

1.º Con relacion á Dios.

Hay en la doctrina evangélica una palabra, que es para el mundo objeto de burla y muchas veces de terror; esta palabra es LA MORTIFICACION. Parecerá, pues, una paradoja decir que no hay palabra mas amable, mas suave, mas tierna, y añadir, sobre todo, que no hay ninguna mas experimentalmente conocida en el mismo mundo.—Pues bien, todos estos enigmas quedarán explicados haciendo observar que en el sentido evangélico, la palabra MORTIFICACION es inseparable y como sinónima de la de AMOR.

Efectivamente, el amor importa el *desamor* de todo lo que es contrario á su objeto; y aun no existiendo nada contrario á su objeto, la abnegacion, la expansion y la tendencia de la persona que ama por confundirse con el objeto amado, y vivir solo de su vida, constituirian ese *desamor propio* relativo, que no es otra cosa que la renuncia, la muerte de sí mismo, es decir, la *mortificacion*.—Amar es dar la vida por sus amigos, dijo Jesucristo, que tantos de-

(1) *Essais*, lib 4, cap. 12.

rechos tenía á definir el amor: en otra parte de los libros sagrados hay también estas otras palabras: *El amor es fuerte como la muerte, FORTIS UT MORIS DILECTIO.*

Transcribiremos un pasaje de San Francisco de Sales, que completará nuestro pensamiento.

"Hablando Platon del amor, dijo que era pobre, andrajoso, nudo, descalzo, cautivo, sin casa ni hogar, durmiendo al sereno sobre el duro suelo, viéndolo á la puerta de las casas, y siempre indigente.—Es pobre, porque lo deja todo por el objeto amado; no tiene casa, porque hace salir al alma de su domicilio para ir siempre en seguimiento del amado; vive como un mendigo puesto á las puertas de las casas, porque el que ama está sin cesar pendiente de las miradas y palabras de la persona amada, y siempre arrimado á sus oídos para pedirle favores, de que no se ve nunca satisfecho. Y en fin, su destino es vivir siempre en la indigencia, porque si alguna vez se ve satisfecho ya no hay ardor, y por la misma ya no hay amor.—Sé muy bien, ó Teótimo, que Platon hablaba así del amor abyecto, vil y cautivo de los mundanos; pero no del amor celestial y divino, en el cual se encuentran todas las verdaderas propiedades del amor (1)."

Tal es, pues, la relación que existe entre la mortificación y el verdadero amor, que no puede definirse al uno sin definir á la otra.

Establecido este precedente, y siendo Dios fuente y océano de todas las perfecciones, soberanamente digno de ser amado, como dijimos ya en el capítulo sobre la *Religion natural*, preferir á él cualquiera cosa, y sobre todo, nosotros mismos, es no amarle. Es pues necesario que nuestro amor por él sea tal, que cualquiera otro amor le ceda el lugar en nuestro corazón. Es necesario que nuestro corazón se desprenda de todo, en una palabra, que muera á toda afición exclusiva para unirse á él con preferencia. Este es el principio de la mortificación cristiana; en esto consiste el amor de Dios práctico, es decir, el primer principio de la religion natural realizado.

Fuera del cristianismo, y en los variados sistemas religiosos ó filosóficos que han tenido dividida á la humanidad, nunca fué conocido este principio, porque, ó se ofrecían á la divinidad sacrificios exteriores y actos de mortificación material, que en nada interesaban al corazón, lo cual era una pura superstición, ó se entregaban los hombres á un amor especulativo del bien soberano, que se evaporaba en teorías y terminaba en gozar de placeres propios, porque le faltaba el desapego á todo lo que es incompatible con su naturaleza. Todo procedía de la ignorancia y de la debilidad natural de la humanidad.

Solo el Evangelio podía hacer desaparecer esta discordancia, uniendo el principio de la mortificación al del amor. El Evangelio fué, por decirlo así, el que amalgamó aquellos dos principios en uno solo, y por este medio echó un puente sobre el abismo, y

nos volvió á poner en relación con la primera de todas las verdades.

Conviene pues no equivocarnos acerca del principio de la mortificación evangélica: conviene no considerar á la humanidad como un gran culpable, recibiendo sobre el cadáver los golpes de una justicia inescorable que nada es capaz de ablandar, y al cristiano como un esclavo que se humilla á la vista de los azotes, y se castiga á sí mismo delante de su dueño. Esto sería caer en un asceticismo desmedido, que sublevaría justamente á toda la naturaleza; error á que se ha inclinado un filósofo moderno, M. de Maistre.—Pero es preciso no hacerse ilusiones: el amor de Dios, primer principio de la Religion verdadera, está erizado de dificultades dentro y fuera de nosotros mismos, porque degradados, como nos hallamos, nacemos en un estado contrario á este amor. Es preciso no disimularnos toda la importancia de este lado severo del Evangelio, y persuadirse que no se puede eludir, aun entregándose á una delectación imaginaria y superficial, sin consecuencia y sin moralidad, la cual desearíamos, si nuestros amigos hiciesen consistir en ella la amistad que nos profesen. Esto sería inclinarnos hácia el quietismo, error no menos peligroso que el primero.

Si el hombre hubiera permanecido en su estado normal, habría amado á Dios sin esfuerzo, naturalmente, del modo que ama ahora los honores, los placeres, las sensualidades; y en semejante estado no hubiera comprendido cómo era posible amar todas esas cosas groseras y transitorias, que ahora no sabe comprender cómo puedan abandonarse para amar á solo Dios. Pero desde que el hombre perdió á Dios se entregó á ellas con avidez, y por un instinto imperecedero de su primitivo destino les trasfirió todos los atributos del mismo Dios. Aunque sea con la sola ayuda de la razón, ¿puede imaginarse mayor y mas insignie desvarío? Sin embargo, la pendiente por donde somos arrastrados es tal, que es necesario resistirnos á nosotros mismos y hacernos superiores á la razón si queremos advertir que estamos desaliándonos por ella. En tan deplorable estado, ¿qué es menester pues para volver á entrar en orden y razón, sino dejarlo todo para encaminarnos á Dios, del mismo modo que habíamos abandonado á Dios para darnos á todo lo demás? Tal vez nos costará mucho este sacrificio, porque en medio de nuestra ignorancia y depravación no conocemos ni nos gustan mas que esas cosas que debemos dejar, y Dios se nos figura una abstracción quimérica; pero si pudimos perder el gusto de complacernos en Dios abandonándolo para entregarnos á esas indignidades, ¿no debemos esperar que perderemos el gusto de complacernos en esas indignidades, abandonándolas para entregarnos á Dios? En verdad que entre nuestra caída y nuestro retorno hay la diferencia de que este tiene contra sí el peso de nuestra naturaleza corrompida; pero precisamente el mismo Dios descendió hasta nosotros, en la persona de Jesucristo, para levantarnos por medio de su gracia y darnos aquí en la tierra la fruición anticipada de Dios, gusto que se desarrolla y

(1) *Tratado del amor de Dios*, lib. 6, cap. 15.

aumenta á medida que es mayor nuestro desasimien- to de las criaturas, el cual debe ser el primero ó al menos corresponder con fidelidad á los auxilios de la *gracia*, porque nada puede obrarse en el hombre sin la cooperacion de su libertad.

El principio de la renuncia de sí mismo y de la mortificacion es por consiguiente el principio esencialmente generador del amor de Dios con el cual se confunde, y el primer móvil de nuestra restauracion y de nuestro progreso hácia ese supremo fin de nuestro destino. Nada puede hacerse, ni nada puede concebirse sin esto: debemos, si nos es lícito hablar así, empezar por *desencantarnos*.

Observemos bien todo el rigor y al mismo tiempo toda la sabiduría de esta ley. No se limita á romper los lazos que nos unen esteriormente á las criaturas dejándonos en seguida abandonados á nosotros mismos, lo cual seria una supersticion vana é inconsecuente, porque no son nuestros bienes lo que Dios quiere ni se satisface con víctimas groseras. Su ley es *espíritu y verdad*. Ecsije que nos demos á él todo enteros, que le entreguemos nuestro espíritu y nuestro corazon á fin de que seamos felices y le glorifiquemos. Sacrificarlo todo sin sacrificarnos á nosotros mismos, seria no sacrificar nada, seria reservarnos el centro de nuestras posesiones y como la mayor fortificacion de la plaza. El Evangelio condena mucho mas enérgicamente esa adhesion farisica de nuestras personas á sí mismas que todos los extravíos y espansiones esterioros. Por esto (admirémos la fuerza de los argumentos evangélicos) no ecsije el Evangelio el sacrificio *material y efectivo* de nuestros bienes y afecciones legítimas, sino el desapego *moral*, el desinterés interior y *espiritual*.—No quiere cambiar mas que el corazon.—Bentifica á los pobres de *espíritu*. Si ensalza la suerte de los pobres y desgraciados, no es porque la pobreza y el infortunio puedan por sí solos llevarnos al cielo, sino porque en semejante estado el desasimien to interior es mas fácil porque les basta la pura aquiescencia. Igualmente si truená contra los ricos, no es porque son ricos, sino porque siendo ricos les es mas difícil sentir y pensar como si no lo fueran.—El sentimiento y el pensamiento, el corazon y el espíritu, hé aquí lo que quiere el Dios del Evangelio, á diferencia de todos los dioses falsos.

Es verdad que esto no es poco; al contrario, en esto consiste y se halla compendiado todo; pero precisamente porque es el todo, los hombres no lo hubieran nunca sacrificado; de modo que podemos decir, que el Evangelio que lo reclama no puede dejar de ser divino:—Pero si la ecsigencia de este sacrificio procede de Dios, su rigor consiste en nosotros, en nuestra degradacion, que es efecto del abuso de un don de Dios: la libertad. Lo que procede de Dios es el conocimiento que ha querido infundirnos de sus perfecciones despues de nuestra degradacion, en cuyo conocimiento se hallan vinculados los auxilios que nos ha dado para volver á él: lo que procede de Dios es las represiones interiores que sentimos, y el haber él mismo suavizado por medio de la unción de su *gracia* el sacrificio de

nuestros falsos bienes. Por esto si este paso es penoso de una parte, de otra es inefablemente suave; participa de los dos estados que se suceden, y que luchan entre sí con mas ó menos ventaja, segun que nuestra voluntad corresponde mas ó menos puntualmente á los auxilios que se nos dan, los cuales nos están esperando á la entrada de nuestro corazon para coincidir con nuestro sacrificio. Así se esplican todos aquellos pasajes del Evangelio en que su divino Autor no habla nunca de rigor y de mortificacion sin hablar al mismo tiempo de suavidad y de vida.—“Tomad sobre vosotros mi *yugo*, dice, y.... hallaréis el *descanso* de vuestras almas; porque mi *yugo es suave* y mi *peso ligero*”—¡Estraña oposicion! ¡Un *yugo* que *descansa*! Sí, porque nos libra de todos los yugos. ¡Un *yugo suave*! Sí, porque es el yugo del amor.—En el amor de Dios se halla en efecto la vida que se creia haber perdido por la mortificacion, pero una *vida eterna*, una vida completa, libre, profundamente tranquila, y no obstante siempre ardiente y fervorosa. En él se hallan hasta los bienes y afecciones de la vida presente, y solo se encuentran cambiados el principio y la naturaleza de nuestra aficion por ellos. Ya no se posee nada en sí mismo sino en Dios, á quien todo se dirige, y se goza de todo en la medida de su verdadero valor, de su valor comparativo con aquel bien supremo que todo lo domina, lo ennoblece, y nos proporciona los goces verdaderos compensándonos abundantemente de su privacion.

Esta es la teoría del amor de Dios, es decir, del principio evangélico de la mortificacion con relacion á Dios. Por este medio entra el hombre á ocupar su lugar cara á cara con su primer principio, rindiéndole el mas perfecto homenaje que puede ofrecerle una naturaleza caída, homenaje de expiacion, de penitencia y de amor. Si hay alguna religion verdadera, racional y divina (y es preciso que haya una), seguramente es la que ofrece á Dios en holocausto el mismo corazon del hombre, y con él toda la creacion que se le resume y de la cual es como el recipiente.—Este es el verdadero *en espíritu y verdad* de la religion natural, que vino el cristianismo á realizar sobre la tierra purgándola de todas las supersticiones que la manchaban.

II. Ecsaminemos ahora la escelencia *absoluta* (es decir, *divina*) del principio evangélico con relacion á nuestros *deberes*.

Segun la moral humana, el criterio de la virtud y del deber está fundado en el interior de nosotros mismos, y en lo que nos rodea inmediatamente:—la estimacion pública, nuestra propia estimacion.—Su objeto determinante es asimismo nuestra posesion y nuestra tranquilidad personal, es decir, el interés y el amor bien entendidos de nosotros mismos. Esto es tan ecsacto, que si pudiésemos gozar de la estimacion pública y tener la conciencia tranquila, prescindiendo de las dificultades de la virtud, obraríamos el mal sin pensar en él.

Creemos poder decir que el menor de los inconvenientes de esta moral es el ser estacionaria, el ser

su tendencia retrógrada, y el que para muchos es el juguete en vez de ser el freno de sus pasiones.

De hecho, la delicadeza de la conciencia se altera á medida que se la hiera. Como la sensitiva, se retira al contacto de un cuerpo extraño. La delicadeza de la conciencia no es solo la raíz de la virtud, sino también la flor: si obra sobre nuestra conducta, nuestra conducta obra á su vez sobre ella, la modifica, la doblega, la falsea, y algunas veces hasta la sofoca. De ahí se sigue que el *sentimiento moral* se halla embotado en tan gran número de personas, y que no es raro encontrar algunos que lo perdieron enteramente, y que, según la enérgica expresión de la Escritura, *beben la iniquidad como el agua*.—Respecto á la opinión pública, basta observar que es un compuesto de todas esas conciencias más ó menos viciadas, para que conozcamos toda su insuficiencia. Tiene mil sesgos, mil matices que favorecen á las pasiones y les permiten evitar su censura: es esencialmente múltiple y variable, y desacredita su severidad con sus caprichos, de tal manera que algunas veces es más prudente librarse de ella que someterse á ella.

Estas son no obstante las bases de la moralidad humana; moral por lo mismo esencialmente incierta, limitada y flotante, como sus bases. Y ¿cómo podría ser de otro modo? El punto de apoyo del deber está tomado en el *objeto* ó en el *deber* mismo, y la regla para juzgar depende del capricho del observador.

¿Se dirá acaso, que el sentimiento de nuestra dignidad, que ese bienestar y esa satisfacción interior que nos proporcionan la virtud y la estimación de nuestros semejantes, pueden contrapesar á las pasiones y contenernos en la línea del deber? Nosotros decimos que esto no es posible más que para un pequeño número y hasta un cierto punto. En efecto, todas estas consideraciones, como dijimos ya, se resúmen en una sola y única: *el interés*; es decir, la cosa del mundo acerca de la cual estamos más expuestos á hacernos ilusión, y que en sí misma nada tiene de moralmente obligatorio. El *interés* es también el móvil de las pasiones, con la inmensa diferencia que es el primero que se presenta, y que lo hace con caracteres seductores y sensibles, y el deber es el último, y parece disminuido y como absorbido por la sujeción y la violencia que le preceden.

De aquí resulta que aparte de las grandes faltas contra las cuales la conciencia y la opinión reclaman muy fuertemente, hay una multitud de infracciones de la ley moral por quienes pasamos ligeramente, porque, calculado todo, nos perjudicaría más que nos aprovecharía el abstenernos de ellas. La opinión pública no nos agradecería nunca nuestros esfuerzos, y nuestra propia conciencia no lograría sino tener pruebas ocultas para presentarla. Á más de que, ¿qué importa todo, con tal que nuestra reputación no quede lastimada y que nuestra conciencia no nos moleste mucho? ¿No es este nuestro único objeto? A cualquiera le es permitido entender á su manera su interés y su felicidad. Es un negocio de cálculo: si uno se equivoca es por torpeza;

y como el primer aspecto del deber parece turbar la felicidad, aquella torpeza será frecuente, y la tendencia general será de caer muchas veces en ella.

No hablamos más que de la abstinencia del mal: ¿qué sucederá pues hablando de esa marcha ascendente hacia el bien, y de ese mejoramiento siempre creciente de la moralidad, que constituyen la virtud verdadera? Ciertamente que es bastante limitarnos á lo que se halla rigurosamente prescrito, pero esta misma línea de lo que está prescrito será siempre variable *bajo este respecto*, según el interés ó la pasión del momento.

Esta es la moral humana. Lo que nos impide conocer toda su impotencia es que esta moralidad nunca anda sola, y que como una planta parásita se arrima al tronco de la moral evangélica, plantado en medio de la sociedad, y se alimenta de su sustancia. Sin esta circunstancia la sociedad perecería, y no tardaríamos en volver á presenciar las grandes saturnales á que se entregaba la humanidad antes de la venida de Jesucristo.

¿Cuán distinta es la moral evangélica!

En esta moral, el tipo del deber no está en nosotros, ni se halla alrededor de nosotros, esto es, en nada mudable y contingente, sino fuera de nosotros, fuera de este mundo, en lo inmutable y absoluto por esencia, en Dios. El deber es Dios. No es por esto una abstracción que se confunde con nuestra conciencia y que depende de ella, como esta depende en seguida de nuestra voluntad. Es una personalidad esencialmente distinta de nuestra voluntad y de nuestra conciencia, y que es la regla inflexible de entrambas. La conciencia y los juicios humanos son á sus ojos reputados imperfectos, viciados, enfermos, y los dirige inmensamente á su tipo soberano, manifestado á la tierra, en palabra y en ejemplo, por la revelación del Cristo, y conservado intacto durante el curso de los siglos en la divina institución de la Iglesia. No quiere entrar en competencia con las pasiones, ofreciéndose como ellas, en premio de la virtud, nuestro bienestar acá en la tierra, sino que aplaza este premio para cuando lleguemos á otro mundo mejor, haciendo en el presente del deber una ley fundada en sí misma; y á fin de tenernos siempre dispuestos contra sus obstáculos, hace del desapego y de la mortificación una ley previa, no dejándonos ni un instante para soltar las armas de la mano y descansar, como á soldados que se les tiene siempre ocupados en ejercicios esperando al enemigo. Pero al mismo tiempo nos da en secreto lo que no nos había prometido, infundiendo en nuestra alma un gusto anticipado de la paz celestial, más delicioso que el gusto actual de los bienes perecederos, sosteniendo de este modo nuestro valor sin comprometer nuestro desinterés. En fin, nos alienta é inflama en el deber y en todos los sacrificios que en sí encierra, por medio de un sentimiento cuya propiedad es vivir de sacrificios: el amor de Dios, en el cual se contiene y de donde procede todo deber, sin ningún respeto á nosotros mismos y prescindiendo de todas las cosas criadas. Tales son los motivos de la moral cristiana:—"La ley del deber es su fundamento, dice

"un filósofo de nuestros días, ley santa, que los cristianos llaman amor de Dios, porque siendo su Dios "el bien por esencia, obedecer al deber, amar al deber, es obedecer á Dios y amarle con preferencia á todas las criaturas."

Bajo el influjo de estas ideas, sostenidas por el dogma y vivificadas por la gracia, elévase el alma del cristiano hácia su verdadero destino: cuando ha satisfecho á todo el rigor del deber, segun las exigencias de la opinion y de la conciencia, hasta el punto mas perfecto á que muy pocas veces la moral humana se eleva, se vanagloria y descansa enteramente gastada, entonces lo toma en sus brazos la moral del Evangelio, y lo eleva infinitamente mas. Empieza por hacerle despreciar el yo humano y la aprobacion de los hombres, en que se cifra el último fin de nuestras virtudes, y separándole de todas estas cosas, lo atrae y lo conduce en alas del divino amor hasta el ideal de una perfeccion, cuyo término se remonta hasta el infinito, ó mas bien que no tiene término, porque es la misma perfeccion de Dios.—"Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial."—Cuanto el cristiano haga, nada es hasta que haya llegado á este término de su carrera; y como este término no se alcanza nunca, porque continuamente se va alejando, cree él que nada ha hecho, por mucho que haya trabajado. Todo desaparece á su vista, ni siquiera repara en sí mismo: continuamente atraído hácia delante, olvida todo lo que va dejando atrás, y corre con todas sus fuerzas fuera de sí hácia la perfeccion soberana. En esta admirable posicion representa San Pablo á la virtud cristiana:—*Que quidem retro sunt obliuiscens, ad ea que sunt priora extendens meipsum* (1).

Pero lo que este divino sistema tiene de mas característico, es que los mismos obstáculos se convierten en medios de facilidad.—En todas las demas cosas el deber lleva en sí violencias, disgustos, privaciones y sacrificios; de modo que el deber es el verdadero campo de la abnegacion ó del amor, primera ley del cristiano, y que de esta manera todo lo que impide á los hombres el llenar sus deberes, desaparece por sí mismo, ó mas bien se cambia en nuevos motivos para practicarlos. Además de la conformidad á la ley del deber, encuentra en efecto el cristiano en los mismos sacrificios que ella escije un motivo de conformidad á la ley de la mortificacion, y de este modo se halla arrastrado hácia el bien por la misma razon de su resistencia. La mas perfecta virtud humana es por consiguiente muy aventajada por la del cristiano; porque siendo así que aquella cumple á lo mas con sus deberes, á pesar de su repugnancia, esta cumple con ellos á causa de su misma repugnancia, y se apoya sobre los obstáculos para salvarlos.

En llegando á este estado todos los deberes se ennoblecen y se convierten en actos religiosos, porque todos contraen un vínculo directo de homenaje y de amor á la divinidad, todos se hacen como altares en que el hombre inmola su voluntad propia á la voluntad de su Dios, y en donde recibe en

compensacion de su sacrificio una expansion de amor que hace ligero el yugo del deber y le obliga á correr por la senda de sus mandatos.

Y esto sucede en todas las clases de deberes sin distincion. Los mayores que puedan imaginarse, hasta los que escijen el sacrificio de la fortuna y de la vida, no llegan nunca á ser superiores á las fuerzas que puede inspirar un principio que tiene por objeto el desapego á la fortuna y á la vida. El cristiano es una víctima siempre pronta á toda especie de sacrificios. Nunca estos le encuentran desprevenido; y se halla siempre á su nivel, porque lleva dentro de sí una renuncia práctica de todos los bienes cuyo sacrificio le escijen. Como de antemano coloca todas sus afecciones y tesoros en el seno de Dios que ama, todos los golpes del infortunio le hacen progresar en la línea de su amor y de sus esperanzas, y el naufragio de todas las cosas humanas juntas, le conduce también á puerto de seguridad.

Pero si los mas grandes deberes no son nunca superiores á las fuerzas del cristiano, tampoco le son indiferentes los pequeños é insignificantes. Esa multitud de deberes oscuros y cotidianos que no merecen casi por recompensa ni la atencion ni los elogios de los hombres, y respecto de los cuales siempre se halla la humana debilidad inclinada á relajarse, son el verdadero patrimonio de la virtud del cristiano. Para él no hay deberes pequeños, porque los mide todos por una misma regla: la voluntad de Dios; ni los hay tampoco insignificantes, porque no los considera nunca en su objeto, sino en su principio, que es la voluntad de Dios que á todos los purifica y ennoblece. Este amor, que se alimenta y vive de la abnegacion, encuentra ventajas hasta en esta fidelidad oscura en las cosas pequeñas que lo ponen en correspondencia mas inmediata y como en confidencia con Dios, precisamente porque él solo es su testigo y juez. Parece que aquel ojo de Dios que ve en lo escondido, se abre con mayor complacencia sobre los sacrificios en que ninguna parte tienen la vanidad ni el amor propio, y en que la llama se eleva directamente hácia él. Para estos sacrificios tiene Dios recompensas especiales, como la fidelidad que los anima, y estas recompensas consisten en dar fortaleza para el cumplimiento de los grandes deberes, con la confianza de que el cielo ha de ser la corona de todos. "Alégrate, dice el Evangelio, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel sobre lo poco, te pondré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor."

De este modo se aplica el principio evangélico á todos los deberes y produce en el hombre una disposicion completa y absoluta á la virtud.

Entre las paradojas que salieron de la pluma de Bayle, es notable la de que el espíritu cristiano es incompatible con el cumplimiento de los deberes en que descansan las sociedades, porque inspiran indiferencia para los intereses que á ellas se refieren, y que constituyen su conservacion.

Felizmente para el triunfo de la verdad, semejante ultraje le valió al cristianismo una bellísima reparacion.

(1) Filipo, 3, 12.

"Después de haber insultado Bayle á todas las religiones, dice Montesquieu, combate á la Religión cristiana, y se atreve á decir que no podría subsistir un estado formado de cristianos verdaderos. Pero, ¿por qué no? Estos ciudadanos conocerían muy bien sus deberes, estarían animados de grandísimo celo para cumplir con ellos, y comprenderían perfectamente los derechos de la defensa natural: cuanto mas creerían deber á la Religión, mas creerían también deber á la patria. Los principios del cristianismo, bien grabados en el corazón, serían infinitamente mas poderosos que ese falso honor de las monarquías, esas virtudes humanas de las repúblicas y ese temor servil de los estados despóticos.... Asombro causa verse obligado á echar en cara á aquel grande hombre haber desconocido el espíritu de su propia Religión (1)."

III. Aplicación del principio evangélico á nuestras relaciones con los demás hombres.—Aquí vamos todavía á ver brillar los resultados absolutos de bondad, es decir, siempre divinos.

De tal manera se hallan los hombres colocados unos respecto de otros y de los bienes de este mundo, que el medio mejor para desprenderse de estos bienes y privarse de ellos, es derramarlos sobre los aires que nos rodean, y dar á nuestros prójimos el amor que á nosotros mismos nos rehusamos. No se goza mas que á medias de una cosa cuando no puede participar de ella ninguna otra persona; y así como el egoísmo y el orgullo tienden á concentrar en el individuo los despojos de la generalidad, del mismo modo la abnegación y la humildad tienden constantemente á distribuir entre la generalidad los despojos del individuo.

El hombre es naturalmente amigo del hombre. Un motivo de preferencia lo convierte en enemigo. Cuando busca su felicidad en sí mismo y en los bienes de este mundo, este motivo de hostil preferencia se aumenta en la misma proporción de la insuficiencia de estos bienes para satisfacer á su insaciable naturaleza. Cuanto mas se le aficióna, mas esciziente es, mas exclusivo, hasta el punto de sacrificar la humanidad entera á un apetito desordenado.—Pero por una razón inversa, si el hombre, por la ley de la abnegación, abdica los bienes de este mundo, y sobre todo, si se abdica á sí mismo, este motivo de preferencia cesa, y se cambia en un motivo contrario. En la sensibilidad que á sí mismo se niega, y en todo lo que servía de pábulo, encuentra una copiosa provisión de beneficencia que puede derramar á su alrededor; como aquellas fuentes públicas que no reciben las aguas sino para en seguida distribuir las, lo cual debe entenderse de toda clase de bienes, así de los espirituales y morales, como de los corporales y sensibles: humillarse, menos-

preciarse, renunciarse, es entonces dar lugar al verdadero amor propio y á la estimación de los otros; privarse de un bien, de una satisfacción, de un privilegio, es cederlo á otro. No hallándose ya comprimidos por el amor de sí mismo, el amor natural del hombre para el hombre, el instinto de benevolencia y de sociabilidad, la bondad que fué el primer sentimiento que infundió Dios en el corazón del hombre al formarle, como dice Bossuet, se estien y dilatan con toda la fuerza del amor propio á quien sustituyeron. Entonces amamos al prójimo como á nosotros mismos, y nos complacemos en volver á encontrar en la especie los goces que rehusamos al individuo.

Véase pues el gran principio de la sociabilidad humana realizado por el principio de la renuncia de sí mismo. Pero para comprender todas sus maravillas, conviene que levantemos un poco mas nuestra consideración.

El principio de la renuncia y de la abnegación, como dijimos ya, es falso é irrealizable, si no está en inseparable concordancia con el gran principio del amor de Dios, porque puede definirse el *desamor* de todas las cosas criadas, en obsequio de Dios. Es un vínculo de nuestras afecciones á las criaturas con el Criador. Por consiguiente, el gran principio evangélico es el amor de Dios. La principal propiedad del amor, es hacernos amar, con aquel que es su objeto, á todo lo que de él nos viene, todo lo que con él tiene relación, todo lo que él también ama; en una palabra, identificarnos con su propio corazón. De aquí se sigue que el amor de Dios debe hacernos amar á las criaturas, y sobre todo, á los hombres, criaturas de Dios por excelencia, y hacernoslas amar en fuerza de otro principio y con otros resultados; pues en lugar de amar á las criaturas en sí mismas y para nosotros mismos, lo cual es viciarlas y viciarnos á nosotros mismos, por que no somos en la tierra principio y fin unos de otros, el principio evangélico nos las hace amar en Dios y por Dios, y por consiguiente da á este amor un origen y una efusión infinitos, por que es el mismo amor de Dios perfectamente dirigido á través de sus criaturas, y como un reflejo de su suprema bondad. Por esto, después de haber dicho Jesucristo en el Evangelio que hay dos mandamientos, de los cuales el primero es: amar á Dios con toda el alma y con todo el corazón, añade: y el segundo, que le es semejante, es: amar á su prójimo como á sí mismo.

De la combinación de la renuncia de nosotros mismos con el amor de Dios resulta pues la caridad con todos sus milagros: la caridad, que no tiene mas que un nombre porque no es, como acabamos de ver, mas que una sola y única afección, ya se dirija á Dios directamente, ya se lo proponga indirectamente aplicándose á los hombres.—La caridad que nos presta el mismo corazón de Dios para amar á los hombres, y que nos la descubre y hace ver en ellos!—¡La caridad, codiciosa de la felicidad de nuestros semejantes, como la ambición lo es de su servidumbre, y que como ella encuentra estrecho el mundo para saciar su hambre y esplayar su celo!—¡La caridad, tan distinta de la *filantropía*, puesto que no es

(1) *Espíritu de las leyes*, lib. 24, cap. 6, titulado *Paradoja de Bayle*.—El error de Bayle es tanto mas imperdonable, cuanto todos los hechos protestan contra él.—Los mejores soldados del imperio, aquellas legiones fulminantes, que por mucho tiempo detuvieron el ímpetu de los bárbaros, se alistaban en las banderas del cristianismo.—El espíritu cristiano inspiró la institución de la caballería, que podríamos llamar el sacerdocio del honor.—El es en fin el que ha producido tantos grandes hombres y tan grandes acciones.

esta mas que un instinto ciego y limitado, que sin cesar transige con el amor propio, que no le presta sino para escujirle, y que mas bien procura librarse de los desgraciados que socorrerlos, cuando la caridad es una virtud de reflexion y de voluntad, fundada esencialmente sobre la exclusion de sí mismo, inspirada por el sentimiento infinito del amor divino, alimentada por el desapego á un mundo al cual no se tiene aficion mas que por ella, siempre viva en el corazon de sus apóstoles, no solamente para aliviar los males que se presentan, sino tambien para buscarlos por todas partes, considerar una obligacion el encontrarlos, y enriquecer sus dominios con la conquista de las criaturas consoladas!—¡La caridad, que obra siempre y sin interrupcion con una fuerza que salva todos los obstáculos, y una delicadeza que satisface todas las susceptibilidades; que se exhala continuamente del corazon del cristiano y se cambia de mil maneras á su redor para doblegar á todas las exigencias, y ocultarse al mismo tiempo á todas las miradas; que no solo derrama á manos llenas el oro y la plata, sino tambien palabras amigas y lágrimas muchas veces, y va dejando en pos de sí resignacion, valor y esperanza; que perdona los agravios, defiende á los ausentes, tolera á las culpables, se sonríe delante de los rencorosos, se aparta y contiene en presencia de los coléricos y vengativos, retira con cuidado del foco del amor propio todo lo que podría abrasarle, halla siempre pretextos para perdonar, para olvidar, para complacer, para consolar, sin ni siquiera dejar sospechar sus sacrificios, y que, por la fascinacion de su celestial sonrisa, adormece todos los malos instintos que germinan cerca de sí, y escita todas las virtudes!—La caridad en fin, que se retrató á sí misma por medio de su grande Apóstol en estas palabras:—“La caridad es paciente y benigna; no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca su provecho, no se mueve á ira, no piensa mal, no se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad: la caridad todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.”

Es imposible que no sea divina la religion que ha traído á la tierra la caridad. ¡Cuán poderosas no deben ser la fé y la esperanza que se apoyen en la caridad!

Hay una preocupacion bastante vulgar y deplorablemente falsa, que dice que la piedad cristiana adultera las afecciones de la naturaleza y se nutre á sus expensas: “su amor apaga todos los amores,” dice Beranger.

No nos creemos en el caso de probar cuán fecunda sea la verdadera piedad en buenas obras, en desinterés y en sacrificios para el alivio de la humanidad, porque ahí está la caridad con todas sus maravillas, pero solo la especie es objeto de la caridad, dicen, y las afecciones individuales desaparecen en ese amor de Dios y de los hombres, que segun las mismas palabras del Evangelio, no debe conocer ni padre, ni madre, ni hermanos, ni hermanas.

Preocupacion deplorable, repetimos, porque la verdad se halla en todo lo contrario. Si, el espí-

ritu del Evangelio estrecha los lazos de la naturaleza, y nos enseña mejor que ella á amar todo lo que hay obligacion de amar.

Un profundo moralista, poco aplaudido porque ha presentado á los lectores el espejo de la verdad, Larochefoucault, dijo que todas las afecciones humanas, aun las primeras afecciones de la naturaleza, no eran mas que diversas trasformaciones del egoismo. Quitando de esta opinion lo que pueda tener de demasiado absoluto, es preciso reconocer que es justa en la mayor parte de los casos, y que es muy difícil escaparse á la verdad de sus máximas. La pasion sobre todo que mas se pondera, el amor (tal como el mundo lo comprende), se halla enteramente impregnado de egoismo y vanidad. Buffon lo demostró muy bien en su precioso estudio del hombre, y el mismo mundo ha acabado por decir que el amor es un *doble egoismo*.—Por esto vemos con tanta frecuencia esos golpes de ira, de discordia y venganza, que tienen origen en el mismo seno de aquellas apasionadas afecciones que por algun tiempo nos sedujeron con su falsas apariencias de desinterés, y que solo dejan en pos de sí estragos horribles.

Pues bien, el Evangelio al extirpar el egoismo, sofoca todas esas afecciones desarregladas: en este sentido es verdad que *aquel amor apaga todos estos amores*, y es tambien verdad que como por consecuencia quita á las mismas afecciones legítimas aquella acritud que venia del egoismo y que tarde ó temprano producía amargos frutos.

Aquí está todo; solo en este sentido deben entenderse estas palabras del Evangelio:—“El que ama á su padre ó á su madre *mas que á mí*, no es digno de mí, y el que ama á su hijo ó á su hija *mas que á mí*, no es digno de mí.”

Amar una cosa cualquiera mas que á Dios, es un desórden, y lo desordenado no puede durar mucho tiempo, porque se funda en la *falsedad* y se encamina á la corrupcion. En semejante estado, el corazon tarde ó temprano se desengaña, y regularmente no espera ya la muerte para romper sus cadenas y dar rienda suelta á sus desvíos é infidelidades.

Fijando pues el Evangelio nuestro amor en el amor supremo, lejos de debilitarlo lo vivifica y eterniza, porque lo encamina á su foco y le impide el ir á perderse en los abismos. Le da todo lo que las desarregladas afecciones le defraudaban, y le ofrece un corazon purificado, dilatado, desprendido de toda mira interesada, dispuesto á todos los sacrificios y formado en la escuela del verdadero amor.

No podemos amar á los objetos de nuestro cariño, sino con relacion á nosotros mismos ó á Dios. No hay término medio. Por consiguiente, subordinándolos á su amor, el Evangelio los descarta de ese egoismo esclusivo y sofocante que tarde ó temprano seria su sepulcro. En este caso el amor de Dios que parecia deber absorber todas nuestras afecciones, se convierte para ellas en principio de una nueva vida. Así como antes eran trasformaciones del egoismo, se convierten en trasformaciones del

divino amor, esto es, del amor verdadero. Viven de su vida, palpitan con su corazón, arden con su fuego, entran en la participación de sus atributos, y llegan á ser como él, incorruptibles, puras, inalterables, superiores á todas nuestras flaquezas, á todos nuestros reveses y hasta á la misma muerte, pues desde la tierra empiezan á ser lo que continuarán siendo en el cielo (1).

“¡Dios nos libre de aborrecer á nadie (dice un “hombre cuyo corazón fué el modelo de todas las “afecciones de la naturaleza vivificadas por el amor “divino)! ¿Cómo sería posible que aborreciéramos “á nuestros padres, en quienes vemos la imagen “del Padre que está en los cielos, de la Providencia divina y maternal, la imagen de un Dios que “se llama Padre nuestro? ¿Cómo podríamos aborrecer á nuestros hijos, pedazos de nuestro corazón, reproducción multiplicada de nosotros mismos? ¿Cómo podríamos aborrecer á la compañera que Dios nos dió y á la cual nos adherimos, “por la cual dejamos al padre y á la madre, por la “inclinación y por la voluntad de Dios? ¿Cómo podríamos aborrecer á nuestros hermanos y hermanas y á nuestros consanguíneos que han estado en “el mismo seno que nosotros, y cuyas facultades “intelectuales se han desarrollado al mismo tiempo “que las nuestras, y que por largo espacio de tiempo nos han querido, y nosotros á ellos, con la “mas dulce ternura?”

“Pero al mismo tiempo, ¡Dios nos libre también “de amar al padre, á la madre, á la mujer, á los “hermanos y hermanas del mismo modo que debemos amar á Jesucristo, si queremos participar de “su santa gracia! En tal caso ya no amaríamos á “este con amor verdadero, porque para amar á aquellos y amarlos de veras, no según nuestro gusto, “mas ó menos grosero, sino con un amor que sea “mas fuerte que la muerte, debemos enlazarlos con “brazos que abracen la eternidad y apretarlos contra un corazón que ni la muerte pueda romper; “y esto no nos es posible sino amándolos en Dios: “el que ama á su prójimo en Dios, ama á Dios sobre todas las cosas, y esto es precisamente lo que “de nosotros esciije Jesucristo.”

(1)

Cual ciego que el resplandor
Contempla por vez primera,
Cree ver de la alta esfera
Que descendía el Amor,
No el que nos burla con vanas
Promesas y mal consejo,
Falso y estéril espejo,
De las flaquezas humanas;
Esperanza sin lograr,
Soplo de viento inconstante,
Fantasma que huye al instante
Del que le quiere alcanzar;
De la celeste mansion
Imagen descolorida,
Privada de tinte y vida,
De belleza y duración;
Sino aquel amor inmenso,
Llama que desde la altura
Baja á las almas tan puras
Como sube allá el incienso:
Amor arido en presencia
Del Dios que todo lo ve,
Seguro como la fe,
Fuerte como la inocencia.

[El Claustro de Villamartin.]

“Todo lo que es noble é inmortal aspira á la inmortalidad. Nada es mas noble y mas divino que el amor. Sí, todo cuanto en nosotros es noble y divino lo es por la participación con el amor, y no es amor lo que pertenece por su esencia á las relaciones temporales de la tierra. El amor encendió la antorcha de su vida en la eternidad; y no conoce eternidad mas que en el Eterno, que es á la vez su fuente primitiva y el océano ó el seno al cual vuelve otra vez (1).”

Finalmente, el principio evangélico coloca al hombre en su verdadero puesto con relación á sí mismo y á sus mas caros intereses.

Lo que corrompe al hombre trastornando el orden de sus facultades y llega por consiguiente á ser el origen de todos sus desórdenes y de todos sus tormentos, es el querer nutrir á su alma inmaterial é inmortal con alimentos terrestres y pasajeros, es el detenerse y limitarse á sí mismo cuando su naturaleza eminentemente progresiva lo arrastra hacia una perfección cuya realidad no se halla en la tierra; es en fin el querer hacer con lo finito lo infinito, con lo contingente lo absoluto, con lo imperfecto lo perfecto, con amores mortales la felicidad de un ángel.

Apartarlo de lo que causa su daño es pues desvanecerle ese grosero error. Esta alma inmortal, esta alma que absorbe el tiempo y abraza la eternidad, necesita bienes superiores al tiempo y correspondientes á la inmortalidad. Es preciso separarla de ese juego engañoso donde sin cesar se arruina, volviendo siempre á esponder un amor que se fija en objetos transitorios. Pues bien, esto es lo que hace admirablemente el principio evangélico, porque no lo hace con violencia, y al mismo tiempo sustituye con seguridad objetos celestiales á los objetos perecederos que nos hacen abandonar. Por otra parte el alma humana está dotada de una fuerza expansiva de sensibilidad y de amor, que no tarda en abrirse un nuevo camino entre los bienes verdaderos que se le ofrecen, sin que apenas medie ningún espacio entre los dos estados. Como un árbol al cual se le van cortando las ramas inferiores, y que cada golpe que recibe hace subir su savia y dirige su vegetación hacia arriba, del mismo modo el hombre, con los golpes de la mortificación evangélica, se levanta y se lanza, lejos de las criaturas á las cuales mas inclinado se hallaba, lejos de sí mismo donde antes vivía encadenado, y penetra por su verdadera naturaleza, de la cual se había separado, hasta el seno de Dios en el cual todas sus facultades se

(1) Por esto se oyen á cada paso en el lenguaje del amor profano las palabras *siempre y eterno*, y esto es precisamente lo que lo confunde y conserva los derechos de la verdad á través de todas sus violaciones.

La hermosa página que acabamos de citar corresponde á la *Historia de Nuestro Señor Jesucristo* por el conde Federico Leopoldo de Stolberg, uno de los mas esclarecidos literatos y de los primeros diplomáticos de Alemania. Descendiente de sangre real, padre de quince hijos, cuya educación estuvo siempre á su cargo, adorado de su familia y de sus vasallos, querido de todos sus contemporáneos, dió á su siglo el espectáculo de un patriarca de los primitivos tiempos. Nacido en la religión reformada, entró en el regazo de la fe católica á mediados de su edad, y dió la señal de un retorno á la unidad, que felizmente ha tenido despues muchos imitadores.

dilatan y vuelven á encontrar su nativa grandeza y su felicidad.

Los dos principios de grandeza y de miseria que se hallaban primitivamente confundidos en él, y le hacían un caos á sus propios ojos, se separan entonces y se le muestra enteramente distintos. Entonces reconoce el hombre que su miseria procedía de sí mismo, y se ve tal como es: débil, limitado, frágil, siempre inclinado por su propio peso al desarreglo y á la corrupcion; y ve también que lo que hay en él de grande y fuerte viene de Dios, y no tiene realidad ni duracion progresiva, sino por su adhesión con él. Y como esta miseria y esta grandeza son ilimitadas, el hombre puede incesantemente progresar hácia Dios, porque cuanto mas avanza, mas clara se le va manifestando la verdad de las dos naturalezas, y se le va presentando mas distinta en el espejo de las divinas perfecciones; y por consiguiente, se siente inclinado con mas fuerza á huir de la primera para unirse á la segunda, y le penetra mas el sentimiento de su indigencia y de su nada, y le atrae mas vivamente la contemplacion de las divinas perfecciones, y se encuentra como lanzado en una senda de perfectibilidad indefinida, y por lo mismo de dicha perfecta, si es verdad que la dicha de los seres consiste en su desarrollo y en la direccion de sus facultades hácia su verdadero destino.

En la otra vida esta felicidad será sin mezcla, porque jamas se verá confundida ni disputada por las ilusiones del mal. Sin embargo, aun en la presente es la única felicidad verdadera. Todo nuestro ser se halla por ella en un perfecto aplomo, y experimenta una paz profunda y viva á la vez, resultante del sentimiento del orden en nosotros mismos, y de la plena concordancia de nuestra situacion respecto de todo lo demas; respecto de Dios, á quien conocemos y amamos como el solo bien verdadero, y cuya certidumbre tranquiliza el corazon, descargándole del peso de las inquietudes inherentes á la solitud de los falsos bienes;—respecto de nosotros mismos, porque conocemos nuestra debilidad, la dominamos y somos reyes de nuestra alma;—respecto de los bienes de este mundo, los cuales poseemos sin ser poseidos por ellos, y de los cuales gozamos sin que nos molesten con sus cuidados;—respecto de los males, cuya amargura dulcificamos con la resignacion y con la confianza de que encierran bienes verdaderos, puesto que nos los envía la mano de un Dios que nos ama y que se toma la solitud de consolarnos;—respecto de la sociedad, con la cual vivimos en armonía por medio del cumplimiento de todos nuestros deberes, y por el ejercicio de la caridad, que hace hermanos nuestros á todos los hombres;—respecto de la muerte, este horror de la naturaleza á quien vemos venir como el mensajero de nuestra libertad, y cuyo aguijon hemos con anticipacion destruido con nuestra muerte voluntaria á todo lo que ella quiere que dejemos;—respecto de la otra vida, en fin, respecto de esa eternidad misteriosa que aterra á las almas mas valerosas, y en la cual entramos nosotros desde la tierra por medio de nuestra union

con Dios, en quien la eternidad existe, y del cual recibimos la consumacion y la plenitud.

Es imposible expresar toda la felicidad que se encuentra en semejante estado, felicidad que siente el alma cristiana, á pesar de las privaciones y sacrificios que se impone, y que es igual en sentido inverso, á la desdicha que experimenta el alma mundana en medio de los goces y placeres que se procura con tanto afán. En semejante estado, la libertad, la certidumbre, la paz y el amor penetran la existencia con una dulzura casi infinita, y forman alrededor del alma como una atmósfera luminosa, en la cual encuentra una vida inagotable, que se dilata con toda plenitud.

Y no es solamente el corazon el que siente esta felicidad, sino también todas las demas facultades, y particularmente la inteligencia, por su emancipacion de todas las preocupaciones que procedan de las pasiones, y por la rectitud de miras que necesariamente le infunde un principio que la coloca encima de todas las cosas humanas.

La mas clara vision de la verdad debe pertenecer en efecto al que mas separado tenga el espíritu de los objetos que ha de examinar. Para poder ser buen espectador es preciso no ser actor. Pues bien, el cristiano, colocado por su desapego fuera de las criaturas, fuera de sí mismo, fuera del tiempo, y en alguna manera en el mismo seno de Dios, asiste de continuo al solemne espectáculo de las cosas humanas, y en parte al de las cosas providenciales y divinas. Por su estado es un verdadero moralista y un sicólogo. Nada le admira, ni tiene por verdadero nada mas que la consideracion de la accion de la Providencia sobre su propia vida, y la de la gracia sobre su alma; se ve y se juzga á sí mismo en sus acciones, y hasta en sus pensamientos y en sus deseos apenas formados, como si perteneciesen á otra persona distinta; se examina, se pesa y mide en todos los movimientos de su voluntad, y experimenta su regularidad ó su exactitud por su diferencia ó su semejanza con el divino modelo, al cual se siente adherido; en una palabra, el cristiano, segun la enérgica expresion de la Escritura, *tiene su alma en su mano*. Por la misma razon todo lo demás de la tierra se le presenta mas claramente que á los otros, porque estudiándose y conociéndose á sí mismo, encuentra que ha estudiado y conocido á toda la humanidad. La continua observacion de sí mismo y de su modelo aviva en él el *sentido moral*, y le da una perspicacia, á la cual nada se oculta. La sociedad no es mas que un teatro, cuyas vanidades se le hacen patentes, y la naturaleza otro teatro, cuyas maravillas reconoce y abarca; y entonces su espíritu, libre de la envoltura de los sentidos, marcha con paso veloz hácia la investigacion de la verdad en las ciencias, y su gusto mas fino y delicado penetra y se eleva en las artes á bellezas mucho mas inmateriales. Finalmente, toda su alma se dilata y eleva, y desde su elevacion dirige sobre la tierra miradas mas penetrantes y mas fijas (1).

(1) Todo cuanto acabamos de decir se halla confirmado por la experiencia. ¿Cuáles son los mas grandes moralistas? ¿Dónde puede encontrarse mas claro y profundo conocimiento del corazón humano?

Este es el efecto del principio evangélico con respecto á nosotros mismos. Este efecto constituye la *FILOSOFÍA* por excelencia, y puede resumirse en aquellas palabras ya citadas de Jouffroy:—"Tranquilo acerca del camino que en este mundo me toca seguir, tranquilo acerca del término á que en el otro debía conducirme, comprendiendo la vida en sus dos fases, y la muerte que las une, comprendiéndome á mí mismo, conociendo los designios de Dios sobre mí, y amándole por la bondad de estos mismos designios, era feliz con esa felicidad que da la fé viva y cierta en una doctrina que resuelve todas las grandes cuestiones que pueden interesar al hombre.

§ III.

I. Echando la última ojeada sobre este grande asunto, es preciso pues reconocer que el principio de la moral evangélica que se resume en el amor de Dios llevado hasta el aniquilamiento de sí mismo: *Amor Dei usque ad contemptum sui*, es en nosotros con respecto á Dios, á nuestros deberes, á los demás hombres y á nosotros mismos, un principio generador de la verdad y perfeccion absolutas, y que su sencillez y fecundidad son de una excelencia tan absoluta y tan soberana, que exceden á la capacidad humana y van á confundirse con los caracteres, en los cuales la razón reconoce ya á la divinidad.

II. El rigor absoluto de este principio evangélico respecto de nuestra naturaleza actual, cuyas inclinaciones crucifica, supone además en ella un ofuscamiento y una depravacion que excluyen la posibilidad de que pueda conocer toda su fuerza. La humanidad podía idear ó inventar todos los principios secundarios de moral, y alcanzar todos los grados de la perfeccion, excepto este último; porque este último era exclusivo de ella misma y de su estado que se resumía en el principio diametralmente contrario, esto es, en el amor de sí hasta el aniquilamiento de las nociones de Dios: *Amor sui usque ad contemptum Dei*. Entre este estado y el principio que de él nos alejó había toda la distancia que separa á la muerte de la vida. Hubiera sido preciso no tener necesidad de la aplicacion de

este principio para poder ser capaces de encontrarlo. Renunciarlo todo, y además renunciarse á sí mismo, debía parecer nada, y de aquí no podía brotar ninguna idea, porque la nada no tiene ningún fundamento, y hubiera sido preciso que el hombre se emancipase á sí mismo, lo cual no es imaginable, para concebir la idea opuesta del amor de Dios hasta el aniquilamiento de sí mismo: *Amor Dei usque ad contemptum sui*. Y cuando de esta nada surgió la idea de abnegacion y de sacrificio, regeneradora del mundo moral, y se oyó una voz desconocida, que decía: "El que quiere venir á mí y no desprecia su propia vida no puede ser discípulo mio; porque el que quiere salvar su vida, debe perderla, y el que pierda su vida por mí, volverá á encontrarla;" una irrisión inmensa debió acoger aquella locura, y todos los poderes de la tierra debieron conjurarse para destruirla.

Sin embargo, el mundo ha acabado por adorar aquella locura. Nosotros empero no dudamos en afirmar que esta adoracion y todas las maravillas de sabiduría y de fuerza que la motivan, prueban la divinidad de su objeto mucho menos que el desprecio y la persecucion de que al principio fué víctima, y que Jesucristo es mas Dios, si es lícito hablar así, sobre el Calvario que sobre el Tabor.

III. Creemos además, que procediendo lógicamente, puede decirse que existe un principio de moral, que á pesar de las asiduas investigaciones de tres mil años, ha permanecido oculto á los hombres y á los talentos mas aventajados que ha habido en el mundo; principio del cual se han ido alejando cada vez mas, y que por consiguiente debió estar fuera del alcance de los descubrimientos del hombre. Puede decirse tambien que si al cabo de esos tres mil años de impotentes tentativas, y en lo mas fuerte de la humana incapacidad en este punto, un hombre hizo aparecer de repente aquel principio en la tierra, lo puso en accion en su propia persona con todo lo que mas horrorizaba á la naturaleza, y lo hizo triunfar de todas las preocupaciones y de todas las pasiones, hasta convertirlo en la estrella polar de la humanidad; ese hombre debía ser mas que hombre.... debía ser un hombre-Dios.

Procurémos formarnos idea del mundo pagano, examinémosle bajo todos respectos, y busquemos en él el principio de la mortificacion, del aborrecimiento, del menosprecio, de la abnegacion propia, del completo sacrificio de la naturaleza; en una palabra, por el solo amor de Dios, en ninguna parte lo encontraremos, y solo descubriremos siempre y bajo todas las formas la estimacion, el amor y la deificacion de sí mismo establecidos directa y únicamente.

Los estóicos, que pasaban por los mas perfectos moralistas de la antigüedad, *despreciaban* los sufrimientos: los cristianos *se resignan* á ellos.—Entre estos dos sentimientos, el *desprecio* de los sufrimientos y la *resignacion*, se descubre toda la medida que separa á la filosofía antigua del cristianismo.

El desprecio de los sufrimientos respira el orgullo concentrado, la contemplacion de su propio va-

son humano que en las obras de Mallebranche, de Nicole, de Pascal, de Massillon, de Bossuet y de Fenelon! Abrid al acaso sus escritos, y quedaréis admirados de encontrar á cada página, á cada línea, á cada palabra, una revelacion de vosotros mismos, tan perfecta, que llegaréis á olvidaros que tenéis en la mano un libro, y creereis estar leyendo en vuestro propio corazón. Hay un libro universal é inmortel que todas las edades, todas las condiciones y todas las creencias consultan en secreto como el oráculo de la sabiduría, que se le oye mas bien que se le lee, tan grande es la ilusion que su moral causa, que se la confunde con la misma voz de la conciencia. con esto he nombrado ya el libro mas precioso que haya salido nunca de las manos del hombre, LA IMITACION DE JESUCRISTO.

Todas las reflexiones precedentes sobre la superioridad impresa á las facultades humanas por el principio evangélico explican aquellas palabras de M. Chateaubriand:—"Para el que aspira á la inmortalidad es una gran ventaja el ser cristiano." Palabras llenas de verdad, á pesar de que aspirar á la inmortalidad y ser cristiano son dos cosas incompatibles pero en este sentido, que los que menos aspiran á ella son los que la alcanzan mas pronto, como le sucedió al autor desconocido de LA IMITACION DE JESUCRISTO.

lor, la suficiencia de su mérito: ¡Oh dolor, no eres mas que un mal imaginario! ¡expresion falsa, altiva, que parece desafiar al cielo y provocar el castigo, expresion filosófica (1)!

La resignacion á los sufrimientos importa la sumision, el reconocimiento de la falta, el desao de la reconciliacion y el amor: ¡Padre mio! si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad; ¡palabras verdaderamente humildes y llenas de amor, de exactitud, y propias de la divinidad!

De aquella falsedad de principio y de aquella deificacion del yo, que constituian el centro y como el corazon de la filosofía humana, nacen todas las falsas virtudes que se hallaban mas acreditadas en la antigüedad: la arrogancia, el valor impetuoso, el resentimiento implacable: *Impiger, iracundus, inexorabilis, acer*: tal es el retrato de un héroe de aquellos tiempos, de Aquiles.—La ambicion glorificada en la persona de Alejandro,—el asesinato político en Bruto,—el suicidio en Caton,—el patriotismo que sacrificaba la humanidad entera en las aras de la patria,—el amor á la gloria, que sacrificaba la patria al individuo,—la amistad, sentimiento exclusivo cuando no era criminal y monstruoso,—hé aquí, no los vicios, sino lo que pasaba por virtud entre los antiguos.

Si además se quiere tener una idea completa de su sentido moral, véase de qué manera el mas sabio de los filósofos arregla la mas sabia de las repúblicas. Apenas puede creerse, y sin embargo, leemos en la república de Platon: 1.º la comunidad de las mujeres; 2.º el aborto de la mujer que hubiese concebido antes de la edad de cuarenta años; 3.º la inmolacion de los hijos mal constituidos, incurables ó nacidos sin autorizacion de la ley; 4.º la proscripcion de todos los extranjeros; 5.º la esclavitud.

Este era el evangelio de la filosofía.

El Evangelio del Cristo vino á borrar todas esas iniquidades, á desenmascarar todas esas falsas virtudes, y á realizar las pocas virtudes verdaderas que constituian el fondo vital de la sociedad, como la justicia, la templanza, la sinceridad y la constancia, pero que tenian algo de estéril y limitado, como la estimacion humana, que era su objeto y su precio; y colocando con sus divinas manos el mundo moral sobre un nuevo principio: EL SACRIFICIO en lo que hay de mas general y absoluto, puesto que se estiende desde la tierra al cielo, hizo brotar de aquel principio todas las virtudes divinas, sociales y vivificantes: la humildad, la caridad, la resignacion, el arrepentimiento, el perdón de las injurias, el amor de los enemigos, el respeto y el amor de la pobreza, la fraternidad universal, el celo de la verdad, la fe, la esperanza, la caridad, grupo celestial que resume en sí todas las demás virtudes, y que se resume á sí mismo en la mas eminente, la caridad. ¡La caridad que abraza en un solo sentimiento y en una sola palabra á toda la tierra, y no solo á toda la tierra, sino á la tierra y al cielo, para consumir-

los en la unidad, que es el término del amor, que es la vida y la vida eterna!

IV. Pero un prodigio atrás otros prodigios sobre la tierra donde vivimos.

Todos los sistemas de moral inventados por los hombres han permanecido en el estado de utopias.—Y no ha sido porque ellos no hayan hecho cuanto han podido para amoldarlos á la práctica: véase á Licurgo y á Platon: ¡cuántas mutilaciones no hicieron sufrir á la ley natural! ¡Cuántos sacrificios no hicieron á la corrupcion y á las exigencias de sus respectivos tiempos y países para poder componer su idealidad moral! ¡Cuántas precauciones! ¡Cuántos esfuerzos! Podríamos decir que cortaron á su antojo lo que les pareció adaptable de la moral natural, y que lo echaron sobre el lecho de Procrusto para hacer con ello una república.... sobre el papel ó en un círculo de tiempo y de lugar tan circunscrito, como Licurgo, que mas fué un régimen político que una moral.—Por lo demás, es menester hacerles la justicia de que nunca pretendieron abarcar con su sistema á la humanidad y á la universalidad, pues la empresa les parecia no solo imposible sino inconcebible: bastante era que se propusiesen una sola ciudad, y aun era preciso que esta fuera ideal.

El Cristo se propuso desde luego al mundo entero: *El teatro de mi mision es todo el mundo*, dijo, y no solamente el mundo de la época en que apareció, sino el mundo de todos los tiempos hasta la consumacion de los siglos. No se dirigió á una ciudad, un pueblo, un imperio, sino á todo el género humano.—Esta era su república.—Viene á poner la mano sobre la naturaleza humana, la misma mano que la crió y la única que podia reanimarla. Le da la ley evangélica como un freno saludable, y esta ley tan inflexible, tan esigente, que añade á los rigores de la ley natural, ya despreciada y pisoteada, nuevos y desconocidos rigores, esta ley que ha de realizar en la tierra la misma perfeccion del cielo, y que contraría todas nuestras inclinaciones sin miramiento, sin ninguna concesion, y lo quiere todo ó nada.... esta ley, repetimos, se arraiga de repente, lo atrás todo á sí, convierte al mundo, y hace que delante de ella se confundan todas las divisiones de espacio y de tiempo que separan los destinos de los mortales: no es Atenas ó Roma, al siglo de Tiberio ó el de Constantino, los que reciben su yugo, es el universo, son todos los siglos, todas las edades. El Evangelio, que envuelve todas nuestras acciones, todos nuestros pensamientos y deseos como en una red de hierro, y que por todas partes no nos presenta mas que asperidades, es al mismo tiempo lo que hay de mas flexible, de mas suave y ligero: se presta á todos los cambios y á todos los desarrollos de la especie humana, sin que por esto haya su doctrina de cambiar ni de ceder; se pone en armonía con todas nuestras situaciones y necesidades, aspirando sin cesar á reformarlas; adáptase igualmente á todas las clases, todas las edades, todas las condiciones, y todas las inteligencias; y se conaturaliza con todas las formas de gobierno, y con todos los grados de civili-

(1) Siempre que hablamos de la filosofía en sentido poco favorable, debe entenderse *falsa filosofía*, lo mismo que en Moliere y La Bruyere la palabra *devocion*, debe entenderse *falsa devocion*, cuando se la tome en mal sentido.

zacion: inmutable en su esencia, tiene proporciones para todo, y en todo llega siempre á efectuar su divina unidad.

Hay pues, repetimos, en esta sencilla concordancia de la obra del Cristo con la obra de los hombres, no solo por su concepcion, sino tambien por su realizacion, un estímulo muy grande para nuestra f6. La concepcion evangélica es un prodigio de perfeccion y de santidad que excluye todo origen humano; pero su realizacion es un segundo prodigio mas admirable aún, porque se halla ecistente en razon inversa del primero. La conversion del mundo á una sola ley moral es un hecho sobrehumano; pero ¡cuánto mas sobrehumano aparece este hecho si aquella ley es ya de por sí un prodigio de perfeccion y de santidad en oposicion radical con las preocupaciones y pasiones del mundo! Es como una montafia situada sobre otra montafia. Si la una supone toda la sabiduria, la otra reclama toda la fuerza de un Dios; y se exaltan recíprocamente aquella sabiduria y esta fuerza.

Comprendedlo bien,—porque estamos tocando ahora una de las pruebas mas sensibles de la divinidad del cristianismo:—las concepciones de los antiguos moralistas eran infinitamente menos severas que el Evangelio; ¿seria acaso esto porque las mas rigurosas dejaban al hombre el amor de sí mismo, que se enriquecia con el sacrificio de todos los demás, y que fué el postrer amor que el Evangelio le arrancó?

Sin embargo, aquellos sistemas de moral, siendo tan poco exigentes, no tenian sectarios, y el Evangelio ha dominado ya por todo el mundo.

“Desde Tales hasta los mas quiméricos charlatanes y sus plagiaris, dice Voltaire, no hubo ningun filósofo que influyese ni siquiera en las costumbres de la calle donde vivia.”—Aparece el Cristo, y estendiendo su influencia por todo el universo y sobre todos los siglos.

Búscanse pruebas de la divinidad del cristianismo, y esta nos parece de las que se hallan al alcance de todo el mundo: es de tal naturaleza, que no solo debe probar al deista la intervencion de Dios, sino que su fuerza es bastante para iluminar los ojos del ateo con la verdad de su existencia.

Aimé Martin, que es uno de los mas grandes admiradores de Platon, en su obra *La educacion de las madres de familia*, hablando de la *República* de aquel gran filósofo, hace la siguiente reflexion:—“Aquella legislacion, cuyo conjunto platónico pareció á los antiguos el tipo de una perfeccion impracticable, no es en el dia impracticable sino porque es inmortal,—SU IDEALIDAD NO CORRESPONDE Á NUESTRA REALIDAD;—¡tan inmensa es la carga que ha añadido la humanidad! ¿Por qué para ésta los objetos de admiracion se han convertido en objetos de desprecio?—ENTRE EL MUNDO ANTIGUO Y EL MODERNO HAY EL EVANGELIO (1).”

Es verdad que la escuela de los estoicos metió

mucho ruido, y parece desde lejos que podia presentarse rodeada de gran número de discípulos; pero es necesario tener presente que sobre el particular nos ilusiona el aparato de las sentencias de que sus libros están llenos.—Si en vez de preguntar *¿qué dijeron?* se preguntase *¿qué hicieron?* la cuestion variaria enteramente de aspecto.—Y es esto tan cierto, que no tenemos asegurar que entre tantos estoicos de palabra, no habria uno solo de accion. Guardémonos empero de decir que podemos garantizar completamente la asercion, pues el jefe de la secta, el mismo Epicteto, se expresa así:

“Veo muchos hombres que recitan y propagan las máximas de los estoicos, pero no veo estoicos en ninguna parte. Y si no, enseñame un estoico; no busco mas que uno.... Si no puedes mostrarme un estoico, muéstrame á lo menos uno que haya empezado á serlo: en mi adelantada vejez no envidio otra cosa que este grande espectáculo, del cual no he podido gozar todavía (1).”

Este grande espectáculo se dió ya al mundo, y fué una cosa muy vulgar. La doctrina evangélica produjo, no uno solo, sino muchos miles de estoicos, y los produce aún todos los dias, y no solamente estoicos formados por el estudio de la filosofía, ó estoicos por temperamento, los únicos que hubiera producido la antigüedad si hubiera podido, sino estoicos de todas condiciones, de todos sexos y edades, estoicos oscuros y desconocidos del mundo, y, lo que es mas divino aún, estoicos desconocidos de sí mismos, estoicos que no sospechan siquiera que lo sean; en una palabra, estoicos que llamamos cristianos.

Hé aquí pues un problema bien raro que se la hubiera podido proponer á Epicteto, cuando se lamentaba de no encontrar ni un solo estoico empezado:—Supuesta una moral incomparablemente mas exigente que la suya, ¿cómo se la podrá hacer recibir universalmente, y de qué modo se la podrá hacer practicar por multitud de pueblos en todos tiempos y lugares, entre todas las condiciones y edades, y por todos los grados de inteligencia y de instruccion?.... ¿De qué manera se la podrá hacer penetrar en el corazon y en la conducta de una multitud innumerable de tiernas jóvenes para que no vacilen en abandonar todo lo que halaga la concupiscencia y el orgullo, y se decidan á abrazar los dolores de la vida, y no solo los dolores propios, sino los de toda la humanidad, y que en semejante estado se conformen con pasar amables, sencillas y alegres, no un momento ni un dia, sino la vida entera?....

Solo al que nos habia traído esta moral pertenecia la gloria de resolver el problema de su aplicacion.

Y no se crea que es una prueba débil de la divinidad de esta moral el haber tenido necesidad de un medio sobrehumano para ser practicada, de la misma manera que no es una prueba débil de la divinidad de este medio el haber conseguido el hacerla practicar.

Este medio es el dogma.

(1) De l' Education des meres de famille.—El testimonio de Aimé Martin es tanto mas notable, cuanto que, á pesar de lo que promete en título y la distincion académica que mereció, su obra es sustancialmente ímproba.

(1) Apud Arrian, l. 2, cap. 19.

CAPÍTULO IV.

EL DOGMA.

Un autor distinguido decia, hablando del estilo de Quinault, que éste había deshuesado la lengua. Nosotros podríamos decir de nuestros modernos theosophos, admiradores de la moral evangélica y á la vez impugnadores de los dogmas cristianos, que quieren deshuesar el Evangelio.

No cabe ser mas inconsecuente; y, hablando segun el lenguaje mas admitido, mas *irracional*.

La moral evangélica encierra en sí misma el dogma cristiano, y el dogma cristiano sostiene á la moral evangélica. Hay entre ambos un enlace de necesidad tan estrecho, como el que puede haber entre la carne, los músculos y los huesos en la composicion del cuerpo humano.

Su enlace es aun mas íntimo, porque la moral es respecto del dogma lo que el efecto respecto á la causa y la voluntad respecto del motivo determinante:—Es el dogma en accion, la fé práctica.

Hay efectivamente una evidencia vulgar de que el resorte y el móvil de nuestras acciones está en la idea preconcebida de su motivo y de su necesidad. Nunca hacemos cosa alguna sin determinar-nos anteriormente por la apreciacion verdadera ó falsa de su utilidad ó de su bondad. En este sentido no hay accion, cualquiera que sea, que no tenga su *dogma*, su *fé*, y decimos su *fé*, porque miradas las acciones de cerca, hay muy pocas, si las hay, que sean resultado de una evidencia absoluta de su misma razon de ser.—“¿Por qué os obstináis en no creer? dice un gran filósofo cristiano. ¿No conocéis que la fe dirige y precede necesariamente todas nuestras acciones? ¿qué labrador podría segar si no *confiase* á la tierra su simiente? ¿quién se atrevería á atravesar la mar si no *fiase* en la embarcacion y en el piloto? ¿qué enfermo se dejaría curar por el médico, si no le merecia antes su *confianza*? ¿qué arte ó ciencia podréis aprender, si no empezais por *creer* al maestro que debe enseñarosla? Supuesto, pues, que todo en la vida estriba en la fé humana, ¿con qué pretexto os atreveréis á criticar la fé divina?... (1)”

Hay sin duda en la incredulidad mas sinrazon de lo que imaginamos.

Los menos desrazonables son sin embargo los que rechazan el cristianismo en masa, moral y dogmas á la vez. Pero los que pretenden conservar su moral sin sus dogmas ó en el fondo, nada quieren de esta moral, ó bien, valiéndonos de una expresion de Malebranche, son espíritus nacidos para buscar en la idea del círculo todas las propiedades de los triángulos.

Nosotros, que no queremos separarnos del sentido comun, profesamos la verdad de que para persuadir á los hombres á recibir y practicar una moral tan severa y penosa para la naturaleza, es preciso darles razones muy grandes y positivas para que la abracen, y que si la moral es sobrehumana,

las razones para practicarla deben serlo tambien, y en una palabra, que para tener virtudes son indispensables las creencias.

Adelantarémos mas todavia, y antes de entrar en el escámen del dogma, nos bastará la sola moral evangélica, y el gran fenómeno de su realizacion en el mundo, para deducir esta consecuencia que nos parece rigurosa, á saber: que en pos de esta moral deben encontrarse necesariamente dogmas perfectos como ella; porque, como dijo Montaigne, *el sello especial de nuestra verdad, es nuestra virtud*.

Esta razon compendiada de la fé cristiana, que es la del pueblo, es sin duda la mas sólida. La que se deduce del escámen de los mismos dogmas es mas contingente, porque depende de las disposiciones siempre inciertas y limitadas de nuestro espíritu, y la perfeccion de los mismos dogmas supone que la mayor suma de su evidencia debe ser aplicada á la práctica que es su objeto, y deben mostrarnos siempre no el *cómo*, sino el *por qué* de las cosas.

La máxima de que al árbol se le debe juzgar por sus frutos, no se ha hecho comun sino en fuerza de ser racional. Por este mismo principio deducimos la verdad de la existencia de Dios del espectáculo del universo. Pero si las bellezas del mundo material prueban su existencia, las del mundo moral probarán su intervencion en todas las verdades que á él se refieren, y la probarán ademas por el primero de todos los axiomas, es decir, que no hay efecto sin causa, y que por consiguiente nada hay en el efecto que no esté contenido en su causa.

Estas son las relaciones que tiene la moral con el dogma.

Por esto, ¡cosa notable! la quimérica distincion entre la moral y el dogma no fué nunca mas que especulativa, ni la hicieron mas que aquellos delirantes en moral que jamas han pasado de estudiar sus flotantes nubarrones sobre el escabroso terreno de la práctica. Respecto de los que han estudiado á fondo el Evangelio, no hay cuidado de que sacuden el yugo del dogma. Su razon vive iluminada, y el mismo yugo es el que les obliga á andar hácia adelante.

A mas de que, ¿en qué se fundarian para rechazar el dogma despues de haber admitido la moral? ¿No tienen ambos una misma causa? La misma boca que dijo: *amase unos á otros* ¿no ha sido la que dijo: *yo soy el pan vivo bajado del cielo*?

¡Estrafio respeto á la moral evangélica, el que empieza por dar un solemne mentís á su autor!

La indigencia moral de los antiguos no procedia solo de su defecto de concepcion moral, sino de su defecto de *motivo*, es decir, de dogma; de manera que puede decirse que tenia origen en su misma indigencia teológica.

Es indudable que la humanidad no ha podido vivir nunca sin las nociones de Dios, de la inmortalidad del alma y de una justicia futura; pero estas nociones han sido siempre vagas, inciertas, incompletas y desfiguradas, fuera del seno del cristianismo, por efecto de la accion disolvente de las pasiones y del espíritu humano, á quienes se hallaban

(1) Teófilo, *Apología*, núm. 8.—*Origenes contra Celso*, lib. 1, núm. 11.

abandonadas sin defensa, y que poco á poco les habia ido trasformando á su imágen, como aquella estatua de Glaco, de que habla Plutarco, que colocada en la orilla del mar y constantemente batida y gastada por las olas, acabó por perder la figura de Dios, y no era ya mas que una roca informe.

El Cristo, que se anunció á sí mismo como la luz primitiva que habia comunicado á la humana raza aquellas verdades, y que lo mismo para el dogma que para la moral, precisamente nada cambió en el plan primitivo del edificio espiritual, y solo vino á retirar los escombros de nuestro entendimiento para restaurarlo y completarlo con los socorros que nuestra miseria reclamaba;—el Cristo, decimos, vino á devolvernos aquellas nociones divinas en toda su primitiva pureza, y nuevas nociones destinadas a poner á las primeras en armonía con una debilidad, que no habia podido conservarlas, y las colocó para en adelante al abrigo de toda tentativa, debajo del baluarte de su autoridad, donde permanecieron de tal modo defendidas, que despues de diez y ocho siglos de continuos asaltos por parte del espíritu humano, se han conservado intactas y han visto estrellarse contra ellas infinitas herejías y sistemas, que solo han debido la celebridad á su propia caída.

Proponiéndonos nuevas virtudes, nos propuso tambien nuevas creencias, y adaptó el resorte á la accion regeneradora que queria imprimirnos. Si con una mano nos indica un deber, con la otra nos revela una verdad, que es su motivo correspondiente: *Bienaventurados los que lloran... porque serán consolados, &c.*

Abrió asimismo á la razon y al corazon del hombre perspectivas sublimes. Iluminó su entendimiento con nociones mas claras y positivas de Dios, del hombre mismo, de sus relaciones primitivas, de sus relaciones actuales y de sus relaciones futuras. Purificó las nociones que ya se nos habian adulterado, las desarrolló, las dilató, las completó, y sobre todo las certificó, poniéndolas al alcance de nuestra vision y haciéndonos gustar de lo invisible por la fé (1): la fé, que enlaza á la moral con el dogma, y los sostiene á ambos por medio de esta union; la fé, que es la flor de la caridad y la raíz de la esperanza (2), que nos conduce por la primera á todas las virtudes, y por la segunda á todas las verdades, estableciendo de este modo una correspondencia inmediata y continua entre el espíritu y el corazon del hombre, entre el mundo intelectual y el moral, entre la tierra y el cielo.

Arquimedes pedia un punto de apoyo, y se encargaba de mover el mundo. El Cristo estableció este punto de apoyo, y renovó la faz de la tierra: punto de apoyo que es esa misma fé, de la cual él dijo que *el que la tendria, aunque no fuera mas que como un grano de mostaza, podría trasladar las montañas de un lugar á otro.*

Creemos pues que bajo este punto de vista de su relacion con la moral deben los dogmas ser estudiados; ó solamente desde aquí puede aspirarse á con-

templarlos, si nos es lícito elevarnos á un punto de vista mas intrínseco. El concierto y la fecundidad de los medios respecto del fin propuesto constituyen la perfeccion de todas las cosas. El cristianismo es un todo armónico que se resiste á la abstraccion y tiende á la unidad. En él nada hay inútil, no tiene nunca ninguna superfluidad. Quien tocara á uno de sus puntos conmoviera, por decirlo así, todos los demás. En este sentido es la Religion verdadera, á la cual todo se halla enlazado, y que lo enlaza todo de nuevo para recomponer la vida, que es la unidad. Considerar los dogmas demasiado en abstracto seria por consiguiente una falta de método; pues seria empezar por suponer en el cristianismo un defecto que felizmente no tiene; y en este sentido la oscuridad que opone á nuestras temerarias investigaciones para reconducirlas á una *evidencia práctica*, prueba su divinidad tanto como esta evidencia misma.

Hay sin duda espíritus que se ofuscan con esta oscuridad, y que quisieran que el cristianismo pudiese prestarse á una estéril especulacion, dejando la moral para no atender mas que al dogma, así como hay otros que quisieran abandonar el dogma para no quedarse mas que con una moral enteramente especulativa. Pero semejantes espíritus, que toman el vacío por la extension y el deslumbramiento por la luz, no conocen que esta propiedad *especulativa*, que buscan en el cristianismo, seria la señal cierta de su debilidad, porque eso es precisamente el sello característico de las obras humanas. Decir *especulativo* es decir *inactivo*. En este sentido Dios debería ceder el lugar al hombre, porque sus concepciones no son menos superiores á su accion, por la sencilla razon de que en él pensar y obrar es una misma cosa. Escapar en el cristianismo una penetracion de sus dogmas que se estiende mas allá de la esfera de su actividad moral, seria admitir que su autor obró como los hombres, que nunca pueden todo lo que quieren, ni realizan todo lo que conciben. Pero si el cristianismo se resiste á esta asimilacion; si por un carácter que le es propio, nada tiene en sus dogmas que no esté enlazado con la moral, que siguiendo el radio de su actividad se ve que se estiende tanto como el de su concepcion, y que ésta no se desenvuelve sino en estrecha relacion con aquella, y que en una palabra, estas dos están perfectamente adecuadas, debemos convenir en que su obra es divina, y que solo por una ilusion de nuestra miseria y vanidad vacilamos en reconocerlo.

Esta ilusion es hasta cierto punto excusable, aunque no sea necesario fondear mucho en nuestra naturaleza para averiguar y reconocer el principio de donde se origina; porque en fin, si nuestras concepciones exceden y pasan mas allá de la capacidad de nuestra accion, y si sin cesar nos lanzamos fuera de nuestra triste realidad para abarcar lo ideal y lo absoluto, damos con esto pruebas de elevacion y de fuerza, y tenemos por lo mismo motivo de envanecernos. Sin embargo, al pensar así, no reparamos que esa elevacion es la elevacion de un sér caído, y esa fuerza la fuerza de un sér quebrado, es decir, un resto de elevacion y de fuerza que aspira á levantarse y rehabilitarse; esto era lo que le hacia de-

(1) *Argumentum non apparentium.*

(2) *Substantia rerum sperandarum.*

cir á un sabio:—*Muéstrame tu fuerza, y yo te descubriré tu debilidad.*—Si poseyéramos la plenitud de la vida, no sucedería así: lo real y lo ideal se confundirían en nosotros como las aguas de un río en su mayor creciente. De la misma manera que es un desatino decir que este río no es profundo porque no se ven sus orillas, es también una ilusión de nuestra debilidad no descubrir la plenitud de la verdad y de la vida en una Religión, en que la concepción se confunde con la acción, y en que la sublimidad iguala á la profundidad.

Esta tendencia excesiva á la especulación es además el distintivo de la filosofía de nuestra época, filosofía que no se deja inspirar mas que de la *razon pura*, que desdén los hechos, que no crea mas que la idea, y no considera la experiencia y la acción mas que como fenómenos transitorios, en los cuales es inútil fijar la atención, y de los cuales hasta es bueno desentenderse para seguir una lógica arriesgada é imposible.

Esta filosofía de abstracción y de aislamiento, cuyo origen se remonta á Descartes, ha seducido con facilidad los talentos, entregándoles los espacios de *lo universal* y *lo absoluto*, y haciéndoles obrar en cierto modo como el Criador sobre el caos y el vacío;—pero también los ha precipitado en él por caer de contrapeso.

La razón pura no sugiere mas que ideas *generales* no conociendo mas que *lo universal*. Pero *lo general* y *lo universal* no admiten sino *lo necesario*, porque *lo libre* es una potencia de derogación de la generalidad, y no se conoce mas que por el suceso, por el *acto*; de donde se sigue que toda individualidad, toda personalidad, toda libertad debe desaparecer en el terreno de una filosofía semejante, y que su *ultimatum* debe ser el panteísmo y el fatalismo.

Ha llegado ya á este *ultimatum*, se ha perdido en él, y su triunfo ha sido su sepultura.

La filosofía había abierto al mismo tiempo la de las sociedades, porque las pasiones, buscando siempre pretestos que las autoricen, sobre todo cuando envuelven alguna austeridad, no tardaron en hacer descender á esta filosofía hasta su dominio, y á traducirla por teorías, tanto mas absolutas cuanto se las creía inspiradas, tanto mas libres cuanto se creían necesarias.

Oyéronse entonces gritos de terror, y ese instinto de conservación, que se manifiesta en las sociedades en días de gran peligro, hizo conocer con un solo golpe de vista toda la extensión del mal y su principio.

Entonces tuvieron lugar las denegaciones, las retractaciones y las conversiones verdaderas ó simuladas al divino paladín.

La Alemania, que se había entregado primero que nadie á las licencias de la *razon pura*, y que sobre los pasos de Kant, de Hegel y de Strauss había llegado en sus últimos discípulos al ateísmo enmascarado, asiste en la actualidad á una gran lección, lección que no debe ser perdida para nosotros, ya que habíamos participado de su extravío.

Schelling, uno de sus mas distinguidos pensados

res, que junto con Hegel había evocado el panteísmo, acaba de salir de la oscuridad en que vivía hace algunos años, y ha causado en Alemania una admiración provechosa, procurando con todas las fuerzas de su inteligencia resucitar aquel mismo cristianismo que tanto había deseado destruir.

¿Saldrá bien de su empresa? Hé aquí la cuestión en cuyo desenlace parecen agitarse los destinos religiosos de la Alemania, y cuya sola existencia denota ya un gran progreso hácia su renovación.

Según la opinión de un narrador de esta importante controversia, parece que Schelling abandona demasiado la explicación moral para concretarse á la explicación puramente didáctica del cristianismo, y que queriendo acomodar demasiado la fé á las limitadas exigencias de la ciencia humana, se expone á no satisfacer ni á la ciencia ni á la fé.

Por esto, volviendo á nuestro propósito, es preciso tomar al cristianismo en globo tal como se halla, y principalmente con su actividad moral, que es como el foco de su evidencia, porque de este modo se explican los dogmas en su verdadero objeto, y ellos mismos obran á nuestra vista con toda claridad (1).

No queremos estender mas estas consideraciones preliminares, porque deseamos con ansia justificarlas por medio del examen sucesivo de los dogmas cristianos. Aquí era solo necesario fijar el punto de vista de este examen para no dejar perder en insuficientes ó superfluas investigaciones una atención que no sabríamos bien dirigir.—Sucede á la verdad lo que á la virtud: *In medio stat*; mas acá ó mas allá no hay nada, y prueba tanta sabiduría y tanta fuerza el contener á la razón en sus límites, como el desenvolverla dentro de ellos.

CAPITULO V.

NATURALEZA Y ATRIBUTOS DE DIOS.

I. Credo in unum deum.

El que reflexione detenidamente en este hecho:—La creencia en un Dios único, espiritual y creador, es un don que el cristianismo hizo á la tierra y que se lo conserva; ese, decimos, llegará necesariamente á confesar la divinidad del donador.—La misma mano que hace salir el sol sobre el horizonte y que lo conserva en él, es la sola que pudo ha-

(1) Consultese un artículo muy notable, publicado por A. Lebre en la *Revista de Ambos Mundos*, en Enero de 1843, con el título de *Crítica de la filosofía alemana*.

Todos los esfuerzos de la Alemania protestante para recobrar la verdad cristiana han además abortado por la carencia del principio de la autoridad. La Alemania hubiera conservado esta verdad si hubiese sido capaz de recobrarla. La razón necesita de una autoridad superior, aunque no fuera mas que para conservar sus conquistas y defenderlas contra sus propias revueltas. Sin esta, la razón levantaría solo montañas de arena, que todo lo llenarían, sin poderse sostener á sí mismas. "Todos esos 'varios filósofos' (dice en conclusión A. Lebre,) tan altivos en sus pretensiones, tan ruines en sus resultados, impotentes para 'crear nada, solo saben destruirse mutuamente. De todo ese 'trabajo nada mas queda que una crítica insaciable que á nada 'perdona; es un nuevo diluvio que se aumenta, crece, se estiene y amenaza invadir con sus amargas aguas los elevados santuarios que se habían buscado para librarse de sus estragos."

cer salir y sostener aquella gran verdad sobre la bóveda de la inteligencia.

Tal vez se nos dirá que somos deudores de aquella gran verdad á la sola naturaleza; que la conciencia la proclama; que la razon aislada la demuestra, y que se sostiene á sí misma por su propia evidencia.

Aceptamos desde luego esta pretension, y convenimos en que semejante verdad es tan sólida y brillante, tan proporcionada á nuestra comprension, que parece tenerlo todo de sí misma, y que el demostrarla es mas bien un entretenimiento: tan grande es su popularidad y naturalidad.

Por consiguiente, la debilidad del espíritu humano, que la habia universalmente perdido, se hace mucho mas palpable con esto, y el poder, que nos la devolvió y nos la conserva tan fuertemente, se muestra cada vez mas divino. Solo el que es autor de la naturaleza pudo hacer natural una verdad que habia totalmente dejado de serlo, y solo él pudo inducir sobre el espíritu humano hasta el punto de asimilarle una verdad que hasta entonces le era desconocida.

No nos envanecemos sin motivo: los dogmas de la naturaleza lo deben todo á los dogmas de la religion, dijo Voltaire, y el Catecismo ayudó á Descartes en sus meditaciones mas de lo que generalmente se cree.

No confundamos dos cosas tan distintas como son el concebir una verdad y el explicarla. Las meditaciones de Descartes pueden hacernos concebir la existencia de Dios, que por otra parte al menos se concibe; pero el hecho de esta existencia debe habernos sido anteriormente enseñado. Aunque todos tuviéramos la inteligencia de Descartes, abandonados á nosotros mismos, no hubiéramos llegado nunca á sospecharlo, y no solamente no hubiéramos nunca imaginado la bellísima respuesta que da el Catecismo á esta pregunta: *¿Quién es Dios?* pero ni siquiera semejante pregunta se nos hubiera ocurrido jamás. Así lo reconoce un filósofo contemporáneo, que hemos citado ya, editor y apóstol de la filosofía de Descartes:—"La fé, dice, revela el hecho, y entrega el cómo ó la manera á las disputas de los hombres; anuncia la solucion, y deja subsistir el problema."—Pues bien, buscad el cómo cuanto queráis, estudiad las leyes del problema y sus relaciones con la solucion, todo esto os es concedido, estais en vuestro derecho: *Tradidus disputationibus eorum*. Esta parte es grande y preciosa, es del patrimonio de la filosofía, y nadie puede disputársela.... pero en cuanto al hecho y á la solucion confesemos que no los hubiéramos eternamente conocido, si la mano de Dios no nos los hubiese traído, y si no los conservase con tanta firmeza en medio de nosotros.

La verdad religiosa, y particularmente la de la existencia de un Dios único, espiritual y criador, se hallaba del todo apagada en el mundo cuando vino el cristianismo á encenderla de nuevo; y esta resurreccion del género humano á la verdad supone un poder igual al de su misma creacion. Hemos hablado ya en globo de este hecho en el capítulo

de la Necesidad de una segunda revelacion; pero jamás se meditará bastante sobre él, porque precisamente de este abismo de tinieblas es de donde se destaca la radiante claridad del Evangelio y la divinidad de su autor.

Hace tres mil años que ninguna boca humana pronunciaba nunca la palabra *creo*,—CREO EN UN SOLO DIOS.—¿Cuál es el origen y la data, y quién fué el primero en entonar ese magnífico símbolo que se canta y se proclama de un extremo al otro del mundo, y que la solemne voz de los pueblos hace resonar hasta la bóveda de los cielos? Bien lo sabemos todos: doce pobres barqueros, reunidos á la orilla de un lago por Jesucristo, fueron los primeros promulgadores del dogma de la unidad de Dios en el mundo, y los primeros catequistas de las naciones. Anteriormente á ellos y á su rededor ¿qué vemos? Un completo vacío de esta verdad en el espíritu humano, todas las inteligencias sumidas en la idolatría y en el politeísmo, los mas aventajados entendimientos filosóficos agotándose en la investigacion del primer principio, y á través de infinitud de sistemas que nos causa rubor el nombrar, viniendo todos á perderse en el panteísmo ó el dualismo, sin que ninguno se aproximase á la idea de Dios criador, sin que ninguno llegase á desenvolver la idea de su espiritualidad, sin que ninguno osara, ni aun Platon, ni Ciceron, soltase jamás hablando de la existencia de Dios, la palabra *creo*, y á lo mas murmurando al oído de sus iniciados y de sus íntimos amigos la palabra *verosimilitud*, y abandonando para siempre la solucion de este gran problema, y confesando á la faz de todo el universo su incógnita:—*Deo ignoto*.

Entonces fué cuando se presentó en la ciudad de los filósofos aquel bárbaro que se vanagloriaba de no saber nada mas que Jesucristo, y Jesucristo crucificado. Las primeras palabras que pronunció llamaron la atencion de algunos filósofos epicúreos y estoicos; lo cogieron, y lo llevaron al Areópago, diciéndole: *¿Podemos saber qué doctrina nueva es esta que predicais? Pues nos hablas de ciertas cosas de las cuales no teniamos conocimiento, y queremos saber qué quiere ser esto.*

Pablo, pues, de pie en medio del Areópago, les dijo:

"Varones atenienses, en todas las cosas os veo religiosos hasta el exceso. Porque pasando y viendo vuestros simulacros, hallé tambien un altar, en el que estaba escrito: AL DIOS NO CONOCIDO. A eso pues, que vosotros adorais sin conocerlo, ese es el que yo os anuncio.

"El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, y que es señor de cielo y tierra, no mora en templos hechos de mano de hombre: Ni es servido por manos mortales, como si necesitase de alguna cosa, pues él mismo da á todos vida, y respiracion, y todas las cosas.

"Él es el que de un solo hombre hizo todo el linaje humano, para que habitase en toda la faz de la tierra, señalando á los hombres el orden de los tiempos y los términos de su habitacion.

"Para que buscasen á Dios, si por ventura lo

"pudiesen tocar ó hallar, aunque no está lejos de cada uno de nosotros.

"Porque en él mismo vivimos y nos movemos, y somos; y como dijeron tambien algunos de vuestros poetas, porque de él tambien somos linaje.

"Siendo pues linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad es semejante á oro, ó plata, ó piedra, labrados por arte ó industria de hombre.

"Y Dios, disimulando los tiempos de esta ignorancia, anuncia ahora á los hombres, que todos en todo lugar hagan penitencia.

"Porque ha establecido dia, en el cual ha de juzgar el mundo segun su justicia."

De este modo el dogma de la unidad, de la espiritualidad y de la omnipotencia creatriz de Dios, volvió por medio de esta voz y de la voz de los doctores á introducirse otra vez en el mundo como la vida en un cuerpo ya prometido al sepulcro, y que la ignorancia y el error habian echado del trono de la inteligencia.

Apelamos aquí á la sana razon: ¿No es mas poderosa que el mundo la voluntad que obró todas estas cosas? ¿No habia estado el mundo trabajando por espacio de tres mil años para encontrar lo que aquella le dió despues en un instante? ¿Cuál habia sido el resultado de los esfuerzos hereditarios del humano espíritu, sino el irse alejando cada vez mas de la verdad, y dar á ésta un motivo mas brillante de triunfo?

Pero parece que hay ademas algo no menos sobrehumano que el retorno de esta verdad á la tierra, y es su permanencia y conservacion.

Es absolutamente preciso que haya algo de mas que humano en la manifestacion de la verdad cristiana, porque se conserva en los mismos lugares en que la verdad natural habia del todo perecido. —El espíritu humano, considerado en sí mismo, es igual en todos tiempos, y aparece idéntico antes y despues de Jesucristo: ¿por qué pues antes de Jesucristo este espíritu no pudo conservar la verdad, y se habia estendido el error, y se habia apoderado de las mas elevadas inteligencias, siendo así que despues de Jesucristo la misma verdad se ha mantenido, aclimatado y asimilado las inteligencias mas humildes y mas limitadas? —¿Por qué cualquiera niño del pueblo á quien preguntais sobre Dios, os dice de él cosas mas perfectas, mas sublimes y mas sólidas, que lo que los Anaxoras y los Platones ni siquiera sospecharon en sus mas profundas meditaciones? —¿Por qué tantos millones de hombres dicen: *Sé, creo*, sobre la misma materia en que tres ó cuatro genios de la antigüedad á lo mas decian: *Es posible, tal vez*; y esto sucede hace diez y ocho siglos? —¿Quién comunica al espíritu humano esta luz y esta fé en lo invisible, á pesar de su natural tendencia á entregarse siempre á las cosas sensibles? ¿Quién conserva en el horizonte de la inteligencia todas esas espesas nubes del sensualismo, de la supersticion y de la idolatría que cubrian en otro tiempo al mundo para no permitir que luzca en el mundo mas que el sol de la verdad, sin que el error pueda lograr otra cosa que hacer resaltar su brillantez cambiando á su redor sus ligeras formas?

Nos parece imposible no ver en todo esto algo mas que humano, y no reconocer que solo el que dijo á la mar: *De aquí no pasarás*, pudo tambien decir al error: *Nunca prevalecerás*.

El puro judaismo anterior á Jesucristo, —es decir, el cristianismo de los tiempos antiguos, —nos presentó ya el mismo fenómeno aunque en compendio, y esta semejanza prestará nuevo realce á la verdad que vamos estudiando.

Vimos ya en efecto, que era imposible explicar humanamente cómo el pueblo judío, el mas antiguo de todos los pueblos, pueblo carnal y grosero si se compara con la mayor parte de las naciones civilizadas del Asia y de la Grecia, habia conservado el culto de un solo Dios espiritual en medio de la universal idolatría, y cómo, hostigado de todas partes por las seducciones y las tinieblas del politeismo, habia atravesado toda la antigüedad sin dejar extinguir la centella de verdad y de vida que llevaba en su seno.

Pero hé aquí lo maravilloso del prodigio: ¿de qué modo esta misma centella que se hallaba perdida en la noche de los tiempos; que por espacio de tres mil años no habia podido comunicar el mas mínimo resplandor á todo lo que la rodeaba, y cuya conservacion era un prodigio, se convirtió de repente por el soplo de Jesucristo, en una hoguera universal que abrasó toda la tierra, purgóla para siempre de la idolatría, y ha continuado durante diez y ocho siglos difundiendo sus resplandores por todas las naciones?

La experiencia es grande y manifiesta, y nadie podrá negar los hechos. —Y su comprension es tan sencilla, que está al alcance de la inteligencia mas limitada.

Si el teísmo no hubiese existido en ninguna parte de la tierra antes de Jesucristo, la ignorancia absoluta del mundo pagano hubiera explicado hasta cierto punto su extravío, como el atractivo de la novedad y de los descubrimientos hubiera explicado relativamente su conversion. Esto no es sin embargo mas que una mera hipótesis.

Pero el teísmo tenia un pueblo entero de adoradores; la luz estaba en el mundo, aunque el mundo no la veia. Principalmente durante los dos últimos siglos que precedieron á la venida de Jesucristo, la nacion judía se derramó por todo el universo civilizado, llevando consigo los libros santos traducidos en lengua vulgar, y á pesar de esto ni un solo hombre se convirtió, ni todo aquel movimiento escitó mas que una estúpida admiracion.

Lo que todo un pueblo no habia podido conseguir sobre un solo hombre, doce hombres lo consiguieron luego sobre todo el universo.

Y ¿cosa admirable! estaba escrito en los libros de aquel pueblo que sucederia así; tan ordenado y tan concertado se hallaba todo por aquel poder que cambió la faz del mundo cuando quiso y del modo que quiso.

Y ¿era posible que semejante poder no fuese superior á la capacidad del hombre?... En este caso

el efecto sería mayor que la causa, es decir, que habría efecto sin causa.

Pero no está todo aquí.

La verdad religiosa fué creciendo en intensidad al mismo tiempo que crecía en difusión.

Si el teísmo judaico hubiese logrado propagarse por el mundo pagano, hubiera ido perdiendo en pureza lo que ganaba en difusión: esta es la ley ordinaria de todas las cosas. Por lo menos no hubiera nunca difundido mas claridad de la que en sí misma tenía, ni la fuerza de sus rayos hubiera podido jamás ser mayor que la de su foco.

Por consiguiente, será cierto que el teísmo cristiano es infinitamente superior en pureza y fecundidad al teísmo judaico, por la sola razón de que lo absorbió en la universalidad de su difusión.

Por esta misma razón era preciso pues que se apoderase del mundo, y le trajese una luz que en ninguna parte existía, un elemento superior al politeísmo en que el género humano se hallaba sumido.

Mas adelante nos remontaremos hasta el foco de esta luz, y la veremos brillar, no en medio de truenos y relámpagos, sino rodeada de misericordia y de sangre en la cumbre del Calvario, el Sínai de la nueva ley.

Entre tanto estudiemos su efecto examinando al teísmo judaico con un espíritu de penetración y descubrimiento que el mismo judaísmo no conocía, y que sucediéndole vino á fecundarle.

II. Yo soy el que soy.—Esta es la definición que de Dios nos da la fé, haciéndole hablar á él mismo.—Definición misteriosa y profunda, cuyo valor solo el cristianismo nos ha revelado. Esta solución del gran problema de la naturaleza de Dios, quedó efectivamente como problema, hasta que manifestándonos el cristianismo de una manera sensible los atributos divinos en Jesucristo, vino á traernos los elementos de una nueva solución y á dar al espíritu humano una penetración filosófica que nos permite sacar del *sum qui sum* de la Biblia toda la cadena de verdades que enlaza á la tierra con el cielo.

1. Nada existe por sí solo mas que Dios. Todo lo demás tiene el *sér* prestado, y él solo lo posee en su principio. Todo lo demás es *causado*, solo él es *causa*, causa de todo, por consiguiente todo causado por él. Esto es lo que aplican con sublime energía y admirable concisión aquellas palabras: *Yo soy el que soy*; es decir, no debe buscarse fuera de mí la causa de mí mismo, porque la llevo dentro de mí, y esto es precisamente lo que me constituye y me distingue de todos los demás seres: *Yo soy el que soy*, y solo yo puedo llamarme así, y este nombre es incommunicable.

Todos los demás seres, producidos por la voluntad de este *sér* supremo y por esencia, no pueden jamás confundirsele, y su definición hiere al panteísmo con una irremediable reprobación.

Es evidente, en efecto, que todos los seres que vemos están limitados al tiempo y al espacio, empiezan y acaban, y por consiguiente la causa de su *sér* les precede y les sobrevive, y es necesariamente

te distinta de ellos.—Perpetuamente van caminando de la nada al *sér* y del *sér* á la nada. No *son*, *empiezan á ser*, y ninguno de ellos puede con propiedad decir *yo soy*. *Fueron ó serán*; pero entre aquel pasado y este futuro que se suceden y pasan como dos uno sobre otro, no existe *presente*. Sin embargo, el *presente* debe existir en alguna parte, porque si no hubiese presente, no habría ni pasado ni futuro. El *sér* siempre presente, es decir, eterno, se diferencia, pues, esencialmente de todos los seres, como las orillas y el álveo de un río se diferencian de sus aguas. Él es *todo el sér* y no todos los seres. Todos los seres lo suponen, y lo suponen fuera de sí mismos como la esencia inmutable del *sér*, sin que ellos mismos estén fuera de él. En una palabra, es el solo, el único, que, encerrado en sí mismo, y viendo que todo pasa sin que nunca ni nada se ponga delante de él, puede siempre decir con igual propiedad: Yo soy EL QUE SOY.

Hé aquí como la unidad, la eternidad, la soberanía y la personalidad de Dios, que constituyen la esencia de su naturaleza, se explican inmutablemente por esta definición que á él solo puede aplicarse.

2. De esta misma definición vamos á ver cómo se derivan todos sus demás atributos:

La verdad es lo que es.—El *sér que es el que es*, es pues la misma verdad.

Es todo *santidad*, porque siendo la imperfección un límite y una alteración del *sér*, no puede acercarse al que es el *sér* por esencia, y al cual nada falta, puesto que nada hay fuera de él que sea *siendo*.

Es todo *justicia*, porque no siendo la justicia mas que una conformidad á la ley de la verdad, esto es, del *sér*, no permitiendo Dios ningun cercenamiento ni ninguna infracción en su esencia, no hace mas que conservar su naturaleza y ser semejante á sí mismo.

Es todo *omnipotente*, porque nada es sino por él, y él es por sí solo.

Es todo *bondad*, todo amor, porque el que todo lo puede y tiene en sí todo el *sér*, nada tiene que temer ni envidiar, ni ningun interés puede moverlo á hacer mal, pues siendo el mal la destrucción del *sér*, se dañaría á sí mismo cometiéndolo; y por el contrario, siendo la bondad y el amor la expansión del *sér*, cumple con la ley de su infinitud, y corresponde á su plenitud siendo liberal y fecundo.

Es todo *belleza*, porque lo bello es el esplendor de lo verdadero, del mismo modo que lo verdadero es el esplendor del *sér*.

Es todo *felicidad*, porque la felicidad es la plenitud del *sér*.

De esta manera, con la fórmula, y como la clave que el mismo Dios nos dá, podemos penetrar en su naturaleza y atributos.

3. Podemos penetrar también hasta el verdadero conocimiento de nuestros deberes é intereses.

Entre todos los seres del mundo el hombre es el solo que, por el privilegio de la libertad, puede alejarse ó acercarse al *sér* por esencia, á Dios. Nadie puede aspirar á la soberana perfección de Dios,

pero cuanto mas se le acerca, mas se va perfeccionando; de donde se sigue que la imperfeccion, es decir, lo que llamamos error, vicio, injusticia, debilidad, malicia, etc., es un alejamiento de Dios, una disminucion del *sér* en nosotros, un suicidio moral. Al contrario, todo lo que es verdad, virtud, justicia, bondad, etc., es la reproduccion, la asimilacion del *sér* en nosotros, la vida y la vida eterna. De ahí esa filiacion de ideas que nos obliga á confesar y sentir todos los dias que no hay sólida felicidad fuera de la virtud, que no hay virtud mas que en el culto y el amor de la verdad, y que no hay, en fin, verdad completa y por esencia sino en Dios, á quien debemos encaminarnos si queremos gozar de todas las cosas, sin detenernos en ninguna de ellas, porque él solo es su principio y complemento. De donde se sigue además, que no siendo todas las criaturas, y nosotros mismos, en una palabra, todo lo que no es Dios, mas que una especie de efemérides del *sér*, aficionarnos á ellas y seguir las es estraviarnos y empobrecernos miserablemente; así como hacernos superiores á ellas para adherirnos tan solo al *sér* por esencia, es aspirar á nuestra dicha y perfeccion, porque es fijarse en la fuente inagotable del *sér*, esto es, como dijimos ya, en la fuente de toda verdad, de toda justicia, de todo poder, de toda bondad, de toda belleza y de toda felicidad.

¡Qué sublimidad y sencillez! ¡qué fecundidad y unidad en un mismo dogma! La inteligencia no es capaz de comprenderle debidamente, y debe de necesidad ser así; debe perderse en él; debe entrever siempre á Dios, al cual no llega nunca á mirar de cerca;—pero por otro lado, por lo que hace relacion á sí misma, á los sentidos y á todas las criaturas, ¡cuán grandes no son y cuán admirables el desapego, la dominacion y la superioridad que la misma inteligencia contrae en la despejada region por donde va volando con las alas de la fe! y ¡cuántas garantías no va adquiriendo de la verdad y exactitud de lo que todavia no le es dado conocer enteramente!—Como el águila, esta reina de los aires, calcula la elevacion de su vuelo por el alejamiento y disminucion de la tierra que ha dejado.

Díjose que el ejercicio de la razon era inconciliable con la fe, y que la filosofía ganaria mucho emancipándose de la teología. Es lo mismo que decir que para dar á un pájaro mas ligereza y libertad es preciso descargarle del peso de sus alas. La razon no puede por sí sola elevarse sobre los sentidos, en donde pronto se estingue como si estuviera en el vacío, falta de aire, de luz y de horizonte. Por esto debe levantarse mas allá de las cosas naturales y sensibles, y pidiendo á la fe sus auxilios, ésta no la deja nunca, antes bien la ayuda y la conduce á alturas donde jamás hubiera llegado sola.—No separáremos nunca la fe de la razon, porque ambas saldrían perjudicadas. Obran recíprocamente ó se resplagan una sobre otra, segun la naturaleza de las materias de que la inteligencia se ocupa. No son múltiples, forman no mas que una sola: la fe es la razon alada (1).

III. Pero á esas alturas metafísicas no pueden aspirar todas las inteligencias; y Dios, padre y salvador de todos los hombres, debia por lo mismo descender á aplicaciones mas explícitas y mas populares.

Esto es lo que ha hecho admirablemente en cada página de los libros santos con un lenguaje, que, como veremos, prueba la divinidad de la Religion que es su depositaria, lenguaje en el cual vive y habla á los hombres como en otro tiempo á Moisés desde la zarza ardiente.

“El Señor es el Dios verdadero, el Dios vivo, el Rey eterno. Su indignacion hace temblar la tierra, y las naciones no pueden sufrir sus amenazas. Su poder crió la tierra, su sabiduría arregló el órden del mundo, y su inteligencia estendió los espacios del cielo.—Dijo, y todo fué hecho.—Sea la luz: la luz fué.—Estando solo formó los cielos.—Lanzó al aquilon en el espacio, y suspendió á la tierra sobre el vacío.—Midió todas las aguas con la palma de su mano, afirmó los cielos con su pulgar, comprimó el polvo de la tierra con sus dedos, y pesó las montañas con un pesillo.—¿Quién es el que encerró al mar en sus límites, que amenaza siempre traspasar, como si quisiera salir de madre? Púsole puertas de arena, y le dijo: hasta ahí llegarás, y de ahí no pasarás.—Alzad los ojos y ved al que crió todos esos mundos, que hace salir su ejército ordenado, llama á cada uno por su nombre, y ninguno se oculta á su sagacidad.—El Señor envia la luz, y la luz marcha adonde él la envia; la llama luego á sí, y ella le obedece temblando. Cada estrella brilla en su sitio y se goza en su destino, desde que al llamamiento de Dios todas contestaron: *aquí estamos*, y brillaron contentas ante el que las crió.—El que vive eternamente lo crió todo de una vez.—El solo, Dios, será justificado, y permanecerá invencible, rey, en su eternidad.

“No digais nunca: me esconderé, y desde la altura de su trono no se acordará de mí. En medio de tan gran multitud de personas no será notado ni conocido: ¿qué es mi alma entre tanta inmensidad de cosas criadas?—Pues bien, el cielo y los cielos de los cielos, y el abismo, y toda la tierra, y todo lo que ellos contienen tiemblan en su presencia.... Vos me habeis probado, Señor, y habeis conocido mis antiguos pensamientos; habeis escudriñado todas mis acciones y sus mas secretos resortes, y todos mis pasos han quedado patentes á vuestras miradas. ¡Qué puedo deciros ya! Todo lo conozco, lo nuevo y lo mas antiguo; me fortaleis y pusisteis sobre mí vuestra santa mano. Admirable es el conocimiento que de mí tenéis, y nada puedo hacer contra vos. ¿Dónde podría esconderme á la accion de vuestro espíritu, y de qué modo podría evitar vuestra soberana faz? Si subo al cielo, allí estáis vos; si bajo al infierno, también allí os encuentro; si desde la mañana emprendo

á la fe, experimenta la razon los efectos de su alianza, y obra con una penetracion y una libertad que recordas aquellas hermosas palabras de Lemierre.—“Hasta cuándo camina, se como? es que el pájaro tiene alas.”

(1) Puede decirse que, hasta aquí como que no pertenecen

"do mi camino para huir á la extremidad de los mares, vuestra mano me conduce y vuestra diestra me guía. Yo me dije: tal vez las tinieblas me ocultarán, pero hé aquí que la noche se presenta enteramente iluminada para descubrirme, porque para vos no hay tinieblas, y la noche y el día son semejantes á vuestros ojos.

"A pesar de su omnipotencia, es Dios paciente con nosotros, y derrama sobre los mortales el torrente de sus misericordias.—De todo os compadeceis, Señor, porque todo lo podeis, y disimulais los crímenes de los hombres para darles lugar á la penitencia.—Nada aborreceis de cuanto vos mismo hicisteis, ni ninguna de vuestras criaturas fué destinada á aborreceros.—¿Cómo podría subsistir ni un solo instante la mas vil de las criaturas, si vos no lo quisieseis, ó mas bien si vos mismo no la conservaseis? A todos perdonais, pues, porque os pertenecen, amable dueño de nuestras almas. ¡Qué bueno y suave sois, Señor, para todos nosotros! Enderezais los pasos de los que se extravían, advirtiéndoles en secreto de las cosas en que pecan, á fin de que, abandonando su injusticia, crean en vos, Señor. Y no porque no tengais poder para sujetar á los ímpios y exterminarlos, sino que queréis contemporizar para dar tiempo á su arrepentimiento, de modo que no temiendo á nadie, concedéis el perdón á todos.—¿Quién se atreverá á decirlo: qué habeis hecho? ¿Quién podrá rebelarse contra vuestros juicios, formidable vengador de las iniquidades de los hombres? ¿O quién podrá imputaros la pérdida de las naciones que vos solo formasteis?.... Ni el rey, ni el tirano podrán nunca reconveniros por los que hayais perdido; porque sois justo y obráis siempre con justicia, y considerais indigno de vuestro poder condenar al que no lo merece.—¡Soberano dominador! vuestros juicios son siempre tranquilos, y los usais con nosotros con una reserva escasa, porque os complaceis en ejercer vuestro poder con equidad.

"Por esto, así como nadie mas que vos puede hablar de vuestro poder y justicia, así nadie sino vos mismo puede tampoco hablar de vuestra misericordia y de vuestro amor.—Dios ha colocado la grandeza de su misericordia sobre los que le temen, y ha metido tanta distancia entre nosotros y nuestras iniquidades, como la que hay entre el Oriente y en Occidente.—Se compadece de los que le temen, como un padre de sus hijos, porque conoce el barro de donde nos ha sacado y se acuerda que no somos mas que polvo. Conduce su rebaño á los pastos, como el pastor que apacienta á sus ovejas; y conteniendo y guiando á los tiernos corderos, los hace descansar á veces en su seno, y á veces lleva sobre sus hombros á las ovejas preñadas.—¿Puede acaso la madre olvidarse de su hijo, y no compadecerse del fruto de sus entrañas? Pues bien, aunque ella pudiese hacerlo, dice el Señor, yo no me olvidaría nunca de vosotros (1)."

¿Quién no admira la profundidad y sublimidad de estas nociones de Dios? ¡Cuán fáciles y com-

prensibles se hacen, por la sencillez de su expresión, esas vastas y elevadas ideas que de él nos da la fée!

Parece que bajo el imperio de la nueva ley el que se llama *Dios escondido* ha querido abdicar este título para venir á la tierra y conversar con los hijos de los hombres. Parece efectivamente que en los santos Evangelios, Dios, en la persona de su Verbo se ha complacido en tomar á nuestros ojos todas las formas capaces de hacérsenos conocer y hacerle accesible hasta á los mas ignorantes. Todos sus atributos resplandecen en el Evangelio, y nos ofrecen de una manera sublime y popular á la vez, bajo el velo de aquellas transparentes palabras, en que lo invisible y eterno se manifiesta y oculta al mismo tiempo para dirigir y satisfacer á la vez nuestras miras é inclinaciones bajas y carnales. Nada omite de lo que puede llamarnos la atención, y las mas vulgares y rústicas imágenes son allí empleadas por él con preferencia para cautivarlos y atraernos á sí; es un padre que perdona, un juez que absuelve, un esposo que convida, un amigo que llama á la puerta, un amo que paga á sus operarios, un labrador que siembra, un pastor que corre detrás de su oveja, una gallina que llama á sus polluelos y los reune debajo de sus alas; y á través de todo esto es ademas la revelación mas profunda y mas infinita del poder, de la santidad, de la justicia, de la misericordia y del amor de un Dios.

Solo ideas divinas podían aventurarse bajo formas tan triviales; solo Dios podía, sin degenerar, revolarse de este modo.

IV. ¿Qué son despues de todo esto las fastuosas concepciones del hombre? ¿Dónde está el gran todo de Pitágoras, el éter de Zenon, el principio hármico de Tales, la perfección indeterminada de Platon, la razon universal de Ciceron, y el Júpiter de Homero, limitándonos á este rey de los dioses, cometido al destino, manchado por mil torpezas, juguete de tantas debilidades, é impotente no solo para gobernar la tierra y el mundo, sino aun para pacificar las regiones del cielo y mandar en su propia habitacion?

El Dios de los antiguos no era ni Dios ni hombre: no era dios, porque no era mas que un poder oculto, dividido, limitado, encadenado y maseado; no era tampoco hombre, porque no participaba de las miserias humanas y abandonaba el hombre á todos los horrores de su destino.—¿Qué quieres que haga?—dice la Divinidad al hombre justo en uno de los mas bellos monumentos de la teología antigua,—no he podido apartarte de esos males, pero he fortalecido tu valor para que pudieses hacerte superior á todos ellos (1).

¡No HE PODIDO! Qué palabras en boca de un Dios! La noción de la Divinidad se habia degradado en efecto hasta el punto de que el hombre, tan degradado como se hallaba, le era todavia muy superior.—¿Y qué dirémos de las concepciones mitológicas?...—¡Oh pastosa perversión de las ideas y

(1) Todas estas citas están tomadas de los libros santos.

(1) Génesis, de Provid., cap. 3.

de los instintos del hombre! Este habia acabado por hacerse del cielo algo inferior á la tierra, un conjunto y como un sumidero de todas sus torpezas: El pagano valia mas que sus dioses, la tierra podia avergonzarse de tener un olimpo, las pasiones descansaban en su falda, y la virtud alarmada hufa de los altares como de peligrosos precipicios, no quedándole otro refugio que la impiedad.

Hallándose la sociedad en este estado, vino el cristianismo á recomponer la idea de Dios. Para ello no debió limitarse á abstracciones y teorías; necesitábase una manifestacion sensible y aparicion evidente de la misma Divinidad. Pero, ¿bajo qué figura? ¿en qué estado? Aquí es donde brillan la magnificencia y sabiduría del Dios que adoramos.—El hombre se habia perdido forjándose un Dios á imagen de sus sensualidades y acumulando en él todas las miserias y torpezas de las pasiones.—Para salvar al hombre, se hizo Dios á imagen de sus sufrimientos y cargó con todas las humillaciones y sacrificios de la virtud.—En estos dos órdenes de ideas es Dios siempre igual y hasta inferior al hombre, con la notable diferencia, empero, de que en el paganismo Dios era igual ó inferior al hombre por una degradacion intelectual y moral, y en el cristianismo lo es por un abatimiento carnal y sensible.—En ambos casos se halla la divinidad cargada con todos los pecados del mundo: en el paganismo para autorizarlos y cometerlos, y en el cristianismo para impedirlos y expiarlos. Allí se presenta como culpable, aquí como víctima.—Entre el Olimpo y el Calvario media la distancia que separa al cielo de la tierra.

Necesitábase toda esta oposicion y esta extremidad llevadas hasta la semejanza en los términos para rehabilitar al hombre y levantarlo hasta Dios.—Pero cuanto mas necesario era, menos podia el hombre concebirlo ó inventarlo.

Esto nos conduciria ya al dogma de la redencion, que se presenta siempre como el término de todas las avenidas de nuestros *Estudios*, porque es su soberano centro; pero hemos debido reservarlo para ser especial materia de nuestras meditaciones.

No podemos sin embargo dejar de recordar aquí, que por medio de este dogma volvió á entrar en el mundo y se conserva en él el dogma de la *naturaleza y atributos de Dios*. Es verdad que todo cuanto dejamos dicho sobre la revelacion de este último dogma, valiéndonos de las palabras de los libros santos, ha contribuido á racionalizarlo y naturalizarlo en las inteligencias, pero su punto de retorno y su foco de conservacion tan solo se hallan en la cruz de Jesucristo.—Allí lo ve el infante, allí lo encuentra el filósofo.—Para la humanidad culpable y extraviada siempre será el *crucificado* el buen Dios.

V. Dejando para poco despues el entrar en las profundidades de la filosofía de la cruz y descubrir en ella, en todo su principio y plenitud, el dogma de la unidad, de la santidad, de la omnipotencia, de la soberana justicia, de la infinita sabiduría y del

inmenso amor de Dios, que no hemos hecho mas que tocar someramente, observemos entre tanto, para completar lo que de él conviene decir aquí, que entre todos los frutos de salvacion que ha producido en el mundo el dogma de la unidad de Dios, el mas inmediato y directo es el de la reconstruccion de la *unidad humana*.

“Rompiendo el politeismo la unidad de Dios, habia roto tambien la de la humanidad (dice un sabio crítico ya citado). Al aparecer una nueva mitología alterábase todo entre los que estaban interesados en aquella crisis. El pensamiento se quedaba confundido hasta en sus mas secretos arcanos; la lengua se modificaba bajo esta influencia, y aparecian una religion, un idioma y un pueblo nuevos que se desprendian del tronco comun.—Era preciso que el Dios unico fuese revelado á los hombres para que pudiesen estos volver á encontrar el recuerdo de su UNIDAD perdida (1).”

Nada es mas fácil de concebir que aquella verdad de hecho que domina en toda la historia y la divide en dos grandes hemisferios, es decir, el del politeismo, al cual corresponde la *poliantrópia* (2) con todo su vergonzoso cortejo de esclavos y gladiadores, de hostilidad universal de los hombres entre sí, y el de la unidad divina, al cual pertenece y se refiere la *filantropía* ó la caridad con sus franquicias, sus asilos de beneficencia y sus inspiraciones universales de fraternidad ó igualdad.

“No son, pues, los pueblos los que crearon sus mitologías, añade el autor citado, y sí las mitologías las que dieron origen á los pueblos.”—Esto es una explicacion aclaratoria.—Es incontestable que las mitologías produjeron la perturbacion de los pueblos; pero nos parece que no lo es menos tampoco, que la imaginacion depravada de los pueblos produjo asimismo las mitologías, es decir, la perturbacion de la verdad divina.

Habia sobre esto accion y reaccion; la imaginacion corrompida de los hombres se impregnaba en el seno de la sociedad de los vicios mas violentos y de las mas imperiosas y desordenadas inclinaciones, y juntando á esta misma violencia la idea de una fuerza superior y divina, en lugar de descubrir en ella la debilidad y servidumbre del hombre caído, se forjaba sobre ella un cielo de divinidades compuestas de lo mas abyecto que hay en la tierra. Pero este cielo y estas divinidades obraban á su vez sobre el corazon del hombre con todo el poder de la supersticion, y aumentaban por consiguiente la violencia de las pasiones, que eran su principio y que sus propios excesos legitimaban cada vez mas. De aquí resultaba una espantosa progresion hácia el mal, porque á su fuerza espontánea añadía el hombre la fuerza de los instintos religiosos que hubieran debido reprimirlo; pero estas dos fuerzas se aumentaban y se coligaban contra la verdad y la virtud en razon directa de su oposicion y de su distancia.—Por estos caminos se llegó por fin á un completo trastorno, el desórden se presentó legitimado

(1) A. Lebre, *Crisis de la filosofía alemana*; Revista de ambos mundos 1.º de Enero de 1843.

(2) Pluralidad de razas humana.

por una especie de derecho divino, y el infierno se hizo adorador de los hombres.

Esta explicacion aclara las relaciones del *politeismo* con la *poliantropia*, pues no siendo la mitología mas que una traslacion al cielo de las pasiones que dividian á los hombres sobre la tierra y una apoteosis del egoismo que habia roto su unidad; el *politeismo* y la *poliantropia* se reflejaban y se producian reciprocamente.—La division de los hombres constituia la de los dioses, y la division de los dioses consagraba la de los hombres.—El odio era una cosa divina (1).

¡Qué revolucion tan profunda debió traer y obrar en un mundo semejante el dogma de la *unidad* y de la *santidad* de Dios! No solamente el politeismo, destruido ya, dejó desde entonces de autorizar la division de los hombres, sino que la *unidad* de Dios los aprosimó y unió; y su *santidad* desterró las pasiones al abismo, purgando de este modo á la tierra de todos los gérmenes de discordia que la despedazaban. Convirtiéndose los hombres en hijos de Dios, se encontraron todos hermanos, y las pasiones, declaradas criminales, envolvieron en su reprobacion las divisiones que ellas originaban.

Y como al propio tiempo el dogma de la *unidad* de la raza humana era predicado por los mismos que promulgaban el de la *unidad* de Dios, ambos dogmas obraban reciprocamente sobre la salud del mundo, á la manera que la *poliantropia* y el *politeismo* habian obrado en su disolucion.

“El Dios que hizo el mundo y todas las cosas “que hay en él, siendo señor de cielo y tierra, no “mora en templos hechos de mano de hombre, ni “es nunca servido por obras de manos mortales, “pues él mismo da á todos vida, y respiracion y “todas las cosas.—Y DE UNO SOLO hizo todo el linaje humano para que habitase en toda la haz de “la tierra, señalando el orden de los tiempos y los “términos de sus habitaciones, para que buscasen “á su Dios por si lo pudiesen tocar y hallar, aunque no está lejos de cada uno de nosotros, porque “en él mismo vivimos, nos movemos y somos. Y “disimulando Dios los tiempos de esta ignorancia, “anuncia ahora á los hombres que todos en todo “lugar hagan penitencia, porque ha señalado día en “el cual juzgará al mundo segun su justicia (2).”

Cuando hayamos llegado á la cruz veremos todas estas cosas con perfecta claridad.

CAPÍTULO VI.

“Supuesto que la filosofía, por mas sublimes esfuerzos que haga, no puede llegar mas que á in-

(1) Vemos en la *Iliada* que los dioses se batian entre sí como los hombres. La cólera, la venganza, los celos y el feroz orgullo eran los fuegos que las divinidades encendian en el corazon de los combatientes, y de los cuales se sentian ellas mismas devoradas.—Hé aquí el gran secreto de la *Eneida*:

..... Manet alta mente repositum
Judicium Paridis, spreteaque injuria formae
Et genus invidium et rapti Ganymedis honores.

(2) Discurso de S. Pablo al Areópago de Atenas, *Act. Apost.* xvii.

“dicar débilmente el deseo, la esperanza, ó cuando mas la probabilidad de una vida futura, solo á “LA REVELACION DIVINA toca afirmar la existencia “y presentarnos el estado de ese país invisible destinado á recibir las almas de los hombres despues “que se hayan separado de sus cuerpos (1).”

Tal es la consecuencia que un enemigo del cristianismo saca de la impotencia natural del espíritu humano, para crearse la certidumbre de la existencia de la otra vida, y en particular de la ineficacia de la filosofía antigua respecto á esto.

Hé aquí en efecto una materia muy interesante de meditacion, y un fuerte argumento en favor de una religion que ha llegado á establecer en todas las inteligencias la creencia de una vida futura, y á dar de esta vida futura una idea racional, pura, sublime y no imaginada hasta su aparicion.

Entreguémonos, pues, á las reflexiones que surgen de este punto capital de nuestros *Estudios*, que se divide naturalmente en dos partes.

- 1.ª Existencia de una otra vida para el alma.
- 2.ª En qué consiste esta otra vida.

§ I.

Para poder conocer bien á la Religion en el fondo de ideas y de verdades que son comunes á ella y á la razon humana, es preciso continuar siguiendo el método empleado hasta aquí, á saber: considerar lo que pudo la razon humana antes de la venida de Jesucristo, y compararlo con lo que el cristianismo la ha obligado á hacer.

La inmortalidad del alma es indudablemente una de las verdades primordiales que el instinto universal proclama, y cuya demostracion se da á sí misma la razon. Esto no puede dejar de ser una verdad, y hasta creemos que hemos aducido en su favor dos pruebas decisivas en el capítulo en que hemos tratado de ella bajo el punto de vista racional.—Ahora añadimos que no es una verdad puramente especulativa, y que su naturaleza y consecuencias la convierten en una de las bases mas positivas y mas prácticas de las sociedades humanas.

Pero ¿por qué la misma razon humana, que actualmente demuestra y afirma esta verdad; por qué el mismo corazon humano, que cree firmemente en ella y se le adhiere, no tenia de ella, antes de la venida de Jesucristo, mas que vagos y confusos presentimientos?—¿Por qué la razon de los mas profundos metafísicos, despues de haberse elevado sobre este punto á las mas sublimes y seductoras consideraciones, acababa por espirar en la duda? ¿Por qué la masa comun de los pueblos iba caminando como un vil rebaño hácia la region de la muerte, sin alzar ni una sola vez al cielo esa mirada suprema y confiada que el mas humilde moribundo de nuestros dias fija en él como sobre las riberas de la patria?

La necesidad de esta creencia era igual para las sociedades, las fuerzas del humano entendimiento

(1) Gibbon, *Historia de la decadencia del imperio romano*, tomo III, pág. 42.

eran también iguales á las que ahora tiene, y además nunca la humanidad ha estado ni estará mejor representada que por los genios de Platon, de Sócrates, de Ciceron y otros;—¿por qué pues no podía el hombre comprender aquella verdad lo mismo antes de Jesucristo que despues de su venida?

Es preciso reconocerlo, á menos que nos hayamos declarado contrarios sistemáticos de la evidencia y de la luz; es preciso confesar que Jesucristo trajo á la tierra un elemento *sobrehumano* de verdad, un caudal de nociones *sobrenaturales* y divinas, y que sobre este elemento y este caudal ha apoyado despues la razon moderna sus demostraciones y el corazon humano sus creencias.

Es preciso que la verdad de la inmortalidad del alma sea muy imprescriptible para que haya podido sobrenadar siempre en medio de todos los extravíos del espíritu humano, y seguramente que si hubiera podido perderse, no hubiera faltado alguna época ó algun lugar en que hubiera del todo perecido. Pero el espíritu humano no puede nunca prescindir de esta verdad; y si alguna vez se separa de la luz revelada, puede caer, respecto de aquella, en una especie de crepúsculo que no le permite ni comprenderla con seguridad, ni perderla de vista enteramente.—Tal era el estado del espíritu humano antes de la venida de Jesucristo.

Al final de nuestro capítulo sobre la *inmortalidad del alma* hemos aducido un pasaje de Platon, que dice que para negar esta verdad *es menester haber perdido enteramente el juicio*. Y observad en lo que se funda: “Esto es lo cierto; aunque la prueba de ello escijiria largos discursos, y es menester crearlo BAJO LA PALABRA DE LOS LEGISLADORES Y DE LAS TRADICIONES ANTIGUAS (1).”—Estas son las garantías de Platon.

Sócrates, que murió mártir de sus creencias, y que nos lo representan con la fatal copa en la mano, disertando sobre la otra vida al momento de ir á atravesar sus umbrales; Sócrates, despues de haber trazado con toda la fuerza de su sublime pincel sus concepciones filosóficas sobre este grande asunto, dice á su interlocutor:—“Sin duda que miras esta relacion como cuentos de una vieja chocha, y la desprecias. También la despreciaria yo si en mis investigaciones hubiese encontrado algo mas “saludable y mas cierto.”—He aquí el fondo de sus creencias, que podríamos llamar, decidiéndose por lo menos malo. Aquel gran filósofo tenia bastante fuerte la razon para conocer su debilidad, y para esclamar en seguida:—“Es una vergüenza que mientras nada “somos, tengamos tanta confianza y tanta vanidad, “que incessantemente cambiemos de opinion acerca “de los grandes intereses de la vida, y que cada “uno de nuestros sistemas aumente nuestra ignorancia (2). . . . Es preciso, sin embargo, que sobre estos restos de verdad que nos quedan, como “sobre una frágil barquilla, atravesemos el mar “tempestuoso de la vida, á menos que se nos proporcione un camino mas seguro, como alguna pro-

“mesa divina, alguna revelacion, que seria para nosotros como un gran navío que no teme nunca las “tempestades (1).”

Despues de esta humilde y grave confesion de Sócrates, ¿puede oirse sin lástima la pretension de esos espíritus modernos que creen no poder ganar el título de filósofos, sino maquinando contra esta misma revelacion que Sócrates invocaba con toda su filosofía? ¿No son estos espíritus los mismos que calificaba Ciceron llamándolos *diminutivos de filósofos* ó *filosofúnculos*.

Aquel gran genio se sirvió de estas expresiones en un pasaje en que, hablando de la inmortalidad del alma, confesaba su debilidad.—Ciceron creia firmemente en la inmortalidad del alma; pero en el sentido en que estas palabras *creer firmemente* tenían antes del cristianismo. Leed en su *Tratado de la vejez* lo que dice sobre la otra vida. ¿Puede desearse nada mas persuasivo y mas seductor? . . . “No nos ha puesto la naturaleza en este mundo para habitarle siempre, sino para vivir en él como “de paso. “Dichoso será el dia en que saldré para ir á aquella asamblea celestial, á aquel divino “consejo de las almas! “Feliz el dia en que podré “apartarme de esta confusion y de este fango terrenal! . . . A esta esperanza le debo todo cuanto “en mí os admira, etc. . . .”—Esto es sin duda bello y sólido; pero volved la hoja, y leed hasta el fin:—“Si me equivoco creyendo en la inmortalidad “del alma, me equivoco con gusto. . . . Si muero “entero, como creen algunos diminutivos de filósofos (*minuti philosophi*) nada sentiré. . . . “Cuando no fuéramos inmortales, no debia el hombre desear acabar su vida con el tiempo, etc.”

¡Oh debilidad natural del humano espíritu! ¿Cuánta razon tenia Sócrates!

Empobreciéndose cada vez mas en la sociedad el fondo de la revelacion primitiva, llegó, como dice Juvenal, á no ver en la inmortalidad del alma mas que una de esas opiniones añejas con que se entretiene á los niños, y á pesar de esto, inspiraba á la pluma de Tácito, reanimada por el dolor, este último rasgo de creencia:—“Si hay un asilo para “los males del hombre virtuoso, si, como piensan “los sabios, las almas grandes no mueren con el “cuerpo, ¡oh Agrícola, descansa en paz! (2)”

Pero hasta para estos mismos sabios, á quienes Tácito se refiere, aquella creencia casi nada tenia de especulativo.—“Un sistema tan superior á los sentidos y á la esperiancia de todos los hombres, dice Gibbon, podrá entretener los ocios de un filósofo; “acaso también, en el silencio de la soledad, aquella consoladora doctrina ofrecia á veces un rayo “de esperanza á la virtud desalentada; pero la débil impresion que se habia comunicado en las escuelas perdíase luego en medio del tumulto y de las “agitaciones de la vida activa. Conocemos lo bastante las acciones, los caracteres y los motivos de

(1) *Phaedo*.

(2) *Si quis piorem manibus locus; si, ut sapientibus placet, non cum corpore extinguatur magnas animas, placidius quiescat!* (Vit. Agricol., XLVI.)

Solo Juvenal protestaba diciendo: *Nulla tu vera pax*.

(1) Véase la página 22 de estos Estudios.

(2) *Gorgias*.

"los personajes eminentes que florecieron en tiempo de Cicerón y de los primeros Césares, para poder asegurar que su conducta en esta vida no estuvo jamás dirigida por ninguna convicción formal de los castigos y recompensas de un estado futuro (1).

Sin embargo, observad la fuerza de la verdad. Tal vez el instinto de nuestra inmortalidad no brilló nunca con tanta viveza como en aquellos tiempos de horror y de oscuridad. La verdad no amengua ni pierde nada: se la altera, se la transforma, se la oculta; pero en el fondo permanece siempre imprescriptible; y á través de todos los abusos levanta su voz para protestar, y aun se sirve de estos mismos abusos, como un río salido de madre y que corre del mismo modo por en medio de los campos.

Todos los pueblos paganos profesaban el dogma de la inmortalidad del alma por medio de una reunión de prácticas bárbaras y supersticiosas. El culto de los muertos constituía casi toda la sustancia de la idolatría; casi todos los hombres ofrecían sacrificio á los manes, *Dii manibus*, esto es, á las almas de los difuntos. Se había llegado al exceso de sacrificarles hasta hombres vivos, y muchas veces sus esclavos eran degollados para que fueran á servirles en el otro mundo.

Los talentos superiores no se abandonaban á estos excesos, propagaban también su tributo á aquella gran verdad, buscando, en vez de la inmortalidad real y verdadera, un fantasma de inmortalidad que llamaban la gloria. Este era su ídolo predilecto; y es sin duda muy notable el progreso que iba sufriendo esta pasión en razón directa del abatimiento de la creencia en una vida futura, del mismo modo que las sombras de los cuerpos se van prolongando á medida que el sol se va ocultando debajo del horizonte.

Abrid al acaso las obras de los oradores y de los filósofos desde los primeros Césares hasta esa época que señala Gibbon como la de la total extinción de la creencia en una vida futura, y casi en cada página encontraréis la palabra INMORTALIDAD.—Todo el afán de los personajes eminentes era poder vivir en la posteridad; todas sus acciones se dirigían á este objeto, y se consideraban respecto de las generaciones futuras como actores en la escena. Cicerón alimentaba incesantemente su vanidad con el incienso y el goce anticipado de las ovaciones del porvenir. Infatuada su alma con la gloria póstuma, se dilataba á la vista de aquella perspectiva como si fuera una segunda vida, y hablaba de ella como de un estado real, como de su cielo.—"Hay en todos los espíritus elevados, dice, una fuerza interior que día y noche les hace sentir los agujones de la gloria, un sentimiento que les advierte que nuestra memoria no debe morir con nosotros, sino que al contrario, debe pasar y perpetuarse por todas las edades. ¡Ah! todos nosotros, víctimas sacrificadas en defensa de la república, ¡nos abatíamos hasta el punto de creer que después de no haber tenido en vida ni un solo momento de

"tranquilidad y reposo, debemos además perecer completamente? Obrando como lo he hecho, desde este momento creo, oh romanos, que mi memoria se extenderá por toda la tierra y por toda la sucesión de los siglos; y ya sea que el sepulcro de—
"me quite el sentimiento de esta inmortalidad, ya sea, como han pensado todos los sabios, que deba quedar alguna parte de nosotros que sea capaz de gozar de ella, al menos en la actualidad nada puede defraudarme este pensamiento, que es mi placer y mi recompensa (1).—;Cuán opuestas son nuestras costumbres cristianas al fausto de esa vanidad pagana, de esa elación del amor propio, y de ese desmedido egoísmo (2)!"

Siguiendo en el examen de aquel siglo, observamos que esta extravagancia del humano espíritu iba siempre en aumento. En tiempo de Plinio el joven llegó á su colmo. A cada paso notamos formulado el dogma de la *inmortalidad terrestre*, y no solo las obras ó las arengas, sino hasta el más sencillo billete, todo se escribe para la posteridad.—"Nada ambiciono tanto, dice el citado Plinio, como la fama póstuma; nada me parece más digno del hombre. Para mí nada hay más glorioso que asegurar la inmortalidad á los que merecen vivir siempre, y eternizar el nombre de los demás con el suyo propio. Día y noche estoy por lo mismo pensando en cómo podré hacerme superior á los demás (3)."—Refiriendo en otro lugar la historia de Arria y Peto, dice:—"Lo que hizo ella al morir es sin duda muy grande: muy animosa como es tomar un puñal, hundírselo en el seno, sacarlo ensangrentado, y presentarlo á su esposo diciéndole las siguientes palabras: Mi querido Peto, esto no hace ningún daño. . . . Pero á pesar de todo, debe advertirse que Arria se hallaba sostenida por la gloria, y la inmortalidad, fijas en aquel momento ante sus ojos."

Hay sobre todo una carta de Plinio, que nos ha llamado la atención por esa indigencia religiosa que no sabe de qué modo podrá cegar el abismo que ella misma se abrió. Después de haber hablado de algunos sucesos de su juventud, continúa de este modo:—"No puedo acordarme de todo esto sin sentirme conmovido por las humanas miserias: porque, ¿qué puede uno imaginar de más corto y

(1) *Pro Archia.*

(2) Vamos á recordar aquí un incidente de la muerte del gran Bossuet:—"La noche del jueves al viernes 11 de Abril fué tan mala, los dolores tan agudos desde la madrugada al mediodía, que todos los presentes creyeron que Bossuet iba á morir; y el abate Bossuet, su sobrino, se arrodilló junto á su cama pidiéndole la bendición. Todos los espectadores de aquella triste escena se arrodillaron también. Bossuet se hallaba en aquellos momentos lleno del espíritu de Dios; hablaba poco, y siempre con una unción inefable. El abate Ledieu le expresó entonces su profundo reconocimiento á todas sus bondades, explicándole que se acordase alguna vez de los amigos que iba á dejar en la tierra y que eran tan adictos á su persona y á su gloria.—A esta palabra gloria, Bossuet, ya medio entrado en la tumba, separado de la tierra, sobrecojido de un santo horror, como si se hallara ya en presencia del Juez supremo cuyo fallo esperaba, incorporándose en su lecho de dolor, y como reanimado por una indignación santa, reunió todas sus fuerzas, y pronunció clara y distintamente estas palabras:—CALLAD, PEDID Á DIOS EL PERDON DE MIS PECADOS." (*Historia de Bossuet*, t. IV.)

(3) *Lib. V, VIII.*

"limitado que no lo sea menos que la mas larga vida? ¿No os parece que fué ayer que reinaba Nerón entre nosotros? Sin embargo, de todos cuantos ejercieron el consulado bajo su imperio, ni uno solo existe ya, etc.... La suma de los dias concedidos á esa infinita multitud de hombres que se hallan derramados por toda la tierra es tan insignificante, que ya no me admiran las lágrimas que aquel príncipe famoso derramó á la vista de su ejército, compuesto de tantos millones de hombres que habian de morir dentro de poco.... ¡Cuán poderosa debe ser esta idea para obligarnos á hacer buen uso de los pocos momentos que tan velozmente pasan!"

Con nuestras ideas cristianas, nosotros comprenderíamos por estas palabras *hacer buen uso*, obrar bien, hacernos un tesoro de buenas acciones, merecer, aspirar á la perfeccion moral.... Pero Plinio continúa así:

"Si no podemos emplearlos (los momentos) en acciones deslumbradoras, las cuales no siempre la fortuna nos concede, ocupémoslos al menos en el estudio. Si no está en nuestra mano vivir largo tiempo, dejemos siquiera obras que no permitan olvidar que hemos vivido.... Hay emulacion mas noble que la de dos amigos, que por medio de recíprocas exhortaciones van fomentando en sí mismos el amor á la inmortalidad (1)?"

¡Qué pobreza! ¡qué vacío! Todo esto prueba á la vez la fuerza ciega del sentimiento de nuestra inmortalidad, y la insuficiencia del espíritu humano para facilitarle un camino (2).

La misma religion judaica, tan superior á todas las demas por el teísmo, parece haber estado muy atrasada respecto del dogma de la inmortalidad del alma. Siempre preocupada, como una madre, con la idea del Redentor que debia dar al mundo, aplaza todas sus alegrías y esperanzas para la época de su advenimiento; y solo por él y por entre sus bendiciones y sus méritos descubre la entrada del hombre en el cielo.—¡Reserva admirable, y que se halla en perfecta armonía con el plan del cristianismo!—Hay efectivamente en la antigüedad una notable diferencia entre todos los demás pueblos de la tierra y el pueblo judío; y es que aquellos profesaban el dogma de la inmortalidad del alma á las claras, y este se abstenia con relacion á él de toda manifestacion ruidosa, y entrafaba dentro de sí mismo, por decirlo así, como en su germen, la esperanza en un estado futuro. Pero tambien se nota que entre todos aquellos pueblos este dogma de la inmortalidad del alma, por faltarle direccion, siguió un rumbo equivocado, produjo supersticiones pueriles ó crueles, fué el primer origen de la idolatría, y se alimentó á espensas del dogma preeminente de la unidad de Dios, que hubiera debido ser su objeto, mientras que en el pueblo judío estuvo siempre libre de todos estos

tropiezos identificándose con el dogma de la redencion, y esperando para desarrollarse la venida de aquel en quien debian tener cumplimiento todas las esperanzas y revelarse todas las verdades selladas hasta entonces en un testamento, que solo podria abrirse con su muerte (1).

Estaba pues reservado al cristianismo sacar el gran dogma de la inmortalidad del alma de la oscuridad en que se hallaba sepultado entre los judíos y de los senderos de la supersticion por donde se habia estraviado entre todos los demás pueblos.—El cielo se humilló, se abrió para dar á la tierra su Redentor; la vida eterna, que estaba en el Padre, vino á mostrarse á nosotros bajo los velos de nuestra mortalidad; dejando despues sus velos se nos manifestó gloriosa mas allá del sepulcro, y entregada á sí misma, se volvió á subir al cielo para tenerlo abierto sobre nuestras cabezas, y facilitarnos el camino que á él conduce.

¿Quién habló jamás de la vida futura en términos tan afirmativos como el cristianismo? ¿Quién propuso nunca este dogma como mas fijo y mas positivo? En el cristianismo es la realidad por excelencia, y si no, oíd estas palabras:—"El reino de los cielos es semejante á un tesoro escondido en el campo, que cuando lo halla un hombre le esconde, y por el gozo de ello va y vende cuanto tiene, y compra aquel campo."—Todos los demás reinos de este mundo, y este mismo mundo todo entero, no son, comparados con aquel tesoro, mas que una figura, y una figura transitoria.—¿Que nos importa ganar el universo entero, si perdemos nuestra alma?—No vacileis ni un momento: Si vuestro pié ó vuestra mano os escandalizan, cortadlos, y echadlos lejos de vosotros; si vuestro ojo os escandaliza, arrojadlo, y arrojadlo lejos; porque mas os vale entrar en la vida manco ó cojo, ó con un solo ojo, que teniendo las dos manos, los dos piés y los dos ojos ser echado en el fuego eterno.

(1) Algunos han llegado á pretender que los judíos creían en el aniquilamiento del alma, y se han apoyado en un pasaje del Eclesiástico, en el que se dice que los hombres mueren como las bestias, y que su suerte es igual; pero á mas de que otros mil pasajes de los libros santos, que seria largo citar, prueban lo contrario, el pasaje en cuestion lleva en sí mismo su correctivo. Vamos á transcribirlo todo entero:—"Vi debajo del sol á la impiedad en el lugar del juicio, y la iniquidad en el lugar de la justicia; y dije en mi interior: Dios juzgará al justo y al injusto, y entonces será llegado el tiempo de todas las cosas. Y dije dentro de mi corazón: para probar á los hijos de los hombres, quise Dios que parecieran semejantes á las bestias (ut probaret eos Deus, et ostenderet similes esse bestias.) Por esto muera los hombres como las bestias, y es parecida su condicion... ¿Quién conoce si la respiracion de los hijos de Adam se dirige hácia arriba, y la de las bestias hácia abajo, &c?"—Por otra parte, el mismo Voltaire, que fué uno de los mas encarnizados enemigos de los judíos, y que no les escusó esta imputacion, la destruyó por sí mismo en un momento de rectitud y de buen sentido, traduciendo aquel pasaje de la manera siguiente.

¿Quién sin mas luz que la razon pudiera
Averiguar jamas cuál es la suerte
Que al hombre cabe en su hora postrimera?
¡Evita su alma el golpe de la muerte!
Se apaga entonces la divina llama,
Y como el cuerpo en polvo se convierte!

En seguida añade por nota:—Tal es el sentido del Eclesiástico. El hombre nada sabe por sí mismo: necesita la luz de la fe. (Bosman en verso del Eclesiástico.)

(1) Lib. III, VII.

(2) Además, si Plinio no creía en otra vida futura, en cambio creía mucho en los espectros y los brujos.—*La cosa merece ser meditada con mucho detenimiento*, dice refiriendo en una de sus cartas dos cuentos de espectros, y llamando en su ayuda, para sacarlo de inquietud, toda la erudicion de su correspondiente.

¿Hase visto jamás un modo mas enérgico de asegurar una cosa? ¿Quién pudo inspirarlo mas que la verdad? Llámese fanatismo si se quiere; pero convéngase á lo menos en que si fuese la verdad la que hablase, no hubiera podido expresarse de otra manera, y que por consiguiente se descubre ya en ello una razon muy fuerte para creer que fué la misma verdad la que habló.

Suponemos que viene á la tierra un habitante del cielo, y que sorprendiéndonos en medio de nuestras apasionadas afecciones por los bienes perecederos de esta vida y en el olvido total de los bienes eternos, quisiere separarnos de nuestro fatal estrawfo, ¿podría hablar otro lenguaje?....

Tal es pues el lenguaje del cristianismo, lenguaje de conviccion, como no se ha visto jamás, lenguaje de certidumbre y de fé; porque *Jesucristo, que ha sido predicado entre vosotros, no ha sido él y no, mas ha sido él en él* (1).

Es preciso, pues, que nos convenzamos de que la conviccion y la fé, llevadas hasta este punto, no puede el hombre por sus solas fuerzas alcanzarlas. El hombre se eleva por un instante, pero vuelve á caer luego en el escepticismo y el desaliento, en el sí y el no.—Pues bien, una doctrina que se sostiene con tanta firmeza, y que, no contenta con persuadir, manda al corazon del hombre la fé y la esperanza, y le obliga hasta cierto punto á salvarse á su pesar; semejante doctrina está cierta de cuanto contiene, y solo puede inspirarla la verdad, el amor mismo.—Es una madre que quiere arrancar á su hijo de un peligro que él no conoce ni conoceria por sí.

Bajo la influencia de esta doctrina eminentemente positiva, el reino de los cielos es el patrimonio comun de los hombres, la fé entrega á cada uno sus títulos á él, y el sentimiento de nuestra inmortalidad, ilustrado y satisfecho, se hace inteligible á nuestra propia razon.

Esto es lo que vamos á ver mas claramente examinando en qué consiste la otra vida.

§ II.

I. “Oh vosotros que me convidais á las delicias del paraíso, decia un filósofo persa, sabed “que no es el paraíso lo que yo busco, sino aquel “que crió el paraíso!”

Son tan superiores estas palabras á todas las ideas esparcidas entre los hombres sobre la otra vida, que apenas puede creerse que no hayan sido inspiradas por alguna nocion de la única Religion que está conforme con ellas.

Ninguna religion, ninguna mas que el cristianismo, pensó nunca en dar al hombre por recompensa, por alimento y por cielo el mismo Dios; ninguna mas que el cristianismo ha pronunciado estas palabras: *Ego ero merces tua*.

Hé aquí el nudo gordiano de nuestra inmortalidad. Solo el cristianismo podia desatarlo.

Una vez dada esta solucion, todas las facultades de nuestra alma reconocieron en ella esta verdad

necesaria, que esplica y demuestra, *objetivándose*, el dogma de nuestra inmortalidad.

¿Hay nada mas sencillo y mas evidente que esto? Una sed insaciable de conocer y de amar reclama un objeto infinito y soberanamente perfecto, y solo Dios es infinito y soberanamente perfecto; solo Dios puede ser nuestro último fin y su posesion nuestra recompensa.—Sin embargo, jamas se habia ocurrido á los hombres semejante idea, y se entretenian en buscar el cielo muy lejos de donde se halla.

Todas las verdades cristianas pertenecen á un mismo género: eminentemente sencillas y de una lógica rigurosa, y al propio tiempo inconcebibles para el hombre antes que se le hubiesen revelado.—Esta es la propiedad esencial de las verdades divinas.

La existencia de esta vida futura debia necesariamente escapársele, porque presupone la verdadera nocion de Dios que solo el cristianismo, como hemos visto y como veremos mejor todavia cuando hablemos de la redencion, vino á revelar al hombre.

Lo que hacia al dogma de la inmortalidad del alma tan problemático y tan ineficaz entre los antiguos, era pues la ignorancia en que se hallaban de su verdadero objeto.—Aquellos pueblos eran arrastrados á esta creencia por una necesidad innata de nuestra naturaleza; pero como despues no aparecia ninguna nocion satisfactoria ni ningun objeto proporcionado á aquella necesidad que la absorbiesen y la encaminasen, aquella creencia, por no saber ni encontrar dónde fijarse, volvía á entrar en sí misma y se iba á perder en los abismos del escepticismo ó de la supersticion.

Educados en las máximas cristianas, debe sin duda parecernos muy extravagante que entre todas las concepciones filosóficas ó mitológicas que se hicieron del cielo los hombres, nunca hubiese entrado la divinidad como parte de los goces que en él se disfrutaban, y que todos estos goces se redujesen al fin á goces materiales como los de la tierra.

¿Qué eran en efecto aquel eterno verdor, aquellas praderas y bosquesillos por donde paseaban las sombras afortunadas?

Parte de los que allí están por los yerbosos
Prados en la palestra se ejercitan:

.....
La mesma inclinacion, el mesmo afecto
De carro, ó armas, ó caballos bellos
Que acá tuvieron mientras fueron vivos
En esa perseveran allá muertos (1).

¡Qué irrisión! ¡qué miseria!

La idea que se hacian del cielo los filósofos mas religiosos era tambien idéntica. El supremo placer que se prometia Ciceron (2) era el poder platicar eternamente con Caton.... Solo así se concibe que Ciceron acabase por dudar de su inmortalidad.

Tampoco Sócrates hacia intervenir á la Divinidad en el juicio de las almas, sobre cuya inmortalidad

(1) *Jesus Christus qui in vobis per nos predicatus est, non fuit est et non, sed est.* (Ad Corint. II, cap. I, v. 19.)

(1) Virg. *Enéidos* VI, Traducción de Hernandez de Vasco.

(2) Véase en tratado de la vejez.

dad fallaban jueces débiles y mortales:—"Darán su fallo en la pradera, hace decir á Júpiter, en el mismo sitio en que se halla el camino de las islas Afortunadas y el del Tártaro. Radamanto juzgará á la Asia, Eaco á la Europa, y encargará á Minos el entender en las causas indecisas: al fin sabrémos sin equivocacion por qué camino debe proseguir su viaje el alma de cada mortal."—Mas adelante añade Sócrates:—"Este discurso ha sido transmitido hasta nosotros, y yo creo en él. (1)."

¡Con cuánta razon decia Sócrates despues de esto: "Sin duda miras esta relación como cuentos de una vieja chocha!"—Pero á pesar de esto era preciso aceptarla, porque en sus investigaciones nada habia encontrado la filosofia de mas saludable ni de mas cierto.—Este era el cielo de los hombres.

Y ¿quiénes podian entrar en aquel cielo, en aquel Eliseo? Solo los héroes, los reyes ó los filósofos; solo á las almas grandes era concedida la inmortalidad, como lo asegura Tácito fundandose en el testimonio de los sabios, *si ut sapientibus placet, non cum corpore extinguuntur MAGNE ANIME*; para el pobre, para el desgraciado, para el esclavo no habia ni cielo ni infierno, y ni siquiera se sospechaba que pudiesen tener alma como los demas. De modo que en aquel órden de cosas no habia consuelo ni esperanza para el desventurado, y las lágrimas del pobre corrian con inconsolable amargura, y solo podian enjugarlas el embrutecimiento y el furor.

II. ¡Abríos, puertas del cielo cristiano! ¡Cuán resplandecientes sois! ¿Quién puede soportar el brillo que despedís?

Todas las religiones falsas nos hacen la descripcion del cielo.—Únicamente la religion de Jesucristo falta á esta circustancia; pero es porque todas las demas religiones describen el cielo segun lo que ven en la tierra, y la de Jesucristo no puede describirlo sino conforme á lo que ella es, la verdad; y por consiguiente debe abstenerse de describirse porque tampoco lo comprenderiamos.

No hay duda que con esto se priva de un grande elemento de buen éxito, y dá una prueba de desinterés que solo puede ser propia de la verdad.

Pero por esto mismo nos da tambien del cielo, aun ocultándole, una idea tanto mas digna y verdadera, y tanto mas seductora para la razon, cuanto que está contenida en estas palabras, tan poderosas por su misma importancia:—"El ojo no ha visto, ni la oreja ha oido, ni el corazon del hombre ha experimentado jamas una felicidad comparable á la que tiene Dios dispuesta para los que le aman."—Esto es todo lo que nos dice para ha-

cernos comprender toda la elevacion, estension y profundidad de este misterio.

"¿No os parece, dice con este motivo Boasuet, "estar oyendo á un hombre que hubiese visto un magnifico palacio, semejante á aquellos castillos encantados que nos describen los poetas, y que no sabe hablar de otra cosa que de la elevacion de los edificios, de la anchura de los fosos, de la profundidad de los cimientos y de la prodigiosa estension de terreno que desde él se descubre, sin que los trasportes de admiracion que tan bello espectáculo le causó, le permitan daros una señal para reconocerle, ni hacer de él mas que una descripción sumamente tosca (1):"

Todos los bienes de este mundo reunidos son basura en comparacion de aquel: *sicut stercora*;—todos los sufrimientos de la vida presente son de un mérito escatísimo, *non sunt condigna* para poder merecer aquella gloria del siglo venidero; porque lo que aquí es para nosotros de una tribulacion momentánea y ligera, engendra en nosotros de un modo muy maravilloso un peso eterno de gloria (2).

¡Qué consoladora idea, y qué palanca tan poderosa ofrecida á la humana debilidad para poderse desprender de los bienes corruptos de este mundo, y para sobrellevar con valor todos sus males!

Lo repetimos: si el cristianismo fuese la misma verdad, ¿podria expresarse de otro modo, y podriamos dejar de descubrir en él á la verdad misma? ¿Por qué no se le ocurrió nunca á ninguna otra religion el obrar de esta manera? ¿No es la verdad única, y no posee ella sola el secreto de su propio lenguaje?

Es menester que dejemos hablar ahora al buen sentido en persona; es menester admirar la fuerza de razon con que armado de la fé, combate Montaigne todas las locuras humanas, y justifica á la razon suprema, la incomparable verdad del cristianismo.

"Cuando Platon nos describe los verjeles de Pluton y las comodidades ó penas corporales que nos esperan despues de la ruina y aniquilamiento de nuestros cuerpos, y las adapta al sentimiento que de ellas tenemos en esta vida; cuando Mahoma promete á los suyos un paraíso entapizado, cubierto de oro y piedras preciosas, poblado de mujeres de singular belleza, y provisto de equisitos vinos y de manjares delicados, tengo á estos personajes por charlatanes que se doblegan á nuestra cortedad con el objeto de halagarnos y atraernos por medio de semejantes doctrinas y esperanzas que tan conformes son á nuestros mortales apetitos. Seria necesario decirles en nombre de la razon humana: Si los placeres que nos prometeis en la otra vida son de los conocidos acá en la tierra, nada tiene esto de comen con lo infinito: cuando todos mis sentidos estuviesen colmados de felicidad, y esta alma saciada de todo el contento de que es susceptible, sabemos lo

(1) Gorgias.

Semejante concepcion es tanto mas chocante, cuanto que aquella organizacion judicial es una invencion en el gobierno de Júpiter. "En los primeros tiempos de Júpiter, habia jueces vivos que fallaban sobre la suerte de los hombres el día en que debían morir. Por esto los fallos eran mal cumplidos. Pero Platon y sus ministros fueron á quejarse al rey supremo de que á veces se decretaban injustamente la dicha y los tormentos. Yo sabré, dice el dios, poner término á semejantes errores, etc." (Gorgias.)

(1) Sermón para el día de Todos los Santos.

(2) *Id enim quod in presentí est momentaneum et leve tribulationis nostrae, supra modum in sublimitate aeternae gloriae pondus operatur in nobis.* (Ad Corint. II, cap. IV, v. 12.)

"que puede, nada sería aun esto; si en ello se ve algo de mío, nada hay de divino; si esto no es mas que lo que puede pertenecer á nuestra condición presente no puede ser tenido en cuenta; todo contento de los mortales es mortal; no podemos concebir dignamente la grandeza de aquellas elevadas y divinas promesas, ó mejor, no podemos concebirlas de ningún modo, porque para dignamente concebirlas es menester concebir las inconcebibles, inenarrables, incomprensibles y enteramente distintas de las que nuestra miserable experiencia ha probado. *El ojo no ha visto ni el corazón del hombre ha podido experimentar jamás la felicidad que Dios tiene preparada para los que le aman* (1)."

¡Cuán enlazado y justificado se halla todo en el cristianismo! Si es imposible representarse la felicidad del cielo, no es para entusiasmarnos vagamente por medio de una enfática esperanza de todos los bienes que podemos imaginar, lo cual sería un pretexto para el fanatismo y la superstición, sino porque el cielo es la posesión de Dios, y Dios es infinito é incomprensible. La felicidad del cielo se halla de esta manera determinada en su naturaleza, siendo así que es infinita en término, y esta infinidad resulta de su misma naturaleza.

Así se concibe el por qué no podemos concebir la felicidad del cielo, y esta imposibilidad de concebirla es su mejor concepción. Todo cuanto hay de verdadero, bello y bueno en las cosas que conocemos, todo cuanto podemos imaginarnos de mas perfecto es efectivamente un don de Dios; pero no es el mismo Dios, y todo lo que no es Dios es perecedero, limitado, corruptible, y por consiguiente incapaz de satisfacer al alma humana, cuya propiedad principal es ser insaciable é infinita en sus apetitos y deseos. Pero Dios, el mismo autor de toda belleza, de toda bondad, de toda verdad; Dios, el original de la belleza; Dios, que no es solamente bello, como puede decirse de las mas hermosas criaturas, sino que es la belleza misma, y que todo es bello por él y en él, hé aquí el cielo. Y lo que decimos de la belleza debemos tambien decirlo de todos los demás atributos del ser por esencia: la verdad, el amor, la justicia, el poder, la gloria, y todo en sustancia y de una manera infinita.—Juntad todo lo que ofrece el universo de mas perfecto en la pasmosa variedad de sus maravillas; formad una belleza de la reunión de todas sus bellezas, una verdad de la reunión de todas sus verdades, una magnificencia de la reunión de todas sus magnificencias, una armonía de la reunión de todas sus armonías, un solo amor de la reunión de todos sus amores, y ¿qué tendríeis? Nada, comparado con el autor de todas aquellas cosas, porque todas aquellas cosas son sombras fugitivas de lo mismo que él es la inmutable realidad, y porque no cabe cálculo proporcional entre lo finito y lo infinito.

¡Qué idea tan pasmosa, pero exacta al mismo tiempo, del cielo que Dios nos tiene preparado! Lo que acabamos de presentar no es una vana é insulsa

amplificación; es una verdad simple, rigurosa, necesaria; es una cosa que debe ser tal, y que lo es en efecto.

Admirémos ademas algunos de los rasgos de verdad y de fuerza que añade el cristianismo á cuanto acabamos de decir.

"Acá en la tierra, dice, no vemos á Dios mas que por espejo y en enigma; pero en el cielo lo verémos cara á cara, tal como es, y le conocerémos del mismo modo que somos conocidos (1)."—"Vé á Dios de paso y por detrás, como Moisés, decía Lineo; lo ví y me quedé mudo, herido de admiración y de pasmo. Supe descubrir algunas huellas de sus pasos en las obras de la creación; y en estas obras hasta en las mas diminutas, hasta en las que parecen nulas, he encontrado una fuerza, una sabiduría, una perfección que son inexplicables...." Despues de esto, concebid, si podeis, la felicidad del alma que está viendo y vera cada vez mas eternamente á aquel mismo Dios, no ya por detrás é impensadamente ni en sus obras, sino en sí mismo atentamente, cara á cara, sin rebozo ni disfraz y tal como es.

Yo mismo seré tu recompensa (2).—El que así habla es Dios, el autor de todos los dones, la fuente de todos los bienes, que se da á sí mismo en premio á la virtud.... ¡Qué idea tan completa del cielo! y ¡con cuánta exactitud la Religión, que la propone, conoce el corazón del hombre y las exigencias del amor, que nada da mientras no se da á sí mismo!

Al que venza le permitiré que se sienta conmigo en el trono (3).—La humilde virtud desconocida y menospreciada de toda la tierra, elevada á sentarse al lado del Omnipotente, en el mismo trono de su gloria.... ¡Qué cuadro! ¡Cuán digno de un Dios es semejante represalia y el contrapeso del desorden moral de este mundo (4)!

Dios hará la voluntad de los que le temen (5).—El distintivo de la virtud es hacer la voluntad de Dios, y obedecer ciegamente al deber, contra toda repugnancia, á pesar de todos los obstáculos, sin reserva, sin vacilar ni un instante.—¿Cuál será su recompensa? En el cielo hará Dios la voluntad de sus santos. La voluntad poderosa é infinita que se cumple ahora en todo el universo, y á la cual todo está sujeto, se sujetará á la voluntad de su criatura.—¿No os parece estar viendo á un buen padre,

(1) *Nunc per speculum in enigmate, tunc autem facie ad faciem cognoscam sicut et cognitus sum....* *Videbimus cum eis sicut est.*

(2) *Ego ero merces tua.*

(3) *Habebis ei sedem in throno meo.*

(4) Véase este hermoso pasaje de los libros santos:—"Entonces estarán los justos en gran constancia contra los que los afligieron y les arrebataron sus trabajos.—Y cuando estos los vean se turbarán con un horrible temor, y se apoderará de ellos el pasmo á la vista de tan repentina é inesperada felicidad.—Y en medio de la agitación de sus remordimientos, y de la enajenación de su corazón, se dirán á sí mismos: Éstos son los que poco antes nos servían de escarnio, y eran el blanco de nuestros improperios.—¡Insensatos! creíamos que su vida era una locura, y que su fin estaría cubierto de ignominia.—Y hé aquí que son contados entre los hijos de Dios, y colocados en medio de sus elegidos.—¿Nos equivocamos? ¡Ésteo KERRANI-
mus!...." (Sapient., cap. 5.)

(5) *Voluntatem timenium ei faciet.*

(1) *Ensayos*, lib. 2, cap. 12.

que acabados los trabajos del día, abdica toda su autoridad, que fué la que arregló toda la marcha de aquellos, para abandonarse á los caprichos de sus hijos, y constituirse compañero, ó mas bien instrumento de sus juegos? ¡Dios hará la voluntad del justo! ¿y cuál podrá ser esta voluntad, ilustrada entonces, sino gozar de la posesion del mismo Dios, y beber libremente la felicidad y la vida en su seno paternal?

Dios enjugará todas las lágrimas [1].—Cuántas cosas dicen estas palabras, y cuán perfectamente esplican aquellas otras: *Bienaventurados los que lloran!*....—¡Las lágrimas! esta sangre del alma, triste privilegio del hombre, fatal tributo de una maldición hereditaria, expresion comun de todos los sufrimientos; ¡las lágrimas! que entran en tanta abundancia en el patrimonio de la virtud, y que con tanta frecuencia corren inconsolables, desconocidas, ignoradas y á veces insultadas.... ¡Ah! ¿quién no querrá haberlas derramado en abundancia el día en que será Dios quien las enjague? La misma mano que sostiene el mundo con sus dedos y que pesa terrible sobre el infierno, se trocará en la mano de un padre de las misericordias y del Dios de toda consolación; se ocupará en enjugar las lágrimas de todos, es decir, que no habrá una sola lágrima, por mas ignorada y perdida que haya sido, que no sea buscada, recogida y enjugada por aquella mano que todo lo puede.—¿Qué mas perfecta figura de la felicidad del cielo podía dejárenos entrever acá en la tierra?

Héteos ahí el cielo cristiano, aquel amable reino de los cielos, propuesto de continuo á la consideración del discípulo del Evangelio, como el término de todos sus pensamientos, de todas sus esperanzas, de todos sus sacrificios, y cuyo goce anticipado se deje sentir en la tierra por las inefables comunicaciones de Dios con el alma fiel, que son como pequeñas gotas de aquel Océano inmenso. El cielo es el conocimiento inmediato de Dios, la vision de Dios, la participacion de Dios; pero un conocimiento, una vision y una participacion siempre crecientes y cada vez mas íntima hasta lo infinito.

¿Podremos encontrar expresiones capaces de pintar un estado semejante? ¡Ah! todas se debilitan bajo el peso de tan gran verdad.—*Solo me verá harto cuando me aparezca vuestra gloria* (2).—*Serán embriagados con la abundancia de vuestra casa, y apagaráis su sed en un torrente de deleite* (3).—Y esta alegría no tendrá límites ni medida, porque es un océano cuyas orillas se irán retirando eternamente; pues en medio de la luz se verá mas luz, y se irá marchando siempre de claridad en claridad [4], es decir, que para poder hablar de esto, se hace preciso repetir las mismas palabras que dijimos al principio:—*¡Ni el ojo ha visto, ni el corazón del hombre ha probado jamás la felicidad que tiene Dios preparada para los suyos.*—Este corazón del hom-

bre tan hambriento en la tierra y tan corrompido por la felicidad, que se entrega á los mas grandes desvarios, y quiere gozarlo todo; que se roe y se consume á sí mismo, y que despues de todo suspira continuamente por la justicia, la paz, la verdad y el amor, las poseerá al fin, y será feliz!

Aquí felice nada el alma mia
En un mar de placer, placer comprado
Con el breve penar de un volo dia.
El mundo lleno de ilusion, guiado
De deseos sin límites, no alcanza
Remota idea de mi dulce estado.
Continua, perdurable es mi esperanza;
Y cuanto mas espero, mas recibo
Creciendo al par, deseo y bienandanza (*).

III. Calculad ahora, si os es posible, el poder moral de un dogma tan maravillosamente adaptado al corazón del hombre, y tan enteramente conforme con todas sus facultades.

Todas las religiones humanas que han hecho consistir los goces de la otra vida en goces semejantes por su naturaleza á los de la vida presente, se han acreditado de falsas é inmorales:—de falsas, porque la experiencia de toda la vida precisamente acaba por convencernos de que todos los placeres sensuales, y todos los bienes criados, son incapaces de llenar el corazón del hombre;—de inmorales, porque alimentan en el espíritu y en el corazón deseos opuestos á las inspiraciones de la verdadera virtud, y sensualizan el alma.

Esta alma inmortal necesita un alimento eterno, y aspira á él con todas sus fuerzas, de modo que esta es una de las mayores pruebas de esta misma inmortalidad. Pues bien, esta eternidad que el alma apetece no puede ser mas que Dios, porque solo él es eterno.

Esta alma espiritual, que los placeres sensuales entorpecen y corrompen, necesita la perspectiva de un bien que domine los sentidos y que la conduzca al cielo; necesita los goces del alma y de la inteligencia, esto es, un objeto espiritual y santo, que tampoco puede ser otro mas que Dios (1).

Por fin, la naturaleza humana, eminentemente sociable y capaz de perfección, necesita no la perspectiva de estos mismos bienes que nos encadenan y dividen acá en la tierra, sino un bien que nos dilata en su infinitud y nos reúne en su unidad.

Por consiguiente el cristianismo, al fijar el cielo en Dios, resolvió el problema de nuestros verdaderos destinos, y desprendiéndose de todas las concepciones religiosas de la humanidad, se hizo muy superior á la humanidad misma.

Y observad además cuán único y bien enlazado es el cristianismo en su moral y en su dogma, y

(*) Reboul, EL DIA FINAL (El alma de una esposa.)

(1) "No haria bastante una religion, dice Montesquieu, estableciendo un dogma; ha menester que lo dirija; y esto es lo que hacen admirablemente el cristianismo respecto del dogma que nos ocupa. No obliga á esperar un estado que creemos, y no un estado que sentimos á conocer todo nos conduce á ideas espirituales, hasta llegar á la consecucion de los santos." (Espíritu de las leyes, lib. 24, cap. 12.)

(1) Absterget Deus omnes lacrymas.

(2) Satiaber cum apparuerit gloria tua.

(3) Inebriabuntur ab ubertate domus tuas et torrente voluptatis potabis eos.

(4) In lumine tuo ridebimus humi.... Tuent de claritate in claritatem....

siempre divino:—Solo á la religion, que prescribe como fundamento de su moral el amor de Dios, pertenecia el presentar como sancion dogmática de esta moral la *posesion* de Dios, y el atraernos hácia aquel amor por medio de esta *posesion*.

Hay otra observacion mas esencial aún, que tiene íntima relacion con la parte de este asunto que hemos dejado á un lado, y que vendrá á completarlo.

Las religiones humanas, que no nos ofrecen en el dogma principal de la otra vida ni los placeres del alma ni los del cuerpo, son bajo este respecto lo mas superfluo y vacuo posible;—porque al mismo tiempo que nos ofrecen placeres sensuales que sofocan los puros y sublimes de la inteligencia, los hacen imposibles y quiméricos, no quedando cuerpo que pueda gozar de ellos.—Por esto su cielo es con propiedad llamado *el reino de las sombras*, que viene á ser la negacion de nuestra misma inmortalidad.

El cristianismo, al contrario, por medio del dogma de la resurreccion de los cuerpos, nos lleva todos enteros á las celestiales moradas, que tan justamente llama *la tierra de los vivos*.—Al propio tiempo que el alma por su naturaleza espiritual y moral será allí reina y señora de todos los placeres imaginables, se le volverá á unir el cuerpo para gozar de ellos tambien. Como no habra sido extraño á la lucha, tampoco lo será al triunfo. Esta misma carne que habrá servido de instrumento para nuestras buenas acciones, disfrutará de su premio. Por una misteriosa armonía se asociará á los placeres y á la naturaleza del alma, del mismo modo que el alma se asocia con demasiada frecuencia á las voluptuosidades y á la naturaleza del cuerpo, y verá acabarse esta guerra, mas misteriosa aún, que continuamente los tiene en contradiccion acá en la tierra.

Esta esperanza era la que consolaba á Job en su esterconero, y dominando las oleadas de su dolor, le obligaba á exclamar:—“Yo sé que vive mi Redentor, y que en el último dia he de resucitar de la tierra, y de nuevo he de ser cubierto de mi piel, y en mi carne verá á mi Dios.—Lo he de ver yo mismo, y mis ojos lo han de mirar, y no otro.—Y esta esperanza está depositada en mi “pecho (1).”

¡Qué esperanza tan consoladora! ¡Cuán poderosa es para sacar al hombre de su abyeccion!

Debemos observarlo atentamente: el cristianismo,—es decir, la religion de aquel Redentor que Job esperaba, y en el cual se cumplieron todas las promesas de Dios,—es la única religion que satisface todas las necesidades y todos los intereses del hombre, y que reformando su naturaleza, la resalta y conserva con ventaja. Por esto de una parte predica la utilidad expiatoria de los sufrimientos, y de otra los suaviza con su unción, sin oponerse

á la queja y á la oracion para evitarlos.—Maldice la carne y la somete á la mortificacion con el objeto de dejar libre el alma; pero al mismo tiempo la hace aprovecharse de los derechos de esta última; esto es, hace del cuerpo un templo que la misma alma debe respetar. Siembra, como dice el Apóstol, un cuerpo espiritual en un cuerpo mortal, y convida á la misma carne al banquete de la inmortalidad.

Ninguna otra religion se toma tanto cuidado por los dolores corporales de la humanidad como esta religion, que sin embargo se halla fundada sobre el dolor, puesto que está compendiada en una cruz.—Ha levantado hospitales á la carne doliente, en lugar de los anfiteatros que la voluptuosa antigüedad hubiera erigido para verla sufrir.—Ni la misma muerte puede sustraer nuestros cuerpos á su respeto y solicitud, pues se presenta á disputarle su presa, y mucho tiempo despues que ya no existimos, saca nuestros restos de entre las sombras del sepulcro para hacerlos participar de los honores concedidos á nuestra santidad.—Finalmente, asociándose á ese natural horror que tenemos á la destruccion, nos asegura como un artículo de fé, cuyo gaje es la resurreccion de Jesucristo, que nuestra corrupcion es temporal, como la de la semilla que se pudre para germinar:—no harémos mas que atravesar el sepulcro, encorvándonos, por decirlo así, debajo de sus sombras bóvedas, para enderezarnos otra vez con mayor lozanía en el seno de nuestra inmortalidad.

Al mismo tiempo que nos permite llorar á nuestros prójimos y pagar un tributo de lágrimas á esta separacion momentánea, dulcifica estas mismas lágrimas con la perspectiva del cielo, donde deberémos volver á encontrarnos juntos dentro de poco. *Llorad á los muertos*, dice, *pero no como los que no esperan su resurreccion* (1).

De este modo la religion cristiana exalta la carne, emancipando el espíritu, se dirige á todo el hombre, nada olvida ni desatiende, todo lo abraza para restaurarlo; y por medio de este carácter que le es único, manifiesta visiblemente que su hermana primogénita de la naturaleza humana é hija de Dios.

IV. Pero aun no lo hemos dicho todo: esta religion que la incredulidad nos representa como enfocando á la razon, la ensancha y dilata infinitamente.

Acabamos de ver en qué consiste el cielo cristiano, y ahora vamos á ver á quién se promete su posesion, quiénes son sus habitantes.

He aquí una cosa que tambien es propiedad esclusiva del cristianismo: los pobres, los pequeños, los humildes, las víctimas de la opresion, los pacíficos, los afijidos de la tierra, la escoria del mundo, estos son los reyes y príncipes del cielo, los que han de juzgar y decidir de los destinos de la tierra; por ellos y para ellos se abren y se dilatan

(1) *Scio quod redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum, et rursum circumdabor pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum; quem visurus sum ego ipse, et oculi mei conspuerunt eum et non altius, reposita est hæc spes mea in oculis meis.* (Job, cap. 19, v. 26.)

(1) Debemos esperar que nos reconocerémos en el cielo, y que nuestra felicidad se aumentará con la de nuestros amigos.

sin medida las eternas puertas del cielo. Y al contrario, ¡ay de los ricos, de los grandes, de los soberbios, de los voluptuosos, de los desnaturalizados y de los que oprimen á sus hermanos! Para estos se angosta la puerta del cielo, de modo que "con mas facilidad pasaria un camello por el ojo de una aguja" que ellos por esta puerta; y cuando se acerquen se les dirá: "¡Id, malditos de mi Padre!... no os conozco. ... ya recibisteis vuestra recompensa."

¡Qué revolucion moral tan grande han obrado en el mundo estas sencillas palabras animadas por la fé:—*Los primeros serán los últimos!*.... ¡qué germen de resignacion depositado en el corazon del pobre y del esclavo! ¡qué saludable inquietud despertada en el alma del rico y del señor! ¡qué adquisicion de herencia á través de todas las caprichosas y falsas reparticiones de la fortuna!... Oid:

"Habia un hombre rico que se vestia de púrpura y de lino finísimo, y cada dia tenia convites espléndidos.—Y habia allí un mendigo llamado Lazaro, que yacia á la puerta del rico, lleno de llagas.—Deseaba hartarse de las migajas que caian de la mesa del rico, y ninguno se las daba; mas venian los perros, y le lamian las llagas.—Y aconteció que cuando murió aquel pobre, lo llevaron los ángeles al seno de Abraham (1), y murió tambien el rico y fué sepultado en el infierno.—Y alzando los ojos, cuando estaba en los tormentos, vió de lejos á Abraham y á Lázaro en su seno:—Y, levantando el grito, dijo: Padre Abraham, compadécete de mí, y envia á Lázaro, que moje la extremidad de su dedo en agua, para refrescar mi lengua, porque soy atormentado en esta llama.—Y Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en vida, y Lázaro no recibió males; pues ahora es él aquí consolado y tú atormentado.—A mas de que hay una sima impenetrable entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieron pasar de aquí á vosotros, no pueden, ni de ahí pasar acá.—Y dijo el rico: Pues te ruego, padre, que lo envíes á casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, á fin de que les diga lo que aquí pasa, no sea que ellos vengan tambien á este lugar de tormentos.—Y Abraham le dijo: Tienen á Moises y á los profetas, oíganlos.—Mas él dijo: No, padre Abraham; mas si alguno de los muertos fuere á ellos, haran penitencia.—Y Abraham le contestó: Si no oyen á Moises y á los profetas, tampoco creerian, aun cuando alguno de los muertos resucitase (2)."

¡Qué terrible parábola! ¡Cuán perfectamente explica la poderosa revolucion que ha sacado del polvo al pobre y al esclavo para colocarlos en la misma cumbre de la verdadera grandeza! ¡Quién ha sustituido los Hércules, los Teseos, los Aquiles,

los Alejandro y los Césares por los Pedros, los Pablos, los Juanes, los Santiagos, las Magdalenas y las Marías; y quién ha dado por patrona al pueblo mas soberbio y mas valiente de la tierra á una pobre pastora (1)!

Es incontestable que esta revolucion eminentemente civilizadora solo data del cristianismo. Cuando se efectuó, desconcertó todas las ideas entonces recibidas, y el mismo Jesucristo la colocaba en igual línea que sus mas grandes milagros.—"Id, decía á los enviados de Juan, y contad lo que acabais de ver y oír; decid que los ciegos ven, que los cojos andan, que los muertos resucitan, y *que el Evangelio es anunciado á los pobres.*"

Pero no se crea que dilatando su seno para recibir y honrar á los pobres, quiere el cristianismo presentar como imposible la salvacion de los ricos, sino solamente la de los ricos malos.—Les hace encontrar su salvacion eterna en sus mismas riquezas, empleadas en el bien temporal de los pobres, obrando de este modo, por una admirable economía á la vez, y una por otra, la felicidad de la tierra y la del cielo.—Predicando á los pobres la resignacion y el amor de los sufrimientos á la vista del reino de los cielos, los ha aliviado tambien acá en la tierra, obligando á los ricos á socorrerlos á la vista del mismo reino de los cielos.—Señalando igual precio á la pobreza y á la caridad, hizo á la vez el consuelo temporal de los pobres sin perjudicarles en su dicha eterna, la salvacion eterna de los ricos, sin perjudicarles en su dicha temporal, y el bienestar universal de la humanidad, por medio de estas mismas riquezas, que hasta entonces habian sido las grandes fuentes de su corrupcion.—"¡Cosa admirable! podemos decir aquí con Montesquieu, la Religion cristiana, que parece no tener otro objeto que la felicidad de la otra vida, hace tambien nuestra dicha en la vida presente (2)."

Y es menester ver los términos con que el cristianismo llama toda nuestra atencion para hacer del cielo el punto de apoyo de la felicidad de la tierra.

"Dad, dice, y se os dará: buena medida, y apretada, y remecida, y colmada darán en vuestro seno; y con la misma medida con que midiereis á los demas, seréis vosotros medidos."

¿Sabeis cuál será el tribunal que debe repartir los bienes eternos? No será un tribunal compuesto de tres jueces infalibles como Minos, Eaco y Radamanto, para que uno de ellos *disipe la herencia*; será un tribunal compuesto de un juez único, á la vez legislador, testigo, parte, juez, recompensa ó castigo, y que en sus atributos, distintos para nosotros, pero soberanamente uno en sí, tendrá una perfeccion igual, porque será una perfeccion infinita.—Este juez será la justicia y la verdad, aquella misma verdad que nos reveló la manera de dar sus fallos, por las siguientes palabras:

"Cuando viniere el hijo del hombre en su majestad, y todos los ángeles con él, se sentará entonces sobre el trono de su majestad:—Y serán

(1) Abraham es considerado aquí como el padre comun de los creyentes.

(2) Luc., cap. 16. Estas últimas palabras son de una exactitud aterradora. Lo que hace falta á los incrédulos no son pruebas, sino buena voluntad. Ha habido testigos de los milagros de Jesucristo, y sin embargo no se les ha dado crédito.

(1) Santa Genoveva, patrona de Paris.

(2) *Esprit de las leyes*, lib. 24, cap. 2.

"todas las gentes ayuntadas ante él, y apartará los
"unos de los otros, como el pastor aparta las ove-
"jas de los cabritos.—Y pondrá las ovejas á su de-
"recha, y los cabritos á la izquierda.—Entonces
"dirá el rey á los que estarán á su derecha: Ven-
"id, benditos de mi Padre, poseed el reino que os
"está preparado desde el establecimiento del mun-
"do;—porque tuve hambre, y me disteis de comer;
"tuve sed, y me disteis de beber; estaba en la cár-
"cel, y me visitasteis á ver.—Entonces le respon-
"derán los justos, y dirán: Señor, ¿cuándo te vi-
"mos hambriento y te dimos de comer, ó sediento
"y te dimos de beber? ¿y cuándo te vimos hués-
"ped y te hospedamos, ó desnudo y te vestimos?
"ó ¿cuándo te vimos enfermo ó en la cárcel, y te
"fuimos á ver?—Y respondiendo el rey, les dirá:
"En verdad os digo que en cuanto lo hicisteis á
"uno de estos mis hermanos pequeñitos, á mí lo
"hicisteis.—Entonces dirá también á los que esta-
"rán á la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al
"fuego eterno, que está aparejado para el diablo y
"para sus ángeles; porque tuve hambre, y no me
"disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de
"beber; era huésped, y no me hospedasteis; desnu-
"do, y no me cubristeis; enfermo y en la cárcel, y
"no me visitasteis.—Entonces ellos también le res-
"ponderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos ham-
"briento, ó sediento, ó huésped, ó desnudo, ó en-
"fermo, ó en la cárcel, y no te servimos?—Y él
"les responderá diciendo: En verdad os digo que
"cuanto no lo hicisteis á uno de estos pequeñi-
"tos, ni á mí lo hicisteis....

"E irán estos al suplicio eterno, y los justos á
"la vida eterna (1)."

Héteos aquí el dogma de la vida eterna y su pro-
funda relación con la moral evangélica. Hemos
trazado con débil pincel solo algunos rasgos de es-
te grande asunto, y sin embargo creemos haber he-
cho lo bastante para ilustrar el juicio de todo en-
tendimiento reflexivo y libre, para hacerle apre-
ciar el carácter de una Religión que nada tiene de
común con las humanas concepciones, y que por
medio de tan exactas y profundas relaciones, de
tan grande sublimidad y grandeza, descubre en sí
misma la mano que hizo el corazón del hombre, y
que extendió los espacios del cielo (2).

(1) San Mateo, cap. 25.

(2) Mientras se estaba imprimiendo el presente capítulo ha-
bíamos á vuestras manos una carta escrita por una víctima del
delante de la Guadalupe á un amigo suyo, y que por los senti-
mientos que contiene se refiere al asunto de que hemos trata-
do. Vamos á transcribirlo, porque estamos persuadidos de que
debe ser leída con un vivo y saludable interés.

El autor de la carta era un hombre dichoso. Desempeñando
un alto destino, ejercido y conquistado por un talento privile-
giado; esposo de una mujer digna de él; padre de siete hijos
que eran su orgullo; hermano de una mujer como un ángel
que derramaba en toda su casa la dulce suavidad de sus virtu-
des; vió á esta hermana, á esta esposa y á estos siete hijos des-
aparecer en menos de dos minutos, destruidos á su misma vista
por aquella catástrofe.—La antigüedad pagana hubiera velado
la faz de este padre, y el judaísmo la hubiera apañado su rostro
consolando que no son... Pero el cristianismo, que tiene con-
suelos iguales á las calamidades, y esperanzas mas sólidas que

CAPITULO VII.

EL PURGATORIO.

No debemos reclamar para el cristianismo el pri-
vilegio de la novedad, como si se tratara de una
invención humana.—Su verdad consiste en haber
existido siempre.—La religión natural, basada so-
bre una revelación primitiva, es su principio, co-
mo él es la perfección de la religión natural, y aun
todas las falsas religiones son menos invenciones a
priori que alteraciones y herejías de esta Religión
verdadera, que llena todos los tiempos, y cuyo so-
berano centro es Jesucristo.

Esta es la razón por que hallamos los dogmas
cristianos esparcidos en todas las religiones de la
tierra, aunque desfigurados por la superstición, y dis-
frazados con la imagen del hombre y de sus vicios.
Solo en el cristianismo son estos dogmas el objeto
racional de nuestra fe y la regla fecunda de nues-
tras acciones.—Ellos constituyen la creencia uni-
versal del género humano, reformada y verificada
en la persona de Jesucristo.

la tierra, inspiró á este nuevo Job las siguientes palabras de
resignación y de fé:

Baja-Tierra, 14 de Febrero de 1848.

"Mi querido D....

"He sabido que habéis venido á la Punta buscándome para
"ofrecerme un asilo; no os ofenderé con mi reconocimiento,
"amigo mío.... porque dar las gracias á la amistad es suponer
"que hubiera podido obrar de otra manera. Pero necesito as-
"ber de vos y de vuestra familia, y participar de vuestra dicha
"de la misma manera que quisisteis vos participar de mi adio-
"cios.

"No es esta tan amarga como algunos se imaginan.... Hay
"creencias que consuelan y convicciones que indemnizan abun-
"dantemente. Unas y otras son tan profundas, que hasta ahora
"no he interrumpido mis relaciones intelectuales con los mas.
"Sin cesar los consulto; y el corazón, que es el único órgano
"de nuestras comunicaciones, va sus resoluciones y oye su res-
"puesta; y mi conciencia, que se ha hecho superior á mi razón,
"decide de mis juicios. Creedme, D...., no está compacto
"el hombre de tierra solamente....

"Al ver que en menos de dos minutos se me apegaban to-
"dos esos cuerpos tan dotados de admirable belleza, y á oír
"aquella belleza material que tan pronto destruyen los que-
"nos, sino de aquella belleza sobre la cual la virtud y la in-
"gencia arrojan su celestial reflejo; al ver que la parte terrena
"de los míos volvía á entrar otra vez en la región de la ma-
"teria, hubiera estado perdido si hubiese creído que la nada era
"el límite del hombre!" Pero estoy tranquilo y resignado.—
"Me inclino con respeto delante de la mano que ha dispuesto
"las cosas de este modo; y hago mas le doy gracias.... porque
"creo que la dirigen principios de una rigurosa y eterna just-
"cia. No permitiéndome apreciar todo cuanto había de gran-
"de, de noble, de celestial, en la reunión de lo que he perdido.
"Dios me ha dicho: Te colocó en la alternativa de ser imbécil
"ó injusto, suponiendo que puedes pensar que no me lleva un
"objeto noble y digno de mí....

"Creed á vuestro viejo amigo, D....; Luisa es inmortal....
"Victoria y Estefanía son inmortales.... mis tíerrosos hijos, tan
"inocentes y graciosos, son inmortales.... esa virtuosa Melvi-
"na, tanta y mártir á la vez, es inmortal.... Creer otra cosa
"sería desprestigiar todas las afecciones basadas en la virtud por
"reemplazarlas por las huecas teorías y los dialécticos racio-
"nios de una ignorante y presuntuosa razón.

"Mi querido amigo, en este momento siento la doble im-
"presión de la verdad y de mi afecto hacia vos.... Quisiera ha-
"ceros participar de las creencias que son las únicas que pueden
"haceros feliz. Estoy en una situación demasiado silenciosa pa-
"ra pretender ganar por asalto lo que solo puedo esperar ob-
"tener de vos por la fuerza de las convicciones.

"Adios, mi querido D...., abrazad en mi nombre á vuestra
"digna esposa, á vuestro hijo, á toda vuestra familia.

"Vuestro antiguo amigo,

"N."

Estas reflexiones, que pueden aplicarse á todos los dogmas cristianos, nos han sido particularmente sugeridas por los que van á ser ahora la materia de nuestro estudio.

La idea del purgatorio, lo mismo que la del infierno, se remonta á la mas alta antigüedad. Voltaire traza su historia; y las huellas de semejantes dogmas se hallan efectivamente en todas las tradiciones del universo.

En primer lugar, véase lo que respecto de él dice Platon siguiendo la doctrina de Sócrates:—"El que sufre un castigo justo, mejora su condicion y se hace mas paciente, ó al menos sirve de ejemplo á los que el terror del suplicio puede atraer á la virtud.—Los que se aprovechan de los castigos impuestos por los hombres ó por los dioses son los condenados, cuya alma, aunque enferma, no es indigna de curacion, y logran esta curacion en el otro mundo, lo mismo que en el nuestro, por medio del dolor y de los remordimientos, única expiacion de una vida criminal. Pero los malvados indignos, etc." (1)

En el libro sexto de la *Enéida* se halla todavía mas claramente explicado el dogma del purgatorio:

Aquí en sus penas todos son purgados;
Segun que merecimos, padecemos.
De aquí al Eliseo somos enviados,
Y el campo alegre pocos poseemos,
Hasta que el largo tiempo y dias tasados
Lava la escoria y manchas que tenemos,
Y deja pura la porcion divina,
Y el fuego del espíritu simple afina (2).

Segun la teología pitagórica de la *Enéida* las almas pasan en seguida á animar nuevos cuerpos. Esta inconsistencia, esta vaguedad quimérica y esta mezcla imaginaria prueban la ecsistencia de la verdad del purgatorio entre los antiguos.

Las tradiciones judaicas conservaban tambien esta verdad primitiva, como lo atestiguan el orar por los muertos tan recomendado en los libros de los Macabeos; pero el judaismo moderno, no queriendo apoyarse en Jesucristo, ha degenerado en este punto, lo mismo que en tantos otros, en una supersticion deplorable (3).

El cristianismo,—ó mas bien el catolicismo (4),—ha empleado en la esposicion de este dogma aquella sobriedad y entereza que distinguen á la autoridad divina.

Limitase á decirnos, pero lo dice con entera seguridad, primeramente que mas allá de esta vida hay un purgatorio, y en segundo lugar, que las oraciones de los vivos pueden aliviar las penas de las

almas de los difuntos (1), sin entrar en detalles ni acerca de sus penas ni de la manera con que son purificadas, sino mostrando tan solo que todas son purificadas por Jesucristo, puesto que lo son por las oraciones y oblaciones hechas en su nombre.

Conformémonos con esta sobriedad, que tan bien sienta á la humana razon en las cosas que pertenecen al órden sobrenatural, y sin buscar el cómo de un misterio que solo el orgullo tendria interés en penetrar, fijemos nuestra atencion en el *por qué*, y admirémos su perfecta relacion con el conjunto y el fin moral del cristianismo, y su misma elevada razon bajo el solo punto de vista filosófico.

Dos cosas hay que estudiar en el dogma del purgatorio: Primera: la razon de su ecsistencia; la razon de la eficacia de las oraciones y de los méritos de los vivos con respecto á los fieles difuntos.

I. La ecsistencia del purgatorio se apoya: primero, sobre la naturaleza de Dios; segundo, sobre la naturaleza del hombre y sobre las relaciones de entrambos.

1.º Dios se reveló por medio del cristianismo con tres atributos principales, que se han convertido en los elementos filosóficos de su conocimiento: la *santidad* y la *caridad*, entre las cuales se coloca la *justicia*.

En segundo lugar, la union con Dios, la posesion de Dios, es, gracias al cristianismo, la sola idea que la filosofía puede aun tener de los verdaderos destinos del hombre, del cielo.

Pues bien, de estas premisas se desprende la primera razon del purgatorio.

En efecto, como santo, la justicia de Dios no puede admitir la union inmediata entre su infinita pureza y nuestras manchas.

Por otra parte, como caridad y bondad por esencia, no puede dejar perecer para siempre la obra de sus manos que le pide gracia, y echar eternamente fuera de su seno, es decir, lejos de la felicidad y de la vida, las almas criadas para poseerle y que no perdieron ni han perdido la esperanza.

De aquí se sigue la necesidad, en la verdad cristiana y hasta podríamos decir la verdad filosófica, de un lugar intermedio donde el hombre acabe de purificarse, y que sea como el vestíbulo del cielo.

La vida presente es el teatro de nuestra libertad. Por el buen uso que de ella hagamos podemos, en medio de las pruebas de que se halla sembrada, purificarnos y estrechar así la distancia que nos separa de Dios; esto es un purgatorio empezado. Pero es difícil que en medio de todas las ilusiones que se disputan y entorpecen nuestra voluntad, podamos andar mucho camino, antes al contrario, podemos extraviarnos muchísimo. Pues bien, la bondad de Dios que conoce la fragilidad que nos trabaja, despues de haber concedido tanto á nuestra naturaleza meritoria, suple nuestra miseria, y aceptando el mas pequeño germen de nuestra buena voluntad, la fija por medio de la muerte en el camino del cielo, y

(1) *Gorgias*.

(2) Traducción de Hernandez de Velasco.—En el cuarto verso se formula explícitamente el dogma del redención número de los predestinados; la traducción es exacta. El original dice así:

Mittimus Elysium, et pauci laeta arva tenemus.

(3) Véase la historia del Rabi Akiba y los extractos del ritual judío y del Talmud en las varias cartas de Boesuet. Edition Levevre, 1836, t. XII.

(4) El protestantismo no admite el dogma del purgatorio.

(1) Concilio de Trento, sesion 25.

consume nuestra santificación en el purgatorio por medio de los dolores á que nos condena haciéndonos amar y disminuyéndonos por medio de este mismo amor.

Allí, á diferencia de nuestro estado en esta vida, no estaremos ya espuestos á volver á pecar, y sin embargo, podremos, con la ayuda de Dios, seguir mereciendo por una especie de extensión de nuestra voluntad en el tiempo presente, á la manera que una fruta verde separada de la intemperie de la estación por la mano del colono, y que acaba de madurar con seguridad en sus graneros, para poder ser algun día servida á su mesa (1).

Hé aquí la razón del purgatorio tomada por el lado de la naturaleza de Dios. Es una transición entre su bondad y su santidad, entre su justicia y su misericordia.

En todas las religiones falsas, que daban de la Divinidad ideas imperfectas y groseras, el dogma del purgatorio era una pura anomalía, y esto mismo prueba que aquel dogma no había sido inventado por los hombres, puesto que no guarda relación con el envilecimiento en que habían dejado caer á las demás verdades divinas. Pero en el cristianismo, donde estas verdades han sido renovadas sobre su tipo, aquel dogma vuelve á adquirir toda su racionalidad.

2.º La razón de este dogma, hemos dicho además, se desprende de la naturaleza del hombre.

En efecto, es propio de la naturaleza moral del hombre el procurar purgarse de su falta, y marchar en busca de la expiación. Y esto no solo por deber, sino por consuelo, porque la falta pone al alma en un estado de desconcierto que le es antipático, y del cual desea salir, aun á costa de los mas vivos dolores.

¿Cómo pues y por qué medios puede purgar el alma su falta?

No puede ser sino por medio de la pena.

La falta es la transgresión de la justicia para entregarse á un placer que ella prohíbe.—Su rigurosa separación debería ser por consiguiente el abandonar este placer.—Mas como no es posible retirarse del mismo placer que indujo á la falta, pues se consumó con su fruición, solo se cumple con la expiación por medio de la privación voluntaria, ó voluntariamente respetada de un placer distinto, del cual se hubiera podido disfrutar en el estado de inocencia.

Esta es la teoría metafísica de la penitencia, que se puede definir: la privación de un placer permitido, para reparar la violación de la justicia, consumada con la fruición de un placer prohibido (2).

Y ya que se nos ofrece la ocasión de decirlo, haremos observar que esta profunda teoría nos ayuda á concebir el por qué el hombre caído no podía por sí mismo satisfacer á la justicia divina.—Porque si por el sacrificio de los placeres permitidos, y de los

cuales hubiera podido disfrutar en el estado de inocencia, podía expiar el placer prohibido, cuya fruición había originado su culpa,—como ya no había para él placer permitido ni estado de inocencia á causa de la misma falta,—tampoco podía satisfacer por sí.—Su pena hubiera sido estéril, no hubiera sido mas que la consecuencia de su falta, sin poder llegar á ser el principio de su expiación, porque el principio de la expiación, lo repetimos, para que esta sea completa, debe ser superior á la falta, y existir fuera de ella. No puede un abismo cegarse á sí mismo, y solo el inocente tiene con qué pagar.

Esta es la razón de la preferencia de las víctimas inocentes en los sacrificios celebrados en todo el universo. Sin embargo, como ya dijimos en otro lugar, esta elección ó preferencia no podía ser sino figurativa. En sí misma era imposible y odiosa: imposible, porque tenía lugar en una naturaleza inficionada por el pecado; y odiosa, porque el sacrificio era forzoso por parte de la víctima, y por consiguiente injusto y cruel por parte del sacrificador.

La teoría de la expiación solamente ha sido realizada por el cristianismo, y principalmente sobre la cruz, donde la misma inocencia, sufriendo voluntariamente los mas crueles dolores, abrió una abundancia de méritos suficientes para pagar por todos los placeres culpables del universo, y de los cuales ella misma ha dispuesto en favor de los que quieren identificar sus sufrimientos con los suyos, é *incentrase* por medio de esta unión.

Por este medio pues,—explicado de este modo,—despréndese el alma de la falta que la oprimía, y este desprendimiento introduce en la penitencia que lo efectúa una dulzura que hace amar sus austeridades á veces mas que los vanos placeres que fueron la causa de su extravío.

Y como cuanto mas nos acercamos á Dios, que es esta justicia cuya violación ha constituido nuestra falta, mas sentimos el desconcierto que la falta produce entre él y nosotros, los ardores de la penitencia están en proporción del conocimiento que de él vamos recobrando, de modo que en el otro mundo estos ardores deben ser estremados é inextinguibles hasta que llenen cumplidamente la medida del pecado.

Entonces el alma fiel se sujeta á la mano que la castiga, y bendice las penas que le envía el mas paternal amor, pues que su objeto inmediato es disponerla para la felicidad del cielo, purgándola de los lunares que la harían indigna de su posesión (1).

Así es como el dogma del purgatorio fija sus raíces en la naturaleza de Dios y en la naturaleza del hombre, y restablece entre ambas la armonía primitiva destruida por el pecado.—Bajo este respecto, este dogma, que no es mas que el dogma de la expiación y de la penitencia, va á parar al alma del cristianismo, y no se le puede rechazar y permanecer cristiano sin ser inconsecuente.

(1) Hé aquí las hermosas palabras de la Escritura sobre los muertos en la flor de su edad.

"Dios le amó porque se le había hecho agradable, y viéndolo entre los pecadores fué trasladado al cielo."

(2) Tomamos la palabra *placer* en un sentido amplio y filosófico, y en contraposición á la palabra *pena*.

(1) Vimos á una persona moribunda, cuya memoria es para nosotros muy venerable, que en medio de horribles dolores, exclamaba:—"¡Dios mío todavía no sufre bastante!"

II. Réstanos estudiar la segunda parte de este mismo asunto, y que es como su corolario, á saber, que las oraciones y buenas obras de los vivos pueden ser provechosas á las almas de los fieles difuntos.

Nada se halla mas conforme con las luces de una razon que en la investigacion de la verdad nose detiene á la mitad del camino, sino que va hasta el fondo de las cosas para buscarla.

El hombre, como dijimos ya en otro lugar, fué criado sociable. *Hasta cierto punto* no hay en la humanidad individuos, sino miembros. De aquí el gran principio de la solidaridad de las faltas y de la reversibilidad de los méritos, que es el mismo principio social, y que el cristianismo ha elevado á su mas alto grado de autoridad por medio de la caída original y de la redención, que hacen de la humanidad como un solo hombre degradado en Adán, y rehabilitado en Jesucristo.

No desaparece la libertad individual bajo la influencia de este principio; pero la modifica sensiblemente para el bien y para el mal. Desconocer esta ley es desconocer la sociedad humana, de la cual ha sido siempre la mas fuerte expresion, y la mas alta garantía.

En el orden humano, la accion de este principio no es sensible en el vasto conjunto de la humanidad, y solo es la va conociendo y se la descubre á medida que se va estrechando el círculo de la existencia colectiva de los individuos. De ahí la responsabilidad de nacion, de gobierno, de ciudad, de compañía, y en fin, de familia.

Para pasar á la aplicacion, si tomamos á la humanidad en este estado de familia, que es su mas sencilla expresion colectiva, encontramos en él con toda su fuerza el principio de que vamos hablando.

¿No es verdad que un padre refleja sobre sus hijos y sobre su raza el resplandor de sus virtudes, y que la opinion pública, la voz del pueblo, que es la voz de Dios, saluda y honra al nieta de un héroe? —Muere un hombre insolvente, y las maldiciones de sus acreedores empobrecidos lo persiguen hasta la tumba; pero ha dejado un buen hijo que con sus sudores alcanza, al fin, á juntar lo necesario para rehabilitar su nombre, y llega un día en que el último acreedor recibe de este hijo el valor de la deuda que pesaba sobre la memoria de su padre; y esta memoria, ya rescatada, se justifica, y es por todas partes respetada. ¿No nos vemos obligados todos los dias por consideracion á una persona que estimamos y respetamos, á favorecer á un extraño, y con frecuencia hasta á un enemigo? Lo que leemos en el Génesis, que Dios habria perdonado á toda la ciudad de Sodomá, si hubiese habido en ella diez justos solamente, ¿no se ha efectuado muchas veces en la conducta de los hombres? Y la salvacion de Calais, obtenida por el sacrificio voluntario de Eustaquio de Saint-Pierre y de otros cinco paisanos, ¿la hubiera inmortalizado la historia, si no hubiese sido la expresion de una grande y hermosísima verdad? (1)

(1) "Nunca dejaré perecer á un pueblo semejante, mien-

Bien es verdad, que semejantes ejemplos son raros en nuestros dias, y que á estos sentimientos se les llama *preocupaciones*; pero tambien lo es, que en nuestros dias la sociedad se está disolviendo, y por lo mismo la rareza del ejemplo se convierte en un ejemplo mas.

El principio de la reversibilidad de los méritos, es pues, un principio verdadero y bueno en sí: un principio instintivo, universal, natural á la humanidad.

Permítasenos adelantarnos mas todavía:—este principio es racional.

Porque en fin, todos participamos mas ó menos del centro en que nos hallamos colocados. Cada uno vive un poco de la vida de todos, y todos se resienten hasta cierto punto de la vida de cada uno. No todas nuestras acciones nos pertenecen exclusivamente, y una gran parte de sus causas y de sus consecuencias se distribuyen á nuestro alrededor. Hay virtudes que brillan en un individuo, y que tienen á veces su gérmen en cierto ejemplo dado por otro. El padre sobrevive en sus hijos y merece en ellos por los consejos que les dió, aun cuando él mismo no los hubiese observado: lo mismo sucede con los hermanos, los amigos, los conciudadanos. ¿Quién es capaz de calcular la buena ó mala fecundidad de tal palabra, de tal accion, y quién puede seguirla en la multitud de consecuencias que obrará á su paso, y que se multiplicarán hasta lo infinito?

Reconocida esta verdad, parécenos demostrado, que limitar á cada uno en su mérito aparente, es irracional é injusto, y que el dar participacion de este mérito á los que nos rodean es mas conforme á la verdad.

Pero hay ademas una razon mas profunda y decisiva, y que corresponde á la misma raiz del principio de la reversibilidad de los méritos. Debemos fijarnos mucho en ella: es la siguiente:

El mérito reclama una recompensa, de la misma manera que el demérito es sujeto á un castigo. Castigar al segundo sin recompensar al primero seria una injusticia. Pues bien, ¿por qué entre todas las recompensas que puede el mérito reclamar, le seria negada la de sacrificar en favor del demérito su

"tras pueda salvarlo á costa de mis dias, dijo Eustaquio de Saint-Pierre, uno de los principales habitantes de Calais; me sacrificaré como victima de los furiosos de Eduardo...." Luego que Eustaquio hubo acabado de hablar, dice Froissart, todos se acercaron á adorarle con ternura: expresion enérgica y sencilla, que pinta el sublime enternecimiento de que el historiador se hallaba poseído al relatar aquel hecho.

Ademas, este pasaje histórico ofrece un doble ejemplo de la verdad que vamos exponiendo; porque si Eduardo perdonó á toda la ciudad, gracias á la entrega de los seis vecinos, despues perdonó tambien á los ses vecinos por respeto y á instancia de su esposa Felipina de Hainaut.—"Si me consideras digna de compartir contigo la victoria, dice aquella mujer heroica al "coral vencedor; si crees que he servido con algun resultado á "la causa comun; n, en fin, tengo algun derecho, lo reclamo ahora menos para salvar á esos hombres virtuosos que para poner "á salvo tu honor. Si mis plegarias no tienen la fuerza bastante, no ruego ya, acéjame, pido su gracia como precio de mis servicios, y debo obtenerla."—"Señora, le contestó Eduardo airado, no puedo negaros nada, pero en este momento me violenta mucho, y preferiria que estuvierais muy lejos de aquí..." —Admirable violencia hecha al poder por los méritos de la virtud, y que clama muy altamente en favor del principio que queremos establecer!

derecho á la recompensa?—Si la principal propiedad del mérito es el desinterés y el sacrificio, ¿por qué la propiedad de la recompensa que le corresponde, no ha de poder ser la satisfacción de un sentimiento de desinterés y de sacrificio? ¿Por qué se rehusaría a la virtud la mas dulce y pura de todas las satisfacciones? ¿Quién podría reclamar una satisfacción semejante? Sería esta por consiguiente inútil, y no habría ningún corazón capaz de experimentarla....—Observad, además, que no bastaría para esto la justicia absoluta; porque a la vez el mérito sería recompensado y castigado el demérito: el mérito recompensado por la satisfacción que se concedería á su espíritu de amor y de sacrificio, y el demérito castigado por este mismo sacrificio, que haría la virtud de la recompensa que él mereciese.

¿Qué sucedería, pues, si el mérito fuera superior á toda otra recompensa, y que negándosele esta, se quedase sin recompensa? ¿Qué injusticia tan grande! El mayor mérito posible sería el único que quedaría sin retribucion!....

Pues bien, tal es el mérito de Jesucristo, cuya reversibilidad sobre la humanidad culpable constituye el fundamento de todos los méritos, el móvil y el medio por los cuales se obra su reversibilidad.

El Hombre-Dios era por naturaleza superior a toda recompensa, y por esto mismo nada podía recibir, porque, como Dios, nada le faltaba. Todos los méritos que como hombre había juntado en su persona, hubieran por lo mismo sido perdidos, *irrecompensados*, y el justo por excelencia hubiera sido el solo abandonado por la justicia. Pero si el Hombre-Dios nada podía recibir, podía dar; y dar, en Dios, es la felicidad, y por consiguiente puede ser su recompensa.

Y no se diga que, como Dios, podía inmediatamente dar el perdón a la humanidad, sin hacer de este perdón el precio de los méritos que él poseyese como hombre; porque la justicia eterna no podía aplacarse sin una satisfacción, y sin ella se hubiera puesto en contradicción consigo misma. Necesitaban, pues, *méritos* para esta justicia; pero no se necesitaba menos una *justicia* para estos méritos; y como los solos méritos que pudiesen convenir á esta justicia divina, eran los *méritos* de un Dios, de la misma manera la sola *justicia* que podía corresponder á estos divinos méritos era la recompensa de un Dios, es decir: como hemos visto ya, dar su recompensa, trasladar sus *méritos* y recompensarlos en nosotros, perdonándonos, como nos había castigado en sí mismo sacrificándose.

¿Qué divina filosofía! ¿Cómo eleva nuestra razón! ¿Qué armonía tan sublime nos hace descubrir en sus admirables arcanos! No hacemos mas que entreverla y presentirla; pero ¿qué concordancia! ¿qué equilibrio! Respecto á la inteligencia y al corazón del hombre es lo que la bóveda estralla de respecto á sus miradas.

Los méritos de Jesucristo, cuya reversibilidad se esplica de este modo, forman, pues, el recurso eterno é inagotable de la humanidad ante la justicia de Dios; y á su ejemplo y por ellos pueden á su vez

nuestros propios méritos adquirirse y trasladarse, de modo que todas las consideraciones anteriormente presentadas sobre este punto no eran mas que preludios y bosquejos de la presente, que es la principal.

Identificando nuestros méritos personales con los méritos de Jesucristo, damos sus propiedades, y los hacemos aceptables á Dios y reversibles sobre nuestros hermanos: nos convertimos unos respecto de otros en mediadores y redentores, y la súplica de un pobre mortal, apoyada en los méritos de Jesucristo, puede de este modo elevarse hasta el trono de Dios, y desarmar su justicia en favor de sus hermanos en este mundo y aun en el otro.

Para llegar á esto último, las almas del purgatorio heben con nosotros en los méritos de la sangre derramada por Jesucristo, el alivio de sus penas, y nuestras oraciones y buenas obras acá en la tierra, pueden aprovecharles por la oblacion de aquella divina sangre.

Véase, pues, cómo lo que dijimos al principio, esto es, que los dogmas cristianos se hallaban esparcidos en todas la religiones del universo, que no son mas que sombras y herejías de la única Religión verdadera que siempre ha existido, encuentra aquí su justificación.

El dogma del purgatorio, como hemos visto ya, se halla claramente espuesto en Platon y en Virgilio.—El dogma del sacrificio y la eficacia de la sangre inocente derramada, es todavia universal, como puede verse en el estudio especial que dejamos hecho de esta verdad.—Pero véase ahora lo mas curioso: la reunion de estos dos dogmas en uno solo, es decir, el alivio de las almas de los difuntos por medio de la sangre de una víctima, su admision á este socorro por los méritos de los vivos; en una palabra, el dogma del purgatorio, en lo que puede haber de mas completo, se encuentra en las mas antiguos monumentos del paganismo.—Y no queremos limitarnos á las libaciones y sacrificios hechos sobre las tumbas, sino que podemos ir mas lejos: en el canto undécimo de la Odisea, que tiene por objeto la *Evocacion de los muertos*, por Ulises, leemos que este héroe quiso bajar á los infiernos para consultar con el divino Tiresias, y que conformándose despues con las instrucciones que le había dado al efecto la diosa Circe, se condujo de la manera siguiente:

“Al mismo tiempo Euriloco y Perimela, cojan
“los animales conagrados, y yo, echando mano á
“mi luciente espada, abro un hoyo de un codo de
“profundidad, y á su rededor ofrezco libaciones á
“todos los muertos.... Despues de haberles dirigido
“mis oraciones y mis votos, tomo las víctimas, las
“degüello sobre el hoyo por el cual corre una sa-
“gre negra, y al instante salen del Erebo las almas
“de los manes; á mi rededor veo aparecer espo-
“sas, jóvenes y ancianos agobiados de miserias, y
“y tiernas vírgenes deplorando su prematura muer-
“te; estos manes van recorriendo en tropel alrede-
“dor del hoyo dando gritos lastimeros, y al ver es-
“to se apodera de mí un funebre temor. Enton-
“ces mando á mis compañeros que desuelen á las

"víctimas que la cruel cuchilla había sacrificado, y que las quemen, y que imploren á los dioses, el fuerte Pluton y la terrible Proserpina; y yo mismo, sacando otra vez la afilada espada, pendiente de mi cintura, me siento y no permito que las ligeras sombras de los muertos se acerquen á la sangre que se acaba de derramar, antes que Tiresias me instruya de lo que se ha de hacer."

La sombra de Tiresias llega y dice á Ulises:

—"Apártate de esta hoya y envaina tu espada, para que pueda yo beber la sangre de las víctimas y decirte la verdad."—Accede Ulises á lo que se le pide, y entra luego en conversacion con Tiresias.—Sin embargo, la sombra de la madre de Ulises se había presentado tambien:—"Dicha sombra se sienta silenciosamente junto á la sangre, y aunque se hallaban en presencia de su hijo, no sabía verle ni hablarle."—Ulises pregunta entonces al adivino lo que debía hacer para hacerse reconocer por ella, y Tiresias le contesta:—"El muerto á quien permitas acercarse á la sangre, te dirá la verdad, y el que rechaces se volverá hacia atrás, y se alejará de tí."—La sombra de Tiresias hubió.—"Entre tanto yo, dice Ulises, me mantengo inmutable hasta que mi madre llega y bebe la negra sangre; me reconoce al momento, y entre suspiros me dirige estas breves palabras, etc.—Sin embargo, todas las demas sombras acuden en tropel para beber la negra sangre, pero tirando Ulises de su espada, las desvía y no les permite acercarse mas que sucesivamente."

Toda esta relacion es fabulosa, grosera y pueril sin duda, pero seguramente que los hechos no son inventados por la sola imaginacion de Homero, pues es evidente que no hizo mas que poner en accion una doctrina religiosa que en su tiempo se hallaba muy recibida.—No es menos manifesto que esta doctrina pertenece al dogma universal del sacrificio y á la eficacia de la sangre expiatoria para aliviar las almas de los muertos y establecer una comunicacion entre ellas y los vivos.

Esta es la doctrina, cuyo verdadero espíritu se había perdido, y que no debiera haber sido nunca mas que figurativa de la redencion verdadera, prometida y esperada desde el principio del mundo, por la sangre del Mediador, que vino el cristianismo á hacer efectiva, y que retiró luego, como á todos los demas dogmas, de entre las manos de la supersticion para hacerla objeto de una fé racional.

Por este medio pudimos en efecto evocar del purgatorio las almas de los muertos, aliviarlas, y establecer entre ellas y nosotros un comercio verdadero.

Siendo la misma Divinidad, en el cristianismo, el foco de la comunión de las almas, y los infinitos méritos de un Dios el agente por cuyo medio ella se efectúa, se concibe en realidad que todas ellas deban poderse volver á encontrar, y que esta sociedad espiritual, cuyo lazo son el honor y la verdad, debe prescindir del espacio y del tiempo de la vida y de la muerte, segun lo comprendemos en el óden material y sensible.—Segun este óden de ideas, la muerte verdadera, la muerte que separa,

es menos la muerte sensible que la muerte espiritual, menos la separacion del alma del cuerpo que de la verdad y la virtud. El nos enseña que puede haber mas union á través de espacios inconmensurables que habitando bajo un mismo techo, menos separacion mediando la tumba que el pecado (1); en una palabra, vivir es participar de la vida eterna, que es Dios; y como esta vida es indivisible é inmortal, todo lo que de ella depende está perpetuamente unido.

De este modo la sublime y sólida metafísica del cristianismo rompió las barreras del tiempo y de la muerte, y ha puesto bajo la accion de una misma caridad, no solo las generaciones vivientes, así que tambien las que fueron y desaparecieron, devolviéndolas á nuestro amor y esperanza en el seno de Dios, que es el lugar de los espíritus como el espacio es el lugar de los cuerpos (2).

Por este medio Dios nos permite y hasta nos manda que entremos en sociedad de méritos con todos los que nos precedieron en la observancia de su ley, ya estén en el purgatorio ó en el cielo; que unamos nuestra voluntad á la suya, nuestras oraciones á las suyas, y nuestras manos á las suyas, por decirlo así, para acercarnos todos juntos á su seno paternal. Nos dice que está dispuesto á aceptar nuestras oraciones y buenas obras en la tierra en pago de la deuda de aquellos hermanos nuestros que cuentan con su justicia en el purgatorio, y á atender en favor de unos y otros á las súplicas y méritos de los que están ya en el cielo. Se halla Dios tanto mas dispuesto á admitir estos medios de descargo, cuanto él mismo, Padre de todos, se interesa por su amor en aplacar su propia justicia, y cuanto el medio mas seguro para hacérsela favorable á nosotros mismos es procurar inclinarse en favor de nuestros hermanos que son hijos suyos.

"Busqué, dice en las Santas Escrituras, busqué en el día de mi justicia alguno que la desarmase, y que con sus oraciones levantara una muralla entre mis castigos y los culpables, y no lo encontré."—¡Qué palabras! Si el corazón de un padre es el mejor emblema de la Divinidad, ¿quién no reconoce al Dios verdadero, en este movimiento paternal que, al mismo tiempo que la violacion de la ley del deber nos obliga á presentar mal ceño á un hijo rebelde, conspira secretamente en el fondo de nuestras entrañas con las personas que nos rodean para hacernos desear que sus ruegos é instancias nos obliguen á perdonarle (3)?

(1) Así se explican aquellas célebres palabras de la reina Blanca á San Luis:—"Hijo mio, prefiero verte morir que verte cometer un solo pecado mortal!"

(2) Mallebranche.

(3) Siempre deberíamos presentarnos junto á los sepulcros de nuestros amigos en actitud suplicante, y no para tributarles alabanzas desmedidas con el fin de que á su vez nos alaben los demas por esta accion. Es una impiedad, no solo para con Dios, sino para con los mismos muertos, el que esos discursos sobre la tumba en que se les alaba por lo que tal vez causó su tormento en la otra vida, hagan reflexar las vandeas de ésta sobre su estado. El paganismo los hubiera reprobado, y á lo mas hubiera hecho oír su plácido quejas:—¡Cuán sólidos, nobles y delicados son en estas circunstancias los sentimientos de los verdaderos cristianos!—¡Oh tú, cualquiera que seas, atraído por la

Hé aquí el dogma del purgatorio y de la comunión de los santos.

¿Quién no reconoce la tendencia moral de semejante dogma, la confianza que inspira, los motivos y estímulos que ofrece á la virtud? ¿Qué no pueden la memoria de una madre y la fé en su intercesión en el cielo á favor de los hijos que dejó en la tierra? ¿Qué no puede la fé en la eficacia de nuestras buenas obras para librar á esta madre de las penas que sufre, y que tal vez le han sido impuestas á causa del amor que nos tuvo? ¿Qué no puede la esperanza de vernos reunidos en el seno de Dios, que nos hizo los unos para los otros, y á todos para sí, y que al reunirnos no hará mas que consumir su obra? Lo que decimos respecto de una madre, podemos asimismo decirlo de un padre, de un hijo, de una esposa, de un hermano y de un amigo.

“Admirable comercio, exclama aquí Mr. de Chateaubriand, entre los hijos vivos y el padre difunto, entre la madre y la hija, el esposo y la esposa, la vida y la muerte! ¡Cuán tiernas cosas encierra esta doctrina! Mi virtud, la virtud de un miserable mortal, se hace un bien comun á todos los cristianos; y de la misma manera que yo participé del pecado de Adán, mi justicia se comunica también á los demás, y se les tiene en cuenta.—¡Qué hermoso es haber forzado, por el atractivo del amor, al corazón del hombre á la virtud, y pensar que la misma moneda que dá el pan del momento al miserable, da acaso á una alma libertada un sitio eterno en la mesa del Señor (1).”

CAPÍTULO VIII.

EL INFIERNO.

A esta terrible palabra parece que se desvanecen todas las convicciones que el apologista del cristianismo habia logrado reunir á la verdad.... Sobre todos los demás puntos habian consentido al menos en escucharle, y penetrando poco á poco la luz en las inteligencias, habia acabado por descubrirles ciertas relaciones y un designio tan bien enlazados y tan perfectos en la religion, que la divinidad de la mano que la estableció y la conserva habia sido reconocida y aceptada. De repente se le retiran todas las simpatías que tanto trabajo habia costado ganarle, y todo el edificio de su apología se vé amenazado de desaparecer en el abismo que ha tenido la temeridad de entreabrir.

¡Cuán poderosa es, sin embargo, para defenderla la fuerza de la verdad y de la fé! En semejante estado de oposicion con la violencia de las preocupaciones, se atreverá no obstante el apologista, á pe-

riedad á este lugar sagrado,—escribió Boileau sobre la tumba de Racine,—¡lora en un varón tan grande el triste destino de todos los mortales; y por grande que sea la idea que de él puedes darte su reputación, adviérte que lo que él te pide no son elogios sino oraciones.”

(1) Genio del Cristianismo. Del Purgatorio.

sar de la desventaja que contra sí tiene, á sostenerse, y dirigiéndose solo al corto número de los que la calma filosófica y el santo amor de la verdad hayan conservado á su derredor, les dirá:—Sí, hay un infierno.... y penas eternas....

Para entrar en materia, empezaremos preguntando al mas incrédulo:—¿Estás bien seguro de que no hay infierno?—En este caso tienes una convicción que nadie pudo alcanzar antes que tú, ni los mas grandes detractores de las leyes divinas;—una convicción que no tuvo nunca Juan Jacobo, que á semejante pregunta contestaba: *no lo sé*; convicción que no poseyó Diderot, que, poniendo en diálogo el monólogo de su alma, decía: “Si abusas de tu razón, serás desgraciado no solamente en esta vida, sino que lo serás también después de la muerte en el infierno.—Y ¿quién te ha dicho que hay un infierno?—En la sola duda debes conducirte como si lo hubiera.—Y ¿estoy seguro de que lo hay?—*Desconfío de tal seguridad*....”—Una convicción por último que no tuvo Voltaire, quien, á uno de sus correspondientes que le habia escrito: “Creo haber encontrado al fin la certidumbre de la no existencia del infierno,” le contestó: *Sois harlo feliz; yo estoy aún muy lejos de ello*....”

La duda, el tal vez.... Hé aquí el estado de la cuestión tomada en su oposicion mas amplia con nosotros.

Por consiguiente, si aducimos autoridades, razones, pruebas, y en una palabra, todo lo que puede inclinar la convicción, la verdad de un infierno deberá pasar de lo posible á lo probable, y de lo probable á lo cierto.

No pretendemos, sin embargo, disimularnos que las razones y las pruebas deben ser respetables, porque en los vaivenes de solución tan vasta es indispensable tener en cuenta los pretextos y resistencias de una incredulidad que no duda sino mientras se halla entregada á sí misma, y que solo se encastilla en la negativa cuando se la quiere obligar á que afirme.

Después de habernos hecho cargo de todos los subterfugios y dificultades, abordemos la discusión.

I. “El despotismo teocrático, los papas y los curas, dicen algunos espíritus atrasados, son los que levantaron alrededor de la Iglesia católica la preocupacion del infierno, para retener en ella por medio del terror á las almas tímidas; y ellos son también los que han escrito sobre el dintel de aquella gruta imaginaria estas desconsoladoras palabras: *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse*.”

A su vez tendrán estas palabras cumplida explicacion en los presentes *Estudios*, y ya de antemano nos adelantaremos á pronosticar que la razón y el corazón suscribirán á ellas.—Entre tanto, por lo que respecta á la imputacion hecha á la Iglesia Católica de haber caprichosamente inventado el dogma del infierno, contestaremos desde luego que no es este dogma una superfetacion ni una redundancia en el gran sistema de la verdad católica, sino que se halla al contrario tan rigurosamente ligado

con el conjunto de este divino sistema, y tan unido á su misma base, que vacilar un momento en admitirlo es dudar de todas las demás verdades, y rechazarlo es rechazarlo todo.—Negar el infierno es negar la redencion; negar la redencion es negar la salvacion del género humano por la Cruz de Jesucristo, esto es, la mas adorable de todas las pruebas de amor que el cielo podia dar á la tierra.... Es negar en consecuencia el motivo de todas las instituciones de caridad que el ejemplo de un Dios, muriendo por sus criaturas, ha producido; y es, en fin, cegar la fuente de cuanto hay de mas dulce, de mas consolador y benéfica para la humanidad.

Escojed, pues, y decidios: todo el majestuoso edificio de la verdad católica está ahí, delante de vosotros, basado sobre las ruinas del paganismo, rodeado del homenaje de diez y ocho siglos, fortificado y engrandecido en medio de las vicisitudes de las cosas humanas, que todo lo han hecho desaparecer, y que nada respetan aun mas que á él. Si queréis quitar de este edificio la verdad del infierno, es preciso que lo destruyais enteramente, que lo arraseis y que paseis el arado por el terreno donde se halla asentado.

¿Os decidiréis acaso á tomar este partido?... ¡En hora buena!—Ya estais fuera de esta Iglesia, que tan interesada suponeis en el dogma del infierno para hacerlo servir de trinchera á su autoridad. Ya no teneis que temer la máxima *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse*, porque no hay en el mundo nadie mas que ella que la enseña. Ya sois libres; ya no hay autoridad ni amenazas; teneis el libre escámen, el protestantismo.... y sus variedades y sus variaciones.... ¡Cuántos pretextos y cuántos rodeos para evitar la verdad de que queréis huir!

Mas ¡ay! todos esos rodeos solo sirven para hacerosla encontrar mas inevitablemente: todas las verdades católicas han sido golpeadas por el martillo de la herejía; muchas han sido demolidas, pero ni una sola ha dejado de ser *reformada*, y reformada en sentido favorable á las miras de la *razon* y de la *libertad*: el celibato de los sacerdotes, la confesion, la presencia real, el culto y sus prácticas austeras, etc.... solamente la verdad de un infierno ha quedado en pié, intacta.... decimos mal, ha tomado nuevo vuelo á espensas del dogma del purgatorio que ha sido suprimido.... Ya no le queda medio á la frágil humanidad: el cielo ó el infierno.

¡Desechamos, diréis acaso, ese cristianismo todo entero!—Pero, ¿lo habeis pensado bien? ¡El cristianismo, esta fuente de verdad y de vida, este foco de civilizacion, esta gran lumbrera á cuyo resplandor van marchando las naciones y en el cual brillan todos los caracteres de la Divinidad!.... ¿Qué esperais encontrar fuera de su seno mas que barbarie, supersticion y oscuridad? Y sin embargo: es aquí donde queréis arrojaros para evitar la verdad del infierno? ¿Dejais las regiones de la verdad y de la luz para trasladaros á las del error y las tinieblas?.... ¡Qué sacrificio tan inmenso haceis á vuestra incredulidad!....

Sin embargo, todavía os concederémos esto: pa-

sead vuestro escepticismo por todos los paises y por todos los siglos, y estad seguros que no haréis mas que aumentar, colmar la medida de la verdad que os persigue. No hay ningun tiempo ni lugar donde la creencia en el infierno no haya constituido el fundamento de todas las religiones. Nuestros mismos filósofos modernos reconocen, y lo tienen formalmente manifestado en sus obras, que desde el tiempo de Moisés y de los hebreos, y en los tiempos posteriores los caldeos, los asirios y los egipcios creian en las penas eternas.—“Desde esta época, dice Voltaire, encontramos las mismas creencias entre los griegos y romanos, en una palabra, entre todas las naciones de la tierra (1).”—“La doctrina de un estado futuro de recompensas y castigos, dice Bolingbroke, se pierde en la noche de los tiempos, y es anterior á todo lo que sabemos de cierto. Desde que empezamos á escaminar el caos de la historia antigua, vemos ya esta creencia establecida de la manera mas sólida en el ánimo de las primeras naciones que se conocen (2).”

En todos los paises que la navegacion ha descubierto, desde las estremidades del Oriente hasta los últimos confines del Occidente, y hasta en las islas mas apartadas y desconocidas, se observa que el corazon del hombre está penetrado del temor de un infierno eterno.

¿Quién inspiró al género humano este temor, y cómo puede concebirse que á través de tan grandes distancias, de tan infinitas variedades de tiempo, de lugares, de costumbres y de conocimientos, hubiese podido una misma creencia, si no hubiese sido mas que una invencion, persuadir igualmente á todos los hombres? ¿De dónde les habrá venido á éstos, sino de una revelacion primitiva y de la misma fuente en que bebieron la conciencia y sus imprescriptibles verdades?

¿Y de dónde procederá semejante invencion? ¿Quién la habrá forjado?—¿Serán acaso los reyes?—Leed los poemas del paganismo, y observaréis que casi todos los condenados que citan habian sido reyes: los Sísifos, los Tantálos, los Icsiones, los Danaos y muchos otros. No debieron, pues, ser los reyes los que inventasen el infierno contra sí mismos.—Por otra parte, ¿cómo se habria comunicado en un instante esta invencion de una á otra estremidad del mundo?.... En fin, la misma incredulidad debe saber contenerse en ciertos límites si no quiere caer en el absurdo para evitar lo *incomprensible*, y perder la razon para huir de la fé.

Pero, ¿por qué, diréis acaso, debemos nosotros dar crédito á una multitud insensata? ¿No está mejor representado el género humano, cuya autoridad no podemos desechár, por las inteligencias privilegiadas, y por los hombres pensadores, que tienen la mision de combatir todos los errores y desvanecer todas las preocupaciones? ¿Por qué no hemos de apelar de las decisiones del vulgo al tribunal de la filosofía?

(1) *Cartas de algunos judíos, etc.*

(2) *Bolingbroke Works, tomo v.*

Concedido: vamos, pues, al tribunal de la filosofía.

No os citaremos los grandes genios que tanto han honrado á la humanidad desde el tiempo de Jesucristo. Los habeis recusado como cristianos, y sin embargo ¡qué nombres!.... desde Justino hasta Pascal.—Pero pasemos adelante.

Los filósofos mas antiguos de los tiempos primitivos fueron los poetas, y todos enseñaron y describieron el Tartaro y los infiernos: Orfeo, Lino, Hesiodo, Museo, Virgilio, Ovidio, Horacio y otros. ¿Quién no recuerda aquellos versos del poeta romano, que todos hemos estudiado en nuestra infancia:

..... Sedet aeternumque sedebit
Infelix Theseus.

Hé aquí un condenado clavado por toda una eternidad sobre un asiento de dolores, del cual no podrá moverse jamas. Mirad ademas á Prometeo pegado á su roca inmortal, y entregado al furor de un buitre que devora para siempre sus entrañas:

*Immortale jecur tundens fecundaque penis
Viscera.*

Todavía mas: todos los sabios de la antigüedad dan testimonio de este dogma, que vosotros os atreveis á desechar.

Veréis acaso en todo esto no mas que escasezaciones poéticas. En tal caso oid á Platon, al grave Platon, que no quiere poetas en su república, pero que sin embargo acoge sus verdades.—“Los viles malvados, dice, cuya alma perversa mereció “ser incurable, están reducidos á servir de escarmiento; y sus castigos, que les atormentan sin cesar, no son útiles mas que á los testigos de su “HORRIBLE Y DOLOROSA ETERNIDAD (1).”—“Las “almas que cometieron crímenes mayores, dice en “otra parte, son arrojadas AL ABISMO QUE LLAMAMOS INFIERNO, ó con otro nombre semejante.... “Tal es, ¡oh hombre! el juicio de los dioses que “están en el cielo, de los dioses que crees no se “ocupan de tí. Los buenos se reunirán con los “buenos, y los malvados con las almas de los malvados (2).”

Sócrates, segun Ciceron, enseñaba que hay varios caminos para las almas que salen del cuerpo: las de los malos toman un camino desviado, que los conduce lejos de las elegidas por los dioses.

En fin, en los primeros tiempos del cristianismo un filósofo pagano, Celso, acérrimo enemigo de esta religion, escribia:—“Tienen razon los cristianos creyendo que los que viven santamente serán “recompensados despues de la muerte, y que los “malos sufriran SUPLICIOS ETERNOS. Ademas, añadia, este sentimiento les es comun con todo el “mundo (3).”

Todo el mundo pues; poetas y filósofos, súbditos

y reyes, antiguos y modernos, civilizados y bárbaros, todo el mundo cree igualmente en la verdad del infierno. Verdad terrible sin embargo, y que todo el mundo tiene interes en sacudir. “No hay “reposo posible, escribia el impío Lucrecio, y es “imposible dormir tranquilo; ¿por qué? porque es “forzoso temer para despues de la vida LAS PENAS “ETERNAS. Ningun mortal puede ser dichoso agobiado por semejante temor..... Es indispensable arrancar á toda costa este temor del corazón de los hombres, y desterrarlo para siempre “del universo, porque turba la paz de todo el género humano; ni permite gozar de ninguna seguridad, de ninguna alegría y de ningún placer (1).”

¡Inútil furor, que no puede hacer mas que sacudir, sin romperla, la cadena de la justicia eterna que tiene al mundo sujeto á sus leyes!.... El corazón del hombre ha continuado como antes despues de Lucrecio, y seguirá hasta el fin llevando el yugo de este saludable temor, que es para él el principio de la sabiduría y el escudo de la felicidad.

No obstante, hay dos épocas en toda la historia de la humanidad, en que la creencia en un infierno parece desarraigada del corazón humano, y por consiguiente cumplido el deseo de Lucrecio: la primera, en tiempo de Neron, la segunda.... en el de Robespierre.... Pero en ambas épocas el infierno apareció sobre la misma tierra como para venir á atestiguar su existencia; y los temerarios, que lo habian evocado negándolo, se apresuraron á cerrar su abismo proclamando su verdad:—“Los buenos y “los malvados desaparecen de la tierra, pero bajo “condiciones diferentes.... No, Chaumette, no: “la muerte no es un sueño eterno.... La muerte “es el principio de la inmortalidad (2).”

Por esta Voltaire contestaba con dolor profundo á aquel oficioso amigo, que se vanagloriaba de haber encontrado al fin la prueba de la no existencia del infierno: *Sois en verdad bien feliz; yo estoy muy lejos de serlo.* Y efectivamente, para llegar a serlo con esta condicion, es preciso desechar radicalmente todo el catolicismo, todo el cristianismo, todas las religiones de la tierra, el sentimiento universal de los hombres de todos los siglos, y presentarse solo contra todo el género humano.—El animo mas esforzado no se atreve á pasar adelante al llegar aquí, y esle necesario rendirse por fin á aquel antiguo adagio de sentido comun, que lo que fué creído siempre,—en todas partes,—y por todos, es verdadero (3);—que debe ser necesariamente cierto lo que, segun Ciceron, reúne las opiniones de todos,—y finalmente, como dice Joubert, “que

(1) Nunc ratio nulla est restandi, nulla facultas; ÆTERNAS quoniam PÆNAS in morte timendum.

Et metus ille foras præcepit. Acherontis agendas; Funditus, humanam qui vitam turbat ab imo, Omnia suffundens mortis nigrore, neque ullam Esse voluptatem liquidam puraque reliquit.

(T. Lucretii de Natur., Lib. 1, m.)

(2) Relacion hecha en nombre del comité de salud pública por Maximilano Robespierre, sesión del 18 floreal, año 2.^o

(3) *De quo autem omnium natura consentit, id verum esse necesse est.* (De natura Deorum, lib. 1, núm 17.)

(1) Gorgias.

(2) Libro de las leyes.

(3) Origenes contra Celso.

"cuando un raciocinio ataca el instinto y la práctica universales, puede ser difícil de refutar, pero de seguro es sofisticado y falaz (1)."

II. A pesar de todo, empecemos ahora nuestro exámen.

Confesamos desde luego, que el dogma del infierno es aterrador é inaccesible á la razón.

La razón comprende una pena temporal cualquiera, por larga que sea, y una justicia que corrige.—Pero, ¿una pena sin fin, una justicia que siempre castiga, que nunca se ablanda; y todo esto del fuerte al débil, de un Dios á su criatura, de un padre á su hijo!.... Me siento confundido.... ¡Oh fé! ¡vuélveme á ceñir tu venda!

Sin embargo, tomemos aliento y prosigamos:

"Si yo fuera Alejandro, le decía á este héroe su amigo Parmenion, aceptaría las proposiciones de Dario.—Y yo también, contestó Alejandro, si fuera Parmenion."

Tal es la respuesta que podría dar Dios al hombre, cuando abusando de la familiaridad con que lo ha honrado por su misericordia, se atreve á escudriñar su majestad, y olvidando su origen de la nada, á medir la justicia infinita con el compás de la suya, y cortarla por su propio modelo.

¡Qué orgullosa sinrazón! ¿Es Dios acaso no mas que un hombre, ó el hombre un Dios? ¿No es lo infinito la principal propiedad de la naturaleza y atributos de Dios? Y ¿cuál es la propiedad de lo infinito sino el ser *incomprensible* para todo lo que no sea él mismo?

Comprenderíamos, decimos, una justicia temporal.... Por este mero hecho semejante justicia dejaría de ser divina.—"Para concebirla dignamente," dice Montaigne, es menester concebirla inconcebible y enteramente distinta de la de nuestra miserable experiencia."

La luz que Dios nos ha concedido es para vivir con nuestros semejantes; pero de ningún modo para juzgarle. Nuestra justicia es nuestra norma para con nuestros hermanos; pero nos abandona desde el momento en que queremos hacerla servir para medir lo infinito. Dios es esencialmente *incomprensible* á todo el que no sea Dios. Todo lo que Dios tiene en sí es Dios, y por consiguiente todo cuanto tiene debe poseer los mismos caracteres que él. Si la justicia divina pudiese ser comprendida por nosotros, y reducida al mismo nivel que la nuestra, dejaría de ser justicia divina, esto es, *incomprensible*. Su misericordia está envuelta en los mismos arcanos; por esto comprendemos tan poco el misterio del Hijo único del Padre, muriendo en cruz por los pecadores ciegos é impenitentes, como los suplicios eternos de los condenados. ¿Qué diríamos de su poder, y quién será capaz de comprender los medios de que se valió para sacar el mundo de la nada? ¿Qué diríamos de su sabiduría al contemplar el maravilloso orden del universo, desde el mas vil insecto hasta los astros? ¿Qué

diríamos, en fin, de todos los demas atributos de Dios, todos igualmente *ininteligibles*? Y esto mismo que es lo mas evidente á la razón, por ser lo mas esencial á la divinidad, y que consiste en *ser necesariamente y sin principio*, es precisamente por su majestad lo que mas confunde á la razón.

Por consiguiente, si Dios es infinito y soberanamente *incomprensible* en todos sus atributos: en su misericordia, en su omnipotencia, en su sabiduría, y por decirlo de una vez, en su existencia, ¿por qué no lo habla de ser en su justicia? ¿Por qué razón habia de dejar de ser Dios en este solo atributo?

Pero ¿en qué consiste que este atributo es el que mas particularmente aterra á nuestra razón?

Para contestar, propondrémos á vuestras meditaciones una reflexión, que nos parece suficiente para poner de manifiesto la inconsecuencia é ingratitude de nuestra incredulidad.

Parece que antes del cristianismo el dogma de las penas eternas no encontró tanta oposición en la razón humana, hasta que algunos, como Lucrecio, se abandonaron á los últimos excesos de la impiedad. Entre los antiguos observamos este terrible dogma sencillamente espuesto y aceptado casi siempre, y no encontramos en ninguna parte ninguno de esos argumentos deducidos de la bondad divina, y que constituyen toda la fuerza de nuestra incredulidad.

Entre los modernos, por el contrario, este dogma ha pasado á ser el mas insuperable, no solo para la razón del incrédulo, sino para la fé del cristiano, y á veces hasta se encuentran almas que creen en todo el resto del cristianismo, y que se dedican como fascinadas en presencia de este solo artículo. Esforzando mas todavía la observación, podemos hacer notar, que cuanto mas nos alejamos del origen del cristianismo, este dogma se va haciendo proporcionalmente mas *incomprensible* á la razón moderna, y excita mas resistencias en su contra.

¿De dónde proviene esto?

Sin duda de que el cristianismo nos ha revelado la Divinidad, particularmente en el atributo de su bondad, de su amor y de su caridad, y que las ideas que él nos ha sugerido, tan favorables por otra parte á nuestra debilidad, se han arraigado de tal manera en nuestro espíritu y costumbres, que se nos han hecho como propias é instintivas, y que olvidándonos de su verdadero origen, llegamos hasta á objetárselas.—Su misericordia ha perjudicado en nosotros á su justicia, y nos sirve de arma para combatirla.—Y como á medida que avanzamos bajo la influencia de las ideas cristianas, las costumbres se van dulcificando y van apropiándose estas ideas perdiendo de vista su origen, el abuso que de ellas hacemos contra la divina justicia va adquiriendo tambien mas crédito y autoridad.

La inconsecuencia é ingratitude de este abuso son, sin embargo, muy manifestas; porque si nos remontamos al verdadero origen de esta noción de la bondad de Dios y de todas las ideas de caridad y humanidad que de ella dimanar, solo lo encontraríamos

(1) *Concentration, images y máximas de Joubert*, t. I. p. 312.

en la Cruz de Jesucristo, que ha sustituido el culto del amor al del temor, pudiéndosele aplicar aquellos proféticos versos de Virgilio:

*Te duce, si qua manent sceleris vestigia nostri
Irrita perpetua solvent formidine terras.*

Pero la Cruz de Jesucristo nos ha revelado tan grande amor, y nos ha infundido tanta confianza, revelándonos al mismo tiempo una justicia tan infinita en su severidad como este mismo amor; pues la testificación de este amor consiste precisamente en habernos redimido del infierno, y esto por medio de la muerte de un Dios.—¿Qué justicia tan grande la que escije un rescate semejante! ¿Qué certidumbre mayor del infierno, que la que resulta de la necesidad de una víctima tan angusta!

De suerte que este mismo amor de Dios en que nos fundamos para impugnar la verdad del infierno, la supone necesariamente; prueba que sin la existencia del segundo el primero no hubiera brillado con tan puros resplandores, y que por consiguiente es echarle en cara este amor el hacerlo servir en contra de la verdad del infierno, que es su motivo soberano, y sin el cual se desvanecería.

Si Dios hubiese dejado al mundo en las cadenas de la condenación debida á nuestros crímenes, no conociendo de él mas que su maldición, lo hubiéramos adorado por el terror, á la manera de las naciones idólatras de que habla Virgilio: *Perpetua formidine terras*;—pero nos ha distinguido de ellas, y le blasfemamos.

¡Oh estremada malicia de nuestra ingratitud! Si el socorro hubiese sido completo, sin escijir de nuestra parte sacrificio alguno; si la muerte de Jesucristo nos hubiese redimido sola é inevitablemente del infierno, dejándonos por otra parte en nuestra entera libertad respecto de las faltas, ya no tendríamos interés en negar el infierno, y hubiéramos reconocido su existencia y el amor inmenso que de él nos habría librado. Pero como al sacrificio de Jesucristo deben unirse nuestros propios sacrificios; como solo somos curados con la condición de aplicarnos nosotros mismos el remedio y sufrirlo; y como, en una palabra, el infierno existe, aunque solo se nos recuerda para que lo evitemos, nos revelamos contra la verdad de su existencia, apoyados en la idea de la bondad de Dios, que de necesidad lo supone.—Nos apoyamos en la idea de la bondad que nos presta el socorro para negar el peligro, y negamos el peligro para sustraernos á las condiciones del socorro.

¡Qué inconsecuencia! ¡qué abuso! ¡qué ilusión!

La verdad del infierno es seguramente incomprensible, porque debe serlo; pero lo sería mucho menos si, por la mas estravagante de todas las ilusiones, no estendiéramos esta misma incomprensibilidad á las razones que deberían limitarla. No molestaba tanto esta idea á los antiguos, y debería molestarlos mucho menos á nosotros, puesto que la grande obra de la redención, que ellos solo conocían en promesa, la ha suavizado extraordinariamente.

Pero empecemos algunas consideraciones mas directas.

III. Aunque el dogma del infierno sea incomprensible, le sucede, sin embargo lo que á todos los misterios cristianos: sus extremos se nos escapan; pero en la pequeña porción de su infinitud, que puede alcanzar nuestra razón, descubrimos conveniencias, semejanzas y hasta razones que nos permiten adherirnos á él, y presentar su razón absoluta, que solo está en Dios (1).

Entremos, pues, en este nuevo orden de investigaciones filosóficas. Hay una reflexión, á nuestro ver muy concluyente, que debe animarnos en este estudio, á saber: que es imposible que los hombres hubiesen admitido tan universal y perpetuamente la eternidad de las penas, si esta verdad no encerrase algunas relaciones muy verdaderas con nuestra naturaleza y sus instintos. Todo nuestro trabajo debe consistir ahora en cavar bastante profundamente para encontrar esas relaciones.

I. Todo está regido por leyes soberanas, porque nada puede subsistir por sí mas que aquel que es el que es, y de quien por consiguiente todo depende.—El hombre es el sér que particularmente recibió su ley.—Esta ley es positiva, se halla escrita en nuestras conciencias, es natural, universal, y debe ser origen y principio de todas las leyes civiles que en la sociedad tenemos.—El hombre solo se diferencia de todos los demás seres en un punto singular: en que puede violar su ley, en que es libre.—Pero ¿puede esta libertad ser absoluta, y permitir al hombre apartarse indefinidamente del Sér soberano? No; porque siendo Dios el único Sér infinito no puede querer que otro sér, que él sacó de la nada, tenga facultad para señalarle límites, formándose ó creándose un destino separado de él.—Es preciso, pues, reconocer que aunque el hombre es libre, no puede ser independiente; que por consecuencia es responsable; y que si delante de él hay la ley que puede violar, á su espalda hay también algún castigo del que no podrá huir. No siendo así, la facultad indefinida de violar la ley implicaría la negación de la misma ley.

Por consiguiente hay adherida á la ley natural una sujeción á la pena.

Pero ¿se efectúa esta pena siempre y completamente acá en la tierra?

Ya en el capítulo *De la inmortalidad del alma* dejamos demostrado que no; y en efecto, no puede desconocerse lo que se está viendo todos los días: la impunidad del crimen, la prosperidad del criminal, el desorden moral del mundo, perpétuo origen de recriminaciones y blasfemias contra la Providencia.—Las leyes humanas no tanto tienen por objeto lo que es culpable en sí, como lo que es perjudicial á la sociedad, y son ademas tan ciegas é ineficaces, que no pocas veces producen un nuevo desorden en el seno del mismo desorden que solo se diferencia de él por la fuerza de que va acompañado ó que le garantiza;—por otra parte la opinión, lejos de reparar el desorden, lo consagra y lo corona;—y en fin, la conciencia y sus remordimientos

(1) ¡Sucede de otro modo con los misterios de la naturaleza y las conquistas que todos los días va haciendo la ciencia en ellos!

acompañan al crimen en sus principios; pero muy pronto son por él sofocados, y solo arrojan algunos gritos que se pierden en medio del torbellino de sus prosperidades.

Es menester, pues, que exista una pena para mas allá de la vida presente.—De aquí toma origen el dogma del infierno y su creencia universal.

2. Pero el problema no está resuelto todavía, pues no hemos hecho mas que abordarlo. Todos reconocen la necesidad de un estado futuro de castigos, pero niegan la eternidad de este estado. A este punto, pues, debemos concentrar todas nuestras fuerzas á investigaciones.

Nos aventuramos á decir que negar la eternidad del castigo, cuya necesidad se reconoce, es negar el castigo mismo, así como negar este castigo es minar todo el sistema moral y caer en otro infierno queriendo evitar el primero; en una palabra, que la eternidad del castigo es lo que lo constituye esencialmente tal.

En efecto: todo lo que algun dia debe acabarse, nada es para el hombre. Es tal el sentimiento de su inmortalidad, que todo lo mide por esta condicion de su sér.—“Qué me importa lo que *puede tener fin*? dice un incrédulo ya citado (1); la hora “que sonará dentro de sesenta años está ahí, junto “á mí. Hago poco caso de lo que se va preparando, acercando, y al fin llega y pasa para no “volver. . . lo que yo deseo es un bien, un sueño, “una esperanza que me entretenga siempre, que “esté siempre delante de mí, que sea mas grande “de que mi misma esperanza, mas grande que todo lo transitorio. . .”—Lo que decimos de la esperanza y de la felicidad puede asimismo aplicarse al temor y á la pena; porque el corazón del hombre es siempre el mismo, y se deja llevar de la infinitud de su ardor en todas sus afeciones. De la misma manera que un cielo temporal no sería cielo, así un infierno temporal tampoco sería infierno. Los que atacan el dogma del infierno os concederán á cada paso todos los suplicios imaginables y toda la duracion que se les quiera dar, y solo se sublevarán contra una sola cosa: la eternidad de estos suplicios, sin reparar que con esto mismo atestiguan su necesidad. Estarian siempre dispuestos á suscribir con todas sus pasiones á esta transaccion que os proponen, salvando para satisfacerlas cualquiera abismo, con tal que no fuera eterno, que la Religion abriese delante de ellos; de manera que lo que subleva al hombre es precisamente lo que le contiene, y el freno que taca es lo que le impide estraviarse.

“Es tan poderoso el atractivo de los bienes de este mundo, dice Mad. Stael, que altera el color de “todas las cosas, hasta el resplandor de una existencia futura. Disputando en cierta ocasion con sus “amigos, decia un filósofo alemán: *Por conseguir “tal cosa daria dos millones de años de mi felicidad “eterna, y estaba singularmente moderado en el “sacrificio que ofrecia (2).*”

Esto se explica perfectamente: es el hombre tan infinito en sus deseos, que por la ilusion mas caprichosa y mas común á la vez, reviste de esta misma infinitud los objetos mas frágiles de sus pasiones. Con el pié en el sepulcro y en el término de sus dias acumulará el oro que podría bastar á diez vidas humanas, y aun así temerá que llegue á faltarle. En medio de los ardores de la juventud se entrega á sueños de una felicidad infinita, apoyado sobre una flor que al viento deshoja. En fin, en la edad madura un minuto de poder presenta á su ambicion una satisfaccion tan profunda, que no le parece demasiado cara, aunque haya de comprarla á fuerza de torpezas, y hasta de crímenes que han de emponzofiar despues todo el resto de sus dias. “Ningun peligro, ningun tormento podrá espantar “me; uno solo conozco: el de no reinar (1).”

Hé aquí al hombre.

No pongais al lado de tan ilimitados apetitos mas que un infierno limitado, por prolongado que sea; y, francamente, ¿cómo podréis ponerlos en equilibrio? á cada instante y de propósito se burlarán de este infierno las pasiones, que no conociendo ya freno, y excitadas mas bien que contenidas por esta semibarrera que, una vez salvada, las hará mas impetuosas, y les hará encontrar la legitimacion anticipada de sus excesos en la idea de su término.—Siendo el hombre eterno, y sintiendo en sí esta cualidad, necesita esperanzas y temores que estén á su altura, á su nivel, pues todo lo que le es inferior desaparece ante su vista.

Si fuera posible conocer todos los crímenes que el temor de la eternidad del infierno ha evitado, quedaríamos convencidos de la necesidad de esta sancion, y de esta necesidad iríamos á parar á reconocer su realidad.

3. Pero la eternidad del infierno no solo se justifica por su fin y como pena preventiva, sino tambien por su principio y como satisfactoria á la divina justicia.

Esta última conclusion resulta de cuanto llevamos dicho para llegar á la primera.

Efectivamente, la no eternidad del infierno pondría al hombre en el caso de poder al fin decir á Dios:—“Sé que podeis castigarme, y me conformo “con ello; pero sé al mismo tiempo que no podeis “hacerlo mas que con cierta medida, que, por grado “de que sea, pasará y os veréis obligado á perdonarme y hacerme dichoso.—Pues bien, como es “la satisfaccion de mis pasiones me propongo un “placer sin límites, consiento desde luego en el castigo que me teneis preparado, y con esta condicion “puedo entregarme á todas las maldades, esperando abrazaros algun dia y gozar de vuestra misericordia, llegado el término de vuestra justicia.”

Ahora preguntaremos: ¿Semejante justicia quedaria satisfecha? ¿no quedaria mas bien hollada y vilipendiada? ¿no contendria la misma idea de su término la legitimacion anticipada de todos los excesos?

Cuéntase de un bufon muy rico de Roma, que

(1) Senanoeur, Odermann.

(2) Reflexiones sobre el suicidio.

(1) Macbeth, acto 4.º, escena 2.ª

por las calles de dicha ciudad se hacia seguir por un esclavo que llevaba un saco lleno de dinero, y se iba divirtiendo repartiendo bofetones á los que encontraba al paso, tapándoles luego la boca para que no entablases contra él ningun procedimiento judicial, pagándoles en el acto el maximum de la indemnizacion á que hubieran podido condenarle los tribunales.—Cabe una imágen mas perfecta de la conducta que observaria el hombre respecto de la justicia divina, si esta no fuese eterna?

Pero hay mas: nosotros mismos usamos de la eternidad en nuestra justicia terrestre: el destierro *perpétuo*, la muerte... Hay para el hombre crímenes *irremisibles*, y ¿no los ha de haber para Dios?... Y no invoquemos, para eludir la dificultad, la bondad de Dios infinitamente mas grande que la del hombre, porque aquí no viene al caso. La bondad no puede estar en contacto con el crimen sino por medio del *perdon*, y el perdon es imposible sin el *arrepentimiento* que lo acepta. El perdon no se impone, se recibe; si no, deja de ser perdon, es debilidad, impunidad, injusticia: pues bien, el infierno solo es para los *impenitentes*.

No invoquemos tampoco su omnipotencia, que nada tiene que temer de nuestras maldades, porque está fuera de nuestro alcance. La *justicia* es el solo atributo del que ahora tratamos; y á no ser que seguemos la *justicia como justicia*, es preciso reconocer que reclama una satisfaccion, y que esta satisfaccion no debe ser menor que el crimen, lo cual sucederia si este, como acabamos de decir, pudiese con anticipacion ponerle *límites*.

Nos hallamos en la imposibilidad de formarnos una idea exacta de la justicia, porque no la conocemos mas que por el uso que de ella hacemos, que es relativo á nuestra condicion. Se puede decir que en manos del hombre la justicia no es un *principio*, sino una *delegacion*. Su uso no está autorizado mas que por el interés de su conservacion, y tiene á esto interés por su medida exacta. De aquí se originan dos consecuencias propias de la justicia humana: la primera, que á pesar del arrepentimiento se ve obligada á ser implacable, y que muchas veces castiga despues que la justicia de Dios ha perdonado ya; la segunda, que multitud de crímenes, mayores en sí mismos que los que castiga, están fuera de esa jurisdiccion, y solo dependen de Dios, que muchas veces los castiga al mismo tiempo que los hombres los aplauden. Solamente en Dios es la justicia completa, esencial, libre, absoluta, toda entera en sí misma, y nada mas que ella misma. No hay crímenes, por enormes y numerosos que sean, que no pueda perdonar al arrepentimiento, pues su *omnipotencia* separa á su justicia de todo otro designio que no sea ella misma, y le permite recibir los méritos de Jesucristo. Pero no por esto hay ninguna violacion de la ley moral que no debe castigar, porque su *infinita justicia* no puede desmentirse en ningun caso.—Perdon, siempre;—impunidad, nunca: por consiguiente poner límites al castigo de una falta en la cual se continúa, es impunidad; y los condenados, como veremos luego, continúan *necesariamente* en su pecado.

De aquí se sigue que, ya sea considerando el castigo del infierno en su fin ó en su principio, creemos haber justificado la proposicion que habiamos asentado, á saber: que este castigo consiste en su eternidad, y que destruir esta es destruir el castigo, y por consecuencia es introducir el desorden en la obra de Dios ó imputarle este mismo desorden.

IV. Avancemos empero algo mas en este abismo, y veamos si podemos encontrar otra razon mas precisa del infierno.

Hallase el hombre dotado de dos atributos esenciales que es menester no perder de vista, porque son los grandes móviles de sus destinos:—Primero, el ser *libre*; segundo, el ser *inmortal*.

Estos dos atributos le han sido dados con un designio de pura bondad, pues que tienen por objeto el conducirle á su felicidad eterna en la posesion de Dios: la *libertad* para conocerlo y amarlo, y la *inmortalidad* para gozar de él en su eternidad.

Pero corresponde á la naturaleza misma de este beneficio el que el hombre pueda no aprovecharse de él, pues la *libertad* importa en sí la alternativa del bien y del mal, que es el resorte de la libertad y el origen de sus méritos y de sus derechos.

Resulta necesariamente de esto que por su *libertad* puede el hombre dirigirse á Dios ó apartarse de él, y por su *inmortalidad* dar á su eleccion de fin eterno.

En el primer caso seria fiel á la ley, y en el segundo la violaria.

Pero debe tenerse muy presente que por esto mismo, y sin hacer intervenir á ningun otro agente, el hombre encuentra inmediatamente su recompensa ó su castigo en esta misma fidelidad ó en esta rebeldia; porque lo que constituye su fidelidad, la *union con Dios*, hace tambien su ventura; y lo que constituye su rebeldia, es *alejamiento de Dios*, hace tambien su desdicha; de manera que el culpable es su propio verdugo, la falta lleva en sí misma su castigo, y el pecado abre su propio infierno.

Hasta la filosofía antigua entrevió esta verdad, diciendo por boca de Platon que "Dios no puede ser autor del mal moral ó del pecado (1)."

Por consiguiente no es Dios el autor del infierno: lo engendró el pecado de la misma manera que el crimen engendra los remordimientos.—El hombre decide de su suerte por una eleccion libre.

En un principio pues el hombre por su primer pecado debia ser privado para siempre del bien supremo que él mismo habia despreciado, y *entregado*, como dice la Escritura, á su *sentido reprobado*.

Pero aquel amor que habia empezado á manifestarse al criar al hombre para una felicidad infinita, no se agotó con este primer beneficio. Se extendió hasta al hombre culpable, suspendió las consecuencias definitivas de su pecado, y solo dejó que pesaran sobre él las indispensables para hacer

(1) Laharpe, que es quien cita este pasaje, observa que la palabra *pecado*, que entre nosotros solo se usa en el idioma religioso, pertenecia entre los antiguos al lenguaje filosófico. (*Curso de literatura*, tomo iv.)

le sentir y expiar y para provocar su regreso á la felicidad que habia abandonado. Le concedió una *prórroga* para que su libertad tuviese tiempo de rehabilitarse, y esta *prórroga* es la vida que pasa el hombre en la tierra, y cuyo único objeto es el reconquistar por sus merecimientos el bien que una vez habia perdido.

¿Por cuántos medios no procura Dios nuestro retorno hácia él? Nos atrae por medio de las bellezas de la naturaleza; nos sorprende con los goces de la virtud; nos reprende con los remordimientos de la conciencia; nos llama á sí por medio de los disgustos y calamidades de la vida, llenando de amargura todo lo que tenemos alrededor para que nos echemos en sus brazos, y nos asedia en fin con las luces y las gracias de su Religión. Y despues de todo, ¿qué exige de nuestra parte? No mas que un acto de nuestra libertad hácia él, un movimiento afectuoso del corazon. Se contenta con el acto mas tardío de nuestra voluntad (con tal que tenga lugar en vida), si no para hacernos entrar desde luego en su posesion, al menos para ponernos en camino de ella, y encargarse él mismo de nuestra curacion.

Despues de todo esto, ¿puede hacer mas todavía, á menos que alterase la naturaleza necesaria de las cosas, es decir, hacer que una cosa sea y no sea á la vez?

¿Puede hacernos amar lo que nos repugna, es decir, que queramos lo que no queremos? Esto es evidentemente imposible, porque seria quitarle la libertad á la naturaleza. Puede esperar, invitar, estimular nuestra libertad, pero forzarla seria destruirla y desnaturalizarla.

Por otra parte, ¿puede hacer que seamos dichosos á nuestro antojo, siguiendo el mal y apartándonos de él? También esto es imposible, porque seria obrar contra su naturaleza infinita, que dejaría de serlo si un sér cualquiera pudiese formarse una existencia feliz separada y á despecho de su soberana voluntad.

Es pues necesariamente indispensable que nos abandone á nuestro *sentido reprobado*, á nuestra mala voluntad, y por lo tanto á la desdicha que le es consiguiente, desdicha tan larga como nuestra existencia, es decir, *eterna*.

¿Dirase tal vez, que el campo de nuestra libertad es demasiado reducido acá en la tierra, sus límites poco conocidos, y que durante este corto tiempo que llamamos vida no puede ejercitarse una libertad cuyos resultados deben ser eternos?... Pero precisamente la corta duracion é incertidumbre de nuestra vida, son para nosotros un beneficio, porque nos tienen de continuo ocupados de los juicios de Dios. ¿No nos enseña todos los dias la esperiencia, que prolongar la vida es prolongar la cadena de nuestros errores y aumentar nuestra culpabilidad, y que la confianza de una muerte lejana y la esperanza de que hemos de tener tiempo para comendarnos son las principales ilusiones de una vida desordenada?—No es todavía bastante corta la vida ni bastante incierto su momento, puesto

que los mas vivos estímulos de nuestra santificación son esta brevedad y esta incertidumbre.

Pero en la otra vida, añaden, cuando los réprobos vean claramente que se engañaron, y que los golpes de la justicia divina les hagan sentir todo el interés que tenían ellos en no merecerlos, ¿no ha de haber ya ninguna puerta que se abra al arrepentimiento?

Es menester no conocer el corazon del hombre para hacer semejante pregunta.

Los réprobos pueden sentir *pesar*, pero no *arrepentimiento*. Basta el *interés* para engendrar el *pesar*, pero el arrepentimiento solo puede nacer del amor, que siendo el desinterés por excelencia, no puede ir á beber sus inspiraciones en las fuentes del interés.—No se conoce en esta vida todo el interés que tenemos en amar á Dios; porque aquí Dios se oculta á medias; se oculta en la naturaleza, se oculta en las privaciones de la virtud, se oculta en los misterios de la Religión, aunque dispuesto á manifestársenos todo entero siempre que demos algunos pasos para atravesar el obstáculo que de él nos separa, y á volverse á abismar en su misteriosa oscuridad siempre que lo despreciemos. Por este medio pone á prueba nuestra fé, nuestro amor y nuestro arrepentimiento, y ejercita nuestra libertad; pero en la otra vida, donde estaríamos anagados en su vision, esta libertad será absorbida por la evidencia; como no podríamos pecar ya mas, tampoco podríamos contraer nuevos méritos, y lo que asegura la felicidad de los santos consumará la desdicha de los condenados:—“Ecsiste entre nosotros y vosotros un abismo tan grande, que los que quieren pasar de aquí allá y de allá acá no pueden absolutamente (1).”

No por esto se estará oculto en la vida eterna de las afecciones de amor ó de odio; al contrario, tendrán estas una energía prodigiosa y superior á toda comparacion con las que experimentamos en la tierra, porque se concentrarán en un solo objeto, y tendrán un pábulo eterno; pero no serán mas que la continuacion y la dilatacion inmensa de las que se habrán adquirido en esta vida. Estas afecciones no podrán empezarse allí, y por lo mismo que no podrán comenzar, no podrán cambiar ni tener fin; permaneceremos eternamente en nuestra rebelion ó en nuestra fidelidad, en nuestro amor ó en nuestro odio.

Ya se concibe, por consiguiente, que los que al fin han sido mas bien frágiles que perversos, que sin seguir realmente toda la ley, han querido seguirla, se han esforzado por cumplirla, y han muerto con un corazon convertido á Dios por medio del arrepentimiento; se concibe, repetimos, que estos den algun lugar á la divina misericordia, que sean *curables*, como dice Platon, y que por medio de sufrimientos pasajeros puedan reconquistar lo que habian perdido. Mas los que rompieron voluntariamente con la ley, los que entran en la otra vida siéndole hostiles, no podrán nunca librarse de las manos de la justicia para hacer alianza con la mi-

(1) Parábola del mal rico antes citada.

sericordia. Para esto seria necesario un cambio de voluntad que supone la libertad de eleccion, y esta libertad no existirá ya,—serán excluidos.—Solo esta vida es el lugar del mérito, porque únicamente aca en la tierra puede haber para nosotros tentaciones, perplejidad, division y lucha posible entre Dios, que se oculta á medias, y las criaturas que ponen de manifiesto sus propias seducciones. Despues de la muerte no existirá ya este estado, y sera absorbido en la vision eterna; se cerrará el campo de nuestra libertad para abrirse el de sus consecuencias, y la disposicion en que nos haya la muerte encontrado no se cambiará ya mas por nuestra dicha ó nuestra infelicidad, y en ambos casos eternamente, porque somos *inmortales*.

Dirase, en fin: en la tierra no estamos bastante ilustrados sobre la importancia de estas consecuencias, y si nos fuera posible volver á empezar la vida despues de haberlas tan solo entrevisto, entonces sí que no tendríamos excusa y sufriríamos con justicia nuestra eterna suerte.

A semejante objecion se ocurren naturalmente dos repuestas: primeramente, si la impresion de la vista del infierno fuese tal que borrara todas las impresiones que nos causan los objetos de nuestras pasiones, y que proyectase sobre ellas su siniestro reflejo, aquellos objetos dejarían de ser seductores y nuestra voluntad estar perpleja; volveríamos á la cuestion ya resuelta antes.—Si por el contrario, suponemos que esta impresion del infierno fuese bastante débil para dar lugar en ciertos momentos á la duda y á la insensibilidad, volveríamos á la cuestion de nuestra vida real, en la que, á pesar de las advertencias de la conciencia y de la fé, á pesar de los remordimientos y de las gracias, obramos el mal, contratamos con él pactos infernales, y le permanecemos fieles á despecho de las desgracias que nos ocasiona hasta acá en la tierra.—“Tienen á Moisés y á los profetas, oiganlos... porque si no oyen ni á Moisés ni á los profetas, tampoco creerán á un muerto que resucitase (1).”

¿Cuánto contribuye á hacernos incrédulos nuestra dañada voluntad! Cada dia somos mas escjentes pidiendo nuevas luces; ¿por qué no pedimos mas caridad?—¡Luces!... Algun dia nos confundirá la abundancia de las que se nos habrán dado, y tal vez bendeciremos á Dios por no habérselas dado en mayor cantidad, supuesto que no habian de haber servido sino para aumentar nuestras infidelidades. No es luz lo que hace falta; es el ojo, que está enfermo.

Cuando la pasion nos domina, cegamos voluntariamente, la luz del deber se va disminuyendo, y al fin se apaga en el desórden de la concupiscencia. Consumada la falta, aparece esta luz vengadora, y su resplandor es el que produce los remordimientos, primer infierno del hombre y que tambien serán para él el último. Cuando dejamos el pecado, nos retiramos del infierno, y sin embargo, ¡cuántas veces no volvemos á caer en él! Esta ceguera de la pasion reiterada acaba al fin por sumirnos en un

estado de embrutecimiento moral y religioso, insensible á los ramordimientos y antipático á la verdad. En este estado, en que muchos se encuentran sin sospecharlo siquiera, parece el dogma del infierno desproporcionado á la idea que se tiene del pecado, en fuerza de estar avezados á él, y *beberlo como agua*.—Pero cabalmente no es segun esta conciencia viciada, fatal obra de nuestros extravíos propios, que hemos de ser juzgados, sino segun nuestra conciencia tal como salió de las manos de Dios, tal como se nos confió, enteramente pura, limpia y clara. Recordemos lo que ella fué en los primeros dias de nuestra adolescencia: ¡cuán timorata! ¡cuán púdica! ¡cuán escrupulosa! ¡Cuántos sobresaltos, cuántos remordimientos escitaron en ella los primeros desórdenes! ¡Cuán merecido le parecia entonces este mismo infierno, contra el cual ahora nos rebelamos! Si de repente pudiésemos volver á adquirir esta conciencia primitiva, y el corazon sencillo de los doce años pudiese de pronto respaccer y latir en el pecho maleado del hombre de treinta, ¡qué remordimientos! ¡qué infierno! ¡cuán enormes y monstruosas aparecerian en ese límpido espejo las manchas y deformidades acumuladas sobre toda la vida, y en cuyo lecho descansamos! ¡con cuánta premura procuraríamos librarnos de ellas ó sofocando enteramente aquella conciencia acusadora, ó reformando esta vida culpable! ¡Y si no podíamos conseguir ni una ni otra cosa! ¡Ah! no, nunca. ¿Puede haber suplicio mas horrible que este combate, que este quejido eterno, en que estarian para siempre el honor con la vergüenza, la verdad con la mentira, el amor con el odio, y la vida con la muerte, sin poder jamás ceder el uno al otro, ni disminuirse jamás?—Hé aquí el infierno, hé aquí el estado de los condenados.—La verdad plenamente manifestada los penetrará hasta el fondo del alma, y les obligará á condenarse á sí mismos por haberla despreciado y desconocido, cuando podian seguirla y adorarla. La mas profunda conviccion de los culpables y el suplicio de su eternidad consistirá en ver todos los atractivos de aquella verdad y en reconocer todos sus propios extravíos.

Así es como penetra la razon en el misterio del infierno, y como, sin comprenderlo enteramente, descubre las relaciones y motivos que le permiten crear en él y sometérsele.

V. La confianza que abrigábamos de que las ideas que acabamos de emitir sobre tan importante asunto eran enteramente conformes á la sana razon, ha sido confirmada por un hombre eminente, que sin consultarla mas que á ella, ha obtenido tambien igual resultado. Este hombre, dotado de un gran talento filosófico, de una fé ilustrada por la experiencia de la incredulidad, y ya conocido en los presentes *Estudios*, es Isnard: oigamos su razonada opinion sobre las penas eternas.

“Si se me pregunta cuál es mi opinion sobre la suerte del hombre despues de la muerte, y qué es lo que debemos entender por las penas de que la Religion nos habla, contestaré del modo siguiente:

(1) Parábola del mal rico ya citada.

"Una alma, ó mas bien un hombre-espíritu separado de la carne, que tendrá estas ó las otras afecciones buenas ó malas, hijas de la clase de amor que le domine acá en la tierra y que le dominará todavía mas en la verdadera mansion de la vida, pues que sus facultades adquirirán entonces mas energía, y su amor encontrará mas pábulos; éste hombre, digo, existirá en una esfera de vida donde reina la dicha ó la ansiedad en un grado analogo á este amor.

"Estas penas ó esta ansiedad que sufrirá el hombre malvado, las determina él mismo por la clase de amor á que se entrega, y él mismo las perpetúa permitiendo voluntariamente en este amor.

"Esta gran verdad se nos representa tambien en este mundo (todas las verdades celestiales permanecen escritas siempre ante nuestra vista, aunque todo consiste en saber leerlas). Por ejemplo:—El sabio que, no entregándose mas que á amores legítimos, solo abriga en su corazón dulces y puras afecciones, y el esposo que estrecha contra su pecho á una esposa adorada, y cuya sensibilidad derrama el contento sobre su familia, disfrutan placeres que contrastan fuertemente con la ansiedad y las penosas sensaciones que experimentan esos otros hombres feroces dominados por sentimientos crueles, y esos esposos coléricos, tiranos de sus familias. Sin embargo, estos últimos, aunque desgraciados por los sentimientos que son hijos de sus afecciones, los conservan voluntariamente. Su razón les habia advertido del peligro, y su voluntad podia evitarlo, porque al principio tenían fuerzas bastantes para separarse de la pendiente por mas atractivos que tuviera; pero entrados ya en él por propia eleccion, una vez sujetos voluntariamente al yugo de su funesta pasión, y dejándose encadenar por el hábito, llegan al estado de no tener ya fuerzas para vencer el amor que los domina, y hasta prefieren el vergonzoso placer que en él encuentran á todos los demás placeres, aunque realmente tengan que sufrir sensaciones analogas y correspondientes á sus perversiones afecciones.

"Advertid á un jugador de que jugando sacrifica su fortuna, su reputacion y su tranquilidad; os contestará que ya lo sabe, y sin embargo sigue jugando. Aconsejad á un libertino que abandone sus gustos crapulosos; os dirá que conoce bien toda la torpeza y peligros de una vida semejante; pero á pesar de esto continúa siendo víctima de ella; la gangrena lo corroa, y no obstante reincide. Todos persisten voluntariamente en el funesto amor que los hace desgraciados.—Semejante desconcierto no puede atribuirse á Dios, que al contrario, quiere la felicidad de todos los hombres, y que para conseguirla emplea cuantos medios permite su justicia á su amor. Pero habiendo concedido al hombre el don de la libertad, y no retractando Dios nunca sus dones, no puede permitir medios coercitivos para obligar á este ser á obrar el bien á pesar suyo, porque éste dejaría entonces de ser libre; habiéndole concedido igualmente el don de la inmortalidad, tampoco debe

"impedir que pueda permanecer eternamente en la clase de amor que hubiese elegido; y en fin, habiendo debido su sabiduría unir á los amores puros que contribuyen á la general armonía, felicidades inefabiles, y penas amargas á los amores que alteran el orden, á fin de que no prevaleciera nunca el desorden (penas que para que sean eficaces no pueden ser disminuidas, supuesto que aun siendo tan rigurosas el mal amenaza siempre con salir triunfante); y siendo estas leyes una vez establecidas, tan inmutables como las leyes de la física natural, no puede hacer Dios que tal especie de amor deje de acarrear á los que se le entregan tal especie de penas.—Seguramente que daríamos pasmados si nos fuera posible apreciar toda la equidad del celestial código y toda la fidelidad de la divina balanza. El vicio que mas pesará contra nosotros, es el orgullo, que nos obliga á no amarnos mas que á nosotros mismos, y que es el primer origen de todos los males (1)."

Estas consideraciones tan exactas y profundas, nos parecen muy propias para hacer entrever á la razón la admirable armonía que encierran los misterios que mas la aturden, y para convencerla de que no los comprende porque son demasiado sublimes, y porque creyéndose naturalmente capaz de comprenderlos, los mide segun su propia capacidad.

Por esto el lenguaje de la filosofía mas inspirada no puede sino tartamudear este idioma divino, que solo la Religión es capaz de hablar. Abandonemos á Dios su propia causa, que él sabrá defenderla como se debe en el tribunal de nuestra pobre razón.

Véase cómo lo hace en sus santas escrituras:

"Ellos dicen: ¡El Señor es injusto!

"¡Soy yo el injusto, ó es que vuestros caminos están corrompidos?

"*Todo en la naturaleza obedece á mi voluntad, y en su obediencia encuentra la dicha completa; únicamente el hombre, cuyo destino es buscarme á mí, el bien soberano, me abandona para correr tras de su ruina.—¿Puede concebirse un desvarío semejante?* (2)—¡Cielos, admiraos y horrorizaos! Llorad, puertas del cielo, y no queráis consolarnos, porque mi pueblo cometió dos especies de iniquidades: me abandonó á mí, que soy fuente de agua viva, y abrió cisternas cenagosas y sin agua.

¿Y por qué me abandonó? ¿Puede una niña olvidar las galas con que se viste, y la joven esposa la banda que lleva terciada sobre su seno?... Y sin embargo, ¡mi pueblo se ha olvidado de mí por un espacio de tiempo infinito!

"Verdaderamente suceden en la tierra cosas muy raras, y que no pueden contemplarse sino con grande asombro!!!

"El milano conoce en el cielo cuando llega su tiempo; la tortolilla, la golondrina y la cigüeña, saben discernir la época de sus transmigraciones, y

(1) Leard. *Notas al discurso sobre la inmortalidad del alma*, edicion de 1806.

(2) Los pasajes en letra bastardilla indican la paráfrasis; todo lo demas está textualmente sacado de los libros santos.

"mi pueblo no ha sabido conocer aún la hora de mi juicio.

"Oid, cielos, y tú, tierra, escucha también, porque es el Señor el que habla:—Alimenté y eduqué á mis hijos, y despues me despreciaron.—Conoce el buey á su amo, y el asno el pesebre de su señor, y mis hijos no me han conocido todavía.

"Pueblo mio, ¿en qué te he faltado? ¿Te quejas acaso de que te haya colocado á la cabeza de mi creacion, y de haberte hecho inteligente y libre para conocermé y poseermé? ¿Es posible que esta misma elevacion de tu destino se haya convertido en la sima de tu ofuscamiento? Has despedazado mi yugo, y roto mis ligaduras, y has dicho:—Nunca serviré.—Por lo que á mí hace, yo mismo te planté como una viña escogida donde no habia puesto mas que buen majuelo: ¿cómo pues has degenerado en plantel bastardo, en viña que no reconozco? ¿Qué mas podia yo hacer que ilustrar tu libertad, dirigirte, atraerla hácia mí, y hacerte conocer por medio de tantas advertencias que se engañaba buscando fuera de mí su reposo y su destino? Despues de todo esto, era preciso ó destruirlo ó esperar á que ella misma reconociese su mal.—¿Qué mas he debido hacer para mi viña, que no lo haya hecho ya? ¿Le he faltado esperando á que diese buen fruto en vez de las malezas que producía?

"Yo soy á quien irritan, dice el Señor: ¿no les valdria mas que se hiriesen á sí mismos cubriéndose de confusion?

"A lo menos invocadme ahora, y decidme:—¿Vos sois mi Padre!—No dejéis pasar el día de mi misericordia; buscad al Señor mientras podeis encontrarlo, llamadlo cuando aun está cerca.

"Convertíos, hijos rebeldes, volved á vuestro Padre, y yo curaré el mal que os hicisteis apartando de mí. Mi misericordia está impaciente por derramarse sobre vosotros; pero es menester que vosotros no le pongais obstáculos forzando por medio de vuestras iniquidades la accion no menos imprescriptible de mi justicia, porque vuestras iniquidades son las que desviaron mis gracias, y vuestros pecados los que se opusieron al bien que yo os tenia preparado.

"Dejad ya de obrar mal, buscad la justicia, y en seguida volved y sostened vuestra causa contra mí; recordádmelo todo,—defendamos cada uno su causa, y alegad todo cuanto pueda justificarnos,—y despues de esto, aunque vuestros pecados sean como la grana, se volverán blancos como la nieve.

"Porque hé aquí lo que dice el Altísimo, el Sublime, que habita en la eternidad y cuyo nombre es santo:—Me complace en vivir en dos mansiones: en el lugar mas alto y en el lugar santo.... y con espíritu humilde y corazon compungido doy la vida á los que tienen el espíritu humilde y compungido el corazon, porque todos los espíritus me deben á mí el sér, y yo soy el que crié las almas.

"Ministros de mi justicia, no os deis prisa: Instruíos, instruíos todavía.—Esperad, esperad un poco.—Esperad, esperad algo mas.

"Pero en fin, si os obstináis en vuestra rebeldía, y si en lugar de arrepentiros decís:—No tengo pecado, soy inocente.... entraré en juicio con vosotros, y ¿qué necesitaré para dejaros confundidos? Nada mas que á vosotros mismos, porque os acusaré vuestra propia malicia, vuestro alejamiento de mí depondrá contra vosotros, las penas os harán conocer la verdad de cuanto se os dice, y la iniquidad tendrá cerrada la boca del malvado.

"¡Ah, cuán desgraciado soy! dirá el pecador; yo mismo me hefi, y mis llagas son malignas é incurables, pero lo conozco: soy la única causa de mi mal, y es muy justo que lo sufra.

"De este modo, por medio de mi justicia volveré á atraeros á la dependencia que sacudisteis cuando mi misericordia os instaba, porque es preciso que todo vuelva á entrar en el órden universal que lo tiene todo sujeto á mí; mi esencia infinita no contiene límites, y es indispensable que me respeteis, y que tembleis ante mi faz, ante mí, que he dado el grano de arena por límites á la mar, y le he dado una ley eterna que no traspasará nunca.

"A mas de que, mis pensamientos no son los vuestros, ni mis designios son tampoco vuestros designios. Tanta distancia hay de la tierra al cielo como de vuestros designios á los míos, y de vuestros pensamientos á los míos."

¿Qué hermosa Religion la que emplea semejante lenguaje y da tales ideas de la Divinidad, que, haciéndola tan superior á todas nuestras concepciones por su infinita grandeza, la hace intervenir no obstante en nuestros miserables destinos por medio de relaciones tan paternales, y que tan perfectamente concilia sus atributos haciéndolos corresponder á todos los resortes del corazon humano!

¿Quién tuvo nunca mas derecho para hablar de la justicia de Dios, que una Religion que da tales ideas de su santidad? y ¿quién, no obstante, sino ella templó esta justicia con mas misericordia?

¿Quién enseñó mas claramente al hombre la grandeza de sus destinos haciéndole así mas culpable si se desviaba de ellos? y al mismo tiempo ¿quién tuvo mas en cuenta su debilidad, y le prestó mas socorros para poderse reforzar?

Todas las verdades se encuentran atendidas y satisfechas en la divina economía de esta Religion, que, como su Dios, es tan superior á todos nuestros pensamientos como los cielos son superiores á la tierra.

Sin embargo, desde esta inaccesible elevacion descendiendo hasta ponerse á nuestro alcance, y aunque superior á la razon, se halla maravillosamente conforme con las mas puras luces de la razon, de la cual podemos decir con D'Aguesseau, que si no siempre conoce esta doctrina, á lo menos la reconoce siempre (1).

Hay indudablemente misterio en el fondo de todos los dogmas cristianos, porque otra cosa es imposible,—siendo el fondo de todos estos dogmas el

(1) *Varias reflexiones sobre Jesucristo, t. xviii.*

mismo Dios, que es insondable;—pero la incomprendibilidad de los dogmas cristianos no es total; la misma luz de que se sirven para llegar hasta el espíritu y hacer alianza con la razón, se dilata lo suficiente para hacerle admitir á esta última la parte que se le oculta, de modo que le sería mas difícil no querer reconocer lo que en ellos vé, que creer ciegamente lo que se oculta á sus miradas. Esta luz y esta oscuridad están en una proporción admirable; tienen su ley que la razón admite, puesto que nos demuestra que todo lo que puede reducirse á la moral y á la práctica es luminoso, dejando solo de serlo lo puramente especulativo, lo cual hizo decir á un gran talento las siguientes palabras: “En el cristianismo, y sobre todo en el catolicismo, los misterios son verdades meramente especulativas, de las cuales se desprenden por medio del enlace de un misterio con otro, verdades eminentemente prácticas (1).”

Esto nos conduce naturalmente á una verdad capital, y que á nuestro entender se tiene poco presente en las polémicas cristianas: es decir, que nuestros misterios no son para la razón tan incomprensibles y chocantes, sino cuando se los considera aislados; y no es extraño, porque en este caso los medimos valiéndonos de términos de comparación tomados en nosotros mismos, y les quitamos sus proporciones con lo infinito; y porque no siendo los dogmas cristianos mas que la revelación de los atributos de Dios, que se confunden en su suprema unidad, dividirlos es desnaturalizarlos.—Mas cuando, por el contrario, los estudiamos en su conexión general, cuando los medimos unos por otros y con una escala de igual naturaleza, vemos que se corresponden, se equilibran y ajustan recíprocamente; vemos que unos á otros se sirven de razón, y que su particular desproporción desaparece en la armonía del todo, y que hasta su desproporción llega á ser esencial para esta armonía, —como esos grandes frescos de las cúpulas de nuestros templos, que, para que produzcan su efecto, deben mirarse en conjunto y desde el punto de vista que el pintor calculó.

De manera que, al lado de un abismo de justicia, hay abierto un abismo de misericordia, y ambos abismos se ciegan recíprocamente, porque es preciso, como dijo Pascal, que “la justicia de Dios sea tan descomunal como su misericordia.” El infierno nos parece tan incomprensible, porque naturalmente no nos formamos idea exacta de la gravedad del pecado al cual sirve de castigo, y de la facilidad que tenemos de evitarlo y conjurarlo: pero pasemos á estudiar el dogma de la redención, que desvanecerá estos motivos de incomprensibilidad, manifestándonos que es de tal naturaleza el pecado, que ha sido precisa nada menos que la muerte de un Dios para expiarlo, y que los medios de salvación que esta expiación nos proporciona son tan inagotables, que el hombre mas cargado de crímenes puede aun cometer otro mas enorme todavía: el de desesperar del perdón.

CAPITULO IX.

LA REDENCION.—SU ENSEÑANZA.

EL principal escollo que ofrece el objeto que nos hemos propuesto, es ser demasiado vasto, demasiado grande, demasiado fecundo; es no poder ser comprendido y presentado sino por partes, cuando su mayor fuerza consiste en su admirable unidad. Es este un edificio cuyas proporciones colosales exigen ser miradas de lejos, y nosotros tenemos la desgracia de no poder dirigirle mas que una mirada miope. De aquí resulta que en todas nuestras investigaciones la atención principal y tan necesaria que nos vemos obligados á prestar á cada prueba, debilita considerablemente el efecto de su fuerza colectiva, y que ellas se dañan así recíprocamente y todas en conjunto en virtud de su misma importancia individual.

No menor escollo es encontrar ordinariamente en el lector una escasez ilimitada, una grande impaciencia de exámen, una tendencia secreta á la objeción mas bien que á la solución, muy difícil de satisfacer, porque él no se coloca en el mismo punto de vista que el que escribe, y porque continuamente está alimentando su resistencia con las lagunas, laconismos, oscuridades, impropiedades de términos, y mil otras imperfecciones que deben necesariamente encontrarse en un trabajo como este. El lector se da prisa, no aguarda, no vuelve, no suple nada, teme la prueba, aumenta las dificultades. Se hace, cuando lee, objeciones que el autor no habia previsto, y á las cuales no habia dado mas que una importancia secundaria, y que son como otras tantas puertas falsas por donde se escapa á cada instante. Se vanagloria de que el silencio ó la concisión del autor nacen de la imposibilidad en que se encuentra de responder á las dudas, en tanto que el autor se daría por muy contento con que se le pidiesen explicaciones.

Tales son las disposiciones de la mayor parte de los lectores al dedicarse al estudio de la Religión; —y ¿cual es la ciencia, no digo filosófica y teológica, sino exacta y aun matemática que no se halle en el mismo caso?

Pero esto no prueba mas que una cosa, que corrobora la grandeza de la verdad cristiana, á saber: que no solamente debe estudiarse por el espíritu, sino tambien por el corazón, es decir, por todo el hombre. Debe llevarse á este estudio el alma entera, la voluntad desde luego. Si la verdad religiosa fuese demostrable al espíritu tan sencillamente como un teorema de geometría, no implicaría aquello que está en la esencia de la Religión verdadera: el ejercicio y la depuración de la voluntad. Si, por otro lado, se rehúsa á la inteligencia Dios puesta á recibirla, faltaría tambien á su misión, no sería entonces la luz. Dirigiéndose á este doble objeto, satisfaciendo este doble fin, es como el cristianismo hace conocer principalmente su divinidad; ¡Cosa peregrina! El cristianismo es oscuro ó luminoso, absurdo ó sabio, segun las disposiciones y el grado de intensidad de la voluntad que lo examina. La causa de esto es que la verdad divina

(1) *Pensamientos, maxims y máximas de Joubert, t. 1.*

no es un espectáculo gratuito y vano. Es preciso pagar con el sacrificio de la propia persona para ser admitido á contemplarla. Ella sufre violencia, como lo ha dicho el divino Maestro, y solo los esforzados son los que la alcanzan. Ella escije ser seguida hasta el desierto, hasta la montaña, es decir, fuera y por encima de todos los intereses humanos. No de otro modo resplandece su luz, que como Jehovah en el Sinaí y Jesucristo sobre el Thabor, mientras que nubes tenebrosas, perfiladas solo por algunos relámpagos, la ocultan á multitud de indiferentes que se recuestan en la llanura.

El punto al cual hemos llegado es precisamente al que se aplican estas consideraciones. Ya tocamos en efecto á la *locura* de la cruz, y ya creemos oír resonar en nuestro oído este lenguaje de la sabiduría humana.

"Amar á Dios y á su prójimo, ser caritativo, humilde, casto y desinteresado, hé aquí el Evangelio.—Este es el punto importante.—Si este fin se cumple, poco importan los medios. ¿Para qué insistir con tanto empeño en doctrinas abstractas y misteriosas, cuando menos inútiles, si es que no sirven para dar pábulo á la superstición? Aun, añaden, podemos admitir algunos dogmas en cuya posesión está de mucho tiempo la razón humana, tales como la existencia de Dios, una vida y un juicio futuros, un cielo, un lugar de expiación, y un infierno para los malvados: esta es la teología natural;—limitémonos á ella: con eso basta. ¿Qué fuerza puede dar á esto, á qué puede conducirnos la doctrina y el espectáculo de un Dios-hombre, de un Dios despreciado de los hombres, miserable, anonadado, de un sentenciado, muerto y enclavado en un patíbulo? ¿A qué fin querer que adoremos un objeto tan repugnante para los sentidos y para el espíritu? El cristianismo, que tiene por misión elevar y ennoblecer todas las facultades humanas, ¿se propone acaso abaturirlas y confundirlas con la mas humillante de todas las concepciones?"

Así habla la sabiduría humana.

Y ¿qué es lo que respondían á esto los primeros predicadores del Evangelio?—"No os admiréis tanto de la doctrina de un Dios crucificado, pues no os la predicamos como una sabiduría, sino como una locura. Todos estamos de acuerdo; no nos reprocheis el no probar lo que afirmamos, puesto que lo que afirmamos es que la Cruz de Jesucristo es un delirio; y como esto es precisamente lo que nos echáis en cara, vuestra oposición nos justifica."

¿Ha existido jamás una predicación mas atrevida, mas amplia, mas franca y comprometida?—Pero ved cómo de esta posición desesperada parece que se levanta y se engrandece, cuando añade:—"Pero lo que parece en Dios locura es mas sabio que toda la sabiduría de los hombres; lo que parece en Dios debilidad es mas fuerte que todas las fuerzas humanas (1)."

Después invocando ya el hecho en apoyo de su

palabra, esclama el grande Apóstol:—"¿A qué ha venido á parar los sabios y los doctores? ¿Que han hecho los grandes talentos del siglo? ¿No ha hecho Dios loca la sabiduría de este mundo (2)?"

Diez y ocho siglos han venido á dar razón á esta gran paradoja de la cruz; la sabiduría ha cedido al aparecer el Evangelio; el poder de los Césares ha desaparecido al soplo del Cordero, y la *causa escándalo para los judíos, locura para los gentiles* (3), ha llegado á ser el punto fijo y radiante alrededor del cual no han cesado de girar los destinos humanos.

Sin duda la palabra de la cruz *parecerá siempre una locura á aquellos que se pierden* (3), pero es locura que los oprimirá con todo el peso de la sabiduría y de la civilización que ha engendrado.

Vanamente se empeñan en desasir de la Religión esa sabiduría y esa civilización, y en quererla retener rechazando á aquella. Improbable es su trabajo; es preciso que acepten la cruz, ó que retrocedan hasta la superstición pagana, hasta la barbarie antigua.

No son razonamientos los que oponemos, son hechos; pero ¡qué hechos! Esa moral sublime del Evangelio, en la que se afirma esa perfección de los dogmas respecto á Dios, nuestra inmortalidad y la vida futura; en la que se santifican esas grandes y fecundas ideas de igualdad, de fraternidad, de caridad y libertad con las que estamos tan orgullosos; todo lo que constituye, en fin, el fondo de nuestra civilización data evidentemente de la introducción del dogma de la cruz en el mundo, y ha descendido de ella á pesar de las mas encarnizadas resistencias del poder y la sabiduría de los hombres.—El autor de esta vida moral es Jesucristo, y Jesucristo crucificado.—Es por la fé en él por lo que se ha extendido y propagado la moral evangélica; es con la cruz en la mano como ha sido predicada; es con la cruz ante los ojos como ha sido practicada. Donde quiera que se ha clavado una cruz, allí ha germinado las virtudes y florecido la civilización, aun en el fondo de los desiertos; de donde quiera que se ha arrancado, allí han reaparecido la barbarie, la ignorancia y la ferocidad, aun en el seno de las ciudades. A su sombra han nacido, se conservan y se estienden todas las grandes instituciones de libertad y de caridad; y aun hoy día, en que la moral evangélica ha abierto ya todas sus flores y dado todos sus frutos, no por eso permanece menos indisoluble su alianza con el dogma de la cruz. No es dado á nadie el poder de trasplantarla á otra doctrina, ni de arrancarla al dogma que la ha alimentado.—Y no es que hayan faltado ensayos en nuestros días: sansimonianos, fourieristas, humanitarios, comunistas, panteístas, todos han tratado de adoptar la moral evangélica á dogmas nuevos, de engrandecer al Cristo, como ellos dicen, y renovar su túnica.... Y ¿qué ha resultado de esto?... Delirios que por fortuna no han tenido tiempo de convertirse en crímenes, y que han aspirado en

(1) *Id.*, *ibidem*, v. 20.

(2) *Id.*, *ibidem*, v. 23.

(3) *Id.*, *ibidem*, v. 26.

(1) *Epístola ad Corint., 1. cap. 1, v. 26.*

medio de la irrisión y la rechiffa.—El Evangelio, este fruto de vida, es semejante al maná que alimentaba á los hebreos en el desierto; es preciso recibirlo inmediatamente del cielo, y destilado por el árbol de la cruz. En cuanto se intenta acomodarlo á la prudencia humana y apropiarlo á las teorías de la tierra, se corrompe y convierte en un fermento pestilente y mortífero.

Después de esto nada tiene de extraño que la doctrina de la cruz haya parecido y siga pareciendo á algunos una locura: la sabiduría humana entregada á sí misma solo ha podido producir una moral opuesta á la del Evangelio, y de consiguiente la moral del Evangelio ha tenido que ser el fruto de un principio opuesto á la sabiduría humana. La oposición de los resultados supone necesariamente la oposición de los principios y de los medios.

Pero ya es tiempo de que cese esta mala inteligencia, y de dar su verdadero nombre á las cosas; ya es tiempo de decir: es una sangrienta ironía la que ha hecho llamar *locura* al dogma de la cruz; esta sublime antífrasis ha sido necesaria para confundir la sabiduría humana y destruirla atacándola de frente. Para que la virtud de Dios obrase sola y se manifestase *sobrehumanamente* á la tierra, era necesario que se impusiese al mundo como una locura, porque tan oscurecido estaba el espíritu humano en aquella época, que no hubiera podido comprender la sabiduría del Dios que acababa de crucificar, y así estaba en el poder de este Dios, en su sabiduría presentarse ante los hombres al establecimiento de su religión, bajo tal aspecto que no se le pudiera jamás confundir con la sabiduría humana, y que su divinidad reluciese en su mas completa oposición con aquella, tomándola al revés.

Proceder loco, si hubiese sido del hombre; decisivo, si era de Dios. Ahí estaba el porvenir para justificar la obra de Dios y descorrer el velo á su sabiduría, en razón misma de su humillación y locura presente; solo el duelo del porvenir, solo la virtud y la sabiduría divinas podrían desafiar hasta tal punto el poder y la sabiduría humanos.

Es preciso oír hablar á S. Pablo sobre esta materia, para comprender la admirable economía de la conducta de Dios al establecimiento de su religión, y mucho mas cuando el grande Apóstol unia la acción á la palabra, y la virtud de Dios obraba lo que él decía.

“El Cristo me envía para evangelizar con una palabra desprovista de toda sabiduría humana, á fin de que la virtud de la cruz no pierda nada al anunciarse.”

“Porque Dios escogió la locura de este mundo para confundir á los sabios, y las cosas débiles para confundir á los fuertes.”

“Escogió Dios las cosas viles y despreciables del mundo y aquellas que no existen, para destruir las que existen.”

“Y yo, hermanos míos, al venir entre vosotros, no he venido con la pompa de la retórica humana ni de la filosofía.”

“Porque yo no creo saber nada, sino á Jesucristo, y este crucificado.”

“Para que vuestra fé no consistiese en sabiduría de hombres, sino en virtud de Dios.”

“Nosotros, no obstante, predicamos sabiduría á los perfectos, pero una sabiduría oculta y que ninguno de los príncipes del mundo ha conocido, porque si ellos la hubiesen conocido no hubieran crucificado al Señor de la gloria.”

“Mas el hombre animal no es capaz de las cosas que son del espíritu de Dios, porque le son una locura y no puede comprenderlas, porque para juzgarlas se necesita de una luz espiritual.”

“Y yo, hermanos míos, aun no he podido hablaros como á hombres espirituales, sino como carnales y como á pequeños niños en Cristo.”

“Yo os he dado leche á beber, y no comida, porque todavía no la podeis digerir, y sois incapaces de ella, porque todavía sois carnales.”

“Pero al fin se manifestará la obra, y el día del Señor hará ver quién es él....”

“La sabiduría de este mundo es una locura delante de Dios, porque está escrito: Yo cojeré á los sabios con sus mismas sutilezas (1).”

Ahora que la obra ha parecido, que la sabiduría de este mundo ha sido vencida por la locura de la cruz, que el espíritu humano se ha engrandecido bajo la influencia de la verdadera sabiduría oculta en esa fábula aparente, ya no nos es permitido llamarla con este último nombre. Llegados ya á hombres en Jesucristo, la leche de los infantes debe hacer lugar á esa comida salida de los espíritus, que S. Pablo rehusaba á los primeros cristianos, y la fé puede consentir el acceso á la razón en ese gran misterio de la redención, al cual debe la razón todas sus conquistas.

Esto ha de ser objeto de dos estudios: el primero, sobre la enseñanza del dogma de la redención; el segundo, sobre sus aplicaciones.

El presente capítulo está consagrado al primero.

Todo el cristianismo se comprende en el dogma de la redención.

Permítasenos, para hacer sensible esta proposición, revestirla con las formas de una comparación vulgar.

Adherirse solo á la moral evangélica, admirar su pureza, su sublimidad, su fecundidad, en considerar únicamente el cuadrante de un reloj, la justa distribución de las horas que se marcan en él, y la útil función de los minutos que nos dan á conocer detalladamente la marcha del tiempo, conforme á nuestras necesidades.—Pasar de la moral á la consideración de los dogmas mas inmediatos, mas naturales, mas universales: la existencia de Dios, la espiritualidad del alma, su inmortalidad, un juicio futuro y un estado de castigo y de recompensa, es abrir el reloj, examinar las diversas ruedas que constituyendo su mecanismo producen en el interior el movimiento combinado cuyo útil resultado hemos admirado en el cuadrante.—Pero todo esto no es mas que resultado ó vehículo; todo esto parte y proviene de un principio motor, inspirador, de donde sale y se reproduce el movimiento para repetir-

(1) • Epístola ad Corint., cap. 1 et 2.

se mas y mas; y que es como el resorte en el sistema mecánico que acabamos de suponer; este principio en el cristianismo, que es en él la *senda, la verdad y la vida*, es Jesucristo crucificado.

Entremos en explicacion: vamos á descender ya al corazón del cristianismo. Ya estamos en el centro de nuestra obra.

El fin del hombre es obedecer á la *RAZON*, conformarse por el ejercicio de todas sus facultades á la ley de justicia y de verdad, aproximarse cada vez mas á la perfeccion soberana é infinita, cuya concepcion es la luz universal de los espíritus.

Todo esto quiere decir, segun lo hemos explicado ya muchas veces, conforme á los mismos filósofos paganos, y sobre todo á Ciceron, que el hombre ha sido criado para Dios, el cual es esa *Razon, esa Justicia, esa Verdad, esa Perfeccion* soberana de que acabamos de hablar.

Este primer punto debe ya considerarse como suficientemente dilucidado; por lo demas, en todo nos referimos ahora al desarrollo que le hemos dado en el capítulo de la *Religion natural*, del tomo primero, y á la conclusion de la primera parte, en el tomo II.

El segundo punto, no menos dilucidado, es que por una revolucion original se rompieron las relaciones del hombre con la razon divina, ó quedaron, cuando menos, considerablemente relajadas. La luz intelectual y moral se oscureció; la imájen de Dios se desfiguró entre nosotros; prevaleció el desorden, y el hombre no llegó á ser mas que una ALMA EN RUINA, para servirnos de las espresiones de Ciceron.

En esta situacion, bien se concibe la necesidad para el hombre de una nueva manifestacion del carácter de Dios, adaptada á su debilidad para volverlo á levantar hasta el tipo de donde habia caído.

Privado por consecuencia de esa caída, de la vista de ese tipo, que es la *Razon* misma, cada uno se forjaba uno á su manera; y el imperio de la verdad no era mas que una anarquía de razones individuales que disputaban entre sí errores y extravíos.

La religion verdadera debia pues proponerse por objeto capital reunir todas estas razones á la *RAZON*, á Dios, y para esto presentarles el original mismo, bajo los rasgos mas propios para ser comprendidos desde la profundidad de su prevaricacion.

El cristianismo por su moral se comprometia sobre todo, bajo pena de inconsecuencia, á darnos esta manifestacion.

Toda su moral reposa, en efecto, sobre el amor de Dios, y un amor absoluto que ocupe todo nuestro corazón, y que sea sentido con una vivacidad tal, que domine las otras afecciones.

Y era de consiguiente necesario que el conocimiento de Dios nos fuese dado en una proporcion igual á la obligacion de este amor.

Mas ¿cómo es posible amar á Dios de esta manera sin conocerle, y sin conocerle en todas las cualidades que lo hacen soberanamente amable, segun todas las condiciones y con la misma medida que pueden agradarle?—El amor se nutre con el conocimiento del objeto amado, con su frecuentacion, con

la contemplacion de sus cualidades, con la reproduccion de las mismas en nosotros; y hé aquí toda la Religion que puede definirse de esta manera: la manifestacion del carácter de Dios al hombre para que éste conforme á él el suyo, y entre en participacion de sus perfecciones y de su felicidad.

Asentado esto, decimos que el cristianismo, e el dogma capital de la redencion del género humano por la muerte de Jesucristo en el árbol de la cruz, presenta el mecanismo moral mas admirablemente adaptado á la inteligencia y al corazón del hombre para hacerle conocer el carácter de Dios; producir en él la conformidad á ese carácter, que es la ley de su naturaleza y el fin de su destino.

Para mejor entrar en esta conclusion hagámosla preceder aún de nuevas aclaraciones.

En el estado natural, estado que no podemos juzgar bien sin remontarnos mas allá del cristianismo, que lo ha modificado profundamente, Dios no se revela al hombre mas que por la conciencia íntima, el espectáculo exterior de la creacion, y en fin, por la revelacion primitiva, escrita ó tradicional.

¡Manifestaciones bien débiles, por cierto, para la elevacion del fin que debian proponerse!

Por la conciencia Dios no se nos aparece mas que bajo una figura vaga, velada, fugitiva, que se desvanece á cada instante en las impresiones que hacen sobre nosotros los objetos externos y sensibles. Sin duda antes que se desarrollen los sentidos, habla la conciencia muy alto, y sus primeros acentos vibran en los oidos de la inocencia; pero bien pronto se eleva la voz de las pasiones, la apaga, la sofoca, la dispersa, y concluye por constituir la esclava cómplice de sus seducciones. Consideramos nuestra conciencia como parte de nosotros mismos, como una especie de órgano propio de que podemos disponer, á pesar de todo, á costa de las consecuencias, cualesquiera que ellas sean, que de esto podrán resultarnos, y que siempre nos disimulamos (1). Luego concluye por rebajarse enteramente al nivel de nuestros pecados, y no ser otra cosa sino un código de moral formulado sobre nuestros intereses y extravagancias. Siempre, aun en los mas perfectos, solo se hace sentir por el sentimiento del deber; y, francamente, es bien abstracto y casi inconcebible que el deber para un corazón tan ardiente, tan apasionado como el del hombre, sea otra cosa mas que el orgullo de su propio mérito y el amor de su tranquilidad.

La segunda manifestacion del carácter de Dios por la creacion es asimismo bien insuficiente é infelunda. En la calma absoluta del corazón podrá un entendimiento elevado entregarse á la contemplacion del universo; y de esta impresion de orden y armonía que produce, concebir la idea de un Ser supremo que lo ha formado, de un poder, de una sabiduría, de una bondad que lo dirijen, y beber en estas ideas sentimientos de reconocimiento, de adoracion y de amor. Esto es por cierto muy escaso, y tenia razon S. Pablo en decir que los filósofos

(1) Esto es lo que se ha elevado á dogma filosófico bajo el nombre de libertad de conciencia.

paganos eran *inescusables* de no haber oído la voz de la creación.

Pero si consultamos la experiencia no podremos negar que estos sentimientos producen mas bien una emoción halagüeña, que no tarda el hábito en debilitar, mas bien que los elementos prácticos de razón y de virtud que puede siempre el hombre llevar consigo, como armas poderosas en la estrepitosa lucha de las pasiones. Todo esto no dice al corazón del hombre *precisa y constantemente* hasta qué punto reclama Dios nuestro homenaje y nuestro amor; hasta qué punto es santo, es justo, es bueno; hasta qué punto quiere que lo seamos nosotros, y por qué medios podemos conseguirlo. Es verdad que todo esto no está al alcance de la inteligencia y de los sentidos de la generalidad de los hombres, y supone mas bien la esencia de las pasiones que su dirección, y mas bien un quietismo moral sin resultado, que una actividad fecunda de nuestras facultades hacia nuestros deberes. Y además, ¿por qué el entendimiento humano se inclina tan fácilmente ó á la idolatría de las fuerzas de la naturaleza en los tiempos de imaginación y de ignorancia, ó al ateísmo sistemático en los de análisis y de abstracción? De suerte que la naturaleza misma nos desvía hasta cierto punto de su autor, y no es sino como decía S. Pablo al areópago, *casualmente y a tientas*, que llegamos á encontrarlo.

En fin, la tercera manifestación de Dios por la revelación primitiva, escrita ó tradicional, habia sido alterada en todo el universo, como se ha visto en el capítulo *De la necesidad de una segunda revelación*, y era como una voz lejana é imperceptible que apenas llegaba al oído de algunos sabios, los cuales no se atrevían á repetirla. El pueblo judío, es cierto, habia conservado la verdad capital de la unidad de Dios; pero esta verdad era implícita é infecunda; grabada en tablas de piedra mas bien que en los corazones, constituía un depósito nacional infructuoso, un testamento cerrado. Habia desaparecido la letra; era indispensable el espíritu, la acción y la vida.

Así es que las tres manifestaciones naturales de la Divinidad, la conciencia, la creación y la revelación primitiva, no habian podido hacer mas que detener y retardar la caída de la humanidad, pero no habian podido al fin impedirla, ni menos repararla.

De ahí el espectáculo que presentaba al mundo al tiempo de la aparición del cristianismo. Dios desconocido al hombre, y por consiguiente el hombre desconocido á sí mismo, y el trastorno del orden religioso, moral y social. El carácter divino, lejos de ser el modelo sobre el que venia á reformarse el carácter del hombre, sometido él mismo á las pasiones humanas y á las acciones mas infames, reflejaba los vicios que hubiera debido abominar. Así como el navegante que no puede conocer su ruta en los cielos cubiertos por la tempestad, y queda perplejo entre dos océanos, que parece procuran confundirse para tragárselo, así el hombre fluctuaba á la ventura, envuelto por todas partes en las tinieblas de la ignorancia y de la corrupción, ya atribuyéndose una superioridad sobre el mismo Dios

ya colocándose sistemáticamente inferior á las bestias, confundiendo el bien y el mal, sin saber cómo y hasta qué punto diferenciarlos, por falta de un principio inmutable que le sirviese para medirlos, equivocándose hasta el extremo de honrar los vicios como si fuesen virtudes, y de ignorar las primeras que brillan á la cabeza de la verdadera moral, considerando como derecho natural y social los excesos y abusos mas contrarios á la naturaleza y á la humanidad. Ved ahí adónde habia conducido al mundo la pérdida del conocimiento de Dios.

Esta gran verdad fué antiguamente llamada por un poeta pagano LA IGNORANCIA DE LA NATURALEZA DIVINA, y este era el origen que señalaba á todos los crímenes y males que adijian á la miserable humanidad.

*Hec! prima scelerum causa mortalibus aegris
NATURAM NESCIRE DEUM (1).*

El cristianismo encontró á la humanidad en este estado,—estado bien digno de que un Dios, autor de todo orden y padre de la razón humana, viniese en su socorro.—Si el cristianismo es realmente la obra de este Dios venido á socorrer á la humanidad, debió, para regenerarla, volverle á dar el conocimiento perdido del carácter divino, tipo del carácter del hombre, é imprimirle fuerte y visiblemente el conocimiento del mal y su remedio; debió también dar un gran golpe que hiciese brillar de una vez lo que era Dios, la ley primitiva del hombre, en lo que éste se habia convertido separado de su ley, y que le inspirase los mas poderosos motivos para reconocer y apartarse de semejante extravío.

La conciencia, la creación, la revelación primitiva, manifestaciones sencillas y naturales de la Divinidad, convenian al hombre inocente, al hombre en estado de salud moral; pero para el pecador, para el hombre degradado, era indispensable un remedio, y un remedio tan violento como el mal.

Lo que choca á la incredulidad en el misterio de la cruz, y le da cierta apariencia de locura, es que realmente es un acto extraordinario superior á las leyes naturales, irregular é incomprensible, si se considera en un estado ordinario, natural y regular. Pero no es este el estado de la humanidad, pues salió de este estado normal y regular por la caída primitiva, y solo por un remedio, es decir, por un medio *anormal* como su estado, podia rehabilitarse. El misterio de la cruz corresponde al misterio del pecado original, y no es posible comprender el uno sin el otro. La humanidad es un grande enfermo, y lo que es peor, un enfermo que cree estar bueno. Por consiguiente no necesita manjares sólidos y frutas sabrosas aunque las desee; necesita, sí, un remedio, pero un remedio violento aunque no lo quiera. Por mas que grite, que se resista, que trate de insensato al médico, éste debe obrar así, y cometer una injusticia procurando justificarse á los ojos del enfermo; debe sufrir la injuria, ser el primero que se llame loco, para entrar en las vías per-

(1) Sil. Italicens, Bell. punicum rv.—Este poeta nació el año 25 de nuestra era y murió al principio del reinado de Trajano.

vertidas que quiere enderezar; pero al mismo tiempo debe hacer aceptar el remedio, cuyo primer efecto será dar al hombre el conocimiento de su mal y obligarle á bendecir y adorar la sabiduría sobrehumana y el amor infinito que ha sabido tan perfectamente contrariarlo para curarlo.

Tales han sido los efectos del misterio de la cruz sobre el mundo.

A un tiempo dió al hombre el conocimiento de sí mismo y el conocimiento de Dios, dos conocimientos que se ligan íntimamente, como lo había vislumbrado el poeta latino. Ha realizado esta sencilla y bella súplica de S. Agustín: *Noverim te! noverim me!* "¡que yo te conozca! que yo me conozca!" Ha resuelto el *nosce te ipsum*, este gran enigma, cuya solución buscaban los antiguos dentro de nosotros mismos, donde no podían encontrarla, pues que su ignorancia procedía del exterior. En fin, ha iluminado la tierra por el cielo, reuniéndolos en un cuadro maravilloso que los reproduce á ambos á la vez en su misma oposición y armonía, y nos ofrece un espectáculo compendiado, y al mismo tiempo el mas completo.

Fijemos pues nuestra vista sobre el grande espectáculo de la cruz, donde la verdad misma ha reconcentrado todos sus rayos, y donde la vida divina, para darse á nosotros, se ha revestido de los colores, de las formas, y hasta de los movimientos de la vida humana.

En él descubrimos claramente lo que es el hombre y lo que es Dios.

I. Lo que es el hombre.—¡Qué espejo mas fiel del horrible estado en que había caído la humanidad, que esa figura ensangrentada y despedazada sobre una cruz en expiación de nuestros crímenes! ¡Figura que era la de todo un Dios, y que sin embargo no era mas que la de un hombre! ¡Qué sublime expresión de la deformidad moral del pecado y de la desgracia que le está señalada en nuestros destinos inmortales! ¡Qué medida mas exacta del abismo donde hemos caído, y del que hemos sido sacados, que este espectáculo de la belleza por esencia, de la felicidad suprema, del poder infinito de un Dios reducido, humillado á este estado de deformidad, de sufrimiento y de abyección! Por el remedio debemos calcular la gravedad del mal; por el castigo debemos medir la falta, y la profundidad del abismo por la distancia corrida para venir á sacarnos de él. Si á tal ha venido á parar todo un Dios para sustituirse al hombre, ¿qué sería el hombre respecto de Dios?

Pero si este espectáculo abate al hombre y lo coloca en su verdadero lugar actual, también lo rehabilita y le revela una nueva grandeza, haciéndole conocer lo que es en los designios de Dios.

¿Qué es pues el hombre, para que Dios se acuerde de él hasta este punto? ¿para que haya venido á visitarle en su destierro, y le dé semejante testimonio de su ternura? ¿Cuál es pues el valor de esa posesión del infierno para haber sido el objeto de semejante rescate? ¿cuál su precio, y qué le está reservado en adelante? ¿Qué no supone en efecto el sacrificio de la cruz sobre el valor y la

vocación del hombre conquistado por un Dios, y por este Dios salvador, conquistador y señor del cielo? Si la naturaleza divina estuvo unida á la humana en la ignominia de la cruz, no dejó de estar también unida á ella en la gloria de la resurrección. La exaltación de la humanidad corresponde al abatimiento de la divinidad en Jesucristo. La cadena que liga la tierra con el cielo es ahora mas que nunca visible; el dogma de nuestra inmortalidad y de nuestra resurrección tiene por ella toda la autoridad de un hecho cumplido, manifestamente consumado en uno de nosotros, en nuestra cabeza, el que fué hecho, como dijo enérgicamente S. Pablo, *las primicias de los que duermen* (1). ¡Qué garantía, qué fundamento de esperanza no tenemos en el que realizó en sí mismo lo que nos prometió á nosotros, y con qué confianza debemos aspirar á la inmortalidad por las sombras de la muerte, cuando nuestro representante nos ha precedido ya victoriosamente en este tránsito, y que no habrá olvidado en su gloria lo que él mismo sintió, pues que se hizo por nosotros el hombre de dolores!

Ved ahí pues al hombre explicado; ved ahí desatado ese nudo profundo de las contradicciones de su naturaleza. La filosofía de la cruz ha venido á fallar entre la filosofía de Zenón y la de Epicuro, y á absorberlas á ambas en su fondo. ¡Oh hombre, tú te estimas mucho, y aun no te estimas bastante! No, tú no eres un Dios, para poder glorificarte á tí mismo y constituirte tu propio centro. Lejos de esto eres el mas despreciable, el mas vil, el mas miserable de todos los seres: accorria del mundo, nada existe que no te confunda y que no acuse tu ignorancia y tu debilidad; no puedes hacer mas que sufrir y morir; esclavo vendido al dolor por el pecado, le perteneces, y este dolor también es infecundo. Pero te engañas miserablemente, cuando con Epicuro quieres asemejarte á un vil puerco, y te entregas á los sentidos y á la materia, dejando caer en el cieno el cetro de la inteligencia y de la virtud. ¡Levántate! eres rey de la tierra y aspirante á la gloria de los cielos.

La propiedad de la filosofía de la cruz es haber deslindado y conciliado estos dos estados de fuerza y de debilidad, iluminando á la vez el fondo de nuestra miseria y la cumbre de nuestra grandeza, haciéndonos conocer que si bien por nuestra propia naturaleza no somos capaces mas que del mal, y dignos solo de reprobación (2), por los auxilios divinos hemos sido rehabilitados en Jesucristo y hechos participantes del mismo Dios (3). La humanidad se encuentra, de este modo, colocada como entre dos polos, el uno de su naturaleza caída, que la reduce á la nada; el otro, de la gracia celestial, que la eleva hasta Dios; de tal suerte que no tenemos jamás ocasión de poseernos de orgullo, antes al contrario, de ser humildes y temerosos

(1) I Ad Corinth., cap. 15, v. 20.

(2) *Natura fuit trax*.—I. Eph. 2, 3.

(3) *Ergo jam non estis hospites et advenas, sed estis cives sanctorum et domestici Dei. Consecrati estis in Christo et cum resurrectionis eius et consecreti estis in coelestibus in Christo Jesu.*

una hasta en el mas alto grado de la perfeccion, así como no debe nunca abatirnos la vista de nuestras miserias, sino ser confíados y valerosos para salir de ellas, cualquiera que sea su intensidad. Este es el cristiano; este el hombre que hemos explicado.

Dejemos hablar aquí á Pascal, y citar aquel bello pasaje, en que, despues de hacer una descripción de la impotencia y contradicciones de la filosofía antigua en sus dos principales sectas, los epicúreos y los estoicos, prosigue en estos términos:

"Es sin embargo indispensable que se estrellen y se reduzcan á la nada para dar lugar á la verdad de la revelacion. Esta es la que concilia las contrariedades mas formales por un arte enteramente divino. Uniendo todo lo que hay de verdadero, y separando todo lo falso, enseña con una sabiduría verdaderamente divina el punto en que se unen los principios opuestos, que parecian incompatibles con las doctrinas puramente humanas. Hé aquí la razon: los sabios del mundo colocaron las contrariedades en un mismo objeto; unos atribuian la fuerza á la naturaleza, otros le atribuian la debilidad: contradiccion imposible de subsistir; en lugar de que la fé nos enseña á colocarlas en objetos diferentes: toda la fragilidad pertenece á la naturaleza, todo el poder á los socorros de Dios. Esta es la union admirable y nueva que solo un Dios podia enseñar, que solo él podia realizar, y que no es otra cosa sino una imájen y un efecto de la union inefable de las dos naturalezas en la persona del Hombre-Dios. Así es como la filosofía conduce insensiblemente á la teología; y es difícil no encontrar en ella cualquier verdad que se busque, porque es el centro de todas las verdades, lo cual aparece aquí perfectamente, porque se ve que encierra en sí lo que hay de verdadero en estas opiniones contrarias. Así pues no se concibe cómo ninguno de ellos podría rehusar el seguirla. Si están convencidos de la grandeza del hombre, ¿qué pueden imaginar que no ceda á las promesas del Evangelio, que no son otra cosa que el digno precio de la muerte de un Dios? Si quieren atribuir toda la debilidad á la naturaleza, su idea no llega á la de la verdadera debilidad del pecado, cuyo remedio ha sido la muerte misma. Cada partido encuentra en ella mas de lo que desea; y, lo que es mas admirable, los que no podian concertarse en un grado infinitamente inferior, encuentran en ella una union indestructible (1)."

II. Así es como la doctrina de la cruz nos hace conocernos á nosotros mismos. Pero este resultado no es mas que secundario y reflejado, pues su principal y directo consiste en hacernos conocer á Dios. Aquí es donde nuestro estudio se dilata gloriosamente.

"Yo soy todo lo que ha sido, todo lo que es y todo lo que será, y ningun mortal ha podido jamas recorrer mi velo."

Tal es la inscripcion que el antiguo Egipto habia

grabado en el frontispicio del primero de sus templos, indicando por ella la Divinidad.

Todos los esfuerzos de la filosofía que vinieron despues no pudieron *descorrer el velo*, y cuando el cristianismo apareció en la capital del mundo civilizado, leyó aún en el frontispicio del templo: *AL DIOS DESCONOCIDO*.

"Este es el Dios que vengo á anunciaros," exclamaba S. Pablo, y diciendo esto les predicaba á Jesus crucificado.

El cristianismo, en efecto, vino á levantar el velo que cubria los ojos del linaje humano, y á descubrir á la tierra el secreto de la eternidad. Hizo mas aún; como su resplandor nos hubiera deslumbrado, revistió á la Divinidad de formas sensibles, que la revelasen acomodándola á nuestra capacidad: "Él dió, como dice admirablemente Erskines, en la obra de la expiacion, una forma palpable á los sublimes atributos de la Divinidad, y los puso de manifiesto á nuestra vista en la sustancial realidad de las acciones vivas, al mismo tiempo que en su grandeza y en su aderable hermosura. Sin que perdiesen nada de su dignidad, los puso al alcance de nuestras inteligencias, y los apropió á los sentimientos de la naturaleza humana, haciéndolos excitar al mismo tiempo la admiracion y la alabanza de los ángeles de que está rodeado su divino trono (1)."

La santidad, la justicia, el amor, el poder mismo de Dios, aun en su grado mas infinito, se dejan efectivamente mirar, tocar y medir de cualesquier suerte sobre la cruz, por el procedimiento mas sencillo y á la vez el mas fecundo.

1. La santidad.—¿Qué santidad! y quién hubiera podido figurársela jamas, pues que no permite al hombre acercársele sino despues de haberse lavado en la sangre de un Dios! ¿Hay Dios mas grande que aquel cuyo altar rechaza toda otra víctima, y que escije por holocausto, no los mas puros animales, ni las criaturas humanas mas perfectas, ni la naturaleza angélica mas sublime, sino la naturaleza divina misma, sino un Dios igual suyo?

"Por esto, dice S. Pablo, el Hijo de Dios al venir al mundo dijo á su Padre: vos no habeis querido la hostia ni la oblacion, no habeis aceptado los holocaustos y los sacrificios por el pecado, pero me habeis dado un cuerpo, y entonces yo he dicho: AQUÍ ME TENÉIS."—¿Por la pureza y magnificencia de semejante víctima medimos la santidad y grandeza de Dios! ¿Qué profunda impresion no causa ya en las conciencias esta primera nocion, y á qué distancia no vuelve á colocar el límite del deber, tan frecuentemente removido por las pasiones!

Aquí hace Malebranche una reflexion verdaderamente sublime por su sencillez y su fuerza, y con la que se dan la mano la teología y la filosofía mas elevada.

(1) *Ensayo sobre la fé*, por Erskines, célebre abogado inglés. Seguramente que su talento no se elevó nunca tan alto como en sus escritos sobre la Religión. Parte de ellos ha sido publicada por M. de Goussier. (*Basen del Cristianismo*, t. III, edic. en 1.º)

"Para descubrir por medio de la razon, dice, entre todas las religiones la que Dios fundó, es necesario consultar detenidamente la idea que tenemos de Dios ó del Sér infinitamente perfecto."

Malebranche establece en seguida que Dios, la verdad misma, no puede obrar sino segun lo que él es, de tal manera que cuando obra manifiesta necesariamente al exterior el juicio eterno é inmutable que tiene de sus atributos, y que quiere tengamos nosotros tambien.

"Dios no manifiesta perfectamente el juicio que tiene formado de sí mismo, sino por la encarnacion de su Hijo y el establecimiento de la religion que profesamos, en la cual solo puede encontrar el culto y la adoracion que sus diversas perfecciones expresan, y que se confirman con el juicio que tiene formado de ellas. Cuando Dios sacó de la nada al caos, dijo: Yo soy el Todopoderoso. Cuando formó el universo, se complació en su sabiduría. Cuando crió al hombre libre y capaz del bien y del mal, manifestó el juicio (que tiene formado de su justicia y de su bondad. Pero cuando unió su Verbo á su obra, manifestó que es infinito en todos sus atributos, que este gran universo no es nada comparado con él, que todo es profano con respecto á su santidad, á su excelencia, á su soberana majestad. En una palabra, habla en Dios, obra segun lo que él es, y segun todo lo que es. Comparad, Aristó, nuestra religion con la de los judíos, de los mahometanos, y todas las demas que conocéis, y juzgad cuál es la que manifiesta mas claramente el juicio que Dios tiene formado de sus atributos, y el que debemos formar nosotros de la limitacion de la criatura y de la soberana majestad del Criador.

"El verdadero culto no consiste en el exterior, en tal ó cual situacion de nuestros cuerpos, sino en esta ó la otra situacion de nuestros espíritus en presencia de la majestad divina, es decir, en los juicios y movimientos del alma. Aquel pues que ofrece el hijo al Padre, que adora á Dios por Jesucristo, expresa por su accion un juicio parecido al que Dios tiene de sí mismo. Revela de todos los juicios el que expresa mas exactamente las perfecciones divinas, y sobre todo, esa esencia y santidad infinita, que separa á la Divinidad de todo lo demas, ó que la eleva infinitamente sobre todas las criaturas. La fé pues en Jesucristo es la verdadera religion, el acceso á Dios por Jesucristo el solo culto verdadero, el único medio de colocar nuestro espíritu en una situacion que adore á Dios y que pueda por consiguiente atraer sobre nosotros las miradas de complacencia y de cariño del autor de la felicidad que esperamos (1)."

Malebranche resume todo el rigor, toda la fuer-

za y todo el esplendor de su pensamiento en este último trozo: no tememos citarlo; tan interesantes páginas son siempre demasiado cortas:

"No hay punto de comparacion entre lo infinito y lo finito. Esto puede pasar por una idea comun. El universo, comparado con Dios, no es nada, y debe tenerse por nada, pero solo ecisten en él los cristianos que creen en la divinidad de Jesucristo, y que cuentan verdaderamente por nada su sér propio y este vasto universo que admitamos. Puede ser que los filósofos sean tambien de esta opinion; pero al menos no lo manifiestan. Por el contrario, desmienten con sus acciones este juicio especulativo. Ellos se atreven á acercarse á Dios, como si no supiesen que la distancia de él á nosotros es infinita. Se figuran que Dios se complaceria en el culto profano que le tributan. Tienen la insolencia, ó si se quiere la presuncion de adorarle. Vale mas que enmudezcan. Su silencio respetuoso manifestará, mejor que sus palabras, el juicio especulativo de lo que son con relacion á Dios. Solo á los cristianos les es permitido abrir la boca y ensalzar dignamente al Señor. Solo ellos tienen acceso á su soberana majestad. Así es que se tienen verdaderamente por nada, y tienen en nada todo el resto del universo con respecto á Dios, cuando protestan que tan solo por Jesucristo pretenden estar en alguna manera relacionados con él. Esta abnegacion, á que los reduce su fé, les da delante de Dios una realidad verdadera. Este juicio, que pronuncian de acuerdo con el mismo Dios, da á todo su culto un precio infinito. Todo es profano con respecto á Dios, y debe ser consagrado por la divinidad del Hijo para ser digno de la santidad del Padre, y para merecer su amor y benevolencia. Hé aquí el fundamento inalterable de nuestra santa religion (1)."

La santidad, la majestad infinita de Dios, no pueden manifestarse en ninguna parte mejor que en la oblation de Jesucristo.

De este primer foco de luz se desprenden como rayos los otros atributos divinos.

2.º La justicia.—¿Qué golpe tan grande el de la cruz! ¿Cuán necesaria, inflexible é inevitable es preciso que aquella sea, para no haber sido desarmada por tan grande inocencia y santidad! Si de esta manera se ejerce en la caucion, ¿qué no hubiera hecho con el autor mismo de la deuda? ¿A qué habríamos quedado reducidos sin este divino escudo, y qué será de nosotros si somos negligentes en cubrirnos con él? ¿Podia el sentimiento de la justicia y de su inviolable rigor imprimirse mas profundamente en el corazon humano que por este espectáculo de Dios, cargando sobre su propio Hijo, á pesar de su santidad y de su divinidad, y únicamente porque habia tomado el pecado del hombre, todo el peso de su cólera, y no desarmando su indignacion sino con la última gota de su sangre?—¿Qué es el remordimiento despues de semejante leccion? Ya lo hemos dicho; la consciencia y sus remordi-

(1) Véase este bello cántico de la Iglesia en el prefacio de la misa:

Per quem (Jesum Christum) majestatem tuam laudant Angeli, adorant Dominationes, tremunt potestates. Coeli concurremque virtutes, ac beata Seraphim, sociis exultatione concelebrant. Cum quibus et nostras voces ut admitti jubeas deprecamur, supplicis confessorum decantes: Sanctus, Sanctus, Sanctus. Dominus, pleni sunt coeli et terra gloria tua....

(1) Malebranche. Última conversacion sobre la metafísica

mientos se embotan, se adormecen, se debilitan en el crimen; pero este vivo espectáculo está fuera de nosotros, no depende de nosotros, una mirada basta para comprenderle, y nadie puede dejar de oír esta gran voz, que, mas alto que la del condenado de Virgilio, grita en la tierra:

Discite justitiam metui, et non temere Deum (1).

Lo que hay de mas admirable y verdaderamente divino en la doctrina de la cruz, es esa sencillez maravillosa que revela á la vez y por un mismo medio los atributos mas diferentes de la Divinidad, y que sin disminuir en lo mas íntimo su profundidad, se adapta sin embargo á las inteligencias mas vulgares. Así acabamos de ver brillar sobre la cruz la santidad y la justicia de Dios en el grado mas infinito, y despues de esto parece que las ideas de bondad, de misericordia y de amor no pueden tener allí cabida, y sin embargo, salen del mismo punto, é igualmente que los demas atributos, son superiores á todas las humanas concepciones.

¡Dios mismo, inmolando su propio Hijo en sustitucion del hombre, amando al hombre por esto mismo mas que un padre ama á su hijo, y un hijo el mas digno de ser amado: *Sic Deus dilexit mundum ut filium suum unigenitum daret!* ¡Qué amor!—Y este mismo Hijo, que es uno con su Padre en este acto de amor, que le aventaja en cierta manera, *tunc dixit: ecce venio*; que rivaliza con él en abnegacion por los hombres: ¡qué idea tan tierna y tan sublime!

“No hay amor mas perfecto que el dar la vida por sus amigos,” dice Jesucristo en el Evangelio, aludiendo á su sacrificio. En efecto, jamas el amor ha encontrado una expresion mas fuerte que la muerte: *Fortis ut mors dilectio*. Cualquiera otra prueba se desvaneca al lado de esta. ¡Cuán sublime es ademas la expresion que esta toma, cuando la muerte recibida en favor del amigo va acompañada de los mas afrentosos suplicios, y cuando este amigo es un ingrato, y es no solamente el objeto, sino la causa y el instrumento de esta muerte! Este es el último límite del amor; el corazon y la imaginacion rebosan amor, y parece que ya no pueden contener nada mas grande... Pues bien, el amor que se nos manifestó sobre la cruz se estiende infinitamente mas y va mucho mas lejos.

Cuando un hombre da su vida por otro, no le da, hablando con propiedad, su vida, sino algunos dias, algunos instantes quizás de vida, pues que está condenado por la misma naturaleza á la muerte, que habrá merecido acaso cien veces á los ojos de la justicia suprema. Pero aquí el que muere no debía morir jamás. Era la vida misma y la fuente de la vida. Estaba igualmente exento de toda falta personal, ó mas bien, era la santidad por esencia. El pecado lo mismo que la muerte no podian nunca acercársele y turbar su felicidad. Pues bien, del seno de esta felicidad, de esta eternidad, le saca el amor para entregarlo á los golpes

de la justicia, que nos estaban destinados, lo hace mortal y el último de los mortales, lo convierte en pecador y en pecador de todo el linaje humano, y en este estado, doblemente contrario á su naturaleza, muere en el mas afrentoso suplicio entre dos criminales.

¡Oh abismo de amor!!! que nos hace comprender estas palabras de S. Juan: “Dios es amor, y nosotros hemos conocido y hemos creído en el amor.”

¡Nos ha ofrecido nunca la conciencia la amabilidad y los encantos del deber bajo una personificación tan encantadora y tan cordial, y los ha confundido así con el mas vivo y mas peligroso de los sentimientos de la naturaleza?

La creacion misma y todos los beneficios de la naturaleza ceden al sacrificio de la cruz. Sacar al hombre de la nada, y elevarlo al trono de la creacion para colocarlo en el trono mismo de Dios, es un beneficio inmenso. Pero nada hay en este beneficio que no sea doblemente grande, cuando se le recobra despues de perdido, pues que esta misma pérdida hace conocer todo su valor. ¡Qué será pues, cuando el medio por el que se consigue esto es en sí mismo un aumento inmenso en el beneficio? Tal es la redencion del género humano comparada con su creacion; porque por la creacion Dios no habia dado al hombre mas que las criaturas en patrimonio, y por la redencion se da él mismo, se incorpora á la humanidad y se hace hombre. Por esto el dogma de la redencion ha conquistado mas sólidamente el corazon del hombre que el de la creacion. Dios en Jesucristo tiene derechos mas íntimos sobre nuestras almas que Jehovah; y, si nos es permitido decirlo, al *Gran Ser* de la naturaleza y de los filósofos ha aventajado el *Buen Dios* de los cristianos. ¡*El Buen Dios!* calificación tierna que se adapta á todos los corazones, á todas las lenguas, á todos los ojos, y que, dirigiéndose mas bien al sentimiento y al instinto que al espíritu, se justifica y se pone al alcance de todos los hombres por medio de la figura agonizante del gran mártir de la bondad, de la misericordia y del amor.

Así pues, ¡cosa notable y que tenemos ocasion de notar con bastante frecuencia! los contrarios se unen en el cristianismo, y todas las verdades que no pueden concordarse en ninguna otra parte, aunque en un grado inferior, forman en él un enlace sólido, al mismo tiempo que son llevadas á su rigor mas absoluto.

El dogma de la redencion nos da de la santidad, de la majestad, de la justicia de Dios la idea mas acomodada á nuestra flaqueza. Nos anonada, y sin embargo no hay nada que pueda elevarnos hasta Dios mas que Jesucristo. Al mismo tiempo ninguna otra religion ofrece á la debilidad humana recursos de misericordia y de bondad que se le puedan comparar.—Todos los atributos divinos se salvaron en la cruz; en ella se ostentan en toda su infinitud y se armonizan en la unidad mas perfecta. Diríase que todos juntos se han sacrificado á cada uno: tan absoluta es la expresion que tiene cada

(1) *Eccl. x. xv.*

cual; y sin embargo, no hay uno que aventaje al otro, ni que ceda á los demás, pues todos tienen ahí participacion igual. Es la santidad misma, la justicia misma, el mismo amor; es la fusion de todo esto en un mismo y único objeto.

De aquí se desprende un cuarto atributo: la Sabiduría; porque una obra tan bella satisface plenamente todas las condiciones de la sabiduría, tal como resplandece en el orden del universo, y tal como ella misma se define por estas palabras: *Attigens ad finem fortiter, disponens omnia suaviter*.

Es preciso entrar mas directamente en esta nueva consideracion.

Pocas veces puede el hombre dar á sus obras cierto grado de perfeccion, y cuando no lo consigue, destruye su obra y la vuelve á empezar. La manera de obrar del artífice divino es muy diferente. Todo lo que sale de sus manos lleva el sello de la mas profunda sabiduría; y porque habiendo dotado á una de sus criaturas del don eminente de la libertad, le concedió, por una consecuencia necesaria, la posibilidad de degradarse como resorte de la facultad de perfeccionarse, si del ejercicio de esta libertad llega á resultar el mal, que es la propiedad de la criatura humana, Dios no necesita aniquilarla y volverla á crear para salvar los intereses generales de su gloria. Hace brillar esta gloria en este mismo mal haciendo salir el bien del mismo mal por una fecundidad y una combinacion de resortes inconcebibles, que M. Villemain ha espiritualmente llamado la *alquimia* de la Providencia. Cuanto mayor es el mal, tanto mas prodigioso es el bien que de él sabe sacar; y en esta lucha indefinida entre el bien y el mal, entre el orden y el desorden, Dios sale siempre vencedor; el mal le proporciona una feliz ocasion, que ejercita su sabiduría y su poder, y le hace producir las creaciones mas magnificas; de tal suerte que podemos decir lo que Leibnitz en su *Teodicea*, que en el conjunto de las obras de Dios el mal importa un bien tan grande, que aquel conjunto pareceria sin él menos perfecto.

Esta profundidad de los tesoros divinos se descubre principalmente en la obra de la redencion.

El universo que habitamos no existia aun cuando ya el mal se habia introducido por el sentimiento del orgullo en las inteligencias superiores, cuya caída habia seguido luego á la rebelion. Esta primera tentativa del mal contra la gloria de Dios nos da lugar á sospechar que debemos á ella la creacion de este bello universo y del hombre su rey, destinado á reemplazar á los ángeles rebeldes en la felicidad que habian perdido. Por esto el hombre fué criado en un estado de inocencia y de gracia, pero libre y por consiguiente capaz de pecado. La inspiracion del mal se dirigió á esta nueva criatura, y por medio del mismo sentimiento de orgullo, que en el pecado de las inteligencias, cayó el hombre de su condicion, y pasando desde Dios á sí mismo, no tardó en volver á caer desde sí mismo á la esclavitud de sus sentidos por medio de la concupiscencia, y de aquí á la esclavitud de la naturaleza por el dolor y la muerte. Con esta nueva conquista del imperio del mal no adquiria este nuevo motivo de

satisfaccion, porque las desgracias iban en aumento, y la divina justicia quedaba en cierto modo vengada por las consecuencias de la misma falta del culpable. Pero la bondad de Dios, que es el atributo culminante de su naturaleza no quedaba satisfecha, y aspiraba desde entonces á manifestarse por medio de un beneficio mas soberano. Habia además entre la falta del hombre y la del ángel la notable diferencia, que la de aquel era menos espontánea, puesto que la habia cometido á instigacion de éste, y era tambien menos inmediata, pues aunque toda la humanidad habia pecado, solo lo habia hecho en la persona de su gefe.

Pero de aquí surjian obstáculos, que solo Dios pudo conocer, porque procedian de él mismo, obstáculos, que parecian oponerse invenciblemente á su bondad, y desafiaban todas las combinaciones de su infinita sabiduría.

El hombre puede perdonar, porque no posee la justicia absoluta, y porque su perdon deja que esta justicia, que es superior á nosotros, se satisfaga á sí misma y atiende á los legítimos intereses del orden; pero Dios, que es esta justicia absoluta, á la cual nada hay superior, no puede perdonar gratuitamente la falta sin contradecirse á sí mismo.—Era necesaria pues una satisfaccion, y por lo mismo una satisfaccion proporcionada á la justicia que la reclamaba, y por consiguiente infinita.

El hombre, como culpable, era quien debia esta satisfaccion; pero por lo mismo no podia darla, porque su degradacion le habia privado de todo mérito. Aun en el estado de inocencia, tampoco hubiera podido pagar por la falta de otro, del ángel, por ejemplo, porque nunca hubiera podido dar nada de su propia esencia, siempre finita, que hubiese sido capaz de satisfacer á la santidad y á la justicia infinitas de Dios. Con mayor razon aun era incapaz de pagar por su pecado y rescatarse á sí propio; no podia hacer mas que sufrir para siempre las consecuencias de su pecado, sin llegar nunca á redimir su causa.

De aquí se sigue que la naturaleza del hombre necesitaba una pura misericordia, y la naturaleza de Dios una completa justicia.

“¿Qué idea tan grande se nos presenta aquí de una justicia superior á nuestra comprension! exclama d’Aguesseau. La justicia no es mas que lo que corresponde á la naturaleza de cada sér. “Correspondia á la de Dios que el crimen del hombre fuese castigado, y correspondia á la del hombre que este pudiese salvarse por un puro efecto “de la bondad de Dios (1).”

¿Quién podia inventar un medio que satisficiera á la vez y de una manera completa estas dos esencias tan absolutas y tan contradictorias, y que por su conciliacion llegase á alcanzar, no solo la entera reparacion del desorden, sino que, siguiendo la marcha ordinaria de la divina sabiduría, produjese un resultado superior al orden primitivo?

¡Digno problema de un Dios, y que debia hacer salir de los tesoros inefabables de su sabiduría una

(1) *Reflexiones varias sobre Jesucristo*, t. xv.

solucion sublime, cuyo desenvolvimiento vamos á examinar!

Es propio de la naturaleza de Dios el contener en la suprema unidad de su sustancia tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La segunda de estas tres personas, el Hijo, Verbo de Dios, se desprende del seno del Padre y se ofrece por rescate de la humanidad y víctima expiatoria del pecado original. Como es un Dios igual á su Padre, el valor de sus méritos debe ser bastante para pagar la deuda que su justicia reclamaba. Pero la dificultad no queda aquí resuelta; porque si es Dios no podrá sufrir, y aunque pudiera sufrir, ¿de qué le aprovecharían sus sufrimientos á la humanidad, que no tendría en ellos ninguna parte? La humanidad inteligente y libre no puede ser redimida sin su conocimiento y participacion, porque esto seria contrario á su naturaleza; y seria tambien contrario á la naturaleza divina el admitir una reparacion estraña á la falta y á su autor, y que los dejaria impunes. Pero, ¿cómo podia aclararse este caso de dificultades? Para que Dios pudiese sufrir seria menester que fuese hombre, y para que el hombre pudiese merecer seria indispensable que fuese Dios; y como el mérito debe resultar del sufrimiento, seria necesario un sér que fuese á la vez hombre y Dios. Esta es pues la obra maestra realizada en Jesucristo, en la cual todas las satisfacciones quedan estinguídas, todas las necesidades conciliadas, y vencidas y superadas todas las dificultades.

Una de las principales propiedades de las obras de Dios es que en ellas se confunden siempre el fin y los medios, ó mas bien, todo es en ellas fin y medios recíprocamente; porque todo lleva y todo concurre á su objeto con una concordancia admirable de suavidad y de fuerza, de sencillez y de fecundidad.

En la obra de la redencion es donde se descubre principalmente esta divina propiedad.

En ella el Verbo de Dios se nos aparece confundiendo en sí solo las dos naturalezas divina y humana, separadas por el pecado, para volverlas á juntar y reconciliarlas en su sacrificio, por medio de una union mas íntima que la que tenían antes del pecado. Cargado por una parte con los derechos de la justicia de Dios, y por otra con todos los intereses de la humanidad culpable, marcha este gran plenipotenciario á concluir la importante obra de la negociacion. Observad cómo desde los primeros pasos empieza á consumarse la obra: un Dios se hace hombre, se hace de la raza de los culpables, se hace, si es permitido decirlo, criatura, y por este primer abatimiento expia el primer pecado del hombre, que consiste esencialmente en haber querido hacerse igual al Criador, cediendo á esta sugestion del mal: *Eritis sicut di* (1). El orgullo del hombre queda reparado por el abatimiento de un Dios. ¡Y cuán completo es semejante abatimiento! El Verbo de Dios no solo se hace hombre, sino que va á tomar esta vida del hombre en

las mismas fuentes en que el mismo hombre la toma, es decir, en el seno de una mujer. Se abate como un niño y se somete á la obediencia de la edad primera, cuya oscuridad se prolonga hasta la edad de treinta años. Pero no está aun aquí todo: la concupiscencia habia seguido luego al orgullo en la caída del hombre, y la rebeldía de los sentidos contra la razon habia sido la consecuencia de la rebeldía de la razon contra Dios. Para expiar esta segunda causa del mal revístese el Verbo de una carne pasible. En fin, desde el orgullo y la concupiscencia habia caído el hombre en la servidumbre de las criaturas, como un rey destronado por sus propios súbditos, esforzándose por medio de la concupiscencia á volverlos á atraer á su yugo y condenado por la muerte á perderlos para siempre. El Dios salvador se hace pobre y mortal para cegar la medida de todos estos desórdenes y de todas estas miserias de nuestra naturaleza. Inocula en su persona todos los efectos del pecado para estirpar y purgar todo su veneno, é inocular en nosotros todos los efectos reparadores de la divina gracia que debe sustituirlo.

Pero aun todo esto no son mas que preparativos. Cargado así como hombre con todas las miserias de nuestra naturaleza, y revestido por otra parte con todos los atributos de Dios, como su Hijo é igual, la gran víctima marcha al sacrificio para consumar en él la obra inmensa de nuestra redencion. Aquí el hombre y el Dios deben volverse á encontrar juntos, hasta el punto de convertirse el uno en el otro y no componer mas que un solo todo indivisible. El Dios va á descender hasta las últimas profundidades de la humana miseria, y el hombre á levantarse hasta las perfecciones de la naturaleza divina; y ambos movimientos van á obrarse por un medio único y á manifestarse por la misma expresion. Jesucristo es tratado en su pasion como eran tratados entonces los esclavos, y como si esto no bastara, es comparado y puesto á los mas viles criminales. Juguete de la irrision de sus enemigos y abandonado de todos sus amigos, por un privilegio de vilipendio y de barbarie que lo distingue de entre los dos malhechores con quienes se le quiere confundir, es azotado, y no solamente atado sino clavado en una cruz, coronado de espinas, abrevado con hiel y vinagre, insultado y escarnecido por el pueblo, en cuyo obsequio está muriendo, objeto y testigo del dolor de una madre y de un amigo, de los cuales se desprende para legarlos el uno al otro, no encontrando refugio ni consuelo en el seno de aquel Padre celestial del cual salió y que en este terrible trance aguta sobre él todos los torrentes de su justicia; en una palabra, muere abandonado del cielo y de la tierra, y hasta despues de su muerte la lanza de un soldado se atreve á interrogar á la vida en su último asilo. . . . ¡Ah! ciertamente que se descubre aquí el sublime del infortunio, y como el océano de todos los dolores humanos acumulados sobre una sola cabeza. Nadie ha merecido con mas justicia que él aquellas palabras que leemos en el Evangelio: *Eccce homo*.—Considerad empero el cuadro que nos ofrece este Dios, mirado bajo otro punto de vista.

(1) Génesis, cap. 3, v. 5.

¡Qué resignación! qué valor! qué dulzura! qué paciencia! qué dignidad! qué bondad! qué repuncia de sí mismo! qué sublime abandono! qué muerte! Es preciso adorar antes que describir tantas y tan sublimes perfecciones, que son tan poco meditadas. Es la santidad misma de Dios bajo la condición de hombre. Es el hombre-Dios. ¿Cuál no sería el resplandor de su divinidad, para que á la vista de sus restos ya ecstáticos proclamase en alta voz uno de sus mas crueles verdugos: "Verdaderamente este era Dios," y para que al cabo de diez y ocho siglos el deísmo mas osado, lleno de entusiasmo, se haya desvanecido hasta el extremo de escribir: *Si la muerte de Sócrates es de un sabio, la vida y la muerte de Jesucristo son de un Dios* (1)?

En el sacrificio de este divino mediador la humanidad, cubierta con el mérito de sus sufrimientos, pudo aproximarse á aquel Dios terrible que habia ofendido; y el Dios mismo, sin contenerse por su justicia, ya para siempre satisfecha, pudo reconciliarse con el mundo (2). La gloria del cielo y la paz de la tierra se abrazaron. La justicia y la misericordia fueron la una al encuentro de la otra hasta confundirse en un solo ósculo, y este mediador mismo, autor de semejante reconciliación, recojió las primicias por su resurrección, y se constituyó su depositario; conservó en sí las dos naturalezas para siempre unidas en la gloria y en la paz.

Hé aquí la obra maestra de la sabiduría divina, mas grande que el mal mismo que reparó, elevando á la humanidad á un punto mucho mas alto que aquel de donde habia caído, y dándole verdaderamente ocasion de esclamar en la admiración de esta maravilla: "¡Oh feliz culpa, que mereció semejante reparación!"

No se salvó la humanidad inmediatamente y sin su participación; se salvó como se habia perdido, por mediación del nuevo Adán, y voluntariamente por su adhesión á los auxilios de que este es origen. Es menester hacerse de la raza del Cristo, unirse voluntariamente á su gracia y contraer con él esos vínculos del alma, que á semejanza de los vínculos de la sangre y de otros mas fuertes todavía lo trasladarán á nosotros de tal manera, que lleguemos á ser otros tantos Cristos por la gracia como habíamos sido otros tantos Adanes por la naturaleza. En este estado, por nuestra parte, imitando su vida y su muerte, santificamos los males de la naturaleza, los secundamos, y nos ofrecen estos los elementos de la redención particular de cada uno de nosotros, por la que alcanzamos una rehabilitación superior y definitiva en el cielo, donde se realizarán todas nuestras esperanzas, y que seguramente no hubiéramos conseguido jamás sin aquella.

Así es como la cruz de Jesucristo, no tan solo nos patentiza la santidad, la justicia, el amor de Dios, sino tambien y en igual grado su subiduría en el plan de salvación que ella misma consume.

5. En fin, faltanos ver de qué manera la cruz manifiesta su poder.

(1) J. J. Rousseau, *Emilio*.
(2) *Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi*. Epist. ad Heb.

Lo que constituye la debilidad aparente de Jesucristo crucificado, y le atrae el desprecio del mundo, es precisamente lo que expresa en el mas alto grado toda su fuerza y la hace brillar como dominando el cielo y la tierra. Vamos á proponer en seguida tres consideraciones.

Si algo pudiese haber difícil para Dios, no sería, como nos sucede á nosotros, que no tenemos mas que un poder relativo y prestado, el hacer actos de fuerza ostensible y de gran majestad; porque como él posee en sí la plenitud del poder, y es el *Dios fuerte*, no tiene necesidad por esto mismo mas que de una efusión de su naturaleza. Por esto siempre que los libros santos hablan de la creación del universo nos la representan como un juego del divino poder, "que dió á las olas del Océano las nubes por "cintura, y que lo fajó como una madre faja al hijo "que acaba de dar á luz, y á cuya presencia los "mundos se balancean como una gota de rocío suspendida de la hoja del árbol," etc.—Y al contrario, lo que parecería un acto de fuerza y de poder superior á todo esto, de parte de la fuerza y del poder mismo, sería el replegarse, contenerse, dejarse dominar de sí misma, y anonadarse hasta tomar la actitud de la debilidad y de la impotencia misma.

Bajo este punto de vista el *fiat lux* de la creación, que arrojó los mundos luminosos en el espacio, dista mucho, como expresión del poder divino, de la que resplandece en aquel acto de la pasión del Hombre-Dios, cuando, siendo el blanco de la rabia é injusticia de sus enemigos, preguntado por Pilatos qué era lo que tenia que decir, él, la inocencia, la santidad, la verdad misma, que tantas veces habia seducido al pueblo, como se le echaba en cara, y confundido á los fariseos; él, autor de tantos milagros... enmudeció. *JESUS AUTEM TACEBAT*. ¡Qué silencio!!! Aun considerándolo solo como hombre, ¡cuánto mas enérgico es que los discursos mas bellos, que los discursos de Sócrates en presencia de sus jueces! Y si recordamos que aquel que callaba era el Verbo que formó el mundo de la nada, que en aquel momento lo tenia suspendido de su mano, y en una palabra, que podía destruirlo, ¿hay poder mas grande que semejante absorción de su poder? —"¿Pienzas acaso, habia dicho rechazando la vana ayuda que habia querido darle el sable de Pedro, que no puedo rogar á mi Padre, que me enviara al momento mas de doce legiones de ángeles?"—¡Este aniquilamiento era pues voluntario! ¡Cuánta fuerza de voluntad no supone de parte del Sér por escape de la vida! ¡Cuánta fuerza de amor, supuesto que por nosotros se habia puesto en semejante estado! *EXTINXIT SEMETIPSUM PRO NOBIS*. Todo su poder se habia puesto al servicio de su amor. Subiendo gradualmente la escala de su sacrificio, se sometía á él con entera libertad, dejándose atar, insultar, azotar, crucificar; dejándose hasta quitar la vida y reducir á la muerte mas afrentosa, para llegar al cumplimiento de la última profecía, y poder esclamar: *Todo está consumado*. "¡Qué grandeza en estas palabras! dice "d'Aguesseau. Por ellas se verifica lo que el mismo Jesucristo habia profetizado cuando decia: *Nonne die me quita la vida, pues soy yo mismo que me la*

"quite; puedo dejarla y volverla á tomar. No son "pues ni los judios, ni los gentiles, ni los tormentos, "ni la cruz quien lo mata, sino su sola voluntad: "*Oblatus est quia ipse voluit.* Muere porque todo "está consumado con su voluntario sacrificio, y por "estas palabras se inmola, por decirlo así, á sí mis- "mo, sin otra causa de muerte que su voluntad, so- "metida á las órdenes de su Padre para ofrecerle la "única hostia que era digna de él (1)."

¡Qué grandeza y qué fuerza! ¡Cuan bien dijo S. Pablo: *Christum crucifixum Dei virtutem!*

Hay una segunda consideracion que hará brillar mucho mas aun esta verdad.

Por un defecto de nuestra naturaleza no tenemos por grandezas mas que las grandezas carnales, y el triunfo de la fuerza que hace los conquistadores y los reyes, y que pone bajo su servidumbre á la multitud. Si Jesucristo hubiese querido estas grandezas, las hubiera sin duda tenido, pues sabemos que quisieron hacerlo rey, y que el espíritu humano se inclinaba entonces á considerar el advenimiento del Mesías bajo el punto de vista de la conquista y del poder material. Pero precisamente venia á destronar esta especie de grandezas, y debía por consiguiente ser el primero en despreciarlas. Por esto habia tomado por divisa de toda su vida estas palabras que las confunden: *Ego sum mitis et humilis corde.*

Después de las grandezas carnales vienen las intelectuales, que le son infinitamente superiores, porque no solo le sobreviven, sino que ademas las hacen vivir é inmortalizan su memoria. "¡Feliz Aquiles, exclamaba Alejandro, por haber tenido un "Homero!" Sin embargo, no son estas á las que un Dios debía limitarse. Si hubiese querido, ¿quién habria podido gozar de ellas mas que Jesucristo? ¿Qué filósofo, qué orador hubiera tenido mas discípulos que aquel que llevaba los pueblos suspendidos de los encantos de su boca, y que les obligaban á exclamar: *Nunca habló nadie como él* (2)? Le seguian hasta al desierto, y necesitó hacer un milagro para alimentar allí á la multitud, que se olvidaba hasta del cuidado de la vida por escucharle. Y de toda esta gloria, ¿qué guarda para sí? Nada. La ofrece toda á su Padre, y sin querer atribuir ningún mérito ni á su estudio ni á su genio, dice que su doctrina no es suya, sino de *aquel que lo enseñó.* Lejos de autorizar con su ejemplo las vanidades de la inteligencia humana, se complace en desconcertarlas y confundirlas por la sencillez incomparable de sus palabras, por la rusticidad de sus discípulos, y en fin, por la locura de su cruz.

Ultimamente, sobre las grandezas sensibles, sobre las grandezas intelectuales, está colocada la grandeza moral: la virtud, la santidad, única grandeza verdadera, que se sostiene por sí misma, que no necesita ni de trofeos ni de alabanzas, y que por el contrario, es tanto mas sublime cuanto es mas despreciada é insultada, que tiene la conciencia por

trofeo y el ojo de Dios por testigo. Esta era la única digna de un Dios. Platon, el mas sabio de los filósofos, habia entrevisto ó concebido el ideal de esta grandeza moral, con señales enteramente idénticas á las de Jesucristo crucificado. "Parece "que Dios, dice con este motivo Bossuet, comuni- "có esta maravillosa idea de virtud al talento de un "filósofo, para realizarla en la persona de su Hijo, "y hacer ver á los hombres que el justo tiene otra "gloria, otro descanso, y en fin, otra felicidad que "la que puede alcanzarse en la tierra. — Establecer "esta verdad, y mostrarla tan visiblemente cumpli- "da en sí mismo á costa de su propia vida, era la "obra mas grande de que un hombre era capaz; y "era tan grande aun para el mismo Dios, que la re- "servó á aquel Mesías tan prometido, á aquel hom- "bre á quien hizo una sola persona con su Hijo uni- "co. — ¿Qué podia reservarse en efecto de mas gran- "de para un Dios que venia á la tierra? ¿Qué po- "día hacer de mas digno de sí que ostentar en ella "la virtud en toda su pureza y la felicidad eterna "á la cual la conducian los mas grandes males (1)?"

¡Qué bien brilló esta grandeza en Jesucristo, precisamente porque se mostró desnudo de todas las demas! "¡Qué bien vino con el resplandor de su "orden!" exclama Pascal. Efectivamente, ¿podia darse un acompañamiento mas digno de aquella santa majestad que las humillaciones y los sufrimientos, ni mas hermoso trono que aquella cruz, desde la cual repudia todas las falsas grandezas de la tierra, confunde todas las sutilezas de la sabiduría humana, y anatematiza la criminal vanidad de nuestros placeres?

Por esto podemos decir con el gran S. Pablo, "que lo que parece en Dios locura es mas sabio que "la sabiduría de todos los hombres, y que lo que "parece en Dios debilidad es mas fuerte que todas "sus fuerzas."

Pero esta sublimidad divina y esta fuerza dominadora de la cruz, se descubren principalmente en la última consideracion que vamos á esponer.

En las santas Escrituras, donde podemos decir que el sublime rebosa por todas partes, se halla trazada la historia de Alejandro el Grande con los siguientes caracteres:

"Después que Alejandro, hijo de Filipo de Macedonia, primer rey de Grecia, hubo salido de la "tierra de Cethim, y batido á Darío, rey de los "persas y de los medos,

"Dió muchas batallas, se apoderó de todas las "plazas fuertes, y dió muerte á los reyes de la "tierra.

"Y fué hasta los extremos del mundo, y se llevó "los despojos de una multitud de naciones, y en- "mudeció la tierra en su presencia.

"Reunió un gran poder y un ejército muy fuer- "te, y su corazón se envaneció y se hinchó.

"Y se hizo dueño de pueblos y de reyes, y los convirtió en tributarios suyos.

"Y después cayó enfermo, y conoció que iba á "morir.

(1) D'Aguenau. *Reflexiones varias sobre Jesucristo*, t. xv.
(2) San Juan, cap. 7, v. 28.

(1) Bossuet, *Historia universal*, t. 4.ª parte.

"Y llamó y convocó los grandes de su corte, y viviendo aún, repartió entre ellos su imperio.

"Alejandro reinó doce años, y murió (1) "

¡Qué elevación, y qué caída! ¡Qué principio y qué fin!—Este es el hombre: todas sus grandezas no son mas que los trofeos de su destrucción.

La historia de Jesucristo es el reverso de la medalla de los hombres, y podemos decir de él que sus abatimientos son los trofeos de su grandeza.

Esta es su historia:

"Después que Jesus de Nazaret, hijo de María.

"hubo pasado los treinta primeros años de su vida

"en la pobreza y oscuridad del oficio de albañil,

"Fué la irrisión de los hombres de su tiempo.

"Buscando la compañía de gentes de mala vida.

"y llevando en pos de sí una porción de publica-

"nos, de débiles mujeres y de pobres pescadores,

"fué perseguido y preso como un malhechor.

"Conducido de tribunal en tribunal, entregado

"como un loco á las burlas del populacho, azotado

"como un esclavo, y clavado en una cruz entre dos

"ladrones, al fin murió.

"Después de todo esto . . . llegó á ser el rey in-

"mortal de toda la tierra y de todos los siglos."

Entre todos los medios que podia escoger la Divinidad para dar á los hombres una idea de su poder, ¿podia inventar otro mas grande que el hacer que un hombre de baja estracción, mas degradado todavía por la infamia de su muerte, llegase á ser, á pesar de su abyección, ó por mejor decir, por su misma abyección, ó mas bien por la infamia y con el mismo instrumento de su suplicio, llegase á ser, repetimos, desde luego el reformador del género humano, el Dios de la tierra y el objeto de la adoración, del temor y del amor de todos los hombres, confundiendo á sus piés sus condiciones y sus inteligencias?—¿Podia encontrarse nada mas grande que el ver caer en presencia de este Crucificado todo el paganismo, con sus Júpiter y sus Venus, romperse el hacha de los Césares, detenerse el torrente de los bárbaros, dispersarse las escuelas de la filosofía, desarraigarse las instituciones y los hábitos mas inveterados, trasformarse las preocupaciones y los afectos de la misma naturaleza, y ver que el mismo, el tipo de la infamia y de la debilidad, se convierte de repente en el mas precioso ornamento de las coronas, y en la recompensa del valor?—¿Podia haber nada mas grande que el verle triunfar de todas las grandezas y de todas las fuerzas reunidas de la humanidad, y triunfar á pesar de las mas furiosas resistencias, y por medios siempre conformes á su estado: humildes, débiles, pobres, toscos, de todos y con todos triunfa siempre y por todas partes; y ver que el tiempo, este último y fatal escollo de las cosas humanas, que nada perdona, pierde solamente en gracia de este mismo Crucificado las propiedades de su naturaleza, y cede su lugar á la eternidad?

¿Puede concebirse una expresión mas pura del poder de Dios, que semejante prodigio?

(1) Lib. 1.º de los Macabeos cap. 1.º

"Si eres el Cristo, Hijo de Dios, decían los judíos al Salvador, baja ahora de la cruz, y creéramos en tí (1)."—Precisamente porque es el Hijo de Dios, dice d'Aguesseau, no bajará de la cruz. Las palabras del Hijo de Dios son inmutables. Predijo que moriría en la cruz, y en ella morirá. Para un hombre hubiera sido algo bajar de la cruz y salvarse; pero es digno de un Dios, y no conviene a no á un Dios el triunfar sobre la cruz, el atraer á sí el universo, el vivir y dar la vida por medio de la misma muerte (2).

No es posible descartarse de esta consideración: es demasiado poderosa. No se conoce un solo prodigio que se le pueda comparar, y se necesita una absoluta ceguedad para no verlo.

En el orden material el acto mas admirable del poder divino es el haber criado el mundo de la nada. Pues bien, ¿qué será el haber reformado el mundo moral, el haber dado á luz el cristianismo, y el hacerlo descansar con una inmutabilidad eterna sobre la nada, y hacerlo atravesar del mismo modo el océano de los tiempos?—Hay algo todavía de mas prodigioso: pues la cruz de Jesucristo no es solo, humanamente hablando, lo que podríamos llamar nada, sino que parece ademas un obstáculo locura para los judíos y escándalo para los gentiles. El mundo cristiano no solo fué sacado de la nada, sino de entre los elementos mas violentamente contrarios á su naturaleza; y sin embargo, á despecho de todos estos obstáculos y de todos estos elementos, apareció lleno de vida desde el principio, y subsiste y se agranda incesantemente, venciendo siempre todas las conjuraciones de sus mas poderosos enemigos, que en vano se conciertan para destruirlo. En una palabra, todo lo que constituye la imposibilidad y la ruina inevitable de las empresas humanas, contribuye á que esta grande obra del poder de Dios esceda en fuerza y en duración á todo lo que ha existido desde que fueron criados los primeros seres.

"Si la divina sabiduría de la cruz es impenetrable en sí misma, dice Bossuet, se manifiesta por sus efectos. La cruz despierta una virtud que hace estremecer á todos los ídolos. Se les ve caer por tierra, á pesar de estar sostenidos por todo el poder romano. No son pues los sabios, no son los nobles, no son los poderosos los que han obrado tan gran milagro; la obra de Dios siguió sus efectos; y lo que habia principiado por las humillaciones de Jesucristo se consumó por las humillaciones de sus discípulos. Los apóstoles y sus discípulos, la escoria del género humano, y la nada misma, si se les mira con los ojos humanos, pudieron mas que todos los emperadores y todo el imperio. Los hombres habian olvidado la creación, y Dios la recordó sacando de esta nada á su Iglesia, á la que concedió omnímodo poder contra el error; y confundió con sus ídolos toda la grandeza humana que se interesaba en defenderlos, á

(1) Luc., cap. 23, v. 39.

(2) D'Aguesseau, *Reflexiones diversas sobre Jesucristo*, t. xv, p. 667.

"hizo tan magnífica obra, del mismo modo que había hecho el universo, por la sola fuerza de su palabra (1)."

Para reasumirnos, diremos pues que en la cruz de Jesucristo se descubren en el grado mas infinito, y al mismo tiempo mas al alcance del hombre, todos los atributos divinos: la santidad, la justicia, la bondad, la sabiduría y la omnipotencia. Y estos atributos se descubren en ella sin perjudicarse los unos á los otros, antes al contrario, sosteniéndose y justificándose recíprocamente, de manera que el verdadero carácter de Dios nada pierde en ella, á pesar de que el carácter del hombre es allí invitado y atraído para conformarsele.

En esa cruz se nos manifiesta Dios con todo el esplendor de su santidad y de su justicia, y á la vez con toda la magnificencia de su misericordia y de su amor. Es justo hasta en la absolucion del culpable. Nos revela su profundo odio al pecado en el mismo acto por el cual perdona al pecador. Con un mismo golpe hiere y cura, castiga y salva. Nos une á sí hasta hacer una sola persona con nuestra humanidad y su Divinidad, y al mismo tiempo declara que todas las criaturas juntas no tienen ningun valor natural ante su soberano acatamiento.

La religion natural nos enseña que no hay relacion posible entre lo finito y lo infinito; que Dios debe siempre obrar á la vez segun las inclinaciones de su justicia y de su misericordia, y conciliar la accion de su sabiduría y de su poder; pero ¿cómo pudieron estos atributos llegar á tener un contacto tan feliz en la obra de la redencion? Esta dificultad no puede explicársela el hombre que profesa esta religion; pero cuando llega á conocer la doctrina de la cruz de Jesucristo, descubre desde luego la perfecta madurez y el desarrollo completo de los principios, de los cuales no poseia antes mas que las semillas elementales. En esa cruz se ha dignado el Señor, por un efecto de su compasion hacia nuestras miserias y de condescendencia con nuestra debilidad, dar vida y realidad á los confusos rasgos de la religion natural, y revestir las leyes eternas que arreglan su gobierno espiritual de una forma que pudiese hacerlas accesibles á nuestra concepcion y ponerlas al alcance de nuestras necesidades. La doctrina de la cruz anticipa los descubrimientos de la muerte, y sollevando el velo que nos oculta á Dios, nos muestra de mas cerca su carácter en sus verdaderas proporciones, y nos hace ver así los puntos por los cuales nos distinguimos de él, y por los que debemos procurar asemejárnosle.

Esta manifestacion nueva para la humanidad está sin embargo muy lejos de serle estraña, porque se halla en armonia con las inspiraciones de nuestra razon y nuestra conciencia, hacia las cuales nos reconduce. Mas aún, nos reúne como fragmentos dispersos, suple los que se perdieron y los junta todos en un glorioso conjunto de belleza y simetría. Satisface el corazon del hombre en todas sus facul-

tades y en todas sus afecciones. Su accion se halla siempre ecsatadamente adaptada á los principios elementales de nuestra naturaleza, y la gloriosa verdad que revela está al alcance de todos los espíritus. Inteligible para el niño, puede no obstante dilatar y sublimar la inteligencia de un ángel. A medida que se agranda el entendimiento, va esta verdad agrandándose con él, y debe agrandarse eternamente, porque es la imagen viva del Dios infinito. Con todo, por mas inmensa que sea, se la encuentra siempre en disposicion de producir por todas partes un efecto relativo á la capacidad de los que la reciben, aunque sea en la inteligencia mas limitada (1).

Contemplemos pues en la cruz el glorioso carácter de Dios, y unámonos para rendir gracias y alabanzas al que se dignó introducir, por caminos tan oscuros, la luz de este carácter en el corazon del hombre. Ejercitemos nuestra inteligencia en estas sublimes y purificantes meditaciones. Fijemos nuestros ojos en ese instrumento de salvacion que vemos con tanta frecuencia y que nunca miramos con atencion. En las horas de enfermedad ó de desgracia, tan frecuentes en la vida del hombre, toma una expresion solemne y penetrante, y distribuye al entendimiento y al corazon luces y consuelos, á cuyo lado todo es tinieblas y disgusto. Vosotros, sobre todo, que os habeis propuesto la investigacion de la verdad, y que flotando de sistema en sistema, deseais poderos fijar en algo decisivo, entrad en la doctrina de la cruz, y debajo del símbolo vulgar que la representa descubriréis una filosofia sublime y cierta, sencilla y fecunda, que resolverá todos los grandes problemas de nuestros destinos, que juntando la sintesis al análisis por medio de un encadenamiento luminoso, reunirá la verdad como en un solo punto, y os permitirá sin embargo seguirla en sus infinitos desarrollos; que ofrecerá á vuestra errante imaginacion una ancha y sólida base sobre la cual podréis asentar y levantar en fin, sin contradiccion, el edificio tantas veces destruido de vuestras convicciones, y poseer en la calma de la fé los verdaderos bienes de la inteligencia.

Pero la doctrina de la cruz no se recomienda solo por su *enseñanza*, sino tambien y principalmente por sus *aplicaciones*. Acabamos de ecsaminar su mecanismo; fáltanos ahora verla funcionar.

CAPÍTULO X.

LA REDENCION.—SUS APLICACIONES.

No se nos ha mandado creer, para que nos limitemos á creer, sino mas bien porque los objetos revelados á nuestra fé tienden naturalmente á producir felices é importantes resultados en nuestro des-

(1) Hemos procurado intercalar en los párrafos precedentes algunas de las mas felices expresiones del *Ensayo sobre la fe*, de Erskine. En ellas se descubre el genio inglés, cuyas composiciones algo vaporosas y flotantes se prestan con dificultad á las citas, y exigen ser leídas por estenso.

(1) Bossuet, *Historia universal*, 2.^a parte

tino y en nuestros caracteres. El que se dice á sí mismo: "He de creer tales cosas y he de practicar tales otras," ha cometido ya un error fundamental. Las doctrinas son los principios que deben excitar y vivificar las acciones: estos son los puntos de partida de las diferentes líneas de conducta; y como á una línea puede considerársela formada por la continuidad de sus puntos, ó tirada toda de su sustancia, del mismo modo la conducta cristiana se halla formada por la acción progresiva del principio cristiano, ó tirada de su sustancia. La doctrina de la expiación es el gran molde espiritual donde la forma viva del carácter cristiano debe recibir sus combinaciones y sus propiedades. Si nos abandonásemos pletos y enteramente á las impresiones de este molde, aun cuando no hubiésemos oído hablar nunca de los preceptos de la moral, nuestros corazones ofrecerían por esto mismo una fisonomía y una contraposición armoniosa y enteramente exacta. Pero como se hallan siempre dipuestos á huir de este verdadero molde de santidad y de dicha para recibir impresiones contrarias de los objetos perecederos que nos rodean, ha sido preciso hacernos una descripción de lo que debemos ser, y deducir del dogma la moral.

Por aquí se descubre la sinrazón de los que quieren hacer de esto dos cosas distintas, y conservar la primera al mismo tiempo que desechan la segunda. La moral evangélica no es mas que la glosa de la doctrina de la cruz; se refiere continuamente al texto, donde toma su vida, su espíritu, su sustancia, y lo hace mas explícito y nos lo distribuye.

Si la moral evangélica hubiese sido formulada en códigos de preceptos separados de la doctrina, y hubiese sido de este modo entregada al mundo pagano, es probable que nunca hubiera descendido á la aplicación, no diríamos entre la generalidad de los hombres, pero ni siquiera entre los mas perfectos. Hubiera sido como una armadura de gigante enteramente desproporcionada á las fuerzas de la conciencia degenerada de la humanidad. Podemos convencernos de esto si recordamos que la moral de los estoicos, menos severa no habia podido hacer, segun dice el mismo Epicteto, un *estóico en embrion*.

Para explicar, pues, el modo cómo esta moral evangélica llegó á ser la moral universal del género humano, y cómo un gran número de almas llevaron su observancia hasta los últimos límites, nos vemos necesariamente obligados á admitir que con esta moral extraordinaria se dió á la humanidad un agente extraordinario correspondiente á ella, una nueva conciencia que se hallase á la altura y á la dimensión de esta moral en todas las direcciones de los afectos humanos, y en fin, que para una moral sobrehumana era menester una doctrina sobrehumana tambien.

A llenar estas funciones se adaptó pues la doctrina de la expiación. La moral evangélica está cortada, por decirlo así, segun el modelo del Hombre-Dios, que no despliega todo su carácter divino sino sobre la cruz; de manera que solo por medio de la cruz pasa y se refleja sobre nosotros ese ca-

rácter divino, y por medio de nuestra conformidad con él, llega la moral evangélica á resumirse en la imitación de Jesucristo. Examinemos mas pormenor los efectos de esta doctrina, y por medio de qué tendencias y resortes realiza en nosotros esta imitación.

1. El primer obstáculo que encuentra la moral evangélica en el corazón del hombre, es la repugnancia á creer que sea necesaria y obligatoria en lo que tiene de mas riguroso: la castidad llevada hasta prohibir las miradas, la caridad hasta abrazar á un enemigo; la mansedumbre hasta presentar la mejilla á la mano que sacude el golpe; el desinterés hasta arrancar el ojo que escandaliza; y una vez llegando á la cumbre de la perfección por la senda de todas estas virtudes, la humildad que abate el orgullo, que huye de los elogios, y que no nos permite ver en nosotros mas que miserables, dignos del mas soberano desprecio, hé aquí lo que la conciencia humana no hubiera alcanzado nunca á conocer ni á adoptar; y ¿por qué? porque le faltaban dos nociones fundamentales: la noción de la santidad infinita de Dios como ley de nuestro ser, y la noción de su formidable justicia como sanción de esta ley.

La doctrina de la cruz, como hemos visto ya, nos comunica precisamente estas dos nociones, y las imprime con fuerza en nuestras almas por la grandeza de la víctima que se ofrece en ella, y el inflexible rigor de la justicia que la inmola á la santidad. Fijada de este modo la idea y como el punto principal de la perfección, se cambia toda la escala proporcional de nuestras virtudes, el término flotante y grosero sobre que descansaba nuestra conciencia va retirándose indefinidamente hasta confundirse con la perfección misma de Dios, y sin permitirnos contemplar lo que hemos hecho, nos excita sin cesar á hacer siempre mucho mas.

De este modo se encuentra resuelto el primer obstáculo á la aceptación de la moral evangélica, es decir, su defecto de necesidad; pues se halla inmutablemente establecida sobre esta regla cuya expresión viva es el dogma de la cruz: *Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial*.

Pero de esta solución debía necesariamente surgir otro obstáculo: el hombre debía pasar de la extrema confianza á un desaliento estremado, y á fuerza de inspirarle el sentimiento de la sublimidad de su vocación y de su indignidad propia, se le sumía en el abatimiento y en la desesperación. ¿Cómo se le podía defender y armar contra este segundo peligro? ¿Cómo se le podía persuadir, por mas corrompido que estuviera, que se temiese á sí mismo y á sus semejantes, y que podía encontrar gracia y misericordia en la presencia de ese mismo Dios, cuya santidad es tan exigente y su justicia tan temible? ¿Cómo se le podía hacer creer que no solo podia sino que debia esperar? Todo esto es efecto necesario del dogma de la cruz dispuesto de tal manera que la santidad misma que aparece en ella armada de la justicia se deja ver tambien allí mismo desarmada por la misericordia, y en una pro-

porcion no menos infinita; porque, si bien es un Dios el que administra la justicia, tambien es un Dios el que nos concede la misericordia, así como es un Dios el que escije, y es un Dios el que satisface; y como esta satisfaccion es desde luego tan infinita como la escijencia, es consiguiente que seria hacer un ultraje no menos grande á la Divinidad dudar de su misericordia como dudar de su justicia, y porque la medida de la perfeccion infinita á que somos llamados es tambien la medida de la confianza y de la esperanza que deben animarnos, aun cuando nos hallemos sumidos en el mas ínfimo grado de nuestra imperfeccion, hasta tal punto, que el mayor criminal, por un acto de humildad y de confianza en la misericordia divina, es tan agradable á Dios como el santo mas celebrado.

¡Cosa verdaderamente admirable! el mismo dogma se dirije á todos los humbres indistintamente para hacerlos mejores, y, cualesquiera que sea su punto de partida, hacerlos caminar sin interrupcion hácia una perfeccion ilimitada. A los mas perfectos les muestra un juez severo, á los mas débiles les ofrece un gran mediador. A los unos les dice: Desconfiad y temblad aun en la cima de la mas elevada virtud, porque una sola mirada de complacencia dirigida sobre vosotros mismos basta para haceros perder todo el fruto de vuestros trabajos. ¿Qué sois delante de la santidad del Dios que escijió semejante víctima? A los otros les repite siempre: Confiad y esperad, aunque hubieseis llegado á los últimos límites del mal, porque una sola mirada de arrepentimiento y de amor hácia la cruz es bastante para apropiaros los méritos infinitos de un Dios, y no debeis vosotros poner límites á su misericordia.—Así es que por una economía maravillosa el dogma de la redencion se adapta y satisface á las dos grandes debilidades del corazon humano, el cual pasa sin cesar de la confianza al abatimiento, y del abatimiento á la confianza; humilla al hombre sin abatirlo, y lo eleva abatiendo su orgullo: por el temor y la esperanza admirablemente ligadas y combinadas, consigue sostener nuestra frágil naturaleza, como por dos pesos infinitos, en el mas alto grado de moralidad, y esto con tal sencillez, que la misma cruz que inflama y sostiene el piadoso ardor de la santa hermana de la caridad, recibe el ósculo del parricida conducido al cadalso, é inspira á los dos la confianza de encontrarse en el cielo. La gran víctima recibe en su seno á todo el linaje humano; con sus dos brazos abiertos sobre el mundo, por una parte parece exceder en santidad todas nuestras virtudes, y por otra ser mayor en misericordia que todos nuestros crímenes, y derramar sobre nuestras cabezas culpables los méritos infinitos de su sangre.

De aquí resulta una cosa muy digna de notarse: las otras religiones, menos escrupulosas, no conocen lo que en el cristianismo llamamos pecados veniales, y el mundo escrupuloso, y que, sosteniendo los esfuerzos y la humildad de las almas mas puras, les impide caer en faltas mas graves. Pero por otro lado hay en las otras religiones crímenes inex-

piables (1) que no existen en el cristianismo. Sucedia con frecuencia en las religiones antiguas que los crímenes inexpiables eran involuntarios: testigo aquella gran figura de Edipo, víctima inocente y deplorable de los caprichos y de la inflexibilidad del destino. La Religion cristiana, que no conoce alma alguna exenta de faltas, tampoco conoce faltas exentas de perdon, porque ella sola posee y revela el verdadero tipo de la justicia y de la misericordia, de la santidad y del amor. A los mas pecadores es á quienes se dirije principalmente, representándoles la Divinidad bajo la forma de un padre que espera á su hijo, ó de un pastor que corre tras de su oveja. Solo hay un crimen que sea inexpiable á sus ojos, este es el que se llama *perado contra el Espíritu Santo*, es decir, el desprecio de sus misericordias y de sus gracias, y la continua negligencia en aplicárnoslas; pero aun en esto llega su caridad á un extremo, pues no se irrita sino por amor, y no nos retira su misericordia sino para obligarnos á aceptarla.

El talento juicioso y penetrante de Montesquieu le dictó estas bellas palabras:

“La religion pagana, dice, que no prohibia mas que algunos crímenes groseros, y que detonia la mano, pero dejaba abandonado al corazon, podia tener crímenes inexpiables. Pero una Religion que abraza todas las pasiones; que es tan celosa de las acciones como de los pensamientos y deseos; que no nos tiene sujetos con algunas cadenas, sino con un número innumerable de pequeñas cuerdas; que deja siempre muy atrás á la justicia humana, y principia otra justicia diferente; que sin cesar nos lleva del arrepentimiento al amor y del amor al arrepentimiento; que coloca entre el juez y el criminal un gran mediador, y entre el justo y el mediador un gran juez; para semejante Religion no puede haber crímenes inexpiables.—Pero aunque ella infunde temores y esperanzas á todos, nos hace conocer que aunque no haya ningun crimen que sea inexpiable por su naturaleza, una vida santa puede serlo; que es muy peligroso tentar insensatamente á la misericordia con nuevos crímenes y nuevas expiaciones, y que inseguros acerca de las antiguas deudas, nunca satisfechos respecto del Señor, debemos temer el contraer otras nuevas, colmar la medida y llegar al término donde se acaba la bondad paternal (2).”

Así es como el dogma de la redencion escita en el mas alto grado las susceptibilidades de la conciencia humana, haciendo siempre marchar el temor á la par de la virtud, y la esperanza delante del crimen, y así es como escita sin cesar al alma y conserva sobre ella una accion saludable, por una mezcla de terror y de confianza que la estimula sin desalentarla.

11. No se limitan empero á esto solo los medios de regeneracion que trajo á la tierra el dogma

(1) Ciceron, en su *Tratado de las leyes*, lib. 2, cita este pasaje del libro de los pontífices: *Sacrum commissum, quod neque expiari poterit, imple commissum est; quod expiari poterit, publici sacerdotis expiant.*

(2) Montesquieu, *Esprit de las leyes*, lib. 24, cap. 18.

de la cruz. Hay otro muy poderoso, sin el cual la moral evangélica no hubiera penetrado seguramente en las almas: este medio, que vamos ahora á examinar, es el del *ejemplo*.

Por poco que observemos el corazón humano, nos convenceremos que entre prescribir una cosa y ser el primero en hacerla el que la prescribe para dar de ella ejemplo, hay una diferencia inmensa respecto á la impresión que causa sobre los que se quiere obligar. Nada es tan contagioso y persuasivo como el ejemplo. Todos los tratados de patriotismo imaginables no hubieran hecho sobre el pueblo romano lo que hizo el desinterés de Régulo; ni hubo nunca ninguna arenga que tuviese tanto valor como la acción de Condé arrojando su bastón de mando en medio de las filas del enemigo, y siendo el primero en arrojarse entre ellos para recobrarlo. El ejemplo es tanto mas persuasivo cuanto es mas elevado el personaje que nos lo da, y es tanto mas necesario cuanto mas riguroso es el precepto y mas grande el número de personas á quienes se dirige.

Dirigiéndose á todos los hombres indistintamente la moral evangélica, tan repugnante para la corrompida naturaleza del hombre, debia pues presentarse armada de un grande ejemplo y resumirse en una acción sencilla y elocuente que se atrajese todas las miradas y hablase á todos los instintos.

La vida, y principalmente la muerte de Jesucristo, contiene el ejemplo mas perfecto, mas decisivo y seductor. La moral evangélica no está solo en los libros y en los discursos; se la encuentra por todas partes y en el mas alto grado en la cruz de Jesucristo, libro abierto á todos los ojos, cátedra elocuente que habla por sí sola, y de donde salen con energía el conjunto y los mas minuciosos detalles de la ley evangélica, perfecto modelo para todos inteligible, sencillo é inagotable, que puede ser comprendido de una sola mirada, y eternamente digno de fijar para siempre la atención de todos.

¿Quién puede negar la elevación del ejemplo? Es el mismo Dios quien lo da.—¿Quién puede encontrarle faltas? Encierra la mas inagotable perfección.—¿Quién puede dudar de su desinterés? El que lo da no tenia ninguna obligación de hacerlo.—¿Quién puede, en fin, dejar de comprenderlo?—Esta rebotando por todas partes claridad y la mas pura y perfecta expresión.

El legislador se convierte á sí mismo en víctima de la ley para reproducir y pintar con mas viveza su necesidad; el médico es el primero que prueba el remedio en su propia persona; la palabra se convierte en acción, y en fin, el Verbo se hace carne para imprimirse mejor sobre la carne humana.

¿Cuán bien era preciso conocer el corazón del hombre y amarlo, para valerse de semejante medio, tan estremado en apariencia y tan insensato! ¿Quién sino el autor mismo del hombre hubiera podido concebirlo, y hubiera tenido suficiente bondad para ponerlo en práctica, y bastante poder para hacerlo triunfar?

Es tan indulgente el hombre para consigo mismo,

dijo Juvenal, que nunca cree haberse aprovechado bastante de la libertad de obrar mal:

Nemo satis credit tantum delinquere, quantum Permittit; adeo indulget tibi latius ipse (1).

Con semejante disposición, ¿qué hubiera sido de la moral evangélica, si se hubiese presentado desprovista del peso decisivo del ejemplo de su autor?

“Supongamos, dice Bourdaloue, que el Hombre—“Dios, en lugar de la cruz, hubiese escogido para salvarnos las delicias de la vida; ¿qué ventajas nos hubiera sacado de esto nuestro amor propio, fuese de toda corrupción, y hasta qué punto no se hubiera prevalido de ello? ¿Me hubiera atrevido entonces, como ahora lo estoy haciendo, á escijir—“ros la mortificación de los sentidos, la crucifixión—“de la carne, la renuncia de vosotros mismos y la—“humildad de la penitencia? En semejante caso, ¿os dignaríais escucharme? ¿No sería esta sola—“idea de vuestro Dios, rodando del esplendor de los—“honores y de los placeres, una preocupación insuperable contra todas mis palabras? ¿Cuánta—“fuerza no da pues á todas ellas y á mi ministerio—“ese ejemplo de un Dios muriendo sobre la cruz?—“¿Con cuánta autoridad puedo pues deciros que es—“menester que seais humildes, mortificados y des—“prendidos del mundo? En el caso contrario, ¿no—“os lo hubiera dicho temblando y desesperando de—“ser creído (2).”

La concupiscencia, la voluptuosidad, la ambición, el orgullo, las alegrías insensatas y los bienes de la tierra, en una palabra, habían arrastrado á los hombres á una multitud de crímenes y de males; y era necesario nivelar todas aquellas pendientes desordenadas, y obligar al mundo á inclinarse hacia las virtudes contrarias, esto es, la abnegación, la penitencia, la humildad, los sacrificios de la naturaleza y las solas alegrías de la virtud. Para esto se necesitaba nada menos que todo el peso de un Dios. Por esto Jesucristo, pendiente de la cruz, pesa sobre el mundo, lo atrae todo á sí, cambia la dirección de todas las afecciones humanas, y en adelante es ya una gloria el ser humillado con él, es ganancia el ser pobre con él, es suavidad y dulzura el mezclar nuestros sufrimientos con los suyos, y es verdadera vida el morir á todo para sepultarse con el autor mismo de la vida. ¿Quién puede vacilar ya entre el vicio y la virtud, entre el placer y el deber? Dios está del lado de la virtud y del deber; ya no es solo la conciencia, es un Dios en persona, que encorvado bajo el yugo del sacrificio nos llama á seguirle diciendo: venid á mí todos los que estais cargados, y yo os aliviaré asociándoos á mis consuelos, del mismo modo que os asocié á mis dolores.

¿Quién puede desconocer el inmenso efecto del dogma de la expiación, presentado bajo este punto de vista? ¿Quién no conoce que todo lo que parece extraordinario é inadmisibile, en este misterio de un Dios—Hombre muriendo en una cruz, compren-

(1) Sátira 14.

(2) Sermon de la Pasión de Jesucristo.

de una invencion verdaderamente divina: tan sábia es, tan robusta, atrevida y generosa, y tan proporcionada se halla á las verdaderas miras de semejante empresa?

Admiremos en dos palabras toda la sencillez y fecundidad de este medio:—Lo que detiene y confunde á los hombres, en el cumplimiento del deber, consiste en que encuentran en su práctica repugnancia, pena y dolor; por consiguiente una cosa que acredita y ennoblece esta repugnancia, esta pena y este dolor, y que hasta los diviniza, es un resorte infalible é inmenso para hacer practicar el deber, porque no solo vence los obstáculos, sino que los convierte en medios de facilidad.—En una palabra, divinizar el sufrimiento es humanizar la virtud.

Pasando ahora á los detalles, si examinamos todas las virtudes evangélicas, las vemos descender, por la eficacia de estos medios, sobre el mundo desde lo alto de la cruz.

El amor al orden ó á Dios, y la sumision á sus decretos, toman una expresion inesfable por el ejemplo de la misma inocencia, que al ver aproximarse su sacrificio, exclama:—"Padre mio, apartad de mí "este cáliz; sin embargo, cúmplase vuestra voluntad y no la mia;" y se somete luego á esta voluntad hasta morir.

La fraternidad humana, la caridad: Dios muriendo por todos los hombres y diciéndoles: amaos los unos á los otros como yo os amo á todos; haciéndolos doblemente hermanos por la creacion y por la redencion, haciendo de cada uno de nosotros á los ojos de los demas, no tan solo un hombre, sino un hombre redimido, hermano de Jesucristo, purificado por su sangre, y dándole de este modo el mismo valor de un Dios.

El desprecio de los bienes de este mundo, y el amor de los bienes espirituales: un Dios despreciando los primeros, condenándolos y desacreditándolos con su voluntaria pobreza, y muriendo para alcanzarnos los segundos, y darnos por este medio la mas alta idea de su valor.

La fuerza para vencer los obstáculos que se oponen á la práctica de nuestros deberes: un Dios que se constituye jefe nuestro en esta gran lucha, y que cubierto de heridas, pero vencedor por medio de estas mismas heridas, nos inspira la mayor confianza, diciendo: *Confidite, ego vici mundum*.

El perdón de las ofensas, la dulzura, la bondad, la paciencia, la humildad: todas estas virtudes se ostentan sobre la cruz, y adquieren por la divinidad de su autor un poder de autoridad y una seduccion de ejemplo, que nos obligan á imitarlas, mas bien por atractivo que por razon, mas por dulzura que por necesidad.

¿Quién puede saber cuántas virtudes ha engendrado este divino modelo, cuánta energía y cuántas fuerzas ha inspirado, todas las lágrimas que ha endulzado, todas las pasiones que ha enfrenado, todas las prosperidades que ha ennoblecido, todas las desgracias que ha hecho amar? ¿Quién no admiró alguna vez su maravillosa aptitud para todas las situaciones de la sociedad y de la vida? En una palabra, ¿quién no descubre en la cruz de Jesucristo

la mejor palanca que podia emplear el brazo de Dios para levantar al mundo?

III. Pero el dogma de la redencion obra ademas sobre el corazon humano por medio de otro poder. Este poder, el mas útil para el bien así como el mas formidable para el mal, es el sentimiento del amor.

El amor es el corazon, el cual constituye todo el hombre. El que ha sabido escitar el amor se hace dueño, y puede mandar lo que quiera, pues todas las pasiones no son mas que transformaciones de aquella. No hay nadie que no sea susceptible, hasta el que nada ama, pues este se ama á sí propio sobre todo lo demas. Todos los desórdenes de la humanidad no son otra cosa que el desvío de esta llama desde su foco natal, que es Dios, hacia nosotros mismos y las criaturas que ella misma consume y devora. No hay pues regeneracion para la especie humana, si no consigue ampararse de este elemento terrible de nuestro ser moral, y si no dirige toda su actividad hacia su principio. Y sin embargo, ¿cosa estraña y digna de atencion! ninguna filosofía, ningun sistema de moral, ni ninguna religion humana imaginaron jamas inspirar el amor y conducir los hombres al bien por este sentimiento, que es siempre el primer obstáculo á la virtud, si no se le convierte en el primer móvil. Así es que ninguna religion ni ningun sistema de moral propusieron jamas la regeneracion radical del hombre. Todos lo dejan con sus afeciones desordenadas, las mas veces las desenvuelven, y no le ofrecen siempre sino vanas teorías y frívolas reglas de virtud, que no pueden causar impresion alguna en su corazon. Este corazon, inspirado por la naturaleza, sabe mejor que ella misma cuál es su ley, y aun violándola lleva en sí mismo su principio. No hace mas que cambiar sus términos, porque en vez de dirigir su amor á Dios, traslada el carácter de la Divinidad al objeto de sus amores. Este trastorno fué el origen de la idolatría; en la que bastaba que una pasion fuese violenta para que por esto mismo se convirtiese en un dios, como dice el poeta: *Sus cuique Deus fit dira cepido* (1). De tal modo hizo Dios á nuestro corazon, que nada puede vivamente amar sino lo que lo conduce á él.

Al proponerse el cristianismo la grande empresa de apartar al hombre del desarreglo de sus pasiones, debia ofrecer á su corazon un objeto de amor inmenso: tomarlo débil y convertirlo en fuerte. Esta condicion estaba en la naturaleza de las cosas: al amor solo pertenece triunfar del amor, porque solo el corazon conoce el mecanismo del corazon.

Por cierto que el cristianismo no faltó á esta condicion. ¿No vino su divino autor, con la antorcha del amor en la mano, queriendo abrazar con él á toda la tierra? *IONEM VENI MITTERE IN TERRAM, ET QUID VOLO NISI UT ACCENDATUR?* Él mismo es todo amor: *DEUS CHARITAS EST*. Su primer precepto es AMAR, el segundo tambien AMAR. En fin, de tal modo se compendia en el amor, que sus pre-

(1) Virgilio, *Æneid.*, lib. 9.

ceptos tan multiplicados, tan rígidos, tan variados, se reconcentran todos en el amor, como lo expresó S. Agustín por estas palabras eminentemente cristianas: "*Ama... y haz en seguida todo lo que quieras, ama et fac quod vis*, palabras que son como el eco de aquellas otras palabras adorables del Salvador hablando de la penitente: "Muchos pecados le han sido perdonados, porque amó mucho." Todo el cristianismo está representado en este cuadro eternamente admirable de la Magdalena, cubriendo con sus cabellos y bañando con sus lágrimas los pies del Salvador, que la defiende contra la soberbia crueldad del fariseo, y derramando, para consagrarlo á su culto, aquel vaso de alabastro, instrumento destinado á la vanidad.

Ved ahí como el amor, por el que quiere el cristianismo separar al hombre de todos los amores, está en justa proporción con su designio; pero ¿de qué manera quiere que amemos su objeto? Vedlo en estas palabras: *Amarás á tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus potencias, y á tu prójimo como a ti mismo*: expresiones admirables, medida perfecta de un amor que debe subordinar á sí todos los amores.

Sin embargo, no basta prescribir el amor; es preciso además saber inspirarlo. La voluntad, por más que hagamos, necesita de atractivos. — Aquí es donde la doctrina de la cruz desenvuelve toda su fuerza.

La manifestación de la bondad de Dios esparcida sobre toda la naturaleza, y la dulce voz de la conciencia, eran impotentes para desvanecer el tumulto que los objetos sensibles forman en el corazón del hombre, y sus intimaciones tampoco eran bastante enérgicas para resistir los ataques de la concupiscencia y ocuparlo exclusivamente. Para poner término al gran divorcio, producido por el pecado entre Dios y el hombre, debía el mismo Dios anticiparse, y pretendiendo el amor y los sacrificios del corazón del hombre, debía conquistarlos á fuerza de amor y de sacrificios. El amor atrae el amor, y hay en el fondo del alma humana un instinto generoso que aborrece la ingratitud y agradece el sacrificio. A este instinto se dirige el dogma de la redención, y por su medio se apoderó del corazón del hombre para dirigirlo luego hacia el amor de Dios. ¡Cuán perfectamente se adapta este dogma á tan elevado fin! ¿Qué amor puede compararse? Parece que en él quiso Dios saltar por medio de su amor á todas las criaturas, y apoderarse así de todos los corazones. Buscad, entre todos los grandes sacrificios que pueden haber inspirado las diferentes afecciones de la naturaleza, algo que se parezca al sacrificio de la cruz. Su prodigio es tan grande que parece favorecer á la incredulidad presentándose como una locura; pero la locura de la cruz es la locura del amor, locura que es en Dios sabiduría, porque tal debe ser la manifestación del amor infinito, que nos parezca increíble, es decir, excesivo comparándolo con el nuestro. Examinemos todos sus caracteres: ¿Qué abnegación! ¿Qué necesidad tenía del corazón del hombre todo un Dios, que es la misma felicidad? — ¿Qué generosidad! El, la santidad y

la justicia misma, se anticipa y marcha delante de su criatura culpable, cargada de infidelidades, manchada y afuada por el pecado. — ¿Qué desinterés! Deja las delicias de la vida eterna para revestirse de esta naturaleza culpable y afligida, y se disfraza, por decirlo así, de hombre para poder llegar hasta el hombre, para poder obrar como hombre una impresión que no puede obrar como Dios; y para poder seducir en cierto modo el corazón del hombre valiéndose de atractivos humanos. — En fin, ¡qué amor! En este estado carga sobre sí todos nuestros crímenes, y se somete como hombre á todos los castigos que hubiera podido imponernos como Dios; acepta el papel de culpable, nada deja á su infiel criatura de sus culpas, las toma todas sobre su persona, y no se las hace sentir sino expiándolas. Y ¡qué expiación! ¡cuán perfecta idea nos da de nuestra infidelidad y de nuestro amor! Si hubiese Dios perdonado de otra manera que en la cruz, ¿quién hubiera podido calcular nunca la gravedad de la ofensa y la grandeza del perdón! En la cruz nos fué revelado todo de una manera indudable; la violación de la ley había atraído sobre nuestras cabezas los golpes de una justicia inescorable que los había de sufrir eternamente; ¡qué bondad mas inmensa que la que en estado tan deplorable nos perdona la ofensa! Pero sobre todo, ¡qué amor aquel, que no pudiendo perdonar la ofensa sin castigarla, la castiga en sí mismo, se hiere para curarnos, nada se perdona á sí para perdonarnoslo todo á nosotros, se inmola por nuestra salvación y se deja clavar en la cruz para clavar al mismo tiempo en ella la credencial de nuestra libertad, y que en este horrible estado, trasladado desde las alturas de la naturaleza divina á los últimos aniquilamientos de la naturaleza humana, descansa de algun modo en su sacrificio, y nos dice con una dulzura inexplicable: "Mis delicias se cifran en habitar con los hijos de los hombres." — "He deseado con grande ansia poder comer con vosotros esta pascua..." ¡Esta pascua, de la cual era él mismo el cordero!!!

Ahora preguntáremos á las almas mas amables: ¿quién pudo jamas inventar ni concebir semejante idea del amor? ¿No se convierte esta figura tan tranquila, de un hombre injusticiado sobre una cruz, en el objeto mas seductor y mas irresistible para el corazón? Figúrate un padre que muere por salvar los días de su hijo, ó un amigo que sustituye á su amigo en el suplicio que le estaba reservado: cuanto mas desfigurada esté la preciosa víctima por el dolor y la muerte, mas embellecida sera por el amor y el reconocimiento; no habra en toda la naturaleza cosa mas hermosa que ese dulce objeto; sepultarse con él parecerá preferible á brillar sobre el primer trono del universo, y saldrán torrentes de amor de la deformidad, ó mas bien de la suprema belleza del desinterés, del sacrificio y del amor. Del centro de esta belleza, y rodeada de ella resplandecer la cruz de Jesucristo, y por su medio seduce y encadena al corazón del hombre (1).

(1) Predicando un día el cardenal de Cheverus en un auditorio de protestantes, sobre la adoración de la cruz, hizo la siguiente comparación que dejó pasmado á su auditorio: — "Se-

Observad como de paso toda la sencillez y toda la fecundidad de este medio (pues estos dos caracteres se encuentran siempre en el cristianismo lo mismo que en la naturaleza, y descubren visiblemente en todas partes la acción de la misma mano): —Jesucristo murió por todos los hombres y por cada uno de ellos en particular. Cada uno puede ver y distinguir su individualidad en la generalidad de aquel sacrificio. Por su medio se establece una relación directa y un comercio íntimo de gratitud y de amor entre cada uno de nosotros y la víctima suprema que con todo el ascendiente y todo el poder de su deidades, concentrado sobre nosotros solos, nos alita y nos persigue, diciéndonos: "Amame como yo te amé; yo, que muero por tí." —Hay más: Jesucristo no murió por los hombres sino a causa de sus pecados, de los pecados de cada uno de nosotros, de los pecados que todos los días cometemos, de los pecados que cometeremos aún; de manera que siendo infieles a tan grande amor, no solo somos monstruos de ingratitud, sino que nos convertimos en verdugos suyos y lo crucificamos. Cada pecado es ensangrentado, por decirlo así, con la misma sangre que corrió sobre la cruz, y la hace correr de nuevo, ó a lo menos nos hace entrar retróactivamente y con mas facilidad en las causas y dolores de su suplicio. ¡Qué poder mas ingenioso del amor que el que perpetúa é individualiza el sacrificio del Calvario; que se adhiere tan fuertemente al corazón del hombre para contenerlo y excitarlo por medio de los mas imperiosos instintos de su naturaleza, esto es, por la compasión, la gratitud y la generosidad; que afea los placeres del vicio con toda la enormidad del mal y del odio, y que reanima el sentimiento del deber con todos los fuegos del amor!

La belleza ideal y el amor imaginario que adoraba Platón se encarnaron y realizaron en la cima del Calvario; y mas perfectos y mas adorables que no parecieran nunca al filósofo en sus meditaciones, se hicieron despues visibles; y se colocaron al alcance de la generalidad de los hombres, dándose a conocer hasta á los mas rudos. De aquí ha resultado sobre la tierra un sentimiento nuevo: el amor de Dios, que no solamente desaloja del corazón del hombre todos los amores corrompidos que lo degradan, sino que encontrando estrecho este mismo corazón, lo dilata inmensamente hasta darle la misma capacidad del corazón de Dios, y hacerle obrar una multitud de prodigios. Con este amor descendió el espíritu de sacrificio de lo alto de la cruz; ¡la cruz!

"poníamos, decía, que hay un hombre tan generoso, que viene de a uno de vosotros espuesto á sucumbir en manos de su enemigo, se arroja entre él y el asesino, y le salva la vida con su muerte. Un pintor, conmovido por semejante rasgo de heroísmo, hace el retrato de aquel hombre tan generoso, y se lo presenta cubierto de llagas y bañado en sangre al salvado. ¡Qué hará este entonces? Lo abrazará con amor y reconocimiento, lo regará con lágrimas, y su corazón estremecerá las mas violentas impresiones. Hermanos míos, este es el dogma católico de la cruz: sobre él no debe el entendimiento dudar; solo el corazón puede sentir todo lo que es capaz de inspirarle la imagen de su Dios, muerto por salvarle la vida." A estas palabras, añade el historiador, todo el auditorio se conmovió, el predicador tomó el crucifijo, y los protestantes, olvidando sus áridas doctrinas, se acercaron con lágrima y compunción á besar la cruz del Salvador. (Vida del cardenal de Choiseul.)

tipo sublime del sacrificio del individuo á la generalidad; principio del deber, del orden, de la unidad, de la paz, de la felicidad verdadera; fundamento perdido y nuevamente descubierto del mundo moral, que hace de cada cristiano un hombre de sacrificio, un Hombre-Dios crucificado, pero crucificado por el amor que endulza todos los sacrificios, ó mas bien que los hace amar, porque se nutre de ellos.

Animados por este sentimiento, ya no os parecerá la moral evangélica demasiado rigurosa. Todas sus asperezas y sus horrores se convierten en dulzuras y delicias, y el hombre tan negligente para el bien, va corriendo por los caminos de la mas elevada perfección (1).

"Mi vida, exclama San Pablo, es el Cristo. —Vivo, no yo, sino Jesucristo en mí. — ¿Quién me separará de la caridad de Jesucristo? ¿La tribulación? la angustia? el hambre? la desnudez? los peligros? la persecución? la muerte? ... No, nada podrá separarme de la caridad de Dios, que es la de Cristo Jesús nuestro Señor (2)."

"La muerte y la pasión de nuestro Señor, dice el bueno é ingenuo San Francisco de Sales, es el motivo mas dulce y mas fuerte que puede animar nuestros corazones. El Calvario es el monte de los amantes. Cualquier amor que no tiene su origen en la pasión del Salvador, es frágil y peligroso (3). O amar, ó morir; morir y amar. Morir á todo otro amor para vivir solo en el de Jesús. Los hijos de la cruz se glorian y se gozan en su admirable problema, que el mundo no puede resolver porque no lo comprende (4). —Efectivamente, el mundo, es decir, los que permanecen fuera de las inspiraciones de la fé cristiana, no comprenden este amor, pero no pueden negar su existencia en el corazón de todos los verdaderos cristianos, porque sus efectos están demasiado manifiestos. En este foco divino se enciende la caridad que es el amor de Dios dirigido á los hombres. En él se inflamaban los corazones de tantos héroes, de

(1) "Jesucristo no promete á sus discípulos mas que males presentes y sensibles, penas, tormentos, cruces.... Estos son los atractivos que les ofrece para llamarlos á su ministerio, y sin embargo llega á persuadirlos, aun valiéndose de todo lo que mas podía repugnarlos. La doctrina de los sufrimientos es en sus labios encantadora: prescribe el género de vida mas contrario á la humanidad, y no obstante es obedecida. Nunca usó ningún príncipe, ningún legislador ni ningún filósofo semejante lenguaje, ó si lo usó, no se hizo seguir con él de la multitud. Jesucristo hablaba al corazón, cuyo mecanismo aque-
"llos no conocen." (Reflexiones varias sobre Jesucristo t. iv.)
—Esta hermosa reflexión de Aguesseau nos trae á la memoria la que decía Napoleón á sus últimos amigos, cuando estaba cautivo en Santa Elena: "¿Quién se interesa en la actualidad, decía, por Alejandro ni por César? Conmovieron el mundo de su época, y no dejaron á la posteridad mas que su tumba. Yo mismo, añadió, que soy todavía el objeto de vuestra fidelidad, ¿qué habré hecho? Conmigo y con vosotros, y á lo mas con el último de mis valientes, se extinguirá ese entusiasmo que inspiré durante mi vida. ¿En qué consiste que el imperio de Jesucristo dura hace diez y ocho siglos en los corazones, y que por su nombre han muerto, mueren y morirán aun tantos millones de mártires? Consiste en que nosotros hemos asentado nuestro poder sobre la fuerza y el temor, y que al hoy des-
"cansa sobre la persuasión y el amor."

(2) *Epist. ad Rom.*
(3) "Los que no hayan sido nunca devotos, no pueden conocer bien lo que es la ternura del alma." (Pensamientos de Joubert, t. i.)

(4) *Tratado del amor de Dios, capítulo último.*

tantos apóstoles y de tantos santos, cuyos nombres son el mas bello patrimonio de la humanidad: los Pablos, los Agustinos, los Borromeos, los Franciscos de Sales, los Vicentes de Paul, los Cheverus etc. El es el que conduce á las mas lejanas playas á tantos de nuestros conciudadanos que abandonan las dulzuras de la civilizacion para ir á llevar su antorcha, juntamente con la de la fé, al seno de los pueblos mas salvajes, sin otro interes que el de *ganar almas*, como ellos dicen, *para Jesucristo*, y sin otra perspectiva que las privaciones, las persecuciones, y á veces los martirios y la muerte. Este amor, en fin, es el que se pintó tan admirablemente á sí mismo en este hermoso pasaje de la *Imitacion de Jesucristo*, el himno mas sublime que haya podido jamas inspirar el amor.

"Gran cosa es el amor, bien soberanamente grande: él solo hace ligero todo lo pesado, y lleva con igualdad todo lo desigual.

"Lleva la carga sin carga, y hace dulce y sabroso todo lo amargo.

"El amor es generoso, nos anima á hacer grandes cosas, y nos mueve á desear siempre lo mas perfecto.

"El amor quiere estar en lo mas alto y no ser detenido de ninguna cosa ínfima.

"El amor quiere ser libre y ajeno á toda aficion mundana, porque no se impida su interior vista ni se embarace en ocupaciones de provecho temporal, ó caiga por algun daño.

"No hay cosa mas dulce que el amor, nada mas fuerte, nada mas alto, nada mas ancho, nada mas alegre, nada mas lleno ni mejor en el cielo ni en la tierra, porque el amor nació de Dios, y no puede aquietarse con todo lo criado, sino con el mismo Dios.

"El que ama, vuela, corre y se alegra, y es libre en todo.

"Todo lo da por todo, y todo lo tiene en todo; porque descansa en un bien superior á las demas cosas, del cual mana y procede todo bien.

"El amor no siente la carga, ni hace caso de los trabajos; desea mas de lo que puede; no se queja que le manden lo imposible, porque cree que todo lo puede y le conviene.

"Pues para todo es bueno, y muchas cosas ejecuta y pone por obra, en las cuales el que no ama desfallece y cae.

"El amor siempre vela, y durmiendo no duerme.

"Fatigado no se cansa, angustiado no se angustia, espantado no se espanta; sino, como viva llama y ardiente luz, sube á lo alto y se remonta con seguridad.

"Si alguno ama, conoce lo que dice esta voz:

"Grande clamor es en los oidos de Dios el abrasado afecto del alma, que dice: Dios mio, amor mio, tú todo mio, y yo todo tuyo.

"Dilátame en el amor, para que aprenda á gustar, con delicia interior del corazon, cuán suave es amar y derretirse y badar en el amor."

Aunque no se haya gustado nunca el amor divino, seria menester no haber experimentado ninguna especie de amor para no reconocer en estas pa-

labras ese fuego del cielo que está en todos los corazones, y al cual no falta mas que un objeto digno de él para desarrollarse y obrar prodigios.

Este es el sentimiento que el dogma de la cruz vino á encender sobre la tierra, apartándolo del seno de los objetos creados y del egoismo en que se hallaba sepultado, para volverlo á dirigir hácia su principio y hacerle encontrar toda su pureza é intensidad.

Como aquel espejo de Arquimedes que, reuniendo en su foco los rayos de fuego del espacio celeste, los volvía á enviar á lo lejos sobre los mares, é incendiaba á gran distancia las escuadras enemigas, de la misma manera podemos decir que el corazon del Hombre-Dios despidió desde lo alto de la cruz sobre el mundo las llamas del divino amor, y abrasó toda la tierra.

IV. Este asunto es inagotable; pero, por temor de parecer demasiado estensos, no debemos ser infieles á la verdad que ecsije de nosotros toda esta detencion.

Hasta aquí solo hemos considerado el dogma de la redencion en las relaciones del hombre con Dios, y nos falta examinarlo en las relaciones del hombre con el hombre. Nos fijaremos tan solo en los puntos generales.

Todavía vamos á admirar la fecunda sencillez de esa economia de la sabiduría de Dios, que por unos mismos medios se dirige á fines muy diversos.

El dogma de la fraternidad humana habia desaparecido de la faz de la tierra; habia perecido, como antes dijimos, en el naufragio del dogma de la unidad de Dios, que es su base, y la humanidad se hallaba fraccionada en infinitad de razas ó nacionalidades enemigas. Socialmente hablando, nada habia de comun entre el griego y el bárbaro, el libre y el esclavo, el hombre y la mujer, el dios César y el pobre plebeyo. Por todas partes estaba estronizada la guerra, guerra sorda é implacable: en las fronteras, en las provincias, en el foro, en el circo, en el taller y en el hogar doméstico, la fuerza era el único regulador del mundo, y el hierro, el puñal de Bruto ó de Catón era la única expresion del derecho y de la libertad.

¿Quién podrá destruir todas esas cadenas, ni igualar todas esas desigualdades, hacer latir en todos esos pechos un mismo corazon, levantar la señal del suplicio del esclavo y colocarla sobre la corona de los Césares, y obligar al César á humillarse hasta lavar los piés del último plebeyo? ¿Quién hará ir las delicadas vírgenes á vendar las llagas del gladiador con mas complacencia con que iban al circo á dar la señal de su muerte? ¿Quién hará del bárbaro, perdido en los confines del mundo y de la civilizacion, el hermano y el amigo del filósofo y del patricio, hasta obligarle á abandonar los placeres del Pórtico y los honores del Senado, para ir á tierras lejanas y bajo un cielo enemigo á derramar la verdad con su sangre? ¿Quién podrá obrar todos estos prodigios? ¿Quién podrá obrarlos sin el aliciente del interés, y sin los auxilios de la fuerza, por solo la persuasion y el amor?

La cruz de Jesucristo.

1.º Ella sola ha abatido el orgullo, destruido toda clase de poderes, desvanecido todas las quimeras de nuestras distinciones, convirtiéndonos á todos en grandes culpables, haciendo pesar sobre el mundo el gran nivel de la justicia de Dios, y volviendo á recopilar toda la humanidad en un solo hombre, desnudo y muerto en una cruz!

¡Cuán elocuente es esta cruz, considerada como expresion de nuestra culpable igualdad! Con su desnudez deja desnudos á los ricos; con su ignominia humilla á los grandes, y con su debilidad aterra á los opresores. El que está clavado en ella es en efecto el representante de la humanidad sin escepcion. Es el hombre. Cada hombre se halla, por decirlo así, pendiente en esfige de la cruz. Cuanto mas rico, mas elevado, mas poderoso y mas favorecido por los dones de la fortuna, que con tanta frecuencia se cambian en dones del pecado, mas clavado está en ella. Con esta señal en la mano todos los hombres son iguales en miseria y en afrenta, y tal vez los mas elevados son colocados delante de ella en el puesto mas inferior.

2.º Pero ¡cosa admirable! el mismo dogma, que humilla y abate de este modo á los grandes, engrandece á los pequeños y á los humildes; porque Jesucristo no es solo el representante de la humanidad culpable y vendida á la justicia de Dios, sino tambien de la humanidad salvada, redimida y divinizada. En la cruz fué engendrada la humanidad á una nueva vida, vida toda divina, y por este medio elevada sobre todas nuestras grandezas ficticias á una grandeza verdadera, cuya gerarquía, al revés de la de la opinion y de la fortuna, está arreglada á la verdad y á la virtud, cuyo tipo es Jesucristo.

¡Qué magnificencia! ¡Cuán pálida es la púrpura de los grandes de la tierra comparada con la sangre de un Dios! Si el Dios salvador hubiese muerto por tal porcion de la humanidad con preferencia á tal otra, por una raza determinada ó por una familia en particular, ¡qué motivo tan grande no tendria esta raza ó familia privilegiada para creerse superior al resto de los hombres! Pero no hay nada de esto: Dios murió por todos los hombres sin distincion; y el griego y el bárbaro, y el señor y el esclavo, y el judío y el gentil, todos fueron redimidos, todos emancipados, todos ennoblecidos sobre la cruz. Cada hombre sin escepcion, solo por ser hombre rescatado por un Dios, descendiente de Jesucristo, en una palabra, solo por ser cristiano tiene en la cruz un título de nobleza que borra todos los demás, y que, inspirándole sentimientos de la mas alta dignidad, no puede convertirse en causa ni origen de ninguna clase de orgullo y de ninguna especie de tiranía, porque va inseparablemente unido al título de su degradacion original, y porque es comun á todos.

Y como para adquirir y conservar este título es preciso identificarse todo lo posible con el estado de Jesucristo en la cruz, los mas pobres, los mas desgraciados y desvalidos segun el mundo, se convierten en los mas ricos, los mas grandes y los mas poderosos segun Dios. Por este título nos vemos

obligados á juntarnos y honrarnos unos á otros en razon inversa de estos mismos bienes, de estas mismas distinciones que nos tienen divididos, y que desacreditadas por semejante oposicion, se distribuyen entonces mas fácilmente por las manos de la caridad entre los hombres, los cuales se hallan de este modo reunidos y confortados en el orden temporal y espiritual por el pan del alma y por el del cuerpo.

Hé aquí la grande igualdad cristiana obrada por la cruz de Jesucristo, verdadero lecho de Procurto, en el cual se nivelan todas las distinciones del orgullo humano, y que reduce los dioses de la tierra á las proporciones del hombre, da á los pobres y desvalidos las proporciones de Dios, y hace de todos por medio de la caridad un solo Hombre-Dios.

3.º Pero el gran vínculo con que la cruz de Jesucristo volvió á enlazar á todos los hombres es el del divino amor.

Jesucristo, amándonos á todos con un mismo amor sobre la cruz, y dando en ella su vida igualmente por todos, nos asoció recíprocamente, y nos confundió en este amor y en esta vida como los miembros de un mismo cuerpo; de manera, que todos respiramos en Jesucristo sobre la cruz, como respira él en cada uno de nosotros sobre la tierra. Por este medio se convierten los hombres unos respecto de otros en verdaderos hermanos, en imágenes vivas de un mismo Dios, en objetos iguales de un mismo amor, sustituidos en todos los derechos y en todas las obligaciones de este amor, debiendo amarse como Dios los amó, satisfacer los unos por los otros la deuda infinita que todos deben al libertador comun, y continuar entre sí la obra de la redencion, sacrificándose cada cual por la felicidad y la salvacion de sus hermanos (1). De tal manera, que el mismo amor que nos une á Dios sobre la cruz nos une á nuestros hermanos; que la misma fuerza que nos atrae hácia ella nos aprosima y reconcentra en la misma, como los rayos de un mismo círculo, pero de un círculo cuyo centro estaria en todas partes, y la circunferencia en ninguna.

Tal es, en efecto, la caridad cristiana, la caridad que conserva el mismo nombre en el lenguaje evangélico, ya descienda de Dios al hombre, ó ya vuelva del hombre á Dios, ó ya por fin se dirija del hombre al hombre, porque todos los hombres componen uno solo en Jesucristo, del mismo modo que Jesucristo es uno mismo con Dios; y así la expresion mas elevada de la unidad es la caridad, que á su vez encuentra su mas alta expresion en la cruz de Jesucristo, centro comun del cielo y de la tierra.

Aquí damos fin á nuestros *Estudios sobre el dogma de la redencion*. Sin duda parecerán insuficientes ó incompletos, si se atiende á la profundidad y riqueza de un asunto que ninguna lengua hu-

(1) "En esto conocimos la caridad de Dios, en que puso su vida por nosotros; y nosotros debemos poner nuestra vida por los hermanos. Al que tuviere riquezas de este mundo, y viere á su hermano tener necesidad y le cerrare sus entrañas, ¿cómo está la caridad de Dios en él?" (Epíst. 1.ª de S. Juan, cap. 3, v. 16, 17.)

mana podrá jamás tratar dignamente, y que es mas propio para meditarlo que para disertar sobre él. El lector puede sacar de este tratado lo que mas se adapte á sus miras y sentimientos particulares, y asimilárselo, desenvolviendo por sus propias reflexiones los gérmenes que en él hemos depositado. Pero de cualquier modo que se le considere, y bajo cualesquier aspecto que se le estudie, se debe necesariamente, á nuestro parecer, venir á parar á esta conviccion comun, esto es: que la naturaleza no puede probar mejor que el cristianismo la existencia de Dios, y en particular, que nada mejor que el digna de la redencion puede probar la divinidad de Jesucristo. Solamente Dios podia conocer tan bien el corazon humano para acertar á prescribir la única medicina que sus enfermedades requieran. Solo Dios podia haber conservado el secreto de nuestra naturaleza hasta el extremo de que el remedio que nos ofreció estuviere á la vez tan en contradiccion aparente y tan en armonia real con nuestra constitucion original, así como tan fuera de las concepciones humanas, no solamente por su profunda sabiduria, sino tambien por su locura exterior; porque la locura de la cruz es tal, que no podia caber en cabeza humana, y ella sola establece entre su autor y el espíritu humano un espacio insuperable, en medio del cual viene á surgir este dilema: ó la razon humana cuando apareció el cristianismo era buena y sabia, y entonces Jesucristo no merece el nombre de hombre, tan insensata es su concepcion; ó la razon humana estaba descarriada y pervertida, y debe por consiguiente su curacion á Jesucristo, en cuyo caso necesariamente Jesucristo es Dios; porque aquel que se habia librado del naufragio de la razon humana, y que tan fielmente habia guardado su depósito, no puede ser sino el principio mismo de esta razon. Es pues un hecho, cuya manifestacion ha ido creciendo por espacio de diez y ocho siglos, y que en el dia ha llegado ya á su colmo, que el espíritu humano se hallaba, á la venida de Jesucristo, en el último paroxismo de la corrupcion y del error, y que bajo la influencia del principio cristiano fué recobrando poco á poco la razon y la verdad, y ha ido siempre engrandeciéndose y marchando, en las reformas que se dirijen sin interrupcion y al través de los sacudimientos mas violentos, á la mas iluminada perfeccion. Jesucristo pues es Dios. Es Dios, lo mismo que el autor de la naturaleza, porque, como él, creó un mundo y lo conserva. Es Dios, porque nos amó hasta la muerte, y por esta muerte nos dió la vida. Es Dios, porque por una obra que le pertenece tan esclusivamente, que le valió el vivir en el destierro de la humanidad, salvó á esta humanidad. Es Dios, en fin, porque en esta obra tan despreciada desplegó y concilió á la vez con un arte enteramente divino la santidad, la justicia, el amor, la sabiduria y el poder mas infinitos, todo el carácter de Dios, en una palabra, y lo puso en relacion con la oscuridad y degradacion en que se hallaba envuelto el carácter del hombre, hasta regenerarlo enteramente, y hacer brillar en él las virtudes, las luces y las esperanzas desconocidas aun en la tierra.

"Es sin duda maravilloso que este misterio de "piedad, que se manifestó en la carne, haya sido "justificado por el espíritu, revelado á los angeles, "predicado á las naciones, creído en el mundo, recibido en la gloria (1)."

CAPITULO XL

LA TRINIDAD.

I. PARA ser buen cristiano no se necesita ser gran teólogo. El teólogo mas consumado no conoce mas verdades esenciales á la salvacion que el mas humilde fiel con su catecismo; solo que, depositario aquel de la doctrina, se halla en mejor disposicion para defenderse contra los ataques del error.

Pero esta alta mision de la teologia debe ostentarse mas particularmente en las cátedras destinadas á la ensenanza sacerdotal, de modo que no dejen de tener inconvenientes el que se halle de ella desde los púlpitos en nuestras iglesias.

Nos explicaremos:

Si los dogmas cristianos, y en particular el de la Trinidad, son con frecuencia considerados como redundancias y enigmas propuestos á la razon humana, ó como abstracciones sin gusto y sin fruto, es porque existen dos causas en apariencia contradictorias que producen este resultado: la ignorancia que no quiere admitir nada, y la ciencia que todo quiere explicarlo.

Hay en efecto una ignorancia, hija de la indiferencia, que tiene á un gran número de cristianos, que esteriormente parecen dotados de buena fé, apartados de la doctrina evangélica hasta dejarles ignorar su letra y obligarles á resignarse con la deplorable preocupacion de que por lo mismo que esta doctrina se compone de misterios, debe aceptarse ella sin raciocinio y sin exámen, y que la fé consiste en una disposicion ciega á creerlo todo en globo sin saber lo que se cree, cuando es todo lo contrario, pues la regeneracion que ella produce solo puede introducirse en el corazon por medio de la meditacion y de la penetracion de las verdades cristianas, y por su accion familiar sobre el espíritu.

Existe además un abuso de escolasticismo, que algunas veces convierte los dogmas cristianos, considerados en sí mismos, en objeto de disertaciones demasiado profundas, demasiado aisladas, y que no conserven su enlace recíproco y general; que á fuerza de sutilezas los hacen mas ininteligibles, los separan de su natural acompañamiento para formar con ellos una cosa aparte, en la que la ciencia y la imaginacion se espacian dejando muy atrás el corazon, la vida, y esa razon práctica, que es la primera garantia de la verdad: disertaciones, en fin, que sacrifican la fisiología de la Religion á su economía.

Los dogmas cristianos no son incomprensibles mas que en un sentido. Presentan como dos facetas: una por parte de Dios, el cómo del misterio: ¿cómo puede un Dios hacerse hombre? ¿cómo puede morir?

(1) San Pablo, *Epíst. ad Timoteo*

¿cómo puede ser único en tres personas? &c. ¡Misterio!!! La otra faz es por parte del hombre, el *por qué* del misterio: ¿por qué se hizo Dios hombre? ¿por qué murió? ¿por qué nos manifestó sus tres personas? Hé aquí lo que es comprensible, claro, inagotable en riquezas intelectuales y en fecundidad moral; y la luz que por este lado brilla es para nosotros una prenda de la verdad que en la tierra no comprendemos, y que se oculta á nuestras miradas por el lado del misterio que únicamente se refiere á Dios.

Por otra parte los misterios cristianos se esplican recíprocamente, y se eslabonan y ajustan entre sí para llegar por fin á adaptarse á la moral y fecundarla, hasta hacer del conjunto del cristianismo un todo armónico, que produce muy mal efecto si se pierde de vista el enlace que lo constituye, y se separan los elementos de que se compone.

La Religión es una ciencia eminentemente práctica: todo lo puramente especulativo debió separarse de ella, no solo como inútil, sino tambien como contrario. Lo que en una obra hay de mas, prueba poca inteligencia de parte del autor, lo mismo que lo que hay de menos. En este sentido, el cristianismo revela una sabiduría muy profunda, no permitiendo al espíritu humano la comprensión de los misterios en sí mismos, que no conduciría mas que á exaltarlos y ensobrecerlos sin santificarlos; y reservando esta comprensión para la sola práctica, á fin de que, por medio del contraste, nos hiera mas del lado especulativo y tenebroso.

Bajo este punto de vista, la sobriedad y exactitud de la doctrina cristiana son admirables: nada se conoce en ella de inútil ni superfluo. Todos esos misterios, que se representa la incredulidad como sobrecargas y redundancias, se hallan combinados de la manera mas económica para la obra de la salvación humana. En ellos se manifiesta la Divinidad hasta ofensiva y llena de miramientos con la razón, y ésta adquiere la revelación de las verdades divinas en la justa proporcion de sus necesidades morales; de modo que en el mismo punto, donde se acaba la relación moral, termina tambien la obligación de la fé.

Aplicando pues estos principios al dogma de la Trinidad, ¿quién creeria que el destino de este dogma, que parece el mas repugnante á la razón, es aligerar el peso de todas las demás y ponérselos en evidencia para que podamos comprenderlos mejor?

Hemos visto ya que el plan del cristianismo consiste en restaurar al hombre degenerado, volviéndolo á que sea lo que fué al principio, la imagen de Dios, poniendo á este efecto el caracter de la Divinidad en contacto con el suyo.

El dogma esencial por cuyo medio nos es revelado este caracter de la Divinidad y se ajusta al nuestro, como un molde vivo segun el cual debemos reformarnos, es el dogma de la redención.

En él da el cristianismo una forma palpable, hasta cierto punto, á los sublimes atributos de la Divinidad, sin hacerlos perder nada de su infinitud, y apropiá a los sentimientos de la naturaleza humana estos mismos atributos que excitan la admiración y la al-

banza de los ángeles en el cielo, hasta tal grado, que el hombre sabe tanto como el querubín, cuán santo, justo, misericordioso, sabio y poderoso es Dios, y que la cruz de Jesucristo, donde resplandecen estos atributos de la Divinidad, es igualmente adorada en el cielo, la tierra y los infiernos.

Pues bien, este dogma tan esencial, que es el centro del cristianismo, sería completamente incomprensible para nosotros sin el misterio de la Trinidad.

¿Cómo podríamos conocer hasta qué punto es necesario el misterio de la redención, si de antemano no supiéramos que hay en Dios tres personas: una que escije, otra que satisface, y otra que, como veremos luego, derrama sobre nosotros los frutos de esta satisfacción? Era absolutamente necesario que hubiese tres actores en ese gran drama cuyo desenlace contenía la salvación del género humano, y lo era asimismo que los tres fuesen infinitos, y por consiguiente que no formasen mas que uno, porque no puede haber mas que un infinito. Sin la existencia de tres personas en Dios, hubiera sido imposible la redención de la humanidad por la cruz de Jesucristo; y sin la noción de este misterio, nuestra inteligencia no la hubiera comprendido, y por consiguiente ninguna relación moral hubiera tenido con nuestro corazón; de manera, que puede decirse que el dogma de la redención, el mas familiar de todos ellos, sería, sin el misterio de la Trinidad, mas inconcebible que este mismo misterio. El misterio de la Trinidad es en la doctrina cristiana lo que los primeros principios en las ciencias exactas, indemonstrable en sí mismo, pero fundamento y raíz del dogma de nuestra justificación, y este es en efecto el caracter que le imprimió el concilio de Trento: *Initium et radix totius justificationis nostrae*.

En sí mismo el misterio de la Trinidad carece de influencia moral. ¿Qué virtud, qué santificación nos resultaría de la pura consideración de un Dios en tres personas? Ninguna, ó casi ninguna (1). Además es, si nos atrevemos á decirlo, engañarse peligrosamente hacer de este misterio el objeto de una disertación especial, á menos que sea para fijar sus nociones y conservar teológicamente su doctrina. No debemos llamar hacia él la atención de los fieles de una manera demasiado aislada y especulativa, porque nos espondríamos á convertir la doctrina cristiana en abstracciones estériles para los creyentes, escandalosas para los incrédulos y siempre contrarias al verdadero espíritu del cristianismo, que tiende en todas sus cosas á la práctica y á la moralización (2).

(1) Nos reservamos para mas adelante modificar esta opinión, aunque todo servirá para confirmarnos mas en su generalidad.

(2) Por otra parte, aquí no hacemos mas que repetir la lección dada por el concilio de Trento: "Pero como en la hay mas riesgo que querer penetrar cosas tan sublimes y difíciles, al mas peligroso que equivocarse queriéndolas explicar, procuran los pastores hacer entender á los fieles que deben retener con mucho cuidado las palabras *esencia* y *persona*, consagrándas á la explicación propia de este misterio, y recordar que la unidad está en la esencia y la distinción en las personas; pero que deben evitar el engolfarse en otras investigaciones sutiles

Pero tanto como conviene ser circunspecto en la consideracion del misterio de la Trinidad en sí mismo, tanto es preciso presentarlo como el mas fundamental de todos los dogmas por su relacion con ellos. Debe sin cesar presentarse á nuestro entendimiento, pero presentarse en accion, sobre la cruz, y realizando, por medio de los elementos que lo constituyen, la suprema santidad, la suprema justicia, el supremo amor y la suprema unidad por la caridad que nos une á Jesucristo para unirnos á Dios, y hacernos así participantes de su naturaleza. Colocado de este modo en su destino en el plan de la revelacion cristiana, el misterio de la Trinidad deja de ser una abstraccion enigmática, y se convierte en una visible operacion de la Divinidad, que obra por sí misma en la salvacion de los hombres, y recibe en su misteriosa naturaleza las adoraciones que en nosotros excita la manifestacion de su amor.

Erskine vistió este pensamiento con espresiones que tal vez nos harán conocer mejor su exactitud.

"Sin el dogma de la Trinidad, la doctrina de la justicia y de la misericordia de Dios, combinadas en la obra de la redencion, y de la continua vigilancia que ejerce sobre los progresos de la verdad en el mundo en general y en el corazon de cada hombre en particular, no hubiera podido comunicársenos de una manera tan clara y distinta. La Biblia empero no hace nunca mencion de este dogma, sino bajo el punto de vista de los designios morales de Dios sobre el hombre, y no nos lo enseña como objeto separado de creencia. Hay pues una grande y muy importante diferencia entre ambos métodos. En el primero el dogma se presenta como un hecho aislado, de naturaleza extraña, ininteligible, y que hasta podria sugerir la idea de que el cristianismo quiere hacer creer las cosas mas improbables; en el otro se muestra el dogma unido de una manera indisoluble á un acto de santidad y de divina compasion, que engendra en nuestro corazon un tierno afecto, cuya naturaleza y objeto son inteligibles, y cuya influencia es omnipotente. El hecho abstracto de que existe una pluralidad en la unidad divina, no se dirige realmente ni á nuestra inteligencia (1), ni á nuestros sentimientos, ni á nuestra conciencia. Pero la oscuridad del dogma se disipa, al menos respecto de su fin moral, cuando se nos anuncia por medio de estas palabras: *Tanto amó Dios al mundo, que nos dió su Hijo único, para que los que creyeran en él no se perdiesen y alcanzasen la vida eterna: ó en estos otros términos: Pero el consolador, que es el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, os lo enseñará todo.* Seguramente que nuestra ignorancia metafísica de la esencia divina no se disminuye con esta explicacion, pero se ilustra con ella nuestra ignorancia moral del carácter divino, y esto es principalmente lo que nos importa."

"y curioso, atendiendo á esta sentencia: *El que escudriña la Majestad se será oprimido por el resplandor de su gloria.*"

—CATECISMO DEL CONCILIO DE TRANTO, cap. 2, párrafo 6.

(1) Esto es demasiado absoluto. Mas adelante lo explicaremos.

Por consiguiente debemos creer que el misterio de la Trinidad se nos reveló, porque era necesario que conociéramos la Trinidad de las personas divinas, para comprender mejor su operacion moral en la redencion del mundo. Esta revelacion tuvo por objeto auxiliar á nuestra inteligencia mas bien que limitarla. Explicar un misterio por otro, no facilitar su comprension, y no puede suceder de otro modo; porque siendo la naturaleza de Dios insondable para nuestra débil razon, no podemos verla tan claro que ya no fuera misterio. El misterio existe siempre en Dios para todas las inteligencias hasta las mas puras, y solo hay diferencia en los grados de conocimiento, que reside todo entero en Dios solo. Por esto Dios podia hacernos mas comprensible el misterio de la Trinidad, y explicárnoslo mas claramente; pero esta explicacion debia evolver en sí otro misterio, y así sucesivamente. Pero ¿por qué se limitó la revelacion cristiana al misterio de la Trinidad y fué tan reservada en todo lo demás?... Porque semejante explicacion no tiene utilidad moral. El mismo misterio de la Trinidad no debia esencialmente conocerse, sino para la inteligencia del dogma de la redencion: en sí mismo carecia de utilidad moral. Explicarlo en sí mismo por medio de otro misterio, hubiera sido una redundancia en el plan del cristianismo, que se halla perfectamente adaptado al fin de la curacion moral del hombre; hubiera sido hasta un obstáculo á este fin, porque nuestro orgullo se habria satisfecho con un conocimiento que habria lisonjeado nuestra inteligencia sin reprimir nuestro corazon, y porque hubiéramos deseado y buscado con mas ansia el misterio que nos habria dado la explicacion del misterio de la Trinidad, que este misterio mismo.

Nunca se estudia bastante esta bella economía del plan de la doctrina cristiana, en el cual no hay ninguna verdad dogmática que no aspire, como por medio de una cuerda armónica, á alguna impresion moral y vivificante para el corazon, y que no aspire sobre todo á hacerle sentir su miseria y su natural debilidad, para obligarle á desear y procurar su curacion. De manera, que al mismo tiempo que se siente el espíritu exaltado por la comunicacion de la luz divina, el corazon se siente en igual proporcion humillado por el conocimiento que de su nada le da esta misma luz; que el conocer de este modo es humillarse, y el humillarse es disponerse á adquirir mas conocimientos, y que por este medio la débil naturaleza humana, desembarazada del peso del orgullo que acompaña siempre á nuestras obras, puede desarrollarse sin obstáculo, y elevarse sin tropiezo hasta la cumbre de la perfeccion.

Hay, pues, una sabiduría profunda, un profundo conocimiento de nuestra naturaleza, que no puede pertenecer mas que á su autor, y que está en tan justo equilibrio entre el dogma y la moral, que nos ilumina sin deslumbrarnos, nos instruye sin enervarnos, y dirige toda ciencia á la perfeccion de la virtud.—Esta sabiduría brilla principalmente en el misterio de la Trinidad y en el espeso velo que cubre á este misterio.

II. Los espíritus fuertes explotaron esta ocu-

ridad contra la fé, deduciendo de ella mil absurdos, sin reparar en que las sombras, que nos impiden la comprension del misterio, lo protejen contra sus vanos y falsos juicios.

Si se limitasen á decir que el misterio de la Trinidad es *incomprensible* y superior á la razon, estarían exactos en cuanto á la proposicion, aunque su objecion careceria de objeto; porque, como dijo un ilustre y piadoso sabio: "Entre todas las objeciones que puede hacer el incrédulo, ninguna es tan miserable como la que se funda en su defecto de comprension (1)."

Pero pasan mas adelante, y dicen que el misterio de la Trinidad es *absurdo*, es decir: *contrario á la razon*. Tres personas, cada una de las cuales es Dios, y que sin embargo no son mas que un solo Dios, les parece una contradiccion radical é inadmisibile, contra la cual deben estrellarse todos los argumentos en favor de la verdad de nuestra santa Religion, y que hasta les dispensa de examinarlos.

¡Cuantos filósofos se dejan arrastrar por esta ligereza en el escámen y esta osadía en las conclusiones!

Sin embargo, lo decimos sin rebaxo: si algun dogma de la Religion cristiana implicase realmente *contradiccion*, este dogma y toda la Religion serian *falsos*.—Si la Religion es verdadera, no puede ser contraria á ningun orden de verdad, porque la verdad es una, y debe permanecer siempre intacta bajo todos sus puntos de vista. La revelacion cristiana vino sin duda á enseñar á los hombres verdades superiores y nuevas; pero encontró ya en la razon humana verdades primitivas que habian sido depositadas en ella desde el principio por el mismo Dios, que forman como nuestro sello divino, y las cuales no podemos adulterar sin reasegar de nosotros mismos. Una Religion, que se dice divina, debe aspirar á completar estas verdades, y no á destruirlas.

No puede negarse que bajo este punto de vista la Religion cristiana ha acreditado su divinidad. Nada hay que esté mas en armonía con las verdades fundamentales del corazon humano que su moral y sus preceptos: hasta ha restablecido en nosotros las verdades primitivas de nuestra naturaleza, sepultadas antes como entre ruinas, y ha restaurado el edificio de nuestra grandeza con un arte que revela la mano que lo habia fundado.

Semejante religion no solo seria contraria á la razon, sino tambien á sí misma, si en el dogma fundamental de la Trinidad se opusiera á alguna verdad absoluta del entendimiento humano.

Pero antes de tocar á este delicado punto, es necesario que lo aclaremos por medio de una distincion particular, formulada por Leibnitz en los siguientes términos:

"Hay una distincion, que no debe nunca olvidarse, entre lo que es superior á la razon, y lo que es *contrario á la razon*: lo que es contrario á la razon es contrario á las verdades absolutamente ciertas é indispensables, y lo que es superior á la razon es contrario solo á lo que estamos acostumbrados

á experimentar. Una verdad es superior á la razon cuando nuestro entendimiento no sabe comprenderla: tal nos parece la Santísima Trinidad, y tales son los milagros reservados á solo Dios, como por ejemplo, la creacion. La verdad no puede ser nunca contraria á la razon, y lejos de ser *incomprensible* un dogma porque la razon lo *combate*, podemos decir que nada es mas facil de *comprender* que su absurdidad. Dije ya al principio que por la razon no quiero entender aquí las opiniones y discursos de los hombres, y mucho menos el hábito de juzgar de las cosas segun el curso ordinario de la naturaleza, sino el encadenamiento inviolable de las verdades (1)."

Nada podrá replicarse á semejante regla, porque está tomada en las mas puras fuentes de esa misma razon que queremos hacer prevalecer contra la fé.

Notemos principalmente en ella esta verdad: *Lejos de ser incomprensible un dogma porque se halla combatido por la razon, podemos decir que nada es mas fácil de comprender que su absurdo*.

El incrédulo, que pretende que el dogma de la Trinidad es contrario á la razon, no debe pues limitarse á decir que no lo comprende, sino que debe procurar comprender y hacer comprender á los demas que semejante dogma es un absurdo evidente. Debe poder manifestar que esta proposicion: *Hay un Dios en tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, las cuales no hacen mas que un solo Dios*, es manifestamente contraria á la razon, es decir, no á nuestras opiniones, á nuestros discursos y á nuestros hábitos, sino como dice Leibnitz, *al encadenamiento inviolable de las verdades absolutamente ciertas é indispensables*. El incrédulo debe pues demostrarla si quiere conservar el derecho de pretenderla.

Por lo mismo que no se limita á pedirnos que le expliquemos *el cómo* tres personas, cada una de las cuales es Dios, no hacen sin embargo mas que un solo Dios, le responderemos, que nada tenemos que explicarle; que aquí no somos mas que *sustentantes* contra el que pretende que el dogma de la Trinidad implica contradiccion; que por lo mismo á nosotros solo nos toca callar, y que él es el que debe hablar y disipar el misterio para manifestarnos los absurdos que contiene.—Añadiremos, además, que nos pondríamos en contradiccion con nosotros mismos si intentásemos explicar este misterio, pues creemos y enseñamos que es y debe ser superior á la razon, que solo su accion, *su por qué*, en el edificio del cristianismo, puede explicarse bien, y nada tiene de misterioso, puesto que sin él no hubiera habido redencion posible, si hubiéramos podido comprenderla; que por él, puesto en accion en la grande obra de nuestra salud, pudieron todos los caracteres de la Divinidad desarrollarse á los ojos del alma humana y ejercer sobre ella una influencia regeneradora; que esto solo era lo que nos importaba comprender; que hay una sabiduría profunda en no habernos elevado desde el abismo de nuestra miseria á una comprension mas especulativa, y que el cristianismo es

(1) Haller, *Cartas sobre el Apocalipsis*.

(1) Leibnitz, *Tradices*. Discurso sobre la conformidad entre la fé y la razon.

halla perfectamente de acuerdo consigo mismo y con la razon, habiendo dejado escondido este secreto en el seno de Dios.

He aquí lo que responderemos al incrédulo, y después le haremos ver con mas fuerza aún la necesidad que tiene de explicarnos y manifestarnos dónde está lo que él pretende descubrir en el misterio de la Trinidad, esto es, la contradicción. El incrédulo no puede, como nosotros, acogerse á la incomprensibilidad del dogma, porque desde este momento abandonaria su tesis. Es menester que se coloque enteramente al descubierto; y ya que, segun él, este dogma es un absurdo, debe poder demostrárnoslo, ó de lo contrario diremos que semejante absurdo no existe, y que ha andado muy de ligero al pretenderlo.

Oigámonse pues:

1.º “Dos cosas iguales á una tercera son también iguales entre sí. Por consiguiente siendo el “Hijo y el Espíritu Santo cada uno de ellos una “misma cosa con Dios Padre, deben necesariamente “ser una misma cosa entre sí, como lo son con “éste. Por consiguiente, la Trinidad de las personas se pierde en su unidad, y su semejanza las “confunde; á menos que se quiera decir que una “misma cosa es á la vez una y múltiple, lo cual es “un absurdo.

2.º “Siendo cada una de las tres personas Dios, “habrá tantos dioses como personas, y decir en seguida que todas juntas no hacen sin embargo mas “que un solo Dios, será decir que tres veces uno hacen uno, lo cual es mas absurdo todavía; la diversidad excluye la semejanza, la multiplicidad excluye la unidad.

“En dos palabras: si no hay mas que uno, no “puede haber tres; y si hay tres, no puede haber “uno solo.

Todo el aparato de esta argumentacion, la única que de ordinario se opone, y que se puede oponer al dogma de la Trinidad, estriba en la ignorancia ó descuido siempre inescusables en quien quiere pasar plaza de controversista.

Para disiparlos recordaremos tan solo las siguientes palabras del catecismo del concilio de Trento: “Procuren los pastores hacer entender á los fieles la “obligacion en que están de retener cuidadosamente “las palabras *esencia y persona*, destinadas á la “presion propia de este misterio, y de tener presente que la unidad está en la *esencia* y la distincion “en las *personas*.

Sentado esto, contestaremos á los dos argumentos.

Por lo que hace al primero, podemos decir desde luego que es vicioso en la menor del silogismo: *Siendo el Hijo y el Espíritu Santo cada uno de ellos una misma cosa como Dios Padre*. Las premisas y la conclusion serian exactas y justas en sí mismas, pero la falsedad de esta menor destruye su enlace. ¿Quién ha enseñado en efecto que el Hijo y el Espíritu Santo fuesen cada uno de ellos una misma cosa con el Padre? ¿Quién ha dicho jamas una cosa semejante? El dogma dice al contrario, que el Hijo y el Espíritu Santo se diferencian positivamente del Padre, y que hay tres personas distintas:—la

primera que es el Padre,—la segunda que es el Hijo,—y la tercera que es el Espíritu Santo. ¿Puede haber nada mas formalmente exclusivo y mas contrario á aquella asercion que constituye toda la sustancia de los argumentos del incrédulo: *Siendo el Hijo y el Espíritu Santo cada uno de ellos una misma cosa con Dios Padre?*

En esta argumentacion el artificio ó la ignorancia consisten en la reunion de estas palabras: *Dios Padre*, que se dirijen á confundir la esencia divina con la persona, que es distinta en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. Así en Dios Padre hay dos cosas, la *Divinidad* y la *Paternidad*, de las cuales solo la segunda hace parte de la *Trinidad*. El Hijo y el Espíritu son una misma cosa con *Dios Padre* en cuanto á *Dios*, pero no en cuanto á *Padre*, y solo considerándolo como *Padre* decimos que el Hijo, el Espíritu Santo y *El* son tres. En una palabra, en el misterio de la Trinidad, la semejanza no recae sobre el mismo punto que la diversidad, en cuyo solo caso habria contradicción; pues la semejanza está en la esencia divina, y la diversidad ó distincion en las personas.

Es verdad que *dos cosas que son iguales á una tercera son tambien iguales entre sí*; pero para que de esto pudiésemos deducir algo contra el misterio de la Trinidad, seria preciso que *el Hijo y el Espíritu Santo fuesen una misma cosa con el Padre*, lo cual no aparece ni puede aparecer, en el argumento que se nos opone, sino por una confusion entre *Dios* y *Padre*, entre la *esencia* y la *persona*.

Vamos al segundo argumento. Desde luego podemos decir que se encuentra ya singularmente debilitado por la contestacion que acabamos de dar al primero, del cual no es mas que una especie de corolario.

Del mismo modo que en el primero el defecto consistia en poner en las *personas* la semejanza que solo está en la *esencia*, el defecto del segundo consiste en poner en la *esencia* la diversidad que solo está en las *personas*.

“Siendo cada una de las tres personas Dios, dicen,—hay tantos dioses como personas;—por consiguiente, decir en seguida que estas tres personas “no hacen juntas mas que un solo Dios,—es decir “que tres veces uno hacen uno, lo cual es un absurdo.”

El argumento es vicioso en el segundo miembro de la mayor: *hay tantos dioses como personas*.

De que cada una de las tres personas sea Dios, no se sigue en efecto que haya tantos dioses como personas. Para que fuera así, seria menester que cada una de las tres personas fuese un *Dios*, lo cual no lo ha enseñado nunca el dogma.

Vamos á esponerlo en toda su integridad:

“Hay en Dios tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

“El Padre es.... Dios,

“El Hijo es.... Dios,

“El Espíritu Santo es.... Dios,

“Y estas tres personas no hacen mas que un solo Dios.”

Se ve pues que el dogma no dice de cada una de

las tres personas, como lo dice de las tres juntas, que es un Dios, sino solamente que es... Dios, y esta diferencia de expresion importa mucho, porque deja el carácter de la Divinidad comun á las tres personas, y solo lo particulariza en su reunion.

Si lo particularizase en cada una de las tres personas, habria tres veces un Dios, que no haria mas que un Dios, lo cual seria absurdo; pero no es así. Seria necesario violentar, no solo el sentido sino tambien las palabras del dogma, para discurrir de este modo. El dogma dice que cada una de las tres personas es... Dios, tiene la cualidad de Dios, la sustancia de Dios, que es uno; lo cual no es contradictorio, como no lo es que varios rayos de luz sean sustancia de un mismo cuerpo luminoso que los engendra, y con el cual están adheridos y confundidos, y como no lo es en ciertos derechos incorporales que residen todos enteros en el conjunto de una cosa y en cada una de sus partes, segun aquella máxima de los juristas: *Est totum in toto et totum in qualibet parte*. De la misma manera (aunque sin analogía) es dice que el dogma de que vamos tratando presenta trinidad de personas en la unidad divina, y unidad divina en la trinidad de personas: *Unitatem in trinitate et trinitatem in unitate* (1)."

Tambien aquí viene Leibnitz á corroborar nuestras esplicaciones con esta sencilla observacion que previene todas las dificultades:—"Cuando decimos que el Padre es Dios, que el Hijo es Dios y que el Espíritu Santo es Dios, y que sin embargo no hay mas que un solo Dios, debemos creer que la palabra Dios no tiene igual significacion al principio que al fin de esta frase. En efecto, una vez significa la sustancia divina; y otra vez una persona de la Divinidad (2)."

Pero ¡qué! al mismo Leibnitz, tan grande como era, bebió esta esplicacion en la fuente mas comun y mas popular, y el mas pequeño infante hubiera podido darsela tan bien como él, y hasta mejor que él, porque la sencillez de sus labios sabe guardar mas fielmente el depósito de la enseñanza católica. En efecto, el símbolo de los apóstoles, ese Credo que recitamos todos los dias, explica el dogma de la Trinidad de la manera siguiente:

"Creo en un solo Dios,—Padre todopoderoso;—en Jesucristo su Hijo único, Dios de Dios, luz de luz, consubstancial al Padre;—creo en el Espíritu Santo, que es tambien señor que procede del Padre y del Hijo, &c."

Se ve pues que cuando decimos el Hijo de Dios &c., no queremos decir que el Hijo es un Dios (él solo), sino que es Dios, está en Dios, y lo mismo hablando del Espíritu Santo, el cual procede del Padre y del Hijo; de manera que no hay ninguna especie de contradiccion en decir luego que las tres personas no hacen mas que un solo Dios.

Esto es lo que nos habiamos propuesto probar, y creemos haberlo conseguido.

De este modo se desvanecen las objeciones del

incrédulo, y no queda ya mas que un misterio, pero no un absurdo.

Seria sí un absurdo querer que la naturaleza divina no fuese un misterio; pues seria pretender que lo que hay de mas finito, el entendimiento humano, tan limitado, tan incomprensible, que es para sí propio un misterio, pudiese comprender lo infinito en lo que hay de mas infinito, y penetrar no solo la tierra y el cielo, sino el cielo de los cielos.

III. Ved empero toda la debilidad y las variaciones de este pobre entendimiento humano cuando va flotando fuera de aquel *navio de la revelacion divina que no teme nunca las tempestades*, como decia Sócrates: este mismo misterio de la Trinidad, que tanto ofusca á la razon moderna, y al cual considera como un yugo humillante, como un triste enigma propuesto para desesperarla y sujetarla, este mismo misterio constituia el orgullo de los mas esclarecidos genios de la filosofia antigua, cuyos sublimes esfuerzos se emplearon para acercarse á su conocimiento.

Dejemos hablar aquí á d'Aguesseau, cuyo distinguido talento dará nuevo realce á nuestras reflexiones:

"Todos los argumentos de los enemigos de la Religion cristiana se fundan en el único supuesto de una contradiccion real en el misterio de la Trinidad: contradiccion que jamas llegan á demostrar. Las consecuencias que de aquí se deduzcan deben pues ser necesariamente falsas; y, lejos de que la razon las favorezca, sucede todo lo contrario: cuanto mas perfecta y mas ilustrada es, mas siente y reconoce sus defectos.

"Es ademas muy digno de notarse, y esta reflexion se os ocurrirá por sí misma, señor, que el misterio de la Trinidad, que creemos el mas incomprendible de todos, es no obstante el que parece haberse hecho mas accesible que ningun otro á la filosofia mas sublime y racional de la antigüedad, es decir: á la de Platon, de modo que de lo que ella nos dejó sobre esta materia no hay mas que un paso para llegar á lo que la Religion nos enseña. Parecia á los platónicos tan poco contrario á la razon este dogma, que uno de ellos admitió hasta con entusiasmo el principio del Evangelio de San Juan, diciendo que no sabia comprender cómo una filosofia, que él llamaba bárbara respecto de la de los griegos, hubiese podido adelantado tanto (1). En esto se ve cuánta verdad es, que en materia de ideas y de raciocinios metafísicos es siempre peligroso esforzar demasiado los ar-

(1) D'Aguesseau, *Cartas sobre varias materias*, t. xvi de sus obras.

Esta última reflexion es tanto mas notable en la pluma de d'Aguesseau, cuanto era *cartesiano*, sostenia los derechos de la razon, y sobre todo la justificaba mejor que nadie por la fuerza de la suya. Su gran principio era que solo debiamos rendirnos á la evidencia; pero en seguida distinguia entre dos especies de evidencia, una de la luz, y otra de autoridad: el segun aumen- tarse esta última en metafísica religiosa.—Los filósofos de nuestros dias no han renunciado suficientemente á sus títulos, puesto que se llaman *cartesianos*, á favor de cuya palabra se han puesto á cubierto bajo los grandes nombres de los *cartesianos* del siglo xvii: Mallebranche, Bossuet, Fénelon, d'Aguesseau &c.—Hay *cartesianos* y *cartesianos*.—Tambien Spinoza era *cartesiano*.—Pero tambien es verdad que la filosofía eclesiástica

(1) Símbolo de San Atanasio.

(2) Leibnitz, *Theodica*, Discurso sobre la conformidad entre la fe y la razon.

"gumentos sacados de la razon, que es tan vária en estas materias, que los que unos creen que le es enteramente contrario lo consideran otros como la obra maestra de la misma razon. Esta reflexion podria servir para establecer la gran verdad de que en lo que concierne á la Divinidad solo Dios merece ser creído, y que nuestra razon es siempre muy débil, cuando no se halla sostenida y confortada por la autoridad de la revelacion."

El dogma de la Trinidad, como todos los demas dogmas cristianos, se encuentra bajo formas confusas y alteradas en casi todas las teologías de los antiguos pueblos, lo cual prueba que no hay mas que una sola Religion fundada en Adán por la mano del Criador, degenerada con su raza por todo el universo, y readificada, completada y asegurada para siempre en Jesucristo y su Iglesia.

En efecto, Platon parece indicar la Trinidad en el *Timéo*, en el *Epinómo* y en una carta á Dionisio el jóven: habla del Verbo con una claridad sorprendente. Segun él, el Verbo divino arregló el universo y lo hizo visible (1). Habia aprendido el dogma de la Trinidad de Timéo de Locres, que á su vez lo habia aprendido de la escuela itálica. Los pitagóricos reconocian la excelencia del ternario: el Tres no es engendrado y engendra todas las demas fracciones, y por esto la escuela pitagórica le daba la calificación de número sin madre. Los estoicos enseñaban la misma teología, segun atestigua Tertuliano, citando á Zenon y á Cleanto. En la India, en Persia y en Egipto, esta triple unidad se vuelve á encontrar en todas las degradaciones del teísmo, y siempre el *Verbo*, la *palabra*, el *logos*, como la mas elevada manifestacion del espíritu divino. En fin, los misioneros ingleses creen haber encontrado la Trinidad hasta en la religion de los salvajes de Otaiti (2).

¿De dónde pueden proceder todas estas semejanzas entre pueblos tan diferentes, y acerca de una materia tan abstracta, sino de una enseñanza divina y primitiva, ó de una revelacion hecha por el mismo Dios al hombre?

Esta induccion se cambiará en demostracion luego que hayamos espuesto lo que todavia tenemos que decir.

La doctrina platónica sobre la Trinidad se remonta hasta la filosofia oriental, y de esto ya nadie duda. Los progresos hechos últimamente en las investigaciones asiáticas han colocado esta suposicion fuera de toda controversia. El *Dupnehkat*, compilacion persa de los Védas, traducida y publicada por Anquetil-Duperron, contiene muchos pasajes mas análogos aun á las doctrinas cristianas que las alu-

siones de los filósofos griegos. Pondremos dos, sacados de los extractos que el conde Lanjumeau hizo de aquella obra:—"El Verbo del Criador es él mismo; el Criador y el grande Hijo del Criador,—Sat" "(esto es la verdad) es el nombre de Dios, y Dios "es *Trabrat*, es decir, tres veces no haciendo mas "que uno (1)."

Durante el siglo pasado los enemigos del cristianismo, y principalmente Dupuis, se habian aprovechado de estas coincidencias, y las habian eczejaado hasta llegar á deducir de ellas que el cristianismo no era mas que una emanacion de la escuela filosófica que floreció en Oriente mucho tiempo antes de la venida de Jesucristo; pero desde entonces la ciencia filológica ha ido progresando, y esta suposicion ha sido confundida por el descubrimiento de un enlace manifesto entre todas aquellas falsas nociones de la Trinidad esparcidas en Oriente, y de allí en Occidente, con la tradicion judaica, es decir, la revelacion primitiva, á la cual únicamente la revelacion cristiana se adhiere con una claridad tan pura y tan superior, que no es posible descubrir en ella mas que una emanacion del mismo espíritu, y una reaparicion de la misma luz que brilló sobre la cuna del género humano (2).

En nuestros dias esta probado que la China tuvo tambien su escuela platónica: las doctrinas de su fundador Lao-tseu tienen una semejanza demasiado marcada con las opiniones de la Academia, para que no las consideremos como vástagos de la misma familia. Los primeros misioneros habian publicado algunos extractos de sus escritos y varios pormenores de su vida; sin embargo, estos extractos eran incompletos, y los detalles sembrados de fabulas. Sobre ambas materias debemos á Abel Remusat una memoria sumamente (3) interesante, y por ella vemos que en las obras de Lao-tseu no solo constan los principios fundamentales de Platon, sino que el sabio orientalista frances hasta ha notado semejanzas de expresion, que no pueden explicarse sino admitiendo algun punto de contacto entre el filósofo ateniense y el filósofo chino. La doctrina de una Trinidad se halla tan claramente expresada en los escritos de este último, que no puede dejar de comprenderse; pero hay especialmente un pasaje en que se halla expresada de manera que da á conocer su primer origen.

"Lo que buscáis y no encontrais se llama *J*; lo "que oís y no entendéis se llama *hi* (la letra *H*); lo "que vuestra mano busca y no puede tocar se llama *Wei* (la letra *V*) (4). Estos tres son impe-

(1) *Diario asiático*, Paris, 1822, t. III, pp. 15 y 28.

(2) Así lo esperaban los judíos, testigo, además de las profecías, el siguiente pasaje ya citado de un antiguo comentario de los libros santos muy respetado entre ellos: "¿Sabéis cual es la gran luz que vera el pueblo caminando por las umbras de la muerte? Es la luz del primer dia de la creacion, que Dios "ocultó en seguida á las miradas de los mortales hasta el adventimiento del Mesías." (Madrach-Thaukhuma.)

(3) Memorias sobre la vida y las opiniones de Lao-tseu, filósofo chino del siglo VI antes de nuestra era, que profesó las opiniones comunmente atribuidas á Pitágoras, á Platon y á sus discipulos, Paris, 1822.

(4) Al traves de estas misteriosas enunciaciones se distingue sin embargo el principio lo que (buscáis),—el oír (lo que oís), y el espíritu (lo que la mano no puede tocar).

na rechaza á Espinosa (y que hasta ha encontrado el secreto de compartir su incienso entre él y Fenelon)!"

Torpiter atrum
Desinit in piece: malis formosa superne
Spectatum admittit, neum teneatis amici!

(1) Plat., t. II, in *Epinómide*—Filon, Proclo, Salustio el filósofo y otros platónicos contienen indicaciones de esta creencia mas claras todavia.

(2) Véase á Chateaubriand, en el *Genio del cristianismo*, t. I, lib. I, cap. 8, y en los *Estudios históricos*, en los cuales hay una nota muy erudita sobre este asunto, de Smoerant, que acompaña á Champollion á Egipto.

"netrables, y no forman mas que uno solo. El primero de ellos no es mas brillante, y el último no es mas oscuro. Esto es lo que se llama forma sin forma, imagen sin imagen, un sér indefinible. Remontaos, y no encontrareis nunca su principio; descendad, y jamas podréis descubrir dónde termina."

Este extraordinario pasaje no tiene necesidad de comentarios, pues encierra claramente el dogma de la Trinidad. Lo que llama la atención son esas tres sílabas de que se compone el nombre de la esencia trina-una. M. Abel Rémusat observa que J H V son mas mas bien tres sílabas que tres letras, porque las sílabas expresadas en el texto chino no forman sentido en su lengua, y son por consiguiente la representación de las letras solas (1). Aquellas letras deben ser, pues, un nombre extranjero, y sin duda que solo podríamos buscarlo entre los judíos. Su nombre inesfable, como ellos lo llamaban, y que nosotros pronunciamos *Jehovah*, se encuentra desfigurado de mil maneras en los misterios de muchas naciones paganas (2); pero en ninguna lo está menos que en este pasaje del filósofo chino, y seguramente no pudo expresarse en su lengua de una manera que mas se pareciese á la palabra original (3).

El sabio orientalista francés no encuentra en esta etimología ninguna inverosimilitud, antes al contrario, procura corroborarla con argumentos históricos que descubren mas su semejanza; pues establece por medio del estudio de las tradiciones, que el filósofo chino *Laotseu* habia hecho, antes de la publicacion de sus doctrinas, un viaje filosófico á Occidente, que debió extenderse hasta la Palestina, y que pudo coincidir con el que en aquella época hizo Pitágoras á los mismos paises, por cuyo medio, esto es, los viajes de aquellos sabios, se desparramaron por el Oriente y por el Occidente aquellas misteriosas doctrinas que se han encontrado despues en medio de naciones tan distantes entre sí (4).

De este modo, todas esas analogías reconocen un origen comun, que no es otro que la revelacion primitiva, cuyo depósito habia sido confiado al pueblo judío, y en la cual la razon de los grandes filósofos habia buscado inspiraciones (5).

Es preciso, sin embargo, tener presente una objecion, que parece queremos arrebatar los beneficios de esta conclusion en el mismo momento de irlos á recoger.—Para admitir una relacion cualquiera de dependencia entre las filosofías griega y china y la doctrina judaica sobre la Trinidad, por mas

luminosas que sean sus analogías, es necesariamente indispensable que la nacion judía hubiese estado antes en posesion de esta doctrina, á lo cual se constatará que no hay ningún monumento que lo atestigüe. En el antiguo Testamento ni una sola palabra se encuentra que suponga el conocimiento del dogma de la Trinidad, por consiguiente, ¿cómo podrá decirse que en él tiene su origen?

Esta objecion es muy superficial. El pueblo judío estaba imbuido en el dogma de la Trinidad, y cualquiera se convencerá de ello si consulta las escrituras y la tradicion de este pueblo.

Es verdad que en sus escrituras no se halla explícitamente deducido este dogma, pero está explícitamente contenido en ellas, pues todo el lenguaje de los libros santos lo supone. Principalmente en el *Génesis*, el primero de estos libros, se encuentran muchos pasajes en que la Divinidad habla y obra claramente en plural, conservando empero una perfecta unidad; por ejemplo, aquellas palabras: "Dios dijo: *Hagamos* al hombre á nuestra imagen y semejanza, etc. (1), nos manifiestan el consejo de las personas divinas reunido para imprimir en nosotros su imagen, por la cual podremos, consultándola en adelante, llegar tal vez á adquirir alguna inteligencia del misterio de Dios tan estrechamente enlazado con el misterio del hombre. Confesamos, sin embargo, que si este pasaje estuviera solo, ó si no hubiese mas que otros pasajes análogos, no seria bastante para inducir la creencia en una pluralidad de personas en Dios. Podríamos no ver en ellos mas que una manera mas noble de hacer hablar la única y suprema personalidad divina, como hablan los reyes de la tierra ó promulgan su voluntad, que expresan del modo siguiente la plenitud de su poder: "Nos, etc." Pero ¿cómo dar esta interpretacion: "Y descendió el Señor para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de Adán (la torre de Babel), y dijo: Hé aquí el pueblo es uno solo, y el lenguaje de todos uno mismo; y han comenzado á hacer esto, y no desistirán de lo que han pensado hasta que lo hayan puesto por obra; *venid* pues, *descendamos* y *fundemos* allí su lengua, de manera que ninguno entienda el lenguaje de su compañero; y de esta manera los esparció el Señor (2)?"

—Se quiere algo que sea todavia mas formal? Despues de la trasgresion original, dijo el Señor Dios: "Hé aquí á Adam, hecho como uno de nos, sabiendo el bien y el mal; ahora pues, *impidámosle* que alargue su mano y tome del árbol de la vida. El Señor Dios le echó del paraíso del deleite, etc. (3)."—Estos pasajes, que podríamos fácilmente multiplicar, no necesitan comentarios, pues revelan en el *Señor Dios* una pluralidad de personas distintas: *VENID PUES, —UNO DE NOS*; y no pertenecen sin embargo al gran dogma de la unidad divina, tan capital entre los judíos, y que hace resaltar tanto mas aquellas locuciones inconciliables

(1) Como cuando entre nosotros se pone una A que significa *abuelito* ó *aprobado*, una V *esto*, etc.

(2) ¿Se originará de aquí la palabra *Jovis*, *Jupiter*?... Tal es la opinion de todos los filólogos.

(3) Pronunciando la palabra china *li-hi-wai*, segun sus sílabas, se parece mucho al hebreo *Jehovah*, tal como lo pronuncian los hebreos orientales, que son mas bien tres sílabas que tres letras, J H V.

(4) Otros sabios, entre ellos Windischmann y Klaproth, son del mismo parecer de Abel Rémusat.

(5) Hemos visto esta curiosa disertacion sobre la semejanza de la doctrina china, tocante á la Trinidad, con las doctrinas judaicas, en el xi Discurso sobre las relaciones entre la ciencia y la Religión revelada, por Wiseman.—Lo que vamos á añadir parece confirmará mas esta etimología.

(1) *Génesis*, cap. I, v. 26.

(2) *Génesis*, cap. 11, v. 5, 6 y 7.

(3) *Génesis*, cap. 3, v. 22.

con él, si no queremos ver en ellas el misterio de la Trinidad. Por esto los ciegos judíos, que no han querido admitir el cristianismo, bajo pretexto de que las adoraciones que en él se dan á Jesucristo se defraudan á Dios, han quedado siempre perplejos cuando se les ha recordado estos pasajes.

Pero vamos adelante: para designar la Divinidad se han empleado en la Biblia dos expresiones muy notables, la una es *JEHOVAH*, y la otra *ELOIM*.—La primera, según el parecer de todos los hebraístas, correspondió siempre á la idea de la suprema esencia, del ser mismo de Dios considerado en su sustancia, á diferencia de *ELOIM*, que se aplica mas especialmente á la idea de Dios con relacion á su presencia y á su poder (1).—Una de estas expresiones, *JEHOVAH*, está siempre en singular y la otra siempre en plural. *ELOIM* significa en efecto, los Dioses ó un sentido análogo; y es tan enérgica esta pluralidad, que en una obra intitulada: *Eloim ó los Dioses de Moisés*, el autor pudo fundar sobre ella la extravagante opinion de que la nacion judía era politeísta (2). Pero lo que destruye esta opinion aislada y confirma la nuestra, que tiene en su favor las mas claras autoridades, es que aquella palabra que está siempre en plural, tambien rije siempre al verbo que la sigue en singular. Obsérvese principalmente esto en el primer versículo del Génesis, que traducido palabra por palabra debe leerse de este modo: "En el principio los Dioses hizo el cielo y la tierra."

Paguin, Marcel de Serres y William Jones, no vacilan en ver en aquella palabra *ELOIM* y en el uso que de ella se hacia, una expresion misteriosa que da á entender de una manera oculta la existencia de muchas personas en Dios, y que tiene las analogías de esta interpretacion en varios pasajes de las Escrituras (3).

Juan Jerez, judío convertido en Inglaterra hace unos cuarenta años (decia William Jones en 1800), publicó sobre esta materia un elocuente escrito que dirigió á sus hermanos, incrédulos todavia, en el cual les espuso sus motivos para renunciar á la religion judía y abrazar la de los cristianos. El argumento que opondis al cristianismo, les decia, es que la divinidad de Jesucristo trastorna enteramente los principios de vuestra religion, que tiene por base la unidad de Dios. Pero esta unidad debe entenderse, no de la persona, sino de la esencia. En la esencia puede hallarse comprendida mas de una persona; y para probar este último punto, entre otros argumentos, cita Juan Jerez á sus hermanos de otro tiempo el uso que hacian de la palabra *ELOIM* que pertenece al plural, y de la cual se sirven para expresar la idea de Dios, haciéndole regir un verbo cuyo sentido expresa el singular.

Los que hayan admirado estos argumentos en favor de la verdad de la creencia en el dogma de la

Trinidad entre los judíos, continuarán admirándose y se admirarán mas todavia cuando sepan que esta creencia no habia recibido en todo el curso del antiguo Testamento una explicacion tan esplicita y tan clara como la que le dió el Evangelio, ni tanto siquiera como la que se encuentra en los escritos de los filósofos que hemos citado. Vamos á constatar á esta réplica, y creemos poderlo hacer de una manera satisfactoria. Al mismo tiempo completaremos la demostracion que hemos emprendido, disipando las últimas sombras que oscurecen aun la verdad que es su objeto.

Uno de los caracteres particulares y mas espresivos de los libros inspirados del Antiguo Testamento, es contener todas las verdades esenciales de nuestra fé, pero solo de una manera infusa, latente, oscura. El Mesías (tal era la creencia admitida entre los judíos) debia venir á romper los sellos del Testamento y á poner de manifiesto todas las verdades. En él debian todas las creencias venir á completarse, á desarrollarse, á objetivarse, y como no estaban mas que medio entreabiertas y como cubiertas con un velo, dormitaban, por decirlo así, esperando la luz que se habia de revelar á las naciones: *Lumen ad revelationem gentium*.

Sin embargo, aun antes de la venida de Jesucristo, y á la par de los libros santos, existia una tradicion sagrada, de la que era depositaria la Iglesia ó la Sinagoga, que tenia su origen en la revelacion primitiva y en las instrucciones orales que, según el sentir de los mas célebres rabinos, Moisés recibió de Dios sobre la montaña además de las tablas de la ley, y que contenia una gran cantidad de preceptos y de doctrinas no escritas, no oficiales, pero confiadas al cuidado del cuerpo de los sacerdotes, y progresivamente comunicadas y esparcidas por ellos entre el pueblo, que no hubiera sido capaz de conservarlas, y que las hubiera hecho degenerar en supersticiones, si se le hubieran entregado sin discernimiento ni restriccion. Apenas se habia hecho alusion á estas doctrinas secretas y mas sublimes en la ley escrita, pero no era permitido á los doctores ignorarlas. De aquí aquellas palabras de Jesucristo á Nicodemo acerca del precepto que era necesario renacer de nuevo: ¿ERAS MAESTRO EN ISRAEL, É IGNORAS ESTO? Luego esto no se halla en la ley escrita. Existe en ella el gran dogma de la inmortalidad del alma, el dogma de la resurreccion, el del misterio de la Encarnacion, y por último el de la Trinidad. Apenas encontramos vestigio de estas sublimes doctrinas en los libros canónicos de los judíos; y sin embargo, es indudable que los judíos, instruidos y aplicados á la ciencia de Dios, no las ignoraban, aunque no hayan recibido su entero desarrollo hasta el cristianismo.

Un célebre judío, que tenia un conocimiento profundo de todos los autores de su nacion, y que los tratados de los rabinos le eran tan familiares, como nos lo son los autores clásicos á nosotros cuando salimos de la universidad, se convirtió al catolicismo, del cual es en el dia uno de sus mas decididos defensores, por el descubrimiento de esta grande é incontestable verdad: que entre los judíos hay una

(1) Véase á Paguin y Marcel de Serres, t. II, p. 185.

(2) Hemos caracterizado ya el espíritu y la tendencia de esta obra en el primer tomo.

(3) Paguin, Marcel de Serres ya citados;—William Jones, de la Trinidad según las bases de la fé y las doctrinas de la Religión católica.

sería de tradiciones que no reciben su desarrollo sino por el catolicismo, y que aquel pueblo poseía una teología secreta, que fué manifestamente conservada y continuada por nuestra Iglesia. Hablamos del sabio Molitor, de Francfort, autor de dos volúmenes llenos de interesantes indagaciones sobre esta materia, y que llevan el título de: *La filosofía de la historia ó de la tradición*.

Sin profundizar este estudio, nos limitaremos á citar de él un solo artículo, radiante de evidencia, y que tomándolo como tipo de los demás, nos llevará á la conclusion de esta parte de nuestro asunto.

Por poco que hojeemos los antiguos comentarios ó tratados teológicos de los judíos, que son con relacion á los libros inspirados propiamente dichos lo que los escritos de los padres respecto del Nuevo Testamento, llamará ciertamente nuestra atencion encontrar en ellos tal prenoció de los principales artículos de la fé católica, que se diría fueron escritos bajo la inspiracion de la nueva ley, lo cual no puede provenir sino de una tradicion sagrada, puesto que no se encuentra rastro de ella en las santas Escrituras propiamente dichas.

En el libro del *Escenístico*, por ejemplo, que aun cuando unido á los libros inmediatamente inspirados, no compone sin embargo parte del cánón, y cuya composicion, atribuida al hijo de Sirach, se remonta indudablemente á doscientos años antes de Jesucristo, segun confesion de los judíos, sorprende encontrar la doctrina del Verbo, Hijo de Dios, de su generacion y de su coexistencia en términos que hacen presentir la magífica entrada del Evangelio de S. Juan, y es muy natural el pensar que es de la propia fuente de donde habia sacado Platon lo que dijo sobre esto mismo (1).

Pero hé aquí lo que se refiere de mas cerca al misterio de la Trinidad, y derrama una luz mas viva sobre la relacion ya entrevista por Abel Remusat entre las filosofías griega y china, y la doctrina de los judíos acerca de este gran misterio.

Hay un libro muy antiguo, conservado siempre con gran veneracion entre los judíos, titulado el *Zohar*. Escuchad lo que decia no há mucho tiempo sobre este libro un hombre tan célebre por su profundo saber como por su eminente piedad, y cuya conversion al catolicismo debería ser para el judaismo, del que fué uno de sus mas sabios doctores, un gran motivo de reconocimiento de la verdad: "El *Zohar* es indudablemente uno de los monumentos mas preciosos de la antigüedad judaica; contiene tradiciones de la Sinagoga que pertenecen á los tiempos mas remotos, y que ya entonces anunciaban bajo términos místicos muchas verdades fundamentales del cristianismo: ¿nos será permitido decirlo? los misterios mas formidables de nuestra santa fé, que podemos y debemos adorar y no profundizar. Los judíos, á pesar de profesar una gran veneracion á este libro, que llaman *Zohar hakkadosch*, el *Santo Zohar*, no ven ni quieren ver en él estas pruebas evidentes de la

verdad católica. Si un velo de hierro se interpone entre sus ojos y las profecías del Antiguo Testamento, tan claras cuando se las lee sin prevencion, en el mismo caso están el *Zohar* y otros libros antiguos, donde se encuentran estas preciosas tradiciones de la *Iglesia antigua*, la Sinagoga, fiel hermana primogénita de la Iglesia católica, y hablando con mas exactitud, la misma *Iglesia* en una época distinta (1)."

Ved pues lo que se lee en la página 37 de esta obra con motivo de aquel verso del Deuteronomio: "Oye, Israel, el Señor Dios nuestro es el único Señor (2)," que traducido palabra por palabra debe leerse así: "Oye, Israel, Jehovah, Elohé-nou, Jehovah es uno."—Hé aquí lo que dice el *Zohar* sobre este pasaje:

Hay dos, al cual se junta uno, y son tres, y siendo tres, no hacen mas que uno.—Estos dos son los dos Jehovah del versículo: Oye, Israel... Elohé-nou se te junta.

¿Qué cosa mas formal puede desearse tratándose del misterio de la Trinidad, y cómo puede dejar de notarse la extraordinaria relacion que hay entre este pasaje y el del filósofo chino acerca de la palabra J H E I V X I 6 J H V, y no participar de la opinion de Abel Remusat, de Windischmann y de Klaproth, que colocan el origen de esta nocion confusa del misterio de la Trinidad, esparcida en las filosofías griega y china entre los verdaderos adoradores de JEHOVAH, los judíos nuestros antiguos padres en la fé?

Por esto, cuando aquella luz que desda al pueblo judío solo manifestaba su aurora á los demás pueblos, se hubo levantado sobre el mundo en la persona del Cristo, uno de sus discípulos, Juan el pescador, tomando el vuelo del águila, y elevándose infinitamente sobre la tierra, sobre el aire y los cielos, sobre el ejército de los ángeles y los coros de todas las potencias invisibles, en una palabra, sobre todo lo criado hasta colocarse al lado del Criador, proclamó la generacion del Verbo de la manera siguiente: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios, todas las cosas fueron hechas por él, y nada de lo que fué hecho se hizo sin él. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz en las tinieblas resplandece; mas las tinieblas no la comprendieron. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas á cuantos le recibieron, les dió poder de ser hechos hijos de Dios... y el Verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad." Podemos decir que al acento de estas palabras cayó el velo de los ojos de un gran número de platónicos, que reconocieron en ellas la doctrina de su antiguo maestro, pasada al estado de revelacion celeste; y los Justinos, los Clementes, los Orígenes y todos los

(1) Véase las citas anteriormente hechas de muchos pasajes, t. II.—La misma doctrina se encuentra en los Proverbios de Salomon.

(1) Noticia sobre el Talmud, por el caballero Drach, bibliotecario honorario de la Propaganda de Roma.—(*Universidad católica*, número de Junio 1843.)—M. Drach era antes famoso rabino en París.

(2) *Deuteronomio*, cap. 6, v. 4.

talentos filosóficos de aquel tiempo creyeron que intervenía en ellas la inteligencia divina, y que solo el mismo Verbo de Dios podía expresarse de esta manera por boca de un hombre que no había conocido hasta entonces mas que sus redes.

El misterio de la Trinidad salió de las abstracciones filosóficas, y se manifestó con toda claridad á los hombres en la participacion de las tres personas divinas en la obra de nuestra redencion: el *Padre* que la promete, el *Hijo* que la ejecuta, y el *Espíritu Santo* que la consuma. El Verbo de Dios hecho carne, visto en la tierra, enviado de Dios su Padre, enviando despues de él el Espíritu consolador para atraernos á sí y llevarnos él mismo á Dios, y para consumarnos por la Trinidad en la unidad, que es la verdad, el amor y la vida. ¡Qué manifestacion tan tierna de la divina naturaleza! ¡Quién no la comprende ya al leer aquellas amables palabras del testamento de Jesucristo á sus discípulos y á todos los cristianos que debian sucederles? "Yo soy el camino, la verdad y la vida: nadie viene al *Padre* sino por mí. Salí de mi Padre y vino al mundo; ahora dejo al mundo y vuelvo al Padre, y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que more siempre con vosotros, el *Espíritu de verdad*, á quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve, ni lo conoce; mas vosotros lo conoceréis, porque morará con vosotros y estará en vosotros. Cuando os haya dejado, os atraeré hacia mí á fin de que donde yo esté, podais estar vosotros tambien. En aquel dia conoceréis que yo estoy en mi Padre, vosotros en mí, y yo en vosotros. Como el Padre me amó, así tambien yo os he amado. Perseverad en mi amor. Mi mandamiento es que os améis los unos á los otros, como yo os amé á todos. Al que me ama, mi Padre le amará, y vendrémos á él, y haremos en él nuestra mansion. ¡Padre santo! guarda por tu nombre á los que me diste, para que sean uno como nosotros. No ruego solamente por ellos (los primeros apóstoles), sino tambien por los que deben creer en mí por su palabra, á fin de que TODOS se formen mas que UNO, y así como vos, Padre mio, estais en mí y yo en vos, sean ellos tambien UNO en nosotros. ¡Padre mio! quiero que donde yo estoy estén tambien conmigo todos los que me disteis, á fin de que vean la gloria que me habeis dado, y cómo me amasteis desde antes de la creacion del mundo (1)."

¡Qué sublime doctrina! ¡cómo eleva al hombre sin rebajar en nada la dignidad de Dios! Comprendámoslo bien: debemos amarnos unos á otros, dice Jesucristo; y ¿como quién? Como él nos amó á todos. Y ¿como á quién él nos amó? Como su Padre le amó á él. Y ¿cuál será el resultado de este amor? Hacer que seamos todos uno, de la misma manera que son uno el Padre y el Hijo unidos por el Espíritu Santo; realizar en nosotros la unidad, es decir, la vida misma de Dios; y como si no fuera bastante asociarnos á esta unidad (como vos, Padre mio, estais en mí y yo en vos, así sean ellos una

misma cosa en nosotros), uniéndonos á todos, los unos á los otros, por el mismo amor y por la misma unidad que brilla en el misterio de la Trinidad, identificarnos con Jesucristo y por medio de Jesucristo con Dios, y hacer así del hombre una de las tres personas divinas, una especie de Dios.

"¡Oh grandeza! ¡oh dignidad de la Iglesia! ¡oh santa sociedad de los fieles! exclama aquí Bossuet, "que debe ser tan acabada y tan perfecta, que Jesucristo le dé por modelo la misma unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu que de ellos procede! Sean uno, dice el Hijo de Dios, no como los ángeles, ni como los arcángeles, ni como los querubines, ni como los serafines, sino uno, dice, como somos nosotros (1)."

No hay palabras capaces de expresar esta doctrina en toda su sublimidad, y sin embargo la doctrina es la verdad, y esta verdad se hace sentir de todos los que la ponen por obra y la introducen en su alma por medio de la recepcion del espíritu de gracia y de caridad, del cual decia Jesucristo que: *El mundo no puede recibirlo porque no lo ve ni lo conoce; pero vosotros, añadia dirigiéndose á sus discípulos, lo conoceréis, porque morará con vosotros y estará en vosotros.*

IV. Apoyada sobre esta doctrina, pudo la razon humana ejercitar sus fuerzas en penetrar la naturaleza divina y en adquirir algun conocimiento de aquel grande espectáculo que se nos dará á contemplar en el cielo.

Llegados á este lado filosófico de nuestro asunto, no queremos entrar á toda costa en las altas y peligrosas especulaciones que desde el principio hemos evitado; pero habiendo una filosofía, cuya última palabra es *ateísmo*, falseado el misterio de la Trinidad para hacerlo servir á sus funestos sistemas, hay una utilidad práctica en desarmarla y confundirla, oponiéndole la filosofía verdadera, sencilla natural de la fé, á quien devuelve en argumentos lo que de ella recibió en inspiraciones.

La doctrina católica de la Trinidad nos da de la naturaleza divina la idea mas conforme á las exigencias de la pura razon; sin ella seria imposible al espíritu humano formarse una idea lógica del carácter divino.—Esta proposicion nos parece susceptible de una demostracion rigorosa, escijiendo solo de nuestra parte un escámen muy detenido.

I. En efecto, todo lo que la razon puede imaginar del carácter de Dios consiste en representárselo como un espíritu soberano, esencialmente dotado de pensamiento y de amor en el grado mas infinito.—Quítale á Dios la propiedad de pensar y de amar, y le habréis quitado lo que le constituye espíritu y alma, y por consiguiente, rehusándole lo que distingue á la criatura mas humilde en el órden de los seres pensadores, lo habréis aniquilado. O Dios es inferior al hombre, dijo M. Cousin, ó posee al menos cuanto hay de permanente y de sustancial en el hombre, con la infinidad ademas (1).—Para figu-

(1) Bossuet, *Sermón sobre el misterio de la Santísima Trinidad*.

(1) *Prelecciones de Pascal, Memoria presentada á la Academia francesa por M. V. Cousin. Prólogo, p. 44.*

(1) *Evangelio de S. Juan, cap. 14, 16 y 16.*

rarse racionalmente á Dios, es pues, preciso tener presente la idea de un sér, en quien la propiedad de pensar y de amar es esencial é infinita.

II. Pasemos mas adelante: no basta reconocer en Dios esta propiedad, este fondo esencial de su naturaleza intelectual; es menester ademas admitirla en actividad constante, y por consiguiente dotada de un objeto sobre que pensar, y de un movimiento de amor, en los cuales se ejerza en toda su plenitud; de otra manera seria forjarse una concepcion de la Divinidad para verla desvanecerse en seguida; seria negarle luego lo que antes le habriamos concedido.—Tambien es preciso que ese objeto sobre que pensar y ese movimiento de amor, en quienes ejerce Dios su naturaleza pensadora y amante, sean correspondientes y adecuadas á la infinitud de esta naturaleza; no puede concebirse el sér eterno é infinito ni un solo instante, ni sobre ningun punto, desprovisto de actividad en su facultad de pensar y de amar; pues esto seria decir que no es eterno é infinito, á pesar de ser todo él inteligencia y amor. Dios ha debido pensar siempre, Dios ha debido amar siempre; de donde se sigue que lo que es en él pensamiento y amor, debe serle coeterno, coexistente y coinfinito: *Orta autem simul est cum mente divina*, dice Ciceron, hablando de la recta razon de Dios, *recta ratio summi Jovis* (1). Sin estas condiciones y estos caracteres toda idea de Dios queda desvanecida por la razon.

3.º Fácil es ver ahora que su concordancia no es otra cosa que el misterio católico de la Trinidad, y que supone necesariamente en Dios unidad de naturaleza entre él, su pensamiento y su amor, y en esta unidad, trinidad.

No puede haber mas que un infinito. Esta verdad lleva en sí misma su evidencia. Dos infinitos implican contradiccion, porque se finitan mutuamente, esto es, se destruyen uno á otro. Por consiguiente, si lo que es pensamiento y lo que es amor en Dios deben ser infinitos, es necesariamente indispensable que sean de la misma naturaleza que Dios, consustanciales á Dios, Dios mío, puesto que solo Dios es infinito.

Pero, por otra parte, tambien es necesario que este pensamiento y este amor sean distintos en él de la misma facultad que posee de pensar y de amar. Toda actividad supone una relacion, y esta relacion dos términos: el sujeto y el objeto. No concebimos el pensamiento sino como un *producto* de la inteligencia, distinto por lo mismo de la inteligencia. En la inteligencia que piensa hay una cosa que hay en la inteligencia que no piensa: esta cosa es el pensamiento. El genio de Homero hubiera podido no producir la *Ilíada*; por consiguiente, la *Ilíada* es una cosa distinta de la inteligencia de Homero. Lo que decimos del pensamiento podemos decirlo tambien del amor, con la única diferencia que cuando este es recíproco, sale á la vez de los dos seres que junta. La consideracion que dejamos antes establecida, de que no puede concebirse á Dios ni un solo instante desprovisto de pensamiento y de amor, no

destruye nuestra distincion, la cual tan solo pone el necesario en el lugar del contingente, y el infinito en el del finito. La inteligencia divina engendra su pensamiento desde toda eternidad: lo que hacemos nosotros sucesivamente y por intervalos, lo hace ella una sola vez, y esta vez es siempre.

Es pues necesario que lo que en Dios es pensamiento y lo que es amor sean idénticos á Dios mismo, en cuanto á la sustancia; y sin embargo, difieren en él de la misma facultad que tiene de pensar y de amar.

La razon debe tener presente todo esto para poder comprender la idea de Dios.

Este es el misterio de la Trinidad, que nos descubre tres personas en un Dios: el *Padre* engendrando un pensamiento eterno, que es su *Hijo*, y que lo ama y es amado por él con un amor que procede igualmente del uno y del otro, y que constituye el *Espritu Santo*.

No tenemos reparo en decir que, por mas misteriosa que sea semejante doctrina, es la única que pueda permitir á la razon el formarse una idea consecuente y lógica de Dios. Sin ella carece la filosofía de derecho hasta para pronunciar tan augusto nombre; porque ó no es mas que una preocupacion, que ni siquiera se toma el trabajo de desvanecer, ó si se ve obligada, degenera en absurdo, puesto que no puede rehusar á Dios lo que constituye la existencia de un sér cualquiera, esto es, las relaciones; ni puede encontrar términos para explicar estas relaciones sino en sí misma.—Nos parece de tanto peso esta reflexion, nos atrevemos á decirlo, que aunque jamas se hubiera conocido la nocion del misterio de la Trinidad, bastaria tener idea verdadera de Dios para llegar de deduccion en deduccion al descubrimiento de este misterio: tan exacto es que la idea de Dios lo contiene necesariamente.—Dios es mas incomprensible sin este misterio que el misterio mismo.

Habiendo cierto dia un célebre predicador dicho desde el púlpito que la creencia en la doctrina de la Trinidad era la vida de las naciones, y que por todas partes, donde no se habia querido admitir este dogma, la vida moral y social habia sufrido menoscabo, semejante proposicion nos pareció excesiva; pero al momento conocimos que era rigurosamente exacta; porque puede decirse que la creencia en la doctrina de la Trinidad es la creencia en el Dios verdadero, á la que sostiene, vivifica y salva de las caidas inevitables que no tardaria en experimentar hácia la supersticion y la impiedad. Es necesariamente inevitable que el carácter divino vaya borrándose del todo del espíritu de los hombres, ó que caiga y se envilezca en el cfrculo de las cosas finitas, si el misterio de la Trinidad no viene á rehabilitarlo y sostenerlo, imprimiéndole una actividad infinita, y realizando las facultades que le distinguen por medio de relaciones iguales á estas facultades.

Para hacer conocer mejor toda la riqueza filosófica de este misterio, séanos permitido recurrir á algunas analogías, cuyo uso justificaremos luego despues.

Dios se nos representa en este misterio bajo los

(1) De legibus, lib. 1.

atributos que mas convienen á su naturaleza: es un *Padre*. La fecundidad propia del *sér*, y que se revela en las mismas criaturas, á medida que tienen mas vida y actividad, no podia rehusarse sin inconsecuencia al que es el *sér* por esencia, y en el cual reside la plenitud misma de la vida y de la actividad. Sin embargo, todas las maravillas de la creacion no pueden expresar dignamente esta fecundidad; porque *crear* no es *engendrar*, pues *crear* es *sacar de la nada*, y *engendrar* *sacar de sí mismo*. El misterio de la Trinidad es pues el único que realiza en Dios la facultad generatriz, la paternidad verdadera, que es la principal propiedad de la vida de los *séres*.

Esta paternidad es la mas fecunda, la mas sublime, la mas digna de Dios que la razon pueda concebir, porque *engendre* (1) lo que podemos imaginar de mas perfecto; pues es un *sér* semejante á sí mismo, y al cual engendra eternamente. ¡Qué generacion!! Figúrense un hombre de genio, uno de esos artistas, á quienes el entusiasmo de los pueblos ha aplicado el epíteto de divinos. Platon, Miguel Angel, Rafael, Milton, Meyerbeer, evocando en su grande alma el tipo, el ideal de lo bello, infinitamente superior á todo lo que jamas nos hayan podido dar á conocer, por la imposibilidad en que han estado de ejecutarlo: ¡qué ideas! qué figuras! qué cuadros! qué armonías! qué poesía! qué cosas pasarían en los éxtasis de aquellos hombres inspirados, de las cuales todo lo que de ellos conocemos no son mas que pálidas sombras! Comparacion grosera, pero al fin comparacion que puede ayudarnos á formarnos alguna idea de la concepcion de Dios, que es lo bello por excelencia, el *Padre de lo bello*, produciendo cuanto podemos imaginar de mas perfecto, es decir, reproduciéndose á sí mismo. ¡Qué son el cielo y la tierra, la belleza de la naturaleza y todas sus pasmosas maravillas? Juguetes, bosquejos, trazos perecederos del grande Artífice que los conserva por un instante fuera de la nada de donde los sacó; pero hé aquí una obra que va á sacar de sí mismo, en la cual va á ponerse todo entero, y en la cual va á manifestar todas sus adorables perfecciones: ¡qué obra maestra! ¡con cuánta fuerza se manifiesta en ella la inefable paternidad de Dios! Paternidad incesante y eterna, porque desde toda la eternidad y durante toda la eternidad, aquella palabra de Dios, aquel pensamiento que es su *Verbo*, su Hijo, (es decir, *la Verdad* en su acepcion mas lata y universal, *la Razon* misma, la recta Razon, ley soberana y señora de todas las inteligencias) sale de él sin desprenderse de su persona. ¡Jamás hubo misterio mas rico, mas sublime, mas expresivo de la fecundidad de aquel por quien todo fue hecho fecundo!

Por consiguiente, si el amor está en razon de las perfecciones del objeto amado, ¿cuál debe ser el amor de semejante Padre por semejante Hijo, y de semejante Hijo por semejante Padre? Debe ser no solo un amor, sino el amor mismo, todo el amor en su esencia, del mismo modo que su objeto es toda

la belleza en sus perfecciones. Nunca existió una idea de amor semejante á la que de él nos da el misterio de la Trinidad; nunca existió idea mas santa, mas absoluta y mas verdadera (1). Figúrense además, que la obra maestra de un grande artista, una magnífica estatua, resultado de sus estudios, de sus vigilias y de sus largos y misteriosos trabajos, última expresion de la belleza y de la vida, ídolo de sus complacencias y de su orgullo, puede de repente animarse y recibir y dar el amor: ¿de qué modo brotará este sentimiento de su alma virginal, y saldrá al encuentro del de su padre y autor? ¿Qué amor mas puro que el que resultará de la procedencia de estos dos *séres*? ¡Qué union! ¡qué intimidad de relaciones se establecerá entre ambos! El artista habia trasladado á su obra toda su alma, todo su genio; y este genio y esta alma van á retornar á su principio, á retornar por medio del amor. La mitología personificó esta suposicion en la figura de Pigmalion, y un artista moderno (2) ha reproducido con su magico pincel el pensamiento psicológico de aquella fábula, representando entre la estatua y el artista, teniéndoles á ambos por la mano, á un niño alado, simbolo del amor, y que parece nacido de los *séres* que junta y enlaza.

Por mas imperfecta que sea esta imágen, podemos no obstante descubrir en ella algo del misterio que vamos estudiando. Hay efectivamente en ella *trinidad*: 1.º el alma del artista; 2.º su concepcion realizada en la estatua; 3.º el amor.—Hay igualmente en ella *unidad*; porque, ¿qué es la estatua sino su misma alma manifestada, y una emanacion de su sustancia intelectual? ¿Qué es el amor que los une y enlaza sino la misma alma concentrando su pensamiento en ella, y haciéndola hasta cierto punto entrar otra vez en la sustancia de su genio?

Toda esta vana suposicion se realiza en el misterio de la Trinidad, haciendo entrar en él toda la distancia que media entre lo finito y lo infinito, entre lo relativo mas ínfimo y lo absoluto mas inaccesible á nuestra pobre imaginacion. En Dios la concepcion que produce la persona del *Verbo* es absolutamente perfecta, y no puede tener rival; es única; es continua é inseparable de su sustancia, y este Hijo adorable no deja de estar unido á las entrañas que no cesan de engendrarlo. El Espíritu Santo, ó el amor que nace de ambos, no encontrando nada mas perfecto que esta fuente de toda perfeccion, saliendo fuera de ella misma, se vuelve á sumergir en ella como en su único elemento, y por medio de este comun movimiento realiza la mas trascendental unidad.

Aquí se estrellan todos los esfuerzos del entendimiento humano, los ojos se turban, y no alcanzan á ver mas que vagas y remotas analogías: es el misterio. Pero si la razon no puede comprender claramente esta manera de *sér* de Dios, se le hace evidente que no puede ser de otro modo; porque como hemos dicho, la suprema inteligencia no puede con-

(1) *Genitum non factum*. (Símbolo de los Apóstoles.)

(1) Es imposible no descubrir en todo cuanto dice Platon de la belleza y del amor una promision del misterio de la Trinidad.
(2) Girardet.

cebirse desnuda de pensamiento y de amor; porque este pensamiento y este amor necesitan un término y un objeto; porque este término y este objeto deben ser infinitos como la inteligencia infinita, á la cual deben corresponder, y deben necesariamente formar con ella una sola cosa, porque no hay mas que un solo infinito, y porque así es como se halla matemáticamente probado el misterio católico de la Trinidad.

Las analogías de que nos hemos valido para aclararlo están ademas tomadas en un orden de cosas que es su legítima imagen, y que por este motivo no es menos misterioso aunque indudable, puesto que esta es la manera de ser de nuestra misma alma, y de esa razon que procura concebirlo. ¿Cómo podria pues admirarse ésta de encontrar en el original las dificultades que no puede resolver en la copia?

La filosofía y la teología han estado siempre de acuerdo en reconocer en el hombre una imagen de Dios (1). La manera con que el Génesis expresa esta verdad es notable, en cuanto nos revela la impresion especial de la Trinidad Divina en la formacion del alma humana, que podríamos llamar una *trinidad criada*. "En la creacion del universo, dice Bossuet, todas las obras fueron hechas con palabras de autoridad; solo el hombre con palabras de consulta: *Sea hecha la luz, sea hecho el firmamento: FIAT LUX*; estas palabras son de mando. El hombre fué criado de otra manera, que tiene algo de mas magnífico. No dice Dios: *Sea hecho el hombre*; sino toda la Trinidad reunida dice por un comun acuerdo: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*. ¿Qué significa este nuevo modo de hablar? ¿Por qué no empieza á declararse la Trinidad Divina hasta que se trata de formar á Adam, sino para manifestarnos que escoge al hombre entre todas las criaturas, para imprimir en él su imagen y semejanza (2)?"

Efectivamente, si imponemos silencio á nuestros sentidos, y nos encerramos por algunos instantes en el fondo de nuestra alma, descubriremos en ella, como observan todos los doctores, alguna imagen de la Trinidad. ¿Quién puede dudar de que nuestra alma es simple, que sin embargo se ve multiplicada en ese invisible que llamamos yo? En esta misma alma hay tres cosas sucesivamente distintas y productos unas de otras: 1.º la misma alma, es decir, ese fondo y como ese receptáculo de imágenes, de pensamientos y voluntades que permanecen en ella como de una manera infusa; 2.º la concepcion del pensamiento que procede de ella y que sentimos nacer como si fuese el germen de nuestro espíritu, como el hijo de nuestra inteligencia que habla interiormente, y cuyos ecos son los varios modos de expresarnos en el exterior con la ayuda de las bellas artes; 3.º la fecundidad de nuestro espíritu no se limita á esta palabra interior, á este pensamiento intelectual, á esta imagen de la verdad

que se forma en nosotros. Nos complacemos en esta palabra interior y en este espíritu de que ella nace; la amamos, y amándola sentimos en nosotros algo que nos es tan precioso como nuestro espíritu y nuestro pensamiento que es el fruto de entrambos que los une, que se une á ellos y hace con ellos una misma vida.

Por esto, cuanto mas relacion se puede encontrar entre Dios y el hombre, tanto mas decimos, se produce en Dios el amor eterno, que sale del Padre que piensa y el Hijo que es su pensamiento, para hacer con él y con su pensamiento una misma naturaleza igualmente feliz y perfecta (1).

La gran diferencia que hay entre el espíritu del hombre y la Trinidad divina, y que hace que todas las relaciones que en él se pueden descubrir no sean mas que sombras y rasgos imperfectos que no alcanzan á imitar el principio de todos los seres; esta gran diferencia, decimos, consiste, como observó muy filosóficamente Mallebranche, en que Dios engendra realmente á su Verbo de su propia sustancia, porque solo Dios es para sí mismo sabiduría y luz; y consiste tambien en que ese Padre y ese Hijo se tienen un amor mútuo, porque solo Dios es únicamente para sí mismo su bien y su ley; mientras que, no pudiendo nosotros ser para nosotros mismos nuestra razon, la luz en que nuestro pensamiento se forma no puede ser nunca una emanacion natural de nuestra sustancia, sino un préstamo que tomamos de la verdad eterna y de la sabiduría increada de Dios; y como ademas no somos para nosotros mismos ni nuestro bien ni nuestra ley, es necesario que todo el movimiento que tenemos nos venga de otra parte y nos conduzca á otra parte, nos una á nuestro bien, y nos haga conformes con nuestro modelo (2).

Esta reflexion es de la mas pura y elevada filosofía, porque es á la vez eminentemente racional y moral. El hombre es una *imagen animada* de Dios, y si es propio de una imagen el parecerse al original, podemos tambien decir que es propio de una *imagen animada* el procurar parecersele. Esta es nuestra ley y nuestro fin. El hombre cayó, y la imagen de Dios fué en él desfigurada, porque quiso dejar de ser imagen para convertirse en tipo y original, y no teniendo en su propia naturaleza mas que indigencia y la nada de donde habia salido, debió empobrecerse infinitamente y degradarse. Pero por esto mismo su reformation debe operarse por medio de un retorno de conformidad á su divi-

(1) Siguiendo á Bossuet en su *Historia universal*, 2.ª parte, y en el sermón citado.

(2) Doctrina de Mallebranche, tratado de moral, cap. 8, n. 2.

— En su *décima cuarta Meditación cristiana*, Mallebranche del Verbo estas bellas palabras:—"No fué criado solo para conocer la verdad, sino ademas para amar á Dios que el hombre es capaz de amor tanto como solo yo puedo ilustrarle y hacerle razonable. Pero es que le inspira el amor al orden Sabido, hijo del Espíritu Santo. Ningun espíritu puede ser razonable sin la sabiduría eterna; ninguno puede tampoco amar el orden la accion del amor sustancial y divino. Tu subyúntos, hijo mio, por el poder del Padre; conoces la verdad por la luz del Hijo, y amas el orden por la inspiracion del Espíritu Santo. Fuiste criado por la santa Trinidad; cada persona divina te imprimió su propio carácter, y no puedes ser agradable á Dios, si no eres perfectamente reformation segun tu modelo".

(1) *Est igitur hominis cum Deo similitudo*. (Cicero, de legibus, lib. 1.)

(2) Bossuet, *Sermón sobre el misterio de la santísima Trinidad*.

so modelo, esto es, á la verdad eterna por su espíritu, y al divino amor por su corazón. Entonces realizará el hombre en sí la Trinidad identificándose con ella, y llegará á ser participante de la misma naturaleza de Dios. A este fin la verdad eterna, la recta razón que nos crió, el Verbo de Dios, la segunda persona de la santísima Trinidad, vino á vivir entre nosotros, y se hizo semejante á nosotros para apartarnos del abismo de nuestra miseria y hacernos semejantes á sí, y por su medio semejantes á Dios. Por esto, acabada ya la obra de nuestra redención, envió á su Iglesia el Espíritu Santo (como veremos en el *Estudio* inmediato) para derramar y perpetuar en toda la raza humana los frutos de aquella redención, y abrazar á toda la tierra con las llamas de la caridad, á fin de que *nos amásemos unos á otros del mismo modo que él nos había amado á todos*, es decir, *del mismo modo que su Padre lo amó á él*, y que por este medio fuésemos todos consumados por el amor en la misma unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La creación del hombre nos presenta las tres personas divinas formando al hombre á su imagen; la redención nos las representa igualmente ocupadas en renovar en nosotros esta imagen desfigurada por el pecado: el Padre prometiendo y preparando desde la caída del hombre la venida de su Hijo Jesucristo; éste Hijo apareciendo en el término prefijado y sometándose á todas las condiciones satisfactorias escogidas por la justicia de su Padre, y el Espíritu Santo generalizando y perpetuando en la Iglesia católica las semillas de gracia y de salud que son el fruto de esta satisfacción.

Hé aquí con qué sublime conjunto se extiende la cadena de nuestra Religión: imagen de Dios su autor, presenta tres estados correspondientes á las tres personas, y en estos tres estados es siempre la misma y lleva el sello del mismo Dios, á cuya unidad nos incorporará definitivamente en el cielo.

Hablando de tan altas verdades, no podemos hacer mas que tartamudear; pero al traves de la debilidad de nuestro lenguaje, ¿quién no ve toda la sabiduría, la profundidad, la exactitud y la fecundidad de esta doctrina, y cómo en ella todas las ideas se enlazan, se completan y corresponden? ¿cómo por ella los principios engendran sus consecuencias, y las consecuencias se remontan á los principios? ¿cómo derrama su luz sobre los abismos del pensamiento y desata los inextricables nudos de nuestro origen y de nuestro fin, y cómo por su medio se siente el espíritu engrandecido, purificado el corazón, y todo el hombre elevado y trasfigurado á la región del orden de la verdad y de la paz en lo que tienen de mas universal y absoluto?

V. Si á vista de todos estos elevados caracteres, que ninguna obra humana pudo jamás llegar á reunir en tan sublime grado, todavía vacilásemos en reconocer la verdad, no faltaría para acabar de darla á conocer, mas que comparar lo que el genio del hombre ha podido producir con el resultado á que ha llegado cuando, ayudado de lo que él llama

equivocadamente su filosofía, ha querido entrar en concurrencia con la sabiduría eterna de Dios.

En efecto, la profundidad del dogma cristiano de la Trinidad ha llamado la atención de la nueva filosofía, así como su preñación había llamado antes la de los sabios de la Grecia y del Oriente; ha conocido que encerraba este dogma la ley mas general de la vida, y ha querido apropiárselo; ha querido tener tambien su Trinidad.

Es casi imposible seguir á esta filosofía en las vaporosas teorías en que se pierde, imitando fácilmente en esto nuestros misterios, aunque tan solo en lo que tienen de oscuro.

No obstante, ha dejado entrever con suficiente claridad el encadenamiento de su sistema con el otro que podríamos llamar su padre, y sobre todo ha acabado de revelarlo en sus resultados. En Alemania, que fué su cuna, se halla compendiada en Kant y en Fichte, y Hegel la desenvuelve y la lleva á su apogeo y á su forma mas aventajada.

Segun Hegel, la esencia, la sustancia de todas las cosas, el pensamiento, la actividad espiritual considerada en sí misma y antes de todo desarrollo, es exactamente lo que el cristianismo designa con el nombre de Padre ó primera persona.

El tránsito de la sustancia indeterminada á la existencia realizada, la trasformación de la esencia infinita en universo, en mundo criado, en una palabra, lo que llamamos *naturaleza*, se nos representa en Dios Hijo, la segunda persona, que expresa todo lo que la sustancia eterna contiene.

Finalmente, cuando el espíritu, llegado al término de todo su desarrollo, se reconoce á sí mismo; cuando por este conocimiento y esta afirmación vuelve á entrar, por decirlo así, en sí mismo, se iguala á sí mismo, y se completa á sí mismo, es el Espíritu Santo, la tercera persona; y tal es el *espíritu humano*.

Así, una sola esencia que desarrollándose llega á ser la *naturaleza* y luego la *humanidad*, llegada es el espíritu humano al conocimiento de sí misma, se detiene en él como en su zenit y en su expresión mas lata.

Esta es la teoría de Hegel sobre la Trinidad.

Haremos observar que semejante teoría implica una corrupción no solo del misterio de la Trinidad, lo cual es evidente, sino tambien del misterio de la *Encarnación*. Segun este sistema, la razón de Dios, la Verdad eterna, el Verbo encarnado, tercera persona de tan singular Trinidad, no es *Jesucristo*, sino todo lo es el hombre, el *espíritu humano*, este pobre espíritu, que es capaz de tan estragante desvarío.

Las consecuencias que envuelve esta teoría que tanto llamó la atención de la Alemania, y que tantas raíces ha echado en otras partes, son tan contrarias á los primeros principios del sentido comun y de la moral, que no nos atreveríamos á deducirlas, á pesar de que se desprendan por sí mismas, si sus apóstoles no las hubiesen osadamente formulado y publicado.

Esta teoría implica visiblemente la confusión de Dios con el mundo: es el panteísmo. Por sus últi-

mas palabras se niega que haya inteligencia suprema fuera del espíritu humano: es el ateísmo.

Si es cierto, en efecto, que no hay mas que una sola esencia que, llegando á ser la naturaleza, empieza solo por contraer una existencia determinada, y que no llega al estado de personalidad, de conciencia y de reflexión, sino en la humanidad, es absolutamente necesario negar la existencia de una inteligencia infinita y de una voluntad infinita anterior al mundo; es necesario negar la existencia de un plan del mundo, anterior al mundo; es necesario negar la causa libre del mundo; es necesario negar que haya una Providencia que dirige los destinos del mundo, y hasta es necesario negar á la esencia infinita el conocimiento perfecto y correspondiente á sí misma.

Todas estas negaciones son inevitables, y á su lado hay otras tantas afirmaciones tan necesarias como ellas: es menester afirmar que la humanidad es la conciencia de lo infinito y absoluto; que no hay verdad distinta del ideal que en la humanidad se desarrolla; que no existe mas ley que su voluntad ó su pasión; que no hay para la humanidad temor ni esperanza; que no hay mas Dios que el espíritu humano, la humanidad, y que la humanidad no conoce otra religión que la libertad absoluta. Obsérvese que hablamos siempre del *espíritu humano*, de la *humanidad*, ese sér abstracto que nadie vió ni verá jamás, y no del hombre ó mas bien de los hombres; porque, ¿qué son los individuos á los ojos del hegelianismo? Son, para servirnos de imágenes familiares al panteísmo antiguo, como las olas, como las burbujas que se levantan y desaparecen casi á un mismo tiempo sobre la superficie agitada del océano de la existencia. El individuo no es mas que un momento de la vida universal, un aspecto de lo absoluto, mostrándose por un instante sobre aquella cima siempre abierta para ser en seguida sepultado en sus abismos. El sér abstracto, humanidad, está solo y aislado, el sér real, individuo, no existe; el sér abstracto, humanidad, es Dios; el sér real, individuo, no es nada (1).

Este es el compendio de las negaciones y afirmaciones del racionalismo moderno: el *ateísmo*, la irresponsabilidad individual ó el *fatalismo*; la extensión de toda religión, de toda moral, de toda santa esperanza; el aislamiento y el vacío en el interior y en el exterior, y en este espantoso desierto, labrado á su alrededor, la razón humana idolatrándose á sí misma como al único Dios, y empobreciéndose cada vez mas por su falta de comunicación con la eterna fuente de la verdad y de la vida: tales son los fines de la filosofía de este siglo.

En Alemania, donde se desarrolló tan prodigiosamente, y donde sus mas aventajados discípulos no tuvieron reparo en escribir sobre su bandera la palabra *ateísmo*, empieza á disputarle el terreno una reacción empezada, como hemos dicho, por uno de sus antiguos maestros, *Schelling*, oponiéndole la

única doctrina que puede librar al espíritu humano de todos estos abismos. Esta doctrina es el cristianismo, al cual será siempre preciso recurrir si se quiere volver á conocer la verdad.

En Francia el mal permanece mas oculto, y por esto mismo es acaso mas grande, porque no es tan capaz de remedio. El hegelianismo ha pasado entre nosotros embozado bajo muchas formas y como de contrabando; ha tenido la lucidez lógica del talento francés, y ha conocido que gracias á las trágicas aplicaciones del ateísmo que se hicieron en el último siglo, ya no puede éste estar en boga. Por esto se ha guardado muy bien de desenmascarse, y ha procurado echar raíces en secreto. Una vista experimentada lo descubre en el fondo de todos esos sistemas humanitarios y socialistas que tanta bulla están metiendo.

El *progresismo* que los caracteriza á todos no es mas que la aplicación del principio hegeliano, de aquel principio que hace de la humanidad el solo foco de inteligencia y de vida moral desenvolviéndose en sí mismo, por sí mismo, y para sí mismo, sin reconocer ningún otro principio superior y distinto. Bien sea prudencia, ó bien sea, preferimos creerlo, repulsión instintiva, los humanitarios y socialistas franceses no han desenvuelto el ateísmo, el fatalismo y sus horribles consecuencias, contenidas en este sistema. Unos, tales como los *sansimonianos* y los *fourieristas*, afectando un soberano desprecio por los principios metafísicos, que son sin embargo como faros en los abismos del pensamiento, se han arrojado á ciegas en la aplicación de este progreso á toda costa, que supone en el hombre la perfectibilidad como el cristianismo, sino la esencia misma de la perfección. Otros, como *Pedro Leroux*, *Michalet*, y *Quinet* se han limitado á la región de la metafísica, pero para envolverse en ella entre restricciones y sombras, presentarse como inspirados y profetas, mas bien que como investigadores y filósofos, y para anunciar desde allí la revelación de un dogma siempre diferido. No esperéis que ninguno de ellos formule con claridad este dogma, que debe resolver el gran problema relativo á Dios, al mundo y á sus relaciones. Para ellos resolver es sinónimo de confundir. Evitan las explicaciones, y se limitan á dotar á la humanidad de una especie de iluminación fantástica y futura, que debe ser como la manifestación de la divina esencia, de la cual es aquella el término mas avanzado.

De entre las filas de la escuela progresista solo ha habido un hombre (1) que se haya explicado claramente: ha pretendido efectuar una alianza imposible entre el panteísmo y el cristianismo; en su *Bosquejo de una filosofía* ha pintado el principio de la *unidad de sustancia* y los dogmas cristianos de la Trinidad y de la creación; y de esta mezcla de palpables contradicciones ha resultado una doctrina que va cayendo por sí misma, y destruyéndose sin ningún esfuerzo exterior.

Diremos muy pocas palabras sobre el *eclecticis-*

(1) Esta oposición del hegelianismo está en gran parte tomada del curso del abate *Moré*, en la Sorbona, y en particular de su última lección, publicada en el periódico *El Universo*, del 2 y 3 de Agosto de 1843.

(1) M. de Lamennais.

mo, que no tiene de sistema filosófico mas que las apariencias. Su punto de partida fué el *hegelianismo*, es decir, el panteísmo, y nunca logró desprenderse de él. La pretension que le valió su nombre supone que la verdad no es distinta del mundo, y que á veces sufre y es víctima de la confusion que en él tiene lugar. La única diferencia que hay entre esta escuela y el *progresismo* consiste en que éste profesa la manifestacion *mediata y sucesiva* de la verdad, y el *eclecticismo* su manifestacion *inmediata y directa*. Esta última pretension se distingue de la primera por la mayor dosis de orgullo que supone.

Bastará una palabra para hacer conocer palpablemente cuán fabulosos son todos estos sistemas, cuya secretas tendencias consisten en prescindir de Dios.—Decís que la humanidad va desarrollándose y marchando de progreso en progreso, ó bien os arrogais la mision de librar á la verdad de todos los sistemas que ha habido en el mundo; pero ¿cómo medís ese progreso, segun qué *criterio* distinguís la verdad del error, si no reconocéis de antemano una verdad constante y manifiesta, y sobre todo independiente y distinta de esa humanidad cuyo progreso aseguráis ó cuyas concepciones queréis purificar?—Progresar ¿no es marchar hácia un objeto? Elegir ¿no presupone una comparacion? ¿Cómo sabéis pues que progresáis, si delante de vosotros ni mas alto que vosotros nada tenéis mas que á vosotros mismos? ¿Cómo podeis comparar sin término de comparacion? Para *reconocer* es preciso *conocer*; ¿cómo pudierais pues conocer la verdad pura, y por consiguiente reconocerla, supuesto que aseguráis que en *ninguna parte* está libre de error? O conocéis la verdad, y entonces tenéis ya lo que buscáis, ó no la conocéis; en cuyo caso ¿cómo podeis reconocerla? No sería indispensable un *reactivo superior*, y no lo tenéis (1).

No pretendemos llevar mas adelante nuestra explicacion, es decir, la refutacion de la filosofía del día, cuyas sectas proceden todas de la teoría alemana sobre la Trinidad, esto es, de la unidad de sustancia ó del panteísmo.

Únicamente nos habíamos propuesto hacer resaltar la divina superioridad del dogma católico de la Trinidad, su necesidad racional y su fecundidad moral, comparando con él las concepciones del genio humano declarado contra la fé.

(1) Habíamos dado ya esta hoja á la imprenta, cuando vino á nuestras manos el último número de la *Revista británica* (del mes de agosto de 1843), y en su primer artículo titulado: *Las filosofías francesas del siglo XIX*, hemos encontrado la misma objecion hecha al *eclecticismo* casi en los propios términos que lo hacemos nosotros. Solo hay un pequeño número de errores que se prestan á semejante unanimidad de refutacion. "Falta preguntar al *eclecticismo*, dice el crítico inglés, cuál es su criterio para saber lo que es verdad y lo que es error, pues nosotros encontramos una y otro en los escritos de todos los filósofos." "Para separar la zizafia del buen grano es menester conocer primero el buen grano. El colono separa el uno del otro en virtud de un conocimiento anterior, que es su *criterio*. El *eclecticismo* gira dentro de este círculo vicioso; busca un sistema de filosofía por el encadenamiento y coordinacion de todas las verdades que los demás descubrieron; pero para lograrlo, para conocer estas verdades, debe antes estar en posesion de la misma cosa que busca, á saber: de un sistema. Sin un sistema cualquiera, no puede ni siquiera dar un paso."

Hemos dicho que no puede concebirse á Dios, ni su nocion conservarse sin el dogma de la Trinidad, porque la existencia del ser infinito supone relaciones de pensamiento y de amor, estas relaciones escijen términos, y estos términos de relacion no pueden tampoco concebirse sino de una naturaleza igual á la suya, y por consiguiente idéntica, porque no hay nada igual á aquel cuya propiedad es ser sin igual. En una palabra, negar la *Trinidad* de las personas es negar la existencia perfecta de Dios, que no puede concebirse sin actividad productiva de pensamiento y de amor; negar la *unidad* de naturaleza en esta Trinidad de personas es tambien negar á Dios, que no sería independiente, eterno é infinito, es decir Dios, si pudiese existir alguna relacion necesaria entre él y otro que no fuera él.

El *hegelianismo* ha venido á prestar á nuestros argumentos el peso de su fatal esperiencia; pues rebusando á Dios los términos de relacion de una naturaleza idéntica á la suya, ha hecho degenerar su personalidad y su existencia en la del mundo y de la humanidad, y ha ido á parar rápidamente al *ateísmo*.

De aquí la oposicion de los resultados; pues mientras el cristianismo desarrolla al hombre en Dios, lo finito en lo infinito, y haciéndole participante de la verdad eterna y del divino amor, lo asocia á la grandeza, á la santidad y á la felicidad misma de Dios, aquella falsa filosofía coloca á Dios al nivel del hombre, es decir, lo suprime, hace al hombre huérfano, y no le deja mas recursos, mas esperanzas ni mas luces que las que de sí mismo puede tener, es decir, lo coloca en una naturaleza evidentemente imperfecta, limitada, inclinada al mal, al error y al sufrimiento, sin que pueda encontrar ningun descanso sino huyendo de sí mismo, lo cual sería la mas insultante, absurda y bárbara concepcion que podríamos formarnos del hombre y de Dios, ya que no fuese la confusion mas quimérica.

Así es como los mas profundos misterios del cristianismo nos revelan bajo todos conceptos las verdaderas leyes de nuestra naturaleza en sus relaciones con la de Dios, autor y término soberano de nuestros destinos; y como constituyen la mas elevada y completa manifestacion de aquella verdad divina que los sabios de la antigüedad entrevieron, y fuera de la cual no podemos buscar ninguna otra sabiduría ni ninguna otra luz, sin caer desde luego en tinieblas inmensas y en abismos de los cuales no podríamos salir jamás.

CAPÍTULO XII.

LA IGLESIA (1).

HABIASE consumado la obra de la redencion del linaje humano; el mundo se hallaba reconciliado con

(1) Los tres capítulos que siguen, sobre la *Iglesia*, — el *protestantismo*, — y la doctrina de la *salvacion eclesiastica*, han sido escritos con el designio de formar un conjunto. Por consiguiente, destinados á completarse reciprocamente, deben leerse con el mismo espíritu y considerarse como tres facetas de un solo asunto.

su autor; la humanidad había adquirido una nueva vida moral; habíase abierto una fuente de purificación y de santidad que debía correr por el seno de la tierra, y entre la misericordia y la justicia de Dios se había concluido ya la reparación de todos los hombres.

¡Qué prodigio de poder y de amor había sido preciso para llegar á este término! Todos los atributos de la Divinidad se habían desplegado en la grande obra, y la cruz de Jesucristo, que había sido su teatro, había visto correr la sangre de un Dios.

Pero esta gran maravilla era aún un secreto escondido en el seno de las tres personas divinas, toda la tierra ignoraba su salvación, y sin embargo, esta salvación no podía serle eficaz y real sino por su participación en el misterio por el cual se había obrado. El testamento que llamaba la humanidad á la herencia del cielo, permanecía cerrado; era preciso romper sus sellos, promulgarlo, explicarlo, hacerlo aceptar por el mundo, y aplicarle luego todos sus frutos.

¡Obra sobrehumana, tanto como la de la redención, y sin la cual la redención hubiérase quedado sin efecto! La Divinidad no había dado, por decirlo así, mas que un paso; faltaba otro que solo ella podía dar también; no había menos distancia entre todos los desórdenes de la naturaleza humana y la doctrina de la cruz, que entre esta cruz y la naturaleza del Dios que en ella se había sacrificado.

Aquella doctrina tan misteriosa, tan repugnante, tan absurda en apariencia y tan horrible para la naturaleza, es á la que es preciso conducir y amoldar el género humano, la que es necesario persuadir á un mundo que había divinizado todas las pasiones que ella crucifica, la que es menester trasladar desde el lugar de los suplicios al palacio de los Césares, hacerla entrar igualmente en la cabeza del filósofo y en la del niño, en el corazón del dueño y en el del esclavo, en Corinto la disoluta, y en las soledades de los bárbaros, en el pueblo judío y en el gentil, y en una palabra, hacerla abrazar por todos los seres humanos sin distinción. ¿Cómo concebís la posibilidad de semejante empresa? Tomad la idea mas sencilla, la mas suave obligación, y ved si podeis grabarla igualmente en el espíritu y corazón de un pequeño número de hombres; sin duda no lo lograréis. El espíritu del hombre es tan vano, tan móvil, tan aficionado á la singularidad, tan enemigo de la autoridad; su corazón está siempre tan ansioso de nuevas sensaciones y tan lleno de sí mismo, que no os será posible apoderaros de ellos. ¿Qué sucederá, pues, tratándose de un cuerpo de verdades y de deberes que se presentan como abstracciones y austeridades? ¿Qué sucederá cuando sea menester imprimirlas, no en la cabeza de algunos discípulos escogidos, sino de todos los hombres indistintamente, tales como son, sabios ó ignorantes, grandes ó pequeños, civilizados ó bárbaros? ¿Qué pábulos para la controversia, la superstición y la persecución! ¿Cuántas doctrinas saldrán de esta doctrina! ¿A cuántos evangelios va á dar origen este Evangelio, según los intereses y la conve-

nencia de cada preocupación, de cada pasión! ¡Cuántos errores! ¡Cuántos desvaríos! ¡Cuántas sectas! ¿Dónde podremos descubrir la verdadera doctrina en medio de este mar inmenso de contradicciones? ¿Quién guardará su depósito, y cuál será la señal para distinguirla? ¿Qué carácter de autoridad y qué medio de persuasión se le darán para prevalecer siempre y poder reunir todos los espíritus, y darse á conocer por todas partes con evidencia y certidumbre en la fluctuación universal de las ideas y en la furiosa mezcla de las pasiones?... La imaginación retrocede ante este caos, y no puede fijarse sino en la consideración de que seguramente la doctrina cristiana, entregada de este modo á la acción disolvente del humano espíritu, hubiera muy pronto desaparecido; que probablemente no se hubieran encontrado dos hombres que sobre ella hubiesen estado de acuerdo, y que tal vez no hubiera habido ni uno que se hubiera atrevido á predicarla.—Y sin embargo, hasta ahora no hemos presentado mas que una parte de la dificultad; pues no era solo á los hombres que cubrían la tierra en tiempo de Jesucristo, á quienes el Evangelio debía ser anunciado, sino á todas las generaciones que debían sucederles hasta la consumación de los siglos, cualquiera que fuese la diversidad de sus costumbres, de sus conocimientos, de sus constituciones, de sus civilizaciones y necesidades; debía anunciársenos á nosotros, hombres del siglo XIX, tan distintos, por nuestras artes, nuestras ciencias, nuestra industria y nuestras ideas sin freno, de las generaciones que nos precedieron; debía anunciarse, en fin, hasta á los que vendrán despues de nosotros, en la sucesión de millones de años, á los cuales les será tal vez concedido descubrir nuevas tierras y cielos nuevos, á los cuales esta doctrina será anunciada también atravesando todos los trastornos, las revoluciones, las novedades y las ruinas, manteniéndose siempre intacta, inflexible, suficiente é inmutable, en medio del torrente que todo lo arrastra y lo hace desaparecer.

Podemos pues deducir de todo esto, y publicarlo con entera seguridad, que si había sido necesario un Dios para criar el mundo y rescatarlo, era también necesario un Dios para convertirlo y santificarlo.

Las tres personas divinas, inseparablemente unidas en la misma esencia, obraron de concierto sin duda en toda la economía del mundo moral, de modo que es el mismo Dios, el solo y único Dios, el que nos crió, redimió y santificó; pero para revelarse mas sensiblemente á la naturaleza humana, plugo á las tres personas de la Divinidad producirse sucesivamente cada una en particular en tres obras, que son, como ellas, distintas en su modo, pero esencialmente una en su objeto. El Padre manifestó el poder en la creación, el Hijo la misericordia en la redención, y al Espíritu Santo le estaba reservado asegurar y consumar nuestra salvación en la grande obra de la Iglesia, la Iglesia, que es la medianera entre nosotros y Jesucristo, así como Jesucristo es el mediador entre ella y Dios, y que determina así nuestra unidad y nuestra santi-

ficacion en Dios, conforme á aquellas bellas palabras que le dirijia el apóstol S. Pablo: *Todo es tuyo, tú eres de Jesucristo, y Jesucristo es de Dios.*

Es cierto que la Divinidad no se manifiesta con una evidencia irresistible en estas tres obras; por esto hay *ateos*, que no ven á Dios en la naturaleza; *deistas*, que no ven á Dios en Jesucristo, y en fin, *herejes*, que no ven á Dios en la Iglesia; pero está todo ordenado así para probar nuestra voluntad y nuestra fé, ejercitarla por medio del misterio, y obligarnos de este modo á dejar las cosas de la carne y del tiempo, para aspirar á las del espíritu y de la eternidad; pues cuando el alma se halla desprendida por sus méritos de esos densos vapores que le impiden la vista de Dios, poco á poco va descubriéndolo, y se encuentra al fin toda impregnada del sentimiento de su presencia hasta no poder comprender que haya espíritus tan ciegos que no alcancen á verlo por todas partes.

Por esta misma razon, notadlo bien, esta presencia de la Divinidad se halla desde el principio mas oculta, y escije una fé mas viva, á medida que es mas eminente el grado de perfeccion á que nos llama. De aquí se sigue que entrañando la fé en Dios, en Jesucristo y en la Iglesia, obligaciones sucesivamente mas estrechas, el objeto de esta fé se halla cada vez mas oculto, y que en las apariencias cuesta mas trabajo creer en la Iglesia que en Jesucristo, y en Jesucristo que en Dios. Pero debe notarse tambien que cuando llevamos esta creencia hasta su término, se convierte al fin en un foco de inteligencia superior á todas nuestras convicciones, que les da una firmeza de que carecian con respecto hasta á las verdades mas incontestables. Para creer bien, es preciso creerlo todo (1); y si en general hay mas incrédulos que deistas, y mas deistas que ateos, podemos observar tambien que la intensidad de la fé está en razon inversa de esta proporcion numérica de sus adherentes á sus diversos grados, y que á decir verdad, solo los católicos son los que creen firmemente.

En todo esto no hay nada que no esté muy lógico y sabiamente establecido: "La Religion es una cosa tan grande, dice Pascal, que es muy justo que los que no quieren tomarse la pena de buscarla, si es oscura, se vean privados de ella. Solo tendríamos razon de quejarnos si fuera tal, que ni buscándola se la encontrase; pero no sucede así; pues Dios dotó á su Iglesia de señales sensibles, para con ellas poderse dar á conocer á los que la buscasen con sinceridad; pero las ha ocultado al mismo tiempo de tal suerte, que solamente pueden ser descubiertas por los que la buscan con todo su corazon. En la negligencia en que hacen profesion de estar respecto á la investigacion de la verdad, ¿qué ventaja puede resultarles á los incrédulos de decir que nada se la demuestra, supuesto que la oscuridad en que ellos están, y que echan en cara á la Iglesia, establece una de las cosas que ella sostiene, sin afectar á la otra, y confirma su doctrina lejos de arruinarla?"

(1) Se entiende, dentro de los límites de la verdadera fé.

Sí, Dios dió á su Iglesia señales sensibles para hacerse reconocer de los que la buscan. Los que la examinan distraídos, ó con alguna prevencion, no ven en ella mas que una institucion humana fundada sobre el fanatismo, mantenida por la política, y no ejerciendo mas que un imperio imaginario sobre los espíritus, que no respetan en ella mas que su debilidad, esperando su estincion. Mas los que la consideran con vista serena é ilustrada por la verdadera ciencia, y se dejan guiar en su exámen por aquella elevada imparcialidad que todo lo domina, y por aquella desconfianza juiciosa de su fragilidad, que requiere una obra que cuenta ya diez y ocho siglos de existencia, en cuyo intervalo ha resistido los golpes de Neron y de Diocleciano, y subsiste todavia levantando su sagrada cabeza sobre la ruina de tantos poderes distintos, que la combatieron un dia y que ahora yacen todos destruidos á sus plantas; estos, repetimos, descubren al través de la envoltura de los accidentes humanos un hecho sobrenatural en su esencia, y un designio tan bien concertado, tan bien sostenido en su concepcion, en su ejecucion, en toda su marcha hasta nuestros dias y en todos sus presagios para el porvenir, que es indispensable reconocer en ella una sabiduría y un poder enteramente divinos.

Ocorre aquí la necesidad de dividir nuestro estudio á causa de la grande estension del asunto. Para ser fieles á nuestro plan nos vemos obligados á diferir para la tercera parte, esto es, para las pruebas estrínsecas ó históricas, el estudio de la Iglesia considerada como *succeso*, y concretarnos por ahora al estudio de su constitucion intrínseca, y examinarla en su origen como *institucion*. Es preciso sujetarnos á un método riguroso y saber ordenar una materia tan vasta, si se ha de comprender bien. Esta es la única manera de verlo todo, de profundizarlo, y aun de ser original en fuerza de ser verdadero. El cristianismo no escije mas que una circunstancia: la de ser estudiado. Jamás fué mas combatido que en los tiempos en que ha sido mas ignorado. Solamente por declamaciones y epigramas, es decir, por cosas que nada prueban, se consiguió suscitarle ciertas prevenciones. Pero esto mismo deben considerarlo los espíritus severos como la mas fuerte y mas legítima de las prevenciones; prevencion que no tarda en convertirse en certeza cuando se quiere examinarla bien de cerca, á fondo, y con esa paciencia de la verdad, que es la primera condicion de sus investigaciones, y después el primer título de su posesion.

Entremos en materia:

¿Qué es la Iglesia?

La Iglesia es un cuerpo que enseña lo que es necesario creer, prescribe lo que se debe practicar, dispensa los socorros espirituales y las gracias para nuestra regeneracion moral en Jesucristo, y se rige por las leyes de su propia disciplina.

Su jurisdiccion se estiende por todo el mundo:—su duracion ha de llegar hasta el fin de los siglos.

Se compone: del Papa que es la suprema cabeza; —del colegio de cardenales, que son los príncipes

electores;—de los obispos, que son los gobernadores de las provincias eclesiásticas;—de los sacerdotes, que son los inmediatos dispensadores de la Religión á los fieles, y de los mismos fieles, que por su fé participan desde cualquiera de los puntos del espacio y del tiempo, de la unidad soberana que se resume en el papado.

Es representada capitalmente por el Papa, en quien se halla el origen de todo poder en materias de fé, y que como jefe supremo de esta Iglesia, íntimamente unido á ella, centro de todos sus preladados y doctores, y como órgano de las sentencias decretadas ó aprobadas en comun, es infalible.—Ordinariamente manda sin apelacion por medio de decisiones que se llaman *bulas*, cuya autoridad es confirmada por la aceptación que de ellas hace todo el cuerpo del episcopado.—Puede tambien en casos dados, y cuya oportunidad dictan generalmente los sucesos, reunir todos los obispos en consejo, reuniones que se llaman concilios *ecuménicos* (*universales*), y tomar con ellos y á su cabeza, segun el testimonio de las tradiciones conservadas en cada sede particular, las decisiones que hagan necesarias las novedades de la herejía y las insinuaciones del error en materia de dogma, de moral ó de culto.—Desde el principio del cristianismo no ha habido mas que veintiun concilios de esta clase, de los cuales fué el último el *concilio de Trento*. En los primeros siglos eran mas frecuentes, porque la fé era mas dogmáticamente atacada; pero en el dia, que las herejías han agotado toda especie de ataques contra ella, y le han proporcionado ocasiones de explicarse sobre todos los puntos, esta manera extraordinaria de decidir se ha hecho menos necesaria.

La institucion de la Iglesia se remonta sin interrupcion de papa en papa, desde el que actualmente ocupa el trono pontificio, hasta S. Pedro y los once apóstoles, de quienes era jefe.—Este primado de S. Pedro y de sus sucesores hasta nuestros dias es el hecho histórico mejor probado, y mas universalmente reconocido de cuantos se conocen (1).—Hay dos señales notabilísimas, y siempre mas claras á medida que nos vamos remontando hácia el origen del cristianismo, las cuales dan mucha luz á este importante punto: la primera consiste en las herejías que, mas frecuentes en esa época, hacian resaltar con su novedad la antigüedad y preeminencia del fundamento que atacaban, y servian como de antorchas destinadas á iluminar para la posteridad la sucesion de la *grande Iglesia*, segun la llamaban los mismos paganos (2): la segunda señal es la unanimidad del testimonio de los Padres de la Iglesia, esos grandes genios de los primeros siglos cristianos, que, en oposicion á las herejías que combatian, formaban una especie de cortejo alrededor de la silla apostólica, y proclamaban á competencia su soberanía como adhiriéndose sin interrupcion á Pedro, al primer anillo de la cadena de los pon-

tífices. Sobre este cimiento y con estos accesorios se nos presenta siempre la dinastía de los obispos de Roma, multiplicando las pruebas de su primado en razon del alejamiento de su origen, y desarmando con anticipacion cualquiera controversia, que la mas remota posteridad hubiera podido suscitar sobre este punto (1). Sin embargo, Pedro y los once apóstoles no eran mas que hombres; de modo que, ateniéndose solo á esto, la institucion de la Iglesia en sí misma seria un hecho puramente humano. Pero he aquí el origen divino, principio sobrenatural que no solo consagró y garantizó la autoridad de Pedro, sino tambien la de todos sus sucesores, y que explica el prodigio de la conversion del mundo al Evangelio, y de la perpetuidad de la Iglesia, instrumento y custodio de esta conversion.

Vamos á asistir ahora al espectáculo mas digno de fijar la atencion del espíritu humano, el de la creacion de la Iglesia, de la construccion y del acto de botar al agua *aquel gran navío que no teme nunca las tempestades*, como la llamaba Sócrates en sus deseos; de aquel navío destinado á llevar la verdad por entre los movedizos escollos del error, á hacerle atravesar los siglos, y llegar al puerto de la eternidad tan vírgen é intacta como de ella habia salido.

Solo queremos que los que no ven en la Iglesia mas que una formacion de la casualidad, un feliz suceso de la política de los sacerdotes, y un acontecimiento hijo de las circunstancias, y glorificado fuera de tiempo en su origen, observen con imparcialidad y atencion lo que vamos á esponer, y que digan en seguida si es posible imaginar nada de mas previsto, mas sabiamente concebido y mas perfectamente dispuesto desde su principio, es decir, desde el pensamiento de Jesucristo, para producir todos sus efectos mas remotos, á despecho de todos los obstáculos humanos, por los medios mas contrarios al éxito de las empresas de este mundo, y en virtud de una fuerza que se complace en hacer brillar su divinidad en nuestra miseria, y á producirse escluyéndonos.

Leemos en el Génesis, que queriendo Dios criar al hombre tomó un poco de barro de la tierra, formó con él un cuerpo, é inspiró en su rostro un soplo de vida comunicándole por este medio su imagen y semejanza.

En la creacion de la Iglesia por Jesucristo sucedió algo parecido, pues se observan en ella, como en la creacion del hombre, tres cosas notables:

- 1.º La materia escogida.
- 2.º La forma dada.
- 3.º La inspiracion y la vida.

I. “Caminando Jesucristo por las orillas del pequeño mar de Galilea, dice el Evangelio, vió unos pescadores, y les dijo:—Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres.”

(1) En el capítulo siguiente satisfaremos completamente á los que todavia padecian dudar de esta verdad.

(1) Católicos y protestantes están de acuerdo sobre este punto; bien pronto lo pondremos fuera de toda controversia.

(2) Expresion de Calao. — Orígenes contra Celso, lib. 4, num. 80 y 81.

Hé aquí la materia; hé aquí los primeros rudimentos de la institución de la Iglesia, de esa institución que debía llevar por toda la tierra la antorcha de la verdad, confundir la sabiduría de los filósofos, abatir las haces romanas ante la cruz, sentarse sobre el capitolio y reinar sin límites y sin fin sobre todo el mundo.—Los que han de llevar á cabo esta empresa gigantesca no son grandes, ricos, hábiles ni fuertes; son hombres desconocidos, ignorantes, pobres, groseros; son unos infelices pescadores cuya fortuna consiste en sus redes, y cuya ciencia está limitada al arte de hacer uso de ellas; son *el barro de la tierra*, en una palabra, son hombres que según la sublime metáfora del Salvador, deben cojer al mundo en sus redes.

La debilidad, que era el distintivo de estos hombres, es además de tal manera el objeto deliberado de la elección que Jesucristo hace de sus personas, que al darles sus instrucciones para la conquista del mundo, les recomienda, como una condición característica del éxito de su misión, que permanezcan débiles, humanamente hablando, y que renuncien á todo socorro, á todo artificio y á toda defensa terrestre.—“Jesús envió sus doce apóstoles des—
“pues de haberles dado las instrucciones siguientes: No os atareéis por no tener oro, ni plata, ni otra moneda en vuestro bolsillo.—No dispongáis
“ni un saco para el camino, ni dos vestidos, ni calzados, ni báculo.—Si alguno no os quiere recibir,
“ni oír vuestras palabras, abandonad la casa ó la ciudad, y al pasar la puerta sacudid el polvo de
“vuestros pies, á fin de que sea esto un testimonio
“contra ellos. Yo os envío como corderos en medio de lobos.... Los hombres os harán comparecer en sus asambleas, os mandarán azotar en sus
“sinagogas, y serán presentados, por mi causa, á
“los gobernadores y á los reyes para servirles de
“testimonio á ellos y á las naciones.... Cuando va—
“yais á ser entregados en sus manos, no penséis en
“lo que habeis de decirles, ni cómo debeis hablar—
“les.... Todos los hombres os aborrecerán á cau—
“sa de mi nombre.... El discípulo no es superior
“al maestro, ni el esclavo á su señor; si llamaron
“al padre de familias Beelzebú, mucho peor trata—
“rán á sus servidores.”

Las instrucciones dadas á los apóstoles eran pues dignas de la elección que se había hecho de sus personas, y entraba de tal manera en aquel designio el ser escogidos débiles, pobres, é ignorantes, que se les manda permanecer para sí mismos débiles, pobres, é ignorantes; y, como consecuencia de esta elección y de esta conducta, se les anuncia que serán perseguidos, azotados é inmolados como aquel cuya doctrina han de predicar.

Además, lo que de este modo estaba predicho á los apóstoles, no tardó en verificarse; ya San Pablo, escribiendo á los corintios, les decía: “Dios nos
“trata á nosotros los apóstoles, como á los últimos
“de los hombres, como sentenciados á muerte, ha—
“ciéndonos servir de espectáculo al mundo.—So—
“mos necios y flacos por el amor de Jesucristo;—
“hasta esta hora padecemos hambre y sed, y anda—
“mos desnudos, y somos abofeteados, y no tenemos

“morada segura, trabajamos obrando por nuestras
“propias manos; mas nos maldicen y bendecimos,
“nos persiguen y lo sufrimos, somos blasfemados y
“rogamos; hemos llegado á ser como las basuras de
“este mundo, como la escoria de todos hasta ahora.”

¿No os compadeceis de la suerte de estas pobres gentes? ¿No echáis de menos para ellos la tranquila oscuridad de la condición de pescadores, de la cual han sido arrancados para convertirlos de una manera tan rara en pescadores de hombres? ¿Y qué sucederá cuando los veréis apedreados, decapitados, crucificados, entregados á las fieras, y que Nerón, según cuenta impasiblemente Tácito, los convertirá en antorchas para alumbrar sus festines nocturnos?

Sin embargo, veamos lo que debe contraponerse á este primer juicio, y despertar en el espíritu un sentimiento enteramente opuesto. Aquella carta de S. Pablo, en que describe la miserable suerte de los apóstoles, está escrita no á un cristiano, sino á todo un pueblo de cristianos; y ¿qué pueblo? el cristiano; es decir, el mas disoluto y mas separado de la doctrina de la cruz entre todos los pueblos conocidos. Pero no es esto todo: el mismo Pablo, apóstol, *escoria del mundo*, escribe al mismo tiempo cartas á los galatas, á los efesios, á los filipenses, á los colosenses, á los tesalonicenses, á los hebreos, á los romanos, y está en correspondencia con la familia de Narciso, favorito del emperador, según es de ver en las numerosas saluciones con que termina sus cartas: *Todas las iglesias de Jesucristo os saludan...* Todavía vivían los apóstoles y el mismo Pablo decía ya á los romanos, “que su fé era anunciada por
“todo el mundo (1).” Decía á los colosenses que “el Evangelio había sido predicado á toda criatura
“que había debajo del cielo, y que daba fruto y
“crecía en todo el universo (2).”—Seguramente, la pesca es ya abundante, y á vista de tan buen éxito comprendamos el celo de los divinos pescadores; pero todo esto no es aun mas que el preludio: dejad que hayan crecido las persecuciones, y que todo el poder de los Césares se haya conjurado contra esta empresa: entonces será cuando las fronteras del imperio romano, fruto de ochocientos años de conquistas y de política, serán demasiado estrechas para la Iglesia de Jesucristo. Se pasarán apenas cien años, y el filósofo Justino contará en el número de los fieles las mismas naciones salvajes, y hasta aquellos pueblos errantes por la soledad: las Galias, la España, la Germania están ya en comunicación con el Egipto y todo el Oriente hasta el fondo de las Indias: y “así como no había mas que
“un sol en todo el universo, dice S. Ireneo, contem—
“poráneo de este prodigio, véase en toda la Igle—
“sia, desde una á otra estremidad del mundo, la
“misma luz de la verdad.”

Este es el hecho—Inútil sería atacarlo: está ahí.—Es preciso buscar su ley en sus relaciones con la pobreza de los elementos empleados por la mano de Jesucristo en la construcción de su Iglesia.

(1) *Ad Rom.* 1, v. 8.

(2) *Colos.* 1, v. 6, 8.

El resultado inevitable á que llegará todo talento reflexivo es el siguiente:—O la accion de la Iglesia en la conversion del mundo no es recibida mas que como un hecho humano, y en este caso no hay prodigio ni misterio, sino una contradiccion palpable, un trastorno completo de todas las leyes de la razon; es una palabra, un absurdo manifesto en el éscito comparado con los medios;—ó consentimos en ver en estos medios una virtud divina, y desde este momento su eleccion, su empleo y su éscito revelan y manifiestan el sello de la mas profunda sabiduría, de la mas perfecta y mas rica economía.

Por fin, todo lo que llevamos dicho pone en evidencia que, en la composicion de su Iglesia, desechó Jesucristo todo lo que el hombre de la mas comun prudencia hubiera buscado, y que hizo entrar en ella todo lo que al mismo hombre hubiera desechado. Juzguemos de su conducta por la de los hombres. Empezar la tarea de convertir á todo el género humano á una ley única y la mas severa de todas las leyes, ¿no era ya una locura?—Escojer á este efecto los agentes mas débiles, mas frágiles, mas evidentemente impropios para dominar, persuadir, seducir, desvanecer, corromper y hacer, en una palabra, todo lo que es humanamente indispensable para la mas insignificante de todas las empresas, ¿no era el colmo de la locura?—Y no solo escojerlos de esta manera, sino mandarles que permaneciesen tales; predecirles los mas horribles males y obligarlos á seguirle; llegar estos males, y mirar con impasibilidad y esperarse, como para cerciorarse de que se mantienen firmes, adictos y triunfantes, y en fin, llegar al mas prodigioso resultado que se haya visto nunca debajo del sol, á acreditar punto por punto aquel cálculo, el mas contrario á las mas sencillas reglas del sentido comun: hé aquí todos los absurdos que el incrédulo debe admitir, si se empeña en negar la accion divina.

Y no hay que recurrir aquí al cálculo de los accidentes físicos y morales que hubiesen podido contribuir á favorecer esta empresa. Ya veremos que nada puede explicarla, humanamente hablando; pero por otra parte, concretándonos al punto preciso de nuestro estudio actual, no tratamos ahora de juzgar de esta empresa en sus resultados, sino en su concepcion. ¿Era natural, era humanamente racional obrar como el Cristo obró?—¿Es concebible que, si no hubiese tenido á su disposicion mas que fuerzas y recursos humanos, las hubiese todas despreciado en la mas gigantesca de todas las empresas?—¿Es lógico prever, pronosticar el resultado en razon directa de la inferioridad, de la debilitacion, si nos es permitido decirlo, de los mismos medios? No, repetimos; y la prueba está en que no hay en la tierra un solo hombre que, teniendo que emprender el negocio mas insignificante, no obre de una manera diametralmente opuesta, si no quiere pasar plaza de insensato.—Y sin embargo, ¡el éscito mas riguroso y mas inaudito habria coronado esa obra tan descabellada!... ¡Esto es demasiado!—Es menos violento para la razon creer en la accion divina.

En efecto, la fé (en esto como en todo) se presenta á salvar á la razon humana de todos estos escollos, y á ofrecerle en su lugar el mas justo objeto de admiracion y alegría.—Desde que admitimos en Jesucristo el carácter de la Divinidad, no solo desaparecen todas las contradicciones que se notan en la eleccion de los elementos constitutivos de la Iglesia, sino que se descubre el plan mas juicioso y profundo en sabiduría. En efecto:

1.º Dios para nada necesita de los hombres, de nada necesita para obrar los mas grandes prodigios y burlarse de todos los obstáculos; pero, queriendo servirse de los hombres para hacer la felicidad del linaje humano, queriendo probar nuestra fe para que tuviéramos el mérito de practicarla, no podia valerse de una manera mas trasparente que introduciéndose en una institucion enteramente compuesta de los elementos humanos mas débiles, mas impotentes, mas humanos que puede haber, y obrando por ellos el mas colosal de todos los prodigios.

2.º Además, era una consecuencia enteramente natural de la misma sabiduría que así habia obrado revelarse á sí propia bajo la forma de un esclavo crucificado. Por este medio hacia resplandecer á la vez su poder y su santidad, y presentaba en accion las virtudes de la humildad y de la fé por las cuales habia venido á reinar en el mundo. Hubiera sido absurdo, que hubiese confiado á los filósofos y á los conquistadores la propagacion de una doctrina que pulveriza á los filósofos y á los conquistadores. Se anonadó y aniquiló realmente en la sabiduría y fuerza humanas, mientras se revelaba y manifestaba al mundo al través de la ignorancia y sencillez de sus agentes. La debilidad de estos lo ocultaba y descubria al mismo tiempo, y esto era precisamente necesario para probar la fé de los hombres. Lo que habia en ellos de humano era un motivo de escándalo para los impíos, y lo que ellos mismos obraban de divino un argumento en apoyo de la fé de los creyentes; porque, como dice S. Juan Crisóstomo: “Fue una grande prueba de la majestad de Jesucristo, que en su ausencia, pero por él, se hicieran cosas que no se habian hecho aun estando él presente.”

3.º Por este medio debió tambien encontrar en sus agentes mas docilidad, conviccion y celo. Un Marco Aurelio ó un Séneca hubieran estado tentados de confundir las inspiraciones de Dios con su propia razon, y cegar su manantial apropiándose las; mas un Pedro, un Santiago, un Juan, ¿cómo habian de hacer esto? Los apóstoles, en efecto, hombres del vulgo, y sin embargo revestidos de una fuerza sobrenatural, indoctos, pero llenos de una luz toda divina, á cada momento perseguidos, atormentados, escarnecidos, y no obstante jamas desalentados, jamas vencidos, jamas confundidos, obrando mas maravillas á medida que todo les faltaba, convirtiendo mas mundo á proporcion que el mundo mas los infamaba; los apóstoles, decimos, llevaban en sí mismos un milagro perpétuo que debia infundirles la mas invencible conviccion y la fé mas ardiente. Por esto mismo eran, á los ojos de

los demás, los primeros garantes y los primeros modelos de la doctrina que predicaban; la humildad y la fe que estaban siempre en sus labios, debían también estar necesariamente en su corazón; porque cuanto más ilustrados y fortificados se hallaban por el cielo, aquella luz y aquella fuerza hacían resaltar más la oscuridad y la nada natural de sus personas, y las presentaban siempre en la misma condición á que debían procurar convertir á los demás. Esto hacía decir á S. Pablo: "Todo cuanto soy, lo soy por la gracia de Dios.... Si soy débil, en esto mismo soy fuerte, porque todo lo puedo en aquel que me fortifica." Este pensamiento era el que le hacía escribir á los corintios aquellas palabras en las que brillan todo el ardor del apostolado, y aquella atrevida libertad que debía inspirar el sentimiento de una fuerza que se creía superior al universo, y que parecía contar con la posesión de la eternidad:

"Tenemos tan grande confianza en Dios por Jesucristo. No que seamos suficientes de nosotros mismos para pensar algo bueno, mas nuestra suficiencia viene de Dios. El cual también nos ha hecho ministros idóneos del nuevo Testamento, y ¡qué ministerio! el ministerio de la antigua alianza, ministerio transitorio; fué glorioso, pero esta gloria se desvanece, si la comparamos con la sublimidad de la del Evangelio; porque si el ministerio que había de tener fin fué en gloria, mas debe serlo el que no ha de acabar jamás. Así, pues, teniendo tal esperanza, hablamos con mucha confianza. Por lo cual, teniendo nosotros esta administración, según la misericordia que hemos alcanzado, no desmayamos, antes desechamos los diámulos vergonzosos, no andando en astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino recomendándonos á nosotros mismos á los hombres que juzgarán de nosotros, según el sentimiento de su conciencia, de la sinceridad con que predicamos delante de Dios la verdad de su Evangelio. Y si este Evangelio está aun encubierto, solo lo está para los que se pierden, cuyos entendimientos cegó el Dios de este siglo para que no les resplandezca la luz del Evangelio de la gloria de Cristo. Nosotros somos delante de Dios el buen olor de Jesucristo, ya respecto de los que se salvan, ya respecto de los que se pierden; para los unos olor de muerte que los mata; para los otros olor de vida que los reengendra. Y ¿quién es capaz de semejante ministerio? En cuanto á nosotros, no nos predicamos á nosotros mismos, sino á Jesucristo, Señor nuestro, no considerándonos además sino como siervos vuestros por Jesús; porque el mismo Dios que hizo resplandecer la luz del seno de las tinieblas, él mismo resplandeció en nuestros corazones, á fin de que pudiéramos iluminar á los demás, comunicándoles el conocimiento de la gloria de Dios, según brilla en Jesucristo. Pero tenemos este tesoro en vasos de barro para que reconozcamos, que la altera de la fuerza que poseemos es de Dios, y no de nosotros. Por esto, aunque padecemos tribulación, no nos acongojamos; estamos en apuros, mas no quedamos sin recursos; pade-

mos persecucion, mas no somos desamparados; somos abatidos, mas no perecemos, trayendo siempre la mortificación de Jesús en nuestros cuerpos, á fin de que se manifieste también en ellos la vida de Jesús, porque el nosotros, que vive, es á cada paso entregado á muerte por Jesús, para que la vida de Jesús, aparezca también en nuestra carne mortal. De modo que la muerte imprime sus efectos en nosotros para que la vida grabe los suyos en nosotros. Por esto, teniendo el mismo espíritu de fe, conforme está escrito: Creí, por lo cual hablé: nosotros también creemos, y por esto hablamos (1)."

¡Qué palabras tan sencillas y tan verdaderas! ¡Cuán bien templada está la espada, no en las aguas estancadas de la filosofía, sino en las aguas vivas y corrientes de la fe! ¡Qué bien se explica esta fe por el concurso de la debilidad humana y de la inspiración divina y por su reacción recíproca! ¡Cuán perfectamente se descubre la hermosa economía de la sabiduría de Dios en la composición de su Iglesia, en la cual se encuentran, como dice Pascal, señales sensibles de su presencia para los que la buscan, cubiertas no obstante de tal manera, que solo pueden ser percibidas por los que la buscan!

4.º Hay además otra causa particular, que debió inflamar á los apóstoles, y por ellos al mundo en razón de los obstáculos que encontraban en su propia debilidad. Todo cuanto les sucedía les había sido pronosticado con mucha anticipación. Jesucristo les había predicho toda especie de tribulaciones, y era evidente que la previsión humana no hubiera hecho nunca otro tanto; pero lo que solo podía hacerlo un Dios era el predecirlos al mismo tiempo el éxito y el triunfo, y mas que todo el realizarlo; y esta realización, en sí misma tan prodigiosa, ¡cuánto mas debía parecerlo á los apóstoles por su exacta conformidad con la predicción! "¿Qué dase uno pasmado al ver que Jesucristo hubiese encontrado discípulos, no anunciándoles mas que cruces y tribulaciones, y el pasmo sube de punto cuando consideramos lo que promete, y las circunstancias que lo rodean al prometerlo. Para prometerlo era necesario ser profeta, y para cumplirlo era preciso ser Dios (2)."

5.º Vamos á presentar la última consideración. El buen éxito de las cosas humanas entraña generalmente en la habilidad y la fuerza. Pero el éxito de las cosas humanas es siempre caduco, y lleva consigo la causa de su ruina; de modo que esta causa es lo que hay de efímero en la habilidad y la fuerza humanas, siempre limitadas bajo algún respecto, como dice Bossuet, y encontrando escollos y precipicios en sus mismas precauciones y en su grandeza. Por lo mismo, si para fundar y perpetuar su empresa se hubiese valido Jesucristo de conquistadores y de filósofos, esta empresa hubiera tenido la misma suerte que la que tienen siempre las conquistas y los sistemas, á no ser que por una palpable derogación de las leyes de la natura-

(1) *Ad Corintios, II.*

(2) *D'Aguenon, Reflexiones varias sobre Jesucristo, t. IV.*

leza hubiese perpetuado ostensiblemente la fuerza y la habilidad en una sucesion de hombres, milagro que habria quitado la libertad á nuestra fé, es decir, la habria destruido. Al contrario, valiéndose de la debilidad y de la ignorancia, y sufriendo hasta las imperfecciones en sus ministros, el divino fundador de la Iglesia ponía á prueba nuestra fé, y además tomaba lo que hay de mas constante, de mas natural y de mas fundamental, si nos es permitido decirlo así, en la naturaleza humana, que en efecto tiende siempre á esto. Prescindiendo de todos los auxilios humanos, salvaba todos los obstáculos humanos. Ponía su edificio fuera de todo embate, ó mas bien le hacia encontrar su asiento y solidez en los mismos ataques de que seria objeto, porque dirigiéndose estos ataques á debilitarlo humanamente, lo volvian á colocar en la primitiva condicion de su vitalidad que podemos formular del modo siguiente: el auxilio divino en razon directa de la debilidad humana, segun aquellas palabras del Apóstol: *Cum infirmor, tunc potens sum*. La Iglesia, semejante al gigante de la fabula, debia ir recordando la fuerza de Dios, á medida que se le hacian perder las fuerzas del hombre. Se le salvaba destruyéndole, porque se la volvía á poner en contacto con el principio de su existencia: la humillacion, el martirio, la cruz de Jesucristo; lo cual obligaba á S. Leon á decir que *la religion fundada sobre la cruz de Jesucristo no puede ser destruida por ningun género de crueldad*. Podía la Iglesia hallarse pesadamente revestida de fuerza y genio, y ver marchar humildemente detrás de sí los sabios y los reyes, de los cuales, en tal caso, se hubiera sentido menos para su propia causa que para hacer la felicidad del género humano; pero debia tambien, y con mas frecuencia, verse insultada y proscrita, como lo fué siempre la verdad, y entonces con nada tanto como sacudiendo el polvo de sus pies llenaba de terror el alma de sus enemigos, y dándoles su cruz de oro se apoyaba sobre su cruz de madera, aquella cruz de madera que habia vencido al mundo (1).

De aquí debia resultar indudablemente un milagro: el de una institucion siempre combatida, no defendiéndose nunca y venciendo siempre; pero este milagro es menos sensible y manifesto, y esije mas atencion para ser conocido. La debilidad aparente de la Iglesia engañará siempre á los impíos, y servirá constantemente para probar la fé de los creyentes. Estos, confiados en el resultado y en el ruido pasajero de sus persecuciones, se lisonjearán siempre con la idea de vencerlas; aquellos, al verse reducidos á los últimos apuros, se sentirán siempre tentados á desesperar.—Con frecuencia duerme Jesucristo en la barca de Pedro, y la cubren las encrepadas olas, y los apóstoles esclaman: “¡Maestro, perecemos!” Pero en seguida despierta el Salvador, habla á las tempestades, y sucede una gran

calma. La ilusion que estas vicisitudes de la Iglesia producen, no ha cesado ni cesará jamas. Al principio se le echaba en cara su juventud, y Julio el apóstata decia: *No cuenta mas que trescientos años* (1); en nuestros dias se la reconviene por su ancianidad, se confia en su decrepitud, y hay una filosofia que dice: *No puede durar mas que unos trescientos años*. A pesar de todo, la Iglesia prosigue su carrera sin inquietarse por estas oscuras predicciones, funestas tan solo para sus autores, confiando siempre en aquella prediccion que le prometió los siglos por duracion, y que hace mas de mil ochocientos años que le va cumpliendo perfectamente la palabra.

“Por una dispensacion enteramente voluntaria, dice el juicioso Nicole, quiso Dios que esto sucediera así.—Podía hacerse seguir de toda la tierra desde el primer momento de su predicacion; pero esto hubiera sido un milagro muy visible y palpable, que lo hubiera puesto demasiado en evidencia á los hombres. Prefirió por lo mismo establecer su Religion por medio de un progreso sucesivo que chocase menos al espíritu, y en el cual la divina virtud que lo obraba estuviera mas escondida. Pero aunque esté escondida para la mayor parte del mundo, no obstante, los que consideren este progreso con la atencion que merece, no podrán dejar de reconocer en él esa virtud que lo produce y que lo distingue infinitamente de los progresos que las opiniones de los hombres pueden hacer. Aunque esté oculto y encubierto, no es por esto menos milagroso. Solo es dado á los talentos reflexivos y despreocupados el descubrirlo, y este es precisamente el designio de Dios. No quiere ocultar sus obras á los que aman sinceramente la verdad; pero tampoco quiere manifestarlas á los soberbios, que no juzgan de las cosas mas que por capricho ó pasion; y esto es lo que hace al cubrirlas con la semejanza de las obras de los hombres, y al distinguirlas, no obstante, por medio de diferencias reales y efectivas, conocidas tan solo de los amantes sinceros de la verdad, y desconocidas perpetuamente de todos los demás (2).”

Tal es la sabiduría que resplandece en la eleccion de la materia de que compuso Jesucristo su Iglesia. Estudiémosla ahora en la forma que le dió.

II. “En aquel tiempo, dice el Evangelio, iba Jesús seguido de la multitud de sus discipulos, y subiendo á un monte, llamó á sí á los que él quiso, *vocatil ad se quos voluit ipse*, y vinieron á él.—Y escogió doce para que estuviesen con él, y enviarlos á predicar.—Y á Simon le puso el nombre de Pedro, etc.” (Siguen los nombres de los demás) (2).

En estas primeras palabras se nos presenta la primera forma y como el boceto de la constitucion de la Iglesia.—Rodeado de una porcion de discipulos, Jesucristo se coloca á alguna distancia, y da

(1) Son muy conocidas aquellas hermosas palabras que M. de Montlosier dijo en la asamblea constituyente: “Queréis quitarles su cruz de oro: no importa, llevarán una cruz de madera; cabalmente una cruz de madera fué la que salvó al mundo.”

(1) Chateaubriand, *Estudios históricos*, 2.ª parte.

(2) *Ensayo sobre la moral*, t. ix.

(3) Marc., cap. 3, v. 13 y siguientes.

entre ellos llama á sí *doce* que *escoje*: hé aquí la primera agregación.—A la primera elección sucede luego otra segunda, la de *Pedro*, en quien se consuma la unidad, que es la forma esencial de la Iglesia y de la Verdad.

Muy luego vamos á ver cómo se completa la operación divina, y cómo este pensamiento, no desarrollado todavía, de la concentración de la Iglesia en la elección y el primado de Pedro, se manifiesta y descubre con la mayor energía.

Entre tanto observemos que la elección de los *doce* nada deja que desear, y es formal y claramente expresada: *vocavit ad se quos voluit ipse.... et fecit ut essent duodecim*.

Lo que corrobora la verdad de este hecho, es que desde este momento los santos Evangelios hablan constantemente de los *doce* como de la escolta del Salvador, y como si fuesen los confidentes de sus designios y los mandatarios de sus voluntades. Entre otros pasajes distínguese el en que les da sus instrucciones para la grande empresa de la predicación del Evangelio: "Y llamando Jesús á los *doce* "apóstoles, les dió virtud y potestad sobre todos los "demonios, y que sanasen enfermedades, y los envió á predicar el reino de Dios, y les dijo, &c. (1)."

—Es verdad que el mismo evangelista habla en el capítulo siguiente de otra elección de setenta y dos discípulos para trabajar con los apóstoles en la misma misión; pero distingue esta segunda elección de la primera. "Y después de esto, dice, señaló el "Señor también otros setenta y dos discípulos, y "los envió.... y les decía: La mies ciertamente es "mucha, mas los trabajadores pocos," etc. *Post hac autem designavit Dominus et alios septuaginta duos* (2).—Estos setenta y dos discípulos no son nunca confundidos en lo demás de la relación con los *doce* apóstoles, pues estos últimos aparecen siempre en primera línea. Cuando se quiere hablar de uno de ellos, se dice comunmente uno de los *doce*, y después de la defección de Judas, uno de los *once*. Por esta misma razón á los *once* es á quienes entrega sus poderes al momento de ir á subir al cielo (3).—Y en fin, leemos en los Hechos de los Apóstoles, que habiendo subido Jesús al cielo, "después de haber instruido por el Espíritu "Santo á los apóstoles que había escogido," el primer acto de estos fué reunirse á la voz de Pedro para completar el número de los *doce*, nombrando á uno para reemplazar á Judas, "el cual era contado con nosotros, dice Pedro, y tenía parte en "este ministerio," *qui connumeratus erat in nobis et sortitus est sortem ministerii huius*; pero que por su prevaricación y su muerte "había merecido que "otro ocupase su lugar en el episcopado:" *Et episcopatum ejus accipiat alter*. "Entonces, dice el libro citado, echaron suertes, y cayó la suerte sobre Matías, y fué asociado á los once apóstoles, "et annumeratus est cum undecim (4)."

La verdad de este hecho (la elección de los *doce* apóstoles por Jesucristo) nada deja que desear.

Pero hemos dicho que esta primera elección no era mas que una preparación y una tendencia á otra segunda elección mas circunscrita, mas limitada, mas *Una*, y esta elección es la de *Pedro*.

Vamos á ver ahora á Jesucristo dar á su obra la última mano. Los *doce* son como piedras ya preparadas que están esperando la piedra fundamental para formar por ella y con ella un solo edificio.

Ya desde el principio vimos que cuando la vocación de los *doce*, uno de ellos, *Simón*, fué objeto de una consagración particular y distinguida, "é impuso á *Simón* el nombre de *Pedro*:" *Et imposuit Simoni nomen Petrus*.—Otro evangelista, S. Juan, reproduce el mismo hecho de una manera mas explícita: "Y Jesús le miró, y dijo: Tú eres *Simón*, "hijo de Jonás: Tú serás llamado *Cefas*, que se interpreta *Pedro*." *Intravit autem cum Jesus, dixit: Tu es Simón, filius Jonæ; tu vocaberis Cephas (quod interpretatur Petrus)* (1).

Antes de aducir otros textos mas explícitos todavía, observemos ya cuán bien se empieza á manifestar en estos el pensamiento del Salvador.

Era costumbre establecida entre los doctores judíos de dar un nuevo nombre á sus discípulos, cuando estos acreditaban una grande superioridad ó una virtud muy rara. Parecía que esta costumbre se remontaba hasta el mismo Dios, que con frecuencia había señalado de esta manera en la vida de sus siervos un acontecimiento importante, que servía de introducción á un nuevo orden de cosas. Así vemos que cambió los nombres de Abraham y de Sara, cuando hizo con el primero la alianza que tenía por signo la circuncisión, cuando prometió á la otra que concebiría en su vejez, y que de entrambos descenderían reyes y naciones. Así vemos también que Jacob recibió de Dios el nombre de *Israel* (que quiere decir *fuerte*), cuando después de su lucha con el ángel se le dijo que podría en adelante vencer á los hombres. Una distinción semejante es pues la que recibió *Simón* cuando se presentó delante de Jesucristo, que le impuso también un nombre nuevo: "Tú eres *Simón*, hijo de Jonás; "tú serás llamado *Cefas*."

Por analogía con los ejemplos anteriormente citados, debemos examinar á qué alude este nombre respecto de los designios de que era objeto. El nombre de *Cefas*, nos dice el evangelista, significa *Piedra* (*Kipha*, en lengua siríaca significa una *piedra*). Es pues lo mismo que si el Salvador hubiese dicho á este apóstol: "Entre todos los demás "apóstoles tú serás la *piedra* (2)."

Pero dejémos que el pensamiento del Salvador se comunique, y se desenvuelva con toda su magnificencia. La escena va á agrandarse y sublimarse; vamos á asistir á un drama inmenso de sencillez y de profundidad, y digno, bajo todos conceptos, de los grandes destinos de la Iglesia, cuyo cimiento va á colocar la misma mano del Cristo.

(1) Luc., cap. 9, v. 1.

(2) Luc., cap. 10, v. 1.

(3) Mat., cap. 27, v. 10.—Marc., cap. 16, v. 14.—Luc.

cap. 24, v. 23.

(4) Hechos de los Apóstoles, cap. 1.

(1) San Juan, cap. 1, v. 42.

(2) Wiseman, Conferencias sobre el Protestant.

Oigamos los divinos relatos, y reservémos para mas adelante nuestras reflexiones.

"Habiendo Jesus venido á las partes de Cesarea de Filipo, preguntaba á sus discipulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el hijo del hombre?"

"Y ellos respondieron: Los unos, que Juan el Bautista, los otros que Elías, y los otros que Jeremías ó uno de los profetas.

"Y Jesus les dice: Y vosotros ¿quién decís que soy yo?"

"Respondió Simon Pedro, y dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo.

"Y respondiendo Jesus, le dijo: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre, que está en los cielos.

"Y yo te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

"Y á tí daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos (1)."

Esta escena tiene lugar durante el curso de la predicacion del Salvador y antes de su pasion. Respecto de Pedro no encierra mas que una promesa: "Yo edificaré..... Yo te daré....." Pero el misterio de la redencion se ha cumplido, y Jesucristo ha resucitado; se ha manifestado ya y dado las últimas instrucciones á sus apóstoles; va á dejar la tierra que pisan sus plantas por la última vez: aquí debemos observar una cosa algo mas definitiva que las anteriores.

"Y cuando habieron comido, dice Jesus á Simon Pedro: Simon, hijo de Juan, ¿me amas mas que estos? Le responde: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Jesus le dice: *Apacienta mis corderos.*

"Le dice segunda vez: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Le responde: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Le dice: *Apacienta mis corderos.*

"Le dice tercera vez: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se entristeció, porque le habia dicho la tercera vez: *¿Me amas?* y le dijo: Señor, tú sabes todas las cosas, tú sabes que te amo. Le dijo Jesus: *Apacienta mis ovejas* (2)."

En fin, para completar nuestras citas sobre esta materia, añadiremos un pasaje, desapercibido con frecuencia, y que sin embargo, por su correlacion con los demas sobre los cuales debe colocarse, pone mas de relieve la prerogativa y las funciones del príncipe de los Apóstoles, como no puede menos de llamarle el mismo Grocio en sus comentarios sobre el anterior pasaje (3).

La vispera de la pasion del Salvador y durante la comida de la Pascua, en que las entrañas de su caridad se deshicieron, por decirlo así, en palabras del mas inefable amor, se entabló una discusion entre los apóstoles para saber *quién de entre ellos debía ser el mayor*. Díjoles Jesus, que á diferencia de

los grandes de la tierra, el mayor de entre ellos debía considerarse como el menor y el servidor de los demas (1); y despues, como si quisiese designar cuál debía ser bajo este respecto el mayor de todos ellos, dirigió á Pedro las siguientes palabras, llenas de la mas solemne ternura: "Simon, Simon, mira que Satanás os ha pedido para zarañearos como trigo; mas yo he rogado por tí, que no falte nunca tu fé. Y tú, una vez convertido, confirma á tus hermanos (2)."

Demos libre curso á las reflexiones que nos sugiere cada palabra de esta grande historia.

Hay entre las dos primeras escenas una relacion evidente; pues en la primera promete el Salvador á Pedro lo que le concede en la segunda.

Notemos el encadenamiento de esta conducta de Jesucristo, y cuán bien va conociéndose poco á poco su designio, y apareciendo al fin cercado de las mas incontestable evidencia.

Desde la vocacion de los apóstoles, Jesus distingue á Simon imponiéndole el nombre de Pedro, distincion que encierra el gérmen de la funcion capital que mas tarde debe conferirle.

Mas adelante, en efecto, y durante el curso de sus predicaciones, pero antes de su sacrificio, descubre á este apóstol, en presencia de todos los demas, lo que contenia de misterioso el nombre emblemático que le habia dado. "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y te daré las llaves del reino de los cielos &c."

Sin embargo, todo esto no es aun mas que un proyecto y una promesa. Todavía no ha llegado la hora de que la Iglesia suceda á Jesucristo. Este momento se aproxima, y la divina solicitud obra aun de una manera muy especial sobre el futuro jefe de la Iglesia, y deja entrever el fondo de la misma intencion por lo que á él toca. "Simon, Simon, mira que Satanás os ha pedido para zarañearos como trigo; mas yo he rogado por tí, que no falte nunca tu fé: y tú, una vez convertido, confirma á tus hermanos."

Llega por fin el instante del cumplimiento de los designios de Dios sobre su Iglesia. Jesucristo va á dejar la tierra, y la Iglesia á apoderarse de ella. Entonces es cuando realiza Jesucristo su fundacion, y cuando Pedro, que hasta entonces habia sido su pontífice *electo*, recibe su investidura pontificia por medio de aquellas palabras tres veces repetidas: *Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.*

¿Qué puede desearse de mas formal, de mas sostenido, de mas acabado, que este pensamiento y esta voluntad que reina y se desenvuelve progresivamente durante todo el curso de la vida mortal de Jesucristo, y que del estado de proyecto y de promesa pasa, en fin, al estado de ejecucion en el momento preciso en que los destinos de la Iglesia van á empezar?—Aun cuando no conociéramos mas que esta última escena, en que Jesucristo confiere formalmente á Pedro la jurisdiccion de pastor de la Igle-

(1) San Mat., cap. 16, v. 3 y siguientes.

(2) San Juan, cap. 21, v. 16.

(3) Hug. Groti. *Annot. in N. T. ad Joan.*, xxi.

(1) De aquí viene el título que se dan los papas de *siervos de los siervos de Dios*.

(2) Luc., cap. 22, v. 24.

sia, y aun cuando ignoráramos las anteriores promesas que le habia hecho, no nos seria permitido suscitar la mas ligera controversia sobre este punto.—Pero ¿cuánto mas palpable se hace todavía, considerando su estrecho enlace con todas las demas promesas? ¡Cuán admirable y recíprocamente se fortifican aquellas promesas y esta ejecucion! ¿Puede concebirse que tantos de nuestros hermanos extraviados duden todavía de una verdad tan evidente é incontestable?

No tenemos hacernos demasiado pesados, estudiándonos mucho al hablar de una materia tan interesante y trascendental: por esto, despues de esta ojeada general pasaremos á un examen detallado de ciertas circunstancias, que son como los accesorios del pensamiento de Jesucristo, y por él veremos que este pensamiento se refleja de la manera mas confirmativa.

Empecémos examiniando la primera escena, en que Jesucristo promete á Pedro hacer de él el fundamento de su Iglesia.

Habia escogido ya sus materiales y convertido una porcion de pescadores en discípulos suyos.—De entre estos habia elegido *doce*, que debian ser como las columnas del edificio.—Pero llega el momento solemne, fáltale verificar una eleccion entre los elegidos, se trata del fundamento, del jefe sobre quien todo debe descansar, que debe recibirlo todo, y por cuyo medio debe despues transmitirse y distribuirse todo á los demas.—Vemos ya en esto lo que quiere hacer, y cuáles serán los caracteres y las pruebas de esta eleccion importante.

Llama á todos sus discípulos, y teniéndolos á su presencia, empieza á sondearlos: “¿Qué dicen los ‘hombres del hijo del hombre’? ¿Quién dicen que ‘soy’?”

“Y ellos le respondieron: Los unos dicen que ‘eres Juan el Bautista, los otros que Elías, y los ‘otros que Jeremías ó uno de los profetas.’”

He aquí la incredulidad general de todos los hombres, la variacion, la diversidad de doctrinas.—Todo esto es precisamente lo que Jesus trata de reformar y de reducir á la fé, á la unidad.

En seguida la pregunta del Salvador va á ser mas directa, y la prueba mas decisiva.

“Jesus les dice: Y vosotros, ¿quién decís que ‘soy’?”

¡Ah! sin duda van todos á responder á la vez como á la primera pregunta, van unánimemente á exclamar: *Tú eres Dios!* y la eleccion va á quedar dudosa.

No.

La fé no es igualmente viva en todos los apóstoles, y uno de ellos, el mismo á quien Jesucristo habia impuesto antes el nombre de *Pedro*, se adelanta á todos ellos, y se designa á sí mismo para la eleccion del Salvador. Tomando la palabra Simon Pedro, le dijo: *TU ERES EL CRISTO, HIJO DE DIOS VIVO.*

La celeridad y firmeza de esta respuesta fijó en efecto la eleccion: hé aquí el fundamento de la Iglesia que debe comunicar la fé en Jesucristo á toda la tierra, y guardar eternamente su depósito.—Es-

te fundamento debe distinguirse por la excelencia de la fé; por esto en adelante Jesucristo *rogará en particular por él á fin de que su fé no desfallezca nunca, y de que pueda confirmar en ella á sus hermanos.*

Aquí la escena se engrandece y toma un carácter solemne. Desaparecen todos los discípulos, y no quedan, por decirlo así, mas que Pedro y Jesucristo;—se establece una comunicacion íntima y personal entre SIMON, HIJO DE JUAN, Y EL CRISTO HIJO DEL DIOS VIVO, es decir, entre la tierra y el cielo: “Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, ‘dice el Salvador, porque no te lo reveló carne ni sangre sino mi Padre, que está en los cielos’” (es decir, no te envanezcas por la eleccion que de ti voy á hacer, pues no la mereces; pero eres bienaventurado, porque la fé que te distingue es un don que has recibido, y cuyas aguas, que por tu medio deben derramarse por toda la tierra, no tienen su origen en tí, sino en Dios).—Y ahora, que ya estás elegido para este gran designio, ya no eres Simon, hijo de Juan el pescador, sino Pedro, el primero de los pontífices de mi Iglesia; y te digo esto con la misma verdad que tú has dicho que yo era el Cristo, Hijo del Dios vivo. “Y yo te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las ‘puertas del infierno no prevalecerán contra ella....”

Es preciso convenir en que la fuerza de estas últimas palabras es sobrehumana. El fundador de la Iglesia provee con anticipacion todos los males que han de llover sobre ella, todas las tiras que se dispararán contra su existencia, su independencia, su unidad y su autoridad: las persecuciones, los cismas, las herejías, las apostasías, toda esa interminable cadena de desprecios, injurias, artificios, violencias y sangre, desde Neron hasta el perseguidor de Pio VII, desde Celso y Juliano hasta Voltaire, desde Arrio hasta Lutero, y todo lo que los siglos futuros han de hacer para destruirla; ve, en una palabra, todas las puertas del infierno abiertas contra su Iglesia, sin que ésta les oponga otra defensa que la fé, la paciencia, la verdad.... y pronostica al mismo tiempo que su Iglesia, lo vencerá todo, y sus predicciones son despues puntualmente confirmadas por los hechos. Sí: la fé se engrandece apoyada sobre este grande prodigio, y repite con d’Aguesseau: *Para predecirlo era preciso ser profeta, para cumplirlo es necesario ser Dios.* Al mismo tiempo Jesucristo añade: “Y te daré las llaves del reino ‘de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos; y todo lo que desataras sobre la tierra, será tambien desatado en los ‘cielos.’” Poder que mas adelante debia transferirse igualmente á todos los apóstoles, pero que primeramente se prometió de una manera muy especial á la persona de Pedro, como su representante y jefe.

La segunda escena que nos ofrece Jesucristo, realizando y poniendo término á lo que habia prometido y empezado en la otra, es lo menos significativa en sus detalles.—Al momento de volver á su Padre, se dirige aun particularmente á Pedro, en presencia de los demas discípulos, y le hace por tres veces la siguiente pregunta: “Pedro, ¿me

amas?" Fijemos la atencion en la primera pregunta, de la cual no son mas que una repeticion las dos restantes: "Pedro, ¿me amas mas que estos?" De modo que no cae de Pedro tan solo un amor ordinario, sino un amor superior al de los demas discipulos, y esta superioridad en la condicion nos hace presentir ya la superioridad en el fin que se propone. Por esto, despues de la respuesta afirmativa de Pedro, lo instituye por tres veces *pastor de su rebaño*. A la manera que un arquitecto quiere asegurarse bien de la solidez del cimiento antes de confiarle el edificio, para conocer si es capaz de sostener su peso, por medio de aquellas tres preguntas quiere probar Jesucristo, si tiene Pedro las condiciones que requiere el objeto á que lo destina. Este objeto es fundar en él el gran principio de la unidad, que debe recibir y guardar la verdad cristiana para trasmitirla á todo el mundo. Por consiguiente, esta unidad debe ser tal que, en primer lugar, toda la Iglesia; es decir, todos los apóstoles, todos los discipulos y todos los cristianos que se juntarán á su palabra, no hagan mas que uno, y se reasuman en la persona de Pedro, lo cual expresan aquellas palabras: "sobre esta piedra edificaré mi Iglesia...." Y en segundo lugar, debe consistir tambien esta unidad en que el mismo Pedro á su vez, y como representante de toda la Iglesia, no haga mas que uno con Jesucristo (uno por la fé, uno por el amor), de la misma manera que Jesucristo no hace mas que uno con Dios, y que de este modo sea Pedro el centro y como el anillo de conjuncion de la tierra y el cielo, conforme á aquellas memorables palabras del Salvador: "Padre santo, conservad en vuestro nombre á los que me habeis dado, para que sean uno como nosotros. No ruego solamente por ellos (los apóstoles), sino tambien por todos aquellos que deben creer en mí por su palabra (los cristianos de todos los lugares y de todos los tiempos, presentes entonces en el pensamiento de Jesucristo), para que TODOS no sean mas que UNO, del mismo modo que vos, eh Padre mio, estais en mí y yo en vos, que sean ellos uno mismo en nosotros."

¡Qué admirable encadenamiento! ¡Qué maravillosa economía! El asiento principal de la unidad, que con razon se ha definido *la unidad en el número*, se descubre ya por su naturaleza en el misterio de la Trinidad, en virtud del cual el Padre y el Hijo no hacen mas que uno con el Espíritu Santo ó el amor. —Este principio de la unidad va á dilatarse con aquel amor que es su lazo, y cuya propiedad es descender hácia un objeto y elevarse á él para identificarse; y Jesucristo, haciéndose hombre por este amor, va á unir á él la naturaleza humana y hacerle entrar con él en la unidad divina, reconciliándola con su Padre en la cruz. —Pero todo esto no es aun bastante; no se limitará esta unidad á solo Jesucristo, como representante de la naturaleza humana; se dilatará de nuevo hasta que abrace á todos los hombres de buena voluntad con el mismo lazo, y hasta hacerlos participantes de Jesucristo, como Jesucristo lo es de Dios; y esta extension, esta participacion de la unidad divina en Jesucristo

se cumplirá por la mediacion de la Iglesia, la cual no compone mas que uno en la persona de Pedro, quien tampoco hace mas que uno con Jesucristo, que es uno solo con Dios. Esto es lo que significan las tres preguntas dirigidas á Pedro por Jesucristo: "Pedro, ¿me amas mas que estos?" Es decir, ¿tú, bajo cuyo cayado voy á reunir mi Iglesia, estás bien unido á mí, para que puedas ser la piedra angular del edificio? ¿Me amas? No le pregunta si tiene genio para poder dominar el mundo, si tiene armas para conquistarlo ó recursos para ganarlo; sino ¿me amas? para manifestar claramente que la union con Dios era la condicion esencial de su eleccion. Observemos tambien la hermosa sencillez que respiran todas las contestaciones de Pedro. Ama tan de veras, que despues de haber respondido: "Sí, Señor, tú sabes que te amo," no puede sufrir la tercera pregunta, y *contristado* su corazon por una prueba tan repetida, deja escapar estas impacientes palabras: "Señor, tú sabes todas las cosas, tú sabes que te amo;" palabras que rebosan no solo amor, sino la fé mas pura, pues significan: "Tú eres Dios, y me preguntas lo que tú poder puede descubrir tan bien." —En efecto, no tenia necesidad Jesucristo de preguntar á los apóstoles, acerca de su amor y su fé, para saber cuál de ellos debia ser el fundamento de la Iglesia; pero obró así para llamar mas eficazmente la atencion del hombre, y para instruir á todo el género humano de las condiciones de la unidad que debe unir todos los hombres á la misma Iglesia; la Iglesia á la persona de Pedro, y Pedro á Jesucristo, que lo está á Dios. Esta condicion es el espíritu de amor y de fé.

Hé aquí pues *la Unidad*, carácter esencial del gran cuerpo de la Iglesia, carácter que supone otro como su garantía, la *Autoridad*. Por esto añade inmediatamente Jesucristo en la primera escena: "Y te daré las llaves del reino de los cielos, etc." y en la segunda: "Apacienta mis ovejas."

No hay verdad, en efecto, sin unidad; porque la verdad ó es una, ó no existe: no hay unidad sin autoridad, sin un centro de enlace que llame hácia sí las partes divergentes; y en fin, no hay autoridad verdadera y legítima sino la de Dios ó que procede de Dios. —Es pues una sabiduría perfecta la que en la institucion de la Iglesia hizo consistir la posesion que nos daba de la verdad en la unidad, la unidad en la autoridad, y la autoridad en la palabra de Dios.

¿Qué era la verdad en la tierra antes de la venida de Jesucristo, la verdad acerca de Dios, el hombre, nuestros deberes y destinos? Era una cosa incomprendible en fuerza de ser múltiple y flotante, que no podia precisarse ni fijarse no solo entre los hombres, pero ni siquiera en el hombre mismo, que se desvanecía sin cesar para reaparecer bajo mil hipótesis, y que nada presentaba de cierto mas que la misma incertidumbre (1). Entreveíanse, no obe-

(1) "La variedad de opiniones y las contrariedades de los hombres nos desconciertan, escribia Ciceron; á las nociones que varían segun las personas, y que no son siempre constantes en una misma persona, las llamamos Sociones." De legibus, lib. 1, § 17.

tante, algunas verdades naturales, que no llegaban á fijarse jamas; pero, ¿de qué provenia esto sino de que no habia unidad, queriendo cada uno hacer prevalecer su dictámen, fundando su escuela, abriendo su cátedra para enseñar á su modo, y con frecuencia no proponiéndose otra mira que el furor por distinguirse de los demas, es decir, de aislarse y de unirse? ¿De qué provenia esta carencia de unidad, sino de la carencia de autoridad, que impedía el que ningun hombre tuviera derecho para decir á otro: *Tú pensarás como yo, y de decirse á sí mismo: Yo pensaré mañana lo mismo que hoy?* En fin, ¿de qué provenia la carencia de autoridad sino de que, habiendo roto el hombre el vínculo de sumision que lo adheria originariamente á la autoridad suprema de Dios, habia visto romperse de un solo golpe todos los vínculos por cuyo medio estaba sometido á sí mismo y unido á sus hermanos en una comun sumision á Dios?

La sumision es el primer deber del hombre, y es además el principio y la base de todos sus derechos y verdaderos intereses. La libertad que objetamos siempre á la sumision es su instrumento, y no su antagonista; no se nos dió, en efecto, para vagar sin guia en la nada de nosotros mismos, y verla desaparecer luego en la esclavitud inevitable de las pasiones, sino para que la hiciéramos servir en la eleccion de una autoridad, objeto de nuestra sumision, y hacer esta sumision honrosa haciéndola voluntaria. Con este buen uso de nuestra libertad no la abdicamos, al contrario, la ejercemos en nuestra misma sumision, y adquirimos por ella el derecho y la fuerza que necesitamos para dominarnos á nosotros mismos.

Estos grandes principios, verdaderos fundamentos del deber y de la libertad, no fueron conocidos de los antiguos, pues carecian de una autoridad que se los representase y garantizase. El cristianismo fué quien los dió al mundo, presentándolos en accion y en perfecto modelo en la grande institucion de la Iglesia, que durante toda la edad media fué el único asilo de la verdad, de la unidad y de la perfecta libertad, en medio de la barbarie universal que cubria al mundo, y que despues ha ido comunicando poco á poco á todas las instituciones humanas esos principios de civilizacion y de vida, que hubieran mil veces desaparecido, si ella no guardase para siempre su depósito en su seno.

Efectivamente, Jesucristo que, segun la bella expresion de S. Agustin, *ocupaba en la tierra el lugar de la verdad*, y que por consiguiente poseia en sí la unidad y la autoridad que le son inseparables, habiendo venido á traer esta verdad y queriendo dejárnosla, debió dárnosla en su forma esencial y en su condicion conservadora. Si se hubiese marchado despues de haberla arrojado desarmada por el mundo, la verdad no hubiera podido aclimatarse, ó á lo menos no hubiera tardado á convertirse en lo que habia sido entre los filósofos de la antigüedad, en lo que de hecho se ha convertido fuera del seno de la Iglesia, en las sectas que de ella se han separado: un motivo mas de division, y un caos de

contradicciones que hubiera acumulado sobre el espíritu humano nuevas tinieblas y errores.

El *Salvador* por excelencia debia, pues levantar en medio de nosotros una especie de fortaleza espiritual, donde la verdad pudiera atrincherarse, y desde la cual saliese á la conquista del mundo, dominase las eternas fluctuaciones del espíritu humano y le imprimiese su santa unidad. Esto es lo que hizo en la Iglesia, cuyas llaves dió á Pedro, que recibió al mismo tiempo de su manos el cayado, como vicario visible del invisible gran Pastor de las almas.

¡El cayado y las llaves! ¡Símbolos admirables! Este cayado es el que hace diez y ocho siglos va pasando de mano en mano en la sede de Roma, y estendiéndose desde este centro de la unidad hasta las estremidades del mundo, abate todas las grandezas, engrandece todas las inferioridades, salva todos los obstáculos, vence todas las hostilidades, y nivelando esta pobre tierra, tan erizada de nuestras distinciones y discordias, nos reúne á todos en un reino que comprende todos los reinos de este mundo, y nos hace descansar como un solo rebaño á la guarda de un solo pastor.—Estas llaves son las que guardan y dispensan la verdad y las gracias que nos conquistó Jesucristo: llaves de la verdad, que todo el mundo se disputaria, y que por el depósito que de ellas se hizo en la unidad de la Iglesia, han sido siempre para los hombres rectos la mejor prueba de la certidumbre, los sellos de la fé y las dispensadoras de la vida y de la muerte; estas llaves son las que en todos tiempos han hecho entrar el mundo en los caminos de la civilizacion, excluyendo siempre el error y el mal, bajo cualquier forma que hayan pretendido introducirse en él.

Hé aquí los caracteres llenos de sabiduria y de grandeza, que se descubren principalmente en la formacion de la Iglesia.

Pero no son bastantes todavía para garantizar nos la integridad y la certidumbre de la transmision de la verdad hasta nosotros. Es cierto que es una concepcion admirable, pero descansa sobre bases humanas; porque al fin Pedro no es mas que un hombre, por mas grandes que sean su amor y su fé, y sus sucesores lo serán todavía mas que él. Al formar la Iglesia, se quedó Dios hasta cierto punto fuera de esta institucion, y la dejó abandonada á sus elementos humanos, débiles y perecederos. Considerando las cosas bajo este punto de vista, nos es imposible tomar al pié de la letra aquellas palabras: *Las puertas del infierno no prevalecerán nunca contra la Iglesia*, á no ser que estas palabras signifiquen un complemento del auxilio divino muy inmediato. Es menester que el Espíritu de Dios, Dios mismo, éntre y se encarne en este gran cuerpo, para comunicarle toda su fuerza y su infalibilidad; para impedir que caiga tambien en la disolucion de que debe preservar al mundo, y para obtener de todos los hombres una sumision racional y sólida á las verdades por cuyo medio quiere regenerarlos.

Hemos visto ya la materia,—hemos visto la forma;—nos falta ver el espíritu.

III. Nada de mas explícito en todos los actos y palabras del Salvador, que lo que se refiere á la comunicacion del espíritu de Dios, y á la promesa de su permanencia en la Iglesia. Sobre este particular no hay nada metafórico: la inspiracion divina, en todo el rigor de la palabra, viene á fijar su permanencia en esta institucion.

Muchas veces durante el curso de su mision manifiesta el Salvador este designio, y lo recuerda como el gran proyecto de su amor por los hombres, proyecto que debe realizarse despues de su muerte, y recibir su complemento despues de él, y ser como una sucesion de su persona. Así vemos que al acercarse su pasion, su promesa se va precisando cada vez mas, se completa despues de su muerte, y finalmente, despues de subir él al cielo, se estendiendo su accion por toda la tierra; porque en realidad, por medio de su muerte debia adquirirmos las gracias de la salvacion, y por esto hasta despues de su muerte la institucion destinada á conservárnoslas y transmitirnoslas, no se hacia necesaria.—En tan visible la economía de esta conducta de Jesucristo, que no se necesita ningun esfuerzo para conocerla.

Véase lo que dice á sus discípulos en aquel memorable discurso que les dirije pocos momentos antes de dejarlos para ir á empezar su pasion:

"Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie va al Padre sino por mí.... me vuelvo al que me envié, pero no os dejaré huérfanos: *vendré á vosotros.... y rogaré al Padre, y os dará otro consolador, para que mora siempre con vosotros el Espíritu de verdad, á quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve ni lo conoce; mas vosotros lo conoceréis, porque morará con vosotros, y estará en vosotros.*"

Despues de haberles dado otras muchas instrucciones, añade: "Estas cosas os he hablado estando con vosotros; y el Consolador, el Espíritu Santo, que enviaré el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo aquello que yo os hubiere dicho."

Mas adelante, hablando de los que no habian querido conocerlo, dice:—"Me aborrecieron gratuitamente, pero cuando viniere el Consolador que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, él dará testimonio de mí, y vosotros daréis tambien testimonio, porque estais conmigo desde el principio."

En fin:—"Salí de mi Padre y vine al mundo, ahora dejo el mundo y me vuelvo á mi Padre.... Aun tengo que deciros muchas cosas, mas no las podeis llevar ahora: cuando viniere aquel Espíritu de verdad, él os enseñará toda la verdad."

En todos estos parajes se revela la promesa de un socorro sobrenatural. No serán ya los apóstoles, estos hombres débiles, los que darán testimonio de Jesucristo y anunciarán su doctrina, sino el Espíritu de verdad que procede del Padre, es decir, el mismo Dios que vendrá á ellos, que morará con ellos, será quien les enseñe todas las cosas, y en este caso, ¿qué importa su debilidad, su ignorancia y su natural indigencia? Muy luego serán instrui-

dos en la escuela de la verdad, y, desprendidos de la falsa sabiduría del siglo, serán mas aptos para repetir las lecciones de la sabiduría de Dios.

En todo este discurso de Jesucristo se nos aparece la Trinidad de las divinas personas trabajando de concierto en la obra de nuestra salvacion. El Padre, criador del género humano, envia su Hijo á rescatar el mundo, y el Hijo, una vez terminada su mision, se vuelve á su Padre: entonces empieza la mision del Espíritu Santo, y con ella la existencia de la Iglesia que será su órgano hasta el fin de los tiempos. En estas diversas fases de la accion divina es siempre el mismo Dios quien obra en cada una de esas tres personas, y esta distribucion de las personas, no teniendo por objeto especial la unidad de Dios, nos hace mas visible el desenvolvimiento del plan de la Religion, y nos hace distinguir y conocer mejor todas sus partes. Esta es la razon porque Jesucristo en su Evangelio habla de sí mismo, ya como persona, y en este caso se distingue del Padre y del Espíritu Santo, ya como Dios, y entonces se confunde con ellos. Por esto en el discurso antes citado dice primeramente: "No os dejaré huérfanos, vendré á vosotros," y en seguida: "rogaré á mi Padre, y él os enviará otro consolador, el Espíritu de verdad."

Pero sus palabras van á hacerse mas explícitas y solemnes; su muerte ha consumado nuestra redencion y abierto el tesoro de sus gracias; tocamos al momento supremo al que todas sus promesas se referian; va á dejar la tierra; la Iglesia, que está llamada á llenarla despues de él, de sus maravillas, se halla á sus pies en la persona de los apóstoles reunidos en un solo cuerpo, oscura todavia, ignorada, desconocida de sí misma, y no existiendo mas que en el pensamiento de su divino Fundador, pero existiendo en él con toda aquella plenitud de fuerza y de vida que debia cambiar la faz de la tierra. Él prometió siempre á su Iglesia enviarla el Espíritu de verdad cuando se hubiese vuelto á su Padre; sin embargo, como no hace mas que uno con el Padre y el Espíritu Santo, quiere darle las primicias de la divinidad, é imprimirla, antes de marcharse, el movimiento que ella debe comunicar despues al mundo.—¡Qué situacion! ¡Cuán propias son de ella las palabras del Cristo!

"Y los once discípulos, dicen los libros santos (despues de la prevaricacion de Judas no eran mas que once), se fueron á la Galilea, al monte adonde Jesus les habia mandado. Y cuando lo vieron le adoraron; mas algunos dudaron; y llegando Jesús, les habló diciendo:

"SE ME HA DADO TODO PODER EN EL CIELO Y EN LA TIERRA. COMO EL PADRE ME ENVIÓ, ASÍ TAMBIÉN YO OS ENVIÓ.—Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos, y les dijo:—RECIBID EL ESPÍRITU SANTO.—A LOS QUE PERDONAREIS LOS PECADOS, PERDONADOS LES SERÁN, Y Á LOS QUE SE LOS RETUVIEREIS, LES SERÁN RETENIDOS.—ID, PUES, Y ENSEÑAD Á TODAS LAS GENTES, BAUTIZÁNDOLAS EN EL NOMBRE DEL PADRE, Y DEL HIJO, Y DEL ESPÍRITU SANTO, ENSEÑÁNDOLAS Á OBEYAR TODAS LAS COSAS QUE OS HE MANDADO; Y MIRAD

"QUE YO ESTOY CON VOSOTROS TODOS
"LOS DIAS HASTA LA CONSUMACION DEL
"SIGLO. (*Et ecce ego vobiscum sum omnibus die-*
"*bus usque ad consummationem saeculi* (1)."

Preciso se hace oponer á la verdad un espíritu muy preocupado para no dejarse llevar de la fuerza de estas palabras, de su concordancia con todo lo precedente en la misión del Salvador, de su enlace profético con todo lo subsiguiente en la misión de la Iglesia, de su majestuosa y enérgica precisión verdaderamente digna de Dios, digna de la verdad, y que no puede compararse sino con aquellas primeras palabras que iluminaron el caos é hicieron obedecer á la nada.

SE ME HA DADO TODO PODER EN EL CIELO Y EN LA TIERRA.... ¡Qué principio! Debe ser pues un acto muy grande de este poder el que va á ejecutar el Hijo de Dios, supuesto que siente la necesidad de recordarlo y de hacerlo obrar todo entero. ¡Sin duda debe ser su poder (aquel mismo poder divino que hizo el mundo y lo redimió) el que va á ponerse de nuevo en movimiento para realizar algún gran prodigio!

COMO EL PADRE ME ENVIÓ, ASÍ TAMBIÉN YO OS ENVIÓ.—Para juzgar de la confianza de los apóstoles en esta delegación del poder divino, es necesario tener presente que habían sido testigos de la investidura que de él había recibido de su Padre el mismo Jesucristo cuando su trasfiguración sobre el Tabor. Por esto S. Pedro dice expresamente en su segunda carta: "No os hemos hecho conocer "el poder y la presencia de nuestro Señor Jesucristo— "to siguiendo fabulas ingeniosas, sino como que con- "templamos con nuestros propios ojos su Majestad.

"Porque recibí de Dios Padre honra y gloria "cuando descendió á él de la magnífica gloria una "voz de esta manera: Este es mi Hijo el amado, "en quien yo me he complacido; oídle.

"Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, "estando con él en el monte Santo (2)."

Para atestiguar la autoridad de su predicación, apela San Pedro al testimonio dado al Cristo en aquella ocasión. ¿Y cuál era el carácter de este testimonio? No hay duda que este carácter era doble. En primer lugar, Moisés y Elías, los dos personajes mas eminentes de la antigua ley, habían aparecido al lado del Cristo ofreciéndole sus homenajes, dando testimonio de sumisión y abdicando todos los poderes que habían recibido, para fundar la ley, en manos del que había venido para perfeccionarla y completarla. En segundo lugar, se había dado entonces al Cristo un testimonio incomparablemente mas decisivo y solemne: el del Padre todopoderoso mandando á los apóstoles prestar una fé implícita á toda palabra salida de los labios de Jesucristo:—"Este es mi Hijo querido en quien me complazco; "oídle."—Después de esto, juzgad cuán firme debía ser la confianza de los apóstoles en la autoridad del Cristo. Y cuando después vieron que el

Cristo les legaba esta misma autoridad por estas formales palabras: "Como el Padre me envió, así "también yo os envío; el que os oye, me oye; el que "os desprecia, me desprecia á mí y al que me en- "vió;" ¿cuán grande no debió ser su fé en su propia misión después que, testigos de la solemne investidura del Tabor, se sentían á sí mismos investidos de aquella autoridad omnipotente dada por el Padre á su Hijo y transmitida por el Cristo á sus discípulos con toda la magnificencia de sus atributos (1)?

De modo que la autoridad de la Iglesia es la omnipotente autoridad del mismo Dios. Impugnar la divinidad del principio que anima á la Iglesia, es atacar la divinidad del Cristo, y aun mas, es atacar la omnipotencia del Padre que lo envió. ¡Eradicamiento fatal, que la experiencia de las caídas de la incredulidad confirma mas evidentemente aún que las sumisiones de la fé, y que en nuestros días ha hecho caer á un genio revolucionario del cisma en la herejía, de la herejía en el deísmo, y del deísmo en el panteísmo y en los delirios de la razón natural!

Y DICHAS ESTAS PALABRAS, SOPLÓ SOBRE ELLOS Y LES DIJO: RECIBID EL ESPÍRITU SANTO: Á LOS QUE PERDONAREIS LOS PECADOS, PERDONADOS LES SERÁN, Y Á LOS QUE SE LOS RETUVIERIS, LES SERÁN RETENIDOS.—Aquí la comunicación del poder divino se transforma en hecho; el soplo de Dios, aquel mismo soplo que había dado á Adam *un alma viviente* (2), viene á llenar á los futuros pastores de los pueblos de las fuerzas necesarias para la regeneración de la humanidad, y á derramar sobre la Iglesia y por medio de la Iglesia sobre todos los cristianos un nuevo espíritu, que es el alma caída lo que la misma alma es al cuerpo, y del cual la Iglesia está constituida depositaria y dispensadora.

¡D PUES.—¡Palabra enérgica! ¡consecuencia inflexible! ¡impulso divino que ha destruido todos los obstáculos que podían oponerse á la marcha de la Iglesia, y que aun en la actualidad la hace avanzar por los campos del porvenir, sola, aislada, pero llena de fuerza y de majestad!—D PUES, es decir, por mas irrealizable que os parezca la empresa de reformar el género humano y de dominarlo por el ascendiente de la verdad; por mas imposible que esto os parezca á vosotros, que nada sois, que nada tenéis, y á quienes yo pronostico todo género de persecuciones, id apoyados, llevados sobre los brazos del Omnipotente, instruid á TODAS LAS GENTES ENSEÑÁNDOLES Á OBSERVAR TODAS LAS COSAS QUE OS HE MANDADO, Y ESTAD SEGUROS QUE YO ESTOY CON VOSOTROS TODOS LOS DIAS HASTA LA CONSUMACION DE LOS SIGLOS.... Después de este impulso no ha cesado nunca la Iglesia de ir, y va todavía, é IRÁ siempre, porque el mismo poder que le dijo id, y que ha correspondido á sus promesas tan milagrosamente hasta nuestros días, le dijo también: ID.... HASTA LA CONSUMACION DE LOS SIGLOS.

Observad asimismo (pues todo es notable aquí) cuál es la misión precisa de la Iglesia, y á qué se

(1) Mat., cap. 28, v. 18, 19 y 20.—Juan, cap. 20, v. 21, 22 y 23.

(2) 2. Epístola de San Pedro, cap. 1, v. 16

(1) Wisemann, Conferencias sobre el protestantismo, t. 1

(2) Génesis. II, v. 7

refiere la divina asistencia que se le prometió. No es esta misión vencer con la fuerza, deslumbrar con el genio, ni siquiera edificar con la santidad de la disciplina y de las costumbres: con preferencia á todo esto quiso el Cristo dejar á su Iglesia en el estado natural de las cosas, y no prometerle nada en particular, á fin de cubrir su obra con la semejanza de las obras de los hombres, y ejercitar así nuestra fé, que se hubiera visto obligada y forzada por el milagro demasiado evidente de la concurrencia invariable del genio y de la virtud en la sucesión de los ministros de la Iglesia. La misión especial y única de que la Iglesia fué investida y por la cual debemos examinar si la asistencia divina le ha faltado nunca, es el encargo de INSTRUIR Á LOS PUEBLOS y de ENSEÑARLES Á OBEDECER TODO LO QUE JESUCRISTO HABIA MANDADO (*docete omnes gentes, docentes eos servare quaecumque mandavi vobis*). En apoyo de esta misión habia añadido el Cristo aquellas palabras: *Mirad que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos*. "Con vosotros instruyendo, añade Bossuet en forma de comentario, con vosotros bautizando; con vosotros enseñando á mis fieles á guardar todo cuanto os he mandado, y con vosotros por consiguiente ejerciendo en mi Iglesia un ministerio exterior. Estaré con vosotros, con todos los que os sucederán, y con la sociedad reunida bajo su cuidado, desde ahora hasta la consumación de los siglos, hasta que el mundo se acabe, todos los días sin interrupción; pues no os abandonaré ni un solo momento; y aunque ausente mi cuerpo, mi espíritu estará aquí siempre presente (1)."

La invariabilidad de la doctrina y la pureza de su tradición; hé aquí, pues, lo que quiso el Cristo confiar á su Iglesia con el ministerio exterior y la potestad de distribuir las gracias de la salvación á los que con ella se conforman. No quiso darle un ímán ó un ascendiente irresistible: la Iglesia es un foco, cuya base batida por las olas y cubierta muchas veces por su espuma, parece confundirse con los escollos, pero en su cúspide brilla siempre una luz que jamas se debilitará.

En este sentido prometió Jesucristo estar con su Iglesia hasta el fin de los tiempos, y solo por la verdad de esta promesa puede explicarse, no solamente el triunfo y la duración de la Iglesia, históricamente hablando, la invariable sucesión de sus pastores y la unión jerárquica de todos sus miembros, sino tambien la incorruptibilidad de la doctrina que forma su esencia; la unidad é invariabilidad de su símbolo en todos los lugares y en todos los tiempos; la infalibilidad de las decisiones que ha tomado contra las innumerables herejías que á su alrededor han pululado, sin haber vacilado nunca acerca de un solo punto, y encontrando al contrario, en los asaltos que sin cesar ha sufrido, felices ocasiones de ejercer su poder y manifestar su claridad.

Este doble prodigio de la existencia exterior é interior de la Iglesia, de su unidad jerárquica y de su unidad dogmática, que nada en el mundo ha po-

dido romper, lejos de debilitarse con el espectáculo de sus vicisitudes respecto de todos los demás puntos en que la dejó abandonada la Providencia al estado natural de las cosas, se ha hecho mas visible; y en este sentido las imperfecciones de sus propios ministros, tan exageradas por sus enemigos, son como otros tantos testimonios irrecusables del auxilio sobrenatural que se le prometió para la conservación de la verdad, y que es tal, que la ha preservado de todo, hasta de sí misma, en lo que se le dejó de humano (1). Por esto lo que escandaliza al impío se convierte en motivo de edificación para el fiel.

Véanse pues la universalidad, la perpetuidad y la infalibilidad de la Iglesia, predichas, aseguradas y afianzadas no solo por la palabra, sino tambien por la presencia misma de la divinidad. Dios está con la Iglesia, en la Iglesia, y la Iglesia no es mas que un medio visible de comunicación de la Divinidad con todos los hombres, y, permítasenos esta expresión, una bocina de su palabra al través de todos los siglos; es, en fin, como dice el sabio Mähler, *la encarnación permanente del Hijo de Dios, por cuyo medio continúa siendo entre nosotros todo lo que él es; es en Religión hecha objetiva*.—Así como se habia hecho hombre, se hizo Iglesia.

Durante su vida mortal no se comunicó Jesucristo mas que con un pequeño número de hombres; sin embargo, habiendo venido para regenerar á todo el género humano, debia perpetuarse y universalizarse, y, sin dejar de ser el mismo, estar constantemente en todas partes. Debía hacerse accesible á todos los hombres, de modo que todos pudiesen reconocer su presencia, sin verse obligados á reconocerla. A este fin, sin cambiar en apariencia la naturaleza de las cosas, pero presentando bajo esta apariencia al observador atento un prodigio que lo domina, se introdujo en una sociedad que por la multitud de sus miembros y la sucesiva renovación de estos, ha podido derramarse por todas las naciones, perpetuarse en todos los siglos, y prestarse naturalmente á ese hecho sobrenatural de una institución que, compuesta de los hombres mas ordinarios que podian buscarse, debia obrar en el mundo la mas extraordinaria de todas las revoluciones; vencer rápidamente y sin violencia los obstáculos mas variados, mas terribles y prolongados; imprimir al universo moral una marcha enteramente nueva y que debia ir siempre en aumento; sostenerse á sí misma, á pesar de la caducidad que acompaña siempre á las cosas humanas, á pesar de esa ley de la fortuna que hace suceder á los triunfos las derrotas, á pesar de la vicisitud de los acontecimientos que despues de diez y ocho siglos de duración, la reservaba un ataque mas espantoso acaso que todos los que sufrió en su cuna; conservarse así sola en el mundo en una perfecta unidad de jerarquía y de doctrina, en la mas estensa universalidad de comunicación, en una perpetuidad de existencia contra la cual nada puede el tiempo, y conservarse, no por

(1) No hacemos mas que apuntar aquí estas consideraciones, que desarrollaremos mejor en la tercera parte, donde corresponden.

(1) Bossuet, *Conferencias con el ministro Claudio*, núm. 1.

el resultado de una casualidad ó por una serie de casualidades, que en tal caso serian inexplicables, sino por un temperamento y por unos medios que le son propios, y cuya ejecucion precisa y literal está conforme con este título fundamental de su institucion: *Las puertas del infierno no prevalecerán nunca contra ella, el espíritu de vida y de verdad morará en ella hasta el fin de los tiempos, y antes pasarán el cielo y la tierra que la palabra que sirve de garantía á su inmortalidad.*

Apenas fueron pronunciadas estas palabras creadoras, cuando empezó ya su ejecucion, y la historia de la Iglesia, que Juan Jacobo Rousseau llama con justicia *una historia de prodigios*, se desarrolló con una admirable fidelidad á la ley de su constitucion.

Así vemos en los *Hechos de los Apóstoles*, escritos por S. Lucas (pocas obras nos han legado los tiempos antiguos, dice M. Guizot (1), cuya autenticidad esté tan bien probada como la de los *Hechos de los Apóstoles*), libro que es como la continuacion del Evangelio del mismo apóstol, que al dejar Jesus la tierra encargó á sus discípulos que no salieran de Jerusalem para ir á la conquista del mundo antes de haber recibido la promesa del Padre que osateis, les dijo Jesucristo, de mi boca. *Recibiréis, continúa, la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalem, y en toda la Judea, y Samaria, y hasta las estremidades de la tierra* (2).—Cuando esto hubo dicho, dicen los Apóstoles, viéndolo ellos, se fué elevando, y lo recibió una nube que lo ocultó á sus ojos.... Fieles los apóstoles á las instrucciones que habian recibido, se volvieron á Jerusalem, y cuando entraron subieron al cenáculo, en donde estaban Pedro, Juan, Santiago, Andres, Felipe, Tomás &c., los cuales perseveraban unánimemente en oracion con las mujeres y con María, Madre de Jesus (3).

El espíritu humano queda enteramente confundido, y la fé se estremece de alegría al contemplar este cuadro de la Iglesia naciente, llevando en su seno la fé en sus destinos, esperando con calma y unidad en la persona de algunos pobres proletarios congregados en el cenáculo de una casa de Jerusalem, el momento solemne en que ha de descender aquella virtud del Espíritu Santo, que los ha de convertir en pregoneros y propagadores de la luz evangélica en Jerusalem, en la Judea y Samaria, y hasta las estremidades de la tierra (4).

En virtud de los primeros poderes que habia recibido de Jesucristo, la Iglesia efectuaba, esperando, el primer acto de disciplina. Conforme á la ley de unidad y de autoridad que le dió á Pedro por ci-

miento y jefe, *Pedro se levantó en medio de los hermanos*, dice el historiador, y tomando la palabra, les espuso la necesidad de dar un sustituto á Judas.— Sigue luego la eleccion del primer obispo que hizo la Iglesia, la cual prueba el derecho y el poder de su renovacion, confirmados por la consagracion del Espíritu Santo, cuyo descenso se verificó poco despues de la manera siguiente:

“Cuando se cumplian los dias de Pentecostés, estaban los discípulos todos unánimes en un mismo lugar, y vino de repente un estruendo del cielo, como de viento que sopla con ímpetu, y llenó toda la casa donde estaban aposentados.—Y se les aparecieron unas lenguas repartidas, como de fuego, y cada una reposó sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en varias lenguas, como el Espíritu Santo les daba que hablasen.—Y residian entoncez en Jerusalem judíos, varones religiosos de todas las naciones que hay debajo del cielo. Y cuando corrió esta voz, acudió mucha gente y quedó pasmada, porque los oia hablar cada uno en su propia lengua (1).

“Entonces Pedro, en compañía de los once puesto en pie, alzó su voz y dijo: Varones de Judea, y todos los que habitais en Jerusalem, esto os sea notorio; y oid con atencion mis palabras.... (2).” Sigue la primera predicacion de la Iglesia por boca de su jefe, que produce la conversion de tres mil hombres. Hé aquí la barca de la Iglesia botada al agua. Suceden en seguida las persecuciones, la prision de Pedro, la lapidacion de Esteban, que engendra la conversion de Pablo, uno de sus verdugos, y lo convierte en apóstol de los gentiles: insensiblemente, segun las divinas promesas, la fé llena á Jerusalem, la Judea, la Samaria, la Grecia, la Tesalia, y se abre camino hasta Roma; como un incendio prendido en el corazon de un viejo y grandísimo bosque, la antorcha de la fé, agitada por el espíritu de Dios, comunica el divino fuego al viejo mundo, y sin interrupcion va ganando terreno, extendiéndose y propagando sus llamas, lo abraza y devora todo hasta los confines de la tierra (3). Todas las demas predicciones de Jesucristo se cumplen con la misma puntualidad: los apóstoles son tratados como incensatos y sediciosos; son perseguidos, mueren todos en los suplicios, y fecundan las semillas del Evangelio por medio de una vida y una muerte que son su mas elocuente predicacion. Dispersados por todo el universo y algunos, como S. Pablo, no habiendo visto nunca á sus hermanos, no estan por esto menos unánimes en su ensenanza, y todos predicán igualmente los profundos misterios, en que los mejores talentos filosóficos se perderian, pero en los cuales el espíritu de Dios, que los anima, les hace expresarse en un mismo lenguaje por toda la tierra (4). Los apóstoles conservan siempre con preferencia la unidad de constitucion

(1) *Notas á Gibbon, Hist. de la Decad., t. III, p. 147.*

(2) *Hechos de los Apóst., cap. 1.*

(3) *Id. id.*

(4) “Ignoradas, dice el esclarecido conde Stolberg, desconocidas del mundo, cubiertas de templos de ídolos, en una época en que se agitaban las mas salvajes pasiones con un frenesí que espanta, aquellas santas personas se hallaban piadosamente reunidas, y se ocultaban con ellas virtudes desconocidas tambien del mundo, y para las cuales el mundo ni siquiera tenia nombres: la humildad, la fé, la esperanza, la caridad.” (*Hist. de Jesucristo*, t. II, p. 420.)

(1) *Hechos de los Apóst., cap. 2, v. 1 y siguientes.*

(2) *Id., cap. 2, v. 14.*

(3) *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendantur?*

(4) *In omnem terram univ. omnes coram*

que les dió á Pedro por jefe. Pedro personalmente nada tiene que lo recomiende, y hasta es uno de los menos distinguidos, si hemos de juzgarle por su genio y sus trabajos. S. Mateo, S. Marcos y S. Lucas escribirán la historia del Salvador; S. Juan, llamado *El águila de Patmos*, se remontará en el Apocalipsis hasta el trono del Cordero, y S. Pablo será arrebatado hasta el tercer cielo, nos dejará sus cartas inmortales é iluminará con su predicación á todos los gentiles; pero Pedro nada había hecho que lo distinga; predicará á los judíos y no escribirá mas que dos cortas epístolas, en una de las cuales hará el elogio de S. Pablo. Pero Pedro es el fundamento de la Iglesia y el centro de la unidad; la rivalidad, el amor propio ó el falso celo no podrán disputarle nunca el cayado de pastor; todos los evangelistas referirán á porfía las varias circunstancias que le aseguran este título (1); tendrá las primicias de todo, y será siempre el primero: el primero en confesar la fé (2), el primero en la obligación de ejercer el amor (3), el primero (esta observación es de Grocio) que da el ejemplo de una penitencia austera y de una fé regenerada (4), el primero de todos los apóstoles que ve á Jesucristo resucitado (5), el primero que da al pueblo testimonio de su resurrección (6), el primero que habló cuando fué necesario llenar el número de los apóstoles (7), el primero que confirmó la fé con un milagro (8), el primero en convertir á los judíos (9), el primero en recibir á los gentiles (10), el primero en todas partes, visitando de ciudad en ciudad á todos los discípulos, como dicen los *Hechos* (11), siendo el objeto de la veneración del gran S. Pablo que abandona sus trabajos lejanos, y que, *bajando del tercer cielo, viene á verlo, según la expresión de Bossuet, y, según la fuerza del original, á contemplarlo* (12).

Finalmente, para complemento del misterio de la unidad, Pedro es el que después de haber fundado la Iglesia de Jerusalem en Oriente, viene á fundar y á purpurar con su sangre la Iglesia de Roma en Occidente (13), y á empezar esa cadena de pontífices reconocidos y proclamados por todas las Igle-

sias del universo, como investidos de la supremacía pontificia en la persona de Pedro, y representantes, como él, de Jesucristo.

Tal es la Iglesia estudiada en su institución.

El que concibió su plan, puso sus bases, dirigió su acción y aseguró su triunfo hasta nuestros días, ¿puede no ser mas que un hombre?... ¡Ah! ¿Qué hombre, dotado de alguna sinceridad, podrá dejar de sentirse obligado á decirle como Pedro: TÚ ERES EL CRISTO, HIJO DEL DIOS VIVO?

CAPÍTULO XIII.

EL PROTESTANTISMO.

SOLO á la verdad puede ser provechoso el ser combatida. Si desde el momento en que fué fundada por Jesucristo hasta el día no hubiese sufrido la Iglesia persecución alguna, no hubiéramos conocido los grandes elementos de vida y de inmortalidad que encierra en su seno. Si no hubiese sido atacada y combatida por las herejías, su antigüedad y su filiación con Jesucristo hubieran parecido sospechosas á las generaciones sucesivas, su doctrina hubiera permanecido confusa é indefinida, y su autoridad se hubiera ido debilitando por la misma sumisión que, á fuerza de ser continua y general, solo nos parecería ahora una mera preocupación.

Las persecuciones que han zapado los cimientos de la Iglesia, y que la han despojado de todas las apariencias y recursos humanos, han puesto al descubierto la poderosa mano que la sostiene, y han confirmado la solidez de estas palabras: *Las puertas del infierno no prevalecerán nunca contra ella*. Asimismo las herejías, levantando sucesivamente contra esta institución los estandartes de la novedad, han hecho resaltar su antigüedad, su unidad y su infalibilidad, y han ocasionado promulgaciones de su doctrina, que á pesar de no tener al principio mas objeto que confundir el error de los herejes, nos han hecho conocer después todos los tesoros de la fé, nos han iniciado en el conocimiento elemental de todos sus dogmas, de su encadenamiento necesario, de su mútua dependencia, del espíritu y de todo el conjunto de la doctrina cristiana, y han ilustrado, vivificado y racionalizado nuestra obediencia y nuestra fé. De suerte que podemos decir con razón, que las persecuciones y herejías han sido necesarias para fecundar el divino germen depositado en el seno de la Iglesia, y que esta no es menos deudora de sus triunfos á los Dioclecianos y á los Arrios, que á los Constantinos y Orígenes.

Nada es tan magnífico como este triunfo de la verdad católica: nacida en medio de sangre, criada entre persecuciones, pudiendo contar los artículos de su símbolo por las sediciones de sus apóstatas, y las señales de su divinidad por las llagas que le

(1) Además de los textos que dejamos citados, es notable que los evangelistas, que en la enumeración de los apóstoles no guardan ningún orden fijo, convienen, sin embargo, en nombrar siempre á Pedro en primer lugar.

(2) Mat., cap. 16, v. 16.

(3) Juan, cap. 21, v. 15.

(4) "Pedro es particularmente designado, dice Grocio, como jefe del colegio apostólico (*dux apostolici coetus*), y se convierte por esto en un ejemplo terrible, ofrecido á todos, de la debilidad humana, de una penitencia austera y de una fé regenerada. En él se manifiesta la alegría de los ángeles por el pecador convertido, de que había hablado Jesucristo." (Grocio, citado por Stolberg en la *Historia de Jesucristo*, t. II, p. 336.) "Bossuet dijo también: Todo concurrió á probar su primado; si, hermanos míos, todo, hasta sus faltas, que enseñan á sus sucesores á ejercer tan grande autoridad con humildad y condescendencia." (*Sermon sobre la unidad de la Iglesia*.)

(5) 1. Corint., cap. 15, v. 6.

(6) *Hechos de los Apóst.*, cap. 11, v. 14.

(7) *Idem*, cap. 1, v. 15.

(8) *Idem*, cap. 2, v. 6 y 7.

(9) *Idem*, cap. 11, v. 14.

(10) *Idem*, cap. 10, v. 14.

(11) *Idem*, cap. 9, v. 32.

(12) *Ad Galat.*, cap. 1, v. 18.

(13) *Emilio, Hist. eccl.*, lib. 2, cap. 26.

abrieron los tiranos, puede tambien decir á los incrédulos de todos los tiempos lo que Jesucristo crucificado decia á su apóstol: "Mete aquí tu dedo, y mira mis manos traspasadas de heridas; acerca acá tu mano, métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel (1)."

Tal es la historia de la Iglesia, que podíamos titular, como dice muy bien Pascal, la *Historia de la verdad*.

Este punto de vista nos conduce á hablar de la grande herejía que ha cerrado el catálogo de todas las demas, y á poner el dedo en la gran llaga del protestantismo, no para rechazar las tendencias de esta herejía, pues que éstas en realidad no son funestas mas que á ella sola, sino al contrario, para sacar de ella nuevos argumentos en favor de la verdad de esta Iglesia que, escenta de solicitud por sí misma, no puede llorar mas que sobre sus hijos, cuyo estravío convierte en saludable manifestacion de su autoridad.

Dios nos es testigo, y lo acredita ya el tono que hemos empleado hasta ahora en esta obra, que está muy lejos de nuestro corazon el querer avivar ó resucitar antiguas disensiones entre hermanos separados por la fé, pero unidos con frecuencia por la estimacion, y algunas veces por la amistad, y que aun respecto de la fé están al menos de acuerdo acerca del deseo de una reconciliacion, y acaso en vísperas de abrazarse en el seno de su madre comun. Pero el honor de esta madre y el interes bien entendido de sus hijos escijen, siempre que la ocasion naturalmente lo requiere, una explicacion que no seria caritativa si fuese tímida, y cuya rectitud y sinceridad deben hacerla esperar que su tentativa será perdonada.

Nuestra tesis es:

Que la Iglesia católica es á Jesucristo lo que Jesucristo es á Dios; es decir, que Jesucristo es el único fundamento inmutable del conocimiento de Dios y de todas las verdades del orden sobrenatural, y que la Iglesia católica es á su vez el único fundamento del conocimiento de Jesucristo. De manera, que abandonar el sendero de la Iglesia es abandonar el único camino que conduce á Jesucristo, así como abandonar á Jesucristo es abandonar el único camino que conduce á Dios: por esto el protestantismo tiende irremisiblemente al deísmo, y del deísmo al ateísmo y á la impiedad.

En efecto:

I. Admitamos por un momento que la institucion de la Iglesia no es una obra divina, ó que ha dejado de serlo; salgámonos de este camino, y desde el mismo instante entramos en la duda mas vaporosa y sin embargo la mas legítima acerca de la divinidad de Jesucristo; dirémos mas: desde este momento, si queremos obrar lógicamente, ya no podemos creer en él.

Si se nos aparece Jesucristo como un Dios, es

principalmente viniendo á salvar al mundo. Quitadle esta cualidad de *Salvador*, y le habréis quitado el carácter distintivo de su divinidad. Por esto, contestando á los que iban de parte de Juan á preguntarle si era él el Mesías prometido, él mismo les decia: *Contadle que los pobres son evangelizados*, es decir, la generalidad y el comun de los hombres, y en particular los pobres, los sencillos y los ignorantes, los que no saben leer tan bien como los escribas y los fariseos.

Para evangelizar de este modo á la generalidad y al comun de los hombres de todos los lugares y tiempos, de *todas las naciones*, como él mismo dice, *hasta la consumacion de los siglos*, fué preciso que se pusiera en contacto universal, perpétuo y vulgar con todo el mundo, y que proveyese á todos los hombres de un medio visible y seguro de llegar al conocimiento de la misma verdad.—Por esto, no habiendo pasado mas que como hombre, debió necesariamente dejar en alguna parte, despues de su regreso al lugar de donde habia venido, un depósito de su poder, de su palabra y de sus gracias, y un órgano y un intérprete visible y auténtico de sus voluntades, que fuese uno como él, como la verdad, y universal, perpétuo y vulgar, como las generaciones de los hombres que debian sucederse; que los convirtiese á todos en cadena y continuacion de sí mismos, y que pudiese fácilmente ser reconocido y consultado por todos como la continuacion y la estension y prolongacion, si nos es permitido decirlo así, de su persona. De otro modo, lo repetimos, Jesucristo no se comunica con el mundo, y su tránsito por la tierra no es mas que un accidente histórico sin enlace ni relacion con nosotros; deja de ser el Salvador del mundo, y ya no es Dios; es menester renunciar á la cualidad de cristiano y pasarse á las filas de los puros deístas, ó reconocer cuanto acabamos de decir.

Supuesto todo esto, vamos á preguntar,—y aquí la pregunta escije una contestacion rigurosa:—Hay fuera de la Iglesia católica nada en el mundo que, partiendo inmediatamente de la persona de Jesucristo, haya llegado hasta nosotros sin interrupcion y sin variacion alguna, y que ofrezca garantías de porvenir para las generaciones futuras, llevando en sí estos grandes caracteres de UNIDAD, de UNIVERSALIDAD, de PERPETUIDAD y de POPULARIDAD, desprendiéndose de todo lo demas, y distinguiéndose á la vista de todos como un centro de reunion universal, como una cadena no interrumpida de tradicion, como un oráculo y un intérprete comunes de la palabra de Jesucristo?

La respuesta no puede ser dudosa: nada hay en el mundo mas que la Iglesia católica que presente estos caracteres. Debe notarse tambien, que si fuera del cristianismo ha habido en todos tiempos religiones falsas, que hayan querido hacerse pasar por verdaderas, en el cristianismo no ha habido nunca muchas iglesias que, partiendo de Jesucristo, se hayan confundido con la verdadera.—No puede pues existir ninguna dificultad sobre este punto: desde Jesucristo no ha habido mas que una Iglesia única, y esta es la Iglesia católica, la grande Iglesia, co-

(1) Juan, cap. 20, v. 27.

mo la llamaban los paganos, ó mas bien, únicamente la *Iglesia* es verdadera ó no existe, cuya consideración hacia decir á Lutero: "Nadie podrá quitar á nuestros adversarios este título de Iglesia, y mientras lo conserven, nos condenarán y perderán (1)."

Por consiguiente, si la Iglesia católica no es un órgano divinamente instituido, y divinamente gobernado por el mismo Jesucristo para comunicarse con el mundo, Jesucristo no está en comunicación con el mundo, y por consiguiente no es el Salvador del mundo, no es Dios. Es necesariamente indispensable optar entre el cristianismo y el deísmo, y reconocer que el protestantismo, que quiere mantenerse entre ambos, es irracional.

Es tal la fuerza de esta conclusión, que mucho tiempo antes del protestantismo la habia deducido S. Agustín en todo su rigor, confesando que *no creía en el Evangelio, si no existiese la autoridad de la Iglesia* (2).

Por la misma razón muchos célebres protestantes han *abjurado el cristianismo* y se han explicado en los términos siguientes: "Si en la religion partimos de un principio *supernaturalístico*, dice Standelin (3) (por ejemplo, una revelación escrita, como la Biblia ó el Korán), es necesario admitir, que la Divinidad que dió al hombre una revelación, debió también cuidar de impedir que el sentido de esta revelación no estuviera nunca abandonado al arbitrio de un juicio *subjetivo*. Esta *inconsecuencia* de Jesucristo (de no haber tenido este cuidado) no me permite ver en él mas que un sabio muy benéfico."—David Jorje, hombre de Dios y de una santa vida, segun Osiandro, su biógrafo, escribe: "Si la doctrina de Jesucristo y de sus apóstoles hubiese sido verdadera y perfecta, la Iglesia que fundaron se hubiese conservado; pero como se ve ya, segun él, que el Antecristo, es decir, el catolicismo lo ha trastornado, está fuera de toda duda que su doctrina era falsa é imperfecta (4)." En fin, Ochia, hombre de juicio sólido, y mas sabio él solo que toda la Italia, segun Calvino, formulaba del modo siguiente la misma conclusión: "Considerando por un lado, cómo podria ser que la Iglesia hubiese sido fundada por Jesucristo y regada con su sangre, y por otro, cómo ha podido verse enteramente adulterada, tal como está en el día, por el catolicismo, he deducido que el que la fundó no podia ser el *hijo de Dios*, pues se conoce evidentemente que *le faltó providencia* (5)." Despues de estas reflexiones renunció Ochia al protestantismo, y se hizo judío.

He aquí, si nos es permitido decirlo, un *error racional*, puesto que es consecuente consigo mismo. Error, sí, error funesto es el no ver precisamente en la Iglesia católica el instrumento de la providen-

cia de Jesucristo en la propagación y conservación de su doctrina por el mundo, y el suspender su fé en la divina promesa á causa de algunos desórdenes de disciplina, que en nada han afectado jamas á la esencia de su enseñanza católica, única cosa investida del privilegio de la infalibilidad;—pero en fin, una vez cometido este error, es consiguiente y racional deducir de él, como de rechazo, que Jesucristo no es Dios.—No hay cristianismo racional sino en el catolicismo; rechazar á éste es rechazar implícitamente á aquel, porque es rehusar á Jesucristo el atributo distintivo de la Divinidad, la Providencia; y además de todo esto es imputarle una falta de prudencia que no nos permitiria ver en él ni siquiera á un sabio muy benéfico.

Este es el grande argumento contra el cual vienen á estrellarse, uno tras otro, todos los esfuerzos del protestantismo que quiere ser cristiano, y que la experiencia de sus extravíos y caídas ha venido á engrosar como los destrozos sobre un espolo.

Sin embargo, nuestros hermanos separados han pretendido poder guardar la fé en Jesucristo negando la antigua autoridad de la Iglesia, y se han liasonjeado con la idea de que hacian en esto un acto de independencia y de razón. No han observado que esta misma autoridad es la que salva nuestra independencia y nuestra razón, dándonos el único fundamento racional y filosófico de la creencia en Jesucristo; que sin este fundamento, la fé en Jesucristo no es mas que una preocupación; que el yugo de esta fé y de todo lo que tiene relacion con ella es mas gravoso para la razón, cuando la llevamos solos y sin la ayuda del gran concurso de la Iglesia; y que fuera de esta senda luminosa, en cuyo término vemos y tocamos, por decirlo así, á Jesucristo, no hay mas que conjeturas, opiniones humanas, cálculos vagos é incompletos, y tinieblas llenas de fantasmas y variaciones, en cuyo seno no podemos continuar llevando el yugo de la fé, sino condenando nuestra razón á la mas intolerable servidumbre, y encadenándola en el mismo terreno de su libertad. A esto viene á parar fatal pero justamente el protestantismo, á precipitarse hasta el deísmo, hasta el escepticismo, ó á no poderse detener en esa pendiente tan fecunda en vértigos, sino imponiendo un entredicho á su razón.

El católico no cree *exclusivamente* á su razón en materia de fé, porque su razón es un apoyo demasiado peligroso (1); no cree en la razón ni en la infalibilidad de ningún hombre en el mundo, y no se rinde á la autoridad de ninguna escuela ni de ningún concilio local ó particular; cree tan solo en la infalibilidad de toda la Iglesia reunida, en su universalidad y en su perpetuidad: es decir, cree en lo que ella ha afirmado siempre de una manera unánime en todos los lugares del universo, y por espacio de diez y ocho siglos tocante á Jesucristo y á su doc-

(1) Lutero, sobre el capítulo 6 del Génesis.

(2) D. Aug., *Epist. fundam.*, cap. 6.

(3) *Recuerdo de la Historia de la Religion*, por M. Standelin, 2.º parte, p. 83.

(4) Estas palabras se hallan citadas en su vida, impresa en Anvers el año de 1518.

(5) *Diálogo sobre el Protestantismo*: obra compuesta en Inglaterra, en tiempo de Carlos II, p. 18.

(1) Cree en ella, y tiene esto de comun con el protestante; pero no *exclusivamente*, y en esto se diferencia de él. Falta saber si la razón natural puede ser *exclusivamente* juez competente de una verdad sobrenatural, y si esto no es contrario á la razón.

trina. Esta es la base mas amplia, mas visible y mas honrosa que haya podido darse jamas á la fé. Aun considerando las cosas bajo el punto de vista humano, ¿qué puede encontrarse de mas imponente y mas sabiamente combinado que semejante garantía? En efecto; observémoslo bien: en el origen del cristianismo se tocaba á los tiempos apostólicos, y el recuerdo de las palabras y de los actos de Jesucristo era todavía reciente; en consecuencia la tradicion católica se recomendaba á sí misma por su abocamiento inmediato á la verdad. Desde entonces esta garantía de proximidad se fué debilitando por la dispersion de los apóstoles y de sus sucesores por todo el universo, y por todos los elementos heterogéneos que la diversidad de tiempos y de lugares hubiera debido introducir en la doctrina; pero se va formando al mismo tiempo una nueva garantía en razon de esas mismas causas de deterioro de la antigua, la cual se va agrandando á medida que los hombres se van alejando de la primera. Por esto, si á pesar de todas estas causas de alteracion, siempre crecientes, cada Sede particular ha conservado idénticamente la misma doctrina, y si las interrogamos separadamente ó reunidas por el llamamiento universal que les hace el jefe del catolicismo, las tradiciones de todas las Iglesias vuelven sin ninguna discusion á encontrarse y confundirse en una sola y única tradicion, y se oye entonces esta exclamacion general: "Esta es la fé de nuestros padres, así es como todos pensamos (1)," y se tiene una garantía de verdad, tanto mas poderosa cuanto su resultado está en razon inversa de sus elementos humanos, y triunfa de todos ellos (2). Pues bien: tal es el método católico, y tales son siempre sus resultados: jamas pudo convencersele de lo contrario (3). ¡Método admirable y verdaderamente decisivo de conservar y atestiguar la verdad, colocándola bajo la salvaguardia de una tradicion pública, escenta de tiranía, porque parte de la universalidad, y escenta de confusion, porque se resume en la unidad!

El protestante abandona este método para seguir el del juicio individual.

A pesar de esto, es menester que haya una señal cualquiera para saber á qué atenerse respecto de la doctrina cristiana, de la persona de su fundador, de su ensenanza, de sus preceptos, y sobre todo de lo que quiere que creamos y practiquemos.

Esta señal, única base y regla única de la fé del protestante, es la *Escritura*, y nada mas que la *Escritura*.

La *Biblia* sola, sin comentarios, sin interpretaciones y sin mas ayuda que la razon individual de cada hombre en particular, seria, segun nuestros

hermanos extraviados, el único tipo que da su doctrina hubiera dejado Jesucristo á los hombres, y sobre el cual cada uno debería formar su fé.

El medio mas compendioso y mas seguro de averiguar si semejante método de ensenanza es digno de un Dios, seria consultar sus resultados; y el caso de variaciones que de ellos veriamos salir seria la señal mas infalible de que no puede pertenecer al autor de todo orden, á aquel de quien está escrito que el SI y el NO no se encuentran nunca en él, sino que todo lo que hay en él es siempre SI (1).

Pero este medio, tan victoriosamente empleado ya por Bossuet, tiene la desventaja de ser en el dia demasiado convincente, y de cortar demasiado pronto la cuestion. Como no hay nadie que no se sienta desde luego arrastrado por semejante evidencia, es preciso que los que se resisten á su impresion sean enteramente insensibles, y que por lo mismo sea inútil el presentárselo. Iremos, pues, á ellos por otro camino: por el del raciocinio, dejando obstatante al argumento de las variaciones toda su influencia, que se aumentará con el descubrimiento de sus causas, y las confirmará despues.

II. Dejando la tradicion católica para limitarse esclusivamente á la *Escritura*, nuestros hermanos han aumentado mucho la dificultad que les determinó á separarse de nosotros, y la han hecho casi insoluble.

¿Por qué, en efecto, la misma razon que les hizo sacudir el yugo de la autoridad de la Iglesia, no les hizo sacudir tambien el yugo de la autoridad de la *Escritura*?

Si son consecuentes, responderán, que porque la *Escritura*, aislada de la tradicion católica, es mas digna de fé y los pone mas en contacto directo con Jesucristo, que acompañada de esta tradicion.

Aquí se presenta ya el primer error. ¿Cuál es el fundamento de la fé exclusiva del protestante en el libro que tiene entre sus manos?.... Muy difícil le seria contestar á esta primera pregunta.

El libro de los Evangelios ¿fué escrito por Jesucristo?—no;—¿dictado por Jesucristo?—no;—¿recomendado por Jesucristo?—no.

Sabemos perfectamente que Jesucristo en la eleccion y mision de los apóstoles fundó una ensenanza por medio de la tradicion y la palabra; pero no vemos en ninguna parte que hubiese fundado una ensenanza por medio de la *Escritura*, y mucho menos por medio de la *Escritura exclusivamente*. "El Cristo, dice S. Juan Crisóstomo, no dejó á sus apóstoles ni un solo escrito; en lugar de libros les prometió el Espíritu Santo. Él es, les dice, quien os inspirará lo que deberéis decir (2);" cuya consideracion tenia tambien presente S. Agustín cuando hablando á los fieles, les decia: *Nosotros somos vuestros libros* (3).

Hasta aquí solo vamos apoyados en la misma *Escritura* de que quiere prevalerse el protestante; ella

(1) Fórmula de las decisiones de muchos concilios.

(2) "¿Seria verosímil, decia Tertuliano, que á tantas y tan numerosas iglesias las hubiese reunido un mismo error? En donde debe reinar una diversidad prodigiosa, no podria existir la perfecta unidad, y el error varia necesariamente, siempre. No: lo que se conserva siempre inalterable entre muchas gentes no es error, es tradicion." (*Tratado de las prescripciones*, § 27.)

(3) La doctrina católica, bebida en sus verdaderos fuentes, no ha podido ser nunca convencida de la menor variacion: el catolicismo no se la podrá formar jamás una *Historia de variaciones*.

(1) *Jesus Christus qui in vobis per nos praedicatus est, non fuit EST et NON, sed EST.* (Corint. II, cap. 1, v. 19.)

(2) *Homil. in Mat.*, l. 1.

(3) *Sermon* 227.

misma se resista, aislada, al abuso que de ella quiere aquel hacer; lo condena y para confundirle solo se necesita obligarle á que la lea con atencion.

Vemos en efecto en el libro de los Evangelios, que despues de haber edificado su Iglesia sobre Pedro y los doce apóstoles, les dice Jesucristo: "*Del mismo modo que fui yo enviado, os envío... Id, pues, enseñad á todas las naciones (DOCETE OMNES gentes), y predicad el reino de los cielos (PREDICATE regnum calorum), enseñándoles á guardar todo lo que yo mismo os enseñé.*" En otra parte dice tambien: "Cuando os entregaren á los gobernadores y á los reyes por causa de mí, no penseis cómo ó qué habeis de hablar; porque en aquella hora os será dado lo que hayais de hablar, pues no sois vosotros los que hablais sino el Espíritu de vuestro Padre, que habla en vosotros."—Mas adelante, hablando de todos los cristianos que han de suceder á los apóstoles, dice: "Todos los que han de creer en mí por su palabra," y en fin, para explicar la perpetuidad de esta enseñanza, añade: "Mirad, que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos."

No puede, pues, dudarse que la enseñanza por medio de la palabra, la palabra por inspiracion, la inspiracion prometida conforme á las necesidades de la Iglesia, y su existencia asegurada hasta el fin de los tiempos, son el único conducto oficial de la difusion de la fé por toda la tierra, y que, debiendo haber apóstoles hasta la consumacion de los siglos, debe tambien existir siempre esta difusion en todas partes, esto es, debe ir necesariamente transmitiéndose á sus legítimos sucesores en la Iglesia; de manera que, segun consta de la misma Escritura, esta no entra en la difusion de la fé ni en la enseñanza de su doctrina.

Es verdad que hay escritos cuatro libros históricos sobre la vida y la enseñanza del Salvador, los Santos Evangelios, y hay ademas las cartas que escribieron los apóstoles á los primeros cristianos, el Nuevo Testamento, en una palabra, que la Iglesia adoptó desde su origen como legítimo é inspirado, y que todos los católicos veneran con el mismo respeto que los protestantes; pero la enseñanza que de ellos resulta está tambien subordinada á la enseñanza por tradicion y de viva voz, existentes ya antes de la composicion de estos libros, única enseñanza, directamente establecida por el Salvador, enseñanza que habia ya convertido el universo antes que se escribiese una sola palabra, ó al menos antes que se publicara; enseñanza, en fin, que no hubiese cedido exclusivamente su lugar á las Escrituras sino en el caso de que, adoptando á estas la Iglesia, hubiese renunciado á la constitucion que Jesucristo la habia dado. Pero no hay nada de esto. No se escribieron y adoptaron las Epístolas y Evangelios con semejante objeto. Nunca fueron considerados, ni aun por sus mismos autores, mas que como auxiliares de la enseñanza oral, como anejos de la tradicion, mezclándose accidentalmente con ella, ilustrándola y robusteciéndola, pero sin excluirla, colocándose al

contrario bajo su salvaguardia, y recibiendo de ella la ayuda de una sana interpretacion.

Por esto, los mismos evangelistas nos dicen que no escribieron mas que una pequeña parte de las instrucciones que recibieron del Salvador. "Jesús," dice S. Juan, hizo otras muchas cosas, que si se escribiesen una por una, me parece que ni aun en el mundo cabrian los libros que se habrian de escribir (1)." No podemos pues admitir que los Evangelios contengan todo cuanto debemos saber y creer tocante á Jesucristo, y que éste haya querido enseñárnoslo solamente por medio de los libros.—Vemos asimismo en las cartas de S. Pablo, que este grande apóstol ponía á la par la tradicion oral y la Escritura, la palabra escrita y la no escrita, y hasta reservaba ciertos puntos de sus instrucciones para esta última. "Conservad las tradiciones," les decía á los de Tesalónica, que aprendíais ó por palabra ó por carta nuestra (2).—"Las cosas que has oido de mí delante de muchos testigos, escribia á Timoteo, encomiéndalas á hombres fieles, que sean capaces de instruir tambien á otros (3).—"Deseo veros, escribia tambien á los romanos, para comunicaros alguna gracia espiritual con que seais confirmados (4).—"San Juan Crisóstomo hace sobre uno de estos pasajes la siguiente reflexion: "Es evidente que no todo fué escrito; que hubo otro método de enseñanza acerca de muchos puntos, y que es necesario creer igualmente lo que no está escrito. Es necesario apoyarse en las tradiciones de la Iglesia, porque así lo enseña la tradicion, y esto basta (5)". Y S. Ambrosio, examinando mas profundamente el último pasaje citado de S. Pablo, se expresa así: "¿Por qué S. Pablo, que corrige por medio de sus escritos á los romanos, les dice, no obstante, que es necesaria su presencia para comunicarles alguna gracia espiritual, sino porque todo lo que no se dice de viva voz, es con frecuencia mal entendido? Desea verlos para enseñarles la doctrina evangélica en el sentido en que les ha escrito (6)."

Si no fuese así, ¿cómo lo hubiera hecho aquella multitud de pueblos bárbaros, que en tiempo de San Ireneo, segun él mismo refiere, creían en Jesucristo SIN PAPEL Y SIN TINTA, y llevaban la salvacion escrita en sus cuerpos por el Espíritu Santo, manteniéndose escrupulosamente fieles á la antigua TRADICION (7)?—¿Observamos nunca en los Hechos de los Apóstoles, ni en la historia de los tiempos posteriores, que los ministros de la Iglesia se hicieran seguir de un bagaje de libros, y que antes de predicar lo distribuyeran á los pueblos? ¿Nos hemos olvidado de que la imprenta, sin cuyo auxilio es imposible esa abundante reproduccion de la Escritura, data solo del siglo XV? ¿Podemos concebir que la rapidez de la conversion del universo al

(1) Joan. cap. 21, v. 25.

(2) 1 Timot. 2, cap. 2.

(3) 2 Timot. 2, cap. 2.

(4) Roman. 1, v. 16.

(5) Rom. 14, in 2, Theroni.

(6) In Epist. ad Rom. t. III, p. 241.

(7) Adver. haereticos, lib. 2, cap. 4, p. 205.

cristianismo hubiese podido acomodarse á la lentitud é insuficiencia de todo otro método de reproducción? A mas de qué, ¿quién no sabe, que en los primeros siglos del cristianismo, la ignorancia en que el mundo estaba sumido, y la tendencia á la superstición que el paganismo favorecía, habían introducido en toda la Iglesia la prudente costumbre de no revelar los sagrados misterios de la doctrina cristiana á los catecúmenos, sino sucesivamente y á medida que por su conducta y su instrucción se hacían dignos de conocerlos? Estas y otras muchas razones, que no mencionamos, manifiestan claramente que el método de enseñanza establecido y practicado en el cristianismo debía ser, con preferencia á todo otro, el de la predicación y de la tradición, que supone en consecuencia una autoridad docente y tradicional.

Todos los padres de la Iglesia están acordes sobre este punto. A pesar de haber citado ya algunos de ellos omitimos muchísimos otros, y recordaremos tan solo las palabras de uno de las mas ilustres lumbreras de los primeros siglos: “¿De qué serviría, pregunta Tertuliano, recurrir á las Escrituras cuando uno afirma lo que otro niega? Buscad mas bien quien posee la fé del Cristo, á quien pertenecen las Escrituras, de quien, por quien y cuándo nos vino esta fé que nos ha hecho cristianos. Allí, donde encontráis la verdadera fé, allí estarán la inalterable pureza de la Escritura, su sentido real y todas las tradiciones cristianas. El Cristo escogió sus apóstoles, y los envió á predicar el Evangelio á todas las naciones. Estos publicaron su doctrina y fundaron las Iglesias, que despues transmitieron á otras Iglesias la semilla de la misma doctrina, como sucede aun en nuestros dias. Para saber pues lo que los apóstoles enseñaron, es decir, lo que el Cristo les reveló, es menester recurrir á las Iglesias que ellos fundaron, y á las cuales transmitieron una enseñanza oral al mismo tiempo que les dirigieron sus Epístolas. Es evidente que toda doctrina conforme á la fé de estas Iglesias madres debe ser verdadera, pues ellas las recibieron de los apóstoles, que la recibieron á su vez del Cristo, quien antes la habia recibido de Dios. Todas las demas opiniones son nuevas y falsas (1).”

Cuanto acabamos de esponder es intachable, y todo hombre ilustrado y de buena fé se ve obligado á admitirlo. Por esto no nos sorprende ver á veces á protestantes recomendables prestarnos su apoyo, y sacrificar sus intereses al ascendiente de esta verdad.

Semler, uno de los mas célebres teólogos protestantes, que escribió sobre el canon, se expresa así (2): “Pruela mucha ignorancia en historia el confundir la religion cristiana con la Biblia, como si no hubiese habido cristianos antes de existir ésta; como si muchos no hubiesen podido ser buenos cristianos, no conociendo mas que uno de los cuatro Evangelios ó algunas de las epístolas de toda

la coleccion. Antes del siglo IV apenas se podia encontrar un Nuevo Testamento completo, y sin embargo nunca dejó de haber fieles discípulos de Jesucristo con mas ó menos fuerza en sus principios y sentimientos, segun que iban apartandose mas ó menos del antiguo judaismo.”

Un doctor protestante, mas célebre todavia, Lessing, en sus *Obras teológicas póstumas*, habla del modo siguiente:—“Toda la religion de Jesucristo estaba ya puesta en práctica, y sin embargo ninguno de los apóstoles y evangelistas habia escrito aun nada. Recitábase la oracion dominical antes de consignarla S. Mateo en su Evangelio; el mismo Jesucristo habia enseñado esta oracion á sus discípulos. Usábase ya la fórmula del bautismo antes de que este mismo S. Mateo hiciera de ella mencion: el mismo Jesucristo la habia prescrito á los apóstoles. Por consiguiente, si los primeros cristianos no estaban en el caso de atreverse, en estos puntos, á los escritos de los apóstoles y evangelistas, ¿por qué habian de estar sujetos á esta obligacion respecto de otros artículos? ¿Por qué, despues de haber orado y bautizado conforme á la máxima de Jesucristo, transmitida oralmente, se habian de negar á seguir el mismo método en todo lo que pertenecia necesariamente al resto del cristianismo? Pero tal vez se me preguntará: si Jesucristo arregló oralmente estos puntos, ¿por qué no obró del mismo modo respecto de todo lo que los apóstoles enseñaron despues de él, y de lo que el mundo debía creer?—¿Seria acaso porque el Nuevo Testamento no hace ninguna mencion de semejante máxima, ó de semejante disposicion?...—¿Como si los autores del Nuevo Testamento hubiesen pretendido jamas haber consignado en sus escritos todas las palabras y acciones de Jesucristo! ¿Como si no hubiesen dicho expresamente TODO LO CONTRARIO, con la intencion sin duda de dejar LUGAR A LAS TRADICIONES!”

Finalmente, en una obra publicada hace poco por Newman de Oxford, ministro anglicano, con aprobacion del antiguo profesor real (*regius professor*), despues de haber dicho que los artículos principales de la fé cristiana eran enseñados con mucho discernimiento y precaucion á los catecúmenos de la primitiva Iglesia, el autor prosigue así:—“A los que no hayan leído mas que las obras de los modernos, podrán chocarles mis palabras; no obstante, un estudio profundo de la cuestion probará que las doctrinas de que tratamos, nunca tuvieron la Escritura como única base de enseñanza; porque no hay duda que el libro sagrado jamas estuvo destinado á enseñarnos nuestras creencias, aunque sí es cierto que podemos servirnos de él para justificarlas, despues que ya se nos han enseñado, á pesar de las escepciones individuales que se encuentran de la regla general. Desde el principio, la Iglesia siguió la regla de enseñar la verdad, y de apelar en seguida á la Escritura como corroborante de su enseñanza. El primer error de los herejes fué despreciar esta enseñanza y emprender una obra de que son incapaces: la de formar un cuerpo de doctrina de las verdades par-

(1) De prescript, p. 234.

(2) Elementos históricos de Hirsching., lib. 22, p. 133.

"ciales que se encuentran en la Escritura. En este hecho aparece desde luego la insuficiencia de un estudio individual de la Escritura, como medio de llegar al conocimiento de la verdad que ella encierra, y manifiesta además, que los símbolos y los doctores encargados de explicarlos fueron siempre establecidos por el cielo, y que ha habido siempre discordancia de opiniones donde ha faltado esta divina institucion (1)."

Por consiguiente, limitarse á la Escritura, desechando la autoridad tradicional de la Iglesia, es obrar contra la Escritura que consagra esta autoridad y que fué originariamente compuesta, y ha sido siempre transmitida para marchar al lado de la tradicion, que es su salvaguardia.

De modo que *teóricamente*, en la fé protestante podemos decir que los cimientos rechazan el edificio.

III. Pero sobre todo, *prácticamente*, se vuelve la Escritura contra el protestante, y se convierte para su espíritu en origen de las dificultades mas afflictivas.

¿Quién le asegura que el libro que tiene en las manos, con el nombre de *Biblia*, es realmente el cuerpo entero y exacto de las santas Escrituras, y que es canónico, inspirado y divino? ¿Quién le asegura que la version latina, que conocemos con el nombre de *Vulgata*, es una version pura y conforme al testo original? Y ¿qué diremos de la multitud de versiones hechas en las lenguas vivas; de las muchas no solo infieles sino emponzoñadas, que el siglo de la reforma ha sembrado por el mundo, y de la facilidad con que de una plumada, y en el retiro de la composicion tipográfica se puede sustituir ó alterar una palabra, una frase, una puntuacion, y cambiar por este medio enteramente los dogmas y preceptos mas esenciales? Por los anales de la *Sociedad bíblica* nos consta, que el gran número de versiones, ya distribuidas por los pueblos que se queria convertir al cristianismo, han sido recogidas á causa de los absurdos, impiedades é innumerables errores que contenia (2). Pero, ¿cómo podría no suceder así, cuando vemos que la falsificacion de los textos fué erijida en sistema por los jefes de la reforma, los cuales enseñaron y practicaron, que siempre que el testo no se explicase claramente, y que se tratase de refutar á la Iglesia Romana, "se pudiese quitar ó añadir á la palabra de Dios (3)?" En fin, júzguese de la dificultad de

este sistema por la siguiente tabla de materias de una obra protestante intitulada: *Nuevo y seguro método para fijar la autoridad canónica del Nuevo Testamento*: 1º que la tarea de fijar la autoridad canónica de los libros del Nuevo Testamento está erizada de graves dificultades; 2º que esta materia es de suma importancia; 3º que muchísimos cristianos se hallan en estado de no poder articular ni una sola palabra para justificar la creencia en que están, de que los libros del Nuevo Testamento son canónicos; 4º que hay pocas obras sobre esta materia (1).

¿Qué harán los protestantes á vista de estas dificultades?

Dejemos hablar á un ministro protestante:—"Se contentarán con las traducciones mas autorizadas....; en caso de duda, ellos (los simples fieles, los ignorantes, los niños!!!) podrán comparar las versiones hechas por los doctores de diferentes partidos....; pues aunque no sean todas igualmente fieles y exactas (puede por consiguiente haberlas infieles é inexactas!) no hay empero ninguna tan defectuosa, que no tenga suficientemente todo lo que es necesario á la fé y á la piedad (2)."

No hay que asustarse por lo absurdo de semejantes explicaciones, ni se deben imputar al ministro, sino á su doctrina. Es una consecuencia forzosa del protestantismo el dejar á sus partidarios en la mas completa carencia de toda autoridad que dirija y enseñe. Si no fuera así, ¿con qué objeto habieran abandonado la autoridad católica, la mas respetable del universo, para sujetarse á cualquiera otra autoridad? Seria esto otro absurdo de no menos bulto que el primero.

Entre estos dos absurdos inevitables, ó de constituir á cada fiel juez obligado de la autenticidad literal y de la divinidad del libro que tiene entre manos, ó de imponerle la autoridad comun de la costumbre, variable hasta el infinito segun las sectas, los tiempos y lugares; despues de haberle hecho abandonar la grande autoridad que no conoce sectas, tiempos ni lugares, los protestantes optan por el último. ¡Hasta en esto se ve la tendencia de la naturaleza y de la razon al sometimiento de una autoridad! "Es por cierto muy raro, esclama un famoso protestante, vernos condenar, como el acto del papismo mas injurioso á la Divinidad, el principio de la autoridad de la Iglesia, convertido en regla soberana de la fé y al mismo tiempo admitir una regla idéntica, con la única diferencia que los papistas creen en la Escritura como en la palabra de Dios, sobre la fé de su Iglesia; y nosotros creemos en ella, nosotros, sobre la fé de nuestra propia autoridad. Es necesario confesarlo: hay millones de hombres que profesan el cristianismo y alimentan un odio violento contra sus enemigos segun los mismos principios vergonzosos y corrompidos bajo cuya influencia los judíos aborrecieron y crucificaron á Cristo. Cada uno, dicen,

(1) *Los Arrianos del siglo IV*, por M. Newman. p. 46.

(2) Wisemann, *Conferencias sobre el protestantismo*, t. 1, p. 146.

(3) Por esto, cuando Lutero concibió el designio de predicar la justificacion por la sola fé, encontrando en el testo: *El hombre se justifica por la fé*, añadió la palabra *sola*. Debiendo Zuñglio enseñar la presencia figurativa de Cristo en el Sacramento, y viendo que el testo: *Este es mi cuerpo*, lo autorizaba, pensó poner en el lugar de la palabra *es* la palabra *significa*. La legitimidad del matrimonio de los sacerdotes se arregló del modo siguiente: antes de la reforma el testo decia: *Por ventura no tenemos nosotros potestad de llevar por todas partes una mujer hermana?* (1 Cor. cap. ix, v. 5), y ahora leemos en muchas biblias protestantes: *¿Por ventura no tenemos nosotros potestad de llevar por todas partes una esposa hermana?* &c. &c.

(1) Este tratado es del reverendo Jeronías Jones, publicado en Oxford en 1557.

(2) Jacob Verbet, *Instruccion cristiana*, t. 1, lib. 3, cap. 6.

"debe seguir la religion de su pais; cualquiera que profese una creencia opuesta es digno de reconvencion. Han nacido y se han educado en este culto (esta es en efecto la única razon de la fé protestante). Si estas personas hubiesen nacido y se hubiesen educado en la religion mahometana, tendrían el mismo celo por el Alcorán; de manera que, según esto, el acaso y no la superioridad de su razon, es quien establece la diferencia (1)."

Pero hay aún otras razones mas inmediatas para convencer al protestantismo de inconsecuencia en su adhesión exclusiva á las Escrituras.

El católico, que no toma la Escritura por fundamento esclusivo de su fé, tiene por esto mismo mas motivo de creer en la autenticidad y en la santa inviolabilidad del libro de las Escrituras que la Iglesia le ofrece. Para él es verdaderamente un libro sagrado, y que se le presenta como único entre todos los libros por la prerogativa que ha conservado siempre de ser el objeto de la vigilancia y fidelidad de un depositario infalible, instituido por el mismo Jesucristo, y que no puede, ni aun hablando humanamente, engañar ni ser engañado: tan universal y compacta á la vez es la sociedad que lo constituye.—Hay además para el católico, en favor de este libro, un argumento muy sencillo que hemos tomado de Tertuliano: la Iglesia católica, que antes de todas las herejías y desde el principio ha estado en posesión de las Escrituras, y que se ha formado con ellas y por ellas, no ha tenido ningún interés en alterarlas, antes bien lo ha tenido muy grande en conservarlas intactas y en defenderlas contra las alteraciones de los herejes, que querían acomodarlas á un nuevo sentido. "Lo que nosotros somos, decía Tertuliano á los herejes, lo son las Escrituras desde su origen. Somos cristianos por ellas, antes que pudiesen contener nada que nos fuera contrario, es decir, antes que vosotros hubieseis podido alterarlas. Ningun hombre sensato podrá persuadirse jamas que nosotros, que nacimos con las Escrituras, las hayamos corrompido, sino nuestros enemigos que vinieron despues de ellas (2)."

Tales son los fundamentos de la confianza del católico en la incorruptibilidad y divinidad de las Escrituras.

El protestante no solo carece de estos fundamentos de confianza, sino que se convierten, respecto de él, en motivos tan grandes de desconfianza, que debe desechar el libro de las Escrituras como el mas sospechoso de todos los libros.

En primer lugar, habiendo el protestantismo recibido originariamente las Escrituras de manos de la Iglesia católica que hacia quince siglos era su depositaria (3), debe desconfiar muchísimo de su in-

tegridad, precisamente porque han pasado por las manos de esta Iglesia que por tanto tiempo las guardó.—No creyendo en la infalibilidad del depositario, no pueden tener fé en la integridad del depósito. Al contrario, creyendo que la Iglesia católica es una Babilonia corrompida, un Antecristo, en la cual todo está manchado y enteramente pervertido, debe mirar con horror todo cuanto de ella proceda, y al recibir por su conducto el libro de las Escrituras, debe ver en cada una de sus líneas, en cada una de sus palabras, marcadas señales de alteración. Sin embargo, por la mas insignie de todas las inconsecuencias, cree no solo en la integridad, sino tambien en la divinidad de las Escrituras, siendo así que no puede creer en ellas sino sobre la palabra de esa misma Iglesia, cuya autoridad rechaza: el protestante convierte en fundamento de su fé y de su amor lo que es el fundamento de su desconfianza y de su odio, y cae por esta razon bajo los golpes de este terrible argumento de S. Agustín: "Elegid lo que querais; si me decís que crea á los católicos, los católicos me declaran que no tienen ninguna fé en vosotros. Si al contrario, me decís que no crea á los católicos, ¿con qué títulos me obligáis por el Evangelio á la fé del maniqueo, supuesto que si creo en el Evangelio solo es porque los católicos me lo han predicado? Acaso os atreveréis á decir que hago bien en creer á los católicos cuando alaban el Evangelio, pero que obro mal si los creo cuando hablan contra los maniqueos. ¿Me creéis tan insensato que, sin que me presenteis ninguna razon plausible, me someta á creer lo que vosotros queráis, y á no creer lo que vosotros no queráis (1)?"

Si el protestante se ve de esta manera abrumado por la inconsecuencia de su fé en las Escrituras, consideradas en su origen católico, ¿qué nuevo motivo de desconfianza no debe encontrar en las vicisitudes porque han pasado desde que, separadas de este origen, fueron arrojadas sin guia y sin custodia por el protestantismo en el mundo de la publicidad mas vulgar, y despues que por espacio de tres siglos han sido continuamente profanadas por las pasiones?

Las Escrituras deben parecerle pues doblemente sospechosas, en su origen y en su curso; primero, porque vienen de la Iglesia católica, y despues porque en el protestantismo han sido alteradas, falseadas y profanadas por mil sectas fogosas que se las han opuesto sin discrecion, y las han convertido en objeto comun de sus divisiones.

De este modo, desechando el protestante la autoridad de la Iglesia para sujetarse á la autoridad de la Escritura, da sin advertirlo tal vez un golpe mortal á esta última autoridad; la destruye al quererla oponer, y se quita á sí mismo todo fundamento racional de su fé en Jesucristo.

IV. Pero no se limitan á esto todas las dificultades. Hemos hablado de la integridad material y

(1) Richard Baxter, citado por Wisemann. t. 1, p. 181.

(2) Tertul. *De prescript.*, § 88.

(3) "Reconocemos, escribia Lutero, que el papismo posee la verdadera Escritura Santa. No vacaríamos que le concedamos lo que le corresponde: en el papismo hay la palabra de Dios, la mision apostólica, el verdadero bautismo, el verdadero sacramento del Altar, las verdaderas llaves para la remision de los pecados, el verdadero catecismo...; y en consecuencia á la Escritura Santa y á la enseñanza, debemos confesar

"que las aprendamos de ella, de modo que sin ella, ¿qué sabríamos?" (Tom. iv, Wittenberg fol 222, v. 80.)

(1) S. Agustín, *Epist. fundam.*, c. 8, ed. Frob., p. 118.

de la canonicidad de las escrituras; ¿pero qué sucederá con su interpretación...?

He aquí, en efecto, que el libro de las Escrituras, tal cual está, es un libro cerrado y como si no existiera para la mayor parte de los hombres: para los pobres, los pequeños, los ignorantes, todos aquellos cuyo pensamiento está inculto y cuya inteligencia se halla ocupada en el cuidado de los negocios, en las fatigas y trabajos del campo, ó que no saben leer las Escrituras, ó no pueden comprenderlas, ó en fin, no tienen la calma y el espacio necesarios para elevarse á la sublimidad de su enseñanza y extraer de ellas un símbolo de creencia y un código de moral. Podemos decir que para esta inmensa multitud el Evangelio no existe. Se nos contestará tal vez que pueden hacérselo leer; pero entonces ya no tomarán por regla de su fé el libro de las Escrituras interpretado por su sentido privado (regla fundamental del protestantismo), sino la opinion, el modo de leer, de ver y de interpretar de un extraño, de cuya fidelidad y rectitud ninguna garantía tienen, ni mucho menos de la infalibilidad sin la cual no puede tener lugar la fé.

El protestantismo no puede escapar nunca á su propio principio, que está siempre ahí, detras de él, obligándole á cada momento á admitir un absurdo. ¡Ninguna autoridad! Este fué su grito de guerra al separarse de la Iglesia: la Escritura y nada mas que la Escritura, interpretada por el juicio privado. "Derribamos, decía Lutero, todo ese viejo armazon de la antigua ortodoxia, de las escuelas de teología, de la autoridad de los padres, de los concilios, de los papas, del consentimiento de los siglos, y no admitamos mas que la Escritura santa (1), pero bajo la condicion de que tendremos derecho de entenderla del modo que la hubiéremos interpretado."—En este caso ¿para qué sirven vuestros sínodos, vuestras confesiones, vuestras congregaciones y sermones?... Para nada decisivo respecto de la fé, contesta Calvino: "Decidan los sínodos y las congregaciones como mejor les plazca; si no eres de su opinion, mantente en la tuya, y no dejarás por esto de ser un verdadero hijo de la Iglesia reformada."—¿Cuál es, pues, la regla infalible de la fé?—Ya se ha dicho, la Escritura interpretada por el juicio privado.—Pero ¿y los que no saben interpretarla?—Todo el mundo debe saberlo.—¿Y los que no saben leer?—Todos deben saber.—"La Biblia es la cartilla del cristiano, no, escribia un ministro protestante; debe, pues, conocerla para poder observar sus preceptos, y debe, por consiguiente, leerla ó interpretarla. ¿Acudirá para esto al juicio de otros? Pero por ¿qué? ¿Quién le respondería de que su interpretación no se equivoca ó no le engaña (2)? En ninguna parte de la Biblia se habla de tribunal algu-

"no establecido para explicarla y comentarla (1). "Ella manda á todos y no á algunos solamente, que la lean y estudien (2)."

¡Qué absurda é inevitable existencia! En la imposibilidad de poderla satisfacer, he aquí que poblaciones enteras carecen del importante auxilio de la enseñanza católica, que descansa en el testimonio de las mismas Escrituras, en el consentimiento de los siglos y en la autoridad de los papas, de los concilios, de los padres, de los apóstoles, de Jesucristo... y todo para sujetarse al yugo de la infalibilidad ficticia del primer predicante sin mision que sube algunos pies mas alto sobre la turba de sus oyentes. ¡Qué inconsecuencia! ¿Y sobre quiénes recae principalmente? ¡Sobre los pobres! Es decir, sobre la flor del rebato de Jesucristo. Los pobres son evangelizados, decía este gran maestro para caracterizar su mision; los pobres no son evangelizados, podemos decir para señalar la herojía que hace consistir la regla de la fé en la sola Escritura interpretada por el juicio privado. Mientras que en la Iglesia católica el mas humilde habitante de las campiñas eleva su inteligencia hasta el mismo símbolo que cautiva el genio sublime de un Bussuet y de un Pascal, y bebe la verdad en la misma copa que los sabios y los reyes, el pobre protestante anda errante á la ventura siguiendo la opinion individual del último que le habla, que con una Biblia ó un simulacro de Biblia en la mano se dice intérprete de la divinidad: creyendo primero en la presencia real, y no creyendo luego en ella; dudando aquí de la necesidad de las buenas obras, y mas adelante vacilando hasta en la fé en Jesucristo, segun sea el predicador, el tiempo, el lugar, las circunstancias; y fluctuante é incierto siempre acerca de lo que pueda servir de sólido apoyo á sus costumbres, de regla á su fé y de refugio cierto á sus trabajos y sufrimientos. Dejémosle hablar á él mismo, y confirmar con sus quejas la justa compasion que nos inspira: "¡Qué desgracia la nuestra! decía uno de ellos al consejero de la chancillería de Leyden, qué desesperacion para los pobres habitantes del campo, tener que oír todas las blasfemias que se profieren contra nuestra santa religion, sin que, en medio de nuestras calamidades podamos saber lo que debemos creer y esperar! Nuestros mismos ministros han perdido todo derecho á nuestra confianza, pues emplean en las sociedades un lenguaje enteramente distinto del del púlpito, y nos tratan de imbéciles, á quienes faltan fuerzas para soportar la verdad (3)."

(1) Dentro de poco lo examinaremos.

(2) M. Nicolás, ministro protestante (Correo de la Moeila, Febrero de 1880).

(3) M. Jacobi, autor protestante, en la obra titulada: ¿Qué debo creer y esperar para el descanso de mi alma? Zúria, 1791, p. 22 y 23.—"El cristianismo, dice Chateaubriand, empezó entre los hombres por las clases plebeyas, pobres é ignorantes; la fé fué subiendo poco á poco á los rangos elevados, y ultimamente al trono imperial. El protestantismo siguió una marcha opuesta. Las sebes características de ambos orígenes han permanecido enteramente distintas. Nunca el protestantismo fué tan popular como el culto católico; porque de raza patricia y principal, no simpatiza con la multitud. Su bondad es mas por cálculo que por ternura: viste al desnudo, pero no le abraza y calienta en su seno; abre cellos á la miseria, pero no vive

(1) Pero ¿quién es garantía en Escritura santa que admita, sin esa misma autoridad de los padres, de los concilios, de los papas, y ese consentimiento de los siglos que rechazais?... Sin ellos, como vosotros mismos habeis dicho, ¿qué sobraría de esa misma Escritura?

(2) Entendamos, ¿de qué sirve que seas ministro?... Otra inconsecuencia.

Adelantémosnos mas, y entremos en esas sociedades que tienen mas fuerza para soportar la verdad; ¿Qué descubrimos aqui? ¿En qué se convierte esta verdad, no teniendo nunca otro criterio que la Escritura interpretada por el juicio privado? Los mas doctos, creerán, ó creerán tener el texto de la ley, pero ¿y el sentido? No consiste el Evangelio en la letra de la Escritura, sino principalmente en el sentido que deba dársele; de donde se sigue que una mala interpretacion, dice un padre de la Iglesia, cambia el Evangelio de Jesucristo en evangelio de un hombre ó en evangelio del demonio. La *fe* no se contenta con la probabilidad, sino que le es precisa la infalibilidad; y la infalibilidad de la revelacion seria para nosotros enteramente inútil sin la infalibilidad de la interpretacion; de poco nos serviria estar seguros de que la revelacion no puede engañarnos, si no lo estuviéramos tambien de que tomamos el texto de la revelacion en su sentido verdadero; y sin esta infalibilidad, sin esta certidumbre permaneceriamos necesariamente en la esfera de las opiniones, sin poder llegar nunca á la de la *fe*.—Supuesto esto, ¿dónde encuentran los protestantes esta certidumbre? ¿Quién puede garantizar á cada lector protestante que el sentido que le parece es un pasaje dado de la Escritura, es el único sentido exacto, que él solo encuentra la verdad, y que todos los demas se desvian de ella? Una de las parábolas mas claras del Evangelio es sin contradiccion la del injusto administrador doméstico, que se encuentra en el capítulo 16 de San Lucas; pues bien, ¿quién lo creería? el doctor Thies contó ochenta y cinco explicaciones distintas de este pasaje, y ciento cincuenta de un versículo de una de las cartas de San Pablo (1). ¿Qué argumento en favor de la necesidad de un tribunal jurídico y universal que interponga su autoridad, y una autoridad infalible, entre tan distintas opiniones! ¿Cuánta razon tenia Standlin, diciendo, que si Jesucristo es Dios, necesariamente debió procurar que el sentido de su revelacion no estuviera abandonado al arbitrio de un juicio subjetivo!

Las leyes humanas, mucho mas sencillas, mucho mas precisas y cuyo objeto es mas sencillo y mas usual, no pueden subsistir sin una magistratura que las aplique y proteja; y á pesar de esto no alcanzan

mas que una infalibilidad aparente de interpretacion, que la diversidad de jurisprudencia desmiente todos los dias; ¡con cuánta mas razon la ley evangélica, toda espiritual, toda misteriosa y teniendo en cada lector, cuyo orgullo y pasiones condena, un enemigo interesado en acomodarla á su capricho, tendrá necesidad de un tribunal que sea centro de su unidad, oráculo de sus verdades y santuario de su santidad? ¿Podrá el libro animarse á sí mismo para defenderse contra la ignorancia y la pasion de su lector, ocultándole lo que le escandaliza y destierra, señalándole lo que debe herirle para curarlo, y señalarle las dificultades que ofrecen dos sentidos y á veces dos textos en apariencia contradictorios? ¿Deberá este libro desenvolverle toda la cadena del dogma, enseñarle los límites del precepto y señalarle hasta dónde se estenden los del consejo? Encontrará en él cada protestante un genio familiar, un espíritu infalible y siempre presente que le ayude en sus investigaciones, y le inspire sobrenaturalmente la verdad? Esto es lo que se han atrevido á pretender; sí, se han atrevido á sostener que ese socorro milagroso, que niegan al cuerpo entero de la Iglesia católica, lo concede Dios á cada hombre en particular, y que la Iglesia puede muy bien engañarse explicando la Escritura; pero que el simple protestante no puede dejar de acartar. ¿No descubre en semejante proposicion algo mas que un simple orgullo? Sin embargo, el protestante se ve obligado á llegar á este extremo. Para evitar el caer en él, han negado algunos esta pretension á la inspiracion individual, y se han limitado á la inspiracion natural como suficiente para interpretar la Escritura y conocer por ella la verdad; pero por esto mismo han caido en una contradiccion palpable; porque decir revelacion, es decir conocimiento sobrenatural de la verdad, conocimiento superior á la razon natural; no pudiendo la razon aislada admitir mas que lo que comprende, semejante método seria borrar todo misterio y toda revelacion, para someterlos á la sola razon. Toda ley debe ser interpretada idénticamente conforme al mismo espíritu en que es concebida cuando la interpretacion tiene por objeto la infalibilidad; es pues preciso negar la inspiracion en las Escrituras, ó admitirlas en su interpretacion (1). Así el protestante, ya aspire personalmente á la inspiracion, despues de haberla negado á todo el cuerpo de la Iglesia, ya no invoque mas que su sola razon como intérprete de verdades que son superiores á ella, incurre siempre en manifiesta contradiccion. Pero sobre todo, se halla altamente desmentido por la experiencia. Es evidente, en efecto, que si cada particular poseyera en sí mismo el origen de la infalibilidad para explicar bien la Escritura, siendo esta ventaja comun á todos los protestantes, no podría encontrarse entre ellos ninguna diferencia de sentimientos tocante á la explicacion de la Escritura. Pero ¿quién ignora sus divisiones y contestaciones sobre este punto? Hallándose tan divididos acerca del sentido de la Escritura, ¿no será necesario que unos ú otros

"ni llora con ella en sus pobres é inmundas mansiones; ocurre al infortunio, pero no comparte con él sus desgracias. El religioso y el cura son los inseparables compañeros del pobre: peores como él, tienen para sus compañeros las entrañas de Jesucristo; los andrajos, la poca, las llagas y los calabozos, no les inspiran ni disgusto ni repugnancia; la caridad ha perfumado, en su concepto, la indigencia y la desgracia. El pastor protestante abandona los necesitados en su lecho de muerte; para él los sepulcros no son una religion, porque no cree en ellos lugares de expiacion, en los cuales las oraciones de un amigo alcanzan la libertad de un alma que padece; en este mundo no se le ve nunca en medio del fuego ó de la peste, porque guarda para su familia particular esos afectuosos cuidados que el "anciano romano prodiga á la gran familia humana." (Estudios históricos, tit. IV, reinado de Francisco I.)—Si nos fuésemos permitidos añadir á tan bello pasaje algunas palabras, diriamos que entre muchísimas causas, las dos siguientes harán al protestantismo eternamente infelice. 1.º el matrimonio de los ministros; 2.º la carencia del sacramento de la Eucaristia; para ser todo de todos, es menester no ser sino de todos, para tener caridad en las entrañas, es menester introducirse en ellas.

(1) De la incompatibilidad del poder espiritual profano, p. 12, nota 14.

(1) Standlin llamaba inconsecuencia á la no admision de este principio.

se equivoquen al explicarla? ¿Y no será evidente, en consecuencia, que no puede tener cada particular el don de infalibilidad para explicarla?

El argumento de las variaciones va á entrar aquí con una ventaja decisiva. ¿Quién no admira el contraste que presentan bajo este respecto el catolicismo y la reforma? En todos los puntos del espacio y del tiempo, por todas partes donde encontrareis católicos, podeis preguntarles, y siempre veréis salir de sus labios el mismo símbolo, la misma fé, la misma esperanza, el mismo amor. ¡Espectáculo imponente y capaz de convencer á los hombres de recto corazón! S. Ambrosio podría presentarse en nuestros dias y repetir, con grande edificación de su pueblo, las mismas homilias que predicaba antiguamente en la catedral de Milan, y si se presentase S. Crisóstomo en la basílica de S. Pedro en Roma, delante del papa y del sacro colegio, escitaría en nuestros dias el mismo entusiasmo que arrebató al pueblo de Antioquia al escucharle, y podría pronunciar con seguridad todos los discursos, en que tan claramente explicaba la doctrina de la Iglesia, sobre los sacramentos y los dogmas. Es en efecto, muy digno de observarse, que cuando nuestros modernos predicadores quieren exponer el dogma, hablar de la moral ó interpretar las santas Escrituras, creen tanto mejor fundadas sus opiniones sobre la fé católica, cuanto el sentido que les dan es mas conforme con la doctrina de los padres de la Iglesia. Pero esto sucede porque donde está el espíritu de verdad hay unidad, y su presencia es tanto mas cierta en la Iglesia, cuanto esta unidad brilla en materias en que el espíritu del hombre no puede hacer mas que divagar, y está en una proporción que hace su prodigio incomparable.

¿Qué podríamos encontrar de mas propio para hacer resaltar este prodigio, que el espectáculo de las variaciones de la reforma? Si actualmente volviera Lutero al mundo y predicara de nuevo su doctrina, ya no se le comprendería; las universidades protestantes lo acogerían con frialdad; los partidarios de la nueva exégesis lo mirarían con desprecio, y es indudable que á vista de los cambios sobrevenidos en la reforma, el impetuoso fundador no podría contener su cólera. Si Calvino, por otro lado, apareciera en Ginebra, sería muy poco festejado; ¿qué decimos! se le calificaría de *metodista*; se le llamaría *moniero*, y no tendría mas remedio que echar á huir de su ciudad (1). Pero ¿qué necesidad tenemos de semejantes ficciones (2)? Mejor es que oigamos al protestantismo hablando de sí propio: "Estoy viendo á los nuestros, decía Teodoro de Beza, errar á merced de todo viento de la doctrina, y caer después de haberse elevado

"mucho, ya hacía un lado, y luego hacía otro. Lo que piensan hoy sobre la religion puedes saberlo; pero lo que pensarán mañana, te será imposible afirmarlo. ¿Sobre qué punto de la religion están de acuerdo las Iglesias que han declarado la guerra al pontífice romano? Examinalo todo, desde el principio hasta el fin, y apenas encontrarás una cosa afirmada por uno de ellos que otro no califique luego de impiedad.... (3) — Si el mundo dura todavía algun tiempo, decía el mismo Lutero, asustado de su propia obra, las infinitas y distintas interpretaciones que se habrán hecho de la Escritura nos obligarán, para conservar la unidad de la fé, á recibir de nuevo los decretos de los concilios y refugiarnos á sus decisiones.... (2)" — La supresión de la autoridad del papa ha sembrado en el mundo gérmenes infinitos de discordia, escribía igualmente Puffendorf; como no hay ninguna autoridad soberana para poner término á las disputas que por todas partes se suscitan, hasta hemos visto á los protestantes dividirse entre sí, y despedazarse las entrañas.... (3)" — Oigamos todavía lo que Capito, teólogo del partido de Lutero, é íntimo amigo de Bucer y de otros calvinistas, escribía á Farel: "Como se ha quitado al clero todo su crédito, es natural que todo esté en confusión. Reconozco los grandes perjuicios que hemos causado á la Iglesia negando con tanta imprudencia y precipitación la autoridad del papa. El pueblo se encuentra ahora sin freno, y cualquiera esclama: Sé lo suficiente para dirigirme; ¿qué necesidad tengo de ningún auxilio extraño, supuesto que puedo encontrar en el Evangelio á Jesucristo y su doctrina.... (4)?" — Tan cierto es, como dice muy bien Montaigne, que es preciso no dejar al juicio de cada uno el conocimiento de su deber; que es menester prescribirlo, y no dejárselo escojer á su antojo, pues de otra manera, atendida la imbecilidad y variedad infinita de nuestros raciocinios y opiniones, acabaríamos por forjarnos deberes que nos mandarian comernos los unos á los otros."

Esta conclusion de Montaigne no tiene nada de hiperbólico aplicada al protestantismo; pues á las razones que ya dejamos espuestas, debemos añadir otra, que merece un exámen particular.

Basta abrir el libro de los Evangelios para convencerse de que los que los escribieron no pensaron jamás en hacer de ellos un símbolo de doctrina y un código de moral explícitos, completamente definidos y capaces de bastarse á sí mismos, puestos en manos del comun de los lectores. Tan lejos estaban de esto, que no se encuentra en ellos nada preciso, formulado, ni articulado con este objeto. Son una relacion en que están consignados algunos actos de la vida del Salvador y algunas de sus instrucciones, tales como se efectuaron en el círculo del tiempo, de personas y lugares en que aquella vida mortal pasó. Las instrucciones y preceptos

[1] Este pensamiento es del presidente Raimbourg; Obras filosóficas, tomo I, p. 280.

[2] No hay en esto mas ficción que la resurrección viva de Calvino; pues en cuanto al estruendo de que sería víctima, se le ha aplicado ya en éfígie. (Véase la memoria del conde de Belin acerca del llamamiento hecho á sus correligionarios, con motivo del tercer jubileo de la reforma de Ginebra en 1800). Pero si Ginebra ha negado una estatua á Calvino, ha concedido una á J. J. Rousseau, y es menester convenir que en esto ha andado comeciente con algo inhumano.

(1) The Bez., Ep. ad Andream.

(2) Lut. Ep. ad Zwínglium.

(3) Puff., De Monarchia pontificis romani.

(4) Capit., Ep. ad Farel.

se encuentran en el Evangelio, diseminados á la ventura y entrelazados con una multitud de hechos que aclaran su sentido; ocultos muchas veces y encubiertos á propósito, bajo figuras y parábolas que impiden su inteligencia y restringen en cierta manera su luz, parece que esperan que el mismo espíritu que los depositó allí vaya á sacarlos y á explicarlos segun la variedad de los casos lo requiera. La verdad no está allí mas que en germen: es un divino programa, que se refiere á una enseñanza preexistente y regular. El mismo Evangelio corrobora esta opinion: "Acercándose los discípulos al Salvador, le dijeron: ¿Por qué nos hablas por parábolas?—Y él les contestó: porque á vosotros es dado saber los misterios del reino de Dios; mas á ellos (los simples fieles) todo debe tratarse solo por parábolas, para que viendo, vean y no vean, y oyendo, oigan y no entiendan.... Todavía tengo que decirlos muchas cosas, pero en la actualidad, ni vosotros mismos sois capaces de comprenderlas; cuando venga el Espíritu de verdad, él os enseñará todas las verdades (1)."—Tal es el carácter de los libros santos: carácter divino por la religiosa oscuridad que oculta su sentido al comun de los hombres y que permite á una interpretacion jurídica, ayudado á su vez por el espíritu de verdad, difundir su conocimiento con peso y medida, segun las enfermedades de las almas que deben encontrar en ella su curacion; pero carácter, no tomemos decirlo, funesto, sí, como pretende el protestantismo, quitando á los hombres todo socorro regular, se ven estos reducidos á no tener mas guía que un libro en que la verdad se halla encubierta bajo parábolas, y que el mismo dice que se ha hecho así, para que estos viendo, vean y no vean, y leyendo, lean y no entiendan ni comprendan lo que lean.

¿Qué resulta de aquí, sino que entregar este libro en manos de los hombres, sin cuidado y sin direccion, es poner una espada en manos de un niño, ó convertir un depósito de remedios, del cual deben salir la curacion y la salud, en fuente pestifera de males y enfermedades? ¿Cuál es el espectáculo que ha dado el protestantismo al mundo en Alemania é Inglaterra, sino el de mil sectas fanáticas y embriagadas, por decirlo así, de la santa Escritura, que han llegado realmente, como dice Montaigne, á crearse deberes que les hacian como unos á otros? que han transformado un libro de amor y de paz en un campo de batalla, en el que cada pasion coja á la ventura un arma de furor y de discordia, y que han hecho, en una palabra, del cristianismo separado de la Iglesia, algo infinitamente mas monstruoso que todos los desvarios del entendimiento humano antes de la aparicion del cristianismo (2).

(1) Marc. cap. IV.

(2) "Llevados los primeros reformadores de su espíritu de oposicion á la Iglesia romana, dice un protestante, reclamaron á voz en grito el derecho de interpretar las Escrituras, conforme al juicio particular de cada uno... pero ahogados por emancipar al pueblo de la autoridad del pontífice romano, proclamaron este derecho en explicacion de restricciones, y las consecuencias fueron terribles. Impedidos por mirar la sede de la jurisdiccion papal, contruyeron, sin limitacion alguna, que cada individuo tiene indisputable derecho para interpre-

V. Por otra parte, ¿cómo se ven los protestantes la condenacion de un sistema esclusivo de toda autoridad religiosa en todos esos pasajes del Evangelio, que nos presentan á Jesucristo instituyendo precisamente esta autoridad, y en la realizacion inmediata de esta institucion por los apóstoles y sus sucesores hasta nuestros dias en el cuerpo de la Iglesia?... ¿Qué significa esa eleccion de los doce apóstoles entre tantos discípulos? ¿Qué significa

"ter la Sagrada Escritura por sí misma; y como este principio, tomado en toda su extension, era insoportable, fué necesario, para afirmarlo, darle el apoyo de otro principio, cual es: que la Biblia era un libro fidedigno, al alcance de todos los espíritus; que el carácter mas inseparable de la revelacion divina, es una gran claridad: principios ambos, que era lo que consideraban tales, era unidos, son incapaces de sufrir un ataque serio.

"El jansen privado de Muncer descubrió en la Escritura, que los títulos de nobleza y las grandes propiedades, era una pasión impia, contraria á la natural igualdad de los hombres, invitó á sus oídos á examinar si era esta la verdad del hecho. Examinaron los sectarios la cosa, alabaron á Dios, y procedieron enseguida, por medio del hierro y del fuego, á la extirpacion de los impios, y á apoderarse de sus propiedades. "El juicio privado creyó tambien haber descubierto en la Biblia, que las leyes establecidas eran una permanente restriccion de la libertad cristiana, y éstos aqui que Juan de Leyde, era los instrumentos de su oficio, se puso á la cabeza de un populacho fanático, sorprendió la ciudad de Munster, se proclamó á sí mismo rey de ella, tomó catorce mujeres á la vez, asegurando que la poligamia era una de las libertades antiguas, y el privilegio de los santos. Pero la criminal locura de los pasiones extrajeron adije á los amigos de la humanidad y de una piedad razonable, por tanto que se le propuso para concederles la historia de Inglaterra, durante un largo espacio del siglo XVII. En ese periodo de tiempo, levantábase una innumerable muchedumbre de fanáticos, era jansen, era uno en pos de otros, embriagados de doctrinas extravagantes y de pasiones dañinas, desde el feroc delirio de Fox hasta la metódica locura de Barclay, donde el formidable fanatismo de Cromwell hasta la débil impudencia de Francois-Guillaume. La piedad, la razon y el buen sentido, parecían desterrados del mundo, y se habían puesto en su lugar una extravagante algarabía, un frenesí religioso, un celo inmoderado: tales citaban la Escritura, todos pretendían haber tenido inspiraciones, visiones, arrebatos de espíritu, y á la verdad con tanto fundamento lo pretendían unos como otros.

"Sostenían con mucho rigor que era conveniente abolir el sacerdocio y la dignidad real, pues que los sacerdotes eran los servidores de Satanás, y los reyes eran designados de la Presidencia de Babilonia, y que la existencia de uno y otro era incompatible con el reino del Redentor. Esos fanáticos consideraban la ciencia como invencion pagana, y las universidades como seminarios de la impiedad anti-cristiana. Ni la autoridad de las funciones proteja al obispo, ni la majestad del trono al rey: uno y otro eran objeto de desprecio y de odio, y designados en compania por aquellos fanáticos, cuyo unico libro era la Biblia, sin notas ni comentarios. A la escasa ostentación en su mayor auge el entusiasmo por la oracion, la predicación y la lectura de los libros santos: todos oraban, todos predicaban, todos leían, pero nadie escuchaba. Las mayores atrocidades se las justificaba por la Sagrada Escritura, en las transacciones mas ordinarias de la vida, se usaba el lenguaje de la Sagrada Escritura; de los negocios interiores de la familia, de sus relaciones exteriores, se trataba con frases de la Escritura, con la Escritura se tramaban conspiraciones, traiciones, proscripciones, y todo era un solo justificación, mas tambien confundido con citas de la Sagrada Escritura. Estos hechos históricos han sembrado con frecuencia á los hombres de bien, y convertidos a las almas piadosas, pero demasiado cediendo al lector en sus propios sentimientos, alida la leccion escarmentada en esta terrible experiencia, á saber que la Biblia sin explicacion ni comentarios, no es para leída por hombres groseros é ignorantes.

"La masa del linaje humano ha de contentarse con recibir de otro sus instrucciones, y no le es dado acercarse á los manuales de la ciencia. Los sencillos mas importantes en medicina, en jurisprudencia, en fisica, en matematicas, ha de recibirlos de aquellos que los habian en los primeros manantiales, y por lo que toca al cristianismo, en general se ha contentado con el método de la misma manera, y siempre que se le ha dejado hasta cierto punto, la sociedad se ha conmovido hasta sus cimientos." [O'Callaghan, citado por el presbítero Hymas en el Protestantismo comparado con el Catolicismo, o. 7.]

la eleccion de la persona de Pedro entre los doce apóstoles? ¿Qué significa el nombre simbólico que se le dió? ¿Qué significan aquellas enérgicas palabras: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán nunca contra ella?* ¿Quién no descubre en ellas el designio expreso de una institucion grande, fuerte, coordinada bajo un solo jefe, y llamada á destinos inmensos? ¿Quién no ve la entrega de las llaves en estas palabras: *Todo lo que atares ó desatares sobre la tierra, será atado ó desatado en los cielos...* *El que te oye, me oye; el que te desprecia, me desprecia á mí y á aquel que me envió...* *Si alguno no oye á la Iglesia, sea como pagano y publicano?* ¿Quién no ve el cayado en estas otras palabras: *Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas?* ¿Puede darse significacion mas precia de la unidad y de la autoridad? En fin, ¿qué significan aquellas grandes y solemnes palabras, tan notables en sí mismas, y mas notables aún por el momento supremo en que fueron pronunciadas.... *ME HA SIDO DADO TODO PODER EN EL CIELO Y EN LA TIERRA; COMO MI PADRE ME ENVIÓ, ASÍ YO OS ENVIÓ: ID, PUES, ENSEÑAD Á TODAS LAS NACIONES, Y ACORDAOS DE QUE YO ESTOY CON VOSOTROS TODOS LOS DIAS, HASTA LA CONSUMACION DE LOS SIGLOS?*.... Es preciso querer cerrar absolutamente los ojos para no sentirse deslumbrado por el resplandor de esta verdad, es decir, que por medio de estas palabras y las demas que anteceden, quiso el Cristo fundar y poner en movimiento una autoridad de enseñanza poderosa, legítima é infalible como la suya propia, perpétua y trasmisible hasta el fin del mundo como la asistencia sobrenatural que le prometió, y destinada á conservar y propagar entre los hombres la verdad que ella misma debía recibir del Espíritu Santo.—Por esto no debemos extrañar que un protestante, convencido por tanta evidencia, esclame: *“La Iglesia católica trae su origen del mismo Jesucristo. Este puso á Pedro á la cabeza de su Iglesia. Leed el Evangelio de S. Mateo, 16, 18, 19, y el de S. Juan, 21, 15 y siguientes, y veréis que es necesario ó negar la verdad de las santas Escrituras, ó confesar que el mismo Jesucristo prometió un jefe de la Iglesia á todas las generaciones venideras (1).”*

Pero ¿qué son todas estas promesas, si nos empeñamos en no ver su cumplimiento en la sucesion de los pontífices de Roma y en la autoridad de la Iglesia católica? ¿En qué se convierte esta autoridad de Pedro? ¿Dónde está el fundamento, el edificio, las llaves, el cayado y la unidad y autoridad pastorales en el protestantismo? ¿Con quién está Jesucristo hasta la consumacion de los siglos? ¿Está con Lutero, con Calvino, con Zuinglio, con Munster, con Socino, con Servet, ó con algun otro?... Y ¿con quién estaba antes de ellos, sino con la Iglesia? ¿Por qué dejó la Iglesia para trasladar á ellos su poder, y dónde está la señal visible de semejante traslacion?... ¿Cómo se concuerdan para representar este poder en su santa y cari-

tativa unidad? Los protestantes dan al mundo el espectáculo de la division misma, de la confusion y del desprecio de toda autoridad recíproca; se despedazan unos á otros, ni uno solo está conforme con su vecino, y hay mas distancia y oposicion recíproca entre ellos, que la que habia al principio entre todos ellos y la Iglesia católica.—La Iglesia católica, al contrario, desde Jesucristo hasta Lutero, y desde Lutero hasta nosotros, nunca ha dejado de presentar el fenómeno verdaderamente sobrenatural de la unidad, de la concordia y de la sucesion mas invariable, y su marcha firme y compacta no ha sido suspendida ni un solo instante al través de tantas oposiciones y ruinas acumuladas á su paso... Podríamos decir que es un solo hombre atravesando los siglos y llevando á las postreras generaciones la antorcha de la verdad encendida por Jesucristo. En ella vemos siempre un edificio, un fundamento, un poder, una unidad, una universalidad, una perpetuidad é invariabilidad, que están maravillosamente de acuerdo con las divinas promesas, mientras que en el protestantismo no descubrimos mas que dispersion, variacion, confusion y ruina, que hacen con estas promesas la irrision mas insultante y cruel de que haya sido objeto nunca la humanidad.

Confundidos los protestantes con lo que presentan de significativo y formal todos los pasajes de la Escritura que nos manifiestan la fundacion de la Iglesia por Jesucristo, intentaron darle una explicacion restrictiva que los conciliase con su sistema. Es verdad, dicen ellos, ó mas bien algunos de ellos (pues en nada están de acuerdo), que Jesucristo fundó una Iglesia á quien dió la autoridad y la infalibilidad; pero esta institucion solo comprendia á los doce apóstoles, á quienes Jesucristo se dirigió; y por consiguiente no debía tener mas extension ni durar mas que los trabajos y la vida de aquellos primeros predicadores del Evangelio, despues de lo cual, sembrada la fé por toda la tierra, germínó por sí misma con la ayuda de los divinos escritos que estos mismos apóstoles nos dejaron;—todo lo demas es una mera usurpacion.

Semejante explicacion no puede sostenerse ni un instante en presencia de la crítica mas indulgente.

¿Dónde están las palabras del Salvador, de las cuales resulte esa fundacion de la Iglesia que los protestantes quieren encontrar en los primeros apóstoles? Serán sin duda las siguientes: *Id, enseñad á todas las naciones, y no olvideis que yo estoy con vosotros todos los dias, HASTA LA CONSUMACION DE LOS SIGLOS.* Basta leer estas palabras para ver que aquella Iglesia no debía acabar jamas, y que el poder que Jesucristo le daba y la asistencia que le prometia, no se limitaban á un dia ó á algunos dias, sino que se extendian á *todos los dias, hasta la consumacion de los tiempos.* “No se crea, pues, ni se diga que el ministerio de Pedro acaba con “él, dice Bossuet. Lo que debe servir de apoyo “á una Iglesia eterna no puede jamas tener fin. “Pedro vivirá en sus sucesores (1).”

(1) William Cobbett, *Historia de la reforma protestante*, tomo 2, núm. 40.

(1) *Sermon de la unidad de la Iglesia.*

Pero hay otro argumento mas parentorico:

La enseñanza de los apóstoles era infalible, verdad que se reconoce en el mero hecho de tener por inspirados los libros que ellos escribieron y de querer circunscribir á ellos solos las promesas de Jesucristo. Por consiguiente, sus palabras y conducta sobre la cuestion que nos ocupa deben ser para nosotros una regla infalible de decision. Pues bien, por todas partes, en las palabras y en los actos de los apóstoles, vemos que tenian de la Iglesia la idea de una institucion que debia durar siempre, ejercerse por medio de la prediccion y encontrar perpetuamente en los sucesores, *que ellos mismos se dieron*, igual autoridad que la que residia en sus personas.

En el capítulo 3 de la segunda carta á los corintios, comparando S. Pablo el ministerio del apostolado evangélico, conferido por Jesucristo á los apóstoles, con el ministerio de la ley judaica, confiado por Jehovah á Moisés, dice que el sacerdocio evangélico se diferencia del sacerdocio mosaico en dos puntos esenciales, característicos ambos de la Iglesia católica y concluyentes contra los que quieren limitar la duracion de este sacerdocio á la vida de los apóstoles y sustituirlo por la *Escritura*.

El primer carácter diferencial entre ambos sacerdocios, señalado por S. Pablo, consiste en que el ministerio de Moisés era el ministerio de LA ESCRITURA, de LA LETRA grabada sobre piedra, y el ministerio evangélico es el ministerio del ESPÍRITU, 6, como dice perfectamente, *de la letra de Jesucristo, de la cual hemos sido secretarios*, y QUE ESTÁ ESCRITA, NO CON TINTA, SINO CON EL ESPÍRITU DEL DIOS VIVO; NO SOBRE TABLAS DE PIEDRA, SINO SOBRE TABLAS DE CARNE, QUE SON NUESTROS CORAZONES. *El mismo Jesucristo nos hizo capaces de ser ministros, NO DE LA LETRA SINO DEL ESPÍRITU, ministerio mas glorioso que el de Moisés; PORQUE LA LETRA MATA, Y EL ESPÍRITU VIVIFICA.*—El segundo carácter diferencial que señala S. Pablo, consiste en que el ministerio de Moisés, que habia de durar en la Sinagoga mil quinientos años, *habia tenido fin, y el del Evangelio DEBE DURAR ETERNAMENTE.* (Por esto Jesucristo tendrá SIEMPRE secretarios, para escribir su Evangelio, no con tinta, sino con el espíritu; no sobre tablas de piedra, sino en los corazones de todas las generaciones que han de venir.)

¿Qué se sigue de aquí, sino que queriendo los protestantes hacer degenerar el ministerio evangélico en un ministerio DE LA LETRA ESCRITA CON TINTA, ó que aboliendo todo ministerio para no dejar subsistir mas que LA LETRA sola, LA LETRA muerta, LA LETRA que mata, no solamente han puesto la Iglesia evangélica al nivel de la Sinagoga judaica, sino que la han hecho infinitamente inferior; porque además de la Escritura, tenia incontestablemente la Sinagoga una autoridad de interpretacion, siendo así que, segun ellos, no tendria la Iglesia ni autoridad inmediata de enseñanza oral por la inspiracion, ni siquiera la simple autoridad de interpretacion de la Escritura, y seria totalmente suprimida por la sola letra escrita con tinta que seria en-

tregada como una espada que mata en manos de todas las pasiones?—La enseñanza de los apóstoles, cuya autoridad se reconoce, reprueba pues la restriccion que se pretende hacer de esta autoridad á sus personas.

La conducta de los apóstoles confirma tambien sus palabras y atestigua altamente que, prescindiendo de la Escritura, trabajaban para fundar y transmitir una autoridad puramente espiritual, oral y tradicional. ¿Qué hecho mas decisivo, en favor de este derecho de renovacion de la Iglesia, que el de la elevacion de Matias efectuada entre la ascension del Salvador y el dia de Pentecostés? Como si Jesucristo, que podia completar el número de los doce, y que parece debia hacerlo, hubiese querido dejar á su Iglesia este preludio y ensayo de su poder disciplinario y electivo, con la espresa intencion de consagrarlo en seguida á la vista de todo el mundo con la venida de su Espíritu Santo. Ademas, vemos de nuevo á los apóstoles ejercer esta misma autoridad, instituyendo por todas partes obispos y delegándoles el mismo poder que habian recibido. Vemos principalmente á S. Pedro fundar la Sede principal del catolicismo en Roma, darse en ella su sucesor regular, que á su vez fué seguido de otro, y así sucesivamente sin interrupcion, hasta el que ocupa actualmente la silla romana, á la cual no ha dejado nunca de estar unida la autoridad central que Pedro habia recibido de Jesucristo, y que la Iglesia universal habia reconocido siempre en sus sucesores.

Este punto histórico tan importante encontrará sin duda espíritus rebeldes que se negarán á admitirlo; pero es menester que se vayan con mucho cuidado, porque cabalmente nada hay mejor probado. Cinco padres de los primeros siglos escribieron el catálogo de los obispos de Roma: S. Ireneo del siglo II, Tertuliano del III, S. Epifanio del IV, S. Opiato y S. Agustin del V, y nos dejaron una lista de los papas hasta su tiempo; de modo que los críticos pueden examinarlos cuando quieran en los pasajes que en la nota señalamos (1).

Nos dispensa de citarlos el haber sido formalmente reconocido el hecho por los críticos protestantes unas recomendables, y no haber sido negado por sus enemigos mas encarnizados. "Tenemos, dice el baron de Starck (2), en favor de la primacia del episcopado de S. Pedro en Roma, el testimonio de toda la antigüedad cristiana; desde Papiús ó Ireneo, que vivian en el siglo II de la Iglesia, el primero de los cuales era discípulo de S. Juan Evangelista. Barnage dice que ninguna tradicion tiene tantos testimonios en su favor, y que no puede dudarse de ella sin negar toda certidumbre histórica. Parson asegura que ningu-

(1) Ireneo, lib. 3, cap. 3, ad Colon., p. 232.—Tertul., lib. de presc. capitulo 22; Epeph. Haer. 27, t. I, ed. Patav., p. 1294; Opt., lib. 2, Cocet. parn., ed. du Pau., p. 31;—Aug. t. p. 163, t. II, ed. Froben, p. 750—Ademas se pueden añadir: Hist. Eccl. lib. 2, cap. 26;—S. Jerome, De viris illust. in Petro, t. IV, parte 2.—S. Ambrosio, lib. 3, de Sacra., cap. 1.

(2) Entretiens sur les philosophes, sobre las diferentes comuniones cristianas, por el baron de Starck (Razon del Cristianismo, en 4.º, t. III, p. 68.)

"no de los antiguos puso en duda la fundacion de la Iglesia romana por S. Pedro, y la sucesion de los papas como herederos de este apóstol. Puffendorf, en su libro de la *Monarquía del pontífice romano*, y Grocio en sus *Cartas*, se expresan claramente en favor de la primacia de la Iglesia romana, de su gerarquía y de su sucesion episcopal, verdad, por otra parte tan incontestable, que ni Lutero, ni Calvino, ni los centurialistas de Magdeburgo se han atrevido á atacarla."—A estas autoridades protestantes podemos añadir la de William Cobbet, que se expresa así: "S. Pedro murió mártir en Roma, unos sesenta años despues del nacimiento de Jesucristo, pero fué reemplazado por otro, y es del todo evidente que la cadena de sucesion no fué nunca interrumpida desde esa época hasta nuestros dias.... Al subir sucesivamente á la santa Sede, cada papa es jefe de la Iglesia, y su poder y suprema autoridad han sido siempre reconocidos por todos los obispos y predicadores cristianos de todas las naciones en que esta religión ha existido (1)."

La restriccion de la autoridad y la infalibilidad de la Iglesia á los primeros apóstoles, se halla pues declarada imposible por el hecho que nos muestra esta misma autoridad, que en ellos reconocemos y que se trasmite por su medio á sus sucesores hasta nosotros. Admitiendo la cabeza, es absolutamente indispensable dejar pasar el cuerpo.

El protestantismo no puede sostenerse por ningún lado; todo le falta, ó mas bien, todo se vuelve contra él: los argumentos y los hechos, la Escritura y la tradicion, la evidencia del sentido comun y el peso de la autoridad, su antigua madre la Iglesia y sus propios hijos, que, como hemos visto, la confunden con sus infidencias. No podemos pues menos de suscribir á la siguiente sentencia, que pronunció contra sí mismo Lamennais en una época en que habia levantado su mano contra la Iglesia.

"Admitida la base de una revelacion divina, indispensable para la salvacion, y consignada en un libro sobrenaturalmente inspirado, no encuentro absurdo que pueda compararse al de abandonar este libro á la razon individual de cada uno, sabio ó ignorante, sencillo ó ilustrado; pues nada significan aquí estas diferencias; de modo que cuando los católicos establecen contra los protestantes la necesidad de una autoridad viva, perpétua y universal, que determine con certeza el verdadero sentido del texto sagrado, resuelva todas las dudas y juzgue infaliblemente todas las controversias que de él puedan originarse, lo que dicen es tan claro, tan perentoriamente decisivo, que si no supeáramos cuán grande es el poder de ciertas preocupaciones inculcadas desde la cuna, creeríamos

"imposible el resistirse á semejante evidencia (1)."

Tal es el juicio formado del protestantismo por un hombre que le pertenece, con la única diferencia que la elevacion de su caída le ha hecho salvar de un solo bote todo el espacio de incredulidad que el protestantismo recorrió en la duracion de tres siglos. Terrible ejemplo de la fragilidad humana, que debe inspirarnos mas desconfianza de nosotros mismos, que severidad respecto de los demas, y sin disminuir nada de nuestra repulsion por las doctrinas, disponernos á una grande indulgencia por las personas, segun estas bellas palabras de San Agustín: "Los judíos fueron cortados del tronco, y los gentiles ingertados en su lugar; los herejes han sido excluidos de este ingerto; pero, es menester que no nos consideremos superiores á ellos, para que no corramos el mismo peligro.... Hermanos míos, os conjuro con todas mis fuerzas para que, ya que habeis tenido la dicha de permanecer hasta ahora en la Iglesia, no despreciéis nunca á los que no están en ella; antes rogad para que en ella entren, porque el Señor es poderoso, y de él depende el introducirlos en su seno (2)."

Pero acabemos de desenvolver las elevadas instrucciones que nuestro asunto contiene.

VI. Es muy curioso é instructivo examinar las causas del protestantismo. En sus *Memorias de Brandeburgo* dice Federico el grande: "Si redujéramos las causas del progreso de la reforma á principios simples, veríamos que en Alemania fué obra del interés, en Inglaterra del amor, y en Francia de la novedad." Lo que dice Federico está perfectamente de acuerdo con la historia. No hay en efecto ninguna duda de que la concupiscencia de los príncipes, el deseo de aumentar sus dominios con los despojos de la Iglesia, la esperanza del alto clero de librarse de sus onerosas anatas, de las retribuciones escajidas por el palio y de otros gravámenes por este estilo; las esperanzas concebidas por el clero inferior de obtener mas libertad; la confianza de las ciudades imperiales de ver terminadas aquellas largas disputas con los obispos, producidas siempre por los derechos recíprocos; las disposiciones favorables de muchos curas y monjes, cansados del celibato y de la sujecion del claustro; no hay duda, repetimos, que todas estas causas fueron como el fermento inmediato de la reforma (3). Sea como quie-

(1) *Discusiones críticas sobre la Religión y la Filosofía*, por M. de Lamennais, p. 129 (año 1841).

(2) Augusto. *Enchiridion*, lib. xvi, núm. 8. *Oper.*, t. iv, p. 644.—Esta es la verdadera tolerancia, de que hablaremos en el capítulo siguiente.

(3) "Quiera (dice un protestante inglés), por respeto á mi país, no hablar nunca del trivial pretexto que dió origen á este grande acontecimiento; pero es demasiado conocido para que pueda pasarse en silencio sin todas las apariencias de afectación: fué la piedad ilegítima de Enrique por Ana Bolena. Si en la disposicion de este monarca no hubiesen tenido parte la pasión y el capricho, hubiera conservado sus amistades religiosas con la santa Sede, hubiera merecido siempre el título de defensor de la fe, que se habia adquirido con sus escritos, y sus sucesores hubieran podido usarlo sin que se convirtiera, como actualmente, en un motivo de irrisión respecto del que se lo da, y respecto del mismo título; PERO EL TRANSITO DE LA IGLESIA A UNA SECTA, CON FRECUENCIA SE EFECTUA POR EL CAMINO DE LOS VICIOS, Y EL DE UNA SECTA A LA IGLESIA SIEMPRE POR LA

(1) Wm Cobbet. *Hist. de la reforma protestante*, carta 2.ª, núm. 41 y 42.—El mismo protestante nos da la etimología de la palabra papa. "Llámanse en latín papas, que es una union compuesta de las dos palabras pater patrui, es decir, padre de los padres. Esta es el origen del nombre papa, que los niños de todas las naciones cristianas dan á sus padres, y que denota el mayor respeto y el mas tierno y sincero afecto."

ra, podemos decir que el protesto fué la reforma de las costumbres y de la disciplina eclesiástica, y que el resultado inmediato fué la completa ruina de lo que se quería reformar. "Así es como se sacrifican", exclamaba el cáustico Erasmo; parece que la "reforma no haya tenido mas objeto que transformar "en novicos y novias los monjes y monjas, y que es- "ta gran tragedia ha de acabar siempre como las "comedias, en cuyo último acto todos se casan (1)."

Sin embargo, es menester confesar que en aquel tiempo la disciplina se hallaba muy relajada en la Iglesia. Se sentía en ella una gran necesidad de reforma, la cual era altamente reclamada, mucho antes que apareciera Lutero, por una multitud de prelados y doctores, que no por esto dejaron de mantenerse inviolablemente unidos á la Iglesia. Lutero se separó de ella y arrastró consigo muchos partidarios de buena fé á favor de una confusión entre la disciplina y la doctrina, que nosotros hemos ya disipado, haciendo notar que no se prometió la asistencia divina á la Iglesia, sino conforme al objeto de su misión, que era únicamente enseñar la doctrina y conferir los sacramentos. No se dijo que la Iglesia estaría asistida en la *santidad de sus miembros*, sino en la pureza de su doctrina; no que nunca habria escándalos, sino que jamas habria errores. Por esto solo la doctrina debe conservarse sobrenaturalmente en la Iglesia; la disciplina como el poder temporal, como el resultado del genio, puede relajarse, eclipsarse ó verse entregada á las vicisitudes humanas: hé aquí la distinción. De ello resulta que la institución de la Iglesia, que presenta en el conjunto de sus miembros mas santidad que ninguna institución humana, ha tenido no obstante que deplorar algunas veces grandes escándalos y grandes abusos en lo concerniente á la disciplina y á las costumbres. Pero ¿podremos deducir de aquí que le haya faltado el divino auxilio y su infalibilidad? Todo lo contrario: nunca ha sido mas visible su infalibilidad. Efectivamente, es sumamente prodigioso ver á una sociedad de hombres, por mas puros que sean, guardar por tanto tiempo, y sobre tantos puntos, y en materias tan vastas, una invariable fidelidad de doctrina, y no permitir que se introdujera en ella ninguna alteración, ninguna innovación, y presentar el espectáculo de la unidad mas indisoluble en la mas ilimitada generalidad de tiempos y de lugares.... (2). Pero lo que pone colmo al prodigio, y le coloca en la categoría de verdadero milagro, es, que esta misma virginidad

de doctrina se haya conservado no menos inviolablemente en poder de manos manchadas y de bocas corrompidas, condenándose á sí mismas, y anatematizándose antes que dejar peligrar el depósito de la verdad y apagar sus fuegos vengadores; que jamas el carácter moral de los papas, de su corte y de su siglo, cualquiera que haya sido, no haya tenido la menor influencia sobre la fé; que toda la corrupción de un Alejandro Borgia no haya causado ninguna mancha en la doctrina de Jesus, y que el *belario* de aquel monstruo, como dice M. de Maistre, sea *imperable*. "Un navío que hunde las aguas," dice Bossuet, no deja en ellas menos vestigios de "su tránsito." Lejos de autorizar su rebelión, debia este pensamiento unir mas á Lutero á la Iglesia, como le sucedió á uno de quien habla Montaigne, que "habiendo ido á Roma para admirar la santidad de nuestras costumbres, al ver la disolución de los prelados y del pueblo de aquel tiempo, se "confirmó con mas fuerza en nuestra religión, porque calculó que debia de ser ésta muy poderosa "y divina para poder conservar su dignidad y su "esplendor en medio de tanta corrupción y en un- "nos tan viciosos (1)."

Lutero obró al revés (2). Presentándose al principio solamente como reformador de la disciplina, sedujo á algunos espíritus de buena fé; ganó después un número muy grande de espíritus corrompidos que se dejaron arrastrar por la abolición de toda disciplina, que apareció bajo esta pretendida reforma (3), y en fin, arruinada ya toda disciplina, la reforma, es decir, la abolición invadió tambien la doctrina, que pronto desapareció de sus manos, continuando empero inmutable en el seno de la Iglesia católica, y trayendo á su rectitud la disciplina, cuyo orden se habia alterado por algunos instantes (4).

(1) *Essays de Miguel Montaigne*, lib. 2, cap. 12.

(2) Mas adelante quiso Dios que tramara su propia condenación. "Es cierto, escribis, que Dios ha honrado á la Iglesia romana sobre todas las demas; pues en el seno de esta Iglesia se derramaron su sangre y triunfaron de la muerte y del infierno "S. Pedro y S. Pablo, cuarenta y seis papas y millones de mártires..... No niego que el obispo de Roma haya sido, sea y "haya de ser siempre el primero; me induce á creerlo así en "primer lugar la voluntad de Dios tan visible en este particular, "porque es indudable que al romano pontífice no hubiera podido llegar nunca á una monarquía, si Dios no lo hubiera querido. Debemos admitir y acatar la voluntad de Dios cualesquiera que sean los medios porque se manifiesta, y por consiguiente no nos es permitido resistir al pontífice romano su primacía. Es tan fuerte esta razón, que, aun cuando no tuviere en su favor ninguna texto de la Escritura ni ninguna otra razón, bastaria esta para reprimir á los que se le resisten..... Es "pues, visible la deferencia que debemos guardar con esta Iglesia, y si en la actualidad las cosas se hallan en Roma en tal estado, que seria de desear que estuvieran mejor arregladas, sin embargo, ni estos desórdenes, ni ninguna otra causa, dan lugar "ser motivo para que nos separemos ni alejemos de esta Iglesia: "antes al contrario, cuanto mas deplorable sea el estado de una "cosa, mas adictos y unidos debemos estar á ella." (Lutero en su declaración de ciertos artículos, y en su tratado titulado *Resolución de tres proposiciones*, t. I de la edición de Jans)

(3) "Según el testimonio de los mas célebres historiadores "protestantes (dos un protestante), Strype, Cambden, Dugdale, etc., Lutero mismo etc., y segun la declaración de Enrique á su "parlamento, las consecuencias inmediatas de la reforma fueron "desde luego la corrupción general de las costumbres y el completo abandono de la justicia etc." (Fitz-William, *Certae de Alico*, p. 118).

(4) Es verdaderamente sublime el espectáculo del arreglo universal de la disciplina de la Iglesia católica, en oposición al desorden y á la corrupción de medios del protestantismo, que el *historiador protestante*, Leopoldo Ranke, tomó por punto de

"SENDA DE LAS VIRTUDES. ...Si el protesto era despreciable, los "medios fueron todavia mas horribles, etc." (Fitz-William, *Certae de Alico*, Paris, 1826, p. 112.)

(1) "De cien evangelios, escribis Calvino, apenas se encontraría uno que se haya hecho tal por algun otro motivo, que "para poderse abandonar con mas libertad á toda especie de "voluntades ó necedades." (Comment. in 11 epist. Petri, II, 2, p. 63.)—Para no afiligr á algunos de nuestros lectores y escandalizarlos á todos, suprimimos una esposición de las costumbres y sentimientos particulares de Lutero, sacada de sus propios escritos. Puede consultarse sobre esta materia á Theiner, *la Sencia y la Santa Sede*, t. I, cap. 6.

(2) Prodigio que arrancaba al mismo Lutero la siguiente exclamación: "Doy gracias á Jesucristo de que por medio de un "gran milagro conserva en la tierra una Iglesia tan única, que "ningun decreto pueda jamas separarla de la verdadera fé."

"Eternamente, dice Bonquet, mientras la Iglesia sea "Iglesia, residirá en la Sede de Pedro la pureza de la "fé y el orden de la disciplina, con la única diffe- "rencia, que la fé no sufrirá nunca menoscabo, y "la disciplina será á veces alterada; porque plugo "á Jesucristo, que fundó su Iglesia como un edifi- "cio sagrado, que hubiese que hacer siempre algu- "na reparación en el cuerpo de la obra, pero que "fuesen al mismo tiempo tan sólidos los cimientos, "que nada los pudiese conmover: auxiliados de su "gracia, pueden los hombres seguir conservándolo, "pero nunca podrían reconstruirlo de nuevo; pues "para esto sería menester que Jesucristo volviera "al mundo, lo cual pone de manifiesto el descaro "de nuestros modernos herejes, que, en su confe- "sion de fé, se han atrevido á decir que Dios había "enviado á Lutero y Calvino para reedificar la "Iglesia. Solo pertenece esto á Jesucristo: sola- "mente él podía levantar este edificio, y para ello "era preciso que viniera al mundo; pero como ha- "bía resuelto no venir á él mas que una vez, fa- "bricó su templo tan sólidamente, que nunca habrá "necesidad de restaurarlo y bastará conservarlo co- "mo él lo dejó (1)."

VII. El protestantismo debía sufrir todas las consecuencias de su principio: la inescorrible lógica debía arrastrarlo de la autoridad legítima, que él rechazaba, á la anarquía, de la anarquía á la tiranía, y de la tiranía á la muerte: estas son las varias fases porque ha pasado ya. Vemos, en efecto, que para detenerse en la pendiente de su disolución, se da el protestantismo, apenas nacido, los mas tiránicos y caprichosos señores, y se entrega al yugo de la intolerancia mas insensata. Lutero quiso luego obligar á los demás á aceptar su manera personal de ver las cuestiones religiosas, y de la misma boca que había apelado al *libre examen* y á la razon individual contra la autoridad legítima de la Iglesia, salieron las siguientes palabras, que no tienen igual en los fastos del despotismo y del orgullo humanos: "No hay ningun ángel en el cielo, y mucho menos "ningun hombre sobre la tierra, que pueda ni que "se atreva á ser juez de mi doctrina: el que no la "adopta no puede salvarse, y quién no crea lo mis- "mo que yo, está destinado al infierno.... (2). Si "no sucede esto en el mundo durante mi vida, su- "cederá despues de mi muerte, cuando estaré ya "allí (en el cielo), y maldeciré á todo el que esté "contra mí, porque yo soy mas sabio que el mundo "entero.... (3). A este Evangelio que he pre- "dicado, yo, el doctor Martin Lutero, deberán ce- "der y someterse al papa, los obispos, los sacerdo- "tes, los monjes, los reyes, los príncipes, el demo- "nio, la muerte, el pecado, y todo, menos Jesucris- "to: nada podrá impedirlo.... *Cedo nulli!* Fuera, "pues, todo lo que estorba el camino, porque vie- "ne el que á nadie cede.... (4). Mi palabra es

"la palabra de Jesucristo, y mi boca su boca. ¿No "es Lutero un hombre extraordinario? Yo creo "que es Dios. ¿Cómo se explicaria, si no, que sus "escritos y su nombre tuvieran suficiente poder pa- "ra cambiar los mendigos en señores, los asnos en "doctores, los bribones en santos y el cieno en per- "las (1)?" ¿No parece que haya en semejante frenesí una especie de maldicion divina? ¿No se descubre en él una inteligencia degradada y que ha ido á estrellarse contra aquella terrible piedra que aniquilará, como dice Mallebranche, á todos los que tengan la insolencia de oponérsele y chocar contra ella (2)?

Calvino estaba dotado de una crueldad sombría; J. J. Rousseau dice con mucha exactitud, hablan- do de él: "¿Quién fué nunca mas cáustico, mas "imperioso, mas decisivo, mas divinamente infali- "ble que Calvino, para el cual la mas pequeña opo- "sicion que alguno se atreviese á hacerle, era siem- "pre una obra digna de Satanás y un crimen mere- "cedor del fuego eterno (3)."

Estos fueron los jefes de la reforma, y esta la ti- ranía salvaje que sustituyeron los herejes á la ma- ternal autoridad de la Iglesia (4).

Pero hay mas aún: los soberanos empezaron á mezclarse en ella, y despues de haber explotado la reforma en provecho de sus pasiones individuales contra el papado, la encadenaron, haciéndose á su vez árbitros supremos de la fé de sus súbditos, que se sujetaban de buen grado á este yugo insensato. En la ciudad de Montbeillard, el primer efecto de la reforma fué una asamblea que se celebró de los principales habitantes, para saber lo que dispondría el príncipe respecto de la comunión; en Bale, se vió tambien á los legos apoderarse de las llaves del reino de los cielos, y segun escribe Micon á Calvino, el magistrado se hizo papa. Todo el mundo conoce las estravagancias tiránicas y teológicas de Enrique VIII. En Suecia, el emperador Gustavo publicaba bulas ó mandamientos, en los cuales prescribía á los pueblos ayunos y oraciones, y acababa siempre con la siguiente cláusula: "El que se per- "mita contravenir al presente edicto no pondrá li- "brarse de nuestra cólera y del castigo á que se "haga acfeedor: sea esto público (5)."—Estos ayunos y oraciones forzados eran prescritos de este modo, segun el mismo edicto, á causa "del or- "gullo, del desenfreno, de los asesinatos, del liber- "tinaje y de todos los demás crímenes, resultado de "las perpétuas sediciones y frecuentes motines que "turbaban nuestros estados." La anarquía y el des- potismo eran los dos escollos, contra los cuales iban las sociedades á estrellarse, abandonando el edificio

(1) T. iv, folio 225, ed. Witt., et t. iii, folio 225, ed. Jen.

(2) Qui occiderit super lapidem istum, confringatur. Mat. xvi, 44.

(3) Rousseau, *Lettres de la montagne*.

(4) "El espíritu del luteranismo, dice un ministro protestan- te, substituyó á la autoridad del papa su propia infalibilidad, "que (por qué no he de decirlo) ha suscitado mas obstáculos "al progreso de las luces que la primera." (*Perfecta concor- dancia de las ciencias con la Religión*, por Descartes, ministro en Kirschheim-Bolanden, p. 180, en 5.ª Göttinga, 1835.)

(5) La Suecia y la Santa Sede, por Augustin Theiner, t. 2, p. 379.

vista en su hermosa *Historia del papado en los siglos XVI y XVII*.

(1) Bonquet, *Cartas de piedad y de dirección*, carta 4, § 40.

(2) T. ii, folio 44, ed. Witt. germ.

(3) T. v, folio 107, id.

(4) T. vii, folio 64, 6 ed. Witt., et t. ii, folio 145, 6 ed. Jen.

de la Iglesia: ¡tan cierto es, como hemos dicho ya, que la verdadera libertad y la sumisión verdadera solo se encuentran en el seno de la autoridad legítima, fuera del cual no hay mas que rebeldía y servidumbre!

La economía de la presente obra no nos permite estendernos en mas detalles. Por ellos veriamos siempre que al través de tantos sacudimientos, lo que de cristianismo quedaba en la reforma, iba disolviéndose cada vez mas. Pero veriamos que no podia suceder otra cosa, si atendemos á que á la *Confesion de Ausburgo*, que debia ser un símbolo, se la llamaba, en el formulario de las concordancias, *símbolo de su tiempo*, y á que el mismo Melancthon, el mas sabio de los apóstoles de la reforma, escribió que: LOS ARTÍCULOS DE LA FÉ DEBEN CAMBIARSE CON FRECUENCIA, Y ADAPTARSE Á LOS TIEMPOS Y Á LAS CIRCUNSTANCIAS.

Semejantes palabras podrian llamarse el *epitafio* del protestantismo, y el *epitafio* del cristianismo y de toda religion.

En efecto, como dice muy bien uno de los mas juiciosos teólogos protestantes ya citado, Staudlin: "Las verdades de la Religion no pueden nunca progresar, no pueden estar sujetas á ningun cambio, ni llegar á la edad viril, porque jamas tuvieron infancia ni juventud; siempre inmutables, alcanzaron desde el principio y por completo toda la perfeccion que les convenia. El que hable de la perfectibilidad del dogma de una religion revelada, desconoce absolutamente el carácter de la revelacion (1)."

Este *perfectibilismo*, ó mas bien, este espíritu de eternas variaciones, es, sin embargo, el carácter primitivo de la reforma. Melancthon lo confiesa, y el autor de la *Historia de las sectas religiosas* se lo echa en cara con mucha oportunidad: "Si las variaciones son una parte integrante del protestantismo, es inútil el arreglar fórmulas, actos simbólicos, confesiones, &c. (2)" Segun esta ley, no debe extrañarse en efecto, que el protestante niegue mañana la trinidad, luego la encarnacion de Jesucristo, su muerte expiatoria, su divinidad, toda la Biblia, y que en su lugar admita el Alcorán, sin dejar por esto de ser un buen protestante; pues los artículos de la fé deben cambiar con frecuencia, y acomodarse á los tiempos y circunstancias.

El protestantismo no ha desobedecido á esta ley, sobre todo, si hemos de juzgar por la siguiente pintura que trazó una mano protestante:

"En el dia, nos hallamos muy distantes del camino que nos abrieron nuestros abuelos á principios del siglo XVI. Lutero y Calvino tienen entre nosotros pocos sectarios; á nuestro partido, fraccionado en mil subdivisiones distintas, no se le ve en ninguna parte, y nuestros mismos hijos nos son adversarios. Cuáqueros, puritanos, anabaptistas, armenios, gomoristas, unitarios, racionales, supralapsarios, no conformistas, en una pa-

labra, una multitud de sectas salidas de nuestro seno ha introducido entre nosotros tal confusion, que la misma muchedumbre de jefes nos hace acéfalos. Ni sabemos á quién pertenecemos, ni bajo qué banderas estamos afiliados. Teistas hoy, y mañana cristianos, tan pronto nos inclinamos á la religion natural, tan pronto á la revelada. Al espíritu de partido que en otro tiempo nos animaba, ha sucedido una diferencia tal por todos los partidos, que creo que el sistema dominante es el pirronismo (1)."—Escribiéase esto cuarenta años atrás: calcúlese el progreso que se ha ido efectuando después, progreso inevitable, porque el protestantismo no vuelve nunca á ser lo que fué una vez, no puede permanecer siendo lo que es; una pendiente irresistible lo arrastra hácia su fin, en el cual ha de sufrir una nueva metamorfosis. Su misma constitucion es lo que mas corroe su existencia.

En efecto, la constitucion del protestantismo (so importa que resumamos nuestras ideas sobre este punto) consiste en tomar á la razon *natural* por intérprete esclusivo de la revelacion. Importando necesariamente la revelacion verdades *sobrenaturales*, esto es, que están fuera del alcance de la razon *natural*, no puede ser interpretada por ésta sin dejar de serle superior, y por consiguiente sin dejar de contener verdades *sobrenaturales*. Es un claro esto como la luz del dia. El racionalismo conduce invenciblemente al naturalismo, y la revelacion supone necesariamente en sí, como complemento directo, una autoridad de su misma naturaleza, esto es, sobrenatural, que enseñe. La razon puede y debe examinar el sello de esta autoridad; pero una vez reconocida, no puede mezclarse como soberana en el exámen crítico de las verdades que enseña, sin desnaturalizarlas y contradecirlas. Puede estudiar para penetrar estas verdades, pero no para regularizarlas; elevarse á su altura, pero no rebajarlas á su nivel so pena de destruirlas y de empobrecerse á sí misma, creyendo elevarse sobre sus ruinas. De aquí se sigue que, obrando el protestantismo fuera del círculo de estos principios, debia tender inevitablemente á la estincion de toda creencia, y, como les echaba en cara Jurieu á los socinianos, á esa religion de plataforma que allana todas las prominencias.

Pero el mismo Jurieu era inconsecuente en semejante reprension; porque la autoridad de la Escritura, que es la única cosa que opone á los socinianos, no basta de ninguna manera para contenerlos, como no podia contenerlos él mismo. En efecto: desde el momento en que la razon se constituye intérprete de la Escritura, no puede ésta obligar á aquella sino en cuanto su texto es claro y preciso. Quien no habla con claridad nada decide. La Escritura, que en tantos pasajes parece enseñar cosas misteriosas, ininteligibles, y que la razon no puede comprender, como la Trinidad, la Encarnacion, la Transubstanciacion, &c., es menester ó reputarla obscura, es decir, muda y nula sobre todos estos puntos, ó atribuirle el sentido á que la razon pueda

(1) *Suplementos para la Religion y la moral*, p. 190 2.ª part.

(2) T. II, p. 242.

(1) El traductor de Bouffert, citado por el baron de Stark [*Razon del Cristianismo*, t. III.]

acomodarse aunque sea violentando su texto. Así, al encontrar estas palabras: *Este es mi cuerpo*, &c., la razón libre, ó mas bien obligada á interpretarlas, dirá: Tomado este texto al pie de la letra, no es inteligible y repugna al sentido común; por consiguiente no puedo admitirlo y debo desecharlo ó hacerlo *razonable*, leyendo: *Figuraos que este es mi cuerpo*, y aun así no hará mas que una concesión á los tiempos y á las circunstancias que han de cambiar, y con ellos los artículos de fe, hasta que de cambio en cambio lleguen á aquella *plataforma de la razón que nivela todas las prominencias*.

A esto ha llegado en nuestros días el protestantismo. La misma autoridad de la Escritura, corroida por la razón individual, ha desaparecido, y no queda de ella mas que el título y la envoltura. Lessing lo ha expresado ingeniosamente por medio del siguiente apólogo:

Un viajero que arribó á una isla, encontró en ella unos niños, hijos de padres europeos que acababan de morir. A la pregunta que les hizo de si eran cristianos, contestaron los niños muy afirmativamente, pero sin poder justificar de ninguna manera lo que de sus padres habían aprendido. Interrogados con mas insistencia, presentaron al fin la encuadernación vacía de un catecismo, diciendo: "Todo está contenido aquí dentro."—"En otro tiempo, mis queridos niños, sí, en otro tiempo todo estaba contenido aquí," respondió el viajero (1).

Los protestantes han dado al mundo el espectáculo de sus variaciones y de sus rompimientos, en tanto que han tenido algo que perder de su fe; pero el día en que han disipado ya todo su patrimonio, viven en paz en una indiferencia común, y por consiguiente, en una tolerancia recíproca de todo modo de pensar. En otro tiempo, las sectas se contradecían y chocaban unas contra otras, como las aguas salidas de la meseta de una montaña, y detenidas en las fragosidades de la vertiente; pero en el día, duermen confundidas como estas mismas aguas después de llegar á la llanura, y como ellas se deslizan sin ruido, pero también sin límites.

Una sola cosa ha hecho vivir por tan largo tiempo el protestantismo, y prolongará todavía por algun tiempo mas sus apariencias de existencia: la grandeza y la fuerza siempre permanente de la Iglesia católica, y esto, por dos razones:

La primera, porque conservando de una manera fija, y teniendo levantado en medio del universo el depósito incólume de la fe cristiana, la Iglesia, columna y base de la verdad, como la llama S. Pablo, ha hecho resaltar como un gran testimonio el punto de partida de los protestantes, la decadencia y las infinitas variaciones de su fe, y ha impedido que esta fe se extraviara y desapareciera tan pronto como lo hubiera hecho sin esta advertencia saludable y este testimonio acusador.

La segunda razón es, que los protestantes, divididos sobre todo lo demás, y no existiendo ni siquiera en sí mismos, han encontrado un centro de

enlace y un foco de animación en su hostilidad contra el catolicismo; satisfaciendo tanto mas fácilmente esta hostilidad, en cuanto la Iglesia, como dijimos, ocultando su fuerza invencible bajo las apariencias de la debilidad, han creído podían destruir y han vivido con esta ilusión.—En esto encontró el protestantismo lo que constituye la vida de todas las cosas: la unidad. ¡Triste unidad! Es la unidad de la oposición y del odio, como lo indica la misma palabra *protestante*; pero al fin unidad, que es reverso de la medalla de la unidad católica, ó mas bien la *unidad católica atacada*. No es mas ni menos el protestantismo: una negación. El célebre Hegel lo caracterizó perfectamente cuando dijo: *Se han unido en la nulidad*; y un celoso protestante, el obispo de Saint-David, queriendo definir el protestantismo, no supo encontrar mas definición que la siguiente: *Es la abjuración del papismo*. De modo, que los protestantes *no son católicos*: esto es todo lo que son. Son conjurados; no hermanos. Suprimid el protestantismo, y el catolicismo subsistirá siempre lo mismo después que antes, porque su existencia es esencialmente afirmativa; al contrario, suprimid con el pensamiento el catolicismo; ¿qué quedará del protestantismo?....

Ved cómo los pintó Tertuliano, catorce siglos antes de su existencia, en la persona de los herejes de su tiempo: "Opuestos los unos á los otros en su creencia, todo les es igual; y si alguna vez se concilian, es para triunfar de la verdad. Nunca piensan en convertir á los impíos, sino en pervertir á los nuestros; hacen consistir su gloria en derribar á los que están de pie, en vez de levantar á los caídos. No me estraña esto, porque ni ellos mismos pueden levantarse, sino sobre las ruinas de la verdad, y este es el motivo porque se esfuerzan en destruir nuestra Iglesia para edificar la suya. Quitadles la ley de Moisés, los profetas, el Dios criador, y les taparéis la boca: no entienden nada en edificar, y todo su talento se reduce á destruir. Además, no conocen ni aun el respeto á sus prelados, y esta es la causa de que no haya cismas entre ellos. Nunca están divididos; pero su misma union es un cisma perpétuo; varían sin cesar, y se separan de sus propias reglas; cada uno interpreta á su placer la doctrina que se le ha enseñado, de la misma manera que el que se le enseñaba la había inventado segun su fantasía. En sus progresos no deamiente nunca la herejía su naturaleza y origen. Los valentinianos y los marcionitas tienen tanto derecho á innovar segun su antojo en la religion, como Valentino y Marcion. El que examine á fondo las herejías, las encontrará á todas en disidencia con sus autores. En fin, la mayor parte ni siquiera reconocen iglesias; son flotantes, sin madre, sin fe, sin casa ni hogar (1)."

Esta pintura de los marcionitas y valentinianos se adapta perfectamente á nuestros modernos sectarios; y aun cuando lleguen á desaparecer estos como aquellos, se aplicará tambien con la misma exactitud á los nuevos fantores de herejías que

(1) Lessing, citado por el baron de Sterck. (*Essai sur l'Christianisme*, t. III.)

(1) Tertul., *De Prescriptionibus*, núm. XLII.

los siglos futuros verán surgir contra la Iglesia; porque las herejías se suceden unas á otras, pero la herejía permanece siempre para atestiguar y hacer resaltar con sus variaciones y su impotencia, la invencible inmutabilidad de la Iglesia. Deben tomarse en este sentido aquellas palabras que produjimos al principio: *Oportet haec haec* (1).

La herejía protestante, considerada como herejía, ha llegado ya á su ocaso. El protestantismo, muriendo y muerto en todos sus visos de cristianismo, no conservará mas que el carácter de hostilidad contra la Religión; carácter que le es comun con la impiedad de todos los tiempos, é irá á perderse en el filosofismo y naturalismo: esta será su última metamorfosis.

En semejante situación sucederá irremediablemente una grande escision en el partido protestante, escision que el observador atento descubre ya diseñada á lo lejos (2). Todos los de este partido que conservan todavia algun resto de cristianismo en su corazon; que quieren una religion positiva; que la quieren para sí y para sus descendientes, y para sus subordinados y sus súbditos, se verán en la necesidad de romper con los que, bajo el nombre de protestantes, solo trabajan, como dice Stapfer, *para sacar al pueblo en religion*. Al fin comprenderán que la época del cristianismo protestante se acabó; que ya no es mas que un edificio en ruina, y como dice Muder, una miserable cabaña, de la cual es menester salir para volver á entrar en esa Iglesia edificada sobre rocas vivas por la mano de Jesucristo, en cuyo seno murieron los padres de sus padres, y que por su milagrosa conservacion despues de dos mil años, y por su resistencia á los últimos asaltos de la herejía y la impiedad, debe haber acabado sus pruebas á los ojos de los menos ilustrados. Las preocupaciones contra el *papismo*, que el protestantismo naciente podia alimentar, y que se han explotado y alimentado en los espíritus con tanta perfidia, no serian ya excusables en el dia, cuando la ciencia ha venido á levantar todos los velos, y que parece haber llegado el tiempo de la imparcialidad para todas las grandes cosas. Para declamar en la actualidad contra el *papismo*, es preciso no solo ser protestante sino *anticristiano*. Las denominaciones de *papistas* y *protestantes* deben parecer tan anticuadas como las de *guelfos* y *gibelinos*. No hay mas que dos principios en boga: la fe católica y el *racionalismo*, ó en otros términos, los que tienen religion y los que no tienen ninguna. La razon aislada no puede encontrar en sí misma un fundamento sólido de religion; tiene su *instinto*, que no sirve sino para atormentarla con investigaciones infinitas; pero no su *solidez*. Esta solidez no puede encontrarse mas que en una autoridad estable y venida de lo alto; y esta autoridad no se encuentra en ninguna parte mas que en esa Iglesia, á la cual se dijo: *Como yo fui enviado, te envío, y en la cual se ha realizado*

esta promesa: *Yo estoy contigo hasta el fin de los tiempos*.

Todo esto ha sido admirablemente reconocido hace poco por los doctores de la universidad de Oxford, tan acreditados en la iglesia anglicana. "Los católicos, dicen (1), han conservado una Iglesia visible y custodia de los sacramentos, y tienen además la ventaja de poseer un instrumento adaptado desde el principio á las necesidades de la naturaleza humana, y al cual Jesucristo vinculó en seguida su gracia y sus bendiciones. Vemos los buenos efectos que su celo sabe sacar de esto...; la antigüedad, la universalidad y la unidad de su Iglesia los hacen superiores al mundo y á las innovaciones religiosas del dia. A la vista de un sistema tan bello y tan bien ordenado, no pedimos dejar de suspirar, pensando que estamos separados de ellos."

La urgente necesidad de una autoridad en materias de fé es tal, que la razón cansada de su propia independencia, se siente inclinada á encadenarse á sí misma para encontrar algun descanso. Escuchad estas admirables palabras de un célebre protestante que ha sido un gran filósofo:

"Si yo hubiese nacido católico, permanecería siempre católico, porque sé bien que vuestra Iglesia, pone saludable freno á los extravíos de la razón humana, que no encuentra ni fondo ni ribera, cuando quiere sondar el abismo de las cosas, y porque estoy tan convencido de la utilidad de este freno, que yo mismo me he impuesto una semejante, prescribiéndome, para lo restante de mi vida, algunas reglas de fe, de las cuales no me permito separarme.... Y os juro que no estoy tranquilo sino desde que he hecho esto, bien persuadido de que sin semejante precaucion no lo hubiera estado nunca.... Os hablo, señor, con toda la efusion de mi alma, y como podria hacerlo un padre á su hijo."

¿Quién trazó estas líneas? ¿Quién es el desgraciado que así encadenó su razon y se prohibió hacer uso de ella, queriendo emplearla mejor? ¿Quién perdió hasta tal punto la convicción de su fé, no conservando de ella mas que lo que tiene de repugnante? Es J.—J. Rousseau (2). ¿Qué confesion y qué castigo! Este hombre, este protestante verdadero, á quien su patria echó en vida de su seno, porque llevaba la incredulidad demasiado lejos, y á quien levanta ahora una estatua, porque la resume toda, el filósofo de Ginebra, el libre pensador, que se vió obligado á suspender de ejercicio á su razon, como si estuviera loca, y á encadenarla á un acto postrero de sí misma, que sin presentar mas garantía de sus actos precedentes, no tiene mas mérito que ser el ultimo; este filósofo, decimos, reducido á crearse una fe ficticia para poder hallar algun descanso, para acabar con ella; una fe absurda, y que era menos que una sumision, una supresion de su razon; porque ¿en dónde aprendió Rousseau esas reglas de fé, de las cuales

(1) I. Cor. xi, 16.

(2) Observa lo que está pasando en Inglaterra.

(1) *Tratado para los tiempos presentes*, t. III.

(2) *Cartas*, t. XXII, p. 158, ed. 18, París, 1788.

no se permite á sí mismo separarse mas?—en su razon;—y ¿qué es su razon?—es una loca que no hace mas que *extraviarse*, y que no encuentra ni fondo ni ribera cuando quiere sondar el abismo de las cosas.—De modo que da reglas á su fe una razon esencialmente *desarreglada*, y se encierra en esta razon para librarse de su *desarreglo*. ¿Qué aberracion! Dice que no se permite separarse mas de ellas: lo creemos; pero ¿por qué? ¿Es acaso por la fe que tiene en la bondad de estas reglas? No. ¿Es tal vez por desconfianza, no viendo en estas mas que un extravío de su razon? Estas reglas de fe no son pues mas que un entredicho puesto á su razon, y un divorcio de su pensamiento con el cielo.

Hé aquí el último término, y por decirlo así, la última convulsion del racionalismo, que á su vez no es mas que una degeneracion del protestantismo; pues entre este y el racionalismo no hay mas que la *Escritura* que, sola y desprovista del auxilio de una autoridad docente é interpretante de su misma naturaleza, no puede librarse de la tendencia de la razon á asimilársela, y hacerla participar de sus propias fluctuaciones.

Esta última verdad es el punto culminante del presente *Estudio*: hemos procurado establecerla y seguirla en todas sus ramificaciones y consecuencias, tan fatales para la razon y para la fe, en oposicion á la sabiduría que resplandece en la divina institucion de la Iglesia.

Terminaremos, pues, nuestro trabajo invocando aquí una opinion muy respetable y elevada, libre de las preocupaciones modernas y perfectamente adecuada á nuestro asunto; opinion que no pertenece ni á un católico, ni á un protestante, ni á un escéptico, sino á la mas sublime filosofía antigua, y que merece ser atendida por los que se glorían de no seguir mas que las inspiraciones de la razon.

Hé aquí como habla Platon:

“El hombre, que debe toda su instruccion á la *escritura*, nunca poseerá mas que las apariencias de la sabiduría. La palabra es á la escritura lo que un hombre á su retrato. Las producciones de la pintura se presentan á nuestra vista como vivas; pero si las interrogamos, guardan silencio. Lo mismo sucede con la *escritura*, que ignora lo que es menester decir á unos y ocultar á otros. Si se la ataca ó insulta sin razon, no puede defenderse, porque su padre no está con ella para ayudarla. De modo que es un GRAN NECIO quien crea poder establecer por medio de la sola escritura una doctrina clara y permanente; y si realmente poseyera los verdaderos gérmenes de la verdad, se guardaria muy bien de creer que con un poco de licor negro y una pluma, puede hacerlos germinar en el mundo, guardarlos de la inclemencia de las estaciones, y comunicarles la eficacia necesaria. Con cualquiera que sea quien así piense, particular ó

“legislador, y ya lo diga ó lo calle, siempre será indigno de consideracion y honor (1).”

Tal vez nunca se ha expresado la sabiduría humana con tanta exactitud. ¿Qué mas podia hacer que proclamar la inutilidad de las doctrinas humanas, y qué remedio podia ponerle? El mas perfecto de los legisladores humanos se ve obligado á abandonar, al morir, su ley á merced de los errores y pasiones de sus semejantes. Para conservarla intacta seria preciso que él mismo pudiese perpetuarse y multiplicarse para acompañarla siempre y por todas partes, apoyarla, defenderla y aplicarla en la infinita variedad de sus aplicaciones; seria preciso á lo menos que su *espíritu*, el mismo espíritu que concibió la ley, se transmitiese al alma de los encargados de aplicarla, y se sucediese en ellos, hasta la revolucion de los tiempos señalados á su duracion.

Si á semejante condicion se hallan condenadas la fuerza y la duracion de las instituciones y leyes de una ciudad ó de una escuela, y solo en lo relativo á los intereses esterioros y superficiales de la vida, ¿qué deberemos pensar de una doctrina que se dirijiese á todo el género humano, y pretendiese una duracion eterna, que debiese propagarse entre mil naciones distintas en origen, costumbres, clima y lenguaje; que tuviese que atravesar centenares de siglos diferentes en conocimientos, preocupaciones, revoluciones y trasformaciones, y reinar no solamente sobre las acciones y en la superficie, sino en lo mas íntimo del corazon y del pensamiento, contrariando todas las preocupaciones y todas las tendencias por medio de preceptos inflexibles y de dogmas misteriosos, sin perder, á pesar de esto, nada de su sencillez, de su integridad, ni de su pureza original?

Si el autor de semejante empresa hubiese comunicado su pensamiento á Platon, este le hubiera contestado, sin vacilar, las siguientes palabras: *sois ó un loco ó un Dios*.

Sois un loco, si pensais llevar á cabo este gigantesco proyecto de universalidad y perpetuidad por medio de las promulgaciones y persuasiones humanas, y principalmente por medio de la sola *escritura*, y desde luego os pronostico, con toda seguridad, que, lejos de alcanzar lo que deseais, vuestra doctrina no podrá dar un paso ni vivir un día sin ser juguete de mil variaciones, presa de mil sectas, y que, en el corto tiempo que de ella se hable, dejará por todas partes la confusion, la division y el mas incurable escepticismo.

Pero si el autor de la empresa hubiese añadido: No escribiré ni una palabra de mi doctrina, y marcharé sin haberla grabado sobre el mármol ni sobre el acero; solo depositaré algunas instrucciones, algunos gérmenes de mi verdad en el alma de doce pobres discípulos organizados bajo un jefe único; pero al depositarias en su alma, depositaré tambien en ellos para hacerlas germinar por el universo, el espíritu de su maestro que hablará por su boca, que

(1) Platon, *la Phaedra*, op., t. x, p. 251, 252, 254, 255, 257, ed. Bipart.

les enseñaré toda verdad, y les recordaré cuanto yo les hubiere dicho (1). Y escribiré para ellos mi ley, no con tinta, sino con espíritu de verdad; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne que son los corazones (2). Yo les inspiraré lo que tendrán que decir á unos y callar á otros, porque todo cuanto digan les será con oportunidad inspirado (3). En fin, yo mismo estaré con ellos para ayudarlos, y con los que les sucederán y con la sociedad reunida á su voz, todos los días, hasta la consumación de los siglos (4). Mi cuerpo estará ausente, pero mi espíritu estará siempre presente, y comunicándose por medio de ellos á todas las naciones, circulará en el seno de la humanidad como una nueva luz para los espíritus, como un nuevo fuego para los corazones, juntará toda la tierra en la indisoluble unidad de mis representantes, con quienes yo mismo estaré siempre unido, de modo que todos juntos no formen mas que uno solo (5).

A semejante explicación hubiera sin duda contestado el sabio Platon: Vuestra concepción solo puede pertenecer á un Dios. Jamas salió de la cabeza de un mortal empresa tan vasta y sublime. Pero permitidme, hombre extraordinario, que á pesar de la entusiasta admiración que ella me inspira, os diga que cuanto mas divino me parece semejante pensamiento, mas me voy convenciendo de que solo un brazo divino puede llevarlo á ejecución; porque la empresa está destituida de toda clase de medios humanos, carece de toda causa natural, y revela un poder de inspiración y de ayuda que en realidad no puede proceder mas que de un Dios. Permitidme pues que os aplace para la ejecución, y entre tanto venid á sentaros conmigo en los dominios de la utopía donde descansa mi república, aun cuando sea en sitio mucho mas elevado que esta, y en la mas encumbrada region de ese pais de quimeras, tanto por lo que hay de sublime, como por lo que hay de impracticable en vuestra concepción.

Si en este momento el misterioso interlocutor, tocando los ojos del filósofo, hubiese podido fijar sus miradas en una perspectiva de veinte siglos, y le hubiese desarrollado la marcha y el desenvolvimiento de la doctrina cristiana y todos los combates de la Iglesia, todos sus triunfos, todas las potencias del mal vencidas y aniquiladas por ella, en toda la extensión del universo; esta Iglesia, tan invulnerable contra la prosperidad como contra los reveses, contra las seducciones como contra la fuerza, contra la inclemencia de los espíritus, como contra la de las estaciones; sola durando siempre, sola viviendo por todas partes, sola sin conocer la corrupción ni el error, y rejuveneciendo por veinte veces sucesivas el universo estinguído en su seno maternal; tan grande y elevada, que trata con las naciones lo mismo que con los individuos, con los siglos del mismo modo que con los días; tan despro-

vista de todo humano socorro que cualquiera pudiese insultarla, y tan fuertemente asentada sobre sus divinos cimientos que todos los pueblos reunidos no pueden conmovérle; tan atribulada, en una palabra, y tan fuerte y vigorosa despues de veinte siglos de trabajos y combates que es mas difícil imaginar cómo podría acabarse, de lo que lo era al principio comprender cómo podría empezar.

A semejante perspectiva, el discípulo de Sócrates habria sentido la presencia de Dios, y prosternándose á los pies del nuevo maestro, habria exclamado: Vos sois el que yo buscaba, el Verbo, el Dios Salvador que yo invocaba, lo mismo que su Padre y Señor, á fin de que por medio de una ENSEÑANZA EXTRAORDINARIA Y MARAVILLOSA nos salvase, instruyéndonos en la doctrina verdadera. Verdad coeterna con Dios! ¡Sabiduría increada! yo os entretengo (a) detrás de las nubes de mi filosofía, y vuestra incierta luz vibraba en el fondo de las tinieblas de mi razon. Solo vos habeis podido concebir tan grande obra para daros de nuevo al mundo. Se os descubre en toda ella: su pensamiento y su ejecución solo pueden pertenecer á un Dios.

CAPITULO XIV.

Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse.

"El mahometano, el perma, el indio, el chiso, etc., "todos esos pueblos que forman las cuatro quintas "partes del mundo, arderán eternamente en el infier- "no, por que la casualidad no los hizo nacer cris- "tianos... Esto es indudable, pues está escrito que: "FUERA DE LA IGLESIA NADIE PUEDE SALVARSE. "¿Que horribles palabras! Me acuerdo que sien- "do aun muy jóven causaban mi desesperacion. "¿Cómo puede ser, me decia á mí mismo, que tan- "tos pueblos que no son cristianos, y que ni siquie- "ra conocen el nombre de Cristo, y tantos otros "que existieron antes de la venida de Cristo, sean "culpables del crimen de su nacimiento, que solo "depende de Dios?... Debo ser franco: esto me "parece el colmo del absurdo.—Pero vos me de- "cis que no debemos querer penetrar en los secre- "tos de Dios, y que su misericordia es infinita.— "En este caso seria falso que fuera de la Iglesia "nadie puede salvarse, de modo que esto no seria "mas que un espantajo, para que los hombres no "se separasen de su seno."

Tal es la dificultad, testualmente trascrita, del programa que ha dado motivo á estos Estudios. Es menester convenir en que está presentada con fuerza, porque es hija de una convicción generosa.

Sin embargo, nosotros queremos prestarle nueva fuerza todavía, y completarla, tomándola desde su origen, y de su mas habil y peligroso defensor, J. J. Rousseau, pues fué él el primero que dió el impulso á todas esas imprecaciones de intolerancia, lanzadas durante los últimos sesenta años contra aquella máxima fundamental de la Iglesia católica.

(1) *Evang. seg. S. Juan*, cap. 14, v. 26, y cap. 16, v. 13.

(2) *Epist. á los Corint II*, cap. 3, v. 3.

(3) *Evang. seg. S. Mat.*, cap. 10, v. 19.

(4) *Evang. seg. S. Mat.*, cap. 28, v. 19, 20.

(5) *Evang. seg. S. Juan*, cap. 17.

“¡No permita Dios, dice en su *Emilio*, que yo predique jamás á los hombres el cruel dogma de la intolerancia! Si existiera una religion en la tierra, fuera de la cual no hubiera mas que penas eternas, y que en cualquiera lugar del mundo un solo mortal de buena fé no fuese herido de su evidencia, el Dios de semejante religion seria el mas intencio y el mas cruel de los tiranos.”—“Me anunciais, hace decir en otro lugar al salvaje, un Dios nacido y muerto hace dos mil años en el otro extremo del mundo, en no sé qué pequeña aldea, y me decís que todos los que no creyeren en este misterio se condenaran. Decís que habeis venido á enseñármelo; pero ¿por qué no venisteis á enseñarlo á mi padre, ó por qué condenais á este buen viejo por haberlo ignorado? ¿Debe ser castigado eternamente á causa de vuestra tardanza, siendo así que era tan bueno, tan benéfico, y que siempre buscaba la verdad?”....—“Obligados por estas razones: continúa, prefieren unos hacer á Dios injusto, porque castiga en los inocentes el pecado de sus padres, que renunciar á su bárbaro dogma, y otros se forjan la ilusion de que envia un ángel á instruir á cualquiera que permaneciendo en una ignorancia invencible, hubiese vivido moralmente bien. ¡Qué bella invencion la de este ángel! No contentos con servirse de él como de una máquina, ponen al mismo Dios en la necesidad de valerse de sus servicios.”

Si en vez de tomarla fastuosamente por divina, hubiese realmente querido Rousseau mostrarse fiel á la máxima: *Vitam impendere vero*; y si en vez de cubrirse con los hábitos del vicario saboyano, para hacerle hablar contra la Iglesia, hubiese consultado con el de su parroquia para enterarse de la doctrina católica antes de combatirla, hubiera visto, que tergiversaba estrambóticamente esta doctrina, ó que juzgaba de ella con una ligereza imperdonable. Pero no era este el cálculo del altanero sofista, que como un nuevo Erostrato no creyó pagar demasiado cara su inmortalidad con el incendio del templo.

El templo salió de sus cenizas, y todos aquellos ataques subversivos no sirvieron sino para descubrirnos y hacernos admirar mejor sus indestructibles cimientos.

No es tan fácil como creen algunos el confundir la verdad católica. Hay quien se figura hacerlo, y no hace mas que herirse á sí mismo con el dardo que le dispara, y convencerse de la sabiduría de una doctrina tan no inventada por el hombre, que el primer movimiento de éste es burlarse de ella, así como el último y mas sublime esfuerzo de su razon es adorarla.

Esto es lo que esperamos demostrar en el presente estudio.

Pero como nunca estará por demás el método y la claridad, en una materia que el espíritu del error solo ha logrado embrollar y hacerla desconocer á fuerza de confusion y desórden, hemos dispuesto nuestro tratado de la manera siguiente:

Hay que restablecer y fijar estas tres verdades:

1.ª Intolerancia de la Iglesia.

2.ª Tolerancia de la Iglesia.

3.ª Conciliacion de aquella intolerancia con esta tolerancia.

La materia es rica y abundante, y puede compensarnos con usura del trabajo de su exploracion.

I.

Intolerancia de la Iglesia.

1.ª LA INTOLERANCIA es la ley de las leyes, y por consiguiente la condicion necesaria de todo lo que pretende existir. Desenvolvamos esta proposicion.

Nada existe, no solo en las sociedades humanas, pero ni en toda la naturaleza, sino segun las leyes á que se le ha sujetado. Cada sér tiene su ley, su manera de ser, que le es propia, y segun la cual es mas ó menos invariablemente lo que debe ser. La evidencia de esta verdad debe hacérsela considerar como un axioma.

Debemos igualmente conceder que la idea de ley envuelve en sí la idea de sancion. Decir ley es lo mismo que decir mandamiento y amenaza, en cuyo término hay prescripcion ó castigo. Una ley que pudiésemos seguir ó desechar á nuestro antojo, dejaría de ser ley. Por esto todas las definiciones de la ley revelan la idea de la necesidad ó de la fuerza: la ley, dice Ciceron, es lo que tiene derecho de mandar ó prohibir; las leyes, dice Montesquieu, son las relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas.

Por consiguiente, si la necesidad es el carácter de la ley, y si la ley es el carácter de la existencia de todo sér, de tal manera, que no podemos concebir un sér sin su ley, y su ley sin necesidad, preciso es deducir de aquí, que todo sér lleva en sí su necesidad de sér, fuera de la cual perece ó hace perecer: en una palabra, su intolerancia.

Examinad todas las leyes imaginables, físicas ó morales, naturales ó positivas, civiles ó religiosas, y ved si fuera de estas leyes podréis disfrutar de lo que ellas contienen, y si esto no se desvanece para vosotros al momento en que violais esas leyes. Edificad una casa sin querer seguir las leyes de la gravedad, y la casa se desplomará; haced un acto contrario á la ley natural, y perderéis la tranquilidad de la conciencia y el sentimiento inestimable de vuestra dignidad; infringid una ley positiva, y perderéis vuestros derechos; olvidad siquiera una formalidad, y vuestros actos serán declarados nullos. Por todas partes y siempre, en vuestro interior y alrededor de vosotros, en la sociedad como en la naturaleza, encontraréis la intolerancia, pero precisamente esta intolerancia constituye el orden, el equilibrio y la armonía del universo; porque si cada sér no se hallase protegido contra los demás, ó contra sí mismo por la necesidad de sus leyes, habria en el mundo una confusion universal.

Pero esta sancion constitutiva de cada cosa, que llamamos intolerancia, está en relacion con su naturaleza y su fin, y debe consistir evidentemente en la privacion de la ventaja que esta cosa está desti-

nada á producir, cuando nos conformamos con sus leyes. Por ejemplo, ¿qué ventajas debe producir la ley de la gravedad? La solidez y el equilibrio de los cuerpos arreglados á esta ley. ¿Y qué le sucederá al que se separe de esta ley? Carecerá de solidez y de equilibrio; y asimismo hablando de las leyes de la conciencia, de la sociedad, &c.

Esto nos conduce á una aplicacion mas inmediata á nuestro asunto.

¿Cuál es la naturaleza y el fin de la Religion? Es librar al hombre de su miseria natural, renovando sus relaciones con Dios. ¿De qué será privado, qué conseguirá el que se aparte de la Religion? Vivir en el sitio en que él mismo se habrá colocado: separado de Dios, separado de la salvacion.

De manera que insensiblemente hemos llegado á justificar en principio la máxima de que: fuera de la Iglesia nadie puede salvarse, por medio de una acusacion de sentido comun, que se resume en el siguiente dilema:

O hay una religion verdadera, es decir, un medio de reanudar las relaciones del hombre con Dios, ó no la hay. Si no la hay, ya está dicho todo, y la discusion de su intolerancia carece de sentido, pues seria discutir sobre la manera de ser de una cosa que no existe. Si semejante religion existe, y por consiguiente suponemos que discutimos su manera de ser, incurrimos en absurdo si le negamos el dogma de la salvacion esclusiva; porque siendo esta religion, por esencia, el camino de la salvacion, pretender la salvacion fuera de su seno, seria negarle la existencia que se le presupone.

Por consiguiente, cuando Rousseau echa en cara á la Iglesia, en boca de su vicario saboyano, este patético apóstrofo: *¡No permita Dios que jamás predique yo á los hombres el cruel dogma de la intolerancia!* se contradice y confunde á sí mismo, pues es como si dijera: *¡No permita Dios que yo predique jamás una religion que sea verdadera!* Pues siendo la religion verdadera, lo repetimos, el lazo de union entre el hombre y Dios, no puede tolerar que se rompa esta union sin renegar de sí misma, hasta el extremo de que semejante tolerancia seria, por su parte, igual á una abdicacion. Es pues absolutamente indispensable, ó negar la verdad de una religion, ó reconocer su intolerancia.

No nos preocupemos á pesar de esto por el rigor de esta última palabra, cuyo sentido tanto se ha pervertido. Nos reservamos para la segunda y tercera parte de este Estudio, purgarla de todo cuanto de odioso é injusto se halla mezclado en ella. Baste decir por ahora, que no entendemos hablar de la intolerancia civil, sino de la intolerancia espiritual, y ademas, que solo tratamos de esta en principio, dejando para mas adelante el exámen de las leyes de su aplicacion.

La pretension de la Iglesia bajo este respecto, es la misma pretension de Jesucristo; porque ¡cosa notable y que prueba perfectamente la verdad del cristianismo! ninguna religion habia tenido antes de él conciencia de su propia verdad. Las diferentes religiones habian podido disputarse la tierra; pero

no habian pensado en disputarse el cielo, que debe ser el verdadero lugar de su imperio. Bajo este respecto nada tenian de exclusivas, porque nada habia en ellas de verdadero, y se toleraban con absurda complacencia. Jesucristo dijo antes que nadie: *Mi reino no es de este mundo*, y por este medio fundó la tolerancia civil, la libertad de conciencia ante los reyes de la tierra. Pero añadió tambien: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*; NADIE LLEGA HASTA EL PADRE, SINO POR MÍ (1); y de este modo sancionó la intolerancia espiritual de la verdad delante de Dios.

El piadoso y profundo autor de la *Imitacion*, comentando estas últimas palabras del Salvador, añade: "Sin camino no se puede andar, sin verdad no se puede conocer, sin vida no es posible vivir (2)." Tan distantes como nos hallamos de Dios, nos es indispensable un camino para ir hacia él, y una revelacion de su verdad para conocerlo; pero el distintivo del camino y de la verdad, por espaciosos y comprensivos que se los quiera suponer, es menester determinarlos en el sentido exclusivo de todo lo que no comprenden y de todo lo que no abraza. Desde el momento en que pudiéramos salvarnos fuera de una religion, esta religion nada tendria de determinado para la salvacion, se destruiria por su propia inutilidad; y como en el sistema de la tolerancia universal absoluta no hay religion fuera de la cual no podamos salvarnos, la consecuencia de este sistema es destruir toda religion. De manera, que no queriendo admitir la salvacion exclusiva, quitamos á los hombres todos los medios efectivos de salvacion, y rechazando el dogma cruel de la intolerancia, entregamos la tierra al imperio triste, y cien veces mas cruel, de la impiedad.

En cualquiera punto que nos detengamos, fuera de este último resultado, es preciso apoyarse en el dogma de la intolerancia. Si el católico dice: Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse, el protestante deberá decir: Fuera de Jesucristo no hay salvacion, y el teísta á su vez dirá tambien: Fuera de la religion natural nadie puede salvarse. Si no dicen esto, no habrá teístas, cristianos ni católicos: solo el ateo no es intolerante, porque la nada no es exclusiva, sino el vacío y la tumba del sér.

Sin embargo, solo á la Iglesia católica se hace la objecion de intolerancia, y es notable que solo se la hacen los protestantes y los deístas, que en esto forman el coro con los ateos, como si no se viesen obligados á invocar el mismo dogma para mantenerse y distinguirse de los últimos en ciertos grados de irreligion absoluta. ¿De qué proviene semejante inconsecuencia, sino de que, vacilantes en sus creencias, todos participan mas ó menos de la impiedad radical, que no tiene enemigo mas verdadero que la Iglesia católica, á la cual tributan en esto, sin advertirlo, un homenaje manifiesto?

(1) *Ego sum via, veritas et vita; nemo venit ad Patrem nisi per me.* (Joann., cap. 14, v. 6.)

(2) *Sine via non itur, sine veritate non cognoscitur, sine vita non vivitur.*

Dejemos que un ministro protestante nos explique esta inadvertencia:

"Es muy justo reconocer ante todo, dice, que la objecion puede hacerse á todos los cristianos y no á los solos católicos, á los cuales se hace hoy casi exclusivamente. Cuando los católicos dicen que fuera de la Iglesia nadie puede salvarse, no dicen mas que los cristianos en general cuando sostienen que la fé en la religion cristiana es necesaria para la salvacion. ¿Por qué pretenden los católicos que nadie puede salvarse fuera de su Iglesia, sino porque están persuadidos de que solo esta Iglesia es depositaria de la fé, y de lo que ella supone. esto es, del conocimiento puro y completo de la Religion cristiana?... Los cristianos protestantes pueden pues decir que se equivocan los católicos comprendiendo en la Religion cristiana cosas que no tiene; pero no podrán reprehenderlos de considerar como necesario á la salvacion, todo lo que les parezca que forma parte de la Religion cristiana. Esto seria, lo repito, echarles en cara lo que ellos mismos hacen. Tan fácil es probar por la misma naturaleza de las cosas, que la simple creencia en Jesucristo es necesaria para salvarse, como demostrar la misma necesidad con respecto á la presencia real, la confesion y todos los demas dogmas de la fé católica. La verdadera dificultad consiste, respecto de la salvacion, en el mismo principio de la necesidad de una creencia particular que no está al alcance de todos, y no en la mayor ó menor estension de esta creencia. Lo mismo repugnaría á la razon creer en la exclusion de la salvacion de cien millones de hombres, porque no hubiesen creído lo que de ninguna manera podian conocer, que admitir el mismo hecho respecto de un solo hombre.—Ya es tiempo de que cesen los cristianos de hacer con otros cristianos lo que no quieren que se haga con ellos, dirigiéndoles las reconvencciones que solo sentarian bien en boca de los enemigos del cristianismo, que las hacen indistintamente á todos los cristianos. Ya es tiempo de que procuren reunirse todos para disminuir la dificultad redoblando su celo, á fin de ir reduciendo el número de los que no son cristianos, y de mostrar en su verdadero sentido y encerrando en sus justos límites la misma máxima que motiva tantas objeciones, y á veces las reconvencciones que se les dirijen (1)."

Este lenguaje tan razonado, tan candoroso y caritativo, debe hacer penetrar la verdad hasta en los entendimientos mas preocupados, y supone ya en quien lo usa una disposicion á abrazarla toda entera en su unidad católica.

Ademas, separando los espíritus de esta unidad, ha justificado el protestantismo el saludable dogma de la intolerancia católica con el laberinto de errores é impedidos en que ha arrojado á sus partidarios y se ha hecho culpable á su vez de una intolerancia inexcusable, supuesto que tiende á la exclusion de su propia fé.

Oigamos á otro protestante, que proclama tambien esta verdad:

"Es verdaderamente monstruoso suponer que pueda haber dos creencias verdaderas. No puede ser; es necesariamente indispensable que una de las dos sea falsa. ¿Quién seria capaz de decir que debemos aprobar una medida que de toda necesidad debe producir un número indefinido de creencias? Si nuestra eterna salvacion está fundada sobre nuestra creencia en la verdad, será racional obligar á los hombres á tener muchas creencias? Y no es obligarlos á ello quitarles el jefe de la Iglesia (1)?"

La intolerancia que se echa en cara á la Iglesia católica, es por parte del protestantismo una doble contradiccion, pues se apoya á su vez sobre una doble intolerancia; intolerancia esterna, por la exclusion de la salvacion que se ve obligado á fulminar contra los deistas, é intolerancia interna por la ruina de la fé á que condena á sus secuaces, quitándoles el fundamento de la autoridad; con la única diferencia, que esta última intolerancia es realmente culpable, y no tiene analogía con la primera, porque ataca á la verdad con la licencia de todos los errores.

Pero, ¡oh contradiccion mas monstruosa todavía, y que es como un justo castigo de la imprescriptible razon, que jamas se deja ultrajar impunemente! La misma pluma que escribió con tanta hipocresía: "No permita Dios que jamas predique yo á los hombres el dogma cruel de la intolerancia," trazó despues estas palabras sanguinarias: "Sin poder obligar á nadie á creer en los artículos de fé de la religion del pais, puede el soberano desterrar de sus estados al que no cree en ellos....; y si alguno, despues de haber reconocido públicamente estos mismos dogmas, obra como si no creyera en ellos, SEA CASTIGADO CON LA MUERTE (2)." Palabras salvajes que reprodujeron el deicidio en las personas de tantos sacerdotes desterrados ó asesinados por haberse negado á suscribir y doblegar su conciencia á la constitucion civil del clero, y que justifican la siguiente observacion de Benjamin Constant: "No conozco ningun sistema de servidumbre que haya consagrado errores mas funestos que la eterna metafísica del Contrato social (3)."

Muy distinta es sin duda, como luego veremos, la intolerancia de la Iglesia católica, tan diferente de la de Rousseau, como puede serlo el corazon de una madre del de una madrastra; pero en fin, por mas triste que sea el ejemplo, es bastante bueno para Rousseau, ya que viene de él, y basta para confirmar segun el principio nuestros raciocinios sobre la necesidad de una intolerancia cualquiera en materia de religion, lo mismo que en todas las demás, por el monstruoso abuso que se hace de este principio despues de haberlo negado.

(1) William Cobbett, *Reformas protestantes*, carta 2.ª

(2) J. J. Rousseau, *Contrato social*, lib. 4, cap. 2.—Sin poder obligar á nadie es muy gracioso cuando se llega á se á conclusion: sea castigado con la muerte.

(3) *Curso de politica constitucional*, t. VII.

(1) ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA MÁXIMA CRISTIANA: Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse; por un ministro protestante. Broch. in 8.ª, Paris, 1837.

II. Este principio de la intolerancia, que va envuelto en la existencia de cada cosa como la ley de su ley y el preservativo de su destino, debía estar revestido en la Religión verdadera de un carácter *dogmáticamente* absoluto.

Debemos hacer aquí una distinción fundamental. La intolerancia de la verdad católica no es una intolerancia cualquiera y análoga á todo lo que se ha convenido llamar con este nombre. Debemos haberlo conocido ya: su carácter distintivo es ser exclusivamente *dogmática* y *espiritual*, esto es, exclusivamente limitada á las relaciones del alma con Dios. Sería pues un error sacrilego el confundirla con las intolerancias terrestres y temporales, intolerancia filosófica, intolerancia civil, intolerancia social, por cuyo medio procuran los hombres usurpar unos sobre otros una dictadura que solo á Dios pertenece. Lejos de autorizar y justificar todas estas intolerancias, el catolicismo las condena, las reprueba; y no solo las reprueba, sino que engendra su contrario: la tolerancia filosófica, civil y social; la caridad, la libertad.

Todo lo explicaremos. Al presente queremos solo poner en evidencia que la intolerancia católica, cuya justificación hemos emprendido, es única y exclusivamente *dogmática*.

Aparte las razones generales con que hemos probado hasta aquí la necesidad de una intolerancia, esta intolerancia tan particular del catolicismo queda justificada con las razones que nos falta exponer.

Todas las demás religiones, aun comprendiendo en ellas las sectas cristianas protestantes, se han identificado y circunscrito al poder humano, y las nacionalidades terrestres se han apoyado en su brazo. La tiara y la corona se han confundido para ellas en una misma cabeza, y el círculo de su símbolo ha sido trazado ó defendido por la espada de los conquistadores. No han pasado gran cuidado por lo que se refiere al otro mundo ni por las relaciones íntimas y verdaderas que pueden ligar al alma con esta mansión; su tolerancia dogmática no tiene igual, pues ellas declaran espontáneamente que *no pueden obligar á nadie á creer en los artículos de fe de la Religión del País*. ¿Puede darse nada mas tolerante? Pero atended: he aquí que su intolerancia civil es infinitamente mas terrible, y mas de un Sócrates experimentó ya los golpes de esta sentencia: *Si alguno obra como si no creyese en ellos, sea castigado con la muerte*. Sus fines y sus medios son la apariencia y no la creencia, la fuerza bruta y no el ascendiente de la verdad; de modo que á su intolerancia cuadran perfectamente aquellas palabras del poeta: *La intolerancia es hija de los dioses falsos*.

La Religión católica ofrece un espectáculo inverso. Las otras religiones obran del exterior al interior; ella del interior al exterior. Enteramente libre de los intereses y circunstancias de tiempos y lugares, pertenece á todos los países y á todos los siglos. Para ella no hay mas que un reino, y este no es de este mundo. Su representante es un débil anciano, que solo levanta las manos para bendecir, y que solo dispara rayos espirituales.

No hiere; predica, y predica sobre todo con su resignación en los sufrimientos y con su magnanimidad en el perdón. Solo escije una cosa de los dueños del mundo: la libertad; y si se la rehusan, se la toma ella misma por medio del martirio. Abandonando á los hombres la represión de las acciones, no se propone mas que la reforma de las almas, y solo obra sobre ellas con el concurso de su voluntad. En los combates que da, no corre mas sangre que la suya, no emplea mas armas que la palabra y el ejemplo, y todas sus conquistas son para el cielo. *Tiene la verdad por cintura, la justicia por coraza, por calzado la paz, por escudo la fe, por yelmo la salud, y la palabra de Dios por espada* (1). Habitante de una región toda moral y sobrenatural, solo se propone un fin moral y sobrenatural. A pesar de hallarse colocada en una elevación que parece vacilante, y rodeada de un aparato fantástico en apariencia, ninguna otra religión se hace creer como ella, ni se hace seguir, ni va aferrada hácia su centro los espíritus y los corazones desde todos los puntos del espacio y del tiempo.

¿Por medio de qué lazo puede así cautivar la tierra? ¿Por qué resorte la conmueve? ¿Cuál puede ser el punto de apoyo para tan incalculable acción?... Uno solo, su pretensión á la *verdad*, la verdad misma elevada á su mas alto poder de afirmación, y por consiguiente de exclusión; pues toda afirmación importa en sí la negación de su contrario. La tolerancia dogmática es hija del escepticismo; no somos indulgentes con las opiniones de los demás, sino cuando desconfiamos de las nuestras propias; hay entonces cierta parte de error recíproco, porque se ignora en dónde se halla precisamente la verdad. Solo pertenece á esta y á la fe que ella inspira el fulminar anatema á la opinión contraria, y si no lo hiciera, dejaría de ser una afirmación, es decir, abdicaría su pretensión á la verdad; y por consiguiente no teniendo la Iglesia católica, como acabamos de ver, mas punto de apoyo que esta pretensión, se abdicaría á sí misma.

No se trata ahora, notadlo bien, de saber si la Iglesia justifica esta pretensión (aun cuando sea imposible concebir cómo hubiese podido producir en su aplicación tantos prodigios, si no fuera mas que una ilusión; ¡una ilusión universal y de diez y ocho siglos de existencia, una ilusión que no parece que por ahora quiera desvanecerse!!!), sino si en esta pretensión se halla contenida toda la fuerza de su existencia, y por consiguiente si no es matarla, y hacerse con ella culpable de la intolerancia que se le echa en cara, negarle lo que necesariamente debe tener de exclusivo.

En una palabra, es menester que todo, hasta la religión, tenga un punto de apoyo; si no en la tierra, en el cielo; si no en la fuerza, en la verdad. Admitiendo la existencia de una religión, solo se debe tratar de decidir qué clase de intolerancia se le concede; ó una intolerancia civil y temporal, ó una intolerancia dogmática y moral; ó la intolerancia de la fuerza ciega, ó la intolerancia de la ver-

(1) S. Pablo, *Epíst. á los Efesios*, cap. 6, v. 14 y sig.

dad. Esta última es el patrimonio del catolicismo; solo por su medio se sostiene esta Religión, la mas vasta de todas en todo el universo, y lejos de deducir de aquí una objecion contra ella, debemos descubrir en esta condicion, única de su existencia, la señal decisiva de su divinidad.

La segunda consideracion que vamos á presentar podrá mas de manifiesto todavía la exactitud de esta conclusion.

La Religión católica que, como hemos visto, saca toda su fuerza de la conciencia y persuasion de su verdad, es entre todas las religiones la que pone á la naturaleza humana mas y mas pesadas cadenas. Ella sola, ó á lo menos en mas alto grado que cualquiera otra institucion moral y religiosa, impone al alma preceptos estrechos, austeros y numerosos, y contraria todas sus inclinaciones para reformarlas. Naturalmente hablando, todo le es hostil, el espíritu, el corazón y los sentidos, porque ella misma se presenta como hostil al espíritu con sus misterios, al corazón con sus preceptos, y á los sentidos con sus prácticas.

¿Quién puede contrabalancear todas estas desventajas y motivar todos estos rigores, sino la necesidad, la absoluta necesidad?

Figúrase un médico que se presenta á un enfermo, echañado hasta entonces por los charlatanes, y le dice: Vengo á proponeros un remedio nuevo, pero terrible; es preciso que os decidáis á sufrir la amputacion.—¿La amputacion!!! ¿No hay mas medio de salvacion que este?... Esta es inevitablemente la primera pregunta que hará el enfermo, y de la respuesta del médico va á depender su resignacion ó su obstinada resistencia.—Si el médico le contesta: Sí, hay otros medios, todos son buenos, cualesquiera que sean, y vos podeis adoptar el que mas os acomode, ó si queréis hasta podeis no adoptar ninguno.—A semejante contestacion probablemente exclamará el enfermo: Pues entonces vos os burlais de mí; queréis atormentarme por gusto y sin necesidad, sois absurdo, loco, ó extremadamente cruel; sí, estoy convencido de que soy un hombre abandonado, pues que todos los remedios me son buenos, que es decir que ninguno es bueno; dejadme pues, no aumenteis mi desgracia con suplicios inútiles; dejad que pueda distraerme de mi triste suerte, abandonándome á todos los caprichos que se me antojen.

Este es el resultado inevitable de la supresion de la máxima *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse*.—El cristianismo dice al hombre: Si tu ojo te escandaliza, arráncalo; si tu mano ó tu pié te escandaliza, córtalos. Le presenta un suplicio, y sobre este suplicio un hombre despedazado y ensangrentado, y le dice: Este es tu modelo, es necesario que lo imites, y que te sometas tambien á esta cruz.—Por otro lado, si la Religión dijese: Lo que te propongo es el bien, pero no es necesario, y puedes pensar sobre ello lo que quieras; lo mismo puede el hombre salvarse viviendo como un turco ó como un pagano, que viviendo y muriendo como Jesucristo; el camino ancho y florido de los placeres conduce á la salvacion, de la misma manera

que el de la mortificacion y de la penitencia; si la Religión cristiana, repetimos, usase de semejante lenguaje, tuviese esta tolerancia, seria el colmo del absurdo y no merecia tener ni un solo discípulo, pues se convertiria en una monstruosa superfetacion, que la naturaleza y el buen sentido rechazarían á porfía para seguir ó adoptar las fantasías del entendimiento y del corazón. O la verdad católica es necesaria, en toda la fuerza de la palabra, ó es absurda.

De aquí se sigue que la tolerancia *dogmática* de Rousseau tiende, ó al absurdo ó al aniquilamiento de la religion, y en ambos casos á la mas cruel intolerancia; porque ó quiere tolerar la Religión, y entonces, quitándole la salvacion esclusiva, la convierte en un conjunto de rigores no justificados por la necesidad, arbitrarios, gratuitos é intolerables, ó quiere destruirla (esto es efectivamente lo mas esplicito de todo su sistema); y en este caso, como él mismo dijo hablando de otros filósofos, "priva á los afligidos del último consuelo en sus miserias; quita á los ricos y poderosos el freno de sus pasiones; arranca del fondo de los corazones los remordimientos del crimen y la esperanza de la virtud, y se evanece todavía de ser el bienhechor del género humano."

Absurdo ó crueldad, héos aquí el fondo de la tolerancia sentimental del escéptico.

Razon y caridad, héos aquí, al contrario, el fondo de la intolerancia dogmática de la Iglesia.

"Yo soy el camino, la verdad y la vida, decía Jesucristo; el que quiera salvarse debe llevar su cruz y seguirme;" y él mismo justificaba la necesidad de este remedio aplicándosele libremente y muriendo para ejemplo y persuasion universal del linaje humano. Despues de esto, se le quiere vituperar porque diga: Nadie puede salvarse separado de la virtud de mi sacrificio, separado de mi Iglesia, que es la depositaria y dispensadora de esta virtud. Se llama intolerante al amigo que sufre, al amigo que muere voluntariamente para convenir á su amigo de la necesidad de sufrir. Está bien que un simple mortal, indulgente para consigo mismo, como Rousseau, diga de su cuenta y riesgo: "No permita Dios que jamás predique yo el dogma cruel de la intolerancia;" pero Jesucristo, la inocencia y la felicidad misma (el incrédulo debe meditar en esta suposicion), haciéndose hombre de oprobio y de dolor para salvar el mundo, debe tener derecho para decir: Fuera de mí, fuera de mi Iglesia, no hay salvacion; y esta máxima en su boca debe ser verdad, debe ser caridad.

Debe ser verdad; y si no ¿por qué hubiera sido él el primero en sujetarse á ella, si no hubiese sido de una necesidad absoluta? ¿Por qué hubiera venido, padecido y muerto, si hubiésemos podido salvarnos sin él y sin los acañitos de su sacrificio? ¿Entonces sí que su cruz hubiera sido una verdadera locura!

Debe ser caridad; porque si su Religión no hiciera sentir por todas partes y sonar como un gran trueno esta saludable advertencia, ¡cuántas almas permanecerian separadas de su seno, y por consi-

guiente de la verdad y de sus ancerros! Su tolerancia sería mortal, y su rigor es saludable. Es una madre que rompe en amenazas para obligar a su hijo á tomar un brebajo repugnante del cual depende su salud, y que ademas lo toma y lo traga ella misma para dárselo luego mezclado con su leche. Es el bello ideal de la caridad.

Atacando el catolicismo en su más íntima *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse*, se ataca directamente á su fundador y fundamento Jesucristo, y se le ataca en la obra maestra de su tolerancia y de su amor, en su cruz; porque sobre esta cruz escribió él mismo esta máxima con su sangre. Faltábale otra herida, mas cruel, mas decidida que las que le causaron los judíos, cual es la de oír que estos son inútiles, y que la doctrina que ellos enseñan es intolerante.

III. En vano procuraríamos entrar en un orden menos teológico: la verdad y el error nunca se tolerarán mutuamente. Sería absurdo pretenderlo, pues sería obrar contra su naturaleza, que es excluírse reciprocamente. Hasta sería criminal el intentararlo, porque si se lograra, desde el mismo instante no habria en los espíritus ni verdad ni error, ni vicio ni virtud, ni bien ni mal, sino un inmenso escepticismo, peor mil veces que el mas funesto error, que daría motivo á todos los errores.

Pero ¿no es este el triste estado que nos legó el último siglo, y el fruto amargo de esa tolerancia dogmática de la filosofía de Rousseau, que, gracias á Dios, empieza á caer ya en decaído? Sin remontarnos á una época dolorosa, ¿cuántas tentativas subverbi. ¿no hemos presenciado en estos últimos tiempos? ¿Qué principio hay que no haya sido combatido, y qué paradoja que no haya tenido su día de triunfo? ¿Hasta dónde no ha llegado la audacia de nuestros modernos reformadores? ¿No ha sido el crimen mismo, en presencia del cielo y de la tierra, colocado sobre el teatro común de la opinión, que ha visto sucederse tantos personajes? De aquí resultó un sacudimiento y una disyunción general en todas las partes de la sociedad: perdieron la convicción las almas, la calma los espíritus, y los lazos el corazón; y les sucedió una desconfianza recíproca, un cambio continuo de recriminaciones en parte verdaderas y en parte falsas, no constatiendo hasta cierto punto el mérito del uno mas que en el mérito del otro, y siendo la conservación general de las cosas, menos el resultado de una dirección arreglada que de un concurso favorable de sucesos contrarios, que se neutralizaban y que mas revelaban la acción de la Providencia que la de la humanidad.

Afortunadamente en medio de este combate de todos los elementos sociales se oyó siempre una gran voz que pronunciaba palabras de afirmación, y hubo una verdad que se mantuvo intacta, prefiriendo arrostrar toda la furia de las pasiones desencadenadas contra ella, que ceder en nada ni dejarse siquiera poner en tela de juicio. Verdad madre y sustancia de todas las verdades, puesto que abraza todas nuestras relaciones con la perfección soberana, con los demás hombres y con nosotros mismos,

y que tiene por objeto nuestra salud eterna y temporal; verdad católica, que defendiéndose á sí misma, ha defendido inmediatamente la sociedad entera hasta en los miembros que le eran mas hostiles; y ha salvado á sus ciegos enemigos. Nunca mereció mejor la Iglesia ser saludada con aquel bello nombre que le daba S. Pablo de *columna y basa de la verdad*, y en consecuencia columna y basa del orden social.

Pero lo que no se ha observado bien todavía es que esta intolerancia dogmática de la verdad católica es altamente favorable á la libertad.

De hecho, la historia del catolicismo es la historia de la libertad. Tendremos ocasión de probarlo en la parte de las *pruebas históricas*, limitándonos por ahora á demostrar esta verdad en sus *principios*.

Para llegar á esta demostración, que debe dar fin al presente párrafo, bastará un argumento muy sencillo.

La libertad, y para fijar desde luego esta palabra por medio de una aplicación, la libertad civil, consiste en poder hacer todo lo que un ciudadano tiene derecho de hacer; esta es sin duda su definición usual; es la igualdad ante la ley civil, superior á todos los ciudadanos, sometiéndolos todos indistintamente á las mismas obligaciones y asegurándoles iguales derechos. De la inflexibilidad é intolerancia de esta ley resulta para cada ciudadano la libertad.

Pasemos mas adelante. Lo que acabamos de decir de la libertad civil, podemos decirlo tambien de la libertad natural, que es la verdadera libertad, de la cual la primera no es mas que la aplicación, la imitación limitada. Esta libertad natural debe pues consistir en poder hacer todo lo que el hombre tiene derecho á hacer: es la igualdad de todos los hombres ante una ley universal, que por lo mismo es superior á ellos y los somete, como habitantes de una sola ciudad, á los mismos deberes y les asegura los mismos derechos. Por consiguiente, tambien la libertad natural deberá resultar de la inmutabilidad é intolerancia de esta ley.

En una palabra, toda libertad supone la igualdad, y toda igualdad supone una ley superior á todos, que los somete á su nivel. En el fondo de toda libertad se encuentra la intolerancia de una ley que la conserva y la protege: en el orden civil debe ser esta la ley positiva, y en el orden natural la ley natural.

Esta última ley es la de la razón y de la verdad, ley sobrehumana, ley divina, Dios mismo hecho ley.

Pero en nuestro estado de debilidad natural se halla esta ley sin influencia ni acción sobre nuestras conciencias; y la propiedad de la Religión verdadera es precisamente ponerla á nuestro alcance, hacerla salir de la abstracción, y manifestarla y conservarla sobre nuestras cabezas, arrojándola con los saludables terrores del porvenir.

Los antiguos, que estaban privados de la verdadera Religión, no tenían mas que una débil y flotante idea de esta ley; y esta es la razón porque

entre ellos la libertad y la igualdad naturales eran casi desconocidas. Sus leyes positivas, que hubieran debido estar formadas conforme á esta gran ley, no eran por lo comun mas que su infraccion. Ya sabemos que las mas célebres repúblicas de la antigüedad descansaban sobre un régimen de *excepcion* respecto del derecho natural, en el cual el derecho estricto acallaba la naturaleza y la equidad. Todo en ellas era ficción: hasta cierto punto no podían vivir en la atmósfera de la equidad natural; de manera que cuando esta empezaba á penetrar en su constitucion, era la señal cierta de su decadencia. Pero como su legislación era ficticia, lo era tambien su libertad; era una libertad manca y que solo podia sostenerse sobre la esclavitud de las dos terceras partes del género humano: era la libertad de hacer esclavos.

¿Qué se necesitaba para sacar al mundo de este estado? Era indispensable conducirle todo entero á esa ley católica ó universal, á esa ley *intolerante* que tan bien definia Ciceron cuando decia:

"Hay una ley verdadera, *absoluta*, invariable y eterna, cuya voz enseña el bien que prescribe, y aparta del mal que prohíbe. *No se la puede invadir* por otra ley, ni *quitarle nada*, ni abrogarla, ni el senado ni el pueblo *pueden dispensar su cumplimiento*. No será distinta en Roma de Atenas, ni hoy de mañana; sino siempre única, perpétua, inmutable, imperará en todas las naciones por todos los siglos; *será como un solo doctor universal y un mismo Dios, que reinará igualmente sobre todos* (1)."

Esta es la ley verdaderamente católica que entrevió ó presintió Ciceron (es notable que no habla de su reinado sino en tiempo futuro), y Jesucristo vino á traer y fijar para siempre en la tierra, haciéndola primeramente visible en su persona y luego en su Iglesia, en cuyo seno se halla dotada de todos los socorros espirituales necesarios para conservarse y hacerse practicar.

Aquel *doctor universal* vino ya á cumplir al pie de la letra, los deseos de Ciceron, que eran la esperanza del linaje humano, y profirió las siguientes palabras, cuya aplicacion se hizo luego universal: "No queráis ser llamados maestros, porque *uno solo es vuestro Maestro, y todos vosotros sois hermanos*. Y a nadie llameis vuestro padre sobre la tierra, porque *uno solo es vuestro Padre, que está en los cielos*. Ni os hagáis llamar maestros, ó doctores, porque no hay mas que un *Maestro y un Doctor, que es el Cristo* (2)."

De esta autoridad única, exclusiva y universal, autoridad de la razon y de la verdad, hechas visibles en Jesucristo y su Iglesia, han surgido en el mundo los grandes dogmas de la igualdad, de la fraternidad y de la libertad humanas. Sobre esta autoridad está apoyada la *república*, la única república verdadera, la gran *república cristiana*. Haciendo á todos los hombres igualmente súbditos de una misma ley moral, y no *tolerando*, dogmática-

mente hablando, mas poder que el suyo ó subordinando á sí todos los demás, poniendo freno á todas las tiranías, á la de nuestros propios vicios y á la de las pasiones de los otros, su divina intolerancia nos emancipó interior y esteriormente, y de esclavos de los hombres nos hizo hijos de Dios, segun aquella promesa del Libertador: "Si guardais mis palabras, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres."

El triunfo del cristianismo es haber dado de este modo al mundo la libertad moral, que es el alma de todas las demas libertades, igualándonos á todos bajo una sola ley verdadera, que es la ley natural perfeccionada, y á la cual llamamos *evangélica*, á causa de su nueva y divina promulgacion; el triunfo del cristianismo es haber hecho á esta ley, que hasta su tiempo se hallaba perdida entre las abstracciones de la naturaleza, cada vez mas positiva y efectiva en los diferentes estados de la sociedad.

El triunfo del cristianismo es sobre todo haber conservado el depósito de esta ley, y haberla opuesto á todas las pasiones, á todos los errores y á todas las tiranías, y haberla ido infiltrando insensiblemente en las costumbres, las instituciones y las leyes humanas, hasta el punto de que el derecho natural, que era en otro tiempo borrado por el derecho estricto, se ha convertido en el mismo derecho estricto, y que ya no hay ninguna ley positiva que podamos en cierto modo distinguir de la ley natural.

En fin, el consuelo y la esperanza de nuestros tiempos, es ver despuatar la aurora de esta completa trasformacion. Por haberla querido precipitar demasiado, la habíamos retardado mucho. Por haber querido prescindir de su principio, nos vimos precipitados de la cumbre de la civilizacion en el estado de la mas ignominiosa barbarie. Puestos ya en pie, despues de esta gran caída, pero magullados y heridos todavía, no podremos acabar de rehacernos sino volviendo á colocarnos bajo el amparo de esa ley emancipadora, de la verdad católica, que nos sujeta para libertarnos, que, suprimiendo los errores y pasiones, suprime tambien las causas y los pretextos de la tiranía, y cuya divina intolerancia se convierte así en el principio generador de toda sabia libertad, de toda legítima reforma y de toda verdadera tolerancia, de la misma manera que el sólido cimiento de un edificio ahorra los apoyos y columnas, y permite formar sus bóvedas majestuosas y esbeltas.

II.

Tolerancia de la Iglesia.

La táctica de los enemigos de la Iglesia en sus ataques contra el dogma fundamental de la *salvacion esclusiva* rebosa perfidia y contradiccion, y merece ser condenada por la verdadera filosofía.

Empezaron por aplicar la máxima *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse* á casos particulares, á los cuales no debe aplicarse; la falsearon indignamente, y habiendo llegado por este medio á pre-

(1) Ciceron, *De República*, lib. 3.

(2) Mat. 23, v. 8, 9 y 10.

sentar la intolerancia de la Iglesia con un carácter injusto y odioso, proclamaron sin distincion *la intolerancia*. Emponzaron esta palabra, y la hicieron tan infamatoria, que se hizo inservible aun para los casos mas legítimos, y en los cuales seria un absurdo no emplearla. Con esta triste ventaja, llegaron hasta el punto de que no pudiese la Iglesia respirar sin *intolerancia*, y llevando las cosas al estremo de echarle en cara y atribuirle toda la odiosidad de semejantes palabras, para castigarla del crimen imaginario de condenar á los *salvajes*, se hicieron ellos mismos *salvajes* á su vez, desterrándola de sus templos y sacrificándola sobre sus altares. . . . Toda confusion empieza regularmente por la de las palabras, de modo que el que hiciere la historia de éstas, trazaria al mismo tiempo la historia de todas nuestras desgracias.

La máxima *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse*, significa, por ventura, que todos los que geográfica y corporalmente están ó han estado fuera de la Iglesia católica visiblemente representada por el papado; todos los que han ignorado *involuntariamente* la historia de la vida y muerte de Jesucristo y su doctrina, los antiguos paganos, las tribus salvajes, los idólatras de la India, los mahometanos, los cismáticos y los protestantes de buena fé; en una palabra, todos los que por un *hecho involuntario* mueren fuera de la Iglesia católica en su organizacion visible, *son por esto solo* condenados, arrojados al infierno?

Tal es la doctrina que imputa Rousseau á la Iglesia católica, doctrina que despues de él todos repiten como un punto católico incontestable, y que la ignorancia y las pasiones admiten, creyéndose con ella dispensados de estudiar la Religion, y que pueden juzgarla, como si dijéramos, *por el rótulo*.

Semejante doctrina es el *colmo del absurdo*, dicen todos los dias las almas justas. Convenimos con ellas; pero por esto mismo repetimos que es el colmo de la injusticia ó de la prevencion haberla gratuitamente atribuido á la Iglesia católica.

Antes de examinar su doctrina literal bajo este punto de vista, debemos inclinarnos á creer que su rigor no es tan grande; pero debemos, á pesar de esto, empezar por concederle violentando hasta cierto punto las nociones generales que tenemos de Dios, de Jesucristo y de su Iglesia.

Dios se nos representa en el cristianismo bajo la figura de un *Padre* que envia su lluvia y hace salir su sol sobre todos los pueblos, y que se revela á todas las inteligencias por la razon y á todos los corazones por la conciencia. "De uno solo hizo, todo el linaje humano, dice el Apóstol, para que habitase en toda la huz de la tierra, señalando el órden de los tiempos y los términos de su habitacion, para que buscase á Dios, si por ventura lo pudiese tocar ó hallar, aunque no está lejos de cada uno de nosotros; porque en él vivimos, nos movemos y sumos (1)."

Nada es mas opuesto á la doctrina de la salvacion exclusiva, segun Rousseau, que esta idea amplia y sublime que nos da el cristianismo de la Divinidad.

Es tambien imposible conciliar esta doctrina con la idea que tenemos de Jesucristo, muerto por *toda el género humano*; venido á la tierra mas particularmente por los pecadores; esperando y pagando á los operarios llegados á la última hora el mismo jornal que á los que sufrieron todo el peso del dia y del calor; reuniendo por todas partes, en las plazas públicas y en las encrucijadas, á los mas miserables para hacerlos entrar y tomar asiento en la sala de su festin, y dejando las noventa y nueve ovejas de su rebaño para ir en persona detrás de la que se habia extraviado; de Jesucristo, verdadero salvador del mundo, que no hacia distincion entre el judío y el samaritano, sino para interesarse en cierta manera en favor del segundo con preferencia al primero, y colocando en el reino de los cielos á las publicanas y á las prostitutas en lugar mas distinguido que á los escribas y fariseos; de Jesucristo, por fin, que es la paternidad, la caridad, el amor y la misericordia de Dios, hechas visibles y manifestas en un prodigio de beneficencia mas grande que el de la creacion. Lo confesamos pues: nos es tan difícil imputar esta horrible proscripcion á Jesucristo como á Dios; es aun mas difícil, porque Dios, tomado en abstracto, está oculto en la naturaleza bajo una tenebrosa y terrible oscuridad que puede dar lugar á todos los temores, siendo así que Jesucristo ha venido á nosotros como la paz y el amor mismo, como la gracia y la mas ilimitada abnegacion.

Finalmente, el espíritu de la Iglesia repugna tanto esta doctrina como el mismo carácter de Jesucristo, la Iglesia, que sigue y reproduce tan fielmente á Jesucristo en la abnegacion y martirio de tantos apóstoles de caridad, de tantas santas mujeres, cuyas virginales manos curan las llagas de todos los hombres sin distincion, y verifican en todos tiempos y lugares la tierna parábola del samaritano; la Iglesia, que ha inspirado á los Vicentes de Paul, los Fenelon, los Javier, los Las Casas, los Borromeos, los Balzunces, los Cheverus y tantos otros héroes de la humanidad, cuyo número los confunde y oculta, y que aun en la actualidad derraman su sangre en las mas lejanas playas para conquistar tantas razas embrutecidas y darles la dignidad de hombres y de cristianos; la Iglesia, en fin, cuyo supremo jefe estiende todos los dias, desde lo alto del Vaticano, su mano paternal, para bendecir á la vez á la ciudad y al mundo. . . . *urbi et orbi*.

Antes de examinar de cerca la doctrina católica, nos atrevemos á decirlo desde luego: nuestro católico corazon nos dice de la misma manera que nuestro corazon cristiano y nuestro corazon de hombre, que la máxima *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse*, aplicada indistintamente á los que estan en una ignorancia invencible de la verdad evangélica y á los que están en su foco, es un ultraje á la razon y á la fé.

Hay mas: podemos reproducir aquí una consideracion importante, que antes presentamos ya; es

(1) Discurso de S. Pablo al Areópago, Act. Apost., cap. 17, v. 28, &c.

decir, que solo por las ideas de humanidad y caridad que introdujo el cristianismo en nuestras costumbres, nos choca todo cuanto hay de injusto y odioso en esta interpretacion; de manera que lejos de estar autorizada por el espíritu de la doctrina cristiana, tan solo nos parece odiosa porque es antecristiana.

¿De dónde sacó pues Rousseau, que fué el primero en atribuir esta doctrina á la Iglesia, que efectivamente le pertenecía? Importaba mucho asegurarse bien de ello, pues la Iglesia la condena, y era mas natural suponerle una doctrina enteramente contraria. Eran necesarias pruebas muy irrecusables y muy testuales para imputársela. ¿Quién le dijo pues que tal era la doctrina católica? ¿En qué se fundó? ¿Acaso en su símbolo, sus concilios, sus padres, sus papas, sus doctores, sus oráculos mas puros y acreditados?... ¿Lo ha leído quizás en los santos Evangelios, en S. Pablo, S. Agustin, Santo Tomas, en alguna decision canónica, en alguna bula pontificia?... ¿Han escrito Bourdaloue, Bossuet ó Pascal, estos tres grandes genios, en los cuales se halla compendiada la ensenanza católica en toda su severidad, una sola palabra que se lo pudiese hacer sospechar?... Aun concediendo todo lo mas posible á la ligereza y á la prevencion, ¿ha podido la máxima, *Fuera de la Iglesia no hay salvacion*, dejarle creer ni consentir una interpretacion semejante?... Dentro de poco demostraremos que no.—¿De dónde sacó pues Rousseau, repetimos, tan grave imputacion para atreverse á echarla en cara á la Iglesia católica, en un tiempo en que tan poco generoso era calumniarla, en que se acogia todo, y todo se admitia á ciegas, con tal que fuese contra ella, y en que por consiguiente la delicadeza de un hombre de bien y veraz, de un verdadero filósofo, debia ponerle en guardia contra la prevencion general? ¡Ah, cuán grande fué la ceguera de las preocupaciones de ese hombre entregado á la idolatría de sí mismo! No solamente no le autorizaba á hablar así el lenguaje ni la doctrina de la Iglesia, sino que le enseñaban lo contrario, el formal mentís que le habia dado la facultad de teología de Paris, y toda la doctrina anterior del catolicismo, desde Bourdaloue hasta S. Pablo.... Cuando vemos tanto talento hecho servir contra la verdad, y el sagrado dogma de la elocuencia y del genio empleado en difamarla y hacerle traicion, se apodera de nosotros una especie de santo furor.... nos parece estar viendo la espada de S. Luis ó de Carlomagno, en manos de un espadachín ó de un asesino.

Digámoslo claramente y sin reticencias.

¿Niega la Iglesia la salvacion á los cismáticos, á los herejes, á los paganos y aun á los idólatras, que hallándose en una ignorancia invencible de la ley evangélica mueren en estado de justicia natural?

NO.

¿Hubo alguna vez sobre esta cuestion duda ó division entre sus teólogos?

NO.

Siendo así, cuando Rousseau dice que "obliga-

"dos por estas razones, los unos *prefieren hacer á Dios injusto, porque castiga en los inocentes el pecado de sus padres, antes que renunciar á su bárbaro dogma*, y que los otros se hacen la ilusion "de que envia un ángel, &c...." adultera impudentemente la doctrina católica.

En el caso supuesto los teólogos católicos se pronuncian *unánimemente* en favor de la salvacion de los herejes é infieles.

Solo varian en los medios que Dios emplea para salvarlos, lo cual pertenece efectivamente al dominio de las opiniones y de la controversia, y no se presta tanto á la mofa como han creído algunos;—pero sobre el punto decisivo y canónico de saber si SE SALVAN, concuerdan todos, lo repetimos, y se declaran por la afirmativa.

Procuráremos probarlo.

Desde luego y antes de todo comentario, podemos decir que la máxima *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse*, aislada y naturalmente entendida, conduce á esta tolerancia.

Esta máxima impone una pena; es una ley penal. La aplicacion de toda ley penal presupone una culpabilidad, y la culpabilidad importa dos cosas: EL HECHO Y LA INTENCION. Esto es un axioma de sentido comun, admitido siempre por todos los hombres.

Viajando en compañía de algunos amigos, nos asaltan unos malhechores, y se traba un combate; en medio de la oscuridad uno de mis amigos cae al golpe que yo dirigia á uno de mis agresores, y otro de mis amigos muere herido por el mismo agresor. Interviene la justicia, y nos prende á este último y á mí por haber dado muerte cada uno á un hombre. Explícanse despues las cosas, y se hace evidente mi equivocacion; pero yo he matado á un hombre, y la ley castiga al homicida. ¿Se aplicará esta ley igualmente á mí y al asesino? ¡Qué absurdo!... Pues bien, no lo es menos el aplicar á ciegos la sentencia *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse*. Como en toda ley penal, hay en esta sentencia una palabra que se suple, la palabra *voluntariamente*, pues las leyes se han establecido para los hombres, y el hombre no es cuerpo solamente, sino *voluntad*; no es máquina, sino *intencion*. Esto, que por sí mismo es tan evidente, lo es aun mas en el orden religioso que en el civil, porque siendo la Religion toda espiritual, atiende principalmente á las intenciones y á las voluntades.

Hay una máxima de derecho civil en la cual descuella el mismo pensamiento, que es la moralidad del derecho en general. Es la que suspende las prescripciones en favor de los que por ignorancia ó debilidad no hayan podido precaverse contra ellas. La prescripcion no está reconocida como principio, pero la justicia natural ha introducido esta estension. Hé aquí (sin violentar la analogía) lo que significa la sentencia de que estamos hablando; es una *exclusion* que no debe comprender á los que no pudieron precaverse contra ella.

La impiedad empezó pues por prescindir de la razon para dar á la máxima fundamental de la Iglesia una interpretacion falsa y judaica, que era

incompatible con la misma razon. Añadirémos mas aún, y es que la doctrina del catolicismo enseña todo lo contrario.

En los santos Evangelios leemos estas palabras del Salvador:—“¡Ay de tí, Corazain! ¡Ay de tí, Bethsaida! (ciudades evangelizadas) que si en Tiro y en Sidon (ciudades dormidas en las tinieblas del paganismo) se hubieran hecho las maravillas que han sido hechas en vosotras, ya mucho há que hubieran hecho penitencia en cilicio y en ceniza... Por tanto os digo: Que habrá menos rigor para Tiro y Sidon, que para vosotras, en el día del juicio (1).”

Este pasaje es muy formal, y destruye enteramente la imputacion de Rousseau; porque de él se deduce claramente que entre su buen viejo pagano y un católico impenitente, el peor tratado será el católico y no el pagano. Es decir, que lo que mira Dios propicio, ya se haga en la Iglesia ó fuera de ella, y lo que valdrá en el día del juicio en favor ó en contra de la salvacion, no es la posicion geográfica ó cronológica, sino la posicion de la voluntad, relativamente al rayo de verdad que háyanos recibido en la tierra.

Estas otras palabras del Salvador, hablando del Centurion, que era pagano, lo confirman mas todavía:—“Verdaderamente os digo que no he hallado *“sé tan grande en Israel. Y os digo que vendrán muchos de Oriente y de Occidente, y se sentarán con Abraham, ó Isaac y Jacob, en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores (2).”*

En todos los santos Evangelios encontramos aquella justicia distributiva y caritativa, *que no quiere recojer sino donde ha sembrado*; que escije, como en la parábola de los talentos, conforme a lo que ha dado, y que cuando le place observa desigualdad en sus favores, como en la otra parábola de los operarios de la viña, porque sus favores son gratuitos, pero no lo es jamas dejar de ser igual y justo en sus juicios.

Si de los Evangelios pasamos á las instrucciones de los apóstoles, vemos la misma doctrina predicada muy esplicitamente por el mas eminente de todos ellos, el gran S. Pablo. Oigámosle:

“Dios retribuirá á cada uno segun sus obras: esto es, con la vida eterna á los que perseverando *“en hacer obras buenas, buscan gloria y honra é inmortalidad; mas con ira é indignacion, á los que son de conciencia, y que no se rinden á la verdad, sino que obedecen á la injusticia. —Tribulacion y angustia sera sobre toda alma de hombre que obra mal;—mas, gloria y honra á todo obrador del bien, al judío primeramente (es decir, al pueblo que está en la Iglesia) y al gentil;—porque no hay excepcion de personas para con Dios. —Así todos los que sin haber recibido la ley (revelada) pecaron, perecerán sin ser juzgados por la ley, y cuando en la ley pecaron, por la ley serán juzgados;—porque no son justos delante de Dios. Los que*

“Oren la ley; mas los Hacedores de la ley serán justificados. —Cuando los pueblos que no han oído hablar nunca de la ley, hacen NATURALMENTE las cosas que son segun la ley, son discípulos de la ley; pues ellos son la ley para sí mismos;—manifestando LA OBRA DE LA LEY ESCRITA EN SUS CORAZONES; dando testimonio á ellos su propia conciencia y los pensamientos interiores, que unas veces los acusan y otras los defienden.”

“En el día en que Dios juzgará las cosas ocultas de los hombres, segun el Evangelio que predico por Jesucristo, si tú que llevas el nombre de judío, y reposas sobre la ley, y te glorías en Dios, deshonras á Dios violando la ley, serás condenado. —La circuncision en verdad aprovecha (lo que dice aquí S. Pablo, hablando del judío y de la circuncision, corresponde exactamente y se aplica al cristiano y al bautismo; pues el judío de que está hablando, es el cristiano anterior á Jesucristo y salvado por él), si guardares la ley; pero si la quebrantares, tu circuncision se convirtió en prepucio; mientras que si el incircunciso guarda la ley, ¿no es cierto que su prepucio será estimado como circuncision? No es judío el que aparece tal en el exterior; el verdadero judío es el que lo es interiormente (1).”

Estas palabras de S. Pablo convienen perfectamente con lo que poco antes habia dicho de los filósofos paganos, á quienes no condena sino oponiéndoles la ley natural. “Sabemos por el Evangelio, que es virtud de Dios para salvar á todos los que creen, sea judío ó gentil, que la ira de Dios se manifiesta del cielo contra toda impiedad é injusticia de los hombres que detienen la verdad de Dios en injusticia, puesto que lo que se puede conocer de Dios, por el conocimiento que de él nos dan sus criaturas, les es á ellos manifestado, y porque habiendo conocido á Dios, no le glorificaron como á Dios, antes se desvanecieron en sus pensamientos, y trocaron la gloria de Dios incorruptible en semejanza de figura de hombre corruptible (2).”

Todos estos pasajes de S. Pablo confunden, hasta la evidencia, la falsa imputacion hecha á la doctrina católica de predicar la condenacion eterna de los que no habiendo oído la predicacion evangélica, han procurado, no obstante, practicar la verdad cuanto les ha sido posible. Las instrucciones apostólicas demuestran evidentemente todo lo contrario.

Desde los apóstoles hasta nuestros días, no ha habido en la Iglesia mas que una voz para repetir la misma predicacion, la misma doctrina, y rechazar abiertamente la contraria.

“A NO SER QUE SE PIERDA EL JUICIO, dice S. Clemente de Alejandría, ¿quién podria nunca creer que las almas de los justos y de los pecadores sean envueltas en una misma condenacion, ultrajando de este modo á la justicia de Dios?... Era muy digno de sus consejos que los que hubiesen vivido en la justicia, ó que despues de haberse estra-

(1) S. Mat., cap. 11, v. 31.

(2) Id., cap. 8, v. 10 y 11.

(1) Rom., cap. 2.

(2) Id., cap. 1.

"viado se hubiesen arrepentido de sus faltas; que estos, digo, aunque en distinta posición, siendo incontestablemente del número de los que pertenecen al Dios todopoderoso, fuesen salvados por los conocimientos que respectivamente poseyeran.... El justo no se diferencia nunca del justo, ya sea gentil, ya haya vivido en la ley; por que Dios es Señor, no solo de los judíos, sino de todos los hombres, á pesar de que, como padre, esté mas inmediato á los que mas le conozcan. Si vivir bien es vivir según la ley, los que antes de la ley vivieron bien, deben ser tenidos por hijos de la fe y reconocidos por justos (1)."

S. Agustín es del mismo parecer: "Los que no defienden con violenta animosidad, una opinión falsa ó perversa, dice, principalmente si esta opinión no es efecto de su audacia y presunción, sino herencia de padres seducidos y arrastrados por el error, los que buscan de buena fe la verdad, y que están dispuestos á corregir sus juicios, no deben de ninguna manera ser contados en el número de los herejes (2)."

Sería menester citar todas las lumbreras de la Iglesia, si quisiéramos nombrar todos los predicadores de la misma tolerancia. Solo haremos memoria de Santo Tomás, S. Gerónimo, S. Justino, S. Irineo, S. Juan Crisóstomo y Salviano, todos los cuales son tan explícitos como S. Agustín, S. Clemente y S. Pablo. Mas adelante citaremos algunos de ellos, y al presente nos limitaremos á Salviano, que es el mas reservado, y que, no obstante, puede ser contado entre los que profesan la misma doctrina. Hablando de los vándalos y godos, hace notar que estos bárbaros no sabían mas que lo que habían oído, y que toda su ley consistía en las tradiciones, y luego añade: "Por consiguiente son cristianos sin saberlo: es cierto que nosotros poseemos la verdad; pero ellos creen que son ellos quien la poseen. Se engañan, no hay duda, pero de buena fe. *Haeretici ergo sunt, sed non scientes; veritas apud nos est, sed illi apud se esse praesument. Errant ergo, sed bono animo errant.* ¿Cómo serán castigados por este error el día del juicio? Nadie puede saberlo mas que el Juez soberano."

¿Se dirá tal vez, que efectivamente esta era la doctrina de la primitiva Iglesia, pero que después ha cambiado; que entonces la posición de la Iglesia naciente reclamaba estas opiniones, porque rodeada y combatida de todos lados por el mundo pagano, no se atrevía á atraerse desde luego su odiosidad con una máxima que habría justificado tan enérgicamente la acusación que se le hacía, de ser enemiga del género humano?

Expliquémonos con franqueza:

La doctrina de la Iglesia no ha cambiado; pero habiendo cambiado el mundo alrededor de la Iglesia, ha debido cambiar, en la misma proporción, el uso y la aplicación de esta doctrina. Rodeada de pueblos dotados de buena fe en sus tradiciones y hábi-

tos, no pudiendo escatirles que de repente se rindieran á una luz que parecía nueva, la Iglesia obraba con sabiduría y justicia, no introduciendo la desesperación en las conciencias, con una máxima que, aplicada al pie de la letra, los hubiera herido, sin ellos saberlo, y sin razón. Por esto, á medida que se iba haciendo pública esta máxima, ella misma iba explicando sus excepciones, porque á las mismas puertas de sus templos se ofrecían de continuo los casos de estas excepciones. Pero después, habiendo ya resplandecido la luz evangélica por todo el mundo, habiéndolo enteramente penetrado, habiéndose convertido, de excepción que era en el universo, en regla del universo y como en su ley natural la parte excepcional de la máxima *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse*, casi no ha podido encontrar aplicación entre nosotros, y la ha encontrado siempre la parte excepcional de la regla. La predicación de esta máxima se ha ido haciendo cada vez mas absoluta y rígida, hasta absorber, en cierta manera, toda excepción, porque de hecho toda excepción ha sido absorbida en el conocimiento casi universal de la verdad. Así observamos que los que combaten esta máxima se ven obligados á ir á buscar sus argumentos prácticos á los confines del universo civilizado, y entre los pueblos salvajes, á los cuales la Iglesia no ha llegado todavía, y á desnaturalizar de este modo la posición de las cosas por medio de hipótesis enteramente gratuitas. Pero esto no es mas que una sorpresa hecha á la buena fe de la Iglesia. Si, la Iglesia dice en la actualidad, de una manera mas absoluta que en otro tiempo: *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse*, porque en la actualidad, mas que en otro tiempo, aquellos á quienes lo dice son inescusables de vivir fuera de la Iglesia. No habla con los salvajes, los infieles ni los paganos. Vosotros sois los que la hacéis hablar á vuestro antojo, trocando las situaciones, falseando la verdad de las circunstancias, y tomando las palabras de un predicador, ejerciendo su ministerio en el seno de una nación reconocida en el catolicismo, para ponerlas en boca de un misionero errante por los bosques del nuevo mundo; ignorando ó afectando ignorar que una verdad puede ser la misma, y sus aplicaciones variar según los lugares y los tiempos.—Para confusión vuestra quiso el cielo que uno de los órganos mas ortodoxos, mas austeros y mas ilustrados de la Iglesia, predicando en el siglo mas católico y en la corte del país mas católico, con un lenguaje inmortal como el de la razón, Bourdaloue, recordase casualmente y sin necesidad, según parece, la antigua tolerancia de la Iglesia, y mezclase su voz á la de los antiguos padres, para protestar en favor de la unidad de la doctrina católica en medio de la mutabilidad de todos los tiempos y lugares: "Es preciso, cristianos, dice, y este pensamiento no es mío, sino de S. Gerónimo; es preciso fijar bien en nuestro entendimiento una verdad, en la cual, tal vez, nunca hemos reflexionado bastante, esto es, que en el juicio de Dios habrá una diferencia infinita entre el pagano que no haya conocido la ley cristiana, y el cristiano que, habiéndola conocido, ha-

(1) S. Clemente de Alejandría, *Stromat.* lib. 8.

(2) S. Agustín, *Carta á S. Glorio.*

"ya interiormente renunciado á ella, y que Dios, según el mismo orden de su soberana justicia, tratará de muy distinto modo al uno que al otro. Sabemos bien que un pagano, á quien nunca se le hubiese anunciado la ley de Jesucristo, no será juzgado según esta ley, y que Dios, á pesar de ser tan absoluto como es, guardará con él la natural equidad de no condenarlo por una ley que no le había hecho conocer. S. Pablo enseña esta doctrina en estos preciosos términos: *Qui sine lege peccaverunt, sine lege peribunt* (1)."

Por consiguiente, cuando Rousseau, en su lenguaje falsamente ingenuo, hace decir al salvaje hablando con el misionero: "Vos me anunciáis un Dios nacido y muerto hace dos mil años en el otro extremo del mundo, en no sé qué ciudad, y me decís que todos los que no hayan creído en este misterio serán condenados.... Decís que habéis venido á anunciármelo; pero, ¿por qué no vinisteis á enseñármelo á mi padre, ó por qué condenáis á ese pobre viejo por haberlo siempre ignorado? ¿Ha de estar eternamente condenado á causa de vuestra tardanza, él que era tan bueno, &c.?" Dejémosle acabar su insolente período, y cuando haya llegado al término, digámosle con Bourdaloue, y con toda la Iglesia católica: "SABEMOS BIEN que un pagano á quien nunca se le hubiese anunciado la ley de Jesucristo, no será juzgado según esta ley, y que Dios, á pesar de ser tan absoluto como es, guardará con él la natural equidad de no condenarlo por una ley que no le habra hecho conocer." Este lenguaje puede no ser deductor, pero tampoco es falso.

Creemos pues que queda suficientemente probado que, por mas inflexible que especulativamente sea la máxima de *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse*, en la práctica, esto es, en su aplicacion, es una cuestion de intencion y de buena fé, y que la tolerancia de la Iglesia en este punto se halla al nivel de la razon, la justicia y la verdad.

Esta tolerancia va, si es posible, mas lejos todavía. Despues de haber dicho que la máxima no comprende mas que á los que están intencional y voluntariamente fuera de la Iglesia verdadera, si preguntais á esta Iglesia cuáles son nominalmente los que por vicio de su intencion están fuera de la Iglesia y de la salvacion, se abstendrá de contestaros. Si le pedís que os indique, en todo el universo y aun en el curso de los siglos pasados, un solo hombre que en su concepto esté ciertamente condenado, os dirá que le es imposible. Si le presentais el ser mas degradado, mas cargado de crímenes, el mas escuadrado y maldito de los hombres, ella no le maldecirá: ¿qué decimos? solo ella rogará por él como una madre, y rogará por él no solamente durante su vida, sino despues de su muerte, por mas impía y sacrilega que en las apariencias haya sido esta muerte. Si le preguntais la razon de esta inconcebible tolerancia, que escende á la de la humanidad y que se estiende hasta mas allá de la tumba, os contestará muy sabiamente, que solo

Dios puede castigar y juzgar; que á ella le basta dar sus advertencias, dar el grito de alarma y promulgar el derecho, pero que Dios se ha reservado para sí el hecho, y que tan solo á este jurado soberanamente poderoso, pertenece fallar acerca de la cuestion de culpabilidad. Os dirá que, "cualesquiera que hayan sido la patria, la Religion y basta la conducta de un hombre, cuando se halla este en el umbral de la eternidad, pesan en su alma misterios divinos de justicia, sin duda, pero al mismo tiempo de misericordia y de amor (1)." Y llegando hasta á tomar la defensa de este maldito contra toda la tierra, dirigirá al mas perfecto, al mas santo, que se atreviese á condenarlo, las siguientes palabras de S. Pablo:—"¿Quién eres tú que juzgas al siervo ajeno? Para su Señor está el pie ó cae; mas estará firme, porque poderoso es Dios para hacerlo estar firme."—*Tu quis es qui iudicas alienum servum? Domino suo stat aut cadit; stabilis autem, potens est enim Deus statuere illum* (2).

Se nos dira sin duda: Esta teoria es magnífica, pero la conducta de la Iglesia la desmiente todos los dias: ¿quién no conoce las formidables excomuniones que tantas veces ha arrojado contra los infieles y los herejes, y á veces hasta contra sus propios hijos, proscribiéndolos de la humanidad! ¿No cierra aun en nuestros dias la puerta de sus templos, no niega sus ceremonias y oraciones y hasta su sepultura á los suicidas, á los duelistas y á algunos que acaso hayan honrado á la humanidad con su genio ó sus virtudes?

La consecuencia que de esto quiere deducirse contra lo que antes dijimos no deja de ser una ilusion, que quedará disipada con poco que nos expliquemos.

Es una verdad elemental en la doctrina católica, que la excomunion no envuelve un *juicio de condenacion*.—El anatema se ha distinguido siempre de la maldiccion:—hay entre ambas cosas la misma distancia que la que en la justicia humana separa la prevencion de la condena.—Un excomunicado se halla simplemente en estado de prevencion.

Por esto puede decirse que todos los rayos de la Iglesia de que tanto se habla no hieren al hombre sino en vida, y no traspasan nunca el umbral de la eternidad.

Un padre castiga siempre á un hijo parcialmente, por no tener que castigarlo del todo; castiga solo para espantar y curar.—Esto es lo que hace la Iglesia: un instinto de misericordia y caridad enciende siempre sus rayos en el interes del mismo á quien van dirigidos, á fin de que se reconozca y vea el abismo que tiene á sus plantas, y en el interes de sus hermanos para que no los seduzca su ejemplo.

Este doble interes puede salvarse mientras vive el culpable. Despues de su muerte el interes de todos los demas fieles subsiste todavía y basta para motivar la excomunion que se pronuncia sobre su sepulcro. Sin embargo, esta no es mas que un

(1) El abate Ravignan, *Conferencia en Nuestra Señora*, del 21 de Abril de 1841.

(2) Rom., 14, 4.

(1) Bourdaloue, *Sermon sobre el Juicio final*, 1.ª parte.

simple PRESERVATIVO, la *excomunión* no tiene otro objeto que impedir la *comunicación* del mal.

Pero, ¿por qué, añaden, se les han de rehusar las oraciones? Según vosotros el desgraciado puede no estar condenado, y en este caso las oraciones pueden influir sobre su suerte; negarle este socorro es perseguirlo evidentemente hasta en la presencia de Dios.

No, jamás se rehusan las oraciones al impto. Solo se le niegan las oraciones públicas (1), las oraciones del ceremonial en su entierro; pero si el sacerdote cierra las puertas del templo al escándalo, es para encerrarse dentro y ponerse en oración para rogar por los mismos que le maldicen por fuera, y por aquel cuyos restos hacen servir para fomentar el odio y el desprecio de la Religión, que parecería el día en que consintiese en convertir las pompas fúnebres en un aparato teatral que se concediese ó se vendiese á cualquiera.

Todo cuanto acabamos de decir se apoya en la doctrina mas invariable y mas elemental de la Iglesia.

En uno de los mas acreditados libros de doctrina, *Cornelio á Lapide*, leamos lo que sigue: "No debemos tener al incestuoso por fiel y cristiano, pero tampoco por pagano y publicano. Está comunicado y separado de la Iglesia, para que no comunique á los fieles el contagio de su crimen. . . . No se pronuncia *excomunión* contra el pecador para que perezca, sino para que se enmiende. . . . á fin de que, humillado de este modo, reconozca su estado; de donde se seguirá que él implorará la gracia de ser admitido de nuevo, pedirá perdón á Dios y á la Iglesia, y en fin, los fieles se dignarán orar en secreto por él, para que vuelva á reunirseles."

Todo el discurso 76 de S. Juan Crisóstomo gira sobre la misma verdad, pero nos limitaremos á citar los siguientes pasajes:

"Es menester, dice este padre, combatir y anatematizar las doctrinas impías de los herejes; mas á los hombres debemos perdonarlos, y rogar por su salvación." En otro pasaje dice además: "¿En qué os fundáis para decir que el anatema entrega al demonio al que de él es objeto; que este ya no puede salvarse, y que está excluido de toda participación con Jesucristo? ¿Quién os ha dado esta autoridad y este poder? ¿Cómo os atreveis á arrogaros así la dignidad del Hijo de Dios, que juzgara, colocando las ovejas á su derecha y las cabras á su izquierda?"

Esta es la doctrina de la Iglesia y el uso que hace de la máxima en cuestión.

En presencia de la verdad presentada de este modo, ¿qué son todas esas declamaciones de intolerancia contra la Iglesia, que no castiga sino espiritual y preventivamente, y que hasta en la vida y la muerte mas culpables deja ancho campo á la esperanza, y mezcla siempre oraciones á sus castigos, y lágrimas de madre á las manifestaciones de su enojo?

(1) La Iglesia era tambien públicamente al día de Viernes Santo por los herejes é infieles.

Los dos enemigos mas grandes quizás que ha tenido escribieron sobre esta misma materia lo siguiente:

El primero: "Si alguno obra como si no creyese en la religion, SEA CASTIGADO CON PENA DE MUERTE."

El segundo: "Las almas piadosas que obran el bien para ganar el reino de los cielos, no lo conseguirán, no solamente jamás, pero aun debemos contarlos entre los impíos, y es mas conveniente guardarse de las buenas obras que de los pecados. — Todo sucede segun la eterna é invariable voluntad de Dios, que destruye el libre albedrío. — Dios crea en nosotros el mal y el bien. La mas alta perfeccion de la fé consiste en creer que Dios es justo, aunque nos haga necesariamente condenables por su voluntad, y aunque parezca que se complacía en los tormentos de los desgraciados. — Si os agrada Dios coronando á los infelices, es necesario que os agrade tambien cuando condena á los inocentes. . . . Este es el verdadero Evangelio, y una inspiracion que he recibido del Espritu Santo. El emperador, el papa, ni todos los diablos juntos no se atreverian á contradecirme."

Estos dos hombres que, como dos verdugos, se repartieron el empeño, el uno de matar el cuerpo, el otro el alma, son ROUSSEAU y LUTERO (1) (sin duda que, para conseguirlo mas pronto, este último suprimió el purgatorio y los sufragios por los muertos), es decir, los dos grandes oráculos de los que acusan á la Iglesia católica de crueldad é intolerancia.

A semejante acusacion la Iglesia vuelve su augusta cabeza, y por toda defensa dirige á la conciencia ilustrada del género humano estas palabras de una gran reina, víctima de un infortunio inmenso: "Apelo á todas las madres."

III.

Conciliacion de la intolerancia de la Iglesia con su tolerancia.

"Siendo así, será falso que *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse*; esta máxima por consiguiente, será un espantajo que servirá para detener á un huésped en su casa para que no se vaya á la del vecino."

Esta es la última objecion; y aunque nada hemos dicho que haya podido motivarla, y á pesar de que está ya contestada con lo que llevamos dicho hasta aquí, no obstante, una parte de esta contestacion tiene necesidad de ser ilustrada, y que del lacónismo en quo se halla envuelta, aparezca enteramente desarrollada.

Necesitamos que el lector tenga ahora un poco de tolerancia, y que siga sin prevencion los diversos grados por los cuales vamos á marchar en el estudio de la verdad. Solo pedimos para nuestras investigaciones, lo que se quiere oponer con tanta frecuencia á la Religión: la *filosofía*, pero la *filosofía verdadera*.

(1) Luther, *De servo arbitrio*, edic. de Jena, t. II, fol. 120.

Dijimos que la máxima, *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse*, era necesaria y absoluta, y nos confirmamos en esta primera proposición.

Dijimos después, que en todas las religiones no era imposible la salvación, con tal que, estando en una ignorancia invencible de la ley evangélica, se siguiese con entera buena fé las luces de la conciencia y de la razón. Nos confirmamos también en esta segunda proposición, y decimos con toda la Iglesia católica por boca de S. Agustín: "Creemos firmemente que el Dios justo y bueno no puede escusar imposibles (1)."

Estos son los dos términos, los dos extremos que tenemos asidos de la cadena. ¿Cómo pueden conciliarse? Vamos á verlo.

Cuando decimos que la aplicación de la máxima se resuelve en una cuestión de buena fé, ¿es esto decir que la buena fé excusa de estar fuera de la Iglesia? ¿Que la buena fé hace que podamos salvarnos fuera de la Iglesia? ¿que para un gran número de hombres no es necesaria la Iglesia, ni la mediación de Jesucristo indispensable; en una palabra, que es falso decir, *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse*?

NO.—Esto sería una blasfemia, y además un absurdo; porque ó la mediación de Jesucristo era necesaria para todos los hombres, ó no lo era para ninguno; ó la Iglesia, que es la continuación de Jesucristo, es el camino universal, el camino real de la salvación, ó no conduce á ella exclusivamente: no hay medio.

Por consiguiente, cuando decimos que la aplicación de la máxima, se resuelve en una cuestión de buena fé, no queremos decir que la buena fé excusa de estar fuera de la Iglesia, sino que hace que no estemos fuera de la Iglesia. No es esto una derogación de la máxima, sino una ampliación de sus beneficios.

Vamos á explicarnos para que no se nos diga que incurrimos en juego de palabras, y á manifestar que no alteramos en nada la sustancia de las cosas.

Una de las verdades del cristianismo es, que Jesucristo murió por todos los hombres sin escepción, en toda la generalidad de los tiempos y lugares. Siendo así, no hay ni un solo hombre, entre todos los que han existido y existirán en la tierra, sobre el cual no haya obrado la virtud redentora del sacrificio de Jesucristo, y que no haya sido objeto de las inefables miras de su gracia suficiente. El género humano no existiría, y hubiera sido de repente aniquilado ó maldecido sin apelación, como el ángel rebelde, si desde el momento del primer pecado que rompió el primitivo lazo del hombre con Dios, la *Religion* no lo hubiese reanudado por el único mediador Jesucristo, cuya virtud expiatoria se remonta de este modo hasta el origen del mundo, y obra ya en la misma raíz del pecado original. Por esto dice S. Juan que: *El cordero fué inmolado desde el origen del mundo; y Orígenes*

añade: *El altar fué el Calvario y la sangre de la víctima bañó todo el universo.*

En este sentido podemos, pues, decir que todos los hombres pertenecen á Jesucristo; son cristianos.

Pero los beneficios de la gracia de Jesucristo no se obtienen sin el concurso de nuestra voluntad; sin cuya circunstancia la libertad humana no existiría, ni habría justicia en Dios. Es necesario que el hombre se fije, todo lo que puede, en el conocimiento de Jesucristo, para que pueda llegar hasta él. ¿Cuántos hombres no han oído nunca hablar de Jesucristo y menos de su Evangelio? Siempre la misma dificultad, lo confesamos; pero no se crea que tratamos de ocultarla, al contrario, queremos presentarla bajo todas sus formas para hacer mas brillante su verdadera solución; solución que, como hemos dicho ya, es unánimemente favorable á la salvación de todo hombre que obra siempre bien, y que busca siempre la verdad (1). Este es un punto sobre el cual podemos estar tranquilos.

Entre los teólogos, solo hay discordancia acerca de la escijencia de los medios de conciliar esta solución con la doctrina de la *salvación esclusiva* en Jesucristo. De aquí se han originado dos sistemas amigos que van envueltos el uno en el otro, y que se resuelven ambos en un mismo resultado. Los presentaremos sucesivamente, porque los dos son dignos del mayor interés, y porque la sabiduría de la Iglesia no ha querido nunca intervenir para resolverlos.

I. El primero y mas amplio se explica y justifica de la manera siguiente:—¿Que es la Iglesia? Es Jesucristo enseñado, explicado á los hombres.—¿Que es Jesucristo? El mismo lo dijo: es la verdad, la vida de las inteligencias, es la luz del mundo, aquella luz que ilumina á todo hombre que tiene á este mundo; es el principio.—En una palabra: Jesucristo es el Verbo, es decir, el pensamiento y la razón soberana, la sabiduría increada de Dios, aquella razón y aquella sabiduría (porque no puede haber mas que una) que percibimos por el espíritu y la conciencia, que son la regla de nuestros juicios y acciones, cuya voz enseña el bien que prescribe, y aparta del mal que condena, segun Ciceron, y que está escrita en los corazones, y de la cual la conciencia da interior testimonio, acusando ó prohibiendo, segun S. Pablo. Esta ley de las leyes, tipo soberano de lo justo y verdadero, principio de los principios, eterna verdad de Dios, que es como el sol de todas las inteligencias, es Jesucristo, ó mas bien, Jesucristo es su encarnación y su personificación humana. La ley cristiana y evangélica no se diferencia de la ley natural y primitiva; es esta misma hecha mas explicita, mas acabada, pasada al exterior y realizada, por decirlo así, en la humanidad. Esto hacia decir á Jesucristo: *No he venido á abolir la ley, sino á cumplirla; é inspiraba á S. Agustín la siguiente reflexión* (2).

"Lo mismo que ahora llamamos Religion cris-

(1) *Firmissima creditur Deum justum et bonum impossibile non posse precipere.* De natura et gratia, cap. 69.

(1) *Omni operanti bonum. — Qui facit veritatem, venit ad lucem.*

(2) S. Agustín, *Retract.* lib. 1, cap. 18, núm. 8, t. 1.

"tiana, dice, existia entre los antiguos, ni dejó de existir nunca, desde el origen del linaje humano, hasta que, *habiendo venido en carne* el mismo Jesucristo, se empezó á llamar cristiana la verdadera Religion que ya antes existia (1)."

Ahora es fácil sacar la consecuencia; pero dejaremos hacerlo á S. Justino en su segunda apologia:

"Con pretexto, dice, de que Jesucristo, nacido en tiempo de Quirino, no empezó á enseñar su doctrina hasta el tiempo de Pilatos, se pretende rá tal vez justificar á todos los hombres que vivieron en las edades anteriores (por no haber conocido la ley); pero la Religion nos enseña, que Jesucristo es el hijo único, el primogénito de Dios, y la soberana razon de la cual participa todo el género humano. Por consiguiente, todos los que vivieron conforme á esta razon son cristianos, aun cuando se les acusase de ser ateos. Tales eran entre los griegos, Sócrates, Heráclito y los que se les parecian; y entre los bárbaros, Abraham, Ananías, Azarías, Míxael, Elías, y muchos otros, cuyos nombres y acciones seria largo referir (2). Al contrario, aquellos de entre los antiguos que no arreglaron su vida á las instrucciones del Verbo y de la razon eterna, eran enemigos de Jesucristo y contrarios de los que vivian segun la razon. Todos los que vivieron ó viven conforme á la razon (en la ignorancia invencible de la ley evangélica), son verdaderamente cristianos, y no tienen por qué temer nada (3)."

Todos los santos padres usan un lenguaje parecido al que hemos citado de S. Pablo. "Cuando los pueblos que no han oído hablar nunca de la ley (revelada), hacen naturalmente las cosas que son segun la ley, son discípulos de la ley; pues ellos son la ley para sí mismos, manifestando que lo que se halla escrito en la ley, es lo mismo que ellos tienen grabado en sus corazones (4)."

Terminaremos nuestra exposicion insertando las siguientes reflexiones de S. Clemente de Alejandría. Comentando, el gran doctor, estas palabras del apóstol S. Pedro: *Reconoced pues á un solo Dios, criador de todas las cosas, invisible, inmenso y eterno; adorad á este Dios, no como los griegos, ni como los judíos, sino dad á Dios un culto nuevo por medio de Jesucristo*, hace notar que el objeto de las adoraciones de los gentiles, de los judíos y de los cristianos es el mismo, y que solo es distinto el culto. El apóstol no dice: No adoréis al Dios que adoraban los gentiles; al contrario, dice: Adorad á este Dios, pero no como los gentiles, ni como los judíos, etc. S. Clemente observa que Dios hizo tres especies de alianza con los hombres; una con los gentiles, otra con los judíos y otra con los cristianos, y que unos y otros le han servido y honrado,

cada uno segun sus luces. Se comunicó á los gentiles por la tradicion natural, á los judíos por la ley escrita, y formó su Iglesia de judíos y gentiles, reuniendo de este modo en un solo cuerpo las tres alianzas, fundadas todas en la palabra de Dios, en el mismo Verbo, ya hable naturalmente á la conciencia, ya se espresase por medio de la ley escrita, ya en fin, se vista de nuestra naturaleza y se encarnase en Jesucristo y su Iglesia, para facilitarse á nuestra miseria y dárseles todo entero (1).

Estos son los diferentes estados de los hombres relativamente á Dios, á su Verbo y á su Iglesia: ésta comprende en su sociedad á todo hombre católico, hereje, judío ó gentil que honra á Dios conforme á las nociones que de él tiene y á las que puede tener.

Ofrécense aquí algunas objeciones, que lejos de debilitar la doctrina que acabamos de esponer, prueban su sabiduría y descubren su maravillosa economía.

Primera objecion.—Si la razon y la ley natural bastan; si son el Verbo de Dios hablando á nuestra inteligencia y á nuestro corazon por medio de las criaturas y de las tradiciones sociales, lo principal y mas importante consiste en seguir las; y si no pedís mas al gentil, ¿por qué escijís mas de parte del cristiano, y lo sujetáis á creencias mas misteriosas y á prácticas mas austeras? ¿Por qué lo declarais fuera de la Iglesia cuando no sigue estas prácticas y estas creencias, siendo así que decís que el gentil está en ella, siendo fiel tan solo á la ley natural? Lo que decimos aquí del gentil, respecto del cristiano, debe tambien entenderse del hereje respecto del católico.

Vamos á contestar á este argumento:—Vivir segun la razon y la verdad es procurar, en cuanto es posible, seguir la ley de razon y de verdad hasta su mas alto grado de perfeccion conocida. Dejar voluntaria y sistemáticamente de alcanzar un solo grado, es no querer seguirla, es limitarse á sí mismo su destino, es convertirse á sí mismo en su ley. Estando la ley mas desarrollada, mas explícita para el cristiano que para el gentil, para el católico que para el hereje, la obligacion de la obediencia y de la fé se aumenta en la misma proporcion que el conocimiento de la verdad; y de aquí resulta que el mas fiel católico no hace mas que seguir la ley divina como el gentil y el hereje de buena fé; y que si no siguiese todas las prescripciones de esta ley católica, aun cuando estuviera en un grado de moralidad relativamente superior al del gentil y del hereje, él seria de hecho infiel y hereje, mientras que el hereje y el gentil de circunstancias, pero obrando toda la verdad que conociesen, serian católicos y verdaderos hijos de Jesucristo y de su Iglesia.

Figurao un centro inmutable, la verdad, el Verbo de Dios, que ilumina todas las inteligencias, y luego algunas circunferencias, mas ó menos estensas, en las cuales se dilata el principio que hay en el centro. Cada hombre deberá estender su fé y

(1) En un acceso de buen juicio y de buena fé decía tambien Voltaire: "La religion natural es el comienzo del cristianismo, y el verdadero cristianismo es la ley natural perfeccionada."

(2) Estas indicaciones de S. Justino deben tomarse como arbitrarias, y solo como ejemplos.

(3) S. Just., *Apolog.*, 2.

(4) Rom., cap. 2.

(1) Clement. Alexandr., *Strom.*, lib. 6.

moralidad en la rigurosa "proporción" del esfuerzo de conocimientos en que se halla colocado. Deberá forzar esta circunferencia y procurar con todas sus fuerzas agrandarla; y obrando de este modo, cada uno en su propia circunferencia, participarán todos igualmente por la voluntad del mismo principio; porque el infiel y el incrédulo, como dice S. Pablo, son "el espíritu contencioso que no se rinde nunca á la verdad." Podemos decir al pie de la letra de los católicos y de los cristianos respecto del bautismo, lo que el mismo apóstol decía de los judíos respecto de la circuncisión: "Si violas la ley evangélica, la ley católica, por mas bautizado que estés, serás como si no lo estuvieras; mientras que si un hombre no bautizado observa las disposiciones de la ley natural, á pesar de no estar bautizado, será como si lo estuviera; porque el verdadero cristiano, el verdadero católico, no es el que lo manifiesta exteriormente, sino el que lo es en el interior (1)."

No por esto el bautismo deja de ser necesario; pero la voluntad del bautismo es mas indispensable que el bautismo de hecho; el cual por lo mismo se hace indispensable desde que se hace posible; y cuando no sea posible, deberá ser reemplazado por la voluntad, la fe implícita y el deseo de hacer todo cuanto es necesario para agradar á Dios: lo mismo podríamos decir de las demas prescripciones.

Después de haber hablado S. Juan Crisóstomo de la necesidad de confesar á Jesucristo para salvarse, dice: "¿Y qué? ¿Es Dios injusto con los que vivieron antes de su venida? No por cierto, pues podían salvarse sin confesar (explícitamente) á Jesucristo. No se escatija de ellos esta confesión, sino el conocimiento del Dios verdadero, y que no se entregasen al culto de los ídolos. Para salvarse, bastaba entonces conocer tan solo á Dios. Ahora esto no es bastante; es menester conocer tambien á Jesucristo.... Lo mismo puede decirse de lo relativo á la conducta de la vida: entonces el asesinato perdía al homicida, hoy está prohibida tambien la cólera; entonces el adulto no se castigaba con el suplicio, hoy las miradas impúdicas producen el mismo efecto (2)."

Para hacer mas comprensible nuestro pensamiento y ponerlo mas al alcance de la misma objeción, lo sensibilizaremos por medio de un ejemplo:—Figurémonos el salvaje de Rousseau, y figurémonoslo como él quiere, bueno, benéfico y no buscando mas que la verdad: este hombre pertenece á Jesucristo y á su Iglesia, porque sigue en cuanto le es posible la soberana razón. Llega un misionero á las lejanas playas donde vive aquel salvaje, le anuncia á Jesucristo y su santa ley, y le hace conocer todo el rigor y asimismo todos los motivos y gracias del Evangelio: podriase apostar, y la historia de las misiones lo ha constantemente acreditado, que ese buen salvaje va á abrazar con la mas viva ternura la cruz en que Jesucristo murió por él, y con ella todas las virtudes y prácticas del cristia-

nismo. ¿Y qué hará con esto? Nada mas que continuar siendo cristiano y católico, pues continuará unido á la verdad, siguiéndola en el acrecentamiento de su luz; solo recojerá de ella frutos mas maravillosos y mas poderosas garantías de salvación. Es propiedad de la ley evangélica hacer mas fáciles por la gracia los deberes que son mas difíciles por la naturaleza, y hacerse seguir á través de todos sus rigores por los mismos que siguen con pena ó que no siguen la ley natural.

Supongamos ahora que aquel salvaje no se rinde á la nueva luz que se le ofrece, que la resiste ó que por indolencia, capricho, interés, &c., la rechaza, y que quiere continuar en las preocupaciones y en los deberes de antes; desde este momento ese salvaje está fuera de la Iglesia y de las condiciones de la salvación.—¿Cómo es esto, preguntaréis, supuesto que lleva el mismo género de vida?—No, no es exacto; su vida no es la misma; antes de la llegada del misionero buscaba la verdad, y la seguía todo lo lejos que se le ofrecía; y después que esta verdad se ha aumentado, y va marchando delante de él, ha dejado de buscarla y seguirla, quedándose precisamente en el mismo punto donde antes estaba.

Lo que decimos del pagano ó del judío respecto del cristianismo, se aplica tambien al hereje respecto del catolicismo, y al católico de solo nombre respecto de la fé viva y de su práctica. Todos somos excusables mientras estamos en error involuntario, en ignorancia invencible y de buena fé (sobre este particular cada uno puede conocerse bien). Pero, desde el instante en que brilla y atraviesa nuestras tinieblas un destello mas claro de verdad; desde que entrevemos esta verdad, y que no se necesitaria mas reflexión, escámen, consecuencia, desinterés, voluntad, en una palabra, y amor para acabar de conocerla y abrazarla, y que solo nos negamos á todos estos nobles sacrificios por un espíritu contencioso, vano, pagado de sí mismo y de las criaturas, rebelde á dejar todo lo que le cautiva para tender las manos libres y puras á la verdad; desde este momento se rompen los lazos que nos unen á Jesucristo y á su Iglesia, é incurrimos gravemente en la ruina de nuestra salvación.

De aquí resulta una diferencia profunda entre la filosofía antigua y la moderna. La filosofía antigua, entendiendo por ella, como Ciceron, aquella elevada y real filosofía representada por Anaxágoras, Sócrates, Platon y el mismo Ciceron, era una filosofía piadosa y santa, una especie de Religión; porque no teniendo, en medio de las tinieblas de la idolatría, otro guía que la razón natural, el unirle á ésta como á la mas alta manifestación de Dios, deseando é invocando siempre una revelación mas eficaz y mas completa, era seguir y honrar á Dios. El entendimiento de aquellos buenos genios estaba dotado de una ingenuidad que les hacia abrazar todo lo que creían ser la verdad, y recojer hasta los mas débiles rayos de la ley divina. No tenían en la sola razón individual esa confianza absoluta y exclusiva, que en su esencia no es mas que una idolatría de sí mismo y una irreligión; confesaban

(1) Rom., cap. 2.

(2) S. Juan Crisóstomo, Homil. 20.

noblemente su debilidad, le juntaban la fé en las antiguas tradiciones, las santas aspiraciones por el cielo, y como un presentimiento de la luz evangélica, que nos obliga á crear que, si hubiese aparecido en su tiempo esta luz, ellos hubieran sido sus primeros apóstoles y sus generosos confesores.

Los filósofos modernos, al contrario (1), se han declarado antagonistas de la verdad divina. En lugar de ver en la verdad revelada el mejor don que haya podido hacérseles, la han rechazado como una usurpación de su imperio. Más celosos de deberse la luz á sí mismos que de poseerla en su misterio, han procurado rodearse de tinieblas por el vano placer de verse brillar en medio de la noche. Pero como no dependía de ellos el apagar la gran luz de la revelación, concretándose á las luces de su propio talento, han aparecido como insectos que en medio del día quisiesen ser guiados por la pálida é incierta luz de una pequeña vela. En vano, para justificarse y elevarse, han procurado enlazar su filosofía con la filosofía antigua, considerándola siempre como una ciencia independiente, á la cual la revelación no ha modificado en nada, y que antes y después debe ser constantemente el culto de la razón: los separa un abismo de los que quieren que sean sus antecesores; todo el abismo que separa á estos de los sofistas de su tiempo. Es cierto que todos pretenden seguir las luces de la razón; pero los unos como el solo medio de dirigirse á Dios, y los otros como el de hacerse superiores á la Divinidad; aquellos invocando el auxilio divino, y los otros desechándolo; los primeros como una emanación de Dios y un destello de su sabiduría que desean que se aumente, y los segundos como una emanación de sí mismos y una ciencia que orgullosamente oponen á la ciencia de Dios; en una palabra: los unos las siguen en amor, y los otros en odio de la verdad. Presentándose esta verdad mas brillante en el mundo, puso á prueba á sus verdaderos amigos, y condenó á los que por un espíritu contencioso se niegan á reconocer su luz, y que con su conducta atraen sobre sí, como dice el apóstol, la indignación y el furor (2).

A esto se refieren sin duda aquellas palabras de Jesucristo: "Si yo no hubiese venido, y no les hubiese hablado, no tendrían el pecado que ahora tienen; pero, ya nada hay que escuse su pecado.—Si yo no hubiese hecho en medio de ellos obras que nadie ha hecho, no tendrían el pecado que ahora tienen; pero ya los vieron y me aborrieron, á mí y á mi Padre (3)."

Podemos decir que los mismos elementos de salvación que rechazamos, van preparando nuestra condenación. Terrible economía de las gracias celestes, que nunca se nos niegan en vano: á la manera de aquellos dioses nómadas de la antigua mitología, que cambiaban en templo la humilde mansión que los cobijaba, y que dejaban de tras de sí

la desolación y la ruina en los palacios poco hospitalarios que se habían negado á hospedarlos.

Pero ¡qué! ¿Vino acaso Jesucristo, el Salvador por excelencia, para perdernos, puesto que sin él seríamos excusables, y que por él nos hemos hecho culpables de pecado?

No nos admira esta nueva objeción.—Al revelárnos la sabiduría eterna mas claramente en su encarnación y en su Iglesia, solo se propuso un designio de bondad; quiso hacernos mas fácil el acceso á ella, mas explícita la fé, mas elevada la virtud; nos dió auxilios mas poderosos, sin los cuales hubieran muchos permanecido en el desorden, y otros en una moralidad incompleta é infecunda; hizo á los malos buenos, y á los buenos perfectos; hizo que nuestra frágil naturaleza creciera y progresara en la santidad y en la verdad, y le dió un inmenso valor moral. Si algunos se hicieron mas culpables por habérseles rehusado el beneficio, no es por culpa del bienhechor; y si otros han sido santificados, todo lo deben á su gracia. Era correlativamente necesario que lo que constituye el mérito de los unos, constituyera también el demérito de los otros; y que el mismo Dios salvador, por el uso ó el abuso que hiciéramos de sus gracias, fuese á la vez principio de resurrección y de muerte (1). La libertad y la justicia lo escijian así.

En tal caso, diréis, trocaremos la objeción y diremos: Si la revelación evangélica es en sí misma un beneficio, ¿por qué no se ha dado á conocer á todos los hombres sin distinción?

Debemos confesar que aquí tocamos ya á los límites, é inclinándonos delante del abismo, solo podemos contestaros: No lo sabemos.

Sin embargo: insistimos en que de esto ninguna consecuencia puede deducirse contra nuestro principio; porque la desigualdad de un beneficio no es ninguna injusticia. Basta que cada hombre haya tenido los medios suficientes de salvarse, para que sea inexcusable, y no pueda pedir cuenta á Dios de los medios mas eficaces que haya querido conceder á otros. Así como Dios hubiera podido negar estos medios mas eficaces á todos los hombres, pudo también negarlos á algunos; y no obró de este modo sin razón; solo que no estaba obligado á manifestárnosla, porque solamente debe darnos cuenta de su justicia, en lo cual consiste el secreto de su misericordia.

El mismo Jesucristo nos enseñó claramente esta verdad en la parábola de los que iban á trabajar en la viña. La contestación del padre de familias á los murmuradores no tiene réplica: "Amigo mío, dijo á uno de ellos, no te hago agravio: ¿no te concertaste conmigo por un denario en pago de tu jornal? Toma lo que es tuyo y vete; pues yo quiero dar á este postrero tanto como á tí. ¿No me es lícito hacer lo que quiero? ¿Acaso tu ojo es malo porque yo soy bueno (2)."

Ademas, esta desigualdad de los dones de Dios se observa por todas partes, lo mismo en el orden

(1) Hablamos solo de los racionalistas.

(2) *Isa qui nihil ex continentia, et qui non acquiescunt variati, ira et indignatio, Roma, cap. 2, v. 3*

(3) *Evangelio de S. Juan.*

(1) *Peccatus est hic in ruinam et in resurrectionem multarum.*

(2) *Math., cap. 20, v. 12, 14 y 15.*

natural que en el social. A cada paso vemos la debilidad al lado de la fuerza, la indigencia junto á la riqueza, la felicidad al lado del infortunio, y el genio al de la incapacidad. Si el deísta nos pregunta por qué las luces de la revelacion están repartidas con desigualdad, se le puede responder preguntándole el por qué sucede lo mismo con las de la razon: si esta dificultad bastara para negar el cristianismo, debia hacer negar tambien la Religion natural. Solo refugiándose en el ateísmo podríamos salvar estas incomprensibles verdades; pero cayendo, como dice Bossuet, en mas incomprensibles errores.

Lo cierto es que Dios, padre comun del género humano, es bueno y justo con todos, á pesar de parecer mejor con algunos. Hay secretos que no conocemos, pero que no pueden ser sino secretos de un órden perfecto y de una sabiduría adorable. En esto consiste el misterio; y si no consistiese en esto, quién sabe dónde lo encontraríamos. Basta que sea misterio y no contradiccion, para inclinarse ante él nuestra razon; porque esta misma razon concibe, quiere y escije que lo infinito esceda á lo finito, y que haya misterio en Dios en todo lo que tiene relacion con nosotros.

Resulta, pues,—de la esposicion de la doctrina que acabamos de hacer,—que todos los hombres pertenecen á la Iglesia, esto es, á la sociedad de Dios y de su Verbo, por la redencion que en su favor se obró, mientras que acepten su beneficio obrando todo el bien que puedan, y adhiriéndose á toda la verdad que puedan conocer. De manera, que la máxima: *Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse*, no comprende mas que á los que voluntaria y sistemáticamente desconocen la verdad religiosa, cuyo punto de partida se halla en la ley natural, y cuyo apogeo está en la ley evangélica.

Tal es, como ya dijimos, la primera opinion recibida en la Iglesia, y que se apoya, como hemos visto, en la doctrina de los mas grandes de sus padres.

II. Hemos dicho que hay en la Iglesia otra opinion; no porque haya diversidad en la doctrina católica, en lo que es necesario relativamente á la fé, sino tan solo variedad de opinion en lo que es de pura curiosidad segun manifestaremos en la siguiente explicacion.

Esta segunda opinion se confunde con la primera en lo que ambas tienen de esencial, á saber: *Que no hay salvacion sino por Jesucristo*, y en lo que tienen de consecuente, esto es: *Que esta salvacion se concede á todo el que muere en estado de justicia natural*. Ambas opiniones concuerdan en estos dos puntos, porque las dos pertenecen á la doctrina, y se diferencian tan solo en el enlace que guardan entre el principio y el resultado.

La primera opinion espuesta ya, admite la salvacion de todo el que observa la ley natural, *ipso facto*, considerando á Jesucristo como principio de esta ley.

La segunda, considerando ademas á Jesucristo como Mediador, añade á esta condicion la de la fé, á lo menos implícita en esta nueva cualidad; fé que ella supone estar al alcance de todos los hombres,

ó que ella les facilita por un milagro de la bondad divina, como recompensa necesaria de la fidelidad á la ley natural.

Santo Tomas, que está considerado como el representante de esta doctrina, y cuyo sublime talento haria sin duda muy poco caso de la jactancia de Rousseau, escribe: "Si se salvaron algunos hombres sin haber conocido la revelacion del Mediador, se salvaron por la fé en este mismo Mediador; por-
"que aun cuando no tuvieran la fé *explicita*, tenian
"sin embargo una fé *implicita* en la divina Providencia, creyendo que Dios era el libertador de los
"hombres, y que los salvaria por los medios que
"tuviese á bien escojer, y segun su espíritu lo habia revelado á los que conocian la verdad (1)."

Se ve, pues, que segun Santo Tomas, no es indispensable para la salvacion un conocimiento claro y distinto, *explicito*, en una palabra, de los misterios de Jesucristo, y menos como lo interpreta Rousseau, el conocimiento de que *Jesucristo murió hace unos dos mil años en cierta pequeña ciudad*: es simplemente la fé en la divina Providencia y en su intencion de venir á socorrernos por un medio cualquiera prometido y esperado.

"Bastaba á los judíos sencillos y menos ilustrados, dice otro doctor, tener un conocimiento general de la redencion del género humano, oculto
"bajo las significaciones de los sacrificios y de las ceremonias; y con respecto á los gentiles, si algunos se salvaron sin el conocimiento (*explicito*)
"del Mediador, les bastó tener esta fe comprendida en la fé en Dios, es decir, les bastó creer que
"Dios seria el salvador del género humano, segun
"el órden secreto de la Providencia, revelado á algunas personas inspiradas por Dios (2)."

Iguals sentimientos manifiesta S. Bernardo.—
"Así como muchos cristianos, dice este santo padre, creen y esperan la vida eterna y la desean
"con ansia sin conocer la manera y el estado de esa vida; del mismo modo, muchos, antes de la
"venida de Jesucristo, creyendo en Dios todopoderoso, amando al que les habia prometido la salvacion, y creyéndole fiel á sus promesas, se salvaron en esta fé y esperanza, aun cuando ignorasen
"cuándo y cómo se les concederia la salvacion que se les habia prometido (3)."

Pero dejémos ya las citas, pues nos parece suficientemente esplicada esta doctrina, y vamos á justificarla.

No estrañáramos que algunos de nuestros lectores dudasen todavia. O la fé implícita en el Mediador, de que hablan los teólogos, dirán tal vez, viene á ser un puro deísmo, y en tal caso es nula; ó es algo mas, y entonces supone una promesa, una revelacion, una intervencion cualquiera de la Divinidad, que el estado natural de las cosas de que vamos hablando no consiente.

Semejante objecion peca por el hecho, y para quedar desvanecida solo se necesita un poco mas

(1) Sto. Tom., 2.ª parte, quest. 2, art. 8.

(2) Sixto de Sena, *Biblia. sena. lib. 6.*

(3) Tract. de bapt. qui olim erat.—Epist. 77.

de erudición. A la luz de la verdadera ciencia descubrimos, en efecto, que el estado natural de las sociedades importa universalmente el germen de una revelación primitiva, particularmente en lo que concierne á la promesa de un Mediador.

Hemos tratado ya este interesante punto en la primera parte de nuestros *Estudios*, y creemos haber demostrado que, naturalmente y entregado exclusivamente á sí mismo, no tiene el hombre, hablando con propiedad, ideas ó conocimientos *innatos*, sino tan solo facultades; que todo cuanto puede su entendimiento poseer, reducido á su principio, le viene del exterior, de la sociedad, la cual debe haberlo necesariamente recibido de su autor, de Dios; y que por esto lo que hemos convenido en llamar ley natural, no es tal sino con respecto á la segunda revelación; pero que en sí misma es una ley primitiva igualmente revelada (1).

Hemos probado además con hechos universales é incontestables (2), que en aquella primitiva revelación iba envuelta la promesa de una rendición, el dogma de la salvación del género humano por el sacrificio de un Mediador, y que no había un solo punto del globo, una sola sociedad, una aldea, en que este Mediador no hubiese sido prefigurado bajo nombres y símbolos diferentes.

Reduciendo esta verdad á lo que tiene de mas genérico, es también perfectamente comprensible. En efecto:—Jamás ha habido sociedad sin religion; primer hecho incontestable.—Jamás ha habido religion sin sacrificios; segundo hecho incontestable.—En todo sacrificio hay el sacerdote que desempeña las funciones de Mediador, y sobre todo la víctima interpuesta entre la ira divina y los pecados de los hombres, expiando estos último s por medio de su inocencia y de su muerte. Voltaire lo dijo también: “Entre tantas religiones diferentes, “no ha habido ninguna que no tuviera por objeto “principal las expiaciones.” No es menos verdadero que no ha habido ninguna que no haya buscado las expiaciones en los sacrificios por medio de una víctima que se interpusiera entre el hombre y Dios. La fe en un Mediador se halla pues tan universalmente atestiguada por los sacrificios, como la fe en Dios por las religiones, puesto que jamás existieron las religiones sin los sacrificios, y que, como también dijo Voltaire, EL TEÍSMO PURO NO HA EXISTIDO JAMÁS (3).

Pues bien: esta es la fe en Jesucristo, víctima de las víctimas, Mediador por excelencia, cuya promesa, depositada en la cuna del género humano, ha sido conservada por éste en medio de todas sus emigraciones y teogonías. Si os figurais un hombre (creemos que, gracias á Dios, habrá habido muchos), por mas perdido que se haya hallado en las tinieblas del gentilismo, que, practicando de buena fe todo el bien que su conciencia le prescribía, haya honrado á la Divinidad segun los ritos de su país; como en estos ritos se encontraba, por mas

oscura y desfigurada que se la suponga, la fe en un Dios salvador, libertador y mediador, este hombre se habrá salvado por su adhesión implícita al grande, al único mediador verdadero, Jesucristo.

Hay mas; fuera de lo que contenia el uso general de los sacrificios, todas las naciones tuvieron un conocimiento mas esplicito aún de Jesucristo por las tradiciones universales con respecto á la venida de un salvador de los hombres. A pesar de haber sido tan grande el diluvio del error religioso entre los hombres, quiso la divina Providencia, que por la superficie de aquel mar de extravagancias, flotase siempre, ya en la imperecedera institucion de los sacrificios, ya en la esperanza mas esplicita del libertador, la gran verdad que debia ser la salvación del género humano. En este sentido es muy exacto decir también con Voltaire, que todas las religiones no fueron mas que *sectas* de la religion verdadera y por consiguiente sectas cristianas.

Abraham vió mi día, decia Jesucristo. No quisó decir con esto que no hubo mas que Abraham que lo viera; porque ¿cuántos otros patriarcas, profetas ó santos de la antigua ley lo vieron también? Abraham no está tomado aquí mas que como á *padre de los creyentes*, conforme lo califica la Escritura. Podemos decir que esos creyentes que vieron á Jesucristo, estuvieron diseminados por todo el universo, puesto que todo el universo fué depositario, en mayor ó menor escala, de la gran profecía hecha á los primeros hombres y transmitida á toda la raza por medio de las tradiciones universales. ¿Crees que Confucio, por ejemplo, no vió el día de Jesucristo, Confucio que tanta fé tenia en la *venida del Santo por excelencia, esperado hacia tres mil años, que debia bajar del cielo á las regiones occidentales* (relativamente á la China), y que *habia de producir naturalmente un océano de acciones meritorias*? Y lo que decimos de Confucio, ¿no podremos decirlo asimismo de toda la China, donde, segun Abel Remusat, la idea de un santo se hallaba acreditada desde el siglo VI antes de la era vulgar?—¿No conservó implícitamente el bramismo de las Indias la misma idea en esas encarnaciones del Dios salvador, *Brama ó Vishnu*, destructor de la gran serpiente *Kaliga*?—¿No manifestó la religion de Zoroastro á todos los pueblos del Oriente el día de Jesucristo, en el mediador *Mithras* que *intercede y media*, y sobre cuyo advenimiento recuerda Plutarco la tradicion, que se hallaba *tan anteriormente grabada en la fe y persuasion de los hombres, que no habia medio para borrarla ni arrancarla; tan frecuente era en sacrificios y divinas ceremonias á los dioses*, á saber: “que llegar á un día “fatal y predestinado en que *Arimano* (el genio del “mal) será exterminado; en que la tierra será toda “llana, unida é igual, y en que no habrá mas que “una vida y una especie de gobierno entre los hombres, y que mientras tanto el Dios que habrá “obrado, hecho y procurado todo esto, huelga y “descansa por un espacio de tiempo no largo para “un Dios?”—¿No encontramos la misma tradicion en Egipto bajo la figura de *Oro*, hijo de la mujer *Iris* que debia quebrantar la cabeza á la serpiente

(1) Véase el capítulo sobre la Necesidad de una revelación primitiva, t. 1 de nuestros *Estudios*.

(2) Véase el capítulo sobre las Tradiciones universales, t. 1.

(3) Véase nuestro *Estudio de los sacrificios* t. 1.

Tyfon? En Grecia bajo la figura de *Epafio*, hijo milagrosamente concebido de la virgen *Io*, que habia de ser el libertador de *Prometeo*, el hombre encadenado? ¿No habia brillado esta misma creencia en la misma filosofía griega, como podemos verlo en el segundo diálogo entre Sócrates y Alcibíades, y en otros muchos pasajes de Platon, que obligaban al sabio *Faber* á decir, que la esperanza cierta de un doctor universal era un dogma admitido que no sufría ninguna contradicción? ¿No oímos en toda la Italia el oráculo de la Sibila hablar de la venida de aquel divino infante, cantado mas adelante por Virgilio, al cual aludia Ciceron, á quien tanto temia el Senado, y cuya espectacion universal nos refieren Tácito y Suetonio? En fin, ¿no nos ha hecho conocer M. de Humboldt una antigua profecía, que circulaba en todos los pueblos del nuevo mundo, y principalmente en México, "que hacia esperar á los mexicanos una reforma benéfica por medio de *Centeotl* que habia de triunfar de la ferocidad de los demas dioses?"—Pasaremos por alto las tradiciones galas, scandinavas, japonesas, &c., para llegar á las grandes confesiones de tres célebres incrédulos: "Desde tiempo inmemorial todas las naciones esperaron un sabio (1).—Las tradiciones sagradas y mitológicas de los tiempos anteriores habian esparcido por toda el Asia la creencia en un gran Mediador que habia de venir, juez final, legislador y salvador futuro que liberaria á los hombres del imperio del mal (2).—No ha habido ningun pueblo que no haya tenido su expectativa de esta especie, y que no haya esperado como los hebreos, un ser indefinible que todos los pueblos esperaban del lado del Oriente que podriamos llamar el polo de la esperanza de todas las naciones (3)."

El conocimiento implícito del mediador ha estado constantemente al alcance de todos los pueblos. Es como el fondo de verdad, del cual hizo salir la supersticion todas sus fábulas. Este hecho está probado, y por él queda justificado aquel sentimiento de S. Agustín, en el cual se resume la doctrina que vamos estudiando.

"Desde el principio del género humano, dice este padre, todos los que han creído en Jesucristo, que lo han conocido tanto como les ha sido posible, y han vivido, segun sus preceptos, en la piedad y en la justicia, EN CUALQUIERA TIEMPO Y LUGAR que hayan vivido, han sido salvados por él. Así como nosotros creemos en él permaneciendo en su Padre y venido en carne, los antiguos creían en él permaneciendo en su Padre y debiendo venir en carne. Y no porque, segun la variación de los tiempos, anunciásemos en el día el cumplimiento de lo que entonces se anunciaba como debiéndose cumplir, ha variado la fé, ni es diferente la salvación. Porque una misma cosa sea predicha ó predicha por diversos ritos sagrados, no debemos figurarnos que sea dos cosas distintas y de efectos diversos.... Así una misma y única

"Religion verdadera es figurada y practicada, en otro tiempo por ciertos nombres y ciertos signos, ahora por otros signos mas numerosos; al principio mas oscuramente, en el día con mas claridad (1)."

Después de esto, para contestar á todas las hipótesis y formular con precision el rigor de la doctrina sobre los dos puntos de la necesidad de Jesucristo para la salvación, y de la certidumbre de la salvación para todo hombre de buena fé, el ángel de las escuelas, Santo Tomas, dijo estas hermosas palabras: *En su bondad preferiria Dios enviar un ángel al que lo buscara con rectitud de corazón, que dejarlo abandonado en las tinieblas eternas.* A estas palabras se referia Rousseau al escribir: "¿Qué bella invención la de este ángel! No contentos con servirse de él como de una máquina, obligan tambien á Dios á valerse de sus servicios."

Esto no deja de ser, como observa Frayssinous, una chanza que revela á la vez la ignorancia y la malignidad de su autor. Nunca dijeron los teólogos que Dios estuviera obligado á enviar un ángel, como si no tuviera otros medios de que echar mano: esto seria una solemne ridiculez. Lo que dice Santo Tomas es una manera de expresar la bondad de Dios y la caridad de la doctrina católica, que concibe mas bien una escepcion en las leyes de la naturaleza, que la pérdida de un solo hombre de buena voluntad. Pero aun sin enviar un ángel, ¿no puede Dios enviar un pensamiento, y sabemos acaso, dice el gran Leibnitz, todas las cosas extraordinarias de que Dios puede servir para ilustrar las almas, y particularmente lo que sucede en el artículo de la muerte (2)? Siendo él el eterno foco del cual proceden todas nuestras luces, ¿no puede derramarse algo mas en una inteligencia que se abre y se dispone, cuanto le es posible, para recibirlo? Si algo hay mezquino y ridiculo en el mundo, es sin duda la pretension de algunos filósofos de aprisionar el pensamiento eterno en el círculo de Popilio y de decirle: *No pasarás mas allá.* Como si el comercio del alma con la verdad, para la cual fué criada, no fuese indefinido, y como si hubiera algun escalon fatal y extremo en esa misteriosa escala, por la cual los ángeles de Dios, es decir, los santos pensamientos, van subiendo y bajando. Concebimos que un entendimiento poseído por el orgullo y ocupado de sí mismo, se sienta limitado y encuentre tambien á Dios limitado en sus comunicaciones; pero que el alma que ama, ora y sale de sí misma para ir en pos de la belleza soberana, no le vea, no le sienta jamas venir á iluminarla, dilatarla y darle la viva inteligencia de su deber y de su salud, esto no nos es fácil comprenderlo, porque solo cabe semejante comprension en los que no han conocido nunca las inefables vias por donde Dios nos conduce. Debemos creer que esas comunicaciones oficiosas, si podemos llamarlas así, de la verdad con el alma fiel son tanto mas abundantes cuanto mas aislada se halla esta alma, y mas

(1) Voltaire.
(2) Voltaire.
(3) Boulogne.

(1) S. Agustín, *Ser quatuor cent. pagum.*
(2) Tauler, sobre la bondad de Dios, 1.ª parte, sim. 98, 99.

desprovista de los socorros ordinarios y de los medios exteriores por los cuales plugo á Dios establecer su Religión. La divina sabiduría se convierte entonces en catequista de estas almas sencillas; la sabiduría que se dá á las naciones en las almas santas, dice la Escritura, y forma los amigos de Dios (1); que se adelanta á los que la desean y es la primera en manifestárseles, porque busca por todas partes á los que son dignos de ella, y les sale al encuentro con toda su providencia (2); que enseña sin ruido de palabras, sin confusion de pareceres, sin fausto, sin alteracion de argumentos, y hace conocer en un momento mas razones de la verdad eterna, que las que se puedan aprender en diez años en las escuelas; y que GUARDA LA SALVACION COMO UN TESORO para los de recto corazon, y protege á los que andan en sencillez (3).

Si quisiéramos acumular mas testimonios, los encontraríamos tambien entre los paganos, y no tendríamos mas necesidad que de recordar aquellas oraciones que contienen lo mismo que piden, y en las cuales vemos brillar la fé implícita en el Verbo de Dios, salvador de las almas, y el deseo ardiente de conocerlo, que es la necesaria condicion para salvarse, y que ningun ángel probablemente, si entendemos por esto una máquina, como dice Rousseau, la habia ido á infundir en el alma de sus autores.

“Orad, decia Platon, al Dios del universo, autor de todo lo que es, y de todo lo que será. Orad á su Padre y Señor, á quien todos conocemos tan claramente como á los hombres es posible, si seguimos el culto de la verdadera sabiduría.—Invocamos, dice en otra parte, al Dios salvador, á fin de que por medio de una enseñanza extraordinaria y maravillosa nos salve, instruyéndonos en la verdadera doctrina....”

“Glorioso rey de los inmortales, decia Cleanto, adorado bajo nombres diversos, eternamente todopoderoso, autor de la naturaleza, que gobiernas el mundo con tus leyes; ¡yo te saludo! A todos los mortales es permitido invocarte, pues somos tus hijos, tu imagen y como un débil eco de tu voz; nosotros que vivimos un momento y nos arrastramos sobre la tierra. Te celebraré siempre, cantaré siempre tu poder. Todo el universo te obedece como un súbdito dócil. Tú diriges la razon comun, tú penetras y fecundas todo cuanto existe. Rey supremo, nada se hace sin tu voluntad ni en la tierra ni en el cielo, ni en el profundo mar, excepto el mal que cometen los insensatos mortales.—Estos apartan sus miradas y pensamientos de la ley de Dios, LEY UNIVERSAL, que hace feliz y conforme á la razon la vida de los que la observan.—Autor de todos los bienes, padre de los hombres, líbralos de su triste ignorancia, disipa las tinieblas de su alma, hazles conocer la sabiduría con que gobiernas el mundo, á fin de que honremos dignamente y cantemos sin ce-

“sar tus obras, segun deben hacerlo todos los mortales.”

Estos sentimientos son cristianos y brilla en ellos la fé en Dios, salvador de los hombres; la fé en la sabiduría increada, en la razon eterna, por cuyo medio gobierna Dios el mundo; la fé en aquel que lo ha hecho todo, y por cuyo medio podemos conocer á su Padre y Señor....

Todo esto justifica las esejencias de la Iglesia, cuya ley católica es aquella ley UNIVERSAL de que habla Cleanto, que hace feliz y conforme á la razon la vida de los que la observan, y que solamente es mas esplicita en el dia que en otro tiempo, mas visible y mas abundante en socorros y gracias desde que se encarnó en Jesucristo, á pesar de no haber estado nunca ausente del universo; de modo que siempre se ha podido decir: Fuera de la Iglesia, que es la sociedad de los justos que viven conforme á esta ley, no hay salvacion.

CAPITULO XV.

LA GRACIA Y LOS SACRAMENTOS, Y EN PARTICULAR LA CONFESION Y LA EUCARISTÍA.

I. La Religion cristiana no es solo un medio; antes de todo es un principio.

Cuando en el estudio de sus misterios hemos manifestado de qué modo maravilloso y secreto se adapta á todas las necesidades y á todos los instintos de nuestro corazon para regenerarlo, hemos venido á inferir, que solamente la sabiduría que hizo al hombre habia podido adivinar tan admirablemente sus males y emprender su curacion; tanto mas cuanto la sabiduría humana, lejos de disputarle la gloria que de esto le resultaba, ni siquiera habia sabido comprenderlo.

Sin embargo, seria un error, del cual no queremos ser cómplices, no ensalzar al cristianismo sino bajo este punto de vista exterior, y no descubrir en él mas que un conjunto de medios persuasivos, hábilmente dispuestos para moralizar á la humanidad. Con este título participaria tambien el cristianismo de la naturaleza de las concepciones humanas que se han propuesto el mismo objeto, y no se diferenciaria de ellas sino por el grado de su perfeccion. La verdad no pudo sufrir semejante analogía. A cualquiera distancia de las concepciones humanas que el prodigioso écsito del cristianismo y su profunda sabiduría lo coloquen y sostengan, esto no seria conocerlo en todo lo que es, ni honrarlo en todo lo que vale; seria tributarle un homenaje, al fin y al cabo, relativo. En una palabra: no debemos ni podemos decir el divino Jesus en el mismo sentido que diríamos el divino Platon, cualquiera que sea el valor de la superioridad que á este último concedamos.

Jesus es Dios, simplemente Dios. Es Dios, no solamente porque dió pruebas de una sabiduría y fuerza sobrehumanas en la eleccion y buen écsito de los medios exteriores por los cuales renovó el

(1) Sabiduría 7, v. 27.

(2) Id., cap. 6, v. 14 y 17.

(3) Prover., cap. 2, v. 7.

mundo, sino principalmente porque introdujo en la humanidad un principio nuevo y sobrenatural que vivificó estos medios, y cuyos resultados solo él puede explicar. Por la adición de este principio á la naturaleza humana obró como Dios; creó. Este principio es la *gracia*.

Es el cristianismo la *gracia* lo es todo: es su soplo, su savia, su levadura; por ella ha triunfado del mundo. El plan del cristianismo, con todas sus armonías y sus profundas relaciones, jamás hubiera podido caber en la concepción de una cabeza humana; pero aun admitiendo que esto hubiera sido posible, nunca hubiera podido ser formulado; y si alguna vez hubiera salido en efecto de la cabeza de su autor, le hubiera sucedido lo que á la república de Platon; hubiera ido á morir en el papel. Concibe Arquímedes una máquina bastante poderosa para levantar el mundo, y Descartes el mecanismo del universo, disponiéndose á crearlo con el movimiento de sus átomos, la audacia del humano ingenio no puede pasar mas allá ni llegar á la ejecución: al uno le falta un *punto de apoyo*, y al otro *materia y movimiento*. Solo á Jesucristo nada le ha faltado: concibió é hizo; su concepción no se reveló sino en la ejecución, y para él, como para el criador, haber querido es haber hecho.

Por lo mismo sin el conocimiento de la *gracia*, que es la virtud creadora de Jesucristo, no veremos mas que la envoltura del cristianismo; si queremos conocerlo por completo, es menester bajar hasta las profundidades de la *gracia*.

1. ° Pero, ¿qué es la *gracia*? ¿Cómo podríamos conocerla?

Solo hay un medio para esto último, y es recibirla.

La *gracia* no es una idea metafísica, una verdad intelectual y comunicable por la palabra: es un *hecho vivo*, visible por la experiencia; y como es un *hecho sobrenatural*, no tiene analogía con nada de lo que conocemos, y por consiguiente no hay nada que pueda darnos una idea de ella, ni nada que nos dispense de ponernos en contacto directo con ella para conocerla.

Por esto la *gracia* es el secreto de las almas piadosas; va inherente á la práctica de la *fé*, y es como el premio de la fidelidad; aunque si esta fidelidad cesa alguna vez, la *gracia* se pierde, y se pierde con ella todo, hasta su memoria.

Esto está admirablemente conforme con todo el conjunto del cristianismo, que conduce las almas á la luz por las pruebas de la *fé*, y que convierte la inteligencia de sus misterios en premio de sus virtudes. La acción de la *gracia* en nosotros es la prueba mas sencilla y mas irresistible de la divinidad del cristianismo. Fíjase pues muy justo que estuviera reservada á los verdaderos fieles, y que los que mas creyesen fueran los que viesen mas (1). Un piadoso aldeano ve claramente y con plenitud y racional claridad (porque se halla esta fundada en el testimonio de su propia y sensible experiencia) la

divinidad del cristianismo en lo que un talento, por otra parte cultivado, pero separado de la *gracia*, no hace mas que entreverla.

¿Queréis, pues, una hermosa prueba del cristianismo, una prueba que todavía no ha fallado en nadie, prueba infalible y que comprende á la vez todas las pruebas? Abandonad los estudios filosóficos, y en lugar de discutir sobre la verdad, *hacedla*, practicadla, poneos á vosotros mismos por obra, y lo que os parecia deber ser la consecuencia de la *fé*, se convertirá en su principio, ó mas bien cambiará en intuición... Seguid, seguid los caminos de Dios, y á cada paso que deis veréis aumentarse la luz y desvanecerse ó dejar atrás todas las dificultades; y sentiréis introducirse en vosotros y en todas vuestras mas secretas facultades, un espíritu vivificante, una dulce energía, una unción corroborante, que no habreis jamás conocido, y que mejor que todos los raciocinios os demostrarán la verdad... Es algunos de sus efectos es la *gracia* un milagro que prueba tambien la acción de Dios, como la resurrección de un muerto; porque es un hecho sensiblemente sobrenatural. ¿Quién es el que viniendo de beber en las fuentes de la *gracia*, no ha adquirido en ellas una certidumbre inmutable, una *fé* invencible, que se ríe de todas las objeciones, como aquel filósofo, que para probar el movimiento creía que no tenia necesidad mas que de echarse á andar?... Haced esto y creéis.

2. ° Deberíamos terminar aquí el presente capítulo y remitirlos á la experiencia, como al único terreno del estudio de la *gracia*; pero queremos probar no obstante daros de ella un ligero bosquejo menos para persuadirlos que para advertirlos.

Escuchad, y tened cuidado sobre todo, os diremos con Bossuet, de no oír con menosprecio el orden de las divinas advertencias y la economía de la *gracia* (1).

Se han dado muchas definiciones de la *gracia*. La mas sencilla y exacta nos parece la que da Pascal de la *fé*: "Es Dios sensible al corazón (2)".

"La *gracia*, dice además S. Agustín, que tanto la habia gustado, es una inspiración del amor divino para hacernos practicar, por medio de este "santo amor, el bien que conocemos (3)".—No "creáis que haya nada de pesado ni molesto en la "santa violencia de que Dios se vale para atraer "nos á sí. Todo en ella es suave, todo es placer: "el *placer* es el que nos atrae (4)."

Esta palabra explica perfectamente el efecto de la *gracia*: es un poder *atractivo* que previene á la voluntad, la cambia, la dirige á Dios, la atrae por una delectación interior, y le hace amar como por instinto una belleza que tal vez no amaría sino por convencimiento. Esto es lo que nos advertía Jesucristo cuando decía: "Sin mí no podéis hacer nada.... Nadie puede venir á mí, si el que me envió

(1) "Cierra los ojos y verás"—Fouber, *Pensamientos y Máximas*, t. I.

(1) Oración fúnebre de Ana de Gonzaga.

(2) Pascal, *Pensamientos*.

(3) S. Agust. *Epist. ad Bonif.*

(4) S. Agust., *Serm.* 131.

“no lo atrae (1).” Con su muerte expiatoria sobre la cruz, nos abrió el tesoro de sus gracias, y estando levantado en esta cruz, como él mismo había dicho, debía atraerlo todo á sí (2).

La gracia de Jesucristo es adamas en el orden moral lo que la atracción en el orden físico. Obra sobre la humanidad como el astro de la noche sobre los mares; se apodera de las voluntades y corazones de los hombres, y los hace correr tras los santos rigores de sus virtudes, de la misma manera que antes corrían tras los culpables placeres de la licencia; y todo esto por medio de una fuerza seductora que solo impera por amor, y que hace que, aunque se la pueda resistir teóricamente, no se pueda en la práctica.—Este es el *quid divinum* de la conversión de todo el universo pagano á la cruz de Jesucristo, y es el mismo agente de la conversión, de la perseverancia y del progreso de cada cristiano en el camino de esa cruz, que es el de la virtud.

3.º Procuremos dar una idea mas sensible de la gracia, tomando la idea de un fenómeno moral que nos es comun á todos y del cual es ella remedio y antídoto.

Si no todos conocen la gracia, todos conocen la *concupiscencia*: es decir, esa inclinación al mal que traemos al nacer; ese veneno hereditario que se nos comunica con la sangre en el seno maternal, y que hacia decir á un gran rey: “He sido concebido en iniquidades, y en pecado me concibió mi madre (3);” y á Ovidio despues de Eurípides y ántes de S. Pablo:

*Vide meliora proboque
Deteriora sequor* (4).

¡Qué admirable fenómeno! Si no lo experimentáramos á cada instante, ¿podríamos creerlo? Naturalmente es preferible el bien al mal, el orden al desorden; lo vemos, lo confesamos, y á pesar de verlo y confesarlo, hacemos todo lo contrario, y nos inclinamos, nos echamos al mal. *Veo una ley en mis miembros que contradice á la ley de mi voluntad, y me lleva esclavo á la ley del pecado; porque no hago lo bueno que quiero; mas lo malo que aborrezco, aquello hago* (5). Hay como un imán secreto, un encanto fatal, oculto en todo lo que está prohibido, que lo hace triunfar en nosotros de todas las razones, de todas las resoluciones, y nos desvia hácia el desorden como á pesar nuestro, sin que podamos hacer otra cosa que echar estériles miradas á la virtud al irnos alejando de ella, y ocultar la vergüenza de nuestro rostro entre sus manos (6). No todos ceden igualmente á este atractivo, pero todos lo sienten: la razón aislada es para ello im-

potente, y los mas virtuosos no hacen mas que oponerle consideraciones de interes, de orgullo y de egoismo, salidas del mismo origen, y que son otro de los modos de obedecerla pareciendo resistirla.

Si se quiere tener una idea justa de la gracia, figurémosnos que es el reverso de la medalla de esta mala inclinación, y una especie de contrapeso puesto en la balanza de nuestro libre arbitrio, para neutralizar la inclinación que tenemos al mal, darnos aplomo y restablecer en nosotros la rectitud y la libertad del bien. Naturalmente la razón está en un lado, y en el otro la pasión; por medio de la razón vemos el bien, por medio de la pasión gustamos el mal. La gracia da á la razón atractivos, y ofreciéndole el bien se lo hace gustar. Combate á la concupiscencia en su propio terreno, en el corazón; y ella misma se hace al fin la concupiscencia del bien.

“El hombre se entrega al mal por su propia concupiscencia, dice Leibnitz; el placer que en él encuentra es la red en que se deja prender. Platón lo dijo, y lo repitió Cicerón: *Plato voluptatem dicebat escam malorum*. La gracia, como observa S. Agustín, le opone un placer mas grande. “Todo placer es un sentimiento de alguna perfección: amamos un objeto en cuanto sentimos sus perfecciones: nada escende á las perfecciones divinas; de donde se sigue que la caridad y el amor de Dios causan el placer mas grande que se pueda concebir, á medida que (por la gracia) vamos penetrándonos de estos sentimientos, que no son ordinarios en los hombres, porque estan siempre ocupados y repletos de los objetos de sus pasiones (1).”—Esto nos conduce a la definición que de la gracia daba Pascal: “Es Dios sensible al corazón.”

Estos dos estados de concupiscencia y de gracia no son naturales; son dos modificaciones distintas. Es imposible que hayamos salido de este modo de las manos de Dios, y los mismos paganos lo creyeron así, á pesar de no conocer el hecho del pecado original. Con la sola ayuda de la razón adivinaron que la humanidad era una especie de resto ó ruina de sí misma. De aquí se originó una segunda naturaleza en nosotros, naturaleza estraviada con la cual todos nacemos, pero que no es la naturaleza verdadera. Esta ha sobrevivido en parte, aunque débilmente, lo bastante para protestar contra los malos instintos de la naturaleza corrompida, y para hacerle pagar nuestros vicios con remordimientos. Esclavor por aquella, dice Rousseau, somos libres por esta. ¡Triste libertad! Se parece á la de aquellos pueblos conquistados que insultan á sus tiranos en secreto, y que en público los obedecen y venazan.

La gracia de Dios por Jesucristo es la destrucción de este estado y el retorno á la vida primitiva. Por esto parece sobrenatural, y lo es en efecto, pero tan solo con relacion á la naturaleza corrompida; pues con relacion á la naturaleza primitiva, es

(1) *Sine me nihil potestis facere... Nemo potest venire ad me, nisi qui me sit me traxerit cum.* Joan., 6, v. 22.

(2) *Et si exaltatus fuero á terra omnia traham ad me ipsum.* Joan., 12, v. 32.

(3) “*Eccc enim in iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea.*”—Psalm., Miserere.

(4) Véase nuestro capítulo *De la naturaleza humana*.

(5) Roman., 7.

(6) Esto es lo que nos representó Homero bajo la fábula de las Sirenas.

(1) Véase nuestro capítulo *De la naturaleza humana*, t. 1.

natural, porque es esta misma naturaleza reintegrada en nosotros.

Por consiguiente, entre el estado de concupiscencia y el estado de gracia, el mas anormal, el mas antinatural, el mas incomprensible á la razon es el primero, porque pone nuestra voluntad en desacuerdo con nuestras inclinaciones, subleva la carne contra el espíritu, el sentimiento contra el pensamiento y nos divide como en dos hombres, en dos naturalezas irreconciliables aunque indisolubles; mientras que el estado de gracia, haciéndonos amar lo que debemos querer, domando la carne, emancipando el espíritu, inclinándonos al bien por instinto y por convicción, por amor y por necesidad, y haciéndonos encontrar el gusto y la felicidad en nuestros deberes y destinos, es el verdadero estado de la naturaleza; porque es un estado de orden, de rectitud, de armonía y de unidad.

4.º Los modernos reformadores, San Simon, Fourier, Owen han medido bien toda la altura del problema y han emprendido atrevidamente su solucion. Segun ellos, no es natural que nuestras inclinaciones estén en desacuerdo con nuestros deberes; este estado de guerra intestina es falso y anormal, y toda reforma verdadera, debe dirigirse á hacerlo cesar, conduciéndonos á un estado de unidad y de armonía. En esto se hallan perfectamente de acuerdo con el cristianismo; pero nace la diferencia de que, segun ellos, nuestras inclinaciones son buenas, y desordenados nuestros deberes, tales como los hemos entendido siempre; mientras que, segun el cristianismo, son desordenadas nuestras inclinaciones, y santo nuestro deber. En el sistema de los reformadores, la armonía consiste en seguir sus inclinaciones y sus mas brutales apetitos sin freno y sin medida; el desorden proviene, segun ellos, de que no somos bastante incontinentes, es decir, bastante discípulos de la naturaleza: nunca puede haber excesos en este camino, que es el de la perfeccion. El cristianismo, al contrario, anatematiza la concupiscencia, y tiende á desarmarla y someterla, no solamente por medio de la razon y de los restos de la naturaleza primitiva que en nosotros han quedado, sino por medio de la gracia, esto es, por medio del atractivo sobrenatural que experimentamos en el deber, que es Dios.

El sentido comun y el instinto moral no han vacilado en rechazar el sistema de San Simon y de Fourier como una degradante locura; pero rechazando esta solucion, no han hecho desaparecer el problema, el eterno problema del origen del mal moral, y del verdadero remedio que se le debe oponer. Nuestros deberes é inclinaciones no pueden ser igualmente naturales y tener origen en la misma fuente, porque se contradicen mutuamente. Es menester pues, que unos ú otros sean malos, desordenados, de origen posterior al estado de orden en que todos debimos ser formados. Si no son las nociones del deber las que acreditan en nosotros un vicio original, son nuestras inclinaciones: no hay medio. Si nuestras inclinaciones están viciadas, es preciso reformatarlas; pero ¿cómo? ¿por la razon? La razon aislada es demasiado débil, ofre-

ce la perspectiva, pero no el gusto del bien, y el gusto es quien nos determina, el sentimiento el que nos mueve. Por esto todos los moralistas del mundo solo lo son con la pluma en la mano, y en su conducta desmienten las reglas que trazan sobre el papel. Seria pues preciso oponer al atractivo del vicio un atractivo igual ó superior, el de la virtud; á las voluptuosidades sensibles los placeres de la virtud; al amor terrestre el amor divino; á la concupiscencia del mal, en una palabra, la concupiscencia del bien. Pero este vivo atractivo por la virtud, este placer espiritual, este amor divino, esta concupiscencia del bien, no se encuentran en nuestra naturaleza ó no le pertenecen ya, y por cierto que no depende de nosotros el volver á poseerlos. Tan solo el autor mismo de nuestra naturaleza puede reformatarla y oír favorablemente el voto del gran rey ya citado. "Cria en mí, oh Dios, un corazón puro, y renueva en mis entrañas un espíritu recto (1)." La misma mano que crió, puede volver á criar, y á este grito de S. Pablo, que es el grito de la naturaleza humana: "¿Desgraciado de mí! ¿quién me librará?" no hay otra contestacion que la que se da en seguida él mismo: "La gracia de Dios, por Jesucristo nuestro Señor (2)."

Así resuelve el cristianismo el gran problema de nuestro mal y de su curacion, no solo teórica sino prácticamente, por los milagros de santidad que obra en el mundo moral, y que prueban su divinidad del mismo modo que la vista dada á los ciegos, el oído á los sordos, el movimiento á los paráliticos, y la vida á los muertos atestiguan la divinidad de Jesucristo en el Evangelio. Bajo este punto de vista, la divinidad de Jesucristo se halla tan bien probada como la existencia de Dios, y la mano del grande artífice de nuestra naturaleza se manifiesta tan claramente en su reforma como en su creacion (3).

5.º Esta gracia reparadora á nadie ha faltado, aunque es verdad que ha sido dispensada con desigualdad á los hijos de Adam. Se concedió á la humanidad desde su caída por anticipacion de la única fuente de gracias que en la plenitud de los tiempos debia abrir la grande expiacion del Mediador. Sin ella, como ya dijimos, la humanidad caída no hubiera podido producir ninguna buena accion. Todas las buenas acciones, todas las virtudes que han florecido en la humanidad, aun antes de la venida de Jesucristo, deben imputarse á aquel divino socorro que los teólogos llaman *gracia suficiente*, como distribuida á todos los hombres, porque á todos ellos se ha dado en el grado que era suficiente para su salvacion. No otra cosa son los impulsos de la conciencia y sus remordimientos. Esa voz interior que nos advierte, nos consuela ó nos avisa con tanta mas fuerza cuanto es mayor la violencia que le oponemos, atestigua perfectamente que no depende de nosotros mismos, que es algo distinto

(1) "*Cor mundum creavit in me, Deus, et spiritum rectum innova in visceribus meis.*—Ps. Miserere.

(2) Rom., cap. 7.

(3) Véase nuestro capítulo *La venida y el reino de Jesucristo*.

de nosotros.... que es Dios. Los antiguos, mas naturalmente piadosos, no se equivocaban sobre este punto. Así vemos á sus poetas, á Homero en particular, determinar siempre á sus héroes por el impulso divino, y á Platon apelar constantemente á ese *hombre interior*, á esa *centella divina*, á esa *voz de Dios que habla en nosotros* (1).—Héos aquí la gracia suficiente.

Pero esta gracia recibe de la aplicacion inmediata de los méritos de Jesucristo en el cristianismo un acrecentamiento de eficacia tal, que no sabemos comprenderlo. Crea en los que la reciben una nueva naturaleza, que no solo se resiste al mal, sino que se dirige invenciblemente al bien, cuyo atractivo no solo sigue á la virtud, sino que la previene y determina, y derrama sobre los mas penosos deberes y los mas violentos sacrificios una paz tan dulce, que hace mirar con compasion la felicidad de los reyes (2). Esta gracia se ha pintado á sí misma con la pluma del Autor sagrado: "Yo produzco como la vid, frutos de suave olor, y mis flores dan frutos de gloria y de abundancia. Yo soy la madre del amor hermoso, del temor, de la ciencia y de la santa esperanza. En mí se halla toda la gracia del camino y de la verdad; en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que me deseáis, y saciados con mis dulces frutos, pues mi espíritu es mas dulce que la miel, y mi herencia superior á la miel y á los panales. Los que me comen, quedarán con hambre, y los que me beben quedarán sedientos. Los que me oigan no serán confundidos, y los que obran segun mi ley no pecarán. Los que me conozcan tendrán la vida eterna (3)."

Esta es la gracia eficaz: es á la gracia suficiente lo que el Océano á un pequeño arroyo, y bajo esta misma figura la profetizaba el mismo autor por estas palabras: "Yo salté del Paraíso como un arroyuelo de las aguas inmensas de un río, y dije: Regaré las plantas de mi jardín, y sazonaré los frutos de mi prado. Y hé aquí que mi arroyuelo se ha convertido en un gran río, y este río en un mar (4)." Profecía que se halla conforme con la esperanza universal en que estaba el género humano del Santo por excelencia, como dice Confucio, que debía bajar del cielo y que produciría naturalmente un océano de acciones meritorias.

6.º Pero si tal es el poder de la gracia, dirán acaso los que no la conocen, nuestros méritos individuales son absorbidos por ella; somos virtuosos por necesidad, y nuestra voluntad ninguna parte tiene en nuestra salvacion.

Sin entrar en la famosa cuestion acerca de la armonía entre la gracia y la voluntad; cuestion ociosa, porque basta la experiencia para resolverla haciendo sentir á la vez la gracia en la voluntad y la voluntad en la gracia, decimos con Leibnitz: "Así como nuestra corrupcion no es nunca absolutamente invencible, y nunca pecamos necesariamente,

"aun cuando estemos bajo la esclavitud del pecado, puede decirse tambien que nunca somos ayudados invenciblemente, y por mas eficaz que sea la divina gracia hay motivo para decir que podemos resistirla, aun cuando con anticipacion estemos seguros de no resistirla. Es menester distinguir siempre entre lo infalible y lo necesario (1)."

Por otra parte la experiencia, á la cual es preciso recurrir como al verdadero gufa en esta materia, nos manifiesta en las operaciones de la gracia un carácter particular que la concilia con la accion de nuestro mérito y libertad: este carácter es la *intermitencia*.

La accion de la gracia en lo que tiene de *preventiva*, es esencialmente intermitente. En las almas mas piadosas y á proporcion que lo son mas, hay épocas á veces bastante largas en que parece que este auxilio les falta enteramente, como el viento á una embarcacion en un mar inmóvil. Cuantos mas esfuerzos hacen estas almas para atraerse la gracia y merecerla, mas parece que huye de ellas, los deja en la aridez, en el desaliento, en la estéril espontaneidad de sus esfuerzos. Esta es la parte del mérito y de la libertad en las almas cristianas; parte inmensa, preciosa, en la cual se consume su virtud, y en la cual ellas adelantan tanto mas cuanto menos se perciben de ello. No es que la gracia las haya realmente abandonado; acaso nunca la hayan tenido tan cerca de sí: no les previene, á fin de que se ejerciten; se halla oculta. Escondida en cierta manera, las vigila como una madre á su hijo, dispuesta á sorcorrerlas al primer asomo de peligro. Por esto, si su virtud es alguna vez sorprendida, ó si sienten desfallecer su constancia, persuadidas entonces de que se hallan abandonadas, creen estas almas que están perdidas; pero de repente reaparece la gracia que las alienta, y las lleva como en sus brazos.

"Parece dice un santo doctor, que Dios se entretiene con los hombres, como un padre con sus hijos: tan pronto se figuran que lo tienen; tan pronto les parece que lo han perdido; tan pronto se les aparece como un sol, rodeado de luz; tan pronto se les oculta como entre nubes. Se va y vuelve, huye y se detiene; los sorprende ó se deja sorprender por ellos, y luego se les desaparece. Despues de haberles hecho derramar algunas lágrimas y arrancado de sus corazones algunos suspiros, vuelve y se les manifiesta; y en fin, los consuela con la suavidad y frecuencia de sus visitas (2)."—Este cuadro encantador es la viva imagen de la economía de la gracia en sus relaciones con la libertad.

Aun para las almas mas favorecidas con las dulzuras preventivas de la gracia, hay tambien un mérito; el de la correspondencia á sus favores. La gracia no destruye la concupiscencia: solo nos ayuda á vencerla. Esta subsiste siempre en el fondo de las almas mas puras, y les hace experimentar golpes que provocan su infidelidad hasta en la cumbre de la perfeccion. De aquí el mérito de la cor-

(1) Plat. *Republ.*, lib. 10.

(2) *Paz Dei quae superat omnem sensum*.—*Philip.* 4, 7.

(3) *Ecclésiástico*, cap. 24.

(4) *Id.*, ib.

(1) *Tendisco*, parte 2.ª

(2) Ricardo de San Victor, de *Grandi Charit.*, cap. 2.

respondencia á la gracia; mérito tanto mas grande, cuanto que no siendo esta correspondencia siempre exacta, y siendo Dios mas exigente á proporcion que ha sido mas liberal, es preciso á veces redoblar mucho la asiduidad para reconquistar sus favores perdidos por nuestras negligencias. Si estas negligencias se reiteran ó se agravan, la gracia de Dios disminuye en la misma proporcion: sus visitas, en otro tiempo tan familiares, se hacen cada vez mas raras, y, como una esposa contristada y dignamente celosa, se retira, se encierra en sí misma y se calla. La concupiscencia prevalece entonces como la concubina y el esclavo; entorpece el entendimiento, deprava el corazon y causa con la pérdida de la gracia eficaz la de la gracia suficiente, con la ruina del sentimiento religioso la del sentimiento moral, con la estincion de la fé la ceguera de la razon, hasta que despues de haber recorrido todos los grados de la impiedad, llega al término, que es la burla y el desprecio.

6.º Pero ¿qué estamos haciendo nosotros ahora publicando estas verdades, mas que esponerlas quizás á este desprecio?... ¡Qué importa! La divina gracia tiene en efecto muy buenos defensores: sin evocar aquí todas las grandes almas que ella formó, bastará recordar que fué obra suya la rápida conversion de todo el género humano al Evangelio. Pero aunque no fuera así; aunque estuviera reducida á una sola alma, seria bastante para vindicarse á sí misma, para asegurar á esta alma contra el escepticismo de todo el universo, y consolarla de su desprecio: esto fué lo que hizo con sus primeros apóstoles.

El fenómeno de la gracia para todos los que se hallan favorecidos por ella es demasiado positivo, demasiado constante, íntimo y sensible, para que puedan creerse ni un solo instante víctimas de una ilusion. Este fenómeno lleva en sí su evidencia. Que los que nunca la han experimentado la ignoren, lo concebimos y no nos admira; pero que la nieguen y la conviertan en objeto de escarnio, es una temeridad imperdonable y no puede dejar de causarnos lástima, como si un ciego negase la existencia de la luz del dia. No deben farsas, sobre este punto, ni en la fuerza de su razon, ni en la sagacidad de su talento, ni aun en su estudio sobre los misterios del corazon. La gracia pertenece á un orden enteramente distinto. No se presta á las especulaciones, ni deriva de ninguna de las fuentes de nuestros conocimientos. Sobrenatural y eficaz, se acompaña con los sencillos de corazon y se da á los hombres de buena voluntad, cualesquiera que estos sean. Todo el genio humano no puede procurársela, y ella se entrega á los mas pobres talentos, y llega á ser en ellos una especie de genio. Perfecciona la razon y la virtud en los que se hallan mas felizmente dotados de ella, y les inspira una resolucion y firmeza superiores á la naturaleza; y para los que no la poseen, crea un instinto que vale mas que la razon, y una sabiduría mas segura que la virtud. No se posee la verdadera fé sin poseer la gracia, y teniendo la gracia se tiene tambien la fé; se tiene la intuicion de la verdad di-

vina. Los que creen comprender mejor el cristianismo, que tienen la fé del espíritu, ni siquiera sospechan lo que es, hasta que han experimentado los efectos de la gracia y obtenido la fé del corazon, así como aquellos cuya incredulidad se cree estar enteramente segura, ni por asomo se figuran que exista este poder, que en un momento puede abarritarlos á sus pies como unos niños.

En una palabra: lo repetimos; figurase un ciego á quien se le diere de repente la vista; tal es, sin duda, la revolucion que obra en una alma la entrada de la gracia. Esta comparacion ademas la hizo una inteligencia que habia experimentado sus efectos y que los cuenta del modo siguiente:—"Par mí, dice, hubiera sido el mayor de todos los milagros el hacerme creer firmemente en el cristianismo.... Y he aquí que por una iluminacion repentina, me sentí tan ilustrada y de tal modo transformada por haber encontrado lo que hacia tanto tiempo estaba buscando; se derramó en mi corazon una alegría tan dulce y una fé tan sensible, que no hay palabras capaces de expresarlo, é hizo la aplicacion de la bella comparacion del ciego á las verdades de la religion y de la otra vida... El misterio que me parecia mas increíble, la presencia real de nuestro Señor, la sentí como se sienten las cosas visibles y de las cuales no se puede dudar.... Mi ejemplo, añade, debe enseñaros que hay cosas muy excelentes y admirables que se escapan á nuestra vista, y que no porque no las podemos comprender ni imaginar son menos verdaderas ni menos apetecibles.—En efecto, añade Bossuet, cuyo candoroso talento era tan á propósito para esponer el milagro de aquella conversion; en efecto, falta un sentido á los crédulos como al ciego; y este sentido lo da Dios conforme á aquellas palabras de S. Juan: *Nos dió un sentido para conocer al verdadero Dios, y para vivir en su verdadero Hijo* (1)."

¿Qué podemos decir, despues de esto, á los que tienen la desgracia de estar privados de la gracia? Dirijirles aquellas palabras del Salvador á la Samaritana: "¿Si supierais lo que es este don de Dios!!!"

Estudiemos ahora los medios de adquirirla.

II. La gracia, considerada en su principio (pues hasta aquí no la hemos definido mas que en sus efectos), es la vida divina en nosotros (1).

Para comunicárnosla podia Dios obrar inmediatamente sobre nuestra alma, y esta manera de obrar de la gracia tiene lugar algunas veces. La simple elevacion de nuestros corazones hácia él, por medio de la oracion, podria ademas atraer sobre nosotros sus frutos, efecto que la oracion produce todos los dias, y que le ha valido ya el nombre de canal general de las gracias. Por otra parte, la oracion es indispensable para el buen éxito de los demás medios particulares de que vamos á tratar, y que son como su cultivo.

(1) Bossuet, *Oracion fúnebre de Ana de Gonzaga*.

(2) *Semen Dei, participatio quaedam naturae divinae*. (En Tomas.)

Aparte de esta accion inmediata de Dios sobre el alma; aparte de este medio de la oracion, Dios ha instituido, en efecto, medios particulares de comunicarnos sus gracias; medios obligados, por lo mismo que están á nuestro alcance, á los cuales puede disponernos la oracion, y sin los cuales ella misma se agosta muy luego.

Estos medios son los *Sacramentos*.

1.º ¿Qué es *Sacramento*?—Es un signo visible de la gracia invisible, instituido para nuestra santificación (1).

En esta definición dominan dos caracteres, que es menester tener muy presentes.—Los sacramentos son signos, es decir, imágenes sensibles de lo que la gracia de Dios obra invisiblemente en nuestras almas, y que tienen por objeto el recordárnoslo.

¿Es esto todo, y no son los Sacramentos otra cosa que signos símbolos?—No; poseen además la virtud de obrar lo que significan.

Dios, que podía generalizar sus gracias, las ha concretado, en lo que tienen de mas eficaz, en los Sacramentos que son como sus canales. Indudablemente estos medios no son para él exclusivos; y, fuera de los Sacramentos, tiene mil caminos para llegar inmediata ó mediatamente hasta nuestras almas y hacerles sentir los toques de su gracia; pero ha querido escojer el camino de los Sacramentos, y de sujetarnos á ellos de una manera muy particular, hasta el punto de hacer este camino exclusivo para nosotros, pues que es él solo que depende de nosotros el escojer.

Entretenámonos por un momento estudiando la sabiduría de esta divina institucion de los Sacramentos. Empecemos observando bien los dos caracteres que los distinguen: son á la vez signos y agentes de la gracia; tienen la doble virtud de representar y de producir la justicia y la santidad.

Es pues preciso distinguir cuidadosamente los demas signos usados en la Religion, como las imágenes, las ceremonias, aun las que acompañan ordinariamente la administracion de los Sacramentos, y que en rigor no forman parte de ellos; es preciso, decimos, distinguir entre esto y el cuerpo de los mismos Sacramentos. En estos con el signo concurre el efecto, con la imagen la realidad.

En su epístola á los romanos, dice S. Pablo, hablando del universo, que las invisibles perfecciones de Dios se hacen en él visibles por el conorinamiento que de ellas nos dan las criaturas. Si las criaturas, además de manifestarlas las divinas perfecciones, tuviesen la propiedad de comunicarnos estas perfecciones, podríamos decir que son otros tantos Sacramentos.

Segun el Génesis Dios habia concedido esta virtud á una de sus criaturas, desde antes de la caída del hombre. En medio del paraíso terrenal habia colocado un árbol misterioso, llamado el árbol de la vida, cuyo fruto debia ser para el hombre un alimento de inmortalidad; y á juzgar de sus efectos por los del árbol de la ciencia del bien y del mal,

podemos creer que eran tan morales como físicos, y que debian producir la santidad en el alma, así como la salud en el cuerpo.

Siendo esto así, puede decirse que el Sacramento es de institucion natural.—Como consecuencia de su infidelidad, incurrió el hombre en la pérdida del beneficio de esta institucion. “Impidamos, dice Dios en el Génesis, que Adam no alargue quiza su mano, y tome tambien del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre.... Y el Señor Dios echó á Adam del paraíso del deleite, y á su entrada puso querubines que lo guardasen, y andaba alrededor para guardar el camino del árbol de la vida (1).”

Excluido así el hombre de la participacion del Sacramento del árbol de la vida, debia morir eternamente. Pero Dios, que habia resuelto salvarlo, entonces mismo le prometió volverle á dar este Sacramento bajo una forma mas noble, mas inmediata, mas gloriosa para él; es decir, segun S. Juan, que la vida misma que era el principio, debia venir á vestirse de nuestra humana naturaleza y manifestárense de nuevo, pero bajo la forma que convenia al hombre pecador, bajo la forma de esclavo y de víctima, y hacerse por medio de su expiacion el principio, el alimento y la fuente de nuestra nueva justificacion (2).

Tal es Jesucristo. Es como un nuevo árbol de vida plantado en medio de la humanidad, para purgar en ella los efectos del árbol del bien y del mal.

Convertidos, por nuestra participacion original de este último, en ramas silvestres que no dan mas que fruto emponzoñado, no podemos volver á ser perfectos como antes, hasta que habremos sido injertados en Jesucristo, y que, participantes de su muerte expiatoria, hayamos tambien llegado á ser participantes de su resurreccion (3).

Por esto decia Jesucristo: “Yo soy la vida; la vida que da á sus sarmientos el alimento y la vida; como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto si no estuviere en la vid, así vosotros no podeis hacer ninguna obra saludable si no estuviereis en mí (4).”

La muerte de Jesucristo es el principio y la fuente de esta santificacion. Es como la incision por la cual se nos comunica la savia de la divina gracia, que poniéndonos á todos en un estado semejante y correspondiente de mortificacion, nos injerta en él, derramando sobre nosotros esa gracia preciosa que nos hace participantes de la misma virtud de Dios y nos pone en camino de poder volver á la inmortalidad, de la cual fuimos excluidos.

Jesucristo en su pasion y muerte, es como el tronco de los Sacramentos: él mismo es el Sacramento de los Sacramentos; estos no son mas que las ramas por las cuales se estiende y comunica á la humanidad. Es necesario estudiar el conjunto de este divino plan.

(1) Génesis, cap. 3, v. 22 y 24.

(2) Quod fuit ab initio, quod audivimus, quod vidimus oculis nostris, quod perspeximus, et manus nostre contrectaverunt de verbo vitam, et vita manifesta est.

(3) San Pablo, á los Rom. 6, 5.

(4) San Juan, 15, v. 4 y 5.

(1) Definicion de S. Agustín, que está admitida en los cateismos.

De Adam pecador, se transmitió la concupiscencia á toda la humanidad, y de Jesucristo mediador, volvió la gracia á esta misma humanidad.—La concupiscencia se transmitió de Adam á nosotros por el canal de la generacion; la gracia se transmitió de Jesucristo á nosotros por el canal de los Sacramentos.

Por la generacion carnal de Adam nacimos corrompidos, esclavos del mal, hijos de malicia y corrupcion; por la generacion sacramental de Jesucristo nacimos purificados, nos hacemos libres, hijos de justicia é inmortalidad.

Por la via de los Sacramentos, Jesucristo es para el bien lo que por la via de la generacion fué Adam para el mal. Es el nuevo Adam en quien podemos renacer de nuevo. El pecado original, que inundó con sus consecuencias todo el género humano, ha encontrado en él solo una solucion de continuidad, y no solamente una solucion, sino una reaccion en la gracia original, de la cual es origen y por la cual todos los hombres, hasta el mismo Adam, habrán podido ser justificados.

¿Puede darse una doctrina mas sintética, mas luminosa, mas consoladora?

2.º A primera vista indudablemente parece esta doctrina algo estravagante; pero ¿qué no hay estravagante en todo lo que concierne á los fines del hombre, á menos que sea para los que en nada reflexionen?

Vacilar en abrazar la Religion, porque encierra cosas estravagantes, es una verdadera contradiccion: siendo propio de la Religion arrancarnos de nuestro estado natural de ignorancia, debe contener de necesidad cosas que naturalmente ignoramos nosotros, cosas nuevas, sobrenaturales, estravagantes en la apariencia. De donde se sigue que, á menos de ignorar que todo lo ignoramos, que seria la peor de todas las ignorancias; á menos de ser insensibles á este estado, que seria la peor de todas las insensibilidades, es preciso admitir la estravagancia en materias de religion como una condicion virtual de verdad.

Este pensamiento, aunque elemental, no se nos alcanza casi nunca, y debemos recordarlo siempre y conservarlo en nuestra memoria como un correctivo de nuestra incredulidad. En el presente estudio vamos á examinar sus aplicaciones en su parte mas misteriosa, porque es la mas intrínseca de todo el cristianismo.

Hay otra reflexion, igualmente muy sólida y exacta, que debemos en general tener presente y sobre todo aquí.—Los puntos mas misteriosos de la doctrina cristiana corresponden á otros tantos puntos de nuestra naturaleza, mas corrompidos todavía, y tienen por objeto explicarlos y hacerlos desaparecer, con la inmensa ventaja de que los misterios de nuestra naturaleza en sí mismos son absolutos, incoercibles, desesperantes, y los misterios de la Religion presentan un encadenamiento luminoso que los explica unos por otros, y sobre todo, una virtud vivificante que demuestra sus principios por medio de los resultados.—Por ejemplo: al lado del misterio religioso de la gracia se encuentra, como vimos, el misterio natural de la concupiscencia; misterio

mucho mas absoluto, mucho mas inconciliable en sí mismo con la idea de órden á la cual todas las demas ideas nuestras deben encaminarse.—Y si del hecho de la concupiscencia pasamos al fenómeno de su trasmision, encontraremos la misma estravagancia, mas grande que en la trasmision de la gracia.

¿Qué es lo que nos parece tan estravagante en la trasmision de la gracia? Es que *la inclinacion al bien* es en nosotros fruto del mérito de otro, de Jesucristo.—Pero *la inclinacion al mal*, ó la concupiscencia que nos invade ya al nacer, ¿es fruto de nuestro demérito? ¿No debemos creer que precede en nosotros á la accion de nuestra libertad, y no solo que la precede sino que la paraliza?

¿Puede haber estravagancia en que un fenómeno enteramente espiritual, como la gracia, nos sea comunicado por conductos materiales y sensibles como los sacramentos?—Y ¿por dónde se nos comunica la concupiscencia, sino por el conducto material de la generacion?

Explicadnos cómo el acto ciego de la generacion, el conducto de la carne y sangre, nos transmiten las enfermedades del cuerpo las del alma, y os explicaremos cómo la participacion sensible de los sacramentos obra su curacion. Explicadnos nuestra solidaridad carnal en Adam, y os explicaremos nuestra solidaridad espiritual en Jesucristo. Explicadnos, en una palabra, la concupiscencia por medio de la generacion, y nosotros os explicaremos la regeneracion por medio de la gracia.

Si apuramos mas las cosas, veremos que la gracia y su trasmision son mucho menos inconcebibles que la concupiscencia. Si la gracia nos viene de Jesucristo, si nos viene por conductos materiales, es menester otra cosa para que podamos alcanzarla: nuestra *voluntad*, nuestro propio *mérito*; siendo así que nuestra voluntad y nuestro *demérito* permanecen extraños á la trasmision de la concupiscencia.—El misterio del misterio, si podemos decirlo así, es que la depravacion de la voluntad en la raza humana se trasmite sin el concurso de la voluntad, lo cual no sucede en el misterio de la gracia, en el que la trasmision del bien no se efectúa sino por la adhesion sacramental de la voluntad humana á la divinidad de Jesucristo.

Desterremos pues esos temores pueriles que escitan en nosotros los misterios de la Religion, mucho menos difíciles que los de la naturaleza. Esto seria tener miedo á su sombra, porque el misterio nos sigue y va siempre pegado á nosotros como nuestra propia sombra. Solo los espíritus fiacos aada creen ó lo creen todo. La fuerza y rectitud del entendimiento, la verdadera filosofia consisten en evitar la supersticion y en abrazar una fé racional. Y ¿qué mas racional que la fé cristiana? ¿Qué mas decisivo, á parte la sabiduría que nos revela el estudio de sus misterios, que la prueba de la experiencia, á la cual ella misma apela por medio de estas hermosas palabras de su autor: “El que haga *la voluntad de mi Padre*, conocerá si mi doctrina *procede de él*, ó si yo hablo por mi propia autoridad?” Pero prosigamos.

3.º Un estudio concienzudo puede descorrer

muchos veles, haciéndonos descubrir en la institución de los sacramentos razones tan sólidas como numerosas.

La primera y mas clara es la siguiente: si el hombre no hubiese tenido cuerpo, se le hubieran dado los verdaderos bienes despojados de toda envoltura estraña; pero ya que el alma se halla unida á un cuerpo, era preciso que las cosas sensibles fuesen para ella un medio de conocer las cosas invisibles. Esto es el orden de la naturaleza. Nada llega hasta nuestra alma sino por la mediación de los sentidos, de donde tomó origen aquel adagio escolástico, verdadero en sí: *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*. No queremos decir que esta ley sea absoluta, pero al fin es ordinaria y natural; de donde se sigue que la transmisión de la gracia por el conducto sensible de los sacramentos es menos extravagante que si se efectuara de una manera inmediata é innata.

Esta primera razon se corrobora con la siguiente: no adquiriendo nosotros la gracia como la concupiscencia, involuntariamente, como ya hemos visto, es necesario que correspondamos á ella. Por consiguiente, esta correspondencia supone de parte de Dios una advertencia para disponernos á ella, y de parte nuestra la manifestación de sometérnosle, lo cual se efectúa con los sacramentos, que son como los puntos de reunión de la gracia de Dios y de la felicidad del hombre; y supone tanto mas el empleo de estos medios sensibles, cuanto que el hombre es parte correspondiente en esta divina comunicación.

A nuestro espíritu, por otra parte, le cuesta trabajo creer en las cosas que solo ve en promesa: así vemos que toda la historia de la Religión desde su principio ofrece una serie de signos y figuras, por cuyo medio Dios recordaba y confirmaba la certidumbre de sus promesas. Era pues conforme á esta escasez de nuestro espíritu y á esta conducta de Dios, que Jesucristo al prometernos el perdón de nuestras faltas, la gracia celestial y la comunicación del Espíritu Santo, estableciese signos sensibles que fuesen como los gujes de su alianza con nosotros, y las infalibles garantías de su fidelidad en cumplir lo que nos había prometido.

No olvidemos tampoco que el hombre está destinado por la naturaleza á vivir en sociedad con sus hermanos, y que la Religión estrecha y consagra los vínculos de esta sociedad. Ninguna sociedad de hombres, á cualquiera religion verdadera ó falsa que pertenecieren, puede componer un cuerpo, si estos hombres no están enlazados por algun signo ó señal sensible que los una entre sí, y que los distinga de los que quieran permanecer apartados de esta sociedad. Los sacramentos producen este doble efecto: distinguen á los cristianos de los infieles, y son como el lazo sagrado que los une y liga entre sí. Por medio de los sacramentos profesamos exteriormente nuestra fé y la hacemos pública en el mundo. Por su comun participación nos sentimos inflamados de esa caridad que debe animarnos mutuamente á todos, pues nos unen con los lazos mas indisolubles y sagrados, y nos hacen miembros

de un solo y mismo cuerpo en el tiempo y en la eternidad.

Hay todavía otra razon de la institución de los sacramentos muy importante á los ojos de la piedad cristiana, y es que doman y reprimen el orgullo del espíritu humano, y nos inclinan á la práctica de la humildad. Habíamos abandonado á Dios de una manera indigna para entregarnos á las criaturas, y los sacramentos nos obligan á prescindir de las cosas sensibles para sujetarnos á la voluntad de Dios.

En fin, hay otra razon mas profunda y mas inmediata. La hemos esplanado ya en otro lugar, hablando del dogma de la encarnación, y nos limitaremos á recordar el pasaje.

“De hecho:—las tradiciones universales de acuerdo con la alta filosofía, nos han señalado suficientemente la causa:—el hombre se había hecho grosero y carnal; su alma se había ido poniendo desde su nacimiento hasta identificarse con la carne, en la cual se halla sepultada como en un sepulcro; cada vez mas entregada á los sentidos y enteramente distraída al exterior, no veía ya nada, nada comprendía de las cosas del espíritu, y las puertas del mundo invisible estaban, por decirlo así, cerradas para ella.—En este estado, la razon pura, abstracta é ideal se le hubiera presentado en vano, ¡qué digo! no había dejado aún de presentársele siempre; pero su celestial resplandor era neutralizado por nuestras tinieblas, y no era sino como una centella divina oculta entre escombros.—Para volverle á dar al mundo, era pues necesario que la razon cambiase el medio de su comunicacion y que se adaptase á nuestra flaqueza. Era necesario que dejase las profundidades de lo invisible y absoluto, y se dejase ver bajo una forma y por medio de atributos exteriores y sensibles, á fin de volver á entrar en seguida por las puertas de los sentidos en nuestro interior, y reedificar en él al hombre espiritual. Era necesario que siguiese al hombre por las sendas en que se había extraviado, y que tomándolo por la mano lo hiciese volver á subir por el mismo camino, de la carne al espíritu, de lo visible á lo invisible, de la fé á la inteligencia, de las tinieblas á la luz. A este efecto era preciso que la misma razon, que debía ser este camino de retorno, se adoptase á nuestra ceguera velando parte de sus resplandores, se hiciese visible y carnal, y que todas las virtudes que quería hacer practicar las hiciese oír á los oídos, ver á los ojos, tocar á las manos, y en fin, que las inoculase en esta misma carne espiritualizada por su gracia, como en el estado de naturaleza había sido el espíritu carnalizado por el pecado.... Pero nuestro estado de flaqueza escijia que se infundiese por sí misma en nuestros corazones, como un divino remedio, en el estado de encarnación y de fé para brillar despues interiormente en el estado de razon pura y de perfecta inteligencia (1).”

Esto decíamos en nuestro estudio sobre la encarnación del Verbo; pero es tal la unidad de nuestro asunto y la relación de los Sacramentos con el mis-

(1) Véase las págs. 474 y 475 de los presentes Estudios.

terio de la encarnacion, que les es aplicable el mismo argumento.

La union íntima de la naturaleza divina y de la naturaleza humana, el *Verbo hecho carne*, es el hecho radical del cristianismo. Toda la religion debe respirar esta misma union, y debe estar enteramente penetrada de las consecuencias que de ella emanan; en cada una de sus partes debe descubrirse como un reverbero de la encarnacion.

Seríamos inconsecuentes si tomáramos aisladamente el dogma de la encarnacion para admitir en seguida comunicaciones inmediatas y puramente espirituales entre Dios y el hombre; pues ¿con qué objeto se habria Dios encarnado sino porque la naturaleza humana tenia necesidad de un mediador, y de un mediador visible? ¿Acaso el Verbo eterno no habria venido mas que un momento á la tierra con el solo objeto de revestir á nuestra carne con un traje de teatro, y acabada su mision dejarnos como antes, sin comunicacion con el mundo invisible, y obligados hasta cierto punto, segun la bella expresion de San Pablo, á *buscar á Dios con las manos y como á tientos*? No: vino á crear un nuevo orden de cosas, fundado en la encarnacion, en la mediacion visible de la verdad, que segun Bossuet, vino á residir personalmente entre los hombres, y á este fin fundó una Iglesia en cuya palabra se encarnó su doctrina de la misma manera que su gracia en los Sacramentos.

Esta es la razon porque no hay verdadero cristianismo mas que en el catolicismo; porque el catolicismo manifiesta siempre en la ensenanza de la doctrina, en la administracion de los Sacramentos y en su culto y ceremonias, relaciones de un mismo género, y porque hay en su conjunto como una magnífica reproduccion de la encarnacion; mientras que el protestantismo, haciendo abstraccion del cristianismo, y borrando todas sus relaciones sensibles, lo ha convertido en una inconsecuencia disolvente que de grado en grado ha ido llegando hasta el principio, hasta el dogma de la encarnacion, y él ha espirado en el aislamiento, y se ha desvanecido en el espacio,—dejando en pos de sí el socinianismo y el deísmo, al cual habia de llegar necesariamente por semejante camino.

Los sacramentos son pues como los órganos divinos de la encarnacion; por su medio se particulariza en cada uno de nosotros la encarnacion divina en Jesucristo, convirtiéndose así todos los fieles, junto con su divino mediador, en un solo cuerpo místico, en el cual él vive en ellos, y ellos en él.

De este modo se justifica la institucion de los sacramentos con razones tan fuertes como numerosas, y todo concurre á descubrirnos en el cristianismo bien estudiado y comprendido una filosofia eminentemente elevada.

4.º Si de este estudio del principio de los sacramentos pasamos al de los varios sacramentos en particular, volverémos á encontrar la misma sabiduría y la misma providencia.

Los sacramentos son siete, distribuidos para toda la carrera de la vida del hombre; es decir, para socorrer todas sus necesidades, presidir á todos sus

periodos mas importantes é inaugurar todos sus cambios mas notables.

El hombre nace á la vida de la carne al entrar en el mundo, á la vida de la inteligencia y de la voluntad al entrar en la adolescencia, á la vida social al entrar en la edad madura, y en fin á la vida eterna al morir.

Ademas de estos cuatro periodos de la vida, puede decirse que desde el segundo el hombre renace ó puede renacer todos los dias por medio de la accion repetida de su libertad sobre su perfeccionamiento moral.

Los siete sacramentos corresponden de la manera mas admirable á estos diversos estados de nuestra existencia.—El Bautismo es la *puerta* por donde entramos en la sociedad cristiana, nos *lava* ante Dios del pecado original, nos reviste de la inocencia como de un *vestido blanco*, y nos hace pasar de la familia de Adam á la de Jesucristo.—Deposita en nuestra alma una levadura de gracia que fermenta en secreto, se desarrolla con nuestra razon y voluntad, y tiende á neutralizar la antigua levadura de la concupiscencia que está en nuestra carne, y que debe causar mas adelante tantos desórdenes.—La segunda edad, la de la adolescencia, trae consigo el ardor de las pasiones y el ejercicio de nuestra voluntad. Esta es la edad crítica y ordinariamente decisiva en la vida del hombre. Hasta aquí no ha hecho mas que preludear sus destinos, que han estado en manos de otro y van á pasar á sus propias manos. ¡Epoca terrible y fatal para la virtud, en que empieza el combate, en que la vida y la muerte empiezan una lucha terrible!—En este momento solemne interviene segunda vez la Religion para *confirmar* la gracia del bautismo, *ungr* al joven atleta, *señalarlo* en la frente con la señal de salud que debe distinguirlo en la pelea, é imprimirle en la *mejilla*, con la señal de la afrenta, el valor para sobrellevarla hasta la muerte por la santa causa del deber, en la cual se halla aliado.—Pero esto no es aun bastante: si la confirmacion da armas y dispone para la lucha, no nos hace invulnerables, y nos deja correr peligros mortales, en los cuales mas de una vez podríamos sucumbir y recibir heridas que nos pondrian fuera de combate. Previendo esto, la Religion cristiana nos hace acompañar, desde este momento, por dos sacramentos, que á diferencia de todos los demas, pueden recibirse con frecuencia, de los cuales el uno es como el *vuln*erario y el otro el *cordial* del alma. Hablamos de la Confesion y de la Eucaristía, en cuyo escámen entraremos luego muy detenidamente.—Llega la edad madura, la edad social, en que la vida, hasta entonces agitada y vacilante, se fija y puede todavía rescatar muchos años de disipacion y de escándalo por años de arrepentimiento y edificacion. En la primera edad el hombre es conducido por otro; en la segunda debe conducirse á sí mismo, y en la tercera conducir á los demas. Ofrecense á su eleccion dos estados, ambos grandes, ambos santos, ambos dignos de interesar á la Religion en las nuevas necesidades que los dos han de producir; ambos en fin

aunque opuestos en apariencia, enteramente unidos por profundas analogías.

¡Entrar por medio del matrimonio en la cadena de las generaciones y transmitir el fuego de la vida; formar de dos existencias una sola, y de esta sola existencia hacer que salgan muchas, cumplir los fines augustos de la naturaleza, y asociarse en cierto modo a la grande obra de la creación, y no solamente de la creación física, sino de la creación moral, cuya acción á su redor es tan fecunda para el mal ó para el bien; ser esposo, ser autor de la existencia! Este es el primer estado en el orden de la naturaleza, para el cual la Religión debía reservar un socorro particular. La unión de los secos, esta fuerza ciega que siembra las generaciones en los reinos inferiores, y que se disuelve con la impulsión física que la determina, se halla elevada en el hombre á la dignidad de contrato social, y es la obra de la libertad, de la reflexión, del sentimiento ilustrado por el pensamiento. La Religión la eleva mas todavía, y la remonta á la altura de sacramento; Dios mismo interviene en ella con sus gracias y la convierte en un acto no solamente lícito y noble, sino santo, en el cual él mismo toma parte, lo regala con la dote invisible de las virtudes, y lo arregla segun nuestros intereses eternos y segun su gloria. El sacramento del Matrimonio corresponde así admirablemente á los instintos de la naturaleza, imprimiéndole un sello de dignidad y de santificación que la purga de todos sus desórdenes, y convierte en el mayor bien del hombre el agente mas terrible y acaso el mas inmediato de la concupiscencia.

El otro estado de la vida, para el cual ha establecido tambien la Religión un sacramento, es el del celibato religioso, del sacerdocio. Estado tan sublime, tan santo, tan puro, que puede decirse que tiene mas de ángeles que de hombre, pues que no deja á este último un cuerpo sino para consagrarlo al servicio de Dios y de los hombres, y convertirlo en mediador de las gracias celestiales, y hasta cierto punto en un sacramento entre sus hermanos. Las razones de este admirable estado corresponden á muchas órdenes de ideas que seria demasiado difuso indicar ahora; pero diremos tan solo que tiene un objeto eminentemente social y fácil de comprender.

El matrimonio concentra los recursos y la solicitud del hombre en la familia de que es jefe, y á la cual se debe en primer lugar todo entero. Bajo este punto de vista el hombre es perfecto para la familia que cria y alimenta, mientras la fortuna le sea próspera. Pero, para las demas familias arruinadas, como hay tantas en la tierra; para todos esos niños sin padre, esos ancianos sin hijos, esas viudas sin apoyo, y aun para esas familias, que aunque no les falta ninguno de sus miembros, son como huérfanos de la Providencia; y en fin, hasta en el seno de la opulencia, para todas esas angustias, tanto mas punzantes cuanto mas secretas son, y para esos males tanto mas horribles cuanto que están cubiertos con la apariencia de todos los bienes, para todos esos abandonados de la fortuna y de la felici-

dad, cualesquiera que sean, en una palabra, el matrimonio tiene algo de exclusivo, de personal, de sordo, que con frecuencia no ve en todas estas miseria que pululan á su redor, mas que un objeto de temor y de ansiedad para sí mismo, y que le hace escasear tanto mas sus socorros á medida que ve á los otros mas privados de ellos.—El sacerdocio cristiano equilibra precisamente este estado por medio del celibato religioso. Balanza la fuerza absorbente del matrimonio con la fuerza expansiva de la abnegación y de la caridad. Aparta del matrimonio y de la familia algunas existencias y algunas fortunas, solo para reservarlas en favor de los que se hallan privados de los auxilios y dulzuras del matrimonio y de la familia; y mientras el matrimonio funda y propaga, el sacerdocio viene detras de él á reparar y conservar. Intercesor de los pobres para con los ricos, limosneros de los ricos en favor de los pobres, consolador y confidente de todos, y en cierta manera *corredor de la Providencia*, siendo, en fin, *de todos para ser todo de todos*, introduce entre los diversos miembros de la familia humana, aislados por sus intereses respectivos, el dulce lazo de la fraternidad, de la caridad, y los enlaza tanto mas cuanto que los junta en el centro de toda caridad, en el corazon mismo de Jesucristo.—Tal es el fin eminentemente social del celibato religioso en el cristianismo.

Pasando á otro orden de ideas, podemos añadir que el sacerdote cristiano, para ser digno órgano de la autoridad y de la santidad divina, para ser superior á los hombres, debe mostrarse en sí mismo superior al hombre: este sentimiento es el que, entre casi todos los pueblos del universo, ha hecho considerar la castidad como la primera condicion del sacerdocio. En el cristianismo esta condicion debia ser mas rigurosa, porque esta Religión es el espiritualismo por excelencia y se dirige, por medio de todos sus dogmas, su moral y todas sus prácticas, á formar en nosotros *el hombre espiritual*; es decir, la preeminencia del espíritu sobre la materia, del alma sobre los sentidos.

Estas consideraciones, tan incompletas como son, bastan en la actualidad para dar á conocer la eminencia del sacerdocio cristiano, y la necesidad de un sacramento especial para investirlo de todas las gracias que deben santificarlo.

Tal es el objeto del sacramento del Orden. Perpetúa en el seno de la Iglesia la misión apostólica que aquella recibió de Jesucristo; trasmite y comunica á traves de las edades el sagrado fuego con que lo anima, y bajo este respecto cumple en la sociedad religiosa con los mismos fines que el matrimonio en la sociedad civil. Marcando al sacerdote con un sello indeleble, le da los socorros que, unidos á los que sobre él refluyen de la administración de los sacramentos, y sobre todo á los que él mismo trae directamente sobre sí todos los dias en el de nuestros altares, lo elevan en general hasta un grado de santidad que cautiva nuestros respetos; y aun cuando alguna vez se muestre infiel á su carácter, lo constituyen, á pesar de su indignidad, en dispensador de las mas puras y abundantes gracias,

pues estas no dependen de los ministros sino de los sacramentos.

En fin, la vida del hombre, cualquiera que sea el estado que haya abrazado, cualquiera que sea el camino que haya recorrido, del crimen ó de la virtud, de la prosperidad ó del infortunio, llega á la muerte que es como un angosto y sombrío desfiladero, por el cual todos los hijos de Adam están condenados á pasar para dirigirse al tribunal de Dios y empezar en él sus eternos destinos. En este momento supremo en que el hombre va á dejar de obrar, en que todo lo que ha hecho en vida va á serle imputado en juicio, sin que pueda volverse atrás para enmendarlo, y en que la cuenta de sus acciones, cualesquiera que hayan sido, va á ser fijada para siempre, la Religión cristiana interviene tambien por medio de un sacramento último, y así como por el Bautismo nos habia introducido primero en la vida de la gracia, por la Extremauncion nos llama otra vez á ella, y nos introduce de nuevo en ella por la última vez junto á los umbrales de la muerte.

La Extremauncion es como el Bautismo de la otra vida, solo que se halla colocada del lado de acá, porque del lado de allá la justicia tiene ocupada la entrada. Nos hace morir al pecado antes que muramos á la naturaleza; cierra sucesivamente las puertas de la concupiscencia, y hace entrar de nuevo la gracia del perdón por el mismo sitio donde se habia perdido de la inocencia. *Por esta santa uncion*, dice el sacerdote, *el Señor te perdone todo el mal que hiciste con la vista, el olfato, el tacto, &c.*; y con estas palabras, con la uncion que las acompaña y las sublimes oraciones que las siguen, revive en el alma fiel la vida de la gracia, y se obra con frecuencia en ella una alegría y una paz tan sensibles, que el mismo cuerpo encuentra en ellas un principio de mejoría, y el alma bendice y ama siempre los padecimientos, mas á veces que los criminales placeres de que son dolorosa expiacion.

Los siete sacramentos están de esta manera distribuidos para presidir á todos los periodos notables de la vida, é introducir en nuestra alma gracias especiales conforme á sus diversos estados.

Indudablemente la gracia en su principio es la misma, es siempre la virtud de la pasion de Jesucristo; pero se nos comunica por los sacramentos en proporcion á nuestras necesidades; se especializa en sus efectos y se modela hasta cierto punto á nuestras debilidades, para ponerse al alcance de nuestra voluntad, entrar en nuestras disposiciones mas diversas, y ponernos en estado de corresponder á ella y de seguirla luego hasta á su principio y fin supremo, que es Dios.

El que reflexione sobre la debilidad humana y su gran miseria, comprenderá cuán profundas son la sabiduría y bondad de una Religión que tan bien sabe ponerse en contacto con nosotros! encaminarnos sin cesar á la perfeccion misma de Dios, y, teniendo siempre en cuenta y conciliando á la vez su auxilio y nuestra libertad, su accion divina y nuestra fé, su sublimidad y nuestra bajeza, dirigirse á

sus fines con una fuerza invencible por medios cuya condescendencia y suavidad nada iguala.

Pero para completar este estudio, debemos volver á tratar de los dos sacramentos que son como el nervio y el alma del cristianismo: la Confesion y la Eucaristía.

Aunque por su naturaleza y su título corresponden de esta materia al presente capítulo, conforme al principio prometimos, su importancia nos los hace dejar para otro capítulo especial.

CAPITULO XVI.

LA CONFESION Y LA EUCARISTÍA.

Si entre todos los dogmas y prácticas del cristianismo se quiere saber cuáles son los mas admirables, no hay necesidad sino de examinar cuáles han sido los mas insultados: la espuma honra al freno.

Bajo este supuesto debemos esperar que encontraremos en los dos sacramentos propuestos abundante materia de estudio, y de él debe salir confirmada esta otra verdad general, á saber: que es propio de todo lo que es profundamente sabio y verdadero el parecer superficialmente incomprendible y contestable, precisamente porque son profundas sus razones.

Vamos á ocuparnos primero de la Confesion y despues de la Eucaristía, y en fin, de las relaciones que entre sí tienen estos dos sacramentos.

I.

“No hay ningun dogma católico que no tenga sus raices en las últimas profundidades de la naturaleza humana, que no esté apoyado en algun sentimiento innato, como nuestra propia existencia, y por consiguiente en alguna tradicion universal y tan antigua como el hombre; . . . descuellan sobre todo esta verdad en el dogma de la confesion y de la penitencia. En este punto, como en todos los demas, el cristianismo ha revelado el hombre al hombre; se ha apoderado de sus inclinaciones, de sus creencias eternas y universales; ha puesto de manifiesto sus antiguos fundamentos; los ha purgado de toda mezcla estraña, de toda mancha; los ha honrado con el sello divino, y sobre estas bases naturales ha establecido su teoría sobrenatural de la Penitencia y de la Confesion sacramental.”

Estas bellas reflexiones son de José de Maisre (1). Si no las hubiera hecho nunca mas difíciles de justificar, se hubiera librado con mas facilidad de la nota de paradoja, nota á que ha estado mas espuesto cuanto menos lo ha merecido; pues, semejante este brillantísimo talento á un cometa, tiene su aparente irregularidad y con frecuencia inspira tambien todo su terror.—Examinemos ahora la exactitud de su reflexion:

(1) *Veladas*, t. II.—*Del Papa*, t. II

I. La Confesion, bajo el punto de vista mas humano, es la *confidencia*. ¿Hay algo mas natural que la *confidencia*, ese movimiento de un corazon que se inclina hacia otro para depositar en él un secreto... (1)? Esta verdad sirvió un dia para una feliz reflexion, en boca del cardenal de Cheverus. Habiéndole dicho una señora protestante que lo que mas le repugnaba en la Religion católica y le impedia siempre abrazarla, era el precepto de la confesion: "No, señora, la contestó el amable apóstol, no os repugna la confesion tanto como vos misma creéis; al contrario, sentís su necesidad y su valor, pues hace mucho tiempo que os estáis confesando conmigo sin pensarlo. La confesion no es otra cosa que la *confidencia* de las penas de la conciencia, que vos me esponéis para que os dé mi consejo (2)."

Esta necesidad de la *confidencia* es innata en el corazon del hombre: todos la experimentamos en las amarguras como en la alegría; pero sobre todo en las amarguras. Todos nos encontramos bajo el peso de la tristeza, de la contradiccion, de la inquietud; buscamos entonces una alma que suspenda sus propios cuidados para interesarse en los nuestros, y no la encontramos: el sitio está ya ocupado. Los mas desgraciados, es decir, los que mas necesidad tienen de un confidente, son precisamente los que menos lo encuentran, y se ven obligados á beber sus lagrimas en secreto por faltarles una mano discreta que se digne enjuagarlas. Los mas felices, queremos decir, los que mas lo parecen, sienten igual necesidad; y si es cierto que las penas mas penetrantes son las mas íntimas, es menester convenir tambien en que son las mas inconsolables, porque las causan aquellos á quienes las confiaríamos si no fuesen ellos mismos sus autores. Además, ¡cuántas penas indecibles, cuántas dificultades de delicadeza, que seria imposible y peligroso confiar á cualquiera otro! ¡Cuántas *confidencias* inconsideradas han corrompido y despedazado el corazon que debían haber purificado y consolado! No basta encontrar una alma atenta y dispuesta á lo que se busca; es preciso encontrarla pura, discreta, generosa, llena de experiencia ó ilustrada, y no basta encontrarla una vez y para una cosa que le interese, sino mil veces y para las cosas que nos son mas exclusivamente personales y que solo á nosotros interesan. ¿Dónde encontraremos una alma semejante? ¡Cuántos corazones desgraciados se entregan al crimen ó á la desesperacion por no haberla encontrado (3)!

La Confesion satisface admirablemente esta gran necesidad del corazon del hombre. Ofrece á nuestra eleccion una multitud de hombres distinguidos, con cuya amistad se honran los potentados y que no se niega á los mas infelices; hombres que reu-

nen todas las condiciones de virtud, de sabiduría y de experiencia; que ni por la mas feliz casualidad encontraríamos en otra parte, y á las cuales ellos juntan un espíritu de abnegacion y de sobrenatural caridad, que procede de la fuente de su ministerio. Por su estado, el cual desempeñan generalmente con ardor, nos esperan á todas horas, de dia y de noche, cualesquiera que seamos, pobres ó ricos, sabios ó ignorantes, y al momento que queremos escuchan con atencion, con paciencia y sin cansarse, la relacion de nuestras mas viles miserias; entran sin repugnancia en los detalles mas vulgares de nuestra situacion; comparten con nosotros nuestras penas; las alivian con solo escucharlas, y acaban por consolarnos señalándonos los medios para cegar su fuente, que ordinariamente es la de nuestros extravíos, empleándose á veces ellos mismos en quitárnoslas, y haciéndonoslas aceptar siempre por un espíritu de resignacion y de sacrificio, que saben inspirar con tanta mas facilidad, cuanto que su vida entera nos da el ejemplo. Para acabar de pintar todo el mérito de esta admirable institucion, señalaremos dos de sus condiciones que mas bellezas respiran: la primera es que el confidente se halla ligado por el mas formidable empeño á la ley del secreto mas inviolable, y que es tan fiel en este punto, que entre tantos millones de casos no se encuentra ni un solo ejemplo de violacion, por mas criticas que hayan sido las circunstancias, y hasta cuando el confesor haya tenido alguna vez la desgracia de faltar á todas sus demas obligaciones (1). La segunda condicion, que garantiza la primera y hace del confidente no solamente un hombre discreto sino un hombre desinteresado y sacrificado, es que se ha prohibido á sí mismo el contrair esos vínculos de afeccion, de familia ó de negocios, que podrian convertirlo parte en lo que solo debe ser juez, que lo espoudrian á la seducion, y lo distraerian de la solicitud y de la caridad con que debe hacerle amar de todos.

De todos, y este es tambien un punto de vista admirable, sobre el cual es preciso insistir. A los pies del confesonario, cualquiera que sea el rango del ministro que en él se sienta, todas las condiciones se mezclan y confunden. Allí no hay preeminencia ni favor: todo ser humano, sea el que fuere, tiene derecho de llegarse á su vez, de obtener igual atencion, igual compasion, y el grande de la tierra se ve con frecuencia obligado á esperar, y á esperar por mucho tiempo, que las amarguras que acaso él mismo causó á un humilde doméstico suyo, hayan sido consoladas por la misma boca que guarda para él lecciones mucho menos suaves.

Pero no le basta aún al confesor tener su puerta siempre abierta á todo el que se presenta: él mismo irá, si es menester, volará á la cabecera de la cama del enfermo, cualesquiera que sean su morada y su estado, se sentará sobre la paja en que

(1) Palabras de Bossuet.

(2) *Vida del cardenal de Cheverus*, p. 80.

(3) Sucede esto sobre todo en los tiempos de una revolucion como la nuestra, en que el continuo trastorno de condiciones é intereses engendra y fomenta á la vez tantas ambiciones y tantas esperanzas, y en que el rompimiento de los lazos domésticos y sociales irrita con el aislamiento las ocasiones heridas ya por la desesperacion.

(1) "Es singularmente prodigioso, es tal vez hasta milagroso, que entre todos los crimenes de la revolucion francesa, no se haya oido hablar nunca de ninguna revelacion penitencial, y sacramental por parte de algun sacerdote apóstata." (*Memorias de la marquesa de Crequy*, t. v.)

aquel esté echado, respirará su aliento apestado, no se detendrá ante los disgustos y peligros que interpongan los parientes y amigos, subirá al cadalso con el parricida, y único y postrero consolador del miserable mas justamente abandonado de los hombres, introducirá y encenderá de nuevo en esta alma criminal el amor de Dios y de la virtud, á fuerza de presentarle su imagen.

¡Y hay hombres bastante ciegos para mofarse de la confesion! ¡Cuánta compasion nos causan!!!

II. Pero la confesion no es solo una confidencia: es ademas una *direccion*, y bajo este segundo respecto ha satisfecho otra necesidad no menos grande de la naturaleza humana.

Oigamos á esta explicarse sobre este punto, por la pluma de un pagano:—"¿Cuál es, pues, Lucilio, esa maligna influencia que nos aparta del punto á que nos dirigimos y nos coloca en el sitio del cual huimos? ¿Cuándo y cómo podremos librarnos de ella? Nadie en sí es bastante fuerte para resistirla: es preciso que algun otro nos dé la mano y nos saque del abismo. Epicuro habla de muchos que sin ayuda de nadie llegaron á la sabiduría. Otros, segun él, tienen necesidad de ayuda.... Nosotros dos no pertenecemos en verdad á la primera categoria; ¿qué digo? se nos trataria favorablemente admitiéndonos en la segunda. Nadie debe despreciar al que pueda salvarse con la ayuda de otro, pues ya es mucho el querer salvarse.—Mas ¿á quién dirigirme? dirás acaso, ¿es á ese ó aquel?—Decidme por aquellos cuya vida es una continua enseñanza, que despues de haber dicho lo que conviene hacer, lo prueban con sus acciones; que enseñan lo que es preciso hacer y nunca se les sorprende en las faltas que han dicho se deben evitar. Tomad un guia que sea mejor aún para visto que para oido.... (1)."

Estos consejos, que en el dia no podrian darse mejores, sobre la necesidad y la eleccion de un *director*, van seguidos en Séneca de una lista tan larga de filósofos, entre los cuales aconseja buscarlo, que al mismo tiempo inspira la desconfianza de encontrarlo jamas. El cristianismo satisface esta gran necesidad por medio de su sacerdocio y de la institucion de la confesion. Forma hombres especiales en el arte de conocer las enfermedades del alma, en la esperiencia de su tratamiento y en un cuidado tan grande de preservarse á sí mismos de ellas, que todos ofrecen á la vez, el precepto y el ejemplo, y salen de su boca esas luces eficaces que persuaden lo que ellos aconsejan, disipan nuestras ilusiones, descubren las causas ocultas de nuestras debilidades, desenredan la embrollada trama de nuestras pasiones, nos dicen clara y enérgicamente lo que nuestro juicio y nuestra conciencia no nos dicen mas que con voz débil y poco comprensible, y son, en una palabra, para nosotros, verdaderos *mentores* que ahuyentan el vicio, atraen la virtud y dirigen nuestros extraviados pasos por las sendas del deber.

¿No hay ya una ventaja muy preciosa en el solo

hecho del contacto de una alma disipada con una alma recojida, en esta sola comunicacion de conciencias, una de las cuales, obligada mas particularmente y por su estado á la virtud, formada cada dia en la perfeccion por la participacion de los santos misterios, preservada de todo cambio por la ascension de los cuidados y placeres que nos corrompen, y tanto mas dispuesta á dominar y arreglar las agitaciones en que nosotros nos hallamos cuanto ella solo las ve desde la ribera, y se enriquece todos los dias su esperiencia con los restos de tantos naufragos como van á él para repararse por el arrepentimiento; una de las cuales, decimos, preservada é instruida de este modo, debe comunicar necesariamente á la otra su fuerza y su luz, y ser para ella como la piedra imán que atrae el hierro y le comunica sus propiedades?

Es verdad que los que no ven la Religion mas que de lejos y á través de sus prevenciones, dicen que el retrato que hacemos de sus ministros es exagerado, que son víctimas de las mismas debilidades y que, bajo este respecto, el fruto de esta comunicacion es contestable y á veces hasta malo.

Nos reservamos responder á esta objecion en lo que tiene de mas estremado, y solo diremos entre tanto: primeramente, que la esperiencia la desmiente del todo y que, á Dios gracias, hay aun bastante gente, y gente ilustrada, que hace uso de la confesion para que podamos saber de su boca, y sobre todo conocer por su conducta, si lo que acabamos de decir es exagerado. ¿Se nos citará un solo hombre que por virtud se haya apartado de la confesion?... Pasaremos todavia mas adelante: ¿Se nos citará uno solo que no se haya apartado de ella por vicio?... Despues de semejante prueba parecemos que la buena fe estará en disposicion de pronunciarse.

La sola razon indica ademas que hay virtudes de posicion, y que por este solo título, prescindiendo de los auxilios sobrenaturales, la gran mayoría de los sacerdotes católicos, por las consideraciones que hemos aducido ya, deben ser los mas virtuosos de entre los hombres, y que si añadimos á esta primera garantía la de una eleccion ilustrada y prudente, es indefectible que cada uno encontrará con facilidad entre ellos al sabio cuya descripcion acabamos de hacer.

Dos medidas hay para juzgar del mérito de los hombres, la de la perfeccion soberana y la de nuestro estado ordinario de imperfeccion. Siempre aplicamos la primera á los ministros de la Religion, y se les condena sin piedad cuando á ella no corresponden; en seguida se pasa de la maledicencia á la calumnia, y solo porque no son ángeles, en nada se les quiere distinguir ya del resto de los hombres. Juzgadlos, sin embargo, comparándolos con estos, con vosotros mismos, y veréis con qué resplandores brillarán á vuestros ojos.

El clero católico,—la verdad y la justicia nos obligan á reconocerlo,—se distingue por una gran pureza de costumbres y por un mérito tanto mas real cuanto su humildad lo oculta á sus enemigos y parece que conspira con sus prevenciones para no

(1) Séneca, carta 411.

dejarles ver mas que debilidades. Si se encuentran por casualidad en él algunos miembros menos dignos, están paralizados para el mal y funcionan hasta simpáticamente para el bien, movidos como se hallan por el santo vigor del cuerpo al cual todavía pertenecen, mientras su propia corrupcion no les haya obligado á separarse.

En la actualidad bastante hemos dicho sobre esta objecion, que por otra parte, y como por un trastorno completo de la primera regla de todo juicio recto, tan solo la hacen al clero los que no lo conocen y hasta tienen á gala el no conocerlo.

III. Entremos ahora mas directamente en el estudio de la Confesion.—La Confesion no solo es una institucion de *confidencia* y de *direccion*, sino que es principalmente la *confesion*, es decir, la humilde declaracion de todas las faltas de que la conciencia recojida dentro de sí misma por el arrepentimiento, puede acordarse delante de Dios.

Aquí es principalmente donde se atrae toda nuestra admiracion.

Si hay un hecho profundamente natural y verdadero, cualesquiera que sean sus causas, es que está en la esencia del espíritu humano el buscar la expiacion en la confesion. La conciencia universal, dice perfectamente de Maistre, reconoce en la confesion espontánea hecha á la autoridad una fuerza expiadora y un mérito de gracia; no hay mas que un sentimiento acerca de este punto, desde la madre que interroga á su hijo acerca de una porcelana rota ó acerca de una golosina comida contra su mandato, hasta el juez que interroga desde su tribunal al ladrón ó al asesino (1).

Es tan grande la fuerza de ese instinto misterioso que obliga á la conciencia á abrirse á las miradas de los hombres que con frecuencia el culpable rehúsa, por obedecerle, la impunidad que el silencio le aseguraba, y busca él mismo la pena que hubiera podido evitar.

Todo concurre á consagrar esta verdad; porque, notadlo bien, no resulta solo de ese movimiento interior que obliga al culpable á acusarse, sino de la buena acogida que dan los demás á la confesion que sale de su boca, de los miramientos que por ella le tienen y de la satisfaccion que él mismo experimenta. Algunas veces toda la sociedad está como oprimida por el silencio y la denegacion de un culpable, aun cuando no tenga necesidad de su confesion para ratificar el juicio contra él formado. Lo rodea con inquietud, se vale de todas las contemplaciones para favorecer su confesion, oye y calla con una especie de silencio religioso para dejarlo hablar, y parece que quiere recabar, á fuerza de atencion, aquel sí precioso que, desde que sale de la boca del mas infame de todos los monstruos, lo hace hombre, y le abre el acceso á la indulgencia de sus mismos acusadores.

No hay falta tan leve que el disimulo no envenene, así como no la hay tan grave que una generosa confesion no atenúe. Por esto tiene tanto valor en la sociedad la franqueza, que no hay nada que no

haga perdonar; que no restablezca y repare, y que, base del honor, no pueda decirse de ella que no todo se ha perdido cuando no se ha faltado á ella ó cuando á ella se apela.—Y es porque la verdad, que es Dios, es el principio y el fin de todos los deberes de la vida, como dijo el poeta: *vitam impendere vero*. La verdad es como la atmósfera del alma y el centro comun de los espíritus. Una alma que se cierra á la verdad, muere y se escomulga á sí propia. Nos debemos á ella por la observancia de todos los deberes de que es principio, y nos la debemos todos unos á otros por la franqueza en nuestras relaciones.

De aquí se sigue que cuando incurrimos en una falta contraemos enaquel mismo momento tres clases de deberes para con la verdad violada:—El primero es detestar interiormente la falta y repararla por el arrepentimiento:—El segundo es confesarla exteriormente para volver á entrar en comunicacion de verdad con nuestros hermanos:—El tercero es reparar el mal que ella puede haber causado y tributar á la verdad un homenaje de expiacion proporcionado á nuestra rebeldía.

Estos son los tres caracteres de toda confesion verdadera, aun bajo el solo punto de vista natural:—el arrepentimiento,—la confesion—y la satisfaccion.—Estas tres condiciones son inseparables, se completan recíprocamente y las tres completan la confesion.—Pero la principal hasta cierto punto, porque supone las otras dos,—perfecciona el arrepentimiento y empieza la satisfaccion,—es la Confesion.

La confesion debe pues ser considerada primero en sí misma,—luego como expresion del arrepentimiento,—y despues como fundamento de la satisfaccion.

Estamos ya en el corazon de nuestro asunto, y es tal la armonía de la confesion con la naturaleza del hombre, la union de la teología con la filosofía, que aun cuando tratáramos el asunto solo por su aspecto natural y filosófico, lo habríamos tratado al mismo tiempo bajo el punto de vista teológico y religioso.

1.º La confesion, considerada en sí misma, es una deuda que tenemos con la verdad y la sociedad. Al hombre se le dió la palabra para expresar su pensamiento; éste y aquella deberian estar siempre en perfecta consonancia, dejar constantemente paso libre á la verdad y no detenerla nunca cautiva con injusticia. Por otra parte, todos estamos sujetos á la sociedad de la cual somos miembros, y le somos responsables de la verdad. Ella nos debe su crédito, y nosotros la debemos la verdad. Vivimos de su estimacion y confianza, pero con la condicion de que no la engañaremos acerca de la existencia del mérito que cree deber premiar en nosotros. Por consiguiente, cuando en realidad no es este el que parece, debemos á la verdad y á la sociedad el declararlo abiertamente y el restablecer la santa armonía que debería haber siempre entre el pensamiento y la palabra, entre cada alma y la gran sociedad de las almas. Por esto sentimos cierta incomodidad cuando oímos que nos alaban

(1) *Del Papa*, cap. 2.

por virtudes que no hemos tenido ó que no tenemos, al mismo tiempo que estamos favoreciendo este error con nuestro silencio. No declararse en semejante caso, es mentir, es engañar, es hacer traición á la verdad y á la sociedad. Por esto inspira tan justo horror la hipocresía. Y sin embargo puede decirse hasta cierto punto que todo el que no se confiesa es hipócrita ó al menos culpable de una ocultación de verdad. Sería necesario, si fuera posible, que toda nuestra vida y hasta nuestros pensamientos fuesen transparentes y que nosotros fuésemos como de cristal. Entonces nos hallaríamos en un continuo estado de confesión pública. En efecto la confesión debería ser pública, y lo era en la primitiva Iglesia, precedida empero de la confesión particular al sacerdote, que siempre se consideró como necesaria para alcanzar la gracia de la remisión de los pecados. A principios del siglo V el papa San Leon abolió la confesión pública, dejando subsistir para en adelante la sola confesión auricular; lo cual, lo diríamos de paso, ha favorecido la preocupación de que la confesión no había sido instituida hasta esta época, preocupación que los mismos términos en que se halla concebido el decreto de San Leon bastarían para confundir, aun cuando no leyéramos en todos los anteriores padres de la Iglesia, y hasta en los Hechos y las cartas de los apóstoles, y en el mismo Evangelio, al precepto y uso de la confesión (1).

Si por las sabias razones aducidas en el decreto de San Leon, fué suprimida la confesión pública, no deja por esto de subsistir el principio del cual hemos deducido su necesidad, y milita con tanta mas fuerza en favor de la confesión particular, cuanto que tiene ademas en apoyo, como despues veremos, un motivo muy especial. Lejos pues de revelarnos contra la obligación de esta última confesión, deberíamos ver en ella una mitigación del deber natural de la confesión pública.

Esta reflexión la hace Pascal en términos muy dignos de aquella grande honradez que era uno de los distintivos de su talento.

Despues de haber probado que, lejos de incomodarnos contra los que censuran nuestras imperfecciones, deberíamos agradecerseles, puesto que nos libran de un mal que es la ignorancia de nosotros mismos, y que restablecen la verdad por nuestra cuenta, prosigue así: "Hé aquí los sentimientos que se despertarían en un corazón que estuviese dotado de equidad y justicia. ¿Qué deberíamos decir pues del nuestro, al observar en él disposi-

ciones tan contrarias? . . . Hé aquí una prueba que me horroriza. La Religión católica no obliga á descubrir sus pecados indiferentemente á todo el mundo; permite que nos mantengamos ocultos para con todos los demas hombres, y solo exceptúa uno solo, al cual nos manda que manifestémosle todo el fondo de nuestro corazón y que nos le presentemos tales como somos. No hay mas que un solo hombre en el mundo con quien nos manda ser francos, y á él le obliga á un secreto inviolable; de donde se sigue que semejante confianza, respecto del que la recibe, lo mismo que si no se hubiera hecho. ¿Podríamos inventar nada de mas caritativo ni suave? Y no obstante, es tal la corrupción del hombre, que aun encuentra rigores en esta ley; y esta es una de las principales razones que ha hecho rebelarse á una gran parte de la Europa contra la Iglesia.—¿Cuán injusto y desrazonable es el corazón del hombre creyendo malo al que se le obliga á hacer con un hombre lo que sería hasta cierto punto justo que hiciera con todos los hombres! ¿Sería acaso justo que lo engañásemos?"

Tal es la confesión considerada en sí misma.

2.º Considerémosla ahora en sus relaciones con el arrepentimiento.

Todos convienen en que la moralidad del alma humana, lo mismo que la salud del cuerpo, consisten en librarse de los vicios, en estudiarlos, conocerlos, arrepentirse de ellos, reparar sus efectos y evitar las recaídas.

Este trabajo de enmienda que todo hombre se debe á sí mismo y á Dios que lo llama á él, supone el estudio de sí mismo, el exámen de su conciencia, la confesión mental.

Pero nosotros nos atrevemos á decir que todo esto es en vano sin la confesión oral.

"A diferencia de los males del cuerpo," el que está hablando es un filósofo pagano, "sentimos tanto menos las enfermedades del alma, cuanto mas graves son. No os admiréis de lo que voy diciendo: cuando dormitamos y percibimos, aunque vagamente, los objetos, sucede á veces que aun durmiendo tenemos el sentimiento del sueño; pero un sueño profundo impide hasta los sueños, y pesa de tal modo sobre el alma, que la priva de todo uso de su inteligencia. ¿Por qué ocultamos nuestros vicios? Porque nos hallamos abismados en ellos; confesar sus vicios es señal de curación. Despertemos pues, para acusarnos de nuestros errores (1)."

Los vicios del alma tienen en efecto la propiedad, no solo de hacerla culpable, sino de dejarla en seguida menos sensible á la idea del mal, de emboratar el sentido moral. Sin duda que en el momento de faltar, se subleva la conciencia y da un grito; pero en seguida vuelve á decaer á causa de su propia debilidad, y ya no conserva la misma delicadeza. El pecado se aposenta en ella como un huésped infame: la adormece, la sienta, abre en ella sulcos pro-

(1) Hé aquí las sabias palabras de S. Leon.—"Prohibimos, á Dios, el recibir en publican la declaración que hubiesen hecho los pecadores de todas sus faltas en detalle y por escrito: basta con manifestar al sacerdote, por medio de una confesión secreta, los pecados de que nos sentimos culpables. Son sin duda dignos de alabanza los que, en la plenitud de su fe, no temen cubrirse de confusión delante de los hombres, porque están penetrados de un temor saludable al Señor, no obstante, como entre los penitentes puede haber algunos que tengan justo reparo de publicar sus faltas, es preciso abolir esta costumbre, á fin de que no se priven de los remedios de la penitencia, sea por vergüenza ó por temor de descubrir á sus enemigos acciones dignas de castigarse por la autoridad de los superiores; pues basta con la confesión hecha primero á Dios y luego al sacerdote." *Epistola*, 126.

(1) *Vitia sua confiteri, caritatis indicium est. Esperiendum ergo, ut errores nostros corrigere possimus. Benedictus*, 58.

fundos en los cuales se mantiene escondido, y desde donde exhala un vapor soporífero y deletéreo al cual el alma poco á poco se va abandonando hasta que llega á no percibirse ya de su estado. Cas el alma, como dice Séneca, en un sueño profundo que impide hasta los sueños, y cuando menos en un estado de dormitacion en que no percibe mas que muy vagamente los objetos.

¿Cómo queréis que por sí misma salga perfectamente de este estado de ilusion? Seria necesario que empezase por juzgarse á sí propia y conocer la gravedad de sus vicios, lo cual no podría hacer sino comparándose con la idea de la perfeccion que precisamente sus vicios le ocultan. Ya no puede verse distintamente á sí misma en este espejo empañado con su propio aliento. Todo está trocado y confundido; los contornos del bien y del mal no existen ya, y el orgullo coloca al fin sobre todo esto el velo de la escusa.

Es preciso romper este encanto fatal: *es preciso despertar*. Y para esto no hay mas que un medio, que es ponerse en contacto con una alma despierta, y en la cual se haya conservado aquella idea de perfeccion, aquel tipo del bien, que debe hacer resaltar nuestros vicios á nuestros propios ojos; es preciso abrir su alma á la gran luz de la verdad; es preciso darratar al orgullo por medio de su contrario: *es preciso confesarlos*.

No decimos que sea preciso confesarnos para dar á conocer nuestros vicios, sino para conocerlos nosotros mismos, para sentirlos.

Conócete á tí mismo, es el problema de la sabiduría antigua; *confésate*, es su solucion.

Efectivamente: si uno quiere tener una idea exacta de sí mismo, es necesario tener la que de uno tienen los demas. Es menester vernos en su juicio, y para esto es indispensable que nos entreguemos á él. Aun cuando los demas fuesen víctimas de los mismos defectos que nosotros, esto seria verdad; porque, por una ilusion del orgullo, los vicios que no vemos en nosotros los vemos en otros, y hay quien descubre una arista en el ojo de su vecino, y no siente una viga en el suyo propio.

Pero si tal es el efecto de la confesion, aun tratándose de un hombre indigno, ¿cuál no deberá ser cuando el confesor es un hombre cecento, en cuanto lo permite nuestra naturaleza, de los vicios que nos acompañan; cuando es verdadero ministro de la ley, formado en su estudio, en su culto, investido de su luz, penetrado de su santidad, devorado por su celo, y que es, por decirlo así, él mismo la ley viva? En semejante caso, la sola idea del contacto entre nuestra alma y la suya, entre nuestro estado y el juicio que él forme de ella, despierta la conciencia, sacude su languidez y conmueve en su mismo interior, hasta en sus mas íntimas profundidades, todos esos vicios que estaban en ella como confundidos, y que en ella vivían y nadaban sin perturbar su superficie, como los monstruos en los abismos del océano. ¿Qué sucede, si no, cuando esta conciencia se abre por fin, é instada por una inflexible obligacion de sinceridad se revela y muestra toda entera ante su juez? Entonces todos

sus vicios se le presentan con una deformidad que ni ella misma sospechaba siquiera, se desprenden, se ponen de manifiesto, salen á la vista, la abrumen con su peso, y ella los ve todos distintamente por sus propios ojos, y de este espectáculo nace, ó al menos se aumenta y perfecciona, el arrepentimiento de haberlos cometido y el horror de volver á caer en ellos.

Observad con atencion el concurso de dos fenómenos que entonces tienen lugar, y que explican perfectamente las últimas reflexiones que hemos citado de Séneca. Dice éste que no sentimos los vicios porque nos hallamos encogados en ellos, y añade: *Confesarlos es pues una señal de curacion; despertemos para acusarnos de nuestros errores*. En efecto, para confesar nuestros vicios es necesario empezar por sentirlos, y tener un principio, un indicio de despertamiento y de curacion; pero para completar este despertamiento y esta curacion es preciso confesarlos. La confesion y el despertamiento del alma se enlazan mutuamente y obran uno sobre otro. Confesando nuestras faltas, sentimos su gravedad, y este mismo sentimiento de su gravedad nos obliga á confesarlas. Entrando en el alma la luz de la verdad, echa de ella nuestros vicios por medio de la confesion, y saliendo estos por la confesion, dejan penetrar una luz mas grande de verdad, que aumenta la necesidad que tenemos de confesarlos, hasta que habiéndose efectuado estos dos fenómenos enteramente el uno por el otro, nuestra alma vuelve á estar en completa posesion de la verdad y libre de todos sus errores. De modo que la confesion es como un soberano reactivo, ó, como dice Orígenes, una especie de *comitio* que nos hace espectorar con nuestros pecados la causa interior del mal (1).

¿Cuántas almas hay que se creen sanas, y en las cuales una buena confesion descubriría manchas que no se figuran tener, y cuya vista disminuiría la opinion en que se tienen á sí mismas y les inspiraría para la virtud resoluciones y esfuerzos que aumentarían sus frutos!

La confesion queda pues no solamente justificada en sí misma, sino tambien como medio de conocer nuestras faltas, é instrumento de nuestro arrepentimiento y curacion.

3.º Hemos dicho que era tambien principio de la satisfaccion.

En efecto, debemos satisfacer por los estravios de que nos hemos hecho culpables, y esta satisfaccion es necesaria no solo de justicia para con la verdad á quien la debemos, sino por interes de nosotros mismos y para redimirnos de nuestras faltas expiándolas.—Por mas que pensemos en nuestras faltas, por mas que las confesemos interiormente y que nuestra voluntad las deteste (acabamos de ver que ni aun esto puede suceder sin la confesion exterior), no podemos hacer que no las háyamos cometido, y que no les seamos feudatarios hasta que

(1) *Dum accusat semetipsum et confitetur, simul evomit et delictum aliquo omnem morbi digerit causam.*—Hom. II. in Psal. 57.

hayamos pagado su rescate. Cada vez que comemos una falta, es para darnos un placer que la justicia no permite. Compramos un placer prohibido á costa de nuestra inocencia, y por consiguiente, si queremos recobrar nuestra inocencia, es menester restituir este placer prohibido. Y ¿cómo? Privándonos de un placer permitido, sujetándonos á una pena voluntaria; pero ¿qué pena?

La pena expiatoria debe en cuanto es posible ser el contrapeso de la satisfaccion culpable. Examinados bien, y encontraréis la rebeldía y el orgullo en la raíz de toda satisfaccion culpable. De cualquiera naturaleza que sean las seducciones que nos arrastran á la violacion del deber, la conciencia reclama, la ley impera hasta el instante de esta violacion; nos hace sentir su autoridad y nuestra dependencia, y nos dice: "Esto está prohibido, non licet." El último movimiento de la pasion, lo que consuma la falta, que la constituye, es pues un movimiento de rebeldía, de trasgresion, de orgullo: "¿Qué importa? quiero pertenecerme, prescindiendo del deber, non serviam;" esta es la palabra decisiva del pecado. Por esto la vergüenza y la sumision, contrapeso del orgullo y de la rebeldía, han sido siempre consideradas como las bases de la expiacion. La vergüenza no siempre es suficiente, aunque siempre es indispensable para que se efectúe la expiacion; es la puerta por donde volvemos á entrar en el órden, así como el orgullo es la puerta por donde nos salimos de él.

Así se explica esa necesidad natural de la confesion que tanto atormenta las conciencias culpables. Es la necesidad de darse libertad por la expiacion, de rescatarse por la vergüenza. "Si, soy culpable, soy un miserable, soy un pecador, no merezco excusa, quiero acusarme yo mismo, solo soy digno de desprecio y de castigo;" estas son las palabras del arrepentimiento, feliz, si aun podemos ser escuchados, si podemos, al precio amargo de la vergüenza, librarnos del tormento de la culpabilidad. Parece que entonces el alma enajena sus culpas, que las echa de sí expiándose, que la misma vergüenza de su confesion se las borra, y ella las siente, por decirlo así, resbalar sobre ella y abandonarla, como una serpiente que se desnuda de su antigua piel.

Pero no se limita á esto la satisfaccion, no: quedamos aún deudores á la justicia, y la penitencia debe prolongarse y terminarse en proporcion correspondiente á la falta; pero una vez sentado el principio de la satisfaccion, nos hallamos en camino de salvacion, nos hallamos en paz.

Tal es el poder de la confesion considerada como expiacion.

Todo lo que precede resuelve la objecion capital que se hace ordinariamente á la confesion; pues consiste en decir que efectivamente debemos confesarnos con Dios para con el cual somos culpables, y que solo él tiene autoridad sobre nuestras almas; pero que es intolerable tener que sujetarse á confesarse con un hombre, y con un hombre pecador como nosotros mismos.—Después de lo que ya llevamos dicho, es fácil contestar: primeramente, que

debemos á la sociedad de los hombres la verdad, y devolverle, por la confesion á lo menos particular, lo que hay de mas en la estimacion que ella nos concede sobre la fé de un mérito que no tenemos;—que aun para confesarnos realmente con Dios, es preciso confesarse con el hombre, porque hallándose debilitados en nosotros por nuestros propios pecados la idea y el sentimiento de Dios, no podemos conocerlos y arrepentirnos perfectamente de ellos, sino sujetándonos al juicio de otro y particularmente al de los ministros y depositarios de la ley santa;—y que la condicion esencial de la confesion, la vergüenza, base de toda expiacion, resulta precisamente de esta revelacion hecha á un hombre; de tal manera que en este último sentido la objecion lleva en sí misma la respuesta, y que precisamente porque repugna el confesarse, es necesaria la confesion.

Creemos haber justificado bajo el punto de vista filosófico la necesidad de la revelacion exterior, porque es el alma de la confesion, ya en sí misma, ya respecto del arrepentimiento y la satisfaccion.

IV. Después de haber considerado la confesion en su principio ó en sus efectos inmediatos, examinémosla en sus efectos mas lejanos, que son inmensos.

El primero es constituir al que hace uso de ella en un estado de incesante vigilancia. Por la obligacion que contrae de decirlo todo, hasta sus mas secretos pensamientos, no está nunca solo; tiene siempre consigo un testigo, un ojo abierto; no ese ojo de Dios que nos es á veces indiferente, sino el del hombre que tanto tememos. No hay ninguna mala accion que no se oculte; por consiguiente, el que fuese siempre visto, acaso no pecaria jamas; nada haria en secreto que no pudiese hacerlo en público, porque no estaria en secreto nunca. Además, tal vez haríamos ciertas acciones malas en presencia de cierto público, en el cual seria facil que algunos de los testigos se convirtieran en cómplices; pero cuando el testigo es el hombre de quien, atendida la santidad de sus costumbres y la austeridad de su carácter, solo se puede esperar amarga censura; y que del conocimiento que él tenga de nuestras acciones no nos puede resultar mas que desaprobacion y vergüenza, ¿cuánto no deberá contenernos esta consideracion, servirnos como de freno, segundar poderosamente en nosotros el sentimiento del deber con el de nuestra dignidad y aumentar su fuerza!

El filósofo Charron escribió sobre nuestro asunto una hermosa página, entre cuyas reflexiones, que todas confirman las que nosotros hemos hecho, domina la siguiente, que vamos á citar por ser poco conocida.

"Del verdadero arrepentimiento, dice, nace una verdadera, franca y concienzuda confesion de sus faltas. Así como en las enfermedades del cuerpo usamos de dos especies de remedios, uno que cura arrancando la causa y raíz de la enfermedad, otro que solo palia y adormece el mal, de los cuales el primero es mas doloroso, pero tambien mas saludable; asimismo en las enfermedades del alma

"el verdadero remedio que purifica y cura es una seria y vergonzosa confesion de sus faltas; el otro falso remedio, que no hace mas que disimular y encubrir, es escusado; remedio inventado por el mismo autor del mal; es el vestido de hojas de higuera con que se cubrieron los primeros pecadores.... Deberiamos, pues, procurar acusarnos, decir y confesar resueltamente todas nuestras acciones y pensamientos; porque ademas de ser esto una bella y generosa franqueza, seria al mismo tiempo un medio para no hacer ni pasar nada que no fuera bueno y digno de hacerse público. Quien se obligase á decirlo todo, se obligaria tambien á no hacer nada que despues se viese obligado á ocultarlo. Desgraciadamente sucede todo lo contrario: somos reservados y discretos en la confesion, y no lo somos en las acciones; el atrevimiento para faltar, nunca es contenido y sujetado por el atrevimiento de confesar: si es malo hacer alguna cosa, peor es aún el no atreverse á confesarla (1)."

2.º —El segundo efecto de la Confesion es excitar el alma al bien.—Primero, nos libra de la ignorancia de nosotros mismos, de distancia en distancia va colocando en el camino de la vida señales que sirven para medir nuestros progresos en la virtud, y convierte nuestras mismas faltas en un tesoro de experiencia que nos ayuda á corregirnos de ellas.—En segundo lugar, nos libra del orgullo que va siempre creciendo, que nos inmoviliza en un estado de infecundidad moral y procura siempre nivelarse con nuestras debilidades, en vez de que la humildad que la Confesion nos inspira, nos eleva tanto mas cuanto mas abatidos nos sentimos, y nos hace subir siempre en razon de nuestra inclinacion á descender.—Nos libra, en tercer lugar, del desaliento que es grande obstáculo á la virtud. Las flaquezas de que interiormente nos sentimos poseidos, por mas que querramos ocultárnoslo, son como un peso que retarda y que nos resignamos á arrastrar, con la idea de que no podemos obrar de otra manera, y son el resultado de toda nuestra vida y una fatal consecuencia de nuestras primeras disposiciones. Como no se puede declinar la responsabilidad de habitos tan funestos, queremos aprovecharnos de su beneficio, toda vez que se han convertido en una especie de parte de nosotros mismos, en uno como aluvion de nuestra propia existencia. Si uno pudiese volver á comenzar la vida, conociendo como conoce la vanidad de los placeres, bien distinta seria su conducta; fuerte con su inocencia é iluminado por la experiencia, seria enteramente dueño de sí mismo, y se formaria mas puro y feliz porvenir.... Pues bien, el beneficio de la Confesion es volver á hacer empezar la vida, romper con lo pasado por un abismo en el que desaparecen todas nuestras miserias, y darnos por el arrepentimiento una segunda inocencia, y por el sentimiento del perdón una conciencia renovada, que puede volver á empezar sobre nuevos cimientos el edificio de la virtud.—Finalmente, la

Confesion, renovando nuestra union con la gran sociedad de las almas virtuosas, pone á la disposicion de uno solo los recursos y las fuerzas de la generalidad. En todos tiempos ha habido en el mundo dos ciudades, la ciudad del bien y la del mal. En cada una de estas dos ciudades reina una alma común que anima las almas particulares colocadas en su esfera de actividad, y les imprime un movimiento de conjunto que las sostiene y determina, cuando entregadas á sí mismas su debilidad individual las haria vacilar. Bajo el punto de vista de la fé, la sociedad católica añade á estas ventajas naturales la de poseer un centro único, una base fija, un fondo inagotable de luces y de gracias, cuyo principal origen está en los méritos de Jesucristo, y al cual se juntan las oraciones y buenas obras de todas las almas santas de la tierra y del cielo... Por medio de la Confesion se conservan y estrechan los lazos de esta asociacion espiritual, se le dan gajes de duracion, se reciben sus gracias, se vive de su vida eterna, y se nos da y comunica la fortaleza misma de Dios. El confesor, órgano inmediato de esta comunicacion, derrama sus frutos sobre el alma del penitente por medio de consuelos, avisos, exhortaciones, pareceres y gracias que en ninguna otra parte encontraríamos tan justos y eficaces, porque siempre están en consonancia perfecta con las necesidades del alma, y se aplican á sus llagas al momento que acaban de abrirse, se insinúan en sus mas secretos repliegues y la penetran toda con su virtud.

3.º Si de estos efectos particulares pasamos á otros mas generales, descubriremos uno tan sensible que arranca de la boca de los mas declarados enemigos del cristianismo palabras de admiracion. Son de tal naturaleza nuestros lazos en la sociedad, que no hay una sola de nuestras faltas que no se componga de perjuicios causados á nuestros semejantes y que no constituya á nuestro redor como un círculo de injusticias mas ó menos estenso. La Confesion tiene de admirable que concentra la fuerza moral mas intensa, la del remordimiento, de la necesidad de la expiacion y de la esperanza del perdón, en la reparacion de todos los desórdenes causados por nuestros vicios en la sociedad. Como si obrase por un resorte secreto, hace abrir la mano del usurero y devolver á su verdadero dueño el caudal que otro poseia injustamente; hace aparecer la reparacion en los mismos caminos del escándalo, el perdón en los de la ofensa, la retractacion en los de la calumnia; obliga á pagar mil secretas deudas de conciencia y de honor con una escrupulosa delicadeza, y no permite, en fin, al culpable participar de los bienes del cielo hasta haber reparado, en cuanto le es posible, todos los males que puede haber hecho en la tierra. "¿Cuán-
"tas restituciones y reparaciones no produce la Confesion entre los católicos, dice Juan Jacobo (1)!"
—"La Confesion puede considerarse como el mayor freno de los crímenes secretos, dice Voltaire; es muy buena para obligar á los corazones mas en-

(1) *De la Subiduría*, lib. II, cap. 2.

(1) *Emile*, lib. 4.

"conados á perdonar, y para hacer devolver á los ladrones lo que hayan robado á su prójimo (1)."
—"El mejor gobierno, dice Raynal, sería una teocracia en la que se estableciese el tribunal de la Confesion (2)."

4.º En efecto, considerada la Confesion en su más lata influencia, es una obra maestra de purificación social. Todas las instituciones civiles y políticas se limitan á la superficie de las sociedades, y solo arreglan las acciones en sus efectos exteriores, y aun no todas. A la aparente armonía que de aquí resulta se la llama civilización. Sin embargo, en el seno de esta civilización, en el fondo de estas sociedades, ¿qué hay más que apetitos salvajes, instintos feroces mal disimulados, que comunican con el infierno por medio de misterios de iniquidad que no tienen nombre en las lenguas humanas; que, no teniendo más conciencia que la mano del verdugo, consideran como permitido todo lo que puede librarse de ella, y se hallan siempre dispuestos á lanzarse al través de las leyes sobre la sociedad como sobre una presa que se les hubiese quitado y que procurasen reconquistar? No se crea que solo aludimos á esas clases desheredadas de la sociedad, cuyos horribles misterios han sido revelados en nuestros días, y son en la actualidad motivo de escándalo para el común de los lectores, y de profundas meditaciones para algunos sabios. No: no hay menos desórdenes entre las clases elevadas; porque sean los crímenes mas dorados y profundos no dejan de ser los mismos crímenes, ni afectan y minan menos las costumbres y las leyes. Por otra parte, todos llevamos en nuestro interior esa tendencia criminal, esa levadura de corrupción mas ó menos comprimida, y que con frecuencia se da á conocer por los deseos cuando no puede por las acciones.

¿Quién no conoce las inmensas ventajas que la sociedad, corroida de este modo por un mal intestinal, reportaría de la Confesion, de este *tribunal de las almas*, que abraza todos los misterios de la voluntad en su indefinida jurisdicción; cuya influencia se extiende sobre los pensamientos y deseos, como la fuerza pública de las leyes sobre los delitos y los crímenes; que no solo reprime y castiga el homicidio, sino también la murmuración; no solo el adulterio, sino las simples miradas; no solo las venganzas, sino la falta de caridad, y nos hace interiormente culpables á nuestros propios ojos mucho antes que lo seamos á los ojos de los hombres? Situado en las primeras avenidas de la conciencia, este sagrado tribunal vela mientras las leyes humanas están dormidas, atendiendo al menor desorden, preparando los corazones al cumplimiento de todos los deberes públicos y sociales por la observancia fatigante de los deberes religiosos y secretos, y preludivando en el fondo de las almas, por medio de la armonía de las virtudes de perfección, la armonía de las virtudes comunes de relación que constituyen las costumbres públicas. Un publicis-

ta *protestante* no puede contener su admiración al contemplar los resultados de tan bella institución, y exclama: "¿Qué seguridad y garantías no se le exigen á cada individuo por medio del cumplimiento de sus deberes sociales, el ejercicio de todas las virtudes, la integridad, la benevolencia, la caridad y la misericordia! ¿Podríamos encontrar en ninguna otra parte nada parecido? Aquí la conciencia es arreglada por el solo tribunal de Dios, y no por el del mundo; y mientras que el cristiano no de distinta comunión se examina ligeramente, falla en su propia causa y se absuelve con indulgencia, el cristiano católico es escrupulosamente examinado por otro, espera del cielo su fallo y suspira por esa consoladora absolución que se le concede, rehusa ó difiere en nombre del Todopoderoso. ¿Qué admirable medio para establecer entre los hombres una mútua confianza, una perfecta armonía en el ejercicio de sus funciones! Ni la autoridad del príncipe puede degenerar en despotismo, ni la libertad del pueblo en licencia. El magistrado no puede dejar de administrar justicia con imparcialidad, el senador es equitativo y desinteresado, el sacerdote es puro y celoso en su ministerio, el militar leal, el súbdito fiel, el soberano justo (1)".

Tal es la confesion.

V. Se halla tan conforme con la naturaleza del hombre, que por sí misma se ofreció desde su principio á las meditaciones de los legisladores y de los sabios, de modo que encontramos su indicio y diseño en casi todos los pueblos del universo.

Moisés fué el primero que estableció en sus leyes una *confesion* expresa y hasta pública (2).

El antiguo legislador de las Indias dijo: "Cuarto mas sincera y voluntariamente se *confiesa* el hombre del pecado cometido, mejor se desprende de él como una serpiente de su piel (3)."

Hemos citado ya las notables palabras de Séneca sobre la confesion; véanse las de Platon, que no lo son menos: "El que haya cometido una injusticia, dice Sócrates en el *Gorgias*, debe acudir él mismo adonde le espera un pronto castigo, al juez, al médico. *Acútese á sí mismo, manifieste su crimen y publíquelo*, para que sea castigado y curado.... sea acusador de sí mismo, y no oculte nada, y entreguese generosamente, con los ojos cerrados, á las operaciones del médico, temiendo que esta enfermedad del alma no degenera con el tiempo en una úlcera incurable (4)."

¿Cuánto habria admirado á Sócrates la institución de la Confesion! ¿Cuán consolador es para los cristianos verse por la fé en plena posesión de los bienes entrevistos y presentidos por la razón de los antiguos sabios!

Habiendo obrado estas mismas ideas por todas partes y en todos los tiempos, encontramos la Confesion en todos los pueblos que habian admitido los

(1) Fitts-William, *Cartas de Atico*, p. 181 y 182.

(2) Levítico, cap. 6, v. 15 y 18.—Cap. 6, v. 6 y 7.

(3) Leyes de Menu, hijo de Brama, en las obras de W. Jones, t. III, cap. 11.

(4) Platon, *Gorgias*, cap. 26.

(1) *Diccionario filosófico*, art. *Catecismo del Cura*.

(2) *Historia filosófica*, t. III.

misterios eleusinos. Se descubren sus vestigios entre los bramas y los turcos, en el Tibet, en el Japon y hasta en los pueblos de la América (1).

Sobre estas bases naturales y universales estableció el cristianismo la teoría sobrenatural de la Penitencia y de la Confesion sacramental. En sus divinas manos se ha purificado y dilatado esta institucion, y del estado de rito y de símbolo ha pasado á un estado perfecto de realidad; ha llenado su verdadero objeto.

Efectivamente, el objeto de la Confesion es la remision de los pecados, y antes de la venida de Jesucristo le faltaban á esta remision la certidumbre y las garantías. Hasta entonces nadie habia pretendido hacer producir á la Confesion semejantes resultados; y los mismos judios, que tenian en sus ritos tantas prácticas de expiacion, y sobre todo de la Confesion, consideraron esta pretension en la boca del Salvador como una blasfemia. "¿Cómo este hombre habla así? esclamaban. Blasfemia. ¿Quién puede perdonar pecados sino solo Dios? (2)."

Jesucristo, al cargar sobre su divina inocencia todos los pecados del género humano, al confesarlos á su Padre en el huerto de Getsemani, y expiándolos con su muerte sobre el Calvario, debía alcanzarnos este gran beneficio de su remision. Pero alcanzándonoslo de la manera mas absoluta, se reservó su gracia, y solo la concede á cada hombre en particular sujetándolo á condiciones espresas.

Hizo á su Iglesia depositaria y dispensadora de esta preciosa gracia, le entregó las llaves que abren y cierran el tesoro que la contiene, y queriendo que le sucediese, le dió la investidura de los mismos poderes que él tenia, por medio de estas solennnes palabras: "Recibid el Espíritu Santo: á los que perdonareis los pecados, perdonados les serán; y á los que se los retuviéreis, les serán retenidos; (3)" y en otro lugar: "En verdad os digo, que todo aquello que ligáreis sobre la tierra, ligado será tambien en el cielo; y todo lo que desatáreis sobre la tierra, desatado será tambien en el cielo (4)."

Sobre estas espresas palabras descansa la institucion de la confesion católica. Habiendo dado Jesucristo á su Iglesia el encargo de representarlo en todas las naciones y hasta el fin de los siglos; mas aún: habiéndole asegurado que él mismo estaria con ella todos los dias hasta el fin, se sigue virtualmente que los sucesores de los apóstoles, en quienes la Iglesia se perpetúa, tienen este soberano poder de la remision de los pecados, que tenian los mismos apóstoles, y por consiguiente está clara y manifesta la obligacion en nosotros de pedirselo y la seguridad de obtenerla por medio de la confesion de nuestros pecados.

Algunos se han atrevido á pretender que la obligacion de la confesion en el penitente no puede

fundarse en las palabras por las cuales delegó Jesucristo á su Iglesia el poder de perdonar los pecados.

Pero ¡qué! el poder de perdonar ó de detener, de atar ó de desatar, ¿no supone discernimiento, conocimiento de causa de parte del ministro de este poder, y por consiguiente obligacion rigurosamente correlativa de manifestarle el estado de la conciencia, segun el cual y por el cual debe fallar?... La alternativa de perdonar ó retener, de atar ó desatar, supone inevitablemente motivos para hacer una de las dos cosas. Para que la sentencia sea motivada, es menester que la cuestion sobre la cual el sacerdote falla le sea claramente espuesta; ¿y quién pueda revelar los detalles de la ofensa sino el mismo ofensor?... El buen sentido desvanecer la objecion.

Hay otra cosa en la cual de ordinario no paramos bastante la atencion, y es que la confesion, considerada como declaracion hecha por el culpable de sus faltas, ecstasia ya á su vista cuando Jesucristo pronunciaba las palabras citadas.—Leemos en los santos Evangelios lo siguiente, hablando de S. Juan Bautista: "Entonces salia á él Jerusalem, y toda la Judea, y toda la tierra de la comarca del Jordan; y CONFESANDO SUS PECADOS (confitemur peccata sua), eran bautizados por él en el Jordán (1)."—Jesucristo no tenia necesidad de explicarse sobre la obligacion de la confesion; porque ademas de que ésta resultaba de las palabras por las cuales daba á sus ministros la autoridad facultativa de atar y desatar, ecstasia ya de hecho: no hacia mas que confirmarla y completarla, añadiéndole el fruto de la remision de los pecados. Se hallaba en igual caso respecto de la confesion que del bautismo. Este ecstasia ya, como acabamos de ver, pero no era el verdadero bautismo; Jesucristo debia elevar esta practica á la dignidad de sacramento; lo mismo debia hacer con la confesion. Por esto Juan Bautista, á quien todos iban confesando sus pecados, al pedir el bautismo, predicaba á Jesucristo como el único en quien estas prácticas debian encontrar todo su cumplimiento. "Respondió Juan, y dijo á todos: Yo en verdad os bautizo, en agua: mas vendrá otro mas fuerte que yo, ante quien no soy digno de desatar la correa de sus zapatos: él os bautizará en Espíritu Santo y fuego (2)."—Y cuando despues de esto vemos á Jesucristo fundar con el verdadero bautismo la verdadera remision de los pecados, ¿quién puede dudar que se refiera al uso de la confesion, practica ya en lo que era su figura?

Hay otra señal igualmente importante, y es que el mismo Cristo, todas las veces que hizo uso de este poder de la remision de los pecados que legó á sus apóstoles, solo lo hizo contando con la confesion de los culpables. Parece que en este caso la confesion no era necesaria, puesto que la divinidad del confesor le hacia leer en el fondo de las almas; pero como la confesion no solo tiene por objeto dar á conocer los pecados al confesor, sino tambien ha-

(1) Carli, *Cartas americanas*, t. 1, carta 19.—Extracto de los viajes de Efremoni, en el *Diario del Norte*. San Petersburgo, mayo 1807.—Feller, *Catecismo filosófico* t. III.

(2) San Marcos, cap. 3, v. 7.

(3) San Juan, cap. 20, v. 23 y 28.

(4) San Mateo, cap. 18, v. 18.

(1) San Mateo, cap. 3, v. 6.—San Marcos, cap. 1, v. 8.

(2) San Lucas, cap. 3, v. 16.

cer sentir su gravedad y sufrir su vergüenza al culpable, bajo este último respecto, los mismos que obtuvieron de Jesucristo la remisión de sus pecados, debieron confesarlos. Esto es lo que sucedió en las conversiones de la Magdalena, de la mujer adúltera, de la Samaritana y del buen ladrón.— ¡Qué mejor confesion que la de la Magdalena! ¡Cuánto arrepentimiento! ¡Qué explícita revelacion de sus faltas! ¡Qué satisfaccion! Es el modelo eterno de la verdadera confesion, y por esto sobre ella y sobre el divino amor que la anima, aplica Jesucristo, como sobre su basa natural, *propter quod*, estas palabras: "Se le han perdonado muchos pecados, porque ha amado mucho (1)."— ¡De cuánta confusion no está igualmente cubierta la mujer adúltera por los mismos judíos que la llevan á la presencia del Salvador! ¡Qué mejor confesion que la actitud y el silencio de esta desgraciada en semejante estado: *ET MULIER IN MEDIO STANS*.... confesion que se completa por el modo con que se des envuelve su posicion! "Mujer, le dijo Jesucristo, ¿en dónde están los que te acusaban? Ninguno te ha condenado? Ninguno, Señor.—Pues bien, tampoco te condenaré yo: vete y no peques ya mas (2)."—La conversion de la Samaritana ofrece una circunstancia muy notable; no se confiesa ella, pero Jesucristo la confiesa y le revela sus mas secretos desórdenes. En esto reconoce la Samaritana que aquel hombre no puede dejar de ser el Mesías, y se conforma con la revelacion que de sus propias faltas le hace el Salvador, *HOC VERB DIXISTI*, y hasta lo toma como motivo de predicacion para convertir su ciudad á la cual corre á publicar: "Venid y ved un hombre que me ha dicho 'TODO LO QUE YO HABIA HECHO, QUI DIXIT MIHI' *omnia quaecumque feci*.... ¿Puede ser otro que el Cristo (3)?"—Finalmente, el buen ladrón se confiesa por estas palabras: "Nosotros en verdad somos castigados por nuestras culpas, porque recibimos lo que merecen nuestras obras: *Nos quidem iuste nam digna factis recipimus* (4);" y esta confesion le alcanza la remision de sus faltas, y le dá la seguridad de que vá á ser trasladado al paraíso.—Así por todas partes, en los mismos actos del Salvador y en el uso que hace de su poder de perdonar los pecados, vemos siempre la gracia de esta remision vinculada á la confesion del culpable. ¿Con cuánto mas motivo debia ser así respecto de los apóstoles y de sus sucesores que, no pudiendo leer en los corazones, tenían necesidad de que se les abrieran?

En fin: lo que acaba de dar á la demostracion de este punto un valor matemático, es que vemos en las cartas y en la relacion de los *Hechos de los apóstoles*, que estos pusieron inmediatamente en practica la necesidad de la confesion. Santiago en el capítulo V de su carta, dice: "Confesad vuestros pecados los unos á los otros."—S. Juan en su primera carta dice tambien: "Si confesáremos nues-

"tros pecados, Dios es fiel y justo para perdonárnoslos y purificarnos de toda maldad (1)."—S. Lucas, en fin, en los *Hechos de los apóstoles*, escribe: "Una multitud de creyentes venian á confesar y publicar sus faltas (2)."—Después de esto siguen todos los padres de la Iglesia predicando expresamente la obligacion de confesarse, y haciéndola remontar al tiempo de los apóstoles y de Jesucristo (3).

De modo que, antes de Jesucristo por su precursor, por el mismo Jesucristo durante su vida, inmediatamente después de Jesucristo por los apóstoles, y desde entonces sin interrupcion en la Iglesia, segun el testimonio de todos sus padres, vemos la confesion practicada y reclamada como estricta condicion de la remision de los pecados; remision que por otra parte, por sí misma y segun el poder discrecional que sobre ella dió Jesucristo á sus apóstoles, implica virtualmente el preliminar de la confesion.

¿Qué falta ya á la claridad y certidumbre de esta demostracion?....

A pesar de cuanto hayan dicho los herejes, podríamos pues concluir diciendo que la confesion es de institucion divina.

Sí; porque la confesion fué divinamente instituida, se le dió la santidad y eficacia de sacramento, y fué purgada de todas las imperfecciones y defectos inherentes á las obras de los hombres. Lo que solo estaba en disposicion oculta, pasó á ser una institucion, fué trasfigurado en sacramento. Todos los principios y todos los efectos de la confesion que hemos considerado bajo el punto de vista filosófico, y que se hallaban como enterrados en estado rudimentario en nuestra naturaleza, fueron estraidos, realizados, objetivados y sobrenaturalizados bajo la accion de la gracia, que se los apropió, y que los convirtió en su obra, en su obra maestra.... En este tribunal nos confesamos con el verdadero representante de Dios; la misma virtud de Dios se derrama sobre el penitente, la divina sabiduría inspira al confesor, su santidad purifica la exposicion de nuestras miserias, su perdon perdona las faltas, y su paz, en fin, hace experimentar al alma regenerada la mas verdadera, la mas sólida y mas completa felicidad.... En este punto, donde que la fé pasa á la practica, deja hasta cierto punto de ser meritoria: tan sensible llega á hacerse entonces su objeto. ¡Cuántos y cuán poderosos ejemplos podrian corroborar nuestra asercion! ¿Qué diríamos que no tenga todas las propiedades de la certidumbre para todos los que hacen la prueba? No es raro que los demas no participen de la misma opinion: no les es posible; pero convengan al menos en que no son jueces competentes en la ma-

(1) San Juan, cap. 1.

(2) Act., cap. 17.

(3) Creemos inútil citarlos: solo indicaremos los siguientes:—Jerusalén, de Benito, ed. Froben, p. 434.—Origenes, *Hom. 2*, in Ps. 57. t. 1, edicion Froben, p. 629.—San Cipriano, *Serm. de lapsis*, id. p. 236.—Lactancio, lib. 4, dis. *in*el.—San Basilio, *Regula* 286, t. 11, ed. Paris, p. 724.—San Juan Crisostomo, lib. 20, in *Genesim*.—San Gregorio de Niza.—San Ambrosio;—San Agustín.—San Gregorio el Grande, etc., etc.

(1) San Lucas, cap. 7, v. 47.

(2) San Juan, cap. 8, v. 9, 10 y 11.

(3) San Juan, cap. 4, v. 18 y 19.

(4) San Lucas, cap. 22, v. 41.

teria. Procuren hacerse tales por interes suyo propio y en honor de la verdad; entonces verán si hemos dicho demasiado.

Sin embargo no hemos dicho todo lo que se puede del sacramento de la confesion; pues su mas digno efecto es disponer las almas para recibir un sacramento mas augusto, el sacramento de la Eucaristía.

II.

I. Todos los demas sacramentos dan la gracia y son derivaciones de aquella vida divina encarnada en Jesucristo, y que se derramó por su muerte sobre toda la humanidad. El sacramento de la Eucaristía va aun mas adelante: no solo de la gracia, sino el autor mismo de la gracia; no solo el don, sino el donador; no solo la emanacion, sino la plenitud y la fuente; es decir, que lo da todo, agota la liberalidad y el amor del mismo Dios, y es por excelencia y sin reserva el sacramento del amor.

Este pensamiento encadena mi razon vacilante, mis sentidos rebelados, y penetrando hasta mi corazon, lo abre á la fé. La profundidad del misterio no me subleva ya, me encanta, me decide; porque descubro en él la profundidad del amor, y porque ocultándomelo me lo descubre:—"¡Tanto amó Dios al mundo!!"—En estas palabras está comprendido todo; y no podemos hacer mas que añadir con el discípulo amado: "Hemos creído al amor que Dios tiene por nosotros (1)."

Pero para creer en él es preciso probarlo, porque solo el amor puede ser juez del amor, y el mismo discípulo estuvo tambien muy inspirado cuando escribió estas otras palabras: "El que no ama no conoce á Dios, porque Dios es amor (2);" y el que ama, podemos añadir nosotros, no pretende comprenderlo: lo siente, se saborea en él y tiene la conviccion de la experiencia.

El amor ademas quiere ser misterioso, porque quiere la confianza y la intimidad. *Todo es misterio en el amor*, dijo el gran pintor de la naturaleza humana, La Fontaine. ¿Qué será pues el amor de Dios? ¿Qué será ese amor elevado á su última potencia, sublimado á su esceso supremo? ¡Ah! Si *Dios es amor*, como dice S. Juan, se comprenden perfectamente aquellas palabras de Isaias cuando dice: *En verdad que es un Dios escondido* (3).

Por consiguiente, si este misterio es por excelencia el misterio del amor, debe ser tambien el de la omnipotencia, y debe escocer mas que ningun otro la capacidad de nuestra débil razon.

Vosotros opondis las leyes de la naturaleza; pero (ya que es preciso seguirlos en vuestros raciocinios) ¿las conocéis acaso? ¿No sería una locura decir que ellas se sujetan á vuestro conocimiento, y que todo lo que vosotros no comprendéis no les corresponde? Y aun cuando Dios las hubiese escudado ó hubiese prescindido de ellas, ¿quién puede pedirle cuenta por eso, y oponerle estas mis-

mas leyes, á él que las estableció, que las conserva y que solo existen por su voluntad?

Tened paciencia y preparaos para sufrir el terrible interrogatorio que hizo en otro tiempo á Job. "¿Dónde estabas tú cuando yo echaba los fundamentos de la tierra? Dímelos si puedes. ¿Conoces á fondo todas las propiedades de los cuerpos y los diversos estados á que puedo reducirlos? ¿Eres capaz de sondear las profundidades de mi sabiduría y medir la inmensidad de mi poder? ¿No sabes que nada es imposible al que en un instante hizo salir la luz de las tinieblas, y el universo de la nada, y que cambia las sustancias con la misma prontitud con que las crió, que dice y todo es hecho?"

¡Estraña preocupacion de la razon humana! El protestante arguye de imposible la *presencia real*, y cree en la encarnacion, la resurreccion y el *estado glorioso* del cuerpo de Jesucristo; como si su comprension estuviera al alcance de estos objetos, y como si le sobrarian fuerzas para medir este último que se le propone.—No es menos inconsecuente el deísta; porque al fin el misterio de la *creacion* de las sustancias es sin duda mayor en mucho el de la *transustanciacion*, y sin la *creacion* la verdad de un Dios se desvanece con su infinidad ante la coeternidad de la materia. El deísta, sin hablar de las demas condiciones del Sér soberano, se ve pues obligado á devorar en la simple creencia en Dios y de una sola vez tantos ó mas misterios como todo el cristianismo contiene, y no puede por consiguiente argüir á estos de imposibilidad sin contradecirse torpemente.—¿Qué diríamos del ateo? Debería ser este el mas dócil á creerlo todo, habituado, como se halla, á vivir de contradicciones: la razon que admite que una cosa se ha hecho por sí sola, no debe en verdad estrañar que una sustancia se cambie en otra.

Por otra parte, ¡cuántas proposiciones en las mismas ciencias exactas que parecen absurdas ó imposibles, y á cuya demostracion llegamos no obstante sin gran trabajo!

Por esto cuando el geómetra, mostrándonos una línea curva entre dos rectas, nos dice ó nos demuestra que la curva debe irse acercando continuamente á las rectas sin volverlas á encontrar jamás; á pesar de toda la repugnancia que puedo causar á la razon el figurarse unas líneas colocadas sobre un mismo plano, tendiendo sin cesar la una hácia la otra, es menester creer al geómetra sobre su demostracion y convencerse de que, por todas partes donde se halle el infinito, procuraría en vano la razon profundizar.

Asimismo cuando el algebrista por un encadenamiento de proposiciones incontestables nos conduce al resultado de que entre dos números enteros consecutivos hay cantidades numéricas que no son fracciones (1), la razon se rebela como si se le propusiera un absurdo; porque, en efecto, parece contrario á las primeras nociones del buen sentido que entre 2 y 3, por ejemplo, haya una porcion de números que no pueden ser representados por 2 mas

(1) San Juan, cap. 4, v. 16.

(2) San Juan, Epíst. 1, cap. 4, v. 8.

(3) *Vere tu es Deus absconditus*, Isaias, cap. 45, v. 15.

(1) Son los números que llamamos *incommensurables*.

una fracción, ó por 3 menos una fracción, y que no son ni fraccionarios ni enteros; sin embargo esta proposición nada tiene de absurdo, es verdadera, y tan verdadera que no puede dudarse de ella sin destruir por su base todas las matemáticas.

No son estas las solas verdades de esta especie que contienen las matemáticas, y no obstante, esta ciencia solo tiene por objeto las cosas finitas. Pero como siguiendo la idea del finito con frecuencia entreveremos la del infinito, principalmente cuando pretendemos seguir esas largas series cuyo término no es nunca conocido, el matemático se encuentra á veces arrastrado sin quererlo hacia los caminos del infinito, y su entendimiento se espanta entonces con razón de los resultados que alcanza.

¿Qué debe pues suceder en una ciencia como la de la Religión, que se dirige únicamente hacia lo infinito, y particularmente en el hecho de la presencia sustancial del mismo infinito? ¿Puede este hecho dejar de ser el mas grande, el mas admirable de todos los misterios? ¿Qué presenta sin embargo de mas absurdo que los que acabamos de enumerar, y qué le falta para merecer nuestra convicción, mas que ser demostrado? Pero no es ahora que debe serlo: *Nunc per speculum et in enigmate, tunc facie ad faciem*. Mas adelante veremos los admirables motivos que para esto hay.

Pero si no está demostrado, está muy comprobado, pues lo está en razón directa de su misma aparente absurdidad.

¿Cómo puede ser esto? Del modo siguiente. La razón es sencilla y luminosa para el que no quiere abusar de ella, de tal modo, que el solo buen sentido sugirió á un escritor protestante de nacimiento y católico por convicción las siguientes reflexiones:—"No se diga que la creencia en la presencia real sea ilusoria y falsa. Ciertamente es demasiado absurda en sí misma para que un hombre se atreva á su antojo á presentarla á los demás. "Si uno de los apóstoles la hubiese propuesto á "sus colaboradores, tal vez hubieran creído que "estaba demente, y lo hubieran hecho objeto de su "risa.—Ya que es imposible que proceda de los "hombres, debe ser necesario que proceda de Dios; "y en calidad de divina pierde toda su absurdidad, "por mas incomprendible que se la suponga (1)."

Nótese bien la fuerza del argumento: una cosa que, según todas las apariencias hubiera sido locura concebir, proponer y emitir, y que sola hubiera debido llenar de ridículo y de descrédito al autor y á la empresa por otra parte mejor concertada, una cosa semejante se hizo creer, y se hizo creer por todo el universo; mas aun no solamente se hizo creer, sino que hizo creer todo lo demás, se convirtió en vehículo de la doctrina, de la cual parecia ser el obstáculo mas insuperable, y en fide y alimento de la fé del género humano en la Religión del Cristo, y penetró al mundo con sus luces y sus virtudes; y despues de diez y ocho siglos de maravillas, de ella depende todavia todo catolicismo, es decir, todo cristianismo verdadero, toda civilización.

Por consiguiente, si este prodigioso resultado no podia ser efecto de las apariencias de esta cosa que le son enteramente contrarias, es absolutamente indispensable que sea efecto de la realidad, la cual se halla comprobada en razón directa de la absurdidad de las apariencias que ha tenido que vencer.

En otros términos: en el Sacramento de la Eucaristía las apariencias no causan ilusión por, sino contra la cosa de la cual se trata; el éscito de esta cosa, su creencia por el mundo, no es pues efecto de una ilusión, no puede ser sino efecto de la realidad; realidad tanto mas poderosa, cuanto que ha tenido que combatir con la ilusión contraria, ilusión formidable de la cual ha divinamente triunfado.

La presencia sacramental se halla, si no demostrada, á lo menos comprobada en el mas alto grado, en el mismo grado en que se halla nuestra repugnancia á creer en él, lo cual está perfectamente de acuerdo con el conjunto de la economía del cristianismo, que á ejercer nuestra fé por medio de sus misterios, nos da siempre alguna razón fuerte y decisiva para abrazarlos cuando queremos.

Para evitar esta conclusion, no supongais que el misterio eucarístico fué en un principio mitigado y disimulado, ó que encontró espíritus crédulos que se sujetaron á él, ó en fin, que se fué insinuando sin que los hombres lo advirtieran, apoderándose así poco á poco de la fé del universo; porque ademas de que todas estas esplicaciones repugnan al buen sentido, de hecho pasó todo al contrario, y la manera con que este sacramento fué instituido, aumenta si es posible la fuerza de nuestra conclusion.

En efecto, lejos de procurar disimularla é insinuarla, el autor de esta creencia, como si se hubiera burlado de la dificultad, la propuso desde luego en toda su desnudez y contra todos los sentimientos humanos. Si examinamos la fuerza é integridad de su lenguaje comparándolo con la oposición que debia encontrar, veremos que nunca estuvo en Cristo mas positivo, mas afirmativo, mas pródigo en repeticiones y mas sobrio en esplicaciones que en la institución del Sacramento de la Eucaristía, como si hubiese querido que en una materia que nos fundaba mas que en su palabra, fuese este fundamento tanto mas formal, cuanto mas esclusivo era, y que nosotros tuviéramos en certidumbre de autoridad lo que debia faltarnos en comprensión de evidencia. *Tomad y comed: este es mi cuerpo. Bebed todos: esta es mi sangre; mi cuerpo entregado por vosotros; mi sangre derramada por vosotros.—El que me come está en mí y yo en él.—Yo soy el pan vivo bajado del cielo; el que come de este pan, vivirá eternamente; y este pan que yo doy es mi carne.—Haced esto en mi memoria—* Así, de frente, choca Jesucristo con todos los instintos del entendimiento humano, y presenta su inefable verdad. No hay medio de esquivarla, y todo el mundo sabe que Lutero en la embriaguez de su rebeldía no se creyó capaz de rehuirla, y escribió: "que se le haria un gran beneficio proporcionándole algun medio decoroso para "negarla (1)."

(1) Flin-William, *Cartas á Atico*, p. 174.

(1) *Epist. ad Argentin*, l. vii.

No está todo aquí: este sentimiento de rebeldía que animaba á Lutero, y que no puede dejar de experimentar todo hombre á la vista de este gran misterio, considerándolo no mas que por el exterior, esta rebeldía se dió á conocer tambien al mismo Salvador. ¿Cómo, dijeron los judíos entre sí, puede este hombre darnos á comer su carne? . . . Jesús, que se hallaba presente, y que debía disuadirlos de su error si hubiesen comprendido mal el sentido de sus palabras, y que en interés del éscito de su institución, si esta era verdadera, debía acomodar esta á la resistencia que encontraba, Jesús respondió (respuesta decisiva para la fé católica): —“EN VERDAD, “EN VERDAD os digo que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebeis su sangre, no tendreis la vida en vosotros; porque mi carne es VERDADERA. “EA comida, y mi sangre VERDADERA bebida.” (Joan., vi, 52, 53, 54, 55.)

La proposición no puede ser mas clara; no hay mas que hacer que decidirse, esto es, segun la razon y el sentido humano, que dejar á Jesucristo en sus pretensiones, y decir con los judíos: *Este lenguaje es demasiado duro para conformarse con él. ¿Quién puede escucharlo siquiera?* . . . y lo dejaron de la misma manera que lo han dejado y lo dejarán tantos incrédulos.

¿Volverá á llamarlos Jesucristo, y transigirá al fin con su insurreccionada razon? No: nada de esto, sino que dirigiéndose al pequeño número de los que habian permanecido mudos é indecisos, colma la medida y les obliga hasta cierto punto á seguir á los demás, diciéndoles: *¿Y vosotros quereis tambien dejarme?* como si dijera: Nada tengo que aumentar ni disminuir en mi discurso; no quiero añadirle ni quitarle nada; esto hay: tomad el partido que os acomode: el que quiera ser mi discípulo, debe sujetarse á llegar hasta aquí; este es el precio de su fé.

Y el género humano ha llegado hasta aquí, y ha pagado este precio; y precipitándose en pos de Pedro, ha exclamado, tendiendo los brazos á Jesucristo: *¿A quién iremos, Señor? Vos solo tenéis palabras de vida eterna.* (Joan., vi, 67, 68.)

Esto ha sucedido porque el género humano ha amado; porque contra todas las apariencias ha creído en el amor; porque el amor no le ha engañado, y le ha dado, no la demostración, sino la certidumbre, la convicción, el sentimiento y la sensación de su presencia; porque la realidad ha triunfado de las apariencias, y porque, en fin, la verdad ha cumplido su palabra: *El que coma de este pan, vivirá.*

Sintiendo la realidad eucarística por medio de la fé práctica, el corazón del hombre no solo tiene la convicción inmutable de esta realidad contra la oscuridad de las apariencias, sino que llega hasta comprender la necesidad de esta oscuridad, hasta encontrar, si no su cómo, á lo menos su por qué, y á compendiar en cierto modo toda su razon en su fé, ó á lo menos á presentir su feliz armonía en la otra vida.

II. Probemos esta armonía, ejercitando nuestra razon en algunas consideraciones personales sobre el sacramento del divino amor.

1. ° *El hombre no vive solo de pan.* A diferencia de los animales, cuya existencia se halla limitada á los sentidos, hay dos existencias: una sensible y otra espiritual. Estas dos existencias, aunque unidas por un lazo misterioso, no son por esto menos distintas por su naturaleza, y reclaman en consecuencia un alimento igualmente distinto.

El alma, emanada de Dios, debe tomar su sustancia en Dios; el cuerpo, compuesto de materia, debe tomarla en la materia, y cualquiera que sea la solidaridad que exista entre ambos, puede el alma decir al cuerpo lo que el ángel Rafael decía á la familia de Tobías: “Parece efectivamente que como “y bebo con vosotros; pero yo uso de una comida y “bebida invisibles, que los hombres no pueden conocer.” (1)

Esta bebida y comida invisibles, esta comida de *espíritus*, como la llama Mallebranche, es la verdad y el amor que están en Dios, que son Dios, que tienen á Dios por principio y por objeto; es aquella razon soberana de quien participan todas nuestras razones, aquella sabiduría increada que hace feliz y racional al alma que de ella se alimenta, y que grita á todos los hombres desde el fondo de su espíritu y de su corazón: “Venid á mí todos los que “me deseais con ardor, y saciaos con mis dulces frutos, porque mi espíritu es mas dulce que la miel. “Los que me comen quedarán con hambre, y los “que me beben estarán sedientos.” (2) Es decir, que á diferencia de los alimentos materiales que muy pronto satisfacen al cuerpo mortal, el alimento del alma aumenta su hambre al mismo tiempo que la satisface, porque el alimento es indivisible y el alma insaciable, y ni él ni ella pueden detenerse, una vez introducidos en este camino. Dichosa necesidad, que puede darnos una idea de la felicidad del cielo!

El alma se convierte en comensal de Dios, está en comunión con él, se nutre de su mismo alimento, y participa por consiguiente de su vida y de su felicidad. Dios se nutre del conocimiento y amor de sí mismo, porque no puede conocer ni amar nada mas perfecto que él mismo (3), y porque es para sí mismo todo su bien: en esto consiste su vida y su felicidad. El alimento y la vida del alma consisten en el mismo conocimiento y en el mismo amor, con la única diferencia que Dios los toma y los dirige á sí mismo, y el alma los toma y los dirige á Dios. “La vida eterna consiste en conocerlos ¡oh Padre mio!” dice Jesucristo en el Evangelio; y el catecismo con sus palabras claras y concisas, hace penetrar esta gran verdad en el corazón de los niños del modo siguiente: “¿Para qué te ha criado Dios y te ha puesto en el mundo? Para conocerlo y amarlo, y alcanzar por este medio la vida eterna.”

En el primitivo estado de las cosas, esta vida superior del alma que la ponía en comunicación con Dios, no debía ser contrariada por la inferior de los sentidos que la colocaba en relacion con la materia. Al contrario, aquella debía subordinar á esta y ele-

(1) Tob., cap. 12, v. 19.

(2) Eclesiástico, cap. 24.

(3) *Pater vestrum habet sic semetipsum*, Joan.

varla con ella á prerogativas de espiritualidad, de gloria é inmortalidad, de las cuales no tendríamos idea si no fuera por lo que se nos cuenta de la trasfiguración y ascension del Salvador.

Un rompimiento fatal de la comunión del alma con Dios por el pecado original, creó para la humanidad un destino inverso. Prevalió la vida inferior; el alma fué abismada en la carne, perdió la vista y el gusto de Dios, y se fué engolfando cada vez mas en el orgullo de sí misma y en los placeres de la materia, para que fuese lo único que le quedase despues del soberano bien que habia perdido.

La vida divina, que le era natural, se convirtió para ella desde entonces en sobrenatural, y se encontró separada de ella por dos obstáculos insuperables:—El primero, que en adelante ya no podia ver nada sino á través de los sentidos, y que el alimento invisible de aquella vida de los espíritus de que hemos hablado, ya no le pertenecía.—El segundo, que no habia podido desordenarse sin desordenar de rechazo los sentidos, que se habian hecho cómplices suyos, y que, haciéndolos servir á sus ordenes, los habia desencadenado contra sí misma.

En este estado, el alimento espiritual no podia ya serle dado otra vez en el estado invisible é inmaterial, ya porque el alma se habia trasladado á los sentidos, y porque nada podia llegar hasta ella sin pasar por ellos, ya porque rebeldes estos, se oponian á que ella se aficionase á las cosas del cielo.

La vida divina, aquella vida que al principio estaba en el Padre, debió descender á la naturaleza humana y vestirse de nuestra carne rebelada para volverla á colocar por medio de sus sufrimientos, bajo la ley del espíritu, y volver á poner el espíritu bajo la dependencia de la ley divina, rehabilitándola de nuevo valiéndose de los mismos sentidos, y reedificando en nosotros al hombre espiritual á pesar del hombre carnal.

La comunión del alma con Dios debió ser el resultado de esta poderosa mediación; pero no de una manera inmediata y tal como se efectuaba en el origen de los tiempos: no lo consentia el mismo principio de la mediación, ni lo hubiera sufrido nuestra naturaleza libre. Para que esta última tomara parte en ella, debió Dios aplazar la consumación de esta unión inmediata para la otra vida, y ponernos acá en la tierra solo en camino de llegar á ella por medio de la correspondencia á las gracias que nos habia prometido, y por nuestra voluntaria asimilación al divino mediador que nos las habia conquistado.

Por consiguiente, nuestra comunión con Dios debió hacerse en la tierra mediatamente, bajo una forma mista, como la de la mediación, como la del mal, de la cual era remedio, y á través de las pruebas que nos hacian conformes á Jesucristo, del mismo modo que él se habia hecho conforme á nosotros. Así como él habia tomado nuestra carne rebelde, debíamos nosotros volverla á tomar pacificada, hacerla nuestra y volver á tomar con ella la vida divina que le es inseparable. "No digamos, es-

clama Bossuet, que basta el espíritu. El cuerpo es el medio para unirse al espíritu; haciéndose carne, descendió el Hijo de Dios hasta nosotros, y por medio de su carne debemos volverlo á recibir para unirmos á su espíritu y á su divinidad. Fuimos hechos, dijo San Pedro, participantes de la naturaleza divina, porque Jesucristo participó de la nuestra. Es menester, por lo tanto, que nos unamos á la carne que el Verbo tomó, á fin de que por medio de esta carne participemos de la divinidad de este Verbo, y que lleguemos á ser dioses participando de los sentimientos de Dios." Encarnándose una vez, no tomó Jesucristo mas que una carne individual; pero por la Comunión eucarística toma la carne de todos nosotros, se la apropia, se la asimila, y por esto los Padres llamaron á la Eucaristía *la continuación de la encarnación*, y por consiguiente de la divina, cuyo principio le es inherente.

La concupiscencia, hija del pecado original, se transmite á los hijos de Adán con la vida natural por via del contagio y por extension de la carne de su primer padre, en quien tomó origen, y del mismo modo la gracia, hija de la expiación, se nos inculca por la Comunión de la carne de Jesucristo, que nos la mereció, y en quien debemos renacer de nuevo á la vida sobrenatural, apropiándonosla. Entonces podemos decir con Jesucristo, que *él está en nosotros y nosotros en él: él en nosotros*, porque toma nuestra naturaleza culpable; *nosotros en él*, porque volvemos á tomárnosla regenerada y nos convertimos en sus miembros y su carne. Lo que no podíamos hacer en nosotros, lo hizo él en sí mismo para transmitirnoslo, de modo que solo tuviéramos que hacérmoslo propio uniéndonos á él. *Se hizo pecado*, como dice San Pablo, para hacerse en seguida remedio del pecado; se hizo *primicias de los muertos*, para que estos, por su comunión con él en el estado de aniquilamiento y expiación, pasasen con él al estado de resurrección y de gloria.

Todos los que participan de esta Comunión de la persona de Jesucristo, se hacen un solo cuerpo con él, una sola sangre, una sola alma, y para decirlo de una vez, una sola divinidad, divinidad velada, divinidad humillada, pero que debe reproducir algún día en cada uno de los miembros la gloria que hizo brillar en la cabeza.

La manducación de la santa víctima, constituye, pues, parte del sacrificio, y nos lo hace comun con ella. Esta es la parte de esa divina mediación que nos pertenece, así como la inmolación es la parte que pertenece á Dios.

2.º Esta gran verdad fué prefigurada en todo el mundo antiguo. La manducación de la carne de las víctimas se encuentra en todos los pueblos y en todas épocas, como haciendo parte integrante del sacrificio.—Haciendo Rollin la descripción de un sacrificio que refiere Homero, dice: "Cuando las piernas de la víctima eran enteramente consumidas por el fuego, se asaban las *entrañas* y se repartían entre los asistentes. Esta ceremonia es notable, pues daba fin al sacrificio ofrecido á los dioses, y era como una señal de comunión entre todos los que se hallaban presentes. La comida seguía al

sacrificio y hacia parte de él." (1)—Podríamos citar otros sacrificios practicados en otras naciones, y que presentan bajo este punto de vista relaciones muy notables con el verdadero sacrificio del libertador esperado, del cual todos los sacrificios no eran mas que figura, como ya lo dejamos especialmente consignado en nuestro *Estudio sobre los sacrificios*. Entre ellos recordaremos uno de los mas célebres sacrificios de la India, en el que la inmolacion y manducacion de un cordero iban acompañadas de oraciones, en las cuales se decia en alta voz: *¿Cuándo nacerá el Salvador?* (2)

En estas circunstancias se vanagloriaban los paganos de *comer con los dioses*; idea muy notable, y que confirma lo que dijimos al principio acerca del alimento del alma, que es la misma vida de Dios, y que debia bajar del cielo para volver á dárseles en estado de víctima expiatoria, y como prenda de reconciliacion con su autor.

Por otra parte, como ya dejamos demostrado en su lugar, es preciso buscar en el pueblo judío, el primogénito de todos los pueblos, el verdadero espíritu del sacrificio, porque desde aquí se derramó con el género humano por todo el universo. Es una verdad incontestable que todas las ceremonias de la ley mosaica eran figurativas de los misterios de la ley evangélica y de lo que debia realizarse y consumarse en la persona del Mesías prometido á las naciones. Está igualmente reconocido que los judíos comían las víctimas con el designio de participar del sacrificio, segun aquellas palabras de San Pablo: *Considerad á Israel segun la carne; los que comen las víctimas ¿por ventura no tienen parte con el altar?* (3).

El sacramento de la Eucaristía tiene, pues, en su favor, con el asentimiento de los pueblos modernos, el presentimiento de todos los pueblos de la antigüedad, y la doctrina que acabamos de esponer, reviste con el carácter de las cosas divinas á las cosas cristianas: *la perpetuidad y la universalidad*.

De esta consideracion se desprende un resultado mas directamente aplicable á la doctrina católica sobre la *presencia real*, y confunde al protestantismo con un argumento sin réplica.

Si, como no podemos dejar de reconocer, las ceremonias, y en particular los sacrificios de la ley antigua, no eran mas que figuras del verdadero sacrificio que debia tener lugar en la nueva ley, es necesario que todo cuanto suceda en esta última sea superior á la figura, sea *real*; porque si la materia del sacrificio de los cristianos, por la cual participan de él, no es mas que una figura, una imagen ó una representacion, no es mas que *pan y vino*; ¿en qué consiste la superioridad del sacrificio de la ley nueva respecto de los de la antigua, en los cuales esta representacion era mas augusta, mas patente, mas sensible? ¿No tendria el culto de la ley de gracia ninguna preeminencia sobre el de la ley judaica? San Pablo creia lo contrario, pues di-

jo: *Tenemos un altar del cual no tienen facultad de comer los que sirven al tabernáculo* (4), es decir, los sacerdotes y levitas de la antigua ley.

Si los protestantes son consecuentes, es menester que tambien digan que la inmolacion de Jesucristo no es mas que una figura, que no es una muerte efectivamente expiatoria, sino una muerte espiritual y mística. Deben pasar mas adelante, y la misma realidad de la encarnacion del Verbo debe quedar desvanecida con su nueva exégesis. Esto es lo que ellos han enseñado á hacer á los socinianos y á los unitarios, que, como sabemos, han llegado ya á este punto (5). Y es necesario que todo el protestantismo venga á parar á esta conclusion subversiva de toda religion revelada, ó que abrace la doctrina católica. Solo esta doctrina se concilia consigo misma y se sostiene en todas sus partes. En ella la manducacion del cuerpo de Jesucristo es tan *efectiva* como su muerte y su encarnacion; todo en ella es realidad, todo es cumplimiento de las antiguas figuras, porque todo debia serlo, y porque las palabras de Jesucristo imprimen en esta indolección, ya tan poderosa en sí, el sello de su autoridad: EN VERDAD, EN VERDAD OS DIGO *que mi carne es VERDADERA comida, y mi sangre VERDADERA bebida*.

Únicamente para escusarnos el horror de comer y beber carne y sangre humanas en su propia forma, nos da á comer la carne de su sacrificio de una manera divina y sobrenatural, é infinitamente distinta de la en que se comían las víctimas antiguas, aunque sin quitarle por esto nada de su realidad y sustancia. Del mismo modo que se habia hecho hombre para poder morir, y víctima para morir en efecto, se hizo tambien pan hasta cierto punto para convertirse en nuestro alimento espiritual y hacernos participar de su sacrificio: el pesebre, la cruz y la cena forman las tres gradaciones de los abatimientos del divino amor, y tan *real* es el último como los dos primeros.

3.º Si nos confunde mas, llena en esto mismo el objeto que se propuso, que es llegar á hacernos participantes de su amor por medio de la participacion de sus sacrificios, para elevarnos despues á la participacion de su triunfo y de su felicidad. Amor por amor, sacrificio por sacrificio: Dios se desnuda; es menester que nos desnudemos tambien nosotros: nos da prendas de amor; es necesario que á nuestra vez le demos prendas de fe: el Verbo eterno anonada su divinidad, su misma humanidad, bajo las apariencias de pan y vino; es preciso que anonademos nuestra razon y sentidos en la fe, en este mismo anonadamiento, y que para hacernos dignos de recibirlo, nos coloquemos en la condicion correspondiente á la en que él se colocó para darse á nosotros. La razon se estremece, los sentidos se irritan y la naturaleza humana se resiste, pero este es precisamente el martirio del amor y la prueba de la fe; y si ésta se sobrepone á todo, se aumenta

(1) Rollin, *TRATADO DE LOS ESTUDIOS: De la lectura de Homero*.

(2) *Carta del P. Boucher, t. II de las Cartas edificantes*.

(3) I. Cor., cap. 10, v. 18.

(4) Hebr., cap. 13, v. 10.

(5) "La muerte de Jesucristo en la cruz, dicen, no fué mas que un sacrificio impropriadamente dicho, en cuanto Jesucristo muriendo rogó por los pecadores, y en cuanto confirmó con su muerte toda su doctrina." (Bergier, *Diccionario teológico*. P. *Sacrificios*.)

con el amor de todos los abatimientos de la naturaleza, se goza en merecer por esto el de Dios, en sufrir por él, como él y con él, y en poder decirle: Todo lo abandoné, todo lo sacrificué, y ya nada me queda; quisiera poder daros mas aún, pues sé que aquel á quien me entrego es la verdad y el amor por excelencia, y lo reconozco no solamente en los sacrificios, á los cuales él mismo se sometió, sino en los que de mí exige.

Considerado nuestro asunto bajo este punto de vista, es inmenso: el verdadero amor quiere dejar de pertenecerse á sí mismo para depender solo del objeto amado, morir á su propia existencia para no respirar mas que en la de otro; todas sus acciones, todos sus afanes se dirigen á esto; es su último periodo: es preciso que desaparezca la cualidad, que se consume la unidad, y que se consuma en todo el ser, en el cuerpo lo mismo que en el espíritu y el corazón. Una madre quisiera incorporarse con el hijo que alimenta, quisiera *contraherle*, como ella misma dice vulgarmente, inspirada por la naturaleza: los besos, los abrazos y trasportes de una viva amistad y de un amor ardiente, no son mas que movimientos de ese instinto natural, que quisiera romper las paredes de los sentidos para pasar á la identificación de las almas, y poseer lo que ama para nutrirse de ello, unírsele, vivir en ello y *transustanciárselo*. El amor perfecto haria siempre, si estuviera en su poder, el milagro de la *transustanciación*, y diria tambien, anegado en delicias, al objeto amado: *Toma y come, este es mi cuerpo*. . .

Pues bien: Dios, que es el amor mismo, y de quien todos los amores no son mas que derivaciones ó estravíos, Dios hizo este milagro porque podia hacerlo, y porque es propiedad del amor llegar hasta los últimos límites de lo posible. Habiéndose hecho hombre, habiéndose hecho víctima por el hombre, no debia detenerse aquí, y la ley del amor debia obligarle á querer ser el alimento del hombre, y á serlo, porque podia, y porque además no hacia con esto mas que restablecer la naturaleza de las cosas, en virtud de la cual él es ya la vida y el alimento de nuestras almas, y volver á dársenos bajo una forma adaptada á nuestra debilidad.

Pero la misma ley entraña respecto de nosotros una obligacion de reciprocidad, y de la misma manera que él muere en cierto modo á todo y hasta á sí mismo para vivir en nosotros, es preciso que nosotros muramos tambien á nosotros mismos para vivir en él. Es necesario decir con San Pablo: *Deo dissolvere para ser una misma cosa con el Cristo*; es necesario que esta disolucion se consuma en efecto, tanto como sea posible, hasta poder decir tambien con el mismo apóstol: *Ya no soy yo quien vive, sino Jesucristo quien vive en mí*.—¿Y cómo se efectuará este prodigio de nuestra disolucion correspondiente á la del Cristo? Por las pruebas de nuestra fé en su presencia real contra las apariencias, contra la razon natural y contra los sentidos. Es necesario morir á todas estas cosas, desprenderse de ellas, sobrevivirlas por la fé, y no conservar nada mas de nosotros mismos que la voluntad y el amor, para comunicar realmente y confundirnos y

perdernos en la voluntad soberana y en el amor inmenso de Dios.

Esta es la razon filosófica de la impenetrabilidad natural del misterio eucarístico: así como es la consumación del amor, que es su objeto, así es tambien el mayor sacrificio del hombre y de Dios que debia ser su medio. El talento intuitivo de Platon habia entrevisto esta hermosa verdad á través de las figuras de la antigua Teogonía, cuando escribia: "Todos los sacrificios y esas otras cosas, á las cuales preside la ciencia sagrada, y por cuyo medio la divinidad se une á los hombres, tienen por objeto la conservación del amor." (1)

4 ° Descubrimos ya una nueva perspectiva no menos rica que la que acabamos de explorar. Reanimando de este modo el amor, el sacramento de la Eucaristía reanima en nosotros la perfección, y nos regenera en todo nuestro ser y en todas sus relaciones.

Es una verdad comun, que todo el hombre, es decir, todo lo que hay de mas eminente y de mas sustancial en él, se resume en la conciciencia. en el *sentido moral*.

Pero esta misma conciciencia no es siempre viva y exacta en el mismo grado, pues se altera por el roce con las pasiones, ya no nos indica los deberes con la misma precision, y no nos hace sentir mas que de lejos y débilmente su influencia; llega algunas veces hasta cesar enteramente, ó variar segun los órdenes que debiera prevenir en nosotros.

Necesitábase, pues, un medio de reglar esta conciciencia reguladora, así como las agujas que marcan la hora en un reloj son regladas por otra aguja secreta, por cuyo medio se las pone de acuerdo con el cuadrante de los cielos.

En el hombre este secreto regulador, que es el *sentido moral* ó á la conciciencia lo que la misma conciciencia á la voluntad, es el *sentido religioso*, el *sentido místico*; es el amor del deber conformado á su origen y á su objeto, á Dios.

Podemos decir que las pruebas porque nos hace pasar para llegar hasta la comunión eucarística, son ya en sí mismas y aisladas un poderoso medio de regeneración.

¿Qué es lo que altera en nosotros el sentido religioso, ó aun simplemente el sentido moral? ¿No es la sutileza del espíritu, el tumulto de los sentidos, esa vida enlazada con las cosas criadas, que nos derrama todo enteros al exterior, y nos hace perder de vista aquel otro mundo interior y moral de la verdad y de la virtud, con el cual nos comunicamos por medio de la conciciencia? El raciocinio va tomando poco á poco en los hombres el lugar de la conciciencia, porque por el raciocinio se conducen y por la conciciencia son conducidos, y esto último les repugna. La conciciencia es una soberana que, independientemente de los rigores que prescribe, incomoda al orgullo humano, solo porque es soberana, porque obra con independencia, previene, examina y anula con frecuencia las decisiones del espíritu humano sin dejar conocer los motivos que para ello

(1) Platon, *Banquete*.

haya. Esta dictadura disgusta. De ahí nace esa tendencia á sustituir el sentido íntimo por el raciocinio, y la conciencia por los cálculos aun los mas depravados. El principio del mal es el orgullo, contra el cual es preciso precaverse por medio de la incessante sumision á esta voz interior que habla en nosotros. A este primer vicio suceden todos los demás, y las sensualidades, las concupiscencias y todas las pasiones vienen en seguida á explotarla en provecho de sus criminales y falsos placeres. Por no haber querido someterse á la conciencia, no puede el espíritu á su vez someter á sí las pasiones, llega á ser su juguete, su cómplice, su esclavo, y todo el hombre queda depravado.

El remedio á este mal, debe ser el reverso de la medalla. Para volver á encontrar la conciencia, es menester separarnos de todo lo que nos la hace perder, purgarla de todos esos elementos heterogéneos que la obstruyen, divorciarse á lo menos provisionalmente de nuestras pasiones, de nuestros sentidos, de nuestras preocupaciones terrestres; suspender, en una palabra, esta vida exterior de relacion sensible con las cosas criadas que nos disipan, y volver á entrar dentro de nosotros mismos. Sucede con el alma lo que con el cuerpo: la dicta es el preliminar de su tratamiento médico, porque la inmoderacion es el origen de sus males. Pero de poco ó nada serviría el separarnos de los objetos criados que nos afectan; es menester además despojarnos de esa propiedad de nosotros mismos que nos achica y limita por el lado del mundo espiritual, y que es como la muralla que nos separa de él. La ciega confianza en nuestra razon privada y la adhesion esclusiva á nuestro propio sentido, forman el primer nudo de esa red que nos liga á las cosas criadas y que va complicándose al rededor de nosotros. Es preciso, pues, llevar la espada de la separacion hasta ese nudo tan caro al orgullo, y reducirnos á lo que hay de mas sustancial y firme en nosotros: hacernos, en una palabra, segun la bella expresion de la Escritura, *sencillos de corazón*.

Pero este trabajo supone un término de relacion que sea su punto de apoyo. No puede el hombre desprenderse de la atmósfera en que vive, y mucho menos de sí mismo, sin aficionarse á algun objeto que reemplaze los que abandona, y cuya perspectiva le incline á dejarlos. Y ¿qué objeto puede mejor que Dios tener esta poderosa virtud? Y ¿por medio de qué sentimiento mas activo puede ejercerlo que por el del amor? Y en fin, ¿qué motivos mas propios para desarrollar en nosotros este sentimiento, que los que nos ofrece en el sacramento de la Eucaristía, en el cual él mismo nos da el primer ejemplo del mas absoluto desprendimiento, del mas infinito amor?

¿Cuán poderoso desinterés no debe escitar este sacramento en el alma humana, al considerar ésta la santidad, la grandeza y amabilidad del Dios que en él se recibe? ¿Qué objeto, qué interés, qué afeccion hay en el mundo que no queden eclipsados, desencantados al compararlos con esta union? y ¿cómo esta comunión con la perfeccion por esencia debe apartarnos de todos los falsos bienes de esta vida?

El motivo de la oscuridad del misterio se hace

ya evidente. Esta oscuridad consume la obra de nuestro desinterés, de nuestra abnegacion, obligándonos, para penetrarla por medio de la fé, á renunciar á nuestros sentidos, hasta á nuestra razon privada, y á no conservar mas que la voluntad, y esta sometida ya. Retirados, concentrados en la parte mas invisible de nuestro ser, morimos á toda vida exterior, aun á toda vida propia; nos sepultamos, nos anonadamos al igual del Dios que quiere darse á nosotros, y volvemos á entrar en la nada de donde nos sacó, pero para renacer luego y adquirir otra vez en Dios nueva vida, esa vida espiritual que con su soplo comunicó al primer hombre y que éste no supo conservar.

En fin, llegado el momento de esta comunión regeneradora, se desvanece todo lo que constituye la vida en la tierra, desaparecen tambien el tiempo y el espacio, y el alma, reducida á la única facultad de querer y de amar, se adelanta enteramente sola hasta los últimos confines de la existencia terrestre. Si es con mi cuerpo ó sin mi cuerpo, podria decir entonces con S. Pablo, *no lo sé* (1); pero sucede alguna cosa eterna é infinita,—se consume la union inefable,—y hasta en la fisonomía se revela una especie de solemne y tierna mezcla de paz y de temor, de sufrimiento y de voluptuosidad, de vida y de muerte; como si el pesar, casi diríamos el despecho de volver á entrar en la vida y sus tempestades inquietase á aquella alma que vuelve de los cielos. *Mi vida es Jesucristo*, se dice á sí misma, *y morir seria ganancia* (2).

Los que se privan del sacramento de la Eucaristía, no podrán comprender jamás lo que él proporciona, lo que con él sucede; así tampoco es dado á los que en él se gozan el explicarlo. Es un secreto de amor entre el alma y Dios. Por esto no nos sorprende que queriendo Voltaire de buena fé figurarse el efecto de la Comunión, y creyendo rendirle un homenaje, le describa del modo siguiente: "Hé aquí unos hombres que reciben á Dios en su interior, en medio de ceremonias augustas, al resplandor de cien antorchas, al son de una música que emblesca sus sentidos, al pie de un altar radiante de oro. La imaginacion se halla subyugada, y el alma embargada y enternecida; el corazón late apenas, nos sentimos desprendidos de todos los bienes terrestres, y unidos á Dios que está en nuestra carne y sangre. ¿Quién se atreverá despues de esto, á cometer una sola falta, ni siquiera á concebirla? Era seguramente imposible imaginar un misterio que con mas fuerza retenga á los hombres en la virtud (3)."

Voltaire habló aquí como poeta, y habló bien; pero el filósofo se equivocó grandemente: las ceremonias, las antorchas, la música, la belleza del altar ninguna impresion causan entonces en el alma. Al contrario, la contrarian: todo lo que experimenta le viene del interior. Lo que únicamente desea es la soledad, el silencio, el retiro. Todo lo que le renueva la memoria de la tierra y de los hombres, y le

(1) II Corintios, cap. 12, v. 2.

(2) *Mei corpus Christus est et mori iucundum.*

(3) *Cuestiones sobre la Enciclopedia*. t. IV.

recuerda que pertenece aún á este mundo, la importancia y afige. Toda de su Dios, quisiera, como la Magdalena, irse con él al desierto para perpetuar y consumir para siempre en él su union. Sin duda que la encanta una música, la enamora una luz, la atrae una belleza; pero una música interior, una luz sobrenatural, una belleza inmaterial, en las cuales ninguna parte tienen los sentidos ni la imaginación, y de cuyos encantos disfruta tanto mas cuanto menos mezcla hay en ellos. Las comuniones mas dulces, mas vivas y eficaces, son las que se hacen sin mas pompa que la de un corazón bien dispuesto. La sencillez del altar está entonces mas en conformidad con el anonadamiento de la víctima, y solo de esta proceden los trasportes del alma que la recibe.

Para el alma es precisamente una prueba directa de la *presencia real*, el que esta presencia se haga sentir con mas fuerza cuanto menos parte tengan en esto sentimiento la imaginación y los sentidos. Sobreviene en ella una vida toda interior, como si en su corazón latiera otro corazón, y si en su conciencia obrara otra conciencia. Esa voz íntima y sagrada que constituye el sentido moral, adquiere una delicadeza y sonoridad que revelan la presencia inmediata de su Autor. Lo que habla y contesta no es ya una abstracción instintiva, sino una realidad distinta y personal; es una expansión profunda y recíproca como la de dos amigos, de dos esposos entre sí. En fin, ya no está el alma sola; hay en ella un huésped. . . . un Dios.

Vivificada así el alma, y puesta en relación con el mundo interior y sobrenatural, vuelve á ocupar el sitio que en este le corresponde. Pero ¿qué cambio tan grande! Esta vida terrestre que el alma habia abandonado por encontrarla pesada y amarga, la vuelve á encontrar suave y ligera. Se sonríe al considerarla, tan fuerte se siente para sufrirla en lo que tiene de penoso y para evitarla en lo que hay en ella de corruptor. Todo se le hace fácil; corre, vuela por esa senda de los deberes donde antes tropezaba á cada paso, y cuyas espinas parece que se han convertido en rosas. En ella y á su alrededor todo obedece al principio divino que la anima, y del cual continúa nutriéndose. Este principio tiene la doble propiedad de desprenderla de este mundo, por el atractivo interior, hasta el desprecio, y de ligarla á él, por el amor de Dios y de los hombres, hasta la muerte. De este modo satisface á la vez y dobla una por otra, la vida mística y la vida práctica, cuya armonía constituye al hombre perfecto. Hace de ella, en fin, por el amor que á él le une, un instrumento dócil del reinado del orden de que es origen, un ministro de sus gracias, un testigo, y un embajador de su verdad, un ángel.

Así es como en el cristianismo la Eucaristía vivifica el corazón del hombre por el amor; del mismo modo que su enseñanza vivifica su espíritu por la verdad. ¡Cosa admirable y que revela perfectamente ese orden divino que resplandece siempre en todo lo que pertenece á tan bella religion! El hombre moral es espíritu y corazón; tiene necesidad de dos cosas: de alimento y de luz. Inteligencia y amor:

estos son los dos polos de su ser sobre los cuales giran todos sus destinos. El catolicismo provee admirablemente á estos dos fines. Por medio de la infalibilidad de su enseñanza determina al entendimiento humano y lo fija en la certidumbre de la verdad; por medio de la participación eucarística atrae su corazón y lo hace descansar en el amor de esta misma verdad. Por medio de la doctrina, es para él como la columna luminosa que guiaba á Israel en el desierto, y por medio del sacramento, como el maná celeste que en él lo alimentaba. Son como dos mesas colocadas en ambos costados: la una, la mesa de la ley divina, que contiene y enseña la verdadera fé; la otra, la mesa del altar sagrado, en el que está el pan de vida que la hace sensible; en la una nos ilumina, en la otra nos reanima; por un lado nos instruye, por el otro nos persuade; siempre se apodera de nosotros, nos alienta, nos conforta, nos diviniza. Es Dios mismo que se nos da con igual *realidad de presencia*, en la enseñanza de su Iglesia y en el banquete de su amor. El Verbo eterno se continúa y habita sustancialmente en medio de nosotros en la doctrina y en el sacramento, y á una y otro se aplica con igual fuerza la exactitud de estas palabras: *Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*. A vista de esto, todavía podemos insistir en hacer notar la admirable concordancia, la profunda solidaridad que ni las herejías pudieron romper, y que las obligó á privarse de todo y de confundir en su común voluntad y en su común impotencia para destruirlos la cátedra y el altar.

5.º Daremos fin á la presente tarea con una consideración mas elevada y general.

Si hay en la naturaleza humana un instinto profundamente arraigado y universalmente revelado por sus efectos, es el que hace que el hombre se crea de raza y destino divinos, que enlace su existencia con la de Dios, que se la asimile, que la confunda con la suya.—Poetas, filósofos, pueblos civilizados, bárbaros, antiguos y modernos, todos los hombres sin distinción, aunque bajo formas diversas, han hecho alarde de la misma pretensión.—Es un hecho *humanitario*.

¿No es una expresión inmensa de este hecho la misma idolatría que reinó por tanto tiempo sobre la tierra? El instinto de que hablamos habia conducido al hombre á sentarse con todas sus miserias sobre el trono mismo de Dios. Las cosas habian llegado hasta el punto de que convertirse en Dios y recibir las adoraciones que le son debidas era un hecho ordinario, y que en los grandes de la tierra muchas veces no esperaba la muerte para consumarse. Las apoteosis eran lugares comunes, oratorios y poéticos; pero lugares comunes de los cuales se usaba con formalidad, y que se efectuaban por medio de actos increíbles, y por consiguiente llenos de supersticiones idolátricas. Las estatuas de los dioses y de los semi-dioses, mezcladas con las de los héroes y de los grandes hombres que aspiraban á serlo, poblaban la tierra: *en una palabra, todo era Dios, menos el mismo Dios*.

Si apartándose de la multitud buscáis en la filo-

sofia antigua un refugio contra esta deificación universal, la filosofía á su vez, deplorando los extravíos del instinto que le dió origen, no hará mas que espresarnos mas claramente su principio, y con acento tranquilo, puro y elevado os dirá: "Hay una sociedad primitiva entre el hombre y Dios; hay una semejanza entre el hombre y Dios, que nos autoriza á llamarnos *realmente de la familia, de la raza y de la estirpe de los seres celestiales*." (1)

En los tiempos modernos, y principalmente en nuestros dias, el exceso de semejante pretension distingue á todo lo que está separado del cristianismo. La idolatría sigue ocupando, como una planta silvestre, toda la tierra que el arado evangélico no ha tocado todavía, y en nuestras sociedades civilizadas, el panteísmo, es decir, la mas audaz confusion del hombre con Dios, la absorcion de la divinidad en la humanidad, constituye el fondo comun de todas las producciones del talento humano. Es la úlcera que va royendo las facultades del alma, que se estiende como la idolatría en los últimos dias del paganismo, y que amenaza sofocar hasta los últimos principios elementales de justicia y de moral por los cuales viven las sociedades.

Siempre y por todas partes, parece que la humanidad haya buscado, al traves de todas sus miserias, el cumplimiento de aquella promesa que sedujo á su jefe: *sereis como dioses* (2), y que haya hecho pasar de boca en boca el fruto fatal, tan lisongero para el orgullo, que debia realizarla.

Las profundas revelaciones de nuestro origen nos enseñan que se habian ofrecido al hombre otra promesa y otro fruto, un fruto de vida por medio del cual *viviría eternamente*.

La fatal seducción que lo llevó al fruto del árbol de la ciencia, no produjo, pues, tan grandes resultados sino porque correspondia á una tendencia nativa en él, é imitaba la verdad de su destino. Sucumbiendo á aquella, debia perder este destino para siempre. Sin embargo, le estaba reservado un medio de recobrarlo, y la consecuencia de su caída fué solo aplazar su posesion y hacérsela alcanzar á través de las pruebas expiatorias del abuso de su libertad.

Mas aún: se le ofrecieron al hombre la misma promesa y el mismo fin. hacerse semejante á Dios; pues cualquiera que fuese su eleccion, obedecia siempre instintivamente á su destino, de modo que su mismo culpable error prueba la verdad de dicho destino, y lo prueba tanto mas cuanto el hombre no ha dejado de aspirar á él, aunque el camino escogido para conseguirlo lo alejaba cada vez mas de su consecucion.

Este camino, por el cual ha andado errante el género humano, consiste para el hombre en hacerse Dios por sí mismo, en constituirse en rival de Dios, en usurpador de sus atributos, en alterar el orden de su propia naturaleza, ó en hacerla entrar otra vez en él. Su principio es el orgullo mas desenfrenado, su sentido el ateísmo, su expresion la ido-

latría y el panteísmo, y su inevitable resultado la esclavitud del hombre á sus brutales pasiones, á las cuales no puede resistirse con sus solas fuerzas. Por querer el hombre hacerse igual á Dios, se hace inferior á sí mismo.

Apareció el cristianismo, y, correspondiendo á los celestiales instintos y divinas tendencias que en nosotros se abrigan, pretendió satisfacerlos, pero por medios diametralmente opuestos á los que el género humano habia seguido, y es preciso convenir en que los abismos en que se habia este sumergido, inspiraban ya una gran prevencion en favor de la sabiduría de este medio inverso.

Este medio es el reconocimiento del soberano dominio de Dios sobre el hombre, y la reparacion del orgullo que se lo habia hecho desconocer por el anonadamiento de una víctima, en la cual la humana naturaleza tenia compendiados todos sus sufrimientos, y la naturaleza divina todo su valor. La reunion de estas dos naturalezas para formar esta víctima, realizaba la alianza entre Dios y el hombre, objeto primitivo de nuestros destinos, frustrado por el pecado, y la hacia llegar, respecto de nosotros, al mas alto grado de gloria. Pero no era esto aún bastante: Dios queria llegar á un resultado mas íntimo de esta comunión del hombre con él, y conseguir el cumplimiento literal de la promesa de nuestra deificación. El se habia hecho hombre, y queria que nosotros fuéramos él, y consumáramos en la union, en la unidad con él. Pero al mismo tiempo, para evitar á nuestra frágil naturaleza los vértigos del orgullo que semejante elevacion, si hubiese sido repentina, no podia dejar de inspirarnos, así como para hacerle expiar lo que la habia arrastrado á deificarse á sí misma, debia Dios poner un contrapeso á su favor, tan grande como ella, que nos anonadase en la sumision que le debemos, en el momento en que iba á admitirnos á la mas gloriosa union con él, y que nos obligase á hacer en el mas alto grado actos de criatura, haciéndonos pasar á la vida del Criador.

Tal es la profunda razon del anonadamiento en que el misterio de la Eucaristía sumerge á nuestra razon y á nuestros sentidos. Este el precio con que se nos da el Señor, el rescate del crimen con que quisimos hacernos semejantes á él, el contrapeso del abismo de gloria en que nos introduce, la justa represalia de la fé que habíamos tenido en nosotros mismos y en el espíritu de desorden que nos habia perdido.—Este último tentó á nuestros primeros padres, diciéndoles: *Comed de este árbol y sereis como Dioses*, y lo creyeron desobedeciendo á Dios. Para remediar este desorden, el Salvador nos tentó á su vez y nos dijo: *Comed mi cuerpo, bebed mi sangre, y os convertireis en Dioses*.

Por medio de este admirable equilibrio nos reconduce el cristianismo á nuestros primitivos destinos, y nos hace llegar, á través de todas las pruebas de nuestra fé, al glorioso término al cual nos dirigamos por la senda de los desórdenes de nuestro orgullo. A este último, y á la reparacion y precauciones que conlleva, debemos estas pruebas y este retardo. Por esto no nos es permitido ver á Dios ca-

(1) Cicero, *De Legibus*, lib. I

(2) *Genesis*, cap. 3, v. 22.

ra á cara, y por esto el impenetrable velo del misterio nos lo oculta hasta en sus mas íntimas comunicaciones. Algun día, cuando se haya cumplido el tiempo de las pruebas, este velo se rasgará. Hasta entonces, sirviéndonos de la graciosa y exacta imagen de un padre de la Iglesia, estamos como en el seno de su madre el niño que se alimenta de frutas sazonadas por el sol, antes de haber visto su luz: nos alimentamos de Dios, antes de verlo.

Pero lo sentimos, lo vemos en los efectos morales que obra en nosotros. Tenemos de su presencia la prueba mas irrecusable que pueda darse á nuestra debilidad, la de nuestra fuerza. El poder que la Comunión nos da sobre nosotros mismos, sobre nuestras pasiones y sobre el mundo, la sublime santidad á que nos eleva, los prodigios de virtud que nos hace concebir, empiezan ya en la tierra nuestra deificación, y nos revelan su origen probando la verdad de estas palabras: *El que come de este pan vivirá.*

¿Quereis que os expliquemos el misterio del abatimiento de Dios en este Sacramento? Expliquemos el misterio de la elevación del hombre por su participación; ó mas bien, reconoced con nosotros que ambos misterios se justifican mutuamente, y que un pan que nos hace subir al cielo, debe de haber bajado del cielo.

III.

Tales son los Sacramentos de la Confesión y de la Eucaristía. Tan admirables ambos y tan profundamente filosóficos en sí mismos, lo son igualmente en sus mutuas relaciones.

Dos solas citas completarán este parte del presente estudio: una dolorosa, otra consoladora; ambas muy notables por la posición posterior y anterior de sus autores.

I. "Los Sacramentos, dice M. de Lamennais, admirables en sí mismos, como testimonios de la bondad infinita de Dios para con su criatura; no lo son menos por la maravillosa armonía que los une entre sí, como si se prestaran mutuo apoyo para santificar á la criatura nacida en el pecado, elevándola por grados desde el fondo del abismo hasta á Dios, al cual parecia que jamas podría llegar. Si *no coméis mi carne y no bebeis mi sangre*, dice el Señor, *no poseeréis la vida*. Es preciso, pues, participar de este divino alimento si queremos vivir; pero ¿no es correr á una muerte mas segura y mas terrible, llevar á él una mano culpable y acercarle unos labios impuros? Señor, quiero vivir, y sin embargo, *conozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre enfrente de mí; purifícame de mi pecado; cria en mí, oh Dios! un corazón puro* (1), esclama el pecador abatido y turbado. Dios le oye; y su gracia, que todo lo ha previsto, va á repararlo todo. Pero para alcanzar de él este *corazón puro* que le pedimos, escoge de nosotros un *corazón contrito y*

humillado (2). Adelántate, pues, ¡oh pecador! hacia el tribunal de la penitencia: en él te está esperando un hombre, pecador como tú, pero cuya misión la ha recibido de Dios. Á sus pies harás los últimos sacrificios del orgullo humano en la primera confesión de tus acciones y miserias. De este modo empezará á formarse en tí el hombre nuevo, porque la raíz del pecado está en el orgullo, y de la humildad nace el arrepentimiento; de este modo darás á Dios toda la satisfacción que de tí escoge de tu debilidad, y la ley de justicia será para tí una ley de misericordia. Quitad la Eucaristía, y el hombre no creerá tener nunca un motivo suficiente de sujetarse á los rigores y humillaciones de la penitencia; suprimid la penitencia, y no le parecerá al hombre tener jamas motivo bastante para juzgarse indigno del cuerpo y sangre de Jesucristo, y de la misma manera que lo hicieron los herejes de nuestros días, será preciso que negando uno de los dos sacramentos, altere lo que cree del otro, para llegar al fin á negar la creencia en ambos. *El corazón del hombre es un abismo*, dice la Escritura, *y solo Dios ha penetrado en él* (3). Admirados de los prodigios de una religión en la que todo se armoniza para explicar y dirigir este corazón indócil é inesplicable, religión fuera de la cual no hay para él mas que desórden, error y confusión, diremos con el apóstol: *Esta es la obra de Dios* (4)."

¿Con qué peso caen estas palabras sobre el destino actual de su autor, y cuán terrible y elocuente es la confirmación que éste les da! Hablaste con exactitud, ilustre y desventurado talento, y tú mismo has sido víctima experimental de tus propias lecciones: *El corazón del hombre es un abismo*, y *solo Dios ha penetrado en él*. . . . Es verdad que la religión que entonces te inspiraba es la *única que explica y dirige este corazón indócil é inesplicable*, y que en esto acredita *ser obra de Dios*; porque desde el día en que de ella te separaste, á pesar de la fuerza de tu naturaleza privilegiada, no ha habido para tí mas que *desórden, error y confusión*. . . . Indudablemente se hallaba esta verdad bastante probada por la caída de tantos de tus antecesores; pero Dios en su justicia ó en su misericordia queria reservarte como una prueba viva de su imprescriptible verdad, y fortificar y confirmar á muchos por medio de tu formidable caída. ¡Ojalá que tú mismo llegaras á reconocer esta verdad, despues de haberla tan elocuentemente publicado, tan fatalmente comprobado, y no permanecer siempre el único insensible á tus propias lecciones, á tus propias desgracias! Nave arrebatada de escollo en escollo por la tempestad, ¡ojalá pudiéramos verte al fin volver al puerto, y por la gloria y alegría de tu retorno, pudieses igualar y hasta exceder al dolor y á la confusión de tu extravío!

II. Volvamos la vista á un testimonio mas consolador.—El autor de las *Cartas á Atico*, de las

(2) *Ibid.*, v. 19.

(3) *Ecles.*, iiii, v. 18.

(4) De Lamennais, *Reflexiones sobre la eucaristía de Jesucristo*, lib. 4, cap. 7.

(1) *Psal.* l. v. 4 y 5.

cuales hemos citado ya algunos pasajes, *Fitz-William*, aunque nacido en el protestantismo, habia comprendido, por la sola fuerza de su gran talento, la verdad católica. Consignó la expresion de su pensamiento sobre la materia en algunas páginas, cuyo pequeño número está compensado por la grande elevacion de miras, y que pueden hacer decir de él lo que decia Montesquieu de Tácito, *que lo abrazaba todo porque todo lo veia*. Rosaminando cuál es el mejor sistema de gobierno, habla del modo siguiente de los sacramentos de la *Penitencia* y de la *Eucaristía*.

"Todos los pueblos tienen su religion y sus leyes; su religion para inculcar la verdad y la moral, y sus leyes para castigar los crímenes. En esto los católicos romanos y todos los demás llevan un mismo fin. Pero solamente la religion católica tiene leyes de una autoridad muy imperiosa, y acerca de las cuales no hay arte ni sofisma que puedan causarnos ninguna ilusion; leyes establecidas no solamente para inspirar amor á la virtud y á la moral, sino tambien para obligarnos á seguirlas; leyes que no se limitan á castigar los crímenes, sino que además los previenen. Consisten estas leyes en la obligacion que imponen á todos los católicos de comulgar á lo menos una vez al año, en su veneracion por este sacramento y en la indispensable y rigurosa preparacion para recibirlo; ó en otros términos, en su fe en la presencia real, en la confesion, la penitencia, la absolucion y la comunión. Puede decirse que en los estados católicos toda la economía del orden social gira sobre este polo, y que á él son deudores de su solidez, de su duracion, de su seguridad y bienestar. . . . Los preceptos que impone esta religion á sus hijos, y las prohibiciones que les prescribe, son tan poco conocidos de los sectarios que la combaten, que apenas tienen de ellos una ligera idea. Unos por ignorancia apartan de ella sus miradas, otros por prevención la tratan con menosprecio. [El autor espone aquí el rigor de la doctrina católica]. Tal es, continúa, tal ha sido siempre, hace diez y ocho siglos, la doctrina fundamental é inmutable de la Iglesia católica. Y si se dice que sus hijos son malos y perversos, á pesar de los lazos con que ella los encadena y los deberes que les impone, ¿qué no podrá decirse de los hombres á quienes no ligan estas saludables trabas? Los habitantes de la mas feliz y floreciente monarquía que brilló jamás sobre la tierra, los sacudieron de repente; pero ¿cuáles fueron las consecuencias? No teniendo ya aquellos desaventurados insensatos freno que los contuviera, se atrevieron á todo, y sus crímenes, como un mar que se desborda, rompiendo los diques que solo Dios puede restablecer, causaron un atroz saodimimiento en Europa é inundaron el mundo. . . .

"Para fallar en todas las cuestiones de una importancia general, es conveniente y necesario tomar por basa sus efectos generales. Esto es lo que yo he hecho. Pero ¡ay! es tal la fragilidad humana, que seguramente no todos los católicos se aprovechan de las ventajas que se les ofrecen. Si nadie se separara de ellas, la cuestion no versaría sobre

cual es el mejor de los gobiernos, sino mas bien, en un gobierno dado, de qué otras leyes hay necesidad. Acaso todas las leyes humanas serian en él superfluas y tan inútiles como impotentes son en todas partes donde la religion católica no les sirve de fundamento. . . .

"Cuanto acabo de decir en favor de los gobiernos católicos, debe entenderse bajo el punto de vista político. Sin embargo, no puedo prescindir de preguntarme á mí mismo, si una religion que contribuye evidentemente á la felicidad de los hombres de una manera tan sólida y admirable, no es una religion divina en todo cuanto prescribe. . . ."

RESUMEN. (1)

"La virtud, la justicia y la moral deben ser la basa de todos los gobiernos.

"*Es imposible establecer la virtud, la justicia y la moral sobre basas algo sólidas sin el tribunal de la penitencia*,—pues este tribunal, el mas formidable de todos, se apodera de la conciencia de los hombres, y la dirige de una manera mucho mas eficaz que ningun otro tribunal.

Es imposible establecer el tribunal de la penitencia sin la creencia en la presencia real, principal basa de la fe católica,—pues sin esta creencia, el sacramento de la comunión pierde todo su valor é importancia. Los protestantes se acercan á la santa mesa sin temor, porque no reciben en ella mas que el signo conmemorativo del cuerpo de Jesucristo; pero los católicos, al contrario, solo se acercan á ella temblando, porque en ella se les da el mismo cuerpo de su Salvador. Por esto donde esta creencia fué destruida, desapareció con ella el tribunal de la penitencia. La confesion se hace inútil, así como se hace necesaria existiendo aquella creencia; y este tribunal, que se encuentra tan necesariamente establecido con ella, hace indispensable el ejercicio de la virtud, de la justicia y de la moral.—Por consiguiente, ya lo dije:

"*Es imposible formar un sistema de gobierno cualquiera, que pueda ser permanente y ventajoso, á menos que esté apoyado en la religion católica*.

"He aquí, pues, la solución de la cuestion mas importante, despues de la de la inmortalidad del alma, que puede ofrecerse á los hombres: ¿Cuál es el mejor gobierno? Y cuanto mas se la estudie, mas se conocerá que esta creencia en la presencia real abraza no solo todos los gobiernos, sino todas las consideraciones humanas; que es como su *diapason*, y que respecto del mundo moral, es lo que el sol con respecto al mundo físico:—*Illuminans omnes homines*." (2)

CAPITULO XVIII.

EL CULTO Y SUS CEREMONIAS.

"Lo Bello es el esplendor de lo Verdadero."

Esta máxima, que tan felizmente se justifica por sí misma, parece haber sido inventada para ca-

(1) Todo lo que sigue está literalmente transcrito.

(2) San Juan.

racterizar el culto católico. Su esactitud resaltará mas aún, si á tan hermosa definicion de lo Bello por Platon, añadimos la siguiente no menos verdadera de De Maistre:

"Lo Bello es lo que agrada á la Virtud ilustrada."

Si de este verdadero Bello podemos decir, en efecto, que es *el esplendor de lo verdadero*, es necesario convenir en que la verdad del cristianismo resplandece lo mismo en su culto que en sus dogmas y en su moral; pues en este culto y en los edificios, en los cánticos, en las oraciones y ceremonias que lo constituyen, se encuentra ese verdadero Bello, ese Bello bíblico y evangélico, del cual están impregnadas todas nuestras bellas artes, y que parece nacido del génio y de la virtud.

De este modo sella el cristianismo la perfecta alianza, la santa trinidad de lo Verdadero, lo Bueno y Bello; los confunde en un solo todo indivisible, y decidiendo en sí una cuestion de arte y de gusto, decide al mismo tiempo una cuestion de moral y de doctrina (1).

Esta tesis seria fecunda en ricos descubrimientos; pero solo al génio pertenecia hablar del cristianismo, y este génio lo ha hecho ya. Chateaubriand ha confundido su gloria con la de la Religion. Si este esclarecido escritor ha ejercido tan alta influencia sobre su siglo, que casi podriamos decir que no hay en nuestros dias ningun mediano talento que no haya sentido el soplo de sus inspiraciones, se debe á que él mismo las habia bebido en las sublimes fuentes de lo Bello católico, y que para él el cristianismo ha sido como un divino órgano de un templo sonoro, cuyo armonioso teclado solo estaba esperando la mano del artista para atraer á la multitud hácia los altares.

Nosotros no podriamos hacer mas que callar y admirar con la generalidad de los hombres lo que no sabriamos ni siquiera imitar. Debemos á lo menos limitarnos á algunas reflexiones generales, y mas particularmente enlazadas con la direccion filosófica de nuestros trabajos.

I. Creemos que no es menester probar la necesidad de un culto eterno y sensible, pues en parte lo hemos hecho ya al esponer los motivos de los sacramentos.

1.º ¿Quién ignora, entre otras razones, con cuánta fuerza obran á su vez la palabra sobre el pensamiento, el acto sobre la voluntad, la expresion sobre el sentimiento, de tal manera que podria decirse que nuestros propios pensamientos no llegan al estado distinto de conciencia, sino después de haber pasado por el estado sensible y haberse visto á sí mismos en su expresion? "Negar la utilidad de los ritos y prácticas, tratándose de religion y de moral, dice Portalis, prueba sinrazon ó ineptia: es negar el imperio de las nociones sensibles sobre los seres que no son puros espíritus; es negar además la fuerza

del hábito. Los ritos y las prácticas son á la moral y á las verdades religiosas lo que los signos á las ideas." (2)

2.º Si el hombre debe homenaje á la Divinidad, este homenaje debe ser de todo el hombre: su imaginacion y sus sentidos, su espíritu y su corazon. ¿Qué haria de su naturaleza sensible si no la emplease en el mismo culto? Es preciso que la ocupe y no pueda prescindir de ella; ó la naturaleza lo sigue ó lo arrastra, y para que ella no lo extravíe es menester que él mismo la dirija y que la haga servir al objeto de sus adoraciones. No digamos, pues, que siendo Dios puro espíritu y leyendo en el fondo de los corazones, no tiene ninguna necesidad de que nos valgamos de signos sensibles para prestarle el homenaje de nuestra inteligencia. No se trata en la Religion de la necesidad de Dios, sino de la necesidad, del deber del hombre. El hombre necesita expresar lo que siente, decir lo que piensa, hasta para sentirlo y pensarlo bien, sobre todo cuando lo que siente y piensa contraria sus inclinaciones y su debilidad. En este caso necesita de todas sus facultades, y hasta de sus sentidos, para no verse arrastrado por ellos á cosas extravagantes y contradictorias: necesita sujetarlos al servicio de Dios con todas las fuerzas de su pensamiento, como aquellos rebeldes y cobardes de los cuales un hábil general desconfía, y que los obliga á batirse mezclándose con los buenos soldados.

3.º No olvidemos que la Religion debe unir á los hombres entre sí con el mismo lazo que los une á Dios. Debe abrazar á la humanidad en su todo y en sus miembros para consumarla en la divina unidad. Es, pues, preciso que se cubra de formas exteriores y sensibles que reunan á los hombres entre sí y obren sobre ellos colectivamente.

4.º Algunos filósofos de nuestros dias pretenden despojar á la verdad cristiana de sus símbolos, como ellos dicen, y elevar poco á poco la razon á contemplarla libremente. No pudiendo los poetas de esta escuela prescindir enteramente de las imágenes, afectan una especie de naturalismo patético, en el que la tierra y sus plantas, el cielo y sus celajes, la mar y sus olas, les parece que expresan mejor la Divinidad que la cruz de Jesucristo.

Pero sin escluir el sublime lenguaje de la creacion, del cual nuestros escritores sagrados son por otra parte intérpretes mucho mas elocuentes que los escritores á quienes ahora aludimos, creemos que limitarse tan exclusivamente á este orden natural es minar al cristianismo, que se halla fundado sobre un orden sobrenatural sensiblemente personificado en Jesucristo y su Iglesia, y mentir á nuestra propia naturaleza, cuya debilidad reclama y justifica este divino socorro. Por esto dice un filósofo protestante, Vinet: "No sé comprender al Dios vago y aéreo del poeta Lamartine: carece de piés que yo pueda bañar con mis lágrimas, de rodillas que pueda yo abrazar, de ojos en los cuales pueda yo leer mi perdón, de boca que pueda pronunciarlo; este

(1) "He conocido, dice Diderot, un pintor protestante que habia vivido muchos años en Roma, y que decia que nunca habia visto al soberano pontífice oficiar en San Pedro, sin volverse católico." *Ensayos sobre la pintura.*

(2) *Del uso y del abuso del espíritu filosófico*, t. II.

Dios no es hombre, y yo tengo necesidad de un Dios-hombre." (1)

Sin embargo, el mismo protestantismo no ha conservado mas que la abstraccion de este Dios; y francamente, al ver sus templos no se diria que no es él el que en ellos es adorado, ó que se adora alguno. Estos templos son edificios *confortables*, en los que está uno á su gusto, pero que por otra parte se hallan perfectamente vacíos de todo lo que puede recordar al hombre su dependencia y nutrir su piedad. Son la casa del hombre, y no la de Dios.—A esto contestan los protestantes, que obran así por respeto á Dios, á quien nada puede representar dignamente, y acusan de idolatría al catolicismo.—Pero ¿puede concebirse el respeto á Dios, sin el sentimiento de la fragilidad humana, y no es carecer de este último sentimiento, y por consiguiente del respeto á Dios, el creerse naturalmente con bastante libertad para prescindir de todo medio sensible de elevarse hasta él, y el atribuirse con un cuerpo de barro los privilegios de puros espíritus? . . . Semejante pretension á la naturaleza inmediata del ángel, ¿emana acaso del propio sentimiento que inspiró al ángel mismo la pretension de igualarse con el Altísimo? ¿No podremos llamar á este sentimiento idolatría, idolatría peor que todas las demás, idolatría de sí mismo? . . . ¿No es esto, en una palabra, inconsecuencia é impiedad bajo el punto de vista de la fe católica, que descansa principalmente en la necesidad de un mediador *visible*, en el Verbo, es decir, en Dios mismo, *hecho carne*? . . .

5. ° Además, la cuestion de qué manera debe el hombre adorar á Dios, no puede el mismo hombre resolverla, porque implicaria contradiccion. Dios es el único juez de su propio culto. Y Dios, aun bajo el solo punto de vista natural, nos ha declarado su voluntad en esta materia de una manera incontestable.

En efecto, la religion se compone de dos órdenes de relaciones: unas por las cuales Dios se revela á nosotros, otras por cuyo medio nos sujetamos á él. Las primeras deben ser evidentemente la base de las segundas. Las primeras se hallan revestidas de formas sensibles hasta en la naturaleza, y solo á través de sus obras se nos aparece Dios, que hizo del universo como un templo, en el que sus invisibles perfecciones se expresan *visiblemente*. ¿Con qué fin queremos, pues, trastornar este orden y emanciparnos para responderle de la ley á la que se ha sometido él mismo hasta cierto punto para hablarlos? ¿Por qué no habian de convenir mejor al ejercicio de nuestros sentimientos para con él esas mismas criaturas, esos mismos signos sensibles que él no juzgó indignos de servir á la manifestacion de sus atributos en favor nuestro? . . . La razon que oponemos de que esto seria esponer al hombre á engañarse, á sustituir el signo á la realidad, el culto externo al interno, y á incurrir en idolatría; los mismos ejemplos, por muy numerosos que sean, que se aduzcan en apoyo de esta razon, todo se desvanece por sí mismo á la luz de nuestro argumento. Porque

si este raciocinio fuera absoluto, y si del abuso de una cosa debiéramos inferir su supresion, seria preciso empezar por acriminar al mismo Dios, que nos habria espuesto á ello, y ultrajar y destruir, si fuera posible, sus mas bellas obras, el fundamento de nuestras adoraciones á su soberana majestad. El sol, la luna y las estrellas han sido objeto de adoracion para muchos pueblos civilizados, y lo son aún en nuestros dias en algunas regiones del globo. Hasta en medio de nuestras poblaciones no faltan algunas gentes que se entregarían á este culto. Y ¿quién se atrevería á sostener el absurdo de que no pudiendo prescindir del sol, la luna y todos los demás astros, es necesario cerrar los ojos para no vernos espuestos á la tentacion de idolatrarlos? Pero el buen sentido se rebela y exclama: *Celi enarrant gloriam Dei et opera manuum ejus annuntiat firmamentum*, y el reconocimiento y el amor del hombre no vacilan en acudir á estas mismas obras para hacerlas los instrumentos y los vehículos de su culto á su Autor.

Este argumento adquiere en el cristianismo mayores proporciones, porque en esta religion el Hijo de Dios, igual á él, se ha dignado, por condescendencia á nuestra debilidad, que no comprendia el lenguaje de la creacion, vestirse de nuestra carne y sentidos, ennoblecerlos y civilizarlos, y hacerlos entrar en el culto que él mismo fué el primero en tributar á su padre, para merecernos y enseñarnos á su ejemplo el medio de tributárselo á nuestra vez.

6. ° Esto nos conduce á otra mas elevada consideracion:

El cristianismo es la restauracion de la naturaleza humana por el Cristo.—Todo cuanto entra en la composicion de la naturaleza humana, y todo lo que de ella depende, debe participar tambien de esta restauracion.

Todo está enlazado en las obras de Dios, desde el querubín hasta la planta y hasta la piedra. Hay una cadena maravillosa que de anillo en anillo corre por todos los grados de la creacion, y los enlaza con arte en una profunda unidad. El hombre en particular es el anillo de conjuncion entre el mundo invisible de los espíritus y el visible de los cuerpos, los toca á ambos, y llega hasta el último grado del uno, hasta el ínfimo grado del otro, y sin confundirlos los acerca y los une. Compuesto misto, epítome del cielo y de la tierra, no puede repudiar á uno ni otro, no puede salirse de su esfera, degradarse ó ennoblecerse, sin influir en la circunferencia de la cual él es centro.

En la edad de oro de sus destinos primitivos, cuyo recuerdo nos han conservado todas las tradiciones del universo, toda la naturaleza le obedecia como á su rey, y debia ser elevada en él á grandes prerogativas de espiritualidad y de gloria. Pero al separarse de Dios por los desarreglos de su libre voluntad, el hombre confundió lo espiritual con lo carnal, y sus fatales consecuencias se hicieron sentir en la naturaleza entera. Ya no fué esta para él mas que una rebelde, y acabó de dematuralizarla, haciéndola cómplice de sus desórdenes.

El reparador de este gran desconcierto, el mismo Verbo que habia criado el orden primitivo, el

(1) *Ensayos de filosofía moral y religiosa.*

Cristo, vino á rehabilitar lo que estaba perdido. Al efecto tomó nuestra naturaleza, es decir, nuestra alma, nuestro cuerpo, y como consecuencia la naturaleza entera, con la que formó este cuerpo, y en la cual vivió. Según la bella expresión de nuestros libros santos, el Salvador *fué engendrado en la tierra y llevado del cielo*. Por esto sufrió todas las necesidades y sujeciones de nuestra naturaleza sensible, lo mismo que nosotros, como consecuencias del pecado que venia á expiar. Pero por medio de esta misma expiación la rehabilitó, la santificó, la reintegró con nosotros en sí mismos, y la volvió á colocar en el rango del cual la habíamos hecho caer. En su trasfiguración y ascensión no solamente nuestra naturaleza individual, sino también los elementos terrestres de la naturaleza física, de que se compone, empezaron á gozar en él de esa gloria, cuya senda nos abrió, y en la cual debemos algún día descansar.

Jesucristo restableció en su persona á la humanidad en todas sus relaciones, y por medio de sus relaciones restableció también todas las cosas visibles é invisibles de que ella son objeto. Por esto dijo S. Pablo: "El Cristo es imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura; porque en él fueron criadas *todas las cosas* que hay en los cielos y en la tierra, *las visibles y las invisibles*, las cuales subsisten por él. Y reconcilió en sí mismo todas las cosas, pacificando por la sangre de su cruz tanto lo que *está en la tierra*, como lo que *está en los cielos*." (1)

Sentados estos precedentes, y no siendo el culto que debemos á Dios mas que la continuación y aplicación del que nuestro jefe Jesucristo fué el primero en rendirle, entra en el orden de este divino plan que nosotros empleemos en este culto de restauración, de pacificación universal, no solamente las facultades de nuestra alma, sino también de nuestro cuerpo, y hasta las de los demás cuerpos de la naturaleza que dependen del nuestro, y que lo traigamos todo en nuestro retorno, así como todo lo habíamos arrastrado en nuestro extravío.

Sin duda que estos tres grados de participación del culto divino, no tienen la misma importancia, sino que el culto espiritual, la adoración *en espíritu y verdad*, debe figurar en primer término; pero el culto sensible, la adoración exterior no puede dejar de seguirlo como modelado, *informado* por el culto espiritual; y á su vez no puede dejar de modelar é *informar* asimismo á la naturaleza física que lo rodea, y de la cual dispone. Estas tres cosas se hallan íntimamente enlazadas: quien ama no puede prescindir de decirlo y expresarlo, y no solo de decirlo y expresarlo, sino de hacerlo decir á todo lo que tiene en torno suyo; y lejos de alterar y sofocar con esto el sentimiento que es su móvil, lo purifica por medio del sacrificio de todo lo que emplea en su servicio, y lo eleva por medio de la misma reacción del movimiento que lo obliga á ello.

Tenemos en el Evangelio un hermoso ejemplo de esta verdad. Penetra el amor divino en el alma de Magdalena: ¿qué pasa en ella desde luego? ¿Se limita acaso á expresar este amor en *espíritu y verdad*, á

amar mentalmente? ¡Ah! no. Corre, busca á su Salvador, y al instante que lo ve, se echa á sus pies bañada en lágrimas; los abraza, los cubre de sus besos, los enjuga con sus cabellos y los adora, no solo con su espíritu y su corazón, sino con todo su cuerpo; hace mas aún; hace tomar parte en este acto de adoración á un vaso de perfumes, que se rompe como su corazón y se derrama como sus lágrimas; venga á Dios con su generosa profusión, del uso criminal al cual se destinaba, y de profano y sacrilego se convierte en piadoso y santificado como el amor que lo derrama. No importa que el orgullo fariseico se escandalice de estas exageraciones idólatras; Jesucristo las aprueba, y hasta le proporcionan ocasión para reprender á su huésped su frio retraimiento: "¿Ves esa muger? dice. Entré en tu casa, no me diste agua para los pies; mas esta ha regado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. —No me diste beso de recepción; mas esta desde que entró, no ha cesado de besarme los pies. —No ungiste mi cabeza con óleo; mas esta con un ungüento ha ungido mis pies. —Por lo cual te digo que perdonados le son muchos pecados, porque amó mucho." (2)

Así es como la verdad del culto interior entraña y justifica al culto exterior por el mismo lazo que une el espíritu al cuerpo, y por él á todos los cuerpos del mundo visible que lo rodea; como la verdadera religión debe restaurarlo todo, reduciéndolo hácia el autor y reparador de todo; y como toda la naturaleza, por decirlo así, animada por el genio de su rey, debe tomar relativamente á él, una actitud de adoración, y hacerse compañera y cooperadora de su retorno, así como había sido antes víctima y cómplice de sus desórdenes.

Sobre estas bases amplias, profundas y naturales, descansa el verdadero culto, el culto universal y católico.

II. Pasemos de estos principios generales á algunas aplicaciones.

1.º Si reducimos el culto católico á su mas esencial expresión, nada hay mas sencillo ni que mejor se preste á las circunstancias: un poco de pan, un poco de vino y cuatro palabras pronunciadas por un sacerdote: hé aquí el sacrificio de la misa, que es el alma de este culto, y á lo que puede rigurosamente reducirse.

En la sencillez de este acto se encuentra en efecto encerrado mas que todo lo que contienen y son todos los mundos visibles é invisibles, puesto que lo que en él se ofrece á Dios, es igual á Dios mismo, es Jesucristo realmente presente, y ofreciéndose á la soberana justicia de su Padre en el mismo estado de víctima en que se puso una vez muriendo sobre la cruz. Es el mismo sacrificio de la cruz renovado, no en la inmolación, sino en la ofrenda de la formidable víctima; es su aplicación reiterada y sucesiva en la generalidad de todos los tiempos y lugares.

Es tal la sencillez de este acto principal, que con dificultad puede el culto cristiano verse interrumpido.

(1) *Ad Cor., cap. 1.*

(2) *Luc., cap. 7.*

pido. Así es que se ha ejercido siempre durante las épocas mas atribuladas y en los sitios mas desiertos. Un calabozo, un desván, una gruta, el fondo de un bosque, todo puede convertirse en altar y en templo para el culto de aquel que no tenia ni una piedra donde apoyar su cabeza, pero que todo lo santifica con su presencia. Esta desnudez del culto, cuando no es efecto de la negligencia, sino de la persecucion, de la pobreza ó del destierro sufrido por la fé, lo embellece mas todavía, porque espresa y reproduce con sus circunstancias el sacrificio que constituye su gloria, y en este sentido puede decirse que lo adorna con todo lo que le falta. En las mas grandes solemnidades de sus dias prósperos, no pone el catolicismo sobre sus altares nada mas inmutable y mas distintivo que lo que le recuerda sus catacumbas y sus mártires: algunas luces y un sepulcro.

Pero este mismo culto, tan sencillo en sí, se presta en sus desarrollos exteriores á las pompas magnificas que la imaginacion es capaz de concebir: de manera que puede decirse que él alimenta todas las bellas artes con las migajas de su mesa; es decir, que lo que no es en él mas que secundario y accesorio, se convierte en un riquísimo manantial, en el que los genios de la arquitectura, de la escultura, de la pintura, de la música, de la poesía y de la elocuencia, han bebido y beberán sus mas sublimes inspiraciones.

Y sin embargo, la religion católica posee todas estas riquezas con independencia, y nunca se ha valido de ellas para obligar á nadie al ejercicio de su culto espiritual. Como una gran reina, á quien todo esto le es natural, se deja engalanar mas bien con la felicidad de sus súbditos que con la suya propia, conociendo bien que eclipsa sus propios adornos, y que ella misma es quien los consagra. Permite, pero no pide que se la embellezca.

Hay efectivamente en ella algo que ante todo y sobre todo la preocupa: su divino esposo Jesucristo, el cordero de Dios, la víctima santa del amor que le bastaba en las catacumbas, y del cual no la puede distraer toda la solemnidad de las catedrales.

La *presencia real* constituye siempre el fondo y la sustancia del culto católico; forma lo serio y *real* de sus pompas, quitándoles cuanto tendrían de ficción y teatral; las motiva, las concentra y las equilibra con su peso infinito, ó mas bien las aniquila, todas con su grandeza, si no les comunicase alguna parte de ella.

Esto desvanece la vana reconvenccion de idolatría hecha al catolicismo por la heregia, pues las imágenes, las estatuas, los cuadros, los cantos y los ornamentos de toda especie que llenan nuestras basílicas, y las mismas basílicas no son mas que un camino que conduce al altar, al tabernáculo y á la Divinidad que en él reside. Esta última es el término de todas las oraciones; todo lo demas solo son medios y escalones. Las bellas artes forman el cortejo y el acompañamiento de la religion, pero no la religion misma. Únicamente la presencia real constituye la basa de su culto; únicamente ella llena el lugar santo; únicamente es ella quien lo santifica;

de modo que quitándosela, se le quita al mismo tiempo hasta la obligacion del recogimiento, y el templo se convierte en un museo.

Solamente colocándose bajo este punto de vista de incredulidad en la *presencia real*, ha podido el protestantismo acusarnos de idolatría. Así, él mismo, so pena de merecer con justicia esta acusacion, se ha privado con esto de tener jamas un culto sensible. Por otra parte, todo lo que haga para tener uno, aunque sea á este precio, aun cuando para sostenerse intente apelar á las bellas artes que habia proscrito, estas no responderán nunca á su llamamiento, porque nada hay en él que las inspire, y cuyos límites no le sean conocidos. Por haber querido colocar la *figura* en donde está la *realidad*, se privó el protestantismo de poder á su vez figurar nada, ó mas bien se condenó á no ser él mismo mas que una vana figura, un fantasma, sobre el cual nada puede apoyarse.

2.º La presencia personal de Jesucristo sobre los altares del catolicismo, motiva é inspira todo su culto. La intervencion de su *gracia* en los otros sacramentos, se presta ademas á las ceremonias mas variadas y tiernas, y les comunica la frescura y la vida, como el agua oculta de los arroyuelos fertiliza sus riberas y revela con su fecundidad su presencia vivificante. Lo que dijimos ya del objeto y espíritu de los sacramentos en general, y de cada uno de ellos en particular, debe hacernos comprender la belleza de formas y circunstancias de que son susceptibles. Las diferentes edades y las varias situaciones de la vida humana; la infancia, la juventud, la edad madura, la vida y la muerte; los mas vivos sentimientos de la naturaleza, sus esperanzas y sus arrepentimientos, sus alegrías y sus lágrimas, sus calamidades y sus triunfos, pierden su deformidad y su amargura al ponerse en contacto con estas sagradas fuentes, adquieren por ellas toda su brillantez, encuentran en ellas sus consuelos y sus gracias, y las difunden al recibirlos. Los detalles nos llevarian muy lejos; es preciso resistirse á su seducción.

3.º Así como con su presencia y sus gracias constituye el divino Mediador todo el fondo del culto católico, con el espectáculo de su vida presta materia á todas las solemnidades. La grande y divina figura del Cristo reaparece todos los años en su nacimiento, en sus trabajos, en su pasion, en su resurreccion, en su ascension, en la venida de su espíritu y en la institucion de su presencia eucarística. Estas diversas fases de su existencia terrestre han llegado á ser las fases de la existencia temporal de la humanidad. Su nacimiento esperado ó cumplido llena todos los tiempos y forma el punto de interseccion de los siglos anteriores y posteriores, como siguiendo las antiguas tradiciones lo habia cantado ya Virgilio

*Ultima Cumari venit jam carminis atus,
Magnus ab integro sacrorum nascitur ordo.*

En seguida viene la conmemoracion de los principales sucesos de su vida á dividir el año en santas solemnidades, que abrazan el tiempo en todas sus partes, y encaminan todos los dias hácia la eternidad.

De aquí resulta que el Cristo no vivió solamente en tiempo de Tiberio en Galilea, sino que vive también realmente siempre y en todas partes, aunque de una manera distinta, y está mezclada con la humanidad en todas las evoluciones de sus destinos.

Lo que hizo después de su resurrección, apareciéndose, á pesar de estar cerradas las puertas, á sus apóstoles juntos, lo hace en todos los sitios donde se hallan cristianos congregados en su nombre, según los ritos señalados por su Iglesia, y en cumplimiento de la promesa que á ésta hizo de estar con ella hasta la consumación de los tiempos. La realidad de su presencia personal sobre los altares del catolicismo, precisa más todavía esta perpetuidad, extendiéndola hasta sobre el acto capital de su mediación, el sacrificio de la cruz, del cual nos hace participar en todos los tiempos y lugares. Doblemente asegurada esta presencia de Jesucristo en la institución de la Iglesia y en el sacramento de los altares, imprime á todas las solemnidades del culto católico una realidad correspondiente á los sucesos de su vida que de ellas son objeto. Cada uno de estos grandes sucesos se universaliza y perpetúa como su persona: es más que una conmemoración, es una representación, ó mejor, una extensión permanente de su existencia, que ya en el tiempo hace sentir su eternidad, y solo se reviste de una apariencia periódica para prestarse á nuestra mutabilidad.

Las oraciones y ceremonias de la Iglesia hacen revivir respecto de nosotros esos sucesos. El punto de vista en que aquella nos coloca no es retrospectivo, sino directo ó inmediato. En *adviento* nos recuerda con anticipación el nacimiento del Salvador, y nos va preparando para él, como se preparaban los patriarcas y los profetas; evoca los siglos anteriores y los hace suspirar de nuevo por el Deseado de las naciones, y cuando ha llegado el momento de este suceso tan esperado, cuando ha sonado la hora nocturna, nos hace escuchar los cánticos de los ángeles del cielo, y nos convoca al rededor de la pobre cuna con los pastores, para ir á ver y adorar en ella al *pequeño infante que para nosotros ha nacido*, y para hacerlo nacer en nuestras almas. Mas adelante hace brillar la milagrosa estrella, y nos conduce á Belén con los reyes del Oriente, para hacernos participar de los sentimientos que á ellos los animan y de las gracias que allí reciben. Empiézase la *Cuarema*, y nos asocia á la vida penitente del Hombre-Dios, y nos dispone para seguirle hasta el Calvario. La Semana Santa completa y recoge estas disposiciones, nos identifica con todos los sufrimientos de nuestro divino modelo, nos obliga á acompañarlo en todas las estaciones de su suplicio, y entre los ecos de las antiguas profecías que lo anunciaron, de las lecciones y homilias que lo explicaron, renueva el cuadro, ó más bien la acción misma de aquel gran sacrificio, que todo lo consumó, y por cuyo medio recibió la tierra el ósculo del cielo. Lo mismo podríamos decir de las fiestas de Pascua, de Pentecostés y de las demás.

Sobre este fondo, y para desarrollar en nosotros su inteligencia y su sentimiento, para impregnar-

nos por todas nuestras facultades, por todos nuestros sentidos, por todos nuestros poros, si nos es permitido decirlo así, de los ejemplos y virtudes de Jesucristo, y reformarnos á su imagen, emplea la Iglesia cánticos, ceremonias y pompas de un admirable efecto, y cuya incomparable belleza, según confesión de todos, da sensible testimonio de la verdad de la cual es esplendor.

4.º Las fiestas de los santos y el recurso de su intercesión, la conmemoración de los difuntos y el alivio que nuestras oraciones les causen en el seno de sus expiadores sufrimientos, son objeto de las demás solemnidades.—Las grandes verdades de la inmortalidad del alma, de la justicia divina, de la solidaridad de las faltas y de la reversibilidad de los méritos, de la sociabilidad humana en lo que tiene de más imprescriptible y de más sublime, es decir, todo lo que constituye la dignidad, la grandeza, la virtud y la felicidad del hombre, aun acá en la tierra, toma en estas solemnidades las formas y los acentos más patéticos y penetrantes. ¿Qué fragmento de filosofía, de elocuencia, de poesía y de música puede compararse con el *DIES IRE* por ejemplo? ¿Qué religión más bella que la que hace una obligación del *recuerdo* y una virtud de la *esperanza*, y que los consagra y vivifica con ritos tan tiernos y morales! Los antiguos embalsamaban los cuerpos de los muertos; el catolicismo los embalsama en memoria ó impide que se corrompan y desvanezcan, rodeándolos de sus conmemoraciones, de sus oraciones y de sus eternas esperanzas. ¡Cosa admirable! El catolicismo amortigua el primer golpe del dolor que nos causa la separación de los seres que nos son queridos, y nos los recuerda cuando los hemos olvidado; perpetúa la pena que sentimos por su pérdida, al mismo tiempo que la consuela; quita á la vez á nuestro duelo lo que tiene de demasiado sombrío y de demasiado fugitivo. Además, ¿qué espectáculo tan encantador el de aquella inmensa ciudad de los espíritus, con sus tres órdenes siempre en comunicación! El mundo que *combate* ofrece una mano al mundo que *sufre*, y toma por medio de éste la del mundo que *triunfa*. La acción de gracias, la oración, las satisfacciones, los auxilios, las inspiraciones, la *fé*, la esperanza y el amor circulan del uno al otro como ríos bienhechores. Nada hay aislado, y los espíritus, á la manera de láminas de un haz magnético, tienen todas sus fuerzas propias y participan de las de todos los demás (1).

Es menester convenir en que estuvo muy desgraciada la heregía suprimiendo cosas tan divinas, y que con sus mismos ataques ha hecho sentir toda su verdad, toda su belleza.—El culto de los santos, dice, es idolátrico, es una defraudación de la gloria que solo es debida á Dios y al mediador Jesucristo.—Únicamente la ignorancia era capaz de formar una objeción semejante. ¿Quién ignora que el culto católico de los santos consiste únicamente en pedirles, no que ellos nos den nada, sino que *pidan á su vez por nosotros* al único Autor de todos los do-

(1) De Maistre.

nes? ¿Quién ignora que este culto mira á los santos en el cielo como *intercesores* y *suplicantes*, y que por consiguiente realza la grandeza de Dios, refiere toda su gloria á su gloria, es decir, hace precisamente todo lo contrario de lo que se le quiere echar en cara?—En cuanto á las oraciones por los muertos, destruyen, se dice, la doctrina de la predestinación, que no permite admitir ninguna *indulgencia* en el corazón de Dios por su criatura, fatalmente salvada ó condenada, según el estado en que la muerte la haya conducido á su tribunal.—Pero ¿qué! ¿esta misma doctrina no ahoga la misericordia, no menoscaba la justicia, no ultraja la santidad de Dios? . . . ¿No es Dios un padre? ¿Ha olvidado acaso que nos formó del polvo? ¿Puede su triple santidad aliarse con nuestras impurezas? . . . La razón, el corazón, todo se rebela, todo protesta, y las mismas piedras de los sepulcros se sublevarán contra esta doctrina, tan cruel é insensible como el orgullo de donde procede.

Lejos de disminuirse la gloria de nuestro divino mediador Jesucristo con el culto de los santos y de los muertos, se la honra y exalta de la manera mas formal. A él es á quien honramos en sus miembros, celebramos en sus santos el triunfo de su gracia, y aplicamos la virtud de su sacrificio á los vivos y á los muertos. Jesucristo es como un océano del cual fluyen y al cual refuyen todos los méritos, y el foco mediador por el cual pasan todas las oraciones y gracias entre Dios y nosotros. Por nuestro señor Jesucristo que vive con nosotros en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos: tal es el motivo por el cual se terminan y se señalan, por decirlo así, todas nuestras oraciones.

6.º En fin, las prácticas de devoción acaban de insinuar y de nutrir en el corazón las inspiraciones de piedad y de virtud que el culto había hecho ya nacer, y en este sentido se unen y forman parte de él.

Las palabras prácticas de devoción escitan una sonrisa de superioridad en ciertos espíritus; pero es mas fácil burlarse de las prácticas de devoción, que prescindir de ellas cuando se quiere ser completamente virtuoso.

Oigamos á Franklin, á quien no se acusará sin duda de poco filósofo. He aquí lo que dice este hombre célebre en sus memorias, destinadas á la instrucción de sus hijos: "Aun cuando conocia yo ó creia conocer el bien y el mal, ignoraba por qué no siempre podia hacer el uno y evitar el otro; pero muy pronto advertí que habia emprendido un camino mas difícil de lo que me habia figurado. Mientras ponía toda mi atención y cuidado en preservarme de una falta, con frecuencia caia sin advertirlo en otra. El hábito se prevalece de mi inadvertencia, ó las inclinaciones podían mas que mi razón. Al fin comprendí, que aunque estemos especulativamente persuadidos de cuánto nos interesa el ser completamente virtuosos, esta convicción es insuficiente para prevenir nuestros falsos pasos; que es necesario romper con los hábitos contrarios, adquirir los buenos y afirmarse en ellos, antes de poder contar con una constante y uniforme rectitud de con-

ducta." Después de este preámbulo, da cuenta Franklin del método que se habia prescrito, el cual consistía en un *examen diario* de su conciencia, y para facilitar este examen, en la conservación de un *pequeño libro*, donde, bajo el epígrafe de cada virtud, anotaba sus faltas y su enmienda. Este *pequeño libro* tenia por epígrafe varios textos que se referían á Dios. Dice que para implorar su asistencia juzgó necesario componer y poner al frente de sus tablas una oración, para servirse de ella todos los días; habia hecho un plan para el empleo de las veinticuatro horas del día natural, y su exposición concluye con estas notables palabras:

"Acaso convenga á mi posteridad saber que á este pequeño trabajo y á la ayuda de Dios debió su abuelo la constante dicha de su vida, hasta la edad de setenta y nueve años, durante los cuales se escribió. Me habia propuesto hacer un pequeño comentario de cada una de las virtudes, y hubiera titulado mi libro: *Arte de la virtud*: un método para bien conducirse vale mas que una simple exhortación, que se parece al lenguaje de quien, para servirme de la expresión de un apóstol, no tiene mas caridad que en las palabras, y que, sin señalar á los que están demudados y tienen hambre ningún medio para proporcionarse vestidos y comida, los exhorta á vestirse y alimentarse." (1)

El método que queria Franklin escribir y que hubiera presentado como el *Arte de la virtud*, nos lo da la Religión en las prácticas que nos recomienda. Por otra parte, los preceptos de la Religión son mas eficaces y seguros que podrian serlo los consejos de un simple particular sin carácter y sin misión.

Los que se mofan de las prácticas devotas se parecen á los que siguen la dirección del agua, y que, arrastrados con violencia por la corriente, se burlan de los que queriendo vencerla se agarran de los arbustos de las márgenes. Entre estas dos clases de personas existe la misma distancia que separa á los que se conocen de los que no se conocen, á los que quieren adelantar en la virtud de los que solo aspiran á estacionarse en el punto en que su natural los inclina, es decir, en el que nada tienen que hacer. Los primeros, esto es, los devotos, son verdaderos filósofos, porque se conocen á sí mismos y aspiran á la sabiduría. Nada de cuanto puede ayudarles á marchar por los caminos de la virtud es para ellos pequeño. Lo que es pequeño es el ignorar que uno lo es, ó el resignarse á serlo, el ser grande á sus propios ojos, pues entonces ni siquiera se tiene idea ni sentimiento de la verdadera grandeza. Las prácticas de devoción desarrollan y alimentan en nosotros esta idea y este sentimiento, por lo mismo que despiertan en nuestro interior el de nuestra debilidad. "Los movimientos religiosos, dice un gran talento, como las procesiones, las genuflectaciones, las inclinaciones del cuerpo y de la cabeza, las peregrinaciones y estaciones, no carecen de efecto ni de importancia; disponen el corazón á la piedad y doblegan el espíritu á la fe. Para ser piadoso es me-

(1) Vida de Franklin, escrita por él mismo, t. II.

noster hacerse pequeño. Por esto se dice que la piedad nos anonada en la presencia de Dios." (1)

El mismo moralista dice además: "Es preciso ser religioso con naturalidad, candor y sencillez, y no dándose importancia y por buen tono, grave y matemáticamente." (2)

No consiste la oracion en el movimiento de los labios y en la posicion de las rodillas ó de las manos; debe ser una afectuosa exclamacion y como una evaporacion del alma hácia su Autor; y en este sentido la oracion mental ó inarticulada es la mejor y la preferible. Pero, ¿quién ora así desde luego y cuando quiere? ¿Quién pasa de repente de la dissipacion al recogimiento, y de la tierra al cielo, sin transicion y sin preludio? . . . La oracion oral y todo cuanto se refiere á ella, el tiempo, el lugar, la repeticion, los signos, la misma posicion del cuerpo etc., constituyen precisamente esta transicion, este preludio, y, por decirlo así, la *gimnástica* sagrada de la oracion: como el águila, saliendo del vallado, agita sus pesadas alas y azota la densa atmósfera, hasta que llegando á las regiones elevadas descansa inmóvil en el azul del cielo.

Pero ¿no vemos con frecuencia, dicen, que el uso se convierte en supersticion, y que esta sustituye fácilmente á la piedad?

Es verdad, lo confesamos; puede haber abuso en esto, y lo hay acaso algunas veces; pero una vez reconocida la excelencia del uso, ¿qué prueba el abuso, y qué es lo que podria quedar en pie si valiera semejante objecion? El hombre abusa de todo, y principalmente de lo mejor: solo del mal no abusa.

Además, es necesario tener presente una observacion: las prácticas devotas no engendran en nosotros esta disposicion á la fé ó á la supersticion, pues existe ya por sí misma esencial y naturalmente en todos los hombres. Abandonada á sus propias inspiraciones, esta disposicion se estraviaria mucho mas y degeneraria muy pronto en las monstruosas ineptias, contra las cuales no podrian garantizarse los mejores talentos, desde el momento en que su contagio se hubiese desarrollado á su rededor. Las prácticas devotas previenen cabalmente este desbordamiento de supersticion, arreglando y aplicando á su verdadero objeto la disposicion que le da origen; y en este sentido puede decirse que la fé católica, la devocion católica, son como las *calzadas* que han poderosamente facilitado el progreso de las luces, impidiendo la vuelta á las tinieblas del paganismo, y cuyo auxilio es tanto mas necesario á los hombres, cuanto mas elevados son. Nos hemos propuesto desenvolver mas adelante este pensamiento, en capítulo especial; entonces se verá indudablemente que no nos faltarán autoridades y ejemplos en que apoyarnos, y que no nos costará gran trabajo el encontrarlos. Bástenos por ahora haber indicado tan importante verdad.

Por otra parte, la objecion del *abuso* nos reconduce á nuestro objeto preciso, dándonos ocasion

para hacer notar la gran sabiduría del cristianismo en prevenir el abuso de sus propias prácticas.

Dos son las clases de abusos que en estas prácticas pueden mezclarse. la primera es el dar una importancia demasiado esclusiva á las prácticas buenas y autorizadas en sí mismas; la segunda es de mezclar con ellas otras prácticas malas ó pueriles.

En cuanto á la primera clase, nada hay mas enérgico en el Evangelio ni mas formal en su predicacion católica, que la reprobacion con que se la condena. Con mucha frecuencia oímos en nuestros pulpitos aquellas palabras del Salvador. "No son los que dicen *Señor, Señor*, los que entrarán en el reino de los cielos, sino los que hagan la voluntad de mi Padre.—;Desgraciados de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagais el diezmo de la cuenta, del aneto y del camino, y no hacéis caso de lo que hay mas importante en la ley, esto es, la justicia, la misericordia y la fé!—Es necesario practicar estas cosas *sin omitir por esto las demás*."—"Romped vuestros corazones y no vuestros vestidos, etc." Con tan enérgica autoridad, nos recuerda incesantemente la doctrina católica que nada son las prácticas sin las disposiciones del corazon, y que su observancia no seria nunca un medio para alcanzar la salvacion, si no tuviera por principio una sincera y franca piedad. El solo nombre de *supererogacion*, inventado expresamente en el lenguaje católico para caracterizar estas prácticas, atestigua claramente esta sabiduría de la religion en prevenir su sustitucion, ó su ninguna confusion con los actos de la verdadera virtud.

Por lo que respecta á la segunda especie de abuso, que consiste en introducir en el culto prácticas malas ó pueriles, es menester que admiremos que jamás ha podido acreditarse, y que en la actualidad, después de haber atravesado diez y ocho siglos de preocupaciones, de errores y de tinieblas, no contiene el culto católico ninguna práctica que tenga que ocultarse ante el brillo de nuestra civilizacion, ó mas bien, de que no pueda vanagloriarse como dictada por un profundo conocimiento del corazon humano, y honrada por el ejemplo y el sufragio de los mas esclarecidos talentos. Y no porque el talento humano haya dejado de procurar introducir sus insensatas concepciones en este culto; pero el espíritu de celestial sabiduría las ha siempre rechazado. Jamás han podido mezclarse en él y sorprender su asentimiento, ni siquiera su tolerancia. "Las preocupaciones, como dice Fontenelle, no son por sí mismas comunes á la verdadera y á las falsas religiones; pertenecen necesariamente á las que son obra tan solo del espíritu humano; pero en la verdadera religion, que es obra de solo Dios, todo cuanto este mismo espíritu le añade de nuevo carece de fundamento, pues no es capaz de añadir á la obra de Dios nada que sea real y sólido." (3)

Observad además la discreta conducta de la Iglesia y con qué prudencia, con qué aplomo y sabiduría obra en este punto como en todos los demás. No

(1) *Pensamientos, Ensayos y Máximas de Joubert*, t. 1.

(2) *Id. id.*

(3) *Historia de los oráculos*

todas las prácticas que en el catolicismo están en uso tienen para ella igual importancia. Prescribe algunas como el ayuno y la abstinencia en tiempos señalados; aconseja otras como el rezo del rosario; autoriza otras como el culto de la inmaculada Concepción, y tolera, en fin, otras que nada tienen de malo ni peligroso en sí mismas, cuyo uso puede justificar la pureza de la intención, y que habría mas exposición que provecho en desarraigar. Pero nunca cede á prácticas vituperables, y está animada y anima á los demás de un espíritu de amor y de libertad que dispensa de las mismas prácticas que prescribe, cuando no tienen parte en su abandono la negligencia ó el desprecio.

Sentimos no poderlos extender en algunos detalles y demostrar toda la razón y verdadera filosofía que encierran nuestras mas humildes prácticas de devoción; citaremos tan solo las siguientes palabras de un grande orador con motivo de una de ellas: "Una cosa que llegue á la perpetuidad y á la universalidad, encierra precisamente una misteriosa armonía con las necesidades y destinos del hombre. El racionalista se sonríe al ver pasar grandes hileras de personas que van repitiendo una misma palabra: el que está ilustrado por una luz superior comprende que el amor no tiene mas que una palabra, y que aun recitándola siempre no la repite jamás." (1)

El que está ilustrado por una luz superior comprenderá igualmente cuán ligero es el yugo de la piedad cristiana, y cuánta suavidad, cuánta fuerza y contentamiento dan á la existencia sus prácticas, tan áridas y pesadas en apariencia.

"Escucha, hijo mio, dicen los libros santos, y recibe un consejo de entendimiento, y no deseches mi consejo. Mete tus piés en sus cepos, y tu cuello dentro de sus argollas. Somete tu hombro y llévala, y no te sean desabridas sus prisiones. Con todo tu corazón llégate á ella, y con toda tu fuerza guarda sus caminos. Rastréala, y te se manifestará, y te niéndola ya contigo no la dejes; porque en las postimerías hallarás reposo en ella, y te se convertirá en contentamiento. Y te serán sus cepos en defensa de fortaleza, y bases de virtud, y sus argollas en estola de gloria; porque en ella está la belleza de la vida, y sus prisiones son ligaduras de salud. Te vestirás de ellas como estola de gloria, y la pondrás sobre tí como corona de regocijo." (2)

III. Para completar este rápido bosquejo de un asunto que exigía por sí solo una obra especial, faltarían hablar de la parte mas sensible del culto católico, la parte estética, por la cual se refiere á las bellas artes; pero los maestros del gusto han tratado ya esta materia con una superioridad que nos arredra. No obstante, la profunda convicción que hasta aquí ha sostenido nuestras fuerzas nos anima á hablar algo sobre este punto. Como carecemos de pretensiones de ninguna clase, desconocemos tambien el temor, y mas bien queremos someter al juicio del lector algunas observaciones privadas, que

discurrir sobre el arte. Además, sucede con las bellezas lo que con todas las grandes y verdaderas bellezas: todo el mundo puede hablar de ellas, porque ellas hablan á todo el mundo.

Elevarlo al hombre el cristianismo, como ya dijimos, elevó todas las cosas que están bajo su imperio. Una vez introducido en su corazón, se extendió á todas sus facultades, á todas sus relaciones, y á todo este mundo exterior que anima con su genio. Todo lo atrajo á sí. Por medio de su doctrina y de su moral, se apoderó de las ideas y de las costumbres; por medio de estas últimas, de las bellas artes que son sus órganos prácticos; y por medio de las bellas artes, de la materia que las sirve de alimento y que á su vez quedó rehabilitada, *cristianizada*. En una palabra: ha sucedido en el orden de la revelación lo que en el de la naturaleza: lo invisible se ha reflejado en lo visible, y el cristianismo ha orinado una *nueva tierra* al revelar *nuevos cielos*.

Seguendo este plan de observación, la primera cosa que se presenta, y la única en la que la distribución de nuestro asunto y de nuestras fuerzas nos permite entrar, es la arquitectura, este arte rey, como dice con razón Víctor Hugo.

La arquitectura de nuestras basílicas, respira del modo mas ingenuo y atrevido el espíritu cristiano. Es el *pensamiento cristiano edificado*. Por esto hay un abismo entre esta arquitectura y la arquitectura antigua.

El primer carácter que distingue á estos edificios es la dirección hacia lo alto, su elevación. La arquitectura antigua ocupaba mucho sitio, pero era en su extensión horizontal. Parece como que las miradas del hombre no se dirigiesen entonces hacia el cielo. Levantando el cristianismo estas miradas, debió levantar al mismo tiempo la bóveda de sus templos. Semblante intención está de manifiesto. Las torres y las agujas de nuestras catedrales nos obligan hasta cierto punto á apartar nuestros ojos de la tierra, y á enderezar por encima de ellas nuestras miradas hacia un mundo superior.

El cristianismo conservó el género griego, pero lo modificó de una manera muy notable en este mismo sentido. Soplo ante sus bóvedas, y salió de ellas la cúpula. Cuando Miguel Angel exclamó al ver el panteón: "Yo lo pondré en los aires," estaba animado por el genio cristiano, y la fe cristiana, esa fe á quien se prometió que trasladaría las montañas, se le hizo ejecutar.—El pensamiento cristiano se desarrolló principalmente en la arquitectura tan impropriamente llamada *gótica*.

La lijereza y osadía, ó por mejor decir, la fuga de todas sus direcciones, expresan en el mas alto grado el desprendimiento, la fe, la esperanza, la resurrección de nuestra naturaleza. En el género griego las columnas sostienen el edificio; en el gótico son sostenidas por él. Sus pequeñas dimensiones aumentan el efecto de su elevación. Esas columnitas en haz (viva expresión católica de la pluralidad en la unidad) se desprenden como flechas que nada detiene y que parten para no volver. No tienen capiteles ni cornisas, y van á perderse entre

(1) Lacordaire, *Vida de Santo Domingo*.

(2) *Eclesiástico*, cap. vi. v. 24 al 32.

las bóvedas, sin detenerse en ningún punto. Y ¿qué carácter tan notable no presentan estas mismas bóvedas? En la arquitectura antigua la bóveda es una línea cimbrada que vuelve á caer por ambos lados y descansa sobre las cornisas: en la gótica, son dos líneas que se cortan en su remonte, dos parábolas que se cruzan y no vuelven jamás á encontrarse. De aquí es que las ogivas añaden á la elevación ya prodigiosa del edificio una elevación imaginaria é indefinida que espiritualiza las miradas, y que espresa con marcada energía la tendencia instintiva del cristianismo. Parece como que comunica á la misma piedra la impaciencia de la tierra y el ansia de los cielos.—Las partes bajas por oposición á la nave concurren también á hacer resaltar su elevación. Multiplicando los intercolumnios y las aristas ojivales, y variando á cada paso su cruzamiento, ofrecen á la imaginación un dédalo misterioso en el cual se le despierta el sentimiento del infinito.—Este sentimiento es principalmente alimentado de esos innumerables calados y adornos que embargan la atención, que parecen purgar enteramente la piedra de su naturaleza bruta, y hacer del edificio menos una construcción material que una petrificación espiritual. Las significaciones teológicas que en ella se hallan representadas y parecen animarla, aumentan la ilusión; díjase que es el mundo invisible, sorprendido en sus misterios y atrayendo hacia sí nuestro corazón como una hermana.—¿Qué diremos de esa multitud de capillas y de asilos tan favorables á la meditación, á la penitencia, al respeto y al amor, y que convidan al corazón fatigado á descansar, á aislarse de los hombres y á gozarse en Dios?—Finalmente, el mágico efecto de las vidrieras, sus hermosas pinturas, sus místicas representaciones, parecen arrojar sobre todo lo demás una luz sobrenatural; y cuando el sol, al salir ó al ponerse, las atraviesa con sus rayos, se matiza con sus colores y los esperece por todo el edificio, parece que estamos viendo aquella Jerusalén celestial de que habla el apóstol, radiante de oro, de rubíes y demás piedras preciosas.

Tal es la arquitectura cristiana. Contrasta tan notablemente con los tipos de la arquitectura antigua, que constituye una verdadera creación. No somos de los que desprecian las bellezas de aquella cuando se halla encerrada en sus dominios, y cuyo gusto está limitado por su admiración demasiado exclusiva por todo lo gótico; pero es menester convenir en que la arquitectura antigua no se enlaza mas que con ideas terrestres, sensuales, limitadas y mezquinas. Se fija en la tierra y se pega á ella como si esta fuera su única patria. Su simétrica regularidad, la pureza de sus líneas y esa armonía de conjunto que se percibe de un solo golpe de vista, que por todos lados satisface á los ojos y nada deja que desear, que adivinar, espresan el contentamiento de lo que es, el bienestar absoluto, el reposo y la satisfacción actual: nada superior, nada mas allá. Por esto conviene perfectamente esta arquitectura á un teatro, á una bolsa, á un palacio de grandes; pero hiere, atormenta, insulta al dolor, á la fe, á la esperanza, al sacrificio, á la inmortalidad,

á todas esas tendencias espirituales y morales cuyo fin no está en la tierra, y cuya satisfacción hace al hombre grande, divino. La arquitectura gótica, al contrario, se armoniza maravillosamente con todas estas tendencias; las espresa y las inspira. Su inclinación hacia el cielo, la fuerza y ligereza de su vuelo, lo indeterminado de todas sus direcciones, la infinitud misteriosa y cambiante de sus perspectivas, esa *vastedad sombría*, como dice Montaigne, y esos ecos prolongados é inmensos, todo en ella espiritualiza el alma, rompe sus ligaduras terrestres, y la hace experimentar cierto presentimiento misterioso de un mejor porvenir, que le parece no bastar á pagar todas las virtudes.

Pero ¿cómo podría dejar de inspirar estas ideas y estos sentimientos la arquitectura cristiana, cuando ella misma es su producto mas espontáneo y mas ingenuo? Los templos griegos espresan el gusto individual comprado por el poder; las pirámides de Egipto, la fuerza bruta y servil; nuestras catedrales respiran la fuerza espiritual, colectiva, social, empleada libremente en una obra de predilección. Se siente circular en su seno una mística savia, sacada de las entrañas de la fe católica. Diríase que no son las manos, sino las ideas las que las edificaron, que sus piedras se animaron al soplo de la fe de todo un pueblo, y que se ordenaron por sí mismas al compás de los sagrados cánticos, cuyos ecos se complacen en repetir.

He aquí una pintura de su erección, que nos ha sido transmitida por un contemporáneo, y que parecerá fabulosa en nuestros tiempos: “¿Quién oyó jamás [escribió en 1145 el abad de San Pedro, superior de un monasterio en Normandía, que vio elevarse una magnífica catedral en el sitio que ocupaba su modesta iglesia], quién vió á príncipes, señores poderosos en el siglo, guerreros y delicadas mugeres doblar su cerviz bajo el yugo, al cual se dejan uncir como bestias de carga, para acarrear pesos enormes? A miles los vemos á veces arrastrando una sola máquina sumamente pesada, y trasportando á grandes distancias trigo, vino, aceite, cal, piedras y otras cosas para los obreros. Nada los detiene, ni las montañas, ni los vallados, ni aun los ríos; los atraviesan como en otro tiempo el pueblo de Dios. Pero lo maravilloso es que estas cuadrillas innumerables marchan sin desorden y sin estrépito... solo se oyen sus voces á una señal dada, y entonces entonan sagrados cánticos ó imploran parden por sus pecados... Llegados á sus destinos, rodean los cofrades de la iglesia, y permanecen al rededor de sus carros como soldados en su campo: al anochecer encienden cirios, entonan la oración y van á colocar las ofrendas sobre las reliquias sagradas; despues los sacerdotes, todos los eclesiásticos y el pueblo fiel, se vuelven cada uno á su lugar, marchando á compás, salmodiando y orando por los enfermos y los afligidos.” (1)

Profanos herederos de estos monumentos de la fe de nuestros abuelos, si no sabemos reproducirlos,

(1) *Heimo Abb. S. Petri super diocem. (Vinea á Malilla, An. Ord. S. Bened., t. vi.)*

sepamos al menos conservarlos, venerarlos, amarlos y visitarlos con el mismo espíritu que los construyó y que los llena todavía de su magestad. Oigamos la voz que sale de sus bóvedas, de sus pilares, y de sus baldosas gastadas por la oración: es la gran voz de los siglos pasados, la voz de las generaciones santas, que despues de haberlas erigido en medio de los trasportes de su fé, se fijaron en ellas esperando su inmortalidad, y que parece que andan aún errantes entre nosotros, invisibles, y que quieren obligarnos á adorar á ese mismo Dios que constituyó entonces toda su fuerza, que es ahora su recompensa, y á quien debemos algun día dar estrecha cuenta de nuestra infidelidad.

"No entramos nunca en las iglesias católicas, dice Mma. de Staël, sin experimentar una emoción que produce en el alma un bien muy grande, y le da, como por una ablucion santa, fuerza y pureza." (1)

No hay ninguna alma tan degenerada que no haya experimentado esta verdad, y hasta las ha habido que se habian resistido á las pruebas mas directas de la verdad cristiana, y que cedieron á esta saludable impresion por habérselas inoculado al entrar en alguna iglesia un germen de fé, que tarde ó temprano debia producir su conversion.—Permítasenos citar un ejemplo.

Hegesipo Moreau, aquel nuevo Gilbert, aquel verdadero poeta de quien se dijo en la tribuna nacional que habia muerto de una manera vergonzosa... para la Francia, no para sí mismo, habia traspasado los últimos límites de la impiedad, y se habia mofado de las cosas mas santas, segun él mismo confiesa y lo prueba además la coleccion de sus poesías. Una tarde, durante sus insensatas disipaciones, pasaba por delante de una iglesia desierta y entró en ella. Lo que allí experimentó nos lo refiere él mismo en un fragmento titulado: *Un cuarto de hora de devoción*, fragmento que no puede considerarse como un tema fantástico, sino como la expresion del sentimiento de un corazon ingenuo en el lenguaje natural de un gran poeta.

Dice así:

En antiguo templo entré
Sin intenciones de orar,
Porque mi perdida fé
Ya me veda el respirar...
Y no obo tanto suspirar.

¡Ay! á mis entoces abríles
Vestí de candido lino,
Y mis labios infantiles
Entre incensarios y ariles
Leaban al Ser divino.

Pero despues, arrastrado
De perniciosos ejemplos,
En escritura transformado,
De Jesus he blasfemado
Y profanado sus templos.

Cuando del pueblo la he
Su santa cruz arrastraba,
Ya, como Pablo, á mi vez,
Niño, las capas gruñaba
De aquella turba acoz.

Pierdo mi razon turbada
En las dudas que comiço:
Qual paloma descarriada

Sobre las aguas lanzada,
En vano busco el olivo.

¡Oh Dios! [si es que Dios escates]
Si por el humano ser
Acaso piedad sentiste,
Ven á consolar á un triste,
Y haz que pueda yo creer!

Así decia; y en tanto
Ya la noche á toda prisa
Tendia su negro manto,
Y una bienhechora brisa
Me refrescó con su llanto.

Y yo tambien lo veré,
Cuando una cosa ignorada
Encontré dentro de mí,
Un resto de fé olvidada,
Que ya perdida creí.

Aquí en mi alma vacía
De todo contentamiento,
Sonó celeste armonía;
Vino el arrepentimiento,
Y tras de él cierta alegría.

Pero alcéme, y al salir
De aquella oscura mansión,
Cesé al punto de sentir;
Disipóse mi ilusión,
Y me hube de retirar.

Duraba entre nosotros la penosa impresion que nos habian causado estos últimos versos, cuando, recorriendo en una edicion *póstuma* de sus obras una noticia biográfica de Hegesipo Moreau, escrita por uno de sus mas íntimos amigos, MR. SANTA MARIA MARCOTTE, leímos y releímos con un profundo sentimiento de inesperada satisfaccion, una circunstancia de su muerte, que templó la amargura que nos causaba la lectura de otros detalles entre los cuales está mezclada, y que prueba que el CUARTO DE HORA DE DEVOCION habia producido su fruto.

El pasaje es el siguiente:

"Yo tambien habia caído enfermo, y como hacia algunos dias que no habia ido al hospital á visitarlo, se levantó, atravesó la calle en una de las mas frias mañanas de diciembre, subió tres pisos y cayó desmayado al entrar en mi habitación. ¿Era acaso aquella visita nuestro último adios? ... No lo sé, pero yo estaba como herido de pasmo: no podia creer que mi amigo debia morir tan pronto. OCHO DIAS DESPUES ME DIJO QUE POR LA NOCHE ANTERIOR HABIA RECIBIDO LOS ÚLTIMOS SACRAMENTOS: nuestra entrevista fué silenciosa; cuando lo dejé:—Amad mucho á mi hermana, me dijo;—lo abracé y me fui. Al día siguiente, el 20 de diciembre de 1838, un oriado del hospital vino á mi casa á anunciarme que el núm. 12 acababa de morir."

Es decir, en el mismo año, tal vez pocos dias despues del CUARTO DE HORA DE DEVOCION, el Dios que él habia visitado en su templo fué á visitarlo á su vez á él en el lecho de sus dolores, y con él, como con Gilbert, se verificó esta santa promesa:

"Déle el Señor socorro sobre el lecho de su dolor: toda su cama mulliste en su enfermedad." (2)

Tal es la influencia regeneradora que ejerce el cristianismo hasta sobre las almas mas extraviadas, y que aun las mismas piedras de sus templos tienen poder para comunicar.

(2) Dominus opem ferat illi super lectum doloris ejus. misericordiam suam ostendit in infinitate suam. Ps. XL, v. 3.

(1) De la Alemania, t. 1.

CAPITULO XVIII.

CONCLUSION.

Es lenguaje admitido entre los detractores del cristianismo, y favorecido, preciso es decirlo, por algunos de sus defensores, que siendo la autoridad el fundamento de su doctrina, la *fé ciega* es necesariamente la situación *exclusiva* de sus discípulos; que de nada puede servir en él la razón, y que por consiguiente los que no quieren renunciar del todo á esta última, se ven obligados á echarse en brazos de la filosofía, es decir, de la incredulidad.

Semejante pretension, que constituye la gran preocupacion de las inteligencias de nuestros dias, es el mas grosero y péfido de todos los errores.—Es funesto á la religion y á la filosofía: á la religion, porque le arrebató los talentos que buscan la luz; á la filosofía, porque le arrebató los corazones que tienen necesidad de *fé*; y como todos tenemos necesidad, aunque en distintas proporciones, de luz y de *fé*, resulta que ni la religion ni la filosofía, así presentadas, pueden satisfacerlos, y que solo el escepticismo triunfa de su division.

Hemos querido protestar contra semejante error en nombre de la verdad y del orden que de ella depende.

I. Considerado este error conforme á su principio, está enteramente basado sobre un equívoco.—Indudablemente la *fé* es la *fé*, es decir, una determinacion del espíritu sobre la palabra de otro, precindiendo de toda verificacion *previa* de la misma cosa que es objeto inmediato de la creencia.—El niño cree lo que su madre le enseña, sobre su palabra, aun cuando no pueda darse razon á sí mismo de esta enseñanza. Para él lo que se le enseña es verdad, porque su madre se lo ha dicho: esta es su primera razon. No comprende la cosa, pero su madre la comprende por él y le da el resultado ya dispuesto de esta comprension, es decir, la certidumbre, que es como la leche de su inteligencia vírgen aún.—¡Dichosa confianza, dichosa *fé*, que es el primer fundamento de la razon del hombre, y sin la cual nunca saldria de las tinieblas naturales de la ignorancia!

Pero ¿es esto decir que este niño no debería procurar ejercer su razon sobre las verdades que admite por la *fé*, y asimilarlas á su inteligencia por el trabajo de su comprension? ¿Debe necesariamente abstenerse de raciocinar porque cree, ó dejar de creer porque raciocina? ¿Qué absurdo!... Y si entre las verdades que se le enseñan hay algunas que, por demasiado vastas, no pueda su inteligencia abarcarlas completamente, y solo comprenda una porcion mas ó menos notable, segun la fuerza y penetracion de aquella, ¿no es evidente que respecto de ellas deberá á la vez creer y raciocinar, que aun creyéndolas procurará comprenderlas, y que, aun llegando á comprenderlas en parte, no dejará de creerlas enteramente? Las creerá siempre en lo que no comprenda, y en lo que comprenda creerá tam-

bien, porque no siendo su comprension completa, y siendo estas verdades indivisibles, su comprension no podrá jamás ser decisiva, y permanecerá siempre conecsa á la *fé*.

Esta es la situacion del espíritu humano respecto de la verdad divina, y de la razon del hombre respecto de la razon soberana: es la razon del niño respecto de la de su madre.

Esta situacion es genérica: ningun hombre, por lo mismo que es hombre, puede sin perderse emanciparse de Dios; todo hombre es vulgo en religion, en el sentido de que nadie puede llegar por sí mismo á una comprension *decisiva* de la verdad divina, y tiene necesidad de la *fé*.

Sobre este fundamento comun de la *fé* se establecerá, no obstante, la comprension, y surgirá como un edificio mas ó menos considerable, segun la diversidad de las inteligencias: en este punto nos es permitido hacer distincion de vulgo y de talentos superiores, de siglos de *fé* sincera y de tiempos filosóficos. Los unos, la gran mayoría de los hombres, permanecerá siempre mas ó menos en el estado de *fé* sincera, ó no levantará sobre ella mas que edificios de inteligencia, humildes como su talento: estos serán los sencillos de corazón; los otros edificarán ricos palacios y encontrarán en la *fé*, como en una rica cantera, una mina profunda é inagotable de mármol, oro y piedras preciosas, con lo cual edificarán un templo; estos serán los filósofos.

Lejos de oponerse la *fé* á este trabajo de la inteligencia, lo fomenta proporcionándole la materia, é inoculándosela como un germen que naturalmente tiende á fermentarse, desarrollarse y dar abundantes frutos.

La *fé* no es, pues, enemiga de la razon, pues es la misma razon en germen. Todo creyente, sea niño ó hombre formado, encierra un gran filósofo; y todo verdadero filósofo, ya sea un Leibnitz ó un Pascal, no es mas que un creyente desarrollado. Ni el filósofo es mas, ni el simple creyente menos. La diferencia solo está en el grado de comprension... ¡Admirable elasticidad de la *fé* cristiana, que se hace toda de todas, sin dejar de ser idéntica; que se pone al alcance de la mas limitada inteligencia, se dilata con ella y la hace estender su capacidad para llenarla al mismo tiempo; que no solamente satisface á la razon, sino que constituye la razon misma, y que se reduce en el *catecismo* hasta entrar en la cabeza de un tierno niño, y se dilata en la cabeza de Bossuet hasta las *elecciones sobre los misterios*!

¡Qué monstruoso error el que opone la razon á la *fé*, es decir la flor á la raíz! Error funesto á la religion, porque le arrebató la flor de la razon, y error mas funesto aún á la filosofía, porque le arrebató la raíz de la *fé*.

En efecto: toda filosofía, aun creyendo á los mismos incrédulos, no es mas al fin que un germen de *fé* desarrollado. Este desarrollo es esencialmente debido á aquel germen, no solo en su origen, sino tambien en su conservacion y progreso; y para saber bien, por ejemplo, por medio de demostraciones cabales, que hay un Dios criador y remunerador, no es menos necesario que haya una autoridad do-

cente que continúe dictando esta verdad al mundo, que lo es que un árbol que da hojas, flores y frutos, tenga siempre sus raíces pegadas á la tierra.

Vosotros queréis desarraigar la filosofía del seno de la religion, porque, segun decís, produce por sí sola frutos de verdad, y porque basta la razon para demostrarlos. Sois unos niños, que cortais una rama del árbol, y os envaneceis de las hojas y flores que le adornan. Esperad un momento, y vereis que las flores se marchitan, las hojas se caen, y la rama no es mas que un palo seco y quebradizo que solo deja en vuestras manos astillas y polvo. Tal es en efecto la inevitable suerte de la filosofía, si quiere vivir separada de la religion. Desde el momento que se aparta de ella, se funda en la suficiencia de las verdades que ella misma lleva consigo, y de las cuales se cree dueño. Poco despues ella es la primera en poner en duda estas mismas verdades, en descomponerlas una por una y en disiparlas en el escepticismo hasta no quedar nada, no diremos de religion, pero ni siquiera de filosofía, destruyendo así por sus propias manos el motivo de su separacion.

Lejos, pues, de ser la fé la que escluye el ejercicio de la razon, es el principio generador y conservador de la razon misma; de modo que si queremos ser filósofos, debemos ser creyentes.

II. Esta verdad capital, tan comprensible y demostrativa en teoría, segun acabamos de ver, está pleneramente confirmada por los hechos.

Lo está de dos maneras: primera, por el espectáculo de la pérdida de verdad religiosa y moral que ha seguido á la emancipacion de la razon; en medio del cristianismo, en medio de la civilizacion, ha llevado á la inteligencia humana á un empobrecimiento mas grande que el en que nos encontró el cristianismo, y ha reproducido por un momento en el mundo moral todas las tinieblas del paganismo. Si hay un cuadro digno de lástima, es el que ofrece al presente la filosofía en nuestro siglo. ¿Puede aplicársele ni siquiera el nombre de filosofía? ¿No es mas bien una irrision el encubrir con este sagrado nombre la mas monstruosa amalgama de los sistemas mas contrarios, y que solo se parecen en el escepticismo, hácia el cual van á precipitarse? ¿Qué hecho hay que menos necesite de demostracion? Supongámonos privados de las luces del Evangelio, y como Anacarsis, queriendo instruirnos en la escuela de esa filosofía de las verdades de que tenemos necesidad: ¿qué catecismo, gran Dios, el que formamos con las diversas respuestas que obtenemos! (1) ¿Cuán humillada se presenta la razon

ante este espectáculo! Se han propuesto disgustarnos para siempre de la investigacion de la verdad; pero ¿no son todos esos filósofos, victimas sacrificadas á la manifestacion de las miserias de nuestra naturaleza intelectual, como aquellos esclavos embriagados que se dejaban espuestos en las calles de Esparta para inspirar á los ciudadanos la templanza? Jamás recibió la filosofía un ultraje mas sangriento. Y ¿cosa inaudita! jamás se han reivindicado mejor sus derechos, que desde que ella misma se manifestó tan incapaz de hacerlo. Es verdad que se los entiende de una manera singular, y que parece que consisten en agotarse en la investigacion de la verdad, menos para encontrarla que por el placer de la agitacion misma, no importa en qué sentido, si no es que se evite con cuidado la que podría conducir al término, porque haria encontrar el reposo (2).

El reposo, sin embargo, se hace sentir en el fondo del alma humana como su mas apreciable bien; pero ¿qué sucede? Que habiendo desaparecido la verdad, esta blanda almohada del alma, en la agitacion febril de la inteligencia, esta última se echa al fin en brazos del escepticismo, que es el reposo en la muerte, como la fé es el reposo en la vida.

He aquí á dónde conduce esta filosofía á la razon despues de haberla hecho abandonar la fé con la falsa promesa de una fruicion de sí misma, que la fé, dice ella, le prohíbe (3).

¿Es verdadera esta última asercion? ¿No puede la razon escoger mas que entre dos clases de interdicciones?

Triste error que hemos querido desarraigar, destruyendo la proposicion de los detractores del cristianismo, y sosteniendo á nuestra vez que la filosofía hostil á la fé, conduce fatalmente á la *desidia intelectual del escepticismo*, y que si la razon quiere comprenderse á sí misma, y ejercerse noble, amplia y filosóficamente, es preciso que vuelva á la fé, porque solo en este caso tendrá reposo y actividad en una proporcion exacta con la fuerza de cada inteligencia. No se gozará en la investigacion, sino en la posesion de la verdad. La tendrá antes que todo, y la tendrá de primera mano, de la única mano que la da: *la verdad no se encuentra, se da ella misma*.

ser que intervenga un prodigio tan grande como el de la integridad de la doctrina católica despues de diez y ocho siglos.

(2) Esta filosofía fué perfectamente definida por San Bernardo: *El arte de buscar la verdad sin encontrarla jamás*; pues desde el momento que se la hubiese encontrado, se dejaria de buscarla, es decir, de filosofar.

(3) Recordemos la lamentable confesion de Jouffroy, citada en el segundo tomo de los presentes *Estudios*.

A propósito de aquel escrito póstumo de Jouffroy, no debe creerse, como han dicho algunos, que se publicó contra sus intenciones, ni que fué un fruto aventurado de su primera juventud.—1.º Lo publicó su amigo Damiron, depositario de sus voluntades, y, como dice éste en el prefacio, el manuscrito tenia estas palabras escritas por el mismo Jouffroy PARA IMPRIMIRSE.—2.º El solo título de la obra: *De la organizacion de las ciencias filosóficas*, prueba la plenitud y madurez de las intenciones del autor, y revela el carácter doctoral; á mas de que Jouffroy habla en ella de sus años de profesorado, y dice en términos precisos que *estaba llamado á enseñar una ciencia cuyo objeto ignoraba*; en fin, si hemos de dar crédito á Damiron y á Pedro Leroux, Jouffroy empleó en este trabajo sus últimos años y en ellos lo sorprendió la muerte.—Debíamos dar esta explicacion para evitar, por lo que pudiera tocarlos, la acusacion de haber abusado de esta publicacion.

(1) Esto es lo que se ha hecho con el nombre de *Catecismo de la Universidad*; pero, es mentar decirlo, en esta compilacion, como en otra mas importante que la precedió, se han cometido inexactitudes é injusticias que deploramos doblemente: en primer lugar, porque siempre es un mal muy grave el faltar á la verdad y á la justicia; y en segundo lugar, porque en el caso actual es, sirviéndonos de una expresion conocida, *además de un mal, una falta*, y una falta torpe; pues ateniéndonos á la verdad pura, podríamos probar superabundantemente lo que hemos sostenido, y nos haríamos mas inespugnables no dejando á nuestros adversarios mas que la confusion del silencio. Pero es necesario no esperar ver nunca la verdad pura si pasa por el canal de los hombres, á no

ma. Este sentimiento de la posesion de la verdad, de la certidumbre de la verdad, hará gustar al alma, aun en el estado de simple fé, una vida interior, que tendrá mas plenitud que la que pueden proporcionar todos los movimientos filosóficos. Sobre este cimiento podrá luego la razon ejercitarse en la comprension, segun su penetracion y sus fuerzas; pero de modo que aun el talento mas aventajado encuentre siempre algo que descubrir y admirar, y al mas limitado algo tambien que comprender y en que fijarse, y que todos, aun tendiendo por la fé al mismo centro, graviten en torno suyo en órbitas distintas, teniendo así el privilegio de ejercitarse cada uno segun sus fuerzas, sin peligro de extraviarse, y experimentando á la vez el reposo en la actividad y la actividad en el reposo.

He aquí lo que hemos querido hacer comprender en teoria.—Pero del mismo modo que los hechos han confirmado esta teoria en lo que concierne al aniquilamiento intelectual á que conduce la filosofía hostil á la fé, del mismo modo hemos querido que la ratificasen en lo relativo á la actividad vivificante que recibe de su alianza con ella.

Nos ha parecido que la mejor prueba que podíamos dar de esta importante verdad á los hombres de buena fé, y la mejor manera de desengañarlos del error contrario, era hacer nosotros mismos con ellos este ejercicio de la razon sobre cada uno de los puntos de nuestra fé, recorrerlos todos unos tras otros, sin exceptuar ninguno, aun los mas misteriosos, los mas gravosos en apariencia para la razon, y sin salirnos ni un ápice del rigor de la ortodoxia mas severa, presentar á la razon los mas ricos y mas fecundos motivos de admiracion y de gozo.

Esto es, en resumen, lo que nos hemos propuesto en esta segunda parte de nuestros Estudios con el título de *Pruebas intrínsecas del cristianismo*.

III. Si la debilidad de nuestros medios no ha perjudicado á la magnitud de nuestra causa, creemos haber logrado:

Primeramente, dar á conocer la doctrina católica:

En segundo lugar, demostrar que su estudio es el verdadero terreno de la filosofía:

Ultimamente, deducir de aquí las pruebas de su divinidad.

Estos tres resultados se comprenden los unos en los otros, y solo vamos á decir algunas palabras sobre cada uno de ellos.

1.º El conocimiento de la doctrina católica ha quedado borrado de las inteligencias de nuestro siglo, y sin embargo, nunca se habia decidido sobre ella con mas suficiencia, como si la ignorancia autorizase los errores. Son pocos los que conocen la letra de esta doctrina, y entre los que conocen la letra son pocos los que conocen su espíritu. Hacerla conocer, demostrarla, es ya disipar los fantasmas que las preocupaciones combatian en ella, y hacer salir como de detrás de las nubes el resplandor de sus verdades, hecho nuevo á fuerza de haber permanecido mucho tiempo oculto. No es ciega la fé, sino la ignorancia de la fé; y cuando hablamos de

la ignorancia de la fé, hablamos en el sentido que vamos á explicar.

Es propio de la verdad cristiana, como hemos dicho ya, permaneciendo idéntica en sí misma, prestarse á las evoluciones de la inteligencia y descubrirle mas pruebas y relaciones á medida que esta última se va haciendo mas capaz de comprenderlas y abarcarlas. Por consiguiente, cuando la verdad continúa reinando en un entendimiento, se desarrolla en él con sus facultades, se ilustra con todos los conocimientos que en él penetran, se enriquece con todos los tesoros de experiencia que él va adquiriendo, y se fortifica con todo el peso de las reflexiones de que va siendo capaz; en fin, llega como él á la virilidad, y si le fuera posible al hombre emancipar el estado de sus conocimientos naturales, ella lo emanciparía consigo, porque tiene ella materia para satisfacer una carrera infinita de inteligencia. Al contrario, si esta verdad conocida y practicada en la infancia, es despreciada al adelantar en edad, y continuando el entendimiento en instruirse y agrandarse en todo lo demas, deja estacionado en el mismo punto el conocimiento que tenia de la verdad cristiana, aun cuando este conocimiento fuera suficiente en la época en que quedó abandonado, deja de serlo despues por su desacuerdo con el progreso que en lo sucesivo ha hecho en ella el entendimiento. La verdad se empobrece y achica en este caso en proporcion de las riquezas y desarrollos de la inteligencia; y de conocida que era, llega á ser ignorada aun cuando haya quedado coexistente, ó mas bien porque ha quedado estacionada en lo que era al principio. La juzgamos entonces con una exigencia progresiva sobre un conocimiento estacionario, es decir, la ignoramos tanto mas cuanto mas sabios somos y mas instruidos nos llamamos en otras verdades.

Ilusion funesta, que es la gran fuente de la ignorancia religiosa de nuestro siglo, pues lo que acabamos de decir de un entendimiento particular, se aplica al entendimiento colectivamente. Es verdad que muchos han olvidado, ó acaso han dejado de aprender la religion porque se rompieron las tradiciones, y porque entre nosotros y nuestros abuelos en la fé, la irreligion ha abierto un abismo de ignorancia; pero lo peor tal vez es que los que aprendieron y han guardado el recuerdo de cuanto sabian de la verdad cristiana, sin haberlo cultivado desde su infancia, lo ignoran con esa ignorancia relativa de que acabamos de hablar, y que es mil veces mas funesta que la ignorancia absoluta, porque se ignora á sí misma, y se cree con derecho para fallar desde la cumbre de las ciencias humanas sobre una fé de niño.

Por desgracia, es menester decirlo, esta fé ha sido despreciada y abandonada precisamente en la época en que el entendimiento humano, enriquecido con todos los tesoros reunidos bajo su imperio, se ha precipitado en el terreno de los descubrimientos y conocimientos humanos, y en que el siglo de las luces, sucediendo al siglo de la impiedad, se ha convertido respecto de la verdad religiosa, en el siglo de las tinieblas, de la barbaria y de la ignorancia.

Por esto, ¿qué está sucediendo? Que los mismos que se precian de saber la religion fundándose en los recuerdos de su infancia, quedan sorprendidos cuando se les descubren en ella relaciones y conveniencias con nuestras ideas y costumbres que no sospechaban. No saben reconocerla, y dicen que no es la misma religion. En lugar de acusar á su ignorancia, quieren escudarse con el *espíritu de novedad*, y defienden la ortodoxia de una religion de la cual son desertores.

No es la religion la que ha cambiado, sois vosotros, vuestro espíritu, el mundo. Todas las nuevas relaciones que os descubrimos en ella, existian ya, aunque ocultas; y el espíritu humano las descubre ahora porque ha extendido su vista. ¿Cuántas otras relaciones tiene ocultas todavía, que serán descubiertas mas adelante, quedándole siempre otras tambien ocultas! Esta religion es Dios puesto al alcance del hombre para elevarlo de claridad en claridad hasta su perfecto conocimiento.

No conviene seguramente convengir esta consideracion en sistema, exagerando los progresos que podemos hacer acá en la tierra en la penetracion de las divinas verdades; pero circunscribiéndonos en los límites de la experiencia, nos es permitido decir que todas las evoluciones temporales del entendimiento humano, todos los descubrimientos que va haciendo en las ciencias, todo lo que el progreso de sus luces en todo género le permite comprender, todos los cambios de relaciones que sobrevienen en sus costumbres, todo encuentra á la verdad cristiana predispuesta á corresponderle con otros tantos nuevos puntos de vista, de donde saldrán nuevos desarrollos intelectuales que la penetrarán cada vez mas, pues de ella procede el aumento y fuerza en nuestra vista, que es á lo que debemos el iria comprendiendo cada vez mas: con su luz vemos mejor su luz misma.

Hé aquí por qué hemos querido presentar el cristianismo aplicándole el grado de vision filosófica que pertenece á nuestros tiempos. Hemos querido dárlo á conocer conforme á todas las exigencias del espíritu actual, como asimismo su manera de ver todas las cosas. Para llenar nuestro verdadero objeto, era preciso haber atendido á estas exigencias, sin sacar absolutamente la verdad cristiana del centro inmutable de esa ortodoxia. ¿Lo hemos conseguido? Tenemos alguna confianza en que sí, y creemos á lo menos haber demostrado que es posible.

2.º Así hemos alcanzado tambien el segundo resultado indicado, esto es, hacer ver que el estudio de la religion es el mas bello, es el verdadero terreno de la filosofia.

Si por filosofia entendemos la aplicacion de las fuerzas del entendimiento humano al conocimiento de la verdad, ¿hay algo mas digno de aquel nombre, algo mas filosófico, que las varias perspectivas ofrecidas á nuestra consideracion en el transcurso de todas las verdades cristianas? ¿Es esto, preguntáremos á todo lector equitativo, aquel cristianismo que nos presentan como limitando y encadenando la razon? Recorred cada uno de nuestros estudios

en esta segunda parte, y observaréis cómo desde el umbral hemos visto germinar y florecer ante nosotros todas esas consideraciones, todas esas conveniencias, todas esas esplicaciones, mas ricas unas que otras, engendrándose recíprocamente y haciendo pasar á nuestro espíritu de sorpresa en sorpresa, á la manera que en una elevada llanura, sombreada empero por rocas y bosques, cada paso descubre un nuevo punto de vista, cada obstáculo prepara un placer, á cada mirada nace un nuevo espectáculo.

No se crea que háyamos tenido la pretension de encontrar la verdad divina en sí misma; seria una pretension insensata, y la dejamos para la filosofia racionalista. En nuestro concepto, la verdad divina, como ya dijimos, está fuera del alcance natural del entendimiento humano; no puede éste encontrarla; solo puede recibirla, y recibirla de sí misma y por la revelacion que le hace de su luz. Pero hallándose esta verdad así recibida por la fe en su revelacion, es permitido al entendimiento humano procurarse su inteligencia y descubrir sus varias relaciones, sus resultados y sus aplicaciones. He aquí el verdadero terreno de la filosofia, muy vasto por cierto y muy digno de nuestra razon.

Observad que la misma filosofia racionalista, en oposicion con sus pretensiones, no hace otra cosa en lo que tiene de efectivo y real. Todo cuanto sabe, cuanto dice de Dios, del hombre y de sus relaciones, no lo ha descubierto, sino que lo ha recibido lo mismo que nosotros. Mucho trabajo le habia de costar decirnos la época en que descubrió la existencia de Dios, la espiritualidad y la inmortalidad del alma, &c. Todas estas nociones las tiene recibidas, y únicamente sobre este punto de apoyo trabaja para conocer las relaciones de estas verdades con la naturaleza humana y su justificacion en la armonía de estas relaciones. Por esto nada puede mas que la filosofia creyente ó fiel. Lo único que la distingue de esta, es el triste privilegio de perder estas verdades, de alterarlas y corromperlas. Y debe ser así; porque la razon, que hace que no podamos descubrir por nosotros mismos estas verdades, hace tambien que no podamos comprenderlas enteramente; de donde se sigue que si no tomamos como único motivo para admitirlas mas que esta comprension, deben de necesidad escapárenos en algun punto, porque no habiendo mas que una razon para no comprenderlas, no hay por lo mismo mas que una razon para no admitirlas ó para alterarlas, acomodándolas á nuestra comprension. Hay mas, siendo propio de la filosofia racionalista no determinarse sino por la comprension, y siendo de la esencia de su naturaleza la ambicion de conquistar la verdad, menos para someterse á ella que para someterla á su dominio, le sucede lo que á todos los ambiciosos y á todos los conquistadores: no hace caso de los bienes que ya posee, es decir, de las razones para admitir una verdad, mientras estas razones no sean completas. Si hay un solo punto sobre el cual la verdad se resista á la comprension de la filosofia, esta se dedica á él con todas sus fuerzas, exagera su importancia, emplea contra él todos los tesoros de su entendimiento

hasta que todo lo pierde en este trabajo, aun el mismo sentido comun, y que nada le queda mas que el escepticismo; de manera que, por haber querido, segun su sistema, comprenderlo todo por si misma, nada conserva, ni siquiera la verdad mas vulgar: semejante filosofia, no es al fin mas que una fastuosa nada.

La filosofia creyente ó fiel, al contrario, tomando desde luego por base decisiva de admision de la verdad divina la fé en su revelacion, se entrega á su estudio con calma, madurez y confianza. No se admira de encontrarse en ella algunos puntos misteriosos, y si quiere explicarlos lo hace con circunspeccion y reserva. Replegando sus fuerzas sobre los puntos mas inteligibles, los resuelve sin preocupacion, recoge las soluciones que de ellos puede alcanzar, los compara, y deduce de allí nuevas y luminosas soluciones. Los mismos puntos que no puede llegar á comprender, y que renuncia á lograrlo, le sirven muchísimo para la inteligencia de los que tienen relacion con ellos; porque aunque no tengan en si ningun valor de comprension, tienen al menos un valor de certidumbre que influya en su alrededor, un valor objetivo que determina sus relaciones y que arroja hasta lo lejos grandes rayos de luz, como esos rayos del sol que se escapan por debajo de una espesa nube y que revelan el disco del astro sin manifestarlo.—Como esta filosofia comprende, bajo el título de fé, el edificio entero de la doctrina revelada, encuentra con frecuencia en las relaciones de los misterios entre si una claridad que no tienen en si mismos, y que la satisface é indemniza descubriéndole un designio profundamente enlazado y que lleva en si su propia justificacion (1).—Su comprension confirma entonces su fé, y su fé obra de rechazo sobre su comprension, pues nada aumenta tanto las fuerzas del espiritu como la certidumbre de estar bien empleadas: esta certidumbre las dirige, las concentra, las aumenta, las responde como desde mas allá del misterio, y con frecuencia acaba por hacérselo penetrar. Además, es peculiar de la fé el poner en juego todas las fuerzas del alma: no es solamente el raciocinio, sino tambien la consciencia, el sentido íntimo, el corazón, la imaginacion, todas nuestras potencias, en una palabra, están en accion para aprehender y ver la luz que de cualquiera lado se ofrezca, y volvérselo á enviar recíprocamente.—Por otra parte, esta filosofia no obra con precipitacion como la filosofia racionalista, y por consiguiente no se halla espuesta á equivocaciones, y si alguna vez se equivoca en errores, no son mortales, porque posee ya lo que la otra busca, la certidumbre, y puede tomarse el tiempo que quiera para levantar sobre este cimiento y retocar á su gusto el edificio de su comprension, edificio en el cual trabaja toda su vida, al cual añade una piedra todos los dias, y que aun cuando no llegue á rematarse acá en la tierra, es sin embargo mas bello, mas sólido y real que todos esos sistemas fantásticos que andan flotantes entre los nubarrones del pensamiento durante el dia, y que el viento de la noche disipa completamente.—En fin, el último

carácter de la filosofia que creo, sin el cual el nombre de la filosofia no es mas que un nombre vano, es el ser eminentemente *práctica*, el tender de continuo á la virtud; el no solo discutir sobre la virtud, sino *practicarla*, y el que llenando este objeto capital de la filosofia, adquiere razones muy especiales para su inteligencia, que la conducen directamente á la luz por los caminos de la intuicion, conforme á aquellas palabras del Salvador que nos complacemos en repetir: *Qui facit veritatem venit ad lucem*.

Esta es la filosofia verdadera. Para confundir á los que la niegan, hemos hecho lo que Zenon, la hemos puesto en movimiento, la hemos demostrado en accion en nuestros *estudios intrínsecos*. El lector discreto é imparcial puede ahora fallar entre sus competidores y nosotros.

3.º Finalmente, separando en lo posible de este trabajo filosófico la fé, que, lo confesamos, lo ha presidido, y juzgando de la impresion que ha debido causar en todo lector amigo de la verdad por la que nosotros hemos sentido, su resultado ha debido formar la conviccion de la divinidad del cristianismo.

La consideracion de que la fé ha presidido á nuestro trabajo, no debe atenuar filosóficamente este resultado, porque entre esta fé y la supuesta incredulidad del lector, hemos colocado el raciocinio, y solo por medio de este hemos procurado convencerlo. Indudablemente nuestra fé ha dado animacion y vida á este raciocinio; pero ¿se proscribe acaso la fé hasta el punto de despreciar el ejercicio de la razon á quien inspira? ¿No es, al contrario, una de las mas bellas pruebas de su divinidad el manifestar que ella produce el raciocinio y la inteligencia, que da como alas á la razon y la hace marchar por alturas que le son naturalmente inaccesibles?

Por lo demás, conteniéndola en nuestra alma y templándola hasta cierto punto conforme al grado de indiferencia que podia encontrar, la hemos hecho proceder por el raciocinio que salia de ella, y hemos dejado á éste todos sus medios filosóficos: únicamente cuando nos ha parecido haber llegado el caso de deber producir en los demás un efecto de conviccion correspondiente á nuestra fé, hemos manifestado ser ésta el principio de nuestros esfuerzos y el objeto de nuestras esperanzas.

Pero ¿de qué sirven todas estas justificaciones? No tomemos tantas precauciones, no tengamos tanta desconfianza en una doctrina por tanto tiempo combatida, tan desarmada, humanamente hablando, como lo es la doctrina cristiana en nuestros dias; y si llega á producir en nosotros una impresion de verdad, creamos que es menester mas bien añadirle que quitarle, y que esa injusta copia de preocupaciones y de indiferencia, si no de hostilidad, que contra ella hace tanto tiempo alimentamos, disminuye su legítima capacidad y nos constituye en deuda de justicia é imparcialidad con ella; y cuando decimos con ella, queremos decir con nosotros mismos, pues el interés de la verdad es nuestro mas precioso interés.

Examinemos, pues, con sinceridad la conclusion de nuestro trabajo.—A diferencia de lo que sucede en los sistemas humanos, no nos ha sido necesario

(1) *Los Domini immaculata justificant in semetipos.*

llegar hasta aquí para deducirla; se ha ido desprendiendo naturalmente de cada capítulo, de cada página de nuestros *Estudios*: tan abundantes y numerosas eran sus fuentes. Acontece en el cristianismo lo que en la naturaleza, cada objeto revela en él una sabiduría divina. En el estudio de la naturaleza no es preciso ir muy lejos ni emplear mucho arte y método para descubrir en ella los efectos de una inteligencia suprema; lo primero que se ofrece, una hoja, una flor la atestiguan elocuentemente, y sería difícil poder decir con fundamento que el ojo del arador refleja menos la divinidad que el astro del día con toda su magnificencia. Lo mismo sucede en el cristianismo. A cada paso de nuestros *Estudios* hemos estado tentados de concluir que era efecto de una razón divina; en cada punto, por todas partes, hemos descubierto una perfección de relaciones y tal profundidad de miras que excedían á nuestra razón y le hacían experimentar esa misma confusión que experimenta el naturalista cuando descubre en las cosas que hasta entonces había mal conocido ó desdeñado, fundándose ó siguiendo la opinión del vulgo, secretas bellezas que absorben su contemplación.

—Hay entre la obra de Jesucristo y las obras de Dios otro carácter de semejanza muy notable, y que la distingue en alto grado de todas las obras humanas. No viviendo el hombre mas que un día sobre la tierra, se afana en producir su obra, en darle durante su vida todo el desarrollo de que es capaz, y en formularla con la mayor solícitud de precauciones, porque ve que pronto ha de morir, y no estará ya presente para sostener y explicar su pensamiento; y á pesar de todas estas precauciones, su pensamiento es muy pronto tergiversado y alterado por los que le suceden. Dios, que es eterno, obra con mas lentitud, porque obra incesantemente. No se afana ni da prisa en la formación de sus obras, de un árbol, por ejemplo: este árbol, contenido todo entero en su germen, va sucesivamente saliendo de él, se va formando al parecer sin designio premeditado, y sin embargo llega por fin, á través de todas las intemperies de la atmósfera, á adquirir toda su belleza, su infalible desarrollo.—La obra de Jesucristo existe en el mundo de la misma manera.—No la formuló visiblemente él mismo antes de comparecer á la vista de los hombres; la dejó en germen al parecer confuso y diseminado en los discursos que dirigió á sus discípulos; y tornándola en este estado rudimentario, hubiera sido una locura el esperar humanamente que esta obra pudiese jamás llegar á ser un cuerpo de doctrina, darse á conocer y coordinarse de una manera precisa á través de las tempestades de todo género que iban á asaltarla desde su cuna. Pero ¡oh cosa verdaderamente inexplicable, si no es divina! esta doctrina fermentó como una fecunda levadura, y sin habérsele hecho ni añadido nada, por sí misma salió, apareció, se fué sucesivamente desenvolviendo y explicando de un modo claro y preciso, y llegó á ser una cosa incomparable por la pureza y fuerza del encadenamiento de todas sus partes. Para colmo de prodigio sucedió así, no solo á despecho del desorden de los elementos que

le eran hostiles, sino por este desorden mismo: atacando las herejías á la doctrina católica, han proporcionado á esta ocasión para irse declarando y formular sucesivamente tantos artículos de su símbolo cuantas han sido las tentativas para alterarlo. No os hagais ilusión sobre esto; las mas incontestables historias deponen unánimes en favor de nuestra proposición: no se hicieron esos artículos por vía de adición á la doctrina, sino de ampliación, de manifestación de su contenido, existentes ya en la tradición y las escrituras, y remontándose así directamente hasta Jesucristo. La Iglesia ha procedido en todas sus decisiones dogmáticas fundándose en lo que existía ya, en lo que anteriormente había existido siempre. No hay ningún artículo de nuestra fé, que no haya sido creído en la Iglesia siempre y por todas partes, y al cual pueda señalarse una data posterior á los apóstoles y á Jesucristo. No ha ninguno cuyo seguro elemento no se encuentre en los monumentos anteriores á la promulgación que de él se hizo en refutación de la *novedad* que él atacaba. Además, el admirable encadenamiento que reina en todo el conjunto de esta doctrina, es de tal naturaleza, que constituye por sí solo una prueba filosófica de la divinidad de su Autor, y rechaza la suposición de que se haya ido formando por medio de adiciones sucesivas. Si esto fuera cierto, sería un prodigio mayor que el que se quiere evitar. Es evidente que no es obra de muchos, sino de uno solo, y una obra incomparable. Pero ¿cómo pudo ese Autor único de esta obra sacarla del estado rudimentario en que la había aparentemente dejado, defenderla y coordinarla á nuestra vista, y sostenerla hasta nuestros días al través de diez y ocho siglos? . . . En esto está la evidencia de la obra de Dios y el cumplimiento de aquellas palabras: *Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin*. Jesucristo está constantemente con su obra, sosteniéndola y fomentándola, del mismo modo que la acción de Dios está incesantemente presente en el universo.

—Los sistemas humanos mas felizmente concebidos tienen su lado débil, aun cuando se propongan solo un fin especulativo y mas ó menos limitado: así son la república de Platon, los átomos de Descartes, las mónadas de Leibnitz, la vision en Dios de Malebranche, etc. La primera vez que aparecen estos sistemas, logran hacer furor precisamente por su lado quimérico, que choca á la imaginación por su singularidad. Pero no tarda el tiempo en señalar con el dedo lo ridículo y vicioso que envuelven, y la posteridad, ya desimpresionada y en calma, no ve en ellos mas que un tributo pagado á la fragilidad de la humana razón.—Nada parecido á esto encontramos en la doctrina católica.—A pesar de que esta doctrina lo abraza todo y nos conduce al escabroso terreno de la *práctica*, del cual procuran huir todos los sistemas humanos, sería imposible despues de diez y ocho siglos de una experiencia la mas variada en tiempos y lugares, señalar entre tantos puntos como abraza, el punto quimérico, el lado débil. . . Es forzoso rechazarla ó admitirla por completo; y si la rechazamos, nos vemos obligados al

fin á volver á ella, no pena de no tener ninguna.—Lejos la reforma de desvanecer ó destruir esta importante observacion, ha servido para confirmarla manifiestamente; porque á pesar de haber empleado tanta pasion en buscar en esta doctrina un lado vulnerable, no ha podido de ninguna manera encontrarlo: pasion evidentemente reconocida en la desordenada violencia de sus ataques, hiriendo á diestro y siniestro, ignorando á punto fijo lo que ha de destruir ó lo que debe conservar, y viéndose obligada á mirar cómo todos se le escapan por no haber querido conservarlos todos.

—Hay mas: no todo es igualmente bueno en lo mismo bueno que tienen las obras humanas, pues tienen estas partes mas bellas unas que otras; la figura principal ha sido cuidadosamente esmerada, las accesorias desatendidas; y esta misma negligencia era necesaria, pues es tal la fragilidad del hombre, que la carencia de toda imperfeccion es con frecuencia en sus obras una imperfeccion, porque no pudiendo aspirar á la perfeccion absoluta, se ve obligado á buscar la relativa y á hacer valer sus propios defectos. No sucede así en la obra de Jesucristo: es en ella tan profundamente sabio todo, que seria difícil señalar algo que lo fuera mas ó menos. Al estudiar uno tras otro todos los puntos de su doctrina, la diferencia de importancia que parecia distinguirlos se desvanece, se descubren bellezas imprevistas, relaciones inesperadas, y nos encontramos como inundados de admiracion: no descubrimos límites en ninguna parte, desaparece toda graduacion, y por todas partes se nos ofrece la misma sabiduría, una sabiduría infinita.

—Otro de los caracteres de los sistemas humanos es empezar seduciendo: tan acomodado se halla todo en ellos á las miras naturales de la humana razon. Lo contrario sucede en la doctrina cristiana: el primer movimiento del entendimiento humano es de no comprender absolutamente nada en ella, de chocarle y hasta de mofarse de ella: tan distinta es de la nuestra la razon que la preside; y debe ser así en efecto si es una razon divina, siendo la nuestra, relativamente á ella, débil y corrompida, y debiendo por consiguiente sentirse herida la primera vez que la encuentra, como un ojo enfermo al contacto de una gran luz. Pero, ¡cosa admirable! cuanto mas se coloca el espíritu del hombre ante esta doctrina en la situacion de humildad, de pureza, de recogimiento, de desconfianza en sí mismo y de buena voluntad, que es la que él debe tomar si es divina la doctrina, tanto mas orden descubre en ella, mas armonía, mas sabiduría, mas fuerza, mas infinidad en todos sentidos y mas profundidad. Se le ofrece todo un mundo nuevo que lo inicia en sus misteriosas riquezas; ve despuntar poco á poco y una despues de otra luminosas verdades donde antes no habia visto mas que enigmas confusos y á veces absurdos; las ve abrirse y dejar escapar de su seno otras verdades mas luminosas aún, que contienen en sí otras nuevas, y así indefinidamente; las ve corresponderse, reflejarse unas en otras, y enlazarse maravillosamente. No tiene tiempo de recogerlas y contarlas; ellas se disputan su asombro y admiracion, y le ha-

cen entrever tantas semejanzas á la vez y tocan tan diversos puntos, que toda su atencion no alcanza á abrazarlos: no puede mas; y entre todos los vocablos que se le ocurren para expresar lo que siente, no hay mas que uno que le cuadre perfectamente, el de *divino*, volviendo de este modo por el éxtasis de la razon á la simplicidad de la fe.

Indudablemente hay todavía en esta doctrina mucho *incomprensible*; y aunque la razon descubre en ella muchas cosas, está aún como anonadada á vista de lo que le falta conocer. Pero si no fuera así, ¿seria divina esta doctrina? . . . Las doctrinas humanas no proceden de este modo; aspiran á hacerse comprender, y tienden á este fin todos sus esfuerzos, porque solo la evidencia puede legitimarlas; y siendo toda razon humana esencialmente igual á otra razon humana, la comprension es de derecho, y su defecto acreditaria la obra de impotencia ó de sinrazon. En una doctrina divina debe suceder todo al revés: en vez del esfuerzo, debe ser la fe su fundamento de admision; en vez de la evidencia, debe ser el misterio quien la consagre. No puede adoptarse sino con la condicion de no comprendérsela, porque quien dice divino, dice incomprensible. No queremos decir que todo deba ser incomprensible en semejante doctrina, muy al contrario; pero supuesto que no todo puede ser comprensible, y que en su fondo ha de encontrarse siempre el misterio, debe situarse la fe á su entrada.

—Esto nos conduce á observar una cosa muy digna de fijar tambien nuestra atencion.—Las doctrinas humanas que se presentan como tales, cifran su buen éxito en las apariencias del misterio, y debe ser así tambien, porque deben imitar en esto á lo divino. Pero la propiedad de una doctrina verdaderamente divina, y que nada puede simular, es que permaneciendo misteriosa en su esencia, descubre en sus contornos admirables objetos de inteligencia, que ejercita á la razon al mismo tiempo que la somete, la llena de sus resplandores, hasta la dilata para rellenarla mas, y que solo le opone por fin el misterio despues de haberla hecho saborear en la comprension; es, últimamente, que se adapta por un lado á la inteligencia humana, para irse á perder por otro en las profundidades de la inteligencia divina, que es parte luminosa y en parte oscura, y que varía la proporcion de su luz y de su oscuridad segun nuestra aproximacion á su divina esencia por el perfeccionamiento de nuestra naturaleza.—Tal es el carácter único, el carácter distintivo del cristianismo.—Examinad todas las demas doctrinas, y las encontrareis ó enteramente evidentes (en su pretension al menos) cuando se dan por humanas, ó enteramente oscuras cuando pretenden ser divinas. En este último caso hacen lo que todos los falsarios: apuran el original en todo lo que tiene de imitable, y dejan de todo lo que es esencialmente propio. El cristianismo tiene de comun con las demas religiones, que en uno y otras encontramos oscuridad; pero en las otras religiones esta oscuridad es muda, inmóvil, infecunda, absorbente de toda razon y de toda civilizacion; y en el cris-

tianismo, únicamente en el cristianismo, semejante oscuridad es, si es lícito decirlo así, comprensible; está bajo la acción de la inteligencia, arroja en torno suyo resplandores que disipan la oscuridad natural de nuestros destinos, provoca mas bien que contiene á la razón, y no la contiene sino para dirigirla; es, en fin, la nodriza del genio y la generadora fecunda é inagotable de toda civilización verdadera.

—Otro de los caracteres de la divinidad en el cristianismo es el siguiente:—La verdad no es pura y completa en ninguna parte; siempre se halla mezclada con el error, dividida consigo misma y acomodada á las debilidades y pasiones de los hombres, segun la diversidad de tiempos y de lugares: "Casi nada vemos de justo y de injusto, dijo Pascal, que no cambie de cualidad cambiando de clima. Tres grados de elevación del polo trastornan toda la jurisprudencia. Un meridiano decide la verdad. El derecho tiene sus épocas. Buena justicia la que se halla limitada por un río ó una montaña! Verdad del lado de acá de los Pirineos, error del lado de allá."—Esta es la suerte de la verdad en manos de los hombres.—El cristianismo presenta el reverso de este estado. En él se encuentran todas las verdades que en el mundo han existido, con la ventaja ademas, de que estas verdades que se hallan diseminadas, alteradas, arrojadas acá y allá, lejos de sus verdaderos principios y de su aplicación, y como perdidas en su aislamiento, en el cristianismo se emancipan, se ponen en contacto, se reconocen, se completan y justifican recíprocamente; se desarrollan, en fin, y se elevan hasta una altura en la que llegan á ser la simple verdad, la verdad absoluta, inmutable, universal, esa verdad católica que todo lo domina, que á todo se aplica, que no cambia de cualidad aun cuando cambie de clima, que no tiene épocas, que no se ve nunca limitada por ningún río ni montaña, que no conoce Pirineos, que no está sujeta al meridiano.

Con todo esto nada decimos que no esté reconocido por los talentos filosóficos menos sospechosos. Solo se diferencian de nosotros en la manera de decirlo; en todas las páginas de sus obras leemos que el cristianismo es el *eclecticismo* por excelencia, y un magnífico conjunto de todas las verdades diseminadas por el mundo antiguo (1).

Pues bien: nosotros decimos que esto solo importa virtualmente la divinidad del cristianismo.—Hay tres razones para probarlo.

Primeramente, para que hubiese podido el hombre aspirar á producir este *eclecticismo*, qué enorme y previo trabajo no hubiera tenido que emprender

sobre la historia de la filosofía! ¿Cuántos elementos y materiales no hubiera tenido que revolver, reunir, coordinar y comparar! Y ¿qué hubiera sido todo esto al fin y al cabo mas que un mosaico?—Si hay algo enteramente opuesto á la manera con que el cristianismo se formó, es esta. Figúrase un hombre toda su vida enterrado entre libros, un escrupuloso investigador de las doctrinas que le han precedido, un solícito compilador de todos los sistemas, un filósofo metodista y clasificador, un *eclectico*, en una palabra, y decid: ¿es este Jesucristo?... ¿es esta esa simplicidad potente y regeneradora del cristianismo?....

La segunda razón es mas concluyente todavía. Como ya dijimos en otra parte, el *eclecticismo*, es decir, la reconstrucción de la verdad, supone inevitablemente en el que la opera la posesión previa de la verdad misma en toda su integridad. El buen sentido lo exige así. Para distinguir la verdad del error, para unir una verdad con otra, tal fragmento con otro fragmento distinto, y componer con ambos un todo, es necesario tener la idea, el plan, el tipo de este todo; es necesario conocer á la verdad como á sí mismo, es necesario ser uno mismo la verdad; por esto Jesucristo se anunció de este modo: EGO SUM VERITAS.—Pero en este caso, ¿de qué serviría el *eclecticismo* y sus esfuerzos para encontrar la verdad que poseeríamos ya? Bastaría *revelarla*. Hablando del cristianismo, es menester, pues, decir *revelación*, y no *eclecticismo*. Esta última palabra es un vocablo hueco y vano, puesto que la cosa que quiere significar no puede existir sino con una condición que la hace inútil, es decir, la posesión previa de la verdad. Y reconociendo, como se reconoce, que el cristianismo es esta cosa, es precisamente indispensable reconocer tambien que es la verdad sustancial, esto es, la Divinidad revelada á los hombres.

La tercera razón es la siguiente. Una vez reconstruida y restablecida la verdad en toda su integridad, ¿podemos elevarla y fijarla en un estado de unidad y de universalidad que abrace todos los países y todos los siglos? ¿No puede la misma fuerza disolvente que arruinó una vez la verdad, cuando tenia esta toda su fuerza nativa, disolverla de nuevo, cuando no tenga mas que una fuerza de reconstrucción *eclectica*? ¿Hay algun lazo, algun nuevo cimiento mas fuerte que la misma integridad, que pueda obrar el prodigio de esta indivisibilidad? Indudablemente seria preciso recurrir á un agente sobrenatural y divino, aun cuando no se tratara mas que del resultado del *eclecticismo* humano. Por consiguiente, lo confesamos, preferimos creer que el divino Autor de la conservación de la obra es tambien Autor de la obra, porque así vemos siempre en la doctrina cristiana y en su indisoluble catolicismo la obra de un Dios.

IV. Así es, limitándonos á esta corta reseña de nuestras impresiones, como bajo todas estas fases refleja el cristianismo á lo lejos clarísimos rasgos de divinidad.

Sin embargo, solo hemos hablado hasta ahora de

(1) "Lo reputo [y el ilustrado colega (M. Coman) que preside esta academia, me serviria, en caso necesario, de garantía y de autoridad], el cristianismo no es solo un perfeccionamiento de la ley de Moisés y de aquella sabiduría hebraica circunscrita á los estrechos límites de una pequeña region del Oriente; es ademas el magnífico resumen de todos los antiguos sistemas de moral y de filosofía, purgados de sus errores y elevados á principios mas sublimes y completos; es el punto de conjugación de todas las verdades parciales del mundo oriental y del occidental, que se confunden en una verdad única, mas pura, mas clara, mas vasta; es el progreso final, por cuyo medio la humanidad ha sido puesta en posesión de los principios de la verdadera civilización universal." (M. Troplong, *De la influencia del cristianismo sobre el derecho civil de los romanos*.)

las propiedades intrínsecas del cristianismo, pues no debemos olvidar que además de estas hay en él otras propiedades extrínsecas y pruebas históricas á que no hemos tocado todavía, y que, como veremos luego, constituyen un carácter único é inimitable de divinidad.

Pero no considerándolo mas que en sí mismo, abstracción hecha de sus formidables bases, y tomándolo solo en lo que es objeto de la fe de sus discípulos y de la repulsa de sus enemigos, decimos (y este es el resultado constante que hemos tenido á la vista en todo el discurso de su exposición) que, á pesar de todo lo que debe tener de misterioso en el fondo de su doctrina, lo que en ella nos parece luminoso es tan perfecto, tan superior é incomparable, que basta por sí solo para establecer su divinidad y hacerlo admitir por todo entendimiento reflexivo y elevado, en virtud, nos atrevemos á decirlo, de una *evidencia de exámen*.

No queremos destruir con esto lo que nosotros mismos hemos establecido en otro lugar, y sabemos que podrá decirse que no hay evidencia de exámen posible en una doctrina divina y misteriosa, en el sentido de que el exámen no puede ser en ella completo, y que pudiendo lo que se oculta destruir lo que le es conocido, no podría fijarse nunca en la evidencia absoluta. En téis general lo admitimos; pero de hecho y segun el dictámen del sentido comun, juez soberano en las investigaciones de convicción, creemos que no es así. Creemos que si, recorriendo uno tras otro todos los numerosos puntos de esta doctrina, se encuentra que cada uno de ellos tiene bellezas inimitables, y da como un sonido divino; que no solamente sucede así en cada punto tomado aisladamente, sino que puestos en contacto unos con otros, resultan de este contacto bellezas no menos soberanas, y que lo mismo en los mas minuciosos detalles que en el conjunto, por la síntesis como por el análisis, se llega por todos lados á una sabiduría inagotable é infalible, tanto mas evidente, cuanto mas pura y elevada es la razon que la contempla; creemos, repetimos, apoyados en el sentido comun, que una armonía tan rica, que una concordancia tan profunda é invariable, que todos los caracteres, en una palabra, que hemos descubierto en la doctrina católica, y que la confunden con las obras de Dios tanto como la distinguen de las del hombre, que todo esto seria imposible si en lo que permanece misterioso se encontrasen cosas que pudiesen desmentirla. La parte luminosa nos responde de la parte oscura como de sí misma, porque ella no existiría sin su conformidad, pues su discordancia constituiría un prodigio mayor que el de su divinidad, la cual se halla así demostrada por la *evidencia de exámen*.

Tal es la conclusion á que desea llegar un talento sencillo y recto, que no haya tomado partido contra la verdad, para descansar en ella como en el seno de esta misma verdad. Es cierto que queda en esta conclusion materia á la crítica y á la controversia, pero no para el buen sentido ni la buena voluntad, y esto es lo que basta; pasando mas adelante, habria en ella demasiada evidencia,

y ya no seria posible la evidencia, ni por consiguiente la sumision meritoria. Por otra parte, la fuerza de esta conclusion no podria ser apreciada por quien no hubiese leído mas que la deducción definitiva que de ella hacemos en el presente capítulo, pues este mismo capítulo no es mas que el pequeño compendio de todas las impresiones de un gran volumen de observaciones. Para sentir esa fuerza es preciso haberla ido adquiriendo gota á gota en estas mismas observaciones; no es intrínseca, sino penetrante; no corre por la superficie como un torrente, sino que va cayendo suavemente en el alma, atenta y recogida como aquellas lluvias pausadas, silenciosas y benéficas que parece que destila el cielo sobre la tierra.

He aquí el efecto de las pruebas intrínsecas y el sentido en que es permitido decir que de ellas resulta una *evidencia de exámen*.

Pero este mismo cristianismo, que se dice ser enemigo de la razon, no le proporciona esta evidencia sino como acrecentamiento y recompensa de su sumision á otra especie de evidencia mas obligatoria todavía, es decir, la *evidencia de autoridad*.

En la primera parte de los presentes *Estudios* hicimos resaltar esta evidencia de una manera indirecta y preliminar, y en la tercera vamos á presentarla de una manera directa y precisa, tratando á este efecto en ella de las *pruebas históricas é extrínsecas*.

Con esto completaremos el trabajo que hemos emprendido: habremos recorrido la inmensa circunferencia del cristianismo.

No debe olvidarse empero ni esperar que la conclusion de estos *Estudios* nos proporcione lo que no es de naturaleza. Ni la *evidencia de exámen* ni la *de autoridad*, á cualquier grado á que las haga llegar el raciocinio ó la atestacion, demostrarán jamás toda la verdad del cristianismo, si no son completadas por otra especie de evidencia: la *evidencia práctica*. Aquellas pueden ir disponiendo la fe, solo esta puede consumarla. Así lo exige la naturaleza de las cosas. La verdad de una religion eminentemente práctica debe aprenderse practicándola. No llenaria su objeto ni seria lo que debe ser, si la práctica no enseñara nada mas que la teoría, y hasta si aquella no contuviera la porcion mas viva de sus luces. Para que la libre actividad del hombre se interesara y entretuviera, era necesario que ocultara Dios una parte de su conocimiento á las investigaciones intelectuales, y que sometiera su dispensacion á la fidelidad. Esto es lo que hizo, vinculando en la práctica de su ley las luces incommunicables que resultan del contacto del alma con él, y que son como los destellos de su divina faz. Por consiguiente, si quereis ir comparando hasta el término, si quereis realmente saber á qué ateneros acerca de esta divinidad del cristianismo, que tantos testimonios tiene á su favor y que tanto interesa á nuestros destinos,—haced el experimento.

to,—y muy pronto podreis decirnos lo que los habitantes de Sichar, despues de haber visto á Jesu-oristo, decian á la Samaritana que se lo habia anunciado: YA NO TE CREEMOS POR TU DICHO, PORQUE NOSOTROS MISMOS LE HEMOS OIDO, Y SABEMOS

QUE ESTE ES VERDADERAMENTE EL SALVADOR DEL MUNDO (1).

(1) *Quia jam non propter tuam loquelam credimus; ipsi enim audivimus et scimus, quia hic est vere Salvator mundi.* Joan. iv, v. 42.

TERCERA PARTE.

CAPITULO I.

PRÓLOGO.

I. *El cristianismo es la única religion que tiene pruebas*, dijo Fontenelle.

Si estudiamos esta verdad, encontraremos que no solo es el cristianismo la única religion que tiene pruebas, sino tambien que estas son á la vez en él tan imponentes, tan numerosas y diversas, que pueden cautivar siempre á toda clase de talentos y caracteres, y hasta á un mismo talento en las varias disposiciones en que puede sucesivamente encontrarse, sin nunca dejarlo en una duda legítima de su creencia; y descubriremos tambien, que aun prescindiendo de las pruebas fijas y generales, aducidas por los talentos de todos los tiempos y lugares, reserva el oristianismo para cada siglo y para cada situacion del talento humano, pruebas especiales, cuyo valor no puede apreciarse hasta el momento en que se hacen indispensables, y que corresponden con exactitud á la tendencia de las necesidades, de las ideas y de las situaciones de la humanidad. Del mismo modo, para recordar una de nuestras comparaciones, que desde lo alto de un elevado faro, fijo é inmóvil en medio de la movilidad de los mares, la benéfica luz hiere y advierte con sus cambiantes colores el asustadizo ojo del marinero.

Al penetrar en la economía de las pruebas de la revelacion cristiana, no sabemos qué admirar mas, si la condescendencia de Dios, que de tal modo acomoda su verdad á todas las proporciones de la razon humana, ó la resistencia de esta, que pondera siempre el valor de su trabajo, y que encuentra siempre motivo para dudar, para negar. Pero la posibilidad de esta misma resistencia es otro de los miramientos y contemplaciones de esa divina economía que atrae la razon sin violentarla, y, satisfaciendo en cierto modo sus justas escogencias, le deja no obstante la libertad de su ceguera para propinarle el mérito de su fé.

Un hombre que anduvo flotando todo el tiempo

de su vida entre estos dos estados, Rousseau, espone del modo siguiente esta armónica variedad de las pruebas de nuestra religion:

“Dotados los hombres de cabezas tan diferentemente organizadas, seria difícil que unos mismos argumentos, sobre todo en materias de fé, los cautivasen igualmente á todos. A uno no hacen fuerza mas que cierta clase de pruebas, á otro otra clase enteramente distinta. A veces pueden todos convenir en una misma cosa; pero es muy raro que convengan en ella por razones idénticas.

“Por consiguiente, cuando Dios da á los hombres una revelacion en la que todos deben creer, es menester que la establezca sobre pruebas buenas para todos, y que sean diversas segun los varios modos de ver de los que han de adoptarlas.

“Con este raciocinio, que me parece recto y sencillo, se descubre que Dios habia dado á la mision de sus enviados diversos caracteres que debian hacer conocer esta mision á todos los hombres, grandes y pequeños, sabios é ignorantes, rudos é ilustrados. El que tiene la capacidad bastante flexible para afectarse á la vez por todos aquellos caracteres, es feliz sin duda; pero no por esto merece compasion el que solo se afecta por algunos, con tal que se afecte lo suficiente para dejarse persuadir.

“El primero, el mas importante y cierto de estos caracteres, resulta de la naturaleza de la doctrina, es decir, de su utilidad, de su belleza (1), de su santidad, de su verdad y profundidad, y de todas las demas cualidades que pueden revelar á los hombres las instrucciones de la suprema sabiduría y los preceptos de la suma bondad. Este carácter, como he dicho ya, es el mas claro é infalible, lleva en sí mismo una prueba que lo dispensa de toda otra, pero es el menos fácil de probar: exige, para ser sentido, estudio, reflexion, conocimientos é investigaciones que solo convienen á los hombres sabios, ilustrados y que saben raciocinar.

(1) No sé por qué quiere atribuirse al progreso de la filosofia la hermosa moral de nuestros libros. Esta moral, nacida del Evangelio, era cristiana antes de ser filosófica. Solo el Evangelio es siempre seguro, siempre verdadero, siempre único y semejante á sí mismo. [Nota de Rousseau.]

"El segundo carácter está en el de los hombres elegidos por Dios para anunciar su palabra; su santidad, su veracidad, su justicia, sus costumbres puras y sin tacha, sus virtudes inaccesibles á las pasiones humanas, son, juntamente con las cualidades del entendimiento, la razon, el talento, el saber y la prudencia, otros tantos indicios respetables, cuya reunion, cuando no hay en ellos nada que las contradiga, forma una prueba completa en su favor, y atestigua que son algo mas que hombres. Esta es la señal que cautiva con preferencia á las personas buenas y rectas, que ven la verdad en todo lo que es justo, y que no saben oír la voz de Dios sino de boca de la virtud.

"El tercer carácter de los enviados de Dios es una emanacion del divino poder, que puede interrumpir y cambiar el curso de la naturaleza, segun la voluntad de los que reciben esta emanacion. Este carácter es sin contradiccion el mas brillante de los tres, el mas palpable, el que mas pronto salta á la vista, el que, marcándose por un efecto sensible, parece necesitar menos escámen y discusion: por esto es tambien este carácter el que comprende el pueblo con especialidad.

"Aquí me detengo sin examinar si esta enumeracion podria estenderse mas: es una discusion inútil á nuestro asunto, pues está claro que cuando todas estas señales se encuentran reunidas, son capaces de persuadir á todos los hombres, á los sabios, á los buenos y al pueblo; á todos, excepto á los insensatos, incapaces de razon, y á los malvados que se resisten siempre á todo lo que puede convencer."

Este orden con que clasifica Rousseau los principales géneros de pruebas del cristianismo, nos parece que puede modificarse de la manera siguiente:

El segundo carácter que consigna, el resultante de los efectos de virtud y de razon que obra el cristianismo en sus verdaderos discípulos, nos parece que debe ser considerado en primer lugar, como que no exige ningun estudio ni ninguna investigacion, y que es propio para afectar á todas las personas buenas y rectas que ven, como dice Montaigne, *en la virtud el signo especial de la verdad*. La santidad del cristianismo imprime algo de sobrehumano en todo lo que toca, y he aquí lo que cautiva á la generalidad de los talentos. Este carácter es siempre permanente, siempre sensible, y por poco que uno mismo lo experimente penetrando en la práctica, recibe de él efectos tan súbitos, tan señalados é inmediatos, que se hace inútil toda otra prueba, porque la mejor de todas ellas es uno mismo. Es la prueba por sentimiento y por afecto, que da de la divinidad del cristianismo la persuasion mas general y mas vulgar, la prueba mas poderosa para los sencillos de corazon, para todos los hombres de buena voluntad.

Sin embargo, á una gran distancia de estos últimos se encuentran los espíritus especulativos ó filósofos, cuya inteligencia aspira á remontarse hasta los principios, á conocer todas sus ramificaciones y á apurar todas las consecuencias de las cosas. Para estos la belleza del sistema cristiano, el encadenamiento y fecundidad de sus dogmas, la sublimi-

dad, profundidad y exactitud de su doctrina, y todas aquellas cualidades que revelan en él, como dice Juan Jacobo, *las instrucciones de la suprema sabiduría, y los preceptos de la suprema bondad*, componen (lo hemos visto en la parte de nuestros *Estudios* que precede) un órden de pruebas que los llena de admiracion, y que se desprende de la sustancia misma del cristianismo.

Finalmente, entre los espíritus filosóficos y los sencillos de corazon, hay una multitud de espíritus que podríamos llamar simplemente razonables, los cuales se hallan dispuestos á creer sin examinar el objeto de su creencia, pero que no carecen de algunas buenas razones en favor de la divinidad de su fundamento. Para estos están siempre patentes las pruebas sacadas de los hechos milagrosos que rodean á la institucion del cristianismo.

Pero es menester observar bien que estas clases de pruebas nada de exclusivo tienen entre sí. La tendencia de las ideas, segun los individuos y las épocas, puede inclinarse á la una con preferencia á la otra; sin embargo, es preciso tener las tres á la vista, de modo que, atendida la debilidad del humano espíritu, si se le escapa la una pueda adivinarse de las otras, además de que las tres se apoyan recíprocamente.

El último órden de pruebas que acabamos de señalar, la prueba exterior ó histórica, no podria ser abandonada sin esponernos á grandes riesgos.

Las otras pruebas, por sentimiento ó especulacion, pueden flaquear, porque no siempre es bastante puro el corazon, ni la razon bastante fuerte para comprenderlas igualmente. Son además indeterminadas, susceptibles de esageracion, de menosprecio, y de virtud. Son, en una palabra, pruebas extremas, y siempre hay peligro en los extremos.

Para preservarse de este peligro, es necesario balancear estos dos órdenes de pruebas por la prueba histórica, prueba positiva, exterior, independiente de los accidentes de nuestra naturaleza, y de la cual podemos echar mano siempre que queramos; prueba sensible á la razon, prueba decisiva para la fe. Tiene el cristianismo un interés inmenso en presentar esta prueba, porque solo él la posee, solo él puede invocar hechos sobrenaturales, que son como los títulos del de su origen. Debe incesantemente conservarlos; y los producirá en efecto lleno de confianza hasta el último día, pues constituyen una verdadera demostracion que obliga á callar á los mismos que se resisten á dejarse convencer por ellos, y contra la cual se estrellarán siempre todos los vanos esfuerzos de la incredulidad.

Esta prueba ha recibido sobre todo una nueva consagracion con los asaltos que la filosofía del siglo XVIII emprendió contra ella. Entonces vimos á hombres de gran talento, marchar con todas las fuerzas del espíritu y de la opinion, coaligadas contra este fundamento de nuestra fé, quedando solamente para defenderlo algunos apologistas sin reputacion y sin nombre. Y ¿qué resultó de tan gran lucha? En el día, calmados los espíritus y descascaradas por la mano del tiempo todas las apariencias, podemos decirlo ya; los últimos, á pesar de la

desproporcion inmensa en los medios, obligaron á los primeros á algo peor que el silencio; á la bufonaría, al sofisma, á la impostura, al ultraje y á la violencia; y entre tantos epigramas, libelos, sátiras y declamaciones, escritos si se quiere con habilidad y elocuencia, no ha quedado ni una sola razon, ni siquiera un argumento contra la demostracion evangélica, que, al contrario, se ha aumentado con todo el progreso hecho desde entonces por el genio del hombre en las ciencias, y en boca del venerable obispo de Hermópolis y en la pluma de Chateaubriand, ha reaparecido como el astro del día despues de la tempestad.

Conviene, pues, renovar y recordar esta demostracion invencible, y sellar con ella el trabajo de los presentes estudios.

II. Seria hacernos ilusion el desconocer la importancia de esta demostracion, y desesperar del efecto solo porque no se presenta con la gracia de la novedad, y puede parecer anticuada. La verdad no envejece, principalmente en lo que tiene de mas decisiva sobre nuestros destinos. Su interés es siempre de actualidad, pues se confunde con nuestro interés propio. Hablar de ella es hablar de nosotros mismos. Por esto la verdad cristiana está incesantemente en accion, y será siempre la cuestion del día. No consiente el reposo sino en su seno. Mientras no estamos en él, nos molesta una terrible duda que provoca el escámen y excita la curiosidad. — ¿Quién es ese personaje llamado Jesucristo? ¿Son auténticos los libros santos? ¿Son verdaderos sus relatos? ¿Hubo en efecto profecías, y se han cumplido exactamente? ¿Son ciertos los milagros que se dicen sucedidos en el nacimiento del cristianismo? ¿De qué manera puede aplicarse la propagacion rápida de esta religion, y su predominio civilizador hasta nuestros días, &c? — Hé aquí cuestiones que nunca serán anticuadas, porque una de dos, ó hemos optado ya por su parte afirmativa, y en tal caso nos complacemos en afirmarnos en ella, en confirmar tambien á los demás y á deducir de ellas las consecuencias prácticas que tanto interesan á nuestros deberes y en este caso nos hallamos en una situacion penosa que debe aspirar á temer un término, á encontrar una solucion. Solo la negativa decididamente adoptada podria proporcionar el reposo de la indiferencia absoluta; pero no es dado ni aun á los espíritus fuertes fijarse en ella, y los mas grandes incrédulos que lo intentaron, no lograron otra cosa que dar al mundo el espectáculo de las mas ridículas contradicciones.

Debemos tambien hacer otra observacion: aun cuando la demostracion evangélica haya sido con frecuencia presentada, ó mas bien porque lo ha sido en efecto muchas veces, muchos no lo han prestado mas que una atencion indirecta y fugitiva, y sin embargo suficiente para causar ilusion sobre el juicio, como aquellas bellezas clásicas que aprendimos en nuestra primera edad, por deber y rutina, y que nos hemos condenado á ignorar siempre, ó á no entrever sino de una manera imperfecta, precisamente porque la sabemos de memoria. Lo mismo sucede con

las verdades morales y religiosas que con las verdades de gusto: ¡desgraciado aquel á quien hayan sido propuestas fuera de tiempo, y que haya oido hablar demasiado de ellas antes de ser capaz de meditarlas! Nunca las conocerá bien, y solo le queda un recurso, que es olvidirlas para volverlas á aprender de nuevo. Feliz ó desgraciadamente, hemos llegado en religion casi á esto último, y no dudamos que alguno que se creia suficientemente instruido en las pruebas evangélicas, apoyándose en la fé de lo que habia aprendido ú oido decir en la edad en que se hallaba interesado á combatir las ó á lo menos en no conocer su valor, sentirá al revisarlas atentamente de nuevo, una impresion de verdad que no esperaba y que lo convencerá.

Para cada cosa hay en la vida una hora, un punto de madurez, y sucede con frecuencia que las mas claras verdades no se elevan sino muy tarde sobre el horizonte de nuestro entendimiento. Entonces nos quedamos pasmados de no haberlas reconocido antes, de haber pasado con tanta frecuencia por su lado sin haber reparado en ellas, y hasta de haberlas impugnado sin conocerlas, como sucede con esos espectáculos de reverberacion, cuyos pormenores no se descubren mas que en ciertos días buenos, entre otros mil que son malos, y cuya exacta observacion propende de colocarse el observador en un punto mas bajo ó mas alto, mas próximo ó mas lejano, que es casi siempre efecto de la casualidad. Así es que el perfecto conocimiento de ciertas verdades, y sobre todo de las verdades morales y religiosas, que podriamos llamar *de reverberacion*, porque á diferencia de las verdades geométricas, engendran mil consecuencias mas ó menos contrarias á nuestras inclinaciones, depende frecuentemente de tal grado de moralidad, de tal disposicion de alejamiento ó de retorno á la virtud, de tal situacion del espíritu ó del corazon, de tal circunstancia de fortuna ó de relaciones variables á cada instante, ó á lo menos á cada periodo de la vida, y que emanan de parte de todo hombre, que quiere ponerse de buena fé consigo mismo, una revision concienzuda de las grandes verdades de sus destinos. De aquí resulta que del mayor incrédulo al mas gran santo no media regularmente mas que un paso, ó menos todavia; muchas veces no se trata para el primero mas que de levantar los ojos y fijarlos en la verdad. ¡Está ya en frente de ella mirándola cara á cara! ya está convertido. Pero no mira, porque, segun dice, ha mirado ya otras veces y no se ha sentido herido por su luz. Pero tal vez no ha mirado nunca por sus propios ojos, ó lo haya hecho acaso diez, veinte ó treinta años atras, es decir, en una edad y en una situacion en que era él tan diferente de lo que es ahora, como puede serlo ahora de otro hombre distinto, no atendiendo á que si desde entonces la verdad no ha cambiado de sitio, él ha ido cambiando en torno de ella de tal manera que su juicio y su comprension bajo este respecto son enteramente otros de lo que fueron. Á veces apoya el hombre todas las convicciones de su edad madura, todas las seguridades de su vejez, todos los intereses de su eternidad sobre una preocupacion de la juventud y hasta de la in-

fancia! ¡Qué desvarío!!! ¡Por cierto que causa lástima el considerar de cuán frágiles ilusiones se componen y alimentan á veces nuestros mas graves juicios! Y á pesar de esto, vivimos en paz y morimos. Morimos en un estado que si lo conociésemos, nos apresurariamos á salir de él; á veces lo sospechamos y vamos al otro mundo con la sospecha!!! “En verdad, dice Pascal, es una gloria para la religion tener por enemigos á hombres tan irracionales.”

Parécenos que estas consideraciones deben excitar vivamente la atencion al ir á presentar el cuadro de las pruebas mas directas de la divinidad del cristianismo, y hacer entrar á nuestros lectores en el escenario cuya oportunidad acabamos de demostrar.

III. Hay una consideracion, deducida de la disposicion general de nuestros estudios, que deberá dar á esta última parte una eficacia muy especial y un gran carácter de novedad.

Cuanto mas reflexionamos sobre las disposiciones del entendimiento humano respecto de la religion, mas admiramos el poco fundamento que tienen las ilusiones de la incredulidad, y por qué combinaciones de luz, para hablar así, ha permitido Dios que pudiesen quedar en su ceguera los espíritus vanos que no ponen en la investigacion de la verdad toda la diligencia de que es digna, y que por lo mismo merecen el error que codician.

Muchísimas veces nos hemos preguntado cómo es que pruebas tan irrefragables como las que proporcionan los hechos evangélicos, pruebas de tal naturaleza que despues de todo nada real y positivo se les ha opuesto en diez y ocho siglos que se hallan espuestas á contradiccion; contra las cuales Voltaire no ha podido ser mas que un bufon, y Rousseau un sofista; que han obligado al silencio ó á vanos efugios á todos los que han querido destruirlas, y que hasta los han visto muchas veces, por la mas rara contradiccion, caer de rodillas ante la misma verdad de que querian ó habian blasfemado: nos hemos preguntado, repetimos, cómo es que pruebas semejantes no hacen una impresion igualmente soberana sobre todos los espíritus, y cómo es que siempre victoriosas, no son siempre convincentes.

Dos razones nos ha parecido existir para la solucion de este problema: una proveniente de una disposicion moral, otra de una disposicion racional del espíritu humano. El célebre abogado Erskine las indicó muchas veces en sus escritos sobre el cristianismo, y vamos ahora á consignarlas.

Primeramente, por lo que respecta á la disposicion moral, es un error casi inexcusable el pensar que la creencia en los hechos sea siempre independiente de la voluntad ó del estado moral de nuestro espíritu, y que por consiguiente esta creencia no es digna de alabanza ó vituperio. ¡Cuántos hay que dicen: las pruebas de la religion no me causan una impresion convincente; esto no depende de mí, yo no puedo darme la fe etc., y se duermen sobre esta ilusion! Si este lenguaje debiera tomarse al pie de la letra, podríamos ciertamente admirarnos de que estas mismas pruebas que determinan la fe del uno, no hicieran ninguna impresion en el otro, siendo así

que ambos se hallan con frecuencia dotados de la misma disposicion y del mismo juicio, y están de acuerdo en todos los demás puntos que examinan. ¡Por qué dos hombres verán generalmente lo mismo en las cosas ordinarias, y dejarán de entenderse al tratar de las pruebas de la religion? ¡Por qué este discentimiento tan profundo acerca de un solo punto, como si uno de los dos hubiese perdido instantáneamente el juicio? Y todo esto es tanto mas raro, cuanto que el punto de este discentimiento consiste muchas veces en lo que hay de menos vago, de mas preciso y de mas determinado por su naturaleza: un hecho: las profecías, por ejemplo, los milagros etc. . . . ¿De dónde proviene esto? De que cada vez que un hecho se encuentre enlazado de una manera íntima con un principio general, nuestra manera de considerar este hecho debe necesariamente sentirse del punto de vista bajo el cual consideramos el principio. Así, y únicamente así puede explicarse la extraordinaria diversidad de creencias humanas en lo que concierne á las hechas políticas, como por ejemplo los complots y conspiraciones contra el gobierno, y los varios caracteres de los hombres políticos que han ocupado altos destinos. No es menos notable esta diversidad de situacion respecto de la mayor parte de los hechos morales. Hay algunos que parecen casi incapaces de creer en los grandes ejemplos de generosidad y desinterés. ¿Podría Neron dar crédito á una historia como la de Codro? El libertino no quiere creer en la virtud de las mujeres, el espíritu fuerte en la de los sacerdotes, etc. En una multitud de casos podemos por la misma razon razon prever con seguridad la manera con que será acogida la relacion de ciertos hechos por determinadas personas. La persuasion de admision ó el repudio de estos hechos pueden á veces ser involuntarios en los primeros momentos, es decir, encontrarse la consecuencia inevitable de un carácter moral muy pronunciado; pero entonces este carácter proviene anteriormente de una serie de acciones voluntarias que lo hacen moralmente responsable de una persuasion que al mismo momento no depende ya de él, y no creemos ser injustos haciendo recaer la reprobacion ó el elogio moral sobre esta simple persuasion.

Lo mismo sucede con la diversidad de creencias en los hechos evangélicos. Hallándose estos hechos íntimamente enlazados con principios morales de una alta importancia, es natural suponer que la manera con que serán recibidos y la creencia de que serán objeto, deben participar mucho de la opinion que nos merezcan los principios mismos. Los que admiten los principios, estarán dispuestos á admitir tambien los hechos; los que niegan los principios, se sentirán naturalmente inclinados á la incredulidad de los hechos; y como esta apreciacion íntima de los principios morales forma parte de nuestro bueno ó mal carácter, la disposicion á la fe ó á la incredulidad que de aquí resulta, llega á ser un hecho libre, susceptible de censura y vituperio, y autoriza á decir con verdad que la fe es un deber y la incredulidad un crimen. A esto se refieren aquellas palabras del Evangelio: “El que cree en el

Hijo no se condenará; pero el que no cree en él está ya condenado."—Pero ¿por qué?—"Porque vino la luz al mundo, mas los hombres prefirieron las tinieblas á la luz, porque sus actos eran malos. . . Tal es el motivo de la condenacion."

Hay muchos que no se aperciben de este motivo que vicia su incredulidad, involuntaria en apariencia, porque cumplen con los deberes comunes de la ley natural; pero podemos hacerles dos observaciones:—la primera es que no siempre han cumplido con estos deberes, y que les ha quedado de sus antiguas desarreglos, á los cuales solo pone fin la edad, la posicion y á veces la propia conveniencia, una disposicion latente hácia los mismos principios de donde aquellos deberes proceden;—la segunda es que á mas de estos comunes deberes de la ley natural, el Evangelio, que es la ley natural perfeccionada, impone muchos otros deberes á que se resisten la naturaleza y el orgullo, y de aquí esa secreta resistencia á aquella luz mas pura, mas acusadora, mas obligatoria, que es la raíz de su incredulidad y que los acrimina: "ellos prefieren las tinieblas naturales á la luz sobrenatural, porque respecto de esta sus actos son tambien malos. Este es el motivo de su condenacion."

La verdad que segun los principios que nosotros mismos hemos sentido, podrá decirse que tambien nosotros nos dejamos arrastrar por la pendiente de nuestras prevenciones, creyendo en los hechos evangélicos, y que apoyando nuestra creencia menos en la certidumbre de estos hechos en sí mismos, que en la influencia moral bajo la cual los juzgamos, carece del carácter de racionalidad que debe ser su único fundamento.

A esto es fácil contestar diciendo que la certidumbre de estos hechos en sí misma es independiente de semejante influencia; que estamos dispuestos á aducir los motivos de esta certidumbre, y que la inmensa diferencia que hay entre nosotros y los incrédulos, consiste en que no se hallan estos en igual posicion de poder señalar las razones motivadas de su incredulidad. Estos no objetan nada formal á la exposicion de las pruebas históricas del cristianismo, y se contentan con decir solamente que no están convencidos; ni siquiera niegan: dudan, siendo así que nosotros afirmamos apoyados en pruebas.

Nótese bien: una cosa es la certidumbre de un hecho, y otra la conviccion de este mismo hecho. La certidumbre de un hecho existe siempre que puedan darse razones tales de su existencia, que no haya otras razones mas fuertes para destruirlas, y que aplicadas á cualquiera otro hecho análogo harian obligatoria su admision. Así, si los hechos de la vida de Jesucristo se apoyan en razones históricas tan fuertes como las de los hechos de la vida de Sócrates ó de César, deberán darnos la certidumbre de aquellos hechos; y no dependerá por esto semejante certidumbre de la disposicion del carácter moral de cada uno de nosotros: tendrá sus reglas, existirá por sí misma y á pesar nuestro. La conviccion, empero, puede no existir á despecho de esta misma certidumbre, por lo que ya llevamos

dicho. En un caso dado, nada tendremos que oponer que sea lógico; nos daremos por vencidos, y sin embargo no estaremos convencidos. Nada hay mas ciego, mas frívolo y fantástico que una pura conviccion, y sobre todo, nada es mas múltiplo; cada uno tiene su conviccion: es un modo de sentir á ciegas, influido por el humor, las pasiones y todos los accidentes internos ó externos de la vida individual. Por esto decimos todos los dias que las convicciones no se discuten, lo cual no puede decirse de la certidumbre, que pertenece esencialmente al dominio de la discusion. Por consiguiente, para que la conviccion sea incontestable, debe estar justificada, debe ser racional, motivada, y estar fundada sobre la certidumbre.

Lo repetimos: entre la fe cristiana y la incredulidad hay la grandísima diferencia de que si es verdad que una y otra se inspiran de principios morales opuestos, no obstante, la conviccion cristiana descansa definitivamente en una certidumbre histórica y puede dar razon de sí misma, mientras que la incredulidad es esencialmente negativa de toda certidumbre, y se limita á una pura conviccion ó mas bien á un defecto de conviccion. Así es que nada hay mas flotante, menos enlazado y mas contradictorio en sí mismo que la incredulidad.

Aun no considerando mas que la influencia moral bajo que se forma la fe cristiana ó la incredulidad, la primera estribaria en mejores condiciones de verdad, precisamente porque importa mejores condiciones de virtud. Pero hay mas: la certidumbre que resulta á su favor de las varias pruebas de la divinidad del cristianismo, se eleva por fin á un acto de razon, de juicio y de pleno ejercicio de todas las facultades por cuyo medio percibimos lo verdadero. La incredulidad, al contrario, obedeciendo por un lado á una influencia moral sospechosa de error, porque no es relativamente pura, y no teniendo, por otro, ningun elemento de certidumbre que oponer á la certidumbre de la fe, se encuentra de necesidad como en suspenso y en oposicion con todas las garantías de la verdad. Peca por sus dos términos: el carácter moral y la certidumbre lógica. Por esto, ¿cosa notable y que prueba bien la armonía que hay entre estos dos términos! el restablecimiento del uno produce el del otro: la aquiescencia racional á la certidumbre evangélica entraña la reforma del carácter moral, y la reforma del carácter moral basta á veces para hacer reconocer la certidumbre evangélica y restablecer así entre los elementos de la conviccion y los de la certidumbre, la perfecta armonía de donde se origina lo que el corazon del hombre tiene de mas fuerte, porque participa de todas las potencias del alma: LA FE.

Esto es todo lo que teníamos que decir para explicar la resistencia de la incredulidad á la certidumbre evangélica por una de sus causas: la disposicion moral.

El remedio de esta causa está contenido en las siguientes palabras de Juan-Jacobo, aplicables lo mismo al cristianismo que al deismo: "Hijo mio, procura tener tu alma en estado de desear siempre que haya un Dios, y nunca dudarás de su existen-

cia." (1)—Tened vuestra alma en estado de desear siempre que el Evangelio sea verdadero, que su autor sea Dios, y jamas dardareis de él.

Hay, no obstante, una segunda causa de la resistencia de ciertos espíritus á la demostracion evangélica, y que depende, como dijimos, de una *disposicion racional*.

Existe en nuestra naturaleza un principio que rechaza las pruebas de un hecho y su demostracion, cuando las consecuencias que el hecho envuelve parecen imposibles ó absurdas. Las pruebas exteriores, consideradas con atencion, tienen la fuerza suficiente para convencer al hombre de la verdad de un hecho cualquiera, mientras no haya aquel rechazado anteriormente este hecho en sí mismo, sin examinar las pruebas, declarándolo imposible. Esta idea de imposibilidad forma en él como un motivo de no admision preajuzgado de sentido comun, contra cuyo motivo se estrellan con frecuencia todos los rasgos de la evidencia estrínseca. Ya se conoce cuán peligrosa debe ser semejante disposicion, y á cuántos efectos de ignorancia y error daría origen en cualquiera ciencia, si nos dejáramos llevar absolutamente por ella. Basta observar que en las mismas ciencias naturales hay muchas proposiciones ó fenómenos que parecen contradictorios ó imposibles, antes y á veces aun despues de la demostracion de su certidumbre. Principalmente en materias religiosas sería absurdo dejarse guiar por ella, pues estas materias son por naturaleza misteriosas, y jamas pueden dejar enteramente satisfecha nuestra comprension. Y como el espíritu humano se siente naturalmente inclinado á calificar de imposible lo que no comprende, la verdadera religion no podría tener nunca ningun género de prueba, si las pruebas estrínsecas de su divinidad pudiesen ser dominadas por esa pretendida razon de imposibilidad de su verdad intrínseca. Sin embargo, la gran causa secreta que paraliza el efecto de la demostracion evangélica en muchos entendimientos deistas, es la que acabamos de indicar. No quieren decir absolutamente que le es imposible á la razon comprender el que en una circunstancia cualquiera haya querido Dios manifestar su accion inmediata, porque esto sería contradecir la verdad que ellos mismos reconocen respecto de la creacion del mundo. Tampoco pueden decir que los hechos evangélicos, de los cuales resulta esta accion inmediata, son falsos; á lo menos nada tienen que objetar á las pruebas que en su favor aducimos; quieren decir tan solo, que atendido el objeto y la estructura intrínseca del cristianismo, es irracional suponer que pueda ser objeto de una intervencion directa del cielo (2).

(1) Emilio, lib. 4.

(2) El ilustrado presbítero de Gourey exponia perfectamente esta extravagancia de la incredulidad de su tiempo, semejante en este punto, como en todos los demas, á la incredulidad de los primeros siglos del cristianismo. "Fieles imitadores de Celso, decia, los incrédulos han seguido constantemente la secta que aquel les habia trazado, y nunca han querido entrar en la verdadera, que hace tantos siglos les mostraba Orígenes. Evitan la discusion de los hechos incontestables segun todas las reglas de la certidumbre histórica, y que demuestran con evidencia la divinidad de Jesucristo y de su religion, porque no pueden impugnarlos; y como tampoco pueden debilitar las inducciones victoriosas que de ellos

Aun cuando esta preocupacion no sea, como hemos ya demostrado, legítima en sí misma, nos parece que los apologistas cristianos no han sacado de ella todo el partido que debian, y que sin pretender reducir la sustancia misteriosa del cristianismo á las proporciones de la razon humana, lo cual sería contradictorio, no han cuidado bastante de hacer ver que el cristianismo considerado en sí mismo no era ni absurdo ni contrario á la razon. Se ha confiado demasiado exclusivamente en su evidencia estrínseca. Se ha querido probar demasiado, y se ha descuidado lo principal, que era persuadir. Finalmente, se ha separado demasiado las pruebas intrínsecas de las estrínsecas. Esto nos explica en gran parte la incredulidad, pues generalmente los espíritus fuertes no conocen la sustancia del cristianismo, y desconfian por esto ó desprecian el punto esencial sobre el cual el mismo Dios fundó su admisibilidad, y por el cual nos invitó á la creencia.

Es verdad, como tambien observamos en otro lugar, que acaso los espíritus jamas hasta ahora habian estado en tan buena disposicion en favor de este estudio intrínseco. En los siglos de fé era esto demasiado prematuro, y quizás hubiera habido peligro en que se hubiese apelado con anticipacion al examen filosófico de los dogmas, conocidos entonces por medio de la instruccion tradicional, y sobre todo por su frecuente participacion. En el siglo de incredulidad que de repente les sucedió, era lo mismo demasiado tardío; y no aspirando el furor de las precauciones filosóficas mas que á destruirlo todo y á mofarse con una lijereza sacrilega de las divinas verdades, lo mejor que podía hacerse era encerrar á éstas dentro del santuario y defenderlas en el exterior. Tan solo en nuestros dias, en que una reaccion religiosa ha empezado á introducir, si no la fé, á lo menos la buena fé en los espíritus; en que hay deseos de creer, si no se cree aun; y en que á toda la ignorancia de los tiempos de inocencia, se juntan todas las exigencias filosóficas de los tiempos muy adelantados; en nuestros dias, repetimos, el estudio intrínseco se ha hecho posible, y por consiguiente las pruebas estrínsecas adquieren por este medio una fuerza enteramente nueva.

Aunque son estas suficientes para demostrar que Dios habló, apoyándose en la autoridad de los hechos sobrenaturales de que su palabra va siempre acompañada, por mas concluyente que sea esta prueba, no puede ella producir todo su efecto mientras quede en los espíritus algun resto de la preocupacion de que la doctrina cristiana, objeto de aquella divina palabra, repugna á la razon. Demostrar que esta doctrina no repugna á la razon, es, pues, remover el obstáculo que estorbaba la senda de las pruebas estrínsecas, es prepararla para

deducimos, procuras no tocarlos. No se trata, como se conjeturaba, si son ó no efectivos, sino de si la doctrina y los misterios que en ellos se apoyan, son dignos de Dios y están conformes con la razon. . . . Así, por un capricho extravagante que fuencamente el interés de una causa desesperada puede sugerirles, se obstinan en hacer á la razon juez de lo que está manifestamente fuera del dominio de la razon, y no quieren servirse de ella para comprobar los hechos ciertos y decisivos que están al alcance de la razon." [Antiguos apologistas de la religion cristiana, tom. II.]

creer en ellas. Manifestar desde luego que el cristianismo no es absurdo, que es razonable y hasta que brilla con apariencias enteramente divinas, es introducirse ya en el camino de que es divino en efecto, y predisponer los lectores á las pruebas incontestables de este último punto. He aquí lo que hemos hecho en la segunda parte de nuestros *Estudios*, que forma de este modo la *preparación evangélica*, relativamente á la última parte que será su *demonstración*.

Por mas misteriosa que permanezca en su fondo la doctrina cristiana, sostiene siempre por sí misma su divinidad á los ojos de la razón, como hemos podido experimentarlo en el impropio trabajo que sobre ella llevamos hecho. Después de este trabajo, y penetrados aún de la admiración que en nosotros excitó, ¿cómo podríamos resistirnos á admitir la prueba de que esta doctrina procede en realidad del cielo?

Esto DEBE SER así: tal es el resultado de lo que precede.

Esto ES así: tal será el resultado de lo que sigue.

Dejamos sentados ya los firmes cimientos de este resultado en la parte preliminar, tratando de la *inspiración de Moisés por medio de las ciencias*,—de la *naturaleza humana*,—de la *institución de los sacrificios*,—de la *esperanza universal del libertador*,—de las *circunstancias de la venida y del reino de Jesucristo*.—Y estos solos cimientos pudieron autorizarnos para deducir desde luego la divinidad del cristianismo.

Ahora, empero,—después de habernos despojado de toda falsa y mesquina prevención contra el cristianismo estudiándolo en su sustancia,—vamos á volver á este orden de pruebas, valiéndonos de los hechos que tocamos al comenzar; con la única diferencia que en la primera parte eran hechos preliminares, universales y generales, y ahora serán hechos inmediatos, particulares y especiales.

El estudio intrínseco del cristianismo, que, á nuestro modo de ver, ha debido ser la parte principal y como el alma de la obra, se encontrará de este modo como envuelto dentro de un cuerpo de pruebas sensibles. Aquella alma y este cuerpo obrarán recíprocamente uno sobre otro, hasta satisfacer á la vez todas las exigencias de nuestro espíritu, apoderarse de él enteramente, y no dejarle ningún motivo fundado de resistencia á una verdad tan amplia, tan diversa y abundantemente comprobada.

La parte de esta vasta demostración que nos queda por presentar, es la menos nueva, y ha sido tantas veces y tan ventajosamente tratada, que hubiéramos podido remitir los lectores á las escalentes obras de l'Abbadie, de Houtteville, de Duguet, de Bergier, de Freyminous y de Duvoisin; pero nos hemos decidido á tratarla de nuevo para ponerla de acuerdo con el todo de nuestros *Estudios* y con las disposiciones actuales de los espíritus, menos contenciosos y mas accesibles á las razones de sentido común y de evidencia natural. No tendremos, pues, necesidad de penetrar mucho en las críticas detalladas, y nos bastará presentar el sumario de

cada cosa de por sí: lo restante se irá cayendo por su propio peso, y podrá encontrarse ademas en las sabias apoloías que hemos indicado.

CAPITULO II.

JESUCRISTO.

I. "Aun bajo el punto de vista filosófico, el cristianismo no es tan solo una mera concepción de la inteligencia, es algo mas: es un hecho, el mayor de todos, hecho que tiene por centro la persona del Cristo, del Cristo tal como nos le representa el *Evangelio*." (1)

Este hecho positivo sirve de apoyo á una grande inteligencia que, cansada de sus extravíos por las regiones de la duda, acaba de reconocerse para volver á la verdad y descansar.

Dogmatícese ó filosófese cuanto se quiera, siempre descollará por encima de todo un hecho sobre el cual es forzosamente necesario formarse una opinión y tomar partido.

Sobre esta tierra que nos sostiene, entre todos los hombres que por ella han pasado y dejado impresas sus huellas, hay UNO que vivió, habló y obró, y fué visto, oído y tocado: el lugar, la época y la duración de su existencia, y los hechos principales que la distinguen, todo es cierto, preciso, positivo, como el hecho que tenemos actualmente á nuestra vista. Dudar de la existencia y de los principales hechos de Sócrates seria locura: pues bien, los hechos de Sócrates están menos atestiguados que los de Jesucristo (2).

Sócrates, Alejandro, César, Carlomagno, y todos aquellos cuya existencia está mas comprobada por la acción que imprimió en el mundo, todos esos hombres entraron en el dominio de la historia hace mucho tiempo; terminaron su vida, codiendo la escena de los sucesos á otros que la cedieron á otros á su vez, y lo mas que ha sucedido es, que un amigo ó un discípulo fiel se haya acordado de ellos durante una generación. Ni siquiera el odio ha sido duradero sobre su memoria, y la impasible posteridad ha consagrado la nada absoluta donde entró su existencia por medio de la misma imparcialidad de sus juicios. No vayamos tan lejos: entre los mismos hombres que nosotros hemos visto, hay uno que puede servir de comprobante á la reflexión que estamos haciendo, y que durante su vida se la habia aplicado á sí mismo: ¡Napoleon! ¿Qué estrépito no movió! ¿cuántos espacios no llenó su fama! ¿en cuántos acontecimientos no fué autor! ¿Jamás existencia alguna fué mas vasta, mas agitada, mas colosal! nosotros mismos lo vimos: pues bien, ¿cuántos de nosotros pueden decir en la actualidad:—No he hecho mas que pasar, y ya no existia!—¿Quién se conmueve á su recuerdo? . . . Entró para siempre en la nada, y los mármoles que cubren sus restos son

(1) Schelling, *Discurso de apertura*. Berlin.—*Revista independiente*, del 1.º de Mayo de 1842.

(2) J. J. Rousseau, *Emilia*, lib. 4.

menos frios que lo están los espíritus respecto de tan grande hombre.

La persona de Jesucristo tiene otra certidumbre, un destino bien diferente, una certidumbre y un destino únicos entre todos. Despues de diez y ocho siglos que vino á la tierra, puede decirse que no ha desaparecido de ella todavía; ocupa aún la escena, se halla incesantemente en presencia del siglo. En la actualidad, muchos millones de hombres darian la vida por él, mientras otros conspiran contra todo lo que le pertenece. Por todas partes hay quien se agite, ya para atacarlo, ya para defenderlo; y en medio de todo, él es el objeto capital de todas las discusiones, de todas las resoluciones, de todas las afecciones simpáticas y antipáticas de la humanidad. La historia no ha podido apoderarse de él todavía: todavía no tiene posteridad; y despues de tanto tiempo, no se encontraría ni una sola mano que fuese bastante imparcial para trazar lo que se llama su retrato. Solo á los evangelistas estaba reservado el prodigio de tan sublime imparcialidad.

‘Los hijos de los cruzados lo arrebatarán á los hijos de Voltaire!’ exclamaba no ha mucho la voz animada de un noble Par, desde lo alto de la primera tribuna del mundo; y estas palabras fueron acogidas por todos los órganos de la opinion en Francia y en Europa, como el *manifesto* de la lucha que agita todos los espíritus y cuyo motivo es Jesucristo. Y no es esta lucha el *renacimiento* facticio de una situacion antigua, sino la continuacion no interrumpida de la que estalló en torno del mismo Jesucristo, ‘que fué causa de su suplicio, que le hacia decir á sus discipulos: *Confidite, ego vici mundum*’ y que no se ha acabado aún.—; *Voltaire!* ¡los cruzados! El anacronismo que resulta de la amalgama de estos dos nombres, espresa toda la impotencia del tiempo sobre la persona de Jesucristo, y la permanencia de su accion al través de las vicisitudes de todas las edades.

Destruid todos los monumentos históricos, y queda anulada la certidumbre de los hechos de la vida de César, y casi de la de Napoleon; mientras que la certidumbre de la vida de Jesucristo sobreviviría todavía, porque subsiste en un hecho siempre vivo y actual, el cristianismo.—El cristianismo (no entendamos por este nombre la doctrina sola, sino la sociedad cristiana) existe, existe, no en un rincón oscuro y desconocido, sino en todas partes; en Francia, en Europa, al otro lado de los mares, por todo el mundo. Existe, no en la superficie, sino en el corazón de las cosas; es el alma de la civilizacion, de las costumbres, de las leyes, de los hábitos y de las instituciones: todos nosotros somos, de buen grado ó contra nuestra voluntad, expresion suya, producto de su influencia, y todos los dias engendra en nosotros ideas y gérmenes nuevos, de lo cual él es el principio y móvil. Negarlo es negarnos á nosotros mismos. Pues bien, este hecho, el mas inmenso y arraigado de todos los hechos, del cual todos los otros no son mas que accidentes, este hecho tiene por centro y punto de partida, la persona del Cristo, el Cristo solo. La vida y ejemplo de Jesucristo son el tipo del cristianismo, y es ocioso buscarles otro; sin

él el cristianismo no es nada, y con él es Jesucristo mismo aplicado á los hombres, sin interrupcion en toda la serie de diez y ocho siglos.

El hecho de la aparicion de las diversas circunstancias que componen la vida de Jesucristo, no es un hecho pasado ya como todos los demas hechos históricos, cuya certidumbre solo se apoya en testimonios que no existen hace ya mucho tiempo. Es un hecho continuo, siempre existente, siempre en accion, que todavía está pasando á nuestra vista; y cada acto, cada acontecimiento imputable al cristianismo, debe atribuirse á Jesucristo, proviene de él, es él mismo.

En fin, aun cuando no miremos las cosas mas que bajo el punto de vista humano, puede asegurarse que esa accion confirmativa de Jesucristo, que no ha cesado durante los últimos diez y ocho siglos, no cesará en adelante, y que los siglos futuros mas lejanos la verán como nosotros, tan viva, tan actual como es ahora, como ha sido desde su aparicion en el mundo.

Ninguna certidumbre puede, pues, compararse á la certidumbre de Jesucristo; y son de tal naturaleza los caracteres que la distinguen, que entre todos los hombres á él únicamente pueden pertenecerle; nos dan de él no solo la idea mas positiva, sino la mas sobrehumana que podemos concebir, y hacen que las mismas razones que prueban su existencia, prueben al propio tiempo su divinidad.

II. Añadamos con Schelling, que el hecho de la existencia de Jesucristo se nos representa tal como el *Evangelio* lo ha descrito.

Efectivamente, nada hay mas claro, mas original y distinto que la idea que todos nos formamos de Jesucristo. Podemos estar en duda acerca de la fisonomía moral de Sócrates ó de Catón, porque participan mas ó menos de las de sus contemporáneos, y hay muchas descripciones de sus costumbres que han permanecido en las sombras, y que acaso ganan mucho con esta dudosa oscuridad; pero respecto de Jesucristo es imposible que suceda nada de esto. Su luminosa faz se destaca sobre todo, y se presenta á nuestra vista en su místico aislamiento. No es posible formarse de él dos ideas: nombrarlo es hasta cierto punto verlo aparecer tal como el *Evangelio* nos lo ha representado. Es necesario observar tambien, y esto es notable, que la moral evangélica que en nuestros tiempos modernos ha sucedido á la ley natural, está formada no tanto de las palabras como de los ejemplos de Jesucristo. De aquí es, que los hechos de su vida han llegado á convertirse en una especie de patrimonio de las costumbres públicas, y como en el molde donde se funden todas las virtudes. Son todos tan claros y positivos, que nos valemos de ellos para comprobar y valorar todos los hechos morales que nos conciernen.

¿Se dirá tal vez que esa fisonomía de Jesucristo puede no ser mas que una concepcion imaginaria de los mismos evangelistas? A semejante observacion solo contestaríamos: en este caso el inventor sería mas admirable que el héroe (1).

(1) J. J. Rousseau, *Emilio*, lib. iv.

Son tan naturales y patentes las numerosas pruebas que justifican la exactitud de estas últimas palabras, que es casi inútil enunciarlas.—Estas palabras sirven de conclusion á un elocuente pasaje de Juan Jacobo que todo el mundo sabe de memoria. Por esto no lo trascribimos; pero vamos á citar otro pasaje escrito en nuestros días con menos entusiasmo (la verdadera fe, siempre acompañada de la razón, no tiene necesidad de exaltarse); pero con grande reflexión y sabiduría.

“Casi siempre me ha parecido la mas fuerte prueba de una autoridad superior, impresa en la historia del Evangelio, el que el carácter santo y perfecto que nos describe, no solamente se diferencia de todos los tipos de perfeccion moral que los que escribieron aquel libro podian concebir, sino que al contrario los es expresamente opuesto. En los escritos de los rabinos tenemos abundantes materiales para construir el modelo de un perfecto institutor judío; tenemos las máximas y acciones de Hillel, de Gamaliel y del rabino Samuel, quizas imaginarias todas en gran parte, aunque marcadas todas con el sello de las ideas nacionales, todas formadas conforme á una regla de perfeccion imaginaria. Sin embargo, sus pensamientos, sus principios, sus acciones y carácter son infinitamente distintos de los de nuestro Redentor. Aficionados á querellosas controversias y á paradojas capciosas, defensores de los principios exclusivos de su nacion, partidarios celosos y obstinados de la conservacion de la mas pequeña coma de la ley, mientras por medio de sofismas engañosos se van separando de su espíritu, hé aquí lo que son la mayor parte de esos grandes hombres; la exacta semejanza y la imagen reflejada de aquellos escribas y fariseos, reprobados tan solemnemente como una contradiccion manifiesta de los principios del Evangelio.

“¿Cómo pudo suceder que hombres sin ninguna instruccion pensasen en pintar un carácter tan distinto bajo todos conceptos de su tipo nacional, poniéndose ademas en desacuerdo con el que al hábito, la educacion, el patriotismo, la religion y la naturaleza parecian haber consagrado como el mas bello de todos? Si se quiere que semejante carácter sea inventado por el hombre, como ha imaginado la impiedad, la dificultad se aumenta todavía al observar que los escritores sagrados, refiriendo hechos diferentes, como San Mateo y San Juan, nos conducen al fin á la misma representacion, nos esponeen igual retrato. Parece, al contrario, que esto mismo nos da la clave para resolver todas las dificultades; pues si pedimos á dos artistas que hiciesen cada uno una estatua que diese cuerpo á sus ideas de perfecta belleza, y que ambos espusieran al público su obra, cuya forma fuese igualmente tomada de tipos y modelos enteramente distintos de todo lo conocido hasta entonces en el país; si estas dos estatuas se pareciesen completamente, es seguro que al consignarse un hecho semejante, pareceria casi increíble, á menos que pudiera suponerse que uno y otro artista habian copiado el mismo original.

“Tal es, pues, el caso presente: tambien los evan-

gelistas deben de haber copiado el modelo vivo que representan, y la conformidad de los rasgos morales que le atribuyen no puede provenir mas que de la exactitud con que respectivamente lo describieron. Todo esto aumenta nuestra misteriosa admiracion, porque no era seguramente como los demas hombres el que podia de tal manera distinguirse por su carácter de todo lo reconocido como mas perfecto y admirable por todos cuantos lo rodeaban; el que á pesar de manifestarse tan superior á todas las ideas nacionales de perfeccion moral, nada tomaba, sin embargo, del griego ni del indio, del egipcio ni del romano; el que no teniendo nada de comun con ningun tipo de carácter conocido ni con ninguna ley de perfeccion establecida, puede no obstante parecer á cada uno el tipo de la excelencia que mas le encanta.” (1)

Estas sabias reflexiones, como todas las que hasta aquí llevamos hechas en el presente capítulo, tienen una doble tendencia: conducen á reconocer la verdad del carácter de Jesucristo, y al propio tiempo nos llevan á la conclusion de su divinidad y reciprocamente: brilla esta de tal modo en su persona, que se confunde con su realidad, y la prueba y justifica.

En efecto, la mejor prueba de la realidad de la persona de Jesucristo es que la perfeccion de su carácter es tal, que no es posible que el hombre la haya concebido, y menos aún que cuatro escritores oscuros, como los evangelistas, hayan acertado á pintarla de una manera tan conforme á lo que es en realidad, á pesar de la diversidad de detalles, y al mismo tiempo tan diferente de todos los tipos que podian tener á la vista. En este sentido puede decirse que no solamente la autenticidad del Evangelio prueba la verdad del carácter de Jesucristo, sino tambien que la divinidad del carácter de Jesucristo prueba la verdad del Evangelio.

Hay en la perfeccion del carácter de Jesucristo, tal como se nos presenta en las relaciones evangélicas, algo de único, algo de inconcebible para el entendimiento humano; y es una perfeccion, notadlo bien, tan sublime y acabada, que no solamente eclipsa todo lo que habia habido hasta entonces de mas perfecto, sino tambien todo lo que despues ha podido producir el mismo deseo de igualarla. Hay solucion de continuidad entre ella y la perfeccion humana, y, como tambien dijo con admirable exactitud Juan Jacobo: *Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y muerte de Jesús son de un Dios.*

La perfeccion humana se halla dividida en nuestra especie de modo que se reproduce igualmente en diferentes sujetos, y se escude, si es permitido decirlo así, á sí misma. Si nos preguntan cuál es el mayor capitán de todos los siglos, de repente se ocurren á nuestra memoria casi simultáneamente los nombres de Alejandro, de César, de Carlomagno, de Napoleon y otros. Si nos preguntan por el mas grande orador, vacilamos entre Demóstenes, Ciceron, Bossuet y algunos otros. ¿Quién dirá, ha-

(1) Wismann, Discurso 4.º

ciendo abstracción de Jesucristo, cuál ha sido el mas sabio, fallando entre Anaxágoras, Sócrates, Platon, Solon, Numa y otros tantos? ¿Quién se atreverá, aun tomando por tipo á Jesucristo, á decir cuál es el mas santo entre todos los santos?..... Promunciad el nombre de Jesucristo, y todo se presenta lleno de sombras, todo desaparece, y la idea de su perfeccion se conserva sobrenatural é incomparable. Plutarco se entretuvo en sus *Hombres ilustres* haciendo el paralelo de sus héroes, lo cual le fué muy fácil como lo será siempre entre los hombres. Solamente tratándose de Jesucristo es de todo punto imposible: es el único que no admite paralelo. Y reparad bien en la fuerza de esta observacion: cuando un hombre es realmente superior en cualquiera jénero, como Bonaparte ó Miguel Anjel, su superioridad no es mas que relativa, no absoluta respecto de los otros hombres, pues aun cuando parezca que estos no han llegado á esa superioridad, la cosa es cuestionable, y convenimos en que no es imposible que suceda lo contrario. Respecto de Jesucristo, no solo es incontestable su superioridad, sino que podemos decir, permitámonos la expresion, que es *invariable*.—Todavía otra observacion: todos los grandes hombres son mas ó menos la expresion de su tiempo, el compendio y la flor de su siglo, al cual dominan, pero saliendo de él y como un vigoroso retoño de sus entrañas: es esto tan exacto, que un grande hombre no está nunca solo en el mundo y pertenece siempre á un gran siglo. Advertid ademas que nunca es tal la originalidad de un grande hombre, que no se encuentren en la descomposicion de su virtud ó de su genio algunos *filones* de imitacion que lo enlacen con sus antepasados. Limitándonos á los hombres virtuosos de los tiempos modernos, á los santos, podemos fácilmente conocer que todos ellos proceden de Jesucristo, que son imitadores suyos; pero ¿de quién procede Jesucristo, á quién imitó, de qué costumbres ó de qué sociedad es expresion? “Dicen que *Sócrates* inventó la moral; sin embargo, otros antes que él la habian puesto en práctica; él no hizo mas que presentar como lecciones aquellos ejemplos. *Aristides* habia sido justo antes que *Sócrates* hubiese definido la justicia; *Leónidas* habia muerto por su pais antes que *Sócrates* hubiese constituido en deber el amor de la patria; Esparta existia mucho antes que *Sócrates* recomendase la sobriedad; y antes que él hubiese dado la definicion de la virtud, la Grecia abundaba ya en hombres virtuosos. Pero ¿dónde podia haber aprendido Jesucristo esa moral tan elevada y tan pura, de la cual él solo ha dado las lecciones y el ejemplo? Del seno del mas furioso fanatismo se dió á luz la mas alta sabiduría, y la sencillez de las mas heroicas virtudes honró al mas vil de todos los pueblos....” (1)

En una palabra: la propiedad de la sabiduría de Jesucristo procede de sí misma, es decir, que es *increada*.—Pero lo que la distingue tambien muy esencialmente, es que es *creadora*. ¿Qué cosa mas prodigiosa si no es simplemente divina! Esta sa-

biduría incomparable que nadie ha podido ni podrá jamas igualar, es al propio tiempo la mas *inestable*, y la que mas discípulos ha engendrado. Todos los demas sabios no lograron influir, como dice Voltaire, *en las costumbres de la calle en que vivian*, y Jesucristo ha influido sobre el mundo entero, y todo se ha reformado á su imájen, se ha hecho cristiano ó se encamina á serlo. Las mas profundas distinciones de costumbres, climas, figuras y colores que existian entre los hombres y que tantos argumentos han sugerido contra la unidad de la especie humana, desaparecen á su presencia, y van á confundirse en la unidad de su imitacion y de su amor, hasta el punto de volver á encontrar en ella la prueba mas poderosa de aquella unidad de naturaleza que parecian combatir. “Por cierto, cuando vemos la manera con que lo siguieron los griegos, á pesar de no haber fundado ninguna secta entre ellos; la veneracion con que lo honraron los bramas, á pesar de haberles sido predicado por hombres de la secta de los pecadores; la adoracion que le tributó el hombre de color del Canadá, á pesar de pertenecer á la raza blanca que detesta, debemos considerarlo como destinado á destruir todas las distinciones de color, de forma, de figura y de costumbres; destinado á formar en sí mismo el tipo de la unidad, en la cual deben confundirse todos los hijos de Adán, y á darnos, en la posibilidad de esta convergencia moral, la prueba mas convincente de que la especie humana, por variada que parezca, es esencialmente una.” (2)

Este punto merece llamar grandemente la atencion, y por esto insistimos en él: Jesucristo es el único cuya perfeccion no depende mas que de sí mismo; es el único que ha hecho imitadores, y con tal poder, que su accion se ha comunicado á toda la raza humana.

Añadamos tambien que él es el único que ha permanecido siempre superior á todos sus imitadores. Orió virtudes tan prodigiosas, que somos de parecer que una de las mas grandes señales de su divina superioridad es que nunca hayan llegado estas virtudes á aventajarlo, ni siquiera á igualarlo. Es achaque de las influencias humanas sepultarse en su triunfo, esto es, producir efectos que las aventajan y exceden. El discípulo borra la memoria del maestro, y cuantos mas sucesores este se da, mas rivales se prepara, porque no dispone ya sino de una fuerza que es comun á todos, y de la cual no es él mas que un motor accidental. Solo Jesucristo domina para siempre su propia obra; de él parten rayos de perfeccion que se reflejan hasta lo infinito en sus discípulos, y que brillan con el mas vivo esplendor de mil caracteres heróicos que dejan á la humanidad asombrada. ¿Qué caracteres, qué héroes, todos esos grandes santos que engendró el cristianismo! Su número es innumerable y su superioridad indecible. Pero á mas de que tantos méritos y perfecciones proceden y se encaminan á Jesucristo, que es su tipo directo, la perfeccion personal de este divino ejemplar se ha conservado tan superior, tan

(1) J. J. Rousseau, *Emilio*, lib. 4.

(2) Winemann, *Discursos* 2.º

distante de todas esas copias, que seria impiedad y hasta locura el querer oponérselas.

Todos estos rasgos característicos de la persona de Jesucristo le son tan exclusivamente propios y lo separan tan profundamente del resto de los hombres, que la mas fria razon no sabe cómo no ver en él mas que un mero hombre, y la incredulidad tiene motivo de admirarse de sí misma y de buscar su origen en otra parte que en la redencion.

Ademas, es tan exacto cuanto acabamos de decir, que no tenemos reparo en apelar de ello al sentido moral de cada uno de nuestros lectores, y en creer que no se nos acusará de exageracion. Tambien este es otro rasgo de la sobrenatural perfeccion de Jesucristo que debemos admirar, y es tan positiva y real, que todo el mundo la siente y no tiene necesidad de que la justifiquemos. En su panegirico no cabe exageracion. ¿Dónde hay un hombre á quien pudiera aplicarse todo lo que acabamos de decir de Jesucristo? La verdad y amor propio se resentirian justamente de semejante pretension; á mas de que no hay nadie en la tierra cuyas alabanzas no ocjasen alguna restriccion. Unicamente Jesucristo agota todas las palabras: en él tan solo está autorizada la alabanza hasta la adoracion. La palabra *divino*, figurada ó hiperbólica en cualquiera otro sentido, se convierte, aplicada á él, en propia y exacta; á nadie choca, ni aun entre los mismos incrédulos, y la humanidad la consiente sin orgullo y sin envidia, porque ve que el que de ella es objeto no le pertenece. Creemos ser con esto verdaderos intérpretes del sentimiento universal, que nos proporciona una palpable confirmacion de la verdad de nuestra fé.

Bastaria para ello limitarnos á estas generalidades; porque, ¿cómo podríamos atrevernos á pintar detalladamente todas las perfecciones que brillan en nuestro adorable modelo? ¿Cuán divina debió ser la inspiracion que obligó á los evangelistas á abstenerse de semejante idea y concretarse á solo indicarla! ¿Qué conjunto de virtudes! ¿qué perfeccion en cada una de ellas! ¿cómo concuerdan entre sí sin perjudicarse unas á otras! ¿cómo se desarrollan sin incurrir, como las virtudes humanas, en esa especie de esceso que las hace degenerar en vicio! En él la bondad es sin flaqueza, el celo sin intolerancia, la firmeza sin soberbia, la humildad sin bajez, la resignacion sin abatimiento, la paciencia sin vanidad, la caridad sin límites.

El carácter de Jesucristo es esencialmente verdadero y no ofrece nada de estremo ni contradictorio. La naturaleza humana se deja ver en él en todo el candor de sus legítimas emociones, y la naturaleza divina en toda la sublimidad de sus perfecciones. Cuando el hombre es virtuoso, lo es con frecuencia á costa de la verdad de su naturaleza, se remonta y se violenta, ya no es hombre, y á pesar de todo esto no logra escapar á mil debilidades que hacen traicion á su artificiosa grandesa. En Jesucristo no desaparece el hombre jamas, y goza la naturaleza de todos sus derechos; pero al propio tiempo las virtudes se ostentan en él sin debilidad, sin mancha, y tanto mas divinas, cuanto arrojaban to-

dos los sentimientos de la naturaleza humana, porque son por esto mismo mas verdaderas, y esta perfecta verdad constituye su divinidad. Jesucristo es virtuoso como un hombre que á la vez fuese Dios: como un hombre-Dios. En él, el hombre y el Dios se confunden. El Dios puede decir: *¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?* y el hombre puede tambien decir: *¿Quién de vosotros me convencerá de insensibilidad?* En la perfecta armonia de estos dos estados se descubre el Dios, y esto es precisamente lo que en él nos seduce y encanta, lo que nos alienta á imitarlo, lo que hace que el modelo mas acabado sea al mismo tiempo el menos desesperante. Podemos quejarnos y llorar con Jesucristo; podemos evitar los sufrimientos, tolerar á los pecadores, amar todo lo que es amable, y hacerlo todo con Jesucristo. Juan Jacobo decia perfectamente: "Una de las cosas que mas encantan en el carácter de Jesus, no es solamente la dulzura y sencillez de las costumbres, sino la facilidad, la gracia y hasta la elegancia de todas ellas. No huia de los placeres ni las fiestas, concurría á las bodas, miraba á las mugeres, jugaba con los niños, le gustaban los perfumes, comia en casa de los banqueros. Era á la vez indulgente y justo, amoroso con los débiles, terrible con los malos. Su moral tenia atractivo, cariño y ternura; poseia un corazon sensible, y era hombre de excelente sociedad. Aun cuando no hubiese sido el mas sabio de los mortales, hubiera sido el mas amable de todos ellos" (1). ¿Y con todo esto, ó mas bien por esto mismo, nos convida, nos llama, nos hace subir con él á la cumbre de las mas eminentes virtudes, de los mas costosos sacrificios, hasta la cruz!

¿Qué de cosas se ocurren á la pluma en este momento! ¿Qué diremos, arrobados por tanta admiracion, pero contenidos por nuestra insuficiencia en expresarlas? ¿Referiremos lo de la *Magdalena*, lo de la *Samaritana*, lo de la *viuda de Naim*, lo de los *enfermos sanados*, lo de los *tiernos niños acariaciados*, lo de los *humildes publicanos escogidos*, ó lo de los *orgullosos fariseos desenmascarados*? ¡Iremos á perdernos en la contemplacion de aquella pasion y muerte inesfables...? ¿Qué bondad en todo, qué justicia, qué sabiduría, qué penetracion, qué verdad y qué perfeccion tan encantadoras! Los actos y palabras de Jesucristo en estas diversas circunstancias, han llegado á ser las eternas fórmulas de todas las virtudes, las mismas virtudes en ejemplo. Reparad cómo brilla, cuán divinamente se destaca de en medio de aquel pueblo estúpido, de aquellos doctores hipócritas, de aquellos soberbios fariseos y hasta de sus mismos discípulos, todavia intolerantes y groseros. ¿Ved cómo confunde con su verdad todos los errores, demarata con su sabiduría todos los artificios, triunfa con su santidad de todos los vicios, alienta con su mansedumbre todas las debilidades; cómo agota todos los furores con su paciencia, y cuán de veras se compadece su bondad de todos los dolores! ¡Ah! ¡No hay duda, es el Dios salvador, es el buen Dios!!!

(1) Carta 3.ª

Observad que todo cuanto Jesucristo hace sorprende desde el mismo instante, y que, colocándose en su situación, ningún hombre, sobre todo de entre los que estaban á su alrededor, hubiera guardado la misma conducta. Solo y aislado, no toma consejo mas que de sí mismo, y posee el secreto de todas sus acciones; pero apenas estas acciones son conocidas, se justifican á los ojos de la razón por rasgos de la sabiduría mas ilustrada y de la mas infalible verdad. Todo en él se encamina á edificar, á instruir, y á distribuir en torno suyo la parte exacta de verdad que á cada cosa corresponde, sin que pueda descubrirse en él, no diremos ningún defecto, pero *ni siquiera exceso de perfección*.

Esta última observación queda ya explicada; pero como creemos que es la mas distintiva del carácter de Jesucristo, cuya propiedad es la *verdad*, el *natural* mismo de la virtud, debemos volver á hablar de ella sirviéndonos de una comparación de Malebranche.

¿Hay algo mas pomposo y magnífico, pero mas vano é imaginario en su fondo, que la idea que nos da la filosofía antigua de su sabio? El retrato que nos hace Séneca de Catón es demasiado bello para que sea natural: todo en él es artificio y disfraz que solo puede engañar á los que no estudian ni conocen la naturaleza. Catón era un hombre sujeto á todas las miserias de la humanidad; no era invulnerable, pues que los que le pegaban lo herían. No tenia, como pretende Séneca, ni la dureza del diamante que se resista á la acción del hierro, ni la firmeza de las rocas para mantenerse inmóvil contra las tempestades; en una palabra, no era insensible. . . . Sin embargo, pegáronle una vez de bofetones y no se enfadó, no se vengó, no perdonó tampoco; sino que negó orgullosamente que se le hubiese injuriado. Quería que se le creyese infinitamente superior á los que le habian pegado. Su paciencia no era mas que vanidad y orgullo: era ofensiva é injuriosa para los que le habian maltratado, manifestando Catón con tan estóica paciencia que miraba á sus enemigos como á bestias, contra las cuales era degradante encolerizarse. A este desprecio de sus enemigos y desmedida estimación de sí mismo, llama Séneca grandeza de alma. *Majori animo*, dice hablando de la injuria hecha á Catón, *non agnovit quam ignorasset*. ¿Qué estravío, confundir la grandeza de alma con el orgullo, y separar la paciencia de la humildad? . . . Los cristianos saben por su mismo maestro que los impíos son capaces de herirlos, y que los hombres de bien están á veces sujetos á los impíos por disposición de la Providencia. Cuando uno de los criados del gran sacerdote dió á Jesucristo una bofetada, este sabio de los cristianos, infinitamente sabio y tan poderoso como sabio, confiesa que aquel criado ha sido capaz de herirlo. No se enfada ni se venga como Catón, sino que perdona como si le hubiese realmente ofendido. Podia vengarse y perder á sus enemigos; pero sufre con una paciencia humilde y modesta que no es injuriosa á nadie, ni aun al mismo criado que le habia ofendido. . . . (1)

(1) Malebranche, *Investigación de la verdad*, l. II, parte 3.

No obstante, ¿cosa rara! lo que engaña á la incredulidad en el carácter de Jesucristo es precisamente lo que prueba nuestra fé. No podemos ver en él un Dios porque siente como un hombre, porque es susceptible de ser ofendido, porque se deja tratar ignominiosamente y se anonada en manos de los hombres. Pero en todo esto perdemos de vista dos puntos capitales: primero, que Jesucristo, no solamente es Dios, sino Dios-hombre, y que si como Dios es invencible, como hombre es pasible, y que esta *pasibilidad* del hombre se aviene con la *invencibilidad* del Dios, puesto que se somete á ella *voluntariamente*, y que el colmo del poder de un Dios es *contener este mismo poder*, hasta dejar maltratar y sufrir al hombre que le está unido. El segundo punto de vista es que Dios se hizo hombre para instruir á los hombres en el arte de la virtud y para mostrarles su perfecto modelo, y que á este fin debia figurar en su persona, no un *Dios*, sino un *hombre virtuoso*. Para que pudiésemos llegar á ser como él, era preciso que sintiese como nosotros, un cuya circunstancia su ejemplo ni siquiera se nos podia proponer. Si, por ejemplo, cuando recibí aquella bofetada no hubiese sentido la ofensa, ¿cómo hubiéramos aprendido de él el modo de soportarla? . . . Observad asimismo que ademas de lo dicho ya sobre la conciliación de la *invencibilidad* del Dios con la *pasibilidad* del hombre en Jesucristo, de esta misma pasibilidad resulta la manifestación de la divinidad por la perfección de las virtudes con que aquella es probada. En los sufrimientos se descubre el hombre; el Dios en la manera de soportarlos. Sí, lo que debe convencernos de la divinidad de Jesucristo, es su *impeccabilidad* en su pasibilidad, y en este sentido debe parecernos mas Dios cuanto mas hombre es.

La incredulidad no comprende todo esto, y se engaña miserablemente; porque, como hemos dicho varias veces, es menester que tenga algo con que engañarse, no teniendo la firme voluntad de no serlo, y no estando reservada la fé mas que á esta firme voluntad.

III. Pero esto mismo nos proporciona un nuevo argumento en favor de la divinidad de Jesucristo.

Si Jesucristo no hubiese sido realmente Dios, si solo hubiese querido representar el papel de tal, y los evangelistas hubiesen consentido en hacérselo representar, ¿hubieran escogido unos medios y anunciándose de una manera que hacia de su pretension lo mas increíble al entendimiento humano? Es evidente que no. Todos esos rasgos que dejan ver en Jesucristo la debilidad y la impotencia, y que escandalizan á la incredulidad, hubieran sido cuidadosamente disimulados ó encubiertos bajo las apariencias de una magestad y firmeza sobrehumanas.

Para apreciar justamente esta reflexión, es necesario sobre todo colocarnos entre las costumbres de los judíos y paganos, y prescindir de las luces que el cristianismo nos ha dado. ¿Cómo nos representaríamos entonces, no diremos á un Dios,

pero á un sabio? Acabamos de verlo en el retrato que hace Séneca de la orgullosa impasibilidad de Catón. ¿De qué manera se figuraba el pueblo judío al Mesías? Como un conquistador soberbio que debía abatirlo todo á sus plantas. He aquí las preocupaciones en que se hallaba á la sazón sumido el mundo y particularmente la Judea. ¿Se quiere, pues, que en semejante estado cuatro escritores oscuros se hiciesen bastante superiores á la naturaleza humana para adivinar, contra el torrente de las preocupaciones de su época, las cualidades de un alma verdaderamente heroica, y pintarla tan perfectamente en Jesucristo? ¿Por qué lo hacen débil en su agonía? ¿No saben pintar acaso una muerte constante? Si, indudablemente; el mismo San Lucas describe la de San Estévan, y la representa mas valerosa que la de Jesucristo. Pero no: los evangelistas ponen desde luego de manifiesto lo que diez y ocho siglos de luces apenas nos han enseñado á descubrir, y aciertan en los rasgos que convienen á la muerte de un hombre-Dios, el cual despliega en el curso de su suplicio una fuerza tanto mas sobrehumana, cuanto mas profundamente siente todo su horror, y mas parece que va á sucumbir en él.—Pero aun cuando Jesucristo y sus humildes historiadores hubiesen, solos entre todos sus contemporáneos, comprendido el papel que convenia realmente á un hombre-Dios, y conocido por cierta iluminacion todos los hechos que forman aquella pasion y muerte, que cantivarán siempre la admiracion de los siglos, no habriamos resuelto mas que la mitad de la dificultad. Faltaria preguntarnos todavía cómo es que, dispuestos á inventar y ofrecer á sus contemporáneos la Divinidad, escogieron precisamente los rasgos que eran mas directamente contrarios á las preocupaciones de su tiempo. Queriendo Jesucristo pasar por Dios, él y sus discípulos debían fijarse en la manera con que los hombres se figuraban entonces á Dios, y en particular al Mesías, so pena de que su proyecto fracasara. El talento que nos vemos obligados á concederles para salvar la primera dificultad, haciéndoles adivinar las cualidades que corresponden á la vida y muerte de un Dios, no puede negárseles de repente para escapar á la segunda, y negárseles hasta el punto de no concederles siquiera aquella cualidad de sentido comun que debía advertirlos que, pintándolo tal, lo pintaban en oposicion á las preocupaciones de su tiempo, y por consiguiente sin garantías de buen éxito. Una de dos: ó tenían talento ó no. No puede pretenderse que fuesen á la vez unos grandes genios y unos insensatos. ¿No era el colmo de la locura decir á los hombres, en el siglo de Herodes y de Neron, mostrándoles á Jesucristo crucificado: Ahí teneis á vuestro Dios? . . . Y ¿no era en realidad el colmo de la sabiduría haber de este modo encontrado los caracteres de la muerte de un Dios? . . . Esperamos que el incrédulo conteste á semejante observacion.

Hagámonse notar entre tanto que es tan cierto que el papel de Jesucristo era diametralmente contrario al éxito de su empresa, que la gran causa de

la incredulidad de los judíos fué precisamente el no saber resolverse á ver á su Mesías, al que esperaban como dominador de todo, en un suplicio infame, y que la gran causa de la incredulidad pagana fué tambien, como vemos en los escritos de Celso, de Porfirio y de Juliano, lo que manifestaban directamente contra la pretendida divinidad de Jesucristo todas las particularidades de su vida y sobre todo de su muerte, por las cuales aparecia débil, abandonado á impotente en manos de sus enemigos y verdugos. ¿Hubieran concebido la realizacion de su empresa chocando tan de frente con las preocupaciones de su tiempo, y de hecho sucumbiendo en ella desde el principio, ellos, á quienes por otra parte es preciso conceder tanta habilidad que hubieran adelantado á su siglo en diez y ocho siglos ó mas bien en todos siglos. . . .?

Al fin lograron lo que pretendian, se dirá.

A esto contestaremos que vamos á forcejar contra una nueva y poderosa prueba de la divinidad del cristianismo, pues precisamente porque la conducta de Jesucristo estaba en oposicion con todos los cálculos humanos, su éxito no puede explicarse sino por la accion de una fuerza enteramente divina. Pero sin recurrir todavía á este argumento, nos limitaremos ahora á sostener, y en buena lógica no podrá contestárenos, que entre los que pretenden que el cristianismo no es mas que un hecho humano, y los que quieren que sea un hecho divino, el éxito solo nada prueba, porque prueba á lo menos tanto para unos como para otros. Esto es lo menos que se nos puede conceder: es inevitable, y esto basta para volver á encerrar á la incredulidad en el círculo de la dificultad en que la habíamos asediado.

Lo cierto es que el éxito, realizado ó no, parecia absolutamente imposible y contrario á los medios empleados; que era menester estar loco para proceder como lo hicieron los fundadores del cristianismo, y la prueba es, que todos fueron tratados como tales.

No es menos cierto que se necesitaba una profundidad de genio, humanamente hablando, inaudita, para sorprender así, en el reino de la verdad mas desconocida entonces, todos los secretos de una vida y de una muerte que siempre nos parecerán divinas.

Finalmente, oremos poder decir que es un absurdo atribuir á Jesucristo y sus discípulos, si no se quiere ver en ellos mas que los fundadores de una religion humana, tanto talento ó tanta demencia, y lo que es peor todavía, ambas cosas á la vez.

Conceded al contrario que Jesucristo es Dios, y que sus discípulos estaban inspirados por él en la pintura que nos hicieron de su persona, y todo queda explicado y manifiesto, así la sabiduría como la locura de su conducta.

La sabiduría: fué ella misma, fué Dios quien prestó realmente en Jesucristo el personaje evangélico, cuya adorable perfeccion admiramos. ¿Qué extraño es, pues, que se hubiese portado como Dios, y que los evangelistas lo pintasen como tal? Las tinieblas de la ignorancia en que se hallaba á la sa-

son sepultado el mundo respecto del carácter divino, hacían parecer inconcebible este carácter en Jesucristo, pues semejante descubrimiento no estaba sujeto á la invención del hombre: era una simple revelación de la misma sabiduría divina manifestándose á la tierra é inspirando á sus discípulos, tanto mas aptos para oírla cuanto mas sencillos eran, la relación fiel de las acciones que ella misma había hecho.

La locura: no la había sino porque no se comprendía cómo unos hombres aislados podían, sin estar locos, aspirar á un resultado cualquiera, despreciando todos los medios humanos, entre los cuales el mas indispensable es no chocar abiertamente con las preocupaciones de su tiempo!—Esta consideración inspiró á Pascal las siguientes palabras: "Mahoma estableció su religión matando, Jesucristo haciendo matar á los suyos; Mahoma prohibiendo leer, Jesucristo mandando leer, &c.; en fin, todo es tan opuesto, que si Mahoma tomó la senda de alcanzar humanamente su objeto, Jesucristo tomó la de perecer humanamente; y en lugar de decir que ya que Mahoma alcanzó su objeto, también pudo lograrlo Jesucristo, deberemos decir que puesto que Mahoma logró su objeto, el cristianismo debía perecer si no hubiese estado sostenido por una fuerza enteramente divina." Careciendo de esta fuerza, hubiera sido el colmo de la locura obrar como lo hicieron Jesucristo y sus discípulos; pero con la asistencia de esta fuerza, la locura de la cruz se convierte en sabiduría, pues es muy propio de un Dios manifestar su acción por la esclución de todos los medios humanos, y hacer brillar su fuerza en nuestra debilidad.

De este modo se explica y comprende todo, y el punto de vista de la razón se confunde con el de la fe en Jesucristo.

En verdad que este último punto de vista es preferible al primero; pero á mas de que está esto conforme con la naturaleza de las cosas, se hallan ambos en una armonía tan perfecta, que no forman juntos mas que uno solo, y no se puede suprimir el uno sin perder el otro.

IV. Hasta aquí no hemos considerado el carácter de Jesucristo mas que por su lado moral: no es menos digno de nuestras meditaciones por el lado intelectual.

¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? decía; y asimismo podía decir: *¿Quién de vosotros me convencerá de error?* Ambos retos, de una temeridad insensata en boca de cualquiera otro, están de tal modo justificados en la de Jesucristo, que no atinamos en lo que podrían tener, humanamente hablando, de inconveniente y de contrario en particular á lo que dice de sí mismo en otro pasaje: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.* Además, todo en él se concilia por estas palabras: *Yo soy la verdad.*

De hecho, jamás ha habido palabra mas sujeta á la discusión y á la aplicación que la de Jesucristo. Arrojada á los cuatro vientos, transmitida de siglo en siglo, por todas partes y siempre ha dado abundan-

tes frutos de verdad, de perfeccionamiento y de civilización. Jamás ha recibido un solo mentís. Aceptada ó rechazada, ha admitido siempre su prueba, saludable ó terrible, y ha *convencido de pecado y de juicio* á los que no ha podido convencer de su verdad y excelencia. Es aquella aguda espada de dos filos que salía de la boca de Jesucristo en la celestial visión del águila de Patmos.

¿Qué motivo de profundas reflexiones para una alma que busca en el cristianismo señales de verdad! ¿No es mas que un mero hombre, aquel de cuya boca salió una palabra semejante; una palabra cuya verdad no han podido apurar diez y ocho siglos de desarrollos y de aplicación, y que aun en nuestros días tiene á su lado todas las luces y todas las seguridades del porvenir...? ¿No es mas que un mero hombre el que da en medio de las mas opacas tinieblas, en que estaba entonces sumido el entendimiento humano, dijo con tanta justicia: *Yo soy la luz del mundo*, y pronunció de sí mismo aquel profético juicio, cuyo cumplimiento está atestiguado y garantizado por todo cuanto existe: *El cielo y la tierra pasarán, pero mi palabra subsistirá eternamente*...? ¿No es mas que un mero hombre, aquel cuya palabra, concedida al mundo ó retirada de él, constituye su luz ó sus tinieblas, la santidad ó la corrupción, la vida ó la muerte...? Dígalo la recta razón. ¿No es mas que un mero hombre, no es mas que esa palabra que sale de ordinario de la boca del hombre, ó es mas bien la *palabra misma*, es decir, el *verbo* de Dios bajo la forma de hombre...?

Por lo que á nosotros toca, lo confesamos, no conocemos á la verdad por otras señales que las que acompañan á la palabra de Jesucristo. En una y otra parte vemos el mismo poder, la misma inmutabilidad, la misma infalibilidad, la misma universalidad, la misma perpetuidad, la misma fecundidad, la misma sencillez, la misma profundidad, igual confirmación de experiencia, igual crédito de sentido común; ambas se confunden en nuestro espíritu como dos sonidos idénticos, dos luces iguales, y no podemos distinguir esos dos verbos, el uno interior y exterior otro; de modo que sin el testimonio de la historia, creáramos que la naturaleza nos ha dado el conocimiento y el uso de ambos, y que los habíamos mamado á la vez en los pechos de la verdad.

Y sin embargo, el hecho es cierto: esa palabra, que de tal modo se confunde con la verdad natural, procede de Jesucristo. Ha habido un día en que el Evangelio no existía, y un día en que empezó á aparecer. Su mismo nombre dice que fué para el mundo la *buena nueva*. Es tan cierto esto, es tan cierto que la luz del Evangelio era *nueva*, que todo el género humano se sublevó para rechazarla como una contradicción con todo lo que se creía ser la verdad, que ella misma se vió obligada á darse el nombre de *locura*, y que solo á través de furiosos obstáculos acabó por hacer reconocer lo que es en realidad, la misma sabiduría, la misma verdad.

Estúdiese bien la singular manera de introducirse el Evangelio en el mundo. Hay una verdad natural, que es como el modelo, el *tipo* por el cual se regulan todas las operaciones de nuestra alma, y es-

tas no pueden hacerse recibir sino por su conformidad con aquella verdad madre. El Evangelio vino á aumentar la capacidad de esta última, no por vía de deducción, sino de adjucción al conocimiento que tenía ya de ello; estendió la revelación primitiva de la infinita verdad, y tomándola en el punto en que la había dejado el Criador en nosotros, le añadió una nueva revelación: es una revelación de la misma verdad en cuanto á la naturaleza, mas amplia empero y mas adelantada en cuanto á su extensión: el centro es el mismo, la circunferencia mas dilatada.—Pero el resultado de esto, no es tan solo haber aumentado para nosotros la suma de la verdad, sino haber restablecido y rectificado la que ya poseíamos y que había quedado alterada. En el día la luz evangélica nos parece tan conforme á la luz natural, que las confundimos una con otra; pero cuando apareció, no sucedía así: se repelían mutuamente. Y ¿de dónde provenía esto, sino de que la luz natural se había debilitado y corrompido en el seno de la humanidad? El efecto de la luz evangélica fué, pues, restaurar en nosotros la verdad natural, y aumentarla con su adquisición, á la manera que empezamos por reparar los cimientos cuando queremos dar mas elevación á un edificio viejo ya. Y hasta cierto punto se hizo esto espontáneamente, tan conforme era á la naturaleza de las cosas, y por una acción recíproca de los dos órdenes de verdades, una sobre otra. La luz evangélica agotó la luz natural, y esta, al agotarse, se identificó con la luz evangélica, de tal manera, que desde entonces no ha habido mas que una sola y única verdad. Esta es la existente en nuestros días, y que va desarrollándose cada vez mas, pues tiene la luz evangélica una virtud de que carecía la luz natural, virtud conservadora en cuanto á la sustancia, y al propio tiempo progresiva hasta el infinito en cuanto á la aplicación.—En todo lo dicho no raciocinamos apoyados en la doctrina y en las creencias, sino apoyados en los hechos, en la historia del entendimiento humano.

Todavía queremos insistir en nuestro propósito: aquel cuya palabra obró aquella fusión, aquella progresión de la verdad en el mundo; ¿no será mas que mero hombre, un heredero de ignorancia y de error como los hijos de los hombres, ó será el autor de la verdad, la verdad misma? ¿Qué otras señales queremos para reconocer la verdad?

¿Cuán interesante es para el entendimiento humano trasladarse al momento en que apareció en el mundo esta regeneradora verdad, y figurársela encerrada todavía en el seno de su autor! ¿Cuán bien se muestra entonces con caracteres correspondientes á su celestial origen, y *cómo brilla en medio de las tinieblas que no la comprenden*? Estas tinieblas cubren toda la tierra; cubren principalmente la Judea, en la cual la falsa idea que había prevalecido respecto del Mesías había completamente sofocado la verdadera, y viniendo este Mesías á los suyos, los suyos no lo reciben. Contempladlo: todo es tinieblas á su redor: solo y aislado, lleva en su seno aquella luz que algun día debía llenar todo el mundo. Habla, ¡poderoso, divino lenguaje! Cada palabra suya se

convertirá en la sabiduría de las naciones, y desde sus labios pasará hasta los confines del mundo, hasta los confines de los siglos, y todo lo cambiará, todo lo renovará á su paso. ¡Cuán sublime es todo su contenido, y cuán perfectamente se descubre que aquel de quien procede es el Verbo, y que todo lo que dice no le viene de los hombres sino de su *Padre que está en los cielos*!—Jesus no discute, no raciocina ni perora: anuncia su doctrina sin arte, sin esfuerzo, sin temor de no ser comprendido, con una sencillez llena de confianza, del mismo modo que el labrador echa su simiente en la tierra, seguro de que lleva en sí misma la virtud que dentro de poco la ha de hacer germinar.—Cuando el hombre instruye á otro hombre, le deja entrever al camino por donde él mismo se instruye, y procura atraérselo por medio del raciocinio; repasa con su discípulo y se confirma en su ciencia enseñándole. Si habla por inspiración, es el primero que se conmueve, se transporta, se sorprende, y su lenguaje brota gran copia de imágenes impotentes para pintar la verdad, que descubre como un espectáculo que no le es familiar. Nada de esto le sucede á Jesucristo. No se descubre el origen de su ciencia, ni parece ésta aprendida de los hombres, ni conocida por inspiración, sino el fruto natural y propio de su pensamiento, su pensamiento mismo en su unión íntima con su Padre. Por esto nada aumenta ni disminuye la plenitud de su convicción sobre la verdad que enseña, ni la oposición que encuentra, ni los transportes que excita. Solo él no se manifiesta sorprendido: sus garantías están en otra parte. Lleno de los misterios de lo alto, no le conmueven como á los demás mortales á quienes se comunica Dios accidentalmente. Habla de ellos sin violencia, la verdad le es familiar, ha visiblemente nacido en el secreto que revela. Algunas veces hasta se ve obligado á disimular la sublimidad de su doctrina y á distribuir con cierta medida lo que no tiene medida (1), á fin de que nuestra debilidad pueda llevarlo. Habla de las cosas mas grandes con tanta sencillez, que parece que no ha pensado en ellas nunca, y al mismo tiempo con tanta precisión, que se ve desde luego lo que de ellas pensaba: esta claridad y aquella ingenuidad forman un conjunto admirable (2). A la manera que el heredero de un rey, nacido y viviendo en el seno de las grandezas, habla de ellas sin énfasis y como de una cosa ordinaria y natural: así habla Jesucristo del reino de los cielos, de Dios su Padre, de sus ángeles, de la eternidad, de la justicia y de la misericordia, de la vida y de la muerte. Habla de todo esto, no para hacer ostentación ni justificar el conocimiento que de ello tiene, sino porque tal es su misión, tal es la verdad, y aun entonces reviste su pensamiento de imágenes tan sencillas, tan ordinarias, tan naturales, que no puede menos de reconocerse que todas aquellas cosas son efectivamente para él sencillas, ordinarias y naturales. *El reino del cielo es semejante á un grano de mostaza que ha sembrado el hombre en su campo*. ¡Qué sublime trivialidad!

(1) S. Juan, cap. 8, v. 34.

(2) Pascal.

¿Quién de vosotros, dice en otro lugar, es el hombre que tiene cien ovejas, y si perdiera una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va á buscar la que se le había perdido? Y cuando la halla, la pone sobre sus hombros gozoso; y viniendo á casa, llama á sus amigos y vecinos diciéndoles: Dadme el parabien, porque he hallado mi oveja que se había perdido.—¿Qué mujer que tiene diez dragmas, si perdiere una, no enciende el candil, y barre la casa, y busca con cuidado hasta hallarla? Y después que la ha hallado, junta las amigas y vecinas y dice: Dadme el parabien, porque he hallado la dragma que había perdido.—Hé aquí, dice, el retrato de mi Padre celestial: tal será la alegría entre los ángeles de Dios, por un pecador que hiciere penitencia. ¿Qué divina grandeza en semejante sencillez! ¿Cuán magníficas son en sí mismas todas estas ideas de la bondad de Dios, de su misericordia, de la debilidad humana y al mismo tiempo de su valor! ¿Cuán bien se conoce por la tierna bondad del que las hace tan accesibles al hombre, y que las usa con tanta familiaridad, que él mismo es ese buen pastor que corre en pos de su oveja, esa mujer que busca la dragma, ese Dios Salvador!

No ofrecemos esta prueba al raciocinio ni á la lógica, sino al sentimiento moral, al sentido íntimo, á las mas instintivas percepciones de lo bello en nosotros, y ¡desgraciado el que á semejante prueba se queda insensible!

V. Por otra parte, tenemos una soberana garantía del hecho de la divinidad de Jesucristo, en la declaración de Jesucristo mismo. Repetidas veces nos dice que él es *el Cristo, hijo de Dios vivo, —la verdad,—el principio,—la luz del mundo,—la vida eterna,—el Mesías prometido desde el origen del mundo,—el Salvador del género humano*: No solamente se da el título de Dios, sino que ejerce sus prerogativas, hace sus obras, reivindica sus derechos. Todas sus palabras, toda su conducta revelan este designio, y sostiene este papel hasta en medio de los tormentos, hasta la muerte, hasta después de la muerte.

Véamos ahora la indeclinable consecuencia que de aquí debemos sacar.

O dice verdad ó miente: si dice verdad, es Dios; si miente (perdonemos Dios este terrible dilema; nuestro corazón se comprime á medida que la mano lo va escribiendo) es un impostor ó un demente.

No cabe medio entre estos dos extremos, y las mismas razones que prueban que Jesucristo es Dios, si son sólidas, prueban, si no lo son, que es un impostor ó un demente.

—¡Jesucristo impostor!!! ¡Jesucristo insensato!!! exclamará el mismo incrédulo. ¡Ah! no me hagais decir semejante desatino: lejos de mi pensamiento tal blasfemia! Trastornais todos mis sentimientos y mi corazón; primero me tendria á mí mismo por un insensato; permitidme que vea en él á un gran filósofo, un hombre eminentemente sabio, un justo amigo de Dios, un bienhechor del género humano, digno de todos nuestros respetos y de todo nuestro reconocimiento.

—¡No! El que no está conmigo, dice el mismo Jesucristo, está contra mí: tan absoluta y exclusiva es su voluntad de ser reconocido por lo que dice ser igual á Dios. Desprecia todo homenaje que no se estienda hasta la adoración, y consiente en que se le trate de blasfemo é insensato si no es Dios. Vedlo en manos de sus enemigos que se burlan de él, y haciendo alusion á su pretendida divinidad, le cubren el rostro, lo golpean en la cara diciéndole: Adivina quién te pegó. Después de toda una noche pasada en esta sangrienta ironía, "cuando fué de día, dice el historiador sagrado, se juntaron los ancianos del pueblo y los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y lo llevaron á su concilio, y le dijeron: Si tú eres el Cristo dináelo.—Y les dijo: Si os lo dijere, no me creéis, ni me dejareis. Mas desde ahora el Hijo del hombre estará sentado á la diestra de la virtud de Dios. Entonces dijeron todos: ¿Luego tú eres el Hijo de Dios? Y les contestó: Vosotros lo decís: Yo lo soy.—Y ellos dijeron: ¿Qué mas testimonio necesitamos, supuesto que le habemos oído de su propia boca?" (1)

Cuando presentado al pontífice, le acusaba la turba de haberse arrogado el poder del mismo Dios, el príncipe de los sacerdotes le dijo: "Nada respondes á lo que estos depoen contra tí?—Y Jesús callaba. Y el pontífice le dijo: Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.—Jesús le responde: Tú lo has dicho. Y mas os digo, que vereis de aquí á poco al Hijo del hombre sentado á la derecha de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo.—Entonces el príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras y dijo: Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? He aquí, ahora acabais de oír la blasfemia, ¿qué os parece? Y ellos respondieron: Reo es de muerte. Entonces le escupieron en la cara, &c. (2)

Si Jesucristo no es Dios, tenía razon el pontífice en tratarlo como blasfemo. El mismo Jesucristo no reclama contra semejante tratamiento: lo sufre como efecto de la ceguedad de los judíos, que no quieren ver en él á un Dios. Su única defensa fué decir que en realidad lo era. No se le creyó: desde este momento nada dice, ni siquiera reclama cuando se le trata como á un vil blasfemo, y todo lo que sigue como consecuencia de esto.

Esta situación de Jesucristo en presencia del pontífice, es ademas y será siempre la única que puede tomar en presencia de la razon; y la incredulidad de todos los tiempos, puesta en el caso de fallar acerca de su persona, deberá concluir como los judíos.

La opinion que, sin reconocer en Jesucristo un Dios, quiere limitarse á ver en él un sabio, es muy moderna. Mas adelante buscaremos su origen, bastándonos entre tanto probar que se halla plenamente refutada por la unanimidad del juicio que antiguamente formaron de Jesucristo sus amigos y sus enemigos.

Examinando los testigos contemporáneos de Je-

(1) San Lucas, cap. 24, v. 63 al 71.

(2) San Mateo, cap. 26, v. 63 al 67.

sucristo, nada encontraremos que pueda dar idea de semejante opinion.

Los parientes de Jesucristo creen que ha perdido el juicio y que está enajenado.

Los judíos quieren hacerlo pasar por impostor.

Los apóstoles dicen que es el Hijo de Dios y Dios como él.

A estos tres juicios está reducido cuanto de él se dice, y no podemos suponer una cuarta opinion.

Esta observacion es de d'Aguessau (1), quien añade luego: "Los dos primeros son evidentemente falsos; por consiguiente el tercero es verdadero."

En lo sucesivo y durante los primeros siglos del cristianismo, estuvo el mundo dividido entre dos opiniones acerca de Jesucristo: la una, que era Dios; la otra que era un impostor. Atribuyéronle este último carácter todos los que negaron su divinidad, segun se desprende de los escritos, no solo de los judíos, sino de los mismos filósofos paganos, como Celso, Porfirio, Juliano y otros.

En ninguno de los juicios comparados de la persona de Jesucristo, vemos nada que se parezca al que actualmente discutimos, es decir, que se le hubiese considerado como un sabio. Es notable ademas que no pudiendo los paganos prescindir de la impresion que en ellos hacia su divinidad, pero no queriendo tributar á esta divinidad el verdadero homenaje que le correspondia, haciéndose desde luego cristianos, lo colocaron entre sus dioses: tan lógica era la alternativa, que no les permitia ver en él un simple grande hombre. Esto hicieron los emperadores Adriano y Alejandro Severo. Lampridio, historiador pagano, lo refiere en los siguientes términos: "Queriendo Adriano hacer admitir á Jesucristo en el número de los dioses, mandó levantar en todas las ciudades templos sin simulacros, conocidos todavía en nuestros dias con el nombre de *Adriánicos*, porque no hay en ellos ningun ídolo, los cuales estaban dispuestos por el emperador para colocar en ellos á Jesucristo; pero no se los consagró, porque los que habian consultado los oráculos, hicieron presente que si se hacia lo que él deseaba, todo el mundo abrazaria la religion cristiana, y se quedarían desiertos los demas templos." (2)—"Alejandro Severo, dice tambien el mismo autor, iba al levantarse, á *adorar y sacrificar* en una capilla que tenia en su palacio, en la cual estaban las imágenes de Apolonio, de Abraham, de Orfeo y de Jesucristo, á los cuales *honraba como á dioses* (3).—Tambien habia concebido el designio de levantar un templo público á Jesucristo." (4)

Esta singular y juiciosa devocion de ciertos paganos á Jesucristo, prueba evidentemente lo que nosotros hemos propuesto: que las antiguas opiniones sobre Jesucristo se hallaban divididas entre la *adoracion* y el *desprecio*. Son ademas de grande importancia estos testimonios, porque, comparados con los hechos de su vida, están con ellos en perpetua consonancia, y prueban que estos hechos eran tales

que solo podian atribuirse á un Dios ó al último de los hombres.

Es cierto que en nuestros dias, para escapar la incredulidad á esta rigurosa alternativa, quisiera escoger entre los hechos de la vida de Jesucristo, y, dejando á un lado los pasajes del Evangelio que tienen relacion con el dogma y sobre todo con los milagros, limitarse á la simple moral, y no ver en Jesucristo mas que al autor de una doctrina humana. Pero semejante pretension no es tolerable, y en cualquiera otra materia seria calificada de insensata. ¿En qué puede apoyarse la opinion de que todo lo dogmático es necesariamente *simbolo*, de que todo lo milagroso es necesariamente *leyenda*, y que lo único real y cierto es la parte moral? ¿Hay algo en el Evangelio que la denote y autorice, y no nos refieren sus autores con las mismas garantías, con igual acento de verdad, en una parte este precepto de Jesucristo: *Lo que no quieras para tí, no lo hagas á otro*; en otra parte la siguiente invocacion de su divinidad: *Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra*; y en otra parte la accion de este mismo poder: *Lázaro, renucita*. . . . Si creéis en la verdad del Evangelio relativamente al primer punto, ¿por qué no admitís los dos restantes? ó si no admitís los dos últimos, ¿por qué creéis en el primero? ¿Por qué no decís que todo en él es falso, que nunca ha dicho Jesucristo ninguna de estas cosas, que ni siquiera ha existido semejante personaje, y que cuatro escritores oscuros se convinieron para inventar un carácter fantástico y engañar con él á todo el género humano?

Es preciso venir á parar á esto, porque el Evangelio no puede dividirse. Es inconsútil como la tónica de Jesucristo. La moral, el dogma y los milagros están en él entrelazados y se apoyan recíprocamente: forman todos juntos como un tejido, del cual no podemos quitar un solo hilo sin romper toda la trama. Echenos suertes, si se quiere, sobre él; pero es preciso aceptarlo ó desecharlo todo entero.

Notad bien ahora que no adelantamos hasta decir que todo lo que dijo Jesucristo sea verdad, por ejemplo, que fuese el hijo de Dios, sino únicamente que dijo: *Yo soy el hijo de Dios*; que resucitase á Lázaro, sino tan solo que dijo: *Lázaro, renucita*, etc. Despues de esto os dejamos en la libertad de creer que no fuese el hijo de Dios, que no resucitase á Lázaro. . . . Lo cierto es que él habló y obró en estos dos casos y en todos los análogos con viable intencion de que se le creyese al pié de la letra, lo mismo que cuando dijo: *Bienaventurados los que lloran*, ó bien: *El que entre vosotros esté sin pecado, tire contra ella la piedra el primero*.

En estas últimas citas jamas ha sido contestada la veracidad del Evangelio, y los judíos y paganos no han puesto nunca en duda que Jesucristo quiso *hacerse pasar* por Dios, y que quiso que *pareciese* que hacia milagros. Todo el mundo estaba de acuerdo en que era esto demasiado notorio para ser disputado, y este acuerdo, unido á lo que preceda, debe al fin poner límites á la incredulidad, si no se ha de renunciar á discutir con ella.

(1) *Algunas reflexiones sobre Jesucristo*, § 43.

(2) Lampridio, *Hist. aug.*, p. 126.

(3) *Idem* *Idem*, p. 126.

(4) *Idem* *Idem*, p. 126.

Sin embargo, volvemos á nuestro argumento: un simple mortal que quiere hacerse pasar por Dios, es un impostor; y si para consumir su impostura recurre á falsos milagros, es un vil charlatan, un aventurero audaz.

Esto es incontestable, y solamente dejan de resistir su necesidad lógica los semi-incrédulos, en quienes un resto de fe hace rechazar aquel principio, por el horror que les causa la posibilidad de aplicarlo á Jesucristo; su incredulidad no se halla resuelta, tienen miedo á su propia sombra: son unos inconsecuentes con quienes no queremos cuestionar.

Pero para un verdadero fiel ó un sincero incrédulo, la admisión de semejante principio no debe envolver repugnancia alguna: no debe envolverla para el primero, porque no puede aplicarse á Jesucristo; ni para el segundo, porque no ve en Jesucristo mas que un simple mortal.

Sentado este incontestable principio, abramos el Evangelio y recorramoslo con imparcialidad, si es posible, teniendo únicamente á la vista esta aplicación. Fijémonos bien en la idea de que Jesucristo no es Dios, y penetremos del verdadero sentimiento que deben inspirar tantos pasajes en que se arroja el título, los derechos y el poder de tal.

Por ejemplo:—Cura Jesus á un paralítico en sábado, y los judíos lo acusan de haber violado el descanso de este día. Jesus responde: "Mi Padre, cuya accion es incesante, no conoce sábado. Igual es mi accion." (1)

Los judíos toman estas palabras literalmente, y "siguen queriendo matarlo, porque no solamente quebranta el sábado, sino tambien porque á esta violacion añade la audaz blasfemia de decir que su Padre es Dios, HACIENDOSE IGUAL A DIOS." (2)

¿Qué les responde Jesucristo? ¿Va á retroceder á la vista de esta sacrilega comparacion? Oigámosle:

"EN VERDAD, EN VERDAD OS DIGO, que todo lo que el Padre hiciere, lo hace igualmente el Hijo. Porque el Padre ama al Hijo, y le da poder de hacer todo lo que él hace, y os mostrará en su persona obras mas admirables todavía. Porque así como el Padre resucita á los muertos y les da vida, así el Hijo da vida á los que quiere. *Hay mas:* El Padre no juzga á ninguno, pues ha dado al Hijo toda la potestad de juzgar, para que TODOS HONREM AL HIJO COMO HONRAN AL PADRE. . . (3) No os maravilla de esto, porque vendrá un día en que todos los que están en los sepulcros saldrán de ellos, á la voz del Hijo de Dios; los buenos para recibir su recompensa, y los malos su castigo. . ."

Poned estas palabras en boca de cualquier otro que no sea Jesucristo: figuraros que las oís por primera vez, y decid, ¿tendríais á su autor por un hombre cuerdo? O si por otra parte no pudiérais negarle á este hombre capacidad y talento, ¿no os

indignaríais contra una impostura tan odiosa y un orgullo tan sacrilego? Y en fin, si lo viérais tomar las maneras de un charlatan y echar mano de falsos milagros para acreditar su impía pretension; si viérais que el pueblo seducido le sigue á todas partes, lo apande y diviniza; si viérais que la mas negra impostura y la mas grossera supersticion van invadiendo todas las imaginaciones y usurpando todos los derechos de la razon y de la verdad, ¿no os indignaríais y horrorizaríais contra el autor de semejante engaño?

Figuraros, no obstante, que venciendo la repugnancia que os inspira, y deseando ver hasta dónde llega su locura ó su audacia, seguís á las turbas, y lo veis distribuir pan y vino á sus discípulos dirigiéndoles estas palabras: "Tomad y comed, este es mi cuerpo; bebed todos, esta es mi sangre.—En verdad os digo que mi cuerpo es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida.—El que no coma mi carne ni beba mi sangre, no poseerá la vida en sí mismo.—Yo soy el pan vivo bajado del cielo, etc."—Nosotros lo confesamos francamente: la repugnancia que semejante espectáculo nos causaria, es superior á toda comparacion.

Sin embargo, hay una cosa que le pondria colmo, y seria oír al impostor hablar á cada instante de la verdad, llamarse á sí mismo LA VERDAD, y fulminar, lo mismo que la verdad, rayos contra los hipócritas é impostores.—Cuanto mas bella y seductora fuese su moral, mas resaltaria la importancia de su pretension y de sus obras; y, favoreciéndole en apariencia, pondria mas de manifiesto su carácter de hipocresía y falsedad.

He aquí la espontánea é invencible impresion que al Evangelio y el carácter de su héroe deben hacer en cualquiera que no crea en su divinidad. Desde el principio al fin, á cada página, habla de verdad, y manifiesta pretensiones y actos que, si no son de un Dios, son de un impostor. No se funda esta alternativa en una ó en dos acciones, sino en toda la vida de Jesucristo.

Una sola accion de Sócrates, la última, desalustró la sabiduría de toda su vida y principalmente de su muerte. Es inconcebible cómo muriendo por la santa causa de la verdad divina, termina su sacrificio por un acto de idolatría y de supersticion, mandando que se inmole un gallo en los altares de Esculapio. Semejante acto de infidelidad á sus principios permanecerá eternamente sobre su memoria, como una mancha que oscurecerá todo su brillo.

Si Jesucristo no es Dios, debe de ser otra cosa bien distinta, pues toda su vida está llena de actos mil veces mas inconciliables con sus principios que la única accion que se ocha en cara á Sócrates. Los principios de Jesucristo son el establecimiento del reino de la verdad, de la humildad, de la caridad y de la adoracion pura en espíritu y verdad; y he aquí que, haciéndose honrar como á Dios, constituyéndose en motivo y fin de todas las virtudes que enseña, las viola de la manera mas insignificante, y da en su persona un ejemplo monstruoso, fuerza es decirlo, de impostura, de orgullo, de egois-

(1) *Pater meus usque modo operatur, et ego operor.* Joan., cap. 5, v. 17.

(2) Joan., cap. 5, v. 18.

(3) Joan., cap. 5, v. 23.

mo y de idolatría. Es peor que la inmolacion de un gallo á Esculapio: es la verdad inmolada á sí mismo, y esto no una sola vez y accidentalmente, sino del modo mas sostenido y sistemático, por todos los actos de su vida y hasta en su misma muerte.

Leed principalmente en S. Juan el discurso y oracion que hace despues de la cena la víspera de su muerte. Si es Dios, no hay nada mas sublime: es el epitoma, la quinta esencia de la verdad y del amor. Si no es Dios, toda aquella oracion llena de rasgos que suponen su divinidad no es mas que una parodia sacrilega, una amalgama de expresiones ininteligibles, falsas y blasfemas.

Con grandísima exactitud dijo, pues, Rousseau, que: *Si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y muerte de Jesus son de un Dios.* Queriendo hacer el elogio de Jesus, era lo menos que podia decir; era necesariamente lógico que llegase hasta aquí, una vez empeñado en la comparacion de Jesus con Sócrates, no podia salir del empeño sino proclamando su divinidad; de lo contrario, Jesus lo hubiera perdido todo en este paralelo, y la misma razon que hacia que se reprochase á Sócrates la última accion de su vida, hubiera atraído sobre Jesucristo la reprobacion de todos los amigos de la verdad.

Si Jesus no fuese el verdadero Mesías, el hijo y el igual de Dios, ¿qué mas seria que aquellos falsos Mesías que aparecieron en su tiempo, Desiteo, Simon Mago, Menandro y Barcocebas? Si nadie vacila en condenar la impostura de estos últimos, ¿por qué inconsecuencia se consagra la de Jesus?

Jesus se salió con la suya, se dirá, y los otros sucumbieron en su empeño.—¿Se salió con la suya! ¿Y por esto veis en él á un sabio! ¿Y por esto le honrais...! ¿Qué es esto? por esto mismo deberíais despreciarlo mas.—¿En qué se salió con la suya? En hacerse pasar por Dios, en hacerse adorar como tal por espacio de diez y ocho siglos en todo el universo; es decir, segun vosotros, incrédulos en su divinidad, que se ha salido con la suya en su impostura, la cual ha perpetuado y propagado, y que su ultraje á la verdad es tanto mas enorme, cuanto mas inveterado é incurable es. Lejos de rehabilitarlo, es este mismo éxito quien lo acrimina. Si el incrédulo es consecuente consigo mismo, su indignacion y horror deben aumentarse en la misma proporcion del triunfo del impostor. *¡Destruyamos al enfame!* Tal debia ser el grito de su conciencia y de su razon, y al proferirlo tuvo al menos el mérito de la franqueza.

Estas palabras de Voltaire hablando de Jesucristo son el reverso de aquellas otras con que deducia Rousseau su divinidad: unas y otras son preciosas como expresion y como prueba de la fuerza de nuestros argumentos. Prueban con energía que no es posible tener á Jesucristo respeto simplemente, y que la razon, cuando no hay ninguna preocupacion que la detenga en la pendiente de la fé ó de la incredulidad en Jesucristo, no puede dejar de acabar por adorar ó aborrecer á su persona.

—Pero sin embargo, se dirá—(y concebimos que

se impugne esta conclusion, no porque ella no sea perfectamente justa, sino porque importa la alternativa de decidirse, y salir de ese estado dudoso, que no es ni la fé ni la incredulidad, estado en el cual desfallecen una multitud de inteligencias, en que padece tanto la filosofía como la religion, porque no es verdadero ni racional).—pero sin embargo, porque nosotros no reconocamos la divinidad de Jesucristo, no podeis obligarnos á suscribir á su infamia, y poner en nuestra alma y en nuestra boca lo que está mas lejos de nuestra imaginacion: el horror, la indignacion y el desprecio por su persona. Porque al fin y al cabo, no podemos desconocer que Jesucristo dotó al mundo de una moral sublime, disipó las tinieblas de la idolatría, introdujo en la humanidad un espiritualismo santificante, emancipó de la supersticion los espíritus, de la infamia los corazones, de la esclavitud las cabezas; fundó el reino de la libertad y de la caridad, é ingirió la verdad en todas partes, en las costumbres, en las instituciones y en las leyes; imprimió al género humano una marcha civilizadora, que sigue aún vigorosa y lozana despues de diez y ocho siglos; hinchó la tierra de las maravillas de su virtud, salvó y salva incesantemente al mundo.—Estos son sus títulos á nuestro respeto, á nuestra admiracion, á nuestro reconocimiento;—no podemos desconocerlos ni olvidarlos sin desconocernos y olvidarnos á nosotros mismos; ¡no! nunca podreis obligarnos á que lo blasfememos.

—Adoradlo, pues:—acabais de esponder los títulos que á ello os obligan, y de cerraros la vuelta á la incredulidad.

—Pero ¿por qué?

—Vamos á decirlo:

Todo cuanto acabais de decir en favor de Jesucristo, nada es si no reconocéis su divinidad. En efecto, todo el Evangelio, su moral, sus luces y virtudes emanan directamente del principio de que Dios intervino misericordiosamente con Jesucristo para rescatar al género humano. El dogma de la redencion, la cruz: he aquí el Evangelio, he aquí el cristianismo. Creemos haber demostrado en nuestros estudios sobre la *Redencion* las sublimes ideas que de Dios y de sus atributos nos ha dado el cristianismo: de su justicia, de su santidad, de su grandeza y de su misericordia;—las no menos profundas que nos ha dado de nosotros mismos, de nuestra miseria, de nuestra grandeza, de nuestro estado primitivo, actual y futuro; nuestras relaciones absolutas con Dios, con nosotros mismos y con los demás hombres: todas esas magníficas nociones que han cambiado la faz del mundo, y todas las causas que las han puesto en accion en la humanidad, no son mas que emanaciones, irradiaciones del grande sacrificio del Hombre-Dios. El mundo cambió, no tanto por lo que dijo como por lo que hizo Jesucristo, y no tanto por los hechos de su vida como por el grande hecho de su muerte. Su moral evangélica es una moral en accion, y el teatro de esta accion es la cruz, y su actor necesario un Hombre-Dios. Por esto vemos que en todo el curso de su vida apela Jesucristo continuamente á

su muerte como al objeto de su misión y al principio de su resultado. Habla de ella incesantemente, todo cuanto dice la supone, no hace mas que ir preparando su aplicación, esperando á que suene la hora de su *consumación*, y aplaza para esta hora la conversión de todo el universo. *Quando exaltatus fuero á terra omnia traham ad me ipsum.*—He aquí el Evangelio: tomadlo, y leedlo, y en todo él no descubrireis mas que esto. En este sentido es y ha sido siempre admitido, entendido y practicado en todas partes hasta nuestros días; y si ha producido todos los frutos que tanto admiráis, y si en la actualidad los produce todavía, es porque esto es real y efectivo, es decir, porque Jesucristo es Dios.

Por consiguiente, cuando admiráis las maravillas del cristianismo, no hacéis mas que admirar los resplandores de la divinidad de Jesucristo: y si aquellos son verdaderos, esta lo es también.

¿Direis que esta divinidad no es mas que una sublime hipótesis, inventada por el mismo Jesucristo para dar un fundamento á su sistema, y hacerlo admitir por el género humano?

¿Sabeis lo que decís? ¿Una hipótesis! Es decir, una cosa que no se apoya en nada: tal es á vuestros ojos el fundamento de ese cristianismo que tanta admiración os causa. Pero ese mismo cristianismo no es otra cosa que la revelación de la divinidad de Jesucristo. Es esta misma divinidad aplicada al mundo como un modelo segun el cual la humanidad debe reformarse. Por consiguiente, si esta divinidad es una quimera, el cristianismo debe serlo igualmente; y sin embargo, lo tenéis por una magnífica realidad. Estais embellecidos al contemplar todo lo que contiene de verdad, de vida y de fecundidad en su seno. Poned en acuerdo vuestras ideas. Lo que hay de cierto es que si negais la divinidad de Jesucristo, negais toda la ciencia y toda la virtud de la cruz, y que si negais la ciencia y la virtud de la cruz, nada os queda del cristianismo. Todas estas cosas están unidas y encerradas, por decirlo así, con Jesucristo, en el altar de su sacrificio.

Ademas, ¿no conocéis que la hipótesis de la divinidad de Jesucristo, que no hubiera debido entrar en su obra sino como medio auxiliar, habria usurpado extraordinariamente su fin, y habria hecho pagar muy caro el auxilio que le habria prestado? ¿Cuál es, en efecto, el objeto del cristianismo, sino arrancar el mundo á la idolatría, restablecer el culto del Dios verdadero, la adoración pura en espíritu y verdad, é inspirar al mundo todas las virtudes que son su consecuencia: la fe, la esperanza, la caridad, la humildad, la penitencia? Si Jesucristo no era Dios, ¿no está claro que haciéndose adorar como tal, fundaba en su persona el reino de la idolatría, perjudicaba al culto del verdadero Dios, consagraba el error y la mentira, confiscaba en provecho propio todas las virtudes que inspiraba, las engañaba y violaba, sustituyéndose á su fin legítimo, y abusaba monstruosamente, preciso es decirlo, de lo mas sagrado que hay en el corazón del hombre: la fe, el desinterés, el amor? . . . ¿Cosa horrible!

Nosotros nos representamos todos los sacrificios que se hicieron, que se hacen y se harán en el mundo al solo nombre de Jesucristo; todos esos millones de mártires, cuya sangre purpuró la tierra; todos los suplicios y torturas que sufrieron, y todo por la falsa persuasión de que Jesucristo era Dios! ¿Jesucristo autor de esta falsa persuasión!!! ¿Es posible semejante impostura? ¿No está en palpable contradicción con el carácter dulce, humano y verídico de Jesucristo? ¿Puede conciliarse con el respeto y admiración que sentimos por su persona? ¿Hubiera logrado tanto crédito y un éxito tan feliz, y seria aún en la actualidad, despues de diez y ocho siglos, la clave del cristianismo y de toda la civilización que de este procede? . . . ¿No veis que esto es tocar hasta lo imposible y lo absurdo, y que á fuerza de no querer creer delirais?

Pero no está aún todo aquí:

La divinidad de Jesucristo, se dice, no habria sido mas que una sublime hipótesis imaginada para hacer admitir su moral.—Está bien; pero ¿quién habria hecho admitir esta hipótesis? . . .

Se concibe una ficción que halague las disposiciones de aquellos á quienes se dirige, entre en sus miras, y los conduzca por medio de seductores artificios á un resultado ventajoso que al principio les hubiera repugnado; pero una ficción que repugna tanto como el resultado, mas que el resultado!!! Esto es evidentemente contradictorio.

¿De dónde nacen todas las resistencias que encontró el cristianismo en el mundo desde el levantamiento de los judíos contra Jesucristo, hasta la incredulidad que en este momento estamos combatiendo, sino de que Jesucristo fué propuesto como Dios? . . . El incrédulo admite el resultado del cristianismo, su moral, sus instituciones civilizadoras, &c.; las admira y las aplaude; son el fundamento de su respeto y reconocimiento por Jesucristo. Una sola cosa lo subleva y rebela: la divinidad de Jesucristo. Y sin embargo, por la mas singular contradicción, esta divinidad es lo que él presenta como el incentivo seductor, por cuyo medio habria Jesucristo atraído á sí el mundo. No conoce que el sentimiento de incredulidad que le obliga á hacer la objeción, la vuelve contra él mismo.

Lo difícil en el cristianismo, ó mejor, lo imposible, humanamente hablando, estaba precisamente en hacer ver, en hacer adorar á Dios, el Señor de cielos y tierra, en un hombre puesto en cruz. Principalmente respecto del universo pagano, lejos de ser esto un medio de buen éxito, era el grande obstáculo, la grande é insigne locura. Es verdad que este mismo obstáculo, una vez vencido, se convertía en un medio; pero para vencerlo se necesitaba un medio superior á todo obstáculo; y si para hacer creer en la moral era preciso hacer creer en la divinidad de su autor, para hacer creer en la divinidad de su autor contra toda apariencia de razon, contra todos los instintos de la naturaleza, todas las preocupaciones y todos los intereses, y con toda esa fuerza, esa rapidez, esa universalidad, esa perpetuidad y esa intensidad soberana que de todo triunfó, se necesitaba nada menos que esta misma divinidad.

Ninguna salida le queda, pues, á la incredulidad para evadir las imposibilidades de su sistema.

La conducta y la obra de Jesucristo se concuerdan de una manera desoladora para su razon, y no le dejan mas que la eleccion de las inconsecuencias, ó mas bien las acumulan para hacérselas devorar todas á las vez.

Inconsecuencia en ver un sabio por excelencia en un hombre que habia llevado la demencia ó la impostura hasta el punto de confundirse con la divinidad, fingir su poder, usurpar sus adoraciones y cesar sus sacrificios.

Inconsecuencia en ver un insensato ó un impostor en el autor de la mas pura y sublime moral que jamas se haya conocido, á quien el mundo civilizado venera como á un acabado modelo de perfeccion, como al tipo de la sabiduría y de la verdad.

Inconsecuencia en ver ambas cosas en una misma persona, y para evadirse de reconocer en Jesucristo á un Dios Hombre, ver necesariamente en él un sabio y un loco, un justo y un criminal.

Inconsecuencia, por último, en atribuir el triunfo mas prodigioso que en el mundo se ha visto, á una grosera impostura, que ademas de los obstáculos exteriores que hubiera tenido que vencer de una manera humanamente inexplicable, los habria llevado en sí misma que hubieran debido confundirla aun cuando todo hubiese concurrido á favorecerla.

De este modo se ve la incredulidad obligada á admitir sucesivamente y aun á la vez el sí y el no, el pro y el contra, la mentira y la verdad, la luz y las tinieblas, y á abrazarlas y unir las monstruosamente en su razon.

Pero esta razon rechaza al fin tantas inconsecuencias, y volviendo á su libre ejercicio, se asegura á sí misma que teniendo necesariamente que optar entre la divinidad y la impostura en Jesucristo, no puede vacilar en abrazar la creencia en su divinidad.

La divinidad en Jesucristo no se presenta rodeada de misterios.

La impostura en Jesucristo se presenta erizada de dificultades.

Los misterios que corresponden á la divinidad de Jesucristo son de la esencia de la misma divinidad, y pertenecen á un orden sobrenatural, que debe necesariamente envolverlos, y en el cual la razon debe admitirlos.

Los absurdos que en sí trae la impostura en Jesucristo, trastornan el orden natural de las cosas que mas pertenecen al resorte de la razon, y en el cual esta misma razon no puede admitirlos sin negarse á sí misma.

La incredulidad se figura hacer un acto de independencia rechazando la creencia en la divinidad de Jesucristo, y no repara en que no puede hacerlo sin caer desde luego bajo el yugo de la creencia en su impostura, mil veces mas costosa á la razon.

La cuestion no está en creer ó en no creer, sino en creer esto ó aquello.

Si creer es admitir lo que no comprendemos, es incontestable que no comprendemos la impostura en Jesucristo, y que en este sentido hay creencia como en el caso de admision de su divinidad.

Pero hay la enorme diferencia de que creer en la divinidad de Jesucristo es creer en lo que por su naturaleza *debe ser incomprensible*; en un fenómeno puramente divino; en lo que es simplemente superior á la razon sin contradecirla; en lo que, en una palabra, es del verdadero dominio de la creencia, porque no lo es del de la razon.

Creer empero en la impostura de Jesucristo, es resignarse á no comprender una cosa que por naturaleza *debe ser comprensible*: un fenómeno puramente humano; es cegar por antojo la razon y ponerla en entredicho consigo misma; mas que todo esto es admitir lo que se comprende muy bien; pero que *se comprende muy bien ser falso é imposible*, es ir contra las mismas luces de la razon.

El que la fé cristiana sea esencialmente racional, aunque su objeto sea incomprensible, consiste en que su contrario es absurdo.—A mas de que su objeto no es nunca tan incomprensible que no sostenga admirablemente por sí mismo su divinidad á los ojos de la razon.

Pondremos fin al presente estudio con una opinion célebre sobre la gran verdad que es su objeto, con la opinion de Napoleon sobre Jesucristo.

Todo el mundo sabe que al fin de su vida, y durante aquel intervalo que medió entre el trono y la tumba, aquel grande hombre, grande por la naturaleza y por la fortuna, y doblemente instruido por la prosperidad y los reveses, se ofrecia á sí mismo, desde el fondo de su destierro, el grande espectáculo de las cosas humanas, y que empleaba en juzgarlas aquella actividad que habia poco antes dispuesto de sus destinos. Desde la elevacion de su genio y de su fortuna, y á la distancia en que esta lo habia colocado de la escena del mundo como para hacerle conocer su perspectiva y dejarle ver con anticipacion los juicios de la posteridad, su escudriñadora mirada recorria el campo de la historia, y mirándose en él á sí mismo el primero, comparaba todas las grandezas con la suya, y se mezclaba familiarmente con las mas ilustres.

Una sola lo detuvo y le pareció tanto mas sobrehumana cuanto que lo excedia infinitamente. Celoso, no obstante, como uno de los mas orgullosos representantes de la humanidad, de no dejarse imponer por ella, pero colocado en una situacion en que no queria ver mas que la verdad, aplicó al juicio de esta singular grandeza toda la esperiencia que poseia de los hombres y de las cosas, y en particular la del arte del triunfo, que tantas veces habia empleado por sí mismo, y cuyos secretos habia agotado. Hizo mas: evocó todos los que habian sobresalido en este arte entre los hombres, y les pidió analogías para la solucion que buscaba. Mas todo fué pueril y vano: no tardó en conocer que no podia hacer ningun parangon, y que al lado del poder que queria juzgar, todo poder humano no era mas que nada; y él, que se conocia bien, y que conocia á los hombres, como el centurion del Calvario, pronunció que Jesucristo era Dios.

Hé aquí ese juicio por tantos títulos precioso, por su objeto, por su autor, por la ocasion y por el lugar en que fué pronunciado. Al leer sus razones

tan cabales, tan vigorosas, tan sensibles, parece uno sentir que esta es la única prueba en favor de Jesucristo, y que cualquiera entendimiento puede inclinarse y suscribir á la que se inclinaba el gran genio de Napoleon, vencido por la evidencia (1).

"... Es verdad que el Cristo propone á nuestra fé una serie de misterios. Manda con autoridad que creamos en ellos, sin dar mas razon para ello que estas tremendas palabras: *Yo soy Dios*.

"Indudablemente se necesita la fé para este artículo, del cual derivan todos los demas; pero una vez admitido el carácter de la divinidad en Jesucristo, la doctrina cristiana se presenta con la precision y la claridad del álgebra; es necesario admirar en ella el encadenamiento y la unidad de una ciencia.

"Apoyada esta doctrina en la Biblia, es la que mejor explica las tradiciones del mundo; las ilustra todas, y los demas dogmas se enlazan con ella como anillos sellados de una misma cadena. Convengo en que la existencia del Cristo es desde el principio al fin un tejido altamente misterioso; pero este misterio corresponde á las dificultades que son comunes á todas las existencias. Rechazadlo, y el mundo es un enigma; aceptadlo, y teneis una admirable solucion en la historia del hombre.

"El cristianismo tiene la gran ventaja sobre todos los filósofos y sobre todas las religiones, que los cristianos no se hacen ilusion acerca de la naturaleza de las cosas. No se les puede reprochar ni la sutileza ni el charlatanismo de los ideólogos, que han creído resolver el grande enigma de las cuestiones teológicas, con vanas disertaciones sobre sus grandes objetos. ¡Insensatos, cuya manía se parece á la de un niño que pretende tocar el cielo con las manos, ó que pide que le den la luna para su juguete ó curiosidad!

"El cristianismo dice sencillamente: *Nadie ha visto á Dios mas que Dios*. Dios ha revelado lo que él era; su revelacion es un misterio que no puede concebir ni la razon ni el talento. Pero supuesto que Dios ha hablado, es necesario creer en lo que ha dicho: esto es un excelente buen sentido.

"El Evangelio posee una virtud secreta, un no sé qué de eficaz, un calor que obra sobre el entendimiento y encanta al corazon; al meditarlo, experimenta uno lo mismo que al contemplar el cielo. El Evangelio no es un libro, es un ser vivo con una accion y un poder que invade todo cuanto se opone á su extension. Aquí está, sobre esta mesa, el libro por excelencia (y en esto el emperador lo tocaba con respeto): nunca me canso de leerlo, y todos los dias lo hago con igual placer.

(1) Esta opinion de Napoleon sobre Jesucristo se publicó en un libro escrito en 1841, acerca de las comunicaciones del general Montolon. Los periódicos lo han publicado posteriormente como un extracto de las memorias inéditas del general Bertrand, que era con Montolon interlocutor de Napoleon en la conversacion de este último sobre nuestro asunto. Cuando este juicio muchas veces y en circunstancias solennas, pasa generalmente por histórico. Por otra parte, no está toda su importancia en su autenticidad, sino en la fuerza de verdad que lo distingue y el carácter original que lleva impreso. Este último es lo que mejor prueba su autenticidad: es el hilo del ovillo.

"El Cristo no cambia, jamas vacila en su ensañanza, y hasta su mas mínima afirmacion está marcada con un sello de sencillez y de profundidad que cautiva al ignorante y al sabio, por poca atencion que le presten.

"En ninguna parte se encuentra esa serie de bellas ideas, de hermosas máximas morales, que desfilan como batallones de la milicia celestial, y que producen en nuestra alma el mismo sentimiento que experimentamos al considerar en una noche clara de verano, la extension infinita del cielo brillante con el resplandor de los astros.

"Esta lectura no solamente preocupa, sino que domina todo nuestro espíritu, y jamas corre el alma ningun peligro de estraviarse con semejante libro.

"Una vez dueño el Evangelio de nuestro espíritu, cautiva tambien nuestro corazon. El mismo Dios es nuestro amigo, nuestro padre y nuestro verdadero Dios. Ninguna madre se torna mas cuidadoso por el hijo que tiene á sus pechos. El alma, seducida por la belleza del Evangelio, ya no se pertenece. Dios se apodera de ella, dirige sus pensamientos y facultades, y ella es toda suya.

"¿Qué prueba de la divinidad del Cristo! Con un imperio tan absoluto, no tiene mas que un solo objeto, el mejoramiento espiritual de los individuos, la pureza de la conciencia, la union á lo que es verdadero, y la santidad del alma.

"Finalmente, y este es mi último argumento, no hay Dios en el cielo, si un hombre ha podido concebir y ejecutar con tan completo éxito el gigantesco designio de granjearse el culto supremo usurpando el nombre de Dios. Unicamente Jesus se atrevió á tanto. Solo él ha dicho claramente: *Yo soy Dios*, lo cual es muy distinto de esta afirmacion: *Yo soy un Dios*, ó de esta otra: *Hay Dioses*. La historia no hace mención de ningun otro individuo que se haya calificado á sí mismo con el título de Dios, en el sentido absoluto. La fábula no dice nunca que Júpiter y los demas dioses se hubiesen divinizado á sí mismos. Semejante conducta hubiera sido el colmo del orgullo, y una monstruosidad, una extravagancia absurda. Los deificó la posteridad y los herederos de los primeros déspotas. Siendo todos los hombres de una misma raza, pudo Alejandro llamarse hijo de Júpiter; pero toda la Grecia se burló de semejante superchería, y ni aun la apoteosis de los emperadores romanos fué jamas una cosa seria para los mismos romanos. Mahoma y Confucio se hicieron pasar simplemente por agentes de la divinidad. La ninfa Egeria de Numa no fué nunca mas que la personificacion de una inspiracion arraigada en la soledad de los bosques. Los dioses bramas de la India son una invencion psicológica.

"¿Cómo, pues, un judío, cuya existencia histórica se halla mas comprobada que todas las demas del tiempo en que vivió, él solo, hijo de un carpintero, se anuncia de repente como Dios, como el ser por excelencia, el criador de todos los seres; se arroga toda clase de adoraciones; edifica su culto por sus propias manos, no con piedras sino con hom-

bres? Las conquistas de Alejandro nos dejan estasiados. Pues bien: he aquí un conquistador que confisca en provecho propio, que une á incorpora á sí mismo, no una nacion, sino la especie humana. ¡Qué milagro! El alma humana con todas sus facultades se convierte en una cosa aneja á la existencia del Cristo.

“¿Y cómo? por un prodigio que sucede á todos los prodigios. Quiere el amor de los hombres, es decir, lo que hay en el mundo mas difícil de alcanzar: lo que un sabio pide en vano á algunos amigos, un padre á sus hijos, una esposa á su esposo, un hermano á otro, en una palabra, el corazón: esto es lo que para sí quiere; lo exige absolutamente, y en seguida se sale con la suya.—De esto infero yo su divinidad.—Alejandro, César, Aníbal y Luis XIV, con todo su genio, naufragaron. Conquistaron el mundo y no pudieron conseguir tener un amigo. En la actualidad acaso soy yo el único que ama á Aníbal, á César, á Alejandro.... El gran Luis XIV que tanto brilló en la Francia y en el mundo, no tenía ni un amigo en toda su monarquía, ni siquiera en el seno de su familia. Es verdad que amamos á nuestros hijos; pero, ¿por qué? Obedecemos en ello á un instinto de la naturaleza, á una voluntad de Dios, á una necesidad que los mismos animales reconocen y cumplen; pero ¿cuántos hijos hay que se muestran insensibles á nuestro cariño y á todos los cuidados que se les prodigan! ¿Cuántos hijos ingratos! General Bertrand, ¿os quieren vuestros hijos? Vos los queréis mucho á ellos, y sin embargo, no estais seguro de ser correspondido.... Ni vuestros beneficios, ni la naturaleza podrán inspirarles nunca un amor semejante al de los cristianos por su Dios. Si llegáis á morir, vuestros hijos se acordarán seguramente de vos mientras gasten vuestra fortuna; pero vuestros nietos apenas llegarán á saber si habeis existido.... ¿Y sois el general Bertrand! y estamos en una isla donde vos no tenéis mas distracción que vuestra familia!

“El Cristo habla, y las generaciones le pertenecen desde luego, por vínculos mas estrechos y mas íntimos que los de la sangre, por una union mas íntima, mas sagrada y mas imperiosa que cualquiera otra. Enciende la llama de un amor que apaga el amor propio, y prevalece sobre todo otro amor.

“A este milagro de su voluntad, ¿puede no reconocerse al Verbo, criador del mundo?

“Los fundadores de religiones ni siquiera tuvieron idea de ese amor místico que, bajo el bello nombre de caridad, es la esencia de todo el cristianismo.

“Esto sería porque no querían lanzarse contra un escollo: sería porque en una operacion semejante, *hacerse amar*, el hombre lleva en sí mismo el sentimiento de su impotencia.

“Por esto el gran milagro del Cristo es, sin contradicción, el reino de la caridad.

“Únicamente él consiguió elevar el corazón del hombre hasta lo invisible, hasta el sacrificio del tiempo: únicamente él creando esta inmolacion, supo crear un vínculo entre el cielo y la tierra.

“Todos los que creen sinceramente en él, experi-

mentan este amor admirable, sobrenatural, superior: fenómeno inexplicable, imposible á la razon y á las fuerzas del hombre; fuego sagrado, dado á la tierra por ese nuevo Prometeo, cuya actividad no puede gastar el tiempo, el gran destructor de todas las cosas, ni limitar su duracion.... He aquí lo que mas admiro yo, Napoleon, que he meditado sobre ella con frecuencia. Es lo que me prueba mas absolutamente la divinidad del Cristo.

“En otro tiempo he entusiasmado á millares que morían por mí. ¿No quisiera Dios que yo pretenda formar ningun parangon entre el entusiasmo de los soldados y la caridad cristiana, tan diferentes entre sí como la causa que los produce!

“Pero al fin y al cabo era indispensable mi presencia, la electricidad de mi mirada, mi acento, que yo pronunciara una palabra: yo encendía entonces en los corazones un fuego sagrado.... Es verdad: poseo un poder mágico que acalora la imaginacion; pero no puedo comunicarlo á nadie; ninguno de mis generales lo recibió ni adivinó de mí; no poseo tampoco el secreto de eternizar mi nombre y mi amor en los corazones, y de obrar prodigios en ellos sin el concurso de la materia.

“Ahora, mientras estoy en Santa Elena.... ahora que estoy solo y aislado en esta roca, ¿quién batalla y conquista imperios por mí? ¿Dónde están los cortesanos de mi infortunio? ¿Dónde están mis amigos? Sí, vosotros dos ó tres, cuya fidelidad os immortaliza, solo vosotros compartís y consoláis mi destierro!

(Aquí la voz del emperador tomó un acento particular de irónica melancolía y de profunda tristeza).

“Sí: nuestra existencia ha brillado con todo el resplandor de la diadema y de la soberanía; y la vuestra, Bertrand, reflejaba este resplandor como la cúpula de los inválidos, que hicimos dorar, refleja los rayos del sol.... Pero ha llegado la hora de los reverses, y poco á poco se ha ido borrando el oro. La lluvia de la adversidad y de los ultrajes, en que de continuo se me anega, se va llevando las últimas partículas. Ya no somos mas que plomo, general Bertrand, y pronto no perteneceremos ya mas que á la tierra.

“¿Este es el destino de los grandes hombres! Este fué el de César y de Alejandro: ser olvidados para siempre! El nombre de un conquistador ó de un emperador no sirve mas que de tema en los colegios. Nuestros grandes hechos caen bajo la fúrcula de un pedante que nos insulta ó nos alaba.

“¿Qué variedad de juicios no nos permitimos sobre el gran Luis XIV! Apenas habia acabado de morir este mismo gran rey, lo dejaron en el aislamiento de su alcoba de Versalles.... abandonado de sus cortesanos, y quizás hecho objeto de sus burlas. ¿Ya no era su señor! Era un cadáver, un ataúd, una sepultura y el horror de una inminente descomposicion.

“Esperemos un momento.—He aquí mi suerte, y lo que va á sucederme tambien á mí.... Ascendado por la oligarquía inglesa, muero antes de tiempo, y mi cadáver va á ser devuelto á la tierra para ser pasto de los gusanos.

"He aquí el destino muy cercano del gran Napoleón... ¿Qué abismo entre mi profunda miseria y el reino eterno del Cristo, predicado, amado, adorado, siempre vivo en todo el universo!... ¿Es esto morir? ¿No es mas bien vivir? Esta es la muerte del Cristo; esta es la de Dios."

Estos últimos pensamientos de Napoleón nos recuerdan la manera sublime con que traza la Santa Escritura los destinos mortales de Alejandro el Grande. Ya en el tomo segundo habíamos hecho una comparacion semejante con el destino de Jesucristo; pero estaba reservado á la gloria eterna de aquel á quien adoramos, que esta comparacion la hiciera un nuevo Alejandro, y que el mas colosal poder de los tiempos modernos se diese á sí mismo en prueba de nuestra fé. (1)

CAPITULO III.

LOS EVANGELIOS.

"El hombre nació mentiroso: la verdad es simple é ingenua, y él quiere lo especioso y lo que engalana; la verdad no le pertenece, viene del cielo formada ya, por decirlo así, y en toda su perfeccion; y el hombre no tiene aficion mas que á su propia obra, la ficcion y la fábula. Ved el pueblo: inventa, argumenta y ataca con groseria é indecencia; preguntada hasta al mas hombre de bien, si es siempre verdadero en sus discursos, si no se sorprende á veces en ciertos disimulos en que van necesariamente inherentes la vanidad y la lijereza; si para salir mas airoso no se le escapa con frecuencia el añadir á un hecho que esté contando una circunstancia que le falta. Sucede hoy una cosa delante de todos, y cien personas que la vieron, la cuentan en seguida de mil maneras distintas, y despues de todo, aun queda uno que si se le oye, la contará de un modo que no es conocido todavía: ¿qué crédito podrá, pues, dar á los hechos antiguos y distantes muchos siglos de nosotros? ¿Qué fundamento pueden prestarnos los mas graves historiadores? ¿Qué es la historia? ¿Es verdad que César fué asesinado en medio del senado, y que haya existido un hombre que se llamó César? ¿Qué consecuencia, me decía, qué dudas, qué exigencias! Os reis, no me juzgais digno de contestacion, y yo hasta creo que teneis razon.—Sin embargo, yo supongo que el libro que hace mencion de César no sea un libro profano, escrito por hombres falaces, encontrado por casualidad en las bibliotecas, entre otros manuscritos que contienen historias verdade-

(1) La divina figura de Jesucristo ha debido muchas veces ser objeto directo de nuestros estudios, porque todos van á parar á ella. Por esto la hemos contemplado bajo tres aspectos correspondientes á las tres partes de nuestro trabajo, filosófico,—teológico—é histórico.—Lo hemos hecho en la primera parte, en el capítulo de la *venida y del reino de Jesucristo*; en la segunda, en los dos capítulos sobre la *Redencion*, y en la tercera, en el presente capítulo sobre *Jesucristo*. Reuniendo estos tres estudios, puede tenerse un completo sobre *Jesucristo*; tan completo á lo menos como es posible á nuestra flaqueza relativamente á tan divino asunto.

ras ó apócrifas; que al contrario sea inspirado, santo, divino; que lleve en sí mismo estos caracteres; que se encuentre despues de dos mil años en una sociedad numerosa, que no haya permitido hacer en él durante todo este periodo la mas mínima alteracion, y que se haya hecho una especie de religion el conservarlo en toda su integridad; que haya ademas una obligacion religiosa é indispensable de prestar fé á todos los hechos contenidos en ese volúmen en que se habla de César y de su dictadura: confesadlo, Lucilo, vos dudareis todavía que haya habido un César." (2)

Con esta delicada ironia hacia justicia La Bruyère á los *espíritus fuertes*, respecto de la autenticidad y verdad de los Evangelios. Nos parece en efecto que á esto deberíamos limitarnos en esta materia. Esta es una cuestion de buen sentido y de buena fé. Si la examinamos de frente, no es única; la verdad del Evangelio *salta á la vista*, y el dicho vulgar, *verdadero como el Evangelio*, no es mas que el grito del sentido comun y de la verdad. La Bruyère y J. J. Rousseau lo han probado evidentemente. Léanse los pasajes de estos dos eminentes genios sobre la materia, y si despues de haberlo hecho, duda alguno todavía, es que está enfermo.

Efectivamente, la incredulidad en ciertos entendimientos es un achaque, y el querer curarlo por medio de pruebas sobre los detalles, es agravarlo lastimosamente. Antes agotarais el agua del mar que las objeciones que os presentara, pues vuestras mismas contestaciones le darán siempre lugar á otras nuevas, principalmente si estas contestaciones son fuertes y concluyentes. Cuando la incredulidad ha llegado á semejante estado, lo mejor que hay que hacer es abandonarle el terreno. Entonces empieza quizá á dudar de sí misma, y la verdad se presenta á recobrar sus derechos.

Al inconveniente de sobrecargar á la incredulidad, la argumentacion por detalles añade otro de no poca importancia; turbar la simple fé, haciéndole creer que su objeto es contestable y que esije un formidable aparato de pruebas y argumentos para poderse sostener; y tal que jamás hubiera dudado de la autenticidad del Evangelio, se hallará menos cimentado en su fé por la fuerza de las pruebas que le habreis dado, que dudoso por la idea de la necesidad que de ella tiene.

Tal fué poco mas ó menos el resultado de las fuertes apologías que los Houtteville y los Bergier opusieron al frénetico fanatismo de los incrédulos del siglo XVIII. Al leerlas en el dia, admiramos el candor de aquellos hombres generosos que en aquella época esperaban convencer por medio de buenas razones, que llevaban la defensa tan lejos como los ataques, y que hacian á estos últimos el honor de confundirlos punto por punto, mucho tiempo despues que ya no eran dignos de él.

¿Es esto decir que los despreciamos? ¡Ah! no: Dios lo sabe; no nos atreveríamos á decirlo. Únicamente deploramos la necesidad en que se encontra-

(2) La Bruyère, cap. de los *espíritus fuertes*.

ron de proceder así, y de sepultar tanta razon, tanto saber y tanto celo en una lucha de detalles, cuando el buen sentido de la posteridad y la imprescriptible fuerza de la verdad iban muy luego á hacerlas inútiles.

¡Cuán grande es nuestro reconocimiento por hombres semejantes! Merecieron tanto mas, cuanto menores fueron sus pretensiones; soportando todo el peso del dia y del calor, no dejaron que se arraigase ningun error, ninguna preocupacion, y conservaron el campo de la verdad libre de toda usurpacion, hasta el dia en que volvió ella á ocuparlo por sí misma;—demostraron á los talentos serios que los leen aún, que la fé cristiana es verdad; que bajo su aparente sencillez encierra todo un ejército de pruebas tan numerosas, y siempre mas fuertes que las objeciones; y que á cualquiera direccion que se escave en sus cimientos, en cualquiera punto que se le ataque, no podemos dejar de retirarnos confundidos;—en fin, templaron armas para las luchas venideras, y dignos sucesores de los *Orígenes*, de los *Cirilo* y de los *Eusebios*, prepararon á los *Julianos* y á los *Voltaires* futuras é indispensables derrotas.

Afortunadamente no nos encontramos nosotros en presencia de semejantes adversarios, y podemos hablar el lenguaje del sentido comun y de la simple verdad, seguros de que las exigencias de nuestros lectores no traspasarán los límites del buen sentido y de la buena fé.

En esta persuasion justificaremos, como hemos hecho hasta aquí, la verdad evangélica, valiéndonos de ratiocinios filosóficos y de argumentos morales, y apoyándonos en hechos, pero sin engolfarnos en ellos (1).

§ I.

Volviendo á tomar la posicion natural que corresponde á nuestro asunto, diremos desde luego:

He aquí los Evangelios: es decir, cuatro historias contemporáneas de la vida de Jesucristo; ¿por qué no hemos de creerlas verdaderas?

¿Os ha ocurrido jamas sospechar de la autenticidad de los anales de Tácito, de los comentarios de César? no por cierto. Pues bien, ¿por qué privilegio de desconfianza dais menos crédito á la autenticidad de los Evangelios?

¿Hay algun motivo para sospechar de esta autenticidad? ¿Se ha descubierto alguna prueba, algun indicio siquiera, que revele alguna suposicion ó alguna alteracion en estas historias? De ninguna manera. —¿Están desmentidas por otras historias contemporáneas ó en contradiccion con las circunstancias y las costumbres, en cuyo seno parecen haber sido escritas? Lejos de esto, se hallan en la mas perfecta concordancia con todas ellas.—Les falta acaso ese sello de vida y sinceridad que nos persuade en

las demás historias que admitimos?—¿Van, en fin, acompañadas de esa sospecha acusadora que nunca falta en las obras apócrifas? Muy al contrario: nunca libro alguno gozó de mas confianza; siempre fué tenido por la verdad misma, hasta el punto de hacer de él la base del juramento.

Encontrándose, pues, todos los caracteres de la autenticidad en este libro, ¿por qué, no diremos desconocerlo, sino solo ponerlo en duda?

Quisiéramos una razon, una razon plausible, menos que esto, una de esas razones cuestionables, por las cuales se ha podido pretender, por ejemplo, que el pasaje de *Josefo* relativo á Jesucristo, no pertenecia realmente á este historiador.

Pero no: sin ninguna sombra de razon provocan algunos escépticos esta cuestion y la resuelven, ó mas bien la cortan con un gesto, como si esos espíritus fuertes, que tantas pruebas exigen para todo, estuvieran dispensados de dar ellos ninguna.

Ellos son los que aquí deben dallas, y supuesto que niegan una autenticidad jamas puesta en duda, universalmente reconocida, deben presentar las razones de su incredulidad. Los Evangelios están en posesion de esta autenticidad: ¿se la arrebatarán ellos?

¿Queréis saber el sólido argumento por cuyo medio creen conseguirlo? Hélo aquí:—*Es posible que los Evangelios no sean auténticos, luego no lo son;—á este fundamento está la incredulidad reducida.*

Pero por muy mezquino que sea semejante fundamento, es fácil aniquilarlo y elevarlo hasta la posibilidad de que los Evangelios no sean auténticos. Nos reservamos hacerlo mas adelante, bastando por ahora el buen sentido para conocer su valor.

¿Qué buen sentido, en efecto, en que los Evangelios hubiesen podido sorprender de tal modo la fé del género humano! ¿que hubiese podido encontrarse una mano tan oculta, tan diestra, tan venturosa, para deslizarlos é introducirlos por todas partes, y hacerlos prevalecer hasta el punto de que no se hubiese podido saber jamas en dónde, cómo ni cuándo habria preparado su impostura! Si esto fuera posible, seria necesario dudar de todo, desaparecería la autenticidad histórica, y no quedaria en pié ningun libro, ningun documento; ó bien seria menester admitir para el solo libro de los Evangelios una suspension de las leyes de la verdad histórica, y acogerse para no creer en ellos, á un milagro mayor que todos los que se quieren evitar.

Y sin embargo, es tal la disposicion de ciertos espíritus, que rehusan todo crédito á ese santo libro, que basta citarlo para no ser creído, y en su concepto vale mas que él cualquiera libro pagano, por malo que sea. Hablamos del punto de vista histórico; pues por una nueva contradiccion, ese mismo libro, que no es mas que un tejido de fábulas en cuanto á los hechos, es todo de oro en cuanto á las ideas, y miran con un respeto solemne y entusiasta el objeto mismo de su soberbia y desdeñosa incredulidad.

No insistimos sobre este punto sino porque en él se han reconocido algunos espíritus de buena fé, pero irreflexivos, que no lo examinan bien, y opinan que es conveniente hacerlo resaltar.

(1) Tememos mucho faltar á nuestra palabra y ceder un poco á esa tentacion de detalles que acabamos de oír en cara á nuestros venerables antecesores. Pero hay la inmensa diferencia entre su posicion y la nuestra, que en ellos era la tentacion de la necesidad, y en nosotros la tentacion de las riguras.

Pero no basta hacerlo resaltar: es menester buscar su raíz, y nosotros creemos haberlo hecho del modo siguiente:

En sí mismo, y abstracción hecha de su objeto, el libro de los Evangelios no hubiera sublevado jamás á la incredulidad. Se le hubiera dado el mismo crédito que á cualquiera otro; hasta se hubieran descubierto en él condiciones de autenticidad muy particulares, únicas, y se hubiera enviado á casa de locos al primero á quien se le hubiera ocurrido que la historia que contiene fué inventada. Así se procedería en efecto, en nuestros días, con quien negase la existencia y los hechos de Sócrates y de César, menos atestiguados sin embargo que los de Jesucristo. —La diferencia, empero, consiste en que los hechos de Sócrates y de César son hechos naturales, y los de Jesucristo sobrenaturales; en que son exteriores y no exigen ningún sacrificio, y los de Jesucristo nos penetran, se apoderan de nosotros y nos obligan á imitarlos y seguirlos con la autoridad de un Dios. —Y entonces decimos [no sin una apariencia de razón, es verdad], un hecho natural y sin consecuencia es creíble y admisible por su naturaleza; y si llega á estar probado, la prueba trae consigo su admisión, porque por otra parte nada se le opone. Pero un hecho sobrenatural, un hecho cuyas consecuencias dominan y subyugan la razón y la voluntad, un hecho semejante importa consigo un obstáculo contra el cual se estrellan todos los rasgos de la evidencia natural de las cosas. Tiene uno derecho para exigir pruebas que estén á su altura, es decir, *sobrenaturales* como él. —La verdad del Evangelio no se apoya mas que en pruebas *naturales*, mil veces suficientes para un hecho natural, pero insuficientes para un hecho sobrenatural.

Esta es, si no nos equivocamos, la verdadera objeción.

Vamos á darle respuesta:

Es contradictorio querer en último resultado una prueba sobrenatural de un hecho de la misma especie; porque ¿qué podría ser esta misma prueba sobrenatural mas que otro hecho sobrenatural, que á su vez tendria necesidad de otra prueba sobrenatural, y así indefinidamente? Es claro, pues, que esto seria un círculo vicioso.

Por ejemplo, en prueba de su divinidad resucita Jesucristo á Lázaro. Esta resurrección es un hecho sobrenatural que prueba el poder sobrenatural de Jesucristo. —Pero este mismo hecho de la resurrección de Lázaro, ¿de qué otro modo se podría probar mas que por medio de una prueba natural? ¿Qué otra prueba podian tener de esta misma resurrección los que la presenciaron, sino la prueba de la vista, por la cual juzgaban de todos los hechos ordinarios de la vida?

La razón de esto es muy sencilla, pues consiste en que siendo el hombre el objeto de la prueba, es preciso que sea esta conforme á la naturaleza humana y que se le adapte, y por consiguiente que sea *natural y humana*, so pena de faltar á su objeto.

Es menester, pues, admitir necesariamente una prueba natural, como la única posible al hombre

para llegar á saber un hecho sobrenatural. Mas ó menos poderosa y directa, nunca esta prueba podrá ser mas, en definitiva, que una prueba simplemente natural.

Llegados á este punto, concebimos que deben ser grandes las exigencias de la razón; pero al fin y al cabo, por grandes que sean, deben tener un término bajo pena de ser irracionales, y este término no puede dejar de ser el mismo de la naturaleza de las cosas.

Por consiguiente, si la verdad de los Evangelios se halla tan bien probada como la naturaleza de las cosas la consiente, si en ella están todas las condiciones llevadas hasta su mas alto punto, si su medida está colmada y no queda lugar á la mas mínima duda legítima sobre esta materia, será preciso admitir los Evangelios.

Efectivamente, no podríamos sustraernos á ello, sino borrando la prueba histórica de la lista de las pruebas naturales, ó volviendo á decir que es necesario algo mas que una prueba natural.

Hemos visto ya que siempre es absurdo exigir mas que una prueba natural. Es por otra parte incontestable que cuando la prueba histórica es perfecta en su género, es una prueba natural decisiva que no puede desecharse sin nota de demencia. Por consiguiente, si en los Evangelios se encuentran todas las condiciones de esta prueba, será necesario admitirlos.

Desde el momento que se tiene la prueba, la prueba incontestable de un hecho, es racionalmente preciso admitirla. ¿Qué importa después que este hecho sea natural ó sobrenatural? ¿es por esto menos prueba la prueba en sí misma? ¿es acaso menos cierto por esto el hecho?

Convience, pues, no dejarse preocupar con lo que hay de sobrenatural en los hechos evangélicos, sino para exigir que su prueba sea tan perfecta como pueda *naturalmente* exigirse. Es menester no pasar mas adelante, so pena de incurrir en las inconsecuencias que acabamos de señalar.

Hé aquí la respuesta á la objeción que es la fuente secreta de la incredulidad en los Evangelios: es una incredulidad sin razón.

Hemos anticipado algo de lo que deberemos tratar mas extensamente en el capítulo sobre los *milagros*. Entremos ya en nuestro estudio sobre los *Evangelios*.

¿Es cierta su autenticidad?

Ya hemos visto que no hay nada que autorice dudar de ella, que es *notoria*, y que no hay mas motivo de sospechar de ella que de la de los monumentos históricos mejor probados.

Pero esto no es bastante; nosotros añadimos que en los Evangelios se hallan condiciones tales de autenticidad, que excluyen hasta la *posibilidad* de su suposición ó de su falsificación, y que esta autenticidad es *necesaria*.

§ II.

Empecemos reconociendo que en la actualidad están los Evangelios tan esparcidos por todo

el mundo, tan comprobados por el uso que de ellos se ha hecho, y tan consagrados por la veneración de la sociedad cristiana, que sería absolutamente imposible añadirles ni quitarles nada, de modo que semejantes alteraciones prevaleciesen sobre el verdadero texto recibido. Esto es incontestable. Los Evangelios gozan, aun bajo de este respecto, de un privilegio de conservación única, del cual carecen todos los demás libros (y lo que decimos de los Evangelios puede decirse de todo el cuerpo de las santas Escrituras). Ese privilegio se compone de dos elementos que se combinan de una manera maravillosa para darle una gran fuerza. El primero es la autoridad católica, que desde lo alto de la Iglesia vela sobre el sagrado depósito, y conserva su vigilancia y atestigua su integridad. Hacemos aquí abstracción de la infalibilidad de la Iglesia, y la miramos tan solo en su organización humana; pero á pesar de esto descubrimos en ella dos admirables medios de conservación de la verdad de las Escrituras: la autoridad que impide á la multitud el caer en error; y la multitud, que impide á la autoridad el caer en arbitrariedad. Si la autoridad quisiera llevar una mano arbitraria al cuerpo de las santas Escrituras, no podría, pues se lo impedirían los millones de miradas, la voz y la pluma de los que leen, cantan, explican, comentan y transcriben las Escrituras por todo el universo.—Por otra parte, esta multitud no puede estraviarse, engañarse ni adulterar en nada las santas Escrituras con el uso que de ellas hace, hallándose dirigida por una autoridad que guarda su depósito y defiende su integridad.

Sería menester admitir que la autoridad y la multitud se convienen para cometer una falsificación, lo cual sería manifestamente imposible, pues en este caso no habría á quién engañar, y la falsificación sería descubierta por su propia evidencia.

Admitamos empero este convenio imposible: aun en este caso se suscitaría un obstáculo insuperable, un testimonio incorruptible:—la herejía.

Efectivamente, la falsificación de que estamos hablando debería tener un objeto, sin lo cual es absolutamente increíble; este objeto no podría ser otro que engañar á alguno que debería ser distinto del mismo falsificador, distinto por consiguiente del catolicismo, que en dicho supuesto sería este falsificador. Ese uno á quien se querría engañar así, no podría ser otro que la herejía; y dejamos á nuestros lectores el pensar si esto sería posible. La herejía no reconoce mas autoridad que la de las Escrituras, concentra en ellas solas todas sus pretensiones y nos las opone sin cesar: ¿podríamos, pues, admitir que las dejase alterar por su eterna enemiga, la Iglesia católica, y alterarlas en perjuicio propio? ¿Qué hermoso texto sería de reconvención contra una Iglesia que la acusa de variación y de novedad, una novedad tan criminal! Evidentemente hay un obstáculo insuperable en la corrupción de las Escrituras por la Iglesia, y recíprocamente por la herejía; pues aunque la herejía esté interesada en esta corrupción, con motivo de la necesidad que tiene de justificar sus novedades, la Iglesia está demasiado interesada por su parte en confundir estas no-

vedades, para dejar pasar un medio semejante de justificación.

Observad además cómo bajo este punto de vista están admirablemente distribuidos los papeles; por un lado teneis á los judíos para el antiguo Testamento, y por otro, para el nuevo Testamento, á las herejías cristianas, y en el centro á la Iglesia católica, blanco de los ataques de unos y otras, y que vela sobre todos.

¿Cómo podrían tantos intereses encontrados prestarse á una falsificación del cuerpo de las Escrituras, común á todos? ¿Cómo puede admitirse que los judíos hubiesen dejado pasar la suposición de los Evangelios, que los confunden por su concordancia con las profecías? ¿Cómo creer que los cristianos dejaran pasar una alteración de las profecías, que en tan alto grado los interesa por esta misma concordancia? Y entre los cristianos, ¿cómo admitir entre la Iglesia católica de un lado, y las herejías de otro, cualquiera suposición cuyo objeto, siendo necesariamente lastimar á una de las dos, excitaría desde luego vivísimas reclamaciones?

Sin embargo, nosotros queremos admitir también este aumento de imposibilidad, y concedemos que en un momento dado, los católicos, sacerdotes y fieles, los herejes con sus infinitas sectas, y los judíos en su dispersión, hubiesen hecho una tregua solemne, y tan secreta, que la historia no hubiese podido consignar ningún vestigio de ella, y que el objeto de esta tregua hubiese sido falsificar las Escrituras de concierto y no sabemos con qué interés.

En este monstruoso caso de imposibilidad, habría habido todavía un enemigo común, que hubiera hecho abortar esa tentativa insensata y la hubiera cubierto de confusión: este enemigo es la incredulidad.

La incredulidad, á la cual oponemos por todas partes las Escrituras; esa incredulidad á la que nos dirigimos en este momento; tiene, sí ó no, interés en discutir las, en contradecirlas, en desacreditarlas y confundirlas? A la misma incredulidad toca decirlo. ¿Ha usado de este interés, de este derecho? Sí: ha usado y abusado de ellos hasta la hiel, hasta la sangre. ¿De qué modo, pues, se hubiera podido eludir ese encarnizamiento, ese odio irreconciliable? ¿Quién no ve, en fin, que la evidencia de semejante imposibilidad llega ya á su colmo?

Reunamos todo cuanto acabamos de decir, y tomémoslo en su último resultado.

1.º En la actualidad no se hallan las Escrituras tan solo en manos del papa, de los cardenales, de los obispos y de los sacerdotes diseminados por todo el universo, sino también en manos de la multitud innumerable de fieles católicos, y su uso en poder de tantos es tal, que es imposible toda falsificación, porque no podría provenir esta sino de una arbitrariedad por parte de la autoridad, ó de error por parte de los fieles; y porque son de tal naturaleza las relaciones de la multitud de los fieles con la autoridad de los pastores, que la multitud impide á la autoridad incurrir en arbitrariedad, y la autoridad impide á la multitud incurrir en error (salvo el privilegio de la infalibilidad, de que ahora no hablamos).

2° Admitiendo que esto fuera posible, quedaría todavía un nuevo obstáculo, pues las Escrituras no están solamente en manos de los católicos, sino también en las de los herejes, enemigos de aquellos, y en las de los judíos, enemigos de los cristianos, y sería preciso sorprender la vigilancia ó obtener la complicidad de todos los herejes y judíos, los cuales no podrían prestarse á ello sin sufrir grave detrimento, y por consiguiente sin abdicarse á sí mismos.

3° Finalmente, además de los católicos, de los herejes y de los judíos, quedan aún otros vigilantes de las Escrituras, y son los incrédulos, los cuales siempre en guerra con la fe, siempre atacando y siempre atacados, y atacados por las Escrituras, no las dejarían adulterar contra sí mismos, sin arrojar un grito tanto mas fuerte y terrible cuanto que esta vez sería el grito de la verdad.

He aquí lo que puede decirse de la situación actual de las Escrituras.

Pues bien:—fijos en lo que vamos á decir:—esta situación ha sido siempre la misma.

Siempre ha habido pastores y fieles en la Iglesia católica; siempre ha habido herejes y judíos fuera de esta Iglesia; siempre ha habido incrédulos además de los herejes y judíos, y siempre incrédulos, judíos, herejes y católicos han tenido á la vista y en su poder las mismas Escrituras; siempre, en fin, han estado respectivamente unos á otros en un estado de hostilidad esclusivo de toda colusión ó de toda tolerancia, para cometer ó sufrir la mas ligera suposición en un cuerpo de títulos que interesaban á todos igualmente.

Voltaire llama á las santas Escrituras el *legajo de la parte contraria*: está muy bien dicho. Este *legajo* no ha cesado de darse en traslado, desde el principio del proceso, á todas las partes que en él figuran contra nosotros, judíos, herejes ó incrédulos. Lo han tenido constantemente en su poder, nosotros mismos se lo hemos dado, y los hemos obligado á leerlo oponiéndosele. Le han dado mil vueltas para defenderlo ó atacarlo, lo han convertido en un propio *legajo* comentándolo, interpretándolo, y dándole tortura para sacar de él contra nosotros infinidad de inducciones falsas ó sacrílegas. Y ¿es este *legajo*, tan machucado por sus propias manos durante diez y ocho siglos, tan cargado de sus injuriosas objeciones, tan manchado por el veneno de su impiedad, que nos desechan en el día como sospechoso de inautenticidad?... No son ya *aceptables*, no lo fueron jamas, porque las Escrituras no se los han ocultado nunca; fueron escritas á su propia vista, á la vista de los judíos y de los paganos, que degollaban á sus autores, pero que no los desmentían.

A lo menos debería alegarse algo mas que una simple sospecha vaga é inarticulada, una pura alegación, menos que todo esto, una simple *posibilidad* de inautenticidad, porque esto y no mas es lo que se objeta contra los Evangelios.—Es burlarse abiertamente del buen sentido y de la verdad, el emitir semejante *sospecha* en presencia de la libre é incesante publicidad de discusión y exámen, de que

nuestras Escrituras han sido objeto desde el momento de su aparición. Si su autenticidad fuera realmente cuestionable, ya no sería una simple sospecha, sino una prenda contundente lo que contra ellas se produciría, puesto que su suposición no podría dejar de ser manifiesta. Pero por esto mismo no se presenta jamas una prueba semejante, porque lo que hace que semejante suposición no pudiera dejar de ser manifiesta, hace que sea absolutamente imposible.

Por último, lo que acaba de confundir á tan singular sospecha, es que los primeros incrédulos, judíos, herejes y paganos, en quienes la incredulidad se hallaba fortificada por preocupaciones de nacimiento y por razones de estado, y que no desplegaron ni menos obediencia ni menos habilidad contra el cristianismo que los incrédulos modernos, no la abrigaron nunca, nunca dudaron de la autenticidad de las Escrituras, y de los Evangelios en particular, y esto á pesar de haber hecho de ellos el campo común de sus discusiones, y á pesar de que, contemporáneos de su origen, hubieran estado en situación de desmentir su autenticidad si hubiesen podido; pero no lo hicieron nunca, ellos, que se atrevían, como hemos notado ya, á inmolar á sus autores. La verdad no puede jamas ser inmolada.

Páreseos que en todo cuanto llevamos dicho hasta aquí, hay lo suficiente para fijar á un entendimiento de buena fe. Lo hemos demostrado en primer lugar, que por lo mismo que no hay ningún motivo de sospecha contra la autenticidad de que están en plena posesión los Evangelios, era preciso admitirla, supuesto que tal es la regla sobre que descansan todos los fundamentos de la historia;—en segundo lugar, que los Evangelios están y siempre han estado en tales condiciones de controversia y de discusión, que la simple *posibilidad* de su suposición ó alteración es radicalmente inadmisibile; que al menos se debería aducir una prueba evidente de semejante suposición, porque no habria podido dejar de ser manifiesta; pero que no se hace ni puede hacerse, porque lo mismo que habria puesto á esta suposición de manifiesto la hacia imposible.

Podríamos limitarnos á estas consideraciones generales y mantenernos en la defensiva, pues tenemos en nuestro abono la fuerza de los argumentos morales, fuerza que no obliga menos que la de los hechos, es aun mas rigurosa hasta cierto punto, y es siempre eminentemente legítima y justa cuando no tiene que combatir mas que contra argumentos de la misma naturaleza. Además, ¿no es un hecho, y un hecho muy grande, la *posesión universal de autenticidad* de que gozan los Evangelios? ¿No es también un hecho, y un hecho muy grande, la *ausencia de todo hecho contrario*, principalmente en la ventajosa posición en que se hallaría el incrédulo de revelarlo si en efecto existiese? ¿No es un hecho, y un hecho muy grande, el haber estado siempre los Evangelios en poder de nuestros adversarios, judíos, herejes ó incrédulos, el haber sido escritos á la vista de todos ellos, y el no haberlos ocurrido á pesar de esto poner en duda su autenticidad hasta en los siglos posteriores? Estas

son las sencillas, pero profundas bases sobre que hemos elevado nuestra argumentacion: es, pues, completa, ya por lo que respecta á los hechos, ya tambien por lo relativo al raciocinio.

Sin embargo, queremos llevarla un poco mas lejos. Tomando en una mano la antorcha de la historia, y en la otra la de la crítica, vamos á hacer palpar la autenticidad é integridad de los Evangelios, manifestando que en todas épocas y desde su origen han sido lo mismo que son en la actualidad, tales como salieron de la pluma de sus autores. La autenticidad de los Evangelios no será solamente notoria y necesaria, sino que será ademas manifiesta.

§ III.

Sentemos una regla.—Los Evangelios, incontestables, son sin embargo contestados: esto es lo que se ha de comprobar.—Para efectuar esta comprobacion, tomemos títulos y escritos, no solamente incontestables, sino incontestados y reconocidos por todas partes como auténticos y verídicos;—comparamos los Evangelios con esos escritos, y véamos lo que estos últimos dicen de ellos.—La regla es segura y jurídica; y si vemos que los Evangelios son reconocidos y aprobados en esos documentos de comparacion incontestados, será necesariamente indispensable reconocer que participan de su autenticidad y que no pueden haber sido objeto de una suposicion posterior.

Como es inútil limitarse á los tiempos en que los Evangelios eran evidentemente reputados auténticos por todas partes, y como todas las dificultades imaginables respecto de ellos se refieren á los tiempos primitivos, trasladémonos desde luego á esos tiempos primitivos.

—El primer monumento que se presenta es la Historia Eclesiástica de Eusebio, escrita por los años de 324.—Haciendo este historiador el catálogo de los libros sagrados, pone en primer lugar los cuatro Evangelios (de San Mateo, San Márcos, San Lucas y San Juan), los Hechos de los apóstoles, las Cartas de San Pablo, la primera de San Juan, y la primera de San Pedro. “He aquí, dice, los que están admitidos por un consentimiento universal.” (1) Este testimonio es positivo, nadie lo ha puesto nunca en duda, y de él resulta que á principios del siglo IV los Evangelios estaban en posesion de la misma reputacion de autenticidad que en nuestros dias. Tenemos, pues, demostrado á lo menos, que no fueron supuestos desde esta época.

—El segundo testimonio notable que se presenta en seguida, marchando hácia atrás, es Orígenes, cuyos escritos deben colocarse en el año 200, un siglo antes de Eusebio.—Al principio de su comentario sobre San Mateo, dice aquel gran doctor que ha aprendido por la tradicion que hay cuatro Evangelios, los cuales son los unicos recibidos sin contestacion en toda la Iglesia de Dios que esta debajo del cielo: *que sola in universa Dei Ecclesia que sub celo est, citra controversiam admittun-*

ter, el de San Mateo, el de San Márcos, el de San Lucas y el de San Juan. (2)—¿Qué prueba mas brillante de la autenticidad de los Evangelios! Dos siglos tan solo despues de Jesucristo, un siglo despues de la emision de los Evangelios (San Juan vivió cien años, y escribió el suyo al fin de su vida), los vemos admitidos en todas partes, sin sombra de dificultad, tan acreditados como en nuestros dias. ¿Se puede admitir una suposicion, no diremos posterior, pero ni siquiera anterior? No queda lugar á una suposicion semejante.—Por otra parte, no citamos el testimonio de Orígenes sino como una *mira*, pues podriamos indicar otros mil que le son contemporáneos. En los escritos de aquel tiempo se ve que los Evangelios eran citados, comentados y discutidos por todas partes; toda la Iglesia propagada por el universo (*universa Ecclesia*) está llena de los sonidos de la voz apostólica, y esto en presencia del mundo pagano, que lo reprueba, pero que no lo desmiente.

—Antes de Orígenes encontramos á Tertuliano, que arguye á los herejes con los escritos apostólicos y con su crédito universal. “Vemos lo que recibieron de Pablo los corintios y los galatas, lo que leen los filipenses, los tesalonicenses y los efesios, lo que dicen los romanos á quienes Pedro y Pablo dejaron un Evangelio sellado con su sangre. Tenemos ademas las Iglesias fundadas por Juan: aunque Marcion no quiere admitir su Apocalipsis, la sucesion de los obispos que se remonta hasta el origen, se detiene en Juan como en su autor. Así es como se reconoce el origen de todos los demas libros. No son solo las Iglesias apostólicas, sino todas las Iglesias que están unidas á ellas por el vínculo de una misma fé, quienes poseen el Evangelio de San Lucas, desde su nacimiento (3).”—Tertuliano habla mas particularmente del Evangelio de San Lucas, porque este era el que se oponia mas terminantemente á las novedades de Marcion.—Por lo demas, designa, caracterizándolos perfectamente, los cuatro Evangelios, de los cuales dos son de los mismos apóstoles (Juan y Mateo) y los otros de sus discípulos (Márcos y Lucas): “Se nos enseñó la fé, de entre los apóstoles, por Lucas y Márcos: *nobis fidem ex apostolis Joannes et Mathaeus insinuant; ex apostolicis Lucas et Marcus instaurant.*” (4) ¿Se quiere algo mas preciso y formal? Estamos casi en el primer siglo, y todas las Iglesias esparcidas por el universo, poseen el mismo Evangelio.

—Acerquémonos todavía mas á este primer siglo, á ese siglo que vió morir á San Juan y que lo vió escribir su Evangelio. He aquí un discípulo póstumo de este apóstol, San Ireneo, educado por Policarpo, que habia sido discípulo de San Juan: por cierto que debemos torar ya á la época de la suposicion de los Evangelios, ó no ha habido jamas tal suposicion. Si se atrevian á producirlos, debia ser tímida y clandestinamente, ó se levantarían de todas partes contra ellos reclamaciones, críticas á lo menos, sobre todo por parte de los enemigos del

(2) *Comment. in Matt.*, p. 203.

(3) *Contra Marcion*, lib. IV, cap. 5.

(4) *Id.* *id.* cap. 2.

(1) *Hist. eccl.*, L. 3, cap. 25.

cristianismo, entonces tan ardientes y numerosos: "Es tal, dice San Ireneo, la certidumbre de nuestros Evangelios, que los mismos herejes dan testimonio de ellos, y sacan de ellos autoridades para confirmar su doctrina. Los ebionistas, que se sirven de solo el *Evangelio segun San Mateo*, pueden convencerse por este mismo Evangelio, que abriga sentimientos erróneos acerca de nuestro Señor. Marción, que quita muchas cosas al *Evangelio segun San Lucas* y blasfema contra Dios, puede ser refutado por los pasajes que él mismo ha conservado. Los que distinguen á Jesus del Cristo, diciendo que Jesus sufrió pero que el Cristo permaneció impassible, podrían corregirse, si leyeran con sentimiento de verdad el *Evangelio de San Marcos*, que admiten: los discípulos de Valentino admiten el *Evangelio de San Juan* en toda su integridad, *plenissime utentes*: es, pues, fácil probarles que no dicen mas que falsedades. . . . Y supuesto que los que nos contradicen admiten los Evangelios, y se sirven de ellos, las pruebas que nosotros aducimos contra ellos de los mismos Evangelios, son ciertas é invencibles" (1). Y en el siglo XVIII se han atrevido á poner en duda una autenticidad tan brillante é invencible en el primero!

—Pero entremos en ese primer siglo,—pues es necesario conducir la incredulidad hasta los pies de la verdad y hacérsela mirar de frente.—San Justino, filósofo pagano, convertido y martirizado en el año 167, que durante sus viajes habia visitado todas las Iglesias del Oriente, y que escribía cincuenta ó sesenta años despues de San Juan, espone en la apología que dirige al emperador Antonino, las principales prácticas entonces en uso entre los cristianos. Entre otras leemos la que sigue: "El día del sol (el domingo) como lo llaman, todos los que habitan en los poblados y los campos se reúnen en un mismo lugar, y se leen las Memorias de los apóstoles [*Comentaria Apostolorum*] ó los escritos de los profetas, segun el tiempo de que hay que disponer. Cuando el lector ha concluido, el que preside pronuncia un discurso para exhortar á la imitación de aquella sublime doctrina, &c." Sigue lo restante de las prácticas de la misa, tales como las vemos aún en el día en nuestras iglesias católicas (2). —Por estas palabras: *Memorias de los Apóstoles*, San Justino designa claramente los Evangelios, y se explica mas adelante del modo siguiente: "Los apóstoles, en sus Memorias, que se llaman tambien *Evangelios* &c. (3)." —He aquí, pues, el uso de la lectura de los Evangelios en las asambleas de los cristianos, notoriamente acreditado y puesto en práctica desde el principio del segundo siglo, lo cual prueba evidentemente que dicho uso se remontaba mucho mas, y por consiguiente que se hallaba establecido ya en el siglo primero, es decir, en vida y por las manos de los mismos apóstoles. Ahora preguntaremos: ¿qué le queda á la hipótesis de que los apóstoles no habian sido realmente los autores de los Evangelios? . . . —Por lo demas, no es permiti-

do poner en duda la perfecta identidad de aquellos Evangelios de que habla San Justino con los Evangelios de San Mateo, San Juan, San Lucas y San Marcos, aun cuando no los nombre; porque él mismo, en la primera parte de dicha apología, y particularmente en los largos párrafos 15 y 16, transcribe sus principales pasajes, con el objeto de hacer conocer su sublimidad á los paganos: pasajes que están tomados indistintamente en los cuatro Evangelios, y que se encuentran en ellos palabra por palabra.—Si en esto no hay evidencia, ¿dónde la puede haber?

—Sin embargo, pasemos mas adelante:

San Ignacio, *contemporáneo y discípulo de San Juan*, dice que recurre al *Evangelio como á la carne de Jesucristo*, y á los apóstoles como al *presbiterio de la Iglesia* (4), designando claramente con esto las dos partes del Nuevo Testamento. Si el Evangelio hubiese sido apócrifo, ¿lo hubiera aquel santo ignorado? ¿hubiera hablado de él de esta suerte?

Ademas, en sus cartas á los de Esmirna y de Efezo, cita varios pasajes del mismo Evangelio.—Lo mismo se nota en otros padres del siglo primero, como San Bernabé, San Clemente y San Policarpo, todos discípulos inmediatos de los apóstoles: en sus cartas á los fieles de sus Iglesias hay muchísimas citas, sacadas de nuestros Evangelios (5). Es verdad que estas citas no se encuentran á veces al pie de la letra, pero su sentido es siempre perfectamente idéntico. Esos padres citaban de memoria; por esto notamos esa diferencia, y la prueba está en que las otras citas que hacen del Antiguo Testamento presentan el mismo carácter. No puede dudarse que hacen uso del Evangelio y no de la simple tradición, pues muchas de sus citas, bastante largas, se encuentran literalmente en nuestros Evangelios y con frecuencia se parecen á ellos: *Así quippe Dominus in Evangelio:—alia quoque scriptura ait:—sic ut scriptum est, &c.*

Creemos haber llevado á su colmo la prueba de la autenticidad de los Evangelios, pues desde el siglo IV nos hemos ido remontando paso á paso hasta el corazón del primero, hasta los pies de los apóstoles, y hemos visto los Evangelios constantes é incontestablemente reconocidos por auténticos, universalmente admitidos como obra de los testigos de la vida de Jesucristo, cuyos nombres llevan.—A menos de habérselos visto escribir, no se puede imaginar nada de mas cierto.

—Pues bien: vamos á vérseles escribir. No queremos negar á la incredulidad este último gusto, y ya que ha negado la evidencia, queremos presentársela hasta la saciedad.

Si hay en toda la antigüedad un documento histórico que sea auténtico y sobre el cual pueda cualquiera apoyarse, es seguramente el libro de los *Hechos de los Apóstoles*. A nadie hasta ahora se le ha ocurrido contra este documento la mas ligera sospecha. El sabio é imparcial M. Guizot, al re-

(1) San Ireneo, lib. III, cap. 2, núm. 7.

(2) Justino. 1ª Apolog., núm. 67.

(3) Id. id., núm. 66.

(4) *Ad Philadelph.* núm. 5.

(5) Menos del de San Juan, que todavía no estaba escrito.—Véase á Bergier en su *Certidumbre de las pruebas del cristianismo*.

tificar en su traducción de Gibbon la simple omisión que este historiador, hostil al cristianismo, había cometido del testimonio de esta historia, en lo tocante á las primeras persecuciones de los cristianos, se expresa así: "El único medio de justificar semejante omisión era atacar la autenticidad de los Hechos de los Apóstoles; porque si son auténticos, es absolutamente necesario consultarlos y apoyarse en ellos: los tiempos antiguos nos han legado poquísimas obras cuya autenticidad esté tan bien comprobada como la de los Hechos de los Apóstoles: (Véase á Lardner's *Credibility of the Gospel's history*, parte 2). Por consiguiente Gibbon no tuvo ningún motivo para guardar silencio respecto de los escritos de San Lucas, aunque esta laguna no deja de tener su importancia." (1)

Los Hechos de los Apóstoles empiezan así:

"He hablado, oh Teófilo, en mi primer discurso, de todas las cosas que Jesús comenzó á hacer y enseñar, hasta el día en que después de haber instruido por el Espíritu Santo á los apóstoles que había escogido, fué recibido arriba."

Tenemos, pues, que la misma pluma que escribió los Hechos de los Apóstoles, cuya autenticidad está incontestada, escribió todo lo que Jesucristo hizo y enseñó, es decir, un Evangelio, y esta pluma es la de S. Lucas. Luego el Evangelio de S. Lucas es auténtico. Es menester convenir en esto ó declararse contra los *Hechos de los Apóstoles*, es decir, contra lo mas auténtico que los tiempos antiguos nos legaron.

Pero hay mas:

A su vez el Evangelio de S. Lucas empieza así: "Ya que muchos han intentado poner en orden la narración de las cosas que entre nosotros han sido cumplidas, como nos las contaron los que desde el principio las vieron por sus ojos, y fueron ministros de la palabra, me ha parecido tambien á mí, después de haberme muy bien informado cómo pasaron desde el principio, escribírtelas por orden, oh buen Teófilo, para que conozcas la verdad de las cosas en que has sido instruido, &c." (2)

Concuerda esto perfectamente con los Hechos de los Apóstoles para hacernos ver la misma pluma, el mismo autor, la misma obra hasta cierto punto, pues el Evangelio es llamado por el autor de los Hechos *mi primer libro*, y vemos en efecto que este primer libro lleva la misma dedicatoria, y justifica por su introducción la referencia que tiene con él la introducción de los Hechos de los Apóstoles.—Hay mas: así como los Hechos de los Apóstoles se refieren al Evangelio de S. Lucas, el Evangelio de este santo se refiere á su vez á otros Evangelios preexistentes (*Ya que muchos han intentado poner en orden, &c.*), y completa con esto la certidumbre de todos nuestros Evangelios.

Los Hechos de los Apóstoles forman de este modo la base inmediata de la certidumbre evangélica. No consienten que se diga que los Evangelios fueron compuestos después de la toma de Jerusalem y

de la dispersión de los judíos, en una época en que no habían quedado ya testigos oculares que pudieran contradecir á los apóstoles, pues se hace mención en ellos de muchos hechos cuyo teatro había sido el templo de Jerusalem, y en esto los Hechos están tambien de acuerdo con la carta de S. Clemente, en que se habla, número 41, del ejercicio de la religion judaica en el templo de Jerusalem como de una cosa todavía existente, y en que se encuentran al mismo tiempo citas de los Evangelios de S. Mateo, S. Marcos y S. Lucas.—Debemos ademas tener presente que en los Hechos de los Apóstoles la escena no pasa solamente en Judea, sino en Antioquia, en Chipre, en Asia, en Macedonia, en la Acaya y en Roma: es una historia general contemporánea, escrita en presencia del mundo entero, y que debía encontrar por todas partes testigos capaces de juzgar de la verdad ó falsedad de los hechos referidos por el historiador. Recibida por todas partes desde su origen, merece, pues, esta historia, hasta el mas alto grado, la reputación de autenticidad de que disfruta, y por consecuencia importa la de los Evangelios de que hace mención.

Por fin, tenemos otros documentos no menos auténticos é igualmente inmediatos, que deponen con toda claridad de la certidumbre evangélica: las *Cartas de los Apóstoles*. ¿Quién se atrevería á desochar esas cartas dirigidas á todas las naciones de la tierra, á los romanos, á los efesios, á los galatas, á los partos, á los hebreos de la Palestina, á los judíos dispersos y á las doce tribus; esas cartas recibidas, guardadas y solemnemente leídas en *sus propios originales* durante tanto tiempo por los diferentes pueblos del mundo, que veían en ellas las *cartas* de su fé? "Si quereis satisfacer una laudable curiosidad, escribía Tertuliano en el siglo III, recorred las Iglesias católicas, en las que todavía se conservan en los mismos sitios las sillas de los apóstoles, y en las cuales, al oír la lectura de sus propias cartas originales (*apud quas ipse authenticæ litteræ recitantur*), os figurareis estar viéndolos á ellos mismos y escuchar el sonido de su voz, &c." (3)

Estas cartas, lo mismo que los Hechos, suponen siempre los Evangelios, los citan ó aluden á ellos; están impregnados, ó por mejor decir, son los mismos Evangelios predicados, y si los Evangelios no existieran, podrían servirnos de tales. Por consiguiente, cuando la incredulidad ataca la autenticidad de los cuatro Evangelios, á mas de que choca contra la evidencia, deja subsistir toda la verdad que quiere destruir, á saber, los hechos sobrenaturales de la vida de Jesucristo y su doctrina. Esta verdad resulta lo mismo de los Hechos de los Apóstoles y de sus Cartas, que de los Evangelios. Para que el incrédulo pudiera lograr su objeto, sería preciso que destruyese no solo la autenticidad de los cuatro Evangelios, sino tambien la de los Hechos de los Apóstoles, el libro mas auténtico que nos legaron los tiempos antiguos. Si alguno no se horrorizase todavía á vista de semejante exceso, sería preciso pasar mas adelante, llevar la temeridad hasta poner en duda

(1) *Historia de la decadencia del imperio romano*, tomo III, pág. 147, nota; edición de 1825.

(2) Traducción del P. Saiz.

(3) *Tratado de las Prescripciones*, núm. 36.

las Cartas de S. Pablo, y por fin, no dejar ninguna autenticidad á las de S. Pedro ni á las de S. Juan; porque de otra manera no se llegaría á probar nada contra la causa cristiana, que se sostendría con toda su fuerza.—Las escrituras del Nuevo Testamento se hallan en efecto enlazadas entre sí con tan estrecho nudo, con una relación tan íntima, que no es posible dejar de admitirlas todas como auténticas ó desechárlas todas como supuestas. Pero ¿por qué? direis acaso. Porque en todas se encuentran los mismos hechos y los mismos dogmas. Porque el libro de los *Hechos* contiene todo lo que hay de esencial en la historia de los Evangelios, á los cuales se refiere necesariamente. Porque las Cartas de S. Pablo son ininteligibles si anticipadamente no admitis los Evangelios y los Hechos. Porque las Cartas de S. Pedro, de Santiago y de S. Juan se refieren claramente á las de S. Pablo. Y para decirlo todo de una vez, porque no hay ninguna, ni siquiera la de S. Júdas, á pesar de ser tan corta, que no contenga todo cuanto tiene el cristianismo de fundamental, ya sea en los milagros, ya en la doctrina. En esto cabe, pues, elección, porque lo que fuese exceptuado haría revivir todo lo demás. La incredulidad debe, por consiguiente, mirar si para sostener su empresa, se atreve á tentar lo que hasta aquí y en el desvanecimiento de sus mas audaces temeridades no habia aún imaginado: defender que es falso todo el cuerpo del Nuevo Testamento, y atacar la autenticidad de las Cartas y de los Hechos lo mismo que la de los Evangelios.

—Pero mientras esperamos que se decida, terminaremos la cadena de nuestra demostración, corroborando la autenticidad de los Evangelios con el testimonio de los herejes y de los paganos.

Las primeras herejías se levantaron en la Iglesia inmediatamente después de la muerte de los apóstoles; luego los libros del Nuevo Testamento, sobre los cuales procuraban apoyarse, existían en tiempo de los apóstoles, y por consiguiente son auténticos.—Aquellas herejías no atacaban la autenticidad de las Escrituras; al contrario, les rendían una solemne testificación al intentar plegarlas á sus doctrinas particulares. “Evita las Escrituras (dice Tertuliano hablando del hereje Valentino, que apareció en Roma bajo el pontificado de S. Higino, el año 141 de nuestra era) y trata de concordarlas con sus errores, cambiando la significación de los términos.”

Heracleo y Ptolomeo dogmatizaban al mismo tiempo que Valentino. El primero habia escrito unos comentarios sobre el Evangelio de San Lucas y de San Juan, y el segundo cita con mucha frecuencia los Evangelios en una carta á Flora.

Los gnósticos, cuyo origen se pierde en los tiempos apostólicos (1), se resistieron á admitir los libros del Nuevo Testamento, y pretendían que los apóstoles habian tenido una doble doctrina, una pública, grosera y conforme á las preocupaciones de los que los escuchaban, contenida en los libros del

Nuevo Testamento, y otra secreta y mas pura, de la cual solamente los gnósticos, esto es, los perfectos, tenían conocimiento.—Nótese bien la fuerza de este testimonio: he aquí unos herejes que se rebelan contra toda la doctrina consignada en los Evangelios, y que pretenden ser herederos directos y privilegiados de otra doctrina mas apostólica. Atacan no solo la doctrina, sino los hechos, pretendiendo que todos los actos de la vida y muerte de Jesucristo, y la misma persona de su humanidad, no fueran reales, sino fantásticos y aparentes. Es claro que deben tener el mayor interés en descartarse de las Escrituras atribuidas á los apóstoles, porque les son directa y completamente contrarias. Decir que estas Escrituras no son de los apóstoles, es lo primero que debia ocurrírseles á quienes pretendían que lo que en ellas se contenía no era de los apóstoles. Pero no: es tal la evidencia de la autenticidad de estas mismas Escrituras, que se ven obligados á recurrir al singular sistema de que los apóstoles hubiesen tenido dos doctrinas, una engañosa para el pueblo, que habian consignado en sus libros, y otra real para los perfectos, que habian confiado á una tradición secreta, y de que prestándose los mismos hechos á esta doble doctrina, habrían aparecido ser lo que no habian sido nunca. ¿Puede desearse un testimonio mas evidente en favor de la autenticidad de los Evangelios, que este rarísimo sistema, inventado en una época tan próxima á su publicación?

Con razón, pues, deducía San Ireneo de las primeras herejías la ventaja que oponemos ahora nosotros á la incredulidad: “La autoridad de nuestros Evangelios se halla tan bien probada, que los mismos herejes dan testimonio de ella.... Nuestra doctrina es, pues, muy cierta, ya que está apoyada en los libros que nuestros mismos adversarios justifican con su confesión.” (2)

Pero la incredulidad pagana, mas libre de toda prevención cristiana, mas interesada y mas audaz contra el cristianismo que la herejía misma, ¿habría acaso lanzado uno solo de esa multitud de dardos que por todas partes buscaba contra la autenticidad de los Evangelios, base fundamental de nuestra fe? No: y creemos que este testimonio es muy decisivo, y que él solo habria podido dispensarnos de todos los demás.

No tuvo la idolatría defensores mas hábiles, ni el cristianismo mas encarnizados enemigos que Celso, Porfirio y el emperador Juliano. Todos cuantos recursos pudieron proporcionarles la filosofía, el conocimiento de la historia, la elocuencia, el talento y la malignidad, lo emplearon en defender el culto de los dioses falsos y en destruir el de Jesucristo; y M. Chateaubriand hace observar con razón, en sus *Estudios históricos*, que la incredulidad moderna no es mas que plagiaría suya, y que todo lo de Voltaire se encuentra en Juliano.

Pues bien: esos famosos incrédulos, dignos representantes de todos sus sucesores, que todo lo han atacado en el cristianismo, valiéndose de todos los

(1) S. Pablo alude á ellos en su primera carta á Timoteo cap. 6, v. 20.

(2) San Ireneo, lib. III, cap. 2, n. 7.

medios, nada adelantaron contra la autenticidad de las Escrituras. Son estas la única cosa que no se atrevieron á tocar y que admitieron necesariamente. Vemos que la tasean, por decirlo así, como un freno, y que la cubren de espuma; pero esto mismo prueba que la reconocen y atestiguan.

El mas antiguo de los tres, Celso, que escribía en 170, es conocido por su lucha con Orígenes. Desde el principio de su obra declara él mismo que ataca á los cristianos con conocimiento de causa, y que no ignora ninguna de sus pruebas: *novi enim omnia* (1). No pudiendo recusar la autenticidad de los Evangelios, se prevale singularmente del de San Mateo; sigue sumariamente su historia y la comenta injuriosamente. Todos sus dardos están fraguados aquí. Opone las genealogías del Salvador; dice que nadie vió sus milagros mas que sus discípulos, y que todos los *exajeraron mucho*, etc. Es inútil entrar en mas detalles.

Porfirio, que escribía á mediados del siglo tercero, publicó contra el cristianismo un tratado que los paganos veneraban como divino. La mayor parte de las objeciones de este filósofo estaban sacadas de los libros del Nuevo Testamento. Por ejemplo, reprochaba la imprudencia de los apóstoles, que habían seguido al Salvador á su primera invitación. Se burlaba de los evangelistas que, por una hipérbole ridícula, escribieron, decía él, que Jesucristo había hecho caminar á Pedro sobre las aguas del mar, á pesar de no haberse entonces mas que del lago de Jenezareth, etc.

Juliano, en fin, que vivía á mediados del siglo cuarto, que por consiguiente había podido recoger todos los argumentos forjados durante cuatrocientos años contra el cristianismo, y añadirles todos los que este alejamiento podía ya favorecer contra la autenticidad de sus orígenes; Juliano, que en su calidad de *apóstata* reunía el doble conocimiento y la doble experiencia de un pagano y de un cristiano; Juliano, en fin, cuyos ataques debían ser tanto mas osados cuanto que salían de una mano *imperial*, y que había jurado confundir al *Galileo*: Juliano, sin embargo, no habla jamas de los Evangelios ni de los otros libros del Nuevo Testamento, sin atribuirlos á los apóstoles cuyos nombres llevan. Ya cita pasajes sacados de las cartas de San Pablo, como él mismo dice; ya recuerda, segun San Lucas y San Mateo, palabras textuales de Jesucristo, y algun ruego de su historia. Confiesa que Jesucristo curó en ciertos sitios de la Judea, á cojos, sordos y ciegos. Por fin, cuando prohíbe á los cristianos enseñar las bellas letras y explicar los poetas: *Vayan, dice, á explicar el texto de Lucas y de Mateo en las asambleas de los galileos* (2).—Pero donde queda en evidencia la confesion de este óslebre impío, y se le ve morder el freno de la certidumbre evangélica, es en el siguiente pasaje: “Ni Pablo, ni Mateo, ni Lucas, ni Marcos se atrevieron á decir que Jesus fuere Dios. Cuando en Grecia y en Italia hubo muchas personas que lo hubieron reconocido por tal, y

que empezaron á honrar los sepulcros de Pedro y Pablo, entonces declaró Juan que el Verbo se había hecho carne y que había habitado entre nosotros. Sin embargo, cuando nombra á Dios y al Verbo, no nombra ni á Jesus ni á Cristo. Juan debe ser considerado como el origen de todo el mal.” (3)

No pudiendo negar la autenticidad de los Evangelios (los cuales coloca en la misma línea que las cartas de San Pablo), se desquita diciendo que Jesus no está representado en ellos como Dios; no pudiendo negar la sublime doctrina del *Verbo hecho carne*, en San Juan al menos, echa mano para eludir este gran testimonio de dos refugios contradictorios que descubren y confunden su mala fé: el primero, que hasta que el universo hubo reconocido la divinidad de Jesucristo, San Juan no dió de él testimonio (como si la rápida creencia del universo en la unidad de Jesucristo no presupusiese el testimonio de los demas apóstoles, cuyos sepulcros eran por todas partes venerados!) el segundo, que Juan no da testimonio, porque á pesar de todo, cuando habla del *Verbo*, no nombra ni á Jesus ni á Cristo... y que sin embargo debe ser considerado como el origen de todo el mal... —;Lamentables contradicciones, que confirman lo que quieren atacar, y que descubriendo la mas perversa y audaz voluntad de destruir los fundamentos de nuestra fé, prueban que estos fundamentos son indestructibles!

No obstante, en medio de todo, ni siquiera le pasa por la imaginacion atreverse á atacar la autenticidad de los Evangelios, ni aun con malas razones, como lo hace con la divinidad de Jesucristo, á pesar de ser este el medio mas sencillo y mas directo de destruir la creencia en semejante divinidad. Al contrario, le reconoce y establece, sacando todas sus imputaciones de los mismos Evangelios y de la conducta de sus autores.

Se concibe ahora cómo haya podido la incredulidad moderna llegar á poner en duda una autenticidad apoyada en tantas pruebas, certificada por tantos testimonios, corroborada con tales sufragios; una autenticidad que, como acabamos de demostrar, es *notoria*,—*necesaria*—y *manifiesta*.

Pero con esto no ha hecho mas que lo que puede hacer, aumentar la evidencia de la verdad que quiere oscurecer, lo cual no es seguramente insignificante, atendido el grado á que semejante evidencia ha llegado á manifestarse.

Sin embargo, vamos á ver, siguiendo nuestra investigación, no diremos las razones, sino los escrúpulos de la incredulidad.

§ IV.

¿Ha habido *Evangelios falsos*? ¿Podemos suponer historias no ciertas? Supuesto que sí, ¿quién nos asegura que todos los Evangelios y los hechos que contienen no son supuestos?—Primera dificultad

Estos mismos Evangelios, adoptados actualmente por toda la cristiandad, ¿en qué estado se hallaban antes de que la imprenta diese á su texto esa

(1) Orig. contr. Celso, lib. I, p. 2.

(2) S. Orycl. a. Julian.

(3) Julian, *opist.* 42.

uniformidad y fijeza, que ya no permiten en el día añadirles ni quitarles nada? ¿No encontramos en los antiguos manuscritos innumerables variantes? ¿Hasta dónde pudieran llegar estas variantes, y qué es entonces de la certidumbre del relato y de la doctrina, á través de semejante confusión?—Segunda dificultad.

Los *Evangelios falsos* y las variantes: he aquí las dos dificultades que se aducen contra la autenticidad y verdad de nuestros Evangelios.

Contestacion:—Es cierto que ha habido *Evangelios falsos*, y lo es asimismo que los manuscritos antiguos, según los cuales se ha fijado el actual texto de nuestros Evangelios, presentan muy numerosas variantes.

Convenimos en que estos dos hechos, y las inducciones que de ellos saca la incredulidad, no están desprovistos de ciertos visos de razón, que producen ligeras sombras; pero si se las estudia y examina á la luz de una sana crítica, esas sombras y esos falsos visos se desvanecen, y en su lugar solo se encuentran nuevos argumentos en favor de la certidumbre de nuestra fé.

1.º Empecemos por los *Evangelios falsos*.

Primeramente pongámonos de acuerdo sobre lo que debe entenderse por *Evangelios falsos*. ¿Son estas historias falsas de todo punto, relatos fabulosos y totalmente diferentes de los que contienen los Evangelios reputados verdaderos? De ninguna manera. Se les parecen tanto, que bajo este punto de vista se les hubiera podido confundir con ellos. Lo que principalmente los hizo distinguir de los últimos, fué que eran *apócrifos*, es decir, atribuidos á autores que en realidad no los habían escrito, y que después, examinándolos detenidamente, se descubrieron en su contenido tradiciones poco seguras, y alteraciones de la verdad en ciertos detalles.

1. Sentado esto (salvo el volver á ello y tratarlo mas extensamente dentro de poco), señámonos desde luego al raciocinio que se deduce.

Ha habido Evangelios falsos, se dice: luego se han podido suponer historias semejantes;—esto es cierto hasta aquí, con la explicacion, bien entendida, sin embargo, y resultante de lo que precede, de que la suposicion cuya posibilidad reconocemos, no afecta el fondo del relato, sino su origen, y si se quiere, solamente algunos detalles: es decir, que ha podido haber Evangelios *apócrifos*, pero no *falsos* en sí mismos. En efecto, una cosa es la *autenticidad* de un escrito, y otra su *falsedad*. Puede un escrito ser *auténtico*, mientras emane de aquel cuyo nombre lleva, y ser, no obstante, *engañoso* si falta á la verdad; así como puede ser *verdadero* en lo que dice, y *apócrifo* por ser el autor supuesto. Lo repetimos: tan solo de esta última manera deben entenderse los *Evangelios falsos*, llamados así no tanto porque sean *falsos*, como porque son *apócrifos*; y como se fundan sobre su existencia para deducir por via de analogía la posibilidad de *Evangelios falsos*, la razon exige que la analogía sea conforme á su objeto y que no la exceda, y por consiguiente, que no se saque de la existencia de los *Evangelios falsos* otra consecuencia, sino que se pudieron hacer otros Evangelios se-

mejantes, esto es, no *falsos*, sino simplemente *apócrifos*; por ejemplo, que en lugar de ser el *Evangelio de S. Juan* el que lleva su nombre, no sea del mismo S. Juan, sino de uno de sus discípulos. Esto es muy importante, porque aun cuando se les quitase á nuestros Evangelios la autenticidad, les quedaria todavia su verdad. Pero vamos á ver que todo esto no es mas que una mera hipótesis.

Luego, continúan, todos los Evangelios y los hechos que contienen pueden ser supuestos.—Esto es completamente falso. Decimos mas: es lo contrario de lo que debe deducirse.

Si se pudieron suponer Evangelios con alguna apariencia de verdad y alguna esperanza de buen éxito, no pudo suceder sino porque habia Evangelios verdaderos, en los cuales se podia imitar esa apariencia de verdad y esa esperanza de buen éxito. Podia suceder, solo porque habian acontecido hechos de la misma naturaleza de los que en ellos se contaban, de modo que de aquí resulta que el fondo de la historia evangélica es verdadero.

Lo que da á este razonamiento un peso decisivo, es que la publicacion de aquellos Evangelios tuvo lugar en una época cercana y casi contemporánea á los sucesos que relatan, y que todos están conformes en el conjunto de estos sucesos: lo cual prueba á la vez, que fueron trazados sobre un fondo de historia común, y por lo mismo *preexistente*, y que la ilusion que pudieron producir en una distancia tan próxima al tiempo y lugar en que colocan esta historia, no puede provenir mas que de la verdad de esta, la presupone y por consiguiente la demuestra.

Para juzgar de la exactitud de este raciocinio, y de la falsedad de su contrario, apliquémoslos ambos á un caso análogo y familiar: *A las memorias de la marquesa de Créquy*.

El raciocinio de la incredulidad es el siguiente:—“Las memorias sobre el siglo XVIII de la *marquesa de Créquy*, que pasaron al principio por verdaderas, son falsas: luego se han podido suponer con buen éxito otras memorias semejantes; luego todas las memorias que poseemos sobre el siglo XVIII, y todos los hechos que contienen pueden ser supuestos.”

Nuestro raciocinio es este otro:—“Las memorias de la *marquesa de Créquy*, se han podido suponer con buen éxito: luego es preciso que acerca de los sucesos que refieren, haya otras memorias auténticas, cuya apariencia habrán tomado; es preciso que durante el siglo XVIII, haya realmente pasado un conjunto de hechos idénticos, ó á lo menos análogos, que favorezca esta suposicion: luego el éxito mismo de la suposicion de las *Memorias de la marquesa de Créquy*, presupone una historia auténtica y verdadera de los hechos generales que contienen, y por consiguiente la demuestra.”

Hay que hacer otra observacion muy importante, y es que en este caso, que es absolutamente parecido al nuestro (pues los Evangelios eran *memorias apostólicas*, *commentaria apostolorum*, y memorias contemporáneas, porque San Justino, que las llama así, no distaba mas de los sucesos evangélicos que distamos nosotros del siglo de Luis XV), cuanto mas extraordinarios son los hechos referidos,

mas tienden á la verdad de estos hechos las memorias apócrifas que los vuelven á referir.—El autor de las *Memorias de la marquesa de Créquy* ha podido engañarnos sobre algunas insignificantes anécdotas de salón, pero no ha podido hacer lo mismo respecto á los grandes acontecimientos de la revolución francesa. Aquí se ha visto precisado á ser fiel y exacto y á confundirse con la historia. Decimos mas: no ha podido engañarnos sobre algunos detalles, sino á fuerza de ser verdadero sobre aquellos grandes sucesos; de modo que el éxito de su inocente superchería prueba su gran verdad. El medio infalible que hubiera podido escoger para no engañar á nadie, y ver su obra despreciada como la de un insensato, hubiera sido contar que á mediados del siglo XVIII y en las calles de París habia parecido y vivido por espacio de tres años un profeta, un taumaturgo, un hombre extraordinario, que se decía Dios, curando los ciegos y los cojos, resucitando los muertos, haciéndose seguir por todas partes y hasta los lugares mas desiertos por grandes tropas de pueblo, testigos de sus prodigios; que perseguido, presentado al parlamento y llevado de tribunal en tribunal, habia sido ajusticiado entre dos ladrones en la plaza de Gréve, y que despues, habiendo resucitado á los tres dias y burlado los soldados que la policía habia puesto de centinelas en su sepulcro, habia dejado á París, la Francia y el mundo en un estado de fermentacion que nada podia contener. Lo repetimos, si el autor de las *Memorias de la marquesa de Créquy* hubiese escrito esto, se hubiera hecho silbar, porque todo hubiera depuesto contra él, pues un acontecimiento semejante hubiera debido hacer grande impresion sobre el siglo, y encontrarse consignado así en los monumentos públicos como en los recuerdos particulares del país.—Pues bien, no era menor la dificultad para los autores de los Evangelios apócrifos. Por consiguiente, si se atrevieron, no sin resultado, á contar semejantes hechos, debia ser porque estaban de acuerdo con otros Evangelios auténticos, de los cuales tomaban la semejanza y la autoridad, y porque unos y otros se hallaban conformes con la tradicion, con todos los monumentos, con todos los recuerdos contemporáneos de la Judea, con los hechos, en fin, los hechos recientes, los hechos presentes; porque por todas partes se sentia aún la impresion de los sucesos de Jesucristo: en la Judea, en la Grecia, en la Italia: todo el universo se hallaba por ellos conmovido, transformado, y nuestro mundo actual fermentaba ya bajo tan poderosa impresion.

Insistimos, pues, en decir que de la existencia de los apócrifos, es necesario deducir lo contrario de lo que la incredulidad deduce; es decir, que todos los Evangelios y los hechos que contienen, *no pueden* ser supuestos, y que esos Evangelios apócrifos presuponen una historia evangélica auténtica, y la presuponen tanto mas, cuanto mas extraordinarios son los acontecimientos en ellos referidos.

Así es que, en puro raciocinio, la objecion que saca la incredulidad de los hechos evangélicos, no vale nada, ó mas bien vale mucho contra sí misma.

2. Pero sobre todo, peca en lo de hecho.

La incredulidad se estralla en efecto contra el punto que hemos sólidamente establecido ya, y que es necesario no perder de vista, es decir, que los cuatro Evangelios segun San Mateo, San Juan, San Marcos y San Lucas, fueron, desde el instante de su publicacion hasta el momento actual, reconocidos como únicos auténticos, no solamente por toda la Iglesia diseminada por todo el universo, sino por los mismos herejes y paganos; que los Evangelios falsos gozaron siempre de tan poco crédito, y tuvieron tan mal éxito, que jamas pudieron confundirse con los verdaderos; que los cristianos no se ocuparon nunca de ellos; que sus mas encarnizados enemigos no se prevalieron nunca de ellos, y que en fin, cayeron por sí mismos y sin que hubiera necesidad de arrancarlos, como aquellas plantas parásitas que se secan sobre un tronco vigoroso en quien ninguna impresion producen, y que continúa en toda su lozania.

Veamos ahora las necesarias consecuencias que de aquí se siguen:

Es, pues, ilógico deducir de la falsedad de los unos la falsedad de los otros, pues su destino fué totalmente diferente: los unos no pudieron pasar por auténticos ni un solo dia, (1) y los otros están en posesion de autenticidad hace mas de diez y ocho siglos. ¿De dónde puede proceder esta diferencia de destino sino de una diferencia de naturaleza, de que los unos son falsos y verdaderos los otros? Si se hubieran confundido, si hubiesen llegado hasta nosotros todos mezclados, concebiríamos la objecion; pero si ni un solo dia en tan largo espacio de tiempo han marchado realmente unidos, ¿cómo se puede deducir de los unos por los otros?

Al contrario, de la falsedad de los unos resulta una prueba manifiesta de la verdad de los otros. En la actualidad tenemos evidentemente una señal cierta para distinguirlos: conocemos la suerte infalible de los Evangelios falsos. Caen tarde ó temprano, porque no puede dejar de suceder; ni siquiera se sostienen, y no es exacto decir que se pueden suponer Evangelios, pues *los Evangelios falsos* prueban que no se pueden suponer, porque de hecho no pudieron serlo, no pudiendo por su falsedad llegar á acreditarse. Por consiguiente, si nuestros cuatro Evangelios se acreditaron, se sostuvieron, resistieron la crítica mas envenenada, y fueron incontestablemente reconocidos como auténticos por todo el mundo, esto prueba que no eran falsos, que son realmente auténticos.

Si no hubiese habido *Evangelios falsos*, se podria dudar hasta cierto punto de la autenticidad de nuestros Evangelios; podria creerse que hubiese sido posible en cierta manera suponerlos. Pero ahí están los Evangelios falsos para desvanecer esta hipótesis, y así como *era necesario que hubiera herejías* para atestiguar con sus variaciones el milagro permanente de la indisoluble unidad de la Iglesia de Jesucristo, *era tambien necesario que hubiera Evan-*

(1) Entráramos en unos detalles que completaría esta accion.

gelios falsos para atenuar con su caducidad la solidez de los títulos de nuestra fé.

Los Evangelios falsos prueban que la Iglesia ha estado siempre excesivamente precavida y vigilante contra los errores, aun inocentes, y que por consiguiente es con razon que tenemos fé en la integridad de su depósito. ¿Por dónde sabemos que hubo Evangelios falsos? ¿Fueron los judíos, los herejes, los paganos, los incrédulos ó otros de los numerosos enemigos de la Iglesia, quien los descubrió y denunció y que se los arrancó de las manos en medio de su grande confusion? No; y si hubieran sido ellos, ¿por qué no habrían hecho lo mismo con los cuatro Evangelios que han sobrevivido? Pero si no fueron ellos, ¿quién fué? . . . La misma Iglesia, la sociedad cristiana los echó y estirpó de su seno, libre, espontáneamente, por la accion natural de su propia delicadeza, y si es permitido decirlo así, por el resorte de su temperamento eminentemente antipático al error. Los Evangelios falsos ofrecen así una magnífica garantía de autenticidad en favor de los verdaderos. La Iglesia hubiera podido dejarlos juntos, siguiendo el curso natural de las cosas, que por todas partes nos ofrece la mezcla de lo verdadero con lo falso. Tal vez no lo hubiéramos conocido nunca, y ella se hubiera aprovechado de esto, pues hubiera tenido mayor número de títulos que oponer á sus enemigos; pero no podia ser, ¡tan verdadera es la Iglesia! ¡tan mortal es el aire que respira, á todo lo que sabe á error! ¡tan auténticos y verdaderos son, por consiguiente, los cuatro Evangelios que presenta al mundo, hace mas de mil ochocientos años!

3. Todo esto va á hacerse mas sensible con algunas explicaciones sobre detalles que hemos creído deber reservar para el fin, para no entorpecer la marcha de nuestros argumentos.

Hay dos clases de Evangelios falsos: unos emanados de los cristianos, otros forjados por los herejes. Es menester distinguirlos bien.

El origen de los primeros nada tiene de criminal. Era natural que los fieles, instruidos por los apóstoles, quisiesen consignar por escrito todo cuanto se les había enseñado acerca de Jesucristo, sus milagros y doctrina. Un hombre instruido por Santiago ó por un discípulo suyo, llamaba al Evangelio que él mismo escribía, el *Evangelio de Santiago*; un discípulo de Santo Tomas, titulaba al suyo el *Evangelio de Santo Tomás*, todo esto muy inocentemente y sin intencion de engañar á nadie. Era regular que estas historias se multiplicasen considerablemente; que se encontraran en ellas muchas verdades de detalles, segun el genio de los diferentes escritores, y segun la instruccion de cada uno de ellos; que ademas de los hechos principales contados por los apóstoles, algunos mezclasen en ellas tradiciones poco seguras, y quizás hasta algunos dogmas contrarios á la doctrina de los apóstoles; que á medida que los Evangelios escritos por los apóstoles y por sus discípulos mas instruidos empezaron á difundirse y ser conocidos, los otros fueran despreciándose y perdiendo su crédito, y que en los siglos sucesivos no se respetasen mas que los

que aparecian mas conformes á los Evangelios que se sabia habian sido escritos por los apóstoles, y que eran admitidos por las Iglesias apostólicas.

Esta es la historia de los falsos Evangelios cristianos (1), impropriamente *falsos*. Tratándose de una cosa profana, hubieran pasado por verdaderos: la mayor parte de nuestras historias mas auténticas y acreditadas no presentan tantos títulos á ello; pero el excesivo y prudente rigor de la tradicion católica no les ha permitido implantarse en su seno. En esto obró ademas con grandísimo discernimiento, desechó absolutamente algunos como apócrifos, toleró otros como mistos ó dudosos, y los conservó todos á cierta distancia de los cuatro Evangelios publicados por los mismos apóstoles, y universalmente reconocidos, no solo como únicos auténticos y verdaderos, sino como *sagrados*. Por esto, cuando los padres de la Iglesia que hemos citado hablan de los cuatro Evangelios, dicen que son los únicos recibidos únicamente en la Iglesia universal: *quæ sola in universa Dei Ecclesia quæ sub celo est, citra controversiam admittuntur* (2), sobre los cuales jamas se ha suscitado la mas lijera duda: *hæc sunt de quibus nulla unquam prorsus exstitit dubitatio* (3); y respecto de los demas, los mencionan, pero tan solo como *memoria*, y sin discutir su autoridad y sin impugnarlos; tan insignificantes los consideraban al lado de los cuatro Evangelios. Sin embargo, entre ellos habia algunos tan conformes á estos, como los Evangelios de los egipcios y de los hebreos, que era casi lícito confundirlos con ellos (4); pero no siendo su origen directamente apostólico, fueron siempre cuidadosamente distinguidos de los demas. Subsistian, no obstante, como monumentos respetables; pero se servian tan poco de ellos, que San Clemente de Alejandria, Eusebio y San Jerónimo, que los tenia á la vista, hicieron notar como una singularidad digna de atencion, que los antiguos padres *[del siglo I]* habian citado un pasaje del Evangelio de los egipcios, y uno del de los hebreos. Los cuatro Evangelios, al contrario, se encuentran citados siempre y en todas partes desde el siglo I; y, segun nos enseña San Justino, eran, desde entonces como ahora, leídos con fé y veneracion en las asambleas de los fieles, que veian en ellos los únicos testimonios auténticos, verdaderos y sagrados de la vida, de los ejemplos y palabras de Jesucristo. Hay otra cosa muy notable y que contesta á la falsa idea que algunos se forman de la facilidad de los primeros cristianos en dejarse engañar, y es que su confianza en los títulos auténticos de su fé era tan exclusiva, y tan absoluta su desconfianza por todo lo que no emanaba directamente de las fuentes apostólicas, que en este punto incurrian en exceso, pues un padre del siglo I, San Ignacio (5), creyó deber reprender á algunos, por no querer fundar su fé sino sobre los escritos auténticos.

(1) Han quedado algunos que confirman lo que hemos dicho de su semejanza con los verdaderos.

(2) Orígenes.

(3) Eusebio.

(4) San Epifanio cree que el Evangelio de los hebreos era el mismo de San Mateo.

(5) Carta á los de Filadelfia.

sicos, conservados en los archivos de la Iglesia; conducta que atacaba la autoridad no menos sagrada de la tradicion, pero que prueba la oscrupulosidad con que se procuraba conservar los escritos de los apóstoles.

Aparte de lo que acabamos de hablar, habia otra clase de *Evangelios falsos*, y eran los que los herejes suponian ó falsificaban maliciosamente para autorizar sus errores. Concíbese que estos no prevalecieron jamas, y que si la Iglesia estirpaba los *Evangelios falsos* nacidos en su propio seno, con mayor razon desecharia los que sus enemigos querian introducir en él. Hijos estos *Evangelios* de las herejías, murieron con ellas. Hasta puede decirse que no vivieron, porque reprobados por los padres de la Iglesia así que los forjaban los herejes, jamas los católicos los admitieron, y solo fueron conocidos de un pequeño número de sectarios. Por otra parte, no eran mas que una alteracion manifesta de los *Evangelios* verdaderos: uno de los herejes mas osados, Marcion, habia acomodado á sus errores el *Evangelio* de San Lucas. A pesar de los cambios que en él habia introducido, Tertuliano demuestra que este *Evangelio* así desfigurado, era todavía bastante parecido al nuestro, *quod nostrum consonat*, y emplea en esta tarea todo su cuarto libro contra aquel hereje. Con su lectura puede convencerse cualquiera de que Marcion no habia quitado de San Lucas mas que los dos primeros capítulos, en que se habla del nacimiento del Salvador, y que desde el principio del tercero hasta el fin no se habia atrevido á cambiar mas que algunas palabras. San Epifanio nota ademas detalladamente todos los cambios que Marcion se habia permitido, y San Ireneo atestigüa tambien esta conformidad del *Evangelio* de Marcion con el de San Lucas. Este es el motivo porque Tertuliano termina su libro burlándose de los vanos esfuerzos de su adversario: "Te compadezco, Marcion, le dice; has trabajado en balde; encuentro á mi Jesus hasta en tu *Evangelio*: *Christus enim Jesus in Evangelio tuo meus est*."

Esta es la verdad respecto de los *Evangelios falsos*, ya emanen de los cristianos, ya de los herejes. No se llaman *falsos* porque todo sea en ellos falso y fabuloso, sino porque llevan indebidamente el nombre de un apóstol ó de un discípulo del Salvador; porque cuentan algunos hechos falsos ó inciertos mezclados con los verdaderos é incontestables, y en fin, porque algunos contienen doctrinas falsas. Por lo mismo que no eran mas antiguos que la secta que los produjo, tampoco la sobrevivieron. Todos esos documentos falsos cayeron en el desprecio, mientras que los verdaderos *Evangelios* continuaron siendo esclusivamente respetados como obras salidas de las manos de los apóstoles.

Hemos creído deber entrar en estos detalles justificativos, para no dejar ninguna duda sobre el punto de hecho que ha servido de base á nuestros razonamientos. Estos razonamientos subsisten, pues, en toda su fuerza, y es muy lógico deducir de ellos, como lo hemos hecho, que la objecion sacada de los *Evangelios falsos* no es consecuente, y que por el contrario estos *Evangelios* suministran nuevos argumentos en

favor de la autenticidad ó integridad de los nuestros.

II. Véamos ahora la segunda dificultad sacada de las *variantes*. Tambien en este punto la objecion va á transformarse en prueba.

Seria irracional pretender que Dios hubiese debido obrar un milagro perpetuo y brillante, para preservar los *Evangelios* de cualquiera movilidad del texto sin resultado en el fondo. No hace Dios nada inútil, y esto lo hubiera sido. No hace Dios nada extraordinario y ostensiblemente sobrenatural, sino con la necesaria medida para motivar nuestra fé. Fuera de estos casos, oculta su accion en la marcha natural de las cosas humanas, y vuelve á tomar su naturaleza de *Dios escondido* (1). Corresponde á nuestra fé ejercitarse para descubrirlo: basta que no pueda ser engañada.

Es preciso caminar á la luz de este principio en el exámen de la dificultad sacada de las *variantes*.

Era natural que en los manuscritos de los *Evangelios* sucedieran algunas *variantes*. Tal ha sido en todos tiempos la suerte de todos los manuscritos antiguos. La atencion y la mano de los copistas y traductores, á menos de estar inspirados y dirigidos extraordinariamente por Dios, debian inevitablemente incurrir en trasposiciones, sinonimias, dedices y otras inexactitudes semejantes, de los cuales el grande arte de la imprenta ha purgado despues á los monumentos del talento humano. Lo que les sucedió á los *Evangelios*, les sucedió tambien á los escritos de Ciceron, de Horacio y de Virgilio; y á pesar de esto, los críticos mas severos creen poseer el texto *auténtico* de esos autores. ¿Por qué, pues, no deberiamos creer igualmente poseer el texto *auténtico* de los *Evangelios*? Si las *variantes* fuesen suficiente título para desecharlos, ¿no seria preciso desechar asimismo todos los libros de la antigüedad?

Segun el curso natural de las cosas, hasta debia suceder que los *Evangelios* se sobrecargasen de un número mas considerable de *variantes* que cualquiera otro libro, porque desde que hay libros en el mundo, no ha habido ninguno que haya sido leido, copiado, traducido y comentado con tanta frecuencia, en tantos lugares y por tantos lectores, copistas, traductores é intérpretes como este (2).

No deberemos, pues, admirarnos de que el número de estas *variantes* pase de treinta mil, segun el cálculo de los críticos mas hábiles.

Pero si deberemos admirarnos de que entre estas treinta mil *variantes*, no se haya encontrado NI UNA que afectase al fondo del pensamiento y sentido de ese divino escrito.

Son inauditos los trabajos filológicos que se han empleado en poder llegar á este resultado. Su in-

(1) *Ego cum Deus absconditus.*

(2) Los griegos hacen observar que se encuentran mas *variantes* en las *Cartas* de los apóstoles que en los *Evangelios*. "Sumo- dia esto porque los copistas, al escribir historias ó discursos parecidos, como son los cuatro *Evangelios*, y teniendo en la memoria suplen con otro evangelista, podian fácilmente ponerlos en el que estaban copiando. A veces hasta parece que lo hicieron expresamente con el objeto de ilustrar un pasaje por medio de otro. Se nota que esto sucedió muy pocas veces en las cartas de S. Pablo, etc." *Prefacio general á las Cartas de S. Pablo.*

vestigacion ha suscitado una ciencia especial y reciente, á la que se han dedicado sabios de todos los paises y de todas las convicciones, con un ardor digno de la importancia de su objeto. "Pero á pesar de haberse agotado todas las fuentes adonde podia irse á beber, dice el ilustrado poligloto Wisemann, á pesar de haberse recogido todas las esplicaciones que dieron de los textos los Padres de todos los siglos; á pesar de haber estudiado las versiones de los árabes, de los siriacos, de los coptos, de los armenios y de los etiopes, y examinado su manera particular de interpretar el sentido; á pesar de haber habido un enjambre de literatos que se han dedicado á compulsar los manuscritos de todos los paises y de cada siglo, desde el décimosesto hasta el tercero; á pesar de los críticos, que despues de haber agotado las riquezas del Occidente, viajaron como naturalistas por regiones lejanas para descubrir nuevos testimonios; á pesar de haber habido algunos, que como Scholz ó Sebastiani, visitaron las cavernas del monte Atos ó las bibliotecas todavía desconocidas del Egipto y de la Siria: á pesar de todo esto, nada se ha descubierto aún; no, ni UNA SOLA VERSION que haya podido suscitar LA MENOR DUDA acerca de ninguno de los pasajes considerados antes como ciertos y decisivos. . . . De hecho, si examinamos el nuevo texto publicado por Griesbach, el primer crítico que se ha arriesgado á añadir una nueva version al texto admitido; y si observamos, lo que es muy fácil á causa de la diferencia de caracteres, cuán escasas son las ocasiones en que la gran copia de documentos que consultó le ha permitido hacer alguna rectificación, no podemos dejar de sorprendernos de la exactitud de nuestro texto ordinario, aun cuando hubiese sido formado sin eleccion conforme á los primeros manuscritos que vinieron á mano, despues de la invencion de la imprenta. Debemos experimentar grande satisfaccion al ver la poca diferencia que existe entre los mejores manuscritos y los que son menos estimados, y la manera admirable como se ha conservado siempre la completa integridad de la historia inspirada." (1)

Quien haya leído los escritos y conozca el carácter de Wisemann, apreciará en lo que vale lo que acabamos de transcribir; sabrá las garantías de ciencia, de sinceridad, de reserva y moderacion que acompañan á todo cuanto sale de su pluma, y considerará la cita que acabamos de hacer como si fuera de la misma verdad.

He aquí, pues, la dificultad de las variantes desvanecida como la de los Evangelios falsos, y no solamente disipada, sino convertida en prueba de la verdad evangélica, pues ha dado lugar á la justificación de un resultado prodigioso de integridad en los Evangelios, y tanto mas prodigioso, cuanto que ha salido de los elementos mas contrarios en apariencia, como si Dios no hubiese abandonado los fundamentos de su religion á todas las vacilaciones catenables del error, sino para hacer resaltar los límites secretos que le tiene prescritos.

Y es por cierto digno de atencion, como dijimos

al principio, que esa simple fé del pueblo que cree en el Evangelio, sin tener en cuenta las dificultades que se le pueden oponer, sea sin embargo tan bien inspirada y tan bien justificada, que despues de haber removido todas estas dificultades y de haberse consumido en investigaciones y trabajos para conocerlas, el sabio llega como ella á esta última palabra: *CREO*.

Tal debe ser efectivamente la conclusion de todo estudio sobre los Evangelios. Despues de haber demostrado que su autenticidad es notoria, necesaria y manifiesta, los hemos purgado de todas las vanas dificultades que se les oponian, y las hemos hecho concurrir á atestiguar su mas grande certidumbre.

Para completar esta conclusion, nos falta hacer ver ahora la relacion de la autenticidad de los Evangelios con su verdad.

§ V.

Un incrédulo del último siglo decia:

"Los Evangelios suministran la prueba mas completa de la verdad del cristianismo. Por esto jamas pondremos en demasiado grande evidencia la autenticidad de estas obras, pues de aquí depende el juicio que debemos formar de la sinceridad de los que las escribieron." (2)

La incredulidad se arrepentirá siempre de provocar la luz. Nosotros creemos haberla traído, y haber puesto en su mas grande evidencia la autenticidad é integridad de nuestros Evangelios. Luego nosotros hemos suministrado la prueba mas completa de la verdad del cristianismo.

Verdad es que en general la autenticidad de un escrito no importa en sí mismo su verdad; pero las circunstancias que acompañan á los Evangelios forman entre su autenticidad y su verdad vínculos tan fuertes, tan numerosos y estrechos, que no es posible separarlos, y que la última se deduce necesariamente: porque la incredulidad lo conocia bien, dirigió todos sus ataques al punto de la autenticidad.

I. Una vez establecida esta autenticidad, véamos en efecto las razones de verdad que de todas partes van como á crecerse en torno suyo.

Luego es cierto que poseemos un título directo de la divinidad de Jesucristo; una historia de los hechos sobrenaturales de su vida escrita por sus contemporáneos y familiares, DE AQUELLA VIDA, dice uno de ellos, QUE OIMOS, QUE VIMOS CON NUESTROS OJOS, QUE MIRAMOS Y PALPAMOS NUESTRAS MANOS: *quod audivimus, quod vidimus oculis nostris, quod percipimus et manus nostre contractaverunt de verbo vite* (3).—PORQUE, dice otro, NO OS HEMOS HECHO CONOCER EL PODER Y LA PRESENCIA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO SIGUIENDO FABULAS INGENROSAS; SINO COMO QUE CONTEMPLAMOS CON NUESTROS PROPIOS OJOS SU MAJESTAD: *Non enim doctas fabulas notam fecimus vobis domini nostri Jesuchristi virtutem et*

(1) Wisemann, discurso X, *Estudios orientales*.

(2) Erret, citado por Bergier.

(3) Epist. S. Jean I, cap. I, v. I.

presentiam: sed spectatores illius magnitudinis (1).

De modo que tenemos una historia, y no solo una, sino cuatro historias, cuatro testimonios directos y positivos, espíritos y precisos, unánimes y diversos. Hasta tenemos ocho, pues á los cuatro Evangelios pueden añadirse las *Cartas* de S. Pedro, S. Pablo, Santiago y S. Jódas, cuya autenticidad es incontestable y que no atestiguan menos los hechos evangélicos que los Evangelios mismos, pues son otros tantos Evangelios.

Los tenemos aún en mayor número, pues nosotros pretendemos que los *apócrifos* deben contarse también (2). Consentimos en admitir que en sí mismos no tienen valor alguno; pero, unidos á los *auténticos*, son dignos de atención, y reciben de ellos un valor como cóntuplo: son, si se quiere, *ceros*, pero *ceros* precedidos de ocho *unidades*.—Nos explicaremos.

El cristianismo está fundado sobre la certidumbre de los hechos referidos á la vez en los verdaderos y no en los falsos *Evangelios*. Si estos hechos no hubiesen sido verdaderos y universalmente conocidos, sería imposible que tantos y tan diferentes autores se hubiesen concertado para escribirlos, unos en la Judea ó en Egipto, otros en la Grecia ó en Italia; unos con pleno conocimiento, otros con nociones poco exactas; estos con miras inocentes, aquellos con el designio de trastornar la doctrina de Jesucristo. En una palabra, ¿hay algún Evangelio falso en el que no se diga, por ejemplo, que Jesucristo apareció en la Judea durante el reinado de Tiberio, que predicó, que hizo milagros, que murió y resucitó, y que envió sus apóstoles á predicar su doctrina? Siendo estos hechos capitales incontestables, ¿qué nos importa que hayan sido escritos por cincuenta autores buenos ó malos, habiendo ya cuatro que los consignaron con toda la buena fé, toda la exactitud y toda la uniformidad que se puede desear? Los *apócrifos*, que no pueden debilitar la fuerza de los *auténticos*, confirman grandemente su verdad. Ya hemos visto que la diversidad de ciertos detalles entre los cuatro evangelistas, es una señal segura de su verdad; cuánto mas brillante llega á ser esta verdad en esa gran diversidad que presentan los *apócrifos*, producto de diferentes manos, salidas á la luz en diversos lugares y con diversas intenciones (pero al mismo tiempo), y todos, no obstante, de acuerdo entre sí y con los *auténticos*, sobre los principales hechos de la vida de Jesucristo! Era tan grande y extraordinaria la verdad de estos hechos, que preocupaba todos los espíritus, todo el mundo quería conocerla, por todas partes se abría paso, hasta podía favorecer á los *apócrifos* y comunicar sus apariencias á ese error, por otra parte inocente á veces. En este sentido los *Evangelios falsos* mas bien son *inauténticos* que *falsos*. Todos son mas ó menos verdaderos, pues todos son mas ó menos semejantes, y esta semejanza en hechos tan extraordinarios, expresados por órganos tan diversos, no podría existir si no tuviera á la verdad por ba-

se. Hasta podemos decir que respecto de nosotros no son enteramente *inauténticos*, pues son auténticos á lo menos en cuanto á la época, y esto basta para decir que una época que vió producirse tantos testimonios diversos, y sin embargo unánimes, sobre los hechos de la divinidad de Jesucristo, contenía de seguro su verdad.

Sería preciso negar toda la historia de esa época y la que siguió hasta nosotros, para borrar esta verdad. Solo ella podía causar aquella soberana impresión que cambió rápidamente la faz del mundo. En esto no se parecen los Evangelios á ningún otro libro, pues de casi todos ellos nada resulta. Apenas salidos de la pluma de sus autores, se colocan en nuestras bibliotecas y se conservan en ellas como monumentos helados del pensamiento, ó como recuerdos de un individuo, sin que nada los acompañe ni los ratifique, ni siquiera muchas veces, la conducta y las convicciones de los que lo escribieron. En prenda de la verdad del de los Evangelios, se nos da toda la vida y principalmente la muerte de los evangelistas, y la garantizan ademas mil otras vidas y mil otras muertes. La fundación rápida de tantas iglesias; la desercion de los altares y de las costumbres del paganismo: el respeto y la fé de cien pueblos distintos, que hicieron de este libro la grande constitucion de nuestra sociedad, el testigo y el juez de sus juramentos; la fidelidad y abnegacion de tantos millones de mártires que murieron por su verdad; el furor y la rabia de tantos enemigos, judíos, herejes, paganos ó incrédulos de toda especie, á cuya vista fué escrito, publicado y predicado, sin que jamas hubiesen podido desmentirlo; el triunfo que acabó por conseguir sobre el mundo antiguo, y la creacion del mundo moderno, cuyas costumbres, instituciones y leyes inspiró; los beneficios, las virtudes y verdades sin número de que ha sido fuente en el seno de la humanidad, que sin cesar bebe en él todos sus elementos de civilizacion, de progreso y de porvenir; he aquí las inmensas garantías de la verdad de ese libro: he aquí lo que lo convierte en un libro único, que juzga y no es nunca juzgado, que no solo es verdadero, sino la verdad misma; algo mas que un libro, pues un libro no está escrito mas que sobre el papel insensible y perecedero, y el Evangelio está escrito sobre el mundo y lo ha de sobrevivir.

Mas por fuertes y extraordinarias que sean estas garantías de la verdad del libro de los Evangelios, hay una que las excede á todas y que jamas fué invocada en vano: es el libro mismo, pues hasta aquí lo hemos considerado solo por el exterior, sin llegar á abrirlo todavia.

II. Abrámoslo. ¿Qué perfume de verdad! ¿Es posible desconocerla bajo esa sencillez, esas indigencias, esa desnudez, si nos es permitido decirlo así, del estilo? Ni el mas pequeño adorno, ni la mas ligera emocion, ni la mas inocente reflexion. Es el hilo enteramente aislado del relato. La mano que lo desarrolla está oculta del todo, y no se conoce si es de un amigo ó enemigo. ¿Cuán propio era esto de su objeto! ¿Cuán bien se reconoce á Dios en esa privacion, en esa inutilidad por sí mismo de todo lujo de

(1) Epist. S. Petri II, cap. I, v. 10.

(2) Dejamos desarrollado ya esta última consideracion.

elocuencia y de poesía, de que había revestido á sus precursores! ¡Cuán bien sienta esa fría imparcialidad á la justificación que habían de hacer los Evangelios, como en un sublime *proceso verbal*, de aquellos grandes acontecimientos sobre los cuales debían comprobarse las profecías! Y al mismo tiempo, ¡con cuánta exactitud resalta todo el cuadro, hasta por la ausencia de todo artificio! ¡Cuán imponente es semejante ingenuidad!

¡Es necesario rendirse á tales muestras de verdad! ¿Quién se atreverá á vor fanáticos ó impostores en los evangelistas; en ellos, que no son ni siquiera apologistas, y que se poseen y dominan hasta el punto de contar la pasión y muerte horribles de Jesucristo, sin tributarle ni una lágrima, sin soltar una palabra de indignación, un suspiro de simpatía! ¡En ellos, que se privan hasta de los medios mas legítimos de persuasión; que se limitan á referir el hecho sin añadirle una palabra, y que lo refieren sin órden, sin prelude, sin transición ni conclusión! ¡En ellos, que creen deber observar la verdad en todo, hasta en las cosas que les perjudican, pintándose rudos, perezosos é ingratos, y que representan á su maestro con rasgos tanto menos inventados, cuanto que por su oposición con las costumbres y preocupaciones de aquel tiempo, eran inconcebibles y debían por lo mismo suscitar mas incredulidad.

Cuando consideramos todo lo que tenían que contar los evangelistas de increíble en la vida de Jesucristo, tantos prodigios y prodigios tan extraordinarios, prodigios dados como recientes y públicos; cuando consideramos toda la ceguera, todo el odio, todas las malas disposiciones que debían esperar encontrar, que fermentaban en torno suyo, ó mas bien que se habían desencadenado ya contra la persona de Jesucristo y contra ellos mismos, y vemos por otra parte la calma extraordinaria, la celestial serenidad que reinan en el Evangelio, y esa ausencia completa de toda precaución, de toda explicación, de toda justificación, no atinamos á explicarnos tanta confianza de parte de los evangelistas, sino por la grande certidumbre de los sucesos que refieren y por la profunda convicción en que están de la divinidad de Jesucristo. Hasta nos vemos obligados á admitir que esta certidumbre reina á su alrededor, y que escriben en el seno de la notoriedad pública, menos para enseñar á sus contemporáneos los hechos de Jesucristo, que para rectificar y fijar el conocimiento que tienen ya de ellos. Los Evangelios suponen evidentemente este conocimiento exterior, y lo suponen en su mas alto grado. El es quien dispensa á sus autores de toda precaución, y forma como el marco y la atmósfera de su relato. Nada dicen de ella, y en esto mismo la manifiestan, pues en el caso contrario hubieran procurado justificar la revelación de unos hechos contra los cuales todo el mundo estaba prevenido. Pero estos hechos se habían abierto ya paso por sí mismos y por el eco de sus numerosos testigos, y hasta se los había consignado por escrito con mas ó menos exactitud, pero con igual persuasión. Para decirlo de una vez: el mismo S. Lucas confirma en su introducción todas estas conjeturas: "*Ya muchos han intentado, dice,*

poner en órden la narración de las cosas que entre nosotros han sido cumplidas... me ha parecido tambien á mí, después de haberme informado muy bien cómo pasaron desde el principio, escribirlas por órden, oh buen Teófilo, para que conozcas la verdad de aquellas cosas en que has sido instruido" (1).—Este pasaje es el único de los Evangelios que permite fijarnos en el exterior, en la sociedad de aquel tiempo; nos la manifiesta claramente ocupada en las cosas cumplidas en su seno, examinándolas y escribiéndolas, y nos manifiesta esas mismas cosas, por decirlo así, *todas esas cosas* que S. Lucas quiere tambien manifestarnos por órden.

Este corto pasaje de San Lucas dice mucho, en nuestro concepto; y como fué escrito sin intención de producir este efecto, y como hubiera podido no escribirse, lo mismo que no escribieron ninguno semejante los otros evangelistas, que entran inmediatamente en materia, y se concretan estrictamente á ella, nos persuade tanto mas y nos da al mismo tiempo del silencio de los demás evangelistas idea de la mas ingenua sinceridad, de la mas sencilla buena fé, pues llega hasta no verse á sí misma, y hasta correr peligro de no ser conocida, no haciéndose notar.

Este último rasgo característico, que se encuentra en toda la fisonomía de los evangelistas, fué en otra ocasión celebrado por Pascal con una gran delicadeza de ingenio: "El estilo del Evangelio es admirable bajo una infinidad de aspectos, dice, y entre otros, por no hallarse en él ninguna invectiva por parte de los historiadores, contra Júdeas ó Pilatos, ni contra ninguno de los romanos ó de los verdugos de Jesucristo.—Si esta modestia de los historiadores evangélicos hubiese sido afectada, y lo hubiesen hecho para hacerse notar, no atreviéndose á hacerla notar ellos mismos, no hubieran dejado de procurarse amigos que lo hubiesen hecho con ventaja para ellos. Pero como obraron de esta suerte, sin afectación y por un movimiento de todo punto desinteresado, no lo hicieron notar por nadie: ni siquiera si esta observación se ha hecho hasta ahora, lo cual prueba la sinceridad con que la obra se hizo." (2)

Otro de los testimonios de esta ingenuidad y de la perfecta verdad que por sí supone, es que los cuatro evangelistas, haciendo cada uno por separado una historia de la vida de Jesucristo, y teniendo que hablar de hechos tan multiplicados y singulares, se hubiesen espuesto á malas inteligencias entre sí, y á contradicciones inevitables que podían confundirlos.—¿Se dirá acaso que se convinieron para evitar estas contradicciones? Pero no; porque precisamente incurrieron en ellas.—¿Se dirá que en este caso estas contradicciones los confundían? Pero no; porque son tan solo aparentes.—¿Se dirá, en fin, que se pusieron de acuerdo para incurrir en esas contradicciones aparentes y disimular así su secreto concierto? Pero no tambien; porque estas apariencias son tan poderosas, que los

(1) S. Lucas, cap. 1, v. 1.

(2) Pensamientos, part. 2.ª, art. 10.

comprometen realmente á los ojos del gran número de espíritus incrédulos y superficiales, y que es necesaria para disiparlas toda la paciencia de la fe ayudada de la ciencia.—Todo es, pues, natural sobre este particular en los evangelistas, y solo la verdad ha podido ponerlos de acuerdo, puesto que sus aparentes contradicciones prueban que no se concertaron.

Creemos que hay otra señal no menos notable de la verdad de los Evangelios, y es que en el relato de los mas grandes prodigios de Jesucristo no se encuentra ninguna expresion de asombro, ningun detalle ososo, ninguna amplificacion parásita, ningun sabor de leyenda, ninguna mira de agradar; en una palabra, ni el mas leve recelo de no ser creído, sino una sencillez sublime que desdén toda vana curiosidad. Por cierto que no es así como se inventa. No solamente es esto prueba de una sinceridad escueta de toda afectacion, sino de la grande conviccion que tenian los evangelistas de la divinidad de su maestro.—“Jesucristo dijo en alta voz: *Lázaro, levántate*, y el muerto se levantó, teniendo las manos atadas y cubierto el rostro; Jesucristo dijo: *Desatadlo y dejadlo andar*.”—He aquí todo cuanto se ofrece á nuestra consideracion. Un acontecimiento tan prodigioso es contado como si se tratase de una accion ordinaria. Es que en Jesucristo era una cosa natural mandar á la muerte y ser obedecido. Esto era lo que nos importaba saber. Pero ¿se echó Lázaro á los pies de su libertador? ¿No contó lo que le habia pasado mientras estuvo muerto? Un poeta se entretiene en estas circunstancias, como lo hizo en efecto Gerónimo Vida (1), y es una señal de la debilidad del espíritu humano, que busca las cosas pequeñas hasta en las grandes. No hablan así los que refieren los milagros de Jesus: los refieren con el mismo espíritu con que fueron obrados; es decir, para fijar nuestra fe y no para halagar nuestra curiosidad; y Dios permitió que nos dieran de ellos mas elevada idea por medio de la sencillez, que lo hubieran podido hacer empleando todos los adornos de la elocuencia.

Este método, que no pudo ser inspirado sino por la sinceridad y la conviccion llevadas al mas alto punto, comunica al Evangelio un aire paucos de verdad. No puede uno prescindir de creer en lo que tan pocas pretensiones manifiesta á ser creído, en lo que tanta indiferencia muestra porque se le crea. Esa completa ausencia de reflexiones y de adornos engrandece los hechos y les da un aspecto seductor de rigurosa fidelidad; es mas que una reproduccion, es algo de la realidad, como si los mismos hechos hubiesen venido á imprimirse sobre ese fondo de un candor inalterable. Cuenta una piadosa tradicion, que cuando marchaba Jesucristo al suplicio, al caer bajo el peso de su cruz, una santa mujer penetró por entre la turba de sus verdugos, y acercándose á su persona, aplicó sobre su adora-

ble rostro un lienzo blanco para enjugar el sudor y la sangre de que estaba lleno, y que en recompensa de tan animosa compasion se obró un milagro: la fisonomía de la angusta víctima quedó impresa en el lienzo consolador. Así, podemos decir, el Evangelio nos reproduce la fisonomía de la vida de Jesucristo, y en su tierna y verídica sencillez es para nosotros como el lienzo de la Verónica.

Finalmente, hay una consideracion última, en la cual es necesario que nos fijemos, porque pone el sello á todas las demas: es la *santidad* del Evangelio.

Haciendo La Bruyère el retrato del *hombre de bien*, dice que no se le deberia escogir nunca juramento, sino simplemente *sí* ó *no*, porque, añade, su carácter jura por él.

El carácter del Evangelio jura por él. No se le deberia escogir otra prueba. Su santidad importa su verdad, y su moral asegura sus hechos.

¿Qué santidad! ¿qué moral! ¿qué sabiduría! ¿qué sublimidad de doctrina! ¿qué pureza de preceptos! ¿qué perfeccion tan sostenida! El Evangelio presenta bajo este punto de vista una elevacion y profundidad ilimitadas, que se modifican mutuamente por su propia suavidad, y que son para el alma como el firmamento del cielo. Sobre esto todo el mundo está de acuerdo, y el Evangelio no encuentra mas que adoradores.

¿Seria posible que un libro tan santo no fuese mas que un receptáculo de imposturas, un tejido de falsedad? no, no, es imposible; puede jurarse por la conciencia humana, es imposible.

No se diga que los hechos evangélicos son increíbles: los atestigua el Evangelio, y el Evangelio es creíble: basta esto para admitirlos, pues la santidad del libro está á la altura de la incredulidad de los hechos. Si estos son increíbles, mas increíble es que el Evangelio mienta, y aun cuando os concediéramos que son increíbles, no por esto dejaríamos de afirmar que son verdaderos.

Observad que la santidad del Evangelio se resume en su *veracidad*; porque, ¿qué es toda su moral, mas que el establecimiento del reino de la verdad relativamente á todo: á Dios, á nosotros mismos y al prójimo? ¿Y qué es su héroe sino LA VERDAD, como él mismo dice: *Ego sum veritas*? Las palabras de La Bruyère que hemos citado son enteramente evangélicas, y volvemos á encontrarlas en este pasaje: “Oísteis que fué dicho á los antiguos: No perjurarás; mas cumplirás al Señor tus juramentos: pero yo os digo que de ningun modo jureis, sino que vuestro hablar sea: *sí*, *sí*; *no*, *no*; porque lo que pasa de esto procede de mal.” (2) ¿Se quiere que una moral delicada en materias de verdad, hasta el punto de no querer apoyar en el juramento, sea al propio tiempo perjura á sí misma, hasta el extremo de no estar apoyada sino en un armazon de mentiras? El absurdo disputa aquí la victoria á la impiedad.

Observad, en fin, que lo que hace á esta contradiccion mas chocante, es que en el Evangelio la moral y el relato se hallan enlazados de una mane-

(1) Gerónimo Vida compuso, á instancias de Leon X, un poema de la *Crucifixion*, en seis cantos, que fué muy aplaudido. Sin embargo, se reprendió al autor haber mezclado con demasiada frecuencia lo sagrado con lo profano, y las ficciones de la mitología con los oráculos de los profetas.

(2) San Mateo, cap. 5.

ra indisoluble; que en él el milagro es casi siempre la ocasión del precepto, y el precepto la intención del milagro; y, para decirlo todo de una vez, que el hecho es en él la moral *en acción*; que ambos tienen el mismo origen y el propio objeto, y que la solidaridad que los une es tal, que es preciso rechazarlos ó aceptarlos á la vez. El Evangelio, lo dijimos ya, es como la túnica de Jesucristo, *sin costura*, y no puede dividirse.

Por esto, cuando leemos y estudiamos sus sagradas páginas; cuando recorre la vista ese divino tejido de hechos ingenuos, de preceptos sublimes, de tiernas parábolas, de benéficos milagros, de profundas instrucciones, de máximas celestiales y de santos ejemplos, y vemos el perfecto acuerdo y la admirable fusión de todo esto en un fondo común de candor y de verdad, nos sentimos penetrados de una persuasión irresistible. Entonces creemos; lo creemos todo. Ni siquiera soñamos en dudar de nada. Experimentamos una especie de confusión por haber dudado, por haber impugnado un libro semejante. Todas las pruebas que habíamos acumulado las miramos entonces como inútiles y superfluas; nos basta la simple afirmación, la simple declaración del Evangelio para apoyar nuestra fé; y el incrédulo mismo, si no ha abjurado de todo sentido moral y enteramente perdido el gusto de lo verdadero, no puede contener entonces una de esas confesiones, tanto mas elocuentes cuanto mas combatidas han sido, y en las que se hace sentir la fuerza de la verdad cuanto mas victoriosa es.

“Os lo confieso, dice: la sublimidad de las Escrituras me encanta, la santidad del Evangelio habla á mi corazón. Recorred los libros de los filósofos con toda su pompa; ¡cuán pequeños son al lado de este! ¿Es posible que un libro tan sublime y tan sencillo á la vez sea obra de los hombres? ¿Es posible que aquel de quien en él se traza la historia, no sea mas que un hombre? ¿Es ese el tono de un entusiasta ó de un sectario ambicioso? ¡Cuánta dulzura, cuánta pureza en sus costumbres, y al mismo tiempo, qué tierna gracia en sus instrucciones, qué elevación en sus máximas, qué profunda sabiduría en sus discursos, qué serenidad de ánimo, qué delicadeza y exactitud en sus respuestas, qué imperio sobre sus pasiones!... ¿Diremos acaso que la historia del Evangelio fué inventada por capricho? Amigo mio, no es así como se inventa, y los hechos de Sócrates, de que nadie duda, se hallan menos comprobados que los de Jesucristo. Además, esto es eludir la dificultad sin destruirla; sería mas inconcebible que muchos hombres se hubiesen puesto de acuerdo para formar este libro, que no que uno solo hubiese prestado el asunto. Jamás los autores judíos habían conocido ni ese tono ni esa moral, y el Evangelio encierra caracteres de verdad tan grandes, tan luminosos, tan perfectamente inimitables, que su inventor sería mas admirable que su héroe.” (1)

El Evangelio es, pues, verdadero, y la religión de Cristo divina.

(1) Rousseau, *Emilio*, lib. 4.

CAPITULO IV.

LAS PROFECÍAS.

Leemos en la parábola del *mal rico*, que al pedir este condenado que Lázaro resucitase para que fuera á manifestar á los cinco hermanos que habia dejado en este mundo la verdad de la otra vida, á fin de que pudiesen evitar sus tormentos, se le contestó: “Tienen á Moisés y los profetas; oiganlos.... Si no oyen á Moisés ni á los profetas, tampoco creerán aun cuando resucitara un muerto.”

Es tal, en efecto, la fuerza de las profecías en el concepto del que examina atentamente su antigüedad, su número, su repetición, su precisión, su anterioridad reconocida y su admirable exactitud con el cumplimiento, que puede decirse que el milagro que ponen de manifiesto es tan grande como la resurrección de un muerto. Devolver la vida á quien no existe ya, no supone mas poder que predecir en quien no existe todavía, cuando la predicción es tan lejana, tan circunstanciada y puntual, que solo el Autor de la vida puede haber confiado el secreto de su cumplimiento. El poder de *predecir* se confunde con el de *producir*, y es una de sus derivaciones. El tiempo opone á las investigaciones del hombre un velo tan espeso y un silencio tan mudo como la muerte: son dos abismos igualmente cerrados; son como las dos manos de Dios, con las cuales da el ser ó lo retira.... solo él puede abrirlos y manifestar lo que solo él puede hacer.

No se diga que la prevision del hombre y el cálculo de las conjeturas pueden á veces adivinar algo. Esto no es exacto, sino cuando el suceso futuro se refiere por algun punto al suceso presente, y entra en las leyes generales bajo las cuales uno se encuentra colocado, porque entonces este suceso no es propiamente futuro, pues existe ya en el presente como en su germen; solo se trata de desprenderlo de él: de la misma manera que la medicina puede detener la vida de un cuerpo que ésta no ha abandonado aún enteramente, y que está adhenda todavía á algun órgano. Pero cuando la vida no existe ya ó cuando no existe todavía; cuando se halla de tal manera sepultada en el tiempo ó en la muerte, que no subsiste de ella ningun principio ni relacion en el presente; cuando su objeto es tan singular é individual que escapa á toda inducción sacada de las leyes generales, y que en fin se halla arrojado lejos de toda posibilidad conjetural en las profundidades del porvenir, entonces la predicción es un verdadero prodigio, y el poder de profetizar, de *susitar* en cierta manera el suceso, es absolutamente igual al de *resucitar*. ¿Qué será, pues, cuando el suceso no es solamente lejano, singular y extraño á toda relacion con las leyes generales, sino contrario á estas leyes, contrario hasta á las leyes naturales, un fenómeno, un prodigio? Si profetizar es un prodigio, ¿qué será profetizar prodigios?

Esto son nuestras profecías.

Forman la prueba mas magnífica de la divinidad del cristianismo, y el espectáculo mas curioso que al espíritu humano pueda ofrecerse.

Se hallan además dispuestas con tan rica economía, que podemos decir que si las demás pruebas del cristianismo dejan á la incredulidad sin razones, ésta la deja sin pretextos. ¿Se ha arguido algo contra nuestras profecías?

Así es que no tenemos que discutir, sino exponer simplemente su verdad.—Para hacerlo con método y abrazar todas sus condiciones, examinaremos sucesivamente:

1. ° Anterioridad de las profecías.
2. ° Certidumbre del cumplimiento.
3. ° Imposibilidad de que la concordancia de las profecías con el cumplimiento, sea efecto de la casualidad ó de un concierto humano.
4. ° Realidad de esta concordancia.
5. ° En fin, después de haber tratado de las profecías que tienen por objeto á Jesucristo, examinaremos las que él hizo.

§ I.

La primera condicion de una profecía es que haya precedido al cumplimiento. Antes de pasar adelante, es menester satisfacer plenamente á esta exigencia.

Las profecías están contenidas en el Antiguo Testamento, que forma la constitucion del judaismo, y es incontestable que el Antiguo Testamento es anterior al Nuevo, y que el judaismo precedió al cristianismo.

Esto nos basta ya; pero nuestra seguridad puede remontarse mas aún.

La historia profana, lo mismo que la del pueblo judío, nos enseña lo que por otra parte la crítica mas atrevida no ha atacado jamas: que unos trescientos años antes de la era cristiana, *Ptolomeo*, rey de Egipto, mandó hacer una *version* en griego de todos los libros hebreos que componen el Antiguo Testamento, y que esta traduccion la hicieron setenta doctores judíos de Alejandría para uso de los de su nacion, que vivian entre los griegos que hablaban la lengua griega. En esta famosa *version de los setenta*, difundida desde entonces por el mundo, leemos ahora las profecías.

Estamos, pues, ciertos de que las profecías precedieron á lo menos en trescientos años, al suceso á que se refieren.—Este hecho está admitido sin contradiccion, y va acompañado de otro que le da muchísima fuerza, qual es que las mismas profecías se encuentran citadas desde los tiempos mas remotos, en los numerosos escritos de los doctores judíos que las comentan y aplican al suceso futuro que esperaban.

Podríamos remontarnos mas todavía y demostrar que el cánon de los judíos, en el qual se hallan contenidas las profecías, fué cerrado antes de la entrada de Alejandro el Grande en Jerusalem.—Sobre este punto están unánimes todas las tradiciones de los doctores hebreos, y Josefo lo reconoce así en su obra contra Apion.—Hay mas: la admission de las profecías en el cánon de los judíos nos autoriza á referirlas todavía mas atras, es decir, á sus verdaderas datas, pues esta admission no pudo verificarse

sino por graves razones de autenticidad, si hemos de juzgar por la escrupulosa severidad con que procedió siempre la sinagoga en la consagracion y conservacion de los libros santos, severidad que le hizo escluir del cánon el libro de los Macabeos y el del Eclesiástico, á pesar de la santidad de su inspiracion.

En fin, no olvidemos el estudio que llevamos hecho ya del *Pentateuco*, en el que están consignadas las primeras profecías, y la maravillosa concordancia de todas las ciencias exactas en saludar á este libro como al mas antiguo y verídico de todos los libros, como al libro verdaderamente *inspirado*. Esta verdad forma en el dia como la última piedra de la pirámide de las ciencias (1).

De modo que la antigüedad de las profecías se halla sostenida y puesta de manifiesto á nuestra vista, por medio de caracteres fijos y patentes: la traduccion de los Setenta, la clausura del cánon de los judíos y la antigüedad científicamente probada del *Pentateuco*.

El primero de estos caracteres nos basta, y justifica al mismo tiempo los demás. Efectivamente, hallándose asegurada, como lo está, la traduccion de los Setenta, la *anterioridad* de casi trescientos años que de aquí resulta, es suficiente para llenar la primera condicion de la verdad de las profecías, y esta verdad justifica á su vez la antigüedad de las profecías, anterior á esta época de trescientos años. La verdad de las profecías, que no puede proceder mas que de la inspiracion, no podria aliarse con una suposicion, una falsificacion cualquiera, y por otra parte esta falsificacion careceria desde entonces de objeto.—La anterioridad que la version de los Setenta supone, á mas de ser bastante para probar la verdad de las profecías, garantiza, pues, ya por la inspiracion que esta verdad implica, ya por el ningun interes en referirlas fraudulentamente mas allá, la verdadera antigüedad de las profecías, las cuales se nos presentan entonces colocadas por grados en el largo espacio de cuatro mil años anteriores al acontecimiento que tienen por objeto.

La prodigiosa anterioridad de las profecías se halla, pues, claramente probada.

II. Pero lo que la pone fuera de toda controversia, es que las mismas razones que acabamos de dar van envueltas en otra razon mayor que disipa y acalla todas las objeciones.—Esta razon es el pueblo judío y su estado en el mundo (2).

La ley mosaica, toda figurativa de la nueva alianza, debia naturalmente ser abolida al empezar esta; las profecías debian sepultarse en el triunfo de su cumplimiento, y el pueblo que las conservaba debia dejarlas desaparecer para abrazar su divino objeto. Cuando está terminado el monumento, quita el arquitecto los andamios que sirvieron á su construccion y que en adelante perjudicarian á la belleza del edificio; sus planos y modelos se ha-

(1) Véase el capítulo titulado: *Moisés juzgado por las ciencias*.

(2) Vamos ahora á juzgar al pueblo judío solo en su estado moderno.—En el tomo I lo hemos considerado ya en el *antiguo*, y pueden juntarse ambos cuadros.

con inútiles, y por lo mismo son abandonados y olvidados.

Pero esto no podía suceder tratándose del edificio de la Religión, al menos sobre la tierra, y el divino arquitecto debía conservar sus diseños y sus planos, para probar que habían sido fielmente ejecutados.

Vamos á manifestar la razon de esta necesidad, y de qué modo fué satisfecha.

Debiendo entrar la libertad humana en el plan de la Religión, la evidencia de esta no podía nunca ser tal, que no dejara ningun motivo á la fé para ejercitarse, y por consiguiente ningun pretexto á la incredulidad. En todos tiempos ha debido haber incrédulos. Pero es menester notar como un rasgo profundo de la economía celestial, que nunca han sido las mismas las razones aparentes de incredulidad, aun cuando siempre hayan tenido poco mas ó menos igual importancia. Son sombras, pero sombras que mudan de sitio, y que por lo mismo prueban al observador que sigue su movimiento, que no son en efecto mas que sombras vanas. Por ejemplo, los judíos contemporáneos de Jesucristo, tenían, como motivo de incredulidad, sus milagros; pero tenían como motivo de incredulidad, el incumplimiento aparente de las profecías: la oscuridad, la humildad, la vida pobre y la muerte infame de Jesucristo contradecían abiertamente los caracteres de grandeza, de poder y de dominacion universal que señalaban las profecías, y que el sensualismo ó el orgullo, que constituyen la esencia de toda incredulidad, buscaban, sobre todo entonces, en el órden material, en el cual no debían jamas encontrarse.

—Estas eran las causas de la incredulidad de los judíos.—Después estas causas desaparecieron, y el prodigioso desarrollo de la grandeza espiritual de Jesucristo vino á justificar magníficamente las profecías, y á hacer de un objeto aparente de incredulidad, uno de los mas sólidos fundamentos de nuestra fé. Pero al mismo tiempo, los motivos de credibilidad que tenían los judíos, los milagros, cesaron, y se hicieron por consiguiente cuestionables para los entendimientos que quieren evitar el someterse á ellos.—Indudablemente para un entendimiento inclinado á la fé por la pureza de intencion, los milagros deben ayudar á creer en el cumplimiento de las profecías, así como el cumplimiento visible de las profecías debe ayudarnos á creer en los milagros; pues de este modo, siendo la atencion dirigida y sostenida de una prueba á otra, acaba por comprenderlas y conciliarlas ambas. Así vemos que un gran número de judíos espirituales veían en Jesucristo al cumplimiento de las profecías y gozaban á la vez de las profecías y de los milagros, del mismo modo que, á pesar de la distancia de los milagros, podemos nosotros en el día estar seguros de su certidumbre, y añadir su efecto al de las profecías. Pero la incredulidad, cuando es resultado de la sensualidad y del orgullo, no es capaz de prestar esta atencion libre y calmada á un objeto cuyas consecuencias le repugnan. Es propio de su condicion ocuparse menos de los motivos de credibilidad que de los de incredulidad; y como

no se llega á ilustrar bien estos últimos sino partiendo de los primeros, procede entonces á la inversa, es decir, llega al colmo de la ceguera, ceguera sobrenatural como la fé, porque se ofusca hasta no ver las pruebas sensibles y presentes.—Esta consideracion nos llevaria muy lejos, y la dejaremos para mas adelante: nos basta por ahora haberla presentado como razon incidental del estudio que estamos haciendo.

Debía, pues, haber incrédulos en tiempo de Jesucristo, lo mismo que en el nuestro, lo mismo que siempre: los motivos de incredulidad debían, empero, ser muy diferentes.

Dico, que sujeta siempre el mal al bien, saca de esta diversidad la ventaja de hacer servir la incredulidad de unos para confundir la incredulidad de otros. Nuestras rebeldías se convierten en instrumentos suyos, y obrando libremente por lo que respecta á nosotros, obramos fatalmente por lo que respecta á él.—La ceguera deicida de los judíos se convirtió en sus manos, como en el polo sobre el cual debía girar á nuestra vista, con la mas sencilla sencillez, toda la verdad de las profecías.

No creyendo los judíos en el suceso de las profecías, permanecieron testigos irrecusables de su anterioridad ó integridad.—La misma incredulidad que les impidió ver el suceso, se las hizo cumplir, porque, por lo mismo que no vieron la divinidad de Jesucristo, lo crucificaron, como estaba profetizado, siendo de este modo agentes no sospechosos del suceso, y testigos irrecusables de las profecías.

Atrayendo después sobre sí un castigo ejemplar como su crimen, llevaron á toda la tierra las profecías en sus manos y su cumplimiento escrito sobre su frente.—Finalmente, están todavía dando cumplimiento á las profecías, en cuanto estas habian predicho esa ceguera y ese castigo, y están reservados á su cumplimiento futuro, en lo relativo á la prediccion de que algun dia han de volver á congregarse.

Pero este cuadro es demasiado vasto. Es preciso repartir sus detalles y no tomar por ahora mas que los relativos á la parte actual de nuestro común: la certidumbre de las profecías.

Dos cosas eran necesarias: 1.ª que las profecías quedasen siempre bastante independientes del cumplimiento, para que nunca pudiera decirse que habian sido hechas ó alteradas conforme á él; 2.ª que su prueba fuese conocida con el cumplimiento, y marchase siempre y por todas partes á su lado, para que todos los que conocieran el cumplimiento, conocieran tambien las profecías.

Tal es la doble maravilla que tenemos á la vista.

1.ª Somos testigos directos de las profecías, y de las profecías independientes del cumplimiento, antes del cumplimiento.

En efecto, el pueblo que nos presenta las profecías nos da desde luego la prueba mas extraordinaria de su certidumbre, puesto que, aun cuando haya transcurrido hace ya tantos siglos el término fijado para su cumplimiento, no deja aún de esperararlo. Los judíos están esperando todavía y han esperado siempre al Mesías, con todos los caracte-

res que de él les damos, y esta esperanza eterna es la mas alta expresion de la profecía, es la profecía misma. No importa que haya traspasado ya su objeto, pues no lo ha traspasado sino porque se dirigió hácia él, y en este sentido su mismo extravío prueba su fuerza. ¿Qué hermosa claridad debían despedir las profecías antes de su cumplimiento, supuesto que le sobreviven hasta al punto de hacerlo esperar tanto tiempo despues de haber ya pasado!

Nosotros añadimos que por esto mismo somos testigos de las profecías, independientemente del cumplimiento y *antes del cumplimiento*, supuesto que el cumplimiento no se ha verificado aún para los representantes de las profecías.—Es cierto que para nosotros el cumplimiento se efectuó ya; pero ¿somos nosotros quien presenta las profecías?—Los que las presentan no ven su cumplimiento, de donde resulta que para ellos es como si no hubiera llegado; y como son ellos, lo repetimos, ellos solos, quien presenta las profecías, es exacto, exacto al pié de la letra, que vemos en ellos las profecías *antes del cumplimiento*.

Seguramente no podía Dios emplear un medio mas sencillo y efectivo que este para asegurarnos de la anterioridad y conservacion de las profecías, porque la afición al cumplimiento y el deseo de hacerlo triunfar hubieran podido forjarlas ó alterarlas. Pero los judíos tienen horror á este pretendido cumplimiento y miran con execración su creencia; desde el primer momento llevaron ese horror y esa execración hasta el extremo de ahogarse en la sangre del que era la consumacion de todas las profecías, y cayendo esta sangre todavía sobre ellos, despues de diez y ocho siglos, por una maldición formidable, los persigue é irrita incesantemente contra él. Y son ellos, sin embargo, doblemente enemigos de Jesucristo, por el crimen y por el castigo de su muerte: los que nos presentan esas profecías que prueban la divinidad del uno y el deicidio de los otros... ¿cómo las habian de forjar ó alterar en favor de esta prueba que los confunde?... Hay aquí un abismo que la mas osada incredulidad no se atreverá nunca á traspasar.

Es moralmente imposible que los judíos prestasen al cristianismo el auxilio de la suposición ó falsificación de las profecías. Ya es de por sí un gran prodigio que no las hubiesen borrado ó alterado para hacerles daño. Pero es tal el colmo de su ceguera y de la sabiduría que los hace servir á sus designios, que la aversión que tienen al cumplimiento de las profecías está en proporción con el cariño que las tienen, preocupados como están por una interpretación toda carnal, cuya falsa idea les inspira tanto celo por la conservacion de esos títulos de nuestra fé, como se necesita contrabalancear el interés que podían tener para borrarlos ó alterarlos en nuestro daño.

Hemos espuesto ya los diversos caracteres de este celo extraordinario de los judíos por la conservacion de sus libros santos, á vista de las profecías que contienen. No queremos repetirnos, y nos bastará por lo mismo consignar la declaración que el

historiador judío Josefo hacia á la faz del mundo entero, sesenta años solamente despues de Jesucristo, en lo mas fuerte del cumplimiento de las profecías contra su nacion, y sobre las ruinas humeantes de aquel templo cuya destruccion habia sido anunciada seiscientos años antes, por Daniel, de una manera tan precisa y circunstanciada. "Nada puede haber mas cierto que los escritos autorizados por nosotros, pues están esentos de toda contrariedad, porque no aprobamos mas que lo que *escribieron los profetas HACE MUCHOS SIGLOS*. Nada nos importa que haya gran número de libros que se contrarian; nosotros no tenemos mas que veintidos que comprenden todo cuanto ha sucedido y cuanto nos atañe, desde el principio del mundo hasta el presente, y á los cuales estamos obligados á dar crédito. Conservamos para estos libros un respeto tan grande, que jamas ha habido nadie bastante audaz para quitarles, añadirles ni cambiarles nada. Los consideramos como divinos; los llamamos así, y hacemos profesion de observarlos inviolablemente, y de morir contentos, si es preciso, para conservarlos." (1)

¡Cosa admirable! la misma pluma que escribió el grande infortunio predicho á los judíos, nos garantiza la certidumbre y antigüedad de la predicción, (2) sin reparar en el milagroso enlace que los une. ¡Ceguera muy de bulto y muy culpable en sí misma, pero muy útil y provechosa á la causa de nuestra fé!

Las profecías son, pues, ciertas, y para poner en duda esta certidumbre, es menester negar el hecho mas prodigioso y decisivo que hay en el mundo: el testimonio de los judíos.

2.º Pero este hecho en sí mismo no era bastante; necesitábase ademas que su evidencia fuese tan pública como el acontecimiento al cual sirve de prueba. Era necesario que este hecho tan prodigioso fuese un hecho trivial.

El cristianismo, hemos dicho, no debió estar nunca desprovisto de pruebas presentes. Los milagros iluminaron su cuna, y las profecías debían ir acompañando y alumbrando todo su curso. Lo que tienen estas de justificativo no podía conocerse sino á medida que fuera realizándose su cumplimiento, que es el desarrollo del cristianismo. Para servirle de prueba, era, pues, preciso que lo siguiesen siempre á todas partes, y que los judíos, que son los que las llevan, contribuyesen de este modo á los destinos de perpetuidad y universalidad de la religion del Cristo, pero rezagados y como atados á su

Tal es en efecto el estado y la miseria del judaismo sobre la tierra. Estado verdaderamente prodigioso, tan prodigioso como lo seria la inmortalidad terrestre de un solo hombre, supuesto que naturalmente las naciones mueran como los individuos; que todas las grandes naciones de la antigüedad, contemporáneas de la judía, estan ya sepultadas en el polvo, y que ella sola, la mas antigua de todas, y

(1) Josefo contra Apion, lib. 1, cap. 2.

(2) Mas adelante encontraremos el testimonio especial de Josefo sobre Daniel.

para colmo de prodigio la mas combatida por los hombres y por Dios, vive aún, vive en todas partes, pero en un estado deplorable de esterminio. "Es pasmoso ver á ese pueblo subsistir despues de tantos años, y verlo siempre miserable: siendo necesario para la justificacion de Jesucristo que subsista para probarlo, y que sea miserable, porque lo crucificó, y aun cuando sea contradictorio estar miserable y subsistir, subsiste sin embargo siempre á pesar de su miseria (1)." Todo es prodigioso en ese pueblo.

Así llena maravillosamente las funciones providenciales á que fué destinado, de archivero y como de *guarda-sellos* del cristianismo; marcado él mismo con esos sellos formidables, llevando á todas partes la profecía á la par del cumplimiento, reuniéndolos ambos en su propia persona é iluminando á toda la tierra con una antorcha que únicamente á él lo deja en las tinieblas, y que brilla mucho mas á causa de esta misma oposicion.

Véase ademas cuán espresamente está destinado este pueblo á servir de testimonio al cristianismo. — En tanto que no se verificó el grande acontecimiento, vivió la vida natural y ordinaria de los demas pueblos; reunido en cuerpo en un punto del globo, tuvo todos sus privilegios de nacionalidad; hasta fué para los conquistadores objeto de un particular respeto, y vió á los Ciro y Alejandro tenerle una mano amiga y encaminarse religiosamente hácia su templo, la maravilla del mundo. Tuvo tambien sus facces de decadencia y de adversidad: muchas veces acabó la idolatría por consumirlo; la cautividad lo tuvo por mucho tiempo en poder de sus vecinos, y en la época de sus Macabeos se vió reducido á un puñado de valientes en las concavidades de algunas rocas. Pero siempre, feliz ó desgraciado, vivió la vida de los pueblos.

Mas desde el instante en que iba á sonar la primera hora del cumplimiento, y en que iba á ser necesario justificar para siempre y en todas partes las profecías, se dejó ver en ese pueblo un doble fenómeno. Dejó enteramente de existir como pueblo y empezó á vivir como secta. Esterminado en su primer estado é inesterminal en el segundo, se apoderó de él una vida puramente fatídica. Por no haber visto á tiempo el cumplimiento de sus profecías y el verdadero término de sus destinos, se cerró en ellas y las convirtió en una especie de cárcel, en una tumba donde quedó sepultado y en la cual permanece todavía, sin que nadie haya podido sacarlo de semejante estado. Los golpes que ha sufrido no han hecho sino hundirlo mas en él. Al mismo tiempo, como arrebatado por un torbellino (este torbellino salió del Calvario y rasgó el velo de su templo), fué dispersado por el mundo y barrido de todas partes, sin límite y sin fin. Se le dijo: en ninguna parte existirás ya como pueblo, y estarás siempre en todos los lugares como testimonio. Tu dispersion entre todas las naciones infieles marchará al igual de su vocacion á la fé que rehúsa, y cuyo garante serás en medio de ellas. Siempre

agonizante para que nada puedas cambiar en tu estado, y siempre viviente para que este estado subsista, serás la personificacion universal del pasado en el porvenir, y como el prolongado eco de los siglos proféticos en medio de los siglos cristianos. Por este medio, testigos todos los hombres del cumplimiento, habrán sido realmente testigos de la profecía y los verán distintamente y á la vez, pues viiendo la profecía, el profeta mismo estará siempre en todas partes, errando á ciegas en medio del cumplimiento y haciéndose ver y oír de todas las razas y de todas las generaciones.—En verdad, como dice Pascal, que es divina toda esta *economía*?

Tal es el estado prodigioso y trivial á la vez que presenta el pueblo judío. Este carácter de trivialidad perjudica al efecto del prodigio en el concepto de los espíritus lijeros, y templó la luz demasiado viva de la evidencia, para no dejar reinar mas que la semi-luz de la fé; pero para los espíritus que insisten en estudiar las cosas, la misma trivialidad del hecho descubre principalmente el prodigio.

Esta es la razon porque nosotros hemos insistido tanto, mas acaso de lo necesario, en el objeto presente de este estudio. El estado del pueblo judío, á mas de servir á conservar la certidumbre distinta de las profecías en el seno de su cumplimiento, y precisamente porque sirve bien á este objeto, prueba en sí mismo la divinidad de la religion, á la cual se halla tan visiblemente adaptado. El medio de prueba es tambien una prueba. El sello de las obras de Dios, que aparece igualmente en la religion y en la naturaleza, es que por todas partes descubramos el fin, y los medios en ninguna. Es un encadenamiento de pruebas, que al mismo tiempo que forman un magnífico conjunto de demostraciones, tienden cada una de por sí directamente al centro. No hay en ellas *mayor* ni *menor*, y todo, hasta las *premisas*, es *conclusion*.

Sin embargo, volvamos á emprender la marcha metódica que mejor se aviene con nuestra flaqueza, y prosigamos nuestro estudio sobre la verdad de las profecías.

Hemos visto que su anterioridad es indudable: véamos ahora la certidumbre de su cumplimiento.

† II.

Aquí las cosas hablan por sí solas: "No es preciso esperar por mucho tiempo, podemos decir con Tertuliano, ni ir muy lejos para conocerlas. El cumplimiento de las profecías está patente á nuestra vista: es el mundo moderno y todo cuanto en él sucede. Todo lo que pasa ahora fué predicho; todo lo que vemos fué anunciado." *Nec hoc tardius aut aliunde discordum; coram sunt quæ docebant, mundus, et seculum et exitus. Quidquid agitur præmonstrabatur; quidquid videtur audiebatur* (1).

La historia del cristianismo es la historia del mundo moderno: he aquí el cumplimiento de las profecías. Procuraremos probarlo; en este momento solo se trata de determinar el terreno de la prue-

(1) Pascal.

(1) Apologes.

ba y como los dos platillos de la balanza: las profecías y el cumplimiento.

¿Ha existido Jesucristo? ¿Tenemos á la vista, sí ó no, la época y las circunstancias históricas de su aparición, la oscuridad de su nacimiento, los principales rasgos de su carácter y de su vida, la infamia y los dolores de su suplicio, la sublimidad de su doctrina, la rápida revolución que causó en el mundo, la desaparición de la nacionalidad judía que lo desconoció, y la dispersión de sus restos por el universo bajo los visibles golpes de una maldición que solo los conserva en todas partes para no dejarlos vivir en ninguna, la conversión de todas las demas naciones, divididas hasta entonces por el politismo, á la única ley pura y santa de Jesucristo, la permanencia y la universalidad invencible de su reino á través de todos los siglos, su incesante y progresiva influencia sobre el mundo, y todos los demas hechos y detalles que se desprenden de estos? Y ¿qué somos nosotros mismos mas que su expresión y su producto? El cumplimiento de las profecías está delante de nosotros, al redor nuestro, en nosotros; somos nosotros mismos, y nada por consiguiente puede imaginarse de mas cierto. Mas adelante justificaremos esta certidumbre, al examinar la realidad de las profecías con su cumplimiento.

Dejamos, pues, establecidas la anterioridad de las profecías y la certidumbre de su cumplimiento. Antes de demostrar su concordancia y para asegurarle toda su fuerza, se hace preciso desvanecer toda suposición que tenga por objeto hacer creer que esta concordancia fuese efecto de la casualidad ó de un concierto humano.

§ III.

Todo es grande en las proporciones de la verdad de las profecías. Dios quiso que esta gran prueba, que debía sostener la magestad de su religion en la plenitud de los tiempos, y ocupar el lugar de los milagros que habian mecido su cuna, no dejase á la incredulidad ningún pretexto, y satisficiera á todas las exigencias de una fe racional. Por un lado tenemos el prodigio del estado del pueblo judío en el mundo, que nos garantiza admirablemente la certidumbre é integridad de las profecías, y por otro tenemos la historia inmensa del cristianismo, es decir, la historia del mundo moderno, nuestra propia historia, que es el cumplimiento de aquellas. No son medios insignificantes ni hechos pequeños, sino lo que hay de mas grande y mas vasto debajo del cielo. ¿Se pueda, pues, negar la existencia de las profecías independientemente del cumplimiento? ¿Se puede negar la existencia del cumplimiento independientemente de las profecías? ¿Hay nada mas patente en sí mismo? ¿Hay nada mas distinto?

No fué Dios menos pródigo en precauciones y garantías para hacernos conocer su voluntad y su acción libre y providencial, en la concordancia de las profecías con su cumplimiento, y para no dejar en esta grande obra de sus manos nada á la casualidad ó á los vanos cálculos del hombre.

Creiendo el incrédulo agotar el poder de Dios y formarse un triple escudo contra su verdad, dijo: Para creer en las profecías, seria preciso: 1.º *que yo fuese testigo de las profecías*; 2.º *que fuese testigo de su cumplimiento*.—Acabamos de ver que la sabiduría de Dios ha disipado completamente estas dos dificultades.—Falta la última: seria preciso, 3.º *que se me demostrase, por la imposibilidad del cumplimiento, que este no ha podido adaptarse fortuitamente á las profecías*.

Semejante exigencia es evidentemente sofística y burlesca en la intención de su autor, puesto que tiende á un imposible.

Y sin embargo, Dios la ha tomado por medida. Presentándose esta monstruosa objeción, no se ha hecho mas que prepararle la gloria de resolverla, y aquí la incredulidad ha tenido mas trabajo en concebir, que el poder divino en crear pruebas de su verdad.

El cumplimiento de las profecías es el cristianismo;—la persona de Jesucristo, su vida y su muerte;—la ruina de los judíos, su ceguera y dispersión;—la caída del paganismo y la vocación de las naciones idólatras á la ley evangélica;—la grande y rápida revolución que el espíritu cristiano causó en el mundo;—la universalidad y perpetuidad de este poder espiritual, cuya fuerza enteramente divina obra en razon de la debilidad de sus medios, teniendo por levadura una cruz de madera.

¿Eran en sí mismas humanamente posibles todas estas cosas, en medio de las tinieblas naturales del paganismo? ¿No son prodigiosas y por consiguiente inconcebibles mas que para el que las ha obrado?

Su imposibilidad natural es una de las grandes pruebas de la divinidad del cristianismo. Lo demostraremos luego, pues en la actualidad la materia se presenta por sí bastante clara, reconviniendo en ello al autor mismo de la objeción, Rousseau.

La historia de los primeros tiempos del cristianismo, dice él mismo, despues de haber trazado un elocuente cuadro de esta historia, es un continuo prodigio (1).

El Evangelio y su autor le parecen por otra parte, como ya hemos visto, inconcebibles. Su inventor seria mas admirable que su héroe (2).

Pues bien, ¿era posible producir lo que era imposible imaginar? ¿No tenemos la misma dificultad, ó mas bien, no es esta una dificultad mil veces mayor? Pues en este caso habia tres prodigios en vez de uno: el de la invención en la predicción, el del cumplimiento, y el de la concordancia del prodigio de la invención con el del cumplimiento. Si profetizar es un prodigio, repetiremos, ¿qué será profetizar prodigios?

Por consiguiente, la tercera condición impuesta por Rousseau se halla satisfecha; necesita un cumplimiento imposible para estar completamente seguro de que este no pudo adaptarse fortuitamente á la profecía; pues bien, tal es el cristianismo. Este cumplimiento no entra en el curso natural de

(1) Respuesta al rey de Polonia.

(2) Emilio, lib. 4.

las cosas; procede de Jesucristo únicamente, y Jesucristo procede inmediatamente de Dios su padre. Su *molde*, si es permitido hablar así, no estaba en las cosas humanas y posibles, y por consiguiente la casualidad no pudo hacérselo encontrar.

Pero ¿no estamos haciendo demasiado honor á la objeción? ¿No es un absurdo querer que no haya profecía sino con la condición de la imposibilidad natural de su cumplimiento? ¿No hay otros caracteres que no permiten atribuir su concordancia á la casualidad? Y qué, por mas anteriores, repetidas, unánimes é invariables que hayan sido las predicciones;—por mas inverosímil, imprevisto y extraordinario que sea el cumplimiento;—por mas precisa, clara, luminosa y decisiva, en fin, que sea la concordancia de aquellas predicciones con este cumplimiento, ¿se podría, á pesar de todo, pretender que todo esto no habia sido ó no era mas que un capricho de la casualidad?

Por el decoro de Rousseau dejaremos que se refute él mismo.

“No me sorprende, dice, que una cosa suceda cuando es posible, y convengo en que la dificultad del suceso está compensada por la cantidad de veces que se intenta. Sin embargo, si se me dijese que de los caracteres de imprenta arrojados al acaso ha resultado la *Eneida* tal como la conocemos, ni siquiera me dignaria dar un paso para ir á cerciorarme de la exactitud del hecho. Olvidais, se me dirá, la cantidad de veces que los caracteres han sido arrojados; pero cuántas veces querais que suponga necesarias para hacer verosímil la combinación? Yo, que no quiero mas que una vez, apostaría el infinito contra uno que su producto no es nunca efecto del acaso.” (1)

El acierto de la casualidad, aunque posible, pueda, pues, ser tan reducido respecto de la cantidad de veces que una cosa se haya intentado, que equivalga á la proporcion de la unidad contra el infinito, es decir, á una posibilidad absurda á fuerza de ser inverosímil, á una posibilidad sofística, ó por decirlo mejor, á una imposibilidad de sentido común.

Nuestras profecías se hallan dispuestas de tal manera respecto de su cumplimiento, que de ellas resulta claramente una imposibilidad semejante de que su concordancia con él sea efecto de la casualidad, y es preciso estar ciego para no descubrir en ellas el sello infalible de la inspiración.

Si los caracteres de imprenta arrojados al acaso (y vamos á ver que no presentan menos multiplicidad las profecías) no podrian formar la *Eneida*, ¿con cuánta mas razon puede decirse esto del EVANGELIO y de la divina figura de Jesucristo, mezcla inconcebible de debilidad y poder, de humildad y grandezza, de aniquilamiento y dominación, de bajeza y gloria, de infamia y triunfo, que no se explica sino por sí misma; verdadero enigma, cuya solución únicamente ha podido darla el cumplimiento, y darla á fuerza de prodigios! ¿Y qué diremos de esa revolucion rápidamente desarrollada en tor-

no suyo en todo el mundo; la conversión de todas las naciones idólatras y la perversion de la sola nación judía, que debía ser la primera en aprovecharse de la salud que traía á la tierra; todo el universo convertido á la voz de un judío y la sola nación judía proscrita en todo el universo, por haberse mantenido sorda á aquella voz que salía de su seno? ¿Qué hecho, no solamente mas prodigioso, no solamente mas superior á todas las previsiones, sino mas opuesto á todas las previsiones y en particular á todos los instintos y á todas las ilusiones de ese mismo pueblo judío del cual habian salido las profecías? Añadid á todo esto las particularidades mas accidentales y mas contingentes: el lugar, la época, el linaje preciso del cual debía nacer el Mesías, las circunstancias históricas mas caracterizadas, los detalles biográficos mas minuciosos y mas pintorescos de su nacimiento, de su vida, y sobre todo de su muerte; en seguida, y como en el segundo plan, la caída de la nación, la ruina de Jerusalem, la profanación y destrucción del templo y su reedificación hecha para siempre imposible; y todo esto disminuido con grandes rasgos, sin que la historia haya tenido que hacer mas sobre este diseño que matizar y mezclar sus colores.—He aquí el cumplimiento predicho; cumplimiento que, como se ve, desafiaba todas las conjeturas del entendimiento y todas las combinaciones del acaso.

¿Qué será, pues, si pasamos á considerar ahora la época y la manera de la predicción?—Si un acontecimiento tan extraordinario y tan completo hubiese sido predicho la víspera de su realización, la predicción hubiese sido milagrosa; porque, lo repetimos, nada lo suponía y todo lo excluía, era insensible á los mismos que eran en él testigos y actores, y se necesitó una sucesión de prodigios para realizarlo. Pero no fué predicho la víspera, sino que para encontrar el último anillo de la cadena profética, es necesario remontarse á *quince siglos antes atrás*. “Dios dió á la majestad de su hijo, dice el gran Boesuet, poder para hacer callar á los profetas durante todo ese espacio de tiempo, para tener á su pueblo en expectación del que debía ser el cumplimiento de todos los oráculos.” (2)

Entre otras muchas cosas, es notable, en efecto, que el espíritu profético que no habia dejado de hacerse oír por espacio de cuatro mil años, se hubiese enteramente callado durante los cinco siglos que precedieron á la venida de Jesucristo. Este intervalo no era muy considerable; hasta cierto punto se hacia indigno de la predicción y debía quedar reservado para atestiguar su anterioridad. Mas adelante tendremos lugar de admirar el carácter indicativo de la última profecía.

Otra cosa no menos admirable, que hace observar Pascal y que en la historia del pueblo judío está rebosando evidencia, es que “mientras las profecías sirvieron para conservar la ley, el pueblo fué negligente; pero desde que no hubo ya ninguna profeta, apareció el celo, lo cual fué una providencia

(1) *Emile*, lib. 4.

(2) *Discurso sobre la Historia universal*, 2.ª parte.

admirable" (1). Celo cernal y ciego sin embargo, y fariseico ademas, que se oedia á la letra desatendiendo el espíritu, hasta el extremo de convertirse contra Jesucristo, y de ser aún la actualidad deicida del espíritu y fanático de la letra, segun merecia y á nosotros convenia, conforme lo hemos explicado ya en la primera parte de este estudio.

Observemos tambien, como otro rasgo providencial, que solo cuando las profecías hubieron cesado y durante aquellos cuatrocientos ó quinientos años que trascurrieron desde entonces hasta el cumplimiento, los judíos, hasta allí aislados de las demas naciones, no empezaron á repartirse en colonias por todo el mundo y á llevar con ellos á todas partes las profecías que, traducidas luego en griego por los *Setenta*, infiltraron en los otros pueblos la ciencia confusa, la predisposicion general hácia el grande acontecimiento que debia regenerarlos, como luego veremos. Desde entonces empezaban los judíos su mision de testimonios de las profecías, á que estaban reservados para los siglos posteriores.

Sea lo que quiera de estas observaciones hechas como de paso, siempre tenemos que *quinientos años* separan el fin de la prediccion, del principio de su cumplimiento; y decimos el fin de la prediccion, porque se estiende hácia atras en un espacio de muchos miles de años y empieza con el mundo. Anterioridad prodigiosa que, unida á lo imprevisto é inverosímil de semejante cumplimiento, aumenta la inspiracion.

Hsto merece ocuparnos un poco. Si un solo hombre hubiese predicho un suceso semejante la víspera de su realizacion como *Juan Bautista*, el suceso seria prodigioso; si lo hubiera predicho quinientos años antes, como *Malacías*, seria de una fuerza infinita. "Pero aquí hay mucho mas, dice Pascal: hay una cadena de hombres que durante cuatro mil años, constantemente y sin variacion, vienen uno tras otro á predecir el mismo suceso; hay un pueblo entero que lo anuncia y que subsiste durante cuatro mil años para atestiguar las seguridades que de él tiene, y del cual no pueden apartarlo ni las amenazas ni la persecucion: todo esto es muy considerable (2)." Lo hemos dicho ya en otro lugar y creemos deber repetirlo aquí:—Durante toda la antigüedad, no tiene el pueblo judío mas que una doctrina, una política, un destino, una idea fija, y es anunciar, figurar y esperar el *Messias*; conservar y fecundar en su seno el *germen de una bendicion que algun dia debe difundirse por toda la tierra*. Nada mas lo preocupa que este grande objeto; nada lo distrae ni separa de él; se entrega á él todo entero y no durante tal ó cual siglo, sino por espacio de cuarenta siglos consecutivos. Su paciencia y tenacidad en estar esperando este grande acontecimiento por tanto tiempo, tienen algo de la invariable repeticion de los actos de la naturaleza y de aquel instinto augural que da esta á los animales. Abraham, Jacob, Moisés, David, Isaías, Daniel y tantos otros, patriarcas, legisladores, reyes, pontifi-

cos y anacoretas, no aparecian de tarde en tarde mas que para repetir la grande esperanza y precisar cada vez mas las circunstancias y caracteres de su divino objeto. El espíritu de orgullo y dominacion, que es condicion de cuanto hay grande entre los hombres y que lleva al genio por vias incesantemente nuevas, nada puede en ellos: todos se limitan siempre á su papel de *precursores*, y no hacen servir la superioridad tan grande de su influencia mas que á preparar el lugar á *uno mas grande que ellos*. En cualquiera época que estas promulgaciones aparezcan, ni uno solo de sus autores tiene la pretension de atribuirse las promesas de sus antecesores y de desesperar de su futura realizacion, sino que cada uno de ellos se va colocando puntualmente en esa fila de heraldos que de boca en boca anuncian cada vez con mas fiereza la llegada de aquel que debe cerrar su marcha, porque es su grande objeto. . . . Esa profética promesa era una herencia nacional que cada generacion transmitia á la siguiente y que se iba engrosando en su curso con el tributo de cada nueva profecía, con la notabilísima particularidad de que en sus mas bellos dias de poder y de gloria, en tiempo de David y de Salomon, el pueblo judío no pretendió nunca que el *Messias* iba á aparecer, y que en sus mas apuradas situaciones, en la época de Daniel y de los Macabeos, jamas desesperó de verlo venir, hasta el momento supremo de la venida de Jesucristo, en que por todas partes se le buscaba, en que parte de la nacion reconoció con todo el mundo que habia venido ya, y en que la restante se dispersó y no ha subsistido hasta nuestros dias mas que para manifestar á todos los pueblos de la tierra el prodigio de esa concordancia, que solo él no ve para mejor hacerla ver á los demas.

Ahora preguntaremos: ¿á qué se reduce la suerte del acaso en una sucesion semejante, en una estension tal, en una persistencia tan continuada y en tal concordancia de predicciones, á pesar de la inmensa diversidad de los tiempos, de los órganos y de las situaciones de esa invariable profecía? Si es casualidad, es una casualidad muy rara.

Y no obstante, hay mas aún.—Observad que las profecías no son la repeticion servil y monótona unas de otras, y que ninguna de ellas describe todo el suceso por entero, sino que todas contribuyen á ello trazando cada una un rasgo particular ó mas pronunciado, un color distinto ó mas vivo, de modo que individualmente son bastante significativas para tener una importancia propia de prediccion, y que sin embargo solo su reunion abraza la plenitud de su objeto. Ademas de la inspiracion particular que descubre y hace ver en cada una de ellas tal ó cual faz del objeto, hay una inspiracion general que las domina todas, las dirige, las hace visiblemente converger sin buscarse, y compone con el todo un conjunto cuyo diseño y acoreto solamente ella posee, hasta que la presencia del original viene á revelarla y justificarla.—"El Redentor del género humano, culpable despues del pecado de Adán [dice el célebre rabino convertido, el caballero Drach], tal es el objeto y el único fin de todas las profecías que concur-

(1) *Pensamientos.*

(2) *Pensamientos.*

ren á señalárnoslo de una manera que no podemos desconocerlo: en su conjunto forman el cuadro mas perfecto, y los mas antiguos profetas trazan su primer boceto. A medida que se van sucediendo, van acabando los rasgos que dejaron imperfectos sus antecesores. Cuanto mas se van acercando al cumplimiento, mas animados son sus colores; y cuando el cuadro está terminado, desaparecen los artistas. El último [Malaquías], al retirarse tiene cuidado de indicar el personaje [Juan Bautista] que debe levantar su velo" (1).

Cuéntase que un célebre pintor de la antigüedad, no pudiendo pintar como queria la espuma de un caballo, y fatigado ya de tanto trabajo y de tanta impotencia, arrojó incomodado su pincel sobre el lienzo, y que la casualidad hizo admirablemente lo que todos los esfuerzos de su arte no habian podido lograr. Al caer sobre la tela, dejó el pincel pintado en la boca del caballo un verdadero parecido á su espuma. El suceso no es imposible. Lo que lo hubiera sido, seria que la misma accion de arrojar el pincel, efectuada á una gran distancia, hubiese formado todo el caballo; y lo que lo hubiera sido mas aún, seria que el mismo pincel, arrojado muchas veces por diferentes manos y en distintas épocas, hubiese producido una vez una parte, otra vez otra, cada una muy distinta y todas acordes para componer, reuniéndolas, el asunto del cuadro.

Pues bien; las profecías se hallan dispuestas de tal suerte, que no se puede dar mejor imagen que esta de lo imposible que seria atribuir á la casualidad su concordancia, ya entre sí, ya con el cumplimiento, ora reunidas todas, ora cada una en particular.

Esta es visiblemente la obra de la inspiracion, la obra de Dios, complaciéndose en trazar á los hombres el plan de su misericordia y de su salvacion, con tal diversidad de instrumentos, tal intermitencia de accion y tal multiplicidad de toques, que la maravillosa concordancia que de aquí resulta no puede ser atribuida ni á los caprichos de la casualidad ni á los cálculos de los hombres, sino al libre ejercicio de su sabiduría y de su poder, tanto en la predicción como en su cumplimiento.

Considerada bajo este punto de vista, la religion es un milagro continuo que llena toda la estension de los siglos desde el origen del mundo, va marchando paralelamente con la naturaleza, y revela, lo mismo que esta última, la accion del Ser soberano. Se halla dividida en dos grandes facces: la predicción y el cumplimiento. La concentra y reúne un grande y único objeto: JESUCRISTO, objeto de la predicción y del cumplimiento. No es menos visible la accion de Dios en una que en otra de estas dos facces, pues si en la primera se revela *prediciendo* lo que será, se manifiesta en la segunda *produciendo* lo que fué predicho. Por una parte prepara y por otra consuma; de un lado traza el plano y de otro levanta el edificio, tan infalible en la promesa como fiel en su cumplimiento. Y sin embargo, no es porque la operacion de Dios sea realmente sucesiva, como parece,

sino que lo es su revelacion. En sí es una misma obra, siempre subsistente en la eternidad de su objeto y de su autor, y en este sentido el suceso, es decir, el cumplimiento, existia antes que la profecía: *Ag-nus occisus est ab origine mundi*. Pero como solo existia en el pensamiento de Dios, solamente Dios pudo describirlo antes de mostrarlo, y esto es lo que llamamos *predicción*. Para acomodarse á nuestra flaqueza y dispensarnos este grande beneficio de su misericordia de una manera que nos hiciere apreciar su graciosidad y omnipotencia, plugo á Dios prometérselo al principio, distribuirnoslo en seguida, y hacernos ver en esos dos testimonios de su liberal omnipotencia, en los *dos testamentos*, el antiguo y el nuevo, que él es su único autor y dispensador, para que solo él fuese el único objeto de nuestro amor y reconocimiento. No quiso que sucediera con la religion lo que con la naturaleza: dárnosla *ya perfecta* é introducirnos en ella como un rey en su palacio enteramente concluido. La razon de esta diferencia es muy sencilla: la religion tenia por objeto corregir en nosotros la naturaleza degradada por el pecado, y como el pecado, origen de esta degradacion, era el *orgullo*, cuya principal propiedad es atribuirse inmediatamente cuanto poseer y no reconocerse deudor de nada á nadie, el beneficio reparador de la religion debia concedérsenos sucesivamente, con lentitud y economía, á fin de que no nos sintiéramos nunca tentados de apropiarnos su principio, y que la mano que nos lo dispensaba estuviera siempre visible sobre nosotros y nos tuviera incesantemente suspendidos en amor y en fé.

Tales son las razones profundamente filosóficas de la economía del cristianismo y de esa magnífica sucesion de profecías y de cumplimientos, que la compone con tanta variedad y unidad, tan admirable compuesto y tan preciosos pormenores, tanta fecundidad y tanta sencillez.

Si en esta grande obra se sirvió Dios de los hombres y de los sucesos y se ocultó detras de ellos para ejercitar nuestra fé, lo hizo como señor que es de los hombres y de los sucesos, obrando las cosas mas grandes valiéndose de las mas pequeñas, y logrando su objeto por la hostilidad misma de los medios, hasta aparecer á nuestra contemplacion á través de este ejercicio de nuestra fé.

Por esto acumuló en sus profecías todos los elementos que se oponian á la prevision natural del cumplimiento y á su fiel concordancia, á fin de que no pudiésemos atribuir semejante maravilla á la casualidad.

Por esto tambien, para que no pudiésemos ver en ello un concierto humano, se sirvió, para realizar el cumplimiento, de aquellos judíos que se oreian en él, y que con su incredulidad decidida eran instrumentos de la Providencia, tanto mas fieles á sus fines cuanto mas rebeldes se mostraban á sus intenciones, tanto mas exactos cuanto mas obcecados estaban, tanto mas propios, en fin, para acreditar la concordancia del cumplimiento con la profecía, cuanto que eran á la vez testigos de la profecía, ejecutores de su cumplimiento, y enemigos de su concordancia.

(1) *Primera carta de un rabino convertido*, p. 41.

Pero ya es tiempo de justificar y completar todo cuanto precede, demostrando la realidad de esta concordancia.

† IV.

Todo cuanto llevamos dicho hasta aquí supone la realidad de la concordancia de las profecías con su cumplimiento.

Aquí está la dificultad, se nos dirá; esta es la historia del *diente de oro*. Nosotros reconocemos la verdad de todo lo que acabais de establecer, y habéis probado bien contra un sofista que nada es mas incontestable que la certidumbre de lo que se llama las profecías, su anterioridad é integridad, garantizadas como se hallan por el testimonio mas brillante que es posible imaginar, por lo mismo que está interesado en contra de la consecuencia que de él deducís, el pueblo judío.—No os ha sido menos difícil hacernos admitir la certidumbre de lo que llamais el cumplimiento, puesto que compone la historia de lo que nos toca mas de cerca, nuestra historia doméstica, la del cristianismo que nos engendró y nos engendra á todos los desarrollos sociales que estamos viendo;—en fin, por lo que respecta á la concordancia de aquellas profecías con este cumplimiento, es en efecto absurdo, cuando se considera la manera con que están dispuestas dichas profecías y el carácter extraordinario del cumplimiento, decir que semejante concordancia, aun cuando fuese *mas precisa, mas clara y mas luminosa que un acсиoma de geometría*, en rigor nada probaria. —Somos mas justos y menos hostiles, ó mas bien no somos en manera alguna hostiles á esta verdad; nos felicitariamos de que nos la demostráseis, y no esperamos mas sino que lo hagais, pero lo esperamos. Demuéstrenos que hay perfecta concordancia entre las profecías y su cumplimiento, y ya nada pediremos. Estamos dispuestos, hasta comprometidos, por lo que precede, á hacer depender todo cuanto nos queda de incredulidad, de la verdad de este solo punto, y á rendirnos con gusto, si efectivamente se nos prueba (1).

Veamos pues: pero ante todo dejemos arregladas dos dificultades previas:

1.º El verdadero texto de las profecías está en hebreo, y nadie de nosotros conoce este idioma; por consiguiente, ¿quién nos garantiza la exactitud de esas traducciones de que nos veremos obligados á servárnos, y que no hayan sido falseadas, cosa tan fácil, en vista de los sucesos?

2.º Admitiendo que queda resuelta esta primera dificultad y que tenemos á la vista una representación fiel del texto, no hay texto tan claro que no necesite alguna vez de interpretación, y la justicia nos obliga á reconocer esta necesidad, particularmente en lo relativo á las profecías, sea porque su sentido natural se refiere á hábitos y costumbres que ya no existen, sea porque su sentido místico tenga relación con un orden de ideas religiosas

que nos son todavía mas desconocidas. Por consiguiente, ¿quién nos garantiza que esta interpretación será exacta y desinteresada, y que no será una vista afectada por el suceso ó cumplimiento la que leerá las profecías y las teñirá de sus colores?—Francamente, estas dos dificultades nos parecen insuperables.

—No hay tal, y pocas palabras bastarán para disiparlas. La misma Providencia que nos conservó el cuerpo de las profecías, proveyó á todo lo que debia facilitarnos el leerlas en una version fiel, y á que sus interpretaciones fuesen seguras é incontestables.

En cuanto á la primera dificultad, recordemos que la santa Escritura fué traducida del hebreo al griego por setenta sabios doctores judíos, unos treientos años antes de Jesucristo, y es la que citan los apóstoles que escribieron en griego;—finalmente, fué hecha sin preocupacion por el cumplimiento, pues lo precedió en tres siglos, y aun cuando fuese infiel, en su misma infidelidad su concordancia con el cumplimiento constituiria la profecía.—Pues bien: en esta traduccion es donde leemos las profecías. El conocimiento de la lengua griega es bastante comun entre nosotros, para que podamos con facilidad cerciorarnos del verdadero sentido de sus términos y de la fidelidad de las traducciones latinas y demas que sobre ella se hayan hecho.—Los que no conozcan el griego pueden examinar la traduccion latina consagrada por el Concilio de Trento con el nombre de *Vulgata*, y que no ofrece menos garantías que la de los *Setenta*. El origen de esta traduccion se remonta al siglo primero de la Iglesia, cuando las lenguas latina, griega y hebrea estaban en recíproco comercio, y era por lo mismo imposible cometer ninguna dealiz sobre sus respectivas significaciones. Por esta traduccion se hacian en las asambleas de los fieles las lecturas públicas de los escritos de los profetas y de las memorias de los apóstoles, de que nos habla San Justino, *Apol.* 1, n. 67. Mas adelante, esta traduccion fué revisada y pasada por el crisol de la ciencia filológica, por San Jerónimo, que la confrontó con el texto de los *Setenta*, el hebreo y el caldeo, y publicó una version mas correcta y escrupulosa que mereció el *sufragio de los mismos judíos* y la aprobacion de San Agustín. (1) Esta traduccion es de la que nos estamos sirviendo todos los dias, y que está consagrada por el Concilio de Trento. La *Vulgata* y los *Setenta* nos dispensan, pues, de recurrir al hebreo, y nos ofrecen todas las garantías que podemos apetecer. A los que no procuran esquivarse las dificultades, estas esplicaciones deben bastarles.

La segunda dificultad, que tiene por objeto la interpretación de los pasajes en sí mismos, no es menos fácil de resolver. Para simplificarla, consentimos en privarnos de todas las profecías cuyas apariencias sean dudosas, aun cuando una interpretación concienzuda nos conduciria infaliblemente á un sentido favorable, y hay un gran número que

(1) Esto debería suceder, y esto sucedía si el canon se fuese parte en ese juicio.

(1) *De Doctrina christiana*, lib. 8, cap. 5.

presentan este carácter y en cuyas palabras se apoya la verdad cristiana.—Hacemos el sacrificio de estas para fijarnos tan solo en las que brillan por sí mismas, y que no tendremos necesidad mas que de citar y dejar hablar.—Y en fin, nos comprometemos á aducir en apoyo del sentido que ellas nos ofrezcan, el testimonio y asentimiento de los mismos judíos, en lo que haya de mas autorizado entre ellos, principalmente sus *paráfrasis caldáticas*.

Esta última garantía responde á todo, así á la segunda como á la primera dificultad.—Entremos, pues, en materia.

Antes de abrir el libro de las profecías, debemos observar un fenómeno que por sí mismo ha excitado ya nuestra atención, y es que la verdad que estamos buscando brilla en torno de este libro, formándole una especie de aureola luminosa que revela y empieza el prodigio que se oculta en su interior.

En estos mismos *Estudios*, prescindiendo de toda autoridad sagrada y valiéndonos solo de pruebas exclusivamente profanas, hemos establecido ya el hecho de que antes de la venida de Jesucristo todas las naciones de la tierra esperaban, sobre la fé de los antiguos oráculos, á un Enviado del cielo que debía regenerarlas, y que el punto del globo en que este Enviado debía aparecer y del cual debía partir la regeneración, estaba en Oriente para todos los pueblos de la Europa, y para todos los de la India en Occidente, es decir, para todos entre la Europa y la Asia mayor, y principalmente en la Judea, POLO DE LA ESPERANZA DE TODAS LAS NACIONES. (1)

Lo declaran en términos formales Voltaire, Volney y Boulanger. Conforme á las tradiciones, llamaban á este Enviado *gran mediador*,—*juex final*,—*salvador futuro*,—*rey*,—*Dios conquistador y legislador*,—*que debía renovar la edad de oro en la tierra y rescatar á los hombres del imperio del mal*.

Plutarco por las tradiciones egipcias,—Sócrates entre los griegos,—Virgilio, Cicerón, Tácito y Suetonio entre los romanos,—Confucio y las tradiciones chinas estudiadas en sus fuentes por Abel de Rémusat,—Las tradiciones mexicanas publicadas por Humboldt,—he aquí, limitándonos á las mas notables, las particulares garantías de la verdad de este hecho, reconocido y atestiguado por la misma incredulidad.

Estos testimonios son completamente positivos; nada tienen de vago é indeciso: *Habia una antigua é invariable opinión*, dicen Tácito y Suetonio, *que traza su origen de los oráculos sagrados, de que en aquella época, del Oriente y en particular de la Judea, sería enviado un poder que gobernaría el universo*.—Virgilio, augurando un antiguo oráculo, como él mismo dice, describe los principales caracteres de este poder, aplicándolos á un objeto que su imaginación le creaba: *Su venida, dice, cerrará los siglos antiguos y abrirá una era enteramente nueva; será enviado de lo alto de los cielos en la persona de un niño; pondrá fin á la edad de hierro y hará florecer en todo el universo la edad de oro*;

reinará por la paz y las virtudes celestiales; destruirá los temores y borrará hasta el astro de muchas maldades, y sonriendo á su madre verá á la serpiente morir junto á su cuna. (1) Sócrates habia dicho que este enviado, objeto de la expectación de los sabios, debía enseñarnos la manera cómo debemos conducircenos con los dioses y con los hombres; y el erudito Faucher nos dice, al comentar este pasaje, que la esperanza cierta de un doctor universal del género humano era un dogma admitido, que no sufría nunca contradicción.—Confucio lo llamaba el VERDADERO SANTO, habiendo oído decir que en las regiones occidentales aparecería un hombre santo, que sin ejercer ningún acto de soberanía, prevendría las sediciones, inspiraría una fé espontánea y produciría naturalmente un océano de acciones meritorias; se le llamaba el hombre santo de las cien generaciones, lo cual significa, segun la explicación de Abel Rémusat, *esperado por espacio de tres mil años*: cosa extraordinaria, dice este ilustre sabio, abandonando á las reflexiones del lector este pasaje, que aun no tomándolo mas que en el sentido ordinario, prueba á lo menos que la idea de la venida de un santo se hallaba acreditada en China, desde el siglo VI antes de la era vulgar.

No son menos explícitas las demás tradiciones; pero como permiten mas detalles y por otra parte no tenemos aquí mas objeto que hacer memoria de ellas, remitimos al lector á nuestro *Estudio* especialmente relativo á las tradiciones acerca de la esperanza del libertador, (2) en el que esta verdad ha adquirido un completo desarrollo.—No hay mas que hacer que examinarlo de nuevo: es un hecho demostrado.

Pues bien, este hecho contiene implícitamente la verdad de las profecías, como los rayos del sol bañando la cumbre de las montañas suponen su disco, aun cuando no esté todavía sobre el horizonte.

Todas estas tradiciones, tan unánimes en su universal dispersión, parten necesariamente de un origen común, cualquiera que sea el punto á que se refieran, y este origen aparece siempre en toda su plenitud y espontaneidad en el seno de la nación judía, la mas antigua, la mas directamente interesada en el objeto de semejantes tradiciones, puesto que debía salir de ella, y en fin la única que indica visiblemente en sus profetas y en sus escritos los oráculos originales de esa expectación universal. También Tácito nos dice que su origen se hallaba en antiguas y sagradas escrituras, *antiquis sacerdotum litteris contineri*, lo cual se refiere visiblemente á los libros de los judíos (3).

Pero, ¿de qué modo habia podido esta creencia penetrar en las demás naciones? Fácil es contestar á esta pregunta, si se atiende.—1.º, á que las primeras profecías se remontan al origen del mundo, y que cada rama de la gran familia humana, al es-

(1) En las profecías tendremos lugar de notar el origen de las inspiraciones de Virgilio.

(2) Tomo I. Véase asimismo el capítulo *La venida y el reino de Jesucristo*.

(3) Lo declara formalmente el historiador Josefo, que aludia á estos oráculos, como Tácito y Suetonio, y los aplicaba, como ellos, á Vespasiano.

(1) Boulanger.

pararse del tronco, debió llevarse consigo esta esperanza, alimentada por los males que debía remediar;—2. ° á que en lo sucesivo los sábios de todas las naciones fueron á beber en aquella misma fuente original, engrosada con los oráculos posteriores, y debieron enseñar luego á sus conciudadanos una creencia que á todos interesaba igualmente;—3. °, á que los judíos, cautivos por mucho tiempo en Egipto y en la Caldea, debieron dejar en estos países la impresión de esta creencia, sobre todo, habiendo uno de sus mas grandes profetas, Daniel, publicado por aquel tiempo y en la corte de los reyes de Babilonia y de Asiria sus mas magníficas predicciones, las cuales causaron tanta sensacion, que mas tarde Alejandro el grande, particularmente designado en una de ellas, fué á Jerusalem para conocerlas;—4. °, en fin, á que despues de las últimas profecías y durante los cuatro ó cinco siglos inmediatamente anteriores á Jesucristo, estos mismos judíos se dispersaron en colonias por todas las partes del mundo, desde donde volvian todos los años á Jerusalem, y á que en este flujo y reflujo, como tambien por la sublime singularidad de su culto, debieron llamar la atencion y penetrar á los pueblos que recorrian, del conocimiento de las profecías en que estaban ya imbuidos, y que interesaban á todas las naciones, por el grande acontecimiento que tenían por objeto.

He aquí cómo se explica perfectamente la universalidad de la expectacion de un Salvador de la raza humana, por derivacion del origen profético que observamos en el pueblo judío.—Para dar, pues, á sus profecías su verdadera importancia, es menester escucharlas acompañadas de la multitud de ecos repetidos por todas las tradiciones del universo, y formando en torno suyo otras tantas opiniones legítimas y otros tantos testigos irrecusables de su imponente realidad. En una palabra, el prodigio eciesiástico ya para nosotros confundidamente en el exterior; solo se trata de conducirlo á su verdadero origen y de verlo salir del libro que lo contiene.

Abramos, pues, este libro extraordinario que despues de haber llenado al mundo antiguo con la fama de sus oráculos, llena todavía al mundo moderno con su cumplimiento.

Las profecías, como hemos observado ya, se nos presentan como un cuadro en el que la intencion del pintor está al principio expresada como en gérmen,—en el que la vemos sucesivamente irse desarrollando, precisando y formulando con claridad,—vestirse de formas y de colores,—salir en cierta manera del lienzo, aquí por un razo, allí por otro,—calentarse y animarse,—y despues de haber recibido hasta las particularidades mas significativas de la vida y de la accion que tiene por objeto reproducir, esperar velada el gran día de la exposicion, en que la presencia misma del original vendrá á hacer brillar el prodigio de la semejanza.

Nosotros, que estamos ya iniciados en el conocimiento del original, y que podemos reconocerlo á la menor señal, entremos, por decirlo así, en el taller del pintor, y asistamos á todas las gradaciones de la formacion de su obra.

I. El primero de todos y como el *embrión* profético se encuentra en el versículo 15 del capítulo 3 del Génesis. Al mismo momento de la caída del primer hombre por las asechanzas del demonio, representado bajo la figura de la serpiente, ejerciendo Dios los castigos de su justicia sobre los culpables y su posteridad, insinúa la reserva de una reparacion futura que hará al hombre victorioso de su enemigo: "Entonces dijo el señor Dios á la serpiente: enemistades pondré entre tí y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: ESTE QUEBRANTARÁ TU CABEZA, Y TU PONDRÁS ASECHANZAS A SU CALCAÑAR." Hé aquí el texto de la Vulgata: *Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen eius: ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus.*

Indudablemente seremos los primeros en reconocer que, tomada aisladamente y hecha abstraccion de todas las demas, esta primera indicacion profética no mereceria que nos fijásemos en ella; pero no juzgaremos así cuando veamos la conformidad de desarrollo que existe entre ella y las siguientes. Esto nos obliga desde ahora á insistir en hacer ver en este primer gérmen la intencion y la tendencia con que va á manifestárenos el objeto cada vez mas distinto.

1. ° El autor de la caída es la serpiente, cuya cabeza debe ser quebrantada por el calcañar de su víctima, y que no podrá hacer mas que poner asechanzas contra este calcañar vencedor. Evidentemente es esta la mas alta expresion de la reparacion por aquella víctima que es el hombre.

2. ° No será Adán ni Eva directamente quien alcance esta victoria, sino que debe salir de su descendencia, *semen*, y por consiguiente su cumplimiento está encerrado en el porvenir.

3. ° No debía salir de la descendencia del hombre, ni de la descendencia del hombre y de la mujer; sino cosa singular y bien expresada! de la *descendencia de la mujer*, SEMEN MULIERIS. La misma mujer en uno de sus descendientes, segun los Setenta y la Vulgata, *ipsa conteret*, fué quien obró esta revolucion (1): intencion evidente de hacer de la reparacion el contrapeso de la caída; y como solamente la mujer habia hecho y transmitido el mal, hacer que tambien ella sola trajese y transmitiese el remedio. A esto alude S. Pablo en su carta á los galatas cuando dice: "Cuando vino el cumplimiento de los tiempos, envió Dios á su Hijo, *hecho de mujer*, para redimirnos: *At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus filium suum, factum ex muliere... ut redimeret, etc.*" (2)

Semejantes interpretaciones, se dirá, son interesadas, y aun cuando salen efectivamente del asunto, se necesitan los ojos de un cristiano para descubrirlas, y el ardor de su celo para secundarlas.—Contestaremos de nuevo que esto no es nada, y que basta conocer la conformidad de esta primera profecía con las siguientes, para sentirse llevar retrone-

(1) Está reconocido por todos sin contestacion que en el hombre igneo no reñera á semen y no á mulier.

(2) *Ad Galat., cap. IV, v. 4.*

tivamente á buscar en ella lo que muy pronto se va á desprender naturalmente de ella.

Añadiremos además, lo cual desvanece todo asomo de prevencion que las antiguas *paráfrasis caldías* entendieron como nosotros que se hablaba en este pasaje del Mesías que había de venir, como dice c. Pablo, en la plenitud de los tiempos. La paráfrasis de Jonathan-ben-Uzzel dice en efecto: "A la verdad habrá un remedio para ellos (Adán y Eva), pero no para tí, pues te quebrantarán con el calcanar."—Y la paráfrasis de Jerusalem añade: "Es decir, en el fin de los días, en los días del Rey-Mesías." (1)

En fin, recordemos la admirable conformidad de la fábula griega de *Prometeo* segun Esquiles, y de la griega de *Isis y Tifon* segun Plutarco, con ese pasaje del Génesis, conformidad tan grande, segun hemos demostrado ya en otra parte de los presentes *Estudios*, que es imposible que la razon mas desconfiada no suscriba á la interpretacion que de ella acabamos de deducir. Para adquirir conciencia de esta verdad, debe el lector volver á leer la parte de nuestro trabajo á que hacemos referencia, el cual no podemos reproducir aquí, ni en compendio porque lo debilitaríamos, ni en su totalidad porque nos estenderíamos demasiado, pero que importa tener presente, pues sirve de poderoso justificativo á una interpretacion tan útil á la causa de nuestra fé, que se la creeria inspirada por una prevencion toda cristiana, y que es no obstante tan independiente de ella, que la encontramos mas explícita y mas favorable todavia en los escritos de los paganos. Para quedar convencido, no se necesita sobre este particular mas que un poco de perseverancia y algun esfuerzo de atencion; y por cierto que el asunto vale bien la pena, aun cuando no fuera mas que á título de curiosidad.

II. Pasemos á la segunda profecía.

Segun la primera, el vencedor de la serpiente debe salir de la descendencia de la humanidad en general (aunque particularmente de la mujer).

Vamos á ver ahora particularizarse cada vez mas la generalidad de aquella predicción.

De toda la humanidad, llamada de este modo á producir ulteriormente su libertador, va Dios á tomar un solo hombre, Abraham, y con este hombre va á formar un pueblo distinto; y de este pueblo, cuya especial mision será anunciarlo antes y servirle de testimonio despues, debe salir aquel *descendiente de la mujer*, por quien debe realizarse la salvacion del género humano.

"El Señor Dios dijo á Abraham: Sal de tu pais y de tu parentela y marcha á la tierra que te mostraré.—Yo haré salir de tí un gran pueblo.—Y todas las naciones de la tierra serán benditas en tí.—In te benedicentur universæ cognationes terræ." (Génes., cap. 12.)

Mas adelante, despues del sacrificio de Isaac, se

renueva á Abraham la misma promesa con mas fuerza y precision.

"Por mí mismo he jurado, dice el Señor, por cuanto has hecho esta accion, y no has perdonado á tu hijo único por amor de mí: te bendeciré,—y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está á la ribera del mar:—tu posteridad poseerá las puertas de sus enemigos;—y en tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra.—Benedicentur in semine tuo omnes gentes terræ." (Génes., cap. 12, v. 18)

¡Sublime operacion! Como consecuencia de la primera promesa y para preparar visiblemente desde lejos su realizacion, de intento crea Dios un pueblo. A este efecto toma un hombre como si fuera un pedazo de mármol, como si fuera una cantera, segun la enérgica expresion de Isaías, en el cual va á tallar ó de la cual va á extraer (2) todo ese gran pueblo que no debe parecerse á ningun otro, ni en los tiempos antiguos ni en los modernos; y que será el depositario, el instrumento y el perpetuo testimonio de la bendicion que debe algun dia derramarse sobre todas las naciones.

Todas las naciones de la tierra serán benditas en tí,—en tu simiente.—Tal es el objeto preciso y definitivo de la eleccion de Abraham y de la formacion del pueblo judío. No se hace esta eleccion por él ni por un favor caprichoso y gratuito, sino para que sea un instrumento y sirva á la manifestacion de los designios de la misericordia de Dios sobre la humanidad en general; para nosotros los gentiles y para todos los humanos entresacó Dios de la humanidad á este pueblo como un plantel escogido y cultivado con esmero, del cual debia salir algun dia el tallo bendito en el cual todos seriamos insertados; á todos los hombres y á todos los pueblos amaba Dios y tenia á la vista en solo Abraham y en solo el pueblo judío; el Antiguo Testamento no era mas que el preámbulo del Nuevo, y los judíos, como pueblo de Dios, no eran mas que *vinculaciones* respecto de todas las naciones de la tierra llamadas á recoger la herencia del Testamento. Así es como debe entenderse la eleccion del pueblo judío respecto de la vocacion de los gentiles y como debiendo absorberse en esta vocacion para la cual tan solo se hizo aquella. Por no haber comprendido el pueblo judío las cosas de este modo, incurrió en la orgullosa pretension de dominar toda la tierra, y el efecto de esta obcecacion carnal fué verse rechazado de la salvacion comun. Por no haberlo tampoco comprendido así la incredulidad, se escandaliza de la conducta privilegiada de Dios con ese pueblo únicamente, durante los tiempos antiguos. ¡Ciertamente! El estado miserable de este mismo pueblo en los tiempos modernos, en el seno de la bendicion universal, de la cual solo él está excluido, es muy á propósito sin embargo para demostrarnos que no era para él solo que Dios se servia de él de

(1) *Dissertation sobre el Mesías*, por Jaquelot.—Primera carta de un rabino convertido, p. 61.—Traduccion de las paráfrasis, por Walton.

(2) *Attendite ad patrem unde exiisti, et ad eum veni, et ad eum qui vocavit te, et ad eum qui dicit tibi: et multiplicavi eum.* (Isaías, cap. 2, v. 2.)

esta suerte, y que los verdaderos herederos de Abraham no tanto son los judíos como los cristianos, ya sean judíos, ya gentiles. (1)

Pero ¿por qué, se dirá, se sirvió Dios así del pueblo judío? ¿Qué necesidad tenía de semejante intermediario? ¿No podía llamarnos inmediatamente y sin tantos rodeos á la salvación que nos reservaba?

Indudablemente: Dios podía valerse de mil otros medios, podía hasta prescindir de todos ellos, y nada había necesario en sí mismo respecto de él; pero si consideramos que á nosotros era á quien convenia que obrase de manera que lo viéramos obrar lo bastante para reconocer su providencia, sin sentirnos no obstante obligados irresistiblemente á ello, admiraremos la sabiduría de este plan de la Religión. La salvación que Dios nos reservaba, para hacerse mas clara y sensible y para dar lugar á nuestro amor y á nuestra fe, sin los cuales no podía aprovecharnos, debía ocultarse á nuestras miradas, debía irse anunciando, preparando y personificando desde lejos con una acción libre y visiblemente providencial: he aquí el motivo de la elección de Abraham, de la distinción del pueblo judío, y de la predicción del objeto porque se hicieron.

Por otra parte, el hecho justifica ahora la intención.—La formación especial del pueblo judío para obrar mas adelante la conversión de los gentiles, y la predicción de este doble hecho y de su intención, revelada muchos siglos antes de que se verificase, constituyen una grande y bella profecía que revela la intervención de la divinidad en todo, y sirve de fundamento á nuestra fe.

El gran retorno de toda la humanidad á la unidad de una ley santa, despues de los extravíos cada vez mas deplorables en que cada pueblo se iba perdiendo bajo el politeísmo, estaba incontestablemente fuera del alcance de toda prevision, de toda verosimilitud y hasta de toda posibilidad, y sin embargo se predice aquí dos mil años antes de suceder, y se repite en las demas profecías con una constancia infatigable.

Debiendo salir esta revolucion extraordinaria especialmente del pueblo judío entre todos los pueblos, y debiendo salir este pueblo en particular de Abraham entre todos los hombres, se aumenta con esto considerablemente la divina singularidad de la predicción.

¿Con qué constancia de intención se sostiene este plan?

Abraham tuvo dos hijos: antes de la elección de Abraham, la profecía se aplicaba á estos dos hijos lo mismo que á todos los hombres; pero así como Abraham fué escogido entre todos los hombres, Isaac fué escogido entre los hijos de Abraham, y la divina promesa se fijó en él en particular y en él solo.

“De Isaac, dice Dios á Abraham, saldrá la descendencia que debe llevar tu nombre (Génes. XXI, v. 12).”

“Yo seré contigo y te bendeciré, dice Dios des-

pues á Isaac, para cumplir el juramento que prometí á Abraham tu padre.—Multiplicaré tu posteridad como las estrellas del cielo, y serán benditas en tu simiente todas las gentes de la tierra.” (Génes. XXVI, v. 3. y 4.) (2)

La misma elección entre los hijos de Isaac. Entre Isaac y Jacob, y la antigua promesa en particular á Jacob:

“Yo soy el Señor Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac.... tu posteridad será numerosa como el polvo de la tierra.... y serán benditas en ti y en tu simiente todas las familias de la tierra.” (Génes. XXVIII, v. 13 y 14.)

Observad que para dar á esta elección de Isaac primero y luego á la de Jacob un carácter mas providencial y mas libremente electivo, se invierte el orden natural de las cosas. La ancianidad de Sara se hace fecunda en detrimento de Ismael, y la sorpresa hecha á Isaac de su bendición en favor de Jacob, la quita á Isaac, á quien naturalmente correspondía como á primogénito.

La fuerza de esta profecía repetida en los mismos términos á Abraham, á Isaac y á Jacob: *in semine tuo benedicentur omnes gentes*, está, como hemos notado ya, en esa *vocación de los gentiles*, anticipada en dos mil años y precisada en el canal por donde debe efectuarse: el pueblo judío. En estos solos términos es prodigiosa.—Pero tendría un carácter mas significativo si la palabra *semen*, empleada tambien en la primera profecía, debiese entenderse, como dice Sacy, de un descendiente individual y particular que seria el Cristo.

Sin embargo, así es como la resuelve un célebre intérprete, profundamente versado en la lengua, las costumbres y tradiciones de los hebreos, San Pablo: “Las promesas, dice el grande apóstol, fueron hechas á Abraham y á su simiente. No dice: Y á las simientes, como hablando de muchos, sino como de uno. Y á tu simiente que es Cristo (3).

El apóstol no hacia mas que salvar el equívoco, y no daba por esto un nuevo sentido que no fuese conocido en el lenguaje ordinario. Tenemos de ello una prueba clara en este célebre pasaje del libro de los Reyes: “Y cuando tus dias fueren cumplidos (dice el Señor á David hablando de Salomón) y durmieres con tus padres, levantaré en pos de ti un hijo tuyo, que procederá de tus entrañas, y afirmará su reino. Este edificará un templo á mi nombre.” (4)

Pero las profecías van explicándose cada vez mejor por sí mismas, y la interpretación que acabamos de presentar va á salir como de su oscuridad en la tercera profecía.

(2) Ismael, el otro hijo de Abraham, es objeto de una predicción especial. “Y aun el hijo de la esclava lo haré caudillo de un gran pueblo, dice el Señor á Abraham, porque es hijo tuyo.... Este será un hombre fiero, levantará las manos contra todos, y todos alzarán sus manos contra él, y plantará sus tiendas frente á frente de todos sus hermanos.” (Génes. XXI, v. 13, y XVI, v. 12.) Predicción terrible, en la cual es imposible no reconocer al pueblo ismaelita ó árabe, que se le ha aplicado siempre á sí mismo.

(3) *Ad Galat.*, cap. 3, v. 16.

(1) Todas estas ideas están contenidas en aquellas palabras de San Juan Bautista. Haced frutos dignos de penitencia, y no os limitéis á decir: Somos hijos de Abraham, etc.

(4) *Suscitabo enim tuii post te quem agredietur de utero tuo, et firmabo regnum ejus. Ipse edificabit domum nomini meo.* Reg. II, cap. 7, v. 12.

III. Esta tercera profecía es la de Jacob.

Hemos visto ya la predicción, cuyo objeto es la salvación de todas las naciones, particularizarse de todos los hombres en Abraham, Isaac y Jacob. Pero á diferencia de Abraham é Isaac, que no habían dejado mas que dos hijos, Jacob deja doce: ¿cuál de estos doce hijos será el heredero de las divinas promesas? Los motivos de error, humanamente hablando, se multiplican. Sin embargo, la predicción, lejos de envolverse en términos equívocos para evitarlo, va á hacerse mas precisa y mas claramente indicativa que nunca.

"Y Jacob llamó á sus hijos y les dijo: Reuníos todos para que pueda deciros lo que os ha de suceder en los últimos días."

Lo que vamos á oír es, pues, una profecía, y una profecía relativa al fin de los judíos. Este fin lo conocemos ya por las profecías que preceden, pero veamos lo que de él va á decir esta.

Todos los hijos de Jacob son como revistados por el santo patriarca, y cada uno recibe su parte de proféticas bendiciones. Al llegar á Judá, las palabras del venerable anciano toman otro tono, y dice:

"Y tú, Judá, te alabarán tus hermanos: tu mano se pondrá en las cerviceras de tus enemigos; los hijos de tu padre te adorarán.—Judá es un cachorro de león; á la presa subiste, hijo mío: reposando te acostaste como león y como leona.—¿Quién le despertará?"

"No será quitado de Judá el cetro, y habrá siempre caudillos de su raza hasta que venga el que ha de ser enviado, y él será la expectación de las gentes: *et ipse erit expectatio gentium*, según los Setenta; ó bien, lo que es mas expresivo todavía, y él será la congregación de las naciones: *et ipsius erit congregatio gentium*." (Génes. XLIX, v. 8, 9 y 10). (1)

Mas adelante, continuando el patriarca en predecir la suerte futura de cada uno de sus hijos, de repente se interrumpe entre Dan y Gad, y hablando consigo mismo, exclama:—"Tu Salvador esperaré, Señor." (Génes. XLIX, v. 18).

Esta es la profecía de Jacob.

Toda la antigüedad judaica se resume en una sola voz para reconocer en ella al Mesías. Todo en ella es terminante, y son inútiles los comentarios. El objeto de la predicción es idéntico al de las profecías anteriores: la salvación del mundo, la conversión de todas las naciones al Dios verdadero. Pero ¿cuánto mas claros y explícitos son todos sus rasgos!—Esa posteridad, ese *semen*, que era colectivo y equívoco, se ha desprendido, precisado y personificado, y se ha convertido en SÍLO, el MESÍAS, QUI MITTENDUS EST; la palabra hebrea tiene todos estos significados (2).—En él, *semen* de Abraham, de Israel y de Jacob; en él, *semen* de la mujer, to-

das las naciones serán conducidas á la unidad de un solo rebaño; él será la expectación de todas las gentes.—El, en fin, él, Salvador enviado de Dios, será tambien y particularmente la expectación de Jacob: SALUTARE TUUM EXPECTABO DOMINE!

Pero no solamente son mas acabados los mismos rasgos que en las profecías anteriores, sino que se añaden otros nuevos no menos luminosos.—El principado, el cetro, en la tribu de Judá, HASTA QUE VENGA (*donec veniat*) aquel Mesías, expectación, centro de congregación y salud de todas las naciones;—y cuando haya venido, este cetro perdido para siempre.—¿Qué precisión!

¿Y qué fiel cumplimiento! Todo el mundo sabe en efecto que la tribu de Judá tuvo siempre la preeminencia en el pueblo judío durante los tiempos antiguos; que tenia el privilegio de darles gefes, reyes, y en fin, mas tarde su nombre; y todo esto desde la bendición de Jacob.

No es menos incontestable que este cetro, siempre constante en Judá, se le quitó cuando el advenimiento de Jesucristo, con una coincidencia notable que justifica al pié de la letra el *donec veniat* de la profecía.—Todas las historias profanas atestiguan este hecho.—Por su supremacía se habían arrogado los romanos mas de un derecho; pero el pueblo judío tenia siempre su rey que era aliado de Augusto y que aun ejercía los derechos mas importantes de la soberanía. La primera usurpación que cometió Augusto de estos derechos fué mandar hacer en la época del nacimiento de Jesucristo, el censo de todos los habitantes de la Judea; pero no impuso ninguna contribucion. Cuando Herodes murió, encargó á Augusto la ejecucion de su testamento, no solamente en calidad de soberano, sino tambien en la de tutor poderoso, de quien sus hijos tenían efectivamente necesidad. Arquelao, hijo de Herodes, fué constituido por Augusto, no rey, sino monarca de una parte de la Judea, con formal promesa de honrarlo con el título de rey si se hacia digno de él. No lo fué nunca, en opinion de la política romana, antes al contrario, dentro de poco fué desterrado á Viena en las Galias. Desde entonces tuvo la Judea un procurador particular (*procurator*) que estaba sometido al gobernador de la Siria (*præses*). Estos sucesos, que acabaron con la nacionalidad judía y la convirtieron en una provincia romana, tuvieron lugar en los doce primeros años de la vida de Jesucristo. Una circunstancia de esta vida nos manifiesta la Judea debiendo dar al César lo que es del César, y en fin, el gran drama de su muerte ilumina el último ahiquilamiento de la nacionalidad judía, que, á pesar de su odio contra él, no tenia derecho para hacerlo morir, y se vió obligada á hacer legalizar su decido por un romano. Crucifige, decían á Pilatos: palabra que resume todo el cumplimiento de la profecía.

Hay todavía otra circunstancia que justifica dicho cumplimiento, y es la siguiente: *ipsius erit congregatio gentium*. Anunciaria es justificarla. Todas las naciones, civilizadas y bárbaras, errantes por espacio de cuatro mil años en las tinieblas de la ido-

(1) Jacob continúa inmediatamente teniendo la vista fija en el Mesías. Atará á la viña su pollino, y á vid, hijo mío, su asno. Lavará en el vino su vestido, ó en la sangre de uvas su pelo. Mas hermanos son sus ojos que el vino, y sus dientes mas blancos que la leche.

(2) Las tres perifrasis caldáticas Onkelos, Jonathan y la de Jerusalem, aplican esta profecía al Mesías, al cual entienden por la palabra SÍLO.

latria, recibieron de repente la ley evangélica y fraternizaron en el título universal de cristianos, mientras que la nación judía se iba abismando cada vez mas hondamente.

Por consiguiente, *el cetro permaneció en Judá hasta el advenimiento de aquel que debía reunir en sí á todas las naciones.*

Este cetro le fué quitado para siempre desde el instante de este advenimiento.

Todas las naciones se convirtieron inmediatamente á la ley del Salvador.

He aquí la profecía,—he aquí su cumplimiento.—Y sin embargo los separan dos mil años. ¿No es esta una hermosa prueba?... pero prosigamos.

IV. El Mesías (Scilo), *espectacion y salvador futuro de las naciones*, es ya el objeto distinto de las profecías, el término de los destinos de Judá y la esperanza de Jacob. En adelante no lo perderemos ya mas de vista, y esta majestuosa figura resaltaré siempre mas bajo el pincel de los profetas.

“Lo veré, esclama el primero que viene en seguida, mas no ahora; le miraré, mas no de cerca. De JACOB SALDRÁ UNA ESTRELLA, y de Israel se levantará una vara; y herirá á los caudillos de Moab, y destruirá á todos los hijos de Seth.”

“Hé aquí lo que dice Balaam, hijo de Beor; he aquí lo que dice un hombre cuyo ojo está cerrado, y que ve las visiones del Omnipotente, y que creyendo tiene los ojos abiertos.” (Número XXIV, v. 17.)

No somos nosotros quien aplica al Mesías esta profecía: son los judíos desde mucho antes de la venida de Jesucristo. Las tres primeras paráfrasis caldáicas al principio, y en seguida casi todos los doctores judíos convienen en esta interpretacion. Para comprender toda su fuerza es menester leer toda la profecía. Desde luego se ve toda la bendicion profética pronunciada por Israel, casi en los mismos términos que hemos oido en la profecía de Jacob: “Cuando se acuesta, dice, duerme como un leon y una leona que nadie se atreve á despertar.” Se interrumpe en seguida la profecía, y Balaam empieza á profetizar de nuevo, y con mas energía esclama: *Lo veré etc.*... Y entonces no habla ya mas de Jacob y de Israel, sino de una estrella que saldrá de Jacob, y de una vara que se levantará de Israel, y que triunfará no solo de los caudillos de Moab, sino de todos los hijos de Seth, es decir, de la generalidad de los hombres (1), todo lo cual no puede referirse mas que á aquel de quien se habia dicho antes que todos los pueblos de la tierra serian benditos en su persona, y que congregaria en sí á todas las naciones.

Sobre estas palabras dice un doctor judío: “Nuestros doctores las explican así: Traspasará las estrechidades de Moab, esto es, escudará á David, y destruirá todos los hijos de Seth, lo cual pertenece al Mesías; y esto debe ser necesariamente verdadero, pues David no reinó nunca sobre los hijos de Seth.

Por otra parte, ninguno de los reyes de Israel tuvo el imperio universal del mundo, es decir, ninguno ha sido rey de todos los hijos de Seth.”

Ademas, el profeta Balaam, como se sabe, vivia entre las naciones idólatras, y algunos han creido que estas habian sido instruidas por él en la venida del Mesías, debiéndose á esta circunstancia el haberse arraigado en todo el Oriente aquella antigua y general opinion de que habian Tácito y Suetonio, que de la Judea saldría el imperio universal; palabras que coinciden, en efecto, con los términos de la profecía de Balaam.

Lo que sí es incontestable, es que á la época del advenimiento de Jesucristo, toda la Judea, preocupada por esta profecía, tenia la vista fija en el horizonte de los acontecimientos, para ver cuándo se levantaria aquella estrella de Jacob, y leemos en Josefo y en el Talmud que el crédito pasajero de Barcochebas, aquel supuesto Mesías cuyo fanatismo concitó los últimos golpes dados por Adriano á los judíos, procedia en gran parte de la significacion de su nombre, que quiere decir *hijo de la estrella*, y del partido que de esto habia sacado para aplicarse la profecía de Balaam.

Todas estas interpretaciones y conformidades tomadas de autores y escritos libres de toda preocupacion cristiana, aumentan la importancia de esta profecía y la colocan en un rango importante en esa larga cadena, por medio de la cual vamos descendiendo desde el origen del mundo hasta Jesucristo.

V. Pero he aquí que el historiador de todas las profecías que preceden, el autor del Pentateuco, el libertador y legislador de los hebreos, el ministro la primera de alianza, Moises, antes de dejar para siempre el pueblo que habia formado, va tambien y en su propio nombre á deponer en favor de Jesucristo y á resignarle con anticipacion todos sus poderes.

Moises es indudablemente el mas grande de todos los caudillos, y hasta puede decirse el único caudillo del pueblo judío. Lo que principalmente lo distingue, es que fué su libertador, su fundador, y que de una familia formó un gran pueblo. Salomente desde él y por sus manos recibió este pueblo forma y vida, y las recibió tan poderosas que nada pudo borrar la impresion que dejó. Todos los caudillos que le sucedieron solo tuvieron autoridad en virtud de la ley que él habia dado, y para hacerla respetar, de modo que fué él quien siguió mandando por ellos, como Dios habia mandado por él, y los hijos de Israel les obedecieron, haciendo lo que Dios habia mandado á Moises [Deuter. XXXIV, v. 9].

Por esto el mismo pueblo judío selló el libro de Moises con estas palabras, que consagran su incomparable superioridad.—“Y de allí adelante no se levantó en Israel un profeta semejante á Moises, á quien el Señor hablase cara á cara,—en toda suerte de señales y portentos, como los que por su mision hizo en tierra de Egipto á Faraon,—y toda mano robusta y grandes maravillas, que hizo Moises á vista de todo Israel.” [Deuter. XXXIV, v. 10, 11 y 12].

Añadamos, en fin, que el mismo Moises, lleno de

(1) Como si dijera de todos los hijos de Adán, pues Seth fué el único de sus hijos cuya posteridad constituyó después, por medio de Noé, toda la especie humana.

la majestad de su misión, le daba toda esta importancia, y había comprometido todas las futuras generaciones del pueblo judío á su ley, por medio de las mas formidables maldiciones contra los infractores.

Sin embargo, he aquí que él mismo anuncia á los israelitas la venida de un nuevo legislador:—"El Señor tu Dios, dice, *levantará para tí de tu nación y de entre tus hermanos un profeta como yo: á él oirás.*" Segun demandaste al Señor Dios tuyo en Horeb, cuando se congregó el pueblo, y dijiste: No oiré de aquí adelante la voz del Señor Dios mio, ni veré ya mas este grandísimo fuego, porque no muera.—Y el Señor me dijo: Bien han hablado en todo. *Levantaré para ellos un profeta de enmedio de tus hermanos, semejante á tí: y pondré mis palabras en su boca, y les hablará todo lo que yo le mandare.*—Mas el que no quisiere oír las palabras que hablará en mi nombre, experimentará mi venganza." (Deuter. XVIII, v. 15 á 19.)

Estas palabras no tienen significado alguno si no se aplican á *aquel que debía ser enviado, al Mesías*, objeto de las profecías anteriores que el mismo Moisés había consignado por escrito.

Ya hemos dicho que lo que distingue á Moisés es su calidad de *legislador*, acompañada del don extraordinario de milagros. Ademas, él no profetizaba, excepto en la sola profecía que estamos examinando. Solamente, pues, en esta calidad de *legislador taumaturgo*, distintiva y hasta cierto punto exclusiva de él, era posible parecérselo, y un profeta *semejante á él* no podia entenderse de un nuevo profeta, sino de un *legislador como él*.

Esta calidad de *legislador*, es particularmente el objeto de la semejanza en la profecía en cuestion, pues se dice que aquel profeta *semejante á Moisés*, es prometido al pueblo judío, *segun la demanda que este pueblo hizo al Señor en Horeb* (donde se dió la ley), diciendo: *No oiré de aquí adelante la voz del señor Dios mio, ni veré ya mas este grandísimo fuego, porque no muera.* Este motivo de la demanda es la razon de la promesa é ilustra vivamente su objeto, que no puede ser sino una nueva manera de revelacion, una nueva ley y un nuevo mediador de esa nueva alianza mas suave que la antigua. Por esto se dice, hablando de aquel profeta *semejante á Moisés*: A EL OIRAS, pues ¿en qué? ¿en sus predicciones? no, en sus MANDAMIENTOS, pues se dice en seguida: *yo pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le MANDARE; y el que no quiera oír las palabras que este profeta HABLARA EN MI NOMBRE, experimentará mi venganza.*

Aquí se nos descubre manifiestamente otra circunstancia, y es que si ese profeta futuro de quien se habla, es *semejante á Moisés* en su calidad de legislador ó ministro de la alianza de Dios con los hombres, le es muy superior por el ejercicio de esta calidad y las circunstancias de esta alianza; porque en vez de que en la promulgacion hecha sobre el monte Horeb, la voz de Dios se hizo oír claramente, no dejando á Moisés mas que el cuidado de recordar y conservar sus mandamientos, en la nueva alianza Dios se servirá de la misma boca de su profeta pa-

ra hablar á los hombres. La palabra misma de Dios entrará y habitará en ese nuevo profeta *suscitado de entre los hombres*, pero al mismo tiempo *verbo de Dios*. Estas dos cosas separadas en la antigua alianza, en la que Dios estaba de un lado y de otro su servidor Moisés, serán reunidas en la alianza nueva á la mayor gloria de ese *nuevo profeta*, en el cual la temible palabra del Sinaí entrará para suavizarse y ponerse al alcance del hombre, así como á la mayor gloria y á la mas perfecta paz del hombre, al que se dignará Dios hablar como un hombre á otro hombre, y conversar como un amigo á otro.

A esto precisamente se refieren las otras profecías, que vienen como por sí mismas á colocarse á continuacion:

"Por esto sabrá mi pueblo mi nombre en aquel dia: porque entonces diré: Yo EL MISMO QUE HABLABA, VEDME AQUI PRESENTE." (Isaías, LII, v. 6.)

—";Quién subió al cielo para ir á recibir la sabiduría y haréla descender de lo alto de las nubes? . . . el que todo lo sabe, la conoce . . . Este es nuestro Dios . . . que encontró el camino de la verdad, y la entregó sobre el monte Horeb á Jacob su servidor y á Israel su muy amado. *Después de esto, FUE VISTO EN LA TIERRA Y CONVERSÓ CON LOS HOMBRES.*" (Baruch, III, *in fine.*)

He aquí la nueva alianza y el profeta *semejante á Moisés* como *mediador* de la alianza, pero mas grande que él como mediador de una alianza mas perfecta y mas íntima: será el mismo Dios, y no su terrible voz cercada de rayos y truenos, sino hecho visible, hecho hombre y conversando con los hombres como lo haria uno de ellos.

Otra profecía lo dice espresamente:

"He aquí que vendrá el tiempo, dice el Señor, y haré nueva alianza con la casa de Israel y con la casa de Judá: no segun el pacto que hice con sus padres, en el dia que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto: pacto que invalidaron, y yo les hice creer mi poder, dice el Señor. Mas he aquí el pacto que haré con la casa de Israel cuando hayan llegado aquellos dias: pondré mi ley en las entrañas de ellos, y la escribiré en sus corazones; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo." (Jeremías, XXXI, v. 31, 32 y 33.)

Podríamos multiplicar las citas de profecías semejantes, pero basta con estas para hacer ver que la alianza hecha por Dios con el pueblo judío en el monte Horeb, por el ministerio de Moisés, debia ser sustituida por otra alianza mas definitiva y mas perfecta: se halla claramente predicho y consignado en los libros santos que esta alianza exigia un nuevo mediador, un nuevo Moisés, en quien y por quien se uniria Dios á los hombres de una manera misericordiosa y mas íntima, y que Moisés designa á este futuro mediador cuando dice: *El señor tu Dios levantará para tí de tu nación y de entre tus hermanos un profeta como yo: á él oirás, etc.*

¿Quién es este profeta? Evidentemente ninguno del antiguo testamento, pues ninguno pretendió pasar por legislador como Moisés, y nunca hubo en Israel profeta semejante á Moisés, dice el sagrado testo (Deuter., XXXI, v. 9). Al contrario, todos los

profetas exhortaron á Israel á la observancia de la ley de Moisés mientras se esperaba la nueva ley que ellos no hacían mas que anunciar: y es de notar tambien que el último profeta concluye su predicción diciendo: *Acordaos de la ley de Moisés, mi siervo, que le encomendé en Horeb para todo Israel* (Malaquías, IV, v. 4).—¿Quién es, pues, repetimos, ese profeta que debía traer una ley superior á la del monte Horeb, sino aquel de quien hablan las anteriores profecías, el Mesías, que debía ser sacado de entre los judíos sus hermanos, nuestro salvador JESUCRISTO, del cual decían estos: *Un gran Profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo* (Luc. VII, v. 16); Jesucristo, autor del Evangelio, que puso fin á la ley de justicia inaugurando la ley de gracia; Jesucristo, á quien el mismo Dios ha vengado contra la nación que lo despreció; Jesucristo, en fin, que aplicándose á sí mismo la profecía, decía á esta nación infiel: "No penseis que yo os he acusar delante de mi Padre: otro hay que os acusa, Moisés, en quien vosotros esperais. Porque si creyerais á Moisés, tambien me creerais á mí, pues él escribió de mí."—*Noti putare quia ego accusaturus sine vos apud patrem: est qui accusat vos Moyses in quo vos speratis. Si enim crederitis Moysi, crederitis forsitan et mihi*: DE ME ENIM ILLE SCRIP-SIT (Joan. V, v. 46.)

¿Cuán convincente es toda esta conformidad! Indudablemente, para conocer toda su exactitud, es necesario entregarse al exámen, á cierta confrontación; pero en todo este trabajo no hay nada que no sea sencillo y natural; se hace en cierta manera por sí mismo, y sus elementos se hallan tan bien ordenados los unos respecto de los otros, y todos respecto del mismo resultado, que basta no oponerse á él para que se ofrezca espontáneamente al investigador.

VI. Siguiendo el órden de los tiempos, hemos visto que las predicciones van precisándose y concentrándose cada vez mas en Jesucristo.—Al principio no dicen sino que aquel libertador que debe derramar las bendiciones de Dios sobre todos los pueblos de la tierra, saldrá de la especie humana, y propiamente hablando, de la mujer, de una manera particular;—en seguida de la estirpe de Abraham con exclusion de todas las demas naciones;—y despues de la tribu de Judá con preferencia á todas las otras tribus:—concordancia siempre mas admirable de singularidad, pues ninguna otra nación mas que la judía, ninguna otra tribu mas que la de Judá pretendió dar al mundo este Salvador, y todas lo esperaron de la Judea, y en la Judea de la tribu de Judá, de donde salió efectivamente, en el momento preciso en que esta tribu perdió el cetro de su nación, que habia conservado hasta entonces.

Hay otra cosa mas notable todavía: la familia de entre todas las familias de la tribu de Judá, la familia de la cual debía salir particularmente el Mesías, se halla tan claramente designada como la tribu, la nación y la especie.—Todas las profecías subsiguientes convienen en anunciar que la familia de David deba dar al mundo el Salvador: y de la familia de David salió en efecto.

Los sagrados cánticos de este gran rey resuenan desde el principio al fin con esta profética esperanza, y encierran las mas sublimes circunstancias de aquel reinado eterno de su hijo, que es al mismo tiempo Señor suyo, y al cual se dieron todas las naciones en patrimonio. A pesar de esto no queremos citarlos, porque el estilo lírico y figurado en que están escritos les quita ese carácter preciso y decisivo, necesario para tratar con la incredulidad.

Pero hay otros profetas que hablarán por él:

—"*Saldrá una vara de la raíz de Jesé* (Jesé era padre de David), dice Isaías, que escribía mucho tiempo despues del reinado de David y de Salomón, y de su raíz subirá una flor, y se parará sobre él el espíritu del Señor. . . . Juzgará á los pobres con justicia, y reprenderá con equidad en defensa de los mansos de la tierra; y herirá á la tierra con la vara de su boca, y con el sople de sus labios matará al impío. . . . En aquel día la raíz de Jesé será puesta como un estandarte delante de todos los pueblos, las naciones la invocarán." (Isaías, XI.)

—"*Mirad que vienen los días*, dice el Señor por boca de Jeremías, en que cumpliré las palabras favorables que dí á la casa de Israel,—á la casa de Judá.—En aquel día, en aquel tiempo, haré germinar de David un pimpollo de justicia. . . . y este es el nombre que le darán: *El Señor* (Jehovah), que es nuestro Justo." (Jeremías, XXIII.)

No se puede desear nada mas completo y preciso á la vez que esta profecía. En ella está indicado el término final á que se dirigen las primitivas promesas. Renuévase estas promesas en todo lo que tienen relativo á la casa de Israel (Israel era el sobrenombre de Jacob), es decir, á la nación judía en general, y luego á la casa de Judá en particular. Estas promesas se adelantan mas todavía, pues precisan, en la casa de Judá, la familia de la cual debe salir aquel que es todo su objeto; y Jeremías nos dice que de la familia de David (aquella familia de la cual ya nos habia dicho Isaías: *Una vara saldrá de Jesé*) germinará aquel pimpollo de justicia, que al mismo tiempo que será hijo de David, de Judá y de Israel, hijo del hombre, y propiamente hablando de la mujer, será tambien hijo de Dios, Dios mismo, pues su nombre será Jehovah, nuestro Justo. *YEHOVAH TSEDICKNOU*.

VII. Podríamos citar otras muchísimas profecías, de las cuales resulta que el Mesías debe ser á la vez hijo de David é hijo de Dios. Por otra parte, nada hay mas formalmente reconocido por los antiguos intérpretes judíos. Pero lo que importa notar ahora es que hay otras profecías no menos positivas, en las que se dice que ese Dios Salvador, hijo de David, debía ser asimismo hijo de una virgen.

Esta creencia se hallaba generalmente acreditada en las tradiciones universales. En nuestro Estudio acerca de la esperanza del libertador hemos colocado este hecho fuera de toda duda. Particularmente en la nación judía, este nacimiento milagroso era el carácter distintivo del Mesías: por esto, cuando Simón Magó concibió la sacrilega pre-

tension de rivalizar con Jesucristo, tuvo cuidado de darse por madre una *virgen*. (1) En fin, desde el primer momento de su predicacion, publicaron los apóstoles, y los evangelistas consignaron que Jesucristo habia nacido de una madre *virgen*.

Desde los tiempos mas antiguos se habia predicho lo mismo.—En la primera de todas las profecias se dice, como hemos visto ya, que el *semen mulieris* será quien quebrante la cabeza de la serpiente; lo cual entendieron los *Setenta* de una manera tan propia y exclusiva, que identificaron este *semen* de la mujer con la mujer misma, haciendo referir á ella el verbo *conteret*: *IPSA CONTERET CAPUT* (traduccion literal de los *Setenta*), violentando la letra del texto para atender á su verdadero espíritu.

Pero esta profecía debia ser explícita, y como aquellas aguas, turbias todavía, que despues de haberse dejado ver por un momento sobre la superficie de la tierra, se infiltran en ella para reaparecer en una gran distancia, vivas y cristalinas, las vemos surgir de repente en aquel célebre pasaje de Isaías, en que se encuentran á la vez la filiacion *natural* del Mesías de la casa de David,—su nacimiento *sobrenatural* como hijo de una *virgen*,—y su filiacion divina como hijo de Dios.

“Oid pues, casa de David: ¿Por ventura os parece poco el ser molestos á los hombres, sino que tambien lo sois á mi Dios?—Por esto el mismo Señor os dará una señal: He aquí que la *virgen* (2) concebirá y parirá un hijo, y será llamado *Emmanuel* (Dios con nosotros).” (Isaías, VII, v. 14.)

—“El pueblo que caminaba por las tinieblas vió una gran luz, y amaneció el día para los que moraban en la region de las sombras de la muerte.—Se alegrarán como los que se alegran en la siega, cuando tú hayas venido, y como se regocijan los vendedores con la presa que cogieron, al repartirse los despojos —PORQUE HA NACIDO UN PEQUEÑO INFANTE PARA NOSOTROS. Sobre su hombro se ha puesto el principado (3), y será llamado *admirable*, (4) *consejero*, Dios FUERTE, *Padre de la eternidad*, *príncipe de paz*.—Su imperio se irá extendiendo siempre, y la paz que establecerá sobre el sèlo de David no tendrá fin; poseerá su reino para afirmarlo y consolidarlo en juicio y en justicia desde entonces para siempre.” (Isaías, IX.)

(1) San Clemente, *in recogn.*, lib. II, cap. 14.

(2) El latín dice: *eccae virgo concipiet*; pero en el latín no hay artículos, no se sabría si traducir *la virgen* ó una *virgen*. Las traducciones modernas hechas con solo el texto latino traen una *virgen*, pero el texto griego de los *Setenta*, que reproduce fielmente el hebreo, dice *la virgen*. S. Juan Crisostomo hace aquí la siguiente reflexion: “El texto no dice solamente *He aquí que una virgen*, sino *he aquí que la virgen*, con el artículo; una *virgen* famosa y única, la que nos habia sido anunciada.”

(3) El profeta habla aquí en pretérito, y sin embargo se trata de un acontecimiento futuro. Este modo de hablar se encuentra en los profetas con frecuencia, pero nada se puede inferir de él contra la realidad de la prediccion, cuando esta se manifiesta en el conjunto de sus palabras. Al contrario, el buen gusto enseña que este es un carácter inmutable de la verdadera inspiracion. Arrebatados los profetas sobre las alas del Espíritu Santo, ven aquello de que están hablando á la luz de Dios, que no tiene mañana ni ayer, y en cuyo derredor el día es eterno. Esta manera de expresarse importa ademas un sello grande de oscuridad. ¿Cómo dudar de una cosa que el profeta ve ya, y que es la realidad como cumplida?

(4) O mas bien milagroso (Fó), dice M. Drach.

Algunos rabinos modernos, preocupados por la aplicacion que hacian los cristianos de esta profecía al nacimiento milagroso de Jesús, intentaron alterar su sentido aplicándola ya al hijo de Isaías, ya al rey Ezequías; pero todos sus esfuerzos fueron vanos.—Esta profecía consta de dos partes: la primera, *he aquí que la virgen concebirá*, cap. VII; y la segunda, *Ha nacido para nosotros un pequeño infante*, cap. IX.—Ambas partes están enlazadas entre sí por un mismo objeto, el nacimiento de un infante, y de un infante-Dios; pues en la primera parte es llamado Dios-con-nosotros, y en la segunda, Dios-fuerte. De modo que, segun la opinion de todos los comentadores rabínicos, la segunda parte no es mas que una extension de la primera.—¿Cómo podian aplicarse á un niño ó á un hombre ordinario, como el hijo de Isaías ó bien de Ezequías, aquellas expresiones: *admirable, consejero, Dios-fuerte, príncipe de la paz, su imperio se extenderá desde entonces para siempre, y la paz que establecerá no tendrá fin*?—El valor de todas estas expresiones que apuran el lenguaje de la admiracion mas entusiasta, y que serian sacrílegas y blasfemas si prodigasen así á un simple mortal el nombre *incommunicable*; el valor, decimos, de todas estas expresiones dispensa de su aplicacion á cualquier otro que no fuese aquel que las anteriores profecias nos acostumbraron ya á mirar como al hijo de Dios, *Jehovah nuestro justo*,—á quien todas las naciones invocarán etc., en una palabra, el Mesías.

Esto es lo que afirman sin vacilar las mas antiguas tradiciones judías, como la paráfrasis caldéica de Jonathan-ben-Huziel,—el *Modrasc-rabba*, sect. *debarim*, fól. 287, col. 3.—El libro *Ben-Cira*, fól. 41 vuelta, edicion de Amsterdam, 1760, y los cabalistas. Todos entienden que esta profecía habla del Mesías.

Pero lo que yo mas admiro, dice el ilustrado M. Drach, de quien tomamos estas observaciones, es la confesion arrancada al R. David Kimhí por la fuerza de la verdad. Este rabino, cuyos penosos esfuerzos para defenderse contra la importuna elaridad del texto le producen una especie de fatiga mortal, arrastra su explicacion como por los cabellos al través de tres capítulos. En el último versículo, al cual nos parece verlo llegar todo ensangrentado, el autor lo abandona, y acaba por reconocer en nuestra profecía la prediccion de los tiempos del Rey-Mesías. Diríase que, agotadas todas sus fuerzas y sucumbiendo bajo el peso de la verdad, se deja caer de rodillas, confiesa al fin lo que antes se empeñó en negar, y arroja un prolongado suspiro (5).

Con razon, pues, refiriendo el primer evangelista San Mateo la concepcion milagrosa de Jesucristo, la aplica á nuestra profecía. “Mas todo esto fué hecho para que se cumpliese lo que habló el Señor por el profeta, que dice: *He aquí, la Virgen concebirá y parirá un hijo, y lo llamarán Emmanuel*, que quiere decir Dios-con-nosotros.” (Mateo I, v. 22).

(5) Carta de un rabino convertido, p. 111.

VIII. Pero la mejor explicacion de las profecias se encuentra en las profecias mismas; se corroboran recíprocamente por medio de concordancias y relaciones que atestiguan la grande unidad de su origen y objeto. Al añadir una nueva circunstancia, cada una acepta las circunstancias ya adelantadas por las otras, y las enlaza como en un solo tejido.

La profecía siguiente, que leemos en Miquéas, confirma esta verdad:

"Y tú, BELEN, Ephrata, pequeña eres entre las mil ciudades de Judá: de tí, sin embargo, *saldrá el que sea COMINADOR en Israel, aquel cuya generacion es desde el principio y desde la eternidad.*—Por esto los abandonará HASTA EL TIEMPO EN QUE PARA AQUELLA QUE HA DE PARIR, y entonces las reliquias de sus hermanos se convertirán en hijos de Israel.—Y él estará firme y pastoreará en la fortaleza del Señor, en la sublimidad del nombre del Señor su Dios, y se convertirán todos, porque desde luego será engrandecido hasta los términos de la tierra.—Y él será su paz." (Miquéas V, v. 2, 3, 4 y 5.)

Esta profecía, tampoco citada por entero, es admirable.

Las primeras palabras: *y tú, Belén, etc.*, son pasmosas. ¿Qué! no solamente se designa la raza, la tribu, la familia, sino la ciudad, ¿qué decimos? el lugar, y hasta el establo de Belén, la mas pequeña entre mil!

Por lo que respecta á la realidad del suceso (el nacimiento de Jesus en Belén), no cabe duda alguna: no citaremos solamente los Evangelios que lo refieren, sino *la notoriedad* que San Justino, en el siglo I, invocaba sin que nadie lo contradijera; y los registros del estado civil de la Judea, conservados en los archivos de Roma.—"Belén, decia á los paganos, es un lugar de la Judea situado á treinta y cinco estadios de Jerusalem: en él nació el Cristo, y podeis cercioraros de este hecho por medio de las tablas del censo que formó en Judea Quirino, *el primero de los prefectos* de esta provincia." (1)—Mas adelante Orígenes decia tambien á Celso: "Si hay alguno á quien no persuada la historia de Jesucristo escrita por sus discípulos, y necesita otras pruebas del nacimiento de Jesus en Belén, no tiene mas que fijar la atencion en que *todavía se enseña* la gruta en que nació, y en esta gruta el pesebre en que fué envuelto en pañales, todo conforme al relato del Evangelio. Hay una traduccion local (*Los enemigos de nuestra fé convienen en ello*) de que en esa gruta nació Jesus, el objeto de la admiracion y amor de los cristianos." (2)—La certidumbre de este suceso se halla, pues, tan bien probada como la singularidad de la profecía, y su concordancia es verdaderamente prodigiosa.

La cualidad de *hijo de Dios* resulta en seguida de estas palabras: "de tí, (Belén) *saldrá el que sea COMINADOR en Israel, aquel cuya GENERACION ES DESDE EL PRINCIPIO Y DESDE LA ETERNIDAD.*"

Luego estas otras palabras: por esto los abandonará HASTA EL TIEMPO EN QUE PARA AQUELLA QUE HA DE PARIR, son una verdadera alusion al pasaje citado de Isaías: *He aquí que la Virgen concebirá y parirá un hijo, &c.*, y confirman la aplicacion que de él hemos hecho al Mesías. Las extraordinarias calificaciones que de una y otra parte se dan á *aquel que debe ser concebido*, son demasiado simbólicas para que no sea uno mismo el personaje á quien se dirigen: *el niño-Dios*. Nos acabaremos de convenir de ello, cuando sepamos (lo cual ha sido generalmente notado) que Miquéas va siguiendo los pasos de Isaías hasta repetirlo palabra por palabra, como se ve en el capítulo precedente á la profecía que estamos examinando. Esta profecía tiene por objeto al Mesías, conviniendo en ello hasta el mismo *Talmud*. (3) Por consiguiente, lo mismo podrá decirse de la profecía de Isaías, de la cual no es mas que una reproduccion aumentada con algunas circunstancias. Debe decirse tambien que este giro alusivo de la profecía de Miquéas: *hasta que para AQUELLA QUE HA DE PARIR*, imprime al suceso un carácter solemne que aorece mas aún la idea del prodigio resultante ya de la profecía de Isaías.

No deja tambien de ser interesante observar lo feliz y asombroso que es la designacion de la pequeña ciudad de Belén, y la *concepcion milagrosa* que debe hacer nacer en ella al *dominador*, cuya *generacion es desde el principio y desde la eternidad*.

Finalmente, para que no sea posible equivocarse, la profecía se termina pintando de una manera sublime el extravío de los gentiles (tan propiamente llamados *las reliquias de sus hermanos*) hasta el advenimiento del Mesías,—su conversion en verdaderos hijos de Israel, núcleo de la nueva fé,—el majestuoso poder de aquel reino del dominador que se extenderá hasta los términos de la tierra, su gloria y nuestra paz, *et erit iste pax*; último rasgo que viene á cornersse felizmente sobre la idea de Belén, de *Virgen* y de *niño-Dios*, como el preludio de aquellos celestiales cánticos que el mundo iba á oír: *Gloria in altissimis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis*. [Lúc. II, v. 14.]

IX. La pintura de la *conversion de los gentiles*, de la destruccion del paganismo y del retorno á la adoracion del Dios verdadero por todas las naciones, constituye la esencia y como el horizonte de todas las profecias. Pueden reconocerse fácilmente por este distintivo que les es comun á todas. Este es el gran fin á que van á parar y confundirse, cualquiera que sea la circunstancia particular que las distingue. Otro cuadro correlativo al de la conversion de los gentiles, y que es como su reverso, es el de la *reprobacion de los judíos*, infieles y ciegos á la luz que sale de su nacion. Esta luz, que ilumina á unos y ciega á otros, está siempre personificada en un mismo objeto: el Mesías, el Salvador, de quien tantas veces hemos hablado ya.

Nunca os echotariamos bastante á meditar en

(1) San Justino, *apolog.* núm. 74.—Estas palabras, *el primero de los prefectos*, confirman lo que dijimos en otra parte, de que el censo se quitó á Judá cuando Jesucristo nació.

(2) Origen contra Celso, lib. I, núm. 51.

(3) *Tratado conhedrin*, p. 98.

todo cuanto había de inverosímil é increíble en esta doble revolución, y hasta de contradictorio con el estado del mundo antiguo, y del pueblo judío en particular relativamente á los demás pueblos. A un tiempo dado todos aquellos pueblos tan estraviados, tan perdidos, tan divididos hacia cuarenta siglos por los caminos de la idolatría, son llamados, reunidos, *unificados* en la sublime santidad de una sola ley divina, y el pueblo que había sido el depositario de la promesa de esta ley, el único pueblo que en la antigüedad había escapado á la idolatría, es precisamente el único escluido de aquella bendición universal que había salido de su seno. Este suceso trastorna las ideas, y únicamente el hábito puede impedir que lo admiremos. Solo el insensato puede dudar del hecho en sí mismo; solo el sofista puede intentar explicarlo por medios naturales.

Tenemos, pues, un acontecimiento que fué pronosticado mucho antes de su realización y en un estado de cosas diametralmente inverso, cuando toda la tierra era *idolatra* y el pueblo judío era el *pueblo de Dios*; y pronosticado no una sola vez, sino mil; no vagamente y aquí y allá, sino de la manera mas expresiva, y de un modo siempre sucesivo.

En su apoyo citaremos nuevos ejemplos, y los citaremos sin comparaciones ni comentarios.

—“*Vision profética de Isaías.*”

“*En los últimos tiempos la casa del Señor se elevará sobre los collados, y afuirán á ella todas las naciones. E irán muchos pueblos y dirán: Venid y subamos al monte del Señor y á la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos, y andaremos por sus senderos, porque de Sion saldrá la ley y la palabra del Señor de Jerusalem. —Y será encorvada la arrogancia de los hombres, y será abatida la altivez de los magnates, y solo el Señor será grande en aquel día; —Los ídolos serán enteramente destruidos: —ídola penitus conterentur [Isaías II, v. 1, 2, 3, 17 y 18.] —Desde donde nace el sol hasta donde se pone, grande será mi nombre entre las naciones, y en todas partes se sacrificará y ofrecerá á mi nombre una hostia pura.” (Malaquías I, v. 11.)*

—“*De nuevo me habló el Señor, diciendo: congregaos, pueblos; pueblos lejanos, pueblos de la tierra, oid. No digais nunca: conjuremosnos todos reunidos; mas dad gloria al Señor de los ejércitos, y sea él vuestro temor y vuestro terror, y así será vuestra santificación. —SERA EN PIEDRA DE TROPEZO Y DE ESCANDALO PARA LAS DOS CASAS DE ISRAEL, EN LAZO Y RUINA PARA LOS MORADORES DE JERUSALEN. Y MUCHOS DE ELLOS TROPEZARÁN Y CAERÁN, Y SERÁN QUEBRANTADOS, Y ENLAZADOS Y PRESOS. —Lo que os digo debe permanecer secreto y sellado entre mis discípulos. —Esperaré, pues, al Señor, que esconde su rostro de la casa de Jacob, y lo aguardaré.” (Isaías, VIII, v. 6, 9, 13, 14, 15, 16, 17.)*

—“*He aquí mi siervo, mi escogido; derramaré sobre él mi espíritu, y anunciará la justicia á todas las naciones. . . para que abra los ojos á los ciegos, y dé libertad al cautivo y la luz del día á los que estén en las tinieblas de la cárcel. —Mis primeras predicciones fueron cumplidas, y anuncio*

ahora otras nuevas. —Conduciré los ciegos por el camino que no saben, y los haré andar por sendas que ignoran: haré que delante de ellos las tinieblas se cambien en luz, y lo torcido en derecho: haré en su favor todas estas maravillas y no los desampararé jamás. —Sordos, oid; ciegos, abrid los ojos para ver. —¿QUIEN ES EL CIEGO SINO ISRAEL, MISERVIDOR? ¿QUIEN ES EL SORDO SINO AQUEL. A QUIEN ENVIE MIS PROFETAS? Tú que ves tantas cosas, ¿no las observarías? El Señor le tuvo buena voluntad para santificarle, y engrandecer y santificar su ley: sin embargo, este mismo pueblo es saqueado y destruido. ¿Quién dió á Jacob y á Israel por presa á los destruidores? No fué el Señor mismo, contra quien pecamos? Ellos no quisieron andar por sus caminos ni obedecieron su ley. POR ESTO DERRAMÓ SOBRE ELLOS LA INDIGNACION DE SU FUROR; declaró á su pueblo una fuerte guerra, y quemó en rededor y NO LO CONOCIÓ, y le incendió sin que se apercibiera.” (Isaías, XLII, v. 16 y siguientes).

—“*Atendedme, pueblo mio, y oidme, tribu mia: porque la ley saldrá de mí, y mi justicia será establecida para luz de los pueblos, y morará entre ellos. —Vendrá un día en que diré: Yo, el mismo que os hablaba, vedme aquí presente. —Preparó el Señor su santo brazo, viéndolo todas las naciones, y todos los términos de la tierra verán al SALVADOR que debe enviar nuestro Dios. Rociará muchas naciones, en su presencia certarán los reyes su boca, porque lo verán aquellos que no habían oído hablar nunca de él, y los que nada sabían de él lo contemplarán.” (Isaías, LI, v. 4, LII, v. 8, 10 y 15.)*

—“*Estad atentos y venid á mí; oidme y vivirá vuestra alma, y haré con vosotros un pacto sempiterno, fiel á mis promesas hechas á David. —Ved que lo daré por testigo á los pueblos, por caudillo y maestro á las naciones. —He aquí que llamarás al pueblo que no conocías, y las gentes que no te conocían correrán á tí por causa del Señor tu Dios, y DEL SANTO DE ISRAEL, que glorificó.” (Isaías, LI, v. 3, 4 y 5.)*

—“*Buscáronme los que antes no preguntaban por mí, halláronme los que no me buscaron; dije: vedme, vedme, á una nación que no invocaba mi nombre (los gentiles).*

—“*Estendí mis manos todo el día á un pueblo inórduo (el pueblo judío) que anda en camino no bueno y sigue sus pensamientos. —En el día de mi furor se convertirán en humo y en fuego que arderá todo el día. —Su pecado escrito delante de mí, se lo devolveré y derramaré su merecido en su seno. —Castigaré vuestras iniquidades, dice el Señor, y las de vuestros padres juntamente.*

—“*Como cuando se halla un grano en un racimo, y se dice: No lo desperdicies. . . asimismo sacaré yo de Jacob una posteridad fiel (el pequeño número de judíos que reconoció á Jesucristo). Mas vosotros (racimo podrido), que despreciásteis al Señor, pereceréis todos, porque llamé y no respondisteis, hablé y no oísteis, y hacíais el mal delante de mis ojos, y escogisteis lo que yo no quise. —Por tanto, esto dice el Señor Dios: mis siervos comerán y vosotros tendréis hambre; mis siervos beberán y vos-*

trois tendreis sed; mis siervos se alegrarán y vosotros seréis avergonzados (pintura del estado actual de los judíos), y dejareis á mis escogidos vuestro nombre como una imprecación (el nombre de judío); y el Señor os hará perecer, y á sus siervos los llamará con otro nombre (el de cristiano). El que sea bendito en este nombre sobre la tierra, lo será por el Dios de verdad; pues quiero crear nuevos cielos y una tierra nueva, y todo lo que haya sido será borrado de la memoria." (Isaías, LXV, v. 1 al 17.)

—“¡Ay de Ariel (1), Ariel, ciudad que conquistó David! se han sucedido los años y las solemnidades pasaron ya (es decir, van á cambiarse los tiempos). Yo circunvalaré á Ariel, y será triste y mustia. Y pondré sitio como una corona al redor de tí, y sentaré contra tí trincheras, y levantaré baluartes para cercarte. Serás humillada, hablarás desde el suelo, y desde debajo de la tierra tu habla saldrá murmurando. Y la multitud de los que te aventarán será como polvo menudo. El Señor de los ejércitos visitará esta ciudad con truenos y conmociones de tierra, y con voz grande de torbellino y de tempestad, y de llama de fuego devorador.

—“Pasmosos y maravillosos; tumbad y vacilad; embriagados, pero no de vino; titubead y no de embriaguez. Porque el Señor va á derramar sobre vosotros espíritu de letargo; cerrará vuestros ojos, cubrirá con un velo vuestros profetas, y las profecías serán para vosotros como las palabras de un libro sellado, que cuando le dieran á quien sabe leer y le dicen: Lee aquí, él contesta: No puedo porque está sellado; y lo dan á quien no sabe leer diciendo: lee aquí, y contesta: no sé leer.—Y dijo el Señor: porque este pueblo se me acerca con su boca, y con sus labios me honra; mas su corazón está lejos de mí, y me dieron culto, segun mandatos y doctrinas de hombre; por tanto, he aquí que yo excitaré de nuevo la admiración de este pueblo con un prodigio grande y espantoso, porque perecerá el saber de sus sabios, y se oscurecerá la inteligencia de sus prudentes.” (Isaías, XXIX, v. 1 á 16, y 9 á 14.)

—“Anda y dirás á este pueblo: oíd, oyentes, y no lo entendais; y ved la vision y no la conocais. Ciega el corazón de este pueblo y agrava sus orejas, y cierra sus ojos.... Y yo dije: ¿Hasta cuándo, Señor? y me contestó: hasta que la tierra quede sin habitantes.” (Isaías, VI, v. 9, 10 y 11.)

—“Los ojos del Señor están abiertos sobre el reino que peca. Esterminaré este reino de la haza de la tierra, dice el Señor; no obstante, esterminándolo, no destruiré del todo, dice, la casa de Jacob.—Pues he aquí, yo mandaré y haré que la casa de Israel sea agitada ENTRE TODAS LAS NACIONES DE LA TIERRA, COMO SE AGITA EL TRIGO EN UNA CRIBA.” (Aimós, IX, v. 8 y 9.)

De este modo están profetizadas en los libros santos la reprobación de los judíos y su estado actual de ceguera y dispersión,—y la conversión de los gentiles y nuestro estado de bendición y de luz, es decir, de las naciones cristianas, tan perdidas an-

tiguamente en las tinieblas de la idolatría,—estos dos grandes prodigios que nada los indicaba siquiera, y que llenan en el día todo el universo.

¡Ay de quien no se sienta conmovido por la fuerza de una prueba semejante! se encuentra en la misma condicion de ceguera que los judíos, cuyo espectáculo no lo conmueve.

X. Pero es menester que dirijamos ya nuestras miradas hácia el héroe de todas estas maravillas. Las páginas que acabamos de citar se hallan entrecoartadas de suspiros por su venida y de repetidas promesas de que no deben tardar. Todo hasta entonces se halla suspenso y esperando. Su expectación llena todos los siglos, y esta expectación es tan viva y enérgica, que consume todos aquellos siglos y los cuenta como si fueran un corto número de días.

—“Envia, Señor, EL CORDERO DOMINADOR de la tierra. (Isaías, XVI, v. 1.)—No callaré en favor de Sion, y no sosegaré en favor de Jerusalem, hasta que aparezca su Justo como una antorcha encendida.—Las naciones verán á tu Justo y todos los reyes á tu ídolo, y te será puesto un nombre nuevo, que pronunciará el Señor con su boca. (Isaías, XLII, v. 1.)—Cielos, enviad rocío de lo alto, y las nubes lluevan AL JUSTO: ábrase la tierra y brote AL SALVADOR. (Isaías, XLV, v. 8.)—¡Oh, si rompieras los cielos y descendieras!... Cuando tú hagas aparecer tus maravillas no podremos soportarlas.” (Isaías, LXIV, v. 1.)

—“He aquí lo que dice el Señor que crió los cielos, el Dios que formó la tierra: no he hablado nunca en secreto: no en vano dije al linage de Jacob: Buscadme.—Yo soy quien anuncié desde el principio lo postrero, y digo tiempo antes lo que aun no es.—Por mí mismo juré que delante de mí se encorvará toda rodilla, y toda lengua jurará por mi nombre. Todas mis resoluciones son inmutables y todas mis voluntades se ejecutarán. Lo he dicho, y lo cumpliré; lo he diseñado, y lo haré. Se acerca el tiempo de enviar mi JUSTICIA; no lo diferiré: y EL SALVADOR QUE DEBO ENVIAR NO SE TARDARÁ.” (Isaías, XLV y XLVI.)—“Mi Justo está cercano, va á salir mi SALVADOR, y mi brazo hará justicia á las naciones.” (Isaías, LI, v. 6.)—“De aquí á poco tiempo conmoveré el cielo y la tierra, la mar y todo el universo; y moveré todos los pueblos, y VENDRA EL DESEADO DE TODAS LAS NACIONES.” (Agé, II, v. 7 y 8) (2).

Este deseado de todas las naciones, hijo de la mujer, de la raza de Abraham, de la tribu de Judá, de la familia de David, fruto de una virgen, y niño-Dios, que debe nacer en Belén, cuando se le quite el ostro á Judá, para ser al pueblo judío en piedra de tropiezo y hacerse mayor todos los demas pueblos, nos es suficientemente conocido en todas las circunstancias de su venida y de su misión.—Pero su por-

(2) *Commovet calum, et terram, et mare, et aridum, et movet omnes gentes: et venit desideratus cunctis gentibus.* (Agé.)

Adspice convexo nutantem pondus mundum, Terraeque, tractusque maris, caelumque profundum; Adspice ventura latentur et omnia saecula. (Virgilio.)

(1) Este era el nombre del altar de los holocaustos, tomado aquí por el templo y la ciudad de Jerusalem.

sona, su continente, sus hechos y gestos, están aún cubiertos con un velo impenetrable. ¿Sería posible que el prodigio de la profecía llegase hasta el punto de descubrir este último velo, hasta el punto de presentarnos no solamente un cuadro y una historia, sino una biografía y un retrato?

"He aquí mi siervo á quien ampararé; he aquí mi escogido en el cual ha puesto mi alma toda su complacencia. Derramaré sobre él mi espíritu, y anunciaré la justicia á las naciones.—No verá ni tendrá acepción de personas, y su voz no se hará oír nunca en las calles.—No quebrará la caña cascada, ni apagará la mecha que humea.—No será triste ni turbulento, mientras establezca la justicia en la tierra. Los países lejanos aceptarán su ley. (Isaías, XLII, v. 1, 2, 3, 4.) Entonces serán abiertos los ojos á los ciegos, se devolverá el oído á los sordos, los paralíticos adquirirán la ligereza del ciervo, y será desatada la lengua de los mudos. (Isaías, XXX.)

"Mi siervo será exaltado, sublimado, y se engrandecerá extraordinariamente. Al principio aparecerá sin gloria ante los hombres, y no tendrá nada que lo distinga entre los hijos de los hombres. Rociará en seguida muchas naciones, y los reyes cerrarán la boca en su presencia.

"Crecerá como una tierna planta y como raíz en tierra sedienta. No hay en él buen parecer ni hermosura. Le vimos, y nada había en su aspecto que atrajese nuestras miradas.

"Despreciado y el postrero de los hombres, varón de dolores y que sabe lo que es sufrir, y su rostro como escondido y despreciado, por lo cual no hicimos aprecio de él.

"En verdad tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores, hasta el extremo de reputarlo nosotros mismos como leproso, y herido de Dios, y abandonado.

"Por nuestras iniquidades fué llagado; quebrantado fué por nuestros pecados. El castigo expiatorio que debía procurarnos la paz cayó sobre él, y con sus heridas fuimos sanados.

"Todos nosotros como ovejas nos estraviáramos, cada uno se desvió por su camino, y el Señor cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros.

"Él se ofreció porque él mismo lo quiso, y no abrió su boca: como oveja será llevada al matadero, y como cordero delante del que lo trasquila enmudecerá y no abrirá su boca." (*Jesus autem tacebat...* Maro., XIV, v. 61.)

"Desde la angustia y desde el juicio fué levantado en alto: ¿un generacion quien la contará? fué cortado de la tierra de los vivientes por la maldad de mi pueblo lo he herido.

"Quisieron que en su sepulcro estuviera entre los impíos, y ha estado con el rico desde su muerte; porque no hizo maldad ni hubo malicia en su boca.

"Se le dará el precio de sus sufrimientos y se hartará de él; y este justo por excelencia justificará á muchos con su ciencia, y llevará sobre sí los pecados de todos.

"El Señor le concederá una numerosa posteridad y repartirá los despojos de los fuertes, porque entre-

gó su alma á muerte, y con los malvados fué conchado, y cargó con los pecados de muchos, y por los trasgresores rogó." (Isaías, todo el cap. 53.)

¿Quién trazó este retrato de Jesucristo? ¿fué un evangelista ó un padre de la Iglesia? ¿Qué detalles! qué colorido! qué expresion! qué conformidad con los hechos! qué exactitud y naturalidad en los emblemas! ¿qué decimos? esto no es una pintura emblemática de un porvenir muy lejano; es una representación fiel de lo presente, y lo que todavía no existe está pintado como si ya estuviera á la vista.

La admirable concordancia de este ECCE-HOMO, mostrado por Isaías, con el que ocho siglos despues mostró Pilatos al pueblo, es tanto mas decisiva para la fé, cuanto el objeto en sí era inimaginable, (esta es la propiedad de todas nuestras profecías), y que para representarlo así era necesario que el profeta lo hubiese visto. Naturalmente la idea de humillacion y sufrimiento no debía avenirse con la idea de Dios, ni de ninguna manera podia aliarse con la de dominacion y de triunfo. Esto es tan cierto, que á causa de este estado de oprobio fué Jesucristo cacándalo para los judíos y locura para los gentiles, y que á pesar de la minuciosa descripcion que de él se habia hecho, la nacion, tan bien advertida por esta descripcion, no pudo reconocerlo, y se apoyó para rechazarlo, en que era un hombre oscuro: *Jesus enim splendore praeclitus, sed reliquis mortalibus fecit simillimus. Quamobrem constat non esse in eum credendum* (1), justificando así doblemente la profecía que lo habia representado de este modo, y que habia dicho que por esto mismo no se le reconoceria. Y era tal la invencible repugnancia á admitir esta alianza de humanidad y de divinidad, de oprobio y de gloria en una misma persona, que mas tarde, obligados los mismos judíos por los argumentos de los cristianos, sacados de sus profecías, á reconocer que el Mesías debía ser humillado, imaginaron dos Mesías distintos, un Mesías de gloria y otro de oprobio y de dolores: tan claro era que el Mesías debía ser humillado, y tan inconcebible al mismo tiempo que debiese ser glorioso y vencedor. Sin embargo, en este doble y contradictorio estado estaba constantemente representado en las profecías. La singular concordancia de la profecía con su cumplimiento, es, pues, enteramente sobrenatural y divina.

A Isaías particularmente, con tanta propiedad llamado el quinto evangelista, se concedió el trazar el conjunto de la fisonomía de Jesucristo. Los demas profetas delinearon algunos otros rasgos particulares y accesorios, repartidos entre todos, como para mejor demostrar la inspiracion que los dirigia, semejantes á artistas á las órdenes de un gran maestro, que se vale de su mano para pintar en detalle lo que únicamente él concibe.

Zacarías estuvo encargado de representar la humilde entrada del Salvador en Jerusalem, del modo siguiente:—"Regocíjate mucho, hija de Sion: canta, hija de Jerusalem; mira que tu rey vendrá á ti justo y salvador:—vendrá pobre y sentado sobre una

(1) Extracto de un libro judío sacado del *Tela igneo Saturno* de Wengemühl, tomo II, p. 41.

asna, y sobre un pollino hijo de asna." (Zacarías, IX, v. 9).

Esta profecía está, punto por punto, conforme con el suceso, tal como se nos cuenta en los cuatro Evangelios. Seria menester declararse absolutamente contra estos, para negar el prodigio de semejanza conformidad. Por consiguiente, cuanto hemos dicho respecto de los *Evangelios* debe disipar hasta la menor sombra de una legítima desconfianza. La ingenuidad de los historiadores de Jesucristo sobre este particular de su relato es tambien notable: cada uno de ellos refiere el acontecimiento de una manera que sin ser contradictoria no es sin embargo idéntica con las de los demas, no guiándose mas que por sus propios recuerdos. Uno de ellos llega hasta decir con una sencillez inimitable: "Los discípulos no entendieron al principio estas cosas; mas cuando fué glorificado Jesús, entonces se acordaron de que aquello estaba escrito de él, y que haciéndolo no hacian mas que dar cumplimiento, sin saberlo, á la profecía." [Juan, XII, v. 16] (1).

El mismo profeta hizo alusion á los treinta dineros de plata por los que debía Júdeas vender á su maestro, y á que los devolveria en seguida, roído por sus remordimientos, á los príncipes de los sacerdotes, que con ellos comprarian el campo de un alfarero. [Mateo, XXVII.]

"Ellos pesaron entonces treinta siclos de plata (dice el *pastor de las naciones en la vision del profeta*), los cuales dieron por mi recompensa. Y el Señor me dijo: echa al alfarero ese bello precio en que me apreciaron; y tomé los treinta siclos de plata y los eché en la casa del Señor para el alfarero." [Zacarías, XI, v. 12 y 13.]

Seria nunca acabar, querer recordar aquí detalladamente todas las circunstancias particulares de la vida, y sobre todo de la pasion del Salvador, que los profetas pronosticaron. Dijeron que debia ser desechado [Ps. CXVII, 22], negado [Isaías LIII, 3], acusado [Ps. XL, 10], vendido [Zac. XI, 12], abofeteado [Isaías, L, 6], escarnecido [Isaías, XXXIV, 6], atormentado de mil maneras [Ps. LXVIII, 29] y abrevado en hiel [Ps. LXVIII, 22]; que seria taladrado de pies y manos [Ps. XXI, 17], que le escupirian á la cara [Isaías, L, v. 6]; que seria muerto [Daniel, XI, 21], y sus vestidos sorteados [Ps. XXI, 19], que su sepulcro seria glorioso [Isaías, XI, 10], &c.

Convenimos en que una de estas circunstancias aisladas no tendrian en sí mismas significacion ni importancia; pero existiendo, como ya hemos visto, el cuerpo de la profecía de una manera tan incontestable; presentándose tan de relieve el verdadero y único objeto de las inspiraciones proféticas, todas estas circunstancias particulares se le reunen por sí mismas como piedras salientes cuyo arranque é irregularidad las hace mas propias para servir de an-

laca, porque les falta un objeto y es imposible señalarlas otro.—Los acontecimientos, no tememos decirlo, deben venir en apoyo de esta interpretacion.—Indudablemente la profecía debe tener en sí un cierto grado de claridad, suficiente para no depender del acontecimiento y poderse acomodar á su conveniencia; pero cuando esta claridad existe manifestamente acerca de los puntos principales; cuando es cierto que en realidad hay ya profecía independientemente del acontecimiento, el conocimiento de este puede venir en seguida á acabar de hacer apreciar todos los detalles de la profecía objetivándolos, manifestando en el objeto la intencion y el enlace que no estaban siempre visiblemente expresados en la profecía, y que desde entonces se los encuentra tales. De este modo la profecía y el suceso, que es su cumplimiento, se aclaran recíprocamente y se hacen conocer el uno al otro. La evidencia de la verdad de su concordancia es menos sencilla y menos inmediata, es cierto, pero está mas justificada, porque parte de dos extremos, y porque supone doblemente la accion divina en la profecía que predijo claramente el suceso envuelto aún en las tinieblas del porvenir, y en el suceso que da esato cumplimiento á la profecía hasta en lo que tenia de mas implícito y confuso. La oscuridad de la profecía se convierte así (en el suceso que la disipa) en un manantial de evidencia igual á la que resulta de su claridad, haciendo ver que nada hay de fatal ni de fortuito en uno ni en otro, sino que en todo obra Dios libremente, pero de un modo inevitable.—Por ejemplo, no hay entre todas las profecías que pueden citarse, ninguna tan clara ni tan justificada como aquella tan oscura antes, relativa á la *hiel y vinagre* que debian dar á beber al Salvador, cuando esta víctima voluntaria de las iniquidades de los hombres echó su último suspiro, para dar lugar al cumplimiento de esta profecía, pidiendo de beber, y despues de haber satisfecho libremente á las mas secretas particularidades de las profecías, cerró sus labios divinos, humecidos con aquella *hiel* anunciada, pronunciando estas soberanas palabras, que revelan al dueño de las profecías y de los sucesos: CONSUMMATUM EST.

Así es como todo sirve de evidencia, hasta la oscuridad, para quien sabe ver las cosas y quiere penetrarlas. Es verdad que esto exige escámen, atencion y suspender el primer juicio; pero tengamos presente que debe suceder siempre así en la economía de la verdadera fé, que no existiria sin este ejercicio, y añadamos, como acabamos de probarlo por medio de un ejemplo, que de este ejercicio sale la fé mas convencida de lo que lo hubiera estado por la evidencia inmediata, pues esta evidencia le hubiera parecido sospechosa por su misma espontaneidad; á mas de que nada de lo que está visiblemente dispuesto á convencer, convence en realidad. Una prueba *encontrada* en las entrañas del asunto, tiene mil veces mas fuerza que otra que *se ofrece por sí misma* desde que lo divisamos. La primera es proporcionada por la verdad.

La religion, como la naturaleza, está llena de estas pruebas, que se encuentran á medida que va,

(2) Mas tarde este dió lugar á aquella acusacion dirigida contra Jesucristo, de que habia querido hacerse pasar por rey de los judíos, y á aquella inscripcion que Pilatos hizo poner en hebreo, en el remate de la cruz.

JESUS DE NAZARETH,
REY DE LOS JUDEOS;
CONFIRMO Á LA PROFECIA QUE HABIA DICHO:
EN AQUEL VUESTRO REY.

mos penetrando en su seno. Lejos de hallarse enteramente dispuesta para convencer, podía decirse que hasta cierto punto no lo está sino para no convencer á los que no quieren ser convencidos, para chocarlos y escandalizarlos. Las profecías claras y decisivas, por ejemplo, como muchas de las que hemos citado, están mezcladas con otras oscuras y equívocas que les perjudican, y podríamos decir que fueron escritas para servir de testo á la incredulidad y de ejercicio á la verdadera fé, que muy pronto se ve recompensada de este ejercicio por una comprensión cada vez mas grande de lo que la habia ofuscado al principio, y por una disposicion mas racional, en razon misma de esta esperiencia, á oír lo que todavía le queda por descubrir.

La marcha de un entendimiento juicioso y sincero, y que es capaz de comprender la sabiduría de esta bella economía, debe, pues, consistir en admitir las primeras pruebas que se presentan y adherirse á ellas como al fundamento de su sumision, esperando á que esta misma sumision lo haga digno de comprender otras nuevas y de hacer por sí mismo la preciosa esperiencia de esta fecundidad de la fé.

Y esto es siempre fácil, cualquiera que sea el grado de alejamiento en que se encuentre uno colocado. Si tiene la religion oscuridades que sirven de pretexto, tiene tambien resplandores que quitan toda escusa. Posee pruebas invencibles, á las que no podemos racionalmente resistirnos, y de las cuales podemos siempre partir para inclinarnos á una sumision racional, y que irá siempre motivándose cada vez mas.

Durante el curso del primer *Estudio*, muchas veces hemos aducido pruebas de este género, citando profecías tan patentes, que es menester estar ciego para no deducir de ellas la divinidad de la religion que tiene por objeto.

Pero parece que la verdad divina haya querido franquear todos los límites de su manifestacion en la última profecía que nos resta hacer conocer, y segun la cual es absolutamente verdadero decir que *la misma resurreccion de un muerto* no convenceria á quien fuese bastante obstinado para no reconocer su luminosa exactitud.

Ya se comprenderá que queremos hablar de la profecía de Daniel.

XI. Entre las profecías de Daniel hay tres muy célebres: la primera relativa al reinado de Antioco Epifanes, la segunda á la sucesion de los reinos y al triunfo del cristianismo al explicar la estatua vista en sueños por Nabucodonosor, y la tercera y mas notable, la de las *setenta semanas*, que se refiere directamente á Jesucristo.

No hablaremos de la primera, porque su objeto no nos interesa ahora mucho, y como hemos espuesto ya la segunda en nuestro *Estudio sobre la venida y el reino de Jesucristo*, vamos á ceñirnos solamente á la tercera.

Antes de empezar, y para dejar cerradas todas las puertas á la desconfianza á que su misma claridad podria dar motivo, debemos fijar bien en

nuestra memoria todas las pruebas de anterioridad de las profecías que hemos presentado ya. Estas pruebas incontestables cubren todas las profecías de Daniel lo mismo que las demas, y esto deberia bastar; pero quiso la Providencia que tuvieran otras garantías particulares, y hay, entre otras, dos muy decisivas.

La primera es la confesion forzada del pagano Porfirio que, en el desvanecimiento de su prevenicion, interesado en prescindir de la primera profecía de Daniel relativa al reinado de *Antioco Epifanes* (tan bien justificada por los sucesos, *que mas bien refirió cosas pasadas, dice él, que describió acontecimientos futuros*), se atrevió á alegar, sin sombra de prueba, que el libro de Daniel habia sido escrito por un desconocido, durante el reinado de aquel principe (1). Desmentido y confundido al momento por los judíos, su imputacion careció de importancia, pero quedó subsistente su huella para manifestar el mas alto punto á que habia la incredulidad osado llegar respecto de las profecías, y en justificacion de las otras dos de Daniel, sobre Jesucristo, que aquel insensato ataque dejaba subsistir con una anterioridad suficiente, aunque no completa: ataque semejante á esas crecidas de los rios que cubren por un momento los machones de un puente sin llegar hasta sus arcos, y cuya impotencia y pasajera furia solo sirve para acreditar la prudencia del arquitecto que supo prever este caso y desafiarlo.

La segunda garantía está en la siguiente declaracion de Josefo, cuyo *origen, data y circunstancias* previenen toda objecion: "Todas estas desgracias, dice, cayeron sobre nuestra nacion durante el reinado de Antioco, como lo habia predicho Daniel MUCHO TIEMPO ANTES;—habló tambien del poder de los romanos y de su imperio—y PREDIJO LOS MALES CON QUE ESTOS DEBIAN OPRIMIR A NUESTRA NACION.—Todos los escritos que nos dejó Daniel se leen aún en nuestras asambleas (2)."

Vamos á transcribir literalmente el testo de la profecía: es preciso no dejar pasar desapercibida una sola palabra. No subrayamos nada de ella, porque en este caso deberiamos subrayarlo todo.

"Está atento á la palabra, dice el espíritu de Dios al profeta, y entiende la vision.

"A setenta semanas se ha reducido el tiempo decretado sobre tu pueblo y sobre la ciudad santa, para que fenezca la prevaricacion y tenga fin el pecado, y sea borrada la maldad, y sea introducida justicia perdurable, y tengan cumplimiento las visiones y las profecías, y sea ungido el Santo de los Santos.

"Sabe, pues, y nota atentamente:

"Desde la salida del edicto para que Jerusalem sea reedificada hasta que aparezca el Cristo, se pasarán sesenta y dos semanas, y de nuevo será edificada la plaza y los muros en tiempos de angustia.

"Y despues de sesenta y dos semanas será muerto el Cristo: y no será ya mas suyo el pueblo que

(1) *Porphyr. apud Hieron., prefat. in Daniel.*

(2) Flavio, Josefo, *Antiqu. jud.*, lib. 10.

le negará. Y un pueblo con un caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el santuario y aventará sus ruinas. Su fin será estrago, y despues del fin de la guerra vendrá la desolacion decretada.

"Sin embargo, él (el Cristo) afirmará su alianza con muchos en la última semana, y desde la mitad de esta semana cesarán las hostias y los sacrificios, y la abominacion de la desolacion entrará en el templo, y durará la desolacion hasta la consumacion y el fin." (1)

Apenas puede uno creer á sus propios ojos al leer este oráculo, que podría tomarse por una *cronología* hecha despues de los sucesos; se siente uno poseído de aquel movimiento que hizo caer á Nabodonosor á los pies de Daniel, obligándole á exclamar: *Vuestro Dios es en verdad el Dios de los dioses, y el Señor de los reyes, y el que revela los misterios, porque tú pudiste descubrir este arcano* (2).

Todas las profecías forman como una gran cadena de montañas, que arrancando del valle, van sucediéndose unas á otras en elevacion, y descubren desde lo alto de sus cimas variados puntos de vista de un mismo horizonte, segun es su situacion respectiva; pero de enmedio de todas ellas se destacan picos gigantescos, desde los cuales la vista descubre y abraza el horizonte completo. Tal es Isaías, y sobre todos Daniel.

Aun cuando redujéramos todo lo que hemos dicho y todo cuanto puede decirse en favor del cristianismo, á estas cortas líneas, sería suficiente: no hay inteligencia un poco racional que no deba someterse á lo que ellas contienen. No se necesitan aquí raciocinios complicados ni profundas investigaciones; no se necesitan mas que ojos y basta abrirlos. ¡Cuán feliz debería considerarse la incredulidad, si es sincera, de haber al fin encontrado uno de esos motivos de credibilidad tan justificados y tan conformes á lo que la misma incredulidad exige, que no hay necesidad de buscarlos, sino que se apoderan de uno, y á los cuales no puede resistirse sin resistirse á la evidencia!

Por mas que se busque, por mas que se examine, no puede encontrarse en esta brillantísima prueba de nuestra santa Religion fundamento ni pretexto para una objecion cualquiera: es preciso rendirse á ella ó retirarse, al fin de todo, convencido de no querer convencerse. Nos explicaremos para que se comprenda bien este último pensamiento.

Todo el mundo conviene en que las semanas de Daniel no son de días, sino de años. La sola lectura de la profecía lo demuestra; pues *setenta semanas de días* no harían mas que unos diez y seis meses, y es absurdo colocar tantos sucesos considerables y sucesivos, de que el profeta habla, en un espacio de tiempo tan corto. No pueden, pues, ser sino *semanas de años*. Por otra parte, estaba en uso entre los judíos este modo de contar, como puede observarse en muchos pasajes, principalmente en el del *Levítico*, que fija el año del jubileo: *Conte-*

rás asimismo siete semanas de años, esto es, siete veces siete, que juntos hacen cuarenta y nueve años (cap. 25, v. 8). Tampoco era desconocido de los escritores profanos este método, pues Aristóteles habla claramente de él, y mas aún Varro en sus libros titulados *las semanas* (3).—Pero hay un testimonio mas directo: en el capítulo IX habla Daniel de las *setenta semanas*, sin decir si son de días ó de años; pero sigue inmediatamente el capítulo X, en el que teniendo que decir que estuvo llorando por espacio de *tres semanas*, añade: *Semanas de días: habebam, dico, tres hebdomadas dierum*, segun la traduccion literal de los *Setenta*. ¿Quién no conoce, pues, que no calificó así las semanas de su duelo, sino para diferenciarlas de las otras semanas, de que acaba de hablar, las cuales por consiguiente no son semanas de días sino de años, como si lo hubiese dicho espresamente? Este punto es incontestable, y es preciso que lo sea cuando los talmudistas y en general todos los judíos convienen en ello.

Una vez reconocido este punto, la cuenta es muy sencilla. Constando cada semana de siete años (como las comunes de siete días), las *setenta semanas* hacen *setenta veces siete años*, que suman *cuatrocientos noventa años*, absolutamente del mismo modo que señalaba reglas el *Levítico* para fijar el año del jubileo.

Pero no bastaba fijar la duracion: era preciso fijar su punto de partida y su término, y esto es precisamente lo que hizo el profeta por medio de estas formales palabras: *Desde la salida del edicto para que Jerusalem sea reedificada hasta que aparezca el Cristo* (*Ab exitu sermonis, ut iterum edificetur Jerusalem usque ad Christum ducem*). Este edicto para la reedificacion de Jerusalem lo dió Artagerges Longimano. Por medio de un decreto anterior habia ya Ciro autorizado la reconstruccion del templo únicamente; pero Artagerges permitió que se reedificasen *la plaza y los muros*, permiso que se dió el año *vigésimo* de su reinado, segun es de ver en *Esdras*, lib. II, cap. II, v. 1, y en el *Eclesiástico*, cap. XLIX, v. 15. Debemos, pues, empezar á contar las semanas desde el año vigésimo del reinado de Artagerges.

Segun los mejores cronologistas, cuya opinion se deduce de circunstancias referidas por Tucídides, Cornelio Nepote y Plutarco, principalmente el destierro de Temístocles y su permanencia en la corte de los reyes de Persia, el principio del reinado de Artagerges debe fijarse en el último año de la olimpiada setenta y cinco, que corresponde al año 280 de Roma; de modo que el año vigésimo de su reinado y el comienzo de las *semanas* debe caer poco mas ó menos en el año 300 de Roma. Añádanse luego á este número *setenta semanas*, ó lo que es lo mismo *cuatrocientos noventa años*, y se encuentra el año 790 de Roma y el 37 de la era cristiana.

Examinad de nuevo la profecía y ved el prodigio de su exactitud.

Desde luego se señalan *setenta semanas*, como

(1) Daniel, cap. 8.

(2) Daniel, cap. 2, v. 47.

(3) M. Varro in *Gellio*, 3, 10.

formando la duracion total del tiempo que debe trascurrir hasta la aparicion de la justicia eterna, la redencion de nuestras iniquidades y la consumacion de las profecias, es decir, hasta la muerte de Cristo inclusive; lo cual está perfectamente de acuerdo con los sucesos que debian servirles de cumplimiento, habiendo muerto Jesucristo en el año 34, al declinar la semana setenta, que se terminaba, como hemos visto, en el año 37.—Contando por semanas era imposible ser mas exacto.

Pero el profeta no se limita á esto, sino que lleva la precision en la precision misma. Divide en efecto inmediatamente despues las *setenta* semanas en *sete*,—*setenta y dos*—y *una*; hace mas: divide esta última en *dos mitades*, y luego el tiempo, así dividido, lo distribuye á los acontecimientos de la manera siguiente:

Las *sete* primeras semanas, 6 sean cuarenta y nueve años, las destina á la reconstruccion de Jerusalem en *tiempo de angustia*, lo cual se realiza al pié de la letra, bajo la direccion de Neemías y á pesar de la resistencia de los samaritanos, de los árabes y de los amonitas, conforme leemos en el lib. 2 de *Esdra*s, cap. 4, 5, 6 y 7.

Vienen en seguida las *setenta y dos* semanas, *despues de las cuales*, dice el profeta, *SERA MUERTO EL CRISTO*, lo cual coloca la muerte del Cristo, segun la cuenta general, despues de la semana *sesenta y nueve* y en la *setenta*, ó sea *entre el año 30 y el 37* de la era cristiana, como sucedió en efecto.

Finalmente, tomando de nuevo esta semana, la *setenta y última*, como digna por su importancia definitiva de ser considerada aparte, esta semana que puede llamarse la semana de los misterios, el profeta concentra en ella todas nuestras miradas, y por medio de un postre arranque de precision nos reproduce su objeto de este modo:—“Y en una semana, dice, el Cristo afirmará su alianza con muchos.”—En efecto, el año 30 de su vida empezó el Cristo sus predicaciones, que inauguraron el reinado de la nueva alianza.—“Y desde la mitad de esta semana cesarán las hostias y los sacrificios, continúa el profeta, y la abominacion de la desolacion entrará en el templo, y durará la desolacion hasta la consumacion y el fin.”—Efectivamente, en la mitad de la última semana, es decir, en el año treinta y cuatro de Jesucristo, su sacrificio puso fin al sacrificio mosaico, y empezó á derramarse sobre los judíos aquella serie de calamidades que acabó por el saqueo de Jerusalem por Tito, la profanacion y ruina del templo, y en fin, la desolacion que dura todavía en la actualidad.

La profecía de Daniel anuncia la *venida* futura de los sucesos, del mismo modo absolutamente que la astronomía la *venida* de los astros en tiempos determinados.... Pero los astros tienen movimientos regulares y periódicos, que permiten á la ciencia conocerlos por medio de sus cálculos; y sucesos tan fuera del curso natural de las cosas, y tan complicados como los que se contienen en nuestra profecía, no pueden ser predichos, y predichos con una exactitud tan matemática, sino por *aquel que cambia los tiempos y los siglos, traslada los reinos y los*

afirma, revela las cosas mas ocultas, y ve todo lo que será lo mismo que lo que es (1).

Por otra parte, esta exactitud profética es tan real, y la explicacion que de ella hemos hecho, hasta poderla calificar de *astronómica*, es tan justa y literal, que de hecho la misma astronomía se arregló despues sobre ella.

Un jóven astrónomo del último siglo, arrebatado á la ciencia por una muerte prematura, y cuyos *raros y multiplicados conocimientos*, dice el ilustre filósofo Bonnet, *estaban realizados por una modestia, un candor y una piedad mas raras todavía*, CHEVREUX, hizo en las profecias de Daniel descubrimientos *astronómicos* que dejaron asombrados á los dos primeros astrónomos del siglo, MAIRAN y CASINI. “No hay medio de negar las verdades y descubrimientos que se encuentran probados en vuestra disertacion, le escribia Mairan, pero no sé comprender (tenia la desgracia de ser incrédulo) cómo y por qué están tan *realmente* contenidas en la Santa Escritura.” CASINI, sin pararse como Mairan en el *cómo* y el *por qué*, declaró poco despues haber encontrado todos sus métodos, por el cálculo de los movimientos del sol y de la luna, *deducidos del zodiaco de Daniel* y de la llegada de los equinoccios y del solsticio al meridiano de Jerusalem, muy demostrados y perfectamente conformes á la mas exacta astronomía. ¿Quién hubiera sospechado, añade Bonnet, que el estudio de un profeta enriqueceria á la astronomía trascendental, y que nos proporcionaria, respecto de ciertos puntos muy difíciles de esta bella ciencia, un grado de precision muy superior al que el cálculo habia hasta entonces producido?” (2)

¿Qué verdad es, pues, esa, cuyas pruebas sirven al mismo tiempo á las ciencias mas exactas; que no solamente se halla justificada, sino que justifica, é mas bien, que no se halla justificada sino porque lo justifica todo? ¿No debe ser simplemente, y en el sentido absoluto de la palabra, LA VERDAD? Y ¿cómo no reconocerla, cuando al querer comprobarla bajo el punto de vista moral por la única manera posible, la *práctica*, descubrimos que se adapta á la tierra lo mismo que al cielo, y que á la vez regula los deseos del hombre y los astros del firmamento?

Por seguir la parte cronológica de la profecía, hemos descuidado la parte narrativa; pero ¿qué hemos de hacer notar? Las cosas hablan aquí por sí mismas, y al hombre solo le corresponde el silencio de la admiracion. Los rasgos y circunstancias van empujándose y sucediéndose rápidamente en este espejo del porvenir con exactitud cada vez mas sorprendente y que no deja lugar á la admiracion para detenerse, hasta que despues de haberla llevado á su colmo, la abandona á sí misma sobre el vacío infinito de toda explicacion natural, y la obliga en cierta manera á asirse de la fé.

Resumiendo el profeta todas las profecias ante-

(1) Daniel, cap. 2.

(2) *Investigaciones filosóficas sobre las pruebas del Cristianismo*, por Bonnet. Amsterdam, 1753, p. 163, nota.

teriores, determina en fin á dia fijo el tiempo prometido al pueblo y á la ciudad: aquel tiempo, que diez y seis siglos antes llamaba Jacob el tiempo postrero, y por el cual habian suspirado los patriarcas y profetas; aquel tiempo cuya espectacion habia estado ocupando toda la sucesion de los siglos.

En el fondo de esta perspectiva presentada de este modo, nos descubre en primer término la reconstrucción de Jerusalem en tiempos de angustias.—Después mas allá, al cabo de sesenta y nueve semanas, y en la setenta, es introducida la justicia en los siglos, el Santo de los Santos, el Cristo;—su bautismo;—su alianza confirmada con muchos;—el Cristo muerto;—su pueblo, que debe negarlo, rechazado;—la consumación de las profecías;—la cesación de los sacrificios.

Por fin, en último término se presenta con su referir futuro al pueblo ejecutor del fallo de desolación pronunciado contra el pueblo y la ciudad; la abominación de la desolación se ve introducida ya en el templo, y son saqueados la ciudad y el santuario; la devastación llega á su colmo; y después de esta guerra, la desolación tantas veces predicha no cesa ya mas, y sigue y seguirá hasta la consumación y hasta el fin... Et post hebdomadas sexaginta duas occidetur Christus: et non erit ejus populus, qui eum negaturus est. Et civitatem et sanctuarium dissipabit populus cum dux venturo: et finis ejus vastitas, et post finem bellis statuta desolatio.... Et erit in templo abominatio desolationis et usque ad consumationem et finem perseverabit desolatio.

Tomad ahora la historia profana, y ved en el Talmud y en los escritos de los rabinos consignado el hecho de que la disolución del sanedrín (el sacerdocio mosaico) se efectuó CUARENTA AÑOS antes de la ruina de Jerusalem, es decir, exactamente desde la muerte de Jesucristo (1); que en esta misma época el santuario del templo se abrió por sí mismo de par en par (2); que se observaban en él cosas raras, de modo que un famoso rabino exclamó un día: "¡oh templo, templo! ¿qué te conmueve? ¿por qué te intimidas á tí mismo? (3)" Escuchad, según Josefo y Tácito, aquella voz extraordinaria que se dejó oír un día de Pentecostes en medio de un estruendo espantoso del fondo del santuario: SALGAMOS DE AQUÍ, SALGAMOS DE AQUÍ (4); ved por espacio de siete años, con todo el pueblo judío, á un hombre del pueblo correr sin dirección por las calles de la ciudad, gritando incesantemente en medio de la paz mas completa: "Ha salido una voz del Oriente y del Occidente y del lado de los cuatro vientos: voz contra Jerusalem y contra el templo, voz contra los nuevos desposados y contra el templo. ¡Ay del templo! ay de la ciudad! ay de todo el pueblo! ay de Jerusalem!" Hasta que herido él también por una piedra durante el sitio, exclamó: ¡ay de mí también!" (5) Con-

templad esa guerra inaudita por su devastación, y al pueblo romano dirigido por su caudillo Tito, dirigido á su vez por una fuerza misteriosa é irresistible, que á pesar de la benignidad de su carácter lo convirtió en instrumento de los mas espantosos horrores sin que le fuese posible moderarlos (6); fuerza tan visiblemente sobrenatural, que él mismo, aun siendo pagano, la confesó, diciendo á sus amigos: Hemos hecho la guerra dirigidos por Dios; él es quien ha arrojado á los judíos de sus fortalezas, contra las cuales nada podían las fuerzas humanas ni todas las máquinas (7). No soy yo quien ha vencido, decía ademas el mismo Tito rehusando las coronas que las naciones le ofrecían; no he hecho mas que prestar mis manos á la venganza divina (8). Ved, por último, en la misma época extinguirse para siempre en todo el universo el fuego de los sacrificios, y el espíritu profético, ya verdadero, ya simulado, guardar un silencio absoluto y tan sumamente raro hasta entonces, que Plutarco hace de esto el objeto de un tratado especial en el que se pierde investigando sus causas (9); y la alianza contrahida por el cristianismo con los pueblos modernos, el pueblo judío rechazado, la desolación convertida en el estado permanente de este pueblo.... y después deducid vosotros mismos la consecuencia.

Daniel escribió esta memorable profecía durante la cautividad. Después volvieron los judíos á su país y reedificaron el templo, luego la ciudad: se estaba construyendo el templo todavía, cuando se oyeron los últimos acentos proféticos que llenaron de entusiasmo á los trabajadores.

Todas las profecías están mutuamente encadenadas por un enlace maravilloso que las hace diferir entre sí por ciertos rasgos particulares, y las hace parecerse todas por la convergencia y fusión de todos estos rasgos en el grande objeto que las reúne y justifica: son como una familia de hermanas, que al través de su fisonomía propia reflejan de diversos modos los rasgos distintos de su padre, doblemente visibles por esta misma diversidad y por esta armonía en todas ellas.

Así las últimas profecías que vamos á citar anuncian claramente, como todas las demás, la venida del divino mediador. Su conformidad acerca de este comun é invariable objeto es en el mas alto grado decisiva, y no lo son menos las circunstancias particulares, y no indicadas aún, por cuyo medio se apropian su predicción:

Por esto, durante la penosa reconstrucción del segundo templo, humilde y modesto comparativamente al antiguo, desfallecen todas las esperanzas de Judá, y sus miradas, fijas hasta entonces en el porvenir, se vuelven dolorosamente hacia lo pasado; pero las miradas de Ageo, venciendo las apariencias, saca de esta circunstancia un motivo particular de predicción, anunciando que muy pronto y as-

(1) Tratado sanedrín, fol. 41; Guedala-zara, fol. 8.

(2) R. David Gans, Orónias, año 1718.—Talmud, Tratado Yoma, fol. 37.

(3) R. Johanan, hijo de Zaeai, Tr. de fest. expint.

(4) Josefo, de Belle judaico, lib. 7.—Talit., histor., lib. 5, 13.

(5) Josefo, de Belle jud., lib. 7, cap. 12.

(6) Edificó que hizo cuanto pudo para salvar el templo, como Juliano el apóstata para reedificarlo mas adelante.

(7) Josefo, de Belle jud., lib. 7, cap. 16.

(8) Filostrato, Vida de Apolonia Tiamon, lib. 4, cap. 14.

(9) De los oráculos que han cesado y por qué. Obras de Plutarco, tomo v.

este segundo templo se realizará la esperanza de Jacob. He aquí sus mismas palabras:

"Habla á los ancianos y díles: ¿quién ha quedado entre vosotros que haya visto esta casa en su primera gloria? ¿y cuál os parece esta ahora? ¡acaso no es ella ante vuestros ojos así como si no fuera? Pero armaos de fuerza y trabajad con ánimo, dice el Señor, porque he aquí lo que dice el Señor de los ejércitos: AUN FALTA UN POCO DE TIEMPO, y yo conmoveré el cielo, y la tierra, y la mar, y todo el universo.... Y conmoveré todos los pueblos y vendrá el deseado de todas las naciones; y *henchiré de gloria esta casa*, dice el Señor de los ejércitos, y en este lugar daré la paz." (1)

Finalmente, Malaquías revela una circunstancia de la venida de Jesucristo, hasta entonces desconocida, y que estaba reservada para caracterizar en él el último profeta: esta circunstancia era que Jesucristo tendría un precursor inmediato.—Malaquías, que por un lado termina la cadena de los profetas remontándonos hasta Jacob, hasta Abraham y hasta Dios, se inclina por el otro como para dar la mano, á través de cuatro siglos de silenciosa expectación, a JUAN BAUTISTA, precursor inmediato de Jesucristo.—Las palabras del profeta corresponden admirablemente á este carácter definitivamente indicativo:

"Voy á enviar mi ángel, que PREPARARÁ el camino ante mi faz. Y LUEGO vendrá á su templo el Dominador á quien vosotros buscáis, y el ángel de la alianza que tanto deseáis, HELO AQUI QUE VIENE." (2)

§ V.

Llegó el tiempo en que Elisabet debía concebir, y parió un hijo.... y Zacarías, su padre, tomó á este niño en sus brazos, y lleno del Espíritu Santo, profetizó diciendo:—"Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque visitó á su pueblo y nos suscitó un poderoso Salvador en la casa de David su siervo, conforme lo había prometido por medio de los santos profetas que vivieron en los pasados siglos, y según lo había jurado á nuestro padre Abraham. Y TU, NIÑO, profeta del Altísimo serás llamado, porque IRAS ANTE LA PAZ DEL SEÑOR, PARA APAREJAR SUS CAMINOS, para dar á su pueblo conocimiento de salud por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, con que nos visitó desde lo alto del Oriente, para alumbrar á los que están sentados en tinieblas y en sombra de muerte, y para enderezar nuestros pies á camino á paz." (3)

Este niño era JUAN BAUTISTA.

Algunos días antes de su nacimiento, María, prima de Elisabet y embarazada como ella, había ido á visitarla. Juan saltó de alegría dentro del seno maternal, y Elisabet, llena también del Espíritu de Dios, dijo á María: "BENDITA ERES ENTRE TODAS LAS MUJERES, Y BENDITO ES EL FRUTO DE TU VIENTRE." (4)

María prorrumpió entonces en estas palabras:

"Mi alma engrandeció al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador, porque miró la baja de su esclava; pues ya desde ahora ME LLAMARÁN BIENAVENTURADA TODAS LAS GENERACIONES, porque el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas.... Ha hecho brillar el poder de su brazo.... Recibió á Israel su siervo, acordándose de su misericordia, conforme lo había prometido á nuestros padres, á Abraham y á su posteridad para siempre." (5)

HABIENDO PARIDO LA QUE DEBIA PARIR, el niño fué llamado Jesús, y llegado el tiempo de la purificación, María y José lo llevaron á Jerusalem para presentarlo al Señor. Había á la sazón en Jerusalem un varón justo y temeroso de Dios, llamado Simeón, que estaba esperando la consolación de Israel, y habitaba en él el Espíritu Santo, que le había revelado que no moriría hasta después de haber visto al Cristo del Señor. Fué, pues, un día guiado por el espíritu de Dios al templo, y encontró allí á José y á la madre del niño Jesús que iba á cumplir con lo que la ley prescribía. El santo anciano tomó al niño en brazos, y al momento bendijo á Dios diciendo: "Ahora, Señor, puedes despedir á tu siervo en paz; porque según tu palabra han visto mis ojos el Salvador que nos has dado, aquel cuyo camino preparaste ante la faz de todos los pueblos, para ser luz que ilumine á todas las naciones." (6)

Treinta años después, Juan, según aquellas palabras de la profecía: *Voy á enviar mi ángel que preparará el camino ante mi faz*, estaba en el desierto bautizando y predicando el bautismo de la penitencia para la remisión de los pecados.... La ciudad de Jerusalem, la Judea y todo el país circunvecino iban entonces á encontrarlo y lo contemplaban como pasmados, pensando en su interior si Juan sería el Cristo. Pero Juan dijo en presencia de la multitud: "Yo os bautizo en agua, mas en pos de mí viene el que es mas fuerte que yo, ante el cual no soy digno de postrarme para desatar la correa de sus zapatos. Tiene la criba en la mano y purgará su aire, y recogerá el trigo en su granero, y hará arder la paja en un fuego inextinguible." (7) Otras muchas cosas decía, evangelizando con ellas al pueblo.

A la sazón pasó por allí Jesús, y Juan, señalándolo al pueblo, dijo: HE AQUI EL CORDERO DE DIOS, HE AQUI EL QUE QUITA EL PECADO DEL MUNDO (8). Y acercándose Jesús fué bautizado por Juan en el río. Y después que Juan fué encarcelado, volvió Jesús á Galilea predicando el Evangelio del reino de Dios.

De modo que después de cuatro siglos de silencio, después que el último profeta Malaquías había dicho: HELO AQUI QUE VIENE, y al espirar el término fijado por Daniel, apareció Juan Bautista el precursor, y en seguida Jesucristo, el deseado de todas las naciones, entró en su templo y empezó su misión.

¡Qué encadenamiento y qué maravillosa concordancia!

(1) Ago., cap. 2, v. 3 al 10.

(2) Malaquías, cap. 2, v. 1.

(3) Luc., cap. 1.

(4) Idem, idem.

(5) Luc., cap. 1.

(6) Luc., cap. 2.

(7) Marc., cap. 1.

(8) Juan, cap. 1.

Hacia treinta siglos que se sucedían los profetas anunciando la aparición del Mesías, regenerador universal de todas las naciones; y estas profecías no se habían aplicado á nadie todavía, y el Mesías, siempre prometido, era siempre esperado. Viene Jesús al mundo en la oscuridad mas profunda, y al momento, á pesar de esta oscuridad, es proclamado como siendo *aquel cuya venida habia sido preparada á la faz de todos los pueblos, por la boca de todos los profetas que le habían precedido, para ser la luz que habia de iluminar á todas las naciones*; y los sucesos vienen en seguida á justificar inmediatamente esta aplicacion profética de las profecías.

Si las profecías no se hubiesen aplicado á Jesucristo hasta despues que toda la tierra hubiese estado convertida al Evangelio, en tiempo de Constantino ó de Teodosio, la fuerza y exactitud de la aplicacion hubieran sido eminentemente concluyentes; pero se hubiera podido decir, no obstante, que los mismos sucesos habían sugerido la comparacion. Pero no sucedió así. Desde el primer momento, en lo mas fuerte de la oscuridad y de la ignorancia natural de los sucesos, y cuando todo parecia contradecirlos, se le aplicaron las profecías sin vacilacion, y en términos tan expresivos y grandiosos como ha podido hacerse despues en los dias de mayor gloria para Jesucristo, y como no podrá hacerse jamas.

Bajo este respecto, que no es muy observado, los cánticos de Zacarías, de Simeon y de la santa Virgen, y las palabras de Elisabet y de Juan Bautista son incomparablemente las mas grandes y mas concluyentes de todas las profecías. Tienen sobre todas las demas el carácter decisivo de que no solo predican claramente el porvenir, sino que aplican ademas la prediccion, á pesar de todas las aparentes contradicciones del presente, y que no solo anuncian el Salvador en general, sino que designan directamente su persona.

La primera de todas las profecías habia dicho que naceria de la mujer en general, y las otras, precediéndose sucesivamente, habían anunciado que saldría del pueblo judío, de la tribu de Judá, de la familia de David, y de la pequeña ciudad de Belén; Daniel, en fin, habia señalado la época fija de su aparicion. Pero por muy precisas que estas predicciones fuesen, podian aplicarse aún á gran número de hombres de la misma nacion, de la misma tribu, de la misma familia y de la misma época, con mas ó menos exactitud. Pero ahora la precision de la profecía llega á su colmo: señala con el dedo la misma persona del Cristo, y dice: *HE AQUÍ EL CORDERO DE DIOS QUE QUITA EL PECADO DEL MUNDO: HE AQUÍ EL QUE FUE ANUNCIADO DESDE EL PRINCIPIO*. Y lo designa precisamente de este modo cuando naturalmente nada lo revela, ó mas bien, cuando parece que todo se conjuraba á sustraerlo á la aplicacion de las profecías; cuando no era mas que un hombre ordinario, un niño oscuro, un fruto oculto todavía en el seno maternal.

Podemos, pues, decir que todo es sobrenatural y demostrativo en las profecías. En ellas todo se lo reservó Dios para sí, y fin de que nos viésemos obligados á reconocerlo. Así como habia hecho la

profecía, obró despues su cumplimiento, y él fué tambien, él solo, quien hizo la aplicacion de la profecía á los sucesos que fueron su cumplimiento.

Pero si estas reflexiones se justifican, como acabamos de ver, por las profecías, cuyo objeto inmediato es Jesucristo, su verdad resalta aun mucho mas en las otras de que él mismo es autor.

"Los profetas profetizaron y no fueron profetizados, dice Pascal: los santos fueron profetizados y no profetizaron, y Jesucristo-fué profetizado y profetizó."

Jesucristo es profeta, ya aplicándose las profecías antiguas, ya haciendo otras nuevas como queriendo estender las primeras.

La aplicacion de las profecías á los sucesos, es en sí misma eminentemente profética, cuando los sucesos son ocultos, aunque presentes: ¿qué habia de mas oculto, de mas oscuro, de mas opuesto á las apariencias sensibiles que la divinidad de Jesucristo? Por otra parte, esta circunstancia debia tambien ocurrir para que se cumplieran las profecías, pues éstas habían dicho formalmente de él que los hombres no lo reconocerian. Por esto hemos visto que solo por inspiracion lo reconocieron Zacarías, Simeon, María, Elisabet y Juan Bautista. Sin embargo, al ver estos santos personajes en él al Mesías prometido, no descubrieron detalladamente y punto por punto todo lo que justificaba semejante aplicacion de las profecías. Asimismo, cuando mas adelante sus milagros probaron su divinidad, la profunda oscuridad de su humanidad los desacreditaba en el concepto de muchos, y hasta los mismos á quienes aquellos milagros convencian, sus apóstoles, estaban muy lejos de descubrir en él todo el objeto de las profecías. Así, una de las mas grandes pruebas de la divinidad de Jesucristo, es la íntima conciencia que él mismo tenia de ella, y que expresaba tan sencillamente á través de todo cuanto debia impedirle su persuasion y confianza. Nada en el Evangelio es tan encantador y persuasivo como esa calma reflexiva, esa tranquila confianza, esa completa ausencia de toda duda y preocupacion, ese discernimiento profundo é infalible con que Jesucristo ve venir, acepta y dispone él mismo los acontecimientos que parece han de inutilizar todos sus designios. Anegado como en un océano de ignominia, se oculta á todas las miradas, hasta á las de sus discípulos que lo abandonan. Se halla tanto mas abatido y degradado cuanto que convierten los emblemas de su misma divinidad en señales de infamia é instrumentos de suplicio, y que la mas cruel ironía le defrauda hasta la dignidad, si fuera posible, de sus dolores. Pues bien: en semejante estado, ¿qué piensa, qué dice de sí mismo, qué hace? cumple, consuma las profecías, deliberada, voluntaria y libremente. Solo él las ve todas con claridad, aun las mas oscuras; solo él se ve á sí mismo claramente como su objeto; solo él, en ese drama de su pasion y muerte, en el que aparece abrumado bajo el peso de la naturaleza entera, no deja de tener completa inteligencia de su verdadera situacion; la domina, la quiere, la hace, la adapta al patron de las profecías, y apareciendo como juguete de todas

las pasiones desenfrenadas contra él, dispuso sin embargo de ellas como Señor soberano.

Es inútil justificar estas reflexiones con ejemplos: todos los lectores tienen presentes las palabras y los actos memorables de Jesucristo en aquel trance.—De modo que la perfecta inteligencia que de sí mismo tenía Jesucristo, como objeto de las profecías, en la situación mas desesperada, humanamente hablando, es una profecía superior á todas las demas, y que en realidad no puede proceder mas que de su mismo objeto.

Pero Jesucristo hizo nuevas profecías como extension de las antiguas, profecías tan numerosas que casi podemos decir que todas sus palabras lo son, pues se refieren todas al triunfo ulterior de su doctrina, que parecia iba á quedar ahogada y perdida en su misma cuna. Es verdad que semejantes profecías no están explícitamente señaladas; pero la causa de este fenómeno consiste precisamente en lo que mas notables las hace, su sencillez y esocititud.

Todas las otras profecías se hallan expresadas en términos pomposos y solemnes, como convenia á la criatura accidentalmente elevada á la confidencia del Criador. Las de Jesucristo son de una sencillez que se escapa á la atencion y con el natural abandono de una inteligencia que ni siquiera se apercebe inmediatamente de lo que revela, porque lo posee en su misma fuente y de propia ciencia; porque lo concibe espontáneamente y debe ejecutarlo. Es el autor de los sucesos que hace la profecía tan naturalmente como nosotros anunciamos el proyecto de hacer una cosa poco antes de hacerla. La única diferencia está, y en esto consisten las profecías de Jesucristo, en que la cosa de que se trata es un prodigio.

El segundo carácter de las profecías de Jesucristo, que impide fijar en ellas la atencion, es la perfecta y rápida esocititud con que se identifican con su cumplimiento y se pierden en su triunfo. Como nos hallamos colocados en medio de este cumplimiento, engolfados en él y que nos parece haberlo estado siempre, adquirimos su conocimiento natural, antes de que yo aparezca, y no le conservamos el intervalo de tiempo y sobre todo de obstáculo que lo separaba de la profecía.

En apoyo de estas observaciones no citaremos mas que un corto número de ejemplos, dejando al lector el cuidado y el placer de descubrir por sí mismo los demas, pues las profecías de Jesucristo son tan sencillas y están tan esocitamente unidas á los sucesos, que es menester descubrirlas, aun cuando despues de haberlas descubierto sea imposible desconocer su prodigiosa realidad.

I. Por ejemplo: "y pasando Jesus por la ribera del mar de Galilea, vió á Simon y á Andrés, su hermano, que echaban las redes en la mar (pues eran pescadores), y les dijo: SEGUIDME, Y HABRÉ QUE SEAN PESCADORES DE HOMBRES." (1)

Quien reflexionase bien el carácter y la fuerza

de esta profecía, encontraria en ella motivo bastante para convertirse de repente á la fé cristiana.

Hemos probado ya la verdad del Evangelio: esta verdad resalta en todas partes; pero nos parece que el pasaje citado es de ella una prueba muy palpable. Creemos que es tan moralmente imposible que los evangelistas inventasen estas palabras de Jesucristo y que se las hubiesen gratuitamente atribuido, como lo es que el hombre se eleve naturalmente por los aires. Por esto creemos tambien que el que las pronunció era Dios. Jamas se le hubiera ocurrido al hombre, queriendo hacer una profecía despues de los sucesos, como se deberia suponer que los evangelistas habian hecho ésta cuando ya hubiesen llegado á ser realmente *pescadores de hombres*; jamas, decimos, se le hubiera ocurrido al hombre, queriendo hacer anunciar por un Dios una cosa tan extraordinaria á hombres groseros, hacerlo en términos tan ordinarios y tan sencillos.

¿Qué! ¿se ha considerado bien? unos pobres pescadores de un pequeño mar de Galilea, llegar á ser *pescadores de hombres* del mismo modo que lo eran *de peces*; cojer los hombres en el mundo y sacarlos fuera de sus pasiones, fuera de su elemento en cierta manera, como á los peces fuera del agua, con sus redes, y ¿qué redes? las de la persuasion y la palabra; y ¿en qué tiempos, en qué sociedad?....

Es verdad que todo se cumplió al pié de la letra; pero tambien lo es que este era un prodigio inaudito, que todo parecia desmentir y confundir aun á medida que se iba realizando. ¿Qué debia parecerles, pues, antes de esto, en el momento en que oyeron la proposicion, á aquel Simon y á aquel Andrés que estaban echando sus redes en la mar? ¿No habia otros términos mas expresivos para profetizarles y persuadirles su resultado? ¿No se estaba entonces en el caso de esclamar con los profetas: *Oid, pueblos; prestad atencion, vosotros los que habitais en la tierra; ó bien, Cielos, oid mi voz; escuche toda la naturaleza las palabras que van á salir de mi boca*."—Pero no: SEGUIDME Y HABRÉ QUE SEAN PESCADORES DE HOMBRES.... Como si se tratara de la cosa mas ordinaria y sencilla; ¡tan sencilla y ordinaria era en efecto para aquel que así hablaba de ella! Se ha dicho que *el estilo es el hombre*; aquí podriamos decir que *el estilo es Dios*, hablando del mismo modo que obra, y no teniendo nunca mas necesidad de esfuerzo para hacer los mayores prodigios, que de elocuencia y arte para persuadirlos.

Y EN SEGUNDA DEJARON LAS REDES Y LE SIGUIERON (2), y se cumplió del mismo modo que se habia dicho: fueron hechos *pescadores de hombres*. La primera vez que predicó aquel mismo Simon, llamado despues Pedro, *cojió tres mil hombres*, la segunda *circo mil* (3), é insensiblemente ya no fueron hombres, sino ciudades, provincias, el imperio, el mundo entero, lo que aquellos pescadores cojieron y han guardado constantemente desde entonces en sus invisibles redes.

¿Quién puede negar el resultado? ¿quién puede

(1) Marc., cap. 1, v. 17.

(2) Marc., cap. 1, v. 17.

(3) Hechos de los Apóstoles, cap. 2 y 4.

negar la profecía? ¿quién puede negar el triple prodigio de este resultado, de esta profecía y de la concordancia entre los dos? ¿quién no ve particularmente por el tono de la profecía, que esta es verdadera, que solo de la boca de Jesucristo pudieron salir palabras semejantes, y que tanto por su sencillez como por su exactitud, en una materia de suyo tan prodigiosa, es una viva prueba de su divinidad?

Cuanto acabamos de indicar se concibe mejor que se expresa, y se siente mejor aún que se concibe. Dejaremos, pues, con confianza este pasaje á los hombres de sentimiento y de corazón, y si no son esclavos de sus sentidos y de su orgullo, salimos garantizados de su fé.

II. Hé aquí otra profecía de Jesucristo que no es menos admisible: la que hace respecto de la Magdalena.

Es muy sabido que esta pecadora, el escándalo y oprobio de la ciudad de Betania, fué á arrojarle á los pies del Salvador en la casa de un fariseo, y que en aquel mismo sitio tomó Jesucristo la defensa de esta desgraciada, contra el desprecio ó indignación de todos los circunstantes, incluso los mismos apóstoles. Esta escena es admirable; es el cuadro mas tierno que ha podido contemplar jamás el espíritu humano. Unicamente la verdad podía prestar sus bellísimos colores. Los discípulos de Jesucristo no habrían podido imaginar aquella bondad del Salvador; ellos que, en esta circunstancia, fueron y se presentaron desapiadados y duros, nunca habrían podido imaginarse que el precio del amor penitente fuese tan grande, que alcanzase á lavar las manchas de una vida entera con las lágrimas de un momento, ni mucho menos se les hubieran ocurrido estas palabras, tan propias para convencernos de la divinidad de Jesucristo como los mas grandes milagros: SE LE HA PERDONADO MUCHO, *porque ha amado mucho*. No, los hombres no inventan estas cosas, y por la misma razón, el que es autor de ellas no puede ser un mero hombre.... Mas de la profecía que hizo en esta circunstancia, resulta una prueba sensible de su divinidad:

"Dejad á esta mujer, Dios dirigiéndose á los circunstantes que murmuraban de indignación; ¿por qué le sois molestos? ... EN VERDAD OS DIGO QUE EN TODAS PARTES DONDE FUERE PREDICADO ESTE EVANGELIO, Y LO SERA EN TODO EL MUNDO [en un universo mundo], SE CONTARA EN ALABANZA DE ESTA MUJER LO QUE ACABA DE HACER EN ESTE MOMENTO." (1)

¿Qué momento para hacer esta profecía! ¡la gloria de Magdalena pronosticada desde su mas profunda abyección, como para desafiar todas las conjeturas! ¡esta gloria asociada para siempre y de una manera particular á la del Evangelio, y la de este llenando todo el universo!

Cuando los evangelistas escribieron esto, no se había cumplido aún la profecía; por consiguiente no pudieron inventarlo á vista de los sucesos.—Estos sucesos se desarrollaron después, y en todo el mundo, con la publicación del Evangelio, fué reconocida

la conducta de Magdalena como el mas bello ejemplo y el motivo mas estimulante de la penitencia santificada por el amor.—Este cumplimiento de la profecía de Jesucristo ha ido llegando hasta nosotros, hasta el siglo XIX, y aun parece que nosotros debíamos ser particularmente testigos de ella, y vernos rodeados de circunstancias gloriosas para la religion de Jesucristo.

En un siglo llamado *de las luces*, todos los espíritus, todos los corazones, todos los brazos se ligan contra esta religion, y desde la cumbre de su gloria se ve precipitada en la sangre y tinieblas de su cuna. Del seno de esta misma revolucion sale un hombre que se hace dueño de ella; si aparece rehabilitando á esta religion, es para subordinarla á su poder y convertirla en escabel de su inmensa ambición; nuevo Alejandro, toda la tierra enmudece á su presencia; hace de la capital de la Francia la capital del mundo civilizado, y en ella, mientras va *reuniendo la gloria* en el exterior, le levanta un templo en el interior. Con toda esa gloria se levanta este templo, y llega un dia en que ambos están en su colmo y son verdaderamente dignos el uno del otro.... Pero en este mismo dia hace Dios sentir su soplo: la gloria del gran Napoleon se desvanece, y el templo cobija dentro de sus paredes la gloria de la humilde Magdalena. El frontispicio nos la representa en la circunstancia y actitud en que se hallaba cuando Jesucristo pronunció sobre ella esta profecía: EN VERDAD OS DIGO QUE EN TODAS PARTES DONDE FUERE PREDICADO ESTE EVANGELIO, Y LO SERA EN TODO EL MUNDO, SE CONTARA EN ALABANZA DE ESTA MUJER LO QUE ACABA DE HACER EN ESTE MOMENTO.

III. Por mas que deseemos abreviar y concluir, no podemos prescindir de otra profecía que hizo Jesucristo sobre Jerusalem y el templo.

Hallándose un dia Jesucristo junto al templo, le hicieron notar la belleza de su construcción, y él les contestó: *"Venidrá un dia en que todo lo que ahora veis aquí será destruido, DE MANERA QUE NO QUEDARA PIEDRA SOBRE PIEDRA. Y sus discípulos le preguntaron: maestro, ¿cuándo sucederá esto? ... En verdad os digo que no se acabará la presente generación sin que esto se haya realizado ... Pero antes se apoderarán de vosotros y os perseguirán, os llevarán á las sinagogas y á las cárceles, y seréis azotados, y compareceréis ante los gobernadores y reyes por mi nombre, y para que sirvais de testimonio á la verdad ... Cuando veais que se acerca un ejército á sitiar á Jerusalem, pensad que está próxima su desolación. Entonces serán los dias de la venganza, á fin de que sea cumplido cuanto las Escrituras contienen. ¡Ay de las que en aquellos dias estén en cinta ó estén criando. Este pais será anegado en malos, y la cólera del cielo se derramará sobre este pueblo. Sus habitantes serán pasados á cuchillo, y llevados cautivos á todas las naciones, y Jerusalem será hollada de los gentiles ... ¡Jerusalem! ¡Jerusalem! si á lo menos reconocieras en igual dia el único recurso que te queda para alcanzar tu paz! entre tanto todo está oculto á tus miradas. Vendrá un tiempo en que tus enemigos te rodearán*

(1) Mat. cap. 26.—Marc., cap. 14.—Luc., cap. 7.

de trincheras y te cercarán por todas partes; te destruirán á tí y á tus hijos, y no dejarán piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo en que fuiste visitada" (1).

¿Tendremos necesidad de hacer observar la concordancia literal de esta profecía con los acontecimientos? Isaías y Daniel habían trazado ya este cuadro profético, y Jesucristo se lo apropia, refiriendo los acontecimientos á su persona, y precisando los tiempos y las circunstancias de acontecimientos tan memorables.

Sin embargo, no debemos pasar en silencio los esfuerzos empleados por el emperador Juliano, trescientos años después, para desmentir la profecía de Jesucristo relativa al templo, esfuerzos todos prodigiosamente abortados.

La intención de Juliano se halla muy bien expresada por Gibbon, cuya pluma hostil al cristianismo se dobla á la fuerza de la verdad, y obligada á describirla arroja en torno suyo, en las notas que acompañan el texto, los vislumbres de su infamación y de su malicia. "Estando los cristianos, dice, firmemente persuadidos de que una sentencia de destrucción había dejado arruinado para siempre todo el edificio de Moisés, quería Juliano sacar del resultado de su empresa un argumento especioso contra la fe debida á las profecías y á la verdad de la revelación (2)."

Mas adelante espone Gibbon de la manera siguiente los esfuerzos de Juliano y el concurso de los judíos para hacerlo triunfar: "A la señal dada por su poderoso libertador, los judíos diseminados por todas las provincias del imperio acudieron á la montaña santa, y su insolente triunfo alarmó é irritó á los cristianos que se encontraban en Jerusalem. El deseo de reconstruir el templo ha sido siempre, desde su ruina, la pasión dominante de los hijos de Israel. En aquel afortunado momento olvidaron los hombres su avaricia y su delicadeza las mujeres. La vanidad de los ricos se sirvió de azadones y otros instrumentos de plata, y se vió llevar escombros á personas vestidas de púrpura y seda. Se abrieron todos los tesoros, no hubo nadie que dejase de tomar parte en tan piadoso trabajo, y las órdenes del gran monarca fueron ejecutadas con entusiasmo por el pueblo entero." (3)

El mismo Gibbon nos refiere también que la empresa fracasó: "Pero en esta ocasión los esfuerzos reunidos del poder y del entusiasmo fueron infructuosos, y el solar del templo judaico, ocupado actualmente por una mezquita musulmana, ofrece el compendio espectáculo de la ruina y desolación. . . . Los contemporáneos de aquel suceso, cuyo testimonio es por otra parte imponente, atestiguan, con cortas variaciones en sus relatos, que los nuevos cimientos del templo fueron destruidos y dispersados por torbellinos de viento y de fuego. Esta circunstancia fué referida por San Ambrosio, obispo de Milán, en una carta al emperador Teodosio, que debe excitar

toda la animadversión de los judíos; por San Crisóstomo, que podía apelar á los recuerdos de los ancianos de su Iglesia de Antioquía, y por San Gregorio Nacianceno, que publicó una relación del milagro antes de concluirse el mismo año. El último declara con entera libertad que los infieles no negaban este hecho sobrenatural; y por mas aventurada que su aseveración parezca, se halla confirmada por el irrecusable testimonio de Adriano Marcelino. Este filósofo guerrero, que estimaba las virtudes de su maestro sin adoptar sus preocupaciones, cuenta, en la historia juiciosa y llena de candor que nos dió de su tiempo, los extraordinarios obstáculos que impidieron el restablecimiento del templo de Jerusalem: *Mientras Alipio, dice, ayudado del gobernador de la provincia, activaba con grande ardor los trabajos, salieron de entre los cimientos terribles globos de fuego; con frecuencia reventaban sobre los operarios, á quienes hirieron, y á veces les hicieron inaccesible el terreno. Y como siguiese este fuego cayendo cada vez con mas fuerza sobre los trabajadores, como si estuviese destinado á dispersarlos, al fin se abandonó aquel propósito.*" (4)

Este texto de Adriano Marcelino embarazó muchísimo á Gibbon, y antes de él á Voltaire: un milagro afirmado por un pagano, y tan á propósito para confirmar una grande profecía, era en efecto una cosa bien importante; era, pues, preciso recurrir á la física y acusar á la naturaleza de complicidad con la religión. De aquí resultaron esas numerosas y extensas disertaciones de personas casi siempre incompetentes. "Por lo que á mí hace, dice con este motivo Chateaubriand, soy demasiado ignorante para entrar en controversia con los hechos, y carezco de la autoridad suficiente para interpretarlos ó combatirlos; los refiero como los he encontrado en otros." (5)

Lo único que resultó de aquella sacrilega empresa, fué que al abrir los cimientos para el nuevo templo, se acabaron de destruir los fundamentos del antiguo, y los oráculos de Daniel y de Jesucristo quedaron confirmados con lo mismo que se hacía para convencerlos de impostura.

IV. Dejemos al lector la tarea de notar y apreciar por sí mismo las demás profecías de Jesucristo; esta: "CUANDO SERE LEVANTADO EN ALTO, TODO LO ATRAERÉ A MI (6); esta otra: *Recibireis la virtud del Espíritu Santo, que bajará sobre vosotros, y daréis testimonio de mí en Jerusalem, y en toda la Judea, y en la Samaria, y hasta los terminos de la tierra* (7); y en fin, esta otra, tan grande y tan invencible, á la cual cada siglo y cada dia paga su tributo: *Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. . . . Id, pues. . . . Enseñad á todas las naciones. Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura, y*

(1) Luc., cap. 19 y 21.—Mat., cap. 24.—Marc., cap. 13.

(2) *Histor. de la decadencia del imp. rom.*, t. iv, p. 365.

(3) *Historia de la decadencia del imperio romano*, t. iv, p. 368.

(4) Gibbon, *Historia de la decadencia del imperio romano*, t. iv, páginas 399 á la 401.

(5) *Estudios históricos—de Juliano hasta Teodosio*.

(6) Juan, cap. 8.

(7) *Hechos de los Apóst.*, cap. 1.

ACORDAOS DE QUE YO ESTOY SIEMPRE CON VOSOTROS HASTA LA CONSUMACION DE LOS SIGLOS (1).

Trasladados á la época en que fueron pronunciadas estas poderosas palabras, en que fueron escritas, considerad todos los obstáculos que el mundo entero y la naturaleza de los hombres y de las cosas les oponían, y al mismo tiempo con qué débiles medios contaban para un éxito tan imposible; considerad en seguida este éxito, este éxito admirable, prodigioso y tan literalmente de acuerdo con la promesa que se realizaba, y decíos á vosotros mismos, si pudo cumplirlo nadie mas que un Dios.

Haced el mismo raciocinio y la misma comparación respecto de cada una de las profecías que hemos citado, y vereis que de cada una de ellas se deduce siempre igual conclusion. Reunid en seguida todas las profecías, y en todas ellas vereis su sucesion inmensa, su manifiesto encadenamiento y su puntual concordancia entre sí y con los acontecimientos. Calculad cuántas casualidades, cuántas coincidencias, y qué feliz concurso en los hombres y en las cosas serian necesarios para producir tan admirable conformidad, un encadenamiento tan maravilloso, tanta exactitud en los detalles y en el conjunto de esas profecías y de esos acontecimientos en cosas tan extraordinarias, á tan considerables distancias de tiempos y lugares, á través de obstáculos tan variados, sin el mas pequeño mentís, sin la mas ligera desviacion. Buscad en cualquiera otra cosa, á menos que sea en la naturaleza y armonía de los cielos, nada que se parezca á esta manifestacion del Ser Soberano.... y preguntad en seguida, en lo mas íntimo de vuestra conciencia, si el fin de tantas maravillas podria ser acreditar una religion de impostura y tener por objeto la falsedad.

Abandonamos la suerte de la verdad, que es el objeto de estos *Estudios*, á la respuesta que os daréis á vosotros mismos, ó mas bien, que os dará esta misma Verdad; pues si la escuchais bien, oireis que os dice, con grande asentimiento de vuestra razon, las siguientes palabras, que profirió en otro tiempo por boca de su profeta Isaías:

“Venid, y raciocinemos juntos.

“¿Quién hizo oír las cosas desde el principio y desde entonces las predijo? ¿No fui yo, no soy el Señor, (2) yo que anuncio desde el principio lo postrero, y mucho tiempo antes lo que aun no ha sido hecho, diciendo desde el origen del mundo: Mis decretos subsistirán y todas mis voluntades serán cumplidas? (3)

“Yo anuncié y salvé, yo solo hice tantas maravillas delante de vosotros; vosotros sois los testigos de mi divinidad, dice el Señor (4).

“Yo hice predecir mucho tiempo antes lo que sucedió despues; habia anunciado lo que despues se ha cumplido, porque supe que eres duro, que tu espíritu es rebelde y de hierro tu cerviz. Por esto te dije las cosas de antemano: antes de que viniesen te las hice saber, para que nunca dijeseis que habian

sido obra de tus dioses y resultado de sus órdenes, y para que reconocierais que yo soy el Eterno; que no hay mas Dios que yo; que no hay otro Dios fuerte, justo y Salvador, mas que yo.” (5)

CAPITULO V.

LOS MILAGROS.

Las varias partes de nuestro asunto se confrontan y enlazan de modo que nos espondríamos á grandes repeticiones si quisiéramos tratar de cada una de ellas independientemente de las demas.

Es por lo tanto absolutamente necesario que lo dicho una vez sea retenido, y que se recuerde por sí mismo cuando se presente ocasion de referirlo á lo que falta que decir todavía.

En el profundo estudio que hemos hecho, habemos adquirido la conviccion razonada de la autenticidad y verdad de los Evangelios, y hemos quedado tan penetrados de esta autenticidad y verdad, que al cojer el libro de los Evangelios, al abrirlo y leerlo, todo cuanto hay escrito en él nos parece dotado del mismo poder de persuasion y certidumbre, que si lo hubiéramos visto por nuestros propios ojos.

Luego los MILAGROS consignados en los Evangelios son verdaderos: luego su autor, Jesucristo, es el autor mismo de la naturaleza.

Una vez conseguido este resultado, que no podrá defraudárenos mientras sea constante, como hemos demostrado, *que no hay nada mas auténtico y verdadero* que el testimonio de los Evangelios, nada mas tendremos que hacer que disipar las objeciones, ó mejor las preocupaciones que se forman de ordinario en torno de la verdad de los milagros, y confirmarnos, despues de haberlo desprendido de ellas, en el fundamento decisivo de su admision.

Tal va á ser el doble objeto del presente *Estudio*.

§. I.

¿Son posibles los milagros?

¿Ha debido Dios hacer milagros, y cuál es la razon de su conveniencia?

Si los hubo en el origen del cristianismo, ¿por qué desde entonces han ido siempre en disminucion, y por qué no los hay ahora?

Los falsos milagros, que en la edad media encontraron una fé tan sincera, y que fueron objeto de tan poca critica, ¿no nos enseñan lo que debemos pensar de los milagros en general, y no nos proporcionan un motivo muy poderoso para creer que los milagros evangélicos no tienen en su favor mas que su antigüedad y el prestigio de su alejamiento?

Muchos de estos milagros evangélicos no solamente suponen una *suspension* de las leyes de la naturaleza, siempre difícil de creer, sino un estado de estas leyes distinto del nuestro, lo cual es todavía

(1) Mat., cap. 28.—Mara., cap. 16.

(2) Isaías, cap. 45, v. 21.

(3) Isaías, cap. 46, v. 10.

(4) Isaías, cap. 43, v. 12.

(5) Isaías, cap. 45 y 48.

mas difícil de admitir: entendemos hablar de los hechos de *posicion por el demonio*, y sus diferentes géneros, de los cuales no ha sobrevivido ninguno. ¿No hay evidentemente sobre este último punto nada de ignorancia, de ilusion, de sorpresa ni de truhanería? ¿Por qué estos hechos han desaparecido con las tinieblas de la ignorancia, y no se reproducen ni uno siquiera en nuestros siglos de ilustracion? Pero siendo falsos estos hechos, los milagros que se refieren á ellos, y de los cuales hay tantos en el Evangelio y en los anales de los primeros cristianos, comprometen y envuelven por consiguiente en el mismo descrédito á todos los demas milagros evangélicos?

Tales son las preocupaciones á que debemos contestar. —Lo haremos en pocas palabras, convencidos, como nos hallamos, de que á las inteligencias rectas y sinceras les basta una explicacion esota, aun cuando sea sobria y lacónica, y de que las demas no reconocen límites en sus exigencias.

I. ¿Son posibles los milagros?

“Esta cuestion, tratada seriamente, dice Rousseau, seria impía si no fuese absurda; castigar á quien la resolviese negativamente seria hacerle demasiado honor; bastaria encerrarlo. ¿Quién ha negado jamas que puede Dios hacer milagros? Seria preciso ser hebreo para preguntar si podia Dios hacer las tablas en el desierto.” (1)

Solo un sofista, que debia retirarse inmediatamente despues de haber recibido el beneficio de esta verdad, podia imponerla á los demas con tanta intolerancia. —Nosotros, empero, que nada queremos imponer, ni aun la verdad, entraremos en algunas justificaciones:

Los milagros son *modificaciones* de las leyes de la naturaleza. Para que aquellas *modificaciones* fuesen *imposibles*, seria necesario que estas leyes fuesen *necesarias*, es decir, que fuese contradictorio que hubiesen podido ser diferentes de lo que son. Pues bien: las leyes de la naturaleza son constantes, pero no *necesarias*. No implica contradiccion que hubiesen podido ser diferentes: por ejemplo, que, en lugar de ser de cien años la vida del hombre, hubiese sido de mil, ó que hubiese sido inmortal, ó que, despues de haber dejado el cuerpo, hubiese vuelto á unírsele; que la procreacion humana se hiciese por la mujer solamente; que los cuerpos no fuesen impenetrables ó graves, etc. Todo esto hubiera podido ser, y entonces lo que es actualmente, la corta duracion de la vida del hombre, la muerte, la generacion por medio de los dos sexos, la gravedad, la impenetrabilidad, etc., que hubiesen acaecido accidentalmente, hubieran sido otros tantos milagros. Este mismo estado actual, á que llamamos *la naturaleza*, no fué en su principio mas que el efecto de un milagro, del mayor de todos ellos, el de la *creacion*. Su conservacion es tambien un milagro continuo, que no tiene otro principio ni mas regla que el poder y benevolencia del Ser soberano que lo sostiene en la nada de donde lo sacó. Con

esta explicacion comprenderá cualquiera, que no siendo lo que llamamos *milagro* mas que una *modificacion* en la creacion, esto es, no siendo mas que un pequeño milagro dentro de este gran milagro de los milagros, su posibilidad no puede ni siquiera ponerse en duda. Es evidente que el mismo poder que creó, y que conservando crea todos los dias, puede modificar.

Mas si el poder de hacer milagros no puede ser en sí mismo contestado, se apela á la sabiduría de Dios, que se opone á la *alteracion* de sus obras. Estaria en desacuerdo con la idea que debemos formarnos de esta sabiduría, suponer que tenga necesidad de *retocar* su obra, aun proponiéndose un fin superior. Lo que Dios ha hecho ha debido estar bien hecho desde el principio, y estar dispuesto conforme á todos sus fines ultteriores.

Suscribimos enteramente á este sentimiento: decimos, empero, que al hacer Dios los milagros no *altera* ni *retoca* sus obras, sino que las hace producir un efecto preparado y concertado desde el principio con sus obras mismas, y que hace parte de ellas; como un legislador que al fijar la regla dispone al propio tiempo su excepcion. Al crear la naturaleza podia Dios disponerla de otro modo que el que tiene, y hacer que lo que es en la actualidad milagroso fuese natural, y que lo que es natural fuese milagroso; por ejemplo, que la gravedad no fuese una cualidad *natural* de los cuerpos. Lo que podia hacer, pues, como *regla*, lo hizo como *excepcion*, debiendo suceder mas tarde y en el momento dado para el objeto que se proponia. Esta excepcion es para nosotros milagro, porque es distinta de la regla y solo se produce en el seno de ella; pero como este milagro se remonta en la voluntad que lo opera al establecimiento de la regla, es decir, á la época en que no habia regla, y en que lo que nosotros llamamos así era el mayor de todos los milagros, la creacion; este milagro, decimos, no es *otra cosa* que la misma creacion, aunque para un caso particular y ulterior. De este modo se concilian perfectamente en lo que llamamos *milagro* el poder y la sabiduría de Dios.

No pretendemos presentar esta concepcion como un artículo de fé, aun cuando esté apoyado en los mas puros datos de la filosofía y de la religion; pero intentamos demostrar con ella que los milagros no chocan con la razon, y que hallándose ademas probados *de hecho*, no deben encontrar en nosotros ninguna repugnancia á admitirlos.

II. Los milagros no son, pues, contrarios al poder ni á la sabiduría de Dios; por consiguiente, *pueden existir, son posibles*. Pero ¿ha debido haberlos? ¿La razon que concibe su *posibilidad*, debe admitir igualmente su necesidad y conveniencia? Este es el efugio por donde quiere eludir Rousseau la autoridad de los milagros; no da ninguna razon para combatirla sobre este punto, así como no la habia dado tampoco para probarla en el anterior; dice tan solo: *esta pregunta es ociosa: si pudiese haber alguna diferencia, en cuanto á la fé, en la manera de contestar á ella, las mas grandes ideas que*

(1) *Cartas de la Montaña*, edicion de 1793; t. xiii, p. 104.

pudieramos tener de la sabiduría y de la majestad divina estarían por la negativa (1). Semejante método de insinuar el error es peregrino, y creemos haber adquirido derecho á no quedar satisfechos.

Si se reflexiona bien, se verá que los milagros eran los únicos medios de notificar á los hombres la intervención del Criador.

En el estado natural de las cosas, no se nos revela Dios mas que por medio de sus obras: su lenguaje es la creación: era, pues, conforme al primer estado de las cosas, que queriendo revelárenos mas particularmente, obrase mas particularmente como criador; y como fuera de la naturaleza ya existente no podia hacer ningun acto de criador sino por medio de actos sobrenaturales, de milagros, esos actos extraordinarios de creación eran los únicos medios de revelación extraordinaria del Criador. Los actos generales de la creación no son seguramente indignos de la sabiduría ni de la majestad de Dios; ¿por qué lo habían de ser, pues, los particulares? ¿Habría menos majestad en decir á un muerto: *resuscita*, que en decir al primer hombre: *Crece y multiplicate*? ¿Hemos olvidado que los hechos generales de la creación no son tales sino con respecto á nosotros, y que al principio fueron, como serán siempre para Dios, hechos particulares, milagros, que no se diferencian de los demás sino en que son repetidos? “¿Cuánto desprecio á esos filósofos, esclama el gran Bonnat, que midiendo los consejos de Dios por su propio cálculo, no lo hacen autor mas que de un cierto orden general, del cual procede, como puede, todo lo demás! ¿Como si Dios tuviera, á nuestra semejanza, miras generales y confusas, y como si su soberana inteligencia no pudiese comprender en sus designios las cosas particulares, las únicas que subsisten verdaderamente!” (2)

Tened en cuenta que Rousseau parte del principio de que ha habido revelación, (3) y que le asigna tres medios ó caracteres principales, de los cuales los dos primeros son *la belleza de la doctrina, y la virtud de sus discípulos*. . . . A su tiempo examinaremos el tercero.

¿Pero no se ve ya el paralogismo en que va á cerrarse? No siendo necesaria la revelación sino porque están los hombres ciegos y maleados, esta ceguera debia impedirles ver desde luego *la belleza de la doctrina*, y esta malignidad apreciar *la virtud de sus discípulos* y de su autor. Esta *belleza* debia parecer *locura*, esta *virtud crimen*; y la prueba de que así sucedió está en la cruz de Jesucristo y en los tres siglos de persecución que subsiguieron. Lejos de ser medios *la belleza de la doctrina y la virtud de sus discípulos*, debieron ser obstáculos; y lejos de dispensar los milagros, debieron hacerlos mas necesarios. Mas adelante sin duda, cuando hubieron dado sus frutos, pudieron convertirse en medios; pero al principio, lo repetimos, es contradictorio en teoría y contrario á los hechos que *la belleza de la doctrina y la virtud de sus discípulos* fuesen suficientes para la conversión del universo.

El mismo Rousseau se ve obligado á reconocerlo, y á admitir al fin un tercer medio. . . . *los milagros*. Pero lo endosa en seguida al pueblo, incapaz de formar *ratiocinios seguidos, de hacer observaciones lentas y seguras, y siempre esclavo de los sentidos*. . . . *La bondad divina, dice, se presta á las flaquezas del vulgo y se complace en darle pruebas adecuadas á su capacidad. Mas estas pruebas no son nunca para las personas instruidas y que saben ratiocinar, pues deben parecerles equívocas; para ellas no hay ningun signo verdaderamente cierto, mas que el que se desprende de su doctrina, y por consiguiente solo los buenos pensadores pueden tener una fe sólida y segura.* (4)

¿Qué diremos de esta distinción establecida entre el vulgo y las personas instruidas á los ojos de Dios; de este doble procedimiento de la divina sabiduría respecto de los hombres, toco el uno para con el pueblo, delicado el otro para con las personas de talento; de esta pretensión que hace depender la fe del hilo del ratiocinio para los unos, y del cebo de los milagros para los otros, sin que para los primeros sirvan estos mismos milagros de prueba; de la conclusión, en fin, de que *solo los buenos pensadores pueden tener una fe sólida y segura*, conclusión tan justificada por Rousseau y por todos los buenos pensadores de su siglo? Sí: ciertamente, hay una distinción entre el pueblo y los pensadores á los ojos de Dios y en el efecto de su revelación; pero es la siguiente: “Os doy gracias, oh Padre mio, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultásteis todas estas cosas á los sabios y á los prudentes, las revelásteis á los pequeños. Sí, Padre mio, os doy gracias porque os plugo hacerlo así.” (5)

Pero pasemos adelante. Por lo que precede, creéis que Rousseau reconocia la verdad de los milagros, á lo menos respecto del pueblo. Siendo así os preguntareis sin duda: ¿cómo esos milagros que *la bondad divina, prestándose á las flaquezas del vulgo, se ha complacido en hacer como pruebas adecuadas á su capacidad*, no sirven igualmente para los buenos pensadores, y cómo siendo verdaderos para los unos, son equívocos para los otros? He aquí la solución del enigma:—“Supuesto que el carácter de los milagros, dice, convence á aquellos á quienes está destinado, ¿qué importa que sea aparente ó real? esta es una distinción que ELLOS (el vulgo) no se hallan en estado de hacer.—Esto es lo que hace el carácter de la revelación, equívoco para las personas instruidas y que saben ratiocinar.” (6)

¿Digno defensor de la majestad divina, que encuentra contrario á esta majestad el que haga Dios verdaderos milagros, y que los hace hacer simulados y engañosos, y estos con tan poca habilidad, que *las personas instruidas se aperciben de ello*!!! He aquí, pues, y el mismo Rousseau desenvuelvo mas adelante esta extravagante idea, á Dios obligado á hacer milagros en prueba de su revelación, que hace en lugar de milagros reales milagros aparentes, de la misma manera que un charlatan hace

(1) *Cartas de la Montaña*, t. XIII, p. 305.

(2) *Oración fúnebre de María Teresa de Austria*.

(3) *Cartas de la Montaña*, t. XIII, p. 85.

(4) *Cartas de la Montaña*, t. XIII, p. 89 y 90.

(5) *Ibid.*, cap. 10, v. 81.

(6) *Cartas de la Montaña*, t. XIII, p. 89.

los cubiletes delante del vulgo, que no se halla en estado de distinguir esta falsedad, mientras que las personas instruidas y que saben raciocinar lo ven todo, no se dejan fácilmente engañar, y á lo menos juzgan que esos pretendidos milagros son bastante equívocos.

¡Oh razon incrédula, á lo que te ves reducida! ¡Quién puede castigarte mejor que tú misma lo haces?

Volvamos á tomar el hilo de nuestro asunto:

En nuestro concepto, decir Dios es decir criador y dueño de la naturaleza. Naturalmente solo por medio de esa cualidad se nos notifica. En el estado de corrupcion y de ceguera moral, sobre todo, en que la humanidad habia caído cuando se hizo mas necesaria por esto mismo la segunda revelacion, las pruebas intelectuales ó morales no podian directamente nada. Por otra parte, en todos tiempos estas pruebas no pueden mas que muy imperfectamente convencer de la verdad divina, porque es propio de esta verdad el ser misteriosa é incomprensible para el hombre, á no ser que sea por medio de la fé, cuyo fundamento debe ser la autoridad. Se necesitaban, pues, pruebas de autoridad, y de autoridad divina. El *Criador*, por consiguiente, no podia atestiguar su autoridad sino por medio de actos de *criador*, de milagros.

Por esto con frecuencia apela Jesucristo á esta prueba como la mas convincente: *Las obras que mi Padre me ha dado potestad de hacer, dice, dan testimonio de mí y de que he sido enviado por mi PADRE... Si yo no hubiese hecho en su presencia obras que nadie ha hecho... Si no dais fé á mis palabras, creed á lo menos en las obras que hago... Tiro y Sidon se levantarán en el día del juicio contra esta nacion; porque si los milagros que se han obrado en su seno hubiesen sido hechos en el seno de aquellas ciudades, se hubieran convertido, etc.*

La conveniencia y la necesidad de los milagros se hallan, pues, justificadas, lo mismo que su posibilidad.

III. Si los milagros eran necesarios, ¿por qué no lo son siempre? ¿Por qué ese privilegio concedido á los contemporáneos de Jesucristo, de haber visto aquellos destellos de su divinidad, y reducirnos á nosotros al pálido y dudoso reflejo del testimonio de los hombres? ¿Por qué interponer tantos hombres entre Dios y nosotros? etc., etc.

Nada hay mas fácil de concebir y justificar que la sabiduría de esta economía, que tanto excitó el humor arrogante de Rousseau.

“No siempre pueden hacerse milagros; no llamarían nuestra atencion sino siendo estupendos, y dejarían de serlo si fuesen ordinarios. Quien viere por la primera vez la sucesion de los días y las noches, la vuelta periódica de las cuatro estaciones, la desnudez de los árboles y el renacimiento de las hojas, la prodigiosa fuerza de las semillas, la hermosura de la luz y la variedad de colores, de sonidos, de perfumes y de sabores, estaría como aturdido, agobiado por tantas maravillas, y sin embargo, nosotros no nos paramos en ninguna de ellas, no por-

que nos sea fácil conocer sus causas, porque ¿hay nada mas oscuro? sino porque estamos habituados á experimentar sus sensaciones. Fué, pues, muy útil que hiciera Dios milagros, á fin de que, agrupándose los fieles al rededor de ellos y desparramándose en seguida, sirviesen de autoridad y cambiasen las costumbres.”

Esta reflexion, en que el simple buen sentido se eleva hasta la mas alta filosofía, es perentoria. Es del grande San Agustin (1).

Por consiguiente, esagrir siempre milagros, es esagrir ordinariamente cosas extraordinarias, esto es, imposibles.

2. Pero ademas de ser esto imposible, no es tampoco necesario en el orden de la estricta justicia.

Debe Dios darnos motivos para creer en su revelacion, signos determinantes de su divinidad. ¿Carecemos de ellos? ¿No tenemos todos los necesarios para que sea inexcusable nuestra incredulidad? Esta es la cuestion: nuestros *Estudios* pueden contestarla. ¿Qué importa que Dios haya dado mas pruebas ó pruebas mas directas á unos que á otros, supuesto que los que tienen menos tienen las suficientes? “Amigo mio, puede decirnos como á los trabajadores del Evangelio, no te hago agravio: ¿no te concertaste conmigo por un denario? Toma lo que es tuyo y vete, pues yo quiero dar á este postrero tanto como á tí. ¿No me es lícito hacer lo que quiero? ¿Acaso tu ojo es malo porque yo soy bueno? ¿O no puedo yo ser liberal sin causarte celos?”

3. Ademas, nosotros no vemos el fin de las cosas y las últimas disposiciones del padre de familias en el gran día del juicio, cuando cada uno de los hijos se verá obligado á devolver lo que haya recibido, y á dar cuenta de los talentos que se le hubiesen confiado. ¡Oh! al alma fiel y sencilla que adora á Jesucristo bajo los velos eucarísticos, debe consolarse de no haber visto su humanidad glorificada, y debe amar las dulces pruebas de su amor y de su fé, cuando oiga estas profundas palabras: “Porque me has visto, Tomás, has creído: bienaventurados los que no vieron y creyeron.” (2)

4. Hay, por otra parte, grande ilusion en creer que la vista de los mayores milagros de Jesucristo hubiese convertido á los que se resisten en la actualidad á las pruebas que producimos. “Si viere yo un milagro, se dice con frecuencia, me convertiré.” ¿Saben los que así hablan qué es *convertirse*? ¿Se convirtieron todos los testigos de los milagros de Jesucristo? Muchos se hicieron mas culpables y justifican este pensamiento de Pascal: “Los milagros no sirven para convertir, sino para condenar.—Se dice que un milagro convertiría, cuando no se ve, añade este profundo pensador. Las razones, vistas de lejos, parecen limitar nuestra vista; pero al llegar á ellas se empieza á ver mas allá. Nada puede detener la volubilidad de nuestro espíritu. No hay regla, dicen, sin escepcion, etc.” (3)

(1) San Agustin, citado en el catecismo de Argal por el abate Daquet.

(2) Juan, esp. 20, v. 29.

(3) *Pensamientos*, t. II.

Rousseau se encargó de justificar esta prueba de Pascal y de confundir la insolente exigencia con que él mismo pretende en otra parte que Dios debía haber hecho milagros para todos los hombres. "Se acaba de descubrir, dice, el secreto de resucitar á los ahogados; se ha estudiado ya el de resucitar á los ahorcados; ¿quién sabe si en los otros géneros de muerte se llegará también á devolver la vida á los cuerpos que se habían creído privados de ella?... Por lo demás, *por admirable que pudiera parecerme un espectáculo semejante* [el de la resurrección de un muerto], *por nada de este mundo quisiera presenciarlo; porque ¿qué es yo lo que me sucedería? En vez de volverme creyente, tendría gran miedo de que me volviera loco.*" (1)

La fe ó la conversión no es negocio del entendimiento, ni cede á la evidencia. Convertirse es olvidarse de sí mismo, amar á Dios, desamar á las criaturas, morir á sí propio; en una palabra, para aquel que no está dispuesto á ella con toda su voluntad y con todo su corazón, un milagro mayor que todos los demás. El amor no se impone ni por medio de milagros. Es menester hallarse dispuesto á él, y en semejante disposición se cree en los milagros, y convierten; si no, *por admirable que pueda parecer un espectáculo semejante*, hablando el lenguaje de Rousseau, siempre elude uno su autoridad, y los milagros mismos condenan. Este es el sentido de aquellas palabras que dirigía el Salvador á los incrédulos judíos: "Las obras que yo hago en nombre de mi Padre dan testimonio de mí; mas vosotros no creéis, *porque no sois de mis ovejas.*"

5. Pero todo lo dicho hasta aquí, propiamente hablando, no son mas que consideraciones, y es menester que demos razones directas de la disminución de milagros, desde el establecimiento del cristianismo hasta nuestros días.

Ya hemos dicho en otro lugar, que las razones de credibilidad ó de incredibilidad fueron diversas, pero no inferiores, según los tiempos, y se puede sostener con ventaja que el estado actual de las pruebas del cristianismo no es inferior al de la época en que vivía Jesucristo y en que obraba sus mayores milagros. Únicamente, por efecto de una ilusión vulgar, nos parece que las pruebas mas lejanas deben ser las mas fuertes; así como nosotros decimos que la vista de los milagros nos convertiría, los que eran espectadores de los milagros y se quedaban sin convertirse, decían que la vista del cumplimiento de las profecías, de que nosotros gozamos en el día, les hubiera convertido.

¿Cuál de estas dos ilusiones es mas grosera? Sería difícil decirlo: tan compenetrada está de una y otra parte la suma de pruebas incontestables; este es el motivo que hace que las primeras [los milagros] debieron cesar proporcionalmente á medida que las segundas [el cumplimiento de las profecías] han ido ocupando su lugar.

Observemos, en efecto, que durante la vida de Jesucristo nada lo probaba sino sus milagros; decimos mas, todo probaba contra sus milagros.

En el día nacemos cristianos, oprimos y respiramos el cristianismo desde el seno de nuestras madres, y todo al rededor nuestro en la sociedad nos inspira sus creencias y costumbres. De modo que somos incrédulos por antojo; es menester para ello que las pasiones nos hagan violencia.

Cuando apareció Jesucristo sucedía lo contrario: las preocupaciones paganas, y quizás mas aún las preocupaciones judías, estaban en contra. La naturaleza misma estaba del lado de estas preocupaciones, y formaba con ellas un peso infinito. No eran incrédulos falsos, incrédulos de mala fe consigo mismos, como la mayor parte de los de nuestros días, á los que era necesario confundir: eran incrédulos verdaderos, sinceros y legítimos, que era preciso convencer; ¿qué decimos, incrédulos? no eran incrédulos en particular, sino la masa de la sociedad, el mundo entero, la naturaleza humana; era ese centro vasto y profundo en que se agitaba la humanidad, que era preciso refundir y hacer pasar de la sabiduría de los hombres á la locura de Dios.

Pues bien: para obrar este cambio se necesitaban y eran indispensables grandes milagros. Los milagros no solamente eran la prueba mayor, sino la única que podía Jesucristo emplear.

Hasta las profecías, lejos de probar á Jesucristo durante su vida, probaban contra él, y lo sobrenatural se mezclaba con lo natural para luchar contra su luz.—Las profecías eran de dos clases, antiguas y nuevas: las antiguas, interpretadas generalmente en sentido humano, habían hecho concebir la esperanza de un advenimiento glorioso y triunfante, á la manera de las grandezas terrestres; y no solo no correspondía Jesucristo á esta esperanza, sino que la contradecía abiertamente con la humildad y abyección de su vida y de su muerte. Las nuevas profecías que Jesucristo hacía: que convertiría el mundo; que cuando estaría clavado en cruz todo lo atraería á sí, etc., desconcertaban aun mas todas las ideas, porque hacían de su humildad y abyección, no un accidente, sino una elección y un principio de triunfo que echaban por tierra todas las esperanzas y todas las conjeturas.

De aquí resulta que las pruebas que en la actualidad poseemos de la divinidad de Jesucristo (el éxito de su doctrina y el cumplimiento de sus profecías), no solamente no las juzgaban los judíos *favorables*, sino que las creían *contrarias*; de suerte que sin los milagros no tenían ningún motivo para creer en él, y que este solo motivo tenía que balancear y forzar todas las razones naturales, y hasta las sobrenaturales de incredulidad que desde entonces se han convertido en razones de fe.

Por esto vemos siempre en los Evangelios, que los testigos de los milagros de Jesucristo están divididos entre la fuerza de sus milagros y la de las preocupaciones naturales y sobrenaturales que hemos espuesto. Preocupados é infatuados con sus profecías, y sobre todo con el aspecto carnal bajo que se habían acostumbrado á considerar su objeto, no podían volver del desencantamiento que les causaban la sencillez y oscuridad de Jesucristo; no podían resolverse á ver en él á aquel Cristo que debía

(1) *Cartas de la Montaña*, p. 112.

libertarlos de todos sus enemigos, y en aquel hombre que ellos mismos habían visto nacer entre ellos, como uno de ellos, cuyos padres se mantenían aún en la condición mas oscura, en la que él también había permanecido oculto por espacio de treinta años, y que no salía de ella sino para rodearse de discípulos de mas oscuro origen todavía, y que se señalaba, si es permitido hablar así, por el lujo de la pobreza y de los sufrimientos; en aquel hombre, decimos, no podían doblegar su orgullo fariseico á adorar el Dios. Esta invencible repugnancia extendía un denso velo sobre su espíritu y sus ojos, y les ocultaba el resplandor de los milagros. Forzados á veces por este resplandor y detenidos por sus preocupaciones, se hallaban en lucha consigo mismos, y, *juntándose al rededor* de aquel hombre extraordinario que causaba su desesperación, le decían: *Hasta cuando nos has de tener en suspenso? Si eres el Cristo, démoclo claramente* (1), es decir, sólo como nosotros quisiéramos que lo fueras. Mas Jesucristo, sin abandonar su divino carácter, les respondía sencillamente: *Os lo digo, y no me creís. Las obras que hago en nombre de mi Padre dan testimonio de mí. Mi Padre y yo somos una misma cosa.* A la idea de que el hombre que les habla es una misma cosa con Dios, los judíos pierden de vista sus milagros, se vuelven á despertar todas sus preocupaciones, y *toman piedras para apedrearle*, y les replica en seguida Jesucristo, para confundirlos de nuevo por medio de la representación de sus milagros: *Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreáis?* ... Los judíos evitan esta poderosa razón, diciéndole: *No te apedreamos por la buena obra, sino por la blasfemia, y porque tú, siendo hombre, te haces Dios á tí mismo.*—¿Cuántos de nosotros que piden milagros para convertirnos, hubieran obrado lo mismo que los judíos!

Los milagros tenían un motivo de necesidad enteramente particular, en el estado en que se hallaba el mundo al principio del cristianismo: eran la única prueba, y debía esta ser tanto mas fuerte, cuanto que no solo era la única, sino que tenía en contra suya todas las demás, y debía sostenerlas hasta que se olvidasen definitivamente; como esos estribos que aguantan en el aire todo un edificio, reparado desde sus cimientos, hasta que está terminado el cambio regular de sus apoyos naturales.

Pero esta razón, que en el origen del cristianismo hacia los milagros necesarios, nos descubre, por el contrario, la razón que en lo sucesivo los fué haciendo cada vez mas superfluos, y que por consecuencia debió hacerlos cesar. Así como los judíos no tenían las pruebas que nosotros tenemos, tampoco podemos tener nosotros las que tenían ellos, y sería muy difícil decir cuáles son las mas fuertes y valederas.

La vista inmediata de los milagros es sin duda una prueba que debe avivar nuestro deseo; pero ¿no es nada el establecimiento universal del cristianismo, la destrucción del paganismo y la conversión

de toda la tierra idólatra á la cruz de Jesucristo? ¿No vale esto mas que todo?

Este grande hecho es un milagro que evidentemente debió poner término á todos los demás, porque desde él desapareció el objeto de todos los milagros: el mundo fué cristiano, y no tuvo que hacer mas que continuar siéndolo. Los milagros no tenían por objeto convertir á los hombres individualmente, sino á la sociedad de los hombres, y á estos tan solos como á miembros de esta sociedad. Antes de esta conversión no había para los individuos ninguna razón para creer que Jesucristo era Dios, precisamente porque la sociedad en que nacían les inspiraba preocupaciones contrarias. Necesitábase, pues, pruebas directas de esta divinidad, milagros, pues todo estaba por convertir, la sociedad, y por consiguiente los miembros de la de los hombres. Mas desde el momento en que se consumó la obra de la conversión de esta sociedad, terminó también la obra de los milagros. Ya no hubo nada por convertir. Todos los hombres nacían convertidos. Debieron creer sobre la fe de sus padres; y si perdieron la fe, si se pervertieron, suya fué la culpa. Dios ya nada les debía, y entonces mismo, para salir de esa incredulidad voluntaria y criminal, no tenían que hacer mas que volver á entrar en el centro de las creencias cristianas, en que está el mundo flotando como en su elemento.

Le sucedió al cristianismo, la creación moral por excelencia, lo que á la naturaleza y á su creación material. En el principio crió Dios el cielo y la tierra, y ¿cómo los crió? necesariamente por medio de milagros. Desde entonces la naturaleza subsiste, y ya no hace Dios milagros de aquel género; los seres se reproducen naturalmente, en virtud del milagro primitivo de la creación. Lo mismo en el cristianismo: subsiste y se propaga en la sociedad, cuya vida es, sin necesidad de renovar los milagros á cuyo favor se fundó.

No se crea por esto que esta fe tradicional sea una fe ciega é infundada: es una fe llena de lógica y de razón. Así como la existencia del mundo presupone la creación y sus milagros, la existencia del cristianismo en el mundo nos conduce, remontándonos hacia atrás, al gran milagro de su establecimiento, el cual presupone los milagros que lo fundaron. Para quien considere con atención los elementos del cristianismo y el caos de disolución y tinieblas de donde salió, hay en su establecimiento *sin mano de hombre*, un milagro decisivo que responde de los demás, y nos lo hace ver en sus efectos, porque sin ellos, como dice S. Agustín, sería mayor que todos. No vemos nosotros los milagros, pero vemos convertido el mundo pagano; y una de dos: ó nos explicamos el mundo convertido por los milagros, ó no queremos creer en los milagros, y en este caso nos veremos obligados á ver en este mundo convertido sin milagros uno mayor: en ambos casos la verdad del cristianismo y su divinidad.

Así, pues, debieron cesar los milagros desde el momento en que fué convertido el mundo, por dos razones: primera, porque había desaparecido el objeto directo de los milagros; segunda, porque satis-

(1) Juan cap. 10.

fecho su objeto, y no habiendo podido serlo sin milagros, nos los demuestra en sí mismo.

Hay además otra razón más sensible y admirable para la disminución de los milagros desde el establecimiento del cristianismo, la cual hemos indicado ya, y que es necesario profundizar; esta razón es el cumplimiento de las profecías.

Antes de Jesucristo, las profecías alimentaban su esperanza en el mundo por medio del pueblo judío. El sucesivo cumplimiento de muchas de aquellas profecías, concernientes á los destinos transitorios de este pueblo, motivaban su fe en las que se referían al advenimiento ulterior de Jesucristo. Así el gran motivo de credibilidad era entonces las profecías, justificándose unas por otras.

Cuando apareció Jesucristo, fué desconocido, conforme á esas mismas profecías, que se eclipsaron de este modo en su propio cumplimiento. Los milagros debieron suplir entonces aquella luz perdida, y hacer creer contra todas las apariencias, que Jesucristo era el blanco de las antiguas promesas, y que las nuevas que él mismo hacía en confirmación y extensión de las primeras, encontrarían luego su cumplimiento: principalmente que todos los pueblos de la tierra se convertirían á su doctrina; que el pueblo judío sería excluido de la nueva alianza, y andaría miserable y siempre errante por el universo, en castigo de su deicida incredulidad, y que la sociedad fundada por Jesucristo sobre los apóstoles, la Iglesia, triunfaría de todos los esfuerzos del infierno por la sola virtud de su cruz, y permanecería para siempre, hasta el fin del mundo, asistida de su divino Espíritu.

Estas nuevas profecías, como las antiguas, eran difíciles de creer en el estado de debilidad y postración en que se hallaban á la sazón su objeto y su autor. Su cumplimiento, que forma en el día la manifestación de la divinidad de Jesucristo, hacia entonces, en medio de la contradicción que aparentemente le rodeaba, el escándalo y la locura de la fe cristiana. Por esto eran necesarios los milagros para justificar su verdad.

Pero cuando esta verdad empezó á justificarse por sí misma con los sucesos; cuando las naciones se convirtieron; cuando exterminado el pueblo judío como había sido predicho, empezó á arrastrar la maldición que sobre él se había atraído; cuando se formó la Iglesia con el fuego de las persecuciones, y fué adquiriendo poco á poco, sobre las ruinas del mundo pagano, esa figura imponente y terrible, que ha sido el perpetuo escollo de todo cuanto ha tenido la inclinación de oponérsele; entonces el prodigio de estos acontecimientos, no ya en sí mismo, como dijimos más arriba, sino en su completa y literal concordancia con las profecías que lo habían anunciado, el prodigio del cumplimiento de las profecías vino á redimir, por decirlo así, la palabra de Dios, y hacer cesar la necesidad de los milagros particulares por un gran milagro siempre subsistente.

"Jesucristo hizo milagros, dice á este propósito Pascal, y también los hicieron en gran número los primeros santos, porque no estando todavía cumplidas las profecías, y cumpliéndose por medio de ellos,

nada hacía fe más que los milagros. Estaba pronosticado que el Mesías convertiría las naciones. ¿Cómo se hubiera cumplido esta profecía, si las naciones no se hubiesen convertido? Antes de que muriera, resucitara y convirtiera las naciones, no estaba cumplido, y por lo mismo, durante aquel intervalo se hacían necesarios los milagros. Ahora, empero, no lo son ya, porque las profecías son un milagro siempre subsistente." (1)

De modo que, por una admirable compensación de la Providencia, que quiere que en todas épocas haya poco más ó menos los mismos motivos de fe, los dos más grandes milagros de la Religión, la reprobación de los judíos y la perpetuidad de la Iglesia, se van haciendo cada día más patentes, á medida que nos vamos alejando más del tiempo de los milagros. El hombre que afirmase que Dios le había prometido una vida de diez siglos, no sería creído de nadie si no hiciese milagros; pero al momento que hubiese vivido trescientos años, esa longevidad sin ejemplo sería un milagro continuo, que bastaría aparentemente para convencer á los más inorédules. El pueblo judío, dispersado entre todas las naciones de la tierra, hace diez y ocho siglos, ha subsistido en este estado de *disolución insoluble* (2), inaudito antes en la historia, mas tiempo del que subsistieron los más célebres imperios; y la Iglesia católica, por su parte, ha durado ya diez y seis veces más de lo que viven de ordinario los sistemas de gobierno mejor combinados.

Pascal observa muy juiciosamente que las profecías son los únicos milagros subsistentes que pueden hacerse. En efecto, los otros milagros particulares dejarían de ser tales con su repetición, y llegarían á ser fenómenos naturales. No sucede esto con las profecías, pues no hay en ellas repetición; hay un solo hecho singular, pero tan inmenso que llena todos los tiempos y lugares, y cuya singularidad consiste en la universalidad y perpetuidad. Este hecho consiste en dos partes: la profecía y el cumplimiento. El prodigio consiste en la separación de estas dos partes y en su concordancia en medio de esta misma separación. Hay cuatro mil años señalados primero exclusivamente á la profecía, y todos los demás siglos son para el cumplimiento: la separación no puede ser más visible, y su extensión, lejos de debilitar el prodigio, es su más brillante preparación. En cuanto al prodigio, en sí mismo, es decir, á la conformidad del cumplimiento con las profecías, la duración no puede tampoco debilitarla, pues consiste precisamente en la duración: aquí está el cumplimiento, aquí el prodigio: la duración de la reprobación de los judíos, la duración de la Iglesia. No solamente no podría este hecho llegar á ser ordinario á fuerza de durar, sino que cada día se va haciendo más extraordinario; de modo que no solo es, como dice Pascal, un milagro siempre subsistente, sino un milagro que va siempre en aumento. Y no solamente un milagro, sino un doble milagro: mila-

(1) *Pensamientos*, t. II.

(2) Los judíos en la actualidad en el mundo han sido comparados á fragmentos de una materia insoluble, sobrenadando de continuo en un líquido, sin jamás poderse mezclar con él.

gro de hecho en sí mismo, aun cuando no hubiese sido profetizado, y milagro en su conformidad con la profecía.

Haciendo alusion Rousseau á los milagros del Evangelio, no teme decir que *los milagros de los urostores tienen lugar en las encrucijadas, en los desiertos y dentro de las casas*; pero que los de la Divinidad deberían ser manifiestos y ruidosos, y tener por teatro la tierra entera, como *mandar al sol que cambiase su curso, á las estrellas que se colocasen de distinto modo, á las montañas que se aplanasen, á la tierra que cambiase de forma, etc.* (1) No creemos deber discutir sobre tan descabellada y judía exigencia, pero de ella sacaremos motivo para observar que los milagros del Evangelio (sin conceder que se hicieran en las encrucijadas, en los desiertos y dentro de las casas, como se le antojó á Rousseau, á quien nos reservamos confundir) ceden en resplandor y en evidencia al del cumplimiento de las profecías, del cual somos testigos, pues tiene este toda la tierra por teatro, por duracion todos los siglos, se va agrandando todos los dias, y ha adquirido ya proporciones tan colosales, tan superiores al curso ordinario de la naturaleza, que los mas obstinados y mas prevenidos se sienten trasportados de admiracion y entusiasmo, como veremos en la última ojeada que echemos al fin de estos *Estudios*, sobre este punto en el dia tan culminante del cristianismo.

Así, á esta pregunta: *¿Por qué desde el origen del cristianismo han ido disminuyendo los milagros?* contestan tres razones, además de las consideraciones preliminares: 1.ª, porque se cumplió el objeto real de los milagros, que era la conversion del mundo; 2.ª, porque una vez llenado este objeto, no habiendo podido serlo sin milagros, los hizo desde entonces para en adelante visibles en sí; 3.ª, porque este objeto ha venido á ser en su desarrollo y perpetuidad un doble milagro, ya en sí mismo, ya como cumplimiento de las profecías, milagro que va agrandándose á proporcion de nuestro alejamiento de la época de los milagros, de tal modo, que lo que el tiempo quita á estos de impresion, lo va añadiendo á aquel, descubriéndose de este modo la divina sabiduría, que lo hace todo con número, peso y medida, de la manera mas admirable, en esta bella economía de las pruebas del cristianismo, en la que el espíritu humano encuentra siempre igualmente, aunque con variedad, medios para asegurarse de la verdad por la razon, y de merecerla por la fe.

IV. ¿Se hicieron acaso los falsos milagros con el objeto de hacernos desconfiar de todo lo que se llama milagro? ¿Lo mas seguro para la razon, que no debe determinarse sino en vista de la certidumbre, no será, en tal caso, dudar, ó mejor desechar igualmente todos los milagros?

Esta pregunta supone grande inteligencia de los derechos y deberes de la razon.

La razon se debe á sí misma la investigacion y el discernimiento concienzudo de la verdad.

Crearle todo á ciegas, es sin duda una gran debi-

lidad, así como no lo es menor desecharlo sistemáticamente todo; pues si lo primero nos espone á error, lo segundo nos hace imposible la verdad. Tanto pobreza es desecharlo todo como creerlo todo: porque la credulidad, abrazando el error, abraza á lo menos con él algunos principios y algunos restos de verdad, mientras que la incredulidad no abraza nada y llega al fin de negacion en negacion hasta la muerte de la razon misma. La razon apetece la fe como el estómago los alimentos. Discernir bien los objetos de esta fe, es un deber de prudencia; pero desecharlos todos sin distincion y negarlos sistemáticamente es una insigne locura, pues es proceder contra el primer instinto del alma y hacer cometer su orgullo en su inanicion. Hay mas: es esponerse á todos los extravíos de ese instinto, tanto mas desordenado cuanto mas se le contraria, y verlo caer en contradicciones inauditas y en lastimosas credulidades, justificando aquellas palabras de Pascal: "Los incrédulos son los mas orédulos."

No debemos ser ni *incrédulos* ni *crédulos*, sino *crayentes* y *filósofos*. Debemos tener en cuenta la verdad, el error y la duda. "Es preciso tener las tres cualidades siguientes: pirrónico, geómetra y cristiano sumiso. Las tres se avienen y se templan mutuamente, dudando cuando es necesario, afirmando cuando es menester, y sometiendo á lo que conviene." (2) Estas palabras, que son, como ha dicho su nuevo editor, toda la historia de Pascal, y resumen el estado de su espíritu, deben ser proporcionalmente la regla de todo entendimiento razonable. Sin duda no es siempre fácil dar con el término medio en esas operaciones diversas; pero el trabajo de su investigacion y conservacion es precisamente en lo que consisten la vida, el ejercicio y la nobleza de la inteligencia.

Estas reflexiones, que deben dominar todo el estudio de la Religion, pueden aplicarse especialmente al estudio de los milagros.

De que haya habido milagros falsos, muchos milagros falsos, es poco filosófico y hasta irracional deducir una consecuencia de incredulidad absoluta en los milagros.

¿Qué verdad hay en el mundo que no haya sufrido falsificaciones? ¿Cuál podria subsistir si este fuera motivo bastante para desecharla?

Decimos mas: no siendo el error, como dice Bossuet, mas que la *verdad de que se abusa*, debemos ver en los *milagros falsos, milagros contrahechos*, lo mismo que en la *moneda falsa* vemos la verdadera, fraudulentamente imitada. ¿Por qué hay quien haga moneda falsa? porque espera hacerla pasar por buena. ¿Y por qué espera y logra á veces hacerla pasar por buena, sino porque la hay en efecto buena, que *predispone* á recibir la que se le parece? Lo falso solo existe, porque lo verdadero le da *interés* y *crédito*. Examinad todas las falsedades que aparecieron en el mundo, y vereis que todas debieron su origen y su crédito á alguna verdad primaria, cuyas formas imitaron. Hallándose una vez el espíritu del hombre doblegado hácia un lado por la ver-

(1) *Emilio*, lib. 4.

(2) Pascal, *Pensamientos*, t. II.

dad, se hace susceptible de todas las falsedades que puedan de allí originarse. No debemos, pues, admirarnos de que haya habido falsos milagros, ni debemos deducir de ellos ningún argumento contra los verdaderos, pues no son dos cosas contrarias, antes bien se suponen recíproca y necesariamente. Admitid que haya habido verdaderos milagros, y comprenderéis fácilmente, por una razón de interés, que los ha debido haber falsos: partid de la existencia de los falsos milagros, y buscando el origen y fundamento de su crédito, llegareis á reconocer que ha debido haberlos verdaderos.—De modo que los falsos milagros no solamente no prueban nada en contra, sino que prueban mucho en favor de los milagros verdaderos: prueban por *presuposición*.

Prueban además de otro modo: por *desemejanza*.

Si uno de los privilegios de la verdad, funesto para ella, es prestar interés y crédito al error, tiene también otro privilegio reparador, que consiste en que su imitación no puede ser nunca perfecta, y que la verdad conserva siempre ciertos rasgos inherentes é incommunicables, por los cuales se la distingue; de modo que lo falso prueba lo verdadero. Por ejemplo, si considerando atentamente los milagros evangélicos, reconocemos, aparte de los caracteres que les son comunes con los demás, ciertos caracteres particulares que les son exclusivamente propios, aun cuando se ha puesto grande diligencia en imitarlos, solo podremos explicarnos este defecto de imitación por la imposibilidad, y esta imposibilidad por la verdad absoluta que encierran los que presentan estos caracteres inimitables. Lo falso se imita á sí mismo perfectamente, porque para ello no necesita mas que repetirse; pero no puede imitar del mismo modo lo verdadero, precisamente porque no es verdadero, y porque lo verdadero tiene siempre caracteres que le son esenciales. Los falsos milagros, no presentando jamás en sí mismos estos caracteres, los hacen resaltar en los que los tienen, sirviendo así para demostrar su perfecta verdad.

La fe cristiana está en esto de parte de la razón, y la ayuda poderosamente á evitar mil credulidades, á que se abandonaría, si no tuviese una garantía en los caracteres fijos y determinados que esta fe le proporciona. La inteligencia que cree en los milagros del Evangelio y en lo que están apoyados por la juiciosa autoridad de la Iglesia, cree en ellos fundada en razones que los falsos milagros no pueden presentarle. Satisfaciendo justamente á la razón, la fe la hace discreta, y no la preserva menos de la credulidad que del escepticismo.

Montaigne, aquella inteligencia tan osada, pero tan juiciosa al mismo tiempo, comprendió y calificó perfectamente estas dos flaquezas del entendimiento humano con respecto á los milagros. Nadie se burló con mas gracia de los falsos milagros, ni examinó con mas libertad todas las tortuosidades de la razón. Leed particularmente su capítulo De los cojos, en el cual pinta con exactos colores el modo cómo se acreditan los cuentos mas absurdos: "Soy torpe y me inclino un poco á lo sólido y á lo verosímil, dice en el citado capítulo. Ya veo que se enfadan, y me prohiben dudar so pena injurias

asecrables; peregrino método de persuadir! Piedad, por Dios; no se dispone de mi creencia á puñetazos. Para matar á los hombres se necesita una claridad luminosa y pura, y nuestra vida es demasiado real y esencial para garantizar esos accidentes sobrenaturales y fantásticos."—Este espiritual buen sentido es admirable, y se complace uno en verlo salvar así los derechos de la razón común, reivindicando los suyos propios. Mas si no se dispone á puñetazos de la creencia de Montaigne, ¿sabéis cuál es una de las principales razones? el estar formada en la sublime escuela de la fe cristiana, y el que "para acomodar los ejemplos que de tales cosas nos ofrece la divina palabra, ejemplos muy ciertos é irrefragables, y referirlos á nuestros sucesos modernos, pues que no vemos en ellos ni las causas ni los medios, se necesita otro ingenio que el que nosotros tenemos."

Y no creáis que sea solamente en este pasaje donde así habla de los verdaderos milagros: en otro capítulo toma por su cuenta á la incredulidad, y le dice su parecer con un buen sentido no menos admirable y picante, con este título: Es UNA LOCURA SUJETAR LO VERDADERO Y LO FALSO AL JUICIO DE NUESTRA SUFICIENCIA. Y no porque olvide ó contradiga caprichosamente lo que dijo antes contra la credulidad: al contrario, lo confirma; pero esta vez coje su asunto con las dos manos, como diría él, y por sus dos asas: "No es á la ventura y sin razón, dice, que atribuimos á simpleza é ignorancia la facilidad en creer y dejarse persuadir. . . cuanto mas vacía y sin contrapeso está el alma, mas fácilmente se doblega bajo la carga de la primera persuasión: he aquí por qué los niños, el vulgo, las mujeres y los enfermos tienen mejor disposición á dejarse arrastrar por las orejas. Por otra parte, es también una presunción necia el ir despreciando y condenando como falso todo cuanto no nos parece verosímil, vicio ordinario en los que piensan tener alguna mas suficiencia que la generalidad. . . Condenar de este modo resueltamente una cosa por falsa é imposible, es atribuirse la ventaja de conocer la extensión y límites de la voluntad de Dios y de las facultades de nuestra naturaleza; y no hay en el mundo locura mas insignis que la de apreciarlos por la medida de nuestra capacidad y suficiencia. . . Cuando leemos en Bouchet los milagros de las reliquias de San Hilario, pase: no es tan grande su crédito que nos prive de la libertad de contradecirlo; pero condenar de un golpe todas las historias parecidas, me parece demasiada imprudencia. El grande San Agustín refiere haber visto en Milan que al contacto de las reliquias de los santos Gervasio y Protasio, un niño ciego recobró la vista; que en Cartago una mujer fué curada de un cáncer con la señal de la cruz que hizo sobre ella otra mujer recientemente bautizada, y otros muchos milagros, los cuales dice haber presenciado él mismo. ¿De qué acusaremos á San Agustín y á los otros dos santos Aurelio y Macsimilio, que cita en su apoyo? ¿Los acusaremos de ignorancia, de sencillez, de facilidad? ¿Los acusaremos de malicia ó de impostura? Hay en nuestro siglo nadie tan impudente que se

atreva á compararse con ellos, ya en virtud y piedad, ya en saber, discrecion y suficiencia? *qui ut rationem ullam afferent, ipsa auctoritate me frangerent.*—Despreciar lo que no concebimos, ademas de la absurda temeridad que en sí envuelve, es una osadía peligrosa y trascendental; porque despues que habeis establecido, conforme á vuestra bella inteligencia, los límites de la verdad y de la mentira, y que de necesidad habeis de creer cosas mas estravagantes que las que negais, estais obligados por lo mismo á abandonarlas."

Despues de haber leído Pascal estos dos capítulos, esclama con su elevada razon: "¿Cuánto detesto á los que aparentan dudar de los milagros! Montaigne habla de ellos como se merecen en dos pasajes: en el uno se ve cuán circunspecto es, y sin embargo en el otro cree, y se moía de los incrédulos." (1)

Lo mismo harán todos los espíritus razonables.

V. La última preocupacion que nos importa desvanecer es la siguiente: *Los hechos de posesion por el demonio*, y sus diferentes géneros, ¿han existido? Si han existido, ¿por qué no existen ya? La curacion de un ciego de nacimiento y la resurreccion de un muerto son grandes milagros; pero á lo menos no tiene uno que creer mas que el milagro en sí, pues la materia que suponen existe ya en la naturaleza y la vemos todos: un ciego, un muerto. Pero en los milagros que tienen por objeto la curacion de los *poscidos*, todo es extraño á la naturaleza actual, la *curacion*, y sobre todo y previamente la *posesion*. Por lo que se ha dicho, se concibe que esta especie de milagros hayan cesado, pero deberia reproducirse el estado de posesion. Si no existiera ya semejante estado, es prueba de que no ha existido nunca, de que era ilusorio, y en este caso se desvanecer el milagro de su curacion, y descansando todos los demas milagros sobre la misma autoridad, se comprometen todos, y la creencia en ellos se ve invadida por la duda mas legitima.

A esto es principalmente á lo que debemos contestar.

Esta profunda materia abre una multitud de perspectivas que tientan la curiosidad; pero la economia general de los presentes *Estudios*, en el punto á que hemos llegado, nos obliga á limitarnos á la parte directa de la dificultad supuesta.

El estado de posesion, de que tanto se habla en el Evangelio y en la historia de los tiempos apostólicos, es considerado como un estado natural por su frecuente repeticion, ó sobrenatural por sus caracteres.

Si se le considera como un estado natural, no es lógico deducir que no ha existido nunca, porque ahora no existe ya. ¿Puede decirse que no ha existido la lepra, porque ahora no hay leprosos?

Si se le considera como un estado sobrenatural repetido, y es este, en efecto, á nuestro modo de ver su verdadero carácter, está exento por su misma naturaleza de toda regla y analogia natural de co-

sistencia y duracion, y de su disminucion y ocasion no se puede sacar ninguna consecuencia.

De que en la actualidad no exista, no se puede deducir que no haya existido, ni se puede sacar de aquí ninguna induccion que debilite su creencia.

Hasta en su carácter natural se encuentra una razon de analogia con los milagros, razon que le hace aplicables todas las que hemos dado de la disminucion de estos últimos.

Estas breves reflexiones podrian ser suficientes; pero queremos dar mas amplia satisfaccion á aquellos á quienes la dificultad embarazaria todavia, tratando sucesivamente de la certidumbre del estado de posesion y de la explicacion de este fenómeno.

1.º De la lectura del Evangelio, de los *Hechos de los Apóstoles* y de la polémica cristiana de los dos primeros siglos, resulta un hecho notable, y es que el estado de posesion por el demonio, tal como lo entendemos, era en aquella época considerado por todos, cristianos, judíos y paganos, como un estado efectivo y notorio. Ni siquiera se sospechaba entonces de la incredulidad que sobre este punto se ha ido formando, desde que ya no tienen lugar ejemplos de la misma naturaleza. Se decia: *Uno que tiene el demonio*, del mismo modo que se diria ahora: *Uno que padece de epilepsia*.

—Este ejemplo es comprometido, se dirá; es probable, en efecto, que lo que se llamaba entonces *tener el demonio*, no era otra cosa que el estado epiléptico, frenético ó lunático.

—No, porque estas últimas enfermedades, respecto de las cuales por otra parte no ha dado un solo paso el arte médica, estaban caracterizadas y conocidas como en el dia, y era distinto de todas ellas el estado de posesion. En San Mateo leemos que "habiendo corrido por toda la Siria la fama de los benéficos milagros de Jesucristo, le conducian todos los que lo pasaban mal, los poseídos de varios achaques y dolores, y los *endemoniados*, y los *lunáticos*, y los *paralíticos*. . . ." *Variis languoribus, tormentis comprehensos, ET QUI DEMONIA HABEBANT, et lunaticos, et paraliticos.* (2)

En este pasaje se ve: 1.º, que el estado de posesion era públicamente reconocido; 2.º, que era distinto de los demas estados, con los cuales nos parece que se hubiese podido confundir, *tormentis comprehensos, lunaticos*.

En cada página de los Evangelios encontramos ejemplos semejantes, que atestiguan la notoriedad y distincion del estado de posesion: "Se paró Jesus en un llano, rodeado de sus discípulos y de un gran gentío que habia venido de toda la Judea y de Jerusalem, y de la marina, y de Tiro, y de Sidon, para oírle y que les sanase de mil enfermedades. Y los que eran atormentados de espíritus inmundos, eran curados, (3) y le presentaban muchos endemoniados, y los sanaba, y la multitud, llena de estupor, se decia: ¿Es este acaso el hijo de David? oyendo lo cual los fariseos contestaban: "Este no lanza los demonios sino en virtud de Belcebú, prin-

(1) *Pensamientos*, t. II.

(2) Mateo, cap. 4, v. 24.

(3) *Luc.*, VI, 17 y 18.

cipe de los demonios (1). Habiendo Jesus convocado á sus doce discípulos, les dió potestad sobre todos los demonios, para lanzarlos, y para sanar toda dolencia y toda enfermedad. (2)—Y volvieron los setenta y dos con gozo, diciendo: Señor, hasta los demonios se nos sujetan en tu nombre." (3) Nos creemos dispensados de citar mas ejemplos; todos son comunes, y dentro de poco tendremos ocasion de citar otros nuevos, aun cuando bastan ya estos para probar que el estado de posesion era notorio y distinto de las enfermedades. Y no se apoya la certidumbre de este hecho solamente en el testimonio particular de los apóstoles, sino tambien en el de toda la sociedad de aquella época que se vislumbra al traves de su relato; pues todo hombre de buen juicio, aun cuando fuese incrédulo, se veria obligado á reconocer que los evangelistas no se hubieran expresado así, si entre los hombres con quienes vivian no hubiese sido el estado de posesion un fenómeno constante.

Por otra parte, lo que manifiesta que semejante estado no pertenecía á ninguna enfermedad normal, es que sus caracteres exteriores no eran siempre los mismos: un poseído estaba frenético, otro se volvía sordo, ciego y mudo á la vez; otro queria arrojarse al agua ó al fuego; otro permanecía constatemente encorvado con violencia, sin poderse enderezar jamas; (4) en una palabra, la posesion no se parecia á ninguna enfermedad particular: participaba ó simulaba varias enfermedades, sin confundirse con ninguna de ellas. Muy necesario era que semejante estado presentase á traves de estas varias enfermedades un carácter enteramente particular, porque sin esto se le hubiera confundido con estas enfermedades mismas, y no se hubiera podido distinguir entre un frenético y otro frenético, un mudo y otro mudo, etc., diciendo de él que estaba poseído por el demonio, como una cosa que todo el mundo veia y comprendia.

Habia en efecto en la posesion caracteres accidentales y estrínsecos, que revelaban, por efectos físicos ó morales, la presencia de un agente sobrenatural y satánico.

Principalmente por el contacto de los poseídos con la omnipotencia del Cristo, se daban á conocer la presencia de este agente, toda su rabia y su maldita condicion, acusándose á sí mismo con gritos y ahullidos como el autor de las miserias del género humano, y confesando la terrible divinidad del hijo de Dios, que venia á destruir su imperio. Pero el Salvador moderaba este brillante testimonio, mandándole, al arrojarlo, que callara (5).

Jesucristo habia solemnemente delegado su poder sobre los demonios á los apóstoles, y en los actos de éstos vemos que hacen uso de este poder. En la ciudad de Filipis, cura San Pablo, en el nombre de Jesus, á una muchacha poseída, que adivi-

nando, daba mucho que ganar á sus amos (6).—Leemos tambien en los *Hechos*, que en la ciudad de Efeso, donde se hallaba San Pablo, habiendo querido unos judíos de raza sacerdotal probar aquel soberano poder del nombre de Jesus sobre los demonios, de que el apóstol usaba, intentaron la curacion de algunos poseídos por medio de esta adjuracion: *Conjuroos por Jesus, el que Pablo predica*: pero el espíritu inmundo les contestó: *Conozco á Jesus, y sé quién es Pablo; mas vosotros, ¿quién sois?* Y arrojándose sobre ellos uno de los poseídos, los maltrató. Habiéndose divulgado este hecho entre los judíos y gentiles que moraban en Efeso, se apoderó el temor de todos los corazones, y fué ensalzado el nombre del Señor Jesus (7).

Esto es lo que leemos en los *Evangelios* y en los *Hechos*, y á menos que queramos reírnos de estos libros, los mas verídicos, los mas auténticos, los mas santos de todos, es preciso admitir la certidumbre del estado de posesion. Aun no tomando estos libros mas que como libros ordinarios, es necesario ver en lo que sobre este particular nos dicen, que tal era la creencia universal de aquel tiempo, fundada en los hechos mas constantes y menos equívocos. Lo cierto es, que no sabemos que respecto de este punto hayan sido contradichos jamas, ni por los judíos ni por los paganos.

El escepticismo moderno encontrará quizás que estos hechos pasaron en un teatro demasiado estrecho, demasiado lejano, demasiado al abrigo de la crítica por la santa oscuridad que los rodea, y pedirá, ya que los hechos de este género eran entonces tan constantes, que se los manifestemos en alguna otra parte que no sea la Judea.

Nosotros le daremos esta satisfaccion, y vamos á ver cómo se ensancha este teatro que le parece tan estrecho. No se produjeron semejantes fenómenos en el seno del judaismo solamente, sino tambien y principalmente ante el mundo pagano y en el corazón de su civilizacion y de su imperio. Aquí fué, repetimos, donde principalmente fué confundido el espíritu de mentira, y donde proclamó los groseros artificios de que se valia para abusar de la especie humana.

Entre todos los medios de propagacion del Evangelio, este fué por espacio de mas de dos siglos el mas decisivo y patente. Nada concebimos mas concluyente que las pruebas que de ello vamos á presentar.

"De solo Jesucristo, dice San Ireneo ante los paganos, tienen todos los que le sirven la gracia, cada uno segun el don que recibió, de hacer milagros en utilidad de los hombres. Los unos, en efecto, arrojan los demonios con una autoridad tan soberana y tan eficaz, que los que se veian atormentados por ellos, pasmados y agradecidos de su curacion, se convierten á la Iglesia, etc. (8)

"Arrojamos, dice otro célebre apologeta, los espíritus engañosos, que confiesan por sí mismos que á la eficacia de nuestras oraciones se debe el que

(1) Mat., XII, 22 y 24; VIII, 16.

(2) Mat., X, 1.

(3) Luc., X, 17.

(4) Tales son los diferentes ejemplos de posesion consignados en el Evangelio.

(5) Marc., III, v. 2.

(6) *Hechos*, cap. 18, v. 16.

(7) *Hechos*, cap. 19.

(8) Ireneo, lib. 2, cap. 33.

sean echados de los cuerpos. Saturno, Serapis y Júpiter se acusan al tiempo de huir, y DAN TESTIMONIO DE NUESTROS EN NUESTRA MISMA PRESENCIA, ¡OH GENTILES! Si no creéis en lo os que decimos nosotros, ¿podéis dejar de creer en lo que os dicen ellos mismos?" (1)

Dirigiéndose Orígenes á uno de los mas violentos enemigos del cristianismo, á Celso, le cita igualmente el hecho de que *todos los días son arrojados los demonios por el solo nombre de Jesus.*" (2)

Julio Firmico Materno, tan conocido por su defensa de la fé, la apoya sobre los mismos fundamentos, y la justifica con los mismos prodigios: "Vuestro Serapis, dice [y ¿á quién creéis que dirige la palabra? A Porfirio, aquel implacable enemigo de nuestros misterios], vuestro Serapis se ve, pues, obligado á comparecer al mandato de un hombre y á romper el silencio que quisiera guardar. Vuestros dioses no se atreven á hacer todo el mal que meditan, contenidos por la fuerza de las palabras sagradas, y lo que vosotros adorais se ve reducido á sufrir los tormentos con que castigamos nosotros á los impostores." (3)

Lactancio, en su admirable libro *De las instituciones divinas*, dice tambien formalmente, reparad bien en estas palabras: "Los demonios tiemblan delante de los adoradores del verdadero Dios, cuyo nombre les hace salir de los cuerpos. Aterrorizados por las palabras sagradas, no tan solo confiesan que son demonios, sino que hasta denuncian sus propios nombres, esos mismos nombres bajo los cuales se hacen adorar en los templos, y casi siempre lo hacen en presencia de sus mismos adoradores. Protestan á veces con terribles alaridos cuánto sienten que se les incomode y se les hostigue, y que están dispuestos á salir de los cuerpos que poseen." (4)

Dejamos otros muchos testimonios tan directos y formales como los citados: Arnobio, Eusebio, San Atanasio, etc., para producir el del grande San Cipriano. Enumerando este Santo los privilegios que recibian los nuevos bautizados, dice: "Se les concede dar paz á los mas furiosos y calma á los frenéticos; arrojár á los demonios, obligarlos á la confesion de su miseria, azotarlos y redoblar el ardor del fuego que los devora. . . ." (5)—En otro lugar, dirigiéndose á Demetriano, afiliado al culto de los ídolos, y uno de los mas furiosos perseguidores de la fé cristiana (6), le dice lo siguiente: "¡Oh! si quisieras oírlos por tí mismo, y ver cómo los conjuramos, cómo les damos tortura con nuestros invincibles azotes! los oirías gritar, ahullar y gemir con voz humana, bajo los golpes que el poder divino les hace sentir por nuestras palabras. . . . Ven, pues, y conoce la verdad de los hechos que te referimos; y supueste que te llamas á tí mismo adorador de los dioses,

crees lo que ellos te digan de sí propios; que si tú quieres ser personalmente el objeto de tu creencia, oirás hablar de tí mismo á ese espíritu engañoso que te ciega. Verás que aquellos á quienes tú ruegas nos ruegan á nosotros, y que los que tú adoras nos temen. Verás á tus señores temblando encadenados entre nuestras manos. Por cierto que tendrás ocasion de avergonzarte de tus errores, cuando los veas obligados por nuestras preguntas á denunciar en presencia tuya sus prestigios é imposturas." (7)

Un testo tan formal y preciso, entre tantos otros, debe despertar en el alma del incrédulo la mas viva inquietud.—Sin embargo, vamos á aducir otro mas decisivo todavia.

"He aquí una demostracion de hecho, dice Tertuliano en su célebre Apologético, dirigiéndose al poder pagano: mándese comparecer ante vuestros tribunales á un poseído notorio; que un cristiano cualquiera ordene á ese espíritu que hable, y si, no atreviéndose á mentir á un cristiano, no confiesa que es verdaderamente un demonio, sino que se dice falsamente Dios, derramado en el mismo sitio la sangre del temerario cristiano. . . . ¿Qué cosa hay mas manifesta y segura que una prueba semejante? He aquí la misma verdad con toda su sencillez y energía." (8)

No, nada hay mas manifesto y seguro: es la verdad misma; y ya no es posible el escepticismo después de unos testimonios tan imponentes, tan numerosos, tan explicitos y formales, como los de todos aquellos grandes hombres hablando en presencia de sus verdugos, con la doble autoridad de su genio y su virtud, y poniendo su cabeza en gaje de la verdad del hecho, cuyo experimento provocan solemnemente y jurídicamente.

Añadid, en fin, á todo esto el silencio de sus adversarios, que no los desmienten y que no osan recoger su guante, ó mas bien que convienen, como Juliano, en el hecho de los poseídos y de su curacion (9).

El estado de posesion por el demonio en el origen del cristianismo, y la accion de este sobre aquel estado, es, pues, un hecho cierto, cualesquiera que sean las preocupaciones que su desaparicion en los tiempos modernos suscite con esta certidumbre, y por mas inesplicable que parezca semejante desaparicion.

2.º Pero estas mismas preocupaciones van á desaparecer, y á explicarse este fenómeno.

Es cosa reconocida, ademas de lo que la religion nos enseña, por el consentimiento comun de todas las naciones y de todos los pueblos, que hay en el mundo cierta clase de espíritus malos, que nosotros llamamos demonios.

De ello hemos dado pruebas irrefragables en nuestro *Estudio de las tradiciones universales sobre la rehabilitacion del género humano*: el lector puede volver á leerlas y asegurarse nuevamente de lo que llevamos dicho.

(1) Miracio Felix, *Dialog.*

(2) Orig. contr. Cel., lib. 1.

(3) *De error. prof. relig.*

(4) *Lectant. Div. Inst.*, lib. 2, cap. 13.

(5) Cyprian., *Epist.* 2.ª ad Donat.

(6) Demetriano estaba investido de un cargo público que le daba ocasion para ejercer su furor contra los cristianos, y San Cipriano pagó con su cabeza la noble libertad con que confesó las divinas verdades.

(7) Cyprian., *Epist. ad Demetrian.*

(8) *Apolog.* cap. 23.

(9) S. Cyril. a. Julian.

No es menos positivo que todos los pueblos del mundo, á pesar de la inmensa diversidad de lenguas, costumbres y religion que los separa, han tenido sobre el origen de estos demonios, su caída, su carácter, sus primitivas y funestas relaciones con la humanidad, la maldita y perniciosa influencia que adquirieron sobre ella, y en fin, la represion que debia ponerles el LIBERTADOR esperado y deseado aunque confusamente por todas las naciones, una creencia tan idéntica en la singularidad de sus detalles, que no sabriamos explicarla sino por una revelacion primitiva y un grande acontecimiento original. Este hecho se encuentra garantizado con todas las justificaciones apetecibles, en el *Estudio* á que nos permitimos remitir de nuevo al lector.

En una palabra, puede afirmarse con confianza que cuanto mas profunda es la ciencia, mejor justifica que la doctrina del cristianismo sobre este punto, es la creencia comun del género humano, conservada por una tradicion mas pura y comprobada en su objeto.

El cristianismo, como se sabe ya, nos enseña que el ángel rebelde y caído por la falta irremisible que habia cometido en el cielo, se convirtió en autor del mal sobre la tierra. Cuando crió Dios los espíritus puros, dice Bossuet, les dió parte en su inteligencia y en su poder: al someterlos á su voluntad, quiso, para la buena economía del mundo, que las naturalezas corporales é inferiores les estuvieran sometidas segun los límites que les habia prescrito. Los ángeles prevaricadores y rebeldes nada perdieron en su caída de las ventajas y dones de su naturaleza: ni el poder, ni el vigor, ni la actividad; todo en ellos está por completo, excepto su justicia y santidad, y consiguientemente su beatitud. Les quedó la inteligencia tan penetrante y sublime como antes, y como restos de su horrible naufragio les quedó tambien la fuerza de voluntad para mover los cuerpos. Pero Dios se lo cambió todo en mal, y lo que se les habia dado para que les sirviera de adorno, se les convierte ahora en suplicio. Se han hecho soberbios, mentirosos y envidiosos, y están reducidos, por su desgracia, al triste y repugnante destino de tentar á los hombres; no quedándoles nada de la felicidad de que gozaban en su origen, mas que el oscuro y maligno placer de encontrar culpables que puedan hacerse cómplices suyos, y desgraciados que puedan llegar á ser compañeros de su infelicidad (1). Sin embargo, cualquiera que sea la malicia de los demonios, no pueden ejercer su poder sin permiso de Dios, que contiene su furor en ciertos límites, que restringe en ellos, segun le place, la libertad de dañar á los hombres, y que se la da mas ó menos grande, conforme su soberana sabiduría lo juzga conveniente á los intereses de su gloria, al castigo de los pecadores y al perfeccionamiento de los justos.

Al principio, este perverso poder se dejó contra el hombre en toda la fuerza nativa de su libertad, para procurarle su ejercicio y darle lugar de añadir á la perfeccion de su naturaleza la de su voluntad.

El hombre sucumbió en la prueba, y su enemigo salió vencedor. Este último conservó sobre él un imperio maléfico, por cuyo medio lo arrastró á toda clase de errores y desórdenes, hasta hacerse adorar por él y convertir sus mismos crímenes en una religion y en divinidades.

Pero Dios, que habia permitido aquella fatal prueba de la humana debilidad y de la malicia de los demonios, debia hacernos probar á su vez su misericordia y omnipotente bondad, abatiendo á nuestro enemigo en lo mas cabal de su triunfo, conforme á aquella antigua promesa, tantas veces renovada por los profetas: *Pondré enemistad entre ti y EL HIJO DE LA MUJER, y quebrantará tu cabeza, y no podrás hacer mas que morderle en el calcañar.*

Tal era la grande mision del libertador Jesucristo.

La explicacion que apeteciamos se entrecree ya:

Viniendo Jesucristo á echar al demonio del mundo, en el que reinaba como señor, debia manifestar en este sentido su poder. La malicia del demonio, que solo habia alcanzado engañar á los hombres, cegándolos para que no la conocieran, debia ser manifestada en toda su perversidad é impotencia. Para hacer la operacion de nuestro rescate mas sensible y mas convincente, era preciso que el principio del mal fuese públicamente presentado en todo su horror y miseria: era preciso que se abriera lucha entre él y nuestro Salvador, y que la accion de nuestro enemigo se hiciese mas ostensible, para que fuese tambien mas patente la omnipotencia que de ella nos libertaba. Para justificar que era verdaderamente el Salvador de las almas, debió aparecer Jesucristo Salvador de los cuerpos; y para que apareciese Salvador de los cuerpos, hasta el punto de que se conociese tambien que era Salvador de las almas, debió permitir que el mismo maléfico poder que poseia las almas, posesese tambien algunos cuerpos; de manera que arrojándolo de estos cuerpos, apareciese claramente que podia arrojarlo de las almas, y que era efectivamente nuestro LIBERTADOR. Por esto, cuando quiso Jesucristo manifestarse, permitió á los demonios que se manifestasen tambien y que imitasen en cierta manera su encarnacion, á fin de que se hiciesen visibles hasta cierto punto y corporales, uniéndose al cuerpo del hombre con el designio de dañarlo; y que, estando atados con las cadenas que su malicia habia formado, fuesen de este modo conducidos ante su Juez y Señor, condenados por él en público como espíritus impuros, y echados en seguida del templo interior que habian usurpado para mancharlo, y de todos los templos exteriores, en los cuales ocultaban, bajo las apariencias de una mentida majestad, al mas vergonzoso abatimiento y la miseria mas profunda de que la criatura puede ser capaz. Nada comprende la incredulidad en el pasaje de los poseídos de Gerasa, y de la peticion que hicieron á Jesucristo los demonios que los atormentaban, para que los echara á una piara de puercos; pero nada hay mas significativo cuando se considera á aquellos ángeles, en otro tiempo de luz, y que eran de los

(1) Bossuet, *discurso sobre los Misterios*.

primeros en la presencia del Todopoderoso, aquellos espíritus de mentira convertidos en príncipes del mundo, en el que se hacían adorar por todas partes como dioses, obligados á poner de manifiesto la enormidad de su usurpación y la bajeza de su miseria, hasta el punto de convertir en templo suyo el cuerpo de aquellos viles animales, y de pedirle á Jesucristo como una gracia: *et deprecabantur cum spiritibus dicentes: Mitte nos in porcos!!!* (1)

Cuando se preguntó á Jesucristo, por qué el ciego de nacimiento á quien iba á curar se hallaba afligido por aquella enfermedad, Jesús contestó. "No nació ciego porque pecó él ni los que le pusieron en el mundo, sino para que resplandecieran en él las obras de Dios." Esta explicación de la boca del Salvador se adapta perfectamente á nuestro asunto; y á la pregunta: ¿Por qué había poseído en tiempo de Jesucristo? la respuesta que se debe dar es esta: *Para que resplandeciesen en ellos las obras de Dios.* Por el milagro de la curación del ciego de nacimiento y de otras enfermedades, aparecía Jesucristo muy superior á la naturaleza; pero esto no bastaba para caracterizar su divinidad, pues otros antes de él habían hecho iguales prodigios. La cualidad especial, sobre todo, con que venía de LIBERTADOR del mundo y vencedor de Satanás, no resaltaba visiblemente en estos actos. Podía creerse, según la antigua opinión de los magos, que se había difundido por todo el Oriente, y que reapareció después en los maniqueos y albigenes, que el poder del demonio era independiente del de Dios; podía negarse, con los saduceos y materialistas, la existencia de aquellos espíritus ó su influencia; podía reconocerse con los paganos esta influencia, pero equivocarse acerca de su naturaleza hasta tributarle los honores de la divinidad; podía conocerse, en fin, como los judíos, la verdadera naturaleza y la influencia verdadera de los demonios, pero sin considerar á Jesucristo mas que como un profeta semejante á Moisés, ó acaso como un hechicero parecido á aquellos á quienes Moisés había confundido. Todos estos errores debían ser disipados por medio de hechos decisivos. Era necesario que el hijo de Dios *hiciera obras que nadie hubiese hecho*, como él mismo dice; y que mandase, no solamente á la tierra, sino también en los infiernos. Era necesario que el enemigo del género humano apareciese debajo de sus plantas con todo su furor y su dependencia, proclamando por su propia boca el triunfo de su vencedor.

Por esto cuando aquellos espíritus ímundos veían á Jesucristo, se presentaban ante él, y gritando decían: *Tú eres el hijo de Dios* (2), *déjanos; ¿qué tienes tú con nosotros, Jesús de Nazaret? ¿has venido á destruirnos? Conocemos bien quién tú eres, el Santo de Dios* (3); *¿has venido á atormentarnos? no nos echas todavía, no nos precipites aún en el eterno abismo, y permítenos entradamente entrar en el cuerpo de los mas viles animales; pero el Salvador, con evangélica majestad, extendía su mano soberana y*

decía: *Espíritu inmundo, calla y sal de ese hombre*, y al instante, en medio de las convulsiones de la rabia mas espantosa, dejaba el infierno su presa, y *stupabant omnes in magnitudine Dei* (4).

A la vista de la resurrección de un muerto, el pueblo había glorificado á Dios, diciendo: *Ha aparecido un gran profeta entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo* (5). Mas al ver arrojados los demonios, se apoderaba de las almas un respetuoso terror, y se preguntaban todos: *¿Quién es este, y qué nueva doctrina es esta, pues su poder se extiende hasta sobre los demonios, á quienes manda y de los cuales es obedecido? ¿Será este el hijo de Dios que estamos esperando?* En vano quieren los fariseos alcanzar á la multitud, diciendo: *Es verdad que echas los demonios, pero ¿no veis que lo haces en nombre de Belcebú, príncipe de los demonios, de que está poseído?* pues dan lugar con esto á aquel incontestable argumento de Jesucristo, que confirma todos nuestros raciocinios: *Todo reino dividido contra sí mismo, sería desolado al instante. Si Satanás echase fuera á Satanás, está dividido contra sí mismo. Y si yo lanzo los demonios, no puedo hacerlo en nombre de Belcebú, sino por la virtud de Dios...* Por CONSIGUIENTE HA LLEGADO PARA VOSOTROS EL REINO DE DIOS (6).

La oposición de los reinos se manifestaba efectivamente en la estremada diferencia que la curación de los poseídos ponía entre los dos reyes, y la visible expulsión de Satanás ponía de relieve la aparición del hijo de Dios: *in hoc apparuit filius Dei, ut dissolvat opera diaboli* (7).

Esta es la razón por qué continuaron siendo frecuentes, después de la resurrección de Jesucristo, los casos de posesión; es decir, para que los apóstoles y sus discípulos pudiesen mostrar á todo el mundo cuál era su poder. Por esto vemos que los primeros depositarios de este poder se entusiasmaban al reconocerlo en sí, pues en el Evangelio se nos dice, que después de haberlo ensayado *tolerieron y dijeron al Salvador: Señor, hasta los demonios te nos someten por la virtud de vuestro nombre* (8). ¿Qué confianza y qué valor no debía inspirar en efecto á los apóstoles y á sus sucesores esta prueba de la divinidad de quien eran ministros! ¿Qué tenían que temer unos hombres que hacían temblar á los demonios? y ¿qué prenda de la verdad de aquellas palabras: *Confidete, ego vici mundum*! En esto, en los milagros que obraba, y sobre todo en su poder sobre los demonios, manifestado en la curación de los poseídos, se encuentra el secreto de su audacia en atreverse contra el universo pagano, y de su rápido triunfo. Así vemos en los *Hechos de los Apóstoles*, que uno de los mayores pasos que dió en sus principios la doctrina cristiana, se debió al hecho que hemos referido ya de los falsos exorcistas judíos, y del mal que les resultó de haber querido remediar á S. Pablo en el uso que hacía del nom-

(4) Luc., XI, 43.

(5) Luc., VII, 16.

(6) *... Igitur pervenit in vos regnum Dei.* Mat., XII, 28

(7) Juan, cap. x, v. 3.

(8) Luc., X, 17.

(1) Marc., V, 12.—Luc., VIII, 31.

(2) Marc., III, 11.

(3) Luc., IV, 34.

bre de Jesucristo: "Habiéndose hecho público este suceso, dice la historia santa, á los judíos y gentiles que moraban en Ríeso, se apoderó de todos el temor (*cecidit timor super omnes*), y fué ensalzado el nombre del Señor Jesus. Y muchos de los que habian creído, venian confesando sus pecados. Y muchos de los que se daban á las ciencias ocultas, trajeron sus libros y los quemaban delante de todos. De este modo crecía mucho y tomaba nuevas fuerzas la palabra de Dios." (1)

Este elemento de conversion se hizo principalmente poderoso cuando el cristianismo, salido de la Judea, se encontró frente á frente con el paganismo, que era mas particularmente la obra del espíritu de mentira. Entonces, segun hemos visto por medio de tantos y tan valerosos testimonios, permitió Dios que los demonios se acusasen en alta voz á sí mismos por boca de los poseídos, como autores y objeto de aquel culto infame y estravagante que deshonraba á la especie humana. ¿Qué impresion no debía hacer en los paganos el espectáculo, frecuente á la sazón, del poder de los cristianos sobre los demonios, y de la confesion de estos, que declaraban que eran sus dioses! espectáculo al cual los cristianos los convidaban con tanta confianza, y que á veces se ofrecían á presentárselo en público y en las mismas gradas de sus tribunales. Aun cuando este hecho nos pareciese extraño, no podríamos dudar de él seriamente, si considerásemos: 1.º, la conducta de los cristianos, tan unánime, tan abierta y tan resuelta, no solamente en atestiguarlo, sino en ofrecerlo como prueba de su fé; 2.º, el silencio de sus mas violentos enemigos, que provocados sin cesar acerca de un punto tan decisivo, no contestan ni una sola palabra; 3.º, en fin, el gran número de conversiones que producía, y la conquista que hizo luego de todo el paganismo. Esta es en efecto una de las cosas que mas sirvió al progreso del cristianismo entre los paganos, porque era la que mas visiblemente se adaptaba á su objeto, como mas arriba dijimos, y como lo confirma el siguiente lenguaje de Tertuliano. "El poder que sobre los demonios tenemos, dice á los paganos, nos viene del nombre de Jesucristo y de las amenazas que les hacemos de su parte y de la de Dios. Temiendo al Cristo en Dios y á Dios en el Cristo, se sujetan á los servidores de Dios y del Cristo. Por esto delante de nosotros y á nuestro mandato, asustados con el pensamiento y por la imagen del fuego eterno, los vereis salir de los cuerpos llenos de furor y cubiertos de vergüenza: si los creéis cuando os engañan, creedlos asimismo cuando os dicen la verdad.... Los testimonios de vuestros dioses están haciendo muchos cristianos, porque no se les puede creer sin creer en el Cristo. Sí, ellos inflaman la fé en nuestras santas Escrituras, afirman los fundamentos de nuestra esperanza.... Todas esas confesiones de vuestros dioses, que declaran que no son tales dioses y que no hay mas Dios que el de los cristianos, es sin duda bastante para justificarnos y convencernos de que adorais la mentira.... Creo que nada tengo

que añadir á mi demostracion de la falsedad de vuestros dioses y de la verdad del nuestro. *Hasta la autoridad de vuestros dioses* ha venido á poner el sello á la evidencia y á la fuerza del raciocinio."

Después de esto, ya todos comprenderán por qué los hechos de posesion tuvieron principalmente lugar en la época de la venida de Jesucristo, y por qué se reprodujeron mientras que el cristianismo tuvo que disipar las tinieblas del paganismo. Para que estas tinieblas se disipasen, era necesario que apareciesen tales, y que la luz se hubiese manifestado ya tal como era. Aquel suceso debía verificarse por oposicion, y por una oposicion sensible, como lo era todo entonces. Para esto no bastaba que la luz brillase en las tinieblas; las tinieblas no la hubieran conocido: era preciso que aquellas tinieblas se acusasen á sí mismas, y que el mismo espíritu que tenia cegadas á las almas contribuyese á disiparlas. Advertidas de este modo por la autoridad misma de su error, no tenían que hacer mas que una operacion de fé para suscribir á la verdad, esperando conocerla después en sí misma. Por la misma razon debió cesar este medio extraordinario de revelacion cuando el error estuvo ya enteramente relegado á los abismos, y su imperio hubo cedido á la verdad.

Para comprender esta explicacion, y en general todo el mecanismo de la revelacion cristiana, es menester no perder jamas de vista lo que hemos dicho muchas veces: que la verdad divina, dirigiéndose á inteligencias libres, debe proporcionarles la luz de tal manera, que puedan conocerla siempre por la evidencia, pero que procuren asimilársela tambien por la fé; que sean convencidas sin ser violentadas, y que, á la manera del aire que entra en los pulmones, este aire vivificante del alma no le falte nunca, pero que solo entre por *aspiracion*. Por esto, durante la vida de Jesucristo, y en todas sus acciones, lo vemos sucesivamente manifestarse y ocultarse, atraernos con los milagros y desesperarnos con los misterios, hablar por parábolas, para que *viendo no veamos, y oyendo no entendamos*, es decir, para que tengamos algo que *mirar*, que *oír* y que *creer*, á fin de que tengamos algo que *descubrir*, que *hacer* y que *merecer*. Este es en particular el motivo porque observamos que atempera el testimonio que de él daban los demonios; no queria precipitar ni que se hiciese fuera de tiempo la manifestacion de una verdad que no queria hacer conocer sino por grados y segun la disposicion de los espíritus; esto es el motivo, en fin, por que semejante testimonio debió desaparecer del mundo, cuando victoriosamente ya aquella verdad del mundo, cerró ella misma sus puertas, y colocada delante de ellas perpetuamente, ha ido realizando siempre esta promesa: NO PREVALECIERAN.

Así se explican los estados de posesion en su relacion con el cristianismo, su frecuencia en su origen y su disminucion después de su establecimiento. Independientemente de esta explicacion, hemos visto ademas la prueba histórica de su existencia. Por consiguiente, tan solo un severo pirronismo podría dudar ya de una verdad que tiene á su favor

(1) *Hechos de los Apóst.*, cap. 19, v. 17—20.

dos garantías, cuya concordancia constituye en todas las cosas la certidumbre trascendental: el hecho y su ley. Cuando por una parte se tiene la prueba histórica de un hecho, y por otra una ley que lo explica; y cuando esta ley y aquel hecho se concuerdan, se corresponden y funcionan, por decirlo así, el uno en el otro con libertad y exactitud á la vez, se tiene en tal caso la mas alta certidumbre posible, la certidumbre completa, la certidumbre viva, porque se combina entre lo físico y lo moral, entre el hecho y la idea; y esta certidumbre es aún tanto mas fuerte cuanto mas singular es el hecho, pues que su conformidad con la ley que lo explica es una expresión tanto mas rigurosa de su verdad.

Después de haber así disipado las varias preocupaciones que se forman de ordinario, tocante á la verdad de los milagros, volvamos ahora á sentarnos sobre el fundamento general de su admisión.

§ II.

I. "Soy de parecer que es necesario creer en el gran principio de los milagros, ó venir á parar á la conclusión absurda, si no inconcebible, de que el Cristo era un bribon y sus discípulos unos mentecatos ó unos impostores."

Estas palabras son de un hombre que ha hecho una revolución completa en la ciencia histórica, por la feliz osadía de sus investigaciones, el célebre Nieburh (1). El mismo amor de la verdad, que le hizo trastornar el campo fabuloso de la mayor parte de los orígenes de la historia, le hizo reconocer la solidez inamovible de los orígenes del cristianismo y del grande hecho de los milagros, que es su primer elemento. Tal es siempre y en todas las cosas el resultado de la verdadera ciencia: encontrar la religion al buscar la verdad; y no puede dejar de ser así, puesto que ambas son una misma cosa.

La razón que Nieburh da de la verdad de los milagros no es la única, pero es la mas decisiva.

Antes de pesar la prueba de un milagro, el primer movimiento es sin duda no creer en él, porque es opuesto al curso natural de las cosas. Pero este curso, natural en sí mismo, no es inviolable y necesario; es modificable bajo la acción del que lo estableció. Un milagro, en una palabra, es inverosímil, pero no inconcebible ni físicamente imposible. Hay inverosimilitud, pero no imposibilidad.

Con respecto á la prueba, en cuanto presenta los caracteres que se encuentran en el testimonio de Jesucristo y de los apóstoles, ya es otra cosa: aquí hay imposibilidad de que esta prueba sea falsa. El orden moral se diferencia en efecto del orden físico, en que aquel es necesario y este no. No hay contradicción física en que un muerto resucite, y la hay moral en que un hombre veraz sea impostor. Y cuando los motivos de creerlo veraz son tan poderosos, tan eminentes y tan necesarios como los que nos ofrecen Jesucristo y sus apóstoles, es violar todas las nociones del orden moral y del sentido co-

mun, ó incurrir en absurdo, creerlos al mismo tiempo capaces de una impostura tan grosera como la de haber hecho y acreditado milagros falsos.

Por un lado hay, pues, simplemente inverosimilitud, y por el otro palpable absurdidad. La razón no puede por lo mismo vacilar en creer en los milagros, y esto es lo que hacia decir á Nieburh: "Soy de parecer que es necesario creer en el gran principio de los milagros, ó venir á parar á la conclusión absurda, si no inconcebible, de que el Cristo era un bribon y sus discípulos unos mentecatos ó unos impostores."

Es curioso ver á Rousseau dar vueltas al rededor de este argumento, y probar su fuerza por medio de los lastimosos sofismas á que recurre para eludirlo.

No se atreve á decir que Jesucristo es un impostor y el Evangelio un tejido de falsedades; procedería demasiado directamente contra aquel elocuente instinto que le hizo decir con tanta exactitud: "Si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y muerte de Jesus son de un Dios, y que el Evangelio encierra caracteres de verdad tan grandes, tan luminosos, tan perfectamente inimitables, que su inventor seria mas admirable que su héroe (2)." No es este su camino, y vamos por otra parte que renueva su profesión de fe y se indigna porque se la pone en duda: "Observad bien, Señor, dice, que suponiendo á lo mas alguna amplificación en las circunstancias, yo no abrigo ninguna duda acerca de todos los hechos (consignados en el Evangelio); esto es lo que dije, y no creo superfluo repetirlo. . . . Nuestros hombres de Dios quieren á toda costa que haya hecho de Jesus un impostor. Se calientan los cascos para contestar á esta indigna acusación, á fin de que se crea que yo la hice (3); la suponen con aire de certidumbre, insisten en ella, y vuelven afectuosamente á la carga. ¡Ah! si esos buenos cristianos pudieran arrancarme al fin alguna blasfemia, ¡qué contentos estarían!" (4)

Tenemos, pues, según él mismo, que Rousseau está muy lejos de querer hacer de Jesus un impostor, y de abrigar la mas ligera duda sobre el fondo de todos los hechos consignados en el Evangelio.

—¿Luego son verdaderos los milagros?

—¡Nada de esto: no quiere reconocerlos, y bajo las apariencias de una duda filosófica los niega formalmente.

—¿Cómo puede ser esto? ¿Se queda quizás sin decidirse á causa de alguna falsa razón de imposibilidad de los milagros, que equilibraría la imposibilidad de impostura en Jesucristo?

Lejos de esto, reconoce que los milagros son posibles: "Castigar á quien los negase, dice, seria hacerle demasiado honor; bastaría encerrarlo. ¿Quién ha negado jamas que puede Dios hacer milagros? (5)

Si los milagros son por una parte posibles, y por otra es imposible ver un impostor en Jesucristo que

(2) *Emilia*, lib. 4.

(3) No se equivocaban, como después veremos; pero creamos entre tanto á Rousseau: seria exigir demasiado quererle poner de acuerdo consigo mismo.

(4) *Cartas de la Montaña*, p. 104.

(5) *Id. id.*, p. 104.

(1) Citado en la *Revista Británica* del mes de Diciembre de 1840.

los hizo ya, y dudar de la verdad del Evangelio que los refiere, deberemos llegar á esta conclusion: luego los milagros son necesariamente verdaderos.

Rousseau, lo repetimos, se resiste á esta conclusion; pero todo su talento y toda su dialéctica no bastan á evitarle una contradiccion tan palpable, sino por medio de sofismas vergonzosos. Conviene esponerlos, no para convertir personalmente su autoridad, cuya influencia se ha ido debilitando ya mucho, sino para demostrar con su ejemplo que todo el genio del hombre no puede hacer mas que disparatar, si trata de emplearse en contra de los fundamentos de nuestra fé.

Oigamos, pues, las esplicaciones de la incredulidad de Rousseau en los milagros. Estas esplicaciones deben ser graves, poderosas y decisivas; pues no puede serse incrédulo sino apoyándose en la razon, en una excesiva é imperiosa razon: veamos, pues, lo que va á hacer por sí misma esa soberbia razon que se opone tantas veces á la fé.

"Jesus, ilustrado por el espíritu de Dios, poseia lucas tan superiores á las de sus discípulos, que no es raro que obrase una multitud de cosas extraordinarias, en las que la ignorancia de los espectadores vió prodigios donde no los habia. ¿Hasta qué punto, en virtud de estas lucas, podia obrar por medios naturales, desconocidos á aquellos y á nosotros? He aquí lo que no sabemos ni podemos saber." (1)

La claridad, dijo Vauvenargues, es la buena fé de los filósofos. Con este título nos seria permitido dudar de la buena fé de Rousseau en el pasaje citado, pues es bastante oscuro. Veamos de esclarecerlo.

Jesus, ilustrado por el espíritu de Dios, no es seguramente un impostor: he aquí lo que es claro y en lo que se conviene; no lo olvidemos:—*obró una multitud de cosas extraordinarias*, ¿con qué objeto? sin duda para acreditar su mision: he aquí lo que es claro tambien. —¿Qué carácter daba á lo que queria que se reconociese en su mision? un carácter divino; esto es incontestable, y Rousseau no lo niega.—Luego era preciso que la multitud de cosas extraordinarias que hacia con este objeto, *pareciesen*, no solamente *extraordinarias*, sino *divinas*, es decir, *sobrenaturales*; tal debia ser su intencion, su voluntad. Rousseau lo reconoce implícitamente, y no podia dejar de suceder.—Esas cosas, que debian parecer sobrenaturales, lo eran en efecto ó no? No lo eran, dice Rousseau: *la ignorancia vió prodigios donde no los habia*.—Aquí tenemos el blanco de la dificultad: Jesus, ilustrado por el espíritu de Dios, debia conocer esta ignorancia de los espectadores y su equivocacion. Por consiguiente especulaba con aquella ignorancia y autorizaba esta equivocacion; inducia á sabiendas y necesariamente á los espectadores, y con ellos á la especie humana, en error, pues daba cosas naturales por sobrenaturales.

Hé aquí la cuestion:

Especulando Jesus con la ignorancia de los espectadores, haciéndoles tomar lo que no era por lo que era, *imponiéndoselo*, ¿hubiera sido un impostor?

Razon incrédula, si eres verdadera razon dirás SI, á menos que quieras mentirte á tí misma; si dices NO, eres absurda.—Sin embargo, Rousseau dice NO; protesta en seguida contra la *indigna acusacion*, la *blasfemia* que hiciese de Jesucristo un impostor.—Tal vez lo hemos comprendido mal, ó hemos analizado mal su pensamiento: dejémosle hablar á él mismo y que se explique por medio de analogías y ejemplos.

"Todo cuanto puede decirse de quien se gloria de hacer milagros, es que hace cosas muy extraordinarias; pero ¿quién niega que se hagan cosas extraordinarias? (¡Sofista!!!) Yo mismo, yo, he visto cosas de estas, y LAS HECHO TAMBIEN.... En 1743 ví en Venecia unas suertes mas nuevas y raras que las de Prenesta. El que las queria consultar entraba en un gabinete, en donde, si queria, permanecia solo. Arrancaba una hoja cualquiera de un libro en blanco que allí habia, y en seguida, guardando la hoja, preguntaba, no en voz alta, sino mentalmente, lo que queria saber. Luego doblaba su hoja blanca, la envolvía y sellaba, y la colocaba en un libro que tambien sellaba. por fin, despues de haber recitado ciertas fórmulas estrambóticas, sin perder su libro de vista, sacaba de él su papel, reconocia el sello, lo abria y encontraba su respuesta escrita en él. El mago que hacia estas suertes se llamaba J. J. Rousseau. Me contentaba con ser hechicero, porque era modesto; pero si hubiese tenido la ambicion de ser profeta, ¿quién me hubiera impedido pasar por tal?.... El gabinete del abate Nollet es un laboratorio de magia, las recreaciones matemáticas son una coleccion de milagros; ¿qué digo? hasta abundan en las ferias; *el aldeano de Nortolandia*, que he mil veces visto encender con su cuchillo su lumbre, tiene medios para subyugar á todo el pueblo, aun en Paris; ¿qué creéis que hubiera podido hacer en Siria?" (2)

Despues de haber de este modo comparado á Jesucristo al *aldeano de Nortolandia*, y lo que es peor, á sí mismo, Rousseau esclama: "Nuestros hombres de Dios quieren á toda costa que yo haga de Dios un impostor," etc.

¿No es esto bastante para confundir á la incredulidad en uno de sus primeros corifeos, y presentarla de este modo ante el pudor y el buen sentido?

Lo peor que aquí hay es que Rousseau pretende tener una *fé sólida y segura* en la revelacion de Jesucristo, y que no rechaza los milagros sino porque se hallan á la altura de esta fé, como si rechazándolos no colocase á Jesucristo en el rango de impostor y no zapase en consecuencia esta fé por su base.

Tampoco teme erigir estas extravagantes contradicciones en sistema, como hemos visto al principio del presente *Estudio*. Sostiene que Dios debió dar á su revelacion diversos caracteres, segun el grado de inteligencia de los espíritus: *la belleza y sanidad* de la doctrina para los buenos pensadores, y los *milagros* para el vulgo; pero con la diferencia de que no hay signo *verdaderamente cierto* sino el que

(1) *Cartas de la Montaña*, p. 155.

(2) *Cartas de la Montaña*, p. 107 y siguientes.

resulta de la doctrina; pues los milagros que la BONDAD DIVINA, prestándose á las flaquezas del vulgo, se complace en presentarle como pruebas adecuadas á su capacidad, no tienen necesidad de ser reales, basta que sean aparentes, siendo, como es, el pueblo incapaz de hacer esta distinción: por esto aquellos milagros, aunque emanados de Dios, son equívocos á los ojos de las personas instruidas y de los buenos pensadores, como se probará mas adelante (1), es decir, por los ejemplos del aldeano de Nortolandia y del mismo Rousseau.

Estos son los expedientes de la incredulidad; estas son las graves razones, las convincentes teorías, las nobles concepciones de la divinidad, los motivos satisfactorios que la hacen romper con la fe cristiana. Justo Dios! ¿le redargüiremos? ¡ah! la sangre hierve en las venas; no sabe uno dónde está... ¿Son esos los fundamentos de vuestra incredulidad? Nuestra fe los tiene sin duda mas seguros.

Se preguntará acaso por qué Rousseau, que pretende tener una fe sólida y segura en la revelación de Jesucristo, que reconoce la verdad del Evangelio y la posibilidad de los milagros, y que reconoce asimismo la apariencia de los milagros de hecho y en teoría, se detiene aquí, y se obstina á toda costa en desconocer la realidad de los milagros. ¿De dónde nace ese invencible horror que manifiesta por los milagros, hasta el punto de prescindir de toda razón antes que consentir en ellos, y de someter á la divinidad á una necesidad de impostura antes que someter su espíritu á una necesidad de fe; al mismo tiempo, lo repetimos, que aspira á esta fe por otro camino, por el del raciocinio, y apoyándose en el carácter de belleza y santidad de la doctrina? Lo difícil, sin duda, no consiste tanto en creer en los milagros como en la divinidad de Jesucristo; y si se cree en la divinidad de Jesucristo, ya no es difícil creer en los milagros; al contrario, lo difícil es no creer en ellos. ¿De dónde nace, pues, esa repugnancia contradictoria en Rousseau?

Vamos á decirlo: la creencia en los milagros importa la creencia efectiva, seria, real é irrevocable en la divinidad de Jesucristo. Es una puerta cerrada á todo retorno á la incredulidad. Es un hecho reconocido, un hecho simple, y sobre el cual no hay que insistir, á no ser para deducir de él explicaciones. Es la vía de la autoridad.—La creencia, empero, en la revelación por la vía del raciocinio y sobre la belleza y santidad de la doctrina, permite al mismo raciocinio que hoy la reconoce, desconocerla mañana; no liga, no obliga irrevocablemente, y cuando no hay otro motivo que os adhiera á ella, os deja flotar en un estado indefinido de licencia que permite creerlo todo y no creer nada, é ir desde el ateísmo hasta el bautismo de las campanas, como decía muy ingeniosamente Diderot, hablando de Rousseau. Es una creencia ambulante.

Por consiguiente, el verdadero motivo que hace que Rousseau no crea mas que en la apariencia de los milagros, es que no tiene mas que una apariencia de fe en Jesucristo, y se convierte por lo mismo

en una prueba viva de la conveniencia, de la necesidad de los milagros [y por consiguiente de su realidad] para todos los entendimientos, y sobre todo para los buenos pensadores, porque necesita la razón humana algo que la fije, cuanto mas activa es, y permitiéndole ejercitarse y desarrollarse en la comprensión y aplicación de la doctrina, la obliga por una razón de autoridad á no separarse de ella y á no perder su libertad en su licencia.

Por esto vemos que la fe sólida y segura de nuestro buen pensador, tan pronto proclama la divinidad de Jesucristo (2), tan pronto reconoce solamente que se hallaba ilustrado por el espíritu de Dios (3), tan pronto no ve en él mas que al mejor y mas amable de los hombres (4), tan pronto, en fin, ¿quién lo creyera! naufraga completamente y hace traición á todo lo que con tanta pena hemos deseado de todos sus sofismas en el siguiente pasaje. "Se nos presenta un hombre que nos habla este lenguaje: Mortales, os anuncio la voluntad del Altísimo, reconoced en mis palabras al que me envía. Yo mando al sol que cambie su curso, á las estrellas que se coloquen de otro modo, á las montañas que se aplanen, á las olas que se levanten como montañas y á la tierra que tome una forma distinta. ¿Quién no reconocerá en semejantes maravillas al dueño de la naturaleza? Esta no obedece á los impostores, que hacen sus milagros en las encrucijadas, en los desiertos y dentro de las casas; por esto no son creídos mas que de un corto número de espectadores, dispuestos siempre á creerlo todo." (5)

He aquí, pues, á Rousseau llegado espontáneamente al punto á que queríamos obligarle, á aquella indigna acusación, á aquella blasfemia, cuya suposición tanto le indignaba: la inescusable lógica de la alternativa lo ha atraído de la incredulidad en los milagros, á la conclusión de que el Cristo era un bribón, y sus discípulos mentecatos ó impostores.

Conclusión absurda y horrible, como dice Nieburh y dijo el mismo Rousseau, pero necesaria, no creyendo en el gran principio de los milagros.

Por consiguiente, el ejemplo irrefragable de Rousseau prueba evidentemente que, A MENOS DE PARAR A LO ABSURDO, ES PRECISO CREER EN EL GRAN PRINCIPIO DE LOS MILAGROS.

Podríamos confirmos á este argumento, por ser aun solo y aislado, un fundamento racional y decisivo de la fe cristiana. Es necesario no perderlo jamas de vista, y llegar en definitiva á fijarse en él, porque es simple, y el punto sobre que gira, LA VERACIDAD DE JESUCRISTO Y DEL EVANGELIO, es de una necesidad absoluta y tiene sus raíces no solamente en la razón, sino en el sentido íntimo, en el corazón, en el alma y en todas las facultades de nuestro ser moral. Los milagros tienen de admirable para los que no los presenciamos, que enlazan la divinidad de Jesucristo con su veracidad. Y como á medida que vamos adelantando, esta veracidad

(1) *Cartas de la Montaña*, p. 88.

(2) *Emilio*, lib. 4.

(3) *Cartas de la Montaña*, p. 115.

(4) *Id. id.*, p. 138.

(5) *Emilio*, lib. 4.

se va revelando mas en sus frutos de civilizacion y de vida, se hace por consiguiente mas palpable la necesidad de creer en los milagros que ella nos garantiza, y por ellos en la divinidad, que es su consecuencia, á medida que nos vamos alejando de la época en que tuvieron lugar. En tiempo de Jesucristo, y durante los primeros siglos del cristianismo, habia, es verdad, la impresion inmediata de los milagros, pero no habia la esperiencia y la civilizacion de costumbres y de ideas que nos hacen admirar en el dia toda la belleza y perfeccion del carácter de Jesucristo. Por esto era despreciado este carácter, y los incrédulos, como Juliano, Celso y Porfirio, no vacilaban en calificar á Jesucristo de impostor, y eludian por este medio la autoridad de los milagros, que decian hechos por el artificio de la magia. ¿Quién se atreveria en nuestros dias, aun entre los mas declarados incrédulos, á proferir un absurdo semejante? La incredulidad de nuestra época no puede ya dejar de reconocer la belleza del carácter de Jesucristo. Pronuncia así su propia sentencia, y para evitar el adorarlo como Dios, procura exaltarlo como hombre. Pero sin advertirlo, se obliga ella misma á ello, dando á los milagros un apoyo de que habian carecido hasta el presente, y que nos fuerza á deducir por ellos, como hemos visto ya, de la belleza moral del carácter de Jesucristo, su divinidad.

Este argumento, que á causa de su oportunidad lo hemos presentado por dos veces en el curso de nuestros *Estudios*, es en la actualidad el primer fundamento de la verdad de los milagros: vamos á añadir algunas reflexiones, no para fijar esta verdad, sino para hacerla mas familiar.

II. No tomamos en particular á Rousseau, hemos dicho ya, para combatir personalmente su autoridad; se desvaneció ya la fascinacion de su *bello estilo*, y el sofista, mostrándose á traves de la máscara del filósofo, ha deprimido la gloria del escritor. Nada es bello si no es verdadero. La misma falsedad es menos repugnante cuando se encubre con el disfraz de la verdad. En este caso es doble falsedad. Y este es el sello con que la posteridad ha marcado ya á Rousseau. (1)

No atacamos á Rousseau, sino á la incredulidad en general en su persona, porque al fin y al cabo no le faltó talento y genio, y de seguro nadie hubiera sostenido mejor que él la causa de la incredulidad, si esta causa hubiera podido ser defendida; ella fué quien lo desacreditó. Si se nos abandona, pues, la persona de Rousseau, se nos abandona la causa de la incredulidad; si no se quiere abandonar la causa de la incredulidad, no concebimos que sea por un motivo que Rousseau no haya hecho valer ya con mas habilidad que cualquiera otro, principalmente en lo que atañe á los milagros. Por lo mismo seguiremos discutiendo con este célebre deista.

1. He aquí uno de sus argumentos mas especiosos. Está sacado de su diálogo muy poco filosó-

fico entre *el pensador y el inspirado*, en el libro cuarto de su *Emilio*.

EL INSPIRADO.—... Mis pruebas no tienen réplica; son de un orden sobrenatural.

EL PENSADOR.—¿Sobrenatural! ¿qué significa esta palabra? no la comprendo.

EL INSPIRADO.—Cambios en el orden de la naturaleza, profecías, milagros y prodigios de toda especie.

EL PENSADOR.—¿Prodigios, milagros! no he visto nunca nada de todo esto.

EL INSPIRADO.—Otros lo vieron por tí. Infinidad de testigos... el testimonio de los pueblos...

EL PENSADOR.—¿Es de un orden sobrenatural el testimonio de los pueblos? (2)

EL INSPIRADO.—No; pero cuando es unánime es incontestable. (3)

EL PENSADOR.—No hay nada mas incontestable que los principios de la razon, y no se puede autorizar un absurdo apoyándose en el testimonio de los hombres. (4) Todavía mas: veamos las pruebas sobrenaturales, pues la atestacion del género humano sobre ellas no es unánime... ¿Quieres saber á qué se reducen tus pretendidas pruebas sobrenaturales, tus profecías, tus milagros? ¿á creer todo esto bajo la fé de otro!

EL INSPIRADO.—¿Oh corazon endurecido! la gracia no te habla.

No es esto lo que *el inspirado* le hubiera contestado, sino: "¿Oh falso pensador, voy á refutarte!" y lo hubiera podido hacer del modo siguiente:

Conviene no confundir la prueba *sobrenatural* de la revelacion, el hecho de los milagros, con la prueba de este hecho, *el testimonio de los hombres*.—La Divinidad, para revelarse á la criatura, debe hacer actos de criador, resucitar un muerto por ejemplo: no sabemos cómo podria negarse que este acto constituye una prueba sobrenatural.—Ahora bien: este mismo hecho tiene necesidad de ser probado, y una vez pasado ya en la tierra se convierte en probable, como todos los demas hechos terrestres, por medio del testimonio natural ó histórico.—¿Impide esta última prueba natural que el hecho que es su objeto constituya una prueba sobrenatural? ¿la resurreccion de un muerto dejará de ser un milagro porque sea probada y atestiguada por el testimonio de los hombres?—¿Acaso el testimonio de los hombres, cuando tiene todas las condiciones requeridas, no es un medio para asegurarse de la existencia de los hechos? ¿Acaso la resurreccion de un muerto ú otro milagro cualquiera no es un hecho? ¿Porque un hecho sea sobrenatural, deja de ser un hecho? ¿No es al contrario un hecho mas visible, mas chocante,

(2) Aquí se desliza el sofisma.

(3) Si *el inspirado* hubiese contestado en nombre propio al sofista, le hubiera dicho: "No; pero yo no te he dicho que fuese de un orden sobrenatural el testimonio de los pueblos, sino los milagros."

(4) ¿Todavía! ¿es decir que un milagro es un absurdo? ¿No es el mismo Rousseau quien dice que la cuestion de si Dios puede hacer milagros era impia, si no era absurda, y que castigar á quien la resolviese negativamente seria hacerle demasiado honor, y que bastaria encerrarlo?

(1) Es preciso, sin embargo, reconocer que su falsedad no es de cálculo, sino de pasión.

y por lo mismo mas probable por el testimonio? Apelaré á tus mismas palabras: "los hechos de Sócrates, de los cuales nadie duda, dijistes, están menos atestiguados que los de Jesucristo" (1) y ademas: "Observad bien, Señor, que yo no abrigo ninguna duda acerca del fondo de todos los hechos consignados en el Evangelio. Esto es lo que dije, y no creo superfluo repetirlo." (2)

Adelantamos mas: ¿á qué se reduce ese sistema? evidentemente á querer que un hecho sobrenatural no se pruebe sino por una prueba sobrenatural, pues por no tener este último carácter desecha Rousseau el testimonio de los hombres respecto de los milagros. Esto es un absurdo palpable. ¿Qué sería entonces esa prueba sobrenatural sino otro hecho sobrenatural, y así indefinidamente? En verdad que esto sería un círculo vicioso. Rousseau contesta al *inspirado* que le opone los milagros: "No he visto nunca nada de todo esto;" y en seguida desecha el testimonio de los pueblos, que se le da en lugar de su propio testimonio, porque no es *de un orden sobrenatural*. ¿Hubiera sido su propio testimonio, la prueba *de visu* á la cual apela, *de un orden sobrenatural*? No niega que la prueba de la vista inmediata y personal de los milagros sería una prueba como él la desea: "A la vista de semejantes maravillas, dice, ¿quién no reconocerá al momento al dueño de la naturaleza?" Pero, lo repetimos, ¿quién le asegurará en este caso el hecho de estas maravillas? ¿el testimonio de sus sentidos, de sus ojos? ¿Y á qué orden pertenecerá este testimonio mas que al *natural*, absolutamente al mismo que el testimonio de los demas hombres como él? ¿Podría suceder de otro modo, dirigiéndose en definitiva la prueba á la *naturaleza humana*, y debiendo por consiguiente esta prueba, por sobrenatural que sea su asunto, adaptarse á su objeto, que es la naturaleza humana, y por lo mismo ser *natural y humana*, so pena de imposibilidad y de absurdo?

Para ser consecuente sería menester que se extendiese Rousseau hasta decir que la vista inmediata de un milagro no le convenciera, y que no creería á sus propios ojos. Esto es lo que precisamente dice en otro pasaje: "Por admirable que pudiera parecerme un espectáculo semejante, dice, no quisiera presenciario por nada de este mundo; porque ¿qué sé yo lo que me sucedería? En vez de vol verme creyente, tendria gran miedo de que me volviera loco" (3). Sería hacer un insulto á nuestros lectores, cualesquiera que sean, comparar su incredulidad á una incredulidad tan apasionada é insensata: aquí es á Rousseau personalmente á quien combatimos, y nadie sin duda tomará su defensa.

Resta, pues, que los hechos sobrenaturales, sobre los cuales descansa la revelacion cristiana, los milagros, no pierdan su carácter siendo transmitidos á nuestro conocimiento por el testimonio de los hombres, menos que si lo fueran por el de nuestros propios sentidos. De otro modo, sería menester decir que era imposible toda revelacion, y que Dios no

tenia ningun medio para manifestarse á su criatura; sería menester decir que la misma naturaleza no canta su gloria, y que somos víctimas de nuestros sentidos cuando contemplamos sus maravillas, y encaminarnos así al ateísmo por los caminos de un pirronismo insensato. . . . Si nos paramos delante de este abismo, es preciso reconocer que los mismos sentidos por los cuales percibimos las maravillas de la primera revelacion, pudieron servir para percibir los de la segunda, y que el mismo testimonio que nos asegura los hechos de Sócrates ó de César, puede asegurar los de Jesucristo.

Un ciego de nacimiento cree en las maravillas de la creacion, y sin embargo, solo cree en ellas sobre el testimonio de los hombres; y sin embargo, esas maravillas son para él inconcebibles y mas prodigiosas que los milagros para nosotros. Esta es nuestra situacion respecto de los milagros. No los hemos visto; somos por nuestro alejamiento *ciegos de nacimiento* respecto de ellos (del mismo modo que los testigos de los milagros lo eran respecto del cumplimiento de las profecías). Pero los vieron otros hombres, y los vieron del mismo modo que los habríamos visto nosotros; lo que habríamos hecho nosotros para asegurarnos naturalmente de ellos, lo hicieron ellos: luego si ellos se aseguraron y convencieron de ellos, tambien nos hubiéramos convencido nosotros; y si ellos los reconocieron, tambien nosotros los hubiéramos reconocido. Así es que su testimonio puede tener para nosotros igual valor que el de nuestros propios sentidos; hasta puede decirse que muchas veces ofrece mas garantías el testimonio de los demas hombres, cuando son muchos y acreditados.

La única cosa cuestionable no es, pues, la competencia del testimonio humano, sino la cualidad especial del testimonio de Jesucristo y de los apóstoles en veracidad.

Si su veracidad es incontestable y manifiesta; si es preciso estar loco ó ser malvado para negarla; si el Evangelio posee caracteres de verdad tan grandes, tan claros y tan perfectamente inimitables, que su inventor sería mas admirable que su héroe, debemos necesariamente creer los hechos milagrosos que refiere, del mismo modo que si nosotros los hubiésemos presenciado.

De manera que no va á parar en definitiva el deísta á la incredulidad, sino al escepticismo, y lo hace con una ingenuidad páfida que conviene ahora apreciar.

2. "Con todo (dice despues de haber proclamado la divinidad del Evangelio), este mismo Evangelio está henchido de cosas increíbles, de cosas que repugnan á la razon y que á todo hombre sensato le es imposible concebir ni conceder; ¿qué partido tomar en medio de todas estas contradicciones? Ser siempre modesto y circunspecto, hijo mio; respetar en silencio lo que no sabe uno ni negar ni comprender, y humillarse ante el gran Ser, único que sabe la verdad. Este es el escepticismo involuntario en que he permanecido."

He aquí un pasaje que ha causado mas daño que todas las bufonías de Voltaire, y que todos

(1) *Emilio*, lib. 4, algunas líneas despues del diálogo.

(2) *Cartas de la Montaña*, p. 115.

(3) *Cartas de la Montaña*, p. 112.

los demás sofismas de Rousseau, pues deja al alma en un estado cómodo, que sin tener la menor parte odiosa de la incredulidad, carece de la sujeción de la fé. Este es el estado de *respeto*, de *inadoración*, tan común en nuestros días.

Este estado es falso, y vamos á ver además que es resultado de un sofisma.

Partamos de este punto, sobre el cual estamos todos de acuerdo, á saber: que *el Evangelio posee caracteres de verdad inimitables; que su inventor sería mas admirable que su héroe; que es imposible que un libro tan sublime sea obra de los hombres, y que sea hombre aquel cuya historia refiere; que, en una palabra, los hechos de la vida y muerte de JESUCRISTO son de un DIOS.*

Admitido todo esto, ¿por qué no adorar? ¿por qué quedarse dudando?

—Porque el Evangelio está henchido de cosas increíbles que repugnan á la razon, y que un hombre sensato no puede concebir ni conceder; porque sin poderlo negar, no puede tampoco *comprenderlo*.

—Hay en estos motivos un olvido estravagante, y una estravagante confusion de principios.

El olvido es fácil demostrarlo.—Para hacerlo resaltar, observemos que el raciocinio se traduce de este modo: “Yo creeria enteramente en el Evangelio, si no contuviese nada que yo no comprendiera; su divinidad no es increíble, sino porque hay en él cosas que no son claras.” Es el mismo raciocinio que Rousseau hizo ya sobre los dogmas.—“Respecto de los dogmas, dice, mi razon me dice que deben ser *claros, luminosos, chocantes por su evidencia*. Si la religion natural es insuficiente, es por la oscuridad que deja en las grandes verdades que nos enseña. Corresponde á la revelacion enseñarnos estas grandes verdades de una manera sensible al espíritu del hombre, ponerlas á su alcance y hacerse las concebir á fin de que las crea. *La mejor de todas las religiones* es infaliblemente la mas clara: quien sobrecarga de misterios y de contradicciones el culto que me predica, me enseña con esto mismo á desconfiar de él. El Dios que yo adoro, no es un Dios de tinieblas; no me dotó de entendimiento para impedirme despues su uso: decirme que someta mi razon, es ultrajar su autoridad. El ministro de la verdad no tiraniza á mi razon; al contrario, la ilustra” (1).

—En el olvido de los principios no puede darse una manera mas grosera ni mas imperdonable.

¿Quién no ve, en efecto, que siendo Dios la esencia *infinita*, y nuestra razon *finita*, sobre todo acá en la tierra, no puede suceder nunca que esta razon abrace, comprenda, contenga la esencia infinita, y por consiguiente la revelacion de esta esencia debe *excederse* en muchos puntos, los cuales quedan necesariamente para ella *no comprendidos, oscuros, misteriosos é inconcebibles*? Por mas ventajosa que sea la idea que nos formemos de la razon humana, es dar de ella una muy triste prueba hacerle rechazar todo lo que no comprende, principalmente cuando lo que no comprende es divino, infinito, es decir,

incomprensible. Una razon semejante es tanto mas incapaz de comprender á Dios, cuanto que al exigirlo manifiesta que no se comprende á sí misma.

Raciocinando Rousseau de este modo, volvió la espalda á la verdad, no se equivocó á medias, sino enteramente y de una manera lamentable. Una religion que no tuviese nada que fuera *claro, humano y radiante de evidencia*, y que no dejase *ninguna oscuridad en todo cuanto enseña*; una religion *sin misterios*, lejos de ser *infaliblemente la mejor* de las religiones, como dice Rousseau, seria sin duda *la peor*. No tendria nada de religion, nada de divino, porque divino quiere decir *infinito*, é *infinito* quiere decir *incomprensible*. Lo mismo las *peores* que las *mejores* religiones tuvieron todas misterios. Por este medio remedaron la *UNICA VERDADERA*.

Puede indudablemente decirse que no siendo la religion natural insuficiente sino por la oscuridad en que nos deja acerca de las verdades eternas, el objeto de la revelacion es hacer conocer estas verdades. Esto es incontestable. He aquí la porción de verdad que en el sofisma de Rousseau se encierra. Pero una cosa es *conocer*, y otra *comprender*, y *comprender enteramente*. La revelacion cristiana nos ha hecho *conocer* á Dios, á nosotros mismos y nuestras relaciones presentes y futuras, con todo lo que importa á nuestros deberes y destinos, y lo ha hecho admirablemente, como hemos podido ver en la segunda parte de estos *Estudios*, y en particular en el capítulo *sobre la Redencion*; pero no nos ha hecho *comprender enteramente* lo que nos ha hecho *conocer*, ni lo ha puesto *fuera del alcance de toda comprension*; lo ha colocado delante de nosotros con certidumbre, como un motivo de fé, como un objeto de esperanza, como un alimento de amor [tres virtudes esenciales al corazón del hombre, y para quienes es tan necesario el *misterio* como la *certidumbre*], *incomprensible*, es verdad, pero *comprensible*, por decirlo así, bajo la accion de estas tres virtudes, que sacan de ello torrentes de luz y de energía para la práctica de nuestros deberes y el adelantamiento de nuestra perfeccion.

Dirigiendo todas estas consideraciones al punto preciso de la discusion, decimos: el Evangelio es la revelacion de Dios; Dios es infinito, es decir, rodeado de cosas *incomprensibles* y que le es imposible al hombre concebir; luego es contradictorio, llamándose uno deista, no admitir la divinidad del Evangelio, por el motivo de que está *henchido de cosas incomprensibles y que le es imposible al hombre concebir*. No decimos que es divino por esto, sino que sin esto no seria divino.

Esto por lo que toca al *olvido* de principios; veamos ahora la *confusion*.

Si Rousseau se hubiese limitado á reclamar la evidencia en los fundamentos *estrínsecos* de la religion, todo cuanto dice hubiera sido *exacto*. La *mejor*, ó mas bien la *UNICA religion debe ser en este sentido la mas clara*; por esto el cristianismo es, como dijo Fontenelle, *la única religion que tiene pruebas*. Es, en efecto, un principio incontestable que para creer en la palabra de Dios, es necesario

(1) *Emilio*, lib. 4.

que esta tenga consigo caracteres evidentes de divinidad. Rousseau dice muchas cosas sobre este particular, á las cuales suscribimos; pero es sofística la aplicacion que de ellas hace á la esencia y al fondo del Evangelio.

Hay que distinguir dos principios:

Primero: Abstraccion hecha del fondo de la palabra de Dios, la divinidad de esta palabra debe certificarse por medio de signos evidentes. Dios ha hablado: he aquí el punto sobre el cual debe versar la evidencia. Es un hecho puro y simple.—Certidumbre.

Segundo: La palabra de Dios en sí misma, y la accion de Dios en sí misma no pueden ser enteramente comprensibles. Deben de necesidad exceder nuestra comprension y ofrecer á nuestro entendimiento cosas inconcebibles, y á las cuales debe este someterse.—Misterio.

Esta sumision, ademas de ser necesaria, es justa y racional, porque es *exigida* en virtud del segundo principio, está *justificada* por el primero, y la razon no hace mas que obedecerse hasta cierto punto á sí misma, sometiendo á lo que ha reconocido venir de Dios, y adorando el *misterio* sobre el fundamento de la *certidumbre*.

Seria irracional partir del segundo principio, de la oscuridad de los misterios y de la necesidad de someterse á ellos para frustrar la razon del derecho natural que ha de comprobar los títulos de su sumision en virtud del primero: este exceso está recientemente condenado por la Iglesia.

Es tambien irracional llevar la aplicacion del primer principio al dominio del segundo, exigiendo que todo sea claro, luminoso y radiante de evidencia en el seno de la Religion, aparte de la certidumbre adquirida de su divinidad.

El primer error suprime la *razon*; el segundo suprime la *fé*: la *fé racional* consiste en el respeto y concordancia de los principios.

Una vez reconocido por Rousseau que la divinidad del Evangelio tiene *caracteres claros é inimitables*, ¿qué importa que *este mismo Evangelio esté lleno de cosas inconcebibles*?

Si hubiese oposicion entre la idea de *divinidad* y la de *misterio*, concederíamos que las *cosas inconcebibles* que se encuentran en el Evangelio, pueden balancear sus *caracteres inimitables* de divinidad, y diríamos con Rousseau: *¿qué partido tomar en medio de todas estas contradicciones?* Pero está tan lejos de haber oposicion entre estas dos cosas, que son inseparables y se suponen mutua y necesariamente.

Por consiguiente, la divinidad del Evangelio existe. Si no podemos conocerla, podemos á lo menos concebirla, es verdad, en la esencia de su doctrina y de su accion; pero existe, y esto nos basta; y solamente el olvido mas estragante, la mas rara confusion de principios pueden sacar, del fondo necesariamente misterioso de esta divinidad, motivo para paralizar la consecuencia de *adoracion* que resulta de sus caracteres inimitables y patentes.—Solamente en particular la hipocresía de un sofista puede querer cohonestar el orgullo de esta rebeldía con aquella falsa ingenuidad, modestia y respeto:

“¿Qué partido tomar en medio de todas estas contradicciones? ser siempre modesto y circunspecto, hijo mio, respetar en silencio lo que no sabe uno ni negar ni comprender, y humillarse ante el gran Ser, único que sabe la verdad. Este es el escepticismo involuntario en que he permanecido.”

¿Qué buenas armas nos da aquí Rousseau contra sí mismo! ¿Cuán fácil es desenmascararlo y confundirlo por esa sacrilega invocacion del *gran Ser*, bajo la cual desliza su error!

El *gran Ser*! . . . pero Rousseau lo niega implícitamente, y su sistema conduce al ateísmo.

“El Dios que yo adoro, ha dicho [tengamos bien presentes estas palabras], no es un Dios de tinieblas; NO ME HA DOTADO DE ENTENDIMIENTO PARA PROHIBIRME SU USO; DECIRME QUE SOMETA MI RAZON, ES ULTRAJAR A SU AUTOR.”

A este título, ¿cuál es el Dios á quien adora Rousseau? evidentemente ninguno. Aplicando á su deísmo la medida que él mismo hizo para el cristianismo, su escepticismo debe ir mas lejos. *Humillarse ante el gran Ser*, ÚNICO QUE SABE LA VERDAD, es una inconsecuencia en la cual no puede detenerse: es preciso que retroceda para humillarse ante Jesucristo, ó que pase de largo sin humillarse ante el *gran Ser que le oculta la verdad*, que es un *Dios de tinieblas*, que no ilustra su razon, sino que la *somete y tiraniza*, y que, como tal, no puede ser adorado.

La existencia de Dios se revela sin duda en la naturaleza, por medio de caracteres sublimes y admirables; pero ¿no brilla tambien su revelacion en el Evangelio con *caracteres patentes é inimitables*? Si, á pesar de estos caracteres, lo desconoce en el Evangelio, porque hay en él oscuridades y cosas inconcebibles en su fondo, debe desconocerlo en la naturaleza, en que esas oscuridades son mas profundas y mas mudas, y en que su razon debe humillarse mucho mas para adorarle.

Luego, ATEÍSMO: he aquí la consecuencia necesaria del sistema de Rousseau. Y es esto tan exacto, que para eludir el ateísmo, se ve obligado á negar este sistema y á proclamar principios diametralmente opuestos á aquellos por los cuales habia querido sustraerse al cristianismo, incurriendo de este modo en la mas palpable contradiccion.—Oigámosle:

“ . . . Por mas que me he dicho: DIOS es así; lo siento, lo experimento, *no por esto concibo mejor cómo Dios puede ser así*. En fin, *cuanto mas me esfuerzo en contemplar su ESENCIA INFINITA, menos la concibo*; pero ELLA EXISTE, Y ESTO ME BASTA; *cuanto menos la concibo mas la adoro*. Me humillo y le digo: Ser de los seres, yo existo porque existes tú; meditarle sin cesar es remontarme á mi origen. EL USO MAS DIGNO QUE PUEDO HACER DE MI RAZON ES ANONADARLA ANTE TÍ; LA ALEGRÍA DE MI ESPÍRITU Y EL ENCANTO DE MI DEBILIDAD ES SENTIRME ABRUMADO POR TU GRANDEZA.”

Este es el Dios que Rousseau adora; y sin embargo, dijo luego despues: “El Dios que yo adoro no es un Dios de tinieblas; *no me ha dotado de entendimiento para prohibirme luego su uso*; DECIRME

QUE SOMETE MI RAZON ES ULTRAJAR A SU AUTOR... *El no tiraniza á mi razon, la ilustra.*"...

He aquí cómo se ve obligado el deísta á contradecirse y á proclamar sucesivamente el pro y el contra: *la no-sumision* de la razon para sustraerse al cristianismo, y *la abnegacion* de la razon para sustraerse al ateísmo; arrojado del uno y del otro, y no pudiendo fijarse en ninguno de los dos.

Dejémosle flotar de este modo entre el *ateísmo* y el *bautismo de las campanas*: está ya juzgado.

Por lo que á nosotros respeta, concluyamos que la naturaleza de Dios no cambia nunca, cualquiera que sea el modo de su revelacion; que la misma ESENCIA INFINITA que *abate* la razon en la naturaleza, debe *someterse* en el Evangelio; que si el Evangelio nos hace conocer mas esta esencia, no puede *revelarla toda*, porque es *infinita*; y que debe estar por lo mismo henchida de cosas inconcebibles que exigen la sumision de la razon. Pero del mismo modo que, á pesar de su mayor oscuridad en la naturaleza, no podremos desconocer á Dios y dejar de adorarlo en ciertos caracteres, asimismo en los *grandes, claros é inimitables* caracteres del Evangelio, la razon reconoce y proclama su intervencion sobrenatural. No está la cuestion en saber si la divinidad del Evangelio es geométricamente concebible en su esencia: esto es imposible; pero sí en saber si EXISTE. Además, esta cuestion no es única; el inventor seria mas admirable que el héroe: no la comprendo, pero la afirmo; cuanto menos la concibo, mas la adoro; EXISTE, ESTO ME BASTA.

Esta certidumbre inmutable deriva de muchísimas fuentes, y llega hasta nosotros, por medio del espíritu y del corazón, de todos los puntos de la doctrina y de la moral de esta santa religion; pero antes de todo descansa sobre el testimonio de los sentidos, sobre *hechos*: los milagros y el cumplimiento de las profecías.

Este es propiamente el asiento de la certidumbre evangélica, pues en él todo es claro y positivo para el que quiere estudiarlo bien: son hechos que pueden comprobarse y examinarse en todos sentidos, y que forman el lado demostrativo de la fé cristiana.

Las demas pruebas deducidas de la doctrina, de su belleza, de su utilidad, de su santidad y de su profunda verdad, pruebas intrínsecas y llenas de armoniosas concordancias que revelan las instrucciones de la suprema sabiduría y los preceptos de la suprema bondad, no deben descuidarse; pero se diferencian de las pruebas estrínsecas, en que no están ni pueden estar enteramente libres de oscuridades, porque corresponden inseparablemente á la esencia misteriosa del cristianismo. Esta tiene siempre y necesariamente un lado tenebroso é incomprendible. Por esto sus pruebas, que pueden confirmar la certidumbre, no pueden crearla siendo aisladas. No producirán evidencia jamas. Se detendrán siempre ante las mas bellas perspectivas y los mas luminosos aspectos de las nubes, de las dificultades y de los estorbos, que reclamarán el auxilio de la fé, que impedirán se formalice una demonstracion, y en donde encontrará siempre la razon, en lo

que la confunde, pretextos para dudar de lo que mas la encanta.

A esto precisamente vino á parar Rousseau, condenándose, por la negacion sistemática de los hechos sobrenaturales que constituyen las pruebas estrínsecas, á no buscar la prueba de la divinidad del cristianismo mas que en la doctrina. Por mas que dijese, para eludir las pruebas estrínsecas que lo hostigaban, que la doctrina era la *única señal verdaderamente cierta* de la revelacion, y que no tuviese mas *fé sólida y segura* que la que los buenos pensadores deducian de ella, ya hemos visto á lo que vino á parar esta fé cuando se hubo entregado á sí misma, y cómo, á pesar de su bello homenaje á la divinidad del Evangelio, *las cosas inexplicables* que en él encontró se convirtieron para ella en una secreta pendiente, por la cual fué degenerando en deísmo, y por fin en ateísmo, como su natural consecuencia.

En realidad lo que Rousseau pretendió fué eludir la obligacion de someterse á la verdad, y la sacrificó constantemente á su insensata y vaga independencia. Si apareció por un momento inclinándose ante la doctrina, era para sustraerse á la autoridad de los milagros; y si quiso sustraerse así á la autoridad de los milagros, fué porque esta verdadera prueba lo agobiaba, y no podia sacudirla sino aparentemente.

¿De qué modo hubiera podido lograrlo? Es un hecho; un hecho atestiguado por todas cuantas garantías puede haber en materia de testimonio en los hombres y en las cosas; un hecho consignado en un libro de una autenticidad, ingenuidad y precision incomparables; un hecho cimentado en la sangre de sus autores y testigos; un hecho confesado por sus enemigos mas encarnizados y mas en situacion de contradecirlo; un hecho que fué causa de la ruina del mundo pagano, y que imprimió al cristianismo, en medio de los mas enormes obstáculos, una marcha ascendente, que diez y ocho siglos no han bastado á contener, y que sigue aún á nuestra vista; un hecho, en fin, que no se puede arrancar del campo de la historia, sin conmovir todos los cimientos sobre que ésta descansa, y sin violar los mas necesarios principios del órden moral. Dios quiso hacer entrar en esta gran prueba de su religion todas las garantías que forman la certidumbre humana, en lo que tienen de mas selecto, de mas puro y valioso, á fin de que fuésemos sin cesar atraídos hácia su seno por las mismas razones y los mismos instintos que nos hacen creer en todo lo demas, y para que no pudiésemos contradecirla sin contradecir todos los motivos ordinarios de nuestros juicios y acciones. Por este medio la religion, cuya cúspide se pierde en los cielos, y que está rodeada de misterios sublimes, toca á la tierra y obra en ella á la manera de un suceso humano; se reviste de las proporciones y toma la forma sensible y palpable de un hecho histórico; se coloca y encadena con los otros hechos *de que nadie duda*, y aparece al igual de ellos: en una palabra, *é es una historia*, ó no ha habido historia jamas.

Vaya, pues, el deísta dando vueltas al rededor de

este fundamento, y emplee todas las fuerzas de su genio en destruirlo; dejadlo hacer: no logrará mas que poner de manifiesto su impotencia; al fin irá á estrellarse contra esa piedra, ó si consigue moverla, nuevo Sisifo, la verá caerle encima y sentirá mas que nadie todo su peso. *Qui ceciderit super lapidem istum confringetur: super quem vero ceciderit, conteret eum* (1).

Ea, pues, necesario fijarse en esta prueba invencible de los milagros. Forma con la de las profecías el sólido y firme núcleo de la fé cristiana. Sobre ella y en torno suyo van desarrollándose despues los demas elementos de esta fé: la belleza de la doctrina, la santidad de la moral, la suavidad vivificante de la práctica.

Todos estos elementos se combinan entre sí de tal manera, que no se puede tener la fé práctica sino por su reunion, y que hasta el que parece que no debia ser sino producto y consecuencia de todos los otros, se convierte en su principio y medio. Los milagros hacen creer en la doctrina, y la práctica de la doctrina hace creer en los milagros: la fé en los milagros logra hacer milagros.

¿Lo dudais? ¿Quereis saber qué relacion puede haber entre una práctica de religion y el hecho exterior de los milagros?—Vamos á deciroslo: Ea que por medio de esta práctica experimentaréis la misma virtud que hizo los milagros, y que en el milagro interior de la curacion de vuestra alma, reconocereis á AQUEL que decia á los paralíticos de la Judea: *Levántate, coge tu lecho y anda*.

CAPITULO VI.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.

Para los que no quieren penetrar mucho en el cuerpo de las pruebas, aun estrínsecas, del cristianismo, hay algunas que forman relieve, que por su aislamiento y sencillez se prestan á las disposiciones mas débiles del entendimiento, y que parecen proyectar la luz. Para comprenderlas no son menester investigaciones ni cálculos: se ponen espontáneamente en evidencia, y basta fijar en ellas la vista.

Tales son las tres pruebas siguientes, por las cuales vamos á dar fin al curso de estos *Estudios*:

- 1º Establecimiento del cristianismo;
- 2º Efectos del cristianismo;
- 3º Estabilidad del cristianismo.

La primera de estas pruebas será materia para el presente capítulo, y las otras dos para los dos inmediatos.

Considerado el establecimiento del cristianismo de una manera completa, lleva en sí otras dos pruebas: los milagros y el cumplimiento de las profecías, y por este medio obliga á un reconocimiento inmediato de la divinidad.

Pero separado de estos dos elementos, abstraccion hecha de los milagros y profecías, tomado en sí mismo y aisladamente, el grande hecho del establecimiento del cristianismo y de su rápida propagacion basta tambien para decidir la fé; y hay la ventaja de que, si se puede llegar á discutir su apreciacion, á lo menos no se pueda soñar siquiera en eludir su certidumbre.

Esta materia es de las mas debatidas por los apologistas, y nosotros mismos hemos hablado de ella con mucha frecuencia; sin embargo, es de tanto interes para nuestra fé, que creemos deber proponerla tambien á vuestra atencion. Cuando una prueba es decisiva, dice á este propósito Voltaire, cuando es necesaria, ¿debemos evitar el reproducirla? Seria una vanidad criminal y una pueril afectacion. No se trata de variedad, sino de verdad y de argumentos exactos y concluyentes. Esto es lo positivo; de lo demas puede prescindirse.

Primeramente espondremos el fenómeno del establecimiento del cristianismo, y en seguida examinaremos las causas.

§ I.

Para comprender bien toda la fuerza del fenómeno del establecimiento del cristianismo, convendria poder olvidar todo cuanto de él sabemos ya, y recibir su impresion como la de un cuadro que se nos hubiese ocultado hasta aquí, y cuyo velo se nos fuese levantando poco á poco.

Hay que considerar sucesivamente en él tres cosas:

- La empresa,
- Los medios,
- El resultado.

I. El cristianismo se nos ofrece en el dia con un sistema teológico perfectamente deducido y formulado, con una moral profundamente justificada por la experiencia, con un culto resplandeciente en bellezas, honrado por los reyes, defendido por grandes genios, escarnado por las bellas artes, alimentando á la tierra con sus beneficios, y apoyado en diez y ocho siglos de pruebas y de triunfos; centro necesario de todos los vínculos y relaciones que ha ido creando en las costumbres, en las leyes y en las instituciones civiles y sociales, y envolviendo al mundo en su luminosa y vivificante atmósfera. En este estado no podemos dejar de ver en él una cosa grande, poderosa, bella, divina; y sin embargo, ¿cuántos entendimientos lo desconocen todavia y lo hostilizan, y de cuántas violencias recientes lleva impresas aún las profundas cicatrices!

Pero despojemos al cristianismo de todos esos adornos, de todos esos frutos, de todos esos testimonios, de todas esas relaciones y de todas esas luces que de sí mismo nos ha dado; quitémosle todo eso y no le dejemos mas que su cruz, su cruz de palo, su pesada y ensangrentada cruz, no siendo aún mas que un patíbulo infame, reservado al suplicio de los esclavos; hagamos descender esta cruz de la corona de los reyes y de lo alto de los templos, y hagámos-

(1) Mat., XXI, 44.

la pasar del centro del mundo á sus estremidades; arrojémosla fuera de él como un objeto de execración, de horror é infamia, y despues, en presencia de esta cruz oscura, innoble, manchada con la sangre de los mas viles criminales, coloquemos el mundo pagano, ese mundo de la fuerza, de la voluptuosidad, del feroz orgullo y de la mas torpe corrupción, que toleraba á un Tiberio, un Claudio, un Nerón, un Heliogábalo, ¿qué decimos? que les tributaba incienso, y que en cambio de una servidumbre tan brutal no les podia mas que dos cosas: *pax* y *fiestas*. Considerad que este estado del mundo pagano, cuyo escándalo hemos recordado tantas veces, no era pasajero y accidental, sino el resultado progresivo y como el sumidero universal de la miseria humana desde el origen de las sociedades. Figuraos que los abominables escosos de que era teatro, no eran solo inspirados por la perversidad primitiva, sino alentados por el ejemplo oficial y público, autorizados por las leyes, consagrados por las religiones, conaturalizados por el hábito, y que á cualquiera lado que uno se volviera, se encontraba abismado en él, vivia en él y se hallaba ligado á él por las preocupaciones del espíritu, las inclinaciones del corazón, el extravío de los sentidos, el temor de los hombres y de Dios, y por la autoridad y como por el peso de las odades.

Proponer á este mundo... ¿qué? cambiar por todo el universo las religiones establecidas; renunciar de repente á aquel culto de la idolatría, defendido con la majestad de los antepasados, armado con la superstición, y sobre todo identificado con los vicios del alma y con las mas violentas y las mas agradables afecciones de la naturaleza. No está todo aquí: arrancar estos vicios no ya solamente de sus templos y de sus altares exteriores, sino de los hábitos de la vida, del fondo de los corazones, de las entrañas del alma; desecharlos y aborrecerlos para recibir en su lugar virtudes rígidas, insensibles, desolantes, crueles con la naturaleza, invisibles, insauditas, y de la mayor parte de las cuales no se habia oído hablar hasta entonces, como la virginidad, el perdón de las injurias, el amor á la pobreza, la penitencia, la caridad, la mansedumbre, la humildad, el sacrificio; es decir, lo contrario de todo cuanto existia, el trastorno de todas las ideas recibidas, la condenación del mundo y de sí mismo, sin reservar nada, ni siquiera el mérito del sacrificio, y todo esto para no ser feliz hasta despues de la muerte... ¿con qué garantías? porque un hombre crucificado en Jerusalem lo enseñó así, y porque dicen que este hombre se resucitó á sí mismo y subió al cielo, en donde es Dios, no *un* Dios, sino el solo y único Dios, por el cual debemos abandonar todos los demas... Dios crucificado, queriendo ser adorado con su cruz y sobre su cruz, y no solamente adorado, sino seguido é imitado en este mismo estado de sufrimiento y de ignominia... por todo el mundo... Proponer, repetimos, esta doctrina con la cruz en la mano, no á algunos adeptos y en algun lugar secreto, sino en las calles y plazas públicas, entre las estatuas de los dioses y las saturnales de su culto, andando por todas partes, de ciudad en

ciudad, del Oriente al Occidente; hacer caer el universo á los piés de esta cruz, llevada desde el Gólgota al Capitolio, é imponerla al mundo como el tipo soberano y absoluto, segun el cual debia todo reformarse:

He aquí la empresa.

II. Veamos los medios.

Doce judíos, doce pescadores de un lago de Galilea, que no saben nada, que nada tienen, á las órdenes de Pedro, el menos emprendedor de todos ellos, y á quien ya habian hecho caer las preguntas de una criada... tal es el ejército del Cristo, tales los conquistadores del universo.—He aquí su consigna:

"Jesus envió así á sus DOCE, despues de haberles dado las siguientes instrucciones: No os atareis por tener oro ó plata en vuestro bolsillo;... no penseis nunca en cómo debereis hablar.... Cuando alguno no os quiera recibir, salid de la casa ó de la ciudad, sacudiendo el polvo de vuestros piés.... Yo os envío como corderos en medio de lobos.... os harán comparecer en sus asambleas, os azotarán en sus sinagogas, y siempre sereis perseguidos por mi causa (1). De este modo dareis testimonio del CRUCIFICADO, en Jerusalem y en toda la Judea, y en Samaria, y hasta los términos de la tierra. Id, pues, por todo el universo á predicar el Evangelio á toda criatura, y acordaos de que yo, que me voy y á quien ya no vereis mas, estaré sin embargo con vosotros hasta el fin del mundo." (2).

Cree uno estar soñando y ser víctima de un delirio falaz, cuando abstracción hecha de la divinidad de Jesucristo, de su resurrección verdadera y de su sobrenatural asistencia, fija la atención en ese complot, urdido de este modo por doce hombres insignificantes, contra el universo. No sabemos qué estrañar mas, si la locura de la empresa ó la estravagancia de los medios. Y se admira el completo desprecio de toda prudencia humana, con que el autor del cristianismo concibió alcanzar lo mas gigantesco que haya existido jamas, por medio de lo mas ínfimo de todo, y rehacerlo todo valiéndose de la casi nada: esto es, la elección de lo imposible; es decir, que es el divertimento de un loco, si no es el de un Dios: los sucesos lo habian de decidir.

Apelamos sin temor á toda razon bastante escueta de preocupaciones para poder ver las cosas como en sí son: ¿no es así como se presenta la empresa del cristianismo? y si el origen nos fuese desconocido, ¿no consentiríamos en ver en su resultado, el mas increíble, y probado que estuviere, el mas decisivo de todos los milagros?

III. Pues bien, este milagro se realizó. El resultado mas rápido, mas inmenso y permanente vino á resolver decididamente la cuestion, y á hacer brillar la divinidad del principio en la nada de los medios. Nuestros doce pescadores, despues de haber aceptado el encargo de ir por todo el universo á predicar el Evangelio á toda criatura, se repartie-

(1) Mat., X; Luc., IX; Mar., VI.

(2) Hechos, I; Mat., XXVIII.

ron el mundo, y durante su vida lo conquistaron para Jesucristo; inocularon en el género humano la fe cristiana; plantaron la cruz en el corazón del paganismo, y desde entonces el paganismo, herido de muerte, no hizo mas que forcejar al pie de esta cruz, principio de una nueva vida, y acabar de morir forcejando.

Nada hay en este hecho que no sea literalmente exacto, y su consideración por partes no le hace perder nada del prodigio que se descubre en su conjunto: vamos á verlo.

Después de haber recibido su misión, entraron los apóstoles en una casa de Jerusalén, y "subieron á un cenáculo, en donde estaba Pedro, Juan, Santiago, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Santiago de Alfeo, Simón el Zeloso, y Judas, hermano de Santiago." (1)

A causa de la defección de Judas, no eran entonces mas que once. Lo primero que hicieron, á insinuación de Pedro, fué nombrar uno que reemplazase á aquel traidor, entre los que, como ellos, habían sido testigos de Jesucristo: la suerte recayó en Matías.

Perseveraban en oración, esperando la señal y el auxilio que se les había prometido.—Cuando fueron cumplidos los días de Pentecostes, estando todos juntos en un mismo lugar, recibieron el Espíritu Santo, según nos refiere el libro de los *Hechos*; en seguida, como embriagados de aquel soplo inspirador, bajaron á la calle y empezaron la predicación de la cruz, y á dar testimonio con grande energía de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Pedro, siempre el primero, empezó á hablar, y al momento se convirtieron tres mil almas; poco después predicó el mismo Pedro por segunda vez, y se convirtieron cinco mil. Con toda deliberación dejamos de hacer mérito de los milagros que obraban al propio tiempo, pues queremos prescindir de ellos para fijarnos exclusivamente en el simple hecho del Cristianismo. Lo que no puede negarse es que la ciudad de Jerusalén vio muy pronto formarse la primera sociedad cristiana, y que esta sociedad se hizo rápidamente considerable: *la multitud de los que creían no tenía mas que un corazón y una alma.*

Perseguidos por los magistrados de la ciudad, que habían hecho ya morir á su maestro, son presos, azotados y amenazados de muerte; *por haber llenado á Jerusalén de una doctrina que hacia responsables á estos magistrados de la sangre de aquel hombre*; pero ellos se rien de esos castigos y amenazas, y continúan su predicación.

Muy pronto su celo y su buen éxito necesitan mas espacio: rebosan fuera de Jerusalén, y se apoderan de toda la Samaria, y llegan á la Fenicia, á Chipre y á Antioquía, en cuya última ciudad los discípulos del Evangelio toman por primera vez el nombre de *cristianos*. En todos los lugares por donde pasan, fundan iglesias y dejan discípulos que guardan y propagan el depósito de la fe. Estéban, uno de estos últimos, que había quedado en Jerusa-

len, da con su muerte testimonio de esta fe; es apedreado, y su sangre, cayendo sobre uno de sus verdugos, hace de él un grande apóstol: Pablo se convierte, y emplea en la propagación del cristianismo todo el entusiasmo con que hasta entonces lo había perseguido.

Pero hasta aquí no hemos visto mas que los preludios. Antes de estenderse los apóstoles por regiones mas distantes, se reúnen en Jerusalén, y aquí, en el primero de todos los concilios y al momento de irse á separar para siempre, formulan el símbolo de su fe. Esta constitución de los cristianos, que había de llegar á ser la ley del mundo, no fué entonces escrita (2). Después de haberse visto por última vez los doce que hasta aquí habían estado y obrado juntos, se separan, cada uno de ellos toma una dirección distinta, y se encarga solo de una parte del mundo para desmontarla de las malezas de la idolatría, sembrar en ella el Evangelio y regarla con su sangre: Juan predicó en el Asia menor; Felipe se fué al Asia mayor; Andrés evangelizó á los scitas, Tomás á los partos, llegando hasta la India, adonde Bartolomé llevó el Evangelio de San Mateo, escrito antes que los otros. Simón predicó en Persia, Matías en Etiopía, y Pablo en Grecia, en las Galias y en España (3).

Pedro no se fijó al principio en ningún punto: iba visitando de ciudad en ciudad á todos los discípulos, como el soberano pastor de los *corderos* y de las *ovejas*; pero su celo y caridad no le dejaron ignorar por mucho tiempo la sede de su episcopado, y después de haber predicado el Evangelio en el Ponto, la Galacia, la Capadocia, el Asia y la Bitinia, Simón Pedro el pescador, adelantándose á Pablo, que después se le debía reunir, se encaminó solo, el primero hacia la Italia, y fijó sobre Roma su planta para no apartarla jamas.

Vamos á transcribir el texto monumental en que Eusebio, á pesar de sus preocupaciones orientales y de su sospechosa ortodoxia, celebra la llegada de Pedro á las puertas de la ciudad de los Césares.

"Finalmente, dice, en los días de Claudio Augusto (el año 42 de Jesucristo) la tierna y misericordiosa providencia de Dios dirigió contra Roma, que había llegado á ser la corruptora del género humano, el mas fuerte, el mas grande, el príncipe de los apóstoles, Pedro, que como un valeroso conductor de la milicia divina, pertrechado con las armas del cielo, vino desde el Oriente á traer el precioso tesoro de la luz intelectual á los que habitaban en el Occidente."

Desde aquel momento dejó Roma de ser señora: la dominaba ya el cristianismo. Nos lo dice Tácito en términos muy precisos, porque manifiestan al propio tiempo, por el ejemplo de Tácito mismo, la enormidad de los obstáculos que tenía que atravesar el cristianismo en la política de los emperadores y la prevención pública, y sin embargo, su increíble rapidez: "Neron, dice el autor citado, hizo

(1) *Hechos de los apóstoles*, uno de los libros mas auténticos, no debemos cansarnos de repetir con M. Guizot, que nos ha dejado la antigüedad.

(2) Esta es la carta de Jesucristo, hecha por nuestro misterio, dice San Pablo, y escrita no con tinta, sino con Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, que son los corazones. [II, Corint., cap. 3.]

(3) Chateaubriand, *Estudios históricos*.

entonces sufrir los mas crueles tormentos á una especie de hombres, ABORRECIDOS POR SUS INFAMIAS [á su tiempo veremos, por el testimonio de Plinio, en lo que estas infamias consistian], y á quienes llamaban vulgarmente *cristianos*. Veniales este nombre de uno llamado Cinto, que en el reinado de Tiberio, y por órden del procurador Poncio Pilatos, sufrió el último suplicio. Contenida por un momento esta ECSECRABLE SUPERSTICION, rompía de nuevo sus diques, no solamente en la Judea, donde habia aparecido, sino hasta en la misma Roma. Fueron presos muchísimos de ellos, á quienes no fué posible convencer del crimen de incendio [por el que se les perseguia], sino de una OBSTINACION DE ODDIO CONTRA EL GENERO HUMANO. Fueron insultados hasta en sus suplicios, los cuales se ejecutaban en los jardines del emperador, mientras daba este fiestas al pueblo, con el que se mezclaba á veces vestido de cochero. De aquí nacia la conmiseracion por unos hombres VERDADERAMENTE CULPABLES Y DIGNOS DE TODA ESPECIE DE SUPLICIOS, pero que perecian inmolados al inhumano placer de uno solo, y no á la pública utilidad." (1)

¿Qué prevencion en un historiador que censuraba los crímenes y costumbres de su época, como Tácito! ¿Qué sucedería, pues, con la generalidad de los demas hombres?

Y sin embargo, no hay ejemplo de una rapidéz semejante á la de la propagacion del cristianismo.

La levadura apostólica, poco antes tan pequeña é insignificante, habia ya penetrado en toda la masa, y salía de ella por todas partes dirigiéndose á la fé. Nuestros doce pescadores, perdidos al principio en Jerusalem y limitados á un *centículo*, cuentan ya sus conquistas por PUEBLOS, y escriben cartas á las NACIONES: á los *gálatas*, á los *efesios*, á los *filipenses*, á los *colosenses*, á los *tesalonicenses*, á los *hebreos* y á los *romanos*; la sola pluma de San Pablo, mas rápida y mas laboriosa que la de César, alimenta la fé en todo el universo.

La célebre carta de Plinio á Trajano hace resaltar tambien este prodigio, atestiguando como Tácito los obstáculos en la política y la prevencion pagana oponian al cristianismo, y la rapidéz con que este los iba venciendo todos. . . . "No sé decirme, dice, á si se debe tener en cuenta la edad, ó confundir en unos mismos castigos al niño y al hombre formado; si es conveniente perdonar el arrepentimiento, y si se debe castigar el nombre, aun cuando esté libre de todo crimen, ó los crímenes consiguientes al nombre. Sin embargo, he observado la siguiente conducta: He enviado al suplicio á los que persistian en declararse cristianos. . . . Por otra parte, los que se retractaban aseguraban que su falta ó error no habia consistido nunca mas que en lo siguiente: *Se reunian en dias señalados antes de la salida del sol; cantaban á coro versos en alabanza del Cristo, como de un Dios; se obligaban con juramento, no á ningún crimen, sino á no cometer nunca robo, salteamiento ni adulterio, á no faltar jamas á su palabra ni negar un depósito: despues*

de esto tenían costumbre de separarse, y se juntaban de nuevo para comer manjares comunes é inocentes."

Es preciso convenir en que tenia mucha razon Tácito cuando llamaba á esto *ecsecrable supersticion, abominables infamias*, y que por semejante obstinacion de odio contra el género humano, aquellos hombres eran *verdaderamente culpables y dignos de todos los suplicios*: el género humano de aquella época no podia calificar y juzgar de otra manera á personas que le eran hostiles, hasta el punto de profesar todas las virtudes.

En cuanto á Plinio, testigo ocular de estas virtudes, y despues de haber juzgado necesario, para descubrir la verdad y asegurarse de la declaracion de algunos apóstatas, poner á los fieles en tortura, *nada mas he encontrado, dice, que una ridicula y excesiva supersticion. Sin embargo, si han persistido en ella, los he enviado al suplicio. Porque DE CUALQUIERA NATURALEZA que fuese la confesion que hacian, he creido que se debía castigar á LO MENOS su terquedad y su inflexible obstinacion.*

¿Qué! ¿la mera terquedad es digna de suplicio, cualquiera que sea su objeto? ¿hasta la terquedad de la inocencia? . . . Jamas la fuerza brutal llevó tan lejos el cinismo de la apología. Pero ¿qué decimos de cinismo? no lo habia á la sazón en esto, y la prueba está en que el que habia así, es el mas amable de los hombres, ejecutando los decretos del mas generoso de los príncipes. No es Sejano escribiendo á Tiberio, es Plinio á Trajano. "En qué profunda degradacion habia, pues, caído el espíritu humano, esclama Villemain, para que un hombre como Plinio, mandase llevar al suplicio á hombres que juzgaba inocentes, y para que un príncipe como Trajano aprobase semejante barbarie y escribiese á Plinio: *Has observado la conducta que mas convenia.*" (*Curso de Literatura*, tom. II, p. 483.)

Por ahí puede calcularse la oposicion que el cristianismo debía encontrar, no solamente en aquella fuerza ciega que pulverizaba toda resistencia, cualquiera que fuese su naturaleza, sino en la opinion y en las costumbres de que era expresion, y particularmente en la monstruosa prevencion de que esta religion era objeto, aun por parte de las personas mas distinguidas. ¿Cómo, en medio de ideas tan anti-cristianas que un Plinio y un Tácito no veian en las virtudes evangélicas mas que *infamias abominables, una obstinacion de odio contra el género humano, verdaderamente digna de todos los suplicios*, pudo el cristianismo respirar un solo instante? ¿Cómo pudo dilatarse y propagarse con la rapidéz que dice Tácito y que confirman las últimas palabras de la carta de Plinio?

"El negocio me ha parecido digno de atencion, sobre todo por el número de personas á quienes amenazaba el mismo peligro. Una multitud de personas de toda edad, condicion y sexo, están y estarán todos los dias complicadas en esta acusacion. El contagio de la supersticion no ha infestado solamente á las ciudades; se ha propagado tambien por los lugares y los campos. Pero creo que se lo puede poner remedio y contenerle. . . . Lo cierto es que los templos, que estaban casi desiertos, son

(1) *Anales*, lib. 15, núm. 44.

frecuentados, y que los sacrificios, por mucho tiempo descuidados, vuelven á empezar. En todas partes se venden víctimas, *que antes encontraban pocos compradores*. Por ahí se puede juzgar cuántos volverán de su extravío si se facilita el arrepentimiento" (1).

El universo cristiano desmintió después las esperanzas de Plinio, dice Chateaubriand. ¿Qué progresos tan rápidos y tan admirables! ¿Una multitud de personas de *toda condicion*? los templos abandonados! las víctimas no encuentran compradores! y el evangelista San Juan acababa apenas de morir!

Ese efímero resultado, sobre el cual fundaba Plinio su confianza de contener los progresos del cristianismo, nos recuerda este pensamiento de Pascal sobre la naturaleza: "La naturaleza, dice aquel gran genio con ese estilo inimitable que tan bien remeda todos los movimientos de la verdad, la naturaleza obra progresivamente: *itius et reditus*. Pasa y vuelve á pasar, luego va mas lejos, luego dos veces menos, luego mas que nunca, &c. . . . Así se efectúa el flujo de la mar. Así parece que obra el sol." Así iba marchando el cristianismo.

Juliano el apóstata, en sus impíos sarcasmos, deja escapar, acerca de esta marcha invencible, confesiones y revelaciones que no debemos olvidar.

Empieza diciendo que: "Jesus y Pablo no pudieron prever las quimeras que se formarían algún día los galileos; no podían *adivinar* el grado de poder á que estos llegarían. Pablo (2) y Jesus no tenían mas pretension que engañar á algunas criadas y algunos esclavos ignorantes. ¿Pueden citarse en tiempo de Tiberio y de Claudio cristianos distinguidos por su nacimiento ó su mérito? . . .

"Ni Pablo, ni Mateo, ni Lucas, ni Marcos se atrevieron á decir que Jesus fuese Dios (3); pero cuando en la Grecia y en la Italia un gran número de personas lo hubieron reconocido por tal, y hubieron empezado á honrar los sepulcros de Pedro y de Pablo, entonces Juan declaró que el Verbo se había hecho carne, y que había habitado entre nosotros." (4)

De modo que, bajo Tiberio y Claudio, en el mismo nacimiento de la era cristiana, el cristianismo contaba apenas por neófitos algunas criadas y algunos esclavos, y he aquí que inmediatamente después, *viviendo aún el apóstol San Juan, y antes que escribiese su Evangelio*, la Grecia y la Italia están llenas de cristianos que van á honrar los sepulcros de Pedro y de Pablo, en la misma Roma, á despecho de aquel poder que acababa de degollarlos. ¿Cómo pudo suceder esto? Juliano no advierte que con semejante observación presta nueva fuerza al milagro del establecimiento del cristianismo.

Pero ¿qué necesidad tenemos de las revelaciones y confesiones de algunos paganos? el hecho se presenta mas claro que la luz del día. A la vista de todos, del Oriente al Occidente, hasta sus entrañas,

invade el cristianismo al mundo pagano, y lo disuelve penetrándolo: desde el primer siglo él es la historia, la grande historia, toda la historia del universo. De las gradas del trono de los Césares y cara á cara con su poder, se levantaron aquellas grandes voces de los apologistas cristianos, tan llenas de razon, de calma, de dignidad, de conciencia y de libertad. Sorprendido por una resistencia que nunca encontrara todavía ni imaginara; no concibiendo nada del principio que la alimentaba, el coloso romano se puso furioso. Aprestó todas sus fuerzas, aquellas fuerzas con las cuales había conquistado todo el mundo y lo tenía sujeto, y rodeó al cristianismo de aparatos de muerte. Poseía todo cuanto puede asegurar el triunfo en el orden de las cosas humanas: la fuerza, la seducción, la opinion; todo, menos la verdad. Mientras los majistrados decretaban la muerte de los cristianos, no encontraban estos ni consuelo ni refugio en nada en la tierra: ni en la compasión del pueblo que, ávido de espectáculos de sangre, aplaudía sus suplicios y los conducía á ellos; ni en la opinion de los sabios y filósofos que, celosos de su virtud y ofuscados por su doctrina, los ridiculizaban; ni en la rebeldía y la natural defensa, á las cuales jamas recurrieron; ni, en fin, en la necesidad y la desesperación, postreros estímulos del valor, puesto que todas las puertas de la vida y de la sociedad, con sus honores y placeres les estaban abiertas, y con las cuales se les convidaba hasta su último suspiro. Desconocidos, calumniados, despreciados, abandonados y rechazados de toda la tierra, sufriendo mil muertes en una sola, y hasta en medio de los mas horribles suplicios; con libertad para vivir y aun solicitados á que vivieran, los cristianos de todos secesos, condiciones y edades, morían. . . . Así venció el cristianismo; de este modo consiguió que después de tres siglos de una lucha tan atroz no hubiese mas. . . . que cristianos.

Tal es en resumen el fenómeno del establecimiento del cristianismo.

¿Puedo encontrarse su causa mas que en una fuerza enteramente divina? Esto es lo que ahora vamos á examinar.

§ II.

I. Lo primero que en el cristianismo debe llamarnos la atención, es la perfecta y unánime inteligencia de su doctrina por los doce apóstoles. No hablamos aún de la *resolución* de persuadirla á todo el universo, y mucho menos del *resultado*: nos limitamos por ahora á su inteligencia en los apóstoles.

En Jesucristo, su autor, la concepción de esta doctrina que iluminó y santificó al mundo, revela la mas sublime sabiduría, y nos da de él la idea de un ser aparte, que ni el incrédulo sabe cómo llamarlo Dios. Circunscrito á su sola persona, el fenómeno es ya dificultoso, si no es decisivo.

Pero ¿cómo esta misma doctrina, tan sublime que no puede proceder mas que de un Dios; tan contraria á todas las inclinaciones y preocupaciones de la

(1) *Cartas de Plinio.*

(2) ¿Y cuando predicaba en el Areópago?

(3) No conocemos por Marcos y Mateo aquella delegación hecha á los apóstoles por Jesucristo de la omnipotencia divina de que se hallaba revestido?

(4) S. Cyril. cont. Julian.

época en que apareció, que la sabiduría mundana solo vió en ella una locura; tan profunda y tan oculta al sentido humano, que despues de diez y ocho siglos de desarrollo y aplicaciones, á nosotros que nacemos en su seno nos cuesta tanto trabajo penetrarla y recibirla, pudo pasar de repente al alma de doce pobres ignorantes, y con toda esa plenitud que rebosó luego sobre el mundo entero?

Si el autor del cristianismo hubiese escogido por discípulos algunas de esas grandes inteligencias que lo defendieron despues con tanto esplendor, un Crisóstomo, un Agustín, un Tomás de Aquino, un Bossuet; si les hubiese trazado él mismo de una manera precisa y dado por escrito el programa de su enseñanza; si hubiese trabajado con ellos en propagarlo de modo que les hubiese servido de visible centro de reunion y de unidad, y para formarlos poco á poco bajo su direccion, hasta que su doctrina se hubiese hecho conocer por el mundo, todavía seria prodigioso que hubiese logrado su objeto, si hemos de juzgar por lo que antes de él habian intentado los jefes de escuelas filosóficas, y por todo lo que hemos visto despues en aquel enjambre de sectas, que ni siquiera esperaron la muerte del autor del catolicismo para hormiguear en su doctrina.

Nada de todo esto hace Jesucristo: reúne doce hombres de cortos alcances, groseros, incapaces de pensar y de hablar, sumidos en la ignorancia y envejecidos en la materia. No les habla mas que por enigmas, trata siempre con ellos de los mas profundos misterios, no les promete mas que tormentos, y se hace seguir de ellos... no está todo aquí: se hace seguir durante su vida, pero no obtiene de ellos mas que una adhesión tósca y frágil que cede al primer soplo de la adversidad; muere abandonado, y no les lega otra enseñanza ni otro libro que su cruz; desaparece y los deja solos en este estado, sin decirles mas sino que vayan á predicar su doctrina á toda criatura. . . . Y he aquí que de repente germina esta doctrina en ellos, dilata y llena su inteligencia, inflama su corazón, desata su lengua, inspira su conducta, todo lo ilumina en torno suyo, y á todos les hace pensar, sentir, hablar y obrar de la misma manera, y de una manera tan poderosa, tan persuasiva y eficaz, que lo que no habia hecho su mismo maestro durante su vida, lo hacen ellos: convierten el mundo, y la sola palabra de Pedro cautiva desde el principio á ocho mil hombres.

Todo salió de aquí, y despues ninguno, entre los mas grandes genios del catolicismo, pretendió enseñar ni mas ni menos que lo que los apóstoles enseñaron; lo que ellos dijeron es la regla, y cuanto mas nos acercamos á ello, mas instruidos y mas perfectos somos: sus escritos son el texto, el nervio y el adorno de los mas bellos discursos.

Ahora, empero, vamos á preguntar:

¿Cómo pudo una doctrina tan misteriosa y tan sublime adquirir desde luego su perfección en unos hombres secuejantes? Cómo siendo tan ignorantes la comprendieron á primera vista? Cómo supieron ver en la locura y debilidad de la cruz toda la fuerza de Dios, y prever toda la extensión de sus desarrollos y de su aplicación en el mundo? ¿Por qué

eran ellos los únicos que sostenían ser grande, justo, santo, adorable y divino lo que todos, con Tácito y Plinio, llamaban entonces abominable, infame y criminal? Y por qué ellos solos tuvieron razón contra todo el mundo? ¿Por qué todos los tesoros del cristianismo, de que estamos disfrutando todavía, se hallaban encerrados en aquellos *vases de barro*, como ellos mismos se llamaban, y se desprendían de ellos nociones tan sublimes, tan ardientes, tan bien comprendidas, expresadas con tanta energía y tan generosamente confesadas? ¿Por qué no se contradijeron ni extraviaron nunca, aun entregados á sí propios, aislados unos de otros y no habiendo nada escrito de antemano? Por qué lo que predicaba Felipe en el Asia mayor era absolutamente igual á lo que predicaba Andrés á los seitas, lo que Simón en Persia á lo que Tomás y Bartolomé en la India, Matías en Etiopía, Juan en el Asia menor, Pedro y Marcos en Italia, y Pablo en tantos lugares distintos? ¿Por qué á la vez apareció la misma doctrina en tantos puntos diferentes, sin que se encontrase en todos sus predicadores ni un solo sectario? ¿Cómo, salidos de las orillas del lago de Genesaret, y no conociendo mas idioma que el de su localidad y profesión, pudieron hacerse comprender de todos en cosas tan espirituales y en sitios tan diversos? ¿Cómo, en fin, todos aquellos *pecadores de pecas* se convirtieron tan universal y prodigiosamente en *pecadores de hombres*?

A todas estas preguntas no hay mas que una contestación posible: los apóstoles estaban inspirados.

Se manifiesta dificultad en creer en la venida del Espíritu Santo, en el don de lenguas, en la asistencia sobrenatural de Jesucristo y en la verdad de esta promesa: *ecce ego vobiscum sum omnibus diebus*, porque todo esto no consta mas que en el *Evangelio* y en los *Hechos*; pero ¿no se vuelve á encontrar, en resultado y en acción, en el suceso universal de la predicación apostólica con los diversos caracteres que acabamos de señalar? Si no conociéramos este suceso y lo oyéramos contar, ¿no veríamos en él un milagro tan grande, mayor aun que los que lo explican, y no haciendo con ellos mas que un solo y mismo milagro? ¿Se nos ocurriría divinizarlos y decir que es menos admirable que aquellos? ¿Estrañan ilusión de la incredulidad! exige prodigios, se le presentan, y basta que sean incontestables para que dejen de ser admirables! En tanto que puede contradecir el *hecho* de un milagro, reconoce y hasta exagera su carácter, y deja de ver este carácter desde el momento en que no puede contradecir el hecho. En el primer caso, todo la subleva; en el segundo, nada la admira: incrédula ó crédula segun el interés, jamas segun la verdad.

Por mas que haga, no obstante, el prodigio es aquí sumamente manifiesto. La emisión de una doctrina tan sublime y tan ignorada como la de Jesucristo, por espíritus naturalmente tan limitados y nulos como los de los apóstoles, y una emisión que desde luego adquirió toda su plenitud y que llenó el mundo con la rapidez de su luz, no puede ser efecto sino de la mas alta y mas positiva inspiración. En los apóstoles es esta inspiración tan visi-

ble como su ignorancia, y esta hace que resalte mas aquella.

Esta última proposición ha sido brillantemente tratada en nuestros días por Troplong, uno de los mas concienzudos é ilustrados ingenios de la época, en su bella memoria, leída en el Instituto, *De la influencia del cristianismo sobre el derecho romano*. Aun halagando las pretensiones y susceptibilidades filosóficas de los que le escuchaban, el elocuente jurista se expresaba así:

"... La cruz en que Jesucristo había sido inmortalado, se había convertido en estandarte de una religión que iba á regenerar el mundo, y los apóstoles habían salido de la Judea para ir á llevar á las naciones la palabra evangélica. Todos cuantos principios civilizadores había diseminados en las varias escuelas filosóficas que dividían á las altas inteligencias de la sociedad pagana, los poseía el cristianismo con mas abundancia, y sobre todo, con la ventaja de un sistema homogéneo, en el que todas las grandes verdades se hallaban coordinadas con admirable unidad, y colocadas bajo la salvaguardia de una fé ardiente. Pero *ademas* de aquel vaso de tierra que, como decia San Pablo, encerraba los tesoros de Jesucristo, se desprendían nociones de moral que iban á encontrar á las masas abandonadas por la filosofía, y les revelaban el verdadero destino de la humanidad sobre la tierra y despues de esta vida.—En efecto, el cristianismo no fué solamente un progreso en las verdades conocidas antes de él, que las dilató, completó y revistió de un carácter mas sublime y de una fuerza mas simpática, sino que fué *ademas* [y esto al pié de la letra hasta para los mas incrédulos] *un descendimiento del espíritu celestial*..."

II. Despues de la *concepcion* del cristianismo por los apóstoles, hay otra cosa que nos maravilla y que descubre tambien á nuestra vista su divinidad, y es la *revolucion* de aquellos, de predicarlo por todo el universo.

¿Cómo esos pobres hombres esperaron y se atrevieron á lanzarse en una empresa tan descabellada, faltándoles todos los medios humanos y atravesándoseles en su paso todos los poderes de la tierra?

La mas insignificante acción tiene su estímulo, y este está siempre en razon de las dificultades y de los medios. Tal es la indeclinable ley de nuestra naturaleza: ley tan necesaria en el órden moral, como en el físico las del equilibrio y de la mecánica, con la singularidad, empero, de que en el primero es tanto mas exacta, cuanto la carencia de cultura y de desarrollo moral é intelectual permite á la naturaleza del individuo en quien obra, mas sumision en conformarsele: en otros, la observancia de esta ley tiene por garantía el peso de la razon; en este goza de todo el poder del instinto. Esto supuesto, figurase por un lado una empresa tan colosal como la de cambiar la faz del mundo, convertirlo y trocarlo, por decirlo así, de arriba abajo, y por otro la mas completa carencia de medios que se pueda concebir: ni fortuna, ni habilidad, ni seducción, ni fuerza, ni nada, nada hasta de lo que se necesita para

cautivar á un niño; y entre esta carencia de medios y este cúmulo de dificultades, colocad á un hombre de naturaleza sencilla, pero buena, á quien se le proponga acometer la empresa; y en fin, suponed que la emprende, que la abraza, que se precipita en ella con una confianza invencible, y que ha previsto todas las dificultades, y que estas se atraviesan á su paso: ó la razon no es ya nada y nada valen las reglas de la naturaleza humana, ó ha de haber en este hombre un estímulo de una fuerza incalculable que pueda ignorar, pero que desde luego reconozco. Estoy dispuesto á creerlo todo, antes que creer que obra de este modo sin impulsión, y sin una impulsión que me inclino á juzgar tan extraordinaria como su confianza. . . . Tales se nos presentan los doce apóstoles; es decir, que tenemos doce ejemplos experimentales de nuestro argumento, ninguno de los cuales cede á otro en evidencia. Por esto, cuando les oigo decir y publicar que vieron á Jesucristo resucitado y que recibieron el espíritu de Dios, los creo sin trabajo y me siento obligado á creerlos, porque nada de esto, aunque sobrenatural, es imposible á la divinidad, y se encuentra en perfecta armonía con todo lo que ya sé de Jesucristo, y *ademas*, porque si no quiero admitirlo, me veo obligado á admitir en su lugar, en la acción de los apóstoles, una cosa contraria á la naturaleza, que no se concibe, que no puede explicarse; una imposibilidad monstruosa, como lo seria en el órden físico *un hombre que anduviera sin piernas*, el milagro de predilección de Rousseau.

Para salir del círculo de este argumento, seria necesario poder encontrar una causa humana cualquiera, que explicase la determinación de los apóstoles á la empresa de la conversión del universo. Y esto no se logrará jamas. Ofrécese aquí la discusión, con tanta frecuencia entablada por los apologetas, de los diversos motivos humanos que hubieran podido impulsar á los apóstoles á tan gigantesco propósito. Nosotros dejaremos que la trate Bossuet con aquella entereza y energía de buen juicio que constituye como el temperamento de su genio. Vamos á transcribir un pasaje poco conocido, extraído de su panegírico de San Andrés.

"En una empresa tan estraña, no digo haber salido bien como á ellos les sucedió, sino haberse atrevido á esperar, es una señal cierta de la verdad. No hay mas que la verdad ó la verosimilitud que puedan hacer que los hombres esperen. Ya sea un hombre prudente ó temerario, si espera, no hay medio: ó la verdad le obliga, ó la verosimilitud le seduce; ó la fuerza de aquella le convence, ó la apariencia de esta le engaña. Aquí todo lo que se ve admira; todo lo que se preve es contrario; todo lo humano es imposible. Luego donde no hay ninguna verosimilitud, es necesario concluir que la verdad es lo único que sostiene la obra. Búrlase el mundo cuanto quiera: despues de todo, es preciso que la mas fuerte persuasión que haya existido jamas en la tierra, sobre la cosa mas increíble, entre las pruebas mas difíciles y en los hombres mas incrédulos y mas tímidos, el mas osado de los cuales renegó cobardemente de su maestro, tenga una cau-

sa aparente. El fingimiento no llega á tal punto, no dura tanto tiempo la sorpresa, ni es tan regular la demencia.

“Porque, en fin, resumamos el argumento de los incrédulos y libertinos. ¿Qué quieran pensar de nuestros santos pecadores? ¿qué? ¿que habian inventado una bella fábula, la cual se complacian en anunciar al mundo? Pero la hubieran hecho mas verosímil. ¿Que eran insensatos é imbéciles que no se entendian á sí mismos? Pero su vida, sus escritos, sus leyes, la santa disciplina que establecieron, y en fin, los sucesos mismos, prueban lo contrario. Es una cosa inaudita, que la sutileza invente tan mal ó que la demencia ejecute tan felizmente: ni el proyecto prueba hombres astutos, ni el resultado hombres desprovistos de juicio. No son hombres prevenidos que mueren por sentimientos que mamaron con la leche. No son especuladores y curiosos que, habiendo meditado en el retiro de su bufete cosas imperceptibles acerca de misterios incapaces de explicacion, convierten sus opiniones en ídolos, á los cuales defienden hasta con la muerte. No nos dicen: hemos pensado, hemos meditado, hemos deducido. Sus pensamientos podrian ser falsos, sus meditaciones mal fundadas, sus consecuencias mal deducidas y defectuosas. Nos dicen, sí: Hemos visto, hemos oido, hemos tocado con nuestras manos, y muchas veces, y por mucho tiempo, y muchos juntos, á Jesucristo resucitado de entre los muertos. Si dicen verdad, ¿qué puede replicárseles? si inventan, ¿qué pretenden? ¿qué ventaja, qué recompensa, qué fruto piensan sacar de sus trabajos? Si esperaban algo, debía ser, ó en esta vida ó para despues de su muerte. Esperar en esta vida, no se lo consienten ni el odio, ni el poder, ni su propia flaqueza. Véaseles, pues, reducidos á los siglos futuros, y en este caso, ó esperan de Dios la felicidad de sus almas, ó de los hombres la gloria y la inmortalidad de sus nombres. Si esperan la felicidad que promete el Dios verdadero, es claro que no piensan engañar al mundo; y si el mundo quiere figurarse que el deseo de señalarse en la historia hubiese ido á lisonjear á aquellos espíritus incultos hasta en sus barcas de pescadores, diré solo lo siguiente: si un Pedro, un Andrés y un Juan, en medio de tantos oprobios y persecuciones, pudieron prever con tanta anticipacion la gloria del cristianismo y la que nosotros les damos, ya nada quiero mas eficaz para convencer á todos los hombres razonables de que semejantes personas eran hombres divinos, á quienes el espíritu de Dios y la invencible fuerza de la verdad hacian ver, en la estremidad de la opresion, la victoria certísima de la buena causa.”

Es imposible contestar nada á esto: es el puro buen sentido, es la razon hablando, y nosotros no tenemos de ello mayor seguridad que el asentimiento íntimo que obtiene en el alma del lector. Es preciso, pues, renunciar á encontrar una causa humana cualquiera á la mas colosal resolucion que jamas haya existido, con la mas absoluta carencia de medios que pudiéramos imaginar. Y como sin embargo, es necesario que semejante resolucion tenga una causa, y una causa inmensa, fuerza se hace

abrazar la única que aparece y que declaran sus agentes: la divinidad de Jesucristo, su resurreccion verdadera, su asistencia sobrenatural.

San Juan Crisostomo hace una bellísima reflexion que descubre mas aún, si es posible, la divinidad de Jesucristo en la conducta de los apóstoles: —“Es muy comun, dice, olvidar despues de muertos á los que amó uno con mas ternura. Los apóstoles abandonaron y negaron á Jesucristo mientras vivia, y cuando hubo sido crucificado mueren por él. Por consiguiente, lo vieron resucitado.”

No sabemos; pero esta sencilla reflexion nos parece admirable, y propia para hacer brillar la verdad en una alma que no se defiende contra su luz. —Desarrollémosla un poco, y hagámosla resaltar por medio de algunos detalles.

Es cierto, pues los Evangelios deben ser creidos, á lo menos en lo que nos dicen en contra de sí mismos, que durante la vida de Jesucristo los apóstoles no sentian por él mas que una adhesion nada ilustrada, y grosera, que los hacia equivocarse á cada instante sobre el sentido espiritual de la felicidad y del poder que constituian el fondo de todas sus promesas. Con frecuencia se les vió vacilar entre él y sus enemigos, y á veces hasta compartir con éstos la incredulidad y las murmuraciones. Uno de ellos le hizo abierta traicion. Sin embargo, se mantuvieron en torno suyo mientras fué objeto de la pública admiracion y pudieron enorgullecerse con sus favores y vivir de sus beneficios. A este precio habian abandonado las redes que una secreta inclinacion de hábito y desconfianza, les hizo, no obstante, volver á tomar muchas veces: pescadores y apóstoles á la vez. Pero llegó el momento de la grande prueba. Para confortarlos, en su postrer banquete les dió el buen maestro los mas tiernos testimonios de su amor y las mas reiteradas seguridades del próximo cumplimiento de sus promesas. No les disimuló, empero, las ignominias, los sufrimientos y la muerte por que tenia que pasar; pero hizo brillar á través de todo la esperanza de su resurreccion, y la efusion de aquel espíritu que debía enseñarles todas las cosas y realizar por medio de ellos la dominacion universal, el reino eterno del Cristo, que era la grande espectacion hereditaria de su nacion. Dealumbrados por esta esperanza y conmovidos sin duda por tanto amor, prometieron ser fieles; pero ¿vana promesa? ¿ardor quimérico que la simpática confianza con Jesucristo alimentaba en aquellas almas sencillas, pero que la espantosa realidad de su pasion y de su ignominiosa muerte debía disipar, interponiendose entre ellos y él! Muy pronto, en efecto, no le vemos mas que solo en manos de sus verdugos. Al principio Pedro le sigue todavía, pero *de lejos y por ver en qué pararia aquello*. Un instante despues, á las preguntas de una simple criada, lo niega, y protesta por tres veces que nunca lo ha conocido. En fin, aquel tímido rebaño, digno de semejante pastor, se disipa hasta el punto de no aparecer ya mas ni uno de ellos, excepto el apóstol San Juan, cuya compasiva amistad vuelve á aparecer entre las santas mujeres al pie de la cruz, cuando la muerte de la víctima ha

desarmado á sus verdugos, y que ya nada hay que hacer sino darle sepultura.

No obstante, en este completo naufragio de la fidelidad apostólica, en que nuestros pescadores se muestran tan perfectamente hombres, parece que no hubiera debido abandonarles la esperanza, pues nada había sucedido que su maestro no les hubiese anunciado; y además, éste había aplazado para después de su muerte la manifestación de su poder. Podía resucitar al tercer día, conforme había prometido. No importa, esta esperanza había sido impotente para conservarlos fieles. ¿Qué debía suceder, pues, cuando no resucitando el Cristo, no solamente les iba á acabar de abandonar aquel débil sentimiento de esperanza, sino que se iba á convertir en justo despecho por haber sido engañados?

Hay algunas circunstancias que justifican esta interpretación natural de las disposiciones de los apóstoles. No los vemos desde luego muy solícitos en acechar el momento de la resurrección de Jesucristo; de modo que no son ellos, sino las santas mujeres quienes van y vienen al sagrado sepulcro. Ni siquiera dan un paso movidos por la curiosidad. Escandalizados con la muerte ignominiosa de Jesucristo, están muy persuadidos de que el que acaba de dejarse tratar de aquel modo, no puede ser un Dios; por esto dejan que se pase el día tercero sin hacer ninguna diligencia. Únicamente encontramos á dos de ellos andando por el camino de Emaús, y que en la escaeta pintura que nos hace el Evangelio de sus personas, se reflejan perfectamente las disposiciones que acabamos de insinuar. "Y dos de ellos, dice el Evangelio, iban aquel mismo día [el tercero por la tarde], á una aldea llamada Emaús, que distaba de Jerusalem setenta estadios. E iban conversando entre sí de aquellas cosas que habían acaecido. Y como fuesen hablando y conferenciando el uno con el otro, se llegó á ellos un viajero, (1) y caminaba en su compañía. Y les dijo: ¿Qué pláticas son esas que tratáis entre vosotros caminando, y por qué estáis tristes?—Y respondiendo uno de ellos llamado Cleofas, le dijo: ¿Tú solo eres forastero en Jerusalem, que no sabes lo que allí ha pasado estos días?—¿Qué? repuso él.—De Jesus de Nazaret, le contestaron, que fué un varón perfecto, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo le entregaron los sumos sacerdotes y nuestros príncipes á condenación de muerte, y le crucificaron. Mas nosotros esperábamos que él era el que había de redimir á Israel; y ahora, á pesar de todo esto, hoy es el tercer día que han acontecido estas cosas. Es verdad que algunas mujeres de las nuestras nos han espantado; las cuales antes de amanecer fueron al sepulcro, y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron diciéndonos que habían visto allí visiones de ángeles, que les dijeron que él vive. Y algunos de los nuestros fueron al sepulcro para cerciorarse de

la verdad del hecho; y encontraron el sepulcro vacío, y que él no estaba allí." (2)

Tales eran las disposiciones de los apóstoles, disposiciones que bien merecían que Jesus los contestase de repente: "¡Oh necios y tardos de corazón para creer!"

En fin, hay todavía otra circunstancia que acaba el cuadro de la incredulidad y desaliento apostólico; circunstancia sencilla, pero muy significativa, que nos proporciona el mismo Pedro, el jefe del rebaño: *Me vuelvo á pescar*, le dice á Tomás y algunos otros discípulos; y *vamos también nosotros contigo*, le contestaron éstos. (3)

He aquí á los apóstoles vueltos pescadores. Hasta aquí habían esperado, aunque débilmente: *sperabamus*; pero ahora he aquí que el mismo jefe da la señal y el ejemplo del abandono, *vado piscari*, y vuelve á tomar su primer oficio.

Tales eran los apóstoles entonces mismo en que la presencia de Jesucristo, ó su reciente memoria, ó en fin, la esperanza de sus promesas, podían todavía animarlos: gente sencilla, pero toca, incapaz de adhesión, de valor, de fe, de nada generoso y extraordinario, y dejándose arrastrar torpemente por su natural condición.

Y sin embargo, después de algunos días volvemos á encontrar á estos mismos hombres reunidos todos en un solo proyecto, que es morir por Jesucristo, tomar su cruz y hacerla adorar en aquella misma ciudad que está humeando todavía con su sangre, en medio de aquel mismo pueblo que gritaba poco antes: *¡Crucifícale, y caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!* y en presencia de aquellos mismos doctores y magistrados que sublevaron á este pueblo y legitimaron su rabia sanguinaria. En aquella misma ciudad, repetimos, en medio de aquel mismo pueblo, en presencia de aquellos magistrados, han resuelto los apóstoles, tan indolentes en defender á Jesucristo mientras vivía, hacerlo adorar después de muerto. Su celo por la gloria de este ajusticiado, de este maldito, no se limita á esto: quieren que toda la Judea, toda la Samaria, toda el Asia, la Grecia y la misma Roma caigan de rodillas á los pies del instrumento de su suplicio. Aun no es esto bastante para sus almas enardecidas; codician mas todavía, y las miras de su procelitismo abrazan desde luego el universo entero. Tan circunspectos y tardíos en creer, tan fugitivos y dispersos, vueltos poco antes á sus redes, de repente los vemos hechos otra vez apóstoles fervorosos: se confortan para no incurrir ya mas en desaliento, avanzan para no retroceder ya mas ni un solo paso, y sin embargo, de todas partes llueven mofas, amenazas, tormentos y todo género de muerte; y Jesucristo no está con ellos, y murió, y no ha cumplido su palabra de resucitar, y todo para ellos se ha perdido, hasta esta frágil esperanza. ¿Cualquiera que seas, oh lector, consulta tu naturaleza humana, y pregúntale si todo esto no es el trastorno completo! ¿De dónde ha podido salir re-

(1) Este viajero era, según el Evangelio, el mismo Jesucristo; pero como nos colocamos en el punto de vista de la incredulidad, no lo decimos, y solo nos limitamos á lo que se dice de los discípulos.

(2) Luc., XXIV, v. 13 á 24.—¿Qué tono de verdad! *¡Amigo mío, no es así como se inventa!*

(3) *Vado piscari, venimus et nos tecum*.—Juan, XXI, 3.

pentinamente en semejantes hombres y en tales circunstancias, esa confianza? ¿de dónde una energía tan inaudita? ¿de dónde ese celo y esa seguridad que de todo se rien y que no temen ni la muerte, no solamente en sí misma, sino por el perjuicio que va á causar á su empresa? . . . Si han visto al Cristo resucitado, si lo han visto bien, si lo han visto todos, si han recibido la invisible fuerza del espíritu de Dios, si por sí mismos hacen á cada instante prueba de esa asistencia sobrenatural obrando milagros, si con su sola sombra curan paralíticos, si hacen temblar á los demonios, concebimos que no tiemblen ellos, concebimos que el celo y el amor de la verdad, de la cual tienen ellos en sí tantas garantías, los arrastren á desafiar al universo, seguros de regenerarlo con la ayuda del que lo crió; concebimos su heroica y generosa muerte, lo concebimos y admiramos todo. . . . Pero si no hay nada de todo esto, si el Cristo ha permanecido en su sepulcro, si no se les ha aparecido como ellos mismos dicen, si la pusilanimidad y desconfianza, contra las que habían podido precaverse durante su vida, son justificadas por una muerte sin resurrección; si nada de nuevo les ha acontecido ni nada ha ocurrido á su alrededor desde que los dejamos amedrentados y fugitivos, no esperando ya, y volviéndose á sus barcas de pescadores. . . . ¡Oh! entonces nada de todo esto concebimos; nuestra imaginación se pierde en un caos de imposibilidades sin solución, y en lugar de un suceso que comprendemos muy bien poder existir en el orden sobrenatural, que excede á lo acostumbrado sin chocar á la razón, y que hasta la eleva y ennoblece, anudándose con un orden de verdades que proceden y que siguen, y cuyo encadenamiento compone el mas armonioso todo, nos encontramos con un suceso que debería ser perfectamente claro é inteligible, y que es no obstante el mas completo trastorno de la naturaleza, y la desesperación de la razón. . . . No podemos vacilar: incredulidad é absurdo. ¡Esto es demasiado! Nosotros nos inclinamos decididamente hácia el lado en que se manifiestan la razón y la fé.

III. Y sin embargo, todavía no hemos visto el prodigio del prodigio: *el resultado*. Aquí, lo confesamos, faltan palabras para expresar toda la fuerza de una prueba semejante. Por lo mismo creemos que no es necesario insistir en ello, pues las cosas hablan en esto por sí mismas á los que tienen el corazón abierto á la verdad; y por lo que hace á los demás, ya sabemos que la causa de su ceguera no la disipan los raciocinios. . . . No necesita el sol de demostraciones: él mismo se pone en evidencia.

No obstante, veamos:

El argumento que resulta del establecimiento del cristianismo es el mas fuerte, porque es el mas inmediato de todos: es el que se llama *ad hominem*. Su fuerza está en razón de la resistencia de aquel á quien se opone. Para convencer á la incredulidad se apoya sobre la incredulidad misma.

Dices que no crees en la divinidad de Jesucristo, y que no puedes tomar la doctrina de la cruz en

sentido absoluto. Hay cosas, añades, en esta doctrina, que á pesar de todos los raciocinios, todos los hechos, todos los principios y todos los resultados que se pueden juntar para procurar persuadirla, te chocan y la impiden entrar en tu espíritu; por mas que se haga, por mas que tú mismo hagas, no puedes tener fé. . . . la fé real, la fé completa, la fé que adora, que todo lo atropella, si es menester, y que muere por su objeto. No estamos en el caso de investigar la causa de una incredulidad tan tenaz é invencible. Por cierto que no deberá ser la pura razón y la recta voluntad, y seguramente no serás en este punto menos inocente de lo que te figuras. Pero en fin, cualquiera que sea la causa, te parece natural y legítima; no puedes creer, y te son necesarios milagros para convertirme.

Sea en buena hora; pero convengamos todos sin embargo, en que ese cristianismo, en el cual no puedes creer, es mucho mas creíble en el día, que cuando apareció por primera vez en el mundo. Tú has nacido en tu seno y lo has encontrado enteramente establecido; penetrado de su influencia, has sido cristiano antes de ser hombre, y para dejar de serlo te ha sido preciso sacudir todas tus preocupaciones de la infancia. Indudablemente tu disposición á la incredulidad hubiera sido mucho mas franca y mucho mas completa, si no hubieses sido educado en las ideas cristianas: ¿qué hubiera sucedido, pues, si hubieses sido criado en otras enteramente opuestas? No está todo aquí: tu incredulidad de hombre tiene aún que vencer otros obstáculos y nivelar otras consideraciones; porque, en fin, si el cristianismo no te parece literalmente divino, á lo menos es imponente por su duración, por sus beneficios, por sus relaciones y por sus glorias. Resiste, y existe solo, sin que se le oponga ninguna otra religión. Es el culto de la patria, el culto de tus antepasados, el culto del mundo civilizado. Tiene en su favor todo cuanto hay y habido de grande, de bello y de ilustre en el mundo, y no podemos nombrar nada de todo lo que ha honrado al espíritu humano, sin recordar al mismo tiempo su nombre. A pesar de todo esto tú eres incrédulo; ¿cuál sería tu incredulidad si nada de esto existiese? ¿cuál sería en un estado de cosas diametralmente inverso, si jamás hubiese resonado en tus oídos la palabra cristianismo, y si criado, educado y formado en las ideas, hábitos y costumbres paganas, oyese decir por primera vez que un ajusticiado quiere ser adorado, no al igual, sino en lugar de todos los dioses, cuyo brillante culto está identificado con todas las preocupaciones, todos los recuerdos, todos los intereses y pasiones de la patria, de la sociedad y de la naturaleza? ¿que el instrumento de las ejecuciones que se coloca en las plazas públicas, debe ser en adelante preferido á todo y convertirse, con las ideas abyectas, horribles y repugnantes que sujiera, en el único objeto de estudio, de gloria y de afición que debe ocuparte y absorberte, hasta el punto de desochar todo cuanto no esté conforme con él, y hasta morir, si es preciso, por confesarlo? ¿Podrían ocurrirse á tu espíritu y á tu boca otras calificaciones para aplicar á semejante doctrina, que las que lo

prodigaba el mas grave y mas concienzudo talento de su época, Tácito: *de abominable infamia, superstition execrable, odiosa y obstinada conjuración contra el género humano, digna de ser castigada con todos los suplicios?*

Eres incrédulo, dices, en el día, y necesitarías algunos milagros para convertirte, y tu misma conversión seria un milagro: ¿cuántos milagros no serían, pues, necesarios, para convertir al mundo pagano? ¿qué prodigio no seria semejante conversión ya realizada?

Tu naturaleza y condicion no son distintas de las de los demas hombres; tú bebes tu incredulidad en el mismo fondo de ideas, de juicios y de instintos que todos ellos. La incredulidad no puede causar ninguna ilusion sino simulando inspirarse de ese *sentido humano*, de ese *sentido comun*. Lo que esperimantas y lo que hubieras experimentado, si la Providencia te hubiese hecho nacer en el paganismo, debieron naturalmente experimentarlo todos los demas hombres que vivieron en aquella época. Eres una especie de mundo en pequeño, que puedes formarte la idea de lo que era y debia de ser el mundo entero respecto del cristianismo; y si este cristianismo te parece en el día increíble, mil veces mas lo debia parecer á la sociedad pagana.

De aquí deducimos que si el cristianismo es increíble, es increíble que el mundo entero hubiese naturalmente creído en él. Lo creyó, luego es creíble; ó bien se hizo creíble por medio de caracteres visiblemente sobrenaturales: por medio de milagros.

Pero tú no admites los milagros: "¿Por qué, pues, te diremos con San Agustín, en siglos tan cultos, creyó el mundo sin milagros cosas del todo increíbles? ¿Dirás acaso que las creyó porque eran creíbles? pero ¿por qué tú no las crees?... Vamos á fijar nuestro argumento: ¿las cosas increíbles que se veian persuadieron una cosa increíble que no se veia, ó esta cosa era de tal manera creíble, que no tenia necesidad de milagros para ser creída: en ambos casos, ¿se ha visto nunca obstinacion mayor que la de nuestros adversarios?" (1)

El argumento no tiene réplica; pero lo que acaba de cerrar el círculo de la demostracion que de él resulta, y no deja ninguna salida, no diremos á la sutileza, sino al buen sentido, es la manera con que creyó el mundo aquella cosa increíble.

Ya lo hemos visto: nada obligó al mundo á creerla mas que un pequeño número de hombres toscos é ignorantes, que no tenian ninguna tintura de bellas letras, ni conocian la gramática, la dialéctica ni la retórica: en una palabra, pobres pescadores. El hecho existe, y si se le hubiese podido contradecir, hace mucho tiempo que la incredulidad se hubiera ensañado contra él y lo hubiera borrado: tan molesto le es. Pero tan cierto como oportuno, jamas ha sido ni siquiera pueeto en duda, y en sus extremos, la incredulidad ha sido bastante desdichada para convertirlo á lo menos en una arma de ridículo y descrédito contra los cristianos.

Nosotros aceptamos este ridículo y este descrédito, y nos envanecemos de un Pedro, de un Santiago, de un Juan, mas que de un Agustín, de un Boesuet y de un Pascal, porque nos envanecemos de la virtud misma de Dios, mucho mas visible en aquellos que en estos.

Brilla efectivamente la virtud de Dios de un modo extraordinario en el establecimiento del cristianismo por semejantes hombres; y para limitarnos al puro raciocinio, diremos solo lo siguiente:

Una cosa no es creída por la jeneralidad de los hombres, sino porque es verdadera ó porque es verosímil. No puede ponerse en duda esta proposicion sin abrazar esta otra: los hombres pueden creer verdadero lo que *al mismo tiempo* saben ser falso; lo cual es un absurdo. Para que una cosa sea creída, es, pues, preciso que sea creíble ó que parezca serlo: que sea verdadera ó verosímil.

La verosimilitud de una cosa no puede provenir mas que de dos causas: de la *cosa* en sí misma, ó de los *medios* que se emplean para persuadirla. En es evidente.

La *cosa* en sí misma, en nuestro caso, el cristianismo, era para el mundo pagano el colmo de la inverosimilitud. Era el mas perfecto contrario de la razon de entonces, del sentido pagano, así popular como filosófico, escándalo para los judíos, locura para los gentiles, una verdadera estravagancia, *stulticia*: cuanto mas pensamos en ello, mas convencidos quedaremos.

Los *medios* empleados para persuadirla, si se hace abstraccion de los milagros, están en la misma proporcion. ¿De dónde sale esta *abominable infamia*, esta *execrable superstition*? debia preguntarse. ¿Con qué autoridad se recomienda? ¿Quiénes son sus predicadores y fiadores? ¿Son gefes de partido, filósofos ó charlatanes? ¿De dónde han salido? ¿Con qué cuentan? ¿Qué ventajas trae su doctrina? Han salido de la Judea y de su mas oscura plebe; no saben nada ni se glorían de saber; son pescadores que acaban de dejar sus barcas para ir á correr el mundo, y que no dicen sino que uno, llamado Cristo, ajusticiado en Jerusalem, resucitó; que es preciso creerlos, y por consiguiente, judíos, que es preciso abandonar el culto de nuestros padres; sacerdotes de los dioses, que es necesario derribar sus altares; filósofos, que es menester que nos coloquemos entre los ignorantes; señores, que es necesario fraternizar con nuestros esclavos; esclavos, que es necesario mas que nunca estar sumisos á nuestros señores; todos, que es necesario sufrir.... Despues de esto preguntaremos: ¿la inverosimilitud de una predicacion semejante, tuvo jamas nada con qué compararse, mas que con la inverosimilitud de la doctrina?

Si esta doctrina hubiese sido predicada por hombres doctos é ilustres, apenas concebiriamos que hubiesen podido naturalmente persuadirla; y si personas toscas como los apóstoles hubiesen predicado una doctrina del gusto del día, sensual y cómoda, debernos creer igualmente que no hubieran producido grande efecto. En el primer caso, la doctrina hubiera matado á la predicacion; en el segundo, la

(1) *De la ciudad de Dios*, lib. 22, cap. 8.

predicacion hubiera matado á la doctrina. ¿Qué debía producir, pues, la reunion de la doctrina de la cruz con la predicacion apostólica?

Nosotros, que hemos visto venir en pos de los apóstoles á los Crisóstomos y á los Bossuet, y á quienes diez y ocho siglos de reflexion han enseñado á conocer la admirable relacion de la doctrina cristiana con su método de predicacion, no nos asombramos; pero antes de que se estableciese, rodeada como se hallaba de misterios sin explicar, y mas que todo de las calumnias y falsos juicios que en el paganismo esotaba; no teniendo para salvar el escándalo y la locura de su cruz, mas que apóstoles que eran su viva imágen, y que hubieran comprometido la doctrina mas verosímil y seductora, es imposible imaginarse nada mas impropio para acreditarse. La inverosimilitud de la doctrina y la de la predicacion, se confirmaban y aumentaban recíprocamente para producir la mas perfecta obra maestra de inverosimilitud.

Supuesto, pues, que no fué la inverosimilitud quien abrió las puertas del mundo al cristianismo, y que al contrario, todas se las cerraba, ¿quién pudo hacerlo entenderse y penetrar tan abundantemente, mas que la verdad, su propia verdad, es decir, su divinidad, mas poderosa que todo, y creándose ella misma medios milagrosos para conseguir su fin, ó creando directamente este fin sin milagros, por medio de un milagro único, mayor que todos los demas?

¿En dónde puede encontrarse, mas que en la esencia del mismo cristianismo y en una accion sobrehumana, el secreto de un triunfo tan desprovisto de medios humanos, tan á despecho de todos los obstáculos humanos, y de un triunfo tan completo, tan rápido y tan duradero?

¿Habeis visto á veces, en una mañana de otoño, levantarse el sol con un cielo opaco y sobre una tierra cubierta de niebla? Está ya sobre el horizonte, y nadie lo ha visto todavía. Todavía va á serle disputada esta primera aparicion, y á proporcionarle nuevos combates y nuevos triunfos. En efecto, el mismo calor que lo desprendió de los vapores que lo rodeaban, va á herir á lo lejos la tierra húmeda y á levantar otros nuevos, que suben á reemplazar á los primeros y á oscurecer otra vez el astro que los ha traído. Pero su calor, incesantemente activo, los disipa tambien; y al disiparlos, hace nacer otros que no permiten tregua en aquella lucha, en que el vencedor absorbe los obstáculos á medida que los va suscitando, y los suscita á medida que los va absorbiendo, hasta que habiendo acabado de purgar la tierra y de agotar la humedad de los aires, el astro gigante rompe de una vez el velo que cubria los cielos; y colocado en medio de su brillante y límpido firmamento, se hace saludar por la naturaleza reanimada como á su libertador y su rey.

Así se efectuó el establecimiento del cristianismo, á través de tres siglos de persecuciones suscitadas por su inverosimilitud y vencidas por su verdad.

El cristianismo fué una creacion: se formó en el

mundo, como el mundo mismo, *de nada*: fué sacado de la nada. Ved su estructura, nada mas grande: es el mundo moderno. Ved su fundamento, es la misma nada: *doce hombres de nada*. Queriendo Jesucristo probar que era Dios, hizo lo que caracteriza á Dios, lo que nos revela la virtud de Dios, para que nos viésemos obligados á creer en el Hijo por los mismos títulos con que creemos en el Padre, y para que solo los ateos pudiesen dejar de ser cristianos. Reprodujo entre nosotros la obra de Dios. Y para que no pudiésemos dejar de reconocerlo, *escogió las cosas que no son nada, para destruir las que son mucho*; procuró escluir de su operacion todos los elementos naturales que hubieran podido ocultárnoslo, y no solo los escluyó, sino que permitió que se volvieran en contra. Con nada, y él solo, obró contra todo. Y tan solo despues de haber hecho ver bien distintamente su accion creadora, y despues de haber acabado de convertir el mundo por la sola virtud de su despreciada cruz, permitió á los poderes humanos que habian quedado vencidos, el ponerse en contacto con ella y gloriificarse en su posesion.

Hasta puede decirse que hizo mas que crear, pues como observa perfectamente un autor antiguo: "Reformar es mas que crear: en la creacion nada se resiste al criador, ni nada le impide arreglar y conformar su criatura del modo que mejor le parezca; pero en la restauracion y reforma tiene que combatir la culpa, la pena y la voluntad corrompida" (1).

Si no nos hacemos cargo de toda la magnitud de este prodigio, consiste en que sucedió en el órden moral, y que en general los fenómenos de este nos afectan menos que los del órden físico. Pero un poco de reflexion nos dirá que el órden moral tiene sus leyes tan constantes y tan necesarias como las del físico, y que cuando el fenómeno se produce tan en grande como la reforma del género humano por el cristianismo, su autor ha probado tan bien su divinidad como aquel que supone Rousseau que se presentara á hablarnos de este modo: "Mortales, os anuncio la voluntad del Altísimo; reconoced en mis palabras al que me envia. Yo ordeno al sol que cambie su curso, á las estrellas que se coloquen de otro modo, á las montañas que se aplanen, á las aguas que se levanten, á la tierra que tome otra forma."

La revolucion obrada por la sola cruz de Jesucristo en el mundo, no es menos maravillosa y divina: es, como dice el poeta, *un misterio capaz de horripilar, de romper nuestro cuerpo y nuestra alma*. No es necesario mas que meditarlo. *¡Meditemos!*

Por otra parte, el problema fué admirablemente propuesto, con la indicacion de su solucion, por un juez bien imparcial, y cuando todo estaba aún por hacer.

Jesús acababa de morir, y estaba en su principio la locura de la predicacion de su cruz, cuando los apóstoles, llamados por la justicia á causa de este

(1) *Libro de las criaturas*, por Raimundo Sebón, traducido del latín por Miguel Montaigne, p. 321.

hecho, comparecieron ante los majistrados de Jerusalem. El gran pontífice les dice:—¿No os habíamos espresamente prohibido no enseñar en este nombre? sin embargo, habeis llenado á Jerusalem de vuestra doctrina, y quereis hacernos responsables de la sangre de ese hombre.—Pedro y los demas le contestan: Es preciso obedecer antes á Dios que á los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó á Jesus, á quien vosotros condenasteis á muerte clavándolo en cruz. El es á quien Dios elevó á su diestra para que fuera Príncipe y Salvador, y dar á Israel la remision de los pecados. Somos testigos suyos en todo cuanto os decimos, y lo es con nosotros el Espíritu Santo que Dios nos ha dado.—Oyendo esto los majistrados, rugian de furor y deliberaban cómo hacerlos morir.

“Entonces, continúa la historia, levantándose en el concilio un fariseo llamado Gamaniel, doctor de la ley, hombre de respeto en todo el pueblo, mandó que por un breve rato saliesen fuera los apóstoles, y les dijo:

“Varones israelitas, mirad bien por vosotros, y atended á lo que vais á hacer con esos hombres. Hace poco apareció un cierto Teodas que pretendia que era algo, y hubo como cuatrocientos hombres que le siguieron; pero fué muerto, y cuantos le dieron crédito fueron disipados y reducidos á nada.—Después de este se levantó Judas, el galileo, en tiempo del empadronamiento, y arrastró tras sí al pueblo; mas pereció tambien, y fueron dispersos todos cuantos le siguieron.

“Pues ahora os digo que no os metais con esos hombres y que los dejeis; porque si este consejo ó esta obra viene de los hombres, se desvanecerá; mas si viene de Dios, no la podreis deshacer. Cuidad de que no parezca que quereis resistir á Dios. Y ellos siguieron su consejo.” (1)

Si este hombre discreto viviese hoy, al leer la historia increíble del establecimiento del cristianismo, cuyo principio vió; al contemplar la cruz dominando aún nuestras ciudades, desde el tope de las grandes basílicas, y sentado en el trono de Roma, hace mas de diez y ocho siglos, el sucesor de aquel mismo Pedro que compareció en su presencia..... ¿Qué os figurais que diria?

Lo que el mismo buen sentido, que se lo hizo presentir, hizo decir á Bayle, á despecho de todos los sofismas:

“El Evangelio, predicado por personas sin nombre, sin estudios y sin elocuencia, cruelmente perseguidas y destituidas de todo apoyo humano, no dejó por esto de establecerse en poco tiempo por toda la tierra. Este es un hecho que nadie puede negar, y que prueba que es obra de Dios.” (2)

CAPITULO VII.

FRUTOS DEL CRISTIANISMO.

Si nada conociésemos del Cristianismo, ni su doctrina ni su historia; si se nos ocultasen enteramente

(1) *Hechos de los apóst.*, cap. 5.

(2) Bayle, *Diccionario crist.*, art. *Matheo*.

el árbol y sus raíces, pero se nos ofreciesen tan solo los frutos, todavía nos veríamos obligados á reconocer que estos frutos no son de los que produce la tierra, y que su sávia debe provenir de un principio sobrenatural.

No podemos hacer mas que tratar de paso este asunto, ya tan elocuentemente tratado en obras especiales que todos conocen (3); por cuya razon nos limitaremos á presentar su sustancia filosófica.

El cristianismo ha enriquecido al hombre con sus divinos frutos:

En el órden moral.

En el órden intelectual.

En el órden sensible.

Tres aspectos bajo los cuales vamos sucesivamente á estudiarlo.

§ I.

Frutos del Cristianismo en el órden moral.

Para simplificar desde luego la prueba sacada de los frutos morales que ha traído á la tierra el cristianismo, y evitar con anticipacion muchas dificultades secundarias, es preciso fijarnos en un principio cierto y muy descuidado.

La religion verdadera debe ofrecer al hombre, prescindiendo de los esfuerzos de su naturaleza, medios eficaces de perfeccionamiento moral; de manera que todo el que quiera valerse de estos medios, experimente sus efectos sobrenaturales y llegue á un grado que nunca hubiera alcanzado con los solos recursos que en sí tiene.

Pero esta religion, que así debe auxiliar la naturaleza del hombre, no puede violentarla. Esto seria destruirla y faltar á su objeto, pues la condicion de esta naturaleza es la libertad, y solo por el ejercicio de esta puede la religion conducir al hombre hácia su fin. Esta libertad es esencial á la naturaleza del hombre y al objeto de la religion. Por esto, lejos de destruirla, la verdadera religion debe estender su ejercicio.

De aquí resulta que quedando el hombre siempre libre, debe poder hacer siempre el mal, debe poder despreciar y desochar el auxilio de esta religion verdadera, debe poder abusar de ella. Hasta es menester decir que dando mas latitud á esta libertad, y aumentando su capacidad con toda la conciencia de las virtudes y verdades que le prescribe y revela, esta religion dará lugar á caídas individuales mas malignas, y que la misma prueba que hará subir á unos precipitará á otros: *Positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum*: resultado tanto mas inevitable, cuanto que siendo el hombre tomado

(3) No tenemos necesidad de hacer mencion del *Genio del Cristianismo*, pero recomendamos la obra titulada: *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea*; tres tomos en 8º, por el prebitero Belmes, traducida del español; obra que da mucho mas de lo que promete, y que tanto por el fondo como por la forma corresponde perfectamente al estado actual de los espíritus. Por lo demás, el éxito mas extraordinario acaba de coronar, en Francia y en España, el mérito de este bellísimo trabajo, que honra al clero, y que honra á nuestros primeros publicistas.

desde mas bajo, la prueba destinada á elevarle deberá ser mas poderosa y mas necesaria.

Seria, pues, proceder contra la naturaleza de las cosas el quejarse de que esta religion hubiese dejado subsistir crímenes sobre la tierra, y aun de que ella hubiese dado ocasion á algunos: efecto es esto de la perversidad humana, de una libertad mas activa y del abuso mas funesto de un bien mas perfecto, segun aquella máxima tan verdadera: *Corruptio optimi pessima*.

Pero si á pesar de esta perversidad, á pesar de los caprichos de esta libertad, á pesar de las coincidencias de este abuso, esta religion obra en los que de veras la abrazan, efectos sobrenaturales de perfeccion; si salva á cualquiera que desea salvarse, aun cuando no hubiese mas que uno, habria ya acreditado su verdad, su divinidad. Sí; quede bien sentado: si hay un solo hombre, tomado como hombre, cualquiera que sea su carácter natural, su condicion, su capacidad, y únicamente reducido á lo que constituye el hombre,—la voluntad,—que haya experimentado en la práctica de la religion cristiana efectos trascendentales de santidad y de virtud, no se necesita nada mas para justificar la divinidad de esta religion por sus frutos. En este caso, con el ejemplo de este solo hombre se probará que cualquiera puede curarse de su perversidad natural con el auxilio de esta religion: no dependerá mas que de él; no será mas que una cuestion de voluntad. Si alguno quiere hacer la voluntad de mi padre, dirá esta hija del cielo, verá si mi doctrina procede de él ó si hablo por mi antojo; y aun cuando todos los hombres se mantuviesen perversos por defecto de esta voluntad, esto nada probaria contra la divinidad de la religion, cuya prueba no habrian aceptado, y que armada con su cobarde repulsa, no hubiera cumplido menos con su mision no conduciendo al cielo mas que un solo escogido.

Pero la religion cristiana obró y obra todos los dias este perfeccionamiento sobrenatural, no solamente en uno, sino en millones de hombres diseminados por todo el universo. En el seno de la perversidad natural y social, á través de todos los obstáculos que encuentra y que ella misma suscita, en ese perpetuo flujo y reflujo de pasiones y de crímenes que componen este miserable mundo, se mantiene sin cesar en una pureza inviolable, en una firmeza invencible, en una fecundidad eterna. Incesantemente está formando almas de una belleza prodigiosa, que causan envidia al mismo cielo, para el cual las prepara y que con frecuencia él solo llega á conocer. Con nuestra pobre y vil naturaleza hace ángeles, hace santos.

¡Santos! ¿Sabéis bien lo que es esto? ¿habéis reflexionado alguna vez sobre el fenómeno de la santidad?

¿Qué es el hombre tomado en su estado natural? Todos podemos saberlo echando una mirada sobre nosotros mismos: es, en lo que hay de menos malo, un ser inclinado al mal, al egoismo, á la pereza, al orgullo, á la codicia, á la sensualidad, á la crueldad, á la doblez, á una increíble frivolidad. Si se abandona á sus inclinaciones, ¿á qué grado no llega

de perversidad y abyeccion? y si las contiene á medias, gastado por los esfuerzos que le cuesta, nada le queda para elevarse hasta el bien. Esta grande naturaleza se halla circunscrita al círculo de una moralidad negativa é infecunda; no obra mal: esto es todo su heroismo. Y para esto aun es preciso que el temperamento, la edad, la condicion, el buen natural y la carencia de un mayor interes no ofrezcan á la voluntad grande lucha que sostener, ó que pueda apoyarse ésta en algunos groseros motivos de reputacion, de orgullo y de inaccion que balanceen el mal con el mal mismo, y que no dejen á ese sabio otro mérito que el de conservarse en equilibrio entre los escosos, y de ser no mas que un epicúreo de virtud.

He aquí de lo que es el hombre capaz. Poco mas ó menos, este es el diapason de su virtud. Lo mismo que su naturaleza física, su naturaleza moral no traspasa nunca ciertos límites, no salva cierto nivel.

En este nivel toma el cristianismo al hombre para elevarlo hasta la mas alta santidad, es decir, en un estado en que todos los malos instintos de nuestra naturaleza son anatematizados, y en que el bien, en lo que tiene de mas general y absoluto, se hace la profesion de todos los dias, de todos los instantes y de todos los suspiros de la vida; en que el alma, siempre inclinada y suspirando por la perfeccion, y deseando alcanzarla y llegar á ella cada vez mas, no solamente se priva de todo cuanto es prohibido, sino que se despoja hasta de lo que le es permitido, de todo cuanto hay de mas agradable, de mas querido y mas inherente á nuestra naturaleza, se inmola dolorosamente, se circuncida el corazon, no vive ya de la vida sensible y concupiscible, sino para morir á ella todos los dias, y por este medio nace, crece, se eleva y derrama en una vida nueva toda de perfeccion, de deber y de virtud, en la que no viendo jamas el bien que hace, sino el que deje de hacer, se desprecia haciendo actos de heroismos se escita y aguijonea por todos los límites del deber, y va á confundirse, si es lícito decirlo así, con la perfeccion infinita del mismo Dios.

Este es el estado perfecto de santidad: estado sobrenatural para cualquiera que reflexione en la corrupcion y pesadez de nuestra naturaleza, como lo seria para el físico el estado de un hombre que no tocara á la tierra y se sostuviese habitualmente en los aires.

Y ¿cosa admirable y bien digna de reflexion! el cristianismo produce este estado en toda la naturaleza del hombre, en todas las edades y condiciones y á través de todos los obstáculos. Nunca consulta á la naturaleza, tan dueño es de ella. Todo lo es bueno para hacer un santo: un niño, un guerrero, un sabio, un pastor, un rey, una doncella, una alma pura, una alma criminal: todo se hace en sus manos capaz de santidad. De ordinario, hasta en las dificultades y resistencias de la naturaleza y de la sociedad, obra esas metamorfosis llamadas conversiones, y que no son menos prodigiosas en el órden moral que las de la fabulosa antigüedad en el órden sensible. Si quiere hacer brillar la caridad

y el celo del apostolado, escogerá un perseguidor; si quiere hacer ver la inflexible intrepidez y el heroísmo de la constancia, tomará el corazón de una virgen; si quiere encantarnos con una obra maestra de dulzura y humildad, irá á buscar el alma de un rey; hará nacer la sencillez de la fe en el alma de un filósofo, y la mas sublime filosofía en la de un campesino; inspirará al heredero de un gran nombre y de una brillante fortuna la pasión de la renuncia de todo y de la pobreza; se apoderará de la elegante señorita en medio de los preparativos del himeneo y en el seno de las caricias maternales, para transformarla en *hermana de caridad*, y de la pecadora que el mundo desprecia y rechaza, hará la amante de un Dios tres veces santo.

La acción del cristianismo en el alma se parece á la de aquellas sustancias ferruginosas que, inyectadas en las maderas mas porosas y blandas, les comunican la dureza é incorruptibilidad de las mas fuertes y consistentes. Es una sávia sobrenatural. Un santo es un hombre rehecho, un hombre nuevo.

Por consiguiente, solo el que hizo al hombre puede rehacerlo de esta suerte.

Este estado se hace sobre todo mas pasmoso comparándolo con el de la naturaleza humana cuando no habia aparecido aún el cristianismo.

Convenimos en que los paganos tuvieron hombres virtuosos y *sabios*, pero no tuvieron jamas lo que nosotros llamamos un *santo*. Practicaron las virtudes que estaban naturalmente á su alcance, virtudes humanas, relativas, interesadas; pero no obraron la virtud por ella misma, sencilla, verdadera, absoluta, desasida de todo motivo humano y á toda costa. En la vida de sus sabios encontramos deformidades morales monstruosas, cediendo con pocos esfuerzos en un punto, por ignominiosas debilidades en otros. Con frecuencia emplean una prodigiosa energía en algo que al principio creemos pertenecer á la virtud, pero que mirado de cerca no es mas que un verdadero vicio, cuyo prestigio consiste en no ser mas que lo opuesto á otro vicio, el cual á su vez y en otras circunstancias parece virtud por el mismo medio. El sentido moral es en ellos extraordinariamente limitado, y si traspasan estos límites, es siempre para incurrir en falsedad. Grandes disertadores de virtud, todo lo gastan hablando de ella, y ya nada les queda para practicarla. Poseen su fausto, pero no su sencillez. Sus acciones no siguen nunca á sus escritos. No saben sostenerse sobre las solas alas del deber y del sacrificio, y es siempre preciso que fijen su punto de apoyo en algun interés humano, de los cuales el mas sutil es la idolatría de sí mismo. Jamas conocieron la *abnegación*, la abnegación de todo y de sí mismo despues de todo lo demas. Esto consiste sin duda en que semejante virtud no está en la naturaleza del hombre, lo mismo, lo repetimos, que el sostenerse en el aire sin tocar á tierra. "Empuñar mas de lo que la mano permite, abrazar mas de lo que pueden sostener los brazos, y querer saltar mas estension de la de nuestras piernas, es imposible y monstruoso, dice Montaigne, y lo es tambien que el hombre quiera hacerse superior á sí y á la humani-

dad, pues no puede ver sino por sus ojos, ni comprender sino con su comprenson; se elevará si Dios le alarga *extraordinariamente* la mano; se elevará abandonando y renunciando á sus propios medios, y dejándose levantar y sostener por los medios puramente celestiales. A nuestra fe cristiana y no á la virtud estoica corresponde el obrar esta divina y milagrosa metamorfosis." (1)—El buen sentido no podia hablar mejor.

Por otra parte, para elevarse los paganos á la santidad, no solamente les faltaba ayuda, sino conocimiento. Ni siquiera tenian idea de ella. Habia tantos sistemas acerca de la virtud como acerca de la verdad. La palabra virtud, que en el dia refiere todas las ideas á un solo tipo, era entre ellos específica, con tantas modificaciones como costumbres, hábitos y escuelas habia. De aquí es que su idea no la tomaban mas que en sí mismos. Indudablemente la idea de la virtud está en nosotros, tenemos conciencia de ella; pero está solo en estado de *reflectacion*, como una imagen en un espejo: su esencia está en Dios, á cuya semejanza estamos formados. El sentido moral es la imagen de Dios en nosotros. Pero esta imagen no puede subsistir sino por su relacion con el original, de modo que no puede haber virtud verdadera mas que por la religion que constituye esta relacion. Poco á poco y como consecuencia de un desorden original, habia ido el hombre perdiendo la vista de Dios, y el politeísmo habia corrompido la religion verdadera hasta el punto monstruoso de que en lugar de ser el espejo de la perfeccion de Dios, el hombre habia hecho de Dios el espejo de sus propias imperfecciones, que se le presentaban ya como modelo. Las relaciones entre Dios y el hombre, no solamente estaban perdidas, sino invertidas. ¿Cómo podia conservarse en medio de semejante trastorno la idea de la perfeccion moral? Sin duda en el fondo quedaba todavia algo de ella en la conciencia del género humano; pero este algo era tan embrollado y confuso, que se prestaba á todas las falsas interpretaciones, á todos los errores y á todos los extravíos que nos ofrece la moralidad entre los antiguos.

En el colmo de este estado tomó el cristianismo al género humano. Por consiguiente, ¿cuál fué el principal medio de la regeneracion que vino á traerle? hacer salir la perfeccion divina, la santidad por esencia de lo *desconocido*, en que se hallaba como abismada; acercarla y hacerla descender al alcance del hombre; personificarla, encarnarla para que se hiciese mas visible y mas sensible, y cosa profundamente admirable! humanizarla. La santidad en Dios nos hubiera abrumado, y nosotros no hubiéramos sabido cómo imitarla en nuestra calidad y condicion de hombres, puesto que los objetos en que debiamos ejercitarla no son los mismos para nosotros que para Dios. Para salvar esta dificultad, se hizo Dios hombre, á fin de que nosotros viésemos su santidad en ejercicio humano. Nos enseñó la manera de unirnos á él para imitarlo segun nuestra condicion, tomando él mismo esta condicion y prac-

(1) Montaigne, *Ensayos*, lib. 2, cap. 12.

ticando en ella nuestras virtudes humanas con su santidad de Dios. Redujo, coló, permítasenos el atrevimiento de la expresión, coló la esencia de su infinita santidad en un molde humano: se hizo hombre-modelo, hombre-Dios, á fin de que para imitar á Dios no tuviéramos que hacer mas sino imitar á un hombre.

He aquí de qué modo fué dado otra vez á la naturaleza humana el tipo de la santidad de Jesucristo, que es el Santo por excelencia, el *Santo de los santos*. Y para que pudiéramos llegar á imitarlo, su conocimiento fué acompañado de un auxilio misterioso, de un atractivo sobrenatural y omnipotente, que acerca, incorpora y trasfigura al cristiano en Jesucristo y lo convierte en uno de sus miembros, santo como él y por él, á proporcion de la fidelidad á seguir este divino atractivo, que es la gracia: la gracia, que es la sávia de Jesucristo, la sávia que hace los santos.

Por esto vemos, desde que apareció, brillar por todas partes en el mundo esa admirable eflorescencia de virtudes celestiales, esa poderosa fructificación de santidad. Los doce apóstoles, que eran las ramas madres de aquel divino tronco, comunicaron desde luego su virtud á todos los que se ingertaron en él; esta regeneradora virtud corrió rápidamente por todas las obras del género humano, y brotó por todas partes vigorosos tallos, á través de todos los obstáculos de la corrupción y de la demencia. "¿Qué espectáculo, exclama á este propósito Fontenelle, para el mundo corrompido el nacimiento del cristianismo! Ver aparecer y derramarse por el universo hombres que opinan de distinto modo que todos los demas acerca de los principios mas comunes; hombres que condenan todo lo que con mas ardor es apetecido por los demas, y que profesan un amor sincero á todo cuanto los demas aborrecen. El lenguaje de la queja les es desconocido, á menos que sea en la prosperidad; no se contentan con tener en medio del infortunio una constancia invencible: gozan de una alegría que llega con frecuencia hasta el trasporte; si no se ofrecen espontáneamente á los tormentos, es porque se contienen; enviándolos al suplicio, no se les da sino lo que con mas ansia codician. ¿Qué prodigios son estos? debían decirlos paganos; ¿qué trastorno es este? ¿han cambiado de naturaleza los bienes y los males? ¿ha cambiado acaso la de los mismos hombres? La admiración debió de llegar á su colmo cuando se vió á los filósofos que hasta entonces habian aparecido en posesión de todas las virtudes y de todas las verdades, confundidos en sus especulaciones y en sus prácticas por otros filósofos incomparablemente mas perfectos. Estos últimos sabios, ó mas bien su maestro celestial, era quien destruía aquellas clases de paciencia establecidas por sabios engañosos, y mas viciosas acaso que la impaciencia natural á los hombres que no tienen mas guía que las pasiones etc." (1)

Desde entonces la raza de los santos no ha dejado de reproducirse en la tierra, sin degenerar jamas. ¿Qué multitud y diversidad de santos no ha engendrado el cristianismo en todas épocas, en todas las

situaciones, en todas las edades y en todos los rangos, abriéndose paso á través de todo, por una virtud que hace lo que quiere y que solo se aconseja consigo misma; oponiendo á las dificultades y necesidades de los tiempos, diversos caracteres de santidad que los dominan, y en los cuales se encarna y perpetúa su imprescriptible poder! Nos falta espacio para delinear, hasta para nombrar esos testimonios vivos de la divinidad de nuestra santa Religión; su número no nos lo consiente, y su superioridad nos dispensa; y no pudiendo escoger entre todos esos héroes, preferimos dejar que se presenten por sí mismos al recuerdo y á la admiración del lector: no tienen ninguna necesidad de recomendación.

Por otra parte, como hemos dicho ya, uno solo basta, y hay uno que tuvo poder suficiente para amansar al patriarca de la impiedad, y para hacerle rendir homenaje á la divinidad del principio de este poder. La pluma de Voltaire no encontró jamas el nombre de S. Luis, sin perder todo su veneno y hacerse cristiana. Muchas veces hizo su elogio, y ¡cosa notable! nunca pudo separar al hombre del santo: tan evidentemente le hizo conocer el buen sentido, mas poderoso que sus preocupaciones, que la causa de tantas virtudes no podia dejar de ser sobrehumana. He aquí algunos fragmentos de este elogio, que es el del cristianismo en S. Luis.

"Confieso que los antiguos poseían todas las virtudes humanas; las virtudes divinas no se encuentran mas que entre los cristianos.

"¿Qué buen rey, en las religiones falsas, vengó todos los días en sí mismo los errores inherentes á una administración difícil, y de los cuales no se creen los príncipes responsables? ¿Dónde está el grande hombre de la antigüedad, que haya creído deber dar cuenta á la justicia divina, no digo de sus crímenes, sino de sus mas ligeras faltas, y de las faltas de los que, encargados de hacer cumplir sus mandatos, podían no ejecutarlos con bastante justicia?

"¿Qué climas, qué tierras vieron jamas á los monarcas paganos despreciar la grandeza que hace considerar á los hombres como seres superiores, y la delicadeza que enerva; y en medio del repugnante disgusto que inspira un cadáver y el horror de la enfermedad y de la muerte, trasportar en sus regios brazos á hombres oscuros, infestados del contagio, coshalándolo todavia, y darles una sepultura que otros brazos temblaban de darlos?

"Caído en poder de los musulmanes, alimentan estos la idea de ofrecer á su ilustre cautivo la corona de Egipto. Jamas recibió la virtud mas hermoso homenaje. (2)

"Subamos de punto nuestra admiración; veamos, no lo que tenía encantada al Africa, sino lo que debe satisfacernos, aquella piedad heroica que nos recuerda todas las acciones santas de su vida.

"S. Luis es humilde en el seno de la grandeza; es rey y humilde. S. Luis socorre á los pobres; se postra en su presencia. Es el primer rey que les haya servido. Toda la moral pagana no habia siquiera imaginado una cosa semejante.

(1) Fontenelle, *Discurso sobre la paciencia*.

(2) A no ser el que le da Voltaire en este momento.

"No es menos desconocida de la antigüedad profana la caridad: es verdad que los antiguos conocían la liberalidad y la magnanimidad; pero ¿tuvieron siquiera idea de ese celo por la felicidad de los hombres y por su dicha eterna? ¿Tuvieron nada que se pareciera á aquel ardor con que el santo rey procuraba aliviar las almas de los débiles y socorrer todos los infortunios?

"La Religión produce, en las almas que ha penetrado, un valor superior, y virtudes superiores á las virtudes humanas. En S. Luis santificó todo lo que tenía este de común con los héroes y los buenos reyes.

"*Oh fantasmas vanos de virtud!* ¡oh alineación de espíritu! ¡cuán lejos estais del heroísmo verdadero! Mirar de la misma manera la corona y los grillos, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte; hacer cosas admirables y temer ser admirado; no tener en el corazón mas que á Dios y su deber; no afectarse sino por los males de sus hermanos, y considerar los suyos como una prueba necesaria á su santificación; hallarse siempre en la presencia de su Dios; no emprender nada, no triunfar nunca, no sufrir sino por él: he aquí S. Luis, he aquí el héroe cristiano, siempre grande, siempre sencillo, siempre olvidado de sí mismo. Reinó para sus pueblos; hizo todo el bien que pudo, sin ni siquiera desear las bendiciones de aquellos á quienes hacía felices. Huyendo de la gloria, que había de ser el premio de sus beneficios, los estendió á los siglos venideros. No hizo la guerra mas que por sus súbditos y por su Dios. Vencedor, perdonó siempre; vencido, sufrió su cautiverio sin afectar insensibilidad. Su vida se pasó toda entera en la inocencia; vivió en ocio y murió sobre la ceniza." (1)

Este elocuente cuadro de la santidad cristiana en S. Luis, puede aplicarse, en sus rasgos esenciales, á todos los demás santos que propone la Iglesia á nuestra admiración. Su condición y sus obras han sido diversas en el exterior; pero interiormente se encuentra el mismo espíritu, el mismo espíritu de sacrificio, el mismo heroísmo de virtud.

Y no es preciso limitar á los santos canonizados por la Iglesia el número de esos florones de la corona del cristianismo; hay una multitud de otros que pasaron en la oscuridad, que viven y mueren en ella todos los días, tanto mas santos cuanto mas desconocidos son al mundo y á sí mismos, y que están perdidos en su humildad. Los santos son como las estrellas del firmamento: ademas de las que forman las varias constelaciones reconocidas, hay una infinidad de otras que por su misma elevación se ocultan á nuestra vista: el cielo espiritual tiene su vía láctea.

La acción del cristianismo es incesante é infinita, aun cuando á veces sea oculta; y despues de dos mil años de fecundidad, germina y da todavía flores tan aromáticas y frutos tan sabrosos como en su principio. Es una funesta preocupacion que desahienta á muchas almas, el imaginarse que la santidad sea tan extraordinaria, y el no reconocerla mas

que en las manifestaciones exteriores que caracterizan la vida de los principales santos; ademas de aquellos por cuyo medio quiso Dios edificar al mundo, hay muchísimos otros á quienes reserva para sí solo. La santidad puede existir sin manifestaciones exteriores; decimos mas, sin manifestación interior. Los actos, y no su manifestación es lo que hace los santos; y como el distintivo de la santidad es la sencillez, debe de haber una multitud de almas á quienes el mundo no conoce, y que no se conocen á sí mismas, á quienes despreciamos y que tambien se desprecian á sí mismas, las cuales de seguro están en los caminos de la santidad.

¡Oh! si supiéramos todos los santos que existen en este momento sobre la tierra, no en parajes distantes, sino al rededor de cada uno de nosotros!... En nuestros días hay quien se ha complacido en contar los misterios de la corrupción y del crimen: si se pudiesen poner de manifiesto los misterios de la santidad y del sacrificio! ¡Oh! si las cabañas, los hospitales, las boardillas, las cárceles, los claustros, los desiertos, y sobre todo el humilde hogar doméstico, pudiesen contarnos todo lo que han visto! si pudiesen presentar todo lo que han recibido de las virtudes cristianas! ¡Qué espectáculo! Pero esto es un secreto entre Dios y sus ángeles, un secreto hasta para los autores de estas virtudes, que el día en que Dios los corone, dirán con la ingenuidad del desinterés: *¿Cuándo fué, Señor, que hicimos todo esto?* (2) Un secreto para el mundo, que no es digno de ellos, y que las mas veces no es capaz sino de justificarlos insultándolos.

El mundo, sin embargo, se salva por ellos: bien pronto se corromperia y volveria á quedar sumido en las tinieblas de donde salió, si los verdaderos cristianos no fuesen, segun la expresión del Salvador, *la sal de la tierra y la luz del mundo*.

El fruto del cristianismo no está limitado, en efecto, á la santificación individual de sus miembros, sino que por medio de esta santificación purifica y moraliza la conciencia pública del género humano, de la cual participan los mismos que permanecen separados de su acción inmediata. El cristianismo ha dado la salud al mundo. Desde su centro sobrenatural ha obrado sobre el natural de las sociedades humanas. Las legislaciones, las instituciones, las costumbres y las diferentes relaciones que las componen, han sido reformadas sobre el Evangelio. La corrupción pagana y la bárbarie germánica han ido sucesivamente desapareciendo, y el mundo ha llegado á respirar el cristianismo como el aire. Todo lo que es general en el día, todo lo que es público y universal, es cristiano ó se encamina á serlo. Indudablemente hay y habrá siempre corrupción y perversidad en el mundo, porque habrá siempre libertad; hasta parece que en nuestros días la hay mas que nunca; pero á mas de que nos hallamos en un estado extraordinario de transición, podríamos hacer observar que no hay mas que crímenes privados. En otro tiempo habia crímenes públicos, sociales, colectivos; la perversi-

(1) Voltaire, *Ensayos del cristianismo*, en la palabra AVEUX.

(2) Mat., XXV, 38.

dad se hallaba no solamente en las almas particulares, sino en el alma misma de la sociedad, en las leyes, en la opinion, en las instituciones, en los hábitos, en todo aquello por lo cual vivimos en comun. En la actualidad, no tenemos decirlo, la hay menos que nunca, y cualesquiera que sean los extravíos de la moralidad privada, el nivel de la moralidad social ha ido siempre, salvo en las épocas de crisis, elevándose cada vez mas. Hay un fenómeno que importa mucho observar. cada uno de nosotros tiene en cierto modo dos existencias; una privada, libre y responsable, y otra pública, social, y sujeta á la influencia de la atmósfera en que vivimos. No siempre está esta de acuerdo con aquella, y sucede con frecuencia que censuramos con todo el mundo y de buena fé lo mismo que cometemos en particular. Quizás nunca han estado estas dos existencias mas divorciadas que en nuestros tiempos modernos. Nunca, si quereis, habrá habido mas crímenes, pero tampoco se habrán hecho nunca tantas protestas. Los mismos crímenes que se cometen tienen un carácter de singularidad, de *escentricidad*, como dicen, que se declara contra la insensatez lo mismo que contra la perversidad: hasta tal punto los rechaza la razon pública, y la conciencia social los condena. Hágase lo que se quiera, suceda lo que quiera, habrá siempre alguno que permanezca cristiano y que lo siga siendo cada vez mas: este alguno es todo el mundo. Los impíos y los malvados honran el freno que cubren de espuma, y aun cuando su número fuese mas considerable y mas encarnizado en furor, no les seria permitido jamas prevalecer contra el cristianismo, y esto por una razon muy sencilla: porque no pueden combatirlo sino por medio de sus dones.

Por cierto es este un fenómeno muy raro, y una hermosa prueba de la divinidad de un principio que, despues de haber conducido el mundo hasta un punto tan elevado de civilizacion, á través de los elementos mas contrarios, lo contiene en él, en contra de la inmortalidad privada que esta misma civilizacion engendra, y continúa haciéndolo avanzar en ella, á través de todos los excesos particulares de una sociedad que vivifica á despecho de sus miembros.

El cristianismo triunfó de la corrompida civilizacion del paganismo; purgó de ella al mundo, y este fué un bellísimo preludio. En seguida tuvo que emprender otro trabajo enteramente distinto del primero, no tan menos grande y bello: tuvo que triunfar de la barbarie que vino á interponerse á su accion regeneradora. Despues de haber separado los hombres civilizados de sus preocupaciones, tuvo que civilizar á los salvajes. Despues de haber corregido, tuvo que enseñar. Por distinta que fuese de la primera esta segunda empresa, la llevó á cabo con igual resultado, sin cambiar de principios ni de medios, sin dejar de ser siempre el mismo. Hasta llegó, ¡cosa admirable! á trabajar por mucho tiempo y á la vez en estas dos grandes empresas, y mientras que con una mano santificaba las costumbres pútridas de Roma y de Corinto, amansaba y civilizaba con la otra los feroces hábitos de las hordas vomitadas por el Norte. De es-

te segundo alumbramiento salió el mundo moderno con todo el desarrollo de sus facultades morales, intelectuales é industriales. Pero faltábale al cristianismo pasar por otra prueba y alcanzar otro triunfo: salvar al mundo del abuso de los bienes de que lo habia colmado: conservarles estos bienes y aumentarlos á despecho de este abuso; hacerlo pasar por encima del fatal escollo contra el cual toda humana sociedad se ha estrellado, á saber, la corrupcion de sus propias riquezas, la decadencia de sus propias grandezas, la muerte despues de la vida. Escollo mas temible que los anteriores, pues está en razon de la altura de la civilizacion que lo engendra, y el triunfo debe obrarse sin ningun apoyo de la misma naturaleza del obstáculo, y por un esfuerzo puramente interior.

Este es, sin embargo, el grande espectáculo que tenemos á nuestra vista, sin fijarnos mucho en él, y que caracteriza nuestra época de *transicion*. La crisis heroica que hace mucho tiempo se iba preparando, se declaró decididamente en el siglo XVIII. La sociedad moderna rajó el escollo; zozobró y desapareció por algun tiempo en los abismos. Pero llevaba un piloto divino que sabe mandar á los vientos y á las olas. Ha reaparecido la civilizacion, vomitada por el abismo en que se habia perdido; y así se hace sentir todavía la agitacion, si las pasiones baten aún los flancos de la Iglesia de Jesucristo y se sublevar para apoderarse otra vez de ella, dejadlas, esto no es mas que un resto ó una repeticion ficticia de peligro. La razon cristiana, la fé católica, identificadas de hoy mas con todo cuanto hay de verdaderamente conservador, civilizador y progresivo, van tomando cada dia una situacion mas elevada, y despues de tantas pruebas de la accion de Dios y tantas prendas de la fidelidad de sus promesas, ilustrados por lo pasado, confiados en lo presente y seguros del porvenir, digamos con Pascal: "Es muy bueno verse de este modo azotados por la tempestad, en una embarcacion que se sabe no puede perecer."

§ II.

Frutos del cristianismo en el orden intelectual.

Hay tanta debilidad en el espíritu del hombre, como miserias en su corazon. Esta debilidad, no obstante, atestigua su grandeza, pero caída, que en vano intenta recobrar, y que sin embargo no puede abdicar. Las tendencias de todas sus facultades no le permiten ignorar que no todo acaba con el cuerpo, y que lo rodea un mundo sobrenatural; y la debilidad de estas mismas facultades no le permite tampoco saber á qué ha de atenderse respecto de ese mundo sobrenatural, y qué es lo que en él le espera. Incapaz de saberlo todo y de todo ignorarlo; no pudiendo fijarse para descansar, ni en la negacion ni en la afirmacion; atraído por la verdad; suspendido por la duda, su razon es mas limitada que su instinto, y su ciencia mas consumada consiste en *saber que nada sabe*. ¡Palabra la mas profunda que haya salido de la boca del hombre! porque supone el senti-

miento de las cosas que no conoce, y porque expresa la elevación de su destino por el grito de su caída.

Más allá del estrecho límite de lo que la razón comprende, se abre y estiende un espacio vacío para ella, en el que se mueven los fantasmas de su ignorancia, su vista espira, no puede distinguir nada, y en el que, sin embargo, sospecha que hay grandes cosas; inclinada hacia este abismo, como Empedocles, no le es dado apartar de él sus ojos, pues siente que allí se está ajitando para ella algún destino importante, pero tampoco le es dado abrirlos lo suficiente para ver lo que allí se pasa.—Ese espacio vacío que todos llevamos dentro de nosotros mismos, ese abismo, es la región del misterio.

De aquí han salido y salen aún todos esos sistemas ideológicos y teogónicos, cuyo torbellino compone la historia de la filosofía humana, y cuyo resultado no vemos nunca. De aquí salieron todas las supersticiones y todas las extravagancias religiosas que han reinado sucesivamente sobre la tierra, haciéndola presa y juguete de tantos fanáticos e impostores. De aquí, en fin, salen á veces para los espíritus más apegados esas molestas incertidumbres, esos vértigos repentinos, esos terribles *tal vez*, que los hacen perderse incesantemente en interminables conjeturas sobre su próximo destino, sin poderles encontrar jamás una solución; pues por más que hagamos, no podremos dormirnos nunca sobre el borde de semejante abismo: es un volcán que de continuo está humeando.

La religión de Jesucristo vino á satisfacer esta gran necesidad del alma humana; vino á abrir un camino sobre este abismo.

Este gran beneficio, por haberse hecho tan ordinario, ha hecho olvidar su necesidad, precisamente porque la ha colmado, y no es raro encontrar personas que se lisonjean de poder prescindir del socorro de la fe, y de mantenerse superiores á toda credulidad sobre el pie firme de la razón.

Pero esta es una ilusión muy grande. La incredulidad en su sentido absoluto no es más que una palabra. Nunca ha habido *incrédulos*. Nos explicaremos.

Indudablemente ha habido gran número de *incrédulos*, si se entiende por tales los que han rechazado los dogmas de la religión cristiana, á pesar de que no hay muchos que los hayan completamente desarraigado de su espíritu. No todos los que parecen y se creen *incrédulos* en sentido relativo, lo son siempre. La mayor parte se asemejan á los que de noche tienen miedo, y que para distraerse cantan mientras van andando: cuando les asalta un peligro repentino, esos mentidos valientes se vuelven más creyentes de lo necesario, y muchas veces cuesta gran trabajo el desvanecer su desesperación.

Pero los *incrédulos* consumados, ó para hablar más exactamente, los *increyentes*, ¿son *incrédulos*? No; porque, como dice Bossuet, "los absurdos en que incurrían negando la religión, son más insoportables que las verdades cuya sublimidad los espanta; y por no querer creer misterios incomprensibles,

siguen uno tras otro errores incomprensibles." (1) No se calcula bien lo que es preciso creer para no creer, porque lo que en este caso se cree está conforme con nuestras pasiones que nos lo ocultan; pero considerado en sí y con ojos filosóficos, la impiedad no puede desear ningún punto de la fe cristiana sin reemplazarlo por otro punto mil veces más inadmisibles, y sin poner un absurdo en el lugar de una dificultad. Los deístas, los ateos y los materialistas no creen en Jesucristo, en Dios ni en la espiritualidad; pero para fundar su incredulidad en estos diferentes órdenes, se ven obligados á profesar creencias opuestas que sublevarían el buen sentido del cristianismo más humilde, y le hacen devolver multiplicada la desafiadora compasión de que es objeto. Por ejemplo: que el mundo se haya criado por sí mismo, ó que lo que cambia y muere todos los días exista por sí eternamente; que la casualidad haga continuamente actos de suprema inteligencia; que los átomos enredándose y chocándose hayan llegado á producir todo el mecanismo de este hermoso universo, y que continuando este mismo movimiento no deshaga su obra, sino que la conserve al contrario en el orden perfecto que admiramos; que la materia esté por sí misma dotada de movimiento, sensaciones, voluntad, inteligencia y conciencia; que los hechos históricos de la vida de Jesucristo y de los doce apóstoles no hayan existido nunca, y que toda la historia del origen del cristianismo no sea más que una alegoría mitológica, bajo la cual se quiso tan solo personificar el culto del sol; la luna y los doce signos del zodiaco; ¿sería gracioso formar una especie de símbolo de todos los símbolos de la incredulidad! Todo cuanto hay de más extravagante, de más fútil, de más absurdo, todo lo cree el *increyente*, todo se ve obligado á creerlo; y el *creyente*, al contrario, no cree ninguno de esos absurdos, porque no puede creerlos; porque ofenden á su razón; porque no es *crédulo*; en una palabra, porque es *creyente*. "Sería un hermoso trabajo, dice d'Agnesseau, el en que se procura probar que es más difícil no creer que creer (2)." Por esto, otro gran talento, Antonio de Fossal, después de haber examinado detenidamente todas las sectas filosóficas, decía con admirable exactitud: "Nada he encontrado mejor que creer en Jesucristo." Es verdad que los *incrédulos* tienen una ventaja, la de poder cambiar de sistema; pero como no pueden hacer más que cambiar de absurdos, y que á menos de poner en entredicho su razón es preciso que crean alguno, no hacen otra cosa, con la facilidad de su cambio, que creerlos todos y merecer por este medio más justicia la aplicación de aquella sentencia de Pascal: "¡*Incrédulos los más crédulos!*"

Por lo que á nosotros hace, "no necesitamos tener ninguna curiosidad respecto de Jesucristo, podemos decir con Tertuliano, ni hacer investigaciones respecto del Evangelio. Cuando creemos, no queremos creer nada más allá. Hasta creemos que no hay nada más que creer (3)." Estas palabras traen

(1) Oración fúnebre de Ana de Gournay.

(2) Cartas sobre varios asuntos, t. XVI, p. 26.

(3) Tratado de las prescripciones, VIII.

á la memoria estas otras de Joubert: "La religion prohibe creer nada mas allá de lo que ella enseña (1);" y las siguientes de Portalis: "La fé no hace mas que ocupar el sitio que la razon deja vacío, y que la imaginacion llenaria incontestablemente peor." (2)

Mas no está todo aquí. Los incrédulos declarados no se han limitado á esta credulidad, por decirlo así, necesaria á su misma incredulidad, y casi siempre se los ha visto caer en credulidades gratuitas, en prácticas de supersticion ridiculas y groseras por su objeto y por su incoherencia. La experiencia enseña que los que mas creen en los sortilegios, en la magia y en el fetiquismo, son los mas decididamente pronunciados contra las verdades de la fé. ¿Cuántos incrédulos hay que creen en el diablo y no creen en Dios; que se entregan supersticiosamente á observancias minuciosas y maníáticas, mientras desdeñan las mas santas y nobles prácticas de piedad? En otro tiempo ¿no se mostró Juliano, tan filósofo en su gobierno, el mas supersticioso de todos los hombres en sus ideas religiosas? ¿No se entregaron los incrédulos de la edad media, Cardan, Pompanacio y Bodin, á las mas insensatas prácticas y opiniones? Y ¿no fué el siglo XVIII, ese siglo de la incredulidad por escocencia, el juguete de los charlatanes? ¿no se abandonó sin miramiento á las manías mas fanáticas? "La máxima de la época parecia ser la siguiente, dice el historiador Lacretelle: *Es menester creerlo todo, menos lo que creyeron nuestros padres*" (3). Si se nos revelase todo cuanto pasó oculto y subterráneo en ese siglo de la razon y de las luces, quedaríamos pasmados. "Algunos años antes de la revolucion francesa, dice Portalis, me decia uno de los conservadores de la biblioteca nacional, que hacia mucho tiempo que la mayor parte de los que iban á instruirse en aquel vasto depósito, no pedian mas que libros de sortilegio y de cábala.—El erudito P. Roubiés, del Oratorio, que era bibliotecario de la pública en Lyon, me enseñó, pocos meses antes de su funesta muerte, acaecida en 1793, un proceso verbal que contenia los detalles y la prueba de los abominables misterios que se celebraban en unas asambleas nocturnas y periódicas: misterios mas horribles que todos aquellos de que nos ha conservado recuerdos la historia del paganismo mas grosero y mas impúdico." (4)

Si en la actualidad encontramos pocos de esos deplorables extravíos del espíritu humano, consiste en que el espíritu del siglo se ha ido apartando de la incredulidad. Hay en el dia pocos incrédulos; no hay mas que indiferentes, y aun su número va disminuyendo de continuo. La fé cristiana vuelve á ser venerada. Esto es lo que nos libra de aquellas vergonzosas debilidades, lo que salva á los mismos enemigos de esta fé. En torno suyo se va formando una especie de espíritu general que los arrastra aun á su pesar, obra á distancia de su fo-

co, como por una ley de gravitacion, y regula hasta cierto punto y sin que ellos se aperciban, sus acciones y pensamientos. Si pudiésemos hacer completa abstraccion de las creencias cristianas, veriamos al espíritu humano arrastrado de repente á las mas degradantes y disolventes supersticiones, sin que las cabezas mejor organizadas, las que creen mejor poseerse, pudiesen evitarlo desde que el contagio se hubiese desarrollado en derredor suyo. Aquel espacio vacío de que hemos hablado, y que empieza en el límite al cual llegan nuestros conocimientos naturales, hasta el punto indefinido adonde se estenden nuestras intuiciones é instintos, y que podemos llamar *la facultad del misterio*, tiene necesidad de alimentos: si le quitais la fé racional, se echará en brazos de la supersticion. Por esto las religiones paganas, por falsas que fuesen, valian mas que la carencia completa de toda religion; eran un punto de detencion sobre la pendiente indefinida de la locura y de la perversidad. Por esto la fé cristiana, que no solamente nos preserva del error, sino que nos dirige hácia la verdad, y que es *el camino, la verdad y la vida*, es el don mas precioso hecho á la inteligencia, y puede llamarse *la calzada de la razon*.

No creemos augurar mal, pensando que nuestros lectores se hallan penetrados como nosotros de la importancia de la verdad que en este momento pretendemos probar, y así nos será permitido apoyarla todavía en dos poderosas autoridades.

El célebre Burke, publicista de buen juicio, tan bien inspirado y tan práctico, en el libro que publicó sobre la revolucion francesa, en lo mas fuerte de su desbordamiento, para preservar á la Inglaterra su patria de los globos incendiarios que le enviaba el volcán, escribia este notable pasaje.

"Sabemos y tenemos un orgullo en saber que por su constitucion es el hombre un animal religioso; que el ateismo es no solamente contrario á nuestra razon, sino hasta á nuestro instinto, y que no puede sofocarlo por mucho tiempo; y si en un momento de disipacion, si en el delirio de una embriaguez causada por aquel espíritu de fuego destilado en el alambique del infierno, que en la actualidad está bullendo tan furiosamente en Francia, debiésemos nosotros poner en evidencia nuestra desnudez, sacudiendo la religion cristiana que ha hecho hasta el presente nuestra gloria y nuestro consuelo, y que ha sido entre nosotros un grande manantial de civilizacion, como lo ha sido tambien para tantas otras naciones, temeríamos (sabiendo bien que el espíritu no puede soportar el vacío) que viniese á ocupar su lugar alguna supersticion grosera, perniciosa y degradante." (5)

No es menos notable la segunda autoridad; y la circunstancia enteramente confidencial en que fué emitida, le da un carácter todavía mas filosófico. El que nos la refiere, tambien talento distinguido, de Fontanes, lo hace en términos que atestiguan todo el valor que él mismo le daba. Los conserva-

(1) Joubert, *Pensamientos*, etc., t. I, p. 117.

(2) Portalis, *Discursos sobre el concordato*.

(3) *Historia del siglo XVIII*, t. VI.

(4) Portalis, *Del uso y del abuso del espíritu filosófico*, t. II, p. 171.

(5) *Reflexiones sobre la revolucion de Francia*, por Burke, p. 159.

remos en nuestra cita, pues forman como su engaste:

PALABRAS DE BONNET.

"Hallándome en Ginebra en 1787, tuve deseos de ver al ilustre Bonnet, discípulo de Locke, precursor de Condillac, y autor del *Ensayo analítico de las facultades del alma* y de las *Observaciones sobre los cuerpos organizados*. Lo encontré en su casa de Genthod, situada en una posición á la vez alegre y magnífica, á orillas del lago, entre las cumbres de los Alpes y del Jura. Al principio me habló con admiración del abate l'Epée, cuya gloria ha recogido M. Sicard, que ha perfeccionado su descubrimiento. Despues me enseñó algunos fragmentos de correspondencia con el erudito Moisés, judío de Berlin, y uno de los mas sutiles metafísicos de este siglo. Por fin la conversacion recayó sobre los iluminados. No quise ocultarme que los hombres ilustres de la Suiza padecian aquel delirio. Me atreví á preguntarle la causa, y he aquí poco mas ó menos su respuesta:

"La filosofía moderna, me dijo, ha conmovido los fundamentos de todas las creencias religiosas. Imprudentemente arrancado el espíritu humano á las opiniones sobre que descansaba hacia tantos siglos, no sabe ya á qué anirse ni en dónde fijarse. La ausencia de la religion deja un vacío inmenso en los pensamientos y afecciones del hombre, y este, siempre estremado, los llena de los mas peligrosos fantasmas en lugar de una cosa maravillosa, sabia y consoladora, adaptada á nuestras primeras necesidades; así el hombre, haciéndose incrédulo, no hará mas que precipitarse mas fácilmente en la superstición: llevará hasta en el ateísmo la necesidad de las ideas religiosas, que es una parte esencial de su ser, y que debe hacer siempre su dicha ó su tormento; abusará de sus propias ciencias mezclando con ellas los desvarios mas monstruosos; divinizará los efectos físicos y las energías de la naturaleza; se le verá caer de nuevo en un politeísmo absurdo; en una palabra, estará dispuesto á creerlo todo al mismo tiempo que dirá que ya no cree en nada. Ya es tiempo de que la verdadera filosofía vuelva á acercarse, por su propio interés, á una religion que es la única que puede dar un vuelo infinito y una regla segura á todos los movimientos de nuestro corazón. Es preciso dejar á la imaginación humana los alimentos sanos, si no se quiere que se nutra de venenos."

"Tales fueron las reflexiones de Bonnet, continúa de Fontanes. Confieso que cuando las oí me causaron muy poca impresion; pero despues las he recordado muchas veces, y ahora las presento á la consideración de los hombres pensadores." (1)

Con estas reflexiones y autoridades tan claras, tan poderosas y unánimes que de todas partes surgen para formar convicción, debe quedar probado que, ademas de lo que la razon sola puede comprender, hay cosas que el alma humana *apetece* invenciblemente; hay en ella una facultad especialmente religiosa, la facultad del misterio, que es tan natu-

ral, tan esencial al hombre como la memoria, la imaginación, el juicio y la voluntad. Los que rechazan las creencias cristianas no se despojan con eso de esta facultad; no hacen mas que quitarle los alimentos y exponerla á que eche mano de otros nocivos. Si hay algunos que hayan conseguido sofocarla y que se crean por esto mas adelantados, sepan que solamente son mas limitados; les falta un sentido, el sentido del infinito, el sentido de Dios. Por la vaguedad é impotencia natural de esta facultad, el hombre es inferior al ángel; por su privación es inferior al hombre. Esta verdad tiene á su favor lo que ha habido siempre de mas universal y constante en la naturaleza humana. Si el hombre es un animal racional, no es menos un animal religioso.

¿Qué se debe deducir de aquí, sino que el mismo Dios, que ha dispuesto todos nuestros sentidos y todas nuestras facultades con un objeto determinado, ha debido dar tambien á esta facultad religiosa un objeto, ha debido satisfacerla y regularla? Al ver, sobre todo, que entregada á sí misma precipita al hombre en abismos sin fondo, é introduce la perturbación en toda la economía de su ser moral, debemos creer que debe existir para ella un estado normal de orden, de satisfacción y de desarrollo, que la preserve de sus caídas y que la ejercite segun su fin. Y despues, al encontrar en la doctrina de Jesucristo y en la adhesión del alma á esta doctrina este estado de orden, de satisfacción y de desarrollo religioso, único entre todas las religiones; al ver que estas no pudieron hacer mas que paliar ó señalar el mal de esta facultad, y que únicamente aquellas nos han dado su bien, debemos reconocer y adorar en beneficio tan grande la misma mano que ha criado á nuestra alma, porque solamente ella ha podido dirigirla tan bien, á través de tantos precipicios, hácia su fin.

II. Para mejor penetrarnos de esta verdad, entremos en un exámen mas detallado de la relación de la fé cristiana con nuestra alma, y en particular con la razon.

Satisfacer digna y cumplidamente la facultad religiosa de nuestra alma, sin menoscabar las demas facultades, sin sujetar ni empobrecer á la razon, haciéndola entrar al contrario en esta satisfacción, haciéndosela propia, desarrollándola en ella y dilatando todas sus potencias: hé aquí el problema que únicamente el cristianismo ha podido resolver.

1.º Primeramente, no sujeta ni empobrece á la razon. No le quita nada en efecto de cuanto puede saber por sí misma, y la deja ejercitarse libremente en el círculo de sus conocimientos naturales. Nada le usurpa de su dominio. Su doctrina no empieza sino allí donde la razon acaba, donde su vista se turba, se extravía y se pierde. Únicamente la fé se junta á la razon. No es tampoco sumisión lo que le exige, pues llegada á este punto, la razon no abdicar mas que su impotencia; le pide tan solo asentimiento, le propone una alianza en la cual nada puede perder, y sí ganar mucho. Hay mas, y esto es lo importante en esta primera consideración: la fé

(1) *Obras de M. de Fontanes*, t. II, p. 142.

no se junta á la razon por *juxtaposicion*, si es permitido decirlo así, sino por *incorporacion*. El cristianismo es la única religion que tiene pruebas. Antes de exigir la creencia de sus misterios, invita á la razon á examinar su autoridad, y le presenta sus títulos; y hasta despues que ha debido, segun sus luces naturales, reconocer su validez y su divinidad, no exige la creencia en su doctrina y la práctica de esta creencia, todo por via de consecuencia, es decir, por via de razon. La fé se adapta por este medio á la razon como un instrumento, como un *argumento*, en expresion del apóstol, y esto se efectúa por medio de las pruebas estrínsecas de que la fé está provista, y á las cuales esta no puede negarse sin faltarse á sí misma. El cristianismo es la única religion que procede de este modo, que dirige á la razon y que no le pide mas que lo que no puede lógicamente rehusar. Es, pues, evidente que hay en esto un carácter único de veracidad.

2.º En segundo lugar, la fé da libertad y soltura á la razon y le asegura sus propias riquezas.

Llegada al punto en que la fé la toma en sus brazos, la razon no solamente no puede adquirir ni comprender nada, sino que ademas se consume en impotentes esfuerzos para pasar mas adelante, y corre peligro de abismarse. Es una Penélope que vuelve á urdir por la mañana la trama que deshace durante la noche, espuesta á ver su libertad arrebatada por mil amantes indignos de ella, que se disputan su conquista y devastan su palacio: queremos decir, mil sistemas, mil quimeras, que sin jamas satisfacerla la dejan siempre cada vez mas empobrecida por la duda y abandonada á los mas funestos extravíos. La fé viene á arrancarla á esta tiranía, á librarla de este yugo de hierro, bajo el cual cae á cada paso, y á hacerla admitir en su lugar un suave freno que la dirige sin violentarla por las regiones de la luz.

Le asegura y devuelve sus propias riquezas. Hay efectivamente cierto número de verdades capitales que están en los confines de la razon y del misterio, las cuales no abarca la razon desde luego, y que solo comprende de una manera débil y poco segura. Tales son las verdades de la existencia de Dios, de su unidad, de su providencia y de sus principales atributos; de la espiritualidad del alma, su libertad y responsabilidad; de su inmortalidad; de un estado futuro de recompensas y castigos, etc.: verdades que forman lo que llamamos teología natural. Puede decirse que son verdades de razon, porque comprende esta sus motivos principales, sus fundamentos necesarios, como hemos visto en el principio de estos *Estudios*; sin embargo, puede tambien decirse que una porcion de estas verdades están sumidas en la noche del misterio; la razon no las comprende nunca completamente, y por esto está espuesta á vérselas disputar, á no saber adquirirlas ó guardarlas, ó hasta adulterarlas peligrosamente, y á convertirlas en motivos de error y de desórden.

Para juzgar del estado natural del espíritu humano respecto de estas verdades, es menester considerar lo que habian llegado á ser en el mundo pagano. Habian desaparecido en la noche del politeis-

mo para la generalidad de los hombres, y si parecia que algunos filósofos las habian conservado, no era mas, dice Sócrates, que como los *desvarios de una vieja delirante* (1), ó, segun Ciceron y Séneca, que como los *sueños de lo que se desea, mas bien que de lo que se tiene* (2). Y sin embargo, ¿en qué estado, en qué caos de torpes y estravagantes sistemas se hallaban estas verdades envilecidas y confundidas!

El cristianismo vino á redimir estas verdades y á restablecerlas en todo su lustre y completo acuerdo; las vulgarizó y confirmó. Despues de haberlas conducido á un punto de pureza y sublimidad que escude á todo lo que la filosofía, en su mas atrevido vuelo, habia hasta entonces sospechado sobre ellas, las puso al alcance de todo el mundo, y las preservó para siempre de toda alteracion y ruina, sobrenaturalizándolas por medio de la fé. "Bale necesario al hombre, dice muy acertadamente Sto. Tomás, creer y recibir como de *fé*, *per modum fidei*, no solamente las cosas que son superiores á la razon, sino tambien las que la razon puede comprender; y esto, primeramente, á fin de que el hombre llegue mas pronto al conocimiento de la verdad divina; en segundo lugar, para que el conocimiento de Dios esté al alcance de todos, y últimamente, para que se adquiriera la certidumbre. En efecto, la razon humana está muy espuesta á equivocarse en las cosas divinas: testigos los filósofos, que aun en las cosas humanas cayeron con toda su razon en grandes errores y contradicciones. Para que pudiésemos tener, pues, de Dios un conocimiento cierto y libre de toda duda, fué necesario que las divinas verdades nos fuesen trasmitidas por el medio de la fé, como palabra de Dios que no puede mentir." (3)

¿Qué beneficios tan inmensos no trajo el cristianismo á la tierra, no solamente volviendo á darle estas verdades, sino asegurando á todos los hombres su posesion, y su conservacion á todos los tiempos, por la demostracion compendiada de la fé, que sin escluir el método del raciocinio inmediato, lo suple para la inmensa multitud que no es capaz de formar, y preserva de sus extravíos á los que su misma vivacidad de ingenio los espondría á ellos! Por este medio reconstituyó el cristianismo la filosofía, fijándola sobre un suelo consistente y fecundo, en lugar de ese terreno movedizo y arenoso de los sistemas, en que se hundia á cada paso la filosofía antigua.

Como todo está enlazado en nuestro entendimiento, sujetando estas primeras verdades á la base de la fé, el cristianismo encerró todas las demas verdades de un órden inferior. Puso un principio de certidumbre en el alma humana, que en seguida trilló todos los caminos de la razon. Vulgarizando estas verdades, no solo hizo participar á los hombres, individualmente y sin distincion, de sus beneficios, sino que creó por este medio lo que se llama la razon pública, ese foco comun, tan eficaz, que preser-

(1) *Gorgia*.

(2) *Somnia sunt non doctis, sed optatis*. Ciceron, *Acad. quest.*, t. IV, c. 38.—*Rom gratianum promittentium magis quam prohibentium*. Séneca, *epist.* 102.

(3) 2, 2. *Quest.* 2, art. 23.

va ó repara las aberraciones de la razon privada, y que es como el alma de las sociedades modernas.

"No quiera Dios que sea yo injusto ni ingrato! esclama el filósofo ya citado, Bonnet; contaria con mis dedos los beneficios de la religion, y reconoceria que hasta la verdadera filosofia le debe su nacimiento, sus progresos y perfeccion. ¡Me atreveria á asegurar que si el *Padre de las luces* no se hubiese dignado nunca ilustrar á los hombres, yo mismo no seria idólatra? Nacido quizás en el seno de las mas profundas tinieblas y de la supersticion mas monstruosa, me hubiera perdido en el fango de mis preocupaciones, sin ver en la naturaleza y en mi propio ser mas que un caos. Y si hubiese sido bastante feliz ó bastante desgraciado para elevarme hasta la duda acerca del *Auton* de las cosas, de mi destino presente, de mi destino futuro, etc., esta duda hubiera sido perpetua, nunca hubiera llegado á fijarme, y acaso hubiera hecho el tormento de toda mi vida." (1)—El que celebra así el beneficio de la fe es un gran filósofo; por sus palabras, sugeridas por su distinguido talento, puede calcularse la inmensidad de este beneficio para la generalidad de los demas hombres.

3. En fin, despues de haber facilitado á la razon comun y reconducido al estado de certidumbre y de evidencia para todos los hombres aquellas premociones y conjeturas que constituan el tormento de las mas elevadas inteligencias, el cristianismo reveló ademas por este medio verdades que hubieran estado para siempre fuera del alcance del espíritu humano. Hablamos de las verdades contenidas en los dogmas particulares del cristianismo: la Trinidad, la Encarnacion, la Redencion, la caida de Adán, la rehabilitacion en Jesucristo, y todo ese magnífico conjunto de la doctrina católica, cuya alta filosofia, hermosas relaciones y fecundas aplicaciones, son materia de la segunda parte de nuestros *Estudios*. Estas verdades, que pertenecen á la Teología propiamente dicha, reciben y agrandan las verdades mas sencillas que pertenecen á la Teología natural, de la misma manera que corresponden estas á los mas puros instintos de la razon. Descubriéndonolas, no hizo el cristianismo mas que desarrollar una perspectiva cuyo punto visual está en la razon, y cuyo fondo refleja luminosamente sobre todo lo que precede, y todo lo alumbraba en derredor nuestro y dentro de nosotros mismos. Sin embargo, aun cuando la razon no hubiese podido descubrir jamas la doctrina cristiana, una vez revelada, se encuentra reactivamente conforme á las mas puras luces de la razon, de la cual puede decirse que si no conoce esta doctrina, á lo menos la reconoce siempre. Indudablemente es esta doctrina misteriosa en su fondo, pero es tambien luminosa en sus reflejos. Siendo invisible, nos lo hace ver todo. El misterio es el distintivo de lo infinito con respecto á lo finito. Pero este respeto puede ser mas ó menos circunscrito, y contenernos mas ó menos en los límites de la ignorancia. Pues bien: el cristianismo vino á ensanchar este respeto, á dilatar estos límites, á darnos aire, espacio y luz, y á

entender el horizonte de nuestra vista. No es él quien ha inventado el misterio. El misterio existia ya, y existirá siempre hasta cierto punto, con la única diferencia de que antes lo teniamos tan cerca que nos oprimia, y ahora lo vemos en la estremidad del horizonte. El cristianismo libró al espíritu humano de los primeros misterios que obstruian su vista natural, le descubrió verdades y relaciones de que ni siquiera tenia idea; y en fin, no le hizo encontrar nuevos misterios, sino porque está en la naturaleza de las cosas que así sucediese. Basta que nos diera suficiente luz para ilustrarnos sobre todos nuestros deberes, y hasta conviene que no nos hubiese dado mas, para que de este modo concentrásemos en ellos toda nuestra atencion.

Por otra parte, entre los misterios de que el cristianismo nos libró y los que nos propuso, hay la grandísima diferencia de que los primeros eran misterios naturales, es decir, que versaban sobre las cosas ya existentes en torno nuestro y en nosotros mismos: nuestro rango en la creacion, el enigma del bien y del mal en el mundo, el principio, la regla y el objeto de nuestro destino; ó bien sobre la divinidad en su relacion primitiva é inmediata con el mundo: su existencia, su independencia creadora, su unidad y santidad; y los nuevos Misterios, la Encarnacion, la Redencion, la gracia, &c., son del órden sobrenatural, y resultan de la operacion de Dios fuera del estado primitivo de las cosas. Aquí el misterio se presenta con mucha mas justicia; es mucho mas tolerable. Es una nueva operacion de Dios; toda operacion de Dios es por su naturaleza misteriosa; puede ser hecha inteligible, pero Dios no nos debia la inteligencia absoluta de esta operacion, y mucho menos la operacion misma. La razon no puede quejarse de no comprender de la revelacion de Dios mas de lo que naturalmente estaba llamada á saber de ella, sobre todo cuando á esta revelacion debe la restauracion de los conocimientos naturales que habia perdido.

Otra diferencia que importa mucho consignar, es que los misterios naturales del destino humano, eran misterios de ignorancia y de error, mientras que los misterios cristianos son simplemente misterios de comprension. Así es que en ellos no solamente habia defecto de comprension de la naturaleza de Dios, del origen y fin del hombre, del verdadero mal, del verdadero bien, de su contradiccion en el mundo, de nuestra miseria, de nuestra grandeza y de los medios de conducirnos relativamente á Dios y á los demas hombres: habia ademas, sobre todos estos puntos tan importantes, ignorancia; habia otra cosa peor: engaño, error, confusion; mientras que, aparte de que por efecto de los misterios cristianos llegaron estos puntos á ser reformados, conocidos y comprendidos, los mismos misterios cristianos no opusieron otra dificultad que una dificultad de comprension. Los conocemos perfectamente, los sabemos, son precisos, fijos y formales; la imaginacion no se gasta ni pierde estudiándolos; el mas pequeño infante los comprende y sabe de memoria; no flotan confundidos y embrollados en el caos de la razon, sino que se destacan y giran armoniosa-

(1) Bonnet, *Investigaciones sobre el cristianismo*, p. 221.

mento sobre nuestras cabezas en el *firmamento* de la fé. Su misma incomprensibilidad no es absoluta, sino relativa; ese *firmamento* fija los ojos de la inteligencia sin aprisionarlos, y se aleja ó se deja penetrar, segun el grado de pureza del que quiere contemplarlo.

En resumen, la fé cristiana abunda para la razon humana en miramientos y beneficios. En primer lugar, nada le quita de lo que ya posee como propio, y no la toma en sus brazos sino en el punto en que por sí misma ya nada puede. Llegada aquí, no se le junta arbitrariamente ni se le impone: se hace recibir racionalmente, se adapta, por medio de las pruebas sensibles de su divinidad, á los datos que ya la misma razon posee, de tal manera, que hace ésta un acto propio al recibir el fundamento de la fé, que por esta incorporacion se convierte en una adición, una consecuencia y una prolongacion de la razon misma.—Por este medio se encuentra la razon inmensamente aliviada, pues ve satisfecha aquella insaciable necesidad de correspondencia con lo infinito que constituye su nobleza y su tormento; y no solamente satisfecha, sino preservada de mil errores y de multitud de deplorables caídas, á que la arrastraría inevitablemente esa necesaria y terrible facultad religiosa que no puede sofocar sin degradarse, y á la cual no puede abandonarse sin perderse. De este modo ha salvado la fé cristiana al espíritu humano de dos abismos, cuya alternativa es inevitable, y en cuya pendiente ha estado siempre colocado careciendo de este divino socorro: el escepticismo ó la supersticion, la impiedad ó la locura.—Por medio de este celestial instrumento, volvió la razon á adquirir el conocimiento y la segura posesion de una multitud de verdades primordiales, que se hallaban en otro tiempo en sus confines, pero que estaban como derribadas en el abismo de su ignorancia, y cuyo trastorno habia conmovido y desunido todas las otras verdades que mas adheridas le estaban. Al devolverle estas verdades madres en lo que tienen de mas sublime, la fé las confirmó y vulgarizó de tal suerte, que todos podemos gozar de ellas sin que nadie pueda comprometerlas, y que serán para siempre la fortuna pública del género humano, y el patrimonio sustituido de todas las generaciones.—Ademas de estas verdades primitivas, devueltas y aseguradas, el cristianismo dotó tambien á la razon de verdades enteramente nuevas, en las que por sí misma jamas hubiera sospechado, y que sin embargo, armonizándose con las primeras verdades, como estas lo hacen con los mas puros instintos de la razon, se hacen para ésta reconocibles y fecundas por estas armoniosas relaciones, aunque en sí mismas sean misteriosas.—En fin, el carácter misterioso de las verdades sobrenaturalmente reveladas por el cristianismo, á diferencia de la oscuridad de ignorancia y de error que rodeaba á las verdades naturales, no afecta sino á la comprension y no á su nocion, perfectamente libre y precisa hasta el punto de poder caber en la cabeza de un niño. Ademas, esta resistencia de comprension no es tampoco absoluta; no contradice á la razon, sino que la descan-

sa; le deja materia en que ejercitarse, sin oponerle nada que la confunda, y despues de haberle hecho conocer y comprender una multitud de cosas oscuras y confusas, le da siempre en definitiva la conviccion fija de lo mismo que no comprende.

La operacion de la fé es absolutamente semejante á la de un instrumento óptico, que se adapta á la vista natural, y es como una prolongacion suya; que acerca, corrige y presenta con claridad los objetos irregularmente confundidos, que hace descubrir otros nuevos, y estiendo la vista hasta una distancia infinitamente mayor que la que el ojo podria naturalmente recorrer. La fé ha sido como el telescopio de la inteligencia: agrandó su horizonte, y le hizo descubrir nuevos astros en el cielo del pensamiento y de la verdad.

III. Abierto de este modo el mundo espiritual á la inteligencia, se dilató ésta y encontró en él una expansion que le hizo dominar los sentidos y la naturaleza en que la tenían encarcelada las supersticiones sensuales de la antigüedad. La fé cristiana la alivió, enseñándole verdades cuya investigacion agotaba antes todas sus fuerzas, y cuya contemplacion ahora las renueva. La libró del desaliento y del escepticismo, dándole una base fija de donde pudo partir con seguridad, y á la cual pudo volver á descansar. Al mismo tiempo creó á su redor por la difusion y comunidad de las mismas luces, un contrapeso de sentido comun que la ha preservado de sus extravíos individuales, y una poderosa palanca que ha centuplicado sus fuerzas, poniendo las de todos á la disposicion de cada uno en particular. En fin, por la íntima comunion que estableció entre el alma y su autor, entre la verdad y la virtud, introdujo en ella un principio de vida, que es para el espíritu lo que éste para el cuerpo, que concentra, disciplina é inspira sus movimientos, impide que sus riquezas se degeneren y corrompan, y es, segun la feliz expresion de Bacon, como el aroma de sus conocimientos: *fides aroma scientiarum*.

Pertrechado con este socorro, el espíritu humano, que habia permanecido por espacio de cuatro mil años como sumido en el estado de infancia, se elevó á una altura que no se habia conocido jamas; fué marchando de progreso en progreso, y en todas sus conquistas ha atestiguado magníficamente en favor de la verdad de una religion bajo cuya influencia descubriera todas las verdades. "Al ver, dice Voltaire, á la razon hacer progresos tan pasmosos, pero tan solo desde el momento de la predicacion del Evangelio, bien podeis considerar á la fé como una aliada que debe venir en vuestra ayuda, y no como un enemigo á quien es preciso atacar. Debeis estimarla y no temerla." (1)

Parece que la sumision de todas las cosas al entendimiento humano haya sido el premio de la sumision del entendimiento mismo á la fé. Esto debió suceder, segun el orden gerárquico de los seres. Del mismo modo que por su primera rebeldía con-

(1) Voltaire, citado en la *Razon del Cristianismo* en la palabra *Arzuz*.

tra Dios había visto el hombre á su voluntad rebelada contra su razon, sus sentidos contra su voluntad, la naturaleza contra sus sentidos, perdiendo de esta manera sobre todas las cosas y sobre sí mismo el imperio que él había sido el primero en rehusar á su autor; del mismo modo, aprovechándose del divino socorro que se le ofrecia para levantarse de su caída, debió participar, aun acá en la tierra, de la restauracion que no alcanzará completamente hasta que esté en el cielo. Por esto vemos que su sumision á la ley del Cristo volvió á inaugurar el imperio de la verdad sobre su razon por medio de las ciencias morales, y el imperio de sus sentidos sobre la naturaleza por medio de las ciencias exactas é industriales: tres ramos de conocimientos cuyo prodigioso desarrollo, bajo la ley evangélica, ha conducido á la humanidad hasta el trono de la mas elevada civilizacion, y justificado aquel bello adagio: *Servir á Dios es reinar.*

Por otra parte, sin concretarnos aquí al estudio histórico de los progresos del entendimiento humano en su relacion con la fé, nos limitaremos solamente á un hecho muy grande, y es que en general todos los verdaderos filósofos y todas las inteligencias privilegiadas que han existido en el mundo, todo cuanto ha descollado entre los hombres, se ha apoyado en la fé cristiana. Los mas nobles representantes de la razon, los conductores de la humanidad, han sido apóstoles ó discípulos de Jesucristo. Es un hecho reconocido. "Con facilidad podriamos citar, dice d'Alembert, la lista de los grandes hombres que han considerado la religion como la obra de Dios, lista capaz de *commover*, *antes de examinarla*, á los mejores talentos, y suficiente á lo menos para imponer silencio á una turba de conjurados, enemigos impotentes de verdades necesarias á los hombres, verdades que Pascal defendió, que Newton creia, y que Descartes respetaba." (1)

¿Qué prueba de la verdad del cristianismo? Porque al fin esas mismas inteligencias que en todas las cosas tributaron culto á la verdad, que vivieron en su estudio y contemplacion, que emplearon en sus investigaciones todas las fuerzas y todo el desinterés de que el espíritu humano es susceptible, que en sus hermosos descubrimientos y en sus grandes trabajos en metafísica, en moral, en matemáticas y en ciencias naturales, manifestaron que sabian conocerla y encontrarla, á las cuales la debemos, y que son para nosotros como sus canales; esas mismas inteligencias, repetimos, reconocieron que el cristianismo era verdad, la *Verdad* misma; lo proclamaron, lo profesaron, y no solo con sus escritos, sino con sus acciones, hicieron de él el motivo capital de sus estudios y de su conducta; y se quiere que se hayan equivocado, equivocado hasta tal punto, y que, á pesar de este error fundamental, ó mas bien por la influencia de este error, hayan descubierto la verdad en todo lo demas!....

Y ¿quién falla de este modo? por lo regular son espíritus que ignoran la verdad cristiana; que no la

han estudiado nunca mas que en los libelos en que se hace profesion de desfigurarla; que viven respecto de ella en un antiguo terrazo de preocupaciones, que ni una sola vez han examinado seriamente: son espíritus que declaran sin vacilar que Bonnet, Euler, Kepler, Leibnitz, Clarke, Pascal, Bossuet, Newton, Malebranche, Descartes, Bacon y tantos otros ingenios superiores que hicieron de ella el estudio concienzudo de toda su vida, se engañaron completamente en todo lo que á ella hace referencia!... Declaren, pues, asimismo que se engañaron en metafísica, en moral, en matemáticas, en astronomía y en ciencias naturales, é inscribanse contra todas las luces, negando las de la fé, ó bien reconozcan el lazo de verdad que las une, y, como dice Bacon, que *poca ciencia conduce á la incredulidad*, y que *mucho ciencia reconduce á la fé*; verdad cuyo feliz experimento confiesa haber hecho personalmente un distinguido talento de nuestro siglo, Benjamin Constant: "Mi obra, dice (la historia del politeísmo), es una prueba singular de esta verdad de Bacon. Profundizando positivamente los hechos, recogiéndolos de todas partes y chocando con las innumerables dificultades que oponen á la incredulidad, me he visto obligado á retroceder en las ideas religiosas. Lo he hecho por cierto de muy buena fé; pues cada paso retrógrado me ha costado mucho. Aun en la actualidad, todos mis hábitos y recuerdos son filosóficos, y aun defendiendo palmo á palmo todo lo que la religion va conquistando en mí...." (2)

No tenemos necesidad de hacer observar que el reducidísimo número de talentos superiores que han hecho profesion de incredulidad, no debilita esta verdad, antes al contrario, la confirma, pues es muy evidente, por la comparacion de su carácter y de sus escritos con los de sus nobles adversarios, que el furor por distinguirse, la inmoralidad, la envidia, el odio y todas las viles pasiones que conducen al error y lo hacen necesario, fueron las raices de su incredulidad; y por otra parte, que á pesar de estas poderosas causas de ceguera, á pesar de los empujones formados, y á pesar de la confusion de retratarse, dieron al mundo el espectáculo de las mas chocantes palinodias, y confesado mil veces contra sí mismos la fuerza invencible de la verdad que se habian propuesto destruir. Compárense y pónganse en los dos platillos de la balanza el carácter y las costumbres de Voltaire, y el carácter y las costumbres de Bossuet, la vida de Rousseau y la de Fénelon; considérense que no hay en las obras de los unos ni una sola palabra que pueda ser objetada contra su fé, y que se han podido componer muchos volúmenes de lo que escribieron los otros contra su propia incredulidad, y no se podrá menos de convenir con nosotros en que la incredulidad de esos genios funestos es una prueba *contrario* de la divinidad de nuestra fé. La pluma de los incrédulos es como la lanza de Aquiles, que curaba las heridas que hacia.

Pero principalmente en la comparacion de los

(1) D'Alembert, *Biogio de Bernouilli*.

(2) Carta á M. Hoche, publicada por Chateaubriand en el prefacio de los *Estudios históricos*.

frutos producidos por el genio cristiano con los que ha dado el humano ingenio fuera del cristianismo, resalta la verdad de este. Seguramente está el genio repartido entre los hombres, y bajo el concepto del *temperamento* nada hemos tenido mejor que Platon, Sócrates, Aristóteles, Ciceron, Séneca y muchos otros filósofos de la antigüedad; aun bajo ciertos respectos y en todo lo que corresponde á los *procedimientos* del espíritu, es preciso confesar que fueron por mucho tiempo nuestros maestros. Pues bien: comparad sus obras metafísicas y morales con las nuestras; poned las obras de Ciceron al lado de las de San Agustín, las de Platon al lado de las de Sto. Tomás de Aquino, las de Séneca al lado de las de San Pablo, Aristóteles junto á Bossuet, Epicteto y Marco Aurelio al lado de Bourdaloue, de Massillon, de Fenelon, de Pascal, de Malebranche, de Leibnitz, etc., y decid si no hay, no decimos en las *formas*, entendámonos bien, sino en el *fondo*, en el *producto* de estos últimos, una profundidad, una exactitud, una perfeccion y una solidez de miras infinitamente superiores; si no hay entre los primeros y los segundos toda la distancia del sueño á la realidad, y si no se ve claramente por semejante comparacion, que en Jesucristo se levantó sobre el mundo una gran luz. "Yo quisiera que para nuestro placer y nuestra instruccion, dice Voltaire, todos los grandes filósofos de la antigüedad, los Zoroastros, los Mercurios Trismagistros, hasta los Numas, volvieran en el día á la tierra y conversasen con Pascal, ¿qué digo? con los hombres menos instruidos de nuestra edad, que no son seguramente los menos sensatos; yo pido perdon á la antigüedad, pero creo que harian una triste figura. ¡Pobres charlatanes! ya no venderian sus drogas sobre el Puente-Nuevo." (1)

Lo que hay sobre todo altamente decisivo, es que, como observa Voltaire, no son nuestros grandes pensadores, sino los *hombres menos instruidos de nuestros días*, los que nos bastaria oponer á los mas célebres filósofos de la antigüedad; y que no solamente debajo de los ricos mantos, sino debajo de las pobres chupas se encuentran nuestros Sócrates y nuestros Epictetos, formados, como están, en *esa sublime ciencia del Evangelio*, dice tambien Voltaire, á la cual se llega cuando aun no se tiene el entendimiento bastante desarrollado para estudiar las ciencias elevadas (2).

¡Propiedad verdaderamente divina de esta doctrina, que se hace de este modo toda de todos para realizar su maravillosa enseñanza en todos los espíritus; que prescinde del raciocinio para comunicarse á los mas limitados, y se presta á él para satisfacer á los mas hábiles; cuya luz se condensa en rayos que le permiten introducirse en el ojo mas miope, sin perder nada de su sustancia, y se dilata en las capacidades de la inteligencia hasta contentar á las mas vastas, conteniéndolas sin embargo dentro de los límites de una misma enseñanza! Unicamente el cristianismo presenta esta alianza de la filosofía

trascendental con la religion popular. Haciendo Bossuet el catecismo para los niños, ¿qué decimos? aprendiendo á veces él mismo los secretos de la perfeccion evangélica de boca de las mas humildes ovejas de su rebaño, edificándose con su ejemplo é instruyéndose con sus respuestas mas de lo que él las instruiria á ellas con sus preguntas: ¿qué espectáculo! Lo decimos con una conviccion profunda: en estas cosas está Dios. Solamente el que hizo al sol pudo dar al Evangelio todas las propiedades de su luz: *Illuminans omnes homines*.

IV. El Evangelio es en el mas alto grado lo que se llama un *principio*. Es el *Principio* por excelencia.

Esta consideracion pondrá fin al presente trabajo. Los hombres no hacen los principios: los reciben y los transmiten. Ni siquiera los demuestran; los presuponen sobre la autoridad del sentido comun, y por ellos demuestran despues todo lo demas. De modo que los principios son comunes á todos, como todo lo que viene directamente de Dios. Los principios no reconocen mas inventor que á Dios. Son la verdad en sustancia, directamente comunicada á la razon humana por su autor, *la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo*. Esta luz no se encendió mas que una vez en el principio, en proporcion determinada é igual para todos. La diferencia de luces entre los individuos y entre los pueblos, no proviene luego sino de la diferencia de fidelidad en conservar esta luz-principio, en deducir de ella consecuencias y hacer de ella aplicaciones. Pero en sí misma, lo repetimos, la suma de principios que constituyen esta luz natural no podria aumentarse sino por una accion semejante á la que dotó con ella una vez á la razon, por una *revelacion*. Todas las inteligencias humanas reunidas no podrian introducir en el mundo un principio mas de los que se hallan circulando.

Por otra parte, el espíritu humano, que no puede darse á sí mismo nuevos principios, puede perder los que recibió de su autor; puede adulterarlos, trastornarlos, y cuando esta adulteracion y este trastorno se haya hecho progresivo y se haya convertido en general y natural en cierto modo, como lo era en la última edad del mundo pagano, tampoco hay mas que la misma mano que los introdujo la primera vez en el mundo, que pueda restaurarlos.

Finalmente, como la misma mano corruptora y disolvente que oscureció y trastornó la luz en los principios, sigue obrando, y debe naturalmente acarrear la misma disipacion, la misma subversion, es claro tambien que solo el autor de los principios, despues de haberlos restablecido y aumentado, puede conservarlos inviolablemente en el seno de nuestra naturaleza, impotente para conservarlos y que tiende sin cesar á pervertirlos.

Tales son los tres caracteres de la accion de Jesucristo y de su Evangelio en el mundo.

1.º Esta accion restableció en su esplendor primitivo los principios de la razon y de la moral naturales, y los rehizo desde los cimientos, en una

(1) Voltaire, citado en la *Razon del Cristianismo*, en la palabra *Avant*.

(2) Voltaire, *id. id. id.*

época en que se hallaban tan oscurecidos y alterados, que su restablecimiento fué reputado locura y crimen de *lesa-humanidad*, como dice Tácito: *Odio humani generis convicti sunt* [Anal., lib. XV, c. 44]

2. Estendió, elevó y aumentó la luz natural de la razón por medio de principios nuevos y superiores á los que restablecía, conforme lo decía el mismo Jesucristo: *Non veni solvere legem, sed adimplere*; es decir, que hizo doblemente y de un solo golpe lo que evidentemente los hombres no podían hacer, y lo que no se había hecho mas que una vez en el principio por el Criador, y lo hizo con tal identidad, que los principios evangélicos llegaron á hacerse comunes, vulgares y naturales como los de la primera revelación, sin que podamos distinguirlos de ellos, hasta el punto de que los mismos que impugnaban el hecho de la revelación evangélica, conservan sus luces, viven de ellas, y no tienen nada mas para oponerle que esas mismas luces que solo de él proceden.

3. En fin, estableció ese cuerpo de principios, restablecidos y completados, sobre una base fija y para siempre inmutable, de modo que ya no puede ser, como antes, alterado ni trastornado. Formó con ellos algo vivo y animado con vida propia y personal, que se conserva, se defiende, se propaga é invade todo lo que puede oponerse á su extensión: un fenómeno visiblemente sobrenatural en el orden moral y hasta en su constitución sensible, que es la Iglesia. La luz natural se había ido debilitando: la luz evangélica ha ido siempre en aumento. El mundo había desfigurado la verdad primitiva: la verdad evangélica ha trasfigurado al mundo; y por este último efecto, lo mismo que por los dos anteriores, su autor, Jesucristo, ha magníficamente justificado lo que de sí mismo dijo: *Yo soy la Verdad y la Vida: yo soy la Luz del mundo: yo soy el PRINCIPIO*. (1)

§ III.

Frutos del cristianismo en el orden social.

Si la verdad del cristianismo se prueba por los frutos directos de su doctrina y de su moral en su relación con el mundo superior, nos parece que se probará mejor todavía por sus resultados indirectos en el orden temporal y sensible.

Como no puede ser verdadero sin ser la verdad en su mas sublime potencia, todo debe resentirse de su influencia.

Sin embargo, conviene hacer una distinción muy importante.

El fin directo del cristianismo es santificar al hombre con el auxilio de la gracia, salvarlo del mal y hacerlo llegar á la patria de los santos. Este fin se dirige á cada hombre, tomado aisladamente. Es una acción inmediata y privada, que se introduce en las almas para obrar en ellas, con el concurso de la voluntad, la obra de su santificación individual, á través de todos los obstáculos exteriores, y sin guar-

dar ningún miramiento á las circunstancias temporales de la humanidad. En este sentido, el cristianismo dió desde el primer día todo su fruto, y no ha hecho despues mas que reproducirse, encaminándose y encaminándonos á todos hácia la eternidad. Por lo demas, con todo se acomoda, hasta con una Calígula y un Neron; da al César lo que es del César, y declara que su reino no es de este mundo.

Pero aun proponiéndose principalmente este fin directo, el cristianismo debió de necesidad obrar indirectamente y por vía de consecuencia sobre el estado temporal, colectivo y sensible de la humanidad, con una acción lenta, progresiva é indefinidamente civilizadora, que es la que debemos ahora examinar.

Es imposible que sucediese de otro modo, pues es el efecto de toda doctrina que tiene algun poder para obrar mas ó menos de arriba abajo, de lo particular á lo colectivo, y en razón de la bondad y extensión de este efecto, puede juzgarse de la verdad de la doctrina. Las sociedades y la gran sociedad de los hombres tienen una existencia colectiva, propia y distinta, que no es una vana abstracción, como han pretendido algunos. Esta existencia se expresa y conserva por medio de lo que llamamos vínculos sociales, es decir, por medio de todo aquello por lo cual vivimos en comun: las leyes, los hábitos, las instituciones, las costumbres y la opinión. Cada uno de nosotros tiene indudablemente su libertad, y los movimientos de esta libertad producen una grande diversidad de ideas, de costumbres y decisiones en la superficie de las cosas; como se mueven en todas direcciones los pasajeros sobre el puente de una embarcación; pero sin embargo, la embarcación va siguiendo una ruta determinada, y esta ruta, cualquiera que sea, arrastra á la vez á todos los pasajeros. La atmósfera en donde nacemos influye sobre nosotros, y la sociedad sobre sus miembros. Pero por la misma razón, los miembros deben influir sobre la sociedad, si por acaso se sienten inspirados de un principio superior al que la mueve.

I. Entre tanto, y antes de examinar los resultados que ha obrado el cristianismo en el orden social, debemos hacer observar, en el mismo medio de que se valió, un primer resultado muy precioso, pues es como el polo de la civilización moderna: hablamos de ese principio de acción de los individuos sobre la sociedad, que no conocieron nunca las sociedades antiguas.

Entre los pueblos paganos la sociedad lo era todo, los individuos nada. Estos estaban enteramente absorbidos en aquella. Aquella divinidad que llamaban la Patria, no permitía á sus hijos respirar sino por ella; les inspiraba todos sus odios, todas sus pasiones y preocupaciones; su poder consistía en el aniquilamiento personal de todos ellos, y su libertad en la servidumbre de todos. Ni siquiera les quedaba el refugio del otro mundo de las almas, que se abre en esperanza á los gemidos del oprimido y recibe sus quejas, mientras tanto no venga sus agravios. Los dioses eran cómplices de la sociedad en su tiranía, ó mas bien eran la sociedad misma divinizada, y gravitando con todo el peso del Olimpo

(1) Juan, cap. 8. v. 25.

misma divinizada y gravitando con todo el peso del Olimpo sobre la tierra. Minerva, Venus ó Júpiter: he aquí la Grecia, el Asia ó Roma personificadas; y para que la identificación del poder temporal y espiritual fuese mas completa, los soberanos de la tierra disfrutaban á su vez de los derechos y honores de la divinidad: el antropomorfismo y la apoteosis se daban la mano. La verdad de semejante estado acaba de ponerse de manifiesto con la observación de que lo que existía en grande se reproducía en particular: lo que era el ciudadano respecto de la patria, lo eran los hijos y la mujer respecto del padre y del marido, el esclavo respecto del señor, todo cuanto era débil respecto del fuerte, entregado fatalmente á una voluntad superior y no perteneciéndose á sí mismo en nada. Y lo notable es que esta comprensión se ejercía en razon inversa del número: aquello era como una pirámide de servidumbres, en cuya cúspide estaba la libertad pública.

Una organizacion tan homogénea y encontrada, en la que los individuos no eran mas que moléculas de un todo compacto, debía dar prodigiosos resultados de fuerza y de grandeza materiales. Hasta es menester decir que en el apogeo de su accion, en aquel punto heroico que presentaron las repúblicas de la antigüedad, hubo una grandeza moral verdadera en aquella identificación suprema de las voluntades privadas á la voluntad pública, aquella grandeza que va siempre unida á la idea de sacrificio cuando la voluntad lo acepta y lo precede: tal fué el tiempo de los Milciados para Atenas, de los Leónidas para Esparta, y de los Régulos para Roma.

Pero este tiempo fué muy corto, comparado con la larga vida de las sociedades modernas, comprado con enormes sacrificios y seguido de una irremediable corrupcion. Habiendo el valor individual y la libertad propia del hombre sido abismados en la cualidad de ciudadano, cuando esta, por su misma estension, desaparecia, no quedaban ya mas que esclavos. Siendo mutilados y violados en tan crueles constituciones todos los derechos y sentimientos de la naturaleza, un estado tan falso y violento no podia durar mucho tiempo, y por poco que se debilitase debía luego caer. Ningun contrapeso lo preservaba de sus propios escesos, ni ningun elemento vital y reparador podia trasformarlo y hacerlo revivir. Lo que hay ademas de singular es que lo que hace vivir á nuestras sociedades modernas, lo que les da mas importancia, la justicia natural, la coexistencia mútua, la repartición de los beneficios y de las cargas, la libertad individual, el progreso de la verdad, etc., eran principios de muerte para las sociedades antiguas, y debían necesariamente acarrear su disolucion, puesto que no eran otra cosa estas sociedades que la violación organizada de todos aquellos grandes principios. Estos, es verdad, por esta misma violación habían como desaparecido de la conciencia del género humano; pero lo que de ellos quedaba instintivamente, era suficiente para disolver la sociedad, sin serlo bastante para regenerarla, y por consiguiente se debía llegar á aquel estado indefinible de corrupcion que presentaba el mundo pagano en los últimos tiempos, en que no

había ya ni sumisión ni libertad, sino servidumbre y licencia en todo.

Apareció el cristianismo, y sin dirigir ni una palabra directamente reformadora á la sociedad temporal de la humanidad, tomó al mundo social tal como se hallaba, y declaró que no quería mezclarse con él: *Mi reino no es de este mundo*, dijo. Hasta sancionó los poderes públicos por respeto al principio de órden que constituían, y prescribió *dar al César lo que es del César*, no pidiendo para Dios mas que lo que le pertenecía, es decir, la santificación de las almas por la observancia de su ley de verdad.

Probaria, no obstante, mucha cordedad de vista el no descubrir en semejante reserva nada nuevo para el mundo temporal, y el oponerla, como tantas veces se ha hecho, al cristianismo como un límite distintivo de su poder, fuera del cual ya no se estiende su accion. Es todo lo contrario, pues en esta distinción se encuentra todo el poder del cristianismo, no solamente respecto de la conducta de las almas para con Dios, sino por esto mismo respecto de la dirección superior de las cosas humanas.

¿Qué cosa mas nueva, en efecto, cuando apareció el cristianismo, que *un reino que no era de este mundo*, que llamaba á sí todas las quejas, todos los sufrimientos y todas las angustias de la humanidad, y que lanzaba tan formidables maldiciones contra las riquezas, la injusticia, la voluptuosidad y la violencia! ¿Qué cosa mas nueva que distinguir á Dios del César, limitar lo que se debe á este con lo que se debe á aquel, y en caso de conflicto entre las dos obligaciones y los dos reinos, decretar que debe prevalecer el de Dios! Hasta entonces, como hemos dicho, la sociedad civil acumulaba todos los poderes; se apoderaba del hombre en su cuna, y arrogándose sobre él un derecho absoluto de vida y de muerte, en lo físico y en lo moral, le decia: No vivirás, no pensarás ni sentirás sino por mí; tus dioses serán mis dioses; ni aun la naturaleza tendrá en tí mas inspiraciones que las que yo le permita, y en la lucha que pudiera surgir entre ellas y mis instituciones, el triunfo deberá ser siempre de las últimas. El cristianismo venia á colocar en frente de ese poder otro poder totalmente distinto, que consagraba y robustecía al poder civil, permitiendo empero y hasta prescribiendo desobedecerle en todo cuanto fuese contrario á sí mismo. Indudablemente este poder espiritual se hallaba en germen en la conciencia humana, y esta debió siempre desobedecer el mandamiento de una iniquidad; pero jamas había recibido una expresión tan distinta, tan explícita y formal; jamas los dos mundos, las dos ciudades, habían estado tan claramente deslindados como lo estuvieron por la revelación que Jesucristo nos hizo del de Dios, de su ley santa, de los intereses eternos anejos á su observancia, de los motivos y medios de conformarnos á ella, y por el establecimiento que dejó en la tierra de una institución encargada de representarlo hasta el fin de los tiempos.

Desde entonces ya no fué el hombre solamente griego, romano ó germano; pudo ser cristiano, cató-

lico, ciudadano del reino de Jesucristo é hijo de su Iglesia, en cualquiera punto del globo donde viviese, y encontrar en su sumision á los deberes de esta cualidad, la mejor de todas las libertades, el mas precioso de todos los derechos: la libertad de no obrar mal, el derecho de obrar bien, no en el sentido relativo é interesado de un pais ó de un siglo, sino en el sentido filosófico y divino, es decir, absoluto de la palabra; la libertad y el derecho de ser dueño de su alma entre los hombres, y á través de todas las relaciones y de todas las trabas de su condicion social sobre la tierra, respirar y gobernar en el cielo.

Fácil seria demostrar que de esta primera libertad religiosa salieron todas las demas libertades civiles, políticas y sociales que han ido desarrollándose hasta nuestros dias, y cuya perfeccion no será completa sino hasta que se conformen perfectamente con su principio. Pero no basta un capítulo: serian necesarios muchos volúmenes para dilucidar tantos puntos, sobre los cuales no podemos hacer mas que pasar ligeramente.

Lo cierto es que por el establecimiento de su poder espiritual, el cristianismo libró al hombre de su absoluta sujecion al poder temporal; que por la distincion del primero de estos poderes, le dió un valor individual de libertad ante el segundo, y por este medio un principio de accion sobre la sociedad, provechoso aun á esta, porque la contrabalancea en sus excesos, la levanta de sus caídas, la regenera en su corrupcion y la estimula y hace progresar en su duracion.

Desde entonces estamos viendo lo que no se habia visto jamas: apóstoles, mártires, anacoretas, confesores, santos de todas clases, é instituciones de toda especie, concentrándose todos en el foco de un poder espiritual, distinto de todos los poderes, esparciendo la perfeccion evangélica en sus diversas aplicaciones á las necesidades de los tiempos, inspirándose de un principio superior á sus vicisitudes, conservando la luz de la verdad en las tinieblas de la ignorancia ó del error, y la inflexible regla del deber en medio de la licencia, oponiendo todas las virtudes á todos los vicios, protestando eternamente por medio de la santidad contra la corrupcion, y hasta cuando el mundo los persigue, obligando al mundo á acusarse á sí mismo y á encaminarse de tras de ellos hácia las sendas de la verdad.

El mundo gritó desde el principio contra este poder incorruptible y santificante, y lo llamó enemigo del género humano; en todos tiempos ha habido y habrá lucha entre lo espiritual y lo temporal, entre la fe y la razon, entre el sacerdocio y el imperio; pero mirando las cosas desde un punto muy elevado, á esta lucha debe el mundo su salud y su civilizacion, pues por ella ha sido la verdad probada y manifestada, y se ha conservado su distincion y la independencia necesaria á su accion sobre la sociedad, cuya corrupcion la hubiera hecho degenerar si se hubiera confundido con ella.

Tal es el gran medio de civilizacion que trajo el cristianismo á las sociedades humanas, y por el cual ha ido sucesivamente reformándolas en el sentido

absoluto de la verdad en todas las cosas, aun en las temporales y sensibles.

A este medio deben las sociedades cristianas esas largas existencias siempre activas, esa juventud eterna, y despues de tantos siglos, esa plenitud de vida que las hace lanzarse en busca de nuevos horizontes. Pueden sufrir revoluciones y transformaciones progresivas, pero no conocen aquellas fatales decadencias, aquellas descomposiciones irremediables que llevaban en su seno las sociedades antiguas, y cuya marcha analizaron tan profundamente Bossuet y Montesquieu. No conocen tampoco aquella estúpida inmovilidad de los pueblos de la India, que no vejetan sino con la condicion de no marchar nunca hácia adelante. Viven real y verdaderamente, y viven siempre mejor. Y es que la verdad divina es la vida verdadera de las inteligencias y de las sociedades; que entre los antiguos, lo que de esta verdad madre se les habia dado, iba sucesivamente empobreciéndose á causa de su confusion con el curso temporal de las cosas, contra cuyo arrastramiento nada podia defenderla, y que en los pueblos de la India no se conserva sino como una momia, desfigurada entre las envolturas del poder y al abrigo de todo contacto con la espaciosa atmósfera de la razon. En las sociedades cristianas, empero, totalmente distintas del elemento temporal, y las mas veces en lucha con él, se mantiene accesible á todos los espíritus sobre el fundamento libre de Jesucristo y de su Iglesia, á pesar de todas las persecuciones, de todos los agasajos y de todas las vicisitudes, como un centro fijo y activo á la vez, que contiene y desarrolla á la humanidad dentro de una esfera infinita.

II. La falta de espacio no nos permite descender hasta los resultados, y nos obliga á circunscribirnos á un exámen de síntesis; pero el hecho general del progreso indefinido de la civilizacion, desde la promulgacion del cristianismo, es bastante sensible para hacer impresion en todo talento reflexivo, tanto mas cuanto que contrasta manifestamente con el progreso de decrepitud que habia conducido el mundo hasta las puertas del caos, cuando empezó á retirarse de él.

Desde luego nada hay mas explícitamente consignado en la historia, que la poderosa reconstitucion del mundo carcomido ya, bajo el soplo del cristianismo. M. Villemain ha hecho sobre esta verdad consideraciones generales, llenas de interes, en dos escritos notables, en los cuales, á nombre de la historia y con la mas ilustrada crítica, reivindica para el cristianismo la prioridad esclusiva y sobrehumana de esta gran regeneracion: *los hombres no son para ella suficientes*, dice: *solo el cristianismo pudo llevarlo á cabo*.

M. Troplong, en su erudito tratado *De la influencia del cristianismo en el derecho romano*, nos hace asistir mas detalladamente á las reformas sucesivas, obradas por aquel ESPÍRITU CELESTIAL, como él lo llama, en las legislaciones romanas, y por consecuencia en todas las relaciones sociales de los hombres entre sí. Es una obra muy demostrativa, por-

que procede por exposicion de los hechos mas que por preconcepcion y teoria, y porque en ella el filósofo cede siempre el lugar al legista.

M. Guizot, despues de Montesquieu, nos ha hecho ver tambien á la civilizacion europea surgiendo del seno del cristianismo y debiéndole sus mas vitales instituciones.

No hay publicista, ni historiador, ni crítico digno de este nombre, que no haya reconocido esta verdad, y que no haya hecho de ella el punto de partida y el hilo regulador de todos sus estudios. En nuestros dias, sobre todo, en que las revoluciones que acabamos de atravesar nos han puesto en el caso de ver mejor en el fondo de las cosas y de apreciar sus resultados, esta verdad ha llegado á ser un axioma que sus mismos enemigos no pueden disimular, y que toman hábilmente el partido de reconocer.

Pero el trabajo mas rico y mas completo que sobre tan vasta materia ha visto la luz pública, y en el que está tratada desde su origen hasta nuestros dias con una erudicion tópicá y grande acopio de buen sentido, es el del presbítero Balmes, del cual hemos hablado ya en una nota, y que tiene por título: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo, en sus relaciones con la civilizacion europea*. En el primer tomo, despues de haber probado con hechos y documentos incontestables que solo la mano del cristianismo destruyó la esclavitud, estableció el principio y realizó el hecho de la libertad humana, y devolvió al hombre su dignidad propia y su valor natural, prosigue manifestando que todo el edificio de la civilizacion moderna ha sido levantado por la misma mano que habia restablecido su primer fundamento. La profunda sagacidad con que espone los principales caracteres de esta civilizacion, prepara dignamente para los ricos detalles por los cuales va deduciendo su formacion del cristianismo. He aquí su hermosa y rápida pintura: jamas de esta palabra tan compleja y tan vaga de *civilizacion* se hizo una definicion mas analítica y exacta:

“El individuo con un vivo sentimiento de su dignidad, con un gran caudal de laboriosidad, de accion y energia, y con un desarrollo simultáneo de todas sus facultades; la mujer elevada al rango de compañera del hombre, y compensado, por decirlo así, el deber de la sujecion con las consideraciones de que se la rodea; la blandura y firmeza de los lazos de familia, con poderosas garantías de buen orden y de justicia; una admirable conciencia pública, rica de sublimes máximas morales, de reglas de justicia y equidad, y de sentimientos de pundonor y decoro, conciencia que sobrevive al naufragio de la moral privada, y que no consiente que el descaro de la corrupcion llegue al exceso de los antiguos; cierta suavidad general de costumbres, que en tiempo de guerra evita grandes catástrofes, y en medio de la paz hace la vida mas dulce y apacible; un profundo respeto al hombre y á su propiedad, que hace tan raras las violencias particulares y sirve de saludable freno á los gobernantes en toda clase de formas políticas; un vivo anhelo de perfeccion en

todos ramos; una irresistible tendencia, errada á veces, pero siempre viva, á mejorar el estado de las clases numerosas; un secreto impulso á proteger la debilidad, á socorrer el infortunio, impulso que á veces se desenvuelve con generoso celo, y cuando no, permanece siempre en el corazon de la sociedad, causándole el malestar y desazon de un remordimiento; un espíritu de universalidad, de propagacion, de cosmopolitismo; un inagotable fondo de recursos para renoverse sin perecer, para salvarse en las mayores crisis; una generosa inquietud que se empeña en adelantarse al porvenir, y de que resultan una agitacion y un movimiento incesantes, algo peligrosos á veces, pero que son comunmente el gérmen de grandes bienes, y señal de un poderoso principio de vida: he aquí los grandes caracteres que distinguen á la civilizacion europea; he aquí los rasgos que la colocan en puesto inmensamente superior á todas las demas civilizaciones antiguas y modernas.” (1)

Nos parece que es haber adelantado mucho, en la prueba de la tésis que remonta la civilizacion europea al cristianismo, el empezar por dar de esta civilizacion una definicion tan perfectamente verdadera; pues para presentar con tanta exactitud sus principales rasgos, es menester haber perfectamente comprendido antes sus causas; y cuando el autor, haciéndose luego cargo de cada uno de estos rasgos en particular, investiga su filiacion y genealogia, á la doble luz del sentido comun y de la historia, llega á hacernos palpar hasta cierto punto su principio generador en el cristianismo y el agente de su formacion en el catolicismo, hasta el dia en que pasaron á las constituciones y á las costumbres.

No pudiendo seguirlo en tan vasto asunto, nos limitaremos á observar que cambiando el cristianismo la situacion religiosa de la humanidad con relacion á Dios, se halló haber preparado por via de consecuencia todos los cambios sobrevenidos en las demas relaciones naturales y sociales del esclavo al dueño, de la mujer al marido, del hijo al padre, del pobre al rico, del súbdito al soberano, del ciudadano al extranjero, que debian manifestarse en la sucesion de los tiempos. Y cuando vemos todas estas relaciones, hasta entonces falseadas, violadas, universalmente desconocidas, resentirse casi inmediatamente del contacto del cristianismo; cuando desde este momento las vemos tender incesantemente á un mejoramiento manifesto, en el sentido de la verdad absoluta de las cosas, de la dignidad de las personas, de la santificacion de las necesidades y de los derechos; cuando vemos á los autores y agentes de estas reformas remontarse todos á la idea cristiana, y á los apóstoles de esta precederles, introduciendo en las costumbres, con sus discursos, sus escritos y ejemplos, como las semillas de la civilizacion, nos sentimos obligados á atribuir su causa al cristianismo, y juzgando de esta causa por sus efectos, á proclamar su alta y soberana verdad.

Desde el primer momento, el cristianismo hizo hacer á sus discípulos, á título de religion, lo que se

(1) Tom. II pág. 6, 7 y 8; segunda edicion.

introdujo despues á título de civilizacion en las leyes, en las instituciones, en las costumbres, y hasta cierto punto en la naturaleza de las sociedades modernas. En el seno del paganismo y de la barbarie realizó, contra y á despecho de las costumbres de la época, obras maestras de sociabilidad, que han servido de tipo á los reformadores de que mas nos enorgullecemos. La igualdad en las leyes, la tolerancia en las costumbres, esa necesidad de justicia en las instituciones, esa preponderancia siempre creciente del derecho sobre el hecho, de la razon sobre la fuerza, y esas tendencias universales de humanidad, de fraternidad, de fusion universal y de unidad que caracterizan á nuestro siglo, eran cosas puramente cristianas, mucho tiempo antes de ser legales, civiles y sociales. Aun en la actualidad, las instituciones y las obras del catolicismo escuden con mucho á toda nuestra civilizacion, y forman su vanguardia. La civilizacion no es perfecta todavía, y aunque sin cesar tiende á serlo, jamas llegará al reino entero del Evangelio y al poder de su caridad. Para conocer la medida de este poder y para verlo en accion, es menester examinar y calcular el poder de la miseria humana. En todas partes donde se encuentre esta, vereis brillar aquella. No hay una sola necesidad de nuestra naturaleza á cuyo lado no haya colocado el cristianismo un beneficio; no hay miseria para la cual no haya inventado un socorro, y todo con plenitud, una delicadeza y un desinterés cuyos efectos causan á veces envidia á los mismos favoritos de la civilizacion. Hasta el bien que la sociedad hace en obras filantrópicas, ademas de ser inspirado por las costumbres cristianas, necesita en definitiva pasar por la punta *magnética* de la caridad, por la mano y los dedos de sus apóstoles, para llegar con delicadeza y perseverancia hasta los males que tiene por objeto. Y á mas de los males que la sociedad alivia de este modo, hay una multitud de otros que están absolutamente fuera de la esfera de su beneficencia, y que solo la religion busca con celo infatigable y consuela con maravilloso resultado. Puede decirse del cristianismo lo que la *Biblia* dice de Dios: todos los dias abre su mano y alimenta todo lo que respira. Es el ojo del ciego, el pié del cojo, el oído del sordo, el institutor del niño, el apoyo del anciano, el guardador del loco, el visitador del prisionero, el padre de los huérfanos, el enfermero de las dolencias, el limosnero de los pobres, el abogado de los oprimidos, y el misericordioso regenerador de todos los culpables. A mas de los males que constituyen como el patrimonio de la naturaleza humana, hay otros que corresponden á los tiempos, á los lugares, á los accidentes, y que el cristianismo procura tambien aliviar ó curar con una maravillosa caridad. Por mucho tiempo ha sido el hospitalario de los viajeros, el compañero del leproso, el redentor de los hombres y el emancipador de los esclavos; y cuando los grandes azotes de la guerra, el hambre, la inundacion ó la peste, se derraman sobre los pueblos, se le ve aumentar en sus sacrificios y acomodarse con alegría á todos los peligros. Todo esto lo hace el cristianismo siempre, en todas

partes, sin interrupcion, sin fanatismo sobre todo, y hasta sin ningun esfuerzo; todo es natural en él, hasta el punto de que no lo notemos: tan habituado se halla el mundo á todas sus obras. Y sin embargo, únicamente él hace todo esto; ninguna religion pudo inspirarlo jamas; la sociedad, la misma naturaleza son impotentes; en fin, es todo ello tan propio y distintivo del cristianismo, que las mismas sectas que se han separado de su centro de actividad, aun cuando continúen llamándose cristianas y que sigan inspirándose de su moral escrita, han sido desde luego heridas de incapacidad para obrar esas maravillas de caridad á pesar de todo el interés que tienen y todos los recursos humanos que emplean en simular una fecundidad de que carecen.

El cristianismo lleva, pues, en sí mismo un principio realmente sobrehumano de caridad, un poder singular y único de beneficencia, es decir, un carácter distintivo de divinidad.

Este poder es el que obrando indirectamente en torno suyo, eleva las ideas y las costumbres, las transforma y trasfigura, y produce la civilizacion, es decir, la beneficencia social.

Para obrar de este modo en el seno de la naturaleza humana, para conservarse con un carácter de santidad siempre invariable, con un celo de sacrificio siempre superior; para elevar á sí á esta naturaleza egoísta y cruel, é iría conduciendo sin cesar hácia el bien; y para hacérselo meditar, hacérselo proyectar de continuo, y comunicarle su doble tormento, es preciso ser el Bien mismo, el Bien soberano y por esencia, y si es licito decirlo así, en persona.

Esta reflexion se corrobora y se confirma al ver que el cristianismo no se limita, como la beneficencia natural, á tal bien particular, al alivio de tal miseria, á la satisfaccion de las necesidades sensibles, &c.: lo abraza todo, y todo á la vez. Nada se le escapa, y no se ocupa nunca de satisfacer las necesidades físicas, sin procurar al propio tiempo la satisfaccion de las intelectuales y morales. Al tocar los cuerpos, su divina mano penetra hasta las almas. En una palabra, su benéfica accion revela visiblemente el carácter divino de lo *absoluto*.

Lo que prueba ademas que es el Bien por esencia, es la sencillez, y hasta puede decirse la carencia de medios con que obra las mas grandes cosas. Ved sus obras: son inmensas; se forman y crecen con sorprendente rapidéz; ayer no existian todavía, y hoy se las encuentra en todas partes. ¿De dónde salieron, quién las engendró, quién supo tan bien preparar y concebir esa poderosa organizacion que se estiende á veces como una red mágica sobre las ciudades, las provincias, los reinos, y hasta sobre el mundo entero, jugando al rededor del globo, como dice la *Escritura* de la sabiduría de Dios: *ludens in orbe terrarum*? ¿En dónde están los planos y las máquinas de esas obras gigantescas que se deslizan sin ruido como los astros? en ninguna parte: una pobre mujer, un humilde sacerdote, alzándose un dia del pié del altar, inspirados por el celo de la caridad y mirando las cosas desde el punto de vista de Dios, vieron el bien que se podia y

debía hacer; se fueron derechos á la ejecucion; esperaron y todo siguió. Esta es la historia de todas las obras del cristianismo. Estudiadlas, si podeis, en su inmensa variedad, en sus profundas fuentes, y encontrareis invariablemente en ellas este carácter providencial de creacion. La Providencia se oculta en las obras de los hombres, ó no se manifiesta mas que accidentalmente y en tiempos de revolucion; pero en las obras del cristianismo está siempre en evidencia; crea sin cesar, sin cesar produce de la nada maravillas de beneficencia y las sostiene sobre la nada. Por esto no les da el mundo toda la importancia que se merecen, habituado como se halla por su flaqueza á no juzgar de los resultados sino por los medios. No ve las maravillas del cristianismo, del mismo modo que no ve las de la creacion. Y ¡cosa singular y cuyo contraste es muy significativo! concede el mundo marcada atencion, por lo contrario, á los que se desahocen en discursos y proyectos sobre la beneficencia, pero cuyas palabras no pasan nunca á ser accion. Se entusiasma ante la caridad locuaz de un romancero sibarita, y no ve la caridad en accion en la persona de un pobre sacerdote que hace mucho mas de lo que el otro escribe. Y es que el mundo no ama al bien mas que en imagen y representacion, porque lo halaga sin obligarlo, y el cristianismo es el bien mismo en realidad, es decir, en sacrificios y en resultados. Con respecto á las obras del cristianismo, la conducta y los juicios prueban que aquellas dimanen de un principio superior; su dificultad le espanta y su sencillez le disgusta; son demasiado difíciles y demasiado fáciles á la vez: demasiado difíciles al hombre, demasiado fáciles al cristiano. Este resultado es la mas manifiesta confesion de su divinidad.

El mundo, sin embargo, es arrastrado á pesar suyo y sin quererlo hácia el cristianismo; se le resiste y le obedece; y este es tambien uno de los infinitos caracteres de la accion de Dios en su religion. Desde el principio, el mundo se ha resistido siempre al cristianismo, porque el cristianismo es santo. Ninguna otra religion fué jamas el blanco de una hostilidad tan encarnizada. Pero tambien desde el principio se apoderó el cristianismo del mundo, y fué siempre mejorándolo con un mejoramiento cada vez mas creciente y que no conoce fin, porque es la verdad en su mas elevado poder. Este carácter indefinidamente perfeccionador del cristianismo, á través de la resistencia incesante de su objeto, es admirable. Los incrédulos no niegan el hecho, al contrario, lo encuentran tan divino, que de él han sacado la doctrina panteística del progreso, es decir, de la perfeccion divina identificada con la humanidad, y uniéndose á ella cada vez mas. Pero lo que destruye esta doctrina, no decimos por medio del raciocinio, lo cual seria muy fácil, sino por el hecho, es que la humanidad no presentó nunca este fenómeno sino bajo la influencia del cristianismo. Ademas, en todas partes permaneció estacionaria é inactiva, ó activa, pero elimera en su moralidad. El progreso social continuo no existe sino en la humanidad cristiana. Unicamente el cristianismo

pudo domar esa bestia feroz, y sin enervarla, dejándole toda la independencia salvaje de su naturaleza, que á veces se manifiesta hasta en nuestros siglos civilizados, por medio de extravíos individuales y con frecuencia colectivos, que parece van á resucitar la antigua barbarie, no deja de conducirla hácia la civilizacion, y de conducirla casi siempre por medio de estos mismos extravíos.

Esta accion general é indirecta del cristianismo sobre la humanidad, á despecho de sus resistencias, prueba quizás mas aún su divinidad, como dijimos al principio, que la accion particular é inmediata que ejerce sobre las almas que se la someten.

Una doctrina falsa, ó á lo menos que no lleva en sí mas que una verdad relativa, puede disimular el error ó la imperfeccion que contiene, por los efectos directos que se la hacen producir en ciertas circunstancias y lugares, con la ayuda de medios ficticios y forzados; pero los efectos indirectos que no se han podido prever, las consecuencias que el tiempo le hace presentar y las resistencias que sobrevienen, no tardan mucho en hacerle tracion y en confundirla. Medida por esta regla, que es bastante severa, pero justa, no hay institucion humana que se resista, porque en efecto no hay ninguna que sea absolutamente verdadera.

Solo el cristianismo resiste la prueba; y ¡cosa notable! su verdad brilla mas cuanto mas amplia y mas profunda es aquella. Mirado de cerca, confunde al sentido humano por la profundidad de su doctrina y la severidad de sus preceptos; pero á medida que su aplicacion se estiende y profundiza en la humanidad, y va atravesando sus resistencias, van saliendo de su seno efectos generales, indirectos y sucesivos, que excitan cada vez mas la admiracion y el reconocimiento. Se describe que tiene conveniencias y relaciones para todos los tiempos y lugares, y para todos los diferentes estados de la humanidad en la infinita diversidad de su especie. Es siempre actual; en todas partes es local ó susceptible de serlo. Se implanta lo mismo en el corazon afeminado del politeísta antiguo, en el pecho del bárbaro, en la frente deprimida del cafre y del indio, y en el cerebro del europeo moderno. Se dirige á todas las edades, á todas las inteligencias, á todos los caracteres y á todos los genios. Pero sobre todo, y esto es lo mas admirable, se dirige á todas las edades de la humanidad en su duracion, é imprime á esta duracion un carácter regular de progreso en la verdad y en el bien, de los cuales es eterno alimento. Su fecundidad se aumenta cuanto mas produce, y á medida que va avanzando, se va creando una atmósfera mas espaciosa, y la llena al mismo tiempo que la crea. Lejos de condenar las exigencias, las provoca, ó mas bien él mismo les da lugar, y sin cesar las aumenta, con el objeto de satisfacerlas indefinidamente. De manera que, enteramente al revés de las cosas humanas, cuya vida está toda en el presente, ó cuando mas en un pasado muy corto, y para quienes el porvenir es funesto, el elemento de la vida del cristianismo está principalmente y siempre en el porvenir, como una tierra á la que la simiente que recibe la

va haciendo cada vez mas fecunda. Podriamos decir que está mas en el porvenir que en el pasado. Sin embargo, ¿qué pasado se parece al suyo? ¡Diez y ocho siglos de triunfo desde su aparicion, y cuarenta siglos anteriores de expectacion y de profecías, es decir, todo el tiempo trascurrido desde el origen del tiempo! Pero está mas todavía en el porvenir, pues la humanidad, hecha por él cada vez mas capaz de recibir sus aplicaciones, irá recogiendo de él mismo bienes siempre mas perfectos, sin poder llegar nunca, no obstante, á la perfeccion de su divino modelo.

Tal es el cristianismo considerado en sus efectos temporales y sociales. De aquí se sigue que es por excelencia la religion de la humanidad, y por consiguiente de su Autor.

Hagamos sobre todo cuanto acabamos de decir en el presente capítulo, una consideracion general que lo resume.

Entre tantas pruebas de la divinidad del cristianismo, no quisiéramos, para llamar la atencion de algun incrédulo de buena fé, mas que la siguiente:

Un hecho cierto y su necesaria consecuencia.

Este hecho cierto consiste en que las tinieblas de la supersticion cubrian el globo, y que la idolatría, el politeísmo y todas sus prácticas insensatas y degradantes, es decir, el error mas grosero y los mas impúdicos vicios, eran el estado constante y universal de la especie humana, y se reflejaban en las sociedades por la violacion de todos los vínculos sociales de los hombres entre sí, haciéndolos pasar del yugo de la violencia al de una irremediable corrupcion;—que únicamente el cristianismo arrancó el mundo á esta perniciosa influencia, completamente y sin retroceso, desde el momento en que apareció y en todas partes donde brilló, y que el culto, en espíritu y verdad, de un Dios tres veces santo, criador, salvador y remunerador, con todas sus benéficas emanaciones y todas sus aplicaciones sociales, es decir, aquella sublime filosofía de la ley natural, purificada de toda alianza, que las mas elevadas inteligencias de la antigüedad no hicieron mas que entrever, se convirtió por su medio en la ciencia práctica y vulgar de todos los espíritus sin distincion, en el encanto de los corazones, en el sentido comun de los pueblos, y como en el ambiente de la naturaleza humana;—que en donde no penetró el cristianismo, subsistió sin ninguna modificacion el mismo antiguo estado de supersticion y de grosera idolatría, y que vemos aún sus tinieblas agrupadas é inmóviles en la estremidad del horizonte cristiano, sin que puedan desaparecer por sí mismas, tan inherentes son á la flaqueza humana, ni subir á turbar la serenidad de nuestro cielo, tan poderoso es el cristianismo para contenerlas;—que regiones en otro tiempo libradas como nosotros de estas tinieblas por el cristianismo, y que brillaron bajo su influencia con todo el esplendor de la inteligencia y de la virtud, habiendo dejado de obedecerle, en Africa y Asia, volvieron á caer desde luego en el embrutecimiento y abyeccion de las razas degeneradas, y permanecen hace muchos siglos estacionarias en la noche en que las dejó el cristianis-

mo al retirarse;—en fin, que esa actividad de las facultades morales, intelectuales y sociales, ese desarrollo progresivo de luces y de humana sociabilidad que llamamos civilizacion, ese continuo perfeccionamiento que en todas las cosas apetece siempre lo mejor, y que á pesar de sus equivocaciones y abusos, es evidentemente la fé y el fin de la humanidad; que la civilizacion, decimos, en todo cuanto merece tan bello nombre, es efecto de una virtud atractiva del Evangelio, sigue por todas partes los pasos de sus apóstoles, se eclipsa ó reaparece con su culto, se altera ó se mejora, segun que se apartan de él ó se le acercan, y es como su irradiacion.

Este es el hecho cierto, acaso el mejor caracterizado de todos cuantos se pueden presentar.

He aquí su necesaria consecuencia:

Luego hay en el cristianismo algo que eleva y sostiene la razon, el corazon, la sociabilidad, todo el edificio de la naturaleza humana, á una altura á que sin él no puede llegar, y que por él va sin cesar aumentándose; un principio que en todas partes donde se pone en contacto con la humanidad, cualquiera que esta sea, pagana ó bárbara, salvaje ó culta, dérpita ó nascente, realiza en todos sus miembros indistintamente una perfeccion de inteligencia, moralidad y civilizacion, que no pudo darse á sí misma jamas, á pesar de todos los esfuerzos de cuarenta siglos anteriores á la revelacion de este principio; de la cual se ha visto eternamente privada en todos los lugares donde él no habia aún penetrado; la cual no ha podido conservar en las regiones que él ha abandonado; luego este principio, decimos, viene de otra parte que de esta misma humanidad, é implica la intervencion regeneradora de su primer Autor; probaria la existencia de este supremo Autor, si no lo estuviere ya por la existencia de la humanidad misma, y la prueba mas aún, porque la existencia de Dios no resulta de la gran obra de la creacion y de la humanidad, que es su reina, sino por via de induccion, y se encuentra oscurecida en ella por aquel gran misterio de desórden que parece acusar al autor de la obra, mientras que el principio cristiano nos hace asistir á la operacion misma de Dios en nosotros y en torno nuestro, nos da la conviccion de su existencia, lo justifica de la imputacion de nuestros desórdenes, reparándonos, y lo revela por medio de caracteres de verdad, de santidad y de amor, que lo hacen visible á nuestro espíritu, sensible á nuestro corazon, palpable hasta cierto punto á nuestros sentidos, y realizan aquel hermoso nombre con que él mismo quiso hacerse llamar: Dios—CON—NOSOTROS.

CAPITULO VIII.

ESTABILIDAD DEL CRISTIANISMO EN LA PERPETUIDAD DE SU CONSTITUCION CATÓLICA.

Para hacer entrar tantas y tan vastas consideraciones en el estrecho espacio á que hemos tenido que reducirnos en el capítulo anterior, nos ha sido

preciso darlas en síntesis, y prescindir de todas sus aplicaciones. De otro modo, apenas nos hubiera bastado para esta sola materia una obra de la extensión de la que vamos á terminar. De esta imperfección resultará sin duda que los que se sienten inclinados por su prevención á contradecir aquellas consideraciones, las encontrarán incompletas. Por otra parte, no ignoramos que para ellos son necesarias demostraciones rigurosas, y que á veces ni con esto se contentan; pero esperamos tambien que los talentos meditados y sinceros [cuyo número va aumentándose todos los dias], que aman la verdad hasta bajo sus velos, y que tendrían á escrúpulo el hacerla solidaria de la debilidad de sus apologías, sabrán reconocerla y comprenderla á pesar de la insuficiencia de nuestra exposición, y acaso hasta se la apropiarán con tanta mas razón, cuanto que les habremos dejado mas trabajo para acabar de conocerla.

Por lo que á nosotros toca, tenemos conciencia de esta verdad en todo cuanto sobre ella acabamos de decir, y habremos llenado nuestro objeto, si hemos podido comunicarla en este simple estado de conciencia, que por lo demás es el postrer resultado de toda demostración, lo mismo que su principio, y hasta puede prescindir de ella.

Sin embargo, creemos deber entrar, aunque por un momento, antes de terminar los presentes *Estudios*, en un terreno mas firme contra las exigencias del error, y llegar á sentarnos sobre esa roca de la Iglesia de Jesucristo, fundamento de todo cristianismo verdadero, y prueba material siempre creciente de su divinidad.

Esta prueba es demasiado considerable para no habernos debido llamar la atención muchas veces en el curso de estos *Estudios*; con frecuencia hemos hablado de ella, y sin embargo tenemos necesidad de terminar por ella, porque parece mas particularmente la prueba de nuestra época, hecha mas elocuente por las grandes ruinas que acabamos de atravesar, y por las que nos amenazan á medida que vamos rehabilitándonos, y en medio de las cuales aquella *pedra*, colocada por la mano de Jesucristo, se sostiene y descuella sola despues de diez y ocho siglos, como la única piedra de esperanza para el porvenir.

Invitamos á todos los que nos han hecho el honor de seguirnos en el exámen de las varias partes del edificio cristiano, á echar con nosotros una mirada, la postrera, sobre ese gigantesco todo de la Iglesia, cuyas gradaciones son siglos y que va siempre elevándose; sobre el hecho incommensurable de la estabilidad y perpetuidad de la Iglesia de Jesucristo en su visible constitución terrena, es decir, en el Papado.

Por esto se ha hecho fácil nuestra tarea; no tenemos mas que hacer que callar y dejar que hablen los mismos que no participan de nuestra fé: su incredulidad se conmueve y destruye por sí misma ante esta gran manifestación de la verdad. Debemos con tanto mas motivo hablar así, supuesto que, ademas de la autoridad que consigo lleva la confesión, el lenguaje de la incredulidad tiene, cuando

se ve obligada á rendir homenaje á la verdad que le es contraria, una fuerza, una originalidad y una franqueza de expresión que nosotros, creyentes, no podemos encontrar, por la razón de que la fé y el hábito de la verdad nos la hacen demasiado identificados con ella, y no nos entusiasma, porque la poseemos mientras que cuando la buena fé del incrédulo, en los intervalos lucidos de su prevención, le permite ver la verdad, la ve mejor hasta cierto punto, porque la ve desde fuera y á alguna distancia; siente mejor su fuerza, porque está luchando con ella, y ella lo posee tanto mejor, cuanto que él no la posee á ella.

Habrás podido notar ya esto en las citas de la incredulidad, de que por esta causa hemos procurado sembrar nuestros *Estudios*, pues es una gran prueba de la verdad de una doctrina, el que sus adversarios la confiesen y hablen á veces de ella mejor aún que sus partidarios, y esto es lo que vamos á poner de manifiesto en los testimonios que producirémos respecto del grande asunto del presente capítulo.

Tres historiadores, profesores de la protestante Alemania, Hurter, Voigt y Ranke, se han dedicado, cada uno separadamente, al estudio del Papado. El primero, que despues ha señalado á los otros dos el camino de la sumisión á la verdad católica, tomó por asunto la vida de Inocencio III, el segundo la de Gregorio VII, y el tercero las revoluciones del papado, principalmente con respecto á la reforma protestante. ¡Cosa admirable, y cuya razón no puede encontrarse sino en la verdad de nuestra fé! Estos asuntos, tan peligrosos á causa de las prevenciones y calumnias del último siglo, y que los mismos católicos no se atrevían á tocar, se han convertido en la pluma concienzuda, aunque hostil por posición, de los tres citados escritores protestantes, en honor del catolicismo y en prueba de su verdad ante la razón. ¡Qué destino es, pues, el de esa Iglesia, que cuando se ve, despues de tantos siglos, ultrajada por sus propios hijos, encuentra vengadores en los que habían sido hasta entonces sus adversarios, y ve que en el día le dan gloria los herederos de los que tanto se la disputaron hace trecientos años!

Pero lo mas notable es el eco que este homenaje, salido de la protestante Alemania, ha encontrado en Inglaterra, en la que, como todo el mundo sabe, se ha apoderado de las mismas eminencias científicas un gran movimiento de retorno hácia el catolicismo.

Un hombre de estado de este ilustre país, que tomó parte, como ministro de la guerra, en sus consejos; un publicista de los mas distinguidos, cuya pluma enriquece sus revistas, M. Macauley, se ha aprovechado de la obra de Ranke para decir la verdad acerca de la Iglesia católica, tal como se nos presenta en la sucesión de las revoluciones que ha ido atravesando hasta nuestros dias. Su testimonio es tanto mas poderoso, cuanto que no se halla aún libre de las prevenciones de su secta, y se halla sobre esa pendiente de retorno á la verdad, por la cual discurren en el día tantos buenos talentos, y hácia

la cual los arrastra su propio peso. Vamos á citar y analizar aquel memorable trabajo.

"No hay ni ha habido nunca en la tierra una obra de la política humana, tan digna de exámen y estudio como la Iglesia católica-romana. La historia de esta Iglesia enlaza las dos grandes épocas de la civilización. Ninguna otra obra existe ya que nos traiga á la memoria aquellos tiempos en que salía del Panteón el humo de los sacrificios, mientras que los tigres y leopardos saltaban en las arenas del anfiteatro Flaviano. Las mas soberbias casas reinantes datan solo de ayer, comparadas con esa sucesion de soberanos pontífices, que por una serie no interrumpida se remonta desde el papa que en el siglo XIX consagró á Napoleon, hasta el que ungió á Pepino en el VIII. Aun mucho mas allá de Pepino va á perderse la augusta dinastía apostólica en la noche de las éras fabulosas. La república de Venecia, que en antigüedad seguía despues del papado, era moderna comparativamente; pero aquella república no existe ya, y el papado subsiste todavía, no en estado de decadencia, no como una ruina, sino lleno de vida y en una vigorosa juventud. La Iglesia católica envía aún á las estremidades del mundo misioneros tan celosos como los que desembarcaron en el condado de Kent con San Agustin, misioneros que aun se atreven á hablar á los reyes enemigos con la misma libertad y energia con que lo hizo el papa San Leon en presencia de Atila. El número de sus hijos es ahora mas considerable que en ningun otro de los siglos anteriores. Sus adquisiciones en el Nuevo Mundo lo han abundantemente compensado de lo que perdiera en el antiguo. Su supremacía espiritual se estiende en las vastas regiones situadas entre las llanuras del Misuri y el cabo de Hornos, regiones que antes de cien años contendrán probablemente una poblacion igual á la de Europa. Los miembros de su comunión llegarán seguramente hasta ciento cincuenta millones, y es fácil demostrar que todas las demas sectas juntas no forman un número de ciento veinte millones. No hay por ahora ninguna señal que indique que está próximo el término de esta inmensa soberanía. Ha visto el origen de todos los gobiernos y de todos los establecimientos eclesiásticos que existen en el dia, y no nos atreveríamos á decir que no está destinada á ver su fin. Era ya grande y respetada antes de que los sajones pusieran el pié en el suelo de la Gran Bretaña, antes de que los francos pasaran el Rhin, cuando florecia aún la elocuencia en Antioquía, cuando los ídolos eran adorados todavía en el templo de la Meca. Puede, pues, ser grande y respetada, aun cuando algun viajero de la Nueva Zelandia se detenga en medio de una vasta soledad, al lado de un arco roto del puente de Londres, para estudiar las ruinas de San Pablo." (1)

Despues de esta rápida y general ojeada sobre la institucion de la Iglesia, se pregunta el célebre pu-

blicista (2), de qué manera podria semejante institucion parecer. Se repite mucho, dice, que el progreso de las luces debe ser favorable al protestantismo y perjudicial al catolicismo; *quisiéramos poderlo creer, pero lo dudamos*, al ver que no le han sido contrarios los inmensos pasos que el espíritu humano ha hecho dar hasta aquí á las ciencias naturales, ni el perfeccionamiento que han alcanzado el arte de gobernar, la política y la legislación. Los de esto, creemos que si algun cambio hay, ha sido muy favorable á la Iglesia de Roma. Y cuando por otra parte consideramos los terribles ataques á que ha resistido, nos es difícil concebir que pueda perecer.

Aquí M. Macauley entra en una rápida y brillante exposicion histórica de las luchas porque ha pasado la Iglesia hasta nuestros dias. Dejando á un lado las persecuciones sangrientas, multiplicadas y prolongadas que le disputaron su establecimiento, la toma solamente en una época en que se hallaba establecida y honrada entre los pueblos, en el siglo XI, es decir, á mas de la mitad de su larga existencia.

Cuatro veces, dice, desde aquella época se ha rebelado el espíritu humano contra su yugo.

La primera de estas insurrecciones estalló en el Mediodía de la Francia, á favor de la relajacion de costumbres y de las comunicaciones de aquel país con los pueblos infieles; la heregía de los albigenses habia comunicado á todos los corazones el desprecio y odio al yugo católico. El papado habia perdido su autoridad en todas las clases, desde los grandes señores del feudalismo hasta los simples aldeanos. La posicion geográfica de los sectarios, hacia el peligro particularmente formidable á la gerarquía, y parecia probable que bastaria una sola generacion para propagar la doctrina reformada en Lisboa, en Londres y en Nápoles; pero no debia suceder así. Volaron al socorro de la Iglesia los guerreros del Norte de Francia; la Iglesia por su parte produjo dos órdenes célebres de su milicia espiritual, los franciscanos y los dominicos; la heregía quedó vencida en el doble terreno de la fuerza y de la persuasion, y la Iglesia, un momento antes amenazada de una ruina total, parecia ya inespugnable, defendida por el amor, el respeto y el terror del género humano.

Habia transcurrido siglo y medio, y vino el gran levantamiento del espíritu humano contra la dominacion espiritual de Roma. El poder del Papado habia llegado á su apogeo. Contuvo al poder temporal, á pesar de todos los recursos de la política y de la guerra que desplegara para defenderlo Federico II, el mas hábil de todos los emperadores de Alemania. Pero se declaró al fin una terrible reaccion contra el poder romano. El hombre que mas parte tomó en esta revolucion fué Felipe IV, llamado *el Hermoso*, rey de Francia, príncipe déspota por situacion y por temperamento, sombrío, implacable, sin escrúpulos, igualmente dispuesto á la violencia

(1) Este artículo paréceme en Octubre de 1840 en la *Revista de Edimburgo*, que goza en Inglaterra de gran crédito y que ha sido siempre la revista de los whigs. Fue traducido al francés en la *Revista Británica* de Enero de 1841. M. Macauley tomó en él por texto la *Historia del papado durante los siglos XV y XVI*, por Ranko.

(2) En la parte analítica en que vamos á entrar, hemos conservado las expresiones caracteristicas.

y al embrollo, y rodeado de camarillas indignas. El mas valiente y activo de los pontífices romanos, preso en un palacio por orden de Felipe y cobardemente ultrajado, murió loco de despecho y de terror. La sede papal se trasladó á Avignon bajo la dependencia de la Francia; empieza el gran cisma de Occidente; se divide la fé de los pueblos, y en medio de tan fatales circunstancias se hace oír la voz de Juan Wiclef, que conmueve á la Inglaterra y resuena hasta en el corazón de la Bohemia.—Despedazada así la Iglesia por el cisma, y rudamente atacada á la vez en Inglaterra y en Alemania, se encontraba en una situación casi tan apurada y peligrosa como en la época de la crisis que precedió á la cruzada de los albigenses.—También se desvaneció este peligro: la autoridad civil prestó á la Iglesia un apoyo vigoroso, el concilio de Constanza puso fin al cisma, y el mundo católico volvió de nuevo á la unidad bajo un solo jefe.

Pasó apenas otro siglo, y empezó el tarea y mas memorable esfuerzo en favor de la libertad espiritual. Aquí M. Macaulay pinta con grandes rasgos la lucha inmensa empeñada por las predicaciones de Lutero contra las indulgencias, y que terminó ciento treinta años después con el tratado de Westphalia. La victoria del protestantismo fué rápida y completa en los países septentrionales de Europa. Una multitud de circunstancias la favoreció, y parecia que debía eternizarla; no obstante, cincuenta años después del día en que Lutero habia quemado la bula de Leon X delante de las puertas de Wittenberg, empezaba el protestantismo á perder terreno para no reconquistarlo jamas. En el Mediodía se habia dejado ver el celo católico en todo su fervor. Apodérase de la Iglesia de Roma el espíritu de reforma en las costumbres y disciplina, y durante una sola generacion, este espíritu la renueva desde el palacio del Vaticano hasta la ermita mas oscura de los Apeninos; todas las órdenes religiosas son reformadas y purificadas, y todas producen obras de desinterés y de santidad, dignas de los antiguos tiempos, y principalmente los pontífices romanos presentan en sus personas toda la austeridad de los primeros anacoretas de la Siria. Paulo IV conservó sobre el trono pontificio el mismo fervor de celo y devocion que habia observado en el convento de los teatinos; debajo de sus espléndidas vestiduras ocultaba Pio V el cilicio de un simple fraile, iba con los pies desnudos presidiendo las procesiones, y edificaba á su rebaño con innumerables ejemplos de humildad, de caridad, de perdón de las injurias, al mismo tiempo que sostenia la autoridad de su silla y las doctrinas ortodoxas con toda la obstinacion y vehemencia de un Hilbedrando. Gregorio XIII se esforzó no solamente en imitar, sino hasta en exceder á Pio V en las severas virtudes de su santa profesion. Siendo así la cabeza, pronto lo fueron tambien los miembros. Aquella renovacion del espíritu interior producía en el exterior inmensos recursos de celo y de actividad por la defensa de la Iglesia. Aparecieron entonces en la escena los jesuitas, y al poco tiempo estaban ya en todas partes, á despecho del Océano y de los desiertos, de

la peste y del hambre, de los espías y de las leyes penales, de los calabozos y torturas, de los suplicios y cadalecos, tomando todas las formas, en todos los países, argumentando, instruyendo, consolando, entusiasmando los corazones de la juventud, animando el valor de los tímidos, ofreciendo el crucifijo á la vista de los agonizantes; inflexibles en una sola cosa, en su fidelidad á la heresia. Al mismo tiempo que la Iglesia sacaba de su seno estos recursos espirituales, se aprovechaba tambien de los recursos temporales que la autoridad civil de los estados que permanecian católicos, desplegaba para defenderse de las invasiones de la heresia. Así, mientras que el protestantismo se propagaba rápidamente por una parte de la Europa, se extendia tambien con rapidez por la otra, la regeneracion católica. Entre las dos regiones hostiles, se extendia geográfica y moralmente un gran territorio disputado, la Francia, la Bélgica, la Alemania meridional, la Hungría y la Polonia, cuya conquista debia decidir la victoria. La victoria de las dos generaciones que subsiguieron, es la de la lucha por la posesion de este territorio misto é dudoso. La fortuna pareció al principio enteramente favorable al protestantismo, pero la victoria fué al fin por la Iglesia romana. Venió en todos los puntos, y durante el curso de doscientos años, el protestantismo no ha sido capaz de reconquistar lo que entonces perdiera.—Por otra parte, es menester no olvidar, añade M. Macaulay, motivando difusamente este juicio, que aquel brillante triunfo del Papado debe principalmente atribuirse, no á la fuerza de las armas, sino á una grande reaccion de la opinion pública en su favor.

Casi un siglo después del establecimiento definitivo de los límites entre el protestantismo y el catolicismo, empezaron á manifestarse los señales del cuarto peligro de la Iglesia romana: la filosofía. El nuevo peligro era muy distinto de los anteriores; hasta entonces solo habia sido atacada una parte de las doctrinas de la Iglesia, pero la naciente escuela las rechazaba todas; su símbolo era negativo. Los nuevos sectarios tomaban una de sus dos premisas á los protestantes y la otra á los católicos; admitian con estos que el catolicismo era el único cristianismo puro, y sostenian con aquellos que muchas partes del cristianismo eran contrarias á la razon. De semejante amalgama debian resultar, por una necesidad lógica, las conclusiones de Voltaire. Sin embargo, la sola negacion no ha turbado jamas la paz del mundo; y si el patriarca de la santa Iglesia filosófica se hubiese contentado con mostrarse de la historia de Saul ó de las mujeres de David, y con criticar la poesia de Ezequiel con el mismo rigorismo con que analiza las obras de Shakespeare, poco hubiera tenido que temer la Iglesia. Pero el secreto de su fuerza y de la de los decanos filósofos estaba en la mezcla de la verdad con sus errores, y en el generoso entusiasmo oculto en sus impertinencias. Las únicas armas eficaces con que los filósofos atacaron la fé evangélica, estaban sacadas de la moral del Evangelio. Al dogma y á la moral del Evangelio se les habia puesto lastimosamen-

te en pugna. Había por un lado una Iglesia que se gloría de la pureza de una doctrina transmitida por los apóstoles, pero empañada por los errores de los poderes temporales que le habían dado la mano; y por otro una secta que hacía irrisión de esta doctrina, y que decía hallarse dispuesta á desafiar á todos los poderes de la tierra, por la causa evangélica de la justicia, de la caridad y de la tolerancia. La irreligión, *accidentalmente* asociada á la filantropía, triunfó por algun tiempo de la Religión, *accidentalmente* ligada con los abusos políticos y sociales. Las nuevas doctrinas se esparcieron rápidamente por toda la cristiandad; París fué su capital en el continente, y los preceptores de la Francia lo fueron luego de toda la Europa. Y no las adoptaba el espíritu público solamente; hasta los gobiernos arbitrarios le abrían las puertas, y entre los iniciados estaban los soberanos de Prusia, de Rusia y del Austria. La Iglesia de Roma era aún, á lo menos ostensiblemente, tan espléndida y tan sólida como nunca; pero se hallaban minados sus cimientos. El primer acontecimiento que puso de manifiesto esta situación fué la caída de la sociedad de Jesús. Sobre sus ruinas se desbordó con espantosa rapidéz el movimiento filosófico. Los sucesos de Voltaire ensayaron sus doctrinas, y al fin la revolución estalló. La antigua Iglesia de Francia, con toda su pompa y sus riquezas, desapareció. Algunos de sus sacerdotes compraron el derecho de vivir separándose de Roma; otros se mancharon con la apostasía, y se hicieron perseguidores; fueron degollados muchísimos, y los restantes huyeron buscando un asilo á la sombra de altares enemigos. Cerráronse las iglesias, emmudecieron las campanas, las reliquias fueron profanadas, y los sagrados vasos fundidos. Los bufones, vestidos con capas pluviales, iban á bailar la *carriola* delante de la Convención. El busto de Marat destruyó al de los mártires, y una prostituta, colocada sobre los altares de *Nuestra Señora*, recibió las adoraciones de la multitud, que exclamaba que al fin aquellos arcos góticos resonaban por primera vez con los acantos de la verdad. Las desgracias de la Iglesia no se limitaban á la Francia. El espíritu revolucionario se hizo conquistador é invadió toda la Europa; la España fué luego vasalla suya, y la Italia le estuvo sujeta. Fueron saqueados los conventos de Roma; la bandera tricolor flotó sobre el castillo San Angelo, y el sucesor de San Pedro, preso por los impíos, murió en su poder, y por mucho tiempo estuvieron sus restos sin los honores de la sepultura. . . . No es extraño que en 1799, hasta los observadores dotados de cierta sagacidad, hubiesen podido creer que había llegado la última hora de la Iglesia Romana; un poder enemigo triunfante, el Papa muriendo en el cautiverio, los mas ilustres prelados de Francia, viviendo en pais extranjero de la limosna de los protestantes; los mas hermosos edificios que la munificencia de los siglos había consagrado al culto de Dios, convertidos en templos de la Victoria ó en salas de festín: semejantes señales podían muy bien ser consideradas como indicios ciertos del fin de aquella larga dominación.

"Pero no era este su fin. Herida nuevamente de muerte, la *borra blanca* (1) no debía por esto parecer. No se habían aún concluido los funerales de Pio VI, y había empezado ya una gran reacción; reacción que después de cuarenta años ve en aumento todavía. La anarquía había tenido su día; pero de aquel caos salía un nuevo orden de cosas, nuevas dinastías, nuevas leyes, nuevos títulos, y en medio de todo volvía á aparecer la antigua religión.

"Refiere una fábula árabe que la gran pirámide fué edificada por reyes antediluvianos, y que fué la única obra de los hombres que sobrevivió al diluvio. Tal fué la suerte del Papado; había quedado sepultado en la grande inundación, pero sus cimientos no se corrompieron, y cuando disminuyeron las aguas, apareció solo en medio de las ruinas del mundo que acababa de ser destruido. La república de Holanda, el imperio de Alemania, el gran consejo de Venecia, la antigua Liga helvética, la casa de Borbon, los parlamentos y la aristocracia de Francia, habían desaparecido; la Europa estaba llena de creaciones nuevas: un imperio francés, un reino de Italia, una confederación del Rhin. Los últimos acontecimientos no habían solamente afectado las instituciones políticas y los límites territoriales; la distribución de la propiedad, y el espíritu y la composición de las sociedades, habían en casi toda la Europa católica sufrido un cambio completo; pero la Iglesia, siempre inmutable, estaba aún en pié.

"Algun historiador futuro, tan hábil y meditando como el profesor Ranka, contará, *lo esperamos*, la resurrección católica en el siglo XIX. Sentimos que al hablar de una época tan cercana á la nuestra, corramos peligro de decir cosas que podrian escitar las pasiones y la cólera; haremos, pues, no mas que una observación que parece merecer una seria atención.

"Durante el siglo XVIII, la influencia de la Iglesia romana fué constantemente declinando; la incredulidad hizo grandes conquistas en todos los paises católicos de Europa, y hasta obtuvo en algunos un completo ascendiente; el Papado fué en fin rebajado lo suficiente para llegar á ser objeto de irrisión de los incrédulos, y de la compasión mas bien que del odio de los protestantes. En el siglo XIX, esa misma Iglesia tan abatida, se ha ido levantando gradualmente de este abatimiento, y ha reconquistado ya su soberano poder. Los que reflexionan con calma en lo sucedido últimamente en España, en Italia, en la América meridional, en Irlanda, en los Paises bajos, en la Prusia y en la misma Francia, no podrán dudar de que su imperio sobre el corazón y el entendimiento de los hombres es mayor de lo que era cuando aparecieron la *Enciclopedia* y el *Diccionario filosófico*. Es verdaderamente notable que ni la revolución moral del siglo XVIII, ni la contrarrevolución del XIX, no hayan añadido nada al poder del protestantismo. Durante la primera de estas dos épocas, todo lo que estuvo perdido para el

(1) Alude á una calificación dada al catolicismo por Dryden en una de sus odas alegóricas.

catolicismo lo estuvo tambien para el cristianismo; durante la segunda, todo lo que el cristianismo reconquistó en países católicos, lo reconquistó para el catolicismo. . . . Del siglo XVI acá, algunos pueblos católicos han pasado del catolicismo á la incredulidad, y vuelto á pasar de la incredulidad al catolicismo: no hay ni uno solo que se haya hecho protestante."

El que escribió estas líneas es protestante, pero en el mismo tiempo hombre de estado, y publicista distinguido, que dice la verdad conforme la ve, y que la dice en un país en el que va recibiendo de día en día una confirmación sensible, aun cuando se abstenga de consignarla. Despues de escrito este artículo, el movimiento católico en Inglaterra, no ha cesado de justificar toda su significacion circunstanciada. En cuanto á su significacion absoluta y dogmática, no nos atreveríamos á aconsejarles de que sea completa respecto del autor, y que él mismo haya reconocido aún la gran consecuencia que de ella resulta: la divinidad del cristianismo. Se limitó á consignar el hecho, á hacerlo resaltar. No se crea que esto sea poco, pues aquí el hecho es la idea, el dogma, y no obstante son tales los secretos miramientos del error con respecto á la verdad revelada, que no es raro que un mismo hombre consiga admirablemente el hecho, haga deducir á todos su consecuencia dogmática, y no la vea sin embargo él mismo, aun cuando sea inmediata y necesaria. Hasta sucede á veces que la ve en cierto modo sin verla, y la dice sin comprenderla. Queriendo Dios hacernos sentir que la fe es un don, y al mismo tiempo el premio de la sumision y la perseverancia en merecerla, permite á veces estas singulares contradicciones; no hace caer las escamas de cogaña sino una á una, y no las cura sino sucesivamente, como hizo con aquel siego del Evangelio, al cual pregunté, despues de haberlo toado una vez, si veia algo, y él contestó: *Veo los hombres como árboles que andan.* (1).

Hay otro ejemplo mas notable todavía de ese estado de transicion respecto de la misma verdad, que es objeto del presente capítulo.

En un artículo publicado en Bélgica dos años antes que el de M. Macanley, M. Eugenio Robia, publicista de mucha fama, manifestó la impresion que debe causar en todo el que considere un poco las cosas, el grande hecho de la perpetuidad del poder católico. Pero, á diferencia de Macanley, no se ocupó solamente del hecho, sino que detras de éste se le aparecieron la idea y el dogma: no pudo evitarlos, y, como Balaam á la vista de Israel, profetizó la fe, de que sin embargo no participaba todavía.

Vamos á transcribir dicho artículo; le recomendamos á los que se hallan en el mismo estado en que se encontraba á la sazón su autor, y confiamos no permanecerán en él por mucho tiempo:

"Un hombre de talento y de corazon, dijo un día delante de mí (yo era niño todavía): En la actualidad no hay en el mundo nada fijo y estable, en lo cual pueda uno fijar su vida. Las ideas y las re-

yas pasan; todo muda, todo se gasta con una rapidez devoradora. La sociedad cambia diez veces de faz entre la cuna y el sepulcro de un mortal. Verdaderamente, en medio de esta versatilidad de las cosas, no hay mas que una ciudad y un hombre, que por su inmovilidad en el Océano del tiempo, presente á nuestro espíritu una imagen de calma y perpetuidad: Roma y el papa. Buscadme, para los que están cansados de errar á merced de todos los vientos, y que piden á la vida la calma de la eternidad, un refugio seguro donde encontrar abrigo, un puerto siempre abierto para amarrar su barca, á no ser que sea en esa roca mas alta que las tempestades: Roma y el Papado.

"Estas palabras, soltadas sin pretensiones y en medio de una conversacion sucesivamente frivola y seria, cayeron sobre mí, y conservé siempre su recuerdo: tanta impresion me habian causado. En efecto, para la incredulidad sistemática, para las mas rebeldes convicciones, para tantos, en fin, que nos hallamos extraviados en las tinieblas de la duda, ¿no es un espectáculo capaz de despertar el sentimiento creyente, adormecido ó sofocado en nosotros, esa formidable inmutabilidad contra la cual se han estrellado siempre el tiempo, las guerras, las torturas y el desprecio; esa fijera de un solo punto en medio de todo lo que pasa para no volver: esa luz combatida por el soplo de todas las tempestades, y que ningun viento puede apagar; esa fe tan mística, tan inmaterial, que se manifiesta á la humanidad por la evidencia de un hecho material, único en la historia del mundo?

"No sé á quién se debe este espiritual capricho: *Nada es tan absurdo como un hecho.* Si: el hecho de la víspera que contradice al hecho del día siguiente; el hecho producido por casualidad en el trabajo cotidiano de un pueblo que desmiente la idea especulativa, salida de la cabeza de un hombre; el hecho que se apresura á colocarse detras del hecho para probar algo, y cuyo imprevisto choque destruye todo lo logrado antes con gran trabajo.

"Pero un hecho como éste: El apostolado, confiado por el Cristo hace mas de diez y ocho siglos á uno de sus discípulos, se ha ido perpetuando de papa en papa hasta nuestros días; poder decir esto hoy y estar seguro de lo que se dirá mañana, debo significar algo muy notable. Y si se considera que desde el día en que se pronunciaron aquellas palabras en la Judea, la barbárie, el crimen, la reforma y la filosofía se han sucesivamente arrojado con fuego y espada en mano sobre aquella silla ocupada por el mismo apóstol, reproducido en mil vidas; que Roma, la ciudad eterna de los tiempos modernos, como lo era en la antigüedad, ha sido tomada, vuelta á tomar, ocupada y saqueada por todas las plagas salidas del Oriente y del Occidente; que no hace mas que tres siglos entraron en ella, en nombre de Lutero, unos soldados embriagados, capitaneados por un renegado, y que no han pasado sino treinta años desde que un emperador, soberano suyo por conquista, lo enviaba un prefecto, como hacian las de Constantinopla en los primeros tiempos de sus perfitos; ¡ah! entonces el hecho se pone al nivel del

(1) *Ibid.*, VIII, 28

grandor de la idea, se hace inmenso como el dogma; y aun cuando lo conociéramos, es preciso, lo repito, que este hecho sin igual signifique algo muy importante.

"En vano quisiéramos apartar la vista de esta prodigiosa imagen de perpetuidad. Habiendo venido después de las mas grandes persecuciones que Roma ha sufrido desde los siglos de los mártires, nos vemos obligados á decirnos: Indudablemente se cumplirán las promesas de los tiempos. El sueño de la filosofía era abatir el Papado, porque conocía que es la cabeza, el corazón del catolicismo, y que si podía morir era necesario acertar sus tiros á este corazón y á esta cabeza; pues el Papado y el cristianismo son tan inseparables, que la reforma no existe sino con la condición de conservar siempre vivo el recuerdo de su rebelión, y que su fin, cimentada en la desconfianza, no encuentra un poco de la vitalidad que le falta, sino concitando el odio de lo que ella misma llama *el papismo*. La duración del Papado era, pues, para nuestros padres, toda la cuestión del porvenir. Diez y ocho siglos son sin duda un gran respiro en el curso de las cosas; pero destruido el Papado, ganaba la filosofía el pleito, que consistía en probar que nunca había existido sino á favor de la ignorancia y la barbarie. Vino la revolución; sabía bien la consigna; se dirigió al corazón; desterró al papa, y éste murió. Otro papa le sucedió, y la cadena de perpetuidad no estuvo rota ni siquiera el tiempo que lo había estado en otras épocas también azarosas para el catolicismo. En la actualidad pasó ya el tiempo de la filosofía. Los destructores duermen en el pasado, al lado de Lutero, la Enciclopedia, la república y el imperio. Roma se conserva siempre en pie, y en este centro de la cristiandad, despedazada por los estragos de la incredulidad y de la indiferencia, hay un papa, como lo había en tiempo de Neron, cuando el cristianismo nascente era despedazado en el circo por las fieras.

"En torno de esta milagrosa continuidad, todo ha cambiado en el mundo. Se han levantado y desaparecido tres imperios: el de Carlo Magno, el de Carlos V y el de Napoleón. Han brillado naciones que ya no existen. Se descubrió un mundo que quedó dividido entre el poder temporal y el espiritual, y solamente el último conserva en él su parte. Todo ha pasado: ideas, pueblos é imperios. Solo ha quedado en pie la ciudad de Roma; solo ha quedado el Papado. Hay en este hecho, no me canso de repetirlo, algo que vale la pena de reflexionar un poco sobre él.

"Pero estamos en una época en que los partidos han inventado una lógica hábil que sabe negar la evidencia. Los antiguos odios contra Roma no se han extinguido aún en nuestros corazones revolucionarios. Los padres creyeron haber regenerado el mundo, y los hijos, que aceptaron su grandeza, no pueden acostumbrarse á la idea que eleva al catolicismo á su vista á espensas de la gloria fugitiva de que se vanaglorian, y que el Papado, desde su inasapugnable altura, hubiese contemplado con una completa certidumbre en las divinas promesas, nues-

tras terribles rebeliones, nuestras mas fuertes invenciones, nuestros incendios, propagados por todos los ángulos del mundo, la sangre derramada hasta anegar los corazones, aquella ruina de imperios y de reyes caídos; no pueden acostumbrarse, digo, á la idea de que el Papado hubiese contemplado todo esto, del mismo modo que desde la playa mira un viejo marinero la lucha de los elementos, segun, por ciertas señales que ha visto en el cielo, de que el desbordado Océano volverá á entrar en sus abismos.

"Nuestro orgullo no puede consentir sin violencia en esta dominación de un pensamiento inmutable y eterno, en el terrible pensamiento de nuestra historia de ayer; y no pudiendo negar que la roca ha permanecido inmóvil, que la luz del faro no se ha nunca extinguido, y que nuestra revolución, fatigada ya, no deja oír mas que sordos rugidos, nos consolamos de ello, figurándonos que la roca se va alejando de nosotros cada día, por lo mismo que nosotros vamos andando siempre hacia adelante, y ella es un punto inmóvil; y con la idea de que, arrastrados por el irresistible movimiento del progreso, como si el movimiento que arrastra á la humanidad hubiese empezado ayer, llegáramos á ir tan lejos, que acabáremos por eludir la severidad de aquel ojo abierto sobre nosotros hace diez y ocho siglos.

"Oh ceguera del orgullo! Un humilde sacerdote (el P. Lacordaire), que fué amigo y compañero de Lamennais, pero á quien una falsa gloria no ha precipitado, como á él, en una duda sin fondo, levanta su elocuente voz y nos contesta: No; por mas que hagais, los que no queráis reconocer lo que fué y lo que es; por mas que camineis siempre hacia delante, echándoos con todas vuestras fuerzas por las sendas infinitas del porvenir; aquella tranquila mirada que está fija sobre vuestro presente, como lo estuvo sobre vuestro pasado, os perseguirá siempre, en todas partes, hasta en los últimos horizontes de la eternidad; pues esa luz, de la que creéis poder huir porque está fija, es á la vez inmóvil y movable. A cualquiera parte á donde vayais está siempre con vosotros, es vuestro centro y vuestra atmósfera; es como el sol, del cual no podríamos alejarnos ni un paso, aun cuandouviésemos la ligereza del viento y la inmensidad del desierto ante nosotros. Creéis que el Papado dormita y se duerme en su pasado, grande como la fosa de un gigante, por la magnitud de lo que se le ha quitado. Pero os engañais; constantemente ha provido á los negocios del siglo y los prende todavía; está siempre en pie, siempre en acción, siempre dispuesto á atar y desatar. En la actualidad, que aceptamos todas las glorias de lo pasado, los mas ocultos talentos reconocen los beneficios que la humanidad le debe. Vosotros sabeis lo que ha hecho: mirad lo que está haciendo ahora."

Hemos querido dar este bello trozo en toda su extensión, aun cuando para ello háyamos tenido que reducir lo que nos faltaba añadir. Se siente un placer en cederles el sitio, cuando se tiene la dicha de poder recibir huéspedes semejantes. Dimeos,

pues, pocas palabras para recoger el fruto de sus discursos.

Todo el que piensa, debe reconocer el gran fenómeno tan bien explicado por M. Macanley, y penetrarse de la razón dogmática de este fenómeno, tan concienzudamente indicada por M. Eugenio Robin. A cualquiera escuela á que pertenezcamos, si no hemos renunciado á la reflexión y queremos hacer uso de ella, es necesario venir á parar á esto.

Una vez llegados aquí, está ya formada la fe para el espíritu, y su determinación no depende mas que del corazón y de la voluntad.

La divinidad del cristianismo se prueba por un hecho divino, palpable: por un prodigio que indica la acción de Dios y que importa su poder.

Refiriéndonos á los preciosos desarrollos contenidos en las dos citas que preceden, notamos los principales caracteres de este prodigio, y midámos, si es posible, sus diversos grados.

El primero consiste en el hecho material y tosco de la permanencia de un mismo poder, de una misma doctrina, de una misma disciplina, de una misma constitución, de una misma forma, de una misma Iglesia, en una palabra, desde hace diez y ocho siglos; hecho único en el vasto campo de la historia, al cual nada se parece, y que sale de la esfera de los destinos humanos. Para medirlo en este primer grado, no es menester solamente mirarlo en los diez y ocho siglos pasados, sino en el presente, en el cual se aumenta, y en el porvenir que se abre á su presencia, y en el que las mas escudriñadoras miradas lo siguen hasta perderlo de vista mas allá de todo cuanto cometo. Esto solo es extraordinariamente prodigioso.

Lo que aumenta mas el prodigio, es principalmente que semejante perpetuidad de un mismo poder no tiene lugar en medio de las inmóviles costumbres del Oriente, sino en el seno de la inestable Europa, patria de las revoluciones, en una atmósfera de actividad incesante, en la que los hombres y los sucesos, las ideas y los hechos se chocan de continuo, sin tregua y sin descanso; océano furioso, ante el cual la sede de la Iglesia ha sido siempre como el promontorio de las tempestades.

La Iglesia, en efecto, y esto es un grado mas del prodigio, no solamente ha vivido en medio de esta devorante actividad, sino que constantemente ha tomado en ella la primera parte, ha estado siempre en el corazón de la refriega, y, único personaje en tan vasta escena, en la que ha desempeñado el primer papel desde Neron, y de la que todos los demás actores han desaparecido, ha sido siempre y sigue siendo aún el director del drama.

Añadid además, que las mas veces esta actividad, que ha devorado á todos sus agentes, se ha dirigido contra la Iglesia; que mil veces ha tenido esta en sus manos los destinos del mundo, y que no hay tribulación y ataque que no haya sufrido: la astucia, la política, el cisma, la herejía, la filosofía, el epigrama y el cadalso, y todo esto en grande escala, en lo que hay de mas infernal: *las puertas del infierno*, en una palabra, que al primer golpe hubieran estrellado á todo otro poder, y que se han

estrellado contra esta. *Es un yunque que ha gastado todos los martillos*, decía el protestante Teodoro de Bema; y lo mas notable aún en este lado del prodigio, es que esos ataques que durante diez y siete siglos habian sido solo sucesivos contra la Iglesia, se concertaron y unieron para batirla en brecha todos á la vez, en el siglo XVIII, y no han logrado mas que rejuvenecerla y sepultarse á sí mismos. ¡Con cuánto mas motivo que Pascal podemos nosotros, que hemos venido despues de esta última prueba; nosotros, que hemos sepultado á Voltaire, á la república y á Napoleón; nosotros, á quienes la Iglesia sepultará, exclamar: "lo admirable, incomparable y enteramente divino, es que la Iglesia, que ha vivido siempre, ha combatido siempre!" (1)

Hay mas, y he aquí otro grado que aumenta mas el prodigio: esta Iglesia ha permanecido constantemente sin ceder ni acomodarse á nada: "persecuerian los estados, dice Pascal, si con frecuencia no se acomodasen las leyes á la necesidad. La Iglesia, empero, no ha hecho nunca nada de esto. Es necesario, ó pasar por semejantes acomodamientos, ó contar con milagros. No es extraño conservarse doblegándose, pero propiamente esto no es conservarse, y á pesar de esto, todo parece al fin enteramente; no hay nada que haya durado quince siglos. El haberse conservado siempre esta religion, siempre inflexible, es divino (2)." ¡Cuán bien justifica los hechos esta observación! Ella es toda la historia de la Iglesia. ¡Cuántas veces no ha desempeñado su destino contra todas las reglas de la prudencia humana! Es preciso que nos contengamos; pero contemplada ante Lutero, ante Enrique VIII, ante Napoleón, ante Lamennais; contemplada hace poco tiempo en Prusia, en Rusia y en España; contemplada en la actualidad en Inglaterra, que sin embargo vuelve á su seno, y que no le pide mas que una palabra para apagar la agitación irlandesa, como cuando se separó de ella en tiempo de Enrique VIII no la pedia tampoco mas que una palabra para desatar los vínculos de su matrimonio con Catalina de Aragón. Nada la conmueve, nada la seduce ni la espanta: se la separa un reino ó vuelve á ella; un conquistador la amenaza ó la halaga; un genio, rey de las inteligencias, inclina ó levanta su cabeza ante ella, ¡qué la importa? no la preocupan mas que dos cosas: la caridad en todo, y la verdad como fin de todo. Esta es su política, este su interés de estado. Mientras puede esperar algo de la reflexión ó del arrepentimiento, amenaza ó suplica; pero desde el momento en que se declara abiertamente la obstinación, rompe con todo, y esta ruptura es siempre fatal á sus enemigos; al fin de todo, se ve que ella es la única que ha conservado la vida. No llegando este caso, espera siempre, porque el tiempo es suyo.

Por consiguiente, subsistir siempre en un mundo en que todo se precipita, en medio de una agitación devoradora, tomando sin cesar una parte activa en esta agitación, y subsistir siempre inflexible, ¡no

(1) Pascal, *Pensamientos*, II parte.

(2) Pascal, *Pensamientos*, II parte.

es un gran prodigio, no es una señal cierta de verdad? ¿qué? ¿dudais de una religion que os ofrece en premio de su verdad un prodigio semejante?

Pero hay mas todavía, y vamos á llegar al oímo, despues de lo cual la incredulidad no puede ser sino un castigo.

Este prodigio que nos confunde, que es superior á la naturaleza, y por consiguiente á toda prevision humana, antes de que empezase á realizarse, cuando nada aún podia hacerlo augurar, y que todo lo existente le era esencialmente antipático, en medio de circunstancias personales que no eran nada; este prodigio, decimos, fué pronosticado por Jesucristo, y su realizacion no es mas que el cumplimiento de sus promesas.

El hecho es de los mas ciertos, de los mas patentes; no hay aquí la menor incertidumbre en la anterioridad de la prediccion, el menor equívoco en el sentido y significado de los términos; todo es auténtico y literal: las siguientes memorables palabras están grabadas con caracteres de luz:

TU HERES PEDRO, Y SOBRE ESTA PIEDRA EDIFICARE MI IGLESIA, Y LAS PUERTAS DEL INFIERNO NO PREVALECERAN JAMAS CONTRA ELLA. . . ME HA SIDO DADO TODO PODER EN EL CIELO Y EN LA TIERRA. . . COMO ME ENVÍO MI PADRE, ASÍ OS ENVÍO YO. ID, PUEB, ENSEÑAD A TODAS LAS NACIONES, Y ACORDAOS DE QUE YO ESTOY CON VOSOTROS TODOS LOS DIAS HASTA EL FIN DEL MUNDO.

No hay que añadir ni quitar nada á estas palabras, para ajustarlas á los sucesos posteriores; abarcan toda su estension, toda su firmeza, toda su significacion. Si no se hubiesen dicho, y al presente, en que los sucesos se han desarrollado ya tanto, quisiéramos inventarlas para expresar este último fenómeno, no encontraríamos otras mas propias. Son, en fin, tan directas y precisas, que si estos sucesos no se hubiesen realizado, como lo han sido y continúan siéndolo, la falsedad de la religion seria manifiesta.

Lo que lo es ahora es su verdad. Así como Jesucristo se obligó con nosotros por la promesa, nosotros estamos obligados con él por el cumplimiento. Son dos cosas reciprocas. Solamente el que hizo la una puede hacer la otra, y quien preve y obra de este modo sobre el porvenir, no puede ser mas que un Dios.

Por este medio perpetuó y universalizó Jesucristo su divinidad entre los hombres; economía que no puede ser mas admirable. Vivió por espacio de treinta años bajo la forma humana en Judea solamente, y despues desapareció. Pero, ¿era esta la mision de un Dios, de un Dios venido para salvar al género humano? Siendo así, ¿cómo hubieran sabido los siglos futuros que vino con los caracteres demostrativos de su divinidad, y cómo hubieran podido aprovecharse de su venida? ¿De qué modo hubiera podido el género humano comunicarse con su Salvador? La fé hubiera debido irse debilitando con la impresion temporal y local de aquella intervencion pasajera. . . . Pero esperad, y vereis el expediente de un Dios. forma una Iglesia, le da universalidad y perpetuidad, y se une á ella del

mismo modo que se habia unido antes á una persona humana.

Por este medio se pone en contacto con los hombres en la generalidad de todos los tiempos y lugares. Hace que entre ellos y él no medien ni tiempos ni lugares. ¿Qué es, en efecto, mas que la division, lo que constituye los lugares? ¿en qué consisten los tiempos, sino en la sucesion de las cosas? No existe tiempo mas que para lo que pasa; no hay distancias mas que para lo que se divide. En donde no hay mas que un hecho único, universal y continuo, no existe mas que un tiempo y un lugar. Los diez y ocho siglos transcurridos no son diez y ocho siglos sino para los acontecimientos que con su caida han ido marcando su curso; pero no para la Iglesia, que es un solo acontecimiento siempre universalmente presente, en el día lo mismo que en tiempo de Carlo Magno, de Constantino ó de Nerón. Desde que Jesucristo le dijo: Yo estaré contigo todos los días hasta el fin del mundo; desde este momento está con ella y nunca se le ha separado; y comunicamos con la Iglesia, comunicamos tan directamente con Jesucristo, como los apóstoles á quienes estas palabras se dirigieron.

Y ¿cosa profundamente admirable! cuanto mas nos vamos alejando de aquella época, mas esta comunicacion, que aun en el orden natural de las cosas deberia debilitarse, se aumenta hasta cierto punto por parte de Jesucristo en favor nuestro. ¿Cómo? porque el prodigio de la perpetuidad de la Iglesia va siempre creciendo cuanto mas dura, y revela cada vez mas en ella la presencia de Jesucristo; es este un argumento que cada año tiene mas fuerza. La manifestacion de Jesucristo se aumenta todos los días por este medio con el prodigio de la perpetuidad de la Iglesia; sale y se desprende de él; uno tras otro, van cayendo como vólos todos los accidentes humanos que lo ocultaban, y al fin ya no quedará mas que él; él, no mas real, pero sí mas manifiesto.

Indudablemente tenían los apóstoles pruebas muy directas de la divinidad de Jesucristo: sus milagros, y sobre todo su resurreccion y ascension. Entre estos dos últimos milagros colocó Jesucristo la fundacion de la Iglesia, y la promesa de su sobrenatural perpetuidad. Todo esto se necesitaba para hacer creer á los apóstoles en ella: tan contrario le era todo en el mundo, empezando por ellos mismos. Ellos, ignorantes, groseros, débiles, abandonados de la visible presencia de Jesucristo, que hasta entonces no les habia bastado; ellos convertir el mundo! ¿hacer lo que el mismo Jesucristo no habia hecho! ¿sostener y perpetuarse en semejante empresa hasta el fin de los tiempos! ¿Qué experimento para su fé! pero al mismo tiempo, ¿qué pruebas las de la resurreccion y ascension!—Ahora bien, respecto de nosotros, las cosas están trocadas. Lo que para los apóstoles era prueba, la personalidad gloriosa de Jesucristo, se convierte para nosotros en experimento, á medida que el tiempo va debilitando su impresion y alejando su plan histórico; y lo que para ellos era experimento, la conversion del universo y la perpetuidad de la Iglesia, se va haciendo en la misma

proporcion prueba para nosotros; y de este modo todos tenemos iguales méritos ó pruebas iguales, aunque diversas, de la misma fe: la de los apóstoles fué experimentada y probada en lo que tenemos nosotros por evidente, y nosotros lo somos en lo que ellos presenciaron.

Oigamos á S. Agustín explicando á su pueblo esta rica economía:

"Estaba Jesús en medio de sus discípulos, dies á los fieles congregados el día de la fiesta de la Ascension; los discípulos lo vieron sufrir, lo vieron alzado en la cruz; y luego en seguida le vieron presente y vivo después de su resurrección. ¿Qué fué, pues, lo que no vieron? el cuerpo, es decir, la Iglesia. Vieron todo lo demás, pero no el cuerpo. Vieron al esposo, pero la esposa se hallaba oculta todavía. Por esto la había también anunciado con anticipación; pues está escrito: *De este modo debía el Señor sufrir, y al tercero día resucitar de entre los muertos*. Aquí está el esposo. Y ¿qué dice de la esposa? *Y en su nombre serán predicadas en todas las naciones, empezando por Jerusalem, la penitencia y la remisión de los pecados*. Esto no lo vieron aún los apóstoles. No vieron la Iglesia propagada por todas las naciones, empezando por Jerusalem; vieron la cabeza, y por esta creyeron en todo el cuerpo; por lo que veían creyeron en lo que no veían. Nosotros somos como ellos. Venimos oímos que ellos no vieron; y ¿qué oímos son estas? la Iglesia extendida por todas las naciones. ¿Qué es lo que no vemos nosotros, que ellos vieron? Jesucristo bajo la forma humana. Pues bien: así como ellos viendo aquello creyeron en el cuerpo, es decir, en la Iglesia, nosotros, que vemos el cuerpo, creemos en la cabeza. ¡Ojalá pueda de este modo lo que creemos sostenernos mutuamente en la fe! La vista de Jesucristo los sostenía á ellos, y les hacía creer en la Iglesia, que después debía formarse: la vista de la Iglesia debe sostenernos á nosotros también, para hacernos creer en Jesucristo resucitado. Su fe ha sido satisfecha; también lo será la nuestra. Su fe en la Iglesia ha quedado realizada; la nuestra en Jesucristo se realizará también. Como á nosotros, les era conocido Jesucristo todo entero; pero no lo vieron todo entero, como tampoco lo vemos así nosotros. Ellos vieron la cabeza y creyeron en el cuerpo; nosotros vemos el cuerpo y creemos en la cabeza." (1)

Estas palabras se pronunciaron hace mas de setecientos siglos. ¿Cuánto ha crecido desde entonces el cuerpo de Jesucristo, que es la Iglesia! Si S. Agustín veía lo que los apóstoles no habían visto, nosotros podemos también decir que vemos lo que el mismo S. Agustín no había visto. ¿Qué vemos que él no hubiese visto? la perpetuidad de la Iglesia, de la cual él no había visto mas que la universalidad, y los apóstoles ni la perpetuidad ni la universalidad, sino solamente el gafe. Y así como los apóstoles, sobre la fe en el gafe, creyeron en la universalidad y perpetuidad, y S. Agustín, sobre la fe en la universalidad, creyó en el gafe; asimismo y con mayor

razon nosotros, sobre la fe en la perpetuidad y universalidad, debemos creer en Jesucristo y en Iglesia.

La perpetuidad de la Iglesia, es, pues, y será cada vez mas la prueba sensible de la divinidad del cristianismo, para las generaciones que se vayan sucediendo. En la actualidad sobre todo, es la gran prueba del día, porque se ha hecho mas predigiosa por la prueba-mónstruo porque acaba de pasar, y por ese gran contraste que forma su inalterabilidad con la ruidosa ruina de nuestras revoluciones.

Los enemigos del cristianismo conocen bien que esto es su lado fuerte, su verdadero milagro; por esto se esfuerzan en minorarlo y disminuirlo. No pueden hacer que la Iglesia no viva, que no viva después de diez y ocho siglos, que no sobreviva milagrosamente al mas furioso ataque que haya sufrido jamás. Pero he aquí cómo aluden el prodigio. Empiezan diciendo que la Iglesia va á morir... después convierten este sencillo aserto, por medio de gratuitas suposiciones, en una realidad, profetizando y trasportándose mentalmente á una época supuesta, que nunca llegará... y acaban por admitir á su entierro, como al aquella época hubiese llegado ya... ¿Qué posibilidad! Se nos figure estar viendo á aquellos insectos de las orillas del Hipazis, que segun Aristóteles viven un día; y que, como dijo un autor espiritual y anónimo, mudando el universo por su corta duración, se anuncian unos á otros, á eso de las cinco de la tarde, que dentro de muy poco la naturaleza debe anular, y que el mundo va á desaparecer dentro de un centenar de minutos.—Los de las orillas del Sena son mas generosos con la Iglesia: llegan hasta concederle trescientos minutos.

¿Queréis oír unas palabras que los confundan y os conforten?

"Al presente, escribí una pluma ilustre, mira á la Iglesia y dice: *Va á morir, y muy pronto desaparecerá su nombre, y no habrá ya cristianos; llegó su hora*; y mientras están diciendo esto, veo que mueren todos los días, y sin embargo, la Iglesia permanece siempre en pie, anunciando el poder de Dios á todas las generaciones que se van sucediendo."

Estas palabras fueron pronunciadas por S. Agustín (2) hace ya catorce siglos.

De modo que á lo menos hace catorce siglos que la Iglesia va á morir, y como las cosas siguen del mismo modo, y la Iglesia va siempre á morir, se puede deducir de aquí que no morirá jamás.

Sin duda es esto cierto: la Iglesia va siempre á morir, y esto es precisamente lo que hace de su perpetuidad un prodigio grandísimo. Dios ha permitido que estuviésemos siempre humanamente en peligro, para mejor demostrar que se halla siempre divinamente asistida. Por esta su historia, desde el Calvario hasta Fontainebleau, no es mas que una sucesion de crisis desesperadas, que le hacen volver á encontrar el principio de la vida en sus extremos, y que le prueban en la ignominia y la sangre. Decís que va á morir: luego va á vivir; luego va á

(1) SERMÓN IV, en fiesta Ascensionis.

(2) Citado por el abate Delagrè en su *Crédoire de l'Église*.

producir. Ha muerto ya: luego va á resucitar gloriosa. La Iglesia no está en estado de temer la tumba: nació en ella. Su divisa será siempre aquella del apóstol: *Cum infirmis, tunc potens sum*. No hablamos así solamente en nombre de la fé, sino también en el de la historia: nosotros mismos lo hemos visto ya.

Pero nuestra fé no se halla en el día sometida á semejante prueba; estamos en uno de esos intervalos en que la Iglesia recoge los frutos de una lucha reciente, y ve volver á ella las olas amanzadas del espíritu humano. En esta inteligencia, nunca fué menos exacto decir que la Iglesia va á morir; al contrario, parece que todo va preparando su triunfo. El soplo de una impiedad de colegio puede muy bien hacer arrugar la superficie de las cosas en Francia, pero en el fondo se están obrando, de seguro, la calma y el retorno. La causa de la civilización se halla ahora mas que nunca identificada con la del cristianismo. Esta verdad es de una experiencia demasiado reciente para poderla olvidar tan pronto, y entretiene ademas el presentimiento de las peligrosas transformaciones que aun nos faltan que atravesar. En el día necesitase de la religion para ir formando las nuevas sociedades, para suavizar las relaciones, para hacer menos violentas las transiciones, para asegurar los derechos sobre los deberes. La única religion positiva es el cristianismo, y no hay cristianismo perfecto sino en el catolicismo. No siempre se dice así, y hasta á veces oímos lo contrario; pero en el fondo se siente y se piensa así, y la fuerza de las cosas conduce siempre á ello. Todo lo demas puede considerarse como superficial. Alceemos la vista y examinemos lo que está pasando en el mundo: esa reciente manifestación del fervor católico en Alemania; ese hermoso espectáculo de la moderación católica en la agitación política de Irlanda; ese profundo movimiento de retorno hácia la unidad católica en Inglaterra; el concurso providencial de este último movimiento, con la caída de los imperios de Oriente, y su ocupación por las potencias europeas, entre quienes será la Inglaterra la mas activa y la mas numerosa; la necesidad de civilizar á ese nuevo mundo, es decir, de cristianizarlo, y la reacción que de aquí resultará sobre las costumbres de la misma Europa; la pronunciada tendencia de las costumbres hácia la universalidad, y la unidad que se manifiesta y aumenta en las creaciones de la industria: he aquí por qué aun circunscribiéndonos á las grandes líneas de nuestro horizonte, nos atrevemos á esperar que la Iglesia va á vivir ahora mas que nunca; y, profecía por profecía, preferimos la siguiente de M. de Maistre: *Dentro de cien años la Francia será cristiana, la Inglaterra católica, y los pueblos de Europa irán á Constantinopla á cantar un Te Deum en la basílica de Santa Sofía.*

Pero ¿qué necesidad tenemos de abandonarnos á conjeturas? El prodigio se ha ido desarrollando de tal manera, hasta nuestros días, que puede decirse que ha pasado ya al estado de ley. El hecho histórico de la perpetuidad de la Iglesia despues de diez

y ocho siglos, considerado en todos sus caracteres y los sucesos que lo constituyen, es tal, como lo probó M. Macauley, que no se puede concebir cómo podría dejar de continuar. Si la Iglesia hubiese debido perecer, habria perecido ya mil veces, y nada le puede ocurrir, por otra parte, de los hombres, ni de las cosas, ni del tiempo, que no lo haya atravesado ya. El pasado le responde del porvenir.

Resistirá, pues, siempre, como ha existido, lo mismo despues que antes; en el pueblo cristiano hasta el fin del mundo, lo mismo que en el pueblo judío desde su principio; en la serie de los papas, remontándose hasta los apóstoles, como en la serie de los profetas, remontándose hasta los patriarcas: apoyándose en ambos lados y calzándose toda en su piedra angular y su jefe Jesucristo.

Con este infinito encadenamiento y esta inmutable firmeza, se despliega á nuestra vista el edificio augusto del cristianismo, participando de la eternidad en el tiempo, y formando como el istmo de la verdad en el Océano de las edades.

En verdad que es esta la obra de Dios, y su maravilla respecto de los hombres.

Únicamente su mano podia darle semejante extensión y estabilidad.

El mismo patriarca de la incredulidad lo reconoce:—"El judaismo, dice, la religion de Zoroastro y el sabeismo, se arrastran por el polvo. El culto de Tiro y de Cartago cayó con estas soberbias ciudades. La religion de Milciades y de Pericles, la de Paulo Emilio y de Catón, no existen ya; la de Odín desapareció; hasta la lengua de Osiris, que fué despues la de los Tolomeos, es ignorada de sus descendientes; el teísmo puro no ha existido jamas. Solo el cristianismo quedó en pié en medio de tantas vicisitudes y en el estrago de tantas ruinas, inmutable siempre, como el Dios que es su autor.

"La verdad permanece eternamente; los fantasmas de las opiniones pasan como los sueños de un enfermo.

"La religion, segun confesion de todos, existe hace seis mil años, y las sectas nacieron ayer. Me veo obligado á creer y admirar." (1)

CAPITULO IX.

CONCLUSION.

REDUCIDOS acá en la tierra á algunos flotantes restos de verdad, restos de un gran naufragio, el misterio de nuestro destino nos cerca por todas partes como un vasto Océano. A cualquiera lado que nos volvamos, por mas que hagamos, lo volvemos á encontrar sin fondo ni orillas, esperando el momento de tragarnos. Es esta una condicion bien miserable por cierto, y en la que el orgullo no tiene de qué alimentarse. Pero, por otra parte, la incuria y el escepticismo no son el estado natural de nuestra

(1) Voltaire, citado en la *Razon del Cristianismo*, en la palabra AVEZ.

alma, criada por la dicha y la verdad. A menos que cerremos los ojos, que no queramos reflexionar, que abduquemos la facultad de pensar, y que nos rebajemos hasta á la vida animal, que no se cuida de saber ni de dónde procede ni adónde se dirige, pues sus apetitos brutales la limitan á lo presente, es preciso que sepamos sentir esta gran miseria, y la noble, pero laboriosa necesidad de remediarla; es preciso que sepamos tentar la navegación de la inteligencia, y que en una situación tan desesperada no repudiamos el auxilio de una embarcación salvadora que se nos presenta para admitirnos á bordo y llevarnos á la tierra natal.

Pero ¿existe realmente este auxilio? ¿hay para nosotros un medio seguro para reconocernos y encontrarnos en este vasto abismo; para saber con exactitud lo que somos, lo que hemos sido, lo que deberemos ser, cuáles son nuestros destinos mas allá del tiempo, y lo que nos espera despues de la muerte, en esa eternidad impenetrable y muda, que aquella va siempre abriendo y cerrando, sin que jamas podamos sorprender su secreto; para conocer el término de ese terrible juego que estamos jugando á la fuerza con ella, y para portarnos desde ahora, en cada una de nuestras acciones, de nuestras voluntades y pensamientos, de modo que podamos con seguridad alcanzar los bienes y evitar los males enormes que le son consiguientes? ¿Hay, decimos, una religion cierta que nos instruya y asegure en todas estas cosas; que nos levante de nuestras ruinas y nos restaure en nuestra grandeza, y que sea para nosotros la luz que precede en la oscuridad, el camino que conduce á la vida por entre los senderos que guian hácia la muerte, una mano que salva y de la cual podamos asirnos para levantarnos? En una palabra, ¿el cristianismo (ninguna otra pretendida religion podria sufrir semejante pregunta) es la verdad?

¿Qué pregunta para los hombres que tengan conciencia de su valor?

He aquí cómo refiere el historiador Thierry la impresion que causó á un bárbaro.

"Habiendo Paulino, misionero católico, abordado á la tierra de los sajones para predicar en ella la luz del Evangelio, se dirigió primero al rey Edwin, que á la sazón los gobernaba, y logró convencerlo de la verdad de su doctrina. Pero esta conversion, enteramente personal, imponia al apóstol una tarea mas difícil, la de hacerse escuchar de la nacion, sobre todo, habiendo declarado el rey que dejaria á esta la libertad de su creencia. Sin embargo, Paulino obtuvo de él que el gran consejo nacional, compuesto de los magistrados, de los ricos propietarios, de los militares de alta graduacion y de los sacerdotes de los dioses, se reuniria para deliberar sobre tan grave asunto. Empezó el rey esponiendo á la asamblea los motivos de su cambio de creencia, y dirigiéndose despues sucesivamente á cada uno de los asistentes, les fué preguntando á todos los que le parecían de la nueva doctrina. El jefe de los sacerdotes, que fué el primero que tomó la palabra, confesó la impotencia de sus propios dioses. En seguida se levantó el principal de los guerreros y habló así:

"Acaso te acuerdes, oh rey! de una cosa que sucede á veces en los dias de invierno, al hallarte sentado á la mesa con tus capitanes y hombres de armas, al alrededor de la lumbre, cuando tu sala está muy caldeada, pero que llueve, nieva y sopla el viento por fuera. Viene un pequeño pájaro que de un vuelo atraviesa la sala, entrando por una puerta y saliendo por otra: el momento de esta travesía es para él de completa felicidad, pues no siente ni la lluvia ni la tempestad; pero el momento es rápido, el pájaro desaparece en un abrir y cerrar de ojos, y del invierno vuelve al invierno. Tal se me figura la vida de los hombres sobre esta tierra, y su curso de un momento, comparado con la extension del tiempo que la precede y la sigue: este tiempo es para nosotros tenebroso é incómodo, y nos atormenta con la imposibilidad de conocerlo. Por consiguiente, si la nueva doctrina puede enseñarnos algo de cierto sobre esto, merecemos que la sigamos." (1)

Esta gran cuestion, cuya importancia conocia tan bien aquel bárbaro, es la que acabamos de agitar en los presentes *Estudios*, y sobre la cual cada uno de los que nos han seguido pueda ya fallar. Como el rey Edwin, hemos expuesto nuestras razones para creer en la verdad del cristianismo y abrazarla. Indudablemente lo hemos hecho con mas celo que habilidad; estamos lejos de haberlo dicho todo, de haberlo dicho bien, y nuestra flaqueza ha hecho mas de una vez traision á nuestros designios; sin embargo, apelamos á las impresiones que en nuestra obra hayamos podido causar para la conclusion que de toda ella debe deducirse.

Hubiéramos querido resumir aquellas impresiones y poner en relieve la fuerza de esta conclusion, pero nos faltan las expresiones y las formas; estamos convencidos de que las grandes convicciones, lo mismo que las grandes pasiones, son mudas.

Creemos, ademas, que semejante trabajo por nuestra parte no es necesario: debe ser exclusivamente personal de cada uno de nuestros lectores; y hasta debe estar ya hecho, ó no se hará jamas.

No podríamos, en efecto, explicarnos, sino por una oscura sobrenatural, que un hombre que nos hubiese seguido en todo el curso de estos *Estudios*, con la atencion que su asunto inspira, hubiese llegado hasta el fin sin haberse dicho mil veces á sí mismo: Seguramente, sí, el cristianismo es verdadero.

Concíbese fácilmente la infirmdad de los que no han estudiado nunca las pruebas del cristianismo, que jamas se ocupan de ellas, que las suponen contestables, porque han visto que bien ó mal se les contesta, y porque ellos mismos tienen interes en que lo sean, y cuya inteligencia y corazon, incesantemente encorvados bajo el yugo de las cosas ordinarias de la vida, y haciendo de su hábito una regla única de decidir, no pueden encontrarse con objetos que difieren de ellas tan sensiblemente como los dogmas y misterios del cristianismo, sin encontrarlos quiméricos y absurdos. Semejantes á aquellos infelices imaginados por Platon, que encadenados

(1) *Historia de la conquista de Inglaterra*, por Thierry t. I.

dos en un lugar subterráneo, de espaldas á la luz, y no viendo mas que los que les viene de frente, llaman realidades las sombras que pasan por el fondo de la caverna, producidas por los objetos que se mueven entre ellos y la luz, y que desatados por un momento y puestos en libertad maldicen del foco luminoso, cuyo súbito resplandor los ciega, no distinguen en su deslumbramiento ninguno de los objetos que nosotros llamamos reales, y quieren volver á sus acostumbradas sombras, como si estas fuesen para ellos las únicas realidades.

Pero que el hombre que ha hecho un generoso esfuerzo para vencer esta primera prevencion, llegada á ser natural en los que han vivido por mucho tiempo alejados de la religion, que poco á poco ha ido habituando su vista á las cosas celestiales y la sublime doctrina de Jesucristo, y que sin poder jamas comprender, es verdad, toda la sustancia de esta doctrina necesariamente misteriosa, del mismo modo que no se puede determinar el disco del sol, ha visto, no obstante, desaparecer las incoherencias é incompatibilidades que á primera vista habia oido percibir en ella, y sucederles, al contrario, rangos de una sabiduría infinita, correspondencias llenas de armonía con nuestra naturaleza y nuestras necesidades, maravillosas consonancias con nuestro espíritu y nuestro corazon, una luz que todo lo pone de manifesto, y por cuyo medio sobre todo aprendemos tan bien á conocernos, conocer á Dios y comprender nuestra situacion respecto de Dios, de los demas hombres, del bien y del mal, de la vida y de la muerte, del tiempo y de la eternidad, y todas las cosas angulares, sobrenaturales y divinas que brillan en todas partes, conforme tantas veces hemos podido admirar;

Que el hombre que, despues de haber de este modo entrevisto la divina sabiduría en el objeto del cristianismo, ha estudiado luego sus fundamentos; ha examinado con solidez y por sí mismo sus pruebas tan numerosas, tan fuertes, tan necesariamente decisivas; ha visto la incontestable y humanamente imposible concordancia del Génesis de Moisés con el último resultado de las ciencias; la concordancia cierta de la tradicion judaica con todas las tradiciones del universo, acerca de puntos tan singulares como la institucion del sacrificio; la caída original y la esperanza del libertador; la admirable concordancia de todos los caracteres de la venida, de la persona y del reino de Jesucristo, con aquella expectacion universal á la que él puso fin, respecto del lugar, del tiempo, de las principales circunstancias, y del objeto propio de su divina mision;

Que examinando despues las pruebas inmediatas, ha contemplado de cerca la sobrehumana é incomparable figura de Jesucristo, en el que brillan todas las virtudes en la mas pura expresion, y todas las verdades en la mas profunda sabiduría; en quien el ojo de la envidia ó del encono no pudo sorprender jamas una debilidad ni un error; tan tierno en su vida, y tan sublime en su muerte; superior, y sin embargo accesible á todos los hombres; tipo adorable de perfeccion que la naturaleza humana no igualó jamas, ni antes ni despues, y que no desmien-

te nunca ni en nada la idea de que sea la Verdad en persona, la Sabiduría increada, desconocida hasta nosotros para elevarnos hasta ella, el Verbo hecho carne;

Que ha reflexionado sobre la necesaria alternativa de que si el Cristo no es lo que quiso parecer, es decir, lo que logró hacerse creer por la humanidad, Dios mismo, es, ¡cosa monstruosa! un impostor, y el mas oado, el mas sacrilego, el mas torpe y á la vez el mas venturoso de todos los impostores: el hijo adorable del Eterno, ó el Infame;

Que ha examinado hasta los últimos términos de la indubitable autenticidad de los Evangelios y de su esencial integridad, y admirado en ellos la grandeza, en lo que tiene de mas verdadero; nada estudiado, nada afectado, sino un candor natural que no toma nunca ninguna precaucion, y que no atendiendo mas que á la verdad, se limita al único cuidado de decir la al pié de la letra, y de imprimir su sello en el hecho, con caracteres de sinceridad tan grandes, tan pasmosos, tan inimitables, que si inventar seria mas admirable que su héroe; libre verdaderamente santo, que no solo se justifica por sí mismo, sino por el indisputable crédito de que ha disfrutado desde el primer momento en el mundo; crédito que nada ha podido usurparle, y que es tal, que puede decirse de él que es el documento de comparacion de la Verdad entre los hombres;

Que el hombre que ha considerado esa maravillosa serie de profetas, sucediéndose unos á otros por espacio de dos mil años, el último de los cuales precede en quinientos al acontecimiento; y que todos juntos, lo mismo que cada uno en particular, predijeron de tantas maneras diferentes hasta las menores circunstancias de la venida, de la vida, de la muerte y del reino de Jesucristo, su raza, su nacion, su tribu, su familia, el lugar preciso, aunque oscuro, de su nacimiento, el carácter milagroso de este nacimiento, su doble naturaleza divina y humana, su oscuridad, sus trabajos y su ignominiosa muerte; luego su gloria, la paz que dió á la tierra, la predicacion de su ley en todo el universo, empezando por Jerusalem, la conversion de las naciones idólatras, la reprobacion del pueblo judío por haberlo despreciado, la ruina de este pueblo, de su ciudad y templo, la maldicion inherente á sus pasos errantes hasta el fin, las fechas correspondientes, los rangos distintivos, y, por decirlo así, el retrato perfilado de todos estos grandes y singulares acontecimientos;—el que ha considerado que aquellas profecías de que Jesus era objeto, se juntaron luego con las otras que hizo el mismo Jesucristo, siempre igualmente dueño y señor de los sucesos, ya realice las primeras, ya publique las segundas en la situacion mas contradictoria en apariencia á unas y otras;

Que el hombre que ha meditado en el prodigio de esos sucesos tomados en sí mismos y haciendo resaltar el prodigio de su prediccion, principalmente el establecimiento del cristianismo, cómo el universo pagano admitió la ley de un ajusticiado, cómo doce pescadores se hicieron dueños del mundo, cómo groseros é ignorantes durante su vida, tímidos, flacos y dispersados en su muerte, se convirtieron

de repente y por efecto de esta muerte que debía aniquilarlos, en águilas de ciencia, leones de valor, ángeles de virtud, y sin letras, sin armas, sin ninguna seducción, sin nada, concibieron, osaron y alcanzaron su objeto tan perfectamente en conformidad con las palabras de su maestro, contra todas las leyes, y á despecho de todos los obstáculos de la naturaleza y de la sociedad;

Que ha recogido tantos y tan irrefragables testimonios de santidad en lo que tiene de mas eminente, de fe en lo que tiene de mas intrépido, de genio en lo que hay de mas noble y elevado, reuniéndose las mas voces en los apóstoles, los mártires y los doctores de la verdad cristiana, y formando la mas segura prenda de verdad que pueden darse los hombres entre sí;

Que ha ido contemplando los frutos del cristianismo, sus desarrollos y aplicaciones en el mundo, aquella poderosa regeneracion de las costumbres corrompidas del paganismo, aquel freno impuesto á las feroces costumbres de los bárbaros, y entre estos dos elementos de disolucion y destruccion, el elemento cristiano, colocándose superior á todos, asimilándose el mundo, atrayendo á sí todas las cosas, y produciendo en el órden moral, en el órden intelectual y en el órden social, virtudes, verdades y bienes que la humanidad no conocia, que, á pesar de sus esfuerzos en lo que le quedó de su naturaleza propia, no ha podido nunca igualar, que á pesar de su perversidad no ha alcanzado jamas á corromper, y cuyo principio sobrenatural se revela por esa tendencia incesante hácia la perfeccion que distingue á las sociedades cristianas, y cuyo término, siempre ansiado y jamas conseguido, no es otro que el Evangelio de Jesucristo, es decir, el cielo abierto sobre la tierra;

Que ha fijado, en fin, sus miradas sobre el prodigio de la estabilidad y perpetuidad de esa religion que se estienda desde el origen del mundo hasta Jesucristo, y desde Jesucristo hasta el fin del mundo; en particular sobre el hecho, que excede á toda comparacion, de esa inviolable sucesion de pontífices, por cuyo medio, comunicándonos en el dia con el que está sentado en la sede de Roma, llegamos y nos comunicamos con Pedro y con Jesucristo, y esto á través de diez y ocho siglos, y á través de los escombros y ruinas de la historia mas atormentada por las revoluciones; que lo devoró todo, hasta los hechos de la víspera; todo, excepto lo que fué objeto de mas ataques y mas encarnizamiento; todo, excepto esa Iglesia, á quien dijo Jesucristo: *Arda, yo estoy contigo hasta el fin de los tiempos*;

Que el hombre, repetimos, que ha recorrido de este modo todas las pruebas del cristianismo que acabamos de enumerar y las que omitimos, y que las ha estudiado, pesado y juzgado, no solamente en sus rasgos generales, sino tambien en esa infinita justificacion de detalles en que se hace sentir su exactitud, con tanta mas razon, cuanto que es la misma naturaleza de las cosas quien las proporciona, y el trabajo concienzudo quien las recoge;

Que el hombre, en fin, que ha hecho con nosotros este prolongado trabajo y este escrupuloso co-

sámen, y que, considerando al cristianismo en todas sus faces, estudiándolo en todos sus puntos, interrogándolo en todas sus partes, comprobándolo en todos sus títulos, tanto como le es á la razon posible y á la investigacion filosófica permitido, ha recibido constantemente una respuesta de verdad, ha visto á esta verdad salir de todas partes, ofrecerse á cada momento, desprenderse, manar, por decirlo así, á medida que íbamos adelantando en su escámen, de cada capítulo, de cada página, de cada línea, inundándonos en su inagotable fecundidad, como una fuente cuyas aguas se aumentan por los mismos medios que se emplean para agotarla;

Que este hombre dude... he aquí lo que no nos es posible concebir. Y, permítasenos decirlo, las diversas pruebas cuyos testimonios se nos han ido ofreciendo durante el curso de la publicacion de estos *Estudios*, nos aseguran en la idea de que no nos engañamos.

Si el cristianismo no es verdadero, es falso. Pues bien: la suposicion de la falsedad del cristianismo en medio de tantas pruebas de su verdad; la suposicion de que todas estas pruebas procedentes de tan lejos, de tantos puntos distintos y á través de tantos sucesos y vicisitudes, sin el concurso de los hombres y contra su voluntad, por el solo efecto de la casualidad, ó mas bien del mas infernal designio, llegaron á concentrarse todas con inalterable concordancia en un solo punto, para producir en él una falaz apariencia de verdad, es la suposicion mas monstruosa, mas impía y mas antifilosófica que se puede concebir: es el desvarío de un loco.

Seguramente no se comprende bien con facilidad el cristianismo; pero la incredulidad es mil veces mas exigente con la razon que la fe. Pide siempre que se le expliquen los misterios; pero tambien se le pide á ella que explique las pruebas, aunque no se crea que estos dos defectos de explicacion se compensan, pues los misterios del cristianismo están en los cielos, y sus pruebas sobre la tierra. Los misterios deben ser inexplicables, como todo lo que pertenece á lo infinito; pero las pruebas deben ser resolubles como todos los hechos terrestres que pertenecen al dominio de la razon y de los sentidos. Nosotros no podemos explicarnos enteramente, en el sentido de la fe, la Trinidad, la Encarnacion, la Redencion, &c., y si pudiésemos, por esto mismo seria falsa la religion; pero vosotros debeis poder explicarnos enteramente, en el sentido de la incredulidad, la conformidad de Moisés con las ciencias, las profecías, el establecimiento del cristianismo, la persona de Jesucristo, la perpetuidad de la Iglesia, &c.; pues todos estos hechos sobreviven á vuestra incredulidad, y no podeis prescindir de ellos sino con la condicion de explicarnos cómo pueden conformarse con ella, ó bien no os negais á admitir misterios incomprensibles sino para abrazar contradicciones monstruosas.

Pero no, vosotros no podeis explicarnos estos hechos en el sentido de la incredulidad, y nosotros los vemos venir por sí mismos, en apoyo de nuestra fe; y ademas de estas pruebas, os podemos presentar en los misterios, si no la razon última, á lo menos

razones de segundo orden, cuya maravillosa belleza es una nueva fuente de pruebas tan fuertes hasta cierto punto como las primeras.

De modo que todo nos inclina á creer; todo nos impide no creer: la fé se eleva sostenida sobre las pruebas y atraída por los misterios, y la incredulidad se abisma en las confusas contradicciones que estas pruebas desechadas hacen caer sobre ella, y va á perderse en los desolantes misterios de la naturaleza y de la razón.

El cristianismo tiene tantas raíces en la verdad, que no puede arrancársele á sabiendas de la inteligencia, sin que la misma verdad siga, sin que desaparezcan todas sus reglas, sin que se confundan todos sus principios, y que no quede ya mas que el abismo del escepticismo mas absoluto.

O el cristianismo es la misma Verdad, ó la Verdad no existe.

Si el cristianismo no procede de Dios, es enemigo suyo; acusa á su sabiduría y bondad, y desmiente en cierto modo su existencia, como no pudiendo conciliarse con un error tan enorme y tan especioso. Si no se ha de ser cristiano, es lógico ser ateo, y la experiencia lo ha demostrado ya durante el último siglo.

Ya lo habia dicho La Bruyère con aquella gracia de ingenio que le es peculiar.

"Si mi religion fuese falsa, lo confieso, he aquí el lazo mejor tendido que es posible imaginar; seria imposible evitarlo y no caer en él. ¿Qué majestad y qué esplendor de misterios! ¿qué enlace y encadenamiento de toda la doctrina! ¿qué razón tan eminente! ¿qué candor é inocencia de costumbres! ¿qué invencible y poderosa fuerza la de los testimonios dados sucesivamente, y durante tres siglos enteros, por millones de personas, las mas sabias y moderadas que habia á la sazón en la tierra, y á las cuales el sentimiento de una misma verdad sostiene en el destierro, en las cárceles, á la vista de la muerte y del último suplicio! Coged la historia, abridla, y remontaos hasta el principio del mundo, hasta la víspera de su nacimiento. ¿Hubo nunca nada semejante en toda la sucesión de los tiempos? ¿Podia el mismo Dios encontrar nada mas propio para seducirme? ¿Por dónde puedo escaparme, adónde puedo dirigirme, no digo para encontrar algo mejor, sino algo que se le parezca? Si es preciso morir, quiero morir por esto; prefiero negar á Dios, que reconocerlo en un engaño tan especioso y tan completo; pero lo he estudiado bien, no puedo ser ateo, y me siento inclinado y arrastrado hácia mi Religion; esto es hecho." (1)

Estamos tranquilos por el efecto que esta conclusión puede producir en nuestros lectores. Y sin embargo, no podemos dejarlos aquí. Es menester que los acompañemos hasta mas lejos, y que los mostremos el término del viaje: despues de esto, dejaremos que se abandonen á las inspiraciones de su corazón y á las resoluciones de su voluntad, necesarias en definitiva para salvar ese espacio que aun queda mas allá de la convicción hasta llegar á la fé.

(1) La Bruyère, cap. De los espíritus fuertes.

Diremos, pues, todavía algunas palabras.

No es necesaria la comprensión absoluta para ponerse en movimiento hácia la fé; basta que en lo que comprendemos haya necesidad de creer. Efectivamente, hay entonces razón de creer en lo que comprendemos, y mérito en creer en lo que no comprendemos; hay fé racional.

O mas bien hay razón y mérito en ambas cosas; porque hasta hay mérito en comprender, pues no se logra sin aplicarse á ello; y hay tambien razón en no comprender, pues no seria divina la religion si nosotros pudiésemos llevar nuestras miradas hasta su fondo.

Para que el cristianismo sea verdadero, esto es, divino, infinito, es preciso que nos esceda en su objeto. La luz debe escaparse en las extremidades, no por defecto de luz, sino por defecto de vista; de tal manera, que un aumento de aplicacion y de pureza en la vista da por resultado un aumento de vision y de claridad; y esto es lo que sucede con el cristianismo, y lo que explica esa diversidad y esa movilidad de las disposiciones del espíritu respecto de él, segun que estas parten de un fondo de voluntad mas ó menos puro.

Esto es lo que hemos experimentado tambien nosotros en nuestros *Estudios*; porque ¡cuántas veces, por la persistencia de nuestras miradas, hemos llegado á ver la luz desprendiéndose de las sombras del misterio, y salir de sus profundidades rasgos de la mas maravillosa sabiduría! Sin embargo, no hemos tocado á ningun límite; por todas partes hemos dejado el espacio, el infinito, mas allá de nuestra corta razón, es decir, el misterio. Indudablemente hubiéramos podido aspirar á un grado mas eminente de inteligencia, en lo cual puede cada uno ejercitarse, segun la medida de sus fuerzas; pero seria contradictorio hacer de esta comprensión *absoluta* la condicion de la fé, y es menester saber resolverse á esta por las razones que ya se tienen, supuestas que son necesarias ó invencibles.

Por lo demas, como á cualquiera punto que se llegue debe encontrarse lo infinito en incomprensibilidad, debe uno saber limitarse á sí mismo, contentarse con razones primeras, y hasta saber descubrir una última razón de verdad en esa carencia de razón última, que es la propiedad de todo cuanto es divino.

Hay mas; la razón, como dijo perfectamente cierto escritor, *no da la última razón de nada*. Puede decirse tambien con la misma esatitud, que no da la primera razón de nada; los extremos se le escapan. ¿Qué da, pues? da las razones medias. Es una mediadora que une los datos del sentido comun con las percepciones del sentido íntimo, y que desde el principio al fin del silogismo es el guia del sentimiento. Por esto es necesario saberla tomar y dejar á tiempo, y es seguirla siempre saberla dejar así, pues ella misma lo reconoce y lo quiere.

Pero si esto es esato, aun en las cosas que llamamos naturales, ¿cuánto mas debe serlo en lo que atañe al órden sobrenatural y divino?

Esto principalmente es de lo que puede decirse que la razón no sabe dar la razón última. Sucederia,

pues, que los que no la siguen mas que á ella en las investigaciones de la fé, por mas que hayan sido heridos y sobrecojidos por la luz de la verdad, no tienen al fin mas que la fé del espíritu, es decir, un hermoso tejido, pero cuya trama, no hallándose sujeta por ningún nudo, está espuesta á desahucarse por sí misma á cada instante.

¿Qué debemos, pues, hacer para creer, para estar tranquilos, para lograr la razon última?

Hélo aquí:

Un gran maestro, Pascal, que por mas que se haya dicho (1) supo ponerse del lado de la razon, dijo con aquella admirable exactitud que era en él fruto de la experiencia y del genio á la vez:

"Hay tres medios para creer: *la razon, el hábito y la inspiracion*. La religion cristiana, que es la única que posee la razon, no reconoce por verdaderos hijos suyos á los que creen sin inspiracion: *no por esto excluye la razon y el hábito: al contrario; pero es preciso abrir su espíritu á las pruebas*, confirmarse en ellas por el hábito, y ofrecerse por medio de las humillaciones á las inspiraciones, únicas que pueden producir un verdadero y saludable efecto: *ut non evacuatur cruz Christi*." (2)

Todo el secreto de la fé está en estas pocas palabras, dictadas por la mas general y constante experiencia, y cuya exactitud es muy fácil hacer sentir al espíritu.

Seria absurdo decir á un hombre: Empieza por creer.

Contestaria con razon: Esto no depende de mí, y por este camino lo mismo podrías conducirme al fetiquismo que al cristianismo. Mostradme primero la verdad del cristianismo, y despues, una vez reconocida esta verdad, yo os aseguro que creeré.

Por esto Pascal pone á la cabeza de los elementos de la fé, *LA RAZON*; es preciso, dice, *abrir su espíritu á las pruebas*. He aquí lo que hemos hecho en los presentes *Estudios*; y nos parece habernos librado en todos ellos de la nota de *scepticismo*. Hemos usado ampliamente de la razon, acaso hasta la hemos fatigado en esa cosecha siempre inagotable de verdades y de pruebas que el cristianismo le ha ido ofreciendo.

Pero es preciso reconocer tambien, por todo cuanto acabamos de decir últimamente, que la razon debe al fin detenerse, que sus exigencias deben tener un término como su poder, y que por su propio interes debe encerrar, si es lícito decirlo así, sus propias riquezas, y confiar su custodia á un poder mas igual y mas continuo. Este poder es el *hábito*, es decir, la práctica exterior de la verdad, que no solamente conserva, sino que confirma los descubrimientos de la razon.

Dejemos todavía hablar á Pascal, es decir, al buen sentido y la experiencia:

"Es preciso que nos conozcamos; tenemos tanto de automática como de espíritu, y de aquí es que la demostracion no es el único instrumento por cuyo medio se obra la persuasion. ¿Cuán pocas cosas hay

demostradas! Las pruebas no convencen mas que al espíritu. El hábito constituye nuestras pruebas mas fuertes y creidas; inclina al autómatas que arrastra al espíritu, sin que este lo advierta. Es necesario recurrir al hábito *cuando el espíritu ha conocido ya en dónde se halla la verdad*, á fin de abrevarnos y teñirnos en esa creencia que continuamente se nos está escapando, pues es muy difícil tener siempre presentes todas sus pruebas. Es menester adquirir una creencia mas fácil, como es la del hábito, que sin violencia, sin arte, sin argumentos, nos hace creer las cosas é inclina todas nuestras facultades á esta creencia, de modo que nuestra alma cae naturalmente en ella. Cuando no se cree sino por la fuerza de la conviccion, y el autómatas se siente inclinado á creer lo contrario, no es suficiente. Es preciso hacer creer á nuestras dos partes: al espíritu, por las razones que basta haber visto una vez en su vida; y al autómatas, por el hábito, y no permitiéndole obrar en contrario. *Inclina cor meum Deus*." (3)

Nos permitiríamos añadir á este hermoso pasaje una observacion, y es que, por mas que hagamos, estamos siempre sujetos al hábito, y si esto no es *en favor*, es *en contra* de la Religion. El efecto que de ello resulta en este último caso es inevitablemente disolver la conviccion racional mas robusta, por ejemplo, la que acabamos de formarnos, y he aquí cómo. Esta conviccion se compone de dos elementos: la fuerza de las pruebas, que nos obliga á suscribir á los misterios, y la penetracion de los misterios, que hace cesar su oposicion aparente con la razon, y descubre en ellos al contrario bellezas de semejanza que la persuaden. Pero el trabajo de espíritu que ha producido estos dos elementos, no puede continuarse siempre; va á cesar, y solo obrará en nosotros el hábito de las cosas ordinarias de la vida, de nuestras vanidades y pasiones. ¿Qué va á resultar de aquí? que este hábito debilitará por un lado la impresion de las pruebas, y por otro hará revivir la oposicion *aparente* de los misterios con la razon, por su oposicion real con este hábito; y por medio de estos dos efectos, que se ayudan mutuamente, disolverá rápidamente la conviccion. Pero si á esta conviccion adquirida por el estudio hacemos suceder un hábito que le sea conforme, es decir, la práctica de esta misma verdad convertida en conviccion, esta verdad se irá haciendo cada vez mas familiar; su concordancia con la razon se conservará, y hasta se irá aumentando con el ejercicio; convirtiéndose la razon de creer en hábito, el hábito se convertirá á su vez en razon, y sucederá con los misterios de la religion como con los de la naturaleza, que no reparamos en ellos á fuerza de verlos, y que, no menos admirables en sí mismos que los de la religion, no se diferencian de ellos sino porque el hábito nos oculta su profundidad.

Por otra parte, y esto es decisivo, entre los dos hábitos á que nos vemos obligados á sujetarnos, el

(1) M. Cousin, en sus dos artículos sobre el *Scepticismo filosófico de Pascal*.

(2) *Pensamientos*, t. II.

(3) *Pensamientos*, t. II.—"Este método, dice el conde de editor de Pascal, de llegar á la fé por practicas exteriores, no es nuevo, pues se halla recomendado por los maestros de la teología moral."

de nuestras preocupaciones naturales y de nuestras pasiones, y el del ejercicio de la verdad cristiana, ¿no es este último el mas racional, el mas lógico y seguro? ¿No es mas consecuente hacer lo que hayamos reconocido ser verdadero? Entrar en una senda de desasimiento de nuestras pasiones, ¿no es la mejor de todas las precauciones contra el error, y añadir la garantía de la virtud á la de la verdad? La ignorancia y las pasiones son en nosotros dos causas de extravío. Por medio del estudio disminuimos la ignorancia y llegamos al camino de la verdad, mientras que si las vamos disminuyendo, se nos irá facilitando por esta misma disminución: de aquí procede la relacion de la virtud y de la verdad, de la santidad y de la fé en las almas. Procurad, pues, os diremos con Pascal, convenceros de la verdad divina, no tanto por la argumentacion de las pruebas, como por la disminucion de vuestras pasiones (1).

De este modo se concilian y justifican los dos primeros medios para creer: la razon y el hábito.

Finalmente, el tercer medio, que solo y aislado puede producir un verdadero y saludable efecto, es la inspiracion, esto es, la infusion de la misma verdad en el corazon por la sumision de este á pedirla y recibirla en su verdadera fuente, que es Dios en Jesucristo y Jesucristo en su Iglesia. La fé es Dios sensible al corazon por la gracia, como es sensible al espíritu por las razones. Puede muy bien tenerse la certidumbre de la verdad cristiana sin el conocimiento de estas razones, cuando Dios mismo comunica inmediatamente esta verdad al corazon; y ¿cuántos cristianos hay que no la conocen mas que por este medio, y que sin embargo están muy eficazmente persuadidos de ella? Es preciso reconocer tambien que la religion no podria ser verdadera y divina si no obrase de este modo, pues se debe á todos, y la mayor parte no son capaces del estudio de sus pruebas. Por este medio les da una prueba viva de su verdad, que vale mas que todas las otras, y que es accesible á todos, porque solo depende de la voluntad.

Por la misma razon no pueden todas las demas pruebas suplir á estas, y los mas grandes genios se ven obligados á recibir la fé de la misma manera que el rústico campesino. No se crea por esto que las otras pruebas dejan de ser buenas; diremos mas, son hasta consigibles por la inteligencia que es capaz de estudiarlas, pues la verdad divina debe ponerse en armonía con todas las capacidades de nuestra naturaleza; pero cualesquiera que sean estas capacidades, como el corazon es tambien una capacidad que debe ejercitarse, como á los ojos de Dios somos todos iguales, y como no podemos tener naturalmente con él mas que una relacion de su mision, é importa para el restablecimiento del orden que esta relacion sea tanto mas íntima cuanto mas inclinados nos sentimos á reconocerla; por todas estas ra-

zones y otras muchas, en las que nos seria superfluo entrar, la verdadera fé es un don que es preciso pedir á Dios, de la manera que toda criatura miserable debe pedir á su Criador: de rodillas.

Ademas, si la religion cristiana es verdadera, como estamos convencidos, y como despues de tantas y tan poderosas pruebas, no podemos dejar de reconocer, la necesaria consecuencia que de aquí resulta, es: que Dios quiso ponerse en mas particular contacto con nosotros, por medio de esta religion; que en ella, Dios está en Jesucristo, y Jesucristo en sus sacramentos y en su Iglesia; que está en ella real y especialmente, y que ella nos espera con las manos llenas de las gracias que solo por su medio podemos alcanzar. Reflexionad bien en esta rigurosa consecuencia: la religion cristiana es necesariamente verdadera, luego está Dios en ella de una manera que no está en ninguna otra parte; luego me espera en ella, y debe querer que en ella vaya yo á encontrarlo; luego si voy á ella, experimentaré necesariamente los efectos de su presencia, de un modo muy particular, y que deberá confirmar por medio de efectos sobrenaturales, las razones que yo tengo ya para creer en él.

Y ¿no lo dice él mismo? ¿no ois en voz que os llama?

Venid á mí, dice, todos los que estais trabajados y agobiados, y yo os aliviaré (2).—Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no anda en tinieblas, mas tendrá la lumbré de la vida (3).—Yo soy el camino, sin el cual no se puede andar; la verdad, sin la cual nada puede conocerse; la vida, sin la cual nada puede existir, y nadie puede ir al Padre sino por mí: seguidme (4).—Yo soy la puerta: quien por mí entrare será salvo; y entrará y saldrá y hallará pastos, pues yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en mas abundancia (5).—Fijos en mis palabras y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres, y alcanzareis la vida eterna (6).—El agua que yo doy apaga la sed para siempre, y se convierte en el que la recibe en una fuente viva que salta hasta la vida eterna (7).—Dices: rico soy, y estoy lleno de bienes, y de nada tengo falta: y no conoces que eres un lastado y miserable, y pobre, y ciego, y demudo. Te aconsejo, pues, que compres de mí oro afinado en fuego, para que seas rico (8).—Al que sepa vencerse á sí mismo para venir á mí, le tengo reservado un maná escondido que ninguno conoce sino el que lo recibe (9).—Venid, pues, ved y gustad cuán suave es el Señor (10).

Procurad, pues, experimentar por vosotros mismos la verdad de todas estas promesas, de las cuales tantas garantías teneis ya. Llegados desde tan lejos hasta el umbral de la fé, no teneis que hacer mas que pasarlo con generoso paso para ser desde

(1) "Yo habuera desde luego abandonado los placeres, dicen, si tuviera fé. Y yo os digo: vosotros tendriais desde luego la fé, si hubierais abandonado los placeres. A vosotros toca empujar. Si yo pudiera, os daria, la fé. No puede hacerlo, y por esto no puedo tampoco saber si lo que decís es verdadero. Pero vosotros podéis abandonar los placeres y experimentar si es verdadero lo que os digo yo." (*Pensamientos*, t. II.)

(2) Mateo, XI, 28.

(3) Juan, VIII, 12.

(4) Mateo, IX, 9, y Juan, XIV, 6.

(5) Juan, X, 9, 10.

(6) Juan, VIII, 32.

(7) Juan, IV, 13, 14.

(8) Apocal., III, 17, 18.

(9) Apocal., II, 17.

(10) Psal., XXXIII, 9.

Inoeg iniciados en todas sus maravillas. Hasta aquí no habeis visto mas que lo que fué, entonces vereis lo que es, el ser mismo de la verdad, la verdad viva. La poseereis, y ella os poseerá á vosotros, y en medio de esta reciproca posesion y del calor que ella producirá os direis con trasporte: ¡Sí, es ella! Y con ella tendreis en un solo todo, la paz, la alegría, la fuerza, la libertad y la vida, la verdadera y soberana vida! ¡Por qué os hemos hablado tanto de ella? ¡Ah! ¡que no hubiésemos podido, sin todos estos raciocinios, comunicaros solamente una gota de su esencia que se complace en derramar sobre los corazones que le están sometidos! ¡Cuán pronto hubiérais entonces quedado persuadidos y libres de todas vuestras incertidumbres! Pero la verdad ha querido, para el ejercicio necesario de nuestra libertad, reservarse el principio de tan inefable comunicacion, y que nadie conociese ese *maná escondido*, sino el que lo recibe y se hace digno de él por la victoria. Basta que en razon no podais rehusarla, para que os veais obligados á someteros á ella. Vuestra resistencia no seria ya legítima, porque solo provendria de esa mala porcion de nosotros mismos, que conspira secretamente contra la verdad, retarda tanto como puede su conviccion, hasta le sobrevive una vez adquirida, y cuya inmolation es el mérito distintivo y el supremo deber de la fé.

Ya está dicho todo. La verdad os ha dado bastantes garantías de sí misma en esa multitud de consideraciones y de pruebas por cuyo medio ha ido convenciendo vuestro espíritu. A vuestra vez debeis en adelante darle vosotros á ella otras que acrediten el celo y la sinceridad de vuestro corazón en obsequio suyo; y de este modo pronto entrareis en ese estado tan apetecido de la fé cristiana, en el que todas las garantías entre Dios y el alma desaparecen en la certidumbre y la realidad de la posesion.

CAPITULO X.

RESUMEN.

Cierto dia dió el rey Darío (1) un gran convite á todos sus familiares, á todos los magistrados medos y persas, y á todos los dignatarios, gobernadores, consejeros y prefectos que dependian de su imperio, desde la India hasta la Etiopía, que comprendia ciento veinte provincias. Despues de haber comido y bebido, y que se hubieron marchado todos, se fué el rey á su cámara, se metió en cama y durmió. Durante su sueño, tres jóvenes de su guardia se dijeron entre sí: proponga cada uno de nosotros un proverbio, á ver quién lo resuelve mejor al gusto del rey, y este le hará grandes regalos, será vestido de bella púrpura, tendrá una copa de oro, una tiara de lino fino, y llevará un precioso collar; tendrá

el segundo lugar despues de Darío, por su sabiduría, y el rey le llamará primo suyo. Entonces cada uno de ellos escribió un proverbio, y lo firmó, y en seguida pusieron los tres papeles debajo de la almohada del rey, y se dijeron: cuando se levante el rey le daremos nuestros escritos, y aquel, cualquiera que sea de los tres, á quien el rey y los magistrados de la Persia juzguen haber sido el mas sabio en su proverbio, saldrá victorioso, segun queda convenido.

El primero habia escrito: el vino es fuerte.

El otro: el rey es mas fuerte.

El tercero: las mas fuertes son las mujeres; pero la verdad domina y es mas fuerte que todas las cosas.

Habiéndose levantado el rey, los tres jóvenes se le presentaron y entregaron sus escritos. Los leyó, y convocó en seguida á sus magistrados y ministros, sus pretores y prefectos, y los reunió á todos en gran consejo. Juntado éste, y sentados ya todos los asistentes, se leyeron los tres escritos, y en seguida dijo el rey: llamad á estos jóvenes para que vengan aquí á sostener sus tesis. Fueron introducidos, y empezó el que habia proclamado la fuerza del vino. Ponderó el poder de este licor que abate á los grandes, llena de gozo á los abatidos, hace desatinar á los sabios, hace olvidar los vínculos mas queridos, y pone el puñal en la mano entre unos mismos hermanos. Despues de haber hablado así, calló, y tomó la palabra el segundo empezando por celebrar el poder de un rey: representó á los hombres mandando á toda la naturaleza, y colocado sobre todos ellos el rey que los domina y dispone de ellos. Con una palabra los lanza en los peligros de la guerra; todo lo trastornan; matan y se hacen matar, y el fruto de la victoria es siempre para el rey. Al mismo tiempo otros trabajan y recogen los frutos, y aun esto es tambien para llevar al rey el tributo de sus sudores. Solo y sin rivales, el rey no tiene mas que decir: matad, y matan: perdonad, y perdonan: herid, y hieren: exterminad, y exterminan: edificad, y edifican: derribad, y derriban: plantad, y plantan. Y todo el pueblo, hasta los magnates, lo oyen. Despues se sienta á comer, y bebe y duerme; pero aquellos dan guardia á su alrededor, y no pueden dejarla para ir á sus negocios: tan ligados están por la voluntad del rey. ¿Cómo, pues, no reconocer en el rey lo que hay mas fuerte en la tierra? Despues de haber hablado en estos términos, calló.

El tercero, que habia hablado de las mujeres y de la verdad (era Zorobabel), se adelantó á su vez y dijo:

“¿No son las mujeres las que han engendrado al rey y á todo su pueblo? ¿no son ellas las que han criado y alimentado á los que plantaron las viñas, de donde sale el vino? Las mujeres son las que distribuyen á los hombres la gloria y las que hacen los vestidos con que ellos se adornan. Los hombres no pueden separarse de ellas. Si están ocupados en acumular oro y plata y cuanto hay de mas precioso, no tienen mas que ver una mujer elegante y bella, y dejando todas sus cosas, fijan al momento sus ojos

(1) Lo que vamos á referir está tomado del tercer libro de Esdras, que es reputado apócrifo por la Iglesia, y como tal no se encuentra en las Biblias ordinarias. Retirándolo á nuestra fé, no por esto le prohibe la Iglesia nuestros respetos; los padres se sirvieron de él muchas veces, y está recibido una como canonico por los griegos.

en ella y la miran con la boca abierta, codiciándola mas que todo su oro. El hombre abandona al padre que lo engendró, y la tierra en que ha nacido, para ir á unirse á la mujer. Y recorre su alma con ella, y no se acuerda ya del padre, de la madre, ni del pais. Pero ¡qué! ¿es menester advertiros de que las mujeres os poseen y que vosotros no lo sabéis? Coge el hombre un puñal, va á los caminos á cometer robos y homicidios, atraviesa los mares, desafía el furor de las fieras, viaja en el horror de las tinieblas, y cuando ha cometido sus robos, sus iniquidades y rapiñas, lo lleva todo á su querida. ¡Cuántos hay que se han vuelto insensatos por sus mujeres, cuya pasión los ha puesto en esclavitud! ¡cuántos han perecido y se han suicidado, cuántos han pecado por ellas! Indudablemente es grande el rey en su poder, pues en todas partes no hay nadie que no tema tocarlo; sin embargo, yo he visto á la hija de Bakasis, compañera de este rey soberbio, sentada á su lado, quitar la sagrada diadema de la cabeza del monarca, ponerla sobre la suya y taparle la cara con la mano; y á todo esto él la estaba mirando embobado, riéndose cuando ella se reía, y si ella se enfadaba él la halagaba hasta que volvía á conquistar su gracia. ¡Oh hombres! reconocedlo pues, las mujeres son las mas fuertes."

Al llegar aquí el discurso, el rey y sus consejeros empezaron á mirarse unos á otros; pero el joven orador empezó desde luego lo que le faltaba decir sobre la verdad.

"¡Oh hombres! continuó, las mujeres son sin duda las mas fuertes, la tierra es grande tambien, elevado el cielo, y el curso lijero del sol le da la vuelta y vuelve á su primer punto en el rápido espacio de un dia. Pero superior á todas estas cosas, y mas magnífico que todas ellas, es el que las ha criado, y su verdad grande y fuerte mas que todo. Toda la tierra invoca la verdad, la bendice el cielo, y todas las criaturas se mueven por ella y tiemblan ante su faz. Nada malo hay en ella. El vino es malo, malo el rey, malas las mujeres, todos los hombres son malos, lo mismo que todas sus obras, y como no hay nunca verdad en ellos, perecerán en su iniquidad. Pero la verdad subsiste y se acrecienta eternamente; vive y permanece en los siglos de los siglos. No hay para ella excepcion de personas ni distincion alguna, pues lo que es justo lo da á todos, buenos y malos, y todos hallan gracia en sus obras. No hay en su juicio nada malo; sino la fuerza, el reino, el poder y la majestad de los ángeles. ¡Bendito sea para siempre el Dios de verdad!"

Y dejó de hablar, y todos esclamaron á una: ¡la verdad es la mayor y la mas fuerte!

Entonces le dijo el rey: pídemelo lo que quieras, ademas de los dones convenidos, y todo te se dará en recompensa de tu sabiduría; te sentarás junto á mí y te llamaré primo mio.

Pero el joven le contestó: "En recompensa de todo, no quiero pedirte mas que una cosa: que te

acuerdes del voto que hicistes al tomar el cetro, de reedificar á Jerusalem y volver á levantar su templo, y que quieras, ¡oh majestad! disponer desde luego su ejecucion."

A estas palabras, levantándose el rey Darío, lo abrazó, lo besó, y escribió desde luego á todos sus superintendentes, que devolviesen la libertad á los judíos, y les facilitasen la vuelta á su patria, y la reconstruccion de su ciudad y de su templo.

Marchóse entonces el joven libertador, y poniéndose de cara hácia la direccion de Jerusalem, bendijo al rey del cielo diciendo: Tuya es la victoria, tuya es la sabiduría y la claridad, y yo no soy mas que tu pobre servidor. ¡Bendito seas, tú que me distes la sabiduría! ¡yo te confesaré siempre, Señor Dios de nuestros padres!

¡Ojalá que tambien nosotros, en medio de las diversas seducciones que se disputan los corazones de los hombres, pudiésemos haber hecho prevalecer la excelencia de la verdad, y logrado que volviesen á levantar al fin su templo, que es la fe en Jesucristo! ¡ojalá pudiésemos haber puesto los primeros cimientos de esta fe en unos, haberla aumentado en otros, completado y reforzado en muchos, y contribuido algo por este medio á esa renovacion social, cuyos materiales son removidos en el dia por tantas manos, cuyo presentimiento hace latir tantos corazones, y cuya obra solo Dios dirige y ordena, porque solo él ha de ser su último fin! ¡Felices nosotros, si por nuestro cariño y devocion á tan santa causa no hemos pasado inútilmente por la tierra, y si hemos sabido desempeñar en ella nuestra mision de católico y de frances! Tales son nuestros votos y nuestras últimas palabras en este momento, solemnes para nosotros, en que vamos á terminar los presentes *Estudios*, y á soltar esta pluma que hace cuatro años no hemos dejado de la mano, y que con frecuencia nos ha sido muy pesada. Si, como está escrito, que hasta un vaso de agua fria tendria su recompensa, pudiésemos nosotros esperar alguna por este vaso de agua de la verdad, dado á nuestros hermanos, la que pediríamos, no seria seguramente el renombre de autor, las alabanzas de un diario, las ovaciones de una academia, el favor de los grandes, ni nada, en una palabra, de toda esa gloria humana, superior á nuestros méritos é inferior á nuestros deseos: ¡no! sino que el principio de nuestros trabajos sea su premio! ¡Que la verdad corone en nosotros sus propios dones! ¡y que, sin envanecernos con una comparacion que nada justifica, á menos que sea el celo por la misma causa, podamos obtener lo que el ángel de las escuelas pedia cuando contestó á la siguiente pregunta de Jesucristo (1): *Bien escribiste de mí, Tomás; ¿qué recompensa querrás?*—A vos SOLO, SEÑOR!!!

(1) *Bene de me scripsisti, Thomas. Quam ergo mercedem accipias?—Non aliam, Domine, nisi te ipsum.* (Lectio del Brevario Romano, Oficio de Sto. Tomás de Aquino.)

CARTA

DEL

REVERENDO PADRE LACORDAIRE

A

MR. AUGUSTO NICOLAS,

AUTOR DE LOS

ESTUDIOS FILOSOFICOS SOBRE EL CRISTIANISMO.

SEÑOR:

He recibido el ejemplar de la obra que tuvisteis la bondad de remitirme, llamada *Estudios filosóficos sobre el cristianismo*. Seguramente os habeis acordado de aquel tiempo en que dudábais de la voluntad de Dios con respecto á vos, y en que admirado de los sublimes pensamientos que venian á llamar á vuestra puerta de jurisconsulto, me preguntábais si debíais tratarlos como á huéspedes que traian mision de la Providencia, ó como á ilustres extranjeros descarriados de su camino. Tuve la dicha de levantar una punta del velo que os ocultaba á vos mismo. No podíais creer que Dios hubiese llamado á un lego, á un hombre consagrado á la jurisprudencia, al raro é insigne honor de profundizar el cristianismo, y defenderlo por medio de una confesion razonada ante el grande auditorio que lo mira, lo escucha y lo juzga mas de diez y ocho siglos ha. Yo casi puse la pluma en vuestra mano; ¿deberia por ventura estar me callado hoy que apareció vuestro libro y vuelve á mí, como un hijo perfeccionado con la edad, la gloria y la virtud vuelve á su padre? ¿Podremos, pues, sin orgullo recíproco, hablar juntos de este hijo muy amado? Y si se escuchase lo que decimos en nuestras conferencias privadas, ¿tendríamos nosotros, que somos católicos, embarazo de que lo supiera todo el mundo?

Desde luego admiro con qué escrúpulo habeis respetado la forma dada hace dos siglos á nuestra polémica contra la incredulidad. La forma era esta: se comenzaba por establecer la existencia de Dios, la del hombre como espíritu, y la necesidad de relacion del uno con el otro por medio del culto. Estas tres verdades fundamentales servian de portada al resto, y se tenia la ventaja de que ellas no solamente eran verdades de razon, sino verdades de tradicion, verdades prácticas, ligadas á la historia del mundo, bajo cualquier aspecto que se las mirase. Dios, el alma, el culto, ¿qué fachada! Sin

embargo, no podian ocultarse á nadie las tinieblas que cubrian esta magestuosa portada, y en la que manos distintas habian grabado rasgos duraderos, y medido en la oscuridad su indestructible arquitectura. De aquí nacia en la inteligencia un extraño conflicto. Dios existe; el alma existe; existe el culto; pero ¿qué cosa es Dios? ¿qué el alma? ¿qué el culto? La noche y el dia hacian unirse á estas cuestiones en un himeneo terrible, en que el alma vagaba de la adoracion á la blasfemia, y de la blasfemia á la adoracion. En vano el filósofo oristiano, con el auxilio de una metafísica abstracta, purificaba estos elementos de la síntesis religiosa, pues cuando se venia á la realidad, se hacia bien claro que las naciones, aunque poseyesen la triple idea de Dios, el alma y el culto, no sacaban de ella una luz uniforme, y que la filosofía, mientras permanecia sola, nada habia logrado. La conclusion era que no se puede conocer á Dios sino por Dios, es decir, por una revelacion.

Pero ¿dónde ha estado esa revelacion? Porque si ella es necesaria, ha existido siempre.

Pascal, proponiéndose esta misma cuestion, decia que ha habido en el mundo un pueblo marcado con señales extraordinarias, pueblo aparte, el mas antiguo de todos, poseedor de un libro tan admirable como él por su antigüedad, sinceridad y profundidad; pueblo y libro que ambos se han hecho universales, y de los que han salido, por medio de una filiacion indisputable, dos maravillas aun mas grandes: Jesucristo y la Iglesia católica. Pascal, y todos nosotros con él, afirmamos que ese era el pueblo depositario de la revelacion; revelacion que remonta al origen del mundo, y mantenida, renovada, confirmada de siglo en siglo, ha llegado hasta nosotros. La historia sucedia á la metafísica; historia tan imponente como la misma metafísica, y que como ésta, tenia su origen en la misma humanidad. Entre Adán y el pueblo judío encontramos á algunos patriarcas célebres, ligados

por los recuerdos á dos ó tres acontecimientos gigantes, como el diluvio, la confusión de las lenguas y la dispersión de los pueblos: entre el pueblo judío y Jesucristo, una larga serie de profetas anunciando en sus libros y con fechas ciertas, la futura sucesión de los imperios y la venida del Hombre Dios, salvador y reparador del mundo; entre Jesucristo y nosotros, la Iglesia católica, cumplimiento y explicación de toda la historia precedente, que descansa en una continuada operación de sesenta siglos, y proporciona á lo pasado con la realidad presente, un inmenso efecto de luz y solidez.

Tal era, despreciando por menores, el plan que nos habían dejado nuestros antepasados. En la base, tres verdades de que el género humano, aun alterándolas, no ha podido desembarazarse jamás: sobre este fundamento, eterno y universal, toda la antigüedad religiosa referida al pueblo judío: Jesucristo, salido de esta doble fuente: la Iglesia, hija de Jesucristo; todos estos elementos refundidos por su penetración recíproca, y formando solo un edificio, superior en lógica, moral, extensión, resistencia y duración á todo lo que se ha visto desde el principio del mundo hasta hoy.

Pero este plan, por mas indicado que estuviera, jamás había sido bien desarrollado por una pluma francesa, erudita á la vez que elocuente. Pascal trazó en sus *Pensamientos* las principales líneas del plan; Bossuet puso en relieve, por decirlo así, en su *Discurso sobre la historia universal*, la serie luminosa de hechos cristianos al través del curso de los siglos; Fenelon, en sus escritos metafísicos, había tratado admirablemente de Dios, del alma y de las relaciones de ambos seres; Mr. de Bonald avanzó mucho mas sobre el mismo asunto en sus *Investigaciones filosóficas*; Mr. de Maistre, en sus *Noches de San Petersburgo*, había arrojado mil rayos al través de las nubes agrupadas por el siglo de Voltaire; Mr. de Lamennais había levantado en un primer volumen un monumento incompleto; Mr. Frayssinous, en sus *Conferencias*, había abrazado un conjunto mas completo, pero en el que se observaban muchas lagunas. A quien pidiese, en nuestra lengua, una exposición total de las pruebas de la divinidad del cristianismo, capaz de satisfacer á la razón, á la ciencia, al gusto, al corazón, á la imaginación, á todas las necesidades de una alma deseosa de la verdad, era imposible contestar, sino por medio de fragmentos. ¡Cuántas veces se me ha pedido un libro, un solo libro! porque el alma no quiere cambiar de maestro: cuando llama á su hogar á un amigo que la instruya, cierra su puerta para no recibir á nadie que perturbe su conversacion. La diferencia de estilos y la dificultad de renovar ideas que una misma persona no ha dirigido, todo esto es un obstáculo para la persuasión. Deseamos dar la vuelta al mundo en el bajel que nos recibió en el puerto, y que fué el primero que nos inspiró valor para sentir las olas bajo nuestros pies. No por esto se quiere que un libro lo diga todo, ni hay necesidad de ello: basta muchas veces un rayo fugitivo de luz para ver y

apreciar la verdad, así como en una noche muy oscura una simple estrella cadente, ó cohalación, como la llama el vulgo, nos indica todo el cielo. Sin embargo, estos casos no nos quitan de encima todo el peso de la carga, á nosotros, siervos que debemos alumbrar la casa lo mejor que podamos, y descubrir toda su estructura á los huéspedes y espectadores, por medio de una plena y duradera iluminación.

Habéis dicho muy bien, señor, que no habiendo sido desempeñado sino á medias el plan antiguo apologético, era nuevo todavía, y que se haría un gran servicio á la Iglesia, poniendo columnas que sostuvieran el edificio, y que fueran de las mayores dimensiones. Podríais haber perecido en el curso de la obra, ya por la debilidad de los pensamientos, la penuria del estilo, la falta de ciencia, ó por la ausencia del sentimiento cristiano; mil abismos se abrieran á vuestros pies. Gracias á Dios, de todo habéis triunfado. Vuestro libro, no obstante sus defectos, es el mas completo, el mas instructivo, el mas ingenioso, y el mas nuevo que he leído en favor de nuestra fe común. Vos sois en lo de adelante mi mejor respuesta al que me pida un libro en que poder conocer á Jesucristo. Antes que yo, el señor arzobispo de Burdeos os ha tributado públicamente un homenaje de mayor peso que el mío. Pero nunca es inútil, aunque fuera en último lugar, tributar la gloria á quien la merece.

Hasta aquí os he alabado por la obediencia filial con que habéis aceptado la tradición de la polémica cristiana contra la credulidad: mas no por esto se entienda que no tengais mérito que os pertenezca. Aun reduciendo el pensamiento á un círculo convenido, el hombre superior revela á cada instante su originalidad. Se desliza en el círculo en que su voluntad le encadena, y muestra tanta mas flexibilidad, cuanto mas respeta el espacio en que su fuerza le contiene. Desde luego vivís, señor, en una época demasiado revelante, si así puede llamarse, para que el cielo y la tierra nada os hayan dicho. Las señales se multiplican delante de nosotros hace cincuenta años; los secretos de la Providencia, ocultos en las entrañas de la naturaleza y de la antigüedad, salen á luz por el influjo de los sabios; las revoluciones, arrancando de raíz las capas vivientes de las generaciones, ponen al descubierto la impotencia de los hombres y los servicios de Dios; todo se confirma y se agranda en el reinado de la verdad, mientras que todo se debilita y abate en el de la negación. Mezclado por vuestra vida laica á los movimientos de este siglo, y por vuestra vida cristiana al profundo flujo del mar de la eternidad, conocéis el doble curso de las cosas, y con el menosprecio del uno y ceguera por el otro, vuestra alma ha permanecido antigua, haciéndose contemporánea: ella todo lo ha visto, todo lo ha entendido, ha recogido todo, y descubierto á nosotros el tesoro del padre de familia, que el mismo Jesucristo definía un compuesto de nuevo y antiguo. *Omnis scriba doctus in regno colorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.* Me habéis sor-

prendido con la facilidad de vuestras citas, al mismo tiempo que me admira vuestra sobriedad en ellas. No hay obra moderna en que no hayais buscado hasta la última palabra de la ciencia; y sin embargo, nunca habeis abusado de la erudición, hasta hacer de ella un peso para el lector. Las innumerables páginas que consagrais á Moisés, como autor de la relación de la creación, de la caída y de las grandes catástrofes primitivas, están sembradas de testimonios científicos de todas clases, pero sin que el entendimiento deje de llevar con suavidad este bagaje de guerra; porque nada es inútil, y la luz que brota á cada paso, no deja á la atención tiempo para arrepentirse. Moisés, citado al tribunal de la ciencia por veinte aserciones de primer orden, concluyentes en pro ó en contra de él, sale justificado en algunas páginas, y se agranda hasta aquella proporción irónica que le dió el cinzel de Miguel Angelo en el sepulcro de Julio II.

Mientras Bossuet, por ejemplo, para explicar la producción de la luz antes que la del sol, está obligado á recurrir á razonamientos morales, vos, mas favorecido que él, con la mano sobre la espalda de Young y de Fresnel, respondéis que la luz es el resultado de un fluido sutil, derramado en el universo, oscuro cuando está en el reposo, cuando en vibración luminoso; y que el sol, cuerpo probablemente opaco y sólido, no hace en esta parte mas que el papel de una inmensa pila de Volta. Moisés viene á ser de esta suerte, contemporáneo y colega de Mr. Arago en la Academia de las ciencias, lo que no deja de ser honroso para el conductor de una pequeña horda asiática, que vivía tres mil y algunos centenares de años antes de la última reunión del Instituto.

La ciencia no es el solo arsenal en que habeis rejuvenecido las viejas armas de la verdad. Los progresos de la filosofía cristiana, recogidos en el campo de la observación, os han sido constantemente de mucho provecho. Así es que, en el capítulo sobre la *Necesidad de una revelación primitiva*, apoderándoos de los trabajos de Mr. Bonald, habeis buscado la razón de la palabra primordial y revelante, hasta en la organización misma de los resortes del pensamiento. Por esta razón, todo bajo vuestra pluma toma un aspecto nuevo, un carácter mas decisivo. Se conoce al leer vuestra obra, que el terreno se ha afirmado prodigiosamente bajo los pies del creyente. Jamás llegaís hasta el insulto contra el error; pero siempre se escucha en toda vuestra obra, á pesar del acento de una modestia sincera, una voz de superioridad que sale del fondo de las cosas, y que es como el eco de una inmensa certidumbre. Fácilmente se respira en la verdad; se goza allí como de un bien que nadie puede robarnos; se va derechamente á la luz sin temerla y sin vacilar. Conducís al lector, y es vuestra feliz innovación, hasta el fondo de los misterios cristianos, no solamente para adorarlos en virtud de la palabra suprema que los ha promulgado como una ley, sino para sacar de ellos, por medio de una contemplación directa, razones

para venerarlos y amarlos. Santo Tomás, en su *Suma contra las naciones*, habia emprendido ya este trabajo de persuasión por la fuerza misma del dogma; vos trataís la misma materia, pero de diverso modo. Santo Tomás se abría paso á través de la oscuridad de los misterios, por medio del hierro y del acero de una metafísica á toda prueba; vos habeis preferido, penetrando á vuestra vez, mostrarnos sus relaciones íntimas con las necesidades de nuestro corazón y las grandes leyes de la sociedad. Esto era responder á una sollicitación que ha sido siempre mas ó menos viva de parte del entendimiento humano. Los primeros apologetas, apoyándose siempre en los milagros y las profecías, que son la señal sensible de la Divinidad, no despreciaban esta otra presencia de Dios, que se manifiesta en el fondo mismo de la doctrina. Los milagros y las profecías son el vaso de la verdad revelada; pero esta misma verdad tiene su gusto y su aroma, y por precioso que sea el vaso, el licor se deja ver por su propia virtud. ¿Cuántos hombres existen hoy para quienes el cristianismo no es mas que una serie de aserciones absurdas que descansan sobre hechos imposibles, y sin embargo, no podrian entregarse á la lectura del Evangelio, sin una especie de estupor mezclado de ternura? En vano les haréis ver la antigüedad del cristianismo, sus crecientes progresos, sus profetas, sus taumaturgos, sus mártires, su dilatación bajo la cruz de Jesucristo, sus beneficios sin número ni semejanza, su unión á los destinos de la humanidad, y en fin, toda la estructura exterior de este edificio elevado y profundo: el pensamiento de estos desgraciados menosprecia la corteza, porque no han gustado el fruto. Abrídeos, si es posible, abridles el interior, y quizá una lágrima ó un estremecimiento os harán conocer que una alma mas pertenece á la verdad.

Vos produciréis, señor, á menudo este efecto que consuela de todo. Lejos de vos y á vuestras puertas, os nacerán hijos en la rejion ilimitada de la luz y del bien. Unos os precederán, otros os encontrarán ya en el cielo: antes y despues, ellos no cesarán de bendecir la mano estraña que hizo de ellos hijos de Dios.

Ahora, ¿puedo abrir mi corazón, y hablaros de los defectos de vuestra obra? Llamo defectos á lo que tal me parece; esto es disminuir mucho la importancia de una crítica de que vos sereis juez.

Habeis dividido en tres clases distintas toda la serie de vuestra demostración. La primera contiene, bajo el título de *Pruebas filosóficas*, los argumentos relativos á los dogmas fundamentales de Dios, del alma y del culto, á la necesidad de una primera y de una segunda revelación, y á la liga de una con otra por Moisés, que se halla intermedio entre Adán y Jesucristo. La segunda parte contiene, bajo el título de *Pruebas intrínsecas*, la exposición de la doctrina promulgada por las dos revelaciones, y de la cual se hace brotar el poder y la belleza. La tercera parte, bajo el título de *Pruebas extrínsecas*, se detiene en Jesucristo, que es ya el fondo de todo lo que precede, y prueba de

mas cerca la divinidad por el carácter mismo de su persona y de su vida, por la naturaleza de los Evangelios, por las profecías, los milagros, el establecimiento del cristianismo, su acción en el mundo y su perpetuidad. Resulta de esta división una cierta falta de unidad y continuo progreso en la demostración, que quita á vuestra obra una parte de su aspecto monumental. Son tres tratados, mas bien que un ser único y viviente, que marcha ante sí, y os arrastra en su carrera á cada paso de su destino vasto y profundo. Despues que se ha visto la gran figura de Moisés, tan bien colocada entre el pasado y el porvenir de la verdad, y que ha sido pintado detenidamente el advenimiento de Jesucristo, se detiene uno repentinamente en el interior de la doctrina, y se suspende la historia de una manera brusca é inesperada. La consecuencia de este proceder, no es otra que repeticiones inevitables. Ye no apruebo la división de los capítulos en párrafos, y estos en secciones marcadas con números. Estos medios muy frecuentes de ayudar á la inteligencia, dan al libro un giro escolástico, que ataca el arte sin auxiliar á la concepción. Es natural que una serie de capítulos designe al lector los puntos principales del espacio que debe recorrer; pero hecho esto, la claridad debe nacer de la concatenación de los pensamientos, y del rigor de su expresión. La división ulterior no es mas que una discecion mecánica, que corta el hilo del discurso, y causa al lector la sensación que se tiene en un coche que se detiene á cada paso. Se ve que habeis juzgado vuestro libro con la modestia de un jurisconsulto que escribe una memoria. Este punto de vista es falso; un libro en favor de Jesucristo, es una Iglesia, y la vuestra es una catedral. Vos la habeis, y nosotros con ella, las grandes formas del arte.

Me ha sorprendido que en vuestra primera parte hayais tratado del alma antes que de Dios. Esto no es el orden tradicional, si no me equivoco: siempre Dios ha precedido y debido preceder al alma. Dios es la primera verdad filosófica y religiosa, no segun el orden abstracto del racionalista que busca fuera de tiempo lo que hay primero en su inteligencia, sino segun el orden de la instruccion verdadera por la que recibimos desde Adán la comunicacion de las verdades necesarias para la vida del género humano. Un niño tiene una idea clara de Dios, antes de tenerla del alma; y no es raro encontrar hombres incapaces de negar á Dios, que niegan la existencia del ser inmaterial unido á su cuerpo. Por esta razon la negacion de Dios es el error mas difícil, mas total, y que ha inspirado mas horror á los hombres, como que es el último esfuerzo de una inteligencia para desarraigar el orden y la verdad. No quitamos á Dios su lugar: y aun cuando la ideología mas especiosa reclame la prioridad en favor del alma, mantengamos á Dios á la cabeza de todo bien y de toda verdad; no dejemos prevalecer el orden abstracto contra el concreto, la ideología contra la ontología, el espíritu de invencion contra el de tradicion; no partamos en primer lugar de nosotros mismos, que somos

nada, sino de Dios, que es todo y por todas partes.

En las primeras páginas de vuestro capítulo sobre la Trinidad, parece que os escusais de tratar un asunto que tanto se resiste á las consideraciones morales, y asentais como regla que no se puede hablar de él en público, sino con una discrecion infinita. He aquí una idea singular, á la que vuestro capítulo da un solemne mentís. Bossuet no temia en el siglo diez y siete predicar un sermón sobre la Santísima Trinidad: San Agustín y Santo Tomás nunca han sido mas admirables que en sus trabajos sobre este augusto misterio. Lejos de que él deseehe á la razon, es de todos los misterios el mas esclarecido y confirmado por las analogías del orden natural. Habiendo sido hecho todo en el mundo bajo el tipo interior que Dios veia en sí mismo, era imposible que el mundo, y en particular el alma humana, no contuviesen en su manera de existir y en sus operaciones, algunas señales del modo supremo de la existencia divina. Lejos de oscurecer la Trinidad la idea de Dios, nos hace sensible hasta cierto grado su respiracion íntima, el flujo y reflujo coeterno que constituyen su movimiento inmutable y el inegoismo de su infinita felicidad. Ella nos explica por qué Dios no tenia necesidad de buscar una ocupacion en la creacion y el gobierno del universo; por qué la vida y la sociedad son una sola y misma cosa; por qué la familia, formada por la via de generacion y de paternidad, es el principio de todas las relaciones sociales. Ella nos hace penetrar hasta las raices de las misteriosas combinaciones de unidad y pluralidad, de igualdad y gerarquía que se encuentran en todos los planes de la creacion. La ciencia ha descubierto y descubrirá sin cesar nuevos puntos de vista en este oscuro abismo de inmensa claridad. Vos mismo habeis acabado por confesar que el pueblo que no ha conocido la Santísima Trinidad, ha conocido mal á Dios, no ha arribado á las playas de la verdadera civilizacion. Pero faltó una cosa á vuestro libro: se puede decir que os habeis decidido contra las ilustraciones que provienen de la elevada metafísica religiosa, no porque seais incapaz de este género de especulacion, sino por haberla juzgado poco á propósito para hacer impresion sobre la generalidad de los lectores. Habeis escogido en la luz los rayos que convienen á todos los ojos: cuidado de una piedad humilde y amiga. Sin embargo, siento estos huecos que se notan en vuestra obra, y que son de consideracion para cierta clase de hombres.

Así, pues, no habeis dado explicacion alguna metafísica de las que quitan al misterio de la Encarnación sus imposibilidades aparentes. No son aquellas, es verdad, mas que hipótesis; pero la ciencia mas positiva abunda en hipótesis, y se logra mucho, concibiendo un conjunto de relaciones que aclaran ciertas dificultades de las cosas, sin encontrar oposicion en alguna ley de la naturaleza y del razonamiento. Una de las cosas que mas daño ha hecho al cristianismo, y no la mas rara, es la persuasion de que su doctrina es un tejido fino y me-

tafismicamente absurdo, esto es, incapaz de sostener una discusion, bajo el punto de vista de la ciencia, como bajo el de la lógica. Pues los argumentos morales y sociales no atacan esta preocupacion funesta, así como tampoco los sucesos de la historia. Se debería concluir por esto, que el absurdo jamás ha de ser padre de lo bello, de lo bueno, de lo profundo ni de lo sublime. San Vicente de Paul ha probado mejor que Bossuet la divinidad de la doctrina evangélica: un acto de virtud es una promesa metafísica, que tiene el aspecto de una proposición de razon. Pero el hombre está hecho de tal manera, que no pasa gustoso en sus conclusiones del orden del bien al de la verdad; y ciertas apariencias de contradicción ó de nulidad, detendrán cien años en las puertas del cristianismo, á un hombre honrado que vea claramente y confiese la superioridad moral del Evangelio y de la Iglesia sobre cualquier otro instituto. ¿Por qué rehusar á estas almas lo que San Agustín y Santo Tomás les dispensaban con profusion? ¿Por qué no revelarles que los primeros metafísicos del mundo han salido de la escuela católica? ¿Por qué al abrirles en cada dogma el horizonte maravilloso de la especulación cristiana, no manifestarles toda la libertad que Dios ha dejado á nuestro entendimiento, y todos los recursos que dispone aquella para adquirir hasta en el misterio, un dominio que pudo satisfacer á Newton y Leibnitz? ¿Qué inteligencia, al estudiar la *Suma* de Santo Tomás, ha quedado insensible á aquel tesoro de ideas que corre con tanta fluidez y abundancia, y riega como por juguete, de un extremo á otro de la teología positiva, campos que se habrían creído condenados, por su vasta estension, á una majestuosa esterilidad? No todos, es verdad, son capaces de apreciar estos gigantescos trabajos; pero el oficio de cada siglo, por medio de la lengua ó la pluma de los apologistas contemporáneos, es de trasladarlos y hacerlos populares á fuerza de elocuencia y de claridad. La conversión no es el resultado preciso de ese triunfo del pensamiento religioso: solo Dios convierte por la impresión de su gracia; pero á nosotros pertenece separar los obstáculos que pone el hombre á la acción de Dios, entre cuyos obstáculos, ocupan lugar principal las tinieblas del entendimiento y la corrupción del corazón. No son iguales el apologista y el pastor de las almas: este se dirige á los fieles, á las mujeres, á los pobres; el parte de la fe para sostenerla y aumentarla: el apologista se dirige á los de fuera, como dice San Pablo; estendiendo la mano fuera del arco, y trata á cualquier precio, excepto el mal, de atraer á los fugitivos de Dios.

He observado en vuestra segunda parte la ausencia total de la creación y del pecado original. Antes habíais tratado de la caída, pero únicamente en sus relaciones con la tradición general. No se comprendería este olvido, si hubiérais querido presentar un conjunto de la doctrina católica, en que cada dogma estuviese encadenado al que le precede y al que le sigue lógicamente; pero claro es que no fué tal vuestro designio. Lo siento infinito.

¿Qué os costaba poner la unidad donde por sí misma existe?

Gracias á Dios, he acabado con la crítica, y vuelvo lleno de gozo á todo lo que hay en vuestra obra de considerable y excelente. Habéis erigido á la religion un monumento durable, y marcado vuestro lugar entre los cristianos legos del siglo diez y nueve, que, comenzando por Chateaubriand, abuelo de todos, han levantado gloriosamente las letras católicas, abatidas largo tiempo ante el genio del enemigo. ¿Con qué gratitud no he mezclado en mi memoria vuestro nombre al de todos aquellos ilustres varones! ¿Y con qué esperanza! porque el libro que habéis consagrado á Dios, no es solamente para mí un servicio hecho á la causa eterna de la verdad, sino que también es una señal de todo lo que ha de caer en el mundo. Nacidos nosotros en una era de transformación, en la que es incierto á qué lado se inclinará el mundo, desechos de saber cuáles son los planes de la Providencia, espíamos con una santa curiosidad todos los pasos de Dios, nos ponemos á escudriñar á las puertas del destino, y con avidos atrápanos todas las medias palabras que caen en el presente tocantes al porvenir. Entregado vos, señor, desde vuestra juventud á la vida activa de la tribuna, llamado despues á las funciones de juez de paz de una gran ciudad, habéis sabido robar á los negocios bastante tiempo para escribir, en cuatro volúmenes de mucha sustancia, una apología completa de la religion. La sujeción de vuestra inteligencia al estudio y á la práctica del derecho positivo, nada os ha quitado de la mirada de un hombre de Iglesia; habéis visto en teología, pensado en filosofía, escrito en artes, y todo esto entre nosotros. ¿Qué cosa no es lo que Dios prepara? ¿Y cómo no reconoceremos el reinado de una buena voluntad que no se ha cansado, y que ha fijado la hora en que brillará? ¿Qué había de semejante en el siglo diez y ocho? ¿Dónde estaban, bajo el traje laico, los Chateaubriand, los Bonald, los Maistre, generación inagotable que aun arroja retoños, y que forma á la verdad un ejército en que no todos tendrán el nombre de padres, pero que en ninguna parte los padres negarán su sangre? Este ejército os recibe, señor, desde hoy, y os confía una parte de sus insignias. Al daros en su nombre el saludo fraternal, no lo hago como uno de ellos. Colocado yo en otras filas, no soy cerca de vos mas que el centinela avanzado del reconocimiento, un soldado que ha sido el primero que os ha descubierto. Este papel me basta; me recuerda aquellos días de Burdeos de que os he hablado, días trascurridos con tanta velocidad, y que vuestro libro ha rejuvenecido, trayéndome un perfume de esta tierra tan fecunda en hombres.

FRAY ENRIQUE DOMINGO LACORDAIRE,
Del Orden de Predicadores.



